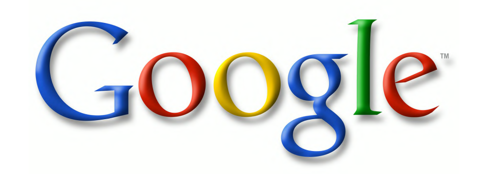


BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

Anal.

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

OBRAS

DEL

PADRE JUAN DE MARIANA.

COLECCION DISPUESTA Y REVISADA, CON UN DISCURSO PRELIMINAR,

POR

D. F. P. y M.

TOMO PRIMERO.



MADRID.
M. RIVADENEYRA — IMPRESOR — EDITOR,
CALLE DE LA MADERA, 8.

1864

DISCURSO PRELIMINAR.

¿Quién era Mariana? Quién era ese hombre, que sin mas armas que la pluma se atrevia á desafiar los dos mas formidables poderes de su siglo, la Inquisicion y los reyes? ¿Era un filósofo sincero, ó uno de esos escritores que halagan las pasiones de los pueblos solo para hacerlos instrumentos de sus ocultas y ambiciosas miras? ¿Cómo el que fué consultor del Santo Oficio pudo negar la autenticidad de la *Vulgata* y denunciar sin tregua los abusos de la Iglesia? Cómo el que no vaciló en dedicar al monarca sus principales obras pudo legitimar en las mismas y hasta santificar el regicidio? Cómo el que de muy jóven habia abrazado con ardor la regla de San Ignacio pudo revelar á los ojos del mundo las *enfermedades* de la Compañía, á la cual debia con este solo paso hacerse sospechoso?

Fué decididamente católico, fué decididamente monárquico, fué decididamente uno de los que mas escribieron porque se realizasen en algun tiempo los sueños de Hildebrando; ¿por qué, sin embargo, ha debido correr sobre párrafos enteros de sus obras la fatal pluma de los inquisidores? Por qué su libro *De Rege* ha debido ser quemado en Paris por mano del verdugo? Por qué ha debido ser terminantemente prohibido su folleto sobre la alteracion de la moneda, que tanto habia amargado ya los dias de su vida? ¿Predicaba acaso ese hombre una doctrina nueva para su siglo? ¿Vertió acaso ideas sediciosas que pudiesen inspirar serios temores por la tranquilidad del Estado ó de la Iglesia?

Mariana no es aun conocido ni en su patria. Escribió de filosofía, de religion, de política, de economía, de hacienda; sondó todas las cuestiones graves de su época; emitió su opinion sobre cuanto podia lastimar sus creencias y la futura paz del reino; pero, como si no existiesen ya sus obras ni quedase de ellas memoria, es considerado aun, no como un hombre de ciencia, sino como un zurcidor de frases, como un literato que apenas ha sabido hacer mas que poner en buen estilo los datos históricos recogidos por sus antecesores. Llevó indudablemente un plan en cuanto dió á la prensa, y este plan no ha sido aun de nadie comprendido; tuvo, como pocos, ideas, al parecer, demasiado adelantadas para su época, y estas ideas son aun el secreto de un círculo reducido de eruditos. Fué, como ninguno, audaz é independiente, no cejó ante el peligro, creció en él y llamó sin titubear sobre sí las iras de los que mas podian; habló, gritó, tronó contra todo

lo que le pareció digno de censura; ¿quién, no obstante, le ha apreciado aun sino como un escritor que ha compuesto tranquilamente en su retrete un libro, donde lo de menos era influir en la marcha de los sucesos públicos, y lo de mas dar á conocer la gala y majestad de la lengua castellana? ¿Qué se conoce de él entre nosotros mas que su *Historia general de España?*

¡Si cuando menos hubiesen sabido juzgarla! Mas ¿dónde está, han dicho, la crítica y la filosofía de ese hombre? ¿No es él quien, despues de haber desechado como inverosímiles antiguas y respetables tradiciones, ha consagrado páginas enteras de su libro á fábulas que hasta el sentido comun rechaza? ¿Qué nos ha dicho acerca del objeto que lleva la especie humana ni acerca del camino que esta sigue para llegar á la realizacion de sus deseos? ¿No ha convertido acaso la historia de los pueblos en una serie cronológica de biografías de príncipes y reyes?

Han subido aun de punto los cargos cuando algun crítico, entre tantos, queriendo hacerse superior á sus predecesores, ha vuelto los ojos al libro *De Rege* ó á otra de sus obras político-sociales ¿Dónde está, ha dicho, el sentimiento monárquico de un hombre que deriva el poder real del consentimiento de los pueblos, consigna el derecho de insurreccion y da hasta á los particulares la facultad de atentar contra la vida de un monarca? ¿Qué reglas nos ha dado para distinguir de los reyes á los que él llama tiranos? Si admitimos que un hombre puede matar al rey que viole las leyes fundamentales de un Estado y se escude tras las armas de soldados elegidos entre el mismo pueblo, ¿qué razon habrá para castigar al que mate á otro hombre cuyos crímenes, cometidos á la sombra de la hipocresía, escapen á la accion de la justicia? El regicidio, por buenos que puedan ser sus resultados, ¿no será siempre un delito en el que lo cometa? ¿Por qué pues ha debido guardar el autor las mas bellas flores de su elocuencia para esparcirlas hasta con amor sobre el sepulcro de Jacobo Clemente, matador de Enrique III de Francia, vengador, segun Mariana, de la familia de los Guisas? Ese libro *De Rege* armó indudablemente la mano de Ravaillac contra Enrique IV; es hasta un borron para nuestra patria que haya sido escrito y comentado por plumas españolas.

No falta quien en vista de tan graves acusaciones haya salido á su defensa, sobre todo en nuestros tiempos, en que las nuevas ideas políticas le han hecho considerar como un escritor que preveia y determinaba ya la forma democrático-monárquica bajo la cual vivimos; pero dejando á un lado todo espíritu de partido, esos ardientes defensores ¿han sido tampoco mas inteligentes ni mas justos? ¿A qué puede ser debido su entusiasmo? A que Mariana, buscando un correctivo á la tiranía, no le haya encontrado sino en la espada de un soldado ó en el puñal de un asesino? A que Mariana, creyendo corrompida la nobleza de su tiempo, la haya deprimido de continuo hasta hacerla odiosa á los mismos que entonces la adulaban y servian? A que, recordando las victorias obtenidas por las armas de España en Flándes y en Italia, haya clamado contra el desarme de los pueblos y la tendencia de los gobiernos á hacerlos consumir en el ocio y la molicie? A que, bajo el pretexto de que los buenos reyes no necesitan de guardias para sus personas, se haya declarado contra la formacion del ejército por hombres mercenarios? ¿Cómo no han advertido, al leer la obra á que principalmente nos referimos, que todas estas ideas han sido sugeridas al autor por un solo pensamiento, por el pensamiento de organizar una teocracia poderosa, ante la cual debiesen enmudecer el rey y la nobleza, únicos obstáculos que se oponian á la satisfaccion de sus deseos? Pues qué, ¿no le han visto á cada paso abogando porque los obispos ocupen los primeros puestos del Estado; porque se les confirmen á estos, no solo sus pingües mayorazgos, sino la tenencia de los alcázares con que habian hecho ó podian hacer frente á las constantes invasiones de la aristocracia y á las de la corona? Vese claramente que Mariana aspi-

raba á organizar constitucionalmente el reino; mas ¿se cree acaso que podrian encontrarse siquiera puntos de contacto entre la constitucion que él habria escrito y la que buscamos nosotros en medio de las ruinas de lo pasado?

MARIANA, lo hemos dicho y lo repetimos, no es aun conocido ni en su misma patria. Le hemos leido detenidamente, le hemos analizado, hemos inquirido el pensamiento que podria unir sus mas contrapuestas ideas y sus obras mas heterogéneas; hemos pensado, hemos meditado sobre cada una de sus proposiciones atrevidas y al parecer aventuradas; le hemos examinado en detalle, le hemos examinado en conjunto, y nos hemos debido convencer por momentos, no solo de que no se le conoce, sino tambien de que nunca se le ha presentado, ni tal cual fué para su época, ni tal cual es para nosotros y será mas tarde para nuestros hijos.

¿No seria hora ya de que, levantándole sobre el pedestal de una crítica tan imparcial como severa, le interrogásemos sobre cada uno de los puntos de que ha escrito y apreciásemos por sus mismas explicaciones lo que le deben en el campo de la ciencia su generacion y las generaciones posteriores? La generacion de que formó parte ha muerto; ¿cuándo mejor que ahora podrémos juzgarle, libres de toda pasion bastarda?

Tenemos, es verdad, ideas filosóficas distintas de las suyas, ideas políticas distintas de las suyas, ideas económicas distintas de las suyas; mas ¿quién por eso llegará á creer que pretendamos juzgarle al través de opiniones que no tuvo ni pudo tener de modo alguno? Nosotros somos precisamente los que profesamos tal vez en su mayor latitud el principio de la tolerancia. Si no admitimos el fatalismo individual, admitimos cuando menos el fatalismo social, el fatalismo histórico. Creemos que todas las ideas de un siglo han sido necesarias en aquel siglo, y aun en las mas encontradas opiniones vemos fuerzas cuyo choque ha de acelerar el progreso de la especie humana. Todos los hombres, con tal que no hayan acallado la voz de la conciencia con la del interés, son pues para nosotros dignos de consideracion y de respeto; todos los hombres han de ser juzgados con relacion á su época y su pueblo.

Podrémos engañarnos, ¿quién lo duda? Mas nuestros errores nacerán siempre de ignorancia, nunca de perversidad ni de malicia. No abrigamos hácia MARIANA amor ni odio; buscarémos en él mismo las premisas; cada lector podrá con nosotros ó sin nosotros deducir las consecuencias.

I.

Abraza el período de la vida de MARIANA una de las épocas mas fecundas en acontecimientos (1). En ella se elevó España á la cumbre de su grandeza, y bajó precipitadamente hácia el abismo que debia mas tarde devorarla; en ella subieron mezclados al cielo los alaridos de triunfo de ejércitos terribles y los desgarradores ayes de víctimas sacrificadas en la hoguera; en ella se fortalecieron las creencias de los pueblos y se debilitaron las de los hombres consagrados al estudio de la ciencia; en ella resonaron los primeros gritos de la revolucion moderna y se extinguieron las últimas llamaradas del fuego que habian encendido los cruzados en las repúblicas de Italia; en ella vió el clero medio muerta la aristocracia, que tantos celos le inspiraba, y abierto de nuevo el paso para establecer el predominio á que con tanta fuerza y sin cesar aspira; en ella pasó la monarquía por la política de las armas, por la de la diplomacia

(1) Nació JUAN DE MARIANA en el año 1536, murió en 16 de febrero de 1623.

decorosa, por la de la humildad y la bajeza. MARIANA, hombre que ha revelado en todas sus obras una alta inteligencia, hombre naturalmente pensador y que, por lo que permiten juzgar algunos de sus libros, pretendia apreciar la situacion en que los intereses sociales se encontraban, no podia menos de aprender mucho en esa rápida y no interrumpida série de sucesos capaces de excitar hasta las facultades intelectuales menos ejercitadas y mas inactivas; pero tuvo aun ocasion de aprender mas en paises extranjeros, donde por trece años leyó teología con universal aplauso de los varones sabios de su tiempo (1). Pudo estimar mejor que otros muchos españoles de la misma época las causas y progresos de la reforma, las disidencias entre los partidos protestantes, el porvenir que aguardaba á las nuevas doctrinas, el peligro que en sí encerraban tanto para los poderes existentes como para la futura autoridad del clero, los efectos que habian ya producido, la influencia que habian ejercido en las costumbres y en la constitucion general de las sociedades europeas, los medios que aun existian para contrarestar esa misma influencia, detenida en algunas naciones solo por el terror, solo por las armas del verdugo. Los sucesos fueron durante aquel período grandes y variados; mas la reforma era el hecho capital, el hecho dominante, el hecho que mas preocupaba y mantenia en continua alarma el ánimo de los filósofos y el de los políticos; ¿es siquiera posible suponer que MARIANA dejase de estudiarla y seguirla paso á paso?

Se ha dicho y repetido hasta la saciedad que esta gran revolucion no encontró eco en España, consagrada de corazon al catolicismo desde remotos siglos; mas ¿no parece hasta inverosímil que haya podido pasar esta asercion sin ser ya desde un principio refutada? ¿Contra quiénes se ejercian entonces los furores de la Inquisicion? ¿Quiénes eran esos herejes que, á pesar del suplicio de sus correligionarios, seguian las ideas que habian abrazado y las sellaban con su sangre? ¿Puede olvidarse acaso que fueron á las cárceles del terrible tribunal los mas aventajados teólogos de aquellos desdichados tiempos; que se enseñaron doctrinas heterodoxas hasta en el seno de las universidades? El pueblo pudo dejar de tomar parte en esta cuestion gravísima; pero ¿la aristocracia, el mismo clero, los hombres de inteligencia?...

Dirán tal vez que la historia no lo ha consignado así; mas ¿podia consignarlo? ¿Cómo no se concibe que el simple hecho de hablar de los adelantos de la reforma habia de ser considerado por la severa política de aquellos tiempos como un gran delito? Y qué, ¿no tenemos, sin embargo, testimonios que lo acreditan? No se ha lamentado el mismo MARIANA en una de sus obras de la diversidad de opiniones religiosas que á la sazon existian en España; diversidad que, segun él, era mayor que en otras muchas naciones por la vecindad de la Francia y la Inglaterra (2)? Durante el período de mas movimiento y trastornos que aquella revolucion produjo ¿estuvimos, por otra parte, tan arrinconados dentro de nuestras fronteras que no pudiéramos adquirir noticias de las nuevas ideas? ¿No nos hallamos constantemente en el teatro de los sucesos?

La reforma fué una revolucion europea, una revolucion motivada, como todas, por abusos palpables y generalmente conocidos: penetró, como no podia menos de penetrar, en todas partes. En unos paises venció, y salió en otros vencida; pero en todas conspiró y en todas aspiró á realizarse y entronizarse. Los hechos hablan, y los hechos son del dominio de todo el mundo. Para convencerse de lo que dejamos sentado basta leerlos.

(1) Enseñó en el gran colegio de jesuitas de Roma, en otro de Sicilia y en la universidad de Paris. Abrazan estos trece años desde el veinte y cuatro al treinta y siete de su edad, del 1561 al 1574.

(2) Despues de los tiempos de Arrio jamás hubo mayores disidencias en materias de religion, especialmente en España por su proximidad á Francia y á Inglaterra: leemos en su libro *De Rege*, lib. 3, cap. 2.

Ahora bien, para nosotros, cuando menos, es indudable que Mariana comprendió todo el riesgo que llevaba consigo esta reforma. Es preciso detenerla, dijo para sí, y los medios puestos hasta ahora en juego son insuficientes. Las armas no acaban con las revoluciones; las armas bastan, cuando mas, para levantarles diques, que aquellas han de romper tarde ó temprano. Mientras subsistan las causas que les dieron orígen, las revoluciones pueden estar reducidas á la impotencia; pero viven, y viviendo son temibles. Enhorabuena que los reyes empleen contra ellas la espada; pero esto no basta si los amenazados no empiezan por acceder á los deseos justos de sus enemigos. Se pide á voz en grito la reforma de la Iglesia, y la Iglesia debe sin duda reformarse. ¡Ojalá lo hubiese hecho al sentir el primer soplo del huracan sobre su frente!

Conocia bien Mariana las fuerzas y recursos de sus adversarios, la índole de la guerra entablada, lo peligroso que podia parecer á sus mismos amigos haciendo concesiones á los rebeldes, la astucia de que debia usar para con unos y para con otros á fin de vencerlos; y hecho el apresto de armas necesario, entró en combate con toda la energía de que era susceptible su alma. Llevaba dentro de sí un pensamiento que, como hemos indicado, habia de ser á sus ojos el objeto final de sus esfuerzos; mas lo ocultó por mucho tiempo, y puede asegurarse que no lo reveló nunca sino embozadamente y como quien lo vierte al acaso sin intencion marcada.

«La religion, dijo, *es el verdadero culto de Dios, derivado de la piedad del ánimo y del conocimiento de las cosas divinas* (1).» ¿Qué quiso ya indicar con esta definicion Mariana sino que la religion no es, como algunos creen, hija exclusiva del sentimiento, sino del sentimiento y de la razon que, habiéndose elevado á las ideas de Dios, comprende que ha de amar al sér de quien fué separado y á quien debe su existencia? Entre la religion y la ciencia, añade, no hay un abismo, hay una identidad completa; y basta verlas separadas para comprender que la religion está condenada á morir, que la religion es falsa. En la época del paganismo, continúa, á un lado estaban los sacerdotes, al otro los filósofos; ved si el paganismo no ha muerto al fin abriendo paso al cristianismo. La verdad es una; ni es posible que haya mas de una religion ni que deje de confundirse con ella la filosofía (2).

En un siglo en que se proclamaba con entusiasmo la soberanía de la razon, escribir estas palabras ¿no era ya colocarse en el terreno de los disidentes? No era lamentarse, por una parte, del divorcio que se estaba verificando entre la religion y la filosofía, y manifestar, por otra, que preveia la inevitable muerte del catolicismo? No era decir: racionalícese la religion, ya que solo la razon es admitida como orígen legítimo de las creencias de los pueblos? Bastaria para convencernos de que Mariana consignaba con esta intencion tales ideas recordar por un momento la tendencia general de todas sus producciones literarias; mas nos lo prueban aun de una manera mucho mas eficaz otras ideas vertidas á continuacion de aquellas, destinadas á revelar la necesidad de eliminar del cristianismo todo género de supersticiones, mas que estuviesen autorizadas por la tradicion y la fuerza de los siglos.

«Nada, dice, hay mas contrario á la religion que la supersticion; como aquella procede de la verdad, procede esta del error y la mentira.» Y qué, ¿podemos acaso negar que supersticiones las hay en la religion que profesamos? Nuestros anales eclesiásticos están llenos de manchas; existen en la mayor parte de los templos reliquias de dudoso orígen; se entregan á la adoracion de los fieles cuerpos de gentes profanas como si fuesen de mártires y santos. ¿Hemos de confirmar al vulgo en sus preocupaciones, en lugar de disiparlas con la antorcha de la crítica? ¿Habré-

(1) *De adventu B. Jacobi Apostoli in Hispaniam*, §. 1.
(2) *Id., id.*

mos, por no parecer impíos, de callar sobre tan graves escándalos, lo mas ofensivos posible á la santa doctrina que todos sostenemos? Es triste que no quepa negar lo que no puede confesarse sin que se pinte el rostro de vergüenza; pero considero en todo cristiano hasta el deber de contribuir con todas sus fuerzas á quitar tan negro borron de nuestra historia. El concilio de Trento propuso la obra, y los pontífices la han inaugurado ya con un éxito brillante; trabajemos todos porque se consume, y toda mancha se borre, toda tiniebla se disipe (1).

Estos abusos de la Iglesia, tan oportunamente denunciados, eran la principal arma de que los reformistas se valian para encender la nueva revolucion en las naciones; y MARIANA pensó ante todo en arrebatársela. ¿Podia seguir al parecer mejor camino para arrostrar luego con ventaja los azares de una lucha? Condenais abusos, parece decir á los disidentes, y yo tambien los condeno; aceptais la razon como árbitro supremo en todas las cuestiones que pueden interesar al hombre, y yo tambien la acepto; ¿dónde está la necesidad que manifestais de separaros del círculo católico?

Estaba tan persuadido MARIANA de la utilidad de estos medios para abatir á sus contrarios, que rara vez dejaba de emplearlos, aun en las obras que menos roce tenian con las discusiones religiosas de su tiempo, no dándose nunca por satisfecho en el exámen de sus proposiciones hasta haberlas dejado bien establecidas en el terreno de la razon pura. Los libros de Dios, exclamaba á menudo, prueban la verdad de mis asertos; mas la palabra escrita por los profetas no es hoy suficiente autoridad para los que dudan: hemos de buscar la afirmacion ó la negacion dentro de nosotros mismos, en el fondo de nuestra propia frente. Como católico, no podia ni dejaba de acudir nunca á los Santos Padres, á los Evangelistas, á los libros de Moisés, á todos los sublimes cánticos que componen el *Antiguo Testamento;* pero no citaba ya los textos de tan ilustres varones como una prueba irrecusable, sino como una prueba supletoria, como una confirmacion de lo que la razon decia (2). El error, dice en el mas filosófico de sus tratados, es general en el mundo; ¿por qué? Porque por una parte nos dejamos llevar del testimonio de los sentidos; por otra de las opiniones que han logrado universalizarse y se imponen por este solo hecho á nuestro entendimiento. Pues qué, ¿no pueden engañarnos los sentidos? Y la universalizacion de esas opiniones ¿no puede ser debida á la ignorancia? Nos imponen unos y otros, y no deben imponernos; la razon ve siempre mas que los ojos; las opiniones, por generales que sean, deben enmudecer constantemente ante los fallos de la ciencia (3).

Es ya muchas veces tal la energía con que expresa estas ideas, que se siente uno movido á creerlas, no tanto hijas de las circunstancias en que él se habia colocado, como de su organizacion intelectual y su nunca desmentida independencia de carácter. ¿Seria tan fuera de propósito pensar que si hubiese nacido en nuestros dias tendriamos en él uno de los pocos racionalistas con que contamos en España?

MARIANA empero hizo mas que aceptar la soberanía de la razon; protestó, cosa entonces muy difícil, contra la intolerancia de su siglo. Los poderes de su siglo no hallaban contra las invasiones de la reforma otro medio que el de aterrar con el castigo; él lo encontró inconducente, injusto; y lo dijo, aunque indirectamente, exponiéndose él mismo á ser víctima de aquel inconsiderado furor de reyes y prelados. Acababa de darse á luz la edicion *Vulgata* de la *Biblia,*

(1) *De adventu B. Jacobi Apostoli in Hispaniam*, §. II, *et seq.*

(2) *Verum nos*, leemos en uno de sus tratados, *non divinis testimoniis pugnabimus quae impius ficta et commentitia fortassis putabit. Ratione et argumentis ab ipsius naturae principiis petitis agemus. — De morte et immortalitate*, lib. 2, cap. 1.

(3) *De morte et immortalitate*, lib. 1, cap. 1.

y estaban discordes sobre su autenticidad los mas eminentes teólogos. Fué de dia en dia embraveciéndose la discusion hasta tal punto, que llegó á inspirar serios recelos á los inquisidores. Se empezó por manifestar desagrado á los que en mayor ó menor escala negaban la infalibilidad de aquella traduccion latina, se les censuró á poco, y se terminó por ahogar sus acentos dentro de los muros de la cárcel. Desencadenáronse los inquisidores, y no vacilaron en cometer todo género de violencias, violencias que produjeron, como era natural, en la mayor parte de los ánimos una impresion funesta. Habíanse ya retirado del palenque la mayor parte de los sostenedores cuando entró en él MARIANA. Presentábase con deseo de conciliar los dos opuestos bandos; mas no por esto habia de dejar de emitir dudas sobre puntos que se pretendia fuesen aceptados como dogmas. Abordó de frente la cuestion, diciendo: «Las violencias hasta ahora cometidas habrán podido aterrar á muchos; mas no á mí, á quien no sirven sino de estímulo para que entre en lucha. Me he propuesto restablecer la paz entre los combatientes, y voy á intentarlo, cualesquiera que sean los peligros que yo corra. En los negocios ásperos y escabrosos es donde mas se debe ejercitar la pluma (1).»

¿Eran acaso estas dignas y enérgicas palabras mas que una protesta, y una protesta elocuente contra la arbitrariedad que entonces reinaba en materias eclesiásticas? MARIANA queria arrebatar aun otra arma á los reformistas. Los reformistas decian, y con razon: «Ahí los teneis á los católicos: vencidos en el campo de la ciencia, llevan la tiranía hasta el extremo de ahogar nuestra voz con el filo de la espada. ¿Por qué no nos combaten en el terreno del puro raciocinio?» Y MARIANA: «Vosotros recusais la fuerza, y yo tambien la recuso; el mismo catolicismo me da armas, y no necesito de la tea ni del hacha del verdugo. Estas armas, ni las admito, ni las temo; ved cómo, aun siendo católico, se puede pensar y obrar como vosotros.»

Dirigióse despues MARIANA á los que por hacer alarde de la fuerza de su fe se encolerizaban contra los que pretendian aun entrar en discusiones; y animado del mismo deseo de tolerancia, no solo les acusaba de injustos, sino de hombres ignorantes y de corazon mezquino; de hombres miopes, incapaces de apreciar toda la majestad de la religion cristiana. «Violais torpemente el principio de la caridad, les dice: haceis mas, comprometeis nuestra misma causa, poneis en manos de los enemigos los castillos en que creeis defender con tanta energía la ley de Jesucristo. No, no mereceis que nadie os oiga ni os siga en tan errada via (2).»

Reveló su opinion sobre la *Vulgata*, la explanó, la sostuvo con razones, ya históricas, ya filosóficas; y léjos de atraerse los males que temia, ganó en reputacion y puso un freno hasta cierto punto á sus mismos enemigos. ¡Gloria no poco estimable, sobre todo cuando de ella debian redundar grandes ventajas para la defensa de los intereses que con tanta fuerza de voluntad acababa de cargar sobre sus hombros!

¿Empieza á conocerse ahora quién era MARIANA? Empieza á comprenderse ahora cuán errada es la opinion de los que no han visto en él sino un hablista? ¿Qué significa su mérito literario al lado del que le dan los esfuerzos con que procuraba sostener una doctrina amenazada por grandes pensadores, y lo que es mas, por pueblos enteros animados de una nueva idea?

Mas no se crea que se ciñó MARIANA á defenderse ni á defender la religion de sus mayores; pensador profundo, consumado teólogo, hombre enseñado á dirigir desde una cátedra el desarrollo intelectual de la juventud, quiso además dejar consignada su opinion sobre todas las cues-

(1) *Pro editione Vulgatae*, §. I.

(2) ... *pusillo homines animo, oppleti tenebris angustèque sentientes de religionis nostrae majestate, qui dum opinionum castella pro fidei placitis defendunt, ipsam mihi arcem prodere videntur fraternam charitatem turpissimè violantes.—Pro editione Vulgatae*, §. I.

tiones capitales de su asignatura. Estas cuestiones, si bien habian sido tratadas por otros con el debido detenimiento, merecian ser debatidas de nuevo gracias á las sombras que estaba esparciendo sobre ellas la filosofía, merecian y debian ser examinadas bajo un punto de vista mas racional que teológico; ¿no habian de llamar naturalmente la atencion de un hombre que, como llevamos dicho, se proponia contener el torrente de las ideas innovadoras de su siglo?

Acometió Mariana la dilucidacion de estas cuestiones en su tratado *De morte et immortalitate*, escrito, no solo con fuerza de ciencia, sino tambien con buen método y belleza y elevacion de estilo (1).

«La idea de la muerte, empieza por decir en este bellísimo tratado, ha venido hasta nosotros envuelta en preocupaciones que nos la hacen concebir como un espectro destinado á interrumpir sin tregua los mas legítimos goces de la vida. Si apelando á nuestra razon y sobreponiéndonos á los groseros errores del vulgo, la desnudamos de tan falsos atavíos, no solamente la dejarémos de temer, sino que hasta la amarémos, encontrando en ella el mas dulce consuelo para los amargos males que de continuo padecemos. Porque la muerte no es un genio del mal, es el genio del bien, es el ángel que viene á cerrar nuestros ojos cansados de llorar por la maldad ó ingratitud del mundo. Solo en el sepulcro recobramos el descanso que al nacer perdimos; solo en el sepulcro la igualdad que rompieron el capricho de la suerte ó la tiranía de los que mas pudieron (2); solo en el sepulcro la libertad que tanto apetecemos y nunca conquistamos. ¿Qué es, por otra parte, la losa de la tumba mas que la puerta de la verdadera vida? Morimos mientras vivimos; morir no es en rigor sino fin de morir; morir es romper los lazos que nos unen á la muerte.»

¿De qué depende empero que la idea de la muerte esté tan falseada y oscurecida?

«Dios, habia ya dicho en otro tratado, nos ha dado para movernos á obrar sin necesidad de impulso ajeno el apetito y el conocimiento. Deseamos ó repugnamos, y no debemos resolvernos á abrazar ni á rechazar sino despues de haber consultado la razon, á la que incumbe exclusivamente determinar nuestras acciones. Si obramos en virtud de un decreto de nuestra inteligencia, somos hombres, y cumplimos con los deberes que la naturaleza de tales nos impone; si obramos obedeciendo tan solo á la fuerza de los instintos, caemos en el vicio y nos embrutecemos. Para actos cuyas consecuencias no puedan sernos muy penosas sentimos generalmente el apetito débil; fuerte y muy fuerte para acciones de cuya realizacion depende tal vez nuestra felicidad y la felicidad de nuestros hijos; mas fuerte ó débil ha de encontrar y encuentra indudablemente en nosotros mismos un poder capaz de sujetarlo y dirigirlo, la facultad que nos constituye hombres (3).

»Hemos de cultivar incesantemente la razon, tenerla en continua actividad, robustecerla; de no, podrán mas que la razon los apetitos. ¡Ay entonces de nosotros, que seguirémos ciegos la senda de la vida y marcharémos de vicio en vicio y de error en error hasta el borde del abismo! Sentirémos pronto el vértigo; y atrofiada nuestra inteligencia por la inaccion, caerémos al fin sin poderlo resistir en lo mas profundo del espantoso precipicio. ¡Guárdenos Dios de dejarnos gobernar por nuestros apetitos!

(1) Adviértase que si ponemos entre comillas la siguiente exposicion de las doctrinas filosóficas de Mariana no es porque la hayamos copiado á la letra de ninguna de sus obras, sino porque nos ha parecido bien ponerla en boca del mismo autor, y no entrecomándola nos exponiamos á que el lector no pudiese distinguir claramente la parte puramente expositiva de nuestro trabajo, de la parte crítica.

(2) Al hacerse Mariana cargo de este efecto de la muerte, son notables sus palabras: *Natura cunctos homines exaequavit; una est omnibus conditio nascendi.* Fortunae seu potentiorum tyrannide *factum est ut ex communis quasi cumulo multi occuparint*, *aliis nudatis qui* pari conditione *erant nati.—De morte et immortalitate*, lib. 1, cap. último.

(3) *De spectaculis.*

»¡Son estos, sin embargo, tan poderosos en la mayor parte de los hombres! Varones esforzados, que no dejaron vencerse ni por pueblos armados de ira, ni por los rigores del calor ni el frio, ni por las tempestades, han cedido ante los halagos de placeres condenados por la voz de su razon, no solo como ilícitos, sino como destructores de las mismas fuerzas con que habian logrado encadenar á sus banderas la victoria. Los acentos de una prostituta han podido despertar á veces en ellos torpes apetitos, cuya satisfaccion habia de reducirlos á una condicion inferior á la de la mujer mas débil; la vista de un tesoro ó de un objeto de menos valor ha podido otras corromper sus generosos corazones llevándolos al crímen (1).

»Y ¡hé aquí por qué somos desgraciados! ¡Cómo no hemos de engañarnos cuando llegamos á una situacion tan triste y deplorable! Cómo no hemos de desconocer la naturaleza de las cosas, confundiendo la verdad con el error y tomando por bienes reales los bienes aparentes! ¡Así es como hemos concebido una tan equivocada idea de la muerte, á la cual solo debiamos considerar como un sér bajado del cielo para romper la cárcel de nuestro espíritu y levantar en sus alas hasta el trono de Dios el alma de los justos! Así es como si preguntamos al vulgo, y aun á hombres que se arrogan el título de filósofos, por el verdadero asiento de la felicidad humana, hallamos tan pocos que lo pongan en la virtud, sublime aspiracion á la bienaventuranza eterna, y tantos que la vean ya en las riquezas, ya en los placeres de los sentidos, ya en los honores y en las dignidades, ya en bienes aun mas pasajeros! Decidles á muchos que la muerte es el umbral del bien supremo; los veréis al punto cubriéndose de horror como si tuviesen ya la aterradora figura ante sus ojos.

»¡Desventurados! continúa el autor en su tratado *De morte*, ¿qué veis detrás de las riquezas que tanto codiciais sino envidias, celos, vicisitudes que han de llenaros de amargura? Qué veis detrás de los placeres sino la mas ó menos rápida aniquilacion de vuestras fuerzas, el progresivo oscurecimiento de vuestra inteligencia, la deshonra de vuestro nombre, y allá á lo léjos la sombra de un fantasma que viene á turbar vuestros escasos momentos de reposo? Qué veis detrás de los honores y las dignidades sino la inquietud y la espada de Dámocles pendiente de un cabello sobre el trono que habeis tal vez amasado con sangre y sentado sobre víctimas cuyos cadáveres piden sin cesar venganza?

»Ved en el fondo de un modesto gabinete al verdadero sabio. Está entregado á la ciencia, mas no para satisfacer su vanidad, sino para fortalecer su inteligencia y procurar la felicidad de sus hermanos. Sujeta al fallo de su razon las prescripciones de sus apetitos, busca el placer, no para ahogar como otros la voz de su conciencia, sino para reparar las fuerzas que consumió la meditacion, que consumió el estudio. Estima tambien la gloria; pero no esa gloria ruidosa que unos hacen brotar del ensangrentado suelo de los campos de batalla, y entretejen otros con las brillantes flores de una imaginacion destinada mas á deslumbrar que á dirigir los pueblos, sino esa faena que van constituyendo los pensamientos fecundos elaborados en el crisol de la ciencia y va solidando el recuerdo del saber y las virtudes. ¡Qué tranquilidad la suya! Ve pasar por debajo de sus ventanas los fastuosos trenes de la aristocracia y de los reyes sin que sienta en su pecho la codicia; admira las bellezas de la mujer sin que la lujuria le tiña el rostro ni el recuer-

(1) Es notable la verdad y belleza de estilo con que pinta MARIANA los efectos de los placeres sensuales, cuyo poder encarece: *Magna est potestas voluptatis, vires incredibiles; lenis enim quamvis et blanda, non magno temporis spatio, nisi caves, animi et corporis partes omnes expugnat, virtutes enervat, ipsamque arcem in sublimi constitutam mentem evertit atque in omne vitiorum genus praecipitem dat... Itaque ab omni memoria quos neque hostes vincere, neque ulla aestus, frigoris aut inediae injuria frangere potuit, eos videmus et legimus illecebris voluptatum fu'sse superatos.—De spectaculis.*

do de un placer sensual turbe su frente; no suspira por gozar de la bulliciosa algazara del festi ni por tomar parte en un banquete. Es hombre y sufre; mas ni se rebela contra su suerte ı alza la voz al cielo con la desesperacion en el fondo del alma y la blasfemia en el borde de sus la bios. Sabe que Dios cuenta una por una las lágrimas que le arranque el dolor sobre la tierra, sigue tranquilo hasta en medio de sus mas terribles sufrimientos. La muerte, dice, pondrá u dia fin á mis quebrantos, y esta sola idea le restituye la calma y le consuela. ¡Pobre ancian Vedle ya moribundo en su lecho de pesar y de amargura. Bendice á sus hijos, levanta luego la manos al cielo, y al ver bajar al ángel de la muerte, hé aquí, por fin, exclama, la hora de n resurreccion, la hora en que se va á emancipar mi espíritu rompiendo los muros de mi estrech cárcel.

»No da el anciano gran precio á la vida actual, ni ¿cómo ha de darlo? ¿Qué es la vida mas qu un ligero soplo? Qué es la vida mas que un dia de sufrimiento en la gran serie de siglos qu oculta la eternidad bajo uno de los pliegues de su manto? Venimos sedientos de amor, y n amamos que el amor no sea para nosotros una fuente de dolores; apelamos en nuestra sed y e nuestra hambre á la caridad ajena, y hallamos echado el puente sobre los mas generosos cora zones; pedimos luz para nuestro entendimiento, y nos hallamos siempre cercados de tinieblas queremos para los demás altas virtudes, y no recogemos por premio sino la ingratitud y la tra cion de nuestros protegidos. Las flores se nos convierten en espinas; en la misma copa del plac apuramos el tósigo que ha de derribarnos al fondo del sepulcro. Si pobres, no hay quien vaya verter una lágrima sobre la cruz de nuestra fosa; si ricos, no bien morimos, cuando ya nuestr hijos se disputan sobre el mismo ataud nuestros tesoros. A hombres que solo han sido verdug de la humanidad se les levantan grandiosos monumentos y se les graba el nombre en las págin imperecederas de la historia; á otros que han contribuido á levantarla de sus mas terribles dolorosas caidas se les escasean los honores, cuando no se les condena para siempre á las o curas regiones del olvido.

»¡Oh muerte! ¿Por qué han debido pintarte con tan negros colores, cuando eres tú el úni rayo de esperanza que nos alumbra en la carrera de la vida? ¡Libertadora y salvadora nuestr ¡Ah! ¡Ven y rompe de una vez para siempre los hierros de mi espíritu! Tú eres el límite ent el tiempo y la eternidad, la inmensidad y el espacio, lo finito y lo infinito, lo accidental y lo al soluto; desata de una vez para siempre los lazos que me unen al tiempo y al espacio (1).

»Mas ¿soy yo efectivamente inmortal? ¿No están indisolublemente unidos el alma y la mat ria? Siento que en mí lo físico y lo moral se afectan mútuamente, que la imaginacion ejer una decidida influencia sobre mis sentidos, y mis sentidos sobre todas las facultades de ı entendimiento; ¿cómo puede el cuerpo morir y sobrevivir el alma? El mismo Dios me ha dich Vivirás eternamente; mi conciencia me dice á cada injuria que recibo y á cada falta que com to: Vivirás eternamente; mas mi razon, ¿dónde, cómo ha de encontrar motivos que la acall sobre este punto toda duda? Oigo al impío diciendo: No hay mas allá en el mundo; oigo filós fos que despues de haber meditado en silencio, exclaman: El universo no es mas que la trasfo macion incesante de una misma vida; el alma es inmortal, pero terrena. ¿Por dónde habré empezar á darme cuenta de mis propias creencias? ¿Dónde habré de buscar la base de mis larg raciocinios? Invoco de nuevo el favor de Dios para continuar mi libro (2).»

MARIANA, como se podrá apreciar fácilmente por esa sucinta exposicion de su doctrina, ı

(1) *De morte et immortalitate*, lib. 1.
(2) *Id.*, lib. 2, cap. 1.

hizo aun mas en esta primera parte de su tratado que seguir á la letra las tradiciones de la religion cristiana, la cual, partiendo del principio que somos almas caidas que aspiramos sin cesar á unirnos con el centro universal de que fuimos separados, no puede considerar la tierra sino como un valle de lágrimas y un lugar de prueba, ni dejar de ver en la muerte un genio de la redencion consagrado á volvernos á nuestra antigua y verdadera vida. Manifiesta indiferencia y hasta desprecio por las riquezas, los placeres y las dignidades; y á la verdad, nada mas natural, suponiendo, como debia, que todas nuestras buenas acciones se reducen á buscar de nuevo el camino por donde podrémos volver á nuestro perdido y suspirado cielo. Los placeres, las riquezas y las dignidades no sirven, bajo este supuesto, sino para distraernos del objeto final á que tendemos; consideracion que bastaria por sí sola para condenarlas, cuando no tuviéramos además otros motivos poderosos que el mismo autor expone.

¿No se ha observado, sin embargo, cómo Mariana, separándose ya del rigoroso ascetismo de muchos de sus contemporáneos, admite y legitima en el hombre el amor á la ciencia y á la gloria? Otros filósofos cristianos han dicho: «Dios y solo Dios ha de ser el objeto de todas tus acciones; tus mas altos hechos, tus mas singulares rasgos de heroismo para nada te serán contados en el libro de tus destinos, si al realizarlos te ha ocupado un solo momento la idea de lo que dirán de tí los hombres. El mérito de la accion está en la causa que la determina, y no hay causa legítima fuera del amor á Dios. Busca en Dios el principio de cada uno de tus actos, y serás constantemente bueno y justo, y no perderás nunca el camino que debe conducirte á la beatitud eterna. Dices que amas tambien la ciencia porque ennoblece tu espíritu y puede aliviar los dolores de tus semejantes; mas ¿cómo no adviertes que tu entendimiento está cercado de tinieblas, y dejando de oir la voz de Dios para consultar la de tu razon, vas á apagar tu fe y á perderte en las sombras de la duda? ¿No te ha dicho ya el Señor por boca de sus apóstoles y de sus profetas la última palabra de la ciencia? Compara al ignorante con el sabio, y ve quién guarda mas calma y quién mas fácilmente abandona la senda abierta por los verdaderos filósofos de Israel. Lleno de su saber, no respira el sabio sino orgullo, deja de pensar en Dios y pierde su alma. El ignorante oye siempre con humildad la santa palabra del Crucificado.»

Mariana no dice que se proponga refutar esta doctrina, mas indudablemente la refuta. «La humanidad es la hija predilecta de Dios, parece que leemos en su tratado *De morte;* y yo, solidario con ella por el pecado de mis primeros padres, siento y no puedo menos de sentir la necesidad de su amor, la necesidad de ser querido de la generacion que hoy vive y de las generaciones venideras. Si yo, siéndole útil y contribuyendo á realizar sus destinos, puedo inmortalizar mi nombre, objeto á que me hacen aspirar instintos casi irresistibles, ¿por qué he de combatirlos? Sirviendo la humanidad sirvo á Dios; ¿no es pues de todos modos ese mismo Dios la causa de mis actos? Es sabido que no tenemos obligacion de ahogar la voz de nuestros apetitos sino cuando el conocimiento los condena; y qué, ¿el conocimiento condena ni ha condenado nunca que pretendamos conquistar un nombre á fuerza de ejercer las mas señaladas virtudes y contribuir á la mayor felicidad de nuestros semejantes? — Combatís tambien, añade, el amor á la ciencia; mas ¿cómo pretendeis rebajar tanto al hombre? ¿Qué le queda si le quitais hasta la facultad de pensar sobre sí mismo? Ser dotado de razon, es en él, no un placer, sino una necesidad, darse una explicacion mas ó menos satisfactoria de cuanto pasa dentro de sí y en torno suyo; quitarle hasta la facultad de razonar ¿no es contrariar su naturaleza y hasta anonadarle? ¿Quién, por otra parte, puede impedirme á mí que piense y dude? ¿Puedo tal vez yo mismo? Mi alma tiene una actividad propia, que no necesita ni del estímulo de mi voluntad ni de ningun impulso

externo; si obra en momentos dados con absoluta independencia, ¿qué fuerzas habrá que la sujeten?—«Tememos, decís, que la ciencia no destruya la fe de nuestros padres y con ella el cristianismo; mas ¿cómo no habeis visto, repito, que siendo nuestra religion una verdad, ha de haber entre ella y la filosofía una identidad completa? El hombre, despues de todas sus meditaciones y extravíos, ¿podrá nunca hacer mas que conocer racionalmente lo que ahora siente y cree? ¿Es tal vez doble la verdad? Creo hasta indecoroso que hombres animados del verdadero espíritu del cristianismo se atrevan á manifestar tan pobres é infundadísimos temores.»

Se expresa MARIANA sobre este punto con energía; mas ¡ay! levanta sus raciocinios en el aire, y no es fácil que resistan á los menores embates de la lógica. Llevado de su empeño en quitar armas á los reformistas, falsea los mismos principios de que parte, transige, cede y destruye por el ardor de transigir y ceder en propia obra. Desgraciadamente no es él quien lleva aquí razon; son sus contrarios. El cristianismo en tiempo de MARIANA era ya un sistema; y todo sistema es un círculo inflexible. Querer ensancharlo es querer romperlo; ó ha de saltarse fuera de él ó reducirse la esfera de accion del pensamiento á su mas ó menos estrecha periferia. Pensar en otro medio es una ilusion, un sueño. No ignoramos que en todas las épocas en que la inteligencia ha empezado á sublevarse contra un órden de ideas, admitido casi sin discusion durante siglos, han salido hombres de noble corazon que han pretendido conciliar con los intereses de los conservadores la opinion de los rebeldes; mas no ignoramos tampoco que estos han sido generalmente los que mas han contribuido á acelerar la ruina de la misma causa por la cual tan generosamente combatian. Han pretendido forzar los principios de sus creencias dándoles una extension de que no eran susceptibles; y los principios han estallado en sus manos como hojas de acero que se intenta doblar mas allá de lo que permite el temple. Faltos de principios, no han hecho luego mas que divagar; y han debido al fin, ó retirarse avergonzados, ó pasar con armas y banderas al campo de sus enemigos. Es triste deber consignar estos hechos; mas no son por esto menos ciertos.

Al contemplar á MARIANA entre los reformistas y conservadores de su siglo, le vemos lleno de tanta elocuencia y de una majestad tan imponente, que no podemos menos de admirarle. Ha acometido una empresa digna, aunque imposible; y esto basta para que nos creamos hasta en el deber de mirarle con respeto. Decimos mas; no solamente le respetamos, le leemos á veces con placer y hasta con un afan que raya en entusiasmo. Pero cuando, ya leido, le meditamos recordando el objeto á que dirige sus estudios, ¿es siquiera posible que desconozcamos la peligrosa senda que recorre y la inutilidad de sus esfuerzos? Sostiene que la religion y la ciencia son idénticas en una época en que la filosofía empieza á divorciarse ya del cristianismo; ¿no es esto hasta cierto punto abrir la fosa á la religion amenazada? ¿Qué diria hoy de su religion en virtud de este principio? A un lado están ya los sacerdotes, al otro los filósofos; ¿no deberia ya profetizarle la hora de la muerte ó llorarla entre los muertos? Si además la religion y la ciencia son idénticas, ¿por qué permitir al hombre que busque en su propio entendimiento la confirmacion de la palabra de Dios, que no necesita de confirmacion alguna? Por qué permitirle que se entregue al exámen de cuestiones ya resueltas, exponiéndole á que caiga en errores funestísimos, imprescindibles por la naturaleza contradictoria de nuestra razon que, apenas libre del freno de la autoridad, vacila y duda? Dios, dicen con mas lógica que MARIANA los teólogos sus contemporáneos, ha hablado ya por boca de sus ángeles y apóstoles; ¿quién se ha de atrever á poner en tela de juicio la palabra del infinitamente Sabio? El hombre no tiene siquiera derecho para poner la mano sobre lo que Dios ha escrito; el que la pone es por este solo hecho un blasfemo, es

un impío. Cerrar los ojos y creer en la palabra de Dios, hé aquí el único deber del que admite la revelacion y no niega la veracidad de los reveladores. ¿Para qué sirve de otro modo la revelacion? podrian haber preguntado al autor que examinamos. La revelacion legitima el origen de la teología; pero solo la falta de revelacion puede legitimar en rigor el de la filosofía.

Decís, continúan además replicándole los mismos teólogos, que podemos amar la gloria con tal que para alcanzarla nos inmolemos en aras de la humanidad ó de la patria; mas ¿cómo salvais entonces los principios? ¿Es ó no de la esencia del alma aspirar al bien absoluto? Es bien absoluto el que resulta de nuestra fama póstuma? Si condenais el que consigo llevan las riquezas solo porque es contingente, y como tal indigno de ocupar la atencion de nuestro espíritu, ¿por qué no condenais este que deriva, no ya de una realidad, sino de un sueño? Diréis tal vez que distinguís; mas ¿cómo no se os ha ocurrido la misma distincion al haceros cargo de nuestra pasion por el oro que, como vos mismo confesais, es el mas alto poder que hay en la tierra?

Estas razones eran tan incontestables, que Mariana debió indudablemente callarse. ¿Pudo empero comprender el motivo de su mismo silencio? Pudo hacerse cargo de la falsa situacion en que se habia puesto por el simple hecho de buscar un término medio entre el protestantismo y el catolicismo de su siglo? ¿Cómo no procuró indagar antes si los nuevos principios que se proclamaban eran simplemente la antítesis de los que habia defendido ó la síntesis de las contradicciones desarrolladas en el seno de las ideas ortodoxas? Si hubiese hecho este exámen previo, ¿se cree acaso que hubiera podido incurrir en los errores en que incurrió con perjuicio de su misma causa? En el primer caso se hubiera contentado con manifestar que una negacion no puede reemplazar nunca un sistema; en el segundo hubiera abrazado sinceramente las nuevas doctrinas por creerlas verdaderas, ó las hubiera rechazado, consagrando sus esfuerzos á revelar la falsedad que contenian. La ciencia no le hubiera aconsejado nunca el infructuoso medio de sincretizar ideas contrapuestas; la ciencia, al considerarlas como tales, le hubiera dicho que la verdad no podia estar en unas ni en otras, que la verdad debia buscarse en un principio superior que las absorbiese y destruyese sus efectos subversivos. Oyó en esta cuestion Mariana mas la voz de las circunstancias que las severas prescripciones de la filosofía; y es preciso confesarlo, echó mano del recurso mas vulgar, menos eficaz, mas falso, mas expuesto. Pudo en un principio deslumbrar; mas ¿qué valen esos efímeros resultados del momento, tratándose de un debate en que iba poco menos que á decidirse la suerte del catolicismo?

Las ideas que hasta ahora llevamos expuestas de Mariana merecen ser apreciadas; mas no tanto por la verdad ni la profundidad que en sí contienen como por el sentimiento que las dictó, sentimiento nacido de lo mucho que conocia aquel escritor los vicios de su sistema religioso y los ataques irresistibles á que daba lugar por estos mismos vicios. Habia analizado Mariana las facultades del alma, y reconocia, sin querer, la soberanía de la razon humana; habia recorrido con una mirada llena de penetracion la historia de los pueblos, y reconocia, sin querer, la escasa solidez del catolicismo, sentado por algunos puntos sobre falsas bases; no hallándose con fuerzas para resistir al poder de su conciencia, confesó uno y otro, y se puso, tambien sin querer, al borde del abismo. No, dijo entonces, conociendo ya el peligro, admito la soberanía de la razon; mas ¿se deduce acaso de aquí que yo crea que la razon y la religion son enemigas? La religion no es para mí sino un sistema *á priori*, cuya realidad demostrará la razon *á posteriori;* la religion y la razon son para mí dos entidades, que como el Verbo y el Espíritu se confunden y se pierden en la unidad, en Dios, en lo absoluto. Admito tambien que están falseados por algunas partes los cimientos del catolicismo; mas ¿se deduce acaso de aquí que yo crea que debamos

seguir minándolos para derribarle? Estos cimientos pueden, á mi modo de ver, repararse y son fácilmente reparables. Pues qué, ¿el católicismo necesita de la supersticion ni de la fábula para sentarse sobre las ruinas de los partidos disidentes?

Publicó Mariana estas ideas, parte porque le obligó á concebirlas la fuerza de su propio entendimiento, parte por lo que le apremió la vista de los intereses amenazados; ¿es tan extraño que no haya sabido colocarse en la posicion que como filósofo y como católico le pertenecia? Los estudios sobre la marcha de la humanidad no estaban muy adelantados en aquella época para que pudiese prever el fruto que habian de producir mas tarde sus doctrinas; las evoluciones de la razon eran aun poco determinadas; el desarrollo antinómico de las instituciones y de las ideas sociales completamente ignorado hasta de los hombres de mas inteligencia.

Estuvo mucho mas acertado Mariana en la segunda parte de su tratado sobre *La inmortalidad y la muerte*. «El alma, dice, es inmortal; lo sé y lo siento. Si llegase á convencerme un dia de que no lo fuese, ignoro cómo podria siquiera concebir la existencia de la sociedad ni aun la del hombre. ¿Para que deberiamos elevar entonces nuestras miradas mas allá del suelo? ¿Con qué objeto refrenar nuestra codicia ni apagar el furor de la lujuria? ¿Qué motivos tendriamos para sacrificar nuestros intereses á los de nuestros semejantes cuando no nos detuviese la espada de la ley ni la mano del verdugo? ¿Por qué habiamos de rendir homenaje á un Dios que premia con dolores nuestros sacrificios y levanta los malos sobre la cumbre de los buenos? Por qué habriamos de respetar nuestra vida hasta el punto de sobrellevarla en medio de los mas largos y profundos sufrimientos?

»Mas yo siento en mí una individualidad que se subleva contra la idea de lo finito; yo veo un fenómeno cualquiera é investigo el sér que lo produce, me elevo de causa en causa á un mundo que no perciben mis sentidos, sondo las tinieblas de lo pasado, indago involuntariamente lo futuro, dudo y busco la verdad en medio de la duda, oigo una voz mas poderosa que la ley que me obliga á lo que la ley no manda, no conozco á Dios y le rindo sin cesar tributo, concibo el bien á pesar de no hallarle en la superficie de la tierra, reconozco un Sér supremo, confieso que si existe no puede dejar de ser justo, y no hallo, sin embargo, realizada la justicia; el cuerpo, digo, podrá volver á confundirse entre el polvo que mis piés levantan, el alma ha de vivir y pasar á un cielo donde sean una realidad las ideas, al parecer quiméricas, que ahora la tienen en continua lucha con el universo exterior que la rodea.

»¿Cómo empero he de probar lo que no es aun en mí mas que una creencia? Abro los libros de los dos grandes filósofos de la antigüedad, y leo en el uno razones que la confirman, en el otro razones que la niegan. Vacila por algunos instantes mi entendimiento; mas ¿no es acaso, me pregunto, tan soberana mi razon individual como la de Platon y la de Aristóteles? La vida es la accion; si puedo probar que el alma se mueve independientemente hasta del medio en que obra, ¿no se desprenderá de aquí que el alma es la vida, que está por lo menos en ella la fuente de la vida? No se desprenderá de aquí que, no teniendo nada comun con el cuerpo, no está destinada á sufrir las vicisitudes que este sufra? Es un hecho irrecusable que nuestro cuerpo no funciona sino á impulsos del espíritu, que en faltando este deja aquel de obrar y por consiguiente de vivir, sucumbe, muere. ¿Sucede así con el alma? Duerme la materia y continúa aquella agitándose ya en sueños mas ó menos fantásticos, ya en resoluciones de problemas que no ha podido dilucidar tal vez cuando estaba el cuerpo despierto y le auxiliaba con la luz de los sentidos. Hiere no pocas veces mis ojos una multitud de objetos; resuenan en mis oidos voces, ya armoniosas, ya discordes; mis ojos, sin embargo, no ven, mis oidos no oyen; y absorbida en tanto el alma

por profundas meditaciones, compara, razona, crea un sistema con que pretende darse razon ya de sus propios actos, ya del mundo fenomenal con que se siente unida, ya del sér que ha trazado en el espacio la marcha de los soles que brillan en la azulada bóveda del cielo. Reflexiona otras veces el alma sobre sí misma, sintiéndose, palpándose, adquiriendo conciencia de sus facultades, examinando su propia naturaleza, sobreponiéndose á la decision de los sentidos materiales, negando lo que acaso ellos afirman, afirmando lo que acaso niegan. Todos estos hechos ¿no son realmente movimientos puros del espíritu?

»Opóneme á esto Aristóteles que sin *fantasma*, sin una *intuicion*, sin una representacion sensual no puede adquirir el alma idea alguna; que todos estos movimientos que parecen en ella propios derivan pues de los sentidos; que alma y cuerpo están por consecuencia estrechamente unidos y son inseparables. Mas ¿es cierto que no haya sin intuicion idea? Es esto cuando menos altamente cuestionable; pero aun cuando no lo fuera, creo que en nada destruiria la fuerza de las razones consignadas. ¿Podriamos nunca atribuir este hecho á la naturaleza del alma? ¿No deberiamos antes suponer que depende de la naturaleza del medio en que aquella obra? Los sentidos no nos trasmiten mas que fantasmas de individuos, ¿cómo se eleva no obstante el alma á la idea de la colectividad? Cómo se eleva á las ideas tan abstractas de espacio y tiempo?

»Pero descubro aun otra razon para dejar irrecusablemente demostrada la inmortalidad de nuestro espíritu. Tiende el cuerpo á la tierra, el alma al cielo, y nace de esta diversa tendencia un estado de continuo antagonismo y lucha. A cada cuestion que se entabla entre los dos poderes, ¿quién decide? quién establece la paz? ¿No es generalmente el alma la que manda, y caso que venza el cuerpo, el alma la que reprueba y atormenta? La naturaleza del alma debe pues ser siempre superior á la del cuerpo; el alma no debe seguir la suerte precaria ó infeliz de la materia.

»Es, á mi modo de ver, muy poderosa la fuerza de estas razones; mas temo que no ha de faltar todavía quien niegue, á pesar de ellas, el principio que defiendo. Si tal sucediese, ¿no tendria acaso derecho de preguntar cómo se concibe que pueda morir nuestra alma? Todas las cosas creadas perecen ó por la accion de sus contrarias, ó por la separacion de sus partes, ó por la ausencia de la causa que las produjo, ó por la destruccion del sugeto que las contiene y les da vida. Si suponemos que muere el alma cuando muere el cuerpo, ¿no debemos suponer que mueren los dos en virtud de una misma accion y que tienen los dos igual contraria? Si suponemos que mueren en virtud de una misma accion, ¿no hemos de suponer además que es una misma su esencia y una misma su naturaleza? Negando pues la inmortalidad, caemos inevitablemente en el materialismo puro; ¿habrá muchos que quieran aceptarlo? Si mi pupila tuviera un color determinado, no podria juzgar de los colores; si el alma participase de la naturaleza del cuerpo, no podria conocer como ahora todos los cuerpos que ha encerrado Dios en el espacio. No, no es posible comprender cómo moriria el alma, caso que no tuviese la inmortalidad que nos obligan á concederle lo mismo la voz del corazon que la voz de la conciencia.

»Siento que mi alma es una, simple, indivisa, que obra toda sobre sí misma y sobre cada uno de los objetos que la cercan, que experimenta total, y no parcialmente, las impresiones que recibe por los ojos y por los demás sentidos; ¿cómo he de poder tampoco suponer que muera al igual de los cuerpos inanimados en virtud de una separacion de partes?

»Siento que por el alma obro y por el alma vivo; siento que si en ella está la vida, ha de ser forzosamente parte de la vida que anima el mundo, y ha de reconocer á Dios por causa y por origen; siento que es Dios indestructible, eterno; ¿puedo tampoco admitir que muera el alma por faltar el sér que la produjo?

»Sé, por fin, què aunque mi alma está contenida en mi cuerpo, no es el alma quien debe la vida á la materia, sino la materia al alma; ¿puedo tampoco ni remotamente sospechar que por caer mis carnes en la tumba caiga en ellas mi espíritu? No, mi alma no depende de mi cuerpo, su union es puramente accidental, la muerte no es más que el genio que rompe esa union, tan necesaria para la existencia del cuerpo como violenta para el espíritu, que tiende sin cesar á identificarse con el centro universal de que fué separada por causas que ignoramos. Si el sepulcro es para mi cuerpo la puerta de la nada, es indudablemente para mi alma la puerta de la vida.

»¿Qué es empero eso que llamamos alma universal? ¿Es cierto que haya una causa primera? Es cierto que Dios exista? Sé de algunos filósofos que lo han negado; mas no lo sé de ningun pueblo; hallo por de pronto la conciencia social en favor de mi segunda creencia. Examino luego la naturaleza, y veo en ella un órden admirable. Multitud de planetas siguen su curso sin jamás interrumpirlo; descubro para el movimiento del globo y el de cada uno de los séres que lo componen leyes generales que no han sido nunca quebrantadas; observo que esas mismas tempestades que hacen estremecer la tierra son efecto de causas constantes, y son á su vez causas de fenómenos necesarios para que subsista el mundo; tanta regularidad en la creacion, la creacion misma, ¿no me revelan tambien una inteligencia superior á la nuestra, que es la que principalmente constituye á Dios? La simple consideracion de mí mismo me confirma en esta idea. Soy todo yo antagonismo; mi libertad lucha con la fatalidad, mis pasiones son de continuo combatidas por mi entendimiento, mi entendimiento ha de estar trabajando sin cesar para acallar la poderosa voz de mis instintos; si para dominar las contrapuestas pretensiones de unos y otros necesito de toda la energía de mi alma, ¿no he de creer naturalmente que para dominar la de todos los séres del universo, séres que parecen conspirar sin tregua unos contra otros, es indispensable que exista un alma fuerte y poderosa, un espíritu, un Dios, que por la simple fuerza de su voluntad mantenga en tan discordes elementos la armonía? Yo no puedo, por otra parte, concebir un consiguiente sin un antecedente; no puedo ver la estatua sin pensar en el estatuario, no puedo atribuir á la casualidad la formacion del mundo, cuando para la mas sencilla obra veo que debe el hombre poner en juego y en la mayor actividad posible todas las facultades de su entendimiento; ni sé contener sin la idea de un Dios el vuelo de mi razon, que corre precipitadamente á perderse en la inmensidad de la duda, ni hallo fuera de ella un punto sólido, un principio de donde hacer partir la ciencia.

»Estas razones, sin embargo, no bastarán á los ateos, y me creo en el deber de repetir los argumentos ya célebres de Aristóteles y Cleanto. Nada, decia el primero, puede moverse por sí mismo, nada es ni puede ser á la vez agente y paciente; si hay en la naturaleza movimiento, hemos de suponer un motor, mas que se obstine la razon en rechazarlo. En el universo, decia el segundo, no existe un sér para el cual no haya otro mas perfecto; subiendo hasta donde quepa la escala de los séres, nos verémos obligados á llegar hasta uno que venza en perfeccion á todos, y este no podrá menos de ser Dios, es decir, la causa primera que gobierna el mundo. ¿Qué podrá contestar la impiedad á tan firmes y bien fundados raciocinios (1)?

»No basta empero que quede reconocida y probada la existencia de este sér; es preciso además investigar sus atributos, dándolos á conocer por el reflejo de sus propias obras. Vemos en todas una gran sabiduría, y no dudamos en llamarle infinitamente sabio apenas confesamos su existencia; concebimos fácilmente que haya de poderlo todo el que ha creado tantos mundos y les ha señalado un camino invariable en el espacio; accedemos sin esfuerzo á que sea absolutamente

(1) *De morte et immortalitate*, lib. 2.

libre el que solo por ser Dios ha de gozar de un conocimiento inmenso, y no ha de encontrar á cada paso contrastada su voluntad por la accion de las leyes que él mismo ha establecido; mas ¿será tan fácil que admitamos todos en él la providencia? Será tan fácil que admitamos en él la presciencia? Debemos salvar ante todo nuestra libertad, pues destruyéndola nos destruimos; ¿es cierto que sea conciliable con aquellas dos propiedades del espíritu increado?

»Me veo ante todo precisado á manifestar que sin la idea de la providencia, no solo no conciben muchos la existencia de ninguna religion, no conciben ni la de ese mismo Dios cuyos atributos indagamos. La fatalidad, dicen, gobierna entonces el mundo, todo sucede porque ha de suceder, y hasta el hombre en todos sus actos no hace mas que obedecer á la fuerza del destino. No hay en nosotros acciones buenas ni malas, no hay moralidad, es injusta la recompensa, mas injusto el castigo. O admitimos la fatalidad, ó hemos de suponer que Dios ha creado el mundo para regirle á su antojo y no con la luz de la sabiduría, cosa en Dios contradictoria y por imposible absurda.

»Yo tampoco concibo sin la providencia á Dios; mas no acepto ni puedo aceptar de modo alguno este argumento. La providencia y la fatalidad no son dos ideas opuestas, son dos fases de una misma idea. Lo que es relativamente á Dios providencia, es fatalidad respecto á los demás séres; y de esto tenemos pruebas inequívocas, y á mi modo de ver, incontrastables. ¿A qué llamamos propiamente fatalidad? La fatalidad no es mas que una ley que se nos impone, una ley cuya accion no podemos evitar ni aun con el ejercicio de nuestras mas altas facultades. Si Dios dispone en su sabiduría que la humanidad tuerza mañana el curso que hasta ahora ha seguido, su resolucion ¿no será luego una ley? No será luego una fatalidad, es decir, una necesidad para nosotros (1)?

»Para mí pues las ideas de providencia y fatalidad son inseparables; ó afirmamos las dos á la vez, ó las negamos. ¿Qué motivos habrá para afirmarlas? Qué para negarlas? Abro la historia, y las veo probadas en cada página, en cada suceso, aun en aquellos hechos que están al parecer escritos solo con fuego y sangre. Veo que las mas grandes catástrofes han producido mas ó menos tarde resultados beneficiosos para nuestra especie; que las ruinas de los imperios han servido no pocas veces para sepulcro de ideas que no podian producir ya sino abrojos y dolores; que las invasiones en un principio mas funestas han contribuido á generalizar principios fecundísimos, que de otro modo hubieran visto reducida la esfera de su accion al estrecho círculo de una ciudad ó un pueblo; que los mismos tiranos han acelerado la marcha de revoluciones que habian de ser indudablemente un bien para generaciones medio embrutecidas por la esclavitud y la barbarie; que el mal se convierte por fin en felicidad, y brota hasta entre cadáveres y sangre el árbol de la cultura social, que se viste á cada mudanza de nuevas y vistosas flores. Esta continua trasformacion de mal en bien, trasformacion que veo reproducida en la historia de la naturaleza, ¿no ha de probarme que vela Dios eternamente sobre sus criaturas, y que estas, aun haciendo uso de su libertad, obedecen solo á los inescrutables decretos de la Providencia?

»Mas ¿y esta libertad? se exclama. ¿Cómo es posible que me llame libre si está constantemente sobre mí la voluntad de Dios, y no está en mí contrariarla? Dios, al crear los séres, les

(1) Hé aquí cómo define y explica MARIANA en el tratado que estamos compendiando la providencia, la fatalidad, el libre arbitrio. *Omnia ex divinae mentis decreto procedere fatendum est quae in sua simplicitate multiplicem modum rebus gerendis constituit. Is modus ad Deum relatus* providentia *dicitur; rebus quas disponit comparatus* fatum. *Est ergo divina providentia divina ratio quae immota cuncta disponit... Ita* providentia *simplex et in Deo est;* fatum *multiplex et in re quaque suum... Arbitrium facultas quaedam est voluntatis et rationis, per quam, positis quae necessaria sunt ad agendum, et velle potest et nolle.—De morte et immortalitate*, lib. 2.

ha dado una naturaleza distinta, naturaleza que vemos determinada en cada uno de ellos por el conjunto de sus facultades. ¿Podemos ni siquiera imaginar que para dirigir el mundo al fin á que fué creado tenga nunca que violentar las condiciones de existencia de ninguna de sus obras? Somos séres libres, y dispone de nosotros como de séres libres; para la realizacion de ninguno de sus designios necesita violar la libertad que nos ha sido concedida. ¿En qué la sentimos efectivamente coartada? En qué la sienten coartada aun aquellos que están al frente de las grandes naciones y han de influir mas que nosotros en la futura suerte de sus pueblos (1)?

»Nuestra libertad no queda menoscabada en lo mas mínimo ni por la hipótesis de la providencia ni por la de la presciencia. Cuando admitimos la presciencia en Dios pretendemos afirmar, no que Dios conoce el porvenir, sino que lo ve por no existir para él tiempo ni espacio, por abarcar de una sola mirada la eternidad, por ser á sus ojos presente lo que á los nuestros es ya pasado, ya futuro. Que por una cualidad propia de su sér Dios vea ya hoy lo que he de hacer mañana, ¿en qué detiene mis acciones ni violenta mi albedrío?

»Sé que muchos autores no comprenden así la idea de la presciencia; mas sé tambien que por no comprenderla así se han visto arrastrados á sentar cuestiones, que considero hasta como una impiedad que se propongan. ¿Es Dios autor del pecado? han atrevido á preguntarse; y los hay que por temor de ponerse en contradiccion consigo mismos, la accion, han dicho, procede del Criador, mas no lo forma. ¿Qué necesidad habia, establecida ya la cuestion, de apelar á distinciones, aunque agudas, frívolas y falsas? Dios ha dado al hombre, como á todo género de séres, leyes generales bajo las cuales podemos, en virtud de nuestra libertad, caminar á la virtud y al vicio. Obramos mal conociendo siempre cómo podriamos obrar bien; el mal es pues pura y exclusivamente nuestro. ¿Habrá tal vez aun quien se queje de Dios por habernos concedido esta terrible facultad de armar la mano para cometer el crímen? Mas ¿cómo no se ha quejado antes de ser una individualidad libre y consciente? Cómo no se ha quejado antes de ser hombre? Podemos caer en pecado, y podemos precisamente por esa misma libertad que constituye nuestro sér y nuestro orgullo. Mal educada esta, pretende resistir á la accion de la providencia; y hé aquí por qué nos abre á cada paso cien abismos. ¿Seguirá tal vez alguno quejándose de que necesite de educacion nuestro albedrío? Mas ¿cómo no se queja antes de que nuestra razon no sea perfecta y deba tener un tan lento y penoso desarrollo? Cómo no se queja antes de que Dios no nos haya hecho á todos dioses (2)?

»Lo mal determinada que ha sido por muchos la idea de la presciencia los ha llevado aun á otro error, los ha llevado á exagerar el principio de la predestinacion, solo admisible para un corto número de individuos destinados á realizar los decretos de la Providencia, contrastando con su mayor energía de voluntad y de talento las fuerzas libres que á tal realizacion se oponen. Tienden todos estos errores y exageraciones á limitar, si no á destruir, nuestra libertad; y seria muy oportuno para obviarlos que recordase todo filósofo cómo, siendo la libertad una consecuencia obligada de nuestra razon, la libertad es lo que principalmente nos distingue de los demás séres. Toda idea que pueda minorarla es para mí capaz de excitar por de pronto la desconfianza, y digna de ser mas tarde rechazada.»

Cierra con estas graves cuestiones MARIANA la segunda parte de su tratado, despues de la cual

(1) *Deus sane vim nullam nostrae libertati infert, nihil de illa sua providentia delibrat, rebus utitur ut singularum natura exigit.—De morte et immortalitate*, lib. 2.

(2) *Quidquid electuri sumus vidit Deus intuitu aeterno, cognitio necessitatem non offert, uti ante est dictum. Vidit, inquam, non sanxit; praedixit, non definivit, ut fierent. Praescit omnia, sed non omnia praefinit, quae sunt Damasceni verba latine reddita.—De morte et immortalitate*, lib. 2.

solo se ocupa ya del pecado original y de la gracia, recargando de nuevo la pintura de los estragos causados por los deleites, la de las penalidades de la vida y la de las dulzuras de la muerte, y sobre todo, trazando acá y acullá con vivísimos colores el cuadro de los placeres que nos esperan en el cielo, mansion donde los bienaventurados volverán á ver á los que mas amaron, gozarán recordando lo que hicieron en la tierra, comprenderán lo que jamás les permitieron ver las sombras de que cubrió nuestro entendimiento la falta cometida en el paraiso, disfrutarán constantemente de la vista de Dios, cuya luz les llenará de una beatitud inefable. Quisiéramos exponer tambien la doctrina contenida en este tercer libro; mas deberiamos entrar en lo mas oscuro de la teología cristiana, y nos hemos propuesto apreciar á MARIANA mas como filósofo que como autor ascético. Nuestro artículo va haciéndose algo mas largo de lo que creiamos; permitásenos que en lugar de una tercera exposicion nos detengamos á escribir algunas reflexiones sobre las doctrinas explanadas.

MARIANA en esta segunda parte no se deja ya preocupar como en la primera por la idea de desarmar la reforma; dilucida las cuestiones prescindiendo de todas las influencias de su siglo; y si no siempre aduce argumentos bastante filosóficos, las examina casi siempre á la luz de la razon, y las resuelve como podia hacerlo en aquella época el pensador mas ilustrado del catolicismo. Cae muchas veces en la vulgaridad, y se hace trivialísimo y difuso; pero en medio de esa misma vulgaridad sabe no pocas elevarse á las mas altas regiones de la filosofía. ¡Qué lástima que haya empezado tan mal á probar su creencia sobre la inmortalidad del alma! «Si un dia llegase á convencerme de que esta creencia es falsa, dice, ignoro cómo podria concebir ni la existencia de la sociedad ni la del hombre.» ¿Tan débil es en nosotros la nocion del deber, que solo á la idea de que el alma puede morir se extinga? El deber tiene su raiz en el principio mismo de nuestra voluntad, el deber es la necesidad de una accion impuesta por una ley que está en nosotros mismos, el deber es verdaderamente lo que ha llamado Kant un imperativo categórico. Que creyéramos que no en la inmortalidad del alma, su voz se alzaria siempre de un modo imperioso en el fondo de nuestro sér, y determinaria como ahora y como siempre nuestras mas frívolas acciones. ¿No ha habido acaso pueblos enteros que no han admitido la inmortalidad de nuestro espíritu? No ha habido sectas filosóficas que la han negado por sistema? Esos pueblos y esos filósofos han reconocido, sin embargo, como los que mas, los deberes naturales.

La verdadera prueba de nuestra inmortalidad está, no en esa ni en otras vaguedades de igual género, sino en la consideracion del movimiento propio de nuestra alma, consignado con tan raro talento por Platon y explicado por MARIANA con no menos exactitud y acierto. Mil fenómenos intelectuales acreditan á cada paso este movimiento, sin el cual hubiera sido muy difícil que la filosofía moderna hubiese encontrado un punto de partida ni una base sólida para sus sistemas. Sin empezar nuestra alma por sentirse, por reconocerse, por adquirir la conciencia de sí misma independientemente del mundo que nos rodea, no cabe afirmar ni la realidad objetiva ni la subjetiva; sin afirmar esta realidad no cabe proceder á investigaciones ulteriores ni sobre Dios, ni sobre la naturaleza, ni sobre la humanidad, ni sobre el hombre; cerrado el campo á estas investigaciones, no hay filosofía ni ciencia alguna posible. ¿Dónde estariamos aun de nuestro largo y penoso camino, si el alma por esa espontaneidad que la distingue no hubiera podido concebir ese *yo* que se *pone*, se *opone*, se limita y no halla en el mundo fenomenal sino la realizacion de sus propias ideas, ó sea la realizacion del mundo inteligible? El movimiento propio de nuestra alma es ya un hecho casi incuestionable; y para nosotros cuando menos, admitido el

hecho, no es lógico creer que puede ni debe seguir nuestro espíritu la condicion del cuerpo. Aceptada la premisa, la mas rebelde razon se ve condenada á deducir la consecuencia ya sentada.

Milita contra esta prueba, como ha visto el mismo MARIANA, el famoso principio de la escuela aristotélica: *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu;* mas nadie ignora que este principio, no solo es cuestionable, sino que está ya refutado y destruido por todos los que han hecho un riguroso análisis de las facultades de nuestro entendimiento. MARIANA, aunque lo calificó de disputable, se contentó con manifestar que, aun siendo cierto, no quedaba destruida su creencia; y no advirtió tal vez hasta donde debia que si no quedaba destruida la creencia, lo quedaba por lo menos la fuerza de su mas sólido argumento. Creyendo en la vida propia de nuestra alma, ¿qué razon podia moverle á dejar pasar sin refutacion un principio tan opuesto? Hoy, en un tratado como el suyo, podria dispensársenos tal vez tan grave negligencia; mas ¿cómo no hemos de censurársela hablándose de una época en que la filosofía aristotélica ejercia aun mucho imperio en todas nuestras universidades y centros literarios?

Es tanto mas vituperable este descuido cuanto que, fuera de la prueba de Platon, apenas ha presentado otra que no se venga abajo por su propio peso. El alma y el cuerpo, dice luego, están en perpetua lucha; si el alma es la que establece la paz, ¿no hemos de considerarla naturalmente superior al cuerpo? Estaria indudablemente demostrada esta superioridad si el alma figurase solo como árbitro en la lucha; pero es tambien combatiente, y acredita por harta desgracia nuestra la experiencia individual, que, léjos de salir siempre vencedora, sale no pocas vencida, y queda otras muchas reducida á la impotencia. Vienen despues de la satisfaccion de nuestras pasiones los remordimientos, voz interior con que el espíritu manifiesta aun su supremacía sobre la materia; mas ¿podemos acaso olvidar que la intensidad de estos remordimientos disminuye en razon directa del número de triunfos alcanzados por nuestros apetitos? Los remordimientos no solo disminuyen, cesan cuando cierta clase de faltas, por haber llegado á constituir en nosotros un verdadero hábito, pasan á ser un elemento de la vida. El libertino, el ladron, el homicida hacen al fin gala de crímenes que en un principio se avergonzaban de confesar ante sí mismos; el libertino, por ejemplo, mira ya en la mitad de su carrera como actos que no deben turbar siquiera el goce de sus voluptuosos sueños el estupro, el rapto, el aborto provocado, el adulterio. ¿Cómo se concebiria de otro modo la persistencia en el delito de hombres cuyo simple recuerdo basta para infundir terror á toda una comarca? Cómo se concebiria de otro modo la brutal indiferencia con que estos mismos clavan el puñal en el pecho de sus víctimas?

La última prueba aducida por MARIANA es algo mas poderosa y concluyente; pero solo contra los que niegan la inmortalidad y admiten por otra parte la espiritualidad del alma. La negacion de la inmortalidad lleva efectivamente de una manera fatal é irresistible al materialismo puro, por el cual es probable que se atreviesen á decidirse muy pocos filósofos en tiempos de nuestro pensador teólogo. Manifestar la contradiccion en que aquellos incurrian era siempre descartarse de un gran número de enemigos y robustecer su tésis; pero esto, que podria satisfacernos tratándose de una creencia en cuyo apoyo no hubiese pruebas mas generales y absolutas, no puede contentarnos en esta cuestion, presentada por MARIANA bajo un solo punto de vista rigurosamente filosófico.

La de la existencia y la de los atributos de Dios están desarrolladas aun en el tratado *De morte et immortalitate* con menos fuerza de ciencia. La existencia de Dios no viene allí probada, viene solo sentida; los atributos vienen, no solo mal probados, sino tambien mal deslindados y clasificados. Deberiamos aconsejar al lector que cerrara el libro al llegar á estos capítulos, si en me-

dio de muchas ideas vulgarísimas no brillasen de vez en cuando algunas suficientes por sí solas para resolver dificultades que aun hoy han sido suscitadas y mal resueltas por los mas audàces filósofos del siglo. Ha sido negada en nuestros tiempos con una energía casi salvaje la idea de la Providencia; y la hemos negado nosotros mismos declarándonos en cambio decididamente fatalistas. Tal como entiende MARIANA la Providencia, esta division entre providencialistas y fatalistas es, además de insubsistente, inútil. La humanidad, dice, obedece como el resto del universo á leyes inevitables, leyes que acreditan en Dios la providencia, pero que son una fatalidad para nosotros, á quienes como séres libres será lícito cuando mas detenerlas por un tiempo dado, nunca contrariarlas ni destruirlas. ¿En qué diferimos realmente de MARIANA los que nos atrevemos á admitir el fatalismo social para explicar la historia de los pueblos? Nuestra disidencia queda reducida á lo sumo á que MARIANA pudo creer hijas de esa cualidad llamada Providencia las leyes que nosotros no acertamos á considerar sino como una necesidad impuesta á Dios por su sabiduría absoluta; á que MARIANA cree posible en Dios una idea, que para nosotros es hasta contradictoria en un sér que teniendo una ciencia de intuicion y no progresiva, ni puede apreciar las diversas evoluciones de nuestro entendimiento, ni seguirnos por el inestricable dédalo de nuestras antinomias. MARIANA hizo indudablemente dar un gran paso á esta cuestion, y merecia por esto solo elogios, cuando no por tantos otros rasgos de ingenio y pensamientos muy profundos.

Pregúntase luego nuestro juicioso filósofo si Dios es autor del pecado y si la predestinacion existe, dificultades á que podia ya fácilmente contestarse despues de resuelta con tanta claridad la de la Providencia. Si Dios da la ley, y el pecado es la trasgresion de la ley, solo nosotros en virtud de nuestra libertad somos los autores del pecado, ha dicho; y no hay en verdad á tan exacta y lógica solucion réplica posible. Si Dios, continúa, ha dictado leyes generales para la marcha de la especie y las ha dictado atendiendo á la singular naturaleza de los individuos, la predestinacion no es necesaria, y solo se hace posible para casos extraordinarios en que la desviacion de la regla tienda á destruir ó á hacer ineficaz la regla misma; solucion no ya tan filosófica como la anterior, pero bastante razonable. La predestinacion, á nuestro modo de ver, no existe ni puede existir desde el momento en que se admite que Dios gobierna el mundo por leyès todas inevitables, para cuyo cumplimiento no se ha tratado de violar ni en los demás animales la fuerza de los instintos ni en nosotros el libre albedrío que nos constituye hombres. No lo negó MARIANA, y fué tal vez por no chocar del todo con las ideas mas recibidas en su siglo.

Falta ya solo que consideremos el modo cómo nuestro autor ha entendido la presciencia. El sentido literal de esta palabra está muy léjos de favorecer la interpretacion que con otros muchos autores de su época le ha dado; pero es, á no dudarlo, tan ingeniosísima interpretacion el único medio de hacerla conciliable con la libertad, que de cualquier otro modo ha de quedar destruida. Si no por lo científica, cuando menos por lo aguda y original, es digna esta opinion de ser algun tanto respetada. Nosotros admitimos como MARIANA la prevision en Dios, para quien suponemos no hay division de tiempo ni de espacio; pero una prevision general, no esa prevision de detalle que le concede falseando la misma naturaleza de ese sér á quien todos los teólogos se esfuerzan en revestir de atributos á cuál mas contradictorios. Conocemos que no hemos de ser en esto comprendidos; mas conocemos tambien que no es este lugar oportuno para desarrollar nuestras ideas filosóficas, y nos hemos de contentar con enunciarlas.

MARIANA las ha explanado con bastante detencion acerca de las cuestiones mas capitales de la moral y de la teología, pero no acerca de las altas dificultades ontológicas y psicológicas, que no

ha tocado sino incidental y vagamente al hacerse cargo de la inmortalidad del alma. Es á la verdad de sentir que un hombre de tan vastos conocimientos y de tan elevada inteligencia no haya tenido ocasion de consignarlas todas sistematizándolas de modo que fuera fácil apreciarlas ya por la armonía general de su conjunto, ya por la relacion que guardase con este cada una de las partes, ya por el valor absoluto de cada una de por sí, ya por su valor relativo á la manera de ver y de pensar de su época. Habria dejado entonces un monumento, que respetarian aun los mas atrevidos filósofos; habria adquirido un glorioso lugar y un brillante recuerdo en las páginas de la historia de la ciencia.

II.

Hemos júzgado hasta ahora á MARIANA como filósofo; vamos á juzgarle como publicista.

Penetrado como nadie de que somos séres esencialmente libres, proclama ante todo la libertad del pueblo. «No hay razon alguna, exclama, para que nos mandemos unos á otros; si para nuestro propio bienestar necesitamos de que álguien nos gobierne, nosotros somos los que debemos darle el imperio, no él quien debe imponérnoslo con la punta de la espada. Muchas naciones han sido desgraciadamente constituidas por la violencia, pocas por el consentimiento de los que las componen; mas esto en nada menoscaba la fuerza de nuestro derecho, derivado de la misma naturaleza y constitucion del hombre. Si no podemos rechazar ya los poderes que solo á la tiranía debieron su orígen, podemos obligar cuando menos á los descendientes de los antiguos tiranos á que obren en virtud de leyes emanadas de la suprema voluntad de la república. Nuestro derecho es imprescriptible; y si hay monarcas aun que sobreponiéndose á él pretendan obrar á su antojo y sin consultar el voto de los que han de vivir bajo su yugo, monarcas solo por la fuerza, dejarán de serlo justamente el dia en que una fuerza mayor les precipite del puesto que tan infamemente arrebataron. Todo poder que no descansa en la justicia no es un poder legítimo; y es de todo punto indudable que no descansa en ella el que no ha recibido su existencia del pueblo ó no ha sido á lo menos sancionado por el pueblo.

»Preguntan á menudo los políticos cuál es la mejor forma de gobierno; mas esta cuestion es para mí secundaria, porque he visto florecer estados bajo la república como bajo la monarquía, y la historia de cien siglos me revela en todos los sistemas una bondad, si no absoluta, relativa. Pesando las ventajas é inconvenientes de una y otra, me decido por la monarquía, que encuentro mas análoga y conforme al modo como se gobierna la naturaleza; mas ora se convenga conmigo, ora se esté por la aristocracia ó por la democracia, lo que para mí interesa es dejar consignado desde un principio que léjos de depender el Estado de los poderes públicos, los poderes públicos dependen directa y constantemente del Estado. El hombre para fundar y extender la sociedad no necesitaba de un impulso extraño; sér naturalmente sociable, sentia la necesidad de reunirse con sus semejantes desde el momento en que los conocia ó los sentia junto á su cabaña. Habia adquirido y no podia menos de adquirir la conciencia de sus propias facultades; y viendo desde luego que no podia desarrollarlas sin ponerse en contacto con los séres de su especie y aun con los demás del universo, era indispensable que concibiese las ideas de familia y tribu, ideas que contenian virtualmente en sí las de ciudad, provincia, nacion, imperio uni-

versal, linaje humano. Solo despues de constituida la sociedad podia surgir entre los hombres el pensamiento de crear un poder, hecho que por sí solo bastaria á probar que los gobernantes son para los pueblos, y no los pueblos para los gobernantes, cuando no sintiéramos para confirmarlo y ponerlo fuera de toda duda el grito de nuestra libertad individual, herida desde el punto en que un hombre ha extendido sobre otro el cetro de la ley ó la espada de la fuerza.

»Escritores mal intencionados y cortesanos llenos de corrupcion se han propuesto no pocas veces halagar á los reyes suponiéndoles, no solo superiores á los pueblos, sino hasta dueños de las vidas y haciendas de los ciudadanos; mas estos hombres, incapaces de apoyar sus opiniones en ninguna razon sólida, no merecen de todo hombre pensador sino el desprecio. Han vendido torpemente su independencia, y quieren sacrificar la de los otros en aras de su humillacion y su bajeza; han sumergido en el cieno de la adulacion las facultades que les habia dado Dios para alumbrar á los príncipes; y no parece sino que quieren tambien rebajar hasta el nivel de los brutos la inteligencia de los demás hombres.

»Afortunadamente en nuestra monarquía, cuyos hábitos de libertad vienen fortalecidos por una serie nunca interrumpida de esfuerzos y de sacrificios, no han de prevalecer nunca tan bárbaras doctrinas. Mas ¿no seria siempre mejor que viesen unos sobre sí el desprecio público, y fuesen arrojados los otros de palacios, donde solo deberia reinar la verdad ó inculcarse sin tregua las mas exactas ideas de justicia? El principio que dejo establecido lo está generalmente en España, gobernada desde tiempo inmemorial por Cortes, á cuyas resoluciones han de sujetar su voluntad los mismos reyes; sostener el opuesto, no solo es falsear la ciencia, es atentar contra las mas venerandas costumbres y lo que principalmente constituye la nacionalidad española. Nuestros príncipes deben saber por lo contrario que son solo depositarios del poder que ejercen, que no lo tienen sino por la voluntad de sus súbditos, que han de usarlo conforme á las leyes fundamentales del Estado, que no pueden alterar una sola ley sin hacerla discutir y determinar en el seno de las Cortes, ni imponer nuevos tributos sin consultar el voto de los contribuyentes, ni obrar contra el dogma cristiano, ni reformar siquiera las prácticas religiosas sin la prévia autorizacion del pueblo ó de la Iglesia. Deben saber que si, mal aconsejados por sus pasiones ó por los que les rodean, se atreven algun dia á violar, ya esa misma religion que estamos obligados todos á defender contra las armas de los pueblos infieles y las invasiones de la herejía, ya esas leyes capitales en que descansa toda nuestra organizacion política y están apoyados los intereses sociales de los pueblos, ya esas antiguas costumbres que además de caracterizarnos forman parte de nuestra misma vida; ó deberán resignarse á abdicar el poder de que abusaron, ó se verán justamente expuestos á morir en manos de la insurreccion ó en las del hombre que, celoso por las libertades de su patria, tenga el suficiente heroismo para ir á clavar su puñal en la frente del tirano. Deben saber que, aunque vean defendido su trono por armas de soldados mercenarios, indignos siempre de guardar el sueño de los buenos príncipes, han de temer si obran mal; pues son impotentes todas las armas del mundo para librarles de un patricio que, fingiéndoles amistad, aceche el momento oportuno para hacerles rodar de un solo golpe las gradas del trono y los escalones del sepulcro. Deben saber que, aunque el asesinato es siempre un crimen, deja de serlo y glorifica al que lo comete cuando á falta de otros medios se ejecuta sobre el cuerpo de un rey para quien hayan sido los pueblos un juguete y la justicia una mentira. Deben saber que, siendo los reyes para la sociedad, y no la sociedad para los reyes, si ve la sociedad sublevada contra sí la hechura de sus manos, tiene, no ya el derecho, sino el deber de castigarla; tiene, no ya el derecho, sino el deber de aniquilarla del modo mas ó menos legítimo que le permitan la

fuerza y la situacion del que, en lugar de ser su guarda y su broquel, se ha convertido en su verdugo. Deben saber que, como no se perdona medio para deshacerse de un monstruo, no se perdona para deshacerse de un tirano, que es el mayor monstruo de la tierra.

»Suele ocultarse la verdad á los príncipes diciéndoles que han recibido su poder, no del pueblo, sino de sus mayores, que se lo dejaron por herencia. No se les enseña, como debería enseñárseles, que hasta la ley sobre la sucesion es hija de la voluntad nacional, sin la cual no puede aquella reformarse ni podria decidirse cuestion alguna si llegasen á presentarse circunstancias á que por lo raras ó imprevistas no pudiese hacerse extensivo lo dispuesto. La sucesion hereditaria no altera en nada la naturaleza del poder real; la sucesion hereditaria no ha sido admitida á pesar de sus gravísimos inconvenientes sino para asegurar mejor el órden social, apagando ambiciones que á la muerte de cada príncipe habrian de remover forzosamente el país y provocarian tal vez escándalos y guerras. ¿Se cree acaso que si la nacion considerase mañana necesario restablecer el principio de sucesion electiva, que tuvimos en vigor durante siglos, podria siquiera el príncipe oponerse á que así se resolviese? No solo puede una nacion rechazar la sucesion hereditaria; puede variar hasta la forma misma del gobierno, á pesar de los muchos peligros que suelen llevar consigo estas mudanzas. Hay en la vida de los pueblos vicisitudes que, no solo aconsejan, sino hasta exigen cambios radicales; y estos cambios ¿quién duda que son justos cuando emanan de la misma república, centro de todos los poderes del Estado?

»La monarquía es el gobierno mas simple, mas susceptible de unidad de accion, mas fuerte por consecuencia, y menos expuesto á revoluciones y trastornos; pero es absolutamente imposible para que produzca buenos frutos que estén bien deslindadas en ella las relaciones entre el príncipe y los súbditos. Conviene por esto, ante todo, que el rey se limite á ser el jefe del poder ejecutivo, procurando que este mismo poder, sobre el cual no está ya sino el del pueblo, dificilísimo de ejercer cuando se trata de aplicarle á la persona de un monarca, no degenere nunca en tiranía. Léjos de aislarse de sus vasallos trazando en torno suyo un círculo de cortesanos y otro de guardias pretorianas, debe estar en continuo roce con ellos viendo por sus propios ojos las necesidades que padecen, escuchando con su propio oido la voz de los deseos que sienten ó el grito del dolor que sufren, enterándose por sí mismo del giro que toman ó deban tomar las ciencias ó las artes. Las espadas que hayan de servir para defenderle no las confiará sino á ellos, á quienes, así en guerra como en paz, ha de tener siempre armados para que no se enerven en el ocio y la molicie; los consejeros que hayan de formar su corte los buscará entre ellos, á quienes no ha de temer nunca elevar al rango de la aristocracia si pelearon como buenos en el campo de batalla ó meditaron en el silencio de sus retretes sobre las verdades de la ciencia. Buscará á los grandes entre los humildes; y logrará así por una parte reparar los injustos estragos de la desigualdad, introducida solo en el mundo por el caprichoso juego de la suerte y la tiranía de los que mas pudieron, por otra remozar esa nobleza corrompida que mancha hoy con torpes fealdades los escudos pintados por los mayores con la sangre de sus venas. La nobleza es otro poder en el Estado, y debe por lo tanto el rey cuidar de que por lo estancada no le suceda lo que á las aguas empantanadas que vician con sus miasmas el aire que las rodea y llevan á la redonda las enfermedades y la muerte. Los fundadores de muchas de nuestras familias aristocráticas hicieron tal vez menos de lo que han hecho hoy hombres de solar desconocido; elévese á estos á lo que aquellos fueron elevados, y sobre haber hecho justicia á la virtud y al mérito, se habrá logrado algun tanto borrar los límites ya demasiado marcados entre la aristocracia y el pueblo.

»La aristocracia en una monarquía es un elemento del todo necesario: sirve de freno á los re-

yes y se opone al establecimiento de la tiranía. El buen príncipe no debe temerla; debe por lo contrario darle fuerza por ser ella su mas poderoso apoyo en las grandes crisis y en los terribles golpes de la guerra. Hace ya mucho tiempo que se esfuerzan los gobiernos en destruirla; mas estos esfuerzos son fatales para el mismo pueblo que tan inconsideradamente los aplaude. Cuando ya no tenga la nobleza armas de que rodearse ni fortalezas en que guarecerse, cuando sea ya su título un nombre que nada signifique, ¿quién detendrá al pronto los pasos del tirano? Rejuvenézcasela, no se la aniquile; y al paso que será la salvaguardia de los buenos príncipes, será el escudo de la sociedad entera.

»Hombres miopes que no saben apreciar mas que las dificultades del momento claman tambien hoy contra el excesivo poder de los obispos y otras altas dignidades de la Iglesia. Pretenden, al decir de ellos, salvar nuestras libertades, y no ven que con soló proponer estos medios las sepultan. ¿Qué pueden hoy en favor de ellas esos cortesanos sin corazon, cuyo afan parece reducirse á cegar al príncipe, llevándole por la senda que conduce á la conculcacion de nuestras leyes? Tenemos ya tropas mercenarias y están reunidos al rededor del trono todos los elementos de la tiranía; si ciñe mañana la corona otro rey que no tenga las virtudes del que hoy gobierna, ¿quién sino esos obispos podria salir á la defensa de nuestros derechos sustentados con tanto valor durante siglos? Los prelados son la parte de la nobleza menos expuesta á corromperse; no les suceden como á los demás aristócratas hijos degenerados, les suceden, sí, varones siempre eminentes, hijos casi siempre predilectos del pueblo y de la Iglesia. No solo merecen conservar sus rentas; merecen que se les confirme en la tenencia de esos castillos desde cuyas almenas han combatido no pocas veces por la ley fundamental de nuestra monarquía. ¿Quién puede vivir con mas independencia que ellos, que no necesitan de la venia del rey para conservar sus dignidades, que están en contacto con todas las clases de la sociedad, que libres ya de pasiones ó inspirados por la mas pura luz del cristianismo, no han de dedicarse sino á reparar las injusticias con que han oprimido á los hombres la propiedad y la violencia? Quién puede aconsejar con mas acierto que ellos, que han debido subir una por una las gradas de la ciencia para encumbrarse al puesto que actualmente ocupan? Romped el lazo que hoy une á los pueblos con los reyes; y á no tardar veréis entre unos y otros un abismo. Pesará entonces la tiranía como no ha pesado nunca sobre nuestras frentes; y ¡ay entonces de nuestras libertades! ay de nuestras leyes!

»Ocupado el pueblo en la práctica de la agricultura y del comercio, sin la cual no le es dado conservar la vida, puede difícilmente defender por sí sus intereses; si una aristocracia independiente y fuerte no vela por ellos cuando no sea mas que en virtud de su propio egoismo, corren aquellos peligros inminentes. Y qué, ¿tiene acaso algo de odiosa la aristocracia tal como propongo que se organice y se reforme? En esta aristocracia no habria cerradas las puertas para nadie. El soldado que acreditase su valor y su pericia en los combates, el sabio humilde que con sus altos pensamientos lograse dirigir por el camino de la felicidad la patria, el sacerdote por cuyas virtudes mejorasen de condicion las clases del Estado, todos los que lograsen levantar la cabeza sobre el nivel de sus contemporáneos hallarian siempre una corona dispuesta á bajar sobre sus sienes. Partidario del principio de la igualdad, que veo dolorosamente destruido por la fatalidad de las cosas, creo que á todos son debidos los honores y las recompensas, y no habria para nadie que las mereciese una sola distincion, ni para nadie que no las mereciese un privilegio.

»A pesar de lo ya expuesto, habrá tal vez quien nos pregunte por qué hemos de poner tan decidido empeño en conservar y robustecer la aristocracia; mas aun cuando no fuese, como llevamos dicho, un baluarte contra la tiranía y un vínculo indisoluble entre el pueblo y la corona,

creeríamos prudente sostenerla y darle fuerza con el fin de tener en ella un medio de educacion para los príncipes, un elemento de economía para el Estado y un inagotable plantel de magistrados para el gobierno y direccion de la república. Un príncipe no debe ser educado aisladamente; si no ve crecer á su lado otros de la misma edad y de distinta condicion é ingenio, ni sabe apreciar nunca el valor de los demás, ni adquirir el conocimiento de sí mismo. Falto de estímulo, no adelanta, y llega, sin embargo, á la mocedad creyendo tal vez que sobrepuja á todos en las prendas del cuerpo y en las del ánimo. Mañana que es rey debe escoger auxiliares que realicen su política y ejecuten sus mas delicadas órdenes; y por no estar en relaciones con la generacion de que forma parte, se ve condenado á entregarse en brazos, no del mérito, sino de la adulacion y del favoritismo. No se ha acostumbrado á considerar á los demás hombres como iguales, y los trata á todos con altivez, los manda con un orgullo necio, que no puede menos de chocar con la dignidad propia de ciertos funcionarios. Nacen de aquí conflictos que no hacen mas que exacerbarle, se irrita, quiere de dia en dia que prevalezcan mas y mas sus opiniones, y camina sin sentirlo á la mas insufrible tiranía. ¿Créese acaso que sucederia así si, insiguiendo la costumbre de los reyes godos y la de muchas antiguas dinastías, se le educase desde niño con los hijos de los grandes, poniéndole así en contacto con los que deben hacer mas tarde triunfar sus estandartes, administrar en su nombre la justicia ó representarle en las demás cortes europeas? Estoy firmemente convencido de que, tanto para el bien de los príncipes como para bien de las naciones, deberian ser educados con ellos hijos de aristócratas de todas las provincias, medio con que se lograria, no solo prevenir los inconvenientes consignados, sino hacer que el que ha de ocupar un dia el trono fuese enterándose insensiblemente de la diversidad de caractéres y de lenguas que existe entre los individuos de nuestro vasto y dilatado imperio.

»¿Quién, por otra parte, podria consagrarse mejor al ejercicio de la alta magistratura que esos mismos nobles cuyas exorbitantes rentas son la mejor garantía de que no han de explotarla en su provecho? Quién mejor que ellos podria desempeñar los mas graves y penosos cargos sin cobrar del erario y solo por el honor que suelen llevar consigo? Los honorarios de los agentes del poder absorben hoy una gran parte de la riqueza pública; ¿por qué á quien disfruta ya de grandísimos caudales hemos de hacerle aun partícipe de los escasos fondos recogidos por el sudor del pobre? Por qué siéndonos fácil no hemos de rebajar los tributos que pesan tan gravemente sobre la cabeza de los pueblos? Si nos elevamos á los verdaderos principios de justicia, habrémos de confesar, á pesar nuestro, que esos grandes tesoros de la aristocracia solo han podido ser acumulados por la iniquidad de los hombres y la imprevision de las leyes; ¿cómo, ya que no nos creemos con derecho para recogerlos y distribuirlos en nombre del Estado, no hemos de procurar que se inviertan en favor de los mismos á quienes fueron inhumanamente arrebatados? La comunidad era la única forma social posible, porque á todos y para todos ha sido dada la tierra; si el arbitrario poder de ciertos hombres ha venido despues con el principio de propiedad individual á quebrantarla, ¿cuáles son nuestros deberes y los de cuantos podemos influir en la marcha de los negocios públicos con la pluma ó con la espada? El mal se ha generalizado, y no es posible curarle de raíz sin atacar el vasto cúmulo de intereses creados á la sombra de las leyes; mas ¿hemos de pensar en atenuarlo, ó en agravarlo? Abogo por la aristocracia; pero así como estoy porque se la robustezca, estoy tambien porque se repare con sus mismos sacrificios la injusticia que veo brotar del seno de su constitucion, viciada por abusos en ningun tiempo perdonables.

» Dícese que el clero no es menos rico que la nobleza, y se me acusará tal vez porque no propongo para este igual clase de reformas. El alto clero que, á pesar de no poderse confundir con la

aristocracia, viene á formar parte de ella donde quiera que los poderes temporal y espiritual obran como es debido de comun acuerdo, está para mí fuera de duda que podria servir tambien gratuitamente los principales oficios de la administracion y del gobierno; mas no me quejo tan amargamente de las pingües rentas que disfruta, porque veo que vuelven por distintos conductos á la masa comun de que proceden. Vive de los tesoros de los obispos y aun de los fondos de los monasterios un sin número de pobres; deben á ellos sus carreras una multitud de jóvenes, que de otro modo hubieran debido consumir sus talentos en artes poco acomodadas á su claro ingenio; medran, gracias á ellos, instituciones benéficas, que son de un grande alivio para clases expuestas á grandes vicisitudes y tormentos. El clero, salvas algunas excepciones, que condeno con toda la energía de mi alma, es una segunda providencia para cuantos sufren; ¿lo es esa aristocracia avara y codiciosa que malgasta sus riquezas solo en torpes placeres, corrompiendo al pueblo, á quien debia servir de guia? He dicho en otro párrafo que ha de conservarse el poder del alto clero por exigirlo la defensa de nuestras libertades; añado ahora que ha de conservársele, porque sin él no hay quien defienda el príncipe cuando la aristocracia se entregue á los turbulentos desórdenes de los reinados de Juan II y Enrique IV.

»Pero me separo sin querer de mi propósito. No debemos envenenar odios de clase á clase, debemos procurar en lo que cabe armonizarlas. Si cada poder del Estado va por su camino, será un elemento de muerte, no de vida; es preciso que funcionen juntos, que conspiren todos á un mismo fin, que secunden unos de otros los esfuerzos. No basta que estén reunidos en las Cortes los procuradores de las ciudades y los altos dignatarios; ¿por qué no han de estar con ellos los obispos como en las antiguas Cortes castellanas? Los intereses políticos y los religiosos están enlazados de una manera fatal por la misma naturaleza de las cosas; si no reina una perfecta armonía entre los individuos que los representan, ¿no ha de haber naturalmente en el seno de la sociedad antagonismo y lucha? ¿Quién, además, conoce mejor que los obispos las necesidades de las clases que mas directamente sobrellevan las cargas del Estado? La ciencia y el sentido comun enseñan á la vez que para estar bien organizadas han de entrar en nuestras Cortes por igual esos tres naturales elementos.

»¿De qué han de servir empero estas Cortes? ¿Hasta dónde han de llegar las facultades legislativas del príncipe? He dicho que el pueblo es la fuente del poder real; á los representantes pues y á ellos exclusivamente toca dictar las leyes que convengan y dirimir las contiendas que ocurran sobre la sucesion á la corona. He, si no dicho, indicado que nadie puede ser legítimo rey sin el consentimiento tácito ó expreso de los ciudadanos; á los representantes pues y á ellos exclusivamente toca entender en todo lo relativo á la reforma ó supresion de las condiciones esenciales del contrato. He hecho advertir que ciertas costumbres públicas, y entre ellas las religiosas, constituyen hasta cierto punto la vida social de las naciones; á los representantes pues y á ellos exclusivamente toca aceptar ó rechazar las mudanzas que sobre cualquiera de ellas se propongan. Es sabido, por ejemplo, que al admitir los pueblos la creacion de un poder social convinieron en sostenerle por medio de un impuesto; ¿quién sino las Cortes ha de otorgar un nuevo tributo al rey ó ha de legitimar los que este crea necesarios para sostener el crédito del país ó el esplendor de su diadema? La imposicion de nuevos tributos por el príncipe es el paso primero y mas trascendental que este puede dar hácia la tiranía; tolléresele una sola vez que no consulte á sus súbditos, y la libertad y la dignidad se hunden.

»El rey podrá legislar, pero no sobre ninguno de estos puntos capitales. Podrá legislar sobre asuntos cuya urgencia no permita convocar á los representantes, podrá legislar interpretando,

cuando así lo crea necesario, las antiguas leyes, podrá legislar para poner en ejecucion las mismas resoluciones de las Cortes, podrá legislar sobre las relaciones civiles, penales y comerciales que va estableciendo entre los hombres la marcha progresiva de la especie, podrá legislar hasta sobre la manera de producir, importar, exportar y consumir los productos industriales: cosas todas sobre las cuales no será aun prudente que resuelva por sí, cuando comprenda que ha de afectar en algo ó muy graves intereses ó las leyes fundamentales de la monarquía. Podrá legislar, pero haciéndose siempre cargo de que legisla, no solo para sus súbditos, sino tambien para sí mismo.

»No ignoro que muchos pretenden hacer al rey superior á las leyes; mas ¿en qué pueden fundarlo? La ley, la verdadera ley ¿es hija del capricho, ó de una necesidad social sentida y reconocida por los poderes públicos? ¿Tiene su asiento en la justicia, ó en la injusticia? Emane de las Cortes ó del mismo príncipe, si es universal, si no ha sido dictada para una clase especial del pueblo, ha de obligar al rey lo mismo que al último vasallo. Exige que sea así la misma fuerza del derecho, lo aconseja la política. No con el poder, sino con el ejemplo, deben gobernar los reyes; el príncipe que viola una ley da con esto solo lugar á que otros la infrinjan y destruyan. ¿Con qué razon ha de castigar luego al que como él dejó de obedecerla?

»Debe por lo mismo el rey ser el primero en acatar las disposiciones de la Iglesia, no atreviéndose por sí ni aun en las mas graves y peligrosas crisis de la monarquía á quebrantar las inmunidades del clero, ya gravándole con impuestos, ya arrebatando el oro y la plata dedicados al culto de Dios y de los santos. La Iglesia y todo lo de la Iglesia debe ser tan sagrado para él como para el postrero de sus súbditos, y ¡ay de él si de otro modo provoca la cólera divina! La sombra de Heliodoro deberia estar siempre ante los ojos de los reyes.

»Contribuirá mucho á la bondad del príncipe la educacion que se le dé desde los primeros años de su vida. De niño deberá oir ya de boca de sus maestros y de cuantos le rodean las máximas y sanos principios de moral del Evangelio. Se le inclinará á dirigirse á Dios en todas sus acciones y á respetar ante todo la voluntad del sacerdote. Cuando ya algo adelantado en la instruccion primaria, deberá dedicársele casi exclusivamente al estudio de la antigua lengua del Lacio, en que podrá leer primero á César, Salustio y Tito Livio, y luego á Tácito, tesoro de consejos á los príncipes y espejo en que están fielmente reproducidas las malas artes de los cortesanos. Alternará con los ejercicios del entendimiento los del cuerpo, indispensables para todos y mucho mas para un príncipe que se ha de poner mas tarde al frente de ejércitos que han pasado con banderas desplegadas sobre el cadáver de naciones aguerridas. Tendrá muchos maestros, y aprenderá de todos aquello en que cada uno haya hecho estudios mas detenidos y profundos. Cultivará con particular esmero la oratoria, con la cual debe captarse despues la benevolencia de los pueblos y encender la llama del heroismo en el corazon de sus soldados; la lógica, que le enseñará á distinguir la razon del sofisma y á descubrir los torpes engaños de los aduladores; la historia, especialmente la de su nacion, en que además de leer el modo con que fueron precipitados á su ruina grandes príncipes, se enterará del carácter y costumbres de sus súbditos, sin cuyo conocimiento adoptaría tal vez como bueno lo que no podria menos de conducirle junto con la monarquía al fondo de un abismo; las matemáticas, sobre todo la geometría, sin la cual no cabe abarcar en toda su extension el arte de la guerra; la astronomía, por fin, que elevará sus miradas desde la tierra al cielo, é imponiéndole con la grandeza de la creacion, le hará mas humilde y le enseñará á no ensoberbecerse con el vano poder de que disfruta. Se entregará al estudio de todas estas artes y ciencias, no como el que libre de tan graves cuidados ha resuelto consagrarles todos los años de

su vida, sino como el que trata de conocerlas para apreciar las ventajas que consigo llevan y sin aparecer rudo y de ningun valor entre los que mas particularmente las profesan. Mereció Alfonso X por sus trabajos científicos el renombre de Sabio, y no supo, sin embargo, llevar con dignidad la corona de sus mayores ni poner decorosamente fin á los disturbios y escándalos promovidos por sus mismos hijos. Perjudica á los príncipes lo mismo la mucha ignorancia que la mucha ciencia; ni aquella les deja conocer los errores á que se precipitan, ni esta dedicarse con perfeccion á los muchos y variadísimos negocios de tan extensa monarquía.

»Aprenderá tambien el príncipe la poesía y la música, mas no esa poesía que corrompe, ni esa música que enerva, sino esa poesía varonil que incita á los grandes hechos y esa música que inspira el valor guerrero y el entusiasmo religioso. Los estudios deben conspirar todos, no á mancharle con vicios, sino á revestirle de virtudes que puedan hacer de él un gran rey, así para los ocios de la paz como para los furores de la guerra.

»Dícese generalmente que es lícita la mentira en los príncipes porque solo con ella pueden muchas veces llevar á cabo proyectos de ejecucion difícil; mas el que esté encargado de su educacion, léjos de inculcarles tan errada máxima, debe poner todos sus esfuerzos en destruirla fundándose en que si este medio grosero puede producir de pronto algunos resultados, imposibilita mas tarde toda negociacion con las cortes extranjeras y da pié á que los cortesanos, ya de suyo inclinados á ocultar la verdad bajo bellas apariencias, no solamente lo empleen, sino tambien lo crean justo y necesario. Ha de aconsejarse al príncipe cierta reserva, sin la cual es fácil que fracasen las mas sencillas y bien concertadas empresas, pero haciéndoles siempre notar cuánto difiere de esta reserva la mentira, distantes una de otra como la virtud del vicio y la prudencia de la liviandad y la locura. Ha de encargárseles que guarden calma aun en los mas rudos contratiempos y adversidades, pues nada hay que rebaje tanto la dignidad como la ira que nos lleva de ordinario á adoptar medidas tan injustas como perjudiciales á los mismos deseos que abrigamos; la clemencia, que deben aprender á conciliar con la severidad indispensable en ciertos casos y mas en los que peligra la salud del reino; la liberalidad y el deseo constante de hacer bien, que les hará tender la vista sobre las calamidades públicas y les incitará á moderar los excesivos gastos del palacio para detenerlas ó curarlas; el valor y la grandeza de alma, sin las cuales habrian forzosamente de parecer mal á los ojos de una nacion acostumbrada á imponer su ley á la mitad de Europa; el amor á la igualdad, la mejor prenda de union y de paz para los ciudadanos; la fiel observancia, por fin, de las prácticas católicas, con la cual logran imprimir cierto sello divino aun en aquellas disposiciones que pueden en un principio repugnar al pueblo. Es tan frecuente la voluptuosidad en las casas reales, que no parecen estas sino el teatro de los deleites mas impuros; ha de manifestarse sobre todo al príncipe cuánto pervierten estos el ánimo, agotan las fuerzas físicas y reducen á la nulidad aun á los hombres que han nacido con mas brillantes facultades.

»Recomiendo con tanta eficacia estas virtudes porque conozco que solo con ellas podrá contenerse el príncipe dentro de los justos límites de su imperio y gobernar con acierto esta monarquía, cuyos elementos heterogéneos mantienen en continua lucha grandes intereses. Tenemos importantes colonias en todo el mundo, y es muy difícil que las conservemos si no se las administra con la igualdad que exige la justicia. Suelen los que reinan sobre pueblos unidos por las armas establecer líneas divisorias entre vencedores y vencidos, reservando para unos todos los honores, y para otros todo género de cargas; y no pueden á la verdad seguir peor sistema, constando por la historia de cien siglos que nadie puede llamar suyas las naciones sin que por una asimilacion recíproca se hayan refundido en una la clase de conquistadores y la de conquistados. No ignoro

que es una asimilacion tal larga y difícil, sé que con los paises nuevamente reducidos conviene adoptar medidas extraordinarias que no pocas veces merecerán el nombre de tiránicas; pero estoy tambien firmemente convencido de que, si no se apela á la equidad tan pronto como las circunstancias lo permitan, tenemos constantemente en cada piedra un obstáculo y en cada hombre un enemigo. Llámese, por lo contrario, á todos los destinos de la república, tanto á los individuos notables de la metrópoli como á los de las colonias, distribúyanse segun la misma proporcion en estas y en aquellas los tributos, búsquense para nuestros tercios hombres de todos los distintos puntos del imperio, interésese á flamencos y españoles, á italianos y americanos en nuestros hechos y glorias nacionales, y además de ver aseguradas nuestras conquistas, encontrarémos en ellas la fuerza de que necesitamos para llegar á sujetar el orbe. Tenemos ya el paso abierto para ir á enarbolar nuestras banderas en las mas lejanas é indómitas naciones, ó hemos de dirigir todos nuestros esfuerzos á subyugarlas, ó hemos de confesarnos indignos del fruto de las inmensas victorias que han amontonado los mayores sobre nuestra frente.

»Debe atender antes que todo el príncipe á conservar la paz interior; mas dudo que pueda durar esto mucho tiempo sin que prosigamos en el exterior la guerra. Estamos cercados de enemigos, lindamos con reinos poderosos que no esperan sino ocasiones para vengarse de los ultrajes que les hemos hecho devorar con la punta de nuestras lanzas; si no ocupamos su atencion por medio de frecuentes y repentinas invasiones en provincias aun independientes, les tendrémos á no tardar en nuestro propio suelo, donde ya que no nos venzan, han de sumir por lo menos en llanto y desconsuelo millares de familias. Una nacion como la nuestra debe tener por otra parte en pié un ejército numeroso y formidable, pues ni seria de otro modo fácil hacer cumplir las leyes, ni cabria enfrenar el furor de pueblos siempre rebeldes; ¿es esto siquiera posible sin vejar todos los dias con mayores tributos nuestros mismos pueblos?

»Nada hay tan costoso en una monarquía como la milicia, nada que absorba mas ni con mas rapidez las rentas del Estado. ¿Por qué no hemos de procurar que viva sobre el botin de sus batallas y sobre las riquezas de los pueblos que ha domado con sus armas? Motivos para las guerras exteriores nunca faltan habiendo un ánimo esforzado en los que han de realizarlas; cuando no hallásemos otro campo para nuestros héroes, hallariamos el que nos ofrece continuamente Dios en las ciudades de los que han renegado de su santa ley en el hogar de los herejes. ¿Qué es además ni de qué sirve la milicia cuando no se la expone sin cesar á los duros trances de la guerra? Debilítase en el ocio, y no cuenta mañana con fuerzas ni aun para resistir los imprevistos ataques de las demás naciones. . . . .

»Atendido lo pasado y puesto en parangon con lo presente, conviene á la nacion española mas que á ninguna estar siempre con las armas en la mano; y soy de parecer, no solo de que se busquen motivos para nuevas guerras, sino de que hasta se permita á las guarniciones y escuadras fronterizas caer de rebato, cuando puedan, sobre los pueblos extraños que tengan á la vista. Están plagados los mares de piratas; ¿por qué no hemos de consentir en que se arme quien quiera en corso y turbe el comercio de los demás pueblos de la tierra é invada las costas extranjeras que halle mal cubiertas? Si á conservar la paz dentro y la guerra fuera debe reducirse la política de España, ¿qué inconveniente podemos ver en esas concesiones otorgadas en otros tiempos por reyes á quienes debemos nuestras mayores glorias?

»Pero hay mas, ¿quién duda que podriamos disponer de un grande ejército sin la mitad de los gastos que hoy para él tenemos? ¿Por qué, como en tiempos de los Reyes Católicos, no debemos exigir que cada ciudadano mantenga, segun su condicion, ya armas simplemente defensivas, ya

armas defensivas y ofensivas, ya armas y caballo? Por qué no hemos de procurar que los nobles y los grandes propietarios sostengan á su costa un mayor ó menor número de soldados para cuando lo reclame la honra del Estado? Por qué no hemos de reservar ciertos honores á los que por dos ó mas años hayan servido sin sueldo en el ejército? Por qué al dar otros no los hemos de otorgar bajo la condicion de que los agraciados hagan igual sacrificio en el altar de la patria? Por qué no hemos de guardar ciertos cargos que no requieren grandes estudios para los militares que, despues de una brillante carrera, hayan quedadó inútiles para servir en la milicia? Proponemos estas medidas, ninguna de ellas enteramente nueva, porque si deseamos por una parte que permanezcan nuestros príncipes fieles á la política de sus antepasados y no se cierre la gloriosa historia de nuestra monarquía, queremos por otra como el que mas que no se grave con onerosos tributos á los pueblos. Sostienen muchos que nuestra nacion es rica y puede sobrellevar mas impuestos que las demás de Europa; ¿cómo no se advierte empero que, merced á la naturaleza de nuestro suelo y á lo escasamente pobladas que están nuestras provincias, tenemos reducida á la esterilidad una gran parte de nuestro territorio? Cómo no se advierte que, á falta de caminos públicos, encontramos vastas comarcas escaseando de lo que en otras sobra? Cómo no se advierte que por el atraso de la industria nos despojamos del oro que viene de América para pagar una gran cantidad de productos extranjeros? Está ya gravada la propiedad territorial con el pago del diezmo; por ligeros que sean los impuestos reales, ¿no han de hacer precaria y triste la suerte de nuestros labradores? ¿Por qué, si no bastan los ya establecidos, se han de respetar tanto las inmunidades concedidas por otros reyes, que no necesitaban sino de módicos tributos para cubrir hasta sus mas graves atenciones? La primera condicion del impuesto es la igualdad, sin la cual se hace insufrible aun á los que pueden satisfacerlo con menos perjuicio de sus intereses. Son precisamente los privilegiados los que mejor pueden pagarlo; ¿cómo el privilegio no ha de parecer á los ojos de los demás injusto? Creo que el erario necesita mas de lo que actualmente se recauda, pero creo tambien que para obtenerlo no ha de apelar sino á conocidos y trivialísimos recursos. Rebaje el príncipe los excesivos gastos de su casa, suprima los destinos sin objeto, derogue las inmunidades otorgadas, procure que los magnates no arrebaten, como en tiempo de Enrique III, las riquezas públicas, grave con un ligero tributo los artículos que ha de consumir forzosamente el pueblo, aumente el que pesa ya sobre los productos importados y de mero lujo, cargue especialmente la mano sobre las telas venidas de otros reinos, llame por este medio al país á los fabricantes extranjeros; y sin necesidad de agoviar á los que pueden apenas soportar ya las cargas del Estado, adquirirá los medios suficientes para, haciendo superiores los ingresos á los gastos, evitar la ruina futura de la nacion y llevar las armas adonde exija el lustre y esplendor de la corona. La falta de rentas no está tanto en la escasez de los impuestos como en la depravacion que suele haber en los recaudadores. Se ve ordinariamente á esos hombres, pobres al hacerse cargo del destino, opulentos al dejarlo; y convendria, ya para evitar tan grande escándalo, ya para proporcionar al erario mayores cantidades que las que hoy recoge, no solo pedirles cuentas anuales, sino exigírselas al fin tan estrechas que pudiese quitárseles lo de dudoso origen.

»Son, por lo comun, los impuestos el azote de los pueblos y la pesadilla de todos los gobiernos. Para aquellos son siempre excesivos, para estos nunca sobrados y bastantes. Ocurre en una monarquía una calamidad, la sublevacion de un pueblo por ejemplo, y corre al punto el vago rumor de que está el erario exhausto. Este rumor basta para indignar á los contribuyentes, las quejas de los contribuyentes para aterrar al príncipe, que se dedica luego con afan á buscar medios ex-

traordinarios. Pídese á unos consejo, óyense los mas contrapuestos pareceres, y no es raro que llegue entre estos á oidos del rey el inicuo cuanto inútil proyecto de alterar el valor de la moneda. Con esta medida, se dice entonces, nadie sufre directamente perjuicio, el valor intrínseco de la moneda es menor, pero el legal queda siempre el mismo. ¿Puede imaginarse un medio de mas fácil ejecucion ni que saque mas pronto al príncipe de un terrible apuro? Mas ¿cómo es posible que hombres ilustrados se dejen llevar de tan grave error y aplaudan un plan tan insensato? Una nacion, un príncipe no pueden faltar nunca á la justicia; y el medio propuesto, considéresele bajo cualquier punto de vista, es y será siempre un latrocinio. ¿Cómo no ha de serlo el que se me obligue á mí á tomar lo que solo vale tres por cinco? Si la moneda ha llegado á ser un instrumento general de cambio ha sido precisamente por la fijeza de su valor, expuesto á ligeras oscilaciones solo en momentos de grandes crisis; ¿podrá acaso continuar ejerciendo esta funcion si empezamos á tomarnos la libertad de rebajar la ley del oro ó de la plata en dos ó mas por ciento? El comercio exterior se hará por de pronto imposible, si los mercaderes nacionales no consienten en sufrir un quebranto igual á la depreciacion de la moneda, entrará en el comercio interior la desconfianza, y habrá necesariamente paralizacion de trabajos, escasez y encarecimiento de productos, miseria, confusion, desórden. El gobierno, es verdad, podrá obligarme á aceptar en cambio de mis artículos la moneda nueva; mas ¿no podré yo á mi vez aumentar el precio de los mismos hasta cubrir el déficit que puede ocasionarme la arbitraria alteracion de los metales? ¿Serán inútiles todos los esfuerzos del rey para obviar esa evolucion que me será impuesta á mí y á todos por el deseo natural de conservar mis intereses? Nacen tan espontáneamente esos tristes resultados del carácter de la disposicion misma, que no se necesita mas que consultar la razon para preverlos; pero no es ya solo la razon, es la experiencia, y una experiencia bien funesta, la que los deja escritos con lágrimas y sangre.

»¿Cuándo empezarán á ser mas pensadores y leales esos cortesanos que rodean á los reyes? Porque á ellos, y á ellos principalmente, son debidos esos bárbaros proyectos. No sin motivo han sido llamados la peste de la república, no sin motivo llevan concitados contra sí el odio y la cólera del pueblo. ¿Quién mas que ellos presta favor al lado de los reyes á esos torpes juegos escénicos, cuya importancia están ponderando sin cesar movidos por el voluptuoso furor de sus pasiones? Excitan estos espectáculos la lascivia, corrompen, afeminan; y ellos, que solo sirven para el galanteo y la asquerosa crápula, no hallan voces para encomiarlos ni manos para aplaudir á los que los ejecutan sin restos ya de pudor ni de recato. ¿Cómo, si se sintieran aun con valor para vestir la malla de sus antepasados, no habian de levantar el grito contra la introduccion de tal costumbre? Mas no son buenos ya ni aun para manejar la espada que indignamente ciñen, y quieren que gane la molicie el corazon de todos. Una nacion como la nuestra ¿ha de tomar por pasatiempo ver representar escenas de amores y adulterios? Una nacion como la nuestra no habria de divertir el ánimo de sus negocios ordinarios sino para presenciar simulacros de guerra, ó asistir á los ya olvidados ejercicios de la carrera y de la lucha.

»Ciérrense los teatros, ciérrense esos infames burdeles, escándalo de la gente morigerada y culta, póngase el mayor coto posible á esa prostitucion que nos amenaza con invadirlo todo, realcese la religion, que debe reinar sola y señora y enteramente libre de rivalidades y discordias, consérvese y foméntese el carácter nacional, y verémos restituida á la cumbre de su grandeza nuestra monarquía; hágase lo contrario, y la verémos recorrer sin tregua la pendiente de su decadencia hasta llegar al fondo de su inevitable ruina.»

Hemos sido extensos en la exposicion de estas ideas, no tanto por la novedad que á primera

vista presentan, como por la celebridad del libro en que las vertió nuestro sensato publicista. MARIANA, sobre todo en política, no solo no inventó, no propuso siquiera una reforma que no fuera la restauracion de alguna práctica, mas ó menos antigua, caida en desuso ó por la mala fe de los gobernantes, ó por la negligencia de los gobernados. Partidario acérrimo, mas que del derecho racional, del derecho histórico, estudió al parecer las instituciones y las costumbres patrias, hecho lo cual, procuró recogerlas en un solo cuerpo de doctrina, tal vez mas por el deseo de que se conservasen y vinieran á servir de leyes fundamentales al Estado que por el afan de lanzar una teoría mas en el ya tan removido campo de la ciencia del gobierno. Fué indudablemente audaz al sentar el principio de la soberanía del pueblo; mas es preciso advertir que la sola existencia de nuestras mismas instituciones lo implicaba, y que, si queria ser lógico, ó habia de establecerlo como punto de partida, ó habia de negar la legitimidad de aquellas y por consiguiente rechazarlas. Las instituciones, podia decir para sí, están sancionadas á mis ojos por la historia de once siglos; el principio que entrañan no puede menos de ser cierto. Consulto por otra parte la razon, y la razon no lo condena; ¿cómo ni en qué me puedo fundar para ponerlo en duda?

Admitió el principio, declaró inferiores á la sociedad los reyes, y dialéctico severo é imperturbable, llegó adonde no podia menos de llegar, llegó á legitimar la insurreccion y el regicidio. Las instituciones de un pueblo, continuó para sí, son, como el origen de donde emanan, sagradas é inviolables; el rey que las escarnece comete un crímen de lesa nacionalidad y merece ser destronado y muerto. Dispone de fuerza, y es preciso contrastarla, ya que no podamos con la fuerza, con la astucia; ya que no con la espada vengadora del pueblo, con el puñal del asesino. Si la soberanía reside en la sociedad, tiene esta el derecho de defenderla y reivindicarla á costa de cualesquiera sacrificios. Una sociedad no puede ni debe consentir nunca en su propia degradacion, en la ruina de los principios constitutivos, en su muerte.

Se ha exagerado mucho, al tomar en consideracion estas ideas, el valor, ya científico, ya moral de MARIANA; mas no entendemos cómo no se ha sabido comprender que en política no ha tenido MARIANA otro mérito que el de haber sido lógico. Sus ideas son precisamente las de su época, y aparece en todas, no como un innovador peligroso, sino como un conservador que, viendo amenazados los hábitos sociales de su patria, se esfuerza en ponerlos de relieve, encareciendo su necesidad y sus ventajas. Truena, es verdad, contra la nobleza de su siglo, pero no deja de considerarla como un elemento indispensable para la constitucion del reino, y propone, cuando mas, que se la rejuvenezca y dé una nueva vida; se desata en invectivas contra los cortesanos, mas crea á renglon seguido otra corte para sus queridos reyes; no quiere soldados mercenarios, pero sí ejércitos de hombres libres dispuestos siempre á exponerse á los azares de nuevas y mas sangrientas guerras.

Era MARIANA tan conservador y un eco tan fiel de las ideas de su tiempo, que defendió hasta las que mas debian repugnar á su razon y á su conciencia. Sacerdote, ministro de un Dios que vino para condenar el principio de la fuerza y predicar la paz al mundo, no habla en su libro sino de la necesidad de educar al pueblo en el ejercicio de las armas, llevando tan allá sus instintos belicosos, que hasta propone, como se ha visto, permitir las invasiones en tierras extrañas, legitimar la piratería y sustituir al teatro las antiguas carreras y luchas de griegos y romanos. Debemos estar de continuo en guerra para vivir en paz, viene á decir en uno de los mas importantes capítulos del libro; á una paz que nos humille debemos preferir la guerra, mas que esta deba cubrir de ruinas los países enemigos y de lágrimas y luto las familias de los conciudadanos. La lógica, que le saca airoso en otras cuestiones, le abandona aquí para dejarle llevar del tor-

rente de las ideas de sus contemporáneos, siendo en verdad lamentable que le abandone precisamente al tratar de una teoría tan funesta y tan fecunda en tristes resultados. La filosofía, la religion, la razon que rechaza de ordinario la violencia, nada pudo apartarle en este punto del modo de pensar y de sentir de su época. Las ideas de nuestra antigua y tan decantada grandeza le deslumbraron, el temor de ver decadente á su nacion le cegó á fuerza de impresionarle vivamente, y como el vulgo y la aristocracia de los pensadores de aquel siglo, proclamó la necesidad de la guerra con la misma fe con que pudiera haberlo hecho un cónsul de Roma ó un tribuno de la plebe (1).

Hemos indicado al principio de este escrito que el pensamiento capital de Mariana consistia en organizar una teocracia omnipotente. Queríalo en efecto, y aunque con algo de embozo, no dejaba de revelarlo á cada paso en sus escritos; mas apoyándose siempre en ese mismo derecho histórico que tomaba como base de sus doctrinas, buscando siempre en lo pasado la legitimacion de sus ideas sobre la necesidad de dar al clero riquezas, poder, dignidad, fuerza. En las antiguas Cortes, decia, la Iglesia legislaba con la aristocracia sobre los intereses de los pueblos; la union de la Iglesia y del Estado es hoy mas que nunca indispensable, ora se atienda á la influencia que ejercen los obispos sobre la muchedumbre, ora á los peligros que corre, expuesta á las invasiones de la herejía, una religion sin la cual no son ni el órden ni la libertad posibles. En los antiguos tiempos, añade, los obispos eran los consejeros de los reyes hasta en los campos de batalla; hoy, como entonces, son aun los obispos los depositarios de la ciencia labrada por los grandes pensadores en la fragua de los siglos. Dieron los antiguos reyes á nuestros prelados rentas de que viviesen y castillos y pueblos sobre que ejerciesen la jurisdiccion aneja al feudo; hoy mas que nunca necesitan los prelados de esos medios, ya para sostener las libertades que no puede defender un pueblo desarmado, ya para contener la tiranía á que no puede oponerse una aristocracia degenerada y corrompida.

Sobre este punto, sin embargo, bueno es ya considerar que procedió más por interés de partido que porque así lo exigieran ni la fuerza de la dialéctica ni la razon histórica. Supone que la propiedad es hija de la fuerza, que para templar los males que de ella derivan fatalmente conviene prevenir y destruir la demasiada acumulacion de bienes en un corto número de manos; y alegando luego razones, cuya futilidad no podia desconocer él mismo, sienta que esta acumulacion no es perjudicial cuando se verifica en el seno de la Iglesia. Al ver gravados los pueblos por onerosísimos tributos, declama contra las inmunidades concedidas por reyes anteriores á familias que disfrutan de grandes propiedades; y al hacerse luego cargo de las inmunidades de la Iglesia, no vacila en llamar sacrílego al que se atreva á tocarlas ni aun bajo el pretexto de que lo exijan así los intereses de la patria. Establece el principio de que es indispensable para la paz de un reino la armonía entre el sacerdocio y el imperio, quiere fundar en este principio que las altas dignidades eclesiásticas deben ser llamadas á los altos destinos del gobierno; y solo de una manera mezquina y repugnante admite luego que ciertos legos tengan intervencion en los negocios de la Iglesia. Mariana está en esto imperdonable: no se ve ya en él un escritor de conciencia, sino un hombre pérfido, un sacerdote hipócrita.

(1) ¿No podria tambien suponerse que este pensamiento de hacer de la España una nacion conquistadora derivaba de miras ulteriores de Mariana? Sin una nacion guerrera identificada con los intereses del catolicismo no era posible ni restablecer la unidad destruida por la reforma, ni facilitar á la Iglesia la conquista de ambos mundos. Toda teocracia está, por otra parte, condenada á sentar su trono sobre la palabra de Dios y la punta de la espada.

Para nosotros no hay medio posible : ó se admite que los reyes sean á la vez reyes y pontífices, como sucedia en las naciones paganas y hoy sucede en los reinos mahometanos y aun en algunas repúblicas cristianas, ó si ha de haber dos poderes independientes, segun parecen exigir la letra y las mas ortodoxas interpretaciones del Evangelio, es necesario de toda necesidad que se establezca entre el sacerdocio y el imperio una completa separacion, poco menos que un abismo. La conciliacion de los dos poderes, esa pretendida armonía, por la que tanto han suspirado escritores de uno y otro bando, debemos decirlo y reconocerlo de una vez, esa conciliacion es imposible. Hace ya diez y seis siglos que están esos poderes organizados y situados frente á frente ; queremos que se nos señale un solo período histórico en que no se hayan amenazado ó no hayan estado en lucha. Lo han estado, lo están y lo estarán mientras existan ; y lo han estado, lo están y lo estarán, porque todo poder tiende, por ser tal, á la exclusion de todo otro poder, á la soberanía universal, al puro absolutismo. El que lo dude y no sepa meditar abra la historia; no se necesita mas para convencerse de una verdad que es ya á los ojos de todo pensador una verdad trivial por tan sabida.

Mariana debió cuando menos haberse colocado en un terreno mas franco; Mariana debió haber dicho lo que tal vez y sin tal vez sentia : no, yo no pido una conciliacion, yo pido una absorcion del Estado por la Iglesia. Reconozco en esta mas acierto, mas fuerza moral, mas saber para gobernar los pueblos; quiero la unidad del mundo católico; sé que esta es dificilísima por la espada de los reyes, y no puedo dejar de confiar todo el poder social á los pontífices. Esto no hubiera gustado tanto; pero tenia una defensa mas lógica, y no hubiera podido menos de proporcionarle, aun fuera de las puertas del templo y del convento, ardientes partidarios. Tal como ha desarrollado su teoría, habrá halagado á muchos; pero de seguro que no habrá satisfecho á nadie. Para unos se habrá hecho sospechoso; á los ojos de otros habrá parecido cobarde; á nosotros, como llevamos dicho, se nos ha presentado con el velo de la hipocresía.

No podemos manifestar por el estado actual de las cosas públicas las ideas que sobre esta materia profesamos; mas razonando sobre el principio de que sea necesaria la existencia de los dos poderes, no solo creemos inútil cuanto se haga para armonizarlos, creemos que la ciencia y la paz del mundo aconsejan que se abra entre los dos rivales un foso insuperable ; que no haya facultades en los reyes para intervenir en la eleccion de las dignidades eclesiásticas; que no se permita á ningun individuo del clero tomar una parte activa en los negocios civiles de los pueblos; que ni las decisiones de los pontífices necesiten del pase regio para adquirir fuerza de ley en las naciones, ni la de los reyes puedan ser atacadas por los jefes de la Iglesia; que no sea posible mas que un concordato entre uno y otro poder, y este concordato se reduzca á impedir la guerra, á detener esas luchas con que durante tantos siglos han ensangrentado uno y otro las mieses de los campos y las aguas de los rios y los mares; que haya efectivamente dos reinos en cada reino; pero que entre las instituciones y poderes de uno y otro haya, si no ese foso de que poco ha hablábamos, una puerta de bronce donde se emboten las lanzas de los dos bandos enemigos.

Mas no debemos tratar de nuestras ideas, sí de las de Mariana. Expone en la segunda parte de su libro las relativas á la manera cómo debe ser educado un príncipe; y á decir verdad, revela tambien en todas que aspira menos á formar un buen príncipe que un príncipe guerrero. Le hace estudiar latin, no con el objeto de que pueda leer las obras de los antiguos filósofos, sinó con el de que pueda aprender en los historiadores la manera cómo subyugaron los cónsules y los césares el mundo; le hace cultivar las matemáticas, no con el fin de que le sirvan de base para el conocimiento de las ciencias físicas, sino con el de que le enseñen á levantar campamentos y á

construir puentes sobre los rios y á disponer asaltos de ciudades y á levantar vastos y continuos proyectos de operaciones militares; le hace dedicarse á las artes de la elocuencia y la poesía, no para que conozca y saboree los encantos del lenguaje de la imaginacion y las pasiones, sino para facilitarle un arma con que logre encender en el alma de sus pueblos el amor á los campos de batalla. Hácese apenas cargo de lo que constituye la ciencia del gobierno, y encarece en cambio el estudio de la astronomía, en que ve un medio para que el príncipe, á fuerza de considerar la grandeza de la creacion, aprecie lo fútiles que son las conquistas de la tierra, y deponga así el orgullo que vayan despertando en él los majestuosos triunfos debidos á su espada. Temeroso de que el mucho saber no distraiga al rey de los graves negocios de la república, lo quiere enciclopédico, no sabio, sin advertir que no es tanto de temer en el rey que profundice las ciencias como que profundice precisamente las mas ajenas á la administracion y á la política. Si Mariana no se hubiera dejado llevar tanto de su equivocada idea de hacer un rey amante de la guerra, no solo no hubiera visto en el estudio detenido de estas ciencias un peligro, le hubiera considerado hasta necesario, y sobre todo, de inmensos resultados. El proyecto de aumentar incesantemente los tributos y el de alterar la ley de la moneda, que atribuyó á la mala fe de los cortesanos y á la ignorancia de los consejeros, hubiera visto entonces que debian ser atribuidos principalmente á la total carencia que de conocimientos económicos suelen tener los reyes, carencia sobre la cual no se le ocurrió siquiera escribir en su libro la mas pequeña queja. ¿Cómo él, que en tan alto grado los poseia y daba con tanto acierto en la verdadera causa de las enfermedades sociales, pudo llegar á olvidar que estas ciencias debian ser casi el único y exclusivo objeto del estudio de los príncipes? ¿Temia acaso que los reyes pudiesen llegar á emanciparse de tutores y á gobernarse por consejo propio?

Queria que los príncipes fuesen guerreros, y mas aun que guerreros religiosos. Deben procurar, decia, que sus leyes parezcan emanadas de la voluntad del cielo, y guardar para esto á los ojos de su propia conciencia y á los del pueblo respeto al sacerdocio y respeto á las prácticas sagradas. Han de poner todo lo que depende de la religion bajo su escudo, han de purgarla de toda herejía, han de impedir la entrada de todo otro culto en sus dominios. Han de considerar todo lo anejo á la casa del Señor como de Dios mismo, y no hacer uso de bienes ni riquezas consagradas á los templos, aun cuando parezcan legitimarlo grandes sucesos y extraordinarias circunstancias. Invocarán á Dios en la paz, invocarán á Dios en la guerra, lidiarán por Dios, y solo á Dios atribuirán sus triunfos. A Dios ofrecerán el botin de sus batallas, á solo Dios honrarán, como el rey Felipe, á cuya piedad debe el orbe cristiano su mas grandioso monumento.

Al llegar aquí acordábase nuevamente Mariana de su idea teocrática, y se esforzaba cuanto podia en hacer que el rey se redujese á ser un simple brazo del catolicismo. Se le acusará quizá de egoista é intolerante porque tendia á proscribir sin piedad toda religion que no fuera la cristiana; mas aunque no estamos de acuerdo con su proyecto de educacion tan excesivamente religioso, nos guardarémos bien de repetir una acusacion, que es por lo injusta insostenible. Profesamos el principio de la libertad de cultos; pero no desconocemos que conduce mas ó menos tarde á la destruccion de todo sistema religioso y al entronizamiento del racionalismo; y no podemos exigir de un hombre de las ideas y del siglo de Mariana que trabajase por suicidarse y acelerar la caida de una religion en que creia hallar la fuerza suficiente para hacerse señora y árbitro del mundo. Hombres de ciencia, no podemos mentir ni aun para interesar en el triunfo de nuestras ideas á nuestros enemigos; y lo decimos francamente, el catolicismo no hace mas que cumplir con su deber procurando por cuantos medios están á su alcance el imperio exclusivo

de los pueblos que obedecen á la voz de Cristo. La Iglesia, si no quiere abrir con sus propias manos la fosa en que podrá ser enterrado su cadáver, ha de continuar, y no puede menos de seguir con su vituperada intolerancia. Se le pretende demostrar que la libertad de cultos la depuraria comunicándole mas robustez y vida; pero esto no es mas que un lazo tendido por escritores sin pudor, lazo en que, si no cae ella, no dejan de caer aun algunos de sus mas celosos partidarios. Uno de nuestros políticos contemporáneos decia un dia en el Parlamento que el gobierno es esencialmente de resistencia, que la revolucion se encarga de echar el resto para la marcha de la especie humana. Al oirle hasta sus mismos amigos condenaron una para ellos tan peregrina idea; mas ¿dejaba de estar en lo cierto? Para nosotros, y cuenta que nosotros profesamos ideas muy distintas de su señoría, quien se engañaba aquí no era el orador, eran sí sus amigos. El gobierno debe resistir, la Iglesia debe resistir; tal es á nuestros ojos el papel que les está confiado por la fatalidad social, fatalidad que podemos denominar tambien con el nombre, para algunos mas consolador, de Providencia. En lo físico, como en lo moral, de la resistencia y del choque debe resultar el equilibrio.

Donde empero estuvo mas acertado MARIANA fué en las cuestiones económicas. Comprendió perfectamente de dónde proceden los gravísimos males que aquejan á los pueblos; atribuyó el orígen de la propiedad á la tiranía, partió del principio que la comunidad habia sido el estado primitivo de la especie. Circunscribióse por de contado á hablar de la propiedad territorial, única combatible, no solo en su orígen, sino en sus derechos señoriales y en sus funestos resultados; dejó á un lado é intacta la de los frutos del trabajo, legitimada y hasta exigida por la misma organizacion del hombre. La division de la tierra, y sobre todo la acumulacion de vastas haciendas en pocas manos, hé aquí, dijo, el motivo principal de los desórdenes sociales; si se distribuyese mas la propiedad, si se procurase templar así los males que habian de nacer forzosamente de romper una comunidad impuesta por la razon y la justicia, no veríamos como ahora crecer numerosas familias de pobres junto á los mismos palacios de los poderosos, en el mismo seno de la abundancia y la riqueza. Estos pobres lo son por un vicio de la sociedad, y deben ser socorridos por esta misma sociedad, cuya mala organizacion es la causa de su hambre y su miseria. La sociedad no ha sido creada solo para la defensa mutua de los que la componen, lo ha sido tambien para garantizar la existencia de todos y cada uno de sus individuos.

Estos principios, consignados de una manera enérgica en casi todos los libros de los santos padres, han sido repetidos con no menos dignidad y valor por nuestro publicista; mas desgraciadamente no ha sabido ó no se ha atrevido á deducir ni sus mas inmediatas y naturales consecuencias. Los ha repetido casi solo para probar de nuevo la necesidad de la caridad cristiana, sentimiento que en instantes dados puede producir efectos sorprendentes; pero que, como todo sentimiento, es incapaz de destruir nunca un mal ni de extirpar vicio alguno de nuestras sociedades. Obran en nosotros contra la fuerza de un sentimiento los cálculos egoistas de nuestra razon, la voz de nuestros intereses, y mas que todo aun las distintas pasiones que á cada impresion que recibimos nos agitan; la influencia de un sentimiento ha de ser necesariamente pasajera. Hace ya diez y nueve siglos que espiró el que vino á alumbrar con la llama de esa caridad nuestros tristes corazones; ¿en qué ha sido reformada esencialmente la sociedad de que formamos parte? La caridad es y ha de ser impotente para alejar males cuya causa, á pesar de la caridad, subsiste y obra.

Impídase la acumulacion de la propiedad, exclama por otra parte MARIANA; pero si la propiedad es ya injusta en su orígen, ¿dejará despues de dividida de producir efectos subversivos?

¿Qué medios propone además para impedir una acumulacion que se ha formado á la sombra de las leyes? Ve sin cultivo campos inmensos de que es la aristocracia propietaria; ¿propone acaso que se los declare del Estado y se los devuelva á la comunidad de que fueron violentamente separados? No, dice, cultívelos el concejo á cuyo término pertenezcan, cubra con el precio de los productos los gastos de labranza, resérvese una cuarta parte de los beneficios, y restituya las otras tres al descuidado propietario. Vislumbra, al parecer, que solo el trabajo continuado puede legitimar la posesion del suelo; pero no sabiendo aun sobreponerse á la manera de pensar de su época, quiere que se pague á la propiedad un tributo que la propiedad ni se ha procurado ni ha exigido.

Aun esos medios que propone se puede asegurar que le son sugeridos mas por la vista de las dolencias de los pueblos que por la fuerza natural de sus principios. Ve á esos pueblos abrumados de tributos, considera que estos se han de hacer insoportables en un país falto de medios de comunicacion, y por consiguiente de relaciones comerciales; y solo por quererlos atenuar proyecta recursos que tal vez en su interior le repugnaban. Habló, sin embargo, Mariana acerca de los impuestos generalmente con singular prudencia y tacto. Conoció la necesidad de no gravar los artículos de mas general consumo, y pidió la rebaja de los derechos que pesaban sobre ellos desde siglos; conoció que el impuesto solo siendo igual podia parecer justo y exigible, y pidió la anulacion de todo privilegio; conoció que las contribuciones deben ser lo menos gravosas posible, y pidió, no solo la supresion de todo destino inútil, sino el llamamiento á los altos puestos del Estado de los hombres que pudieran ocuparlos sin cobrar sueldo del erario. Participó tambien de preocupaciones, pero de preocupaciones perdonables en su siglo. El lujo, dijo, por ejemplo, debe pagar mayor tributo que los artículos comunes; las ricas telas venidas de otras naciones deben ser cargadas á la entrada con un impuesto bárbaro. Mariana no habia aun podido considerar que un artículo no es generalmente de lujo sino cuando aparece nuevamente en el campo de la industria; que artículos con que ayer solo pudo engalanarse la frente de la orgullosa dama son hoy quizá el adorno de la mas humilde obrera; que gravar los artículos de lujo es por consiguiente impedir la universalizacion de los mismos y detener la marcha de las artes; que, gracias á esta idea, confirmada por una experiencia nunca interrumpida, si algunos artículos debieran ser privilegiados á los ojos del erario deberian serlo precisamente esos que condena á una situacion tan dura. Mariana no habia aun podido considerar, por otra parte, que si esas ricas telas venidas de países extranjeros no tenian en España similares, sus enormes derechos de entrada no habian de ser satisfechos sino por los mismos españoles; que esos enormes derechos no eran por consecuencia mas que un nuevo tributo sobre el lujo, tributo que no habia de conducir sino á aumentar los malísimos efectos que acabamos de ir levantando con la punta de la pluma. Proponíase Mariana con esta medida, segun confesion del mismo, atraer á España á los fabricantes extranjeros; mas sin advertir que ni los derechos habian de rebajar tanto el consumo, ni aun cuando lo rebajasen, podian aquellos industriales tejer con la misma baratura que en su patria, en un país donde faltaban, además de una infinidad de elementos, hábitos verdaderamente industriales. Mariana no vió claro en este asunto, y se dejó arrastrar por preocupaciones vulgarísimas; mas ¿es tan de extrañar, cuando hoy, despues de tres siglos, hay aun economistas que incurren en los mismos errores y declaman tambien contra el lujo y contra los productos extranjeros?

Estuvo Mariana en cambio irrefutable al hacerse cargo de si podia alterarse ó no el valor de la moneda. Debatió primero esta cuestion en uno de los capítulos del libro *De Rege* y posteriormente

en un tratado especial que escribió en latin y tradujo despues al castellano (1): Hízola, puede decirse, su caballo de batalla, llegando á tratarla con tan decidido empeño y singular vehemencia, que espantó á sus mismos enemigos. Alterar el valor de la moneda, dijo, no solo es injusto; no puede producir sino el cáos social, es imposible. La moneda, añadió, tiene dos valores, uno intrínseco, el que tiene por la naturaleza de la materia de que está compuesta; otro legal, el que le da la acuñacion por derecho regio. ¿Puede el valor legal diferir mucho del intrínseco? El valor legal, si ha de procederse con equidad, no puede ser mas que el mismo valor intrínseco, mas los gastos de troquel y fábrica. Si es menos, pierde el erario; si mayor, hay un verdadero robo. No se puede calificar de otro modo el acto de vender lo que vale solo dos por cuatro. Ahora bien, ¿ignora el pueblo este crímen? Es imposible entonces la justicia en la venta, es imposible la legalidad en el cambio. ¿Tiene noticia de él? Retira el capitalista de la circulacion sus fondos y el comercio cesa; se espanta el simple vendedor y aumenta el precio de los artículos hasta cubrir la depreciacion de la moneda. Hay carestía, hay cesacion de trabajo, hay hambre, hay trastornos, hay desórden. La moneda vieja se esconde; la nueva, aunque con desconfianza, corre de mano en mano, principalmente entre los que han de vivir de la obra diaria de sus manos; y cuando ya arrepentido el rey trata de reparar el daño hecho restituyendo su valor antiguo á la moneda, ocurre una nueva revolucion, un nuevo desbarajuste de intereses sociales, viéndose condenado el mismo pueblo á corregir á costa de penosos sacrificios una falta de que ha sido y debido ser la primer víctima.

¡Qué exactitud hay aquí en las ideas! Qué bien descritos y detallados están aquí todos los efectos de una medida tan imprudente y opresora! El mas ilustrado economista de nuestro siglo no aprecia hoy mejor la cuestion; y los hay, de seguro, que ni sabrian exponerla con tanta precision ni resolverla con tanta claridad y tan buen juicio. El Estado, hay todavía quien dice hoy, refiriéndose á la cuestion de crédito, puede imponer la circulacion forzosa de la moneda de menos valor intrínseco y mas desprovista de garantía; con la circulacion forzosa se tiene siempre un medio para hacerse con recursos y prevenir, ó cuando menos, destruir los efectos de las grandes crisis. Mas ¿cómo? replica MARIANA; yo, tendero, no podré rechazar la moneda que me obliga á tomar el Estado; pero ¿quién me ha de impedir á mí proporcionar el valor de mis artículos al valor intrínseco de la moneda en que me los han de pagar los compradores? Esta ha sido, continúa MARIANA, la consecuencia de todas las alteraciones hechas hasta ahora en tan importante materia; y esta ha sido, añadimos nosotros, la suerte de los asignados franceses, y esta será la de todo papel que no sea pagadero al portador en dinero de buena ley, en dinero que no deba apreciarse en mucho mas de su valor intrínseco. No solo no es lícito, repetimos con MARIANA, es inútil, es inconducente alterar el valor de toda clase de moneda.

No fué de mucho tan feliz MARIANA en las pocas cuestiones administrativas que sujetó á su juicio. Reprobó con justicia la institucion de los burdeles públicos, quejóse no sin motivo de que las municipalidades acabasen de legitimar la prostitucion cobrándole, aunque indirectamente, un mas ó menos módico tributo; sentó con razon como principio que los gobiernos no deben autorizar nunca el vicio por mas que se sientan sin fuerzas para combatirlo; demostró de una manera indudable que los lupanares, léjos de atenuar el mal, lo fomentan y son un foco perenne de cor-

(1) Este tratado especial, que lleva por título en latin *Tractatus de monetae mutatione*, y en castellano *De la alteracion de la moneda*, suscitó un proceso por el cual tuvo que sufrir MARIANA un año de reclusion en el convento de San Francisco de Madrid. Ocasionóle gravísimos disgustos, hecho que no es de extrañar, atendida la libertad y el calor con que está escrito. Forma parte de esta coleccion.

rupcion y de crímenes hediondos; mas ¿no es efectivamente de sentir que, apoyándose casi en las mismas razones, haya desplegado igual energía contra los espectáculos teatrales? Los espectáculos teatrales, dice, no sirven sino para encender la lujuria, alterar la pureza de las costumbres, afeminar los corazones, convertir en amores livianos el amor á la patria y á la gloria. Píntase en toda su desnudez el adulterio, ridiculízase con torpes sátiras la santidad del matrimonio, enséñase descaradamente el modo de vencer los obstáculos que opone á la satisfaccion de lúbricas pasiones el buen celo y decoro del tutor y el padre, muéstranse caminos por donde pueda abrirse brecha al pudoroso recato de la doncella y á la sencilla honradez de la mujer casada. Las afectadas gracias de las actrices, dotadas generalmente de hermosura, el encanto del lenguaje, la dulzura y buena armonía del verso, lo sonoro de la voz, lo bello de la decoracion y el traje, todo contribuye á hacer mas impresionables y de mas pernicioso efecto cabalmente esas escenas que ya por sí bastan á dispertar el oido del espectador y á cautivar el alma del que mas preparado está contra tan bien dispuestas asechanzas. Sígase permitiendo estos espectáculos, y tendrémos pronto convertida en una nacion de mujeres y rufianes la que ha sido cuna y campo de los mas grandes héroes. No en el teatro, sino en la arena de las naumaquias y los circos, han de consumir sus horas de pasatiempo y de recreo los valientes. Formáronse en el teatro los que dejaron caer el imperio bajo las frámeas de los bárbaros; no los que á fuerza de constancia y sacrificios supieron reponerse de las derrotas de Trasimeno y Canas. ¿Por qué, cuando tan malas costumbres adoptamos de los antiguos, no hemos de renovar sus ejercicios de carrera y lucha? Creo tan perjudiciales los teatros, que considero hasta como una mengua en los gobiernos fomentar su desarrollo. Prefiero cien veces á esas mal llamadas fiestas las de toros, donde cuando menos se embravece el ánimo de los que contemplan aquella no interrumpida serie de triunfos y peligros. Estas corridas, sobre ser mas adecuadas al carácter de la nacion, favorecen los belicosos instintos de la muchedumbre sin ser, si se quiere, necesaria en ellas la efusion de sangre.

¿Cabe ya mayor desacierto en su modo de razonar sobre una cuestion de tanta trascendencia? Solo su manía de hacer de la España una nacion conquistadora pudo llevarle á tal extremo. No se concibe de otro modo que un hombre como Mariana haya podido condenar una institucion por abusos que solo merecian ser denunciados á fin de que viniese á corregirlos cuanto antes la mano del gobierno. ¿No ha de ejercitar, además, el hombre sino sus fuerzas físicas? No conviene que hasta en sus mismas diversiones pueda ejercitar las del espíritu? Los que habian de llevar entonces al campo de batalla los estandartes de la patria eran precisamente los que revolvian con el azadon la tierra y cortaban con la segur los árboles del bosque, los que dominaban el hierro sobre el yunque, los que movian á fuerza de remos las galeras, los que tejian recias estofas con la lana de nuestros célebres merinos, los que mas tenian en continua actividad los miembros de su cuerpo; ¿para qué despues de tan fatigosos trabajos debian entregarse á los ejercicios de la lucha? La ignorancia poco menos que brutal de nuestro pueblo ¿no habia de hallar en ninguna institucion un correctivo?

Mas no es justo ensañarse ni aun por tan lamentables errores contra un escritor como Mariana. Mariana con todos sus defectos es uno de los hombres mas notables de su siglo. No solo trató y resolvió con valor cuestiones erizadas de dificultades; las dilucidó con razones casi siempre sólidas, y sobre todo con una erudicion que no pocas veces nos sorprende. Habia leido, por lo que cabe inferir de sus escritos, las obras mas notables de los antiguos filósofos, conocia á fondo la historia sagrada y la profana, estaba enterado de todos los grandes sucesos político-económicos de su época, los habia estudiado en su desenvolvimiento y en su orígen; y pudo así sazonar

hasta sus mas áridos tratados con abundancia de citas y ejemplos oportunos. La erudicion no era sino comun en los escritores de su tiempo; mas, generalmente hablando, poco metodizada y menos digerida, se hacia de ordinario pesada y fastidiosa. Interrumpia á cada paso la marcha de una narracion ó de un razonamiento solo para tender á los ojos del lector sus mal guardadas galas; era mas que un medio de prueba un vano adorno literario. En las obras de MARIANA no aparece casi nunca sino para confirmar una proposicion ó una serie de argumentos; y se presenta casi siempre tan modesta como sóbria. Léjos de desviar la cuestion, la endereza y lleva por mejor camino; léjos de romper, sirve de clave. No, no merece sino respeto nuestro publicista; los errores que cometió, parte son debidos á su estado, parte al siglo, parte, como todos los de los que pretenden sondar los arcanos de la ciencia, á la naturaleza y condicion humanas. Hemos sido algunas veces severos; mas no tanto con el ánimo de rebajar su valor como con el de llamar mas la atencion sobre asuntos de cuya resolucion dependen grandes intereses. No consideramos legítima la crítica sino cuando lleva por objeto presentar con mas claridad y sobre todo con mas exactitud las cuestiones tocadas por el autor á quien se juzga; llevados de esta idea, no solo hemos pretendido fijar las miradas del lector sobre ellas, hemos puesto, frente á frente de la opinion que hemos debido combatir, la nuestra: proceder que se nos achacará tal vez á orgullo, pero que creemos necesario.

III.

Mas ¿para qué tiempo, se nos preguntará quizás, os reservais emitir vuestro parecer sobre la *Historia general de España?* Ha dado lugar á juicios á cuál mas contradictorios; ¿cuál es al fin el vuestro?

Cuando MARIANA empezó á escribir su *Historia*, á su vuelta del extranjero, era ya hombre maduro y tenia formuladas, si no en libros, en su entendimiento, casi todas las ideas que acabamos de examinar á la luz de la filosofía. Quiso *ensayarlas* como los metales, y las *ensayó* en la *historia* de su patria. Algunos, prescindiendo de este objeto, visible simplemente al leerla, la han censurado por hallarla sobrecargada de reflexiones; mas sin advertir que este cúmulo de reflexiones era tan necesario para el autor como útil para el interés de la obra. El conjunto de estas reflexiones constituye en la *Historia general de España* todo el sistema filosófico-político de MARIANA; de tal modo, que si se llegase á perder un dia la memoria de los demás libros, bastaria recogerlas para que pudiésemos juzgarle con la misma latitud y conocimiento de causa con que lo llevamos hecho. Léase con detencion esta tan vituperada historia, y se verá si exageramos.

No ignoramos que entre tantas reflexiones muchas son vulgarísimas, y por lo mismo inoportunas; mas son estas las menos, y aun cuando no lo fueran, se harian perdonables atendiendo al buen deseo que manifestó el autor de moralizar sobre la historia. Hace ya cerca de tres siglos que está escrita, y en este largo período ha tenido á lo menos por cada panegirista un enemigo; su lenguaje ha ido cayendo en desuso, su método ha sido oscurecido por el de los brillantes autores modernos que se han propuesto explicar la historia del mundo con solo seguir en su desarrollo dos ó tres principios, sus anacronismos puestos en relieve por plumas españolas y extran-

jeras, sus mas leves faltas denunciadas, su insuficiencia demostrada por obras posteriores, destinadas, al parecer, á reemplazarla: el libro sigue gozando, sin embargo, de una popularidad inmensa que permite repetir una tras otra las ediciones y agota hasta los ejemplares de excesivo coste. Figura en los estantes de los literatos y es aun obra de consulta. Recibe todavía homenajes hasta de los que mas reconocen sus defectos. ¿De qué puede depender esto sino de que el lector halla sin saberlo explicado en aquellas páginas, no solo la historia de su patria, sino las mas de sus creencias y una gran parte de las convicciones que han constituido hasta ahora su manera de juzgar acerca de la política que han seguido sus gobiernos? Ve, á la vuelta de una narración tal vez desaliñada, censurados con severidad los actos de los reyes, reprobados con el sello de la maldicion de Dios los cortesanos que vendan los ojos de los príncipes para que no vean la miseria de sus pueblos, condenado todo robo hecho en nombre de la ley y la justicia, aplaudida la muerte á mano armada de un monarca cuya tiranía acaba de hacer estremecer sus carnes, vituperada la imposicion de un tributo innecesario, ensalzados los hechos de cuantos han dado al país dias de gloria, presentadas en toda su fealdad la hipocresía y la infamia, revelados con ira los manejos traidores de súbditos y reyes, señalada á cada momento la accion de una providencia que rige los destinos de las naciones y las conduce al bien por entre los mismos precipicios en que caen impulsadas por la fuerza de los sucesos, consignada con dignidad y nobleza la libertad que nos hace hombres y el derecho que tenemos de defenderla contra toda clase de invasiones, atribuidas á una desigualdad injusta las grandes calamidades sociales, demostrada la futilidad de las grandezas humanas, elevadas siempre las miradas á un Dios remunerador que cuenta una por una las lágrimas que vertemos y los suspiros que exhalamos; y no bien llega á una de estas observaciones, cuando se siente dispuesto, no ya simplemente á perdonar las incorrecciones del lenguaje y la afectacion del estilo y los vicios de la narracion y la monotonía ó inverosimilitud de las arengas y las faltas históricas y las patrañas referidas con aire de verdades y los largos paréntesis y las sentencias pueriles de fin de cláusula, sino hasta á proseguir con brio y fe la lectura del hecho mas indiferente, la del capítulo que empezó tal vez con mas disgusto y repugnancia.

Las ideas filosóficas y políticas abundaban en Mariana cuando acometió la vasta empresa de componer su obra; su audacia luego en traducirlas y aplicarlas, sus instintos de independencia, su afan por formar con ellas el ánimo del príncipe á quien dedicó su libro, todo le hizo dar mayor interés á muchas de sus páginas, escritas manifiestamente con una valentía de que no son comunes los ejemplos.

Para nosotros pues la *Historia general de España* no es un libro despreciable, es un libro que tiene, como el que mas, su mérito. No merece el nombre de historia filosófica en el sentido que damos hoy á estas palabras; pero es indudablemente, si no el desarrollo, la aplicacion de un sistema bastante general, que el autor se ha encargado de explicar despues mas detenidamente en obras especiales. Confunde Mariana bastante frecuentemente, por desgracia, con la verdad la fábula, y con la tradicion la historia; mas es preciso antes de censurarle tener tambien en cuenta su época. Hay tradiciones que venian tan acompañadas del favor de los cronistas, que era casi peligroso tocarlas en un tiempo en que los pueblos conservaban íntegra la fe de sus mayores; hay hechos que, á pesar de hacerse repugnantes á la razon, venian confirmados por documentos tan auténticos, que no solo hubiera sido peligroso negarlos, sino históricamente hasta imposible. La falta de Mariana no está tanto en que haya prohijado fábulas como en que haya rechazado otras sin mas razon que por exigirlo así su simple buen sentido. Debia haberse trazado

de antemano reglas de criterio histórico, y juzgar por ellas de todos los sucesos; no lo hizo, procedió á capricho y ha dejado campo abierto á censuras agrias, pero justas.

Repréndese, además, á MARIANA porque apenas se ocupó sino en referir los hechos de los reyes. Nosotros le reprendemos tambien; pero haciéndonos cargo de que si es cierto que pudo hacer algo mas, no podia tanto como algunos creen. Una *Historia general de España* no es aun posible ni hoy en que tenemos algunos períodos tocados con singular detenimiento por escritores concienzudos, y disponemos de un sin número de datos, cuya existencia no pudo siquiera sospechar MARIANA. Una historia general como la exige la instruccion de un pueblo no se hace posible sino despues que han sido investigados y publicados los instrumentos históricos de todos los archivos; recogidos los hechos relativos á la vida particular de cada raza, de cada arte, de cada ciencia, de cada institucion social, de cada institucion política; examinado el orígen y significacion de cada costumbre; buscada la mas recta interpretacion de cada tradicion y cada fábula; razonados y examinados bajo todos los puntos de vista posibles todos los sucesos. Una historia general no es la obra de uno ó mas hombres; es, como las grandes epopeyas y los grandes monumentos arquitectónicos, la obra de los siglos. ¿Qué materiales habia ni para empezar á construir el edificio en tiempo de MARIANA? ¿De qué podia este echar mano sino de viejas crónicas cuyos hechos no eran mas que los de los reyes y cuyas fechas no podian sino hundirle á cada paso en un abismo de contradicciones? El mismo MARIANA ha dicho que *no fué su ánimo escribir historia, sino poner en órden y estilo lo que otros habian recogido;* con hacer esto solo ¿no prestó acaso un servicio eminente á los que habian de ser sus sucesores? ¿Quién nos ha dicho, por otra parte, que al resolverse á esta confesion MARIANA no tocase esa misma imposibilidad que ahora tocamos? Creemos que al escribir no se propuso este objeto, que él mismo revela en unos puntos y contradice en otros; pero tenemos una seguridad casi completa de que faltó muy poco para que hiciera cuanto las circunstancias permitian.

Otro cargo se ha dirigido aun á MARIANA, que nos vemos en la precision de atenuar, á pesar de nuestra inclinacion á agravarlos cuando los consideramos justos. MARIANA, se ha dicho, es mas historiógrafo que historiador, es decir, hace mas de su historia una obra literaria que una obra verdaderamente histórica. Se detiene en la pintura de los caractéres, que exagera algunas veces segun costumbre de los poetas, pone en boca de sus principales personajes discursos en que trabaja por dejar ver sus dotes oratorias, sus rasgos de elocuencia. ¿Para qué sirve todo esto? Es, á no dudarlo, bastante fundado el cargo; mas ¿cómo no se advierte que en su tiempo no habia mas modelos históricos que las obras de los griegos y latinos, y estas participaron siempre mas del carácter de obras literarias que de obras rigorosamente históricas? ¿Algunas no tienen acaso un aspecto marcadamente poético? ¿No son las mas decididamente dramáticas, dejándose descubrir en muchas narraciones y descripciones el deseo que tuvo el autor de producir efecto?

Literariamente considerada la *Historia general de España*, deja ya menos lugar á la diversidad de pareceres. Su principal defecto de estilo es la falta de unidad; lo bien sostenida que está la gravedad propia de la historia, su principal belleza. No mienta el autor una ciudad antigua sin que, ya en la misma, ya en otra cláusula, indique su situacion y su etimología y hasta se detenga en examinar las opiniones emitidas sobre aquel asunto; no narra un hecho que no lo recargue bien de incidentes, que solo sirven para oscurecerlo, bien de sentencias muchas veces frívolas, que, léjos de encarecer su importancia, la atenúan. Encabalga á menudo de una manera lastimosa hasta los mas discordes pensamientos, introduce en sus mas cortos períodos larguísi-

mos paréntesis que no siempre están unidos lógica ni gramaticalmente á la idea dominante. Recorre por medio de conjunciones y relativos todo lo que va despertando en él la asociacion de ideas, llega con frecuencia á hacer perder la memoria de lo que se ha propuesto referir á fuerza de acumular mas ó menos interesantes accesorios. Cambia cien veces de sugeto en una cláusula, aun cuando no lo exijan lo rápido de la narracion ni la naturaleza especial del argumento, sucediendo no pocas que deba dudar el mas avisado lector de á quién puede referirse lo que va leyendo.

Produce, como es natural, esta falta de unidad, en ninguna parte menos perdonable que en una obra histórica, cierta confusion, aumentada desgraciadamente por la demasiada libertad sintáxica que se ha tomado el autor, gracias á no haberse hecho debidamente cargo de lo diversa que es la índole de la lengua castellana con respecto á la latina, por mas que de esta y sobre esta se haya aquella derivado y constituido. Emplea los relativos á larga distancia de sus antecedentes, sin tomarse siquiera el trabajo de determinar por medio de artículos la vaguedad que ha de resultar forzosamente de una práctica para nosotros tan inusitada como inaceptable; intercala entre casos regidos y regentes palabras cuya identidad de género con las mas próximas acaba de oscurecer el sentido de todo un pensamiento; violenta de un modo extraño la construccion, ya para imitar un giro de Tácito, ó poner como todo escritor latino el verbo al fin del período, ó cuando menos al fin de alguno de sus miembros. Las lenguas, como todos los instrumentos de que se sirve el hombre para traducir sus conceptos, tienen una flexibilidad determinada; quererlas doblar mas de lo que esta permite es destrozarlas, como hubiera hecho indudablemente MARIANA, si conociéndola á fondo no hubiera procurado con bellezas aun mayores que sus defectos subsanar la falta.

Agrégase aun á esto para que llegue la confusion al colmo el uso de voces anticuadas ya en su tiempo, uso que en MARIANA degeneró en abuso, como ha sucedido entre nosotros en escritores como Martinez de la Rosa y el conde de Toreno. ¿De qué puede servir tanto arcaismo? ¿Se ha de condenar acaso al lector á que no empiece la lectura de una obra sin armarse antes de su diccionario? Las voces anticuadas, no solo hacen el estilo oscuro: producen el mismo mal efecto que los anacronismos que observamos, ya en los trajes de los actores, ya en las decoraciones de los teatros.

Es, por otra parte, el padre JUAN DE MARIANA bastante áspero y duro; en los símiles y en las alegorías feliz, pero monótono; en el lenguaje algo incorrecto; demasiado vulgar en algunos pasajes, si bien en otros, y son los mas, majestuoso y noble; brusco en las transiciones; unas veces sobradamente conciso, y otras por demás prolijo. ¿Quién empero mas culto en cambio que él ni mas castizo? Quién mas vigoroso en diseñar el carácter de los que han influido directamente en la marcha de los negocios públicos? Quién mas elocuente al poner en boca de los vencidos palabras, si por una parte llenas de sumision, llenas por otra de dignidad y de grandeza? Quién mas afortunado en sostener la gravedad histórica privándose de los recursos de la imaginacion que tanto contribuyen á dar belleza y variedad al estilo? Quién mas diestro en traducir con las menos palabras posibles los mas profundos pensamientos? Quién mas oportuno en la aplicacion de los epítetos cuando los usa solos y con el exclusivo objeto de caracterizar un individuo? Sus arengas son poco variadas y parecen no pocas veces forjadas en un mismo molde; pero son, á no dudarlo, los mas bellos modelos de lenguaje y de estilo que se pueden entresacar de la *Historia general de España*. Hay en ellas nervio, espíritu, precision, soltura. Los paralelos suelen ser tambien enérgicos y están llenos de concision y brio; la degeneracion de ciertas familias, la condicion de ciertos reyes, pintados con valentía y con destreza.

Podriamos citar, en comprobacion de tantas bellezas y defectos, abundantísimos ejemplos, pero los omitimos, ya porque fácilmente ha de dar con ellos todo lector capaz de apreciar las buenas y malas dotes literarias, ya porque profesamos hasta aversion al estudio demasiado nimio de las formas.

Deseamos además concluir, deseamos dejar caer de nuevo la losa sobre la tumba de MARIANA. Otros se hubieran detenido en referir los sucesos de su vida pintando con brillante estilo, ya sus triunfos como profesor, ya sus vicisitudes como escritor, ya sus trabajos como examinador sinodal, como consultor del Santo Oficio y como consultor del arzobispo de Toledo; nosotros hemos abierto con respeto su sepulcro solo para sorprender las ideas filosóficas y políticas que debieron agitar su grave y espaciosa frente. Satisfecho nuestro objeto, la pluma se nos cae de la mano, y no podemos ya sin violentarnos sostenerla por mas tiempo (1).

F. P. Y M.

(1) Hay obras de MARIANA de que no hemos hecho mencion; mas nos reservamos dar al fin de esta coleccion un catálogo completo de las que de él se conservan, catálogo en que continuarémos un ligero resúmen de las materias de que traten y un corto juicio crítico que dé á conocer el valor é importancia de cada una. Están las mas en latin, y por esto no pueden todas formar parte de esta *Biblioteca de Autores Españoles*, en la cual, sin embargo, vamos á publicar traducida, por ser obra de grandísima importancia, la *De Rege et regis institutione.*

PROLOGO DEL AUTOR.

AL REY CATÓLICO DE LAS ESPAÑAS DON FILIPE, TERCERO DESTE NOMBRE, NUESTRO SEÑOR.

Los años pasados, muy poderoso Señor, publiqué la *Historia general de España*, que compuse en latin, debajo del real nombre y amparo de vuestro padre el Rey, nuestro señor, de gloriosa memoria. Al presente me atrevo á ofrecer la misma puesta en lenguaje castellano. Como una joya podrá ser de alguna estima para el reinado dichoso y para la corona de vuestra majestad; servicio, segun yo pienso, agradable á vuestra benignidad por la grandeza de la empresa y por el deseo que tengo de aprovechar y servir. Lo que me movió á escribir la historia latina fué la falta que della tenia nuestra España (mengua sin duda notable), mas abundante en hazañas que en escritores, en especial deste jaez. Juntamente me convidó á tomar la pluma el deseo que conocí los años que peregriné fuera de España, en las naciones extrañas, de entender las cosas de la nuestra; los principios y medios por donde se encaminó á la grandeza que hoy tiene. Volvíla en romance, muy fuera de lo que al principio pensé, por la instancia continua que de diversas partes me hicieron sobre ello y por el poco conocimiento que de ordinario hoy tienen en España de la lengua latina aun los que en otras ciencias y profesiones se aventajan. Mas ¿qué maravilla, pues ninguno por este camino se adelanta, ningun premio hay en el reino para estas letras, ninguna honra, que es la madre de las artes? Que pocos estudian solamente por saber. Además del recelo que tenia no la tradujese alguno poco acertadamente, cosa que me lastimara forzosamente y de que muchos me amenazaban. En todo el discurso se tuvo gran cuenta con la verdad, que es la primera ley de la historia. Los tiempos van averiguados con mucho cuidado y puntualidad. Los años de los moros ajustados con los de Cristo, en que nuestros coronistas todos faltaron. A las ciudades, montes, rios y otros lugares señalamos los nombres que tuvieron antiguamente en tiempo de romanos. Finalmente, no nos contentamos con relatar los hechos de un reino solo, sino los de todas las partes de España, mas largo ó mas breve, segun que las memorias hallamos; ni solo referimos las cosas seglares de los reyes, sino que tocamos asimismo las eclesiásticas que pertenecen á la religion; todo con mucha precision para que la balumba de historia tan larga y tan varia, á ejemplo de las otras naciones, saliese tolerable. Si bien en los hechos mas señalados y batallas nos extendemos á las veces algo mas, no de otra manera que los grandes rios por las hoces van cogidos y por las vegas salen, cuando se hinchan con sus crecientes, de madre. En la traduccion no procedí como intérprete, sino como autor, hasta trocar algun apellido, y tal vez mudar opinion, que se tendrá por la nuestra la que en esta quinta impresion se hallare; ni me até á las palabras ni á las cláusulas; quité y puse con libertad, segun me pareció mas acertado, que unas cosas son á propósito para gente docta, y otras para la vulgar. Darán gusto á los de nuestra nacion á veces las de que los extranjeros harian poco caso. Cada ralea de gente tiene sus gustos, sus aficiones y sus juicios. En dar el don á particulares voy considerado y escaso, como lo fueron nuestros antepasados. Quien hallare alguno que le toque ó se le deba sin él, póngasele en su libro, que nadie le irá á la mano. Algunos vocablos antiguos se pegaron de las corónicas de Es-

paña de que usamos, por ser mas significativos y propios, por variar el lenguaje y por lo que en razon de estilo escriben Ciceron y Quintiliano. Esto por los romancistas. El principio de esta historia se toma desde la poblacion de España; continúase hasta la muerte del rey don Fernando el Católico, tercero abuelo de vuestra majestad. No me atreví á pasar mas adelante y relatar las cosas mas modernas por no lastimar á algunos si se decia la verdad, ni faltar al deber si la disimulaba. Del fruto desta obra depondrán otros mas avisados. Por lo menos el tiempo, como juez y testigo abonado y sin tacha, aclarará la verdad, pasada la aficion de unos, la envidia de otros y sus calumnias sin propósito y su ignorancia. El trabajo puedo yo testificar ha sido grande, la empresa sobre mis fuerzas, bien lo entiendo; mas ¿quién las tiene bastantes para salir con esta demanda? Muchos siglos, por ventura, se pasaran como antes si todo se cautelara. Confío que si bien hay faltas, y yo lo confieso, la grandeza de España conservará esta obra; que á las veces hace estimar y durable la escritura el sugeto de que trata. La historia en particular suele triunfar del tiempo, que acaba todas las demás memorias y grandezas. De los edificios soberbios, de las estatuas y trofeos de Ciro, de Alejandro, de César, de sus riquezas y poder, ¿qué ha quedado? Qué rastro del templo de Salomon, de Jerusalem, de sus torres y baluartes? La vejez lo consumió, y el que hace las cosas las deshace. El sol que produce á la mañana las flores del campo, el mismo las marchita á la tarde. Las historias solas se conservan, y por ellas la memoria de personajes y de cosas tan grandes. Lo mismo quiero pensar será desta historia. ¿Quién quita que yo no favorezca mi esperanza, si ya no se despierta por nuestro ejemplo alguno que con pluma mas delgada se nos adelante en escribir las grandezas de España, y con la luz de su estilo y erudicion escurezca nuestro trabajo? Daño que por el bien comun llevarémos con facilidad, y mas aína lo deseamos que muchos entren en la liza y hagan en ella prueba de sus ingenios y de su erudicion. Que con algunos de nuestros coronistas ni en la traza ni en el lenguaje no deseo que me compare nadie; bien que de sus trabajos nos hemos aprovechado, y aun por seguillos habrémos alguna vez tropezado, yerro digno de perdon por hollar en las pisadas de los que nos iban delante. No quiero alabar mi mercadurία ni pretendo galardon alguno de los hombres, que no se podrá igualar al trabajo como quier que la empresa suceda, dado que los gastos han sido grandes y la hacienda ninguna por la vida que profesamos, y que las corónicas de los reinos están por cuenta de los reyes y á su cargo. Solo suplico humilmente reciba vuestra majestad este trabajo en agradable servicio, que será remuneracion muy colmada si, como vuestra majestad ha ocupado algunos ratos en la leccion de mi historia latina, ahora que el lenguaje es mas llano y la traza mas apacible la leyere mas de ordinario. Ninguno se atreve á decir á los reyes la verdad; todos ponen la mira en sus particulares: miseria grande, y que de ninguna cosa se padece mayor mengua en las casas reales. Aquí la hallará vuestra majestad por sí mismo: reprehendidas en otros las tachas que todos los hombres las tienen; alabadas las virtudes en los antepasados; avisos y ejemplos para los casos particulares que se pueden ofrecer, que los tiempos pasados y los presentes semejables son, y como dice la Escritura, lo que fuere eso será. Por las mismas pisadas y huella se encaminan, ya los alegres, ya los tristes remates; y no hay cosa mas segura que poner los ojos en Dios y en lo bueno y recatarse de los inconvenientes en que los antiguos tropezaron, y á guisa de buen piloto tener todas las rocas ciegas y los bajíos peligrosos de un piélago tan grande como es el gobierno y mas de tantos reinos en la carta de marear bien demarcados. El año pasado presenté á vuestra majestad un libro que compuse de las virtudes que debe tener un buen rey, que deseo lean y entiendan los príncipes con cuidado. Lo que en él se trata especulativamente, los preceptos, avisos y las reglas de la vida real, aquí se ven puestas en práctica y con sus vivos colores esmaltadas. No me quiero alargar mas. Dios, nuestro Señor, dé su luz á vuestra majestad para que, conforme á los principios de su bienaventurado reinado, se adelante en todo género de virtudes y felicidad como todos esperamos, y para alcanzallo no cesamos de ofrecer á su majestad y á sus santos continuamente nuestros votos y plegarias.

1636.
& Spain. (0–1621.)

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

De la venida de Tubal y de la fertilidad de España.

TUBAL, hijo de Jafet, fué el primer hombre que vino á España. Así lo sienten y testifican autores muy graves, que en esta parte del mundo pobló en diversos lugares, poseyó y gobernó á España con imperio templado y justo. La ocasion de su venida fué en esta manera. El año que despues del diluvio general de la tierra, conforme á la razon de los tiempos mas acertada, se contaba 131, los descendientes de Adan, nuestro primero padre, se esparcieron y derramaron por toda la redondez de la tierra y por todas las provincias: merced del atrevimiento con que por consejo y mandado del valiente caudillo Nombrod acometieron á levantar la famosa torre de Babilonia, y castigo muy justo del desprecio de Dios. Confundióse el lenguaje comun de que antes todos usaban de manera tal, que no podian contratar unos con otros ni entenderse lo que hablaban; por donde fué cosa forzosa que se apartasen y se derramasen por diversas partes. Repartióse pues el mundo entre los tres hijos de Noé desta suerte: á Sem cupo toda el Asia allende el rio Eufrates hácia el oriente con la Suria, donde está la Tierra-Santa. Los descendientes de Cam poseyeron á Babilonia, las Arabias y á Egipto con toda la Africa. A la familia y descendencia de Jafet, hijo tercero del gran Noé, dieron la parte de Asia que mira al septentrion, desde los famosos montes Tauro y Amano, demás desto toda la Europa. Hecha la particion en esta forma, los demás hijos de Jafet asentaron en otras provincias y partes del mundo; pero Tubal, que fué su quinto hijo, enviado á lo postrero de las tierras donde el sol se pone, conviene á saber, á España, fundó en ella dichosamente y para siempre en aquel principio del mundo, grosero y sin policía, no sin providencia y favor del cielo, la gente española y su valeroso imperio. De donde en todos los tiempos y siglos han salido varones excelentes y famosos en guerra y en paz, y ella ha siempre gozado de abundancia de todos los bienes, sin faltar copiosa materia para despertar á los buenos ingenios, y por la grandeza y diversidad de las cosas que en España han sucedido, convidallos á tomar la pluma, emplear y ejercitar en este campo su elocuencia. Verdad es que siempre ha tenido falta de escritores, los cuales con su estilo ilustrasen la grandeza de sus hechos y proezas. Esta falta á algunos dió atrevimiento de escribir y publicar patrañas en esta parte y fábulas de poetas mas que verdaderas historias; y á mí despertó para que con el pequeño ingenio y erudicion que alcanzo, acometiese á escribir esta historia, mas aína con intento de volver por la verdad y defendella que con pretension de honra ó esperanza de algun premio; el cual, ni lo pretendo de los hombres, ni se puede igualar al trabajo desta empresa, de cualquiera manera que ella suceda. Conforme á esta traza, será bien que, en primer lugar, se pongan y relaten algunas cosas, así de la naturaleza y propiedades desta tierra de España y de su asiento como de las lenguas antiguas y costumbres de los moradores della. La tierra y provincia de España, como quier que se pueda comparar con las mejores del mundo universo, á ninguna reconoce ventaja, ni en el saludable cielo de que goza, ni en la abundancia de toda suerte de frutos y mantenimientos que produce, ni en copia de metales, oro, plata y piedras preciosas, de que toda ella está llena. No es como Africa, que se abrasa con la violencia del sol, ni á la manera de Francia es trabajada de vientos, heladas, humedad del aire y de la tierra; antes por estar asentada en medio de las dos dichas provincias, goza de mucha templanza; y así bien el calor del verano como las lluvias y heladas del invierno muchas veces la sazonan y engrasan en tanto grado, que de España, no solo los naturales se proveen de las cosas necesarias á la vida, sino que aun á las naciones extranjeras y distantes, y á la misma Italia cabe parte de sus bienes y la provee de abundancia de muchas cosas; porque á la verdad produce todas aquellas á las cuales da estima, ó la necesidad de la vida, ó la ambicion, pompa y vanidad del ingenio humano. Los frutos de los árboles son grandemente suaves; la nobleza de las viñas y del vino, excelente; hay abundancia de pan, miel, aceite, ganados, azúcares, seda, lanas sin número y sin cuento. Tiene minas de oro y de plata; hay venas de hierro donde quiera, piedras trasparentes y á manera

Hist. of Spain. (0-1621.)

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

De la venida de Tubal y de la fertilidad de España.

TUBAL, hijo de Jafet, fué el primer hombre que vino á España. Así lo sienten y testifican autores muy graves, que en esta parte del mundo pobló en diversos lugares, poseyó y gobernó á España con imperio templado y justo. La ocasion de su venida fué en esta manera. El año que despues del diluvio general de la tierra, conforme á la razon de los tiempos mas acertada, se contaba 131, los descendientes de Adan, nuestro primero padre, se esparcieron y derramaron por toda la redondez de la tierra y por todas las provincias: merced del atrevimiento con que por consejo y mandado del valiente caudillo Nombrod acometieron á levantar la famosa torre de Babilonia, y castigo muy justo del desprecio de Dios. Confundióse el lenguaje comun de que antes todos usaban de manera tal, que no podian contratar unos con otros ni entenderse lo que hablaban; por donde fué cosa forzosa que se apartasen y se derramasen por diversas partes. Repartióse pues el mundo entre los tres hijos de Noé desta suerte: á Sem cupo toda el Asia allende el rio Eufrates hácia el oriente con la Suria, donde está la Tierra-Santa. Los descendientes de Cam poseyeron á Babilonia, las Arabias y á Egipto con toda la Africa. A la familia y descendencia de Jafet, hijo tercero del gran Noé, dieron la parte de Asia que mira al septentrion, desde los famosos montes Tauro y Amano, demás desto toda la Europa. Hecha la particion en esta forma, los demás hijos de Jafet asentaron en otras provincias y partes del mundo; pero Tubal, que fué su quinto hijo, enviado á lo postrero de las tierras donde el sol se pone, conviene á saber, á España, fundó en ella dichosamente y para siempre en aquel principio del mundo, grosero y sin policía, no sin providencia y favor del cielo, la gente española y su valeroso imperio. De donde en todos los tiempos y siglos han salido varones excelentes y famosos en guerra y en paz, y ella ha siempre gozado de abundancia de todos los bienes, sin faltar copiosa materia para despertar á los buenos ingenios, y por la grandeza y diversidad de las cosas que en España han sucedido, convidallos á tomar la pluma, emplear y ejercitar en este campo su elocuencia. Verdad es que siempre ha tenido falta de escritores, los cuales con su estilo ilustrasen la grandeza de sus hechos y proezas. Esta falta á algunos dió atrevimiento de escribir y publicar patrañas en esta parte y fábulas de poetas mas que verdaderas historias; y á mí despertó para que con el pequeño ingenio y erudicion que alcanzo, acometiese á escribir esta historia, mas aína con intento de volver por la verdad y defendella que con pretension de honra ó esperanza de algun premio; el cual, ni lo pretendo de los hombres, ni se puede igualar al trabajo desta empresa, de cualquiera manera que ella suceda. Conforme á esta traza, será bien que, en primer lugar, se pongan y relaten algunas cosas, así de la naturaleza y propiedades desta tierra de España y de su asiento como de las lenguas antiguas y costumbres de los moradores della. La tierra y provincia de España, como quier que se pueda comparar con las mejores del mundo universo, á ninguna reconoce ventaja, ni en el saludable cielo de que goza, ni en la abundancia de toda suerte de frutos y mantenimientos que produce, ni en copia de metales, oro, plata y piedras preciosas, de que toda ella está llena. No es como Africa, que se abrasa con la violencia del sol, ni á la manera de Francia es trabajada de vientos, heladas, humedad del aire y de la tierra; antes por estar asentada en medio de las dos dichas provincias, goza de mucha templanza; y así bien el calor del verano como las lluvias y heladas del invierno muchas veces la sazonan y engrasan en tanto grado, que de España, no solo los naturales se proveen de las cosas necesarias á la vida, sino que aun á las naciones extranjeras y distantes, y á la misma Italia cabe parte de sus bienes y la provee de abundancia de muchas cosas; porque á la verdad produce todas aquellas á las cuales da estima, ó la necesidad de la vida, ó la ambicion, pompa y vanidad del ingenio humano. Los frutos de los árboles son grandemente suaves; la nobleza de las viñas y del vino, excelente; hay abundancia de pan, miel, aceite, ganados, azúcares, seda, lanas sin número y sin cuento. Tiene minas de oro y de plata; hay venas de hierro donde quiera, piedras trasparentes y á manera

de espejos, y no faltan canteras de mármol de todas suertes, con maravillosa variedad de colores, con que parece quiso jugar y aun deleitar los ojos la naturaleza. No hay tierra mas abundante de bermellon; en particular en el Almaden se saca mucho y bueno, pueblo al cual los antiguos llamaron Sisapone, y le pusieron en los pueblos que llamaron oretanos. El terreno tiene varias propiedades y naturaleza diferente. En partes se dan los árboles, en partes hay campos y montes pelados; por lo mas ordinario pocas fuentes y rios; el suelo es recio y que suele dar veinte y treinta por uno cuando los años acuden; algunas veces pasa de ochenta, pero esto es cosa muy rara. En grande parte de España se ven lugares y montes pelados, secos y sin frutos, peñascos escabrosos y riscos, lo que es alguna fealdad. Principalmente la parte que de ella cae hácia el septentrion tiene esta falta, que las tierras que miran al mediodía son dotadas de excelente fertilidad y hermosura. Los lugares marítimos tienen abundancia de pesca, de que padecen falta los que están la tierra mas adentro, por caerles el mar léjos, tener España pocos rios, y lagos no muchos. Sin embargo, ninguna parte hay en ella ociosa ni estéril del todo. Donde no se coge pan ni otros frutos, allí nace yerba para el ganado y copia de esparto á propósito para hacer sogas, gomenas y maromas para los navíos, pleita para esteras y para otros servicios y usos de la vida humana. La ligereza de los caballos es tal, que por esta causa las naciones extranjeras creyeron y los escritores antiguos dijeron que se engendraban del viento; que fué mentir con alguna probabilidad y apariencia de verdad. En conclusion, aun el mismo Plinio, al fin de su *Historia natural*, testifica que por todas las partes cercanas del mar España es la mejor y mas fértil de todas las naciones, sacada Italia; á la cual misma hace ventaja en la alegría del cielo y en el aire que goza, de ordinario templado y muy saludable. Y si de verano no padeciese algunas veces falta de agua y sequedad, haria sin duda ventaja á todas las provincias de Europa y de África en todas las cosas necesarias al sustento y arreo de la vida. Demás que en este tiempo, por el trato y navegacion de las Indias, donde han á levante y á poniente en nuestra edad y en la de nuestros abuelos penetrado las armas españolas con virtud invencible, es nuestra España en toda suerte de riquezas y mercaderías dichosa y abundante, y tiene sin falta el primer lugar y el principado entre todas las provincias. De allí, con las flotas que cada año van y vienen y con el favor del cielo, se ha traido tanto oro y plata y piedras preciosas y otras riquezas para particulares y para reyes, que si se dijese y sumase lo que ha sido, se tendria por mentira; lo cual todo, demás del interés, redunda en grande honra y gloria de nuestra nacion; y dél resulta no menos provecho á las extranjeras, á las cuales cabe buena parte de nuestras riquezas, de nuestra abundancia y bienes.

CAPITULO II.

Del asiento y circunferencia de España.

La póstrera de las tierras hácia donde el sol se pone es nuestra España. Parte término con Francia por los montes Pirineos, y con Africa por el angosto estrecho de Gibraltar; tiene figura y semejanza de un cuero de buey tendido, que así la comparan los geógrafos, y está rodeada por todas partes y ceñida del mar, sino es por la que tiene por aledaño á los Pirineos, cuyas cordilleras corren del uno al otro mar, y se rematan en dos cabos ó promontorios: el uno sobre el Océano, que se llama Olarso, cerca de Fuenterabía; el otro cae hácia el Mediterráneo, y antiguamente se llamó promontorio de Vénus, de un templo que allí á esta diosa dedicaron; ahora, mudada la religion gentílica y dejada, se llama cabo de Cruces. Desde este cabo, donde se remata la Gallia que antiguamente se decia Narbonense, hasta lo postrero del estrecho de Gibraltar, se extiende y corre con riberas muy largas entre mediodía y poniente el uno de los cuatro lados de España, el cual va bañado con las aguas del mar Mediterráneo. Su longitud es de docientas y setenta leguas, lo cual se entiende discurriendo por la costa; porque si nos apartamos hácia la tierra ó hácia la mar, de las riberas y promontorios y ensenadas que hace, menor será la distancia; y advierto que cada legua española tiene como cuatro millas de las de Italia. En este lado de España está Colibre, ciudad antigua de la Gallia, al presente mas conocida por su antigüedad y comodidad del puerto que tiene que por la muchedumbre de vecinos, que son pocos, ni arreo de sus moradores, que todo es pobreza. Pasado el cabo de Vénus ó de Cruces, que está cerca de Colibre, síguense dos promontorios ó cabos, dichos antiguamente el uno Lunario, el otro Ferraria ó Tenebrio, que están distantes casi igualmente de la una y de la otra parte de la boca del rio Ebro; en el cual espacio y distancia se ve la boca del rio Lobregat, por donde descarga sus aguas, que siempre lleva rojas, en la mar; y así, los antiguos le llamaron Rubricato, que es lo mismo que rojo. Están tambien en aquel lado las ciudades de Barcelona, Tarragona, Tortosa, Monviedro, que fué antiguamente la famosa ciudad de Sagunto (los godos por sus ruinas la llamaron *Murvetrum*, muro viejo), bien conocida por su lealtad que guardó con los romanos y por su destruicion y ruina. Despues de Sagunto se siguen Valencia, la boca del rio Júcar y Dénia, el cabo de Gatas, dicho así por las muchas piedras ágatas que allí se hallan. Los griegos antiguamente le llamaron Caridemo, que es tanto como gracioso, por tener entendido que las dichas piedras tenian virtud para ganar la gracia de los hombres y hacer amigos. Mas adelante en el mismo lado se ve Almería, la cual se fundó, segun algunos lo creen, de las ruinas de Abdera; otros sienten ser la antigua Urci, situada en los Bastetanos, que es la comarca de Baza. Despues está Málaga, y finalmente, á la boca del Estrecho, Heraclea ó Calpe, dicha así antiguamente del monte Calpe, donde está asentada y puesta; la cual hoy se dice Gibraltar. Luego se sigue Tarteso ó, como vulgarmente la llamamos, Tarifa, de donde todo el Estrecho antiguamente se llamó Tartesiaco, si ya los nombres de Tartesio y Tartesiaco no se derivan y tomaron de Tarsis, que así se dijo antiguamente Cartago ó Túnez; y pudo ser que se mudasen los nombres á estos lugares por el mucho trato que aquella gente de Africa tuvo en aquellas partes. El mismo Estrecho se llamó Hercúleo, á causa de Hércules, el cual, venido en España, y hechos á manos con grandes materiales y muellos los montes dichos Calpe y Avila de la una y otra parte del Estrecho, que son las

columnas de Hércules, so dice quiso cerrar y cegar aquellas estrechuras, cuya longitud es de quince millas, la anchura por donde mas se estrecha el mar apenas es de siete, conforme á lo que Solino escribe; dado que hoy mas de doce millas tiene de anchura por la parte mas estrecha, la longitud pasa de treinta. El mismo Estrecho se llamó Gaditano, de Cádiz, en latin *Gadeis*, que es una isla á la salida del Estrecho, que está y se ve á la mano derecha en el Océano. Tomó aquel nombre de una diccion cartaginés que significa vallado, como tambien en hebreo lo significa esta palabra *gheder*, por ser Cádiz como valladar de España contrapuesto y que hace rostro á las hinchadas olas del mar Océano. Estaba esta isla antiguamente apartada setecientos pasos de las riberas de España, y bojaba docientas millas en circuito; al presente apenas tiene tres leguas de largo, que son doce millas, y della por una puente se pasa á la tierra firme: tan cerca le cae. Así se mudan y se truecan las cosas con el tiempo, que todo lo altera. Desde lo postrero del Estrecho hasta el promontorio Nerio, hoy llamado cabo de Finisterre, cuentan los que navegan docientas veinte y seis leguas, porque el cabo de San Vicente, que se decia promontorio Sagrado, el cual está contrapuesto y enfrente de los Pirineos, que es la mayor distancia y longitud que hay en España, y que corre y se mete muy adentro en el mar, hace las vueltas de las riberas algo mas largas que si por camino derecho se anduviese. En estas riberas del Océano están asentadas primero Sevilla junto á Guadalquivir, y despues por la parte que el rio Tajo se descarga y entra en el mar la ciudad de Lisboa, las cuales en grandeza, número de moradores y contratacion compiten con las primeras y mas principales de Europa. Está cerca de Lisboa el promontorio Artabro, desde donde el Océano, que á mano siniestra se llamaba Atlántico, comienza á la derecha á llamarse Gállico ó Gallego, como, segun yo creo, en el mar Mediterráneo los nombres de Balcárico y Ibérico que tiene se distinguen por el rio Ebro, aledaño del un mar y del otro. El lado tercero de España, que corre entre los vientos cierzo y cauro ó gallego, extiende por espacio de ciento y treinta y cuatro leguas sus riberas, no iguales y derechas, como lo sintió Pomponio Mela, antes hacen no menos senos y calas, ni son menos desiguales que los demás costados desta provincia. Los puertos mas principales que en aquella parte caen son el de la Coruña, que se decia Brigantino, el de Laredo y el de Santander. Por ventura se podria decir que la forma antigua de las marinas de España, así bien como en las demás provincias, se ha mudado, en parte por comer el mar las riberas, y en parte por diversas ocasiones y montes que se han levantado de nuevo donde no los habia, que desacreditan las antiguas descripciones de la tierra, y no dan poco en qué entender á los que de nuevo escriben; que tal es la inconstancia de la naturaleza y de las cosas que en la tierra hay. La longitud de los Pirineos, que es el cuarto lado de España, doblando algun tanto hácia ella, se extiende con sus cordilleras muy altas, y corre entre septentrion y levante desde el mar Océano hasta el Mediterráneo por espacio de ochenta leguas. Justino pone seiscientas millas, en que sin duda los números, por la injuria del tiempo en esta parte, están mudados. Desde el muy alto monte de Cantabria, llamado San Adrian, los que allí pasan dicen que se ve el uno y el otro mar, si ya el engaño y apariencia no hace tomar lo que parece por verdadero, y afirmar por cierto lo que á los ojos se les antoja de los que por allí pasan.

CAPITULO III.

De los montes y rios principales de España.

Entre Vizcaya y Navarra, desde Roncesvalles, lugar bien conocido por la matanza y destrozo que allí se hizo de la nobleza de Francia cuando Carlomagno quiso por fuerza de armas entrar en España, cierto ramo de montes que nace y se desgaja de los Pirineos y se endereza al poniente, deja á la diestra los Cántabros y las Astúrias, y mas adelante corta y parte por medio la provincia de Galicia, donde hace el cabo de Finisterre en lo último de España, que corre y se mete mucho en la mar. Distinguense por este monte en España los ultramontanos de los citramontanos, ó como el vulgo habla, los montañeses de aquende y de allende. Destos montes hácia la parte de mediodía el monte Idubeda, llamado así de los antiguos, se desgaja. Tiene su principio cerca de las fuentes de Ebro, que están sobre los Pelendones, pueblos antiguos de España; por mejor decir, nace en las vertientes de Astúrias, donde está un pueblo, por nombre Fontibre, que es lo mismo que Fuentes de Ebro. Al presente este monte Idubeda se llama montes de Oca, del nombre de una ciudad antigua llamada Auca, cuyos rastros se muestran cerca de Villafranca, cinco leguas sobre Búrgos. Y pasando el dicho monte por Briviesca y por los arevacos, donde se empinan las cumbres del monte Orbion, no léjos de Moncayo, discurre entre Calatayud y Daroca hasta tanto que se remata en el mar Mediterráneo cerca de Tortosa; de la cual ciudad toman hoy apellido las postreras partes de este monte, que son y se llaman los montes de Tortosa. Este monte Idubeda hace que el rio Ebro no corra hácia poniente, como los otros rios mas nombrados y mas famosos de España; antes á la parte de mediodía por dos bocas entra y se descarga en el mar Mediterráneo. Del monte Idubeda toma principio el monte Orospeda, que al principio se alza tan poco á poco, que apenas se echa de ver, pero empinándose despues y discurriendo mas adelante, hace y deja formados, primero los montes de Molina, despues los de Cuenca, donde á mano izquierda nace y tiene sus fuentes Júcar, y á la derecha Tajo, rios bien conocidos. Desde allí forma los montes de Consuegra, cerca de la cual en los campos laminitanos, hoy campo de Montiel, brotan las fuentes y los ojos de Guadiana. Pasa desde allí á Alcaráz y Segura, donde hácia partes diferentes y hácia diversos mares nacen dél y corren los dos rios, el de Segura, que se dijo antiguamente Tader, y el de Guadalquivir en el bosque Tijense, no léjos del lugar de Cazorla, distante de las fuentes de Guadiana por mas de veinte y cinco leguas. Desde Cazorla este monte Orospeda se parte en dos brazos, de los cuales uno enfrente de Murcia se remata en el mar cabo Muxacra ó Murgis, á manderecha del cual caen los Bastetanos, dichos así de la ciudad Basta, que es hoy Baza, y á la siniestra los contestanos, pueblos y gentes antiguas de España, cuya cabecera hoy es Murcia. La otra parte se extiende hácia Málaga, y juntándose con los montes de Granada, pasa mas ade-

lante de Gibraltar y de Tarifa con tanto denuedo, que parece, pasado el mar y cegado el Estrecho, pretende diversas veces y por diferentes partes abrazarse y juntarse con Africa. De Orospeda, cerca de Alcaráz, proceden los montes Marianos, vulgarmente dichos Sierramorena, cuyas raíces casi siempre hasta el mar Océano baña el rio Guadalquivir, el cual desde Andújar parte por medio la Andalucía, pasa por Córdoba, Itálica y Sevilla, y últimamente se envuelve en el mar Océano cerca del lugar que antiguamente llamaron Templo del Lucero, y hoy se dice Sanlúcar. Entra en el mar este rio al presente por una boca; antiguamente entraba por dos, pues Nebrija y Asta, que ponian los antiguos en el estero de Guadalquivir, ahora distan dél y de su boca por espacio de dos leguas. Volvamos atrás. No léjos del principio de Orospeda y cerca del Moncayo, en medio de las llanuras y la campiña muy tendida, se levantan otros montes, los cuales no hay duda sino que son brazos de los Pirineos, como los demás montes de España, con los cuales toda ella está entretejida y enlazada; bien que al principio apenas se echaria de ver que se levanten, si no fuese por las vertientes diferentes y porque el rio Duero, que como nazca en los Pelendones y hasta Soria corra claramente hácia la parte de mediodía, le hacen desde allí dar vuelta y seguir la derrota del poniente derechamente. Destos montes acerca de los antiguos escritores ni hallo nombre ni mencion alguna; al presente tienen muchos apellidos, y siempre diferentes y nuevos, que toman por la mayor parte de las ciudades que les caen cerca, como de Soria, Segovia y Avila; en particular Castilla, la mayor de las provincias de España, se divide por estos montes en Castilla la Nueva y la Vieja. Los mismos mas adelante pasan cerca de Coria y Plasencia, bañados á la siniestra del rio Tajo, y siguiendo aquella derrota, parten á Portugal en dos partes casi iguales. Ultimamente se rematan en el lugar llamado Sintra, que está puesto sobre el monte Tagro, siete leguas de Lisboa hácia septentrion, donde dejan formado en el mar Océano el promontorio ó cabo, que por lo menos Solino le llamó Artabro.

CAPITULO IV.

De dos divisiones de España, la antigua y la moderna.

La antigua España se dividió en tiempo de los romanos en tres partes, conviene á saber: en la Lusitania, la Bética y lo que llamaban Hispania Tarraconense. Los lusitanos poseian lo postrero de España hácia el Océano occidental; tenian por linderos al rio Duero al septentrion, y á la parte de mediodía al rio Guadiana; y desde el rio Duero, que cae en frente de Simancas, una línea que se tira hasta la puente del Arzobispo, y desde allí pasa á los Oretanos, que eran donde está ahora Almagro, hasta la ribera de Guadiana, terminaba aquella provincia, y la dividia de la provincia Tarraconense. De tal suerte que comprehendia la Lusitania en su distrito á Avila, Salamanca, Coria, tierra de Plasencia y Trujillo, y otras ciudades y lugares que de presente pertenecen y son de Castilla. Seguíase la Bética ó Andalucía, la cual está rodeada por los tres lados del rio de Guadiana, y del uno y del otro mar hasta Murgis ó Muxacra, pueblo que estaba asentado cerca del promontorio Caridemo ó cabo de Gatas, desde donde tirada una línea hasta los términos de Castulon y hasta los Oretanos, donde está la rica villa de Almagro, resulta el otro lado de la Bética á la banda de levante donde sale el sol. Todas las demás tierras de España se llamaron y tomaron el apellido que tenian de España Tarraconense del nombre de Tarragona, nobilísima poblacion y colonia de los Scipiones, y que fué por largo tiempo la silla del imperio romano, donde los pueblos trataban sus pleitos, y de donde procedian las leyes con que los vasallos se gobernaban y los consejos de la paz y de la guerra. La cual san Isidoro, conforme á la division del gran Constantino, que se halla en Sexto Rufo, dividió en la Tarraconense, en la Cartaginense y Galicia, sin señalar los linderos que cada una destas tres provincias tenian; y no es maravilla, por haberse mudado muchas veces, ya estrechando estas provincias, ya alargándolas, por voluntad de los que mandaban, ó conforme las diferentes ocasiones sucedian. Toda la España Tarraconense comprehenden los mas debajo del nombre de España citerior, que es lo mismo que de aquende, así como la Lusitania y la Bética entienden debajo del nombre de España ulterior; ca los que ponen por términos destas dos Españas citerior y ulterior al rio Ebro, á los tales y á su opinion resisten Plinio y los mas eruditos; bien que sin duda en algun tiempo fué así, que se dividian las dos Españas sobredichas con aquel rio, de suerte que todo lo que está desta parte de Ebro hácia poniente se llamó algun tiempo España ulterior, y citerior lo que cae de la otra parte. La una y la otra España sin duda en este tiempo tienen nuevos y muchos nombres, los cuales reducir á cierto número es dificultoso; si bien se pueden todos comprehender debajo de cinco nombres de reinos que resultaron, y se levantaron como echaban de España los moros. El reino de Portugal y su gente tiene por fundadores á los franceses con su caudillo don Enrique, que fué del linaje de los príncipes de Lorena, dado que nació en Besanzon, ciudad de Borgoña. Su suegro don Alonso el VI, rey de Castilla, le dió con su hija doña Teresa la ciudad de Portu, asentada á la boca del rio Duero, y otros pueblos comarcanos. De Portu y de Gallia, que es la Francia, se forjó el nombre de Portugal, la cual opinion siguen algunos autores. Lo mas cierto es lo que sienten otras personas mas eruditas y cuerdas, que de un lugar que estaba en aquel puerto, que se dijo Cale, y al presente Caya, y de Portu se compuso este nombre de Portugal. Extiéndese Portugal por la longitud algo mas que la antigua Lusitania, pues pasado el rio Duero, llega con campos muy fértiles hasta el rio Miño, y sus riberas sobre el mar Océano contienen y se extienden no menos de ciento y diez y siete leguas. Pero la misma provincia es mas angosta que la Lusitania, y su anchura es casi igual hácia el oriente; porque comenzando un poco sobre Berganza, y pasando por los rios Duero y Tajo, llega á Beja, ciudad puesta en la ribera de Guadiana, rio con que se termina hácia mediodía el sobredicho reino de Portugal. Por el septentrion y á la parte de levante alinda y está pegado con el reino de Leon, que es la segunda provincia de las cinco ya dichas. Toma este reino su apellido de la ciudad de Leon, que fué y es hoy la Real y metrópoli de aquella provincia. Contiene en sí la Galicia toda y las Astúrias de Oviedo, las cuales desde el rio Mearo y

desde el lugar de Ribadeo llegan con sus riberas extendidas hasta el puerto de Llanes. Ultra desto, de Castilla la Vieja pertenece al reino de Leon todo lo que está comprehendido entre el bosque de Pernía y el rio Carrion hasta que llega á Pisuerga y entra en Duero; y pasado el rio Duero, otro rio llamado Hova, y Régamon que con él se junta, son los aledaños deste reino; finalmente, una línea tirada entre Salamanca y Avila, que toca las cumbres de aquellos montes y llega á la raya de Portugal. Este fué antiguamente el distrito del reino de Leon. Juntósele adelante, sacada Plasencia y su diócesi, toda la Extremadura; así dicha por haber, después que se comenzó á recobrar España de los moros con varios sucesos de las guerras, sido mucho tiempo frontera y lo extremo y postrero que por aquella parte poseian los cristianos. Otrosí traen diferente derivacion y causa deste nombre de Extremadura; cuya opinion se relatará en otro lugar, y en este ni la reprobamos ni la recibimos. Extendiéronse otrosí algun tiempo los términos deste reino hasta Mérida, ciudad de la Lusitania, y Badajoz, ciudad de la Bética, como en sus lugares irá declarando la historia. El reino de Navarra, que contamos en tercer lugar entre los reinos de España, está asentado en tierra de los Vascones, pueblos antiguos de España. Tiene por las espaldas por linderos y raya los Pirineos y parte del monte que dijimos se remata en el cabo de Finisterre; por las demás partes le ciñen el rio Aragon ó Arga á mediodía; y por la banda de poniente otro pequeño rio que entra en Ebro bajo de Calahorra, y una parte del mismo Ebro son sus términos y mojones. Esto es lo que contiene de allá de Ebro, porque tambien desta parte del mismo rio los reyes de Navarra, por via de dote, poseyeron á Tudela de Navarra, con otros lugares comarcanos á esta provincia. Dado que es estrecha de términos y no muy llena de gente, tanto, que en este tiempo solamente hace cuarenta mil fuegos ó vecinos, pareció ponella entre las principales partes de España, porque los vascones, antiguos moradores della, fueron de tanto valor, que por sí, sin ayuda de los demás españoles, ganaron de moros muy á los principios aquellas tierras, y con nombre y corona real las poseyeron y conservaron hasta la edad y memoria de nuestros padres constantemente, extendiendo muchas veces por varios sucesos de la guerra y ampliando su señorío de manera, que en la ciudad de Nájara se ven sepulcros de aquellos reyes, y en lugares bien distantes de lo que hoy es Navarra se hallan rastros manifiestos de haber tenido mayor distrito que hoy les pertenece. Quien deduce esta palabra de Navarra de otra á ella semejable, es á saber navaerria, que compuesta de las lenguas vizcaína y castellana, es lo mismo que tierra llana. Los castellanos llaman navas á las llanuras, los cántabros á la tierra llaman erria, todo junto querrá decir tierra llana; imaginacion aguda y no muy fuera de propósito ni del todo ridícula. Nos en estos nuestros *Comentarios* y en esta historia llamamos en latin vascones á aquella provincia y á los moradores della, que es lo mismo que Navarra y navarros. Está este reino dividido en seis partes ó merindades, que son la de Pamplona, la de Estella, la de Tudela, la de Olite y la de Sangüesa. La sexta, llamada Ultrapuertos, cuya cabeza es San Juan de Pié de Puerto, está y ha quedado sola en poder de los señores de Bearne. El reino de Aragon se divide en Cataluña, Valencia y la parte que propiamente se llama Aragon. Está ceñido por las tres partes de mediodía, levante y septentrion con el mar Mediterráneo y con aquella parte de los Pirineos donde estaban los coretanos, y hoy Cerdania, y con la raya de Navarra. Por el poniente tiene por término el rio Ebro por la parte que toca á Navarra. Desde allí se tira una línea con muchas y grandes vueltas que hace por Tarazona, Daroca, Hariza, Tiruel, Játiva y Origüela hasta la boca del rio Segura, que está entre Alicante y Cartagena, donde la dicha línea toca en nuestro mar, y divide las tierras de la corona de Aragon de lo restante de España. Tienen los de Aragon y usan de leyes y fueros muy diferentes de los demás pueblos de España, los mas á propósito de conservar la libertad contra el demasiado poder de los reyes, para que con la lozanía no degenere y se mude en tiranía, por tener entendido, como es la verdad, que de pequeños principios se suele perder el derecho de la libertad. El nombre de Aragon se deriva de Tarraco, que quiere decir Tarragona, ó lo que es mas probable, del rio Aragon, hoy Arga, el cual corre por donde al principio se comenzaron á ganar de los moros y á extender los términos y distrito de aquel reino. En Castilla, la cual creen llamarse así de la muchedumbre de castillos que en ella habia, y la cual sola en anchura de términos, templanza del cielo, fertilidad de la tierra, agudeza de los ingenios, ricos arreos, y particular y fértil hermosura, sobrepuja todas las demás provincias de España, y no da ventaja á ninguna de las extranjeras, comprehendemos parte de las Astúrias, es á saber: las de Santillana y toda la Cantabria, antiguamente pequeña region y que no tocaba á los Pirineos, despues mas ancha, de que es argumento la ciudad que antiguamente se llamó Cantabriga, y estaba puesta, como se cree, entre Logroño y Viana á las riberas del Ebro, en un collado empinado que hasta hoy se llama Cantabria vulgarmente; y en San Eulogio Mártir se halla el rio Cantaber, que se entiende es Ega ó Ebro, con el cual se junta el rio Aragon; todo lo cual muestra fué la Cantabria algun tiempo mayor de lo que Ptolomeo señala, y aun de lo que hoy llamamos Vizcaya. Está el señorío y distrito de Vizcaya partido en Vizcaya, Guipúzcoa, Alava y las montañas. En Vizcaya, que por la mar se tiende desde Portugalete hasta Hondarroa, están las villas de Bilbao y Bermeo. Las marinas de Guipúzcoa desde las de Vizcaya llegan á Fuenterabía; caen en su distrito, demás de San Sebastian y el puerto de Guetaria, Salinas, Tolosa; la ciudad de Victoria y Mondragon son pueblos de Alava. Verdad es que en Castilla todos los de aquel señorío y lengua los llamamos vizcaínos, no de otra manera que los de la Gallia Bélgica, sujeta á la casa de Austria, llamamos generalmente flamencos, si bien el condado de Flándes es una pequeña parte de aquellos Estados. Contiene demás desto el reino de Castilla no pocas ciudades de Castilla la Vieja, y entre ellas las de Búrgos, Segovia, Avila, Soria y Osma. El reino de Toledo es asimismo parte de Castilla, el cual hoy se llama Castilla la Nueva, y antiguamente la Carpetania. Corre por medio dél el rio Tajo, por sus arenas doradas, suavidad del agua, fertilidad y hermosura de los campos que riega, el mas celebrado de España; corre hácia la parte de poniente,

mas revuelve algun tanto hácia el mediodía, como tambien hacen esta vuelta los rios Duero, Guadiana y Guadalquivir. Pasa Tajo, en particular por Toledo, ciudad situada en medio de España, luz y fortaleza de toda ella, fuerte por la naturaleza del sitio, excelente por la hermosura y ingenios de sus moradores, señalada por el culto de la religion y estudio de las ciencias, bienaventurada por el saludable cielo de que goza. Y dado que su suelo es estéril y en gran parte lleno de peñas, mas por la bondad de los campos comarcanos es abundante de todo género de mantenimientos y de arreos. Cíñela el rio casi toda al derredor, que pasa acanalado por entre dos montes ásperos y altos, no sin grande maravilla de la naturaleza. Queda solamente de la ciudad por ceñir hácia el septentrion una pequeña entrada de áspera subida y ágria. Pasado Toledo, á la ribera del mismo rio, está asentada Talavera, que Ptolomeo llama Libora, villa grande en número de gente y de tierra fértil y abundosa. Desde allí el dicho Tajo corta por medio la Lusitania, cuyos términos caian allí cerca, y aumentado de muchos rios que en él entran, se mete en el Océano junto á la ciudad de Lisboa. En la misma parte de España se comprehende la provincia Cartaginense, donde están Cartago Spartaria, hoy dicha Cartagena, Murcia y Cuenca y los Celtíberos, cuya cabeza fué Numancia; demás desto la Mancha de Aragon en los Contestanos. Pertenece otrosí al reino de Castilla la Bética, que es casi lo que hoy se dice Andalucía, donde están Sevilla, Córdoba y Granada, ciudad que antiguamente se llamó Illiberris, por lo menos estuvo la dicha Illiberris cerca de donde hoy está Granada; de lo cual, demás de otros rastros que desto quedan, es argumento muy claro la puerta de Granada, llamada de Elvira, y un monte que allí hay, que se llama del mismo apellido.

CAPITULO V.

De las lenguas de España.

Todos los españoles tienen en este tiempo y usan de una lengua comun, que llamamos castellana, compuesta de avenida de muchas lenguas, en particular de la latina corrupta; de que es argumento el nombre que tiene, porque tambien se llama romance, y la afinidad con ella tan grande, que lo que no es dado aun á la lengua italiana, juntamente y con las mismas palabras y contexto se puede hablar latin y castellano, así en prosa como en verso. Los portugueses tienen su particular lengua, mezclada de la francesa y castellana, gustosa para el oido y elegante. Los valencianos otrosí y catalanes usan de su lengua, que es muy semejante á la de Lenguadoc, en Francia, ó lenguaje narbonense, de donde aquella nacion y gente tuvo su orígen; y es así, que ordinariamente de los lugares comarcanos y de los con quien se tiene comercio se pegan algunos vocablos y algunas costumbres. Solos los vizcaínos conservan hasta hoy su lenguaje grosero y bárbaro, y que no recibe elegancia, y es muy diferente de los demás y el mas antiguo de España, y comun antiguamente de toda ella, segun algunos lo sienten; y se dice que toda España usó de la lengua vizcaína antes que en estas provincias entrasen las armas de los romanos, y con ellas se les pegase su lengua. Añaden que como era aquella gente de suyo grosera, feroz y agreste, la cual trasplantada á manera de árboles con la bondad de la tierra se ablanda y mejora, y por ser inaccesibles los montes donde mora, ó nunca recibió del todo el yugo del imperio extranjero, ó le sacudió muy presto. Ni carece de probabilidad que con la antigua libertad se haya allí conservado la lengua antigua y comun de toda la provincia de España. Otros sienten de otra manera, y al contrario, dicen que la lengua vizcaína siempre fué particular de aquella parte, y no comun de toda España. Muévense á decir esto por testimonio de autores antiguos, que dicen los vocablos vizcaínos, especialmente de los lugares y pueblos, eran mas duros y bárbaros que los demás de España, y que no se podian reducir á declinacion latina. En particular Estrabon testifica que no un género de letras ni una lengua era comun á toda España. Confirman esto mismo los nombres briga, que es pueblo, cetra escudo, falarica lanza, gurdus gordo, cusculia coscoja, lancia lanza, vipio zaida, buteo cierta ave de rapiña, Necy por el dios Marte, con otras muchas dicciones que fueron antiguamente propias de la lengua de los españoles, segun que se prueba por la autoridad y testimonio de autores gravísimos, y aun algunas de ellas pasaron sin duda de la española á la lengua latina; de las cuales dicciones todas no se halla rastro alguno en la lengua vizcaína; lo cual muestra que la lengua vizcaína no fué la que usaba comunmente España. No negamos empero haya sido una de las muchas lenguas que en España se usaban antiguamente y tenian; solo pretendemos que no era comun á toda ella. La cual opinion no queremos ni confirmarla mas á la larga, ni seria á propósito del intento que llevamos detenernos mas en esto.

CAPITULO VI.

De las costumbres de los españoles.

Groseras sin policía ni crianza fueron antiguamente las costumbres de los españoles. Sus ingenios mas de fieras que de hombres. En guardar secreto se señalaron extraordinariamente; no eran parte los tormentos, por rigurosos que fuesen, para hacérsele quebrantar. Sus ánimos inquietos y bulliciosos; la ligereza y soltura de los cuerpos extraordinaria; dados á las religiones falsas y culto de los dioses; aborrecedores del estudio de las ciencias, bien que de grandes ingenios. Lo cual transferidos en otras provincias, mostraron bastantemente que ni en la claridad de entendimiento, ni en excelencia de memoria, ni aun en la elocuencia y hermosura de las palabras daban ventaja á ninguna otra nacion. En la guerra fueron mas valientes contra los enemigos que astutos y sagaces; el arreo de que usaban simple y grosero; el mantenimiento mas en cantidad que exquisito ni regalado; bebian de ordinario agua, vino muy poco; contra los malhechores eran rigurosos, con los extranjeros benignos y amorosos. Esto fué antiguamente, porque en este tiempo mucho se han acrecentado, así los vicios como las virtudes. Los estudios de la sabiduría florecen cuanto en cualquiera parte del mundo; en ninguna provincia hay mayores ni mas ciertos premios para la virtud; en ninguna nacion tiene la carrera mas abierta y patente el valor y doctrina para adelantarse. Deséase el ornato de las letras humanas, á tal empero que sea sin daño de las otras ciencias. Son

muy amigos los españoles de justicia; los magistrados, armados de leyes y autoridad, tienen trabados los mas altos con los bajos, y con estos los medianos con cierta igualdad y justicia; por cuya industria se han quitado los robos y saltcadores, y se guardan todos de matar ó hacer agravio, porque á ninguno es permitido, ó quebrantar las sagradas leyes, ó agraviar á cualquiera del pueblo, por bajo que sea. En lo que mas se señalan es en la constancia de la religion y creencia antigua, con tanto mayor gloria, que en las naciones comarcanas en el mismo tiempo todos los ritos y ceremonias se alteran con opiniones nuevas y extravagantes. Dentro de España florece el consejo, fuera las armas; sosegadas las guerras domésticas, y echados los moros de España, han peregrinado por gran parte del mundo con fortaleza increible. Los cuerpos son por naturaleza sufridores de trabajos y de hambre; virtudes con que han vencido todas las dificultades, que han sido en ocasiones muy grandes, por mar y por tierra. Verdad es que en nuestra edad se ablandan los naturales y enflaquecen con la abundancia de deleites y con el aparejo que hay de todo gusto y regalo de todas maneras en comida y en vestido y en todo lo al. El trato y comunicacion de las otras naciones que acuden á la fama de nuestras riquezas, y traen mercaderías que son á propósito para enflaquecer los naturales con su regalo y blandura, son ocasion de este daño. Con esto, debilitadas las fuerzas y estragadas con las costumbres extranjeras, demás desto por la disimulacion de los príncipes y por la licencia y libertad del vulgo, muchos viven desenfrenados, sin poner fin ni tasa ni á la lujuria ni á los gastos ni á los arreos y galas. Por dónde, como dando vuelta la fortuna desde el lugar mas alto do estaba, parece á los prudentes y avisados que, mal pecado, nos amenazan graves daños y desventuras, principalmente por el grande odio que nos tienen las demás naciones; cierto compañero sin duda de la grandeza y de los grandes imperios, pero ocasionado en parte de la aspereza de las condiciones de los nuestros, de la severidad y arrogancia de algunos de los que mandan y gobiernan.

CAPITULO VII.

De los reyes fabulosos de España.

Averiguada cosa y cierta es, conforme á lo que de suso queda dicho, que Tubal vino á España; mas en qué lugares hiciese su asiento, y qué parte de España primeramente comenzase á poblar y cultivalla, no lo podemos averiguar, ni hay para qué adivinallo; dado que algunos piensan que en la Lusitania; otros que en aquella parte de los Vascones que se llama hoy Navarra. Toman para decir esto argumento los portugueses de Setubal, pueblo de Portugal; los navarros de Tafalla y Tudela, los cuales lugares, mas por la semejanza de los nombres que por prueba bastante que tengan para decillo, sospechan fueron poblaciones de Tubal; que pensar y decir que toda la provincia se llamó Setubalia del nombre de su fundador, lo que algunos afirman sin probabilidad ni apariencia; ni á propósito aun para entremes de farsa, las orejas eruditas lo rehuyen oir; porque ¿qué otra cosa es sino desvarío y desatinar reducir tan grande antigüedad, como la de los principios de España á derivacion latina, y juntamente afear la venerable antigüedad con mentiras y sueños desvariados como estos hacen? Pues dicen que Setubalia es lo mismo que compañía de Tubal, como si se compusiese este nombre de *coetus*, que en latin quiere decir compañía, y de Tubal. Otros cuentan entre las poblaciones de Tubal á Tarragona y Sagunto, que hoy es Monviedro, cosa que en este lugar no queremos refutar ni aprobarla. Lo que acontece sin duda muchas veces á los que describen regiones no conocidas y apartadas de nuestro comercio, que pintan en ellas montes inaccesibles, lagos sin término, lugares ó por el hielo ó por el gran calor desiertos y despoblados; demás desto, ponen y pintan en aquellas sus cartas ó mapas, para deleite de los que los miran, varias figuras de peces, fieras y aves, hábitos extraños de hombres, rostros y visajes extravagantes; lo cual hacen con tanto mayor seguridad, que saben no hay quien pueda convencerlos de mentira. Lo mismo me parece ha acontecido á muchos historiadores, así de los nuestros como de los extraños; que donde faltaba la luz de la historia y la ignorancia de la antigüedad ponia uno como velo á los ojos para no saber cosas tan viejas y olvidadas, ellos, con deseo de ilustrar y ennoblecer las gentes cuyos hechos escribian y para mayor gracia de su escritura, y mas en particular por no dejar interpolado como con lagunas el cuento de los tiempos, antes esmaltallos con la luz y lustre de grandes cosas y hazañas, por sí mismos inventaron muchas hablillas y fábulas. Dirás: concedido es á todos y por todos consagrar los orígenes y principios de su gente y hacellos mas ilustres de lo que son, mezclando cosas falsas con las verdaderas; que si á alguna gente se pudo permitir esta libertad, la española por su nobleza puedo, tanto como otra, usar della por la grandeza y antigüedad de sus cosas. Sea así, y yo lo confieso, con tal que no se inventen ni se escriban para memoria de los venideros fundaciones de ciudades mal concertadas, progenies de reyes nunca oidas, nombres mal forjados, con otros monstruos sin número deste género, tomados de las consejas de las viejas ó de las hablillas del vulgo; ni por esta manera se afee con infinitas mentiras la sencilla hermosura de la verdad, y en lugar de luz se presenten á los ojos tinieblas y falsedades; yerro que estamos resueltos de no imitar, dado que pudiéramos dél esperar algun perdon, por seguir en ello las pisadas de los que nos fueron delante, y mucho menos pretendemos poner en venta las opiniones y sueños del libro que poco ha salió con nombre de *Beroso*, y fué ocasion de hacer tropezar y errar á muchos; libro, digo, compuesto de fábulas y mentiras, por aquel que quiso, con divisa y marca ajena, como el que desconfiaba de su ingenio, dar autoridad á sus pensamientos, á ejemplo y imitacion de los mercaderes no tales; que para acreditar su mercadería usan de marcas y sellos ajenos, sin saber bastantemente disimular el engaño; pues ni habla seguidamente, ni están por tal manera trabadas y atadas las cosas unas con otras, las primeras con las de en medio, y estas con las postreras, que no se eche de ver la huella de la invencion y mentira, mayormente si de la luz de los antiguos escritores que nos ha quedado, pequeña cierto y escasa, pero en fin alguna luz, nos queremos aprovechar. Así que lo que nació de la oficina y fragua del nuevo *Beroso*, que Noé, despues de

[illegible] venido á España, fué el primero que fundó á Noya en Galicia y á Noega en las Astúrias, es una mentira hermosa y aparente por su antigüedad, y hacer Plinio, Estrabon y Ptolomeo mencion destos pueblos; y como tal invencion la desechamos. Ni queremos recibir lo que añade dicho libro, que el rio Ebro se llama Ibero en latin, y toda España se dijo Iberia de Ibero, hijo de Tubal; como quier que sea antes verisimil que los iberos, que moraban al Ponto Euxino entre Colcos y los Armenios, cercados de los montes Caucasos, vinieron en gran número en España, y fundada que hubieron la ciudad de Iberia, cerca de donde hoy está Tortosa, comunicaron su nombre, y le pusieron primero al rio Ebro, despues á toda la provincia de España; de la manera que algunos piensan del rio Arga ó Aragon, que tomó este nombre de otro del mismo apellido que hay en aquella Iberia. El nombre de Celtiberia, con que tambien se llamó España, de los iberos y de los celtas se tomó y se compuso; porque los celtas, pasados los Pirineos y venidos en España de la Gallia comarcana (y tambien Apiano pone los celtas en la España citerior), mezclando la sangre y emparentando con los iberos, dieron y fueron causa que de los dos nombres se formase el nombre de Celtiberia. Ni es de mayor crédito lo que dicen que Idubeda, hijo de Ibero, dió su nombre al monte Idubeda, de cuyos principios y progresos arriba se dijo lo que basta. Añaden que Brigo, hijo deste Idubeda, por ver multiplicada mucho la gente de España en número, riquezas y autoridad, envió colonias y poblaciones á diversas partes del mundo, y entre ellas una fué Brigia, dicha así de su nombre, que despues se llamó Frigia en Asia, donde estaba situada la ciudad llamada de Troya, y que en las mismas partes una de las ciudades de Brigo fundó á Varuniga, otra en la Gallia á Latobriga. Para perpetuar en los siglos su memoria y ganar de camino la gracia de su señor, fundaron nuevas poblaciones de su nombre. [illegible], porque Plinio refiere [illegible] de Europa los brigas, y dellos cierta provincia de Asia se llamó Frigia; y como en España muchas ciudades se llamasen Brigas, como Mirobriga, Segobriga, Flaviobriga, imaginaron que en ella había vivido y reinado algun rey, autor de los brigas y fundador de Troya y de muchas ciudades que tenian aquel nombre de Brigas en España, como quiera que se hable [illegible] que los brigas que pasaron en Asia [illegible] de España. Añaden que Casiano en la Historia de Frigia dice que Mida fué rey de los brigas, cerca del monte Bermio, los cuales, pasados en Asia, se llamaron frigios. Esto para lo que toca á los brigas que pasaron á Frigia. De los pueblos que tenian el apellido de Brigas en España, era fácil entender que en la antigua lengua de España las ciudades se llamaban Brigas comunmente. [illegible] mas verisimil, que [illegible], muy abundantes de gente y en generacion muy fecundos en aquellos primeros tiempos, [illegible] en España, [illegible] que en lengua [illegible] quiere decir pueblo, [illegible] que las ciudades, [illegible], se llamasen Brigas. [illegible] que los [illegible] historias. Añadir despues de Brigo á Tago, como lo dicen los mismos, es á

propósito de dar razon, porque el rio Tajo se llamó así; y en universal pretenden que ninguna cosa haya de algun momento en España, de cuyo nombre luego no se halle algun rey, y esto para que se dé orígen cierto de todo y se señale la derivacion y causa de los nombres y apellidos particulares; como si no fuese lícito parar en las mismas cosas, sin buscar otra razon de sus apellidos, ó fuese vedado pasar adelante y inquirir la causa y derivacion de los sagrados nombres que ponen á los reyes, y aun es mas probable que aquel rio, por nacer en la provincia Cartaginense, haya tomado su nombre de Cartago, hoy Cartagena, como lo siente Isidoro al fin del libro 13 de sus *Etimologías*. De la misma forma y traza es lo que añaden que Beto, sucesor de Tago, dió nombre á la Bética, que hoy es Andalucía, dividida antiguamente en Turdetanos, Túrdulos y Bástulos, y por la grande abundancia y riquezas que tiene celebrada grandemente de los poetas en tanto grado, que, como dice Estrabon, ponian en ella los campos Elisios, morada de los bienaventurados. El cual testifica otrosí que usaban en su tiempo de leyes hechas en verso y promulgadas mas de seis mil años antes, segun que ellos mismos lo decian; por ventura su año era mas breve que el romano, y constaba solo de cuatro meses. Lo que es mas probable, y dijeron historiadores mas en número y en autoridad mas graves, es que la Bética se dijo del rio que pasa por medio de toda ella y la baña, al cual los naturales llamaron Cirtio, los extranjeros Betis, puede ser en hebréo por las muchas caserías, villas y lugares que al uno y al otro lado resplandecen, á causa de la bondad de los campos que tiene, porque Betis y Beth en hebreo es lo mismo que casa. Esto baste de los reyes fingidos y fabulosos de España, de quien me atrevo á afirmar no hallarse mencion alguna en las escrituras aprobadas ni de sus nombres ni de su reinado. Pero como es muy ajeno, segun yo pienso, de la gravedad de la historia contar y relatar consejas de viejas, y con ficciones querer deleitar al lector, así no me atreveré á reprobar lo que graves autores testificaron y dijeron.

CAPITULO VIII.

De los Geriones.

El primero que podemos contar entre los reyes de España, por ser muy celebrado en los libros de griegos y latinos, es Gerion, el cual vino de otra parte á España, lo que da á entender el nombre de Gerion, que en lengua caldea significa peregrino y extranjero. Este, venido que fué á España, gozó de la tierra y de las riquezas que en ella vió. Enriquecióse con las minas de oro, cuyo uso no era conocido, y por esta causa granos y terrones deste metal se hallaban por los campos, no labrados con el crisol y con el fuego, sino como nacian; por donde de los griegos fué llamado Crisao, que es tanto como de oro. Demas desto, poseia muchos ganados, por la grande comodidad y aparejo de los pastos y dehesas y industria que tenia en criarlos. Con ocasion de riquezas tan grandes, se entiende fué el primero que ejercitó la tiranía sobre los naturales desta provincia, que eran de ingenios groseros; á manera de fieras, vivian apartados y derramados por los campos en aldeas, sin tener alguno por gobernador cuyo imperio recono-

ciesen, y por cuyo esfuerzo se defendiesen de la violencia de los mas poderosos. Hecho tirano y apoderado de todo, se entiende que edificó un castillo y fortaleza de su apellido en frente de Cádiz, por nombre Geronda, con cuya ayuda pensaba mantenerse en el imperio que habia tomado sobre la tierra. Edificó asimismo otra ciudad deste apellido de Gerunda, si no engaña la conjetura del nombre, á las faldas de los Pirineos en los Ausetanos, que hoy es la ciudad de Girona. Pretendia, es á saber, abrazar con estas dos fuerzas las marinas todas de España, y fortificarse para todo lo que sucediese. Mas la seguridad y bonanza que con estas mañas se proponia, le duró hasta tanto que Osiris, al cual los egipcios tambien ponen por el primero de sus reyes, como lo siente Diodoro Sículo, y por otros nombres le llamaron Baco y Dionisio, no el hijo de Semele el criado en la ciudad de Mero, de donde tuvo origen la fábula que decia le crió Júpiter, su padre, en su muslo, porque Meron en griego significa el muslo, sino el egipcio turbó la paz que tenia España. Emprendió Osiris al principio una grandísima peregrinacion, con que paseó y ennobleció con sus hechos casi toda la redondez de la tierra; comenzó desde la Etiopia, y pasó hasta la India, Asia y Europa. En todos los lugares por do pasaba enseñó la manera de plantar las viñas y de la sementera y uso del pan; beneficio tan grande, que por esta causa le tuvieron y canonizaron por dios. Ultimamente, llegado á España, lo que en las demás partes ejecutara, no por particular provecho suyo, sino encendido del odio que á la tiranía tenia y á las demasías, que fué quitar los tiranos y restituir la libertad á las gentes, determinó hacer lo mismo en España; ca se decia que se hallaba reducida en una miserable servidumbre, y sufrian con ella toda suerte de afrentas y indignidades. No tenia esperanza que el tirano, por estar confiado en sus riquezas y fuerzas, hobiese por voluntad de tomar el mas saludable partido; vino con él á las armas y trance de guerra; juntaron sus huestes de entrambas partes, y ordenadas sus haces, dióse, segun dicen, la batalla, que fué muy herida, en los campos de Tarifa junto al estrecho de Gibraltar, con grande coraje y no menos peligro de cada cual de las partes. La victoria y el campo, muertos y destruidos los españoles, quedó por los egipcios; el mismo Gerion murió en la batalla; su cuerpo, por mandado del vencedor, sepultaron en lo postrero de la boca del Estrecho, en el lugar donde al presente se ve el pueblo dicho Barbate; allí se le hizo el túmulo. Fué Gerion tenido y consagrado por dios, como lo da bastantemente á entender el templo que Hércules edificó á Gerion en las riberas de Sicilia, y tambien el oráculo de Gerion, que estaba en Pádua, famosísimo, al cual los príncipes tenian costumbre por devocion de ir á visitar muchas veces, como lo testifica Suetonio Tranquilo. Restituida pues y fundada la paz desta manera por beneficio de Osiris y quitada la tiranía, el vencedor todavía tuvo por cosa áspera y de mal ejemplo castigar en los hijos los pecados de los padres; parecióle cosa grave desposeer, poner en perpetua servidumbre ó destierro tres hijos que de Gerion quedaban, en edad niños y de grande hermosura, y que habian sido criados con esperanza de suceder en el reino de su padre; demás que ordinariamente en los generosos ánimos despues de la victoria se sigue la benignidad para con los caidos. Creyendo pues que no serian tanta parte los vicios y malos ejemplos de su padre para hacerlos crueles, como su triste fin para hacerlos avisados, escogió personas de gran prudencia, que rigiesen así la edad tierna de aquellos mozos como el reino por algun tiempo; y habiendo él avisado á los mozos de lo qué debian hacer y huir, púsolos en la silla y en el reino de su padre. Acabado esto, por gozar del fruto de tantos trabajos y tan larga peregrinacion, y deseoso de sosegar en su casa, volvióse á Egipto. Los hermanos Geriones, venidos á la mayor edad y acrecentadas las riquezas, luego que se encargaron del gobierno del reino de su padre, olvidados del beneficio recibido, y no de la injuria que se les hizo, como es ordinario que dura mas la memoria del agravio que de las mercedes, tomaron la resolucion de vengar la muerte de su padre y hacerle las honras con la sangre de su enemigo; cosa muy agradable á los que tratan de satisfacerse, y los hijos tienen por grande hazaña proseguir la enemiga de sus padres. Esto daban á entender, pero de secreto otro mayor cuidado les aquejaba, es á saber, el deseo que tenian, á ejemplo de su padre, de restituirse en la tiranía y absoluto señorío de España, cosa que en vida de Osiris no creian poder alcanzar. Pensaban esto, y no hallaban camino para poner en ejecucion negocio tan grave; parecióles seria bien conquistar para este efecto á Tifon, hermano de Osiris, y concertarse con él, de quien se entendia y tenian aviso ardia en deseo de reinar y quitar á su hermano el reino; ambicion que pervierte todas las leyes de naturaleza. Despacharon sus embajadores para este efecto, los cuales fácilmente, con presentes que le dieron de parte de sus señores, hallaron la entrada que pretendian; pusieron con él su amistad, prometiéronle toda ayuda para salir con sus intentos, concertaron que los mismos tuviesen por amigos y por enemigos. Asentado esto, le persuaden que, habiendo muerto su hermano, acometiese por fuerza de armas y se apoderase del reino de Egipto. Concertóse todo esto, y ejecutóse la cruel muerte muy de secreto. El cuerpo del muerto fué buscado con mucha diligencia, y Isis, la reina viuda, le sepultó en Abato, que es una isla de una laguna cercana á Menfis, que por esta causa vulgarmente llamaron Estigia, que quiere decir tristeza. Pero tan grande traicion no podia estar encubierta, ni hay secreto en las discordias domésticas que entre parientes resultan; así Oro, que en aquel tiempo gobernaba la Scitia, vuelto con presteza en Egipto, vengó la muerte de su padre con darla á Tifon, su tio. Descubrió juntamente y supo que los Geriones fueron participantes de la impía conspiracion y principales movedores de aquella maldad. Por esto, encendido en deseo así de imitar la gloria de su padre como de vengar del todo su muerte, con otra no menor empresa que tomó ni menor conquista que su padre, confirmó diversas naciones por todo el mundo en su obediencia, y ganó de nuevo la amistad de otras muchas. Demás desto, por el arte de la medicina, que le enseñara su madre, vino á ser tenido por dios. Unos le llamaron Apolo, otros por la valentía y destreza en el pelear le pusieron nombre de Marte, y todos le llamaron Hércules. No fué este Hércules el hijo de Anfitrion, sino el Libio, de quien se dice que domó los monstruos armado de una porra ó maza y vestido de una piel de

leon; que en aquel tiempo aun no usaban, ni habian inventado para destruicion del género humano las armas de acero. Juntado pues un grande ejército y llegadas ayudas de todas partes, espantoso entró en España contra los Geriones, y llegó finalmente á Cádiz, donde ellos dias antes se retiraran y fortificaran, juntadas en uno las riquezas del reino, alzados los mantenimientos y proveidos de bastimentos, si por ventura durase la guerra muchos dias; demás desto, para valerse en aquel trance, llamaron socorros de todas partes. La conciencia de la maldad cometida los acobardaba y espantaba, y por estar la provincia y la gente dividida en parcialidades, unos por ellos y otros contra ellos, y los ánimos de muchos despertados á la esperanza de recobrar la libertad, era dificultoso resolverse si de los suyos, si de los extraños les convenia mas recatarse. El tener perdida la esperanza de la vida si los egipcios venciesen, los encendia mas y los hacia furiosos y atrevidos; pero el temor que tenian era mayor; por esta causa determinaron de fortificarse en lugares seguros y excusar el trance de la batalla. Al contrario, Hércules, ordenadas sus haces, se presentó delante sus enemigos. Temia no durase mucho la guerra, y no tenia confianza que los enemigos viniesen en alguna honesta condicion de paz, y cuando la quisiesen, juzgaba no seria decente dejar las armas antes de vengar á su padre con la sangre de los Geriones. Combatido pues destos pensamientos, consideraba otrosí que, por ser tan grandes los ejércitos como juntaran de ambas partes, seria grande la matanza; si de poder á poder se diese la batalla. Por huir estos inconvenientes, acordó con un rey de armas avisar á los Geriones que si confiaban en la valentía de sus cuerpos, la cual era muy grande, si en la justicia de la causa que defendian, en que publicaban y se quejaban fueron de Osiris acometidos injustamente y agraviados primero del mismo, que les ofrecia de su voluntad un partido para concertar las diferencias, tan aventajado para ellos, que ni aun por pensamientos les pasaria desealle tal y tan bueno. Este era, que lastasen solamente aquellos que erraron y fueron causa de los daños pasados, perdonasen á la sangre inocente, y no fuesen ocasion de la carnicería que resultaria forzosamente de ciudadanos y parientes, si la batalla se diese; que él estaba determinado, por la salud comun de aquellos ejércitos y pobre gente, de hacer campo él solo contra todos tres, y con su riesgo comprar la seguridad de muchos; pero con tal condicion que habia de pelear aparte con cada uno dellos. Decia que se ponia á esto confiado en la justicia de su querella, y por esta causa de la ayuda de Dios, por cuya providencia todas las cosas humanas se gobiernan, y mas principalmente los sucesos de la guerra. Los Geriones aceptaron de buena gana este partido, que por ser tan aventajado no dudaban de la victoria; pero salióles al revés, porque el dia señalado como entrasen en el palenque y viniesen á las manos, los tres Geriones fueron vencidos y degollados por Hércules. Dióse á los cuerpos sepultura en la misma isla de Cádiz, donde se hizo el campo, y desde aquel tiempo se entiende que se llamó Eritrea, no sola la isla de Cádiz, sino otra isla que estaba á ella cercana y aun la parte de tierra firme que le cae en frente. La causa deste apellido fueron ciertas gentes del mar Eritreo, conviene á saber, del mar Rojo, que venidas á la conquista y sosegada la provincia, con voluntad de Oro asentaron en aquellos lugares, poblaron y hicieron por allí sus moradas. En conclusion, en la boca del estrecho de Cádiz, Hércules despues desta victoria hizo echar en el mar grandes piedras y materiales, con que levantó de la una parte y de la otra dos montes, de los cuales el de la parte de España se llama Calpe, y el otro que está en Africa Abila; estos montes se dijeron las columnas de Hércules tan nombradas. Hecho esto y dado órden y asiento en las demás cosas de España, nombró Hércules ó Oro por gobernador della uno de sus compañeros, por nombre Hispalo, de cuya lealtad y prudencia en paz y en guerra estaba pagado y tenia mucha satisfaccion; y con tanto, concluidas todas estas cosas, dió la vuelta y pasó por mar á Italia.

CAPITULO IX.

Del rey Hispalo y de la muerte de Hércules.

Por cierta cosa se tiene haber Hispalo reinado en España despues de los Geriones, y Justino afirma que de Hispalo se dijo España, en latin *Hispania*, trocada solamente una letra. Añaden otros que por su industria y de su apellido se fundó Sevilla, que en latin se dice *Hispalis*, ciudad que en riquezas, grandeza, concurso de mercaderes, por la comodidad del rio Guadalquivir y por la fertilidad de la campiña no da ventaja á ninguna otra de España. Dicen mas, que por discurso de tiempo del nombre de Sevilla ó *Hispalis* se llamó toda la provincia *Hispania*. San Isidoro atribuye la fundacion desta ciudad á Julio César, en el tiempo, es á saber, que gobernó á España; y dice que la llamó Julia Rómula, juntando en un apellido su nombre y el de la ciudad de Roma; y que el nombre de *Hispalis* se tomó de los palos en que estribaban sus fundamentos, que hincaban para levantar sobre ellos las casas, por estar asentada esta ciudad en un lugar cenagoso y lleno de pantanos. Por ventura entonces la ensancharon y adornaron de edificios nuevos y grandes; diéronle otrosí nombre y privilegios de colonia romana, pues es cierto que Plinio la llama colonia Romulense. Mas decir que entonces se fundó la primera vez carece de crédito, y no hay argumentos ni autores que tal cosa confirmen. Plutarco escribe que, venido que hobo el otro Dionisio ó Baco, es á saber, el hijo de Semele, á España, despues que sujetó toda la provincia con armas victoriosas, uno de los compañeros que él mismo puso por gobernador de todo, por nombre Pan, fué causa que toda la provincia primeramente se llamase Pania, despues Spania, añadida una letra. Pero de estas cosas cada cual podrá libremente juzgar y sentir lo que le pareciere. Lo que algunos dicen que Hispalo dejó un hijo por nombre Hispano, el cual haya reinado muerto su padre, no lo recibimos ni tiene probabilidad alguna; antes entendemos que á un mismo hombre diversos escritores llaman con ambos nombres, unos Hispalo, otros Hispano; pues el nombre de *Hispania* y su derivacion se atribuye á entrambos, y los que ponen el uno, ninguna mencion hacen del otro, fuera de solo Beroso, cuyas fábulas poco antes desechamos, no solo como tales, sino tambien como mal forjadas y compuestas. Las cosas que hizo este Rey, como quier que por la antigüedad del tiempo se ignorasen, nuestros historiadores,

para enriquecer y hacer mas apacible y deleitosa la flaca historia deste tiempo, á la manera que con las aguas traidas de léjos se suelen fertilizar los campos secos, y porque no hobiese rey á quien luego no atribuyan algun hecho ó edificio para mas ennoblecerlo, dado que no trabase muy bien ni cuadrase lo que decian, escribieron que Hispalo fundó la ciudad de Segovia y el acueducto que hay en ella, maravilloso así por su obra como por su altura; como quier que sea averiguado que el acueducto fué obra del emperador Trajano, á lo menos hecha por aquellos tiempos que él imperó. Demás desto decir, como afirman, que en el puerto dicho antiguamente Brigantino, y hoy de la Coruña, el mismo Hispalo levantó una torre con un espejo en ella, en que se veian las naves que venian de léjos, por la imágen que dellas se representaba en el tal espejo, y se apercibian para el peligro; procedió sin duda esta invencion de la profunda ignorancia que se tenia, así de la lengua latina como de las historias, pues tomaron por lo mismo el nombre de *specula*, con que se significan semejantes torres y atalayas, y el de *speculum*, que significa espejo; y es cosa averiguada que los moradores brigantinos edificaron aquella torre á honra de Augusto César. El trazador fué Cayo Sevio Lupo Lusitano, cuyo nombre aun en nuestra edad se ve entallado en las peñas allí cerca, por estar vedado por ley, la cual se ve entre las romanas en los digestos, que ninguno escribiese su nombre en obra pública; y aun Fidias en Aténas fué muerto porque, quebrantada aquella ley, entalló su imágen y la de Pericles en el escudo de Palas, bien que en hábito disfrazado; en lo cual tambien pudo ser que pretendiesen haber hecho aquel nobilísimo escultor injuria á la religion y ofendido aquella diosa. Muerto Hispalo, en qué tiempo no concuerdan los autores, pero muerto que fué, Hércules, desde Italia, donde hasta entonces se detuvo, dejando allí por gobernador á Atlante, de cuya grandeza de ánimo estaba muy satisfecho, por miedo de algun alboroto, volvió á España, y en ella, despues que gobernó la república bien y prudentemente y fundó nuevas ciudades, entre las cuales cuentan Julia Líbica y Urgel en las haldas de los montes Pirineos, Barcelona y Tarragona en la España citerior (como algunos sienten fueron poblaciones de Hércules), ya de grande edad pasó desta vida. Los españoles con grande voluntad le consagraron por dios, y determinaron se le hiciesen honras divinas, dedicáronle sacerdotes y templo, donde el cuerpo de Hércules comenzó á ser honrado con solemnes sacrificios, no solo de los naturales, sino tambien de las naciones extranjeras, que por devocion concurrian, de que recogian grande ganancia los ministros y el dicho templo se ennoblecia de cada dia mas. En qué parte de España aquel templo y sepulcro de Hércules haya estado, no concuerdan los autores; y en cosas tan antiguas, mas fácil cosa es adivinar por conjeturas que dar sentencia por la una ó por la otra parte. Unos dicen que en Barcelona, do junto á la Iglesia mayor se ven rastros de una antigualla y de un soberbio sepulcro, de que se habla adelante (y se tiene que Ataulfo, rey godo, está allí sepultado); otros sienten que en Cádiz. Mas las personas de mayor autoridad y erudicion piensan estuvo en Tarifa, cerca del Estrecho; ca es averiguado que aquella supersticion se conservó allí por largo tiempo, y que un soberbio templo de Hércules se levantó antiguamente en aquella parte del Andalucía.

CAPITULO X.

De Hespero y Atlas, reyes de España.

Murieron en España Hispalo y Hércules sin dejar sucesion; por esta causa Hespero, hermano de Atlante, nacido en Africa, y uno de los compañeros de Hércules, fué por el mismo al tiempo de su muerte nombrado para que le sucediese en lo de España. Su gobierno fué tan agradable á los naturales como el de cualquier otro. La fama de sus proezas y el crédito de su virtud le abonaban para con la gente de tal suerte, que, como lo sienten algunos escritores griegos y latinos, España, del nombre de Hespero, desde aquel tiempo se comenzó á llamar Hesperia. Verdad es que otros, y entre ellos Macrobio y Isidoro, pretenden que se tomó este nombre de Hesperia del lucero de la tarde, que en latin se llama Hespero y se pone en España, y al cual miran los que navegan á estas partes. Cada cual podrá seguir la opinion en esto que mas le contentare. Lo cierto es que la buena andanza que tuvo al principio este rey en breve se trocó, y se fué todo en flor, porque Atlante, hermano de Hespero, desde Italia, donde Hércules le dejó, codicioso de las riquezas y anchura de España, y agraviado de que su hermano le hobiese sido antepuesto en el señorío de España, acudió sin dilacion; y ganadas las voluntades de los soldados por la gran fama que corria de su valor y hazañas, fácilmente se apoderó del reino. Hespero, desamparado de los suyos, fué forzado á recogerse á Italia, donde los de Toscana, movidos de compasion de su desastre y desman, en que cayera, no por culpa suya, sino por la ambicion y deslealtad de su hermano, primeramente le acogieron y hospedaron muy bien; despues, por la experiencia de su bondad y por la fama que corria de su virtud, le entregaron á su rey Corito, á quien otros tambien llaman Jano ó Júpiter, que era de muy tierna edad, para que fuese su ayo, y como tal le amaestrase en lo que saber le convenia; que fué una resolucion muy acertada y muy agradable para toda aquella provincia. No les salió vana su esperanza ni se engañaron en lo que se prometian de su bondad, como lo da á entender el nombre de Italia, mudado asimismo desde aquel tiempo, á ejemplo de España, en el de Hesperia, que tambien tiene, que fué prueba bastante de la aprobacion de Hespero. Llegaron las nuevas de todo esto á España. Atlas, con recelo que si este aplauso no se atajaba al principio cundiria el mal, y podria ser que, fortificado su hermano y pujante con el favor de la gente, primero le despojase del reino de Italia, y despues le pusiese en condicion lo de España, consultado el negocio con los suyos, acordó de hacer grandes levas de gente y con todo su poder pasar en Italia. Llevó de España grande número de soldados, y entre ellos muchos de los principales españoles con voz y muestra de honrallos y ayudarse de sus fuerzas en aquella jornada; mas á la verdad pretendia tenellos consigo como en rehenes y asegurar que en su ausencia no se levantasen algunos movimientos en la tierra con deseo de cosas nuevas y de sacudir de sí el yugo del imperio y señorío extraño. Hízose pues á la vela; pero como se levantasen recios temporales, corrió fortuna, derrotóse

toda su armada, y en lugar de tomar á Italia, que era lo que pretendia, fué arrebatado y llevado por los vientos á la isla de Sicilia. Eran grandes las riquezas de aquella tierra, su fertilidad y hermosura; por lo cual dicen dejó allí para que poblasen una buena parte de los españoles que llevó consigo. Hecho esto, con lo demás de su ejército últimamente dió la vuelta y aportó á Italia, donde halló que ya su hermano Hespero era fallecido; con que le fué cosa fácil apoderarse de Corito, rey de Toscana, y hacerse señor de todo. De dos hijas que tenia, la una, llamada Electra, casó con Corito, cuyos hijos fueron Jasio y Dardano, de quien se tornará á hablar luego. La otra no se sabe con quién casase; solo dicen que se llamó Rome, y que su padre la heredó en aquella parte de Italia por donde corre el rio Tibre, que á la sazon se llamaba Albula, donde tambien dió asiento á parte de los españoles ya dichos. Añaden demás desto que esta Rome en el monte Palatino puso los cimientos de la ínclita ciudad de Roma, la cual, de pequeños principios, con el tiempo se hizo señora del mundo. Alegan para esto por testigo á Fabio Pictor, autor muy antiguo y muy grave de las cosas romanas. Dado que á Rome, fundadora de aquella nobilísima ciudad, otros la hacen nieta de Eneas, hija de Ascanio. Otros son de parecer que, despues de la destruicion de Troya, una mujer nobilísima entre las cautivas, que se decia Rome, venido que hobo con Eneas en Italia, quemó los navíos de su gente, que estaban surgidos á la ribera del Tibre, y les persuadió edificasen de nuevo un pueblo, que del nombre de aquella cautiva llamaron Roma. No hay duda, sino que por testimonio de graves autores se muestra que Roma estaba fundada antes de Rómulo; y es averiguado que antiguamente tuvo aquella ciudad otro nombre, el cual los secretos de la religion y ceremonias no permitian se divulgase entre todos; y aun se sabe que Valerio Sorano, por quebrantar este secreto, pagó aquel desacato con la vida. Verdad es que no se tiene noticia de tal nombre, como asimismo es incierto lo que nuestros historiadores afirman que Roma fué fundacion de españoles, si bien les concediésemos que la gente de Atlante, por mandado de Rome, su hija, la fundó por este tiempo. Y parece mas invencion y hablilla, inventada á propósito para dar gusto á los españoles, que cosa examinada con diligencia por la regla de la verdad y antigüedad. Yo estoy determinado de mirar mas aína lo que es justo se ponga por escrito y lo que va conforme á las leyes de la historia que lo que haya de agradar á nuestra gente; pues no es justo que con flores de semejantes mentiras fuera de tiempo y sazon se atavíe y hermosee la narracion desta historia, ni el lustre y grandeza de las cosas de España tiene necesidad de semejantes arreos. Así que desechamos como cosa dudosa, por no decir mas adelante, lo que inventaron nuestros historiadores, que Roma fué poblacion de españoles. De la misma manera no queremos recibir los que nuestras historias modernas cuentan entre los reyes de España, es á saber, Sicoro, Sicano, Siceleo y Luso; pues en las antiguas historias ningun rastro de ellos se halla de sus hechos ni de sus nombres. Tampoco aprobamos lo que en esta parte añaden, que un hijo de Atlante, llamado Morgete, despues de la muerte de su padre reinó en Italia, de cuyo nombre los españoles que siguieron á Atlante y asentaron en Italia dicen se llamaron morgetes; ca todo esto no estriba en mejor fundamento que lo demás arriba dicho. Yo creeria mas aína que aquella gente tomó el apellido de morgetes de las ciudades donde moraban en España y de donde la sacaron para llevarla en Italia, pues consta que en la Bética, hoy Andalucía, hobo dos pueblos llamados Murgis: el uno á la ribera del mar, que hoy se llama Muxacra, y el otro mas adentro en la tierra, al cual hoy llaman Murga; el uno y el otro situados no léjos de la ciudad muy nombrada de Murcia, la cual asimismo algunos quieren fuese asiento de los morgetes. De donde se puede entender que en Sicilia procedieron y se fundaron así bien la ciudad de Murgantio, muy nombrada entre los antiguos, como los pueblos Murgentinos, sea en este mismo tiempo, sea en otro diferente, que tampoco esto no se puede averiguar, por estribar solamente y apoyarse todo en la semejanza de los nombres que los unos y los otros tuvieron; conjetura las mas veces engañosa, incierta y flaca.

CAPITULO XI

De Siculo, rey de España.

Por autoridad de Filistio Siracusano, sin embargo de todo lo dicho, se puede recibir como cosa verdadera que Siculo, hijo de Atlante, despues que su padre partió de España, como lugarteniente suyo y por su órden, gobernó esta provincia por algun tiempo, y despues de muerto le sucedió en todos sus reinos. Este príncipe, por el deseo que tenia de tomar la posesion del reino de Italia, y con intento de amparar lo que restaba en aquellas partes del ejército de su padre, con muy escogida gente se hizo á la vela y pasó en Italia. Principalmente que entre Jasio y Dardano, sobrinos suyos, habian resucitado debates y diferencias, las cuales pretendia apaciguar. Fue así, que estos dos hermanos, despues de la muerte de su padre Corito, se hacian entre sí cruel guerra sobre la posesion de Toscana. Deseaba pues concertar los que de tan cerca le tocaban en parentesco; además que Jasio por sus cartas le importunaba por favor y ayuda, cuya justicia era mas fundada, pero menores las fuerzas. Con este intento partió de España, y de camino, sea por su voluntad, sea arrebatado por la fuerza de los vientos y tormenta, llegó á Sicilia, donde fortificó y aumentó el poder de los amigos antiguos; hizo otrosí guerra á los cíclopes y á los lestrigones, gentes fieras y bárbaras. Esta guerra que hizo y la victoria que ganó muy señalada de estas gentes, como algunos sospechan y Tucídides lo apunta al principio del libro 6.°, fué causa que aquella isla, llamada antes Trinacria, de tres promontorios que tiene, tomase nuevos apellidos, el de Sicilia del rey Siculo, y el de Sicania de los españoles, que levantó en aquella parte de España por donde pasa el rio Sicoris ó Segre; ca no hay duda sino que antiguamente moró por allí cierta gente llamada sicana, los cuales dicen quedaron de guarnicion en aquella isla. Otros dicen y añaden que aquella isla se llamó tambien Sicoria, de cierta gente que moraba á las riberas de aquel rio Sicoris, que eran los mismos ó diferentes de los sicanos. Sea lícito en cosas tan antiguas y escuras ir á las veces á tiento sin poder tomar entera resolucion. Volviendo á Siculo, los mismos autores refieren que, pasado en Ita-

lia, ayudó á su hermana Rome, y la proveyó de nuevos socorros contra los aborigenes, gente natural de la tierra, que ordinariamente le daban guerra y la traian desasosegada. Esto dicen por causa que en buenos escritores y antiguos se hace mencion que en aquellos lugares de Italia moraban pueblos llamados Siculos y Sicanos, que sospechan por este tiempo hicieron allí sus asientos; argumento poco bastante para asegurar sea verdad lo que con tanta resolucion ellos afirman. Lo que se tiene por mas probable es que, ordenadas las cosas á su voluntad, primero en Sicilia, y despues en Italia, movió con sus gentes la vuelta de Toscana con intento de hacer rostro y allanar á Dardano, su sobrino, que en la guerra que traia contra su hermano se hallaba acompañado de un poderoso ejército de aborigenes. Pero él, visto que no podria resistir al poder de Siculo, de corazon ó fingidamente, dejadas las armas, se puso en sus manos, confiado, segun él decia y daba á entender, en la justicia de su querella, y persuadido no permitiria su mismo tio le quitasen por fuerza lo que, demás de ser herencia de su padre, habia adquirido por su valentía y por las armas. Sin embargo, se tomó asiento entre los dos hermanos, cual á Siculo pareció mas conveniente para sosegar aquellos bullicios, con que las cosas parecia comenzaban á tomar mejor camino. Aseguróse con esto Siculo, y descuidóse Jasio, entendiendo habia llaneza en aquel trato; pero Dardano, luego que halló ocasion para ejecutar su mal propósito, dió la muerte á su hermano, que confiado en el concierto estaba seguro, y en ninguna cosa menos pensaba que en semejante traicion. Siculo, como era razon, tomó esta injuria por suya, acudió á las armas, y en una batalla famosa que se dió, venció á Dardano, y le puso en necesidad de desamparar á Italia. Pasó con grande acompañamiento de aborigenes á Samotracia, de donde, pasado que hobo el Hellesponto, que hoy es el estrecho de Gallípoli, fué el primero que en la provincia de Asia la menor y en la la Frigia fundó la muy nombrada ciudad de Troya. Quedó de Jasio un hijo, por nombre Coribanto, al cual, en lugar de su padre, hizo Siculo rey de Italia. Compuestas las cosas desta manera, dió Siculo la vuelta para España, donde no se sabe ni el tiempo que adelante vivió ni otra cosa ni hazaña suya de que se pueda hacer memoria. Si ya no queremos, en lugar de historia, publicar los sueños y desvaríos de algunos escritores modernos, que de nuevo tornan á forjar otros nuevos nombres de reyes de España sin mejor fundamento que los de arriba. Estos son, Testa, que hacen fundador de cierta poblacion llamada ansimismo Testa, autor y principio de los contestanos, gente muy conocida en España; dicen otrosí fué natural de Africa, y llegó no sé por qué caminos á ser rey y señor de España. Otro es Romo, al cual hacen fundador de Valencia, nombre que en latin significa lo mismo que en griego Roma; el cual nombre de Roma dicen tambien tuvo aquella ciudad antiguamente, á la manera que la ciudad de Roma, segun lo que dice Solino, se llamó antiguamente Valencia, y Evandro le mudó el nombre y apellido en el que al presente tiene de Roma. El tercero rey que nombran es Palatuo, de quien dicen se llamaron los pueblos Palatuos, y tambien la ciudad de Palencia tomó este nombre del suyo, dado que muy distante de donde era el asiento de aquella gente dicha palatuos antiguamente, que cala cerca de Valencia. Añaden que este Palatuo echó á Caco de la posesion y reino de España; al mismo en el monte Aventino, que es uno de los siete que en sí contiene Roma, por la huella de las vacas que hurtó, le halló y dió la muerte Hércules el Tebano. Deste jaez es el rey Eritro, que fingen vino de allende el mar Bermejo, que se llama tambien el mar Eritreo, y aun quieren que de su nombre se le pegó á la isla de Cádiz el nombre que antiguamente tuvo de Eritrea. El postrero en el cuento destos reyes es Melicola, que por otro nombre se llamó Gargoris; mas deste en particular hace mencion el historiador Justino. Todo esto y los nombres destos reyes, tales cuales ellos se sean, ni se debian pasar en silencio, como quien rodea algun foso ó pantano que no se atreve á pasar, donde no solo gente ordinaria, sino personas muy doctas han tropezado y caido, ni tampoco era justo aprobar lo que siempre hemos puesto en cuento de hablillas y consejas. A Siculo entiendo yo que llama Justino Sicoro. Esto se avisa porque á ninguno engaño la diferencia del nombre para pensar que Siculo y Sicoro sean dos reyes diversos y distintos.

CAPITULO XII.

De diversas gentes que vinieron á España.

Dificultosa cosa seria querer puntualmente ajustar los tiempos en que florecieron los reyes de España que de suso quedan nombrados, los años que reinaron y vivieron, y en particular señalar el año de la creacion del mundo en que sucedió cada cual de las cosas ya dichas; no faltaria diligencia y cuidado para rastrear y averiguar la verdad, si se descubriese algun camino seguro para hacello. Contentarnos hemos con conjeturas, por las cuales, sin mas particularizarlas, sospecho que los Geriones poseyeron á España, y en ella reinaron la cuarta ó quinta edad despues del diluvio. Siculo floreció mas de doscientos años antes de la guerra de Troya, en cuyo tiempo, ó no muchos años despues, una gruesa flota partió de Zacinto, isla puesta en el mar Jonio al poniente del Peloponeso y de la Morea; y tomado que hobo tierra en aquella parte de España, donde al presente está asentada la ciudad de Valencia, los que en aquella armada venian, tres millas de la mar levantaron un pueblo, que del nombre de su tierra llamaron Zacinto, y adelante, mudado el apellido algun tanto, se llamó Sagunto, hoy Monviedro. Pretendian que aquel castillo principalmente les sirviese de fortaleza para contrastar á los naturales, si se alborotasen contra ellos, y recoger en él la gran suma de oro y de plata que por bujerías de poco precio y quinquillerías rescataban de los españoles, gente simple y ignorante de las grandes riquezas que en aquel tiempo poseia. Confiados en la seguridad que aquella fuerza les daba, se atrevieron á entrar mas adelante en la tierra y calarla y á descubrir las riberas y marinas comarcanas, donde algunos años despues se dice que, sesenta millas hácia el poniente, en un sitio muy á propósito se determinaron de levantar un templo á la diosa Diana, el mas famoso que hobo en España, del cual el promontorio Dianio, que es donde al presente está la villa de Denia, tomó aquel nombre. Este templo, conforme á la costumbre y supersticion de los griegos, adornaron ellos con ído-

los, derramaron en él mucha sangre de sacrificios que allí hacian ordinariamente. Con esto los naturales, maravillados de tantas y tan nuevas ceremonias y de la majestad de todo el edificio, comenzaron á tener á esta gente por hombres venidos del cielo y por superiores á las demás naciones. Y es averiguado que ninguna cosa hay mas poderosa para mover al pueblo que el culto de la religion, quier verdadero, quier fingido, por el natural conocimiento que los hombres tienen de Dios y la reverencia que tienen á su divinidad. El enmaderamiento deste templo era de enebro, madera no menos olorosa que incorruptible, tanto que Plinio testifica se conservaba hasta su tiempo sin alguna corrupcion ni carcoma. Despues de la venida de los de Zacinto refieren que el otro Dionisio ó Baco, hijo de Semeles, como ciento y cincuenta años antes de la guerra de Troya, llegó á lo postrero de España, y en las albuferas ó esteros de Guadalquivir, entre las dos bocas por donde en aquel tiempo se metia y descargaba en el mar, fundó á Nebrija, dicha así de las nebridas, que en griego significan pieles de ciervo, de que Dionisio y sus compañeros se vestian comunmente, y mas en particular cuando querian ofrecer sacrificios. El sobrenombre de Veneria que tuvo Nebrija, los tiempos adelante se le dieron. Diodoro Siculo escribe que antiguamente hobo tres Dionisios ó Bacos. El primero fué hijo de Deucalion, que es lo mismo que Noé, el cual entiendo yo fué el mismo que arriba llamamos Osiris Egipcio, de cuya venida á España se trató en su lugar. El segundo fué hijo de Proserpina ó Céres, al cual acostumbraban pintar con cuernos para dar á entender fué el primero que unció los bueyes y enseñó por este modo arar y sembrar la tierra. El tercero fué hijo de Semeles, nació de adulterio, crióse en la ciudad de Moro, nombre que significa el muslo, de donde tomaron los poetas ocasion para fingir que su mismo padre Júpiter le encerró y crió dentro de su muslo. Deste postrero se dice que, á imitacion del primer Dionisio, emprendió de discurrir y conquistar muchas y diversas provincias; ennoblecíolas con las victorias que ganó. En particular venido á España, la limpió de las maldades y tiranías que de todas maneras en ella prevalecian. En el mismo tiempo Milico, hijo de Mirica, por ventura uno de los descendientes de Siculo, dicen tenia gran poder, riquezas y autoridad entre los españoles, y que los descendientes deste Milico, no léjos donde al presente está Baeza, fundaron á Castulon, en los Oretanos, ciudad que antiguamente se contó entre las mas nobles de España, asentada y puesta donde al presente quedan como rastros de la antigüedad los cortijos de Cazlona. Al tiempo que Dionisio partió de España, dejó en ella dos de sus compañeros, que fueron el uno por nombre Luso, de quien procedieron los lusitanos, que son los portugueses, el otro Pan, al cual aquellos hombres groseros y dados á supersticion de gentiles pusieron en el número de los dioses, y dél y de su nombre, como lo testifican Varron y Plutarco, toda esta provincia se llamó primero Pania, y despues, añadida una letra, Spania, que es lo mismo que España. Jason Tesalo otrosí, encendido en deseo de adquirir honra y riquezas, poco adelante se hizo cosario en el mar, ejercicio á la sazon de mucho interés por estar las marinas sin guarnicion y los hombres á manera de pastores en chozas y cabañas, derramados por los campos. Edificó para este efecto una nave de forma muy prima y capaz. El trazador y carpintero que la hizo se llamó Argos. Hecha y aprestada la nave tomó en su compañía á Hércules el Tebano, á Orfeo y á Lino, á Castor y Pollux, con otro buen golpe de gente. Con este acompañamiento partió de Tesalia; en el discurso de su viaje, que fué muy grande, acabó cosas muy extraordinarias. En particular junto al promontorio de Troya, llamado Sigeo, libró de la muerte á Hesione, hija del rey Laomedonte. En Colcos, por industria de Medea, hurtó la riqueza de oro que su padre tenia muy grande; y porque acostumbraban con pieles de carnero coger y sacar el oro de los arroyos que se derribaban del monte Cáucaso, tomaron los poetas ocasion de decir que habia hurtado el vellocino de oro, tan famoso y nombrado acerca de los antiguos. Fué en su compañía la dicha Medea; desde allí pasaron el estrecho Cimmerio, llegaron á la laguna Meotis, y por el rio Tanais arriba, por donde las dos partes del mundo Asia y Europa parten término, llevaron á jorro la dicha nave todo lo mas que pudieron. Despues la desenclavaron, y la madera llevaron en hombros hasta dar en la ribera del mar Sarmático, donde se dice que de nuevo la juntaron y clavaron de suerte, que por las riberas de Alemania, Francia y España no pararon hasta dar en la boca del estrecho de Cádiz. Allí, sobre el monte Calpe, que es en lo postrero del Estrecho hácia el mar Mediterráneo, afirman que Hércules levantó un castillo, que de su mismo nombre se llamó Heraclea, y hoy es Gibraltar. Desde aquel castillo salieron diversas veces por la tierra á robar, y pelearon con los españoles que les salieron al encuentro, cuando próspera, cuando adversamente. Pasado en esto algun tiempo, y puesta en el castillo buena guarnicion y los despojos en las naves, partieron primero para Sagunto, donde benignamente los recibieron, por ser todos de nacion griega y usar de una misma lengua. Desde Sagunto pasaron á la isla de Mallorca; allí prendieron al rey de aquellas islas, por nombre Bocoris; pero por entender que en ellas no se hallaba oro, hecho su matalotaje y puesto en las naves muy hermosos bueyes, cuales son los de aquellas islas, se encaminaron la vuelta de Italia. Allí Hércules dió la muerte en la cueva del monte Aventino á Caco, gran salteador, y que le habia hurtado los bueyes que llevaba; quitó asimismo la costumbre que tenian los de aquella tierra de echar cada un año, para aplacar á Saturno, en el Tibre desde el puente mollo un hombre vivo, y hizo que en su lugar echasen ciertas estatuas de paja y de juncos. Acabadas estas cosas, por la Liguria, que hoy es el Genovés, se dice que, deshecha otra vez la nave, la pasaron en hombros primero al rio Po, y por él al mar Adriático ó golfo de Venecia. Por este mar, á cabo de tan largos caminos y de tantas vueltas como hicieron Jason y Hércules y sus compañeros, sanos y salvos volvieron á su tierra. Pero no es de nuestro intento tratar de cosas extranjeras, pues hay harto que hacer en declarar las que propiamente á España tocan. Un autor, por nombre Hecateo, niega esta venida en España de Hércules el Tebano, hijo de Anfitrion, que por otro nombre llamaron Alceo; mas Diodoro y todos los demás autores testifican lo contrario, demás de los rastros del camino que en España y en los montes Pirineos y en la Gallia Narbonense quedaron deste viaje y se con-

servaron por largos tiempos, y aun en la misma entrada de Italia las Alpes Leponcias y Euganeas tomaron estos apellidos de dos compañeros de Hércules, con que se muestra, no solo que Hércules vino á España, sino que parte de su gente pasó en Italia por tierra, y dejaron en algunos lugares por donde pasaron nombres y apellidos griegos. Virgilio atribuye á este Hércules la muerte de los Geriones, de que se trató arriba con la libertad que suelen los poetas; y por la semejanza de los nombres entiendo se trocaron los tiempos. Despues de la venida de Hércules y despues de la muerte de Milico, reinó en España Gargoris, famoso por la invencion que halló de coger la miel, por donde asimismo le llamaron Melicola. En tiempo deste rey concurrió la guerra muy famosa de Troya, la cual concluida, las reliquias de los ejércitos griego y troyano se derramaron y hicieron asiento en diversas partes del mundo, en particular vinieron á España, y poblaron en ella no pocos capitanes de los griegos. Tal es la comun opinion de nuestros historiadores y gente, que muchas naciones antiguamente trasladadas á esta region, por la comodidad que hallaron, asentaron y poblaron en diversas partes de España. En este cuento tiene el primer lugar Teucro, el cual, despues de la muerte desgraciada de su hermano Ayax, porque su padre Telamon no le permitió volver á su tierra solo, aportó primero á la isla de Chipre, y en ella edificó la ciudad de Salamina, hoy Famagosta, que llamó así del nombre de su misma patria. De Chipre pasó en España, y en ella, donde al presente está Cartagena, dicen edificó otra ciudad, que de su nombre llamó Teucria. No hay duda sino que Justino y san Isidoro hacen mencion desta venida de Teucro á España; y aun Justino, en particular, dice que se apoderó de aquella parte donde está situada Cartagena; pero que allí haya fundado ciudad, y que la haya llamado Teucria, puede ser verdad, mas ellos no lo dicen ni se hallan algunos rastros de poblacion semejante. Verdad es otrosí que todos concuerdan en que Teucro pasó el estrecho de Gibraltar, y vueltas las proas á manderecha, mas adelante del cabo de San Vicente y de las marinas de toda la Lusitania, paró en las de Galicia, y en ellas fundó la ciudad de Hellene, que es la que al presente se llama Pontevedra; y aun quieren que del nombre de uno de sus compañeros fundó otra ciudad llamada Anfiloquia, que los romanos llamaron Aguas Calientes, y los suevos que asentaron adelante por aquellas partes, la llamaron Auria; nosotros la llamamos Orense. Dicen otrosí que Diomedes, hijo de Tideo, aportó á las riberas de España; pero como en todas las partes los naturales le hiciesen resistencia, rodeadas todas las riberas del mar Mediterráneo y gran parte del Océano, pasó de la otra parte de la Lusitania, y allí fundó del nombre de su padre la ciudad de Tuy, que en latin se llama *Tude* ó *Tyde*, entre las bocas de los rios Miño y Limia, á la ribera del mar. Estrabon asimismo en el libro 3.° refiere que Mnesteo Ateniense con su flota vino á Cádiz, y en frente de aquella isla á la boca del rio Belon, que hoy es Guadalete, por donde desemboca en la mar, se dice edificó una ciudad de su mismo apellido y nombre, donde al presente está y se ve el puerto de Santa María. Demás, que entre los dos brazos de Guadalquivir edificó un templo, que se llamó antiguamente Oráculo de Mnesteo, sobre el mismo mar, que fué de grande momento para acreccntar en España la supersticion de los griegos. Por conclusion, Estrabon y Solino testifican que Ulises entre los demás vino á España, y que en la Lusitania ó Portugal fundó la ciudad de Lisboa; cosa de que el mismo nombre de aquella ciudad da testimonio, que, segun algunos, en latin se escribe *Ulyssipo*; si bien otros son de diferente parecer, movidos así del mismo nombre de aquella ciudad, del cual por antiguallas se muestra se debe escribir *Olyssipo* y no *Ulyssipo*, como tambien porque en las marinas de Flándes, en diversos lugares, se halla mencion de las aras ó altares de Ulises; dado que no pasó en aquellas partes. Por estos argumentos pretenden que, conforme á la vanidad de los griegos, pusieron á Ulises antiguamente en el número de sus dioses, y para honralle en diversas partes le edificaron memorias; lo cual, dicen, pudo ser sucediese en España, y que Lisboa por esta causa tomase el nombre de Ulises, sin que él ni su gente aportasen á estas partes.

CAPITULO XIII.

De las cosas de Abides y de la general sequedad de España.

Por este mismo tiempo el rey Gargoris tenia su reino de los Curetes, como lo dice Justino, en el Bosque de los Tartesios, desde donde los antiguos fingieron que los titanes hicieron guerra á los dioses. Este rey, las demás virtudes que se entiende tuvo muy grandes, afeó con la crueldad y fiereza de que usó con un su nieto, llamado Abides; nació este mozo de su hija fuera de matrimonio. El abuelo, con intento de encubrir aquella mengua de su casa, mandó que le echasen en un monte á las fieras para que allí muriese. Ellas, mudada su naturaleza, trataron al infante con la humanidad que el fiero ánimo de su abuelo le negaba, ca le criaron con su leche y le sustentaron con ella algun tiempo. No bastó esto para amansallo, antes por su mandado de nuevo le pusieron en una estrecha senda para que el ganado que por allí pasaba lo hollase. Guardábale el cielo para cosas mayores: escapó deste peligro así bien como del pasado. Usaron de otra invencion, y fué que por muchos dias tuvieron sin comer perros y puercos para que hiciesen presa en aquellas tiernas carnes. Libróle Dios deste peligro como de los dos ya referidos: las mismas perras, con cierto sentimiento de misericordia, dieron al infante leche. Por conclusion, el mismo mar, donde le arrojaron, le sustentó con sus olas, y echado á la ribera, una cierva le crió con su regalo y con su leche. Hace mucho al caso para mudar las costumbres del ánimo y del cuerpo la calidad del mantenimiento con que cada uno se sustenta, y mas en la primera edad; así fué cosa maravillosa por causa de aquella leche y sustento cuán suelto salió de miembros. Igualaba en correr los años adelante, y alcanzaba las fieras, y confiado en su ligereza, y por ser naturalmente atrevido y de ingenio muy vivo, hacia robos y presas por todas partes, sin que nadie se atreviese á hacello resistencia. Todavía, molestados los comarcanos con sus insultos, se concertaron de armalle un lazo, en que cayó, y preso le llevaron á su abuelo, el cual, luego que vió aquel mancebo, por cierto sentimiento oculto de la naturaleza, de que muchas veces sin entendello somos tocados, y no sé qué cosa mayor de lo que se veia, resplandecia en su rostro, mirándole atentamente y las

CAPITULO XIV.

Cómo los celtas y los de Rodas vinieron á España.

La fama desta desolacion de España movió á misericordia y á compasion á las gentes comarcanas, que consideraban la mudanza y vuelta de las cosas humanas. Junto con esto, pasado el trabajo, fué ocasion que gran muchedumbre de gente extranjera viniese á poblar en esta provincia; parte de los que con sus ojos en tiempo de su prosperidad vieron los campos, policía y riquezas de los españoles; parte los que por dicho de otros habian comenzado á estimar y desear esta tierra. Así, venida la ocasion, con mujeres, hijos y hacienda vinieron los pueblos enteros á morar en ella, y de la provincia yerma cada cual ocupó aquella parte que entendia ser mas á su propósito, sea para los ganados que traia, ó por ser aficionado á la labor de la tierra. Por la industria destos y por la mucha y abundante generacion que tuvieron, no en mucho tiempo se restituyó la antigua hermosura, policía y frecuencia de las ciudades, y con un nuevo lustre que volvió, cesó la avenida de tantos males. Desde la Gallia comarcana, pasados los Pirineos, los celtas se apoderaron para habitacion suya de todo aquel pedazo de España que se extiende hasta la ribera del Ebro, y por la parte oriental del monte Idubeda, que goza de un cielo muy apacible y alegre, la ciudad de Tarazona, que hoy se ve, Nertobriga y Arcobriga, que hán faltado, estaban en aquella parte. Destos celtas y de los españoles que se llamaban iberos, habiéndose entre sí emparentado, resultó el nombre de Celtiberia, con que se llamó gran parte de España. Multiplicó mucho esta gente, que fué la causa de dilatar grandemente sus términos hácia mediodía, de que dan bastante prueba Segobriga, Belsino, Urcesia y otros lugares distantes entre sí, que de graves autores son contados entre los celtíberos. Lo mismo aconteció á muchas partes y pueblos de España, que con el tiempo tuvieron sus distritos, ya mas estrechos, ya mas anchos, segun y como sucedian las cosas. A la parte del septentrion, á los confines de los Celtíberos, caian los Arevacos, que eran donde al presente están asentadas Osma y Agreda, y con ellos los Duracos, los Pelendones, los Neritas, los Presamarcos, los Cilenos, todos pueblos comprehendidos en el distrito de los Celtíberos y emparentados con ellos. Y aun se entiende que todos estos pueblos á un mismo tiempo vinieron de la Gallia y se derramaron por España, por conjeturas probables que hay para creello, pero ningun argumento que concluya. Lo que tiene mas probabilidad es que los de Rodas, por la grande experiencia que tenian en el marear, con que se hicieron y fueron señores del mar por espacio de veinte y tres años, así en las otras provincias como tambien en España, para su fortificacion y para tener donde se recogiesen las flotas cuando la mar se alterase, demás desto, para la comodidad de la contratacion con los naturales, edificaron castillos en muchos lugares. Particularmente á las haldas de los Pirineos fundaron á Rodope ó Roda, que hoy es Roses, junto á un buen seno de mar, ciudad que antiguamente creció tanto, que en tiempo de los godos fué catedral y tuvo obispo propio; mas al presente es muy pequeña, y que fuera de las ruinas y rastros de su antigua nobleza, pocas cosas tiene que sean de ver. Los rodios, asimismo refieren, fueron los primeros que enseñaron á los españoles hacer gomenas y sogas de esparto y tejer la pleita para diversas comodidades y servicios de las casas. Refieren otrosí que enseñaron á hacer las atahonas para moler el trigo con mayor facilidad que antes; cosa que, por ser la gente tan ruda y por su poca maña, costaba mucho trabajo. Dicen demás desto que fueron los primeros que trajeron á España el uso de la moneda de cobre, con gran maravilla y risa al principio de los naturales, que con un poco de metal de poco ó ningun provecho se proveyesen y comprasen mantenimientos, vestidos y otras cosas necesarias. Fué sin duda grande invencion la del dinero, y semejánte á encantamento, como lo toca Luciano en la *Vida de Demonacte*. Finalmente, á propósito de dilatar el culto de sus dioses y á imitacion de los saguntinos, edificaron un templo á la diosa Diana, en que usaban de extraordinarias ceremonias y sacrificios, sin declarar qué manera de sacrificios y ceremonias eran estas. Puédese creer que, conforme á la costumbre de los tauros, sacrificaban á aquella diosa los huéspedes y gente extranjera. En particular dicen que edificaron á Hércules un oráculo, y ordenaron se le hiciesen sacrificios, los cuales no se celebraban con palabras alegres ni rogativas blandas de los sacerdotes, sino con maldiciones y denuestos; tanto, que tenian por cierto que con ninguna cosa mas se profanaban que con decir, aunque fuese acaso, entre las ceremonias solemnes y sacrificios alguna buena palabra. De que daban esta razon: Hércules, llegado á Lindo, que es un pueblo de Rodas, pidió á un labrador que le vendiese uno de los bueyes con que araba, y como no quisiese venir en ello, tomóselos por fuerza entrambos. El labrador, por no poder mas, vengó la injuria con echarle maldiciones y decirle mil oprobrios, los cuales por entonces Hércules, estando comiendo, oyó con alegría y grandes risadas; después de ser consagrado por dios, pareció á los ciudadanos de Lindo de conservar la memoria de este hecho con perpetuos sacrificios. Para esto edificaron un altar, que llamaron Bucigo, que es lo mismo que yugo de bueyes; criaron junto con esto al mismo labrador en sacerdote, y ordenaron que en ciertos tiempos sacrificase un par de bueyes, renovando juntamente los denuestos que contra Hércules dijo. Esta costumbre y ceremonia, conservada por los descendientes destos, se puede entender vino en este tiempo á España tomada de la vanidad de los griegos, y que la trajeron los de Rodas con su venida. Está Roses asentada en frente de Empúrias, y apartada della por la mar espacio de doce millas á las postreras haldas de los Pirineos. Del cual monte se dice que por el mismo tiempo se encendió todo con fuego del cielo, ó por inadvertencia y descuido de los pastores, ó por ventura de propósito quemaron los árboles y los matorrales con intento de desmontar y romper los campos para que se pudiesen cultivar y habitar y apacentar en ellos los ganados. Lo cierto es que este monte por los griegos fué llamado Pirineo del fuego, que en griego se llama Pir, sea, por el sucèso ya dicho, sea, como otros quieren, por causa de los rayos que por su altura muchas veces le combaten y abrasan; porque lo que algunos fingen que vino este nombre y se tomó de Pirene, mujer amiga de Hércules, y falleció en estos lugares, ó de un Pirro, rey antiguo de España, los mas

inteligentes lo reprueban como cosa fabulosa y sin fundamento. Lo que se tiene por mas cierto es que con la fuerza del fuego las venas de oro y de plata, de que así aquellos montes como todo lo de España estaba lleno; tanto, que decian que Pluton, dios de las riquezas, moraba en sus entrañas, se derritieron de suerte, que salieron arroyos de aquellos metales y corrieron por diversas partes. Los cuales, apagado el fuego, se cuajaron; y por su natural resplandor pusieron maravilla á los naturales, si bien los menospreciaron por entonces, por no tener noticia de su valor; mas las otras naciones, entendido lo que pasaba, se encendieron en deseo de venir á España con esperanza que los de la tierra, como ignorantes que eran de tan grandes bienes, les permitirian de muy buena gana recoger todo aquel oro y plata, por lo menos les seria cosa muy fácil rescatallo por dijes y mercaderías de muy poco valor.

CAPITULO XV.

De la venida de los de Fenicia á España.

De los de Fenicia se dice fueron los primeros hombres que con armadas gruesas se atrevieron al mar, y para enderezar sus navegaciones tomaron las estrellas por guia, el carro mayor y menor, en especial el norte, que es como el quicio ó eje sobre que se menea el cielo. Estos, despues que quitaron el señorío del mar á los de Rodas y á los de Frigia, partiendo de Tiro, plaza nobilísima del Oriente, se dice que navegaron y vinieron en busca de las riquezas de España. Pero á qué parte de España primeramente llegaron, no concuerdan los autores. Aristóteles dice que los de Fenicia fueron los primeros que, llegados al estrecho de Cádiz, rescataron á precio del aceite que traian tanta copia de plata de los de Tarteso, que hoy son los de Tarifa, cuanta ni cabia en las naves ni la podian llevar; de suerte que fueron forzados á hacer de plata todos los instrumentos de las naves y las mismas áncoras. Pudo ser que el fuego de los montes Pirineos se derramó por las demás partes de España, ó de las minas, de que la Bética era abundante, se sacó tanta copia de oro y plata. Lo que lleva mas camino es que los de Fenicia en esta su empresa tocaron primero y acometieron las primeras partes de España, y que aquella muchedumbre de plata la tomaron de los Pirineos; que los naturales les dieron por las cosas que traian de rescate. Puédese tambien creer que Siqueo, hombre principal entre aquella gente, vino, como lo dicen nuestros historiadores, en España por capitan desta armada, ó no mucho despues, por continuar y hacerse siempre nuevas navegaciones y armadas; y que della llevó las riquezas que primeramente le fueron ocasion de casar con la hermana del rey de Tiro, llamada Dido, y despues le acarrearon la muerte por el deseo y codicia que en Pigmaleon, su cuñado, entró del oro de España. Mas quedó en su intento burlado, á causa que Dido, muerto su marido, puestas las riquezas, que ya el tirano pensaba ser suyas, en las naves, se huyó y fué á parar á Társis, que hoy se llama Túnez, ciudad con quien tenian los de Tiro grande amistad y contratacion. Siguiéronla muchos que, por la compasion de Siqueo y por el odio del tirano, mudaron de buena gana la patria en destierro. Para proveerse de mujeres de quien tuviesen sucesion, en Chipre, donde desembarcaron, robaron bastante número de doncellas, y con ellas fueron á Carquedon, lugar antiguamente edificado por Carquedon, vecino de Tiro, y que estaba asentado doce millas de Túnez. Allí concertaron con los naturales les vendiesen tanta tierra cuanta pudiesen cercar con un cuero de buey; vinieron los africanos en lo que aquella gente les pedia, sin entender lo que pretendian. Mas ellos, cortada la piel en correas muy delgadas, con ellas cercaron y rodearon tanta tierra, que pudieron en aquel sitio hacer y levantar una fortaleza, de donde la dicha fuerza se llamó Birsa, que significa cuero de buey. Esto escribe Justino en el libro 18, dado que nos parece mas probable que birsa en la lengua de los fenices, que era semejante á la hebrea, es lo mismo que bosra, que en lengua hebrea significa fortaleza ó castillo, y que esta fué la verdadera causa de llamarse aquella fortaleza Birsa. Para juntar la fortaleza con el lugar de Carquedon, tiraron una muralla bien larga, y toda así junta se llamó Cartago. Sucedió esto setenta y dos años antes de la fundacion de Roma. Concertaron de pagar á los africanos comarcanos ciertas parias y tributo, con que les ganaron las voluntades. Pero dejemos las cosas de fuera, porque la historia no se alargue sin propósito, y volvamos á Pigmaleon, de quien se dice que, habiéndose por la muerte de Siqueo dejado algunos años la navegacion susodicha, con nuevas flotas partió de Tiro la vuelta de España, surgió y desembarcó en aquella parte de los Turdulos y de la Andalucía, donde hoy se ve la villa de Almuñecar. Allí edificó una ciudad, por nombre Axis ó Exis, para desde ella contratar con los naturales. Cargó con tanto la flota de las riquezas de España, volvió á su tierra, tornó segunda y tercera vez á continuar la navegacion, sin parar hasta tanto que llegó á Cádiz, la cual isla, como antes se llamase Eritrea de los compañeros de oro, segun que de suso queda apuntado, desde este tiempo la llamaron Gadirá, esto es, vallado, sea por ser como valladar de España contrapuesto á las hinchadas olas del mar Océano, ó porque el pueblo primero que los de Fenicia en ella fundaron, en lugar de muros le fortificaron de un seto y vallado. Levantaron otrosí un templo en el dicho pueblo á honra de Hércules en frente de tierra firme, por la parte que aquella isla adelgazaba hasta terminarse en una punta ó promontorio, que se dijo Herculeo, del mismo nombre del templo. Cosas muy extraordinarias se refieren de la naturaleza de esta isla; en particular tenia dos pozos de maravillosa propiedad y muy á propósito para acreditar entre la gente simple la supersticion de los griegos: el uno de agua dulce, y el otro de agua salada; el de la dulce crecia y menguaba cada dia dos veces al mismo tiempo que el mar; el de agua salada tenia las mismas mudanzas al contrario, que bajaba cuando el mar subia, y subia cuando él bajaba. Tenia otrosí un árbol llamado de Gerion, por causa que cortado algun ramo distilaba, como sangre, cierto licor, tanto mas rojo cuanto mas cerca de la raíz cortaban el ramo; su corteza era como de pino, los ramos encorvados hácia la tierra, las hojas largas un codo y anchas cuatro dedos, y no habia mas de uno destos árboles, y otro que brotó adelante cuando el primero se secó. Volvamos á los de Fenicia, los cuales fundaron otros pueblos, y entre ellos á Málaga y á Abdera, con que se apoderaron

de parte de la Bética, y ricos con la contratacion de España, comenzaron claramente á pretender enseñorearse de toda ella. Platon, en el *Timeo*, dice que los Atlantides, entre los cuales se puede contar Cádiz, por estar en el mar Atlántico, partidos de la isla Eritrea, aportaron por mar á Acaya, donde por fuerza al principio se apoderaron de la ciudad de Aténas; mas despues se trocó la fortuna de la guerra de suerte, que todos, sin faltar uno, perecieron. Algunos atribuyen este caso á los de Fenicia, por ser muy poderosos en las partes de levante y de poniente, que tendrian fuerzas y ánimo para acometer empresa tan grande. En este mismo tiempo se abrian las zanjas y se ponian los cimientos de la ciudad de Roma; juntamente reinaba entre los judíos el rey Ecequías, despues que él reinó de Israel, que contenia los diez tribus de aquel pueblo, destruyó Salmanasar, gran rey de los asirios. Hijo deste grande emperador fué Senaquerib. Este juntó un grueso ejército con pensamiento que llevaba de apoderarse de todo el mundo, destruyó la provincia de Judea; metió á fuego y á sangre toda la tierra, finalmente, se puso sobre Jerusalém. Dábale pena entretenerse en aquel cerco, porque conforme á su soberbia aspiraba á cosas mayores. Dejó al capitan Rabsace con parte de su ejército para que apretase el cerco, que fué el año décimo cuarto del reino de Ecequías. Hecho esto, pasó en Egipto con la fuerza del ejército. Cercó la ciudad de Pelusio, que antiguamente fué Heliópolis, y al presente es Damiata. Allí le sobrevino un grande revés, y fué que Taracon, el cual, con el reino de Etiopia juntara el de Egipto, le salió al encuentro, y en una famosa batalla que le dió, le desbarató y puso en huida. Herodoto dijo que la causa deste desman fueron los ratones, que en aquel cerco le royeron todos los instrumentos de guerra. Sospéchase que lo que le sucedió en Jerusalém, donde, como dice la Escritura, el Angel en una noche le mató ciento y ochenta mil combatientes, lo atribuyó este autor á Egipto; puede ser tambien que en entrambos lugares le persiguió la divina justicia, y quiso contra él manifestar en dos lugares su fuerza. Sosegada aquella tempestad de los asirios, luego que Taracon se vió libre de aquel torbellino, refieren que revolvió sobre otras provincias y reinos, y en particular pasó en España. Estrabon por lo ménos testifica haber pasado en Europa; nuestros historiadores añaden que no léjos del rio Ebro, en un ribazo y collado, fundó de su nombre la ciudad de Tarragona, y que los Scipiones, mucho tiempo adelante, la reedificaron y hicieron asiento del imperio romano en España, y que esta fué la causa de atribuilles la fundacion de aquella ciudad, no solo la gente vulgar, sino tambien autores muy graves, entre ellos Plinio y Solino, si bien el que la fundó primero fué el ya dicho Taracon, rey de Etiopia y de Egipto.

CAPITULO XVI.

Cómo los cartagineses tomaron á Ibiza y acometieron á los mallorquines.

Despues destas cosas y despues que la reina Dido pasó desta vida, los cartagineses se apercibieron de armadas muy fuertes, con que se hicieron poderosos por mar y por tierra. Deseaban pasar en Europa y en ella extender su imperio. Acordaron para esto en primer lugar acometer las islas que les caian cerca del mar Mediterráneo, para que sirviésen de escala para lo demás. Acometieron á Sicilia la primera, despues á Cerdeña y á Córcega, donde tuvieron varios encuentros con los naturales, y finalmente, en todas estas partes llevaron lo peor. Parecióles de nuevo emprender primero las islas menores, porque tendrian menor resistencia. Con este nuevo acuerdo, pasadas las riberas de Liguria, que es el Genovés, y las de la Gallia, tomaron la derrota de España, donde se apoderaron de Ibiza, que es una isla rodeada de peñascos, de entrada dificultosa, sino es por la parte de mediodía, en que se forma y extiende un buen puerto y capaz. Está opuesta al cabo de Denia, apartada de la tierra firme de España por espacio no mas de cien millas; es estrecha y pequeña, y que apénas en circuito boja veinte millas, á la sazon por la mayor parte fragosa y llena de bosques de pino, por donde los griegos la llamaron Pitiusa. En todo tiempo ha sido rica de salinas y dotada de un cielo muy benigno y de extraordinaria propiedad, pues ni la tierra cria animales ponzoñosos ni sabandijas, y si los traen de fuera, luego perecen. Es tanto mas de estimar esta virtud maravillosa cuanto tiene por vecina otra isla, por nombre Ofiusa, que es tanto como isla de culebras, llena de animales ponzoñosos, y por esta causa inhabitable, segun que lo testifican los cosmógrafos antiguos; juego muy de considerar y milagro de la naturaleza. Verdad es que en este tiempo no se puede con certidumbre señalar qué isla sea esta ni en qué parte caya. Unos dicen que es la Formentera, á la cual opinion ayuda la distancia, por estar no mas de dos mil pasos de Ibiza; otros quieren sea la Dragonera, movidos de la semejanza del nombre, si bien está distante de Ibiza y casi pegada con la isla de Mallorca. Los mas doctos son de parecer que un monte, llamado Colubrer, pegado á la tierra firme y contrapuesto al lugar de Peñíscola, se llamó antiguamente en griego Ofiusa, y en latin *Colubraria*, sin embargo que los antiguos geógrafos situaron á Ofiusa cerca de Ibiza; pues en esto como en otras cosas, pudieron recibir engaño por caerles lo de España tan léjos. Apoderado que se hubieron los cartagineses de la isla de Ibiza, y que fundaron en ella una ciudad del mismo nombre de la isla para mantenerse en su señorío, se determinaron de acometer las islas de Mallorca y Menorca, distantes entre sí por espacio de treinta millas, y de las riberas de España sesenta. Los griegos las llamaron, ya Gimnesias, por andar en ellas á la sazon la gente desnuda, que esto significa aquel nombre, ya Baleares, de las hondas de que usaban para tirar con grande destreza. En particular la mayor de las dos se llamó Clumba, y la menor Nura, segun que lo testifica Antonino en su *Itinerario*, y dél lo tomó y lo puso Florian en su historia. Antes de desembarcar rodearon los cartagineses con sus naves estas islas, sus entradas y sus riberas y calas; mas no se atrevieron á echar gente en tierra espantados de la fiereza de aquellos isleños, mayormente que algunos mozos briosos que se atrevieron á hacer prueba de su valentía quedaron los mas en el campo tendidos, y los que escaparon, mas que de paso se volvieron á embarcar. Perdida la esperanza de apoderarse por entonces destas islas, acudieron á las riberas de España, por ver si podrian con la contratacion calar los secretos de la tierra, ó por fuerza apoderarse de alguna parte della, do

sus riquezas y bienes. No salieron con su intento, ni les aprovechó esta diligencia por dos causas; la primera fué que los saguntinos, para donde de aquellas islas muy en breve se pasa, como hombres de policía y de prudencia, avisados de lo que los cartagineses pretendian, que era quitarles la libertad, los echaron de sus riberas con maña, persuadiendo á los naturales no tuviesen contratacion con los cartagineses. Demás desto, las necesidades y apretura de Cartago forzaron á la armada á dar la vuelta y favorecer á su ciudad, que ardia en disensiones civiles, y juntamente los de Africa comarcanos le hacian guerra; fuera de una cruel peste, con que pereció gran parte de los moradores de aquella muy noble ciudad. Para remedio destos males se dice que usaron de diligencias extraordinarias, en particular hicieron, para aplacar á sus dioses sacrificios sangrientos é inhumanos; maldad increible. Ca vueltas las armadas por respuesta de un oráculo, se resolvieron de sacrificar todos los años algunos mozos de los mas escogidos; rito traido de Siria, donde Melchon, que es lo mismo que Saturno, por los moabitas y fenicios era aplacado con sangre humana. Haciase el sacrificio desta manera; tenian una estatua muy grande de aquel dios con las manos cóncavas y juntas, en que puestos los mozos, con cierto artificio caian en un hoyo que debajo estaba lleno de fuego. Era grande el alarido de los que allí estaban, el ruido de los tamboriles y sonajas, en razon que los aullidos de los miserables mozos que se abrasaban en el fuego no moviesen á compasion los ánimos de la gente, y que pereciesen sin remedio. Fué cosa maravillosa lo que añaden, que luego que la ciudad se obligó y enredó con esta supersticion, cesaron los trabajos y plagas, con que quedaron mas engañados; que así suele castigar muchas veces Dios con nuevo y mayor error el desprecio de la luz y de la verdad y vengar un yerro con otro mayor. Esta ceremonia, no muy adelante ni mucho tiempo despues deste, pasó primero á Sicilia y á España con tanta fuerza, que en los mayores peligros no entendian se podia bastantemente aplacar aquel dios sino era con sacrificar al hijo mayor del mismo rey. Y aun las divinas letras atestiguan que el rey de los moabitas hizo esto mismo para librarse del cerco que le tenian puesto los judios. Por ventura tenian memoria que Abraham, príncipe de la gente hebrea, por mandado de Dios quiso degollar sobre el altar á su hijo muy querido Isaac; que los malos ejemplos nacen de buenos principios. Y Filon, en la *Historia de los de Fenicia*, dice hobo costumbre que en los muy graves y extremos peligros el príncipe de la ciudad ofreciese al demonio vengador el hijo que mas queria, en precio y para librar á los suyos de aquel peligro, á ejemplo ó imitacion de Saturno, al cual los fenices llaman Israel, que ofreció un hijo que tenia de Anobret, ninfa, para librar la ciudad que estaba oprimida de guerra, y le degolló sobre el altar vestido de vestiduras reales. Esto dice Filon. Yo entiendo que trastrocadas las cosas, como acontece, este autor por Abraham puso Israel, y mudó lo demás de aquella hazaña y obediencia tan notable en la forma que queda dicha.

CAPITULO XVII.

De la edad de Argantonio.

En este mismo tiempo, que fué seiscientos y veinte años antes del nacimiento de Cristo nuestro Señor, y de la fundacion de Roma corria el año 132, concurrió la edad de Argantonio, rey de los tartesos, de quien Silio Itálico dice vivió no menos de trecientos años. Plinio, por testimonio de Anacreonte, le da ciento y cincuenta. A este, como tuviese gran destreza en la guerra y por la larga experiencia de cosas fuese de singular prudencia, le encomendaron la república y el gobierno. Tenian los naturales confianza que con el esfuerzo y buena maña de Argantonio podrian rebatir los intentos de los fenicios, los cuales, no ya por rodeos y engaños, sino claramente, se enderezaban á enseñorearse de España, y con este propósito, de Cádiz habian pasado á tierra firme. Valianse de sus mañas: sembraban entre los naturales discordias y riñas, con que se apoderaron de diversos lugares. Los naturales, al llamamiento del nuevo Rey, se juntaron en son de guerra, y castigado el atrevimiento de los fenicios, mantuvieron la libertad que de sus mayores tenian recebida; y no falta quien diga que Argantonio se apoderó de toda la Andalucía ó Bética y de la misma isla de Cádiz; cosa hacedera y creible, por haberse muchos de los fenicios á la sazon partido de España en socorro de la ciudad de Tiro, su tierra y patria natural, contra Nabucodonosor, emperador de Babilonia, que con un grueso ejército bajó á la Suria, y con gran espanto que puso, se apoderó de Jerusalem, ciudad en riquezas, muchedumbre de moradores y en santidad la mas principal entre las ciudades de Levante. Prendió demás desto al rey Sedequías, el cual, junto con la demás gente y pueblo de los judios, envió cautivo á Babilonia. Combatió otrosí por mar y por tierra la ciudad de Tiro, que era el mas noble mercado y plaza de aquellas partes. Los de Tiro, como se vieron apretados, despacharon sus mensajeros para hacer saber á los de Cartago y á los de Cádiz cuán gran riesgo corrian sus cosas si con presteza no les acudian. Decian que, fuese por el comun respeto de la naturaleza, se debian mover á compasion de la miseria en que se hallaba una ciudad poco antes tan poderosa; fuese por ser madre y patria comun de donde todos ellos tenian su orígen; fuese por consideracion de su mismo interés, pues por medio de aquella contratacion poseian sus riquezas, y ella destruida, se perderia aquel comercio y ganancia. No dilatasen el socorro de dia en dia, pues la ocasion de obrar bien como sea muy presurosa, por demás despues de perdida se busca. No les espantasen los gastos que harian en aquel socorro; que, ganada la victoria, les recobrarian muy aventajados. Por conclusion, no les retrajese el trabajo ni el peligro, pues á la que debian todas las cosas y la vida, era razon aventurarlo todo por ella. Oida esta embajada, no se sabe lo que los cartagineses hicieron. Los de Cádiz, hechas grandes levas de gentes y de españoles que llevaron de socorro, con una gruesa armada se partieron la vuelta de Levante. Llegaron en breve á vista de Tiro y de los enemigos. Ayudóles el viento, con que se atrevieron á pasar por medio de la armada de los babilonios y entrar en la ciudad. Con este nuevo socorro, alentados los de Tiro,

que se hallaban en extremo peligro y casi sin esperanza, cobraron un tal esfuerzo, que casi por espacio de cuatro años enteros entretuvieron el cerco con encuentros y rebates ordinarios, que se daban de una y otra parte. Quebrantaron por esta manera el coraje de los babilonios, los cuales por esto y porque de Egipto, donde les avisaban se hacian grandes juntas de gentes, les amenazaban nuevas tempestades y asonadas de guerra, acordaron de levantar el cerco. Parecióle á Nabucodonosor debia acudir á lo de Egipto con presteza antes que por su tardanza cobrasen mas fuerza. Esta nueva guerra fué al principio variable y dudosa, mas al fin Egipto y Africa quedaron vencidas y sujetas al rey de Babilonia; de donde compuestas las cosas, pasó en España con intento de apoderarse de sus riquezas y de vengarse juntamente del socorro que los de Cádiz enviaron á Tiro. Desembarcó con su gente en lo postrero de España á las vertientes de los Pirineos; desde allí sin contraste discurrió por las demás riberas y puertos sin parar hasta llegar á Cádiz. Josefo, en las *Antigüedades*, dice que Nabucodonosor se apoderó de España. Apellidáronse los naturales, y apercebíanse para hacer resistencia. El babilonio, por miedo de algun revés que escureciese todas las demás victorias y la gloria ganada, y contento con las muchas riquezas que juntára y haber ensanchado su imperio hasta los últimos términos de la tierra, acordó dar la vuelta; y así lo hizo el año que corria de las fundacion de Roma de 171. Esta venida de Nabucodonosor en España es muy célebre en los libros de los hebreos; y por causa que en su compañía trajo muchos judios, algunos tomaron ocasion para pensar y aun decir que muchos nombres hebreos en el Andalucía, y asimismo en el reino de Toledo, que fué la antigua Carpetania, quedaron en diversos pueblos que se fundaron en aquella sazon por aquella misma gente. Entre estos cuentan á Toledo, Escalona, Noves, Maqueda, Yépes, sin otros pueblos de menor cuenta, que dicen tomaron estos apellidos de los de Ascalon, Nove, Magedon, Jope, ciudades de Palestina. El de Toledo quieren que venga de Toledoth, diccion que en hebreo significa linajes y familias, cuales fueron las que dicen se juntaron en gran número para abrir las zanjas y fundar aquella ciudad. Imaginacion aguda sin duda, pero que en este lugar ni la pretendemos aprobar, ni reprobar de todo punto. Basta advertir que el fundamento es de poco momento, por no estribar en testimonio y autoridad de algun escritor antiguo. Dejado esto, añaden nuestros escritores á todo lo suso dicho, que despues de reprimido el atrevimiento de los fenicios, como queda dicho, y vueltos de España los babilonios, los focenses, así dichos de una ciudad de la Jonia, en la Asia menor, llamada Focea, en una armada de galeras, de las cuales los focenses fueron los primeros maestros, navegaron la vuelta de Italia, Francia y España, forzados, segun se entiende, de la crueldad de Harpalo, capitan del gran emperador Ciro, y que en su lugar tenia el gobierno de aquellas partes. Esta gente en lo postrero de la Lucania, que hoy es por la mayor parte la Basilicata, y enfrente de Sicilia edificaron una ciudad, por nombre Vella, donde pensaban hacer su asiento. Pero á causa de ser la tierra mal sana y estéril, y que los naturales los recibieron muy mal, parte dellos se volvieron á embarcar, con intento de buscar asientos mas á propósito. Tocaron de camino á Córcega; desde allí pasaron á Francia, en cuyas riberas hallaron un buen puerto, sobre el cual fundaron la ciudad de Marsella en un altozano que está por tres partes cercado de mar, y por la cuarta tiene la subida muy agria á causa de un valle muy hondo que está de por medio. Otra parte de aquella gente siguió la derrota de España, y pasando á Tarifa, que fué antiguamente Tarteso, en tiempo del rey Argantonio, avecindados en aquella ciudad, se dice que cultivaron, labraron y adornaron de edificios hermosos, á la manera griega, ciertas islas que caian enfrente de aquellas riberas, y se llamaban Afrodisias. Valió esta diligencia para que las que antes no se estimaban sirviesen en lo de adelante á aquellos ciudadanos de recreacion y deleite; mas todas han perecido con el tiempo, fuera de una, que se llamaba Junonia. Siguióse tras esto la muerte de Argantonio el año, poco mas ó menos, 200 de la fundacion de Roma. Para honrarle dicen le levantaron un solemne sepulcro, y al rededor dél tantas agujas y pirámides de piedra cuantos enemigos él mismo por su mano mató en la guerra. Esto se dice por lo que Aristóteles refiere de la costumbre de los españoles, que sepultaban á sus muertos en esta guisa, con esta soledad y manera de sepulcros.

CAPITULO XVIII.

Cómo los fenicios trataron de apoderarse de España.

Grandes movimientos se siguieron despues de la muerte de Argantonio; y España, á guisa de nave, sin gobernalle y sin piloto, padeció graves tormentas. La fortuna de la guerra, al principio variable, y al fin contraria á los españoles, les quitó la libertad. La venida de los cartagineses á España fué causa destos daños con la ocasion que se dirá. Los fenicios por este tiempo, aumentados en número, fuerzas y riquezas, sacudieron el yugo de los españoles, y recobraron el señorío de la isla de Cádiz, asiento antiguo de sus riquezas y de su contratacion, fortaleza de su imperio, desde donde pensaban pasar á tierra firme con la primera ocasion que para ellos se les presentase. Pensaban esto, pero no hallaban camino ni traza ni ocasion bastante para emprender cosa tan grande. Parecióles que seria lo mejor cubrirse y valerse de la capa de la religion, velo que muchas veces engaña. Pidieron á los naturales licencia y lugar para edificar á Hércules un templo. Decian haberles aparecido en sueños, y mandado hiciesen aquella obra. Con este embuste, alcanzado lo que pretendian, con grandes pertrechos y materiales, le levantaron muy en breve á manera de fortaleza. Muchos, movidos por la santidad y por la devocion de aquel templo y del aparato de las ceremonias que en él usaban, se fueron á morar en aquel lugar, por donde vino en poco tiempo á tener grandeza de ciudad, la cual estuvo, segun se entiende, donde ahora se ve Medina Sidonia, que el nombre de Sidon lo comprueba y el asiento que está enfrente de Cádiz, diez y seis millas apartada de las marinas. Poseian demás desto otras ciudades y menores lugares, parte fundados y habitados de los suyos, parte quitados por fuerza á los comarcanos. Desde estos pueblos que poseian, y princi-

palmente desde el templo, hacian correrías, robaban hombres y ganados. Pasaron adelante, apoderáronse de la ciudad de Turdeto, que antiguamente estaba puesta entre Jerés y Arcos, no con mayor derecho del que consista en la fuerza y armas. Desta ciudad de Turdeto se dijeron los Turdetanos, nacion muy ancha en la Bética, y que llegaba hasta las riberas del Océano y hasta el rio Guadiana. Los Bástulos, que eran otra nacion, corrian desde Tarifa por las marinas del mar Mediterráneo hasta un pueblo que antiguamente se llamó Barea y hoy se cree que sea Vera. Los Turdulos desde el puerto de Mnesteo, que hoy se llama de Santa María, se extendian hácia el oriente y septentrion, y poco abajo de Córdoba, pasado el rio Guadalquivir, tocaban á Sierramorena, y ocupaban lo mediterráneo hasta lo postrero de la Bética. Tito Livio y Polibio hacen los mismos á los Turdulos y Turdetanos, y los mas confunden los términos destas gentes; por esto no será necesario trabajar en señalar mas en particular los linderos y mojones de cada cual destos pueblos, como tampoco los de otros que en ellos se comprehendian, es á saber, los Masienos, Selbicios, Curenses, Lignios y los demás cuyos nombres se hallan en aprobados autores, y sus asientos en particular no se pueden señalar. Lo que hace á nuestro propósito es que con tan grandes injurias se acabó la paciencia á los naturales, que tenian por sospechoso el grande aumento de la nueva ciudad. Trataron desto entre sí, determinaron de hacer guerra á los de Cádiz, tuvieron sobre ello y tomaron su acuerdo en una junta, que en dia señalado hicieron; donde se quejaron de las injurias de los fenicios. Despues que les permitieran edificar el templo, que se dijo estar en Medina Sidonia, haber echado grillos á la libertad, y puesto un yugo gravísimo sobre las cervices de la provincia, como hombres que eran de avaricia insaciable, de grande crueldad y fiereza, compuestos de embustes y de arrogancia, gente impía y maldita, pues con capa de religion pretendian encubrir tan grandes engaños y maldades, que no se podian sufrir mas sus agravios; si en aquella junta no habia algun remedio y socorro, que serian todos forzados, dejadas sus casas, buscar otras moradas y asiento apartado de aquella gente; pues mas tolerable seria padecer cualquier otra cosa, que tantas indignidades y afrentas como sufrian ellos, sus mujeres, hijos y parientes. Estas y semejantes razones en muchos fueron causa de gemidos y lágrimas; mas sosegado el sentimiento y hecho silencio, Baucio Capeto, príncipe que era de los Turdetanos: «De ánimo, dice, cobarde y sin brio es llorar las desgracias y miserias, y fuera de las lágrimas no poner algun remedio á la desventura y trabajos. Por ventura, ¿no nos acordarémos que somos varones, y tomadas luego las armas vengarémos las injurias recebidas? No será dificultoso echar de toda la provincia unos pocos de ladrones, si los que en número, esfuerzo y causa les hacemos ventaja, juntamos con esto la concordia de los ánimos. Para esto hagamos presente y gracia de las quejas particulares que unos contra otros tenemos á la patria comun, porque las enemistades particulares no sean parte para impedirnos el camino de la verdadera gloria. Demás desto, no debeis pensar que en vengar nuestros agravios se ofende Dios y la religion, que es el velo de que ellos se cubren. Ca el cielo ni suele favorecer á la maldad, y es mas justo persuadirse acudirá á los que padecen injustamente, ni hay para qué temer la felicidad y buena andanza de que tanto tiempo gozan nuestros enemigos; antes debeis pensar que Dios acostumbra dar mayor felicidad y sufrir mas largo tiempo sin castigo aquellos de quien pretende tomar mas entera venganza, y en quien quiere hacer mayor castigo para que sientan mas la mudanza y miseria en que caen.» Encendiéronse con este razonamiento los corazones de los que presentes estaban, y de comun sentimiento se decretó la guerra contra los fenicios. Nombráronse capitanes, mandáronles hiciesen las mayores juntas de soldados y lo mas secretamente que pudiesen, para que tomasen al enemigo desapercebido y la victoria fuese mas fácil. A Baucio encomendaron el principal cuidado de la guerra, por su mucha prudencia y edad á propósito para mandar y por ser muy amado del pueblo. Con esta resolucion juntaron un grueso ejército, dieron sobre los fenicios, que estaban descuidados, venciéronlos, sus bienes y sus mercadorías dieron á saco, tomáronles las ciudades y lugares por fuerza en muy breve tiempo, así los conquistados por ellos y usurpados, como los que habian fundado y poblado de su gente y nacion. La ciudad de Medina Sidonia, donde se recogió lo restante de los fenicios confiados en la fortificacion del templo, con el mismo ímpetu fué cercada, y se apoderaron della, sin escapar uno de todos los que en ella estaban que no le pasasen á cuchillo; tan grande era el deseo de venganza que tenian. Pusiéronle asimismo fuego, y echáronla por tierra, sin perdonar al mismo templo, porque los corazones irritados, ni daban lugar á compasion, ni la santidad de la religion y el escrúpulo era parte para enfrenallos. En esta manera se perdieron las riquezas ganadas en tantos años y con tanta diligencia, y los edificios soberbios en poco tiempo con la llama del furor enemigo fueron consumidos, en tanto grado, que á los fenicios en tierra firme solo quedaron algunos pocos y pequeños pueblos, mas por no ser combatidos que por otra causa. Reducidos con esto los vencidos en la isla de Cádiz, trataron de desamparar á España, donde entendian ser tan grande el odio y malquerencia que los tenian. Por lo menos, no teniendo esperanza de algun buen partido ó de paz, se determinaron de enviar por socorros de fuera. Esperar que viniesen de Tiro en tan grande apretura era cosa muy larga. Resolviéronse de llamar en su ayuda á los de Cartago, con quien tenian parentesco por ser la origen comun y por la contratacion amistad muy trabada. Los embajadores que enviaron, luego que les dieron entrada y señalaron audiencia en el Senado, declararon á los padres y senadores cómo las cosas de Cádiz se hallaban en extremo peligro, sin quedar esperanza alguna si no era en su solo amparo; que no trataban ya de recobrar las riquezas que en un punto se perdieron, sino de conservar la libertad y la vida; la ocasion que tantas veces habian deseado de entrar en España, ser venida muy honesta por la defensa de sus parientes y aliados, y para vengar las injurias de los dioses inmortales y de la santísima religion profanada, derribado el templo de Hércules y quitados sus sacrificios, al cual dios ellos honraban principalmente. Añadian que ellos, contentos con la libertad y con lo que antes poseian, los demás

premios de la victoria, que serian mayores que nadie pensaba ni ellos decian, de buena gana se los dejarian. El Senado de Cartago, oida la embajada de los de Cádiz, respondieron que tuviesen buen ánimo, y prometieron tener cuidado de sus cosas; que tenian grande esperanza que los españoles en breve, por el sentimiento y experiencia de sus trabajos, pondrian fin á las injurias; sufriésense solamente un poco de tiempo, y se entretuviesen en tanto que una armada, apercebida de todo lo necesario, se enviase á España, como en breve se haria. Eran en aquel tiempo señores del mar los cartagineses; tenian en él gruesas armadas, quier por la contratacion, que es título con que estos tiempos las naves de Társis ó Cartago se celebran en los divinos libros, quier para extender el imperio y dilatalle, pues se sabe que poseian todas las marinas de Africa, y estaban apoderados en el mar Mediterráneo de no pocas islas. Hasta ahora la entrada en España les era vedada, por las razones que arriba se apuntaron; por esto tanto con mayor voluntad la armada cartaginés, cuyo capitan se decia Maharbal, partida de Cartago por las islas Balcares y por la de Ibiza, donde hizo escala con buenos temporales, llegó á Cádiz año de la fundacion de Roma 236. Otros señalan que fué esto no mucho antes de la primera guerra de los romanos con los cartagineses. En cualquier tiempo que esto haya sucedido, lo cierto es que, abierta que tuvieron la entrada para el señorío de España, luego corrieron las marinas comarcanas y robaron las naves que pudieron de los españoles. Hicieron correrías muchas y muy grandes por sus campos; y no contentos con esto, levantaron fortalezas en lugares á propósito, desde donde pudiesen con mas comodidad correr la tierra y talar los campos comarcanos. Movidos por estos males los españoles, juntáronse en gran número en la ciudad de Turdeto, señalaron de nuevo á Baucio por general de aquella guerra. El, con gentes que luego levantó, tomó de noche á deshora un fuerte de los enemigos de muchos que tenian, el que estaba mas cerca de Turdeto, donde pasó á cuchillo la guarnicion, fuera de pocos y del mismo capitan Maharbal, que por una puerta falsa escapó á uña de caballo. En prosecucion desta victoria, pasó adelante y hizo mayores daños á los enemigos, venciéndolos y matándolos en muchos lugares. Estas cosas acabadas, Baucio tornó con su gente cargada de despojos á la ciudad. Los cartagineses, visto que no podian vencer por fuerza á los españoles, usaron de engaño, propia arte de aquella gente; mostraron gana de partidos y de concertarse, ca decian no ser venidos á España para hacer y dar guerra á los naturales, sino para vengar las injurias de sus parientes y castigar los que profanaron el templo sacrosanto de Hércules. Que sabian y eran informados los ciudadanos de Turdeto no haber cometido cosa alguna, ni en desacato de los dioses ni en daño de los de Cádiz; por tanto, no les pretendian ofender, antes maravillados de su valentía, deseaban su amistad, lo cual no seria de poco provecho á la una nacion y á la otra; que dejasen las armas y se diesen las manos y respondiesen en amor á los que á él les convidaban; y para que entendiesen que el trato era llano, sin engaño ni ficcion alguna, quitarian de sus fuerzas y castillos todas las guarniciones, y no permitirian que los soldados hiciesen algun daño ó agravio en su tierra. A esta embajada los turdetanos respondieron que entonces les seria agradable lo que les ofrecian, cuando las obras se conformasen con las palabras; la guerra que ni la temian ni la deseaban; la amistad de los cartagineses ni la estimaban en mucho, ni ofrecida la desecharian. Aseguraban que los turdetanos eran de tal condicion, que las malas obras acostumbraban á vencer con buenas, y las ofensas con hacer lo que debian; que los desmanes pasados no sucedieron por su voluntad, sino la necesidad de defenderse los forzó á tomar las armas. En esta guisa los cartagineses, con cierto género de treguas, se entretuvieron y repararon cerca de las marinas. Sin embargo, desde allí, puestas guarniciones en los lugares y castillos, hacian guerras y correrías á los comarcanos. Si se juntaba algun grueso ejército de españoles con deseo de venganza, echaban la culpa á la insolencia de los soldados, y con muestra de querer nuevos conciertos, engañaban á aquellos hombres simples y amigos de sosiego, y se pasaban á acometer otros, haciendo mal y daño en otras partes. Era esto muy agradable á los de Cádiz, que llamaron aquella gente. A los españoles por la mayor parte no parecia muy grave de sufrir, como quier que no hagan caso ordinariamente los hombres de los daños públicos cuando no se mezclan con sus particulares intereses. Con esto, el poder de los cartagineses crecia de cada dia por la negligencia y descuido de los nuestros, bien así como por la astucia dellos. Lo cual fué menos dificultoso por la muerte de Baucio, que le sobrevino por aquel tiempo, sin que se sepa que haya tenido sucesor alguno heredero de su casa.

CAPITULO XIX.

Cómo los cartagineses se levantaron contra los de Cádiz.

No se harta el corazon humano con lo que le concede la fortuna ó el cielo; parecen soeces y bajas las cosas que primero poseemos cuando esperamos otras mayores y mas altas: grande polilla de nuestra felicidad; y no menos nos inquieta la ambicion y naturaleza del poder y mando, que no puede sufrir compañía. Muerto Baucio, los cartagineses, codiciosos del señorío de toda España, acometieron á echar de la isla de Cádiz á los fenicios, sin mirar que eran sus parientes y aliados, y que ellos los llamaron y trajeron á España, que la codicia del mandar no tiene respeto á ley alguna; y ganada Cádiz, entendian les seria fácil enseñorearse de todo lo demás. Tenian necesidad para salir con su intento de valerse de artificio y embustes. Comenzaron á sembrar discordias entre los antiguos isleños y los fenicios. Decian que gobernaban con avaricia y soberbia, que tomaban para sí todo el mando, sin dar parte ni cargo alguno á los naturales; antes usurpadas las públicas y particulares riquezas, los tenian puestos en miserable servidumbre y esclavonía. Por esta forma y con estas murmuraciones, como ambiciosos que eran y de malas mañas, hombres de ingenios astutos y malos, ganaban la voluntad de los isleños, y hacian odiosos á los fenicios. Entendido el artificio, quejábanse los fenicios de los cartagineses y de su deslealtad, que ni el parentesco, ni la memoria de los beneficios recebidos, ni la obligacion que les tenian los enfrenaban y detenian para que no urdiesen aquella maldad y la

llevaron adelante. No aprovecharon las palabras, por estar los corazones dañados: los unos llenos de ira, y los otros de ambicion. Fué forzoso venir á las armas y encomendarse á las manos. Los de Fenicia acometieron primero á los cartagineses, que descuidados estaban, y no temian lo que bien merecian; á unos mataron sin hallar resistencia, otros se recogieron á una fuerza que para semejantes ocasiones habian levantado y fortificado en lo postrero de la isla, en frente del promontorio llamado Gronio antiguamente. Hecho esto, volvieron la rabia contra las casas y los campos de los cartagineses, que por todas partes les pusieron fuego, y saquearon sus riquezas. Ellos, aunque alterados con trabajo tan improviso, alegrábanse empero entre aquellos males de tener bastante ocasion y buen color para tomar las armas en su defensa y echar los fenicios de la ciudad, como en breve sucedió; que recogidos los soldados que tenian en las guarniciones y juntadas ayudas de sus aliados, se resolvieron de presentar la batalla y acometer á aquellos de los cuales poco antes fueran agraviados, destrozados y puestos en huida. No se atrevia el enemigo á venir á las manos ni dar la batalla, ni se podia esperar que por su voluntad vendrian en algun partido, por estar tan fresco el agravio que hicieron á los de Cartago. Pusiéronse los cartagineses sobre la ciudad, y con sitio, que duró por algunos meses, al fin la entraron por fuerza. En este cerco pretenden algunos que Pefasmeno, un artífice natural de Tiro, inventó de nuevo para batir los muros el ingenio que llamaron ariete. Colgaban una viga de otra viga atravesada, para que puesta como en balanzas se moviese con mayor facilidad y hiciese mayor golpe en la muralla. Esta desgracia y daño que se hizo á los fenicios, dió ocasion á los comarcanos de concebir en sus pechos gran odio contra los cartagineses. Reprendian su deslealtad y felonía, pues quitaban la libertad y los bienes á los que, demás de otros beneficios que les tenian hechos, los llamaron y dieron parte en el señorío de España; que eran impíos é ingratos, pues sin bastante causa habian quebrantado el derecho del hospedaje, del parentesco, de la amistad y de la humanidad. Los que mas en esto se señalaron fueron los moradores del puerto de Mnesteo, por la grande y antigua amistad que tenian con los fenicios. Echaban maldiciones á los cartagineses, amenazaban que tal maldad no pasaria sin venganza. De las palabras y de los denuestos pasaron á las armas. Juntáronse grandes gentes de una y de otra parte; pero antes de venir á las manos, intentaron algun camino de concierto. Temian los cartagineses de poner el resto del imperio y de sus cosas en el trance de una batalla; y así, fueron los primeros que trataron de paz. El concierto se hizo sin dificultad. Capitularon desta manera: que de la una y de la otra parte volviesen á la contratacion; que los cautivos fuesen puestos en libertad, y de ambas partes satisficiesen los daños en la forma que los jueces árbitros que señalaron determinasen. Para que todo esto fuese mas firme, pareció á la manera de los atenienses decretar un perpetuo olvido de las injurias pasadas; por donde se cree que el rio Guadalete, que se mete en el mar por el puerto de Mnesteo, se llamó en griego *Lethes*, que quiere decir olvido. Mas cosas traslado que creo, por no ser fácil ni refutar lo que otros escriben, ni tener voluntad de confirmar con argumentos lo que dicen sin mucha probabilidad. Añaden que sabidas estas cosas en Cartago por cartas de Maharbal, dieron inmortales gracias á los dioses, y que fué tanto mayor la alegría de toda la ciudad, que á causa de tener revueltas sus cosas, no podian enviar armada que ayudase á los suyos y los asistiese para conservar el imperio de Cádiz. Fué así, que los de Cartago llevaron lo peor, primero en una guerra que en Sicilia, despues en otra que en Cerdeña hizo Maqueo, capitan de sus gentes. Siguióse un nuevo temor de una nueva guerra con los de Africa, de que se hablará luego, que hizo quitar el pensamiento del todo al Senado cartaginés de las cosas de España. Por esta causa, los cartagineses que residian en Cádiz, perdida la esperanza de poder ser socorridos de su ciudad, con astucia y fingidos beneficios y caricias trataron de ganar las voluntades de los españoles. Los que quedaron de los fenicios, contentos con la contratacion para que se les dió libertad, con la cual se adquieren grandes riquezas, no trataron mas de recobrar el señorío de Cádiz. En este tiempo, que corria de la fundacion de Roma el año 252, España fué afligida de sequedad y de hambre, falta de mantenimientos, y de muchos temblores de tierra, con que grandes tesoros de plata y oro, que con el fuego de los Pirineos estaban en las cenizas y en la tierra sepultados, salieron á luz por causa de las grandes aberturas de la tierra, que fueron ocasion de venir nuevas gentes á España, las cuales no hay para qué relatallas en este lugar. Lo que hace al propósito es que desde Cartago, pasado algun tiempo, se envió nueva armada, y por capitanes Asdrúbal y Amilcar, hijos que eran del Magon de suso nombrado y ya difunto. Estos de camino desembarcaron en Cerdeña, donde fué Asdrúbal muerto de los isleños en una batalla; hijos deste fueron Aníbal, Asdrúbal y Safon. Amilcar dejó la empresa de España á causa que los sicilianos, sabida la muerte de Asdrúbal, y habiendo Leonidas Lacedemonio llegado con armada en Sicilia, se determinaron á mover con mayor fuerza la guerra contra los cartagineses. A esta guerra acudió y en ella murió Amilcar, que dejó tres hijos, es á saber, Himilcon, Hannon y Gisgon. Demás desto Dario, hijo de Histaspe, por el mismo tiempo tenia puestos en gran cuidado los cartagineses con embajadores que les envió para que les declarasen las leyes que debian guardar si querian su amistad, y juntamente les pidiesen ayuda para la guerra que pensaba hacer en Grecia. Los cartagineses no se atrevian, estando sus cosas en aquel peligro y balance, á enojalle con alguna respuesta desabrida, si bien no pensaban envialle socorro alguno ni obedecer á sus mandatos. Deste Dario fué hijo Jerjes, el cual el año tercero de su imperio, y de la fundacion de Roma 271, á ejemplo de su padre, trató de hacer guerra en Grecia; y por esta causa los griegos que con Leonidas vinieron á Sicilia fueron para resistirle llamados á su tierra. Con esto el Senado cartaginés comenzó á cobrar aliento despues de tan larga tormenta; y cuidando de las cosas de España, se resolvió de enviar en ayuda de los suyos á aquella provincia en cuatro naves novecientos soldados, sacados de las guarniciones de Sicilia, con esperanza que daban de enviar en breve mayores socorros. Estos de camino echaron anclas y desembarcaron en

las islas de Mallorca y Menorca, acometieron á los isleños, pero fueron por ellos maltratados. Ca tomando ellos sus hondas, arma de que entonces usaban solamente, con un granizo de piedras maltrataron á los enemigos tanto, que les forzaron á retirarse á la marina y aun á desancorar y sacar las naves á alta mar; de adonde, arrebatados con la fuerza de los vientos, llegaron últimamente á Cádiz. Con la venida deste socorro se diminuyó la fama del daño recebido en Sicilia y de la muerte del capitan Amilcar, y se quitó el poder de alterarse á los discordes contra los cartagineses. En el mismo tiempo dicen que desde Tarteso, que es Tarifa, se envió cierta poblacion ó colonia y por su capitan Capion á aquella isla, que hacia Guadalquivir con sus dos brazos y bocas. Lo cierto es que donde estaba el oráculo de Mnesteo, los de Tarteso edificaron una nueva ciudad, llamada por esta causa Ebora de los Cartesios, á distincion de otras muchas ciudades que hobo en España de aquel nombre, y Tarteso antiguamente se llamó tambien Carteia. Demás desto, en la una boca de Guadalquivir se edificó una torre, dicha Capion; en qué tiempo no consta, pero los moradores de aquella tierra se sabe que se llamaron cartesios ó tartesios, que dió ocasion á ingenios demasiadamente agudos de pensar y aun decir que desde Tarteso se envió aquella poblacion ó colonia hasta señalar tambien el tiempo y capitan que llaman asimismo Capion, como si todo lo tuvieran averiguado muy en particular.

CAPITULO XX.

Cómo Safon vino en España.

Corria por este mismo tiempo fama que toda Africa se conjuraba contra Cartago, que hacian levas y juntas de gentes cada cual de las ciudades conforme á sus fuerzas; y que unas á otras, para mayor seguridad, se daban rehenes de no faltar en lo concertado. El demasiado poder de aquella ciudad les hacia entrar en sospecha; demás que no querian pagar el tributo que por asiento y voluntad de la reina Dido tenian costumbre de pagar. Dábales otrosí atrevimiento lo que se decia de las adversidades y desventuras que en Sicilia y en Cerdeña padecieran. Los de Mauritania, si bien no se podian quejar de algun agravio recebido por los de aquella ciudad, se concertaron con los demás con tanto furor y rabia, que trataban de tirar á su partido á los españoles, que están divididos de aquella tierra por el angosto estrecho de Gibraltar, y apartallos de la amistad de los cartagineses. Movido por estas cosas el Senado cartagines, determinó aparejarse á la resistencia y juntamente enviar al gobierno de lo que en España tenian á Safon, hijo de Asdrúbal, para que con su presencia fortificase y animase á los suyos y sosegase con buenas obras y con prudencia las voluntades de los españoles para que no se alterasen. Lo cual, llegado que fué á España, hizo él con gran cuidado y maña; que llamados los principales de los españoles, les declaró lo que en Africa se trataba y lo que los mauritanos pretendian. Pidióles, por el derecho de la amistad antigua que tenian, no permitiesen que ellos ó algunos de los suyos fuesen atraidos con aquel engaño á dar socorro á sus enemigos, antes con consejo y con fuerzas ayudasen á Cartago. Movidos los españoles con razones, consintieron que pudiese levantar tres mil españoles, no para hacer guerra ni acometer á los mauritanos, con quien tenia España grandes alianzas y prendas, sino para resistir á los contrarios de Cartago, si de alguna parte se les moviese guerra. Tuvo Safon puestas al Estrecho las compañías y escuadrones, así de su gente como de los españoles, para ver si por miedo mudarian parecer los mauritanos y dejarian de seguir los intentos de los demás africanos. Pero como no desistiesen, pasado el Estrecho, puso á fuego y á sangre los campos y las poblaciones, robando y saqueando y poniendo en servidumbre todos los que por el trance de la guerra venian en su poder. Movidos de sus males los mauritanos, hicieron junta en Tánger, que está en las riberas de Africa enfrente de Tarteso ó Tarifa, para determinar lo que debian hacer. En primer lugar, pareció enviar embajadores en España á quejarse de los agravios que recebian de los suyos, de aquellos que á Safon seguian, y alegar que los que les debian ayudar, esos les hacian contradiccion y perjuicio; mirasen á los que dejaban y con quiénes tomaban compañía; que los cartagineses ponian asechanzas á la libertad de todos, y por tanto era mas justo que juntando las fuerzas con ellos, vengasen las injurias comunes, y no tomasen aparte consejo, de que les hobiese luego de pesar, quier fuesen los cartagineses vencidos, por el odio en que incurrian de toda Africa, quier fuesen vencedores, pues ponian á riesgo su libertad; que los cartagineses, por su soberbia y arrogancia, pensaban de muy atrás enseñorearse de todo el mundo. A esto los españoles se excusaron de aquel desórden, que sucedió sin que lo supiesen, que á Safon se le dió gente de España, no para hacer guerra, sino para su defensa; que enviarian embajadores á Africa, por cuya autoridad y diligencia, si no se concertasen y hiciesen paces, volverian los suyos de Africa. Como lo prometieron, así lo cumplieron. Con la ida de los embajadores se dejaron las armas, y se tomó asiento con tal condicion que el tal capitan cartaginés sacase sus gentes de la Mauritania; los mauritanos llamasen los suyos de la guerra que se hacia contra Cartago, pues de aquella ciudad no tenian queja alguna particular. Esto se concertó; pero como vuelto Safon en España, todavía los mauritanos perseverasen en los reales de los africanos, tornó á movelles guerra, y les hizo mayores daños, y apenas se pudo alcanzar por los españoles que entraron de por medio que, fortificado de nuevas compañías de España que le ofrecian de su voluntad, dejada la Mauritania, entrase mas adentro en Africa. En fin se tomó este acuerdo, con que los ejércitos enemigos de Cartago fueron vencidos, ca los tomaron en medio por frente y por las espaldas las gentes que salieron de Cartago por una parte, y por otra las que partieron de España. Saruco Barquino, así dicho de Barce, ciudad puesta á la parte oriental de Cartago, dado que Silio Itálico dice que de Barce, compañero de Dido, se señaló en servir en esta guerra á los cartagineses. Así le hicieron ciudadano de aquella ciudad, y dió por este tiempo principio á la familia y parcialidad muy nombrada en Cartago de los Barquinos. Dióse fin á esta guerra año de la fundacion de Roma de 283. Safon, vuelto en España, y ordenadas las cosas de la provincia, siete años despues fué removido del cargo y lla-

mado á Cartago, con color de dalle el gobierno de la ciudad y el cargo y magistrado mas principal, el cual, como dice Festo Pompeyo, se llamaba suffetes. La verdad era que les daba pena que un ciudadano, con las riquezas de aquella riquísima provincia, creciese mas de lo que podia sufrir una ciudad libre; dado que por hacerle mas honra enviáron en su lugar tres primos suyos, Himilcon, Hannon y Gisgon, y á él, vuelto á su tierra, le hicieron grandes honras; con que se ensoberbeció tanto, que teniendo en poco la tiranía y señorío de su ciudad, trató de hacerse dios en esta forma. Juntó muchas avecillas de las que suelen hablar, y enseñóles á pronunciar y decir muchas veces tres palabras: Gran dios Safon. Dejólas ir libremente, y como repitiesen aquellas palabras por los campos, fué tan grande la fama de Safon por toda aquella tierra, que espantados con aquel milagro los naturales, en vida le consagraron por dios, y le edificaron templos; lo que antes de aquel tiempo no aconteciera á persona alguna. Plinio atribuye este hecho á Hannon, la fama á Safon, confirmada y consagrada por el antiguo proverbio latino y griego, es á saber: Gran dios Safon.

CAPITULO XXI.

Cómo Himilcon y Hannon descubriéron nuevas navegaciones.

Himilcon y Hannon, tomado el cargo de España, luego que pudieron, se hicieron á la vela con su armada para ir á su gobierno. Acometieron de camino á los de Mallorca, si por ventura con maña y dádivas de poco precio pudiesen alcanzar de aquellos hombres groseros, y que no sabian semejantes artificios, que les diesen lugar y permitiesen levantar en aquella isla un fuerte, que fuese como escalon para quitalles la libertad. Dióseles esta licencia, y aun dícese que en Menorca, entre septentrion y poniente, edificaron un pueblo, que se llamó Jama, y otro al levante, por nombre Magon. Algunos añaden el tercero lugar de aquella isla llamado Labon, y piensan que la causa destos nombres fueron tres gobernadores de aquella isla enviados de Cartago sucesivamente. Lo cierto es que Hannon, llegado á Cádiz, con deseo de gloria y de saber nuevas cosas, discurrió por las riberas del mar Océano hasta el promontorio Sacro, que hoy es cabo de San Vicente en Portugal; y todo lo que vió y notó en particular, lo escribió al Senado. Decia que tenia grande esperanza se podian descubrir con grande aprovechamiento de la ciudad las riberas de los mares Atlántico y Gállico, inaccesibles hasta entonces, y que corrian por grande distancia. Que le diesen licencia para aderezar dos armadas y apercebillas de todo lo necesario para tan largas navegaciones y de tanto tiempo. Lo cual el año siguiente por permision del Senado se hizo; mandaron á Himilcon que descubriese las riberas de Europa y los mares lo mas adelante que pudiese. Hannon tomó cuidado de descubrir lo de Africa. Gisgon, por acuerdo de los hermanos y con órden del Senado, quedó en el gobierno de España. Acordado esto, y apercebido todo lo necesario, al principio del año que se contaba de la fundacion de Roma 307, Hannon y Himilcon con sus armadas se partieron para diversas partes. Himilcon partió de Gibraltar, que antiguamente se dijo Heraclea, pasó por los Mesenios y por los Selbisios que estaban en los Bastulos, dobló el cabo postrero del Estrecho, que se dijo Herma ó promontorio de Junon; y vueltas las proas á manderecha, llegó á la boca de Cilbo, rio que entra en el mar entre los lugares Bejel y Barbate, como tambien el rio que luego se sigue, llamado Besilio, descarga junto al cabo de San Pedro en frente de Cádiz, y entra en el mar; quedaba entre estos dos rios en una punta de tierra que allí se hace el famoso sepulcro de Gerion. Síguese luego la isla Eritrea, que era la misma de Cádiz, segun algunos lo entienden; otros la ponen por diferente cinco estadios apartada de tierra firme, al presente comida del mar en tanto grado, que ningun rastro della se ve. Mas adelante vieron un monte lleno de bosques y espesura; informáronse, y halláron que se llamaba Tartesio del nombre comun de aquellas marinas, y que de la cumbre de aquel monte salia y bajaba un rio, el cual arriba se dijo que se llamaba Lethes, y ahora es Guadalete. Seguíanse ciertos pueblos de los Turdetanos, llamados los Cibicenos, que se extendian hasta la primera boca de Guadalquivir. En medio de aquellas sus riberas estaba edificada la torre Gerunda, obra de Gerion. Mas adentro en la tierra los Ileates el rio Guadalquivir arriba, los Cempsios, los Manios, todos gentes de la Turdetania. Entendióse tambien que aquel rio, que de otros era llamado Tartesio, nacia de la fuente llamada Ligostica, que manaba y se hacia de una laguna puesta á las haldas del monte Argentario; hoy se llama monte de Segura. Decian asimismo que, dividido en cuatro brazos, regaba los campos de la Bética; mentira que tenia aparencia, y por eso fué creida; ca por ventura tenian entendido que tres ríos, los cuales se juntan con Guadalquivir, eran los tres brazos del mismo, ó sea que por ventura le sangraban y hacian acequias en diversas partes para riego de los campos; lo que apenas se puede creer de ingenios tan groseros como eran los de aquel tiempo. Rufo Festo, que escribió estas navegaciones, dice que Guadalquivir entraba en la mar por cuatro bocas; los antiguos geógrafos hallaban dos tan solamente; nosotros mudadas con el tiempo las cosas y alteradas las marinas, no hallamos mas de una. Partido de allí, y pasadas las bocas de Guadalquivir, vieron las cumbres del monte Casio, rico de venas de estaño, como lo da á entender el nombre; y aun quieren decir que del nombre de aquel monte el estaño por los griegos fué llamado *casiteron*. La llanura bajo de aquel monte poseian los Albicenos, contados entre los Tartesios. Seguíase el rio Ibero, que antiguamente fué término postrero de los Tartesios, y al presente entra en el mar entre Palos y Huelma. De este rio quieren algunos que España haya tomado el nombre de Iberia, y no del otro del mismo apellido que en la España citerior hoy se llama Ebro, y con su nobleza ha escurecido la fama deste otro; llámase hoy rio del Acige por la muchedumbre desta tierra que en aquellos lugares se saca, á propósito de teñir lanas y paños de negro. En la misma ribera hácia el poniente vieron la ciudad de Iberia, de la cual hizo mencion Tito Livio, y era del mismo nombre de otra que estuvo asentada en la ribera del rio Ebro, no léjos de Tortosa. Seguíanse luego los esteros del mar por aquella parte que el promontorio dicho de Proserpina, por un templo desta diosa que allí se via, se metia el mar adentro. Doblada esta punta, vieron lo postrero de los montes Marianos, por donde en el mar se terminan, y encima la cumbre del monte Zefirio,

que parecia llegar al cielo, cubierto de nubes y de niebla, aunque el mar sosegado á causa de los pocos vientos que en aquella parte soplan. Mas adelante, unas riberas llenas de pedregales y matorrales se tendian hasta el monte de Saturno. Luego despues los Cenitas, por medio de los cuales corria Guadiana, con dos islas opuestas, que la mayor llamaban Agonida. Despues doblado el promontorio Sacro, hoy cabo de San Vicente, por riberas que hacen muchas vueltas, llegaron al puerto Cenis, no léjos de la isla dicha entonces Petanio, y hoy Perseguero. Caian cerca los Draganos, pueblos de la Lusitania, incluidos entre dos montes Sefis y Cemfis, y que al norte tenian por término un seno de mar puesto en frente de las islas dichas Strinias, puestas en alta mar. Tenian los Draganos otra isla cerca, llamada Acale, cuyas aguas eran azules extraordinariamente y de mal olor. Esta forma tenian entonces aquellas marinas; al presente, habiéndose el mar retirado, todo está diferente de lo antiguo. Sobre la isla Acale en tierra firme se empinaba el monte Cepriliano, y muy adelante por aquellas riberas hallaron entre levante y septentrion á la isla Pelagia, de mucha verdura y arboledas; pero no osaron saltar en ella, por entender de muchos que era consagrada al dios Saturno, y que á los que á ella abordaban se les alteraba el mar: tal era la vanidad y supersticion de aquella gente. Seguianse en tierra firme los Sarios, gente inhumana y enemiga de extranjeros; por donde el cabo que en aquella parte hoy se dice Espichel, antiguamente por la fiereza desta gente se llamó Barbario. Desde allí en dos dias de navegacion llegaron á la isla Strinia, deshabitada y llena de malezas, á causa que los moradores, forzados de las serpientes y otras sabandijas, la desampararon y buscaron otro asiento; por esto los griegos la llamaron *Ofiusa*, que es tanto como de culebras. Ofreciose luego la boca de Tajo, donde los Sarios se terminaban con una poblacion de griegos, que se entiende, no sin probabilidad, que fuese Lisboa, ciudad en el tiempo adelante nobilísima. Hiciéronse desde allí á la vela, y tocaron en las islas Albiano y Lacia; hoy se cree que son las islas puestas enfrente de Bayona en Galicia. Llegaron á las riberas de los Nerios ó Jernos, que se tendian hasta el promontorio Nerio, que llamamos el cabo de Finisterre; junto á él están muchas islas, llamadas antiguamente Strenides, porque los moradores de la isla Strinia, huidos de allí á causa de las serpientes, como se ha dicho, hicieron su asiento en aquellas islas. Decíanse tambien Casiterides, por el mucho plomo y estaño que en ellas se sacaba. Pasado el promontorio Nerio, Himilcon y sus compañeros, vueltas las proas al oriente, por falta de los vientos en aquellas riberas y por los muchos bajíos y con las muchas ovas embarazados, padecieron grandes trabajos; mas prosiguieron en correr los puertos, ciudades y promontorios de los Ligores, Asturianos y Siloros, que por órden se seguian en aquellas marinas. De las cuales cosas no se escribe nada, ni se halla memoria alguna de lo que pasaron en el mar de Bretaña y en el Báltico, donde es verisímil que llegaron guiados del deseo de descubrir, calar y considerar las riberas de la Francia y de Alemaña. Ni aun, que se sepa, hay memoria del camino que para volver á España hicieron, despues que gastaron dos años enteros en ida y vuelta de navegacion tan larga y dificultosa.

CAPÍTULO XXII.

De la navegacion de Hannon.

La navegacion de Hannon fué mas larga, y la mas famosa que sucedió y se hizo en los tiempos antiguos, y que se puede igualar con las navegaciones modernas de nuestro tiempo, cuando la nacion española con esfuerzo invencible ha penetrado las partes de levante y de poniente, y aun aventajarse á ellas, por no tener noticia entonces de la piedra iman y aguja ni saber el uso, así della como del cuadrante, por donde no se atrevian á meter y alargarse muy adentro en el mar. Juntada pues y apercebida una armada de sesenta galeras gruesas, en que llevaban treinta mil personas, hombres y mujeres, para hacer poblaciones de su gente por aquellas riberas donde pareciese á propósito, se hicieron á la vela desde Cádiz. Pasadas las columnas de Hércules en dos dias de navegacion, llegados que fueron á una grande llanura, edificaron una gran ciudad, que dijeron Timiaterion. Vueltas luego las proas al poniente, seguíase el promontorio Ampelusio, que nosotros comunmente llamamos cabo de Espartel; y aun sospecho es el que Arriano llamó Soloen, de mucha espesura de árboles y de muy grande frescura. Síguese el rio Zilia, que sospechoso Polibio llamó Anatis; y en este tiempo junto á él está asentado un lugar, por nombre Arcilla. Los Lixos, gente que moraba y tomaba el nombre del rio Lixio, el cual corre de la Libia y descarga por aquella parte en el Océano, estaban tendidos setecientas y treinta y cinco millas, conforme á la medida romana, mas adelante del promontorio Ampelusio. Allí fingieron antiguamente que Hércules luchó con el gigante Anteo, y que en el mismo lugar eran los jardines de las Hespérides y el espantoso dragon que las guardaba. Seguíanse á igual distancia en espacio de cien millas, ó veinte y cinco leguas, otros dos rios: el uno se llamó Subur, donde se via una poblacion, por nombre Bonosa; el otro Sala, con otra poblacion del mismo nombre, que hoy se llama Salen, en un buen asiento y fresco, pero molestado de las fieras por caello cerca los desiertos de Africa. Partidos de aquellos lugares, llegaron al monte Atlante, que se termina en el mar en el cabo que los antiguos llamaron la postrera Chaunaria, despues por los marineros fué comunmente llamado el cabo Non, por estar persuadidos que el que con loco atrevimiento le pasaba para siempre no volvia; hoy le llamamos cabo del Boyador, si bien algunos ponen por diferentes el cabo Non y el cabo del Boyador; lo mas cierto es que tiene enfrente la isla de Palma, puesta hácia el poniente, una de las Canarias, de la equinoccial distante veinte y ocho grados que tiene de altura. Pasado este promontorio, ofreciéseles una ribera muy tendida hasta una pequeña isla de cinco estadios en circuito, la cual ellos, dejando allí una poblacion, llamaron Cerne. Yo entiendo que en nuestro tiempo se llama Argin, y está pasado el cabo Blanco, asentado veinte y un grados mas acá de la equinoccial; y della todo aquel golfo se llama el golfo de Argin, que va tendido hasta el Cabo Verde y las diez islas que tiene enfrente, antiguamente dichas Hespérides; entre las demás la principal hoy se llama de Santiago, y todas ellas se dicen las islas de Cabo Verde. Este cabo ó promontorio sospecho que Arriano le llama Cuerno Hesperio, y que el rio muy ancho que antes del

entra en el mar, es el que Festo llama Asama, porque tambien en este tiempo, con nombre no muy diferente de lo antiguo, se llama Sanaga. Cria crocodilos y caballos marinos; crece otrosí, y mengua en el estío á la manera del Nilo; por donde se entiende que tienen una misma orígen estos dos rios y nacen de unas mismas fuentes. Los antiguos, y en particular Plinio, le llamaron Nigir. Entra en el mar por dos bocas: la que hemos dicho, y otra que está pasado Cabo Verde, y por su gran anchura vulgarmente se llama el rio Grande. Seguíanse las islas Gorgonides; así las llamó Hannon, de unas mujeres monstruosas que allí vieron, las cuales los antiguos llamaron gorgonas. Cerca de aquellas islas vieron un monte muy empinado, que llamaron Carro de los Dioses, por resplandecer con fuegos y porque tenia grande ruido de truenos; los nuestros le llaman Sierra Leona, puesta ocho grados antes de la equinoccial. En Ptolemeo está demarcado el Carro de los Dioses en cinco grados de altura, y no mas, sea que los números, por descuido de los escribientes, estén estragados, ó que él mismo se engañó. Este monte, por su altura, ordinariamente resplandece con relámpagos, demás que los moradores por causa del calor, que por allí es muy excesivo, de dia están encerrados en cuevas debajo de tierra, y las noches salen á trabajar y procurar su sustento con hachos encendidos; por donde los campos cercanos á aquel monte resplandecen de noche, y parece que arden en vivas llamas y en fuego; cosa que dió ocasion á Hannon y á sus compañeros á que pensasen de veras, ó que de propósito fingiesen, como suele acontecer cuando se habla de cosas y lugares tan apartados, que de aquellas partes y campiñas corrian en el mar rios de fuego, y que todas aquellas tierras comarcanas estaban yermas, á causa de aquellas perpetuas llamas. Pasado aquel monte, descubrieron una isla, habitada de hombres cubiertos de vello (así lo entendieron ellos), y para memoria de cosa tan señalada, de dos hembras que prendieron, porque á los machos no pudieron alcanzar por su gran ligereza, como no se amansasen, las mataron, y enviaron á Cartago las pieles llenas de paja, donde estuvieron mucho tiempo colgadas en el templo de Vénus, para memoria de tan grande maravilla. Los doctos ordinariamente no sin razon creen que esta isla es una que está debajo la equinoccial frontero de un cabo de Africa, llamada de Lopo Gonzalez, sujeta en este tiempo á los portugueses, y que se llama la isla de Santo Tomé, tan rica de azúcares, que se dan muy bien en ella; como mal sana, principalmente á los nuestros, como quier que los etíopes se hallen allí muy bien de salud. Los hombres cubiertos de vello entendemos que fueron cierto género de monas grandes, cuales en Africa hay muchas y de diversas raleas, del todo en la figura semejantes á los hombres, y de ingenios y astucias maravillosas. Arriano escribe que Hannon y sus compañeros desde aquellos lugares y desde aquella isla dieron la vuelta á España, forzados de la falta de mantenimientos. Plinio dice que Hannon llegó hasta el mar Rojo, pasado, es á saber, el cabo de Buena Esperanza, en el cual, adelgazadas de entrambas partes las riberas, la Africa interior á manera de pirámide se termina. Dice mas, que desde allí envió embajadores á Cartago, por tierra sin duda, con informacion de todo lo sucedido. En esto concuerdan, que volvió al quinto año de la partida de España, y de la fundacion de Roma se contaba 312. Los que con él fueron, vueltos, á porfía contaban milagros que les acontecieran en navegacion tan larga, tormentas, figuras de aves nunca oidas, cuerpos monstruosos de fieras y peces, varias formas de hombres y de animales, vistas ó creidas por el miedo, ó fingidas de propósito para deleitar al pueblo, que abobado oia cosas tan extrañas y nuevas.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

Que Hannon y sus hermanos volvieron á su tierra.

Hannon y Himilcon, despues de tan dificultosos viajes y tan largas navegaciones, vueltos en España, con deseos de descansar y de ver á su patria, sin dilacion se partieron á Cartago, donde fueron con grande acompañamiento de los que salieron á recebillos, con aplauso de todo el pueblo y solemnidad semejante á triunfo metidos en la ciudad. Todos alababan y engrandecian el vigor de sus ánimos, sus famosos acometimientos y el alegre remate de sus empresas. Quedó Gisgon en el gobierno de España, al cual se le dió tambien licencia que dejado el cargo se volviese á Cartago. Lo que mucho importaba para continuar en su poder y autoridad, hicieron que Aníbal, su primo, que era hermano de Safon, junto con Magon, pariente y amigo de los mismos, fuesen nombrados para suceder en el gobierno de España. Deste Magon se dice que en las islas Baleares, donde se detuvo algunos años, edificó en Menorca una ciudad de su nombre. No hay duda sino que en aquella isla hobo antiguamente una ciudad que se llamó Magon, pero la semejanza del nombre no es conjetura bastante para asegurar que haya en particular sido fundada por este Magon, como quier que no haya para comprobarlo otro testimonio de escritores antiguos. Lo que se tiene por averiguado es que, llegado que fué Aníbal á Cádiz, Gisgon, cargada la flota de riquezas que él y sus hermanos juntaran muy grandes, se hizo á la vela, pero no llegó á Cartago, porque corrió fortuna, y se perdió con todas las naves por la violencia de ciertas tormentas, muchas y muy bravas, que por aquellos dias trajeron muy alterado el mar, que fué año de la fundacion de Roma de 315. Dícese tambien que Aníbal, en las riberas del mar

Océano antes de llegar al cabo de San Vicente, en un buen puerto fundó una ciudad que antiguamente se llamó puerto de Aníbal (ahora se llama Albor), cerca de Lagos, pueblo antiguamente dicho Lacobriga. Por otra parte, los tartesios á la postrera boca del rio Guadalquivir edificaron un castillo con un templo consagrado á Vénus; la cual estrella, porque se llama tambien Lucífero ó Lucero, el templo se dijo Lucífero, y hoy, corrompida la voz, se llama Sanlúcar, pueblo en este tiempo, por la contratacion de las Indias y por ser escala de aquella navegacion, entre los mas nombrados de España. Así cuentan esta fundacion nuestras historias, que afirman tambien que por el mismo tiempo se encendió una guerra muy cruel entre los béticos, que hoy son los andaluces, y los lusitanos, gentes que moraban de la una y de la otra parte de Guadiana. Dicen que comenzó de diferencias y riñas entre los pastores; que á los lusitanos favorecieron los cartagineses, á los béticos una ciudad principal por aquellas partes, la cual algunos sospechan que fuese la Iberia, de quien arriba se hizo mencion, y que las mismas mujeres tomaron las armas; tan grande era la rabia y furia que tenian. La batalla fué muy herida: pelearon por espacio de un dia entero sin declararse ni conocerse la victoria por ninguna de las partes. Despartiólos la noche; fueron pasados á cuchillo ochenta mil hombres, y entre ellos el principal caudillo de los cartagineses, que si esto es verdad, se puede con razon pensar fuese el mismo Aníbal. Añaden que Magon, movido de la fama de aquella batalla, partió luego de las Baleares Mallorca y Menorca en ayuda de los suyos y en busca de los enemigos, los cuales, por haber recibido en aquella batalla no menor daño que hecho, fueron forzados, quemada la ciudad, á buscar otros asientos, por miedo de mayor mal. Corria ya el año de la fundacion de Roma de 321. En el cual año sucedió en Cartago grande mudanza, ca muertos en aquella ciudad casi en un tiempo Asdrúbal y Safon, hermanos de Aníbal, el crédito y autoridad de Hannon, que ya flaqueaba con la nueva del daño recibido en España, se perdió de todo punto, por brotar, como acontece en las adversidades, el odio de muchos, que llevaban de mala gana se gobernase y se trastornase toda la ciudad á voluntad y antojo de un ciudadano, y que un particular pudiese mas que los que tenian á cargo el gobierno. Acordaron criar un magistrado de cien hombres, con cargo y autoridad de tomar cuenta á los capitanes que volviesen de la guerra. Forzaron pues á Hannon á pasar por la tela deste juicio. Ventilóse su negocio, condenáronle en destierro, que fué no menor invidia que ingratitud, especial que ninguna causa alegaban mas principal para lo que hicieron, sino que era de ingenio é industria mayor que pudiese seguramente sufrille una ciudad libre, pues habia sido el primero de los hombres que se atrevió á amansar un leon y hacelle tratable; que no se debia fiar la libertad de quien domaba la fiereza de las bestias. La verdad es que las ciudades libres suelen concebir odio y siniestra opinion contra los ciudadanos que entre los demás se señalan, y con invidia maltratar á los príncipes de la república, á quien muchas veces fué cosa perjudicial y acarreó notable daño aventajarse en valor, industria y virtudes á los demás.

CAPITULO II.

De las cosas por los españoles hechas en Sicilia.

Algunos años se pasaron despues desto sin que sucediese en España cosa digna de memoria hasta el año de la fundacion de Roma de 327. En el cual tiempo, partida toda la Grecia en dos partes, se hacia la guerra Peloponesiaca. Juntamente el segundo año desta guerra, una cruel peste se derramó casi por toda la redondez de la tierra, la cual, como tuviese su principio en la Etiopía, de allí pasó á las demás provincias, y por remate en España asimismo mató y consumió hombres y ganados sin número y sin cuento. Hicieron mencion desta plaga Tucídides, Tito Livio y Dionisio Halicarnaseo, y aun nuestras historias atribuyen la causa desta mortandad á la sequedad del aire; pero Hipócrates, que vivió por el mismo tiempo, afirma que para librar á Tesalia desta peste, hizo él quemar los montes y bosques de aquella tierra. Lo que á nuestro propósito hace es que para la guerra que en Sicilia traian los de Lentino y los caranenses contra los siracusanos, ciudad entonces la mas populosa y poderosa de aquella isla, Nicias y Alcibiades, aunque era de poca edad, fueron de Aténas enviados con una armada de cien galeras en socorro de los leontinos. Esta era la voz; pero de secreto llevaban esperanza de apoderarse de toda la isla. Sucediérales como lo pensaban si Alcibiades, que se habia al principio gobernado bien y quebrantado las fuerzas de los siracusanos, no fuera acusado á la misma sazon en Aténas al pueblo de haber descubierto los misterios de Céres, en ninguna cosa mas solemnes y sagrados que en el silencio. Citáronle para que pareciese en juicio y se descargase: él por la conciencia del delito, ó por miedo de los contrarios, se fué á Lacedemonia, donde como fuese recebido benignamente por su excelente ingenio y por la fama de lo que habia hecho, les persuadió por vengarse que enviasen en socorro de los siracusanos un valeroso capitan llamado Gilipo; con cuya llegada se trocaron las cosas de tal suerte, que fueron vencidos los atenienses por mar y por tierra, y el mismo Nicias con otros muchos, vino en poder de sus enemigos los de Lacedemonia. Poseian los cartagineses por aquel tiempo junto al promontorio Lilibéo, que ahora es cerca de Trapana, y distaba de Cartago ciento y ochenta millas, algunos pueblos de aquella isla. Los Agrigentinos, que ahora se llaman de Gergento, y eran comarcanos, llevaban mal que el poder de los cartagineses se continuase y envejeciese tanto tiempo en aquella isla, fuera de agravios particulares que les tenian hechos. Sucedió que los cartagineses salieron á un bosque no léjos de la ciudad de Minoa para hacer cierto sacrificio; acudieron los de Gergento, y pasaron á cuchillo los contrarios, por haber salido sin armas y sin recelo, todos los que no escaparon por los piés y se salvaron por aquellos bosques y montes. Sabido esto en Cartago, todo el pueblo se alteró y se movió á vengar aquel insulto. Con este acuerdo enviaron á Sicilia dos mil cartagineses y otros tantos soldados españoles. Juntaron con ellos quinientos mallorquines honderos, nuevo y extraordinario género de milicia, los cuales, puesto que al principio fueron menospreciados del enemigo porque iban desnudos, venidos á las manos, dieron á los suyos la victoria; ca con una perpetua lluvia de piedras mal-

trataron y destrozaron el cuerno y costado izquierdo de los enemigos. Muchos fueron en la pelea muertos, y mayor número en el alcance; algunos se escaparon ayudados de la escuridad de la noche, y se recogieron á la ciudad; pero con cerco que le tuvieron de dos años, vino asimismo á poder de los cartagineses, año de la fundacion de Roma de 340. El fin desta guerra fué principio de otra mas grave. Dionisio, el mas viejo, estaba apoderado tiránicamente de Siracusa; era grande su poder, y sus fuerzas muy temidas. Acudieron á él los de Gergento secretamente; pidiéronle los recibiese en su proteccion y librase aquella ciudad del poder y mando muy pesado de los cartagineses. Prometióles lo que pedian, por tener entendido que sus intentos de hacerse rey de toda aquella isla no podrian ir adelante en tanto que los cartagineses en ella tuviesen autoridad y mando. Dióles por consejo que, en el entretanto que él se aprestaba, saliesen todos muy secretamente de Gergento, y al improviso se apoderasen de Camarina y de Gela, pueblos comarcanos, desde donde podrian correr los campos de los enemigos; que lo demás él lo tomaba á su cargo. Ejecutóse luego esto, hiciéronse y recibiéronse daños de una y otra parte. Entonces Dionisio interpuso su autoridad, requirió á los cartagineses por sus embajadores que se hiciese satisfaccion y se restituyesen los daños los unos á los otros como era justo. Principalmente hacia instancia que á los de Gergento se restituyese su ciudad, por lo menos que los desterrados y ahuyentados pudiesen volver á ella y gozar de las mismas libertades y franquezas que los de Cartago; concluia que de otra manera no sufriria que sus parientes y aliados fuesen tratados como esclavos. A esto los cartagineses respondieron ser derecho de las gentes que los vencedores mandasen á su voluntad á los vencidos; que ellos no comenzaron la guerra, sino, al contrario, los de Gergento los habian á ellos acometido y agraviado, junto con el desacato que hicieron á la deidad de los dioses; que no haria bien ni debidamente si se metiese á la parte y amparase aquella gente malvada y sin Dios; en lo que decia que no pasaria por alto ni disimularia las injurias de los de Gergento, cuando quisiese tomase la demanda y las armas; que entenderia lo que el poder invencible de los cartagineses y sus soldados envejecidos en las armas harian. Con este principio, con estas demanda y respuesta se rompió claramente la guerra. Dionisio recogia las fuerzas de toda aquella isla, y incitaba contra los de Cartago, así á las ciudades griegas como á Darío Noto, rey de Persia, con embajadas que le envió en esta razon. Ellos, por el contrario, levantaron quince mil infantes, parte de Cartago, parte de Africa, y cinco mil caballos. Asimismo juntaron diez mil españoles, y para mas ganalle las voluntades y asegurarse mas dellos, restituyeron á Cádiz en su antigua libertad, en sus leyes y sus fueros. Solamente les vedaron el hacer y tener galeras; quitaron las guarniciones de donde las tenian puestas; solo conservaron el famoso templo de Hércules con algunas pocas atalayas por aquellas marinas. Hízose la masa de todas estas gentes en Cartago, de donde Himilcon Cipo, nombrado por general, se partió con una armada muy gruesa, que al principio tuvo vientos frescos, despues arreció el tiempo de manera que derrotó las naves, y surgieron en diversos puertos de Sicilia; eran las naves españolas mas fuertes y los pilotos mas diestros; y así sufrieron la tempestad en alta mar; y luego que aflojó el viento, se juntaron y tomaron el puerto de Camarina. Combatieron aquella ciudad por espacio de cuatro dias, á cabo dellos la tomaron, y pasados á cuchillo todos los moradores, la pusieron á fuego: grande crueldad, pero que atemorizó á los de Gela en tanto grado, que sin hacer resistencia desampararon la ciudad; acudieron las demás naves á aquellos lugares, donde refrescado el ejército y los soldados con reposo de algunos dias, se determinaron de presentar la batalla á Dionisio, de quien tenian aviso que traia grandes fuerzas por mar y por tierra; excusaron la batalla naval, á causa que muchos de sus bajeles se volvieran á Cartago y á Cádiz; acordaron seria mas expediente pelear con los enemigos en tierra. Estaba el cartaginés con esta resolucion cuando Dionisio se les presentó delante; juntáronse reales con reales á pequeña distancia; ordenaron sus escuadrones y huestes para dar la batalla; primero Dionisio en esta manera: puso en igual distancia y á ciertos trechos los socorros que tenia de diversas ciudades, por frente y á entrambos lados la caballería; los de Siracusa quedaron en la retaguarda. Himilcon al contrario, hechos tres escuadrones de su gente, salió al encuentro al enemigo; en medio y por frente los españoles, en el un lado y en el otro los cartagineses con cada setecientos honderos y los caballos que fortalecian los dos cuernos y costados; dos mil infantes escogidos de todo el ejército quedaron de respeto y de socorro para las necesidades. Dada que fué la señal de pelear, arremetieron todos con grande denuedo y cerraron. Fué la batalla por grande espacio dudosa, sin declararse la victoria; reparaban y mezclábanse los escuadrones; muchos de ambas partes caian, sin reconocerse ventaja; solo la caballería de Dionisio comenzaba á llevar lo mejor y apretar los caballos cartagineses; y hobieran salido con la victoria y retirado los contrarios si Himilcon no se adelantara con las compañías que tenia de respeto contra la caballería enemiga, que no pudo sufrir el nuevo ímpetu de aquellos soldados, y apretada á un mismo tiempo por frente y por las espaldas, muertos muchos dellos, todos los demás se pusieron en huida. Los honderos, en particular, con un granizo de piedras herian en el enemigo, que quedó con los costados descubiertos; puestos en huida los caballos sicilianos, revolvió Himilcon con su gente y con su caballería sobre la infantería siciliana, que todavía estaba trabada y peleaba valientemente; con su llegada desbarató los escuadrones sicilianos. Dionisio, que no solo se habia mostrado prudente capitan, sino hecho oficio de esforzado soldado, y puesta en huida su caballería, apeado con un escudo de hombre de á pié, sustentó por largo espacio la pelea, cá acudia á todas partes, y donde quiera que veia trabajados á los suyos, allí hacia volver las banderas y acudir los escuadrones; á lo último, perdida la esperanza, se retiró con los suyos cogidos y poco á poco hácia sus reales, que por ser ya noche no fueron tomados por el enemigo. Hizo aquella misma noche junta de capitanes, animó á los suyos, díjoles que no perdiesen el ánimo, que los cartagineses no habian vencido por fuerza, sino con artificio y maña; que si por algun tiempo se entretenian, la caballería, que quedaba entera, y grandes gen-

tes de toda la isla en breve los acudirian. Hecho esto, mandó á los soldados que quedaron sanos se fuesen á reposar, y á los heridos hizo curar con grande cuidado; juntamente se aparejó para defender los reales, pero toda aquella diligencia fué sin provecho, ca luego el dia siguiente como concurriesen los enemigos, cegasen la cava y combatiesen y pasasen las albarradas, entre los carros y el bagaje se renovó la pelea. En fin, Dionisio, perdida toda esperanza, con algunas heridas que llevaba, se puso en huida. Grande fué el número de los sicilianos que pereció en estas dos peleas; y aun de los cartagineses se dice que les costó harta sangre la victoria, de los cuales fueron muertos tres mil, y de los españoles dos mil. Con la nueva desta jornada, muchas ciudades de Sicilia se entregaron á los vencedores; pero ya que estaban apoderados de casi toda la isla, para muestra de la inconstancia de las cosas humanas les sobrevino tal peste, que los ejércitos fueron destrozados y menguados con tanto dolor y pena de la ciudad de Cartago cuando les llegó esta nueva, que no de otra manera que si la misma ciudad fuera tomada, se entristecieron los ciudadanos y se cubrieron de luto. Volvió con pocos el general vestido de una esclavina suelta sin ceñidor, á manera de siervo; y acompañado de los sollozos del pueblo que le seguia, entrado en su casa, sin admitir á persona alguna que le hablase, ni aun á sus propios hijos, él mismo se dió la muerte. Despues desto quieren decir que Dionisio procuró por sus embajadores apartar á los españoles de la amistad de los de Cartago, y que, al contrario, los cartagineses con todo buen tratamiento y blandura los entretuvieron. Lo que consta es que por diligencia y buena maña de Dion Siracusano se asentó paz por treinta años entre los sicilianos y cartagineses el año tercero de la olimpíade 95, que fué de la fundacion de Roma de 358; paz que no duró mucho. No falta quien diga que, despues de la pelea famosa llamada Leutrica, Dionisio envió socorros á los de Lacedemonia (entre los demás se cuentan celtas y españoles, quier fuesen de las reliquias de Himilcon, quier llevados desde España para este efecto); y que con estos socorros Arquidamo, hijo de Agesilao, cerca de la ciudad de Mantinea venció y mató á Epaminonda, señalado capitan de los tebanos; con lo cual libró la antigua ciudad de Lacedemonia de la destruicion que la amenazaba y del riesgo que corria. Por el mismo tiempo, como algunos cartagineses partiesen de España por mar, sea arrebatados contra su voluntad de algun recio temporal, sea con deseo de imitar á Hannon, tomando la derrota entre poniente y mediodía, y vencidas las bravas olas del gran mar Océano, con navegacion de muchos dias descubrieron y llegaron á una isla muy ancha, abundante de pastos, de mucha frescura y arboledas y muy rica, regada de rios que de montes muy empinados se derribaban, tan anchos y hondables, que se podian navegar. Por esto y por estar yerma de moradores, muchos de aquella gente se quedaron allí de asiento, los demás con su flota dieron la vuelta, y llegados á Cartago, dieron aviso al Senado de todo. Aristóteles dice que, tratado el negocio en el Senado, acordaron de encubrir esta nueva, y para este efecto hacer morir á los que la trajeron. Temian, es á saber, que el pueblo, como amigo de novedades y cansado con la guerra de tantos años, no dejasen la ciudad yerma, y de comun acuerdo se fuesen á poblar á tierra tan buena; que era mejor carecer de aquellas riquezas y abundancia que enflaquecer las fuerzas de su ciudad con extenderse mucho. Esta isla creyeron algunos fuese alguna de las Canarias; pero ni la grandeza, en particular de los rios, ni la frescura concuerdan. Así los mas eruditos están persuadidos es la que hoy llamamos de Santo Domingo ó Española, ó alguna parte de la tierra firme que cae en aquella derrota; y mas cuidaron ser isla, por no haberla costeado y rodeado por todas partes ni considerado atentamente sus riberas.

CAPITULO III.

Cómo la guerra de Sicilia se movió de nuevo.

Ardian los cartagineses en deseos de tornar á la guerra de Sicilia, y para esto levantaban de nuevo soldados en África y en España. Los españoles no gustaban desta guerra, por caer tan léjos y por haberles sucedido por dos veces tan mal; tenian la pérdida por mal agüero; representábanseles los desastres y reveses pasados; y decian no ser cosa justa hacer á los sicilianos guerra, de los cuales ningun agravio recibieran. Viendo esto los cartagineses, determinan de disimular hasta tanto que con el tiempo hobiesen puesto en olvido los males pasados, ó alguna ocasion se presentase que les pusiese en necesidad de abrazar la guerra, que por entonces tanto aborrecian. Esto trataban los cartagineses sin descuidarse en juntar una gruesa flota, cuando muy á su propósito en España, por falta de agua, sobrevino una grande hambre, y tras ella, como es ordinario, una peste y mortandad no menor. De Sicilia otrosí certificaban que Dionisio, despues de estar apoderado en gran parte de aquella isla, pasado con sus armadas en Italia, y tomado Regio, ciudad puesta en lo mas angosto del estrecho ó faro de Mecina, tenia puesto sitio sobre Cotron, ciudad griega y marítima, por estar persuadido se aumentarian mucho sus fuerzas si se hacia señor de aquella plaza, tan principal por su fortaleza y puerto, y que está puesta en lo último de Italia. Estas cosas movieron al Senado cartaginés á volver á la guerra de Sicilia, á los españoles á tomar las armas convidados los trabajos que padecian; alistáronse en número de veinte mil peones y mil caballos, y aun de camino en las naves de Mallorca á Cartago llevaron trecientos honderos. Estaba nombrado por general desta empresa un hombre principal, llamado Hannon, el cual, con esta gente y otros diez mil africanos que tenia á punto, pasó luego á Sicilia. Tuvo Dionisio aviso de lo que pasaba y de la trama que se le urdia, por lo cual fué forzado á dejar á Italia y acudir á lo que mas le importaba. La flota con que desde Regio pasaban los soldados en Sicilia fué desbaratada y vencida por la cartaginesa, y muchas naves tomadas que llevaban la ropa y recámara del mismo Dionisio. Allí, entre los demás papeles, se hallaron cartas de un cartaginés, llamado Suniato, escritas en griego, en que avisaba á Dionisio del intento y aparato de aquella guerra: traicion y felonía cometida contra su patria solo por envidia y rabia de que no le hobiesen encomendado á él aquella guerra, delito que á él costó la vida; y en general fué ocasion de que se promulgase un decreto en que se proveyó que ningun cartaginés en lo de adelante pudiese estudiar las letras y

lengua griega, con intento que no se pudiese sin intérprete comunicar con el enemigo ni de palabra ni por escrito. Despues desta victoria naval, muchos pueblos y ciudades de Sicilia se entregaron á Hannon, y la guerra se proseguia con varios trances y sucesos hasta tanto que últimamente el año diez y seis despues que se comenzó; que á la cuenta de Eusebio de la fundacion de Roma fué el de 386, ó como otros mejor dicen de la olimpíada 99, año segundo, de Roma 371, Dionisio fué muerto por conjuracion de los suyos. Sucedióle un su hijo, de pequeña edad, llamado asimismo Dionisio, de cuya enseñanza y del gobierno de la república se encargó su cuñado Dion, casado con una su hermana. Eran perversas las inclinaciones que en aquel mozo se descubrian; para criarle y amaestrarle hizo venir desde Aténas al famoso filósofo Platon. Con los de Cartago asentó treguas y hizo capitulaciones; pero toda esta diligencia y la prudencia de este insigne varon no fué bastante para que no se alterase aquella isla. Ca entre Dionisio, que con la edad se hacia mas feroz y mas bravo, y Dion, su cuñado, resultaron sospechas y desabrimientos, por donde Dion fué forzado á desamparar la tierra; dado que en breve se trocaron las cosas, y Dion, hecho mas fuerte por algun tiempo, despojó á Dionisio del reino, y le forzó á dejar á Sicilia y andar desterrado, sin amigos, sin hacienda ni reposo. Esto fué lo que sucedió en Sicilia; volvamos á contar las cosas de España.

CAPITULO IV.

De lo que hizo Hannon.

Ya se dijo cómo al principio de la guerra de Sicilia los cartagineses restituyeron á los de Cádiz en gran parte su libertad. Concluida aquella guerra, enviaron dos gobernadores desde Cartago á España, es á saber, Bostar para el gobierno de las islas Mallorca y Menorca, con órden que procurase ganar la voluntad de los saguntinos y conquistalla con toda muestra de amistad y buenas obras, lo cual él hizo como le era mandado; pero ellos, con deseo de la libertad, tuvieron todas aquellas caricias por sospechosas, y las desecharon constantemente, sin dalle lugar de entrar en su ciudad, con diversas excusas que alegaron para ello. A Hannon fué dado cuidado de gobernar á los de Cádiz; pero como en el Andalucía apretase á los naturales, y con grande codicia metiese la mano en las riquezas, así de particulares como del comun, cosa que le fué mal contada, puso á los españoles en necesidad, comunicado el negocio entre sí, de levantarse contra los cartagineses. Tomaron súbitamente las armas, mataron muchos de los enemigos en los pueblos donde los hallaron derramados, y metieron á saco sus bienes. Hannon, perdida gran parte de los suyos y desamparado de los españoles sus aliados, llamó en su socorro gente de Africa; estos, con correrías que hacian por aquella parte de España que hoy se llama Andalucía, trabajaron grandemente la tierra con estragos y crueldades. Mas sabido que fué en Cartago, enviaron luego sucesor en lugar de Hannon, año de la fundacion de Roma de 398, sin declarar cómo se llamase el sucesor ni qué cosas hiciese en España; por ventura se conformó con el tiempo, y quien quiera que fuese, regalando los naturales, les ganó las voluntades y amansó el odio que tenian contra los de Cartago, sin usar de otras armas ni violencia. En Sicilia, allende de lo dicho, muerto Dion y vuelto Dionisio del destierro, se tornó á alterar la paz; ca los siracusanos hicieron rostro al tirano, y desde Corinto les enviaron socorro y Timoleon por su capitan. Los cartagineses, vueltas sus fuerzas á aquella guerra, es cosa verisímil que dejaron reposar á España, por donde gozó algun tiempo de grande sosiego y paz. Pero toda aquella alegría y buena andanza en breve se deslizó y trocó, á causa de las grandes crecientes con que los ríos salieron de madre, y hicieron increibles daños en los ganados, campos y edificios. Luego el año siguiente hobo grandes temblores de tierra, con que muchas ciudades á la ribera del mar Mediterráneo quedaron por esta causa maltratadas, y entre las demás Sagunto recibió tanto mayor daño cuanto ella sobrepujaba en grandeza, hermosura y riquezas á las demás ciudades de España. El año tercero con bravas tormentas del mar y recios temporales sucedieron grandes naufragios en diferentes lugares, que se contaba de la fundacion de Roma 405. Asimismo Hannon, confiado en las grandes riquezas que juntara en Sicilia y España, y indignado por la afrenta de habelle quitado el gobierno, como se ha dicho, trató y acometió por este tiempo de hacerse tirano en Cartago: para esto se determinó de dar yerbas á todo el Senado, al pueblo y á los principales en un convite general que pensaba hacer en las bodas de una hija suya. Tuvieron los cartagineses aviso de lo que se pasaba y se tramaba; pero sin pasar á mayor averiguacion, se contentaron de acudir al peligro con hacer una pragmática, en que se ponia tasa al gasto de los convites. Con esta disimulacion quedó Hannon mas orgulloso; resolvióse de tomar las armas al descubierto, y para matar los principales y apoderarse de la ciudad, armó sus esclavos, que eran valientes y en gran número. Fué al tanto descubierta esta prática; acudieron contra él los ciudadanos, y en un castillo do se habia recogido con veinte mil de los suyos, fué preso; sacáronle los ojos, quebráronle los brazos y las piernas, y despues de bien azotado, le pusieron en una cruz. Sus hijos y parientes, así los que tenian parte en la conjuracion como los que estaban sin culpa, fueron por sentencia condenados á muerte, para que no quedase ninguno de aquella familia y ralea que pudiese imitar aquella maldad ni vengar los justiciados; cosa que parece grande crueldad si la gravedad del delito y el amor de la patria no la excusaran en gran parte.

CAPITULO V.

De una embajada que se envió á Alejandro, rey de Macedonia.

A un mesmo tiempo, por muerte del gobernador que enviado en lugar de Hannon sucedió en Cádiz, Boodes desde Cartago vino al gobierno de España y de Sicilia; certificaban que Dionisio, forzado por los suyos, que se conjuraron contra él, y por Timoleon el de Corinto, desamparada la tierra, con sus tesoros particulares se habia retirado y huido á la misma ciudad de Corinto, donde teniendo por mas seguras las cosas y ejercicios mas bajos, pasó la vida torpemente en los bodegones y casas públicas, y la acabó ocupado en enseñar á los niños de aquella tierra las primeras letras como maestro de escuela; que fué notable mudanza y señalado cas-

tigo de su vida desordenada. Echado Dionisio de Sicilia, Timoleon se ensoberbeció de tal suerte, que pretendió echar á los cartagineses de toda aquella isla; con este intento revolvió sobre ellos, dióles la batalla junto al rio llamado Crinisio. Venciólos y mató diez mil dellos; tomóles asimismo los reales. La victoria no costó á Timoleon poca sangre; antes por quedar muy maltratado su ejército, ni pudo salir con su pretension de echar los cartagineses de la isla, ni aun tomalles ciudad alguna. En este medio, por muerte de Boodes ó por habello absuelto del gobierno, Maharbal vino por gobernador de España, del cual no se sabe alguna cosa que en ella hiciese, ni aun tampoco qué gobernadores cartagineses vinieron despues dél en España. Lo que se dice por cierto es que los de Marsella, por haberse multiplicado en gran número y por causa de la contratacion, enviaron en muchas naves una poblacion á España, año de la ciudad de Roma de 419, y que parte desta flota surgió y hizo asiento en las haldas de los Pirineos enfrente de Rosas, y allí poblaron aquella parte de la ciudad de Empúrias (en latin se llamó *Emporia*, por ser como mercado de muchas partes) que estaba hácia la mar, la cual parte, aunque era de pequeño espacio, pero era dividida de lo restante de aquella ciudad con una muralla que para esto se tiró de una parte á otra. Por donde la dicha ciudad antiguamente en griego se llamó *Palaeopolis*, que quiere decir ciudad vieja, por lo mas antiguo della, y tambien *Diospolis*, que significa ciudad doblada ó dos ciudades. La otra parte de la armada de Marsella dicen que pasó adelante al cabo de Denia, y allí edificó un pueblo junto al templo de Diana, que allí se via, como arriba queda dicho. Con la venida desta flota, tres cosas se supieron en España memorables, es á saber: que los romanos alcanzaban gran poder, y con grande lealtad sustentaban y ayudaban á sus amigos; que los siracusanos, despues de haber vuelto en su libertad, y despues de la muerte de Timoleon, capitan muy famoso, trataban de echar de aquella isla á los cartagineses; demás desto, que Alejandro, rey de Macedonia, el que por sus grandes hazañas tuvo nombre de Magno, y al principio de su reinado, antes de tener veinte años cumplidos, venciera los Esclavones, los Triballos y los de Tracia, y sujetara las ciudades de Grecia, qué poco antes eran libres, domadas despues la Asia, la Suria y todo el Egipto, por conclusion, vencido y hecho huir y despues muerto el gran monarca Dario, se habia apoderado del imperio de los persas, sin parar hasta abrir con el hierro y con las armas camino, y á la manera de un rayo llegar hasta la India, donde tenia domadas gentes y reinos nunca oidos; todo en menos tiempo que otro lo pudiera pasar de camino. Con esta nueva, movidos los españoles que moraban á las riberas del mar Mediterráneo, acordaron ganarle la voluntad con una embajada que le enviaron hasta Babilonia; ca pretendian ayudarse dél y valerse de sus fuerzas contra los cartagineses, que abiertamente trataban de oprimir la libertad de aquella provincia. El principal de la embajada se llamó Maurino, segun se lee en Paulo Orosio, el cual de camino, juntándose con los embajadores de la Gallia, que hacian el mismo viaje, últimamente llegó á Babilonia, donde los embajadores de Sicilia, de Cerdeña, de las ciudades de toda Italia y de Africa, y hasta de la misma ciudad de Cartago, estaban por su mandado aguardando á Alejandro. Él, luego que llegó, señaló audiencia á los embajadores. Los de España le declararon la causa de su venida y lo que les era mandado. Que la fama de su esfuerzo y valor, esparcida por todo el mundo, era llegada á lo postrero de la tierra, que es España, y por ella su nacion se movió para con aquella embajada y por su medio saludarle y pedirle su amistad; cosa que no le seria de poco provecho, si despues de domado el oriente tratase, como era razon, de revolver con sus armas y banderas á las partes del poniente, pues podria á su voluntad servirse de las riquezas de aquella muy rica provincia; que los españoles, trabajados no menos con disensiones de dentro que con guerras de fuera, y muy cercanos al peligro, tenian necesidad de no menor reparo que el suyo; que jamás pondrian en olvido la merced que les hiciese, ni cometerian por donde en algun tiempo se desease en ellos lealtad y toda buena correspondencia; la costumbre de los españoles ser tal, que ni trababan ligeramente amistad con alguno, y despues de trabada, la conservaban constantemente. Esta embajada fué muy agradable á Alejandro, de tal manera, que entonces le pareció haberse hecho señor de todo, como lo dice Arriano, pues desde lo postrero del mundo venian á poner en sus manos sus diferencias. Preguntóles muchas cosas del estado de su república, de las riquezas de la provincia, de la fertilidad de la tierra, de las costumbres y manera de los naturales y de la contratacion que tenian con los extranjeros. Demás desto prometió que por cuanto, ordenadas las cosas de Asia, en breve pensaba mover con sus gentes la vuelta de Africa y del occidente, que en tal ocasion tendria memoria y cuidado de lo que le suplicaban. Con esto y con muchos dones que les dió, los envió contentos á su tierra. Ardia Alejandro en deseo de imitar la gloria de los romanos, y estaba enojado contra los cartagineses, de quien tenia aviso que despues que Tiro fué por Alejandro destruida, y despues que edificó en la misma raya de Africa la ciudad de Alejandría, el miedo que dél cobraron fué tan grande, que le enviaron á Amilcar, por sobrenombre Ródano, para que fingiendo que huia, les sirviese de espía y con todo secreto avisase de los sucesos y intentos que Alejandro tuviese; pero todos estos pensamientos y trazas atajó la muerte, que le sobrevino cuando menos pensaba; ca falleció en Babilonia á los 28 de junio el año primero de la olimpiade 114, el cual año de la fundacion de Roma se contaba 430. Algunos quitan dos años deste número, y es forzoso que la historia, en la cuenta y razon destos tiempos, á las veces vaya con poca luz y casi á tiento. Esta embajada de los españoles es verisímil que desagradó á los cartagineses, contra quien principalmente se enderezaba. Mas no les pudieron dar guerra, por las alteraciones de Sicilia y por el miedo de Agatocles, el cual, sin embargo que era hijo de un ollero y nacido en Sicilia, y que habia pasado la mocedad torpísimamente, por ser diestro en las armas y de mucha prudencia, fué por los siracusanos nombrado por su capitan para que los acaudillase en la guerra que traian contra los eneos, la cual concluida, como se sospechase que pretendia tiranizar aquella ciudad de Siracusa, fué enviado en destierro. Recibiéronle los murgantinos por la enemiga que con los siracusanos tenian; hiciéronle gobernador primeramente de su ciudad, y des-

pues su capitan; con que tuvo manera para apoderarse de Lentini, y tambien tomó á Siracusa por traicion de Amilcar Cartaginés, al cual ella llamara en su ayuda contra el poder de Agatocles; deslealtad y traicion de que fuera castigado y pagara con la cabeza, que así estaba decretado y acordado por voto de todo el Senado de Cartago, si antes de volver á su tierra no falleciera en la misma Sicilia. Sucedióle otro del mismo nombre, es á saber, Amilcar, hijo de Gisgon. Pasó en Sicilia con nuevo ejército de Africa y nuevos socorros que de España le acudieron. Llegado á la isla, fué en busca de Agatocles; dióle al principio una rota, con que le encerró y cercó dentro de Siracusa. El peligro y el daño derriba á los cobardes y anima á los valientes; fué así, que Agatocles en aquella estrechura usó de una osadía maravillosa, ca despues que persuadió á los suyos á sufrir el cerco animosamente, él con su flota pasó en Africa: notable resolucion, pues el que no tenia fuerzas para una guerra, ayudado del consejo, salió vencedor en dos. Venció en batalla á Hannon, capitan de los cartagineses, que le saliera al encuentro, y le mató. Despues, destruidos los campos, las villas y los pueblos abrasados y robado gran número de hombres y de ganados, puso en gran temor y cuita á los de Cartago, en cuyos ojos las alquerías de la ciudad, sus labranzas y sus campos, todo el regalo y riqueza de los ciudadanos con el fuego humeaban. Demás desto, de Sicilia se supo que Artandro, hermano del tirano, que quedara en el cerco, con una salida que hizo, dió una arma tan brava sobre los enemigos, que descuidados estaban, que mató á su capitan, y puso á los demás en huida. Con esta nueva luego Agatocles dió vuelta á Sicilia, y allí por todas partes apretó á los cartagineses de suerte, que con muerte de muchos dellos, echó á los demás de toda aquella isla, y él quedó en todo sosiego. Fué esta paz de poca dura, á causa que Pirro, rey de Epiro, que hoy es Albania, llamado por los de Taranto, pasó en Italia, y en ella afligió y trabajó el poder de los romanos con dos rotas que les dió, una tras otra. De Italia pasó á Sicilia, año de la fundacion de Roma de 476, con esta ocasion. Falleció Agatocles en Siracusa rico y dichoso; su mujer é hijos, como él se lo dejó mandado, recogidos sus tesoros y preseas, se fueron á Egipto. Los de Cartago, sabido lo que pasaba, entraron en pensamiento de apoderarse de nuevo de toda aquella isla, para lo cual se apercibieron de un grueso ejército, y en particular nuestros historiadores afirman que de España llevaron en una flota para este efecto cinco mil peones y ciento y cincuenta caballos, todos españoles, con mas setecientos honderos mallorquines, y que sacaron otrosí de sus fortalezas los soldados que tenian de guarnicion para llevarlos á esta empresa, y pusieron en su lugar soldados españoles que guardasen aquellas plazas. Los siracusanos, el contrario, para contrastar á las fuerzas y intentos de Cartago, llamaron en su ayuda á Pirro, que por esta causa se nombró rey de Epiro y de Sicilia. Llegado, rompió una batalla de tierra á los cartagineses, que aun no tenian juntas todas sus fuerzas; pero llegados los socorros de España, ya que Pirro trataba de volverse á Italia, fué desbaratado en una batalla de mar y forzado á desamparar á Sicilia, y aun poco despues de Italia pasó á su tierra, perdido el señorío de Sicilia, tan presto como le habia adquirido; así lo refiere Justino. Con la ida de Pirro los de Siracusa encargaron el gobierno de su ciudad á Hieron; despues le hicieron su capitan contra los cartagineses, y finalmente rey. Fué hijo de Hierocilto, que decendia del linaje de Gelon, antiguo tirano de aquella isla; su madre fué mujer baja y aun esclava. Era grande el esfuerzo y las partes de Hieron, y no era menester menos reparo contra los cartagineses, que fortalecian con muy gruesas guarniciones muchas ciudades de que estaban apoderados, y aspiraban al señorío de toda la isla.

CAPITULO VI.

De la primera guerra púnica contra Cartago.

Estando las cosas en este estado, se encendió de repente una nueva guerra, con que el poder y buena andanza de los cartagineses fué abatido por los romanos, los cuales entraron en Sicilia con esta ocasion. Los mamertinos, que así se llamaban del nombre del dios Marte, por atribuirse á sí la gloria de las armas y tenerse por mas valientes que los demás, moraban en aquella parte de Italia que se llama Campania ó Tierra de Labor, desde donde fueron llamados por los ciudadanos de Mecina, ciudad puesta sobre el estrecho de Sicilia, con un muy bueno y seguro puerto, contra el poder de Agatocles, que con lo demás pretendia enseñorearse de aquella plaza. Los mamertinos, llegados á Sicilia, hicieron muy bien su deber; pero en premio de su trabajo, quitaron la libertad á los ciudadanos antiguos de aquella ciudad, y se hicieron señores de todo; demás desto, dilataron su señorío por aquella isla, crecieron en tanta manera en riquezas y orgullo, que se atrevieron á tomar las armas, primero contra Pirro, rey de Epiro, y despues acometer y hacer agravios á los de Siracusa; pero como fuesen vencidos en una batalla que se dió junto al rio dicho Longano por Hieron, capitan de los contrarios, fué tan grande la rota y matanza que en ellos se hizo, que los demás mamertinos, reducidos dentro de la ciudad, apenas se podian defender con las murallas sin confiarse de sus fuerzas, por donde determinaron buscar socorro de otra parte. No fueron todos de un parecer, ca parte de aquellos ciudadanos llamó en su socorro á los cartagineses, los cuales, porque estaban cerca, acudieron presto, y fueron recebidos en la ciudad y pueblos comarcanos. Otros enviaron embajadores á Roma, por ser grande la fama que corria de su esfuerzo, justicia y buena andanza. Los que fueron enviados, señalada que les fué audiencia, declararon en el Senado á lo que eran venidos. Tratado el negocio, muchos fueron de parecer que no era lícito hacer guerra á los cartagineses, que ninguna causa ni disgusto les habian dado. Los demás decian que no era bien esperar hasta tanto que, apoderados de Sicilia, pasasen en Italia, pues nadie se contenta con lo que tiene, y todos cuanto son mas poderosos, tanto quieren pasar mas adelante. Resolviéronse que debian acudir á los mamertinos, principalmente que en cierto asiento antiguo tomado con Cartago en el consulado de Publícola, y renovado ya por tres veces, se habia puesto por condicion que ni los unos ni los otros se entremetiesen en las cosas de Sicilia; lo que decian haber quebrantado los de Cartago. El cónsul Apio Claudio fué enviado en socorro con algunas compañías el año pri-

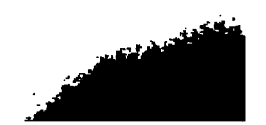
mero de la olimpíade 129, que de la fundacion de Roma se contaba 490. Sabido esto en Mecina, parte de los ciudadanos tomaron las armas, con que echaron de su ciudad la guarnicion de los cartagineses. Por este agravio, que fué muy notable, irritados los cartagineses, se concertaron con Hieron, y juntadas con él sus fuerzas, pusieron por mar y por tierra cerco á los de Mecina, con intento así de apoderarse de la ciudad como para impedir el paso del Estrecho á los romanos; pero ellos luego que llegaron, cubiertos de la escuridad de la noche, pasaron el Estrecho, y recebidos que fueron dentro de la ciudad, salieron á dar la batalla al enemigo, en que vencieron á Hieron, y tomaron los reales de los cartagineses. Siguieron el alcance y la victoria hasta la misma ciudad de Siracusa, donde tuvieron algun tiempo cercados á los sicilianos que de la matanza escaparon; asimismo á los cartagineses quitaron no pocas ciudades y pueblos. Trocadas las cosas desta suerte, Hieron tambien se apartó dellos y tomó asiento con los romanos. No desmayaron por esto los cartagineses, antes tanto con mayor diligencia y brio juntaron una nueva y gruesa armada, y levantaron nuevas compañías en España y por las marinas de la Gallia y por la Liguria, que hoy es lo de Génova, segun que Polibio lo testifica. Con este aparato tornaron á la guerra contra los romanos, que fué larga y dificultosa; pero no hace á nuestro propósito declarar todo lo que en ella sucedió, pues es bastante carga la que tomamos de relatar las cosas de España, de la cual refieren nuestros escritores, sin señalar ni lugares ni nombres, que por este tiempo era trabajada de una guerra cruel y civil, sin perdonar ni excusar muertes, robos y quemas que de todas maneras sucedian. En Sicilia la guerra entre romanos y cartagineses se proseguia; los trances y sucesos fueron varios, ya los vencidos vencian, ya eran vencidos los vencedores, hasta tanto que se dió una batalla naval, año de la fundacion de Roma de 502, en que las fuerzas de los romanos fueron trabajadas; ca el general romano Cecilio Metello fué vencido y puesto en huida con pérdida, si creemos á Eusebio, de noventa naves. Al contrario, los mallorquines se rebelaron contra los gobernadores de Cartago, y muerta la guarnicion de cartagineses, con un granizo de piedras forzaron á la armada que estaba surta en el puerto á salirse dél y echar áncoras en alta mar; y como la furia de aquellos hombres salvajes no se amansase, les fué necesario hacerse á la vela la vuelta de Cartago. Para sosegar aquella revuelta y ganar aquellos isleños era menester esfuerzo, autoridad y maña, por donde acordaron en Cartago de enviar para este efecto un varon de conocida prudencia y de gran fama en las armas, por nombre Amilcar Barquino. Este, con la autoridad y destreza que tenia, juntó y se ayudó de grande afabilidad en su trato; así, sin usar de rigor ni de fuerza, redujo toda la isla al reposo y obediencia de antes. En este tiempo, en una isla llamada Ticuadra, cercana á Mallorca, nació á Amilcar un hijo, por nombre Aníbal, aquel que con la grandeza de sus hazañas y con la fama de su valor hinchó la redondez de la tierra. Plinio sin duda, si la letra no está errada, hace á Ticuadra patria de Aníbal. Nuestros coronistas añaden que nació de madre española, y que el gran Amilcar, su padre, nombrado que fué por general para continuar la guerra contra los romanos, año de la fundacion de Roma de 507, llevó á Sicilia en su armada dos mil españoles y trecientos honderos, con intento de recobrar el señorío de aquella isla, que los suyos habian perdido. Con estas gentes costeó y aun acometió las riberas de Italia, y últimamente surgió con su flota en aquella parte de Sicilia donde está puesta la ciudad de Palermo, con una ensenada y cala que allí tenia, no mala para las naves. Está allí cerca un monte empinado, que por todas las partes tiene áspera la subida; debajo dél se extendia y extiende una llanura de doce millas en circuito, muy fresca, hermosa y fértil á maravilla. En aquel monte se fortificó Amilcar, y en él puso sus gentes, con intento que no le forzasen á venir á las manos y dar la batalla de poder á poder; ca no queria aventurar el resto en una pelea, y solo pretendia trabajar al enemigo con escaramuzas y rebates, convidar á los pueblos y ciudades comarcanas á tomar otro partido, y junto con esto hacerse señor de la mar. Contra estos intentos, el cónsul Cayo Luctacio, enviado que fué de Roma con una gruesa armada, llegó y dió fondo junto al promontorio Lilibeo, donde está asentada la ciudad de Trapana. Asimismo, á instancia de Amilcar, partió de Cartago una nueva armada, y por general della un hombre principal, que se llamaba Hannon. Vinieron á las manos las dos armadas cerca del dicho promontorio Lilibeo ó cabo de Trapana; la batalla fué brava y de las mas famosas del mundo. La victoria quedó por los romanos, la armada cartaginesa destrozada, ca sesenta naves fueron tomadas por los romanos, y otras cincuenta echadas á fondo; el número de los muertos y prisioneros fué conforme al número de las naves y grandeza de la victoria. El temor de la ciudad de Cartago, cuando se supo la rota, fué tan grande, que se determinaron y trataron de tomar asiento con los romanos. Dióse el cuidado y comision de hacer los conciertos y capitular á Amilcar, capitan de no menor valor para sufrir los reveses de la fortuna, que de esfuerzo para hacer la guerra. Hobo vistas de los dos generales, en que se trató de las condiciones, y últimamente se concluyó la paz en esta forma y con estas capitulaciones: los cartagineses saquen sus huestes y soldados de Sicilia y de las islas comarcanas; no hagan algun agravio ó molestia á Hieron ni á los demás confederados de los romanos; paguen á ciertos tiempos y plazos dos mil y docientos talentos euboicos, y esto por castigo y por los gastos hechos en la guerra; suelten los cautivos que tuvieren, sin rescate. Estas condiciones no agradaron al pueblo romano, por lo cual diez varones, enviados con autoridad de corregir y concluir este tratado, añadieron mil talentos á la suma que estaba concertada; demás desto mandaron que los cartagineses, no solo saliesen de Sicilia, sino tambien de las otras islas que caen entre Sicilia é Italia. Con tanto se dejaron las armas, y se concluyeron las paces el año veinte y dos despues que la guerra se comenzó; pero de tal manera, que todos entendian no faltaba voluntad á los cartagineses de volver á la guerra y á las armas, y que lo harian, luego que tuviesen fuerzas bastantes, con mayor brio y porfía que antes. Las condiciones que les pusieron eran muy pesadas; y por tanto se persuadian no las guardarian mas de cuanto les fuese forzoso. Fué este año desgraciado para España por la seca que padeció

y falta de agua y por los ordinarios temblores de tierra, con que una parte de la isla de Cádiz dicen se abrió y se hundió en el mar.

CAPITULO VII.

Cómo Amilcar vinó otra vez á España.

Nunca las adversidades paran en poco, antes vienen de ordinario enlazadas unas de otras, como se vió en la ciudad de Cartago, que le sobrevinieron nuevos desastres y daños, y fué que á un mismo tiempo en Africa y en Cerdeña se amotinaron los soldados cartagineses porque no les daban las pagas que de mucho tiempo se les debian. En Africa los soldados que salieron de Sicilia, luego que se amotinaron, nombraron por sus capitanes á Coto, africano, y á Sependio, italiano de nacion; eran como sesenta mil hombres; la ciudad no les podia satisfacer por estar sus tesoros acabados con los gastos de aquella desastrada guerra; volvieron su rabia contra los pueblos y los campos comarcanos, con que pusieron en gran cuidado y cuita á los de Cartago. Los de Cerdeña, además de amotinarse, pasaron tan adelante, que sus mismos soldados se conjuraron contra su capitan Hannon, sin parar hasta ponerlo en una cruz por haberse con ellos ásperamente. Fuera enviado este capitan para apaciguar el motin que allí se habia levantado; con su muerte se juntaron los soldados de Hannon con los amotinados de antes, y por algun tiempo tuvieron el señorío y mando de la isla, hasta tanto que, echados por los naturales de ella, se huyeron y pasaron á los romanos, de los cuales de tal manera fueron recebidos y amparados, que no los tornaron á enviar á Cerdeña; mas, por otra parte, ellos armaron muchas naves para quitar á los cartagineses, como lo hicieron, la posesion de aquella isla. Fué este grave sentimiento para los de Cartago, que consideraban cuántas fuerzas perdian con haberles quitado á Sicilia y al presente despojado de Cerdeña. Los romanos se excusaban con el concierto y capitulaciones pasadas, por donde pretendian que los de Cartago debian partir mano y salirse de la una y de la otra isla. Para mitigar esta pena usaron de blandura y de maña; y fué que sin ser requeridos enviaron trigo á Cartago para remedio de la hambre, que se padecia gravísima en aquella ciudad, causada de la falta de labor por los alborotos, que no dieron lugar á sembrar los campos; dado que Amilcar Barquino, nombrado de los suyos por capitan contra los amotinados de Africa, los habia quebrantado y cansado con paciencia de tres años, y vencido despues en una señalada batalla que les dió. Reparadas las cosas con esta victoria, y disimulado el dolor de habelles quitado á Cerdeña, tornaron á tratar de lo de España; donde por caer tan léjos de Roma pensaban podrian extender su señorío, y con mayores ventajas recompensar los daños pasados. Nombraron á Amilcar para aquel cargo con autoridad suprema de hacer y deshacer; el cual, al partirse de Cartago, segun la costumbre, hizo primero sus votos, y ofreció sus sacrificios; hallóse presente su hijo Aníbal, niño de nueve años, porque le queria llevar consigo á España. Hízele tocar al altar y que jurase por expresas palabras que, en siendo de edad, vengaria su patria contra los romanos y tomaria contra ellos las armas. Tenia Amilcar otros tres hijos menores que Aníbal, es á saber, Asdrúbal, Magon y Hannon. Hízose Amilcar á la vela, y luego que llegó á Cádiz, los turdetanos, que sin hacer mudanza se habian conservado en la amistad de Cartago, enviaron embajadores á dalle la bien venida y ofrecelle sus gentes y fuerzas, si las hobiese menester. Con esta ayuda Amilcar, no solo recobró lo que antiguamente los suyos poseian en tierra firme, pero aun se apoderó de toda la Bética, parte por fuerza, y parte por voluntad de los naturales, que fué el año de la fundacion de Roma de 516. Era esta gente por aquel tiempo tan rica, que, como dice Estrabon, usaban de pesebres y de tinajas de plata. Añaden que, costeando con su armada las riberas del mar Mediterráneo, se metió por Ebro arriba, donde fundó un pueblo, que antiguamente llamaron Cartago la Vieja, y hoy se entiende que sea Cantavecha, pueblo pequeño de los caballeros y órden de San Juan, distante de la ciudad de Tortosa, entre poniente y septentrion, por espacio de diez leguas, en los pueblos dichos antiguamente Ilercaones, donde sin duda la puso Ptolomeo; por donde claramente se entiende cómo se engañan los que sienten que Cartago la Vieja fuese, ó la misma ciudad de Tortosa, ó tres leguas hácia el levante donde sale el sol, una aldea llamada Perelló, por ciertos paredones que allí hay, rastros manifiestos de edificio antiguo. El año siguiente se apoderó de todas las marinas, donde los Bastetanos y Contestanos se extendian hasta el mar, comarcas do hoy están las ciudades de Baza y Murcia; y no dista mucho de allí la de Sagunto, de donde vinieron embajadores á Amilcar para darle el parabien de las victorias y traerle presentes, si bien los de aquella ciudad estaban muy léjos de entregársele, aunque fuese con muy honestos y aventajados partidos. Despidiólos pues benignamente y con buenas palabras; pero el deseo que tenia de apoderarse de aquella ciudad era muy grande. Era menester buscar algun color para hacello y para cubrir su mal ánimo con capa de honestidad. Acordó de persuadir á los turdetanos que en los términos de Sagunto edificasen una ciudad, la cual consta se llamó Turdeto, y algunos quieren que sea Tiruel, apartada veinte leguas de Sagunto; esto sienten movidos solo por la semejanza del nombre, conjetura las mas veces engañosa y flaca. Resultó de aquel principio y por aquella causa diferencia entre aquellas dos naciones ó ciudades; ocasion á propósito para lo que pretendia Amilcar, que era apoderarse de los saguntinos y quitalles la libertad; ellos por sospechar lo que era, se resolvieron de no alborotarse ni tomar las armas contra los turdetanos. A la boca del rio Ebro hicieron los cartagineses fiestas y alegrías por todas las victorias pasadas, junto con celebrarse las bodas de Himilce, hija de Amilcar, con Asdrúbal, deudo del mismo, el año que se contaba de la ciudad de Roma 521. Hacíanse estos regocijos, y no por eso el capitan cartaginés se descuidaba de lo que á la guerra tocaba, antes desde allí envió embajadores á los principales de la Gallia para ganarles las voluntades, por tener entendido que su amistad podria ser muy á propósito para la guerra que, en teniendo á España sujeta, pensaba hacer contra los romanos. Granjeólos con dádivas y con oro, de que ellos eran muy codiciosos, y España muy abundante. Luego el año siguiente movió con su gente y armada hácia los Pirineos; corrió y su-



jetó todas aquellas riberas desde Tortosa hasta el rio que hoy llamamos Lobregat, y antiguamente se llamó Rubricato. Poco adelante dél fundó la nobilísima ciudad, cabeza de Cataluña, con nombre de Barcelona, por los Barquinos, del cual linaje él era. Otros atribuyen la fundacion de Barcelona á Hércules el Libio; otros á la ciudad Barcilona, que estaba en Asia en la provincia de Caria. Pero autores mas en número y de mayor antigüedad cuentan á nuestra Barcelona entre las poblaciones cartaginesas, con que se refutan las dos opiniones postreras, y la primera se comprueba. Trataba destas cosas Amilcar, y juntamente pretendia apoderarse de Roses y de Ampúrias, ciudades cercanas, y que resistian á sus intentos por estar aliadas con los saguntinos, cuando muy fuera de su pensamiento le sobrevino la muerte en los pueblos Edetanos, donde era vuelto, por causa de acudir á las alteraciones que en la Bética estaban levantadas. Fué muerto en una batalla que dió á los naturales, que le salieron en gran número al encuentro, el noveno año poco mas ó menos despues que vino esta segunda vez á España. La pelea fué tan brava y sangrienta, que de pasados cuarenta mil hombres que llevaba consigo, mas de las dos tercias partes murieron á cuchillo. Los demás, muerto su general, se salvaron por los piés, y con la escuridad de la noche se pudieron recoger á las ciudades comarcanas de su devocion. Tito Livio dice que esta batalla se dió junto á un lugar y pueblo que se llamaba Castro Alto.

CAPITULO VIII.

De lo que Asdrúbal hizo.

Las fuerzas y armas de los cartagineses, despues desta rota tan memorable, refieren que revolvieron sobre la Bética ó Andalucía, donde echaron por el suelo una poblacion de los focenses, sin declarar qué nombre tenia; solo dicen que fué la primera que se alborotara en aquellas partes. Así, la que fué primera ocasion del daño, fué primeramente castigada. Esto en España. En Cartago, sabida la muerte de Amilcar, se trató en aquel Senado de enviar sucesor en su lugar para el gobierno de España. Hobo grande debate sobre el caso, y no se conformaban los pareceres. La ciudad estaba toda dividida en dos bandos, los edos y los barquinos, dos parcialidades y familias que en poder, riquezas y autoridad sobrepujaban á las demás. Los barquinos querian que Asdrúbal fuese elegido para aquel cargo; los edos otrosí, por envidia que les tenian, pretendian enviar de su linaje gobernador á España, de donde se recogian grandes riquezas. En tanto que por estos debates la resolucion se dilataba y estas diferencias andaban, llegó Aníbal desde España muy á propósito á Cartago. Con su llegada confirmó las voluntades y fuerzas de su bando, y se enflaquecieron los intentos del contrario. En fin, con sus amigos y por su autoridad y negociacion hizo tanto, que el cargo de España se encomendó á Asdrúbal, su cuñado. Entró en el Senado, hizo un largo y estudiado razonamiento; relató los trabajos de su padre, las cosas que gloriosamente habia acabado; cómo por su esfuerzo quedaba domada España; su desgraciada muerte, que resultó, no por alguna culpa suya, sino por la adversidad de la fortuna; que dejaba fundadas nuevas ciudades, y en las antiguas puestas buenas generaciones; que la esperanza de sujetar todo lo demás de aquella provincia era grande, si por el mismo camino y traza se continuaba el gobierno; erraban si creian que los ánimos feroces de los españoles se podian domar por sola fuerza; que Asdrúbal era de edad á propósito, grande su autoridad, su esfuerzo y valentía, y no solo en las armas era ejercitado, sino tambien en la elocuencia, y en particular tenia grande destreza y maña para tratar los ánimos de los naturales; que en él solo las voluntades, así de los ejércitos como de los confederados, se conformaban. En señal de lo que decia, sacó un envoltorio de cartas que á su partida le dieron españoles y capitanes. Mirasen una y otra vez que con la mudanza del gobierno y con nuevas trazas no se enajenasen las voluntades de aquella nobilísima provincia, la cual ganada, quedarian acrecentados con sus riquezas y fuerzas, y no ternian que temer adelante algun revés ni desastre. Con aquel razonamiento y con las cartas quedó convencido el Senado para que el cuidado y gobierno de España se encomendase á Asdrúbal, como se hizo, año de la fundacion de Roma de 524. El cual pasado, dado que hobo órden en las cosas de España, el mismo Asdrúbal, acompañado de los principales de su gobierno, se partió para Cartago; que pensaba y aun pretendia gobernar á su voluntad toda la república, y que él solo tendria mas mano y poder que todos los demás magistrados. Esto pensaba él; las cosas sucedieron muy al revés, ca por maña y artificio de la parcialidad contraria, el pueblo y el Senado se persuadió que, con ayuda de su cuñado, Aníbal pretendia hacerse rey y señor de aquella ciudad libre. Pasó la alteracion por esta causa y las sospechas tan adelante, que fué forzado á dar la vuelta y embarcarse para España. Halló la provincia sosegada; por esto se determinó edificar en aquella parte por donde los Contestanos se tendian á la ribera del mar una ciudad, que llamaron Cartago la Nueva, á distincion de la otra que, como dijimos, Amilcar fundó cerca del rio Ebro. Llamóse asimismo esta nueva ciudad *Cartago Spartaria,* por el mucho esparto que hay por aquellas comarcas. Tiene otrosí un buen puerto, seguro de cualquier tormenta de vientos por los collados con que en derredor, como con un compás, está cerrado; una estrecha entrada, y para mayor seguridad una isleta, que le está puesta por frente como baluarte; los mas antiguos la llamaron Herculea, los latinos *Scombraria*, de cierto género de pescado, de que hay en aquellos lugares grande abundancia. Púdose esta poblacion comparar antiguamente con cualquier grande ciudad en la anchura de los muros, hermosura de los edificios, arreo, nobleza y número de ciudadanos. Al presente, aunque reducida á pequeño número de moradores, todavía conserva claros rastros de su antigua nobleza. Los romanos, avisados de todo lo que en España pasaba, magüer que ardian en deseo de contrastar á los intentos de los cartagineses y desbaratalles sus trazas, pero porque no paresciese eran ellos los primeros á quebrantar el concierto y asiento que tomaron poco antes, acordaron de disimular por entonces. Principalmente que eran avisados de la Gallia ulterior cómo aquella gente se conjuraba con los de la Gallia Cisalpina, que hoy es Lombardía, en daño del pueblo romano. Contentáronse pues con enviar una embajada á Marsella con voz y son de desbara-



tar lo que pretendian los gallos; mas en hecho de verdad, con intento de concertarse por medio de los de Marsella con los pueblos que tenian los de aquella ciudad por amigos en las marinas de España; lo que fácilmente alcanzaron, y se efectuó en odio de los cartagineses, de quien mucho todos se recelaban. Los que primero hicieron alianza con los romanos fueron los de Ampúrias, ciudad contada entre los pueblos que antiguamente se llamaron Indigetes, que partian término con los Taletanos por una parte, y por otra con los Ceretanos, y se extendian desde el rio dicho Sameroca, hoy Sambuchia, hasta lo postrero de los Pirineos. Por medio de las Ampúrias y á su instancia se concertaron tambien los de Sagunto y los de Denia, que fué el principio y ocasion de la nueva y gravísima guerra que no mucho despues desto se encendió entre los cartagineses y los romanos. No se podian encubrir tan grandes prácticas y negociaciones que no las entendiese Asdrúbal, ni tampoco lo que los romanos pretendian; mas parecióle disimular hasta tanto que todo estuviese á punto para la guerra que queria darles. Trató de asegurar las ciudades de su devocion; procuró por sus cartas que Aníbal volviese en España desde Cartago, donde hasta entonces le entretenian como por rehenes y seguridad de que Asdrúbal haria lo que era razon. Hobo grande dificultad en alcanzar del Senado la licencia para volver á España, á causa que Hannon, cabeza del bando contrario, hacia grande resistencia, diciendo convenia que le acostumbrasen á vivir en igualdad con los demás ciudadanos, y como particular obedecer á las leyes: recato muy á propósito para conservar su libertad. Llegado á España, los soldados y los amigos le recibieron con grande muestra de alegría; Asdrúbal le nombró luego por su lugarteniente, que fué año de la fundacion de Roma de 528, en el cual tiempo vinieron á España embajadores enviados de Roma, y luego que les fué dada audiencia, declararon la causa de su venida, es á saber, que los de Cartago de tiempo atrás eran confederados y amigos del pueblo romano, que con el mismo de nuevo los españoles de la España citerior se habian concertado y hecho paz. Por donde, para que el un concierto no perjudicase al otro, pedian, lo que era muy justo, que los cartagineses en España tuviesen por término de su conquista y jurisdiccion al rio Ebro; y sin embargo, no tocasen los términos de los saguntinos, si bien caian de la otra parte del rio. En conclusion, que los unos no hiciesen daño ni agravio á los amigos y aliados de los otros. Quien esto quebrantase, fuese visto contravenir á las leyes del concierto y alianza que tenian hecha. Esta embajada, como era razon, dió gran pesadumbre á los cartagineses, por adelantarse tanto los romanos, que en provincia ajena pusiesen leyes á los vencedores. Con todo esto, por dar tiempo al tiempo, entre tanto que se apercebian de lo necesario para la guerra, consintieron y vinieron en todo lo que los embajadores pidieron en nombre de su ciudad. Tanto mas, que desde Italia avisaban como los gallos transalpinos, aunque iban juntos con los de la Cisalpina, y por el mismo caso mas espantables, fueron desbaratados por los romanos en una grande batalla, en que quedaron muertos cuarenta mil dellos y diez mil presos. Asdrúbal gastó tres años enteros en aparejar lo que para la guerra que pensaba hacer entendia ser necesario, como dineros, pertrechos y soldados, con todo lo demás. Pero sus pensamientos é intentos atajó la muerte cuando menos lo pensaba, que le sobrevino el año segundo de la olimpiade 139, de la fundacion de Roma 532. Matóle un esclavo en venganza de su señor, que se llamaba Tago, y aunque era de los mas principales de España, Asdrúbal le habia hecho morir. Fué tan grande el gusto que el esclavo recibió con haber vengado á su señor y dado la muerte al dicho Asdrúbal junto al altar donde estaba sacrificando, que, si bien fué luego preso y le desmembraron y despedazaron con diversos tormentos, nunca dijo ni hizo cosa que mostrase tristeza, antes lo sufrió todo con rostro muy alegre y regocijado.

CAPITULO IX.

De la guerra saguntina.

Muerto que fué Asdrúbal de la manera que queda dicho, todo el gobierno de España se dió á su cuñado Aníbal; la voluntad y juicio de los soldados que lo pedian confirmó el favor del pueblo, y aprobó el Senado cartaginés. Hallábase en lo mejor de su edad, que era de veinte y seis años, poco mas ó menos. Era mozo de grande espíritu y corazon. Tenia naturalmente muy aventajadas partes, dado que los vicios y malas inclinaciones no eran menores. El cuerpo endurecido con el trabajo, el ánimo generoso, mas codicioso de honra que de deleites. Su atrevimiento era grande, su prudencia y recato notables. Estas virtudes afeaba y escurecia con la deslealtad, crueldad y menosprecio de toda religion. Verdad que era agradable y amado de todos, así de los menudos como de los principales. Encargado del gobierno y avisado por el desastre de Asdrúbal, temia que la muerte no le cortase los pasos; por donde desde luego comenzó á revolver en su pensamiento la forma que tendria para hacer guerra á los romanos. Era necesario buscar alguna causa y color honesto para romper con ellos. Parecióle seria lo mejor acometer á los saguntinos y vengar las injurias que habian hecho á sus aliados y amigos. Antes que al descubierto pusiese la mano en cosa tan grande, celebró con extraordinarios regocijos en Cartagena sus bodas con Ilimilce, vecina de Castulon, ciudad nobilísima, puesta donde hoy se ven los cortijos de Cazlona, no léjos de la ciudad de Baeza, rastros que quedan de su grandeza antigua. Era esta señora del linaje de Milico, antiguo rey de España; demás desto se decia que Cirreo Focense, de cuyo linaje asimismo venia Ilimilce, habia fundado aquella ciudad del nombre y apellido de su madre Castulona. El dote fué muy grande y conforme á su nobleza, por donde el poder de Aníbal se aumentó mucho en España, y no menos el favor y aplauso de los naturales, que le miraban ya como á ciudadano suyo y natural. Demás desto, en el tiempo de su gobierno y por su mandado se buscaron y hallaron mineros de oro y de plata, los cuales todos comunmente se llamaron los pozos de Aníbal. La riqueza que destos pozos salia se puede entender por lo que de uno dellos se escribe, llamado Bebelo, del cual cada dia se sacaban trecientas libras de plata pura y acendrada, que era valor de dos mil y seiscientos y cuarenta ducados. Al principio movió guerra contra los Carpetanos, que es el reino de

Toledo, gente feroz y brava, y que en muchedumbre sobrepujaba los demás pueblos de España. Los Olcades, donde ahora está Ocaña (Estéfano pone los Olcades cerca del rio Ebro), fueron los primeros sujetados. Luego despues se dió cerca de Tajo una brava batalla, en que asimismo perdieron los naturales la victoria, que los cartagineses ganaron. Por el mismo tiempo comenzaron disensiones y alteraciones entre los saguntinos, que era abrir la puerta y allanar el camino al enemigo, que no se descuidaba. Los mas cuerdos, para remediar este daño, acudieron á Roma, y por sus ruegos vinieron dende embajadores, los cuales, con amonestar á los unos de los saguntinos y amenazar á los otros y castigar á algunos de los culpados, sosegaron aquellas alteraciones, de que se temia, si pasaban adelante, que, venidos que fuesen á las manos, la parte mas flaca daria á Aníbal entrada en la ciudad; el cual, ensoberbecido por lo que habia hecho y por tener allanada toda la provincia de aquella parte del rio Ebro, sin quedar quien le hiciese rostro, revolvió su pensamiento á la guerra de Sagunto, que era donde se encaminaban sus intentos. Para dar color á esta empresa, persuadió á los turdetanos que sobre los mojones moviesen pleito á los de Sagunto y les hiciesen guerra, ca tenia por cierto que de aquellas diferencias resultaria ocasion bastante para acometer lo que dias atrás tanto deseaba; y asimismo, que de allí tendria principio la guerra contra los romanos. Los saguntinos, al contrario, viéndose mas flacos que el enemigo, y por estar confiados mas en la amistad de los romanos que en sus fuerzas ni justicia, aunque era muy clara, luego despacharon á toda priesa embajadores á Roma, que declararon en el Senado la causa de su venida; que Aníbal les armaba asechanzas como enemigo suyo muy declarado, y que muy en breve con todas sus fuerzas se pondria sobre aquella ciudad; que ningun reparo les quedaba para no perecer ellos y sus haciendas, si el arrimo y esperanza que tenian en el Senado les faltase. Decian estar aparejados á sufrir cualquier daño antes que faltar en la fe puesta con aquella ciudad; que el Senado debia advertir cuánto importaba la presteza, pues solo el detenerse y la tardanza seria causa de su perdicion y ocasion para que todos entendiesen los desamparaban y entregaban sus aliados á los enemigos; y por el contrario, que su constancia sola y su lealtad les acarreaba tanto daño. Tratóse el negocio en el Senado; los pareceres fueron diferentes, y dado que algunos juzgaban se debia luego romper la guerra, siguióse empero, y prevaleció el parecer mas recatado y mas blando, que fué enviar primero embajadores á Aníbal, los cuales, llegados que fueron á Cartagena en sazon que el verano estaba bien adelante, le avisaron de la voluntad del Senado, y le requirieron de paz no hiciese molestia y agravio á los saguntinos ni á los otros sus aliados, y como estaba asentado en el concierto pasado no pasase el rio Ebro; donde no, que el pueblo romano miraria por sus aliados y amigos que nadie los agraviase. A todo esto respondió Aníbal que los romanos no guardaban justicia ni la hacian, así en la muerte que poco antes en Sagunto dieran á sus amigos, varones principales, como en querer al presente se disimulasen los agravios que los de Sagunto habian hecho á los turdetanos; que, como era justo, defendiesen los romanos con justicia á sus aliados, así no parecia contra razon tuviese él tambien libertad de mirar por sus amigos y defendellos de toda demasía y agravio. Despedidos los embajadores con esta respuesta, luego por el mes de setiembre, con intento de prevenir á los romanos y ganar por la mano, marchó y se puso sobre Sagunto con un campo de ciento y cincuenta mil hombres, que fué el año primero de la olimpíade 140, como lo dice Polibio. Corrió los campos, tomó y saqueó muchos pueblos comarcanos, solo perdonó á Denia, por dar muestra de lo que ningun cuidado tenia, que era de la devocion y reverencia del templo de Diana, muy famoso, que allí estaba. En los pueblos llamados antiguamente Edetanos estaba Sagunto, asentada cuatro millas del mar; sus campos eran muy fértiles y abundantes, y ella asaz rica por el gran trato que alcanzaba por mar y por tierra, fuerte por su sitio y por sus murallas y baluartes. Luego que Aníbal asentó y fortificó sus reales, hizo apercebir los ingenios. Comenzaron con cierta máquina, que llamaban ariete, á batir la muralla por la parte mas baja, que se remataba en un valle, y por tanto parecia mas flaca. Engañólos su pensamiento, ca la batería salió mas dificultosa de lo que pensaban, y los moradores se defendian con grande brio y corajo, tanto que al mismo Aníbal, como quier que un dia se llegase cerca del muro, pasaron el muslo con una lanza que le arrojaron desde el adarve. Fué el espanto que por este caso los suyos recibieron tan grande, que estuvieron á pique de desamparar todos los ingenios que tenian hechos; la herida tan grave, que en tanto que se curaba se dejó la batería por algunos dias. En esta sazon los saguntinos despacharon nuevos embajadores á Roma para protestar en el Senado y requerilles no desamparasen la ciudad amiga para ser asolada por sus enemigos mortales; que si un poco se detenian sin falta pereceria, y el remedio despues vendria tarde. Hecha cala y cata, hallaban que tenian trigo para pocos meses, pero que con el buen órden y repartimiento podrian entretenerse algo mas. Despachados los embajadores, repararon y fortificaron con gran cuidado los lugares que, ó por el daño recibido, ó de suyo, eran mas flacos. Aníbal, luego que sanó de la herida, arrimó sus ingenios á la ciudad, con cuyos golpes derribó por el suelo tres torres con todo el lienzo de la muralla que entre ellas estaba. Dióse el asalto; los enemigos por la batería pugnaban de entrar en la ciudad y aquejaban á los de dentro; los ciudadanos, al contrario, animados con el peligro, ordenaron sus haces y gentes delante de la muralla, con que primero sufrieron el ímpetu de sus contrarios, luego, porque fuera de su esperanza no eran vencidos, hirieron en ellos con tal denuedo, que los hicieron ciar y los arredraron de la ciudad; finalmente, los pusieron en huida y los siguieron hasta los reales, en que apenas con el foso y trincheas se pudieron defender; tal y tan grande era el espanto que cobraran. Este atrevimiento y esta victoria fué muy perjudicial á los saguntinos, porque Aníbal se embraveció mas, y determinado de no reposar antes de apoderarse de la ciudad, no quiso dar audiencia á nuevos embajadores que de Roma le vinieron sobre el caso; ca los romanos estaban resueltos de intentar cualquier cosa antes de venir á las armas y llegar á rompimiento. Los embajadores, segun que les fuera mandado, pasaron de España en Africa, y en el Senado

de Cartágo se quejaron de los agravios y de todo lo que sus gentes intentaban en España. Pidieron que Aníbal les fuese entregado para ser castigado, como era razon; que sola aquella satisfaccion quedaba para que se conservase la paz. Oidos que fueron los embajadores, Hannon dijo que los romanos pedian justicia; que Aníbal, sin que nadie lo pretendiese, debia ser desterrado á lo postrero del mundo, porque no perturbase el estado apacible y quieto de su ciudad. Pero la parcialidad de los barquinos, que estaba prevenida por mensajeros y cartas del mismo Aníbal, y por este medio corrompido el Senado, desechado el consejo mas saludable, dió respuesta en esta forma: Que las cosas se hallaban reducidas á aquel estado, no por culpa de Aníbal, sino que de los saguntinos nació el agravio; que no hacian el deber los romanos en preferir nuevas amistades á la antigua. En el entre tanto Aníbal daba por algunos dias reposo á sus soldados, cansados con las peleas y baterías que se daban, cuando á la sazon le nació un hijo de Himilce, su mujer, llamado Aspar; causó esto grande alegría á su padre y á todo el ejército. Hiciéronse en los reales por su nacimiento grandes juegos y regocijos de todas maneras. Los saguntinos por tanto no reposaban, antes apercebian todo lo necesario para su defensa, y asimismo repararon los muros por la parte que el enemigo abriera entrada. Por demás fué esta diligencia, ca los enemigos con una torre de madera que levantaron, se arrimaron á la muralla, y desde allí, con lanzas y flechas, forzaban á desamparalla los que defendian la ciudad. Demás desto, quinientos africanos con picos y con palancas echaron por tierra una buena parte de la dicha muralla, por no estar edificada con cal, sino con barro, y por tanto tener menos resistencia. Hecho esto, los soldados, con esperanza del saco, que á voz de pregonero les fué prometido, entraron la ciudad por fuerza de armas. Los saguntinos, por no ser bastantes para defender la entrada, se retiraron mas adentro, y con un nuevo muro, que de repente á toda priesa levantaron, juntaron la parte de la ciudad que les quedaba con el castillo. Todo esto era poca defensa, y solamente estribaban en la vana esperanza del socorro que de Roma se prometian. Diósceles algun espacio para respirar con la partida de Aníbal, que acudió á los pueblos llamados Carpetanos y Oretanos, que tomaran las armas por el rigor que en levantar gente los cartagineses usaban; quedó en el cerco Maharbal, hijo de Himilcon, como lugarteniente de Aníbal, el cual apretaba los saguntinos con reprimir sus correrías y salidas y ganar, como ganó, otra parte de la ciudad; con que los cercados se hallában reducidos á extremo peligro. Sosegó Aníbal las alteraciones de aquellos pueblos; hecho esto, dió vuelta á Sagunto, y con su llegada se apoderó de una parte del mismo castillo, con que los miserables ciudadanos perdieron de todo punto la esperanza de poderse defender. La obstinacion sola los sustentaba, mal que en los mayores peligros no recibe consejo, y cuando es sin fuerzas acarrea la perdicion. Un ciudadano de Sagunto, por nombre Halcon, se salió escondidamente de la ciudad, y por compasion que tenia á sus ciudadanos, que con el peso de los males via estar fuera de juicio, comenzó en particular á tratar de conciertos. Y como no alcanzase otra respuesta sino que los cercados solo con sus vestidos, desamparada la ciudad, fundasen un nuevo pueblo en aquella parte y campos que el vencedor les señalaria, se quedó en los reales, por no tener esperanza que sus ciudadanos se querrian entregar con aquel partido; que era un miserable estado ni tener ni saber aceptar remedio. Viendo esto un español llamado Alorco, sin embargo que era soldado de Aníbal, por ser aficionado á los saguntinos, así por su naturaleza como por acordarse del buen hospedaje que en otro tiempo le habian hecho, se metió en la ciudad por la batería, y lo primero hizo echar fuera y apartar la gente popular, despues avisó en pública audiencia á los principales de aquellas condiciones, injustas por cierto, dijo, y graves, pero para el estrecho en que se vian necesarias; que considerasen, no lo que perdian ni lo que les quitaban, sino que tuviesen por ganancia todo lo que les dejaban; pues la vida, la libertad y las riquezas todo estaba en poder del vencedor. El razonamiento de Alorco fué oido con grande indignacion y bramido del pueblo, que poco á poco se llegó con deseo de saber lo que pasaba. Muchos, juntando el oro, plata y alhajas en la plaza, los pusieron fuego, y en la misma hoguera se echaron ellos, sus mujeres y hijos, determinados obstinadamente de morir antes que entregarse. En el mismo punto cayó en tierra una torre, despues de muy batida, que dió libre entrada á los soldados en la ciudad, que ardia toda en vivas llamas y en fuego, encendido por sus mismos ciudadanos, y que el enemigo procuraba de apagar; que era igual desventura por el un respeto y por el otro; de tal manera la guerra muda las leyes de naturaleza en contrario. Los moradores fueron pasados á cuchillo, sin hacer diferencia de sexo, estado ni edad. Muchos, por no verse esclavos, se metian por las espadas enemigas; otros pegaban fuego á sus casas, con que perecian dentro dellas quemados con la misma llama. Pocos fueron presos, y este fué casi solo el saco de los soldados, dado que muchas preseas se enviaron á Cartago, muchas fueron robadas por los mismos, ca no pudieron los moradores quemallo todo. Duró este cerco por espacio de ocho meses, y en el de mayo fué destruida aquella nobilísima ciudad, año que se contaba de la fundacion de Roma 536, del cual número hay quien quite dos años, pero concuerdan todos que fué en el consulado de Publio Cornelio y de Tito Sempronio.

CAPITULO X.

Del principio de la segunda guerra púnica contra Cartago.

A un mismo tiempo llegó á Roma la fama de la destruicion y ruina de Sagunto, y los embajadores enviados á Aníbal volvieron de Cartago; con cuánto dolor y pena del Senado y del pueblo no hay para que decillo, la misma cosa lo da á entender; quejábanse de sí mismos, reprehendian su tardanza y sus recatos, confesaban haber desamparado á sus amigos y entregádolos en las manos de sus contrarios. Vanas quejas eran estas, arrepentimiento fuera de sazon, por estar ya asolada aquella nobilísima ciudad y sus ciudadanos degollados. Lo que solo restaba, determinar de tomar venganza, dado que si la saña que tenian era grande, no era menor el miedo de venir á rompimiento y á las manos, ca el enemigo era poderoso y valiente, y que tenia á su obediencia ejércitos diestros, endurecidos con guerras

de tantos años. Era esto en tanto grado verdad, que ya les parecia que Aníbal, pasadas las Alpes, rompia por Italia, y que ya le tenian á las puertas de la ciudad de Roma. Con todo esto se declaró luego la guerra contra Cartago. Sortearon los cónsules las provincias: á Cornelio cupo España, á Sempronio Africa con Sicilia. En Roma y en toda Italia se hicieron á toda priesa levas de soldados; los mozos y de edad competente eran forzados á tomar las armas, alistarse y acudir á las banderas; los de mas edad y las mujeres, que no podian ayudar de otra suerte, discurrian por todos los templos de su ciudad, y con oraciones y rogativas, con votos y con plegarias cansaban á los dioses. Hechos estos aparejos, y armada una gruesa flota, enviaron primeramente cinco embajadores á Cartago para mas justificarse y para preguntar si la ciudad de Sagunto fuera destruida por autoridad y mandado público del Senado. Llegaron los embajadores á donde iban; el principal dellos propuso en el Senado cartaginés lo que les fuera mandado. Respondieron que no habia que tratar de la manera de proceder, y por cuya autoridad la guerra se hizo, si no solo si fué justa, si contra justicia y razon, que en el asiento antiguo que con Luctacio se puso, ninguna mencion se hizo de los saguntinos; que si Asdrúbal admitió algunas otras condiciones, no debian ligar mas á su Senado y al pueblo que el concierto de Luctacio al Senado romano, las condiciones del cual mudaron á su voluntad, y con aquel color las hicieron mas pesadas y ásperas. Gastábase tiempo en aquellas reyertas, sin llegar al punto ni responder á la pregunta. El romano, recogida su ropa delante del pecho á la manera de quien en la halda trae algo, paz, dice, y guerra traemos; escoged lo que quisiéredes; y como respondiesen que él diese lo que su voluntad fuese, soltando la ropa, dijo les daba la guerra. Con esto los romanos, conforme al órden que llevaban, pasaron á España; en ella fácilmente trajeron á su devocion á los Bargusios, pueblos asentados en lo postrero de España, do se tendian los Ceretanos. Mas los Volcianos, á quien asimismo acudieron, los despidieron con palabras afrentosas y con desden; ca les dijeron que la buena cuenta sin duda que habian dado de los saguntinos convidaba á todos á aliarse con ellos, que ayudaban á sus compañeros solo con el nombre, y en el mayor riesgo los desamparaban. Tenian los Volcianos su asiento, como se entiende, por allí cerca, dado que algunos los ponen donde está Villadolce, no léjos de las fuentes del rio Güerva, el cual pueblo dicen que en memorias antiguas hallan que se llamó Volce. Lo que hace al caso es que, divulgada que fué esta respuesta, todas las demás ciudades por aquella parte los despidieron con la misma libertad y befa. Así, se partieron para la Gallia Narbonense, donde en una junta que se hizo de aquella gente pidieron, en nombre del Senado romano, no diesen á Aníbal paso por sus tierras para Italia, como lo pretendia hacer. Oyeron los congregados esta demanda con risa y mofa, teniendo por desatino hacer á voluntad y en pro de los romanos por donde en su perjuicio la guerra se encendiese en su tierra. Estaban prevenidos con dones de los cartagineses; de los romanos no habian recebido ni esperaban cosa alguna. Con este ruin despacho, sin efectuar cosa alguna de momento, se volvieron por Marsella á Roma. En este medio Aníbal no dormia, antes con todo cuidado se apercebia para la guerra. Con esta resolucion envió á invernar los soldados, con licencia de visitar á los suyos los que quisiesen, con tal que al abrir la primavera todos acudiesen á Cartagena. El se partió para Cádiz á hacer sus votos y ofrecer sus sacrificios en el famoso templo de Hércules. Hecho esto, y enviados su mujer y hijo ó á Africa ó á Castulon, recogió trece mil y ochocientos peones españoles, llamados cetratos, por los broqueles de que usaban, ca cetra es lo mismo que broquel. Estos envió á Cartago con ochocientos mallorquines y mil y quinientos de á caballo para que allí estuviesen como en rehenes; que por estar léjos de sus tierras entendia con mayor esfuerzo y lealtad servirian en lo que se ofreciese. En la misma flota en que fueron estas gentes, por retorno vinieron á España once mil africanos, con la cual ayuda y con ochocientos otros soldados de la Liguria, donde está Génova, encargó á su hermano Asdrúbal la defensa de España. Dejóle otrosí una armada bastante de naves para conservar el señorío del mar. Demás desto, los rehenes que habia mandado dar á las ciudades, que eran hijos de los mas principales ciudadanos, dejó en el castillo de Sagunto, encomendados á un cartaginés principal, llamado Bostar. Ordenado esto y hecho, él se puso en camino con la fuerza del ejército y campo, compuesto de diversas naciones, en el cual los mas cuentan noventa mil peones y doce mil caballos. Polibio pone muy menor el número; lo mas cierto que, llegado que hobo con sus gentes á las riberas del rio Ebro, con el gran cuidado que tenia del suceso de aquella empresa, una noche le pareció que veia entre sueños un mancebo muy apuesto y de grande gentileza, que le decia ser enviado de los dioses para que le guiase á Italia; por tanto que le siguiese sin volver atrás los ojos. Pero que él, sin embargo, vuelto el rostro, vió una serpiente que derribaba todo lo que delante se le ponia con un grande torbellino de agua que seguia. Preguntado el mancebo qué era lo que aquellas cosas significaban, le respondió se dejase de escudriñar los secretos de los hados, y siguiese por donde los dioses le abrian camino. Pasado el rio Ebro, ganó la voluntad y atrajo á su devocion á Andúbal, un señor el mas principal de los españoles de aquellas comarcas, en cuyo poder dejó el bagaje y ropa de todo el ejercito por marchar mas á la ligera; y á Hannon, con buen golpe de soldados, encomendó la defensa de aquellas tierras. Con esto pasó adelante en su camino; y entrado en los bosques y aspereza de los Pirineos, como tres mil de los carpetanos, es á saber, del reino de Toledo, arrepentidos de aquella milicia y guerra que caia tan léjos, hobiesen desamparado las banderas, recelándose que si los castigaba los demás se azorarian, de su voluntad despidió otros siete mil españoles que le pareció iban tambien á aquella empresa de mala gana. Con esta maña hizo que se entendiese habia tambien dado licencia á los primeros, y los ánimos de los demás soldados se apaciguaron por tener confianza que la milicia que seguian por su voluntad la podrian dejar cada y cuando que quisiesen. Pasados los Pirineos, con ayuda de Civismaro y Monicato, hombres poderosos en la entrada de Francia, hizo confederacion con aquella gente que se habian puesto en armas. Pasado el rio Ródano y vencidos los volcas, que moraban y poseian las riberas de la una y de la otra parte de aquel rio, pa-

só con sus gentes hasta asentar los reales á las haldas de los montes Alpes. Fué este año en España abundante de mantenimientos, pero falto de salud. Hobo enfermedades y peste, temblores de tierra, ordinarias tormentas en la mar, en el cielo aparencia de ejércitos que se encontraban con grande ruido de las nubes: pronóstico de los males que desta guerra resultaron por toda la redondez de la tierra.

CAPITULO XI.

Cómo Aníbal pasó en Italia.

Muchas cosas de las que siguen son por la mayor parte extranjeras; pero si no las tocamos, no se pueden entender las que en España sucedieron. Dará perdon el lector, como es razon, á los que seguimos pisadas ajenas, y aun con mayor brevedad apuntamos lo que otros relatan á la larga. El cónsul pues Publio Cornelio, al cual por suerte cupo á España, como queda dicho, se embarcó y hizo á la vela para impedir el camino que los enemigos hacian. Asentó sus reales á la ribera del rio Ródano, con atencion que tenia de hallar alguna ocasion para hacer algun buen efecto. Sucedió que trecientos caballos romanos, que salieron á descubrir el campo y tomar lengua de los enemigos, se encontraron y vencieron en cierto encuentro á quinientos ginetes alárabes, que con el mismo intento habian salido de sus reales. Alegróse el Cónsul con esta victoria, ca por este principio pronosticaba que lo demás de la guerra sucederia bien; y con deseo de dar al enemigo la batalla de poder á poder, se adelantó hasta donde se juntan los dos rios el Ródano con la Sona, la cual los latinos llamaron *Araris*. Pero halló que ya el enemigo era partido, y sin embargo llegó hasta los reales de los cartagineses, que halló vacíos. No tenia esperanza de alcanzar al enemigo; por esto, vuelto al lugar de do partió, luego que despachó á su hermano Gneio Scipion con la fuerza del ejército y con una armada de galeras para acometer á España y defender en ella á los aliados del pueblo romano, él con pocos volvió por mar á Génova, con intencion que en Italia no le faltarian soldados ni ejército para ir contra Aníbal. El cual, por lo que hoy llamamos Saboya, y antiguamente fueron los Allobroges, pasó, aunque con grande dificultad, en espacio de quince dias las Alpes de Turin. Desde allí rompió por Italia con su ejército de veinte mil peones y seis mil caballos, como cuentan algunos; otros dicen que llevaba cien mil peones y veinte mil caballos. Lo que consta es que los romanos no tenian fuerzas bastantes para resistir, por ser sus soldados nuevos y bisoños, como levantados de priesa. Por donde cerca del rio Ticino, dicho al presente Tesino, el cónsul, en cierto encuentro que tuvo con el enemigo, á manera de vencido y aun gravemente herido, se retiró á sus reales, de donde la noche siguiente se partió como huyendo, y se metió en Placencia con mayor confianza que tenia en los muros que en sus fuerzas. Verdad es que al otro cónsul, llamado Sempronio, sucedian mejor las cosas en Sicilia, ca venció por mar dos armadas cartaginesas, que fué causa de mandalle volver contra Aníbal y acudir al mayor peligro; pero con su venida no se mejoró nada el partido de Roma; antes en una batalla que el mismo dió al enemigo junto al rio Trebia, se hizo mayor estrago en los romanos, porque gran número dellos pereció en la pelea y en el alcance. Invernó en aquellos lugares Aníbal, y el cónsul Sempronio se partió á Roma para hallarse á la eleccion de los nuevos cónsules. Pasados los frios, antes que llegase el verano del año que se contó 537 de la fundacion de Roma, Aníbal movió con sus gentes, y pasó adelante la vuelta de Roma. Pero al pasar del monte Apenino y á la entrada de la Toscana, con una grande tempestad que se levantó y por la fuerza del frio, murieron muchos del ejército cartaginés. Volvió por esta causa Aníbal atrás, y siendo asimismo de vuelta el cónsul Sempronio, que dejaba en Roma elegidos nuevos cónsules, es á saber, Gneio Servilio y Caio Flaminio, junto á Placencia se dió una muy herida y muy dudosa batalla; pelearon hasta que sobrevino la noche y casi con igual daño de entrambas partes. El cónsul se quedó en aquella ciudad, y el cartaginés se recogió á la Liguria, que hoy es lo de Génova, para rehacerse, por haber perdido grande parte de su ejército.

CAPITULO XII.

De lo que sucedió por el mismo tiempo en España.

Llegado que fué Gneio Scipion á España, sujetó al nombre y imperio romano toda aquella parte de aquella provincia que corria hácia el mar desde los pueblos que llamaban Lacetanos y el cabo de Creus hasta el rio Ebro; ca por el aborrecimiento que tenian á los cartagineses, de buena gana mudaban partido y alianza. La armada romana invernó cerca de Tarragona; debió ser en el puerto de Salu, el cual parece que Ruso Festo llamó Solorio, distante de aquella ciudad cuatro millas á la parte de poniente. Despues desto, el capitan romano trabó pelea con Hannon, al cual, como queda dicho, Aníbal dejó para guarda de aquellas partes. La batalla fué junto á un pueblo llamado Cisso, que entienden hoy es Sisso ó Saide, lugares conocidos por aquellas comarcas. El campo y la victoria quedó por los romanos; murieron seis mil de los enemigos, los presos llegaron á dos mil, y entre ellos fueron el mismo Hannon y Andúbal, que, como se dijo, seguia la parte de Cartago; pero diéronle en la pelea tales heridas, que dentro de pocos dias murió dellas. Asdrúbal, que avisado venia á socorrer á Hannon, como pasado el rio Ebro tuviese noticia de la rota, doblando el camino hácia la mar, mató á muchos marineros y gente naval de los romanos que halló descuidados y sin recelo de su venida; y con la misma presteza, por miedo del capitan romano, que movido de la fama de aquel hecho se apresuraba para revolver sobre él, tornó á pasar el rio Ebro, y llevó sus gentes, que eran ocho mil infantes y mil caballos, á lugares seguros. Gneio, del Ampurdan, donde despues de la huida de los cartagineses era ido, fué forzado á dar la vuelta y acudir á los pueblos llamados Ilergetes, donde está Lérida, á causa que despues de su partida, desamparada la amistad romana, se habian pasado á la de Cartago. Llegado que fué, perdonó á los demás, y contentóse con castigar en dineros á los de un pueblo llamado Atanagia, y mandarles dar mayor número de rehenes como á ciudad que tenia mas culpa, ca fuera la primera en alborotarse. Desde allí movió la vuelta de los pueblos Accitanos, que moraban cerca del rio Ebro, y se man-

tenian en la amistad de los cartagineses. Otros dicen que fueron los Ausetanos, pueblos á las haldas de los Pirineos donde hoy estan las ciudades de Vique y de Girona. Lo que consta es que, puesto que tuvo sitio sobre Acete, cabecera que era de aquellos pueblos, los Lacetanos, donde está Jaca, que venian en su socorro, y de noche pretendian entrar dentro de aquella ciudad, cayeron en una celada que les pusieron, donde fueron muertos hasta doce mil dellos, y los demás para salvarse se pusieron en huida. Los cercados, perdida toda esperanza de tenerse, principalmente que Amusito, el principal dellos, secretamente se huyó á Asdrúbal, forzosamente se hobieron de entregar el dia trigésimo del cerco. Penáronlos en veinte talentos de plata; y con esto, el ejército romano fué enviado á invernar á Tarragona, y á los españoles que les seguian asimismo enviaron á sus casas. Grandes prodigios cuentan se vieron en España, Italia y Africa, por la cual causa, para aplacar la ira del cielo, se ofrecieron y renovaron los mayores y mas extraordinarios sacrificios que de costumbre tenian, en especial en Cartago, de tal manera y en tanto grado, que acudieron á la costumbre de los de Fenicia, que dejaran por largo tiempo, y conforme á ella acordaron de aplacar la deidad de Saturno con la sangre de los hijos de los mas principales; ca consideraban que en el suceso de aquella guerra, bueno ó malo, estaban en balanzas las haciendas y vidas de todos. Dicen asimismo que entre los demás mozos que se debian sacrificar, fué por el Senado señalado Aspar, hijo de Aníbal, como del mas principal ciudadano de su ciudad; tal era el pago que daban á los trabajos de su padre, ó por mejor decir, todo esto es fábula compuesta para entretener al lector con la diversidad y extrañeza destas patrañas, inventadas por nuestros historiadores, que añaden el niño fué librado de la muerte por los ruegos de su padre, que decia tenia por mejor aventurar su vida en aquella guerra que, por obedecer á aquella religion ó supersticion de su patria, derramar, en duda de ser oido, la sangre de su hijo, que mucho amaba.

CAPÍTULO XIII.

De la batalla que se dió junto al lago Trasimeno.

Pasado el invierno, y con levas que el cartaginés hizo de gente en lo de Génova, reparado el ejército, que quedó mal parado de las refriegas ya dichas, Aníbal pasó las cumbres del monte Apenino con mayor facilidad y prosperidad que antes. Dado que en aquel viaje, al pasar las lagunas que de las crecientes del rio Arno quedaban, por causa de la mucha humedad y frio perdió el uno de los ojos, con que quedó mas feo y por el mismo caso mas fiero y espantable. Muchos hombres y bestias perecieron y casi todos los elefantes que en su hueste llevaba. Con todas estas incomodidades pasó adelante, y llegó al lago Trasimeno, que está en aquella parte de Toscana donde la ciudad de Cortona, y no léjos de la ciudad Perosa, de la cual hoy tiene el apellido, ca se llama el lago de Perosa. Corrió y taló los campos de aquella comarca con intento de irritar al cónsul Caio Flaminio, que era salido contra él, y temerariamente se iba á despeñar en su perdicion. Asentó sus reales en la campaña rasa detras de un ribazo que cerca estaba; armó otrosí una celada, en que puso á los mallorquines y soldados ligeros; asimesmo en la angostura que hay entre los montes y el lago puso la caballería. Acudió el Cónsul con sus gentes con resolucion de dar la batalla; pero con la astucia de Aníbal, rodeados los romanos por frente y por las espaldas y como metidos en una red, fueron sin dificultad vencidos y desbaratados. Perecieron quince mil hombres del ejército romano, y otros tantos fueron presos, y el mismo Cónsul pasado con una lanza. Poco despues en la Umbría, donde ahora está Espoleto, cuatro mil caballos que, enviados por el cónsul Servilio de socorro por no saber lo que pasaba, iban sin recelo á juntarse con los demás del ejército romano, fueron muertos y destrozados por Aníbal. Y en prosecucion de la victoria, se puso sobre Espoleto, colonia y poblacion de romanos; pero como no la pudiese entrar, dió vuelta hácia los Picenos, que hoy es la Marca de Ancona, cuyos campos, que son muy buenos, corrió y taló sin piedad ninguna. Despues por los Marsos y Marrucinos rompió por la Pulla, donde se detuvo cerca de dos pueblos, llamados el uno Arpos, el otro Luceria. En el entretanto, los ciudadanos de Roma, atemorizados con pérdidas y rotas tan grandes, acudieron al postrer remedio, que fué nombrar un dictador con autoridad suprema y extraordinaria de mandar y vedar á su voluntad. Este fué Quinto Fabio Máximo; él nombró por maestro de la caballería, que era la segunda persona en autoridad, á Quinto Rufo Minucio. Miraron los libros de las Sibilas, y por su mandado votaron un verano sagrado. Demás desto, de cada una de las monedas que llamaban ases, y tenian peso de una libra de á doce onzas, batieron seis ases, cada cual del mismo valor que los antiguos, que era como de cuatro maravedís de los nuestros; estos ases, menores por esta causa de ser la sexta parte de los antiguos y de á cada dos onzas no mas, se llamaron sextantarios. Enviaron asimismo naves en España cargadas de vituallas; mas como cerca del puerto Cosano, que hoy se entiende es Orbitello, cayesen en las manos y poder de la armada cartaginesa, se vieron en necesidad de armar de nuevo y juntar bajeles de todas partes para la defensa de las marinas de Italia. Grandes apreturas eran estas; pero sin embargo, el Dictador, luego que tuvo junto un buen campo, partió la vuelta de la Pulla con intento y resolucion de entretenerse y nunca dar al enemigo lugar de venir á batalla: ardid muy saludable, con que la ferocidad y orgullo del cartaginés comenzó á enflaquecer y juntamente á sanarse las heridas recebidas por poca consideracion y demasiado brio de los caudillos pasados. Dado que no le dió mas en qué entender el enemigo que la temeridad de Minucio, contra quien le era menester contrastar, y juntamente contra el atrevimiento de los soldados y la mala voz que dél andaba, cosa que muchas veces hizo despeñar á grandes capitanes; ca todos murmuraban del recato del Dictador, y se lo atribuian á cobardía, y le ponian, como acontece, otros nombres de afrenta. En España, Asdrúbal envió con una gruesa armada á Himilcon para correr las marinas que en aquella provincia estaban á devocion de los romanos, y luego que le hobo despachado, él mismo acudió por tierra con un ejército de veinte mil hombres. El capitan romano Gneio Scipion, por no tener fuerzas bastantes para ambas partes, acordó de conservar el señorío de

la mar; y para esto, con treinta naves que armó en Tarragona, se apoderó de la flota cartaginesa, que halló en la boca del rio Ebro vacía de soldados, por haberse desembarcado sin algun recelo de lo que sucedió. Tomó veinte y cinco naves á la vista del mismo capitan cartaginés; las demás, parte echó á fondo, parte por escapar encallaron en la ribera. Fué esta victoria tanto mayor, que con la misma presteza tomaron en alta mar catorce naves gruesas, las cuales por calmarles el viento, no pudieran atener con las demás. Asimismo una ciudad por aquellas partes, llamada Honosca, fué entrada por fuerza y puesta á saco. Los campos cercanos á Cartagena talados, y quemados los arrabales de aquella ciudad. Acudia Asdrúbal á todas partes, y hasta Cádiz siguió por tierra los rastros de la armada romana, como testigo solamente de los fuegos y daños que en todas las partes hacia. Despues de esta victoria, la armada romana acometió la isla de Ibiza; y mas de ciento y veinte pueblos en España se pasaron á los romanos, y entre ellos los Celtiberos, gente muy poderosa y ancha, pues en su distrito abrazaban las ciudades y pueblos que hoy se llaman Segorve, Calatayud y Medinaceli. Demás desto, Uclés, comarca de Cuenca, Huete, Agreda con la antigua Numancia hasta las cumbres de Moncayo entraban en esta cuenta. Con la junta destas gentes quedó el capitan romano mas terrible y poderoso. Juntó un ejército por tierra, y con él rompió por aquellas tierras adentro hasta los bosques de Castulon; pero sin hacer grande efecto, dió la vuelta hasta pasar de la otra parte del rio Ebro, por aviso que tenia de las alteraciones que levantaba Mandonio, hombre muy poderoso entre los ilergetes, y que entre los suyos habia antes tenido el principado. Resultó destas alteraciones una guerra muy formada. Asdrúbal fué llamado por los bulliciosos contra un escuadron de romanos, que enviado á sosegar aquellas revueltas, habia pasado á cuchillo muchos de los que estaban levantados. Demás desto, los celtiberos, movidos por cartas del general romano, acudieron contra los cartagineses, y les tomaron tres ciudades que tenian en otra parte; por esto Asdrúbal fué forzado á desamparar á los ilergetes con intento de acudir al nuevo peligro. Vinieron á las manos, y en dos batallas degollaron los celtiberos quince mil hombres del ejército cartaginés á tiempo que iba muy adelante el otoño de aquel año, que fué muy señalado en España por la fertilidad de los campos y por la abundancia de todos los bienes.

CAPITULO XIV.

Cómo Publio Scipion vino á España.

En estos términos se hallaban las cosas de España cuando Gneio Scipion, por cartas que escribió al Senado, pidió dos cosas: que le enviasen soldados para rehacer su ejército y las mas vituallas y municiones que ser pudiese. Juzgaron los padres que pedia razon, y por esta causa, Publio Cornelio Scipion, habiéndole prorogado el imperio despues del consulado, partió en socorro de su hermano. Tomó puerto cerca de Tarragona al principio del año luego siguiente, que se contaba de la fundacion de Roma 538; llevó treinta galeras, ocho mil soldados y grandes vituallas, y órden de hacer la guerra con igual poder y autoridad que su hermano. Despues de llegado, tomado que hobieron su acuerdo, á ruego de los saguntinos, que andaban desterrados y deseaban volver á su tierra, y para vengar los agravios pasados, fueron con sus ejércitos sobre Sagunto. En esta ciudad, Bostar, su gobernador, tenia á su cargo y en su guarda los rehenes de los españoles con una pequeña guarnicion, que era lo que detenia muchas ciudades de España para no darse á los romanos, por miedo no pagasen los suyos con las vidas la culpa de haberse ellos rebelado. Acedux, hombre noble entre los saguntinos y aficionado á los romanos, deseaba ganar su gracia con algun servicio señalado; habló en secreto al Gobernador, y con razones bien coloradas le persuadió enviase los rehenes á sus casas; que este era el camino para ganar las voluntades de todos los de España, pues de la confianza nace la lealtad. Como el Gobernador se dejase persuadir, por ser hombre llano y sin doblez, el mismo Acedux se encargó de llevar los rehenes y restituirlos á los suyos. Para ejecutar lo que pensaba, avisó primero á los romanos de todo lo que pensaba hacer; y partiéndose á media noche, los llevó á sus mismos reales. Por esta manera, los romanos, con restituir ellos de su mano los rehenes, ganaron grandemente las voluntades de los naturales. Verdad es que la alegría que recibieron de sucesos tan prósperos se enturbió grandemente con la nueva que vino de una rota muy señalada que se dió á los romanos en un lugar de la Pulla llamado Cannas. Fué así, que acabado el consulado de Gneio Servilio, sucedieron nuevos cónsules, es á saber, Lucio Emilio, de la nobleza, y del pueblo, cosa no usada antes, Terencio Varron, por cuya imprudencia les vino aquella desgracia; ca los dos cónsules, por evitar diferencias, se concertaron de manera que mandasen á dias. Eran los pareceres y condiciones diferentes: Emilio rehusaba la pelea; Varron, un dia que tocó á él el mando y halló oportunidad, no dudó de ponerse al trance de la batalla. Siguióle su compañero, mas por no parecer que le desamparaba que porque le pareciese bien aquel acuerdo. Junto al mar Adriático demarcan la ciudad de Cannas en aquella parte de Italia que se llama la Pulla. A la vista desta ciudad y en sus campos se dió aquella cruel y sangrienta batalla, en que perecieron de los romanos cuarenta y dos mil peones y tres mil de á caballo con el cónsul Emilio, indigno por cierto deste desastre. Más él, visto tan grande destrozo y daño, no se quiso salvar en un caballo que para ello le ofrecian. Los cautivos fueron doce mil, y el número de los nobles que murieron en aquella jornada tan grande, que de sus anillos hincheron tres modios y medio, que son mas de media hanega de las nuestras, que hizo juntar Magon, hermano de Aníbal, y los llevó consigo á Cartago por muestra de la matanza. El temor y espanto que por causa desta rota cayó sobre los romanos fué tan grande, que los mancebos mas principales de Roma trataban entre sí de desamparar á Italia. El haber interpuesto algun tiempo y no seguir luego el enemigo la victoria, fué causa que no cayese de todo punto el imperio romano; porque no pocas ciudades de Italia con la nueva de aquella pérdida se apartaron de su amistad; muchas en España se estuvieron á la mira sin declararse por los romanos; dado que por el buen órden de los Scipiones ningunas alteraciones se levanta-

ron en aquellas partes; antes por el mismo tiempo Tarragona fué con nuevos edificios arreada, y con nueva muralla ensanchada, y juntamente le dieron nombre y autoridad de colonia romana. En Cartago, dado que Hannon hacia instancia que pusiesen confederacion con los romanos, que aquella era buena ocasion para mejorar su partido, mirasen no se trocase en breve aquel regocijo en llanto; todavía se resolvieron en el Senado que Aníbal y Asdrúbal fuesen ayudados, como lo pedian, con dineros, soldados y armada. Hicieron gente de africanos y de alárabes, con que llegaron hasta cuarenta mil hombres. Destos enviaron primeramente á España, donde Asdrúbal estaba y donde corria mayor necesidad, cuatro mil de á pié y quinientos de á caballo. Dióse cuidado á Magon, que iba por capitan deste socorro, de juntar en España y levantar de nuevo mas gente, así de á pié como de á caballo, á propósito de mantener y extender en aquella provincia su señorío.

CAPITULO XV.

Cómo Asdrúbal no pudo entrar en Italia.

Alterábanse por el mismo tiempo hacia el estrecho de Gibraltar los tartesios, gente feroz y denodada. Tomaron por su caudillo á un hombre principal llamado Galbo, acudieron á la ciudad de Ascna, donde los cartagineses tenian recogido el trigo y las vituallas, y apoderáronse de todo. Sosegó Asdrúbal estos movimientos con presteza; y por las cartas que de Cartago le vinieron, entendió le ordenaban pasase sin dilacion en Italia para asistir y ayudar á su hermano Aníbal. Fuéle muy pesado este mandato, y ocasion que muchos en España se inclinasen al partido de los romanos; pero érale forzoso obedecer. Dejó por sucesor y en su lugar á Himilcon, hijo de Bomilcar, enseñóle los secretos de la provincia, avisóle de la manera que debia tener en hacer la guerra; y con tanto, hechas nuevas levas de gente y juntado mucho dinero de toda la provincia para el sueldo de sus soldados, movió con sus ejércitos y fardaje la vuelta del rio Ebro, año de la ciudad de Roma 539. Los Scipiones aquejados por el peligro de su patria, si Asdrúbal pasase en Italia, que temian no fuese oprimida con dos ejércitos la que para deshacer uno no tenia fuerzas bastantes, antes habia sido vencida muchas veces, acordaron de divertille de aquel viaje, ó á lo menos entretenelle con acometer los pueblos de la devocion de Cartago. Con este intento encaminaron sus gentes contra una ciudad llamada Iberia del nombre del rio Ibero, que es Ebro, del cual estaba cerca. Asdrúbal, que tuvo aviso deste deseño, se anticipó á fortificar aquella ciudad; y hecho esto, se puso con gran presteza sobre otra ciudad que por allí estaba, aliada con los romanos, con que los contrarios asimismo se divirtieron, ca alzado el cerco de Iberia, acudieron á la defensa. Acercáronse los ejércitos, trabaron primero escaramuzas, y últimamente, ordenadas sus haces y dada señal de pelear, arremetieron los unos y los otros con grande denuedo. Pelearon no de otra manera que si en el suceso de aquella batalla estuviera puesto, no solo el señorío de Italia y de España, sino el imperio del mundo. En especial los romanos se señalaban ni mas ni menos que si estuvieran á las murallas y puertas de Roma, con que apretaron á los contrarios, y salieron con la victoria. Los primeros á volver las espaldas fueron los españoles, que por el aborrecimiento que tenian á los cartagineses y por llevallos por fuerza á empresa tan léjos, se aficionaban á los romanos. Los cartagineses y africanos, desamparados de tal ayuda, fueron muertos y puestos en huida; la caballería y elefantes escaparon por los piés; el mismo Asdrúbal con pocos se recogió á Cartagena. La nueva y aviso desta noble victoria, luego que se supo en Roma por cartas de los Scipiones, fué ocasion de grande alegría, no tanto por ganar la jornada, cuanto por haberse impedido la pasada de Asdrúbal en Italia. Fué este año trabajoso para España, así por falta de mantenimientos como por la peste que se emprendió, con que murió mucha gente, y entre los demás la mujer y el hijo de Aníbal; así lo cuentan. Por esta causa, los padres romanos enviaron vituallas para los ejércitos que tenian en España; para proveer esto, tomaron dineros prestados de los mercaderes, á causa de estar sus tesoros de todo punto gastados. Además que les era forzoso armar por la mar contra Filipo, rey de Macedonia, de quien se decia que, puesta confederacion con Aníbal, trataba de pasar en Italia, que era otro nuevo peligro. Sabida en Cartago la rota de Asdrúbal y el riesgo que corrian las cosas de España, dieron órden que Magon, hermano de Aníbal, con la armada que tenia á punto para pasar en Italia tomase la derrota de España. Hízolo así, y en breve surgió en el puerto de Cartagena con sesenta galeras y doce mil hombres en ellas, donde se hallaba asimismo Himilcon, que poco antes viniera en España con las naves y gente de socorro que tambien él trajera de Cartago. Con la venida de Magon hobo grande mudanza en España; y los que despues de vencidos apenas tenian donde poner el pié, se atrevieron á salir de nuevo en campaña. La ciudad de Illiturgo fuera antes de su jurisdiccion, y porque se habia pasado al enemigo, la acometieron primeramente, pusiéronse sobre ella con sesenta mil hombres, y cercáronla por tres partes. Deseaban los Scipiones socorrella; acudieron con carros y bestias á meter trigo á los cercados y con diez y seis mil hombres que llevaban de guarda. Salieron los cartagineses á atajarles el paso. Dióse la batalla, que fué muy reñida, en que fueron vencidos, no solo Asdrúbal, sino tambien Magon y Himilcon, que de sus propios reales acudieron á la pelea. El estrago fué mayor, y mas el número de los muertos que el de los vencedores; prendieron tres mil hombres de á caballo, tomaron mil caballos que hallaron en los reales; demás desto mataron cinco elefantes. Rehiciéronse despues desto los cartagineses de soldados y de fuerzas, acometieron un pueblo llamado Incibile, siete millas al poniente de Tortosa; acudieron asimismo los romanos; con que de nuevo en un encuentro y batalla mataron tres mil cartagineses, y prendieron otros tantos. Quedó otrosí muerto Himilcon, capitan de grande esfuerzo y nombradía. Algunos dicen que Incibile es la que hoy se llama Chelva en el reino de Valencia. Illiturgo tienen que es Andújar en el Andalucía, ó Lietor, pueblo que no cae léjos de la ciudad de Alcaráz. Averiguar la historia de los lugares no es de menor dificultad que la de los hechos, por ser tan ciega la antigüedad, principalmente de España. Esto sucedió en el otoño, en el cual

una nueva que vino de Italia aumentó mucho la alegría de los romanos; es á saber, que despues que Aníbal hobo enflaquecido y mancado su ejército con los deleites y regalos de Capua, teniendo cercada á Nola, fué vencido en batalla por el pretor Marco Marcello, y forzado de retirarse á la Pulla. Item, que dos mil españoles, desamparados los reales cartagineses, se pasaron á los romanos, movidos de las grandes promesas que les hicieron. Demás desto, se contaba que Asdrúbal, por sobrenombre Calvo, partido de Italia para Africa con una gruesa armada, de camino probó de apoderarse de Cerdeña, á persuasion del mas principal de aquella isla, llamado Arsicora; pero que fué desbaratado y preso cerca de Calarí por Tito Manlio Torcuato, con gran matanza, así de los cartagineses como de los sardos que seguian su partido. Tambien se supo de Sicilia que por la muerte de Hieron sucediera en su lugar un su nieto llamado Jerónimo, y que habia sido coronado por rey de Siracusa, si bien era mozo de quince años y de costumbres muy diferentes de su abuelo. Los Scipiones, con aquellas nuevas, llenos de buena esperanza, y determinados de volver á las armas luego que el tiempo diese lugar, acordaron de enviar los soldados á invernar y pasar ellos el invierno en Tarragona, en el cual tiempo se acabó la muralla de aquella ciudad, como se entiende por el letrero de una piedra antigua que se conservaba en tiempo de don Alonso el Undécimo, rey de Castilla, segun que se refiere en su historia. Está la ciudad de Tarragona asentada en un llano pequeño que se hace en lo mas alto de un collado redondo, que tiene la subida no ágria, y debajo á tiro de piedra la mar, cuyo lado hácia donde sale el sol, por las muchas peñas, es áspero y fragoso. Al poniente se extiende una llanura de mucha frescura y fertilidad por mas de cuarenta millas, plantada de olivares, viñas y membrillares, abundante en ganado, de buena cosecha de pan, tanto, que basta para el sustento de los moradores. A una milla de la ciudad por medio de aquellos campos pasa un rio, que hoy se dice Francolin, y antiguamente Tulcis; cuyas aguas son mas á propósito para cocer el lino y el cáñamo, de que hay por allí abundancia, que para beber. Y como quier que aquella ciudad antiguamente padeciese falta de agua dulce, grande incomodidad, despues de los Scipiones, los romanos labraron á su manera ciertos acueductos muy altos, con que guiaron á la ciudad una parte del rio Gaya, si bien dista della por espacio de diez y seis millas. Estos caños fueron desbaratados á causa de las guerras que gentes de Alemaña hicieron en España, como lo refiere Florian, el año de Cristo de 266, y se volvió á la misma incomodidad hasta tanto que en tiempo de nuestros abuelos abrieron un pozo muy hondo, de donde bastantemente se proveen de agua dulce los moradores, que en nuestro tiempo llegan hasta número de setecientos vecinos, poco mas á menos, como el circuito de los muros tenga, á lo que parece, capacidad de hasta dos mil casas, y no mas.

CAPÍTULO XVI.

Cómo los cartagineses fueron maltratados en muchas partes de España.

Apenas era pasado el invierno del año que se contaba de la fundacion de Roma 540, cuando los dos hermanos Magon y Asdrúbal, juntado que tuvieron un grueso ejército de los suyos y de españoles, salieron con él en campaña, resueltos de echar con las armas de toda la España dicha ulterior, que es lo mismo que de allende, á los romanos, que en gran parte estaban della enseñoreados. Publio Scipion, para oponerse y contrastar á estos intentos, pasado el rio Ebro, rompió por cierta parte donde caian los pueblos llamados Vectones. Asentó sus reales junto á un lugar principal, llamado Castro Alto, que era de mal agüero para los cartagineses, por haber sido allí muerto Amílcar, famoso capitan y padre de Aníbal. Mataron los enemigos que hallaron derramados por aquella comarca hasta dos mil hombres de los soldados y gente romana, por donde, recelándose de mayor daño, se retiró con su ejército á otros lugares que estaban de paz. Puso y fortificó sus reales en el monte dicho de la Victoria; hoy se entiende ser el de Moncia, que cerca del mar algunas millas de la otra parte del Ebro está puesto. Acudieron allí por diversos caminos y con diversos intentos Gneio Scipion á dar socorro á su hermano, y Asdrúbal, hijo de Gisgon, para combatille. Vino este capitan poco antes de Africa con cinco mil soldados de socorro. Era natural de Cartago, de alto linaje, de grandes riquezas, y que tenia deudo con los hermanos Barquinos, y habia comenzado á hacer la guerra por aquella comarca de Ebro. Estaban los unos y los otros reales cercanos entre sí. Salió Publio Scipion á reconocer el campo; cercóle gran muchedumbre de enemigos, que le tuvieron muy apretado, y le redujeron á término que se perdiera si no sobreviniera su hermano, que le libró. No se hizo otro efecto de mayor consideracion. Los unos y los otros fueron forzados á pasar á la España ulterior y á la Andalucía, donde la ciudad de Castulon se rebelara contra los cartagineses y echara la guarnicion de soldados que tenian, por odio de aquella nacion y estar cansados de su señorío. Los cartagineses, luego que les vino el aviso, porque con la tardanza no creciese el daño, se apresuraron con sus gentes. Pusiéronse primero sobre Illiturgo, con intencion de castigarla, ca á su persuasion los castulonenses hicieran aquel exceso. Partió asimismo Gneio Scipion para dar socorro á los cercados, y con una legion á la ligera rompió por medio de los enemigos, que tenian repartidas en dos partes sus estancias, y con muerte de muchos dellos se metió en la ciudad. Hizo luego los dos dias siguientes salidas, en que mató en los encuentros que tuvo dos mil de los enemigos, y cautivó tres mil con trece banderas. Otros refieren mayor número, pero entiéndese que por yerro de la letra en los autores de quien lo tomaron. Lo cierto es que los cartagineses desistieron del cerco, y alzado su bagaje, se pusieron de nuevo sobre Bigerra, ciudad puesta en los Bastetanos. Sobrevinieron los enemigos, por donde les fué forzoso dar la vuelta y recogerse hácia Aurigis, que hoy se entiende sea Jaen ó Arjona. Iban en su seguimiento los romanos. Vinieron á batalla, que duró por espacio de cuatro horas; fueron de nuevo vencidos los cartagineses con muerte de cinco mil de los suyos y prision de tres mil. Matáronles otrosí treinta elefantes, y tomáronles cincuenta banderas. Gneio perdió asimismo algunos de los suyos; sin embargo desto y que con un bote de lanza le pasaron un muslo, en una litera fué en seguimiento del enemigo

hasta Monda, donde se renovó la pelea y volvieron á las manos; el suceso fué el mismo, el estrago y la matanza la mitad menor que antes; los bosques y montes que cerca caian, por su espesura y fragura, y los piés á los mas dieron la vida. Tito Livio va algun tanto diferente en el cuento destas batallas; nos seguimos el asiento y órden de los lugares y lo que otros escritores testifican. Estando las cosas de los cartagineses en España en términos que no parece podian estar peores, Magon fué enviado á la Gallia para tratar con Menicato y Civismaro, señores con quien hiciera Aníbal confederacion, como arriba se dijo, para que pasasen en España con sus gentes y les ayudasen. Lo cual sin mas dilacion ellos hicieron, ca por mar llevaron á Cartagena nuevo mil hombres de su nacion, donde Asdrúbal se apercebia para la guerra. Gneio, alegre con las victorias pasadas, no con menor cuidado, pasó el invierno en la Bética, que hoy es Andalucía. Con tanto, al principio del año que se contaba de Roma 541, los unos y los otros salieron en campaña. Vinieron á las manos en aquellas comarcas de Andalucía con el mismo coraje y denuedo que antes; el suceso fué el mismo, la matanza algun tanto mayor; ca ocho mil hombres del ejército cartagines y casi todos del número de los gallos quedaron en el campo tendidos con su capitanes Civismaro y Menicato, que con deseo de mostrar su valentía con gran denuedo y alegría, como suele aquella gente, se metieron muy adelante en la pelea. Despues desta victoria, los romanos revolvieron sobre Sagunto, y la tomaron al fin por fuerza pasados seis años despues que fué ganada y arruinada por los cartagineses. Vivian todavía algunos de los foragidos de aquella su patria, que fueron en ella restituidos, y la ciudad de Turdeto, la principal causa de aquellos daños, echada por el suelo y allanada. Sus campos entregaron á los de Sagunto, y á los Turdetanos vendieron en pública almoneda; que fué por la venganza alguna consolacion del dolor, y recompensa de las injurias que los de Sagunto por su ocasion recibieran. Por el cual tiempo de Italia vinieron nuevas que Arpos, ciudad de la Pulla, la cual despues de la rota de Cannas faltó y se pasó á Aníbal, fué tomada por el esfuerzo del cónsul Quinto Fabio; y juntamente mil españoles que tenia de guarnicion, por grandes promesas que les hicieron, mudaron partido, y siguieron el de Roma; principio, aunque pequeño, que dió esperanza á los romanos de deshacer por aquel camino al orgulloso enemigo, y les puso en pensamiento, como lo hicieron, de escribir á los Scipiones que lo mas en breve que ser pudiese enviasen á Italia algunos señores españoles para por su medio granjear los demás españoles que andaban en el campo de Aníbal, en cuyo valor entendian consistia la mayor fuerza y esperanza de los cartagineses sus enemigos.

CAPITULO XVII.

De una nueva guerra que se emprendió en Africa.

Por el mismo tiempo en Africa se encendió una nueva y larga guerra con esta ocasion. Asdrúbal, hijo de Cisgon, dejó en Cartago una hija llamada Sofonisba, en edad de casarse. Sus partes y prendas muy aventajadas movieron á Sifaz, rey que era de los númidas, á pedilla por mujer. Y como el Senado se excusase con la ausencia de su padre, entendió el bárbaro, y no se engañaba, que aquella respuesta era despidiente, y que no se la querian dar. Es el amor muy sentido; túvose por agraviado, y determinó vengarse con las armas. La silla de su imperio y señorío era la ciudad de Siga, puesta en las marinas de Africa, en frente de nuestra Málaga; sus tierras á la parte del poniente se extendian hasta Tánger y el mismo mar Océano; y por la parte que sale el sol, tenia por aledaños las tierras de Cartago; solo quedaba en medio el reino de Gala. Con él de ordinario tenia Sifaz guerra sobre los confines y fronteras con sucesos diversos y diferentes trances. Tenia Gala un hijo, por nombre Masinisa, mozo de grandes esperanzas, en fuerzas, valor y ingenio aventajado. Pretendia Sifaz hacer primero la guerra y cargar sobre Gala, que tenia pocas tierras, y mas se sustentaba con la sombra de Cartago que con sus propias fuerzas. Parecíale buena coyuntura para su empresa, por estar los de Cartago embarazados á un tiempo con dos guerras muy pesadas, la de Italia y la de España. Estaba con esta resolucion, cuando le llegaron tres embajadores que los Scipiones desde España le despacharon para decirle de su parte que haria una cosa muy agradable al Senado romano si se aliase con ellos, y juntadas sus fuerzas diese á Cartago una nueva guerra en Africa, para dividille las fuerzas en muchas partes, y que no fuese bastante para acudir á todo. Con esta embajada se encendió Sifaz mas en el propósito que tenia, razonó con los embajadores, y trató muy á la larga de diversas cosas. Con tanto, quedó aficionado á la amistad de los romanos, y por entender cuán rudos eran los de Africa en las cosas de la guerra comparados con la milicia romana, pidió por lo que debian á la amistad comenzada, que, volviendo los dos con la respuesta, el tercero quedase en su compañía para instruir y ejercitar la infantería de aquel reino, parte de milicia de que los númidas de todo tiempo carecian, que solo usaban de gente á caballo. Otorgóse al Rey lo que pedia, que Quinto Sertorio quedase con él; pero con tal condicion que los Scipiones lo tuviesen por bien y lo aprobasen. Súpose en Cartago el intento de los Scipiones; y para acudir á su pretension y á la de Sifaz, acordaron de servirse del rey Gala, su aliado. Fué nombrado por capitan de aquella guerra Masinisa, mozo, como queda dicho, de grandes prendas, y adelante muy famoso por la amistad que tuvo hasta la muerte con los romanos, el cual sin dilacion, juntado que hobo, así sus gentes como las que los cartagineses le enviaron, salió á verse con el enemigo. Dióle la batalla, en que le mató treinta mil hombres, y á él forzó á huirse á los Maurusios, que era una ciudad ó comarca en lo postrero de su reino, por ventura donde ahora está Marruecos. Y como juntadas nuevas gentes pretendiese pasar en España, con otra batalla que le dió lo quebrantó de todo punto las alas. Hay quien diga que, sin embargo, Sifaz pasó en España para tratar en presencia con los Scipiones la manera que se debia tener en hacer la guerra, y que dejaron de contar este viaje Tito Livio y Plutarco, como no es maravilla que en tan grande muchedumbre de cosas se olvide algo. Estas cosas sabidas en España, como congojaron á los romanos, así bien por el contrario acarrearon gran alegría al general cartaginés. Parecióle buena ocasion de apretar á los romanos, cuyo partido, que se iba antes

mejorando, tornaba de nuevo á empeorarse. Estaba ya cercano el invierno; por esto determinaron los cartagineses de concertarse para el año siguiente con los celtíberos, gente feroz y brava, y convidallos con grande sueldo para que los ayudasen. Fueron los Scipiones avisados destas pláticas, ganaron por la mano, y con ofrecerles mayores premios, como gente que se vendia por dineros, los mantuvieron en su devocion; principalmente que los honraron en que no anduviesen en escuadrones aparte ni en los reales, como antes era de costumbre, tuviesen sus alojamientos distintos, sino que anduviesen mezclados con los romanos, debajo de las mismas banderas. Todo se enderezaba so color de honra á asegurarse mas dellos. En particular, para que hiciesen que los demás españoles desamparasen á Aníbal, enviaron trecientos dellos á Roma, que llegaron allá por el mar principio del año siguiente, que se contó 512 de la fundacion de Roma. En este tiempo, cuatro naves enviadas de Roma con vituallas y dinero suplieron la falta que sus ejércitos en España tenian. Pero lo que mas los animó y alegró fué entender que Hannon, el cual fuera enviado desde Cartago á Italia, y hechas nuevas levas de gente en la Liguria y en la Gallia, rompia por Italia para juntarse con Aníbal, que se hallaba ufano por haberse apoderado al mismo tiempo de la ciudad de Taranto, fué en la Marca de Ancona con todas sus gentes vencido y desbaratado. En Sicilia, la ciudad de Siracusa, despues de la muerte de Hieron y de la que dieron á su nieto Jerónimo sus mismos vasallos, como quier que estuviese dividida en bandos y últimamente hobiese venido á poder de los cartagineses, Marco Marcello, con un cerco que sobre ella tuvo de tres años, la redujo y puso en la obediencia de los romanos. Ayudóle Merico, español, que con quinientos soldados de guarnicion la defendió todo aquel tiempo por Cartago, y entonces se determinó de entregalla al capitan romano, que la entró por fuerza, y puesta á saco, se hizo gran matanza de los ciudadanos.

CAPITULO XVIII.

Cómo los Scipiones fueron muertos en España.

El premio que se dió á Masinisa por la victoria que ganó contra Sifaz, su competidor, fué dalle por mujer á Sofonisba. El, movido por el nuevo parentesco y con deseo de ayudar á su suegro, el mismo verano desembarcó en el puerto de Cartagena con siete mil africanos y setecientos caballos númidas ó alárabes. Asimismo Indibil, hermano de Mandonio, tenia para el mismo efecto levantados cinco mil hombres en los pueblos que llamaron Suesetanos, aparejado y presto para mover en ayuda de los mismos luego que le fuese avisado. Algunos entienden que estos pueblos eran en aquella parte de Navarra donde hoy está Sangüesa á la ribera del rio Aragon, villa que, como se muestra por los privilegios de los reyes antiguos, se llamaba Suesa, y sospechan que tomó este nombre de los puercos, que en latin se llaman *sues;* ca no hay duda sino que en los pueblos comarcanos qué se llamaban Lacetanos, donde hoy está Jaca, hobo de todo tiempo muy buena cecina desta carne, y aun en el nuestro tienen mucha fama los perniles de aquella comarca. Pues como los cartagineses se hallasen apercebidos de tantas ayudas, fueron los primeros que partidos de Cartagena salieron en campaña la vuelta del Andalucía con su campo dividido en dos partes. La una dellas guiaba Asdrúbal el Barquino; de los demás iban por capitanes Magon, Masinisa y el otro Asdrúbal, su suegro. Los Scipiones asimismo con muchos socorros que les vinieran de Italia, y en particular confiados en treinta mil celtíberos que tenian á su sueldo, partieron de sus alojamientos con resolucion de pelear con el enemigo, ya tantas veces por ellos vencido. Gneio con los celtíberos y la tercera parte de los soldados romanos se encargó de combatir á Asdrúbal, y con este intento asentó sus reales cerca de los del enemigo, y no léjos de la ciudad Anatorgis y de un rio que pasaba por medio y dividia los dos campos. Publio movió contra los demás caudillos cartagineses, para que, vencido Asdrúbal, como lo tenian por hecho, no huyesen ellos y se salvasen por los bosques cercanos y por las selvas, antes como cercados con redes todos pereciesen juntamente; tanta confianza engendra muchas veces la prosperidad continuada; pero sucedió todo muy al revés, ca por astucia de Asdrúbal y con el conocimiento y trato que tenia con aquella gente, los celtíberos fácilmente se dejaron persuadir que desamparasen al capitan romano, y levantadas de repente sus banderas, se volviesen á sus casas. Para hacello, demás desto hobo ocasion de una nueva que se divulgó, y fué que la parte de aquellos que favorecia á los cartagineses, tomadas las armas, saqueaban las haciendas de los que seguian á los romanos. Gneio, despojado de aquella parte de sus fuerzas, por quedar menos poderoso que el enemigo, determinó retirarse. Porque ¿á qué propósito con temeridad despeñarse en su perdicion manifiesta? Ni es muchas veces de menor ánimo excusar la pelea que aceptalla. Lo que sabiamente tenia acordado desbarató otra fuerza mas alta, porque Publio, acosado de la caballería de Masinisa, que no cesaba de escaramuzar delante sus reales, y por recelarse que si Indibil, de quien se decia que venia, se juntaba con los demás, no seria bastante para contrastar á tantas fuerzas, tomó un consejo peligroso, y fué que se determinó de salir al encuentro á Indibil y atajalle el camino, dado que en lo demás era hombre no menos recatado que valiente; pero la fortuna ó fuerza mas alta ciega á los que quiere despeñar. Dejó pues en los reales una pequeña guarnicion, y él de noche salió con sus gentes á hacer lo que pensaba. No ignoraron este intento los enemigos. Habian ya llegado los romanos á vista de los suesetanos, y ya tarde se comenzaron á trabar con ellos, cuando Masinisa con su venida turbó á los romanos, que llevaban lo mejor, y finalmente los venció. Muchos fueron muertos por la caballería y el mismo general Publio; los demás se pusieron en huida; en el alcance fué aun mayor la matanza. Algunos pocos, cubiertos de la escuridad de la noche, parte se recogieron á las guarniciones cercanas de los romanos y á la ciudad de Illiturgo, parte á los reales donde salieron. Los cartagineses, alegres con esta victoria, á gran priesa se fueron á juntar con Asdrúbal el Barquino. Por esta ocasion Gneio comenzó á sospechar que su hermano Publio debia ser muerto; ca tenia por cosa cierta que si él fuera vivo y quedara salvo, no se hobieran juntado todos los cartagineses. Sentia otrosí en su corazon una extraordinaria tristeza,

bien así como suele acontecer á los que ha de suceder algun mal, como pronóstico de su daño. Tanto mas se confirmó en la resolucion que tenia de retirarse; y así de noche, sin ruido, salió de sus reales. Al alba conocieron los cartagineses que los romanos eran partidos. Enviaron delante los caballos alárabes para que picasen en la retaguarda, y con tanto entretuviesen al enemigo hasta tanto que los capitanes cartagineses llegasen con el cuerpo del ejército. Gneio, viendo que los suyos por el gran miedo que les entrara ni se movian á pelear por ruegos ni por amonestaciones ni por su autoridad, determinó aventajarse en el lugar y tomar un altozano que cerca se empinaba. La subida fué fácil; mas no tenian aparejo ni materia alguna para hacer foso ni otros reparos, por ser el suelo duro á manera de piedra. Hizo pues poner los bastos y el bagaje como por valladar y trinchea, reparo ligero para tan grave peligro, pero que detuvo algun tiempo al enemigo, maravillado de los romanos, cuyo esfuerzo é industria aun en tan grave trance no desfallecia. Acudieron los capitanes, y reprehendida la cobardía de sus soldados, entraron por fuerza los reales. Allí los pocos, rodeados de muchos y mas vencidos del temor, fácilmente fueron destrozados. El mismo Gneio, dado que en aquel trance hizo oficio de gran capitan y de valiente soldado, pereció con los demás; varon singular y que gobernó á España muchos años, y fué el primero de los romanos que con su buena traza y afabilidad ganó el favor y voluntades de los naturales. Algunos pocos por los montes y espesuras, por donde á cada cual guió el miedo ó la esperanza, fueron á parar á los reales de Publio Scipion, que por ventura sospechaban estaba salvo; pero hallaron que Tito Fonteio, su lugarteniente, quedaba en ellos con una pequeña guarnicion. Dióse esta batalla cerca del rio Segura y de un pueblo llamado Ilorcis, que hoy se entiende sea Lorquin, en el reino de Murcia. Los de Tarragona tienen por averiguado que un torrejon que está puesto enfrente de aquella ciudad es el sepulcro de los Scipiones, donde se ven dos estatuas de mármol mal entalladas, puestas, como dicen, en memoria de los Scipiones. Pudo ser que pasasen allí sus cenizas, ó por ventura los naturales y los soldados, para muestra del mucho amor que les tenian, dado que los cuerpos no estuviesen allí, levantaron aquella memoria cerca de la ciudad principal donde era el asiento del gobierno romano, á manera de cenotafio, que es lo mismo que sepulcro vacío, como se ven en otras partes muchas memorias semejantes.

CAPITULO XIX.

Cómo Lucio Marcio reprimió el atrevimiento de los cartagineses.

El desastre de los Scipiones fué ocasion de gran mudanza en las cosas, y cayera en todo punto en España el partido de los romanos si no le sustentara al principio la osadía de Lucio Marcio, y despues le adelantara el valor grande de Publio Cornelio Scipion, que fueron el todo para que no se perdiese el resto, segun que amenazaban los grandes torbellinos que se levantaron. Falta comunmente la lealtad, y desamparan los hombres á los que ven ser de adversidad trabajados, como sucedió en esta ocasion en España; ca los castulonenses fueron los primeros que cerraron las puertas á los romanos, que despues de aquel desastre se recogieron á su ciudad. Los de Illiturgo pasaron adelante, porque despues de recebidos los mataron. Con el ejemplo de estas ciudades no hay duda sino que otros muchos pueblos mudaron partido: hallábanse rodeados de tantos daños en un tiempo, así los que con Tito Fonteio quedaron en guarda de los reales como los demás que se acogieron á ellos; por esto á grandes jornadas se volvieron de la otra parte del rio Ebro. Acorrióles en este aprieto Lucio Marcio, hijo de Septimio, caballero romano, mozo de mucho valor, y que en el ejército de Gneio Scipion fuera capitan de una de las principales compañías, y tambien tribuno: juntó un grueso escuadron, así de guarniciones romanas como de los que á él se recogieron despues de las rotas ya dichas, y con él fué á dar socorro á los demás. La alegría que con su venida recibieron los soldados fué tan grande, que tratando de nombrar capitan y general en lugar de los muertos, por voto de todos le eligieron para el tal cargo. Pudiera pretenderlo el mismo Fonteio y agraviarse de los soldados; pero la borrasca reprime la ambicion, y el miedo no da lugar á los demás afectos desordenados cuando es grande, antes los enfrena. Verdad es que toda aquella alegría en breve se enturbió y trocó en tristeza con el aviso que les vino, es á saber, que Asdrúbal, pasado el rio Ebro, se apresuraba para cargar sobre ellos, y que ya llegaba muy cerca, y tras él Magon que por las mismas pisadas le seguia. Fué esta nueva para ellos muy triste; teníanse por perdidos, parecíales que la fortuna aun no estaba harta de la sangre romana. Con esto, unos encomendaban sus deudos á sus amigos, y hacian sus testamentos de palabra, á propósito que si alguno se escapase, llevase á sus casas la nueva y avisase de su última voluntad; otros lloraban su mala suerte y triste hado; todos renegaban y se maldecian. No habia quien diese oidos á las amonestaciones de Marcio; antes como atónitos estaban suspensos, los ojos puestos en tierra, y aun los mas encerrados en sus tiendas. En el entretanto el enemigo llegaba á vista de los reales y se acercaba á los reparos y al foso. Con la vista de los estandartes cartagineses, mudado el miedo en coraje, bravos como unos leones acuden los romanos todos con sus armas á la defensa y á las trincheas; rebaten los enemigos, y no contentos con esto, salen con gran rabia y furor contra ellos. El descuido de los cartagineses y la confianza, hija de la prosperidad y á las veces causa y madre del desastre, dió la vida á los romanos. Ca el atrevimiento no pensado hizo maravillar y amedrentó á los vencedores de tal suerte, que sin tardanza volvieron las espaldas. Marcio no quiso seguir el alcance por miedo de alguna celada; antes contento con haber muerto algunos en la huida y confirmado el ánimo de los suyos, dió señal de recogerse, y se volvió á sus estancias con los suyos, dado que mal enojados y que amenazaban claramente, pues dejaba tal ocasion de vengarse, cuando Marcio quisiese ellos no le acudirian. Los cartagineses otrosí no poco se maravillaron de ver recogerse los romanos; pero como lo echasen á temor, no hicieron caso de barrear sus estancias; este descuido convidó á Marcio para probar otra vez ventura, y con alguna encamisada dalles una mala trasnochada. Además que era forzoso aventurarse antes que Magon llegase á juntarse con Asdrúbal; que juntados los dos,

no les quedara á los romanos esperanza de poderse salvar. Era menester usar de presteza; avisó pues Marcio á los soldados en pocas palabras de lo que pretendia hacer; con tanto, mandóles que fuesen á reposar, y á la cuarta vela los sacó animados y alegres, porque de la cabeza de Marcio, cuando les razonaba, vieron resplandecer un llama; cosa que ellos tomaron á buen agüero. Estaba el campo de Asdrúbal distante de los reales de Magon solas seis millas, que hacen como legua y media, y en medio un valle de mucha arboleda, donde Marcio puso tres compañías de respeto para todo lo que sucediese, con algunos caballos. Marchaban los demás soldados sin ruido y á la sorda; por esto y por estar los contrarios descuidados, sin velas, sin cuerpo de guardia, entran en los reales de Asdrúbal sin alguna resistencia. La matanza que hicieron fué grande en los que estaban desarmados, descuidados y durmiendo; pocos se salvaron por los piés, muchos mas pretendieron acogerse á los otros reales que cerca estaban, pero dieron en la celada donde fueron todos muertos; en fin, el menosprecio del enemigo fué causa, como suele, de su perdicion. Entrados los reales de Asdrúbal, con el mismo valor y ánimo se dieron priesa para desbaratar á Magon, que no sabia nada del daño de los suyos ni de la matanza. El sol era ya salido cuando llegaron á las estancias de Magon; arremetieron denodados, y con la misma felicidad en un punto de tiempo, antes que los enemigos se pudiesen apercebir á la defensa, los entraron. Peleóse fuertemente dentro de los reparos hasta tanto que, vistos en los paveses y en las espadas de los romanos las señales de la matanza pasada, los de Magon se desanimaron, y perdida la esperanza de la victoria, se pusieron en huida. Degollaron en los dos rebates treinta y siete mil enemigos, prendieron casi dos mil; el botin y despojo fué muy grande. Los capitanes cartagineses escaparon á uña de caballo, que fué lo que solamente faltó para que esta victoria se igualase con la pérdida y daño pasado. La nueva de este suceso tan alegre llegó á Roma por principio del año que se contaba de su fundacion 543, con cartas de Marcio, donde, porque sin órden del Senado se llamaba teniente de pretor ó gobernador, muchos se ofendieron; pero respondieron en lo que pedia en sus cartas del trigo y vestidos que el Senado tendria cuidado, sin dalle título en las cartas ni llamalle teniente de gobernador. Con lo cual y con nombrar á Claudio Neron para que acabada la guerra de Capua, en que estaba ocupado, pasase en España con once mil peones y mil y cien caballos de socorro, de callada reprehendieron lo que Marcio y los soldados hicieran en dalle y aceptar aquel nombre; que vicio es propio de nuestra naturaleza ser benignos en el temor, y despues de la victoria olvidarse. Aníbal, sin duda por aquel suceso y por la resolucion que tomaron los romanos, comenzó á perder la esperanza de salir con su intento; pues veia que tenian tan grande ánimo, que se determinaban de enviar ayuda en España, sin embargo que llegó el enemigo tan poderoso á las puertas de su ciudad. Porque Aníbal, despues que tomó á Taranto, acudió para hacer alzar el cerco que los romanos tenian sobre Capua. Y echado de allí, pasó tan adelante, que asentó sus reales á tres millas de Roma, que fué una gran resolucion. Hízose Neron á la vela en Puzol, surgió con su armada junto á Tarragona. De allí con sus gentes y las de Marcio y de Fonteio sin tardanza movió la vuelta del Andalucía en busca de Asdrúbal, que en los pueblos Ausetanos tenia sus alojamientos á las Piedras Negras, nombre de un bosque que habia entre Illiturgo y Mentisa (entiéndese que Mentisa es Montizon ó Cazorla). Púsose Neron en las estrechuras por donde el enemigo forzosamente habia de pasar. Acudió Asdrúbal á sus mañas, y con mostrar que queria concierto, gastó tanto tiempo en asentar las condiciones, que venida la noche, sus soldados pudieron escapar por la fragura de aquellos montes; con que el general romano, aunque tarde, conoció su engaño y la astucia cartaginesa, y deseaba la batalla, cuyo trance los cartagineses, hechos mas recatados, huian con todo cuidado.

CAPITULO XX.

Cómo Publio Scipion tomó á Cartagena.

En este medio en Roma se trataba de acrecentar el ejército de España y de enviarle un nuevo general. Juntóse el pueblo para la eleccion, como era de costumbre. Los padres se hallaban en gran cuidado por no salir alguno á dar su nombre y á pretender aquel cargo, á causa de ser el peligro tan grande. Pero al fin, Publio Cornelio Scipion, hijo de Lucio Scipion, mozo de veinte y cuatro años, salio á la demanda, y por voto de todos fué nombrado para ser procónsul de España, porque Neron no era mas que teniente de pretor, y solo hasta tanto que se proveyese otro para el gobierno. Tenia grande valor y mayor que su edad pedia, lo cual mostró bastantemente cuando los mancebos de Roma trataban despues de la rota de Cannas de desamparar á Italia; porque con la espada desnuda amenazó en la junta de dar la muerte al que no desistiese de aquel propósito, con que del todo se trocaron y mudaron parecer. Era tenido por hombre recto, crédito que él conservó diligentemente con la devocion que mostraba y aficion al culto de los dioses. Ca despues que tomó la toga, que era vestidura de varon, acudia muy de ordinario al templo de Júpiter, que estaba en el Capitolio, y en él hacia sus rogativas y ofrecia sus sacrificios todas las veces que queria comenzar algun negocio público ó particular. Diéronle de socorro diez mil infantes y mil caballos. Sillano fué nombrado para suceder á Neron con nombre de propretor. Nombró Scipion por sus legados ó tenientes á su hermano Lucio Scipion y á Caio Lelio, aquel de cuyos consejos se entendió procedian todas las hazañas que Scipion acabó en toda su vida; y vulgarmente se decia que Lelio componia la comedia que Scipion representaba. Con estas ayudas y con estas gentes, en una armada que se juntó en Ostia, se hizo á la vela. Llegado á España al fin del año, dió gracias á los soldados por lo hecho con palabras muy corteses; en particular á Marcio hizo mucha honra, como la razon lo pedia, y le tuvo siempre á su lado en su compañía. En el mismo año Marco Marcello entró en Roma con una fiesta que llamaban ovacion, honra que le concedieron porque ganó la ciudad de Siracusa. Llevaba delante de sí á Merico, español, con una corona de oro, en premio de que le entregó la ciudad y la guarnicion. A sus soldados dieron los campos de Murgancio, en Sicilia, que era, como dicen nuestros escritores, poblacion antigua de españoles. El año siguiente, que se

contaban de la ciudad de Roma 544, Scipion al principio de la primavera sacó sus huestes y las de sus aliados, con resolucion de pasar el rio Ebro y apoderarse de Cartagena, ciudad la mas fuerte de todas las enemigas, puesta en frente de Africa, con un muy buen puerto, donde los cartagineses tenian los rehenes de España, el bagaje de los soldados, las vituallas, municiones y almacen. Acometia esta empresa con tanto mayor deseo, que si salia con ello, pensaba echar á los enemigos de toda España. No era su pretension sin fundamento, por tener aquella ciudad pequeña guarnicion, y los capitanes cartagineses estar con sus gentes muy léjos, es á saber, Magon cerca de Cádiz, Asdrúbal, hijo de Gisgon, á la boca de Guadiana; el otro Asdrúbal se hallaba en la Carpetania, que hoy es el reino de Toledo. Dióse el cargo de la armada romana á Lelio, con órden que á pequeñas jornadas fuese en seguimiento del ejército de tierra, en que entre romanos y españoles se hallaban alistados veinte y cinco mil infantes y dos mil y quinientos caballos. Llegó Scipion por tierra á Cartagena en siete dias, y luego el dia siguiente determinó de combatir la ciudad á un mismo tiempo por mar y por tierra. El que tenia la ciudad por los cartagineses, llamado Magon, no se descuidaba en armar los ciudadanos, repartir los soldados por todas partes, poner á punto los trabucos y ingenios, sin olvidarse de cosa alguna que se pudiese desear en un diestro capitan. Está aquella ciudad asentada en un ribazo sobre el puerto con una isleta que tiene por frente, y le hace seguro de todos los vientos. Rodéala el mar por tres partes, y la que mira al septentrion y hácia la tierra tiene la entrada empinada, demás que á la sazon la tenian fortificada de una buena muralla. Los soldados de Scipion pretendieron por allí escalar la ciudad; pero los españoles que estaban en aquel cuartel, con grande esfuerzo no solo les defendieron la entrada, sino con una salida que hicieron los forzaron á retirarse mas que de paso. Cargaron nuevas compañías que Scipion enviaba de refresco, con que los españoles fueron forzados á meterse en la ciudad. El alboroto y espanto de los de dentro por esta causa era tan grande, que en muchas partes dejaron la muralla sin defensa. Con esta buena ocasion, los soldados por mar y por tierra se arrimaron, como les era mandado, con sus escalas al muro. Advertidos de este peligro los cercados, acuden á la defensa con gran denuedo; y con lanzar sobre los enemigos piedras y todo genero de armas ofensivas, los forzaron á arredrarse sin hacer efecto. Por la parte de poniente estaba pegado con el muro un estero; avisaron los pescadores que cuando bajaba el mar, le podia pasar un hombre á pié. El general romano manda que los soldados, si bien aun no habian descansado del todo ni estaban alentados de la pelea pasada, acometan por dos partes la muralla, para que, estando los de la ciudad ocupados en defender la una parte, escalen la ciudad por la otra, que á causa de tener aquel estero estaba por allí mas flaca y sin guarda. Como lo mandó, así se hizo, y sucedió puntualmente como lo tenia trazado. Entrada por aquella parte la ciudad, apoderáronse los soldados de la puerta mas cercana, y por ella dieron entrada á la demás gente. Por donde en un momento fué la ciudad puesta en poder de los romanos, y quedaron señores de todo; porque tambien Magon entregó la fortaleza, por no tener esperanza ni órden de poderse en ella tener. El despojo fué muy rico, los ingenios de guerra muchos, las banderas que tomaron setenta y cuatro, naves gruesas que se hallaban en el puerto cargadas de vituallas y municiones, sesenta y tres, los presos hasta diez mil, fuera de los esclavos, de los cuales pusieron en libertad á los ciudadanos de Cartagena; y para que el beneficio fuese mas colmado, les volvieron todos sus bienes á propósito y con intento todo de ganar las voluntades de los naturales. Los rehenes otrosí, parte entregaron á los embajadores de sus ciudades; los demás fueron entretenidos muy honradamente, y entre estos la mujer de Mandonio y los hijos de su hermano Indibil. Asimismo una doncella muy hermosa, como quier que fuese entregada á Scipion y presentada por los soldados, apenas la quiso ver y hablar, por quitar la ocasion y sospecha y por tener entendido que ninguna cosa podia acarrear á su edad mayor peligro que los deleites deshonestos; antes la mandó guardar y restituir á un principal de los celtíberos, llamado Luceyo, con quien estaba desposada. No paró en esto, sino que le dió para aumento del dote el oro que los padres de aquella moza ofrecian para su rescate. Con esta benignidad y liberalidad de tal manera quedó prendado aquel mancebo, que dentro de pocos dias vino á servir á los romanos con mil y cuatrocientos caballos, y en ello continuó con mucho esfuerzo y lealtad. A los soldados que entraron la ciudad se dieron premios conforme al valor que cada uno mostrara. Y porque entre dos dellos, es á saber Sexto Digicio y Quinto Tiberilio, habia diferencia sobre quién dellos merecia la corona mural, que se daba al que primero subia en muro, por estar todo el ejército dividido sobre el caso en dos partes, sentenció que se debia á entrambós; y así, dió á cada uno la suya, de que todos quedaron muy pagados. A Lelio en particular dió una corona de oro y treinta bueyes para que los sacrificase. Con esto y para que llevase la nueva de que Cartagena era tomada, le envió luego á Roma en una galera de cinco remeros por banco, en que iba otrosí Magon y quince senadores de Cartago, la de Africa. Rehicieron despues y repararon los muros de aquella ciudad por las partes que quedaban maltratados. Todo lo cual concluido, y puesta allí una buena guarnicion de soldados, Scipion, con mayor fama y reputacion que antes tenia, dió la vuelta á Tarragona al fin de aquel año para tener Cortes á los naturales y ciudades de su devocion. Lelio, llegado que fué á Roma, luego que le dieron audiencia en el Senado, con un grande y elegante razonamiento que hizo, declaró cuán grandes fuerzas se les juntaran con la toma de aquella ciudad. Demás desto, examinados los cautivos, se supo ser verdad lo que M. Valerio Mesala desde Sicilia por sus cartas avisaba, es á saber, que Masinisa tenia en Africa levantados cinco mil caballos númidas, y que hacia juntas de otras gentes africanas, con pensamiento de volver á la guerra de España; junto con esto que Asdrúbal Barquino estaba otra vez señalado para pasar en Italia con aquellas gentes de Africa y grandes socorros de España; nueva que en el pueblo causó grande espanto, y puso á todo el Senado en grande cuidado, en especial que por aquellos dias en los Samnites, parte de lo que hoy llaman Abruzo, cerca de la ciudad Herdonea, Aníbal les dió una grande rota, ca el

pretor Gneio Fulvio con doce tribunos fueron muertos, y un grueso ejército destrozado. Unos dicen que los muertos llegaron á trece mil, otros que fueron siete mil.

CAPITULO XXI.

Cómo Asdrúbal Barquino fué vencido por Scipion.

Con la toma de Cartagena el estado de las cosas se mudó en España. Muchos se inclinaron al partido de los romanos, que tal es la costumbre de la gente seguir al que mas puede. Entre los demás Edesco, hombre de muy alto lugar entre los españoles, se pasó á los romanos por haberle restituido mujer y hijos, que estaban entre los rehenes ya dichos. Mandonio y Indibil, príncipes de los celtíberos, alcanzaron perdon de la falta pasada, y con tanto fueron recebidos en gracia. Tenia Asdrúbal Barquino sus alojamientos cerca de Betulon, ciudad, segun se entiende, puesta en lo que hoy es Andalucía, donde están Ubeda y Baeza. Scipion, luego que el tiempo dió lugar para ello, año de la fundacion de Roma 545, movió de Tarragona en su busca, y en su compañía Lelio, que era ya vuelto de Roma. Asdrúbal, avisado del intento de Scipion y desconfiado, así del esfuerzo de los suyos como de la voluntad de los españoles que tenia consigo, de noche pasó sus alojamientos á un ribazo, cuyas raíces y halda por la mayor parte bañaba y rodeaba un rio, que se cree era Guadalquivir. Tenia en la cumbre dos llanos: en el mas bajo puso á los númidas ó alárabes y á los africanos y á los mallorquines; en el mas alto se alojó el mismo general con la fuerza del ejército. Ni la aspereza de aquel sitio ni el peligro de la subida espantó á Scipion para que no pretendiese venir á las manos con el enemigo, que atemorizado confiaba mas en la fortaleza del lugar que en sus gentes. La dificultad de la subida fué grande. Ninguna cosa tiraban los enemigos que cayese en vano. Pero luego que con grande trabajo subieron al llano y llegaron á las espadas, los enemigos volvieron las espaldas para recogerse en la parte mas alta de aquel ribazo. Era mas fragosa aquella subida, y así, fué necesario ir ladeando el monte repartidas las gentes en dos partes, Scipion á la mano izquierda, y Lilio á la derecha. Subido que hobieron, acometieron por ambos lados á los enemigos, los cuales en un punto se pusieron en huida, porque ni podian bien revolver sus haces, ni tuvieron tiempo para poner los elefantes por frente. Murieron como ocho mil hombres, fueron presos diez mil infantes y dos mil hombres de á caballo, y entre estos un mozo de poca edad, llamado Masiva, sobrino de Masinisa, hijo de una su hermana, que poco antes era vuelto de Africa. Dióle Scipion un caballo, vistióle ricamente y envióle graciosamente á su tio. Asdrúbal, enviado delante el dinero y los elefantes con parte de sus gentes, no paró hasta llegar cerca de los Pirineos, donde acudieron tambien Asdrúbal, hijo de Gisgon, y Magon. Allí, tomado consejo, acordaron que Asdrúbal, hijo de Gisgon, fuese á la Lusitania, y que Masinisa con tres mil caballos corriese las tierras de la España citerior, con órden empero que el uno y el otro en todas maneras excusasen el trance de la batalla. Magon fué enviado á Mallorca á recoger honderos de aquellas islas. Finalmente, pareció cosa forzosa que Asdrúbal el Barquino pasase en Italia, así por obedecer al Senado que lo mandaba, como para que los soldados españoles que se inclinaban á Scipion, con llevallos tan léjos sosegasen. Esto los cartagineses. Scipion, por causa que el estío estaba muy adelante, por los bosques de Castulon, parte de Sierramorena, dió la vuelta á Tarragona, donde por todo el año siguiente, que fué de Roma 546, por tener quebrantadas las fuerzas cartaginesas, se entretuvo ocupado en el gobierno sin acometer cosa alguna que sea digna de memoria, sino que de Italia vinieron nuevas que cerca de Taranto en cierta batalla el cónsul Marcelo fué muerto por Aníbal, y el otro cónsul Crispino salió mal herido, de que murió tambien adelante. Desde Cartago en el lugar de Asdrúbal Barquino vino Hannon, enviado para que le sucediese en el gobierno de España. Él de camino trajo consigo á Magon, que se habia detenido en Mallorca, y con él llegó á España, año de la fundacion de Roma 547. Acudió luego á hacer gente en los Celtíberos. Scipion envió contra él á Sillano con buen golpe de gente. Vino con los contrarios á batalla, y desbarató primero á Magon, despues prendió á Hannon, que desde sus reales vino en socorro de su compañero. Con la nueva desta victoria, Scipion se determinó de ir en busca de Asdrúbal, hijo de Gisgon, que estaba con su gente alojado cerca de Cádiz. Pero él, avisado por tan grandes pérdidas, antes que Scipion llegase, repartió sus gentes por aquellas ciudades y guarniciones, por no tener confianza en las armas ni en las fuerzas. Supo Scipion esta determinacion; así, dejó aquel viaje y se volvió atrás, solo envió á Lucio, su hermano, para que se apoderase de Oningo, ciudad de los Melesos. Plinio pone á Oninge en la Bética hácia donde hoy está Jaen. No fué esta empresa sin provecho; antes en breve fué la ciudad entrada por fuerza y puesta á saco. Todos los cartagineses y trecientos ciudadanos que fueron en cerrar las puertas á los romanos quedaron dados por esclavos; á los demás se dió libertad con todo lo que antes tenian. Acercábase el invierno; así, los soldados fueron enviados á invernar, y el mismo Lucio por mandado de su hermano se partió para Roma, y en su compañía Hannon con los demás cautivos nobles; donde llegado, dió cuenta de todo lo que se habia hecho. Por el mismo tiempo vinieron de Italia avisos que Asdrúbal Barquino, despues que en la pasada de la Gallia y de los Alpes halló mas facilidad que pensaba, como pretendiese juntarse con Aníbal, su hermano, fué en la Marca de Ancona á la pasada del rio Metauro en una batalla muy herida roto y desbaratado por los cónsules Claudio Neron y Marco Livio Salinator: victoria muy famosa y que se igualó con la pérdida de Cannas, así por la muerte del general cartaginés como por el número de los enemigos que perecieron, que llegaron á cincuenta y seis mil hombres, y fué causa al pueblo romano de una alegría extraordinaria, por considerar que en el trance de aquella batalla se echó el resto y se aventuró todo el imperio romano.

CAPITULO XXII.

Cómo echaron los cartagineses de España

El año siguiente, que se contó 548 de la fundacion de Roma, el otro Asdrúbal, con toda la diligencia posible, formó un grueso ejército, compuesto de las gentes que antes tenia y de nuevas compañías que de españoles

levantaron. Con todas estas gentes, que llegaban á cincuenta mil infantes y cuatro mil y quinientos caballos, asentó sus reales en la Bética ó Andalucía, cerca de la ciudad de Silpia. Persuadíase que Scipion no se le podria igualar en número de gente; mas á la verdad, no vencen los muchos, sino los valientes. Y el general romano, avisado de lo que pasaba, tomó de un señor de Andalucía, llamado Colca, que era de su parcialidad, tres mil peones y quinientos caballos. Temia juntar mayor número de españoles por lo que sucediera á su padre y á su tio, aviso para que de tal manera estribase en los socorros extraños, que se asegurase mas de sus propias fuerzas; con este socorro y con las legiones romanas partió en busca del enemigo. Trabaron por algunos dias escaramuzas; despues los unos y los otros ordenaron sus haces para dar la batalla, pero sin efecto alguno, por no haber quien la comenzase. Estaba entre las dos huestes un valle, aunque fácil de pasar, mas cada parte esperaba que los contrarios se adelantasen á subillo, con intento de pelear con mas ventaja; mas como quier que ni los unos ni los otros se atreviesen, á puesta de sol se retiraron á sus reales, primero los cartagineses, despues los romanos. Con este órden y traza se pasaron algunos dias hasta tanto que Scipion se aventuró un dia muy de mañana de acometer, como lo hizo, las estancias de los enemigos. Asdrúbal, alterado con aquel rebate tan fuera de lo que pensaba, echó delante la caballería para que hiriesen en los caballos contrarios, que fueron los primeros á acometer los reales, y él salió con las demás gentes á la batalla. Los caballos se trabaron de tal suerte, que por largo espacio la pelea fué muy dudosa. Scipion recogió los suyos en el cuerpo de la batalla, y extendió y adelantó los dos cuernos, donde puso las legiones romanas. Con esto, antes que los escuadrones de en medio se juntasen, hizo volver las espaldas á los dos cuernos contrarios, por estar compuestos de mallorquines y de soldados nuevos de España, gente de poco valor y destreza, y tambien porque salieron á la pelea en ayunas, lo cual los romanos, que venian bien comidos de propósito, entretuvieron hasta muy tarde. Con tanto quedó el campo por los romanos; y dado que siguieron el alcance, no pudieron luego entrar los reales contrarios, á causa de una lluvia que de repente sobrevino, adonde los vencidos se retiraron primero en ordenanza, y despues huyendo cuanto mas podian. Asdrúbal, atemorizado de lo que pasó y poco confiado de sus aliados, por sospecha que, lo que algunos hicieron, todos no se le pasasen á los romanos, la noche siguiente movió á sordas con su campo con intento de volver atrás á las mayores jornadas que pudiese. Scipion luego á la mañana, avisado de lo que pasaba, que los enemigos huian, despachó la caballería para que picasen en los postreros, y por este medio detuviesen al enemigo hasta tanto que, llegadas las legiones, todo lo pusieron en confusion y rota. Grande fué la matanza deste dia, pues de un campo tan grande apenas escaparon y se salvaron siete mil hombres con su general, que se subieron en un serrejon muy agro, sitio por su naturaleza muy fuerte, donde, partidos Asdrúbal secretamente á Cádiz, y Scipion con parte de su gente á Tarragona, Sillano los tuvo cercados. Quedó allí entre los demás cartagineses Masinisa, el cual, viendo las cosas de Cartago puestas en extremo peligro y caidas casi del todo, acordó de moverse al movimiento de la fortuna y bailar al son que ella le hacia. Habló secretamente con Sillano, y con él trató de pasarse á los romanos, sin que, á lo que parece, sucediese en aquel cerco alguna otra cosa de mayor importancia. Hízose esta guerra al principio del verano, con que se acabó en España el señorío de los cartagineses y pasó al poder y jurisdiccion de los romanos, que fué el año décimocuarto despues que Aníbal sujetó á los saguntinos, y el quinto despues que á Scipion se encargó el gobierno y la guerra de España.

CAPITULO XXIII.

De otras cosas que Scipion hizo en España.

Concluida en gran parte la guerra larga y dudosa de España, Scipion comenzó á revolver en su pensamiento de apoderarse de Africa y de la misma ciudad de Cartago. Para poner en esto la mano, concertóse primero con Masinisa; recibiólo en su gracia, y con tanto le envió á Africa á negociar sus naturales y apartallos de la amistad de Cartago. Por otra parte, trató de concertarse de nuevo con Sifaz, rey de los masesulos, y hacelle amigo del pueblo romano. Para concluir esto, despachó á Lelio por su embajador, y le hizo pasar en Africa. Respondió el bárbaro á esta demanda que él no vendria en ningun concierto si el mismo general romano no se hallaba presente. Scipion, avisado desta respuesta, pasó en Africa, y llegó á Siga, que era el asiento y residencia de aquellos reyes, y hoy se entiende que es Aresgol, por causa que Plinio testifica que Siga estaba en frente de Málaga. Acudió á la misma ciudad y en la misma sazon Asdrúbal para prevenir aquel Rey y desbaratar aquellas práticas; gran gloria de aquel bárbaro, que dos poderosísimos pueblos y dos excelentísimos capitanes pretendiesen á un tiempo granjear á cualquier precio su amistad; tanto mas, que los dos cenaron á una mesa, y lo que es mayor maravilla, reposaron en un mismo lecho á propósito cada cual de condescender con la voluntad del Rey, que así lo quiso, y por este camino granjearle. Quiso él interponerse para que se asentasen paces entre aquellas ciudades; Scipion se excusó con que sin comision del Senado romano no se podia tratar aquel punto, y mucho menos tomar resolucion en negocio tan grave. Y sin embargo, concluido á lo que era venido, que era atraer aquel Rey á la amistad romana, dió la vuelta Scipion á España, donde Illiturgo y Castulon en breve vinieron á su poder, ciudades que, mas por miedo de lo que merecian por su deslealtad que de voluntad, se mantenian en la amistad de los cartagineses. Illiturgo fué destruida; á Castulon perdonó, que era menor su culpa, y por entregarse de su voluntad, amansó la saña de los vencedores. Despues desto, dió á Marcio órden de sujetar otras algunas ciudades, y él determinó de celebrar en Cartagena las exequias de su padre y de su tio. Plinio dice que la hoguera donde fueron quemados los huesos de los Scipiones estaba en Ilorci (quién dice que hoy Ilorci es Lorquin, quién que Lorca), de la cual hoguera dice huyo el rio Tader, que es el rio de Segura. Lo cierto, que en aquellas exequias hobo juegos de diversas maneras, y en particular de gladiatores ó esgremidores, que de su voluntad se ofrecieron á la pelea. Entre los demás hicie-

ron campo dos primos hermanos, llamado el uno Corbis y el otro Orsua, por cierta diferencia que tenian sobre el señorío de la ciudad llamada Iba. Valerio Máximo dice que eran hermanos; concuerdan que Orsua, el menor de los dos, pagó con la vida su obstinacion, con tanto menor compasion, que, confiado en sus fuerzas, nunca se dejó persuadir que su negocio se determinase por tela de juicio, y no por las armas. En este medio muchas ciudades se entregaban á Marcio; solo Astapa, porque muchas veces con correrías maltratara los aliados de los romanos, perdida la esperanza de perdon, sufrió por largo tiempo con grande obstinacion el cerco. Muchos murieron de aquella ciudad en diversos encuentros, muchos en una batalla que se dió, sin que por estos daños aflojasen en su propósito. Antes, conocida su perdicion y resueltos de morir antes que rendirse, acordaron de degollar mujeres y niños y quemar sus preseas y ropa públicamente en la plaza. Esto hecho, con sus espadas se quitaron las vidas, obstinacion, digamos, ó constancia no menor que la de los saguntinos, pero escurecida y casi puesta en olvido, á causa de no ser aquella ciudad tan principal y famosa como Sagunto; tanto importa la nobleza del que hace alguna gran hazaña. Las ruinas desta ciudad se ven á la ribera del rio Jenil, no léjos de Ecija y de Antequera; de Astapa se cree haberse fundado Estepa, pueblo conforme en el apellido, y distante de aquellas ruinas dos leguas solamente. Concluidas estas cosas, Lelio y Marcio fueron enviados á Cádiz con esperanza de apoderarse, por inteligencia y trato de ciertos forajidos de aquella isla y echar de ella á los cartagineses. Engañóles su pensamiento, ca sus trazas y inteligencias fueron descubiertas, con que Magon, á cuyo cargo estaba la isla, las desbarató fácilmente. Además que Scipion adoleció de una enfermedad muy grave y muy fuera de sazon, cuya fama, como acontece, con el decir de las gentes se aumentó de suerte, que muchos tomaban ocasion de pensar en novedades, en particular Mandonio y Indibil al descubierto mudaron partido. Dolianse que les habia engañado su esperanza, ca echados los cartagineses, se prometian el señorío y reino de España, que tal es la comun condicion ó falta de los hombres de creer fácilmente lo que desean. Demás desto, ocho mil romanos que alojaban por las comarcas que baña el rio Júcar con sus aguas, pidieron fuera de tiempo sus pagas, y porque no les acudieron, se amotinaron. Era grande la alteracion de las cosas; en la cual ocasion, confiado Magon que se podria mejorar el partido de Cartago, por cartas que escribió á aquel Senado, pedia le enviasen muchas gentes de socorro; pero todos aquellos intentos y práticas salieron vanas con la mejoría de Scipion; con que todo aquel alboroto y motin se apagó en breve, y se quitó la ocasion de mayores alteraciones. Los soldados amotinados, con intencion que les dieron de que alcanzarian perdon y les darian sus pagas, vinieron á Cartagena, donde todos fueron por Scipion ásperamente reprehendidos, y castigadas solamente las cabezas del motin como causas principales de aquella alteracion. Mandonio y Indibil en los Ilergetes, do andaban alborotados, en una batalla, que duró dos dias, quedaron vencidos y despojados de sus reales; y sin embargo de lo cometido, con rendirse á la voluntad del vencedor, alcanzaron perdon y paz; solo fueron castigados en dineros con que pagar los soldados. Masinisa era vuelto de Africa á Cádiz con buen golpe de caballos númidas en socorro de los suyos, que aun no se declaraba por los romanos ni se entendia su voluntad. Scipion, enviado que hobo delante á Marcio con parte de su gente, se determinó ir él mismo en persona, cuya venida y llegada luego que Masinisa la supo, con voz de correr los campos comarcanos pasó á tierra firme, donde procuró tener habla secreta con Scipion. Resultó destas vistas que puso con él aquella amistad que conservó toda la vida, y aun fué de gran momento para derribar el poder de Cartago; á él acarreó gran gloria y no menores riquezas. Magon, perdida la esperanza de las cosas de España, por órden del Senado se partió para Cartago en sus naves, en que embarcó todo el oro y la plata, así del público como de particulares. De camino acometió á los mallorquines porque se pasaran á los romanos. Apoderóse sin dificultad de Menorca, donde envió á Cartago dos mil honderos; y él, por estar el otoño adelante, se quedó allí á invernar; y por no estar ocioso, fundó en aquella isla una ciudad de su nombre, como sospechan algunos; otros dicen que fué mas antigua, como queda apuntado en otro lugar, que no es maravilla vamos á tiento en cosas tan antiguas. Lo que se averigua es que Cádiz se entregó á Scipion, y que por este tiempo cerca de Sevilla fundó á Itálica, municipio romano, en un lugar que antes se llamaba Sancios, patria que fué de tres emperadores, Trajano, Adriano y del gran Teodosio. Con esto el quinto año despues que vino á España, dió la vuelta á Roma en una armada de diez naves. Juntóse el Senado fuera de la ciudad en el templo de la diosa Belona; allí relató por menudo todo lo que en España quedaba hecho con grande alegría de los padres y del pueblo, que consideraban, como era la verdad, el gran riesgo de que escaparon y cuánto su partido quedaba adelantado y mejorado con tener sujeta á España; y sin embargo, no se le dió el triunfo, porque hasta entonces ningun procónsul, por grandes cosas que hiciese, le habia alcanzado.

CAPITULO XXIV.

Cómo Scipion venció á Cartago en Africa.

En la primera eleccion que despues desto se hizo en Roma, salieron por cónsules el mismo publio Cornelio Scipion y P. Licinio Craso, que era pontífice máximo. Dióse el cuidado de Sicilia á Scipion con voluntad de su compañero, y junto con esto, á su instancia, le concedieron que, si juzgase ser así conveniente, pudiese pasar con sus huestes en Africa; sin embargo que Q. Fabio Máximo hizo gran resistencia, y con un largo razonamiento pretendió probar ser aquella empresa temeraria. Corria el año de la ciudad de Roma 549, en el cual Magon, partido de Menorca, donde invernó, destruyó en la Liguria la noble ciudad de Génova. Por otra parte, Lelio desde Sicilia, por mandado de Scipion, pasó á Africa para correr los campos de Cartago, ponellos á fuego y á sangre, matar y robar todo lo que hallase. En España Mandonio y Indibil volvieron á sus mañas; y con intento de recobrar la libertad, ó fuese por ambicion de hacerse reyes, se levantaron. Hízose la guerra al principio, no solo en los Ilergetes, donde ellos tenian el principado, sino tambien en los Auseta-

nos, que estaban donde ahora la ciudad de Vique; y en otros lugares comarcanos se encendió tambien la llama, que pasó en breve á los Sedetanos, como dice Livio; yo mas quisiera que dijera Ceretanos, los cuales adelante de los Ilergetes y de los Ausetanos se extendian hasta los Pirineos. Eran los que habian tomado las armas en número treinta mil peones y cuatro mil de á caballo. Saliéronles al encuentro Lucio Lentulo y Lucio Manlio Acidino, procónsules, á los cuales, como á sus sucesores, Scipion entregó la provincia. Dióse la batalla, murieron hasta trece mil hombres de los levantados, los demás se metieron y escaparon por los bosques y espesuras que cerca caian. Indibil murió en la pelea; á Mandonio entregaron sus mismos soldados para con su muerte alcanzar ellos perdon, principalmente que los procónsules romanos hicieron publicar que no se harian las paces si no les entregaban en su poder los movedores de aquel alboroto. El año siguiente, que fué de Roma 550, pasaron los españoles en reposo, por hallarse cansados y gastados con guerras de de tantos años. Para la ciudad de Cartago fué año muy aciago, ca Scipion, con una poderosa armada y un grueso ejército, pasó en Africa, y en su compañía por su cuestor Marco Caton, llamado el Censorino. Entonces Masinisa, sin dilacion y al descubierto, se pasó á los romanos con un grande escuadron de númidas, y desamparó á los cartagineses, con tanto mayor coraje, que el rey Sifaz estaba declarado por ellos por haberle concedido lo que tanto deseaba y por tanto tiempo pretendió, que era casarse con Sofonisba. La guerra al principio fué dudosa; Hannon, hijo de Amílcar, fué vencido por los romanos y muerto en una batalla. Por el contrario, Asdrúbal y Sifaz forzaron á Scipion á alzar el cerco que tenia sobre Utica, sin que aquel año se hiciese alguna otra cosa de momento. Al principio del año siguiente, en que fueron cónsules Gneio Servilio Cepion y Gneio Servilio Gemino, Scipion, con nuevos socorros que le vinieron de Italia, hecho mas fuerte, salió en busca de Asdrúbal y de Sifaz, á los cuales venció en algunos encuentros que con ellos tuvo, y despojó de sus reales pór dòs veces. En estas peleas perecieron cuarenta mil hombres del ejército cartaginés, y en este número cuatro mil celtiberos que traia Sifaz á su sueldo. Con esto el reino de los Masesulos, que caia en las Mauritanias ó cerca dellas, y del Sifaz se apoderara por fuerza, volvió á poder de Masinisa. No paró en esto la desgracia, antes el mismo Sifaz en el reino de sus padres y abuelos, do se habia retirado y hacia gente con intento de volver á la guerra, fué en una batalla, que Lelio y Masinisa le dieron, de nuevo vencido y preso. En la ciudad principal y silla de aquel reino, que despues desta victoria vino tambien en poder de los romanos, hallaron á Sofonisba. Masinisa sin dilacion y sin otras ceremonias se casó y celebró con ella su matrimonio, como sean los moros muy desordenados en la lujuria. Reprehendióle Scipion por esta razon con palabras muy graves, que fué ocasion para que el mismo Masinisa la hiciese morir con yerbas: así suelen los hombres emendar un yerro con otro mayor. Los cartagineses, viéndose en esta estrechura, acordaron de llamar á Aníbal para que, dejada la Italia, acudiese á la defensa de su patria; porque Magon, que con su armada venia la vuelta de Cartago, tenian aviso que muriera en Cerdeña de una herida vieja que le dieron en los Insubres, que era una provincia de Italia donde hoy está Milan; con la venida de Aníbal se movieron tratos de paz, porque las cosas de Cartago iban muy de caida. Habláronse los dos generales, y como quier que no se concertasen, volvieron de nuevo á las armas y á la guerra. Los cartagineses fueron vencidos en batalla, y el mismo Aníbal forzado á desamparar á Africa, y por salvar la vida huirse hácia levante á tierras muy léjos y apartadas. Despues desta victoria y de la huida de Aníbal, ó antes, se hicieron las paces con Cartago con estas condiciones: que Cartago se gobernase por sus leyes; los aledaños de su señorío y jurisdiccion fuesen lo mismos que antes de la guerra; que entregasen, así los traidores fugitivos como los que tenian cautivos; no tuviesen naves con espolon fuera de galeras ni elefantes domados; pagasen diez mil talentos de plata en cincuenta pagas. Para seguridad y firmeza de todo esto se obligaron á dar cincuenta rehenes escogidos á voluntad de Scipion, es á saber, de los principales de la ciudad. Graves condiciones eran estas, pero forzoso que las aceptasen, por estar apretados á un mismo tiempo con tantos desastres. Además, que ciertos cartagineses presos por los saguntinos fueron llevados á Roma con el oro y la plata que traian para mover á los españoles á que se levantasen. El Senado alabó la lealtad de los saguntinos; en premio les volvieron el dinero que tomaron á los cartagineses, y solo detuvieron los cautivos. Todo esto sucedió el año que se contaba 552 de la fundacion de Roma. Este año pasado y venido el siguiente, Cornelio Scipion de Africa volvió á Roma con renombre del mas famoso capitan qué se conociese en el mundo. Otorgáronle que triunfase de Cartago. Eran á la sazon cónsules Gneio Cornelio Lentulo y P. Elio Peto. El triunfo fué en todo de los mas señalados del mundo; solo faltó el rey Sifaz para ennoblecello mas, para llevar en la pompa encadenado un rey tan poderoso, ca falleció cerca de Roma. Dieron á Scipion sobrenombre de Africano, gloria debida á sus trabajos y hazañas. Por esta manera se puso fin á la segunda guerra Púnica ó Cartaginesa el año diez y siete despues que se comenzó, la mas grave y mas peligrosa que jamás hizo ni padeció Roma. Tanto fué mayor el alegría de verla acabada por el valor y esfuerzo de Scipion.

CAPITULO XXV.

Cómo M. Porcio Caton, siendo cónsul, vino á España.

Dicho se ha cómo en lugar de Scipion vinieron á España dos procónsules. Destos L. Cornelio Lentulo el año sexto despues de su llegada volvió á Roma para pretender el triunfo por haber sujetado los españoles alborotados. Sucedió en su lugar C. Cornelio Cetego, el cual vino á España por compañero y con igual poder de L. Manlio Acidino el año 554 de la fundacion de Roma. En el cual tiempo los españoles, congojados del estado y términos á que estaban reducidos, cayeron, aunque tarde, en la cuenta que las guerras que los romanos emprendieran, no se encaminaban á restituillos en su libertad, sino á ensanchar su señorío y á su provecho. Conjuráronse pues entre sí, y tomaron las armas en los pueblos Ceretanos. Reprimió Cetego con

presteza estos movimientos con una batalla, en que mató quince mil de aquella gente. El año siguiente, en lugar de Cotego y Acidino, fueron enviados al gobierno de España Cornelio Lentulo y L. Stertinio. En este año y en el que se siguió luego despues dél ninguna cosa sucedió en España que de contar sea, sino que por mandado del Senado de un gobierno de España se hicieron dos gobiernos, que fueron el de la España ulterior, en que se comprehendian la Bética y la Lusitania, que hoy son Andalucía y Portugal, y el de la citerior, que abrazaba las demás partes de España. Mudáronse diversas veces y por diversas ocasiones los términos destas prefecturas ó gobiernos; cosa que es ocasion de dificultad para entender las antigüedades de España. Por el mismo tiempo se hacia en la Grecia la guerra contra Filipo, rey de Macedonia, y M. Porcio Caton gobernaba por los romanos la isla de Cerdeña. El año adelante de la fundacion de Roma 557, sorteadas, como era de costumbre, las provincias en Roma, á Gneio Sempronio Tuditano cupo el gobierno de la España citerior, y el de la ulterior á M. Helvio. Contra estos gobernadores se levantaron los españoles en diversas partes. Los principales caudillos de los alborotados fueron Colca y Luscinon; la ocasion fué que se dió licencia á los soldados viejos para dejar la milicia, por donde parecia que no quedaban á los romanos fuerzas bastantes para resistir. Acudió Tuditano para apagar este fuego; atrevióse á pelear con una parte de los levantados, pero fuéle mal, ca recibió una grande rota; su gente fué destrozada y él mismo herido y muerto despues de las heridas, que con la pena que recibió de la pérdida se le enconaron. Esta pérdida, luego que se supo en Roma, puso en grande cuidado al Senado. Temian no se levantase guerra en España mas grave y dificultosa que nunca, por estar los naturales no divididos como antes por los romanos y contra ellos, ni pugnar solamente por echar de su tierra los cartagineses, sino toda la nacion unida con intento de recobrar la antigua gloria de las armas y la libertad que solian tener. Enviaron pues el año de Roma 558 á la España ulterior á Q. Fabio Buteon, á lo demás á Q. Minucio Termo. Estos dos partieron de España, pasado el año de su gobierno sin hacer cosa que de contar sea, salvo que doce mil hombres españoles fueron cerca de la ciudad de Turba pasados á cuchillo por el gobernador Termo. Con todo esto, el cuidado que el Senado tenia y el recelo no aflojaba; por esto se dió órden que los cónsules del año adelante, que fueron Lucio Valerio Flaco y M. Porcio Caton, sorteasen sobre cuál dellos iria á la España citerior, cosa hasta entonces no usada, que cónsul viniese á España. Echadas las suertes, cupo á Caton lo de España, para donde se partió el año de 559 con dos legiones de socorro y veinte y cinco galeras; y sin embargo; se ordenó que con nombre de pretores gobernasen la España citerior Publio Manlio, y la ulterior Apio Claudio Neron. Hízose Caton á la vela en el puerto de la Luna, que hoy es Lerice ó Porto Venere, y pasado el golfo de Leon, llegó á vista de España. Surgió con su armada junto á Roses, de donde echó la guarnicion de españoles que allí tenian. Desde allí pasó á Ampúrias. La parte de aquella ciudad que moraban los griegos venidos de Focea, y á ejemplo de Marsella se mantenian en la devocion de los romanos, le recibió muy alegremente. Estal a aquella ciudad dividida en dos partes con un muro tirado y que pasaba por en medio de entrambas. La parte que caia hácia el mar, que era mas angosta y apenas tenia en circuito cuatrocientos pasos, moraban los griegos, como arriba queda dicho; en la parte mas ancha y que de ruedo tenia tres millas moraban los españoles. El muro con que se dividian tenia una sola puerta para pasar de los unos á los otros, con bastante guarda puesta entre dia; de noche no menos que la tercera parte de los griegos hacia la centinela, á los cuales solamente era lícito aquel dia salir á negociar á la marina. Con este cuidado y con esta vigilancia, dado que estos griegos eran tan pocos, se mantuvieron en libertad hasta la venida de Caton. Los españoles aborrecian el imperio de los romanos, y pretendian hacerles rostro confiados en su muchedumbre y en el socorro que tenian cerca. Caton, luego que asentó sus reales cerca de aquella ciudad, despidió los obligados á proveer de mantenimientos, y envió las naves á Marsella; los obligados, porque pretendian que los soldados se sustentasen de lo que robasen, por estar ya las mieses sazonadas; la armada, para que los soldados, perdida la esperanza de volver á sus casas si no fuesen vencedores, hiciesen mejor el deber; resolucion notable, muestra de pecho asaz confiado, ejemplo imitado de algunos, aunque pocos, caudillos animosos y grandes. Por el mismo tiempo Helvio desde la España ulterior vino á verse con el Cónsul, y de camino se apoderó de Illiturgo, que de nuevo se habia rebelado, y dió la muerte á gran número de celtíberos que le salieron al encuentro. Lo uno y lo otro hizo con solos los soldados que para su guarda y seguridad Neron, su sucesor, le dió. Demás desto, Belistages, hombre principal entre los ilergetes, envió sus embajadores al Cónsul para pedirle socorro contra los españoles que andaban alborotados. Decia que apenas, talados los campos, se podian defender dentro de las murallas; que si no los favorecia con presteza todos perecerian, no por otra culpa sino por mantenerse lealmente en la devocion de los romanos; que cinco mil soldados de socorro serian bastantes para librarlos de aquel peligro. A esto respondió Caton que deseaba ayudar á los confederados del pueblo romano, y sentia mucho les quitase el enemigo lo que trajeron á su amistad; pero que el pequeño número de soldados le detenia para que no les acudiese luego; que temia, si dividia sus fuerzas, no quedaria igual á las de los enemigos (ca tenia aviso que en gran número se apresuraban, y que llegaban ya cerca para dar socorro á los de Ampúrias, sobre los cuales él tenia puesto cerco); que el premio de su lealtad era justo le esperasen acabada la guerra; que les rogaba se sufriesen por un poco de tiempo, y los agravios de los enemigos ó los impidiesen ó los disimulasen, pues ganada la victoria, se podrian recompensar con mayor ganancia. Los embajadores, oida aquella respuesta, hacen mayor instancia; echados á los piés del Cónsul, piden con lágrimas no desampare en aquel trance á sus amigos y confederados. Entonces Caton, dudoso de lo que debia hacer y entendiendo que muchas veces en las guerras tiene mas fuerza la maña que la verdad, usó de tal astucia: el dia siguiente prometió á los embajadores el socorro que pedian, y para muestra que lo queria poner en ejecucion, hizo luego embarcar la

tercera parte de sus soldados, y á los embajadores mandó fuesen delante y animasen á los suyos con la nueva del socorro que les enviaba; pero luego que partieron los embajadores, hizo desembarcar los soldados, á causa que el ejército de los españoles llegaba ya á vista de la ciudad, y el Cónsul pretendia darles la batalla lo mas presto que pudiese. Con este intento, á la tercera muda ó vigilia de la noche sacó todas sus gentes de sus reales, y pasado que las hobo á sordas de la otra parte de donde los enemigos tenian sus reales, mandó que entre dos luces tres compañías, llamadas cohortes, se arrimasen á las trincheas de los contrarios y las combatiesen. Los bárbaros, dado que alterados de cosa tan repentina y maravillados que los romanos se mostrasen por las espaldas á quien el dia antes habian tenido por frente, mas porque el enemigo los acometia y desafiaba á la pelea, sin órden y sin concierto con el furor que la saña les daba, salen por todas las puertas, y de tropel siguen á los romanos, que se retiraban segun que les era mandado. Fué la carga que los españoles les dieron tan grande, que sin embargo del poco órden que llevaban, rompieron la caballería romana y la pusieron en huida. Alteróse otrosí la gente de á pié; pero como luego volviesen á ponerse en órden y se mejorasen de lugar, reprimieron el ímpetu y furia de los enemigos. La pelea fué por algun espacio dudosa, hasta tanto que ciertas compañías sobresalientes de una legion que tenian de respeto entraron de refresco; con esto el enemigo, que á mano izquierda y en el cuerpo de la batalla llevaba lo peor, comenzó á ciar, y despues, puesto en huida, se retiró á sus estancias. En la pelea y en el alcance dicen fueron muertos cuarenta mil españoles. La noche siguiente, despues que los soldados romanos reposaron algun tanto, salieron á correr los campos y heredades de Ampúrias, daño que movió á los ciudadanos, principalmente por no tener esperanza de poderse defender, á rendirse aparejados á hacer lo que el vencedor les mandase y ayudalle con todas sus fuerzas. Recibiólos Caton y tratólos con mucha humanidad, tanto, que á la guarnicion de los soldados comarcanos que allí halló, dejó ir libremente sin algun castigo ni rescate. Con esta victoria, como quedase apaciguado todo lo que hay de España desde allí hasta el rio Ebro, el Cónsul se partió para Tarragona. De cuya ausencia tomaron los bergistanos ocasion para levantarse, pero con la misma presteza fueron apaciguados. Tornaron segunda vez á alborotarse; sujetáronlos de nuevo, y vendiéronlos á todos por esclavos: hecho cruel, mas necesario castigo para que los demás quedasen avisados de no alborotarse tantas veces. El asiento de los Bergistanos quién le pone donde ahora está la ciudad de Tiruel, quién sospecha que estaba cerca de la ciudad de Huesca, do al presente hay un pueblo llamado Bergua. Pretendia Caton pasar con su campo á los Turdetanos, pueblos, como se ha dicho, de la Bética ó Andalucía, de quien tenia aviso que despues que fueran vencidos por el pretor Manlio con sus gentes y las de Neron, llamaban en su ayuda á los celtíberos para volver á la guerra y á las armas. Antes que partiese, por tener seguras las espaldas, se determinó de quitar las armas á todos los pueblos que caian antes de pasar el rio Ebro: notable resolucion, á propósito de sosegar aquella gente, pero que los alteró de tal manera, que algunos tomaron la muerte por sus manos por no verse despojados de lo que tenian mas caro que las mismas vidas. Por esta causa el Cónsul, mudado de parecer, despachó embajadores á todas partes con órden que en un mismo dia las murallas de todas aquellas ciudades fuesen abatidas por tierra. Hízose así, y juntamente llegó aviso que el pretor Manlio con no menor presteza apaciguara las alteraciones de los Turdetanos. Por donde dejada aquella empresa, el cónsul Caton entró por la tierra adentro, y pasado el rio Ebro, no paró hasta Segoncia, que hoy es Sigüenza, en que por la fortaleza de aquella plaza los celtíberos tenian recogidas sus riquezas. Era grande el despojo; la dificultad de apoderarse de aquella ciudad tanta, que perdida la esperanza de salir con ello, pasó á Numancia, como se entiende de Aulo Gellio. No se hizo cosa de mayor momento por aquellas partes. Hácia los Pirineos se le rindieron los Ceretanos, los Ausetanos y los Suesotanos. Sujetó asimismo los Cacetanos, que por caer algo mas léjos andaban alterados. Por esta manera apaciguada España y aumentadas las rentas de Roma por causa de las minas de oro y de plata que hizo beneficiar con mas cuidado que antes, y por venir nuevos pretores de Roma para el gobierno de España, Caton dió la vuelta y fué á Roma. Allí fué recebido con un solemne triunfo, en que llevaba de plata acuñada y en barras ciento y cuarenta y ocho mil libras, y del oro que llamaban oscense, quinientas y cuarenta. Hizo á sus soldados un donativo, en que á cada hombre de á pié dieron siete ases, y al de á caballo tres tanto. Despues desto, por toda la vida tomó y tuvo á España debajo de su proteccion y amparo, y la defendió de todo agravio; que propio es de grandes varones, cual fué Caton, vengar las injurias con buenas obras, y pasada la contienda, usar de benignidad para con los caidos. En Roma, por voto que hizo en Ampúrias, dedicó dos años adelante una capilla con advocacion de Victoria, vírgen, como se lee en Livio y lo refiere Victor en un librito de las regiones de la ciudad de Roma. Las monedas, que se hallan muchas en España acuñadas con el nombre de Caton, tienen grabadas estas palabras: *Victoriae victrici;* á la Victoria vencedora; por donde se sospecha que la letra en aquellos dos autores está errada.

CAPITULO XXVI.

De diferentes pretores que vinieron á España.

Muchos pretores despues desto vinieron de Roma al gobierno de España, cuyos nombres pondrémos aquí, sin señalar con mucho cuidado los tiempos, ni de todo punto dejarlos. Los primeros en este cuento serán Lucio Digicio, pretor de la citerior, famoso por la corona mural que ganó cuando Cartagena fué entrada; y con él vino tambien á la ulterior Publio Scipion Nasica, hijo que fué de Gneio Scipion, y por decreto del Senado de Roma juzgado por el mas santo de toda la ciudad. Sucedieron á estos y gobernaron en un tiempo las Españas Marco Fulvio Nobilior, sucesor de Digicio; este puso á Toledo, ciudad entonces pequeña, pero fuerte por su sitio, en poder de los romanos, y con él vino Cayo Flaminio en lugar de Scipion. A este prorogaron el tiempo del gobierno. En lugar de Fulvio vino Lucio Emilio Paulo, el que adelante ganó renombre de Ma-

cedonio, por haber vencido al rey de Macedonia, llamado Perseo. Despues destos vino por pretor de la España citerior Lucio Plaucio Ilipseo, y para la ulterior señalaron á Lucio Bebio Divite, en cuyo lugar, porque lo mataron en la Liguria, que es el ginovés, vino Publio Junio Bruto. Por espacio de dos años enteros adelante tuvo el gobierno de la España citerior Lucio Manlio Acidino, y de la ulterior Cayo Catinio, sin que sucediese cosa que de contar sea. Por sucesores de Acidino y Catinio señalaron á Cayo Calfurnio Pison y Lucio Quincio Crispino, el año de la fundacion de Roma de 568, en el cual año, antes que llegase el nuevo gobernador, murió Catinio en la Lusitania en una batalla que trabó con los naturales cerca de un pueblo llamado Asta. Pasados dos años, tomó el gobierno de la citerior Aulo Terencio Varron, y de la ulterior se encargó Paulo Sempronio Longo. A estos sucedieron Publio Manlio en la España ulterior, aquel que, siendo cónsul Marco Caton, tuvo el gobierno y fué pretor de la misma provincia; y á la citerior vino Quinto Fulvio Flaco, el que en los Carpetanos, que es el reino de Toledo, venció gran número de celtíberos en una batalla muy brava que les dió junto á un pueblo llamado Ebura, el cual entiendo que Ptolemeo llama Libora, y hoy es Talavera, como se probará en otra parte. Tuvieron estos pretores el gobierno de España dos años, y de Roma fueron enviados otros nuevos, es á saber: á la ulterior Lucio Postumio Albino, y á la citerior Tiberio Sempronio Graco, el que fué padre de los Gracos, y tuvo por mujer á Cornelia, hija de Scipion el Mayor, de quien arriba se trató en la segunda guerra Púnica. Scipion el Menor, dicho tambien Africano, casó otrosí con Cornelia, hija de Cornelia y de Graco, y nieta de Scipion el Mayor. Por el esfuerzo y buena maña deste pretor Graco se ganaron muchas victorias, y Numancia por su industria hizo la primera vez confederacion con los romanos, como lo dice Plutarco. Demás desto, donde hoy está Agreda sobre Numancia, la ciudad de Gracurris tomó su apellido desto Graco, quier por haberla él edificado, quier sea porque la ensanchó y ennobleció con nuevos edificios. Hállanse monedas en España con el nombre de Gracurris y el de Albino juntamente. Año de la fundacion de Roma de 576, Marco Titinio Curvo fué elegido en pretor de la España citerior; de la ulterior Quinto Fonteyo. Estos tuvieron el cargo por espacio de tres años, los cuales pasados, no se sabe qué pretores viniesen á España; dado que hay memoria que el año 579 Apio Claudio Centon, por la victoria que ganó de los celtíberos, entró en Roma con ovacion. Tambien se sabe que el año siguiente vinieron por pretores de la ulterior Servilio Cepion, de la citerior Furio Filon. Sucediéronles Marco Manciano y Gneio Fabio Buteon; pero á causa que Buteon falleció en Marsella del mal que la mar le hizo, por mandado del Senado, Furio continuó su gobierno de la España citerior, hasta tanto que el año siguiente de 582 á Marco Junio cupo por suerte lo de la citerior, y la ulterior al pretor Spurio Lucrecio. Pasado este año, sucedió una cosa muy notable, y fué que juntaron las dos Españas debajo de un gobierno, y las encargaron al pretor Lucio Canuleyo. Este en Roma antes que se partiese, fué nombrado por juez sobre cierta acusacion que embajadores de España pusieron contra algunos de los pretores pasados, que decian haber robado y cohechado la provincia; pero fueron dados por libres, por acostumbrar los senadores romanos de usar de severidad con los demás y disimular unos con otros, con grande sentimiento y envidia del pueblo y en gran perjuicio de su buena fama. Verdad es que para apaciguar las quejas de los naturales se les otorgó que los gobernadores romanos no vendiesen el trigo á la postura y tasa que ellos mismos hacian, como lo tenian de costumbre, y que los españoles no fuesen forzados á encabezarse y arrendar el alcabala que llamaban vicésima, porque se pagaba uno por veinte, á voluntad del Pretor; que no hobiese arrendadores de los tributos, sino que el cuidado de cobrar y beneficiar aquellas rentas se encomendase á los pueblos. Otra embajada se envió de España á Roma para saber qué se debia hacer de los bastardos, que llamaban comunmente hibridas, y eran hijos de soldados romanos y madres españolas, y pedian campos donde morasen y labrasen. Respondió el Senado que se les diesen como lo pedian á los que el pretor Canuleyo de aquella muchedumbre de hombres, que pasaban de cuatro mil, juzgase se debia dar libertad, ca eran tenidos por esclavos, y que los llevase á Carteya con nombre y privilegio de colonia, que fué la primera que hobo de romanos en España, y por esta causa Carteya se llamó colonia de los Libertinos. Entiéndese que esta poblacion es la que hoy se llama Tarifa. Canuleyo, pasados dos años de su gobierno, tuvo por sucesor á Marco Marcello, año de la fundacion de Roma 585. Este fundó á Córdoba, ciudad principal en la Bética ó Andalucía, madre de grandes ingenios. A lo menos Estrabon así lo dice, que Córdoba fué fundada por Marco Marcello; á algunos parece que sucedió en este tiempo cuando fué pretor, y no adelante cuando hecho cónsul volvió á España y á su gobierno. Las conjeturas que para decir esto tienen, ni son concluyentes, ni del todo vanas, ni hay para qué se relaten. Lo cierto es que Silio Itálico hace mencion de Córdoba en tiempo de Aníbal, y puédese entender que su fundacion fué antes deste tiempo, y que atribuyeron á Marco Marcello la gloria de ser fundador de Córdoba, porque la ennobleció con edificios y con darle, como le dió, título y derecho de municipio romano. Sucedió á Marcello Fonteyo Balbo. Despues deste tornaron á dividir á España en dos gobiernos, y así la gobernaron Gneio Fulvio y Cayo Licinio Nerva en el tiempo que Júdas Macabeo, capitan nobilísimo de los judíos, hizo confederacion con los romanos, de quien sabia extendian sus victorias y sus armas, no solo hasta la Asia, sino que tenian asimismo sujeta á España, y con las minas de oro y plata que en ella poseian, crecian de cada dia mas en poder y en grandeza. Con esto se acabará la cuenta de los pretores, porque si pasase adelante, daria mas fastidio que gusto. Ni tampoco es cosa fácil recogellos todos y continuar siempre la historia sin quiebra por la falta que tenemos de las memorias antiguas. Demás que no conviene ni es razon embutir los anales de España con la grosura de las cosas romanas, como si de suyo fuesen faltos, y con ripia y materiales juntados de otra parte tapar las hendeduras que tienen nuestras historias en muchos lugares.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

Del principio de la guerra de Numancia.

Una guerra muy larga y muy brava se emprendió en España el año que se contada 601 de la fundacion de Roma, dudosa por los varios trances de las batallas que se dieron, y cuyo remate últimamente fué muy perjudicial para España. Los primeros movedores destas alteraciones fueron los numantinos, gente asaz feroz y brava, por estar cansados del señorío de Roma y irritados con los agravios que los romanos les hacian. La ciudad de Numancia, temblor que fué y espanto del pueblo romano, gloria y honra de España, estuvo antiguamente asentada en la postrera punta de la Celtiberia, que miraba hácia el septentrion, entre los pueblos llamados Arevacos. Mas de una legua sobre la ciudad de Soria, donde al presente está la puente de Garay, no léjos del nacimiento del rio Duero, se muestran los rastros de aquella noble ciudad. Era mas fuerte por el sitio que por otros pertrechos hechos á mano. Su asiento en un collado de subida no muy agria, pero de dificultosa entrada, á causa de los montes que la rodeaban por tres partes. Por un solo lado tenia una llanura de mucha frescura y fertilidad, que se tiende por la ribera del rio Tera espacio de tres leguas hasta que mezcla sus aguas con las del rio Duero. A la costumbre de los lacedemonios, ni estaba rodeada de murallas, ni fortificada de torres ni baluartes, antes á propósito de apacentar los ganados, se extendia algo mas de lo que fuera posible cercarla de muros por todas partes. Bien que tenia un alcázar, de donde podian hacer resistencia á los enemigos, y en las asonadas de guerra solian encerrar en él todo lo que tenian, sus preseas y sus alhajas. El número de los ciudadanos era mediano hasta cuatro mil hombres de armas tomar, dado que otros doblan este número y dicen que podian poner en campo ocho mil soldados. Por la manera de vida que tenian y los muchos trabajos á que se acostumbraban, endurecian los cuerpos y aun fortalecian los ánimos. Grande era la osadía que tenian para acometer la guerra, y mucha la prudencia para continualla. Sempronio Graco, en el tiempo que tuvo el gobierno de la España citerior, hizo con los Numantinos y con otros pueblos comarcanos asiento y confederacion con estas condiciones: que no edificasen pueblos ni fortalezas ni las fortificasen sin avisar dello al Senado romano; pagasen el tributo cuanto y en los pueblos que les fuese ordenado; siguiesen los reales de los romanos cada y cuando que para ello fuesen llamados. Estaba otrosí y se contaba entre los pueblos Arevacos otra ciudad llamada Segeda, de cuarenta estadios en circuito. Apiano la pone en lo postrero de la Celtiberia entre los pueblos llamados Belos, por ventura donde al presente está la ciudad de Osma. Esta ciudad y á su ejemplo los pueblos que llamaban Titios, á ella comarcanos, encendidos en deseo de cosas nuevas, comenzaron en puridad á confederarse con otros pueblos sus vecinos, y junto con esto á fortificar sus murallas, sin dejar cosa alguna que fuese á propósito para defenderse y ofender si alguno les diese guerra. Como por el Senado romano les fuese vedado pasar adelante en aquellas fortificaciones y les mandasen pagar el tributo que conforme á lo asentado eran obligados, demás desto, que los que tuviesen edad de tomar armas acudiesen al campo de los romanos, con diversas excusas que alegaban, se entretenian y excusaban de hacer lo que les era mandado. De aquí nació la primera ocasion de aquella guerra, en que se envolvió tambien Numancia por estar á ellos cercana y tener otrosí con los belos hecho asiento de juntar con ellos las armas y fuerzas contra los romanos. Ellos, con recelo que si al principio no hacian caso podria cundir aquel mal, determinaron de tomar luego las armas. Por aquel mismo tiempo se hacia la guerra en la Lusitania entre los romanos y un capitan de la tierra llamado Cesaron, el cual, con grande voluntad de toda la provincia, tomó á su cargo de restituirla en su antigua libertad. Fué primero lugarteniente, y despues sucesor de otro caudillo de aquella gente llamado Africano, que no mucho antes se levantara tambien contra los romanos, pero fué muerto de una pedrada que le dieron desde una ciudad que batia y pretendia forzar. Estas alteraciones, luego que en Roma se supieron, pusieron en gran cuidado á los del Senado en tanto grado, que despues que Lucio Mummio fué señalado por pretor de la España ulterior, acordaron para domar los celtíberos, gente indómita y feroz, que partiese para la España citerior uno de los cónsules con ejército consular. Esto acordado, con una priesa no acostumbrada hicieron que los cónsules que solian ser nombrados por el fin de diciembre y comenzar el oficio adelante mediado el mes de marzo, aquel año se anticipasen y diesen principio á su gobierno desde el primero dia del mes de enero, acuerdo que deste principio se continuó adelante. Fué pues enviado á España el cónsul Quinto Fulvio Nobilior con muchas compañías de socorro. No ignoraban los segedanos que todo aquel aparato de guerra se enderezaba á su daño y á su perdicion. No tenian acabadas las fortificaciones de su ciudad; así, enviaron sus mujeres y hijos á los Arevacos para mayor seguridad, y ellos para apercebirse de lo necesario nombraron por su capitan un hombre llamado Caro, que tenia grande experiencia en las armas. Este, con intento de hacer algun efecto y con algun buen principio ganar mayor reputacion, armó una celada contra el campo del Cónsul que era llegado, y traia consigo hasta treinta mil hombres. Sucedióle bien su pensamiento, ca mató seis mil de los contrarios, y puso en huida á los demás. Pero como siguiese desapoderadamente el alcance, la caballería romana que venia en la retaguarda revolvió sobre él, y le quitó la victoria de las manos y

la vida; destrozó otrosí gran número de los suyos. Dióse esta batalla á 29 de agosto, dia en que Roma celebraba las fiestas de Vulcano, que llamaban Vulcanalia. El espanto y daño de ambas partes fué tan grande, que los unos y los otros, si no eran forzados, rehusaban por algunos dias de encontrarse. La misma noche los arevacos se juntaron en Numancia, que la batalla se dió por allí cerca, y en lugar de Caro nombraron por sus capitanes á Ilaraco y á Leucon, y aparte por capitan de los numantinos fué nombrado otro hombre llamado Lintevon. El tercero dia despues de aquella pelea asentó el Cónsul sus reales á cuatro millas de Numancia; fuera de las demás gentes tenia diez elefantes y quinientos caballos númidas, que Masinisa poco antes de Africa le enviara de socorro. Desafió el Cónsul á los enemigos, que asimismo determinaron de probar ventura y encomendarse á sus manos. Dióse otra batalla, en la cual ya que estaba trabada, alargadas las hileras de los romanos, se hicieron adelante los elefantes, con cuya vista los celtíberos, por no estar acostumbrados, se espantaron así hombres como caballos, y vueltas las espaldas, se metieron en la ciudad. Iban los romanos en pos dellos, y por amonestacion del Cónsul pretendian á vueltas de los que huian entrar la ciudad; hiciéranlo así si no fuera por un elefante, que herido en la cabeza con una gran piedra, con la furia del dolor, como acontece, se embraveció de tal suerte, que así él como á su ejemplo los demás elefantes, bestias peligrosas en la guerra, vueltos contra los suyos, pusieron en desórden y confusion á los romanos, y dieron la muerte á todos los que se les ponian delante. Los numantinos, visto lo que pasaba y la buena ocasion que se les presentaba, hicieron una salida, con que hirieron en los romanos y los forzaron á recogerse á sus reales. Dellos en dos encuentros perecieron cuatro mil hombres, y de los celtíberos dos mil. Estaba por aquellas partes una ciudad llamada Ajenia, plaza y mercado donde acudian los mercaderes de la comarca á sus tratos. Desta ciudad, despues de la batalla susodicha, pretendió el Cónsul apoderarse, mas fué rechazado con afrenta y pérdida de soldados. Divulgadas que fueron estas cosas, la ciudad de Ocile, donde los romanos tenian recogidos su bagaje y su almacen, se pasó á los celtíberos; que muchas veces la fe y lealtad andan al paso de la fortuna, y la blanda y muchas veces engañosa esperanza de libertad hace despeñar á muchos. Con esto espantado el Cónsul, y temiendo que las otras ciudades no imitasen este ejemplo, barreado que hobo los reales que tenia cerca de Numancia, invernó allí con su campo, donde por la falta de vituallas y fuerza del frio pereció gran parte de los soldados. Esto sucedió en la España citerior; en la ulterior por el mismo tiempo Mummio hacia guerra á los lusitanos con varios sucesos, pero cuyo remate últimamente le fué muy favorable. Fué así, que en la primera pelea los romanos siguieron con grande ímpetu y sin órden á los lusitanos, que habian desbaratado y puesto en huida, cosa que dió ocasion á Cesaron, caudillo de los contrarios, para revolver contra los enemigos y quitalles de las manos la victoria. Diez mil de los romanos fueron muertos y entrados ambos los reales, así los que habian perdido los lusitanos como adonde alojaban los romanos. Desta manera pasó esta pelea. Los despojos que de los romanos ganaron traian los lusitanos casi por toda España á manera de triunfo y para muestra de valentía. Descuidáronse con la prosperidad, que dió ocasion á Lucio Mummio poco adelante para que con los suyos, que eran en número hasta cinco mil, y con ellos se habia entretenido en lugares fuertes, cargase sobre los contrarios de improviso en cierta fiesta que hacian para celebrar la victoria que ganaron. Desbaratólos fácilmente, y con la victoria recobró muchas banderas de las que perdiera antes. En lugar de Cesaron, que parece murió en aquel rebate, sucedió otro que se llamaba Canteno. Este, en los pueblos llamados Cunios, en aquella parte del Andalucía donde hoy esta Niebla, se apoderó de Cunistorgis, ciudad que era de los romanos, de donde pasó al estrecho de Cádiz, y desde allí una parte del ejército se fué á Africa, por miedo de los romanos, ó por ser de aquella tierra, ó por ventura era su orgullo tan grande, que les parecia para su valor ser estrecha toda España. Los demás de aquel ejército por el pretor Mummio, que se rehizo de soldados y tenia hasta nueve mil hombres, fueron trabajados y deshechos en algunas batallas que les dió. Por conclusion, pasó á cuchillo otro escuadron de aquella gente, sin dejar ni uno solo que pudiese llevar á su patria las tristes nuevas, con que en fin los de Lusitania se sosegaron y redujeron á lo que era razon. Por estas cosas se determinó el año siguiente, que se contó 602 de la fundacion de Roma, que Mummio en Roma triunfase. En lugar de Fulvio, sabido su desastre y la apretura en que se hallaba, enviaron al cónsul M. Claudio Marcello con ocho mil peones y quinientos caballos de socorro. El gobierno de la España ulterior se encargó á Marco Atilio. El cónsul Marcello, luego que con toda su gente aportó á España, procuró lo mas presto que pudo de apoderarse de la ciudad Ocile, para que la que fué principal en la culpa, fuese la primera en el castigo; pero dado que la tomó y que su culpa era grande, no la quiso asolar, solamente la mandó dar rehenes y acudille con treinta talentos de oro para los gastos. Caia cerca de allí la ciudad de Nertobriga, y como se puede sospechar por las tablas de Ptolemeo, no léjos de Tarazona, y de donde hoy está Calatayud. De allí vinieron embajadores al Cónsul para ofrecerle la ciudad. Mandóles al principio solamente que le acudiesen con cien hombres de á caballo; despues, porque algunos de aquella ciudad, á manera de salteadores, acometieron el postrer escuadron de los romanos y el carruaje, sin admitille la excusa que daban, es á saber, que aquel desacato fué de pocos, y que el pueblo no tenia parte, los cien caballeros fueron vendidos en pública almoneda, y puesto cerco sobre la ciudad, la comenzaron á batir. Enviaron de nuevo embajadores de paz con un una piel de lobo delante como por pendon en una lanza, que tal era la costumbre de la nacion, los cuales en presencia del Cónsul dijeron que, ora el delito pasado fuese público, ora particular, se debia dar por contento con lo hecho, pues era bastante castigo ver sus campos talados, quemadas sus casas, y sus ciudadanos hechos esclavos y vendidos por tales; que los corazones de los miserables se suelen mas enconar con quitarles del todo la esperanza del perdon, que suele dar fuerzas y ánimo á los flacos, pues ni aun los animalillos y sabandijas perecen sin que se pretendan vengar. Respondió el Cónsul que era por demás tratar ellos en par-

ticular de concierto y de paz, si no entrasen en la misma confederacion y liga los Arevacos, los Belos y los Titios, que fueron los primeros á levantarse. No rehusaban aquellos pueblos de concertarse, pero con tal que fuese el asiento conforme á las condiciones que se asentaron con Graco. Inclinábase el Cónsul á esto, y no le parecia mal partido; mas los amigos y confederados le fueron á la mano, ca decian no era justo recebir á la confederacion y condiciones antiguas á los que tantas veces habian faltado y hecho tantos daños, así á los romanos como á los comarcanos, no por otra causa sino por mantenerse en la amistad y devocion del pueblo romano. El Cónsul, dudoso sin saber qué resolucion tomase, acordó se enviasen por ambas partes embajadores á Roma para que allá, oido lo que los unos y los otros alegaban, se determinase lo que pareciese al Senado, y en el entretanto otorgó á los contrarios cierta manera de treguas. Fulvio Nobilior, que en este medio era llegado á Roma, se opuso á aquellos tratos, y con encarecer en el Senado la deslealtad y agravios de aquella gente hizo tanto, que sin concluir cosa alguna, despidieron los embajadores con órden que acudiesen al cónsul Marcello, y que él les daria la respuesta de lo que pedian; resolucion que quitaba del todo la esperanza de la paz, y que ponia en necesidad de volver á las armas. Así se trató en Roma de enviar á los suyos nuevas ayudas, con intento de no parar hasta tener sujetos á los contrarios. El miedo que los soldados tenian era tan grande y la guerra tan peligrosa, que no se hallaba de todas las legiones quien se ofreciese á emprender aquella jornada. Ordenaron pues que por una nueva manera se sorteasen los que hobiesen de ir á España.

CAPITULO II.

Cómo Publio Cornelio Scipion vino por legado ó lugarteniente á España.

En el mismo tiempo Marco Atilio en la España ulterior maltrataba á los lusitanos, y se apoderaba por concierto de muchas ciudades que se le entregaban á partido ya que se llegaba el año siguiente, en el cual cupo por suerte la España citerior al cónsul Lucio Licinio Lucullo, y al gobierno de la ulterior vino el pretor Sergio Galba, y por legado ó lugarteniente del Cónsul vino Publio Cornelio Scipion, llamado el Menor, á quien el cielo reservaba la gloria de sujetar y destruir á la gran Cartago. Era de edad de veinte y cuatro años, y con deseo que tenia de hacer algun servicio señalado á su república, vino á aquella guerra, que los demás soldados tanto aborrecian y temian. Hay quien diga que venido que fué Lucullo á España, Scipion pasó en Africa enviado á Masinisa en embajada para que por respeto de la amistad que con aquel rey tenia su casa, alcanzase dél les enviase elefantes de socorro; pero yo por mas cierto tengo lo que afirma Marco Ciceron, que esto sucedió adelante en el consulado de Manlio. Fué este Scipion casado con hermana de los Gracos, nieta del otro Scipion Africano, hija de Cornelia, que fué hija de Scipion. Fué otrosí este Scipion nieto por adopcion de Scipion el Mayor, hijo adoptivo de su hijo, ca el padre natural deste Scipion fué Paulo Emilio, hermano de la mujer del otro Scipion; por donde se llamó por sobrenombre Emiliano, así por causa de su padre como para diferenciallo del ya dicho Scipion el Mayor, el que, como queda dicho, venció al gran Aníbal y sujetó á la ciudad de Cartago. Volviendo al propósito, en tanto que se esperaba la venida de Lucullo, Marcello, con deseo que tenia de ganar el prez de haber acabado aquella guerra, sacó lo mas presto que pudo sus gentes de los invernaderos. Anticipóse Nertobriga, que juntó para su defensa y metió dentro de los muros cinco mil arevacos. Numancia asimismo no se descuidó en armar su gente, contra la cual, por ser cabeza de las demás, Marcello enderezaba en primer lugar su pensamiento, y así se adelantó y puso á cinco millas de aquella ciudad, que hacen poco mas de una legua. Pero á instancia de Lintevon, caudillo de los numantinos, se concluyeron últimamente las paces con condicion que los de Numancia desamparasen á los Belos, á los Titios y á los Arevacos. Pretendia en esto el Cónsul, y confiaba que aquellos pueblos, desamparados de la ayuda de Numancia, no se le podrian defender, como sucedió en hecho de verdad, que sin dilacion aquellos pueblos se rindieron á los romanos, y fueron por ellos recebidos en gracia con tal que entregasen rehenes y pagasen seiscientos talentos, como lo dice Estrabon. Llegó Lucullo á su provincia deseoso y determinado de hacer mal y daño; por esto, como quier que la guerra de los celtíberos estuviese apaciguada, enderezóse con sus gentes á los Carpetanos. De allí pasó el rio Tajo y los puertos hasta llegar á los Vaceos, que eran gran parte de lo que hoy es Castilla la Vieja. En aquella comarca se determinó acometer la ciudad de Caucia, asentada donde al presente vemos la villa de Coca. El color que dió para esta guerra fué vengar los Carpetanos, á los cuales los de aquella ciudad decia él haber hecho mal y daño, mas á la verdad la hambre del oro le despertaba, por ser hombre de poca hacienda entre los romanos: grave enfermedad para gobernadores y capitanes. Salieron los de aquella ciudad á pelear con el Cónsul, pero fueron vencidos y rechazados. Acordaron de rendirse á partido que diesen rehenes, y de socorro cierto número de hombres á caballo; demás desto, los penaron en cien talentos de plata. Asegurados con este concierto los ciudadanos, se allanaron para que entrase en su ciudad la guarnicion de soldados que el Cónsul quiso. Ellos, hecha señal con una trompeta, como lo tenian concertado, pasaron á cuchillo aquella miserable gente que estaba descuidada, sin perdonar á mujeres ni hombres de ninguna edad: deslealtad y fiereza mas que de bárbaros. Por esto, atemorizados los pueblos comarcanos sin confiarse en la fortaleza de sus murallas ni asegurarse de la fe y palabra de los romanos, se retiraron con los suyos y con sus haciendas á los bosques y montes ásperos y enriscados, puesto primero fuego á lo que consigo no pudieron llevar. Lucullo, á quien la pobreza hacia avariento y la avaricia cruel, perdida la esperanza de gozar de aquellos despojos, pasó con sus gentes para sitiar una ciudad llamada Intercacia, que estaba antiguamente asentada casi á la mitad del camino que hay desde Valladolid á Astorga. Asentados sus reales, requirió á los moradores de paz y que se rindiesen. Ellos respondieron que si lo hacian, les guardaria la fé y palabra que guardó á los de Caucia. Alteróse el Cónsul con esta respuesta; ordenó sus haces delante de sus reales para presentar la batalla á los cercados, que ellos

excusaron con todo cuidado, resueltos de defender su libertad con las murallas y guarnicion y con las vituallas que tenian recogidas para mucho tiempo, sin embargo que los moradores eran muchos, y asaz gran número de gente de á pié y de á caballo de los pueblos comarcanos se habian acogido á aquella ciudad. Solo hicieron algunas salidas y trabaron algunas escaramuzas, en que no sucedió cosa que sea de contar, sino fué que Scipion venció en desafío cierto español principal, robusto y de grandes fuerzas, con quien, dado que ordinariamente delante los reales desafiaba á los romanos, ninguno dellos se atrevió á hacer armas. Padecia el Cónsul grande falta de vituallas; el sustento ordinario de sus soldados era trigo cocido y cebada además de alguna caza; la falta de la sal era la que mas los trabajaba. Por estas incomodidades y por las aguas que, como de sierra, eran muy delicadas, muchos soldados comenzaron á enfermar de cámaras; entreteníalos empero la esperanza de apoderarse de aquella ciudad. Para batirla juntaron madera, hicieron ingenios á propósito, con que gran parte de la muralla echaron por tierra. Los soldados por las ruinas y por la batería pretendian entrar en la ciudad, y aun Scipion fué el primero que subió á lo mas alto; por lo cual despues fué públicamente alabado, y le fué dada la corona mural. Mas acudieron los de dentro con tanto esfuerzo, que rebatieron á los romanos, sin que pudiesen pasar adelante; y la carga que les dieron fué tan grande, que por la priesa del retirarse no pocos se ahogaron en una laguna que por allí estaba. La noche siguiente los cercados repararon la parte del muro derribado con grande diligencia y cuidado. Vióse el Cónsul á pique de alzar el cerco sin hacer efecto, si la hambre no forzara á los de dentro á entregarse. Tratóse pues de concierto, y por medio de Scipion, de quien se fiaban mas que del Cónsul, hicieron sus asientos. Las condiciones fueron tolerables, ca solamente se mandó á los ciudadanos que diesen diez mil sayos y cierto número de jumentos y rehenes para la seguridad. Dinero, ni lo tenian ni lo deseaban, por ser hombres montañeses que vivian de la labranza y de la cria de sus ganados. Movió el Cónsul con sus gentes de aquella ciudad; revolvió sobre Palencia, pero no pudo sujetarla ni rendirla. Algunos sospechan que desde Castilla la Vieja dió la vuelta hácia el Andalucía, y no paró hasta el estrecho de Cádiz, donde, como dice Plinio, presentaron á Lucullo la cabeza de un pulpo de grandeza increible. Añaden que desde allí corrió toda aquella tierra hasta la Lusitania. Sergio Galba, á quien, como se dijo, encargaron el gobierno de la España ulterior, no estaba ocioso, antes en el Andalucía hacia rostro á los lusitanos, que hacian correrías y entradas por aquellas partes, con que trabajaban á los confederados del pueblo romano. Pero como se atreviese en cierta ocasion á pelear con los enemigos en sazon que sus soldados se hallaban cansados del camino, fué desbaratado y muertos siete mil de los suyos, forzado con los demás á huir y meterse en Carmena, como lo dice Apiano (entiendo que ha de decir Carmona, ciudad en aquel tiempo la mas fuerte de aquellas partes, y que estaba asentada cerca de los pueblos llamados Cuneos), donde se refiere que el Pretor pasó el invierno, sin descuidarse punto en rehacerse de fuerzas y juntar gentes. Con que luego que abrió el tiempo, deseoso de satisfacerse, rompió por la Lusitania ó Portugal, corrió los campos, mató, quemó y robó todo lo que topaba. Acudieron embajadores de aquella gente movidos destos daños. Hízoles el Pretor un razonamiento muy cuerdo y muy elegante, como persona que era de los mas señalados oradores de Roma, y como tal entre los demás le cuenta Ciceron. Excusó lo que habian hecho, por ser forzados de la necesidad. Díjoles que pues la falta y esterilidad de la tierra los ponia en semejantes ocasiones, avisasen á los suyos de su voluntad, que era darles muy mejores campos donde morasen y tuviesen sus labranzas para que sin agravio de los comarcanos se pudiesen sustentar. Señalóles dia en que se viniesen para él repartidos en tres escuadras. Ellos, persuadidos que les venia bien aquel partido, sin sospechar mal ni engaño, obedecieron y cumplieron lo que les era mandado. Engañólos su pensamiento, y el Pretor, no solo no les guardó su palabra, antes como venian descuidados fueron todos despojados de sus armas y muertos: brava carnicería y deslealtad. Parte de los despojos se dió á los soldados; con lo demás se quedó el mismo Galba, con que se entiende vino á ser adelante el mas rico de los ciudadanos romanos.

CAPITULO III.

De la guerra de Viriato.

Está crueldad de Galba dió ocasion para que los naturales, mas alterados que espantados, emprendiesen de nuevo otra guerra muy famosa, llamada de Viriato; y es así comunmente, que unos males vienen asidos de otros, y el fin de un desastre y daño suele ser muchas veces principio de otra mayor desgracia, y el remedio convertirse en mayor daño. No hay duda sino que la guerra de Viriato por espacio de catorce años enteros que duró, con diferentes trances que tuvo, trabajó grandemente el poder de los romanos. Fué Viriato de nacion lusitano, hombre de bajo suelo y linaje, y que en su mocedad se ejercitó en ser pastor de ganados. En la guerra fué diestro; dió principio y muestra siendo salteador de caminos con un escuadron de gente de su mismo tallo. Eran muchos los que le acudian y se le llegaban, unos por no poder pagar lo que debian, otros por ser gente de mal vivir y malas mañas; los mas por verse consumidos y gastados con guerras tan largas deseaban meter la tierra á barato. Con esta gente, que ya llegaba á campo formado, comenzó á trabajar los comarcanos, en especial los que estaban á devocion de los romanos, por aquella parte por donde Guadiana desboca en el mar. A la sazon que las cosas se hallaban en estos términos, Galba se partió de España acabado su gobierno, y vino en su lugar Marco Vitilio, año de la fundacion de Roma de 604, el cual puso todo cuidado en deshacer á Viriato y apagar aquella llama; pero él, dejada la Lusitania, se pasó al estrecho de Cádiz, y con resolucion de excusar la batalla, se entretenia en lugares fuertes y ásperos. Acudió el Pretor, y con un cerco que tuvo sobre aquella gente muy apretado, redujo á aquellos soldados, que ya comenzaban á sentir la hambre, á probar secretamente si habria esperanza de concertarse. Pedian campos donde morasen, y prometian de mantenerse en la amistad y fé del pueblo romano. Daba de

buena gana el Pretor oidos á estas práticas. Supo Viriato lo que pasaba, y con un razonamiento que hizo á sus soldados, mudaron de parecer. Púsoles delante con cuánto peligro pondrian en manos de los romanos sus vidas y libertad, en quien ninguna cosa se conocia de hombres fuera de la apariencia y el sonido de la lengua humana; que si ningun ejemplo hobiera para muestra desto, como quier que eran muchos y sin número, por lo que hizo Galba podian entender que no les era seguro dejarse engañar de buenas palabras; que les estaria mejor seguirle á él, que era su caudillo, y por sus consejos y mandado llevar adelante lo comenzado, como gente esforzada no rendirse por verse á la sazon apretados, que los tiempos se mudan. Aprobaron todos este parecer, y para engañar á los romanos sacaron sus gentes con muestra de querer pelear. Pusieron la caballería por frente, y los peones entretanto se pusieron en salvo en los bosques que cerca estaban. Despues todos juntos se fueron á una ciudad llamada Tribola, donde pensaba Viriato entretenerse y continuar la guerra. Acudieron los romanos; armóles cerca de aquella ciudad una celada, en que mató hasta cuatro mil dellos y con ellos al mismo Pretor. Los demás se salvaron por los piés, y se recogieron á Tarifa; allí como los romanos ayudados de nuevos socorros de los celtíberos tornasen á probar ventura, todos perecieron en la pelea. En lugar de Vitilio vino al gobierno de la España ulterior el pretor Cayo Plaució, año de la fundacion de Roma 605. Llegó á sazon en España que Viriato corria los campos, primero de los turdetanos, y despues de los carpetanos. Llegados los romanos á vista, dió muestra de huir; siguiéronle los contrarios desapoderadamente, revuelve sobre ellos, y pasa á cuchillo cuatro mil que se habian adelantado mucho. El Pretor, con deseo de librarse desta infamia mas que por esperanza que tuviese de la victoria, pasó adelante en seguimiento del enemigo hasta llegar al monte de Vénus, donde pasado el rio Tajo, Viriato se hizo fuerte. Allí vinieron de nuevo á las manos en una batalla en que fué destrozado no menor número de romanos que antes. De lo cual quedó el Pretor tan escarmentado y medroso, que en medio del estío, como si fuera en invierno, se estuvo encerrado en las ciudades con mayor confianza que tenia en las murallas que en sus fuerzas. Esta batalla creen algunos que se dió en la Lusitania y cerca de la ciudad de Ebora, por causa de un sepulcro que se ve hoy en aquella ciudad con una letra en latin que en romance quiere decir:

LUCIO SILON SABINO EN LA GUERRA CONTRA VIRIATO, EN EL DISTRITO DE EBORA DE LA PROVINCIA LUSITANA, PASADO CON MUCHAS SAETAS Y DARDOS, Y LLEVADO EN HOMBROS DE LOS SOLDADOS Á CAYO PLAUCIO PRETOR, MANDÉ QUE DE MI DINERO SE ME HICIESE AQUÍ ESTE SEPULCRO, EN EL CUAL NO QUERRIA QUE ALGUNO FUESE PUESTO NI ESCLAVO, NI LIBRE. SI DE OTRA MANERA SE HICIESE, QUERRIA QUE LOS HUESOS DE CUALQUIERA SE SAQUEN DE MI SEPULCRO, SI LA PATRIA SERÁ LIBRE.

Este letrero es el mas antiguo de todos los que en España de romanos se hallan. En el entretanto que estas cosas en España pasaban, Galba fué en Roma acusado de haber quebrantado la fé y palabra á los lusitanos, y por el mismo caso dado causa á los males y daños que resultaron en aquella tierra. Valióle para que le diesen por libre el mucho dinero que llevó de España, sin embargo que Lucio Scribonio Libon, tribuno del pueblo, y Marco Caton le apretaron con todas sus fuerzas. Despues, desto Claudio Unimano, con nombre de pretor, vino de Roma el año de 606 contra Viriato; mas fué por él vencido y muerto con gran parte de su ejército que pereció en aquella batalla. Los haces de varas y alabardas, que eran insignias del magistrado, fueron puestas por memoria de aquella victoria y á manera de trofeo en los montes de la Lusitania, con tanto espanto de los romanos en adelante, y tanto atrevimiento de los españoles, que trecientos lusitanos no dudaron de trabar pelea con mil soldados romanos, y en ella mataron mas en número que ellos eran. Aconteció otrosí que un peon español puso en huida á muchos hombres de á caballo de los romanos, que espantados y atónitos quedaban de ver que aquel hombre de un golpe mató un caballo y cortó á cercen la cabeza del que en él iba. La batalla en que Claudio Unimano quedó desbaratado muestra se dió en el campo y comarca de Urique en Portugal una piedra que allí está de las mas notables que hay en España de romanos, y la pone Andrés Resendio en las *Antigüedades de Portugal*, cuyas palabras, vueltas en castellano y suplidas algunas letras que faltan, son:

CAYO MINUCIO HIJO DE CAYO LEMONIA LUBATO TRIBUNO DE LA LEGION DÉCIMA GEMINA: AL CUAL EN LA BATALLA CONTRA VIRIATO ADORMECIDO DE LAS HERIDAS EL EMPERADOR CLAUDIO UNIMANO DESAMPARÓ POR MUERTO, GUARDADO POR DILIGENCIA DE EBUCIO SOLDADO LUSITANO, Y MANDADO CURAR SOBREVIVÍ POR ALGUNOS DIAS: MORÍ TRISTE POR NO GRATIFICAR Á LA MANERA DE ROMANOS Á QUIEN BIEN LO MERECIA.

El año siguiente, que se contaba de Roma 607, Cayo Nigidio, enviado en lugar del Pretor muerto, peleó no con mejor suceso contra Viriato cerca de la ciudad de Viseo en la Lusitania ó Portugal, do escriben está un sepulcro de Lucio Emilio, que murió en aquella pelea. Fué este año memorable y señalado, no tanto por las cosas de España como por el consulado de Publio Cornelio Scipion, de quien arriba hablamos, y al cual el cielo guardaba la gloria de destruir á Cartago la Grande, como lo hizo por este mismo tiempo, de donde fué llamado Africano, sobrenombre que pudo heredar de su abuelo. Consta asimismo que C. Lelio, aquel que en Roma tuvo sobrenombre de Sabio, como lo testificó Ciceron, vino por este mismo tiempo á España y fué el primero que comenzó á quebrantar las fuerzas y ferocidad de Viriato, por ser persona que ayudaba el esfuerzo y destreza con la prudencia, experiencia y uso que tenia de muchas cosas; y con esta empresa se hizo mas esclarecido y nombrado que antes. Tambien es cosa averiguada que el año que se contó 609 de la fundacion de Roma, Q. Fabio Máximo Emiliano, hermano de Scipion, hecho cónsul, vino en España contra Viriato por órden del Senado, que, cuidadoso de aquella guerra, mandó que el uno de los cónsules partiese para España; y para suplir la falta que tenian de soldados viejos, hicieron de nuevo gente en Roma y por Italia, con que se juntaron quince mil infantes y dos mil caballos. Estos se embarcaron para España, y llegaron á una ciudad llamada Orsuna, la cual se entiende sea la que hoy se llama Osuna en el Andalucía. Detúvose allí el Cónsul algun tiempo hasta tanto que con el ejercicio se hiciesen diestros los soldados; y en el entretanto fué á

Cádiz, que cae no léjos de allí, y en el templo de Hércules ofreció sacrificios y hizo sus votos por la victoria. Al contrario, Viriato, avisado de los apercebimientos que hacian los romanos para su daño, se determinó ir á verse con ellos. Fué al improviso su llegada, y así mató los leñadores y forrajeros del ejército romano y asimismo los soldados que llevaban de guarda. El Cónsul, despues desto, vuelto de Cádiz á sus reales, sin embargo que Viriato le presentaba la batalla, acordó de trabar primero escaramuzas, y con ellas hacer prueba así de los suyos como de los contrarios, excusando con todo cuidado la batalla hasta tanto que los suyos cobrasen ánimo, y quitado el espanto, entendiesen que el enemigo podia ser vencido y desbaratado. Continuó esto por algunos dias; al fin dellos se vino á batalla, en que Viriato fué vencido y puesto en huida. El ejército romano, por estar ya el otoño adelante y llegarse el invierno, fué á Córdoba para pasar allí los frios. Viriato reparó en lugares fuertes y ásperos, que, por tener los soldados curtidos con los trabajos, llevaban mejor la destemplanza del tiempo, sin descuidarse de solicitar socorros de todas partes. En particular envió mensajeros con sus cartas á los Arevacos, á los Belos y á los Titios, pueblos arriba nombrados, en que les hacia instancia que tomasen las armas por la salud comun y por la libertad de la patria, que por su esfuerzo el tiempo pasado habia comenzado á revivir, y al presente corria gran riesgo si ellos con tiempo no le ayudaban. Daban aquellos pueblos de buena gana oidos á esta recuesta, que fué el principio y la ocasion con que otra vez se despertó la guerra de Numancia, como se dirá en su lugar, luego que se hobieren relatado las cosas de Viriato. Tuvo el consulado junto con Fabio Emiliano, por cuyo órden y valor se acabaron las cosas ya dichas en España, otro hombre principal llamado Lucio Hostilio Mancino, del cual se podria creer que vino tambien á España, y en ella venció á los gallegos, si las inscripciones de Anconitano tuviesen bastante autoridad para fiarse de lo que relatan en este caso. Otros podrán juzgar el crédito que se debe dar á este autor; á la verdad, por algunos hombres doctos es tenido por excelente maestro de fábulas y por inventor de mentiras mal forjadas.

CAPITULO IV.

De lo que Q. Cecilio Metello hizo en España.

El año siguiente, que se contó de la fundacion de Roma 610, salieron por cónsules Servilio Sulpicio Galba y Lucio Aurelio Cota, entre los cuales se levantó gran contienda sobre cual dellos se debia encargar de lo de España, porque cada cual pretendia aquel cargo por lo que en él se interesaba; y como el Senado no se conformase en un parecer, Scipion, preguntado lo que le parecia sobre el caso, respondió que ni el uno ni el otro le contentaban: «El uno, dice, no tiene nada, al otro nada le harta»; teniendo por cosa de no menor inconveniente para gobernar la pobreza que la avaricia, ca la pobreza casi pone en necesidad de hacer agravios, la codicia trae consigo voluntad determinada de hacer mal. Con esto enviaron al pretor Popilio; dél refiere Plinio que Viriato le entregó las ciudades que en su poder tenia; que si fué verdad debió maltratalle en alguna batalla y ponello en grande aprieto. Despues de Popilio, el año 611, vino al gobierno de la España citerior el cónsul Q. Cecilio Metello, el que, por haber sujetado la Macedonia, ganó renombre de Macedónico. Su venida fué para sosegar las alteraciones de los celtíberos, que por diligencia de Viriato y á sus ruegos se comenzaban á levantar. De un cierto Quincio se sabe que prosiguió la guerra contra Viriato, sin que se entienda si como pretor ó por mandado y comision del Cónsul. Lo mas cierto es que á las haldas del monte de Vénus, cerca de Ebora de Portugal, este Quincio venció en batalla á Viriato; pero como vencido se rehiciese de fuerzas, revolvió sobre los vencedores con tal brio, que, hecho en ellos gran daño, los forzó á retirarse tan desconfiados y medrosos, que en lo mejor del otoño, como si fuera en invierno, se barrearon dentro de Córdoba, sin hacer caso ni de los españoles, sus confederados, ni aun de los romanos, que, por estar de guarnicion en lugares y plazas no tan fuertes, corrian riesgo de ser dañados. Metello hacia la guerra en su provincia, y sosegó los celtíberos; por lo ménos Plinio dice que venció los arevacos; y sin embargo, el año siguiente, que fué el de 612, le prorogaron á él el cargo y gobierno de la España citerior, y para la guerra de Viriato vino el cónsul Quinto Fabio Servilio, hermano que era adoptivo de Fabio Emiliano. Trajo en su compañía diez y ocho mil infantes y mil y quinientos caballos de socorro. Demás desto, el rey Micipsa, hijo de Masinisa, le envió desde Africa diez elefantes y trecientos hombres de á caballo. Todo este ejército, con los demás que antes estaban al sueldo de Roma, no fueron parte para que Viriato en el Andalucía, do andaba, no los maltratase con salidas que hacia de los bosques en que estaba escondido, con tanto esfuerzo, que forzaba á los contrarios á retirarse á sus reales, sin dejalles reposar de dia ni de noche con correrías que hacia y rebates y alarmas que de ordinario les daba, hasta tanto que, mudadas sus estancias, llegaron á Utica, ciudad antiguamente del Andalucía. Desde allí Viriato por la falta de vituallas se retiró con los suyos á la Lusitania. El Cónsul, libre de aquella molestia y sobresaltos, acudió á los pueblos llamados Cuneos, donde venció dos capitanes de salteadores, llamados el uno Curion, y el otro Apuleyo, y tomó por fuerza algunas plazas que se tenian por Viriato con gruesas guarniciones de soldados que en ellas tenia puestas. Los despojos que ganó fueron ricos, los cautivos en gran número, de quien hizo morir quinientos, que eran los mas culpados; los demás, en número de diez mil, hizo vender en pública almoneda por esclavos. Entre tanto que todas estas cosas pasaban en la España ulterior aquel verano, Metello ganó grande honra por sujetar de todo punto los celtíberos y haberse apoderado por aquellas partes de las ciudades llamadas en aquel tiempo Contrebia, Versobriga y Centobriga. De Metello es aquel dicho muy celebrado á esta sazon, porque, como por engañar y deslumbrar al enemigo mudase y trajese el ejército por diversos lugares sin órden, á lo que parecia, y sin concierto, preguntado cerca de la ciudad de Contrebia por un centurion, que era capitan de una compañía de soldados, cuál era su pretension en lo que hacia, respondió aquellas palabras memorables: «Quemaria yo mi camisa si entendiese que en mis secretos tenia parte.» Varon por cierto hasta aquí de prudencia y valor aventajado, dado que por lo

que se sigue ninguna loa merece; pero ¿quién hay que no falte? quién hay que tenga todas sus pasiones arrendadas? Fué así que le vino aviso como en Roma tenian nombrado para sucedello en aquel cargo Quinto Pompeyo, de que recibió tanta pena, que se determinó, para enflaquecello las fuerzas, despedir á los soldados y hacer que dejasen las armas, descuidarse en la provision de los graneros públicos, quitar el sustento á los elefantes, con que unos murieron, otros quedaron muy flacos y sin ser de provecho: tanto puede muchas veces en los grandes ingenios la envidia y la indignacion. Este desórden fué causa que, vuelto á Roma, no le otorgaron el triunfo, por lo demás muy debido á su valor y á las cosas que hizo. Vino pues el cónsul Quinto Pompeyo á la España citerior el año 613 de la ciudad de Roma. Serviliano, por órden del Senado, continuó su gobierno en la España ulterior, donde recibió en su gracia á Canoba, capitan de salteadores, que se le entregó; y á Viriato, que estaba sobre la ciudad de Vacia, forzó á alzar el cerco y á huir, ocasion para que muchos pueblos por aquella comarca se le rindiesen. Juntaba Serviliano con la diligencia, que era muy grande, la severidad y el rigor del castigo, en que era demasiado. Porque cortó las manos á todos los compañeros de Canoba, y fuera dellos á otros quinientos cautivos que faltaran en la fe y desampararan sus reales. Lo mismo con que pensó amedrentar y poner espanto alteró grandemente á los naturales y causó notable mudanza en las cosas; que todos naturalmente aborrecen la fiereza y la crueldad. Manteníase en la devocion de Viriato una ciudad por nombre Erisana; pusiéronse sobre ella los romanos. De noche el mismo Viriato, sin ser descubierto ni sentido se metió dentro; y luego la mañana siguiente dió tal rebate sobre los enemigos, que halló descuidados, que, con muerte de muchos, puso á los demás en huida. Repararon en un lugar no muy fuerte, y estaban todos para perecer. Parecióle á Viriato buena coyuntura aquella para concertarse con el enemigo á su ventaja, movió tratos de paz; resultó que se hizo confederacion, en virtud de la cual los romanos escaparon con las vidas, y él fué llamado amigo del pueblo romano, á sus soldados y confederados dado todo lo que tenian y habian robado; grande ultraje y afrenta de la majestad romana, la cual aun encareció mas y subió de punto en Roma Quinto Servilio Cepion, enviado desde España por embajador de su hermano Serviliano; maña con que granjeó las voluntades para que le diesen el consulado, como lo hicieron, ca fué cónsul el año siguiente, de la ciudad de Roma 614, con órden que se le dió se encargase de la España ulterior y lo mas presto que pudiese rompiese y quebrantase aquel concierto que se hizo con Viriato, como indigno y vergonzoso y hecho sin pública y bastante autoridad. Por donde no parece llegado á razon ni cosa probable lo que refiere Apiano, que el dicho concierto fué en Roma aprobado por el Senado y pueblo romano.

CAPITULO V.

Cómo Viriato fué muerto.

Tuvo Quinto Pompeyo el gobierno de la España citerior por espacio de dos años; pero por el mal recaudo que halló, causado de la envidia de Metello, ni el año pasado ni en gran parte del presente pudo hacer cosa alguna de momento, además que por estar su provincia sosegada ni se ofrecia ocasion de alteraciones ni de emprender grandes hechos. Por el contrario, el cónsul Servilio en el Andalucía puso cerca de la ciudad de Arsa á Viriato en huida. Siguióle hasta la Carpetania, que es el reino de Toledo, donde con cierto ardid de guerra se le escapó de las manos. Dió muestra que queria la batalla, y puestas sus gentes en ordenanza y por frente la caballería, entre tanto que los romanos se aparejaban para la pelea, hizo que su infantería se retirase á los bosques que por allí cerca caian. Esto hecho, con la misma presteza se retiró la caballería, de suerte que el Cónsul, perdida la esperanza de haber á las manos por entonces enemigo tan astuto y tan recatado, se encaminó con sus gentes la vuelta de los Vectones, donde hoy está Extremadura. Desde allí revolvió sin parar hasta Galicia, donde habia grande soltura y todo estaba lleno de muertes y robos. Viriato, cansado de guerra tan larga y poco confiado en la lealtad de sus compañeros, ca se recelaba no quisiesen algun dia con su cabeza comprar ellos para sí la libertad y el perdon, acordó de enviar al Cónsul tres embajadores de paz. Muchas veces se pierden los hombres por el mismo camino que se pensaban remediar. Recibiólos el Cónsul con mucha cortesía y humanidad, regalólos de presente con dones que les dió; y para adelante los cargó de grandes promesas que les hizo, con tal que matasen á su capitan estando descuidado, y por este medio librásen á sí mismos de tantos trabajos y de una vida tan miserable, y á su tierra de tantos males y daños. Guárdanse los malos entre sí poco la lealtad; así fácilmente se persuadieron de poner en ejecucion lo que el Cónsul les rogaba. Concertada la traicion, se despidieron con buena respuesta que en público les dió y con muestra de querer efectuar las paces. Descuidóse con esta esperanza Viriato, con que ellos hallaron comodidad para cumplir lo que prometieran; entraron do estaba durmiendo, y en su mismo lecho le dieron de puñaladas. Varon digno de mejor fortuna y fin, y que, de bajo lugar y humilde, con la grandeza de su corazon, con su valor y industria trabajó con guerra de tantos años la grandeza de Roma; no le quebrantaron las cosas adversas, ni las prósperas le ensoberbecieron. En la guerra tuvo altos y bajos como acontece; pereció por engaño y maldad de los suyos el libertador se puede decir casi de España; y que no acometió los principios del poder del pueblo romano como otros, sino la grandeza y la majestad de su imperio cuando mas florecian sus armas y aun no reinaban del todo los vicios que al fin los derribaron. Hiciéronle el dia siguiente las exequias y enterramiento, mas solemne por el amor y lágrimas de los suyos que por el aparato y ceremonias, dado que entre los soldados se hicieron fiestas y torneos y se sacrificaron muchas reses. Los matadores, idos á Roma, dieron peticion en el Senado, en que pedian recompensa y remuneracion por tan señalado servicio. Fuéles respondido que al Senado y pueblo romano nunca agradaba que los soldados matasen á su caudillo; así los traidores son aborrecidos por los mismos á quien sirven, y muchas veces son castigados en lugar de las mercedes que pretendian. Sucedió á Viriato un hombre llamado Tantalo, menos aventajado que él en autoridad,



esfuerzo y prudencia. Este capitan en breve se entregó al Cónsul con todos los suyos, y fué recebido en su gracia y amistad. A estos y á los demás lusitanos quitaron las armas y dieron tierras á propósito, que, ocupados en la labranza y entretenidos con el trabajo y con la pobreza, perdiesen la lozanía y la voluntad de alborotarse y no tuviesen fuerzas aunque quisiesen hacello.

CAPITULO VI.

Cómo revolvió la guerra de Numancia.

El año mismo que por alevosía de los suyos fué muerto el famoso capitan Viriato, que se contaba de la fundacion de Roma 614, los numantinos se alborotaron de nuevo, y se encendió una nueva y mas cruel guerra que antes con esta ocasion. Habia Metello con su esfuerzo y buena maña sujetado los celtíberos al imperio romano; solos los numantinos y los termestinos, conforme á las capitulaciones y confederacion que antes tenian asentada, fueron declarados por amigos del pueblo romano, que era lo mismo que conservallos en su libertad. Entiéndese que los Termestinos estaban distantes de Numancia por espacio de nueve leguas, do al presente está una ermita que se llama de Nuestra Señora de Tiermes. Quinto Pompeyo, por no estar ocioso y por parecer que hacia algo, pensaba cómo quitaria la libertad á estas ciudades. Era menester buscar algun buen color. Pareció el mas á propósito achacarles que recibieran en su ciudad á los segedanos, los cuales, por cierta ayuda que enviaron á Viriato, incurrieron en mal caso; que fué la causa, si otra no hobo, de temer el castigo, y por no tenerse por seguros en su ciudad, recogerse á los numantinos como amigos y comarcanos. Ca Sogeda, se cuenta entre los Belos, y hoy entre las ciudades de Soria y Osma hay un pueblo llamado Soges, rastro, como algunos piensan, de aquella ciudad. El delito de que acusaban á los numantinos no era cosa tan grave, que á todos es lícito usar de benignidad y humanidad para con sus aliados; pero, sin embargo, enviaron sus embajadores á Pompeyo para desculparse, que despidió él con afrenta y ultraje. Los numantinos, conocido el yerro pasado y el riesgo que corrian, acordaron de alzar la mano de la defensa de los segedanos y renunciar su amistad, todo á propósito de aplacar á los romanos. Avisaron desto á Pompeyo, y con nueva embajada que le enviaron le suplicaron renovase el concierto que tenian hecho con Graco. Pompeyo dió por respuesta que no habia que tratar de paz ni de confederacion si primero no dejasen las armas. Con esto fué forzoso tornar á la guerra para con las armas defender las armas, que el enemigo junto con la libertad les pretendia quitar. Tocaron atambor, hicieron levas de gente, con que juntaron ocho mil peones y dos mil caballos, pequeño número, pero grande en esfuerzo, y no muy desigual á la muchedumbre de los romanos. La conducta desta gente se encomendó á un capitan muy experimentado, por nombre Megara. No se descuidó Pompeyo en lo que á él tocaba; antes en breve adelantó sus reales y los asentó cerca de Numancia, en que tenia treinta mil infantes y dos mil de á caballo. Dábanles en que entender los numantinos, y con correrías que hacian desde los collados y con ordinarios rebates mataban y prendian á los que se desmandaban. Solo ex-

ri do la y todas las veces que los ra ellos sus estandartes, se en por la noticia que tenian de nos lugares, que era consejo muy acertado. Pompeyo, viendo que no hacia efecto contra los numantinos, de ponerse sobre la ciudad de Termancia, de asimismo fué rechazado, no con menor afrenta que ites y con algo mayor pérdida de gente. Porque c es salidas que en un dia hicieron los de Termancia le forzaron á retirarse á ciertas barrancas, lugares s y fuertes, de donde muchos de los suyos se desiron; tan grande era el miedo que cobraron, que noche pasaron en vela sin dejar las armas. El dia iente volvieron á la pelea, que fué muy dudosa, sin dec ar la victoria por ninguna de las partes hasta tanto que sobrevino la noche, en que Pompeyo se fué á lad de Monlia con resolucion de excusar otra bata que fué señal de llevar lo peor, y que pretendia cerse de fuerzas y hacer que con el tiempo su gente ase ánimo. Tenia la ciudad de Manlia guarnicion de mantinos, y sin embargo se entregó á los romanos por no poderse tener. Al presente hay un pueblo en aqu a comarca, por nombre Mallen, por ventura asiento de aquella ciudad. Apoderóse otrosí de los Termestie tornó á combatir, y no se hallaban con fuerzas ites para defenderse, por quedar cansados y gas de los encuentros pasados. Restaban los numan: antes que moviese Pompeyo contra ellos, deshizo a gino, capitan de salteadores, y le mató con toda ite en aquella parte donde se tendian los Edetanos y está la ciudad de Zaragoza. Hecho esto, revolvió s a Numancia, y porque el cerco iba á la larga, proacar de madre al rio Duero para que no entrasen nentos á los cercados. Fué forzado á desistir desta sa por causa que los numantinos, con una salida icieron, maltrataron á los soldados contrarios, y á los que andaban en la obra. Demás desto, le degollan tribuno de soldados con toda su gente, que iba en arda de los que traian vituallas y de los forrajeros. itado Pompeyo por estos daños, detuvo los soldaentro de sus estancias, sin dejallos salir en el tiempo s áspero del año, que fué causa de que muchos iesen de enfermedad, por no estar acostumbrados a ella destemplanza del aire. Otros morian á manos de numantinos, que con sus salidas y rebates contiente los trabajaban. Por esta causa fué forzado eyo á mudar de parecer, y dado que el invierno muy adelante, desistir del cerco y repartir sus s por las ciudades comarcanas de su devocion. Cor a ya el año de Roma de 615; en él el cónsul Marco Pompilio Lenate fué señalado para el gobierno de la provincia en lugar de Pompeyo; pero mientras su venida se esperaba, al principio del verano se asen n las paces con los numantinos. Procuróle Pom o, sea por miedo de que en Roma le achacasen de sido con su mal gobierno causa de aquella guerra, sea por no querer que con su trabajo y riesgo su suc or llevase el prez y la honra de acabarla. Los su inos otrosí, cansados de guerra tan larga y por falta de mantenimientos, á causa de haber dejado la la ranza de los campos, dieron de buena gana oidos á ellos tratos. Conviniéronse en que las condiciones para los romanos, se

tratasen en secreto; tanto que el mismo Pompeyo por no firmallas se hizo malo. En lo público la escritura del concierto rezaba que los numantinos eran condenados en treinta talentos; los mas inteligentes sospechaban era ficcion inventada á propósito de conservar el crédito y autoridad del imperio romano. Lo cierto es que, con la venida del cónsul Pompilio, se trató de aquella confederacion y de aquellas paces; Pompeyo negaba habellas hecho; los numantinos probaban lo contrario por testimonio de los principales del ejército romano. En fin los unos y los otros fueron por el nuevo Cónsul remitidos al Senado de Roma, donde por tener mas fuerza el antojo y la pasion que la justicia, entre diversos pareceres, prevaleció el que mandaba hacer de nuevo la guerra contra Numancia.

CAPITULO VII.

De la confederacion que el cónsul Mancino hizo con los numantinos.

Entre tanto que esto pasaba en Roma y con los numantinos, el cónsul Pompilio acometió á hacer guerra á los lusones, gente que caia cerca de los numantinos; pero fué en vano su acometimiento. Antes el año siguiente, que de la ciudad de Roma se contó 616, como le hobiesen alargado el tiempo de su gobierno, fué en cierto encuentro que tuvo con los numantinos vencido y puesto en huida. En la España ulterior, para cuyo gobierno señalaron el uno de los nuevos cónsules, por nombre Decio Bruto, los soldados viejos de Viriato, á los cuales dieron perdon y campos donde morasen, edificaron y poblaron la ciudad de Valencia. Hay grande duda sobre qué Valencia fué esta: quién dice que fué la que hoy se llama Valencia de Alcántara, por estar en la comarca donde estos soldados andaban; quién entiende, y es lo que parece mas probable, que sea la que hoy se llama Valencia de Miño, puesta sobre la antigua Lusitania en frente de la ciudad de Tuy, y no falta quien piense que sea Valencia la del Cid, ciudad poderosa en gente y en armas. Pero hace contra esto que está asentada en la España citerior, provincia que era de gobierno diferente. Dejadas estas opiniones, lo que hace mas á nuestro propósito es que el año siguiente, de la fundacion de Roma 617, á Bruto alargaron el tiempo del gobierno de la España ulterior, y para lo de la citerior señalaron el uno de los nuevos cónsules, por nombre Cayo Hostilio Mancino. Este luego que llegó, asentado su campo cerca de Numancia, fué diversas veces vencido en batalla; y de tal manera se desanimó con estas desgracias, que, avisado como los vaceos, que caian en Castilla la Vieja, y los cántabros venian en ayuda de los numantinos, no se atrevió ni á atajarles el paso ni á esperar que llegasen; antes de noche á sordas se retiró y apartó á otros lugares que estaban sose idos. En qué parte de España no se dice, solo señala que fué donde los años pasados Fulvio Nobilior tuvo lojamientos. En la ciudad de Numancia no se supo esta partida de los enemigos hasta pasados dos dias, por estar los ciudadanos ocupados en fiestas y reg s sin cuidado alguno de la guerra. La manera con se supo fué que dos mancebos pretendian casar con u doncella: para excusar debates acordaron que sali á reales de los enen ra-jese la mano der

por premio el casamiento que deseaba. Hiciéronlo así; y como hallasen los reales vacíos, á mas correr vuelven á la ciudad para dar aviso de lo que pasaba que los enemigos eran idos y que dejaban desamparados sus reales. Los ciudadanos, alegres con esta nueva, siguieron la huella y rastro de los romanos, y antes de tener barreadas sus estancias bastantemente, pusieron sitio á los que poco antes los tenian cercados; que fué un trueque y mudanza notables. El Cónsul, perdida la esperanza de poder escapar, se inclinó á tratar de concierto, en que los numantinos quedaron con su antigua libertad, y en él fueron llamados compañeros y amigos del pueblo romano: grande ultraje, y que despues de tantas injurias parecia escurecer la gloria romana, pues se rendia al esfuerzo de una ciudad. Ayudó para hacer esta confederacion, mas necesaria que honesta, Tiberio Graco, que se hallaba entre los demás romanos, y por la memoria que en España se tenia de Sempronio, su padre, era bienquisto, y fué parte para inclinar á misericordia los ánimos de los numantinos. En Roma, luego que recibieron aviso de lo que pasaba y de asiento tan feo, citaron á Mancino para que compareciese á hacer sus descargos, y en su lugar nombraron por general de aquella guerra al otro cónsul, llamado Emilio Lépido, para que vengase aquella afrenta. Enviaron asimismo los numantinos sus embajadores con las escrituras del concierto y con órden que si el Senado no le aprobase, en tal caso pidiesen les fuese entregado el ejército, pues con color de paz y de confederacion escapó de sus manos. Tratóse el negocio en el Senado, y como quier que ni, por una parte, quisiesen pasar por concierto tan afrentoso, y por otra juzgasen que los numantinos pedian razon, dieron traza que Mancino les fuese entregado, con que les parecia quedaban libres del escrúpulo que tenian en quebrantar lo asentado. A Tiberio Graco, magüer que fué el que intervino en aquella confederacion y la concluyó, absolvieron porque lo hizo mandado. El vulgo, como de ordinario, se inclina á pensar y creer la peor parte, decia que esto se hizo por respeto de Scipion, su cuñado, que, como ya se dijo, casó con Cornelia, hermana de los Gracos.

CAPITULO VIII.

Cómo Cayo Mancino fué entregado á los numantinos.

Esto era lo que pasaba en Roma. En España el cónsul Marco Lépido, antes de tener aviso de lo que el Senado determinaba, acometió á los Vaceos, que era gran parte de lo que hoy es Castilla la Vieja, con achaque que en la guerra pasada enviaron socorro á los numantinos y los ayudaron con vituallas. Corrió sus muy fértiles campos; y despues que lo puso todo á fuego y á sangre, probó tambien de apoderarse de la ciudad de Palencia, sin embargo que de Roma le tenian avisado no hiciese guerra á los españoles, hombres que eran feroces y denodados, y de enojarlos muchas veces resultara daño. La afrenta y mal órden de Mancino tenia puesto al Senado en cuidado, y á los españoles daba ánimo para que no dudasen ponerse en defensa contra cualquiera que los pretendiese agraviar. Fué así que, por el esfuerzo de los palentinos como los romanos fuesen maltratados y asimismo tuviesen falta de vituallas, de noche á sordas, sin dar la señal acostumbrada para al-

zar el bagaje, se partieron con tanto temor suyo y tan grande osadía de los palentinos, que luego el dia siguiente, sabida la partida, salieron en pos dellos, y los picaron y dieron carga, de suerte que degollaron no menos de seis mil romanos; de lo cual, luego que en Roma se supo, recibió tan grande enojo el Senado, que citaron á Lépido á Roma, donde, vestido como particular, fué acusado en juicio y condenado de haberse gobernado mal. Estos daños y afrentas en parte se recompensaban en la España ulterior por el esfuerzo y prudencia de Decio Bruto, que sosegó las alteraciones de los Gallegos y Lusitanos, y forzó á que se rindiesen los Lubricanos, pueblos que por aquellas partes se alborotaban muy de ordinario. Púsoles por condicion que le entregasen los fugitivos, y ellos, dejadas las armas, se viniesen para él; lo cual como ellos cumpliesen, rodeados del ejército, los reprehendió con palabras tan graves, que tuvieron por cierto los queria matar; pero él se contentó con penarlos en dinero, quitarles las armas y demás municiones, que tanto daño á ellos mismos acarreaban. Por estas cosas Decio Bruto ganó sobrenombre de Galaico ó Gallego. Esto sucedió en el consulado de Mancino y Lépido. El año siguiente 618 alargaron á Bruto el tiempo de su cargo, y al nuevo cónsul Publo Furio Filon se le dió cuidado de entregar á Mancino á los numantinos, y se le encomendó el gobierno de la España citerior. Y porque Q. Metello y Q. Pompeyo, como personas las mas principales en riquezas y autoridad, pretendian impedir que Furio no fuese á esta empresa, de donde tanta gloria y ganancia se esperaba, él con una maravillosa osadía, como cónsul que era, los mandó que le siguiesen y fuesen con él á España por legados ó tenientes suyos. Luego que llegó, puestos sus reales cerca de Numancia, hizo que Mancino, desnudo el cuerpo, y atadas atrás las manos, como se acostumbraba cuando entregaban algun capitan romano á los contrarios, fuese puesto muy de mañana á las puertas de Numancia; pero como quier que ni los enemigos le quisiesen y los amigos le desamparasen, pasado todo el dia y venida la noche, guardadas las ceremonias que en tal caso se requerian, fué vuelto á los reales. Con esto daban á entender los romanos que cumplian con lo que debian. A los numantinos no parecia bastante satisfaccion de la fe que quebrantaban entregar el capitan y guardar el ejército, que libraron de ser degollado debajo de pleitesía. Y es cosa averiguada que los romanos en este negocio miraron mas por su provecho que por las leyes de la honestidad y de la razon. Qué otra cosa Furio hiciese en España, no se sabe, sino que el año adelante, que se contó 619 de la fundacion de Roma, á Bruto alargaron otra vez el tiempo de su gobierno por otro año, que fué el tercero, y el cónsul Quinto Calpurnio Pison, por el cargo que le dieron de la España citerior, peleó con los numantinos mal, ca perdió en la pelea parte de su ejército, y los demás se vieron en grandes apreturas. Era el miedo que los romanos cobraran tan grande, que con sola la vista de los españoles se espantaban: no de otra guisa que los ciervos cuando ven los perros ó los cazadores, movidos de una fuerza secreta, luego se ponian en huida. Muchos entendian que la causa de aquel espanto era el gran tuerto que les hacian y la fe quebrantada; mas á la verdad los españoles en aquel tiempo ninguna ventaja reconocian á los romanos en esfuerzo y atrevimiento. No peleaban como de antes de tropel y derramados, sino por el largo uso que tenian de las armas, á imitacion de la disciplina romana, formaban sus escuadrones, ponian sus huestes en ordenanza, seguian sus banderas y obedecian á sus capitanes. Con esto tenian reducida la manera grosera de que antes usaban á preceptos y arte, con que siempre en las guerras y con prudencia se gobernasen.

CAPITULO IX.

Cómo Scipion, hecho cónsul, vino á España.

Estas cosas, luego que se supieron en Roma, pusieron en grande cuidado al Senado y pueblo romano, como era razon. Acudieron al postrer remedio, que fué sacar por cónsul á Publio Scipion, el cual por haber destruido á Cartago tenia ya sobrenombre de Africano, con resolucion de envialle á España. Para hacer esto dispensaron con él en una ley que mandaba á ninguno antes de los diez años se diese segunda vez consulado. Sucedió esto el año que se contó 620 de la fundacion de Roma, en que, como creemos, prorogaron de nuevo á Decio Bruto y le alargaron el tiempo del gobierno que tenia sobre la España ulterior. Siguieron á Scipion en aquella jornada cuatro mil mancebos de la nobleza romana y de los que por diversos reyes habian sido enviados para entretenerse en la ciudad de Roma; y si no les fuera vedado por decreto del Senado, lo mismo hicieran todos los demás. Tan grande era el deseo que en todos se via de tenelle por su capitan y aprender dél el ejercicio de las armas, que á porfía daban sus nombres y con grande voluntad se alistaban. Destos mozos ordenó Scipion un escuadron, que llamó Filonida, que era nombre de benevolencia y amistad, atadura muy fuerte y ayuda entre los soldados para acometer y salir con cualquier grande empresa. El ejército de España, por estar falto de gobierno, se hallaba flaco, sin nervios y sin vigor, efecto propio del ocio y de la lujuria. Para remediar este daño, dejó Scipion en Italia á Marco Buteon, su legado, que guiase la gente que de socorro llevaba, y él, lo mas presto que se pudo aprestar, partió para España, y en ella, con rigor, cuidado y diligencia en breve redujo el ejército á mejores términos; porque, lo primero, despidió dos mil rameras que halló en el campo; asimismo despidió de regatones, mercaderes y mochilleros otro no menor número ni menos dado á torpezas y deleites. Por esta manera, limpiado el ejército de aquel vergonzoso muladar, los soldados volvieron en sí y cobraron nuevo aliento, y los que antes eran tenidos en poco, comenzaron á poner á sus enemigos espanto. Demás desto, ordenó que cada soldado llevase sobre sus hombros trigo para treinta dias, y cada siete, estacas para las trincheas, con que cercaban y barreaban los reales, que de propósito hacia mudar y fortificar á menudo, para que desta manera los soldados con el trabajo tornasen á cobrar las fuerzas que les habia quitado el regalo. Lo que hizo mas al caso para reprimir los vicios é insolencias de los soldados fué el ejemplo del general, por ser cosa cierta que todos aborrecen ser mandados, y que el ejemplo del superior hace que se obedezca sin dificultad. Era Scipion el primero al trabajo, y el postrero

á retirarse dél. Ayudó otrosí para renovar la disciplina la diligencia de Cayo Mario, aquel que desta escuela y destos principios se hizo con el tiempo y salió uno de los mas famosos capitanes del mundo. Pasada en estas cosas gran parte del año y llegado el estío, movió Scipion con todas sus gentes la vuelta de Numancia. No se atrevió por entonces de ponerse al riesgo de una batalla, porque todavía sus soldados estaban medrosos por la memoria que tenian fresca de las cosas pasadas. Contentóse con correr los campos enemigos por muchas partes y hacer en ellos todo mal y daño. Desde allí pasó haciendo asimismo correrías hasta los Vaceos, enojado principalmente contra los palentinos por la rota con que maltrataron y el daño que hicieron al cónsul Lépido. Allí Scipion se vió puesto casi en necesidad de venir á batalla por la temeridad de Rutilio Rufo, el cual, con intento de reprimir á los palentinos, que por todas partes se mostraban y con ordinarios rebates daban pesadumbre, salió contra ellos, y con poco recato se adelantó tanto, que se iba á meter en una emboscada que los enemigos le tenian puesta; cuando Scipion, advertido el peligro desde un alto donde estaba, mandó que las demás gentes se adelantasen y que la caballería cercase por todas partes el lugar donde la celada estaba, y escaramuzando con el enemigo, diese lugar á los soldados que se metian en el peligro para que se pusiesen en salvo. En este camino y entrada que Scipion hizo vió por sus ojos la ciudad de Caucia, destruida por engaño de Lucullo; y movido con aquella vista á compasion, á voz de pregonero prometió franqueza de tributos y alcabalas á todos los que quisiesen reedificarla y hacer en ella su asiento y su morada. Esto fué lo que sucedió aquel verano, que estaba ya bien adelante; y casi comenzaba el invierno, cuando vuelto el ejército á Numancia, cerca de aquella ciudad se asentaron los reales de los romanos. Dende no dejaron en todo el invierno de salir diferentes cuadrillas á robar y talar los campos que por allí caian. Entre estos un escuadron, de cierto peligro en que se hallaba de perecer, fué librado por la buena maña y vigilancia de Scipion en esta manera. Estaba allí cerca una aldea rodeada en gran parte de ciertos pantanos, que sospechan sea la que se llama al presente Ilenar por estar junto á una laguna. Cerca de aquel lugar se alzaban unos peñascos á propósito de armar allí alguna celada. Escondiése allí cierto número de numantinos, y sin falta maltrataran y degollaran los soldados romanos, que, derramados y ocupados en robar, andaban por aquella parte, si Scipion desde sus reales, conocido el peligro, no diera luego señal de recogerse, para que los soldados, dejado el robar, acudiesen á sus banderas. Y para mayor seguridad, tras mil caballos que envió delante, él mismo se apresuró para cargar sobre los contrarios con lo demás del ejército. Los numantinos, entre tanto que con iguales fuerzas y número se peleaba, se resistieron y hicieron reparar á un gran número de los contrarios; pero luego que vieron acercarse los estandartes de las legiones, se pusieron en huida con grande maravilla de los romanos, porque de largo tiempo no habian visto las espaldas de los numantinos. Estas cosas acontecieron en el consulado de Scipion en el tiempo que Jugurta desde Africa vino á juntarse con los romanos, nieto que era de Masinisa, nacido fuera de matrimonio de un hijo suyo por nombre Manastabal. Envióle el rey Micipsa, su tio, con diez elefantes y un grueso escuadron de caballos y de peones, con deseo que tenia de ayudar á los romanos, y juntamente con deseño de poner á peligro aquel mozo brioso, por entender el que corrian sus hijos si la vida le duraba; consejo sagaz y prudente que no tuvo efecto, antes Jugurta, ganada mucha honra en aquella guerra, luego que se concluyó, dió vuelta á Africa con mayor crédito y pujanza que antes.

CAPITULO X.

Cómo Numancia fué destruida.

El año luego adelante, que se contó de la fundacion de Roma 621, siendo cónsules Publio Mucio Scévola y Lucio Calpurnio Pison, á Scipion alargaron el tiempo del gobierno y del mando que en España tenia, traza con que Numancia fué de todo punto asolada, ca pasado el invierno y con varias escaramuzas quitado ya el miedo que los soldados tenian cobrado, con intencion de apretar el cerco de Numancia, de unos reales hizo dos, dividida la gente en dos partes. El regimiento de los unos encomendó á Q. Fabio Máximo, su hermano; los otros tomó él á su cargo, dado que algunos dicen que dividió los reales en cuatro partes, y aun no concuerdan todos en el número de la gente que tenia. Quién dice que eran sesenta mil hombres, quién que cuarenta, como no es maravilla que en semejante cuenta se halle entre los autores variedad. Los numantinos, orgullosos por tantas victorias como antes ganaran, aunque eran mucho menos en número, porque los que mas ponen dicen que eran ocho mil combatientes, y otros deste número quitan la mitad, sacadas sus gentes fuera de la ciudad y ordenadas sus haces, no dudaron de presentar la batalla al enemigo, resueltos de vencer ó perecer antes que sufrir las incomodidades de un cerco tan largo. Scipion tenia propósito de excusar por cuanto pudiese el trance de la batalla, como prudente capitan, y que consideraba que el oficio del buen caudillo no menos es vencer y concluir la guerra con astucia y sufrimiento que con atrevimiento y fuerzas. Ni le parecia conveniente contraponer sus ciudadanos y soldados á aquella ralea de hombres desesperados. Con este intento determinó cercar la ciudad con reparos y palizadas para reprimir el atrevimiento y acometimientos de los cercados. Demás desto, mandó á las ciudades confederadas enviasen nuevos socorros de gente, municiones y vituallas para la guerra. Hízose un foso al rededor de la ciudad, y levantóse un valladar de nueva manera, que tenia diez piés en alto y cinco en ancho, armado con vigas y lleno de tierra, con sus torres, troneras y saetías á ciertos trechos, de suerte que representaba semejanza de una muralla continuada. Solamente por el rio Duero se podia entrar en la ciudad y salir; pero tambien esta comodidad quitaban á los cercados las compañías de soldados y los ranchos que en la una ribera y en la otra tenian puestos de guarda. Para remedio desto los buzanos, zabulléndose en el agua, debajo della sin ser sentidos pasaban, cuando era necesario, de la una parte á la otra. Otros con barcas, por la ligereza de los remeros ó por la fuerza del viento que daba por popa, escapaban de ser heridos con lo que los soldados les tiraban; y por esta manera se podia meter al-

guna vitualla en la ciudad. Duróles poco este remedio y consolacion tal cual era, porque con una nueva diligencia levantaron dos castillos de la una y de la otra parte del rio con vigas que le atravesaban, y en ellas unos largos y agudos clavos para que nadie pasase. Los numantinos, sin perder por esto ánimo, no dejaban de acometer las centinelas y cuerpos de guarda de los romanos; mas sobreviniendo otros, fácilmente eran rebatidos y encerrados en la ciudad; que á sabiendas no los querian matar, para que gastasen mas presto cuantos mas fuesen las vituallas, y forzados de la hambre y extrema necesidad se entregasen. En esta coyuntura un hombre de grande ánimo y osadía, llamado Retogenes Caravino, con otros cuatro, por aquella parte que los reparos de los romanos eran mas flacos y tenian menos guarda, escalado el valladar y degolladas las centinelas y escuchas, se enderezó á los pueblos llamados Arevacos, donde en una junta de los principales que para esto se convocó, les rogó y conjuró por la amistad antigua y por el derecho de parentesco no desamparasen á Numancia para ser saqueada y asolada por el enemigo, que, encendido en coraje y en deseo de vengarse, no tenia olvidadas las injurias que ellos le habian hecho; considerasen que aquella ciudad solia ser el refugio y reparo comun de todos, y al presente, por la adversidad de la fortuna y por la astucia de los que la cercaban, mas que por valor y esfuerzo, se hallaba puesta en extremo riesgo y cuita: «¿Por qué, dice, en tanto que las fuerzas están enteras y los romanos por tantas pérdidas rehusan la pelea y por malas mañas y astucias pretenden apoderarse de aquella nobilísima ciudad, vos, juntadas las fuerzas, no quitaréis el yugo desta servidumbre, y echaréis de vuestra tierra esta peste comun? ¿Aguardais por ventura hasta tanto que cunda este mal, y de unos á otros pase y llegue á vuestra ciudad? Pensad que esta llama, consumido todo lo que se le pone delante, será forzoso que todo lo asuele. Por ventura ¿no conoceis la ambicion de los romanos, sus robos y sus crueldades? Los cuales muchas veces habeis visto y oido que sin causa alguna, solo con deseo de extender su señorío, ponen asechanzas á la libertad y riquezas de toda España. Diréis que teneis hecho concierto con ellos, y con esto os asegurais. En que si no hubiera muchos ejemplos frescos y puestos delante los ojos de la deslealtad, codicia y fiereza de los romanos, la destruicion poco ha de Caucia y ahora la confederacion de los numantinos con Mancino quebrantada injustamente son bastante muestra como ninguna cosa tienen por santa por el deseo de enseñorearse de todo. Mirad que si anteponeis ahora vuestro reposo particular á la salud comun, la cual en gran parte depende del valor y esfuerzo de Numancia, no seais en algun tiempo forzados á quejaros por demás, ojalá yo me engañe, de haber perdido y desamparado lo uno y lo otro. Afuera pues toda tardanza y cobardía; en tanto que hay tiempo y que las cosas están en término que se pueden remediar, volved vuestros ánimos y pensamiento á procurar la salud de la patria. Juntad armas y fuerzas, cargad sobre el enemigo, que está descuidado, cercándole los vuestros por una parte, y los nuestros por otra, por frente y por las espaldas. Considerad que en nuestro peligro corre riesgo la salud, la libertad y las riquezas de toda España.» Con este razonamiento y con abundancia de lágrimas que derramaba, con echarse en tierra y á los piés de cada uno, tenia ablandados los corazones de muchos; pero como quier que á los desdichados y caidos todos les falten, prevaleció el voto de los que sentian que no convenia enojar á los romanos, antes decian que sin tardanza echasen de toda su tierra á los numantinos, porque no les achacasen y hiciesen cargo de haber oido en su junta aquella embajada. Lo que despues desto hizo Retogenes no se sabe; solo consta que la gente moza de Lucía, pueblo que estaba á una legua de Numancia, acudió á socorrer los cercados; pero fué rebatida su osadía por la diligencia de Scipion; y con cortar las manos derechas por mandado del mismo á cuatrocientos dellos, los demás quedaron escarmentados para no imitar semejante desatino. Con esto los numantinos, perdida toda esperanza de ser socorridos y por el largo cerco quebrantados de la hambre, movieron tratos de paz. Enviaron para esto á Scipion una embajada: el principal, por nombre Aluro, dada que le fué audiencia, se dice habló en esta manera: «Quiénes sean los ciudadanos de Numancia, de qué lealtad, de qué constancia, no hay para qué traello á la memoria; pues tú con la larga experiencia lo puedes tener entendido, y no está bien á los miserables hacer alardo de sus alabanzas. Solo diré que te será muy honroso haber quebrantado los ánimos de los numantinos, y á nos no será del todo afrentoso, ya que así habia de ser, ser vencidos de tan gran capitan. Lo que la presente fortuna pide y á lo que nos fuerzan los males deste cerco, confesámonos por vencidos, pero con tal que te contentes con nuestra penitencia y emienda, y no pretendas destruirnos. No pedimos del todo perdon, dado que en ninguna parte pudieras mejor emplearle; contentámonos con que el castigo sea templado. Que si nos niegas las vidas y no das lugar á la pelea, determinados estamos de probar cualquier cosa hasta morir por nuestras manos, si fuere necesario, antes que por las ajenas, que será el postrer oficio de varones esforzados. Tú debes considerar una y otra vez lo que la fama y el mundo dirá de tí, así de presente como en el tiempo adelante.» Maravillóse Scipion por este razonamiento que los corazones de aquella gente con tantos trabajos no estuvieran quebrantados, y que, perdida toda esperanza, todavía se acordasen de su dignidad y constancia. Con todo esto, respondió á los embajadores que no habia que tratar de concierto, si no fuese entregándose á la voluntad del vencedor. Con esta respuesta los numantinos, como fuera de sí, matan á los embajadores, los cuales ¿qué culpa les tenian? Pero cuando la muchedumbre se alborota, muchas veces acarrea daño decir la verdad. Estaban ya sin ninguna esperanza de salvarse ni de venir á batalla; acuerdan de hacer el postrer esfuerzo. Emborráchanse con cierto brebaje que hacian de trigo, y le llamaban celia; con esto acometen los reparos de los romanos, escalan el valladar, degüellan todos los que se les ponen delante, hasta que, sobreviniendo mayor número de soldados y sosegada algun tanto la borrachez, les fué forzoso retirarse á la ciudad. Despues desta pelea dicen que por algunos dias se sustentaron con los cuerpos muertos de los suyos. Demás desto, probaron á huir y salvarse. Como tampoco esto les sucediese, por conclusion, perdida del todo la es-

peranza de remedio, se determinaron á acometer una memorable hazaña, esto es, que se mataron á sí y á todos los suyos, unos con ponzoña, otros metiéndose las espadas por el cuerpo. Algunos pelearon en desafío unos con otros con igual partido y fortuna del vencedor y vencido, pues en una misma hoguera, que para esto tenian encendida, echaban al que era muerto, y luego tras él le seguia el que le quitaba la vida. Por esta manera fué destruida Numancia pasados un año y tres meses despues que Scipion vino á España. Grande fué su obstinacion, pues los mismos ciudadanos se quitaron las vidas. Apiano dice que, entrada la ciudad, hallaron algunos vivos. Contradicen á esto los demás autores; y es cosa averiguada que Numancia se conservó por la concordia de sus ciudadanos, que tenian entre sí y con sus comarcanos, y pereció por la discordia de los mismos; demás desto, que vencida quitó al vencedor la palma de la victoria. Los edificios á que perdonaron los ciudadanos, que no les pusieron fuego, fueron por mandado de Scipion echados por tierra, los campos repartidos entre los pueblos comarcanos. Hechas todas estas cosas y fundada la paz de España, se volvió Scipion á Roma á gozar el triunfo, que le era muy debido por hazañas tan señaladas, por las cuales, demás de los otros títulos y blasones, le fué dado y tuvo adelante el renombre de Numantino. Triunfó otrosí Decio Bruto poco antes en Roma por dejar vencidos y sujetos los gallegos, con que ganó asimismo sobrenombre de Calaico, como se dijo poco antes deste lugar.

CAPITULO XI.

De lo que sucedió en España despues de la guerra de Numancia.

Despues desto se siguieron en España temporales pacíficos, de grande y señalada bonanza. La forma del gobierno por algun tiempo fué que diez legados, enviados de Roma y mudados á sus tiempos tuvieron el gobierno de España, cada cual en la parte que de toda ella le señalaban. Los mallorquines, hechos cosarios, corrian aquellos mares y las riberas cercanas. Acudió contra ellos el cónsul Quinto Cecilio Metello, que los sujetó y puso en sosiego el año de la ciudad de Roma de 631, por lo cual el dicho cónsul fué llamado Baleárico, que es tanto como mallorquin. Por el mismo tiempo Cayo Mario, que era gobernador de la España ulterior, abrió y aseguró los caminos, quitados los salteadores, de que habia gran número y gran libertad de hacer mal: merced y reliquias malas de las alteraciones y revueltas pasadas. Restituyó asimismo en su provincia las leyes y la paz, dió fuerza y autoridad á los jueces, que todo en ella faltaba. Y doce años adelante, como aquella provincia se hobiese alterado, primero Calpurnio Pison, despues Sulpicio Galba, hijo del otro Galba que hizo en la Lusitania lo que arriba queda contado, apaciguaron aquellos movimientos. Hállanse á cada paso en España muchas monedas acuñadas con el nombre de Pison. Fundada pues la paz por la buena maña y valor de Pison y de Galba, otra vez se encargó el gobierno de España á diez legados en el tiempo que los cimbros, gente septentrional, en gran número, á manera de un raudal arrebatado, se derramaron y metieron por las provincias del imperio romano, y con el gran curso de victorias que en diversas partes ganaron, no pararon hasta España. Mas por el esfuerzo de los romanos y de los naturales fueron forzados á dar la vuelta á la Gallia y á Italia año de la fundacion de Roma de 645. En este año, Quinto Servilio Cepion venció en una batalla á los lusitanos, si que se entienda qué cargo ó magistrado tuviese. Verdad es que, pasados tres años, siendo cónsul el mismo Cepion, los lusitanos se vengaron de los romanos, ca les hicieron mayor daño del que antes dellos recibieron. Fué aquel año, el que se contó de la fundacion de Roma 648, señalado mas que por otra cosa alguna por el nacimiento de Marco Tulio Ciceron, que nació este año en Arpino, pueblo de Italia. Su madre se llamó Helvia, su padre fué del órden Ecuestre y de la real sangre de los Volscos. Ennobleció Ciceron las cosas de Roma no menos en paz y desarmado con su prudencia, erudicion y elocuencia maravillosa, y ganó no menor nombradía que los otros excelentes caudillos de aquella república con las armas. Pasados otros dos años, que fué el año de 650, los cimbros mezclados con los alemanes, rompieron segunda vez por España; pero fueron de nuevo rebatidos por los celtíberos, y forzados á volverse á la Gallia. Las alteraciones de los lusitanos sosegó Lucio Cornelio Dolabella, que con nombre de procónsul tenia el gobierno de aquella provincia el año de la ciudad de Roma de 655. Apaciguadas estas alteraciones, luego el año siguiente se emprendió otra guerra de los celtíberos, para la cual vino en España el cónsul Tito Didio. Acercáronse los dos campos, ordenáronse las haces y adelantáronse; dióse la batalla con igual esperanza y denuedo de ambas partes. El suceso fué que los departió la noche y puso fin á la pelea sin declarar la victoria por ninguna de las partes, antes el daño fué igual. Valióse el Cónsul de su astucia y de maña en aquel trance, y fué que luego hizo correr el campo y sepultar los cuerpos muertos de los suyos. Con esto el dia siguiente los españoles, por entender que el número de sus muertos era mayor que el de los contrarios, perdida la esperanza de la victoria, se dieron á partido con las condiciones que los romanos quisieron ponerles. En aquella batalla y en todo el progreso de la guerra murieron de los arevacos veinte mil hombres, que fué gran número, si los autores no se engañan ó los números no están mudados. Los termestinos, por ser bulliciosos y levantarse muchas veces confiados en el fuerte sitio de su ciudad, fueron castigados en que la echasen por tierra y ellos se pasasen á morar en lo llano, divididos en aldeas sin licencia de fortificarlas y sin tener forma y manera de ciudad. Una compañía de salteadores, acostumbrada á robar, se concertó con el Cónsul, y debajo de su palabra se vino para él con hijos, mujeres y ropa; pero todos fueron pasados á cuchillo, por no tener confianza que mudarian la vida y trato hombres acostumbrados á sustentarse de los sudores ajenos con robos y saltos. Hecho que de tal manera no fué en Roma aprobado, que sin embargo otorgaron á Didio que por las demás cosas que hizo triunfase. En esta guerra fué Quinto Sertorio, tribuno de soldados, que era como al presente coronel ó maestre de campo, en que ganó gran prez y loa por haber salvado la guarnicion de romanos que estaban en Castulon de la muerte que los de aquella ciudad, concertados con los girisenos, que se entiende eran los de Jaen, por el deseo que siempre tenian de la libertad, les

pretendian dar cierta noche; cosa que les parecia fácil de ejecutar por ser el tiempo de invierno y estar los soldados descuidados, muy dados á los convites y al vino. Sintió Sertorio el alboroto de los castulonenses que daban principio á la matanza, arrojóse fuera del lecho, de su posada y de la ciudad, recogió los que por los piés escaparon, y con ellos cargó sobre los contrarios, y vengó los que de sus soldados fueron muertos en aquel rebate. Informóse, y supo lo que pasaba y la conjuracion que tenian tramada; pasó con presteza á los girisenos, que engañados por los vestidos que los soldados llevaban de los castulonenses muertos, los salian á recebir y dar la enhorabuena de la matanza que pensaban quedar hecha de los romanos; mas engañóles su imaginacion, ca fueron pasados á cuchillo en gran número, y los demás vendidos por esclavos. Estas cosas sucedieron en la España citerior el año presente y los cuatro luego siguientes, que fué todo el tiempo que Didio tuvo el gobierno de aquella provincia; porque á la España ulterior vino el cónsul Publio Licinio Craso el año de la fundacion de Roma de 657, y por lo que en aquella su provincia hizo, triunfó en Roma al fin del año sexto de su gobierno, donde se cree, y no sin causa, que juntó aquellas riquezas con que Marco Craso, su hijo, llegó á ser uno de los mas señalados de los romanos, y por un tiempo el mas rico de todos ellos. Antonio de Nebrija dice, como cosa averiguada, que este Craso fué el que abrió y empedró el camino y calzada mas famosa de España, llamada vulgarmente el camino de la Plata, que va desde Salamanca hasta Mérida; y esto por las columnas, en que dice vió por todo aquel camino entallado el nombre de Craso; argumento bastante para probar lo que pretende, si en este tiempo se hallara en aquellas columnas y leyera tal nombre. Por ventura soñó lo que se le antojó, y pensó ver lo que imaginaba: engaño que suele suceder muy de ordinario á los anticuarios. En el tiempo que Craso estuvo en España, Fulvio Flaco por su industria y buena maña sosegó ciertas alteraciones nuevas de los celtíberos el año de 660, en el cual Italia comenzó á abrasarse en guerras civiles. Fué así, que Cayo Mario y Cinna se apoderaron por las armas de la república romana; y para establecer mas su poder, condenaban á muerte á la nobleza que habia seguido la parcialidad de Silla, su contrario. Entre los demás mataron al padre y hermano de Marco Craso, y él fué forzado para salvarse de huir á lo postrero de España, do tenia muchos aliados, y los naturales muy aficionados por las buenas obras que así de su padre como dél mismo recibieran, ca acompañó á su padre cuando se encargó del gobierno de España. Con todo esto, porque la lealtad de los hombres muchas veces cuelga de la fortuna, y porque muchas ciudades de España estaban declaradas y á devocion de Mario, no se atrevió á parecer en público; antes se encerró en una cueva que estaba cerca del mar en cierta heredad de un hombre principal, grande amigo suyo, llamado Vibio Pacieco. Para avisarle de su llegada le envió un esclavo de los pocos que tenia consigo, el cual le dijo el estado en que estaban las cosas de su señor; y por el derecho de amistad le pidió no le desamparase en aquel peligro y aprieto. Sabido él lo que pasaba, se alegró de tener ocasion para dar muestra del amor que le tenia; y para que el negocio fuese mas secreto, no quiso él mismo ir á verse con Craso, porque así lo pedia el tiempo; solo mandó á un esclavo suyo que, en un peñasco cerca de la cueva, pusiese todos los dias la provision que le darian en la ciudad, con órden que so pena de muerte no pasase adelante ni quisiese saber para quién llevaba lo que le mandaba; que si lo ejecutaba con fidelidad, le prometió de ahorrarle. Con esta diligencia y cuidado, Craso se entretuvo algun tiempo hasta tanto que llegó nueva cómo Mario y Cinna fueron desbaratados y muertos por Silla, su contrario. Con este aviso, salido de la cueva en que estaba, fácilmente atrajo á su devocion y parcialidad muchas ciudades de España, que se le entregaron con mucha voluntad; entre las otras, la de Málaga fué saqueada por los soldados contra voluntad del mismo, á lo menos así quiso que se entendiese por toda la vida, si ya no fué que usó de disimulacion, y quiso con daño ajeno y con dalles aquel saco, como acontece, granjear la voluntad de sus soldados. De España pasó en Africa, donde el bando de Silla andaba mas valido y tenia mas fuerzas. La cueva en que Craso estuvo escondido se muestra entre Ronda y Gibraltar cerca de un lugar llamado Jimena, en la cual dicen cuadrar todas las señales que de lo que Plutarco dice en este propósito se coligen. Tambien es cosa averiguada, por lo que autores antiguos escriben, que en aquel tiempo hobo en España linaje de paciecos; pero los que quieren sacar destos principios y fuente el que en nuestra edad tiene el mismo apellido, en autoridad y riquezas de los mas principales que hay en el reino de Toledo, fundan su opinion solamente en la semejanza del nombre, argumento que ni siempre se debe desechar, ni tenelle tampoco por concluyente, dado que muchos acostumbran á engerir como árboles unos linajes en otros del mismo nombre mas antiguos, no sin perjuicio de la verdad y daño de la historia.

CAPITULO XII.

Cómo se comenzó la guerra de Sertorio.

De las guerras civiles que tuvieron los romanos resultó en España otra nueva guerra de pequeños principios, y que por espacio de nueve años puso en cuentos el poder de Roma por los varios trances que en ella intervinieron; el fin y remate fué próspero para los mismos romanos. El que la movió fué Quinto Sertorio, italiano de nacion y nacido de bajo suelo en Narsio, pueblo cerca de Roma; pero que fué hombre de valor, de que antes en España dió bastante muestra, como queda arriba apuntado. Despues en las guerras civiles de Italia, en que siguió las partes de Mario, perdió el uno de los ojos; y por el vencedor Silla fué proscripto Sertorio con otros muchos, que es lo mismo que condenado á muerte en ausencia y en rebeldía. El, por deseo de salvarse, y tambien porque en tiempos tan revueltos entendia que cada uno se quedaria con lo que primero apañase, además que tenia granjeadas las voluntades de los soldados y de los naturales, acordó de venirse á España y hacerse en ella fuerte. Tomó los puestos y entradas de España, dejó en los Pirineos un capitan llamado Salinator con buena guarnicion de soldados; él, entrando mas adelante en la provincia, levantó pendon, tocó atambores para hacer gente, juntó todas las municiones y ayudas que le parecieron á pro-

pósito para enseñorearse de todo; pero sus trazas atajó la venida y presteza de Cayo Annio, ca desbarató la guarnicion que quedó en guarda de los Pirineos, y dió la muerte á su capitan Salinator por medio de Calpurnio Lanario, su grande amigo, que le mató alevosamente. Con esto Sertorio desmayó de manera, que por no fiarse en sus fuerzas ni arriscarse á venir á las manos con el enemigo, desde Cartagena se pasó á Africa, donde fué asimismo trabajado con diversas olas y tempestades de la fortuna, que le era contraria. Sin embargo, se apoderó de la isla de Ibiza con una armada particular que él tenia, y con ayuda de ciertas galeotas de cosarios asianos que acaso andaban por el mar. De allí tambien fué echado; y pensando pasar á las Canarias (hay quien diga que de hecho pasó allá por huir de la crueldad de que sus enemigos usaban), fué llamado por los lusitanos ó portugueses, que cansados del imperio de Roma, les parecia buena ocasion para recobrar por medio de Sertorio la libertad que tanto deseaban, y tantas veces en valde procuraron. Sertorio asimismo, por entender era buena ocasion esta para echar sus enemigos de España, acordó de acudir sin dilacion. Entendia las cosas del gobierno y de la paz no menos que las de la guerra, por donde con su afabilidad y trato amigable y con abajar los tributos granjeaba grandemente las voluntades de todos. Demás desto, para representacion de majestad ordenó un senado de los españoles mas principales á la manera de Roma con los mismos nombres de magistrados y cargos que allá se usaban. A todos honraba, y todavía hacia mas confianza de los que eran de nacion romanos, así por ser de su tierra, como porque no le podian faltar tan fácilmente ni reconciliarse con sus contrarios. Derramóse la fama de todo esto, por donde no solo se hizo señor de la España ulterior, donde andaba, sino granjeó tambien las voluntades de la citerior; ca todos se daban á entender que el poder de los españoles por medio de Sertorio podria escurecer la gloria de los romanos, abajar sus bríos y quitar su tiranía. Para que esta aficion fuese mas fundada, usó de otro nuevo artificio, y fué que hizo venir desde Italia profesores y maestros de las ciencias, y fundada una universidad en cierta ciudad que antiguamente se llamó Osca, procuraba que los hijos de los principales españoles fuesen allí á estudiar, diciendo que todas las naciones no menos se ennoblecian por los estudios de la sabiduría que por las armas; que no era razon los que en todo lo demás se igualaban á los romanos les reconociesen ventaja en esta parte. Esto decia en público; mas de secreto con esta maña pretendia tener aquellos mozos como en rehenes y asegurar su partido sin ofension alguna de los naturales. Allegábase á todo esto el culto de la religion, que es el mas eficaz medio para prendar los corazones del pueblo. Fingia y publicaba que Diana le habia dado una cierva que le decia á la oreja todo lo que debia hacer; y era así, que todas las veces que le venian cartas ó en el Senado se trataba algun negocio grave, la cierva se le llegaba á la oreja por estar acostumbrada á hallar allí alguna cosa de comer. El pueblo entendia que por voluntad divina le daba aviso de los secretos ó de lo que estaba por venir, y aun tambien que le enderezaba en lo que debia hacer. Hállanse en España monedas con el nombre de Sertorio por una parte, y por reverso una cierva. Asimismo dos piedras que están en Ebora, en Portugal, con sus letras muestran cómo Sertorio residió mucho tiempo en aquella ciudad, y hizo muchos y grandes beneficios y honras á sus moradores. Fuera desto, de Plinio y de Ptolemeo se entiende claramente que en España hobo dos pueblos, ambos llamados Osca: el uno en los ilergetes, que es parte en Aragon, parte en el principado de Cataluña; el otro en lo que hoy es Andalucía. En cual destas dos ciudades haya Sertorio fundado la universidad y puesto los estudios, no se sabe con certidumbre. Los mas dan esta honra á la de Aragon, que antiguamente se llamó Osca, y al presente Huesca; á nosotros todavía nos parece mejor fuese la que estaba en los Bastetanos, y hoy se dice tambien Huéscar, por estar mas cerca de donde él á la sazon andaba. Cuando primeramente vino de Africa á la Lusitania trajo consigo dos mil y seiscientos hombres de nacion romanos, además de setecientos africanos; fuera destos en España se le llegaron cuatro mil peones y setecientos caballos. Con estas gentes y no mas venció primeramente en una batalla naval á Cota, capitan de los contrarios, á la entrada del estrecho de Gibraltar y á vista de un pueblo llamado Melaria; despues á las riberas del rio Guadalquivir desbarató otrosí al pretor Didio, y mató de sus gentes dos mil hombres. Con esto ganó mucha reputacion y autoridad entre los suyos, y á los enemigos puso espanto; consideraban que el poder de España, ayudado de la prudencia de tal caudillo, de que careciera hasta entonces, podria acarrear á los romanos grandes dificultades y ser causa de grandes pérdidas antes que de todo punto se apaciguase.

CAPITULO XIII.

Cómo Metello y Pompeyo vinieron á España.

Todo esto movió á Silla para que, el año de la fundacion de Roma de 674, en su segundo consulado enviase á España contra Sertorio á Q. Metello, su compañero, aquel que tuvo sobrenombre de Piadoso por las lágrimas con que alcanzó que á su padre fuese alzado el destierro en que le condenaran. Envió con él al pretor Lucio Domicio: Plutarco le llamó Toranio, que era sobrenombre muy ordinario de los Domicios. Este, á la entrada de España y á las mismas haldas de los Pirineos, fué muerto por Hirtuleyo, capitan de Sertorio, y sus gentes destrozadas; desman que movió á Manilio, procónsul de la Gallia Narbonense, á pasar en España; pero no le fué mucho mejor, porque el mismo capitan de Sertorio le desbarató en una batalla, si bien él escapó con la vida dentro de Lérida, donde se retiró mas que de paso. Metello con su campo rompió la tierra adentro y llegó hasta el Andalucía, do muchas veces fué vencido por Sertorio y forzado por no fiarse en sus fuerzas á barrearse en los pueblos á propósito de entretener un enemigo tan feroz, con mayor confianza que hacia de las murallas que del valor de sus soldados. Solo se atrevió á acometer la ciudad de Lacobriga, hoy Lagos, cerca del cabo San Vicente, y ponerse al improviso sobre ella, y esto por estar las gentes de Sertorio repartidas en diversas partes. Fué esto acometimiento en vano, porque así los españoles cómo los soldados de Africa, movidos del premio que Sertorio les propuso, sin ser sentidos de las centinelas enemigas,

metieron dos mil cueros de agua dentro de la ciudad, de que los cercados padecian grande falta á causa de haberles cortado los caños por donde venia encaminada, y un pozo que dentro tenian no daba agua bastante para todos. Con esta provision, y tambien porque los romanos no hicieron mochila mas de para cinco dias, fueron forzados á alzar el cerco. Demás desto, Sertorio, con alguna gente que juntó, les iba á la cola y les picaba de suerte, que los soldados españoles no mostraban menos valor que los romanos, por estar enseñados á guardar sus ordenanzas, obedecer al que regia, seguir los estandartes los que antes tenian costumbre de pelear cada cual ó pocos aparte, con grande tropel al principio; mas si los apretaban, no tenian por cosa fea el retirarse y volver las espaldas. Mucho ayudaron para esto las armas de los romanos muertos, de que los españoles se armaron. Con esto la fama de Sertorio volaba, no solo por toda España, sino que llegada tambien á Asia, fué ocasion para que el gran rey Mitrídates en la segunda guerra que tuvo con los romanos convidase á Sertorio con su amistad y le enviase embajadores que de su parte le ofreciesen socorro de dineros y armada; en lo cual pretendia hacer que las fuerzas de los romanos se dividiesen. Dió Sertorio á estos embajadores audiencia, y para mas autorizarse la dió en presencia del Senado; otorgóles lo que pedian, es á saber, que llevasen en su compañía á Marco Mario con algun número de soldados; y esto á fin que las gentes de aquel reino fuesen por este medio enseñadas y ejercitadas en la forma de la milicia romana; cosa que de aquel rey le parecia muy á propósito y de mucha importancia para la guerra que tenia entre manos. En aquella guerra de Asia, Aulo Mevio, lacetano, que quiere decir natural de Jaca, debajo de la conducta de Lucullo hizo grandes proezas en servicio del pueblo romano, como se entiende por una piedra y letrero que está media legua de la ciudad de Vique, puesta por su mandado despues que volvió en España. Volvamos á Sertorio, cuyo partido comenzó á empeorarse con la venida de Lucio Lelio, gobernador de la Gallia, que acudió á Metello y acrecentó sus fuerzas de tal suerte, que Sertorio excusaba el trance de la batalla que antes deseaba, y se contentaba de trabajar á los enemigos con correrías y con rebates ordinarios; órden y traza con que se entretuvo hasta tanto que, pasados dos años, Gneio Pompeyo á instancia de Metello vino por su compañero con igual poder á España. El sobrenombre de Grande, ó ya le tenia ganado por causa, como lo dice Casiodoro y lo apunta Tertuliano, de un teatro que para deleitar el pueblo levantó á su costa en Roma, que fué el primero que de piedra se edificó en aquella ciudad, ó como otros dicen, le fué dado por las victorias que ganó de Sertorio. Diéronle por su cuestor, que era como pagador, á Lucio Casio Longino, del cual hacemos aquí memoria por la que del mismo se tornará á hacer adelante. Grandes fueron las dificultades que Pompeyo pasó en este viaje al pasar por la Gallia. Llegado á España, sin reparar en ninguna parte, se fué á juntar con Metello, resuelto de no pelear con el enemigo hasta tanto que todas las fuerzas estuviesen juntas. Estaba por el mismo tiempo Sertorio sobre la ciudad de Laurona con sus gentes y las que Marco Perpenna de Cerdeña le trajo despues de la muerte del cónsul Emilio Lépido, el cual, como por haberse apartado de la autoridad del Senado fuese echado de Italia, se apoderó de aquella isla, donde falleció de enfermedad, y por su muerte la gente que le seguia pasó en España. Pretendia Perpenna, su caudillo, hacer la guerra por sí, y apoderarse de lo que en aquella provincia pudiese; pero, ó porque los soldados se le amotinaron, ó por mirarlo mejor, de su voluntad, que lo uno y lo otro dicen los autores, en fin se fué á juntar con Sertorio. Algunos curiosos en rastrear las antigüedades sienten que Laurona es la que hoy se llama Liria, pueblo en tierra de Valencia y á cuatro leguas de aquella ciudad, asentado cerca de las corrientes del rio Júcar. Metello y Pompeyo, luego que tuvieron llegadas sus fuerzas, partieron en busca del enemigo con intento de hacello levantar el cerco. No salieron con ello, antes en una escaramuza y encuentro diez mil romanos, que se adelantaron para favorecer á los que iban por forrajo, cayeron en una celada, y fueron degollados, y entre ellos el legado ó teniente de Pompeyo, llamado Decio Lelio. Apretóse con esto mas el cerco de manera, que los cercados, perdida toda esperanza de tenerse, se rindieron á condicion que les dejasen las vidas y sacasen sus alhajas y ropa. Hízose así, y luego á vista de los dos generales romanos y delante sus ojos pusieron fuego á la ciudad, que fué una grande befa, y mas muestra de valentía que deseo de ejecutar aquella crueldad. Orosio dice que Pompeyo era partido antes que Laurona se entregase, y que los moradores parte fueron pasados á cuchillo, parte vendidos por esclavos, y la ciudad dada á saco. Añaden demás desto que en el campo romano se contaban treinta mil infantes y mil caballos, y en el de Sertorio el número de los peones era doblado y ocho mil hombres de á caballo. Pasóse este año sin hacer otro efecto. Metello y Pompeyo se fueron á tener el invierno á la España citerior y á las haldas de los montes Pirineos; Sertorio se recogió á la Lusitania, donde estaba mas apoderado. Pasados los frios, luego que abrió el tiempo del año siguiente, que fué de Roma el de 677, salieron los unos y los otros de sus alojamientos. Dividieron los romanos sus fuerzas, y Pompeyo se apoderó por fuerza de la ciudad de Segeda. Metello cerca de Itálica se encontró con Hirtuleyo, capitan de Sertorio, vino con él á las manos, degolló veinte mil de los enemigos, el capitan se salvó por los piés. El alegría y orgullo que por esta victoria cobró Metello fué grande en demasía, tanto, que en los convites usaba de vestidura recamada, y cuando entraba en las ciudades le ofrecian encienso como á dios, hacíanse juegos y pompas muy semejantes á triunfo; y es así, que el pueblo adula á los que pueden, y con semejantes cebos aumentan su hinchazon y vanidad. Algunos sienten que el uno de los toros de Guisando, entallados de piedra, se puso para memoria desta victoria por tener esta letra en latin:

Á QUINTO CECILIO METELLO
CÓNSUL II VENCEDOR.

Y entienden que el número de dos no se ha de referir al consulado, porque no viene bien, sino á las victorias que ganó. Pompeyo, despues que tomó á Segeda, cerca del rio Júcar se vió con el enemigo. Atrevióse á darle la batalla, que fué muy herida y muy dudosa; y sin

duda se perdiera si no sobreviniera Metello que andaba por allí cerca, y Pompeyo comenzó sin él la pelea de propósito, porque no tuviese parte en la honra de la victoria. Despartiéronse los ejércitos sin aventajarse el uno al otro, antes con igual daño y pérdida de ambas las partes.

CAPITULO XIV.

Cómo Sertorio fué vencido y muerto.

Despues desta batalla, Sertorio anduvo un tiempo muy triste, sin salir en público, porque la cierva de que mucho se ayudaba, no parecia. Sospechaba que los enemigos se la habian robado, cosa que tenia por triste agüero y pronóstico de que algun gran mal le estaba aparejado; pero como despues de repente pareciese, recobró su acostumbrada alegría, y puesto fin al lloro, volvió su pensamiento á la guerra. Dióse otra nueva batalla por aquella misma comarca cerca del rio Turia, que corre por los campos de Valencia y riega con sus aguas aquellas hermosas llanuras; llámase al presente Guadalaviar. Pelearon de poder á poder con grande corajo y fuerza; la victoria quedó por Pompeyo, destrozado el ejército de Sertorio. Hirtuleyo con un su hermano del mismo nombre murieron como buenos en la pelea; asimismo Cayo Herennio que seguia las partes de Sertorio. La mayor desgracia fué que en el mayor calor de la pelea un soldado de Pompeyo mató un hermano suyo; que tan desastradas son aun en la misma victoria las guerras civiles, y los casos que en ellas suceden tan malos. Llegó á despojarle, y quitándole la celada, conoció su yerro y desventura; puso el cuerpo en una hoguera, que era la manera de enterrar los muertos; pedíale con sollozos y gemidos le perdonase aquella muerte que por ignorancia le diera; no eran bastantes las lágrimas para mudar lo que estaba hecho. Resolvióse de vengar aquella desgracia con meterse por el cuerpo la misma espada con que dió muerte á su hermano; hízolo así, y cayó sobre el cuerpo del difunto. Divulgóse este desastrado caso por todo el ejército; indignáronse todos y maldijeron aquella cruel y desgraciada guerra que tales monstruos paria. Sertorio, perdido el ejército, se entretuvo en Calahorra entre tanto que con nuevas diligencias se rehacia de otro ejército. Acudió Pompeyo á cercarle dentro de aquella ciudad; Sertorio, con una salida que hizo, escapó, aunque con pérdida de tres mil de los suyos. No paró hasta llegar do los suyos tenian llegado un ejército muy grande, tanto, que se atrevió á ir en busca de sus enemigos; y con presentarles la batalla, les hizo que se retirasen con sus ejércitos á invernar Metello pasados los Pirineos, Pompeyo en los Vaceos, pueblos de Castilla la Vieja. Era Sertorio de condicion mansa y tratable, si las sospechas no le trocaran, que fué causa de perder por una parte la aficion de los romanos, que se le desabrieron porque tomó para guarda de su persona á los celtíberos. Es el temor fuente de la crueldad; y así, dió tambien la muerte á algunos de los suyos, en que pasó tan adelante, que los hijos de los españoles que dijimos fueron enviados á estudiar á Huescar, unos mató, otros vendió por esclavos: crueldad grande, pero que debió tener alguna causa para ella. Lo que resultó fué que por otra parte perdió la aficion y voluntad de los naturales, que era la sola esperanza y ayuda que le quedaba. Es así que la fortuna ó fuerza mas alta ciega á los que quiere derribar; y es cosa cierta que Sertorio, que estribaba en la benevolencia de los suyos, destos principios se fué despeñando en su perdicion. Metello al principio del verano se apoderó de muchas ciudades. Al contrario Pompeyo fué forzado por Sertorio, que sobrevino con su gente, á alzar el cerco que sobre Palencia tenia; despues con nuevas fuerzas que recogió, forzó al enemigo que se retirase. Siguióle hasta lo postrero de España y hasta el cabo de San Martin, que cae no léjos de Denia, y antiguamente se llamó el promontorio Hemeroscopeo, donde tuvieron cierta escaramuza sin que sucediese cosa de mayor momento, á causa que ambas partes excusaban la batalla por las pocas fuerzas que tenian. En conclusion, las cosas de Sertorio iban de caida, mas por la malquerencia de los suyos que por el esfuerzo de los romanos. Acabaron de perderse con su muerte, como acontece á los que tropiezan en semejantes desgracias, que nunca paran en poco. En Huesca fué muerto á puñaladas que le dió Antonio, hombre principal, en un convite en que estaba asentado á su lado. El que tramó aquella conjuracion fué Perpenna; si bien poco antes en parte fué descubierta, y algunos de los conjurados pagaron con la vida, otros huyeron; los demás que no fueron descubiertos, porque no se supiese toda la trama, se apresuraron á ejecutar aquel hecho. Por esta manera pereció Sertorio, llamado por los españoles Aníbal Romano. No dejó hijo ninguno, dado que un mancebo adelante publicó que lo era, ayudado de la semejanza del rostro para urdir un tal embuste. Su muerte fué, á lo que se entiende, el año de 681 de la fundacion de Roma. Podíase comparar con los capitanes mas excelentes, así por sus raras virtudes como por la destreza en las armas y prudencia en el gobierno, si los remates fueran conforme á los principios y no afeara su excelente natural con la crueldad y fiereza. Dicho de Sertorio fué: «Mas querria un ejército de ciervos, y por capitan un leon, que de leones, si tuviesen un ciervo por caudillo.» Tambien aquel: «Propio es de capitan prudente antes de entrar en el peligro poner los ojos en la salida.» Dícese que declaró á los suyos la fuerza que tiene la concordia por semejanza de la cola de un caballo, cuyas cerdas una á una arrancó fácilmente un soldado por su mandado, mas para arrancarlas todas juntas no bastan fuerzas humanas. Era inclinado al sosiego; la necesidad y el peligro le forzaron á tomar las armas. Decia que quisiera mas tener el postrer lugar en Roma que en el destierro el primero. Su cuerpo se entiende sepultaron en Ebora por un sepulcro que dicen se halló en aquella ciudad, abriendo los cimientos de la iglesia de San Luis, con una letra en latin muy elegante, que claramente lo afirma; pero como no se halle autor ni testigo de crédito que tal diga ni aun rastro ni memoria de tal piedra, no lo tenemos por cierto, dado que en nuestra historia latina pusimos aquel letrero, tomado con otros algunos de Ambrosio de Morales, á su riesgo y por su cuenta, persona en lo demás docta y diligente en rastrear las antigüedades de España.

CAPITULO XV.

Cómo Pompeyo apaciguó á España.

Sabida la muerte de Sertorio y los causadores della, grandes fueron los sollozos de su gente, grande la indignacion que se levantó contra Perpenna, en especial despues que leido el testamento del muerto, se entendió que le señalaba en él por uno de sus herederos, y en particular le nombraba por su sucesor en el gobierno y en el mando. Decian con dolor y gemidos que habia pagado mal el amor con deslealtad, y con malas obras las buenas. Apaciguólos él con muchos halagos y dones que les dió de presente, y mayores promesas que les hizo para adelante. El miedo principalmente de los romanos, que suele ser grande atadura entre los que están desconformes, enfrenó á los que estaban encendidos en un vivo deseo de vengar la sangre de su caudillo; tanto mas, que para hacer resistencia á Pompeyo, el cual, partido Metello para Roma, se apercebia para concluir con lo que quedaba de aquella guerra y parcialidad, tenian necesidad de cabeza, y no se les ofrecia otro mas á propósito que Perpenna por parecer y voto del mismo Sertorio. Encargado pues de los negocios, por no confiarse ni del valor ni de la voluntad de los suyos, rehusaba de venir á las manos con Pompeyo, que pretendia con todo cuidado deshacerle. Pero la astucia de los enemigos le forzaron á hacer lo que no queria con una celada que le pusieron, en que fácilmente sus gentes fueron, parte muertas, parte puestas en huida. El fué hallado entre ciertos matorrales, donde despues de vencido se escondió; hizo instancia que le llevasen á Pompeyo, con esperanza que tenia de la clemencia romana. Sucedióle al revés de su pensamiento, ca le mandó luego que se le trajeron matar, sea por estar arrebatado del enojo, sea por excusar que no descubriese los cómplices y compañeros de aquella parcialidad, y así le fuese forzoso continuar aquella carnicería y usar de mayor rigor, porque con este mismo intento echó en el fuego las cartas de los romanos, en que llamaban á Sertorio para que volviese á Italia; cosas hay que es mejor no sabellas, y no todo se debe apurar. Lo que importa es que muerto Sertorio y Perpenna, en breve se sosegó toda España. Los de Huesca, los de Valencia y los termestinos despues desta victoria se dieron y entregaron al vencedor. A Osma, porque no queria obedecer, el mismo Pompeyo la tomó por fuerza y la echó por tierra. Afranio tuvo mucho tiempo sobre Calahorra un cerco tan apretado, que los moradores, gastadas las vituallas todas, por algun tiempo se sustentaron con las carnes de sus mujeres y hijos, de donde en latin comunmente comenzaron á llamar hambre calagurritana á la extrema falta de mantenimientos. Finalmente, la ciudad se entró por fuerza, ella quedó asolada, y sus moradores pasados á cuchillo. Las demás ciudades y pueblos, avisados por este daño y ejemplo, todos se redujeron á la obediencia del pueblo romano. Acabada la guerra, Pompeyo levantó en las cumbres de los montes Pirineos muchos trofeos en memoria de las ciudades y pueblos que sujetó en el discurso de aquella guerra, que pasaron de ochocientos en sola la España ulterior y la parte de la Gallia por do hizo su camino cuando vino. En los valles de Andorra y Altavaca, que están en los Pirineos hácia lo de Sobrarvo, están y se ven ciertas argollas de hierro fijadas con plomo en aquellas peñas, cada una de mas de diez piés de ruedo. Tiénese comunmente que estas argollas son rastros de los trofeos de Pompeyo, á causa que las solian poner en los arcos triunfales para sustentar los trofeos, como en particular se ve hasta hoy en la ciudad de Mérida. En los pueblos llamados Vascones, donde hoy es el reino de Navarra, fundó el mismo Pompeyo de su nombre la ciudad de Pamplona; por esto algunos en latin la llamaban *Pompeyopolis*, que es lo mismo que ciudad de Pompeyo. Estrabon á lo menos dice que se llamó Pompelon del nombre de Pompeyo, ciudad que hoy es cabeza de aquel reino. En conclusion, vuelto á Roma, triunfó juntamente con Metello de España, año de la fundacion de Roma 683. En el cual tiempo hobo en Roma algunos poetas cordobeses, de quien dice Ciceron que eran groseros y toscos, no tanto, á lo que se entiende, por falta de su nacion y de los ingenios, como por el lenguaje que en aquel tiempo se usaba. Consta que tenian grande familiaridad con Metello, por donde sospechan que á su partida los debió de llevar en su compañía desde España.

CAPITULO XVI.

Cómo Cayo Julio César vino en España.

El año poco mas ó menos de la fundacion de Roma de 685 Julio César vino la primera vez á España con cargo y nombre de cuestor, que era como pagador, en compañía del pretor Antistio, al cual Plutarco da sobrenombre de Tuberon, en que está mentida la letra, y ha de decir Turpion, apellido muy comun de los Antistios. Traia César órden de visitar las audiencias de España, que eran muchas, y avisar de lo que pasaba; en prosecucion llegó á Cádiz, donde se dice que, viendo la estatua de Alejandro Magno, suspiró por considerar que en la edad en que Alejandro sujetó el mundo, él aun no tenia hecha cosa alguna digna de memoria. Despertado con este deseo, y amonestado por un sueño que en Roma tuvo, en que le parecia que usaba deshonestamente con su misma madre, y los adevinos por él le prometian el imperio de Roma y del mundo, se determinó de alcanzar licencia antes que se cumpliese el tiempo de aquel cargo, para volver á Roma, como lo hizo, con intento de acometer nuevas esperanzas y mayores empresas. Partido César de España, Gneio Calpurnio Pison, que con cargo extraordinario gobernaba la España citerior, fué por algunos caballeros españoles muerto el año de la fundacion de Roma de 689, quier fuese en venganza de sus maldades, quier por respeto de Pompeyo, que buscaba toda ocasion y manera para hacello, y por su órden con color de honralle fué enviado á aquel gobierno. Muchas cosas se dijeron sobre el caso, la verdad nunca se averiguó. Pasados cuatro años despues desto, que fué el año 693, siendo cónsules Marco Pupio Pison y Marco Valerio Mesala, César vino la segunda vez á España con cargo de pretor. Llegado á ella, lo primero que hizo fué forzar á los moradores de los montes Herminios, que están entre Miño y Duero, á mudar su vivienda y sus casas á lugares llanos, á causa que muchas compañías de salteadores, confiados en la aspereza y noticia de aquellos lugares, desde allí se derramaban á hacer robos y daños en las tierras de

la Lusitania y de la Bética; por esto fué forzoso quitarles aquellos nidos y guaridas. Movidos por este rigor, ciertos pueblos comarcanos pretendian, pasado el rio Duero, buscar nuevos asientos; previnolos el César, dió sobre ellos y rompiólos, con que se sujetaron y apaciguaron. Muchas ciudades y pueblos de los lusitanos, que andaban levantados, fueron saqueados; muchos se dieron á partido. Los herminios volvieron de nuevo á alterarse; hízoles nueva guerra, y vencidos en batalla, los que quedaron, por salvarse y escapar de las manos de los contrarios, se recogieron á una isla que estaba cercana de aquellas marinas. Por ventura era esta isla una de aquellas que por estar en frente de Bayona vulgarmente toman de aquel pueblo su apellido, se llaman las islas de Bayona. Antiguamente se llamaban Cincias, nombre que tambien retienen hasta hoy dia; y sin embargo, como se tocó arriba, la una dellas se llamaba Albiano, la otra Lecia, que el otro era nombre comun, y estos los propios y particulares. Para deshacer aquélla gente envió César un capitan, cuyo nombre no se refiere; el hecho cuenta Dion. Este, por la creciente y menguante del mar, no pudo desembarcar toda su gente; y así, algunos soldados que fueron los primeros á saltar en tierra, fácilmente fueron por los herminios vencidos y muertos. Señalóse en este peligro un soldado llamado Publio Sceva, el cual, magüer que perdido el pavés, le dieron muchas heridas, escapó á nado hasta donde las naves estaban. César, con deseo de vengar aquella afrenta con una mayor armada que juntó, él mismo en persona pasó en aquella isla, y en breve se apoderó della; dió la muerte á los enemigos, que ya tenian menores bríos y por la falta de mantenimientos estaban trabajados. Desde allí pasó adelante, y en las riberas de Galicia se apoderó del puerto Brigantino, que hoy se llama la Coruña. Rindiéronse los ciudadanos sin dilacion, espantados de la grandeza de las naves romanas, las velas hinchadas con el viento, la altura de los mástiles y de las gavias, cosa de grande maravilla para aquella gente por estar acostumbrada á navegar con barcas pequeñas, cuya parte inferior armaban de madera ligera, lo mas alto tejido de mimbres y cubiertos de cueros para que no lo pasase el agua. Hechas estas cosas, y dado que hobo asiento en la provincia y leyes que ordenó muy á propósito (y en particular dió á los de Cádiz las que ellos mismos pidiéron), finalmente puso tasa á las usuras de tal manera, que al deudor quedase la tercera parte de los frutos de su hacienda, de los demás se hiciese pagado el acreedor y lo descontase del capital. Con tanto dió vuelta á Roma para hallarse al tiempo de las elecciones, sin esperar sucesor ni querer aceptar la honra del triunfo que de su voluntad le ofrecia el Senado romano; tan grande era la esperanza y el deseo que tenia de alcanzar el consulado. Llevó consigo de España un potro que tenia las uñas hendidas, pronóstico, segun los adevinos afirmaban, que le prometia el imperio del mundo. Deste potro se sirvió él solamente por no sufrir que otro ninguno subiese sobre él; y aun despues de muerto le mandó poner una estatua en Roma en el templo de Vénus, conforme á la vanidad de que entonces usaban.

CAPITULO XVII.

Del principio de la guerra civil en España.

Hizo despues desto César la guerra muy nombrada de Gallia, con que allanó en gran parte aquella anchísima provincia; y para sujetar los pueblos llamados entonces Voconcios y Tarufates, que estaban en aquella parte de la Guiena donde hoy está el arzobispado de Aux (y aun al presente por allí hay un pueblo llamado Turfa), envió á Craso con buen golpe de gente. Caian estos pueblos cerca de España, por donde llamaron en su favor á los españoles, que pasaron en gran número los Pirineos, como gente codiciosa de honra y presta á tomar las armas. Orosio dice que cincuenta mil cántabros, que moraban donde hoy está Vizcaya y por allí cerca, pasaron en la Gallia. Lo que consta es que fueron los principales que hicieron aquella guerra, y de entré ellos mismos nombraron y señalaron sus capitanes, hombres valerosos y amaestrados en la escuela de Sertorio. Con todo esto no salieron con lo que pretendian; antes refieren que en esta demanda murieron treinta y ocho mil españoles. Estrabon añade que Craso pasó por mar á las islas Casiterides, puestas en frente del promontorio Cronio, que hoy se llama cabo de Finisterre, y que sin dificultad se apoderó dellas, por ser aquella gente muy amiga de sosiego, enemiga de la guerra y dada á las artes de la paz. Sucedió el año de Roma de 699 que el procónsul Quinto Cecilio vino al gobierno de España, donde estuvo por espacio de dos años; y cerca de Clunia, que era una de las audiencias de los romanos, cuyas ruinas hoy se muestran cerca de Osma, trabó una grande batalla con los vaceos, en que fué desbaratado, cosa que dió tan grande cuidado y miedo al Senado romano, que acordaron de encargar á Pompeyo, como lo hicieron año de 701, el gobierno de España para que le tuviese por espacio de cinco años por ser muy bienquisto; y por lo que hizo antes, tenia grande reputacion entre los naturales. No vino él mismo al gobierno por la aficion y regalo de Julia, hija de César, con quien nuevamente se casó, pero envió tres tenientes ó legados suyos para que en su lugar administrasen aquel cargo; estos fueron Petreyo, Afranio y Marco Varron. A Afranio encargó el gobierno de la España citerior con tres legiones de soldados; á Varron aquella parte que está entre Sierramorena y Guadiana, y hoy se llama Extremadura; Petreyo se encargó de todo lo demás de la Bética y de la Lusitania y de los Vectones con dos legiones que para ello le dieron. Por causa destas guarniciones y gente se enfrenó la ferocidad de los naturales, y las cosas de España estuvieron en sosiego, por lo menos no hobo alteraciones de importancia; mas en Italia se encendió una nueva y cruel guerra, cuya llama cundió hasta España. La ocasion fué que por muerte de Julia, que era la atadura entre su marido y padre, resultó entre ellos grande enemistad y contienda, con que todo el imperio romano se dividió en dos partes, conforme á la aficion ú obligacion que cada uno tenia de acudir á las cabezas destos dos bandos. El deseo insaciable de reinar, y ser el poder y mando por su naturaleza incomunicable, acarreó este mal y desastre. César no sufria que ninguno se le adelantase; Pompeyo llevaba mal que alguno se le quisiese igualar. Parecíale á César que con tener sujeta la Gallia

y haber por dos veces acometido á Ingalaterra, que es lo postrero de las tierras, estaba puesto en razon que en ausencia pudiese pretender el consulado, sin embargo de la ley que disponia lo contrario. El Senado juzgaba ser cosa grave que un hombre que tenia las armas pretendiese un cargo tan principal; receläbase no le fuese escalon para quitarles á todos la libertad; muchos senadores parciales se inclinaban al partido de Pompeyo. Estos hicieron tanto, que se recurrió al postrer remedio y fué hacer un decreto desta sustancia: «Que los cónsules, los pretores, los tribunos del pueblo y los cónsules que estuviesen en la ciudad pusiesen cuidado y procurasen que la república no recibiese algun daño»; palabras todas muy graves, de que nunca se usaba, sino cuando las cosas llegaban al postrer aprieto y tenian casi perdida la esperanza de mejorar. Con este decreto se rompia la guerra si César, que por espacio de diez años habia gobernado la Gallia hasta un dia que le señalaron, no dejase el ejército. El, avisado de lo que pasaba, con su gente pasó el rio Rubicon, término y lindero que era de su provincia, resuelto de no parar hasta Roma. Pompeyo, sabida la voluntad de su enemigo, y con él los cónsules Claudio Marcello y Cornelio Léntullo, por no hallarse con fuerzas bastantes para hacerle rostro, se huyeron de la ciudad el año de Roma de 705, sin reparar hasta Brindez, ciudad puesta en la postrera punta de Italia; y perdida la esperanza de conservar lo de Italia y lo del occidente, desde allí pasaron á Macedonia con intento de defender la comun libertad con las fuerzas de levante. Hacian diversos apercebimientos, despachaban mensajeros á todas partes. Entre los demás, Bibulio Rufo, enviado por Pompeyo, vino á España para que de su parte hiciese que Afranio y Petreyo, juntadas sus fuerzas, procurasen con toda diligencia que César no entrase en ella. Obedecieron ellos á este mandato, y dejando á Varron encargada toda la España ulterior, Afranio y Petreyo con sus gentes y ochenta compañías que levantaron de nuevo en la Celtiberia escogieron por asiento para hacer la guerra la ciudad de Lérida, junto de la cual desta parte del rio Segre hicieron sus alojamientos. Está Lérida puesta en un collado empinado con un padrastro que tiene hácia el septentrion, y la hace menos fuerte; por el lado oriental la baña el rio Segre, que poco mas abajo se mezcla con el rio Cinga, y entrambos mas adelante con Ebro. César, avisado de la partida de Pompeyo de Italia, acudió á Roma, y dado órden en las cosas de aquella ciudad á su voluntad, acordó lo primero de partir para España. Entretúvose en un cerco que puso sobre Marsella, porque no le quisieron recibir de paz; y en el entretanto envió delante á Cayo Fabio con tres legiones, que serian mas de doce mil hombres. Este, vencidas las gentes de Pompeyo que tenian tomados los pasos de los Pirineos, rompió por España hasta poner sus reales á vista de los enemigos, pasado el rio Segre. Lucano dijo que el dicho rio estaba en medio. Viniéronle despues otras legiones, además de seis mil peones y tres mil caballos que de la Gallia acudieron. Hacíanse todos estos apercebimientos porque corria fama que Pompeyo por la parte de Africa pretendia pasar á España, y que su venida seria muy en breve. Decian lo que sospechaban, y lo que el negocio pedia para que, conservada aquella nobilísima provincia, lo demás de la guerra procediera con mayores fuerzas y esperanza mas cierta y mayor seguridad.

CAPITULO XVIII.

Cómo los pompeyanos fueron en España vencidos.

No pudo César concluir con lo de Marsella tan presto como quisiera; así, antes de rendir aquella ciudad, se encaminó para España y llegó á Lérida. La guerra fué varia y dudosa; al principio hobo muchas escaramuzas y encuentros con ventaja de los del César. Despues por las muchas lluvias y por derretirse las nieves con la templanza de la primavera, la creciente se llevó dos puentes que tenian los de César en el Segre sobre Lérida, por donde salian al forraje. No se podian remediar por el otro lado á causa del rio Cinga, que llevaba no menor acogida. Halláronse en grande apretura, y trocadas las cosas, comenzaron á padecer grande falta de mantenimientos. Publicóse este aprieto por la fama que siempre vuela y aun se adelanta, y los de Pompeyo con sus cartas le encarecian demasiadamente; que fué ocasion para que en Roma y otras partes se hiciesen alegrías como si el enemigo fuera vencido, y muchos que estaban á la mira se acabasen de declarar y se fuesen para Pompeyo; porque no pareciese que iban los postreros; pero toda esta alegría de los pompeyanos y todas sus esperanzas mal fundadas se fueron en humo, porque César hizo una puente con extrema diligencia veinte millas sobre Lérida, por donde se proveyó de mantenimientos; y nuevos socorros que le vinieron de Francia fueron por este medio librados del peligro que corrian por tener el rio en medio. Demás desto, muchas ciudades de la España citerior se declararon por el César, y entre ellas Calahorra, por sobrenombre Nasica, Huesca, Tarragona, los Ausetanos, donde está Vique, los Lacetanos, donde Jaca, y los Ilurgavonenses. Por todo esto y por haber sangrado por diversas partes y dividido en muchos brazos el rio Segre para pasallo por el vado sin tanto rodeo como era menester para ir á la puente, los pompeyanos se recelaron de la caballería del César, que era mayor que la suya y mas fuerte, no les atajase los bastimentos. Acordaron por estos inconvenientes de desalojar y retirarse la tierra adentro. Pasaron el rio Segre por la puente de la ciudad, y mas abajo con una puente que echaron sobre el rio Ebro le pasaron tambien cerca de un pueblo que entonces se llamaba Octogesa, y hoy á lo que se entiende Mequinencia, cinco leguas mas abajo de Lérida. Era grande el rodeo que llevaban; acudió César con presteza, atajóles el paso, y tomóles las estrechuras de los montes por do les era forzoso pasar; con esto, sin venir á las manos y sin sangre, redujo los enemigos á términos, que necesariamente se rindieron. Dió perdon á los soldados y licencia para dejar las armas y irse á sus casas, por ser cosa averiguada que aquellas legiones en provincia tan sosegada, como á la sazon era España, solo se sustentaban y entretenian contra él y en su perjuicio. Demás desto, para que la gracia fuese mas colmada, cualquier cosa que de los vencidos se halló en poder de sus soldados, mandó se restituyese, pagando él de su dinero lo que valia. No faltó, conforme á la costumbre de los hombres, que es creer siempre lo peor, quien dijese que los de Pompeyo vendieron por

dineros á España, en tanta manera, que Caton, por sobrenombre Faonio, en lo de Farsalia motejó desto á Afranio, que sin dilacion pasó por mar donde Pompeyo estaba, ca le dijo si rehusaba de pelear contra el mercader que le comprara las provincias. De Petreyo no se dice nada. Varron, el que quedó en el gobierno de la España ulterior, al principio, sin declararse del todo, se mostraba amigo del César; despues, cuando se dijo la estrechura en que estaba cerca de Lérida, quitada la máscara, comenzó á aparejarse para ir contra él, levantar gentes, juntar galeras en Cádiz y en Sevilla, y para todo allegar gran dinero de los naturales, sin perdonar al templo de Hércules, que estaba en Cádiz, al cual despojó de sus tesoros, dado que era uno de los famosos santuarios de aquellos tiempos; pero despues de vencidos Afranio y Petreyo, César, con su ordinaria presteza, atajó sus intentos. Demás desto, la mayor parte de sus soldados le desampararon cerca de Sevilla, y se pasaron á César, por donde le fué tambien á él forzoso rendirse, y con otorgallo la vida, entregó al vencedor las naves, dinero y trigo que tenia y todos sus almacenes. Tuvo César Cortes de todas las ciudades en Córdoba. Hizo restituir al templo de Cádiz todos los despojos y tesoros que Varron le tomó, y á los moradores de aquella isla dió privilegios de ciudadanos romanos en remuneracion de la mucha voluntad con que, declarados por él, echaron de su ciudad la guarnicion de soldados que el mismo Varron les puso. Concluidas estas cosas, y encargado el gobierno de la España ulterior á Quinto Casio Longino con cuatro legiones, el cual este mismo año era tribuno del pueblo, y los pasados fuera cuestor en aquella misma provincia, siendo en ella procónsul Gneio Pompeyo; con esto, César por mar pasó á Tarragona, y de allí por tierra á Francia y á Roma. Desde allí, luego que llegó, envió á Marco Lépido al gobierno de la España citerior; teníale obligacion y aficion á causa que, como pretor que era en Roma Lépido, habia nombrado á César por dictador. Siguióse el año que se contó 706 de la fundacion de Roma, muy señalado por las victorias que César en él ganó, primero en los campos de Farsalia contra Pompeyo, despues en Egipto contra el rey Ptolemeo, aquel que mató alevosamente al mismo Pompeyo, que confiado en la amistad que tenia con aquel rey, despues de vencido y de perdida aquella famosa jornada, se acogió á aquel reino y se metió por sus puertas. Dió el César la vuelta á Roma. Desde allí pasó en Africa para allanar á muchos nobles romanos, que á la sombra de Juba, rey de Mauritania, vencido Pompeyo, se recogieron á aquellas partes. Venciólos en batalla; los principales caudillos, Caton, Scipion, el rey Juba y Petreyo, por no venir á sus manos se dieron la muerte; á Afranio y un hijo de Petreyo del mismo nombre con otros prendió y hizo degollar; con que todo lo de Africa quedó llano, y el César volvió de nuevo á Roma.

CAPITULO XIX.

De lo que Longino hizo en España.

Por el mismo tiempo la España ulterior andaba alterada por la avaricia y crueldad del gobernador Longino, el cual continuaba sus vicios, que ya otra vez cuando gobernaba Pompeyo le pusieron en peligro de la vida, tanto, que en cierto alboroto salió herido. Ordenólo César que pasase en Africa contra el rey Juba, gran favorecedor de sus enemigos los pompeyanos. Con ocasion desta jornada juntó gran dinero, así de las nuevas imposiciones y sacaliñas que inventó como de las licencias que vendia á los que querian quedarse en España y no ir á la guerra donde les mandaba ir: robo desvergonzado y manifiesto. Alterados por ello los naturales, se conjuraron de darle la muerte; las cabezas de la conjuracion fueron Lucio Recilio y Annio Scapula. Uno que se llamaba Minucio Silon, con muestra de presentalle una peticion, fué el primero á herirle; cargaron los demás, y caido en tierra, le acudieron con otras heridas. Socorriéronle los de su guarda, prendieron á Silon, y llevaron en brazos á Longino á su lecho. Las heridas eran ligeras, y en fin escapó con la vida. Silon, puesto á cuestion de tormento, vencido del dolor, descubrió muchos compañeros de aquella conjuracion; dellos unos fueron muertos, otros se huyeron, no pocos de la prision en que los tenian fueron por dineros dados por libres, ca en el ánimo de Longino á todos los demás vicios, aunque muy grandes y malos, sobrepujaba la codicia. En este medio por cartas de César se supo la victoria que ganó contra Pompeyo; y sin embargo, con color de la jornada de Africa, enviado delante el ejército al estrecho de Cádiz, ya sano de las heridas, se partió para ver la armada que tenia junta. Pero llegado á Sevilla, tuvo aviso que gran parte del ejército de tierra se habia alborotado y tomado por cabeza á Tito Torio, natural de Itálica, del cual porque se entendia que pretendia ir luego á Córdoba, envió á Marco Marcello, su cuestor, para sosegar las voluntades y defender aquella ciudad. Mas él tambien en breve le faltó, que á los malos ninguno guarda lealtad, y con toda la ciudad se juntó con Torio, el cual vino de buena gana en que Marcello, como persona de mayor autoridad, tomase el principal cuidado de aquella guerra. Longino, visto que todos le eran contrarios, despues de asentar sus reales á la vista de sus enemigos cerca de Córdoba y del rio Guadalquivir, desconfiado de la voluntad de los suyos, se retiró á un pueblo que entonces se llamaba Ulia, y ahora es Montemayor, situado en un collado y ribazo á cinco leguas de Córdoba. Al pié de aquel collado tenia puestas sus estancias. Sobrevinieron los enemigos, y como rehusase la pelea, le cercaron dentro dellas de foso y valladar por todas partes. Habia Longino avisado al rey de la Mauritania, llamado Bogud, y á Marco Lépido para que desde la España citerior le socorriese con presteza, si queria que el partido de César no cayese de todo punto. Bogud fué el primero que acudió, y con sus gentes y las que de España se le llegaron, peleó algunas veces con Marcello. Los trances fueron varios; pero no fué bastante para librar á Longino del cerco hasta que, venido Lépido, todo lo allanó sin dificultad, porque Marcello puso en sus manos todas las diferencias, y á Longino, que rehusaba de hacer lo mismo, ó por su mala conciencia, ó por entender que Lépido se inclinaba á favorecer á Marcello, se le dió licencia para irse donde quisiese. Con esto Marcello y Lépido se encaminaron á Córdoba. Longino, avisado que Trebonio era venido para sucederle en el cargo, desde Málaga se partió para Italia y se hizo á la vela. Fuéle el tiempo contrario, y así corrió fortuna, y pereció ahogado en el

mar, no léjos de las bocas del rio Ebro, con todo el dinero que llevaba robado y cohechado. El año siguiente, que fué de Roma 708, Lépido triunfó en Roma por dejar sosegados los movimientos de España y los alborotos que se levantaron contra Longino. Marcello fué desterrado por haberse levantado, como queda dicho; però en breve le alzaron el destierro por gracia y merced de César. Fué este Marco Marcello diferente de otro del mismo nombre, en cuyo favor anda una oracion de Ciceron, entre las demás muy elegante. De la misma manera Longino, de quien hemos tratado, fué diferente de otro que así se llamó, cuyo nombre hasta hoy se ve cortado en uno de los toros de piedra de Guisando con estas palabras en latin:

LONGINO Á PRISCO CESONIO PROCURÓ SE HICIESE.

CAPITULO XX.

Cómo en España se hizo la guerra contra los hijos de Pompeyo.

Estaba todavía España dividida en bandos, unos tomaban la voz del César, otros la de Pompeyo. Muchas ciudades despacharon embajadores á Scipion, que en Africa despues de la muerte de Pompeyo era el mas principal y cabeza de aquella parcialidad; para requerirle que las recibiese debajo de su amparo. Vino desde Africa Gneio Pompeyo, el mayor de los hijos del gran Pompeyo, y de camino se apoderó de las islas de Mallorca y Menorca; pero la enfermedad que le sobrevino en Ibizá le forzó á detenerse por algun tiempo. En el entretanto Annio Scapula, es á saber, aquel que se conjuró contra Longino, y Quinto Aponio con las armas echaron de toda la provincia al procónsul Aulo Trebonio, y mantuvieron el partido de los pompeyanos hasta la venida del dicho Pompeyo; ca no mucho despues, convalecido de la enfermedad, no solo él pasó en España, sino tambien, dado fin á la guerra de Africa por el esfuerzo de César, Sexto Pompeyo, el otro hijo del gran Pompeyo, Accio Varo y Tito Labieno con lo que les quedó del ejército y del armada se recogieron á España. Gneio discurriendo por la provincia se apoderó de muchas ciudades, de unas por fuerza, de otras de grado, y entre ellas la de Córdoba, en que dejó á Sexto, su hermano, y él pasó á poner cerco sobre Ulia, que se tenia por el César. Acudieron Quinto Pedio y Quinto Fabio Máximo, tenientes de César; pero rehusaban la pelea y entreteníanse hasta su venida. El, ocupado en cuatro triunfos que celebró en Roma y en asentar las cosas de aquella república alteradas, dilató su venida hasta el principio del año siguiente, que se contó de la fundacion de Roma 709, en el cual tiempo, partido de Roma, con deseo de recompensar la tardanza, se apresuró de manera, que en diez y siete dias llegó á Sagunto, que hoy es Monviedro, y en otros diez pasó hasta Obulco, pueblo que hoy se llama Porcuna, situado entre Córdoba y Jaen, á la sazon que cerca del Estrecho se dió una batalla naval entre Didio, general de la armada de César, y Varo, cabeza de la contraria armada. El daño y peligro de ambas partes fué igual, sin reconocerse ventaja, salvo que Varo se metió en el puerto de Tarifa, y cerró la boca del dicho puerto con una cadena, que fué señal de flaqueza y de que su daño fué algo mayor. Los de Córdoba, con la antigua aficion que tenian á César y por mas asegurarse, de secreto con embajadores que le enviaron se excusaron de lo que forzados de la necesidad habian hecho, que era seguir el partido contrario; juntamente le declararon que se podia tomar la ciudad de noche sin que las centinelas de los enemigos lo sintiesen. Los de Ulia otrosí le enviaron embajadores para avisarle de la estrechura en que se hallaban y el peligro si no eran socorridos con presteza. César, combatido de diversos pensamientos, en fin se resolvió de enviar á Lucio Junio Pacieco con seis cohortes en socorro de Ulia; él, ayudado de una noche tempestuosa y con decir que Pompeyo le enviaba, por medio de los enemigos se metió en el pueblo; con cuya entrada y con la esperanza de poderse defender se encendieron y animaron á la defensa los cercados. Algunos sospechan que este capitan fué aquel Junio de cuya lealtad y valentía se ayudó César en lo de la Gallia, enviándole algunas veces por su embajador para tratar de paz con Ambiorige. Lo mas cierto es que César, dado que hobo órden á sus tenientes Pedio y Fabio para que á cierto dia le acudiesen con sus gentes, él, con intento de divertir los que estaban sobre Ulia, puso sus reales cerca de Córdoba. El espanto de Sexto fué tan grande, que determinó avisar á su hermano que, alzado el cerco de Ulia, de que ya estaba casi apoderado, viniese en su socorro. Asentó Gneio sus reales cerca de los de César; pero como rehusase la pelea, y en esto se pasase algun tiempo, tal enfermedad sobrino á César, que de noche, á sordas y sin hacer ruido movió con sus gentes camino de Ategua. Plutarco dice que César en Córdoba primeramente sintió el mal caduco de que era tocado; y és cosa averiguada que en aquella ciudad plantó un plátano muy celebrado por los antiguos; si ya por ventura lo uno y lo otro no sucedió los años pasados cuando otra vez estuvo en el gobierno de España, como queda dicho. Ategua estaba asentada cuatro leguas de Córdoba, donde al presente hay rastros de edificios antiguos con nombre de Toba la Vieja. Tenian los pompeyanos en aquel pueblo juntado el dinero y gran parte de las municiones para la guerra. César por el mismo caso pensaba que con ponerse sobre aquel lugar, ó pondria á los pompeyanos para defendelle en necesidad de venir á las manos y á la batalla, ó si le desamparasen, perderian gran parte de sus fuerzas y reputacion. Gneio, al contrario, por las mismas razones, avisado del camino que llevaba César, y determinado de excusar la pelea, pasó con sus gentes á dos pueblos que hoy se llaman Castroelrio y Espegio, y antiguamente se llamaron *Castra Postumiana*, lugares fuertes en que pensaba entretenerse. Despues desto, asentó sus reales de la otra parte del rio Guadajoz, que antiguamente se llamó el rio Salado y pasaba cerca de Ategua. Desde allí, como en algunas escaramuzas hubiese recebido daño, perdida la esperanza de poder socorrer á los cercados, se volvió á Córdoba. Los de Ategua con esto enviaron á César embajadores para entregárselo, pero con tales condiciones que eran mas para vencedores que para vencidos; así, fueron despedidos sin alcanzar cosa alguna. Los soldados que tenian de guarnicion con esta respuesta se embravecieron contra los ciudadanos que se mostraban inclinados á la parte del César. Ni es de pasar en silencio lo que Numacio Flaco, á cuyo cargo estaba la defensa de aquel pueblo, hizo en esta coyuntura, por ser

un hecho de grande crueldad, esto es, que degolló á todos los moradores de aquel pueblo que eran aficionados á César, y muertos los echó de los adarves abajo. Lo mismo hizo con las mujeres de los que estaban en el campo de César, y aun llegó á tanto su inhumanidad que hasta los mismos niños hizo matar, unos en los brazos de sus madres, otros á vista de sus padres los mandó enterrar vivos ó echar sobre las lanzas de los soldados: fiereza que apenas se puede oir por ser de bestia salvaje. No le valió cosa alguna aquella crueldad, ca sin embargó los moradores se rindieron á voluntad del César, andados 18 dias del mes de febrero. Bien se deja entender que los ciudadanos fueron perdonados y la crueldad de Numacio castigada, dado que los historiadores no lo refieran. Despues desto, César puso fuego á un pueblo llamado Atubi, sin otros muchos lugares de que por fuerza ó de grado se apoderó. Pasó otrosí con sus gentes y se puso sobre la ciudad de Munda, que seguia el bando de Pompeyo, que está puesta en un ribazo cinco leguas de Málaga. Tiene un rio pequeño, que poco adelante de la ciudad se derrama por una llanura muy fresca y abundante; era á la sazon pueblo principal; ahora lugar pequeño, pero que conserva el nombre y apellido antiguo. Cerca de aquella ciudad se vino finalmente á batalla. César sobrepujaba en número y valentía de los suyos; Gneio se aventajaba en el sitio de sus reales, que tenia asentados en lugar mas alto. Ordenaron entre ambas partes sus haces; dióse la batalla con la mayor fuerza y porfía que se podia pensar; grande fué el denuedo, grande el peligro de los unos y los otros. Los cuernos izquierdos de ambas partes fueron vencidos y puestos en huida; el resto de la pelea estuvo suspensa por grande espacio sin declarar la victoria por ninguna de las partes, mucha sangre derramada, el campo cubierto de cuerpos muertos. En conclusion, César con su valor y esfuerzo mejoró el partido de los suyos, porque apeado, con un escudo de hombre de á pié que arrebató, comenzó á pelear entre los primeros, y á muchos de los suyos con su misma mano detuvo para que no huyesen. Murieron de la parte de Pompeyo treinta mil infantes y tres mil hombres de á caballo; entre los demás perecieron Varo y Labieno; trece águilas de las legiones fueron tomadas, que eran los estandartes principales. De la parte de César murieron mil soldados de los mas valientes y esforzados, y quinientos quedaron heridos. Seguian la parte de César dos reyes africanos, el uno por nombre Boquío, el otro Bogud. Este en gran parte ganó el prez de la victoria, porque al tiempo que los demás estaban trabados y la pelea en lo mas recio, se apoderó de los reales enemigos que quedaron con pequeña guarda; á cuya defensa como Labieno arrebatadamente acudiese, pensando los demás que huia, perdida la esperanza de la victoria, volvieron las espaldas. Dióse esta batalla á los 17 de marzo, dia en que Roma celebraba las fiestas del dios Baco. Notaban los curiosos que cuatro años antes en tal dia como aquel Pompeyo, desamparada Italia, se pasó en Grecia. Cuando César hablaba desta jornada solia decir que muchas veces peleó por la honra y gloria, pero que aquel dia habia peleado por la vida.

CAPITULO XXI.

Cómo César volvió á Roma.

Despues que Gneio Pompeyo perdió la jornada de Munda, herido como salió en un hombro, se recogió á Tarifa. Donde por la poca confianza que tenia en los de aquel pueblo y con deseño de pasar á la España citerior, do tenia aliados asaz y ganadas las voluntades de aquella gente, se embarcó en una armada que tenia presta para todo lo que sucediese. Enconósele la herida con el mar, tanto, que al cuarto dia le fué forzoso saltar en tierra. Llevábanle los suyos en una litera con intento de buscar donde esconderse. Seguíanle por el rastro y por la huella por órden de César, Didio por mar y Cesonio por tierra. Dieron con él en una cueva donde estaba escondido, y allí le prendieron y le dieron la muerte. Floro dice que peleó, y que le mataron cerca de Laurona, pueblo que hoy se llama Liria, ó Laurigi como otros creen. Lo que se averigua es que su armada, parte fué presa, parte quemada por Didio. Sexto Pompeyo, hermano del muerto, con tan tristes nuevas perdida la esperanza de poder tenerse en Córdoba, y por ver que en aquella comarca no podia estar seguro, y que comunmente todos, como suele acontecer, se inclinaban á la parte mas válida y fuerte, acordó de partirse á la España citerior y dar tiempo al tiempo. Scapula, despues de la rota de Munda vuelto á Córdoba, despues de un convite que hizo en que se bebió largamente, mandó y hizo que sus mismos esclavos le diesen la muerte; que tales eran las valentías de aquel tiempo. César en el cerco de Munda, que todavía se tenia, dejó á Quinto Fabio con parte del ejército, y él acudió á Córdoba; y tomada por fuerza, pasó á cuchillo veinte mil de aquellos ciudadanos que seguian el partido contrario. Luego asentadas las cosas de aquella ciudad, partió para Sevilla; en este camino le presentaron la cabeza de Gneio, y él con la misma felicidad se apoderó de aquella ciudad; y porque se tornó de nuevo á alborotar, la sosegó segunda vez á 10 del mes de agosto, como se señala en los calendarios romanos. A ejemplo de Sevilla, se le entregaron otros pueblos por aquella comarca, en particular la ciudad de Asta, antiguamente situada á dos leguas de Jeréz á la ribera del rio Guadalete; al presente es lugar desierto, pero que todavía conserva el apellido antiguo. Por otra parte, Quinto Fabio que quedó sobre Munda, á cabo de algunos meses cansó á los cercados de manera, que se dieron. Demás desto, sujetó á Osuna, si por fuerza ó á partido no se sabe ni se declara, por faltar las memorias de aquellos tiempos, y los libros que hay estar corrompidos. Concluidas cosas tan grandes con una presteza increible, cosa que en las guerras civiles es muy saludable, donde hay mas necesidad de ejecucion que de consultas; sosegadas las alteraciones de España y dado asiento en el gobierno, juntó asimismo gran dinero de los tributos que en público á todos, y en particular puso á los que eran ricos, y de los cargos y oficios que vendió, hasta no perdonar al templo de Hércules que estaba en Cádiz, al cual antes de ahora tuviera respeto. La prosperidad continuada y la necesidad le hicieron atrevido para que tomase por fuerza las ofrendas de oro y plata, que allí tenian muchas y muy ricas. Con esto pasado el estío, ya que el otoño estaba adelante, partió de España, y llegó á

Roma por el mes de octubre. Por gobernadores de España quedaron, en la ulterior Asinio Pollion, muy conocido por una égloga de Virgilio, en que con versos de la Sibila, que hablaban de la venida de Cristo hijo de Dios, celebró el insigne poeta el nacimiento de Salonino, hijo deste Pollion. Del gobierno de la España citerior se encargó Marco Lépido, que le tuvo juntamente con el gobierno de la Gallia Narbonense. Por este mismo tiempo, como algunos sospechan mas por conjeturas que por razon que haya concluyente, á Córdoba se dió título de Colonia Patricia, ca es averiguado, como se muestra por las monedas de aquel tiempo, que en el imperio de Augusto ya tenia este apellido. Tambien es cosa cierta que en gracia del vencedor y por adularle muchos pueblos dejaron sus nombres antiguos, en particular Atubis, que se llamó Claritas Julia; Ebora, en Portugal, Liberalitas Julia; Calahorra, por sobrenombre Nasica, tomó tambien el nombre de Julia; Sejí asimismo se llamó Firmium Julium; Iliturgi, que es Andújar, Forum Julium; en conclusion los de Ampúrias, quitada la diferencia que tenian de griegos y de españoles, recibieron las costumbres, lengua y leyes romanas, con título que se les dió de Colonia. Hay en España memoria desta guerra en muchos lugares, y en Talavera, pueblo conocido del reino de Toledo, en la parte del muro que está en frente de la iglesia de San Pedro, se ven cortadas estas palabras:

A GNEIO POMPEYO HIJO DEL GRAN POMPEYO.

Lo demás por la antigüedad no se lee; pero entiéndese que por algun hecho notable se le puso aquel letrero.

CAPITULO XXII.

Cómo despues de la muerte del César se levantaron nuevas alteraciones en España.

El poder de Julio César estaba en la cumbre y todo lo mandaba y trocaba, cuando en Roma ciertos ciudadanos se conjuraron contra él con color de que era tirano y por fuerza se apoderara de aquella ciudad. Matáronle con veinte y tres heridas que en el Senado le dieron á los 15 de marzo del año siguiente de 710, desde donde algunos toman la cuenta de los años del imperio de Octaviano Augusto, que le sucedió y fué su heredero; dado que los mas le comienzan del año siguiente, cuando á 22 de setiembre, segun lo que refiere Dion, le nombraron por cónsul en lugar de Cayo Vibio Pansa, que murió junto á Módena, si bien no tenia edad bastante para administrar aquel cargo, peró dispensaron con él en la ley que en Roma en este caso se guardaba. En España Pollion atendia á seguir los salteadores, que por la revuelta de los tiempos andaban en gran número por lo de Sierramorena. Este, cuando llegó la nueva de la muerte de César, hizo una junta de los mas principales en Córdoba, en que protestó que seguiria por su parte la autoridad y voluntad del Senado de Roma. Con esto parece se habia mostrado alguna luz y cobrado esperanza de mayor reposo; pero muy al revés, porque Sexto Pompeyo salió de la comarca de Jaca, que eran antiguamente los Lacetanos, con intento de aprovecharse de lo que el tiempo le prometia y fortificar su partido. Levantó estandarte, tocó atambores, acudíale gente de cada dia, con que pudo formar una legion, y con ella en la comarca de Cartagena tomó por fuerza un pueblo entonces llamado Vergi, y hoy Vera, ó como otros sienten Verja. Con este tan pequeño principio hobo gran mudanza en las cosas; y el bando de Pompeyo, que parecia estar olvidado, comenzó á levantarse y tomar mayores fuerzas, principalmente que con la misma felicidad se apoderó de toda la Bética ó Andalucía despues que en una gran batalla rompió á Pollion, que pretendia desbaratar sus intentos. Ayudó mucho para ganar la victoria la sobreveste de Pollion, que acaso se le cayó en la pelea, ó él mismo la arrojó á propósito de no ser conocido (muy pequeñas cosas hacen camino para mayores, principalmente en la guerra); como los soldados la viesen, que todavía sufrian la carga de los pompeyanos, y corriese la voz por los escuadrones que su general era muerto, al punto desmayaron y se dieron por vencidos. Verdad es que todas estas alteraciones, y las voluntades de la provincia que se inclinaban á Pompeyo, sosegó Marco Lépido con su venida y con persuadir á Sexto que con el dinero que tenia recogido en España se fuese á Roma, donde por la ocasion de quedar libre Roma podia pretender y alcanzar la herencia, autoridad y grandeza de su padre. Para esto ayudaba que las cosas de Italia andaban no menos revueltas que las de acá, porque Marco Antonio, que el año pasado fuera cónsul, pretendia quitar á los romanos la libertad; contra sus deseños el Senado opuso á Octaviano, sobrino de César, nieto de su hermana Julia, resolucion perjudicial y dañosa. Habia Octaviano en la guerra postrera que se hizo contra los hijos de Pompeyo venido á España en compañía de su tio; y en ella dió las primeras muestras de su valor, sin embargo de su tierna edad, que apenas tenia diez y ocho años. Acabada aquella guerra, se fué á Aténas á los estudios de las letras; de allí, sabida la muerte de César, volvió á Roma, y ayudado de muchos que por la memoria de César le siguieron, venció en una batalla á Marco Antonio, que tenia dentro de Módena cercado á Decio Bruto, que estaba señalado por cónsul para el año siguiente. Huyó Marco Antonio despues de vencido á la Gallia, donde se concertó con Lépido, y los dos poco adelante con Octaviano. Resultó con este concierto el triunvirado, que fué repartirse entre los tres las provincias del imperio romano. A Lépido cupo la Gallia Narbonense con toda España; á Antonio lo demás de la Gallia; la Italia, Africa, Sicilia y Cerdeña dieron á Octaviano. No entraron en este repartimiento las provincias de oriente porque las tenian en su poder Casio y Bruto, las cabezas que fueron y principales en la conjuracion y muerte de César. Siguióse tras esto una grande carnicería de gente principal; y fué que los tres proscribieron, que era condenar á muerte en ausencia, muchos ciudadanos y senadores romanos; entre los demás murió Marco Tulio Ciceron, gran gloria de Roma, en edad de sesenta y tres años, á manos de Popilio, tribuno de soldados, al cual él mismo habia antes librado de la muerte en un juicio en que le achacaban cierto parricidio.

CAPITULO XXIII.

De la cuenta llamada era.

Por esta manera perdió de nuevo su libertad la ciudad de Roma. Siguiéronse alteraciones y guerras, una

contra los matadores de César, que fueron vencidos y muertos cerca de Filipos, ciudad de Macedonia; otra contra Lucio Antonio, hermano de Marco Antonio, en Perusa, ciudad de Toscana. La cual acabada por la buena maña y valor de Octaviano, se hizo otro nuevo repartimiento de las provincias entre los triunviros el año de la fundacion de Roma de 714, en que fueron cónsules en Roma Gneio Domicio Calvino y Cayo Asinio Pollion, el que fué gobernador de España. Y porque en este nuevo repartimiento Octaviano quedó por señor de toda España, tomaron desto ocasion los españoles para comenzar desde este principio el cuento de sus años, que acostumbran y acostumbramos llamar era del Señor ó era de César, así en las historias, escrituras públicas y en los actos antiguos de los concilios eclesiásticos como en particular en las pláticas y conversaciones ordinarias. Otros siguen la razon de los años, y la comienzan del nacimiento de Cristo, cuenta en que se quitan de la primera manera de contar treinta y ocho años justamente; de suerte que el año primero de Cristo fué y se contó 39 de la era de César. Porque lo que dice don Juan Margarite, obispo de Girona, que la era de César comienza solamente veinte y seis años antes del nacimiento de Cristo, mas fácilmente podriamos adivinar por conjeturas que afirmar con certidumbre qué fué lo que le movió á sentir esto, pues todos los demás lo contradicen. Por ventura confundió la cuenta de los egipcios, de que se hablará luego, con la nuestra, engañado por la semejanza del contar, ca tambien aquella gente comenzó á contar sus años desde que Augusto Octaviano se enseñoreó de aquella tierra. Todo esto es así; y todavía no es cosa fácil declarar en particular la causa desta nuestra cuenta de España, y juntamente dar razon del nombre que tiene de era, por ser varios los juicios y pareceres. Los mas autores y de mayor autoridad concuerdan por testimonio de Dion que en este mismo año, concluida la guerra de Perusa, se hizo el nuevo repartimiento de las provincias; y oprimida de todo punto y derribada la libertad de la república romana, como poco antes se dijo, el señorío de España quedó por Octaviano; y en trueque á Marco Lépido, cuya antes era, se dió la provincia de Africa. De aquí vino que á imitacion de los antioquenos, que habian ya comenzado esta manera de cuenta (y lo mismo hicieron los egipcios once años adelante, que quitado el reino á Cleopatra, desde que Augusto se apoderó de aquella provincia dieron principio al cuento de sus años), lo mismo se determinaron á hacer los españoles con intento de ganar por esta forma la voluntad y adular al nuevo Príncipe, vicio muy ordinario entre los hombres. Esto cuanto al principio de nuestra cuenta española. De la palabra era será razon decir algo mas. En Lucillio y en Ciceron se halla que las partidas del libro de cuentas por donde se da y toma razon de la hacienda, del gasto y del recibo se llaman eras; de allí se tomó ocasion para significar con esta misma palabra los capítulos de los libros y el número de párrafos de las leyes, como se puede ver en muchos lugares, así de las obras de san Isidoro como de las leyes góticas. Deste principio se extendió mas la palabra era hasta significar por ella cualquiera razon ó cuenta de tiempo y universalmente todo tiempo y número, cualquiera que fuese. En especial lo usaron los españoles, así en la lengua latina como en la vulgar, la cual sin duda se deriva de la romana, como se entiende por el nombre de romance con que la llamamos y por las palabras y dicciones castellanas, que son en gran parte las mismas que las latinas. Tambien hallamos que Hilderico, de nacion francés, y del mismo tiempo de san Isidoro, por decir número de dias dice eras de dias; y aun entre los astrólogos algunos llaman eras á los tiempos ó á los fundamentos y aspectos de las estrellas, de que depende la cuenta de los tiempos, y á los cuales se reducen y enderezan los movimientos de los cuerpos celestes. Segun todo esto, año de la era de César será lo mismo que año de la cuenta de César ó del tiempo de César, cuyo principio, como se dijo, se toma desde que en España comenzó el imperio de César Augusto. De aquí se saca que se engañan todos aquellos que por autoridad de san Isidoro, que engañó á los demás, pensaron que esta palabra era viene de otra latina que significa el metal, conviene á saber *aes*, por entender que aquel año, de donde toma principio esta cuenta, fué cuando la primera vez Augusto César impuso un nuevo tributo sobre todo el imperio romano y hizo que todos fueran erarios y pecheros; lo que es claramente falso, pues ni la ortografía desta palabra, que se escribe sin diptongo, concuerda con la tal derivacion, ni hallamos que en el año que da principio á esta cuenta se impusiese algun nuevo tributo sobre las provincias. Lo cierto es lo que está dicho, y asimismo que esta manera de contar los años se mandó dejar y trocar con la que usamos de los años de Cristo, en tiempo del rey de Castilla don Juan el Primero, en las Cortes que se tuvieron en la ciudad de Segovia año de 1383; lo cual se hizo á ejemplo de las demás provincias de la cristiandad y conforme á lo que en tiempo del emperador Justiniano inventó Dionisio, abad romano, que, quitadas las demás maneras de contar que por aquel tiempo se usaban, introdujo esta cuenta de los años de Cristo. Lo que se hizo en las Cortes de Segovia, que fué dejar la cuenta de la era y tomar la de los años de Cristo, imitaron poco despues los portugueses, y poco antes los de Valencia habian hecho los mismos, como se irá notando en sus lugares y tiempos. Dejado esto, volvamos al consulado de Domicio Calvino y de Asinio Pollion. En el cual año nombraron en Roma por cónsul sufecto, que quiere decir puesto en lugar de otro, y por faltar el que lo era, á Cornelio Balbo, gaditano, que es tanto como de Cádiz, cosa que hasta entonces á ningun extranjero se concedió que fuese cónsul en Roma. Este era Cornelio Balbo, deudo de otro del mismo nombre, que, acabada la guerra de Sertorio, llevó á Roma en su compañía Gneio Pompeyo. Tambien Domicio Calvino cinco años adelante, que fué el año treinta y tres antes de la venida de Cristo nuestro Señor, con cargo de procónsul gobernó á España, y porque venció á las haldas de los Pirineos á los Ceretanos, donde hoy está Cerdanía, triunfó dellos en Roma. Resultaron despues desto nuevas diferencias y alteraciones entre los triunviros, con que asimismo se enredó España y entró á la parte del daño con esta ocasion. Por la muerte de Julio César parecia que tornaba á nacer la libertad de la república, esperanza con que Sexto Pompeyo, vuelto á cabo de tanto tiempo á Roma, fué nombrado por general de la armada y naves romanas. Por esta ocasion luego que los triunviros de nuevo quitaron la libertad á la república y se apoderaron de todo, él

se apoderó asimismo por su parte de Sicilia. Acudieron Octaviano y Lépido, y por fuerza le despojaron y echaron de aquella isla, con que se quedó Octaviano, y aun se enseñoreó de Africa por cierta diferencia que tuvo con Lépido, al cual, desamparado de los suyos, le despojó de todo el poder que tenia. Sintió esto, como era razon, Marco Antonio, el otro compañero que tenia las provincias de oriente, que Octaviano sin darle parte se apoderase de todo lo demás. Destos principios y con esta ocasion se encendió finalmente la guerra entre los dos, en que despues de muchos trances, vencido en una batalla naval junto á la Prevesa y muerto Antonio, se quedó Octaviano solo con todo el imperio el año veinte y ocho antes del nacimiento de Cristo. Llamóse Octavio del nombre de su padre y del nombre de su tio César. El Senado le dió renombre de Augusto como á hombre venido del cielo y mayor que los demás hombres por haber restituido la paz al mundo despues de tantas revueltas. Sexto Pacuvio, tribuno del pueblo, consagró su nombre, que es lo mismo que hacelle en vida honrar como á dios, costumbre y vanidad tomada de España, como lo dice Dion. En el progreso desta última guerra entre Octavio y Antonio Bogud, rey de la Mauritania, pasó en España en favor de Antonio y para ayudar á su partido; pero fué por los contrarios rechazado con daño. No mucho despues en el octavo consulado de Augusto, veinte y cinco años antes de Cristo, abrieron y empedraron en el Andalucía el camino real que desde Córdoba iba hasta Écija, y desde allí al mar Océano, como se entiende por la letra de una columna de mármol cárdeno que está en el claustro del monasterio de San Francisco de Córdoba, do se dice que aquella columna, que debia ser una de las con que señalaban las millas, se levantó en el octavo consulado de Augusto; y que desde Guadalquivir y el templo augusto de Jano hasta el mar Océano se contaban ciento veinte y una millas. Este templo de Jano se entiende estaba en Córdoba ó cerca de ella, y aun se sospecha que le edificaron para eterna memoria de la paz que fundara Augusto; pero estas son conjeturas. Siguiéronse alteraciones de los Cántabros, Asturianos y de los Vaceos, pueblos de Castilla la Vieja. Apaciguólas con su buena maña Statilio Tauro, por ventura por comision y como lugarteniente de Cayo Norbano, de quien se sabe que por estos tiempos triunfó de España, desde donde toman el principio de la guerra de Cantabria los que por autoridad de Paulo Orosio sienten que duró por espacio de cinco años enteros. Asimismo es cosa cierta que en esta sazon se mudó la manera y forma del gobierno de España, porque en lugar de pretores y procónsules enviaron para gobernalla legados consulares, á la manera que en las demás provincias se comenzó tambien á usar. Muestra son desto las piedras antiguas donde se ve por estos tiempos puesta esta palabra *Consularis*. Repartiéronse otrosí las provincias del imperio y gobierno dellas entre Augusto y el Senado, por el cual repartimiento en España sola la Bética, que es Andalucía, quedó á cargo y gobierno del Senado; de que resultó otrosí que la España ulterior tuvo dos gobernadores, el uno de la Bética, á provision del Senado, y el otro de la Lusitania, que nombraba Augusto. En conclusion, sosegada por la mayor parte España, con la paz que se siguió, por toda ella se fundaron muchas colonias de romanos, con cuya comunicacion y trato los naturales mudaron sus costumbres antiguas y su lengua y la trocaron con las de los romanos, segun que Estrabon lo testifica.

CAPITULO XXIV.

De la guerra de Cantabria.

Tal era el curso y estado de las cosas, tales los vaivenes que el imperio romano daba. En particular España reposaba, cansada de tantas y tan continuadas guerras, y juntamente florecia en gente, riquezas y fama cuando se despertó una guerra mas cruel y brava de lo que nadie pensara. Tuvo esta guerra principio de los cántabros, gente feroz y hasta esta sazon no del todo sujeta á los romanos ni á su imperio por el vigor de sus ánimos, mas propio á aquellos hombres, y mas natural que á las demás naciones de España; y por morar en lugares fragosos y enriscados, y carecer del regalo y comodidades que tienen los demás pueblos de España, son grandemente sufridores de trabajos. Ptolemeo señala por aledaños de los Cántabros á los Autrigones por la parte de levante, y por la de poniente á los Lungones, hácia el mediodía las fuentes del rio Ebro, y hácia el septentrion el Océano Cantábrico; pequeña region y que no se extendia hasta las cumbres y vertiente de los montes Pirineos. Los pueblos principales que tenia eran Juliobriga y Vellica, sin que se averigüe qué nombres en este tiempo les respondan. Otros, extendiendo mas, como suele acontecer, el nombre de Cantabria, comprehenden en su distrito todos los pueblos comarcanos á la Cantabria de Ptolemeo hasta dar en los montes Pirineos y en la Guiena, de que hay grandes argumentos que todo aquello algun tiempo se llamó Cantabria, como queda mostrado en otra parte; y es bastante indicio para que así se entienda ver que todos los nombres de los pueblos, donde esta guerra de Cantabria se hizo, no se hallan en tan estrecho distrito como arriba queda señalado, como se irá notando en sus lugares. Eran en aquel tiempo los cántabros de ingenio feroz, de costumbres poco cultivadas. Ningun uso de dinero tenian; el oro y la plata, si fué merced de Dios, ó castigo y disfavor negárselo, no se sabe. Así bien las mujeres como los hombres eran de cuerpos robustos, los tocados de las cabezas á manera de turbantes, formados diversamente, y no diferentes de los que hoy usan las mujeres vizcainas. Ellas labraban los campos; despues de haber parido se levantaban para servir á sus maridos, que en lugar dellas hacian cama; costumbre que hasta el dia de hoy se conserva en el Brasil, segun se entiende por la fama y por lo que testifican los que en aquellas partes han estado; en los bailes se ayudaban del son de los dedos y de las castañetas; dotaban á las doncellas los que con ellas se desposaban; tenian apercebida ponzoña para darse la muerte antes que sufrir se les hiciese fuerza, como hombres de ingenio constante y obstinados contra los males, de que dieron bastantes muestras en el tiempo desta guerra. Lo primero que los cántabros hicieron para dar principio á su levantamiento fué persuadir á los asturianos y gallegos á tomar las armas. Luego despues hicieron entrada en los pueblos comarcanos de los Vaceos, que estaban á devocion del pueblo romano. Pusieron con esto grande espanto, no solo á los naturales, sino tam-

bien en cuidado al mismo emperador Augusto, que temia destos principios no se emprendiese mayor guerra y de mayor dificultad de lo que nadie cuidaba. Por esta causa, sin hacer caso de la Esclavonia ni de la Hungría, donde las gentes tambien estaban alteradas, se resolvió de venir en persona á España. Abrió primeramente las puertas de Jano, que poco antes mandara cerrar, y fué la tercera vez que se cerraron; ca la primera vez se hizo en tiempo del rey Numa, la segunda concluida la primera guerra Púnica ó Cartaginesa, la última despues que el mismo Augusto venció á Marco Antonio en la batalla naval; y esto porque otras tantas veces se hallaron los romanos en paz sin tener guerra en parte alguna. Venido Augusto en España, de todas partes le acudieron gentes, con que se formó un grueso campo. Marcharon los soldados la vuelta de Vizcaya; asentaron sus reales cerca de Segisama, pueblo que se sospecha hoy sea Beisama, puesto en Guipúzcoa entre Azpeitia y Tolosa. Dividióse el campo en tres partes, con que toda aquella comarca en breve quedó sujetada por ser pequeña. Los cántabros, desconfiados de sus fuerzas para contra aquella tempestad que sobre ellos venia, alzadas sus haciendas y ropilla, con sus mujeres y hijos se recogieron á lugares ásperos y fragosos, sin querer con los contrarios venir á las manos. Con esto la guerra se prolongaba, y parecia que duraria mucho tiempo. Augusto, con la pesadumbre que recebia por aquella tardanza, y por ser los lugares ásperos y aquel aire destemplado, enfermo de la melancolía se volvió á Tarragona. Dejó el cargo de la guerra á sus capitanes. Cayo Antistio y Publio Firmio tomaron cuidado de sujetar los gallegos; á Publio Carisio se dió el cargo de hacer la guerra contra los asturianos, gente no menos brava que los cántabros. Por general de todo quedó Marco Agripa, que entonces tenia grande cabida con el Emperador, y despues le dió por mujer á Julia, su hija. Para proveerse de mantenimientos, de que padecian grande falta por la esterilidad de la tierra, juntó el dicho Agripa naves de Ingalaterra y de Bretaña, con que se proveyó la necesidad; juntamente puso cerco con aquella armada por la parte de la mar á los cántabros, gente miserable, pues ni podian huir ni proveerse de bastimentos de fuera. Forzados con estos males los cántabros y afligidos con la hambre, se determinaron de presentar la batalla, que se dió cerca de Vellica; algunos creen sea Victoria, ciudad de Alava; contradice el sitio y distancia de los lugares marcados en Ptolemeo. Vinieron pues á las manos; pero á los primeros encuentros fueron desbaratados y muertos, como gente juntada sin órden, que ni conocia banderas ni capitan, y que ni por vencer esperaba loa ni temia vituperio si era vencida; cada cual era para sí capitan y caudillo, y mas por desesperacion y despecho que con esperanza de la victoria se movian á entrar en la batalla. Desde la ribera del mar Océano se levanta un monte llamado Hirmio, los latinos le llaman Vinnio, de subida áspera, cercano á Segisama, de tan grande altura, que desde su cumbre se descubren las riberas de Cantabria y de Francia. En este monte por estar cercano y por su aspereza muchos de los vencidos se salvaron. Los romanos, desconfiados de poder subir, y por tener que era cosa peligrosa contrastar juntamente con la aspereza del lugar y con gente desesperada, acordaron de cercarle con guarniciones, con fosos y con vallado. Con esto aquella miserable gente se redujo á tal estado, que, como ni ellos por estar mas embravecidos con los males quisiesen sujetarse á ningun partido, y los romanos se avergonzasen de que aquella gente desarmada se burlase de la majestad del imperio romano, los mas perecieron de hambre, algunos tambien se mataron con sus mismas manos; que quisieron mas la muerte que la vida deshonrada. Un pueblo cerca de Baisama, entonces llamado Aracil y ahora Arrazil, despues de largo cerco fué tomado y asolado por los romanos. Entre tanto que esto pasaba en Cantabria, Antistio y Firmio apretaban la guerra en Galicia; en particular cercaron de un grande foso de quince millas la cumbre del monte Medulia, donde gran número de gallegos estaba recogido. Estos, perdida del todo la esperanza de la victoria y de la vida, con no menor obstinacion que los de Cantabria, unos se mataron á hierro, otros perecieron con una bebida, hecha del árbol llamado tejo. No falta quien piense que este monte Medulia es el que hoy en Vizcaya se llama Monduria, muy conocido por su aspereza y altura, si se puede creer que los gallegos, dejada su propria tierra, hicieron la guerra contra los romanos en la ajena; además que Orosio dice que el monte Medulio, donde los gallegos se hicieron fuertes, se levantaba sobre el rio Miño. Los asturianos hacian la guerra contra Carisio no con mas ventaja que los otros, ca puestos sus reales á la ribera del rio Astura, del cual tomaron nombre los asturianos, como dividido su ejército en tres partes pensasen tomar de sobresalto á los romanos, siendo descubiertos por los tregecinos, sus compañeros y confederados, trocada la suerte, fueron cuando menos lo pensaban oprimidos por Carisio, que los cogió descuidados. Los que pudieron escapar de la matanza se recogieron á la ciudad de Lancia, que estaba donde ahora la de Oviedo, con intento de defenderse dentro de las murallas, pues las armas les habian sido contrarias. Duró el cerco muchos dias; á los nuestros hacia fuertes y atrevidos la desesperacion, arma poderosa en los peligros; los romanos se avergonzaban de alzar la mano de la guerra antes de dejar sujeta aquella gente bárbara; en conclusion, vencida la constancia de aquella gente, rendida la ciudad, recibieron las leyes y gobierno que les fué dado. Con esto quedaron reducidos en forma de provincia del pueblo romano, así los Asturianos como los Cántabros y los Gallegos. Augusto, acabada la guerra, volvió á Cantabria, donde dió perdon á la muchedumbre; pero porque de allí adelante no se alterasen, confiados en la aspereza de los lugares fragosos donde moraban, les mandó pasasen á lo llano sus moradas y diesen cierto número de rehenes. Muchos, por ser mas culpados y tener los ánimos mas endurecidos, fueron vendidos por esclavos. Sabidas estas cosas en Roma, se hicieron procesiones, y se ordenó que Augusto triunfase por dejar á España de todo punto sujeta el año 198, despues que las armas de los romanos debajo de la conducta de Gneio Cepion Calvo vinieron la primera vez á estas partes, que fué el mas largo tiempo que se gastó en sujetar á ninguna otra provincia. No quiso Augusto aceptar el triunfo que el Senado le ofrecia de su voluntad; solo en los reales se hicieron juegos, cuyos mantenedores fueron Marco Marcello y

Tiberio Neron, el que adelante tuvo el imperio, y en esta guerra de los cántabros tuvo cargo de tribuno de soldados. En Roma se corró la cuarta vez el templo de Jano, con esperanza que tenia Augusto y se prometia de un largo reposo, pues de todo punto quedaba sujeta España. A los soldados que habian cumplido con la milicia y traido las armas los años que eran obligados conforme á sus leyes, mandó se les diesen campos donde morasen en lo que hoy llamamos Extremadura, parte de la antigua Lusitania, en que fundaron á la ribera de Guadiana, rio muy caudaloso, una colonia, que por esta causa se llamó Emerita Augusta, y hoy es Mérida, ciudad que en riquezas, vecindad y autoridad, así civil como eclesiástica, competia antiguamente con las mas principales de España, y era cabeza de la Lusitania, por donde la llamaban Mérida la Grande. Rasis, árabe, encarece mucho la grandeza y hermosura de aquella ciudad hasta decir cosas della casi increibles; afirma empero que fué destruida por los moros cuando se apoderaron de España. El cuidado de guiar aquellos soldados y de fundar aquella ciudad se encomendó á Carisio, de que dan muestra las monedas de aquel tiempo que se hallan con el nombre de Augusto de una parte, y por la otra los de Carisio y de Mérida. Dion siempre le llama Tito Carisio, que debió ser descuido de pluma, porque en las monedas no se llama sino Publio Carisio, que en España se hallan muy de ordinario. Estas fueron las memorias mas notables que quedaron de la venida de Augusto y de la guerra que en España hizo. Añádense otras. A la ribera de Ebro donde antiguamente estuvo situado un pueblo llamado Salduba, se fundó una colonia, que llamaron César Augusta del nombre de César Augusto, y hoy se llama Zaragoza, ciudad muy conocida y cabeza de Aragon. Demás desto, á los linderos de la Lusitania fundaron otra ciudad, que se llamó Pax Augusta, y hoy corrompido el nombre se llama Badajoz, puesta en la frontera de Portugal de la parte de Extremadura, bien conocida por su antigüedad y por ser cabeza de obispado. A Braga, que antiguamente se dijo Bracara, le arrimaron el sobrenombre de Augusta. Otra ciudad se fundó á esta misma sazon en los Celtíberos por nombre Augustobriga, donde ahora está una aldea llamada Muro, á una legua de la villa de Agreda. Demás desto, otra del mismo nombre se edificó no léjos de Guadalupe; hoy se ve allí el Villar del Pedroso con claros rastros de la antigüedad. Por conclusion, las Aras Sextianas, de las cuales Mela, Plinio y Ptolemeo hicieron notable mencion, á manera de pirámides, cada una con su caracol de abajo arriba, puestas en las Astúrias en una península ó peñon; algunos sienten que fueron edificadas por memoria desta guerra, por decir Mela que estaban dedicadas á Augusto César, y aun entienden estuvieron cerca de Gijon y á cinco leguas de Oviedo; conjeturas que ni del todo son vanas ni tampoco de mucha fuerza, pues otros son de opinion que las Aras Sextianas levantó Sexto Apuleyo, de quien se refiere en las Tablas Capitolinas que por este tiempo entró en Roma con triunfo de España. Volvió Augusto á Tarragona, y allí le dieron los consulados octavo y nono. Demás desto, le vinieron embajadores de las Indias y de los escitas á pedir paz al que por la fama de sus hazañas habian comenzado á amar y acatar, que fué para él muy grande gloria. Desde aquella ciudad partió para Roma; llegó á ella el quinto año despues que aquella guerra se comenzara. Para su guarda llevó soldados españoles de la cohorte calagurritana, de cuya lealtad se mostraba muy satisfecho y pagado. Con su partida los cántabros y los asturianos, como gentes bulliciosas y que aun no quedaban escarmentados por los males pasados, concertados entre sí, de nuevo tornaron á las armas con no menor porfía que antes. Vano es el atrevimiento sin fuerzas; así fué que primeramente L. Emilio y Publio Carisio, despues Cayo Furnio mataron á muchos de los alborotados, con que sosegaron á los demás. Muchos, por no sujetarse y por miedo de la crueldad de los romanos, se dieron á sí mismos la muerte con tan grande rabia, que hasta las madres mataron á sus hijos, y un mozo por mandado de su padre dió la muerte á él y á su madre y á sus hermanos, que presos y atados en poder de los enemigos estaban. Otros, alegres y cantando como si escaparan de un grande mal, iban á la horca, ca tenian por cosa honrosa dar la vida por la libertad. Parte asimismo de los que hicieron esclavos se concertaron entre sí, y muertos sus amos, se acogieron á los montes, de donde á manera de salteadores corrian la tierra, y no cesaban de mover á los pueblos comarcanos á tomar las armas. Para sosegar estas alteraciones fué necesario que Marco Agripa, ya yerno de Augusto, desde Francia, donde tenia el gobierno de aquella tierra, pasase en España. Peleó algunas veces con aquella gente obstinada llevando los suyos lo peor. Por esto afrentó una legion entera, que tenia la mayor culpa del daño, con quitalle el sobrenombre de Augusta que antes le daban. Con este castigo despertaron los demás soldados y se hicieron mas recatados y valientes. Por conclusion, todas aquellas alteraciones se sosegaron de todo punto, y Agripa quedó por vencedor. Todos los que podian traer armas fueron muertos; á la demás muchedumbre, quitadas asimismo las armas, hicieron que pasasen á morar á lo llano, remedio con que cesó la ocasion de alborotarse; y finalmente, aunque con dificultad, se apaciguaron. La honra del triunfo que por estas cosas ofreció á Agripa el Senado, á ejemplo de su suegro, no quiso aceptar. Solo vuelto á Roma, en un portal ó lonja del campo Marcio mandó pintar una descripcion de España, bien que las medidas de la Bética ó Andalucía no estaban de todo punto ajustadas, como lo testifica Plinio. Esto en España. En Roma Cornelio Balbo, natural de Cádiz, de quien se dijo fué cónsul, triunfó de los garamantas el año diez y seis antes de la venida de Cristo, y fué el primero de los extranjeros á quien se hizo aquella honra, y juntamente el postrero de los particulares; ca despues que Roma vino en poder de un señor, solo los emperadores y sus parientes triunfaron en lo de adelante de las gentes que vencian; y á la verdad el aparato de los triunfos de buenos y honestos principios era ya llegado á tanta locura y gasto, que apenas lo podian llevar los grandes imperios. A los demás, en lugar de aquella honra; daban los ornamentos triunfales, que eran una vestidura rozagante, una guirnalda de laurel, una silla que llamaban curul, un báculo de marfil. Hay quien diga que despues de todo esto hubo nuevos movimientos entre los cántabros, y que los embajadores que en-

viaron á Roma á dar razon de sí y de la causa de aquellas alteraciones, repartidos por diversas ciudades de Italia, perdida que vieron la esperanza de volver á su tierra, todos tomaron la muerte con sus manos. Entre ingenios tan groseros y gente tan fiera algunos españoles se señalaron por este tiempo, y fueron famosos en los estudios y letras de humanidad. Cayo Julio Higino, liberto de Augusto, y Porcio Latron, grande hombre en la profesion de retórica y amigo de Séneca, el padre del otro Séneca que llamaron el Filósofo, fueron ilustres en Roma y honraron á España, cuyos naturales eran, con la fama de su erudicion. Los libros que andan en nombre de Higino, los mas los atribuyen á otro del mismo nombre, alejandrino de nacion; pero Suetonio parece sentir lo contrario, porque dice que á un mismo unos le hacian alejandrino, otros español, á los cuales él sigue; y añade que tuvo cuidado de la biblioteca ó libreria de Augusto, y fué muy familiar del poeta Ovidio Nason; demás desto, que Julio Modesto, su liberto, en los estudios y en la doctrina siguió las pisadas de su patron.

LIBRO CUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

De la venida del Hijo de Dios al mundo.

Llegámos á los felicísimos tiempos en que el Hijo de Dios, como era necesario en cumplimiento de lo que habian prometido los santos profetas, se mostró á los hombres en la carne hecho hombre, y con una nueva luz que trajo á la tierra enseñó al género humano descarriado y perdido, y le allanó el camino de la salud. Restituyó la justicia, que andaba desterrada del mundo, y alcanzado con su muerte el perdon de los pecados, edificó á Dios Padre un templo santo á la traza del celestial, y le fundó para siempre en la tierra, el cual se llama la Iglesia, cuyos ciudadanos y partes somos todos aquellos que por beneficio del mismo Dios hemos recibido por todo el mundo la religion cristiana, y con fé pura y firme la conservamos. Y por cuanto de las primeras provincias del mundo que abrazaron este culto y religion, y de las que mas recio en ella tuvieron, fué una España, será necesario relatar lo mucho que hizo y padeció en aquellos primeros tiempos de la Iglesia por esta causa; juntamente será bien poner por escrito la nueva forma y traza que se dió en el gobierno seglar, las vidas y hechos de los emperadores romanos, como de señores que eran de España, las peleas y luchas de los primeros cristianos, triunfos y coronas de los santos mártires, aquellos que por la verdad perdieron las vidas y derramaron su sangre; dichosas y nobles almas. La brevedad que seguirémos será muy grande, tocar es á saber mas que poner á la larga cada cual destas cosas, porque no crezca esta obra mas de lo que seria razon. Ayuda y acude desde el cielo, divina luz, encamina y endereza nuestros intentos y pluma, trueca nuestra ignorancia con sabiduría mas alta, haz que nuestras palabras sean iguales á la grandeza del sugeto; todo por tu bondad y por la intercesion de tu santísima Madre. El nacimiento de Cristo hijo de Dios en el mundo fué á 25 de diciembre del año que se contó de la fundacion de Roma 752, 42 del imperio de Augusto, en que fueron cónsules Octaviano Augusto la trecena vez y Marco Plaucio Silvano. Deste número de años algunos quitan un año, otros dos, y aun no concuerdan todos en los nombres de los cónsules que fueron á la sazon; variedad que asimismo en tiempo de san Agustin sucedió, como él mismo lo refiere. Nosotros, consideradas todas las opiniones y las razones que hacen por cada una dellas, seguimos lo que nos parecia mas probable y á lo que autores mas graves se arriman. El lector podrá por lo que otros escriben escoger lo que juzgare mas conforme á la verdad. Dejadas pues aparte esta y semejantes cuestiones, vendrémos á las cosas de España, dado que por este tiempo apenas se ofrece cosa que de contar sea, sino lo que es mas principal, que reducidas todas las provincias debajo del imperio y gobierno de un monarca, los españoles así bien que todos los demás gozaban del sosiego y de los bienes de una bienaventurada paz, cansados de guerras tan largas, que encadenadas unas de otras se continuaron por tantos años. A la verdad era razon que el autor de la paz eterna Cristo hijo de Dios, ó la hallase en el mundo, ó le trajese la paz. Por está causa pocas cosas memorables sucedieron en España en tiempo de los emperadores Augusto y Tiberio; sin embargo, se relatarán algunas, mas por continuar la historia que por ser ellas muy notables. Entre los historiadores solo Dion, sin señalar tiempo ni lugar, en particular cuenta que un capitan de salteadores llamado Corocota, de los muchos que quedaron por toda España á causa de las guerras pasadas, y por la libertad y fuerzas que habian tomado, hacian mal y daño por todas partes; dice pues que como le buscasen con diligencia para darle la muerte, él mismo de su voluntad se presentó delante el Emperador; con lo cual no solo le perdonó, sino le dió tambien el dinero y la talla que estaba prometida al que le prendiese ó matase. Falleció de su enfermedad Augusto en Nola de Campaña á 19 de agosto el año 15 de Cristo en edad de setenta y seis años menos treinta y cinco dias. Fué el primero de los emperadores romanos; y si miramos las cosas humanas, el mas dichoso de todos, ca vengó la muerte de César, su padre adoptivo y tio natural, venció á Sexto Pompeyo en Sicilia, á Marco Lépido, su compañero, redujo á vida particular, y no mucho despues desbarató á Marco Antonio junto á la Prevesa en una batalla naval que le dió; quedó solo con el imperio por espacio de cuarenta y cuatro años. Mereció nombre de padre de la patria por las excelentes cosas que hizo en guerra y paz. Le-

vantó muchos edificios, por donde solia decir que la ciudad de Roma era antes de ladrillo, y él la habia hecho de mármol. Dejó por su sucesor á Tiberio Neron, su entenado, vencido de los halagos de Livia, su muger, dado que Germánico y sus hijos tenian mejor derecho á heredarle. Gobernó Tiberio Neron el imperio de Roma veinte y dos años, seis meses y algunos dias. Fué hombre vario y de ingenio, que tenia de bien y de mal. Al principio se gobernó bien, adelante se dió á la lujuria de todas maneras, á la crueldad y avaricia, con que afeó la buena fama que tenia ganada. El vulgo le llamaba Callipedes, que es un animal, el cual se mueve muy de priesa, y nunca pasa de un codo adelante. Diéronle este nombre porque todos los años hacia aprestar todo lo necesario para visitar las provincias, por otra parte resuelto de no dejar á Roma ni ausentarse. En tiempo deste emperador Germánico hacia la guerra en lo postrero de Francia, y sabida en España la falta que padecia de cosas necesarias, le enviaron armas y caballos junto con cantidad de dineros que él no quiso aceptar, aunque recibió lo demás, y dió gracias á los españoles por la mucha voluntad que á la república de Roma mostraban. Esto avino el año segundo del imperio de Tiberio, en que se dió licencia á los embajadores de la España citerior para que en ella edificasen un templo en memoria de Augusto. En competencia desta adulacion, la España ulterior hizo por sus embajadores instancia con el Emperador para que, á ejemplo de Asia, les fuese lícito hacer lo mismo en memoria del mismo Tiberio y de Livia, su madre; cosa que no se usaba dedicar á ningun príncipe templo antes de su muerte. Oyó el Emperador esta embajada, pero no quiso venir en lo que le pedian, antes mostró pesarle de la licencia dada á los asianos; todo era en él modestia afectada. Por el mismo tiempo se alteraron de nuevo los cántabros, y con robos y correrías que hacian de ordinario daban pesadumbre á los comarcanos. Por esta causa los romanos fueron forzados á repartir guarniciones por aquella tierra; prevencion con que por una parte se enfrenó este atrevimiento, y por otra con la comunicacion de aquellos soldados romanos los naturales dejaron su fiereza acostumbrada y se hicieron mas humanos. Demás desto, Gneio Pison, gobernador poco antes de España, ó por mejor decir robador, por sospecharse que dió la muerte á Germánico César con yerbas en Antioquía, la del rio Orontes, vuelto á Roma, se dió á sí mismo la muerte, sea porque su conciencia le acusaba, sea por no poder contrastar á la rabia del pueblo, el cual, por el amor que tenia á Germánico, estaba furioso, y se inclinaba á creer de Pison lo que se sospechaba. Otra cosa sucedió muy nueva y extraordinaria, y fué que á Vibio Sereno, procónsul que fué de la España ulterior, acusó su mismo hijo de haber cohechado aquella provincia; fué convencido en juicio, y por ello desterrado á Amorga, que es una de las islas del mar Egeo, y se cuenta entre las Cícladas. Asimismo Lucio Pison, pretor que era de la España citerior, con imposiciones nuevas y muy graves que inventó, alborotó los ánimos de los naturales, de suerte que se conjuraron y hermanaron contra él. Llegó el negocio á que un labrador termestino en aquellos campos le dió la muerte. Quiso salvarse despues de tan gran hazaña, pero fué descubierto por el caballo que dejó cansado. Hallado y puesto á cuestion de tormento, no pudieron hacer que descubriese los compañeros de aquella conjuracion, dado que no negaba tenerlos. Y sin embargo, por recelarse que la fuerza del dolor no le hiciese blandear, el dia siguiente sacado para de nuevo atormentarle, se escapó de entre las manos á los que le llevaban, y con la cabeza dió en una peña tan gran golpe, que rindió el alma; tanto pudo en un rústico la fe del secreto y la amistad. Esto sucedió en España el año 26 de Cristo. En Roma seis años adelante Junio Gallion, hermano de Séneca el Filósofo, por mandado del emperador Tiberio, fué desterrado de Roma, no por otra culpa sino porque sin su licencia propuso en el Senado que á los soldados pretorianos, cumplido el tiempo de su milicia, para ver los juegos públicos y para honrarlos diesen en el teatro asiento mas alto de lo que acostumbraban. Sexto Mario otrosí, hombre de nacion español, y tan rico que en espacio de dos dias hizo derribar en Roma cierta casa de un su vecino que vivia junto á las suyas, y despues mudado parecer, la tornó á reedificar; este fué acusado de haberse aprovechado de una hija suya que tenia de gentil parecer; convencido del delito, le despeñaron del monte Tarpeyo; la hija al tanto fué muerta. Dijose que sus riquezas le acarrearon aquel daño, por hacer el pueblo juicio de lo que á otros habia pasado, en especial que luego el Emperador se apoderó de todas ellas. Mostrábase con la edad mas inclinado á la codicia y de peores mañas y mas dañadas costumbres. Justo castigo del cielo que se despeñase en tantos males el que no castigó como fuera razon la muerte que dieron contra justicia á Cristo nuestro Señor, cuya vida fué santísima, cual convenia al que era Hijo de Dios. Murió puesto en una cruz el año treinta y cuatro de su edad á 25 de marzo; los que sienten de otra manera reciben engaño, como en particular tratado lo averiguamos. Tal fué la paga que los hombres dieron á su inocencia, á su doctrina y á tantos beneficios como les hizo. Las mismas piedras como con un callado dolor se quebrantaron; la tierra padeció un temblor extraordinario; el mismo sol se escureció y encogió sus rayos; bastantes testimonios y muestras de cuán grave era esta maldad. Pero sin tardanza, como él mismo lo tenia dicho, y como era necesario, abierto al tercero dia el sepulcro en que le pusieron, y espantadas con el gran ruido que resultó las guardas, salió sano, vivo y salvo; milagro nunca oido, manifiesta prueba de su santa divinidad. Algunos entendieron que la ave fénix, la cual fué vista, como lo refieren Dion, Tácito y Plinio, antes del postrer año del imperio de Tiberio, dió indicio y fué pronóstico y muestra de la resurreccion de Cristo hijo de Dios, por suceder en aquel tiempo y ser ella de tal naturaleza, que de sus cenizas despues de muerta torna á revivir.

CAPITULO II.

De los emperadores Cayo y Claudio.

Falleció el emperador Tiberio á 16 de marzo del año setenta y ocho de su edad, que era el 38 del nacimiento de Cristo, y á la sazon eran cónsules Gneio Acerronio Proculo y Cayo Portio Nigro. Sucedió en el imperio Cayo, hijo de Germánico, el cual de cierto gé-

nero de calzado de que usaban los soldados, y en latin se llamaba *caligae*, tuvo sobrenombre de Calígula. Señalóse solo en la locura, que le duró toda la vida, y en la fea muerte con que acabó, porque pasados tres años, diez meses y ocho dias, que gastó en maldades y y deshonestidades extraordinarias, fué muerto por Querea, tribuno de una cohorte pretoria, que es lo mismo que capitan de una compañía de su guarda. Emilio Régulo, cordobés, intentó antes lo mismo; el ánimo fué grande, y no menor que el de Querea; la fortuna le fué contraria, porque fué descubierto y pagó con la vida. Al tiempo que murió Tiberio, Agripa (san Lúcas en los *Actos de los Apóstoles* le llama Heródes) se hallaba por su mandado en prision en Roma, á causa que en cierto convite mostró deseo que Cayo sucediese en el imperio. Recompensóle él este amor, no solo con sacallo de la prision, sino con hacerle rey de Iturea en lugar de Filipo, su tio, que falleció poco antes, y era tetrarca de aquella provincia. Fué grande la envidia que á esta causa concibió contra él otro tio suyo llamado Heródes, tetrarca de Galilea, el que mató á san Juan Bautista y se halló en Jerusalem á la muerte de Cristo; tanto, que con intento de hacerle mal y daño se partió para Roma. Pero Agripa, su sobrino, se dió tal maña, que le acusó por sus cartas de cierta traicion que tramaba, y hizo tanto, que le desterraron á Leon de Francia, como lo sienten los mas autores por testimonio de Josefo en las *Antigüedades Judáicas*, dado que en otra parte dice que huyó por la crueldad del Emperador á España. Averiguase que le hizo compañía la famosa Herodiade, y que en el destierro dió fin á sus dias con muerte semejante á la vida, que fué torpe y sin concierto. Despues de la muerte del emperador Cayo Claudio, su tio, hermano de su padre, el cual por miedo no le matasen estaba escondido, fué de allí sacado para ser Emperador el año del nacimiento de Cristo de 42. Deseó el Senado romano y aun acometió á cobrar la libertad, mas no pudo salir con su intento, principalmente que el rey Agripa, á á la sazon de su reino vuelto á Roma, hizo grande negociacion, y fué mucha parte para que Claudio saliese con el imperio. Él, en remuneracion deste servicio, le acrecentó el señorío con nuevas tierras que le dió. Muchos vicios reinaron en este Emperador, y sobre todos el descuido fué tan grande, que Mesalina, su mujer, se le atrevió casi á vista de sus ojos de casarse públicamente con un mancebo principal llamado Silio. Verdad es que, aunque con dificultad, en fin fué ejecutada y muerta por ello; con que el Emperador hizo otro nuevo desórden, que se casó con Agripina, sobrina suya, hija de su hermano Germánico y de Agripina, bisnieta del emperador Augusto. Estaban tales matrimonios por derecho romano prohibidos; para dar color á su torpeza hizo primero una ley, en que se daba licencia que los tios libremente pudiesen casar con sus sobrinas. Al principio de su imperio envió desterrado á Séneca á la isla de Córcega; despues le llamó á Roma para hacerle maestro de su entenado Domicio Neron, que á la sazon era de cinco años, y á persuasion de su mujer pretendia nombrarle por su sucesor y anteponelle á su mismo hijo, llamado Británico, que le quedó de Mesalina. Tuvo el imperio casi catorce años. En este tiempo Turanio Grácula, español, floreció en Roma con fama de hombre erudito; asimismo Lucio Moderato Columela, natural de Cádiz, cuyos libros de agricultura andan comunmente. Séneca en sus declamaciones hace mencion de otros dos oradores españoles que vivieron por este tiempo en Roma: el uno se llamó Cornelio, el otro Clodio Turino. El mas famoso fué Porcio Latron, de quien se habló poco antes, y dél dice Quintiliano que al principio de sus razonamientos y oraciones solia alterarse y temblar mas de lo que su edad pedia y el grande ejercicio que tenia en orar. Eusebio dice que murió de cuartanas. Anda una declamacion suya contra Lucio Catilina. Algo mas viejo que todos estos era y vivia en Roma Sextilio Hena, natural de Córdoba, mas conocido por la desigualdad de su estilo y rudeza de sus versos que por su erudicion y poesía. Gobernaba por estos tiempos con nombre de despensero la España citerior Drusiliano Rotundo, liberto del emperador Claudio; la Bética un hombre principal llamado Umbonio Silio. Junto con esto se abrian en España las zanjas y se echaban los cimientos de la religion cristiana; porque Jacobo, hijo del Cebedeo, por sobrenombre el Mayor, despues que predicó en Judea y en Samaria, como lo testifica Isidoro, vino en España. Publicó la nueva luz del Evangelio primero en Zaragoza, donde por su amonestacion se edificó un templo con advocacion de la Virgen sagrada, que hoy se dice del Pilar: así lo tiene comunmente aquella gente como cosa recebida de sus antepasados y venida de unos á otros de mano en mano. Nosotros no teniamos propósito de alterar opiniones semejantes. Concuerdan en que vuelto de España á Jerusalem, la causa no se sabe; pero que en aquella santa ciudad fué martirizado en los dias de los ácimos á 25 de marzo por Heródes Agripa, que pretendia por esta manera dar un principio agradable al reino que Claudio le habia dado de los judíos. Sobre el año en que padeció hay alguna diversidad; mas del ciclo hebreo se saca que el año 42 de Cristo los judíos celebraron su Pascua sábado á 24 de marzo, y comenzaron los dias de los ácimos ó pan conceño, en los cuales dice san Lúcas en los *Actos* que le dieron la muerte. Su cuerpo fué tomado por sus discípulos, y puesto en una nave, costearon la mayor parte de España. Finalmente, á 25 de julio aportó á la ciudad de Iria Flavia, que en lo postrero de Galicia hoy se llama el Padron; de donde á 30 dias de diciembre, aunque el año no se sabe, le trasladaron á Compostela, lugar consagrado y venerado de todo el mundo por estar allí aquel sagrado sepulcro. En toda España se hace fiesta y memoria deste santo Apóstol el dia que llegó á España, y el en que fué trasladado; pero en el mes de marzo, cuando fué muerto, no se le hace fiesta por estar la Iglesia ocupada con el ayuno de la Cuaresma y con las lágrimas de la penitencia, costumbre muy guardada antiguamente de no celebrar en aquel tiempo fiesta de ningun santo. Estuvo el cuerpo deste Apóstol olvidado por largos tiempos hasta tanto que en tiempo del rey don Alonso el Casto, por los años del Señor de 800, fué descubierto por amonestacion divinal, y en el mismo lugar edificaron en su nombre un muy famoso templo, donde ha sido siempre muy reverenciado. Acrecentóse esta devocion cuando el rey don Ramiro, que reinó poco despues de don Alonso, en la famosa batalla de Clavijo, con la ayuda deste glorioso

Santo venció una innumerable morisma, y por medio desta victoria libró á los cristianos de un gravísimo tributo, que cada un año entregaban á los moros por parias cien doncellas escogidas, que era una servidumbre miserable. Por esta causa desde entonces se dió principio á la costumbre que tienen los soldados españoles de apellidar el nombre de Santiago y invocar su ayuda al tiempo del pelear. Asimismo en memoria deste beneficio por voto se obligaron de pagar cada un año al templo de Santiago de cada yugada de tierras cierta medida de trigo; costumbre que, por haberse alterado muchas veces, los pontífices romanos con diversas bulas expedidas á este propósito la han renovado, y hoy dia en gran parte de España se guarda. Tiénese por cierto que el tiempo que estuvo Santiago en España se le llegaron muy pocos discípulos; los que mas dicen, cuentan nueve escogidos entre los demás; es á saber, Pedro, obispo de Ebora en Portugal, en cuyo lugar otros ponen á Tesifonte, obispo bergitano, que fué una ciudad no léjos de la que hoy llamamos Almería; Cecilio, eliberritano, que era una ciudad cerca de donde hoy está Granada; Eufrasio, illiturgitano; Secundo, obispo de Avila; Indalecio, urcitano (Urci se entiende era un pueblo que hoy se llama Verga en los confines de Navarra); Torcuato, accitano, que es lo mismo que obispo de Guadix; Hesiquio, cartesano, no léjos de Astorga; por conclusion, Atanasio y Teodoro, guardas que fueron del sepulcro sagrado, como se tiene por fama, y aun sus sepulcros se muestran del uno y del otro lado del en que está el Apóstol. Algunos escritores piensan que todos estos que llaman discípulos de Santiago, fueron enviados en España por los sagrados apóstoles san Pedro y san Pablo para predicar en ella el Evangelio de Cristo. Pelagio, obispo de Oviedo, que escribió su historia habrá quinientos años, cuenta por discípulos de Santiago á los siguientes: Calocero, Basilio, Pio, Grisógono, Teodoro, Atanasio y Máximo. La antigüedad destas cosas y de otras semejantes, junto con la falta de libros, hace que no nos podamos allegar con seguridad á ninguna destas opiniones ni averiguar con certidumbre la verdad. Quedará al lector libre el juicio en esta parte.

CAPITULO III.

Del emperador Domicio Neron.

A Claudio mató con yerbas que le dió un eunuco que le servia de maestresala y le hacia la salva; otros dicen que Agripina, su mujer, por ver emperador á su hijo Domicio Neron, deseo muy perjudicial para ella misma. Lo que consta es que pasó desta vida el año de 55 de Cristo. Domicio, su entenado y sucesor, gobernó el imperio catorce años, los cinco primeros muy bien, como lo testificaba el mismo Trajano; despues con la edad se despeñó en todo género de torpezas y crueldades, no de otra manera que cuando una bestia fiera se suelta de donde está encerrada, que todo lo asuela, en tanto grado, que dió la muerte á su misma madre, con la cual primero habia pretendido usar deshonestamente. Lo mismo hizo con una su tia y dos mujeres que tuvo, Octavia y Popea, sin perdonar á Séneca, su maestro, ni al inclito poeta Lucano, hijo que fué de Mella, hermano de Séneca, ni á otro gran número de gente principal: cruel carnicería y fea. Pero en lo que mas se señaló su torpeza fué que, á manera de mujer, tomó el velo y se casó públicamente con un mozo, como si fuera su marido; y al contrario, hizo abrir un muchacho á manera de mujer para casarse con él: tanto puede un apetito desenfrenado. En el teatro, á manera de representante, cantaba y tañia delante de todo el pueblo muchas veces. Pasó tan adelante su locura, que para holgarse y como por burla puso fuego á la ciudad de Roma, con que se quemó casi toda. Fué grande la indignacion del pueblo por sospechar lo que era; para remedio impuso á los cristianos haber causado aquel daño, y así, fué el primero de los emperadores romanos que los persiguió y afligió con todo género de tormentos. Derramaba por una parte las riquezas que decia solo debian servir de dallas; por otra codiciaba y tomaba contra razon las ajenas, como monstruo compuesto de vicios contrarios. De la hacienda pública era pródigo, codicioso de los bienes particulares. Por este tiempo el famoso encantador Apolonio Tianeo, entre otras provincias por donde discurrió, vino tambien á España. Lo mismo hizo el apóstol san Pablo despues que se libró en Roma de la cárcel, segun que en la *Epístola á los romanos* mostró desearlo y pretenderlo. Así lo dicen graves autores, y aun se tiene por cierto que en este viaje puso de su mano por obispo de Tortosa á Rufo, hijo de Simon el Cireneo, aquel que ayudó á llevar la cruz á Cristo, y hermano de Alejandro. Asimismo Beda y Usuardo testifican que dejó por obispo de Narbona á Sergio Paulo, al cual, de procónsul que era en la isla de Chipre, convirtió en siervo de Cristo, segun que en los *Actos de los Apóstoles* se refiere. Y aun no falta quien diga que llevó consigo á Jeroteo, por sobrenombre el Divino, maestro de Dionisio Areopagita, de España donde era natural y tenia cargo del gobierno, como persona que era de grande autoridad y prudencia. Otros contradicen todo esto por razones que aquí no se refieren. Porque lo que el Metafraste afirma que el apóstol san Pedro asimismo vino á España, los mas eruditos lo tienen por engaño y cosa sin fundamento; verdad es que desde Roma envió á san Saturnino por primer obispo de Tolosa la de Francia, al cual sucedió Honorato, cántabro de nacion, que envió á Firmino, hijo de Firmo, á predicar el Evangelio en lo mas adentro de Francia. Obedeció él, y predicó primero en Angers, despues en Beoves, y últimamente en Amiens; y fué el primer obispo de aquella ciudad, y en ella derramó su sangre, y como á tal le hacen fiesta y tienen templo consagrado en su nombre. Honesto, sacerdote de Saturnino, enviado por él á Pamplona para enseñar en aquella ciudad y su comarca el Evangelio, fué maestro de Firmino, y le enseñó en su tierna edad, ca era natural de Pamplona; pero esto sucedió algo adelante. Habia Servio Sulpicio Galba gobernado la España citerior por espacio de ocho años. Era ya muy viejo y de mas de setenta años cuando le nombraron emperador con esta ocasion; Julio Vindice, á cuyo cargo estaba la Gallia Narbonense, alterado por las crueldades de Neron y por las demás torpezas suyas, convidó á Galba como persona de grande autoridad, y le requirió por sus cartas que acudiese al remedio de tanto mal con aceptar el imperio. Excusóse Galba de hacer esto por su mucha edad y por la grandeza del pel[illegible]ro; por esto el mismo Vindice se declaró y tomó las ar[illegible] contra [illegible] Sabido lo que pasaba en la Gallia,

Galba asimismo en una junta de personas principales que de toda España tuvo en Cartagena, con un razonamiento muy cuerdo relató las causas por donde le parecia, no solo lícito, sino necesario acudir á las armas en aquella demanda y socorrer á la república. Dijo que Neron era un cruel monstruo y fiero, cuyos vicios con ningun sacrificio se podian mejor atajar que con su misma sangre; que todos ayudasen á la madre comun afligida y echada por tierra, antes que con aquel fuego se abrasasen todas las provincias, con el cual casi toda la nobleza romana y muchas otras familias estaban acabadas; tan grande era la crueldad y fiereza de aquel hombre, si se debia llamar hombre, y no antes bestia fiera. Lo que por los otros pasaba podia tambien avenir á los demás y á cada cual de los que allí presentes se hallaban, pues ni la inocencia de la vida ni la honestidad de las costumbres eran parte para librar á ninguno de aquel tirano, que se gobernaba, no por razon, sino por fuerza y antojo. Si su propio peligro no bastaba para despertarlos, mirasen á lo menos por sus hijos, por salvar á los cuales las mismas bestias se meten por el hierro y por las llamas, forzadas del amor natural que tienen á los que engendraron. Acaso se hallaba presente un niño que, sin respeto de su tierna edad, habia sido desterrado á Mallorca por Neron. Encendidos pues los que presentes estaban con tal espectáculo y con el razonamiento que les hizo Galba, con grande alarido, que todos se levantaron, le apellidaron Augusto y emperador; mas él no quiso aceptar el tal nombre, antes protestó que seria capitan del pueblo romano y lugarteniente del Senado contra Neron, que fué una modestia notable. Mucho ayudó para llevar adelante estos intentos Oton Silvio, gobernador que á la sazon era de la Lusitania, y los años pasados tuvo grande cabida con Neron; que aprobó el consejo de Galba, y resuelto de correr la misma fortuna con él, acuñó todo el oro y plata, que tenia en gran cantidad, para los gastos de la guerra y paga de los soldados. Por todo lo cual fuera digno de inmortal renombre si acometiera tal empresa en odio del tirano, y no pretendiera vengar sus disgustos particulares y la afrenta que le hizo Neron en tomarle por su combleza á Popea Sabina, su mujer; para gozar de la cual mas á su voluntad con muestra de honrar á Oton le alejó de Roma y le hizo gobernador de la Lusitania, que era lo postrero de España y del mundo. Hecho esto y despues de la muerte que dió Neron á Octavia, su mujer, hija del emperador Claudio, se casó con Popea, que fué nuevo dolor para el otro marido y nueva afrenta. Tuvo Oton, así por esta ayuda como por ser persona de ingenio, el primer lugar acerca del nuevo Emperador, aunque en competencia de Tito Junio, su lugarteniente; bien que se le adelantaba en ser mas amado del pueblo, porque sin mirar á interés daba la mano á los necesitados, y Junio acostumbraba á vender los favores del nuevo Príncipe, por donde tenia ofendida gran parte de la gente y de los soldados. Julio Vindice en la Gallia, donde se declaró contra Neron, vencido en batalla, se dió á sí mismo la muerte. Virginio Rufo, que fué el que le desbarató, no quiso tomar el imperio para sí como pudiera; antes lo remitió todo á la voluntad del Senado, que fué una señalada templanza y modestia. Esto mandó que despues de su muerte se [illegible]co cortado en su sepultura y lucill[illegible]:

¿QUIÉN YACE AQUÍ? RUFO.
¿EL QUE AL TIRANO
VINDICE VENCISTE? SÍ;
MAS NO EL SCEPTRO
TOMÉ. ¿PUES QUIÉN?
MI PATRIA DE MI MANO.

Mucho se alteró Galba con las nuevas del desastre de Vindice; parecia que la fortuna ó fuerza mas alta era contraria á sus intentos. Recogióse casi perdida la esperanza á la ciudad de Clunia (este nombre está corrompido en Plutarco, que pone colonia por Clunia, como se entiende por las monedas que se hallan en España de Galba, por las cuales se ve que en aquella ciudad le dieron el imperio); pero no tardó de llegar otra nueva de la muerte de Neron, con que volvió sobre sí y cobró ánimo. El caso pasó de esta manera. Luego que el Senado tuvo aviso de lo que Julio Vindice en la Gallia y despues Galba en España hicieron, que fué levantarse contra Neron y tomar las armas, entraron en pensamiento que podrian derribar al tirano. Con este intento hicieron un decreto en que declararon á Neron por enemigo de la patria. Llegó el negocio á que sus mismas gentes y criados le desampararon, como suelen todos aborrecer á los malos. Huyó él y escondióse cerca de Roma en una heredad de un su liberto llamado Faonte; allí, perdida la esperanza de salvarse, por no venir á las manos de sus enemigos, se dió á sí mismo la muerte en edad que tenia de treinta y dos años. Desta manera acabaron las maldades deste príncipe, y en él la alcuña de los Césares y Claudios, que tantos años tuvieron el imperio de Roma. Túvose por entendido, principalmente entre los cristianos, que sanó de la herida, y que á su tiempo se mostraria al mundo con oficio de Antecristo. Lo cierto es que Galba, avisado de lo que pasaba, acordó de partir sin dilacion para Roma; llevó en su compañía para guarda de su persona y para todo lo que sucediese una legion de soldados escogidos de todas las partes de España. Llevó otrosí á Fabio Quintiliano, natural de Calahorra, que fué aventajado en la profesion de la retórica. Sus instituciones oratorias estuvieron perdidas por mas de seiscientos años. Hallólas y sacólas á luz Pogio Florentin en tiempo del concilio de Constancia en cierto monasterio de aquella ciudad. Las declamaciones que andan al fin de aquella obra en su nombre, por el mismo estilo, se entiende fueron de otro autor. A la sazon que acabó Neron era cónsul en Roma Silio Itálico, que fué el año de Cristo de 69. Los mas sienten que este cónsul fué español; Crinito dice que nació en Roma, pero que su descendencia era de España; Gregorio Giraldo afirma que en lo uno y en lo otro hay engaño, y que fué natural de los Pelignos, pueblos del reino de Nápoles, y nació en un lugar de aquella comarca llamado Itálica, de que procedió el engaño de los que le hicieron de España por haber en ella otra ciudad del mismo nombre. La verdad es que con la edad, dejado el gobierno de la república, se retiró en cierta heredad que tenia camino de Nápoles, en que pasaba la vida y se entretenia en los estudios de poesía; y en particular escribió en verso heróico la segunda guerra Púnica que hicieron los romanos contra los cartagineses. Por el mismo tiempo floreció en Roma Séneca, llamado el Trágico, de las tragedias que compuso muy elegantes, á diferencia de Séneca

el Filósofo, con quien no se sabe si tuvo algun deudo, bien que muchos lo sospechan por convenir en el nombre y ser casi del mismo tiempo. Quintiliano hace mencion de una sola tragedia que andaba en nombre de Séneca el Filósofo, que debió perderse con el tiempo. Volvamos á Galba que, llegado á Roma, gobernó el imperio por espacio de siete meses; al cabo dellos los soldados de su guarda, que llamaban pretorianos, en un motin que levantaron le dieron la muerte. Estaban irritados por no darles el donativo de que les dieran intencion, y que ellos esperaban. Principalmente se ofendian de la severidad de Galba, cosa que costumbres tan estragadas no llevaban bien; y en particular los alteró cierta palabra que se dejó decir, es á saber, que él no compraba, sino que escogia los soldados. El que los alborotó últimamente fué Oton, por ver que Galba adoptó poco antes por su sucesor en el imperio á Pison, mancebo de grandes prendas y partes. Doliase que lo que á él se debia por lo mucho que le ayudara y sirviera se hobiese dado á otro que no lo merecia. Concertóse con algunos de aquellos soldados, y á cierto dia señalado se hizo llevar en una silla á los alojamientos de los pretorianos, donde sin tardanza fué saludado por emperador. Desde allí revolvió contra Galba, y le dió la muerte juntamente con Pison y Tito Junio; pero el poder adquirido por maldad no le duró mucho, ca solamente tuvo el imperio por espacio de noventa y cinco dias. Fué así que las legiones de Alemaña, á ejemplo de lo que hiciera el ejército de España, pretendieron que tambien podian ellos dar emperador á la república, y en efecto, nombraron por tal á su general Aulo Vitellio. Juntósele la Gallia sin dificultad; España andaba en balanzas. Acudió primero Oton, y por tenella de su parte, le otorgó que tuviese jurisdiccion sobre la Mauritania Tingitana; de que resultó por largos tiempos que los de aquella tierra acudian con pleitos á la audiencia ó convento que los romanos tenian en Cádiz, y aun quedó sujeta á los godos el tiempo que fueron señores de España. Sin embargo, Lucio Albino, gobernador de la Mauritania, para asegurar mas el partido de Oton, pasó en España; pero fué rechazado y forzado á dar la vuelta por Cluvio Rufo, al cual Galba dejó en el gobierno de España, y despues de su muerte estaba declarado por Vitellio. La conclusion y el remate destas diferencias fué que Oton, rodeado de grandes dificultades, salió al encuentro á los enemigos hasta Lombardía, do los suyos fueron vencidos cerca de un pueblo llamado Bebriaco, situado entre Verona y Cremona. Y él, luego que llegó la nueva deste desastre, en Brijelo donde se habia quedado, se dió la muerte con sus mismas manos en edad que era á la sazon de treinta y ocho años. Parecióle que con esto se excusaba que no fuese adelante aquella guerra cruel y perjudicial para ambas las partes y para todo el Imperio. Con el aviso desta victoria, Vitellio desde la Gallia, en que se entretenia, pasó los montes y se metió por Italia; llegó por sus jornadas á la ciudad de Roma, en que hizo su entrada armado y rodeado de soldados no de otra manera que si triunfara de su patria. Esto y ser el progreso de su gobierno semejante á estos principios le hizo muy odioso. Habia pasado su edad en torpezas, y con el poder continuaba la libertad de los vicios y mayores maldades; por esta causa comenzó á ser tenido en poco, y las legiones del oriente tomaron ocasion para probar tambien ellas ventura y nombrar emperador, como lo hicieron con mayor acierto y prudencia que las demás.

CAPITULO IV.

De los emperadores Flavio Vespasiano y sus hijos.

Flavio Vespasiano, cabeza que fué y fundador del linaje nobilísimo de los Flavios, en tiempo del emperador Claudio y por su mandado hizo la guerra en Ingalaterra y en una isla llamada Vecta, puesta entre Francia y la misma Ingalaterra, que dejó del todo sujeta. Con esto y con las muchas victorias que ganó en esta empresa se hizo muy conocido; pero por correr adelante los temporales muy turbios, se retiró y se fué á vivir á cierto lugar apartado, do do el año penúltimo de Neron le llamaron para encargarle la guerra contra los judíos, gente porfiada y que con grande obstinacion andaban alborotados. Grandes dificultades tuvo en esta empresa, mas al fin salió con lo que pretendia. Tenia sujetada casi toda aquella provincia cuando sus mismos soldados le nombraron y hicieron emperador. Muciano, gobernador que era de la Suria, por una parte, y por otra Tiberio Alejandro, á cuyo cargo estaba lo de Egipto, le convidaron y exhortaron á tomar el imperio; y tomada resolucion, hicieron cada cual á sus legiones que le jurasen por tal, que fué abrir camino á las otras provincias para que con grande voluntad se declarasen. Era necesario lo primero acudir á Italia, donde Vitellio estaba apoderado. Tomó este cuidado Muciano; mas anticipóse Antonio Primo, que estaba en Pannonia ó Hungría, y fué el primero que por parte de Vespasiano rompió por Italia, y cerca de Verona desbarató un ejército de Vitellio. Sucedieron otros muchos trances, que se dejan; en conclusion, el mismo Vitellio el nono mes de su imperio fué en Roma muerto en edad de cincuenta y siete años. Con esto Vespasiano, dejando á su hijo Tito para dar fin á la guerra judáica, pasó á Egipto, y desde Alejandría se hizo á la vela con buenos temporales; aportó á Italia, y llegó el año 72 de Cristo. En Roma, con gran voluntad del Senado y del pueblo, entró en posesion del imperio, que estaba para para perderse por la revuelta de los tiempos y por la mala traza de los emperadores pasados. Gobernó la república por espacio de diez años enteros con tanta prudencia y virtud, que fuera del conocimiento de Cristo, casi ninguna cosa le faltaba. Algunos le tachan de codicioso; pero excúsale en gran parte la grande falta de los tesoros públicos y los temporales tan revueltos, demás de grandes edificios que levantó en Roma, entre los demás el templo de la Paz y el Anfiteatro, dos obras de las mas soberbias del mundo. Fué el primero de los emperadores romanos que señaló salarios cada un año á retóricos latinos y griegos para que enseñasen aquel arte en Roma. Acabó su hijo de sujetar la provincia de Judea, entró por fuerza y asoló la santa ciudad de Jerusalem, triunfó en Roma juntamente con su padre. La pompa y aparato fué muy grande; llevaban delante, entre otras cosas, el candelero de oro y los demás vasos y ornamentos muy ricos y muy preciosos del templo de Jerusalem. Grande fué el número de los judíos cautivos; parte dellos, enviados á España, hicieron su asiento en

la ciudad de Mérida. Así lo testifican sus libros; si fué así ó de otra manera, no lo determinamos en este lugar. Lo que consta es que les vedó morar de allí adelante ni reedificar la ciudad de Jerusalem; demás desto, que al principio de su imperio, con intento de granjear á España y sosegarla, que estaba inclinada y aun declarada por Vitellio, otorgó á todos los españoles que gozasen de los privilegios de Latio ó Italia para que fuesen tratados como si hobieran nacido en aquellas partes. Por este tiempo Licinio Larcio era pretor de la España citerior. Deste se refiere que fué tan aficionado á las letras, y en particular por esta misma razon hacia tanto caso de Plinio, que al tanto vino á la sazon con cargo de cuestor á España, que deseaba comprar algunos de sus libros, como su *Historia natural* y otros algunos por gran suma de dinero. Deste Licinio se entiende que edificó la puente de Segovia, obra de maravillosa traza y altura, tanto, que el vulgo piensa que fué edificio del demonio; otros atribuyen esta puente al emperador Trajano, pero ni los unos ni los otros alegan razon concluyente. Lo mas cierto es que un pueblo de Galicia, que hoy se llama Betanzos y antiguamente Flavio Brigancio, y otro que se llama el Padron, y antes se llamó Iria Flavia, demás desto el municipio llamado Flavio Axatinano, hoy Lora, con otros pueblos de semejantes apellidos, fueron fundados por personas del linaje de Vespasiano, que todos se llamaban Flavios, por lo menos en gracia deste emperador ó de alguno de sus hijos tomaron los apellidos sobredichos que antiguamente tuvieron. Pocos años ha que en los montes de Vizcaya se halló una piedra con esta letra:

HIC IACET CORPUS DILELAE SERVAE IESU CHRISTI.

que quiere decir: «Aquí yace el cuerpo de Bilela, sierva de Jesucristo.» Y porque tiene notada la era 105, algunos entienden que falleció por este tiempo, y aun quieren ponerla en el número de los santos sin bastante fundamento, antes en perjuicio de la autoridad de la Iglesia, que no permite se forjen libremente nuevos nombres de santos, ni es razon que así se haga. Yo tengo por mas probable que aquella piedra no es tan antigua, antes que le falta el número milenario, como se acostumbra á callarle, y que solo señalaron los demás años; y es cierto que en tiempo de Vespasiano no estaba introducida la costumbre de contar los años por eras; fuera de que la llaneza de aquel letrero no da muestra de tanta antigüedad ni tiene la elegancia y primor que entonces se usaba, como se pudiera mostrar por una epístola de Vespasiano, que pocos años ha se halló en Cañete, pueblo que antiguamente se llamó Sabora, cuyas palabras cortadas en una plancha de cobre no me pareció poner aquí, ni en latin, porque no las entenderian todos, ni en romance, porque perderian mucho de su gracia. En nuestra *Historia latina* la hallará quien gustase destas antiguallas. Llegó el emperador Vespasiano á edad de setenta años; falleció en Roma de su enfermedad á 24 dias del mes de junio, año de nuestra salvacion de 80. Fué dichoso, así bien en la muerte que en la vida, por dejar en su lugar un tal emperador como fué Tito, su hijo, ca en todas las virtudes se igualó á su padre, y se le aventajó mucho en la afabilidad y blandura de condicion y en la liberalidad de que siempre usaba, tanto, que decia no era razon que ninguno de la presencia del príncipe se partiese descontento. Acordóse cierta noche que ninguna merced habia hecho aquel dia; dijo á los suyos: Amigos, perdido hemos este dia; y es así, que los príncipes han de ser como Dios, que ni se cansa de que le pidan, ni sin pedille de hacer á todos bien. Con estas virtudes granjeó tanto las voluntades, que comunmente le llamaban regalo y deleite del género humano. Cortóle la muerte los pasos muy fuera de sazon, ca no pasaba de 42 años. Tuvo el imperio solos dos años, dos meses y veinte dias. Falleció á 13 del mes de setiembre, año de Cristo de 82. No se averigua que haya por este tiempo sucedido en España cosa alguna notable; parece estaba sosegada, y con la paz reparaba y recompensaba los daños del tiempo pasado. Tenia tres gobernadores, como se dijo arriba; el de la Bética, el de la Lusitania y el de la España Tarraconense; todos se llamaban pretores, que ya se había tornado á usar este nombre. En la Bética se contaban ocho colonias romanas y otros tantos municipios, que eran menos privilegiados que las colonias, á la manera que entre nosotros las villas respecto de las ciudades. Las audiencias para los pleitos eran cuatro: la de Cádiz, la de Sevilla, la de Ecija y la de Córdoba. La Lusitania tenia cinco colonias y un municipio, que era Lisboa, llamada por otro nombre *Felicitas Julia;* tres audiencias: la de Mérida, la de Badajoz, la de Santaren, que entonces se llamaba *Scalabis.* La España citerior ó Tarraconense tenia catorce colonias, y aun algunos señalan mas, trece municipios, siete audiencias, es á saber: la de Cartagena, la de Tarragona, la de Zaragoza, la de Clunia, que es Coruña, la de Astorga, la de Lugo, la de Braga. Acostumbraban asimismo los pretores, acabado el tiempo de su gobierno entre tanto que aguardaban el sucesor, á llamarse legados ó tenientes, y no propretores como se usaba antiguamente. Echóse de ver y campeó mas la bondad del emperador Tito con el sucesor que tuvo y sus desórdenes, que fué su hermano Domiciano, persona desordenada y que degeneró mucho de sus antepasados, y fué mas semejable á los Nerones que á los Flavios. Sus vicios y torpezas fueron de todas suertes; su locura tan grande, que, lo que ninguno de sus predecesores hiciera, mandó que á su mujer diesen nombre de Augusta, y á él mismo de señor y de dios. Publicó un edicto, por el cual desterró de Roma y de toda Italia á todos los filósofos, como lo dice Suetonio. Yo por filósofos entiendo los que abrazaban la filosofía cristiana, por señalarse en costumbres y bondad, á la manera que los filósofos se aventajaban en esto á los demás del pueblo; por lo menos es cosa averiguada que Domiciano persiguió á los cristianos de muchas maneras. A san Juan Evangelista envió desterrado á la isla de Patmos; dió la muerte á Marco Acilio Glabrion cuatro años despues que fuera cónsul; asimismo quitó la vida por la misma causa á Flavio Clemente, persona otrosí consular, y á su mujer Flavia Domicila envió desterrada á la isla de Ponza, sin respeto del deudo que tenia con entrambos. Deste destierro fué adelante esta señora traida á Terracina, y por mandado del emperador Trajano dentro de su aposento la quemaron con todas las criadas que le hacian compañía. Esta carnicería que hacia Domiciano de cristianos, se entiende le aceleró la muerte, que pronosticaron muchos rayos que cayeron por espacio de ocho

meses continuos. Su codicia al tanto le hizo muy odioso, porque luego se apoderó de las riquezas de los mártires. Algunos para ganalle la voluntad acusáron al mayordomo de Domicila, por nombre Estefano, de tener encubierta y usurpada la hacienda de su señora. Fué avisado del peligro, acudió al remedio con ponerse á otro mayor, y fué que se conjuró con ciertas personas de dar la muerte al que se la tramaba, como lo puso por obra dentro de su mismo palacio á 18 de setiembre, año de nuestra salvacion de 97. Era á la sazon Domiciano de cuarenta y cinco años; tuvo el imperio quince años y cinco meses. Su muerte dió mucha pena á los soldados, porque, para asegurarse, les daba y permitia cuanto querian; á todos los demás fué tan agradable, que entre los denuestos que le decia el pueblo, los sepultureros le llevaron á sepultar en unas andas comunes sin pompa ni honras algunas. En el Senado que se juntó luego, sabida su muerte, muchos fueron los baldones que se dijéron contra él; y porque no quedase memoria de cosa tan mala y otros escarmentasen de seguir sus pisadas, mandaron que en toda la ciudad borrasen y derribásen las armas y insignias de Domiciano, ejemplo que imitaron las demás provincias, como se da á entender por una letra que está en la puente del rio Tamaga, cerca de Chaves, pueblo de Galicia, que antiguamente se llamó *Aquas Flavias*, donde los nombres de Vespasiano y de Tito están enteros, y el de Domiciano picádo. Parece por aquella letra que aquella puente se hizo en tiempo destos tres emperadores. Por lo que toca á España, Domiciano publicó un edicto muy extraordinario; mandó que en ella no se plantasen algunas viñas de nuevo. Debia pretender que no se dejase por esta causa la labor de los campos y la sementera; decreto por ventura digno que en nuestro tiempo se renovase. Por estos mismos tiempos Eugenio, primer arzobispo de Toledo, derramó su sangre por la fe de Jesucristo; su martirio pasó desta manera. San Dionisio Areopagita desde la Gallia, donde predicaba el Evangelio, envió á san Eugenio, como se tiene por cierto, para que hiciese lo mismo en España. Obedeció el santo discípulo á su maestro, echó la primera semilla del Evangelio por aquella provincia muy ancha, y particularmente en la ciudad de Toledo hizo mayor diligencia y fruto. Despues, ya que quedaba la obra bien encaminada, con intento de visitar á su maestro, que estaba muy adentro de Francia, partió para ella. Prendiéronle ya que llegaba al fin de su viaje; y conocido por los soldados del prefecto Sisinio, gran perseguidor de cristianos en aquellas partes, le quitaron la vida. Su sagrado cuerpo echaron en un lago llamado Marcasio, de donde con el tiempo, ya que la Francia era cristiana, Hercoldo, hombre principal, por divina revelacion le hizo sacar y llevar á Diolo, que era una aldea por allí cerca, y en ella edificaron un templo de su nombre para mas honrarle. Desde allí, con ocasion de cierto milagro, fué trasladado y puesto en el famoso templo de San Dionisio, que está á dos leguas pequeñas de Paris. Pasaron adelante muchos años, hasta que en tiempo del rey de Castilla don Alonso el Emperador, y por su intercesion y la mucha instancia que sobre ello hizo, Ludovico VII, rey de Francia, su yerno, le dió un brazo de san Eugenio para que se trajese á Toledo. Fué gran parte para todo don Ramon, arzobispo de Toledo, ca en tiempo del papa Eugenio III, y por su mandado yendo al concilio que se celebraba en Rems de Francia, de camino en Paris tuvo noticia de aquel cuerpo santo, y acabado el concilio la dió en España; que de todo punto estaba puesta en olvido cosa tan grande. Esta fué la primera ocasion de traer aquella santa reliquia á Toledo. Lo demás de aquel sagrado cuerpo, á instancia del rey de España don Filipo el Segundo, dió su cuñado Cárlos IX, rey de Francia, para que asimismo se trajese á la dicha ciudad, donde entró con grande aparato y majestad el año de 1565; y en la iglesia Metropolitana fué puesto en propia capilla debajo del altar mayor. No falta quien sospeche que un cierto Filipo, enviado por san Clemente por obispo en España, ó un Marcelo, que san Dionisio en Francia le dió por compañero, como se ve en la *Vida de San Clemente*, escrita por Micael Sincello, fué el que nosotros llamamos Eugenio, y que este nombre de Eugenio, que es lo mismo que bien nacido, le dieron por la nobleza de su linaje, y el otro, cualquiera que fuese de los dos, era su nombre propio que recibió de sus padres. Muévense á sospechar esto por no hallarse mencion de san Eugenio en algun autor grave y antiguo, y asimismo porque no hay alguna otra memoria de los sobredichos Filipo y Marcelo. Pero estas conjeturas ni son bastantes del todo, ni del todo se deben menospreciar; podrá cada cual sentir como le agradare. Cosa mas cierta es que en tiempo deste Emperador florecieron en Roma tres poetas españoles muy conocidos por sus versos agudos y elegantes; el primero fué Marco Valerio Marcial, vecino de Bilbili, pueblo situado cerca de donde hoy está Calatayud; el segundo Cayo Canio, natural de Cádiz; el postrero Deciano, nacido en Mérida la Grande.

CAPITULO V.

De los emperadores Nerva, Trajano y Adriano.

Por muerte de Domiciano el Senado nombró por emperador á Cayo Nerva, viejo de grande autoridad, pero ocasionado á que por el mismo caso le menospreciasen. Conoció este peligro, y en parte lo experimentó. Acordó para asegurarse de adoptar por hijo y nombrar por compañero suyo y sucesor á M. Ulpio Trajano, hombre principal y muy esclarecido en guerra y en paz; era español, natural de Itálica, ciudad puesta muy cerca de Sevilla. Dió asimismo por ningunos los decretos y edictos de Domiciano, con que muchos volvieron del destierro, y en particular san Juan Evangelista, de la isla de Patmos á su iglesia de Efeso. Algunas otras cosas se ordenaron á propósito de concertar la república y reparar los daños pasados. Imperó Nerva solos diez y seis meses, y por su muerte Marco Ulpio Trajano, su hijo adoptivo, se encargó del imperio por el mes de febrero del año de nuestra salvacion de 99. Igualaron sus muchas virtudes á la esperanza que dél se tenia. Ayudó á su buen natural la excelencia del maestro, que fué el gran filósofo Plutarco, cuya anda una epístola escrita al mismo Trajano al principio de su imperio, no menos elegante que grave en sentencias. La suma es avisarle cómo se debia gobernar; que si enderezase sus acciones conforme á la regla de virtud y enfrenase sus antojos, fácilmente gobernaria á sus súbditos sin reprehension; que el desórden de los príncipes no solo acarrea daño

para ellos mismos, sino tambien infamia para sus maestros; á los cuales fué á las veces perjudicial la soltura de sus inobedientes discípulos; que con aquella amonestacion pretendia acudir á todo, porque, si siguiese su consejo alcanzaria lo que deseaba, donde no, protestaba delante de todo el mundo que no tenia parte en sus desórdenes, si algunos hiciese. Dos puentes levantó Trajano de obra maravillosa, la una en Alemaña sobre el Danubio, rio el mas caudaloso de toda Europa, la otra en aquella parte de España que llamamos Extremadura, y se llama la puente de Alcántara, puesta sobre el rio Tajo; y parece por un letrero antiguo que allí está que se hizo repartimiento para el gasto entre muchos pueblos de aquella comarca. Es esta obra una de las principales antiguallas de España. En el Andalucía, en un pueblo llamado Azagua, de la órden de Santiago, hay dos piedras en aquel alcázar, basas que fueron de dos estatuas puestas en memoria de Matidia y de Marcia, hermanas de Trajano, como se entiende por sus letras. Por este mismo tiempo los soldados de la séptima legion, que se llamaba Gemina, desamparada la ciudad de Sublancia por estar puesta en un ribazo en las Astúrias, dos leguas mas abajo fundaron un pueblo, que de los fundadores se llamó Legio, y hoy es la ciudad de Leon, de poca vecindad, pero muy antigua, y que en un tiempo fué asiento de los reyes de Leon, cuando despues de la destruicion de España las cosas de los cristianos comenzaron á levantar cabeza. Gobernó Trajano la república por espacio de diez y nueve años y medio. Levantó contra los cristianos el año tercero de su imperio una persecucion la mas brava que se pudiera pensar, tanto mas, que todos le tenian por príncipe templado y prudente en lo que hacia. Aplacóse algun tanto cinco años adelante á causa que Plinio el mas mozo, procónsul á la sazon de Bitinia, le avisó por una carta suya que la supersticion cristiana, así la llamaba, se debia reprimir mas con maña que con fuerza, por estar derramada, no solo por las ciudades, sino tambien por las aldeas, y no probarse á los cristianos delito alguno, fuera de ciertas juntas que hacian antes del dia para cantar himnos en alabanza de Cristo. Respondió Trajano que no se hiciese pesquisa contra los cristianos, pero que si fuesen denunciados, los castigasen. Murieron en esta persecucion cristianos sin número y sin cuento. Ni aun España quedó libre y limpia desta sangre; entre los demás fué martirizado Mancio, primero obispo de Ebora, italiano de nacion y nacido en la via Emilia, como algunos sienten, hasta decir que fué uno de los setenta discípulos de Cristo. Su cuerpo, al tiempo que los moros se apoderaron de España, de Ebora, donde padeció, fué llevado á diversas partes, y últimamente reparó en las Astúrias. Tiene un rico monasterio con su advocacion á una legua de Medina de Rioseco en un lugar llamado por esta causa Villanueva de San Mancio. Padecieron asimismo Macario, Justo y Rufino, no en Roma, como algunos dicen, sino en Sevilla, como Dextro lo testifica, ciudad que antiguamente se llamó tambien Rómula, como se halla en algunas piedras que allí se conservan, y debió ser la ocasion deste tropiezo. Falleció Trajano en Cilicia, en una ciudad llamada entonces Selinunte, y adelante *Trajanopolis*, que es lo mismo que ciudad de Trajano, en sazon que volvia de la guerra de los Partos á Roma, en que, sin embargo de su muerte, metieron sus cenizas en un solemne triunfo que le concedieron por dejar vencidos y allanados á los enemigos; cosa que no se otorgó á otro ninguno antes ni adelante que despues de muerto triunfase. Tuvo con este Emperador gran cabida Celio Taciano, procurador del fisco. Este se dió tan buena maña, que fué buena parte para que Trajano señalase por su sucesor á Elio Adriano, cuyo ayo era tambien Taciano; pero mas hizo al caso para esto el amor que la Emperatriz le tenia, y sobre todo que estaba casado con Sabina, hija de hermana del mismo Trajano, y aun tambien era deudo suyo y natural de Itálica, patria del mismo Trajano. Elio Sparciano le hace natural de Roma, y dice que su padre tuvo el mismo nombre que él, y su madre fué Domicia Paulina, matrona principal nacida en Cádiz. Sus virtudes y prendas muy aventajadas, y el conocimiento que tenia de muchas cosas le ayudaron mas que otra cosa ninguna. Luego que se encargó del imperio, con intento de visitar todas las provincias, partió de Roma, y por Alemaña pasó á Ingalaterra, de allí revolvió hácia España, despues á Africa y al Oriente, siempre con la cabeza descubierta, y las mas veces á pié. En este largo viaje se dice que en Tarragona corrió gran peligro de la vida, á causa que cierto esclavo, estando descuidado, arremetió á él con la espada desnuda; entendióse que estaba fuera de sí, y sin otro castigo le entregó á los médicos para que cuidasen dél. Dividió á España, como lo testifica Sexto Aurelio Victor, en seis provincias, la Bética, la Lusitania, la Cartaginense, la Tarraconense, la Galicia y la Mauritania Tingitana. Y segun se entiende por algunos letreros deste tiempo y algunas leyes del *Código de Justiniano*, los gobernadores de la Bética y de la Lusitania á esta sazon tenian nombre de legados consulares, y de presidentes los que tenian cargo de las otras cuatro provincias. No tuvo este Emperador sucesion; por esta causa adoptó por hijo y nombró por emperador despues de su muerte á Ceyonio Commodo Vero, padre del otro Vero que imperó adelante junto con Marco Antonio el Filósofo. Dióle luego nombre de César con retencion para sí del de Augusto. Deste principio se tomó la costumbre que se guardó adelante que los hijos ó sucesores de los emperadores antes de heredar se llamasen Césares. A instancia de los judíos revocó la ley de Vespasiano, en que les vedaba el poblar la ciudad de Jerusalem; dióles licencia para que la reedificasen en un sitio algo apartado de donde estaba primero; y mudado el nombre antiguo de Jerusalem, mandó que se llamase Elia. Con esta ocasion y alas que les dió, y principalmente por quitarles la circuncision, y por un templo de Júpiter que hizo edificar junto á la nueva ciudad, tomaron de nuevo las armas y se rebelaron; pero en breve fueron sujetados, y pereció gran número dellos en Betera ó Botoron, en que se hicieron fuertes con su caudillo, que llamaron adelante, avisados por su daño, Barcosban, que es tanto como hijo de mentira, ca los sacó de juicio con decir que él era el Mesías prometido, como lo testifican los libros de los hebreos. Ordenó otrosí el onceno año de su imperio que ninguno fuese castigado por ser cristiano si no le averiguaban algun otro delito. Tomó este acuerdo movido por las apologías que en favor de los cristianos le presentaron en Aténas Aristides y Cuadrato, personas de gran nom-

bre. Asimismo Sereno Granio, procónsul de Asia, le escribió una carta en el mismo propósito. Por todo lo cual se aficionó tanto á los cristianos, que trató de poner á Cristo en el número de los dioses, y en las ciudades hizo edificar templos sin imágenes, es á saber, de las que los gentiles usaban. Demás desto, por entender que el imperio romano era tan grande que con su mismo peso se iba á tierra, determinó ponerle aledaños. Hizo para esto derribar la puente que Trajano levantó sobre el Danubio, y á la parte del oriente quiso que el rio Eufrates fuese el postrer lindero del imperio hasta desamparar lo que de la otra parte de aquel rio tenian conquistado. Grande fué la gloria que ganó por todas estas cosas. Tuvo falta de salud, tanto, que en Bayas, por huir de las manos de los médicos, con no comer se mató. Gobernó el imperio veinte y un años. Hizo dos cosas muy feas: la primera, que quitó los cargos y redujo á vida particular á su ayo Taciano, sin embargo de lo mucho que le habia servido, y no contento con esto, despues le hizo morir; para aviso de cuán presto el favor de los príncipes se muda y se trueca, y á las voces grandes servicios se pagan con extrema ingratitud. Fué Taciano español y natural de Itálica, patria destos dos emperadores. La otra fué peor, es á saber, que por el contrario le cayó tan en gracia Antinoo, mozo con quien usaba torpemente, que de la suciedad del retrete le sacó y puso en el número de los dioses; ca le edificó templo y una ciudad en Egipto de su nombre para eterna memoria de su deshonestidad y soltura, mancha muy fea de las virtudes que tuvo. En este tiempo Basilides en Egipto y Saturnino en la Suria despertaron la secta de los gnósticos, que confundia las personas divinas y sujetaba el libre albedrío y sus acciones á la fuerza del hado y de las estrellas, además que decian que la justicia cristiana depende solamente de la fe. Un discípulo de Basilides, llamado Marco, vino á España, y en ella sembró esta mala semilla. Allegáronsele entre otros una cierta mujer, llamada Agape, y un retórico, por nombre Helpidio. Destas cenizas y rescoldo, Prisciliano los años adelante encendió un grande fuego, como se tornará á decir en su tiempo y lugar.

CAPITULO VI.

De los tres emperadores Antoninos.

Falleció Commodo Vero poco despues que fué adoptado y nombrado por César. Tenia poca salud, y no parece hizo cosa alguna memorable. Entró en su lugar y cargo Tito Elio Antonino, y así despues de la muerte Adriano sin contradiccion sucedió en el imperio el año de Cristo de 139. En veinte y dos años y siete meses que imperó mantuvo todas las provincias en tanta paz, que fué tenido por muy semejante á Numa, entre los reyes de Roma amicísimo de la paz. Todos holgaban de obedecer á príncipe tan bueno, y él no se descuidaba en granjear á todos con buenas obras. En lo que mas se señaló fué en la clemencia y mansedumbre, virtudes que le dieron renombre de Pio y de Padre de la patria. No persiguió á los cristianos como lo hicieron los emperadores pasados. Quitó y reformó los salarios públicos á los que no servian sus oficios, como á gente que era carga pesada de la república y de ningun provecho. Suya fué aquella sentencia dicha antes por Scipion: «Mas quiero salvar un ciudadano que matar cien enemigos.» No se sabe cosa alguna que hiciese en España; su nombre empero se halla en algunos letreros romanos de aquel tiempo, que no se ponen aquí. Murió Antonino Pio cerca de Roma de su enfermedad el año 162. Dejó por sucesores suyos á su yerno Marco Aurelio Antonino, por sobrenombre el Filósofo, y á Antonino Vero, hijo del otro Commodo Vero que adoptó Adriano. Fué esta la primera vez que se vieron en Roma dos emperadores con igual poder y mando. Falleció Vero nueve años adelante de su enfermedad. Señalóse en que renovó la persecucion contra los cristianos. Sosegó en el Oriente los movimientos que los persas habian levantado. Fué el primero, segun se entiende, que dió á los gobernadores de las provincias título de condes. Por su muerte quedó Marco Aurelio Antonino con todo el cuidado del imperio. Príncipe aventajado en bondad y virtudes; de sus estudios y doctrina el nombre de Filósofo da bastante testimonio. Hizo en persona guerra á los marcomanos, gente septentrional, que hoy son los moravos. Padecia grande falta de agua al tiempo de encontrarse con los enemigos, y la gente toda para perecer de sed. Iban en su compañía muchos cristianos alistados en la duodécima legion, por cuyas oraciones cayó tanta agua, que se remedió la necesidad. La tempestad y torbellino fué tal, que con los rayos y relámpagos, que daban de cara á los enemigos, quedó la victoria por los romanos. Muchos hacen mencion desto suceso tan notable. Julio Capitolino dice que por las oraciones del Emperador se aplacaron los dioses y cayó la lluvia. A nuestros escritores, muchos y muy antiguos que refieren la cosa como está dicho, favorece Dion y una carta del Emperador que anda en griego y en latin sobre el caso, además del nombre de *Fulminatrix* que se dió á aquella legion, y quiere decir echadora de rayos, cuyo rastro del sobredicho nombre queda en Tarragona en un huerto de Juan de Melgosa, donde hay un epitafio con estas palabras vueltas de latin en romance:

Á LOS DIOSES DE LOS DEFUNTOS. Á JULIO II, QUE VIVIÓ TREINTA Y NUEVE AÑOS, DOS MESES Y DIEZ DIAS, JULIO JOSCO, DE LA DUODÉCIMA LEGION LANZADORA DE RAYOS, Á SU LIBERTO BUENO Y LEAL LO HIZO.

Fuera desta inscripcion, que es harto notable, hay en Barcelona en las casas de los Requesens delante la iglesia de los santos Justo y Pastor un testamento deste tiempo cortado en muchas piedras, la mas señalada antigualla que deste genero se conserva en España. Por él se entiende que la usura centésima de tiempo de los romanos era cuando se acudia cada un año al acreedor con la octava parte del principal, que es lo mismo que á razon de doce por ciento; de manera que en espacio de cien meses se doblaba el caudal, de do se llamó usura centésima, ó sea porque al principio de cada mes, cuando acostumbraban á hacer las pagas, daban al logrero la centésima parte de dinero que prestó. Las palabras del testamento no pongo aquí por ser largo; la suma de lo que contiene es: «Que Lucio Cecilio, centurion de la legion séptima Gemina y dichosa, y de la legion décimaquinta Apollinar, que sirvió á los emperadores Marco Aurelio Antonino y Aurelio Vero y tuvo otros diferentes cargos, manda á la república de Barcelona siete mil y quinientos denarios con cargo

que de las usuras semises, que era la mitad de la centésima, es á saber, seis por ciento, del dicho dinero hiciesen espectáculos de luchadores todos los años á 10 de junio, en que se gastasen docientos y cincuenta denarios; y el mismo dia se diesen docientos denarios para aceite á los luchadores. La cual manda hace debajo de ciertas condiciones; si no las cumpliesen, sustituye en la dicha manda con las mismas cargas á la república de Tarragona para que haya y lleve el dicho dinero. » Tuvo Marco Aurelio Antonino el imperio diez y nueve años y un mes. Fallecio á 17 de marzo el año de Cristo 181. Grande fué la fama de sus virtudes, y no menor la afrenta de su casa á causa de la mucha soltura de la emperatriz Faustina, su mujer, la cual, como quier que ni la pudiese remediar, ni se resolviese de apartalla de sí, pareció amancillar la majestad del imperio. Por lo demás su memoria y la de Antonino Pio, su suegro, fué en Roma tan agradable, que el emperador Septimio Severo, que tuvo el imperio poco adelante, hizo una ley en que ordenó que todos los emperadores despues dél se llamasen Antoninos, no de otra manera que antes se llamaban Augustos. Verdad es que Elio Aurelio Commodo Antonino, luego que sucedió á su padre, con la torpeza de sus costumbres escureció en alguna manera el lustre de aquel nombre y alcuña. Fué Augusto de título, el ánimo esclavo y sujeto á todos los vicios. Entendióse que una concubina suya, llamada Marcia, le dió bebedizos, con que le trastornó el seso; por lo menos la misma fué causa de su muerte por haber hallado en cierto memorial su nombre entre el de otros muchos que Commodo pretendia matar. Comunicó el caso con un eunuco por nombre Narciso; concertaron los dos de darle la muerte, ejecutáronlo primero con yerbas que le dieron, y despues, porque la fuerza de la ponzoña se tardaba, le ahogaron. Vivió treinta y dos años solamente; dellos imperó los doce y mas ocho meses y quince dias. Dícese que tuvo trecientas concubinas y otros tantos mozuelos escogidos para sus deshonestidades entre todos los que se aventajaban en hermosura. Fué el primero de los emperadores romanos que vendió los oficios y gobiernos, cosa muy perjudicial y dañosa. Julio Capitolino dice que el tercer abuelo de Commodo se llamó Annio Vero, y que fué español, natural del municipio Sucubitano, que estaba en la Bética, hoy Andalucía. No falta quien diga que por este tiempo padecieron los santos mártires Facundo y Primitivo á la ribera de Cea, rio que de los montes de Astúrias discurre por lo interior de Castilla. Atico, presidente de Galicia, convidó á todos los soldados de aquella provincia para que se hallasen á cierto sacrificio; los dos santos no quisieron obedecer á este mandato, por lo cual los borró de las listas de los soldados; y atormentados en diversas maneras, al fin con una segur les cortó las cabezas. Honraron los cristianos sus sagrados cuerpos; edificaron en aquel mismo lugar un templo de su nombre. De allí cuando los moros estuvieron apoderados de España fueron diversas veces llevados para mayor seguridad á las Astúrias. Finalmente, en tiempo de don Alonso el Magno y despues por mandado del rey de Castilla don Fernando el Primero los volvieron al mismo lugar, y reedificaron el sagrado templo con un monasterio de monjes Benitos junto á él, que hoy se llama de Sahagun, y es uno de los principales santuarios de España.

CAPITULO VII.

De los emperadores Severo y Caracalla.

El emperador Commodo fué muerto año del Señor de 193. Sucedió en el imperio Helvio Pertinaz, nacido de padre libertino, que era tanto como de casta de esclavos. Era muy viejo, de edad de setenta años. Tuvo el imperio solos dos meses y veinte y ocho dias. Los mismos que mataron á Commodo, por ser su bondad tan conocida, dieron órden para que le diesen el sceptro, que los soldados pretorianos le quitaron juntamente con la vida dentro de su mismo palacio. La libertad y soltura del tiempo pasado hacia que llevasen mal la disciplina militar, que Pertinaz pretendía poner en su punto; que la reformacion de las costumbres es á los malos á par de muerte. Fué docto en las lenguas latina y griega; estudió en su menor edad derechos, y tuvo en ellos por maestro á Sulpicio Apollinar, aquel cuyas periocas ó argumentos andan al principio de las comedias de Terencio. Luego que Pertinaz fué muerto, Sulpiciano y Didio Juliano acudieron á los reales de los pretorianos para, afuer de mercaderes, comprar el imperio como si estuviera puesto en almoneda. Salió Juliano con su pretension con promesa que hizo de dar á cada uno de los soldados veinte y cinco sestercios, que montan seiscientas y veinte y cinco coronas, suma que venia á ser exorbitante, y que en fin no la pudo pagar; por donde desamparado de los soldados y aborrecido del pueblo, el sexto mes adelante le dieron la muerte por órden y traza de Septimio Severo, al cual en premio desta hazaña hicieron emperador las legiones de Illírico ó Esclavonia. Nació en Leptis, ciudad de África, por otro nombre Trípoli de Berbería, que está asentada de la otra parte de la Sirte menor. Recompensó la fiereza de su natural con la valentía que tuvo muy grande, con que hizo grandes efectos; por donde vulgarmente se dijo que, ó no debiera nacer, ó no debiera morir. Mostró su severidad en el castigo que dió á los pretorianos que tuvieron parte en la muerte de Pertinaz, ca despojados de las armas y de los vestidos, los desterró de Roma y de cien millas al rededor. En muchas guerras salió vencedor; en el Oriente sujetó á Pescenio Nigro, que se llamaba emperador, y de camino destruyó la ciudad de Bizancio porque le cerró las puertas. En Francia venció á Albino, que estaba levantado, aquel de quien se tuvo por cierto que, á ejemplo de Arístides, compuso las *Patrañas milesias*, libro lleno de toda deshonestidad y torpeza. Asimismo desbarató por tres veces á los partos. Restituyó el gobierno de Roma en su antiguo lustre y majestad. Revolvió sobre Ingalaterra, y despues que sosegó á los ingleses, para impedir las entradas que hacian los escoceses sobre ellos por la parte que las riberas de aquella isla se estrechan mas, que es por donde Escocia parte término con lo de Ingalaterra, acordó tirar un valladar ó albarrada de mar á mar. Atajóle la muerte los pasos, que le tomó en aquella isla en la ciudad de Eboraco. Tuvo el imperio diez y siete años, ocho meses y tres dias. Las postreras palabras que dijo fueron muy notables, es á saber: «El imperio que recebí alborotado, dejo á mis hijos sosegado;

firme si fueren buenos, si malos poco durable.» Suya fué tambien aquella sentencia. «Todo lo fuí, y no presta nada.» Movió persecucion contra los cristianos el noveno año de su imperio. La carnicería fué muy grande. En España, en la ciudad de Valencia padecieron Félix, presbítero, Fortunato y Arquíloco, diáconos. Dado que algunos en lugar de Arquíloco leen Arquíleo, y aun pretenden que padecieron en Valencia, la del Delfinado de Francia, por estar cerca de Leon de Francia, de donde es averiguado que san Ireneo, obispo de aquella ciudad, los envió á predicar el Evangelio. Dejó Severo dos hijos de dos mujeres diferentes: el mayor, que se llamó Aurelio Antonino Basiano y que tuvo por sobrenombre Caracalla de cierto género de vestidura francesa así dicha que dió al pueblo luego al principio de su imperio, mató á su hermano menor, llamado Geta, que su padre señaló en su testamento por emperador y compañero de su hermano. Este hecho tan atroz le fué asaz mal contado y le hizo muy aborrecible al pueblo; y mucho mas otra nueva maldad, que fué casarse con Julia, madre del mismo Geta y su madrastra. Pasó en esta locura tan adelante, que dió la muerte á todos los que eran aficionados á su hermano; destos fué uno Sammonico Sereno, médico muy famoso, y que escribió muy aventajadamente en aquella facultad. Otro fué el gran jurisconsulto Papiniano, no por otra culpa mas de porque no quiso defender en el Senado y abonar la muerte de Geta, ca decia: «Mas fácil cosa es cometer el parricidio que excusarle.» Fué demás desto fementido, en particular con muestra que dió de querer casarse con una hija de Artapano, rey de los partos, los aseguró de manera, que en la ciudad de Carras los cogió descuidados y hizo en ellos gran matanza. No le duró mucho esta alegría, porque, como era aborrecido de todos, á tiempo que se estaba proveyendo, un soldado llamado Marcial arremetió á él y le dió de puñaladas. Era á la sazon de edad de cuarenta y tres años; tuvo el imperio seis años, dos meses y cinco dias. Su cuerpo llevaron á Antioquía, do estaba Julia, su madrastra y mujer, la cual, por el gran sentimiento con un puñal que se metió por los pechos, cayó muerta sobre su triste marido y entenado. Tragedias parecen estas. Entre las otras locuras de Caracalla se refiere que se dió á contrahacer las cosas de Alejandro Magno, bien que mas imitaba las faltas que las virtudes. En particular para remedalle traia la cabeza inclinada hácia el lado izquierdo. Opelio Macrino, prefecto del pretorio, que es lo mismo que capitan de la guardia, á cuya persuasion fué muerto Caracalla, le sucedió en el imperio con voluntad de Audencio, hombre principal á quien los soldados querian por emperador. No hizo cosa alguna señalada ni antes ni despues deste tiempo; por esto y por el poco tiempo que gozó del imperio, apenas se puede contar en el número de los emperadores. Mesa, hermana de Julia, dió órden que los soldados le matasen en Calcedonia juntamente con un hijo suyo, llamado Diadumeno. Lo cual sucedió á 7 de junio el año 219. Imperó solos trece meses y veinte y ocho dias.

CAPITULO VIII.

De los emperadores Heliogábalo y Alejandro.

Aurelio Antonino Vario, sacerdote del sol en Fe[...] que es lo que significa el nombre de Heliogábalo, fu[...] del emperador Caracalla. Hóbole en Soemis, hi[...] Mesa y sobrina de Julia. La hermosura de su ros[...] gentil parecer, muestra muchas veces engaños[...] ánimo compuesto, fueron grande parte para qu[...] soldados se le aficionasen. Ayudó otrosí la memor[...] su padre, porque para asegurarse en sus maldade[...] nia granjeada la gente de guerra con darles y pe[...] tirles cuanto querian. Sobre todo su abuela Mesa[...] su buena maña y dádivas, que no debieron faltar, a[...] á su parecer las legiones, y acabó con ellas que sa[...] sen á su nieto por emperador. Su vida y costum[...] fueron muy torpes á maravilla: dado á toda suer[...] deshonestidad, hacia y padecia lo que no se pued[...] cribir sin vergüenza. Llegó su locura á tanto, que [...] metió y intentó con artificio á mudar el sexo de v[...] grande afrenta y ultraje del imperio romano y de[...] el genero humano. No pudo el mundo sufrir mons[...] sidad tan grande; los mismos soldados de su guar[...] mataron á 10 de marzo el año de Cristo de 223. E[...] edad de diez y ocho años; tuvo el imperio tres a[...] nueve meses y cuatro dias. Fué el primero de los [...] peradores romanos que usó de vestidura toda de [...] que antes dél solo aforraban de seda los vestidos, q[...] aquel tiempo se compraba á peso de oro. Tambi[...] dice que desde el tiempo de Heliogábalo y por s[...] den se introdujo la costumbre que los esclavos e[...] vendimias echasen pullas á sus amos y se bur[...] con ellos de palabra. El sucesor de Heliogábalo f[...] primo hermano Severo Alejandro, que ya era César[...] yas virtudes igualaron á los vicios de su antec[...] grande y señalado emperador si la muerte no le[...] jara. Lo primero, conforme á la costumbre de los [...] tianos, á ninguno encargó gobierno alguno antes q[...] publicasen para sí le tachaba alguno. No quiso ve[...] los oficios y gobiernos, ca decia: «El que com[...] forzosamente ha de vender.» Mostróse favorable [...] cristianos en tanto grado, que en su oratorio prin[...] tenia puesta la imágen de Cristo entre las de los d[...] de la gentilidad. Jamás quiso recebir en su casa ni[...] familiaridad, ni aun para que le saludase y visita[...] persona alguna que no fuese de muy buena fama: [...] para príncipes singular. Para recoger dinero, de[...] tenia falta, inventó cierto género de imposicio[...] tributos, que se cogian de las artes curiosas y vana[...] vencion con que se remediaba la necesidad y se e[...] naban los vicios. Hizo la guerra contra los partos p[...] peramente y contra Artajerjes, su rey, que á ca[...] tantos años comenzaba á levantar el poder de los [...] sas, que antes estaban sujetos á los partos. Conc[...] esta guerra, revolvió con sus gentes contra Alem[...] do fué muerto por traicion de Maximino muy fuer[...] sazon, porque no pasaba de veinte y nueve años; d[...] los trece y nueve dias gobernó el imperio sin par[...] su grande rectitud, prudencia, mansedumbre y [...] mencia, dado que el castigo que dió á Turino Vetr[...] parece algo áspero. Porque vendia humos, es á sa[...] favores y provisiones fingidas en nombre del emp[...] dor, le hizo ahogar con humo. El gran jurisconsult[...]

piano, natural de Tiro, tuvo tanta cabida con el emperador Alejandro, que le hizo su chanciller, y en público y en particular se gobernaba por sus consejos; demás desto, en cierto alboroto porque no le matasen le cubrió con su púrpura. No se sabe de cosa alguna memorable que haya sucedido en España en tiempo destos emperadores. En Guadix hay una basa de estatua puesta en memoria de Mammea, madre del emperador Alejandro, cuyas palabras vueltas en castellano son las siguientes:

Á JULIA MAMMEA AUGUSTA, MADRE DEL EMPERADOR CÉSAR MARCO AURELIO SEVERO ALEJANDRO, PIO, FELIZ, AUGUSTO, MADRE DE LOS REALES LA COLONIA JULIA GEMINA ACCITANA DEVOTA Á SU DEIDAD Y MAJESTAD.

Fué esta señora, como se entiende, cristiana, por lo menos tuvo particular familiaridad y trato con el famoso Orígenes. Era hermana de Soemis, y entrambas hijas de Mesa y sobrinas de la emperatriz Julia. De Soemis y el emperador Caracalla nació fuera de matrimonio, como queda dicho, el emperador Heliogábalo. Mammea casó con Vario Marcello, y deste matrimonio procedió el emperador Severo Alejandro. Todas estas señoras eran naturales de la Suria, de donde vinieron á Roma. Por este tiempo el papa Antero, que gobernó la Iglesia romana, escribió una carta á los obispos del Andalucía y reino de Toledo, en que entre otras cosas dice que los obispos no pueden lícitamente ser promovidos de una iglesia á otra por su particular interese y comodidad.

CAPITULO IX.

De los emperadores Maximino, Gordiano y Filipo.

Julio Maximino, natural que fué de Tracia, de muy bajo suelo (su padre Meca, godo de nacion, y su madre Ababa, que fué de los alanos, como lo dice Simmaco), en ninguna cosa se señaló fuera de la estatura del cuerpo, que la tuvo muy grande, y las fuerzas y ligereza tan aventajada, que atenia en correr con un caballo. Por esto pasó por todos los grados y cargos de la milicia; y por la muerte del emperador Alejandro Severo se apoderó por fuerza del imperio el año de Cristo de 239. Conservóse en él por espacio de dos años y algunos meses. Sosegó al principio las alteraciones de Alemaña; y de nuevo se apercebia para hacer la guerra contra los sarmatas, que hoy son los polonos, cuando en la ciudad de Sirmio, donde á la sazon se hallaba, le llegó nueva cómo los soldados de Africa habian alzado por emperador á Gordiano, presidente de aquella provincia, y que el Senado aprobara aquella eleccion. Acordó pues de mudar propósito, y encendido en deseo de vengarse, revolvió contra Roma. Detúvose algun tiempo sobre Aquileya, ciudad que á la entrada de Italia le cerró las puertas. Estando allí, vino otra nueva que el sobredicho Gordiano con un hijo suyo del mismo nombre fueron muertos en Africa; pero que el Senado en su lugar nombró por emperadores á Balvino y Pupieno, mas por tener perdida la esperanza que los perdonaria Maximino que por hallarse con fuerzas bastantes para resistille. Hallábase todo en grande peligro, y sucediera sin duda algun grande estrago si no fuera que los soldados, por odio que tenian al tirano, de repente le acometieron y dentro de su alojamiento le degollaron. Con esto la ciudad de Roma quedó puesta en libertad, y los cristianos libres asimismo del miedo que les amenazaba por la persecucion que les movió de nuevo este Emperador. Principalmente se empleaba su rabia contra los que presidian en las iglesias, como eran los obispos y sacerdotes. En particular en España, seis leguas de Tarragona, de una cueva del monte Bufragano, donde estaban escondidos san Máximo y sus compañeros, de allí fueron sacados para darles la muerte. Adelante se edificó en su nombre un templo en el mismo lugar para que fuesen mas honrados. Algunos sospechan que este san Máximo es el que en Tarragona vulgar y comunmente llaman san Magí. Dejado esto, los emperadores Balvino y Pupieno en cierto alboroto que levantaron los soldados de la guarda fueron muertos dentro del primer año de su imperio. Estaba nombrado junto con ellos por César y señalado en el Senado por sucesor, Gordiano, nieto del otro Gordiano, mozo de tan pequeña edad, que apenas tenia quince años; y sin embargo, por muerte de los emperadores sobredichos, fué recibido sin contradiccion por emperador. Para el gobierno de la república le ayudó mucho su suegro Misiteo, persona que era muy prudente. Partió de Roma para hacer la guerra contra los persas; concluida como se pudiera desear, al tiempo que daba de sí grandes esperanzas, le dió la muerte á traicion Filipo, capitan de su guarda, el sexto año de su imperio. Escribió Gordiano una carta á su suegro, que se conserva hasta el dia de hoy, en que se duele que los príncipes estén sujetos á los engaños y embustes de sus mismos criados, que ponen asechanzas á sus orejas, y por este medio arman celadas á los que pretenden derribar, y levantan á los que no lo merecen, sin que él mismo pueda por vista de ojos averiguar la verdad de lo que pasa. No hay duda sino que de ninguna cosa los príncipes padecen mayor mengua que de la verdad; la cual ¿qué lugar puede tener entre las continuas adulaciones de palacio, entre los embustes y mañas y redes que tienden los privados por todas partes? Sin su ayuda, ó por mejor decir, con semejante falta, ¿qué maravilla es que los príncipes á cada paso tropiecen, pues andan en tinieblas y por la ignorancia son ciegos? ¿Quién no sentirá grandemente que falte luz á los que Dios puso en la cumbre para que fuesen guias de los hombres y los sacasen de sus yerros con obras, consejos y autoridad? Un solo camino se ofrece para reparar este daño, enseñado de hombres muy graves, mas seguido de pocos, esto es, que demás de los otros ministros, como mayordomos, caballerizos, maestresalas, con todo el otro atuendo de palacio, procuren, aunque sea á costa grande, tener cerca de sí alguna persona de conocida prudencia y bondad, que tenga licencia y órden de referir al príncipe y avisarle todo lo que dél se dijere y sintiere, sea verdad ó mentira, hasta los mismos rumores vanos y sin fundamento del vulgo. Los cuales avisos á las veces sin duda serán pesados, mas débelos sufrir, porque el provecho grande que de ellos resultará recompensará bastantemente cualquier molestia; y es cosa averiguada que la verdad tiene las raíces amargas, pero sus frutos son muy suaves, muy dulces sus dejos. No podrémos alcanzar esto, bien lo veo: los regalos y delicadezas de los príncipes cuán grandes sean, ¿quién no lo sabe? Los que tienen por el principal fruto de su grandeza la libertad de hacer lo que se les antoja sin que nadie les vaya á la mano. Por

el contrario, las palabras de los que les hablan á su gusto les dan gran contento. La verdad es de un aspecto áspero y grave, de suerte que es maravilla cuando les queda un pequeño resquicio por donde los entre algun rayo de luz; tan cercados están por todas partes de dificultades, de lisonjeros, finalmente, de hombres que no buscan otra cosa sino su comodidad. No se debe empero desistir desta empresa ni perder de todo punto la esperanza. Por ventura no cantamos á los sordos; habrá algunos á quien contente este aviso, que vean y sigan el camino que se les muestra muy saludable, así para ellos como para sus vasallos, y entiendan que no los que tachan las costumbres y vida de los que rigen son perjudiciales, sino los que hablan al sabor del paladar, muchos y sin número, mayormente en los palacios reales; peste tanto mas peligrosa cuanto mas halagüeña y blanda. Pero hagamos aquí punto, y volvamos á los emperadores. El premio que se dió por la muerte de Gordiano fué que Marco Julio Filipo, su matador, se quedó con el imperio; hombre árabe de nacion, de bajo suelo y linaje, pero muy señalado en las cosas de la guerra. Por donde despues de diversos cargos que tuvo, se apoderó últimamente de la república y del imperio el año de Cristo de 241, y le tuvo por espacio de mas de cinco años. Al principio tomó asiento con los persas, por el cual les dejó la Mesopotamia, en que pareció escurecer la majestad del imperio romano. Vuelto á Roma, celebró el año Secular, que era el año centésimo de la fundacion de Roma, con mayores regocijos y juegos mas sumptuosos que jamás se habia celebrado, por ser el año milésimo de su fundacion. Andaban los godos alborotados y corrian la provincia de Tracia. Envió contra ellos á Marino; las legiones, en premio de su trabajo, le saludaron por emperador, pero sucedióle mal, ca Decio fué contra él por mandado de Filipo, y le dió la batalla y venció y mató en la provincia de Mesia. El premio desta victoria fué que el ejército le nombró asimismo por emperador. Aceptó él aquel título contra su voluntad; pero aceptado, le mantuvo con grande valor. El emperador Filipo, á la sazon que se encaminaba contra él, fué muerto en Verona en cierto alboroto que levantaron sus soldados. Dejó en Roma un hijo de su mismo nombre, en edad de siete años que tenia y no mas, declarado por su compañero en el imperio, y era de un natural tan extraño, que nadie jamás le vió reir. A este, luego que la nueva llegó, mataron tambien porque no quedase rastro de raza tan mala. En tiempo de san Jerónimo se leia una carta de Orígenes para el emperador Filipo; autores antiguos y graves sienten que fué cristiano, y añaden que el pontífice Fabiano no le quiso recebir á los misterios sin que primero hiciese penitencia y satisfaccion de cierto pecado. Algunos asimismo sospechan que la iglesia romana se enriqueció con los tesoros de Filipo; pero sus malas costumbres dan muestra que mas fingió que cumplió el oficio de hombre cristiano. Otros reservan del todo esta loa á Constantino Magno, que fuese el primer emperador romano que conoció la majestad de Cristo, hijo de Dios. Decio, luego que se apoderó del imperio, que fué el año de nuestra salvacion de 250, persiguió cruelísimamente la religion cristiana por el odio que tenia, á lo que se entendió, contra Filipo. La verdad fué que Dios por aquel camino pretendia reformar las costumbres y vida de los cristianos, y en particular de los eclesiásticos de muchas maneras estragada. En aquella persecucion padeció el mártir san Cristóbal, segun que lo refiere Niceforo. Destruian los getas ó godos, que algunos entienden ser lo mismo, las provincias de Mesia y de Tracia. Peleó Decio con ellos; venciólos en la primera batalla, mas en la segunda, por traicion de Treboniano Gallo, fué vencido y muerto junto con un hijo que tenia de su mismo nombre despues que gobernó el imperio por espacio de dos años. El traidor, conforme á lo que entonces se acostumbraba, se quedó con el imperio, y le tuvo por espacio de diez y ocho meses. Hizo asiento con los godos, en que se obligó de pagarles parias cada un año, cosa muy fea y que dió ocasion á los soldados para que le despreciasen, y á Emiliano, su capitan, hombre de nacion africano, nacido en la Mauritania Tingitana, para que despues de vencidos los godos en una grande batalla que les dió en la Mesia, se apoderase del imperio y revolviese contra Gallo, su señor; por cuya muerte, que fué en cierto encuentro, se quedó Emiliano por señor de todo. Duróle poco el mando y la vida, solo por espacio de cuatro meses, sin hacer cosa que de contar sea, tanto que muchos no le ponen en el número y cuento de los emperadores romanos. Matáronle sus soldados luego que se supo la eleccion de Valeriano.

CAPITULO X.

De los emperadores Valeriano, Gallieno, Claudio y Aureliano.

Licinio Valeriano era de edad de setenta años cuando en la Gallia las legiones y soldados le apellidaron por emperador contra Emiliano, el año de Cristo de 254. Subió á la cumbre y majestad no por otra causa, á lo que parece, sino para que la caida, como de lugar mas alto, fuese mas peligrosa y pesada. La vida larga es á las veces sujeta á desastres, y trueca la prosperidad del tiempo pasado en adversidad y desgracias. Tal fué el emperador Valeriano, ca el año seteno de su imperio en la guerra que emprendió contra los persas vino en poder de sus enemigos. Vivió en aquella miserable servidumbre por espacio de mas de un año. Su hijo Gallieno y compañero, ya nombrado en el imperio, de ninguna cosa menos cuidaba que de librar á su padre y volver por la majestad del imperio. Y á la verdad él se hallaba por una parte apretado de los persas, de los godos y de los alemanes, que andaban alterados y con las armas, y mucho mas por otra parte de treinta capitanes romanos, que con la revuelta de los tiempos en diversas partes se llamaban emperadores, miserable avenida de males. Relatar los nombres y hechos de todos estos seria cuento muy largo; pero entre los demás, Póstumo se apoderó de la Gallia, y para asegurarse, llamó en su socorro á los francos, gente alemana, que es la primera mencion que dellos se halla en la historia romana. Acudió Lolliano por mandado de Gallieno al remedio, venció y mató al tirano; pero en premio de la victoria entró en su lugar, y se llamó emperador junto con su hijo del mismo nombre, por cuyas se tienen las declamaciones que andan impresas al fin de las *Instituciones de Quintiliano*. Otro, por nombe Tetrico, se apoderó de España, que asimismo acudió al favor de los alemanes. Entraron ellos en España por la Gallia, y como gente

feroz, por espacio de doce años como con fuego lo asolaron todo; en los campos y en los poblados hicieron estragos extraordinarios. En las provincias de Oriente se alzó Odenato Palmerino, capitan muy esforzado; y muerto él en la demanda, Zenobia, su mujer, con mas valor que de hembra y no menor prudencia llevó adelante lo comenzado por su marido, y se mantuvo hasta el tiempo del emperador Aureliano. Grande era el aprieto en que todo se hallaba. Por diversas piedras que en España se han hallado se entiende qué la mujer del emperador Gallieno se llamó Cornelia Salonina, y la del emperador Decio Herennia. Gobernó por estos tiempos la Iglesia el pontífice Lucio, cuya epístola, dirigida á los obispos de España y de la Gallia, los exhorta que junten los concilios muchas veces. Declara la jurisdiccion que tienen los metropolitanos sobre las iglesias sufragáneas. Veda la conversacion y trato con los herejes, y anima á sufrir las calamidades de los tiempos, graves y largas. A Lucio sucedió Stefano, en cuyo tiempo los obispos de España, en un concilio que juntaron, privaron de sus iglesias á Marcial, obispo de Mérida, y á Basilides, obispo de Astorga, como á libelláticos que fueron, y en lugar de los dos eligieron á Félix y Sabino. Llamaban libelláticos á los que daban firmado de sus nombres que desamparaban la religion cristiana; ca á los que pasando adelante se ensuciaban con adorar y sacrificar á los ídolos llamaban sacrificatos, segun que se saca de las *Epístolas* de san Cipriano. Hizo Basilides recurso á Roma como á cabeza de la Iglesia, de donde proceden las leyes sagradas, y con cuya autoridad se revocan las sentencias dadas por los otros obispos contra razon. Absolviólo el papa Stefano, y mandó fuese restituido á su iglesia y dignidad. Ofendiéronse desto los obispos de España. Avisaron á san Cipriano, obispo de Cartago, de todo lo que pasaba con dos obispos, Félix y Sabino, que para esto le enviaron. Comunicó él este negocio con otros obispos de Africa, y tomada resolucion, respondió que los que desamparaban la fe no podian ser restituidos al grado que antes en la Iglesia tenian; que, impuéstales la penitencia y hecha la satisfaccion conforme á sus deméritos, podrian empero ser recebidos, mas sin volverles la honra y el oficio sacerdotal, segun que lo dejó establecido por decreto el papa Cornelio; que si el pontífice Stefano determinó otra cosa, seria por haberle engañado como estaba tan léjos. Por esta causa Sixto II, sucesor de Stefano, parece que en una epístola enderezada á los obispos de España les amonesta que los decretos de los padres no se deben alterar, ni antes del entero conocimiento de la causa deponer á los obispos, principalmente sin dar parte al romano Pontífice, que con razon reponia lo atentado contra ella. Esta fué la diferencia que sucedió sobre este caso; el remate no se sabe mas de que todos estos tres pontífices fueron martirizados en la persecucion que comenzó Valeriano antes de su prision, dado que al principio se mostró bien afecto á la religion cristiana. Padeció otrosí en Roma el valeroso diácono san Laurencio, gloria de España. Fué natural de Huesca; sus padres, Orencio y Paciencia, que son al tanto tenidos por santos en aquella ciudad. Sixto II antes de ser papa vino en España á predicar el Evangelio, y á la vuelta llevó en su compañía á los dos diáconos Laurencio y Vincencio. Era Laurencio muy noble, pero mas señalado por la grande constancia de su ánimo, de que dió bastante muestra en los tormentos gravísimos que sufrió por no obedecer al tirano y hacer en todo lo que debia. En fin, dió la vida en la demanda el año de Cristo de 259 así él como el papa Sixto. Los que dicen que esto sucedió en el imperio de Decio van fuera de camino; y no menos los que por autoridad de Trebellio Pollion para concordar las opiniones sueñan no só qué Decio César, nieto del emperador Valeriano, por cuya autoridad se hicieron estos martirios, van errados como gente menuda, y que sin examinar bien lo que dicen, escriben lo que les parece. En el mismo año padecieron en Tarragona por la verdad, Fructuoso, primer obispo de aquella ciudad, Augurio y Eulogio, diáconos. Eran cónsules en Roma Fusco y Baso; presidente en España, Emiliano, cuya hija, advertida y avisada por un soldado, vió juntamente con él las ánimas destos santos que volaban al cielo, segun que lo testifica Prudencio. Las reliquias destos mártires no se sabe por qué causa y en qué tiempo, pero es cierto que fueron llevadas á Italia, y cerca de la ciudad de Génova son veneradas con gran devocion en un monasterio de Benitos. En lugar del papa Sixto fué puesto el pontífice Dionisio el año luego siguiente. Algunos años adelante el emperador Gallieno tenia cercado dentro de Milan á Aureolo, que se habia alzado con la Esclavonia, y rompiendo por Italia estaba apoderado de aquella ciudad. Duró el cerco algun tiempo; los soldados, cansados de tantas guerras y con deseo de cosas nuevas, se conjuraron y dieron la muerte á su emperador Gallieno el año que se contaba de nuestra salvacion 269. Imperó por espacio de quince años. Mataron otrosí un su hermano menor, por nombre Valeriano, compañero suyo en el imperio. Estaba la república en esta vacante sin cabeza cuando Flavio Claudio, hombre principal y valeroso caudillo, se llamó emperador, que fué el año luego siguiente, en que, siendo cónsules el dicho emperador y Paterno, el pontífice Dionisio escribió una epístola á Severo, obispo de Córdoba; en ella le manda que á ejemplo de Roma reparta el pueblo por parroquias. Los principios del emperador Claudio fueron muy aventajados, ca deshizo y mató al tirano Aureolo, sujetó con las armas á los godos y á los alemanes. Pero atajólo la muerte en sazon que trataba de ir en persona contra Tetrico, que poseia lo de España y lo de la Gallia, ó contra Zenobia la valerosa mujer de Odenato. Falleció, sin determinarse ni resolverse en esto, en Sirmio, ciudad de Hungría, de enfermedad que le sobrevino; tuvo el imperio un año, diez meses y quince dias. Fué tio mayor de Constancio, padre del gran Constantino, que es lo mismo que hermano de abuelo, porque el emperador Constancio fué hijo de Eutropio, de la noble alcuña de los Dardanos, y de una sobrina de Claudio, hija de Crispo, su hermano. Sabida la muerte de Claudio, el Senado nombró en su lugar á Quintiliano, su hermano, hombre de tan pequeño corazon, que tomó la muerte por sus manos diez y siete dias despues de su eleccion, parte por no sentirse con fuerzas para llevar tan gran carga, parte principalmente por la nueva que vino que las legiones de Claudio nombraron por emperador á Lucio Domicio Aureliano, persona de señaladas prendas y autoridad. Pudiera ser contado entre los mejores príncipes si no afeara sus proezas que hizo

en la guerra con la aspereza de su condicion y con el aborrecimiento que tuvo á la religion cristiana. Domó los de Dacia, á los cuales dió las dos Mesias para que poblasen; y todos los tiranos que estaban alzados en las provincias sujetó, parte por fuerza, parte por concierto. En particular hizo la guerra valerosamente contra la famosa Zenobia, y la prendió cerca de la ciudad de Palmira, que se le iba huyendo á los persas en camellos de posta, que llamaban dromedarios, cuya persona y presencia por su grande valor hizo que el triunfo con que entró en Roma fuese mas agradable y mas solemne, porque todos los que la miraban se maravillaban que en el pecho de una mujer cupiese tan grande esfuerzo y valor nunca vencido por los males. Este triunfo con que el emperador Aureliano entró en Roma fué el postrero que á la manera antigua se vió en aquella ciudad. Poco tiempo reparó en Roma, ca resuelto de dar guerra á los persas, volvió al oriente, donde en la Tracia, entre Heraclea y Bizancio, fué muerto por traicion de un su privado llamado Monesteo. Tuvo el imperio cuatro años, once meses y siete dias. Hay quien diga que este emperador fundó en la Francia á Orliens, ciudad puesta sobre el rio Loire, y á Génova ó Ginebra, á la ribera del lago Lemano. Mas cierto es que en Girona, ciudad puesta á los confines de España y de Francia, martirizaron á Narciso despues que predicó á las gentes de los Alpes, y con él un diácono llamado Félix. Pero no es este mártir el con quien aquella ciudad tiene particular devocion, sino otro del mismo nombre muerto en otro tiempo; esto se advierte para que nadie se engañe por la semejanza del nombre. El año antes deste en que vamos fué en Roma martirizado el santo papa Félix. Sucedióle Eutiquiano, cuya carta á Juan y á los demás obispos de la Bética ó Andalucía tiene por data el consulado de Aureliano y Marcellino, es á saber, el año de Cristo de 276. Trata de propósito en ella de la santa Encarnacion del Hijo de Dios contra ciertos herejes, que con nuevas opiniones en España pretendian manchar y poner dolo en la sinceridad de la religion católica y cristiana.

CAPITULO XI.

De algunos otros emperadores.

Una contienda muy nueva se siguió despues de la muerte de Aureliano y un extraordinario comedimiento. El ejército pretendia que el Senado nombrase sucesor y emperador; los padres remitian este cuidado á los soldados; en demandas y respuestas se pasaron seis meses; al cabo dellos el Senado, vencido de la modestia del ejército, nombró por emperador á Claudio Tácito, hombre de muchas partes, pero muy viejo, ca era de sesenta y ocho años; así le duró poco la vida y el mando, solos seis meses y veinte dias. Falleció en Tarso, ciudad de Cilicia. Por su muerte, Floriano, su hermano, que allí se hallaba, se llamó emperador, de que se arrepintió muy presto, porque á cabo de tres meses de su voluntad se hizo romper las venas y se desangró y murió. Parecióle que sus fuerzas eran muy flacas para contrastar á las legiones de Oriente, que habian nombrado por emperador á Marco Aurelio Probo, aunque esclavon de nacion, persona aventajada en la cosas del gobierno y de las armas; de virtud tan conocida, que cuando el nombre de Probo, que es lo mismo que b[ue]no, no tuviera de sus padres, le pudiera ganar por[sus] costumbres y vida. Encargado del imperio, domó [á los] alemanes, que corrian y asolaban la Gallia. Lo mis[mo] hizo con los sármatas ó polonos, que habian romp[ido] por lo de Esclavonia. A Narseo, rey de los persas, p[uso] condiciones aventajadas para sí y de mucha reputaci[on]. A los vándalos y á los godos, de los cuales grandes [en]jambres andaban haciendo mal y daño por las provin[cias] del imperio, señaló para sosegallos campos en la T[ra]cia en que poblasen. Tuvo dos competidores en el i[m]perio: el uno llamado Saturnino, que mataron en Eg[ip]to sus mismos soldados por miedo ó en gracia del v[er]dadero emperador; al otro que se llamaba Bonoso, v[en]ció él mismo en batalla cerca del rio Rin, y vencido puso en tanto aprieto, que él mismo se ahorcó. P[ara] ganar las voluntades de las provincias, entre otras co[sas] que hizo, revocó y dió por ninguno el edicto de [Do]miciano, en que vedaba á los de la Gallia y de Españ[a] plantar viñas de nuevo. Grandes eran las muestras [que] en todo daba de buen Emperador, cuando en la Es[cla]vonia fué muerto por sus mismos soldados en un m[otin] que levantaron, en sazon que se apercebia para re[vol]ver contra los persas, que de nuevo andaban albor[ota]dos. Tuvo el imperio cinco años y cuatro meses. La [se]veridad que guardaba en la disciplina militar le [hizo] odioso y porque se dejó decir que, sosegados los e[ne]migos, en adelante no tendria necesidad de solda[dos]. Entró en su lugar por voluntad y voto del mismo e[jér]cito Marco Aurelio Caro el año del Señor de 282; u[nos] le hacen esclavon, otros natural de la Gallia; sus c[ar]tas muestran que fué romano. Dos hijos que tenia, á saber, Carino y Numeriano, nombró luego por compañeros en el imperio. Al primero dejó encarg[ado] el gobierno de la Gallia y de la España; para hacer g[uer]ra á los persas llevó consigo á Numeriano. Este en [An]tioquía la de Orontes, como pretendiese entrar e[n la] iglesia de los cristianos, ó por curiosidad, ca era da[do á] todas las artes liberales, ó con propósito de burl[arse] de nuestras cosas, y el obispo, por nombre Babilas, [no] se lo consintiese, que fué hazaña sin duda heróica, [por] el mismo caso le mandó matar y martirizar. Hecho e[sto] pasaron adelante, concluyeron la guerra de los pe[rsas] á su voluntad; la cual acabada, el emperador Caro [fué] muerto de un rayo á la ribera del rio Tigris al princ[ipio] del segundo año de su imperio. No le fué mejor á [Nu]meriano, su hijo; antes Arrio Apro, su suegro, sin c[on]sideracion del deudo por el deseo insaciable que ten[ia de] hacerse emperador, le hizo matar dentro de una li[tera] en que iba por tener los ojos malos. Alteróse el ejé[rci]to con aquella traicion tan fea; nombraron por emp[era]dor á Diocleciano, persona de grandes partes; él [sin] dilacion tomó venganza de Apro, metióle por el cue[rpo] la espada, díjole al tiempo que le heria: «Alégr[ate] Apro, la diestra del grande Eneas te mata.» Car[ino] sin embargo de lo que hicieron los soldados, pret[en]dia apoderarse por derecho de herencia de todo el [im]perio; pero vencióle en batalla y dióle la muerte D[io]cleciano. Por este tiempo gobernaba la España cite[rior] un prefecto llamado Marco Aurelio, como se entie[nde] por las letras de algunas piedras que se conservan [en] España, de donde asimismo se saca que los empera[do]res, no solo usaban de los títulos de tribunos, pontífi[ces]

cónsules, sino que tambien se llamaban procónsules. En comprobacion desto se pondrá aquí una letra de una piedra que hasta hoy dia está en la plaza pública y mercado de Monviedro, con estas palabras vueltas en castellano:

AL EMPERADOR MARCO AURELIO CARINO NOBILÍSIMO, CÉSAR PIADOSO, DICHOSO, INVICTO, AUGUSTO, PONTÍFICE MAX., TRIBUNO, PADRE DE LA PATRIA, CÓNSUL, PROCÓNSUL.

Y aun esta costumbre se entiende que se usaba los tiempos pasados, de que es bastante prueba el letrero de la rotunda de Roma que da el mismo título á los emperadores Septimio Severo y Antonino Pio. Demás desto, los gobernadores romanos, como se comenzó á hacer desde el tiempo del emperador Antonino el Filósofo, se continuaron á llamar cómites ó condes, así bien en España como en las demás provincias. A los mismos, acabado el tiempo de su gobierno, en tanto que llegaba el sucesor, los llamaban legados cesáreos; y en el uno y en el otro tiempo se halla que usaban de título y nombre de presides ó presidentes.

CAPITULO XII.

De los emperadores Diocleciano y Maximiano.

La provincia de Esclavonia engendró á Diocleciano de padres libertinos, que es lo mismo que de casta de esclavos; y sin embargo, le dió por emperador á Roma, señora del mundo, el año de nuestra salvacion de 284. Púdose por su valor y hazañas comparar con los príncipes mas aventajados del mundo si no afeara su imperio y ensuciara sus manos con tanta sangre como derramó de cristianos, con que quedó su nombre odioso perpetuamente. El año segundo de su imperio declaró por su compañero á Maximiano Hercúleo; y para acudir á todas partes poco despues nombró por césares á Galerio Maximino y á Constancio Cloro. Á Galerio dieron por mujer una hija de Diocleciano, llamada Valeria; Constancio por su mandado repudió á Elena, hija de un rey de Bretaña ó Inglaterra, madre del gran Constantino, para casar, como lo hizo, con Teodora, antenada de Maximiano. Repartieron las provincias de tal manera, que Diocleciano en Egipto, Maximiano en Africa, Constancio en Bretaña, apaciguaron los movimientos y alteraciones de aquellas gentes; los sucesos y trances fueron varios, los remates prósperos. A Galerio enviaron contra los persas, donde porque no se gobernó bien, Diocleciano en Mesopotamia, do le vino á ver, le hizo ir corriendo delante de su coche por espacio de una milla, que fué afrenta y castigo notable. Pero como despues volviese con la victoria, le salió á recebir con acompañamiento y pompa muy semejante á triunfo. Es así, que el castigo y el premio, el miedo y la esperanza son las dos pesas con que se gobierna el reloj de la vida humana; el miedo no da lugar á la corbadía; la industria y la diligencia son hijas de la esperanza. El año doceno de su imperio movió guerra muy cruel contra los cristianos, y vuelto á Roma despues de las empresas sobredichas, ocho años adelante apretó grandemente y embraveció con nuevos y muy crueles edictos, que fué el año de Cristo de 303, en que fueron cónsules Diocleciano la octava vez, y Maximiano la setena, segun que lo refiere san Agustin. En aquellos edictos se mandaba echar por tierra los templos de los cristianos, quemar los libros sagrados, que los cristianos fuesen tenidos por infames y incapaces de las honras y oficios públicos; añadióse despues desto que diesen la muerte á los presidentes de las iglesias. Grande fué este aprieto, cruelísima carnicería, en que murieron en Roma el pontífice Cayo y su hermano Gabino con una su hija por nombre Susanna. En Sevilla fueron acusadas y muertas las santas vírgenes Justa y Rufina como quebrantadoras de la religion, por haber derribado por tierra la estatua de la diosa Salambona, que era lo mismo que Vénus. En Tánger de la Mauritania martirizaron á Marcello Centurion, natural de Leon de España; lo que le achacaron fué que por amor de la religion cristiana renunciara el cíngulo, que era la insignia de soldado. Agricolao, prefecto del pretorio, fué el que le sentenció á muerte, cuyo nombre se lee, no solo en nuestras historias, sino tambien en los *Códices de Teodosio y Justiniano*. Grande y señalado fué este santo mártir, así por lo que él padeció como por doce hijos que tuvo, de quien se dice padecieron muerte todos por la verdad, bien que no en un mismo tiempo ni lugar. Quién pone en este cuento de los hijos del mártir Marcello á Claudio, á Luporcio, á Victoriano, á Emeterio, á Celedonio, á Servando, á Germano, á Asciscio y tambien á Victoria, todos mártires bienaventurados; quién añade á los santos Fausto, Januario, Marcial. Demás desto, se entiende que santa Marína padeció por este tiempo en Galicia, no léjos de la ciudad de Orense, donde está su santo cuerpo en un templo de su nombre, ocho millas de aquella ciudad. Todos estos y otros muchos santos padecieron en España por estos tiempos antes que el impío y cruel Daciano viniese á ella enviado por Diocleciano, su señor, á derramar tanta sangre como derramó de cristianos. Este, con gran furor y rabia, comenzando de los Pirineos, atravesó toda esta provincia por lo ancho y por lo largo de levante á poniente, y de mediodía á septentrion. Parece que Daciano fué presidente de toda España por un mojon de términos que está entre las ciudades Beja y Ebora cerca de una aldea llamada Oreola con estas palabras en latin:

A NUESTROS SEÑORES, ETERNOS, EMPERADORES CAYO AURELIO VALERIO JOVIO DIOCLECIANO Y MARCO AURELIO VALERIO HERCÚLEO PIADOSOS, FELICES Y SIEMPRE AUGUSTOS, TÉRMINO ENTRE LOS PACENCES Y LOS EBORENSES, POR MANDADO DE PUBLIO DACIANO, V. P. PRESIDENTE DE LAS ESPAÑAS, DE SU DEIDAD Y MAJESTAD DEVOTÍSIMO.

En el cuento de los santos mártires que hizo morir Daciano los primeros fueron Félix y Cucufato, nacidos en Africa, pero que con deseo de adelantar las cosas del cristianismo eran venidos á España. Félix fué martirizado en Girona, Cucufato en Barcelona, donde padeció tambien santa Eulalia, vírgen, diferente de otra que del mismo nombre fué muerta en Mérida. En Zaragoza dió la muerte á santa Engracia; Prudencio la llama Encratis; desde lo postrero de la Lusitania pasaba á Ruisellon á verse con su esposo; pero antes que allí llegase le halló mejor y mas aventajado. Padecieron con ella diez y ocho personas que la acompañaban, fuera de otra muchedumbre innumerable de aquellos ciudadanos que por la misma causa dieron las vidas, y por el cuchillo pasaron á las coronas y gloria. Sus cuerpos, porque no viniesen á poder de los cristianos y no los honrasen,

quemaron junto con los de otros facinerosos. Pero las cenizas de los santos se apartaron de las otras por virtud de Dios, y juntadas entre sí, las llamaron masa cándida ó masa blanca. Prudencio refiere que sucedió lo mismo á las cenizas de trecientos mártires que fueron muertos en Africa y echados en cal viva el mismo dia que padeció san Cipriano, y que los llamaron masa cándida. Echaron otrosí mano y prendieron al santo viejo Valerio, obispo de Zaragoza, y al valeroso diácono Vincencio; y presos los enviaron á Valencia para que allí se conociese de su causa. Pensaban que los trabajos del camino ó el tiempo serian parte para que mudasen parecer. Pasaron grandes trances; últimamente, Valerio fué condenado en destierro, en que pasó lo demás de la vida en los montes cercanos á las corrientes del rio Cinga. Por ventura tuvieron respeto á su larga edad para no ponelle en mayores tormentos. Con Vincencio procuraron que mudase parecer y entregase los libros sagrados, que era ser traidor, que así llamaban los cristianos á los que los entregaban, de la palabra latina *traditor*, que significa traidor y entregador. Pero como no se doblegase ni viniese en hacer lo uno ni lo otro, emplearon en él todos los tormentos de hierro y de fuego que supieron inventar, con que al fin le quitaron la vida. Su sagrado cuerpo por miedo de los moros, que todo lo asolaban y profanaban, fué los años adelante llevado al promontorio Sagrado, que por esta causa se llama hoy cabo de San Vicente, de donde últimamente en tiempo del rey don Alonso, primero deste nombre y primer rey de Portugal, por su mandado le trasladaron á Lisbona, ciudad la mas principal de aquel reino, segun que en su lugar se relatará mas por menudo. En Alcalá de Henáres padecieron los santos Justo y Pastor, tan pequeños, que apenas habian salido de la edad de la infancia. Matáronlos en el campo loable, en que el tiempo adelante en su nombre edificaron un sumptuoso templo, ilustre al presente por los muchos y muy doctos ministros y prebendados que tiene. Sus cuerpos en el tiempo que las armas de los moros volaban por toda España se llevaron á diversos lugares, hasta que últimamente, el año de nuestra salvacion de 1568 el rey don Felipe II de las Españas, de Huesca, do estaban, los hizo volver á Alcalá y poner en el mismo lugar en que derramaron su bendita sangre. Pasó la crueldad adelante; porque llegado Daciano á Toledo, prendió á la vírgen Leocadia, la cual, por miedo de los tormentos y el mal olor de la cárcel, junto con la pena que recibió con la nueva que vino poco despues del martirio de santa Olalla, la de Mérida, y de Julia, su compañera, rindió su pura alma á Dios. El oficio mozárabe la llama confesora, el romano mártir; en que no hay mucho que reparar, porque antiguamente lo mismo significaban y eran confesores que mártires. Los monjes benitos de San Gislen, cerca de Mons á Henao, mostraban el sagrado cuerpo de santa Leocadia; si de la española ó de otra del mismo nombre algunos los años pasados lo pusieron en disputa; pero ya no hay que tratar desto, porque se hallaron muy claros argumentos y muy antiguos de la verdad cuando, al mismo tiempo que escribiamos esta historia, de aquel destierro con increible concurso y aplauso de gentes que acudieron de todas partes á la fiesta, á 26 de abril el año de 1587 fué restituida á su patria por diligencia y autoridad del rey don Felipe II de España; clara muestra de su grande piedad y religion.

CAPITULO XIII.

En qué parte de España está Elbora.

Partió Daciano de Toledo, y en un pueblo llamado Elbora hizo sus diligencias y pesquisa para si en él se hallaba algun cristiano. Presentaron delante dél un mancebo llamado Vincencio; reprehendióle ásperamente el Presidente; pero como tuviese recio én su creencia y no aflojase punto en su constancia, lo hizo poner en la cárcel, de do se huyó á la ciudad de Avila, y allí derramó la sangre junto con dos hermanas suyas, Sabina y Cristeta, que le persuadieron que huyese, y en la huida le acompañaron. Hasta aquí todos concuerdan. Lo que tiene dificultad es qué pueblo fuese Elbora, en qué parte de España, qué nombre al presente tiene, si destruido, si en pié, si léjos de Toledo, si cerca; que son todas cuestiones tratadas con grande porfía y contienda entre personas muy eruditas y diligentes. Los portugueses hacen á san Vicente su natural, nacido en Ebora, ciudad en aquel reino muy conocida por su antigüedad, lustre y nobleza. Otros van por diferente camino, ca ponen Elbora en los pueblos Carpetanos, que al presente son el reino de Toledo; y aun en particular señalan que es la villa de Talavera, pueblo no menos conocido y muy principal en aquellas partes. Por los portugueses hace la semejanza de los nombres Elbora y Ebora; la tradicion de padres á hijos que así lo publica; los rastros de la antigüedad, es á saber, la piedra en que san Vicente puso sus piés con la huella que á la manera que si fuera de cera dejó en ella impresa; las casas de sus padres, que en aquella ciudad se muestran y tienen en gran reverencia; que si estos son flacos argumentos, neguémoslo todo, quememos las historias, alteremos las devociones de los pueblos y atropellemos todo lo al antes que trocar el parecer que tenemos. Estas son las razones que hay por esta parte, muy claras y de grande fuerza, ¿quién lo negará? Quién no lo echará de ver? Pero por la parte contraria hace la vecindad que hay entre Toledo de donde partió el Presidente, y Talavera donde los mártires fueron hallados, y Avila hasta donde él mismo los siguió y les hizo dar la muerte. Porque ¿quién podrá pensar que el presidente de España desde Ebora la de Portugal viniese en persona en seguimiento de un mozo y de dos doncellas? O ¿cómo se puede entender que para ir á Mérida, cabeza entonces de la Lusitania, primero pasase á Ebora, que está tan fuera de camino y mas de cien millas adelante? Pero todo el progreso del camino que hizo Daciano y los lugares por que anduvo se entienden mejor por la historia de la vida y muerte de santa Leocadia, como está en los libros eclesiásticos muy antiguos, escrita por Braulio, obispo de Zaragoza, segun que muchos lo sienten; la cual no ponemos aquí á la larga por evitar prolijidad. Basta decir en breve lo que en ella se relata á larga, que Daciano de la Gallia por Cataluña y Zaragoza llegó á Alcalá y á Toledo, desde allí pasó á Elbora y á Avila, do el dicho san Vicente fué martirizado. Dirá alguno que está bien, pero que ¿cómo se podrá fundar que Talavera se llamó en otro tiempo Elbora? Respondo que muchas legendas de breviarios lo dicen

así, el antiguo de Avila, el de la órden de Santiago, el de Plasencia; y entre nuestros historiadores don Lúcas de Tuy atestigua lo mismo. Dirás que no hay que hacer caso dél por su poca diligencia y juicio. No quiero detenerme en esto; los libros que escribió no dan muestra de ingenio grosero ni de falta de entendimiento. Por lo menos Ptolemeo le da nombre de Libora, y cerca della pone á Ilurbida, que se puede entender estuvo donde al presente una dehesa llamada Lorviga, una legua de Talavera, de la otra parte de Tajo y en frente de do se le junta el rio Alverche, que se derriba de los montes de Avila. Demás desto, Tito Livio en los Carpetanos, qué es el reino de Toledo, pone un pueblo, que él llama Ebura, muy notable por la batalla muy memorable que cerca dél Quinto Fulvio Flaco, pretor de la España citerior, dió á los celtíberos, y por la victoria que dellos ganó. En el libro cuarenta de su historia cuenta con la elegancia que suele lo que pasó, con tales particularidades y circunstancias, que todos los que algo entienden y lo consideran atentamente se persuaden concurren en los campos del dicho pueblo que tiene por la parte de poniente. Las palabras no quise poner aquí, para nuestro propósito basta saber que el pueblo de que se trata en Ptolemeo, por la demarcacion y distancia de los lugares, es Libora, y que en tiempo de los romanos en el reino de Toledo estuvo un pueblo llamado Ebura. Que estos nombres se hayan trocado en el de Elbora ¿qué maravilla es? ¿Quién dudará en ello? Quién no sabe la fuerza que el tiempo y la antigüedad tienen en trocar y alterar los nombres y en cuántas maneras se revuelve todo con el tiempo? De lo que en contrario se alega no hay que hacer mucho caso. Cuánta vanidad haya en cosa deste jaez, cuántas sean las invenciones del vulgo, con muchos ejemplos se pudiera mostrar. Demás que Elbora la de los Carpetanos contrapone otros rastros y memorias, no menos en número ni menos claras que destos santos tiene. Lo primero, las casas destos santos, donde hoy está el hospital de San Juan y Santa Lucía, la plaza de San Estéban, así dicha de un templo desta advocacion que allí estaba, en que se tiene por cierto que san Vicente fué presentado delante el Presidente. Demás desto, á cuatro leguas de Talavera en el Piélago, monte muy empinado entre los montes de Avila, hay una cueva enriscada y espantosa, con la cual todos los pueblos comarcanos tienen grande devocion, por tener por averiguado y firme que los santos, cuando huyeron de Elbora, estuvieron allí escondidos; y en memoria desto allí junto edificaron un templo y un castillo con nombre de San Vicente, señalado antiguamente por la devocion del lugar y las muchas posesiones que tenia. Todo el monte es muy fresco, un aire templado en verano y puro, asimismo de mucha arboleda. Dícese comunmente que aquel templo fué de los templarios; al presente no quedan sino unos paredones viejos y una abadía, que se cuenta entre las dignidades de Toledo, sin embargo que el castillo está puesto en la diócesi de Avila. Estas son las razones que militan por la parte de Talavera, largas en palabras; si concluyentes, el lector con sosiego y sin pasion lo juzgue y sentencie. Si nuestro parecér vale algo, así lo creemos. Y así lo dice Dextro el año de Cristo de 300 por estas palabras: *S. Christi Martyres Vicentius, Sabina et Christeta ejus sorores, qui nati in eborensi oppido Carpetaniae.* De los obispos de Elbora hay mucha mencion en los concilios toledanos, y monedas de los godos se hallan acuñadas con el nombre de Elbora, de oro muy bajo, como son casi todas las de aquel tiempo. A cuál de las dos ciudades se haya de atribuir lo uno y lo otro, no nos pone en cuidado, ni queremos sin argumentos muy claros sentenciar por ninguna de las partes. Antes de buena gana dejarémos á los portugueses la silla obispal de Elbora como sufragánea á la de Mérida, segun que se halla por las divisiones de las diócesis que hicieron en España, primero el emperador Constantino Magno y despues el rey Wamba. Ni pretendemos que la ciudad de Ebora en tiempo de los godos no se llamase tambien Elbora, conforme á la libertad con que se mudó el nombre de Talavera, y con la que el tiempo suele trocar los nombres y apellidos de los pueblos y lugares. Puédese dudar cómo se mudaron los nombres antiguos deste pueblo en el que hoy tiene de Talavera; sospecho que Tala en la lengua antigua de España es lo mismo que pueblo, como Talavan, Talarrubia, Talamanca lo dan á entender, y que de Tala y Ebura primero este pueblo se llamó Talebura ó Talabura, y de aquí con pequeña mudanza se forjó el nombre de Talavera.

CAPITULO XIV.

La descripcion de Elbora.

De lo que se ha dicho se entiende claramente que el pueblo de que tratamos, hoy llamado Talavera, muy abundante en todo género de regalos y mantenimientos y de campiña muy apacible, fresca y fértil, antiguamente tuvo muchos apellidos. Ptolemeo le llamó Libora, Tito Libio Ebura, en tiempo de los godos se llamó Elbora, y aun algunos en latin le dan nombre de Talabrica, engañados sin duda por la semejanza que tiene este nombre con el de Talavera. Nos en estos *Comentarios*, como viniere mas á cuento le darémos ora uno, ora otro de estos apellidos; esto se avisa para que ninguno se engañe ni tropiece en la diversidad y diferencia de los nombres. Está asentada esta villa en los confines de los Vectones, de los Carpetanos y de la antigua Lusitania, en llano y en un valle que por aquella parte tiene una legua de anchura, pero mas arriba hácia levante se ensancha mas. Cortánle y bañan muchos rios; el mas principal y que recoge todos los otros el rio Tajo, muy famoso por sus aguas muy suaves y blandas y por las arenas doradas que lleva, con muy ancha y tendida corriente pasa por la parte de mediodia y baña las mismas murallas de Talavera, que son muy antiguas y de muy buena estofa, de ruedo pequeño, pero erizadas y fuertes con diez y siete torres albarranas puestas á trechos á manera de baluartes muy fuertes. Las torres menores y cubos son en mayor número con su barbacana, que cerca el muro mas alto por todas partes. En fin, ningunas de las murallas antiguas de España se igualan con estas. Dúdase en que tiempo se levantaron. Comunmente se tiene por obra de los romanos, y así da muestra lo mas antiguo de las murallas, con que no hacen trabazon las torres albarranas; otros las tienen por mas modernas á causa que por la mayor parte son de mampostería, y algunas letras romanas que se ven en ellas están puestas sin órden ni traza. Por tanto es forzoso confesar que es obra de los godos ó de los mo-

ros en el tiempo que fueron señores de España; y dado que algunos las atribuyen á los godos, parece que dan muestra de edificio mas nuevo si se cotejan aquellas murallas, mayormente las dichas torres, con la parte de los muros de Toledo que edificó el rey Wamba. Esto testifica el moro Rasis, que levantaron los moros aquella fuerza á propósito de impedir las correrías que hacian los cristianos por aquella parte el año de los árabes 325, que concurrió con el 937 del nacimiento de Cristo. Sus palabras son estas: «En tierra de Toledo, que es de las mas anchas de España, hay muchos pueblos y castillos, entre los cuales castillos es uno Talavera, que edificaron los griegos sobre el rio Tajo, y despues ha sido fuerte y frontera, segun que las cosas de los moros y cristianos variaban. El muro es alto y fuerte, las torres empinadas. El año de los moros de 325 el Miramamolin, hijo de Mahomad, cortado el pueblo en dos partes, mandó edificar un castillo do estuviesen los capitanes.» Este castillo entendemos es todo aquel circuito de la muralla sobredicha; y dado que parezca grande, en Italia y en Francia hay otros no mucho menores; porque el alcázar menor que está dentro destos muros á la parte del rio, de obra mas grosera y que por la mayor parte está arruinado, se edificó adelante en tiempo de don Alonso el Emperador, como consta de una escritura que tiene el monasterio de monjas de San Clemente de Toledo, en que se les hace recompensa por ciertas casas que para el sitio de aquel alcázar les tomaron. Desde este alcázar sale y se continúa otro muro menos fuerte, ca por la mayor parte es de tapiería y con grandes vueltas abraza el primer muro casi todo, si no es por do le baña el rio Tajo. Con este está pegado otro tercer muro, que ciñe un grande arrabal por la parte de poniente con un arroyo, por nombre la Portiña, que le divide de los demás del pueblo, arroyo que suele á las veces hincharse con las lluvias y grandes avenidas y salir de madre. Este muro se debió edificar de priesa en algun aprieto, pues con ser el mas moderno, está caido de manera, que quedan pocos rastros dél. Dentro deste muro habitan los labradores, dentro del segundo los oficiales, mercaderes y la mayor parte de la gente mas granada; y la plaza y mercado lleno de toda suerte de regalos y abundancia. Dentro del muro menor y mas fuerte viven los caballeros, que son en mayor número y de mas renta que en otro cualquiera pueblo de su tamaño. Los demás vecinos tienen pobre pasada, por ser enemigos del trabajo y de los negocios y no quererse aprovechar del suelo fértil que tienen. En aquella parte está una iglesia colegial de canónigos, y con ella pegado un monasterio de jerónimos, edificio de don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, á propósito de recoger en él los canónigos para que viviesen regularmente. Pero como esto no tuviese efecto por la contradiccion de la clerecía y del pueblo, llamó y puso monjes de san Jerónimo en aquella parte, á los cuales dió grandes heredamientos y renta. Otras cosas hay en este pueblo dignas de consideracion que se dejan por brevedad. Volvamos al cuento de los sagrados mártires. En esta persecucion padecieron, en Lisbona los mártires y hermanos Verisimo, Máximo y Julia; en Braga san Victor, en Córdoba san Zoylo con otros diez y nueve, cerca de Búrgos las santas Centolla y Elena, en Sigüenza santa Liberata, en Melgeriza, dueblo de los montes de Toledo, santa Quiteria, donde dicen que el rey Wamba edificó un templo en su nombre. Fuera destos otros muchos, cuyos nombres y martirios, si por menudo se hobiesen de contar, no hallariamos fin ni suelo. Tampoco se puede averiguar dónde están los sagrados cuerpos de todos estos santos, dado que de algunos se tenga noticia bastante. Las diversas opiniones que hay en esta parte escurecen la verdad, que procedieron, á lo que sospecho, de que las sagradas reliquias de algunos santos se repartieron en muchas partes, y con el tiempo cada cual de los lugares que entraron en el repartimiento pensaron que tenia el cuerpo todo; engaño que ha en parte diminuido la devocion para con algunos santuarios. Eusebio refiere que vió por este tiempo á las bestias fieras, ni por hambre ni de otra manera, poder irritarlas para que acometiesen á los mártires; y que la ocasion para que se levantase tan brava tempestad fué la corrupcion de la disciplina eclesiástica relajada. Tambien es cosa cierta que destas olas y destos principios se despertó en Africa la herejía de Donato. Fué así que Donato, númida ó alarbe de nacion, ayudado de una mujer llamada Lucilla, que vivia en Africa y era española y muy rica, acusó falsamente á Ceciliano, obispo de Cartago, que entregara á los gentiles los libros sagrados, delito muy grave, si fuera verdad. En esta acusacion pasó tan adelante, que no paró hasta hacelle deponer de su dignidad. Del mismo delito acusaron en España al gran Osio, obispo de Córdoba. En lugar de Ceciliano fué primero puesto Mayorino, despues otro Donato, hereje y natural de Cartago. Grandes fueron estas revueltas, y que se continuaron por muchos años, como se irá notando adelante en sus lugares.

CAPITULO XV.

De los emperadores Constancio y Galerio.

Cansado Diocleciano del gobierno y perdida la esperanza de salir con lo que tanto deseaba, que era deshacer el nombre y religion de los cristianos, á cabo de veinte años que tenia y gobernaba el imperio, le renunció en Milan y se redujo á vida de particular. Lo mismo á su persuasion hizo su compañero Maximiano en Nicomedia do estaba, que fué uno de los raros ejemplos que en el mundo se han visto. Con esto quedaron por emperadores y señores de todo Constancio y Galerio el año de Cristo de 304. Constancio se encargó de la Gallia, Bretaña y España; príncipe de singular modestia, tanto, que á su mesa se servia de bajilla de barro. Fué otrosí muy amigo de cristianos, de que dió muestras harto notables. Galerio quedó con las demás provincias del imperio. Esto, para mas asegurarse, nombró por Césares á Severo y Maximino, sobrinos suyos, hijos de una su hermana. A Maximino encargó lo de levante, á Severo lo de Italia y lo de Africa, y él se quedó con la Esclavonia y la Grecia. Atajó la muerte los pasos á Constancio, que falleció en Eboraco, ciudad de la Bretaña ó Ingalaterra, el año de Cristo de 306. Imperó un año, diez meses y ocho dias. Dichoso por el hijo y sucesor que dejó, que fué el gran Constantino, fuera del cual de Teodora, su segunda mujer, antenada de Maximiano, dejó á Constancia y á Annibaliano, padre de Dalmacio, césar, y á otro Constantino, cuyos

hijos fueron Gallo y Juliano, que asimismo fueron césares, como se verá adelante. Vivió por este tiempo Prudencio, obispo de Tarazona, natural de Armencia, pueblo de Vizcaya, que fué antiguamente obispal, y al presente le vemos reducido á caserías despues que una iglesia colegial de canónigos que allí quedaba, por bula del papa Alejandro VI, se trasladó á la ciudad de Victoria. Fué otrosí deste tiempo Rufo Festo Avieno, noble escritor de las cosas y historia de Roma, y aun poeta señalado; así lo dice Crinito. El año siguiente despues que el emperador Constancio murió, Majencio, hijo de Maximiano, se apoderó de Roma y se llamó emperador. Acudió contra él Severo, pero fué roto por el tirano y muerto en una batalla que se dieron. Maximiano, sabido lo que pasaba, vino á Roma, sea con intento de ayudar á su hijo, sea con deseo de recobrar el imperio que habia dejado. No hay lealtal ni respeto entre los que pretenden mandar. Echóle su hijo de Roma; acudió al amparo de su yerno el emperador Constantino, que residia en Francia; pero como se entendiese que sin respecto del deudo y del hospedaje trataba de dar la muerte al que le recibió en su casa y trató con todo regalo, acordó Constantino de ganar por la mano y hacerle matar en Marsella do estaba. Galerio, nombrado que hobo en lugar de Severo á Licinio por césar, él mismo pasó en Italia con deseo y intento de deshacer al tirano. Mas por miedo que el ejército no se le amotinase, sin hacer cosa alguna dió la vuelta á Esclavonia. Allí comenzó á emplear su rabía contra los cristianos. Atajó la muerte sus trazas, que le avino por ocasion de una postema y llagà que se le hizo en una inglé cinco años enteros despues que tomó el imperio en compañía de Constancio. Era á la sazon pontífice de Roma Melquiades, el cual en una epístola que enderezó á Marino, Leoncio, Benedicto y á los demás obispos de España les amonesta que con el ejemplo de la vida, que es un atajo muy corto y muy llano para hacerse obedecer, gobiernen á sus súbditos; que entre los santos apóstoles, dado que fueron iguales en la eleccion, hobo diferencia en el poder que tuvo san Pedro sobre los demás; trata otrosí del sacramento de la Confirmacion; tiene por data los cónsules Rubio y Volusiano, que lo fueron el año de nuestra salvacion de 314.

CAPITULO XVI.

Del emperador Constantino Magno.

Cansados los romanos de la tiranía de Majencio, de su soltura y desórdenes, y desconfiados de los césares Maximino y Licinio, acordaron llamar en su ayuda al emperador Constantino, que á la sazon residia en la Gallia. Acudió él sin dilacion á tan justa demanda; marchó con sus gentes la vuelta de Milan. En aquella ciudad, para asegurarse de Licinio, le casó con su hermana Constancia. Hecho esto, pasó adelante en su camino y en busca del tirano. Llegaba cerca de Roma cuando con el cuidado que le aquejaba mucho por la dificultad de aquella empresa, un dia sereno y claro vió en el cielo la señal de la cruz con esta letra:

EN ESTA SEÑAL VENCERÁS.

Fué grande el ánimo que cobró con este milagro. Mandó que el estandarte real, que llamaban lábaro, y los soldados le adoraban cada dia, se hiciese en forma de cruz. Desta ocasion y principio, como algunos sospechan, vino la costumbre de los españoles, que escriben el santo nombre de Cristo con X y con P griega, que era la misma forma del lábaro. Compruébase esto por una piedra que en Oreto, cerca de Almagro, se halló de tiempo del emperador Valentiniano el Segundo, donde se ve manifiestamente cómo el nombre de Cristo se escribia con aquellas letras y abreviatura. Pasó pues Constantino adelante, y por virtud de la cruz, junto á Puente Molle, á vista de Roma, venció á su contrario en batalla, ca en cierta puente que sobre el rio Tibre tenia hecha de barcas, á la retirada cayó en el rio y se ahogó. Con tanto, la ciudad de Roma quedó libre de aquella tiranía tan pesada, y en ella entró Constantino en triunfo por la parte donde hoy está un arco, el mas hermoso que hay en Roma, levantado en memoria desta victoria. Juntamente se aplacó la carnicería cruel que por mandado de Majencio se hacia en los cristianos. Entre los demás, las santas Dorotea y Sofronia, por guardar su castidad y no consentir con la voluntad del tirano, la primera fué degollada, la segunda, por divina inspiracion se mató á sí misma; ejemplo singular que en tiempo de Diocleciano siguió otra mujer antioquena, que por la misma causa con no menor fortaleza al pasar de una puente se echó con dos hijas suyas en el rio que por debajo pasaba. En el mismo tiempo Maximino en las partes de levante derramaba mucha sangre de cristianos en la persecucion en que fué muerta Caterina, virgen alejandrina, y con ella Porfirio, general de la caballería, y san Pedro, obispo de aquella ciudad. Era tan grande el deseo que Maximino tenia de deshacer el nombre cristiano, que por todo el imperio mandó enseñasen en las escuelas á leer á los niños y les hiciesen aprender de memoria cierto libro en que estaba puesto lo que pasó entre Pilato y Cristo, lleno todo de mentiras y falsedad, á propósito de hacer odioso aquel santo nombre. Verdad es que poco antes de su muerte revocó todos estos edictos, no tanto de su voluntad como por miedo de Constantino, cuyo poder de cada dia se adelantaba mas, y asimismo de Licinio, que poco antes le venciera en cierta batalla. Falleció pues este Emperador; Licinio, mudado el propósito que antes tenia, comenzó á declararse contra la religion cristiana. Tomó la mano Constantino. Vinieron á batalla en Hungría primero, y despues en Bitinia; entrambas veces fué vencido Licinio, y en la primera, á ruegos de su mujer Constancia, no solo le perdonó, sino que le conservó en la autoridad que tenia; mas la segunda vez que lo venció, por la misma causa de su hermana le dejó la vida, pero redújole á estado de hombre particular; y sin embargo, porque trataba de rebelarse, el tiempo adelante se la hizo quitar. Fué de juicio tan extravagante, que decia que las letras eran veneno público; y no era maravilla, pues las ignoraba de tal suerte, que aun no sabia firmar su nombre. En la persecucion que levantó contra la Iglesia, entre otros, padecieron en Sebastia los santos cuarenta mártires, muy conocidos por su valor y por una homilía que hizo san Basilio en su festividad. Por esta manera los movimientos, así bien los de dentro como los de fuera del imperio, se sosegaron, y todo el mundo se redujo á una cabeza, tan favorable á nuestras cosas, que la ro-

ligion cristiana de cada dia florecia mas y se adelantaba. Bautizóse el emperador Constantino en Roma juntamente con su hijo Crispo, y por virtud del santo bautismo fué librado de la lepra que padecia, segun que muy graves autores testifican lo uno y lo otro. En particular de haberse Constantino bautizado en Roma da muestra un hermoso baptisterio que está en San Juan de Letran, de obra muy prima, adornado y rodeado de columnas de pórfido asaz grandes. Luego que se bautizó, comenzó con mayor fervor á ennoblecer la religion que tomara, edificar templos por todas partes, hacer leyes muy santas, convidar á todos para que siguiesen su ejemplo. Grande fué el aumento que con estas cosas recebia la Iglesia cristiana; pero esta luz poco despues se añubló en gran parte con una porfía muy fuera de sazon, con que Arrio, presbítero alejandrino, pretendia persuadir que el Hijo de Dios, el Verbo eterno no era igual á su Padre. Este fué el principio y la cabeza de la herejía y secta muy famosa de los arrianos. Tuvo Arrio por maestro, aunque no en este disparate, al santo mártir Luciano, y fué condiscípulo de los dos Eusebios, nicomediense y cesariense, sus grandes allegados y defensores. La ocasion principal de despeñarse fué la ambicion, mal casi incurable, y sentir mucho que despues de la muerte de san Pedro, obispo de Alejandría, pusiesen en su lugar á Alejandro sin hacer caso dél. Deste principio casi por todo el mundo se dividieron los cristianos en dos parcialidades, y con la discordia parecia estaba todo á punto de perderse; ca la nueva opinion agradaba á muchos varones claros por erudicion, así obispos como particulares, que no daban orejas ni recebian las amonestaciones de los que mejor sentian. Estas diferencias pusieron en grande cuidado al Emperador, como era razon. Acordó para concertar aquellos debates enviar á Alejandría á Osio, obispo de Córdoba, varon de los mas señalados en letras, prudencia y autoridad de aquellos tiempos, y aun en el *Código de Teodosio* hay una ley de Constantino enderezada á Osio sobre estas diferencias. Trató él con mucha diligencia lo que le era encomendado, y para componer aquellas alteraciones se dice fué el primero que inventó los nombres de ousia, que quiere decir esencia, y de hipostasis, que quiere decir supuesto ó persona. No bastó ningun medio para doblegar al pérfido Arrio, por donde fué echado de Alejandría y condenado al destierro, en que brevemente falleció. Quedó otro de su mismo nombre como heredero de su impiedad y cabeza de aquella secta malvada. Cundia el mal de cada dia mas, por donde se resolvió el Emperador de acudir al postrer remedio, que era juntar un concilio general. Señaló el Emperador para tener el concilio á Nicea, ciudad de Bitinia; y por su mandado concurrieron trecientos y diez y ocho obispos de todas las partes del mundo, dado que en este número no todos concuerdan. Acudieron asimismo el segundo Arrio y sus secuaces para dar razon de sí. Todos estos y sus errores fueron por el Concilio reprobados. Depusieron otrosí de su obispado á Melecio, porque con demasiado celo reprehendia la facilidad de que Pedro, obispo de Alejandría, usaba en reconciliar y recebir á penitencia á los que se habian apartado de la fe; y con este su celo tenia alteradas las iglesias de Egipto y puesta division entre los cristianos. Andaban grandes diferencias sobre el dia en que se debia celebrar la Pascua de Resur-

reccion; dióse en esto el órden conveniente y tra
se guardase en todo el mundo. Estaba en el orie
lajada la disciplina eclesiástica, en particular ac
la castidad de las personas eclesiásticas. Era difi
reducillas á lo que antiguamente se guardaba. P
causa los padres, conforme al consejo de Pafnucio,
ron en permitirles que no dejasen á sus mujeres.
desto, se mandó, so pena de muerte, que ninguno
los libros de Arrio, sino que todos los quemase
quien diga que la manera de contar por indiccione
ventó en este Concilio, y que se tomó principio
que se contaba 313 de nuestra salvacion, á causa
aquel año fué al emperador Constantino mostrad
cielo la señal de la cruz. Hallóse presente en este C
el gran Osio, quien dicen que tambien presidió
lugar de Silvestro, papa, y en compañía de los pres
Vito y Vincencio, que para este efecto fueron desd
enviados. Al mismo tiempo que esto pasaba en el
ó poco despues, en España se celebró el concilio
ritano, asi dicho de la ciudad de Iliberris, que
en otro tiempo asentada en aquella parte de la
donde hoy está Granada, como se entiende p
puerta de aquella ciudad, que se llama la puerta
vira, y un recuesto por allí cerca del mismo n
porque los que sienten que este Concilio se junt
haldas de los Pirineos en Colibre, pueblo que a
mente se llamó Eliberis, no van atinados, como
tiende por los nombres destas ciudades, que toda
diferentes, y porque ningun obispo de la Gal
las ciudades á la tal ciudad comarcanas de Es
halló en aquel Concilio. Solo se nombran los p
que caian cerca del Andalucía, fuera de Valerio,
de Zaragoza, que firma en el sexto lugar, y en e
Melancio, obispo de Toledo. Es este Concilio
los mas antiguos, y en que se contienen cosas n
tables. Lo primero se hace mencion de vírgen
sagradas á Dios. Dispensan en los ayunos de los
julio y agosto: costumbre recebida en Francia
no en España, en que por los grandes calores
mas necesaria. Vedan á las mujeres casadas es
recebir cartas sin que sus maridos lo sepan. Man
se pinten imágenes en las paredes de los tem
esto á causa que no quedasen feas cuando se d
trase la pared. Hay tambien en este Concilio m
de metropolitanos, que antes se llamaban obisp
primera silla. Ultimamente, segun que algunos
suaden, en este Concilio y por mandado de Cons
se señalaron los aledaños á cada uno de los obis
y por metropolitanos á los prelados de Toledo,
gona, Braga, Mérida y Sevilla. Pero desto no h
tante certidumbre, y sin embargo, la division
diócesis que dicen hizo el emperador Constant
pondrá en otro lugar mas á propósito por las
palabras del moro Rasis, historiador antiguo y
Lo mas cierto es que en tiempo del rey Wamba
mandado se hizo la distribucion de los arzobisp
á cada uno señalaron sus obispos sufragáneos. F
todo esto, es cosa averiguada que, como en las
provincias, así bien en España se trocó grandem
manera de gobierno. Fué así, que Constantin
Tracia reedificó á Bizancio, ciudad que los año
dos destruyó el emperador Septimio Severo, con
da en su lugar apuntado. Llamóla de su nombre

tantinopla, y para más autorizarla, trasladó á ella la silla del imperio romano, yerro gravísimo, como con el tiempo se entendió claramente; que con la abundancia de los regalos y conforme á la calidad de aquel cielo y aires los emperadores adelante se afeminaron, y se enflaqueció el vigor belicoso de los romanos, y al fin se vinieron á perder. Para excusar los excesivos gastos que se hacian y aliviar las inmensas cargas de los vasallos, reformó quince legiones, que tenian repartidas por las riberas del Rin y del Danubio, para enfrenar las entradas de aquellas gentes bárbaras y fieras. Junto con esto, en lugar de un prefecto del Pretorio, hizo que de allí adelante hobiese cuatro con suprema autoridad y mando en guerra y en paz. A los dos encargó las provincias de levante; los otros dos gobernaban las del poniente de tal manera, que lo de Italia estaba á cargo del uno; el otro gobernaba la Gallia y la España, poro de tal forma, que él hacia su residencia en la Gallia, y en España tenia puesto un vicario suyo. Todos los que tenian pleitos podian de los presidentes y gobernadores de provincias hacer recurso y apelar á los prefectos. Demás destos, habia condes, que tenian autoridad sobre los soldados; maestro de escuela, á cuyo cargo estaba la provision de los mantenimientos, sin otros nombres de oficios y magistrados que se introdujeron de nuevo y no se refieren en este lugar. Basta avisar que la forma del gobierno se trocó en grande manera. Concluidas pues estas y otras muchas cosas, falleció el gran emperador Constantino el año de nuestra salvacion de 337. Gobernó la república por espacio de treinta años, nueve meses y veinte y siete dias. Tuvo dos mujeres; la primera se llamó Minervina, madre que fué de Crispo, al cual y á Fausta, su segunda mujer, que fué hija del emperador Maximiano, dió la muerte; al hijo, porque le achacó su madrastra que intentó de forzalla; á ella, porque se descubrió que aquella acusacion y calumnia fué falsa. Estas dos muertes dieron ocasion á muchos para reprehender y calumniar la vida y costumbres de este gran monarca. Demás que entre los cristianos se tuvo por entendido que por haber al fin de su vida favorecido á Arrio y perseguido al gran Atanasio, se apartó de la fe católica, tanto, que no falta quien diga que en lo postrero de su edad se dejó bautizar en Nicomedia por Eusebio, obispo de aquella ciudad, gran favorecedor de los arrianos, y que dilató tanto tiempo el bautizarse por deseo que tenia, á ejemplo de Cristo, de hacello en el rio Jordan; todo lo cual es falso, y la verdad que la semejanza de los nombres Constancio y Constantino engañó á muchos para que atribuyesen al padre lo que sucedió al hijo el emperador Constancio; principalmente hizo errar á muchos el testimonio de Eusebio, cesariense, porque, con deseo de ennoblecer la secta de Arrio con estas fábulas, dió ocasion á los demás de engañarse. En fin, por esta causa la Iglesia latina nunca ha querido poner á Constantino en el número de los santos ni hacelle fiesta, como sus grandes virtudes y méritos lo pedian, y aun el ejemplo de la Iglesia griega convidaba á ello, que le tiene puesto en su calendario á 20 dias del mes de abril y su imágen en los altares.

CAPITULO XVII.

De los hijos del gran Constantino.

Dejó Constantino de Fausta, su segunda mujer, tres hijos, es á saber, Constantino, Constancio y Constante; á todos tres en su vida nombró en diversos tiempos por césares, y á la muerte repartió entre los mismos el imperio en esta manera. A Constantino, que era el mayor, encargó lo de poniente pasadas las Alpes; lo de levante á Constancio, el hijo mediano; al mas pequeño, que era Constante, mandó las provincias de Italia, de Africa y de la Esclavonia. Así lo dejó dispuesto en su testamento y postrimera voluntad. Señaló otrosí por césar en el oriente á Dalmacio, primo hermano de los emperadores, pero en breve en cierto alboroto de soldados le hizo matar Constancio dentro del primer año de su imperio. Parecia mas altivo de lo que era razon, y al fin perro muerto no muerde. Constantino, el mayor de los tres hermanos, el tercer año despues de la muerte de su padre, fué muerto cerca de Aquileya por engaño de sus enemigos, hasta do llegó en busca de Constante, su hermano, con intento de despojarle del imperio por pretender que todo era suyo y que en la particion de las provincias le hicieron agravio. Hay quien diga que Constantino siguió la parte de Arrio; poro hace en contrario que á su persuasion, principalmente Constancio, su hermano, alzó á Atanasio el destierro á que le tenia condenado y enviado á la Gallia su padre. Verdad es que poco adelante, por la muerte del emperador Constantino y por miedo de Constancio, de nuevo se ausentó de su iglesia. Pero el concilio Sardicense y el papa Julio I y el emperador Constante hicieron tanto, que Atanasio fué restituido á Alejandría, y Paulo á su iglesia de Constantinopla, de donde por la misma causa andaba desterrado. Muchos prelados de España se hallaron en aquel concilio Sardicense; y el principal de todos Osio, obispo de Córdoba, y con él Aniano, castulonense, Costo, cesaragustano, Domicio, pacense ó de Beja, Florentino, emeritense, Pretextato, barcinonense. Grande ayuda era para los católicos el emperador Constante, y grande falta les hizo con su muerte, que le avino yendo á España en la ciudad de Elna, que está en el condado de Ruisellon. Dióle la muerte Magnencio, que estaba alzado con la Gallia y con la España. Determinó Constancio de vengar la muerte de su hermano; señaló antes del partir por césar en el Oriente á Gallo, su primo. Marchaban los unos y los otros con intento de venir á las manos; juntáronse en Esclavonia, vinieron á batalla cerca de la ciudad de Murcio, que fué muy porfiada y dudosa, ca murieron de los enemigos veinte y cuatro mil hombres, y de los de Constancio treinta mil; y sin embargo, ganó la jornada, si bien las fuerzas del imperio con esta carnicería quedaron muy flacas. El tirano, perdida la batalla, se huyó á Leon de Francia. Allí él y Decencio, su hermano, que habia nombrado por césar, por no tener esperanza de defenderse, se mataron con sus manos. Con esta victoria todas las provincias del imperio se redujeron á la obediencia de un monarca á la sazon que en Sirmio, ciudad de la Esclavonia, se celebró un Concilio contra Fotino, obispo de aquella ciudad, que negaba la divinidad de Cristo, hijo de Dios. En este Concilio se escribieron dos confesiones de la fe; en ambas, con intento de sosegar las diferen-

cias, mandaron que no se usase la palabra homousion ó consubstancial. La tercera, que anda vulgarmente, compuso un Marco, obispo de Aretusa, hombre arriano. Hallóse en este Concilio, como en los pasados, Osio, obispo de Córdoba. Dícese que aprobó aquellas fórmulas de fe, y por esta causa puso mácula en su fama y en sus venerables canas. Parece le doblegó el miedo de los tormentos con que le amenazaban los arrianos, y que estimó en mas de lo que fuera justo los pocos años de vida que por ser muy viejo le quedaban. Demás desto por mandado de Constancio, que iba de camino para Roma, se juntó un Concilio en Milan; en él pretendian que Atanasio, que andaba desterrado de nuevo despues de la muerte de Constante, fuese por los obispos condenado. Sintieron esto Paulino, obispo de Tréveris, Dionisio, obispo de Milan, Eusebio, obispo de Vercellis, Lucífero, obispo de Caller, en Cerdeña. Concertáronse entre sí, y como eran tan católicos, desbarataron aquel conciliábulo; mas fueron ellos entonces desterrados de sus iglesias, y poco despues en Roma el mismo Constancio echó de aquella ciudad al santo papa Liberio, y puso en su lugar otro, por nombre Félix. Demás desto, á instancia del mismo Emperador se juntaron en Arimino, ciudad de la Romaña, sobre cuatrocientos prelados. Fué este Concilio muy infame, porque en él, engañados los obispos católicos por dos obispos arrianos, Valente y Ursacio, hombres astutos, de malas mañas, y que tenian gran cabida con Constancio, decretaron, á ejemplo del concilio Sirmiense, que en adelante nadie usase de aquella palabra homousion, ni dijese que el Hijo es consubstancial al Padre. El color que se tomó fué que con esto se acabarian y sosegarian las diferencias que ocasionaba aquella palabra, sin que por esto se apartasen del sentido y doctrina de la verdad. Descubrióse luego la trama, porque los arrianos no quisieron venir en que aquella su secta fuese anatematizada. Sintieron los católicos el engaño; y todo el mundo gimió de verse de repente hecho arriano, que son las mismas palabras de san Jerónimo. Juntáronse poco despues ciento y sesenta y seis obispos en Seleucia, ciudad de Isauria, y quitada solamente la palabra homousion, decretaron que todo lo demás del concilio Niceno se guardase y estuviese en pié. Todos eran medios para contentar á los herejes, traza que nunca sale bien. Volvamos á nuestro Osio, del cual escriben que, vuelto á España despues de tantos trabajos, supo que Potamio, obispo de Lisboa, era arriano; dió en perseguirle. Mandóle el Emperador por esta causa ir á Italia á dar razon de sí al mismo tiempo que los engaños del concilio Ariminense se tramaban, á los cuales dicen dió consentimiento, ó de miedo, ó por estar caduco. Tornó á España, donde, porque Gregorio, obispo de Illiberris, le descomulgó, le denunció y hizo parecer en Córdoba delante Clementino, vicario. Tratábase el pleito, y Osio apretaba á su contrario, cuando en presencia del juez de repente se le torció la boca y sin sentido cayó en tierra. Tomáronle los suyos en brazos, y llevado á su casa, en breve rindió el alma sin arrepentimiento de su pecado; miserable ejemplo de la flaqueza humana, de los truecos y mudanzas del mundo. Bien sé que algunos modernos tienen este cuento por falso y tachan el testimonio de Marcellino, presbítero, de quien san Isidoro en los *Varones ilustres* tomó lo que queda dicho; pero á mí mucha fuerza me hace lo que dice san Hilario de Osio, que amó demasiadamente su sepulcro, esto es, su vida, para entender que al fin della se mostró flaco; y sin embargo, cada uno podrá sentir lo que le pareciere en esta parte y excusar si quisiere á este gran varon. Grandes eran los trabajos en esta sazon, grande la turbacion de la Iglesia. Las cosas del imperio no estaban en mucho mejor estado; en particular los alemanes habian rompido por Francia, y con las armas traian muy alterada aquella provincia. Era el Emperador, demás de otras faltas que tenia, naturalmente sospechoso, daba orejas y entrada á malsines, grande peste de las casas reales; por esta causa los años pasados en el oriente diera la muerte á su primo Gallo; y sin embargo, para acudir á la guerra de los persas y para sosegar lo de la Gallia sacó á Juliano, hermano de Gallo, de un monasterio en que estaba, nombróle por césar, y para mas asegurarse dél, casóle con su hermana Elena, Despachóle para la Gallia, y él se apercibió para hacer la guerra á los persas. En este tiempo Atanasio, por miedo que no le matasen, se ausentó de nuevo, y estuvo escondido hasta la muerte del emperador Constancio, que sucedió en esta manera. Fué la guerra de los persas desgraciada, y tuvo algunos reveses, con que el Emperador quedó disgustado. A la misma sazon los soldados de la Gallia, muy pagados del ingenio de Juliano, le saludaron dentro de Paris por emperador. Sintió esto mucho Constancio; determinó ir contra él; pero atajóle la muerte, que le sobrevino en Antioquía, donde se hizo bautizar á la manera de los arrianos por haber hasta entonces dilatado el bautismo, ó por ventura se rebautizó, cosa que tambien acostumbraban los arrianos. Hecho esto, falleció á 3 de noviembre, año del Señor de 361. Tuvo el imperio veinte y cinco años, cinco meses y cinco dias. En España por este tiempo ciertos pajes al anochecer metieron lumbre, diciendo: «Venzamos, venzamos», de donde se puede sospechar ha quedado en España la costumbre de saludarse cuando de noche traen luz. Hallóse allí un romano; entendió que aquellas palabras de los pajes querian decir otra cosa; puso mano á la espada, y degolló al huésped y á toda su familia, que fué caso notable, referido por Amiano Marcellino, sin señalar otras circunstancias. Fueron deste tiempo Clemente Prudencio, natural de Calahorra, de la milicia y del oficio de abogado, en que se ejercitó mas mozo, con la edad poeta muy señalado, y famoso por los sagrados versos en que cantó con mucha elegancia los loores de los santos mártires. Hay quien diga, es á saber Máximo, que el padre de Prudencio fué de Zaragoza, y su madre de Calahorra, que pudo ser la causa por que en sus himnos á la una ciudad y á la otra la llama *nostra*, si bien él era natural de Zaragoza, como este mismo autor y otros mas modernos así lo sienten, y debe ser lo mas cierto. Juvenco, presbítero español y mas viejo que Prudencio, escribia en versos heróicos la vida y obras de Cristo. Paciano, obispo de Barcelona, ejercitaba el estilo contra los novacianos, cuyo hijo fué Dextro, aquel á quien san Jerónimo dedicó el libro de los escritores eclesiásticos. Un cronicon anda en nombre de Dextro; no se sabe si verdadero, si impuesto; buenas cosas tiene, otras desdicen.

CAPITULO XVIII.

De los emperadores Juliano y Joviano.

No dejó el emperador Constancio hijo alguno; por esto al que perseguia en vida nombró en su testamento por su sucesor, que fué á Juliano, su primo, varon de aventajadas partes y erudicion, y que se pudiera comparar con los mejores emperadores si hasta el fin de la vida se mantuviera en la verdadera religion y no se dejara pervertir de Libanio, su maestro; de que vino á tanto daño, que desamparó la religion cristiana, y comunmente le llamaron apóstata. Luego que se encargó del imperio, para granjear las voluntades de todos, les dió libertad de vivir como quisiesen y seguir la religion que á cada cual mas agradase. Alzó el destierro á los católicos, excepto á Atanasio, al cual, porque despues de la muerte de Constancio volvió á su iglesia, mandó prender, y para escapar le forzó á esconderse de nuevo. A los judíos dió licencia para reedificar el templo de Jerusalem; comenzóse la obra con grande fervor, pero al abrir de las zanjas salió tal fuego, que les forzó á desistir y alzar mano de aquella empresa. A los gentiles permitió acudir á los templos de los dioses, que estaban cerrados desde el tiempo del gran Constantino, y hacer en ellos sus sacrificios y ceremonias. Aborrecia de corazon á los cristianos; pero acordó de hacelles la guerra mas con maña que con fuerza, ca mandó no fuesen admitidos á las honras y magistrados; que sus hijos no pudiesen aprender ni fuesen enseñados en las escuelas de los griegos, que fué ocasion para despertar los ingenios de muchos cristianos á escribir obras muy elegantes en prosa y en verso, en especial á los dos Apollinarios, padre é hijo, personas muy eruditas. Conforme á estos principios fué el fin deste Emperador. Emprendió la guerra contra los persas; sucedióle bien al principio, mas pasó tan adelante, que todo su ejército estuvo á punto de perderse, y él mismo fué muerto, quién dice con una saeta arrojada á caso por los suyos ó por los contrarios, quién que el mártir Mercurio le hirió con una lanza que decian á la sazon se halló en su sepulcro bañada en sangre. Lo cierto es que murió por voluntad de Dios, que quiso desta manera vengar, librar y alegrar á los cristianos. Vivió treinta y dos años; imperó un año, siete meses y veinte y siete dias. Con la muerte de Juliano, todo el ejército acudió con el imperio á Flavio Joviano, hombre de aventajadas partes en todo. No quiso aceptar al principio; decia que era cristiano, y por tanto no le era lícito ser emperador de los que no lo eran; pero como quier que todos á una voz confesasen ser cristianos, condecendió con ellos. Recebido el imperio, hizo asiento con los persas, si no aventajado, á lo menos necesario para librar á sí y á su ejército, que se hallaba en grande apretura por la locura de Juliano. Restituyó á los cristianos las honras y dignidades que solian tener, á las iglesias sus rentas; alzó el destierro á Atanasio y á los demás católicos que andaban fuera de sus casas. Con esto una nueva luz resplandecia en el mundo, sosegadas las tempestades, y todo se encaminaba á mucho bien; felicidad de que no merecieron los hombres por sus pecados gozar mucho tiempo, porque yendo á Roma, en los confines de Galacia y de Bitinia murió ahogado. La ocasion fué un brasero que le dejaron encendido donde dormia, y el aposento, que estaba blanqueado de nuevo, que fueron dos daños. Tenia edad de cuarenta años; imperó siete meses y veinte y dos dias. Hizo una ley en que puso pena de muerte al que intentase agraviar á alguna vírgen consagrada á Dios, aunque fuese con color de matrimonio y de casarse con ella.

CAPITULO XIX.

De los emperadores Valentiniano y Valente.

En lugar de Joviano sucedió Flavio Valentiniano, húngaro de nacion; su padre se llamó Graciano. Ejercitóse en oficio de cabestrero, pero por sus fuerzas y prudencia pasó por todos los grados de la milicia á ser prefecto del pretorio. Eligiéronle los soldados por emperador. Fué muy aficionado á la religion cristiana, como lo mostró en tiempo del emperador Juliano, cuando por no consentir en dejar la ley de Cristo y haber dado en su presencia una bofetada á un sacristan gentil porque le roció con el agua lustral de los ídolos, dejó el cíngulo, que era tanto como renunciar el oficio y honra de soldado. Nombró luego que le eligieron por su compañero en el oriente á Valente, su hermano, y él se partió para Italia, donde con celo de la religion sosegó la ciudad de Roma que estaba alborotada sobre la eleccion del pontífice. Fué así que, muerto el papa Liberio, los votos de los electores no se concertaron; algunos arrebatadamente y con pasion nombraron en lugar del difunto á Ursino; pero la mayor parte y mas sana eligió á Dámaso, español de nacion. Quién dice fué natural de Egita, que hoy se llama Guimaranes en Portugal, puesta entre Duero y Miño, quién de Tarragona, quién de Madrid. Lo cierto es que fué español y persona de grandes partes. Con esta division se encendió tan grande alboroto, que, como lo cuenta Amiano Marcellino, historiador gentil y de aquel tiempo, en solo un dia dentro de la iglesia de Sicinino fueron muertos ciento y treinta y siete hombres; y aun el mismo autor reprehende á los pontífices romanos de que andaban en coches, y sus convites sobrepujaban los de los reyes. Sosegóse pues esta tempestad con que el Emperador envió á Ursino á Nápoles para ser allá obispo. Pero no desistió de su mal intento la parcialidad contraria, antes acusaron á Dámaso de adulterio y le forzaron á juntar concilio de obispos para descargarse y defender su inocencia. Dió otrosí por ninguno el concilio Ariminense como juntado sin voluntad y aprobacion del pontífice romano. Depuso á Auxencio, obispo de Milan, por ser arriano. Ordenó que en los templos se cantasen los salmos de David á coros, y por remate el verso *Gloria Patri*. Demás desto, que al principio de la misa se dijese la confesion. Edificó en Roma dos templos, el uno de San Lorenzo, el otro el de los apóstoles San Pedro y San Pablo á las catacumbas en la via Ardeatina, en que hizo sepultar á su madre y hermana. Tuvo mucha amistad con san Jerónimo, á quien semejaba mucho en los estudios y erudicion. Escribió una obra copiosa y elegante de las vidas de los pontífices romanos hasta su tiempo. Las vidas que hoy andan de los pontífices en nombre de Dámaso son una recopilacion de aquella obra, por lo demás indignas de varon tan erudito y grave. Las provincias no estaban sosegadas, ca en el oriente un deudo de Juliano, llamado Procopio

tomó nombre de emperador, y con esto alteró las voluntades de muchos. Acudió Valente contra él, vencióle en batalla en lo de Frigia, y como al caido todos le faltan, su misma gente le entregó al vencedor. Al mismo tiempo Valentiniano hacia prósperamente la guerra á los alemanes y á los sajones, que es la primera vez que dellos se halla mencion en la historia romana. Demás desto, adelante revolvió contra los godos y los echó de la Tracia, á los persas de la Suria; enfrenó á los escoceses, que hacian entradas por la isla de Bretaña, y á los sármatas, que corrian las Panonias. Hizo todas estas guerras, parte por sí mismo, parte por sus capitanes. Fué notable emperador, si no ensuciara su fama con casarse en vida de Severa, su primera mujer, con una doncella suya llamada Justina; y lo que fué peor, que hizo una ley que permitia á todos casar con dos mujeres y tenellas. Demás desto, dió libertad, segun lo refiere Marcellino, para que cada cual siguiese la religion que quisiese. Falleció en Bregecion, pueblo de Alemaña, do estaba ocupado en hacer guerra á los cuados. Tuvo el imperio once años, ocho meses y veinte y dos dias. Cayó su muerte á 17 de noviembre año de 375. Dejó dos hijos: á Graciano, de Severa, y á Valentiniano, de Justina. En esta sazon Valente en el Oriente trabajaba á los católicos de todas maneras. Dominica, su mujer, y Eudoxo, obispo de Constantinopla, que le bautizó á la manera de los arrianos, le sacaban de seso en tanto grado, que en la ciudad de Edesa estuvo determinado de hacer entrar los soldados en el templo de los católicos, para desbaratar las juntas que allí hacian á celebrar los oficios divinos; pero apartóle deste propósito Modesto, gobernador de aquella ciudad, ca le avisó que á la fama de lo que se decia mas gente que de lo ordinario estaba junta en el templo con tanta resolucion de padecer la muerte en la demanda, que hasta una mujer, aun no bien vestida por la priesa, llevaba de la mano á un niño hijo suyo para que ni ella ni él faltasen en aquella ocasion de dar la vida y la sangre por la religion católica. Desistió con esto Valente de aquel su intentó, desterró muchos sacerdotes, y entre los demás á Eusebio, obispo de Cesárea, la de Capadocia, tan conocido por su valor y constancia como el de Cesárea de Palestina por su erudicion y escritos. Al de Capadocia sucedió en aquel obispado el gran Basilio, que tuvo harto que hacer con Valente. Todo esto sucedió los años pasados. Jamblico, maestro que fué de Proclo, tenia cabida con el emperador Valente. Este le enseño cierta manera para escudriñar y saber el nombre del que le habia de suceder en el imperio, cosa que el Emperador mucho deseaba. La traza era que escribian en el suelo todas las letras del alfabeto y abecé, y en cada letra ponian un grano de trigo; soltaban un gallo, y mientras que el adivino barbotaba no sé que palabras, las letras primeras de que el gallo tomaba los granos entendian que significaban lo que pretendian saber. Llamábase esta adevinacion por el gallo. Usaban otrosí en lugar del gallo que uno, tapados los ojos, con un puntero tocase las letras para el mismo efecto, que era todo vanidad y locura. Salieron pues con aquella traza estas letras *Theod*, de que tomó ocasion el emperador Valente de perseguir y matar á todos aquellos cuyos nombres comenzaban por aquellas letras, como á los Theodatos, Theodoros y Theodulos. Entre los demás fué muerto Honorio Teodosio, español y natural de Itálica, del linaje del emperador Trajano. Habia sosegado este caballero ciertos movimientos de Africa, y por esto mereció ser maestro de la caballería; recibió el santo bautismo al fin de su vida. No bastan las fuerzas humanas para contrastar á la voluntad de Dios; fué así, que este notable varon de su mujer Termancia dejó dos hijos, al gran Teodosio y Honorio. A la misma sazon rompieron por las provincias del imperio grandes gentes de godos, y por caudillos suyos Fridigerno y Atanarico. Nació discordia entre los dos, como suele acontecer entre los que tienen igual mando; con esto Valente se pudo aprovechar de la una parte y romperlos en una batalla que les dió. A los demás que seguian á Atanarico, tomado asiento con ellos, dió la Mesia en que poblasen, con condicion que se bautizasen. Hiciéronlo; mas conforme á la manera de los arrianos por el mismo tiempo que Ulfila, obispo de aquellas gentes, inventó la letra gótica, diferente de la latina, y tradujo en lengua de los godos los libros de la divina Escritura. No bastó esta confederacion ni la victoria ya dicha para que no se alterasen de nuevo, como gente brava y acostumbrada á las armas; metiéronse por la Tracia adelante, acudió contra ellos Valente, vinieron á batalla cerca de la ciudad de Adrianópoli; en ella los romanos fueron vencidos, y el Emperador muerto dentro de una choza donde se retiró. No se quiso rendir, pusiéronle fuego con que le quemaron vivo, que fué manera y género de muerte mas grave que la misma muerte. Sucedió esto cuatro años despues que falleció su hermano el emperador Valentiniano. No dejó Valente hijo alguno que le sucediese. Tenia bien merecido este desastre por lo mucho que persiguió á los católicos y porque con loco atrevimiento no quiso esperar á su sobrino Graciano que venia en su socorro. El caudillo destos godos era Fridigerno, que, despues de vencido, se rehiciera de gentes con deseo de vengar á sí y á los suyos de las injurias y daños pasados.

CAPITULO XX.

De los emperadores Graciano, Valentiniano y Teodosio.

Antes que el emperador Valentiniano falleciese tenia señalado por césar á su hijo Graciano, y en su muerte le dejó por su heredero y sucesor, lo cual se efectuó sin contradiccion alguna. Solamente el ejército quiso que Flavio Valentiniano, su hermano, fuese su compañero en el imperio, y así se hizo, sin embargo que era de muy poca edad. Con la victoria contra Valente quedaron los godos tan insolentes y altivos, que todo el Oriente estaba en condicion de perderse. Para enfrenallos era necesario buscar algun caudillo, persona señalada en valor y prudencia. Tal era Teodosio, que despues de la muerte de su padre, retirado residia en Itálica, su patria, en lo postrero de España. De allí, luego que fué llamado y se encargó de aquella empresa, reprimió la avilanteza de los godos y abajó su orgullo, que habia pasado tan adelante, que pusieron cerco á la misma ciudad de Constantinopla, cabeza entonces del mundo; en fin, los acosó de manera, que á instancia de los mismos tomó con ellos asiento y les dió tierras en que morasen. Para seguridad de lo concertado le entregaron á Atanarico, hijo y adelante sucesor de Fridigerno, para

que estuviese en rehenes. Grande fué la honra que con esto ganó Teodosio, grande el contento del emperador Graciano; parecióle que en premio de aquel trabajo y para mas asegurar las cosas de levante debia nombrar á Teodosio, como lo hizo, por tercer emperador, persona además de su valor y prendas en que no tuvo par, muy religiosa, como se ve por la ley que estableció siendo Graciano la quinta vez y Teodosio la primera cónsules; por la cual mandó que todos siguiesen la fe de Dámaso, pontífice romano, y de Pedro, obispo de Alejandría. Tres años adelante, que fué el año de Cristo de 383, en que fueron cónsules Merobaudo la segunda vez y Saturnino la primera, nombró Teodosio, á 16 de enero, por su compañero en el imperio á Arcadio, su hijo mayor. Avino que Anfiloquio, obispo de Iconia en Licaonia, entró á visitar al emperador Teodosio. Tenia á su lado asentado á su hijo y compañero en el imperio; el Obispo de propósito hizo la mesura y reverencia debida á Teodosio, y no hizo caso de Arcadio. Preguntado la causa de aquel desacato ó descuido, respondió: «No te maravilles, oh Emperador, pues tú haces lo mismo con Dios, que permites á los arrianos menosprecien á su Hijo.» Celebróse otrosí á la misma sazon un concilio en Constantinopla, que entre los generales es el segundo; en él Teodosio por las facciones del rostro conoció á Melecio, obispo de Antioquía, sin haberle jamás visto, solo porque en sueños le vió como que le ponia la corona en la cabeza. Estaba la ciudad de Constantinopla alterada y sin obispo, á causa que Gregorio Nacianceno por la mala voluntad que algunos le tenian dejara de su voluntad aquella iglesia. Dió el Emperador órden que Nectario, que era senador y aun no bautizado, fuese elegido en obispo de aquella ciudad. Demás desto, condenaron en aquel Concilio todas las herejías, y en particular la de Macedonio, que fué obispo de Constantinopla, y sentia mal del Espíritu Santo diciendo que era criatura. El pontífice Dámaso aprobó todas las acciones y decretos deste Concilio, en especial el símbolo de la fe, en que expresamente, segun que lo hallo testificado en el concilio Forojuliense, declararon que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Este símbolo mandó Dámaso que en la misa se cantase en lugar del Niceno, que falleció el año siguiente despues que se celebró el dicho Concilio. Pusieron en su lugar á Siricio; Próspero le llama Ursino, ca debió entender que el que pretendió el pontificado en competencia de Dámaso los años pasados, le sucedió despues de muerto. Estaban levantadas la Gallia y la España á causa que Clemente Máximo, español de nacion, despues de haberse llamado emperador en Bretaña, se apoderó de aquellas provincias. Partió contra él el emperador Graciano, vinieron á las manos cerca de Paris, quedó la victoria por el tirano, y Graciano cerca de Leon, donde se retiró despues de la rota, fué muerto por engaño de Andragacio. Imperó siete años, nueve meses y nueve dias despues de la muerte de su padre. No dejó hijo alguno, y fué el primero de los emperadores romanos que no quiso aceptar la estola pontifical, que, como á pontífice de la supersticion romana, le ofrecian conforme á lo que entonces se usaba. Leta, mujer de Graciano, y Pisamena, su suegra, vivieron en Roma hasta que aquella ciudad fué destruida en estado de reinas, que sustentaban con las rentas que el emperador Teodosio, como hombre agradecido, les señaló del público. Por el mismo tiempo España se alteraba en lo que tocaba á la religion, á causa que Priscilliano avivaba las centellas que quedaron de los gnósticos, desde el tiempo que Marco, dicípulo de Basilides, como se tocó en su lugar, sembró en ella aquella mala semilla. Era Priscilliano hombre poderoso y noble, gallego de nacion; tenia muy buenas partes, velaba, sufria hambre y sed, pero tenia otros vicios con que todo lo afeaba; era soberbio y inquieto, y las letras humanas que tenia le hacian atrevido. Con estas y con otras mañas atrajo á su partido á dos obispos, cuyos nombres eran Instancio y Salviano. Hízoles rostro Idacio, obispo de Mérida, á persuasion de Agidino, obispo asimismo de Córdoba. Con la aspereza destos y de otros semejantes se encanceró la llaga, que si se tratara con mas blandura, por ventura se pudiera sanar. Procedióse al último remedio, que fué citar á los herejes para que en una junta de obispos, que se tuvo en Zaragoza, fuesen oidos y diesen razon de sí. No comparecieron el dia señalado; por esta rebeldía los obispos Instancio y Salviano, y mas Elpidio y Priscilliano, que eran seglares, fueron descomulgados y con ellos Agidino, obispo de Córdoba, que de enemigo de repente se pasara á su parte. Dieron cuidado de notificar esta sentencia á Itacio, obispo sosubense, como se lee en Severo Sulpicio, pero ha de decir osonobense, que es de Estombar en Portugal. San Isidoro solo dice que era obispo de las Españas, y Sigiberto que de Lamego. Lo que hace al caso, que era hombre colérico y hablador, reprehendia á los que ayunaban y se daban á la leccion de la sagrada Escritura. Este Itacio y el sobredicho Idacio alcanzaron del emperador Graciano, que á la sazon era vivo, un edicto y provision en que mandaba que aquellos herejes fuesen echados de los templos y de las ciudades. Instancio y Salviano, y con ellos Priscilliano, que ya con el favor de sus parciales era obispo de Avila, acudieron á Roma á dar razon de sí, pero, llegados allá, no pudieron alcanzar audiencia del pontífice Dámaso. Dieron vuelta á Milan, do hallaron el emperador Graciano. No los quiso tampoco oir Ambrosio, que todos se ofendian y espantaban con la novedad de aquella doctrina. Con todo esto no desmayaron, antes sobornaron con dineros á Macedonio, maestro de los oficios, y con su favor alcanzaron de Graciano revocacion de la primera provision y que las iglesias fuesen vueltas á Priscilliano y á Instancio, que Salviano era muerto en Roma. Con esto volvieron á España tan arrogantes, que pusieron demanda á Itacio y le acusaron de sedicioso. Mandóle prender el vicario Volvencio, pero él hizo recurso á Francia; donde como Gregorio, prefecto del Pretorio, no le hiciese buena acogida, pasó á Tréveris para valerse de Clemente Máximo, que se nombraba emperador; con que hizo tanto, que el negocio de nuevo se cometió á un concilio de obispos, que por su mandado se juntaron en Burdeos. Parecieron Priscilliano y Instancio; por sentencia de los obispos fué Instancio depuesto, Priscilliano apeló á Máximo, fuéle otorgada la apelacion; por donde la causa de los herejes se devolvió á juicio de seglares, que fué cosa muy nueva. Tratóse el pleito en Tréveris, y á instancia de Itacio Priscilliano fué convencido de hechicero y que con color de religion de noche hacia juntas torpes de hombres y mujeres, por donde fué condenado y

muerto, y juntamente con él Felicísimo y Armenio, y tambien Latroniano, el cual se cuenta entre los poetas de aquel tiempo. Instancio, que consintió la sentencia de los obispos, fué desterrado á una isla mas arriba de Ingalaterra. Reclamaba á todo esto san Martin, obispo turonense, que acudió en persona á estos daños; decia que los herejes no debian ser muertos principalmente á instancia de los obispos, benignidad que debia ser á propósito de aquel tiempo, pero que la experiencia y mayor conocimiento de las cosas ha declarado seria perjudicial para el nuestro. Muerto Prisciliano, no se sosegó aquel mal; trajeron los cuerpos de los justiciados á España, y aun sus dicípulos los honraban como si fueran mártires; tenian por el juramento mas grave el que hacian por el nombre de Priscilliano. Por el contrario, Itacio y Idacio (Isidoro dice Ursacio en lugar de Idacio) fueron acusados por lo que habian hecho, y condenados en destierro. Los herejes, demás de la torpeza de su vida, confundian las personas divinas, apartaban los matrimonios, tenian por ilícito el comer carne, decian que las almas procedian de la divina esencia, y por siete cielos y ciertos ángeles bajaban como por gradas á la pelea desta vida, y daban en poder del príncipe de las tinieblas, fabricador del mundo. Sujetaban los hombres al hado y á las estrellas, y enseñaban que sobre los miembros del cuerpo tienen dominio los doce signos del Zodiaco, Aries sobre la cabeza, Taurus sobre la cerviz, Géminis sobre el pecho, y así de los demás. Gobernaba la Iglesia despues de Dámaso el papa Siricio; escribió una epístola á Himerio, obispo de Tarragona, en razon y respuesta de muchas cosas que le habian preguntado acerca del bautismo, del matrimonio, de las vírgenes y varones consagrados á Dios, de las sagradas órdenes. Manda la comunique con los obispos de la provincia Cartaginense, de la Bética y de Galicia. Tiene por data los cónsules Arcadio y Bauton, que fué el año de 385. Debió esta carta de ser estimada en mucho, pues en el concilio Toledano primero sin nombrarla usan de sus mismas palabras; y Isidoro expresamente hace della mencion en los *Varones ilustres* en Siricio. El año quinto despues de la eleccion del papa Siricio, Teodosio y Máximo cerca de Aquileya vinieron á las manos. Perdió el tirano la jornada, y poco despues fué preso y muerto. Con esto Valentiniano el Menor, que de miedo habia huido á levante, volvió á restituirse en el imperio de occidente. El principio desta guerra fué muy bueno, y así les ayudó Dios, porque siendo cónsules Teodosio la segunda vez y Cinegio la primera, á 14 de junio, en Stobis, ciudad de Macedonia, establecieron por ley que los herejes no pudiesen hacer juntas ni celebrar los misterios y la comunion fuera de la iglesia, y á 27 de agosto el mismo año puntualmente, que fué el de 388, se ganó aquella tan señalada y tan importante victoria. En todo esto el emperador Teodosio se mostró muy religioso; pero usó de grande crueldad con la ciudad de Tesalónica, donde porque en cierto alboroto los del pueblo mataron á Buterico, caudillo de gentes de guerra, y otros criados del Emperador, en castigo hizo matar seis mil hombres de aquella gente. Supo esto Ambrosio, obispo de Milan, do á la sazon se hallaba Teodosio; cerróle las puertas de la iglesia, descomulgóle, y reprehendióle severamente de lo hecho; mostróle el camino de aplacar á Dios, que era la penitencia; sufriólo todo Teodosio, no con menor ánimo que con el que Ambrosio lo hizo. Volvióse á su casa, y á cabo de algunos meses, á persuasion de su privado Rufino, determinó de tornar á probar si le recibirian en la iglesia, por ser á la sazon la fiesta de Navidad. Acudió Ambrosio á las puertas, recibióle con palabras no menos ásperas que antes; sin embargo, vista su humildad, sus lágrimas y paciencia, en fin le dejó entrar con sacarle por condicion que ordenase una ley en que estableciese que ninguna sentencia de muerte se ejecutase antes de pasados treinta dias despues que fuese pronunciada. Ordenóle asimismo que cuando se sintiese sañudo, no hablase palabra alguna antes de pronunciar por su órden todas las letras del alfabeto ó abecé griego, todo á propósito que la ira con la tardanza perdiese sus aceros, y prevaleciese la razon. Fueron de grande momento estos avisos, por lo que poco adelante sucedió en Antioquía. Impusieron los del Emperador ciertos tributos en aquella ciudad extraordinarios y graves. Alteróse el pueblo grandemente; emplearon su rabia contra una estatua de la emperatriz Placilla, que arrastraron por las calles. Sintió este desacato Teodosio, como era razon, así por ser muerta aquella señora su mujer como por haber sido tan buena y tan santa, que en los hospitales daba por sus manos á comer á los enfermos, y solia traer á la memoria á su marido lo que habia sido y lo que era para que no se ensoberbeciese ni se descuidase. Por todas estas causas castigara aquella insolencia gravísimamente, si no ayudara para amansar el pecho del Emperador la prevencion de Ambrosio, junto con los embajadores que vinieron de parte de aquella ciudad, y al tiempo que el Emperador comia hicieron que ciertos niños cantasen una cancion á propósito en tono lloroso, con que le saltaron las lágrimas y se movió á compasion. Despues desto, el emperador Teodosio dió de Italia vuelta á levante; con su ausencia Arbogastes tuvo comodidad de hacer ahogar en Viena, la de Francia, al mozo emperador Valentiniano. No paró en esto el daño; antes Eugenio, de maestro de gramática que habia sido, con ayuda del dicho Arbogastes se llamó emperador el año 392, burla grande y escarnio, pero que puso en en balanzas el imperio y majestad, y aun en tanto cuidado á Teodosio, que hizo recurso á los varones santos del yermo para que le encomendasen á Dios. Juan, que era uno dellos, le prometió por sus cartas la victoria, y juntamente le avisó que no volveria de Italia. Partióse pues con sus gentes en busca del enemigo, que no se descuidaba. A las haldas de los Alpes se juntaron los ejércitos contrarios; dióse la batalla, que fué muy herida y señalada; levantóse de repente un torbellino de vientos y lluvia, truenos y relámpagos, que daban á los enemigos de cara, de guisa que no podian pelear, como lo cantó Claudiano, poeta de aquel tiempo muy famoso, si pagano, si fiel no se sabe, lo mas cierto es que no fué cristiano. Mucho tambien ayudaron veinte mil godos, que despues de la muerte de Atanarico, su caudillo, que falleció en Constantinopla, por no tener cabeza ganaban sueldo del imperio. Quedó con esto el campo por Teodosio con grande estrago de los contrarios. A Eugenio despues de la batalla mataron los suyos, que al traidor todos le faltan. Arbogastes tomó la muerte por sus manos. Dióse esta batalla á 17 de se-

tiembre el año de 394. En esto mismo año Teodosio nombró á su segundo hijo Honorio por su compañero en el imperio. Tras esto en breve se siguió la muerte del mismo emperador Teodosio, que falleció de hidropesía en Milan á los 17 de enero del año luego siguiente. Vivió cincuenta años, imperó los diez y seis y dos dias; fué casado dos veces; de Placilla, su primera mujer, dejó á los emperadores Arcadio y Honorio, de Galla, hija de Valentiniano y de Justina, tuvo una hija por nombre Galla Placidia. Los santos Ambrosio y Augustino en particulares sermones que hicieron, declararon al mundo las virtudes y loores desto excelente príncipe. El nombre de Teodosio, que quiere decir dado de Dios, cuando no le tuviera de su padre, que se le puso por divina revelacion, como lo dice Aurelio Victor, por sus grandes hazañas y virtudes le merecia. Del celo que tuvo de la religion fué bastante muestra que los templos de los dioses que hizo cerrar el Gran Constantino, él los mandó echar por tierra, en que se hallaron grandes engaños, en particular estatuas por detrás huecas para responder á los que preguntaban y consultaban á los ídolos; que tales eran los oráculos de los gentiles. Lo que causó mas maravilla fué que en Alejandría en el templo de Serapis se halló en muchos lugares la señal de la cruz, puesta como letra hieroglífica en significacion de inmortalidad. Entre los varones señalados que tuvo España por estos tiempos se puede contar Poncio Paulino, aunque natural de Burdeos, pero que con su mujer Tarasia vivió mucho tiempo en Barcelona, donde sin título de algun beneficio, cosa poco usada en aquella edad, se ordenó de presbítero. Desde allí pasó á Italia, y murió obispo de Nola. Abundio Avito, natural de Tarragona, tradujo en lengua latina un librito de Luciano sobre la invencion del cuerpo del protomártir Estefano. Licinio, bético, tuvo mucha amistad con san Jerónimo, y con los pobres de Jerusalem repartió liberalmente parte de su hacienda. Demás destos, Desiderio y Ripario, presbíteros españoles, ejercitaron la pluma contra Vigilancio, natural de Pamplona y presbítero de Barcelona, que ponia lengua en la costumbre que tiene la Iglesia de reverenciar á los santos que reinan con Cristo en el cielo, segun que lo testifica en el libro que escribió contra él san Jerónimo, insigne varon destos tiempos, claro por sus grandes letras y santidad de su vida muy señalada.

CAPITULO XXI.

De los emperadores Arcadio y Honorio.

Los hijos del gran Teodosio, despues de la muerte de su padre, se encargaron del imperio el año 395; Arcadio de lo de oriente, y Honorio de las provincias de occidente. Fueron mas religiosos y reformados en sus costumbres que dichosos; pues en su tiempo la majestad del imperio romano, que de pequeños principios era llegada á la cumbre, y su misma grandeza con su peso la trabajaba, comenzó á despeñarse, sin volver mas en sí, que fué clara muestra de la flaqueza humana. Y es cosa averiguada que ninguna cosa hay debajo del cielo que el tiempo con sus mudanzas no lo consuma y deshaga; y es forzoso que los edificios muy altos se vayan al suelo, y las caidas debajo de alguna gran carga son mas pesadas y peligrosas, segun que lo testifica un poeta. Ningun imperio puede permanecer largo tiempo; si le falta enemigo de fuera, dentro de su casa le nace, no de otra manera que los hombres gruesos y de muchas carnes y saín, aunque no sean alteradas de cosa alguna, su misma gordura y peso los atierra y mata. Pasó desta vida el papa Siricio el año del Señor de 398; gobernó la Iglesia al pié de catorce años. Sucedióle Anastasio, en cuyo tiempo en España se tuvo el primer concilio Toledano. Comenzóse á 1.° de setiembre del año de Christo de 400; concurrieron diez y nueve obispos de diversas ciudades de España. Presidió Patruino, obispo, segun algunos piensan, de Toledo, movidos del catálogo antiguo de aquella iglesia, en que este nombre se pone entre los primeros obispos de Toledo. Quién dice que fué obispo de Braga por hacerse mencion en las acciones del concilio de Paterno Bracarense, y tienen por mas probable que Asturio, el cual firmó en el sexto lugar, era á la sazon obispo de Toledo, y que es aquel de quien testifica san Ilefonso en sus *Claros Varones* que halló los cuerpos de los santos mártires Justo y Pastor en Alcalá de Henáres, do padecieron, cuya devocion fué tan grande, que para mas honrarlos erigió aquel pueblo en catedral, y de Toledo se pasó á ser el primer obispo de Alcalá, el que entre los de Toledo se contaba por noveno. Verdad es que por todo el tiempo que vivió, los de Toledo, por su respeto no quisieron proveer otro en su lugar. De lo que escribe el Abad biclarense se entiende que en tiempo de Leuvigildo, rey de los godos, Novello fué obispo de Alcalá, pero no sucedió luego despues de Asturio, sino adelante, como es necesario confesarlo por la razon de los tiempos, si decimos que Asturio, prelado de Toledo, vivió en esta era; y aun en *San Eulogio* se halla otro obispo de Alcalá, que vivió mas adelante despues de la destruicion de España, por nombre Venerio. Volvamos á nuestro propósito. Reprobaron los padres deste Concilio la herejía de Priscilliano. Reconciliaron con la Iglesia á dos obispos Sinfosio y Dictinio, y un presbítero, por nombre Comasio, que la abjuraron. El pontífice Inocencio, que el año luego siguiente sucedió á Anastasio, escribió una carta muy señalada á los padres deste Concilio. Estaba el gobierno del imperio dividido en esta manera: á Gildo se encargó lo de Africa, á Rufino las provincias de oriente, lo de occidente quedó á cargo de Stilicon, persona de mas autoridad que los otros dos por estar emparentado con los emperadores, ca Serena, su mujer, era hija de Honorio, hermano del gran Teodosio, además que el mismo era suegro del emperador Honorio. Hizo este repartimiento el mismo Teodosio, y dejólo así ordenado con intento que estos tres personajes fuesen como tutores de sus hijos y les ayudasen á llevar la carga. Ellos, olvidados de la lealtad que debian, por la grande ambicion de sus corazones, acometieron á hacerse señores de todo, con que destruyeron de todo punto el imperio. Gildo se levantó en Africa el primero; enviaron contra él á su mismo hermano, llamado Mazecel, el cual le deshizo y mató; mas en premio de su trabajo y sin escarmentar en cabeza ajena se llamó á sí mismo emperador, y al fin paró en lo mismo que su hermano. Rufino dió traza para que los godos y otras naciones bárbaras se alterasen, que era el camino que entonces tomaban para medrar y salir con su intento, bien que

áspero, engañoso y malo. Fué Rufino de nacion britano ó franco, capitan de los mas señalados de aquel tiempo. Descubrióse la traicion, y pagó con la cabeza. No paró en esto la deslealtad; antes parece que por alguna fuerza secreta se derramaba por todas las provincias, pues por el mismo camino y por las mismas pisadas, como se dirá mas largamente adelante, Stilicon, el suegro de Honorio, intentó á hacer emperador á su hijo Euquerio, y quitar el mando á los hijos de Teodosio. Dió órden para salir con esto como diversas naciones se metiesen por las provincias del imperio; en particular se concertó de secreto con los alanos, gente fiera, y con los vándalos, de cuya nacion él era. Los primeros á tomar las armas fueron los godos, alterados de que con el intento ya dicho les quitaron el sueldo que les solian pagar; corrieron toda la Tracia y las provincias comarcanas; despues desto, divididos en dos partes rompieron por Italia. Radagasio, el uno de los caudillos que poco antes bajara con gran número de gente de la Gotia antigua, sin hallar resistencia pasó por Italia hasta llegar á la Toscana. Allí, cerca de Fiesole y de Florencia, por el esfuerzo de Stilicon fué desbaratado y muerto con todos los suyos. Pudo otrosí deshacer cerca de Ravena al otro capitan de los godos, llamado Alarico, mas por tener al Emperador en aprieto se contentó de vencerle en cierta batalla que le dió. Vinieron á concierto con aquellos bárbaros, en que les dieron donde morasen en lo postrero de Francia. Pesábale á Stilicon que dejasen á Italia; envió un su capitan, llamado Saulo, judío de nacion, para que diese sobre ellos de repente. Estaban alojados á las haldas de los Alpes junto á Polencia, que hoy se llama Polenzara, pueblo pequeño cerca de la ciudad de Asta. Dió pues sobre ellos de repente el mismo dia de Pascua de Resurreccion, que fué á 6 de abril del año puntualmente de 402, segun que va todo sacado de buenos autores. Quisieran los godos por reverencia de aquella festividad excusar la pelea; pero como el judío los apretase, revolvieron sobre él con tal denuedo, que le hicieron retirar y le mataron con otros muchos; y ellos, como gente feroz, irritados por esta injuria, volvieron sobre Italia, do se detuvieron algunos años. No parece que se entendieron luego estas mañas de Stilicon, pero al fin fué descubierta su maldad, y pagó con la cabeza por mandado del emperador Honorio, el año que se contaba 408 de nuestra salvacion, á 23 de agosto, y poco adelante fueron tambien justiciados Serena, su mujer, y Euquerio, su hijo; y aun el mismo Honorio repudió á su mujer, hija que era del mismo Stilicon, en odio de su padre. Grande fué el daño que los godos hicieron en Italia, grandes los estragos, sin parar hasta ponerse sobre la ciudad de Roma, cabeza y señora del mundo; y della, despues de un largo y apretado cerco, al fin se apoderaron con tanta fiereza, que todo lo pusieron á fuego y á sangre; tanto, que parece pretendian de una vez tomar enmienda de las injurias que aquella ciudad tenia hechas á todo el mundo. Entróse Roma el año de 410, conforme á la cuenta mas acertada, dado que Paulo Orosio y Próspero, aquitánico, á este número parece añaden dos años. En aquella ciudad prendieron á Placidia, hermana de los emperadores Honorio y Arcadio. Casó con ella Ataulfo, cuñado de Alarico, y que le sucedió en el reino poco despues á causa que Alarico murió en Cosencia, ciudad de los brucios, que hoy es Calabria, con que Placidia fué parte para que su marido Ataulfo y su hermano Honorio se concertasen; y conforme al asiento que se tomó, partieron los godos de Italia para morar en la parte de la Gallia y España que están de la una y de la otra parte de los Pirineos, principio para apoderarse y hacerse señores de lo demás de España, y aun de buena parte de Francia, segun que en el libro siguiente se irá declarando.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo diversas naciones vinieron á España.

Una grande avenida de diversas naciones fieras y bárbaras, que por estos tiempos vinieron y se derramaron por diversas partes de España, declarará la siguiente narracion. Los vándalos, los alanos, los suevos y los silingos, mayormente los godos, los cuales, dejados sus antiguos asientos y moradas, despues que de levante á poniente hincheron todas las tierras del miedo de su nombre, de sus proezas y de su fama, y con las armas vencedoras pasearon toda la Italia, finalmente pararon en España, y en ella, echadas en parte y en parte sujetas las otras naciones, pusieron y tuvieron por espacio de mas de trecientos años la silla de su imperio. No hay duda sino que todas estas naciones y otras semejantes en diversos tiempos bajaron del septentrion y se derramaron por las provincias del imperio romano por dos causas. La una fué la gran fecundidad que tenian aquellas gentes en multiplicarse por el gran calor de los cuerpos, que además de ser los septentrionales mas largos en la comida y en la bebida, se encienden con el extremo frio de aquellas regiones y aire, en especial antes que recebiesen la religion cristiana, y por ella enfrenasen sus apetitos con la ley de un matrimonio, la gente en gran manera se aumentaba. Allegábase á esto la esterilidad de la tierra, que era la segunda causa, por la mayor parte erizada con nieves y con heladas, y falta de muchas cosas necesarias al sustento de la vida. Por donde la necesidad de sustentarse forzaba á innumerables enjambres de hombres á pasarse y buscar asiento en tierras templadas y mas abundantes. Para salir con su intento hacian guerra á los romanos, señores del mundo, destruian y talaban las tierras y campos si prestamente no se les hacia resistencia. Como esto sea cosa averiguada, así bien no es fácil declarar de qué

partes del septentrion y de qué provincias cada una destas naciones haya venido, qué costumbres, qué ingenios tenian, de qué lengua y leyes usaban; ni faltaria por diligencia si entre tantas tinieblas de opiniones como hay se descubriese algun camino para dar en el blanco. Será forzoso contentarnos con conjeturas, pues la antigüedad de las cosas y el descuido de aquellos tiempos no da lugar á mayor claridad. Plinio pone á los vándalos en aquella parte de Alemaña casi do al presente están los melburgenses y pomèranos, dado que Dion las fuentes de que nace el rio Albis y de donde comienza á regar los campos de Alemaña las pone en los montes Vandálicos. Los burgundiones se han de contar entre los vándalos como parte suya; tomaron este nombre de Búrgos, que quiere decir aldeas, en que estaban divididos y derramados; y como hiciesen asiento en los Heduos, pueblos antiguos, fueron causa que aquella parte de la Gallia se llamase Burgundia ó Borgoña. Dionisio, el que en elegante verso escribió en griego el asiento de las tierras, en particular pone los alanos cerca de los de Dacia y de los Jetas. Marcellino los puso en la Escitia, y dice tenian por bienaventurados á los que morian en la guerra; á los que la vejez consumia ó morian de otra suerte los denostaban y decian mal dellos, como hombres que eran de ingenio feroz é inclinados á crueldad, por caer su tierra muy apartada de las comodidades y humanidad de las otras provincias, y ninguna cosa casi allí aportar de las que suelen ablandar la ferocidad de los corazones y amansarlos. Los silingos es cosa averigada que vinieron á España, y que mezclados con los vándalos asentaron en la Bética ó Andalucía, sin que tuviesen rey particular de su nacion. Pero de qué parte del septentrion hayan venido no se averigua con claridad. Algunos ponen á los silingos en Baviera, donde antiguamente hobo una ciudad llamada Salingostadio, á lo que parece del nombre desta gente, á la ribera del Danubio, tres millas distantes de Ingolstadio. No hay duda sino que los francos, que por este tiempo se apoderaron de la Gallia, se llamaban asimismo salios del rio Sala, que riega su tierra, como lo dice Marcellino. Destos salios se dijo la muy famosa ley sálica, que veda á las mujeres suceder en las herencias de los francos. Así se puede entender que los silingos eran los mismos que los sálicos, francos ó franceses, que todo es uno. Esto cuanto á los silingos. Los suevos, segun que lo testifican autores muy graves, antiguamente tuvieron sus asientos cerca del rio Albis, si bien Estrabon pone tambien los suevos á las fuentes y nacimiento del Danubio, en la comarca donde al presente se ve la ciudad de Augusta. Resta decir de los godos, cuya orígen, porque reinaron en España mas tiempo que las demás naciones y se les aventajaron en mas nombre y fama, queremos sacar mas de raíz tomando el principio algo de mas arriba. Algunos pensaron y dijeron que los godos eran los mismos que los getas, los cuales en Plinio y en Herodoto vemos demarcados no léjos de las riberas y de las bocas por donde el Danubio descarga en el mar. No falta otrosí quien diga que los getas y masagetas son los mismos que los divinos libros llaman gog y magog, opiniones que ni hay para qué aproballas en este lugar, ni seria dificultoso refutallas por la autoridad de Plinio, que entre las ciudades de Celesiria cuenta á Magog, y aun dice que por otro nombre se llama Bambice y Hierapolis. Los mas en número y de mayor diligencia en rastrear la antigüedad son de parecer que los godos bajaron de una provincia por nombre Scandia, que los antiguos llamaron Basilia ó Baltia, tierra muy extendida y muy ancha, y que está sobre Alemaña y sobre Sarmatia ó Polonia, pegada por la parte de levante con otra provincia llamada Fimmarquia, rodeada por las otras partes del mar Báltico y Glacial. Tiene Scandia forma de península, muy mas larga que ancha; divídese en la Gotia, la Suecia y la Norvegia; y con esta está pegada otra provincia llamada Lapia. Es así, que por la parte de poniente por donde se extiende el golfo Codano, que los naturales llaman Suconico, y por la parte de Scandia por donde mas brevemente se pasa á la Címbrica Quersoneso y al reino de Dinamarca, se forma otra península menor, pegada con la otra mayor, que llaman Gotia; y divídese en dos partes, es á saber, en los ostrogodos, que en nuestra lengua es lo mismo que godos orientales, y en los visogodos, que quiere decir godos occidentales. Entre los visogodos los baltos, que en aquella lengua quiere decir atrevidos y era apellido de cierto linaje; y entre los ostrogodos los amalos, llamados así de un gran rey y capitan por nombre Amalo, se señalaban entre los demás y eran las familias mas ilustres y reales. Lo demás de Scandia cortan unos montes con sus cordilleras continuadas, que dejan al mediodía la Suecia, provincia de un cielo mas benigno, y hácia el septentrion la Norvegia, en que se padecen cruelísimos frios; tanto, que el vino que de otras partes allí se lleva, con la fuerza del frio se aceda luego: cosa que algun tiempo puso á los pontífices romanos en gran cuidado para que se pudiese en los pueblos de aquella tierra conservar la integridad del sacrificio divino de la misa. Son los godos ordinariamente de cabello y barba roja, el color blanco como los demás pueblos de Alemaña, con quienes tienen su lengua semejante y no muy diferente de las demás gentes, que por este tiempo se ha dicho por fuerza de armas entraron en España. Sólo de los alanos se puede y suele afirmar que usaron de la lengua de los escitas, y esto mas por conjetura probable que por razones que á ello convenzan. Lo cierto es que en la lengua castellana, de que al presente usa España, compuesta de una avenida de muchas lenguas, quedan vocablos tomados de la lengua de los godos. Entre estos, podemos contar los siguientes: tripas, caza, robar, yelmo, moza, bandera, arpa, juglar, albergar, escanciar, esgrimidor, cangilon, camisa, sábana. De los vándalos otrosí se tomaron otras dicciones y vocablos, como cámara, gozque, azafran. Lo que toca á la religion, todas estas naciones ó en este tiempo ó poco despues recibieron y abrazaron la cristiana; que antiguamente eran dados á diversas supersticiones, mayormente los godos, por persuadirse que no les sucederia prósperamete en la guerra si no ofrecian por el ejército sangre humana, sacrificaban los que prendian en la guerra al dios Marte, al cual principalmente eran devotos, y asimismo acostumbraban á le ofrecer las primicias de los despojos y colgar de los troncos de los árboles las pieles de los que mataban. Tenian otra devocion para el mismo efecto de sacrificar antes de la batalla con solemne aparato caballos, y llevar delante sus cabezas abiertas las bocas y puestas en unas lan-

zas. Entre estos devaneos acertaban en tener por cierto, opinion recibida de sus mayores, que las ánimas humanas eran perpetuas y que despues de la muerte habia premios y castigos. Cuando tronaba tiraban saetas en alto para con esto ayudar á Dios, por pensar se le hacia fuerza y que le echaban del reino. Celebraban á la vihuela con cantos y tonadas los hechos de sus mayores y sus proezas, como al presente se hace en España. Algunos afirman que las armas de los godos eran un leon levantado y vuelta la cabeza en un escudo ondeado y de azul la mitad; otros que tres leones puestos uno sobre otro á la manera que los tienen los reyes de Dacia; mas en esto no hay para qué detenernos, mayormente que nuestro principal intento es declarar mas copiosamente, como arriba se dijo, la ocasion que á tantas gentes y tan bárbaras abrió la puerta para entrar en España. En aquella confusion de cosas y caida del imperio romano, de que se ha hecho mencion, un cierto Marco en Bretaña, hoy Ingalaterra, fué por las legiones saludado y alzado por emperador, y poco despues no con menor liviandad ellas mismas le mataron. Pusieron en su lugar á Graciano, que tambien con la misma inconstancia fué muerto dentro de cuatro meses. Sucedióle Constantino, no por señalarse en valor y hazañas entre los demás, sino solo le dieron el imperio movidos del nombre de Constantino, que aquellas gentes tenian por bien afortunado. Sucedió esto, como se puede conjeturar de Paulo Orosio, el año de nuestra salvacion de 411, en que fué cónsul Teodosio el Menor la cuarta vez, emperador del oriente, en lugar de su padre Arcadio, que falleció tres años antes deste. Siguieron á Constantino gran parte de la Gallia y de España por estar los ánimos de todos irritados con las demasías de los romanos y con los gravísimos tributos que de cada dia les ponian mayores y mas graves. Sin embargo, algunos se conservaban en la obediencia de los emperadores verdaderos. Entre estos, Didimo y Veriniano, parientes de Honorio, como quier que perseverasen en España en su devocion, con un ejército que arrebatadamente juntaron, pretendieron con mayor ánimo que fuerzas impedir á Constantino, que de la Gallia se decia aparejarse para pasar en España, la entrada de los Pirineos. Pero fueron vencidos en batalla y muertos, así ellos como sus mujeres, por Constante, hijo del tirano, al cual, sacado por su padre de un monasterio y nombrado por césar, envió delante á España. Teodocillo y Lagodio, hermanos destos muertos, desconfiados de sus fuerzas, huyeron del peligro, y se fueron á los emperadores Honorio y Teodosio. El ejército de Constante por la mayor parte era compuesto de aquellas naciones que bajaran de Alemaña en Francia, y por cierto concierto que con Honorio hicieron los llamaran honoriacos. Estos, por permision de Constante, talaban á España y todos los campos hasta Palencia, ca pretendia él con la miseria ajena ganar las voluntades del ejército bárbaro. A estos mismos, queriéndose él volver á Francia, dió el cuidado de guardar las estrechuras y entradas de los Pirineos. Llevaron mal esto los españoles que los soldados extranjeros y mercenarios, y por consiguiente poco seguros, fuesen preferidos á su conocida lealtad, por donde de tiempo muy antiguo les confiaban la guarda de aquellas entradas de toda la provincia. Sentian mucho esta afrenta. Quejábanse del agravio, y amenazaban que muy en breve resultarian alteraciones en España y tendria otros señores que la mandasen, con lo demás que suelen decir los hombres cuando el dolor y saña les suelta la lengua. No salieron vanas estas amenazas, segun que el suceso de las cosas lo mostró y declaró en breve, porque los honoriacos, conforme á su natural inclinacion, llamaron y trajeron á España á los vándalos, alanos, suevos y silingos, con quien se concertaron secretamente de dalles la entrada que hasta entonces tuvieron cerrada, y poco antes Stilicon los habia hecho entrar en Francia. La causa que se piensa los movió á desamparar la Gallia fué el miedo de los godos, contra cuyo valor y por estar concertados con Honorio, temian no tendrian fuerzas iguales. Poníales junto con esto en cuidado y aquejábalos el poder de Constantino, que estaba apoderado de la mayor parte de la Gallia y aspiraba á lo demás. Era rey de los suevos Hermonerico, de los alanos Atace, de los vándalos y silingos Gunderico. La entrada destas naciones bárbaras fué causa de grandísimas desventuras, porque con fiereza bárbara, sin hacer diferencia ni tener cuenta con nadie, se apoderaron de las haciendas de los españoles y de los romanos. Destruian los campos y los pueblos, por donde luego la hambre se embravecić de tal guisa, que eran forzados los naturales á sustentar la vida con carne humana, no solamente los hombres, sino tambien las bestias con aquella carnicería se hacian mas fieras, y á cada paso acometian á los hombres por sustentarse. Despues de la hambre, como acontece, se siguió una peste gravísima, con que murió gente innumerable en toda la provincia. Eran los males tan grandes, que los que escapaban tenian envidia á los que morian por sufrir ellos mas graves cuitas que la misma muerte. Pasó el mal tan adelante, que la provincia quedó en gran parte yerma de moradores, y con tanto los bárbaros hicieron sus asientos en diversas partes della. A los suevos y á parte de los vándalos cupo Galicia, á la sazon mas ancha de términos de lo que es en nuestra edad, porque comprehendia en su distrito todo lo que es Castilla la Vieja. Los alanos poblaron en la Lusitania y en la provincia Cartaginés, fuera de los carpetanos, que es el reino de Toledo, y los celtíberos, que se mantuvieron en la sujecion de los romanos. La Bética tomaron para sí los vándalos y los silingos. Hecha esta distribucion, pusieron concierto con los romanos, con que se tornó á labrar y morar la tierra y las ciudades en gran parte. Los españoles tenian por mejor esta nueva servidumbre que el imperio de los romanos y su severidad. Dado que algunos, conservándose obstinadamente en la libertad antigua, no querian sufrir el yugo de los bárbaros, principalmente en Galicia, donde los suevos imperaban. Entre tanto que esto pasaba en España, Honorio desde Italia envió en la Gallia contra el tirano un grueso ejército debajo la conducta de un su capitan, llamado Constancio. En España se levantaron nuevas alteraciones á causa que un cierto Máximo en la España citerior fué saludado y alzado por emperador. Un conde, llamado Geroncio, fué el autor desta nueva trama por odio que tenia al primer tirano Constantino, sin embargo que habia seguido antes sus partes. Lo que en esto pretendia era en nombre de otro reinar él y mandarlo todo. Con este intento dejando á Máximo en Tarragona, él con ejército pasó en

la Gallia, y apoderado de la ciudad de Viena, mató en ella á Constante el César, que lo vino á las manos. No pasó adelante por entender que venia contra él Constancio y por miedo suyo. Vuelto en España, ó por desprecio que tuvieron dél, ó con deseo de agradar á Honorio, los españoles de noche acometieron su casa, y dado que se defendió valientemente, con fuego que pegaron á la casa pereció dentro della. Máximo desamparado de la ayuda de Geroncio, que era el que le conservaba, dejadas las insignias imperiales, huido pasó miserablemente lo que le duró la vida, que fué hasta el tiempo de Paulo Orosio, como el mismo lo testifica. En este medio, al tiempo que estas cosas se hacian en España, Constantino, el tirano, y Juliano, su hijo, fueron por esfuerzo de Constancio muertos en Arles; y no mucho despues Jovio y Sebastiano tuvieron el mismo fin, los cuales sucesivamente se rebelaron en la Gallia contra el imperio. Con esto toda la Gallia volvió á la sujecion de Honorio, que fué el año de nuestra salvacion de 413. Los godos, para defensa de la una y de la otra provincia, es á saber de Francia y de España, con voluntad de Honorio y conforme al asiento que con él tomaron, se apoderaron dos años despues de las haldas de los Pirineos. Gente que muchas veces antes destos tiempos, derramada de sus antiguos asientos y acometiendo las provincias del imperio romano, habia ganado gran crédito por su valentía, en tanto grado, que se tuvo por cierto que Alejandro Magno, rey de Macedonia, huyó de encontrarse con ellos; Pirro, rey de Epiro, los temió; Julio César rehusó la pelea con ellos, segun que lo dice Orosio. No es de nuestro propósito contar todas las entradas y guerras desta gente ni relatar por menudo sus hazañas, que seria mas largo cuento de lo que sufre esta obra. Lo que hace al propósito es que el emperador Valente, como de suso se dijo, dió á los visogodos, que salidos de sus antiguos asientos y tierra maltrataban las gentes del imperio, la provincia de Mesia donde morasen, con tal condicion que estuviesen á sueldo del imperio romano y recibiesen la creencia de Cristo, nuestro Señor, por donde algo despues la secta de Arrio, con que los inficionaron y á que Valente era dado, fué causa de grandes desventuras y alteraciones en España. Las tierras que les entregaron sustentaron ellos hasta el imperio de Arcadio y Honorio, y ensancharon sus términos hasta Panonia, hoy Hungría, que sucedió poco antes que rompiesen por Italia despues de haber destruido la Tracia. Fué la ocasion desta entrada que Stilicon, suegro de Honorio, con intento de hacer emperador á su hijo Euquerio, movió aquella gente de suyo inquieta y bulliciosa á tomar las armas. Estaba casado Stilicon con Serena, sobrina de Teodosio y hija de Honorio su hermano; della tuvo por hijos á Euquerio, María y Termancia. Casó con Euquerio Galla Placidia, hermana de los emperadores Honorio y Arcadio. Demás desto, Honorio, emperador, casó sucesivamente con María, y despues con Termancia. No ha mucho que en tiempo del pontífice Paulo III se halló en Roma el sepulcro de María en la iglesia de San Pedro en el Vaticano, y en él piedras de gran valor, mucho oro y plata, con los nombres de Honorio y de María esculpidos en un joyel, segun que en la descripcion de la ciudad de Roma lo relata Marliano mas en particular. Muertas pues la una y la otra mujer de Honorio, dado que no falta quien diga que repudió á Termancia luego que la traicion de Stilicon se descubrió, como quitadas las prendas y ataduras de la lealtad, Stilicon se determinó de poner en ejecucion la maldad que mucho antes en su corazon tenia forjada. Con esta determinacion hizo que los vándalos, de cuyo linaje él venia, y los alanos, con promesa que les hizo de grandes premios, hiciesen entrada en la Gallia. A los godos negó el sueldo que les daban con la misma astucia, traza con que ellos tomaron las armas, y en lugar de Atanarico, saludado que hobieron por rey á Alarico, talaron la Tracia y la Italia; finalmente, despues de largo cerco se apoderaron de la misma cabeza del mundo, Roma, á 2 de agosto. Eran cónsules Flavio Vararo la primera y Tertullo la cuarta vez. El descuido de Honorio, cuyo oficio era acudir á la necesidad, fué tal, que diciéndole cómo Roma era perdida, pensó que hablaban de un gallo que él llamaba Roma, y poco antes, como solia de ordinario, se habia deleitado en verle pelear con otro. Muerto poco despues Alarico, caudillo de los godos, en lo postrero de Italia, Ataulfo que le sucedió, ablandado con los regalos de Galla Placidia, su mujer, la cual en Roma fuera presa, se inclinó á la paz y tomó asiento con Honorio, con que el ejército de los godos, sacado de Italia, hizo su asiento en los confines de la Gallia y de España. La silla del reino puso esta gente en Narbona año de nuestra salvacion de 415. De aquí vino y procedió que aquella parte se llamó Gallia Gótica, dado que no siempre tuvo los mismos términos, antes se variaban muchas veces conforme al vario suceso de las guerras que con los francos comarcanos y con los romanos tuvieron los godos. Esta fué la ocasion que trajo así las demás gentes ya dichas como los godos á España.

CAPITULO II.

Cómo los godos vencieron á las demás naciones bárbaras en España.

Estaba España dividida en muchos reinos, diferentes entre sí en leyes, costumbres y religion. Los romanos y los españoles abrazaban la religion católica, á los godos tenia inficionados la peste de los arrianos. Las demás naciones bárbaras no habian aun recebido la religion cristiana, antes seguian las supersticiones de sus antepasados. Todos con deseo de conservarse en la parte de que se apoderaran en aquella turbacion y revueltas, cada cual por su parte pretendia hacer paces y concertarse con los romanos. Godigisco rey de los vándalos, al cual algunos llaman Gunderico, y Jornandes Giserico, lo que sin duda es falso, fué el primero á concertarse con estas condiciones: que viviesen en España sin hacer mal y daño á los antiguos moradores, y no pudiesen por título de prescripcion de treinta años valerse en algun tiempo contra los romanos para efecto de retener lo que violenta é injustamente hobiesen usurpado. Palabras con que se daba á entender que aquella paz no era tanto por voluntad como por fuerza, y que no duraria mas de cuanto tuviesen posibilidad para volver á la guerra y á las manos. De aquel concierto sin duda procedieron entre aquellas gentes nuevas sospechas, y por ellas luego se encendió nueva guerra. Los alanos, como mas feroces, acometieron á los vándalos y á los silingos, y los pusieron en

necesidad de desamparar la Bética y hacer recurso á Galicia para que, juntando sus fuerzas con las de los suevos, reprimiesen el atrevimiento de los alanos y recobrasen sus asientos, do que los habian echado. Dieron los alanos la vuelta contra los celtiberos y la Carpetania; ganaron de los romanos muchos pueblos y ciudades. Los godos eso mismo, el año siguiente despues que asentaron en Francia, pasaron en España, donde con su llegada y ayuda Atalo usurpó el nombre de emperador, título vano y dañoso, pues poco despues, falto de consejo y fuerzas, como procurase huir por la mar, fué preso por Constancio, que con gruesas armadas poseia aquellas riberas. Envióle á Honorio; por su mandado le cortaron el pulgar y el dedo segundo, y fué llevado en destierro á la isla de Lipara. Ataulfo, rey de los godos, ó por su natural condicion cansado de tantas guerras, ó por el nuevo parentesco que con el Emperador tenia, aficionado á los romanos, se inclinaba á dejar las armas y concertarse. Llevaba su gente esto mal por ser feroces y bravos. Acordaron de conjurarse contra él y darle la muerte, como lo hicieron en Barcelona, do tenia hecho su asiento. Ejecutó este caso tan atroz un hombrecillo llamado Vernulfo, de pequeña estatura, pero muy atrevido y muy privado del Rey. Este, como hallase buena ocasion, con la espada desnuda le atravesó por el costado. Olimpiodoro, uno de los autores de la *Biblioteca de Focio*, le llama Dobio, y dice que dió la muerte á Ataulfo en venganza de la que él antes habia dado á su amo. El letrero de la sepultura deste rey, cuya parte hoy se ve en Barcelona, da á entender que seis hijos de Ataulfo perecieron juntamente con él; al cual letrero cuánta fe se haya de dar otros lo podrán juzgar; á nos parece mas moderno que conforme á la antigüedad de aquellos tiempos. Añade Olimpiodoro que un niño llamado Teodosio, que tuvo Ataulfo en Placidia y murió en su primera edad, estaba sepultado en un oratorio cerca de Barcelona en una caja de plata; demás desto, que á otros hijos de Ataulfo, habidos del primer matrimonio, mató Sigerico, sucesor suyo, sacándolos de las faldas y regazo del obispo Sigesaro; últimamente, que Placidia con otros cautivos fué forzada á ir corriendo por largo espacio; que tales son las mudanzas de las cosas y los reveses del mundo. En lugar pues de Ataulfo pusieron á Sigerico por voto de la nacion, por ser persona de industria y de esfuerzo conocido en guerra y en paz. Fuera desto, era alto de cuerpo y de buena apariencia, dado que de una caida de un caballo renqueaba de la una pierna. Este, como quier que siguiese las pisadas de Ataulfo en lo que era inclinarse á la paz, dentro del primer año de su reinado murió tambien á manos y por conjuracion de los suyos. Sucedióle Walia, hombre inquieto y belicoso. Deste escriben que al principio de su reinado con una armada que juntó quiso pasar en Africa, sea perdida la esperanza de sustentarse en España por el espanto que Constancio de una parte y las naciones bárbaras de otra le causaban, sea por el deseo que él mismo tenia de apoderarse de la Mauritania, provincia en aquellos tiempos sujeta y moviente de España, sea por cualquiera otra ocasion. Lo que sucedió es que con la fuerza de una tempestad deshecha que le sobrevino en lo mas angosto del Estrecho se desrotó toda la armada de tal suerte, que le fué forzoso dar la vuelta á España y en ella tomar asiento con Constancio. Las condiciones del concierto fueron que entregase á Placidia, mujer que fué de Ataulfo, que por voluntad del Emperador, su hermano, estaba prometida al dicho Constancio; y que los godos hiciesen la guerra en España á las otras naciones bárbaras en pro del imperio romano para que todo lo que se ganase quedase por suyo, y ellos se contentasen con lo que en las haldas de la Gallia y de España antes poseian. Hízose esta paz el año de 418, segun que lo refiere Paulo Orosio, presbítero tarraconense, muy conocido por su erudicion y por la amistad que tuvo con los santos Augustino y Jerónimo. Prosiguio este autor la historia de las cosas romanas y hizo fin en el año luego siguiente despues deste, en que fueron cónsules Flavio Monaxio y Flavio Plinta. A Constancio demás de casalle con Placidia hizo Honorio su compañero en el imperio. A Walia dió graciosamente y añadió el señorío de la Guiena en premio de la guerra que hizo y de haber sujetado, como se concertó, las gentes bárbaras. Es la Guiena un pedazo principal de la Gallia, que tiene por aledaños por la una parte los montes Pirineos y por la otra el rio Garona. Las ciudades mas principales son Tolosa dentro en la tierra, y junto al mar Océano la ciudad de Burdeos. La guerra entre los godos y las otras naciones se hizo y pasó en esta manera. Desde la Celtiberia hasta do llegó Constancio con cuidado de acudir á las cosas de España, los godos, tomado que hobieron el cargo de la nueva guerra, acometieron á los alanos, feroces por el buen suceso que tuvieron poco antes, tanto, que no contentos con las primeras tierras y términos, aspiraban al imperio de toda España. Mataron en una batalla á su rey Atace con otros muchos, y forzaron á los demás que escaparon, que dejada la Lusitania se pasasen á Galicia, do mezclados con los suevos perdieron el nombre de su gente y reino. Algunos sospechan que Alanquer, pueblo en tierra de Lisboa, y otro que se llama Alanin, en los montes de Sevilla, tomaron estos nombres de los alanos, porque Alanquer antiguamente se dijo Jerabrica. La conjetura que hay para decir esto es sola la semejanza de los nombres, ni cierta ni del todo vana. Con el mismo ímpetu desta guerra fueron maltratados los silingos y domados en una batalla que se dió cerca de Tarifa. Quedaron con esto tan oprimidos, que les pusieron por gobernadores personas de la nacion de los godos. Escarmentados con esto los vándalos y los suevos, con retencion de lo que tenian, se sujetaron á los romanos, en cuyo nombre se hacia la guerra, aunque con las armas, trabajo y peligro de los godos. Pretendian los suevos otrosí ganar sueldo de los romanos; ellos no quisieron venir en ello porque no les quedase con las armas poder de alborotarse. Walia, habiendo en breve concluido tan grande guerra y dejando á España sujeta y sosegada, como volviese á la Gallia, falleció de su enfermedad año de 419. Reinó solos tres años, en el cual tiempo acabó cosas tales y tan grandes, que ilustró grandemente su nombre y el de su nacion, además de la Guiena que, como queda dicho, le dieron de nuevo en premio de sus hazañas.

CAPITULO III.

Del reino de Teodoredo.

Despues de la muerte de Walia sucedieron dos cosas de mucha incomodidad. La primera que el emperador Constancio, sosegadas la España y la Gallia y vuelto á Italia, murió en Ravena año de nuestra salvacion de 421. Dejó de su mujer Placidia un hijo de pequeña edad, llamado Valentiniano; su tio el Emperador procuró se criase como quien le habia de suceder en el imperio. La otra cosa fué que las naciones bárbaras comenzaron á levantarse en España y á recobrar la jurisdiccion y autoridad que antes tenian; principalmente los vándalos, cuyo esfuerzo entre las demás naciones era muy conocido y singular, con su rey Gunderico pensaban apoderarse de toda España. Con este intento acometieron á los suevos; las causas no se saben, solo consta que los forzaron á recogerse á los montes Ervasos, confiados mas en la fortaleza de los lugares que en su valentía. Algunos piensan que estos montes son los que en este tiempo se llaman Arvas, puestos entre Leon y Oviedo, conocidos por un antiguo monasterio que allí hay; y aun dicen que son los mismos que Ptolemeo llama Narbasos. Retirados en estos montes, cualesquiera que hayan sido, los suevos, como nunca quisiesen pelear con el enemigo, los vándalos, perdida la esperanza de alcanzar victoria, en una armada que juntaron pasaron á las islas Mallorca y Menorca y las pusieron á fuego y á sangre. Desde allí dieron la vuelta á tierra firme; echaron por tierra á Cartagena, que poco antes habia sido quitada á los alanos y volviera al señorío de los romanos. Sucedió esto seiscientos años despues que los cartagineses la fundaron para que fuese en España asiento y fortaleza del imperio cartaginés. Despues de esta destruicion se redujo á caserías; mas en el tiempo adelante, por la comodidad del buen puerto de que goza, se tornó á habitar. En nuestra era apenas hay en ella seiscientos vecinos. Lo que mas hace al caso es entender que desde aquel tiempo los privilegios de la ciudad de Cartagena, que llamaban Cartago la Nueva, se pasaron á Toledo, como lo testifica un antiguo escritor de las cosas de España; y algunos lo entienden de la dignidad del metropolitano cartaginés, otros de la audiencia en que se administraba á los pueblos la justicia, que dicen antes estaba en Cartagena, y desde allí se pasó á Toledo. Las razones por una y otra parte no son concluyentes. Quedará el juicio libre al letor para resolverse por lo que en otros hallare. A mí mas me parece que lo que se trasladó fué la autoridad eclesiástica y la dignidad de metropolitano. Gunderico, rey de los vándalos, destruida Cartagena, acometió á los silingos, que seguian el partido de los romanos. Dió la tala á los campos, y apoderándose por fuerza de Sevilla, que estaba en poder desta gente, y puéstola á saco, como pretendiese con sobrado atrevimiento saquear el templo de San Vicente, que en aquella ciudad en riquezas y religion era muy notable, fué muerto en la misma puerta del templo; castigo muy justo de Dios en venganza de aquel desacato cometido contra la religion. Sucedióle Genserico, su hermano bastardo; otros le llaman Guntaris. Todas estas cosas acontecieron dentro del mismo año que murió el emperador Constancio. En el mismo tiempo Jovino y Máximo se llamaron emperadores en España. Estas nuevas alteraciones forzaron al emperador Honorio á hacer nuevas levas de gentes y con ellas enviar á Castino, un excelente capitan, así contra los tiranos, que se intitulaban emperadores, como contra los vándalos. Jovino y Máximo, porque tenian pocas fuerzas y se confiaban mas en la revuelta de los tiempos que en otra cosa, en breve fueron presos y muertos. La empresa contra los vándalos era mas dudosa. Así Castino, desconfiado de sus fuerzas, llamó á España al conde Bonifacio, persona por lo mucho que sabia de la guerra y de la paz, no menos conocida que por la amistad que tuvo con san Agustin. Hizo pues que viniese desde Africa, donde era gobernador; llegado, nació entre los dos discordia, como es ordinario entre los que son iguales en poder, con extremo peligro y daño, así de España como de las cosas romanas. Volvióse Bonifacio á Africa. Castino, privado de aquella ayuda, sin hacer cosa que de contar sea contra los vándalos, fué forzado á volverse á Italia el año de 423, en que el emperador Honorio pasó desta vida á 15 dias del mes de agosto. Tuvo el imperio veinte y ocho años, once meses y diez dias. Señalóse, así en la constancia de la religion como por la caida é infelicidad del imperio, que sucedió en su tiempo. Su cuerpo enterraron en la iglesia de San Pedro en el Vaticano. En su lugar sucedió Valentiniano el Tercero, hijo que era de Constancio, y á la sazon niño de pequeña edad y de fuerzas no bastantes para llevar tan gran carga. Con esta ocasion Flavio Joan intentó de apoderarse del imperio y de despojar dél á Valentiniano. Sucedieron diferentes trances, y por conclusion, pasados dos años, le vencieron los leales y mataron en batalla. Gobernaba la república en nombre de su hijo la emperatriz Placidia. Tenia con ella grande autoridad y cabida Accio, capitan de mucho nombre. Bonifacio, el que gobernaba á Africa, envidioso y celoso desta privanza y con deseo, parte de satisfacerse, parte de mirar por sí, concertó con Genserico, rey de los vándalos, que de España pasase en Africa. Pretendia de mantenerse en el gobierno de Africa con las fuerzas destos bárbaros, y entregallos en recompensa del trabajo una parte de aquella provincia, segun que de comun acuerdo la señalaron. En tanta manera la peste de la ambicion ciega á los hombres, que ni el amor de la república, ni la lealtad que debia, ni el celo de la religion, á que singularmente era aficionado, fueron parte para enfrenar á un hombre, por lo demás tan señalado en bondad, para que no ejecutase su mal propósito y saña. Genserico, con acuerdo de los suyos, resuelto en no dejar aquella ocasion de apoderarse del imperio de Africa, partió mano de la esperanza que se le presentaba de apoderarse de toda España; y desamparando la Bética ó Andalucía, pasó allende el mar con ochenta mil combatientes, que fué el año de 427, en que fueron cónsules en Roma Hierio y Ardaburio. Los silingos se quedaron en España, en especial en aquella parte de la Bética donde está Sevilla, que fué el principio, por contarse ellos entre los vándalos y estar mezclados con ellos, que en el tiempo adelante el nombre antiguo de la Bética se mudase en el de Vandalosía, y al presente de Andalucía, si bien los aledaños destas provincias Bética y Andalucía no se corresponden puntualmente. Los vándalos en Africa al principio juntaron sus fuerzas con Bonifacio, con que su-

jetaron gran parte de aquella provincia; despues, por discordias que resultaron, que tal es la naturaleza del mandar, no sufre compañía, por no contentarse los vándalos con la parte de Africa que les señalaron y anhelar á cosas mayores conforme á la condicion de los hombres, llegaron á rompimiento. Pusieron cerco sobre Bona, do Bonifacio estaba y tambien san Agustin, obispo de aquella ciudad, bien conocido por su doctrina y santidad, que murió en aquel cerco. Hobo diversos encuentros, y finalmente los bárbaros forzaron aquella ciudad, mataron á Bonifacio, y con tanto se apoderaron de casi todo lo demás de Africa. Iban inficionados de la herejía arriana, puede ser que á causa de la comunicacion que en España tuvieron con los godos; de donde las iglesias africanas por esta ocasion padecieron grandes y largas miserias. Hombres sin número fueron muertos por la constancia y defensa de la verdadera y católica religion. Entre estos Arcadio, Probo, Pascasio y Eutiquio, que seguian la casa y corte de Genserico. Demás destos á un mozo llamado Paulillo, hermano de Pascasio y Eutiquio, vendieron por esclavo, con intento que la molestia del servicio bajo en que se empleaba le haria mudar de parecer. Fueron estos mártires de nacion españoles, y por cuanto se puede entender de Próspero sufrieron la muerte el año de 437. Con la partida de los vándalos el poder de los suevos comenzó á poner espanto á toda España. Tenian por rey á Hermenerico; y este muerto de una larga enfermedad año de 440, y de su reinado treinta y dos, Requila, su hijo, mozo de ingenio encendido y bravo, siguiendo las pisadas de su padre, cerca del rio Jenil se encontró con Ardeboto, enviado por el Emperador á España, vencióle en batalla y le mató. De la presa quedó rico de oro y plata y proveido para sufrir los gastos de la guerra. Despues desta victoria se enseñoreó de la Bética, en que domó los silingos y se apoderó de Sevilla, ciudad en aquel tiempo ni de la anchura ni hermosura que antiguamente tenia y ahora tiene, por causa de los daños que las guerras suelen acarrear. Tras esto dió la vuelta hácia la Lusitania, tomó á Mérida, con que lo restante de los alanos quedó del todo oprimido y llano. Para que los suevos se animasen y aventajasen en tanto grado, ayudó mucho hallarse á la sazon la tierra sin defensa, á causa que Sebastian, general que era de los romanos, se habia partido de España para acudir á las cosas de Africa, do murió á manos de los vándalos, segun que lo refiere Paulo, diácono. Con esto los suevos pasaron adelante, sujetaron la Carpetania, que es el reino de Toledo, y la provincia Cartaginense, si bien en breve se concertaron con los romanos y les tornaron estas dos provincias. Falleció Requila el año de nuestra salvacion de 448. Dejó por sucesor á su hijo Recciario; este fué el primero de los reyes suevos que recibió la fe de Cristo y fundó en España entre los suyos la verdadera religion. Esto cuanto á los suevos. Los godos con su rey Teodoredo, que fué pariente de Walia y su sucesor, poseian en España muy poca tierra, solamente lo que al presente es Cataluña; en la Gallia florecian en riquezas y gloria militar. Por esto, quebrada la confederacion que tenian puesta con los romanos y por estar acostumbrados á sembrar y trabar unas guerras de otras, comenzaron á poner espanto á todos. Los muchos hijos de Teodoredo aumentaron su poder, que eran seis, es á saber: Turismundo, Teodorico, Eurico, Friderico, Ricciuero, Himerico, y dos hijas; la una casó con Hunerico, vándalo, hijo de Genserico, hombre impío y cruel, que maltrató de muchas maneras á los católicos en Africa, y á su mujer, cortadas las narices, envió á su padre sin ocasion bastante, solo por una sospecha liviana y falsa que le dió, que intentaba de darle veneno y yerbas. La otra casó con Recciario, rey de los suevos en España. Habian por este tiempo entrado en la Gallia los hunnos con su caudillo Atila, que vulgarmente llamaron Azote de Dios; y esto, movidos con el deseo de ensanchar el señorío ó inducidos por los romanos para enfrenar el poder y atrevimiento de los godos, ó lo que es mas verisímil, á persuasion de Genserico, vándalo, que temia las armas de los godos y la venganza de la maldad cometida contra su mujer, como está dicho. La gente de los hunnos dicen algunos que tenia su asiento dentro de los montes Rifeos. Marcellino los pone cerca del Océano y sobre la laguna Meotide. Eran hombres de aspecto feroz, en trato y comida groseros, tanto, que ni de fuego ni de guisados solian usar, sino de raíces y de carnes calentadas entre sus muslos; algunas veces sustentaban la vida con la sangre de sus caballos, ca les abrian para esto las venas y los sangraban. Dícese que en tiempo de Valente lo primero echaron los godos de sus antiguos asientos; despues, destruida la Armenia y otras provincias del oriente, se apoderaron de la una y de la otra Panonia y las quitaron á los godos; y como hicieron entradas en la Gallia y otros lugares comarcanos, dejaron por todas partes rastros de su natural fiereza. Al presente, con intento que llevaban de apoderarse de toda la Gallia, destruyeron, quemaron y asolaron la ciudad nobilísima de Rems, en que degollaron entre otros á Nicasio, obispo de aquella ciudad, varon tan santo, que cantaba con las postreras voces y medio muerto los himnos sagrados. Despues desto pusieron cerco sobre Orliens, cosa que forzó á los godos, á los francos y á los romanos á tratar de hacelles rostro. Para esto hicieron liga entre sí, y juntadas sus fuerzas, acudieron contra el comun enemigo. Teodoredo, rey de los godos, por miedo que aquel fuego no prendiese en la Guiena, fué el primero que con las armas acometió el peligro y forzó al enemigo que, alzado el cerco, se retirase á los campos Cataláunicos, que otros llaman Maroquios ó Mauricios, y están cercanos á Tolosa. Acudió Aecio, por Valentiniano, hecho maestro de la milicia, que era tanto como general. Los francos asimismo acudieron con su rey y caudillo Meroveo. Luego que las unas y las otras gentes estuvieron juntas ordenaron sus haces á guisa de pelear. Dióse á Teodoredo el gobierno de la mano derecha; Aecio estuvo á la izquierda junto con los francos. Sanguibano, rey de los alanos, de aquellos que tenian su asiento en aquella parte de la Gallia do está Orliens fueron puestos en medio por no fiarse dellos y para que no pudiesen hacer traicion. Por el contrario Atila repartió sus huestes en esta forma. Puso á los reyes y á las demás naciones á los dos lados con gran número de gente extendida por aquellos anchísimos campos. Los ostrogodos, como los que entre los demás se señalaban en esfuerzo y valentía, se pusieron en el lado izquierdo contra los visogodos. El mismo Atila y los hunnos estuvieron en el escuadron de en medio

y cuerpo de la batalla. Eran hombres de vista espantosa y mas morenos y tostados que los demás. El lugar era cuesta abajo; parecia que los que primero se apoderasen de un collado que se empinaba allí cerca mejorarian mucho su partido. Los unos y los otros fueron allá con el mismo intento, pero provinieron los romanos. Atila, visto que por este inconveniente sus soldados se turbaron y temian de entrar en la pelea, les habló, segun se dice, en esta manera: «A los vencedores del mundo, domadores de las gentes no conviene encender y animar con palabras, ni aun á los cobardes dará esfuerzo este mi razonamiento. Los valientes soldados, cuales vos sois, se recrean y deleitan en la pelea, y el salir con la victoria les es cosa muy ordinaria y familiar. ¿Estáis por ventura olvidados de las Panonias, Mesias, Germanias, Gallias, sujetos y vencidos por vuestro esfuerzo y los escondrijos de la laguna Meotis, en que entraron vuestras armas? Armáos pues del ánimo que á vencedores conviene. Pudistes, sin poneros á trabajo, gozar del fruto de las victorias ganadas; mas por no poder vuestros animosos corazones sufrir la ociosidad, fuistes los primeros á mover la guerra. Esta muestra de mayor esfuerzo os sirva al presente de estímulo y aguijon. En este dia por vuestra valentía se conquistará el imperio del mundo. ¿Podrá por ventura, oh ínclitos soldados, aquel ejército juntado con toda diligencia de la avenida de varias gentes y aquella canalla sufrir vuestra vista, ojos y manos? Por la poca confianza que de su esfuerzo hacian intentaron mejorarse de lugar. Diréis que tienen en su ayuda á los visogodos, gente brava. Poco les importa ese socorro si vienen á vuestras manos. Que los romanos delicados y afeminados con los deleites, como cortados los nervios, sin que ninguno les haga fuerza, volverán las espaldas. Acordáos pues de vuestra valentía, vestíos del coraje acostumbrado, mostrad vuestro esfuerzo, y si no pudiéredes salir con la victoria, lo que los dioses no permitan, con la muerte dad muestra del amor y lealtad que nos teneis. Los magnánimos en la muerte ganan honra, la victoria les acarrea contento y con él abundancia de todos los bienes. De mí no espereis solamente el gobierno, sino el ejemplo en el pelear. ¿Qué otro emperador os recebirá si no salis victoriosos? Qué reales, qué provincias? Principalmente que vuestra felicidad tiene irritadas todas las naciones por la envidia que os tienen muy grande.» Dicho esto, dióse la señal de pelear; acometieron los hunnos con grande ímpetu; recibiéronlos los contrarios no con menor esfuerzo, encendidos tambien ellos con las amonestaciones de sus capitanes. Júntanse los escuadrones, encruelécese la batalla, mueren ahora destos, ahora de aquellos, todos pelean, como el interés lo pedia, con singular denuedo y esfuerzo por el imperio del mundo. Era tanta la sangre de los muertos, que, segun se dice, un arroyo que allí corria salió por esta causa de madre. Perecieron en aquella sangrienta batalla ciento y ochenta mil hombres, muchedumbre que dió ocasion á forjar estas y otras mentiras. Al principio de la pelea murió el rey Teodoredo, por su mucha edad pisado y hollado de los suyos, dado que con grande ánimo peleó y acometió lo mas fuerte y apretado de los enemigos. Algunos dicen que le mató un ostrogodo llamado Andaje. Lo que á otros pusiera temor, á los suyos dió mayor coraje; ca Turismundo y Teodorico, hijos del muerto, con un escuadron cerrado turbaron los enemigos, y con la ferocidad y cólera que les causaba el dolor rompieron y desbarataron los escuadrones contrarios. En conclusion, pusieron en huida al capitan enemigo, dado que ninguna cosa dejó él por hacer que perteneciese, ó á buen capitan, ó á valeroso soldado. Los hermanos pasaron hiriendo y matando muy adelante, tanto, que con la escuridad de la noche llegaron á la vuelta muy cerca de los reales de los enemigos y corrieron grande peligro; el mismo Turismundo fué derribado del caballo y herido en la cabeza, pero escapó por la ayuda y valentía de sus soldados. El enemigo, que en su pensamiento tenia tragada la redondez de la tierra y pensaba hacerse señor de todo, por no haber ganado la batalla, como vencido, se retiró á sus reales, determinado, si el peligro pasaba adelante, de tomar la muerte por sus manos y echarse en una hoguera que para este efecto mandó encender. Los carros con que estaban rodeados los reales le dieron la vida, y las tinieblas de la noche, cosa que él tenia considerada, y por esto comenzó la pelea despues de medio dia. Aecio no con menor miedo, hecho un valladar de caballos muertos y paveses, pasó toda la noche sin dejar las armas. Pero el siguiente dia, visto que el enemigo rehusaba la pelea, le cercó primero dentro de sus reales; despues como pudiese deshacerle sin dificultad le dejó salir de la Gallia y volverse á las Panonias. Muy gran parte de la alegría de la victoria y del regocijo se desminuyó, así con la huida de Atila como por el desastre y muerte del rey Teodoredo; dado que, así á los romanos como á los francos, se entendia era agradable que un rey tan poderoso faltase. Dicen que un adevino, consultado por Atila, le dijo que muerto el capitan de los enemigos alcanzaria la victoria. Así pensaban los hunnos que por una parte saldrian victoriosos y Aecio seria muerto en la batalla. Tales son los adevinos, gente engañosa y vana, tales sus pronósticos; nunca aciertan ó por maravilla; fuera de que, en casos semejantes, muchas cosas se fingen que nunca pasaron. En la vida escrita en griego de Isidoro, filósofo, se dice que por espacio de tres dias despues de la batalla se oyó estruendo de armas en el mismo lugar y grande alarido de los que peleaban, como si las almas, despues de apartadas de sus cuerpos con gran pertinacia perseveraran en la pelea. La grandeza desta batalla dió ocasion á estas y semejantes fábulas. Verdad es que cosa semejante á esta cuenta Mafeo al fin de su historia en el naufragio de Manuel de Sosa, cerca del cabo de Buena Esperanza; que de noche se oian cantos de los que en aquella tormenta finaron. Dióse esta batalla, segun Casiodoro, siendo cónsules Marciano Augusto y Clodio Adelfio el año que corria de Cristo de 451, y del reino de Teodoredo treinta y uno. Algunos sospechan que Recciario, rey de los suevos, se halló en esta jornada por el deudo que tenia con el rey godo. Lo mas cierto es que, acometido que hobo á los vascones, que perseveraban en la obediencia de los romanos y moraban en aquella parte de España que al presente se llama Navarra, desde allí pasó á la Gallia con deseo de visitar á su suegro, y que, ayudado del socorro de los godos, dió la tala por todas partes á la provincia Cartaginense y á los Carpetanos. Ultimamente, hecho que hobo paz y tomado asiento con los romanos, se volvió á su tierra

y señorío que tenia de la Bética, la Lusitania y Galicia, y aspiraba á hacerse señor de lo demás de España.

CAPITULO IV.

De Turismundo y Teodorico.

Hechas las exequias de Teodoredo en los reales de los godos, Turismundo, luego que fué puesto en lugar de su padre, por consejo de Aecio y á su persuasion dejó de seguir á Atila y vengar aquella muerte, por parecer debia primero dar órden en las cosas del nuevo reino, y no dar lugar á sus hermanos, si por ventura lo pretendian, de innovar alguna cosa. Lo que de secreto con esto pretendió Aecio era que el poder de los godos, á la sazon muy grande, no destruyese el de los romanos. Verdad es que Turismundo, si bien siguió el consejo de Aecio, en breve luego que dió asiento en las cosas de su reino revolvió en busca de Atila; y antes que saliese de Francia, le venció en una batalla muy herida que se dieron cerca del rio Loire, donde el bárbaro pretendia sujetar cierta parte de los alanos, que hicieran asiento por aquellas comarcas. Esta nueva victoria fué muy señalada, y tanto, que el Hunno fué forzado desembarazar toda la Francia. Esta misma huida de Atila fué causa que Aecio perdiese la vida; porque como viniese nueva que, reforzado de nuevas gentes, revolvia sobre Dalmacia, Illirico y parte de Italia, el emperador Valentiniano, por entender que le pudieron deshacer del todo en los campos Cataláunicos, y que de industria le dejaron escapar por sus particulares, dió la muerte á Aecio, que le tenia por culpado en aquel caso; que fué año de nuestra salvacion de 454. En el mismo tiempo despues de Celestino y de Sixto, tercero deste nombre, gobernaba la Iglesia romana san Leon, verdaderamente grande por la excelencia de su sabiduría y de su elocuencia. Juntó con las demás excelentes virtudes de su ánimo una singular destreza en tratar con los príncipes, con que persuadió primero á Atila, hunno, que entrado en Italia iba sobre Roma, que volviese atrás, ca le salió al encuentro y le habló sobre el caso á los vados del rio Mincio. No mucho despues acabó con Genserico, vándalo, que no pusiese fuego á la ciudad de Roma, de que estaba para apoderarse, como lo hizo. Obedecieron los bárbaros á la virtud celestial; pero dejemos las cosas extranjeras. Toribio, obispo de Astorga, tuvo otro tiempo familiaridad con san Leon en Italia, do habia pasado y peregrinado por otras muchas provincias con deseo de saber ó por devocion que tenia. Por cartas de Toribio, ya que san Leon era pontífice, fué avisado que la secta de Priscilliano, tantas veces abatida, tornaba de nuevo á brotar, principalmente en Galicia, do esta peste se habia mas apoderado. Respondióle en una carta, en que le ordenó que para remediar este daño tuviese cuidado de juntar concilio de los obispos tarraconenses, cartagineses, lusitanos y gallegos. Juntáronse los obispos, como les era mandado, en Celenis, pueblo de Galicia. Juntos que fueron, por sus votos condenaron la doctrina de Priscilliano, y puesta por escrito una fórmula de la verdadera fé, la enviaron á Baleonio, prelado de Braga, que era superior de todas las iglesias por aquella comarca con derecho de metropolitano ó sea de primado. Desta fórmula se hace mencion en el primer concilio Bracarense, y anda despues del primer concilio Toledano como parte suya y remiendo mal pegado, por yerro sin duda del que primero juntó los volúmenes de los concilios. Anda tambien un pedazo de una epístola de Toribio contra la secta priscilliana, dirigida á dos obispos de España. En ella, despues de saludarlos, dice dolerse que la concordia de la religion que tenian las demás iglesias se pervierta en su patria por culpa de los obispos, que no consideraban bastantemente cómo aquel mal tantas veces reprimido tornaba de nuevo á brotar. La vida que profesaba y el haberle sido encomendado este cargo, le ponia en necesidad de hablar, dado que en todo era el mas bajo. Los libros apócrifos que los herejes publicaban por divinos debian ser desechados, en particular los *Actos del apóstol santo Tomás*, en que se afirmaba que el dicho Santo acostumbraba á bautizar, no con agua, sino con aceite, sacramento que por autoridad de aquel libro recebian los maniqueos, y le reprobaba Priscilliano. Decia tambien que debian poner en la misma cuenta los *Actos de san Andrés*, fingidos ó corrompidos por los maniqueos; los *Hechos* otrosí y *Vida de san Juan*, compuestos por Luceyo, hombre perverso; la *Memoria de los apóstoles*, en que la ley vieja de todo punto se reprobaba, del cual libro constaba haberse aprovechado los maniqueos y priscillianistas para defensa de sus errores. Dice mas haber en particular peleado por escrito contra las locuras de aquel libro, pero esta disputa con el largo tiempo se ha perdido. El cuerpo de santo Toribio está enterrado en las Astúrias en San Martin de Liévana. En algunos pueblos asimismo se celebra su memoria como de santo á 16 del mes de abril, con fiesta propia que le hacen. Volvamos á Turismundo, al cual por imperar mas soberbia y cruelmente que hombres libres y feroces podian sufrir, hicieron dar la muerte sus dos hermanos Teodorico y Federico. Ejecutóla Ascalerno, muy privado suyo, en la cama en que estaba á causa de una enfermedad; le mató á hierro pasado un año del principio de su reinado. El año luego adelante, que fué de Cristo 455, á 18 de marzo, mató en Roma al emperador Valentiniano Trasila, soldado de Aecio, en venganza de la muerte que aquel Emperador diera á su capitan. Así se dijo; mas en hecho de verdad Máximo lo sobornó y persuadió tan grave maldad y traicion con intento que tenia de levantarse con el imperio, como lo hizo, y para conservalle con la majestad conveniente, procuró casarse y casó con Eudoxia, mujer de Valentiniano. Con la muerte de Valentiniano el imperio de occidente de todo punto cayó en tierra, porque nueve tiranos ó emperadores desgraciados, que por órden se siguieron adelante, en ninguna manera son tenidos por dignos de tal nombre. Por el mismo tiempo, por muerte de Teodosio el Menor, gobernaba las provincias de oriente el emperador Marciano, por cuya diligencia se juntó un Concilio de obispos en Calcedonia, doblado el número de padres que hobo en el concilio Niceno. Este concilio reprobó las locas opiniones que de Cristo Dioscoro y Eutiquete enseñaban. Habia comenzado á gobernar la gente y reino de los godos Teodorico con prudencia y modestia singular, escogido príncipe, si no afeara la religion con las opiniones de Arrio, y la bondad de la vida con la sangre que derra-

mó, como queda dicho, de su hermano. Sidonio Apollinar, á quien Teodorico hizo conde, y despues en la Gallia fué obispo de Arverno, hoy Claramonte, en una carta que dirige á Agrícola, declara por menudo las virtudes de Teodorico, la gravedad y mesura de su rostro, sus fuerzas corporales, que no era dado á regalos, sino de todo punto varonil y soldado; la destreza en tirar el arco, la templanza en la comida y bebida, la costumbre que tenia despues de comer de aflojar con honestos juegos el ánimo apesgado y flechado con los cuidados del reino; y lo que es muy propio de los reyes, daba audiencia á los miserables con una paciencia singular. Añade que se deleitaba cenando con las burlas de los truhanes, pero sin que mordiesen á nadie. Estaba Avito acerca dél por embajador de Máximo Augusto, y dice Gregorio Turonense que era natural de Claramonte. A este Avito, sabida la muerte de su señor, persuadió el Rey que se apoderase del imperio de occidente, y para esto le ayudó con su autoridad y fuerzas. Concertaron los dos que en recompensa destas ayudas quedase por los godos todo lo que en España quitasen á los suevos, que se iban apoderando de las tierras de los romanos y aspiraban al imperio de toda España. Era menester buscar algun color honesto para hacerles guerra y para quebrantar los vínculos del deudo que tenian entre sí; parecióles ser lo mejor con una embajada amonestar á Recciario no se olvidase de la modestia; que acometer sin alguna causa á los comarcanos, y sin haber recebido injuria dellos, seria despertar contra sí el odio público y envidia de las otras naciones; que los reinos con justicia se fundan, y por ambicion y crueldad se pierden; amenazaba que si no desistia, no podia faltar al imperio romano, que le habia obligado su fe, y del que tenia recebidos muchos beneficios. A esto Recciario, como hombre de soberbio corazon, á quien las victorias pasadas hinchaban y henchian de vanas esperanzas, respondió que en breve seria en Tolosa para probar de cuánta valentía era la una y la otra gente y determinar aquel pleito por el trance de las armas. Con esta respuesta Teodorico, para prevenir y para todo lo que pudiese suceder, hizo juntas de los suyos, y llamó tambien socorro de los borgoñones y de los francos; pasó los montes Pirineos, y cerca del rio Urbico, que corre entre Iberia y Astorga en Galicia, en una batalla muy trabada venció y puso en huida á su enemigo. Grande fué la matanza que de suevos se hizo en aquella batalla. El mismo Recciario salió herido, y no teniéndose por seguro en parte alguna de España, quiso en una nave pasar en Africa; pero la fuerza de la tormenta le echó á la ciudad de Portu por aquella parte que el rio Duero se mete en el mar. Allí por mandado del vencedor le mataron el año de 456, como lo dice Adon Vienense. Braga fué puesta á saco, pero sin sangre de los ciudadanos. La presa fué rica por estar, á lo que parece, en aquella ciudad la silla de los reyes suevos. Despues desta batalla puso Teodorico por gobernador de Galicia, que dejó sujeta, á Acliulfo, del linaje de los varnos, no de la nobleza de los godos, y hombre de poca lealtad. Revolvió la guerra contra la Lusitania, donde por amonestacion de santa Olalla, debajo de cuyo amparo estaban Mérida y sus cosas por ser ella su protectora, desistieron de saquear aquella ciudad. Hecho esto, Ceurila con parte del ejército fué enviado contra la Bética; Nepóciano y Nerico á Galicia contra Acliulfo, que, olvidado de la fe y de su deber, se habia apoderado de aquella provincia y hecho tirano. Teodorico, vuelto en Francia, ó con deseo de descansar, ó por acudir á otras alteraciones, tomó las armas contra los romanos y contra Mayoriano, por ventura porque habian forzado á Avito que renunciase el imperio, como se dirá luego, y ya se dijo que el emperador Avito y el rey Teodorico eran amigos. Taló pues los campos de Francia y saqueó los pueblos y pasó armado hasta el rio Ródano; y como se apoderase de Leon, la puso á fuego y á sangre y la saqueó. Esto en Francia. En España el capitan Ceurila, como hobiese al improviso y antes que nadie imaginara llegado á la Bética, los naturales con embajadores que le enviaron le hicieron saber que ellos ponian á sí y á todas sus cosas en el poder de los godos; que no habian consentido con los demás suevos ni conspirado contra los romanos; que estaban aparejados á dar rehenes y hacer lo que les fuese mandado, recebirlos en los pueblos, ayudarlos con trigo y con todas las demás cosas. Por esta manera sin sangre la Bética quedó sujeta al señorío de los godos. En Galicia se hacia la guerra con mayor porfía, y últimamente, en una batalla que se dió cerca de Lugo, Acliulfo, que se nombraba rey, á lo menos se habia apartado de la obediencia de los godos, fué preso y pagó con la cabeza. Los suevos enviaron á Teodorico hombres santos con los ornamentos de la iglesia y cosas sagradas para moverle mas, por cuya industria alcanzaron perdon para toda la provincia de Galicia, y no solamente el perdon que pedian, sino con increible grandeza de ánimo les otorgó que, recogiendo las reliquias del naufragio pasado, nombrasen de entre sí rey. Vinose á la eleccion, no se conformaron las voluntades, unos nombraron á Franta por rey, otros á Masdra; este por los suyos fué muerto á hierro dentro de dos años. Remismundo, su hijo y sucesor, año de nuestra salvacion de 460, conforme á la cuenta de Isidoro, corregidos los números conforme á la verdad, se concertó con Franta, y juntadas con él sus fuerzas, entró por la Lusitania metiéndola toda á fuego y á sangre; provincia que en aquella sazon habia vuelto al señorío de los romanos, si bien no se entiende la manera, el tiempo ni la causa en que esto se hizo; lo que se sabe es que Remismundo no la pudo del todo sujetar á su señorío. En Roma y en Italia Ricimer, nieto que era de Walia, rey de los godos, nacido de una su hija y de padre suevo de nacion, era en este tiempo maestro de la milicia romana, que era el mayor poder y cargo despues del emperador. Este hacia y deshacia emperadores en aquellos miserables tiempos; y con esto traia al retortero la república romana, porque Mecilio Avito, sucesor de Máximo, renunció el imperio y fué hecho obispo de Placencia en Italia. El que le forzó á hacer esto, que fué Julio Valerio Mayoriano, sucesor suyo, pasó en España, y sosegadas las alteraciones de aquella provincia, aprestó una armada en Cartagena con deseo de deshacer á los vándalos en Africa. Pero todo este aparato se desvaneció como humo, porque parte de la armada quemaron los enemigos, parte tomaron por haber ellos tenido noticia de lo que el Emperador pretendia y tiempo para hacerle resistencia y daño. El mismo Mayoriano,

afeado con la afrenta del mal suceso, si bien en la Gallia restituyó al imperio todo lo que los godos usurparan, dado asiento en las cosas de aquella provincia y vuelto en Italia, perdió la libertad y la vida en Dertona cerca del rio Hira, á los 7 de agosto año de 461, todo por engaño y órden de Ricimer. Por su muerte Vibio Severo, partícipe en esta conjuracion, fué puesto en su lugar, ayudado por el mismo Ricimer. En aquella revuelta y confusion de cosas el rey Teodorico se tornó á apoderar de Narbona por entrega que della hizo Rabenio, á quien con grandes promesas él persuadió se apartase de la obediencia del emperador Severo. Hay en Nebrija un letrero deste tiempo en la misma delantera del templo sobre la puerta con estas palabras vueltas en romance:

ALEJANDRIA, CLARÍSIMA HEMBRA, VIVIÓ AÑOS VEINTE Y CINCO, POCOS MAS Ó MENOS: MURIÓ EN PAZ Á 10 DE LAS KALENDAS DE ENERO, ERA 503. PROBO, SU HIJO, VIVIÓ DOS AÑOS Y UN MES.

Por las palabras latinas deste letrero, que es muy llano, se ve que la elegancia de la lengua latina habia ya en este tiempo degenerado mucho de lo antiguo. La alfa y la omega con la señal de la cruz, en aquella forma que se dijo arriba hizo Constantino Magno la bandera real, están puestas debajo deste letrero, conforme á la costumbre de aquel tiempo en razon de diferenciar los sepulcros de los cristianos de los demás. Gobernaba por el mismo tiempo la Iglesia romana Hilario, natural de Calari en Cerdeña, sucesor de Leon el Magno. Hay una carta de Ascanio, obispo de Tarragona, para Hilario, con ocasion de la cual y de un concilio de obispos que se juntaron para celebrar el dia en que nació el dicho pontífice, se trató en Roma cómo Nundinario, obispo de Barcelona, nombró por heredero de sus bienes y señaló por su sucesor á Ireneo, coadjutor suyo. Dicen que la voluntad y juicio del obispo fué aprobada por los votos de los principales y de los demás del pueblo. Movido deste ejemplo ó de su voluntad, hizo lo mismo Silvano, obispo de Calahorra, señalando sucesor, pero sin la voluntad del pueblo y consentimiento del metropolitano. Por tanto pedian que, aprobada la primera eleccion por autoridad de Hilario, la segunda se diese por ninguna. Respondió Hilario que por no poderse en manera alguna distinguir la causa de Barcelona de la de Calahorra y porque no pareciese se heredaba lo que por benignidad de Cristo se da conforme á los merecimientos de la vida de cada uno, que la una y la otra eleccion se tuviesen por de ningun efecto y se tornasen á hacer conforme á las costumbres y leyes legalmente. La data desta carta fué á 30 de diciembre, siendo cónsules Basilisco y Hermenerico, que fué año de nuestra salvacion de 465. En esta carta Ascanio se llama metropolitano de la provincia Tarraconense. Tenia Tarragona por sufragáneas á Calahorra, Leon, Barcelona, Ciudad-Rodrigo, que antiguamente se llamó Mirobriga, dado que entre sí estaban muy apartadas, argumento claro que era superior de todas las iglesias que en España obedecian al imperio romano, y reconocian á la Iglesia romana por madre y cabeza de la religion cristiana, como lo es. Por ventura en España no se usaba en aquel tiempo el nombre de primado, sino que donde tenian el gobierno y la silla del imperio, aquella ciudad reconocian las demás ciudades ó iglesias que pertenecian á aquel gobierno, punto de que tenemos muchas conjeturas y razones, si no concluyentes, á lo menos probables; pero volvamos á lo de Galicia.

CAPITULO V.

De la muerte del rey Teodorico y del rey Eurico.

Los suevos en esta misma sazon andaban alterados á causa de nuevas guerras que entre ellos se levantaron. Fué así, que por votos de la una parcialidad de las dos que andaban entre aquella gente, en lugar de Franta, difunto, como queda dicho, fué puesto Frumario. Su competidor Remismundo, antes que el nuevo Rey cobrase fuerzas y se arraigase en el reino, pretendió apoderarse por fuerza de armas de todo el señorío y nacion de los suevos; y salió con ello por causa que al mismo tiempo falleció acaso de su enfermedad Frumario, su contrario. Dado que Iria Flavia, ciudad sujeta á Remismundo, fué destruida por los contrarios, ca no quedaban del todo sosegados con la muerte de Frumario, su rey. Reducida con tanto la gente de los suevos debajo del imperio de uno, grandes levas de gentes se hicieron en toda aquella provincia, con que juntado un grueso ejército, Remismundo acometió la Lusitania, y despues de haberse por engaño apoderado de Coimbra, hizo lo mismo de la ciudad de Lisbona, por entrega que della le hizo Lucidio, ciudadano y gobernador de aquella ciudad. El poder de los romanos era menospreciado; temíanse las armas de los godos; por esto pareció á los suevos conveniente aplacar á Teodorico con una embajada con que le prometian de mantenerse en su fe y estar prestos para hacer lo que les fuese mandado. Dió orejas el Godo á esta embajada, y para mayor firmeza de la amistad tratóse que los reyes se confederasen con nuevo parentesco; y así, Remismundo casó con una hija de Teodorico, que con voluntad de su padre fué enviada á España, y en su compañía Salano, hombre principal, que tomó cuidado de llevarla. Iba tambien entre los demás Ayace, hombre francés, y que por ganar la gracia de su rey, dias antes se hiciera arriano. Todo esto iba enderezado á que por diligencia deste hombre los suevos se pervirtiesen y hiciesen arrianos; con que se prometian, quitada la diferencia de la religion, seria mas firme el asiento que tomaron. Hizo aquel hombre astuto lo que se pretendia. En efecto, la Reina procuró introducille en la gracia de Remismundo, y por aquel medio inficionar la gente de aquella mortal ponzoña. Salano, como celebradas las bodas se volviese á Francia, halló que Teodorico era muerto por engaño de Eurico su hermano, que fué año de nuestra salvacion de 467, el año trece despues que él con semejante alevosía dió la muerte á Turismundo, su hermano. El reino de los godos sin contradiccion quedó por Eurico en premio de aquella maldad. Era grande su ferocidad y brio; solo le ponia en cuidado el poder de los suevos. Temia que Remismundo vengaría por las armas la muerte del Rey, su suegro; deseaba juntamente quitar la Lusitania á los suevos, y echados los romanos de toda España, hacerse universal señor della, porque en aquella era estaba dividida en tres partes. La Galicia con parte de la Lusitania obedecia á los suevos, la Bética y Cataluña á los godos, debajo del imperio de los romanos permanecia la provincia Car-

taginense, los Carpetanos, reino de Toledo y casi todas las demás provincias de España. Eurico pues lo primero se concertó por medio de sus embajadores con el emperador Leon, que regia las provincias del oriente; hecho esto, entró con un grueso ejército y discurrió hasta lo postrero de España, donde sin hallar contradiccion, por muchas partes maltrató y sujetó la provincia de Lusitania. Desde allí, antes de dar la vuelta, envió delante parte de su ejército para apoderarse de Pamplona y de Zaragoza, que perseveraban en la obediencia de los romanos. El tambien con lo mas fuerte del ejército movió la vuelta de la España citerior, y en ella despues de largo cerco se apoderó de Tarragona, ciudad que en España tenia muy grande autoridad, y la derribó por el suelo, enojado de que se pusieron en defensa y que el cerco hobiese durado mucho tiempo. Con esto despojó á los romanos de todo el señorío que tenian en España y del imperio que duró en ella casi setecientos años; y aun fuera de Galicia, que quedó por los suevos, todo lo demás de España por fuerza de armas se rindió á los godos. Esto en España. En la Gallia se ensancharon los términos del señorío de los godos con esta ocasion. Las cosas de Italia iban de caida á causa de las guerras civiles que andaban muy encendidas con grande y vergonzosa flaqueza del imperio romano, de manera que apenas ya ni por sus fuerzas ni con socorros de fuera se podian entretener; porque muerto el emperador Vivio Severo, Flavio Antemio tuvo por algun tiempo el imperio de occidente, sustentado con las fuerzas y mañas de Ricimer, patricio, que sacó del barato para sí por mujer una hija del nuevo emperador, bien que la amistad no duró mucho, ni podia ser seguro tan gran poder de hombre particular; y es cosa forzosa que perezca ó que haga perecer el que pone miedo al príncipe, como acaeció entonces. Resultaron diferencias entre el suegro y el yerno; vinieron á las armas, y Ricimer se apoderó de la ciudad de Roma y la saqueó, dió otrosí la muerte al emperador Antemio. Con esto un senador llamado Olibrio sucedió en el imperio. El mismo Ricimer pocos dias despues murió atormentado de gravísimos dolores. El vulgo entendia que era venganza del cielo por haber menospreciado poco antes el derecho de afinidad tan estrecha y haber maltratado aquella ciudad. Muerto poco despues Olibrio, siguióle Glicerio, en ninguna cosa mas afortunado que su predecesor, porque Julio Nepote, á quien Leon, emperador de oriente, diera el imperio de occidente, le forzó á renunciarle, y le envió á Salonia, ciudad de Esclavonia, para que allí fuese obispo de aquella ciudad á propósito que no le escarneciesen y maltratasen, si quedase en Italia despojado del mando como hombre particular, y para que con aquella dignidad se sustentase y pasase por el agravio que le hacian; dado que parece vino de su voluntad en ello, pues poco despues fué aquella ciudad acogida del mismo Nepote, cuando asimismo le echó de la silla imperial Momillo Augusto. Orestes, maestro que era de la milicia romana despues de Ricimer, y padre deste Momillo, quitó el imperio á Nepote, y en él puso á este su hijo, lo cual sucedió á 31 de octubre año de 475. Vulgarmente á este nuevo emperador llamaron Augustulo por via de escarnio y porque en él se acabó de todo punto el imperio de occidente, que otro del mismo nombre, es á saber, Octavio Augusto, habia fundado á lo que parecia para siempre y para que fuese perpetuo. Desta manera trueca y revuelve la fortuna, ó fuerza mas alta, las cosas humanas. Caen las ciudades y los imperios, yérmanse los pueblos y las provincias se asuelan; que es todo consideracion muy á propósito para conhortarse cada cual y llevar en paciencia sus trabajos. Ciudades y reinos muy nobles yacen por tierra caidos como cuerpos muertos; y nos, cuyas vidas estrechó la naturaleza dentro de pequeños términos, si alguno de los nuestros muere ¿harémos extremo sentimiento? Razon es sin duda y muy justo nos acordemos que somos hombres, y no nos queramos atribuir la inmortalidad de los que están en el cielo. Imperó Augustulo nueve meses y veinte y cuatro dias. Odoacre, hombre bárbaro, rey de los herulos, habiéndole quitado el imperio, se apoderó de Italia y de Roma, y tuvo aquel imperio por mas de diez y seis años. Este fué el fin del imperio de occidente, estos los emperadores postreros y desgraciados que aquí habemos juntado como las heces que fueron del imperio romano y de su majestad. Volvamos atrás y contemos algunas cosas que en su tiempo acontecieron. Eurico, rey de los visogodos, despues de haber domado á España, acometió las tierras de la Gallia. Añadióse este nuevo mal á los demás con que las provincias todas eran trabajadas. La deslealtad, que en aquel tiempo mas que en otro se usaba, fué la principal causa destos daños. Fué así, que Arbando primero y despues Seronato, que eran en la Gallia gobernadores por los romanos, persuadieron á este Rey que se apoderase de las provincias del imperio, pues le seria cosa fácil en tiempos tan revueltos. Juntóse con esto que á Genserico, vándalo, venció en una batalla naval cerca de Sicilia Basilisco, capitan famaso del emperador Leon. Con esta pérdida maltratado el Vándalo, se volvió en Africa, y por miedo que tenia de mayor daño, donde movió por sus embajadores á la una y á la otra gente de los godos, ostrogodos y visogodos contra los romanos, con grandes esperanzas que les puso delante y partidos aventajados. Estas fueron las causas de la guerra que se hizo en Francia. Arvando y Seronato, descubierta la traicion y convencidos en juicio, pagaron con las cabezas. El intento de Genserico tuvo mejor suceso, porque Teodemiro, rey de los ostrogodos en Panonia, recobrado que hobo su hijo Teodorico, que largo tiempo estuvo en Constantinopla en rehenes, y el cielo le tenia aparejado el imperio de Italia, dió cuidado á Vindemiro su hermano para que hiciese guerra á Italia, que de sí misma iba á caerse y estaba para perderse. Pero este, vencido por los dones que Glicerio Augusto le dió en el tiempo que tuvo el imperio, dejada Italia, se pasó en la Gallia, y juntó sus fuerzas con Eurico, que con gran espanto y daño de aquella provincia comenzaba á talar los campos y meter á fuego y á sangre las villas y lugares. Fué esta junta de grande efecto, y dado que Epifanio, obispo de Pavia, varon en aquel tiempo de grande autoridad, enviado por Nepote Augusto, trató de sosegar estas gentes, no hizo algun efecto; antes partido él, los de Rodes, de Cahors, de Limoges, los gabalitanos quedaron sujetos por las armas de los godos. Arverno otrosí, ciudad de la primera Aquitania, que hoy llaman Claramonte, no léjos de aquel collado donde la antigua Gergovia de César estuvo situada, forzosamente se hobo de entregar por es-

tar cansados los ciudadanos de un cerco que sobre ella tuvieron muy largo. Hacian resistencia á los godos y á sus intentos por una parte el obispo de aquella ciudad, llamado Sidonio, con sus fervientes oraciones y vida muy santa, por otra el conde Ecdicio con su valor y con las armas, hijo que era de Avito, uno de los emperadores ya contados. Pero las orejas de los santos y del cielo estaban sordas para oir las plegarias de aquel pueblo, y los muros de la ciudad por la mayor parte echados por tierra y allanados. Por esta causa Ecdicio se resolvió de huir. Llamóle el emperador Nepote y hízole patricio, que á la sazon era nombre de grande dignidad, premio debido á su virtud, si bien tuvo poca dicha en defender la ciudad. En lo que mas se señaló este nobilísimo varon fué en la liberalidad con los pobres en un tiempo que corrió de una hambre y carestía muy grande, mayormente en la Borgoña. Acudió á tan grave necesidad Ecdicio con sus tesoros y con sus riquezas. Envió su gente con jumentos y carros para que le trajesen todos los pobres que hallasen. Juntaron como cuatro mil dellos, hombres y mujeres y niños; á estos todos dió en su casa el sustento necesario por todo el tiempo que duró aquel azote y trabajo; y despues por el mismo órden los hizo volver á sus casas y á sus tierras. Partidos los pobres, dice Gregorio Turonense que se oyó una voz del cielo, que dijo: «Ecdicio, Ecdicio, porque hiciste esto, y obedeciste á mi voz, y sustentando á los pobres, hartaste mi hambre, ni á tí ni á tus descendientes para siempre faltará pan.» Para hacer rostro á los godos, que se iban apoderando de gran parte de la Gallia, el emperador Nepote despachó á Oreste, maestro de su milicia, con bastante número de gente. Era este capitan godo de nacion; y conforme á la poca lealtad que en aquel tiempo se usaba, dejada aquella empresa, revolvió con sus fuerzas contra su mismo señor y emperador sin parar hasta despojarle del imperio y poner en su lugar á su hijo, que, como queda dicho, se llamó Augustulo. Con la vuelta de Orestes no quedó en la Gallia quien hiciese resistencia á los godos; así extendian sin contradiccion en aquella provincia los términos de su imperio. Apoderáronse de Marsella y de otras ciudades por toda aquella comarca, cuyos campos riega el caudaloso rio Ródano con sus aguas. Finalmente, Eurico puso la silla de su reino en Arles, y soberbio y arrogante con tantas victorias, como si le faltaran de todo punto los enemigos, revolvió su furia contra la religion católica, como príncipe arriano, que era muy aficionado á aquella mala secta. Para mejor salir con lo que pretendia, que era deshacer los católicos, echaba los obispos de sus iglesias sin poner otros en su lugar. Los demás sacerdotes y clero, por no tener quien los acaudillase, se derramaban por diversas partes y se reducian á muy pequeño número. Desamparaban los templos, que en parte se caian, en otros nacian yerbas y matas y todo género de maleza en tanto grado, que las mismas bestias y ganados se entraban dentro á pacer, sin que la santidad de aquellos lugares fuese parte para reparar este daño por estar las puertas caidas y la entrada libre para todos, así hombres como brutos, si ya no era que los matorrales y zarzales en algunos templos eran tan grandes que no dejaban entrar á nadie. Sidonio Apollinar en muchas cartas llora la calamidad de tiempos tan miserables; dél se ha de tomar la razon destas cosas por haberlas dejado los historiadores de contar. Reinó Eurico por espacio de diez y siete años. Falleció en Arles de su enfermedad el año de nuestra salvacion de 483. En este mismo año Simplicio, pontífice romano y sucesor de Hilario, pasó desta vida á otra mejor. Hállase una carta de Simplicio para Zenon, obispo de Sevilla, do se ponen estas palabras: «Por relacion de muchos hemos sabido que tu caridad con el favor del Espíritu Santo así gobiernas tu Iglesia, que con la ayuda de Dios no siente los daños del naufragio. Por tanto gloriándonos con tales nuevas, nos pareció conveniente de hacerte vicario de nuestra silla, con cuya autoridad y vigor esforzado no permitas en alguna manera que se traspasen los decretos del amaestramiento apostólico ni los términos de los santos padres. Porque justa cosa es que sea remunerado con honra aquel por cuyo medio en esas regiones se sabe crece el culto divino.» Destos principios, como quier que los romanos pontífices en adelante acostumbrasen á hacer sus vicarios á los obispos de Sevilla, les nació aquella autoridad que algunas veces tuvieron sobre las demás iglesias de España, junto con que aun por este tiempo la iglesia de Toledo no tenia el derecho y autoridad de primado. A Simplicio sucedió Félix, cuya carta asimismo se ve para el mismo Zenon, en que no hay cosa alguna que digna de memoria sea.

CAPITULO VI.

Del reino de Alarico.

Hechas las exequias de Eurico, los principales, á los cuales el padre estando á la muerte mucho les encomendó á Alarico, su hijo, y á él dió muy buenos consejos, le declararon por sucesor de su padre. En tiempo deste rey las cosas de los visogodos estuvieron pacíficas en España. La Gallia, por estar dividida en muchos señoríos de godos, francos y borgoñones, no podia sosegar largo tiempo. Teodorico en Italia, con consentimiento del emperador Zenon, que sucedió á Leon, fundó el reino de los ostrogodos, ca venció y mató al rey Odoacre año de nuestra salvacion de 493. El origen de los ostrogodos y su principio se ha de tomar del tiempo de Radagaiso, el cual como fuese deshecho en Fiesoli por las gentes de Honorio y por el esfuerzo de Stilicon, los que quedaron de aquel ejército destrozado de ostrogodos, pasados varios trances, juntaron sus fuerzas con los hunnos, y en la batalla Cataláunica estuvieron de parte de Atila, como queda arriba dicho. Despues, como tuviesen por mejor asentar á sueldo del imperio romano que servir á los otros bárbaros, el emperador Marciano les dió tierras en Panonia donde morasen. Poco despues vino á ser rey de aquella gente Teodomiro, cuyo hijo fuera de matrimonio habido en una mujer llamada Eurelieva, por nombre Teodorico, de edad de siete años, envió su padre por rehenes al Emperador Leon. Era mucha su gracia; por esto y con la buena crianza y su ingenio se hizo muy amable al emperador, tanto, que llegado á mayor edad le dió licencia para volverse á su patria. Despues de la muerte del padre como hecho rey volviese á visitar al emperador Zenon en el mismo tiempo que Odoacre Herulo acometió el imperio de Italia, alcanzó dél fácilmente licencia de pasar contra aquel Rey, y vencidos y destruidos los

enemigos, se llamó rey de Italia. Sujetó otrosí á Roma, como manifiestamente se entiende por las cartas que Casiodoro, su secretario, escribió en nombre del mismo rey. Para cobrar fuerzas y arraigarse muy de propósito en el nuevo reino que conquistára acordó ayudarse de todas partes, y en particular emparentar con los francos, borgoñones y visogodos, príncipes y naciones en aquel tiempo de grande poder y fama. Con este intento él mismo casó con Audefleda, hermana de Clodoveo, rey de los francos, que ya en aquella sazon era cristiano. De dos hijas suyas, habidas en una mujer soltera, la una, llamada Ostrogoda, dió por mujer á Alarico, rey de los visogodos; la otra, llamada Teudicoda, á Gundibaldo, rey de los borgoñones. Por esta forma y con estos casamientos se hizo como juez y cabeza de todo el occidente; y como tal procuró concertar cierta diferencia que resultó entre los visogodos y los francos con cartas y mensajeros que despachó á los unos y á los otros, en que con los ruegos mezclaba amenazas si no venian en lo que era razon. Los francos, por el amor que tenian á la religion católica, que poco antes abrazaran, aborrecian á los visogodos como gente inficionada de la secta arriana. Demás desto, llevaban mal que todos los desterrados y enemigos de los francos hallasen segura acogida en el reino de Alarico. Quejábase otrosí Clodoveo que Alarico en cierta habla que tuvieron concertada trató de armarle cierta zalagarda para quitalle la vida, lo cual decia saber muy cierto. La verdad era que dos reinos comarcanos como estos no podian estar mucho tiempo sosegados ni faltar ocasiones de desabrimientos. Destos principios se temia alguna grave guerra y que se encenderia algun gran fuego entre aquellas dos gentes ferocísimas. El rey ostrogodo, avisado de lo que pasaba, primero por la fama, y despues por diversos mensajeros que le vinieron, y recelándose de los daños que podrian resultar, despachó á cada uno de los dos su embajada con sendas cartas que les escribió muy prudentes y graves para sosegarlos y concertar aquellas diferencias. Avisóles que recebia el mayor pesar que podia ser viendo que dos tan amigos suyos se armaban el uno contra el otro y aun se despeñaban en su perdicion, desórden de que sus enemigos se alegraban por verlos encendidos en odios tan grandes; que por el mismo caso que cada uno buscaba la destruicion del otro resultaba el peligro, no solo de su vida, sino tambien de sus súbditos, que ordinariamente lastan los desatinos de sus reyes; los reinos se fundan con prudencia y modestia, la desenfrenada locura los deshace y consume; las guerras que fácilmente se emprenden muchas veces se rematan en triste y miserable fin; que le parecia cosa justa antes de venir á las manos intentasen algun camino y manera de concertarse, pues los ánimos que hasta entonces por cosas de poco momento estaban entre sí irritados, con facilidad se apaciguarian y ternian concordia; pero si el odio pasaba adelante y con muestras mas graves perdian del todo la amistad, no quedaria esperanza de concordarlos hasta tanto que, consumidas y deshechas las riquezas y fuerzas, el uno de los dos reinos que en gran manera florecian de todo punto quedase asolado; que temia, á causa del parentesco que con ambos tenia, resultaria en él el afrenta é infamia de entrambas partes do cualquier manera que el negocio sucediese; que si á Alarico no enfrenaba el respeto de padre ni á Clodoveo reprimia el amor de hermano, él como á hijo amenazaba al uno, y al otro apercebia que tendria por enemigo aquel que mostrase mayor odio y aversion á la paz, no obedeciendo á los consejos y amonestaciones de un pecho amicísimo y de un tan cercano pariente. Alarico mas fácilmente daba oidos á estas amonestaciones. Clodoveo, por ser hombre mas feroz, desechaba cualquier condicion de paz. Dió pues esta soberbia respuesta: que él no tenia otro ánimo con Alarico del que era justo y él gustaba; que él fué el primero agraviado y ofendido, junto con que demás de dar acogida á sus enemigos en sus tierras, le habia denunciado la guerra; que el derecho de naturaleza y la majestad real pedian no diese lugar á estas demasías, sino que se defendiese y desagraviase; concluia con decir que convidando él con la paz, y el enemigo presentando la guerra, deseaba le hobiera dado la naturaleza dos manos derechas, la una para contraponerla á Alarico, y dar la otra desarmada al mismo Teodorico. Esta respuesta de tanta resolucion hizo que el Ostrogodo quedase mas inclinado á Alarico. Escribió cartas á todos los demás reyes, cuyas copias hoy andan, en que reprehende la soberbia y orgullo del francés, cárgale que confiaba en sus fuerzas y en su fiereza, que era la causa de tener las orejas cerradas á la razon y justicia; amonesta que todos acudan á aquel peligro y atajar aquel daño, que podria resultar en perjuicio de todos; despachasen sus embajadas á amenazar á Clodoveo y apartalle de aquel mal propósito; que la conservacion del estado de cada uno en particular dependia de la comun providencia y amistad que todos entre sí debian tener y de contrapesar las fuerzas de los príncipes por esta forma. No aprovechó ni la diligencia del rey Teodorico ni su autoridad para que la guerra no pasase adelante y viniesen á las manos. Marcharon el uno contra el otro. Juntáronse las dos huestes enemigas en los campos Vogladenses, tierra de Potiers. No se reconocian ventaja los unos á los otros ni en los ánimos ni en las armas ni en el arte militar, ni en el vigor y fuerzas de los cuerpos. Luego pues que llegaron los unos y los otros á vista, ordenaron sus haces en guisa de pelear. Fué la batalla muy reñida y dudosa, igual el peligro, no menor la esperanza. Alarico no dejó por intentar cosa alguna y las que se podian esperar de un valeroso capitan, porque como cargasen los enemigos con grande ímpetu, y los godos por todas partes fuesen destrozados y muertos, y los demás por salvar las vidas volviesen las espaldas, él con ánimo muy grande acudia á todas partes, á los temerosos esforzaba, levantaba los caidos, do era la mayor carga y do quiera que se mostraba alguna esperanza, allí ayudaba con obras y con palabras. Señalábase entre todos los suyos por el caballo en que iba y sus armas resplandecientes y sobrevistas reales. Decia á sus soldados que no en la ligereza de los piés sino en las manos y su valor debian poner la esperanza; que en aquel trance lo mas peligroso era lo mas seguro, y la firme resolucion muy poderosa arma en la necesidad; grande afrenta que los vencedores de tantas naciones se dejasen vencer de aquella gente. Suele el temor ser mas poderoso que la vergüenza; así los soldados no recebian las palabras ni daban oidos á las amonestaciones de Alarico. Vuelven

todos las espaldas. Quedaba de los postreros Alarico; y visto que no podia mas, pretendia tambien salvarse, cuando Clodoveo, que peleaba en el primer escuadron, se fué para él, y de un encuentro y bote de lanza le arrancó del caballo. Procuraba Alarico levantarse, pero acudió un peon francés que le quitó la vida. Por el contrario, dos caballeros godos, movidos del deseo de vengar á su rey, por el un lado y por el otro, puestas en el ristre sus lanzas, se fueron para el rey francés. Valióle una buena loriga que llevaba y un valiente mancebo llamado Clodorico, que acudió á favorecerle. Muerto Alarico, los godos que escaparon de la matanza se derramaron por las ciudades comarcanas, sin que quedase escuadron alguno de consideracion para hacer rostro á los francos. Con esto la ciudad de Angulema, que se tenia antes por los godos, despues desta rota tan grande vino en poder de los francos, mayormente que una parte de los muros por su vejez de repente se cayó y allanó por tierra. Los godos que no se hallaron en esta batalla se apellidaron de nuevo y se atrevieron á probar ventura en la comarca de Burdeos; el suceso fué el que antes; la matanza que dellos se hizo tan grande, que desde aquel tiempo el lugar en que se dió la batalla tomó nuevo apellido, ca vulgarmente se llamó el Campo Arriano por causa de la religion que los godos seguian. En prosecucion destas dos victorias tan señaladas se rindieron á los vencedores muchos pueblos de la Francia, como Burdeos, los Vesates, los de Cahors, los de Rodes, por conclusion los de Alvernia, cuyo capitan y caudillo llamado Apollinar, deudo que era de Sidonio, obispo de Alvernia, murió en la batalla, por donde quedaron alterados y amedrentados. Hasta la misma ciudad de Tolosa se rendió, do estaba la casa real y silla de los godos, de suerte que apenas en toda Francia les quedó cosa alguna que no viniese en poder de los francos. Halláronse en los tesoros y recámara de los reyes godos los vasos y los demás instrumentos de los sacrificios del templo de Jerusalem, de que Alarico, primero de aquel nombre, rey de aquella nacion, se apoderó cuando entró y saqueó á Roma, y dél vinieron á poder de sus sucesores, y al presente al de Clodoveo; fueron tomados en los reales vogladenses ó en Tolosa, que en esto los autores son varios; y aun no falta quien diga que estos vasos estaban en Carcasona, y como quier que por este respeto la tuviesen cercada los francos, sobrevinieron en su ayuda los ostrogodos, que la libraron. Murió Alarico año de nuestra salvacion de 506. El imperio y señorío que su padre le dejó asaz próspero, él le continuó con engaños y crueldad por espacio de veinte y tres años, que fué el tiempo que reinó; por esta causa se compadeció poco la gente de su desastre, antes pensaban y decian que le tenia merecido. Si bien fué el primero de los reyes godos que estableció y promulgó leyes por escrito, recopiló en suma y publicó el *Código de Teodosio* á 3 de febrero del mismo año que fué muerto. Porque antes dél en paz y en guerra acostumbraban á gobernarse los godos á fuer de otras naciones bárbaras por las costumbres y usanzas de sus mayores y antepasados. A las leyes de Alarico los reyes siguientes añadieron otras muchas, y de todas se forjó el volúmen que vulgarmente los españoles llamamos el *Fuero Juzgo*, de que tornarémos á hablar otra vez en lugar mas á propósito.

CAPITULO VII.

De los reyes Gesaleico, Teodorico y Amalarico.

Tenia Alarico en su mujer Teudicoda, que poco antes falleció, á Amalarico, y en una mujer soltera á Gesaleico. Los principales de los godos por la poca edad de Amalarico, que era de cinco años solamente, dieron sus votos y hicieron rey á Gesaleico. Llevó mal el Ostrogodo que por respeto ninguno dejasen á su nieto y le despojasen del reino de su padre. Era señor de Italia, de Sicilia, de las Islas vecinas á Italia, del Illírico y Dalmacia, y juntamente entretenia á su sueldo ejércitos muy ejercitados en las armas. Envió ochenta mil combatientes á la Gallia debajo la conducta de Ilba, conde de los gépidas, con intento así bien de reprimir el orgullo de los francos, soberbios por la victoria ganada, y con esto sustentar el reino de los visogodos, que estaba á punto de perderse, como de restituir á su nieto en el reino de aquella gente, que injustamente le quitaran. Gesaleico, medroso de tan grande aparato y porque Gundebaldo, rey de Borgoña, que como suele acontecer acudió á la presa, estaba apoderado de la ciudad de Narbona, como quier que no se tuviese por seguro en alguna parte de Francia, se recogió á Barcelona. Era hombre cobarde y inclinado á crueldad, pues con sus manos dentro de la casa real en aquella ciudad dió la muerte á Goerico, hombre principal, pasion ordinaria de los hombres cobardes y medrosos que pongan toda su esperanza y seguridad en la muerte de los hombres excelentes y poderosos y en la maldad. Ilba, llegado en la Gallia y ayudado por los que quedaban de visogodos, ganó la victoria del enemigo, ca venció á los franceses. Murieron en la batalla veinte mil francos; con esto los ostrogodos se apoderaron de la Proenza como en premio de su trabajo. La Aquitania, que es Guiena, tornó á poder de los visogodos. Los ostrogodos, demás de lo dicho, se apoderaron de Narbona, que quitaron al de Borgoña, y aun trataban de pasar los montes Pirineos. Gesaleico por esta causa, perdida la esperanza de sus cosas y desconfiado de las voluntades de los soldados por saber muy bien el odio que muchos le tenian por su cobardía y crueldad, pasó en Africa. Trasimundo, rey de los vándalos, dado que estaba casado con hermana de Teodorico, quier por compasion de aquel hombre ahuyentado, quier por llevar mal que el poder de Teodorico, que de tiempo atrás se hacia temer, se aumentase con la junta de aquel nuevo reino, le recibió benignamente y ayudó con dinero, como se entiende por las cartas de Teodorico, en que se queja de la injuria que en esto el Vándalo le hacia. Con esta ayuda le tornó á enviar á la Gallia, donde despues de estar escondido un año, juntado con el dinero africano un ejército, se atrevió á probar el trance de la batalla, que se dió á doce millas de Barcelona. Quedó vencido en ella por Ilba, volvió en la Gallia huyendo, y en breve murió de enfermedad causada por la pesadumbre que recibió de sucederle las cosas tan mal, que fué el cuarto año de su reinado y de nuestra salvacion de 510. Con la muerte de Gesaleico se excusaron grandes alteraciones, y comenzó el antiguo resplandor á renovarse en el reino de los godos. En Talavera, en tiempo de nuestros padres, se

halló un sepulcro de mármol blanco con este letrero vuelto de latin en romance:

LITORIO, SIERVO DE DIOS, VIVIÓ AÑOS SETENTA Y CINCO, POCO MAS Á MENOS: REPOSÓ EN PAZ Á 23 DE JUNIO, ERA 548.

Debajo del letrero estaba y está hoy una cruz con alfa y omega para muestra de que el enterrado allí seguia la religion cristiana. Deste Litorio hace mencion Máximo, cesaraugustano; dice que murió en Ebura de los carpetanos, año 509. Ebura es Talavera. Muerto Gesaleico, quien haya sido puesto en su lugar no concuerdan los autores; los mas afirman que el mismo Teodorico, ostrogodo, se llamó de allí adelante rey de los visogodos. Conforma con esto que los concilios de los obispos que por este tiempo se tuvieron en España ponen al principio el nombre de Teodorico y tambien el año de su reinado. Otros son de parecer que á Gesaleico sucedió Amalarico, y que Teodorico solamente fué tutor y gobernador en lugar de su nieto. Desto por gobernar el reino á su voluntad y estar apoderado de todas las rentas reales de España para mantener las compañías de guarnicion, así de visogodos como de ostrogodos que tenia, procedió la opinion que hace rey á Teodorico. Nosotros no queremos interponer nuestro parecer en este caso; el lector por sí lo podrá determinar, consideradas las razones que por la una y por la otra parte militan. Lo que escritores españoles afirman, sin testimonio de algun escritor forastero, no nos contenta, es á saber, que Teodorico vino en España; porque ¿cómo se puede creer que Casiodoro y otros que escribieron por menudo las cosas de Teodorico hayan pasado en silencio jornada tan memorable? Mucho mas se debe contar entre las consejas de las viejas, dado que don Lúcas de Tuy lo atestigua, haberse casado en Toledo con mujer de la antigua sangre de los españoles, y que vencido por sus ruegos los restituyó en su antigua libertad. Demás desto, añaden que deste casamiento nació Severiano, padre de san Leandro y san Isidoro, dichos que ni concuerdan con la verdad ni vienen bien con la razon de los tiempos. Lo que se averigua es que Teudio, ó como otros dicen Teudis, que fué antes paje de lanza de Teodorico, al presente por beneficio del mismo se encargó de gobernar la tierna edad de aquel mozo y sostener el peso del reino y de todo el gobierno, escalon por donde vino despues á ser rey. Fuera desto, Eutarico, mozo de la real sangre de los Amalos, fué desde España llamado por Teodorico con esperanza de heredar el reino de Italia, por casarle, como le casó, con su hija Amalasiunta. Era Eutarico ostrogodo de nacion, y hallóse en la batalla de Cataláunica; su abuelo fué Veremundo, hijo de Turismundo, de la sangre y alcuña de los Amalos; Turismundo desde Escitia vino á España, siendo rey Teodorico, sucesor de Walia; deste fué hijo Witerico, y nieto Eutarico. Luego que llegó á Italia, Teodorico demás de su nobleza agradóse de su ingenio y condicion, y así le escogió por yerno. Las bodas se celebraron con aderezos y fiestas reales el año de 515, el cual año pasado, siendo cónsules Teodorico y Pedro, en España se tuvo un concilio en Tarragona á 6 de noviembre. En este Concilio se halla la primera vez hecha mencion de monjes entre las memorias de España. Mandóse que la fiesta del domingo, á fuer y á la manera de los hebreos, se comenzase desde el sábado en la tarde. De aquí procedió la costumbre de los españoles que comunmente tienen la noche del sábado por parte de fiesta y la huelgan. Firmaron en el Concilio Hector, metropolitano cartaginense, que, aunque trasladada aquella dignidad á Toledo, como de suso se dijo, todavía aquellos obispos continuaban aquel título, y antes dél firmó Juan, tarraconense, y Paulo, emporitano. El año que se siguió luego despues, que fué el de 517 del nacimiento de Cristo, se celebró el concilio Gerundense en Girona. En él, conforme á la costumbre de Francia, donde Mamerco, obispo de Viena, porque rabiaban los lobos, para aplacar á Dios inventó las ledanias, ordenaron los padres que en España se hiciese lo mismo despues de Pentecostes, Pascua de Espíritu Santo y tambien el mes de noviembre. Asimismo Hormisda, pontífice, por estos tiempos gobernaba la Iglesia romana; escribió así en particular á Juan, obispo, conviene á saber tarraconense, presidente en estos dos concilios, como tambien en comun á todos los obispos de España, una carta en que manda que en la metrópoli por lo menos cada año se hagan concilios de obispos; ca los antiguos estaban muy persuadidos que consistia la salud de las iglesias en esto, por ser muy á propósito para apretar la severidad de la disciplina, que por culpa de los hombres se suele muchas veces aflojar. Hay demás desto carta de Hormisda para Salustio, obispo de Sevilla, en que le hace su vicario para concertar las diferencias que resultaban entre los obispos de la España citerior, sin perjudicar por tanto á los privilegios y derechos de los metropolitanos. Por esta causa y porque Amalarico puso la silla real y por la mayor parte residió en Sevilla, los obispos de aquella ciudad alcanzaron autoridad, que competia con la de los primados, como queda ya apuntado. Muerto Hormisda, en tiempo de su sucesor, que fué Juan, el primero de aquel nombre, que eligieron á 12 de agosto del año de 523, se tuvieron en España dos concilios de obispos, el uno en Lérida y el otro en Valencia, en que no hay otra cosa digna de memoria sino que en el de Lérida se hace mencion de abad y de arcediano. Algunos piensan se celebró en este tiempo el concilio de Zaragoza, que anda vulgarmente en los libros de los concilios, sin que haya para ello ni argumento que convenza ni conjetura bastante, por no tener señalado ni tiempo cuándo se celebró ni cónsules. Vedóse empero en él que ninguno tomase nombre de doctor, sino conforme al órden de derecho. Asimismo se mandó que no se diese el velo á las vírgenes antes de ser de cuarenta años, renovando en esto los decretos de Leon Magno y de otros pontífices y concilios. Murió el pontífice Juan á 27 de mayo, año de nuestra salvacion de 526, en Rávena, del mal olor de la cárcel en que Teodorico le puso, ca ensoberbecido por haber sujetado tantas naciones, volvió la guerra y amenazas contra la religion cristiana y contra Dios. Justino Augusto, sucesor de Anastasio, con celo de la católica religion, en que maravillosamente se señalaba, mandó desterrar los arrianos de todo el oriente. Este decreto de Justino dió tanta pesadumbre á Teodorico (ca entrambas naciones de los godos seguian la secta arriana), que envió por sus embajadores á Juan, pontífice romano, y al obispo de Rávena y á algunos principales del Senado para amenazar al Emperador que, si no le revocaba, él derribaria los tem-

pios de los cristianos en Italia y asolaría la ciudad de Roma y á todos los católicos. Hizo su embajada el Pontífice. Festejóle mucho el Emperador y honróle magníficamente conforme á lo que pedia la razon. Coronó al Emperador de su mano; y dado que le persuadió revocase el edicto, vuelto despues de la embajada, fué por Teodorico encarcelado por sospechar que la honra que le hicieron se enderezaba á entregar á Italia á los griegos y que era aficionado á la parte de los emperadores. Murió el santo Pontífice en la prision. La Iglesia le tiene en el número de los santos mártires, y le hace particular fiesta todos los años el mismo dia que murió. Fueron comprehendidos en esta misma causa Simaco y Boecio, hombres principales que habian antes ido á Constantinopla con embajada. Túvolos hasta este tiempo presos, en que les mandó dar la muerte. Siguióse en breve la venganza de Dios, porque al principio del mes de setiembre próximo el mismo Teodorico murió por juicio divino y en venganza de aquellas injustas muertes. Dejó por sucesor en el reino de Italia á su nieto Atalarico, nacido de su hija Amalasiunta, de cuya flaca edad y del peso de las cosas, por ser muerto ya su padre, la madre, mujer de ánimo varonil, se encargó. Por la muerte de Teodorico el otro su nieto Amalarico comenzó libremente á gobernar el reino de los visogodos, desde el cual tiempo algunos cuentan lós años de su reinado, ni hay mucho que hacer caso, ni mucha diferencia en lo uno y en lo otro, pues consta que Teodorico en tanto que él vivió reinó en España, sea en su nombre, sea en el de su nieto, y en todo se hacia su voluntad. Luego que Amalarico se encargó del reino, lo primero de todo asentó paz con los reyes de Francia, casándose él con una hermana dellos, hija de Clodoveo, ya difunto, que se llamaba Crotilde. Diósele en dote el estado de Tolosa, que fué restituirle á los godos, cuyo antes era. La paz asentada desta manera alteró la locura de Amalarico por esta ocasion. Era Crotilde dotada de una virtud singular; su madre, que el mismo nombre tenia, la amaestrara en el culto de la verdadera religion. Esto fué ocasion de exasperar en gran manera el ánimo de su marido, por ser de secta arriano. El vulgo cuando iba á los templos de los católicos la decian afrentas, la ultrajaban y le tiraban cosas sucias. Disimulaba el Rey en esto, y aun cuando volvia la recebia con gesto torcido y airado; á los denuestos y soltura de la lengua añadia golpes y cardenales, tanto, que le hacia muchas veces saltar la sangre. Sufrió ella esta vida tan áspera por mucho tiempo con grande constancia. Confiaba con su paciencia y ejercicios de piedad ablandar algun tiempo y ganar el cruel ánimo de su marido. Mas últimamente, perdida la esperanza y quebrantado su ánimo con los malos tratamientos que la hacia, escribió una carta á su hermano el rey Childeberto, y con ella le envió juntamente un lienzo bañado en su misma sangre. Avisábale de las desventuras que dias y noches pasaba; pedíale que favoreciese á su hermana, que mucho amaba, antes que de todo punto la consumiesen el lloro y lágrimas que vida tan amarga le causaba; con el largo silencio hasta entonces habia disimulado tantas injurias, esperando que la muerte daria fin á tantos trabajos, lo que ojalá sucediera antes que verse puesta en aquella necesidad de revolver sus hermanos con su marido, á lo menos esperaba que mudaria aquel hombre la condicion y se trocaria; pero que todo sucedia al revés, ca unas injurias se trababan de otras, y de cada dia le daba mas triste y desventurada vida; los regalos y caricias recompensaba con crueldad; las buenas obras con que muchas veces se amansan las fieras trocaba en fiereza; qué todo esto le venia no por otra causa sino por perseverar constantemente y tener firme en la religion de sus mayores, y que su madre dulcísima le enseñara; sacudiesen aquel yugo tan grave y tiránico que con voz de casamiento pusieron sobre sus espaldas; pusiesen los ojos en Dios, que esperaba no faltaria á tan justa querella y tan buena demanda; que Amalarico no era hombre sino, debajo de figura humana, una bestia fiera, compuesto de crueldad y soberbia y de todos los males; si no creian á sus palabras, por lo menos les moviese la vista de su sangre, que suele embravecer los toros y leones; si por el deudo no se movian, el respeto de la humanidad los despertase, pues en ninguna cosa los reyes mas semejan á Dios que en levantar á los caidos y injustamente maltratados, mayormente si son mujeres nacidas de sangre real y desde su primera edad criadas con mejores esperanzas. El reino de los francos estaba en esta sazon dividido entre los hijos del rey Clodoveo en esta forma: Childeberto era señor de Paris, Clotario de Soesons, Clodomiro de Orliens, á Teodorico obedecian los de Metz de Lorena; todos se llamaban reyes. Estos, como tuviesen compasion de la desventura de Crotilde, su hermana, y encendidos por esta causa en furor contra el Visogodo y contra la injusticia que le hacia, juntaron sus fuerzas y movieron en busca del enemigo. Hallábase Amalarico desapercebido y en el negocio culpado; la conciencia de sus maldades le atemorizaba; determinó ponerse en huida. Pudiera escapar y salvarse, sino que, ciego por castigo de Dios con la codicia de las piedras preciosas que dejaba en sus tesoros, volvió de priesa á la ciudad, que se entiende fué Barcelona. Quita la divina venganza el seso á los que quiere derribar; y así fué que, como la ciudad fuese ya entrada y estuviese en poder de los francos, Amalarico, sin saber que hacerse, quiso retirarse á sagrado y valerse de un templo de la religion católica que él habia violado con tantas injurias. No le valió, ca en el mismo camino pereció pasado de un bote de la lanza de un soldado. San Isidoro escribe que Amalarico fué muerto en Narbona y que se dió allí la batalla. Nosotros tenemos por mas cierta la opinion y autoridad de Gregorio Turonense, que fué algun tanto mas antiguo, y refiere el caso como queda puesto. Adon, vienense, dice que los francos discurrieron por toda España en prosecucion de la victoria, y que echaron por el suelo despues de largo cerco á Toledo, ciudad puesta en medio de España y de asiento muy fuerte. Añade que ganaron muchos otros pueblos y ciudades con el mismo curso de la victoria. Procopio dice que quitaron toda la Gallia Gótica á los godos; el silencio en esta parte de los otros escritores hace que no se pueda poner esto por cierto, y porque consta que los reyes siguientes de los visogodos extendian su imperio y jurisdiccion en la Gallia hasta el rio Ródano. Consta otrosí que Amalasiunta, despues de la muerte de Teodorico, su padre, dió la Proenza á Teodoberto, hijo de Teodorico, rey de Lorena, ya difunto, y esto porque los francos no llevasen mal el poseer los ostrogodos alguna par-

te en la Gallia; lo demás dejó á los visogodos, contenta con el imperio de Italia. Lo mas cierto que Childeberto se apoderó de los tesoros de Amalarico, entre los cuales halló ornamentos de iglesia, que eran de oro; y que, recobrada su hermana, se volvió á su tierra. Murió Amalarico año del Señor de 531; reinó cinco años, bien que si queremos tomar el principio de su reinado desde la muerte de Gesaleico, habrémos de confesar que tuvo el imperio veinte años. Crotilde, su mujer, murió en el mismo viaje. Un cierto autor dice que la antigua Abdera fué reedificada por Amalarico con nombre de Almería, que es apellido algo semejable, así al del Rey como al antiguo que tenia. Tambien es averiguado que el año quinto del reino de Amalarico se celebró el concilio Toledano segundo por siete obispos; entre los demás fueron Nebridio, bigerrense, y Justo, urgelitano. Mandóse en aquel Concilio que los mozos que por voluntad y voto de sus padres se recebian y entraban en los colegios eclesiásticos y los ordenaban de la primera tonsura de clérigos, cuando viniesen á la edad de diez y ocho años en público les preguntasen si querian guardar castidad; si consintiesen y viniesen en ello, que de allí adelante no pudiesen, dejada su profesion, enlazarse en las ataduras del matrimonio; si no consintiesen, tuviesen libertad de casarse; mas si los tales venidos á mayor edad, con voluntad de sus mujeres, quisiesen apartarse todavía de su comunicacion, pudiesen ser ordenados de órden sacro. Yerran los que por ocasion deste decreto piensan lo que no fué, que los sacerdotes españoles por este tiempo se casaban. Presidió en este Concilio Montano, prelado de Toledo y metropolitano de la primera silla de la provincia Cartaginense. Hállanse dos cartas de Montano, la una á los ciudadanos de Palencia, la otra á Toribio, monje, en que, como metropolitano, dice le incumbia el cuidado de la ciudad de Palencia, y que por ciertas razones queria que al obispo de aquella ciudad estuviesen sujetas Coca y Britalbo. San Ilefonso en el libro que escribió de los *Claros varones de España* hace mencion destas cartas y dice corria muy gran fama que Montano, siendo acusado de deshonestidad, para muestra de su inocencia tuvo en el seno ascuas vivas en tanto que decia la misa, sin que las vestiduras se quemasen ni sin que se apagase el fuego. Deste principio parece que tuvo origen en España aquella costumbre generalmente recebida en otros tiempos, y della diversas veces se trata en las leyes de los godos, pero contraria á las divinas, de la compurgacion vulgar para descargarse de hurtos, adulterios y otros delitos, cuando á alguno se les imponian. Hacíase desta manera y por este órden. El reo primeramente se confesaba de sus pecados; encendian un hierro ó traian un vaso de agua hirviendo; bendecia el hierro ó agua un sacerdote despues de dicha su misa; el que tocado el hierro ó bebida el agua escapaba del peligro, era dado por libre de la sospecha ó infamia que le cargaban. Usóse esta costumbre, no solo entre los godos, sino tambien fué establecida por leyes de los otros reyes de España y de las demás naciones que tenian el nombre cristiano, hasta tanto que Honorio III, pontífice romano, trecientos y cincuenta años ha, con una ley que hizo en este propósito revocó de todo punto este género de compurgacion vulgar. Florecieron por estos tiempos en España cuatro hermanos, claros por los estudios de la sabiduría y por la dignidad episcopal que todos tuvieron. Estos fueron Justo, urgelitano, cuya declaracion y exposicion sobre los *Cánticos* anda; Justiniano, obispo valentino, este compuso un libro en que declara cinco cuestiones á él propuestas por un cierto llamado Rústico, es á saber, del Espíritu Santo, de los Bonosiacos, que por otro nombre eran Fotinianos, de la Trinidad, y que el bautismo cristiano no se ha de iterar, y que difiere del bautismo de san Juan; el tercero fué Nebridio, obispo agatense, vivió en la Gallia Gótica; el cuarto fué Elpidio, del cual no se sabe donde fué obispo. Fuera destos vivió en esta era Aprigio, obispo de Beja, en Portugal, famoso por los *Comentarios* que escribió *sobre el Apocalipsi*, que hemos visto, y claro por el testimonio del mismo san Isidoro.

CAPITULO VIII.

De los reyes Teudis y Teudiselo.

Por la muerte de Amalarico, como quier que no tuviese hijos, faltó de todo punto la alcuña de los reyes visogodos, y el reino vino á parar en Teudis, de nacion ostrogodo. Los principales de los visogodos procuraron que fuese su rey por ser excelente en las artes de la guerra y de la paz y por la experiencia de cosas que tenia y su singular prudencia; demás que habia ganado la voluntad de muchos en el tiempo de su gobierno, que tuvo en la menor edad de Amalarico, y mandó sobre la república á su voluntad. Su mujer, por ser persona muy poderosa y de lo mas noble de España, le trajo en dote un estado de que se podian armar dos mil combatientes. Todo esto fué como escalon para que en este tiempo alcanzase el reino. El rey Teodorico, ostrogodo, con el cuidado en que le ponian las cosas de su nieto, trató los años pasados de hacer que Teudis volviese á Italia con muestra de querer honrarle; pero él, entendido este artificio, procuró con todo cuidado divertirlo. En el tiempo que reinó Teudis en España se mudó en Roma la forma de gobernar la república, porque se quitó el nombre y poder de cónsules el año de 541, en que Basilio, llamado Junior, sin compañero fué el postrero que tuvo el consulado. El año siguiente Childeberto, rey de los francos, y Clotario, su hermano, por no estar del todo satisfechos con la venganza pasada, tornaron á hacer guerra á España; y despues que por todas partes talaron la provincia Tarraconense, pusieron cerco sobre Zaragoza. Los ciudadanos en aquel peligro hicieron recurso á san Vicente, mártir, á quien tenian por patron; los varones enlutados, las mujeres sueltos los cabellos y cubiertas con ceniza andaban en procesion todos los dias al rededor de los muros de la ciudad, en que llevaban la túnica de san Vicente, con lo cual y con lágrimas imploraban la ayuda del cielo. Childeberto pensó al principio que aquel lloro femenil era á propósito de algunas encantaciones y hechicerías que hacian; despues, sabida la verdad de uno que prendieron, y con recelo de algun castigo del cielo por este respeto si pasaba adelante, templó su saña y cesó de hacerles mas agravio. Diéronle los ciudadanos á su instancia la vestidura ó orario de san Vicente; él, como si fueran grandes despojos de los enemigos, la llevó á Paris, donde edificó un templo en el arrabal en nombre deste santo, que al presente se llama de San Ger-

man, y es á manera de alcázar con foso y con adarves, sus troneras y traviesas, apartado de los demás edificios. Fuéle esta rica joya agradable, así por la devocion que él tenia al mártir como por la venganza que con esto parecia tomar de las injurias pasadas, y porque serviria esta prenda en adelante como de memoria de la victoria que ganaron. Si bien, como Isidoro escribe, los francos á la vuelta se vieron en extremo peligro por estar apoderado Teudiselo con parte de los godos de las hoces, estrechuras y pasos de los Pirineos. El rey Teudis, á causa de tener menos fuerzas y por estar desapercibido de todas las cosas, temia en lugar abierto presentar la batalla, y pretendia con aquella ventaja de lugar por medio de Teudiselo aprovecharse de sus contrarios. Sucedió como pensaba, que los francos fueron en aquellas estrechuras cercados por todas partes, maltratados y destrozados en tanto grado, que, compradas las treguas á dinero, apenas últimamente con voluntad de Teudiselo pudieron encumbrar aquellos montes y salir á campo raso. A esta guerra se siguió una peste, con que innumerables hombres en espacio de dos años, que fué el tiempo que duró este mal, perecieron en España. Teudis, con deseo de satisfacerse de la afrenta recebida, ó por pretender con alguna notable empresa extender la fama de su nombre, ó lo que mas creo, por ayudar á los vándalos, que ya de tiempo atrás corrian peligro de perder el imperio de Africa, pasado el Estrecho, puso cerco á Ceuta, ciudad que está en frente de España á la entrada del Estrecho, donde, como por guardar el dia del domingo cesase el combate, con una repentina salida que los cercados hicieron recibió muy grande daño. Los que estaban en los reales sin faltar uno fueron muertos; el Rey con parte del ejército se salvó en la armada que tenia en el mar, y le fué forzoso volver á España. Esto sucedió en el mismo tiempo que Belisario, por mandado de Justiniano, emperador que era de las provincias de oriente, quitó Africa á los vándalos, cuyos señores fueran por espacio de cien años. En la prosecucion desta guerra sucedió un caso notable. Fuscla y Gotio fueron por Gilimer, rey de los vándalos, enviados con embajada á Teudis para pedirle socorro. Tardaron mucho en la navegacion, tanto, que llegó antes que ellos la nueva de lo que pasaba; y los que venian en una nave de Africa, como testigos de vista, avisaron de un gran lloro y trabajo de Africa que Cartago era tomada, el rey de los vándalos Gilimer preso y el reino de los vándalos acabado. Los embajadores no sabian desto nada; preguntados por el rey Teudis en qué estado quedaban las cosas de Gilimer, respondieron que en muy bueno. Fuéles mandado que sin tardanza volviesen á Africa y que allí esperasen la respuesta de todo lo que pedian. Ellos, sospechosos que el Rey estaba tomado del vino por haberlos festejado con un gran convite en que largamente se bebió, el dia siguiente tornaron á referir su embajada. Como les fuese respondido lo mismo, cayeron en la cuenta del mal y daño sucedido, y tuvieron por cierto que, mal pecado, el reino de los vándalos era destruido y Africa reducida al poderío del imperio romano. Volvieron á Africa, y presos no léjos de Cartago por los soldados romanos, dieron noticia á Belisario de todo lo que pasaran. Despues desto vinieron nuevas de Italia que por el esfuerzo, primeramente de Belisario, despues de Narsete, que le sucedió en el cargo de general por el imperio, el reino de los godos quedaba deshecho, vencidos en batalla y muertos Teodato, Vitiges, Ildebaldo, Ardarico, Totila y Teya, todos por órden reyes de Italia despues de Teodorico. Con esto la república romana, como juntados en un cuerpo todos sus miembros antes destrozados, despues de largo tiempo comenzaba á reducirse en su antigua dignidad y resplandor en tiempo y por el valor del emperador Justiniano, en cuyo imperio tuvieron fuerza las armas contra los extraños, bien así como el consejo y prudencia en su casa. En lo que mas se señaló fué que, con ayuda principalmente del jurcconsulto Treboniano, hizo reducir la muchedumbre de leyes que andaban derramadas casi en dos mil libros con buen órden á pocos volúmenes. Lo primero que se compuso fué el *Código*, á ejemplo del de Teodosio, despues la *Instituta* y *Digestos*; diligencia que le acarreó, así bien como cualquiera otra cosa que hiciese, gran renombre y fama. Por el mismo tiempo los arrianos dieron la muerte en Marsella á san Laureano, varon admirable, húngaro de nacion y que en Milan se ordenó de sacerdote. Perseguia en aquella ciudad la secta arriana con grande libertad. Pretendió darle la muerte el rey Totila, que á la sazon era rey de Italia; huyó por escapar de aquel peligro sin parar hasta llegar á Sevilla. Allí dió tales muestras de su virtud, que despues de la muerte de Máximo le eligieron en obispo de aquella ciudad. Hacia grandes diligencias Totila para darle la muerte. Amonestóle en sueños Dios del peligro que corria, embarcóse en una nave para ir á Roma. Refieren que en aquel camino dió la vista á un ciego, y que llegado á Roma, el Pontífice le hizo mucha honra. Desde á poco dió la vuelta á Marsella, ciudad que en este tiempo estaba en poder de los romanos. Allí, finalmente, los arrianos le dieron la muerte. El obispo de Arles procuró que su cuerpo fuese sepultado en Besiers de Francia. La cabeza llevaron á Sevilla, y con su llegada aquella ciudad quedó luego libre de la hambre y de la peste que padecia, segun que el mismo á su partida profetizó que sucederia. Siguióse tras esto en breve la muerte de Teudis, que fué el año de Cristo de 548; tuvo el reino por espacio de diez y siete años y cinco meses. Un cierto hombre, no se sabe por qué causa, se resolvió de matar al Rey ó morir en la demanda. Para salir con esto fingió y daba muestras de estar loco. Dejáronle entrar do estaba el Rey; embistió con él y metióle una espada por el cuerpo. En este postrer trance conoció el Rey y confesó ser aquella justa venganza de Dios por cierta muerte que él en otro tiempo dió á un su capitan, debajo cuya bandera en su mocedad militaba, y le tenia jurada fidelidad. Llegó á tanto su contricion, que mandó á los que presentes estaban no hiciesen algun mal á su matador. Este ejemplo de benignidad entre los otros males que tuvo se puede alabar en la vida y muerte deste Príncipe, junto con que permitió á los obispos católicos, si bien era de diversa secta, que se juntasen en Toledo y hiciesen concilio para determinar lo que les pareciese acerca de la fe y de lo tocante á la religion. Gobernaba la Iglesia romana despues de Juan el Segundo y de Agapito y de Silverio el pontífice Vigilio, en cuyo tiempo muerto Teudis, Teudiselo por su valentía, de que dió muestra en la guerra de los francos, y

por la nobleza de su linaje, que era hijo de una hermana de Totila, rey de los ostrogodos, por voto de los principales sucedió y fué hecho rey de los visogodos. Los principios de su reinado y las esperanzas que dél tenian por su valentía en las armas en breve se escurecieron y trocaron por derramarse en deshonestidad. Muchos de los suyos, procurándolo él, fueron muertos de secreto; á otros levantaron falsos testimonios y condenaron en juicio; todo á propósito de tomalles sus mujeres para hartar su lujuria. Por esta causa fué de tal manera aborrecido y incurrió en desgracia del pueblo y de los principales, que se conjuraron contra él y le mataron. En tiempo de Teudiselo se decia comunmente que en un lugar cerca de Sevilla, que hoy se llama Oseto, y Plinio le llama Oset, en un templo de los romanos y católicos, así hasta los mismos arrianos para hacer diferencia los llamaban, las fuentes del bautismo, aunque cerradas por el obispo en presencia del pueblo y selladas con diligencia, el jueves de la Semana Santa, que por traer á la memoria los tormentos que padeció Cristo se llama tambien la Semana Grande, luego el sábado siguiente cada un año acostumbraban á henchirse de agua sin que nadie supiese de dónde aquel agua procedia ó manaba. El rey Teudiselo, movido por la fama deste milagro y por sospecha que era engaño, ca era él de secta arriano, como una y otra vez pusiese guardas, y sin embargo las fuentes se hinchesen, mandó que al derredor del templo, porque no viniese el agua ocultamente encañada, se tirase un foso de veinte y cinco piés en ancho y otros tantos en alto. En esta obra estaba ocupado cuando los suyos se hermanaron contra él y le dieron la muerte. Este milagro de las fuentes, como lo refiere san Isidoro, Pascasio, obispo, en una carta que escribió á san Leon el Magno, dice que acontecia en Sicilia. Puede ser que, como es ordinario, trastrocadas las cosas por la fama, lo que sucedia en una provincia se atribuyese á otra. Lo que en este caso es mas de maravillar, que san Isidoro no haya hecho mencion alguna de milagro tan ilustre; y que conforme á lo dicho, sucedió en España casi en su mismo tiempo, mayormente que refiere lo que hemos dicho del milagro de Sicilia. La muerte deste Rey pasó en esta manera: en Sevilla acometieron los conjurados la casa real, y al tiempo que yantaba le dieron la muerte. Reinó diez y ocho meses y trece dias. El reino de los francos, que por muerte de los otros reyes de Francia se juntara en Clotario, muerto él, se dividió á esta misma sazon en cuatro partes entre cuatro hijos que dejó. Lo de Paris se dió á Chereberto, lo de Metz y Lorena á Sigiberto, lo de Soesons á Chilperico, lo de Orliens tuvo Guntrano; todas estas fueron ciudades reales, y ellos se llamaron reyes.

CAPITULO IX.

De los reyes Agila y Atanagildo.

En lugar de Teudiselo por eleccion de los principales sucedió en el reino Agila. Gobernó los godos cinco años y tres meses; fué trabajado de adversos sucesos, que se continuaron hasta el fin de su vida. A los principios puso un cerco muy apretado y de mucho tiempo sobre la ciudad de Córdoba que no le queria obedecer. Los cercados al improviso hicieron una salida, en que le desbarataron con muerte de su hijo y pérdida de otros muchos de los suyos y del bagaje. Con esto alzó el cerco y no paró hasta Mérida. Conocióse en este desastre el poderío del mártir Asciscio, cuyo templo, que estaba cerca de Córdoba, él habia profanado, cá metió en él sus caballos; así se persuadia el pueblo que era castigo del cielo y pena de aquel desacato por la devocion que al mártir tenian. Y san Isidoro escribe que como por aquella afrenta y revés comenzase á ser despreciado, no paró el daño en esto; y es ordinario qué en pos de la fortuna va el favor y disfavor de los hombres. Alzóse pues contra él Atanagildo, y para mas fortificarse con una embajada que envió al emperador Justiniano, prometió que si le acudiese y socorriese, en pago de la ayuda le entregaria no pequeña parte de España para que volviese á la obediencia del imperio romano. Fué enviado de la Gallia Liberto, patricio, título y nombre que antes era de nobleza, ya en este tiempo lo era de dignidad, inventada por Constantino Magno, con muchos privilegios que le dió. Entre los demás, uno en particular era muy notable, que tenia mejor asiento que los prefectos del Pretorio. Con la venida de Liberto se dió la batalla cerca de Sevilla, do entendemos fué el principio de aquella rebelion. Quedó la victoria por Atanagildo, y con esto Agila fué muerto en Mérida por los mismos principales que le seguian, año del Señor de 554. Pesábales, es á saber, que con las guerras civiles se quebrantasen las fuerzas y perdiesen las riquezas de los godos que en tantos años se juntaran. Temian juntamente, á ejemplo y imitacion de Italia y de Africa, que por aquel camino los romanos no recobrasen á España de todo punto. El mismo año en Constantinopla por diligencia del emperador Justiniano se tuvo un concilio general de ciento y setenta y cinco obispos contra muchos que seguian las opiniones de Orígenes, ajenas de la verdadera piedad. En aquel Concilio, que entre los generales es el quinto, se determinó que los muertos podian ser descomulgados; y al contrario de lo que Orígenes enseñó, que ni el sol ni las estrellas ni las aguas que están sobre los cielos son ciertas virtudes animadas y racionales. Fué tambien reprobado lo que Teodoro, mopsuesteno, habia dicho y las respuestas de Teodorito y una epístola de Iba, edeseno, que fueron los tres capítulos sobre que despues resultaron grandes debates, tanto, que por esta causa muchos no recebian este Concilio. Presidieron en este Concilio Mena, obispo de Constantinopla, y muerto él, el que le sucedió, que fué Eutiquio; que Vigilio, pontífice romano, el cual preso que fué en Roma, por mandado del Emperador le llevaron, y á la sazon se hallaba en Constantinopla, nunca se quiso hallar presente á las acciones del Concilio; pero confirmó por sus cartas lo que los padres determinaron y decretaron, y en particular se dice que el dicho Pontífice condenó á Orígenes. Jornandes, obispo de los godos, continuó la historia de aquella nacion hasta estos tiempos, en que Atanagildo, por la muerte de su contrario, quedó sin contradiccion por rey de los godos. Tuvo este Rey mucho que hacer por toda la vida, y emprendió guerras muy trabadas, en que á las veces le sucedió prósperamente, á las veces al contrario; porque, olvidado de lo que prometiera, procuró luego echar á los romanos de

toda España, los cuales, así por el asiento que poco antes se tomara como por fuerza de armas, estaban apoderados de una parte no pequeña della, tanto, que su imperio se extendia del un mar al otro. Tuvo de Gosuinda, su mujer, dos hijas: la una se llamó Galsuinda, que casó con Chilperico, rey de Suesons, en Francia; la otra, Brunequilde, que era la menor, casó con Sigiberto, rey de Metz, en Lorena, hermano de Chilperico. Estas dos señoras, por diligencia de los obispos de Francia y por medio de su doctrina, dejada la secta arriana, que profesaran desde su tierna edad, fueron instruidas en la religion católica; y aun no falta quien diga que Atanagildo de secreto seguia la religion católica, dado que por respeto del tiempo en público profesó la secta arriana, por miedo, á lo que se entiende, de no alterar los ánimos de su gente. Reinó quince años y seis meses; murió en Toledo de su enfermedad, año de 567. Máximo, cesaraugustano, dice que este Rey fundó en aquella ciudad el monasterio agaliense, así dicho de una alquería que se llamaba Agalia, distante de San Pedro y San Pablo Pretoriense ducientos y cincuenta pasos entre occidente y septentrion. Yo creo se debe leer entre oriente y septentrion, por lo que adelante se dirá. En Portugal, cuatro leguas de Guimaranes, pueblo que los antiguos llaman Idania, á la ribera del rio Vicela, hay una aldea con nombre de Atanagildo, por ventura fundada por este tiempo; en ella se ven cimientos y ruinas de edificios que muestran fué obra de godos, muy diferente de la fábrica romana y de la manera y primor que tenian los romanos en edificar. Despues de la muerte de Atanagildo se siguió una vacante de cinco meses; don Lúcas de Tuy dice de cinco años y cinco meses. La causa fué que los principales de los godos, divididos en parcialidades y pasiones, no venian de conformidad en nombrar algun particular que con fuerzas y ingenio sustentase la república que se iba á caer. Poco caso hacian de los daños públicos por cumplir con sus pasiones particulares. Gobernaba la Iglesia romana, despues de Vigilio y de Pelagio, Juan, tercero deste nombre. Los suevos á la misma sazon, señores que eran de Galicia, volvieron á la católica religion, que antes dejaran, renunciada la secta arriana que habian mucho favorecido y trabajado de todas maneras á los católicos en aquella tierra por espacio de casi cien años. Ayudó mucho para reducillos la diligencia de Martino, dumiense; era húngaro de nacion, y con grandes peregrinaciones qué hizo, anduvo las provincias de oriente, y se hizo muy docto y muy aventajado en el estudio de las divinas letras. Este insigne varon, venido en España, dió gran muestra en Galicia de su bondad y sabiduría; de su erudicion la dan bastante los libros que escribió, su mucho lustre y elegancia de palabras, las hermosas sentencias de que están esmaltados. Anda un tratado suyo *De irá*, otro de *Humildad cristiana*, otro *De moribus*, y últimamente, de la diferencia de las *Cuatro virtudes cardinales*, en los cuales, porque con las muchas sentencias y agudeza del estilo se llega mucho á la semejanza del de Séneca, los dos postreros libros andan en algunas impresiones en nombre de aquel filósofo puestos entre sus obras. Edificó desde sus cimientos el monasterio dumiense; y mudado despues en obispado, de abad dumiense se llamó obispo del mismo título, y mas adelante fué prelado de Braga con retencion de la iglesia dumiense, que unieron con el nuevo obispado que le dieron. Despues de muerto, por la mucha fama de su santidad en Galicia y en parte de la Lusitania le tuvieron y tienen por santo hasta hacerle fiesta á 20 de marzo. Cuando los suevos abrazaron la religion católica tenian por rey á Teodomiro. Qué reyes despues de Remismundo, de quien se habló de suso, antes deste tiempo hayan tenido los suevos no se sabe, ca las antiguas memorias y historias de aquellos tiempos han faltado. La ocasion de reducirse fué esta: acaeció muy á propósito que el hijo mayor de Teodomiro, que le habia de suceder en el reino, estaba doliente de una grave enfermedad. Volaba por el mundo la fama de los milagros de san Martin, turonense. Envió el Rey á su sepulcro embajadores en romería para alcanzar salud para su hijo, que llevaron tanto peso de oro y plata cuanto era el del cuerpo de aquel mozo. Como ninguna cosa se alcanzase por este medio, entendió su padre que diferenciarse en la religion y seguir la secta de Arrio era la verdadera causa de no alcanzar de Dios lo que tanto deseaba por las oraciones de san Martin. Envió nuevos embajadores, que le trajeron parte del manto de que san Martin usaba en vida. En el entre tanto el hijo alcanzó la salud deseada; y sin embargo, por voto que habia hecho su padre y con que se obligara si alcanzase lo que deseaba y pedia á Dios, mandó luego edificar en nombre de san Martin un templo. Algunos piensan que este templo se hizo en Orense á causa que la iglesia mayor de aquella ciudad se llama del nombre de san Martin. No paró en esto la devocion del Rey, antes por su diligencia los suevos se redujeron públicamente á la religion católica, y para mas confirmarlos en aquella religion por amonestacion de san Martin, dumiense, se juntó un concilio en Braga de los obispos de Galicia el año tercero del reino de Teodomiro. En los actos deste Concilio, que fué el primero entre los bracarenses, se lee el nombre del rey Ariamiro, pero está la letra errada. Fué esto el año de Cristo de 563. Lucrecio, obispo de Braga, sucesor de Profuturo, tuvo el primer lugar entre ocho obispos que allí se hallaron. Despues dél Andrés, obispo del Padron, Martin, dumiense, Lucencio, conimbricense; demás destos Coto, Hilderico, Timoteo y Malioto, sin declarar en qué iglesias eran obispos. En aquel Concilio confirmaron la religion católica, y reprobaron la secta de Prisciliano. Vedóse, conforme á la costumbre antigua, que los cuerpos de los difuntos no se enterrasen dentro de los templos. Señaláronse los términos á cada una de las diócesis de Galicia hasta donde cada cual se extendia, como lo dice Idacio en la *Crónica de los suevos, vándalos y godos*. No hay duda sino que por estos tiempos hobo diversos escritores, llamados Idacios ó Idacios; y entre otros uno que cien años antes del en que vamos escribió una historia de las cosas de España. Algunos entienden que la distincion de los términos ya dicha se hizo en el concilio Lucense ó de Lugo, que dicen se tuvo luego el siguiente año, movidos por memorias que hay desto en los archivos de la iglesia de Lugo. Esto sigue don Lúcas de Tuy en particular; otros se persuaden por razones que para ello alegan que entre estos dos concilios hobo espacio de seis años. Mas todas estas opiniones son inciertas, si

hay para qué aproballas ni reproballas; cada uno conforme á su juicio les dará el crédito que le pareciere; yo me allego á los que sospechan, y es muy probable, que este decreto se hizo primero en el concilio de Braga, y despues se confirmó en el de Lugo. Averíguase que Martino, ya que era prelado de Braga, envió ciertos capítulos, que él mismo juntó de los concilios griegos, para que los viesen los padres del concilio de Lugo. Tambien es averiguado que aquella iglesia de Lugo, por permision del Rey y á su instancia, se hizo metropolitana, que es tanto como hacella arzobispal, y á su prelado arzobispo; si bien se ordenó que la tal concesion no parase perjuicio á la iglesia de Braga, antes por esta razon alcanzó autoridad de primado, pues por el mismo caso le quedaba por súbdito el arzobispo de Lugo, bien que en aquel tiempo la dicha iglesia no usó deste nombre de primado. En este mismo tiempo volaba por todas partes la fama de san Millan de la Cogulla por su grande santidad. Siendo mozo se ejercitó en oficio de pastor, dende se pasó á la profesion de la vida monástica. A los principios tuvo por maestro un monje llamado Félix; despues, con deseo de vida mas perfecta, se apartó del trato de la gente, y en la soledad del monte Destercio pasó cuarenta años de su vida. De allí Didimio, obispo de Tarazona, movido de su grande fama, le sacó para ordenarle de presbítero y darle, como le dió, el cuidado de la iglesia virgogiense. Impusiéronle sus compañeros muchas calumnias por no llevar bien la severidad de la disciplina y de la vida que hacia y ejemplo que daba; por esta causa, renunciando aquel cargo, en una capilla ó ermita que levantó cerca de aquel pueblo, pasó lo demás de su edad, que vivió hasta ser de cien años, ocupado en la contemplacion de las cosas divinas. En aquel lugar pasó desta vida y sepultaron su cuerpo; y en el mismo, pasados mas de otros cincuenta años, por su devocion y respeto se levantó un monasterio de su mismo nombre, en riquezas, autoridad y majestad y en anchura de todo el edificio uno de los mas principales y mas nombrados de toda España.

CAPITULO X.

De las dos hermanas Galsuinda y Bruneqilde.

Dos hijas del rey Atanagildo Galsuinda y Brunequilde, como poco antes queda dicho, casaron en Francia con dos reyes de aquella gente, casamientos que fueron desastrados; asi lo mostró el suceso de las cosas. El contento de la una fué breve, ca apenas era casada cuando desastradamente murió. La vida de la otra fué larga, mas sujeta á muchas calamidades. El vulgo á estos trabajos le añadió la infamia y mal nombre de que queremos descargar con argumentos y testimonios concluyentes á esta nobilísima hembra. Tuvo Clotario, primero de aquel nombre, rey de los francos, cuatro hijos, todos reyes. Repartieron entre sí el imperio de su padre en esta forma. Chereberto fué rey de Paris, Chilperico de Soesons, que por quedar apoderado de los tesoros del padre, era mas poderoso que los otros; Guntrano tuvo á Orliens, Sigiberto lo de Metz, de Lorena. Con este casó primero Brunequilde, la menor de las dos hermanas, con el menor de los hermanos, moza elegante en denuedo, de buen parecer, de honestas costumbres, prudente en el consejo, y en las palabras blanda. Sea lícito usar de las mismas palabras de Gregorio, turonense, prelado del mismo tiempo. Dirás que puede mucho el tiempo para mudar las costumbres, y mas de los príncipes; sea así, pasemos adelante. Chilperico de su primera mujer Audovera tuvo á á Meroveo y Sigiberto, sus hijos; despues casó con Galsuinda, hermana mayor de Brunequilde. Fredegunda, amiga deste Rey y que tenia con él gran cabida, demás de atreverse á la nueva casada y tener con ella reyertas, decirle baldones y ultrajes, fué causa de su muerte, porque en el lecho de su marido la hallaron muerta, sin que dejase algun hijo. Entró en su lugar la misma Fredegunda, y llamóse reina. Esta, dado que cometió muchos delitos y maldades, vivió mucho. Fué en aquel tiempo conocida por su desvergüenza, deshonestidad, lujuria y crueldad; porque habiendo por la muerte de Chereberto, rey de Paris, heredado aquel reino Sigiberto, su hermano, le hizo matar por medio de dos homicianos, estando descuidado en la dicha ciudad. Brunequilde, espantada por el desastre y muerte de su marido y cuidadosa de su hijo Childeberto, envióle á aquellas partes de Metz donde tenia favor en la gente y ganadas las voluntades de la provincia. Mas ella vino á poder de Chilperico, y por él fué enviada presa á Ruan; lector, atencion, que son muchos los personajes de que en este capítulo se trata. Movido de su hermosura, Meroveo, hijo mayor de Chilperico, se casó con ella. Era aquel casamiento ninguno, por estar vedado por derecho el casarse con la que fué mujer de su tio. Sin embargo, pudiera alcanzar perdon de su padre por haber errado como mozo, si su madrastra Fredegunda no lo impidiera; así fué primero hecho fraile, y despues tambien muerto. El mismo fin tuvo Clodoveo, su hermano menor. Pretestato, obispo de Ruan, fué enviado en destierro; el cargo fué hallarse al casamiento de Meroveo y Brunequilde. A estas crueldades y impiedades se allegó la deshonestidad desta mujer; sin tener respeto al Rey, su marido, como deshonesta puso los ojos en Landrico, su condestable. Vino esto á noticia de su marido, y por sospechar castigaria estas deshonestidades mal encubiertas y locos amores, ellos se anticiparon, que fué otra nueva maldad, y como volviese de caza, le procuraron matar junto á un pueblo llamado Cala; hízose así, con que despues fué la vida mas suelta. Hizo Fredegunda guerra en favor de Clotario, su hijo, contra Childeberto, primo del niño, el cual por testamento de Guntrano, su tio, era rey de Borgoña, demás del reino de su padre, que ya de antes tenia. Llevaba Fredegunda por general de su gente al mismo Landrico, que salió con la victoria por permision de Dios. Siguióse tras esto la muerte de Childeberto y de su mujer. Hobo sospecha que con ponzoña que les dieron; no se dice quién, solo consta que de dos hijos que dejó el muerto Teodoberto, el mayor quedó por rey de Metz, y Teodorico, el menor, de Borgoña, debajo la tutela de Brunequilde, su abuela. Estos, siendo de edad, hicieron guerra á Clotario (causas de guerra nunca pueden faltar entre los comarcanos); las historias de Francia dicen que á persuasion de Brunequilde, con intento que tenia de acrecentar con nuevas honras á Protadio, un italiano amigo suyo; si con verdad, ó por odio que la tenian por ser

española, aun no lo determinamos. Añaden que pasó tan adelante en esto, que revolvió á Teodorico contra Teodoberto, su hermano, con decir que el dicho Teodoberto era hijo de un hortelano y que se habia apoderado de los tesoros de su padre. No pararon estas alteraciones y ódios hasta tanto que los dos hermanos se hicieron guerra, y Teodoberto fué en Colonia muerto á traicion; otros dicen que su hermano despues de vencido le dejó con la vida y envió preso á Challon. El vencedor, repudiada antes desto Hermemberga, hija de Weterico, como se dirá en otro lugar, hobo en su poder á una hija de su hermano muerto y dos hermanos suyos. A los infantes mató Brunequilde; así lo dicen. La doncella era de excelente hermosura; y como quier que su tio la quisiese tomar por mujer y la abuela no viniese en esta maldad, dicen que con la espada desnuda la quiso matar, y lo hiciera si no acudieran los criados de su casa y la libraran del peligro. Dicen mas, que ella, en venganza desta injuria, mató al dicho Teodorico, su nieto, con una bebida mortal que le dió al salir del baño; pero autores muy graves testifican que murió de cámaras. Con su muerte, tal cual fué, recayó el reino en Clotario, hijo de Fredegunda, que á esta sazon ya era muerta de enfermedad. Este se disgustó con Brunequilde, porque con nueva injuria trataba de dar el reino de Teodorico á un hijo que el difunto dejó, por nombre Sigiberto, si bien era bastardo. Pasó el negocio á las armas, y siendo Sigiberto desamparado de los suyos y puesto en huida, dos hermanos suyos, llamados Corbo y Meroveo, y la misma Brunequilde vinieron á poder de Clotario; lo que dicen sucedió el año de 616. Corbo fué luego muerto; á Meroveo quiso dar el vencedor la vida por haberle en el bautismo sacado de pila. Contra Brunequilde, dicen, usó de mayor severidad, porque cuatro veces la hizo azotar, despues desto, atada por los cabellos á la cola de un caballo por domar, la hicieron pedazos, sin embargo que era mujer de grande edad. Poco se movió el pueblo á compasion, á causa que dicen por sus engaños y embustes perecieron diez reyes y grande muchedumbre del pueblo. En particular escriben que á Desiderio, obispo de Viena, y á Columbano, varon santo, á este desterró, y al otro dió la muerte, que son todas fábulas mal forjadas. En tanta manera los escritores franceses se descuidaron á divulgar patrañas y el vulgo á recebillas, vergonzoso descuido, si no entendieron que la mentira se podia descubrir; y si lo entendieron, fué desvergüenza notable. Buenos autores afirman que todo esto es una pura tragedia, tomada sin juicio de los rumores y hablillas del pueblo. Yo entiendo que las maldades de Fredegunda y el castigo que le dieran, si los austrasianos fueran vencedores, mintiendo como suele la fama y trocando los nombres, se han atribuido á Brunequilde, princesa religiosa y buena, como lo muestran dos cartas de san Gregorio, papa, para ella llenas de verdaderas alabanzas, además de muchos templos magníficos edificados y adornados en Francia á su costa y gran número de cautivos rescatados con su dinero. Por ventura ¿negarás que esto sea así? Mostrarémos memorias ciertas de todo ello. Por ventura ¿creerá alguno que tales cosas hayan sido hechas pór mujer impía y cruel? No lo parece. Allégase á esto otro argumento mas fuerte, y es no hacer en su *Historia de Francia* Gregorio, turonense, que vivió en aquel tiempo, mencion alguna destas maldades. ¿Podráse pensar que hizo esto por respeto de Brunequilde un escritor francés y varon de grande autoridad? Por ventura el que declaró todas las maldades y engaños de Fredegunda y las puso por escrito ¿perdonará á una mujer extranjera? No lo creo yo. Dirás que el rey godo, por nombre Sisebuto, en la vida de san Desiderio, obispo de Viena, cuenta muchas maldades de Brunequilde y testifica que hizo morir á aquel mártir, y que últimamente por venganza de Dios pereció arrastrada de caballos. Fuerte argumento es este si se probase bastantemente que el autor de aquella vida fué el rey Sisebuto, y no mas aína otro del mismo nombre mas moderno, que afirma recogió aquellos rumores del vulgo con menor autoridad y diligencia que si fuera rey. Quede pues por cosa cierta que Brunequilde fué buena princesa, y que sin embargo en aquellos tiempos muy perdidos la cargaron de pecados ajenos, segun el Bocacio lo consideró primero que nos, escritor de ingenio poético, pero de grande diligencia y cuidado en rastrear la antigüedad; y despues dél Paulo Emilio en su *Historia de Francia*. Esto basto en este propósito; volvamos con nuestro cuento á las cosas de España.

CAPITULO XI.

De los reyes Liuva y Leuvigildo.

Despues de la muerte de Atanagildo, rey de los visogodos, que falleció en Toledo, como queda dicho, Liuva, así se halla escrito el nombre deste rey en las monedas antiguas, hombre muy poderoso y de grande experiencia de cosas, fué declarado por rey en Narbona, do hasta entonces tuvo el gobierno como virey que era de la Gallia Gótica. Sucedió esto el año segundo del emperador Justino, el mas mozo, que tenia el imperio romano, y fué el primero que envió á Longino con nombre de Exarco para que en lugar de Narsete gobernase la Italia. Comenzó Liuva á reinar el año de Cristo de 567. No hay cosa que de contar sea deste Rey, salvo que el segundo año de su reinado declaró á Leuvigildo, su hermano, por compañero del reino con igual poder. Tomó para sí el señorío de la Gallia Gótica por haber allí vivido mas de ordinario, y aun don Lúcas de Tuy dice tuvo el imperio de la Gallia por espacio de siete años antes que fuese rey de España. Las demás provincias sujetas á los godos encomendó á su hermano, por cuyo medio esperaba que la república, en muchas partes caida, volveria en su antiguo lustre. Si bien tenian entre las manos grande guerra contra los romanos, que estaban apoderados de gran parte de aquella anchísima provincia y la defendian, no solo con sus armas, sino eso mismo con el esfuerzo y ayuda de algunos de los godos, los cuales, por las parcialidades que entre sí tenian, se recogian á los romanos como á refugio comun. Tenia Leuvigildo dos hijos de su mujer Teodosia, hija que fué de Severiano, duque y gobernador de la provincia Cartaginense, hermana de Leandro, Fulgencio, Isidoro y Florentina. Los hijos de Leuvigildo eran Hermenegildo y Recaredo. Muerta Teodosia, Leuvigildo casó con Gosuinda, que estaba viuda del rey Atanagildo, en el mismo tiempo que por su hermano fué llamado á la compañía del reino. Hecho rey,

como quier que fuese de grande esfuerzo y señalado por la prudencia, así en guerra como en paz, sin alguna dilacion movió guerra á los romanos. Juntáronse las huestes de la una parte y de la otra. Dióse la batalla en los pueblos bastetanos, que era donde hoy está Baza. Perdieron la jornada vencidos los romanos, con que fueron echados de toda aquella region. Demás desto, la comarca de Málaga fué puesta á fuego y á sangre; Medinasidonia, cerca del Estrecho, tomada de noche por entrega que hizo de aquella ciudad un hombre llamado Framidanco. La ciudad de Córdoba estaba levantada y no queria reconocer vasallaje despues que venció al rey Agila, como queda dicho; acudió allá, púsola debajo de su obediencia, y con ella muchos pueblos y ciudades al derredor y aldeas con gran daño de la gente, mayormente del campo, que son los que mas padecen en el tiempo de las guerras. La comarca de Sabaria, que no se sabe en qué parte de España cayese, fué asimismo maltratada con robos y talas y puesta á sujecion. Estaba ocupado Leuvigildo en estas cosas cuando falleció en la Gallia Liuva, su hermano, el año de 572; reinó solos cinco años, y aun algunos deste número quitan dos años. Leuvigildo, sosegadas las cosas de la Bética y echados los romanos de todas aquellas provincias, dió vuelta hácia la Cantabria ó Vizcaya, en que tomó por fuerza á Amaya (otros la llaman Aregia, y otros Varegia, ciudad sin duda situada entre Búrgos y Leon). Lo demás de la Cantabria, que se extendia hasta Anaya, fué destrozado y maltratado con robos y talas, muchos revoltosos muertos, y en este número un sacerdote, á quien san Millan de la Cogulla antes habia denunciado la muerte, porque en una junta de los principales de Cantabria no quiso dar fe á su profecía en que les avisaba de la destruicion que se aparejaba á toda aquella provincia. Desde Cantabria pasó con las armas en Aquitania, do Aspidio, que en la ciudad Agerense, que hoy es Agen, no queria obedecer, aprendió mal su grado cuán peligroso sea probar la fuerza de los reyes, ca vinieron á poder del Rey, así él como su mujer y hijos, despues de haber perdido sus bienes. El abad biclarense dice que Aspidio era en aquella comarca senior, que es lo mismo que el mas viejo, dado que aquella palabra la toma en significacion de señorío y principado; y es cosa averiguada que los mas viejos deben imperar, de donde en lo de adelante, así en las memorias de España como en las acciones de los concilios, principalmente los que en tiempo de Carlo Magno se tuvieron en Francia, los señores y príncipes se comenzaron á llamar seniores, costumbre que desde aquel tiempo pasó á las lenguas vulgares de España, Italia y de Francia, que esto quiere decir señor. En el mismo año que murió Liuva, Miro, ó como otros escriben Ariamiro, gobernaba la nacion de los suevos, y era rey por muerte de su padre, que sucedió dos años antes. En este mismo tiempo se tuvo el segundo concilio Bracarense en Braga; halláronse en él doce prelados de Galicia. Tuvo el primer lugar y mayor autoridad entre los demás Martino, dumiense, ya metropolitano de Braga. Con los decretos deste Concilio se confirmaron los suevos en la religion recebida. Ayudó otrosí un milagro que sucedió por aquellos tiempos en esta manera. Salió el Rey de un templo que con advocacion de san Martin, obispo de Turs, dijimos edificó su padre. Un truhan contra la voluntad del Rey extendió la mano para coger uvas de una parra muy hermosa que tenian delante la puerta del templo, secósele súbitamente la mano; enojado el Rey, mandó se la cortasen; rogóle el pueblo por él, y al fin alcanzó le perdonase. Hizo otrosí oracion al Santo, que, sin embargo de la ofensa, le tornó la mano al ser de antes, milagro y merced por la cual todos glorificaron á Dios y á su Santo. En este mismo concilio de Braga, ó como algunos sienten, en el que poco despues se juntó en Lugo, dividieron los obispados de Galicia, sus aledaños y distritos. Division muy famosa, y que la confirmó el rey Wamba en la que él adelante hizo de todos los obispados de su reino. Nótase en la division de los obispados de Galicia, reino de los suevos, qué al obispo dumiense, que por estar aquella iglesia junto á la ciudad de Braga no tenia distrito alguno, señalan por feligreses solo la familia del Rey. Que debia tener la corte y casa real su obispo particular, costumbre que pasó asimesmo al reino de los godos, y algunos pretenden se debria renovar en nuestro tiempo por razones que para ello alegan, ni frívolas ni de todo punto concluyentes; así nos parece. Las palabras del Concilio, repetidas en la division de Wamba, son estas: A la sede dumiense pertenezca la familia real. El año siguiente, segun que lo pone Sigiberto, los españoles celebraron la fiesta de la Pascua á los 12 de las calendas de abril, que es á 21 de marzo; los franceses á los 14 de las calendas de mayo, es á saber, á 18 de abril, en el cual dia dice que las fuentes del lugar Oseto, que se solian por sí mismas todos los años henchir, manaron como era de costumbre, señal que los franceses acertaron y se engañaron los de España, milagro con que muchas veces por estos tiempos, como lo dice Gregorio, turonense, escritor desta era, se mostró y entendió la verdad sobre este punto, ca gran diversidad de opiniones sobre el dia en que se debia de celebrar la Pascua hobo entre estas dos naciones, por no estar asentada del todo la razon del cómputo eclesiástico. Y aun por las tablas de Dionisio, abad, que son las mismas de Juan Lucido, se ve que los franceses acertaron. Contemporáneo de Gregorio fué Donato, un monje, el que con otros setenta compañeros de Africa pasó en España, y con la ayuda y riquezas de una mujer poderosa y rica, llamamada Minicia, edificó en Játiva, segun que muchos entienden, el monasterio servitano. Fué el primero, como dice san Ilefonso, que introdujo en España la forma de la vida monástica; hase de entender la que milita debajo de cierta regla en conventos y en comunidad, porque de monjes en las acciones de los concilios de España se halla hecha mencion antes destos tiempos, mas, ó no estaban atados con alguna obligacion de votos, ó esparcidos por los bosques hacian vida solitaria. Volvamos con nuestro cuento á Leuvigildo; el cual, sosegadas las alteraciones de Aquitania, hoy Guiena, dió la vuelta á España con determinacion de echar por tierra el imperio de los suevos, que en ella durara tanto tiempo. El rey Miro, temiéndose del poder de los godos, que ya se metian haciendo daño por Galicia, con embajada que les envió para pedir paz, alcanzó solamente treguas por cierto tiempo. Otorgólas el Godo, lo uno porque no tenia bastante causa para hacer guerra á los suevos ni otra ocasion mas de la mudanza de religion en mejor, lo otro porque Leuvigildo estaba

encendido en deseo de hacer guerra y destruir un ejército de los romanos, al cual Justino, emperador, encomendara la guerra de las fronteras de España. Lo primero que hizo Leuvigildo fué entrar por los montes de Orospeda, que á las haldas de Moncayo se comienzan á empinar, y pasando por Molina, Cuenca y Segura y por la comarca de Granada, se terminan en el estrecho de Cádiz. Ciertos montañeses, confiados en la aspereza de los lugares y de los montes, no le querian obedecer; mas él con las armas y guerra los sujetó. Con esto se hizo mayor el poder de los godos, y el de los romanos se disminuyó, porque poseian solamente y conservaban, con poca esperanza de se sustentar y prevalecer, un pequeño pedazo de tierra hácia el mar, cómo yo pienso, Mediterráneo. Antes que Leuvigildo comenzase esta guerra dió primero órden en las cosas de su reino y de su casa, y con intento de quitar á los grandes la costumbre muy recebida de elegir por sus votos los reyes, juntamente con deseo que tenia de que el reino se continuase en su familia y descendientes, declaró por sus compañeros en el reino á sus hijos Hermenegildo y Recaredo. Para esto dividió la provincia y señorío en tres partes: á Hermenegildo encomendó el gobierno de Sevilla, si bien Gregorio Turonense dice que de Mérida. Del nombre de Recaredo fundó la ciudad llamada Recopolis, que es tanto como ciudad de Recaredo, en aquella parte donde Guadiela se junta con el rio Tajo, no léjos de la villa de Pastrana, como lo atestigua el moro Rasis. Esta fundacion fué el año de 577. Sin embargo, otros muchos pretenden que aquella ciudad de Recopolis se fundó en la Celtiberia, do al presente está Almonacir, vulgarmente llamado de Zorita, de sitio por su naturaleza muy fuerte y agrio. Lo mas cierto que Leovigildo puso la silla de su reino en Toledo, por donde desde aquel tiempo se comenzó á llamar ciudad Regia, y en lo de adelante fué cabeza y asiento del reino de los godos, como hasta esta sazon hobiese estado en Sevilla. Destos principios se abrió puerta pará que aquella ciudad alcanzase la dignidad de primacía sobre las demás iglesias y ciudades de España, segun que en sus lugares se declarará mas ampliamente. Gobernaba la Iglesia de Roma por estos tiempos el pontífice Benedicto, sucesor de Juan el Tercero; el imperio romano poseia Tiberio, segundo deste nombre, sucesor de Justino, llamado el mas Mozo; por este mismo tiempo Miro, rey de los suevos, hizo guerra á los de la Rioja; nó se sabe por qué causa, solo se refiere los venció y despojó de sus bienes, y por conclusion los sujetó á su señorío. Llamábase antiguamente aquel pedazo de tierra Rucones, por lo menos así la llama el arzobispo don Rodrigo; es grande su fertilidad y frescura, los campos tan á propósito para sembrarlos de trigo, que muchas veces acuden veinte por uno.

CAPITULO XII.

De la guerra de Hermenegildo.

Ingunde, hija de Sigiberto, rey de Lorena y de Brunequilde, casó con Hermenegildo, año de nuestra salvacion de 579. Era esta señora nieta de la reina Gosuinda y de Atanagildo, por donde con este casamiento emparentaban entre sí aquellas dos familias reales, traza con que el rey Leuvigildo pretendia asegurar su reino y el de sus hijos, mayormente que á este nuevo parentesco se allegaba juntamente el de los reyes francos, con quien asimismo emparentaba. Vino Ingunde de Francia con grande acompañamiento. Su abuela Gosuinda la tuvo consigo algun tiempo con muestras de ámor y de alegría muy grande; haciale todas las caricias qué podia á propósito de ganarle la voluntad y obligarla con estos halagos á que, dejada la religion católica, abrazase la secta de Arrio y de nuevo se bautizase, como lo tenian de costumbre los arrianos. Ingunde no daba orejas á esto ni quiso venir en manera alguna en lo que su abuela pretendia; decia que conforme á la costumbre cristiana habia recebido el santo bautismo debajo la invocacion de la Santa Trinidad, y que en esta fe y creencia pretendia mantenerse hasta lo postrero de su vida. La abuela, como mujer que era soberbia y cruel, y no menos fea en las costumbres que en el cuerpo, ca le faltaba el uno de los ojos, no pudo sufrir que aquella moza hiciese poco caso de sus amonestaciones; embravecióse en gran manera, pasó tan adelante, que le dijo muchos baldones, ultrajes y denuestos, y aun cierto dia puso en ella las manos, y asiéndola por los cabellos, la arrastró por el suelo hásta hacerla reventar la sangre; otra vez la hizo caer en una piscina ó estanque á grande riesgo de la vida. Ingunde no se movia por estos malos tratamientos, ni aflojó por ellos en lo que debia, antes se entiende que por su diligencia mas que por otra causa Hermenegildo, su marido, comenzó á tratar de hacerse católico. Allegáronse á esto las amonestaciones de san Leandro, obispo de Sevilla, que, como le sintiese inclinado á lo mejor, le animó y enseñó todo lo que á la verdadera religion pertenecia. Tuvieron comodidad para comunicarse de espacio á causa que el rey Leuvigildo se era ido á lo mas interior de España, que es el reino de Toledo. Estaba por este tiempo desposada con Recaredo una hija del rey Chilperico de Francia y de Fredegunde, llamada Ringunde; venia á verse con su esposo, segun lo tenian concertado; llegó hasta Tolosa, donde por un aviso que vino de la muerte de su padre, que le mató Landrico, su condestable, como arriba queda dicho, de repente se volvió á su tierra sin pasar adelante. Perdida pues la esperanza de que aquel casamiento se hobiese de efectuar, Recaredo casó adelante con una señora, por nombre Bada, cuyo linaje y nacion no se sabe; quién dice que fué de la nobilísima sangre de los godos, su padre Fonto, conde de los patrimonios. Solo consta que á la misma sazon que el rey Leuvigildo se ocupaba en dar órden en estos casamientos, Hermenegildo, su hijo, de todo punto se pasó á la parte de los católicos. La mudanza deste Príncipe en la religion, dió ocasion á una guerra muy pesada y muy larga entre padre y hijo. Gosuinda, que debiera terciar bien y aplacar el ánimo de su marido, parte por la braveza de su corazon, parte por ser como era madrastra, encendia mas el fuego y irritaba el corazon del Rey, que de suyo estaba muy apasionado por aquella causa. Antes que viniesen á las manos y que los desabrimientos llegasen á rompimiento, intentó el padre de reducir su hijo por buenos medios á su voluntad. Despachóle embajadores y escribióle una carta desta sustancia: «Mas quisiera, si tú vinieras en ello, tratar de nuestras haciendas y diferencias en presencia que por carta; por-

»que ¿qué cosa no alcanzara de tí si estuvieras delante, »quier te mandara como rey, quier te castigara como »padre? Trajérate á la memoria los beneficios y regalos »pasados, de que parece con tu inconstancia te burlas »y haces escarnio. Desde tu niñez, puede ser con de»masiada blandura, te crié y amaestré con cuidado, »como quien esperaba serias rey de los godos en mi lu»gar. En tu edad mas crecida antes que lo pidieses, y »aun lo pensases, te di mas de lo que pudieras espe»rar, pues te hice compañero de mi reinado y te puse »en las manos el sceptro para que me ayudases á llevar »la carga, no para que armases contra mí las gentes »extrañas, con quien te pretendes ligar. Fuera de lo »que se acostumbraba, te di nombre de rey para que, »contento de ser mi compañero en el poder, me dejases »el primer lugar, y en esta mi edad cargada me sir»vieses de arrimo y me aliviases el peso. Si demás de »todo esto deseas alguna otra cosa, decláralo á tu pa»dre; pero si sobre tu edad contra la costumbre allen»de tus méritos te he dado todo lo que podias imaginar, »¿por qué causa como ingrato impiamente ó como mal»vado fuera de razon engañas mis esperanzas y las true»cas en dolor? Que si te era cosa pesada esperar la »muerte deste viejo y los pocos años que naturalmen»te me pueden quedar, ó si por ventura llevaste mal que »se diese parte del reino á tu hermano, fuera razon que »me declararas tu sentimiento primero, y finalmente, te »remitieras á mi voluntad. La ambicion sin duda y de»seo de reinar te despeña, que suele quebrantar las le»yes de naturaleza y desatar las cosas que entre sí esta»ban con perpetuos ñudos atadas. Excúsaste con tu »conciencia y cúbreste con el velo de la religion, bien »lo veo, en lo cual advierto que, no solamente quebran»tas las leyes humanas, sino que provocas sobre tu ca»beza la ira de Dios. ¿De aquella religion te apartas, »guiado solo por tu parecer, con cuyo favor y amparo »el nombre de los godos se ha aumentado en riquezas »y ensanchado en poderío? ¿Por ventura menospre»ciarás la autoridad de tus antepasados, que debias »tener por sacrosanta y por dechado sus obras? Esto »solo pudiera bastar para que considerases la vanidad »de esa nueva religion, pues aparta el hijo del padre, y »los nombres de mayor amor muda en odio mas que »mortal. A mí, hijo, por la mayor edad toca el acon»sejarte que vuelvas en tí, y como padre mandarte que, »dejado el deseo de cosas dañosas, sosiegues tu cora»zon. Si lo haces así, fácilmente alcanzarás perdon de »las culpas hasta aquí cometidas; si acaso no condes»ciendes con mi voluntad y me fuerzas á tomar las ar»mas, será por demás en lo de adelante esperar ni im»plorar la misericordia de tu padre.» Dió esta carta mucha pesadumbre á Hermenegildo, como era razon; pero determinado de no mudar parecer, respondió á su padre, y le escribió una deste tenor: «Con pacien»cia y con igual ánimo, rey y señor, he sufrido las »amenazas y baldones de tu carta, dado que pudieras »templar la libertad de la lengua y la cólera, pues en »ninguna cosa te he errado. A tus beneficios, que yo »tambien confieso son mayores que mis merecimientos, »deseo en algun tiempo corresponder con el servicio »que es razon y permanecer por toda la vida en la re»verencia que yo estoy obligado á tener á mi padre. Mas »en abrazar la religion mas segura, que tú para hacerla »odiosa llamas nueva, nos conformábamos con el juicio »de todo el mundo, además de otras muchas razones »que hay para abonalla. No trato cuál sea mas verdade»ra; cada cual siga lo que en esta parte le pareciere, á »tal que se nos conceda la misma libertad. Atribuyes la »buenandanza de nuestra nacion á la secta arriana que »siguen, por no advertir la costumbre que tiene Dios de »dar prosperidad y permitir por algun tiempo que pasen »sin castigo los que pretende de todo punto derribar; y »esto para que sientan mas los reveses y el trocarse su »buenandanza en contrario. Y que la tal prosperidad »no sea constante ni perpetua lo declara bastantemente »el fin en que por semejante camino han parado los »vándalos y los ostrogodos. Que si te ofendes de ha»ber yo mudado partido sin consultarte primero, séa»me lícito que yo tambien sienta que no me dés lugar »y licencia para que estime en mas mi conciencia que »todas las cosas, por lo cual, si necesario fuere, estoy »presto de derramar la sangre y perder la vida; ni es »justo que el padre pueda con su hijo mas que las leyes »divinas y la verdad. Suplico á nuestro Señor que tus »consejos sean saludables á la república, y no perjudi»ciales á nos, que somos tus hijos; y que te abra los »ojos para que no des orejas á chismerías y reportes con »que tú tengas que llorar toda la vida, y á nuestra casa »resulte infamia y daño irreparable por cualquiera de »las dos partes que la victoria quedare.» Estaba el pue»blo dividido en dos parcialidades: los católicos, que eran en gran número, y tenian menos fuerzas, seguian el partido de Hermenegildo, quién en público, quién de callada. Los arrianos eran mas poderosos, y toma»ron la voz de Leuvigildo. Gregorio Turonense dice que Hermenegildo cuando le ungieron en la frente y le confirmaron, que era la manera como recebian en la Iglesia á los arrianos, mudó el nombre antiguo que tenia en el de Juan. Contra esto hacen las monedas de oro batidas como parece en lo mas recio de la guerra para que sirviesen, á lo que se entiende, como de insignias y divisas á los soldados; que son de buen oro, y tienen de una parte el nombre y rostro de Hermenegildo, y por reverso una imágen de la victoria con estas palabras: «Hombre, huye del Rey»; aludiendo á la sentencia de San Pablo, en que manda que el hereje despues de una segunda monicion sea evitado. Buscaron los católicos socorro de léjas tierras, y para esto Leandro fué por mar á Constantinopla, do estaba Tiberio Augusto. Leandro de monje benito fué promovido en prelado de Sevilla; era persona de singular erudicion y aprobacion de costumbres y no menor suavidad en su trato; la elegancia en el estilo y en las palabras era muy grande, cosa que en aquel tiempo se podia tener por milagro. Poco efecto y provecho hizo á lo que parece la ida de Leandro en lo que se pretendia; pero hallóse en un concilio de obispos en aquella ciudad, y trabó familiaridad grande con san Gregorio, que tuvo despues renombre de Magno, y entonces era legado en Constantinopla del papa Pelagio II. La semejanza de la vida y de los estudios fué causa que trabasen la amistad, de que dan muestra los libros de los *Morales*, que á persuasion de san Leandro y en su nombre san Gregorio publicó. Los principios desta guerra concurren con el año de 580; año que fué desgraciado al pueblo cristiano y aciago porque en él nació en Arabia

el falso profeta Mahoma, caudillo adelante y cabeza de una nueva y perversa secta, de quien se hablará otra vez en su lugar. Fortificó Hermenegildo á Sevilla y á Córdoba, proveyólas de trigo, de almacen y de todo lo necesario para todo lo que sucediese, ora la guerra se prolongase, ora las apretasen con cercarlas. Hizo alianza con los capitanes romanos. Entrególes para seguridad á su mujer y un hijo que poco antes le habia nacido, fuera de que, si sucediese algun desastre, quería estuviesen léjos del peligro de la guerra las dos cabezas que él mas amaba. Por el contrario, Leuvigildo, visto que no podia ganar á su hijo ni por miedos que le ponia ni por promesas que le hizo, acordó de acudir á las armas y á la fuerza. Para salir mas fácilmente con su intento lo primero que hizo fué por medio de mucho oro que dió á los romanos atraellos á su partido, como hombres que se vendian á quien mas pujaba, sin tener cuenta con la fe y sin mirar lo que tenian concertado con su hijo. Inclináronse pues y abrazaron aquella parte do esperaban seria mas cierta la ganancia y el interés mas colmado. Tomado este asiento, trató juntamente aquel Rey de concertar en cierta forma los católicos con los arrianos, por constarle que la diferencia de la religion era causa de aquellas revueltas y daños. Para esto juntó en la ciudad de Toledo un concilio de los obispos arrianos, en que se decretó lo primero que se quitase la costumbre de rebaptizar, como lo tenian antes en uso, á los que de la religion católica se pasaban á la secta arriana. Decretaron otrosí sobre la cuestion tan reñida entre católicos y arrianos que entre las personas divinas el Hijo era igual al Padre; pero esto fué solo de palabra, que la ponzoña y perversidad de antes se les quedaba en sus corazones muy arraigada. Todavía esta ficcion y engaño fué parte para que mucha gente simple, como quitada la causa de la discordia, unos claramente se apartaron de Hermenegildo, otros defendian en lo de adelante su partido mas tibiamente. La mayor parte de la gente, movida del peligro que amenazaba y por acomodarse con el tiempo, quisieron mas estar á la mira que entrar á la parte, y por la defension de la religion católica poner á riesgo sus vidas y sus haciendas. Pasáronse en estas cosas tres años. En este tiempo, muerto el emperador Tiberio, otro que se llamó Mauricio le sucedió en el imperio romano. El rey Leuvigildo no se descuidaba, antes en todos sus estados hizo grandes levas de gentes, con que movió contra su hijo. Marchó con su ejército hasta lo postrero de Andalucía, y puso sitio sobre Sevilla, ciudad famosa, grande y rica. Tenia poca esperanza que los cercados se rindiesen por su voluntad por estar aficionados á su hijo y prevenidos de su prelado Leandro. Acordó usar de fuerza y juntamente valerse de sus mañas. Pasa por aquella ciudad Guadalquivir, tan caudaloso y de tan grandes acogidas de agua, que tiene fondo bastante para gruesas naves. Parecióle seria bien impedirles la navegacion, y que por el rio no pudiesen entrar provisiones, y para esto sacalle de madre y echallo por otra parte. Era esta empresa de grande trabajo y obra de muchos dias. Por esto una legua mas arriba de Sevilla para hacer sus estancias reedificaron los muros de la antigua Itálica, cuya magnificencia en tiempo de los romanos fué grande, y della dan bastante muestra las ruinas que allí se ven, donde en nuestro tiempo está el monasterio famoso de San Isidro. Miro, rey de los suevos, si bien era católico, acudió con su gente en favor de Leuvigildo; mas pagó tan grande maldad, segun se entendió, con la muerte, ca falleció durante el cerco de Sevilla. Sucedióle Eborico, su hijo. Gregorio Turonense dice al contrario desto, es á saber, que Miro siguió el partido de Hermenegildo, y que concluida la guerra, se concertó con Leuvigildo, y vuelto á su tierra falleció poco despues de enfermedad que le sobrevino en aquel cerco por ser el aire mal sano y las aguas no buenas. Echaron pues el rio por otra parte, con que los cercados comenzaron á padecer grande falta. Hermenegildo, ya que era pasado un año del cerco, perdida la esperanza de poderse defender, de secreto se recogió á los romanos, como ignorante que estaba de que habian mudado partido y pasádose á sus contrarios. Luego que partió Hermenegildo, la ciudad se entregó á su padre, que fué el año del Señor de 586. No se contentó con esto Leuvigildo ni paró antes de haber á las manos á su hijo. En la manera cómo le prendió no concuerdan los autores; quién dice que, vista la mala acogida que le hacian los romanos y su deslealtad, dió la vuelta á Córdoba, y que aquellos ciudadanos por alcanzar perdon de su padre se lo entregaron, que á los caidos todos les faltan; Turonense va por otro camino, y afirma que le prendieron en el lugar de Oseto, donde conforme á lo que de suso queda dicho, la pila del bautismo todos los años de suyo se henchia de agua. Recogióse Hermenegildo en aquel lugar por ser muy fuerte plaza y sus moradores á él muy aficionados, metió consigo hasta trecientos soldados escogidos, y las demás gentes dejó en sus reales, que tenia por allí cerca. Pensaba si su padre usaba de fuerza acometerle por frente y por las espaldas. Hacia la cuenta sin parte, y así sucedió todo al contrario; porque Leuvigildo, avisado del intento de su hijo, como es cosa ordinaria que discordias civiles nunca faltan espías secretas, con presteza ganó por la mano y deshizo aquellas trazas. Acudió pues con diligencia sobre aquel lugar, y apoderado del pueblo, le puso fuego por todas partes. Hermenegildo, perdida la esperanza de poderse defender, se recogió al templo, si por ventura con entreterse algun tanto se aplacase la saña de su padre. Iba en compañía de Leuvigildo el otro hijo Recaredo, que si bien era menor en la edad, en la nobleza de corazon y en la prudencia igualaba á su hermano. Pidió licencia á su padre y lugar á su hermano para verse con él. Concertada la habla y entrado que hobo en el templo, por algun espacio de tiempo se detuvo sin poder decir palabra, como suele acontecer cuando el dolor, la ira y el miedo son muy grandes. La abundancia de las lágrimas y el sentimiento le quitaban la habla, mas despues que sosegó algun tanto «de corazon, dice, flaco es dolerse por el desman de los suyos y no poner otro remedio sino las lágrimas. Tu desventura no es solo tuya, sino nuestra, á todos nos toca el daño, pues entre padre y hermanos no puede haber cosa alguna apartada. No quiero reprehender tus intentos ni el celo de la religion, aunque ¿qué razon pudo ser tan bastante para tomar las armas contra tu padre? Tampoco me quejo de los que con sus consejos te engañaron. Las cosas pasadas mas fácilmente se pue-

den llorar que trocar. Esta es, mal pecado, la desgracia destos tiempos, que por estar dividida la gente y reinar entre todos una pestilencial discordia, la una parcialidad y la otra ha pretendido tener arrimo en nuestra casa, que es la causa de todos estos daños. Resta volver los ojos á la paz para que nuestros enemigos no se alegren mas con nuestros desastres. Lo que ojalá se hubiera hecho antes de venir á rompimiento; pero todavía queda el recurso á la misericordia paterna, si de corazon pides perdon de lo hecho, que será mejor acuerdo que llevar adelante la pertinacia y arrogancia pasada. Por lo de presente y por lo que ha sucedido, debes entender cuánto será mejor seguir la razon con seguridad que perseverar con peligro en los desconciertos pasados. Acuérdate que en la adversidad suele ser muy necesaria la prudencia, y que el ímpetu y la aceleracion te será muy perjudicial. De mí parte te puedo prometer que si de voluntad haces lo que pide la necesidad, nuestro padre se aplacará, y contento con un pequeño castigo, te dejará las insignias y apellido de rey. » Confirmó estas promesas con juramento, hizo llamar á su padre, y venido que fué, Hermenegildo con un semblante muy triste se arrojó á sus piés. Recibióle con muestras de alegría, dióle paz en el rostro, que fué indicio de querelle perdonar, mas otro tenia en el corazon; hablóle algunas palabras blandas, y con tanto le mandó llevar á los reales; poco despues, quitadas las insignias reales, le envió preso á Sevilla. El abad biclarense dice que le desterró á Valencia y que murió en Tarragona. La verdad es que en Sevilla, á la puerta que llaman de Córdoba, se muestra una torre muy conocida por la prision que en ella tuvo Hermenegildo, espantosa por su altura y por ser muy angosta y escura. Dícese comunmente que en ella estuvo con un pié de amigo atadas las manos al cuello, y que el santo mozo, no contento con el trabajo de la cárcel, usaba de grande aspereza en la comida y vestido; su cama una manta de cilicio, y él mismo ocupado en la contemplacion de las cosas divinas sospiraba por verse con Dios en el cielo, donde esperaba ir muy en breve. En esta forma de vida perseveró hasta tanto que llegó la fiesta de Pascua de Resurreccion, que aquel año cayó á 14 de abril, y fué puntualmente el de Cristo de 586, segun que se entiende por la razon del cómputo eclesiástico, si bien algunos deste número quitan dos años. El arcipreste Juliano quita uno; mas el abad biclarense señala que Hermenegildo murió el tercer año del emperador Mauricio, lo cual concuerda con lo que queda dicho. El caso sucedió desta manera: Leuvigildo con el deseo que tenia de reducir á su hijo, pasada la media noche, le envió un obispo arriano para que, conforme á la costumbre que tenian los cristianos, le comulgase aquel dia á fuer de los arrianos. El preso, visto quien era, le echó de sí con palabras afrentosas. Tomó el padre aquel ultraje por suyo, y de tal suerte se alteró, que sin dilacion envió un verdugo, llamado Sisberto, para que le cortase la cabeza; bárbara crueldad y fiereza que pone espanto y grima. Era Hermenegildo de condicion simple y llana, cosas que si no se templan, suelen acarrear daños y aun la muerte. La memoria deste santo mártir se celebra en España de ordinario á 14 de abril, dado que en algunas iglesias se hace un dia antes. El lugar de la prision adelante se mudó en una capilla con advocacion del santo. La devocion que con él antiguamente se tuvo fué muy grande, como se entiende así por lo dicho como de que muchos, así varones como hembras, se llamaron de su nombre Hermenegildos, Hermesindas, Hermenesindas, y aun los sobrenombres de Armengol y Hermengando, de que usaron los españoles, entienden algunos se tomaron del nombre deste santo. Lo mismo se dice de Hermegildez y Hermildez, que tienen terminacion aun mas bárbara. No se sabe dónde esté al presente su cuerpo, ni aun se averigua bastantemente el lugar en que á la sazon le sepultaron. Un hueso suyo dentro de una estatua de plata muestran en capilla particular de la iglesia mayor de Zaragoza; gobernaba por estos tiempos la Iglesia romana Pelagio II. Gregorio el Magno, sucesor de Pelagio, relató como cosa fresca la muerte de Hermenegildo. Allí dice que junto al cuerpo del mártir se oyó música celestial, cierto de los ángeles que celebraron su entierro y sus honras de que el cruel ánimo de su padre le privó. Añade que corria fama y se decia que en el mismo lugar de noche se vieron luces á semejanza de antorchas. Estas cosas y la muerte del verdugo Sisberto muy fea, que le avino muy en breve, aumentó en gran manera la devocion del mártir. Al presente se ha acrecentado notablemente despues que el papa Sixto V puso el nombre de Hermenegildo en el Calendario romano, con órden y mandato que en toda España se le haga fiesta á los 14 dias del mes de abril.

CAPITULO XIII.

De la muerte del rey Leuvigildo.

Luego que Ingundis tuvo aviso de la prision y muerte de su marido, pasó en Africa, llena de amargura y de lágrimas. Los capitanes romanos que la tenian en su poder acordaron enviarla juntamente con su hijo, por nombre Teodorico, y hacer della presente al emperador Mauricio. Por el contrario, los reyes de Francia, Childeberto, hermano de Ingundis, y Guntrando, su tio, príncipes valerosos y bravos, se aparejaban para vengar con sus armas aquella injuria y la muerte de Hermenegildo. Recaredo, avisado destos apercebimientos, para ganar por la mano rompió con sus gentes por la Francia y por las tierras de los enemigos; apoderóse por fuerza de un castillo muy fuerte en el territorio de Arles, que se llamaba Ugerno. Taló demás desto y dió el gasto á todos los campos comarcanos. Fué grande el daño que hizo, y mayor el espanto que puso en toda aquella gente; por esto se trató de hacer paces, y para efectuarlas despachó Leuvigildo sus embajadores; pero no acabaron cosa alguna á causa que, demás de los agravios pasados, las gentes y armadas de los godos de nuevo tomaron ciertas naves francesas en las marinas de Galicia con los hombres y todo el haber que traian y con que venian á sus contrataciones. Esto irritó tanto á los franceses, que si bien se despachó otra nueva embajada sobre él caso, aquellos reyes, mayormente Guntrando, no quisieron dar oidos á lo que los godos pedian. Quién dice que Recaredo desde Narbona rompió segunda vez por las tierras de los francos, y de nuevo dió la tala á los campos muy fértiles de la Francia. Childeberto, como al que tocaba de mas cerca este dolor, y por el deseo

que tenia de vengar á su hermana y á su cuñado, y tomar la emienda debida de tantos desaguisados, convidó al emperador Mauricio, cuya amistad poco antes habia él menospreciado, para juntar sus fuerzas y armas contra los longobardos y contra los godos, que estaban apoderados los unos de Italia y los otros de España. Tomado este asiento, un gran ejército de franceses pasó en Italia. Mostróse el enemigo al principio temeroso. No queria venir al trance de la batalla; por esto los francos, y por ser de su natural muy confiados, se descuidaron de tal suerte, que los contrarios dieron sobre ellos á deshora con tal órden, que al punto los vencieron y desbarataron. No refieren el número de los muertos; solo consta que fué la mayor matanza que en aquel tiempo se hizo de los francos. Este revés sin duda hizo que Childeberto se humanase para con los godos, mayormente que el Emperador, ocupado en otras cosas, ayudaba mas á sus compañeros con el nombre que con las fuerzas; además de la muerte de Ingundis, hermana de Childeberto, que se supo en esta sazon, y era la causa destos bullicios y guerra; quién dice que falleció en Africa, quién en Sicilia, ca no concuerdan los autores, como tampoco no se sabe lo que se hizo de su hijo. Solo refieren que le llevaron al Emperador; debió fallecer poco despues de la madre, mas dichoso en esto que si huérfano, desterrado y pobre y cautivo viviera mucho tiempo. Máximo dice que murió en Palermo la madre, y el hijo poco despues en Constantinopla. En este medio en España el rey Leuvigildo, por el deseo que tenia de apagar la católica religion, causa como él entendia de tantos daños y males, desterraba los varones mas santos de todo su reino, como los que conservaban y mantenian el culto de la verdadera religion. En particular desterró los dos hermanos y prelados Leandro, de Sevilla, y Fulgencio, de Écija; estaba contra ellos irritado principalmente por el favor que dieron á Hermenegildo, su hijo. Lo mismo hizo con Mausona, metropolitano de Mérida, uno de los varones mas señalados de aquel tiempo. Hízole venir á Toledo, y desde allí, despues de muchas afrentas que le hizo, le envió al destierro, solo por mostrarse constante en la religion católica y porque no quiso manifestar al Rey y entregalle la vestidura de santa Olalla por miedo de los arrianos. Pusieron en lugar de Mausona y nombraron por arzobispo un grande arriano llamado Sunna. Sucedió un milagro al partir de Mausona para muestra de su inocencia, y fué que el caballo en que le pusieron para llevarle al destierro, sin embargo que era por domar y muy feroz, recibió sin dificultad sobre sí al santo varon. Muchos otros obispos fueron al destierro, y pusieron otros en su lugar, de que se entiende procedió que, sosegada la Iglesia acaecia, contra lo que disponen las leyes eclesiásticas, haber dos obispos de una ciudad, como se ve por las memorias públicas de aquel tiempo. Parece que adelante, con deseo de la paz, cuando se convirtió España, se introdujo esta novedad que los unos obispos y los otros quedasen con sus oficios. De las rentas de las iglesias se apoderó el avariento Rey sin alguna resistencia, derogó los privilegios de los eclesiásticos, dió la muerte á muchos hombres principales, parte por causas verdaderas, á otros por testimonios que les levantaban y calumnias que les arrimaban, de cuyos bienes enriqueció el patrimonio real. Lo que con esta carnicería principalmente pretendia era que ninguno de otro linaje pudiese aspirar al reino. Muchos, quebrantados con estos males, no solo del pueblo, sino de los principales en riquezas y nobleza, se sujetaron á la voluntad del Rey y pasaron á la secta de los arrianos. Entre estos Vincencio, obispo de Zaragoza, como se hiciese arriano, con el ejemplo de su inconstancia trajo otros muchos al despeñadero; si bien Severo, obispo de Málaga, y Liciniano, obispo de Cartagena, sus contemporáneos, escribieron contra lo que hizo. Dura hasta nuestra edad el libro de Liciniano, de quien atestigua Isidoro que escribió muchas epístolas á Eutropio, obispo de Valencia, y que falleció en Constantinopla, á lo que se entiende, huido de la rabia del Rey. En aquella ciudad Juan, abad biclarense, natural de Santaren, en Portugal, gastó por causa de los estudios en su menor edad diez y siete años, con que alcanzó conocimiento de la una y de la otra lengua latina y griega, y se aventajó en las otras artes y ciencias. Despues desto, vuelto á la patria de su larga peregrinacion, sufrió muchos trabajos como los demás católicos. Desterráronle á Barcelona; en el destierro, á la vertiente de los Pirineos, edificó un monasterio que se llamó Biclarense, y hoy se llama de Valclara, apellido conforme al antiguo. Ordenó que los monjes siguiesen la regla de san Benito, y él mismo les añadió otras constituciones y estatutos á propósito de la vida religiosa. Deste monasterio, donde fué abad algun tiempo, le sacaron en el reinado de Recaredo para hacerle obispo de Girona, y en tiempo del rey Suintila pasó por la muerte al cielo y á gozar el premio de sus trabajos. Tuvo por sucesor á Nonito, de quien y de Juan, presbítero de Mérida, y Novello, obispo de Alcalá, sucesor de Asturio, despues de otros algunos, todos personas señaladas, no se sabe si con la tempestad que en estos tiempos corria, y con las olas de persecuciones fueron trabajados. A san Isidoro, hermano de Leandro y de Fulgencio, para que no le maltratasen valió su pequeña edad, sus buenas inclinaciones y su grande ingenio, que le hacia de presente ser amado de todos, y para adelante con sus grandes letras y santidad alumbró toda la Iglesia. Allegábase á lo demás su nobleza, la modestia de su rostro y su mesura, la suavidad de su condicion, si bien no dejaba de hacer rostro á los arrianos ni temia irritallos con sus disputas. Animábase á hacello, parte por ser muy católico, parte por las cartas que Leandro, su hermano, desde el destierro le enviaba, en que le animaba á derramar la sangre, si fuese necesario, por la defensa de la verdad. El reino de los godos, que por los caminos ya dichos parecia ir en aumento y cobrar de cada dia mayores fuerzas, por el mismo tiempo se acrecentó con apoderarse de todo lo que los suevos en España poseian, lo cual avino en esta manera y con esta ocasion. El rey Eborico, hijo de Miro, fué despojado de aquel reino por Andeca, hombre principal y que estaba casado con la madrastra de Eborico, llamada Sisegunda. No se contentó con despojalle del reino, sino que por asegurarse le forzó á meterse fraile y trocar las insignias reales y cetro con la cogulla. Era Eborico amigo de los godos y su confederado; por esto Leuvigildo tomó las armas contra el tirano. Vencióle y prendióle en batalla, y despojado del reino le cortó el cabello, que conforme á la costumbre de aquellos tiempos era privalle de la

nobleza y hacello inhábil para ser rey; finalmente, le desterró á Beja, ciudad de la Lusitania. Con la ocasion destas revueltas se levantó otro, por nombre Malarico, y con el favor que tenia entre aquella gente se llamó rey. Acudió Leuvigildo tambien á esto, sosegó estas nuevas alteraciones, con que toda la Galicia quedó sin contradiccion por suya; ca Eborico se debió quedar como particular en el monasterio, ni el rey godo debió tener mucha voluntad de restituirle. Por esta manera el rey de los suevos, que en algun tiempo floreció mucho y poseyó una buena parte de España por espacio de ciento y setenta y cuatro años, cayó de todo punto, que fué el año de Cristo 586. En el mismo año Leuvigildo falleció en Toledo el 18, despues que con su hermano comenzara á reinar. Hay fama, y muchos autores lo atestiguan, que al fin de la vida, estando en la cama enfermo sin esperanza de salud, abjuró la impiedad arriana, y volvió su ánimo á lo mejor y á la verdad; y que en particular con Recaredo, su hijo, trató cosas en favor de la religion católica. Díjole que el reino que, adquiridas y ganadas muchas ciudades, le dejaba muy grande, seria muy mas afortunado si toda España y todos los godos recibiesen despues de tanto tiempo la antigua y verdadera religion. Encargóle tuviese en lugar de padres á Leandro y á Fulgencio, á quien mandó en su testamento alzar el destierro. Avisóle que, así en las cosas de su casa en particular como en el gobierno del reino, se aprovechase de sus consejos. Y aun Gregorio Magno refiere que antes que muriese de aquella enfermedad encargó mucho á Leandro, que debió venir á la sazon, cuidase mucho de Recadero, su hijo, que por sus amonestaciones esperaba y aun deseaba en las costumbres, humanidad y todo lo demás semejase á Hermenegildo, su hermano, á quien él sin bastante causa dió la muerte. Puédese creer que las oraciones del santo mártir fueron mas dichosas y eficaces despues de muerto que en la vida para alcanzar de Dios que su padre se redujese á buen estado. Nuestros historiadores refieren que Leuvigildo, dado que de corazon era católico, no abjuró públicamente, como era necesario, la herejía por acomodarse con el tiempo y por miedo de sus vasallos. Máximo dice se halló presente á la muerte deste Rey y vió las señales de su arrepentimiento y sus lágrimas. Pone su muerte año 587, 2 de abril, miércoles al amanecer. Este su desengaño se debió encaminar, entre otras cosas, por muchos milagros que se hicieron en favor de la religion católica. Entre los demás se cuentan los siguientes : En el tiempo que perseguia con las armas á su hijo inocente, un monasterio que estaba en la comarca y ribera de Cartagena con advocacion de San Martin, huido que se hobieron los monjes á una isla que por allí caia, fué saqueado por los soldados del Rey; uno dellos, desnuda la espada, como acometiese al abad que solo quedaba, en castigo de su sacrilegio cayó muerto en tierra; el Rey, sabido el suceso, mandó que toda la presa se restituyese al monasterio. Sucedió otrosí en una disputa que hobo sobre la religion que un católico, en testimonio de la verdad que profesaba, tomó en la mano, sin recebir alguna lesion ni daño, un anillo del fuego en que estaba ardiendo, sin que el hereje se atreviese á hacer otro tanto en defensa de su secta. Con estos y otros milagros comenzaba el ánimo del Rey á moverse y vacilar. Preguntó á cierto obispo arriano por qué causa los arrianos no ilustraban su secta y la acreditaban con semejantes obras ni hacian milagros como los católicos, tales y tan grandes. A esta pregunta el Obispo « á muchos, dice, oh Rey, si es lícito decir verdad y blasonar á la manera de los contrarios de nuestras cosas, que eran sordos, hice que oyesen, y aun abrí los ojos de los ciegos para que pudiesen ver. Pero las cosas que hasta aquí por huir ostentacion se han hecho sin testigos, quiero hacellas públicamente y probar con las obras la verdad de lo que digo. » No paró en palabras, sino que se vino á la prueba. Pasaba el Rey poco despues desto por una calle. Cierto arriano, que á persuasion del Obispo fingió estar ciego, á grandes voces pedia que le fuese por él restituida la vista; representaba la comedia delante del mismo que la inventara; tendia las manos, hacia otros ademanes en que mostraba esperaba con humildad la sanidad por los ruegos y santidad del Obispo. Estaban todos suspensos y esperaban ver alguna maravilla; y fué así, pero al revés de lo que cuidaban, porque el engañador malvado, luego que el Obispo le tocó los ojos con sus manos, quedó de todo punto ciego y perdió la vista que antes tenia. Conoció el miserable su daño, y vencido del dolor, que pudo mas que la vergüenza, confesó luego la verdad y descubrió á la hora el engaño y toda la trama. Por estos caminos la secta arriana, como era razon, comenzó en grande manera á ir de caida, y el ánimo del Rey á enajenarse poco á poco, mayormente que por espacio de cuatro años gran muchedumbre de langosta talaba de todo punto los campos de España, y mas del reino de Toledo, en que por la templanza del aire suele tener mas fuerza esta plaga. El pueblo, como acostumbra, decia ser castigo de Dios en venganza de la muerte de Hermenegildo y de la persecucion que hacian contra la verdadera religion. Esta loa á lo menos se debe á Leuvigildo por testimonio del mismo san Isidoro, que despues del rey Alarico reformó las leyes de los godos, que con el tiempo andaban estragadas; añadió unas y quitó otras. Paulo, diácono de Mérida, refiere otrosí lo que vió, es á saber, que el abad Nuncto, varon de grande santidad, como quier que de Africa pasase á Mérida con deseo de visitar el sepulcro de santa Olalla, desde aquella ciudad, por huir la vista de mujeres, poco despues se apartó al yermo, donde, dado que era católico, el Rey le sustentó á su costa hasta tanto que los rústicos comarcanos se conjuraron contra él y le dieron la muerte. La causa no se sabe; por ventura no podian sufrir las reprehensiones libres de aquel varon santo por ser hombres feroces y de rudo ingenio. No castigó el Rey este caso; castigóle Dios con que los demonios se apoderaron de los matadores sacrílegos. Por conclusion, Leuvigildo fué el primero de los reyes godos que usó de vestidura diferente de la del pueblo, y el primero que trajo insignias reales, y usó de aparato y atuendo de príncipe, cetro y corona y vestidos extraordinarios; cosas que cada uno conforme á su ingenio podrá reprehender ó alabar, por razones que para lo uno y para lo otro se podrian representar.

CAPITULO XIV.

De los principios del rey Recaredo.

Hiciéronse las exequias del rey Leuvigildo con la solemnidad que era razon. Concluidas, Recaredo, su hijo y sucesor, volvió su pensamiento á dar órden en las cosas de su casa, y consiguientemente en el estado de la república. Pretendia ante todas cosas aplacar y ganar á los reyes de Francia, y aun el tiempo adelante para que la paz fuese mas firme, muerta Bada, su primera mujer, trató de emparentar con Childeberto, rey de Lorena, casando con Clodosinda, otra su hermana. Para alcanzar esto con mayor facilidad envió á excusarse que no tuvo parte en la muerte de Hermenegildo, antes le dolió en el alma aquel desastre de su hermano. No era aun llegada la sazon de efectuar cosa tan grande, si bien estaba ya cerca. Lo que sobre todo importaba fué que, por consejo de los dos hermanos Leandro y Fulgencio, como católico que ya era de secreto, comenzó muy de veras á tratar de restituir en España la religion católica; bien que por entonces le pareció disimular algun tanto y no forzar el tiempo, sino acomodarse con él. Consideraba la condicion del pueblo, que se deja mas fácilmente doblegar con maña que quebrantar por fuerza, especial en materia de mudar la religion en que desde su primera edad se criaron. Acordó pues para salir con su intento usar de artificio y de industria, halagar á unos, sobrellevar á otros, y con mercedes que les hacia ganallos á todos. Sucedió todo como se podia desear, ca sabida la voluntad del Rey, bien así los grandes que los menudos se rindieron á ella y vinieron de buena gana en lo que al principio pareció tan dificultoso. Así que los godos todos, y entre los suevos los que perseveraban en la locura del error antiguo de comun acuerdo le dejaron y abrazaron el partido de la Iglesia católica, y juntamente con esto pretendian ganar la gracia de su señor, al cual, demás de su buena condicion y sus costumbres muy suaves, ayudaba mucho su gentil disposicion y rostro para ganar las voluntades de todos. Con que por toda la vida fué muy amado de sus vasallos, y despues de muerto su memoria muy agradable á los que le sucedieron adelante. Cosa forzosa es que en la mudanza de la religion resulten en el pueblo alteraciones y alborotos; la buena traza de Recaredo hizo que en su tiempo y por esta causa ni durasen mucho, ni fuesen muy señalados; y la severidad que usó en castigar, no solamente no fué odiosa por ser necesaria, sino tambien popular y á todos, así grandes como pequeños, agradable. El primero que hizo rostro á la pretension del Rey fué el obispo Ataloco en la Gallia Narbonense por ser tan aficionado á la secta arriana y en tanto grado, que vulgarmente le llamaban Arrio. Allegáronsele en la misma provincia los condes Granista y Bildigerno, sea movidos de sí mismos, sea á persuasion del Obispo. La verdad es que tomaron las armas contra el Rey y alteraron el pueblo para que se rebelase; pero este torbellino, que amenazaba mayor tempestad y daño, tuvo breve y fácil fin á causa que Ataloco falleció de puro pesar por ver que los suyos llevaban lo peor y que por estar los del pueblo inclinados á la religion católica no les podia persuadir que no hiciesen mudanza. A los condes vencieron en batalla las gentes de Recaredo, y con esto vengaron los malos tratamientos que de todas maneras habian hecho á los católicos. Es así que toda herejía es cruel y fiera, y ningunas enemistades hay mayores que las que se forjan con voz y capa de religion, ca los hombres se hacen crueles y semejables á las bestias fieras. Estas alteraciones de la Gallia Narbonense se levantaron y sosegaron al principio del reinado deste Príncipe en tiempo que el décimo mes despues que se encargó del gobierno renunció él publicamente la secta arriana y abrazó la antigua y católica religion. Restituyó otrosí á las iglesias los derechos y posesiones que su padre les quitara, además de nuevos templos y monasterios de monjes que con real magnificencia á su costa levantaba. A muchos de sus vasallos volvió las haciendas y honras de que su padre los despojara, cuya acedia sobrepujaba él con su benignidad, y sus malas obras con beneficios que á todos hacia. Ocupábase el Rey en estas obras, y la divina Providencia cuidaba de sus cosas. El rey Guntrando habia enviado un su capitan, por nombre Desiderio, con un grueso ejército para que en venganza de los daños pasados rompiese por las tierras que los godos poseian en la Gallia. Acudieron las gentes de Recaredo, vinieron con el francés á batalla junto á la ciudad de Carcasona, en que al principio los godos llevaron lo peor y volvieron las espaldas. Recogiéronse dentro de la ciudad; y desde allí puestos de nuevo en ordenanza salieron contra los franceses, que sin concierto seguian la victoria. Cargaron con tal denuedo sobre ellos y con tal esfuerzo, que con la ayuda de Dios se trocó el suceso de la pelea, y los godos, olvidados de las heridas y del trabajo, vencieron y desbarataron á los enemigos y los pusieron en huida; que estaban atónitos por la osadía y denuedo de los godos, que tenian por vencidos y la victoria por suya. Murió el general francés, y de sus gentes pocos se salvaron por los piés, los mas quedaron tendidos en el campo. Todo esto sucedió dentro del primer año del reinado de Recaredo, que fué el de Cristo de 587, segun que se entiende por un letrero de aquel tiempo que halló estos años en una piedra de Toledo, y le puso en el claustro de la iglesia mayor el maestro Juan Bautista Perez, canónigo á la sazon y obrero de aquella iglesia, y despues por sus buenas partes de erudicion y virtud, dado que de gente humilde, murió obispo de Segorve. Las letras dicen:

IN NOMINE DOMINI CONSECRATA ECCLESIA SANCTAE MARIAE IN CATHOLICO DIE PRIMO IDUS APRILIS, ANNO FELICITER PRIMO REGNI DOMINI NOSTRI GLORIOSISSIMI FL. RECCAREDI REGIS, ERA DCXXV.

Quiere decir: «En nombre del Señor consagróse la iglesia de Santa María en el barrio de los católicos, ó á la manera de los católicos, á 13 de abril en el año dichosamente primero del reinado de nuestro señor el gloriosísimo rey Flavio Recaredo, era 625», es á saber, el año de Cristo de 587 puntualmente. Máximo hace mencion desta consagracion, que él llama reconciliacion por estar aquella iglesia profanada por los arrianos. En el año siguiente se descubrió una conjuracion que se tramaba contra el Rey por la misma causa de la mudanza en la religion. Fué así que Mausona, mudadas las cosas, volvió á su arzobispado de Mérida. Sunna, arriano, que estaba puesto en su lugar, y su competidor, llevó mal esta vuelta y restitucion, por ver era ne-

cesario caer él de un lugar tan alto y preeminente como tenia. Comunicó su sentimiento con algunos de su parcialidad, y concertó de quitar la vida á Mausona, empresa atrevida y loca, mayormente que residia en aquella ciudad el duque Claudio con cargo del gobierno de toda la Lusitania, y tenia puesta en aquella ciudad guarnicion de soldados, persona esclarecida por la constancia de la religion católica, segun que se entiende por las cartas que le escribieron los santos Gregorio el Magno y Isidoro. Advertidos los conjurados del peligro que corrian por esta causa, acordaron de dar la muerte juntamente á Mausona y á Claudio. La ejecucion de hecho tan grande encomendaron á Witerico, mozo de grande ánimo y osadía, y que se criaba en la misma casa de Claudio, y aun con el tiempo vino á ser rey de los godos y de España; en tales tratos se ejercitaba el que se criaba para reinar. Para ejecutar este caso era necesario buscar alguna ocasion. Sunna mostró querer visitar á Mausona, y pidió para ello le señalase lugar y tiempo. Sospechó el santo prelado lo que era, y que en muestra de amor le podrian armar alguna celada. Avisó á Claudio para que se hallase presente y para que con su valor y autoridad reprimiese la malicia de su competidor, si alguna tenia tramada. Pareció á los conjurados buena ocasion esta para de una vez ejecutar sus malos intentos. Llegado el tiempo de la visita, saludáronse los unos y los otros como es de costumbre; despues de las primeras razones los conjurados hicieron señal á Witerico, que, como lo tenia de costumbre, estaba á las espaldas de Claudio. No pudo en manera alguna arrancar la espada, dado que acometió á hacerlo, quier fuese por cortarse con el miedo como mozo, quier por favorecer Dios á los inocentes, que debió ser lo mas cierto, y comunmente se tuvo por milagro; si bien los conjurados no por eso se apartaron de su mal propósito; antes acordaron en una pública procesion que hacian á la iglesia de Santa Olalla, que estaba en el arrabal de aquella ciudad, matar sin distincion alguna al Prelado y á todos los que en ella iban. Para obrar esta crueldad metieron gran número de espadas en ciertos carros que traian cargados de trigo. Acudió nuestro Señor á este peligro; porque Witerico, sea por causa del milagro pasado, sea por aborrecimiento de aquella maldad, mudado de propósito, dió aviso de aquella trama. Adelantóse Claudio y ganó por la mano, acometió con su gente á Sunna y á sus parciales, que eran muchos, degolló á todos los que se pusieron en defensa y prendió á los demás. Dió aviso al Rey de todo lo que pasaba; y por su mandado aplicó al fisco todos los bienes de los principales, y á ellos despojó de los oficios y acostamiento que tenian, juntamente con desterrarlos á diversas partes. A Sunna, cabeza de la conjuracion, dieron á escoger que dejase á España ó renunciase la herejía, que fué un partido mejor y de mayor clemencia que él merecia; él, por estar obstinado en su mal propósito, escogió de pasarse en Africa; á Witerico por el aviso que dió, otorgaron enteramente perdon. El castigo de Vacrila, uno de los conjurados, fué señalado entre los demás. Acogióse al templo de Santa Olalla como á sagrado; no le quisieron hacer fuerza, solo le condenaron en que perpetuamente sirviese de esclavo en aquel templo y hiciese todo lo que en él le mandasen. Al conde Paulo Sega, otra cabeza de la conjuracion, segun que lo refiere el abad biclarense, condenaron en que le cortasen las manos y fuese desterrado á Galicia. Con estos castigos se desbarató aquella tempestad, que amenazaba mayores daños; pero, sin embargo, que todos los demás debieran quedar avisados y excusar semejantes pretensiones impías y malas, otra mayor borrasca se levantó luego. La reina Gosuinda, al principio por respecto del Rey, su antenado, fingió de abrazar la religion católica; el embuste pasó tan adelante, que acostumbraba, cosa que pone horror, en la iglesia de los católicos escupir secretamente la hostia que le daba el sacerdote, por parecerle seria gran sacrilegio y en grande ofensa de su secta si la pasase al estómago. Lo mismo hacia un obispo, por nombre Uldida, que tenia gran cabida con ella y la gobernaba con sus consejos. Esta ficcion no podia ir á la larga sin que se descubriese; trató con el dicho obispo de matar al Rey, y pudiera salir con ello si la divina Providencia no le amparara para que se asentase mejor el estado de la religion católica. Sabido lo que se tramaba, el Rey desterró á Uldida el obispo; de Gosuinda era dificultoso determinar lo que se debia hacer; acudió nuestro Señor, ca á la sazon la sacó desta vida, y con la muerte pagó aquella impiedad, como mujer desasosegada que era y toda la vida enemiga de los católicos. Por el mismo tiempo, el año que se contaba de nuestra salvacion de 588, los franceses se apercebian para hacer entrada en las tierras de los godos. El rey Guntrando ardia en deseo de satisfacerse de la afrenta que se hizo á su general Desiderio el año pasado. Juntó de todo su señorío un grueso ejército, que llegaba á número de sesenta mil combatientes de pié y de caballo. Nombró por general destas gentes á Boso; él por mandado de su Rey rompió por las tierras de la Gallia Gótica. Para acudir á esta entrada de los francos despachó Recaredo al duque Claudio, de la antigua sangre de los romanos, para que desde la Lusitania, donde residia, acudiese al gobierno y cosas de Francia y con su destreza reprimiese el orgullo de los contrarios. Movió con sus gentes, y pasados los Pirineos, halló á los enemigos cerca de Carcasona. Allí, alegre por la memoria de la rota poco antes dada á los franceses, determinó presentalles la batalla, que fué muy herida, pero en fin la victoria quedó por él. Gran número de los francos pereció en la pelea, y otros muchos mataron en el alcance; no pararon hasta forzar los reales de los vencidos y gozar de todos los despojos, que eran grandes. Esta victoria fué la mas ilustre y señalada que los godos por estos tiempos ganaron, segun que lo testifica san Isidoro, y parece cosa semejante á milagro lo que refieren, es á saber, que Claudio con una compañía de trecientos soldados, los mas escogidos entre todos los suyos, se atrevió á encontrarse con un enemigo tan poderoso, y fué bastante para desbaratar al que venia cercado de tan grandes huestes. El año luego adelante se urdió otra nueva conjuracion contra el rey Recaredo, de que Dios le libró no con menor maravilla que de las pasadas. Argimundo, su camarero, pretendia quitarle la vida y por este camino apoderarse del reino; cosa tan grande no se podia efectuar sin ayuda de otros, ni comunicada con muchos estar secreta. Echaron mano de los conjurados; pusieron los compañeros á cuestion de tormento, que confesaron llanamente toda la trama y pagaron con las

vidas. Al movedor principal y caudillo, para que la afrenta fuese mayor y el castigo mas riguroso, lo primero le cortaron el cabello, que era tanto como quitalle la nobleza y hacerle pechero; ca los nobles se diferenciaban del pueblo en la cabellera que criaban, segun que se entiende por las leyes de los francos, que tratan en esta razon de los que podian criar garceta. Demás desto, cortada la mano, le sacaron en un asno á la vergüenza por las calles de Toledo, que fué un espectáculo muy agradable á los buenos por el amor que á su Rey tenian. El remate destas afrentas y denuestos fué cortalle la cabeza para que pagase su locura y fuese escarmiento á otros; pero esto sucedió algun tiempo adelante. Volvamos con la pluma á lo que se nos queda rezagado.

CAPITULO XV.

Del Concilio toledano tercero.

Gobernaba por estos tiempos la iglesia de Toledo despues de Montano, Juliano, Bacauda y Pedro, que todos cuatro por este órden fueron prelados de aquella iglesia y ciudad, Eufimio, sucesor de Pedro, varon señalado en virtud y erudicion. Deseaba el Rey, así por ser ya católico, segun está dicho, como por mostrarse agradecido á Dios de las mercedes recebidas en librarle tantas veces de los lazos que los suyos le armaban y de las guerras que de fuera se le levantaban, confirmar con público consentimiento de sus vasallos y con aprobacion de toda la Iglesia, la religion católica que abrazaba. Procuraba otrosí que la diciplina eclesiástica relajada, como era forzoso, por la revuelta de los tiempos, se reformase y restituyese en su vigor. Comunicóse con Leandro, arzobispo de Sevilla, por cuya direccion, como era justo, se gobernaba en sus cosas particulares y en las públicas. Pareció seria muy á propósito convocar de todo el señorío de los godos los obispos para que se tuviese concilio nacional de toda España en Toledo, ciudad regia, que así de allí adelante se comenzó á llamar á causa que los reyes godos, segun que se ha dicho, pusieron en ella la silla de su imperio. Señalóse dia á los obispos para juntarse; acudieron como setenta, y entre ellos cinco metropolitanos, que es lo mismo que arzobispos. Abrióse el Concilio, y túvose la primera junta al principio del mes de mayo, año del Señor de 589. En aquella junta hizo el Rey á los padres congregados un breve razonamiento deste tenor y por estas palabras: «No creo ignoreis, sacerdotes reverendísimos, que para reformar la diciplina eclesiástica á la presencia de nuestra serenidad os he llamado; y porque en los tiempos pasados la herejía presente no permitia en toda la Iglesia católica se tratasen los negocios de los concilios, Dios, al cual plugo por nuestro medio quitar el impedimento de la dicha herejía, nos amonestó pusiésemos en su punto la costumbre y institutos eclesiásticos. Alegráos pues y gozáos que la costumbre canónica por providencia de Dios y por el medio de nuestra gloria se reduce á los términos antiguos. Lo primero que os amonesto y juntamente exhorto es que os ocupeis en vigilias y en oraciones para que el órden canónico, que de las mientes sacerdotales habia quitado el largo y profundo olvido y que nuestra edad confiesa no saberle, por ayuda de Dios nos sea de nuevo manifestado.» Los padres, movidos con este razonamiento del Rey, cada cual conforme al lugar y autoridad que tenia, alabaron á la divina benignidad. Al Rey dieron las gracias por la mucha aficion que mostraba á la religion católica. Junto con esto mandaron se ayunase tres dias para disponer los ánimos y conciencias. Túvose despues la segunda junta; en ella el Rey ofreció á los padres por escrito en nombre suyo y de la reina Bada una profesion que hacia de la fe católica y abjuracion de la perfidia arriana. Recibiéronla los padres con grande aplauso y satisfaccion por resplandecer en ella la piedad del Rey y estar en ella comprehendida la suma de la verdadera religion. En particular en el símbolo constantinopolitano que allí se pone, por expresas palabras se dice que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. A los demás, así obispos como grandes que se hallaban presentes, y dejada la secta arriana querian abrazar la verdad y imitar el ejemplo de su Rey, les preguntaron si en aquella profesion y abjuracion les descontentaba alguna cosa. Dieron por respuesta que aprobaban y abrazaban todo lo que la Iglesia católica profesa. Ocho obispos y cinco grandes fueron los que, renunciadas las malas opiniones, públicamente despues de los reyes, dieron de su mano firmada otra profesion de fe semejable á la primera. Concluido esto, que fué la primera parte del santo Concilio, en segundo lugar se promulgaron veinte y tres cánones á propósito de reformar las costumbres y la diciplina eclesiástica. En ellos es de considerar lo que en particular se manda acerca de la comunion, es á saber, que ninguno del pueblo pudiese comulgar sin que públicamente él y todos los que presentes estaban, en tanto que se decia la misa, pronunciasen el símbolo de la fe que habian recebido de la forma que en el Concilio constantinopelitano se promulgó. Puédese entender que deste principio se tomó la costumbre guardada comunmente en España hasta nuestro tiempo que ninguno comulgue antes que en compañía del sacerdote haya pronunciado todos los artículos de la fé y del símbolo cristiano. El Rey por un su edicto confirmó todas las acciones del Concilio, mandando que se guardase todo lo en él decretado. Por remate y conclusion hizo Leandro á los padres y al pueblo un razonamiento muy elegante desta sustancia: «La celebridad deste dia y la presente alegría es tan grande y tan colmada cuanta de ninguna fiesta que por todo el discurso del año celebramos, lo que ninguno de vos podrá dejar de confesarlo. En las demás festividades renovamos la memoria de algun antiguo misterio y beneficio que se nos hizo; el dia de hoy nos presenta materia de nueva y mayor alegría, cuando, gracias al salvador del género humano, Cristo, la gente nobilísima de los godos, que hasta aquí descarriada se hallaba en medio de unas tinieblas muy espesas, alumbrada de la luz celestial, ha entrado por el camino de la inmortalidad, y ha sido recebida dentro del divino y eterno templo, que es la Iglesia. Si las cosas quebradizas y terrenas, y que solo pertenecen al arreo del cuerpo y á su regalo, cuando suceden prósperamente, de tal suerte aficionan los corazones, que á las veces la mucha alegría saca algunos de juicio; ¿en cuánto grado debemos alegrarnos por ser llamados y admitidos á la herencia del reino celestial? Cuanto por mas largo tiempo hemos llorado la ceguedad y miseria en que nuestros hermanos estaban, cuanto menor era la esperanza que nos queda-

ba de su remedio, tanto es mas razon que en este dia nos alegremos y regocijemos. A mí por cierto el mismo sol me parece que ha salido hoy mas resplandeciente que lo que suele, la misma tierra se me figura muy mas alegre que antes. Gózase el cielo por la entrada que se ha abierto á tantas gentes para aquellas sillas bienaventuradas y por la vecindad que tantos hombres han tomado de nuevo en aquella santa ciudad, que señalados con el nombre cristiano habian caido en los lazos de la muerte. La tierra se alegra porque estando antes de ahora sembrada de espinas, al presente la vemos pintada y hermoseada de flores, de las cuales, padres que hasta aquí sufristes grandes molestias, podeis tejer y poner en vuestras cabezas muy hermosas guirnaldas. Sembrastes con lágrimas, ahora alegres coged las flores y segad los campos que ya están sazonados; llevad á los graneros de la Iglesia manojos de espigas granadas. La grandeza de vuestra alegría no se encierra dentro de los términos de España; forzosa cosa es que pase y se comunique con lo demás de la Iglesia universal, que abraza y tiene en su seno toda la redondez de la tierra, y acrecentada al presente con añadírsele esta provincia nobilísima, inspirada del Espíritu Santo, engrandece la divina benignidad por tan señalado beneficio. Porque la que por su esterilidad era despreciada en el tiempo pasado, al presente por el don celestial de un parto ha producido muchos hijos. Con que las demás naciones, si algunas todavía perseveran en los errores pasados, á ejemplo de nuestra España, podrán esperar su remedio; y que se hayan de juntar en breve dentro de las cabañas de la Iglesia y debajo de un pastor, Cristo, aquel lo podrá poner en duda que no tiene bien conocida la fe de las divinas promesas. Y está muy puesto en razon que los que tenemos un Dios y un mismo orígen y padre de quien procedemos todos, quitada la diversidad de las lenguas con que entró en el mundo gran muchedumbre de errores, tengamos un mismo corazon, y estémos entre nos atados con el vínculo de la caridad, que es la cosa que entre los hombres hay mas suave, mas saludable y mas honesta para quien pretende honra y dignidad. Reviente de envidia y de dolor el enemigo del género humano, que solia gozarse particularmente en nuestras miserias y males; duélase y llore que tantas almas y tan nobles en un punto se hayan librado de los lazos de la muerte. Nos, por el contrario, á ejemplo de los ángeles, cantemos gloria á Dios en las alturas y en la tierra paz. Que pues la tierra se ha reconciliado con el cielo, podrémos tener esperanza, no solo de alcanzar el reino celestial, sino eso mismo cuidado de invocar de dia y de noche la divina benignidad por el reino terrenal y por la salud de nuestro Rey, autor principal y causa desta gran felicidad.» El Biclarense, que continuó el *Cronicon* de sus tiempos hasta este año, y en él puso fin á su escritura, testifica que Leandro, prelado de Sevilla, y Eutropio, abad servitano, fueron los que tuvieron la mayor mano en el Concilio, gobernaron y enderezaron todo lo que en él se estableció. Don Lúcas de Tuy añade que Leandro fué primado de España, y que en este Concilio tuvo poder de legado apostólico; pero esto no viene bien con las acciones del Concilio, pues por ellas se entiende tuvo el tercer asiento y lugar entre los padres, y el segundo Eufimio, prelado de Toledo, y en el primer lugar se sentó Mausona, el de Mérida, tan nombradó. En todo esto y en distribuir los asientos se tuvo al cierto consideracion al tiempo en que cada cual destos prelados se consagró; y así, Mausona por ser el mas antiguo tuvo el primer lugar. Una sola cosa puede causar admiracion, y es que el Rey por una manera nueva y extraordinaria confirmó los decretos deste Concilio por estas palabras: «Flavio Recaredo, rey, esta deliberacion que determinamos con el santo Concilio, confirmándola, firmo.» Y es cosa averiguada que en los concilios generales los emperadores romanos cuando en ellos se hallaron, como lo muestran sus firmas, consentian en los decretos de los padres; mas nunca los confirmaron ni determinaron cosa alguna por no pasar, es á saber, los términos de su autoridad, que no se extiende á las cosas eclesiásticas, y mucho menos á juntar ó á confirmar los concilios y lo por ellos decretado.

LIBRO SEXTO.

CAPITULO PRIMERO.

De la muerte del rey Recaredo.

Una nueva y clara luz amanecia sobre España despues de tantas tinieblas, felicidad colmada y bienandanza, sosegados los torbellinos y diferencias pasadas; fiestas, regocijos, alegrías se hacian por todas partes. Gozábase que sus miembros divididos, destrozados y que parecia estar mas muertos que vivos por la diversidad de la creencia y religion, y que solo conformaban en el lenguaje comun de que todos usaban, se hobiesen unido entre sí y como hermanado en un cuerpo, y juntado en un aprisco y en una majada, que es la Iglesia, sus ovejas descarriadas, merced de Dios y gracia singular, gran contento de presente y mayores esperanzas para adelante. Los príncipes extranjeros con sus embajadas daban el parabien al Rey por beneficio tan señalado; ofrecíanle á porfía sus fuerzas y ayuda para llevar adelante tan piadosos intentos y continuar tan buenos principios. En particular el sumo pontífice Gregorio Magno, que por muerte de Pelagio II sucediera en aquella dignidad á 3 de setiembre año del Señor de 590, al fin de la indiccion octava, como del registro de sus epístolas se saca (en la historia latina pusimos un año mas), luego al principio de su pontificado escribió á Leandro una carta en que le da el parabien y se alegra

por la reduccion del rey Recaredo á la verdadera religion. Dice que será bienaventurado si perseverare en aquel propósito y los fines fueren conformes á los principios, sin dejarse engañar de las astucias del enemigo. Asimismo el rey Recaredo, sabida la eleccion de Gregorio, acordó envialle, como es de costumbre, su embajada para visitarle y ofrecerle la debida y necesaria obediencia. Escogió para esto personas principales, en particular á Probino, presbítero, y en su compañía algunos otros abades. Dióles para este efecto sus cartas y juntamente algunos presentes de oro, demás de trecientas vestiduras que envió para los pobres de San Pedro de Roma, que, segun parece, en aquel tiempo de las rentas eclesiásticas se sustentaban los pobres y los hospitales. Todo, como yo entiendo, por consejo y á persuasion del arzobispo Leandro, ca desde los años pasados tenia trabada una estrecha amistad con Gregorio Magno, causada de la semejanza de los estudios y de la santidad de las costumbres y vida que resplandecia en entrambos igualmente. Demás desto, otra causa particular se ofrecia para enviar esta embajada, aunque no se declara, es á saber, para procurar que el Concilio toledano, celebrado poco antes, sus acciones y decretos fuesen aprobados por la Iglesia romana, á quien es necesario hacer recurso en las cosas eclesiásticas, y de donde los estatutos de los concilios toman su vigor y fuerza. Tres cartas se leen de Gregorio Magno, su data el noveno año de su pontificado, es á saber, la indiccion segunda; por donde se sospecha que los embajadores susodichos, trabajados con la navegacion, que les debió salir larga y dificultosa, y forzados por los temporales contrarios á volver en España, gastaron mucho tiempo en el camino y en Roma. La primera destas tres cartas se endereza á Claudio, duque de Mérida, persona la mas principal despues del Rey que se conocia en España; en ella le encomienda al abad Ciriaco, que se partia para España. La segunda carta era para Leandro, en que se duele que el mal de la gota le tuviese tan trabajado. La postrera es para el Rey para animalle, como le anima, á llevar adelante la religion recebida; juntamente alaba que las obras y frutos fuesen conformes á la profesion que hacian; porque como los judíos le hobiesen acometido con gran dinero para que revocase cierta ley que contra ellos se promulgara, no quiso venir en ello. Envióle juntamente con la carta una cruz, en que estaba engastada parte del madero de la vera Cruz, y junto con ella de los cabellos de san Juan Bautista; envióle eso mismo dos llaves, la una tocada en el cuerpo del apóstol san Pedro, y que por el mismo caso tenia virtud contra las enfermedades; en la otra iban ciertas limaduras de las cadenas con que el mismo apóstol estuvo aprisionado; estos presentes eran para el Rey. Para el arzobispo Leandro en premio de sus grandes méritos envió el palio, ornamento que se suele de Roma enviar á los arzobispos. Hay otra carta del mismo pontífice Gregorio para Leandro, en que le dice que el presbítero Probino con su consentimiento llevara á España parte de los libros que el mismo Gregorio había escrito á instancia y por respeto del mismo Leandro. Dícese vulgarmente entre los españoles, sin que haya autor que lo atestigüe y asegure, que los embajadores del Rey trajeron una imágen de Nuestra Señora entallada en madera, presentada por el mismo Gregorio á Leandro, y que es la misma que gran tiempo adelante se halló en cierta cueva junto con los cuerpos de san Fulgencio, obispo de Ecija, y santa Florentina, su hermana, y con suma devocion es reverenciada en Guadalupe, monasterio de jerónimos de los mas principales de España. Los cuerpos de los santos están hoy dia en Berzocana, aldea no léjos de Guadalupe, do fueron hallados. Dícese demás desto que santa Florentina pasó su vida en Ecija, do se muestran rastros, así de sus casas como de uno y el mas principal de cuarenta monasterios de monjas que estaban á su cargo y debajo de su gobierno, en el mismo sitio en que al presente está otro monasterio de jerónimos á la ribera del rio Genil. Escribió Fulgencio de la fe de la Encarnacion y de algunas otras cuestiones un libro que se conserva hasta nuestro tiempo. Máximo, cesaraugustano, le atribuye los tres libros de las *Mitologías*, obra erudita, que otros quieren sea de Fulgencio, obispo ó ruspense ó cartaginense en Africa. Los embajadores del Rey se entretenian en Roma en sazon que muchos concilios de obispos se tenian en España por decreto, á lo que se entiende, y autoridad del Concilio toledano pasado, en que se estableció un decreto de los padres que los concilios provinciales, en los cuales se entendió siempre consistia la reformacion y bien de la Iglesia, se juntasen cada un año. Conforme á esto, primero en Sevilla se juntaron con Leandro siete obispos de las iglesias sufragáneas. Lo que se trató principalmente en este Concilio fué un pleito sobre los esclavos de la iglesia de Ecija; ca Pegasio, obispo de aquella ciudad, pretendia que Gaudencio, su predecesor, contra derecho los habia ahorrado y puesto en libertad. Otros tantos obispos se juntaron por el mismo tiempo en Narbona, ciudad de la Gallia Gótica, y de comun acuerdo establecieron quince cánones á propósito de reformar las costumbres de la gente eclesiástica, que estaban estragadas. Demás desto, el metropolitano de Tarragona, bien que no se halló en el Concilio toledano próximo pasado, juntó en Zaragoza sus obispos sufragáneos. En este Concilio se declaró en tres capítulos la manera con que se debian recebir en la Iglesia católica los que se quisiesen apartar de la secta arriana. En Toledo asimismo, en Huesca y en Barcelona se tuvieron otros concilios particulares, cuyas acciones no pareció referir aquí en particular por ser fuera de nuestro propósito y porque se pueden leer en el libro muy antiguo de *Concilios de San Millan de la Cogulla*. Volvamos á las cosas del Rey, el cual despues de fallecida la reina Bada, con deseo que tenia de hacer las paces con los reyes de Francia, puestas en olvido las injurias y desabrimientos pasados, por sus embajadores pidió por mujer á Clodosinda, la otra hermana de Childeberto, rey de Lorena, segun que arriba queda tocado, matrimonio que últimamente alcanzó con protestar y certificar á aquellos reyes que no tuvo parte en la muerte de Hermenegildo, antes le cupo gran parte del dolor y del revés de su hermano. Estaba Clodosinda prometida á Antari, rey de los longobardos; pero fué antepuesto Recaredo, así por la instancia que hizo sobre ello, como porque los reyes de Francia cuidaban, lo que era verdad, que los casamientos entre los que son de diferente religion y creencia, ni son legítimos ni suceden bien. El Longobardo todavía era gentil; Recaredo, demás que toda la vida confesó á

Cristo, como lo hacen todos los que se llaman cristianos, últimamente por diligencia de Leandro y de Fulgencio se convirtiera á la religion católica con todos sus estados y señoríos. Nó concuerdan los autores en el tiempo que estas bodas se celebraron. La verdad es que en lo postrero de la edad de Recaredo se hizo alianza con los de Francia; juntamente lo que de los romanos quedaba en España fué trabajado y ellos vencidos por las armas de los godos en algunos encuentros y batallas que se dieron de ambas partes; demás desto, que los vascones, que hoy son los navarros, y con deseo de novedades andaban alterados, fueron por la misma manera sujetados, y sosegaron. Con estas cosas el Rey ganó renombre inmortal y por todo lo demás que gloriosamente hizo en tiempo de paz y de guerra despues que comenzó á reinar. Tuvo una grandeza singular de ánimo, grande ingenio y prudencia, condicion y presencia muy agradable; lo que sobre todo le ennobleció fué el celo que mostró á la verdadera y católica religion. Pasó desta vida año de nuestra salvacion de 601. Reinó quince años, un mes y diez dias. San Isidoro dice que en Toledo, estando á la muerte, hizo pública penitencia de sus pecados á la manera que entonces se acostumbraba. San Gregorio escribe que los merecimientos de san Hermenegildo fueron causa de la reduccion que España hizo de la secta arriana á la religion católica. Dejó Recaredo tres hijos, el mayor se llamó Liuva, los otros Suintila y Geila. Entiéndese que á Liuva hobo en su primera mujer, pues tenia edad conveniente para suceder á su padre, como le sucedió, y para encargarse del gobierno. Los dos postreros no se sabe qué madre tuvieron, si nacieron del primer matrimonio, si del segundo. Lo que consta es que destos príncipes, y en particular de su padre Recaredo, sin jamás faltar la línea decienden los reyes de España, como se entiende por memorias antiguas y lo testifican los historiadores, en particular se saca del rey don Alonso el Magno y Isidoro, pacense, por sobrenombre el mas Mozo. Por lo cual pareció se procederia en todo con mas luz, si se ponia aquí el árbol deste linaje. Gosuinda, mujer que fué del rey Atanagildo, tuvo dos hijas de aquel matrimonio, es á saber, Galsuinda y Brunequilde. Clodoveo, otrosí rey de los francos, tuvo tres nietos, que se llamaron Guntrando, Chilperico y Sigiberto, hijos todos de Clotario, que fué hijo de Clodoveo. Galsuinda casó con Chilperico, que pereció por astucia y engaño de Fredegunde, como arriba queda dicho. Sigiberto casó con Brunequilde, y en ella tuvo á Childeberto y á Ingunde y á Clodosinda. Leovigildo, sucesor de Atanagildo, de su primera mujer Teodosia, antes que fuese rey, hobo á Hermenegildo y á Recaredo, sus hijos; hecho rey, casó con Gosuinda, la reina viuda. Demás desto, hizo que Hermenegildo casase con Ingunde, y Recaredo casó con Clodosinda, las dos nietas de su segunda mujer. Débese tambien considerar en la historia de Recaredo y de los reyes que adelante le sucedieron, que de ordinario se hace mencion de condes y duques, nombres que significaban los gobernadores y magistrados ó otros oficios y dignidades seglares. Condes eran los que gobernaban alguna provincia, duques los que en alguna ciudad ó comarca eran capitanes generales; y porque en particular podian batir moneda para el sueldo de sus gentes, de aquí procedió que el escudo vulgarmente se llamó en España y se llama ducado. Y no solo los que tenian los gobiernos se llamaban condes, sino asimismo los que en la guerra ó en la casa real tenian algun cargo ó oficio principal, ca hallamos en la guerra condes catafractarios, clibanarios, sagitarios, tiufados. En la casa real se halla conde del Establo, que hoy se llama condestable, conde de la Cámara, del Patrimonio, de los Notarios, todo, á lo que se entiende, á imitacion de lo que usaban los emperadores romanos, que, como en este tiempo los godos no daban mucha ventaja en poder y valor á los romanos, así de buena gana los imitaban en las ceremonias y nombres de oficios que ellos modernamente inventaran. De la misma ocasion y imitacion, como algunos sospechan, y no mal, procedió el prenombre de Flavio, de que usó el primero entre los godos Recaredo, y en lo de adelante le usaron los demás reyes muy de ordinario. Por conclusion, á Toledo dieron título de ciudad real, que era el mismo con que los griegos honraban la ciudad de Constantinopla, silla y asiento de aquel imperio. De lo dicho se saca y consta que los condes y duques en esta era fueron nombres de gobierno y no de estado; pero despues por merced de los reyes se dieron los dichos títulos por juro de heredad, con jurisdiccion y estado limitado ordinariamente de ciertos pueblos y lugares, que para ellos y para sus hijos los reyes les daban.

CAPITULO II.

De los reyes Liuva y Witerico y Gundemaro.

Era Liuva de edad apenas de veinte años cuando falleció el rey Recaredo, su padre. Por su muerte, luego que le hizo sepultar y las exequias con la solemnidad que era razon, sin contradiccion le sucedió en el reino y en la corona. Su pequeña edad daba ocasion para que se le atreviesen, y las discordias pasadas, aun no bien sosegadas, á conjuraciones y engaños. Por esta causa, bien que daba muestras de grandes virtudes y de partes á propósito para reinar, y que por las pisadas de su padre se encaminaba para gobernar muy bien su estado y ganar renombre inmortal, fué muerto á traicion por Witerico, persona acostumbrada á semejantes mañas. Tuvo el reino solos dos años, en que no obró cosa que de contar sea, salvo que con la hermosura de su rostro y con su gentileza tenia granjeadas las voluntades de todos, y por ser muerto en la flor de su edad dejó un increible deseo de sí y una lástima extraordinaria en los ánimos de sus vasallos. Hállanse en España monedas de oro acuñadas con su nombre, y en el reverso estas palabras *Hispali pius*, que es lo mismo que *en Sevilla piadoso*, cosa que da alguna muestra de su piedad. Las tales monedas no se pueden atribuir al otro Liuva, tio mayor que fué deste Príncipe, por tener puesta la corona en la cabeza, de que antes del tiempo del rey Leuvigildo no usaron los reyes godos, como arriba queda mostrado. Lo que resultó desta traicion fué que el parricida, con ayuda de su parcialidad, se apoderó del reino de los godos, y le tuvo por espacio de seis años y diez meses. Fué en las cosas de la guerra señalado; bien que en algunos encuentros que tuvo con los romanos que en España quedaban llevó lo peor; pero por remate, cerca de Sigüenza, en aquella parte de España

que se llamaba Celtiberia, parte de la Hispania Tarraconense, las gentes de Witerico vencieron á los contrarios en una batalla que les dieron de poder á poder. Habia á la sazon fallecido en Francia Childeberto, rey que era de Lorena; sucediéronle dos hijos suyos en sus estados y señoríos. Teodoberto quedó por rey de Lorena, y Teodorico fué rey de Borgoña. Con este Teodorico casó Hermemberga, hija del rey Witerico, que envió él á Francia con grande acompañamiento; pero en breve dió la vuelta á España doncella. La causa no se sabe, dado que corrió fama que el rey Teodorico fué ligado para que no pudiese tener ayuntamiento con aquella doncella por arte y hechicerías de sus concubinas, á las cuales era dado demasiadamente. Otros dicen fué astucia de Brunequilde, que por mandarlo ella sola todo, dió traza para que la nuera sin alguna culpa suya fuese enviada á su padre. Despachó Witerico embajadores á Francia sobre el caso con órden que, si aquel Rey no se descargase bastantemente, acudiesen á las provincias comarcanas y procurasen en venganza de aquella afrenta que aquellos príncipes hiciesen liga entre sí y tomasen las armas en daño del de Borgoña, contra quien estaban irritados el rey Clotario, su antiguo enemigo, y el rey de Lorena, Teodoberto, á causa que le solia denostar y decir que era hijo bastardo de su padre y nacido de adulterio. Concertáronse pues estos dos reyes con Agilulfo, rey de los longobardos; y juntadas sus fuerzas, se aparejaban para hacer guerra al comun enemigo. No podia Teodorico resistir á poderes tan grandes; por donde, conocido el riesgo que corria y quebrantada su ferocidad, acudió á lo que era mas fácil, que fué concertarse con su mismo hermano Teodoberto con dalle alguna parte de su mismo estado. Vino Teodoberto de buena gana en este concierto, así por su interés como por ser cosa natural querer componerse con su hermano antes que vengar las injurias de los que no le tocaban. Sucedió como los dos deseaban, porque hecha esta alianza, los otros príncipes desistieron de aquella empresa y partieron mano de aquella guerra, que cuidaban seria muy brava. Con esto el rey Witerico comenzó á ser menospreciado de los suyos, y á brotar el odio que en sus corazones largo tiempo tenian encerrado, en especial que se decia trataba de restituir en España la secta arriana, con cuyas fuerzas y ayuda, como yo pienso, alcanzó el reino. Esta voz y fama alteró el pueblo en tanto grado, que tomadas las armas entraron con grande furia en la casa real y mataron al Rey, que hallaron descuidado ya sentado á yantar. No paró en esto la rabia, porque arrastraron el cuerpo por las calles, y con grandes baldones y denuestos que todo el pueblo le echaba, sucio y afeado de todas maneras le enterraron en cierto lugar muy bajo. Con este desastre tuvieron todos por entendido pagó la muerte que él mismo diera á tuerto á su predecesor el rey Liuva, como queda dicho; y claramente se mostró que la divina justicia, dado que algunas veces se tarda, á la larga ó á la corta nunca deja de ejecutarse. Por la muerte de Witerico alcanzó el cetro de los godos Gundemaro, persona muy señalada en aquella sazon, sea por ser cabeza de aquel motin y autor de la muerte que se dió al tirano, sea por voto de los principales de aquel reino, ca estaban muy satisfechos de su prudencia y partes aventajadas, así para las cosas de la guerra como para las de la paz. Lo que consta es que comenzó á reinar año del Señor de 610; y si es lícito en cosas tan antiguas ayudarse de conjeturas, entiendo que los franceses con sus fuerzas, por estar ofendidos contra Witerico, le ayudaron no poco para subir á aquel grado. Consta por lo menos que acostumbró Gundemaro pagar á los franceses parias, como se ve de las cartas del conde Bulgarano, gobernador á la sazon por el rey de la Gallia Gótica, cartas que hasta hoy se conservan y hallan entre los papeles antiguos y libros de la universidad de Alcalá de Henáres y de la iglesia de Oviedo. De donde asimismo se entiende que los embajadores de Gundemaro que envió á Francia fueron contra el derecho de las gentes, que los tienen por cosa sagrada, maltratados una vez por aquellos reyes, y sin embargo, para mas justificar la queja despachó nuevos embajadores, á los cuales tampoco se dió lugar para hablar á aquellos reyes. Por esto, alterado Bulgarano, no permitió que los embajadores del rey Teodorico pasasen á España; y llegado el negocio á rompimiento, abrió la guerra contra Francia, y con las armas que tomó, de repente se apoderó de dos fuerzas, es á saber, Jubiniano y Corneliaco, y echó dellas las guarniciones de franceses que allí estaban. Acometió el conde Bulgarano en particular estos dos pueblos de la Gallia Narbonense á causa que en el asiento que el rey Recaredo tomó con los franceses los entregara á Brunequilde, por cuya muerte, que se siguió poco adelante sin dejar alguna sucesion por ser ya muertos sus hijos y nietos, se puede presumir que los reyes de Francia no acudieron á recobrar con las armas aquellas dos plazas. Esto en Francia. En España el rey Gundemaro hizo guerra prósperamente á los de Navarra, que de nuevo se alteraban, y asimismo tuvo contiendas con los capitanes y gentes romanas que mantenian aquella parte de España, que todavía se tenia por el imperio; lo cual y su muerte, que fué en Toledo de enfermedad, sucedieron el año del Señor de 612; reinó un año, diez meses y trece dias. La reina, su mujer, se llamó Hilduara; mas no se sabe haya dejado alguna sucesion. Era á la sazon en el oriente emperador de Roma Heraclio, sucesor de Focas; y en la Iglesia romana, despues de Gregorio el Magno y de Sabiniano y Bonifacio III, que consecutivamente le sucedieron, presidia Bonifacio IV; en la iglesia toledana Aurasio, sucesor de Eufimio, de Tonancio y Adelfio, que por este órden le precedieron. Fué Aurasio persona, así en las letras y erudicion como en valor y virtudes, tan señalada, que se puede comparar con cualquiera de los pasados. En tiempo deste prelado, es á saber, el primer año del reinado de Gundemaro, veinte y cinco obispos de diversas partes de España se juntaron en Toledo para determinar en presencia del Rey y por su mandado cierta diferencia que resultara entre el arzobispo de Toledo y los obispos de la provincia cartaginense por esta razon. Eufimio, en las acciones del concilio de Toledo próximo pasado, por descuido se firmó y llamó metropolitano de la provincia de Carpetania; y porque la provincia cartaginense se extendia mucho mas que los carpetanos, que eran lo que hoy es reino de Toledo, los demás obispos apellidaban libertad y no querian reconocer sujecion á la iglesia de Toledo. Este pleito se debió comenzar desque los derechos de Cartagena y su autoridad se

trasladáron á Toledo, y continuarse algunos años adelante. Fueron pues citados para dar razon de sí; y oidas las partes, así el Rey como los obispos pronunciaron sentencia en favor del arzobispo Aurasio. Entre los obispos que asistieron se cuentan Isidoro, arzobispo de Sevilla, que lo era por muerte de san Leandro, su hermano; Inocencio, arzobispo de Mérida, y Eusebio, de Tarragona; y demás destos, si las firmas deste Concilio no nos engañan, se halló tambien presente Benjamin, obispo dumiense. Quince obispos de la provincia cartaginense, por tocarles á ellos en particular este negocio, en un papel aparte firmaron la dicha sentencia. Sus nombres fueron estos: Protogenes, que se llama prelado de la santa iglesia de Sigüenza; Teodoro, castulonense; Minicianο, segoviense; Stéfano, oretano; Jacobo, mentesano; Magnencio, valeriense; Teodosio, ercabicense; Martino, valentino; Tonancio, palentino; Portario, segobriense; Vincencio, bigastriense; Eterio, bastitano; Gregorio, oxomense; Presidio, complutense; Sanabilis, elotano. De donde se entiende que en la provincia de Toledo antiguamente se comprehendian mas iglesias sufragáneas de las que tiene al presente, y que el distrito que tenian los prelados de Toledo como metropolitanos era mas ancho que hoy; porque del primado que tenia sobre las demás iglesias de España, al presente no tratamos, ni entonces se trataba. La verdad es que desde el tiempo de Montano, prelado que fué antiguamente de Toledo, en un concilio que se tuvo en la misma ciudad dieron á aquella iglesia autoridad sobre todas las iglesias de la provincia cartaginense, como los mismos que eran interesados en la diferencia susodicha lo confesaron; y se ve manifiestamente por el proceso deste Concilio y por la determinacion y sentencia que dieron los obispos que en él se hallaron. Floreció por este tiempo el insigne poeta Draconcio; puso en verso el principio del *Génesis*.

CAPITULO III.

Del reinado de Sisebuto.

Hiciéronse el enterramiento y exequias del rey Gundemaro con la solemnidad que era justo. Las lágrimas que se derramaron fueron muchas por haber tan en breve faltado un príncipe tan excelente, de costumbres y vida muy aprobada, y que con la grandeza del ánimo juntaba mucha afabilidad y blandura; cosa con que grandemente se granjean las voluntades del pueblo. Concluido esto, los grandes del reino se juntaron á elegir sucesor; por su voto salió nombrado Sisebuto, persona de no menores partes que su antecesor, señalado en prudencia en las cosas de la paz y de la guerra, ferviente en el celo de la religion católica, y lo que en aquellos tiempos se tenia por milagro, enseñado en los estudios de las letras, y que tenia conocimiento de la lengua latina; con que el dolor que todos recibieran con la pérdida pasada se templó en gran parte. Consérvanse hasta el dia de hoy para muestra de su ingenio y erudicion algunas epístolas suyas y la vida que compuso de san Desiderio, obispo de Viena, á quien el rey Teodorico de Borgoña, exasperado con la libertad y reprehensiones de aquel santo varon, hizo morir apedreado; si ya aquella vida se ha de tener por del rey Sisebuto, y no mas aína por de otro del mismo nombre, á que yo mas me inclino por las razones que quedan puestas en otro lugar. En una aldea llamada Granátula, en tierra de Almagro, se ve una letra en una piedra berroqueña, en que se dice que el obispo Amador falleció el año 614, y que es el segundo año del reinado de Sisebuto; punto fijo y muy á propósito para averiguar el tiempo en que este Rey comenzó á reinar. Entiéndese que aquella piedra se trajo de las ruinas del antiguo Oreto, que estaba de allí distante solo por espacio de media legua. No salieron vanas las esperanzas que comunmente tenian concebidas de las virtudes de Sisebuto, porque en breve sosegó y sujetó los asturianos y los de la Rioja, ca por estar tan léjos y por la aspereza y fortaleza de aquellos lugares andaban alborotados sin querer reconocer obediencia al nuevo Rey. Para la una guerra y para la otra se sirvió de Flavio Suintila, hijo del buen rey Recaredo y mozo de mucho valor; escalon para poco despues subir al reino de los godos. Concluido esto, el mismo Rey, con nuevas levas de gente que hizo por todo su estado, engrosó el ejército de Suintila con intento de ir en persona contra los romanos, que todavía en España conservaban alguna parte, como se entiende, hácia el estrecho de Cádiz y á las riberas del mar Océano, parte de la Andalucía y de lo que hoy se llama Portugal. Entró pues por aquellas tierras, venció y desbarató en batalla dos veces á los contrarios, con que les quitó no pocas ciudades y las redujo á su obediencia, de guisa que apenas quedó á los romanos palmo de tierra en España. Lo que mas es de loar fué que usó de la victoria con clemencia, porque dió libertad á gran número de cautivos que prendieron los soldados, teniendo respeto á que eran católicos; y para que su gente no quedase desabrida, mandó que de sus tesoros se pagase á sus dueños el rescate. Cesario, patricio, por el imperio puesto en el gobierno de España, movido de la benignidad del rey Sisebuto y perdida la esperanza de poder resistir á sus fuerzas por estar tan léjos el emperador Heraclio, que á la sazon imperaba, acometió á mover tratos de paz con los godos. Ofrecióse para esto una buena, aunque ligera ocasion, y fué que Cecilio, obispo montesano, con deseo de vida mas sosegada, desamparada la administracion de su iglesia, se retiró en cierto monasterio, que debia estar en el distrito de los romanos. Citóle el Rey para que diese razon de lo que habia hecho y estuviese á juicio. Cesario, sin embargo que los suyos se lo contradecian y afeaban, dió órden que fuese llevado al Rey por Ansemundo, su embajador, al cual demás desto encargó, si hallase coyuntura, que moviese tratos de paz. Escribió con él sus cartas en este propósito, en que despues de saludar al Rey pretende inclinalle á concierto y á tener compasion de la sangre inocente de los cristianos derramada en tanta abundancia, que los campos de España como con lluvias estaban della cubiertos y empantanados. Dice que le envia el obispo Cecilio con deseo de hacerle en esto servicio agradable; y en señal de amor un arco, dádiva pequeña si se mirase por sí misma, pero grande si consideraba la voluntad con que le enviaba. Fué esta embajada agradable á Sisebuto, ca tambien de su parte se inclinaba á la paz, y con este intento despachó un embajador suyo llamado Teodorico con cartas para Cesario. El, junto con otros embajadores suyos, le envió al

emperador Heraclio para que confirmase las condiciones que entre los dos capitularon. Era este Emperador muy dado á la vanidad de la astrología judiciaria. Avisábanle que su imperio y los cristianos corrian gran peligro de parte de la gente circuncidada. Lo que debiera entender de los sarracenos y moros lo entendia de los judíos; así, dió en perseguir aquella nacion por todas las vias y maneras á él posibles. Lo primero echó á todos los judíos de las provincias del imperio, despues con la ocasion desta embajada que le enviaron de España, desque fácilmente vino en todo lo que tenian concertado, trató muy de veras con el embajador Teodorico hiciese con su señor que desterrase á todos los judíos de España como gente perjudicial á todos los estados, que él mismo los alanzara de sus tierras, y que con ninguna cosa le podrian mas ganar la voluntad. Aceptó este consejo Sisebuto, y aun pasó mas adelante, porque, no solamente los judíos fueron echados de España y de todo el señorío de los godos, que era lo que pedia el Emperador, sino tambien con amenazas y por fuerza los apremiaron para que se bautizasen, cosa ilícita y vedada entre los cristianos que á ninguno se haga fuerza para que lo sea contra su voluntad; y aun entonces esta determinacion de Sisebuto tan arrojada no contentó á los mas prudentes, como lo testifica san Isidoro. Entre las leyes de los godos que llaman el *Fuero Juzgo* se leen dos en este propósito, que promulgó Sisebuto el cuarto año de su reinado. Andaban las cosas revueltas, y así, no era maravilla se errase, porque el Rey se hizo juez de lo que se debiera determinar por parecer de los prelados; como sea así que á los reyes incumba el cuidado de las leyes y gobierno seglar, lo que toca á la religion y el gobierno espiritual á los eclesiásticos. Mas á la verdad los ímpetus y antojos de los príncipes son grandes, y muchas veces los obispos disimulan en lo que no pueden remediar. Publicado este decreto, gran número de judíos se bautizó, algunos de corazon, los mas fingidamente y por acomodarse al tiempo; no pocos se salieron de España y se pasaron á aquella parte de la Gallia que estaba en poder de los francos, de do no mucho despues fueron tambien echados con los demás judíos naturales de Francia por edicto del rey Dagoberto y á persuasion del mismo emperador Heraclio. Fué así, que de Francia fueron á Constantinopla dos embajadores llamados Servacio y Paterno, con quien el Emperador tuvo la misma plática que tuviera con Teodorico, y les persuadió se hiciese en Francia lo que en las demás provincias ejecutaban. Publicóse pues un edicto en Francia en que so pena de la vida se mandaba que dentro de cierto tiempo ninguno estuviese en ella que no fuese cristiano. Muchos quisieron mas ir desterrados; los otros ó fingidamente por acomodarse al tiempo ó de verdad profesaron la religion cristiana. Por esta manera la divina justicia con nuevos castigos por estos tiempos trabajaba y afligia aquella nacion malvada en pena de la sangre de Cristo, hijo de Dios, que tan sin culpa derramaron. Pero dejemos lo de fuera. En España el Rey, usando de la libertad ya dicha, depuso á Eusebio, obispo de Barcelona, y hizo poner otro en su lugar, como se entiende por las mismas cartas suyas. La causa que se alegaba fué que en el teatro los farsantes representaron algunas cosas tomadas de la vana superstición de los dioses que ofendian las orejas cristianas. Esta pareció por entonces culpa bástante, por haberlo el Obispo permitido, para despojarle de su iglesia. El desórden fué que el Rey por su autoridad pasase tan adelante; por cuya diligencia demás desto en Sevilla el año seteno de su reinado se juntaron ocho obispos. Presidió en este Concilio san Isidoro. Los padres en esta junta reprobaron la secta de los acéfalos, herejía condenada al tiempo pasado en el oriente, pero que comenzaba á brotar en España por los embustes y engaños de cierto obispo venido de la Suria, que fué convencido de su error y forzado á hacer dél pública abjuracion. Demás desto, en el mismo Concilio señalaron los términos y aledaños á las diócesis de los obispados particulares sobre que tenian diferencia. A las monjas fué vedado hablar con hombres, sin exceptar á la misma abadesa, á la cual mandaron no hablase con alguno de los monjes fuera del abad y del monje que tenia cuidado de las religiosas; y aun con estos no sin testigos, y solamente de cosas santas y espirituales. Hallóse en este Concilio junto con los obispos el rector de las cosas públicas, por nombre Sisiselo, que así se han de emendar los libros ordinarios, donde se lee Sisebuto diferentemente de como está en los códices mas antiguos de mano. Estaba el Rey ocupado en estos y semejantes negocios cuando le sobrevino la muerte, año de nuestra salvacion de 621; reinó ocho años, seis meses y diez y seis dias. Muchas cosas se dijeron de la ocasion de su muerte; unos que los médicos le dieron una purga, aunque buena, pero en mayor cantidad de lo que debieron; otros que en lugar de purga le dieron de propósito yerbas; la verdad es que en las muertes de grandes príncipes de ordinario se suelen levantar y creer muchas mentiras con pequeño fundamento, principalmente de los que por su buen gobierno y aventajadas partes fueron muy amados de sus súbditos. Hízose el enterramiento y honras como convenia á Príncipe tan grande; muchas lágrimas se derramaron, muestra de la mucha voluntad que todos comunmente le tenian. En la vega de Toledo junto á la ribera de Tajo hay un templo de Santa Leocadia muy viejo y que amenaza ruina; dícese vulgarmente, y así se entiende, que le edificó Sisebuto; de labor muy prima y muy costosa. El arzobispo don Rodrigo testifica que Sisebuto edificó en Toledo un templo con advocacion de Santa Leocadia; la fábrica que hoy se ve no es la que hizo Sisebuto, sino el arzobispo de Toledo don Juan el Tercero; despues que aquella ciudad se tornó á recobrar de moros levantó aquel edificio. Demás desto, testifican que por órden deste Rey los godos usaron de armadas por la mar, y esto para que, pues hasta entonces ganaran gran honra por tierra, se enseñoreasen del mar; ca es cosa cierta que la tierra se rinde al que señorea el mar, que fué parecer de Temístocles. Por ventura tambien pretendian pasar con sus conquistas en Africa por hallarse señores casi de toda la España. Algunos historiadores nuestros dicen que Mahoma, fundador de aquella nueva y perjudicial secta, despues que tuvo sujetas la Asia y la Africa, pasó últimamente en España, y que por autoridad y temor de san Isidoro se huyó de Córdoba; cuento mal forjado que, ni se debe creer, ni concierta con la razon de los tiempos, ni viene bien con lo que las historias extranjeras afirman, y así se debe desechar como cosa vana y fabulosa. Lo cierto es que por la muerte de Sisebuto

sucedió en el reino su hijo Recaredo, mozo de poca edad y de fuerzas no bastantes para peso tan grande. Reinó solos tres meses, y pasados falleció sin que dél se sepa otra cosa.

CAPITULO IV.

De los reyes Suintila y Rechimiro.

Por la muerte destos dos reyes padre y hijo los grandes del reino nombraron por sucesor á Suintila, persona que en las guerras pasadas habia dado muestra de valor y partes bastantes para el gobierno, además que la memoria de su padre le hacia bienquisto con todos, y hizo mucho al caso para que le tuviesen por digno de aquella dignidad y grandeza. Era persona de mucho ánimo y no de menor prudencia; ni con los trabajos se cansaba el cuerpo, ni con los cuidados su corazon se enflaquecia. Su liberalidad fué tan grande para con los necesitados, que vulgarmente le llamaban padre de los pobres. Los de Navarra, gente feroz y bárbara, con ocasion de la mudanza en el gobierno de nuevo se alborotaron, y tomadas las armas, ponian á fuego y á sangre las tierras de la provincia tarraconense; acudió el nuevo Rey con presteza, y con sola su presencia, por la memoria de las victorias pasadas, hizo que se le sujetasen y rindiesen. Perdonólos, pero con condicion que á su costa edificasen una ciudad llamada Ologito, como baluarte y fuerza que los enfrenase y tuviese á raya para que no acometiesen novedades tantas veces, pues les estaba mejor carecer de la libertad, de que usaban mal. Esta ciudad piensan algunos sea la villa que hoy en aquel reino se llama Olite, mas por la semejanza del nombre que por otra razon que haya para decillo, conjetura que suele engañar á las veces. Concluida esta guerra, los romanos que en España quedaban y mas confiaban en el asiento que tenian puesto con los godos que en sus fuerzas, últimamente fueron constreñidos á salirse de toda España, donde por mas de setenta años á las riberas del uno y del otro mar habian poseido parte de lo que hoy es Portugal y de la Andalucía, bien que muchas veces se extendian ó estrechaban sus términos, conforme á como las cosas sucedian. Algunos entienden que por esta causa los godos fortificaron la ciudad de Ebora para que sirviese de frontera contra los romanos. Dan desto muestra dos torres fuertes y de buena estofa, que comunmente dicen por tradicion las edificó el rey Sisebuto, es á saber, para reprimir las entradas que los romanos por aquella parte hacian en las tierras de los godos. Conserváronse los romanos por tan largo tiempo en aquellas partes tan estrechas de España, á lo que se entiende, por estar Africa tan cerca para fácilmente ser socorridos; y al presente, por faltarles esta ayuda á causa de la cruel guerra que el falso profeta Mahoma y los que le seguian hacian por aquellas partes, fueron vencidos y echados de España. Tenian los romanos dividido aquel gobierno en dos partes, y puestos en España dos patricios. Destos al uno con buena industria y maña granjeó el Rey, al otro venció con las armas, y á entrambos los redujo en su poder. A todas estas cosas tan señaladas dió fin el rey Suintila dentro del quinto año de su reinado, que se contaba del nacimiento de Cristo 626. En el cual año, con intento de asegurar la sucesion del reino y hacer que quedase en su casa, declaró por su compañero á Rechimiro, su hijo, mozo que, aunque era de pequeña y tierna edad, con su buen natural daba muestras que imitaria las virtudes de su padre y de su abuelo. Todo esto no fué bastante para que los godos no se desabriesen, ca llevaban muy mal que con este artificio se heredase la majestad real, que antes se acostumbraba dar por voto de los grandes del reino; y es cosa averiguada que desde este tiempo el que poco antes era acatado de todos y temido vino á ser tenido en poco, de tal suerte, que no sosegaron hasta tanto que derribaron de la cumbre del reino á Suintila y á su hijo; que debió de ser la causa porque san Isidoro en la *Historia de los godos*, con que llegó hasta este año, no pasase adelante con su cuento, por hacérselo, como yo pienso, de mal de poner por escrito las afrentas y desastre de aquel Rey, poco antes muy señalado y deudo suyo, y por no dejar memoria de las alteraciones, traiciones y malos tratos que en este caso sucedieron. Lo que principalmente en Suintila se reprehende fué que, despues de tantas victorias y de estar España toda sosegada y en paz, se dió á vicios y deleites; en que se muestra claramente cuánto es mas dificultoso al que tiene mando y libertad para hacer lo que quiere vencerse á sí mismo y á sus pasiones en tiempo de paz que en el de la guerra con las armas sujetar á sus enemigos. Teodora, su mujer, que algunos sospechan fué hija del rey Sisebuto, y Geila ó Agilano, su hermano, á quien habia entregado el gobierno así de su persona como del reino, con sus malos términos fueron ocasion en gran parte del odio que contra él se levantó, y despertaron contra él gran parte de los enemigos, que al fin le echaron por tierra y prevalecieron. Presidia á la sazon en la iglesia de Toledo Helladio, sucesor de Aurasio, varon de señalada prudencia, modestia y erudicion, muy libre de toda avaricia, constante y para mucho trabajo. Fué los años pasados rector de las cosas públicas, que era en lo seglar el mayor cargo de los godos. Dejó el oficio con deseo de seguir vida mas perfecta, y tomó en Toledo el hábito de monje en el monasterio agaliense, y en él en breve llegó á ser abad; donde por órden del rey Sisebuto pasó á ser arzobispo de Toledo. Tuvo por dicípulo al glorioso san Ilefonso, cosa que le dió no menos renombre que sus mismas virtudes, aunque fueron grandes. El mismo le ordenó de diácono, y adelante le sucedió, así en la abadía como en el arzobispado. Parece que la alteracion de los tiempos y pena que Helladio recibió por las revueltas que resultaron fueron ocasion de su muerte, porque al mismo tiempo que Suintila por traicion de Sisenando fué despojado del reino, pasó desta vida. En cuyo lugar sucedió Justo, y por algun tiempo presidió en aquella iglesia. La caida del rey Suintila fué desta manera. Era Sisenando hombre de gran corazon, muy poderoso por las riquezas que tenia, diestro y ejercitado en las cosas de la guerra. Parecióle que el aborrecimiento que comunmente tenian al rey Suintila le presentaba buena ocasion y le abria camino para quitarle la corona. Las fuerzas que tenia no eran bastantes para cosa tan grande. Acudió al rey Dagoberto de Francia. Persuadióle le ayudase con sus fuerzas, avisóle que las voluntades de los naturales estaban de su parte, solo recelaban comenzar cosa tan grande sin tener socorros de otra parte; que

Suintila debajo de nombre de rey era muy cruel tirano, ejecutivo, sujeto á todos los vicios y fealdades, monstruo compuesto de aficiones y codicias entre sí contrarias y repugnantes. Tomado asiento con el Francés, Abundancio y Venerando, capitanes franceses, con gente de Borgoña se metieron por España y llegaron á Zaragoza. Los grandes, que hasta entonces se recelaban y temian, se declararon, y tomadas las armas, no pararon hasta echar del reino á Suintila con su mujer y hijo Rechimiro. Esto se tiene por mas cierto que lo que otros dicen, es á saber, que el rey Suintila y su hijo fallecieron de enfermedad en Toledo, porque del Concilio cuarto toledano y de lo que en él se refiere parece lo contrario; y aun dél se entiende tambien que Agilano, hermano del rey Suintila, entre los demás se arrimó á Sisenando y siguió su partido, si bien la amistad no le duró mucho. De las historias francesas se ve que al rey Dagoberto dieron los nuestros, por ventura á cuenta de los gastos de la guerra, diez libras de oro, que él aplicó para acabar la fábrica de San Dionisio, templo muy sumptuoso y grande junto á Paris y obra del rey Dagoberto. Floreció por este tiempo Juan, obispo de Zaragoza, sucesor de Máximo. Fué muy señalado así bien en la bondad de su vida y liberalidad con los pobres como en la erudicion y letras, de que da testimonio un libro que dejó escrito en razon de cómo se debia celebrar la Pascua. Por el mismo tiempo fueron en España personas de cuenta Vincencio y Ramiro. Vicencio fué abad en San Claudio de Leon, do por defender la religion católica fué muerto por los arrianos, secta que parecia estar ya acabada; su cuerpo en la destruicion de España llevaron á la ciudad de Oviedo. Ramiro fué monje en el mismo monasterio de Leon, y al lado del altar mayor en propia y particular capilla están sus huesos guardados y reverenciados del pueblo. Reinó Suintila diez años; despojáronle del reino año del Señor de 631.

CAPITULO V.

Del rey Sisenando.

Luego que Sisenando salió con lo que pretendia y se vió hecho rey de los godos, como persona discreta advirtió que, por estar los naturales divididos en parcialidades y quedar todavía muchos aficionados al partido contrario, corria peligro de perder en breve lo ganado si no buscaba alguna traza para acudir á este peligro. Parecióle que el mejor camino seria ayudarse de la religion y del brazo eclesiástico, capa con que muchas veces se suelen cubrir los príncipes y aun solaparse grandes engaños. Juntó de todo su señorío como setenta obispos en Toledo con voz de reformar las costumbres de los eclesiásticos, por las revueltas de los tiempos muy estragadas; mas su principal intento era procurar que el rey Suintila fuese condenado por los padres como indigno de la corona, para que los que le seguian y de secreto le eran aficionados, mudado parecer, sosegasen. Túvose la primera junta en la iglesia de Santa Leocadia á 5 de diciembre, año de 634, es á saber, el tercero del reinado del mismo Sisenando. Hallóse el Rey en la junta, y puesto de rodillas con muestra de mucha humildad, con sollozos y lágrimas que de su pecho y sus ojos despedia en abundancia, pidió á los padres le encomendasen á la divina Majestad para que ayudase sus intentos; que el fin para que se juntaran era la reformacion de la diciplina eclesiástica y de las costumbres; que era justo acudiesen á negocio tan importante. Animáronse los obispos con las buenas palabras del Rey, publicaron decretos muy importantes, y en particular señalaron la forma y ceremonias con que se deben celebrar los concilios provinciales, que mandaban se juntasen cada un año. Las cabezas principales de los decretos son estas. Los padres en los asientos y en el votar guarden la antigüedad de su consagracion. Con su voluntad sean admitidos al concilio los grandes que pareciere se deben en él hallar. Muy de mañana se cierren las puertas del templo en que se tiene la junta, fuera de una por donde entren los padres, con su guarda de porteros. El metropolitano proponga los puntos de que en el concilio se ha de tratar. Las causas particulares proponga el arcediano. Haya en España un Misal y un Breviario. (El cuidado de hacer esto se encomendó á san Isidoro, que tuvo el primer lugar en este Concilio; de aquí resultó que comunmente el Misal y Breviario de los mozárabes se atribuyen á san Isidoro, dado que san Leandro compuso muchas cosas dello, y con el tiempo se añadieron muchas mas.) Antes de la Epifanía resuelvan los sacerdotes entre sí en qué dia de aquel año se ha de celebrar la Pascua, y dello los metropolitanos por sus cartas dén aviso á las iglesias de su provincia. El *Apocalipsi* de san Juan Evangelista se cuente entre los libros canónicos. Las iglesias de Galicia en la bendicion del cirio Pascual, en las ceremonias y oraciones se conformen con las demás de España. Ninguno se ordene de obispo ni de presbítero que no sea de treinta años y tenga aprobacion del pueblo. Los judíos en adelante no sean forzados á bautizarse. Los que forzados del rey Sisebuto se bautizaron perseveren en la fe que profesaron. Los judíos y los que dellos decienden no puedan tener públicos oficios y magistrados. Los clérigos no corten el cabello, solo en lo mas alto de la cabeza, que deben afeitarla toda; pero de guisa que los cabellos queden en forma de corona. Ninguno se apodere del reino sino fuere por voto de los grandes y prelados. El juramento hecho al Rey no sea quebrantado. Los reyes del poder que les ha sido dado para el bien comun no abusen para hacerse tiranos. Suintila, su mujer y hijos y su hermano sean descomulgados por los males que cometieron en el tiempo que tuvieron el mando. Lo que se pretendia con este decreto, y á que todo lo demás se enderezaba, era asegurar en el reino á Sisenando, y junto con esto para lo de adelante dar aviso que ninguno imitase ni se atreviese á hacer locuras semejantes. Decreto en que parece tener alguna muestra de aspereza extender el castigo á los hijos del Rey, á quien debia excusar la inocencia de su edad. Pero fué costumbre de los antiguos usada de todas las naciones, que á veces los hijos sean castigados por los padres; y esto á propósito que el mucho amor que les tienen enfrene á los que de su particular interés no harian caso. Firmaron las acciones y decretos del Concilio todos los obispos. Los metropolitanos por este órden: Isidoro, arzobispo de Sevilla; Selva, de Narbona; Stefano, de Mérida, sucesor de Mausona; Inocencio y Renovato, que por este órden le precedieron en aquella iglesia. En cuarto lugar firmó Justo,

prelado de Toledo; en el quinto Juliano, de Braga; y en el postrero Audax, de Tarragona. De los demás prelados y del órden que guardaron no hay que hacer mencion en este lugar. Solo de Justo, arzobispo de Toledo, quiero añadir que, segun parece, era persona suelta de lengua y maldiciente, tanto, que en todas sus pláticas acostumbraba á reprehender y murmurar de todo lo que Helladio, su predecesor, habia hecho; la condicion tuvo tan áspera, que sus mismos clérigos por esta causa le ahogaron en su lecho despues que en aquella iglesia presidió por espacio de tres años. Quién dice que el Justo á quien mataron sus clérigos fué diferente del que fué arzobispo de Toledo. Entre las firmas de los otros obispos está la de Pimenio, obispo que se llama de Asidonia, cuyo nombre hasta el dia de hoy se lee en Medinasidonia en la iglesia de Santiago, grabado en una piedra, y en otra iglesia de San Ambrosio que está á la ribera del mar como media legua de Bejer de la Miel; por donde se entiende que debió consagrar aquellas dos iglesias. Demás de lo dicho, personas eruditas y diligentes son de parecer que el libro de las leyes góticas, llamado vulgarmente el *Fuero Juzgo*, se publicó en este concilio de Toledo, y que su autor principal fué san Isidoro: concuerdan muchos códices antiguos destas leyes que tienen al principio escrito como en el Concilio toledano cuarto, que fué este, se ordenaron y publicaron aquellas leyes. Otros pretenden que Egica, uno de los prostreros reyes godos, hizo esta diligencia. Muévense á sentir esto por las muchas leyes que hay en aquel volúmen de los reyes que adelante vivieron y reinaron. Puede ser, y es muy probable, que al principio aquel libro fué pequeño, despues con el tiempo se le añadieron las leyes de los otros reyes como se iban haciendo. Por conclusion, una fórmula que anda impresa de cómo se han de celebrar los concilios ordinariamente se atribuye á san Isidoro; mas algunos entienden que adelante alguna persona la forjó de lo que en esta razon se determinó en este Concilio y de otras muchas cosas que juntó, tomadas de otros concilios; y que para darle mayor autoridad y crédito la publicó en nombre de san Isidoro, como autor tan grave, y que en particular tuvo el primer lugar en este concilio de Toledo. Todo pudo ser; el juicio desto quedará libre al lector; el nuestro es que las razones que se alegan por la una y por la otra parte ni concluyen que la dicha fórmula sea de san Isidoro ni tampoco lo contrario.

CAPITULO VI.

Del rey Chintila.

Casi por el mismo tiempo que Justo, arzobispo de Toledo, falleció de la manera que ello haya sido, el rey Sisenando pasó desta vida; murió de su enfermedad en Toledo veinte dias despues el año del Señor de 635; reinó tres años, once meses y diez y seis dias. Acudieron los grandes y prelados, conforme á la órden que se dió en el Concilio pasado, para elegir sucesor. Regularon los votos, salió nombrado Chintila y elegido por rey. En lugar del arzobispo Justo sucedió Eugenio, segundo deste nombre, varon esclarecido, así por sus virtudes como conocido por la estrecha amistad que tuvo con san Isidoro, arzobispo de Sevilla; al cual, como Eugenio por sus cartas preguntase si el inferior puede absolver de la sentencia y censura fulminada por el superior, y si los apóstoles todos fueron de igual póder, respondió en una carta que por ser muy memorable me pareció poner aquí. Dice pues: «Al carísimo y excelente en virtudes »Eugenio, obispo, Isidoro. Recebí la carta de vuestra »santidad, que trajo el mensajero Verecundo. Damos »gracias al Criador de todas las cosas porque se digna »conservar para bien de su Iglesia en salud vuestro »cuerpo y alma. Para satisfacer conforme á nuestras »fuerzas á vuestras preguntas pedimos que por los su»fragios de vuestras oraciones seamos del Señor libra»dos de las miserias que nos afligen. Cuanto á las pre»guntas que vuestra venerable paternidad, dado que »no ignora la verdad, quiere que responda, digo que »el menor, fuera del artículo de la muerte, no puedo »desatar el vínculo de la sentencia dada por el superior; »antes al contrario, el superior, conforme á derecho, po»drá revocar la del inferior, como los padres ortodoxos »por autoridad sin duda del Espíritu Santo lo tienen de»terminado; que decir ó hacer al contrario, como vues»tra prudencia lo entiende, seria cosa de mal ejemplo; »es á saber, gloriarse la segur contra el que corta con »ella. En lo de la igualdad de los apóstoles, Pedro se »aventajó á los demás, que mereció oir del Señor: Tú »eres Pedro, etc., y no de otro alguno, sino del mismo »Hijo de Dios y de la Vírgen, recibió el primero la hon»ra del pontificado. A él tambien despues de la resur»reccion del Hijo de Dios fué dicho por él mismo: Apa»cienta mis corderos; entendiendo por nombre de cor»deros los prelados de las iglesias, cuya dignidad y »poderío, dado que pasó á todos los obispos católicos, »especialmente resido para siempre por singular privile»gio en el de Roma, como cabeza mas alta que los otros »miembros. Cualquiera pues que no le prestare con »reverencia la debida obediencia, apartado de la cabe»za, se muestra ser caido en el acefalismo. Doctrina »que la santa Iglesia aprueba y guarda como artículo »de fe, lo cual quien no creyere fiel y firmemente no po»drá ser salvo, como lo dice san Atanasio hablando de »la fe de la Santa Trinidad. Estas cosas brevemente he »respondido á vuestra dulcísima caridad sin ser mas »largo; pues, como dice el filósofo, al sabio poco lo »basta. Dios os guarde.» Un pedazo desta carta engirió don Lúcas de Tuy poco menos ha de cuatrocientos años en una disputa docta y elegante que hizo contra la secta de los albigenses, que se derramaba y cundia por España. Volvamos al rey Chintila, de quien algunos sienten fué hermano carnal del rey Sisenando y padre de ambos Suintila. En contrario desto hace que en el cuarto Concilio toledano se dicen muchos baldones contra Suintila, que no parece sufriera ninguno de sus hijos que en su presencia maltrataran de aquella suerte á su padre; conjetura á mi ver bastante. La verdad es que luego que el rey Chintila se encargó del gobierno, sea por miedo de alguna revuelta, sea por imitar el ejemplo de su predecesor, hizo que se juntase un nuevo concilio de obispos en Toledo á proposito que por su voto los padres confirmasen su eleccion. Era cosa muy larga esperar que todos los prelados de aquel reino se juntasen. Acudieron sin dilacion veinte y dos obispos, casi todos de la provincia cartaginense, que fué el primer año del reinado de Chintila, y del nacimiento de Cristo se contaban 636.

Hízose la junta en la iglesia de Santa Leocadia, en que se ordenaron algunas leyes. La primera contiene que cada un año á 13 de diciembre por espacio de tres dias se hagan las letanías. Habia costumbre de muy antiguo que antes de la Ascension se hiciesen estas procesiones por los frutos de la tierra. Mamerco, obispo de Viena, en cierta plaga, es á saber, que los lobos en aquella tierra rabiaban y hacian mucho daño, por estar olvidada la renovó como docientos años antes deste tiempo, y aun añadió de nuevo el ayuno y nuevas rogativas, todo lo cual se introdujo en las demás partes de la Iglesia. Gregorio Magno asimismo los años pasados, por causa de cierta peste que anduvo en Roma muy grave, ordenó que el dia de san Márcos se hiciesen las letanías; lo uno y lo otro se guarda do quiera todos los años. En España, en particular en el Concilio gerundense se aprobó y recibió todo lo que está dicho; mas en este Concilio fué tan grande la devocion y celo de los padres, que con un nuevo decreto mandaron se hiciesen las dichas letanías el mes de diciembre, no con intento de alcanzar alguna merced ni de librarse de algun temporal, sino para aplacar á Dios y alcanzar perdon de los pecados, que eran muchos y muy graves. Verdad es que estas letanías se han dejado, y ya en ninguna parte se hacen. Los demás decretos deste Concilio son de poca consideracion. Enderézanse á confirmar la eleccion del rey Chintila y amparar á sus hijos, que aun despues de la muerte de su padre mandan ninguno se atreva á hacerles agravio ni demasía. En particular para reprimir la ambicion se ordena, so pena de excomunion, que ninguno se apodere del reino sino fuere elegido por votos libres, y que se dé solamente á los que descendian de la antigua nobleza y alcuña de los godos. Que ninguno se atreva á negociar los votos antes de la muerte del Rey, por ser lo contrario ocasion de alteraciones y aleves. En este Concilio, que entre los toledanos es el quinto, tuvo el primer lugar Eugenio, arzobispo de Toledo, que firmó los decretos del Concilio por estas palabras : Yo Eugenio, por la misericordia de Dios, obispo metropolitano de la iglesia de Toledo, de la provincia cartaginense, consintiendo firmé estos comunes decretos. Despues dél se sigue Tonancio, obispo de Palencia, como se lee en los códices muy antiguos, y por su órden los demás obispos. Para que estos decretos tuviesen mas fuerza y fuesen recebidos de todo el reino, el año luego siguiente á instancia del Rey se juntaron en Toledo pasados de cincuenta obispos, todos del señorío de los godos. Celebróse el Concilio, que fué el sexto entre los de Toledo, en Santa Leocadia la Pretoriense, que algunos entienden fué la iglesia desta Santa que está junto al alcázar llamado en latin Pretorio, y en su vejez muestra rastros de su antiguo primor y grandeza. Otros quieren que la iglesia de Santa Leocadia la Pretoriense fuese la que está fuera de la ciudad, porque tambien las casas de campo se llaman pretorios. Demás que el alcázar entonces no estaba donde hoy. La verdad es que la junta se tuvo á 9 de enero, año del Señor de 637; en ella se ordenaron y publicaron diez y nueve decretos, que se enderezan parte á reformar la diciplina eclesiástica, parte á confirmar lo que acerca del Rey y de sus hijos se decretó en el Concilio pasado. Demás desto, ordenaron por decreto particular que no se diese la posesion del reino á ninguno antes que expresamente jurase que no daria favor en manera alguna á los judíos, ni aun permitiria que alguno que no fuese cristiano pudiese vivir en el reino libremente. Halláronse en este Concilio los prelados Selva, de Narbona, Juliano, de Braga, Eugenio, de Toledo, Honorato, de Sevilla, sucesor de san Isidoro, que ya por estos tiempos era fallecido. Allende destos, Protasio, obispo de Valencia, y los demás prelados que firmaron por su órden. El que tuvo mas mano en la direccion de los negocios, y se entiende formó los decretos que en este Concilio se hicieron, fué Braulio, obispo de Zaragoza, que en aquella iglesia sucedió á su hermano Juan, como persona que se aventajaba á los demás en el ingenio, erudicion y letras. Demás desto, en nombre del Concilio escribió una carta á Honorio, á la sazon pontífice romano, para pedirle que con su autoridad aprobase lo que en el Concilio se decretara. Desta carta dice el arzobispo don Rodrigo era tan elegante en las palabras, tan llena de graves sentencias, el estilo tan concertado, que causó grande admiracion en Roma. La celebracion destos concilios fué la cosa mas memorable que se cuenta del rey Chintila; debió ser que por haber echado los enemigos de todo su señorío y estar el reino reposado y en paz no se ofrecieron guerras de consideracion, mayormente que la buena diligencia del Rey y la autoridad de los obispos tenian los naturales reprimidos para no mover alteraciones y alborotos. Falleció el rey Chintila año de nuestra salvacion de 639. Poseyó el reino tres años, ocho meses y nueve dias.

CAPITULO VII.

De la vida y muerte del bienaventurado san Isidoro.

Por el Concilio toledano sexto y por los obispos que en él se hallaron, como queda apuntado, se entiende que el bienaventurado san Isidoro á la sazon era pasado desta presente vida; y por lo que dél escribió san Ilefonso en los *Varones ilustres* parece fué su muerte el año postrero del rey Sisenando, que se contaban del nacimiento de Cristo 635. Otros son de opinion que tuvo vida mas larga y llegó al tiempo del rey Chintila, cuyo reinado acabamos de tratar. Fué este insigne varon hermano de padre y madre de san Leandro, san Fulgencio y santa Florentina; otros tambien le señalan por hermana á Teodosia, madre de los reyes Hermenegildo y Recaredo. En los años y en la edad fué el menor entre todos sus hermanos; en la elocuencia, ingenio y doctrina se les aventajó grandemente, y en la grandeza del ánimo y de sus virtudes igualó á su padre Severiano, de quien algunos dicen fué duque de la provincia cartaginense. Dejó muchos libros escritos que dan bastante muestra de lo que queda dicho, cuya lista y catálogo san Ilefonso y Braulio pusieron en la vida que deste Santo escribieron. Indicio y presagio de su grande elocuencia fué lo que escriben de un enjambre de abejas que volaban al rededor de la cuna y de la boca de san Isidoro siendo niño, cosa que ni se cree ni se dice sino de personas de gran cuenta. Verdad es que tambien refieren que en sus primeros años se mostró de ingenio rudo, lo cual, y juntamente el miedo del soberbio maestro que le enseñaba, fué ocasion que se salió y huyó de la casa de su padre. Andaba descarriado por los campos, cuando á la sazon advirtió en un poso

un brocal acanalado por el largo uso y por el ludir de la soga. Consideró, aunque pequeño, con aquella vista cuán grandes sean las fuerzas de la costumbre y como el arte, perseverancia y trabajo pueden mas que la naturaleza; con esta consideracion dió la vuelta. Parte deste brocal, que es de mármol, se muestra en San Isidoro de Sevilla, y se tiene ordinariamente fué el mismo de que se ha dicho. Destos principios subió á la cumbre de doctrina y erudicion con que alumbró y ennobleció toda España; y al tiempo que sus hermanos andaban desterrados por el rey Leuvigildo, sirvió mucho con su celo y osadía á la Iglesia católica. Ayudóle mucho para que se hiciese tan docto san Leandro, su hermano, ca vuelto del destierro, y conocidas sus aventajadas partes y las grandes esperanzas que de sí daba, ó fuese por otra causa, le encerró en un aposento sin dejalle libertad para ir donde quisiese. Aprovechóse él de aquella clausura, de la edad y ingenio, que todo era á propósito, para revolver gran número de libros, de que resultó el de las *Etimologías*, de erudicion tan varia, que parece cosa de milagro para aquellos tiempos, obra que últimamente perficionó y publicó adelante á persuasion de Braulio, su grande amigo. Duró este recogimiento tan estrecho todo el tiempo que vivió san Leandro, su hermano, que por su muerte fué puesto en su lugar y en su silla. Gobernó aquella iglesia con gran prudencia, hizo leyes y constituciones muy á propósito. Mas como quier que entendiese que todo lo demás es de poco momento, si los mozos desde su primera edad á manera de cera no son amaestrados y enderezados en toda virtud, fundó en Sevilla un colegio para enseñar la juventud y ejercitarla en virtud y letras. Deste colegio á guisa de un castillo roquero salieron grandes soldados, varones señalados y excelentes, entre los demás los santos Ildefonso y Braulio. Algunos afirman que en tiempo de Gregorio Magno fué Isidoro á Roma, que debió ser con deseo que tenia de renovar y continuar la amistad que entre aquel santo pontífice y su hermano desde los años pasados estaba trabada. Lo que añaden que en brevísimo espacio, antes la misma noche de Navidad hizo aquella jornada y dió la vuelta; demás desto, que dos candelas que él mismo con cierto artificio hizo, se hallaron en su sepulcro encendidas en tiempo del rey don Fernando el Primero; item, que el falso profeta Mahoma fué por este Santo echado de Córdoba; todas estas cosas las desechamos como frívolas y hablillas sin fundamento, pues ni son á propósito para aumentar su grandeza, y quitan el crédito á las demás que dél con verdad se cuentan. Por la verdad y templanza se camina mejor; mas ¿qué cosa puede ser mas vana que pretender con fábulas honrar la vida y hechos de los santos de Dios? O ¿qué cosa puede ser mas perjudicial ni mas contraria á la religion y honra de los santos que la mentira? La verdad es que la prudencia de san Isidoro ayudó mucho para que todo el reino se gobernase con muy buenas leyes y estatutos que por su órden se hicieron, y que para reformar las costumbres, á instancia suya y por su órden, se tuvieron en Sevilla y en Toledo algunos concilios. Fué arzobispo de Sevilla como cuarenta años. Llegado á lo postrero de su edad, que fué muy larga, le sobrevino una muy grave y mortal fiebre. Visto que se moria, hízose llevar en hombros por sus discípulos á la iglesia de San Vicente de la misma ciudad de Sevilla; hiciéronle compañía hasta tanto que rindió el alma un obispo llamado Juan y Uparcio, sus muy especiales amigos. En aquella iglesia hizo pública confesion de sus pecados y recibió el santísimo sacramento de la Eucaristía, con que por espacio de tres dias se aparejó como era razon para partir desta vida. En aquel tiempo dió lugar á todos para que le viesen y hablasen. Consolólos con palabras muy amorosas; pidió perdon, así como estaba, á todo el pueblo en comun y misericordia á Dios con oracion muy ferviente y grande humildad interior y exterior. Por conclusion, entre los sollozos de los suyos y lágrimas muy abundantes que toda la ciudad despedia por su muerte, en el mismo templo rindió el espíritu á 4 de abril, que es el mismo dia en que en España se le hace fiesta particular. El año en que murió no está puntualmente averiguado. No hizo testamento, parte por la pobreza que profesaba, parte porque todos los bienes que le quedaban se dieron por su mandado aquellos dias á pobres. Reconoció por toda la vida el primado de la Iglesia romana, ca decia era la fuente de las leyes y decretos á que se debe acudir en todo lo que concierne á las cosas sagradas, ritos y ceremonias. Esto solia decir en toda la vida; pero al tiempo de su muerte mas en particular protestó á aquella nacion que si se apartaban de los divinos mandamientos y doctrina á ellos enseñada serian castigados de todas maneras, derribados de la cumbre en que estaban y oprimidos con muy grandes trabajos; mas que todavía, si avisados con los males se redujesen á mejor partido, con mayor gloria que antes se adelantarian á las demás naciones. No se engañó en lo uno ni en lo otro, ni salió falsa su profecía, como se entiende, así por las tempestades antiguas que padeció España como por la grandeza de que al presente goza, cuando vemos que su imperio, derribado antiguamente por las maldades y desobediencia del rey Witiza y despues levantado, de pequeños principios ha venido á tanta grandeza, que casi se extiende hasta los últimos fines de la tierra. Por la muerte de san Isidoro sucedió en aquella silla Teodisclo, griego de nacion; deste refieren algunos corrompió las obras de san Isidoro y las entregó á Avicena, árabe, para que traducidas en lengua arábiga las publicase en su nombre y por suyas. Lo que toca á Avicena, si ya no fué otro del mismo nombre, es falso, pues por testimonio de Sorsano, contemporáneo del mismo Avicena y que escribió su vida, se sabe que mas de trecientos años adelante pasó toda la vida en la casa y palacio real de los Persas sin venir jamás á España. Martino Polono en su *Cronicon* dice que, como el papa Bonifacio VIII tratase de nombrar y señalar los cuatro doctores de la Iglesia para que se les hiciese fiesta particular, no faltaron personas que juzgaron debia san Isidoro ser antepuesto á san Ambrosio, á lo menos era razon que con los cuatro le contasen por el quinto. Hace para que esto se crea la erudicion deste santo varon en todo género de letras, y que en el número de los cuatro doctores se cuentan y ponen dos de Italia, y ninguno del poniente ni de los tramontanos. Tambien es cosa cierta que en España, bien que en diferentes tiempos, florecieron tres personas muy aventajadas deste mismo nombre: Isidoro, obispo de Córdoba, al que por su antigüedad llaman el mas Viejo; el segundo, Isidoro, hispalense, cuya vida acabamos de escribir; el postrero, Isi-

doro, pacense, que fué adelante, y por esto se llama comunmente el mas Mozo; dado que á las veces suelen dar este mismo apellido á Isidoro el hispalense cuando le comparan con el cordobés. Esto se advierte para que este sobrenombre de Junior ó mas Mozo no engañe á ninguno ni le deslumbre.

CAPITULO VIII.

De los reyes Tulga, Chindasvinto y Recesvinto.

En lugar del rey Chintila, por voto de los grandes del reino, fué puesto Tulga, mozo en la edad, pero en las virtudes viejo; en particular se señalaba en la justicia, celo de la religion, en la prudencia, en el gobierno y destreza en las cosas de la guerra. Fué muy liberal para con los necesitados, virtud muy propia de los reyes, que es justo entiendan que la abundancia de bienes y sus riquezas no deben servir para su particular provecho y para sus deleites, sino para ayudar á los flacos y para remedio de todo el pueblo. Iba destos principios en aumento, y parecia habia de subir á la cumbre de toda virtud y valor cuando la muerte le atajó los pasos, que de enfermedad le sobrevino en la ciudad de Toledo, año de nuestra salvacion de 641. Tuvo el reino solos dos años y cuatro meses. Sigiberto, gemblacense, dice que el rey Tulga fué mozo liviano, y con su libertad y soltura dió ocasion á los suyos para que se levantasen contra él y le echasen del reino. La razon pide hacer mas caso en esta parte de lo que san Ildefonso depone, como testigo de vista, que de lo que escribió un extranjero, ó por odio de nuestra nacion, ó lo que es mas probable, por engaño, á causa de la distancia del lugar y tiempo en que y cuando escribió, con que fácilmente se suelen trocar las cosas. La verdad es que por la muerte de Tulga, como quier que el reino de los godos quedase sin gobernalle y sujeto á ser combatido de los vientos, Flavio Chindasvinto, por tener á su cargo la gente de guerra con cuyas fuerzas se habia rebelado contra el rey Tulga, que parece le despreciaba por su edad, luego que falleció, con las mismas armas y con el favor de los godos se apoderó de todo y se quedó con el reino; que los demás grandes del reino no se atrevieron á hacerle contradiccion ni contrastar con el que tenia en su poder los soldados viejos y las huestes del reino. Verdad es que, aunque se apoderó del reino tiránicamente, en lo de adelante se gobernó bien; que parece pretendia con la bondad de sus costumbres, prudencia y valor suplir la falta pasada. Lo primero que hizo fué poner en órden las cosas de la república con buenas leyes y estatutos que ordenó; y para que con mayor acuerdo se tratase de todo lo que era conveniente, el sexto año de su reinado hizo juntar en Toledo los obispos de todo su señorío. Concurrieron treinta obispos de diversas partes. La primera junta se tuvo á 28 de octubre, dia de los apóstoles san Simon y Júdas. Es este Concilio entre los toledanos el seteno. En él se publicaron seis decretos, y entre ellos, conforme á lo que estaba ordenado en el Concilio valentino, que se tuvo en tiempo del rey Teodorico y del papa Simaco, de nuevo se mandó que á la muerte de cualquier obispo se hallase el que de los obispos comarcanos fuese para ello avisado para asistir en el enterramiento y honras del difunto, y acudir á lo que ocurriese. Ponen pena de descomunion por espacio de un año y suspension de su oficio y dignidad al que no obedeciese y avisado no quisiese acudir. No falta quien diga que en este Concilio, por autoridad de los padres, se compuso la diferencia que entre los arzobispos de Sevilla y Toledo andaba sobre el primado. La verdad es que en el postrer capítulo se mandó que los obispos comarcanos por su turno, cada cual su mes, acudiese á la ciudad de Toledo y con su presencia la honrase; decreto que dicen ordenan teniendo consideracion á la dignidad del rey y á honrar al metropolitano. Por lo demás, las firmas de los obispos muestran claramente que no pretendieron por este privilegio dar al arzobispo de Toledo la autoridad de primado, pues despues de los arzobispos Oroncio, de Mérida, y Antonio, de Sevilla, en tercero y cuarto lugar firmaron Eugenio, prelado de Toledo, y Protasio, de Tarragona. Siguiéronse los otros obispos por el órden de su antigüedad y consagracion; despues dellos los vicarios ó procuradores de los obispos ausentes, en cuyas firmas se debe advertir que no dicen consentir solamente, sino determinar las acciones del Concilio; cosa extraordinaria, y que en nuestra edad no usaron de semejante autoridad y palabras los vicarios de los obispos ausentes en el concilio de Trento. Era por este tiempo arzobispo de Sevilla Antonio, como queda tocado, que sucedió en lugar de Teodisclo, depuesto poco antes y echado de toda España por mandado del rey Chindasvinto, á causa que con su natural liviandad sembraba mala doctrina, y aun le convencieron que para dar mayor autoridad á lo que enseñaba corrompió las obras de san Isidoro que le vinieron á las manos, como al que le sucedió en su iglesia y dignidad. Depuesto, pasó en Africa y allí se hizo moro; que tan grande es la fuerza de la obstinacion y en tanto grado se ciegan los hombres que una vez se apartan del verdadero camino. Desta caida de Teodisclo refieren los que pretenden favorecer el primado de Toledo, y en particular el arzobispo don Rodrigo, que el rey Chindasvinto tomó ocasion para pasar á aquella ciudad real la dignidad de primado, y quitarla á la ciudad de Sevilla en que hasta entonces estuviera, y que lo uno y lo otro se hizo por voluntad y privilegio del Pontífice romano; lo cual dicen sin argumento bastante ni testimonio de algun escritor antiguo que tal diga; así, lo dejamos como cosa sin fundamento. Gobernaban por estos tiempos la Iglesia de Roma Teodoro y el que le sucedió, que fué Martino el Primero. Tiénese por cierto, y hay memorias antiguas, que Chindasvinto, con deseo que tenia de enriquecer á España con libros y letras, envió á Roma el obispo de Zaragoza, llamado Tajo, para que con voluntad del papa Teodoro buscase en particular los libros de san Gregorio sobre Job, llenos de alegorías y moralidades excelentes, para que los trajese consigo á España; ca los que el dicho Gregorio envió á Leandro, á quien los dedicó, si los envió empero, no parecian por la injuria de los tiempos. Decia tener gran deseo, por medio de aquellos libros, de renovar en España la memoria del uno y del otro Santo, aumentar la religion católica y confirmarla y enriquecer la librería eclesiástica, que tenia por cierto con ninguna cosa podria dar mas lustre á su reino, que se hallaba por medio de la paz, y por haber alanzado de sí la impiedad arriana,

colmado de bienes, que con los estudios de la sabiduría y con procurar que la religion se conservase en su puridad; que para todo eran muy á propósito los libros de los padres antiguos. Llegó Tajo á Roma, propuso su embajada. Deseaba el Papa darle contento y complacer al Rey; pero habia sucedido en Roma lo mismo que en España, que casi no quedaba memoria de aquellos libros. Era cosa larga revolver todos los papeles y archivos; dilatábase el negocio de dia en dia, ora alegaban una ocasion de la tardanza, ora otra. Visto el Obispo que todo era palabras y que no se descubria camino para alcanzar lo que pretendia, acudió á Dios con muy ferviente oracion; suplicóle no permitiese que tan grandes trabajos fuesen en vano, que ayudase benignamente los piadosos intentos de su Rey; pasó toda la noche en estas plegarias. Acudió nuestro Señor á su demanda, señalóle el lugar en que tenian guardados los escritos de san Gregorio, con que se efectuó todo lo que deseaba. Hobo fama, y el mismo Tajo lo testifica en una carta que escribió en esta razon, que el mismo san Gregorio le apareció y reveló lo que tanto deseaba saber. Por el mismo tiempo comenzó á correr en España la fama de Fructuoso. Trocó la vida de señor, que las historias de aquel tiempo llaman senior, por ser de la real sangre de los godos y su padre duque, en la flor de su edad, con la vida de particular y de monje. Tuvo por maestro al principio á Tonancio, obispo de Palencia. Llegado á mayor edad, con deseo de mas perfeccion se fué á vivir al desierto en aquella parte que hoy llaman el Vierzo, donde de su mismo patrimonio adelante edificó un monasterio de monjes con la advocacion de los mártires Justo y Pastor. Cerca de Complútica, á las haldas del monte Irago, se ven los rastros deste monasterio, y en la iglesia catedral de Astorga, de do cae no léjos aquel sitio, entre las demás dignidades se cuenta el abad complutense, ca despues que aquel monasterio fué en el tiempo adelante destruido, se ordenó que aquella abadía fuese dignidad de Astorga. De un privilegio que dió el rey Ramiro el Tercero á la dicha iglesia de Astorga se entiende que el rey Chindasvinto ayudó con muchas posesiones y preseas que dió á Fructuoso para la fundacion y dotacion de aquel monasterio. Demás desto, porque en el primer monasterio no cabia tanta muchedumbre de religiosos como cada dia acudian á la fama de Fructuoso y de su santidad, fundó él mismo allí cerca otro monasterio con advocacion de San Pedro, en un sitio rodeado por todas partes de montes y arboledas muy frescas. Deste convento, en tiempo del rey Wamba, fué prelado el abad Valerio, cuyo libro se conserva hasta hoy con título de la *Vana sabiduría del siglo*, sin otras algunas obras suyas en prosa y en verso, que dan muestra de su ingenio, piedad y doctrina. Este monasterio reedificó adelante y le ensanchó Genadio, obispo de Astorga, año del Señor de 906, como se entiende por la letra de una piedra que está en la misma puerta del claustro, por donde de la iglesia se pasa al monasterio. Otro tercero monasterio edificó Fructuoso en la isla de Cádiz, y el cuarto en tierra firme, nueve leguas de aquellas riberas, sin otros que en diversos lugares fundó, así de varones como de mujeres. Entre las vírgenes Benedicta tuvo el primer lugar, y fué muy señalada, porque dejado el esposo á quien estaba prometida, persona rica y muy noble, con deseo de conservar la virginidad acudió al amparo de Fructuoso. Esto pasaba en España en lo postrero de la edad del rey Chindasvinto, cuando él, con intento de asegurar y continuar el reino en su familia, de que se apoderara por fuerza, nombró por su compañero en él á su hijo Flavio Recesvinto, el año de Cristo de 648, despues de haber reinado solo y sin compañero por espacio de seis años, ocho meses y veinte dias. Despues desto, aunque vivió tres años, cuatro meses y once dias, pero este tiempo se cuenta en el reinado de su hijo, á causa que por su mucha edad le dejaba todo el gobierno. Falleció Chindasvinto en Toledo de enfermedad, ó como otros dicen, con yerbas que le dieron. Su cuerpo y el de la reina Riciberga, su mujer, sepultaron en el monasterio de San Roman, que hoy se llama de Hormisga, y está á la ribera del rio Duero, entre Toro y Tordesillas. Fundóle este mismo Rey para su entierro y sepultarse en él, como se hizo.

CAPITULO IX.

De tres concilios de Toledo.

Era por estos tiempos arzobispo de Toledo Eugenio III, sucesor del otro Eugenio. Fué discípulo de Helladio, como lo fueron los otros tres arzobispos que le precedieron. Siendo mas mozo, con deseo de darse á las letras dejó en la iglesia de Toledo un lugar principal que tenia entre los demás ministros de aquel templo, y tomó el hábito de monje en Santa Engracia de Zaragoza. Por muerte de Eugenio II le sacaron del monasterio casi por fuerza para que tomase el gobierno de la iglesia de Toledo. Corrigió el canto eclesiático y le redujo á mejor forma, ca estaba estragado con el tiempo y mudado de lo que solia ser antiguamente. Compuso un libro *De Trinitate*, y á la obra de Draconcio, que en verso heróico, á manera de paráfrasi, declara el principio del *Génesis* y la creacion del mundo, añadió Eugenio la declaracion del dia seteno que faltaba. Destos versos y de otras epígramas suyas, que hasta nuestra era se han conservado, se entiende que tuvo letras y ingenio y erudicion no pequeña para aquellos tiempos. Entre aquellas epígramas están los epitafios de los rey y reina Chindasvinto y Riciberga, si bien son algo groseros, mas á causa de lo poco que en aquella edad se sabia que por falta del mismo Eugenio. Algunos dicen que fué tio de san Ilefonso, hermano de su madre. Otros lo tienen por falso; parécoles que si esto fuera así, ó el mismo san Ilefonso ó san Julian, en lo que añadieron á los *Claros varones* de san Isidoro, hicieran mencion de cosa tan señalada. Algunos martirologios ponen á este prelado en el número de los demás santos, y señalan su dia á 13 de noviembre, por el cual camino van tambien algunas personas eruditas. Hace contra esto que en el *Martirologio* de Toledo, en que parece se debia principalmente poner, no está; en fin, este punto ni por la una parte ni por la otra está averiguado bastantemente. Demás desto, sospecho yo que Eugenio III fué el que se halló y firmó en el Concilio próximo pasado de Toledo. Muéveme á pensar esto ver que Antonio, arzobispo de Sevilla, que poco antes fué elegido, en las firmas le precedia para muestra de que era mas antiguo prelado. En tiempo deste prelado, sin du-

da á instancia del rey Recesvinto, se juntó en Toledo otro nuevo Concilio, que entre los de aquella ciudad se cuenta por el octavo. Era grande el celo que este Rey tenia y la aficion á las cosas eclesiásticas; ocupábase en revolver los libros sagrados, hallábase en las disputas que en materia de religion se hacian; para adornar los templos y aumentar el culto divino no cesaba de darles oro, piedras preciosas, brocados y sedas, en que parece pretendia imitar el ejemplo de su padre. Acudieron cincuenta y dos obispos; juntáronse en la Basílica de San Pedro y San Pablo á 16 de diciembre, año de 653. Hallóse el Rey aquel dia presente en la junta, y despues de haber delante los padres dicho algunas palabras, presentó un memorial. En él estaba en primer lugar la profesion de la fe católica; despues desto amonestaba y rogaba á los prelados que no solo determinasen lo que concernia á las cosas sagradas, sino tambien diesen órden en el estado del reino, quier fuese con reformar las leyes antiguas, quier con añadir ó quitar las que les pareciese; lo mismo pide tambien á los grandes del reino, aquellos que por la costumbre recebida se debian hallar en los concilios. En particular pide determinen qué se debe hacer de los judíos, que, recebida la religion cristiana por la fuerza que los reyes pasados les hicieron, todavía perseveraban en sus antiguos ritos y ceremonias. Fué así, que los judíos presentaron una peticion, que hasta hoy dia está en el *Fuero Juzgo* entre las demás leyes de los godos; contenia en sustancia que, dado que el rey Chintila los forzó á hacerse cristianos, querian renunciar el sábado y las demás ceremonias de la ley vieja; solamente se les hacia mal el comer carne de puerco, y esto mas porque su estómago no lo llevaba, por no estar acostumbrados á tal vianda, que por escrúpulo de conciencia; y todavía, para muestra de su intencion, se ofrecian de comer otros manjares guisados con ella. Este memorial del Rey, que tenia inserta la dicha peticion, se leyó en el Concilio. Fué grande la alegría de los obispos por ver el buen celo del Rey. Trataron entre sí lo que debian hacer, y por comun acuerdo ordenaron doce cánones, en que satisficieron bastantemente á todo lo que el Rey pretendia. Demás desto, declararon que los votos y juramentos ilícitos no obligan. En el tiempo de la Cuaresma, cuando por antigua costumbre todos ayunan, mandaron que nadie comiese carne sin evidente necesidad. Por la revuelta de los tiempos, cuando se apoderaba del reino, no el que tenia mejor derecho, sino el que era mas poderoso, los reyes pasados habian impuesto sobre el pueblo grandes y pesados tributos. Interpusieron los padres su autoridad conforme á lo que el Rey les concediera, y reformaron todas estas imposiciones, y redujéronlas á menor cuantía y mas tolerable. Consideraban que nunca es seguro el poder cuando es demasiado, que las cosas moderadas duran y son perpetuas, y que los príncipes no son bastantes para contrastar con el aborrecimiento del pueblo si se enciende mucho contra ellos. Por conclusion, como quier que muchos estuviesen quejosos del padre deste Rey y pretendiesen les habia hecho agravio y quitado injustamente sus haciendas, ordenóse que el rey Recesvinto tomase posesion de la herencia y bienes paternos con tal condicion, que estuviese á justicia con les que pretendian estar agraviados y despojados injustamente, y oidas las partes, se les diese la satisfaccion conveniente. En este Concilio se asentaron y firmaron en primer lugar cuatro arzobispos por este órden: Oroncio, de Mérida; Antonio, de Sevilla; Eugenio, de Toledo; Potamio, de Braga. Despues destos los demás obispos por su órden; entre los demás fué uno Bacauda, obispo de Egabro, es á saber, de Cabra, lugar en que en el cementerio de San Juan se lee hasta hoy su nombre grabado en un mármol blanco; que debió hallarse este prelado á la consagracion de aquel templo ó de otro alguno en que se halló aquella piedra, cuya consagracion fué el año de 650 por el mes de mayo. Es tambien de considerar que en el Concilio firmaron los abades, cosa extraordinaria y no muy conforme á derecho; y en este número fué uno san Ilefonso, á la sazon abad agaliense. Firmaron asimismo los grandes, así duques como condes, y personas que tenian algun cargo en el reino, cosa aun menos usada y contra el derecho comun; pero no hay que maravillarse, porque estos concilios de Toledo fueron como Cortes generales del reino, en que se trataba, no solo de las cosas eclesiásticas, sino tambien del gobierno seglar. Pasados otros dos años, el de nuestra salvacion de 655, por órden del mismo Rey se juntaron en la misma ciudad de Toledo diez y seis obispos para celebrar el noveno concilio de Toledo. Fué la junta á 1.° de noviembre en la Basílica de Santa María Vírgen; publicaron en ella diez y siete decretos sobre materias diferentes. No se hallaron los demás arzobispos y metropolitanos; por su ausencia tuvo el primer lugar Eugenio, arzobispo de Toledo. No paró en esto el cuidado del Rey, porque luego el año siguiente, á 1.° de diciembre, se juntaron en la dicha ciudad veinte obispos para celebrar otro Concilio, que fué el deceno entre los de Toledo. La cosa de mayor consideracion que decretaron fué que la fiesta de la Anunciacion, cuando el Hijo de Dios se vistió de nuestra carne para nuestro remedio, y se celebraba á 25 de marzo, por ser ordinariamente tiempo de Cuaresma, en que se hace memoria de la muerte y pasion de Cristo, se trasladase á 18 de diciembre; lo cual desde entonces se guarda en toda España, sin embargo que tambien se celebra la otra fiesta de marzo al uso romano. La fiesta de diciembre llama comunmente el vulgo nuestra Señora de la O, y los libros eclesiásticos le ponen nombre de la Expectacion. Lo que se ha contado es la verdad puntualmente. Mandaron otrosí que las vírgenes consagradas á Dios, que llaman beatas en el mismo Concilio, trajesen un velo negro ó rojo, como señal para ser conocidas. Tratóse asimismo la causa de Potamio, obispo de Braga, que por haber caido en flaqueza de la carne fué depuesto, dejándole solamente el nombre de obispo, que fué despojarle del lugar y no de la dignidad. Templaron desta manera el castigo por confesar él mismo de su voluntad su delito y por la penitencia que hiciera por espacio de nueve meses en el vestido y en la comida con deseo de alcanzar misericordia de Dios. En su lugar fué puesto Fructuoso, de abad de Cómpluto el tiempo pasado electo en obispo dumiense, y al presente como arzobispo de Braga firma despues de los arzobispos Eugenio, de Toledo, y Fugitivo, de Sevilla, en tercer lugar y el postrero. Tratóse del testamento de san Martin, obispo en otro tiempo dumiense, en que nombró por albaceas á los reyes

suevos; y porque los reyes godos se apoderaron de aquel reino, esta y las demás cargas y derechos de aquellos príncipes les incumbian. Hallábase el Rey perplejo sobre este caso; consultó con los prelados del Concilio lo que se debia hacer; ellos remitieron la determinacion de todo esto á Fructuoso, el nuevo obispo de Braga, cuya santidad y virtudes fueron tan señaladas en aquel tiempo, que en España le tienen por santo; y en particular las diócesis de Braga, de Ebora y de Santiago celebran su fiesta á 16 dias del mes de abril. Su cuerpo fué sepultado en un monasterio que él mismo edificó entre Dumio y Braga, ciudades cuyo prelado fué. Dende, como quinientos años adelante por órden de don Diego Gelmirez, primer arzobispo de Santiago, le trasladaron á aquella iglesia. Muchos fueron los milagros que nuestro Señor hizo por su medio despues de su muerte; dellos, en gran parte, hizo memoria y historia particular Paulo, diácono emeritense, que en este lugar no seria á propósito relatarlos. Por este mismo tiempo floreció santa Irene, vírgen de Portugal; dióle la muerte un hombre, llamado Britaldo, porque nunca quiso casarse con él ni consentir con sus locos amores; y porque el caso no se descubriese la echó en el rio Nabanis, que pasa por Nabancia, patria desta Santa Vírgen. Buscaron su cuerpo con diligencia; halláronle junto á la ciudad que entonces se llamaba Scalabis. Dícese que por milagro se apartaron las aguas del rio Tajo en aquella parte por donde el rio Nabanis se junta con él, y que los que buscaban á la vírgen á pié enjuto la hallaron en medio de aquel rio en un sepulcro fabricado por mano de los ángeles; que fué causa que la devocion desta vírgen se extendió muy en breve por toda aquella comarca de tal suerte, que por este respeto aquel pueblo mudó el nombre que antes tenia de Scalabis, y del nombre de aquella vírgen se llamó Santaren. Nabancia quieren los doctos que sea la villa de Tomar, muy conocida en Portugal por ser asiento de la caballería de Cristus, la mas principal de aquel reino.

CAPITULO X.

De la vida de san Ilefonso.

El año noveno del reinado de Recesvinto, en que del nacimiento de Cristo se contaban 657, Eugenio III, arzobispo de Toledo, pasó desta vida. Por su muerte pusieron en su lugar á Ilefonso, á la sazon abad agaliense, persona de muy santa vida, lo cual y sus muchas letras y doctrina y la grande prudencia de que era dotado fueron parte para que fuese estimado del clero, de los principales y del pueblo y le tuviesen por digno para encomendalle el gobierno espiritual de su ciudad. Fué natural de Toledo, nacido de noble linaje; su padre se llamó Estéban, su madre Lucía. Tiénese ordinariamente por tradicion que vivian en lo mas alto de la ciudad en unas casas principales, que de lance en lance vinieron con el tiempo á poder de los condes de Orgaz, y dellos los años pasados las compraron los religiosos de la compañía de Jesus, y por devocion de san Ilefonso dieron á ellas, y en particular á la iglesia, la advocacion deste Santo; en que los antepasados parece faltaron, pues era razon hobiese en aquella ciudad algun templo con nombre de san Ilefonso, su ciudadano y natural. En las letras tuvo por maestro á Eugenio III, por ser, como era, persona docta, y aun algunos sospechan y arriba se tocó, deudo suyo. La fama de san Isidoro, arzobispo de Sevilla, volaba por todas partes, y el cuidado que tenia en enseñar la juventud era muy señalado. Por esta causa san Ilefonso fué á Sevilla para estar en el colegio fundado para este efecto por aquel Santo. Allí se entretuvo en el estudio de las letras hasta tanto que fué bastantemente instruido en las artes liberales, de cuya erudicion y doctrina dan muestra los muchos libros que adelante escribió. Juliano, su sucesor, dice que el mismo san Ilefonso los juntó y puso en tres cuerpos. Son ellos de mucha doctrina y llenos de sentencias muy graves; mas el estilo, conforme á la costumbre de aquellos tiempos, es mas redundante que preciso y elegante. Acabados sus estudios y vuelto á Toledo, sin embargo que eran grandes las esperanzas que todos tenian dél, y lo mucho que se prometian de su nobleza, de su doctrina y virtudes, pospuesto todo lo al, con deseo de mas perfeccion y de seguir vida mas segura, se determinó dejar el regalo de su casa y tomar el hábito de monje en el monasterio agaliense. No se pudo esto negociar tan secretamente que su padre no lo entendiese. Procuró apartarle de aquel propósito, y aun el mismo dia que iba á tomar el hábito fué en pos dél y entró en el monasterio en busca de su hijo; andúvole todo, mas no pudo encontrar con él, porque el Santo, como viese á su padre de léjos y sospechase lo que era y su saña, torció el camino y se metió y estuvo detrás de un vallado hasta tanto que su padre dió la vuelta á su casa sin efectuar lo que pretendia. El monasterio agaliense estuvo asentado no léjos de la ciudad de Toledo á la parte de septentrion. Tenia nombre de San Julian, como todo se entiende de Máximo, obispo de Zaragoza que fué por este tiempo. En el Concilio toledano undécimo firma Gratino, abad de San Cosme y San Damian, y poco despues Avila, abad agaliense de San Julian. Dúdase en qué sitio estuvo este monasterio agaliense. Los pareceres son varios. La resolucion es en este punto y lo cierto que hubo dos monasterios en Toledo, ambos de benitos y ambos á la ribera de Tajo y á la parte de septentrion, por donde el dicho rio corre, como se ve en la caida que hace desde el aserradero por la puente de Alcántara de septentrion á mediodía. Demás que la puente por do se iba á la huerta del Rey estaba mas abajo de la que hoy se ve, y por consiguiente la dicha huerta con el rio le caia á la parte del septentrion. El uno destos dos monasterios se llamaba de San Julian, que era su advocacion, y por otro nombre se llamó agaliense, de un arrabal donde estaba, llamado Agalia. Caia muy cerca de Toledo, solos docientos y cincuenta pasos, que hacen mil y docientos y cincuenta piés, distante de la iglesia pretoriense de San Pedro y San Pablo. El otro monasterio se intitulaba de San Cosme y San Damian, distante de Toledo dos millas, que hacen media legua. Todo esto dice Máximo, obispo de Zaragoza, en las adiciones á Dextro. San Ilefonso fué abad primero en San Cosme y San Damian, siendo diácono; y desta eleccion habla Cijila, y aun dice pasó mucho tiempo hasta que adelante fué arzobispo. En este medio fué asimismo abad agaliense. Y desta eleccion y cargo habla Juliano en la vida deste Santo, con que quedan

concertados Máximo, Cijila y Juliano. En la huerta de los Chapiteles, parte de la huerta del Rey, hay claros rastros de que fué monasterio, que debió ser la parte mas principal del agaliense, y pasado los tejares hay una dehesa, y en ella una casa grande y antigua, que sospecho yo por la distancia fué el otro monasterio, y aun dello hay buenas señales. La pretoriense de San Pedro y San Pablo creo yo fué San Pablo á la caida de la alhóndiga, donde estuvieron los padres dominicos por casi docientos años. La palabra pretoriense quiere decir iglesia del campo, San Pablo está fuera de los dos muros de Toledo. Ayuda el nombre de San Pablo, que el de San Pedro se debió con el tiempo dejar por abreviar. Desta iglesia, que en un tiempo fué muy principal y las ruinas lo muestran, y en ella se celebró el concilio décimotercio de Toledo, hasta la huerta del Rey, que debió ser toda del monasterio agaliense por donacion del rey Atanagildo, su fundador, hay los docientos y cincuenta pasos que dice Máximo, si bien los monjes tenian otra huerta particular, cercada de piedra con sus estribos contra las crecientes del rio, la cual se ve hoy pegada con la casa que llaman de los Chapiteles. Del nombre del monasterio ó del arrabal donde estuvo quedó el que hoy tienen los palacios de Galiana, á lo que parece; que lo que el vulgo dice de la mora Galiana son consejas y patrañas. Tomó pues san Ilefonso como deseaba el hábito de monje, cuyo intento últimamente, aunque con dificultad, aprobó su padre, en especial por las amonestaciones de su mujer, que afirmaba haber por oraciones alcanzado de Dios despues de larga esterilidad aquel hijo, y que para alcanzarle hizo voto de dedicarle á nuestro Señor; que volviesen á Dios lo que de su Majestad recibieran; que era mas sano consejo carecer del hijo por un poco de tiempo que, con hacerle volver atrás de su intento, incurrir en ofensa de Dios y ser atormentados con perpetuos escrúpulos de la conciencia. Fué tanto lo que en aquel monasterio se adelantó san Ilefonso en todo género de virtud, que dentro de pocos años le encomendaron el gobierno de aquellos monjes por muerte de Adeodato, despues de Heladio, Justo y Richila, abad de aquel monasterio. En el tiempo que fué abad, ya muertos sus padres, fundó de su patrimonio en una heredad suya, llamada Debiense, un monasterio de monjas. Este monasterio dice Juliano, el archipreste, estaba veinte y cuatro millas de Toledo, cerca de Illescas. Poco adelante, por muerte de Eugenio III, como queda dicho, fué elegido en arzobispo de Toledo, dignidad y oficio en que se señaló grandemente, y parecia aventajarse á sí mismo y ser mas que hombre mortal. ¿Quién será tan elocuente y de ingenio tan grande que pueda dignamente poner por escrito las cosas deste Santo y de tal manera contar sus obras y grandezas, que parezcan, no cosas fingidas, sino, como lo fueron, verdaderas? Quién de ánimo tan sencillo que se persuada á dar crédito á cosas tan extraordinarias y maravillosas? Fué así, que dos hombres llamados Pelagio y Helvidio, por la parte de la Gallia Gótica venidos en España, decian y enseñaban que la Madre de Dios no fué perpetuamente vírgen. San Ilefonso, porque esta locura y atrevimiento no fuese en aumento, acudió á hacerles resistencia y disputar con ellos, parte con un libro que compuso, en que defiende lo contrario, parte con diversas disputas que con ellos tuvo. Con esta diligencia se reprimió la mala semilla de aquel error y se desbarataron los intentos de aquellos dos hombres malvados. El premio deste trabajo fué una vestidura traida del cielo. La misma noche antes de la fiesta de la Anunciacion, que poco antes ordenaron los obispos se celebrase en el mes de diciembre, como fuese á maitines y en su compañía muchos clérigos, al entrar de la iglesia vieron todos un resplandor muy grande y maravilloso. Los que acompañaban al Santo, vencidos del grande espanto, huyeron todos; solo él pasó adelante, y púsose de rodillas delante el altar mayor. Allí vió con sus ojos en la cátedra en que solia él enseñar al pueblo á la Madre de Dios con representacion de majestad mas que humana. La cual le habló desta manera: «El premio de la virginidad que has conservado en tu cuerpo, junto con la puridad de la mente y el ardor de la fe y de haber defendido nuestra virginidad, será este don traido del tesoro del cielo.» Esto dijo, y juntamente con sus sagradas manos le vistió una vestidura con que le mandó celebrase las fiestas de su Hijo y suyas. Los que le acompañaban, sosegado algun tanto el miedo, vueltos en sí y animados, llegaron do su prelado estaba á tiempo que ya toda aquella vision era pasada y desaparecida; halláronle casi sin sentido, que el miedo y la admiracion le quitaron con la habla; solos sus ojos eran como fuentes, y se derretian en lágrimas por no poder hablar á la Vírgen y dalle las gracias de tan señalado beneficio. Cijila, sucesor de Ilefonso, refiere todo esto como oido de Urbano, que fué tambien arzobispo de Toledo, y de Evancio, que fué arcediano de la misma iglesia, personas que, conforme á la razon de los tiempos y de su edad, se pudieron hallar presentes al milagro. Las palabras de la Vírgen que refiere Cijila son estas: «Apresúrate y acércate, carísimo siervo de Dios, recibe este pequeño don de mi mano, que te traigo del tesoro de mi Hijo.» La piedra en que la gloriosa Vírgen puso los piés está hoy dia en la misma entrada de aquel templo, con una reja de hierro para memoria de cosa tan grande. Demás desto, el mismo año, como parece lo siente Cijila, ó como otros sospechan el luego siguiente, á 9 dias de diciembre, dia de santa Leocadia, sucedió otro milagro no menos señalado que el pasado. Acudió el pueblo á la iglesia de Santa Leocadia, do estaba el sepulcro de aquella vírgen; halláronse presentes el Rey y el Arzobispo. Alzóse de repente la piedra del sepulcro, tan grande, que apenas treinta hombres muy valientes la pudieran mover; salió fuera la Santa Vírgen, tocó la mano de san Ilefonso, díjole estas palabras: «Ilefonso, por tí vive mi Señora.» El pueblo con este espectáculo estaba atónito y como fuera de sí. Ilefonso no cesaba de decir alabanzas de la vírgen Leocadia. Encomendóle eso mismo la guarda de la ciudad y del Rey; y porque la Vírgen se retiraba hácia el sepulcro, con deseo que quedase para adelante memoria de hecho tan grande, con un cuchillo que para este efecto le dió el mismo Rey, le cortó una parte del velo que llevaba sobre la cabeza; el velo juntamente con el cuchillo hasta el dia de hoy se conserva en el sagrario de la iglesia Mayor entre las demás reliquias. Desde este tiempo y por ocasion destos milagros dicen que el Padre Santo quiso ser canónigo de Toledo. En señal desto hasta hoy dia la noche de Navidad le penan como á los otros prebendados ausentes. Grande fué la autoridad y crédito

que por medio destos milagros ganó este Santo; que aumentaba él perpetuamente con aventajarse cada dia mas en el ejercicio de todas las virtudes. Principalmente se señalaba en la caridad con los pobres y en remediar sus necesidades, tanto, que se tiene por cierto dió principio á la costumbre que hasta el dia de hoy se guarda en aquella iglesia, es á saber, que á costa del arzobispo en cierta parte de las casas arzobispales cada dia se da de comer á treinta pobres. Destos treinta, los diez son mujeres, y los demás varones; el canónigo semanero, despues de dicha la misa en el altar mayor, acude á echar la bendicion á la mesa de los pobres y mirar que no les falte cosa alguna. Esto es lo que en Toledo se acostumbra, y á lo que dicen dió principio san Ilefonso. Lo que yo sospecho es que esta costumbre tuvo orígen de otra mas antigua, y era que los patriarcas, que son los mismos que primados, en memoria de Cristo y de sus apóstolos, cada dia convidaban á su mesa doce pobres, como lo refiere Focio, patriarca de Constantinopla, en su *Biblioteca* en la vida de San Gregorio el Magno, y se puede comprobar con algunos ejemplos antiguos. El número de treinta pobres señaló adelante el arzobispo don Juan, infante que fué de Aragon. Mucho se pudiera decir de las virtudes y alabanzas de san Ilefonso, y en particular como la suavidad de su condicion era grande, la gravedad y mesura no menor; virtudes que, aunque entre sí parecen contrarias, de tal guisa las templaba, que ni la severidad impedia á la suavidad, ni la facilidad era ocasion que alguna persona le despreciase. Gobernó aquella iglesia por espacio de nueve años y casi dos meses; trocó esta vida mortal con la eterna al principio del año décimonono del reinado de Recesvinto; su cuerpo sepultaron en la iglesia de Santa Leocadia á los piés de Eugenio, su predecesor. En la destruicion de España fué dende llevado á la ciudad de Zamora, y allí en propio sepulcro y capilla es acatado en la iglesia de San Pedro de aquella ciudad. La vestidura sagrada que le dió la Vírgen, por el mismo tiempo llevaron á las Astúrias, y está en la ciudad de Oviedo en un arca cerrada, que nunca se ha abierto, ni persona alguna ha visto la dicha vestidura que dentro está.

CAPITULO XI.

De la muerte del rey Recesvinto.

En tiempo de san Ilefonso se juntó en Mérida un Concilio á 6 de noviembre, año de 666. Halláronse en él doce obispos de la Lusitania, que hoy es Portugal; ordenaron y publicaron veinte y tres decretos, que no pareció referir aquí, casi todos enderezados á reformar y dar órden en el oficio canónico, en que tenian gran debate y grande variedad en la manera del rezado. Por el mismo tiempo en Africa iba en grande aumento el poder de los mahometanos, á causa que Abdalla, duque de Moabia, que fué el cuarto sucesor del falso profeta Mahoma, venció en una gran batalla á Gregorio, capitan y gobernador de Africa por los romanos, con que se hizo señor de aquella muy ancha provincia. El estrago del ejército romano fué muy grande, y casi ninguno mayor en aquella era. Poseian los godos de tiempo muy antiguo en Africa parte de la Mauritania Tingitana, y en particular á Ceuta, con el territorio comarcano. De todo lo demás, fuera desto, quedaron apoderados los mahometanos despues de aquella victoria; y desde aquel tiempo, muy ufanos y orgullosos, fundaron en Africa un nuevo imperio, cuyos reyes, que conforme á la costumbre de aquella gente tenian poder, no solo sobre el gobierno seglar, sino tambien sobre las cosas pertenecientes á la religion, se llamaron miramamolines, que es lo mismo que príncipes de los creyentes, á la manera que en Asia los príncipes supremos y emperadores de aquella nacion se llamaban califas. Está Africa dividida de lo de España, y parte con ella términos por el angosto estrecho de Gibraltar. A muchos parecia que destos principios amenazaba algun grande mal á España por aquella parte, y en particular se aumentó el miedo por un eclipse extraordinario del sol, que trocó el dia en escurísima noche en tiempo del rey Recesvinto, como lo refiere el arzobispo don Rodrigo, pronóstico, á lo que entendian, de sobrados males. Verdad es que por el esfuerzo deste Rey los navarros, que andaban alborotados y no cesaban de hacer cabalgadas en las tierras comarcanas, se reportaron y sosegaron. Demás desto, hizo reformar las leyes de los godos, que estaban muy estragadas; quitó muchas de las antiguas, y añadió otras de nuevo, cuyo número, como se ve en el *Fuero Juzgo*, no es menor que todas juntas las de los otros reyes. Hallábase con esto este Rey nobilísimo, y de los mas señalados en guerra y en paz que tuvo España, muy próspero y bienquisto de los suyos, cuando le sobrevino la muerte, que fué á 1.° de setiembre por la mañana, año del Señor de 672. Reinó, despues que su padre le declaró por su compañero, veinte y tres años, seis meses y once dias; y despues de la muerte de su padre veinte y un años y once meses. Dos leguas de Valladolid, que algunos piensan se llamó antiguamente Pincia, hay un pueblo llamado Wamba, que antes se llamó Gerticos; en él se hallaba este Rey cuando le sobrevino la muerte, porque desde Toledo habia allí ido por ver si con la mudanza del cielo y con los aires naturales, que se entiende, y así parece que lo dice el arzobispo don Rodrigo, era aquel pueblo del patrimonio de sus antepasados, pudiese mejorar y recobrar la salud; pero la enfermedad tuvo mas fuerza que todas estas prevenciones. Su cuerpo sepultaron en la iglesia de aquel lugar, y allí se muestra su sepulcro; de allí, por órden del rey don Alonso el Sabio, le trasladaron á Toledo y pusieron en la iglesia de Santa Leocadia, que está á las espaldas del alcázar, junto al altar mayor al lado del Evangelio, segun ordinariamente se tiene entendido en aquella ciudad, comó cosa que ha venido de mano en mano. En tiempo que don Felipe II, rey de España, el año de 1575, hizo abrir en su presencia el dicho sepulcro, y otro que está á la parte de la Epístola, ningunas letras se hallaron, solo los huesos envueltos en telas de algodon y metidos en cajas de madera; mas las personas eruditas que presentes se hallaron sospechaban que el sepulcro de Recesvinto, como de rey mas antiguo, era el que está á manderecha, y el otro es el del rey Wamba, que se sabe tambien le hizo trasladar á Toledo el mismo rey don Alonso. Cerca de Dueñas, que está mas adelante de Valladolid á la ribera de Pisuerga, hay un templo de San Juan Baptista, de obra antigua y al parecer de godos; está adornado de jaspes y de mármoles, y en él una letra de seis renglones, por la

cual se entiende fué edificado por mandado y á costa del rey Recesvinto, y que se acabó la fábrica el año de 661. Por todo esto, personas de doctrina y erudicion conjeturan que estos dos reyes por aquella comarca tenian el estado propio y particular de su linaje.

CAPITULO XII.

De la guerra narbonense que se hizo en tiempo del rey Wamba.

Imperaba por estos tiempos en el oriente Constantino, llamado Pogonato. La Iglesia de Roma gobernaba el papa Adeodato, que escribió una epístola á Graciano, arzobispo en España, como se lee en los libros ordinarios de los concilios, dado que el gótico de san Millan de la Cogulla dice: A Gordiano, obispo de la Iglesia de España. Es esta epístola muy señalada, porque en ella deshace y aparta los matrimonios de los que sacaron de pila á sus propios hijos, aunque fuese por ignorancia. A esta sazon se emprendió una nueva y muy brava guerra en aquella parte del señorío de los godos que estaba en la Gallia Narbonense. La ambicion, mal incurable, fué causa deste daño y alteró grandemente el reino de los godos, que, vencidos los enemigos de fuera, gozaba de una grande paz y prosperidad. Fué así, que el rey Recesvinto no dejó hijos que le sucediesen; sus hermanos, ó por su edad ó por otros respetos, no fueron tenidos por suficientes para suceder en la corona. Por donde los grandes se juntaron, y por sus votos nombraron por sucesor en el reino á Wamba, hombre principal y que tenia el primer lugar en autoridad y privanza con los reyes pasados, demás que era diestro en las armas y de juicio muy acertado, y tan considerado en sus cosas y modesto, que en ninguna manera queria aceptar aquel cargo. Excusábase con su edad, que era muy adelante; pedia con lágrimas no le cargasen sobre sus hombros peso tan grave. Consideraba con su gran prudencia que las aficiones del pueblo, como quier que son vehementes, así bien son inconstantes y entre sí á las veces contrarias. Como no desistiese ni se allanase, cierto capitan principal, hombre denodado, con la espada desnuda le amenazó de muerte si no aceptaba por estas palabras: «Por ventura, ¿será justo que resistas á lo que toda la nacion ha determinado, y antepongas tu reposo á la salud y contento de todos? En mucho tienes esos pocos años que te pueden quedar de vida, que con esta espada, si á la hora no te allanas, te quitaré yo, y haré que pierdas la vida, por cuyo respeto rehuyes de tomar esta carga, y con tu muerte mostraré al mundo que ninguno debe con color de modestia tener en mas su reposo particular que el pro comun de todos.» Doblegóse Wamba con estas amenazas; pero de tal manera aceptó la eleccion, que no quiso dejarse ungir, como era de costumbre, antes de ir á Toledo. Pretendia reservar aquella honra para aquella ciudad, y con aquel espacio de tiempo entendia, ó que se mudarian las voluntades de los que le eligieron, ó se ganarian las de todos los demás, de guisa que no sucediese algun alboroto por la diversidad de pareceres. Con esto partió para Toledo, donde á 29 de setiembre fué ungido y coronado en la iglesia de San Pedro y San Pablo, que estaba cerca de la casa real. Juró ante todas cosas por expresas palabras de guardar las leyes del reino y mirar por el bien comun. Quirico, arzobispo de Toledo, sucesor de san Ilefonso, hizo la ceremonia de la uncion. Juliano, asimismo arzobispo de Toledo, en la historia que compuso de la guerra narbonense, refiere que de la cabeza del rey Wamba cuando le coronaron se levantó un vapor en forma de columna, y que vieron una abeja de la misma cabeza volar á lo alto. Dirá alguno que muchas veces al pueblo se le antojan estas y semejantes cosas; verdad es, pero la autoridad del que esto escribe sin duda es muy grande. Hicieron los grandes sus homenajes al nuevo Rey, y entre los demás Paulo, deudo, segun algunos piensan, del Rey pasado; bien que el nombre de Paulo, no usado entre los godos, y la poca lealtad de que usó poco adelante, dan muestra, como otros sienten, que fué griego y no godo de nacion. Nació Wamba en aquella parte de la Lusitania que los antiguos llamaron Igeditania, do hoy dia hay un pueblo por nombre Idania la Vieja, y cerca dél una heredad con una fuente cercada de sillares, que tiene el nombre de Wamba. Los de aquella comarca, como cosa recebida de sus antepasados, están persuadidos que aquella heredad fué una de las muchas que este Rey tuvo antes de su reinado. Sucedieron al principio alteraciones, en particular en aquella parte de España que hoy se llama Navarra. No estaba bastantemente asegurado en el reino, y á esta causa muchos le menospreciaban, en particular los navarros, con deseo de novedades, diversas veces por este tiempo se alborotaron. Acudió el Rey á las partes de Cantabria, hoy Vizcaya, á hacer levas de gentes y como de cerca atajar aquel alboroto al principio antes que pasase adelante, cuando otro nuevo alboroto le puso en mayor cuidado, que sucedió en la Gallia Gótica con esta ocasion. Muchos andaban descontentos del estado y gobierno y de aquella eleccion; y como gente parcial no querian obedecer á Wamba ni recebille por rey. Comunicaron el negocio entre sí, y acordaron de rebelarse y tomar las armas. Hilperico, conde de Nimes en Francia, fué el primero á declararse, confiado en la distancia de los lugares y por ser hombre poderoso en riquezas y aliados. Allegáronsele Gumildo, obispo de Magalona, ciudad comarcana, y un abad llamado Remigio. Procuraron atraer á su parcialidad al obispo de Nimes, llamado Aregio; y como en ninguna manera se dejase persuadir, le despojaron de su dignidad y enviaron en destierro á lo mas adentro de Francia, y pusieron en su lugar al abad Remigio. Procedíase en todo arrebatadamente sin órden de derecho y sin tener cuenta con las leyes, en tanto grado, que á los mismos judíos que de tiempo atrás echaran de toda la juridicion y señorío de los godos, llamaron de Francia en su socorro. Para sosegar estas alteraciones Paulo fué sin dilacion nombrado por capitan por su grande prudencia y destreza que tenia en las armas. Diéronle la gente que pareció seria bastante para aquella empresa y para sosegar los alborotados. Sucedió todo al revés de lo que pensaban, ca Paulo con aquella ocasion se determinó de descubrir la ponzoña y deslealtad que tenia encubierta en su pecho. Hizo marchar la gente muy de espacio, con que se dió lugar al enemigo para apercebirse y fortificarse. El mismo, tambien de secreto, comunicaba con los godos principales en qué manera se podria levantar. Para lo uno y para lo otro era muy á propósito la tardanza y el entretenerse. Así, de camino ganó las voluntades de

Ranosindo, duque tarraconense, y de Hildigiso, gardingo, que era nombre de autoridad y de magistrado y dignidad semejable á la de los duques y condes, como si dijésemos adelantado ó merino. El uno y el otro eran personas muy principales, con cuya ayuda y por su consejo se apoderó de Barcelona, de Girona y de Vique, ciudades puestas en la entrada de España por la parte de Cataluña. Acrecentáronse con esto las fuerzas desta parcialidad de levantados. Trataron de pasar á Francia con intento de juntar sus fuerzas con las de Hilderico, con que confiaban serian bastantes para resistir al Rey. Argebaudo, arzobispo de Narbona, al principio pretendió cerrar las puertas de su ciudad á los conjurados. Anticipáronse ellos tanto, que el Arzobispo fué forzado acomodarse al tiempo y dar muestra de juntarse con ellos, mas por falta de ánimo que por aprobar lo que los alevosos trataban. Entrado Paulo en aquella ciudad, hizo junta de ciudadanos y soldados, y en ella reprehendió primeramente al Arzobispo, que temerariamente pretendió cerrar las puertas á los que habian servido mucho á la república, y no trataban de hacerle algun mal y daño. Despues desto, declaró las causas por donde entendia que con buen título podia tomar las armas contra Wamba, que fuera hecho rey, no conforme á las leyes ni con buen órden y traza, sino al antojo de algunos pocos, al cual cuando se da lugar, no el consentimiento comun prevalece, sino la fuerza y atrevimiento. Concluyó con decir seria conveniente y cumplidero proceder á nueva eleccion y conforme á las leyes nombrar un nuevo rey, á quien todos obedeciesen, y con cuyo amparo, fuerzas y consejos hiciesen rostro á los que á Wamba favoreciesen. Ranosindo, á voces para que todos le oyesen, dijo que él no conocia persona mas á propósito ni mas digno del nombre de rey que el mismo Paulo; que fué representar en público la farsa que entre los dos de secreto tenian compuesta y trovada. Muchos de los parciales de propósito estaban derramados y mezclados entre la muchedumbre; estos con gran gritería acudieron luego á aquel parecer; los cuerdos y que mejor sentian callaron y disimularon, ca no les cumplia al hacer en tan gran revuelta y alteracion. Con tanto, Paulo fué declarado y elegido por rey; pusiéronle en la cabeza una corona que el rey Recaredo ofreció á san Félix, mártir de Girona. Era tanto el calor de aquella rebelion, y tan encendido el deseo de llevar adelante lo comenzado, que todo lo atropellaban; y no solo se apoderaban de las riquezas profanas, oro y plata del público y de particulares, sino tambien extendian sus manos sacrílegas á los tesoros sagrados y á despojar los templos de Dios de sus vasos y preseas. Allegóse á este parecer fácilmente Hilperico, conde de Nimes, el primero que fué á levantarse, y con él se les juntaron todas las ciudades de la Gallia Gótica. Demás desto, no pequeña parte de la España Tarraconense siguió á Ranosindo, su duque. Puestas las cosas en este término, Paulo se ensoberbeció de tal manera, que se resolvió de desafiar al rey Wamba. Envióle una carta afrentosa; era de suyo hombre deslenguado, demás que pretendia acreditarse con el vulgo y con la muchedumbre, que suele á las veces cebarse y hacer caso de semejantes fieros y amenazas. Destos baldones y destas parcialidades, segun yo entiendo, procedió la fama del vulgo, que hace á Wamba villano, y que subió al cetro y corona del arado y del azada; mas sin falta es manifiesto yerro, que á la verdad fué y nació de la mas principal nobleza de los godos, y en la corte y casa de los reyes pasados tuvo el primer lugar en privanza y autoridad. Luego que el rey Wamba fué avisado de la traicion y tramas de Paulo, llamó á consejo los grandes, preguntóles su parecer, si seria mas á propósito sin dilacion marchar con la gente la vuelta de Francia para apagar en sus principios aquel fuego antes que pasase adelante, ó si seria mas expediente rehacerse en Toledo de nuevas fuerzas y socorros para asegurar mas su partido. Los pareceres fueron diferentes: los mas atrevidos tenian y juzgaban por perjudicial cualquiera tardanza; decian que se daria lugar á los traidores para fortificarse y cobrar mas ánimo, y los soldados reales que deseaban venir á las manos se resfriarian en gran parte. «¿Qué otra cosa dará á entender el retirarse y volver atrás, sino que con color de recato huimos torpemente, como sea averiguado que ninguna cosa hay de tanto momento en las guerras como la fama? Los varios y maravillosos trances y los tiempos pasados testifican de cuánta importancia para alcanzar la victoria sea el crédito acerca de los hombres y la reputacion.» Otros tenian por mas acertado proceder de espacio y dar lugar á que el nuevo Rey se arraigase mas. Temian que, desamparada España, no se les levantase mayor guerra por las espaldas; que la traicion de Paulo daba bastante muestra de no estar llanas las voluntades de todos. Demás desto, que el ejército que tenia era flaco, pues aun no habia sido bastante para sujetar del todo los de Navarra, y que era forzoso rehacelle. A los grandes emperadores y capitanes muchas veces acarreó gran daño hacer caso del pueblo y de sus dichos y volver las espaldas al qué dirán. Oidos por Wamba los pareceres y pesadas las razones por la una y por la otra parte: «Por mejor, dice, tengo prevenir los intentos de los contrarios y acudir con el remedio antes que el mal pase adelante, y que se nos pase la ocasion que en un momento se suele resbalar de la mano; cosa que nos daria pena doblada. La victoria, que tengo por cierto ganarémos, dará reputacion á nuestro imperio; confio en la ayuda de Dios que mirará por nuestra justicia, y en vuestro esfuerzo, al cual ninguna cosa podrá hacer contraste. Y es justo que encendamos mas aína con la presteza la indignacion concebida contra los traidores y el fervor de los soldados, que con la tardanza entibialle; ca la ira es de tal condicion, que con la priesa se aviva y con el tiempo se apaga. El trabajo de las ciudades, los campos talados, los bienes de nuestros vasallos robados, ¿á quién no moverán el corazon? Males que forzosamente se aumentarán de cada dia si esta empresa se dilata. ¿Quién de vos, si ya el ardor de la noble sangre no está resfriado y acabado el valor antiguo de los godos, no tendrá por cosa mas grave que la misma muerte dejar los amigos y deudos á la discrecion y crueldad de los enemigos, y con la tardanza dar ánimo á los que, asombrados de su misma conciencia y de sus maldades, no podrán sufrir vuestra vista? Apresuremos pues la partida, y con la ayuda de Dios, cuya causa principalmente se trata, castiguemos esta gente malvada, y no permitamos se persuadan que tenemos miedo de sus fuerzas. Nuestro ejército ni es tan flaco como algunos han apuntado, y

la loa y prez de la victoria tanto será mayor cuanto con menor aparato y mas en breve se ganare.» Este razonamiento del Rey avivó de tal guisa los corazones de todos, y fué tan grande el ardor que se despertó, que dentro de siete dias pusieron fin á la guerra de Navarra, que fué buen pronóstico para la empresa que quedaba y buen principio. Ninguna cosa mas deseaban los soldados que verse con el enemigo; cualquier tardanza les parecia mil años; tan grande era la confianza que tenian y el ánimo que habian cobrado. Tomaron luego el camino de Calahorra y de Huesca. Llegaron á las fronteras de Cataluña con una priesa extraordinaria. Allí repartieron el ejército en tres partes ó escuadrones; el uno fué á Castrolibia, cabeza que era de Cerdania; el segundo tomó el camino de la ciudad de Vique; el tercero, como le fué mandado, marchó hácia la marina para dar la tala á los campos y pueblos de aquella comarca. El Rey con la fuerza del ejército seguia las pisadas de los que le iban delante. Hizo justicia de algunos soldados por malos tratamientos que hicieron á la gente menuda y fuerzas á doncellas; mandó les cortasen los prepucios, que fué castigar á los culpados y escarmentar á los demás. Persuadíase el buen Rey que no hay cosa mas eficaz para aplacar á Dios que el castigo de las maldades, y que ninguna cosa enoja mas á su Majestad que disimular los agravios hechos á la gente miserable. Llegó por sus jornadas á Barcelona; apoderóse de aquella ciudad fácilmente, que es cabecera de Cataluña. Los principales de entre los rebeldes que le vinieron á las manos fueron puestos á recado para ser castigados conforme contra cada cual se hallase. Pasó mas adelante y apoderóse de Girona; rindióla su obispo, por nombre Amador, á quien poco antes Paulo pretendió asegurar con una carta que le escribió, en que le amonestaba entregase la ciudad al que primero de los dos con gente se presentase delante. Leyó aquella carta el rey Wamba, y burlándose de Paulo dijo: En nuestro favor se escribió esto como profecía de nuestra llegada. Detúvose en aquella comarca dos dias para repararse; desque el ejército hobo descansado pasaron las cumbres y estrechuras de los Pirineos sin hallar alguna resistencia. Ganáronse en aquella comarca por fuerza tres pueblos, es á saber, Caucoliberis, que hoy es Colibre; Vulturaria y Castrolibia, que saquearon los soldados. Demás desto, otro pueblo asentado en las estrechuras de aquellos montes, por lo cual se llamaba Clausura, que es lo mismo que cerradura, fué tambien ganado por los capitanes. Allí prendieron á Ranosindo y Hildigiso y otras cabezas de los conjurados. Witimiro estaba con guarnicion de soldados en otro pueblo llamado Sordonia. No le pareció seria bastante para defenderse, resolvióse de huir y llevar la nueva de lo que pasaba á Paulo, que todavía se estaba en Narbona con intento de entretener á Wamba y impedille la entrada de Francia. No tenia fuerzas bastantes ni se le abria camino para salir con su intento; dejó en aquella ciudad al dicho Witimiro, y él se retiró á Nimes, do en breve esperaba le vendrian socorros de Francia y de Alemaña. Pasó el Rey los Pirineos, asentó en lo llano sus reales, entretúvose dos dias hasta tanto que le acudiesen las demás gentes, que por diversos caminos enviara; desde allí envió cuatro capitanes con buen número de soldados para rendir á Narbona por fuerza ó de grado, ciudad nobilísima puesta en la entrada de Francia. Junto con esto para el mismo efecto envió gente y armada por mar. Llegaron primero las gentes que iban por tierra, convidaron á los de la ciudad con la paz y á entregarse; la respuesta fué arrogante y afrentosa, con que irritados los soldados, acometieron con grande ánimo los adarves. El combate fué muy bravo; pelearon los unos y los otros valientemente por espacio de tres horas, los del Rey por vencer, los otros como gente desesperada y que no esperaba perdon. Ultimamente, los de dentro se retiraron de los muros, forzados de las piedras y saetas que de fuera como lluvia les tiraban. Con tanto, los leales por una parte pusieron fuego á las puertas de la ciudad, y por otra enderezaron escalas y las arrimaron para subir en el muro y escalarle. Entróse la ciudad por ambas partes. Witimiro, como vió tomada la ciudad, retiróse á un templo como á sagrado, en que los vencedores le hallaron y prendieron junto al altar de Nuestra Señora. Fueron asimismo presos el arzobispo Argebaudo y el dean Galtricia, y aun heridos y maltratados con el furor de los soldados. Tomada Narbona, los rebeldes comenzaron á ir de caida, ser menospreciados y aborrecidos, como gente que seguia empresa y partido condenado por los hombres y por la fortuna de la guerra; al contrario, favorecian comunmente el partido de Wamba y su justicia por ser príncipe muy humano y benigno, y porque tomó las armas forzado de los que sin razon le pretendian quitar la corona. Siguieron los leales la victoria, y con la misma facilidad entraron por fuerza las ciudades de Magalona, Agata y Besiers, en que fueron presos algunos de los principales rebeldes, y en particular Remigio, obispo de Nimes. El obispo de Magalona, por nombre Gumildo, perdida toda esperanza de poderse tener contra pujanza tan grande, se huyó y retiró á Nimes, do estaba Paulo, ciudad en aquella sazon, por los muchos moradores que tenia, hermosura de edificios, pertrechos y murallas muy firmes, nobilísima y de las mas fuertes de la Gallia Narbonense. Quedan en nuestro tiempo claros rastros de su antigua nobleza, en especial un teatro muy capaz, obra hermosísima, que por estar pegado el adarve servia de castillo y fortaleza. Envió el Rey contra esta ciudad cuatro capitanes muy esforzados y famosos, pero poco inteligentes, y proveidos de los ingenios y máquinas que son á propósito para batir las murallas. Llevaron treinta mil hombres de pelea, dieron vista á la ciudad, rompieron con grande ánimo por los que les salieron al encuentro, llegaron á los reparos, do fué muy herida la pelea; ca los del Rey peleaban con indignacion por ver la porfía de los desleales tantas veces abatidos, á los contrarios hacia fuertes la rabia y desesperacion si eran vencidos; arma muy poderosa en la necesidad. Duró la pelea hasta que cerró la noche, que los departió sin declararse la victoria, dado que cada cual de las partes se la atribuia, y en particular los cercados, así por no quedar vencidos como porque los del Rey fueron los primeros que tocaron á retirarse. Sucedió que en lo mas recio de la pelea un soldado dijo á los del Rey por manera de amenaza: «Gruesas compañías de alemanes y franceses serán con nos muy en breve, cuya muchedumbre y esfuerzo á todos os hará caer en las redes y en el lazo.» Pequeñas ocasiones á las veces suelen en la guerra hacer grandes mu-

danzas; ninguna cosa se debe menospreciar que pueda acarrear perjuicio; los mas saludables consejos son los mas recatados. Alojaba el Rey con lo demás del ejército no muy léjos de allí; diéronle aviso de lo que el soldado dijo; pidiéronle enviase soldados de refresco para apretar y concluir con el cerco, que la presteza seria la seguridad; envió hasta diez mil debajo de la conducta de Wandemiro. Era tanto el deseo que llevaban de salir con la empresa, que caminaron toda la noche, y llegaron á los reales el siguiente dia con el sol, antes que se comenzase la batería. Con la vista de tanta gente desmayó Paulo; y por lo que el dia antes pasó advirtió el grande riesgo en que estaban sus cosas si volvian á la pelea y al combate. Disimuló empero cuanto pudo, sacó fuerzas de flaqueza, hizo un razonamiento á su gente, en que les amonestó «no desmayasen por el gran número de los contrarios, ca no el número pelea, sino el esfuerzo; no vencen los muchos, sino los valientes; esta es toda la gente que Wamba tiene, vencida no le quedará mas reparo; á nos muy en breve vendrán socorros muy grandes; y cuando otra cosa no hobiere, con la fortaleza de los muros os podréis entretener largamente y abatir el orgullo del enemigo y su ejército, compuesto de canalla y de pueblo, muy ajeno del valor antiguo de los godos y de su sangre invencible.» Dicho esto, se comenzó la batería; pelearon de todas partes con gran corajo; duró el combate hasta gran parte del dia; cuando cansados y enflaquecidos los cercados con la gran carga y priesa que de fuera les daban, dieron lugar á los del Rey para arrimarse á las murallas. Entonces unos pusieron fuego á las puertas, otros con picos y palancas arrancaban las piedras de los adarves. Hecha bastante entrada, rompen con grande ímpetu por la ciudad matando y destrozando cuantos franceses topaban. Persuadiéronse los ciudadanos y los demás que los españoles que dentro estaban, con intento de alcanzar perdon, dieran entrada á los enemigos. Encendidos por esto en gran rabia, pasaron á cuchillo gran número de aquellos soldados que tenian de guarnicion, y entre los demás dieron la muerte á un criado del mismo Paulo en su presencia y aun estando á su lado. Era miserable espectáculo ver la gente de Paulo acometida y apretada por frente y por las espaldas de los suyos y de los contrarios con tanto estrago y matanza, que las plazas y calles se cubrian de cuerpos muertos y estaban alagadas de sangre. Los gemidos de los que morian revolcados en su misma sangre, los aullidos de las mujeres y niños, la gritería y estruendo de los que peleaban resonaban por todas partes. El mismo Paulo, causa de tantos males, vista su perdicion y la de los suyos: «Confesamos, dice, haber errado; mas por ventura ¿una vez ó en una cosa sola? Antes en todo cuanto hemos puesto mano nos hemos gobernado sin prudencia ni cordura.» Junto con estas palabras se quitó las sobrevistas, y acompañado con los de su casa y de su guarda se retiró al teatro, confiado que era muy fuerte, y que si no se pudiese tener se rendiria con algun partido tolerable. Notaron algunos que el mismo dia, que fué 1.° de setiembre puntualmente, Paulo se despojó de las insignias reales, en que el año antes Wamba fuera puesto en la silla real. Quedaron pues los del Rey apoderados de la ciudad, fuera del teatro y alguna otra pequeña parte. Reposaron aquel dia y el siguiente con intento de aguardar al Rey y que se le atribuyese la gloria de poner fin á aquella guerra, además que por ventura los vencedores pretendian alcanzar perdon para los culpados; y es cosa natural tener compasion de los caidos, principalmente cuando son deudos y de una misma nacion, como eran los vencidos en gran parte. Acordaron para este efecto enviar persona á propósito al Rey; escogieron de entre los cautivos al arzobispo de Narbona Argebaudo. Él, llegado á la presencia del Rey, como á cuatro millas de la ciudad apeóse del caballo en que iba, hízole una gran mesura, y puesto de rodillas, con sollozos y lágrimas que despedia de su pecho y de sus ojos en abundancia, le habló en esta sustancia: «Tus vasallos, Rey clementísimo, si cabe este nombre en los que se desnudaron del amor de la patria, y con apartarse della y su mudanza han perdido el derecho y privilegio de ciudadanos; estos, digo, tienen puesta la esperanza de su remedio y reparo en sola tu clemencia. No piden perdon de sus yerros, dado que esta peticion, solo para contigo que eres tan benigno, no pareciera del todo desvergonzada; solo te suplican uses en el castigo que merecen de alguna templanza. Cosa de mayor dificultad es vencerse á sí mismo en la victoria que sujetar los enemigos con las armas en la mano; pero á otros. La grandeza del corazon y el valor en ninguna cosa mas se declara que en levantar los caidos, ca del prez de la victoria participan los soldados; la templanza y clemencia para con los vencidos es propia alabanza de grandes reyes. No puedes ver con los ojos esta miserable gente por estar ausentes; pero debes considerar que, llenos de lágrimas y tristeza, demás desto arrojados á tus piés, se encomiendan á tu gracia y á tu misericordia, como hombres por ceguera de sus entendimientos, ó por la comun desgracia de los tiempos, ó por fuerza mas alta del cielo, caidos en estas maldades. Cuanto son mas graves sus culpas tanto, señor, será mayor tu alabanza en darles la mano, y volver á la vida los que por su locura están enredados en los lazos de la muerte. Vinieran aquí sin armas con dogales á los cuellos para moverte á misericordia con vista tan miserable, ó poner con la muerte fin á tan triste vida y tan desgraciada; solo se recelaron, si usaban de semejantes extremos, no pareciese te tenian por tan implacable que fuese necesario hacer tales demonstraciones. Pocos quedamos, y todos tuyos; no permitas perezcan por tu mano aquellos á quien la crueldad de la guerra hasta ahora ha perdonado. Finalmente, quiero advertir que con el deseo de venganza no hagas por donde esta nobilísima ciudad, fuerte y baluarte de tu imperio, muertos sus ciudadanos, quede destruida y asolada.» Era Wamba muy señalado y diestro en las armas y negocios de la guerra; sobre todo se aventajaba en la benignidad, clemencia y mansedumbre; respondió en pocas palabras: «Aplacado por tus ruegos, soy contento de perdonar la vida á los culpados; mas porque la falta de castigo no haga á otros atrevidos y sea ocasion de menosprecio, solas las cabezas pagarán por los demás.» Importunaba el Obispo que el perdon fuese general. El Rey, con el rostro algo mas airado: «por ventura, dice, ¿no te basta alcanzar la vida para los culpados? ¿Pretendes que el castigo sea á la medida de sus maldades? A tí, Argebaudo, obispo, ayude para que el perdon te : 1

enteramente haberte apartado de nos contra tu voluntad, de que estamos bastantemente informados; los demás, todo lo que fuere menos de una muerte afrentosa lo deben contar y poner á cuenta de ganancia y atribuillo, no á sus méritos, sino á nuestra benignidad.»

CAPITULO XIII.

Del castigo de los conjurados.

Acabadas estas razones, pasó el Rey adelante su camino, llegó á la ciudad, y en su compañía la fuerza del ejército y los soldados puestos en ordenanza y á manera de triunfo, que hacian una vista muy hermosa. Con su llegada se puso fin á la guerra y rindióse todo lo que quedaba de la ciudad, en cuya parte mas alta, que caia hácia el reino de Francia, puso guarnicion de soldados, ca se decia que grandes gentes de Alemaña y de Francia venian en socorro de los cercados y que ya llegaban cerca. Paulo, con mas deseo de la vida que cuidado del honor, á la hora rindió el teatro, donde estaban en su compañía el obispo Gumildo, Witimiro y mas de otros veinte principales cabezas de aquella conjuracion. A todos fueron puestas prisiones; en particular dos capitanes á caballo llevaron en medio y á pié á Paulo á vista de todo el ejército, asidos de sendas guedejas de sus cabellos por la una y por la otra parte. Con esta representacion y disfrace llegaron á la presencia del Rey. Paulo soltó luego el ceñidor, que era á fuer de soldados y segun la costumbre antigua despojarse de la honra y grado militar; púsole como dogal al cuello para muestra de lo que merecia y del miserable estado en que se hallaba. Estaban él y los demás cautivos postrados por tierra, dió el Rey gracias á Dios por tan grande merced, reprehendió en público la locura de los conjurados, y de tal manera les hizo gracia de las vidas, que mandó ponerlos á buen recaudo y guardar hasta tanto que con mas maduro consejo se determinase su causa. Algunos franceses y sajones, parte que estaban por rehenes en aquella ciudad, parte que al principio juntaron con los traidores sus fuerzas, sin embargo, libremente fueron enviados á sus tierras con dádivas que les dieron. Por esta forma, principios de cosas muy grandes que amenazaban mayores males, y con el levantamiento de Paulo y de toda la Gallia Gótica tenian el reino puesto en cuidado, fácilmente se atajaron. Muchos tuvieron á juicio de Dios lo que sucedió á esta gente, por los tesoros sagrados que robaron y por los templos que despojaron, á los cuales Wamba, hecha pesquisa, mandó restituir todo lo que se halló. Las murallas de la ciudad, que á causa de los combates quedaban maltratadas, hizo reparar. Los cuerpos muertos fueron sepultados para que con el mal olor no inficionasen el aire. Pasáronse tres dias en estas cosas; luego en presencia del Rey, que estaba sentado en su trono, fueron presentados los rebeldes y se pronunció sentencia contra ellos. Cuanto á lo primero, el Rey puso sus piés sobre los cuellos de los miserables. Despues preguntaron á Paulo si queria alegar algun agravio porque se hobiese apartado del deber; respondió que no, antes que recibiera muchas mercedes y honras del Rey, y sin propósito se despeñó en aquellos males. Despues desto, leyeron el pleito homenaje que hizo á Wamba con los demás grandes, y juntamente fueron referidas las palabras con que Paulo se hizo jurar por rey. Finalmente, leyeron las leyes de los concilios en razon del castigo que merecen los que se levantan, y conforme á ellas se pronunció contra Paulo y sus consortes sentencia de muerte afrentosa y confiscacion de bienes. Añadieron empero que si el Rey por su clemencia les perdonase las vidas, que por lo menos fuesen privados de la vista. Era la cabellera señal de nobleza antiguamente; el Rey con deseo de ser tenido por clemente, y por esta forma ganar las voluntades de todos, contentóse con que los motilasen. Vino á la sazon aviso que Chilperico, rey de Francia, segundo deste nombre, venia con sus huestes muy á punto. Salió Wamba á la campaña, donde esperó por demás cuatro dias á los contrarios. Parecióle con esto daba bastante muestra de su valor y ganaba reputacion; no quiso romper por las tierras de Francia porque no pareciese era el primero á quebrantar las paces que de antes tenian asentadas. Con tanto, dado órden en las cosas de Francia, se resolvió de dar la vuelta á España. Sobrevino nueva que un capitan francés, llamado Lope, corria los campos de Besiers, talaba, quemaba, robaba todo lo que se le ponia delante. Salióle el Rey con su gente al encuentro; el enemigo desconfiado de sus fuerzas se retiró á lo mas alto de las montañas vecinas. Dejó con la priesa parte del bagaje, y por el camino otras muchas cosas los soldados, con que dieron muestra mas de huir que de retirarse. Con estos despojos y las riquezas de Francia quedaron los soldados del Rey muy alegres y contentos. Dieron vuelta á Narbona; gran parte de los soldados y del ejército se repartió por las guarniciones de Francia. Hiciéronse nuevos edictos contra los judíos, con que fueron echados de toda la Gallia Gótica. A otra parte del ejército se dió licencia, en un pueblo en tierra de Narbona llamado Canaba, para que volviesen á sus casas y con el reposo gozasen el fruto de sus trabajos. No pocos quedaron en compañía del Rey, que dió desde la vuelta hácia España. Llegó por sus jornadas á la ciudad de Toledo, hizo en ella una hermosa entrada, y fué recebido á manera de triunfo, honra debida á su dignidad y á cosas tan grandes como dejaba acabadas en solos seis meses, que se contaban despues que últimamente salió de aquella ciudad. Concertáronse los escuadrones en esta forma: en primer lugar iban los rebeldes en camellos, rapadas las barbas y el cabello, descalzos y mal vestidos; Paulo por burla llevaba en la cabeza una corona de cuero negro; seguíanse los soldados muy arreados con penachos y libreas. Cerraba los escuadrones el Rey, cuyas venerables canas y la memoria de sus hazañas acrecentaba la majestad de su rostro y presencia. Salióle al encuentro toda la ciudad, que alegre con aquel espectáculo, apellidaba á su Rey salud, victoria y bienaventuranza. Duró grande espacio la entrada; los culpados fueron puestos en cárcel perpetua por fin y remate de cosas tan grandes.

CAPITULO XIV.

De las demás cosas del rey Wamba.

Con esto comenzó España por el esfuerzo de Wamba y su mucha prudencia á florecer dentro con los bienes de una larga paz; de fuera recobraba su lustre antiguo y su dignidad. Puso el Rey cuidado en hermosear

su reino de todas maneras, y en particular ensanchó la ciudad real de Toledo, y para su fortificacion levantó una nueva muralla con sus torres, almenas y petriles, continuada por el arrabal de San Isidoro, y que llega de la una puente á la otra. Está Toledo de cuatro partes por mas de las tres ceñida del rio Tajo, que, acanalado por entre barrancas muy altas, corre por peñas y estrechuras muy grandes. La cuarta parte tiene la subida áspera y empinada, por donde la cercaba un muro de fábrica romana mas angosto que el que hizo Wamba, cuyos rastros se ven á la plaza de Zocodover y á la puerta del Hierro. Wamba, con intento de meter dentro de la ciudad los arrabales y para mayor fortaleza, añadió la otra muralla mas abajo. Trajéronse para la obra piedras de todas partes, en particular, á lo que se entiende, de una fábrica romana á manera de circo, que antiguamente levantaron allí, y tenia mármoles con figuras entalladas en ellos de rosa ó de rueda. El vulgo se persuade ser aquellas las armas de Wamba; las mismas piedras muestran lo contrario, ca están sin órden ni traza, sino como las traian así las asentaban los oficiales. Graves autores testifican que para memoria desto hizo grabar dos versos en las torres principales desta muralla en latin grosero y como de aquella era, pero que traducidos en un terceto castellano hacen este sentido:

CON AYUDA DE DIOS EL PODEROSO
REY WAMBA EN SU CIUDAD LEVANTÓ EL MURO,
HONRA DE SU NACION, MURO HERMOSO.

Demás desto, en lo mas alto de las torres puso estatuas de mármol blanco á los santos patrones y principales abogados de la ciudad. Grabó otrosí al pié de las estatuas otros dos versos, que hacen este sentido:

SANTOS, RELUCE AQUÍ CUYA PRESENCIA,
GUARDAD ESTA CIUDAD Y PUEBLO TODO:
TIRAD, COMO PODEIS, TODA DOLENCIA.

Habian con el tiempo caídose las estatuas, borrádose y gastádose las letras que el rey don Felipe, segundo deste nombre, con su acostumbrada piedad y devocion pocos años ha mandó restituir y hacer de nuevo. Fortificábase pues la ciudad por mandado del rey Wamba, y juntamente por su providencia se tornaba á poner en prática la costumbre de celebrar concilios en aquella ciudad. Así en el año cuarto de su reinado, que se contaba del Señor 675, á 7 de noviembre, se juntaron en la iglesia de Santa María de la ciudad de Toledo á celebrar concilio diez y siete obispos, y casi todos de la provincia cartaginense, demás de siete abades, entre los cuales se cuenta uno llamado Avila, abad del monasterio agaliense de San Julian, si la letra no está mentirosa, como algunos lo sospechan por conjeturas que hay. Hallóse otrosí entre los padres, aunque en el postrer lugar, Gudila, arcediano de Santa María de la Sede ó Silla, por donde se entiende que el templo en que este Concilio se celebró era el mayor y mas principal. Dudan los curiosos si estuvo entonces asentado do hoy está la iglesia catedral. Sospéchase que sí por razon de la piedra que en ella se ve, en que la Vírgen gloriosa puso sus sagrados piés para honrar á su devoto san Ilefonso, dado que la fábrica y forma y traza es muy diferente de la de entonces. Este Concilio se cuenta por el onceno entre los de Toledo. En él se dieron al Rey las gracias por haber renovado la costumbre de celebrar los concilios, interrumpida por espacio de diez y ocho años. Para adelante mandan los padres que los concilios provinciales cada un año se juntasen en la iglesia metropolitana, sin que haya en él otra cosa digna de memoria. Los cánones que promulgaron fueron en número diez y seis. Por el mismo tiempo en Braga se juntó el Concilio tercero de los bracarenses. Quitóse en él la costumbre de llevar los obispos colgadas al cuello las reliquias de los mártires, y á ellos en andas los diáconos; y ordenóse para adelante que las santas reliquias fuesen por los diáconos llevadas en andas. Ponen pena de excomunion al sacerdote que para decir misa no se pusiese la estola, que llaman orario, sobre entrambos los hombros y cruzada sobre el pecho, costumbre que en algunas partes se ha dejado; en las mas se guarda. Hallóse en este Concilio Isidoro, obispo de Astorga. Floreció asimismo por este tiempo Valerio, abad de San Pedro de los Montes, claro por el menosprecio del mundo y por su erudicion, de que dan testimonio sus obras, y en especial un libro que intituló de la *Vana sabiduría del siglo*. No se hallan otros concilios del tiempo del rey Wamba en los tomos que andan ordinariamente de los concilios; pero no se duda sino que se celebraron otros, como lo da á entender la ley de que se hizo mencion, en que mandaron juntarlos en cada un año. En especial que graves autores afirman que en tiempo de Wamba en un Concilio toledano se señalaron los aledaños y distritos de cada cual de los obispados de España, negocio en que por ser tan grave y tocar á todos no se puede creer se procediese por el voto y parecer de pocos, sino de todos los prelados. Dicen mas, que en aquel Concilio se estableció que todos los sacerdotes viviesen conforme á la regla de san Isidoro. Hiciéronse fuera desto en gracia del rey Wamba y á su contemplacion nuevos obispados en pueblos pequeños y aldeas, y aun en iglesias particulares, como fué en un pequeño lugar en que estaba la sepultura y cuerpo de san Pimenio; y en la iglesia de San Pedro y San Pablo pretoriense, puesta en los arrabales de la ciudad de Toledo, que fué todo un celo piadoso, pero indiscreto en el Rey, y en los obispos una disimulacion y deseo demasiado de agradalle, sin tener respeto á las leyes eclesiásticas que vedan así bien hacer dos obispos en una misma ciudad, como poner obispados en lugares pequeños. Desórdenes que en breve se reformaron en el concilio próximo de Toledo, que fué el doceno de los de aquella ciudad, hasta motejar al rey Wamba de liviano en esta parte; así van los temporales y se truecan los favores de la gente y el aplauso. Ordenó Wamba algunas leyes á propósito de reformar el gobierno, que andaba de muchas maneras estragado, en particular puso cuidado en lo que tocaba á la disciplina militar. Ordenó que cuando se hiciese gente, todos acudiesen á las banderas, fuera de viejos, enfermos y mozos de poca edad. Item, que todos enviasen á la guerra por lo menos la docena parte de sus esclavos con las armas que allí se señalan, diferentes de las demás. A los mismos obispos y sacerdotes para reprimir las entradas y rebatos de los enemigos manda les saliesen con los suyos al encuentro por espacio de cien millas. Con esta diligencia y por buena maña del rey Wamba ganaron los godos una victoria naval muy señalada. Estaban los sarracenos en-

señoreados de toda la Africa por todo lo que se tienden las marinas de nuestro mar Mediterráneo, desde las bocas del rio Nilo hasta el estrecho de Gibraltar. Tenian deseo de pasar en Europa; con este intento armaron una flota de ciento y setenta velas, con que ponian á fuego y á sangre las riberas de España. Juntaron los godos otra gruesa armada; vinieron á las manos con los contrarios con tanto valor y denuedo, que alcanzaron victoria de los enemigos, y parte tomaron, parte quemaron su armada. Velaba el Rey, acudia á todas las partes con presteza sin descuidarse ni excusar gasto, trabajo ni diligencia alguna. No falta quien diga que la armada de Africa vino á persuasion de Ervigio, ca por ser hijo de Ardebasto, pariente de Recesvinto, pretendia hacerse rey. Tenia mucho poder, y su autoridad era grande, sus mañas y artificios extraordinarios. El corazon humano es insaciable, nunca se contenta con lo que posee, aunque sea muy aventajado, antes con el deseo siempre pasa adelante y pretende cosas mayores. No tenia Ervigio esperanza de salir con su intento ni en vida de Wamba ni despues de su muerte, á causa de Teodofredo, hermano de Recesvinto, del cual en la eleccion pasada no se hizo cuenta, como allí se dijo, ca era de pocos años. Resolvióse de valerse de cautelas y mañas, pues cualquier otro camino le hallaba cerrado. Con esta traza hizo, como se cree, venir la armada de los sarracenos contra España. Y como esto no sucediese conforme á su deseo, tuvo forma de hacer que diesen al Rey á beber cierta agua en que habia estado esparto en remojo, que es bebida ponzoñosa y mala. Adolesció luego el Rey y quedó privado de su sentido súbitamente, tanto, que á la primera hora de la noche juzgaban queria rendir el alma. Cortáronle el cabello, hiciéronle la barba y la corona á manera de sacerdote, vistiéronle un hábito de monje, ceremonia que se usaba con los que morian á propósito de alcanzar perdon de sus pecados. Todo esto se entiende tramó Ervigio con intento que, aunque mejorase, no pudiese mas ser rey conforme á lo que en el Concilio toledano sexto quedó determinado. Demás desto, como estuviese para espirar, sin embargo que por la fuerza del veneno estaba fuera de sí, trazaron que nombrase por sucesor en el reino al mismo Ervigio. Ordenaron de presto la escritura de nombramiento y renunciacion, y hicieron que Wamba la firmase de su mano. Pasó todo esto á los 14 del mes de octubre un dia de domingo, que era la décimaquinta luna. Por todo esto se entiende que Wamba fué despojado del reino el año de 680, en que concurren estos particulares; ca sin embargo que luego el dia siguiente mejoró y volvió en sí, no quiso revocar lo hecho. Hallábase de rey poderoso súbitamente hecho monje. Determinó despreciar lo que otros tanto desean, ó por grandeza de ánimo, ó por no tener esperanza de recobrar en paz lo que le quitaran; mayormente que Ervigio estaba apoderado de todo, que el mismo dia se hizo coronar por rey, dado que el ungirse, ceremonia entonces usada, se dilató hasta el domingo siguiente. Wamba sin dilacion se fué al monasterio de Pampliega, asentado, segun algunos sospechan, en el valle de Muñon. Allí por espacio de siete años y tres meses, ó como otros sienten por mas largo tiempo, pasó lo que le quedaba de vida en servicio de Dios. Reinó ocho años, un mes y catorce dias. Su cuerpo sepultaron en aquel monasterio, y desde allí por mandado del rey don Alonso el Sabio le trasladaron á Toledo. Acompañó sus huesos Juan Martinez, obispo de Guadix, fraile francisco. Pusiéronle en la iglesia de Santa Leocadia la de junto al alcázar, en que estaba sepultado el rey Recesvinto. Juliano, arzobispo de Toledo, fué el que ungió al nuevo rey, por donde se entiende que Quirico, su predecesor, falleció por el mismo tiempo cargado de años, si ya por ventura no renunció la dignidad por ver lo que pasaba, y la sinrazon que se hizo al buen rey Wamba.

CAPITULO XV.

De los nombres de los obispados que habia en tiempo de Wamba.

No será fuera de propósito ni del intento que llevamos poner en este lugar la division que el rey Wamba hizo de los obispados de su reino, y por ella declarar los nombres antiguos que muchas ciudades y pueblos tuvieron, si bien los mas dellos por varios accidentes y sucesos fueron asolados, y despues de su destruicion reedificados á las veces con nombres que les pusieron diferentes de los que antes tenian. Junto con esto será bien que se entiendan y sepan los sufragáneos que cada cual de los arzobispados antiguos tenia, que señalar á cada diócesis sus aledaños y distrito no pareció conveniente ni aun hacedero por estar todo tan mudado y trastrocado por el tiempo, que apenas se entenderia lo que en este propósito se dijese. Al arzobispo de Toledo estaban sujetos los obispos siguientes. El de Oreto, ciudad que antiguamente estuvo puesta no léjos de donde al presente está la villa de Almagro, ca dos leguas de aquella villa hay una ermita llamada de Nuestra Señora de Oreto, do se han hallado piedras y llevádolas á Almagro, grabado en ellas el nombre de Oreto. El segundo sufragáneo de Toledo era el obispo de Biacia, que hoy es Baeza. El tercero el de Montesa; esta ciudad hoy se llama Montizon, pueblo situado en la comarca de Cazorla, y que en la destruicion de España fué asolado por un capitan moro, como lo testifica el arzobispo don Rodrigo. Demás destos, el de Acci, ciudad que hoy se llama Guadix. El de Basti, que es Baza. El de Urci, ciudad que unos dicen que es la misma Almería, otros que Murcia. El de Bagasta; desta ciudad no queda rastro ninguno, solo se entiende que estaba no léjos de Origüela, así por el órden que estos obispados llevan entre sí como por una puerta que hay en aquella ciudad llamada de Magastro. Máximo, cesaraugustano, dice que los godos á Murcia la llamaron Bigastro. Illici es Elche ó Alicante. Setabis, Játiva. Demás desto, Denia y Valencia, ciudades que caen entre sí cerca y conservan los nombres antiguos, ca Denia se llamó Dianium. Síguese el obispado de Valeria; hoy se llama Valera Quemada. El de Segobriga, ciudad puesta donde al presente está la Cabeza del Griego, pueblo así llamado, á dos leguas de Uclés. Algunos entendieron que Segobriga era Segorve; pero engañóles la semejanza del nombre. Tambien era sufragáneo de Toledo el obispo de Arcabica, que estuvo antiguamente asentada entre Segobriga y Compluto, y por ventura es la misma que Ptolomeo llamó Percabica. Demás desto, Compluto, que es Alcalá, Sigüenza, Osma, Segovia y Palencia estaban sujetas por la misma forma al dicho arzobispo. Por donde se ve que la provincia de Toledo, aun en

tiempo de los godos, se extendia mas que la provincia cartaginense, cuya cabeza á la sazon era Toledo, pues todas las ciudades que hemos contado hasta aquí le estaban sujetas y se encerraban en su distrito. Las ciudades sufragáneas del arzobispado de Sevilla eran, la primera Itálica, que hoy es Sevilla la Vieja, legua y media de aquella nobilísima ciudad, cabeza de Andalucía; la segunda Asidonia, que fué ó Medina Sidonia, como lo da á entender la semejanza del nombre, ó como otros piensan, Jerez de la Frontera, por un templo que tiene de Nuestra Señora de Sidueña, y el Moro Rasis llama aquella ciudad Jerez de Sidueña. Síguese Elepla, ora sea Niebla, ora Lepe. Malaca, hoy Málaga. Illiberris, ciudad puesta antiguamente dos leguas sobre Granada en un recuesto que hoy se llama monte de Elvira. Astigi, hoy Ecija. Córdoba conserva su nombre antiguo. Egabro, hoy es Cabra cerca de Vaena. La última ciudad era Tucci, que hoy se llama Martos. Este era el distrito del arzobispado de Sevilla y las ciudades que dél dependian. El metropolitano ó arzobispo de Mérida comprehendia debajo de su jurisdicion las ciudades siguientes: Beja, que se llamaba Pax Julia, ciudad de la Lusitania. Lisbona, ciudad en que se ferian las riquezas de la India Oriental en nuestro tiempo, y que á ninguna de Europa reconoce ventaja en trato, riquezas y grandeza. Ebora, á la cual los godos llamaron Elbora. Don Lúcas de Tuy sintió que esta ciudad era la misma que en el reino de Toledo llamamos Talavera. Osonoba, que se entiende se llama al presente Estombar, pueblo de Portugal cerca de Silves, do al presente está aquella cátedra y silla, que se trasladó á ella cuando se ganó de moros aquella ciudad, en que tambien hay un pueblo llamado Idania la Vieja, antiguamente Igeditania, ciudad asimismo contada entre las sufragáneas de Mérida. Conimbrica, hoy Coimbra; dos leguas della está Coimbra la Vieja. Demás destas, Viseo y Lameco, ciudades que conservan sus nombres antiguos. Caliabria, que perecció del todo, dado que Tudense y Marineo sospechan fué la que hoy se llama Montanges, por conjeturas, á nuestro parecer, no concluyentes. Salmántica, que por los godos fué llamada Salamantica, hoy Salamanca. La famosa Numancia, al presente Garay. Ultimamente Avila y Coria, que eran los postreros linderos de la provincia de Mérida. Las ciudades sufragáneas de Braga eran estas: Dumio fué antiguamente un monasterio, que todavía hoy se conserva cerca de Braga. Portucale es la ciudad de Portu, por la parte que el rio Duero descarga en el mar, y deja formado un buen puerto. Del puerto y de un pueblo que está allí cerca, llamado antiguamente Cale, y hoy Caya, se compuso y derivó el nombre de Portugal. En el mismo distrito estaban la ciudad de Tuy y Orense y el Padron, y que antiguamente se llamó Iria Flavia. Lucus, hoy Lugo. Británica ó Bretonia, puesta entre Lugo y Astorga; hoy dos leguas de Mondoñedo hay un pueblo llamado Bretania, que por ventura es la misma Bretonia ó Británica. Fuera destas ciudades Astorga y Leon eran sujetas al arzobispo de Braga. Con el arzobispo de Tarragona iban las ciudades siguientes: Barcino, hoy Barcelona, y en tiempo de los godos Barcinona. Egara, puesta antiguamente entre Barcelona y Girona, ciudad tambien sufragánea al mismo arzobispo. Allende desto, Empurias y Ausona, que hoy se llama Vique de Osona, Urgel y Lérida, ciudades bien conocidas. Hictosa, cuyo asiento de todo punto se ignora. Tortosa, que llamaban Dertusa, Zaragoza y tambien Pamplona, que en latin se llama Pompelo, y por los godos fué llamada Pampilona; como tambien Calahorra era una de las dichas ciudades, en latin Calagurris, y que en tiempo de los godos la llamaron Calaforra. Tarazona eso mismo, que fué uno destos obispados, en latin se dijo Turiaso, y por los godos Tirasona. Demás destas, Auca era sujeta á Tarragona, cuyos rastros se ven mas allá de Búrgos, y de su nombre tomaron los montes de Oca este apellido. Esto cuanto á la provincia tarraconense. Resta el arzobispo de Narbona en la Gallia Gótica, cuyas sufragáneas fueron las ciudades siguientes: Beterri, que hoy se llama Besiers, y Plinio la llamó Bliterrae Septumanorum. Agata, al presente ó es Agde ó Mompeller; Magalona, una casa de recreacion del obispo de Mompeller, ó sea una isleta del mar allí cerca, tiene, segun dicen, hoy este nombre. Nemauso es Nimes. Lateba, hoy Lodeve. Carcasona. Elena, hoy Euna en el condado de Ruisellon. Algunos autores dicen que los obispos de Tuy, de Lugo y de Leon, ó por privilegio de Wamba, ó por costumbre antigua, eran exemptos, y no reconocian á ninguno de los metropolitanos ó arzobispos susodichos por superior; opinion que para seguilla no tiene bastantes fundamentos, en especial que arriba quedaron puestos entre los sufragáneos de Braga. En los concilios antiguos de España se hallan otrosí muchos nombres de obispados que no están en esta division de Wamba, si por haberse mudado las cosas con el tiempo, ó por estar las memorias y libros antiguos estragados, no lo sabria decir, mas de que los obispados son estos: el cartaginense, el epagrense, el castulonense, el fiblariense, el eliocrocense, el eminiense, el inmonticiense, el lamibrense, el elotano, el magnetense, el laberricense; los cuales nombres casi todos no se conocen, ni aun de todas las ciudades arriba puestas se atinan los asientos en que estaban, ni faltaria por diligencia, si en cosas tan escuras hobiese algun camino para las averiguar de todo punto.

CAPITULO XVI.

De otra division de obispados que hizo Constantino Magno.

Lo que antes de ahora prometimos, y hasta aquí no lo hemos cumplido, quiero poner aquí despues de la division de Wamba la que antes dél hizo de los obispados en España el emperador Constantino, tomada puntualmente del moro Rasis, que dice desta manera: «Constantino puso obispos en muchas ciudades que no los tenian, y informado que en España no los habia, dado que era de campiña muy fértil, hermosa y arreada en todas maneras y muy llena de moradores, hobo su acuerdo sobre lo que debia hacer. Resolvióse seria expediente criar en España obispos, que sin temor alguno libremente predicasen la fe cristiana. Para esto hizo venir á su presencia personas á propósito, repartió entre ellas las ciudades en esta guisa. Al primero señaló por obispo de Narbona y otras siete ciudades, con poder de gobernar los pueblos en lo espiritual y reformar las costumbres. Los nombres de aquellas ciudades son estos: Besiers, Tolosa, Magalona, Nimes, Carcasona. En esta ciudad hay una iglesia con advocacion de Santa María Glorio-

sa, excelente por siete altares de plata que tiene y por la mucha gente que á ella acude. En especial una vez en el año es mas señalado el concurso; tambien en los demás tiempos es de gran fama y devocion; dista de Barcelona diez jornadas. Demás destas ciudades dieron al obispo narbonense á Lutoba y á Euna ó Elena, que es lo mismo. Al segundo obispo fué encomendada la ciudad de Braga, y con ella Dumio, Portu, Orense, Oviedo, Astorga, Britonia, Iria ó Compostella, Aliubra, Iffa, Tuy. Despues destos dos fué nombrado el obispo de Tarragona, al cual otrosí quedaron sujetas las ciudades siguientes: Barcelona, Oca, Morada, por ventura Girona, Beria, por ventura Empurias, Oriola, Ilerda, que es Lérida, Tortosa, Zaragoza, Huesca, Pamplona, Calahorra. El cuarto obispo fué de Cartagena; añadiéronle otrosí á Toledo, Oreto, Játiva, Segobriga, Compluto, Caraca, que es Guadalajara, Valencia, Murcia, Baeza, Castulo, Montogia, Baza, Begena, por ventura se ha de leer Bigastra. Al quinto dió á Mérida, ciudad principal, y con ella le consignó Pax Julia, que es Beja, Lisbona, Egitania, Coimbra, Lamego, Ebora, Coria, Lampa, que ó es Salamanca ó un pueblo llamado Lamaso en tierra de Ciudad-Rodrigo. El postrer obispo tuvo á Sevilla, y con ella Itálica, Sericio de Sidueña, que es Jerez, Niebla, en latin Elepla, Málaga, Iliberris, Astigi, que es Ecija, Egabro, que es Cabra. Desta manera toda España fué por el emperador Constantino dividida en seis obispados. Y para mayor autoridad y que la religion tuviese su cabeza para gobernar y mandar, él se pasó á Constantinopla, y se llamó rey de aquella ciudad, como quier que los de antes de Roma. Ordenó y mandó demás desto que todo el resto de los cristianos obedeciese al señor de Roma, que acostumbraban llamar señor de aquellos que eran del órden sagrado. Llamábanle otrosí santo por el poder que recibiera de Pedro, apóstol, que Cristo le habia dado.» Esto dice de la manera susodicha aquel Moro. Concuerda la general de don Alonso el Sabio, rey de Castilla, en que la division de los obispados en España fué hecha por Constantino Magno, y sigue el órden puesto de suso, mudados solamente algunos nombres de ciudades. De donde, y de la division de Wamba, y por conjeturas emendamos algunos nombres, que sin duda en el Moro andan estragados; y sin embargo, no nos atrevimos á llamar arzobispos á los que el Moro da el nombre de obispos, como ignorante que era de las cosas de nuestra religion, de los grados y policía que en ella hay. Quedará el lector con lo dicho avisado.

CAPITULO XVII.

Del rey Ervigio.

Flavio Ervigio adquirió el reino malamente, como queda dicho; gobernóle empero bien y prudentemente. Cuanto á lo primero, como considerase la inconstancia de las cosas humanas, que no perseveran largo tiempo en un mismo ser, y en particular que el poder adquirido por malas mañas muchas veces por el aborrecimiento que resulta en el pueblo es abatido, que su predecesor era rey muy esclarecido y amado, y fuera por engaño despojado de su grandeza, y que esto la gente de los godos no lo ignoraba, por todas estas razones se recelaba de algun revés y trabajo. Parecióle para asegurar sus cosas tomar el camino que á otros rey
predecesores no salió mal, que fué cubrirse de la
de religion. Con este intento convocó los prelad
todo el reino. Acudieron á Toledo treinta y cinco
pos; túvose la primera junta á 9 dias de enero, añ
Señor de 681. Cuéntase este Concilio por doceno
los toledanos; en él se establecieron muchas cosas
dos fueron las principales. La primera aprobar la
cion de Ervigio; mas ¿cómo se atrevieran á neg
que pedia al que tenia las armas en la mano? Teme
fuera y no prudencia contrastar á su voluntad.
este propósito absolvieron á los grandes del pleit
menaje que hicieran á Wamba. Alegaban que por
nunciacion que él mismo hizo y por la nueva ele
tenia perdida su fuerza el juramento y no obligab
segunda cosa fué dar al arzobispo de Toledo auto
para criar y elegir obispos en todo el reino cuar
Rey, á cuyo cargo por antigua costumbre esto p
necia, se hallase muy léjos; y que cuando est
presente, sin embargo, confirmase los que por e
fuesen nombrados, que fué una prerogativa y p
gio de grande importancia y como abrir las za
echar los cimientos de la primacía que esta iglesi
ne sobre las demás iglesias de España. Las palabr
decreto, que, aunque obscuras, son muy notabl
pueden ver en el Concilio. Firmaron las acciones
Concilio cuatro arzobispos, Juliano, de Sevilla; Ju
de Toledo; Liuva, de Braga; Stéfano, de Mérid
parece que no obstante el privilegio concedido á l
sia de Toledo, el de Sevilla no quiso dar al de T
el primer lugar, sino guardar su antigüedad, como
que en los concilios adelante siempre el de Toled
ceda en el asiento y firma á los demás metropolit
Despues desto, pasados dos años enteros, de nuev
mandado del mismo rey Ervigio se juntaron en l
ma ciudad treinta y ocho obispos y veinte y seis
rios de obispos ausentes y nueve abades, que con
chos señores y grandes que presentes se hallaron
lebraron en la iglesia pretoriense de San Pedro
Pablo el concilio treceno de Toledo á los 4 del n
noviembre, año de nuestra salvacion de 683, y d
nado de Ervigio el cuarto. Esta iglesia se entienc
tuvo donde al presente la de San Pablo, do los p
dominicos estuvieron largo tiempo. Llámase pret
se porque está fuera de los muros, de *praetorium*
es casa de campo. En este Concilio por voluntad d
y decreto que hicieron los prelados, se dió perd
neral á los que siguieron á Paulo. Las imposici
tributos se moderaron; y por excusar alborotos
la gran falta de dinero soltaron á los particulare
lo que por esta causa debian á las rentas reales.
esto se enderezaba á ganar las voluntades con m
de clemencia y liberalidad, virtudes que en los
cipes cubren otros muchos males. Pretendia otro
rar la mancha de haberse apoderado del reino po
las mañas. Demás desto, por cuanto muchos q
eran nobles con diversos colores y trazas se apa
ban de las honras y oficios públicos, y por empa
los godos nobles con los del pueblo su antigu
bleza en gran parte se estragaba y escurecia, se
veyó de remedio para este daño. Ultimamente, e
cia del Rey los obispos hicieron una ley de ampar
la reina Liubigotona y sus hijos, dado que el R

faltase, en que se muestra lo mucho que temian al pueblo, que por el aborrecimiento del padre no se vengasen en los hijos y en su madre. Tambien se mandó á los obispos que, avisados, acudiesen á la corte para tener y celebrar la Pascua juntamente con el Rey. Por una carta de Juliano, arzobispo de Toledo, á Idalio, obispo de Barcelona, se entiende cómo se trabó amistad entre los dos por venir el dicho Obispo á la corte á celebrar la Pascua, como dejaron ordenado. Firman, en este Concilio los arzobispos Juliano, de Toledo; Liuva, de Braga; Stéfano, de Mérida, y Floresindo, arzobispo de Sevilla. Parece que este Rey se pretendió señalar en juntar muchos concilios, porque el año luego siguiente por su diligencia y por mandado del papa Leon, segundo deste nombre, en Toledo á 14 de noviembre se dió principio al Concilio décimocuarto toledano, que se juntó con intento que los obispos de España aprobasen y recibiesen un concilio que poco antes se celebrara en Constantinopla con asistencia de docientos y noventa prelados, y entre los concilios generales se cuenta por sexto. No pudieron acudir todos los obispos de España á causa de los frios del invierno y por quedar muy gastados de los concilios pasados. Concurrieron diez y siete obispos, casi todos de la provincia cartaginense, y fuera dellos los procuradores de los arzobispos de Tarragona, Narbona, Mérida, Braga y Sevilla y de otros obispos ausentes hasta número de diez. Estos de comun acuerdo recibieron y aprobaron el susodicho Concilio constantinopolitano, que ellos contaban por quinto, y le pusieron luego despues del Concilio calcedonense, ca fué comun engaño de aquel siglo en España, Africa y en Ilirico no recebir el quinto Concilio general que se tuvo en tiempo del emperador Justiniano; yerro en que tropezó tambien san Isidoro, como se entiende por diversos lugares de sus libros. Alegaban para esto que en aquel Concilio quinto se reprobaron los escritos de Iba, edeseno, y de Teodoro, monpsuesteno, y de Teodorito, obispo de Ciro, que son los tres capítulos tan nombrados en aquella era. Decian que el Concilio calcedonense aprobó y recibió los dichos autores, y que no era lícito condenarlos. Todo esto procedia de no entender que puedan las personas ser aprobadas dado que sus opiniones se reprueben, como en efecto fué así, que el Concilio calcedonense aprobó las personas, el quinto Concilio condenó sus escritos. Finalmente, los prelados de España condenaron los monotelitas y apollinaristas, que ponian en Cristo sola una voluntad, conforme á lo decretado en el dicho Concilio general. Demás desto, una *Apologia*, compuesta por Juliano, arzobispo de Toledo, muy erudita, en nombre del Concilio enviaron á Roma por medio de Pedro, regionario de la Iglesia romana, en que se contenian los principales capítulos y cabezas de nuestra fe. Cuando llegó á Roma, por muerte del papa Leon presidia en su silla Benedicto, el cual juzgó que en aquella *Apologia* se decian algunas cosas no bien. Entre ellas una era que en la santísima Trinidad la sapiencia procede de la sapiencia, y la voluntad de la voluntad, manera de hablar conforme á lo que en el Símbolo confesamos, Dios de Dios y lumbre de lumbre. El Pontífice juzgaba que semejantes maneras de hablar no se debian usar, ni extender mas de aquello que la Iglesia usaba. Ofendíale asimismo lo que Juliano decia de Cristo, es á saber, que constaba de tres sustancias. Andaban estas demandas y respuestas entre Roma y España al mismo tiempo que Ervigio, sin embargo de las diligencias hechas para asegurarse en el reino, se hallaba en gran cuidado por parecerle que el aborrecimiento del pueblo todavía se continuaba, y que muerto él, sus hijos no serian bastantes para reparar este daño. Resolvióse de emparentar con el linaje de Wamba, y para esto casar á su hija Cijilona con un hombre principal de aquel linaje llamado Egica. Hízose así, y juntamente le hizo jurar miraria con todo cuidado por el bien de la Reina, su suegra, y de sus cuñados. Hecho esto y quitadas algunas leyes de Wamba, algo rigurosas para tiempos y costumbres tan estragadas, y en particular templada la ley que trataba en razon de las levas de soldados, falleció de su enfermedad en Toledo á 15 dias del mes de noviembre, dia viérnes, año de 687. Reinó siete años y veinte y cinco dias. Su memoria y fama fué grande, aunque ni agradable ni honrosa. Hobo en tiempo deste Rey en España grande hambre; la puente y muros de Mérida fueron reparados con grande representacion de majestad. El sobrestante desta obra y trazador se llamó Sala, como se entiende por unos versos antiguos que andan entre las epígramas de Eugenio III, arzobispo de Toledo.

CAPITULO XVIII.

Del rey Egica.

El dia antes que muriese Ervigio nombró por su sucesor en el reino á su yerno Egica; y para que los grandes sin escrúpulo de conciencia lo pudiesen jurar por rey, alzóles el pleito homenaje que á él le tenian hecho. La uncion conforme á la costumbre de aquellos tiempos se hizo nueve dias adelante en Toledo, un dia de domingo, á 24 de noviembre, luna décimaquinta, en la la iglesia pretoriense de San Pedro y San Pablo. Vióse en este Rey como la memoria del agravio dura mas y es mas poderosa que la del beneficio, ca luego á los principios de su reinado dió muestra el rey Egica del odio que tenia concebido en su pecho contra su suegro, repudiando á su mujer Cijilona en venganza de su padre, dado que tenia della un hijo llamado Witiza. No falta quien diga que lo hizo á persuasion de Wamba, el cual asimismo debajo de muestra de piedad tenia encubierto el deseo de venganza y el aborrecimiento contra Ervigio hasta lo postrero de su edad. Demás desto, castigó á algunos grandes del reino que tuvieron parte en el engaño y privacion del rey Wamba. Estas cosas se reprehenden especialmente en este Rey, que por lo demás en virtudes, justicia y piedad se puede comparar con cualquiera de los reyes pasados. Señalóse igualmente en las artes de la paz y de la guerra; fué colmado y alabado de prudencia y de mansedumbre. Allende desto, movido de su devocion por no dar ventaja á los reyes sus predecesores en el deseo de aumentar la religion, dió órden que se juntase el décimoquinto Concilio toledano. Concurrieron de todas partes sesenta y seis obispos, año del Señor de 688. Juntáronse á 15 de mayo en la iglesia pretoriense de San Pedro y San Pablo. Lo que principalmente se trató fué averiguar la fuerza que tenia el juramento que por respeto del rey Ervigio y por su mandado algunos años antes hicieron Egica y los grandes de amparar á la Reina viuda y á sus hijos. La

ja. Estas cosas fueron las que principalmente se decretaron en este Concilio. Tenia el Rey en su mujer Cijilona un hijo llamado Witiza; determinóse su padre de hacelle compañero de su reino. Esto sucedió despues de haber él solo reinado por espacio de diez años. Dan desto muestra algunas monedas que se hallan acuñadas con los nombres destos dos príncipes por reinar ambos juntamente. Cerca de la ciudad de Tuy, en un valle muy deleitoso, de muchas fuentes y arboleda, hasta hoy se ven algunos paredones, rastros de un edificio real que levantó Witiza para su recreacion en el tiempo que hizo residencia en aquella ciudad, ca su padre, por evitar alborotos y desabrimientos, le envió al gobierno de Galicia, donde fué el reino de los suevos. Falleció el rey Egica en Toledo de su enfermedad el año quinto adelante, que se contaba del Señor 701 por el mes de noviembre. Acudió su hijo desde Galicia, y sin contradiccion fué recebido por rey y ungido á fuer de los reyes godos á los 15 del dicho mes de noviembre.

CAPITULO XIX.

Del rey Witiza.

El reinado de Witiza fué desbaratado y torpe de todas maneras, señalado principalmente en crueldad, impiedad y menosprecio de las leyes eclesiásticas. Los grandes pecados y desórdenes de España la llevaban de caida y á grandes jornadas la encaminaban al despeñadero. Y es cosa natural y muy usada que cuando los reinos y provincias se hallan mas encumbrados en toda prosperidad entonces perezcan y se deshagan; todo lo de acá abajo á la manera del tiempo y conforme al movimiento de los cielos tiene su período y fin, y al cabo se trueca y trastorna, ciudades, leyes, costumbres. Verdad es que al principio Witiza dió muestra de buen príncipe, de querer volver por la inocencia y reprimir la maldad. Alzó el destierro á los que su padre tenia fuera de sus casas, y para que el beneficio fuese mas colmado los restituyó en todas sus haciendas, honras y cargos. Demás desto, hizo quemar los papeles y procesos para que no quedase memoria de los delitos y infamias que les achacaron y por los cuales fueron condenados en aquella revuelta de tiempos. Buenos principios eran estos si continuara y adelante no se trocara del todo y mudara. Es muy dificultoso enfrenar la edad deleznable y el poder con la razon, virtud y templanza. El primer escalon para desbaratarse fué entregarse á los aduladores, que los hay de ordinario y de muchas maneras en las casas de los príncipes, ralea perjudicial y abominable. Por este camino se despeñó en todo género de deshonestidades, enfermedad antigua suya, pero reprimida en alguna manera los años pasados por respeto de su padre. Tuvo gran número de concubinas con el tratamiento y estado como si fueran reinas y sus mujeres legítimas. Para dar algun color y excusa á este desórden hizo otra mayor maldad; ordenó una ley en que concedió á todos que hiciesen lo mismo, y en particular dió licencia á las personas eclesiásticas y consagradas á Dios para que se casasen; ley abominable y fea, pero que á muchos y á los mas dió gusto. Hacian de buena gana lo que les permitian, así por cumplir con sus apetitos como por agradar á su Rey; que es cierto género de servicio y adulacion imitar los vicios de los príncipes, y los mas ponen su felicidad y contento en la libertad de sus sentidos y gustos. Hízose otrosí una ley en que negaron la obediencia al Padre Santo, que fué quitar el freno del todo y la máscara y el camino derecho para que todo se acabase y se destruyese el reino, hasta entonces de bienes colmado por obedecer á Roma, y de toda prosperidad y buenandanza. Para que estas leyes tuviesen mas fuerza se juntaron en Toledo los obispos á Concilio, que fué el décimo octavo de los toledanos. La junta fué en la iglesia de San Pedro y San Pablo del Arrabal, donde á la sazon estaba un monasterio de monjas de San Benito. Era Gunderico arzobispo de Toledo. Los decretos deste Concilio no se ponen ni andan entre los demás concilios, ni era razon por ser del todo contrarios á las leyes y cánones eclesiásticos. En particular, contra lo que por leyes antiguas estaba dispuesto, se dió libertad á los judíos para que volviesen y morasen en España. Desde entonces se comenzó á revolver todo y á despeñarse; porque dado que á muchos daba gusto el vicio, casi todos juzgaban mal dél, y en particular se desabrieron todos aquellos que eran aficionados á las leyes y costumbres antiguas, y muchos volvieron los ojos al linaje y sucesion del rey Chindasvinto para les volver la corona y poner remedio por este camino á tantos males. No se le encubrió esto á Witiza, que fué ocasion de embravecerse contra los de aquella casa, y lo que comenzó en vida de su padre, que fué ensangrentar sus manos en aquel linaje, continuarlo como podia y llevarlo al cabo. Vivian dos hijos de Chindasvinto, hermanos del rey Recesvinto, que se llamaban el uno Teodefredo y el otro Favila. Teodefredo era duque de Córdoba, do para su entretenimiento edificó un palacio á la sazon y aun despues muy nombrado. Estaba determinado de no ir á la corte por no asegurarse del Rey y pasar su vida en sus tierras y estado. Favila era duque de Cantabria ó Vizcaya, y en el tiempo que Witiza en vida de su padre residia en Galicia anduvo en su compañía con cargo de capitan de la guarda, al cual los godos en aquel tiempo llamaban protospatario. Matólo á tuerto Witiza con un golpe que le dió de un baston, y aun algunos sospechan para gozar mas libremente de su mujer, en quien tenia puestos los ojos. Quedó de Favila un hijo llamado don Pelayo, el que adelante comenzó á reparar los daños y caida de España, y entonces acerca de Witiza hacia como teniente el oficio de su padre. Mas por su muerte se retiró á su estado de Cantabria, y el conde don Julian, casado con hermana de Witiza, fué puesto en el cargo de protospatario. Estas fueron las primeras muestras que Witiza en vida de su padre dió de su fiereza y de la enemiga que tenia contra aquel nobilísimo linaje. Hecho rey, pasó adelante, y volvió su rabia contra don Pelayo y su tio Teodefredo; al tio, magüer que retirado en su casa, privó de la vista y le cegó; á don Pelayo no pudo haber á las manos, dado que lo procuró con todo cuidado, como tambien se le escapó don Rodrigo, hijo de Teodefredo, que despues vino á ser rey. Don Pelayo por no asegurarse en España dicen se ausentó, y con muestra de devocion pasó á Jerusalem en romería. En confirmacion desto por largo tiempo mostraban en Arratia, pueblo de Vizcaya, los bordones de don Pelayo y su compañero, de que usaron en aquella larga peregrinacion. Resultó des-

tas crueldades y de las demás torpezas y desórdenes deste Rey que se hizo muy odioso á sus vasallos. Él, perdida la esperanza de apaciguarlos por buenos medios, acordó de enfrenarlos con temor y quitarles la manera de poderse levantar y hacer fuertes. Para esto mandó abatir las fortalezas y las murallas de casi todas las ciudades de España, digo casi todas, porque algunas fueron exemptas deste mandato, como Toledo, Leon y Astorga, sea por no querer aceptalle, ó porque el Rey se fiaba mas dellas que de las demás. Ultra desto, por las mismas causas deshizo las armas del reino en que consiste la salud pública y la libertad. El color que daba á mandatos tan exorbitantes era el sosiego del reino y deseo que se conservase la paz, como quier que los tiranos luego que dellos se apodera la maldad temen sus mismos reparos y ayudas, y los que ni la vergüenza retira de la torpeza, ni el temor de la crueldad, ni de la locura la prudencia, estos por asegurarse se suelen enredar y caer en mayores daños. Era por este tiempo arzobispo de Toledo Gunderico, sucesor de Félix, persona de grandes prendas y partes si tuviera valor y ánimo para contrastar á males tan grandes, que hay personas á quien, aunque desplace la maldad, no tienen bastante ánimo para hacer rostro al que la comete. Quedaban otrosí algunos sacerdotes, que como por la memoria del tiempo pasado se mantuviesen en su puridad, no aprobaban los desórdenes de Witiza, á estos él persiguió y afligió de todas maneras hasta rendillos á su voluntad, como lo hizo Sinderedo, sucesor de Gunderico, que se acomodó con los tiempos y se sujetó al Rey en tanto grado, que vino en que Oppas, hermano de Witiza, ó como otros dicen, hijo, de la iglesia de Sevilla, cuyo arzobispo era, fuese trasladado á Toledo. De que resultó otro nuevo desórden encadenado de los demás, que hobiese juntamente dos prelados de aquella ciudad contra lo que disponen las leyes eclesiásticas. La muerte de Witiza fué conforme á la vida, si bien los autores en la manera della se diferencian. El arzobispo don Rodrigo dice que fué muerto por conjuracion de don Rodrigo, que se ayudó para esto, así de los de su valía como de los romanos, á los cuales se recogió cuando cegaron á su padre. El deseo de venganza y el miedo del peligro en que andaba le dieron ánimo para quitar la vida al que así le trataba. Su padre lo que le quedó de la vida pasó en Córdoba condenado á perpetuas tinieblas y cárcel. Otros autores muy diligentes afirman que Witiza murió de enfermedad en Toledo el año doceno de su reinado, que se contaba de Cristo 711. Dejó dos hijos, llamados el uno Eva, y el otro Sisebuto; á estos como quier que unos los favoreciesen y otros al contrario, se levantaron en el reino recios temporales y torbellinos, cuyo remate fué la mas miserable desventura de cuantas se pudieran pensar.

CAPITULO XX.

De la genealogía destos reyes.

La misma cosa pide que pues por la disension de los godos y por estar divididas las voluntades entre dos linajes, el uno de Chindasvinto, y el otro de Wamba, que pretendian ambos tener derecho á la corona, las cosas de España se despeñaron por este tiempo en su total perdicion; declaremos en breve la genealogía de la una familia y de la otra. Dejó Chindasvinto de su mujer Riciberga estos hijos: Recesvinto, el mayorazgo, que le sucedió en el reino, Teodefredo y Favila y una hija, cuyo nombre no se sabe. Recesvinto falleció sin dejar sucesion. Así los grandes del reino pusieron en su lugar á Wamba. La hija de Chindasvinto casó con un conde llamado Ardebasto, griego de nacion, el cual, aunque desterrado de Constantinopla, por su valor y nobleza emparentó con el Rey, y tuvo por hijo á Ervigio, el que dió principio y fué causa de grandes males por apoderarse del reino y quitarle, como le quitó á Wamba, con malas mañas y engaño. El rey Ervigio de su mujer Liubigotona tuvo una hija, por nombre Cijilona, que casó con el rey Egica, deudo que era del rey Wamba, casamiento que se enderezaba á quitar enemistades y soldar la quiebra de disensiones entre aquellas dos casas. Deste matrimonio nació Witiza, el mayorazgo, y Oppas, prelado de Sevilla, y una hija, que, como dicen autores graves, casó con el conde don Julian. Hijos de Witiza fueron, como poco antes se dijo, Eva y Sisebuto. Teodefredo el segundo, hijo de Chindasvinto, hobo en su mujer Ricilona, señora nobilísima, á don Rodrigo, peste, tizon y fuego de España. De Favila, hijo tambien de Chindasvinto, nació don Pelayo, bien diferente en costumbres de su primo, pues por su esfuerzo y valor comenzaron adelante á alzar cabeza las cosas de los cristianos en España, abatidas de todo punto y destruidas por la locura de don Rodrigo. De don Pelayo traen su descendencia los reyes de España, sin jamás cortarse la línea de su alcuña real hasta nuestro tiempo, antes siempre los hijos han heredado la corona de sus padres, ó los hermanos de sus hermanos, que es cosa muy de notar.

CAPITULO XXI.

De los principios del rey don Rodrigo.

Tal era el estado de las cosas de España á la sazon que don Rodrigo, excluidos los hijos de Witiza, se encargó del reino de los godos por voto, como muchos sienten, de los grandes; que ni las voluntades de la gente se podian soldar por estar entre sí diferentes con las parcialidades y bandos, ni tenian fuerzas bastantes para contrastar á los enemigos de fuera. Hallábanse faltos de amigos que los socorriesen, y ellos por sí mismos tenian los cuerpos flacos y los ánimos afeminados á causa de la soltura de su vida y costumbres. Todo era convites, manjares delicados y vino, con que tenian estragadas las fuerzas, y con las deshonestidades de todo punto perdidas, y á ejemplo de los principales los mas del pueblo hacian una vida torpe y infame. Eran muy á propósito para levantar bullicios, para hacer fieros y desgarros, pero muy inhábiles para acudir á las armas y venir á las puñadas con los enemigos. Finalmente, el imperio y señorío, ganado por valor y esfuerzo, se perdió por la abundancia y deleites que de ordinario le acompañan. Todo aquel vigor y esfuerzo con que tan grandes cosas en guerra y en paz acabaron, los vicios le apagaron, y juntamente desbarataron toda la diciplina militar, de suerte que no se pudiera hallar cosa en aquel tiempo mas estragada que las costumbres de España, ni gente mas curiosa en buscar todo género de regalo. Paréceme á mí que por estos tiempos el reino y nacion

de los godos era grandemente miserable; pues como quier que por su esfuerzo hobiesen paseado gran parte de la redondez del mundo y ganado grandes victorias y con ellas gran renombre y riquezas, con todo esto no faltaron quien por satisfacer á sus antojos y pasiones con corazones endurecidos pretendiesen destruirlo todo; tan grande era la dolencia y peste que estaba apoderada de los godos. Tenia el nuevo Rey partes aventajadas y prendas de cuerpo y alma que daban claras muestras de señaladas virtudes. El cuerpo endurecido con los trabajos, acostumbrado á la hambre, frio y calor y falta de sueño. Era de corazon osado para acometer cualquiera hazaña, grande su liberalidad, y extraordinaria la destreza para granjear las voluntades, tratar y llevar al cabo negocios dificultosos. Tal era antes que le entregasen el gobernalle; mas luego que le hicieron rey se trocó y afeó todas las sobredichas virtudes con no menores vicios. En lo que mas se señaló fué en la memoria de las injurias, la soltura en las deshonestidades y la imprudencia en todo lo que emprendia. Finalmente, fué mas semejable á Witiza que á su padre ni á sus abuelos. Hállanse monedas de oro acuñadas con el nombre de don Rodrigo; su rostro como de hombre armado y feroz y por reverso estas palabras: *Igeditania Pius*, mote puesto, como se entiende, mas por adulacion que por él merecerlo. Esto en general. Las cosas particulares que hizo fueron estas: lo primero con nuevos pertrechos y fábricas ensanchó y hermoseó el palacio que su padre edificara cerca de Córdoba, segun que ya se dijo; por donde los moros adelante le llamaron comunmente el palacio de don Rodrigo; así lo testifica Isidoro, pacense, historiador de mucha autoridad en lo que toca á las cosas deste tiempo. Demás desto, llamó del destierro y tuvo cerca de sí á su primo don Pelayo con cargo de capitan de su guarda, que era el mas principal en la corte y casa real. Amábale mucho, así por el deudo como por haber los años pasados corrido la misma fortuna que él. Por el contrario, el odio que tenia contra Witiza comenzó á mostrar en el mal tratamiento que hacia á sus hijos, en tanto grado, que así por esto como por el miedo que tenian de mayor daño, se resolvieron de ausentarse de la corte y aun de toda España y pasar en aquella parte de Berbería que estaba sujeta á los godos y se llamaba Mauritania Tingitana. Tenia el gobierno á la sazon de aquella tierra un conde, por nombre Requila, lugarteniente, como yo entiendo, del conde don Julian, persona tan poderosa, que demás desto tenia á su cargo el gobierno de la parte de España cercana al estrecho de Gibraltar, paso muy corto para Africa. Asimismo en la comarca de Consuegra poseia un gran estado suyo y muchos pueblos, riquezas y poder tan grande como de cualquiera otro del reino, y de que el mismo Rey se pudiera recelar. Estos fueron los primeros principios y como semilla de lo que avino adelante, ca los hijos de Witiza antes de pasar en Africa trataron con otras personas principales de tomar las armas. Pretendian estar malamente agraviados. Asistíales y estaba de su parte el arzobispo don Oppas, persona de sangre real y de muchos aliados. Otros asimismo les acudian, quién con deseo de vengarse, quién con esperanza de mejorar su partido, si la feria se revolvia, que tal es la costumbre de la guerra, unos bajan y otros suben. Fuera justo acudir á estos principios y desbaratar la semilla de tanto mal; pero antes en lugar desto de nuevo se enconaron las voluntades con un nuevo desórden y caso que sucedió y dió ocasion á los bulliciosos de cubrir y colorear la maldad, que hasta entonces temerian de comenzar, con muestra de justa venganza. Era costumbre en España que los hijos de los nobles se criasen en la casa real. Los varones acompañaban y guardaban la persona del rey, servian en casa y á la mesa; los que tenian edad iban en su compañía cuando salia á caza, y seguíanle á la guerra con sus armas; escuela de que salian gobernadores prudentes, esforzados y valerosos capitanes. Las hijas servian á la reina en su aposento; allí las amaestraban en toda crianza, hacer labor, cantar y danzar cuanto á mujeres pertenecia. Llegadas á edad, las casaban conforme á la calidad de cada cual. Entre estas una hija del conde don Julian, llamada Cava, moza de extremada hermosura, se criaba en servicio de la reina Egilona. Avino que jugando con sus iguales descubrió gran parte de su cuerpo. Acechábalas el Rey de cierta ventana, que con aquella vista fué de tal manera herido y prendado, que ninguna otra cosa podia de ordinario pensar. Avivábase en sus entrañas aquella deshonesta llama, y cebábase con la vista ordinaria de aquella doncella, que era la parte por do le entró el mal. Buscó tiempo y lugar á propósito; mas como ella no se dejase vencer con halagos ni con amenazas y miedos, llegó su desatino á tanto, que le hizo fuerza, con que se despeñó á sí y á su reino en su perdicion, como persona estragada con los vicios y desamparada de Dios. Hallábase á la sazon el conde don Julian ausente en Africa, ca el Rey le enviara en embajada sobre negocios muy importantes. Apretaba á su hija el dolor, y la afrenta recebida la tenia como fuera de sí; no sabia qué partido se tomase, si disimular, si dar cuenta de su daño. Determinóse de escribir una carta á su padre deste tenor: «Ojalá, padre y señor, ojalá la tierra se me abriera antes que me viera puesta en condicion de escribiros estos renglones, y con tan triste nueva poneros en ocasion de un dolor y quebranto perpetuo. Con cuántas lágrimas escriba esto, estas manchas y borrones lo declaran; pero si no lo hago luego, daré sospecha que, no solo el cuerpo ha sido ensuciado, sino tambien amancillada el alma con mancha y infamia perpetua. ¿Qué salida tendrán nuestros males? ¿Quién sin vos pondrá reparo á nuestra cuita? ¿Esperarémos hasta tanto que el tiempo saque á luz lo que ahora está secreto, y de nuestra afrenta haga infamia mas pesada que la misma muerte? Avergüénzome de escribir lo que no me es lícito callar, ¡oh triste y miserable suerte! En una palabra; vuestra hija, vuestra sangre y de la alcuña real de los godos, por el rey don Rodrigo, al que estaba, mal pecado, encomendada, como la oveja al lobo, con una maldad increible ha sido afrentada. Vos, si sois varones, haréis que el gusto que tomó de nuestro daño se le vuelva en ponzoña, y no pase sin castigo la burla y befa que hizo á nuestro linaje y á nuestra casa.» Grande fué la cuita que con esta carta cayó en el conde y con estas nuevas; no hay para qué encarecello, pues cada cual lo podrá juzgar por sí mismo. Revolvió en su pensamiento diversas trazas, resolvióse de apresurar la traicion que poco antes tenian tramada, dió órden en las cosas de Africa, y con tanto sin dilacion pasó á España,

que el dolor de la afrenta le aguijaba y espoleaba. Era hombre mañoso, atrevido, sabia muy bien fingir y disimular. Así, llegado á la corte, con relatar lo que habia hecho y con acomodarse con el tiempo, crecia en gracia y privanza de suerte, que le comunicaban todos los secretos y se hallaba á los consejos de los negocios mas graves del reino, lo cual todo no se hacia solo por sus servicios y partes, sino mas aún por amor de su hija. Para encaminar sus negocios al fin que deseaba persuadió al Rey que pues España estaba en paz, y los moros y franceses por diversas partes corrian las tierras de Africa y de Francia, que enviase contra ellos á aquellas fronteras todo lo que restaba de armas y caballos, que era desnudar el reino de fuerzas para que no pudiese resistir. Concluido esto como deseaba, dió á entender que su mujer estaba en Africa doliente de una grave y larga enfermedad; que ninguna cosa le podria tanto alentar como la vista de su hija muy amada; que esto le avisaban y certificaban por sus cartas, así ella como los de su casa. Fué la diligencia que en esto puso tan grande, que el Rey dió licencia, sea forzado de la necesidad, mayormente que prometia seria la vuelta en breve, sea por estar ya cansado y enfadado, como suele acontecer, de aquella conversacion. En la ciudad de Málaga, que está á las riberas del mar Mediterráneo, hay una puerta llamada de la Cava, por donde se dice, como cosa recebida de padres á hijos, que salió esta señora para embarcarse. A la misma sazon el Rey, que por tantos desórdenes era aborrecido de Dios y de las gentes, cometió un nuevo desconcierto, con que dió muestra de faltarle la razon y prudencia. Habia en Toledo un palacio encantado, como lo cuenta el arzobispo don Rodrigo, cerrado con gruesos cerrojos y fuertes candados para que nadie pudiese en él entrar, ca estaban persuadidos, así el pueblo como los principales, que á la hora que fuese abierto, seria destruida España. Sospechó el Rey que esta voz era falsa para efecto de encubrir los grandes tesoros que pusieron allí los reyes pasados. Demás desto, movido por curiosidad, sin embargo que le ponian grandes temores, como sean las voluntades de los reyes tan determinadas en lo que una vez proponen, hizo quebrantar las cerraduras. Entró dentro, no halló algunos tesoros, solo una arca, y en ella un lienzo y en él pintados hombres de rostros y hábitos extraordinarios con un letrero en latin que decia: «Por esta gente será en breve destruida España.» Los trajes y gestos parecian de moros; así, los que presentes se hallaron quedaron persuadidos que aquel mal y daño vendria de Africa; y no menos arrepentido el Rey, aunque tarde, de haber sin propósito y á grande riesgo escudriñado y sacado á luz misterios encubiertos hasta entonces con tanto cuidado. Algunos tienen todo esto por fábula, por invencion y patraña; nos ni la aprobamos por verdadera ni la desechamos como falsa; el lector podrá juzgar libremente y seguir lo que le pareciere probable. No pareció pasalla en silencio por los muchos y muy graves autores que la relatan, bien que no todos de una manera.

CAPITULO XXII.

De la primera venida de los moros en España.

Las armas de los sarracenos por estos tiempos volaban por todo el mundo con grande valor y fama. Tuvo esta canalla su orígen y principio en Arabia, y á Mahoma por caudillo, el cual primeramente engañó mucha gente con color de religion. Despues se apoderó de las partes y provincias de levante; desde allí se extendió hácia mediodía, y en breve espacio de tiempo llegó hasta las postreras tierras de occidente. Consideró el emperador Heraclio el peligro que amenazaba; y así, despues que venció á Cosroes, rey de Persia, y se apoderó de la Asia, procuró con maña atajar en sus principios esta peste; dió sueldo á cuatro mil sarracenos de los mas nobles y valientes. Mostró con esto querer honrallos y hacer dellos confianza, como quier que á la verdad pretendiese tenerlos cerca de sí para seguridad que no levantasen, segun que habian comenzado, nuevas alteraciones y guerras. Sucedió que pidieron cierto vestido debido á los soldados por una ley de Justiniano, que hasta hoy se conserva. Nególes su peticion el prefecto del Fisco, que en tiempo tan estragado era un eunuco; díjoles palabras afrentosas, es á saber: «¿Qué sobra á los soldados romanos que se pueda dar á estos canes?» Irritáronse ellos con aquella respuesta y palabra de aquel hombre afeminado. Levantaron sin dilacion sus banderas, y vueltos á su tierra, se apoderaron de muchas ciudades comarcanas del imperio romano. Sujetaron á Egipto y á los Persas, flacos á la sazon y sin fuerzas por las victorias que poco antes sobre ellos ganaron los romanos; y no solo los sujetaron como vencedores, sino tambien los compelieron á que profesasen la ley y tomasen el nombre de sarracenos. Con el mismo ímpetu tomaron toda la Suria, y diversas veces acometieron la Africa, en que los trances fueron diferentes, ca veces vencian, y á veces al contrario; mas últimamente salieron con la empresa. Fué así que el rey desta gente, por nombre Abimelech, con un grueso ejército se metió por Africa y se puso sobre Cartago; tomóla y echóla por tierra, pero sin embargo fueron vencidos y echados de toda la Africa por Juan, prefecto del Pretorio, gobernador á la sazon de aquellas partes. Tornábanse á rehacer para entrar de nuevo con mas fuerzas y mas bravos. Por este respeto Juan se embarcó y pasó á Constantinopla para pedir gente de socorro al emperador Leoncio, que fué el año del Señor de 700, poco mas á menos. Las legiones romanas que en Africa y en Cartago quedaban, cansadas de esperar ó con deseo de novedades, alzaron por emperador á un Tiberio Apsimaro, y para apoderalle del imperio pasaron con él á la misma ciudad de Constantinopla. Con esto quedó Africa desapercebida y flaca; acometiéronla de nuevo y sujetáronla los sarracenos. Pasaron adelante, y hicieron lo mismo en la Numidia y en las Mauritanias sin parar hasta el mar Océano y Atlántico, fin y remate del mundo. Era señor de toda aquella gente y de aquel imperio Ulit, llamábase Miramamolin, que era apellido de supremo emperador. Gobernaba en su nombre lo de Africa Muza, hombre feroz, en sus consejos prudente, y en la ejecucion presto. El conde don Julian, luego que alcanzó licencia del Rey para pasar en Africa, de camino se vió con las cabezas de la conjuracion para mas prendallos; hablóles conforme al apetito de cada cual, prometia á unos riquezas, á otros gobiernos, con todos blasonaba de sus fuerzas, y encarecia la falta que dellas el Rey tenia. No léjos de la villa de Consuegra está un monte llamado Calde-

rino, y porque este nombre en arábigo quiere decir monte de traicion, los de aquella comarca se persuaden, como cosa recebida de sus antepasados, que en aquel monte se juntaron el Conde y los demás para acordar, como acordaron, de llamar los moros á España. Llegado en Africa, lo primero que hizo fué irse á ver con Muza; declaróle el estado en que las cosas de España se hallaban; quejóse de los agravios que el Rey tenia hechos sin causa, así á él como á los hijos del rey Witiza, que demás de despojarlos de la herencia de su padre, los forzaba á andar desterrados, pobres y miserables y sin refugio alguno; dado que no les faltaban las aficiones de muchos, que llegada la ocasion se declararian. Que era buena sazon para acometer á España y por este camino apoderarse de toda la Europa, en que hasta entonces no habian podido entrar. Solo era necesario usar de presteza para que los contrarios no tuviesen tiempo de aprestarse. Encarecíale la facilidad de la empresa, á que se ofrecia salir él mismo con pequeña ayuda que de Africa le diesen, confiado en sus aliados. Que por tener en su poder, de la una y de la otra parte del Estrecho, las entradas de Africa y de España, no dudaria de quitar la corona á su contrario. No le parecia al bárbaro mala ocasion esta, solo dudaba de la lealtad del Conde, si por ser cristiano guardaria lo que pusiese. Parecióle comunicar el negocio con el Miramamolin. Salió acordado que con poca gente se hiciese primero prueba de las fuerzas de España y si las obras del Conde eran conforme á sus palabras. Era Muza hombre recatado; hallábase ocupado en el gobierno de Africa, empeñado en muchos y graves negocios. Envió al principio solos ciento de á caballo y cuatrocientos de á pié repartidos en cuatro naves. Estos acometieron las islas y marinas cercanas al Estrecho. Sucedieron las cosas á su propósito, que muchos españoles se les pasaron. Con esto de nuevo envió doce mil soldados, y por su capitan Tarif, por sobrenombre Abenzarca, persona de gran cuenta, dado que le faltaba un ojo. Para que fuese el negocio mas secreto y no se entendiese dónde encaminaban estas tramas, no se apercibió armada en el mar, sino pasaron en naves de mercaderes. Surgieron cerca de España, y lo primero se apoderaron del monte Calpe y de la ciudad de Heraclea, que en él estaba, y en lo de adelante se llamó Gibraltar, de gebal, que en arábigo quiere decir monte, y de Tarif, el general, de cuyo nombre tambien, como muchos piensan, otra ciudad allí cerca, llamada antiguamente Tarteso, tomó nombre de Tarifa. Tuvo el rey don Rodrigo aviso de lo que pasaba, de los intentos del Conde y de las fuerzas de los moros. Despachó con presteza un su primo llamado Sancho (hay quien le llame Iñigo) para que le saliese al encuentro. Fué muy desgraciado este principio, y como pronóstico y mal agüero de lo de adelante. El ejército era compuesto de toda broza, y como gente allegadiza, poco ejercitada; ni tenian fuerza en los cuerpos ni valor en sus ánimos; los escuadrones mal formados, as armas tomadas de orin, los caballos, ó flacos ó regalados, no acostumbrados á sufrir el polvo, el calor, las tempestades. Asentaron su real cerca de Tarifa; tuvieron encuentros y escaramuzas, en que los nuestros llevaron siempre lo peor; últimamente, ordenadas las haces, se dió la batalla, que estuvo por algun espacio en peso sin declarar la victoria por ninguna de las partes, pero al fin quedó por los moros el campo. Sancho, el general, muerto, y con él parte del ejército; los demás se salvaron por los piés. Pasaron los bárbaros adelante engreidos con la victoria, talaron los campos del Andalucía y de la Lusitania, tomaron muchos pueblos por aquellas partes, en particular la ciudad de Sevilla, por estar desmantelada y sin fuerzas. Sucedió esta primera desgracia el año 713, en el cual Sinderedo, arzobispo de Toledo, por la revuelta de los tiempos ó por la insolencia del Rey se ausentó de España. Pasó á Roma, do los años adelante se halló en un Concilio lateranense, que se celebró por mandado del papa Gregorio III. Por su ausencia los canónigos de Toledo trataron de elegir nuevo prelado por no carecer de pastor en tiempo tan desgraciado. No hicieron caso de don Oppas, como de intruso y entronizado contra derecho. Dieron sus votos á Urbano, que era primiclerio de aquella iglesia, que era lo mismo que chantre, persona de conocidas partes y virtud. Pero porque su eleccion fué en vida de Sinderedo, y parece no fué confirmada por quien de derecho lo debia ser, los antiguos no le contaron en el número de los prelados de Toledo, como se saca de algunos libros antiguos en que se pone la lista y catálogo de los arzobispos de aquella ciudad.

CAPITULO XXIII.

De la muerte del rey don Rodrigo.

Cosas grandes eran estas y principios de mayores males, los cuales acabadas en breve, los dos caudillos, Tarif y el conde don Julian, dieron vuelta á Africa para hacer instancia, como la hicieron, á Muza que les acudiese con nuevas gentes para llevar adelante lo comenzado. Quedó en rehenes y para seguridad de todo el conde Requila, con que mayor número de gente de á pié y de á caballo vino á la misma conquista. Era tan grande el brio que con las victorias pasadas y con estos nuevos socorros cobraron los enemigos, que se determinaron á presentar la batalla al mismo rey don Rodrigo y venir con él á las manos. El, movido del peligro y daño y encendido en deseo de tomar emienda de lo pasado y de vengarse, apellidó todo el reino. Mandó que todos los que fuesen de edad acudiesen á las banderas. Amenazó con graves castigos á los que lo contrario hiciesen. Juntóse á este llamamiento gran número de gente; los que menos cuentan dicen fueron pasados de cien mil combatientes. Pero con la larga paz, como acontece, mostrábanse ellos alegres y bravos, blasonaban y aun renegaban; mas eran cobardes á maravilla, sin esfuerzo y aun sin fuerzas para sufrir los trabajos y incomodidades de la guerra; la mayor parte iban desarmados, con hondas solamente ó bastones. Este fué el ejército con que el Rey marchó la vuelta del Andalucía. Llegó por sus jornadas cerca de Jerez, donde el enemigo estaba alojado. Asentó sus reales y fortificólos en un llano por la parte que pasa el rio Guadalete. Los unos y los otros deseaban grandemente venir á las manos; los moros orgullosos con la victoria; los godos por vengarse, por su patria, hijos, mujeres y libertad no dudaban poner á riesgo las vidas, sin embargo que gran parte dellos sentian en

sus corazones una tristeza extraordinaria y un silencio cual suele caer á las veces como presagio del mal qué ha de venir sobre algunos. Al mismo Rey, congojado de cuidados entre dia, de noche le espantaban sueños y representaciones muy tristes. Pelearon ocho dias continuos en un mismo lugar; los siete escaramuzaron, como yo lo entiendo, á propósito de hacer prueba cada cual de las partes de las fuerzas suyas y de los contrarios. Del suceso no se escribe; debió ser vario, pues al octavo dia se resolvieron de dar la batalla campal, que fué domingo á 9 del mes que los moros llaman javel ó scoval, así lo dice don Rodrigo, que vendria á ser por el mes de junio conforme á la cuenta de los árabes; pero yo mas creo fuese á 11 de noviembre, dia de san Martin, segun se entiende del *Cronicon alveldense*, año de nuestra salvacion de 714. Estaban las haces ordenadas en guisa de pelear. El Rey desde un carro de marfil, vestido de tela de oro y recamados, conforme á la costumbre que los reyes godos tenian cuando entraban en las batallas, habló á los suyos en esta manera: «Mucho me alegro, soldados, que haya llegado el tiempo de vengar las injurias hechas á nosotros y á nuestra santa fe por esta canalla aborrecible á Dios y á los hombres. ¿Qué otra causa tienen de movernos guerra, sino pretender de quitar la libertad á vos, á vuestros hijos, mujeres y patria, saquear y echar por tierra los templos de Dios, hollar y profanar los altares, sacramentos y todas las cosas sagradas como lo han hecho en otras partes? Y casi veis con los ojos, y con las orejas ois el destrozo y ruido de los que han abatido en buena parte de España. Hasta ahora han hecho guerra contra eunucos; sientan que cosa es acometer á la invencible sangre de los godos. El año pasado desbarataron un pequeño número de los nuestros; engreidos con aquella victoria y por haberlos Dios cegado han pasado tan adelante, que no podrán volver atrás sin pagar los insultos cometidos. El tiempo pasado dábamos guerra á los moros en su tierra, corriamos las tierras de Francia; al presente ¡oh grande mengua, y digna que con la misma muerte, si fuere menester, se repare! somos acometidos en nuestra tierra, tal es la condicion de las cosas humanas, tales los reveses y mudanzas. El juego está entablado de manera que no se podrá perder; pero cuando la esperanza de vencer no fuese tan cierta, debe aguijonaros y encenderos el deseo de la venganza. Los campos están bañados de la sangre de los vuestros, los pueblos quemados y saqueados, la tierra toda asolada; ¿quién podrá sufrir tál estrago? Lo que ha sido de mi parte, ya veis cuán grande ejército tengo juntado, apenas cabe en estos campos; las vituallas y almacen en abundancia, el lugar es á propósito; á los capitanes tengo avisado lo que han de hacer, proveido de número de soldados de respeto para acudir á todas partes. Demás desto, hay otras cosas, que ahora se callan, y al tiempo del pelear veréis cuán apercebido está todo. En vuestras manos, soldados, consiste lo demás; tomad ánimo y coraje, y llenos de confianza acometed los enemigos; acordáos de vuestros antepasados, del valor de los godos; acordáos de la religion cristiana, debajo de cuyo amparo y por cuya defensa peleamos.» Al contrario Tarif, resuelto asimismo de pelear, sacó sus gentes, y ordenados sus escuadrones, les hizo el siguiente razonamiento: «Por esta parte se extiende el Océano, fin último y remate de las tierras; por aquella nos cerca el mar Mediterráneo; nadie podrá escapar con la vida, sino fuere peleando. No hay lugar de huir; en las manos y en el esfuerzo está puesta toda la esperanza. Este dia, ó nos dará el imperio de Europa, ó quitará á todos la vida. La muerte es fin de los males; la victoria causa de alegría; no hay cosa mas torpe que vivir vencidos y afrentados. Los que habeis domado la Asia y la Africa, y al presente, no tanto por mi respeto cuanto de vuestra voluntad acometeis á haceros señores de España, debeis os membrar de vuestro antiguo esfuerzo y valor, de los premios, riquezas y renombre inmortal que ganareis. No os ofrecemos por premio los desiertos de Africa, sino los gruesos despojos de toda Europa; ca vencidos los godos, demás de las victorias ganadas el tiempo pasado, ¿quién os podrá contrastar? ¿Temeréis por ventura este ejército sin armas, juntado de las heces del vulgo, sin órden y sin valor? Que no es el número el que pelea, sino el esfuerzo; ni vencen los muchos, sino los denodados, con su muchedumbre se embarazarán, y sin armas, con las manos desnudas los venceréis. Cuando tenian las fuerzas enteras los desbaratastes; ¿por ventura ahora, perdida gran parte de sus gentes, acobardados con el miedo, alcanzarán la victoria? La alegría pues y el denuedo que en vos veo, cierto presagio de lo que será, esa llevad á la pelea confiados en vuestro esfuerzo y felicidad, en vuestra fortuna y en vuestros hados. Arremeted con el ayuda de Dios y de nuestro profeta Mahoma, venced los enemigos, que traen despojos, no armas. Trocad los ásperos montes, los collados pelados por el gran calor, las pobres chozas de Africa con los ricos campos y ciudades de España. En vuestras diestras consiste y llevais el imperio, la salud, el alegría del tiempo presente, y del venidero la esperanza.» Encendidos los soldados con las razones de sus capitanes, no esperaban otra cosa que la señal de acometer. Los godos al son de sus trompetas y cajas se adelantaron, los moros al son de los atabales de metal á su manera encendian la pelea; fué grande la grita. de la una parte y de la otra; parecia hundirse montes y valles. Primero con hondas, dardos y todo género de saetas y lanzas se comenzó la pelea; despues vinieron á las espadas; la pelea fué muy brava, ca los unos peleaban como vencedores, y los otros por vencer. La victoria estuvo dudosa hasta gran parte del dia sin declararse; solo los moros daban alguna muestra de flaqueza, y parece querian ciar y aun volver las espaldas, cuando don Oppas ¡oh increible maldad! disimulada hasta entonces la traicion, en lo mas recio de la pelea, segun que de secreto lo tenia concertado, con un buen golpe de los suyos se pasó á los enemigos. Juntóse con don Julian, que tenia consigo gran número de los godos, y de través por el costado mas flaco acometió á los nuestros. Ellos, atónitos con traicion tan grande y por estar cansados de pelear, no pudieron sufrir aquel nuevo ímpetu, y sin dificultad fueron rotos y puestos en huida, no obstante que el Rey con los mas esforzados peleaba entre los primeros y acudia á todas partes, socorria á los que via en peligro, en lugar de los heridos y muertos ponia otros sanos, detenia á los que

huian, á veces con su misma mano; de suerte que, no solo hacia las partes de buen capitan, sino tambien de valeroso soldado. Pero al último, perdida la esperanza de vencer y por no venir vivo en poder de los enemigos, saltó del carro y subió en un caballo, llamado Orelia, que llevaba de respeto para lo que pudiese suceder; con tanto él se salió de la batalla. Los godos, que todavía continuaban la pelea, quitada esta ayuda, se desanimaron; parte quedaron en el campo muertos, los demás se pusieron en huida; los reales y el bagaje en un momento fueron tomados. El número de los muertos no se dice; entiendo yo que por ser tantos no se pudieron contar; que á la verdad esta sola batalla despojó á España de todo su arreo y valor. Dia aciago, jornada triste y llorosa. Allí pereció el nombre ínclito de los godos, allí el esfuerzo militar, allí la fama del tiempo pasado, allí la esperanza del venidero se acabaron; y el imperio que mas de trescientos años habia durado quedó abatido por esta gente feroz y cruel. El caballo del rey don Rodrigo, su sobreveste, corona y calzado, sembrado de perlas y pedrería, fueron hallados á la ribera del rio Guadalete; y como quier que no se hallasen algunos otros rastros dél, se entendió que en la huida murió ó se ahogó á la pasada del rio. Verdad es que como docientos años adelante en cierto templo de Portugal en la ciudad de Viseo se halló una piedra con un letrero en latin, que vuelto en romance dice:

AQUÍ REPOSA RODRIGO, ÚLTIMO REY DE LOS GODOS.

Por donde se entiende que salido de la batalla, huyó á las partes de Portugal. Los soldados que escaparon, como testigos de tanta desventura, tristes y afrentados, se derramaron por las ciudades comarcanas. Don Pelayo, de quien algunos sospechan se halló en la batalla, perdida toda esperanza, parece se retiró á lo postrero de Cantabria ó Vizcaya, que era de su estado; otros dicen que se fué á Toledo. Los moros no ganaron la victoria sin sangre, que dellos perecieron casi diez y seis mil. Fueron los años pasados muy estériles, y dejada la labranza de los campos á causa de las guerras, España padeció trabajos de hambre y peste. Los naturales, enflaquecidos con estos males, tomaron las armas con poco brio; los vicios principalmente y la deshonestidad los tenian de todo punto estragados, y el castigo de Dios los hizo despeñar en desgracias tan grandes.

CAPITULO XXIV.

Que los cristianos se fueron á las Astúrias.

Gobernaba la iglesia de Roma el papa Constantino; el imperio de oriente Anastasio, por sobrenombre Artemio; rey de Francia era Childeberto, tercero de aquel nombre, á la sazon que España estaba toda llena de alboroto y de llanto, no solo por la pena y cuita del mal presente, sino tambien por el miedo de lo que para adelante se aparejaba. No faltaba algun género de desventura, pues el vencedor, con la licencia y libertad que suele, afligia todos los vencidos de cualquier edad ó condicion que fuesen. Un buen golpe de los que escaparon de aquella desastrada batalla se recogieron á Ecija, ciudad que no caia léjos, y en aquel tiempo bien fortificada de muros. Con estos se juntaron los ciudadanos, y animados á tratar del remedio, aunque fuese con riesgo de sus vidas, salvar lo que quedaba, vengar si pudiesen las injurias, no dudaron de salir al campo y pelear de nuevo con el vencedor, que ejecutaba el alcance y perseguia lo que restaba de los godos. El suceso desta batalla fué el mismo que el pasado; de nuevo fueron los nuestros desbaratados y puestos en huida; los que escaparon de la matanza se fueron por diversos lugares; la ciudad, por estar desnuda de gente de guerra, quedó en poder del vencedor, y por su mandado la echaron por tierra. Despues desto, por consejo y á persuasion del conde don Julian se dividieron los moros en dos partes: los unos, debajo de la conducta de Magued, renegado de la religion cristiana, se encaminaron á Córdoba, que por estar desamparada de sus moradores, que por miedo del peligro se fueran á Toledo, fácilmente fué puesta en sujecion y tomada por aviso de un pastor, que en los muros cerca de la puente les mostró cierta parte por donde entraron, ayudados asimismo del silencio de la noche y muertas las centinelas. El gobernador de la ciudad se hizo fuerte en un templo, que se llamaba de San Jorge, en que se mantuvo por espacio de tres meses; pero á cabo deste tiempo, como huyese, fué preso y vino en poder de los moros; el templo entraron por fuerza, y pasaron á cuchillo todos los que en él estaban. Con la otra parte del ejército Tarif saqueaba y talaba y metia á fuego y á sangre lo restante de Andalucía y corria los vencidos por todas partes. Mentesa fué tomada por fuerza y destruida, de la cual dice el arzobispo don Rodrigo caia cerca de Jaen, pero á la verdad algo mas apartada estaba. En Málaga, en Illiberris y en Granada pusieron guarnicion de soldados. Murcia se rindió á partido, que sacó el gobernador aventajado, como buen soldado y sagaz que era, ca despues que en un encuentro fué vencido por los moros, puso las mujeres vestidas como hombres en la muralla. Los moros con aquella maña, persuadidos que habia dentro gran número de soldados, le otorgaron lo que pidió. De Murcia dice el mismo don Rodrigo que en aquel tiempo se llamaba Oreola. Demás desto, los judíos mezclados con los moros fueron puestos por moradores en Córdoba y en Granada á causa que los cristianos se habian ido á diversas partes y dejádolas vacías. Restaba Toledo, ciudad puesta en el riñon de España, de asiento inexpugnable. El arzobispo Urbano, sin embargo de su fortaleza, se habia retirado á las Astúrias y llevado consigo las sagradas reliquias porque no fuesen profanadas por los enemigos del nombre cristiano, en particular llevó la vestidura traida á san Ilefonso del cielo, y un arca llena de reliquias, que por diversos casos fuera llevada á Jerusalem, y despues parara en Toledo. Llevó asimismo los libros sagrados de la *Biblia*, y las obras de los santos varones Isidoro, Ilefonso, Juliano, muestras de su erudicion y santidad, tesoros mas preciosos que el oro y las perlas, porque no fuesen abrasados con el fuego que destruia todo lo demás. En compañía de Urbano para mayor seguridad fué don Pelayo, como se halla escrito en graves autores. Y para que estos tesoros celestiales estuviesen mas libres de peligro, en lo postrero de España los pusieron en una cueva debajo de tierra, distante dos leguas de donde despues se edificó la ciudad de Oviedo. Desde el cual tiempo se llamó aquel lugar

el Monte Santo, y de muy antiguo es tenido en gran devocion por los pueblos comarcanos, de donde todos los años acude allí gran muchedumbre, principalmente la fiesta de la Magdalena. Hicieron asimismo compañía á Urbano y á don Pelayo los mas nobles y ricos ciudadanos de Toledo, por estar mas léjos del peligro, seguir el ejemplo de su prelado y conservarse para mejor tiempo. Juntáronse los moros de diversas partes, en que todo les sucedia prósperamente, para poner cerco á Toledo. Llevaron por su caudillo á Tarif, y por las causas ya dichas fácilmente se apoderaron de aquella ciudad, silla de los reyes godos y lumbre de toda España. En la manera cómo se tomó hay opiniones diferentes. El arzobispo don Rodrigo dice que los judíos que quedaron en la ciudad y estaban á la mira sin poner á riesgo sus cosas, ora venciesen, ora fuesen vencidos los españoles, y tambien por el odio del nombre cristiano sin dilacion abrieron las puertas á los vencedores, y á ejemplo de lo que se hizo en Córdoba y en Granada, los judíos y moros fueron en ella puestos por moradores. Don Lúcas de Tuy, al contrario, afirma que los cristianos de Toledo, confiados en la fortaleza del sitio, magüer que eran en pequeño número, sin fuerzas y sin esfuerzo, sufrieron el cerco algunos meses hasta tanto que últimamente el domingo de Ramos, dia en que se celebra la pasion del Señor, como era de costumbre, salieron los cristianos en procesion á Santa Leocadia, la del Arrabal. Entre tanto los enemigos fueron por los judíos recebidos dentro de la ciudad, y por ellos los ciudadanos todos muertos ó presos. En cosas tan inciertas seria atrevimiento sentenciar por la una ó por la otra parte. Todavía yo mas me allego á los que dijeron que la ciudad despues de un largo cerco entregaron á partido sus mismos ciudadanos. Las condiciones que se asentaron, dicen fueron estas: los que quisiesen partirse de la ciudad sacasen libremente sus haciendas; los que quedar, pudiesen seguir la religion de sus padres, para cuyo ejercicio les señalaron siete templos, es á saber, de los santos Justa, Torcuato, Lúcas, Marco, Eulalia, Sebastian y el de Nuestra Señora del Arrabal. Los tributos fuesen los mismos que acostumbraban pagar á los reyes godos, sin que les pudiesen poner otros de nuevo. Que los gobernasen por sus leyes, y para este efecto se nombrasen jueces de entre ellos que les hiciesen justicia. Por esta manera fué Toledo puesta en poder de los moros. Las demás ciudades de España, unas se rendian de voluntad, otras tomaban por fuerza; que la llama de la guerra se emprendia por todas partes. Los moradores se derramaban por diversos lugares, como á cada uno guiaba el miedo ó la esperanza. Leon, forzada de la hambre y por falta de mantenimientos, se rindió. Guadalajara en los carpetanos fué tomada. En los celtíberos, en un pueblo que en nuestro tiempo se llama Medinaceli, y antiguamente dice don Rodrigo se llamó Segoncia, hallaron una mesa de esmeralda, como yo lo entiendo de mármol verde, de grandor, estima y precio extraordinario, de donde los moros llamaron aquel pueblo Medina Talmeida, que significa ciudad de mesa. En Castilla la Vieja se entregó Amaya, forzada de la hambre que cada dia se embravecia mas, cuyos despojos sobrepujaron las riquezas de las demás á causa que muchos, confiados en su fortaleza, se recogieron á ella con todo lo mejor de sus casas. Llamábase aquella parte de Castilla en aquel tiempo Campos de los godos; de allí quedó que hasta hoy se llama tierra de Campos. En Galicia quemaron á Astorga; los muros por ser de buena estofa quedaron en pié. En las Astúrias, Gijon, pueblo por la parte de tierra y de la mar muy fuerte, vino asimismo en poder de los moros. Pusieron guarniciones de soldados en lugares á propósito para que los naturales no pudiesen rebullirse ni sacudir aquel yugo tan pesado de sus cervices. El ejército de los moros, rico con los despojos de España, y su general Tarif, debajo cuya conducta ganaran tantas victorias, dieron vuelta á Toledo para con el reposo gozar el fruto de tantos trabajos, y desde allí, como desde una atalaya muy alta, proveer y acudir á las demás partes. Todo esto pasó el año de 715, en que hallo tambien se apoderaron de Narbona, ca diversos ejércitos de Africa á la fama de victoria tan señalada como enjambres se derramaban por todo el señorío de los godos. Los naturales, parte huidos, parte amedrentados, no hallaban traza para ayudar á su patria; ningun ejército en número y en fuerzas bastante se juntaba; solo cada cual de las ciudades proveia en particular lo que le tocaba; así nombraron diversos gobernadores, y porque en guerra y en paz eran soberanos, sin reconocer superior, algunos historiadores les dan nombre de reyes.

CAPITULO XXV.

Cómo Muza vino á España.

En tanto que esto pasaba en España, de Africa se sonaba que Muza era combatido de diversas olas de pensamiento. Por una parte se holgaba que aquella nobilísima provincia fuese vencida y el señorío de los moros hobiese pasado á Europa, por otra le escocia que por su descuido hobiese Tarif ganado, no solo los despojos de España, sino tambien la honra de todo. Aguijoneábanle igualmente la avaricia y la envidia, malos consejeros en guerra y en paz. Acordó de pasar en España, como lo hizo, con un nuevo ejército, en que dicen se contaban doce mil soldados, pequeño número para empresas tan grandes, si los españoles no estuvieran de todo punto apretados y caidos, porque lo que suele acontecer cuando los negocios están perdidos, todos daban buen consejo que se acudiese á las armas y á la defensa, pero cada uno rehusaba de acometer el peligro. Venido el nuevo caudillo de los moros, se mudó la manera de hacer la guerra; que si bien algunos le aconsejaban juntase las fuerzas con Tarif y de consuno acometiesen las demás ciudades que aun no estaban rendidas, prevaleció empero el parecer de aquellos que, aunque eran cristianos, teniendo mas cuenta con el tiempo que con la conciencia, prometian su ayuda á Muza para acabar lo que restaba, con la cual y con sus fuerzas podria sujetar las ciudades comarcanas, cosa que al bárbaro parecia ser de mayor reputacion. Acudió tambien el conde don Julian, sea con deseo de ganar la gracia del nuevo capitan y esperar dél mayores mercedes, sea por odio de Tarif y disension que resultó entre los dos; que suelen los traidores, como son bulliciosos y inconstantes, despues de haber servido perder primero la gracia, y adelante ser aborrecidos, así por la memoria de la maldad como

porque los miran como acreedores. De Algecira, do desembarcaron estos bárbaros, fueron primeramente á ponerse sobre Medina Sidonia, sitio que los moradores sufrieron por algun tiempo, y aun fiados de su valentía diversas veces hicieron salidas sobre los enemigos, mas fueron rebatidos y al fin tomados por fuerza. Pusieron con el mismo ímpetu sitio sobre Carmona, ciudad antiguamente la mas fuerte del Andalucía. Gastáronse algunos dias en el cerco, porque los moradores se defendian valientemente. Usó el conde don Julian de cierto engaño, fingió en cierta cuestion que se huia de los moros; los ciudadanos engañados recibiéronle dentro de los muros por la puerta que entonces se llamaba de Córdoba, y con este embuste se tomó. Esto dice el arzobispo don Rodrigo. El moro Rasis discrepa en el tiempo y en la manera, ca dice fué tomada despues que Muza y Tarif se vieron en Toledo, y que los soldados de don Julian, no con muestra de huir, sino en traje de mercaderes, metieron en ella las armas con que la ganaron por fuerza. Acudió á Sevilla como á ciudad tan principal gran muchedumbre de godos; pero como la morisma que iba sobre ella fuese grande, perdida la esperanza de poderse tener los de dentro, secretamente se huyeron, y los moros apoderados della, la entregaron á los judíos para que junto con los moros morasen en ella. Beja la de Lusitania ó Portugal, que se decia Pax Julia, do se recogieron los ciudadanos de Sevilla, corrió la misma fortuna, dado que no se sabe si la entraron por fuerza, si se rindió á partido; solo consta que adelante vivió en ella gran número de cristianos. No léjos della cae Mérida, colonia antiguamente de romanos, y entonces la mas principal ciudad de Lusitania, y que conservaba todavía claros rastros de su antigua majestad, si bien de las muchas guerras pasadas quedó maltratada, y últimamente en la batalla en que se perdió el rey don Rodrigo y con él España, muchos de sus ciudadanos perecieron como buenos. Todo esto no fué parte para que perdiesen el ánimo, antes salieron contra el enemigo que sobre ellos venia. La pelea fué sin órden, muchos de ambas partes perecieron; los moros eran mas en número, y así, los cristianos fueron forzados á retirarse dentro de los muros. A la hora Muza, acompañado de cuatro personas solamente, mirado el sitio y majestad de la ciudad, dijo: Parece que de todo el mundo se juntaron gentes á fundar este pueblo; dichoso quien fuese señor dél. Encendido en este deseo, buscaba traza para salir con su intento. Estaba cerca de la ciudad una cantera antigua, la cual por ser honda pareció á proposito para armar una celada; puso pues en aquellas barrancas de parte de noche buen número de caballos. Dió vista á la ciudad; los cercados salieron á la pelea, adelantáronse sin órden, tanto, que cayeron en la celada; con que por frente y por las espaldas fueron apretados de tal suerte, que, con pérdida de muchos, pocos, cerrado su escuadron y apretados, pudieron volver á la ciudad. Con este daño reprimieron su atrevimiento, acordaron de no hacer salidas, sino defender solamente sus murallas. El cerco iba adelante, dilacion que daba mucha pena á Muza, apercibió todas las suertes de ingenios que en aquel tiempo se usaban, levantó torres de madera, hizo trabucos y mantas con que los soldados arrimados al muro procuraban con picos abrir entrada. Acudian los cercados á todas partes, y con esfuerzo y diligencia rebatian estos intentos; pero eran pocos en número, y comenzaban á sentir falta de vituallas y municiones. Trataron de rendirse, mas con tales condiciones, que Muza las rechazó con desden y saña. Volvieron los medianeros sin hacer algun efecto, solo con esperanza que aquel general les pareció tan viejo y flaco, que apenas podria vivir hasta qué la ciudad fuese tomada. No se le encubrió esto al bárbaro; usó de astucia, que á las veces mas vale maña que fuerza; tornaron los embajadores á tratar del mismo negocio; maravilláronse de hallarle sin canas, que se habia teñido la barba y cabello; mas como quier que no entendiesen el artificio, juzgaron que era milagro: persuadieron á los suyos se rindiesen al que juzgaban vencia las mismas leyes de la naturaleza. Los partidos fueron: que los bienes de los ciudadanos muertos en las peleas y en el cerco fuesen confiscados; lo mismo las rentas de las iglesias, sus preseas, vasos y ornamentos de oro y de plata; los que quisiesen quedar en la ciudad retuviesen sus haciendas; los que irse, lo pudiesen hacer libremente adonde quisiesen. No se averigua bastantemente el tiempo en que Mérida se rindió; el arzobispo don Rodrigo dice fué en el mismo mes que Muza vino á España, pero no declara si el mismo año ó el siguiente. Concuerdan que los de Beja y los de Ilipula, con intento de hacer rostro á los moros antes que del todo se arraigasen en la tierra, con las armas se apoderaron de Sevilla y pasaron á cuchillo gran parte de la guarnicion que allí quedó por los moros. Poco aprovechó este esfuerzo, ca los moros revolvieron sobre ellos, y con su daño los forzaron á sujetarse como de antes por este órden. Vino á España con Muza un su hijo, llamado Abdalasis. Este en cierta ocasion se quejó á su padre de no haberle puesto en cosa en que pudiese mostrar su esfuerzo. Parecióle al padre tenia razon; dióle un grueso escuadron de moros, con que entró por tierra de Valencia, peleó diversas veces con la gente de aquella tierra. Rindióselo aquella ciudad, las de Denia, Alicante y Huerta á partido que no violase los templos, que pudiesen vivir como cristianos, que á cada uno quedase su hacienda con pagar cierto tributo que se les imponia asaz tolerable. Acabadas estas cosas por todo el año de 716, revolvió con sus gentes hácia Sevilla, que estaba levantada, como queda dicho; sujetóla con facilidad, dió la muerte á los que fueron causa del alboroto y de la matanza que se hizo de los soldados moros. Pasó adelante, tomo á Ilipula, en que hizo grande estrago, y aun se puede entender que la hizo abatir por tierra, pues de ciudad muy fuerte que era entonces, hoy es un pueblo pequeño, llamado Peñaflor, puesto entre Córdoba y Sevilla. El moro Rasis dice que la guarnicion de Mérida fué la que mataron los nuestros; y que para hacer esto los de Sevilla se juntaron con los de Beja y con los de Ilipula, cosa bien diferente de lo que queda dicho. Lo cierto es que de Mérida se partió Muza para Toledo. Salióle al encuentro Tarif, y para mas honrarle pasó adelante de Talavera. Juntáronse cerca del rio Tietar, que riega los campos de Arañuelo. Las muestras de amor y contento fueron grandes, los corazones no estaban conformes, la envidia aquejaba á Muza, á Tarif el miedo, que tal es la fruta del mundo. Receábase Tarif no le descompu-

siesen, porque le achacaba Muza que no habia obedecido á sus mandatos ni seguido su órden, que la victoria fué acaso y no conforme á buen gobierno de guerra; achaques y cargos que al vulgo y gente de guerra no parecia bien, por estar acostumbrada á juzgar de los consejos de sus capitanes, no tanto por lo que son como por el fin que tienen y por lo que sucede, demás que todos sabian el mal talante y ánimo de Muza. Continuáronse los desabrimientos hasta que llegaron á Toledo. Allí tomaron cuentas á Tarif, así de lo que gastara en la guerra como de los despojos y tesoros ganados en ella. Disimulaba él toda esta acedia y mal tratamiento, y con servir y regalar á su contrario procuraba aplacar el ánimo y la saña de aquel viejo. En fin, reconciliados entre sí, caminaron hácia Zaragoza con intento de apoderarse, como lo hicieron, de aquella ciudad poderosa en armas y en gente. Por abreviar, lo mismo hicieron de otras muchas ciudades de la Celtiberia y de la Carpetania, que hoy es el reino de Toledo, que se apoderaron dellas y de las demás sin sangre, ca se dieron á partido. Con esto parecia que toda España quedaba sujeta y llana, que fué en menos de tres años despues que vino la primera vez el ejército de moros de Africa á estas partes. Verdad es que lo de mas adentro no se podia allanar sin grande dificultad por estar España por muchas partes rodeada de riscos y montes y espesuras muy bravas. Supo el Miramamolin Ulit, así las victorias como las diferencias que andaban entre sus capitanes; y porque no parasen perjuicio les mandó á entreambos ir á su presencia. Muza, resuelto de partirse, porque no sucediesen en lo ganado algunas alteraciones, nombró en su lugar por gobernador á su hijo Abdalasis, de cuyo esfuerzo y valor habia muestras frescas y bastantes. Juraron todos de obedecelle, y con tanto Muza y Tarif, antes grandes y famosos caudillos, y en lo de adelante mas esclarecidos por cosas tan grandes como acabaron, se aprestaron para embarcarse y consigo los tesoros, preseas, riquezas, oro y plata que los godos en tantos años con todo su poder pudieron juntar.

CAPITULO XXVI.

De los años de los árabes.

Con la mudanza del gobierno y señorío las costumbres, ritos y leyes de España se trocaron y alteraron grandemente. Relatallo todo seria largo cuento; lo que al presente hace al propósito, y servirá para entender la historia de los tiempos adelante, dejada la cuenta de los años de que ordinariamente los españoles usaban en los contratos, pleitos y en las historias, cuyo principio se tomaba del nacimiento de Cristo ó era de César, se introdujo casi por toda ella otra nueva manera de contar los tiempos, de que los moros usan en todas las provincias en que se han extendido largamente. Fundador de aquella malvada supersticion fué Mahoma, árabe de nacion, el cual por la mucha prosperidad que tuvo en las guerras y por descuido del emperador Heraclio, se llamó y coronó rey de su nacion en Damasco, nobilísima ciudad de la Siria. Demás desto, para que su autoridad fuese mayor, promulgó á sus gentes leyes como dadas del cielo por divina revelacion. No hay cosa mas engañosa que la máscara de la mala y perversa religion cuando se toma para cubrir con ella como con velo las maldades y libertad, ni hay cosa mas poderosa para trastornar los ánimos del pueblo y llevalle donde quiera. Desde este tiempo cuando Mahoma se llamó rey comienzan los árabes á contar los años de la egira, qué es tanto como jornada ó expedicion. Esto, como quier que sea cierto, es muy dificultoso averiguar con qué año de nuestra salvacion concurrió. Los autores andan varios, y no conciertan en el cuento de los años adelante; vergonzosa ignorancia de historia y de antigüedad. Grandes tinieblas, de donde será dificultoso sacar á luz la verdad; procuraremóslo empero por cuanto las fuerzas y diligencia alcanzare. El principio desta disputa se tomará un poco mas arriba en esta manera. El año resulta del movimiento del sol que corre por los signos del zodíaco en trecientos y sesenta y cinco dias y un cuarto de dia. Del movimiento de la luna y de sus variedades resultan los meses, ca discurre por el mismo círculo en dias veinte y nueve y doce horas. Todo el tiempo se divide en años, y el año en meses, costumbre universal de todas las naciones, de que procede toda la dificultad, por no ser cosa fácil igualar y ajustar en número de dias los movimientos del sol y de la luna tan diferentes entre sí, dado que por muchas veces grandes ingenios se han en esto desvelado. Los mas antiguos romanos gobernaron el año por el movimiento del sol, que dividieron en solos diez meses, cuenta varia y inconstante. Destos meses los seis eran de á treinta dias, los cuatro de á treinta y uno, es á saber, marzo, mayo, julio, octubre. Todo el año tenia trecientos y cuatro dias, comenzábase por el mes de marzo, como los nombres de setiembre, que es el séptimo mes, de octubre y de noviembre lo declaran. En tiempo tan grosero, falto de erudicion y doctrina, no advertian los inconvenientes que las fiestas del estío venian á caer en invierno, las del verano en el otoño, grande desórden y desconcierto. Los árabes, de quien tomaron los moros, para formar el año solo miraron al movimiento de la luna, componiéndolo de doce vueltas que da por el zodíaco, que son doce meses, los seis de á veinte y nueve dias, y los otros seis de á treinta; todo su año tenia dias trecientos y cincuenta y cuatro, manera que entre los romanos imitó Numa Pompilio, ca añadió á la cuenta antigua del año cincuenta dias repartidos en los meses de enero y de febrero, que tambien añadió á los demás; pero sucedia sin duda, aunque en mas largo tiempo, que el frio venia en los meses del verano, y el calor al contrario, inconveniente en que forzosamente incurren los moros por mantenerse obstinadamente hasta el dia de hoy en la costumbre que antiguamente tenian; que las demás naciones tuvieron cuidado y pusieron toda diligencia en ajustar los movimientos de la luna y del sol para corregir toda la variedad é inconstancia que entre ellos hay. Grande fué el trabajo que en esto pasaron, y los caminos que que tomaron diferentes. Los griegos cada ocho años intercalaban noventa dias repartidos en tres meses; lo mismo hicieron los romanos mas modernos por su ejemplo, mudadas solamente algunas pocas cosas. Los hebreos y los egipcios, como gentes mas entendidas en los movimientos del cielo, hallaron mas prudentemente esta manera de emienda, que los latinos llamaron intercalacion. Porque en diez y nueve años, espacio en

que se acaba toda la variedad del movimiento de la luna, intercalaron siete meses á ciertas distancias. Lo mismo hizo Julio César despues que se apoderó de Roma, por entender pertenecia á su providencia y gobierno enmendar la razon de los tiempos, que entre los romanos andaba revuelta y confusa. Ayudóse del consejo de Sosigenes, grande matemático y astrólogo, y de Marco Fabio, escribano de Roma, con cuya ayuda redujo el año solar á trecientos y sesenta y cinco dias y un cuarto de dia; por donde cada cuatro años se intercala un dia á veinte y cuatro de febrero, que es sexto de las calendas de marzo, y el dia intercalado se llama tambien sexto de las mismas calendas; por donde el año se llama bis sexto, que es lo mismo que dos veces sexto. La razon de la luna y de toda su inconstancia y cuenta del año lunar comprehendieron con el áureo número, que procede de uno hasta diez y nueve, y fué puesto en el calendario romano. Intercalaban en diez y nueve años siete lunas, manera que por entonces pareció muy á propósito para que la cuenta de los tiempos fuese ordenada, y ajustados los años solar y lunar; pero con el progreso del tiempo por ciertas menudencias, que no consideraron en la cuenta del año, se halló que ni la una ni la otra cuenta concordaban con los movimientos de aquellos planetas ni entre sí. Por donde los cristianos, que, á imitacion de César, cuanto á las fiestas inmovibles siguen el año solar, y cuanto á las movibles el lunar, hallaron haberse alejado mucho de lo que se pretendió, que ni el principio del año caia en el mismo dia que en tiempo de César, ni con el áureo número, como se pretendia, se mostraban las conjunciones de la luna. Por lo uno y por lo otro el papa Gregorio XIII, el año de 1582, cuando esto escribiamos, emendó todo esto, quitó del calendario el áureo número, en cuyo lugar puso otro mayor, que llamaron epactas. Demás desto, en el principio de octubre de aquel año se dejaron de contar diez dias para efecto que el principio del año solar volviese al asiento conveniente señalado por los antiguos. Y para que no hiciese dende mudanza en lo de adelante, proveyó que á ciertas distancias no se intercalase el bisexto, con que se acudió á todos los inconvenientes. Disputar de todo esto mas á la larga y mas sutilmente pertenece á los astrólogos; lo que es deste lugar y aprovecha para la historia es que los moros, como poco antes se ha dicho, hacen el año menor que el nuestro once dias y un cuarto. Lo cual por no considerar muchos autores señalaron en diversos lugares el principio de aquella cuenta de los moros y de aquellos años de la egira con tan extraña variedad, que desde el año de 592 hasta el de 627 casi no hay año ninguno en que alguno ó algunos autores no pongan el principio de la dicha cuenta; variedad y discordancia vergonzosa. Discordancia, de que pienso fué la causa que diversos escritores en diversos tiempos como se informasen cuántos años corrian en aquella sazon de los árabes, por no saber que eran menores que los nuestros, volviendo á contar hácia atrás y á restar aquel número de años de los de Cristo, señalaron diversos principios, los postreros, como contaban mas años, mas arriba. En tanta variedad mucho tiempo nos hallamos suspensos y dudosos en lo que debiamos seguir. Lo que (mas verisímil nos parece es que la computacion de los árabes, de los moros y de la egira, que todo es uno, se debe comenzar el año de Cristo 622 á 15 de julio, segun que lo testifican los *Anales toledanos*, que se escribieron pasados trecientos años ha. Lo mismo comprueban los letreros de las piedras y las memorias antiguas; concuerdan los judíos y moros, con quien para mayor seguridad lo comunicamos, segun que en un librito aparte bastantemente lo tenemos todo deducido. Sin embargo, el arzobispo don Rodrigo y Isidoro, pacense, se apartan desto, porque señalan el principio desta cuenta el año de Cristo de 618, es á saber, el año soteno del imperio de Heraclio. Otros muchos y casi los mas, en que hay mayor daño, igualaron los años de los moros con los nuestros, cosa que no debieran hacer, como queda bastantemente advertido.

CAPITULO XXVII.

De lo que hizo Abdalasis.

Gobernó algun tiempo Abdalasis la provincia que su padre le encomendó sabia y prudentemente. De Africa vinieron á España grandes gentíos para arraigarse mas los moros en ella, para cultivar y poblar aquella anchísima tierra, á causa de las guerras pasadas falta de moradores y yerma. Diéronles campos y asientos, señalaron á Sevilla por cabeza, en que estuviese la silla del nuevo imperio, cómo ciudad grande y fuerte y cómoda para dende acudir á las demás. Egilona, mujer del rey don Rodrigo, estaba cautiva con otros muchos. El moro gobernador, con son que por derecho de la guerra le tocaba aquella presa, la hizo traer ante sí. Era de buena edad, su hermosura y apostura muy grande. Así, á la primera vista el bárbaro quedó herido y preso. Preguntóle con blandas palabras cómo estaba. Ella, lastimada de la memoria de su prosperidad antigua y renovada con esto su pena, comenzó á derramar lágrimas, despedir sollozos y gemidos. «¿Qué quieres, dijo con voz flaca, saber de mí, cuya desventura ha sonado y se sabe por todo el mundo, tanto mas grave cuanto de todos es mas conocida? La que poco antes era reina dichosa, cuyo señorío se extendia fuera de España, al presente ¡oh triste fortuna! despojada de todo, me hallo en el número de los esclavos y cautivos. La caida, tanto es mas dolorosa cuanto el lugar de que se cae es mas alto; lo que es de tal suerte, que los españoles, olvidados de su afan, lloran mi desastre y les es ocasion de mayor pena. Tú, si como es justo lo hagan los ánimos generosos, te mueves por el desastre de los reyes, gózate en esta bienandanza tener ocasion de hacer bien á la sangre real. Ningun mayor favor me puedes hacer que volver por mi honestidad como de reina y de matrona, y no permitir que ninguno de mí se burle. Por lo demás tuya soy; de mí, como tu esclava, haz lo que por bien tuvieres. Con las obras, por hallarme en este estado, no te podré gratificar lo que hicieres; la memoria y reconocimiento serán perpetuos, y la voluntad de agradarte y obedecerte muy grande.» Con este razonamiento y palabras quedó aquel bárbaro mas prendado. Usó con ella de halagos y de blandura, resuelto de tomarla por mujer, como lo hizo, sin quitalle la libertad de ser cristiana. Túvola en su compañía con grande honra toda la vida, ca demás de su hermosura y de su edad, que era muy florida, fué dotada de singular prudencia, tanto, que por

sus consejos principalmente enderezaba su gobierno, y á su persuasion, por tener mas autoridad y que nadie lo menospreciase, usó de repuesto, aparato y corte real, y se puso corona en la cabeza. En tierra de Antequera por la parte que toca los mojones y los aledaños de Málaga hay un monte llamado Abdalasis, por ventura del nombre deste príncipe; como tambien algunos sospechan que Almaguer, pueblo de la órden de Santiago, se llamó así de Magued, capitan moro, de quien dicen solia beber del agua de una fuente que está allí cerca; y porque el agua en lengua arábiga se dice alma, pretenden que de alma y Magued se compuso el nombre de Almaguer. Hoy en aquel pueblo no hay fuentes, todos beben de pozos. No hay duda sino que con la mudanza que hobo en las demás cosas se mudaron los apellidos á muchos pueblos, montes, rios, fuentes, de que resulta grande confusion en la memoria y nombres antiguos, ca los capitanes bárbaros parece pretendieron para perpetuar su memoria y para mayor honra suya fundar nuevos pueblos ó mudar á otros sus apellidos que tenian de tiempo antiguo. Qué se haya hecho del conde don Julian no se sabe ni se averigua; la grandeza de su maldad hace se entienda que vivo y muerto fué condenado á eternos tormentos. Es opinion empero, sin autor que la compruebe bastantemente, que la mujer del Conde murió apedreada, y un hijo suyo despeñado de una torre de Ceuta, y que á él mismo condenaron á cárcel perpetua por mandado y sentencia de los moros, á quien tanto quiso agradar. En un castillo llamado Loharri, distrito de la ciudad de Huesca, se muestra un sepulcro de piedra fuera de la iglesia del castillo, do dicen comunmente estuvo sepultado. Don Rodrigo y don Lúcas de Tuy testifican haber sido muerto y despojado de todos sus bienes, así él como los hijos del rey Witiza. Lo que se puede asegurar es que el estado de las cosas era de todo punto miserable. Casi toda España estaba á los moros sujeta á esta sazon; no se puede pensar género de mal que los cristianos no padeciesen; quitaban las mujeres á sus maridos, sacaban los hijos del regazo de sus madres, robaban los paños y ricas preseas libremente y sin castigo. Las heredades y los campos no rendian los frutos que solian, por estar airado el cielo y por la falta de labranza. Profanaban las casas y templos consagrados y aun los abrasaban y abatian; los cuerpos muertos á cada paso se hallaban tendidos por las calles y caminos; no se oia por todas partes sino llantos y gemidos. Finalmente, no se puede pensar género de mal con que España no fuese afligida; claro castigo de Dios, que por tal manera tomaba venganza, no solo de los malos, sino tambien de los inocentes, por el menosprecio de la religion y de sus leyes. Todavía en lo de Vizcaya y en parte de los Pirineos hácia lo de Navarra y Aragon, en lo de Astúrias y parte de la Galicia se entretenian los cristianos, confiados mas en la aspereza de los lugares y por no acudir contra ellos los moros, que en fuerzas ó ánimo que tuviesen para hacer resistencia. Los que estaban sujetos á los moros y mezclados con ellos, entonces se comenzaron á llamar mixti-árabes, es á saber, mezclados árabes; despues, mudada algun tanto la palabra, los mismos se llamaron mozárabes. Dábanles libertad de profesar su religion, tenian templos á fuer de cristianos, monasterios de hombres y mujeres como antes. Los obispos, por miedo que su dignidad no fuese escarnecida entre aquellos bárbaros, se recogieron á Galicia junto con gran parte de la clerecía; y aun el obispo de Iria Flavia, que es el Padron, á muchos prelados que acudieron á su obispado, señaló rentas y diezmos con que se sustentasen en aquel destierro, como se entiende por la narrativa de un privilegio que el rey don Ordoño el Segundo dió á la iglesia de Santiago de Galicia, año de Cristo de 913. Desta manera cayó España; tal fué el fin del nobilísimo reino de los godos. Con el cielo sin duda se revuelven la cosas acá; lo que tuvo principio es necesario se acabe; lo que nace muere, y lo que crece se envejece. Cayó pues el reino y gente de los godos, no sin providencia y consejo del cielo, como á mí me parece, para que despues de tal castigo de las cenizas y de la sepultura de aquella gente naciese y se levantase una nueva y santa España, de mayores fuerzas y señorío que antes era; refugio en este tiempo, amparo y columna de la religion católica, que compuesta de todas sus partes y como de sus miembros termina su muy ancho imperio, y le extiende, como hoy lo vemos, hasta los últimos fines de levante y poniente. Porque en el mismo tiempo que esto se escribia en latin, don Filipe II, rey católico de España, vencidos por dos y mas veces en batalla los rebeldes, juntó con los demás estados el reino de Portugal con atadura, como lo esperamos, dichosa y perpetua; con que esta anchísima provincia de España, reducida despues de tanto tiempo debajo un sceptro y señorío, comienza á poner muy mayor espanto que solia á los malos y á los enemigos de Cristo.

LIBRO SÉPTIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Cómo el infante don Pelayo se levantó contra los moros.

No pasaron dos años enteros despues que el furor africano hizo á España aquella guerra cruel y desgraciada, cuando un gran campo de moros pasó las cumbres de los Pirineos por donde parten término España y Francia, y por fuerza de armas rompió por aquella provincia con intento de rendir con las armas vencedoras aquella parte de Francia que solia ser de los godos. Además que se les presentaba buena ocasion, conforme al deseño que llevaban, de acometer y apoderarse de toda aquella provincia por estar alterada con discordias civiles y muy cerca de caer por el suelo á

causa de la ociosidad y descuido muy grande de aquellos reyes, con que las fuerzas se enflaquecian y marchitaban, no de otra guisa que poco antes aconteciera en España. Pipino, el mas Viejo, y Cárlos, su hijo, bien que habido fuera de matrimonio, por su valor y esfuerzo en las armas llamado por sobrenombre Martello, señores de lo que entonces Austrasia y al presente se dice Lorena, eran mayordomos de la casa real de Francia, y como tales gobernaban en paz y en guerra la república á su voluntad; camino que claramente se hacian, y escalon para apoderarse del reino y de la corona, cuyo nombre quedaba solamente á los que eran verdaderos reyes y naturales por ser del linaje y alcuña de Faramundo, primero rey de los francos. Grande era el odio que resultaba y el desgusto que por esta causa muchos recebian; llevaban mal que una casa en Francia y un linaje estuviese tan apoderado de todo, que pudiese mas que las leyes y que los reyes y toda la demás nobleza. Eudon, duque de Aquitania, hoy Guiena, era el principal que hacia rostro y contrastaba á los intentos de los austrasianos. Cada parte tenia sus valedores y allegados, con que toda aquella nacion y provincia estaba dividida en parcialidades y bandos. Lo que hace á nuestro propósito es que con la ocasion de estar los bárbaros ocupados en la guerra de Francia las reliquias de los godos que escaparon de aquel miserable naufragio de España, y reducidos á las Astúrias, Galicia y Vizcaya, tenian mas confianza en la aspereza de aquellas fraguras de montes que en las fuerzas, tuvieron lugar para tratar entre sí cómo podrian recobrar su antigua libertad. Quejábanse en secreto que sus hijos y mujeres, hechos esclavos, servian á la deshonestidad de sus señores. Que ellos mismos, llegados á lo último de la desventura, no solo padecian el público vasallaje, sino cada cual una miserable servidumbre. Todos los santuarios de España profanados, los templos de los santos, unos con el furor de la guerra quemados y abatidos, otros despues de la victoria servian á la torpeza de la supersticion mahometana, saqueados los ornamentos y preseas de las iglesias; rastros do quiera de una bárbara crueldad y fiereza. En Munuza, que era gobernador de Gijon, aunque puesto por los moros, de profesion cristiano, en quien fuera justo hallar algun reparo, no se via cosa de hombre fuera de la figura y aparencia, ni de cristiano mas del nombre y hábito exterior; que les seria mejor partido morir de una vez que sufrir cosas tan indignas y vida tan desgraciada. Ya no trataban de recobrar la antigua gloria en un punto escurecida, ni el imperio de su gente, que por permision de Dios era acabado; solo deseaban alguna manera de servidumbre tolerable y de vida no tan amarga como era la que padecian. Los que desto trataban tenian mas falta de caudillo que de fuerzas, el cual con el riesgo de su vida y con su ejemplo despertase á los demas cristianos de España y los animase para acometer cosa tan grande; porque, como suele el pueblo, todos blasonaban y hablaban atrevidamente, pero todos tambien rehusaban de entrar en el peligro y en la liza; el vigor y valor de los ánimos caido, la nobleza de los godos con las guerras por la mayor parte acabada. Solo el Infante don Pelayo, como el que venia de la alcuña y sangre real de los godos, sin embargo de los trabajos que habia padecido, resplandecia y se señalaba en valor y grandeza de ánimo, cosa que sabian muy bien los naturales; y aun los mismos que no le conocian, por la fama de sus proezas y de su esfuerzo, como suele acontecer, le imaginaban hombre de grande cuerpo y gentil presencia. Sucedió muy á propósito que desde Vizcaya, do estaba recogido despues del desastre de España, viniese á las Astúrias, no se sabe si llamado, si de su voluntad, por no faltar á la ocasion, si alguna se presentase, de ayudar á la patria comun. Por ventura tenian diferencias sobre el señorío de Vizcaya, ca tres duques de Vizcaya hallo en las memorias de aquel tiempo, Eudon, Pedro y don Pelayo. A la verdad luégo que llegó á las Astúrias todos pusieron en él los ojos y la esperanza que se podria dar algun corte en tantos males y hallar algun remedio, si le pudiesen persuadir que se hiciese cabeza, y como tal se encargase del amparo y proteccion de los demás. A muchos atemorizaba la grandeza del peligro y hazaña que acometian con fuerzas tan flacas; parecia desatino sin mayor seguridad aventurarse de nuevo y exasperar las armas y los ánimos de los bárbaros; pero lo que rehusaban de hacer por miedo, cierto accidente lo trocó en necesidad. Tenia don Pelayo una hermana en edad muy florida, de hermosura extraordinaria. Deseaba grandemente Munuza, gobernador de Gijon, casar con aquella doncella; porque, como suelen los hombres bajos y que de presto suben, no sabia vencerse en la prosperidad, ni enfrenar el deseo deshonesto con la razon y virtud. No tenia alguna esperanza que don Pelayo vendria en lo que él tanto deseaba. Acordó con muestra de amistad enviarle á Córdoba sobre ciertos negocios al capitan Tarif, que aun no era pasado en Africa. Con la ausencia de don Pelayo fácilmente salió con su intento. Vuelto el hermano de la embajada y sabida la afrenta de su casa, cuán grave dolor recibiese y con cuántas llamas de ira se abrasase dentro de sí, cualquiera lo podrá entender por sí mismo. Dábale pena así la afrenta de su hermana como la deshonra de su casa; mas lo que sobre todo sentia era ver que en tiempo tan revuelto no podia satisfacerse de hombre tan poderoso, á cuyo cargo estaban las armas y soldados. Revolvia en su pensamiento diversas trazas; parecióle que seria la mejor, en tanto que se ofrecia alguna buena ocasion de vengarse, callar y disimular el dolor, y con mostrar que holgaba de lo hecho burlar un engaño con otro engaño. Con esta traza halló ocasion de recobrar su hermana, con que se huyó á los pueblos de Astúrias comarcanos, en que tenia gentes aficionadas y ganadas las voluntades de toda aquella comarca. Espantóse Munuza con la novedad de aquel caso; recelábase que de pequeños principios se podria encender grande llama; acordó de avisar á Tarif lo que pasaba. Despachó él sin dilacion desde Córdoba soldados que fácilmente hobieran á las manos á don Pelayo por no estar, bien apercebido de fuerzas, si avisado del peligro no escapara con presteza, y puestas las espuelas al caballo le hiciera pasar un rio que por allí pasaba, llamado Pionia, á la sazon muy crecido y arrebatado, cosa que le dió la vida; porque los contrarios que le seguian por la huella se quedaron burlados por no atreverse á hacer lo mismo ni estimar en tanto el pren-

derle como el poner á riesgo tan manifiesto sus vidas. En el valle que hoy se llama Cangas, y entonces Canica, tocó tambor y levantó estandarte. Acudió de todas partes gente pobre y desterrada con esperanza de cobrar la libertad; tenian entendido que en breve vendria mayor golpe de soldados para atajar aquella rebelion. Muchos de su voluntad tomaron las armas por el gran deseo que tenian de hacer la guerra debajo de la conducta de don Pelayo por la salud de la patria y por el remedio de tantos males; algunos, por miedo que tenian á los enemigos, y por otra parte movidos de las amenazas de los suyos y por el peligro que corrian de ambas partes, ora venciesen los cristianos, ora fuesen vencidos, de ser saqueados y maltratados por los que quedasen con la victoria, forzados acudieron á don Pelayo; en particular los asturianos casi todos siguieron este partido. Juntó los principales de aquella nacion, amonestóles que con grande ánimo entrasen en aquella demanda antes que el señorío de los moros con la tardanza de todo punto se arraigase, que con la novedad andaba en balanzas. «Conviene, dice, usar de presteza y de valor para que los que tenemos la justicia de nuestra parte sobrepujemos á los contrarios con el esfuerzo. Cada cual de las ciudades tiene una pequeña guarnicion de moros; los moradores y ciudadanos son nuestros, y todos los hombres valientes de España desean emplearse en nuestra ayuda. No habrá alguno que merezca nombre de cristiano que no se venga luego á nuestro campo. Solo entretengamos á los enemigos un poco, y con corazones atrevidos avivemos la esperanza de recobrar la libertad, y la engendremos en los ánimos de nuestros hermanos. El ejército de los enemigos derramado por muchas partes y la fuerza de su campo está embarazada en Francia. Acudamos pues con esfuerzo y corazon, que esta es buena ocasion para pelear por la antigua gloria de la guerra, por los altares y religion, por los hijos, mujeres, parientes y aliados que están puestos en una indigna y gravísima servidumbre. Pesada cosa es relatar sus ultrajes, nuestras miserias y peligros, y cosa muy vana encarecellas con palabras, derramar lágrimas, despedir sospiros. Lo que hace al caso es aplicar algun remedio á la enfermedad, dar muestra de vuestra nobleza, y acordaros que sois nacidos de la nobilísima sangre de los godos. La prosperidad y regalos nos enflaquecieron y hicieron caer en tantos males; las adversidades y trabajos nos aviven y nos despierten. Diréis que es cosa pesada acometer los peligros de la guerra; ¿cuánto mas pesado es que los hijos y mujeres, hechos esclavos, sirvan á la deshonestidad de los enemigos? ¡Oh grande y entrañable dolor, fortuna trabajosa y áspera, que vosotros mismos seais despojados de vuestras vidas y haciendas! Todo lo cual es forzoso que padezcan los vencidos. El amor de vuestras cosas particulares y el deseo del sosiego por ventura os entretiene. Engañaisos si pensais que los particulares se pueden conservar destruida y asolada la república; la fuerza desta llama, á la manera que el fuego de unas casas pasa á otras, lo consumirá todo sin dejar cosa alguna en pié. ¿Poneis la confianza en la fortaleza y aspereza desta comarca? A los cobardes y ociosos ninguna cosa puede asegurar; y cuando los enemigos no nos acometiesen, ¿cómo podrá esta tierra estéril y menguada de todo sustentar tanta gente como se ha recogido á estas montañas? ¿El pequeño número de nuestros soldados os hace dudar? Pero debeisos acordar de los tiempos pasados y de los trances variables de las guerras, por donde podeis entender que no vencen los muchos, sino los esforzados. A Dios, al cual tenemos irritado antes de ahora, y al presente creemos está aplacado, fácil cosa es y aun muy usada deshacer gruesos ejércitos con las armas de pocos. ¿Teneis por mejor conformaros con el estado presente, y por acertado servir al enemigo con condiciones tolerables? Como si esta canalla infiel y desleal hiciese caso de conciertos, ó de gente bárbara se pueda esperar que será constante en sus promesas. ¿Pensais por ventura que tratamos con hombres crueles, y no antes con bestias fieras y salvajes? Por lo que á mí toca, estoy determinado con vuestra ayuda de acometer esta empresa y peligro, bien que muy grande, por el bien comun muy de buena gana; y en tanto que yo viviere, mostrarme enemigo no mas á estos bárbaros que á cualquiera de los nuestros que rehusare tomar las armas y ayudarnos en esta guerra sagrada, y no se determinare de vencer ó morir como bueno antes que sufrir vida tan miserable, tan extrema afrenta y desventura. La grandeza de los castigos hará entender á los cobardes que no son los enemigos los que mas deben temer.» Entre tanto que don Pelayo decia estas palabras, los sollozos y gemidos de los que allí estaban eran tan grandes, que á las veces no le dejaban pasar adelante. Poníanseles delante los ojos las imágenes de los males presentes y de los que les amenazaban; el miedo era igual al dolor. Pero despues que algun tanto respiraron y concibieron dentro de sí alguna esperanza de mejor partido, todos se juramentaron y con grandes fuerzas se obligaron de hacer guerra á los moros, y sin excusar algun peligro ó trabajo ser los primeros á tomar las armas. Tratóse de nombrar cabeza, y por voto de todos señalaron al mismo don Pelayo por su capitan, y le alzaron por rey de España el año que se contaba de nuestra salvacion de 716; algunos á este número añaden dos años. Deste principio al mismo tiempo que la impiedad armada andaba suelta por toda España y el furor y atrevimiento por todas partes volaban casi sin alguna esperanza de remedio, un nuevo reino dichosamente y para siempre se fundó en España, y se levantó bandera para que los naturales afligidos y miserables tuviesen alguna esperanza de remedio; tanto importa á las veces no faltar á la ocasion y aprovecharse con prudencia de lo que sucede acaso. Los gallegos y los vizcaínos, cuyas tierras baña el mar Océano por la parte de setentrion, y á ejemplo de los asturianos en gran parte conservaban la libertad, fueron convidados á entrar en esta demanda. Lo mismo se hizo de secreto con las ciudades que estaban en poder de moros, que enviaron á requerillas y conjurallas no faltasen á la causa comun, antes con obras y con consejo ayudasen á sus intentos. Algunos de los lugares comarcanos acudieron al campo de don Pelayo, determinados de aventurarse de nuevo y ponerse al riesgo y al trabajo. Pero los mas por menosprecio del nuevo Rey y por miedo de mayor mal se quedaron en sus casas; querian mas estar á la mira y aconsejarse con el tiempo que hacerse parte

en negocio tan dudoso. Bien entendia don Pelayo de cuánta importancia para todo serian los principios de su reinado. Así, con deseo de acreditarse corria las fronteras de los moros, acudia á todas partes, robaba, cautivaba y mataba; por otra parte visitaba los pueblos de las Astúrias, y con su presencia y palabras levantaba á los dudosos, animaba á los esforzados. Demás desto, con grande diligencia se apercebia de todo lo necesario y lo juntaba de todas partes, sin perdonar á trabajo alguno, á trueque de autorizar su nuevo reino entre los suyos y atemorizar á los bárbaros, ca sabia acudirian luego á apagar aquel fuego. Tenia vigor y valor, la edad era á propósito para sufrir trabajos, la presencia y traza del cuerpo no por el arreo vistosa, sino por sí misma varonil verdaderamente y de soldado.

CAPITULO II.

Cómo los moros fueron por don Pelayo vencidos.

Entre los demás capitanes que vinieron con Tarif á la conquista de España, uno de los mas señalados fué Alcama, maestro de la milicia morisca, que era como al presente coronel ó maestre de campo. Este, sabidas las alteraciones de las Astúrias, acudió prestamente desde Córdoba para reprimir los principios de aquel levantamiento, con recelo que con la tardanza no tomase fuerza aquel atrevimiento y el remedio se hiciese mas dificultoso. Seguia á Alcama un grueso ejército compuesto de moros y de cristianos; llevó en su compañía á don Oppas, prelado de Sevilla, para ayudarse de su autoridad y de la amistad y deudo que tenia con don Pelayo, para reducirle á mejor partido y para que con su prudencia y buena maña diese á entender á los que locamente andaban alterados que todo atrevimiento es vano cuando le faltan las fuerzas; que los desvarios en materia semejante son perjudiciales, y los varones prudentes cuando acometen alguna empresa deben poner los ojos en la salida y en el remate; si Munuza ó algun otro gobernador los tenia agraviados, mas acertado era alegar de su justicia delante de los moros, que nunca dejaban de hacer razon á quien la pedia; tomar las armas y fuera de propósito usar de fuerza, el intentarlo era locura, y el remate seria sin duda para todos miserable. Con el aviso de que venia Alcama los soldados cristianos se atemorizaron grandemente; y como suele acontecer, los que mas blasonaban antes del peligro y mas desgarros decian, al tiempo del menester se mostraban mas cobardes. La memoria de las cosas pasadas y la perpetua felicidad de los bárbaros los amedrentaban, y á manera de esclavos, parecia que apenas podrian sufrir la vista de los enemigos. Grande era el peligro en que todas las cosas se hallaban. El socorro de Dios y de los santos abogados de España, el esfuerzo y prudencia de don Pelayo ampararon á los que estaban faltos de ayuda, fuerzas y consejo. Fuera locura hacer rostro y contrastar con aquella gente desarmada y ciscada de miedo al enemigo feroz y espantable por tantas victorias como tenia ganadas. Por esto don Pelayo repartió los demás soldados por los lugares comarcanos, y él con mil que escogió de toda la masa se encerró en una cueva ancha y espaciosa del monte Auseva, que hoy se llama la cueva de Santa María de Covadonga. Apercibióse de provision para muchos dias, proveyóse de armas ofensivas y defensivas con intento de defenderse si le cercasen y aun si se ofreciese ocasion hacer alguna salida contra los enemigos. Los moros, informados de lo que pretendia don Pelayo, por la huella fueron en su busca, y en breve llegaron á la puerta y entrada de la cueva. Deseaban excusar la pelea y el combate, que no podia ser sin recebir daño en aquellas estrechuras; por esto acordaron de intentar si con buenas razones podrian rendir á aquella gente desesperada. Encargóse desto don Oppas; pidió habla á don Pelayo, y alcanzada, desde un macho en que iba, como se llegase cerca de la cueva, le habló desta manera: «Cuánta haya sido la gloria de nuestra nacion, ni tú lo ignoras ni hay para qué relatarlo al presente. Por grande parte del mundo extendimos nuestras armas. A los romanos, señores del mundo, quitamos á España; sujetamos y vencimos con nuestro esfuerzo naciones fieras y bárbaras; pero últimamente hemos sido vencidos por los moros, y para ejemplo de la inconstancia de la felicidad humana, de la cumbre de la bienandanza, donde poco antes nos hallábamos, hemos caido en grandes y extremos trabajos. Si cuando nuestras fuerzas las teniamos enteras no fuimos bastantes á resistir, ¿por ventura ahora que están por el suelo pensamos prevalecer? Por ventura esa cueva en que pocos, á manera de ladrones, estais encerrados y como fieras cercados de redes, será parte para libraros de un grueso ejército, que es de no menos que de sesenta mil hombres? Los pecados sin duda de España, con que tenemos irritado á Dios, que aun no parece está harto de nuestra sangre, os ciegan los ojos para que no veais lo que os conviene. Lo que si por el suceso de las guerras, á ellos próspero, á nosotros contrario, no se entendiera bastantemente, estos intentos tan desvariados lo mostraran. ¿Por qué no os apartais de ese propósito, y en tanto que hay esperanza de perdon y de clemencia, dejadas luego las armas y rendidas, no trocais las afrentas, ultrajes, servidumbre y muerte, que será el pago muy cierto desta locura, si la llevais adelante, con las honras y premios que os puedo prometer muy grandes, y seguis el juicio y ejemplo de toda España mas aína que el ímpetu desenfrenado de vuestro corazon y el desatino comenzado?» A estas palabras don Pelayo: «Tú, dice, y Witiza, tu hermano, y sus hijos debeis temer la divina venganza, dado que por breve espacio de tiempo las cosas se encaminen conforme á vuestra voluntad. Vuestras maldades son las que tienen á Dios airado; todos los lugares sagrados están por vuestra causa profanados en toda la provincia; las leyes por su antigüedad sacrosantas, abrogadas. Por estos escalones pasastes á tanta locura, que metistes los moros en España, gente fiera y cruel, de que han resultado tantos daños y tanta sangre cristiana se ha derramado. Por las cuales maldades, si entendemos que Dios cuida de las cosas humanas, vivos y muertos seréis gravísimamente atormentados. Tú mas que todos, pues olvidado del oficio y dignidad que tenias, has sido el principal atizador destos males; y ahora con palabras desvergonzadas te has atrevido á amonestarnos que de nuevo bajemos las cervices al yugo de la servidumbre, mas duro que la misma muerte, esto es, como yo lo entiendo, que de nuevo padezcamos los ma-

les y desventuras pasadas, con que hemos sido hasta aquí trabajados. Estos, ¿estos son aquellos premios magníficos, estas las honras con que convidas á nuestros soldados? Nos, don Oppas, ni entendemos que las orejas de Dios nos están tan cerradas, ni el corazon tan apartado de ayudarnos, que hayamos de confiar en tus promesas; antes tenemos por cierto que su Majestad sin tardanza trocará la grandeza del castigo pasado en benignidad. Que si no estamos bastantemente castigados, y aunque afligidos y faltos, no nos quisiere acorrer, determinados estamos con la muerte de poner fin á tantos males y trocar, como esperamos, esta vida desgraciada con la eterna felicidad.» Por la respuesta y palabras de don Pelayo se entendió la resolucion que todos tenian de vencer ó morir en la demanda, pues apretados de tantas maneras, demás desto convidados con el perdon, no se querian entregar ni daban oido á ningun partido. Fué pues forzoso venir á las manos y hacer fuerza á los cercados. Combatieron con todo género de armas y con un granizo de piedras la entrada de la cueva, en que se descubrió el poder de Dios favorable á los nuestros y á los moros contrario, ca las piedras, saetas y dardos que tiraban revolvian contra los que los arrojaban, con grande estrago que hacian en sus mismos dueños. Quedaron los enemigos atónitos con tan gran milagro; los cristianos, animados y encendidos con la esperanza de la victoria, salen de su escondrijo á pelear, pocos en número, sucios y de mal talle. La pelea fué de tropel y sin órden; cargaron sobre los enemigos con denuedo, que enflaquecidos y pasmados con el espanto que tenian cobrado, al momento volvieron las espaldas. Murieron hasta veinte mil dellos en la batalla y en el alcance; los demás desde la cumbre del monte Auseva, donde al principio se recogieron, huyendo pasaron al campo libanense, por do corre el rio Deva. Allí sucedió otro milagro, y fué que cerca de una heredad, que deste suceso, como yo pienso, se llamó Causegadia, una parte de un monte cercano con todos los que en él estaban de sí mismo se cayó en el rio, y fué causa que gran número de aquellos bárbaros pereciesen. Duró por largo tiempo que se cavaban y descubrian en aquellos lugares pedazos de armas y huesos, en especial cuando con las crecientes del invierno las aguas comen las riberas, para muestra de aquella grande matanza. Pocos escaparon. Alcama perció en la pelea, el obispo don Oppas fué preso; entiéndese, aunque los historiadores lo callan, que conforme á las leyes de la guerra, pagó con la vida; cosa muy verisímil por la grandeza de sus maldades y por no hallarse mas mencion dél en la historia adelante. Munuza, atónito con la nueva de lo que pasaba, y no teniéndose por seguro dentro de Gijon por el odio que le tenian los naturales, acometió á salvarse por los piés; pero cerca de una aldea llamada Olalie, la gente de aquella comarca le dió la muerte, con que no solo quedaron vengadas las injurias públicas, sino tambien aplacado el particular dolor que tenia don Pelayo por la afrenta de su casa; y con tanto, ninguna cosa faltó para que la alegría de la victoria no fuese colmada, como fuera necesario si se les escapara aquel hombre, por cuya crueldad y demasías forzados tomaron las armas. Sucedió esta pelea el año de nuestra salvacion de 718 al mismo tiempo que en Africa Muza fué acusado delante del Miramamolin por Tarif, su contrario. Tomáronle cuentas del gasto y recibo en la guerra de España. No se descargó bien, y así fué condenado en grande suma de dineros, y él de pesar de la afrenta falleció poco despues. Su hijo Abdalasis, despues que gobernó en España por espacio de tres años, incurrió en odio de los naturales y de los de su nacion á causa que forzó muchas hijas de los principales; por esto en la misma mezquita en que, conforme á la costumbre de aquella gente, hacia oracion fué muerto á manos de los suyos el año de 719. Díjose que su misma mujer Egilona le procuró la muerte por verse despreciada de su marido por otras que él mas amaba. Quién dice que su soberbia y altivez le fué ocasion deste desastre, y el usar de insignias reales á persuasion asimismo y por consejo de su misma mujer. El principal en matarle fué un deudo suyo, por nombre Aiub, que se encargó y tuvo el gobierno de España por espacio de un mes; y dél dice el arzobispo don Rodrigo que fundó á Calatayud, pueblo principal poco adelante de la raya de Aragon. En el imperio de los moros, por muerte de Ulit habia sucedido su hermano Zuleyman, por el cual en lugar de Abdalasis fué proveido del gobierno de España Alahor, hombre fiero y cruel, no menos contra los moros que contra los cristianos, porque despojó de sus bienes á los moradores de Córdoba sin otra causa bastante mas del deseo que tenia de robar. Hizo pesquisa y proceso contra los moros que fueron los primeros en venir á España, ca pretendia tenian usurpados los despojos de los vencidos y de toda España. Deste dicen que desde Sevilla trasladó la silla del imperio de los moros á Córdoba, y por entender que el daño recebido en las Astúrias fué por engaño del conde don Julian y de los hijos de Witiza, los despojó de todos sus bienes y les dió la muerte; justo castigo de Dios que los traidores á su patria fuesen tratados desta manera por los mismos á quien sirvieron y llamaron en su ayuda desde Africa.

CAPITULO III.

Lo demás que hizo don Pelayo.

Tal era el estado de la cristiandad en España, para bueno no tal, para tantas tinieblas y tempestad no del todo malo. Luego que don Pelayo ganó aquella gloriosa victoria, no solo se arraigó y fortificó en las Astúrias, do dió principio á su reinado, sino que tambien bajó con su gente á lo llano, y allí trabajaba á los pueblos sujetos á los moros, talaba los campos, robaba y ponia á fuego y á sangre todo lo que se le ponia delante. Acudíanle á la fama de sus hazañas de cada dia nuevas fuerzas y gentes, con que tomó por fuerza la ciudad de Leon, puesta á las haldas de los montes con que Galicia y las Astúrias parten término, lo cual sucedió el año de 722. Algunos piensan que desde este tiempo don Pelayo se llamó rey de Leon; otros lo contradicen, personas de mayor conocimiento de la antigüedad, movidos por los privilegios y memorias de los reyes antiguos, de donde se saca claramente que los sucesores de don Pelayo no se llamaron reyes de Leon, sino de Oviedo solamente. A este mismo propósito hacen los sepulcros de aquellos primeros reyes, que se sepultaron en Oviedo y otros pueblos de las Astúrias hasta el tiempo del rey don Ordoño el Segundo, que como fué el primero

que se llamó rey de Leon, así bien se mandó enterrar en la iglesia de Santa María la Mayor, que él mismo desde los cimientos levantó en aquella ciudad. Y sin embargo, se puede creer que luego que la ciudad de Leon fué conquistada, mudaron las armas antiguas de los reyes godos en un leon rojo rapante en campo plateado, insignias que sin duda, cualquier principio que ellas hayan tenido, se han conservado y continuado hasta nuestra edad. La ocasion de tomar estas armas fué que en lengua española con la misma palabra se significa el leon y se llama aquella ciudad; por donde como los de aquel tiempo, gente mas dada á las armas que ejercitada en las letras, no advirtiesen la causa por qué aquella ciudad se llamó Leon, que se derivó de *legio*, palabra latina que significa cierta compañía de soldados, por esta ignorancia inventaron aquella manera de divisa y de armas. Ayudó mucho para llevar adelante las cosas de los cristianos el esfuerzo de don Alonso, el que despues que alcanzó el reino se llamó el Católico. Era hijo de don Pedro, duque de Vizcaya. Decendia de la nobilísima sangre del rey Recaredo, y siendo mas mozo, en tiempo de los reyes Egica y Witiza tuvo principales cargos en la guerra, y al presente por el deseo que tenia de ayudar á la república, dejó su patria y su padre. Traia en su compañía un buen número de vizcaínos, con que los cristianos se animaron grandemente, y sus fuerzas se aumentaron. Para obligalle mas y tenelle mas prendado le casaron con Ormisinda, hija de don Pelayo. Los reyes que sucedieron en España destos príncipes tienen el orígen de su linaje y su continua propagacion. Con la venida de don Alonso y con su ayuda Gijon, lugar muy fuerte por su asiento y fortificacion, Astorga, Mansilla, Tineo y otros pueblos de las Astúrias y en Galicia fueron tomados á los moros. Puédese sospechar que don Pelayo y los que le sucedieron, ganados estos pueblos, se intitularon reyes de Gijon, y que esto dió ocasion á algunos para pensar que se llamaron reyes de Leon por ser los nombres latinos destos dos pueblos, es á saber *Gegio* y *Legio*, muy semejantes. Era fácil echar á los moros de los pueblos á causa que los moradores, como eran cristianos, mataban las guarniciones de los moros, y con esperanza de recobrar la libertad con gran voluntad rendian á don Pelayo las ciudades y plazas. Además que los moros se hallaban en las otras partes de España embarazados con grandes alteraciones de guerras enlazadas unas de otras, de tal suerte, que no podian juntar ejército ni resistir á los intentos de los cristianos. Fué así que por muerte de Zuleyman, miramamolin de Asia, Africa y España, sucedieron en aquel imperio muy ancho dos hijos de Ulit, Homar y Izit, por adopcion de su tio: cosa nueva entre los moros, y no sé cuán acertada, que dos con igual poder juntamente reinasen. Homar falleció de su enfermedad dentro del primer año de su imperio. Con esto Izit quedó solo por señor de todo. Este proveyó por gobernador de España á Zama, hombre de grande ingenio y de grande ejercicio en las armas, y no de menor codicia que los pasados, ca inventó nuevos tributos y los impuso sobre las ciudades que le eran sujetas. En Narbona puso guarnicion de soldados y cerco sobre Tolosa, silla y asiento antiguamente en aquella provincia del imperio de los reyes godos. Sobrevino Eudon, duque de Aquitania, en socorro de los cercados. Vino á las manos con el bárbaro, en que le venció y mató con la mayor parte de su ejército en la pelea y en el alcance. Los que escaparon de la matanza, en tanto que de Africa se proveia nuevo gobernador, eligieron en lugar del capitan muerto á Abderraman, hombre señalado en paz y en guerra, para que con su esfuerzo y prudencia entretuviese las cosas de los moros, que estaban á punto de perderse. Con el aviso de aquella desgracia fué de Africa enviado Aza, á quien otros llaman Adham, para que gobernase en España lo que quedaba de los moros, en lugar y en nombre del miramamolin Izit. Este fué ocasion que la provincia, cansada con tantos males, padeciese nuevos trabajos, por inventar, como inventó, tributos muy mayores que antes con intento de empobrecer los pueblos para que no tuviesen brio ni fuerzas los que tenian ánimo y deseo de levantarse. Pasó en esto tan adelante, que mandó á los pueblos y ciudades que se tomaron por fuerza pagasen al fisco y tesoro real la quinta parte de todas sus rentas y proventos, y á los pueblos que se rindieron á partido ordenó pagasen la décima parte. Con esta condicion se permitió á los cristianos que poseyesen sus heredades y haciendas como por via de feudo ó arrendamiento. El moro Rasis dice que hizo pagar á los moros la quinta parte de todos sus bienes con voz y color de ayudar á los pobres, que eran sin número en toda la provincia, como á la verdad fuese su intento que enflaquecidos no tuviesen fuerzas ni brio para alborotarse. Procuró se edificase la puente de Córdoba sobre el rio Guadalquivir. Sujetó algunas ciudades y pueblos á las haldas de Moncayo, que todavía se mantenian en libertad, y entre ellas tomó por fuerza á Tarazona y la echó por tierra. Concluidas cosas tan grandes dentro de dos años y medio que duró su gobierno, los suyos que le aborrecian grandemente, se conjuraron contra él y le mataron dentro de Tortosa. Sucediéronle Ambiza, Odra y Jahea, como lo dice el arzobispo don Rodrigo; yo entiendo que gobernaron por algun tiempo á España, dividida en tres partes por no concertar las voluntades de todos ni venir en uno; ó por ventura el gobierno de cada cual destos tres fué de pocos meses. En Asia, sin duda por muerte del emperador Izit, sucedió en aquel imperio su hermano Iscam, que así lo dejó dispuesto el dicho Izit, con condicion que adoptase por hijo y sucesor, como lo hizo, á su hijo Alulit. Encargóse Iscam de aquel imperio el año que se contó 724 de nuestra salvacion, y de los moros 107, como lo dice el arzobispo don Rodrigo en la *Historia de los árabes*, que iguala los unos años á los otros; cosa que no debiera hacer, como en otro lugar se ha mostrado. Tuvo aquel imperio por espacio de diez y nueve años. Fué muy esclarecido príncipe por las cosas que hizo y su perpetua prosperidad, si no amancillara las demás virtudes con una insaciable codicia de juntar de todas partes tesoros, por donde si bien en riquezas sobrepujó á sus antepasados, incurrió en grande aborrecimiento de sus vasallos. En tiempo deste Emperador gobernaron por órden á España los siguientes: Odaifa, Himen, Autuma, Alhaitan, Mahomad. La aprobacion y aplauso de todos no fué el mismo; el gobierno de cada cual apenas duró un año entero, y en particular Mahomad tuvo el cargo por espacio de solos dos meses, porque se halla que el año de Cristo de 731 despues de todos estos fué proveido en el go-

bierno de España Abderraman, que debió ser el mismo que nombramos arriba. Las cosas deste Gobernador fueron muy famosas; y el remate que tuvieron muy alegre para los cristianos. Esto pide que se haga relacion y memoria por menudo de todas ellas. Aventajóse grandemente en la guerra, demás de las otras partes en que ninguno de los de su nacion se le adelantó en aquel tiempo. Solo fué cruel de su condicion y áspero, no mas con los españoles que con los moros, que por la libertad del tiempo estaban estragados en muchas maneras. De aquí muchos tomaron ocasion de aborrecerle; en particular Muñiz, hombre principal, poderoso y animoso entre los moros, determinó de declararse contra él y alborotar la Gallia Gótica, que, con ocasion de estar léjos y por el mal tratamiento de los que la gobernaban, le siguió con facilidad. En España otrosí se le juntó lo de Cerdania, que está puesto entre los montes Pirineos. Eudon, duque de Aquitania, por valerse dél contra los franceses y moros que le molestaban, hizo con él liga. Fué Eudon en aquellos tiempos hombre grave, diestro y sabio, como se saca de las memorias antiguas; pero todo lo afeó con casar á este Muñiz con una hija suya con intento de obligalle mas con aquel parentesco. Era aquel casamiento ilícito, y siempre fué vedado en las leyes de los cristianos; así, no solo le fué mal contado, sino tambien le salió desgraciado, porque Abderraman, avisado de lo que Muñiz pretendia y de las alteraciones de aquellas gentes, marchó con su campo á lo postrero de España. Puso cerco sobre la ciudad de Cerdania; Muñiz, perdida la esperanza de defenderse contra enemigo tan poderoso y de huir si lo intentaba, y mas de perdon si se entregaba, acordó de despeñarse. Su mujer, que dejó en edad florida y era de notable hermosura, junto con la cabeza de su marido fué enviada á Africa en presente muy agradable al supremo emperador de los moros. Muchos presumian que el desastre de Muñiz fué en venganza de las injurias que él habia hecho á la religion cristiana y de la mucha sangre de cristianos que con fiereza de bárbaro derramara. En particular hizo morir á fuego al obispo Anabado, varon muy santo, y que en la edad de mozo que tenia representaba costumbres de viejo. Ensoberbecido Abderraman con esta victoria, rompió por la Francia con gran espanto de los franceses y godos que por aquella provincia moraban. Pasó por donde se tienden las riberas del mar Mediterráneo hasta el rio Ródano sin hallar quién le hiciese resistencia. Puso cerco sobre Arlés, ciudad principal en aquella comarca. Allí acudió Eudon con su gente y vino á las manos con los bárbaros, pero perdió la jornada con tan grande estrago de los suyos cuanto ninguno en aquella edad fué mayor; de que por largo tiempo dieron bastante muestra los montones de huesos que quedaron cerca de aquella ciudad en el sitio do se dió la batalla. Revolvió despues desto á mano izquierda, y paseada con sus armas vencedoras gran parte de lo mas adentro de Francia, cargó sobre la Aquitania, y pasado el rio Garona, á las riberas del mar Océano, asoló la ínclita ciudad de Burdeos y talóle los campos, allanóle los templos, sin otros infinitos daños que hizo. En aquella parte con gente que de nuevo recogió Eudon, tornó á probar ventura y presentó la batalla al comun enemigo del nombre cristiano. El suceso fué el mismo que antes, contrario á los nuestros, próspero á los moros. Los de Angulema, los de Perigueux, los de Jantoñe y los de Potiers fueron asimismo trabajados con la llama desta guerra. En grande aprieto se hallaban las cosas de los cristianos, porque ¿quién pudiera hacer rostro á los vencedores de Asia y de Africa, y que poco antes habian deshecho el imperio de los godos? Quién se atreviera á ponerse al riesgo de la batalla, pelear con las invencibles fuerzas de aquellos paganos? La misma fama y la nombradía tenia puesto espanto á las demás naciones, y las tenia acobardadas y casi vencidas. Era á la sazon mayordomo mayor de la casa real de Francia Cárlos Martello, el cual, movido del peligro comun, con grandes levas de gente que hizo de Francia, Alemaña y Austrasia, que es hoy Lorena, formó un grueso ejército. Muchos le acudieron de su voluntad y como aventureros por el deseo que tenian de apagar aquel fuego perjudicial. Con estas gentes partió en busca del enemigo determinado de darle la batalla. Llegó por sus jornadas á Turs, ciudad muy conocida por el templo y sepulcro de San Martin, obispo de aquella ciudad, de asiento muy apacible, campo fértil, cielo saludable, do soplan ordinariamente los vientos de poniente y mediodía, y entonces estaba sujeta y pertenecia á la Aquitania. Fortificó sus estancias de la otra parte del rio Loire, sobre que está edificada aquella ciudad, y esto para tener seguras las espaldas, que los enemigos, por ser casi innumerables, no los pudiesen cercar. Eudon, olvidado de la enemistad y diferencias que con Martello tenia, por el peligro comun que todos corrian, juntó con él sus fuerzas, cosa que fué de grande importancia para la victoria. Los historiadores franceses dicen que los moros entraron y pasaron tan adelante en la Francia llamados de Eudon, que pretendia con el daño comun satisfacerse de sus particulares agravios; que tal es la costumbre de los hombres mal considerados. Dicen mas, que al presente mudó de parecer á causa que los moros sin tenerle algun respeto corrieron los campos de la Aquitanía ó Guiena. Los historiadores españoles callan esto, y es forzoso que lo uno ó lo otro se haya hecho en gracia ó por odio de la nacion española, ca Eudon era señor de Vizcaya, y lo de Aquitania le dieron en dote con su mujer. En negocio dudoso parece lo mas cierto que los moros no fueron llamados por Eudon, y que la fama en contrario no es verdadera, pues peleó antes desto por dos veces con ellos á gran riesgo de su vida y estado. Iban los bárbaros en busca de los nuestros con tanto orgullo, que les parecia nadie se les pondria delante; llegaron donde los nuestros alojaban. Dióse la batalla de poder á poder, que fué de las mas dudosas y señaladas del mundo. Eran los moros cuatrocientos mil, que convidados de la fertilidad de Francia y por ser gente vagabunda, con sus hijos, mujeres y ropa habian pasado la mar para hacer en ella su asiento. El número de los cristianos era muy menor, pero aventajábanse en el esfuerzo y destreza del pelear, y lo que era mas principal, tenian á Dios y la justicia de su parte. La esperanza por ambas partes era grande, y el miedo no menor. Acométense entre sí las haces, cierran y trábanse los escuadrones, embravécese la batalla por todas partes, que por gran espacio estuvo suspensa sin declarar la victoria por los moros ni por los cristianos; pero en fin, la valentía y valor prevaleció contra aquella gran canalla.

Grande y casi increible fué la matanza; murieron trecientos y setenta mil moros, y lo que hizo mucho al caso para que la victoria fuese mas alegre, el mismo Abderraman quedó tendido entre los demás cuerpos muertos. De los vencedores faltaron hasta mil y quinientos, pequeño número para victoria tan grande, si bien eran de los masseñalados, unos en valor y hazañas, otros en la nobleza de sus linajes. La alegría por causa desta victoria fué colmada para todo el cristianismo, no solo por sí misma, que fué muy señalada, sino por la muestra que se dió y esperanza que todos cobraron de que aquella gente, hasta entonces invencible, podria por el esfuerzo de los cristianos ser vencida. Entre todos se señaló en esta batalla á dicho del mismo Martello el duque Eudon, que en lo mas recio de la pelea, como lo tenian antes concertado, con los caballos ligeros y gente mas suelta rodeó los escuadrones con tanta presteza, que antes que mirasen en ello cargó sobre los enemigos por las espaldas y los puso en confusion. Dióse esta dichosa batalla el año de nuestra salvacion de 734, que era el veinte y uno despues de la pérdida de España. En este tiempo tenia el imperio de oriente Constantino, llamado Coprónimo. De las cartas de Eudon al pontífice romano Gregorio se supo en Roma y se tuvo aviso de la victoria y del número de los muertos; de que se entiende asimismo que el Papa les envió tres espongias benditas, es á saber, á la manera que se bendicen los *Agnus Dei*, y que todos los que alcanzaron alguna partecica dellas salieron de la batalla sin lesion alguna; cosa maravillosa como verdadera. Los mas cuentan á este pontífice Gregorio por el segundo de aquel nombre; la razon de los tiempos convence que no fué sino el tercero. Abdelmelich sucedió en el lugar de Abderraman, y tuvo el gobierno de los moros en España y en todo lo que della dependia por espacio de cuatro años siguientes, sin señalarse en cosa alguna, sino en crueldad y en cohechar la gente, que volvia en sí despues de tantos trabajos; tacha que, no solo afea á los príncipes y amancilla á los que gobiernan el pueblo, sino es muy grave delito. Como él era, así le sucedieron las empresas. Tuvo comision y órden de acometer la Francia; pero, perdida mucha de su gente á la pasada de los montes Pirineos, fué forzado de volver atrás. En el mismo tiempo, es á saber, el año 737, don Pelayo, primero rey de España, cargado de años y esclarecido por sus proezas, pasó desta vida en Cangas. Su cuerpo sepultaron en Santa Olalla Velaniense, iglesia que él mismo habia fundado en tierra de Cangas. Allí tambien sepultaron su mujer la reina Gaudiosa. Sucedió en el reino sin contradicion don Favila, su hijo, y le gobernó por espacio de dos años; príncipe mas conocido por su desastrada muerte y por la liviandad de sus costumbres que por otra cosa alguna; pues sin embargo de las muchas guerras que tenia entre las manos, y que su nuevo reino estaba en balanzas, y mas se conservaba por la flaqueza de los moros y revuelta de los tiempos que por las fuerzas de los cristianos, mostraba cuidar poco del gobierno y tener mas cuenta con sus particulares gustos que con el bien comun; en especial era demasiadamente aficionado á la caza, y en ella un oso que seguia desapoderadamente le mató, sin que dejase ninguna loa ni en vida ni en muerte. Fué sepultado en la iglesia de Santa Cruz, que él mismo edificó en tierra de Cangas, en que se via otrosí antiguamente el sepulcro y lucillo de Froleva, su mujer. Un cierto diácono, llamado Juliano, griego de nacion, docto en las dos lenguas griega y latina, por estos tiempos escribia en Toledo las antigüedades de España y las cosas que hizo don Pelayo. Dícelo cierto autor. Hay quien diga que fué tesalonicense y arcediano de Toledo; item, que se llamaba Juliano Lúcas; item, que comenzó su historia desde el año 455. Urbano, prelado de Toledo, en lo postrero de su edad, Evancio, arcediano de aquella iglesia, Fredoario, obispo de Guadix, varones excelentes por la santidad de sus costumbres y por su doctrina, resplandecian en aquella escuridad de todas las cosas á la manera que las estrellas entre las tinieblas de la noche. Contemporáneo dellos fué Juan, prelado de Sevilla, que tradujo la *Biblia* en lengua arábiga con intento de ayudar á los cristianos y á los moros, á causa que la lengua arábiga se usaba mucho y comunmente entre todos; la latina ordinariamente ni se usaba ni se sabia. Hay algunos traslados desta traduccion, que se han conservado hasta nuestra edad, y se ven en algunos lugares de España.

CAPITULO IV.

Del rey don Alonso, llamado el Católico.

Falleció don Favila sin sucesion; don Alonso por tanto y Ormisinda, su mujer, segun que estaba dispuesto en el testamento de don Pelayo, fueron recebidos y declarados por reyes con grande alegría de pueblo y en gran pro de todo el reino. Corrian en don Alonso á las parejas las artes de la guerra y de la paz, maravilloso por la constancia que mostró en las adversidades, señalado por la felicidad que tuvo ordinariamente en sus empresas, tan dado al culto de la religion, que por esta causa le dieron renombre de Católico, apellido que antiguamente en el Concilio toledano tercero, en el tiempo que se redujo á la Iglesia católica toda la nacion de los godos, desechadas las herejías de Arrio, con mucha razon se dió al rey Recaredo. Desusóse despues por muchos siglos hasta que Alejandro VI, sumo pontífice, le renovó en don Fernando de Aragon, rey Católico de España, y hizo que se perpetuase en los reyes sus sucesores. Florecia en aquel tiempo España con los bienes de una muy larga paz; Africa y Francia ardian en guerras civiles. Cárlos Martello, por la muerte de Eudon, su competidor, se apoderó del grande estado que tenia en Francia. Tres hijos que quedaron del difunto, Aznar, Hunnoldo y Vayfero, como herederos de la enemistad de su padre y con intento de satisfacerse de su contrario, acudieron á las armas. Aznar en aquella parte de España que cae cerca de Navarra tomó á los moros la ciudad de Jaca con otros muchos castillos y plazas, por donde fué tronco y fundador del reino y gente de Aragon, nombre que se tomó del rio Aragon, que pasa por aquella comarca, y junto con el rio Ega mezcla sus aguas con las de Ebro, como en otro lugar se declara. Hunnoldo y Vayfero acudieron á lo de Francia, rompieron con su gente por toda aquella provincia que corrieron hasta pasar el rio Ródano. En todas partes pusieron grande espanto, no perdonaron á varones ni á mujeres, á niños ni á viejos, como acontece que las pasiones de los princi-

pes descargan de ordinario sobre la gente menuda. Cargó principalmente este daño sobre los allobroges, que son las partes de Saboya y del Delfinado. Viena con grande dificultad se pudo defender. Dende revolvieron contra lo de mas adentro de Francia que cae desta parte del Ródano. Los moros, movidos del deseo que tenian de satisfacerse de la afrenta pasada, demás desto llamados por Mauricio, conde de Marsella, y de Hunnoldo y Vayfero, que pretendian por este camino apretar á Martello y á los franceses, tornaron á hacer guerra en la Francia. Gobernaba por este tiempo los moros de España Aucupa; este tomó á su llegada residencia á Abdelmelich, y con color que no se descargaba bastantemente de lo que le achacaban, le puso en prisiones. Fué Aucupa muy noble entre los suyos, gran celador de su supersticion, de tal guisa, que ningunos delitos castigaba con tanta severidad como los cometidos contra ella. Concertóse pues con Mauricio, conde de Marsella, y con los hijos de Eudon; y con su ayuda y las gentes que metió en Francia pasó tan adelante, que se apoderó de Aviñon, ciudad puesta sobre el rio Ródano, muy ancha y muy noble. Los pueblos comarcanos padecieron quemas, talas y robos. Todo esto sucedió cinco años despues que se dió la batalla muy famosa de Turs, es á saber, el año 739, que fué el primero del reinado de don Alonso. Miserable el estado en que las cosas estaban, grande la avenida de males; pero el valor de Martello sustentó lo de Francia, porque echó los enemigos de aquella provincia, y los arredró desta parte de los Pirineos. Apoderóse de Aviñon y de Narbona, de suerte que casi no quedó por los godos ni por los moros cosa alguna en toda la Francia. La guerra de Africa se hacia y continuaba con mayor calor y pertinacia. Fué así, que Belgio Abenbejio, capitan de gran nombre entre los moros, levantó los del pueblo contra su señor y miramamolin Iscam; no se declara la causa; á muchos les parece bastante para acometer cualquier maldad el deseo de reinar. Diéronse muchas batallas en Africa, los trances fueron variables, la victoria de ordinario quedó por los levantados, con que finalmente Belgio se determinó de pasar en España. Abdelmelich á la sazon era vuelto al gobierno que antes tuvo, por órden de Aucupa que falleció, y por su muerte dejó dispuesto le sacasen de la prision do él tenia y le restituyesen el cargo, lo cual fué para su mal, á causa que Abderraman, enviado delante por Belgio con un grueso ejército para que le allanase la tierra, lo prendió dentro de Córdoba y le hizo morir con todo género de tormentos el año 743, en que murió eso mismo el miramamolin Iscam. Sucedió en aquel grande imperio Alulit, hijo de Izit, segun que lo tenian antes asentado. Tuvo sobrenombre de Hermoso; las esperanzas que al principio dió fueron grandes, el suceso diferente. Ponianle en cuidado la guerra que Belgio hacia en Africa, ca volvió, segun parece, de España, y las alteraciones que Doran por parte de los levantados continuaba en España. Los movimientos de Africa no hacen á nuestro propósito, ni hay para que relatallos; basta saber que el emperador Alulit al principio de su imperio proveyó para el gobierno de España un hombre principal y prudente llamado Albulcatar, que con su buena maña y con enviar los revoltosos á Africa para que ayudasen en la guerra que allá se hacia, sosegó las alteraciones de España; pero poco despues fué muerto por conjuracion de Zimael, con que Roba, compañero de Zimael y el principal atizador de aquella conjuracion, se apoderó del gobierno y aun del reino de España, sin que nadie le pudiese ir á la mano, porque el emperador Alulit falleció el segundo año de su imperio, que fué el de 744. Quedó por sucesor suyo Ibrahem, su hermano, que no tuvo mejor suceso, ni le duró el señorío mas tiempo que á su predecesor. Fué así, que Maroan, sin embargo que era de su misma parentela y de la nobilísima alcuña entre los moros de los Humeyas, con el ayuda de aquella parcialidad degolló á Ibrahem dentro de su palacio el año segundo de su imperio; y con tanto quedó por señor de todo. En tiempo deste emperador por muerte de Roba, que le mataron en cierta batalla, tuvo el gobierno de España Toba; y muerto este dentro de un año, Juzef, hombre de grandes partes, fué proveido y enviado de Africa en lugar de los dos. Era de grande edad, y sin embargo muy dado á mujeres; pero recompensaba en parte esta falta la destreza que tenia en las armas y la fama de sus proezas. En tiempo deste gobernador de España, en Asia Abdalla, que era de los Alavecinos, casa y linaje nobilísimo entre los moros, se conjuró con los desta parcialidad, y dió la muerte á Maroan el año del Señor de 750. Pareció justa su pretension por la venganza que tomó de la muerte que dieron á su señor; pero en premio de su trabajo se quedó con el imperio, y con intento de asegurarse en él procuró destruir de todo punto y acabar la parcialidad de los Humeyas, linaje y casta de los emperadores pasados. Como lo intentó, así en gran parte lo puso en efecto. En España el año de 753 en Córdoba se vieron tres soles, cosa que causó grande espanto por ser la gente tan grosera y ruda, que no alcanzaba como en una nube de igual grosura y densidad á la manera que en un espejo se pueden representar muchos soles sin algun otro misterio. Como estaban azorados con el miedo, les parecian y se les representaban otras visiones diferentes, como de hombres que iban en procesion con antorchas de fuego. Aumentóse la maravilla y el espanto por causa de una muy grande hambre que por el mismo tiempo se siguió en España por la sequedad que á veces padece y falta de agua. En el entre tanto el rey don Alonso, con intento de aprovecharse de la buena ocasion que se le representaba para ensanchar los términos de su reino, que eran muy angostos, por la discordia de los moros y sus revueltas tan grandes, además que los cristianos estaban cansados de su señorío, juntó las mas gentes que pudo para hacer entrada en las tierras comarcanas. Sucedióle muy bien su pretension y la jornada, porque en Galicia recobró á Lugo, Tuy, Astorga; en la Lusitania la ciudad de Portu, asentada sobre un puerto por la parte que el rio Duero desagua en el mar, y las de Beja, Braga, Viseo, Flavia, y mas adentro á Bletisa y Sentica, pueblos que hoy se llaman Ledesma y Zamora. Tomó otrosí por aquella comarca á Simancas, Dueñas, Miranda y las ciudades de Segovia y Avila y á Sepúlveda, puesta á las haldas del monte Orospeda á la ribera del rio Duraton, asentada en un sitio muy fuerte, y que antiguamente se llamó Segobriga, y mas adelante Sepúlvega; como consta de sus mismos fueros de que antiguamente usa-

ba, y que era pueblo muy grande y de muy grande autoridad. Demás desto, con las armas vencedoras y en prosecucion de victorias tan nobles, revolvió sobre las comarcas de Briviesca y de la Rioja, pueblos que antiguamente se contaban entre los várdulos, y se apoderó de aquellos distritos. La Rioja está en un lado del monte Idúbeda por la parte que el rio Ogia, que se derriba de aquel monte, pasa y se mezcla con el rio Ebro; es tierra muy apacible y muy fértil. Lo mismo hizo de Pamplona en Navarra, y de lo que hoy se llama Alava, parte de Vizcaya. Verdad es que muchos destos pueblos por el vario suceso de las guerras tornaron á perderse, á causa que el poder de los reyes moros de Córdoba en gran perjuicio de los cristianos comenzó á levantarse por este tiempo, segun que poco despues se dirá, y creció adelante mucho en autoridad y fuerzas. Procuró el rey don Alonso y hizo que en las ciudades catedrales que se ganaron fuesen puestos obispos, que reformaban las costumbres de aquellos cristianos y las limpiaban de la maleza que de la conversacion de los moros se les habia pegado. Cultivaban los pueblos con el buen ejemplo, con nuevas leyes que hacian, con declaralles y predicalles la palabra de Dios. Reedificábanse los templos do estaban caidos, y los profanados con la supersticion de los moros los reconciliaban ó consagraban de nuevo. Reparaban los ornamentos de las iglesias por cuanto lo sufria la pobreza de la gente y las rentas reales, que eran muy ténues. Finalmente, una nueva luz se mostraba por todas partes, muy gran materia al presente de alegría, y de mayor esperanza para lo de adelante. Los antiguos geógrafos situaron los várdulos en la Cantabria por aquella parte que es bañada del mar Océano; los antiguos historiadores de España, como hombres de corto ingenio y pequeña erudicion, los pusieron en aquella parte de Castilla la Vieja que antiguamente llamaron los vaceos. Desta opinion procedió otro nuevo engaño, y fué que como don Alonso ganase gran parte de Castilla la Vieja, la cual nuestros historiadores llamaron várdulos, otros se persuadieron que desta hecha quitó á los moros toda la Cantabria ó Vizcaya. Pero por bastantes testimonios se puede mostrar que los moros en ningun tiempo pasaron de un lugar que en Vizcaya vulgarmente se llama la Peña Horadada. El Rey, despues que concluyó cosas tan grandes, falleció en Cangas en edad de setenta y cuatro años, el año que se contaba 757 de nuestra salvacion. Fué príncipe esclarecido y señalado entre todos. Reinó por espacio de diez y nueve años; quién dice de diez y ocho. Dejó cinco hijos, los cuatro de Ormisinda, su mujer, que fueron Froila, Bimarano, Aurelio y Usenda. De otra mujer baja, y aun esclava, tuvo fuera de matrimonio á Mauregato. Hiciéronle exequias y enterramiento muy solemne, no tanto por el aparato y gasto cuanto por las verdaderas lágrimas y sentimiento de todos sus vasallos y por las voces del cielo que dicen se oyeron en el enterramiento de ángeles que cantaban aquellas palabras de la divina Escritura: «El justo es quitado, y nadie pone mientes en ello; es quitado por causa de la maldad, y será en paz su memoria.» Sepultaron estos Rey y Reina en Cangas en el monasterio de Santa María. Tuvo don Alonso un hermano, por nombre Froila, mas conocido por dos hijos suyos, Aurelio y Veremundo ó Bermudo, que por otra cosa que dél se sepa. Volvamos á las cosas de los moros, que por estar mezcladas con las nuestras, no se pueden olvidar del todo. En particular será bien declarar la ocasion, los principios y aumento de la discordia muy grande que entre aquella gente se encendió por este tiempo y los cimientos que con esto se echaron de un nuevo y muy poderoso reino de moros que se levantó en España.

CAPITULO V.

De dos linajes los mas principales entre los moros.

Por las armas de los sarracenos y por el vergonzoso descuido de los nuestros la mayor y mas noble parte de la redondez de la tierra quedó vencida y sujeta á los enemigos del nombre cristiano crueles y fieros, los cuales tienen por abominable y por ilícito todo lo que nosotros tenemos por santo. Al principio obedecian todos á una cabeza y á un príncipe, que cuidaba de todo, de la guerra y del gobierno, hacia y deshacia leyes, administraba justicia, hasta las mismas cosas sagradas y pertenecientes al culto de Dios estaban á su cargo. En las historias de los árabes á veces le llaman califa, que en romance quiere decir sucesor, á veces miramamolin, que es lo mismo que príncipe de los que creen. El amor de la nueva supersticion hizo que al principio las cosas estuviesen quietas; adelante con el grande aumento que tuvieron y por sus muchas riquezas resultaron alborotos, y de uno se hicieron muchos imperios. Las causas destas discordias y los sucesos no hacen á nuestro propósito, solo por lo que toca á nuestro cuento me pareció necesario declarar el orígen y progreso de dos familias y casas las mas nobles que hubo entre los moros, y por cuyas diferencias resultaron en este tiempo grandes alteraciones. Mahoma, fundador de aquella secta y maestro de la nueva supersticion, dió á muchas provincias guerras, en que siempre le sucedió prósperamente. Fué hombre de ingenio despierto, astuto y malo; usaba de una profunda ficcion y aparencia de santidad, cosa muy á propósito para engañar á la gente; y no hay cosa mas poderosa para ganar las voluntades de la muchedumbre que la máscara de la religion; así fueron innumerables los que engañó en toda su vida. A la muerte, de muchas mujeres con quien ilícita y torpemente se casó, dejó solamente tres hijas, y ningun hijo varon, ca uno que tuvo se le murió de doce años. La mayor de las hijas se llamó Fatima, las otras, Zeinebis y Imicultis; quedaron casadas con hombres principales, y todavía por la muerte de Mahoma los suegros dél se encargaron del gobierno, primero Abubacar, y despues Homar, en lugar de sus hijas y nietos. Despues destos Atuman, marido de Fatima, tuvo el imperio, que por ser la mayor tenia mejor derecho para suceder á su padre. Deste tuvo orígen el linaje de los Alavecinos, gente muy poderosa en riquezas y en señorío. A Atuman, no sin contradiccion de muchos y grande alteracion del pueblo, sucedió Moabia, marido de la segunda hija de Mahoma, llamada Zeinebis, fundador que fué del otro linaje muy valido de los Benhumeyas. La causa destos nombres y apellidos no se sabe ni lo que significan. Lo cierto es que á Moabia sucedieron por órden su hijo Izit, y Maula, su nieto, que perdonó á sus vasallos y les descargó de

la tercera parte de los tributos con que acostumbraban á servir. Muerto Maula, los moros divididos en dos parcialidades, los unos siguieron á Maroan, y los otros á Abdalla, que era, segun yo pienso, del linaje y alcuña de los Alavecinos. Sea lícito usar de conjeturas en cosas tan escuras como son las de aquella nacion. Por lo menos en tiempo del rey Moabia fué maestro de la milicia, que es como entre nosotros condestable, con que tuvo ocasion de granjear muchas riquezas y aliados, y de présente tuvo manera para echar al contrario del reino y quedar solo por señor de todo. Mas con su muerte la corona y cetro volvieron á Abdelmelich, hijo de Maula, que ganó gran renombre por conquistar, como conquistó, toda la Africa, con que él y sus sucesores se hicieron mas poderosos que antes. Las discordias de los emperadores romanos dieron lugar á este daño, que fué una miserable ceguera y una locura de los hombres muy grande; pero mejor será apartar el pensamiento destas cosas, cuya memoria, á manera de cierto aguijon, punza y duele. Falleció Abdelmelich de su enfermedad, y en su lugar sucedió su hijo Ulit, aquel por cuyo mandado Tarif pasó en España, y vencido y muerto el rey don Rodrigo, se apoderó del reino de los godos. En lugar de Ulit sucedió primero su hermano Zuleiman, despues Homar y Izit, hijos de Ulit por adopcion de su tio, para que juntamente y con igual poder gobernase aquel imperio. A estos dos sucedió otro hermano tercero, llamado Iscam. A Iscam Alulit, hijo de Izit. Despues de Alulit, con gran voluntad de toda aquella nacion, Ibrahem, su hermano, tomó el gobierno. A este dió la muerte Maroan, dado que era del mismo linaje de los Humeyas, y por fuerza de armas, como queda dicho, se apoderó de todo. Las discordias destos príncipes dieron ocasion á los Alavecinos, que eran del linaje de Fatima, para levantar cabeza y prevalecer como los que tenian sus fuerzas enteras y unidas, y los contrarios al revés divididas y flacas. Abdalla pues, hombre de grande industria y no menor corazon, muerto que hobo á Maroan, que á causa de aquellas revueltas se hallaba con pocas fuerzas, restituyó últimamente á los que descendian de Fatima el imperio de los moros, como queda ya tocado; y para asegurallo mas y perpetualle en sus descendientes hizo gran carnicería en el linaje de los Humeyas, por ningun otro delito sino por sospechar pretendian el imperio que ya tuvieron; camino por donde de presente se hizo odioso, y para adelante su nombre fué tenido por infame como de cruel y tirano. Fuera desto, Abderraman, que era de los Benhumeyas, fué puesto en necesidad, por escapar de aquella carnicería, de pasar á España para intentar cosas nuevas, por entender que los moros comunmente en aquella provincia eran aficionados á los emperadores pasados y al linaje de los Benhumeyas, á causa de las muchas mercedes que dellos tenian recebidas; con la ayuda de los cuales y el esfuerzo y buena maña de Abderraman se fundó un nuevo reino de moros en aquella provincia, exempto y libre del señorío de los miramamolines de Africa y de los califas de Asia; su asiento en la ciudad de Córdoba, do las demás ciudades acudian como á su cabeza y metrópoli, segun que adelante se entenderá mejor.

CAPITULO VI.

De los reyes Froila, Aurelio y Silos.

Por la muerte de don Alonso el Católico su hijo mayor, llamado Froila ó Fruela, se encargó del gobierno y del reino de los cristianos en España, como era razon y derecho, el año de 757. Tuvo el reino once años y tres meses; su gobierno y fama tuvo mezcla de malo y de bueno. Fué áspero de condicion, inclinado á severidad, y aun mas aficionado á crueldad que á misericordia. Los príncipes con la grande libertad que tienen pocas veces se van á la mano, y de ordinario siguen sus inclinaciones y pasiones. Los aduladores, de que hay gran número en las casas de los reyes, hacen que el mal pase adelante; que no hay quien se atreva á decir la verdad. A los vicios dan nombres de las virtudes á ellos semejantes, y hacen creer que la crueldad es justicia, y que la malicia es prudencia, y así de lo demás, con que todo se pervierte. Verdad es que tuvo algunas cosas de buen príncipe, porque lo primero fundó y edificó á Oviedo, ciudad principal y noble en las Astúrias, si bien algunos atribuyen esta fundacion á su padre el rey don Alonso, pero sin bastantes fundamentos. Dió á la nueva ciudad derecho y honra de obispado. Demás desto, apartó los casamientos de los sacerdotes, costumbre antiguamente recebida por ley de Witiza, y despues muy arraigada por el ejemplo de los griegos, con que se encendió la ira de Dios contra España y incurrió en tan graves desastres y castigos, como lo entendia la gente mas cuerda. Con esta resolucion cuanto fué el amor y benevolencia que ganó con los buenos, tanto se desabrió gran parte del pueblo y de los sacerdotes, porque los hombres ordinariamente quieren que lo antiguo y lo usado vaya adelante; y la libertad de pecar es muy agradable á la muchedumbre. Desta severidad procedió gran parte del odio que en su vida muchos le tuvieron; y despues de su muerte su nombre quedó acerca de los decendientes amancillado y afrentado mas de lo que merecía. Así se puede sospechar, pues fuera de las demás virtudes, en lo que toca á la guerra procuró seguir las pisadas de su padre. En particular el segundo año de su reinado en una gran batalla desbarató á Juzef, gobernador de España por los moros, viejo capitan, y que con un grueso ejército talaba y destruia las tierras de Galicia. Ninguna victoria hobo en aquella era ni mas esclarecida ni de mayor provecho para los cristianos, ca quedaron muertos cincuenta y cuatro mil moros. Esta pérdida fué causa que Juzef, que por espacio de cuatro años hacia resistencia á Abderraman para que no se apoderase de España como pretendia, se acabase de perder; porque como se viese trabajado por el linaje de los Humeyas, huyó de Córdoba; mas por diligencia de sus enemigos fué preso en Granada, de donde escapó y se huyó á Toledo, confiado en la fortaleza de aquella ciudad y con esperanza que aquellos ciudadanos le acudirian. Sucedióle al revés, que como á caido todos le faltaron, y los mismos en quien mas confiaba le dieron la muerte con intento de ganar á su costa la gracia del vencedor. Desde este tiempo, que fué el año de nuestra salvacion 759, y conforme á la cuenta de los árabes 142, todos los moros de España se tornaron á unir debajo de una cabeza y gobierno; y Abderraman Abenhumeya, que tuvo ade-

lante sobrenombre de Adahil, fundó un nuevo reino de su nacion mas poderoso que antes, exempto de la jurisdiccion de los moros de Africa y de Asia, como poco antes queda apuntado. Sola Valencia, ciudad de los edetanos, parte de la España Tarraconense, se mantuvo por algun tiempo en la devocion antigua; pero últimamente, Abderraman con un largo y apretado sitio que sobre ella puso la forzó por las armas á seguir el partido de las demás. Era grande el odio que este Príncipe mostraba contra nuestra religion, tanto, que los cristianos de aquella ciudad se salieron della, y llevaron consigo á lo postrero de la Lusitania, por la parte que el promontorio Sacro se alarga mucho en el mar, los sagrados huesos del mártir san Vicente, que en tiempos pasados, como queda dicho, padeció en aquella ciudad, al cual ellos adoraban como á Dios, y era célebre por la fama de los milagros; tales son las palabras del moro Rasis, que me pareció poner aquí. Sucedió adelante que un moro, natural de Fez, llamado Allibohaces, andando por allí á caza halló estos hombres, y como los matase, llevó consigo á Africa por esclavos sus hijos, niños de pequeña edad; por cuya informacion adelante se supo el lugar en que quedaron escondidos los sagrados huesos, que fué ocasion de mudar el nombre á aquel promontorio, y llamarse adelante el cabo de San Vicente; pero desto se tornará á hablar en otro lugar. El rey bárbaro, ensoberbecido con tantas victorias y por sucederle todo á su voluntad, acometió á hacer guerra á los gallegos. Por otra parte, puso cerco sobre Beja, ciudad de Portugal, que antiguamente era Pax Julia. De la una y de la otra parte fué rechazado por el esfuerzo y armas del rey don Fruela, el cual, con su buena dicha y diligencia, no solo defendió las tierras de los cristianos de las insolencias de los bárbaros, sino tambien acudió á sosegar las alteraciones de los naturales, en especial de los gallegos, que sospecho andaban alterados por haber quitado las mujeres á los sacerdotes. Asimismo los de Navarra, que andaban levantados, se redujeron á obediencia el año de 761. En esta jornada se casó el rey don Fruela con Menina, otros la llaman Momerana, hija de Eudon, duque de Guiena, y hermana de Aznar, que de buena gana vino en este casamiento por estarles á todos muy á cuento. Desta señora nacieron don Alonso, que adelante tuvo el reino y renombre de Casto, y doña Jimena, muy conocida por ser madre de Bernardo del Carpio y por su poca honestidad. Pudiera el rey don Fruela ser contado entre los grandes príncipes si no amancillara su fama y sus virtudes con la muerte que dió por sus propias manos á su hermano Bimarano; hecho grandemente inhumano y que le hizo muy odioso. Era Bimarano de gentil disposicion, y con su mucha afabilidad ganaba las voluntades del pueblo; sospechó su hermano que procuraba hacerse rey, y por ventura, como suele acontecer, los que estaban descontentos de la severidad del Rey pretendian tomarle por su cabeza y debajo de su sombra alterar á los demás, porque no se puede entender que don Fruela sin propósito y sin tener alguna causa para ello hiciese cosa tan fea, dado que ninguna pudo ser bastante para excusar exceso tan grave; y él mismo, para aplacar el odio que de aquella muerte resultó, prohijó y nombró por su sucesor en el reino á don Bermudo, hijo del muerto; pero no sirvió de nada, porque los suyos, y en particular don Aurelio, su hermano, se conjuraron contra él y le dieron la muerte en Cangas. Sepultaron al rey don Fruela y su mujer Menina en la iglesa mayor de Oviedo. En este tiempo Vero, arzobispo de Sevilla, resplandecia por su santa vida, erudicion y libros que escribió. Asimismo Pedro, prelado de Toledo, sucesor de Urbano, por sobrenombre el Hermoso, compuso un libro de cómo se debia celebrar la Pascua, muy alabado en aquel tiempo, enderezado á los de Sevilla, que en esta cuenta andaban errados. A Pedro sucedió Cijila, que escribió la vida de san Illefonso. Adriano, pontífice romano, enderezó una carta á este prelado, dado que lo llama Egila, en que reprehende la costumbre que tenian en España, creo tomada de Grecia, de comer carne los sábados. Yo entiendo que de aquella costumbre por cierta manera de concordia se tomó la que al presente se guarda de comer aquellos dias los menudos y extremidades de los animales; quién dice que esto se introdujo el año de Cristo 1212 cuando los nuestros en el puerto del Muladar ganaron aquella batalla contra los moros tan señalada y famosa, pero no hay para asegurar esto autor ni argumento bastante. Todavía el despensero de la reina doña Leonor, mujer del rey don Juan el Primero, así lo dice, y la *Valeriana*, como se refiere adelante, libro 11, capítulo 21. Las listas antiguas de los arzobispos de Toledo no solo no ponen á Urbano en aquel número, sino tampoco á Pedro, en lugar de los cuales cuentan por predecesores de Cijila á Sunieredo y Concordio. La escuridad de aquellos tiempos es tan grande, que á las veces nos fuerza á reparar, no de otra manera que quien no sabe el camino, llegado á alguna encrucijada do se divide en muchas partes, como ninguno de aquellos caminos le descontente, ninguno le agrada. El matador del rey don Fruela, vengador de Bimarano y hermano de entrambos, dado que otros le hacen primo, hijo de don Fruela, que fué hermano del rey don Alonso, entró en el reino y tomó la corona el año de 768. No hicieron caso de don Alonso, hijo del rey don Fruela, para que heredase á su padre, así por su pequeña edad como por el odio que todos á su padre tenian. Reinó don Aurelio seis años y medio; no hizo cosa en paz ni en guerra que sea digna de memoria, por lo menos que por ella merezca ser alabado. Verdad es que apaciguó una guerra civil que encendieron los esclavos, ca con deseo de libertad y con la ocasion que les daba la revuelta de los tiempos, se apellidaron en gran número y tomaron las armas; pero la loa que por esta causa ganó la escureció del todo y amancilló con un asiento muy feo que hizo con los moros, en que se obligó de darles cada un año cierto número de doncellas nobles como por parias. La prosperidad de Abderraman ponia á los nuestros espanto. Temian con razon que las armas de aquel nuevo reino y sus fuerzas muy grandes no oprimiesen las de los cristianos, que de suyo eran flacas, y por la discordia de los parciales á punto de perderse. Procuró el rey don Aurelio de prevenirse de fuerzas contra aquella tempestad que amenazaba, y por esta causa casó su hermana Adosinda con Silon, hombre poderoso y principal, con esperanza y deseño que en vida le ayudaria, si fuese necesario, y despues de muerto le sucederia en el reino por no tener él hijos, ni aun se sabe bastantemente que haya

sido casado. El *Cronicon* del rey don Alonso el Magno dice que el rey don Aurelio fué sepultado en el valle de Jagueya en la iglesia de San Martin. Don Lúcas de Tuy dice que le enterraron en Cangas. Dificultoso es concordar estas opiniones, ni como juez sentenciar por la verdad. Quién dice que Jagueya y Cangas es lo mismo, quién que Jagueya es la villa de Yanguas; por esta opinion hace la semejanza de los nombres moderno y antiguo, y que en aquella villa en la iglesia de San Miguel hay una cueva con advocacion de San Andrés, y en ella dos sepulcros ó lucillos juntos el uno del otro, los cuales el pueblo, como cosa recebida de sus antepasados, tiene por de los dos reyes don Favila y don Aurelio; que si esto se recibe, será necesario confesar que el nombre de aquella iglesia con el tiempo se ha mudado, por lo menos que los huesos de aquellos reyes, de do primero estaban enterrados, se trasladaron á aquel lugar; cosa que en el rey don Favila no tiene duda haber primero sido sepultado en otro lugar, como queda arriba señalado, es á saber, en tierra de Cangas. Por la muerte pues de don Aurelio, Silon, su cuñado, fué alzado por rey en Pravia juntamente con Adosinda, su mujer. Reinó por espacio de nueve años, un mes y un dia. Enfrenó al principio de su reinado y sosegó los gallegos, que andaban alborotados cerca del monte Ciperio, que hoy se llama Cebreros. Los motivos y ocasiones desta guerra no se escriben; solo refieren que por ser Silon de grande edad, ó porque naturalmente era enemigo de cuidados y no se hallaba con fuerzas para llevar aquel peso, se resolvió de partir mano, no solo del cuidado de la guerra, sino tambien del gobierno; y para esto por amonestacion de su mujer nombró por su compañero en el reino con plena autoridad en guerra y en paz á don Alonso, hijo del rey don Fruela. La miseria y mengua destos tiempos fué tal, que cuando la república estaba mas revuelta con las olas de una cruel tempestad y tenia necesidad de un gobernador varonil, entonces por la mayor parte le cabian en suerte reyes sin provecho y cobardes. Desde este tiempo parece que don Alonso tuvo nombre de rey, como se puede mostrar por un privilegio el mas antiguo de cuantos en España se hallan en los archivos, dado á Santa María de Valpuesta, que hoy es iglesia colegial, y antiguamente era monasterio de monjas. En él por la liberalidad del rey don Alonso se hace donacion á aquel templo de muchas heredades, era de 812, que concurre con el año de Cristo de 774, que fué el primero del reinado de Silon, si ya por ventura los números no están errados. Porque la opinion de los que atribuyen este privilegio á don Alonso el Católico no viene bien con la razon de los tiempos. Y sea lo que fuere en esta parte, la maldicion que en aquellas letras se contiene es muy digna de ser considerada. Dice que el que quebrantare aquella donacion sea anatema, marrano y descomulgado; de las cuales palabras se entiende que esta palabra marrano no se deriva de la palabra moro, como si dijésemos maurano, como algunos sospechan que resultó en Italia en tiempo del emperador Federico Barbaroja por ocasion que muchos moros que estaban á su sueldo, despues de convertidos á la ley de Cristo, la renegaron, sino que antes viene de la palabra siriaca *maranatha*, con que en las divinas letras se significa la descomunion y maldicion, como tambien significan lo mismo las otras dos palabras griega y latina *anathema* y *excommunicatus*, de que usa aquel privilegio escrito en lengua latina. Por este tiempo Carlo Magno deshizo el reino de los longobardos, que duró en Italia pasados docientos años, con prender en Pavía á Desiderio, su rey. Confirmó otrosí á instancia del papa Adriano la donacion que Pipino, su padre, hiciera á aquella iglesia del exarcado y otras ciudades de Italia, en que entraban Boloña, Ravena, Ferrara y la Emilia, que era la Lombardía allende el Po, Parma y Plasencia, sin otras muchas ciudades y tierras. De la sepultura del rey Silon hay diferentes opiniones; quién dice que le enterraron en Oviedo, por un letrero muy largo que está á la entrada de la iglesia de San Salvador, donde en cierta manera de cifra se lee su nombre, y se dice y repite docientas y setenta veces que hizo aquella iglesia, demás que debajo de aquel letrero hay ocho letras que significan:

AQUÍ YACE SILON; SÉALE LA TIERRA LIVIANA.

Otros dicen que le sepultaron en Pravia en la iglesia de San Juan Evangelista, que él levantó desde los cimientos, do sin duda fué puesto el cuerpo de su mujer la reina Adosinda.

CAPITULO VII.

De los reyes don Alonso, Mauregato y don Bermudo.

Hechas las honras y enterramiento del rey Silon, don Alonso, su compañero, con gran voluntad de la nobleza quedó solo con el reino el año de 783. El odio que tenian á su padre estaba olvidado, y con la muestra que habia dado de sus virtudes tenia granjeadas las voluntades de todos sus vasallos. Solo Mauregato, su tio, aunque no era legítimo, pretendia se le hizo agravio en anteponerle á don Alonso. Alegaba que tenia mas estrecho parentesco con los reyes pasados y que todos sus hermanos sucesivamente fueron reyes. No faltaban hombres bulliciosos que con deseo de cosas nuevas daban oidos y favor á sus intentos, personas de malos pensamientos y costumbres, cuales son por la mayor parte los que siguen la corte y casas reales. A persuasion destos, por hallar poco arrimo en los cristianos, hizo recurso á los moros; pidióles le ayudasen, y alcanzólo con asentar de dalles cada un año por parias cincuenta doncellas nobles y otras tantas del pueblo, infame concierto; pero tanto puede el desenfrenado deseo de reinar. Son los moros mas que ninguna otra nacion inclinados á deshonestidad. Con el cebo pues destos deleites y por mandado de su rey Abderraman buen número de aquella gente siguió á Mauregato. Allegábase para inclinarlos mas la honra que les resultaba de tener á los cristianos por tributarios y á su rey por sujeto y obligado. No se hallaba don Alonso apercebido de fuerzas bastantes para hacer resistencia y contrastar á tanto poder. Acordó de dar tiempo al tiempo, y mientras duraban aquellos recios temporales se retiró á la Cantabria ó Vizcaya, donde tenia muchos aliados, parientes y amigos de Eudon, de quien venia por parte de madre. Era de veinte y cinco años cuando al principio de su reinado fué despojado. Reinó Mauregato por espacio de cinco años y seis meses sin señalarse en cosa alguna, sino en cobardía, torpeza y en la grave maldad que cometió por

la traicion que hizo á su patria. Sepultáronle en Pravia en la iglesia de San Juan, como lo dice el *Cronicon* que anda en nombre del rey don Alonso el Magno, por lo menos en el ejemplar de Oviedo. Murió en el año del Señor de 788. En el mismo año Abderraman, rey de los moros, despues que reinara por espacio de veinte y nueve años, pasó desta vida en Córdoba, do hacia su residencia, y la cual ciudad adornó con diversas obras magníficas y reales, como fué un castillo que levantó en ella y unos jardines que plantó muy deleitosos, que entonces se llamaban de Rizafa, y al presente se llaman de Arrizafa. Demás desto, dos años antes que muriese, de lo que ganó en la guerra comenzó á fabricar la mezquita mayor, que hoy es la iglesia catedral de Córdoba, por la manera del edificio, gran número y hermosura de columnas sobre que carga la bóveda, una de las obras mas señaladas de España. Dejó nueve hijas y once hijos; nombró en su testamento por sucesor á Zuleman, el mayor de todos, que tenia puesto en el gobierno de Toledo. Esta su ausencia dió ocasion á Isem, que era el hijo segundo, de apoderarse del reino, sin embargo de lo que su padre dejó dispuesto. Tenia muy de su parte las voluntades del pueblo, con cuya ayuda venció en batalla á su hermano y le hizo retirar al reino de Murcia, desde donde por sesenta mil escudos que le dió, renunciado su derecho, pasó en Africa. Despues desto, Abdalla, que era otro hermano, con deseo de cosas nuevas andaba alborotado; mas hizo asiento con él, con que asimismo desamparó á España. Tuvo Isem el reino siete años, siete meses y siete dias. A Mauregato sucedió don Bermudo, llamado el Diácono, porque en su menor edad recibiera aquel órden de la manera que se usa entre los cristianos. Cuyo hijo fuèse don Bermudo no concuerdan los historiadores, ni será fácil preferir la una opinion á la otra, ni los que dicen lo uno á los que sienten lo contrario. Entiendo que por la semejanza de los nombres las memorias de aquel tiempo están varias. Quién dice que fué hijo de Bimarano, á quien el rey don Fruela, su hermano, mató por sus manos; quién que fué hijo del otro don Fruela, hermano del rey don Alonso el Católico, opinion que la siguen autores de crédito y antiguos, en particular el *Cronicon* del rey don Alonso el Magno. Reinó tres años y medio; tuvo dos hijos, don Ramiro y don García, en su mujer Nunilon ó Ursenda, con quien se casó ilícitamente; pero despues con mejor consejo se apartó della y perseveró en castidad toda la vida. En lo demás fué hombre templado y modesto, mas amigo del sosiego que sufria el estado de las cosas. Locamente se encarga en semejante tiempo del gobierno quien no tiene bastante ánimo, destreza en las armas, esfuerzo y valor y aun fuerzas corporales. Verdad es que hizo una cosa muy loable y que dió mucho contento, es á saber, que en gran pro de la república tornó á hacer compañero de su reino á don Alonso, hijo de su primo hermano el rey don Fruela, al que despojó Mauregato y le forzó recogerse á Vizcaya. Esto fué el año de 791 á 21 de julio, como lo dice Isidoro, pacense, escritor deste mismo tiempo. Reinó desde aquí adelante por espacio de cincuenta y dos años, cinco meses y trece dias. Fué príncipe muy señalado en la prosperidad continua que tuvo en sus cosas, diestro en las armas, clemente, liberal, amable á los suyos, y espantoso á los extraños; en la piedad y religion ninguno se la ganara. Con su esfuerzo principalmente se mantuvieron las cosas de España, que estaban para caerse. Ganó grande reputacion y autoridad, y no menos granjeó las voluntades de sus vasallos con una victoria muy señalada que tuvo el tercero año de su reinado de un capitan moro llamado Mugayo. Tenia por cosa afrentosa al nombre cristiano entregar á aquellos bárbaros las doncellas que torpemente concertó Mauregato. No quiso acudilles con aquel tributo; por esta causa un grueso ejército de enemigos rompió y corrió por todas partes sin parar hasta llegar á las Astúrias. Recogió don Alonso sus gentes, salió en busca del enemigo, dióse la batalla cerca de un pueblo llamado Ledos, quedó la victoria por los nuestros, que fué de las mas señaladas que jamás hobo en España, ca murieron setenta mil moros, con que los cristianos comenzaron á respirar y alzar cabeza por verse libres de una servidumbre tan grave, y los moros, enflaquecidos sus fuerzas y embarazados en otras guerras, no pudieron satisfacerse de aquella mengua y daño; y es cosa averiguada que en aquel tiempo en lo postrero de España por la parte que los montes Pirineos se extienden de mar á mar muchas ciudades y pueblos se ganaron de los moros por las armas de los reyes de Navarra y por el esfuerzo de Carlo Magno, rey de Francia, príncipe de autoridad aventajada entre los reyes cristianos, y por sus grandes proezas muy conocido por la fama. Esto puso en necesidad á Isem, rey de Córdoba, de enviar un capitan de gran nombre, llamado Abdelmelich, con ejército bastante para reprimir las entradas por aquella parte y intentos de los cristianos. Lo que resultó fué que los moros tornarón á apoderarse de Girona en lo postrero de España y de Narbona en la entrada de Francia. De allí dice el arzobispo don Rodrigo que para acabar el edificio de la mezquita de Córdoba hicieron traer la tierra en hombros de cristianos, que fué insolencia de bárbaros, olvidados de la modestia y templanza con la prosperidad. Esta tierra entiendo yo debió ser alguna suerte de arena con que hace mayor presa la cal. Edificó allí mismo este Rey otra puente en Córdoba cerca del alcázar, y fué el primero entre los reyes moros que para su guarda tomó soldados extraños, es á saber, tres mil cristianos renegados. Fuera destos para los oficios y servicio de la casa real tenia dos mil eunucos. Falleció el año de 795; reinó por espacio de veinte y seis años, diez meses y quince dias. Dejó fama de príncipe prudente, justo y liberal como entre aquella gente, y por sucesor á su hijo Alhaca.

CAPÍTULO VIII.

De Elipando, arzobispo de Toledo.

A los trabajos de la cautividad, que cuando fueran solos eran muy graves, se allegó una grande discordia en materia de religion. Los principales movedores y cabezas deste mal fueron Félix, obispo de Urgel en lo postrero de España, y su dicípulo Elipando, arzobispo de Toledo, hombres de ingenios no groseros ni faltos de erudicion para las tinieblas y grandes revueltas y males de aquel tiempo, entre los cuales no tropezar ni ensuciarse fuera cosa semejable á milagro. Porque

¿qué lugar podian tener las letras en medio de servidumbre tan grave, cuando cargados de tributos y trabajados de todas maneras eran forzados á buscar con el sudor de su rostro el sustento cotidiano? ¿Cómo se podian juntar los concilios eclesiásticos, medicina con que de muy antiguo se solian sanar las heridas en la doctrina, y reformar las costumbres de eclesiásticos y seglares? Los nobles y el pueblo, como á cada uno se le antojaba, así ordenaban sus vidas, y de las cosas divinas, sin que nadie les fuese á la mano, cada cual sentia y hablaba lo que le parecia, cosa muy perjudicial. Demás desto, del trato y conversacion con los moros era forzoso se pegasen á los cristianos malas opiniones y dañadas. En particular estos dos prelados despertaron y publicaron los errores de Nestorio, que en el tiempo pasado por diligencia del Concilio efesino fueron sepultados, como quien aviva las centellas del fuego y quema pasada. Decian de Cristo que en cuanto hombre era hijo adoptivo de Dios; doctrina falsa y contra razon, contra todas las divinas y humanas letras y religiones. Porque, ¿cómo puede uno mismo ser hijo natural y adoptivo? Pues consta que el hijo adoptivo graciosamente por sola benignidad de su padre, sin que haya cosa alguna que obligue y fuerce, es admitido á la herencia y derechos ajenos, lo que quien dijese de Cristo, seria forzado á reconocer en él y confesar dos hipóstasis ó supuestos, que seria otro desatino mas grave. Félix, por estar su obispado cerca de Francia y porque los años pasados los franceses hicieron diversas entradas por aquellas comarcas, sospechan algunos que fué de aquella nacion. Elipando, como el nombre lo muestra, venia de la antigua sangre de los godos. Hacia por ellos su dignidad y autoridad obispal, la fama de sus nombres y letras; alegaban otrosí en favor de su error á los santos Eugenio, Ildefonso, Juliano. Ayudábanse, aunque mal, de algunos lugares de las divinas letras, en que Cristo por la parte que es hombre, se dice ser menor que su Padre. Eran de ingenios bulliciosos y ardientes; así con cartas y libros que enviaban á todas partes pretendian con palabras afeitadas persuadir á los demás lo que ellos sentian. En particular Elipando, por la autoridad que tenia muy grande sobre las demás iglesias, escribió á los obispos de Astúrias y Galicia; en especial pretendió enlazar en aquel error á la reina Adosinda, mujer que fuera del rey Silon. Ella, como prudentísima y muy santa, respondió que no le tocaba juzgar de aquella diferencia, y que se remitia en todo á lo que los obispos y sacerdotes determinasen. En el número de los cuales se señalaron principalmente Beato, presbítero, y Heterio, obispo de Osma, cuya disputa contra Elipando, erudita y grave, se conserva hasta el dia de hoy, obra larga y de mucho trabajo, pero que el lector tendrá por bien empleado el tiempo que gastare en leerla por convencer la mentira con fuertes argumentos. Pasaba la revuelta adelante, y porque las cosas no sucedian como los noveleros pensaban, Elipando se partió de Toledo para las Astúrias y Galicia, provincias en que inficionó á muchos con aquella mala ponzoña, malo y pestilencial olor de su boca. Félix acometió primero á los de Castilla la Vieja, despues en la entrada de Francia á la Septimania, que es la Gascuña, desde allí corrió lo demás de Francia y Alemaña sin hacer algun efecto, á causa que toda suerte de gentes, los grandes, los medianos y los pequeños se espantaban con la nueva manera de hablar, y en público y en secreto condenaban aquella opinion y los que la enseñaban. En aquellas partes se podian juntar concilios de obispos; y así hallo que en Regino, ciudad de Baviera, que hoy dicen es Ratisbona, en presencia de Carlo Magno, rey de Francia, por un concilio de obispos que allí se juntó sobre el caso fué condenado Félix el año de Cristo de 792. De donde enviado á Roma se retrató delante del papa Adriano fingidamente, por lo que adelante se vió, pues fué necesario que se juntase de nuevo concilio en Francfordia, ciudad de Alemaña el año de 794, en que se halló presente Carlo Magno y dos obispos Teofilacto y Stéfano, enviados de Roma por legados, y de España por los católicos, Beato, presbítero, y el obispo Heterio. No perdieron por ende el ánimo los noveleros, antes presentaron un memorial á Carlo Magno en que le suplicaban se hallase presente en aquel juicio, y quisiese seguir antes el parecer de muchos que dejarse engañar de pocos. Tratóse el negocio, y ventilóse aquella mala opinion. Condenáronla y juntamente á los que la seguian, si no desistiesen della. En particular á Félix y Elipando pusieron pena de descomunion. Félix, como lo dice Adon, vienense, fué por los obispos condenado y enviado en destierro, y en Leon de Francia falleció sin desistir jamás de su error; en tanto grado es dificultoso mudar de opinion, y mas en materia de religion, y reportar un entendimiento pervertido para que vuelva al camino de la verdad. Qué se haya hecho de Elipando no se sabe; y creo mas aína, antes es cierto que se reconoció y que obedeció á la sentencia de los obispos y se apartó de su primer parecer. Tengo asimismo por cierto que no salió de España ni compareció en Regino ni en Roma ni en Francfordia. A los antiguos santos que alegaban por sí los errados, y de cuyos dichos se valian, Eugenio, Ildefonso y Juliano, carga Carlo Magno en la carta que escribió á Elipando y á los demás sacerdotes de España; dice que no es maravilla los hijos se parezcan á los padres. Heterio niega que cosa semejante se hallase en los escritos de aquellos santos. Consta otrosí que de la escuela de Félix, pasados algunos años, salió Claudio, de nacion español, obispo de Turin, persona que con opinion de erudito anduvo algun tiempo y conversó en la casa y corte del emperador Ludovico Pio. Este á las mentiras de los pasados, demás de otras cosas, añadió un nuevo dislate, que las imágenes sagradas se debian quitar de los templos; escribió empero contra él aguda y doctamente Jonas, aurelianense, su contemporáneo.

CAPITULO IX.

De los principios de don Alonso el Casto.

Falleció por este tiempo el rey don Bermudo; sepultóse en Oviedo, do antiguamente se veian los lucillos suyo y de su mujer. Con tanto quedó solo don Alonso en el gobierno. Tiénese por cierto que con deseo de vida mas pura y santa por todo el tiempo de su vida no tocó á la reina Berta, su mujer, que fué la causa de ponelle el sobrenombre de Casto. Para aumento del culto divino levantó desde los cimientos la iglesia mayor de Oviedo, que se llama de San Salvador. Quién dice que el rey don Bermudo fué el que dió principio á

esta noble fábrica, y aun el letrero que está á la entrada de aquel templo, como queda arriba apuntado, atribuye aquella obra al rey Silon. Pudo ser que todos tres entendieron en ella, y que el que la acabó se llevó, como acontece, toda la fama. Lo que consta es que el rey don Alonso fué el que le adornó de muchas preseas, y en particular refieren que dos ángeles en figura de plateros le hicieron una cruz de oro sembrada de pedrería, de obra muy prima, vaciada y cincelada. Persuadióse él pueblo que eran ángeles porque, acabada la cruz, no se vieron mas. El arzobispo don Rodrigo dice que el Rey alcanzó del Papa, que por la razon de los tiempos fué Leon el Tercero, que aquel su templo se hiciese arzobispal; pero engañóse, porque esto sucedió en tiempo del rey don Alonso el Magno. Los gloriosos principios del reinado deste Príncipe tan señalado se amancillaron y escurecieron con un desastre y afrenta que aconteció en su casa real, y fué que su hermana la infanta doña Jimena, olvidada del respeto que debia á su hermano y de su honestidad, puso los ojos en Sandia ó Sancho, conde de Saldaña, sin reparar hasta casarse con él. Fué el matrimonio clandestino, y dél nació el infante Bernardo, carpense ó del Carpio, muy famoso y esclarecido por sus proezas y hazañas en las armas, segun que lo alaban y engrandecen las historias de España. El Rey, sabido lo que pasaba, puso en prisiones al Conde, que vino para hallarse en las Cortes. Acusáronle de traicion y de haber cometido ofensa contra la majestad; convencido, fué privado de la vista y condenado á cárcel perpetua; señalaron para su guarda el castillo de Luna, en que pasó lo demás de la vida en tinieblas y miseria; que tal es la paga de la maldad y su dejo. La hermana del Rey fué puesta en un monasterio de monjas. Sin embargo, el Rey hizo criar el infante como si él mismo le hobiera engendrado y hobiera salido de sus entrañas; verdad es que no se crió en la Corte, sino en las Astúrias. La buena crianza fué parte para que su buen natural se aumentase y aun mejorase. Las armas de los moros por estos tiempos no sosegaban; antes Zulema y Abdalla, tios del nuevo rey moro, que hasta aquí se entretuvieran en Africa, para prevenir que el rey Alhaca, su sobrino, no se fortificase en el reino, pasaron en España con presteza. Abdalla, como hombre mas atrevido, fué el primero que se apoderó de Valencia, ca los ciudadanos le rindieron la ciudad. Zulema despues acudió al llamado de su hermano para socorrello y ayudalle en sus intentos. Hicieron entradas por los pueblos y ciudades comarcanas; corrieron los campos por muchas partes, pasaron tan adelante, que se atrevieron á presentar la batalla al rey Alhaca, la cual fué muy herida y dudosa. Derramóse en ella mucha sangre, pero en fin Zulema con otros muchos fué muerto. Abdalla se huyó á Valencia; y como viese que tantas veces la fortuna le era contraria, acordó seguir otro partido y tomar asiento con el Rey, á condicion que le señalase rentas en cada un año con que sustentase en aquella ciudad la vida y estado de hombre principal. Para seguridad que cumpliria lo asentado y sosegaria dió en rehenes á sus mismos hijos, que el rey moro recibió y tuvo cerca de sí con aquel tratamiento que convenia tuviesen sus primos hermanos, tanto, que á uno dellos dió por mujer una hermana suya. Todo esto sucedió el año de los árabes 184, conforme á la cuenta del arzobispo don Rodrigo, que era el año quinto despues que Alhaca comenzó á reinar. Las discordias que los moros tenian entre sí parece dieron buena ocasion al rey don Alonso para adelantar su partido, pues muchos autores extranjeros, que los nuestros no dicen palabra, atestiguan que por el esfuerzo del rey don Alonso se ganó de los moros la ciudad de Lisbona, cabeza de Portugal, y que envió á Carlo Magno una solemne embajada, en que los principales, Fruela y Basilico, de los despojos de aquella ciudad le llevaron por mandado de su Rey un rico presente de caballos, armas y cautivos, demás desto una tienda morisca, de obra y grandeza maravillosa. Siguiéronse despues desto algunos alborotos en el reino y alteraciones civiles tan graves, que pusieron al Rey en necesidad de retirarse al monasterio abeliense, muy conocido á la sazon, y asentado en ciertos lugares ásperos y breñas de Galicia. Dende con el ayuda de Teudio, hombre principal y poderoso, se restituyó en su reino con mayor honra despues de aquel trabajo. Pero á mi ver en ninguna cosa se señaló mas el reinado de don Alonso ni fué mas dichoso que por hallarse en su tiempo en Compostella, como se halló, el sagrado cuerpo del apóstol Santiago, pronóstico y anuncio de la prosperidad que tendrian mayor que nunca los cristianos. Lo cual será bien declarar cómo sucedió y tomar el agua y corrida de algo mas arriba.

CAPITULO X.

Cómo se halló el cuerpo del apóstol Santiago.

Floreció el culto de la religion cristiana antiguamente en lo postrero de Galicia y en aquella parte do está situada Iria Flavia, que es el Padron, cuanto en cualquier otra parte de España. La cruel tempestad que se despertó contra los siervos de Cristo en el tiempo que prevalecia la vanidad de los muchos dioses, y por mandado de los emperadores romanos todo género de tormentos se empleaba en los cuerpos de los que á Cristo reverenciaban, hizo que de todo punto se acabase en aquellos lugares la cristiandad. Por donde ni en lo restante del imperio romano ni en el tiempo que los godos fueron señores de España se tenia noticia del sepulcro sagrado del apóstol Santiago. Con el largo tiempo y con este olvido tan grande el lugar en que estaba se hinchó de maleza, espinas y matorrales, sin que nadie cayese en la cuenta de tan gran tesoro hasta el tiempo de Teodomiro, obispo iriense. Miro, rey de los suevos, de quien arriba se hizo mencion, conforme á la costumbre y observancia de Roma, dejó señalados los términos por todo su reino á cada uno de los obispados, y por obispo de Iria quedó Andrés. Sucediéronle por órden Dominico, Samuel, Gotomaro, Vincibil, Félix, Hindulfo, Selva, Leosindo ó Teosindo, Enula, Romano, Augustino, Honorato, Hindulfo. De los cuales todos, fuera de los nombres, no ha quedado noticia alguna, y con la misma escuridad de ignorancia y olvido quedaran sepultados todos los demás que les sucedieron, si la luz del apóstol Santiago no abriera los ojos, y su resplandor, que en breve pasó por todo el mundo, no los esclareciera. Fué aquel sagrado tesoro hallado por diligencia de Teodomiro, sucesor de Hindulfo, y por voluntad de Dios en esta manera. Personas de grande

autoridad y crédito afirmaban que en un bosque cercano se vian y resplandecian muchas veces lumbreras entre las tinieblas de la noche. Receldbase el santo prelado no fuesen trampantojos; mas con deseo de averiguar la verdad fué allá en persona, y con sus mismos ojos vió que todo aquel lugar resplandecia con lumbres que se veian por todas partes. Hace desmontar el bosque, y cavando en un monton de tierra hallaron debajo una casita de mármol y dentro el sagrado sepulcro. Las razones con que se persuadieron ser aquel sepulcro y aquel cuerpo el del sagrado Apóstol no se refieren; pero no hay duda sino que cosa tan grande no se recibió sin pruebas bastantes. Buscaron los papeles que quedaron de la antigüedad, memorias, letreros y rastros, y aun hasta hoy se conservan muchos y notables. Aquí, dicen, oró el Apóstol, allí dijo misa, acullá se escondió de los que para darle la muerte le buscaban. Los ángeles que á cada paso, dicen, se aparecian, dieron testimonio de la verdad como testigos abonados y sin tacha. El Obispo, con deseo de avisar al Rey de lo que pasaba, sin dilacion se partió para la corte. Era el Rey muy pio y religioso, deseoso de aumentar el culto divino, demás de las otras virtudes en que era muy acabado. Acudió en persona, y con sus mismos ojos vió todo lo que le decian; la alegría que recibió fue extraordinaria. Hizo que en aquel mismo lugar se edificase un templo con nombre de Santiago, bien que grosero y no muy fuerte por ser de tapiería. Ordenó beneficios y señaló rentas de que los ministros se sustentasen conforme á la posibilidad de los tesoros reales. Derramóse esta fama, primero por España, despues por todo el orbe cristiano, con que la devocion del apóstol Santiago se aumentó y dilató en grande manera. Concurrió gente innumerable de todas partes, tanto, que en ningun tiempo se vió acudir á España, aun cuando gozaba de su prosperidad, tantos extranjeros. De Italia, Francia y Alemaña venian, los de léjos y los de cerca, movidos de la fama que volaba. Aumentábase la devocion con los muchos y grandes milagros que cada dia se hacian al sepulcro del santo Apóstol, que daban testimonio bastante de que no era sin propósito lo que se habia creido y se divulgaba. Gobernaba á esta sazon la Iglesia romana el pontífice Leon, tercero deste nombre; hicieron recurso á él el rey don Alonso, y á su instancia y en su favor Carlo Magno, que á esto entiendo yo se enderezaba principalmente la embajada que dijimos. Pidieron que el obispo iriense, sin mudar por entonces el nombre que antes tenia, trasladase su silla á Compostella para mas autorizar aquel santo lugar. Venian en ello los grandes y prelados de España. Condecendió el Pontífice á tan justa demanda con tal que el arzobispo de Braga, cuyo sufragáneo era aquel obispado, no fuese perjudicado en alguna manera; dado que Braga por aquel tiempo no se habitaba, ca la destruyeron los moros. De la una y de la otra condicion la iglesia de Compostella quedó exempta docientos y setenta y cinco años adelante, cuando por concesion de los pontífices romanos y á instancia de los reyes de España se trasladaron á Santiago los privilegios y autoridad de Mérida, iglesia en otro tiempo metropolitana, como se declara en otro lugar. En los archivos y becerro de Compostella se halla un privilegio deste rey don Alonso, en que hace donacion á aquella iglesia de aquella nueva poblacion con tres millas de tierra de todas partes en derredor que le señaló por territorio; en él en particular se hace mencion de la invencion que sucedió en aquel tiempo del sepulcro y cuerpo del Apóstol sagrado. No dejaré de avisar antes de pasar adelante que algunas personas doctas y graves estos años han puesto dificultad en la venida del apóstol Santiago á España, otros, si no los mismos, en la invencion de su sagrado cuerpo por razones y textos que á ello les mueven. Seria largo cuento tratar esto de propósito, y no entiendo sea expediente con semejantes disputas y pleitos alterar las devociones del pueblo, en especial tan asentadas y firmes como esta es. Ni las razones de que se valen nos parecian tan concluyentes, que por la verdad no militen mas en número y mas fuertes testimonios de papas, reyes y autores antiguos y santos sin excepcion y sin tacha. Finalmente, visto lo que hace por la una y por la otra parte, aseguro que hay pocos santuarios en Europa que tengan mas certidumbre ni mas abonos en todo que el nuestro de Compostella. Tal era y es nuestro juicio en este caso y en estas dificultades.

CAPITULO XI.

Cómo Carlo Magno vino en España.

Que Carlo Magno, rey poderoso de Francia, haya venido, y aun mas de una vez á España, la fama general que dello hay lo muestra, fundada en lo que los escritores antiguos dejaron escrito con mucha conformidad. Primeramente, al principio de su reinado despues de la muerte de su padre vino á España con esperanza de echar los moros de toda ella. Ibnabala, moro, le hizo instancia que emprendiese este viaje en su favor. Pasó los montes Pirineos por la parte de Navarra. Púsose sobre Pamplona, que se le rindió fácilmente. Dejó á Ibnabala por rey de Zaragoza con órden que aquella ciudad le acudiese á él con cierto tributo y parias cada un año. Hecho esto, dió la vuelta y de camino hizo desmantelar la ciudad de Pamplona á causa que no se podia mantener, y con las guerras ordinarias muchas veces mudaba señorío, ya era de moros, ya de cristianos. Tenian los navarros tomados los puertos y estrechuras de los Pirineos. Dieron sobre el fardaje y sobre los tesoros de Francia, saqueáronlo todo, con que Carlo Magno, sin poder tomar emienda del daño, fué forzado de volver á Alemaña con poco contento y honra. Pocos años adelante en la parte de Cataluña se le entregaron las ciudades de Girona y de Barcelona. De donde conviene tomar los principios de los condes de Barcelona y de los catalanes, nombrados así de los pueblos catalaunos, puestos en la Gallia Narbonense, cerca de la ciudad de Tolosa, que contra los moros hicieron entrada y asiento por aquella parte de España. Esta derivacion es mas á propósito que la que compone esta palabra de gotos y alanos y la que otros siguen de cierto catalan, gobernador de Aquitania, en el tiempo que Cárlos Martelo, como queda arriba tocado, se apoderó por fuerza de aquel ducado y lo quitó á los hijos de Eudon. Tomich, historiador catalan, dice que Carlo Magno despues de algun tiempo, ganado que hobo de los moros á Narbona, rompió de nuevo por aquella parte en España, y con las armas sujetó á su corona á Cataluña la Vieja, que estaba asimismo en poder de moros,

en la parte en que antiguamente estuvieron los ceretanos y por allí; demás desto, que peleó con los moros y los venció en el valle, que desta batalla tomó el nombre de Cárlos. Otros añaden á lo dicho que con la ocasion de haberse hallado el cuerpo de Santiago volvió á España de nuevo para certificarse y ver con sus ojos lo que publicaba la fama y aumentar con su autoridad y presencia la devocion de aquel santuario. Dicen mas, que á instancia suya luego que se enteró de la verdad se dió al prelado de Compostella derecho y autoridad de primado sobre todas las iglesias de España. Pero lo desta venida se debe tener por falso y por invencion mal compuesta por muchas razones, que no es necesario poner aquí, pues la mentira por sí misma se muestra. Lo que se averigua es que vuelto de España Carlo Magno, se partió para Roma con intento de amparar y restituir en su silla al sumo pontífice Leon III; el cual, como él sospechaba y era la verdad, á tuerto habian depuesto sus enemigos. Llegado á aquella ciudad, se asentó para conocer de aquel pleito, cuando gran número de obispos que allí se hallaban presentes por su llamado dijeron á voces no ser lícito que alguno juzgase al Sumo Pontífice. Con esto el mismo acusado desde un púlpito con juramento se purgó de los cargos que le hacian, y sus acusadores fueron primero condenados á muerte, despues á ruego del Pontífice se trocó aquella sentencia en destierro. En ningun tiempo la Iglesia de Roma se vió mas autorizada ni la persona del Pontífice mas acatada. Habian los ciudadanos de Roma y el Papa enviado á Carlo Magno antes que allá llegase las llaves de la confesion de san Pedro y el estandarte de la ciudad de Roma en señal que se ponian en sus manos y debajo de sus alas se amparaban, á causa que por la revuelta de los tiempos los emperadores griegos poco les podian ayudar, el poder de los franceses se aumentaba y se fortificaba mas de cada dia. Hicieron pues en presencia lo que en su ausencia tenian acordado, que fué entregalle el imperio de la ciudad de Roma. Corria el año de nuestra salvacion 801, cuando el papa Leon, celebrado que hobo la misa en la iglesia de San Pedro, víspera de Navidad, dió á Carlo Magno el nombre de Augusto, y le adornó de las insignias imperiales. El pueblo romano en señal de su mucha alegría aclamó á Cárlos Augusto, grande y pacífico, vida y victoria. Despues que fué emperador, desde Alemaña, do estaba retirado en lo postrero de su edad, vino á España, segun que lo afirman casi todos los historiadores, con esta ocasion. El rey don Alonso, cansado por sus muchos años y con las guerras que de ordinario traia con los moros con mayor esfuerzo y valor que prosperidad, pensó seria bien valerse de Carlo Magno para echar con sus armas los moros de toda España. No tenia hijos; ofrecióle en premio de su trabajo la sucesion en el reino por via de adopcion. No menospreció este partido el buen Emperador; pero por ser de larga edad y no menos viejo que el rey don Alonso y por tener debajo de su señorío muchas provincias, le pareció que aquel reino seria bueno para Bernardo, su nieto de parte de su hijo Pipino, ya muerto, que él habia hecho rey de Italia. Con esta resolucion emprendió el viaje de España. Seguíale un ejército invencible. Estaba todo para concluirse cuando se pusieron estas práticas; porque las cosas de los grandes príncipes y sus confederaciones por intervenir otros en ellas no pueden estar mucho tiempo secretas. Llevaba de mala gana la nobleza de España quedar sujeta al imperio de los franceses, gente insolente, como ellos decian, y fiera; que no era esto librallos de los moros, sino trocar aquella servidumbre en otra mas grave. Desto se quejaba cada cual en particular y todos en público, los menores, medianos y mas grandes. Todavía ninguno en particular se atrevia á resistir á la voluntad del Rey y desbaratar aquellos intentos. Solo Bernardo del Carpio, feroz por la juventud y por la esperanza que tenia de la corona, soplaba este fuego y se ofrecia por caudillo á los que le quisiesen seguir. El mismo rey don Alonso estaba arrepentido de lo que tenia tratado; tan inciertas son las voluntades de los príncipes. Allegóse á los demás Marsilio, rey moro de Zaragoza, con quien el Emperador estaba enojado por haber despojado de aquel estado á Ibnabala, su confederado. De los unos y de los otros se formó un buen ejército, aunque no bastante para resistir en campo llano. La caballería de Francia es aventajada; acordaron tomar los pasos de los Pirineos y impedir á los franceses la entrada en España. Los escritores extranjeros dicen que Cárlos pasó adelante, y que antes que diese la vuelta venció en batalla á los enemigos y les corrió los campos y la provincia por todas partes; y que, finalmente, cuando se volvia peleó en las estrechuras de los Pirineos. A otros parece mas verdadero lo que nuestros escritores afirman que Carlo Magno no entró desta vez en España, sino que á la misma entrada en Roncesvalles, que es parte de Navarra, se dió aquella famosa batalla. Venian en la vanguardia Roldan, conde de Bretaña, Anselmo y Eginardo, hombres principales. El lugar no era á propósito para ponerse en ordenanza; acometieron los nuestros desde lo alto á los enemigos. Dieron la muerte á muchos antes que se pudiesen aparejar para la pelea y ordenar sus haces. Fué muerto el mismo Roldan, de cuyo esfuerzo y proezas se cuentan vulgarmente en ambas las naciones de Francia y de España muchas fábulas y patrañas. Carlo Magno, visto el temor de los suyos y la matanza que en ellos se ejecutaba, con deseo de reparar y animar su gente, que desmayaba en aquel aprieto, dijo á sus soldados estas palabras: «Cuán fea cosa sea que las armas francesas muy señaladas por sus triunfos y trofeos sean vencidas por los pueblos mendigos de España, envilecidos por la larga servidumbre, aunque yo lo calle, la misma cosa lo declara. El nombre de nuestro imperio, la fuerza de vuestros pechos os debe animar. Acordáos de vuestras grandes hazañas, de vuestra nobleza, de la honra de vuestros antepasados; y los que, vencidas tantas provincias, distes leyes á gran parte del mundo, tened por cosa mas grave que la misma muerte dejaros vencer de gente desarmada y vil, que á manera de ladrones no se atrevieron á pelear en campo raso. La estrechura de los lugares en que estamos no da lugar para huir, ni seria justo poner la esperanza en los piés los que teneis las armas en las manos. No permita Dios tan grande afrenta; no sufrais, soldados, que tan gran baldon se dé al nombre francés; con esfuerzo y ánimo habeis de salir destos lugares; en fuerzas, armas, nobleza, en ánimo, número y todo lo demás os aventa-

jais. Los enemigos por la pobreza, miseria y mal tratamiento están flacos y sin fuerzas; el ejército se ha juntado de moros y cristianos, que no concuerdan en nada, antes se diferencian en costumbres, leyes, estatutos y religion. Vos teneis un mismo corazon, una misma voluntad, necesidad de pelear por la vida, por la patria, por nuestra gloria. Con el mismo ánimo pues con que tantas veces sobrepujastes innumerables huestes de enemigos y salistes con victoria de semejantes aprietos, si ya, soldados mios, no estais olvidados de vuestro antiguo esfuerzo, venced ahora las dificultades menores que se os ponen delante.» Dicho esto, con la bocina hizo señal, como lo acostumbraba. Renuévase la pelea con grande coraje, derrámase mucha sangre, mueren los mas valientes y atrevidos de los franceses. Los españoles, por los muchos trabajos endurecidos, peleaban como leones; y la opinion, que en la guerra puede mucho, quebrantó los ánimos de los contrarios, ca en lo mas recio de la pelea se divulgó por los escuadrones que los moros, como gente que tenia noticia de los pasos, se apresuraban para dar sobre ellos por las espaldas. Ningun lugar hobo ni mas señalado por el destrozo de los franceses ni mas conocido por la fama. Los muertos fueron sepultados en la capilla del Espíritu Santo de Roncesvalles. Siguióse poco despues la muerte de Carlo Magno, que falleció y fué sepultado en Aquisgran el año de Cristo de 814, que fué la causa, como yo entiendo, de no vengar aquella injuria. Don Rodrigo dice que el rey don Alonso se halló en la batalla; los de Navarra, que Fortun García, rey de Sobrarve, tuvo gran parte en aquella victoria; las historias de Francia que, no por el esfuerzo de los nuestros fueron los franceses vencidos, sino por traicion de un cierto Galalon. Entiendo que la memoria destas cosas está confusa por la aficion y fábulas que suelen resultar en casos semejantes, en tanto grado, que algunos escritores franceses no hacen mencion desta pelea tan señalada; silencio que se pudiera atribuir á malicia, si no considerara que lo mismo hizo don Alonso el Magno, rey de Leon, en el *Cronicon* que dedicó á Sebastian, obispo de Salamanca, poco despues deste tiempo, donde no se halla mencion alguna desta tan notable jornada. Esto baste de la empresa y desastre del emperador Carlo Magno. El lector, por lo que otros escribieron, podrá hacer libremente juicio de la verdad. Volvamos á lo que nos queda atrás.

CAPITULO XII.

De lo demás que hizo el rey don Alonso.

Prósperamente y casi sin ningun tropiezo procedian en tiempo del rey don Alonso las cosas de los cristianos con una perpetua, constante, igual y maravillosa bonanza. No solo cuidaba el buen Rey de la guerra, sino eso mismo de las artes de la paz, y en particular procuraba que el culto divino en todas maneras se aumentase. Luego que se acabó de todo punto el templo que con nombre del Salvador se comenzó los años pasados en Oviedo, el mayor y mas principal de aquella ciudad, para que la devocion fuese mayor hizo que siete obispos le consagrasen con las ceremonias acostumbradas el año de 802. Sin esto en la misma ciudad levantó otra iglesia con advocacion de Nuestra Señora, y junto con ella un claustro ó casa á propósito de enterrar en ella los cuerpos de los reyes, ca dentro de la iglesia no se acostumbraba; otra tercera iglesia edificó de San Tirso, mártir, muy hermosa; la cuarta de San Julian; demás desto, un palacio real con todos los ornamentos, apartamientos y requisitos necesarios. Tal era la grandeza de ánimo en el rey don Alonso, que contentándose él en particular con regalo y vestido ordinario, empleaba todas sus fuerzas en procurar el arreo y hermosura de la república, ennoblecer y adornar aquella ciudad que él, primero de los reyes, hizo asiento y cabecera de su reino, como lo refiere don Alonso el Magno. A la misma sazon los moros andaban alborotados, en particular los de Toledo se alzaron contra su Rey. Las riquezas y el ocio, fuente de todos los males, eran la causa, y ninguna ciudad puede tener sosiego largo tiempo; si fuera le faltan enemigos, le nacen en casa. El rey Alhaca, como astuto que era, acostumbrado á callar, disimular, fingir y engañar, llamó á Ambroz, gobernador de Huesca, hombre á propósito para el embuste que tramaba, por ser amigo de los de Toledo. Envióle con cartas halagüeñas, en que echaba la culpa del alboroto á los que tenian el gobierno, y rogaba á los ciudadanos se sosegasen. Es la gente de Toledo de su natural sencilla y no nada maliciosa; sin recelarse de la celada, abiertas las puertas, le recibieron en la ciudad. Pasado algun tiempo, finge estar agraviado del Rey; persuádeles pasen adelante en sus primeros intentos, y para mayor seguridad hace edificar un castillo do al presente está la iglesia de San Cristóbal; y para que estuviesen en guarnicion, puso en él buen golpe de soldados. Para sosegar estas alteraciones acudió Abderraman, hijo del rey Moro, mozo de veinte y cuatro años; el cual, con semejante engaño, al primero hizo asiento con los de dentro, y le dejaron entrar. Para ejecutar lo que tenian tramado convidaron los ciudadanos principales á cierto convite que ordenaron dentro del castillo, en que sobre seguro fueron alevosamente muertos por los soldados los del pueblo hasta número de cinco mil, que fué el año de nuestra salvacion de 805. Este castigo tan grande hizo que el pueblo de Toledo se allanase; pero no bastó para que los que moraban en el arrabal de Córdoba no se levantasen. La crueldad antes altera que sana. Fué enviado contra ellos Abdelcarin, capitan de gran nombre, que ganó en el cerco que poco antes tuvo sobre Calahorra, y por los grandes daños que hizo en aquella comarca. Este lo sosegó todo; el castigo de los culpados fué menor que el de Toledo; ahorcó trecientos dellos á la ribera del rio. Esto pasaba en tierra de moros; en la de cristianos dos ejércitos de moros, que hicieron entrada en Galicia y pusieron grande espanto en la tierra, fueron destrozados y forzados con daño á retirarse el año de 810. Ores, gobernador de Mérida, puso sitio sobre la villa de Benavente; pero con la venida del rey don Alonso fué forzado á alzarle y retirarse. De la misma manera Alcama, moro, gobernador de Badajoz, fué rechazado de la ciudad de Mérida, sobre la cual estaba, y de toda aquella comarca. No mucho despues uno, llamado Mahomad, hombre noble entre los moros, ciudadano antiguamente de Mérida, por miedo que tenia de Abderraman no le hiciese alguna fuerza y agravio, bien que lo particular no se sabe, con número de gente se retiró

al amparo del rey don Alonso. Dióle el Rey en Galicia lugar en que morase; pretendia el moro volver en gracia con los de su nacion y tomar por medio alguna empresa contra los cristianos; así, ocho años despues de su venida con las armas se apoderó de un pueblo llamado Santa Cristina; este castillo se ve hoy dos leguas de Lugo. Acudió prestamente el Rey para cortalle los pasos; vinieron á las manos, y pelearon con una porfía extraordinaria; pero al fin el campo quedó por los nuestros con muerte de cincuenta mil moros, y entre ellos del mismo Mahomad, que fué un notable aviso para no fiarse de traidores, en especial de diversa creencia y religion. En tanto que esto pasaba, falleció Alhaca, rey de Córdoba, el año de Cristo de 821, de los árabes 206, de su reino veinte y siete. Dejó diez y nueve hijos y veinte y una hijas. Sucedióle en el reino Abderraman, su hijo, en edad de cuarenta y un años; reinó treinta y uno. Por este tiempo los moros de España pasaron á la isla de Candia, y hicieron en ella su asiento. Dícelo Zonaras. El esfuerzo de Bernardo del Carpio se mostró mucho en todas las guerras que por este tiempo se hicieron; él grandemente se agraviaba que ni sus servicios ni los ruegos de la Reina fuesen parte para que el Rey, su tio, se doliese de su padre y le librase de aquella larga y dura prision. Pidió claramente licencia, y retiróse á Saldaña, que era de su patrimonio, con intento de satisfacerse de aquel agravio en las ocasiones que se ofreciesen. Dende hacia robos y entradas en las tierras del Rey sin que nadie le fuese á la mano. El Rey no era bastante por su larga edad; los nobles favorecian la pretension de Bernardo y su demanda tan justa. Ofendido el Rey por este levantamiento y llegado el fin de su vida de vejez y de una enfermedad mortal que le sobrevino, señaló por sucesor suyo á don Ramiro, hijo de don Bermudo. Hecho esto, acabó el curso de su vida en edad de ochenta y cinco años. Reinó los cincuenta y dos, cinco meses y trece dias. Otros á este número de años añaden los que reinaron Mauregato y don Bermudo por no haber sido verdaderos reyes. Falleció en Oviedo, y fué sepultado en la iglesia de Santa María de aquella ciudad. Sucedió su muerte el año de nuestra salvacion de 843, cuenta en que nos apartamos algun tanto de la que lleva el *Catálogo compostellano*; pero arrimados al *Cronicon* del rey don Alonso el Magno, muy conforme en esto á las demás memorias que quedan y tenemos de la antigüedad.

CAPITULO XIII.

Del rey don Ramiro.

El reinado del rey don Ramiro en tiempo fué breve, en gloria y hazañas muy señalado, por quitar, como quitó, de las cervices de los cristianos el yugo gravísimo que les tenian puesto los moros y reprimir las insolencias y demasías de aquella gente bárbara. A la verdad, el haber España levantado la cabeza y vuelto á su antigua dignidad, despues de Dios se debe al esfuerzo y perpetua felicidad deste gran príncipe. En los negocios que tuvo con los de fuera fué excelente, en los de dentro de su reino admirable; y aunque se señaló mucho en las cosas de la paz, pero en la gloria militar fué mas aventajado. A los nigrománticos y hechiceros castigó con pena de fuego; á los ladrones, en que andaba gran desórden, hacia sacar los ojos, pena cortada á la medida de su delito, quitarles la ocasion de codiciar lo ajeno y hacerles que no pudiesen mas pecar. A la sazon que falleció el rey don Alonso, don Ramiro se hallaba ocupado en los várdulos, que eran parte de Castilla la Vieja ó de Vizcaya. La distancia de los lugares y la mudanza del príncipe dieron ocasion al conde Nepociano para apoderarse por fuerza de armas de las Astúrias y llamarse rey. Era hombre muy poderoso, los que le seguian muchos, su autoridad y riquezas muy grandes. Las voluntades y pareceres de los naturales no se conformaban, ca los malos y revoltosos le favorecian; los mas cuerdos, que sentian diversamente, callaban y no se atrevian á declararse por miedo del tirano y por estar las cosas tan alteradas. Acudió el rey don Ramiro á sosegar estos movimientos. Juntáronse de una parte y de otra muchas gentes; dióse la batalla en Galicia á la ribera del rio Narceya; en ella Nepociano fué desamparado de los suyos, vencido y puesto en huida. Es muy justa recompensa de la deslealtad que sea reprimida con otra alevosía; demás que ordinariamente, á quien la fortuna se muestra contraria, en el tiempo de la adversidad le desamparan tambien los hombres. Fué así, que dos hombres principales de los que seguian al tirano, llamados el uno Somna, y el otro Scipion, con intento de alcanzar perdon del vencedor le prendieron en la comarca premariense y se le entregaron. En la prision por mandado del Rey le fueron sacados los ojos, y encerrado en cierto monasterio, pasó en miseria y tinieblas lo que de la vida le quedaba. Despues destos movimientos y alteraciones se siguió la guerra contra los moros, que al principio fué espantosa, mas su remate y conclusion fué muy alegre para los cristianos, y ella de las mas señaladas que se hicieron en España. Tenia el imperio de los moros Abderraman, segundo deste nombre, príncipe de suyo feroz, y que la prosperidad le hacia aun mas bravo; porque al principio de su reinado, como queda arriba apuntado, hizo huir á Abdalla, su tio, que con esperanza de reinar tomó las armas y se apoderara de la ciudad de Valencia. Demás desto, se apoderó de la ciudad de Barcelona por medio de un capitan suyo de gran nombre, llamado Abdelcarin. Con esto quedó tan orgulloso, que, resuelto de revolver contra el rey don Ramiro, le envió una embajada para requerirle le pagase las cien doncellas que, conforme al asiento hecho con Mauregato, se le debian en nombre de parias; que era llanamente amenazalle con la guerra y declararse por enemigo si no le obedecia en lo que demandaba. Grande era el espanto de la gente, mayor el afrenta que desta embajada resultaba; así los embajadores fueron luego despedidos; valióles el derecho de las gentes para que no fuesen castigados como merecia su loco atrevimiento y demanda tan indigna é intolerable. Tras esto todos los que eran de edad á propósito en todo el reino fueron forzados á alistarse y tomar las armas, fuera de algunos pocos que quedaron para la labor de los campos, por miedo que si la dejaban serian afligidos, no menos de la hambre que de la guerra. Los mismos obispos y varones consagrados á Dios siguieron el campo de los cristianos. Grande era el recelo de todos, si bien la querella era tan justa, que tenian alguna esperanza de salir con la victoria. Para ganar reputacion

y mostrar que hacian de voluntad lo que les era forzoso, acordaron de romper primero y correr las tierras de los enemigos, en particular se metieron por la Rioja, que á la sazon estaba en poder de moros. Al contrario Abderraman juntaba grandes gentes de sus estados, aparejaba armas, caballos y provisiones con todo lo demás que entendia ser necesario para la guerra y para salir al encuentro á los nuestros. Juntáronse los dos campos, de moros y de cristianos, cerca de Albelda ó Albaida, pueblo en aquel tiempo fuerte, y despues muy conocido por un monasterio que edificó allí don Sancho, rey de Navarra, con advocacion de San Martin; al presente está casi despoblado. La renta del monasterio y la librería que tenia, muy famosa, trasladaron el tiempo adelante á la iglesia de Santa María la Redonda de la ciudad de Logroño, de la cual Albelda dista por espacio de dos leguas. En aquella comarca se dió la batalla de poder á poder, que fué de las mas sangrientas y señaladas que se dieron en aquel tiempo. Nuestro ejército, como juntado de priesa, no era igual en fuerzas y destreza á los soldados viejos y ejercitados que traian los enemigos. Perdiérase de todo punto la jornada si no fuera por diligencia de los capitanes, que acudian á todas partes y animaban á sus soldados con palabras y con ejemplo. Cerró la noche, y con las tinieblas y escuridad se puso fin al combate. No hay cosa tan pequeña en la guerra que á las veces no sea ocasion de grandes bienes ó males, y así fué, que en aquella noche estuvo el remedio de los cristianos. Retiróse el rey don Ramiro á un recuesto, que allí cerca está, con gentes destrozadas y grandemente enflaquecidas por el daño presente y mayor mal que esperaban. El mejorarse en el lugar dió muestra que quedaba vencido, pero, sin embargo, se fortificó lo mejor que segun el tiempo pudo; hizo curar los heridos, los cuales y la demás gente, perdida casi toda esperanza de salvarse, con lágrimas y suspiros hacian votos y plegarias para aplacar la ira de Dios. El Rey, oprimido de tristeza y de cuidados por el aprieto en que se hallaba, se quedó adormecido. Entre sueños le apareció el apóstol Santiago con representacion de majestad y grandeza mayor que humana. Mándale que tenga buen ánimo, que con la ayuda de Dios no dude de la victoria, que el dia siguiente la tuviese por cierta. Despertó el Rey con esta vision, y regocijado con nueva tan alegre saltó luego de la cama. Mandó juntar los prelados y grandes, y como los tuvo juntos les hizo un razonamiento desta sustancia: «Bien sé, varones excelentes, que todos conoceis tan bien como yo en qué término y apretura están nuestras cosas. En la pelea de ayer llevamos lo peor, y si no quedamos del todo vencidos, mas fué por beneficio de la noche que por nuestro esfuerzo. Muchos de los nuestros quedaron en el campo, los demás están desanimados y amedrentados. El ejército enemigo, que era antes fuerte, con nuestro daño queda con mayor osadía. Bien veis que no hay fuerzas para tornar á la pelea ni lugar para huir. Estar en estos lugares mas tiempo, aunque lo pretendiésemos, la falta de pan y de otras cosas necesarias no lo permitirian. La dura y peligrosa necesidad de nuestra suerte, el desamparo de la ayuda y fuerzas humanas suplirá el socorro del cielo, y aliviará sin ninguna duda el peso de tantos males, lo que os puedo con seguridad prometer. Afuera el cobarde miedo, no tape las orejas de vuestro entendimiento la desconfianza y falta de fe. Arrojarse en afirmar y creer es cosa perjudicial, mayormente cuando se trata de las cosas divinas y de la religion; porque si las menospreciamos, hay peligro de caer en impiedad, y si las recebimos ligeramente, en supersticion. El apóstol Santiago me apareció entre sueños y me certificó de la victoria. Levantad vuestros corazones y desechad dellos toda tristeza y desconfianza. El suceso de la pelea os dará á entender la verdad de lo que tratamos. Ea pues, amigos mios, llenos de esperanza arremeted á los enemigos, pelead por la patria y por la comun salud. Bien pudiérades con extrema afrenta y mengua servir á los moros; por pareceros esto intolerable tomastes las armas. Rechazad con el favor de Dios y del apóstol Santiago la afrenta de la religion cristiana, la deshonra de vuestra nacion; abatid el orgullo desta gente pagana. Acordáos de lo que pretendistes cuando tomastes las armas, de vuestro antiguo valor y de las empresas que habeis acabado.» Dicho esto, mandó ordenar las haces y dar señal de pelear. Los nuestros con gran denuedo acometen á los enemigos, y cierran apellidando á grandes voces el nombre de Santiago, principio de la costumbre que hasta hoy tienen los soldados españoles de invocar su ayuda al tiempo que quieren acometer. Los bárbaros, alterados por el atrevimiento de los nuestros, cosa muy fuera de su pensamiento por tenerlos ya por vencidos, y con el espanto que de repente les sobrevino del cielo, no pudieron sufrir aquel ímpetu y carga que les dieron. El apóstol Santiago, segun que lo prometiera al Rey, fué visto en un caballo blanco y con una bandera blanca y en medio della una cruz roja, que capitaneaba nuestra gente. Con su vista crecieron á los nuestros las fuerzas, los bárbaros de todo punto desmayados se pusieron en huida, ejecutaron los cristianos el alcance, degollaron sesenta mil moros. Apoderáronse despues de la victoria de muchos lugares, en particular de Clavijo, do se dió esta famosa batalla, de que dan muestra los pedazos de las armas que hasta hoy por allí se hallan. Asimismo Albelda y Calahorra volvieron á poder de cristianos. Sucedió esta memorable jornada el año de Cristo de 844, que fué el segundo del reinado de don Ramiro. El ejército vencedor, despues de dar gracias á Dios por tan gran merced, por voto que hicieron, obligaron á toda España, sin embargo que la mayor parte della estaba en poder de moros, á pagar desde entonces para siempre jamás de cada yugada de tierras ó de viñas cierta medida de trigo ó de vino cada un año á la iglesia del apóstol Santiago, con cuyo favor alcanzaron la victoria, voto que algunos romanos pontífices aprobaron adelante, como se ve por sus letras apostólicas. Asimismo el rey don Ramiro expidió sobre el mismo caso su privilegio, su data en Calahorra á 25 de mayo, era 872; yo mas quisiera que dijera 882, para que concertara con la razon del tiempo que llevamos muy puntual y ajustada. Puédese sospechar que en el copiar el privilegio se quedó un diez en el tintero; que el original no parece. Añadieron otrosí en este voto que para siempre, cuando los despojos de los enemigos se repartiesen, Santiago se contase por un soldado á caballo y llevase su parte, pero esto con el tiempo se ha desusado; lo que toca al vino y trigo al-

gunos pueblos lo pagan. De los despojos desta guerra hizo el Rey edificar á media legua de Oviedo una iglesia de obra maravillosa con advocacion de Nuestra Señora, que hasta hoy se ve puesta á las haldas del monte Naurancio, y allí cerca se edificó otra iglesia con nombre de San Miguel. La reina, que unos llaman Urraca, otros Paterna, madre de don Ordoño y de don García, proveyó las dichas iglesias y las adornó de todo lo necesario, ca tenia por costumbre de emplear todo lo que podia ahorrar del gasto de su casa y del arreo de su persona en ornamentos para las iglesias, y en particular de la del apóstol Santiago. El fruto desta victoria no fué tan grande como se pensaba y fuera razon, á causa de otra guerra que al improviso se levantó contra España.

CAPITULO XIV.

Cómo los nortmandos vinieron á España.

Aun no estaba quitado el yugo de la servidumbre que los moros, gente venida de la parte de mediodía, tenia puesto sobre nuestra nacion, cuando una nueva peste por la parte de setentrion comenzó á trabajarla grandemente. Fué así que los nortmandos, gente fiera y bárbara, y por no haber aun recebido la fe de Cristo impía y infiel, salidos de Dacia y de Norvegia, como el mismo nombre lo declara que fueron gentes setentrionales, ca nortmando quiere decir hombre del norte, forzados de la necesidad, ó lo que es mas cierto, con deseo de hacer mal, se hicieron cosarios por el mar debajo la conducta de su capitan Rolon. Lo primero acometieron las marinas de Frisia; despues corrieron las de Francia, en particular por la parte que el rio Secuana desagua en el mar Océano, hicieron mas graves y mas ordinarios daños que de ninguno otro enemigo se pudieran temer. Despues desto, talaron las tierras de Nantes por do el rio Loire descarga en el mar; las comarcas de Turs y de Potiers, en que vencido que hobieron en batalla á Roberto, conde de Anjou, pusieron espanto en todas aquellas tierras. Ultimamente, hicieron su asiento en aquella parte de Francia que antiguamente se llamó Neustria, y hoy del nombre desta gente se llama Normandía; y esto por concesion de los emperadores Ludovico el Segundo y Carolo Craso, que les dieron aquellas tierras á condicion que, pues no se querian del todo sujetar á su señorío, fuesen para siempre feudatarios y movientes de la corona de Francia. Los mismos por este tiempo con gruesas flotas que juntaron en Francia dieron mucho trabajo á los cristianos de España. Primeramente apretaron y talaron todas las marinas de Galicia; pero llegados á la Coruña, como acudiese contra ellos el rey don Ramiro, los que dellos saltaron en tierra quedaron vencidos en batalla y forzados á embarcarse; demás desto, les dieron una batalla naval, en que setenta de sus naves, parte fueron tomadas por los nuestros, parte echadas á fondo. Así lo refiere el arzobispo don Rodrigo, dado que el número de las naves parece muy grande, principalmente que los que escaparon de la rota, doblado el cabo de Finisterre, llegaron á la boca del rio Tajo y pusieron en mucho afan á Lisbona, que habia por este tiempo vuelto á poder de moros, y el año luego siguiente, que se contaba de Cristo 847, con gentes y naves que de nuevo recogieron pusieron cerco sobre Sevilla y talaron los campos de Cádiz y de Medina Sidonia, en que hicieron presas de hombres y ganados y pasaron á cuchillo gran número de moros. Al fin, despues que se detuvieron mucho tiempo en aquellas comarcas, por un aviso que les vino que el rey Abderraman armaba contra ellos y aprestaba una gruesa armada, se partieron de España con mucha honra y despojos que consigo llevaron. Siguiéronse otras alteraciones civiles entre los cristianos. El conde Alderedo y Piniolo, hombres en riquezas y aliados poderosos, uno en pos de otro se alborotaron y tomaron las armas contra el rey don Ramiro. Las causas destas alteraciones no se refieren; nunca faltan disgustos y desabrimientos; solo se dice que en breve y fácilmente se apaciguaron. Alderedo fué privado de la vista; Piniolo y siete hijos suyos muertos por mandado del rey don Ramiro, el año quinto de su reinado. Falleció poco adelante el mismo en Oviedo despues que reinó siete años enteros; fueron sepultados él y Paterna, su mujer, en la iglesia de Santa María de aquella ciudad, en que se ve un lucillo deste Rey con una letra, que vuelta en romance dice así:

MURIÓ LA BUENA MEMORIA DEL REY RAMIRO Á 1.º DE FEBRERO: RUEGO Á TODOS LOS QUE ESTO LEYÉREDES, NO DEJEIS DE ROGAR POR SU REPOSO.

Entiéndese que fué allí tambien sepultado don García, hermano del Rey, sin que haya memoria de alguna otra cosa que hiciese en vida ni en muerte, salvo que se halló en la batalla de Clavijo y que el Rey le trataba como si saliera de sus entrañas. En tiempo del rey don Ramiro falleció Teodomiro, obispo de Iria, en cuyo lugar sucedió Ataulfo. Algunos toman deste tiempo el principio de la caballería y órden de Santiago, muy famosa por sus hazañas, pero sin autor alguno ni argumento bastante. Porque los privilegios antiguos, que con deseo de honrar esta religion algunos sin propósito inventaron, ningun hombre de letras los aprueba ni tiene por ciertos. A don Ramiro sucedió su hijo don Ordoño en el año del Señor de 850.

CAPITULO XV.

De muchos mártires que padecieron en Córdoba.

Cruel carnicería y una de las mas bravas y sangrientas que jamás hobo se ejercitaba en Córdoba por estos tiempos y se embravecia contra los siervos de Cristo. Fuegos, planchas ardiendo, con todos los demás tormentos se empleaban en atormentar sus cuerpos. El mayor delito que en ellos se hallaba era la perseverancia en la fe de Cristo y mantenerse en el culto de la religion cristiana, dado que se buscaban y alegaban otros achaques y colores á propósito de no dar muestra que les pretendian quitar la libertad de ser cristianos contra lo que tenian concertado. Abderraman, segundo deste nombre, y Mahomad, su hijo, reyes de Córdoba, como hombres astutos y sagaces, pensaban que harian cosa agradable á Dios y á sus vasallos si de todo punto desarraigasen el nombre cristiano. Además, que para seguridad de su estado les parecia conveniente que, quitada la diferencia de la religion, todos sus súbditos estuviesen entre sí ligados con una misma creencia. Al tiempo que se perdió España, los vencedores otorgaron á los nuestros libertad de mantenerse en la religion de sus antepasados. Con esto, sacerdotes, monjas y mon-

jes con su vestido diferente de los demás, rapadas las barbas, con sus coronas y tonsuras á la manera antigua, se veian en público, así en otras partes como principalmente en Córdoba, donde por la grandeza de aquella ciudad y por estar allí la silla de los reyes moros concurria mayor número de cristianos. Habia muchos, así monasterios como templos, consagrados á fuer de cristianos; uno de San Acisclo, mártir, otro de San Zoilo, el tercero de los santos Fausto, Januario y Marcial; demás destos otras tres iglesias de San Cipriano, San Ginés y Santa Olalla, sendas de cada uno, estas dentro de la ciudad. Fuera de los muros se contaban ocho monasterios, uno de San Cristóbal de la otra parte del rio; el segundo en los montes comarcanos con advocacion de Nuestra Señora, y llamado vulgarmente cuteclarense; el tercero tabanense, el cuarto pilemelariense, con advocacion de San Salvador; el quinto armilatense, de San Zoilo. Demás destos otros tres de San Félix, de San Martin y de los santos Justo y Pastor. En todos estos lugares tocaban sus campanas para convocar el pueblo, que acudia públicamente á los oficios divinos, sin que persona alguna les fuese á la mano; solamente tenian puesta pena de muerte á cualquier cristiano que en público ó en particular se atreviese á decir mal de Mahoma, fundador de aquella secta. Vedábanles otrosí la entrada en las mezquitas de los moros. Como esto guardasen los nuestros, en lo demás les era permitido vivir conforme á sus leyes y casi conservarse en su antigua libertad. Tolerable manera de servidumbre era esta, pues aun se halla que entre los cristianos habia dignidad de condes, si por el contrario no se aumentaran de cada dia y crecieran las miserias y agravios. Cuanto á lo primero, los pechos y tributos, que al principio eran templados, de cada dia se acrecentaban y hacian mas graves. Los nuestros, apretados con estos gravámenes, pretendian se debian quitar las nuevas imposiciones y derramas; y como no lo alcanzasen, pasaban una vida mas dura que la misma muerte. Destos principios las semillas de los odios antiguos vinieron á madurarse y á reventar la postema. Los fieles trataban de sacudir de sí aquel yugo muy pesado. Los moros abominaban del nombre cristiano, y con solo tocar la vestidura de los nuestros se tenian por contaminados y sucios. Miraban sus palabras, notaban sus rostros y sus meneos; con afrentas y denuestos que les decian buscaban ocasion de reñir y venir á las manos. Los cristianos, irritados con tantas injurias, no dudaban en público de blasfemar de la ley y costumbres de los moros. De aquí tomaron ocasion aquellos reyes y sus gobernadores de perseguir la nacion de los cristianos con tanta mayor crueldad, que no pocos de los nuestros estaban de parte de los moros y reprehendian el atrevimiento de los cristianos, hasta decir claramente que los que muriesen en la demanda no debian en manera alguna ser tenidos por mártires ni como tales honrados, pues no hacian algunos milagros; y sin ser necesario para defender su religion, sino temerariamente y sin propósito, se ofrecian al peligro, y decian denuestos á los contrarios, que no les hacian alguna fuerza, antes les dejaban libertad de mantenerse en la religion de sus padres. Ultimamente, alegaban que los cuerpos de los que morian no se conservaban incorruptos, como se solian conservar antiguamente los de los verdaderos mártires para muestra muy clara de la virtud divinal que en ellos moraba. Así decian ellos; cuán á propósito, no hay para qué tratarlo. El obispo Recafredo y el conde Servando eran los principales capitanes y que mas se señalaban en perseguir á los mártires y reprimir sus santos intentos. Personas muy honradas, sin hacer diferencia de edad ni de sexo, eran puestos en hierros y aprisionados en muy duras cárceles. Procuró Abderraman y hizo que en Córdoba se juntase un concilio de obispos sobre el caso; en él fueron por sentencia condenados como malhechores todos los que quebrantasen las condiciones de la confederacion puesta antiguamente con los moros. Estado miserable, triste espectáculo y feo, burlarse por una parte del nombre cristiano, y por otra los que acudian á la defensa ser en un mismo tiempo combatidos por frente de los bárbaros, y por las espaldas de aquellos que estaban obligados á favorecerlos y animarlos; cosa intolerable que fuesen trabajados con calumnias y denuestos, no menos de los de su nacion que de los contrarios. ¿Qué debian pues hacer? ¿Adónde se podian volver? Muchos sin duda era necesario se enflaqueciesen en sus ánimos y cayesen; otros, llenos de Dios y de su fortaleza, perseveraron en la demanda; muchos por espacio de diez años, que fué el tiempo que duró esta persecucion, perdieron sus vidas y derramaron su sangre por la religion cristiana. El primer año padecieron Perfecto, presbítero de Córdoba, y del pueblo uno, llamado Juan. El segundo año Isaac, monje; Sancho, de nacion francés; Pedro, presbítero de Ecija; Walabonso, diácono ilipulense; los monjes Sabiniano, Wistremundo, Habencio, Jeremías, Sisenando, diácono pacense ó de Beja; Paulo, cordobés; y María, ilipulense, hermana que era del mártir Walabonso. En este año principalmente se embraveció contra los mártires el obispo Recafredo, y á muchos puso en prisiones; entre ellos fué uno Eulogio, abad de San Zoilo, que escribió todas estas cosas, varon en aquella edad claro por su erudicion, y por la santidad de su vida muy estimado. El año tercero murieron Gumesindo, presbítero de Toledo, y Deiservo, monje; asimismo Aurelio y Félix con sus mujeres Sabigotona y Liliosa; Jórge, monje, siro de nacion; Emila y Jeremías, ciudadanos de Córdoba; tres monjes, Cristóbal, cordobés, Leuvigildo y Rogelo, de Granada; fuera destos, Serviodeo, monje de Siria. En este mismo año, es á saber, de 852, falleció de repente Abderraman. Los cristianos decian que era venganza del cielo por la mucha sangre que derramó de los mártires. Confirmóse esta opinion y fama por cuanto en el mismo punto que desde una galería de su palacio, de donde miraba los cuerpos de los mártires que estaban en las horcas podridos, como los mandase quemar, cayó de repente de su estado, y sin poder hablar palabra espiró aquella misma noche, al principio del año treinta y dos de su reinado. Dejó cuarenta y cuatro hijos y cuarenta y dos hijas. En tiempo deste Rey se empedraron las calles de Córdoba, y por caños de plomo se trajo mucha agua de los montes á la ciudad. Fué el primero de aquellos reyes que hizo ley que sin tener cuenta con los demás parientes los hijos sucediesen y heredasen á sus padres, cosa que hasta entonces no la tenian bien asentada; así, en su lugar sucedió su hijo Mahomad; tuvo aquel reino por espacio de treinta y cinco años y medio. Este al principio de su gobierno

echó á todos los cristianos de su palacio; y como quier que por esto no aflojasen en su intento, el año siguiente tornó á embravecerse la crueldad y renovarse las muertes. Martirizaron á Fándila, presbítero y monje de Guadix; Anastasio, monje y presbítero; Félix, monje de Alcalá; Digna, vírgen consagrada; Benilde, matrona; Columba y Pomposa, vírgenes. El año adelante tuvo un solo mártir, que fué Abundio, presbítero. El siguiente estos cuatro: Amador, mancebo natural de Martos; Pedro, monje cordobés; Luis, ciudadano de Córdoba; Witesindo, natural de Cabra. En el año seteno desta persecucion fueron muertos Elías, presbítero portugués; tres monjes, Paulo, Isidoro, Argemiro; Aurea, vírgen dedicada á Dios, hermana de los mártires Adulfo y Juan. En el año octavo padecieron Rodrigo y Salomon. El noveno pasó sin sangre. En el año postrero y deceno de la persecucion padeció muerte el mismo Eulogio, que animaba á los demás con palabras y con su ejemplo. Su muerte fué en sábado á 11 dias del mes de marzo; y cuatro dias adelante derramó su sangre Leocricia, doncella de Córdoba. Escribió la vida de Eulogio Alvaro, cordobés, su familiar y conocido. Allí dice que poco antes de su muerte fué elegido en arzobispo de Toledo, con gran voluntad del clero y del pueblo de aquella ciudad, por muerte de Westremiro. Hay una epístola del mismo Eulogio escrita el año 851 á Welesindo, obispo de Pamplona, y en ella un elogio muy hermoso de Westremiro, por estas palabras: «Despues, dice, del quinto dia volví á Toledo, do hallé todavía vivo á nuestro viejo santísimo, antorcha del Espíritu Santo y lumbrera de toda España, el obispo Westremiro, cuya santidad de vida alumbra todo el mundo hasta ahora; con honestidad de costumbres y subidos merecimientos refocila el rebaño católico. Vivimos con él muchos dias, y nos detuvimos en su angélica compañía.» Este hospedaje fué ocasion que los ciudadanos de Toledo, al que por la fama de sus virtudes deseaban conocer, visto le comenzaron á estimar y amarle mas y señalarle por sucesor en lugar de Westremiro, si le venciese de dias. En Córdoba, en lugar de Eulogio, pusieron los años siguientes á Sanson, y le hicieron abad de San Zoilo, hombre docto y de ingenio agudo, como lo muestra el apologético que hizo contra Hostigesio, obispo de Málaga, por ocasion que en un concilio de Córdoba le ultrajó y llamó hereje.

CAPITULO XVI.

Del rey don Ordoño.

Hechas que fueron las exequias con grande solemnidad del rey don Ramiro, su hijo don Ordoño tomó las insignias reales y con ellas el nombre, poder y pensamientos de rey. Fué de condicion manso y tratable, sus costumbres muy suaves, y por toda la vida en todas sus acciones usó de singular modestia, con que ganó las voluntades de la nobleza, del pueblo, y los ánimos de todos se los aficionó de manera, que ninguno de los reyes fué mas agradable en aquella edad y en los años siguientes. Gran celador de la justicia, virtud necesaria, pero sujeta á engaño en los grandes príncipes, si no rigen con prudencia el ímpetu del ánimo y procuran no ser engañados por las astucias de hombres malos, de que hay gran muchedumbre en las casas y palacios reales, que suelen armar lazos á sus orejas y dar traspié á la inocencia de los buenos; ca para engordar á sí y á los suyos con la sangre de los otros se aprovechan de lo que ven con el príncipe tiene mas fuerza, para daño de muchos, como sucedió en el rey don Ordoño. Cuatro esclavos de la iglesia compostellana acusaron delante del Rey de un caso muy feo á su obispo Ataulfo, persona de grande y conocida santidad. La *Historia compostellana* dice que le acusaron del pecado nefando. Fué citado y hecho venir á la corte para responder por sí. Antes que fuese al palacio real dijo misa, y vestido de pontifical como estaba se fué á ver con el Rey. Lo que le debiera reprimir y ponelle temor, le alteró mas, ó por haber dado crédito á los acusadores, ó por estar disgustado por no venir luego el Obispo á su presencia, y por el hábito y traje que traia; mandó soltar un toro bravo, azorado con perros y con garrochas contra el dicho prelado; lo cual era injusto condenar á ninguno sin oir primero sus descargos. En tan gran peligro Ataulfo armóse de la señal de la cruz; ¡cosa maravillosa! El toro, dejada la braveza, allegósele á él con la cabeza baja; dejóse tocar los cuernos, que con gran espanto de los que lo vian, se le quedaron en las manos. El Rey y nobles, desengañados por aquel milagro y enterados de su inocencia, echáronsele á los piés para pedirle perdon; dióle él de buena gana, diciendo que nunca Dios quisiese que pues habia recobrado su dignidad y libródose de la afrenta, y pues el buen nombre que injustamente le habian quitado le era restituido, que él hiciese en algun tiempo por donde se mostrase olvidado del oficio de cristiano y de la virtud del ánimo y de la paciencia, que nunca perdiera. Quién dice que descomulgó á los que le acusaron. Lo que se averigua es que, librado de aquel peligro, renunció el obispado y se retiró á las Astúrias, en que vivió en soledad largo tiempo santísimamente. Los cuernos del toro colgaron del techo de la iglesia de Oviedo, do estuvieron muchos años para memoria y testimonio de aquel caso tan señalado. Esto sucedió al principio del reinado de don Ordoño. El año segundo uno, llamado Muza, que era del linaje de los godos, pero de profesion moro, persona muy ejercitada en las cosas de la guerra, despertó contra sí las armas de cristianos y moros á causa que públicamente se levantó contra el rey de Córdoba, su señor, y con una presteza increible se apoderó de Toledo, Zaragoza, Huesca, Valencia y Tudela. Tras esto corrió las tierras de Francia, en que cautivó dos capitanes franceses que le salieron al encuentro. Con esto puso tan grande espanto en aquella tierra, que el rey de Francia Cárlos Calvo acordó de granjearlo con presentes que le envió. Ensoberbecido él con esta prosperidad y olvidado de la inconstancia de las cosas humanas, revolvió contra el rey don Ordoño, con quien y con el de Córdoba se contaba y publicaba por tercero rey de España. Rompió por la Rioja, donde quitó á los cristianos á Alvelda, y la fortificó muy bien. El *Cronicon* del rey don Alonso dice que la edificó y la llamó Albaida. Don Ordoño, movido por este atrevimiento, juntó sus huestes; una parte puso sobre aquella plaza; con los demás fué en busca del enemigo, de quien tenia aviso que estaba alojado en el monte Laturso. Llegados que fueron á verse, arremetieron los unos y los otros con gran de-

nuedo y gritería. Tirados los dardos y saetas, vinieron á las espadas. Los fieles con su acostumbrado esfuerzo pelearon valientemente por la patria y por la religion. Duró mucho el combate, pero al fin quedó el campo por los cristianos; murieron diez mil moros, y entre ellos los mas señalados por sus hazañas y nobleza, en particular un yerno del mismo tirano, llamado García. Muza apenas se escapó con muchas heridas, de las cuáles entiendo murió. Los despojos muy ricos de los moros y sus reales vinieron en poder de los nuestros. En el mismo tiempo Mahomad, rey de Córdoba, asimismo se apercebia contra el enemigo comun. Parecióle acometer en primer lugar la ciudad de Toledo por ser su sitio muy fuerte y porque con ser la primera al levantarse dió ejemplo y ocasion á las otras ciudades para que hiciesen lo mismo. Hallábase en aquella ciudad Lobo, hijo de Muza, por mandado de su padre, el cual, avisado del estrago que los suyos recibieron cerca de Alvelda y con miedo de mayor daño, hizo confederacion con el rey don Ordoño para valerse de sus fuerzas. Envióle el Rey muchos asturianos y navarros en socorro, y por caudillo á don García, su hermano. Mahomad, desconfiado de las fuerzas, acordó usar de maña. Tenia sus reales no léjos de la ciudad; paró una celada en Guadacelete, que es un arroyo cerca de Villaminaya, y era á propósito para su intento. Hecho esto, él mismo con pequeño número de soldados dió vista á la ciudad de Toledo. Los de dentro, engañados por el pequeño número de los contrarios, salieron contra ellos á gran priesa sin órden y sin recato, como si fueran á la presa y no á pelear. Con aquel ímpetu cayeron en la celada; con que, apretados por frente y por las espaldas, con pérdida de mucha gente, los demás cerrados abrieron camino para la ciudad por medio de los enemigos. Doce mil moros y ocho mil cristianos perecieron en aquel encuentro. La fortaleza del sitio valió para que la ciudad, atemorizada por aquella desgracia, no viniese en poder del vencedor. El año siguiente y el tercero talaron los campos de Toledo con entradas que los enemigos hicieron; quemaron las mieses y frutos todos. Los de Toledo, con deseo de vengarse, pasaron hasta Talavera; pero fueron maltratados por el que tenia el gobierno de aquel pueblo, y forzados con daño á dar la vuelta. En fin, cansados con tantas desgracias, se rindieron á Mahomad el año de nuestra salvacion de 857. En el cual año los nortmandos, conforme á su costumbre, con una armada de sesenta naves corrieron todas las marinas de España por cuanto se extienden al uno y al otro mar. En particular pusieron á fuego y á sangre las islas de Mallorca y Menorca, enojados principalmente contra los moros, porque con el trato que ellos tenian con los cristianos estaban aficionados á nuestra religion. Las casas, templos, campos fueron con ordinarios robos saqueados; pasaron asimismo á Africa, en que hicieron no menores daños. En España Mahomad hizo entrada contra los navarros por la parte do está situada Pamplona y contra aquella provincia do Vizcaya que se llama Alava; no sucedió cosa que de contar sea. En Extremadura, Mérida se rebeló contra el mismo rey de Córdoba, y en castigo fué por su mandado desmantelada. Entre tanto que esto pasaba, don Ordoño, vuelto su ánimo á las artes de la paz, reedificaba las ciudades por la injuria de los tiempos pasados y de las guerras desiertas y asoladas, sin perdonar á ningun gasto ni cuidado. Estas fueron Tuy, Astorga, Leon, Amaya, que el *Cronicon* del rey don Alonso llama Amagia Patricia. La gente de los moros despues de las alteraciones pasadas y guerras civiles comenzaba á estar dividida en bandos, tanto, que algunos gobernadores de las ciudades, queriendo mas gobernar en su nombre como señores que en el ajeno como vireyes, tomaban ocasion de rebelarse, y á cada paso se llamaban reyes. Era esto muy á propósito para los cristianos, porque los contrarios, enflaquecidas sus fuerzas y divididos entre sí, por partes se podian sobrepujar, que si estuvieran unidos se defendieran de cualquier agravio. Reith estaba apoderado de Coria; de Talamanca, otros dicen de Salamanca, Mozaro; ambos fueron vencidos por don Ordoño y sus ciudades ganadas, los soldados que dentro hallaron todos muertos, los demás, varones, mujeres y mozos vendidos por esclavos. Estos principios y medios de cosas tan grandes desbarató la muerte del Rey, que le sobrevino el año onceno de su reinado; quién añade á este número seis años. Falleció en Oviedo de gota, mal á que era sujeto. Fué allí sepultado en la iglesia de Santa María, enterramiento en aquel tiempo de los reyes. Grande prosperidad tuvo este Rey en sus cosas; solo se le aguó con la rota que los suyos recibieron en Toledo, que parece fué en castigo del pecado que cometió en perseguir sin propósito al santo varon Ataulfo. De su mujer Munia, hembra de alto linaje, dejó á don Alonso, que fué su hijo mayor, y á don Bermudo, don Nuño, don Odoario y don Fruela. Algunos dicen que falleció á 27 de mayo; en el año no hay duda sino que fué el de 862, como se muestra por el letrero de una cruz que presentó el rey don Alonso, su hijo, de grande primor y hermosura al templo de Oviedo, que vuelto de latin en romance dice así:

RECEBIDO SEA ESTE DON CON AGRADO EN HONRA DE DIOS, QUE HICIERON EL PRÍNCIPE ALONSO, SIERVO DE CRISTO, Y SU MUJER JIMENA. CUALQUIERA QUE PRESUMIERE QUITAR ESTOS NUESTROS DONES, PEREZCA CON EL RAYO DE DIOS. CON ESTA SEÑAL ES DEFENDIDO EL PIADOSO, CON ESTA SEÑAL SE VENCE EL ENEMIGO. ESTA OBRA SE ACABÓ Y ENTREGÓ Á SAN SALVADOR DE LA CATEDRAL DE OVIEDO. HÍZOSE EN EL CASTILLO GAUZON EL AÑO DE NUESTRO REINO DIEZ Y SIETE, CORRIENDO LA ERA 916.

Desto se ve que el año 878 era el diez y siete despues de la muerte del rey don Ordoño. El mismo don Alonso estando en Compostella confirmó un privilegio de su padre con otro en que extiende el territorio de Santiago, que antes era de tres millas en ruedo, á seis. Su data en la era de 900, que fué el año de Cristo de 862; pero pasemos á las cosas del rey don Alonso.

CAPITULO XVII.

De los principios del rey don Alonso el Magno.

Don Alonso, á quien por las grandes partes y prendas que tenia de cuerpo y de ánima y los esclarecidos triunfos que ganó de sus enemigos dieron sobrenombre de Magno, luego que tuvo aviso de la muerte de su padre, ca no se halló á ella presente, sin poner dilacion se partió para Oviedo, ciudad real en aquel tiempo, con intento de hacer las honras al difunto y tomar la posesion del reino, que demás de pertenecerle por de-

recho por ser el mayor de sus hermanos, todos los estados y brazos se le ofrecian con gran voluntad, sin embargo de su pequeña edad, que apenas tenia catorce años, número de que otros quitan no menos que cuatro años. Yo sospechaba, por lo que sucedió adelante, que en lo uno y en lo otro hay engaño, y que era de mayor edad cuando entró en el reino. En el buen natural que tuvo se igualó á sus antepasados, y aun se la ganó á los mas; era alto de cuerpo, de muy buen rostro y apostura, la suavidad de sus costumbres muy grande. Su clemencia, su valor, su mansedumbre sin par. Señalóse en las cosas de la guerra, y no menos fué liberal con los pobres y que estaban apretados de alguna necesidad. Ca los tesoros, así los que él ganó como los que le dejó su padre, no los empleaba en sus gustos, sino en ayudar las necesidades; virtud que hace á los príncipes muy amables, y su fama vuela por todas partes. Aumentó otrosí el culto divino, en particular la iglesia de Santiago, que era de tapiería, la edificó desde los cimientos de sillares con columnas de mármol, cosa en aquellos tiempos rara y maravillosa, por su poco primor y mucha grosería y por la falta de dineros. Reinó cuarenta y ocho años, como lo dice Sampiro, asturicense. En el principio padeció algunas tormentas. Don Fruela, hijo del rey don Bermudo, era conde de Galicia, poderoso en riquezas y aliados; y como persona de sangre real por ventura pretendia pertenecerle la corona, ó por menosprecio que tenia del nuevo Rey, se llamó rey en Galicia. Don Alonso por hallarse flaco de fuerzas y desapercebido, acordó de dar lugar al tiempo y retirarse á aquella parte de Vizcaya que así ahora como entonces se llamaba Alava, dado que era mas ancha que al presente. Pero como el tirano no enderezase el poder que tomara al pro y bien comun, sino pretendiese oprimir á sus vasallos, fué muerto por conjuracion de los ciudadanos de Oviedo. Acudió luego don Alonso á las Astúrias, donde fué recebido con gran voluntad de los naturales. Sosegó y ordenó las cosas del reino y castigó á los culpados. La parte de Vizcaya que en aquel tiempo se llamaba Alava estaba sujeta á los reyes de Oviedo; lo demás tenia por señor á Zenon, príncipe del linaje de Eudon, duque que fué de Aquitania. Eilon, pariente de Zenon, tenia por el Rey el gobierno de Alava; este, confiado en la revuelta del reino ó en la ayuda de Zenon, se levantó contra el Rey, que en persona acudió á sosegar aquellas alteraciones desde Leon. Apaciguó en breve y sin sangre aquella provincia; prendió al mismo Eilon y le envió á Oviedo, y le tuvo hasta que falleció en la cárcel. No mucho despues venció en batalla al mismo Zenon, señor de Vizcaya, y preso le puso en la misma cárcel, porque con deseo de novedades tambien se alterara. Deste Zenon refieren que quedaron dos hijas, la una se llamó Toda, que fué mujer de Iñigo Arista, rey de Navarra; la otra Iñiga, dicen que casó con Zuria, que adelante fué señor de Vizcaya, de cuya sangre algunos pretenden que descendian los señores de aquella tierra antes que Vizcaya se incorporase en la corona real de Castilla. Con el castigo destos dos los demás tomaron aviso que no debian menospreciar al Rey ni su saña, y que la traicion es dañosa á los mismos que la hacen. Despues desto, Alava fué dada á un hombre principal, llamado el conde Vigila ó Vela. El señorío de Castilla poseia el conde don Diego Porcellos. Todo esto sucedió el primer año del reinado de don Alonso. En el siguiente cargó mas el temporal, porque Imundaro y Alcama, capitanes moros, se pusieron sobre la ciudad de Leon; pero el Rey les forzó á alzar el cerco y dar la vuelta con grande estrago que en sus gentes hizo. Juntamente con deseo de fortificarse y de vengarse de los moros hizo liga con los navarros y franceses; y para que el asiento fuese mas firme, casó con una señora del linaje de los reyes de Francia, llamada entonces Amelina, y despues doña Jimena. Deste matrimonio nacieron don García, don Ordoño y don Fruela, que fueron consecutivamente reyes, y tambien don Gonzalo, que al tanto fué arcediano de Oviedo. Las alteraciones que entre sí los moros tenian daban buena ocasion á los nuestros para mejorar su partido. Los de Toledo, confiados en la fortaleza de su ciudad y irritados por la severidad y crueldad de los reyes de Córdoba, de nuevo tomaron las armas. Las pretensiones del pueblo son vanas cuando no son enderezadas por la prudencia y valor de algun buen capitan. Por esto Mahomad Avenlope, que debió ser nieto de Muza, con nombre de rey se encargó del gobierno. La guerra fué de mayor ruido que importancia, á causa que los de Toledo en breve fueron sujetados por el rey de Córdoba. Avenloque y sus hermanos escaparon y acudieron al amparo del rey don Alonso; él, por entender serian de provecho para la guerra de los moros, los amparó y les hizo muchas caricias. Luego despues desto, ayudado así destos como de franceses, navarros y vizcaínos, entró por las tierras de los moros, corrió los campos, destruyó los pueblos, hizo presas por todas partes, con que sin hacer otro efecto despidió y deshizo el ejército, rico y cargado de los despojos moriscos. El año siguiente, que se contaba 874, los de Toledo, con deseo, á lo que se puede creer, de agradar á los reyes de Córdoba, entraron por tierra de cristianos sin parar hasta el rio Duero. Sobrevino el Rey al improviso cerca de un pueblo llamado Pulveraria, por do pasa el rio Urbico, ahora Orvigo. En aquella parte dió tal carga sobre los enemigos, que degolló hasta doce mil dellos; y poco despues desbarató otro ejército de cordobeses que venia en pos de los primeros. La matanza que hizo fué mayor, ca perecieron todos, fuera de diez que hallaron vivos entre los cuerpos muertos. Seguíanse con la fuerza del ejército morisco Almundar, hijo del rey de Córdoba, y con él Ibengunimo, capitan de gran nombre. Estos, avisados de la matanza de los suyos, se recelaron de llegar á Sublancia, pueblo en que el Rey estaba, y de noche mas que de paso dieron la vuelta á grandes jornadas. Sin embargo, se trató de concierto por medio de Abuhalit, que en las guerras pasadas fué preso por los nuestros en Galicia, y con rehenes que dió le soltaron; por donde tenia aficion á los cristianos. Negoció tan bien, que por su medio se concertaron treguas de tres años, en el cual tiempo hubo sosiego; y despues de pasado, don Alonso con sus gentes que juntó entró por tierra de moros, y pasado Tajo llegó hasta Mérida con grandes muertes y robos que hizo por todas partes. Desde allí, sin que ningun ejército de moros saliese contra él, dió vuelta, alegre por los muchos despojos que llevaba. En todas estas guerras se señaló sobre todos el esfuerzo y valor de Bernardo del Carpio, que fué causa que la cristiandad en la edad

del Rey, que no era mucha, no recibiese algun daño. Concluidas pues tantas cosas, como hubiese acompañado al Rey hasta Oviedo, tornó de nuevo á hacer instancia sobre la libertad de su padre; que debia bastar prision de tantos años, y era justo que el Rey se inclinase á su peticion, si no por la miseria tan larga y mal tratamiento de aquel desventurado viejo, á lo menos perdonase la culpa del padre por los servicios del hijo; que si ni el respeto del deudo ni sus leales servicios le movian, por demás esperaria mayores mercedes de quien no hacia caso de sus ruegos y lágrimas en demanda tan justificada. Parecia á los mas que Bernardo tenia razon; pero prevaleció, segun yo pienso, el parecer de los contrarios, que decian ser conveniente á la dignidad del Rey vengar la afrenta hecha contra la majestad, y no mudar la sentencia de los antecesores por respeto de ningun particular. Alteróse con esta respuesta Bernardo, salióse de la corte con grande acompañamiento de muchos que se le arrimaron. Edificó cuatro leguas de Salamanca, donde ahora está la villa de Alba, el castillo del Carpio, del cual él mismo tomó el apellido; desde este castillo de ordinario hacia cabalgadas en las tierras del Rey, robaba, saqueaba y talaba ganados y campos. Por otra parte, los moros á su instancia trabajaban grandemente las tierras de cristianos. El Rey, movido destos daños, hizo junta de grandes en Salamanca, que, mudados de parecer, acordaron se hiciese lo que Bernardo pedia, á tal empero que primeramente entregase el castillo; no se sabia, á lo que parece, que el padre de Bernardo era ya muerto en la cárcel. Pues como le hobiesen despojado del castillo y no le restituyesen á su padre, despechado se pasó á Francia y Navarra. En aquellas partes peregrinando de unas tierras á otras acabó la vida en lloro y tristeza, como dicen muchos. Otros lo contradicen, y persuadidos por un sepulcro que hoy se muestra en Aguilar del Campo con nombre de Bernardo, sienten que sufrió con grande ánimo los reveses de la fortuna, y en tanto que vivió, sirvió á su Rey con el esfuerzo y diligencia que solia. A la desgracia de Bernardo se siguió otro nuevo desastre, y fué que don Fruela, no se sabe por qué causa ni por qué agravios, se conjuró de dar la muerte al Rey, su hermano. Descubrióse el trato; y preso, le privaron de la vista y condenaron á cárcel perpetua. La misma sentencia por mandado del Rey se ejecutó en don Nuño, don Bermudo y don Odoario, tambien hermanos suyos, porque se juntaron con don Fruela; castigo cruel, de que resultaron nuevas alteraciones, ca don Bermudo escapó de la cárcel, y con ayuda de su parcialidad se apoderó de Astorga, y en ella se fortificó por algun tiempo, sin reparar hasta venir á las manos con el mismo Rey que iba en su busca; pero fué vencido, y despues de la rota se huyó á tierra de moros. El rey don Alonso por esto tomó ocasion para hacer mayores estragos en las tierras enemigas, en especial fué tan molesto á los de tierra de Toledo, que, pasados algunos años, por gran suma de dinero que dieron, compraron del Rey treguas de tres años, cosa muy honrosa para los fieles, y afrentosa para los bárbaros.

CAPITULO XVIII.

De un concilio que se celebró en Santiago y en Oviedo.

Por este tiempo Ataulfo, obispo de Compostella, dió fin á su muy larga vida en la soledad donde se retiró. Sucedióle Sisenando, hombre de grandes partes, esclarecido por sus muchas virtudes, en particular persuadió al Rey que los deudos de los que acusaron á Ataulfo fuesen á manera de esclavos entregados al templo de Santiago, que fué ejemplo muy nuevo y aun cruel castigar á unos por los pecados de otros, si la grandeza de la maldad no excusase en parte la acedía que con ellos usaron. Trasladó el cuerpo del difunto á Compostella, y con nuevas obras y fábricas aumentó aquel edificio de la iglesia de Santiago; demás desto, á su costa fundó en aquella ciudad un monasterio de benitos, con advocacion de San Martin, y un colegio, que llamó de San Félix, en que los sacerdotes y ministros de Santiago por su larga vejez exemptos y jubilados, habida licencia, fuesen proveidos y sustentados de todos lo necesario. En tiempo deste prelado la iglesia de Oviedo fué hecha arzobispal. Asimismo el templo de Santiago, que con grandes pertrechos y gastos estaba acabado, consagraron ciertos obispos que se juntaron en un concilio con grande solemnidad. No era lícito conforme á la leyes eclesiásticas convocar los obispos á concilio, sino fuese con licencia del Papa. Por esta causa Severo y Desiderio, presbíteros, despachados sobre el caso á Roma ganaron del papa Juan VIII un breve, en que hace metropolitana la iglesia de Oviedo, cuyo tenor y palabras son las siguientes: «Juan, obispo, siervo de los siervos »de Dios, á Alonso, rey cristianísimo, y á los venera»bles obispos y abades y ortodoxos cristianos. Pues que »en el cuidado de toda la cristiandad la sempiterna Pro»videncia nos hizo sucesores de Pedro, príncipe de los »apóstoles, por la amonestacion de nuestro señor Jesu»cristo somos apretados, con la cual con cierta voz de »privilegio amonestó á san Pedro diciendo: Tú eres »Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y á »tí dejaré las llaves del reino de los cielos, etc. Al mes»mo otra vez, acercándose el artículo de la gloriosa »pasion de nuestro Señor, dijo: Yo rogué por tí para »que no falte tu fe, y tú, convertido alguna vez, con»firma tus hermanos. Por tanto, pues la fama de vues»tra noticia por estos hermanos que vinieron á visitar »los umbrales de los apóstoles, por Severo y Desiderio, »presbíteros, á nosotros con maravilloso olor de bon»dad nos es manifestada, con amonestacion fraterna os »exhorto que con la gracia de Dios por guia persevereis »en buenas obras para que la abundante bendicion de »san Pedro, nuestro protector, y la nuestra os ampare. »Y todas las veces, hijos carísimos, que quisiere algu»no de vos venir ó enviar á nos con toda alegría de co»razon y gozo espiritual de las últimas partes de Ga»licia, de la cual Dios fuera de mí os hizo rectores, »como legítimos hijos nuestros os recebirémos; y á la »iglesia de Oviedo, que con vuestro consentimiento y »á vuestra instancia hacemos metropolitana, mandamos »y concedemos que todos vosotros seais sujetos. Asimis»mo mandamos que todo lo que á la dicha silla los re»yes ó otros cualesquier fieles justamente han ofreci»do, ó para adelante con el ayuda de Dios le dieren, sea »estable y valedero perpetuamente. Exhorto otrosí á

»todos que tengais por encomendados los portadores »destas nuestras letras. Dios os guarde.» Con los dos embajadores del Rey envió juntamente el Pontífice á España un tercero, por nombre Reinaldo, al cual dió otra carta para el Rey, fecha por julio, con palabras muy regaladas y blandas, del tenor siguiente: «Juan, »obispo, siervo de los siervos de Dios, al amado hijo »Alonso, glorioso rey de las Galicias. Habiendo rece»bido vuestras cartas, porque conocimos que sois de»voto para con nuestra santa Iglesia, os damos muchas »gracias, rogando á Dios que crezca el vigor de vues»tro reino y os conceda victoria de vuestros enemigos. »Porque como vos, hijo carísimo, pedistes, rogamos »á Dios ordinariamente y con instancia que gobierne »vuestro reino y os salve, guarde y ampare y levante »sobre todos vuestros enemigos. Haced que la iglesia »de Santiago, apóstol, sea consagrada por los obispos »españoles, y con ellos celebrad concilio. Nos asimis»mo, glorioso Rey, como vos somos apretados por los »paganos; pero el omnipotente Dios nos concede dellos »triunfo. Por tanto, rogamos á vuestra caridad no dejeis »de enviarnos algunos provechosos y buenos moriscos »con sus armas y caballos, á los cuales los españoles lla»man caballos alfaraces, para que recebidos alabemos á »Dios y os demos las gracias; y por el que los trujere os »remuneraremos de las bendiciones de san Pedro. Dios »os guarde, carísimo hijo y esclarecido rey.» Dada el mes de julio año del Señor de 874. Leidas las cartas del Papa, los obispos de todo el reino fueron convocados para que á dia señalado acudiesen en cumplimiento de lo que se les mandaba. Juntáronse primeramente en Compostella buen número de obispos, no menos que catorce, parte de las ciudades que estaban en poder del Rey; los demás de las que tenian los moros, como obispos de anillo y poco mas que de solo nombre. La costumbre de aquel tiempo era tal, que las unas ciudades y las otras tenian obispos, principalmente las que habian ganado de los moros y poco despues eran vueltas á su poder, y aun de las que pretendian ganar en breve y reducillas al señorío de cristianos. Con esta traza y confianza en lugar de los que morian señalaban y consagraban otros que les sucediesen. El templo pues de Compostella ó de Santiago fué por aquellos obispos con grande solemnidad consagrado á 7 de mayo, dia lúnes, luna undécima, y tres de aureo número, como lo dice Sampiro, asturicense; puntos y señales que todas concurren en el año 876, y no antes ni despues por largo tiempo. El altar mayor dedicaron al Salvador; dos colaterales, el uno en nombre de San Pedro y San Pablo, el otro de San Juan Evangelista; el que cubria los huesos del apóstol Santiago no pareció consagrar de nuevo por tener entendido que sus siete discípulos le consagraron, solo se dijo misa sobre él. En un monte allí cerca consagraron asimismo un templo en nombre del mártir San Sebastian, con que la devocion de la iglesia de Santiago, que de antes era muy grande, se aumentó mucho mas. Once meses adelante por mandado del Rey los mismos obispos se juntaron en Oviedo; allí, en cumplimiento de lo que el Papa concedia, resolvieron que el obispo de Oviedo fuese arzobispo, y para aquella dignidad por voto de todos nombraron á Hermenegildo. Pareció otrosí nombrar arcedianos, personas de buena vida, que dos veces cada un año juntasen sínodos y diesen órden en todo, como quien habia de dar cuenta á Dios de su cargo, y juntamente visitasen las diócesis, los monasterios y parroquias. Añadieron demás desto que los obispos que no tenian diócesis sirviesen al de Oviedo de vicarios para que se repartiese la carga entre muchos, y él de su renta los sustentase, y que así á estos como á los demás obispos señalasen sendas iglesias en la ciudad y diócesi de Oviedo, con cuya renta se entretuviesen cuando se celebrasen concilios y tuviesen donde acojerse á causa de las ordinarias entradas que los moros hacian. En cumplimiento deste decreto á diez y seis obispos, unos que tenian diócesi, y otros que carecian della, señalaron doce templos, al de Leon, de Astorga, de Iria, al ulcense, al britoniense, al de Orense, al de Braga, este era arzobispo, al dumiense, al tudense, al columbriense, al portucalense, al salmanticense, al cauriense, al cesaraugustano, al calagurritano, al turiasonense, al oscense. Todos estos nombres y el número se sacaron de los mismos actos del Concilio en gracia de los que son aficionados á la antigüedad, que los cronistas no escriben palabra. De aquí sin duda procedió que Oviedo en aquel tiempo se llamó ciudad de Obispos, como lo refieren autores muy graves. Los aledaños de aquella diócesis de Oviedo señalaron los mismos obispos, y el Rey la acrecentó en rentas y posesiones segun lo que se podia llevar, conforme á la apretura en que estaban las cosas y los tiempos. Halláronse presentes en la una cuidad y en la otra el Rey y la reina doña Jimena, los hijos del Rey y los grandes; y dada conclusion á todas estas cosas, despidieron el Concilio.

CAPITULO XIX.

De lo demás que sucedió en el reinado de don Alonso.

En tanto que estas cosas pasaban, los moros estaban sosegados; el largo ocio y la abundancia de España tenia apagado el brio con que vinieron y ablandado su natural belicoso, que fué causa de pasarse algunos años sin que sucediese cosa alguna digna de memoria. Solo el año 881 en toda España hobo temblores de tierra con daño y destrozo de muchos edificios. El rey Mahomad asistia á los oficios á su modo, cuando un rayo que cayó de repente en la misma mezquita mató á dos que estaban cerca dél, con grande espanto de todos los demás. El año siguiente Abdalla, hijo de Lope, aquel que huyó de Toledo, olvidado de las mercedes que del Rey tenia recebidas, como hombre desleal y fementido, comenzó á tratar de hacerle guerra. Para esto se reconcilió y hizo su asiento con el rey de Córdoba. La envidia que tenia á sus tios le llevaba al despeñadero, de quien hacia tanta confianza el rey don Alonso, que les entregó á su hijo don Ordoño, como por prendas de la amistad para que le criasen y amaestrasen. Gran mengua de su padre, pero en tanto se estimaba en aquel tiempo la amistad de los moros. Deste principio, aunque pequeño, se siguieron cosas mas graves, porque Abdalla, recogidas sus gentes, rompió por las tierras de cristianos, las talas fueron muy grandes, los temores y esperanzas no menores. Acudió el Rey y venció al Moro cerca de Cillorico en una batalla que le dió; asimismo le rechazó con daño de Pancorvo, de que pretendia el Moro apoderarse. No acometieron la ciudad de Leon,

dado que revolvieron contra ella, á causa de una gruesa guarnicion de soldados que dentro estaba. Desta manera sin hacer otro efecto que de contar sea, pasado el rio Astura, hoy Estola, que riega aquellas campañas y pasa por la misma ciudad de Leon, el ejército enemigo por las tierras de la Lusitania volvió á Córdoba. Iba entre los demás moros Abulhalit; hizo instancia con el rey don Alonso para que le restituyese su hijo Abulceu, que dejara como en rehenes cuando, como se dijo, le dieron libertad. La negociacion fué tan grande, que al fin alcanzó lo que pretendia. Esto sucedió al fin del otoño, el cual pasado y entrado el invierno, Abdalla venció en cierta pelea ó encuentro á los dos Zimaeles, tio y hermano suyos, en ciertos lugares ásperos y fragosos; no se dice en qué parte de España, sospecho fué en el reino de Toledo; lo que consta es que los prendió y aherrojados los envió al castillo de Becaria. Revolvió sobre Zaragoza y con el mismo ímpetu la sujetó. Esto fué ocasion que las fuerzas de moros y de cristianos se volviesen contra él, dado que con una embajada envió á excusarse de lo hecho con el rey de Córdoba; y porque no recebia sus excusas, con trato doble y embajadores que de ordinario despachaba al rey don Alonso para asegurarse, procuraba su amistad. En el mismo tiempo los condes don Vela y don Diego hicieron liga contra él como contra enemigo comun. Por otra parte, Almundar, hijo del rey de Córdoba, y Abulhalit fueron enviados de Córdoba para cercar á Zaragoza, acometimiento que fué por demás á causa de la fortaleza de aquella ciudad y la mucha gente que en ella hallaron, además que Abdalla, por las cosas que habia acometido y acabado, se hallaba muy fuerte, rico y feroz. Dieron los de Córdoba vuelta sobre las tierras de Vizcaya y de Castilla, hicieron talas y daños; acudieron los dos condes sobredichos, y forzaron á los moros á salir de toda la tierra. No se descuidaba el rey de Leon, antes tenia juntas sus gentes en Sublancia con intento de no faltar á cualquiera ocasion que se le presentase de dar á los moros, si menester fuese, la batalla, pero ellos se excusaron y se volvieron á su tierra; solo destruyeron el monasterio de Sahagun, que en Castilla la Vieja era y es muy célebre. Y sin embargo, Abulhalit envió algunos moros de secreto al rey don Alonso para tratar de hacer paces; y sobre lo mismo Dulcidio, presbítero de Toledo, fué por el Rey enviado á Córdoba en fin del año 883. En tanto que estos tratos andaban, una armada de moros que se juntó en Córdoba y en Sevilla por mar acometió las riberas de Galicia por estar muchos pueblos sin murallas y que podian fácilmente ser saqueados. No hizo algun efecto la dicha armada á causa de los recios temporales que la desbarataron y echaron á fondo; pocos con el general Abdelhamit escaparon del naufragio y de la tormenta. Al mismo tiempo por diligencia de Dulcidio se asentaron treguas de seis años con los moros, y los cuerpos de los mártires Eulogio y Leocricia con voluntad de los cristianos, en cuyo poder estaban, de Córdoba los trasladaron á Oviedo. Siguióse la muerte de Mahomad, año de los árabes 273, de nuestra salvacion 886; dejó treinta hijos y veinte hijas. Fué hombre de ingenio no grosero; para muestra se refiere que un dia, como se pasease en sus jardines y cierto soldado le dijese ¡qué hermoso jardin, qué dia tan claro, qué siglo tan alegre, si todo esto fuese perpetuo! respondió : Antes si no hubiera muerte, yo no fuera rey. Sucedióle Almundar, su hijo, príncipe manso de condicion y liberal, ca al principio de su reinado perdonó á los de Córdoba cierta imposicion en que acostumbraban pagar de diez uno. Ellos, olvidados deste beneficio, se alborotaron contra él. Aparejábase para sosegar estas alteraciones cuando le sobrevino la muerte antes de haber reinado dos años enteros. Dejó seis hijos y siete hijas. Sucedióle por voto de los soldados Abdalla, su hermano, el año 888; reinó por espacio de veinte y cinco años. Los principios fueron revueltos á causa que Homar, principal entre los moros y de ingenio bullicioso, se levantó contra él. Lisbona, Astapa ó Estepona, Sevilla y otros pueblos se le allegaron. Estas grandes alteraciones tuvieron fácil salida, porque Homar, mudado propósito, alcanzó perdon y se reconcilió con el Rey. Esta facilidad del perdon le fué ocasion y le dió ánimo para tornar en breve á alborotarse. Andaban los moros de muy antiguo divididos en dos parcialidades de Humeyas y Alavecinos, como queda arriba dicho. Con esta division no podia faltar á los amigos de novedades gente y pueblo que los siguiese. Abdalla siguió por todas partes á Homar y le redujo á tal apretura, que se huyó á tierra de cristianos, donde, dejada la supersticion de sus padres, se bautizó, no con sinceridad y de veras, sino con engaño, como se entendió con el tiempo, que todo lo declara. Contra don Alonso se alteraron los vizcaínos; la cabeza y caudillo fué Zuria, yerno de Zenon, hombre principal entre aquella gente. Acudió don Ordoño, enviado por el Rey, su padre, para sosegar aquella gente; pero fué vencido por los contrarios en una batalla que se dió cerca de Arriogorriaga, y della aquel pueblo tomó este nombre, que significa, como lo dicen los que saben la lengua vizcaína, piedras sangrientas, como quier que antes se llamase Padura. En premio desta victoria hicieron á Zuria señor de Vizcaya, que dicen era de la sangre de los reyes de Escocia. ¿Quién podrá bastantemente averiguar la verdad en esta parte? La aspereza de aquellos lugares, segun yo entiendo, fué causa que el Rey no vengase aquella afrenta, demás de su edad que estaba adelante, y por el mismo tiempo, vuelto el pensamiento á las artes de la paz, se ocupaba en edificar iglesias en nombre de los santos, y castillos y pueblos para seguridad y comodidad de sus vasallos. En el principio de su reinado reedificó á Sublancia y á Cea cerca de Leon, el castillo de Gauzon á la orilla del mar, puesto sobre un peñol entre Oviedo y Gijon; despues las ciudades de Braga, Portu y Viseo, Chaves, que se llamaba antiguamente Aquae Flaviae, y tambien la ciudad de Oca, todos pueblos que habian estado largo tiempo destruidos y deshabitados. El mismo daño padeció Sentica, y con la misma liberalidad y cuidado fué reparada con nombre de Zamora por las muchas piedras turquesas que por allí se hallan, que se llaman así en lengua morisca. A don García, su hijo, dió el Rey cuidado de edificar á Toro, que los antiguos llamaron Sarabis. Asimismo ganaron de los moros á Coimbra en Lusitania, en Castilla la Vieja Simancas y Dueñas con toda la tierra de Campos, comarca que, á ejemplo de Italia y de Francia, se puede en latin llamar Campania. El grande y real monasterio de Sahagun, que los moros asolaron, fué de nuevo reparado y vuelto á los monjes de San Benito; al cual ninguno en grandeza, majestad y rique-

zas se aventajó antiguamente en España, y aun hoy es de los mas nombrados que en ella se hallan. Para tan grandes y tantas obras no bastaban los tesoros reales ni sus haberes; impuso nuevos pechos y derramas, cosa que se debe siempre excusar, si no es cuando la república se halla en tal aprieto, que todos entienden es forzoso sujetarse á la necesidad si se quieren salvar. Esta verdad se entiende mejor por lo que resultó. Estaban los vasallos por esta causa desgraciados; la reina doña Jimena, que tambien andaba desgustada con su marido, persuadió á don García, su hijo, que se aprovechase de aquella ocasion y tomase las armas contra su padre. No se descuidó el Rey, aunque viejo y flaco; acudió luego á Zamora, prendió á su hijo y mandóle guardar en el castillo Gauzon. No pararon en esto los desabrimientos y males. Era suegro de don García Nuño Hernandez, conde de Castilla, príncipe poderoso en riquezas y en vasallos. Este, con ayuda de la Reina y de los hermanos del preso, hizo brava guerra al Rey, que duró dos años. A cabo dellos los conjurados salieron con su intento, y el pobre Rey, cansado del trabajo ó con deseo de vida mas reposada, renunció el reino y le dió á su hijo don García. A don Ordoño, el otro hijo, dió el señorío de Galicia. Lo uno y lo otro sucedió el año 910. El cual año pasado, como don Alonso hobiese ido en romería á Santiago por su devocion, con voluntad de su hijo hecha de nuevo una buena entrada en tierra de moros, falleció en la ciudad de Zamora. Su cuerpo y el de su mujer sepultaron, primero en Astorga, despues fueron trasladados á Oviedo. En el mismo tiempo Abdalla, rey de Córdoba, en edad de setenta y dos años murió en Córdoba; dejó doce hijos y trece hijas. De Abdalla, hijo de Lope, no se sabe lo que se hizo; no faltara diligencia si se descubriera camino para averiguar esta y semejantes faltas. Habrémos de usar de conjeturas. Entiendo que con ayuda de los reyes de Oviedo se mantuvo en el señorío de Zaragoza, y que dél descendieron los reyes que fueron adelante de aquella noble ciudad. El reino de Córdoba hobo Abderraman, nieto de Abdalla, hijo de Mahomad, cosa nueva entre los moros, que fuese el nieto antepuesto á los hijos del difunto, tios que eran del nuevo Rey. Tenia veinte y tres años cuando tomó la corona, y gozóla por espacio de cincuenta años. Llamáronle por sobrenombre Almanzor Ledin Alla, es á saber, defensor de la ley de Dios, y tambien Miramamolin, que quiere decir príncipe de los que creen. Tal es la costumbre que cuando los imperios se van á caer entonces los que los tienen, para disimular su corbardía y flaqueza, se arman y afeitan con apellidos magníficos. Verdad es que Abderraman se puede contar entre los grandes reyes, así en el gobierno como en las cosas de la guerra. Por todo el tiempo de su vida tuvo atencion á componer las discordias de su nacion y sosegar las parcialidades que amenazaban mayores daños; administraba justicia con mucha rectitud; edificó un castillo junto á Córdoba; en Africa tomó la ciudad de Ceuta; demás desto, con real magnificencia aumentó y mejoró las ciudades y pueblos de todo su reino. Comenzó á reinar el año 300 de los árabes, conforme á la cuenta del arzobispo don Rodrigo, que en este lugar no se aparta de la verdadera.

CAPITULO XX.

De los reyes don García y don Ordoño el Segundo.

El poder adquirido malamente no suele ser duradero. Así don García el reino que tomó por fuerza á su padre tuvo solos tres años. En este tiempo hizo de nuevo guerra á los moros, entró por sus tierras, talóles los campos, saqueóles los lugares, y á un señor moro, llamado Ayola, que le salió al encuentro, venció en batalla y le cautivó; pero á la vuelta por culpa de las guardas se les escapó cerca de un lugar llamado Trémulo. El Rey falleció en Zamora, año de nuestra salvacion de 913. No dejó sucesion; por esto don Ordoño, su hermano, sabida su muerte, de Galicia, donde tenia el señorío, sin dilacion vino á tomar la corona. Fué buen príncipe y templado, si lo postrero fuera conforme á los principios, y no ensuciara sus manos con la sangre inocente de los condes de Castilla. Reinó por espacio de nueve años y medio. Lo primero, para ganar reputacion y quebrantar la soberbia de los moros, con gente de los suyos que juntó rompió por el reino de Toledo. Puso sitio sobre Talavera, villa principal y de muy alegre suelo y cielo, noble por los muchos moradores, y fuerte por sus muros, en gran parte de sillería. Envió el rey de Córdoba buen golpe de gente para socorrer los cercados; mas fué vencida en batalla y el pueblo entrado por fuerza; puesto á saco, le quemaron á causa que no se podia conservar por estar de todas partes rodeado de moros. El gobernador del pueblo con otros muchos fué preso; el ejército, cargado de despojos moriscos y alegre, volvió á su tierra. El rey de Córdoba, dudoso por aquel principio de lo que podria suceder y temiendo las fuerzas de aquel Rey brioso, envió á rogar con humildad al rey de la Mauritania que de Africa le proveyese de socorros y de gentes. Vino el Africano en ello, movido por el peligro de su nacion con deseo de rebatir el orgullo de los cristianos, que de cada dia mas y mas mejoraban su partido. Despachó buen número de gente africana y por su capitan á Almotaraf. Juntóse con estos el ejército de los moros de España, y por general de todos un moro llamado Avolalpaz. Entraron por tierra de cristianos hasta llegar á la ribera de Duero. Salióles el Rey al encuentro, dióse la batalla cerca de Santistéban de Gormaz, que fué muy reñida y por grande espacio estuvo suspensa sin declarar la victoria. Ultimamente, muertos los dos capitanes moros y gran número de su gente, los demás se pusieron en huida. Con esto los cristianos quedaron libres de un gran cuidado y congoja, por considerar el peligro en que las gentes de Africa pondrian á los que apenas podian contrastar al poder de los moros de Córdoba. Para que el fruto de la victoria fuese mayor pareció apretar á los moros, que vencidos y medrosos estaban, y en seguimiento de la victoria dar el gasto á los campos y pueblos de la Lusitania hasta llegar á Guadiana; en particular las tierras de Mérida y de Badajoz padecieron mayores daños. El espanto de los naturales fué tan grande, que procuraron tomar algun asiento con el vencedor hasta comprar por gran dinero la paz. Esto sucedió el año quinto del reinado de don Ordoño, que se contaba 918 de nuestra salvacion. El Rey, concluidas tan grandes cosas, dió la vuelta, y con recibimiento á manera de triunfo entró en la ciu-

dad de Leon, que por la comodidad de su sitio pensaba hacella real y asiento de aquellos reyes. Con este intento procuró ensanchalla y adornalla de nuevos edificios. En primer lugar trasladó á su real palacio el templo de San Pedro y San Pablo, en que estaba la silla del obispo, por estar fuera de los muros y correr peligro, palacio que los moros antiguamente edificaron para que sirviese de baños, obra de grande anchura y majestad. Puso nombre al dicho templo de Santa María Vírgen, dado que otras dos partes del mismo fueron consagradas, la una en nombre del Salvador, y la otra de San Juan Baptista. Despues desto, para acrecentar la majestad del nuevo templo se hizo el Rey coronar en él por mano del mismo Obispo, cosa no usada antes deste tiempo, y principio de donde los reyes que antes se decian de Oviedo se comenzaron á intitular reyes de Leon. Desta ocasion la ciudad de Oviedo vino poco á poco en tan gran diminucion, que con el progreso del tiempo perdió el nombre de arzobispado, y aun en nuestra era no tiene voto en las Cortes del reino, daño que entiendo ha sucedido por descuido de sus ciudadanos mas que por mala voluntad de los reyes. Conforme á esto entre las memorias y privilegios deste tiempo advierten los aficionados á la antigüedad, que en algunos don Ordoño se intitula rey de Oviedo, y en uno dellos dice que reina en Leon. Demás desto, añaden que este Rey trasladó la dignidad de obispado á la ciudad de Mondoñedo, que antes estaba en Ribadeo, dado que á otros les parece que los obispos de Mondoñedo antiguamente se llamaron vallibrienses. Entre tanto el rey de Córdoba, Abderraman Almanzor, encendido en deseo de satisfacerse de los daños pasados y volver por su honra, con las fuerzas y gentes de su reino por la parte de Lusitania entró en Galicia hasta llegar á un pueblo llamado Rondonia; Sampiro le llama Mindonia. En aquel lugar se juntaron los reales de los moros y de cristianos; pelearon con gran denuedo y porfía, cayeron muchos de ambas partes, duró la batalla hasta que cerró la noche sin quedar la victoria declarada, bien que cada cual de las partes se la atribula, los nuestros por haber forzado al enemigo á salir de Galicia, los bárbaros porque vencidos tantas veces, continuaron la pelea hasta que faltó luz. Dióse esta batalla año de 919. No mucho despues el rey de Córdoba con nuevas levas de gente que hizo y nuevos socorros que le vinieron de Africa corrió las tierras de cristianos, y en particular las de Navarra y Vizcaya. El rey don Ordoño, movido por el peligro que corria don Sancho García, por sobrenombre Abarca, rey de Navarra, y á sus ruegos marchó con su campo contra los moros. Dióse la batalla en el valle Juncaria, que hoy se dice Junquera, el año 921, que fué no menos herida y porfiada que la que poco antes se diera en Galicia. Los de Leon y de Navarra peleaban con grande ánimo como vencedores por la patria y por la religion; los moros no les reconocian en nada ventaja, antes llevaron lo mejor, porque el conde de Aragon, que llaman García Aznar (mejor viniera Fortun Jimeno, su hijo), murió en aquella pelea, y despues della aquella parte de Vizcaya que se llama Alava quedó por los moros. Quedaron otrosí presos en la batalla dos obispos, Dulcidio, de Salamanca, y Hermogio, de Tuy, que concertaron su rescate, y en tanto que le pagaban, dieron rehenes en su lugar; en particular por Hermogio entregaron un sobrino suyo, hijo de su hermana, doncel en la flor de su edad, por nombre Pelayo. Su hermosura y modestia corrian á las parejas. Por lo uno y por lo otro el Rey bárbaro, de suyo inclinado á deshonestidad, se encendió grandemente en su amor. Aumentábase con la vista ordinaria la llama del amor torpe y nefando. El mozo, de su natural muy modesto y criado en casa llena de sabiduría y santidad, resuelto de defender el homenaje de su limpieza, dado que diversas veces fué requerido, resistió constantemente. Despues como el Rey le hiciese fuerza, dióle con los puños en la cara. Esta constancia y celo de la castidad le acarreó la muerte; por mandado de aquel bárbaro impío y cruel fué atenazado y hecho pedazos, los miembros echaron en Guadalquivir; el amor cuanto es mayor tanto se suele mudar en mayor rabia. Sucedió esto domingo á 26 de junio del año 925. Dióséle honra como á mártir, y fué puesto en el número de los santos. Recogieron las partes de su cuerpo y sepultáronlas en San Ginés de Córdoba; la cabeza en el cimenterio de San Cipriano. Débese tanto mas estimar la gloria desta hazaña, que no tenia mas de trece años y medio cuando dió tal muestra de su virtud. Rosvita, doncella de Sajonia, por esto mismo tiempo cantó en verso heróico, aunque algo diferentemente, la muerte del mártir Pelagio. Siendo rey de Leon don Ordoño, y de Francia Cárlos el Simple, un presbítero, llamado Zanelo, vino á España enviado por el papa Juan, décimo deste nombre, con esta ocasion. Volaba la fama de la devocion y milagros del apóstol Santiago por todas partes. Era muy célebre el nombre de Sisnando, obispo de Compostella. El Pontífice, por cierto hombre que le envió con sus cartas, pidió le hiciese participante de sus oraciones para que por medio y intercesion del apóstol Santiago en vida y en muerte fuese ayudado. Sisnando despachó á Zanelo para dar la obediencia al Pontífice; dióle otrosí el Rey cartas para el mismo con sus presentes. Zanelo, cumplido lo que le mandaron, pasado un año entero, volvió á España, cargado de muchos libros; demás desto, con autoridad de nuncio del Papa, quién dice fué cardenal, y comision de informarse de todo lo que pertenecia á la religion. Estaban los romanos de muy antiguo persuadidos que el oficio divino gótico tenia muchas cosas erradas, que usaban de ceremonias en la misa extraordinarias y enseñaban opiniones contrarias á la verdadera religion. Zanelo, en cumplimiento de lo que le era ordenado, revolvió con diligencia los libros eclesiásticos que pudo haber; y aunque las ceremonias eran diferentes, halló, al revés de lo que se sospechaba, que todas las cosas concordaban con la verdad. Vuelto á Roma, en una gran junta de padres relató al Pontífice lo que llevaba averiguado. Ellos dieron gracias á Dios por aquella merced y juntamente aprobaron aquellos libros. Solamente mandaron que en la secreta de la misa usasen de las palabras que usaba el oficio romano. Porque á la verdad las palabras de la consagracion, aunque la sustancia era una, las tenian mudadas en esta forma: «Este es mi cuerpo, que por vosotros será entregado. Este es el cáliz del *Nuevo Testamento* en mi sangre, que por vos y por muchos será derramado en remision de los pecados.» Palabras de que aun en nuestra era no usan los

que con beneplácito de los pontífices dicen misa mozárabe. Este fin tuvo entonces aquella controversia, á que empero otras muchas veces se volvió hasta tanto que, vencida la constancia ó porfía de los españoles, trocaron el oficio mozárabe con el romano, como se dirá en su lugar. Volviendo á las cosas del Rey, desde el tiempo que se dió la batalla en Junquera pareció haberse mudado la fortuna de la guerra. Todavía el rey don Ordoño, con deseo de honra, y en su compañía el mismo rey de Navarra, entraron por tierra de moros, y en particular trabajaron los campos y pueblos de la Rioja. Con esto el rey don Ordoño dió vuelta á Zamora. No hay en las cosas humanas entero gozo y contento; toda aquella alegría se trocó en tristeza con la muerte de la reina Munina Elvira, señora de grandes prendas; dejó estos hijos, don Sancho, don Alonso, don Ramiro, don García y doña Jimena. Casó el Rey segunda vez con Argonta, hembra de alto linaje en Galicia, y no mucho despues por sospechas la repudió á tuerto y sin razon, como se entendió por el suceso de las cosas y arrepentimiento del Rey. En su lugar puso á Sanctiva, hija de don Garci Iñiguez, rey de Navarra, con voluntad del rey don Sancho, su hermano. Juntaron los dos sus fuerzas, y en una entrada que hicieron de nuevo en la Rioja se apoderaron por fuerza de Nájara, que los antiguos llamaron Tricio, y de otro pueblo llamado Vicaria, en donde en tiempo de los godos se entiende hobo una chancillería, como lo dice don Rodrigo, y por esta causa le dieron este nombre. Hasta aquí las cosas del rey don Ordoño procedian de manera, que muchas dellas se podian alabar, y pocas reprehender cuales se disimulan con los reyes. Es muy dificultoso enfrenarse con la templanza los que tienen suprema potestad, y nunca tropezar en tanta diversidad de cosas casi imposible. La muerte que este Rey dió muy fuera de sazon y sin propósito á los condes de Castilla pareció afear toda la gloria pasada. Este desórden en qué manera haya sucedido y por qué causas el Rey estuviese dellos ofendido se dirá tomando el negocio un poco de mas arriba con una nueva narracion que declare los principios y progresos que algunos señoríos, los mas principales, tuvieron antiguamente en España.

LIBRO OCTAVO.

CAPITULO PRIMERO.

De los principios del reino de Navarra.

Despues de aquel memorable y triste estrago con que casi toda España quedó asolada y sujeta por los moros, gente feroz y desapiadada, de las ruinas del imperio gótico, no de otra manera que de los materiales y pertrechos de algun grande edificio cuando cae, muchos señoríos se levantaron, pequeños al principio, de estrechos términos y flacas fuerzas, mas el tiempo adelante reparadores de la libertad de la patria y excelentes restauradores de la república trabajada y caida. Poner por escrito el orígen y progreso de todos estos estados y señoríos seria cosa dificultosa y mas largo cuento de lo que sufre la medida y traza de la presente obra. Declarar en breve los principios, aumentos y sucesos que tuvieron los mas principales y mas señalados entre los demás téngolo por cosa necesaria por andar de aquí adelante mezcladas sus cosas con las de los reyes de Leon. En particular será necesario tratar de los principados de Navarra, de Aragon, de Barcelona y de los condes de Castilla. Las reliquias de los españoles que escaparon de aquel fuego y de aquel naufragio comun y miserable, echadas de sus moradas antiguas, parte se recogieron á las Astúrias, de que resultó el reino de Leon, de que hasta aquí se ha hablado. Otra parte se encerró en los montes Pirineos en sus cumbres y aspereza, do moran y tienen su asiento los vizcaínos y navarros, los lacetanos, urgelitanos y los ceretanos, que son al presente Ribagorza, Sobrarve, Urgel y Cerdania. Estos, confiados en la fortaleza y fragura de aquellos lugares, no solo defendieron su libertad, sino trataron y acometieron tambien de ayudar á lo demás de España; varones sin duda excelentes y de mayor ánimo que fuerzas. Los tales creo yo pusieron su confianza en la ayuda de Dios, pues contra tantas dificultades ninguna prudencia era bastante. La ocasion para intentarlo no fué muy grande. Un cierto hombre religioso y ermitaño, por nombre Juan, con deseo de vida mas sosegada hizo su morada en el monte de Uruela, no léjos de la ciudad de Jaca, y para los oficios divinos levantó en un peñol una capilla con advocacion de San Juan Bautista. La fama de la santidad deste hombre comenzó á volar por todas partes. Juntáronsele cuatro compañeros, deseosos de imitar y seguir la vida que hacia. Asimismo muchas gentes de los lugares comarcanos acudian á visitarle con intento de aplacar á Dios por medio de las oraciones deste santo varon, al cual, mientras que vivió, ayudaron con muchas buenas obras y limosnas que le hacian, y despues de muerto se juntaron los de aquella comarca á hacerle las honras. Acudió gran número de gente; entre estos seiscientos hombres nobles de propósito se juntaron, ó convidados de la soledad del lugar, comenzaron á tratar y consultar entre sí del remedio de la república y de sacudir la pesada servidumbre de los moros. La fortaleza de los lugares y sitio les ponia ánimo, y confiaban que si intentaban cosa tan gloriosa, no les faltarian socorros de Francia; convidábalos el ejemplo de los asturianos, que, con tomar al infante don Pelayo por rey y por caudillo, no dudaron de tratar cómo ayudarian á la patria ni de irritar las armas de los moros; cosa que aunque al principio pareció temeridad, el efecto y remate fué muy saludable. Habiendo tratado mucho y

consultado sobre esto, pareció sería lo mas acertado escoger de entre sí alguna cabeza, con cuya obediencia y autoridad atados, mejor pudiesen acometer empresa tan grande. Con esta resolucion nombraron á Garci Jimenez por acuerdo comun de todos para esto; porque si bien no era de la sangre de los godos, lo que se entiende por el nombre que parece mas de españoles que de godos, pero sin duda fué muy noble, de grande y antiguo solar y linaje, señor de Amescua y Abarsusa. Su mujer era doña Iñiga, de igual nobleza. En el tiempo que sucedió esto no concuerdan los autores, ni aun consta qué nombre tuviese el reino para que le nombraron ni qué apellido le dieron. Algunos dicen que se llamó rey de Sobrarve, otros de Navarra; los unos y los otros sin argumentos bastantes; y es toda antigüedad escura, principalmente la de España, á la manera que las corrientes de los rios son conocidas, los nacimientos y las fuentes do que proceden y salen no tanto. Las armas y insignias del nuevo Rey un escudo rojo sin alguna otra pintura. Ganó algunos pueblos de los moros, y entre ellos á Insa, principal villa de Sobrarve. La capilla del ermitaño Juan, aumentada y ensanchada con nuevos edificios que le arrimaron, poco á poco vino á ser semejable á un edificio real, señalada y noble por los sepulcros de los reyes antiguos que allí se enterraron. Por los milagros y antigüedad y mucha devocion de aquella casa de San Juan de la Peña, el rey Garci Jimenez y sus sucesores la escogieron para su sepultura. Murió este Rey el año 758. Sucedióle Garci Iñiguez, dicho así de los nombres de su padre y de su madre, príncipe verdaderamente grande y de felicidad señalada, pues por el esfuerzo deste rey de Navarra, que entre las armas y imperio de los franceses y moros andaba en balanzas, fué sujetada y quedó en perpetua posesion destos reyes. Pasó con las armas hasta aquella parte de Vizcaya que se llama Alava. En tiempo deste Rey otrosí tuvieron principio los condados de Aragon y Barcelona. El de Aragon con esta ocasion. Aznar, hijo de Eudon el Grande, venido que fué á aquellos lugares que bañan los rios Aragon ó Arga y Subordau y ganado que hobo algunos pueblos de los moros, con voluntad del rey don García se llamó conde de Aragon, comarca por entonces sujeta á los reyes de Navarra, despues exempta, como en su lugar se declarará. Su hijo se dijo tambien Aznar; su nieto Galindo, de cuyos hechos no hay cosa que de contar sea. Muerto Galindo, sucedió en aquel condado Jimeno Aznar. Lo de Barcelona sucedió desta manera. Ganóse Barcelona por las armas de Ludovico Pio, que adelante fué emperador, y á la sazon era vivo Carlo Magno, su padre. Dejó por gobernador de aquella ciudad á Bernardo, de nacion francés, el año de 801. De aquí tuvo principio el señorío de Barcelona y los condes, que en aquella parte de España alcanzaron gran poder. Este año pasado, y venido el siguiente, falleció el rey de Navarra Garci Iñiguez. Sucedióle Fortun García, su hijo, de cuyas hazañas los historiadores navarros cuentan grandes cosas y casi increibles. Lo que se tiene por cierto es que se halló en aquella batalla memorable de Roncesvalles, do la nobleza de Francia pereció á manos de los nuestros y quedó vencido en la pelea Carlo Magno, emperador y general en aquella jornada. De la alegría de aquella victoria no poco se quitó por la muerte de Jimeno Aznar, conde de Aragon, que en aquella batalla pereció por haberse adelantado y con deseo de mostrar su esfuerzo metídose muy adelante entre los enemigos sin hacer caso de la muerte. Fué tanto mayor el lloro, que su hermana Teuda estaba casada con el rey Fortun. Al conde Jimeno Aznar sucedió Jimeno García ó Garcés, su tio, sin hacer cuenta de Endregoto, hermano del difunto, que parece tenia mejor derecho que el tio para heredar aquel estado; la causa no se sabe; por ventura la edad no era á propósito para encargarle el gobierno. Murió el rey Fortun el año 815; dejó por sucesor suyo á Sancho García, su hijo, que tenia en su mujer. En tiempo deste Rey los de Valderroncal, por lo mucho que trabajaron en la guerra de los moros, fueron libertados de tributos, como se ve por un privilegio que muestran desto tiempo y desto Rey. Bernardo, conde de Barcelona, á quien algunos llaman marqués, como fuese acusado por aquellos que eran tutores de Bernardo, nieto de Carlo Magno, hijo de su hijo Pipino, de cometer adulterio con la Emperatriz, mujer del emperador Ludovico, y por tanto haber caido en alevosía, movido del dolor desta calumnia, de Francia, do era ido, se volvió en España, do tenia grande autoridad y muchos aliados que en el tiempo pasado ganara. Falleció el año 839; y por su muerte Wifredo, primero deste nombre entre los condes de Barcelona, hobo aquel principado por merced de Ludovico Pio, no por juro de heredad por entonces, sino á voluntad del Emperador y por tiempo determinado ó mientras que viviese, como se usaba en los demás gobiernos. Era señor de Aragon por el mismo tiempo García Aznar, sucesor de su padre Jimeno García ó Garcés, que por este tiempo habia fallecido, en la misma sazon que con las armas del rey Sancho García los navarros, que de la otra parte de los Pirineos estaban sujetos al imperio francés, fueron trabajados, y no los dejó antes sosegar que jurasen de guardar y tener perpetua amistad con los reyes de Sobrarve. Dícese que le mataron en la guerra de Muza, aquel de quien arriba se dijo haberse rebelado contra Mahomad, rey de Córdoba, que fué por los años del Señor de 853. Despues del rey don Sancho cierto autor nombra á don Jimeno García, su hijo. En los archivos del monasterio de San Salvador de Leire, que está en Navarra, metido y situado dentro en los montes Pirineos, se dice que está allí sepultado con su mujer Munia, sin decir otra cosa. A estos papeles, como quier que carezcan de mayor luz de historia y seguridad, cuánta fe se haya de dar cada uno por sí mismo lo juzgue; que no nos pareció determinarnos por la una ni por la otra parte. Muertos estos reyes, faltó la línea de la familia real, por donde se siguió una vacante de cuatro años; en el cual tiempo, antes que las voluntades de los naturales viniesen y se conformasen en uno, á quien nombrasen por rey y le pusiesen por gobernador de la república, los mas escritores navarros dicen que, comunicado el negocio con el Pontífice romano, que parece fué Leon, cuarto deste nombre, con los franceses y los lombardos, por su consejo tomaron de las leyes de aquellas naciones lo que juzgaron ser á propósito para mantenerse en libertad. El mayor cuidado era que en ningun tiempo los reyes pudiesen usar mal del póder que les daban para oprimir los vasallos. Escribiéronse las leyes que vulgarmente se llaman los *Fueros de So-*

brarve, cuya fuerza principalmente está y se endereza á que, pues ellos pensaban dar al nuevo Rey lo que de moros se ganara, que tomado el poder y mando, ninguna cosa de mayor momento pensase que le era lícito determinar sin consejo y voluntad de doce hombres nobles que para este propósito se nombraron, ni disminuyese el derecho de la libertad, y que lo que se ganase de los moros fielmente lo dividiese con la nobleza. Para que todo esto fuese mas firme pareció criar un magistrado á la manera de los tribunos de Roma, que en este tiempo se llama vulgarmente el justicia de Aragon; cargo que, armado de las leyes, autoridad y aficion del pueblo, hasta ahora ha tenido el poder del rey cerrado dentro de ciertos límites para que no viniese en demasía; y á los nobles principalmente se dió por entonces que no les fuese imputado á mal si alguna vez hiciesen entre sí juntas para defender su libertad sin que el rey lo supiese. Mas estos y otros privilegios del rey don Alonso el Tercero en este propósito fueron por Cortes generales revocados en tiempo del rey don Pedro, el postrero de Aragon. Ordenadas las cosas en esta forma, Iñigo Sanchez, conde de Bigorra, señorío que está en la Aquitania ó Guiena, llamado por su ligereza por sobrenombre Arista, fué nombrado por rey por voto de trecientos nobles que se juntaron; y como hobiese en Pamplona, en la iglesia de San Victorian, jurado los derechos, leyes y libertad de sus vasallos, le fué dado el gobierno y el mando. Añaden que dió poder á sus vasallos que si quebrantase lo que tenia prometido pudiesen llamar y llamasen en defensa de su libertad al rey que quisiesen, moro ó cristiano; pero que el pueblo, lo que tocaba llamar á los moros, por ser cosa torpe no lo aceptó. Todas estas cosas, que no solo el vulgo, sino algunos hombres eruditos las tienen por averiguadas, otros las tienen por fábulas, y piensan antes que el rey Arista sucedió á su padre el rey pasado. Porque ¿qué causa bastante hobo para hacer nuevas leyes y establecer aquel nuevo magistrado? O ¿cómo pudieron comunicar esto con los lombardos, cuya nacion años antes sujetó y oprimió el poder de Carlo Magno? No hay para qué adivinar en cosa tan dudosa; por ventura lo que sucedió en la eleccion de don Garci Jimenez, primer rey de Sobrarve, el vulgo de los historiadores, por ignorancia de los tiempos, lo aplicó al rey Iñigo Arista, que pensaban ser el primero de aquellos reyes. Esto consta, que el rey don Iñigo Arista por este tiempo tuvo el reino en los montes Pirineos, y por mujer á doña Iñiga, hija del conde Gonzalo, de la sangre de los reyes de Oviedo. Tambien se casó con Teuda, hija de Cenon, duque de Vizcaya, como se tocó en otro lugar. Tuvo un solo hijo, no se sabe de qué matrimonio; pero llamóse Garci Iñiguez, y sucedióle en el reino. El monasterio de San Salvador de Leire, asentado entre los montes Pirineos, y que por su devocion, majestad de edificio y por sus gruesas rentas es muy principal, se tiene por obra y fundacion del rey Arista. En aquel monasterio están los cuerpos de las vírgenes Nunilon y Alodia, que no muchos años despues deste tiempo fueron muertas por la fe en un lugar llamado Bosca, cerca de Nájara; otros dicen en Huescar, la que está cerca de Baza. Verdad es que la ciudad de Boloña, en la Lombardía, se atribuye la posesion destas santas reliquias; pero hace contra esto un privilegio que se guarda en los archivos de aquel monasterio; y la vecindad de los lugares donde fueron muertas ayuda á esta opinion y á creer que sus reliquias están en aquel convento, á lo menos grande parte. Extendió el rey Arista los términos de su reino, añadió á lo que antes tenia, y ganó lo llano de Navarra, como quier que los reyes pasados se hobiesen estado hasta este tiempo dentro los montes. Pamplona y Alava, que con la revuelta de los tiempos volvieran á poder de los moros, por sus armas se recobraron. Así se llamó rey de Pamplona, como se muestra por los privilegios destos reyes. En el mismo tiempo Wifredo, llamado el Velloso, hijo del otro Wifredo, alcanzó el condado de Barcelona por juro de heredad por merced de Cárlos, emperador, llamado el Craso, con retencion solamente para sí del derecho de las apelaciones, que fué el año de 884, despues que por mandado del emperador Ludovico II, á causa de la tierna edad deste Wifredo, Salomon, conde de Cerdania, gobernó aquella ciudad y estado por espacio de diez y nueve años. Hijos deste Wifredo, entre otros, fueron Miro, conde de Barcelona, y Seniofredo, conde de Urgel, que adelante en estos estados sucedieron á su padre. Por el mismo tiempo falleció García Aznar, conde de Aragon. Sucedióle su hijo Jimeno García. Del año en que murió el rey Iñigo Arista hay diferencia entre los autores, sin que se pueda averiguar la verdad con seguridad. Sospechamos, empero, lo que parece pedir la razon de los tiempos, que falleció en el que reinó en las Astúrias don Alonso, rey de Oviedo, llamado el Magno, cerca de los años del Señor de 888. Sucedióle su hijo Garci Jimenez, que era menor de edad y tenia á la sazon solos diez y siete años; pero en grandeza de ánimo y en las cosas que hizo en tiempo de paz y de guerra no reconoció ventaja á ninguno de los reyes sus antepasados; porque, llegado á mayor edad, ganó grande reputacion, y la conservó con muchas victorias que ganó de los enemigos del nombre cristiano y batallas que dió, que la brevedad que llevamos no sufre que se relaten por menudo. Su mujer se llamó Urraca, hija ó hermana de Fortun Jimenez, conde de Aragon. Digo esto porque los autores asimismo no van conformes en esto, en tanto grado, que algunos la hacen solo parienta de Fortun, nieta de Galindo y hija de Endregoto, aquel de quien se dijo que su tio Jimeno García le usurpó el señorío de Aragon. Lo que se averigua es que este rey de Navarra tuvo en su mujer dos hijos, que se llamaron, el uno Fortun y el otro Sancho, por sobrenombre Abarca, y una hija, llamada Sanctiva, que casó con don Ordoño, rey de Leon, siendo ya viejo, y que estuvo antes casado otras dos veces, como queda dicho en el libro pasado. Este rey de Navarra murió á manos de los moros en un encuentro que con ellos tuvo en el valle de Aivar (el arzobispo don Rodrigo le llama Larumbe), ca hizo muchas veces entradas en tierra de moros con intento de ensanchar su reino y deseo muy encendido que tenia de extirpar toda la morisma de España. Fué su muerte el año de 905, como se entiende del *Cronicon alveldense*. Sucediéronle en el reinado sus dos hijos, primero Fortun, y despues don Sancho, en cuyo tiempo, segun que se dijo al fin del libro pasado, los nuestros perdieron aquella famosa jornada del valle de Junquera. El monasterio de San Salvador de Leire pretende que el rey don Garci Iñiguez está allí sepultado; con-

tradicen los de San Juan de la Peña por causa de un sepulcro ó lucillo que allí se ve entre los otros sepulcros de los reyes pasados con nombre del rey Garci Iñiguez. Para determinar este pleito ni tenemos tiempo ni lugar, ni creo yo que nadie podria averiguar la verdad. Sospecho que la ocasion desta y semejantes diversidades se tomó de diferentes sepulcros que pusieron á estos reyes por memoria en diversos lugares sin tener allí sus cuerpos, aquellos que á hacello se tenian por obligados por alguna merced dellos recebida, como se acostumbra tambien en nuestro tiempo. Esto baste por el presente de los principios del reino de Navarra.

CAPITULO II.

De los condes de Castilla.

Los romanos antiguamente llamaban vaceos por la mayor parte á aquella comarca de España que llamamos Castilla la Vieja y parte términos con el reino de Leon por los rios Carrion, Pisuerga, Heva y Regamon; por otra parte toca las tierras de Astúrias, Vizcaya y Rioja; hácia mediodía tiene por aledaños los montes de Segovia y Avila, do casi por estos tiempos se remataba el señorío de los moros por una parte, y por la otra el de los cristianos. Los campos son fértiles de pan llevar, producen vino muy bueno, son á propósito para los ganados; pero por la mayor parte tienen falta de aceite, alguna mas abundancia de agua que en lo demás de España, así de lluvias como de fuentes y rios. La gente de mansos y grandes ingenios, buenos y sin doblez, de cuerpos sanos, de rostros hermosos; demás desto, son sufridores de trabajo. En aquella provincia, dado que al principio no la poseyeron toda, algunos señores, poderosos en riquezas y vasallos, comenzaron á defender sus fronteras de los moros con esfuerzo y con las armas y de cada dia ensanchar mas su señorío. Llamábanse condes por permision, á lo que se entiende, de los reyes de Oviedo; verdad es que no se sabe si el tal apellido era nombre de principado ó solamente significaba gobierno. Por lo menos tenian obligacion de acudir á los dichos reyes, si se levantaba alguna guerra, con sus armas y vasallos; y si se juntaban Cortes del reino, de hallarse en ellas presentes. En los tiempos antiguos se acostumbró llamar condes á los gobernadores de las provincias, y aun les señalaban el número de los años que les habia de durar el mando. El tiempo adelante, por merced ó franqueza de los reyes, comenzó aquella honra y mando á continuarse por toda la vida del que gobernaba, y últimamente á pasar á sus decendientes por juro de heredad. Algun rastro desta antigüedad queda en España, en que los señores titulados, despues de la muerte de sus padres, no toman los apellidos de sus casas ni se firman duques, marqueses ó condes antes que el rey se lo llame y venga en ello, fuera de pocas casas que por especial privilegio hacen lo contrario desto. Como quier que todo esto sea averiguado, así bien no se sabe en qué forma ni por cuánto tiempo los condes de Castilla al principio tuviesen el señorío, mas es verisímil que su principado tuvo los mismos principios, progresos y aumentos que los demás sus semejantes tuvieron por todas las provincias de cristianos, á los cuales no reconocia ventaja ni en grandeza ni aun casi en antigüedad, porque hay muy antigua mencion de condes de Castilla, y en este número por los privilegios de los reyes antiguos se puede contar por primero el conde don Rodrigo, que floreció en el tiempo del rey don Alonso el Casto. En el número de los años y de las datas no hay para qué cansarse, porque tengo por averiguado está estragado en los mas de los privilegios antiguos. Despues de don Rodrigo las personas mas diligentes en rastrear las antigüedades de España ponen á don Diego Porcellos, hijo que fué del pasado, como lo señala en particular el *Cronicon albeldense*. Este vivió en tiempo de don Alonso el Magno, rey de Oviedo, por cuanto se puede conjeturar de memorias antiguas. Dió por mujer una hija suya, llamada Sulla Bella, á Nuño Belchides, que era de nacion aleman, y por su devocion era venido en romería á España y á Santiago. Este caballero, con deseo de adelantar las cosas de los cristianos, habiéndose emparentado con el conde don Diego, junto con él fundó la nobilísima ciudad de Búrgos para que la gente que estaba esparcida y derramada por las aldeas hiciese un cuerpo y forma de ciudad; de que tomó el nombre de Búrgos, porque los alemanes llaman burgos á las aldeas. Habia demás de don Diego Porcellos en el mismo tiempo otros condes de Castilla, por estar, á lo que parece, aquella provincia dividida en muchos señores, como fueron Fernando Anzules, Almondar, llamado el Blanco, y su hijo deste, llamado don Diego. Mas entre todos el de mayor autoridad y poder era Nuño Fernandez, en tanto grado, que vino á tener por yerno al hermano de don Ordoño, el segundo rey de Leon, por nombre don García, que fué tambien rey. Por esto, y porque por las armas forzó á don Alonso el Magno, su consuegro, á renunciar el reino, tenia mas presumpcion que don Ordoño pudiese sufrir, como enemigo que era de toda insolencia y altivez. Fuera desto, malsines atizaban el fuego y avivaban el disgusto, cuales hay muchos en las casas de los príncipes, que tienen costumbre de subir á los mas altos grados, no por alguna virtud suya, sino derribando los que les están delante, maña muy mala, pero hollada y seguida por los prósperos sucesos que por este camino muchos han tenido. Con los aguijones deste odio movido el Rey, llamó los condes á su corte. Fingió que queria con ellos comunicar los negocios mas graves del reino. Señalóse para la junta un pueblo llamado Regular, situado en medio del camino y á los confines de los señoríos de Castilla y de Leon. Acudieron el dia señalado los condes sin guarda bastante de soldados, por venir sobre seguro y confiados en la buena conciencia que tenian. Echáronles deslealmente mano por mandado del Rey, y fueron enviados en prisiones á la ciudad de Leon. El dolor que las ciudades y lugares de Castilla concibieron, gravísimo por esta causa, se acrecentó grandemente con el aviso que dentro de pocos dias sobrevino de la muerte impía y cruel dada á los condes. Temia el rey don Ordoño nuevas alteraciones y que aquellas gentes se resolverian de acudir á las armas para tomar emienda de aquel agravio; apercebíase para la guerra, juntaba soldados, armas y caballos cuando sobrevino su fin. Falleció en Zamora de su enfermedad año de nuestra salvacion de 923; fué sepultado en Leon en la iglesia de Nuestra Señora, que él mismo hiciera consagrar, como queda arriba apuntado. Hiciéronle las exequias como

á rey con grande solemnidad y aparato. En este tiempo por muerte de Sisnando, obispo de Compostella, sucedió en aquella iglesia Gundesindo, hombre principal, hijo de cierto conde, pero que escurecia con sus malas costumbres y afeaba la nobleza de su linaje. Muerto este, fué puesto en su lugar Ermigildo, igual en la nobleza al pasado y muy semejable en las costumbres y vida. De Nuño Belchides y de Sulla Bella, su mujer, nacieron dos hijos, Nuño Rasura y Gustio Gonzalez. Nuño Rasura fué abuelo del conde Fernan Gonzalez, á quien nuestras historias suben hasta las nubes por sus muchas hazañas y valor muy conocido; de Gustio fueron nietos los infantes de Lara; con que la sangre de don Diego Porcellos, mezclada con la real, como se dirá en su lugar, anda asimismo engerida en muchas casas y linajes principales de España y de fuera della, sin que haya faltado sucesion y linea de sus nietos y descendientes hasta esta nuestra era.

CAPITULO III.

De don Fruela el Segundo, rey de Leon.

Muerto que fué el rey don Ordoño, su hermano don Fruela, segundo deste nombre, sucedió en el reino de Leon, no por alguna virtud que en él hobiese ni por voluntad de los grandes ó conforme á las leyes, sino por las armas en que muchos ponen el derecho de reinar. Conforme á los principios fueron los medios y los acabos. No le duró mucho el poder, reinó solos catorce meses. Señalóse solamente en afrentas, torpeza y crueldad, por lo cual le pusieron el nombre de Cruel. Forzosa cosa es tema á muchos á quien muchos temen. La seguridad de los reyes está en el amor de sus vasallos, y en el odio su perdicion. Dió la muerte á los hijos de un hombre principal, llamado Olmundo, cuyo hermano, llamado Fruminio, obispo de Leon, fué forzado á salir en destierro; que por ser persona eclesiástica no quiso el Rey poner en él las manos, dado que no era nada escrupuloso ni templado. Tuvo en su mujer Munia á don Alonso, don Ordoño, don Ramiro; y fuera de matrimonio á don Fruela, padre de don Pelayo, llamado el Diácono, con quien casó el tiempo adelante doña Aldonza ó Alfonsa, nieta del rey don Bermudo, llamado el Gotoso. Sepultóse don Fruela en Leon. Su memoria y fama quedó afeada, no mas por la enfermedad de lepra, de que murió, que por la cobardía de toda su vida, y por la rebelion y enajenamiento de Castilla que en su tiempo sucedió. Habia alterado las voluntades de los naturales la muerte indigna de los condes que el rey don Ordoño mandó hacer. Esta pena se acrecentaba de cada dia con nuevos agravios que les hacian, ca les forzaban á ir á pedir justicia y seguir sus pleitos delante los jueces de Leon, y cuando se tenian Cortes generales acudir á ellas. Así, lo que trataban en sus ánimos y no era fácil ponello en ejecucion, que era levantarse, tuvieron buena ocasion de apresurarlo por la poquedad del rey don Fruela; quitáronle públicamente la obediencia y se le rebelaron. Para dar órden en las cosas y para el gobierno escogieron dos personas de entre toda la nobleza que tuviesen cargo de todo con suprema autoridad. Diéronles nombre de jueces, y no títulos de otros principados mas grandes, porque no tomasen ocasion del apellido para oprimir la libertad. Fueron nombrados para esto Nuño Rasura y Lain Calvo, dos varones en aquel tiempo muy nobles y poderosos. Lain era de menos edad y casado con Nuña Bella, hija de su compañero. A este se dió cuidado de la guerra por su mucho esfuerzo. A Nuño Rasura, que era persona de grande experiencia y de prudencia aventajada, encargaron principalmente las cosas del gobierno y de la justicia, que administraba estando en Búrgos, ciudad principal, las mas veces solo, y tambien en otros pueblos de la provincia. Dos leguas de Medina de Pomar hay un pueblo llamado Bijudico, y en él un tribunal de obra muy vieja, en que los naturales, por tradicion antigua, dicen que estos jueces acostumbraban á publicar sus leyes y determinar sus pleitos. Gobernábanse, es á saber, por un antiguo libro y fuero que contenia las antiguas leyes de Castilla, cuya mencion se halla muy ordinaria en los papeles y memorias deste tiempo, y que tuvo fuerza hasta el tiempo del rey don Alonso el Sabio, que le derogó, y en su lugar ordenó las leyes de *Las Partidas*. Cuánto tiempo hayan vivido estos jueces no se sabe, ni aun se tiene bastante noticia de sus hechos. Del linaje destos dos jueces sin duda sucedieron hombres muy nobles, muy valientes y señalados, porque Lain Calvo fué quinto abuelo del Cid Ruy Diaz; hijo de Nuño Rasura fué Gonzalo Nuño, que tuvo el cargo de su padre, no con menor gloria que él, por ser de ingenio fácil, de suavidad de costumbres y afabilidad singular, en todas sus cosas muy curioso. Demás desto, acordó y hizo que los hijos de los nobles se criasen y amaestrasen en su palacio, que era como un seminario y plantel de varones señalados en paz y en guerra; por la cual liberalidad ganó grandemente las voluntades de toda la provincia. Su mujer se llamó doña Jimena, hija del conde Nuño Fernandez, que fué con los demás condes de Castilla muerto por el rey don Ordoño. Deste matrimonio nació el conde Fernan Gonzalez, por la gloria de sus virtudes y proezas, y en particular por la grande constancia que mostró en tanta variedad de cosas como por él pasaron, igual á cualquiera de los antiguos caudillos y príncipes. Pero del conde Fernan Gonzalez se tratará luego en su lugar. Volvamos al cuento de los reyes.

CAPITULO IV.

De don Sancho Abarca, rey de Navarra.

Cosa averiguada y cierta es que las historias de Navarra están llenas de muchas fábulas y consejas, en tanto grado, que ninguna persona lo podrá negar que tenga alguna noticia de la antigüedad. Paréceme á mí que los historiadores de aquella nacion siguieron el afecto y inclinacion vulgar que muchos tienen de hermosear su narracion con monstruosas mentiras de cosas increibles y con patrañas. Por donde la historia, cuya principal virtud consiste en la verdad, viene [illegible]cerse y ser semejante á los libros de caballerías, compuestos de fábulas y mentiras, en que hombres ociosos y vanos se entretienen y en ellos gastan su tiempo, falta que en todo lo demás de la historia se echa de ver, mas en lo que toca á este tiempo son las invenciones mas evidentes y claras, cuando muerto por los moros en un rebate el rey Garci Iñiguez, fingen que sucedió lo mismo á su mujer doña Urraca, que estaba preñada, y di-

cen quedó en el campo muerta, ó en el mismo ó en diferente trance y tiempo; que es cosa mas fácil maravillarse que los autores se diferencien en la mentira que entender y averiguar la verdad. Concuerdan empero en que un caballero, por nombre Sancho de Guevara, como sobreviniese y mirase lo que pasaba, vió al infante que sacaba el brazo por una de las heridas de la la madre que muerta quedó; acordó de abrir el vientre de la madre y sacar dél al niño; crióle secretamente en su casa hasta tanto que tuvo buena edad. No sé qué espantajos se temia, pues para mayor secreto dicen que le traia vestido de aldeano, y por calzado unas abarcas, de donde le dieron el sobrenombre de Abarca. Añaden últimamente que pasados diez y nueve años de vacante, como la gente tratase de nombrar rey, le trajo á las Cortes. Allí, averiguado el caso y sabida la verdad, con grande voluntad de todos le fué dado el reino y la corona, teniendo todos por muy alegre agüero y pronóstico para adelante que Dios le hobiese guardado de tantos peligros, y persuadiéndose que conforme á tan maravillosos principios serian los medios y fines. Pero esto, que muy hermosamente se dice, muchos lo tienen por falso, personas de mayor prudencia y erudicion, y no concuerdan las memorias y privilegios antiguos; ni aun la razon de los tiempos da lugar á que don Sancho Abarca naciese despues de la muerte de su padre, pues tuvo por yernos á don Alonso y don Ramiro, reyes de Leon, que vivieron y reinaron poco adelante; antes entiendo que era ya de buena edad cuando murió su padre, y que tomó luego la corona. Dado que de los archivos y papeles del monasterio de San Salvador de Leire aquellos monjes sacan que Fortun, hermano mayor deste rey don Sancho, tuvo primero que él aquel reino por algun poco de tiempo. Si es verdad ó mentira no lo sabria decir; pero afirman que, dejado el reino, creo por estar cansado de las cosas del mundo, tomó el hábito de monje en aquel monasterio. La verdad es que este don Sancho tuvo en su mujer Teuda á Garci Sanchez el mayorazgo, y despues dél á Ramiro y á Gonzalo y á Fernando, demás desto cinco hijas, que fueron sus nombres Urraca, Teresa, María, Sancha y Blanca. Esta postrera dicen algunos que casó con don Nuño, señor de Vizcaya; otros lo contradicen, movidos de que por aquel tiempo no se halla que ninguno de aquel nombre haya tenido aquel señorío y estado. Fué este Príncipe dichoso, no solo por los muchos hijos que tuvo, sino esclarecido por las armas, porque con su valor y esfuerzo todo lo que por la revuelta de los tiempos se perdió en Sobrarve y Ribagorza, se recobró de los moros; y no solo hizo esto, mas ensanchó mucho los antiguos términos de aquel señorío hasta ganar y sujetar á su corona la Vizcaya ó Cantabria y todo lo que se extiende por las riberas del rio Duero hasta su nacimiento y los montes Doca, y hácia mediodía hasta [illegible]dola y Huesca. Demás desto, da muestra que llegó con el discurso de sus victorias á Zaragoza un castillo que está situado cerca de aquella ciudad, con nombre de Sancho Abarca; y aun no contento con los términos de España, pasados los Pirineos, en Francia sujetó aquella parte de los vascones y Navarra que largo tiempo poseyeron aquellos reyes, y hoy es la tierra de vascos. Estaba el Rey embarazado en esta guerra de la otra parte de los montes; los moros, por pensar que por los frios del invierno no podría venir al socorro, se pusieron sobre Pamplona. Don Sancho, avisado del peligro, hizo pasar los montes á los soldados con abarcas por causa del frio; y esta fué la verdadera causa de haberle llamado Abarca, á la manera que sucedió en los nombres de Calígula y Caracalla, emperadores romanos, por semejante ocasion. Fué cosa fácil al que venció la naturaleza y el tiempo vencer tambien en batalla á los enemigos y forzallos á que alzasen el cerco, como lo hizo. En todas estas guerras se alaba sobre todos la valentía de un capitan llamado Centullo, hombre sagaz, animoso y denodado. Habia con esto el rey don Sancho ganado gran gloria, si no afeara en gran parte su nombre con volver las armas contra Castilla, cosa que demás de la nota á él acarreó mal y daño, como se verá poco adelante.

CAPITULO V.

De don Alonso el Cuarto y don Ramiro el Segundo, reyes de Leon.

Don Alonso, cuarto deste nombre, llamado el Monje, el reino que don Fruela á tuerto le quitara, despues de su muerte le recobró, año de 924. Don Lúcas de Tuy dice que don Alonso fué hijo del mismo rey don Fruela, contra lo que sienten otras personas de mayor diligencia y autoridad, que dicen fué hijo del rey don Ordoño el Segundo. En tiempo deste Rey partió desta vida Juan, prelado de Toledo, año del Señor de 926, sucesor que fué de Wistremiro y de Bonito, y él por sí ilustre ejemplo de la santidad antigua. En su lugar no sucedió algun otro, por vedar, como se entiende, los bárbaros que alguno en aquellas revueltas fuese elegido y puesto en lugar que pudiese gobernar y ayudar las cosas de los cristianos. Solo los demás sacerdotes, con deseo de tener paz entre sí por una manera de concordia, daban el primer lugar al cura de Santa Justa y obedecian á sus mandatos; estado en que se conservaron hasta tanto que Toledo volvió á poder de cristianos. En el mismo tiempo volaba por el mundo la fama de Fernan Gonzalez, conde de Castilla. El nombre y título de conde, porque su padre solamente tuvo nombre de juez, no se sabe si lo tomó con consentimiento de los reyes de Leon, ó lo que parece mas verisímil, por voluntad de sus vasallos, que le quisieron honrar por esta manera, maravillados de las excelentes virtudes de tan gran varon. Señalóse en la justicia y mansedumbre, celo de la religion y en el gran ejercicio que tuvo y larga experiencia en las cosas de la guerra, virtudes con que no solo defendió los antiguos términos de su señorío, sino demás desto hizo que los del reino de Leon se estrechasen y retrajesen de la otra parte del rio de Pisuerga. Ganó de los moros ciudades y pueblos, castigó la insolencia de los navarros con la muerte de su rey don Sancho Abarca. Tenian los navarros costumbre de hacer mal y daño en las tierras de Castilla; no contentos con esto, maltrataron de palabra con amenazas y denuestos á los embajadores que les envió á pedir emienda de lo hecho. Pasaron en esto tan adelante y las demasías fueron tales, que se tuvo por abierta la guerra. El Conde, que no sufria insolencias ni demasías, hizo con sus gentes entrada y rompió por las tierras del Navarro; las talas y presas eran grandes. Acudió el enemigo á la defensa; juntáronse las fuerzas y gentes de ambas partes cerca

de un lugar llamado Gollanda. Dióse la batalla de poder á poder, en que perecieron muchos de los unos y de los otros, sin declararse la victoria por gran espacio. Finalmente, en lo mas recio de la pelea los generales se desafiaron y combatieron entre sí. Encontráronse con las lanzas; los golpes fueron tan grandes, que ambos cayeron en tierra; el Rey con una mortal herida, el Conde aunque gravemente herido, pero sin peligro de la vida. Animáronse con esto los soldados de Castilla, y con tal denuedo cargaron sobre los enemigos, que en breve quedó por ellos el campo. Sobrevino á la sazon el conde de Tolosa con sus gentes en socorro de los navarros. Recogió á los que huian, y vueltos á las puñadas, tornóse á encender la batalla. Sucedió lo mismo que antes, que los condes se encontraron entre sí de persona á persona; cayó de un bote de lanza en aquel combate muerto el de Tolosa, con que los navarros quedaron de todo punto vencidos y puestos en huida. Los cuerpos del Rey y del Conde con licencia del vencedor fueron llevados á sus tierras y honradamente sepultados. Sobre la sepultura de don Sancho Abarca hay pleito entre los monjes de San Juan de la Peña y los de San Salvador de Leire, que cada cual de las dos partes pretende le sepultaron en su monasterio, el cual no hay para qué determinar en este lugar. Solo entiendo que don Sancho Abarca murió al principio del reinado del rey don Alonso el Magno, año de nuestra salvacion de 926, despues que reinó por espacio de veinte años enteros. Sucedió en el reino don Garci Sanchez, su hijo, de quien hallo que se llamaba rey de Pamplona y de Najara. Reinó cuarenta años; su mujer se llamó doña Teresa. Esto en Navarra. El rey don Alonso de Leon fué en sus costumbres mas semejante á don Fruela que á su padre. Ninguna virtud se cuenta dél, ninguna empresa, ninguna provincia sujetada por guerra y allegada á su señorío. El odio de los suyos por esta misma causa se encendió contra él de tal suerte, que, cansado con el peso del gobierno, se determinó de renunciar el reino á su hermano don Ramiro. Llamóle con este intento á Zamora el año del Señor de 931 y de su reinado seis y medio. Dióle el cetro de su mano, resuelto de descargarse de cuidados y de mudar la vida de príncipe con la de particular y de monje. En el monasterio de Sahagun, puesto á la ribera del rio Cea, tomó el hábito sin cuidar ni de lo que las gentes podian pensar de aquel hecho, ni de su hijo don Ordoño, habido en doña Urraca Jimenez, hija de don Sancho Abarca, rey de Navarra, que quedaba en su tierna edad desamparado de ayuda y á propósito para que le hiciesen cualquier agravio. El principio bueno fué; el tiempo, que aclara los intentos, dió á entender que mas se movió por liviandad que por otro buen respeto. Doña Teresa, hermana de la reina doña Urraca, casó con el nuevo rey don Ramiro; della nacieron don Bermudo, don Ordoño, don Sancho y doña Elvira. Don Ramiro, encargado que se hobo del reino, luego tornó á renovar la guerra de los moros. Entendia como varon prudente que con ninguna cosa mas podia ganar las voluntades de los suyos ni hacer mayor servicio á Dios que en perseguir á los enemigos del nombre cristiano; pero la inconstancia de don Alonso puso impedimento á tan santos intentos, porque con la misma ligereza con que la habia tomado dejó aquella manera de vida y se comenzó á llamar rey. Para atajar los males que podian resultar destos principios, don Ramiro á la hora revolvió contra Leon, do su hermano estaba. Allí le cercó, y vencido de la hambre y de la falta de todas las cosas le forzó á rendirse. En aquella ciudad fué puesto en prision, sin por entonces hacer en él mayor castigo, á causa que los hijos del rey don Fruela, segundo deste nombre, andaban alterados en Astúrias, y forzaban á don Ramiro á ir allá. La ocasion de alterarse no era la misma á los capitanes y al pueblo. Los hijos de don Fruela se quejaban de haber sido despreciados por el Rey, pues no los llamó á las Cortes en que don Alonso renunció el reino. Los asturianos se alteraron por aficion que tenian á don Alonso y llevar mal que tratase de dejar el gobierno. Eran muchos los levantados, y mas por miedo del castigo que por voluntad ó esperanza de salir con la victoria, tomaron por cabezas á los hijos de don Fruela; pero conocido el peligro que corrian, acordaron de enviar embajadores á don Ramiro para avisalle que estaban aparejados á hacer lo que les fuese mandado, recebirle en las ciudades y pueblos, servílle con todas sus fuerzas con tal que se determinase de venir sin ejército, de paz y sin hacer mal á nadie; que esto tomarian por señal que su ánimo estaba aplacado. El, sospechando algun engaño ó teniendo por cosa indigna que sus vasallos para obedecélle le pusiesen condiciones, entró con grueso ejército y domó á sus enemigos. Perdonó á la muchedumbre, tomó castigo de los mas culpados. A los hijos de don Fruela luego que los tuvo en su poder los privó de la vista. El mismo castigo se dió á don Alonso, hermano del Rey. No léjos de la ciudad de Leon estaba un monasterio con nombre de San Julian, edificado á costa deste rey don Ramiro; en él fueron guardados por toda la vida, y despues de muertos sepultados, así todos estos como doña Urraca, mujer de don Alonso. Con esto aquellas grandes alteraciones que tenian suspensos los ánimos de los naturales tuvieron mas fácil salida que se pensaba. Concluidas estas revueltas, el Rey, como antes lo pretendió, volvió las armas contra los moros. Entró por el reino de Toledo, tomó por fuerza en aquella comarca, saqueó y quemó á Madrid, pueblo principal, derribóle los muros. En el entre tanto los moros encendidos en deseo de vengarse, juntas sus gentes, entraron por tierra de cristianos. Lo primero se metieron por los campos de Castilla. El Conde, como quier que por la guerra pasada de Navarra se hallase flaco de fuerzas, movido por el peligro que las cosas corrian, envió embajadores al rey don Ramiro para rogarle no permitiese que el nombre cristiano recibiese afrenta ni que los bárbaros se fuesen sin castigo; que él forzado tomó las armas contra el Rey, su suegro, y que el suceso de las guerras no está en manos de los hombres; si algun agravio ó enojo recibió por lo hecho, que era justo perdonarle por respecto de la patria; que le aseguraba no pondria en olvido el beneficio y cortesía que le hiciese en este trance. El peligro comun ablandó el ánimo del Rey. Acudió luego con sus gentes deseoso de ayudar al Conde. Juntáronse las huestes y los campos. Dióse la batalla cerca de la ciudad de Osma, en que gran número de los bárbaros fueron muertos, los demás puestos en huida. Los soldados cristianos cargados de oro y de presas volvieron á sus casas. Algunos sospechan que desde este tiempo

volvieron los condes de Castilla á estar á devocion y ser feudatarios y vasallos de los reyes de Leon, porque les parece que un rey tan amigo de honra como don Ramiro no juntara de otra manera sus fuerzas, ni perdonara las injurias y desacatos que le habian hecho, sin que primero se le allanasen. Siguióse una nueva guerra contra los moros. El rey don Ramiro, encendido en deseo de oprimirlos con sus gentes, movió la vuelta de Zaragoza. Tenia el principado de aquella ciudad Abenaya, señor de pocas fuerzas, feudatario de Abderraman, rey de Córdoba. Acompañó á don Ramiro en esta jornada el conde Fernan Gonzalez. El Moro, pareciéndole que no podria resistir á dos enemigos tan fuertes, tomó por partido sujetarse al rey don Ramiro y pagalle parias. Con este concierto se hicieron paces y cesó la guerra. No guardan los moros la fe mas de cuanto les es forzoso. Así, partidos los nuestros, y tambien por miedo de Abderraman, que tenia aviso se aprestaba contra él, mudado partido y tomado nuevo asiento, de consuno acometieron los dos las tierras de los cristianos. Llegaron á Simancas; llevaban los moros mal que los cristianos les pusiesen leyes y forzasen á pagar parias los á quien tenian antes por sus tributarios. Acudió luego el Rey y salió al encuentro á los enemigos. Dióse la batalla, que fué muy brava y de las mas señaladas y reñidas de aquel tiempo; murieron treinta mil moros, otros dicen setenta mil. Los despojos fueron muchos y ricos, grande el número de los cautivos. El mismo Abenaya tambien fué preso. Abderraman con veinte de á caballo escapó por los piés. El conde Fernan Gonzalez, por no haberse hallado en la batalla, el por qué no se sabe, pero habiéndose encontrado con los que huian, hizo en ellos no menor matanza. Da muestra desto un privilegio del monasterio de San Millan de la Cogulla, puesto en los montes de Oca, que se llamó antiguamente de San Félix, que concedió el Conde por memoria del beneficio recebido y desta victoria que ganó de los moros. En aquel privilegio se manda que muchas villas y pueblos de Castilla contribuyan por casas cada uno para los gastos y servicios de aquel monasterio, bueyes, carneros, trigo, vino, lienzo, conforme á lo que en cada tierra se daba, por voto que el Conde hizo cuando iba á esta guerra; de donde tambien se entiende que de aquella parte de Vizcaya que se llama Alava fueron gentes de socorro al Rey, y que todos estuvieron persuadidos que dos ángeles en dos caballos blancos pelearon en la vanguardia, y que por su ayuda se ganó la victoria; cosa que no suele acontecer ni aun inventarse sino en victorias muy señaladas cual fué esta. El alfaquí mayor de los moros, que es como obispo entre ellos, vino en poder del Conde. Con esto, la provincia y la gente pareció alentarse del grande espanto causado del aparato que los contrarios hicieron para aquella guerra, además de muchas señales que en el cielo se vieron y muchos prodigios; porque en el mismo año que fué la pelea, es á saber, el de 934, otros á este número añaden cuatro años, siendo reyes don Ramiro en Leon, y don Garci Sanchez en Pamplona, hobo un eclipsi del sol á los 19 de julio (mas quisiera á los 18, porque dicen fué viérnes) por espacio de una hora entera á las dos de la tarde, tan grande y cerrado, que se mudó el dia en muy espesas tinieblas. Segunda vez á 15 de octubre, que fué miércoles, la luz del sol se volvió amarilla, en el cielo apareció una abertura, cometas de extraordinaria forma, que caian á la parte de mediodía; las tierras fueron abrásadas por oculta fuerza de las estrellas, sin otras cosas que daban á entender la ira de Dios y su saña. Todo esto se contiene en el privilegio del conde Fernan Gonzalez; otros dicen que en el mismo dia de la batalla se eclipsó el sol á 6 de agosto, dia de los santos Justo y Pastor, que fué lúnes. Estas señales tenian á todos muy congojados; pero ganada la victoria, se trocó el temor en alegría y se entendió que no amenazaban á los fieles, sino á sus enemigos. Falleció por este tiempo Miron, conde de Barcelona; dejó tres hijos menores de edad. Estos fueron Seniofredo, que le sucedió en el estado; Oliva, por sobrenombre Cabreta, al cual mandó el señorío de Besalu y de Cerdania, y Miron, que en los años adelante fué obispo y conde de Girona. El gobierno por la tierna edad del nuevo Príncipe estuvo mucho tiempo en poder de Seniofredo, su tio, conde de Urgel, que fué escalon para que sus descendientes poco adelante se apoderasen de todo. A la sazon que gobernaba este Seniofredo aquel estado se tuvo un concilio de obispos en un pueblo llamado Fuentecubierta, tierra de Narbona. En este Concilio se determinó un pleito que andaba entre los obispos Antigiso, de Urgel, y Adulfo, pallariense, sobre los términos y mojones de los obispados, ó por mejor decir, sobre toda la diócesi del pallariense, que el de Urgel pretendia ser toda suya. Así fué determinado por los obispos, que en pasando desta vida Adulfo, la ciudad de Pallas quedase sujeta al obispo de Urgel, porque se probaba por instrumentos muy ciertos que antiguamente lo fué. Presidió en el Concilio Arnusto, prelado narbonense, por estar á la sazon Tarragona en poder de moros, á cuyo obispo pertenecia concertar los pleitos entre los obispos comarcanos y sufragáneos suyos. Por muerte de Seniofredo, conde de Barcelona, que falleció adelante sin dejar hijos, bien que estuvo casado con doña María, hija del rey don Sancho Abarca, Borello, conde de Urgel y hijo del otro Seniofredo, se apoderó del señorío de Barcelona. La fuerza prevaleció contra la razon; que de otra suerte ¿qué derecho podia tener ni alegar para excluir á Oliva, hermano del difunto? Tuvo Borello un hermano, llamado Armengaudo ó Armengol, de grande santidad de vida, y por esto puesto en el número de los santos y en los calendarios; pero esto fué algun tiempo adelante. El rey don Ramiro, llegado á mayor edad y vuelto su pensamiento á las artes de la paz y al culto de la religion, de los despojos de los moros edificó en Leon un monasterio de monjas con advocacion de San Salvador, do hizo que doña Elvira, su hija única, tomase el hábito y el velo como se acostumbra. Otro monasterio hizo con nombre de San Andrés. El tercero de San Cristóbal, á la ribera del rio Cea cerca de Duero. El cuarto con nombre de Santa María Vírgen. En conclusion, en el valle Ornense levantó otro monasterio con advocacion del arcángel San Miguel. Estaba el Rey ocupado en estas cosas cuando nuevas y domésticas alteraciones le hicieron volver á las armas. Fernan Gonzalez y Diego Nuñez, hombres principales, con deseo de novedades, ó por alguna causa agraviados del Rey, se rebelaron contra él. No tenian bastantes fuerzas, llamaron á los moros y á su capitan Accifa. Destruyeron el ter-

Ordoño, don Sancho sin contradicion fué hecho rey de Leon. Tuvo sobrenombre de Gordo porque lo era en demasía, y por la misma razon de cuerpo inútil para el trabajo. Verdad es que tuvo muy buen natural y admirable constancia en las adversidades, no nada malicioso, antes muy noble en sus cosas y condicion. El segundo año de su reinado, que se contó de Cristo 956, por alterarse el ejército á causa de las parcialidades que aun no sosegaban de todo punto, fué forzado á recogerse y hacer recurso á su tio, el rey de Navarra, y desamparar el reino por dudar de las voluntades de los amigos y estar contra él declarados muchos enemigos, que se inclinaban en favor de don Ordoño, hijo del rey don Alonso, llamado el Monje; el cual con la ida de don Sancho, su competidor, se apoderó fácilmente de todo, y para tener mas autoridad casó con doña Urraca, repudiada del rey don Ordoño, su primo, casamiento en que vino el Conde, padre della. Era este don Ordoño de malo y perverso natural, tanto, que le llamaron el Malo; y como soltase las riendas á sus inclinaciones malas (cosa siempre muy perjudicial á los que tienen gran poder y mando) cayó en odio de la gente, y por el odio en menosprecio. No dejaba don Sancho de advertir la ocasion que se presentaba por este respeto para recobrar el reino, sino que primero para adelgazar el cuerpo por consejo del rey de Navarra, su tio, fué á Córdoba, do se decia por la fama habia grandes médicos, en particular á propósito para curar aquella enfermedad. Abderraman le recibió benignamente, púsose en cura, y por virtud de cierta yerba, cuyo nombre no se refiere, deshecha la gordura, quedó el cuerpo en un medio conveniente. Para que el beneficio fuese mas colmado, le dió á la partida buenas ayudas de moros para que recobrase su reino. Era al Rey bárbaro cosa muy honrosa que se entendiese tenia en su mano la paz y la guerra, hacer y deshacer reyes. Venido don Sancho, su contrario don Ordoño sin tratar de defenderse se fué á las Astúrias; tan grande era el temor que le vino repentinamente. De allí con la misma desconfianza pasó á las tierras del Conde, su suegro. A los miserables todos los desamparan, y las piedras se levantan contra el que huye. Donde pensaba hallar refugio, allí quitándole la mujer por su cobardía, fué desechado. Recogióse á los moros, en cuya tierra pasó su triste vida pobre y desterrado, y últimamente falleció cerca de Córdoba. En el mismo tiempo las armas de Castilla se alteraron con guerras domésticas. Dón Vela, uno de los nietos y decendientes del otro Vela que dijimos tuvo el señorío de Alava, allí y en la parte comarcana de Castilla tenia grande jurisdiccion. Este, feroz por la edad y confiado por los parientes, riquezas y aliados, que tenia muchos, tomó las armas contra el conde Fernan Gonzalez. El Conde no sufria ninguna demasía, acudió asimismo á las armas. Venció á Vela y á sus aliados y consortes, y siguiólos por todas partes sin dejallos reposar en ninguna hasta tanto que los puso en necesidad de hacer recurso á los moros, dejada la patria; que fué ocasion de grandes movimientos y desgracias. El Alhagib Almanzor, ó á ruegos y persuasion destos foragidos, ó con deseo de satisfacerse de la afrenta pasada, juntado que tuvo un grueso ejército, entró por tierras de Castilla, espantoso y airado contra los nuestros. El Conde con los suyos le salió al encuentro; pero primero que se viese con los enemigos, con deseo de visitar á Pelayo, su huésped, de camino pasó por su ermita; halló que era ya muerto. Aquejado con el cuidado de lo que le sucederia, entre sueños le apareció Pelayo, y le certificó que seria vencedor; confiado por ende en la ayuda de Dios fuese á la guerra sin recelo, y en pudiendo diese á los moros la batalla. La pelea se trabó cerca de Piedrahita con tan grande denuedo y porfía de las partes cuanto nunca antes mayor; los bárbaros confiaban en su muchedumbre; los nuestros en la justicia, esfuerzo y buen talante de la gente, sobre todo en la ayuda de Dios, dado que eran pocos para tan grande morisma, conviene á saber: cuatrocientos y cincuenta de á caballo, quince mil infantes, pero muy valientes en el pelear y arriscados. Dicen que duró la pelea por espacio de tres dias sin cesar hasta que cerraba la noche, lo que era menester para reposar. El dia postrero el apóstol Santiago fué visto entre las haces dar la victoria á los fieles. De los enemigos en la pelea y huida perecieron mayor número que jamás; por espacio de dos dias siguieron los nuestros el alcance y ejecutaron la victoria en los que huian. Acabada esta guerra, vinieron de toda Castilla embajadores, los principales de las ciudades, eso mismo de las otras naciones á dar el parabien al Conde por beneficio tan señalado, confesando que por su esfuerzo los cristianos eran librados de presente de un grave peligro, y para adelante de nó menos miedo. En particular don Sancho, rey de Leon, con una muy noble embajada que le envió, despues de alegrarse con él le pedia que por cuanto trataba de juntar Cortes de todo su reino para consultar cosas muy graves, no se excusase de venir á Leon y hallarse en ellas. Fué esta demanda pesada al Conde por temer asechanzas en aquella muestra de amistad, y que con color de las Cortes no fuese engañado de aquel Rey astuto, ca sospechaba no debia estar olvidado de las diferencias pasadas; mas no se ofrecia alguna bastante causa para rehusar lo que le era mandado. Prometió de ir allá, y cumpliólo el dia señalado, acompañado de gran número de sus grandes. Supo el Rey su venida, y para mas honralle le salió á recebir. Tuviéronse estas Cortes el año 958, en las cuales no se sabe qué cosas se tratasen. Solo refieren que el Conde vendió al Rey por gran precio un caballo y un azor de grande excelencia, por no querer recebillos de gracia como se los ofrecia, y que se puso una condicion en la venta que, caso que no se pagase el dinero el dia señalado, por cada dia que pasase se doblase la paga. Demás desto, por astucia de la reina viuda, doña Teresa, que deseaba vengar la muerte de su padre, se concertó que doña Sancha, su hermana, casase con el Conde; la cual estaba en poder de don García, hermano de las dos, rey de Navarra; era ya doña Urraca muerta, la primera mujer del Conde. Entendia que por fuerza no aprovecharia nada, y el rey don Sancho no queria abiertamente faltar en su fe; determinaron de poner asechanzas al Conde y usar en lugar de armas de la deslealtad de los navarros. No sabia estos meneos y tramas el rey Garci Sanchez; y así, con deseo de vengar las injurias pasadas, no cesaba de hacer cabalgadas, talar y maltratar las tierras de Castilla. El Conde, vuelto á su tierra, le amonestó por sus embajadores hiciese emienda de los daños hechos; que de otra guisa no podria excusarse de mirar por los

en tan clara perdicion? ¿No miras que en el suceso y trance de una batalla consiste el peligro de toda la cristiandad, pues en tu tierra se hace la guerra? Si venciéremos el provecho será poco; si fuéremos vencidos será forzoso que la provincia desnuda de fuerzas y vencida del miedo venga, lo que Dios no quiera, en poder de los enemigos. Mira no sea perder en un punto y en un momento las ciudades y pueblos ganados en tantos siglos y con tanta sangre de cristianos; lo que los venideros digan no fué esfuerzo, sino locura; como ordinariamente los consejos atrevidos tienen la fama segun lo que dellos resulta, y conforme á sus remates se juzga dellos. Considera otrosí que muchas veces es de mayor esfuerzo refrenar el ánimo con la razon que con las armas vencer á los enemigos. En esto tiene gran parte la fortuna, el recato es oficio muy propio de grandes varones. Y ¿qué cosa puede ser mas temeraria que por un vano deseo de alabanza y honra poner en cierto y grave peligro las cosas sagradas, la patria, las mujeres y hijos y toda la religion? Tú haz lo que juzgares ser mejor, que tambien yo no rehusaré de ponerme á cualquier trance por tu mandado; pero de mi parecer nunca con tan grande peligro y riesgo te pondrás, señor, al trance de la batalla.» El Conde no ignoraba que el parecer de Gonzalo Diaz era de otros muchos que hablaban por la boca de uno; pero prevaleció el deseo de la honra y reputacion. Así, como razonase largamente de las fuerzas de los suyos, de la ayuda divina, de la gloria ganada, que tenia por mas grave que la muerte amancillarla con alguna muestra de cobardía, y los demás, quién de verdad, quién fingidamente alabasen su parecer y se conformasen con él, hechos sus votos y plegarias, movieron contra el enemigo, que tenia sus reales cerca de la villa de Lara. No vinieron luego á las manos; el Conde cierto dia salió por su recreacion á caza, y en seguimiento de un jabalí se apartó de la gente que le acompañaba. En el monte cerca de allí una ermita de obra antigua se via cubierta de hiedra, y un altar con nombre del apóstol San Pedro. Un hombre santo, llamado Pelagio ó Pelayo, con dos compañeros, deseoso de vida sosegada, habia escogido aquel lugar para su morada. La subida era agria, el camino estrecho, la fiera acosada como á sagrado se recogió á la ermita. El Conde, movido de la devocion del lugar, no la quiso herir, y puesto de rodillas pedia con grande humildad el ayuda de Dios. Vino luego Pelayo, hizo su mesura al Conde; él por ser ya tarde hizo allí noche, y cenado que hobo lo poco que le dieron, la pasó en oracion y lágrimas. Con el sol le avisó Pelayo, su huésped, del suceso de la guerra; que saldria con la victoria, y en señal desto antes de la pelea se veria un extraño caso. Volvió con tanto alegre á los suyos, que estaban cuidadosos de la salud, declaró todo lo que pasaba. Encendiéronse los ánimos de los soldados á la pelea, que estaban atemorizados. Ordenaron sus haces para pelear. Al punto que querian acometer, un caballero, que algunos llaman Pero Gonzalez, de la Puente de Fitero, dió de espuelas al caballo para adelantarse. Abrióse la tierra y tragóle sin que pareciese mas. Alborotóse la gente espantada de aquel milagro. Avisóles el Conde que aquella era la señal de la victoria que le diera el ermitaño, que si la tierra no los sufria, menos los sufririan los contrarios; con estas palabras volvieron todos en sí. Dióse luego la batalla de poder á poder, en que por pequeño número de cristianos fué destrozada aquella gran muchedumbre de enemigos. El general con los que pudieron escapar salió huyendo de la matanza. Con esta victoria las cosas de los cristianos, que estaban para caer, se repararon. Los nuestros alegres y cargados de despojos de moros se volvieron á sus casas. Dióse parte de la presa al santo varon Pelayo, y con el tiempo á costa del Conde se edificó de los despojos de la guerra un magnífico monasterio á la ribera del rio Arlanza con advocacion de San Pedro, en que fueron puestos los huesos de don Gonzalo, padre del Conde. En nuestra edad se muestra la ermita de Pelayo en una peña que está cerca de aquel monasterio. El cuerpo de san Vicente, mártir, menos solamente la cabeza, y los de las santas Sabina y Cristeta, sus hermanas, dicen los monjes de San Benito de aquel monasterio de San Pedro de Arlanza que los tienen allí, otros que están en otras partes. Un sepulcro sin duda se muestra en aquel lugar de García, abad que fué antiguamente de aquel convento, que ponen en el número de los santos. Los moros sin perder en alguna manera el ánimo por aquel destrozo y desman trataban de acometer á Castilla; y por otra parte el rey don Ordoño, despues de la entrada que hizo en la Lusitania, encendido todavía en deseo de vengarse del Conde, se aparejaba para le hacer cruel guerra. Hallábanse las cosas en gran peligro; el ánimo del rey don Ordoño, como de príncipe modesto, fácilmente se amansó con una embajada del Conde, en que le pedia perdon con toda humildad, que no por su voluntad le habia errado, sino antes por engaño de aquellos que usaran mal de su facilidad; que estaba aparejado para hacer lo que le mandase y recompensar con nuevos servicios la ofensa pasada. Avisóle otrosí que grandes gentes de moros se aparejaban para daño de cristianos; no era justo antepusiese sus particulares afectos y dolor á la causa comun del nombre y religion cristiana. Con esta embajada, no solo el Rey se aplacó, sino le envió tanta gente de socorro cuanta era menester para rebatir la furia de los moros, que eran llegados á Santistéban de Gormaz haciendo mal y daño. Diéronse vista los campos, y tras esto la batalla, que fué herida y brava. La victoria quedó por los nuestros, el estrago de los bárbaros fué grande. El rey don Ordoño, con la nueva alegre de tan grande victoria y lleno de nuevas esperanzas, se aparejaba para hacer otra vez guerra á los moros, cuando en Zamora murió de su enfermedad, el año de 955. Su cuerpo fué sepultado con reales exequias y aparato en Leon, en San Salvador, do estaba enterrado su padre.

CAPITULO VII.

De don Sancho el Gordo, rey de Leon.

En vida del rey don Ordoño no se sabe en qué parte haya estado don Sancho, su hermano, y si tuviese alguna mano en el gobierno del reino; ni aun hay noticia si los dos hermanos hicieron amistad entre sí, ó si duró siempre la enemiga que al principio tuvieron. El vergonzoso descuido de los coronistas destos tiempos fuerza á que la historia muchas veces vaya sin claridad; concuerdan empero que despues de la muerte de don

Ordoño, don Sancho sin contradicion fué hecho rey de Leon. Tuvo sobrenombre de Gordo porque lo era en demasía, y por la misma razon de cuerpo inútil para el trabajo. Verdad es que tuvo muy buen natural y admirable constancia en las adversidades, no nada malicioso, antes muy noble en sus cosas y condicion. El segundo año de su reinado, que se contó de Cristo 956, por alterarse el ejército á causa de las parcialidades que aun no sosegaban de todo punto, fué forzado á recogerse y hacer recurso á su tio, el rey de Navarra, y desamparar el reino por dudar de las voluntades de los amigos y estar contra él declarados muchos enemigos, que se inclinaban en favor de don Ordoño, hijo del rey don Alonso, llamado el Monje; el cual con la ida de don Sancho, su competidor, se apoderó fácilmente de todo, y para tener mas autoridad casó con doña Urraca, repudiada del rey don Ordoño, su primo, casamiento en que vino el Conde, padre della. Era este don Ordoño de malo y perverso natural, tanto, que le llamaron el Malo; y como soltase las riendas á sus inclinaciones malas (cosa siempre muy perjudicial á los que tienen gran poder y mando) cayó en odio de la gente, y por el odio en menosprecio. No dejaba don Sancho de advertir la ocasion que se presentaba por este respeto para recobrar el reino, sino que primero para adelgazar el cuerpo por consejo del rey de Navarra, su tio, fué á Córdoba, do se decia por la fama habia grandes médicos, en particular á propósito para curar aquella enfermedad. Abderraman le recibió benignamente, púsose en cura, y por virtud de cierta yerba, cuyo nombre no se refiere, deshecha la gordura, quedó el cuerpo en un medio conveniente. Para que el beneficio fuese mas colmado, le dió á la partida buenas ayudas de moros para que recobrase su reino. Era al Rey bárbaro cosa muy honrosa que se entendiese tenia en su mano la paz y la guerra, hacer y deshacer reyes. Venido don Sancho, su contrario don Ordoño sin tratar de defenderse se fué á las Astúrias; tan grande era el temor que le vino repentinamente. De allí con la misma desconfianza pasó á las tierras del Conde, su suegro. A los miserables todos los desamparan, y las piedras se levantan contra el que huye. Donde pensaba hallar refugio, allí quitándole la mujer por su cobardía, fué desechado. Recogióse á los moros, en cuya tierra pasó su triste vida pobre y desterrado, y últimamente falleció cerca de Córdoba. En el mismo tiempo las armas de Castilla se alteraron con guerras domésticas. Dón Vela, uno de los nietos y decendientes del otro Vela que dijimos tuvo el señorío de Alava, allí y en la parte comarcana de Castilla tenia grande jurisdiccion. Este, feroz por la edad y confiado por los parientes, riquezas y aliados, que tenia muchos, tomó las armas contra el conde Fernan Gonzalez. El Conde no sufria ninguna demasía, acudió asimismo á las armas. Venció á Vela y á sus aliados y consortes, y siguiólos por todas partes sin dejallos reposar en ninguna hasta tanto que los puso en necesidad de hacer recurso á los moros, dejada la patria; que fué ocasion de grandes movimientos y desgracias. El Alhagib Almanzor, ó á ruegos y persuasion destos foragidos, ó con deseo de satisfacerse de la afrenta pasada, juntado que tuvo un grueso ejército, entró por tierras de Castilla, espantoso y airado contra los nuestros. El Conde con los suyos le salió al encuentro; pero primero que se viese con los enemigos, con deseo de visitar á Pelayo, su huésped, de camino pasó por su ermita; halló que era ya muerto. Aquejado con el cuidado de lo que le sucederia, entre sueños le apareció Pelayo, y le certificó que seria vencedor; confiado por ende en la ayuda de Dios fuese á la guerra sin recelo, y en pudiendo diese á los moros la batalla. La pelea se trabó cerca de Piedrahita con tan grande denuedo y porfía de las partes cuanto nunca antes mayor; los bárbaros confiaban en su muchedumbre; los nuestros en la justicia, esfuerzo y buen talante de la gente, sobre todo en la ayuda de Dios, dado que eran pocos para tan grande morisma, conviene á saber: cuatrocientos y cincuenta de á caballo, quince mil infantes, pero muy valientes en el pelear y arriscados. Dicen que duró la pelea por espacio de tres dias sin cesar hasta que cerraba la noche, lo que era menester para reposar. El dia postrero el apóstol Santiago fué visto entre las haces dar la victoria á los fieles. De los enemigos en la pelea y huida perecieron mayor número que jamás; por espacio de dos dias siguieron los nuestros el alcance y ejecutaron la victoria en los que huian. Acabada esta guerra, vinieron de toda Castilla embajadores, los principales de las ciudades, eso mismo de las otras naciones á dar el parabien al Conde por beneficio tan señalado, confesando que por su esfuerzo los cristianos eran librados de presente de un grave peligro, y para adelante de no menos miedo. En particular don Sancho, rey de Leon, con una muy noble embajada que le envió, despues de alegrarse con él le pedia que por cuanto trataba de juntar Cortes de todo su reino para consultar cosas muy graves, no se excusase de venir á Leon y hallarse en ellas. Fué esta demanda pesada al Conde por temer asechanzas en aquella muestra de amistad, y que con color de las Cortes no fuese engañado de aquel Rey astuto; ca sospechaba no debia estar olvidado de las diferencias pasadas; mas no se ofrecia alguna bastante causa para rehusar lo que le era mandado. Prometió de ir allá, y cumpliólo el dia señalado, acompañado de gran número de sus grandes. Supo el Rey su venida, y para mas honralle le salió á recebir. Tuviéronse estas Cortes el año 958, en las cuales no se sabe qué cosas se tratasen. Solo refieren que el Conde vendió al Rey por gran precio un caballo y un azor de grande excelencia, por no querer recebillos de gracia como se los ofrecia, y que se puso una condicion en la venta que, caso que no se pagase el dinero el dia señalado, por cada dia que pasase se doblase la paga. Demás desto, por astucia de la reina viuda, doña Teresa, que deseaba vengar la muerte de su padre, se concertó que doña Sancha, su hermana, casase con el Conde; la cual estaba en poder de don García, hermano de las dos, rey de Navarra; era ya doña Urraca muerta, la primera mujer del Conde. Entendia que por fuerza no aprovecharia nada, y el rey don Sancho no queria abiertamente faltar en su fe; determinaron de poner asechanzas al Conde y usar en lugar de armas de la deslealtad de los navarros. No sabia estos meneos y tramas el rey Garci Sanchez; y así, con deseo de vengar las injurias pasadas, no cesaba de hacer cabalgadas, talar y maltratar las tierras de Castilla. El Conde, vuelto á su tierra, le amonestó por sus embajadores hiciese emienda de los daños hechos; que de otra guisa no podria excusarse de mirar por los

suyos y satisfacelles sus agravios. Con esta embajada parece se abria la guerra; de lance en lance vinieron á las armas. Juntaron sus huestes, dióse en breve la batalla, en que el Conde salió vencedor. En esta guerra Lope Diaz, señor de Vizcaya, como cuentan las historias de aquella gente, ayudó al Conde en esta jornada. Dicen fué hijo de Iñigo Ezquerra, biznieto de Zuria, que fué antiguamente señor de Vizcaya. Despues desta victoria hechas las paces, el conde Fernan Gonzalez, conforme á lo que se capituló, fué á Navarra con acompañamiento de gente desarmada como para bodas y fiestas. La cosa daba muestra de alegría y seguridad mas que de miedo; con todo eso fué preso por el Rey desleal, que se halló en el lugar aplazado con gente y con armas. Desta prision fué librado por astucia de doña Sancha, por cuyo amor cayera en aquel trabajo, y con ella huyó á su tierra. Encontraron con él los soldados castellanos en la frontera de Castilla y en aquella parte de la Rioja do despues se edificó el pueblo de Villorado; que iban juramentados de no volver á sus casas antes que el Conde recobrase su libertad. Fueron grandes las muestras de alegría y regocijo de ambas partes, del Conde y de sus buenos vasallos. Llegados á Búrgos, se celebraron las bodas. El rey de Navarra, engañado por la astucia de su hermana, se apercebia para la guerra. El Conde no rehusó la batalla, que se dió á las fronteras de Castilla y de Navarra. Fué el Rey vencido, y vino en poder de su enemigo el año 959. El mismo año, que fué el de los árabes 350, Abderraman, rey de Córdoba, murió siendo muy viejo; poco antes que muriese le envió una magnífica embajada el rey don Sancho de Leon. El principal de los embajadores, que era Velasco, obispo de Leon, le pidió por el derecho de la amistad que antes tenian asentada entre los dos le enviase el cuerpo del mártir Pelagio, que lo tendria por singular beneficio. Abderraman no quiso venir en lo que se le pedia, pero no mucho despues lo concedió Alhaca, su hijo y sucesor, el cual por la muerte de su padre reinó diez y siete años y dos meses; y con deseo de la paz, á que era inclinado, pretendia hacer placer y cortesía á los príncipes comarcanos. Don García, rey de Navarra, despues que estuvo preso en Búrgos trece meses, fué restituido en su libertad. Las lágrimas de doña Sancha y los ruegos de los otros príncipes aplacaron el ánimo airado del Conde. La reina doña Teresa, mujer de ánimo feroz, por no habelle sucedido como pretendia el engaño que tenia urdido contra el conde de Castilla, se determinó armalle nuevos lazos. Persuadió á don Sancho, su hijo, rey de Leon, llamase el Conde á las Cortes generales del reino con voz que queria en ellas tratar de los negocios mas graves de su estado. Fué él contra su voluntad, porque sospechaba engaño; el Rey no le salió á recebir como antes, y puesto de rodillas para besar como era de costumbre su real mano, con palabras afrentosas desechándole de sí, mandó ponerle en prision. Por esta causa gran tristeza y lloro entró en los ánimos de los buenos vasallos del Conde. Doña Sancha, hembra varonil y de ingenio astuto, con deseo de librar á su marido, se aprovechó desta maña. Finge que quiere ir en romería á Santiago; era el camino por Leon donde tenian el Conde preso; el Rey, avisado de su venida, como á tan noble dueña y tia suya, la salió á recebir y la hospedó amorosamente. Ella con grandes ruegos pidió licencia para visitar á su marido; no podia ser cosa mas honesta ni mas justa que el deseo que mostraba de consolarle. Permitió el Rey que aquella noche se quedase con él; á la mañana antes que fuese bien claro, el Conde, vestido de las ropas de su mujer, como si ella fuera, salió de la cárcel, y en un caballo que para esto tenian aprestado se fué á su tierra. Doña Sancha desde la cárcel, en que se quedó en vez de su marido, avisó al Rey cómo el Conde era huido; que perdonase á ella como á persona de sangre real y deuda suya, que no era justo rehusar algun peligro por causa de su marido y por salvalle; lo que por esta causa habia hecho era digno, si no de loa, á lo menos de perdon; que la principal virtud de los reyes consiste en levantar á los miserables y caidos. El Rey dolióse al principio del engaño; despues sosegada la saña con la razon, alabó la piedad y el valor de aquella señora, su astucia y la constancia de su ánimo; en conclusion, honrándola con muchas palabras, mandó fuese llevada á su marido con grande acompañamiento. El Conde, alegre por lo sucedido, dado que pudiera romper la guerra contra aquel Rey como contra enemigo, contentóse con pedirle lo que por el caballo y el azor se le debia. Habia crecido grandemente la deuda por la dilacion. Como no le pagasen, talaba los campos de los leoneses sin desistir de hacer mal y daño hasta tanto que el Rey envió sus contadores para hacer la paga enteramente. Llegados á cuenta, hallaron que no bastaban los tesoros reales para pagar. Concertóse que en recompensa de la deuda Castilla quedase libre sin reconocer adelante vasallaje á los reyes de Leon. Este asiento dicen que se tomó año de nuestra salvacion de 965. En el mismo año un grueso ejército de moros rompió por el reino y puso cerco á Leon; mas fueron por el esfuerzo de la guarnicion y ciudadanos rechazados con grave daño. Del Océano grandes llamas, causadas, á lo que se entiende, de algun aspecto malino de las estrellas, se derramaron sobre las tierras cercanas y hasta Zamora, tanto cundieron, abrasaron muchos pueblos y campos; anuncio de mayores males, segun que el pueblo lo pronosticaba. Don Garci Sanchez, rey de Navarra, falleció el año siguiente de 966; dejó de su mujer, doña Teresa, á don Sancho y don Ramiro, asimismo tres hijas: á doña Urraca, doña Hermenesilda y doña Teresa. En qué parte haya sido enterrado no se sabe; algunos sospechan que en el monasterio de San Salvador de Leire. El *Cronicon alveldense* dice que en el castillo de Santistéban, lo cual tengo por mas cierto. El reino se dió á don Sancho García, hijo del difunto, y junto con él á don Ramiro, su hermano; si dividido ó como á compañeros y de igual poder, no se declara; lo que se averigua por el dicho *Cronicon alveldense*, que se escribió por este mismo tiempo, es que reinó don Ramiro mas de diez años; no parece fué casado, por lo menos que murió sin sucesion hay grandes conjeturas, certidumbre ninguna. Don Sancho, que se intitulaba, como se ve por los privilegios antiguos, rey de Pamplona, Najara y Alava, tuvo el reino veinte y siete años, sin saberse dél otra cosa digna de memoria por descuido de los escritores de aquel tiempo. Solo consta que añadió á su reino el señorío de Vizcaya y á Najara, que en aquel tiempo era la ciudad principal y silla de aquel estado. Da

muestra que fué amigo de aumentar el culto divino la grande liberalidad con que dió diversos campos y pueblos al monasterio de San Salvador de Leire, al de San Millan en Najara, y al de San Juan de la Peña. Su mujer se llamó doña Urraca, de quien tuvo á don Garci Sanchez, su hijo, llamado Trémulo, porque solia al principio de la pelea temblar mas que parece sufria el grande ejercicio que tenia de las armas y la dignidad real, vicio y falta de su natural, que solia recompensar con notables hazañas; luego que entraba en la pelea y en calor cumplia con lo que debia á buen soldado y prudente capitan. En Galicia hobo nuevos bullicios por estar aquella provincia dividida en parcialidades muy fuera de sazon, pues tenian tanto que hacer en la guerra de los moros. La causa destos alborotos no se refiere, solo dicen que por diligencia del Rey fueron en breve sosegados estos movimientos; castigó algunos de los alborotados; otros fueron echados y desterrados á aquella parte de la Lusitania que estaba en poder del Rey, como á frontera. Tenia el gobierno de aquella tierra un cierto conde, llamado Gonzalo, hombre mal intencionado. Este, en defensa de los desterrados, por ser de su parcialidad, tomó las armas contra el Rey, y llegó con ellas hasta la ribera de Duero. Allí, desconfiado de las fuerzas, acordó valerse de engaño; alcanzó perdon de lo hecho por ruegos muy grandes. Habia sido muy familiar del Rey en otro tiempo; recibióle en el mismo lugar y grado que antes; con que tuvo comodidad de dar al Rey una manzana emponzoñada con yerbas mortales; la fuerza del veneno, luego que la comió, se derramó por las venas y comenzó á apoderarse de las partes vitales. Mandóse llevar á Leon, pero desahuciado de los médicos, rindió el alma antes de llegar, cerca de aquella ciudad, tres dias despues que le emponzoñaron, el año de 967. Su cuerpo enterraron en la iglesia de San Salvador de Leon. Reinó por espacio de doce años.

CAPITULO VIII.

De don Ramiro el Tercero, rey de Leon.

Averiguado es que el rey don Sancho casó con doña Teresa, asimismo que don Ramiro era de cinco años cuando su padre murió. Tuvo el reino por espacio de quince años, pero por su tierna edad el gobierno estuvo en poder de la Reina, su madre, y de doña Elvira, su tia, que otros llaman Geloira, hembras muy señaladas y de singular prudencia, si bien por ser el Rey pequeño y ellas mujeres se levantaron grandes alteraciones. El sucesor de Ermigildo, prelado de Compostella, que se llamaba Sisnando y era hijo del conde Menendo, porque confiado en su nobleza gastaba torpemente las rentas eclesiásticas y la hacienda, el rey don Sancho le removió y puso en prision, eligiendo en su lugar á Rodesindo, que fué primero obispo dumiense y despues monje de San Benito en el monasterio de Celanova. Era de sangre real y hijo del conde Gutierre Arias y de Aldara, su mujer. Sisnando por la muerte del rey don Sancho fué puesto en libertad, y salido que hobo de la cárcel, se apoderó por este tiempo de la iglesia compostellana, y forzó á su sucesor por miedo de la muerte á que renunciase y se volviese á su monasterio, en que pasó lo mas de su edad muy contento de verse libre. Allí acabó santísimamente; y en diversas partes celebran su fiesta á 1.º de marzo, que es el dia que falleció, año de 976. Tenian los de Leon puesta amistad con el rey de Córdoba, y de nuevo se confirmó por causa que el rey de Córdoba, Alhaca, en gracia del nuevo rey don Ramiro le concedió el cuerpo del mártir Pelagio. Pusiéronle en el monasterio que á sus expensas en Leon edificara el rey don Sancho, y deseaba aumentar la devocion de aquella iglesia con las sagradas reliquias deste mártir. Este monasterio se llamó antiguamente de San Juan Bautista, despues de San Pelagio ó Pelayo; al presente tiene la advocacion de San Isidoro. La causa de mudar los apellidos fué la translacion que á él en diversos tiempos se hizo de los cuerpos de aquellos dos santos. Alteróse la paz y avenencia con esta ocasion á persuasion de don Vela, el cual dijimos haber huido á Córdoba, y por su importunidad los moros deseaban hacer guerra contra el conde de Castilla y satisfacerse de tantos agravios como dél tenian recebidos. El rey Alhacá, dado que era mas inclinado á la paz que á la guerra, movido por la instancia que en esta razon le hicieron los suyos, con un grueso ejército que juntó rompió por las tierras de Castilla; apoderóse de Sepúlvedá, Gormaz, Simancas y Dueñas, y animado con el buen suceso, menospreciada la confederacion que tenia con el rey de Leon, se metió y rompió por su reino, tomó en aquellas partes por fuerza á Zamora y la echó por tierra. La molestia que el conde Fernan Gonzalez recibió destas cosas le acarreó su fin el año siguiente, que se contó de nuestra salvacion 968. Falleció en Búrgos, fué sepultado á la ribera de Arlanza. En aquel monasterio de San Pedro, junto al altar mayor se ven las sepulturas dél y de su mujer doña Sancha con sus letreros, que declaran cuyos son. Las exéquias fueron célebres, no mas por el aparato, quebranto y lutos de los suyos que por las lágrimas de toda la provincia, que lloraba la muerte de tan bueno y tan fuerte príncipe, por cuyo esfuerzo las cosas de los cristianos se conservaron por tanto tiempo. Tuvo de dos mujeres estos hijos: Gonzalo, Sancho, Garci Fernandez, otros añaden á Pedro y á Balduino. Lo que consta es que Garci Fernandez sucedió á su padre por ser los demás muertos en tierna edad, ó si eran vivos, le antepusieron en la sucesion á causa de su buen natural y principios que mostraba de grandes virtudes, que en breve se aumentaron y dieron colmado fruto. Dejó asimismo una hija, llamada doña Urraca, de quien poco antes diversas veces se ha hecho mencion. Por el mismo tiempo los normandos, que tenian su asiento en aquella parte de Francia que antiguamente se llamó Neustria, ahora Normandía, y por diligencia de Herveo, obispo de Rems, algunos años antes deste se hicieron cristianos, como estuviesen acostumbrados á robar las riberas de España, juntaron este año una gruesa armada con que maltrataron las tierras de Galicia, quemaron aldeas, castillos y lugares, cautivaron muchos hombres, robaron asimismo todo lo que hallaban; duró dos años esta plaga. El Rey por su tierna edad no podia acudir á la defensa. Sisnando, prelado de Compostella, hombre mas para soldado que para obispo, juntado que hubo un número de los naturales, en un rebate que dió al enemigo cerca de un pueblo

llamado Fornellos fué muerto con una saeta que le tiraron. Sucedió esto á 29 de marzo, año de 979; el fin fué conforme á la vida. Lo que con razon se puede en él alabar es que procuró diligentemente de cercar á Santiago de murallas á propósito de poner en defensa aquel tan santo lugar que no le pudiesen forzar los enemigos. El conde Gonzalo Sanchez, nombrado por capitan para aquella guerra, se gobernó mejor. Acometió de sobresalto cerca de la mar á los normandos, que cargados de despojos marchaban sin órden y sin recelo, y hizo en ellos gran matanza. Pereció en la refriega el mismo general de aquella gente, llamado Gunderedo; quitóles la presa y los cautivos; las naves otrosí sin faltar una les fueron, unas tomadas, quemadas otras, con que quedó libre España de gran peligro y cuidado. En Córdoba por el mismo tiempo falleció el rey Alhaca el año de 976, de los árabes 366. Este año el moro Rasis envió sus *Comentarios*, que escribió en arábigo de las cosas de España á Balharab, miramamolin de Africa, á cuya persuasion y por cuyo mandado los compuso. Dejó Alhaca ocho hijos, todos de pequeña edad y muy niños. Los moros no se concertaban en el que debia suceder; remitiéronse al miramamolin de Africa, por cuyo órden Hisem fué antepuesto á sus hermanos, aunque no tenia mas que diez años y cuatro meses. Reinó treinta años y cuatro meses solo de nombre, porque el gobierno y poder tenia Mahomad, hombre sagaz, que se llamó Alhagib, que quiere decir virey, por voluntad de los grandes, y tenia mano en todo. El mismo despues se llamó Almanzor, que quiere decir vencedor, por las muchas victorias que ganó de los enemigos. De aquí nacieron entre aquella gente alteraciones civiles, como es ordinario cuando el rey pasa la vida en ociosidad, en deleites y deportes, y reinan otros en su nombre. Además que con la abundancia de España, templanza del cielo, blandura de los naturales, ya la ferocidad de los ánimos, con que aquella gente vino á España, se habia menguado y quitado mucho de las fuerzas del cuerpo. No pararon estas discordias hasta que Hisem fué despojado del reino paterno. El estado de nuestras cosas no era mejor, á causa que por haberse el Rey criado en regalo y entre mujeres tenia las costumbres estragadas y en el ánimo poco valor. Demás desto, la reina doña Urraca, con quien el rey don Ramiro casó el año 981, estaba apoderada de su marido. Menospreciaba los consejos de su madre y de su tia doña Elvira, vírgen consagrada á Dios, por cuyo respeto algun tanto al principio se solia enfrenar. Daba audiencia de mala gana, las respuestas ásperas; con esto irritó los nobles de Galicia, hombres de feroz natural. Destos principios cayó en menosprecio de los suyos, y se dió ocasion á los revoltosos de alterar el reino. Los primeros que se alteraron fueron los gallegos, como los mas desabridos. Don Bermudo, primo del Rey y hijo del rey don Ordoño, tercero deste nombre, se hizo capitan y cabeza de los alterados con esperanza de recobrar por las armas el reino de su padre, que pretendia le quitaran á gran tuerto. El rey don Ramiro, por este peligro al cabo despierto del sueño, acudió á la necesidad. Hízose la guerra dos años con diferentes sucesos y trances. Estaban divididas las voluntades del reino entre los dos. Ultimamente, se dió la batalla cerca de un lugar llamado Portela Arenaria, no léjos de Monterroso. Murieron muchos de ambas partes sin que la victoria se declarase. Despues desta batalla de tal manera se dejaron las armas, que Galicia quedó por don Bermudo, que puso en Compostella el asiento y silla de su nuevo reino. Fué hecho obispo de aquella ciudad por voluntad de don Bermudo Pelayo, obispo que era de Lugo, hijo del conde Rodrigo, hombre de malas costumbres, por donde adelante le quitaron el obispado, y pusieron en su lugar á Pedro Mansorio, monje y abad de conocida virtud. En tiempo deste buen prelado volvieron á la iglesia compostellana todas las cosas y heredades que por las revueltas de los tiempos pasados le quitaron. El conde don Rodrigo, con deseo de restituir á su hijo en aquella dignidad, llamó los moros en su ayuda. Miserable era el estado de las cosas, y grande la afrenta de la religion cristiana. Con el ímpetu y armas de los bárbaros fué Galicia muy maltratada; la misma ciudad de Compostella fué tomada, y una pared del templo de Santiago echada por tierra. No tocaron en el sepulcro del Apóstol, no se sabe la causa, solo consta que Santiago volvió por su silla y su templo y castigó gravemente aquel desacato; porque con una enfermedad de cámaras que anduvo por todo el ejército, pereció con muchos dolores gran parte de aquella morisma. El mismo Almanzor, como preguntase la causa de tan grande estrago, y cierto hombre le respondiese que uno de los dicípulos del Hijo de María tenian allí sepultado, determinó dejar aquella empresa. No pudo llegar á su tierra, ca murió de la misma enfermedad en Medinaceli, pueblo conocido en los celtíberos, á la raya de Aragon. Por otra parte, con nuevas entradas que hicieron los moros, ganaron muchos lugares de los nuestros, esto es, á Gormaz cerca de Osma, y á Atienza; en Castilla la Vieja Simancas despues de un largo cerco fué tomada, y vencido el rey don Ramiro, que vino á socorrer los cercados. Nunca se vió España en mayor peligro despues que comenzó á levantar cabeza; los nuestros divididos entre sí, grave daño; el Alhagib, capitan de gran nombre y que lo gobernaba todo por los reyes de Córdoba, ardia en odio implacable del nombre cristiano. Partidos los moros, la pared de la iglesia de Santiago se reedificó por diligencia del rey don Bermudo y de su prelado Pedro Mansorio; y fué el templo reconciliado con solemne ceremonia, como se acostumbra, por quedar profanado con la suciedad de la supersticion morisca. A Pedro sucedió en aquella iglesia Pelayo Diaz, de juez seglar repentinamente mudado en obispo por malas mañas y fuerza de que usó. Fué pues depuesto este prelado porque era de costumbres insolentes y no daba orejas á nadie. En su lugar sucedió su hermano Vimara, de vida semejante, que, ó acaso, ó por traicion de alguno, murió ahogado en el rio Miño. Eran aquellos tiempos muy estragados; las costumbres de los sacerdotes muy livianas, no solo en España, sino al tanto en las otras partes del orbe cristiano. La misma Roma, cabeza de la Iglesia y albergo de la santidad, padecia un grave cisma. Bonifacio y Benedicto y Juan pleiteaban sobre el pontificado; cada cual tenia sus valedores y razones que en su favor alegaba. Cuánta fuese la corrupcion de las costumbres, de Luitprando, diácono ticinense, que escribió como testigo lo que veia y pa-

saba, se puede entender. A Vimara sucedió otro del mismo linaje, cuyo nombre no se refiere; algunos códices le llaman Iscuaria; sospecho que la letra está errada. Este, como no fuese nada mejor que sus dos parientes, por mandado del Rey fué preso. Volvamos á don Ramiro, que pasaba en ociosidad y descuido toda la vida; gran perjuicio en los príncipes, cuyo oficio principal es por sí mismos acudir á las armas; en este estado le tomó la muerte; falleció en Leon el año 982. Sepultaron su cuerpo en el monasterio de Destriana, que, como se dijo arriba, le edificó el rey don Ramiro, su abuelo, en el valle ornense con advocacion y en nombre de San Miguel. De allí por mandado del rey don Fernando, segundo deste nombre, como docientos años adelante le trasladaron á la iglesia mayor de Astorga. Sampiro, obispo de Astorga, de quien hemos tomado muchas cosas en lo pasado, hizo fin á su escritura y historia en este lugar. Pasa adelante Pelagio, obispo de Oviedo, que vivió en tiempo de don Alonso el Emperador. El crédito de entrambos, por haberse hallado en muchas de las cosas que cuentan, es grande, aunque el de Sampiro se tiene por mayor, y él mismo por autor mas grave.

CAPITULO IX.

De don Bermudo el Gotoso, rey de Leon.

Por la muerte de don Ramiro la sucesion tornó y recayó en don Bermudo, segundo deste nombre, así por derecho de consanguinidad, que era primo hermano del Rey muerto, como por estar por fuerza apoderado de parte del reino. Tuvo el reino diez y siete años, fué enfermo y sujeto á la gota, por la cual causa fué llamado el Gotoso. Confirmó con nuevo edicto que publicó las leyes antiguas de los godos, y mandó que los cánones de los pontífices romanos tuviesen vigor y fuerza en los juicios y pleitos seglares, que fué una ordenacion santísima. Pero antes de comenzar las cosas deste Rey conviene tratar de Garci Fernandez, conde de Castilla, del cual consta que al principio que tomó el gobierno peleó con los moros cerca de Santistéban de Gormaz á la ribera del rio Duero. Murió gran número de moros, los demás se salvaron por los piés. Aconteció en aquella batalla una cosa digna de memoria. Fernan Antolinez, hombre noble y muy devoto, oia misa al tiempo que se dió señal de acometer, costumbre ordinaria suya antes de la pelea; por no dejarla comenzada, se quedó en el templo cuando se tocó al arma; esta piedad cuán agradable fuese á Dios se entendió por un milagro. Estábase primero en la iglesia, despues escondido en su casa temia no le afrentasen como á cobarde. En tanto otro á él semejante, es á saber, su ángel bueno, peleaba entre los primeros tan valientemente, que la victoria de aquel dia se atribuyó en gran parte al valor del dicho Antolinez. Confirmaron el milagro las señales de los golpes y las manchas de la sangre que se hallaron frescas en sus armas y caballo. Así publicado el caso y sabido lo que pasaba, quedó mas conocida la inocencia y esfuerzo de Antolinez. El conde Garci Fernandez, despues desta guerra y jornada, se dice casó con dos mujeres; la una se llamó Argentina, de cuya apostura se enamoró al tiempo que su padre, hombre noble y francés de nacion, la traia en romería juntamente con su madre á Santiago. Seis años despues estando el Conde, su marido, enfermo en la cama, ó por aborrecimiento que le tenia, ó con deseo de la patria, se volvió á Francia con cierto francés que tornaba de la misma romería; así lo dicen nuestras historias. El Conde, recobrada la salud y dejando en el gobierno de su estado á Egidio y á Fernando, hombres principales, en traje disfrazado se fué á aquella parte de Francia donde entendia que Argentina moraba. Tenia Argentina una antenada, llamada Sancha, que, como suele acontecer, estaba mal con su madrastra. Esta, con esperanza que la dieron de casar con el Conde ó por liviandad, como mujer, le dió entrada en la casa. Mató el Conde en la cama á Argentina y al adúltero, y con tanto llevó á la dicha Sancha consigo á España. Hiciéronse las bodas de los dos con grande aparato y regocijo en Búrgos. Muchos tienen todo esto por falso, y afirman que la mujer deste Conde se llamó Oña, movidos por el monasterio de San Salvador de Oña, que dicen el conde Garci Fernandez edificó en Castilla del nombre de su mujer. Otros afirman que se llamó Abba, como lo muestran los letreros antiguos de los sepulcros destos condes que hay en Arlanza y en Cardeña; la verdad ¿quién la averiguará? Mas podemos sin duda maravillarnos de tanta variedad que determinar lo que se debe seguir. No tiene mejor fundamento lo que se dice que en una entrada que hicieron los moros en el tiempo que el Conde se ausentó, llegaron hasta Búrgos y destruyeron el monasterio de San Pedro de Cardeña con muerte de los monjes; otros dicen que esto sucedió cien años antes deste tiempo, si por ventura no se padeció este daño dos veces. En la Rioja y en un pueblo llamado Bosca, Nunilon y Alodia, hermanas, fueron muertas por la fe. Sus cuerpos dicen algunos que fueron llevados á Boloña, ciudad de Lombardía; otros lo contradicen, como queda arriba dicho. Demás desto, Victor, natural del lugar de Cereso, tierra de Búrgos, y Eurosia, vírgen, padecieron por la misma causa. El cuerpo de Eurosia está en la ciudad de Jaca; el sepulcro de san Victor en el lugar de Villorado es honrado con fiesta que cada año le hacen. Los bárbaros en este tiempo no solo con los hombres parecia que traian guerra, sino que peleaban asimismo con el cielo y con la santidad cristiana. No faltaron hombres y mujeres de ánimos excelentes y grandes que se ofreciesen á la pelea por la religion de sus padres, y con su sangre diesen excelente testimonio de la verdad de la fe de Cristo. Dios asimismo á veces castigaba severísimamente la crueldad y arrogancia de aquella gente fiera; ordinariamente con la impiedad se acompañaba la severidad en la venganza para espantar á los malos y animar á los buenos, como por el mismo tiempo aconteció á Alcorreji, rey de Sevilla. En tiempo del rey don Bermudo, con una entrada que hizo por la parte de Lusitania en Galicia, forzó y destruyó la ciudad de Compostella, que es la mas principal de aquella tierra, venerable por la santidad del lugar y su devocion. Este impío atrevimiento fué luego castigado por Dios, porque una peste repentinamente se levantó y extendió por los moros de manera tal, que consumió todo el ejército; muy pocos volvieron salvos á sus tierras para ser pregoneros de la divina venganza y verdaderos testigos del estrago miserable. Pasado este peligro, hubo en España nuevos trabajos,

tanto, queningunos mayores despues que ella comenzó á volver en sí. La causa destos males fué la discordia obstinada de los dos príncipes, el rey don Bermudo y el conde don García, que fuera mas justo se acordaran en ayudar á la república. Gobernaba en Córdoba las cosas de los moros á su voluntad en nombre del rey Hissem el Alhagib Mahomad, capitan de gran nombre, de singular prudencia en guerra y en paz. Tenia este moro gran deseo de destruir los cristianos; llevaba muy mal que su imperio en España se dilatase y que se envejeciesen las fuerzas de los moros, y su nacion se menoscabase, su crédito y sus fuerzas. Ponia leña al fuego y atizábale don Vela, aquel de quien se dijo que en tiempo del conde Fernan Gonzalez se huyó á tierra de moros. No tenia algun respeto á la religion de sus padres por deseo de su provecho particular y de vengarse. Juntadas pues las gentes de los moros, con un escuadron de cristianos que acompañaban á don Vela acometió las tierras de cristianos, y pasado el rio Duero, que por largo tiempo fué frontera entre las dos naciones, de que se dijo aquella parte Extremadura, apellido que adelante se trasladó y trasfirió á otra comarca, si bien está léjos del rio Duero, del cual al principio se forjó el nombre de Extremadura, asentó sus reales á la ribera del rio Astura ó Estola, que pasa por Leon. El rey don Bermudo, dado que en fuerzas era mas flaco, juntado arrebatadamente su ejército, acometió de sobresalto á los enemigos, que estaban sin centinelas, y de ninguna cosa menos cuidaban que de la venida de los nuestros, que entraron los reales enemigos. La pelea fué sin órden ni concierto á manera de rebato; muchos por estar sin armas fueron muertos; los demás moros, como acaso cada uno se juntaba, peleaban, ó delante de los reales, ó entre el mismo bagaje; unos huian, otros tomaban las armas, gran parte fueron heridos y muertos. En este estado y en este peligro el capitan moro reparó el daño con su prudencia; recogió los que pudo, púsolos en otra parte en ordenanza, y con ellos cargó contra los cristianos, que no fueron bastantes á resistir en aquel trance, por ser pocos en número, estar desparcidos por todos los reales y cansados con el largo trabajo de la pelea. Finalmente, en un instante se trocó la fortuna de la batalla; los que parecia haber vencido se pusieron en huida; siguiéronlos los bárbaros, y ejecutaron el alcance de guisa que pocos de los nuestros sanos, gran parte mal heridos volvieron á Leon. Fuera aquella ciudad tomada por los enemigos si no les forzara el invierno y el trabajo del frio y de las lluvias á partirse del cerco con gran honra que ganaron en esta jornada y cargados de despojos y presa, determinados otrosí de volver á la guerra luego que el tiempo abriese y les diese lugar. El rey don Bermudo, por el peligro que amenazaba y por la poca fortaleza de la ciudad, hizo trasladar á Oviedo las reliquias de los santos y los cuerpos de los reyes que allí yacian, porque no fuesen escarnecidos de los enemigos si la tomaban. El mismo se fué á aquella ciudad; el cuidado de fortificar y defender á Leon dejó encargado al conde Guillen Gonzalez. Concurrió esta batalla de Astúrias con el año 984, en el cual Miron, obispo de Girona, hijo de Miron, conde de Barcelona, falleció. Demás desto, un grueso ejército de moros que andaba por aquella comarca, tan grande era el coraje que tenian, vencieron en batalla cerca del castillo de Moncada á Borello, primo del obispo Miron; mas de quinientos de los fieles perecieron, los demás con el conde Borello se retiraron huyendo á Barcelona. El año siguiente de 985 fué señalado por el desastre que avino á dos principales ciudades, Leon y Barcelona. A Barcelona sitiaron los moros 1.° dia de julio, que fué miércoles, indiccion tercera, aquellos mismos que en batalla vencieron á Borello; tomáronla á 6 de aquel mes; muchos de los ciudadanos fueron llevados á Córdoba por esclavos, mas en breve la ciudad volvió al señorío de los cristianos. Salióse Borello antes que la tomasen para juntar gente de socorro; levantó gentes en Manresa y en los lugares comarcanos, con que formó un buen ejército y con él recobró la ciudad. Murió el buen conde Borello ocho años adelante; dejó de dos mujeres, llamadas Ledgardi y Aimerudi, dos hijos, que fueron Raimundo y Armengaudo; el mayor quedó con el principado de Barcelona, á Armengaudo nombró y hizo por su testamento conde de Urgel, y fué principio de la familia nobilísima en Cataluña de los Armengaudos ó Armengoles, que el tiempo adelante dió muchos y excelentes capitanes para la guerra. Por otra parte, el Alhagib Mahomad, juntado que hobo un grueso ejército de nuevo, hecho mas insolente y feroz por lo que sucedió en la guerra pasada, volvió sobre Leon con voluntad determinada de tomarla. Casi un año estuvo aquella ciudad cercada; batian ordinariamente los muros con las máquinas y ingenios, hicieron entradas por la parte de poniente y mediodía. De cuánto momento sea el esfuerzo de un valeroso caudillo se echó bien de ver por lo que el conde Guillen Gonzalez, que era el capitan, hizo. Por el continuo trabajo de tantos meses, quebrantadas las fuerzas, yacia en su lecho enfermo; avisáronle del peligro en que en cierto aprieto se hallaban; hízose llevar en una silla á aquella parte del muro donde era mayor el trabajo y el combate mas recio; amonesta á los suyos que resistan con grande ánimo, que lugar de huir no quedaba ni aun para los cobardes; por tanto con las armas defendiesen las vidas, patria, religion, libertad, mujeres y hijos, que de otra suerte ninguna esperanza les restaba, por estar los enemigos irritados con tan largo trabajo y ellos sin acogida ninguna; muchas veces gran muchedumbre de moros en batalla quedaron vencidos por pocos cristianos; llamasen el ayuda de los santos, que á su tiempo sin duda no faltaria. Con estas palabras animados los soldados tres dias impidieron la entrada á los enemigos; estos pasados, como el capitan viese entrada la ciudad y que él con pocos no podia resistir, no olvidado de su esfuerzo pasado y de lo que debia á buen cristiano, se metió en lo mas recio de la pelea y murió con las armas en la mano. Los bárbaros, irritados por la muerte de los suyos y largura de aquel cerco, sin tener cuenta ni hacer diferencia entre hombres, niños y mujeres, todos los pasaron á cuchillo; la ciudad fué saqueada, abatidas las murallas y todas las fortificaciones y baluartes echados por tierra. El mismo desastre padecieron Astorga, Valencia del Campo, el monasterio de Sahagun, Gordon, Alba, Luna y otros lugares y aldeas, que fueron unos quemados y destruidos, parte tomados por fuerza y saqueados. Revolvieron contra Castilla, y en ella asimismo tomaron, quemaron y saquearon á Osma, Berlanga, Atienza; no se podia resistir en parte alguna. Sin embargo, era tan

grande el furor y locura que se apoderara de los ánimos de los cristianos, que sin respeto de tan gran guerra como tenian de fuera, vueltas contra sí las armas, como locos y sandios no miraban el peligro que todo corria por causa de sus desgustos y diferencias. Fué así, que luego el siguiente año siete nobilísimos hermanos, que vulgarmente llaman los Infantes de Lara, fueron muertos por alevosía de Ruy Velazquez, su tio, sin tener cuenta con el parentesco, que eran hijos de su hermana doña Sancha, y de parte de padre venian de los condes de Castilla y del conde don Diego Porcellos; de cuya hija, como de suso queda dicho, y de Nuño Belchides nacieron Nuño Rasera, bisabuelo del conde Garci Fernandez, y otro hijo llamado Gustio Gonzalez. Este caballero fué padre de Gonzalo Gustio, señor de Salas de Lara, y sus hijos estos siete hermanos conocidos en la historia de España, no mas por la fama de sus proezas que por la desastrada muerte que tuvieron. En un mismo dia los armó caballeros el conde don García conforme á la costumbre en aquellos tiempos recebida, en particular en España. Aconteció que Ruy Velazquez, señor de Billaren, celebraba sus bodas en Búrgos con doña Lambra, natural de tierra de Briviesca, mujer principal, y aun prima carnal del conde Garci Fernandez. Las fiestas fueron grandes y el concurso á ellas de gente principal. Halláronse presentes el conde Garci Fernandez y los siete hermanos con su padre Gonzalo Gustio; encendióse una cuestion por pequeña ocasion entre Gonzalo, el menor de los siete hermanos, y un pariente de doña Lambra, que se decia Alvar Sanchez, sin que sucediese algun daño notable, salvo que Lambra, como la que se tenia por agraviada con aquella riña, para vengar su saña en el lugar de Barbadillo, hasta donde los hermanos por honralla la acompañaron, mandó á un esclavo que tirase á Gonzalo un cohombro mojado ó lleno de sangre; grave injuria y ultraje conforme á la costumbre de España. El esclavo se quiso valer de su señora doña Lambra; no le prestó, que en su mismo regazo le quitaron la vida. Ruy Velazquez, que á la sazon se hallaba ausente ocupado en cosas de importancia, luego que volvió, alterado por aquella injuria, y agraviado por la afrenta de su mujer, comenzó á tratar de vengarse de los hermanos. Parecióle conveniente con muestra de paz y benevolencia, cosa la mas perjudicial, armar sus lazos á los que pretendia matar. Primeramente dió órden que Gonzalo Gustio fuése á Córdoba; la voz era para cobrar ciertos dineros que el Rey bárbaro habia prometido; la verdad, para que fuese muerto léjos de su patria, como Ruy Velazquez rogaba al Rey que hiciese, con cartas que le escribió en esta razon en arábigo. El Moro, ó por compasion que tuvo á las canas de hombre tan principal, ó por dar muestra de su benignidad, no le quiso matar; contentóse con ponerle en la cárcel. Era la prision algo libre, con que cierta hermana del rey tuvo entrada para comunicalle. Desta conversacion dicen que nació Mudarra Gonzalez, principio y fundador del linaje nobilísimo en España de los Manriques. No se contentó el feroz ánimo de Ruy Velazquez con el trabajo de Gonzalo Gustio; llevó adelante su rabia. Cerca de Almenara, en los campos de Araviana, á las haldas de Moncayo, metió con muestra de hacer entrada en la tierra de los moros en una celada á los siete hermanos, bien descuidados de semejante traicion. Bien que Nuño Salido, su ayo, por sospechar el engaño procuró apartallos para que no corriesen á su perdicion; pero fué en vano, porque así lo quiso ó lo permitió Dios. Iban con ellos docientos de á caballo, pocos para el gran número de los moros que cargaron. Descubierta la celada, los siete hermanos pelearon como buenos, dieron la muerte á muchos, pretendian vencer si pudiesen ó por lo menos vender sus vidas muy caro y dejar á los enemigos la victoria á costa de mucha sangre, resueltos de no dejarse prender ni afear con el cautiverio la gloria y nobleza de su linaje y sus hazañas pasadas. Murieron todos siete y juntamente Salido, su ayo. Las cabezas enviaron á Córdoba en presente agradable para aquel Rey; pero muy triste para su padre viejo, ca se las hicieron mirar y reconocer sin embargo que llegaron podridas y desfiguradas. Verdad es que sucedió en provecho suyo en alguna manera, ca el Rey, por compasion que le tuvo, le dejó ir libre á su tierra. Mudarra, habido en la hermana del Rey fuera de matrimonio, ya que era de catorce años, por persuasion de su madre se fué para su padre, y adelante vengó las muertes de sus hermanos con dalla á Ruy Velazquez, causa de aquel daño. Doña Lambra, su mujer, ocasion de todos estos males, fué apedreada y quemada. Con esta venganza que tomó de las muertes de sus hermanos ganó las voluntades de su madrastra doña Sancha y de todo su linaje de tal guisa, que heredó el señorío de su padre. Prohijóle otrosí doña Sancha, su madrastra; la adopcion se hizo en esta manera, aunque grosera, pero memorable. El mismo dia que se bautizó y fué armado caballero por el conde de Castilla Garci Fernandez, su madrastra, resuelta de tomalle por hijo, usó desta ceremonia: metióle por la manga de una muy ancha camisa, y sacóle la cabeza por el cabezon; dióle paz en el rostro, con que le pasó á su familia y recibió por su hijo. Desta costumbre salió el refran vulgar: entra por la manga y sale por el cabezon; dícese del que siendo recebido á trato familiar cada dia se ensancha mas. Hijo de Mudarra fué Ordoño, y nieto Diego Ordoñez de Lara, aquel con quien los hijos de Arias Gonzalo, para librar á su patria de la infamia de traicion que le cargaban por la muerte del rey don Sancho, que le mató con un venablo Vellido Dolfo, pelearon en desafío y hicieron con él campo. Deste Diego Ordoñez fué hijo el conde don Pedro, conocido por los amores y aficion que la reina doña Urraca le mostró. Su nieto fué Amalarico de Lara, señor de Molina, de quien procedió el linaje de los Manriques y aun de los reyes de Portugal de parte de madre, por haber casado Malfada, hija de Amalarico, con don Alonso, primero deste nombre y primer rey de Portugal, si bien hay quien diga que Malfada fué de la casa de Saboya; pero destas cosas se tornará á hablar adelante. En el claustro del monasterio de San Pédro de Arlanza se muestra el sepulcro de Mudarra. Sobre el lugar en que los siete hermanos fueron sepultados hay contienda entre los monjes de aquel monasterio y de San Millan de la Cogulla; ¿qué juez los podrá poner en paz? Estaba sosegada España cansada de tantos males, y mas faltaban fuerzas que voluntad de alterarse. Duró este sosiego hasta tanto que el sétimo año despues que fueron muertos los Infantes de Lara, que fué el año 993 de nuestra salvacion, los moros, toma-

das de nuevo las armas, destruyeron las tierras de la Lusitania, y por aquella comarca entrados en Galicia, tomaron de nuevo por fuerza y pusieron fuego á la ciudad de Compostella. Grande era la enemiga que tenian con aquel santo lugar. No perdonara aquella malvada gente al sepulcro del apóstol Santiago si un resplandor que de repente fué visto no reprimiera por voluntad de Dios sus dañados intentos. Verdad es que las campanas, para que fuesen como trofeo y memoria de aquella victoria, fueron en hombros de cristianos llevadas á Córdoba, do por largo tiempo sirvieron de lámparas en la mezquita mayor de los moros. Siguióse luego la divina venganza; muchos perecieron, parte con enfermedad de cámaras, parte con peste que les sobrevino, parte tambien porque el rey don Bermudo, tomadas las armas, les iba picando por las espaldas, y en todas partes los trabajaba; los daños fueron de suerte, que pocos volvieron salvos á su tierra. El capitan de toda esta jornada, Mahomad Alhagib, que tantas veces libremente acometió las tierras de los cristianos, fué uno de los que escaparon. El mismo año falleció el rey de Navarra don García. Sucedió en su lugar su hijo Garci Sanchez, llamado el Trémulo, como y por la causa que arriba queda tocado. Reinó por espacio de siete años, muy esclarecido por las victorias que ganó en las guerras; fué liberal, ó por mejor decir, pródigo en dar, en que si no hay templanza, suele acarrear daño por agotar la fuente de la misma liberalidad, que son los tesoros públicos, como sucedió á este Rey, y entrar en necesidad de inventar nuevas imposiciones para suplir esta falta. En los archivos de San Millan hay privilegios deste Rey; mas cuánto crédito se les haya de dar, cada uno por sí mismo lo podrá juzgar. Allí se dice que tuvo un hermano llamado Gonzalo, y que junto con su madre doña Urraca tuvo el reino de Aragon; lo que si fué verdad, ó aquel estado y principado duró poco tiempo, ó por morir él sin hijos recayó el señorío en su hermano y decendientes. Alegre don Bermudo, rey de Leon, y ufano por el destrozo que hizo de los moros, entró en pensamiento que si los cristianos, de cuyas discordias tantos males resultaban, se confederasen y juntasen en uno sus fuerzas, podrian aprovecharse de los moros y deshacer su poder. Despachó en este propósito sus embajadores al rey de Navarra y al conde de Castilla don García para amonestalles hiciesen liga con él. Decíales que debian moverse por el comun peligro de los cristianos, y si en particular tenian algunos desgustos perdonallos por el bien de la patria; que con las armas comunes, juntos todos, vengasen y enfrenasen los intentos impíos de aquella bárbara gente. A estas embajadas y justísimas demandas fácilmente se acordaron aquellos príncipes. Con esto, de todas las tres naciones formaron un ejército muy grueso. El rey de Navarra no se halló presente por estar ocupado, á lo que se entiende, en concertar las cosas de su nuevo reino. El rey don Bermudo, dado que enfermo de gota, en una litera, y con él el conde don García movieron contra los moros, de quien tenian aviso que, con deseo de rehacerse del daño pasado, levantaban nuevas gentes y eran salidos de Córdoba, y que talado que hobieron los campos de Galicia y saqueado los pueblos, revolvian hácia Castilla. Cerca de un pueblo llamado Calacanazor, situado en la frontera de Castilla y de Leon, se dieron vista y juntaron las huestes. Dióse la batalla, que fué muy reñida, hasta que cerró la noche; cayeron muchos de la una parte y de la otra sin quedar declarada la victoria; solo por partirse los moros aquella noche á cencerros atapados dieron muestra que llevaron lo peor y que fueron vencidos por el esfuerzo de los nuestros, especial que la partida fué á manera de huida, como se entendió por los despojos que dejaron en los reales y cosas que por el camino con deseo de apresurarse arrojaban. El pesar que deste revés recibió el Alhagib, general de los moros, fué tal, que de coraje se dice murió en el valle Bogalcoraz sin querer comer bocado, lo cual sucedió el año 998. Gobernó este capitan las cosas de los moros por espacio de veinte y cinco años por su Rey, que vivia ocioso sin cuidar mas que de sus deportes. Fué hombre animoso, enemigo del ocio, acometió las tierras de los cristianos cincuenta y dos veces, y muchas dellas quedó vencedor. El dia mismo que en Calacanazor se dió la batalla, uno en traje de pescador en Córdoba á la ribera de Guadalquivir, con ser tan grande la distancia de los lugares, se dice que cantó en voz llorosa algunas veces en metros arábigos, otras en españoles. En Calacanazor Almanzor perdió el tambor; por donde sospecharon que el demonio en figura de hombre publicó la victoria, en especial que, como pretendiesen los de Córdoba echarle mano, se desapareció y se les fué como sombra. El cuerpo del general difunto llevaron á Medinaceli. Sucedió en el gobierno de aquel reino su hijo Abdelmelic el mismo año que murió su padre, que se contaba de los árabes 393; tuvo aquel cargo y mando por espacio de seis años y ocho meses. Desde este tiempo el reino de los moros, que por esfuerzo de Mahomad se conservara (de tan grande momento es muchas veces una buena cabeza), comenzó manifiestamente á declinar y ir de caida. Las discordias domésticas, peste de los grandes imperios, y el poco gobierno fueron causa deste mal. Abdelmelic, mas amigo de ocio que de guerra, mostró no hacer caso de las semillas y principios de aquella discordia, que debiera al momento atajar. Verdad es que luego que murió su padre acometió á hacer guerra á los cristianos y puso grande espanto; mayormente en la ciudad de Leon todo lo que quedaba entero de la destruicion pasada ó de nuevo se reedificara lo echó Abdelmelic por tierra y lo abatió. Todavía los principios desta guerra fueron para los moros mas alegres que el remate, porque acudió el conde don García, y con su venida forzó los moros á volver las espaldas, y muertos muchos dellos, tornar en pequeño número á su tierra. La desconfianza y miedo que les entró despues deste daño fué tan grande, que no trataron mas de hacer guerra en tanto que Abdelmelic tuvo aquel cargo. La alegría deste buen suceso no fué pura, antes se aguó y destempló con la carestía de mantenimientos que causó la falta de las lluvias. Gudesteo, obispo de Oviedo, estaba preso por mandado del Rey, iba en tres años. Acostumbraba este Príncipe á dar oidos á los chismes de hombres malos. Esto se persuadia el pueblo era la causa del daño, y los hombres santos decian ser la hambre castigo del cielo por el agravio que se hacia al Obispo inocente, y anunciaban que si no habia emienda se seguiria alguna grave peste. Temíase algun alboroto, porque la

muchedumbre, cuando se mueve por escrúpulo y opinion de religion, mas fácilmente obedece á los sacerdotes que á los reyes; fué pues Gudesteo sacado de la cárcel. Este mismo año, que se contó del nacimiento de Cristo 999, y fué apretado por la dicha carestía grande y falta extraordinaria, se hizo tambien señalado por la muerte que sucedió en él del rey don Bermudo. En un pueblo llamado Beritio falleció de los dolores de la gota, que mucho tiempo le trabajaron. Fué sepultado en Villabuena ó Valbuena, dende pasados veinte y tres años le trasladaron á la iglesia de San Juan Baptista de la ciudad de Leon. Tuvo dos mujeres, llamadas, la una Velasquita, la otra doña Elvira. A la primera repudió mas por la libertad de aquellos tiempos que porque lo permitiese la ley cristiana; tuvo en ella una hija, llamada Cristina. De doña Elvira tuvo dos hijos, que fueron don Alonso y doña Teresa. Demás desto, de dos hermanas, con quien mas mozo tuvo conversacion, dejó fuera de matrimonio á don Ordoño y á doña Elvira y á doña Sancha. Cristina, la hija mayor del rey don Bermudo, casó con otro don Ordoño, llamado el Ciego, que era de sangre real. Deste matrimonio nacieron don Alonso, don Ordoño, don Pelayo, y fuera destos doña Aldonza, que casó con don Pelayo, llamado el Diácono, nieto del rey don Fruela, segundo deste nombre, hijo de don Fruela, su hijo bastardo. De don Pelayo y de doña Aldonza nacieron Pedro, Ordoño, Pelayo, Nuño y Teresa; destos procedieron los condes de Carrion, varones señalados en la guerra, de valor y de prudencia, como se declara en otro lugar. Volvamos á la razon de los tiempos. Pelagio, ovetense, y don Lúcas de Tuy atribuyen á este rey don Bermudo lo que arriba queda dicho de Ataulfo, obispo de Compostella, del toro feroz y bravo que soltaron contra él sin que le hiciese daño alguno. Nos damos mas crédito en esta parte á la historia compostellana, que dice lo que de suyo relatamos; y es bastante muestra de estar mudados los tiempos en los que esto dicen, y del engaño no hallarse por estos años algun obispo de Compostella que se llamase Ataulfo.

CAPITULO X.

De don Alonso el quinto, rey de Leon.

Ayos del rey don Alonso en su menor edad, por mandado del rey don Bermudo, su padre, fueron Melendo Gonzalez, conde de Galicia, y su mujer, llamada doña Mayor. Los mismos, por quedar don Alonso de cinco años, gobernaron asimismo el reino con grande fidelidad y prudencia, conforme á lo que dejó en su testamento el Rey muerto mandado, en que vinieron todos los estados del reino. Llegado el nuevo Rey á mayor edad, para que los ayos tuviesen mas autoridad y en recompensa de lo que en su crianza y en el gobierno del reino trabajaron, le casaron con una hija que tenian, llamada doña Elvira. Tuvo deste matrimonio dos hijos, don Bermudo y doña Sancha. Reinó por espacio de veinte y nueve años. El segundo año de su reinado, que fué de Cristo el 1000 justamente, por muerte del rey de Navarra don Garci Sanchez, el Trémulo ó Temblador, sucedió en aquel estado un hijo que tenia en doña Jimena, su mujer (no aciertan los que la llaman Elvira ó Constancia ó Estefania), por nombre don Sancho. Este Príncipe en su menor edad tuvo por maestro á Sancho, abad de San Salvador de Leire, que le enseñó todo lo que un príncipe debe saber, y amaestró en todas buenas costumbres. Reinó treinta y cuatro años; fué tan señalado en todo género de virtudes, que le dieron sobrenombre de Mayor, y alcanzó tan buena suerte, que todo lo que en España poseian los cristianos casi lo redujo debajo de su imperio y mando; bien que no acertó ni fué buen consejo dividillo y repartillo entre sus hijos, como lo hizo, menguando las fuerzas y majestad del reino. Cuán quietos estaban los dos reinos cristianos por la buena maña de los qué los gobernaban, no menos se alteraron por este tiempo las armas de Castilla primero, despues las de los moros. Los unos y los otros por las diferencias domésticas se iban despeñando en su perdicion. Don Sancho García se apartó de la autoridad del conde Garci Fernandez, su padre, y de su obediencia; no se sabe por cuál causa, sino que nunca faltan, en las casas reales mayormente, hombres de dañada intencion que con chismes y reportes encienden la llama de la discordia entre hijos y padres. Puede ser que don Sancho, cansado de lo mucho que vivia su padre, acometió tan grave maldad, por serle cosa pesada esperar los pocos años que, conforme á la edad que tenia, le podrian quedar. Vinieron á las armas, y divididas las voluntades de los vasallos entre el padre y el hijo, las fuerzas de aquel estado se enflaquecieron; no estuvo esto encubierto á los moros, que la provincia estaba en armas, dividida la nobleza, alborotado el pueblo con sus valedores de la una y de la otra parte. Acordaron aprovecharse de la ocasion que la dicha discordia les presentaba. Con esta venida de los moros y entrada que hicieron, la ciudad de Avila, que poco á poco se iba reparando, de nuevo fué destruida, y la Coruña y Santistéban de Gormaz, en el territorio de Osma, padecieron el mismo estrago. Grande era el peligro en que las cosas estaban, y aun con el miedo de fuera no se sosegaban las alteraciones y parcialidades, si bien se entretuvieron para no llegar del todo á rompimiento y á las puñadas. El conde Garci Fernandez, movido por el daño que los moros hacian, con los que pudo juntar salió al enemigo al encuentro. Alcanzólos por aquellas comarcas y presentóles la batalla. Fué brava la pelea; el Conde, que llevaba poca gente, quedó vencido y preso con tales heridas, que dellas en breve murió. Tuvo el señorío de Castilla como treinta y ocho años; quién dice cuarenta y nueve. No fué desigual á su padre en la grandeza y gloria de sus hazañas. Los enemigos le quitaron la vida; la fama de su valor dura y durará. Su cuerpo, rescatado por gran dinero, le sepultaron en el convento de San Pedro de Cardeña. Dióse esta desgraciada batalla el año 1006. El año luego siguiente, 1007, en Toledo una grande creciente abatió el famoso monasterio agaliense; los monjes se pasaron al de San Pedro de Sahelices. Así lo dice el arcipreste Juliano. Dejó el Conde una hija, llamada doña Urraca, que fué monja en el monasterio de San Cosme y San Damian del lugar de Covarrubias. Este monasterio edificó el Conde, su padre, desde los cimientos, y le dotó de grandes heredades y gruesas rentas, dióle muchas alhajas y preseas. Puso por condicion que si alguna doncella de su descendencia no quisiese casarse, sustentase la vida con las rentas de aquel

monasterio. Sucedió en el señorío y condado de Castilla al padre muerto su hijo don Sancho, afeado y amancillado por haberse levantado contra su padre, y por el consiguiente dado ocasion á aquel desastre. Por lo demás fué piadoso, dotado de grandes virtudes y partes de cuerpo y ánima. Falleció por el mismo tiempo en Córdoba el Alhagib Abdelmelic; sucedióle en el cargo Abderraman, hombre malo y cobarde; por afrenta le llamaban vulgarmente Sanciolo. Muerto este dentro de cinco meses, Mahomad Almahadio, que debia ser del linaje de los Abenhumeyas, tomadas las armas, se apoderó del rey Hisem, que con el ocio y con los deleites estaba sin fuerzas y sin prudencia, y no se conservaba por su esfuerzo, sino con la ayuda de otros. Publicó que le quitara la vida, degollando otro que le era muy semejante; maña con que Almahadio quedó apoderado del reino de Córdoba y Hisem vivo, que le pareció guardarle para lo que aviniese. Esto pasó el año que se contaba de los árabes 400 justamente. Acudió desde Africa un pariente de Hisem, llamado Zulema; este con los de su valía y gente que se le arrimó, además de las fuerzas de don Sancho, conde de Castilla, que le asistió en esta empresa y con él hizo liga, en una batalla muy herida que se dió cerca de Córdoba venció al tirano Almahadio. Murieron en esta pelea treinta y cinco mil moros, que era toda la fuerza y nervio del ejército morisco y de aquel reino; por donde adelante comenzaron los moros á ir claramente de caida. Señalóse sobre todos el conde don Sancho, su valor, esfuerzo y industria, y fué la principal causa que se ganase la jornada. Almahadio despues desta rota se retiró y encerró dentro de la ciudad; y lo que tenia apercebido para los mayores peligros, sacó á Hisem de donde le tenia escondido y preso. Puesto á los ojos de todos y en público, amonestó al pueblo antepusiesen á su señor natural al extranjero y enemigo. Los ciudadanos, turbados con el temor que tenian del vencedor, no hacian caso de sus palabras y amonestaciones; en ocasiones semejantes cada cual cuida mas de asegurarse que de otros respetos. Así le fué forzoso, dejada la ciudad á su contrario, retirarse á Toledo. Llevó consigo, á lo que se entiende, á Hisem, ó sea que le escondió segunda vez. Era Alhagib de Almahadio, y como virey suyo otro moro, llamado Almahario. Este, con deseo de fortificarse contra las fuerzas y intenciones de los contrarios y para ayudarse de socorros de cristianos, pasó á Cataluña para con toda humildad rogar á aquellos señores le acudiesen con sus gentes. Propúsoles grandes intereses, ofrecióles partidos aventajados. Los condes don Ramon de Barcelona y Armengol de Urgel, persuadidos de aquel bárbaro, con buen número de los suyos se juntaron con las gentes que en aquel intermedio el tirano Almahadio tenia levantadas en Toledo y su comarca, que eran en gran número y fuertes. Contábanse en aquel ejército nueve mil cristianos y treinta y cuatro mil moros. Juntáronse las huestes de una parte y de otra en Acanatalhacar, que era un lugar cuarenta millas de Córdoba, al presente un pueblo llamado Albacar está á cuatro leguas de aquella ciudad. Trabóse la batalla, que fué muy reñida y dudosa, ca los cuernos y costados izquierdos de ambas partes vencieron, los de manderecha al contrario. Zulema y el conde don Sancho al principio mataron gran número de los contrarios. Entre estos á los primeros golpes y encuentros murieron los obispos Arnulfo, de Vique, Aecio, de Barcelona, Oton, de Girona; cosa torpe y afrentosa que tales varones tomasen las armas en favor de infieles. El mismo conde de Urgel fué asimismo muerto. Almahadio con su esfuerzo reparó la pelea, y animando á los suyos, quitó á los enemigos la victoria de las manos. Zulema, como se vió vencido y desbaratados los suyos, se huyó primero á Azafra, despues desconfiado de la fortaleza de aquel lugar, determinó de irse mas léjos, que fué todo el año de los árabes de 404, de Cristo 1010. Quedó el reino por Almahadio, si bien Almahario, su Alhagib, lo gobernaba todo á su voluntad, conforme á la calamidad de aquellos tiempos aciagos; en que pasó tan adelante, que despues de la partida de don Ramon, conde de Barcelona, sin ningun temor ni respeto alevosamente dió la muerte á su señor; una traicion contra otra. Con esto Hisem, el verdadero rey, fué restituido en su reino. La cabeza de Almahadio el tirano enviaron á Zulema, su competidor, que en un lugar llamado Citava se entretenia por ver en qué pararian aquellas revoluciones tan grandes. Pretendian y deseaban los moros que el dicho Zulema se sujetase á Hisem como á verdadero rey y deudo suyo, por quien al principio mostró tomar las armas. El encendido en deseo de reinar, cuya dulzura es grande, aunque engañosa, y que con muestra de blandura encubre grandes males, juntaba fuerzas de todas partes, y hacia de ordinario correrías en las tierras comarcanas. La parcialidad de los Abenhumeyas, de que todavía quedaban rastros en Córdoba, era aficionada á Zulema, y por su respeto trataba de dar la muerte á Hisem. No salieron con su intento, á causa que el dicho Rey, avisado del peligro, usó en lo de adelante de mas recato y vigilancia. Zulema, perdida esta esperanza, solicitó al conde don Sancho para que con respeto de la amistad pasada de nuevo le ayudase. El Conde, despues de haberlo todo considerado, se resolvió de confederarse con Hisem, de quien esperaba mayor ganancia, y en particular asentó que le restituyese seis castillos que el Alhagib Mahomad por fuerza de armas los años pasados quitara á los cristianos, lo cual él hizo forzado de la necesidad, por no faltar á tales esperanzas de ser socorrido en aquella apretura, y privar á su contrario de aquel arrimo. En el entre tanto Obeidalla, hijo de Almahadio, con ayuda de sus parciales se hizo rey de Toledo. Otros le llaman Abdalla, y afirman que tuvo por mujer á doña Teresa con voluntad de don Alonso, su hermano, rey de Leon; gran desórden y mengua notable. Lo que pretendia con aquel casamiento era que las fuerzas del uno y del otro reino quedasen mas firmes con aquella alianza; demás que se presentaba ocasion de ensanchar la religion cristiana, si el moro se bautizaba segun lo mostraba querer hacer. Con esto, engañada la doncella, fué llevada á Toledo, celebráronse las bodas con grande aparato, con juegos y regocijos y convite, que duró hasta gran parte de la noche. Quitadas las mesas, la doncella fué llevada á reposar. Vino el Moro encendido en su apetito carnal. Ella, «afuera, dice, tan grave maldad, tanta torpeza. Una de dos cosas has de hacer: ó tú con los tuyos te bautiza y con tanto goza de nuestro amor; si esto no haces, no me toques. De otra manera, teme la venganza de los hombres, que no disimularán nuestra afrenta y

tu engaño, y la de Dios, que vuelve por la honestidad sin duda y castidad de los cristianos. De la una y de la otra parte te apercibo serás castigado. Mira que la lujuria, peste blanda, no te lleve á despeñar.» Esto dijo ella. Las orejas del Moro con la fuerza del apetito desenfrenado estaban cerradas; hízole fuerza contra su voluntad. Siguióse la divina venganza, que de repente le sobrevino una grave dolencia; entendió lo que era y la causa de su mal. Envió á doña Teresa en casa de su hermano con grandes dones que le dió. Ella se hizo monja en el monasterio de San Pelagio de Leon, en que pasó lo restante de la vida en obras pias y de devocion, con que se consolaba de la afrenta recebida. A Obeidalla no le duró mucho el reino; venciéronle las gentes del rey Hisem, y preso fué puesto en su poder. Continuaban las revueltas entre los moros y las alteraciones en todas las partes de aquel reino. A los cristianos se ofrecia muy hermosa ocasion para deshacer toda aquella gente, si juntadas las fuerzas quisieran antes mirar por la religion que servir á las pasiones de los moros y ayudallos. Mas esta fué la desgracia de todos los tiempos; siempre las aficiones particulares se anteponen al bien comun, y ninguna cosa de ordinario menos mueve que el celo de la religion cristiana. Las tierras de los moros, no solo eran trabajadas con la llama de la guerra, sino tambien de gravísima hambre por haberse tanto tiempo dejado la labor de los campos. Zulema, visto que el conde don Sancho no le ayudaba, hizo sus avenencias con los reyes moros de Zaragoza y Guadalajara. Con estas ayudas se apoderó de Córdoba por fuerza; y como Hisem se huyese á Africa, tornó Zulema á recobrar todo aquel reino de nuevo. Entre los que seguian á Hisem, uno, llamado Haitan, tenia el primer lugar en autoridad y poder. Este se apoderó de Orihuela, ciudad asentada á la ribera del mar Mediterráneo, y por la comodidad de aquel lugar hizo venir á España con la intencion que le dió de hacerle rey á Alí Abenhamit, que tenia por Hisem el gobierno de Ceuta. Zulema no era igual en fuerzas á los dos enemigos. Así fué en batalla vencido cerca de Córdoba, y por los ciudadanos entregado al vencedor, y muerto por mano del mismo Alí con palabras afrentosas y ultrajes que le dijo, ca le dió en cara haber sido el primero que contra el rey Hisem, su legítimo señor, tomó las armas. No hay fidelidad entre los compañeros del reino; quejábase Haitan que Alí, el nuevo rey, no guardaba lo con él capitulado; hizo conjuracion y liga con Mundar, hijo de Hiaya, rey de Zaragoza; juntaron de cada parte sus huestes, dióse la batalla cerca de Córdoba, en que Haitan fué vencido. Tras esto por ocasion de la muerte de Alí queria Haitan hacer rey á Abderraman Almortada. La muerte de Alí fué desta manera: salió de Córdoba en seguimiento de Haitan, llegó á Guadix, y allí sus mismos eunucos le mataron en un baño en que se lavaba, año de los árabes 408. Sucedió por voto de los soldados en aquella parte del reino y en Córdoba un hermano de Alí, llamado Cazin, que hicieron los de aquella parcialidad venir de Sevilla, do en aquella sazon moraba. Tuvo el reino por espacio de tres años, cuatro meses, veinte y seis dias con desasosiego, á causa que el Almortada ya dicho, con asistencia de Haitan y de Mundar, se apoderó de Murcia y de toda aquella comarca y se llamó rey. Era hombre soberbio Almortada, y que ni daba grata audiencia ni recebia bien á los que venian á negociar, y á los que le dieron el reino, como si fueran sus acreedores, los miraba con ojos torcidos y sobrecejo, que fué causa de su perdicion. En Granada por conjuracion de los suyos y con voluntad del señor de aquella ciudad fué muerto. Cazin con la muerte de Almortada le pareció quedaba de todo punto por rey, en especial que con deseo de ganalle la voluntad, los de Granada le enviaron los despojos del enemigo muerto. En breve empero aquella alegría le salió vana, se regaló y se mudó en nuevo cuidado. Los ánimos de la muchedumbre alterada nunca paran en poco; así los ciudadanos de Córdoba, con ocasion de que Cazin se partió á Sevilla, alzaron por rey á Hiaya, sobrino del mismo, hijo de su hermano Alí, hombre manso y liberal, de que mucho se paga la muchedumbre y el pueblo. Pero como este se fuese y partiese á Málaga, de que antes era señor, Cazin tornó por las armas á hacerse señor de Córdoba, año de los árabes 414. Este nuevo señorío que tuvo de aquella ciudad le duró poco, solos siete meses y tres dias. Por causa de un alboroto que ocasionó en la ciudad la insolencia de los soldados que maltrataban á los ciudadanos, fué forzado á huir á Sevilla, en que asimismo no pudo detenerse mucho tiempo por tener su contrario ganadas las voluntades de aquella ciudad. Despues desto, anduvo vagabundo y descarriado, hasta tanto que al fin vino á poder de Hiaya, y fué puesto por él en prision. Eran los mas destos reyes del linaje de los Alavecinos, bando muy poderoso en aquel tiempo en fuerzas y en autoridad. Los ciudadanos del bando contrario, es á saber, de los Abenhumeyas, se juntaron, y hechos mas fuertes, alzaron por rey á Abderraman, hermano de Mahomad (creo de aquel Mahomad Almahadio que fué el primero que tomó las armas contra Hisem), pero con la misma liviandad fué muerto dentro de dos meses. La severidad que él mostraba, y la inconstancia de aquella gente fueron causa de su perdicion. Con tanto un cierto Mahomad fué puesto en su lugar; tuvo el reino un año, cuatro meses y veinte y dos dias; este al tanto murió á manos de los ciudadanos. Lo mismo sucedió al hijo de Alí, llamado Hiaya, que era del bando contrario, y el tiempo pasado fue alzado por rey, ca con la misma deslealtad del pueblo le mataron en Málaga, en que, como queda dicho, estaba retirado. Reinó en Córdoba solos tres meses y veinte dias. Por su muerte Idricio, hermano de Alí y tio de Hiaya, fué llamado para ser rey desde Africa, do era señor de Ceuta. Este, llegado que fué á España, por el derecho que tenia del parentesco con los dos príncipes susodichos y por las armas, se apoderó del reino de Granada, de Sevilla, de Almería y de otras ciudades comarcanas. Lo mediterráneo quedó por Hisem, ca despues de la muerte de Hiaya los de Córdoba le habian vuelto al reino, ó era otro del mismo nombre, que aquellos ciudadanos de nuevo levantaron por rey, que en todo esto hay poca claridad. Los desórdenes de los que gobiernan suelen redundar en daño de sus señores, como sucedió á Hisem; que su Alhagib, que era como virey, que lo gobernaba todo, por ser cruel y apoderarse de los bienes públicos y particulares, acostumbrado á sacar ganancia de los daños ajenos y desgracias, fué causa que la ciudad se alborotó de suerte que el Alhagib fué muerto y el Rey echa-

do del reino. En aquella revuelta un cierto Humeya, ayudado de una cuadrilla de mozos desbaratados y revoltosos, entró en el alcázar y pidió á los soldados que le alzasen por rey. Excusábanse ellos por la deslealtad de los ciudadanos, revuelta y desgracia de los tiempos. Decíanle que escarmentase en cabeza ajena, y por el ejemplo de los otros entendiese claramente que semejantes intentos no salian bien. A esto, hoy, dijo él, me llamad rey, y matadme mañana; tan poderoso es el deseo de mandar, tan grande la dulzura de ser señores. Todavía por órden de los ciudadanos fueron echados de la ciudad á un mismo tiempo este Humeya y el Hisem ya dicho, y con ellos todos los Abenhumeyas, como causa de tan graves daños. Hisem, trabajado con tanta variedad de cosas como por él pasaron, últimamente paró en Zaragoza; recibióle benignamente el rey de aquella ciudad, llamado Zulema Abenhut. Dióle un castillo, llamado Alzuela, en que pasó como particular lo restante de su vida. De Idricio no dice en qué parase el arzobispo don Rodrigo, que refiere esta cuenta de los postreros reyes de Córdoba con alguna mayor obscuridad de la que aquí llevamos; mas ¿cómo se puede relatar con claridad revuelta tan confusa y tan grande? Resta decir que desde este tiempo el señorío de los moros, que por tantos años tuvo tan gran poder en España, se enflaqueció de guisa, que se dividió en muchos señoríos; cada cual de los que tenian el gobierno se llamaron reyes de las ciudades que tenian á su cargo, sin que nadie en aquellas revueltas les fuese á la mano. Así, en lo de adelante se cuentan muchos reyes en diversas partes; en Córdoba Jahuar, en Sevilla Albucacin y su hijo Habeth, en Toledo Haitan, el que ayudó á Alí, rey de Córdoba, al principio, y despues fué su contrario. Hijo deste rey de Toledo fué otro Hisem, nieto Almenon, bien que algunos dan mas antiguo principio que este á los reyes moros de Toledo. La verdad es que aquella ciudad con sus reyes que tenia ó tomaba, muchas veces se rebeló contra los reyes de Córdoba. Los moradores della se atribuian el primer lugar entre las ciudades de España, y por esta causa no podian llevar que les hiciesen demasías. En otras ciudades remanecieron otrosí nuevos reyes, mas no hay para qué contallos aquí, ni aun se podria hacer con certidumbre y claridad. Basta saber que estos señoríos se conservaron y permanecieron hasta tanto que los Almoravides, linaje y gente muy poderosa, de África pasaron en España con su rey y caudillo Tesefin, que fué el año de los árabes de 484, año que concurre con el de 1091 de Cristo, y en otro lugar mas á propósito se relatará. Al presente volvamos atrás al cuento de las cosas que los cristianos, el conde don Sancho y el rey don Alonso obraron.

CAPITULO XI.

De lo demás que sucedió en tiempo del rey don Alonso.

Don Sancho, conde de Castilla, deseoso de vengar la muerte de su padre con ayuda de los leoneses y navarros, con quien el año pasado puso confederacion, entró por tierra de Toledo metiendo á fuego y á sangre todo lo que topaba. El mismo estrago hizo en tierra de Córdoba, hasta donde los nuestros entraron animados con el buen suceso; en ambas partes hicieron presas de hombres y de ganados. Si los daños fueron grandes, mayor era el miedo y quebranto de los moros, que divididos en bandos y por las discordias civiles apenas se conservaban, tanto, que los que poco antes ponian espanto al nombre cristiano fueron forzados de comprar por gran dinero la paz. Sepúlveda, asentada en la frontera, se ganó de moros, y con ella Osma, Santistéban de Gormaz, y otros pueblos por aquella comarca, que en la guerra pasada se perdieran, volvieron á poder de cristianos. Desde este tiempo se otorgó á la nobleza de Castilla, como dicen muchos autores, que no fuesen forzados á hacer la guerra á su costa solo con esperanza de la presa, segun acostumbraban á hacer antes, sino que les señalasen sueldo á la manera que en las otras naciones estaba recebido de todo tiempo. La reputacion y gloria que el conde don Sancho ganó por este camino escureció grandemente la muerte que dió á su madre con esta ocasion. Aficionóse ella á cierto moro principal, hombre muy dado á deshonestidades y membrudo. Dudaba de casarse con él, no tanto por el escrúpulo como por miedo de su hijo; recelábase de la saña que el dolor y afrenta le causarian; determinó con darle la muerte hacer lugar y camino á aquellas bodas malvadas, aparejábale ciertos bebedizos y ponzoña mortal. El Conde, avisado de todo, forzó á su madre con muestra de honrarla, aunque lo rehusaba y contradecia, de hacerle la salva y gustar la bebida que le daba. Principio de que algunos sospechan nació la costumbre recebida y muy usada en algunas partes de España que las mujeres beban antes que los varones. Otros refieren que una camarera de la Condesa, que la vió destemplar las yerbas, dió aviso á su marido (no falta quien le llamo Sancho del valle de Espinosa), y él al Conde, y que por este servicio tan señalado desde entonces ganó el privilegio que hasta hoy tienen los de su tierra, los monteros de Espinosa, de guardar de noche la persona y la casa real. Verdad es que para dar este cuento por cierto yo no hallo fundamentos bastantes, y todavía la *Valeriana* lo refiere en el libro 9, título 1.°, capítulo 5.°, y los naturales de aquella villa lo tienen y afirman así como cosa sin duda. Dicen mas, que el Conde, con deseo de satisfacer este mal caso y por amansar el odio que contra él acerca del pueblo resultara por un delito tan feo, edificó un monasterio de monjas, y del nombre de su madre le llamó de Oña, que el tiempo adelante don Sancho, rey de Navarra, llamado el Mayor, dió á los monjes de Cluñi, y en nuestra era tiene el primer lugar entre los demás monasterios de aquella comarca. Hubo don Sancho en su mujer doña Urraca á su hijo don García, y tres hijas, que fueron doña Nuña, doña Teresa, doña Tigrida; las dos primeras fueron casadas con grandes señores, Tigrida, abadesa en el monasterio de Oña. Por el mismo tiempo se abrió y allanó á costa del conde don Sancho nuevo camino para que los extranjeros pasasen á la ciudad é iglesia de Santiago, es á saber, por Navarra, la Rioja, Briviesca y tierra de Búrgos, como quier que antes, por ser el señorío de los cristianos mas estrecho, los peregrinos de Francia acostumbrasen á hacer su camino con grande trabajo por Vizcaya y los montes de Astúrias, lugares faltos de todo, ásperos y montuosos. El rey don Alonso, eso mesmo por beneficio de la larga paz que resultaba, así de las discordias de los moros como de la confederacion hecha entre los prin-

cipes cristianos, vuelto su cuidado á las artes de la paz y al gobierno, hacia Cortes generales de su reino en Oviedo el año de nuestra salvacion de 1020. En estas Cortes se reformaron las antiguas leyes de los godos. Asimismo la ciudad de Leon, que por las entradas de los moros quedó asolada y hecha caserías, por diligencia del Rey y á su costa se reparó, y en ella levantó un templo con advocacion de San Juan Bautista, obra de barro y de ladrillo; allí trasladaron los huesos de su padre, don Bermudo, y de los otros reyes de Leon, que por miedo de los moros andaban mudando lugares, con que quedaron puestos en sepulcros ciertos y estables. El monasterio otrosí de San Pelagio se reedificó, en que doña Constanza, hermana del Rey, vírgen consagrada á Dios, vivió mucho tiempo. Los intentos y acometimientos de don Vela contra los condes de Castilla, de quién por particulares intereses y agravios se tenia por injuriado, cuán grandes hayan sido arriba queda declarado. A tres hijos deste caballero, es á saber, Rodrigo, Diego y Iñigo, el conde don Sancho, no solo los perdonó, sino les volvió las honras y cargos de su padre; mas ellos, sin embargo desto, tornaron en breve á sus mañas y á lo acostumbrado. Y aun sobre las desórdenes pasadas añadieron una nueva deslealtad, que, dejado el conde don Sancho, se pasaron á don Alonso, rey de Leon; de los moros poca ayuda podian esperar por estar tan revueltas sus cosas y por la mudanza de tantos príncipes, como queda dicho. Recibiólos benignamente don Alonso, dióles á la halda de las montañas estado no pequeño, con que se sustentasen como señores; pareció por algun poco de tiempo estar sosegados, como quier que á la verdad esperaban ocasion de mostrar nueva deslealtad, segun se entendió por lo que en breve pasó, de la suerte que poco despues se dirá. El rey don Alonso, deseoso de ensanchar su estado, rompió por la Lusitania; púsose sobre la ciudad de Viseo, que pretendia ganar de los moros. Avino que cierto dia desarmado y con poco recato se llegó mucho á la ciudad. Tiráronle de los adarves una saeta con que le mataron. Los suyos por esta desgracia alzaron luego el cerco; y el cuerpo del difunto los obispos que fueran á aquella guerra le acompañaron hasta Leon, y le enterraron en la iglesia de San Juan, que él mismo edificara para poner allí los sepulcros de sus padres. Sucedió esto el año de nuestra salvacion de 1028. Dejó un hijo y una hija: don Bermudo, que le sucedió en el reino, y doña Sancha, de pequeña edad. En aquel tiempo florecieron por santidad de vida dos obispos: Froilano, de Leon, y Atilano, de Zamora. Froilano fué natural de Lugo, Atilanò de Tarragona. De monjes de San Benito, que lo eran en el monasterio de Moreruela, no léjos de Leon, los sacaron para obispos y los consagraron en un dia. Fué Atilano, de menos edad, discípulo de Froilano, mas igualóle en virtud, vida y milagros. Algunos á estos varones santos los ponen mas de cien años antes deste tiempo; nosotros seguimos lo que nos pareció mas probable. Tenia el principado de Barcelona de tiempo atrás un hijo de don Ramon, que se decia don Berenguel, y del nombre de su abuelo le llamaron por sobrenombre Borello; mas conocido por su ociosidad y poco valor que por alguna virtud. La falta deste Príncipe, con que las cosas de los cristianos amenazaban ruina, reparó en gran parte Bernardo Tallaferro, conde de Besalú, que hacia rostro con valor á los moros. Y muerto él, que se ahogó en el Ródano en ocasion que pasaba á Francia, suplió sus veces Wifredo, conde de Cerdania, hasta alanzar los moros de aquella comarca, que no cesaban de hacer correrías y cabalgadas en las tierras de cristianos. A la muerte de don Berenguel le quedaron tres hijos: don Ramon, conde de Barcelona; don Guillen, conde de Manresa por testamento de su padre, y don Sancho, monje que fué benito.

CAPITULO XII.

De don Bermudo el Tercero, rey de Leon.

Don Bermudo, tercero deste nombre, aunque era de pocos años cuando su padre le faltó, fué alzado y coronado por rey, presentes los grandes del reino y los obispos, el año de 1028, en que falleció otrosí don Sancho, conde de Castilla, despues que tuvo el gobierno de Castilla por espacio de veinte y dos años. En el monasterio de Oña, que edificó á su costa, como queda arriba dicho, cerca del altar mayor, á mano izquierda se muestran tres sepulcros con sus letreros, el uno del conde don Sancho, el otro de su mujer doña Urraca, y el tercero de don García, su hijo, el cual, muerto su padre, sucedió en aquel estado. Daba de sí grandes esperanzas por las muestras de sus virtudes; mas todo se fué en flor por su muerte, que le dieron alevosamente dentro el primer año de su gobierno los que menos fuera razon, y lo que es mas notable, en la misma alegría de sus bodas. Tenia don García dos hermanas, doña Nuña y doña Teresa. Doña Nuña (á quien otros llaman Elvira, y otros Mayor, creo por la edad) casó sin duda con don Sancho, rey de Navarra, y de él tenia ya por este tiempo estos hijos: don García, don Fernando y don Gonzalo. Doña Terese, ó en vida de su padre, ó luego despues de su muerte, casó con don Bermudo, rey de Leon; deste matrimonio tuvieron un hijo, llamado don Alonso, que murió muy niño. Don García, conde de Castilla, aunque de poca edad, ca no tenia mas de trece años, se desposó á trueco con doña Sancha, hermana del rey don Bermudo. Procurábase con estos parentescos que el concierto fuese adelante, que pocos años antes se asentara entre los príncipes cristianos, con que parecia las cosas comunes y particulares alzaban cabeza, y no se turbase la paz. Señalaron la ciudad de Leon para celebrar estas bodas ó desposorios. Llevaba el conde don García grande atuendo y acompañamiento de gente principal, así de sus vasallos como del reino de Navarra. El mismo rey don Sancho con sus hijos don García y don Fernando para honrallo mas le acompañaron, y con ellos muchedumbre de soldados, que representaban un ejército entero. Estos soldados ganaron de camino á Monzon, castillo asentado no léjos de Palencia; al tanto hicieron de otros pueblos por aquella comarca, que los quitaron al conde Fernan Gutierrez, que por desprecio del nuevo y mozo Príncipe se levantara con ellos; sin embargo, por rendirse de su voluntad y sin dificultad sujetarse á la obediencia le fué dado perdon. Hacian las jornadas pequeñas, como era necesario por ser tanta la multitud de gente que llevaban. Don García, con deseo de apresurarse por ver á su esposa, dejó al rey don Sancho en Sahagun, y él con pocos á la ligera se adelantó sin algun recelo de lo que

sucedió, como quien iba á fiestas y regocijos sin sospecha de trama semejante. A los hijos de don Vela por el mismo caso pareció aquella buena coyuntura para satisfacerse de los agravios que pretendian les hiciera el conde don Sancho á sinrazon. Eran hombres por la larga experiencia de cosas arteros y sagaces; comunicaron su intento con los que les parecieron mas á propósito para ayudalles á ejecutar la traicion, hombres homicianos, de malas mañas. Las asechanzas que se paran en muestra de amistad son mas perjudiciales. Salieron á recebir entre los demás al Príncipe, su señor, que venia bien descuidado. Puestos los hinojos en tierra y pedida la mano, le hicieron la salva y reverencia entre los españoles acostumbrada. Juntamente con muestra de arrepentimiento le pidieron perdon. Otro tenian en su pecho desleal, como en breve lo mostraron. ¿Quién sospechara debajo de aquella representacion malicia y engaño? Quién creyera que, alcanzado el perdon, no pretendieran recompensar las culpas pasadas con mayores servicios? No fué así, antes se apresuraron en ejecutar la maldad y dar la muerte á aquel Príncipe, por su edad de sencillo corazon, y que por todos respetos no se recataba de nadie. El tiempo, las alegrías, el hospedaje, el acompañamiento, todo le aseguraba. Salió á oir misa á la iglesia de San Salvador, cuando á la misma puerta de la iglesia los traidores le sobresaltaron y acometieron con las espadas desnudas. Rodrigo, el mayor de los hermanos, sin embargo que le sacara de pila cuando le baptizaron, le dió la primera herida como traidor y parricida malvado. Los demás acudieron y secundaron con sus golpes hasta acabarle. Doña Sancha, antes viuda que casada, perdió el sentido y se desmayó con la nueva cruel de aquel caso. Luego que volvió en sí acudió á aquel triste espectáculo, abrazóse con el muerto, henchia el cielo y la tierra de alaridos, como se deja entender, de sollozos y de lágrimas; miserable mudanza de las cosas, pues la mayor alegría se trocó repentinamente en gravísimo quebranto. Apenas la pudieron tener que no se hiciese enterrar juntamente con su esposo. Depositaron el cuerpo en la iglesia de San Juan, despues le trasladaron al monasterio de Oña, hoy en ambos lugares se ve su sepulcro. Mudóse con esto el estado de las cosas y trocóse toda España. Don Sancho, rey de Navarra, que en los arrabales de Leon se estaba con sus tiendas que tenia levantadas á manera de reales, heredó el principado de Castilla, cuyo título y armas de conde mudó él en nombre é insignias reales, por donde su poder comenzó á ser sospechoso y poner espanto al rey de Leon. Los traidores se huyeron y se metieron en Monzon, por ventura con esperanza que Fernan Gutierrez, ofendido contra los príncipes don García y el rey don Sancho por las plazas que le quitaron, fácilmente se juntaria con ellos y aprobaria lo hecho. Pero, ó que él los entregase, ó por diligencia del rey don Sancho que los siguió por todas partes, fueron presos y quemados; justicia con que castigaron su delito y quedaron escarmentados los demás, y muestra que los atrevimientos desleales no quedan sin castigo. El rey don Bermudo, escarmentado por la muerte de su padre, se mostraba amigo de la quietud; y por el nuevo desastre del príncipe don García, avisado de la inconstancia de las cosas, volvió su ánimo y pensamiento al culto de la religion y á las artes de la paz. Primeramente con deseo de reformar las costumbres del pueblo, que la libertad de los tiempos estragara y por la malicia de los hombres, dió órden como se hiciese justicia á todos, promulgó leyes á propósito desto, y no con menos diligencia quitó de todo su reino los robos y salteadores, y con la grandeza de castigos hizo que ninguno se atreviese á pecar. Con estas obras ganó las voluntades de los naturales, y su reino parecia florecer con los bienes de una grande paz. No es duradera la prosperidad; don Sancho, rey de Navarra, con ambicion fuera de tiempo la alteró por esta causa. Don Bermudo no tenia hijos, y entendíase que la sucesion del reino, conforme á las leyes, forzosamente recaia en doña Sancha, su hermana. Recelábanse los de Leon que por esta via, como suele acontecer cuando las hembras heredan, no entrase á reinar algun príncipe forastero. Deseaba el Rey, deseaban los naturales acudir á este daño y peligro que amenazaba. Sintió esto don Sancho, rey de Navarra, como era fácil. Atreviéndose, engañando, moviendo y enlazando unas guerras de otras suelen los reyes hacerse grandes. Una y la mas principal causa de mover guerra es la mala codicia de mando, poder y riquezas. Juntó pues un grueso ejército de sus dos estados, con que entró haciendo daño por el reino de don Bermudo. Tomóle todo lo que poseia pasado el rio Cea, y parecia que con el progreso próspero de las victorias sojuzgaria toda la provincia y tierras de Leon. Don Bermudo, avisado por estos daños, y á persuasion de los grandes, que querian mas la paz que la guerra, se inclinó á concierto y pleitesía. Las condiciones fueron estas: doña Sancha case con don Fernando, hijo segundo del rey de Navarra. Désele en dote de presente todo lo que en aquella guerra quedaba ganado; para adelante quede su esposa nombrada por sucesora en el reino. Partido desaventajado para los leoneses, pero de que en toda España resultó una paz muy firme entre todos los cristianos, y casi todo lo que en ella poseian vino á poder y señorío de una familia. Demás desto, cosa notable, en un mismo tiempo los dos señoríos, el de Castilla y el de Leon, recayeron en hembras, y por el mismo caso en mando y gobierno de extraños; accidente y cosa que todos suelen aborrecer asaz, pero diversas veces antes deste tiempo vista y usada en el reino de Leon; si dañosa, si saludable, no es deste lugar disputallo ni determinallo. A la verdad, muchas naciones del mundo, fuera de España, nunca la recibieron ni aprobaron de todo punto.

CAPITULO XIII.

De don Sancho el Mayor, rey de Navarra.

Era don Sancho hombre de buenos años cuando hobo para sí el señorío de Castilla, y á su hijo don Fernando abrió camino para suceder en el reino de Leon. Las cosas que hizo en toda su vida muy esclarecidas, no solo le dieron nombre de don Sancho el Mayor, sino tambien vulgarmente le llamaron emperador de España, como acostumbra el pueblo sin muy grande ocasion adular á sus príncipes y dalles títulos soberanos. Puso su asiento y morada en la ciudad de Najara por estar á las fronteras y raya de Castilla y de Navarra. Cuidaba del gobierno de sus estados y de las cosas de

la paz, mas de manera que nunca se olvidaba de la guerra. Lo primero movió con sus gentes contra los moros, que por estar alborotados con discordias entre sí podian mas fácilmente recebir daño. Tenia soldados viejos y provisiones apercebidas de antes. Las talas y daños que hizo fueron muy grandes sin parar hasta llegar á Córdoba; ninguno de los moros se atrevió á salirle al encuentro. Pero al mismo tiempo que el Rey ponia con la guerra espanto, destruia y saqueaba pueblos, campos y castillos, una desgracia que sucedió en su casa le hizo dejar la empresa. El caso pasó desta manera. Cuando se iba á la guerra encomendó á la Reina grandemente un caballo, el mejor y mas castizo que tenia, que en aquel tiempo ninguna cosa mas estimaban los españoles que sus caballos y armas. Don García, hijo mayor del Rey, pidió á su madre la Reina le diese aquel caballo. Estaba para contentalle, sino que le avisó Pedro Sese, hombre noble y caballerizo mayor, que el Rey recibiria dello pesadumbre. Don García, como fuera de sí por haberle negado lo que pedia, sea por creer de veras que no sin causa las palabras de Pedro Sese podian mas con la Reina que su demanda, ó falsamente y con deseo de vengarse, determinó acusar á su madre de adulterio. La prosecucion desto no la trató con ímpetu de mozo, antes para dar mas color al hecho mañosamente convidó y atrajo á don Fernando, su hermano, para que le ayudase en aquella empresa. Parecióle á don Fernando al principio impío aquel intento y desatinado; despues de tal manera disimuló con aquel enredo, que con juramento prometió de estar á la mira sin allegarse á ninguna de las partes. La acusacion de don García alteró grandemente el ánimo del Rey luego que supo lo que pasaba. Acudió á su reino. Extrañaba mucho lo que cargaban á la Reina. Movíale por una parte su conocida honestidad y la buena fama que siempre tuvo, por otra parte no podia pensar que su hijo sin tener grandes fundamentos se hobiese empeñado en aquella demanda. Don Fernando, preguntado de lo que sentia, con su respuesta dudosa le puso en mayor cuidado. Llegó el negocio á que la Reina fué puesta en prision en el castillo de Najara. Pareció que se tratase aquel negocio por ser tan grave en una junta de la nobleza y de los grandes. Salió por decreto que si no hobiese alguno que por las armas hiciese campo en defensa de la honestidad de la Reina, pasase ella por la pena del fuego y la quemasen. Tenia el Rey un hijo bastardo, llamado don Ramiro, habido de una mujer noble de Navarra, que unos llaman Urraca, otros Caya. Este, por compasion que tenia á la Reina y por haber olido la malicia de don García, rieptó, como se usaba entonces entre los españoles, y salió á hacer campo con don García para volver por la honra de la Reina contra la calumnia que á su inocencia se urdia. Gran mal para el Rey por cualquiera de las partes que quedase la victoria. Acudió Dios á la mayor necesidad, que un hombre santo con su diligencia y buena maña atajó el daño y deshizo la maraña con sus amonestaciones, con que puso en razon á los dos hermanos. Decíales que la afrenta de la Reina, no solo tocaba á ella, sino al Rey, á ellos y á toda España; mirasen que en acusar á su madre (la cual cuando estuviese culpada debieran defender y cubrir) no incurriesen en la ira de Dios y provocasen contra sí los gravísimos castigos que semejantes impiedades merecen. Con estas y otras razones los trajo á tal estado, que primero confesaron la maraña, despues prostrados á los piés de su padre, le pidieron perdon. Respondió el Rey que tan grande delito no era de perdonar si primero no aplacasen á la Reina. «Así, dice, ¿tan gran maldad contra nos y tal afrenta contra nuestra casa real os atrevistes á concebir en vuestros ánimos y intentar, malos hijos y perversos, si sois dignos deste nombre los que amancillastes con tan gran mancha nuestro linaje y casa? Fuera justo defender á vuestra madre, aunque estuviera culpada, y cubrir la torpeza, aunque manifiesta, con vuestra vida y sangre; pues ¿qué será, cuán grave maldad, imputar á la inocente un delito tan torpe? Perdonad, santos del cielo, tan grande locura. En este pecado se encierran todas las maldades, impiedad, crueldad, traicion; contentáos con algun castigo tolerable. Perdonen los hombres; en un delito todos, grandes, pequeños y medianos, han sido ofendidos. Las naciones extrañas do llegare la fama desta mengua no juzguen de nuestras costumbres por un caso tan feo y atroz. Perdonad, compañía muy santa, no mas á los hijos que al padre. No puedo tener las lágrimas, y apenas irme á la mano para no daros la muerte, y con ella mostrar al mundo cómo se deben honrar los padres. Mas en mi enojo y saña quiero tener mas cuenta con lo que es razon que yo haga que con lo que vos mereceis, y no cometer por donde el primer llanto sea ocasion de nuevas lágrimas y daños. Dése esto á la edad, dése á vuestra locura. El mucho regalo, don García, te ha estragado para que, siendo el primero en la traicion, metieses á tu hermano en el mismo lazo. No quiero al presente castigaros, ni para adelante os perdono. Todo lo remito al juicio y parecer de vuestra madre. Lo que fuere su voluntad y merced, eso se haga y no al; yo mismo de mi facilidad y credulidad le pediré perdon con todo cuidado.» Desta manera fueron los hijos despedidos del padre. La Reina vencida por los ruegos de los grandes, y ablandada por las lágrimas de sus hijos, se dice les dió el perdon á tal que á don Ramiro en premio de su trabajo y de su lealtad y valor le diesen el reino de Aragon; en quien la falta del nacimiento suplia la señalada virtud y su piedad. Don García, que fué la principal causa y atizador desta tragedia, fuese privado del señorío materno que por leyes y juro de heredad se le debia. Vino en lo uno y en lo otro el rey don Sancho, su padre, para que se hiciese todo como la Reina lo deseaba. Algunos ponen en duda esta narracion, y creen antes que la division de los estados se hizo por testamento y voluntad del rey don Sancho, ejemplo que don Fernando, su hijo, asimismo imitó adelante, que repartió entre sus hijos sus reinos. A la verdad, ni lo uno ni lo otro se puede bastantemente averiguar, si bien nos parece tiene color de invencion. Sea lo que fuere, á lo menos si así fué, sucedió algunos años antes deste en que vamos. De don García otrosí se refiere que, sea por alcanzar perdon de su pecado, ó por voto que tenia hecho, se partió para Roma á visitar los lugares santos.

CAPITULO XIV.

De la muerte del rey don Sancho.

Estaban las cosas en el estado que queda dicho, y concluido el desasosiego de que se ha tratado, el rey

don Sancho en el tiempo siguiente volvió su ánimo al celo de la religion y deseo que fuese su culto aumentado. Era en aquella sazon famoso el monasterio de los monjes de Cluñi, que está situado en Borgoña, como en el que se reformara con leyes mas severas la religion de San Benito, que por causa de los tiempos se habia relajado. Para que el fruto fuese mayor, desde allí enviaban colonias y poblaciones á diversas partes de Francia y de España, en que edificaban diversos conventos. El rey don Sancho, movido por la fama desta gente, los hizo venir al monasterio de San Salvador de Leire, antiguamente edificado por la liberalidad de sus predecesores los reyes de Navarra. Lo mismo hizo en el monasterio de Oña, ca las monjas que en él vivian, pasó al pueblo de Bailen, y en su lugar puso monjes de Cluñi. El primer abad deste monasterio fué uno llamado García, que con los otros monjes vino de Francia. Despues de García Iñigo. De la vida solitaria que hacia en los montes de Aragon, el Rey le sacó y forzó á tomar el cargo de aquel nuevo monasterio. Su virtud fué tal, que despues de muerto, aquellos monjes de Oña le honraron con fiesta cada año y le hicieron poner en el número de los santos. El monasterio de San Juan de la Peña, que dijimos está cerca de Jaca, famoso por los sepulcros de los antiguos reyes de Sobrarve, fué tambien entregado á los mismos monjes de Cluñi para que morasen en él, y porque no fuese necesario hacer venir de Francia tanta muchedumbre de monjes como era menester para poblar tantos monasterios, el Rey con su providencia envió á Francia á Paterno, sacerdote, y doce compañeros para que acostumbrados y amaestrados á la manera de vida del monasterio de Cluñi y cultivados con aquellas leyes, trajesen á España aquella forma de instituto. No pararon en esto los pensamientos deste buen Príncipe, antes considerando que por la revuelta de los tiempos, hombres seglares por ser poderosos se entraran en los derechos y posesiones de las iglesias, las puso en su libertad. Hállase un privilegio del rey don Sancho, en que con autoridad de Juan XIX, pontífice romano, dió poder á los monjes de Leire, el año de nuestra salvacion de 1032, para elegir en aquel monasterio el obispo de Pamplona. Las ordinarias correrías de los moros y el peligro forzaron á que los obispos de Pamplona pasasen su silla al dicho monasterio de Leire por estar puesto entre las cumbres de los Pirineos, y por el consiguiente ser mas segura morada que la de la ciudad. Al presente con la paz de que gozaban por el esfuerzo y buena dicha del rey don Sancho se tuvo en Pamplona un Concilio de obispos sobre el caso. Juntáronse estos prelados: Poncio, arzobispo de Oviedo; los obispos García, de Najara; Nuño, de Alava; Arnulfo, de Ribagorza; Sancho, de Aragon, es á saber, de Jaca; Juliano, de Castilla, es á saber, de Auca. En este Concilio lo primero de que se trató fué de la pretension de don fray Sancho, abad que era de Leire y juntamente obispo de Pamplona, que por tener gran cabida con el Rey, causada de que fué su maestro, procuraba se restituyese la antigua silla al obispo de Pamplona y volviese á residir en la ciudad. Dilatóse por entonces su pretension, que ordinariamente los hombres quieren perseverar en las costumbres antiguas, y las nuevas, como se desechan de todos, dificultosamente se reciben y mal se pueden encaminar; mas en tiempo de su sucesor, don Pedro de Roda, se puso esto que se pretendia en ejecucion. A lo último de su vida hizo el Rey que se reedificase la ciudad de Palencia por una ocasion no muy grande. Estaba de años atrás por tierra á causa de las guerras, solo quedaban algunos paredones, montones de piedras y rastros de los edificios que allí hobo antiguamente; demás desto, un templo muy viejo y grosero con advocacion de San Antolin. El rey don Sancho, cuando no tenia en qué entender, acostumbraba ocuparse en la caza por no parecer que no hacia nada; demás que el ejercicio de montería es á propósito para la salud y para hacerse los hombres diestros en las armas. Sucedió cierto dia que en aquellos lugares fué en seguimiento de un jabalí, tanto, que llegó hasta el mismo templo á que la fiera se recogió, por servir en aquella soledad de albergo y morada de fieras. El Rey, sin tener respeto á la santidad y devocion del lugar, pretendia con el venablo herille, sin mirar que estaba cerca del altar, cuando acaso echó de ver que el brazo de repente se le habia entumecido y faltádole las fuerzas. Entendió que era castigo de Dios por el poco respeto que tuvo al lugar santo, y movido desto escrúpulo y temor, invocó con humildad la ayuda de san Antolin; pidió perdon de la culpa que por ignorancia cometiera. Oyó el Santo sus clamores; sintió á la hora que el brazo volvió en su primera fuerza y vigor. Movido otrosí del milagro, acordó desmontar el bosque y los matorrales á propósito de edificar de nuevo la ciudad, levantar las murallas y las casas particulares. Lo mismo se hizo del templo, que le fabricaron magníficamente, con su obispo para el gobierno y cuidado de aquella nueva ciudad. Parece que escribo tragedias y fábulas; á la verdad en las mismas historias y corónicas de España se cuentan muchas cosas deste jaez, no como fingidas, sino como verdaderas. De las cuales no hay para qué disputar, ni aproballas ni desechallas; el lector por sí mismo las podrá quilatar y dar el crédito que merece cada cual. Concluyamos con este Rey con decir que acabadas tantas cosas en guerra y en paz, ganó para sí gran renombre, para sus descendientes estados muy grandes. Sus hechos ilustran grandemente su nombre, y mucho mas la gravedad en sus acciones, la constancia y grandeza de ánimo, la bondad y excelencia en todo género de virtudes. El fin de la vida fué desgraciado y triste; camino de Oviedo, donde iba con deseo de visitar los sagrados cuerpos de los santos, por cuyo respeto y con cuya posesion aquella ciudad siempre se ha tenido por muy devota y llena de majestad, fué muerto con asechanzas que le pararon en el camino. Quién fuese el matador, ni se refiere en las historias ni aun por ventura entonces se pudo saber ni averiguar. Sospéchase que algun príncipe de los muchos que envidiaban su felicidad le hizo poner la celada. Su cuerpo enterraron en Oviedo. Las exequias le hicieron, segun la costumbre, magníficamente. Pasados algunos años, por mandado de su hijo don Fernando, rey de Castilla, le trasladaron á Leon y sepultaron en la iglesia de San Isidoro. La letra de su sepulcro dice:

AQUÍ YACE SANCHO, REY DE LOS MONTES PIRINEOS Y DE TOLOSA,
VARON CATÓLICO Y POR LA IGLESIA.

Letra harto notable. Fué muerto á 18 de octubre, año

de nuestra salvacion de 1035. Dejó á sus hijos grandes contiendas, y al reino materia de grandes males por la division sin propósito que entre ellos hizo de sus estados, como ordinariamente los pecados y desórdenes de los príncipes suelen redundar en perjuicio del pueblo y pagarse con daño de sus vasallos.

LIBRO NONO.

CAPITULO PRIMERO.

Del estado de las cosas de España.

Los temporales que se siguieron turbios y alborotados, sus calamidades y desgracias y las guerras crueles que se emprendieron entre los que eran deudos y hermanos, serán bastante aviso para los que vinieren adelante cuánto importa que el reino, en especial cuando es pequeño y su distrito no es ancho, no se divida en muchas partes ni entre diversos herederos. Buen recuerdo y doctrina saludable es que la naturaleza del señorío y del mando no sufre compañía, y que la ambicion es un vicio desapoderado, cruel, sospechoso, desasosegado, que ni por respeto de amistad ni de parentesco, por estrecho que sea, se enfrena para no revolver y trastornar lo alto con lo bajo. No hay gente en el mundo ni tan avisada y política, ni tan fiera y salvaje, que no entienda y confiese ser verdad lo que se ha dicho; y sin embargo, vemos que muchos, olvidados desto y vencidos del amor de padres, ó movidos de otras consideraciones y recatos sin propósito, dividieron á su muerte entre muchos sus estados; en lo cual haber errado grandemente los tristes y desastrados sucesos que por esta causa resultaron lo mostraron bastantemente; y todavía los que adelante sucedieron no dudaron de imitar en éste yerro á sus antepasados. Es así, que muchas veces las opiniones caidas y olvidadas se levantan y prevalecen, y los hombres de ordinario tienen esta mala condicion de juzgar y tener por mejor lo pasado que lo presente, además que cada cual demasiadamente se fia de sus esperanzas, y halla razones para aprobar lo que desea. Esto le aconteció al rey don Sancho, cuya vida y hechos quedan relatados en el libro pasado. Estaba la cristiandad, cuan anchamente se extendia en España, casi toda reducida y puesta debajo del mando de un príncipe; merced grande y providencia del cielo para que el señorío de los moros que de sí mismo se despeñaba en su perdicion, con las fuerzas de todos los cristianos juntas en uno, se desarraigase de todo punto en España. Pero desbarató estos intentos la division que este Rey hizo entre sus hijos y herederos de todos sus estados; acuerdo perjudicial y errado. Entramos en una nueva selva de cosas, y la narracion de aquí adelante irá algo mas extendida que hasta aquí. Por esto será bien en primer lugar relatar el estado en que España y sus cosas se hallaban despues de la muerte del ya dicho rey don Sancho. Dividió sus reinos entre sus hijos en esta forma: don García, el hijo mayor, llevó lo de Navarra y el ducado de Vizcaya, con todo lo que hay desde la ciudad de Najara hasta los montes Doca. A don Fernando, hijo segundo, dieron en vida su padre y madre doña Nuña á Castilla, trocado el nombre de Conde que antes solia tener aquel estado en apellido de rey. A don Gonzalo, el menor de los tres hermanos legítimos, cupieron Sobrarve y Ribagorza, con los castillos de Loharri y San Emeterio. A don Ramiro, hijo fuera de matrimonio, aunque de madre principal y noble, dió su padre el reino de Aragon, fuera de algunos castillos que quedaron en aquella parte en poder de don García, y se le adjudicaron en la particion; traza enderezada á que los hermanos estuviesen trabados entre sí y por esta forma se conservasen en paz. Todos se llamaron reyes, y usaban de corte y aparato real, de que resultaron guerras perjudiciales y sangrientas. Cada cual ponia los ojos en la grandeza de su padre, y pretendian en todo igualarle. Llevaban otrosí mal que los términos de sus estados fuesen tan cortos y limitados. En Leon reinaba á la misma sazon don Bermudo, tercero deste nombre, cuñado de don Fernando, ya rey de Castilla. En el reino de Leon se comprehendian las provincias de Galicia y de Portugal y parte de Castilla la Vieja hasta el rio de Pisuerga. Conde de Barcelona era don Ramon, por sobrenombre el Viejo; falleció el mismo año que el rey don Sancho, que se contaba de nuestra salvacion 1035. Sucedióle don Berenguel Borello, su hijo, aunque pequeño de cuerpo, en ánimo y esfuerzo no menos señalado que sus antepasados. A la verdad ganó por las armas á Manresa y otro pueblo, que llaman Prados del rey Galafre. Ganó otrosí y hizo que volviesen á poder de los cristianos Tarragona y Cervera, demás de otros pueblos comarcanos, que por negligencia de su padre ó por no poder mas se perdieron los años pasados. Muchos señores moros que tenian sus estados por aquellas partes los sujetó con las armas y forzó á que le pagasen parias. Casó con dos mujeres: la una se llamó Radalmuri, la otra Almodi. De la primera tuvo dos hijos, don Pedro y don Berenguel. La segunda parió á don Ramon Bereguel, que se llamó Cabeza de Estopa por causa de los cabellos espesos, blandos y rubios que tenia. Este era el estado y disposicion en que se hallaban por este tiempo las cosas de los cristianos en España. Los reinos de los moros, como de suso se dijo, eran tantos en número cuantas las ciudades principales que poseian. El reino de Córdoba todavía se adelantaba á los demás con autoridad y fuerzas por ser el mas antiguo y mas extendido, si bien los bandos domésticos y alborotos le traian puesto en balanzas. El segundo lugar tenia el de Sevilla, luego Toledo, Zaragoza, Huesca, sin otros reyezuelos moros, en fuerzas, riquezas y valor de menor cuenta que los demás, y que fácilmente los pudieran atropellar y derribar si los nuestros se juntaran para acometellos y conquistallos. Las discordias que de repente y sin propósito resultaron entre los príncipes,

Portugal, se tendian largamente á las riberas del rio Duero; por donde aquella comarca se llamó entonces Extremadura, y de allí con el tiempo pasó aquel apellido á aquella parte de la antigua Lusitania que cae entre los rios Guadiana y Tajo, y hasta hoy conserva aquel nombre. Caíanle aquellos moros mas cerca que los demás, y por esta causa, aumentado que hobo su ejército con nuevas levas de soldados, marchó contra los que acostumbraban á hacer cabalgadas y grande estrago en las tierras de los cristianos, y á la sazon con una grande entrada que hicieron robaran muchos hombres y ganados. Dióse el Rey tan buena maña, y siguió los contrarios con tanta diligencia, que vencidos y maltratados les quitó lo primero la presa que llevaban, despues, alentado con tan buen principio, pasó adelante. Dió el gasto á los campos de Mérida y Badajoz, sin perdonar á cosa alguna que se le pusiese delante; los ganados y cautivos que tomó fueron muchos, ganó otrosí dos pueblos llamados, el uno Sena, y el otro Gani. Dentro de lo que hoy es Portugal rindió la ciudad de Viseo con cerco muy apretado que le puso, si bien los moros que dentro tenia pelearon valerosa y esforzadamente, como los que en el último aprieto y peligro se hallaban. La toma desta ciudad dió mucho contento al Rey, no solo por lo que en ella se interesaba, que era pueblo tan principal, sino porque hobo á las manos el moro, de quien se dijo arriba que mató al rey don Alonso, su suegro, con una saeta que le tiró desde el adarve. La cual muerte el Rey vengó con darla al matador despues que le sacaron los ojos y le cortaron las manos y un pié, que fué género de castigo muy ejemplar. En la prosecucion desta guerra se ganaron asimismo de los moros los castillos de San Martin y de Taranzo. Cae cerca de aquella comarca la iglesia del apóstol Santiago, patron y amparo de España, cuyo favor muchas veces experimentaran los nuestros en las batallas. Acordó el Rey de ir á visitalla para hacer en ella sus rogativas, cumplir los votos que tenia hechos y hacer otros de nuevo para suplicarle no alzase la mano del socorro con que la asistia y no se le trocase aquella prosperidad y buenandanza ni se le añublase, ca tenia determinado de no parar ni reposar hasta tanto que desterrase de España aquella secta malvada de los moros. Esto pasaba el año segundo despues que se apoderó del reino de Leon. El siguiente, que se contaba de Cristo 1040, tornó de nuevo con mayor ánimo y brio á la guerra. Puso cerco sobre la ciudad de Coimbra, y aunque con dificultad, al fin la ganó por entrega que los moros le hicieron con tal solamente que les concediese las vidas. Los trabajos largos del cerco, falta de vituallas y almacen les forzó á tomar este acuerdo. Algunos dicen que el cerco duró por espacio de siete años; pero es yerro, que no fueron sino siete meses, y por descuido mudaron en años el número de los meses. Era en aquel tiempo aquella ciudad de las mas nobles y señaladas que tenia Portugal; al presente en nuestros tiempos la ennoblecen mucho mas los estudios de todas las artes y ciencias que con muy gruesos salarios fundó el rey don Juan el Tercero de Portugal para que fuese una de las universidades mas principales de España. Los monjes de un monasterio que se decia Lormano se refiere ayudaron mucho al rey don Fernando para proseguir este cerco con vituallas que le dieron, las que con el trabajo de sus manos tenian recogidas en cantidad, sin que los moros, en cuyo distrito moraban, lo supiesen. No se sabe qué gratificacion les hizo el Rey por este servicio, pero sin duda debió de ser grande. Con la toma desta ciudad los términos del reino de Leon se extendieron hasta el rio Mondego, que pasa por ella y riega sus campos, y en latin se llama Monda. Puso el Rey por gobernador de Coimbra, de los pueblos y castillos que se ganaron en aquella comarca un varon principal, por nombre Sisnando, que era muy inteligente de las cosas de los moros, de sus fuerzas y manera de pelear, á causa que en otro tiempo sirvió á Benabet, rey de Sevilla, en la guerra que hacia á los cristianos que moraban en Portugal; tales eran las costumbres de aquellos tiempos. Mientras duraba el cerco de Coimbra, un obispo griego, por nombre Estéban, segun en el libro del papa Calixto II se refiere, que viniera á visitar la iglesia de Santiago, como oyese decir que muchas veces el Apóstol en lo mas recio de las batallas se aparecia y ayudaba á los cristianos, dijo: Santiago no fué soldado, sino pescador. Esto dijo él. La noche siguiente vió entre sueños cómo el mismo Apóstol ayudaba á los cristianos que estaban sobre Coimbra para que tomasen aquella ciudad. Averiguóse que á la misma hora que aquel obispo vió aquella vision se tomó la ciudad de Coimbra; con que el griego y los demás quedaron satisfechos que el sueño fué verdadero y no vano. El Rey, dado que hobo asiento en todas las cosas, acudió de nuevo á visitar la iglesia de Santiago y dalle parte de las riquezas y presa que en la guerra se ganaron, en reconocimiento de las mercedes recebidas y por prenda de las que para adelante esperaba por su favor alcanzar. Concluido con esta visita y devocion, dió la vuelta para visitar á manera de triunfador las ciudades de sus reinos de Castilla y de Leon. Daba en todas partes asiento en las cosas del gobierno, y de camino recogia de sus vasallos subsidios y ayudas para la guerra que el año siguiente pretendia hacer con mayor diligencia contra los moros que moraban descuidados á las riberas del rio Ebro, y sabia eran ricos de mucho ganado que robaran á los cristianos. Tocaba esta conquista y pertenecia mas propiamente á los reyes de Navarra y Aragon; mas la guerra que entre sí se hacian muy brava no les daba lugar á cuidar de otra cosa alguna. Don Ramiro acrecentó por este tiempo su reino con los estados de Sobrarve y Ribagorza, en que sucedió por muerte de su hermano don Gonzalo. Algunos, por escrituras antiguas que para ello citan, pretenden que don Gonzalo falleció en vida de su padre; otros que uno llamado Ramoneto de Gascuña, en una zalagarda que le armó junto á la puente de Montclus, le dió muerte volviendo de caza; lo cierto es que enterraron su cuerpo en la iglesia de San Victorian. El rey don Ramiro, aumentado que hobo por esta manera su reino, daba guerra á los navarros que le tenian usurpado parte de su reino de Aragon. No se les igualaba en las fuerzas ni en el número de la gente por ser estrecho su estado; pero demás de ser por sí mismo muy diestro en las armas y de mucho valor, tenia socorros de Francia que le acudian por estar casado con Gisberga, ó como otros la llaman, Hermesenda, hija de Bernardo Rogerio, conde de Bigerra, y de su mujer Garsenda. En

ella tuvo á don Ramiro, á don Sancho, á don García y á doña Sancha, que casó con el conde de Tolosa, y á doña Teresa, que fué mujer de Beltran, conde de la Proenza. Fuera de matrimonio tuvo asimismo otro hijo, por nombre don Sancho, á quien hizo donacion de Alvar, Javier, Latros y Ribagorza con título de conde; no dejó sucesion, y así volvió este estado á la corona de los reyes de Aragon. Las armas de don Ramiro fueron una cruz de plata en campo azul, que adelante mudaron sus descendientes, y las trocaron, como se apuntará en su lugar. Volvamos al rey don Fernando, que con intento de hacer guerra á los moros ya dichos y revolver contra los del reino de Toledo, que con cabalgadas ordinarias hacian mucho daño en tierra de cristianos, tomadas las armas sujetó á Santistéban de Gormaz, Vadoregio, Aguilar, Valcranica, que al presente se dice Berlanga. Pasó adelante, puso á fuego y á sangre el territorio de Tarazona, corrió toda la tierra hasta Medinaceli, en que abatió todas las atalayas, que habia muchas en España, y dellas hacian los moros señas con ahumadas para que los suyos se apercibiesen contra los cristianos. Desde allí, pasados los puertos, frontera á la sazon entre moros y cristianos, revolvió sobre el reino de Toledo. Taló los campos de Talamanca y Uceda. Lo mismo hizo en los de Guadalajara y Alcalá, que están puestas á la ribera del rio Henáres, sin parar hasta dar vista á Madrid. El rey Almenon de Toledo, movido por estos daños y con recelo de que serian mayores adelante, compró, á costa de gran cantidad de oro y plata que ofreció, las paces y amistad que puso con el rey don Fernando. Lo mismo hicieron los reyes de Zaragoza, Portugal y Sevilla, demás que prometieron acudirle con parias cada un año. Lo cual todo, no menos honra acarreaba á los cristianos y reputacion que mengua á los moros, que de tanto poder y pujanza como poco antes tenian, se veian de repente tan flacos y abatidos, que ni sus fuerzas les prestaban, ni las de Africa que tan cerca les caia; y eran forzados á guardar las leyes de los que antes tenian por súbditos y los mandaban. Mudanza que no se debe tanto atribuir á la prudencia y fuerzas humanas cuanto al favor de Dios, que quiso ayudar y dar la mano á la cristiandad, que muy abatida estaba. Mayormente quiso gratificar la grande devocion que en toda la gente se veia, así grandes como menores, con que todos, movidos del ejemplo de su Rey, se ejercitaban en todo género de virtudes y obras de piedad. Tal era la virtud y vida de los cristianos, que muchos de su voluntad se les aficionaban, y dejada la secta de Mahoma, se bautizaban y se hacian cristianos. Otros, si bien eran moros, estimaban en tanto los cuerpos de los santos que tenian en su tierra, por ver que los cristianos los honraban y estar persuadidos que su ayuda para todo era de grande importancia, que ningun oro ni plata ni joyas preciosas tenian en tanto, segun que por el capítulo siguiente se entenderá.

CAPITULO III.

Cómo trasladaron los huesos de san Isidoro, de Sevilla á Leon.

En la ciudad de Leon tenian una iglesia muy principal, sepultura de los reyes antiguos de aquel reino; su advocacion de San Juan Baptista. Estaba maltratada; que las guerras, y cuando estas faltan, el tiempo y la antigüedad todo lo gastan. La reina doña Sancha era una muy devota señora; persuadió al Rey, su marido, la reparase, y para mas ennoblecella la escogiese para su sepultura y de sus descendientes; que antes tenia pensamiento de enterrarse en el monasterio de Sahagun. El Rey, que no era menos pio y devoto que la Reina, y mas aína la excedia en fervor, fácilmente otorgó con su voluntad. Para dar principio á lo que tenia acordado, ya que el edificio iba muy alto, hicieron traer de Oviedo, donde yacian los huesos del rey don Sancho de Navarra, padre del Rey; y para aumentar la devocion del pueblo trataron de juntar en aquel templo diversas reliquias de santos de los muchos que en España se hallaban, en especial en Sevilla, ciudad la mas principal del Andalucía, que si bien estaba en poder de los moros, todavía se conservaban en ella muchos cuerpos de los santos que antiguamente murieron en aquella ciudad. Era cosa dificultosa alcanzar lo que pretendian. Acordó el Rey valerse de las armas y hacer guerra á Benabet rey de Sevilla. Parecióle que por este camino saldria con su pretension. Corrióle la tierra; muchos pueblos del Andalucía y de la Lusitania, que eran deste Príncipe, á unos taló los campos, otros tomó por fuerza ó de grado. El rey Moro, acosado destos daños tan graves, deseaba tomar asiento con los cristianos. Ofrecia cantidad de oro y plata de presente, y para adelante acudir cada un año con ciertas parías. El rey don Fernando aceptó aquellos partidos y la amistad del Moro, á tal empero que sin dilacion le enviase el cuerpo de santa Justa, que fué la ocasion de emprender aquella guerra. Otorgó fácilmente el Moro con lo que se le pedia. Hicieron sus juras y homenajes de cumplir lo que ponian, con que se alzó mano de las armas. Para traer el santo cuerpo despachó el Rey al obispo de Leon Alvito, y al de Astorga, por nombre Ordoño, y en su compañía por sus embajadores al conde don Nuño, don Fernando y don Gonzalo, personas principales de su reino; dióles otrosí para su seguridad soldados y gente de guarda. Los ciudadanos de Sevilla, avisados de lo que se pretendia, sea movidos de sí mismos por entender cuánto importan á los pueblos la asistencia y ayuda de los santos por medio de sus santas reliquias, ó lo que mas creo, á persuasion de los cristianos que en Sevilla moraban, se pusieron en armas resueltos de no permitir les llevasen de su ciudad aquellos huesos sagrados. Los embajadores se hallaban confusos sin saber qué partido tomasen. Por una parte les parecia peligroso apretar al rey Moro; por otra tenian que seria mengua suya y de la cristiandad si volviesen sin la santa reliquia. Acudióles nuestro Señor en este aprieto; san Isidoro, arzobispo que fué de aquella ciudad, apareció en sueños al obispo Alvito, principal de aquella embajada, y con rostro ledo y semblante de gran majestad le amonestó llevase su cuerpo á la ciudad de Leon á trueco del de santa Justa, que ellos pretendian. Avisóle el lugar en que le hallaria con señas ciertas que le dió, y que en confirmacion de aquella vision y para certificallos de la voluntad de Dios, él mismo dentro de pocos dias pasaria desta vida mortal. Cumplióse puntualmente lo uno y lo otro con grande admiracion de todos. Hallóse el cuerpo de san Isidoro en Sevilla la Vieja, segun que el Santo lo avisara, y el obispo Alvito enfermó luego de una dolencia

mortal, que sin poderlo acorrer médicos ni medicinas le acabó al seteno. Despidiéronse con tanto los demás embajadores del rey Moro. Llevaron el cuerpo de san Isidoro y el del obispo Alvito con el acompañamiento y majestad que era razon. El rey don Fernando, avisado de todo lo que pasaba, como llegaban cerca, acompañado de sus hijos salió hasta el rio Duero con mucha devocion á recebir y festejar la santa reliquia. Salió asimismo todo el pueblo y el clero en procesion, grandes y pequeños con mucho gozo, aplauso y alegría. Fué tanta la devocion del Rey, que él mismo y sus hijos á piés descalzos tomaron las andas sobre sus hombros y las llevaron hasta entrar en la iglesia de San Juan de Leon. En Sevilla antes que saliese el cuerpo y por todo el camino hizo Dios para honralle muchos milagros; los ciegos cobraron la vista, los sordos el oido, y los cojos y contrechos se soltaron para andar; maravilloso Dios y grande en sus santos. El cuerpo del obispo Alvito sepultaron en la iglesia mayor de aquella ciudad; el de san Isidoro fué colocado en la de San Juan en un sepulcro muy costoso y de obra muy prima, que para este efecto le tenian aparejado y presto; que fué ocasion de que aquella iglesia, que de tiempo antiguo tenia advocacion de San Juan Baptista, en adelante se llamase, como hoy se llama, de San Isidoro. Refieren otrosí que el jumento que traia la caja de san Isidoro, sin que nadie le guiase, tomó el camino de aquella iglesia de señor San Juan, y el en que venia el cuerpo del Obispo se enderezó á la iglesia mayor; que si es verdad, fué otro nuevo y mayor milagro. Bien veo que esto no concuerda del todo con lo que queda dicho, y que cosas semejantes se toman en diversas maneras; pero pues no referimos cosas nuevas, sino lo que otros testifican, quedará á su cuenta el abonallas y hacer fe dellas, en especial de don Lúcas de Tuy, que compuso un libro de todo esto bien grande, y de los milagros que Dios obró por virtud deste santo, muchos y notables. Nuestro oficio no es poner en disputa lo que los antiguos afirmaron, sino relatallo con entera verdad. Por el mismo tiempo, como lo escribe don Pelayo, obispo de Oviedo, trasladaron de la ciudad de Avila los cuerpos de los santos Vicente, Sabina y Cristeta, sus hermanos. El de san Vicente fué llevado á Leon, el de santa Sabina á Palencia, el de santa Cristeta al monasterio de San Pedro de Arlanza. En Coyanza, que al presente se llama Valencia, en tierra de Oviedo, se celebró un concilio en presencia deste rey don Fernando y de la Reina, su mujer. En él se juntaron los grandes del reino y nueve obispos, que fué año del Señor de 1050. En los decretos deste Concilio se mandó al pueblo que asistiese á las horas canónicas que se cantan en la iglesia de dia y de noche y que todos los viérnes del año se ayunase de la manera que en otros tiempos y dias de ayuno que obligan por discurso del año. Por este tiempo asimismo dos hijas de dos reyes moros se tornaron cristianas y se baptizaron. La una fué Casilda, hija de Almenon, rey de Toledo; la otra Zaida, hija del rey Benabet, de Sevilla. La ocasion de hacerse cristianas fué desta manera. Casilda era muy piadosa y compasiva de los cautivos cristianos que tenian aherrojados en casa de su padre, de su gran necesidad y miseria; acudíales secretamente con el regalo y sustento que podia. Su padre, avisado de lo que pasaba y mal enojado por el caso, acechó á su hija. Encontróla una vez que llevaba la comida para aquellos pobres; alterado preguntóla lo que llevaba, respondió ella que rosas; y abierta la falda las mostró á su padre, por haberse en ellas convertido la vianda. Este milagro tan claro fué ocasion que la doncella se quisiese tornar cristiana; que desta manera suele Dios pagar las obras de piedad que con los pobres se hacen, y fruto de la misericordia suele ser el conocimiento de la verdad. Padecia esta doncella flujo de sangre, avisáronla (fuese por revelacion ó de otra manera) que si queria sanar de aquella dolencia tan grande se bañase en el lago de San Vicente, que está en tierra de Briviesca. Su padre, que era amigo de los cristianos, por el deseo que tenia de ver sana á su hija, la envió al rey Fernando para que la hiciese curar. Cobró ella en breve la salud con bañarse en aquel lago, despues recibió el bautismo segun lo tenia pensado, y en reconocimiento de tales mercedes, olvidada de su patria, en una ermita que hizo edificar junto al lago pasó muchos años santamente. En vida y en muerte fué esclarecida con milagros que Dios obró por su intercesion; la Iglesia la pone en el número de los santos que reinan con Cristo en el cielo, y en muchas iglesias de España se le hace fiesta á 15 de abril. La Zaida, quier fuese por el ejemplo de santa Casilda ó por otra ocasion, se movió á hacerse cristiana, en especial que en sueños le apareció san Isidoro, y con dulces y amorosas palabras la persuadió pusiese en ejecucion con brevedad aquel santo propósito. Dió ella parte deste negocio al Rey, su padre; él estaba perplejo sin saber qué partido debria tomar. Por una parte no podia resistir á los ruegos de su hija; por otra parte temia la indignacion de los suyos si le daba licencia para que se bautizase. Acordó finalmente comunicar el negocio con don Alfonso, hijo del rey don Fernando. Concertaron que con muestra de dar guerra á los moros hiciese con golpe de gente entrada en Sevilla, y con esto cautivase á la Zaida, que estaria de propósito puesta en cierto pueblo que para este efecto señalaron. Sucedió todo como lo tenian trazado; que los moros no entendieron la traza, y la Zaida, llevada á Leon, fué instruida en las cosas que pertenece saber á un buen cristiano. Bautizada se llamó doña Isabel, si bien el arzobispo don Rodrigo dice que se llamó doña María. Los mas testifican que esta señora adelante casó con el mismo don Alonso en sazon que era ya rey de Castilla, como se apuntará en otro lugar. Don Pelayo, el de Oviedo, dice que no fué su mujer, sino su amiga. La verdad ¿quién la podrá averiguar, ni quién resolver las muchas dificultades que en esta historia se ofrecen á cada paso? Lo que consta es que esta conversion de Zaida sucedió algunos años adelante.

CAPITULO IV.

Cómo don García, rey de Navarra, fué muerto.

El mismo año que el rey don Fernando hizo trasladar á Leon el cuerpo de san Isidoro, que fué el de 1063, don García, rey de Navarra, murió en la guerra. Fué hombre de ánimo feroz, diestro en las armas; y no solo era capitan prudente, sino soldado valeroso. Los principios de discordias entre los hermanos, que los años pasados se comenzaron, en este tiempo vinieron de todo punto á madurarse, como suele acontecer, en gra-

ve daño de don García. Don Fernando decia que era suya la comarca de Briviesca y parte de la Rioja, por antiguas escrituras que así lo declaraban. Al contrario, se quejaba don García haber recebido notable agravio y injuria en la division del reino, y en aquel particular defendia su derecho con el uso y nueva costumbre y testamento de su padre. La demasiada codicia do mandar despeñaba estos hermanos, por pensar cada uno que era poca cosa lo que tenia para la grandeza del reino que deseaba en su imaginacion. Esta es una gran miseria que mucho agua la felicidad humana. Enfermó don García en Najara, visitóle don Fernando, su hermano, como la razon lo pedia; quísole prender hasta tanto que le satisfaciese en aquella su demanda. Entendió la zalagarda don Fernando, huyó y púsose en cobro. Mostró don García mucha pesadumbre de aquella mala sospecha que dél se tuvo; procuraba remediar el odio y malquerencia que por aquella causa resultó contra él. Supo que su hermano estaba doliente en Búrgos; fuese para allá en son de visitalle y pagalle la visita pasada. No se aplacó el rey don Fernando con aquella cortesía y máscara de amistad. Echó mano de su hermano, y preso, le envió con buena guarda al castillo de Ceya. Sobornó él las guardas que le tenian puestas, y huyóse á Navarra, resuelto de vengar por las armas aquella injuria y agravio. Juntó la gente de su reino, llamó ayudas de los moros, sus aliados, y formado un buen ejército, rompió por las tierras de Castilla, y pasados los montes Doca, hizo mucho estrago por todas aquellas comarcas. El rey don Fernando, que no era lerdo ni descuidado, por el contrario, juntó su ejército, que era muy bueno, de soldados viejos, ejercitados en todas las guerras pasadas. Marchó con estas gentes la vuelta de su hermano, resuelto de hacelle todo aquel mal y daño á que el dolor y el odio le estimulaban. Diéronse vista los unos á los otros como cuatro leguas do la ciudad de Búrgos, cerca de un pueblo que se llama Atapuerca. Asentaron sus reales, y barreáronse segun el tiempo les daba; ordenaron tras esto sus haces en guisa de pelear. Las condiciones destos dos hermanos eran muy diferentes; la de don Fernando blanda, afable, cortés; además que en las armas y destreza del pelear ninguno se le igualaba. Don García era hombre feroz, arrebatado, hablador, por la cual causa los soldados estaban con él desabridos, y porque á muchos de sus reinos con achaques, ya verdaderos, ya falsos, tenia despojados de sus haciendas, suplicáronle al tiempo que se queria dar la batalla mandase satisfacer á los agraviados. No quiso dar oidos á tan justa demanda. Parecíale fuera de sazon, y que tomaban aquel torcedor y ocasion para salir con lo que deseaban. Muchos temian no le empeciese aquella aspereza y el desabrimiento de los suyos, y se recelaban no quisiese Dios castigar aquellas sus arrogancias y injusticias. En especial un hombre noble y principal, cuyo nombre no se sabe, mas en el hecho todos concuerdan, viejo, anciano, prudente, y que tenia cabida con aquel príncipe porque fué su ayo en su niñez, visto el grande riesgo que corria, movió tratos de paz con deseo que no se diese la batalla. Don Fernando se mostraba fácil y venia bien en ello; acudió á don García, púsole delante los varios sucesos de la guerra y el riesgo á que se ponia; suplicóle se concertase con su hermano y le perdonase los yerros pasados, pues no hay persona que no falte y peque en algo; que se moviese por el bien comun, que no era justo vengar su particular sentimiento con daño de toda la cristiandad y á costa de la sangre de aquellos que en nada le habian errado; ofrecíale de parte de su hermano le haria la satisfaccion que los jueces señalados por las partes en esta diferencia mandasen, que, aunque como hermano menor, era el primero que movia tratos de paz, pero que se guardase de pasalle por el pensamiento lo hacia por cobardía ó falta de ánimo, que le certificaba le seria muy dañosa aquella imaginacion; pues como él sabia, tenia don Fernando escogidos y diestros soldados en su campo; solo con esta embajada queria justificar su causa con todo el mundo, vencer en modestia, y que todos entendiesen eran muy fuera de su voluntad las muertes, destruicion y pérdidas que se aparejaban. Con estas buenas razones se juntaron los ruegos y lágrimas del ayo. No se movió don García; sus pecados le llevaban á la muerte; ni la privanza del que le rogaba ni su autoridad ni el peligro presente fueron parte para ablandarle. Dióse pues de ambas partes la señal para la batalla; encontráronse los dos ejércitos con gran furia. El ayo de don García, vista la flaqueza de los soldados de su parte, cuán pocos eran, cuán desabridos, sin esperanza de victoria, por no ver la perdicion de su patria, con sola su espada y lanza se metió entre los enemigos do era la mayor carga, y así murió como bueno. Los demás no pudieron sufrir el ímpetu que traia don Fernando; la turbacion y el miedo grande y la sospecha de aquel gran daño trabajaba á los navarros; dos soldados, que poco antes se habian pasado al ejército contrario, hendiendo y pasando por el escuadron de su guarda con mucha violencia, llegaron hasta don García y le mataron á lanzadas; caido el Rey, todos los suyos huyeron. El rey don Fernando, alegre con la victoria, y por otra parte triste por la muerte de su hermano, mandó á los soldados que reparasen, no diesen la muerte á los cristianos que quedaban. Hízose así; solo en el alcance á los moros que iban desbaratados y huyendo por los campos, unos mataron, otros cautivaron. El cuerpo de don García, con voluntad del vencedor, llevaron sus soldados á Najara, y allí le enterraron en la iglesia de Santa María, que él mismo habia levantado desde sus cimientos. De doña Estefanía, su mujer, francesa de nacion, con quien casó en vida de su padre, dejó cuatro hijos y otras tantas hijas, que fueron: don Sancho, el mayorazgo, que le sucedió en la corona, y don Ramiro, á quien habia dado el señorío de Calahorra, como ganada de los moros por las armas; los demás hijos se llamaron don Fernando y don Ramon; las hijas, Ermesenda, Jimena, Mayor y doña Urraca. Esta casó con el conde don García, de quien se tratará despues. Con la muerte de don García, su estado fué por sus hermanos destrozado y menoscabado. El rey don Fernando tomó para sí los pueblos y ciudades sobre que era el pleito, sin que nadie le fuese á la mano ni se lo osase estorbar, que son: Briviesca, Montes Doca y parte de la Rioja, que es la parte por do pasa el rio Oja, que da el nombre á la tierra; nace este rio de los montes en que está Santo Domingo de la Calzada, y junto á la villa de Haro entra en Ebro. La otra parte de la Rioja, Navarra y el ducado de Vizcaya, Najara, Logroño y otros pueblos y ciudades

quedaron en poder de don Sancho, hijo de don García. Por causa desta guerra y con esta ocasion cobró don Ramiro á Aragon por las armas, y aun entró en esperanza de hacerse tambien señor de lo demás del reino de Navarra, que era de su hermano muerto; porque en este tiempo, como se ve por escrituras antiguas, se llamaba rey de Aragon, de Sobrarve, de Ribagorza y Pamplona. Demás que, animado con estos principios, quitó á los moros que habian quedado en Ribagorza y su tierra un pueblo llamado Benavarrio. Por conclusion, entre don Ramiro y don Sancho, el nuevo rey de Navarra, despues de algunos debates y refriegas se hicieron paces con tal condicion, que el uno al otro para seguridad se diesen ciertos castillos en rehenes. Ruesta y Pitilla dieron á don Sancho. Sangüesa, Lerdo, Ondusio dieron á don Ramiro. Recelábanse los dos, tio y sobrino, que en tanto que en aquellas revueltas andaban, don Fernando, cuyas armas eran temidas, no los maltratase con guerra; por està causa se juntaron y hicieron pacto y concierto de tener los mismos por amigos y por enemigos, valerse el uno al otro y ayudarse en todas las ocurrencias.

CAPITULO V.

Que España quedó libre del imperio de Alemaña.

En el tiempo que España ardia en guerras civiles, tenia el imperio de Alemaña, do los años pasados se trasladara de Francia, Enrique, segundo deste nombre. La Iglesia universal gobernaba el papa Leon IX. A Leon sucedió Victor II, que con intento de reformar el estado eclesiástico, relajado por la licencia y anchura de los tiempos, juntó concilio en Florencia, ciudad y cabeza de la Toscana, el año de 1055. Despachó dende á Hildebrando, que de monje cluniacense era subdiácono cardenal, grado á que subió por su virtud, letras y talento para negocios, para que fuese á Francia y Alemaña á tratar por una parte con el Emperador de renovar y poner en su punto la antigua diciplina eclesiástica, por otra para apaciguar en Turon de Francia las revueltas y alteraciones que causaban ciertas opiniones nuevas, que contra la fe enseñaba Berengario, diácono de aquella iglesia. Añaden nuestras historias que en aquel Concilio se hallaron embajadores de parte del Emperador susodicho, y que en su nombre propusieron á los obispos ciertas querellas y demandas. En especial extrañaron que el rey don Fernando de Castilla, contra lo establecido por las leyes y guardado por la costumbre inmemorial, se tenia por exempto del imperio de Alemaña, y aun llegaba á tanto su liviandad y arrogancia, que se llamaba emperador. «Yo, decia él, si no mirara el pro comun y bien de todos, fácilmente pasara por el agravio que á mi dignidad se hace; pero en este negocio es necesario poner los ojos en toda la cristiandad, cuan anchamente se extiende por todo el mundo, la cual ninguna seguridad puede tener si todos no reconocen y respetan y se sujetan á una cabeza que los acaudille y gobierne. La autoridad otrosí de los sumos pontífices y su mando será muy flaco si les falta el brazo y asistencia de los emperadores, que por esta causa tienen el segundo lugar en mando y autoridad en toda la Iglesia cristiana. Reprimid pues esta arrogancia y soberbia en sus principios, y no permitais que el daño pase adelante, ni que este mal ejemplo por mi descuido y vuestra disimulacion se extienda á las otras naciones y provincias, ca con el dulce y engañoso color de libertad fácilmente se dejarán engañar, y la sacra majestad del imperio y pontificado vendrán á ser una sombra vana y nombre solo sin sustancia de autoridad. Poned entredicho á España, descomulgad al Rey soberbio y sandio. Si así lo haceis, yo me ofrezco no faltar á la honra y pro de la Iglesia y juntar con vos mis fuerzas para mirar por el bien comun; que si por algunos respetos disimulais, yo estoy resuelto de volver por el honor del imperio y por mi particular.» A este razonamiento respondieron los padres del Concilio que tendrian cuidado de lo que el Emperador pedia. Hicieron sus consultas, y considerado el negocio, el papa Victor pronunció en favor del Emperador que pedia razon y justicia. Era el Papa aleman de nacion, natural de Suevia, por donde naturalmente se inclinaba á favorecer mas la causa de aquel imperio. Despacharon embajadores al rey don Fernando para que le dijesen de parte del Papa y del Concilio que en adelante se allanase y reconociese al imperio, y no se intitulase mas emperador, pues por ninguna razon le pertenecia. Llevaban órden de ponelle pena de descomunion si no obedeciese á lo que se le mandaba. El Rey, oida esta embajada, se halló perplejo sin resolverse en lo que debia hacer. De la una parte y de la otra se le representaban grandes inconvenientes, no menores en obedecer que en hacer resistencia. Acordó juntar Cortes del reino para tratar en ellas, como era razon, un negocio tan grave y que á todos tocaba. Los pareceres no se conformaron. Los que eran de mejor conciencia aconsejaban que luego obedeciese, porque no indignase al Papa y se revolviese España y alterase, como era forzoso; que las guerras se debian evitar con cuidado por estar España dividida en muchos reinos, y estos gastados con guerras civiles y quedar dentro de la provincia tantos moros enemigos de la cristiandad. Otros mas arriscados y de mayor ánimo decian que si obedecia se ponia sobre España un gravísimo yugo, que jamás se podria quitar; que era mejor morir con las armas en la mano que sufrir tal desaguisado en su república y tal mengua en su dignidad. Rodrigo Diaz de Vivar, que adelante llamaron el Cid, estaba á la sazon en la flor de su edad, que no pasaba de treinta años, estimado en mucho por su gran esfuerzo, destreza en las armas, viveza de ingenio, muy acertado en sus consejos. Habia pocos dias antes hecho campo con don Gomez, conde de Gormaz; vencióle y dióle la muerte. Lo que resultó deste caso fué que casó con doña Jimena, hija y heredera del mismo Conde. Ella misma requirió al Rey que se le diese por marido, ca estaba muy prendada de sus partes, ó le castigase conforme á las leyes por la muerte que dió á su padre. Hízose el casamiento, que á todos estaba á cuento; con que por el grande dote de su esposa, que se allegó al estado que él tenia de su padre, se aumentó en poder y riquezas de tal suerte, que con sus gentes se atrevia á correr las tierras comarcanas de los moros; en especial venció en batalla cinco reyes moros que, pasados los montes Doca, hacian daños por las tierras de la Rioja. Quitóles la presa que llevaban y á ellos mismos los hobo á las manos; soltólos empero sobre

pleitesía que le hicieron de acudir cada un año con ciertas parias que concertaron. El rey don Fernando en esta sazon se ocupaba en reparar la ciudad de Zamora, que despues que los moros la destruyeron en tiempo del rey don Ramiro no la habian reedificado. Otorgó á los moradores que quisiesen en ella poblar que se gobernasen conforme á las leyes antiguas de aquella ciudad, que eran las mismas de los godos. Sucedió que en aquella coyuntura los mensajeros de los moros trujeron á Rodrigo Diaz las parias que concertaron; llamáronle Cid, que en lengua arábiga quiere decir señor; lo uno y lo otro en presencia del Rey y de sus cortesanos, de que tomaron ocasion muchos para envidialle y aborrecelle; como quiera que sea cosa muy natural llevar de mala gana la prosperidad de los otros, mayormente si es extraordinaria, y ninguno se debe mas recatar en el subir que el que poco antes se igualaba ó era menos que los demás. Sin embargo, el Rey, maravillado de su valor, mandó que de allí adelante le llamasen el Cid; y así fué que, casi olvidado el propio nombre que tenia de pila y de su linaje, toda la vida le dieron aquel nuevo y honroso apellido. Algunos añaden que en cierta diferencia que resultó entre los reyes don Fernando de Castilla y don Ramiro de Aragon sobre cuya fuese la ciudad de Calahorra, puesta á la ribera del rio Ebro, acordaron que dos caballeros uno de cada parte hiciesen campo sobre aquel caso, y que por quien quedase la victoria, su rey hobiese la ciudad sobre que se pleiteaba. Dicen otrosí que don Ramiro, señaló por su parte á Martin Gomez, y por don Fernando tomó la demanda el Cid, que venció y mató á su contrario Martin Gomez, que quieren que sea cabeza y tronco del linaje y casa de Luna, muy antiguo y noble solar en España. Pero los mas doctos tienen todo esto por falso, á causa que el rey don García de Navarra ganó de los moros aquella ciudad, como arriba se dijo, y así no pudo el rey de Aragon pretender sobre ella derecho alguno. Estaba el Cid entretenido con el nuevo casamiento, y ocupado en negocios tocantes á su casa, por esto no se halló en las Cortes cuando se trató de lo que el Emperador pedia y el Papa mandaba tocante al reconocimiento que pretendian debia hacer al imperio de Alemaña. El Rey de su condicion y por su edad se inclinaba mas á la paz, y no quisiera la guerra, si bien entendia que de aquel principio, si disimulaba, se podria menoscabar en gran parte la libertad de España. Pero antes que en negocio tan grave se tomase resolucion, hizo llamar al Cid para consultalle y que dijese su parecer. Vino al llamado del Rey, y preguntado sobre el caso, respondió que no era negocio de consulta, sino que por las armas defendiesen la libertad que con las armas ganaron. Que no era razon pretendiese nadie gozar de lo que en el tiempo del aprieto no ayudó á ganar en manera alguna. «¿No será mejor y mas acertado morir como buenos que perder la libertad que nuestros mayores con tanto afan nos dejaron, y que estos bárbaros hagan burla y escarnio de nuestra nacion? Gente que en su comparacion no estiman á nadie. Sus palabras afrentosas, sus soberbias y arrogancias; sus desdenes con los que los tratan, sus embriagueces y demasías no se pueden sufrir. Apenas habemos sacudido el yugo de la sujecion que los moros tenian puesto sobre nuestras cervices, ¿será bien que nos dejemos avasallar y hacer esclavos de otros cristianos? Hacen sin duda burla de nuestras cosas, como si todo el mundo y toda la cristiandad prestase obediencia y reconociese vasallaje á los emperadores de Alemaña. Toda la autoridad, poder, honra, riquezas que se ganaron con la sangre de nuestros mayores serán suyas; y ¿para nos quedarán solo trabajos, peligros, cautiverios y pobreza? El yugo pesado del imperio romano que sacudieron de sí nuestros antepasados ¿nos le tornarán á poner ahora los alemanes? ¿Serémos por ventura como canalla sin juicio y sin prudencia; sin autoridad y señorío, sujetos á los que, si tuviéramos ánimo, temblaran en pensallo? Recia cosa es, dirá alguno, hacer resistencia á las fuerzas y poder del Emperador bravo, y dura no obedecer al mandato del Papa. De ánimos cobardes y viles es por temor de una guerra incierta sujetarse á daños manifiestos y grandes. El valor y brio vence muchas veces las dificultades que hacen desmayar á los perezosos y flojos. Muchos, á lo que veo, se dejan llevar desta pusilanimidad, que ni se mueven por honra, ni los enfrena el miedo de la afrenta, que parece tienen por bastante libertad no ser azotados y pringados como esclavos. No creo yo que el Sumo Pontífice nos tenga tan cerradas las orejas que no dé lugar á nuestros justísimos ruegos, y le mueva la razon y justicia que hace por nuestra parte. Enviénse personas que con valor defiendan nuestra libertad en su presencia y declaren cuán fuera de camino va lo que pretenden los alemanes. Cuanto á mí, resuelto estoy de defender con la espada en el puño contra todo el mundo la honra, la libertad que mis mayores me dejaron y todo lo al. Con esta espada haré bueno que cometen traicion contra su patria todos aquellos que por escrúpulo de conciencia ó por cualquiera otra consideracion y recato se apartaren deste mi parecer y no desecharen con mayor cuidado que ellos la pretenden la sujecion y servidumbre de España. Cuanto cada cual se mostrare en defensa de la libertad en el mismo grado le tendré por amigo ó por enemigo capital.» Este parecer del Cid Ruy Diaz dió á todos contento; hasta los mismos que al principio flaqueaban le aprobaron, y conforme á esto se dió la respuesta al Papa. Para hacer rostro á los intentos del Emperador levantaron gente por todo el reino hasta número de diez mil hombres, demás de los socorros que acudieron de los moros que los pagaban parias y les eran tributarios. Nombraron por general de toda esta gente al mismo Cid para que el que dió principio á la empresa la llevase adelante y la acabase. Acordó para dar muestra de las fuerzas y valor de España de pasar los montes Pirineos. Entró por Francia hasta llegar á Tolosa, ciudad que, segun yo entiendo, en aquel tiempo estaba á devocion ó era sujeta á España. Por lo cual hace la letra y lucillo del rey don Sancho el Mayor puesta de suso. Desde allí despacharon una embajada muy principal al Papa, en que le suplicaban enviase personas á propósito que oyesen las razones que por parte de España militaban. Los principales y cabezas desta embajada, que fueron el conde don Rodrigo, diferente del Cid, y don Alvar Yañez Minaya, alcanzaron del Pontífice que enviase á España sobre el caso por su legado á Ruperto, cardenal sabinense, y que juntamente viniesen embajado-

res del Emperador para que el pleito, oidas las partes, se ventilase y concluyese. En el entretanto el rey don Fernando de Francia dió la vuelta á España. El legado y los embajadores repararon en Tolosa. Allí se trató el negocio, y finalmente, sustanciado el proceso con lo que de la una parte y de la otra se alegó, y cerrado, vinieron á sentencia, que fué en favor de España, y que para adelante los emperadores de Alemaña no pretendiesen tener algun derecho sobre aquellos reinos. Deste principio quedó muy asentado lo que se confirmó por la costumbre del pueblo por la aprobacion de las otras naciones, por el parecer y comun opinion de los juristas que adelante florecieron, que España no era sujeta al imperio ni le reconocia ni reconoce algun vasallaje; tanto importa para semejantes negocios el valor de un hombre prudente y arriscado. Verdad es que los papas asimismo pretendieron que España les pagase tributo, como parece por una bula de Gregorio VII, que está entre las de su registro, enderezada á los reyes, condes y los demás príncipes de España, en que dice que el tal tributo se solia pagar antes que los moros della se apoderasen. Pero no salió con esta pretension; debieron todos hacer rostro á esta demanda, y la costumbre inmemorial muestra claramente que España ha sido siempre tenida por libre, y nunca ha pagado tributo á ningun principe extranjero. El linaje y decendencia del Cid se debe tomar de Lain Calvo, juez que fué de Castilla, como arriba queda dicho, porque este juez tuvo en doña Elvira Nuña Bella á Fernan Nuño. Deste y de su mujer doña Egilona fué hijo Lain Nuño; cuyo hijo fué Diego Lainez, marido que fué de Teresa Nuña, y padre de Rodrigo Diaz, por sobrenombre el Cid. Del Cid y su mujer doña Jimena nació Diego Rodriguez de Vivar, que en vida de su padre murió en la guerra contra moros. Tuvo asimismo el Cid dos hijas, doña Elvira y doña Sol, de quien se hará mencion adelante. Algunos concilios de obispos se tuvieron en este tiempo. El primero en Compostella, año de 1050. Presidió en él Cresconio, obispo compostellano, que se llama obispo de la Sede Apostólica. Halláronse con él Suero, obispo dumiense; Vistrario, electo metropolitano de Lugo, demás de otros sacerdotes, diáconos y clérigos y abades. Ordenáronse en este Concilio muchas cosas muy buenas. Que los obispos y los prestes dijesen misa cada dia; que los canónigos tuviesen un cilicio, y se le pusiesen los dias de ayuno, y todas las veces que se hiciesen letanías por alguna necesidad. En Jaca, tierra del rey don Ramiro, se hizo otro concilio año de 1060. Halláronse en él los obispos Sancho, de Aragon; Paterno, de Zaragoza; Arnulfo, rotense; Guillermo, de Urgel; Eraclio, de los bigorrones; Estéban, olorense; Gomecio, de Calahorra; Juan, lectorense. Presidió Austindo, arzobispo auxitano en Francia. Reformáronse las ceremonias de la misa que se habian estragado con el tiempo, y tambien las costumbres de los clérigos, y mandóse que los oficios divinos se hiciesen conforme al uso romano. Ordenóse otrosí que en Jaca estuviese la silla obispal que solia estar en Huesca, pero con condicion que, ganada Huesca de los moros, se le volviese la silla, quedando en su diócesi la misma ciudad de Jaca, y así se hizo adelante. Dos años despues desto se celebró concilio en San Juan de la Peña, presente el rey don Ramiro, á 21 de Junio. Halláronse en él los obispos don Sancho, de Aragon; don Sancho, de Pamplona; don García, de Najara; Arnulfo, de Ribagorza; Julian, castellense, y otros muchos obispos; Poncio, arzobispo de Oviedo, que sospecho yo fué el presidente, aunque se nombra el postrero. En este Concilio se ordenó por comun acuerdo de los padres que un decreto que los años pasados se hizo por el rey don Sancho el Mayor, es á saber, que los obispos de Aragon fuesen elegidos por los monjes de aquel monasterio, se guardase como en él se contenia. Por el mismo tiempo, si bien en el año no conciertan los autores sin que se pueda averiguar la verdad puntualmente, el cardenal Hugo, legado que era del Papa en España, en cierta junta de obispos y caballeros que se tuvo en Barcelona por órden y con voluntad del conde don Ramon, revocó y dió por ningunas las leyes de los godos, de que los catalanes hasta entonces usaban, y ordenó otras nuevas, que se guardan hasta nuestros tiempos. Este entiendo yó es aquel Hugo, cardenal llamado por sobrenombre Cándido, que el año de 1064 vino de Roma por legado á España, en tiempo que sobre el pontificado contendian dos que ambos se llamaban papas, y cada cual pretendia ser legítimo pontífice. El uno se llamó Alejandro II, el otro Honorio II. Los reyes de España seguian la obediencia del papa Alejandro, cuyo legado era este cardenal, por tener mas fundado su derecho que el competidor y contrario. Procuró este legado, demás de lo ya dicho, que en España se dejase el oficio gótico ó mozárabe, mas no pudo por entonces salir con ello; antes tres obispos de España fueron enviados á Mantua, ciudad de la Gallia Cisalpina ó Lombardía, para donde tenian convocado concilio, con intento de sosegar aquel cisma tan perjudicial; llevaron asimismo consigo los libros góticos y hicieron que el Concilio y los demás obispos los aprobasen y diesen por buenos y católicos. Estos obispos eran Munio, de Calahorra; Eximio, de Auca; Fortunio, de Alava; que debieron ser en aquella sazon de los mas principales y doctos destas partes.

CAPITULO VI.

Lo restante del rey don Fernando.

De los movimientos y diferencias que resultaron por la pretension de los emperadores de Alemaña tomaron los moros ocasion y avilenteza para sacudir el yugo que los años pasados les pusiera el rey don Fernando. A un mismo tiempo, casi como de comun acuerdo de todos, en diversos lugares tomaron las armas, en especial en el reino de Toledo y en los celtíberos, que es parte de Aragon. El Rey estaba ya pesado con los años, cansado de guerras tantas y tan molestas como por toda la vida tuvo; por el mismo caso las rentas reales consumidas, los vasallos cansados con los muchos tributos que pagaban. La reina doña Sancha, como hembra que era de ánimo varonil, deseosa que la cristiandad fuese adelante, ofreció de su voluntad para ayuda de los gastos de la guerra, que no se excusaba, todo el oro y joyas de su persona y recámara. Alentado el Rey con esta ayuda, juntó un buen ejército, con que acometió á los moros por la parte que corre el rio Ebro; hizo gran estrago y matanza en ellos. Pasó mas adelante hasta llegar á los catalanes y valencianos, de donde vino cargado de

buenos despojos. Con la misma prosperidad hizo guerra á los del reino de Toledo, y á todos ellos puso leyes y hizo jurar pagarian siempre los tributos acostumbrados. Esto hecho, con aparato y gloria de triunfador se volvió á su casa. Quién dice que cerca de Valencia se le apareció san Isidoro, cuyo devoto fué siempre, y le dijo moriria presto; por tanto, que se confesase y ordenase con brevedad las cosas de su alma. La enfermedad que luego sobrevino al Rey confirmó esto ser verdad; por lo cual, hecho concierto con los moros y recobrados los cautivos que tenian cristianos y recogidos los despojos que les ganara, sujetas aquellas comarcas y alzados los reales, marchó con su gente para Leon. Llevábanle en una litera militar como silla de mano, mudábanse por su órden los soldados y gente principal á porfía quién se aventajaria en el trabajo; tanto era el amor que le tenian chicos y grandes. El año de 1065, á 24 de diciembre, dia sábado, entró en Leon, y como lo tenia de costumbre, visitó los cuerpos de los santos prostrado por el suelo; con muchas lágrimas pidióles con su intercesion le alcanzasen buena muerte; y aunque parecia que la enfermedad iba en aumento, todavía estuvo presente á los maitines de Navidad; el dia siguiente oyó misa y comulgó. Otro dia en la iglesia de San Isidoro, puesto delante de su sepulcro, á grandes voces que todos le oian dijo á nuestro Señor: «Vuestro es el poder, vuestro es el mando, Señor; vos sois sobre todos los reyes, y todo está sujeto á vuestra merced. El reino que recebí de vuestra mano vos restituyo. Solo pido á vuestra clemencia que mi ánima se halle en vuestra eterna luz.» Dicho esto, se quitó la corona, ropa y reales insignias con que viniera, recibió el olio de mano de los obispos muchos que allí asistian, y vestido de cilicio y cubierto de ceniza, dia tercero de Pascua, fiesta de san Juan Evangelista, á hora de sexta finó. Pusieron su cuerpo en la misma iglesia junto á la sepultura de su padre. Las exequias fueron mas señaladas por las lágrimas del pueblo que por el aparato y solemnidad, aunque tampoco faltó esta, como era razon, en la muerte de tan gran Príncipe. Esto dicen don Rodrigo y Lúcas de Tuy; dado que hay quien diga que murió en Cabezon, pueblo junto á Valladolid, y ni aun en el tiempo de su tránsito conciertan los autores. Nos seguimos lo que pareció mas probable, sin atrevernos á interponer nuestro parecer y juicio en cosas semejantes y de tanta escuridad. La vida del rey don Fernando fué señalada en cristiandad y toda virtud en tanto grado, que en la ciudad de Leon cada año se le hace fiesta como á los demás que están puestos en el número de los santos. Muchas iglesias de su reino hizo de nuevo, otras reparó con mucha liberalidad y franqueza. Especialmente en Leon fundó las iglesias de San Isidro y de Santa María de Regla, y el monasterio de Sahagun en Castilla, donde ya que era viejo, cuando mas se dió á la oracion y devocion, residia muy de ordinario y cantaba muchas veces en el coro y comia en el refitorio con los frailes lo que estaba aderezado para ellos. Una vez se le cayó de las manos un vidrio que el abad le daba, como cuenta don Rodrigo, y luego se le restituyó de oro. Dice mas, que como viese andar descalzos los que servian en la iglesia mayor de Leon por la mucha pobreza, tan menguados eran aquellos tiempos y la pobreza tan apretada, mandó se les señalase renta para calzado. Item, que señaló de sus rentas á los monjes de Cluñi mil ducados en cada un año. La reina doña Sancha no fué de menor cristiandad que su marido; murió dos años adelante; en toda la vida, y mas en su viudez, se ejercitó en toda virtud y devocion. Su muerte fué á 15 de diciembre. Su cuerpo sepultaron junto al del Rey en la iglesia ya dicha de San Isidro.

CAPITULO VII.

Que murió don Ramiro, rey de Aragon.

El rey don Fernando por su testamento entre sus tres hijos dividió el reino en otras tantas partes: á don Sancho el mayor señaló el reino de Castilla, como se extiende desde el rio Ebro hasta el de Pisuerga, ca todo lo que se quitó á Navarra por muerte de don García se añadió á Castilla. El reino de Leon quedó á don Alonso con tierra de Campos y la parte de Astúrias que llega hasta el rio Deva, que pasa por Oviedo, demás de algunas ciudades de Galicia que le cupieron en su parte. A don García el menor dió lo demás del reino de Galicia y la parte del reino de Portugal que dejó ganada de los moros. Todos tres se llamaron reyes. A doña Urraca dejó la ciudad de Zamora; á doña Elvira la de Toro. Estas ciudades se llamaron el Infantado, vocablo usado á la sazon para significar la hacienda que señalaban para sustento de los infantes, hijos menores de los reyes. No era posible haber paz dividido el reino en tantas partes. Estaba suspensa España. Temian que con la muerte de don Fernando resultarian nuevos intentos, grandes revueltas y alteraciones. Para prevenir y poner remedio á esto, algunos grandes del reino rogaban al rey don Fernando y le procuraron persuadir algunas veces no dividiese su reino en tantas partes, y desto mismo trataron en las Cortes. El que mas trabajó en esto fué Arias Gonzalo, hombre viejo y de experiencia y que habia tenido con los reyes grande autoridad y cabida por su valor en las armas, prudencia y fidelidad, en que no tenia par. El amor de padre para con los hijos, la fortuna ó fuerza mas alta no dieron lugar á sus buenos consejos. Asentábale bien la corona á don Sancho por ser de buena presencia y gentil hombre, de muchas fuerzas, mas diestro en los negocios de guerra que de paz. Por esto se llamó don Sancho el Fuerte. Pelagio, ovetense, dice que era muy bello y muy diestro en la guerra. Era de buena condicion, manso y tratable, si no le irritaban con algun enojo y si falsos amigos so color de bien no le estragaran. Muerto el padre, se querellaba que en la division del reino se le hizo conocido agravio; que todo el reino se le debia á él por ser el mayor, y que le enflaquecieron las fuerzas con dividirle en tantas partes; trataba esto en secreto con sus amigos, y en su mismo semblante lo mostraba. La madre mientras vivió le detuvo con su autoridad que luego no hiciese guerra á sus hermanos, mayormente que por la muerte del rey don Fernando lo de Leon, como dote suya, quedaba á su disposicion y gobierno. Reinó don Sancho por espacio de seis años, ocho meses y veinte y cinco dias. Al principio que comenzó á reinar se le ofreció una guerra contra los moros, y luego tras aquella otra con el rey de Aragon; así suelen las guerras trabarse y eslabonar unas de otras,

y los alborotos y revueltas nunca paran en poco. El rey don Ramiro de Aragon, con deseo de ensanchar su reino con las armas vencedoras, perseguia y echaba de Aragon las reliquias de moros que quedaban. A Almugdadir, rey de Zaragoza, y Almudafar, rey de Lérida, forzó le diesen parias cada un año. Al rey de Huesca venció en algunos encuentros. Con los carpetanos confinan los celtíberos, y con estos los edetanos, distrito en que está Zaragoza; á estos venció el rey don Fernando en otro tiempo, y le pagaban cada año cierto tributo; al presente, confiados en la mudanza de los reyes y en la ayuda de don Ramiro, determinaron de no pagalle las parias. El rey don Sancho, visto lo que pasaba, acordó de ir contra ellos con un buen ejército, que la presteza en revueltas semejables suele ser muy importante. Los carpetanos, que es el reino de Toledo, con la venida del Rey luego sosegaron y se pusieron en razon. Los celtíberos ó aragoneses dieron mas en que entender, como gente que era mas brava. Corrióles los campos, saqueóles las aldeas y pueblos por toda aquella comarca; finalmente, se puso sobre Zaragoza, cabeza del reino, y de tal manera apretó el cerco, que la rindió á partido, que pues por el mismo caso que le prestaba obediencia, se apartaba de la amistad que tenia con el rey de Aragon, fuese él tenido á defenderlos de cualquiera que los molestase con guerra, quier fuese cristiano, quier moro; concierto con que se abria la guerra claramente contra el rey de Aragon. Extrañaba el rey don Sancho que el de Aragon se juntara con los navarros, sus enemigos, que de ordinario hacian entradas y cabalgadas en las tierras de Castilla. Demás que á los celtíberos, que caian en la conquista de Castilla, los tenia por sus tributarios. Estaba el aragonés puesto sobre el castillo de Grados, que edificaron los moros ribera del rio Esera para que les sirviese de baluarte muy fuerte contra los intentos y fuerzas de los cristianos. El rey don Sancho, en conformidad de lo que concertara con los moros, acudió á dar favor á los cercados y hacer que se levantase aquel cerco. Los aragoneses, alterados con aquella venida tan repentina y apretados de los castellanos por frente y de los moros que salieron del castillo por las espaldas, en breve quedaron vencidos y desbaratados; unos se salvaron por los piés, otros que acudieron á la pelea quedaron tendidos en el campo; el mismo rey de Aragon murió en aquella pelea, que sucedió el año poco mas ó menos de 1067. Tuvo la corona por espacio de treinta y un años; sepultaron su cuerpo en San Juan de la Peña, iglesia principal y entierro de otros muchos reyes que allí yacian sepultados. Esta victoria fué triste y desabrida para los cristianos y de mal pronóstico para lo de adelante por dar el rey don Sancho principio á sus hazañas con la muerte de su mismo tio. Del papa Gregorio VII, que gobernó la Iglesia por estos tiempos, se halla una bula en que alaba al rey don Ramiro, y dice fué el primero de los reyes de España que dió de mano á la supersticion de Toledo, que así llamaba él al Breviario y Misal de los godos, la cual supersticion tenia con una persuasion muy necia deslumbrados los entendimientos, y que con la luz de las ceremonias romanas dió un muy grande lustre á España. A la verdad, este Príncipe fué muy devoto de la Sede Apostólica en tanto grado, que estableció por ley perpetua para él y sus descendientes que fuesen siempre tributarios al sumo pontífice; grande resolucion y muestra de piedad. Sucedióle en el reino don Sancho Ramirez, el mayor de sus hijos, que era de edad de diez y ocho años, muy semejable en la virtud á su padre. En tiempo deste Príncipe, el año que se contaba de 1068, Guinardo, conde de Ruisellon, edificó y pobló la villa de Perpiñan en los confines de Francia, cerca de donde estuvo asentada la antigua ciudad de Ruisellon, cabeza de aquel estado. El nombre de Perpiñan se tomó de dos mesones que en aquel sitio poseia un hombre llamado Bernardo de Perpiñan. Dícese otrosí deste rey don Sancho que abrogó las leyes góticas á imitacion de la ciudad de Barcelona, que hizo lo mismo, como queda dicho, y mandó se siguiesen las imperiales, y conforme á ellas se administrase justicia y sentenciasen los pleitos. Casó con doña Felicia, hija de Armengol, conde de Urgel, en quien tuvo tres hijos, don Pedro, don Alonso y don Ramiro, que todos consecutivamente fueron reyes de Aragon. Otro su hijo bastardo, por nombre don García, fué adelante obispo de Jaca. Por este tiempo era obispo de Compostella ó de Santiago Cresconio, prelado de mucha virtud y conocida prudencia. Sucedióle en aquella iglesia otro de su mismo linaje, llamado Gudesteo; á este á cabo de dos años que gobernaba su iglesia, de noche en su lecho mató un tio suyo, llamado Froila, no por otra causa sino porque pretendia recobrar los pueblos de su diócesi, de que malamente y contra razon él se apoderaba; tanto puede la codicia demasiada de mandar y tener. A este prelado sucedió otro, llamado Pelayo, en cuyo tiempo se recibió la ley toledana y romana, que así lo dice la *Historia compostellana*. Por ley toledana entiendo yo el órden de decir la misa y las horas canónicas que de Francia vino á Toledo, y de allí se extendió por las otras partes, quitado el oficio de los godos, como se dirá en su lugar. La ley romana era la de continencia de los clérigos, que tenian muy estragada y mudada de lo antiguo la diciplina eclesiástica en esta parte, y los romanos pontífices pugnaban por todas las vias posibles que en Alemaña, Francia, y España en particular, se reparase este daño.

CAPITULO VIII.

Cómo don Sancho, rey de Castilla, hizo guerra á sus hermanos.

En un mismo tiempo reinaban en España tres reyes, primos hermanos, que tenian un mismo nombre, aunque no igual poder y fuerzas; hasta en la manera de muerte fueron todos tres muy semejables. Don Sancho, rey de Castilla, que era el mas poderoso, demás de la muerte que dió á su tio el rey don Ramiro, con que mucho amancilló el principio de su reinado, hecho mas feroz de cada dia, se iba á despeñar en mayores males, si bien por su mucho poder y destreza ponia miedo á los demás. Don Sancho, rey de Navarra, el pequeño estado y reino que alcanzaba y sus pocas fuerzas ayudaba con la confederacion que tenia puesta con el otro don Sancho, rey de Aragon; traza para asegurarse los dos contra el poder de Castilla y proseguir contra él la enemiga que heredaron de sus padres. No ignoraba el de Castilla estos intentos y artes. Acordó ganar por la mano y anticiparse. Rompió con su gente por las tierras de Navarra hasta dar vista á la villa de Viana. Acudieron los dos reyes, y en aquel lugar se vino á batalla, en

que el de Castilla fué roto, y con pérdida de mucha gente dió vuelta á su casa. Los vencedores, determinados de seguir y ejecutar la victoria, rompieron por la Rioja y por la comarca de Briviesca, do cobraron por las armas todo lo que el rey don Fernando ganara por aquellas partes. Por esta manera se trabaron con guerras entre sí aquellos tres príncipes, sin acordarse de lo que restaba contra moros. El rey don Sancho de Castilla no pudo por entonces satisfacerse de los dos reyes, sus primos, á causa de otra nueva guerra que emprendió en esta misma coyuntura contra sus hermanos. Era codicioso de estados, arrojado, atrevido y ejecutivo, feroz por las fuerzas y poder que alcanzaba. Pretendia que todo lo que fué de su padre le pertenecia, demás de otras querellas particulares que nunca faltan. La flaqueza de sus hermanos le animaba, su poca concordia y recato, pues no se hacian á una para acudir con las fuerzas de ambos al peligro que al uno y al otro amenazaba. Hizo levas de gentes, juntó un ejército el mayor que pudo, resuelto de llevar aquella empresa hasta el cabo. Don Alonso, que era el primero á quien aquella tempestad amenazaba, si bien despachó embajadores á su hermano don García y á sus primos de Aragon y Navarra para que le acudiesen con sus fuerzas y ayudasen á rebatir el orgullo del enemigo comun y perseguir aquella bestia fiera y salvaje, por la apretura del tiempo juntó sus soldados, que los tenia muchos y buenos, y fué en busca del enemigo. Diéronse vista junto á un pueblo que se llamaba Plantaca, ordenaron sus haces, dióse la batalla con gran corajo y esfuerzo. La victoria quedó por los castellanos, y el rey don Alonso, vencida y destrozada su hueste, se retiró á la ciudad de Leon. Despues procuró reparar y rehacer su ejército, y tornóse á encontrar con el enemigo cabe el pueblo que se llamaba Golpelara, como dice don Pelayo, obispo de Oviedo, ó como dice el arzobispo don Rodrigo, Vulpeculariâ, pueblo asentado en la ribera del rio Carrion; trocóse la fortuna y fué vencido el rey de Castilla. Con la prosperidad suelen descuidarse los vencedores. El Cid iba en compañía del rey don Sancho en todas las guerras, como la razon lo pedia; era, como está dicho, hombre de grande esfuerzo, sagaz y muy diestro en el pelear. Sospechó lo que fué. Recogió los soldados huidos, y muy de mañana con el sol acometió los reales de los enemigos, que, cargados de sueño y vino, se hallaban muy léjos de pensar cosa semejante. En el miedo y peligro repentino cada cual muestra quién es; unos huian, otros tomaban las armas, todos mandaban, y ninguno obedecia ni hacia lo que era menester; así en breve espacio quedaron vencidos. Don Alonso se retiró á la iglesia de Carrion, en que tenia puestos soldados de guarnicion. Allí le prendieron y enviaron á Búrgos para que estuviese en buena guarda dentro del castillo de aquella ciudad. Pusiéronse de por medio la infanta doña Urraca, hermana de los reyes, que queria mucho á don Alonso por su buena condicion, y el conde don Peranzules, que en toda aquella adversidad nunca le desamparó. Dieron traza que con licencia del rey don Sancho fuese al monasterio de Sahagun, que está ribera del rio Cea, y que allí tomase el hábito de monje, renunciando el estado de seglar. Esperaban que las cosas se trocarian y no faltaria alguna buena ocasion para que aquel Príncipe despojado volviese á su reino. Tomó el hábito el año que se contaba de Cristo 1071. Pasó algun tiempo en aquella vida, que tomó por fuerza. Los mismos exhortaron á don Alonso que, renunciado el hábito, se fuese á Toledo y se pusiese debajo el amparo del rey moro Almenon, que fué grande amigo de su padre. Hízose así; huyó como le aconsejaban y entróse por las puertas de aquel Rey. Pidióle audiencia, y en dia señalado le habló en esta sustancia: «¡Cuánto quisiera, rey Almenon, ya que no se me excusaba esta necesidad de acudir á tu socorro y amparo, yo que poco antes era rey poderoso y al presente me hallo desterrado, pobre y cercado de miserias, tener con algun servicio señalado granjeada tu amistad y tu gracia! Pero ni mi edad, que no es mucha, ni la diferente religion que profesamos me han dado á ello lugar, y para los príncipes magnánimos, cual tú eres, bastante causa debe ser para dar la mano y levantar á los caidos su grandeza y benignidad. Que como yo en mis males huelgo de acudir á tus puertas antes que á las de otro, movido de la fama de tus virtudes, así te debe dar contento se haya ofrecido ocasion para hacer bien á un hijo del gran rey don Fernando. Mas ¿qué podia yo hacer? ¿A quién acogerme en mis cuitas? Todas mis ayudas me faltan; de mis bienes y de mi reino estoy despojado por mi mismo hermano don Sancho, si hermano se debe llamar el que no guarda lealtad y parentesco y que tiene por bastante causa el apetito de mandar para atropellar los hijos de su padre. Mis deudos ¿qué me podian prestar? Pues pretende tambien embestir con mi hermano don García, y los reyes nuestros primos están poco sabrosos con nuestra casa. Finalmente, no me quedó otro remedio sino desterrarme, ni hallé otro amparo sino en tu sombra. No pretendo que por mi causa ni para restituirme en mi reino emprendas alguna guerra, si bien los grandes príncipes se suelen encargar de deshacer semejantes agravios. Solo te suplico me dés lugar en tu casa para pasar mi destierro, que será algun alivio de cuita tan grande y de entretenerme en tu reino solo con la esperanza de que el causador destos daños, feroz al presente y ufano, trocadas las cosas, será en breve castigado de la crueldad que ha usado contra sus hermanos y contra sus deudos. Cosa que si sucediere y Dios otorgare con mi deseo y me sacare destos males, puedes estar cierto que nunca pondré en olvido el acogimiento y gracia que me hicieres.» El rey Almenon, como quier que tenia á mucha honra que aquel poco antes rey poderoso acudiese á su amparo con tanta humildad, y confiaba que en algun tiempo le podria ser de provecho aquella su venida, respondió con semblante alegre y en pocas palabras á este razonamiento. Dijo que le pesaba de su desgracia, pero que debia llevar aquel revés con buen talante, pues su conciencia no le acusaba de culpa alguna. Que las cosas desta vida son sujetas á mudanzas; por tanto, de presente se sufriese y para adelante se entretuviese con aquella buena esperanza que decia. En su reino podria estar todo el tiempo que le pluguiese; que ninguna cosa le faltaria para el sustento de su casa, y que fuera de su reino y de su patria ninguna otra cosa echaria menos; finalmente, que le tendria como á hijo y le trataria como á tal. Señalóle casa para su morada junto á su palacio, que estaba donde ahora el monasterio de la Concepcion y caia cerca un templo de cristianos, que se entiende era

el que hoy tienen los carmelitas. Con esto tenia aparejo para oir misa y los oficios divinos y para hablar al Rey cuando le parecia. Hizo su pleito homenaje que guardaria lealtad al Moro y acudiria á su servicio como era razon. Era don Alonso muy apuesto y agraciado, modesto, prudente, liberal y de costumbres muy suaves, con que en breve ganó las voluntades de aquella gente y todos se le aficionaban. Su hermana, doña Urraca, cuidaba de sus cosas. Pidió licencia al rey don Sancho, y con ella le envió para que le hiciesen compañía al conde Peranzules y otros dos hermanos suyos, Gonzalo y Hernando, para que le sirviesen y él se aconsejase con ellos. En compañía de los tres vinieron otros muchos; todos quiso el rey Moro ganasen su sueldo porque tuviesen con que sustentarse, y cuando fuese menester lo sirviesen en la guerra que de ordinario tenia contra otros moros comarcanos. En esto pasaba aquel Príncipe desterrado su vida; cuando cesaba la guerra dábase á la caza y á la montería, y para mayor comodidad de sus monteros edificó una alquería, que despues creció en vecindad, y hoy se llama Brihuega, pueblo conocido en el reino de Toledo. Su ordinaria residencia era en Toledo; trataba mucho con el Rey, y de cada dia con su buen término le ganaba mas la voluntad, y el Moro gustaba mucho de su conversacion y compañía. Aconteció que cierto dia fueron á tomar deporte y recreacion en una huerta cerca de la ciudad por do pasa el rio Tajo, con cuyo riego y agua, que dél sacan muchas azudas, se hace muy fértil y de mucho provecho, y hoy se llama la huerta del Rey. Adormecióse con la frescura don Alonso. El Rey y sus cortesanos que cerca estaban recostados á la sombra de un árbol comenzaron á tratar del sitio inexpugnable de Toledo, de sus murallas y fortaleza. Uno dellos, el mas avisado, replicó: por solo un camino se podria esta ciudad conquistar; si por espacio de siete años continuados le pusiesen cerco, y cada un año para quitallo el mantenimiento le talasen los campos y quemasen las mieses, sin duda se perderia. Don Alonso, que del todo no dormia, ó acaso despertó, oyó con mucho gusto aquella plática y la encomendó á la memoria. Añaden á esto algunos que el rey Moro, advertido del peligro y del descuido, para ver si dormia le mandó echar plomo derretido en la mano, y que por esta causa le llamaron don Alonso el de la mano horadada. Invencion y hablilla de viejas, porque ¿cómo podian tener tan á mano plomo derretido, ni el que mostraba dormir disimular tan grave dolor y peligro? La verdad, que le llamaron así por su franqueza y liberalidad extraordinaria. Otro dia refieren que estando en presencia del Rey se le levantó el cabello y se le erizó de manera, que, aunque el Rey por dos ó tres veces se lo allanó, todavía se tornaba á levantar. Los moros, como gente que miran mucho en estos agüeros, avisaron que aquello era pronóstico de grande mal, que se apoderaria de aquel reino si no ganaban por la mano con darle la muerte para asegurarse. ¿Quién podrá desbaratar los consejos de Dios? El Rey era de suyo muy humano y tenia buena voluntad á don Alonso; por esto no se dejó persuadir de los agoreros ni vino en quebrantar por su causa las leyes del hospedaje; contentóse con que don Alonso le hiciese de nuevo pleito homenaje que le seria amigo verdadero y leal. Esto pasaba en Toledo. Por otra parte el rey don Sancho, feroz y ufano por la victoria que ganó, tomaba posesion del reino de Leon, en que unas ciudades se le rendian de voluntad, de otras se apoderó por fuerza de armas. En particular la ciudad de Leon al principio le cerró las puertas; pero al fin con un cerco que tuvo sobre ella muy apretado, á ejemplo de las demás ciudades, se allanó. Concluido esto á su voluntad, revolvió contra Galicia, do el otro hermano reinaba con pocas fuerzas, por tener el reino dividido en bandos y estar disgustados contra él los naturales, á causa de los muchos tributos que les imponia, de cada dia mayores y mas graves. El mayor daño que se dejaba gobernar á sí y á todas sus cosas públicas y particulares de un criado que tenia con él gran cabida; que suele ser un grave daño en los príncipes. De ordinario las mercedes que los príncipes hacen se atribuyen á ellos mismos, y si en alguna cosa se yerra, cargan á los ministros y á los que tienen á su lado, que suelen pagar con la vida la demasiada privanza, como sucedió en este caso; ca los caballeros indignados por aquella causa dieron la muerte á aquel su criado en su misma presencia, y aun pasaron tan adelante, que por sospecharse de muchos eran participantes en aquel delito, para asegurarse tomaron las armas y alborotaron el reino. Menospreciaban, es á saber, al que vian dejarse gobernar por hombre semejante, y sin duda es señal que el príncipe no es grande cuando sus criados son mas poderosos. En este estado se hallaba Galicia al tiempo que el rey don Sancho acometió á tomalla. Don García, visto que por estar los suyos alborotados no podria contrastar á las fuerzas de su hermano, con solos trecientos soldados que le siguieron, desamparada la tierra, acudió á los moros de Portugal. Persuadíales le ayudasen con sus fuerzas, que si bien andaba fuera de su casa, todavía le acudirian sus vasallos; que se apiadasen de su trabajo y hiciesen rostro á la ambicion de su hermano, siquiera por asegurar sus cosas y no tener por vecino enemigo tan poderoso, que si salia con aquella pretension no pararia hasta enseñorearse de todo. Representábales los intereses que podian esperar de aquella guerra, que todos serian para ellos mismos, y él se contentaria con recobrar su estado y vengar aquel agravio. A estas razones respondieron los moros que les pesaba de su mal, pero que no les venia á cuento meter en peligro sus cosas para ayudarle, y mucho menos fiar de promesas de hombre que no se supo conservar en lo que tenia. Despedido deste socorro, todavía quiso probar ventura alentado con otros muchos que le acudieron, unos por odio del rey don Sancho, otros por tener parte en la presa, parte moros, parte cristianos. Con esta gente rompió por las tierras de su reino; los pueblos y ciudades de Portugal fácilmente se le rendian. Acudió el rey don Sancho para atajar esta llama. Llegó con su gente hasta Santaren, que antiguamente fué Scalabis. Juntáronse los dos campos, dióse la batalla de poder á poder, el campo quedó por el rey de Castilla, el estrago y matanza de los contrarios fué grande, muchos prisioneros, y entre los demás el mismo don García, que llevaron al castillo de Luna en Galicia, donde pasó en prisiones lo que restó de la vida pobre y despojado de su estado. Era de suyo hombre descuidado y flojo, suelto de lengua y no bastante para tan grandes olas y tormenta como contra él se levantaron.

CAPITULO IX.

Cómo el rey don Sancho murió sobre Zamora.

Concluido que hobo el rey don Sancho con los dos hermanos, luego que se vió señor de todo lo que su padre poseia, quedó mas soberbio que antes y mas orgulloso. No se acordaba de la justicia de Dios, que suele vengar demasías semejantes y volver por los que injustamente padecen, ni consideraba cuánta sea la inconstancia de nuestra felicidad, en especial la que por malos medios se alcanza. Prometíase una larga vida, muchos y alegres años, sin recelo alguno de la muerte que muy presto por aquel mismo camino se le aparejaba. Despojados los hermanos, solo quedaban las dos hermanas, que pretendia tambien desposeer de los estados que su padre les dejó. El color que para esto tomaba era el mismo del agravio que pretendia se le hizo en dividir el reino en tantas partes; la facilidad era mayor á causa de tener ya él mayores fuerzas, y aquellas señoras ser mujeres y flacas. La ciudad de Zamora estaba muy pertrechada de muros, municiones, vituallas y soldados que tenian apercebidos para todo lo que pudiese suceder. Los moradores era gente muy esforzada y muy leal y aparejados á ponerse á cualquier riesgo por defenderse de cualquiera que los quisiese acometer. Acaudillábalos Arias Gonzalo, caballero muy anciano, de mucho valor y prudencia, y de cuyos consejos se valia la infanta doña Urraca para las cosas del gobierno y de la guerra. El Rey, visto que por voluntad no vendrian en ningun partido ni se le querian entregar, acordó usar de fuerza. Juntó sus huestes y con ellas se puso sobre aquella ciudad, resuelto de no alzar la mano hasta salir con aquella empresa. El cerco se apretaba; combatian la ciudad con toda suerte de ingenios. Los ciudadanos comenzaban á sentir los daños del cerco, y el riesgo que todos corrian los espantaba y hacia blandear para tratar de partidos. En este estado se hallaban cuando un hombre astuto, llamado Vellido Dolfos, si comunicado el negocio con otros, si de su solo motivo no se sabe, lo cierto es que salió de la ciudad con determinacion de dar la muerte al Rey, y por este camino desbaratar aquel cerco. Negoció que le diesen entrada para hablar al Rey; decia le queria declarar los secretos y intentos de los ciudadanos y aun mostrar la parte mas flaca del muro y mas á propósito para darle el asalto y forzalla. Creen los hombres fácilmente lo que desean; salió el Rey acompañado de solo aquel hombre para mirar si era verdad lo que prometia. Hizo dél mas confianza de lo que fuera razon, que fué causa de su muerte; porque estando descuidado y sin recelo de semejante traicion, Vellido Dolfos le tiró un venablo que traia en la mano, con que le pasó el cuerpo de parte á parte; extraño atrevimiento y desgraciada muerte, mas que se lo empleaba bien por sus obras y vida desconcertada. Vellido, luego que hizo el golpe, se encomendó á los piés con intento de recogerse á la ciudad. Los soldados que oyeron las voces y gemidos del Rey que se revolcaba en su sangre fueron en pos del matador, y entre los demás el Cid, que se hallaba en aquel cerco. La distancia era grande, y no lo pudieron alcanzar, que las guardas le abrieron la puerta mas cercana, y por ella se entró en la ciudad. Esto dió ocasion para que los de la parte del Rey se persuadiesen fué aquel caso pensado, y que los demás ciudadanos ó muchos dellos eran en él participantes. Los soldados de Leon y de Galicia no sentian bien del Rey muerto, ni les agradaban sus empresas; y así, sin detenerse mas tiempo desampararon las banderas y se fueron á sus casas. Los de Castilla, como mas obligados y mas antiguos vasallos, parte dellos con gran sentimiento llevaron el cuerpo muerto al monasterio de Oña, do le sepultaron y hicieron sus honras, que no fueron de mucha solemnidad y aparato; la mayor parte se quedaron sobre Zamora, resueltos de vengar aquella traicion. Amenazaban de asolar la ciudad y dar la muerte á todos los moradores como á traidores y participantes en aquel trato y aleve. En particular don Diego Ordoñez, de la casa de Lara, mozo de grandes fuerzas y brio, salió á la causa. Presentóse delante de la ciudad armado de todas armas y en su caballo, y desde un lugar alto para que lo pudiesen oir henchia los aires de voces y fieros; amenazaba de destruir y asolar los hombres, las aves, las bestias, los peces, las yerbas y los árboles, sin perdonar á cosa alguna. Los ciudadanos, entre el miedo que les representaba y la vergüenza de lo que dellos dirian, no se atrevian á chistar. El miedo podia mas que la mengua y quiebra de la honra. Solo Arias Gonzalo, si bien su larga edad le pudiera excusar, determinó de salir á la demanda, y ofreció á sí y á sus hijos para hacer campo con aquel caballero por el bien de su patria. Tenian en Castilla costumbre que el que retase de aleve alguna ciudad fuese obligado para probar su intencion hacer campo con cinco, cada uno de por sí. Salieron al palenque y á la liza tres hijos de Arias Gonzalo por su órden: Pedro, Diego y Rodrigo. Todos tres murieron á manos de Diego Ordoñez, que peleaba con esfuerzo muy grande. Solo el tercero, bien que herido de muerte, alzó la espada, con que por herir al contrario le hirió el caballo y le cortó las riendas; espantado el caballo se alborotó de manera, que sin poderle detener salió y sacó á don Diego de la palizada, lo que no se puede hacer conforme á las leyes del desafio, y el que sale se tiene por vencido. Acudieron á los jueces que tenian señalados; los de Zamora alegaban la costumbre recebida; el retador se defendia con que aquello sucedió acaso y que salió del palenque contra su voluntad. Los jueces no se resolvian, y con aquel silencio parecia favorecian á los ciudadanos. Desta manera se acabó aquel debate, que sin duda fué muy señalado, como se entiende por las corónicas de España y lo dan á entender los romances viejos que andan en este propósito y se suelen cantar á la vihuela en España, de sonada apacible y agradable.

CAPITULO X.

Cómo volvió el rey don Alonso á su reino.

Esto pasaba en Zamora. Doña Urraca, cuidadosa de lo que podria resultar en el reino despues de la muerte de su hermano y por el amor que tenia á don Alonso, que deseaba sucediese en su lugar y recobrase su reino, acordó despachalle un mensajero á Toledo para avisalle de todo, y en particular de la desastrada muerte de su hermano. Dió al mensajero señas secretas para que se certificase que ella misma le enviaba las cartas

en cifra por lo que pudiese suceder, que nadie las entendiese, dado caso que se las tomasen. Lo que contenian en suma era : Que no hay en el mundo alegría pura que no vaya destemplada con tristeza; que el rey don Sancho era muerto por traicion de Vellido Dolfos; que si bien tenia merecida la muerte y los tenia á todos agraviados, en fin era hijo de sus padres, y fuerza se doliesen de su triste suerte; que muy presto se alzaria el cerco de Zamora, si bien don Diego Ordoñez cargaba á los ciudadanos de traidores como participantes en aquel caso, y los retaba resuelto de proballes en campo y por las armas aquel aleve; lo que hacia al caso, y ella siempre deseara y lo suplicara á Dios, era que él, como deudo mas cercano, era llamado á la corona para que recobrase su reino y sucediese en lo demás; por tanto, que abreviase para prevenir los intentos de gente no bien intencionada, granjear y conquistar las voluntades de todos los vasallos; finalmente, que se guardase de gastar el tiempo en demandas y respuestas, consultas y dudas fuera de sazon, pues en casos semejantes no hay cosa mas saludable que la presteza. Esto contenia la carta. Muchas escuchas de moros que andaban mezclados entre los cristianos avisaron primero al rey Moro de lo que pasaba y la fama que en casos semejantes siempre se adelanta y vuela. Peranzules, que por conjeturas que para ello tenia cada dia esperaba algun trueco y mudanza, salia cada dia en son de caza de la ciudad de Toledo por espacio de una legua para informarse de los caminantes y saber lo que pasaba. Con este cuidado hobo á las manos una ó dos espías de los moros que venian con aquel aviso, y sacados del camino, por encubrir las nuevas si pudiera, les dió la muerte. Finalmente encontró con el mensajero de la Infanta, informóse en particular de todo, y con tanto dió vuelta para la ciudad y avisó á don Alonso de lo que venia en las cartas y el mensajero decia. Aconsejábale que con todo el secreto posible sin dar parte al rey Moro se partiese prestamente. A la verdad parecia recia cosa fiarse de los moros, que como tales poca lealtad suelen guardar, además de otros inconvenientes que podian resultar, que el miedo y el amor suelen hacer mayores de lo que son. Don Alonso estaba perplejo sin saber cuál partido debia seguir y qué consejo tomar. Parecíale bien lo que aquel caballero le decia; mas por otra parte se le hacia de mal mostrarse descortés con quien le tenia tan obligado. Resolvióse, finalmente, de seguir lo que parecia mas seguro y mas honesto. Habló con el rey Almenon; avisólo de todo lo que ya él mismo sabia, aunque disimulaba; pidióle licencia para tomar posesion del reino, á que los suyos le convidaban; que no le pareció justo partirse sin su voluntad y sin que lo supiese, de quien tantos regalos tenia recebidos. El bárbaro, vencido con esta cortesía y lealtad, respondió se holgaba mucho que le ofreciesen el reino, y mucho mas que con aquella cortesía le quitase la ocasion de trocar las buenas obras que le hiciera, menores que él merecia y él mismo deseaba, en algun desabrimiento si se pretendiera ir sin que él lo supiese, y sin dalle parte de lo que por otra via muy bien sabia; y aun le tenia tomados los pasos, y en los caminos puestas guardas para que no se le pudiese escapar, si por ventura lo intentase; que muy en buen hora fuese á tomar la corona que le ofrecia; solo queria que, para seguridad de la amistad que tenian puesta, le hiciese de nuevo el juramento que le tenia hecho de ser verdadero amigo, así suyo como de su hijo Hisem, para no faltar jamás en la fé y palabra que se daban, pues ponian á Dios por juez y por testigo de aquella confederacion y amistad. Hízose todo como el Moro lo pedia; ayudóle con dineros para el camino, y aun para mas honrarle, al partirse le acompañó por algun buen espacio; ejemplo singular de fidelidad y templanza en un rey bárbaro como aquel. Lo que se ha dicho tengo por mas cierto que lo que refiere don Lúcas de Tuy, es á saber, que sin que el Rey lo supiese se descolgó por los adarves, y se huyó en postas que le tenian aprestadas. De cualquier manera que ello fuese, él enderezó su camino á Zamora, donde la Infanta le esperaba, y á quien siempre tuvo en lugar de madre. Consultó con ella lo que debia hacer, despachó sus correos por todas partes para avisar de su venida. Los de Leon no mostraron dificultad alguna, antes con gran voluntad le recibieron y alzaron por su rey. Lo de Galicia andaba en balanzas á causa que su hermano don García, por la mudanza de los tiempos, escapó de la prision y pretendia restituirse en el reino que antes tenia. Acordó don Alonso, por excusar alteraciones, envialle personas nobles y principales que le requiriesen de paz; los cuales, por ser él de buena condicion y sencillo, fácilmente le persuadieron lo que deseaban; antes sin recelarse de alguna celada ni pedir otra seguridad, se vino para su hermano, confiado alcanzaria dél por bien lo que pretendia. Engañóle su esperanza, ca luego le echaron las manos y le quitaron la libertad y volvieron á la prision, que le duró todo el tiempo de la vida. El recelo que de su condicion se tenia, no muy sosegada, que seria ocasion de alborotos y alteraciones, excusan en parte este desaguisado que se le hizo, demás del buen tratamiento que tuvo en la prision, si la falta de la libertad y el reino que le quitaban se pudieran recompensar con alguna otra comodidad y regalo. Con esto quedó llano lo de Galicia. Los caballeros de Castilla se juntaron en la ciudad de Búrgos para acordar lo que se debia hacer. La resolucion fué de recebir á don Alonso por rey de Castilla, á tal que jurase por expresas palabras no tuvo parte ni arte en la muerte de su hermano. Don Alonso, avisado desto, se partió para aquella ciudad. Los mas de los presentes se recelaban de tomarle la jura por pensar lo tendria por desacato y para adelante se satisfaria de cualquiera que lo intentase. Solo el Cid, como era de grande ánimo, se atrevió á tomar aquel cargo y ponerse al riesgo de cualquier desabrimiento. En la iglesia de Santa Gadea de Búrgos le tomó el juramento, que en suma era no tuvo parte en la muerte de su hermano ni fué della sabidor; si no era así, viniesen sobre su cabeza gran número de maldiciones que allí se expresaron. Acabada esta ceremonia, á voz de pregonero alzaron por don Alonso los pendones de Castilla, y le declararon por rey con grande muestra de alegría y muchas fiestas que por aquella causa se hicieron. Disimuló el Rey por entonces el desacato; mostróse alegre y cortés con todos como el tiempo lo pedia; pero quedó en su pecho ofendido gravemente contra el Cid, como los efectos adelante claramente lo mostraron. Además que algunos cortesanos, que suelen con su mal término atizar los disgustos de los príncipes y mirar con malos

ojos la prosperidad de los que les van delante, no cesaban con chismes y reportes de aumentar la indignacion del Rey. Tenia don Alonso treinta y siete años cuando volvió al reino. Fué diestro en la guerra; por esta causa le llamaron don Alonso el Bravo. Era prudente y templado en el gobierno, de noble condicion y modesto; virtudes á que de suyo era inclinado, y las adversidades y trabajos que padeció mucho le afinaron mas. Su franqueza y liberalidad fué extremada, tanto, que parecia en hacer mercedes consumir las riquezas y tesoros reales. La muerte del rey don Sancho y la restitucion de don Alonso sucedió el año que se contaba de Cristo de 1073. En el mismo el cardenal Hildebrando entró en el pontificado por muerte de Alejandro II, y se llamó Gregorio VII; persona de singular virtud, grandeza de ánimo y constancia, como lo mostró en la enemiga que por toda la vida tuvo con el emperador Enrique, tercero deste nombre, sobre defender la libertad de la Iglesia, que aquel príncipe pretendia atropellar. En España, este mismo año, santo Domingo de Silos, monje cluniacense, varon de conocida santidad, finó á 20 de diciembre, dia viérnes. Su fiesta se celebra cada año en España. Nació este santo en la Rioja, en un pueblo llamado Cañas; de pastor que fué entró monje en San Millan de la Cogulla; con el tiempo vino á ser allí abad; mandóle desterrar el rey don García de Navarra porque defendia con mucha fuerza las exempciones de sus monjes y sus privilegios; de donde tomó el nombre en latin, como yo creo, que se dijo *Exiliensis*, Silos en romance. El monasterio, que á la sazon se llamaba de San Sebastian, le reparó este santo los años pasados con ayuda del rey don Fernando, y adelante mudó el nombre y se llamó de Santo Domingo de Silos, no solo el monasterio, sino el pueblo que está junto á él en el valle de Tablatello, diez leguas de Búrgos, en en unos ásperos riscos, camino derecho de Santistéban de Gormaz. No quiso dejar esto por la noticia de la antigüedad y por ser este monasterio muy nombrado. Volvamos á los hechos de los reyes y al órden de la historia como iba antes.

CAPITULO XI.

De los principios del rey don Alonso el Sexto.

En los principios del reinado del rey don Alonso no faltaron turbaciones y revueltas, que con el tiempq se apaciguaron y tuvieron buen suceso y alegre. El año siguiente despues que entró en su reino, que fué el de 1074, los reyes de Córdoba y de Toledo traian guerra sobre los términos de sus reinos. Don Alonso, por lo mucho que debia al de Toledo, juntó un buen ejército con intento de ayudarle y acudirle. Temió el rey Almenon de primera instancia que venia contra él; pero luego se desengañó y supo el buen intento que traia en su favor. Juntaron los dos sus campos y hicieron muy gran daño en las tierras del reino de Córdoba; destruyeron los sembrados, aldeas y cortijos y quemaron los pueblos; hicieron grandes presas de hombres cautivos y de ganados. No se vino á las manos porque el de Córdoba esquivaba entrar en batalla con Almenon y con los demás que de su parte venian. Los soldados volvieron alegres con las victorias, ricos y cargados de despojos. Por este tiempo falleció la primera mujer del rey don Alonso, por nombre doña Inés. Casó despues con otra señora, llamada Constancia, natural de Francia. Deste segundo matrimonio tuvo una hija sola, que se llamó doña Urraca, y adelante heredó el reino y todos los estados de su padre, como se verá en otro lugar. A instancia desta Reina, segun yo pienso, despacharon una embajada á Roma para suplicar al Papa enviase un legado á España con plena potestad para reparar y reformar por todas las vias posibles las costumbres de los eclesiásticos, que por la soltura de los tiempos andaban muy estragadas y perdidas. Parecióle al papa Gregorio VII ser muy justa esta demanda; despachó para este efecto á Ricardo, cardenal y abad de San Victor de Marsella. Este legado, llegado á España, juntó en Búrgos, ciudad cabeza de Castilla, el año de 1076, un concilio de obispos de todo el reino; en él, por conformarse con la voluntad del Rey y con lo que era razon, confirmó en todo su reino el ministerio romano, que son las mismas palabras de don Pelayo, obispo de Oviedo. Yo entiendo que mandó ejecutar y poner en práctica las leyes antiguas de la Iglesia, olvidadas y desusadas en gran parte, señaladamente que los clérigos de órden sacro no se casasen ni tuviesen mujeres, segun que lo mismo se hiciera en Alemaña, aunque con mucho alboroto y revueltas que sobre el caso se levantaron, tanto, que públicamente se dijeron muchas cosas contra la honra y reputacion del pontífice Gregorio, libelos famosos, cantarcillos y versos muy descomedidos en este propósito; tan pesada cosa es dejar las costumbres viejas y reformar las vidas estragadas. A la verdad, los mas de los clérigos, olvidados de lo que pedia la antigua diciplina eclesiástica y vencidos del deleite, se hallaban enlazados en el casamiento, cargados de mujeres y de hijos. Demás desto, á ejemplo de Aragon, abrogaron en aquella junta el Breviario y Misal gótico de que usaban en España, y se mandó introducir el romano. Esto cuanto á lo eclesiástico. El Cid asimismo por mandado del Rey partió para la Andalucía á poner en razon á los reyes moros de Sevilla y de Córdoba, que no querian acudir con las parias y con los tributos acostumbrados. Traian entre sí guerra muy reñida los reyes de Granada y de Sevilla; el de Granada estaba mas orgulloso á causa que algunos cristianos seguian sus banderas y ganaban dél sueldo; púsose el Cid de por medio para concertallos y ponellos en paz; y porque el de Granada no queria venir en ningun partido, le hizo guerra, y vencido, le forzó á tomar el asiento que primero desechaba. Hiciéronse pues las paces entre aquellos moros, y el Cid volvió con los tributos cobrados y sus soldados ricos con las presas que en aquella guerra hicieron; los cuales y toda la demás gente, por las victorias que ganó en esta jornada, le dieron un nuevo apellido y muy honroso, ca le llamaron el Cid Campeador, en que se muestra el grande amor que le tenian y gran crédito que habia ganado. Por el mismo camino los nobles y caballeros se encendieron contra él en una nueva envidia; procuraban abatir al que mas aina debieran imitar, armábanse para esto de calumnias y cargos falsos que le hacian, torcian sus servicios y sus palabras. No era dificultoso salir con su intento por estar el Rey de tiempo atrás desgustado; demás que de nuevo se les ofreció otra ocasion muy á propósito para llevar adelante esta trama.

Los moros de Andalucía no acababan de sosegar y allanarse; determinó el Rey hacelles guerra en persona. En esta sazon un buen golpe de moros de los que en Aragon moraban, sea á persuasion de los andaluces, sea por no perder aquella ocasion, por Medinaceli hicieron entrada en las tierras de Castilla. Corrieron y talaron los campos de Santistéban de Gormaz. El Cid se hallaba retirado en su casa con achaque de su poca salud, como á la verdad pretendiese con ausentarse aplacar la envidia de sus émulos para que no lo empeciesen; pero avisado de lo que pasaba y visto que el Rey estaba ausente, con las gentes que pudo recoger prestamente acudió al peligro. Su valor y diligencia corrian á las parejas; así muy en breve forzó á los moros á retirarse y desembarazar la tierra. No contento con esto, por aprovecharse de la ocasion y aprovechar sus soldados, revolvió á manderecha sobre las tierras del reino de Toledo, sin parar hasta dar vista á la misma ciudad. En el camino saqueó los pueblos, taló los campos, ganó gran presa y siete mil esclavos entre hombres y mujeres. Los que le aborrecian acudieron al Rey para cargalle de haber quebrantado el asiento puesto con aquel rey de Toledo. Decian no convenia disimular ni dar rienda á un hombre loco y sandio para hacer semejantes desatinos; que era bien castigalle y hacer que no se tuviese en mas que los otros caballeros, ni pretendiese salir con lo que se le antojase. Tratóse el negocio en una junta de grandes y ricos hombres. Acordaron saliese desterrado del reino, sin dalle mas término de nueve dias para cumplir el destierro; no se atrevió el Cid á contrastar con aquella tempestad. Encomendó su mujer y hijos al abad de San Pedro de Cardeña, monasterio con que tuvo toda su vida mucha devocion, y él se fué á cumplir su destierro acompañado de muy buena y lucida gente. Iba resuelto de no pasar el tiempo en ociosidad, antes hacer de allí adelante con mas brio guerra á los moros, y con el resplandor de sus virtudes deshacer las tinieblas de las calumnias que le armaban. Los moros por este tiempo, con las comidas y regalos de España y con la abundancia, fruto de la victoria, habian perdido en gran parte las fuerzas y valor con que vinieron de Africa. Salió el Cid con poca gente, aunque escogida, y otros muchos deudos y hijosdalgo que se le allegaron, que todos deseaban tenello por caudillo y militar debajo de su conducta. Rompió lo primero por el reino de Toledo y el rio de Henáres arriba no paró hasta llegar á aquella parte de Aragon en que está Alhama y el rio Jalon, que riega con diversas acequias que dél sacan gran parte de aquellos campos; en particular combatió y ganó de los moros el castillo de Alcocer, muy fuerte por su sitio, puesto en lugar alto y enriscado. Desde este castillo hacia salidas y cabalgadas por todas aquellas tierras comarcanas, y aun desbarató dos capitanes que el rey de Valencia envió con gente para impedir aquellos daños. La presa que hizo en todos estos encuentros y jornada fué muy rica; acordó enviar en presente al rey don Alonso treinta caballos escogidos con otros tantos alfanjes fiados de los arzones y treinta cautivos moros vestidos ricamente que los llevasen de diestro. Recibió el Rey esta embajada y presente con muy buen talante y toda muestra de contento y alegría. El pueblo no cesaba de engrandecer al Cid y subir sus hazañas hasta las nubes; llamábanle libertador de la patria, terror y espanto de los moros, defensor y amparador de la cristiandad. Decian que era tanta su grandeza, que con buenas obras pretendia vencer los agravios que le hacian; y su mansedumbre y gentileza se aventajaba á las injusticias y injurias de sus contrarios. Que no debia nada á los caballeros antiguos, antes se les adelantaba en todo género de virtud. Despidió el Rey los embajadores muy cortesmente; pero no alzó por entonces el destierro á su señor por no alterar á los moros, si tan en breve le perdonaba; solo dió licencia á todos los que quisiesen para seguille y militar debajo de sus banderas; en lo cual se tuvo respeto, no solo á honrar al Cid, sino á descargar el reino de muchos hombres bulliciosos, que, apaciguada el Andalucía, por estar criados en las armas llevaban mal la ociosidad. Estas cosas, si bien pasaron en muchos años, las juntamos en este lugar por no perturbar la memoria si se dividieran en muchas partes. Advertido esto, volverémos con nuestro cuento atrás y á referir lo que pasó en España el año que se contaba de Cristo 1076.

CAPITULO XII.

Cómo el rey don Sancho de Navarra fué muerto por su hermano.

El rey don Sancho de Navarra tenia un hermano, llamado don Ramon; los dos, aunque eran hijos de un padre y de una madre, en las condiciones y costumbres mucho diferenciaban. Don Ramon era de suyo bullicioso, amigo de contiendas y de novedades, ninguna cuenta tenia con lo que era bueno y honesto á trueque de ejecutar sus antojos. Arrimábansele otros muchos de su misma ralea, gente perdida y que consumidas sus haciendas no les quedaba esperanza de alzar cabeza sino era con levantar alborotos y revueltas. Con la ayuda destos pretendia don Ramon apoderarse del reino; ambicion mala y que le traia desasosegado. El Rey era amigo de sosiego, muy dado á la virtud y devocion, como consta de escrituras antiguas en que á diversos monasterios de su reino hizo donaciones de campos, dehesas y pueblos. Tenia en su mujer doña Placencia un hijo, por nombre don Ramiro, de poca edad, que le habia de suceder en el reino, y no falta quien diga tuvo otros dos hijos hasta llamar al uno don García, y al menor de todos no le señalan nombre. De lo uno y de lo otro tomó ocasion don Ramon para alzarse contra el Rey; decia que con su mucha liberalidad, que él llamaba prodigalidad y demasía, diminuia las rentas reales y enflaquecia las fuerzas del reino, como de ordinario los malos á las virtudes ponen nombres de los vicios á ellas semejantes; gran perversidad. Demás desto, el Rey era viejo, los hijos que tenia de poca edad; esto dió ánimo al que ya estaba determinado de declararse, y con la ayuda de sus aliados se alzó con algunos castillos, principio de mayores males. Acudió el Rey á ponello en razon; mas visto que por bien no se podia acabar cosa ninguna, le pusieron acusacion, y en ausencia, por los cargos que contra él resultaban, le declararon por enemigo público y le condenaron á muerte. Con esto quedaron por enemigos declarados, y cada cual de los dos procuraba dar la muerte al contrario. Los malos de ordinario son mas diligentes y recatados por no fiarse en otra cosa sino en sus mañas; por el contrario, los bue-

nos, confiados en su buena conciencia, se suelen descuidar. El Rey estaba en la villa de Roda; el traidor secretamente se fué allá bien acompañado, y hallado el aparejo que buscaba, alevosamente le dió la muerte. El arzobispo don Rodrigo no hace mencion de todo esto, puede ser que por no manchar su nacion y patria con la memoria de caso tan feo. Los hijos del muerto acudieron á favorecerse, don Ramiro el mayor al Cid, y los dos menores al rey de Castilla don Alonso. Su edad y fuerzas no eran bastantes para contrastar á las del tirano, que quedó muy pertrechado, y luego con el favor de sus valedores se llamó rey. Por esto los principales del reino se juntaron para acordar lo que convenia. No les pareció disimular ni recebir por señor al que tales muestras daba de lo que seria adelante. Los infantes eran flacos y estaban ausentes. Resolviéronse de convidar con aquel reino y corona á don Sancho, rey de Aragon, primo hermano del muerto, y valerse de sus fuerzas contra las del tirano. Acudió él sin tardanza, encargóse del reino que le ofrecian y apoderóse de la mayor parte dél. Otra parte, que fué lo de Briviesca y la Rioja, se entregó al rey don Alonso, que pretendia tener mejor derecho á lo de Navarra por causa de la bastardía de don Ramiro, padre del rey de Aragon; en particular se entregó la ciudad de Najara, do en la iglesia de Santa María la Real sepultaron los cuerpos del Rey muerto y de la Reina, su mujer. Vino otrosí el Aragonés en acudir cada un año al de Castilla por lo de Navarra, por no venir con él á rompimiento, con cierto tributo; este reconocimiento se halla por escrituras antiguas que pagaron los reyes don Sancho y don Pedro. El tirano homiciano, vista la voluntad con que la gente recebia el nuevo Rey y perdida la esperanza de poder contrastar así á sus fuerzas como al odio que todos como á malo y aleve le tenian, acordó ausentarse. Huyó á Zaragoza, donde el rey Moro le dió casa en que morase, y le heredó en ciertos campos y tierras con que pasase su pobre y lacerada vida. Esta herencia de mano en mano recayó en una su nieta, llamada Marquesa, que casó con Aznar Lopez, y afirman que en su testamento la dejó á la iglesia mayor de Santa María de Zaragoza, en tiempo de don Alonso, rey de Aragon, primero deste nombre.

CAPITULO XIII.

Que Almenon, rey de Toledo, y don Ramon, conde de Barcelona, fallecieron.

El año luego siguiente, que se contó de 1077, pasaron desta vida dos príncipes muy señalados; Almenon, rey de Toledo, y don Ramon, conde de Barcelona, por sobrenombre el Viejo; en que el dicho año fué mas señalado que en otra cosa que en él sucediese. En el reino de Toledo sucedió Hisem, hijo mayor del rey difunto. Todo el tiempo que reinó, que fué por espacio de un año, se conservó con todo cuidado en la amistad del rey don Alonso, á ejemplo de su padre y por su mandado, que se lo dejó muy encomendado. Muerto Hisem, le sucedió su hermano menor, por nombre Hiaya Aldirbil, muy diferente de su padre y hermano. Era cobarde en la guerra, en el gobierno desconcertado, de vida muy torpe, dado á comidas y deshonestidades, sin perdonar á las hijas y mujeres de sus vasallos; con que se hizo muy aborrecible, así á los moros como á los cristianos que moraban en Toledo. Era inhumano y cruel, propia condicion de medrosos y cobardes. Por la muerte de Hisem quedó el rey don Alonso libre del homenaje que hizo en Toledo los años pasados de guardar amistad á aquellos príncipes, padre y hijo. Los cristianos y moros de aquella ciudad, cansados con la tiranía que padecian y no pudiendo llevar los vicios de aquel Príncipe, hacian grande instancia por sus cartas al rey don Alonso para que los librase de aquella opresion tan grande y se apoderase de aquella ciudad tan principal, que era como un baluarte muy fuerte de casi todo el señorío de los moros. Decíanle no perdiese aquella ocasion tan buena como se le presentaba por estar desabridos los ciudadanos, y la poca industria del Rey, que no tendria ánimo ni fuerzas para hacer resistencia á los cristianos. Estos fueron los primeros principios y como las primeras zanjas que se abrian para emprender la conquista de aquella nobilísima ciudad, cabeza de todo aquel reino. El conde don Ramon falleció en Barcelona, en cuya iglesia mayor le sepultaron, que él mismo desde los cimientos levantó los años pasados. El entierro y las honras fueron cuales se puede pensar con toda muestra de majestad y solemnidad. Dejó dividido su estado entre dos hijos suyos; el mayor se llamó don Berenguel, el segundo don Ramon Cabeza de Estopa; la causa de tal apellido de suso queda declarada; su gentileza y apostura y las costumbres, muy compuestas y agradables, fueron ocasion de ganar las voluntades, así del pueblo como de su padre en tanto grado, que sin embargo que era hijo menor, quedó nombrado por conde de Barcelona; mejoría que le fué perjudicial y le acarreó la muerte, como luego se dirá. Este Príncipe casó con una señora, hembra de mucha virtud y que fué hija de Roberto Guiscardo, normando de nacion y gran señor en Italia, segun que lo refiere cierto autor. Esta gente de los normandos en aquel tiempo era muy nombrada. La fama de su valor volaba por todas partes, y estaban apoderados de lo postrero de Italia y de Sicilia. Fundó esta Condesa dos monasterios, el uno con advocacion de San Daniel, en el valle de Santa María, tierra de Cabrera; el otro cerca de Girona, donde despues de la muerte de su marido, renunciado el siglo y sus comodidades, pasó muy santamente lo restante de su vida. En el un monasterio y en el otro puso religiosas de san Benito. Hijo desta señora fué don Ramon Arnaldo ó Berenguel, que sucedió á su padre en el condado de Barcelona. Por este mismo tiempo Armengol, conde de Urgel, hacia guerra á los moros que quedaban por aquellas comarcas, y Guillen Jordan, conde de Cerdanía, perseguia los herejes arrianos, que á cabo de tantos años tornaban á brotar por aquellas partes. Esto castigaba aquella mala gente con destierros, confiscacion de bienes, con infamia y con muertes que daba á los pertinaces. Por el esfuerzo de Armengol se ganaron de los moros muchos pueblos ribera del rio Segre; en especial la ciudad de Balaguer, cabeza del condado de Urgel, volvió á poder de cristianos.

CAPITULO XIV.

Cómo los normandos fueron á Italia.

El nombre de los normandos fué muy conocido los

años pasados por los grandes daños que hicieron en las costas de España y de Francia; mas por estos tiempos se hicieron mas famosos cuando extendieron la gloria de su esfuerzo en las partes de Italia, y por fuerza de armas fundaron en ella un nuevo reino y señorío, que dura hasta nuestros tiempos, aunque mudada diversas veces la sucesion de los príncipes que le han poseido y poseen. Dará mucha luz á esta historia saber la orígen desta gente y la ocasion que tuvieron para pasar en Italia, á causa de estar sus cosas en lo de adelante muy mezcladas con las de España. Normandos, que es lo mismo que hombres setentrionales, se llamaron en particular todos aquellos que entre la provincia de Dania y la Címbrica Quersoneso se extendian por todas aquellas marinas del mar Germánico y poseian las islas que por allí caen; hombres fieros y bárbaros, en el vestido y manera de vida salvajes, de costumbres extraordinarias, pero muy diestros en el arte de navegar por el ejercicio ordinario que tenian de ser cosarios. Luitprando, que floreció por estos tiempos, dice que los normandos eran los mismos que los rusos ó rutenos. La verdad es que en un mismo tiempo estas gentes se derramaron como dos rios arrebatados, los rusos por las provincias de oriente, de donde vienen los de Polonia, los normandos por las de occidente, en que hicieron grandes efectos. En particular en tiempo de Cárlos el Simple, rey de Francia, asentaron en aquella parte de aquel reino que antiguamente llamaron Neustria, y despues del apellido desta gente se llamó y se llama Normandía, como se dijo en otro lugar. Traian por capitan á uno llamado Rolon; naturalmente tenian grande apetito de mandar, eran acostumbrados á fingir y disimular, dados al estudio de la elocuencia y ejercicio de la caza, fuertes para sufrir todo trabajo, hambre, calor y frio; preciábanse de andar bien vestidos y arreados; en lo demás eran de condicion soberbia y desapoderada. Estas eran las virtudes y vicios de los normandos y su natural; con la comunicacion de los franceses, cuya condicion es mansa, se mitigó en parte su fiereza y se amansaron sus costumbres. Del linaje de Rolon hobo uno llamado Guillermo Noto, séptimo duque de Neustria ó Normandía; este, por testamento del rey Eduardo el Santo, juntó al ducado de Normandía el reino de Ingalaterra en el tiempo que se hacia la guerra de la Tierra-Santa. Para apoderarse de aquel reino pasó en una flota á Ingalaterra, y en la primera batalla venció á Haroldo, su competidor, y le quitó la vida y el reino. De allí, por tener aquellos reyes buena parte de la Francia, resultaron perpetuas guerras entre franceses y ingleses, que comenzaron poco antes de los tiempos en que va nuestra historia. De Francia pasó á Italia un ejército de los normandos con esta ocasion. Hay en Normandía una ciudad, que se llamó en otro tiempo Constancia Castra; en su comarca poseia un pueblo, que se llama Altavilla, uno llamado Tancredo, príncipe de noble y antiguo linaje, dichoso en sucesion, porque de dos matrimonios tuvo no menos que doce hijos. Guillermo, por sobrenombre Brazos de Hierro, Drogo, Wifredo, Gaufredo, Serlo nacieron de la primera mujer, cuyo nombre no se sabe. La segunda mujer, llamada Frausendis, tuvo estos: Roberto Guiscardo, Malegerio, Guillermo, Alveredo, Humberto, Tancredo y el menor de todos Rogerio, que hizo á todos ventaja en hazañas y en mayor poder y señorío. La madre cuidaba de los alnados como de los hijos propios, y así ellos se querian bien, sin que tuviesen entre sí diferencias ni envidias. El padre los crió y amaestró en las armas y en las otras artes que pertenecian á gente noble. Eran denodados, de buen consejo, con que enfrenaban la temeridad; la osadía no los dejaba ser cobardes. Lo que el padre tenia era poco; temian que si lo dividian no resultasen dello riñas y contiendas, determinaron irse á otra parte á vivir y heredarse. Italia estaba dividida en muchos señoríos, ardia en bandos y guerras. Los moros tenian á Sicilia y las otras islas del mar Mediterráneo. Por la una causa y la otra se les ofrecia buena ocasion para mostrar su valor y esfuerzo. Los hermanos mayores pasaron en Italia. Siguiólos un buen golpe de gente; ejercitáronse en las armas y ganaron honra, primero en las guerras de Lombardía y de Toscana, despues pasaron á tierra de Lavor, parte del reino de Nápoles, do los príncipes, el de Salerno y el de Capua, se hacian guerra muy reñida por diferencias que tenian entre sí. Asentaron primero con el Capuano, despues siguieron al Salernitano, que les hizo mas aventajado partido, y con esta ayuda quedó con la victoria. Concluida esta guerra, á instancia de Maniaco, gobernador de la Pulla y de Calabria por el emperador de Grecia, emprendieron la conquista de Sicilia contra los moros que délla estaban apoderados. Hicieron en breve buen efecto, en muchas ciudades volvieron á poder de cristianos, y en diversos encuentros desbarataron los moros y los corrieron por toda la tierra hasta lanzarlos de aquella isla. Tras esto, como es ordinario, resultaron sospechas y desgustos entre los griegos, que pretendian quedar señores de aquella isla, y los normandos, que aspiraban á lo mismo. De las palabras vinieron á las manos; quedaron los griegos vencidos y privados de aquella su pretension. Destos principios comenzaron los vencedores á fundar y poner los cimientos de un nuevo estado en Italia y en Sicilia, que en breve llegó á ser muy poderoso y rico, porque á la fama de lo que pasaba, los hermanos menores que quedaban en Francia, fuera de solos dos que perseveraron en casa de su padre, cuyos nombres no se saben, acudieron con nuevos socorros de gente en ayuda de sus hermanos mayores, con que mucho se adelantaron en poder y señorío. Todo lo que se ganó por aquellas partes se dividió entre los mismos que lo conquistaron; pero muertos los demás, finalmente quedaron por señores de todo Roberto Guiscardo y Rogerio. Roberto se llamó duque de Calabria y de la Pulla; Rogerio fué conde de Sicilia, estado ganado de los moros y griegos por las armas suyas y de su hermano. Roberto, de dos mujeres que tuvo, Alberada y Sigelgaita, hija del príncipe de Salerno, dejó estos hijos: Boamundo, Rogerio y una hija (si es verdad lo que dicen los catalanes), que casó con don Ramon, conde de Barcelona, como ya dijimos. De Rogerio, conde de Sicilia, nació otro Rogerio, que mudó el apellido de conde en el de rey, y acabados los demás deudos, parte que fallecieron, parte por haberles él quitado lo que tenian, quedó solo con todo lo que los normandos en Italia y en Sicilia poseian; demás desto, Africa y Grecia le pagaban tributo; tan grande era su poder. Esto se tomó de Gaufredo, monje, que escribió los hechos de los normandos en Italia, á instancia del mismo conde Rogerio

en historia particular que dellos compuso; pero dejada Italia, volvamos á España y á nuestro cuento.

CAPITULO XV.

Que se emprendió la guerra contra Toledo.

Desta manera procedian las cosas de los normandos prósperamente en Italia. En España los ciudadanos de Toledo no cesaban con cartas y mensajeros de solicitar á los nuestros para que emprendiesen aquella conquista y se pusiesen sobre aquella ciudad; que el rey Hiaya, ni se mejoraba con el tiempo, ni por el riesgo que corria enfrenaba sus apetitos, antes por no irle nadie á la mano, de cada dia crecia en atrevimiento y crueldad; finalmente, que pasaban una vida muy desgraciada, rodeada de miserias y de angustia, y que solo se entretenian con la esperanza de vengarse; que si los cristianos no les acudian, se determinaban de pedir á los moros que los acorriesen, pues cualquiera sujecion era tolerable á trueque de librarse de aquella tiranía. Toda servidumbre es miserable, pero intolerable servir á un loco y desatinado. El rey don Alonso andaba perplejo sin saber qué partido debia tomar; combatíanle por una parte el recelo de lo que se podria pensar y decir, por otra la esperanza del gran provecho si ganaba aquella ciudad. Acordó tratar el negocio en una junta de caballeros, gente principal y grave. Los pareceres fueron diferentes, como suele acontecer en semejantes consultas. Los mas osados y valientes eran de parecer se emprendiese luego la guerra, que decian seria de mucho interés y honra, así para los particulares como en comun para toda la cristiandad. Encarecian la grande presa y los despojos con que se animarian los soldados, la importancia de quitar una ciudad tan principal á los moros, la buena ocasion que se les presentaba de salir fácilmente con la empresa, que si se pasaba, por ventura no volveria tan presto; que en el suceso de aquella guerra se ponia en balanzas todo el poder de los moros en España. Los mas recatados extrañaban esto; decian que en ninguna manera se debia emprender aquella conquista, pues era contra conciencia y razon quebrantar la confederacion y amistad que tenian asentada con aquellos reyes. En conformidad desto, uno de los caballeros que seguian este parecer, hombre anciano y de mucha prudencia, habló en esta manera: «¿Con qué justicia, oh Rey, ó con qué cara haréis guerra á una ciudad que en el tiempo de vuestro destierro, cuando os hallastes pobre, desamparado y sin remedio, os recibió cortesmente y trató con mucho regalo, principio que fué y escalon para subir al reino que ahora teneis? ¿Qué razon sufre dar guerra al hijo, sea cuan malo le quisiéredes pintar, del que con su hacienda y con su poder os ayudó á volver al reino que os quitó vuestro hermano? Hospedóos amorosamente, y tratóos no de otra manera que si fuérades su hijo para obligaros al cierto que á sus sucesores los tuviésedes en lugar de hermanos; que no debe ser menor la union que resulta del agradecimiento y amor que la que causa la naturaleza y parentesco. Dificultosa cosa es persuadir á un príncipe lo que conviene; la adulacion y conformarse con su voluntad carece de dificultad y peligro. Si va á decir la verdad, cuánto uno es mas cobarde tanto es mas libre en el blasonar de guerras y de armas. A las veces por parecer de los mas cobardes se emprende la guerra, que se prosigue despues con el esfuerzo y riesgo de los esforzados. ¿Quién no sabe cuánta sea la fortaleza de aquella ciudad que quereis acometer, cuán grandes sus pertrechos, sus municiones, sus reparos? Diréis: Los ciudadanos nos llaman y convidan. Como si hobiese que fiar de una comunidad liviana y inconstante y que volverá la proa á la parte de donde soplare el viento mas favorable. Destruir la tiranía y librar los oprimidos es cosa muy honrosa. Es así, si juntamente y por el mismo camino no se quebrantasen las leyes de la piedad y agradecimiento y de toda humanidad. Dirá otro: No hay que hacer caso del juramento, pues su obligacion cesó con la muerte de los reyes pasados. Verdad es; pero ¿quién podrá engañar á Dios, testigo de la intencion y de la perpetua amistad que asentastes? Mas aína se puede temer no quiera vengar semejante desacato y fraude. No decimos esto, oh Rey, por esquivar el trabajo ni el peligro; con el mismo ánimo que otras veces estamos aparejados y prestos para seguiros, si fuere menester, desarmados, desnudos y flacos; pero para tomar consejo es justo que nuestras lenguas tengan libertad y vuestras orejas se muestren á todo lo que se dijere favorables.» Movieron estas razones al Rey, tanto mas, que por boca de uno le parecia hablaba gran parte de los que allí estaban; finalmente, venció el deseo que tenia de hacer aquella guerra y conquistar aquella nobilísima ciudad, en que tantas comodidades se le representaban. Con esta determinacion les habló en esta sustancia: «Bien sé, nobles varones, las muchas dificultades que en esta guerra se ofrecen y que estos dias se han dicho muchas cosas á propósito de poneros espanto y miedo. Mas ¿quién no sabe cuántas mentiras y cuán vanas se suelen sembrar en ocasiones semejantes? La cobardía y el miedo todo lo acrecientan y hacen mayor de lo que es en hecho de verdad. No diré nada del cargo de conciencia que nos hacen ni del juramento y nota de ingratitud que nos acusan; las maldades de Hiaya nos descargarán bastantemente. Al que su mismo padre, si fuera vivo, castigara con todo rigor, ¿será razon que por su respeto le dejemos continuar en ellas y en su tiranía tan grave? Alegan con la fortaleza de aquella ciudad el gran número de sus ciudadanos. La verdad es que al esfuerzo y valor ninguna cosa habrá dificultosa. Los que debajo la conducta de mi hermano don Sancho y mia allanastes gran parte de España y ganastes de los moros muchas batallas campales, ¿por ventura serán parte estas hablillas para espantaros? Que si los enemigos son muchos, no será esta la primera vez que peleais con semejante canalla, gente allegadiza, sin concierto y sin órden, y que cuanto son mas en número tanto se embarazarán mas al tiempo del menester. Gente flaca es la que acometemos, y que por la larga ociosidad y el mucho regalo no podrán sufrir el trabajo y el peso de las armas. Ganado Toledo, mis soldados, ¿quién será parte, quién os irá á la mano para que con las manos victoriosas no llegueis á los últimos términos de España, remate de todos vuestros trabajos, premio y gloria inmortal, que con poco trabajo alcanzaréis para vos, para nuestros reinos y para toda la cristiandad? Parad mientes no se nos pase el tiempo en consultas y recatos, y lo que suele acontecer cuando los buenos intentos se dilatan, no nos parezca

mejor consejo aquel cuya sazon fué ya pasada.» Estas razones tan concertadas encendieron los ánimos de todos los presentes para que con toda voluntad se decretase la guerra contra los moros. El Rey, tomada esta resolucion, se encargó de juntar armas, caballos, vituallas, dineros, municiones y todo lo demás necesario. Mandó levantar banderas y hacer gente por todas partes, en particular llamó y convidó con nuevos premios y ventajas los soldados viejos que estaban derramados por el reino. En todo esto se ponia mayor diligencia por entender que los moros, avisados de todo lo que pasaba, llamaban en su ayuda al rey moro de Badajoz, que á toda furia se aprestaba para acudilles con toda brevedad. La priesa fué de manera, que las unas gentes y las otras, los moros y los cristianos, llegaron á un mismo tiempo á Toledo; pero visto que el rey don Alonso iba acompañado de un campo muy lucido, soldados diestros y muy bravos, los moros dieron la vuelta sin pasar adelante en aquella demanda. Sin embargo, no se pudo por entonces ganar aquella ciudad, á causa que el rey moro de Toledo se hallaba á la sazon muy apercebido y pertrechado de todo lo necesario, demás de la fortaleza grande de la ciudad, que ponia á todos espanto por ser muy enriscada. Talaron los campos, quemaron las mieses, hicieron presas de hombres y de ganados, y con tanto se volvieron á sus casas. Comenzóse la tala el año que se contaba de 1079, continuóse el año siguiente, el tercero y el cuarto, sin alzar mano algunos otros años adelante. Tomaron á los moros los pueblos de Canales y de Olmos, que caian cerca de aquella ciudad, y en ellos dejaron guarnicion de soldados, que nunca cesaban de hacer correrías y cabalgadas por toda aquella comarca. Con estos daños comenzaron los de Toledo á padecer falta de trigo y de otras cosas necesarias para la vida. Susténtase la ciudad de Toledo comunmente de acarreo, á causa que la tierra de su contorno es muy falta por ser de suyo delgada y arenisca y por las muchas piedras y peñas que en ella hay; las fuentes son pocas, y sus manantiales cortos; llueve pocas veces por caerle léjos la mar y ser la tierra la mas alta de España. Solo por la vega por do pasa el rio Tajo hay una llanura y valle no muy ancho, pero muy fértil y alegre. En el mismo tiempo que se dió principio á la conquista de Toledo, el Cid continuaba la guerra en Aragon con mucha prosperidad; ganó de los moros diversos castillos y pueblos por toda aquella tierra; solo para ser colmada su felicidad le faltaba la gracia de su Rey, que él mucho deseaba. Sucedió muy á propósito que el año de 1080 se levantaron ciertas revueltas entre los moros del Andalucía, á causa que un hombre principal de aquella nacion, por nombre Almofala, tomó por fuerza el castillo de Grados. El Moro cuyo era, acudió al rey don Alonso para valerse de su ayuda y recobrar aquella plaza. Llamábase este moro Adofir. Al Rey le pareció condecender con esta demanda y aprovecharse de aquella ocasion que para adelantar su partido se le presentaba. Envió golpe de gente adelante, y él poco despues con mayor número acudió en persona. El Moro contrario era astuto y mañoso; la guerra iba á la larga. Temia el Rey no se le pasase la sazon de volver, como lo tenia comenzado, á la conquista de Toledo. Acordó llamar al Cid, que en Aragon se hallaba, y encargalle aquella empresa, por ser caudillo de tanto nombre y en todo aventajado y sin par. Venido, le acogió muy bien y trató muy amorosamente, como príncipe que de suyo era afable y que sabia con buenas palabras granjear las voluntades. Alzóle el destierro, y para mas muestra de amor á su instancia estableció una ley perpetua en que se mandó que todas las veces que condenasen en destierro algun hijodalgo no fuese tenido á cumplir la sentencia antes de pasados treinta dias, como quier que antes no les señalasen de término mas que nueve dias. Volvió el Rey á su empresa, y el Cid concluyó aquella guerra del Andalucía á mucho contento, ca recobró el castillo de Grados, sobre que era el debate, y prendió al Moro que le tomara, que envió al Rey para que hiciese dél lo que su voluntad fuese y por bien tuviese. Esto pasó en el Andalucía aquel año; el siguiente de 1081, don García, hermano del Rey, pasó desta vida. Hízose desangrar rompidas las venas en la prision en que le tenian; tan grande era su disgusto y su rabia por verse privado del reino y de la libertad. Temia el rey don Alonso que como era bullicioso y de no mucha capacidad no alterase los naturales y el reino. Esta entiendo yo fué la causa de no querelle soltar en tanto tiempo mas que la ambicion y deseo de reinar. Verdad es que despues de la muerte del rey don Sancho tuvo la prision mas libre y toda abundancia de comodidades y regalos. Y aun no falta quien dice que poco antes de su muerte le convidaron con la libertad y no la aceptó, sea por estar cansado de vivir, sea por aplacar á Dios con aquella penitencia y afan, de que da muestra no querer le quitasen los grillos en toda su vida, antes mandó le enterrasen con ellos, y así se hizo. Llevaron su cuerpo á la ciudad de Leon, y allí le sepultaron muy honoríficamente en la iglesia de San Isidro. Halláronse presentes al enterramiento y exequias sus dos hermanas las Infantas, muchos obispos y otros grandes del reino. Su muerte fué á los diez años de su prision y á los quince despues que comenzó á reinar. El Cid, sosegadas las revueltas del Andalucía, tornó á la guerra de Aragon, donde en una batalla venció al rey moro de Denia, por nombre Alfagio, y junto con él al rey de Aragon don Sancho, que viniera en su favor. Esta victoria fué muy señalada, tanto, que el rey don Alonso le llamó para honrarle y hacerle mercedes, segun que sus trabajos y virtudes lo merecian. Venido que fué, le hizo donacion por juro de heredad de tres villas, es á saber, Briviesca, Berlanga, Arcejona. Por otra parte, el moro Alfagio se rehizo de gente, y con deseo de satisfacerse corrió las tierras de Castilla hasta dar vista á Consuegra, villa principal de la Mancha. El Rey, si bien estaba ocupado en la conquista de Toledo, acudió contra esta tempestad para rebatir el orgullo de aquel Moro. Juntáronse los campos, adelantáronse las haces de una parte y de otra, dióse la batalla, en que pereció mucha morisma, y el rey Moro se salvó por los piés y se retiró á cierto castillo. La alegría desta victoria se aguó mucho á los cristianos con la muerte lastimosa, que sucedió en la pelea, de Diego Rodriguez de Vivar, hijo del Cid, mozo de grandes esperanzas y que comenzaba ya á seguir la huella y las virtudes de su padre. Su cuerpo enterraron en San Pedro de Cardeña, y allí se muestra su lucillo. Alfagio, el moro, aunque vencido en las dos batallas susodichas, no acababa de sosegar; antes, recogida mas gente, rompió otra vez por tierras de Castilla sin reparar hasta Me-

dina del Campo, pueblo bien conocido y principal. Salió en su busca Alvar Yañez Minaya, deudo del Cid, persona de valor, y llegado á aquellas partes tuvo con él un encuentro en que tercera vez quedó vencido y desbaratada su gente. Esto pasó el año de Cristo 1082, en el cual año don Ramon Cabeza de Estopa, conde de Barcelona, cerca de un pueblo llamado Percha, puesto entre Ostarlito y Girona, fué muerto alevosamente. Su mismo hermano don Berenguel le paró aquella celada yendo camino de Girona, y le hizo matar. Estaba mal enojado contra él despues que su padre, sin embargo que era hijo menor, se le antepuso en el estado de Barcelona. Disimulólo al principio y mostró sentimiento por la muerte de su hermano; pero como quier que semejantes maldades pocas veces se encubran, sabido el caso, cayó en aborrecimiento de la gente, tan grande, que no solo no alcanzó lo que pretendia, antes por fuerza le privaron de lo que era suyo. Lo que le quedó de la vida pasó miserablemente, pobre, desterrado y vagabundo, y aun se dice que de repente perdió la habla en Jerusalem, do los años adelante fué á la conquista de la Tierra-Santa, y allí le sobrevino la muerte. El cuerpo de don Ramon sepultaron en la iglesia mayor de Girona. Sucedióle don Ramon Arnaldo, su hijo, de tan poca edad, que aun no tenia año cumplido; pero fué muy señalado por el largo tiempo que gozó de aquel estado, igual á cualquiera de sus antepasados por la grandeza y gloria de sus hazañas, demás que ensanchó mucho su señorío, no solo con la parte que quitaron al matador de su padre, sino porque en su tiempo faltaron legítimos descendientes á los condes de Urgel y de Besalú, por donde aquellos estados recayeron en él como movientes del condado de Barcelona y feudos suyos. Y aun en la parte de Francia que se llamó la Gallia Narbonense se le juntó los años adelante el condado de la Proenza por via de casamiento y en dote, porque casó con doña Aldonza, que otros llaman doña Dulce, hija de Gilberto, conde de la Proenza. Deste matrimonio nacieron dos hijos, don Ramon y don Berenguel, y tres hijas; la una dellas se llamó doña Berenguela, que casó con don Alonso el Emperador; los nombres de las otras dos no se saben, mas es cierto que casaron en Francia muy principalmente. Tuvo este Príncipe contienda y aun guerra muy reñida con Alonso, conde de Tolosa, señor muy principal y muy vecino á su estado; pero despues de largos debates se concertaron en que recíprocamente se prohijasen el uno al otro de tal guisa, que en cualquier tiempo que á cualquiera de aquellas casas faltase sucesion hobiese aquel estado el otro ó sus descendientes. Pero esto pasó mucho tiempo adelante. Volvamos á la guerra de Toledo en que estábamos.

CAPITULO XVI.

Cómo se ganó la ciudad de Toledo.

Las continuas correrías y entradas que los fieles hacian por las tierras de Toledo, las talas, las quemas, los robos traian tan cansados á los moros de aquella ciudad, que no sabian qué partido tomar ni dónde acudir. Los cristianos que allí moraban, alentados con la esperanza de la libertad, no cesaban de solicitar al rey don Alonso para que, juntadas todas sus fuerzas, se pusiese sobre aquella ciudad. Prometian si lo hiciese de abrille luego las puertas y entregársela. Las fuerzas de los nuestros y las haciendas estaban gastadas, los ánimos cansados de guerra tan larga. Estas dificultades y otras muchas que se representaban, grandes trabajos y peligros, venció y allanó la constancia del Rey y el deseo que todos tenian de llevar al cabo aquella conquista. Hiciéronse nuevas y grandes levas de gente, juntaron los pertrechos y municiones necesarias con determinacion de no desistir ni alzar la mano hasta tanto que se apoderasen de aquella ciudad. Su asiento y aspereza es de tal suerte, que para cercarla por todas partes era fuerza dividir el ejército en diversas escuadras y estancias, y que para esto el número de los soldados fuese muy crecido. Es muy importante la amistad y buena correspondencia entre los príncipes comarcanos; grandes efectos se hacen cuando se ligan entre sí y se ayudan, cosa que pocas veces sucede, como se vió en esta guerra. Demás de los castellanos, leoneses, vizcainos, gallegos, asturianos, todos vasallos del rey don Alonso, acudieron en primer lugar el rey don Sancho de Aragon y Navarra con golpe de gente; asimismo socorros de Italia y de Alemaña, movidos de la fama desta empresa, que volaba por todo el mundo. De los franceses, por estar mas cerca, vino mayor número y gente muy alegre y animosa para tomar las armas, no tan sufridora de trabajos. Mas porque en esta y otras guerras contra los moros sirvieron muy bien, á los que dellos se quedaron en España para avencindarse y poblar en ella los reyes les otorgaron muchas exempciones y franquezas; ocasion, segun yo pienso, de que procedió llamar en la lengua castellana comunmente francos, así á los hombres generosos como á los hidalgos y que no pagan pechos; lo cual todo se saca de escrituras antiguas y privilegios que por estos tiempos se concedieron á los ciudadanos de Toledo. De todas estas gentes y naciones se formó un campo muy grueso, que sin dilacion marchó la via de Toledo, muy alegre y con grandes esperanzas de dar fin á aquella demanda. El rey Moro, avisado del intento de los enemigos, de sus apercebimientos y aparato y movido del peligro que le amenazaba, se aprestaba para hacer resistencia. Tenia soldados, vituallas y municiones; faltábale el mas fuerte baluarte, que es el amor de los vasallos. Todavía, aunque no ignoraba esto, tenia confianza de poderse defender por la fortaleza y sitio natural de aquella ciudad, que es en demasía alto y enriscado. De todas partes le cercan peñas muy altas y barrancas, por medio de las cuales con grande maravilla de la naturaleza rompe el rio Tajo y da vuelta á toda la ciudad de tal suerte, que por tierra deja sola una entrada para ella á la parte del septentrion y del norte de subida empinada y agria, y que está fortificada con dos murallas, una por lo alto, y otra tirada por lo mas bajo. Para cercar la ciudad por todas partes fué necesario dividir la gente en siete escuadrones con otras tantas estancias, que fortificaron á ciertos espacios, á propósito de cortar todos los pasos, que ni los de dentro saliesen, ni les entrasen de fuera socorros ni vituallas. El Rey con la mayor parte de la gente, asentó sus reales, y los fortificó y barreó por todas partes en la vega que se tiende á las haldas del monte sobre que está asentada la ciudad. Todos, así moros como cristianos, mostraban grande ánimo y deseo de venir

á las manos. Cerca de los muros se trabaron algunas escaramuzas, en que no sucedió cosa señalada que sea de contar; solo se echaba de ver que los moros en la pelea de á pié no igualaban á los cristianos en la ligereza, fuerzas y ánimo; mas en las escaramuzas á caballo les hacian ventaja en la destreza que tenian por larga costumbre de acometer y retirarse, volver y revolver sus caballos para desordenar los contrarios. Levantaron los nuestros torres de madera, hicieron trabucos, otras máquinas y ingenios para batir y arrimarse á la muralla y con picos y palancas abrir entrada. La diligencia era grande, los ingenios, dado que ponian espanto y hacian maravillar á los moros por no estar acostumbrados á ver semejantes máquinas, no eran de provecho alguno; porque si bien derribaron alguna parte del muro, la subida era muy agria, las calles estrechas, los edificios altos, y muchos que la defendian. El cerco con tanto iba á la larga, y por el poco progreso que se hacia se cansaban los cristianos de suerte, que deseaban tomar algun asiento para levantar el cerco sin perder reputacion. Apretábalos la falta que padecian de todo, que por estar la tierra talada y alzados los mantenimientos eran forzados proveerse de muy léjos de vituallas para los hombres y forraje para los caballos. Los calores del verano comenzaban; por esto y por el mucho trabajo y poco mantenimiento, como es ordinario, picaban enfermedades, de que moria mucha gente. Hallábanse en este aprieto cuando san Isidoro se apareció entre sueños á Cipriano, obispo de Leon, y con semblante ledo y grave y lleno de majestad le avisó no alzasen el cerco, que dentro de quince dias saldrian con la empresa, porque Dios tenia escogida aquella ciudad para que fuese asiento y silla de su gloria y de su servicio. Acudió el Obispo al Rey, dióle parte de aquella vision tan señalada; con que los soldados se animaron para pasar cualquier mengua y trabajo por esperanzas tan ciertas que les daban de la victoria. Era así, que los cercados padecian á la misma sazon mayor necesidad y falta de todo, tanto, que se sustentaban de jumentos y otras cosas sucias por tener consumidas las vituallas; hallábanse finalmente en lo último de la miseria y necesidad, ellos flacos y cansados, los enemigos pujantes, que ni excusaban trabajo ni temian de ponerse á cualquier riesgo. Acordaron persuadir al rey Moro tratase de conciertos. Apellidáronse los ciudadanos unos á otros y de tropel entraron por la casa real, y con grandes alaridos requieren al rey Moro ponga fin á trabajos y cuitas tan grandes antes que todos juntos pereciesen y se consumiesen de pena, tristeza y necesidad. Alteróse el rey Moro con aquella demanda y vocería de los suyos, que mas parecia motin y fuerza. Sosegóse empero, y hablóles en esta sustancia: «Bueno es el nombre de la paz, sus frutos gustosos y saludables; pero advertid so color de paz no nos hagamos esclavos. A la paz acompañan el reposo y la libertad, la servidumbre es el mayor de los males, y que se debe rechazar con todo cuidado con las armas y con la vida, si fuere necesario. Gran mengua y muestra de flaqueza no poder sufrir la necesidad y falta por un poco de tiempo. Mas fácil cosa es hallar quien se ofrezca á la muerte y á perder la libertad que quien sufra la hambre. Yo os aseguro que si os entreteneis por pocos dias y no desmayais, que saldréis deste aprieto; ca los enemigos forzosamente se irán, pues padecen no ménos necesidad que vos, y por ella y otras incomodidades cada dia se les desbandan los soldados y se les van. Además que muy en breve nos acudirán socorros de los nuestros, que cuidan grandemente de nuestro trabajo.» No se quietaron los moros con aquellas razones, el semblante no se conformaba con las esperanzas que daba. Parecia usarian de fuerza, y que todos juntos, si no otorgaba con ellos, irian á abrir al enemigo las puertas de la ciudad; grande aprieto y congoja. Así forzado el Moro vino en que se tratase de conciertos, como lo pedian sus vasallos. Salieron comisarios de la ciudad, que dado que afligidos y humildes, en presencia del rey don Alonso le representaron sus quejas; acusáronle el juramento que les hizo, la palabra que les dió, la amistad que asentó con ellos y las buenas obras que en tiempo de su necesidad recibió de aquella ciudad y de sus moradores; despues desto, le dijeron que si bien entendian no era menor la falta que padecian en los reales que dentro de la ciudad, todavía vendrian en hacer algun concierto como fuese tolerable hasta pagar las parias y tributo que se asentase. A esto respondió el Rey que fué tiempo en que se pudiera tratar de medios; que al presente las cosas estaban en término que á menos de entregarle la ciudad, no daria oidos á concierto ninguno. Sobre esto fueron y vinieron diversas veces, en que se gastaron algunos dias. La falta crecia en la ciudad y la hambre, que de cada dia era mayor. Los nuestros estaban animados de antes, y de nuevo mas, porque los enemigos fueron los primeros á tratar de concierto. Finalmente, los moros vinieron en rendir la ciudad con las condiciones siguientes: El alcázar, las puertas de la ciudad, las puentes, la huerta del Rey (heredad muy fresca á la ribera del rio Tajo) se entrieguen al rey don Alonso; el rey Moro se vaya libre á la ciudad de Valencia ó donde él mas quisiere; la misma libertad tengan los moros que le quisieren acompañar, y lleven consigo sus haciendas y menaje; á los que se quedaren en la ciudad no les quiten sus haciendas y heredades, y la mezquita mayor quede en su poder para hacer en ella sus ceremonias; no les puedan poner mas tributos de los que pagaban antes á sus reyes; los jueces, para que los gobiernen conforme á sus fueros y leyes, sean de su misma nacion, y no de otra. Hiciéronse los juramentos de la una parte y de la otra como se acostumbra en casos semejantes, y para seguridad se entregaron por rehenes personas principales, moros y cristianos. Hecho esto y tomado este asiento en la forma susodicha, el rey don Alonso, alegre cuanto se puede pensar por ver concluida aquella empresa y ganada ciudad tan principal, acompañado de los suyos á manera de triunfador, hizo su entrada, y se fué á apear al alcázar, á 25 de mayo, dia de san Urban, papa y mártir, el año que se contaba de nuestra salvacion de 1085. Algunos deste cuento quitan dos años por escrituras antiguas y privilegios reales, en que por aquel tiempo el rey don Alonso se llamaba rey de Toledo. Lo cierto es que aquella ciudad estuvo en poder de moros por espacio como de trecientos y sesenta y nueve años (Juliano dice trecientos y sesenta y seis, y que los moros la tomaron año 719, el mismo dia de san Urban), en que por ser los moros poco curiosos en su manera de edificar y

en todo género de primor perdió mucho de su lustre y hermosura antigua. Las calles angostas y torcidas, los edificios y casas mal trazadas, hasta el mismo palacio real era de tapiería, que estaba situado en la parte en que al presente un hospital muy principal que los años pasados se levantó y fundó á costa de don Pedro Gonzalez de Mendoza, cardenal de España, arzobispo de Toledo. La mezquita mayor se levantaba en medio de la ciudad en un sitio que va un poco cuesta abajo, de edificio por entonces ni grande ni hermoso, poco adelante la consagraron en iglesia, y despues desde los cimientos la labraron muy hermosa y muy ancha. La fama desta victoria se derramó luego por todo el mundo, que fué muy alegre para todos los cristianos, por haber quitado á los moros aquella plaza, que era como un baluarte muy fuerte de todo lo que poseian en España. Acudieron embajadores de todas partes á dar el parabien y alegrarse con el Rey, así por lo hecho como por la esperanza que se mostraba de concluir con todo lo demás que quedaba por ganar. Partióse el rey Moro conforme al asiento que se tomó, acompañado de soldados para Valencia, que era suya, en que conservó el nombre de rey. Por otra parte, diversas compañías de soldados por órden de su Rey se derramaron por toda la comarca y reino de Toledo para allanar lo que restaba, que les fué muy fácil por estar los moros amedrentados y por ver que perdida aquella ciudad tan principal no se podian conservar. Ganaron pues muchas villas y lugares; los de mas cuenta fueron: Maqueda, Escalona, Illescas, Talavera, Guadalajara, Mora, Consuegra, Madrid, Berlanga, Buitrago, Mendinaceli, Coria, pueblos muchos dellos antiguos y que caian cerca de Toledo, fuertes y de campiña fresca, en que se dan muy bien toda suerte de mieses y frutales. Los moros de Toledo, unos acompañaron á su Rey, los mas se quedaron en sus casas. El número era grande, y por consiguiente, el peligro de que con alguna ocasion se levantasen, que fuera nuevo y notable daño. Para evitar este inconveniente acordó el Rey hacer allí su asiento de propósito, sin mudar la corte hasta tanto que se poblase bien de cristianos y que con nuevos reparos quedase bastantemente fortificada y segura. Convidó por sus edictos á todos los que quisiesen venir á poblar, con casas y posesiones; con esto acudió gran gente para hacer asiento en aquella ciudad. Entre los demás nuevos moradores cuentan á don Pedro, griego de nacion, de la casa y sangre de los Paleólogos, familia imperial en Constantinopla, de quien refieren se halló en este cerco, y que el Rey, en recompensa de sus servicios, despues de ganada la ciudad, le heredó en ella y dió casas y heredades con que pasase. Deste caballero se precian descender los de la casa de Toledo, gente muy noble y poderosa en estados y aliados. Hijo deste don Pedro fué Illan Perez, nieto Pedro Illan, biznieto Estéban Illan, cuyo retrato á caballo se ve pintado en lo alto de la bóveda de la iglesia mayor, detrás de la capilla y altar mas principal. Don Estéban fué padre de don Juan y abuelo de don Gonzalo, aquel cuyo sepulcro muy señalado y conocido se ve en la parroquia de San Roman. Añaden que desde este tiempo se comenzó á llamar así el barrio del Rey en Toledo, á causa que á los nuevos moradores que acudian á poblar señaló el Rey aquella parte de la ciudad para su morada. Dióse otrosí principio á la fábrica de un nuevo alcázar en lo mas alto de la ciudad, todo á propósito de enfrenar á los moros que no se desmandasen. Demás desto, se halla que el rey don Alonso en adelante se comenzó á intitular emperador, si con razon ó sin ella no hay para qué disputallo. Hallábase sin duda muy ufano con aquel nuevo reino que conquistara, y como se via señor de la mayor parte de España y el rey de Aragon y otros reyes moros tributarios, ningun título le parecia demasiado. Destemplóselo aquel contento por la muerte de la infanta doña Urraca, que finó por este tiempo, y él la tenia en lugar de madre, porque sus virtudes y prudencia lo merecian, demás que su padre se la dejó mucho encomendada. Quedaba la otra hermana, doña Elvira, que él mismo casó con el conde de Cabra. La causa deste casamiento fué cierta palabra áspera que le dijo, y para aplacalle y que no se levantase algun alboroto, acordó casarle con su misma hermana. Así lo cuenta la *Historia general* que anda en nombre del rey don Alonso el Sabio.

CAPITULO XVII.

Cómo don Bernardo fué elegido por arzobispo de Toledo.

Ninguna cosa mas deseaba el Rey que volver en su antiguo lustre y resplandor y honrar de todas maneras aquella nobilísima ciudad, columna que era de España, y alcázar en otro tiempo de santidad y silla del imperio de los godos. Comenzó luego á dar muestras que queria poner arzobispo en ella, sin el cual estuvo tantos años por la turbacion de los tiempos. Al principio no puso mucha fuerza, porque los moros aun no bien domados lo contradecian. Pasado mas de un año, ya que muchos cristianos moraban en la ciudad, y de los moros se tenia mas noticia de cuáles se debian temer y de cuáles se podian fiar; para hacerlo con mas autoridad, y que los moros tuviesen menos lugar de alborotarse, procuró se celebrase concilio. Los grandes y los obispos se juntaron á 18 de diciembre, año de 1086. En aquella junta lo primero dieron gracias á la divina bondad, por cuyo favor la cristiandad recobró tan principal ciudad. Cada uno, segun el caudal que tenia, autoridad y elocuencia, lo encarecia con las mayores palabras que podia. Luego se trató de elegir arzobispo de Toledo. Salió por voto de todos nombrado don Bernardo, abad que era de Sahagun, hombre de muy buenas costumbres y suaves, de muy buen ingenio, de doctrina aventajada, entereza y rectitud probada en muchas cosas y en quien resplandecia un ejemplo y dechado de la virtud antigua. Esto fué causa de ganar las voluntades de todos para que quisiesen por su prelado á un hombre extranjero, nacido en Francia. Pasa el rio Garona por la ciudad de Angen en Aquitania, hoy Guiena; cerca desta ciudad está un pueblo, llamado Salvitat. Deste pueblo fué natural don Bernardo, nacido de noble linaje; su padre se llamaba Guillermo, su madre Neimiro, personas tan pias, que ambos, segun que se saca de memorias de la iglesia de Toledo, acabaron sus dias en religion. El hijo en su mocedad anduvo en la guerra; ya que era de mas edad entró en el monasterio de San Aurancio, auxitano ó de Aux. Allí tomó el hábito y cogulla con gran deseo que tenia de la perfeccion. Parece que aquel monasterio era de cluniacenses,

porque de allí le llamó Hugo abad cluniacense, y por el mismo fué enviado á España al rey don Alonso para que reformase con nuevos estatutos y leyes el monasterio de Sahagun, que pretendia el Rey hacer cabeza de los demás monasterios de benitos de sus reinos; por esta causa pidió á Hugo le enviase un varon á propósito desde Francia; y como fuese enviado don Bernardo, tomó cargo de aquel monasterio y fué en él abad algun tiempo. Dende subió á la dignidad amplísima de arzobispo de Toledo; y para que tuviese mas autoridad, porque tanto es uno honrado y tenido cuanto tiene de mando y hacienda (la dignidad y oficio sin fuerzas se suele tener en poco), hizo el Rey donacion á la iglesia de Toledo de castillos, villas y aldeas en gran número, que fué el postrero acto del Concilio ya dicho. Dióle la villa de Brihuega, que fué del rey don Alonso en el tiempo de su destierro por donacion que el rey Moro le hizo della, á Rodillas, Canales, Cavañas, Coveja, Barciles, Alcolea, Melgar, Almonacir, Alpobrega. Así lo escribe don Rodrigo, la *Historia* del rey don Alonso el Sabio añade á Alcalá y Talavera, las cuales dice que dió con lo demás al Arzobispo; pero los mas doctos tienen esto por falso. Destos pueblos algunos son conocidos, de otros ni aun los nombres quedan; todo lo consume y hace olvidar la antigüedad. Yo no quise ponerme á adivinar los sitios y rastros de cada uno destos pueblos, ni tenia espacio para averigualló. Hizo otrosí donacion el Rey á la iglesia de Toledo de muchas huertas, molinos, casas en gran número y tiendas para que con la renta que destas posesiones se sacase se sustentasen los sacerdotes y ministros de la iglesia mayor. Así por memoria de todo esto le hacen en ella al rey don Alonso cada año un aniversario por el mes de junio. Hecho esto, se acabó y despidió el Concilio. El Rey, dado que hobo órden en las cosas de la ciudad, se partió para Leon por respetos que á ello le forzaban. La reina doña Constanza y el nuevo arzobispo de Toledo quedaron en la ciudad con gente de guarnicion. Los cristianos eran muy pocos en comparacion de los moros, si bien para el poco tiempo eran hartos. Parecia con estos apercebimientos y recado quedaba la ciudad segura para todo lo que podia suceder. Lo que prudentemente quedaba dispuesto, la temeridad, digamos, del nuevo prelado ó imprudencia, ó lo uno y lo otro, por lo menos su demasiada priesa lo desconcertó y puso la ciudad en condicion de perderse. La silla del arzobispo por entonces estaba en la iglesia de Nuestra Señora, que agora es monasterio del Cármen, como han averiguado personas curiosas. Los moros tenian la iglesia mayor, y en ella hacian las ceremonias de su ley. Parecia mengua y afrentoso para los cristianos y cosa fea que en una ciudad ganada de moros los enemigos poseyesen la mejor iglesia y de mas autoridad, y los cristianos la peor. Lo que alguna buena ocasion hiciera fácil, por la priesa de don Bernardo se hobiera de desbaratar. Comunicado el negocio con la Reina, determina con un escuadron de soldados tomarles una noche su mezquita. Los carpinteros que iban con los soldados abatieron las puertas, despues los peones limpiaron el templo y quitaron todo lo que allí habia de los moros; hiciéronse altares á la manera de los cristianos, en la torre pusieron una campana, con el son llamaron al pueblo y le convocaron para que se hallase á los oficios divinos. Alborotáronse los bárbaros con esta novedad, y por la mengua de su religion y ritos de su secta furiosos, apenas se pudieron enfrenar de no tomar las armas y con ellas vengar aquel agravio tan grande. Dia fuera aquel triste y aciago, si nuestro Señor Dios no estorbara el daño que los moros pudieran hacer, porque eran muchos mas que los fieles. Entretuviéronse por pensar que aquello se habia hecho sin que el Rey lo supiese; esto les era algun consuelo y alivio; unos se refrenaron con esperanza que serian vengados, otros por no ponerse á riesgo si venian á las manos. Al Rey, luego que supo el caso, le pesó mucho que el Arzobispo con su demasiada priesa hubiese quebrantado el asiento puesto con los moros y hecho poco caso de su fe y palabra real. Representábasele cuánto peligro podian correr las cosas por estar tan enojados los moros; temia no sucediese algun daño á la ciudad. Poníasele delante la inconstancia de las cosas del mundo, cuan presto se mudan en contrario. Vino muy de priesa á Toledo y con tanta velocidad, que desde el monasterio de Sahagun, do estaba y donde recibió la nueva de lo que pasaba, se puso en tres dias en Toledo mal enojado en gran manera; hacia grandes amenazas contra el Arzobispo y contra la Reina, no admitia ruegos de nadie, con ninguna diligencia se aplacaba su muy encendida saña, venia con determinacion de hacer un señalado castigo por tal osadía, con que los moros quedasen satisfechos y todos escarmentasen. Los principales de Toledo, sabida la venida del Rey y su intento, le salieron al encuentro cubiertos de luto, el clero en forma de procesion. Llegados á su presencia, con lágrimas que derramaban le suplicaron por el perdon; ningun efecto hicieron por venir muy indignado y resuelto de castigar aquel desacato. Proveyó Dios á tanto mal como se temia por otro camino no pensado. Los principales de los moros, mitigado algun tanto el dolor y saña que les causó aquel agravio, cayeron en la cuenta que no les venia bien si el Rey llevaba adelante su saña. Advertian que él podia faltar, y el odio contra ellos quedaria para siempre fijado en los pechos de los cristianos. Acordaron salir al encuentro al Rey y suplicalle diese perdon á los culpados en aquel caso. Llegaron á Magan, que es una aldea cerca de la ciudad, con semblantes tristes y los ojos puestos en el suelo. Combatíanlos diversas olas de pensamientos contrarios, el dolor de la injuria presente, el miedo para adelante. Arrodilláronse luego que el Rey llegó, con intento de aplacarle con sus razones y ruegos; mas él los previno; díjoles que aquella injuria no era dellos, sino desacato de su real persona, que por el castigo entenderian ellos y los venideros que la palabra real se debe guardar, y ninguno ser tan osado que por su antojo la quebrante. A esto los moros en alta voz comenzaron á pedir perdon, que ellos de corazon perdonaban á los que los agraviaron. Reparó el Rey algun tanto, por ser aquella demanda tan fuera de lo que pensaba. Entonces el que era de mas autoridad entre aquella gente, le habló en esta manera: «Cuán grande, Rey y señor, haya sido el dolor que recebimos por la mezquita que por fuerza nos quitaron contra lo que teníamos capitulado, cada uno lo podrá por sí mismo pensar, no será necesario detenerme en declarallo. La devocion del lugar y su estima nos movia, pero mucho mas el recelo que deste principio no menoscabasen la

libertad y nos quebrantasen lo que con nos teneis asentado. ¿Quién nos podrá asegurar que lo que hicieron con nuestra mezquita no lo ejecuten en nuestras casas particulares y las saqueen con todas nuestras haciendas? ¿Qué conciencia ni escrúpulo enfrenará á los que no enfrenó el juramento y la palabra real, y los que tienen por cierto que en tratarnos mal hacen un agradable servicio á Dios? Esto conviene asegurar para adelante, que no nos maltraten ni nos quebranten nuestros privilegios. Por lo demás, de buena voluntad perdonamos á la Reina y al Arzobispo el agravio que nos han hecho; lo mismo os suplicamos hagais, porque el castigo que tomáredes no nos acarree mayores daños, ca los que vinieren adelante despues de vos muerto no sufrirán que tales personajes, si les sucede algun daño, queden sin venganza. Por la mano real y palabra que nos distes os pedimos troqueis la saña que por nuestra causa teneis concebida en clemencia, que demás que nos damos por contentos y os certificamos la tendrémos por merced muy singular, si no otorgais con nuestra peticion, resueltos estamos de no volver á la ciudad, antes de buscar otras tierras en que sin peligro vivamos. No es razon que por dar lugar al sentimiento y por hacernos favor y vengarnos acarreeis á nos mayores daños, á vos perpetua tristeza y llanto, á vuestra ley mengua y afrenta tan señalada.» En tanto que el moro decia estas razones, los demás arrodillados, puestas las manos, y con lágrimas que de los ojos vertian, con el semblante y meneos suplicaban lo mismo. En el pecho del Rey combatian diversos sentimientos y contrarios, como se echaba de ver en el rostro demudado, ya triste, ya alegre. Finalmente, la razon venció el ímpetu de su ánimo. Consideraba que Dios es el que rige los consejos de los hombres y los endereza; que muchas veces de los males que permite resultan bienes muy grandes. Vencido pues de los ruegos de los moros, les agradeció aquella voluntad, y prometió que para siempre tendria memoria de aquel dia. Pasó adelante en su camino, llegó á la ciudad, halló á la Reina y al Arzobispo alegres por la esperanza que tenian de alcanzar perdon, con que aquel dia, de turbio y desgraciado, se trocó en mucha serenidad. La ciudad hizo de presente regocijos y fiestas por tan señalada merced, y para adelante se ordenó que en memoria della se hiciese fiesta particular cada un año á 24 de enero, con nombre de Nuestra Señora de la Paz y por memoria de un beneficio tan grande como en tal dia todos recibieron. Si bien no solo aquel dia se hace fiesta y memoria desto, sino eso mismo de la casulla que á san Ildefonso trajo del cielo la sagrada Vírgen.

CAPITULO XVIII.

Cómo se quitó el Breviario mozárabe.

Arriba se dijo como Ricardo, abad de Marsella, fué enviado del papa Gregorio VII por su legado en España, y que en Búrgos juntó concilio de obispos y en él ordenó las sagradas ceremonias y modo de rezar que se debia tener y guardar. Hacia en lo demás muchas cosas sin órden, y usaba mal de la potestad amplísima que tenia, y enderezaba sus cosas á su particular ganancia. La gente andaba revuelta y aun escandalizada con el desórden del legado, hasta murmurar del poder y autoridad del Papa. El arzobispo don Bernardo recibia congoja desto por el oficio que tenia, mas por ser tanta la autoridad del legado no le podia ir á la mano. Habia entonces costumbre introducida, á lo que yo creo, en España desde el Concilio octavo general que fué el postrero constantinopolitano, y por ley estaba mandado que antes de ser consagrados los metropolitanos se diese noticia al Papa de la eleccion para averiguar que era legítima y buena, y no tenia falta alguna, para que la confirmase con su autoridad. Antes que esto se hiciese no era lícito al arzobispo electo ni consagrarse ni hacer cosa alguna de su oficio. Era otrosí costumbre que impetrasen del Papa el palio, de que suelen usar cuando dicen misa, en señal de su consentimiento y aprobacion. Esta ordenacion recebida desde este principio con el tiempo se extendió á los obispos inferiores. No hay para qué nos detengamos en decir las causas desto. De aquí nació que al presente ninguna eleccion de obispos se tiene por válida si no es confirmada por el Papa. Por estas dos causas don Bernardo determinó de ir á Roma. El camino era largo y de mucho trabajo y peligro; antes de ponerse en camino con beneplácito del Rey consagró la iglesia mayor que se quitó á los moros, como queda dicho. Juntáronse á concilio los obispos que eran necesarios para esto, y hízose la ceremonia dia de san Crispin y san Crispiniano, á 25 de octubre, año de nuestra salvacion de 1087. Dedicóse la iglesia en nombre de Santa María, de San Pedro y San Pablo, de San Estéban y Santa Cruz. En el altar mayor pusieron muchas reliquias de santos. Don Rodrigo dice que esto se hizo despues que volvió de Roma don Bernardo. Lo cierto es que, muertos ya los papas Gregorio y Victor, tercero deste nombre, que le sucedió, siendo sumo pontífice Urbano II, que fué elegido á 4 de marzo de 1088, llegado á Roma Bernardo, alcanzó todo aquello que á pretender habia ido, conviene á saber, que el legado fuese absuelto de aquel cargo y volviese á Roma, que él usase del palio, y mas, que fuese primado en España y en la parte de Francia que llamaban la Gallia Gótica. Por causa desta potestad á la vuelta de Roma en Tolosa juntó concilio de los obispos cercanos, con que y con su buena maña y uso de la lengua francesa, en que desde niño se criara, por ser natural de la tierra, como la gente es buena y sin doblez, fácilmente los persuadió que le reconociesen por superior. Asentó que irian á Toledo cada y cuando que fuesen llamados á concilio. Llegado á Toledo, antes que el legado desistiese de su oficio, de comun consentimiento se trató de quitar el Misal y Breviario gótico, de que vulgarmente usaban en España desde muy antiguos tiempos por autoridad de los santos Isidoro, Ildefonso y Juliano. Habíase procurado muchas veces esto mismo, pero no tuvo efecto, porque la gente mas gustaba de lo antiguo, y no hay cosa que con mas firmeza se defienda que lo que tiene color de religion. En este tiempo pusieron tanta fuerza el primado y el legado, y la Reina que se juntó con ellos, que dado que resistian los naturales, en fin vencieron y salieron con su pretension. Verdad es que antes que el pueblo se allanase, como gente guerrera, quisieron esta diferencia se determinase por las armas. El dia señalado dos soldados escogidos de ambas partes lidiaron sobre esta querella en un palenque y hicieron campo; venció el que defendia

el Breviario antiguo, llamado Juan Ruiz, del linaje de los Matanzas, que moraban cerca del rio Pisuerga, cuyos descendientes viven hasta el dia de hoy, nobles y señalados por la memoria deste desafío. Sin embargo, como quier que los de la parte contraria no se rindiesen, ni vencidos se dejasen vencer, parecióles que por el fuego se averiguase esta contienda; que echasen en él los dos breviarios, y el que quedase sin lesion se tuviese y usase. Tales eran las costumbres de aquellos tiempos groseros y salvajes y no muy medidos con la regla de piedad cristiana. Encendióse una hoguera en la plaza, y el Breviario romano y gótico se echaron en el fuego. El romano saltó del fuego, pero chamuscado. Apellidaba el pueblo victoria á causa que el otro, aunque estuvo por gran espacio en el fuego, salió sin lesion alguna, principalmente que el arzobispo don Rodrigo dice que saltó el romano, pero chamuscado. Advierto que en el texto del Arzobispo los puntos se deben reformar conforme á este sentido. Todavía el Rey, como juez, pronunció sentencia en que se declaraba que el un Breviario y el otro agradaban á Dios, pues ambos salieron sanos y sin daño de la hoguera; lo cual el pueblo se dejó persuadir. Concluyóse el pleito, y concertaron que en las iglesias antiguas que llaman mozárabes se conservase el Breviario antiguo. Concordia que se guarda hoy dia en ciertas fiestas del año, que se hacen en los dichos templos los oficios á la manera de los mozárabes. Tambien hay una capilla dentro de la iglesia mayor, en la cual hay cierto número de capellanes mozárabes, que dotó de su hacienda el cardenal fray Francisco Jimenez, porque no se perdiese la memoria de cosa tan señalada y de rezo tan antiguo. Estos rezan y dicen misa conforme al Misal y Breviario antiguo. En los demás templos hechos de nuevo en Toledo se ordenó se rezase y dijese misa conforme al uso romano. De aquí nació en España aquel refran muy usado: Allá van leyes do quieren reyes. Acabóse esta contienda, y Toledo volvia en su antiguo lustre y hermosura; levantáronse nuevos edificios, y gran número de cristianos acudian de cada dia. Los moros se iban á menudo, unos á una parte, y otros á otra, y en su lugar sucedian otros moradores, á los cuales se les concedia toda franqueza de tributos y otros privilegios, como parece por las provisiones reales que hasta hoy dia se guardan en los archivos de Toledo. La diligencia y celo que tenia del bien y pro de todos don Bernardo no cesaba, ni sosegó hasta que fué con el Rey á Castilla la Vieja, y en Leon, principal ciudad, juntó concilio de obispos, año de 1091, como dice don Lúcas de Tuy. Hallóse en él Rainerio, que de fraile cluniacense le crió cardenal el papa Urbano, y despues le envió por su legado á España para que sucediese en lugar de Ricardo, cardenal asimismo y abad de Marsella. En aquel Concilio se establecieron nuevos decretos á propósito de reformar las costumbres de los eclesiásticos, á la sazon muy relajadas. Mandaron otrosí que en las escrituras públicas de allí adelante no usasen de letras góticas, sino de las francesas. Ulfilas, obispo de los godos, antes que ellos viniesen á España, inventó las letras góticas, de que usaron por largo tiempo los godos, así bien como los longobardos, los vándalos, los esclavones, los franceses; cada nacion destas tenia sus letras y caractéres proprios, diferentes entre sí y de los latinos. Los franceses y los esclavones hasta el dia de hoy se conservan en su manera antigua de escribir; las otras naciones con el tiempo han dejado sus letras y su manera y trocádola en la que hoy tienen y usan, que es la comun y latina, por acomodarse con las otras naciones, y para mayor comodidad del comercio y trato que tienen con los demás.

CAPITULO XIX.

De los principios del primado de Toledo.

El lugar pide que tratemos de los principios que tuvo el primado que los arzobispos de Toledo pretenden tener y tienen sobre las demás iglesias de España, y por qué camino esta dignidad de pequeña llegó á la grandeza que hoy tiene. Los principios de las cosas, especialmente grandes, son escuros; todos los hombres pretenden llegarse lo mas que pueden á la antigüedad, como la que tiene algun sabor de cierta divinidad, y se llega mas á los primeros y mejores tiempos del mundo. Así los mas toman la orígen de su nacion lo mas alto que pueden, sin mirar á las veces si va bien fundado lo que dicen. Esto mismo sucedió en el caso presente, que muchos quieren tomar el principio del primado de Toledo desde el mismo tiempo de los apóstoles. Alegan para esto que san Eugenio, mártir, fué el primero que vino á España para predicar el Evangelio y que fué el primer arzobispo de aquella ciudad. Añaden que los primeros que se tornaron cristianos en España y los primeros que tuvieron obispo fueron los de Toledo, y que por estas causas se les debe esta preeminencia. Pero lo que con tanta seguridad afirman acerca del primado, no tienen escritor alguno mas antiguo deste tiempo que testifique la venida de san Eugenio á España. El mismo Gregorio, turonense, que escribió la historia de Francia, de donde vino san Eugenio y donde padeció por la fe, como se tiene por cierto, ninguna mencion hace desto. Esto decimos, no para poner en disputa la venida de san Eugenio, que es cierta, sino para que en lo que toca á fundar el primado nadie reciba lo que es dudoso por averiguado y sin duda. Porque ¿qué harán los tales si los de Compostella para apoderarse del primado se quieren valer de semejante argumento? Pues es cierto y se comprueba por escrituras muy antiguas que el apóstol Santiago fué el primero que trajo á España la luz del Evangelio, y que sepultaron su santo cuerpo traido en un navío, y rodeadas las marinas del uno y del otro mar en aquella ciudad. Bien holgara de poder ilustrar la dignidad desta ciudad en que esta historia se escribe de las cosas de España en el medio y centro della, y cerca de la cual ciudad nací y aprendí las primeras letras; pero las leyes de la historia nos fuerzan á no seguir los dichos y opiniones del vulgo, ni es justo que por ningun respeto tropecemos en lo que reprehendemos en otros escritores. Prueba bastante que el primado de Toledo no es tan antiguo como algunos pretenden, hacen los concilios de obispos que se celebraron en España en tiempo primero de los romanos y despues de los godos, en los cuales se hallará que el prelado de Toledo, ni en el asiento, ni en las firmas, tenia el primer lugar entre los demás. En particular en el Concilio eliberitino, antiquísimo, despues de seis obispos, firma Melancio, pre-

lado de Toledo, en el seteno lugar; de donde se saca que en aquella sazon Toledo no era arzobispado, y mas claramente de la division de los obispados hecha por Constantino, en que pone á Toledo por sufragánea de Cartagena. En los mismos concilios toledanos en que mas se debia mirar por la autoridad de la iglesia de Toledo, por tener de su parte el favor del pueblo y de los reyes, no pocas veces se pone el postrero entre los metropolitanos. Para sacar pues la autoridad del primado de Toledo de los tiempos mas antiguos digo desta manera. En España hobo antiguamente cinco arzobispos, que unas veces se llamaban metropolitanos y otras primados con diverso nombre, pero el sentido es el mismo. Estos son el tarraconense, el bracarense, el de Mérida, el de Sevilla y el de Toledo. Allende destos se contaba con los demás el arzobispo narbonense en la Gallia Gótica, que en tiempo de los godos era sujeta á España. Todos estos eran iguales, y á ningun superior reconocian, sacado el Papa. En los concilios tenian el lugar que les daba su antigüedad y consagracion. La causa de ser tantos los metropolitanos fué la antigua division de España, que se dividió en cinco provincias, que eran estas: Andalucía, Portugal, Tarragona, Cartagena, Galicia, y otras tantas audiencias y chancillerías supremas en que se hacia justicia; ó como yo pienso, las gentes bárbaras fueron causa desto, porque luego que entraron en España, divididas las provincias della, fundaron muchos imperios y estados. El metropolitano narbonense presidia en Francia. El de Tarragona en la parte de España, que en aquella turbacion estuvo mucho tiempo sujeta á los romanos. Los vándalos tuvieron á Sevilla; los alanos y suevos la Lusitania y Galicia, do están Mérida y Braga; los godos tenian á Toledo, la cual gente venció y se adelantó á las otras naciones bárbaras en multitud y mando. De aquí comenzó la autoridad de Toledo á ser mayor que la de las demás, en especial cuando, mudado el estado de la república, los godos se hicieron señores de toda España, y mudadas las leyes y fueros, pusieron la silla de su imperio en Toledo; poco á poco, trocadas las cosas, comenzaron á crecer y mejorarse en autoridad los prelados de Toledo. En el Concilio toledano sétimo se pusieron claros fundamentos de la autoridad que adelante tuvo, cuyo cánon último es este: «que los obispos vecinos desta ciudad, avisados del metropolitano, vengan á Toledo cada uno su mes, si no fuere en tiempo de agosto y vendimias»; decreto que dicen se concede por respeto del rey y por honra de la ciudad en que él moraba, y por consuelo del metropolitano. Destos principios comenzó á crecer la autoridad de los arzobispos de Toledo de tal manera, que los padres que se hallaron en el Concilio toledano duodécimo en tiempo del rey Ervigio determinaron en el cánon sexto que las elecciones de los obispos de España, que solia aprobar el rey, se confirmasen con la voluntad y aprobacion del arzobispo de Toledo. Desde este tiempo los otros obispos reconocieron al de Toledo, y le daban el primer lugar en todo, y se tenia por mas principal autoridad la suya que la de los demás; en particular en el asiento y firmar los concilios era el primero. Estos fueron los principios desta autoridad y como cimientos, sin pasar por entonces mas adelante, porque no tuvo por entonces los otros derechos de primados, que son los mismos que patriarcas, y solo difieren en el nombre, como parece en los cánones y leyes de la Iglesia, ni tenian especiales insignias de dignidad ni poder mayor sobre los obispos para corregillos, para visitallos, para por via de apelacion alterar sus sentencias. Despues que se mudaron las cosas y España padeció aquella tan grande plaga, y todo lo mandaron los moros, cesó la dignidad y majestad toda que tenian estos prelados, y llegó á tanto la turbacion en aquel tiempo, que aun obispos, consagrados como se acostumbra, por muchos años faltaron en Toledo. En fin, vuelta aquella ciudad á poder de cristianos, el arzobispo de Toledo, no solo alcanzó la honra y grado de metropolitano, sino asimismo de primado. Procurólo don Bernardo, primer arzobispo, y concedióselo el papa Urbano II, no sin queja de los otros obispos y contradiccion, que pretendian por preferir á uno hacerse injuria á todos los demás. La bula de Urbano que habla desto se pondrá en otro lugar. El primero que puso pleito sobre esta dignidad de primado fué don Berengario, á quien el mismo don Bernardo habia traslado de Vique, donde era obispo, á Tarragona; pero fué vencido en el pleito, porque el papa Urbano quiso que la autoridad, una vez dada al arzobispo de Toledo, fuese cierta y para siempre se conservase. Esta determinacion de Urbano confirmaron con sus bulas el papa Pascual y el papa Gelasio, sus sucesores. Calixto II pareció diminuir esta autoridad con dar, como dió por su bula á don Diego Gelmirez, obispo de Compostella, los derechos de metropolitano, trasladados de la ciudad de Mérida, si bien estaba en poder de moros. Otorgóle otrosí autoridad de legado del Papa sobre las provincias de Mérida y Braga, y señaladamente le hizo exempto de la obediencia y poder de don Bernardo, arzobispo de Toledo; todo á propósito de honrar á don Ramon, su hermano, que estaba enterrado en Compostella, y por la mucha devocion que siempre mostró con la iglesia y sepulcro de Santiago. Mas siendo arzobispo don Raimundo, sucesor de don Bernardo, los papas Honorio, Celestino, Inocencio, Lucio, Eugenio III determinaron y ratificaron lo que hallaron estar antes concedido, que el arzobispo de Toledo fuese primado de España. A don Raimundo, ó Ramon, sucedió don Juan, en cuyo tiempo lo primero Adriano IV confirmó el primado de Toledo con nueva bula que expidió, en que revoca el privilegio de Compostella; lo segundo, don Juan, obispo de Braga, que habia puesto pleito sobre el título de primado, vino á la ciudad de Toledo, y fué forzado á jurar de obedecer al que no queria reconocer ventaja. Don Cerebruno sucedió á don Juan, en cuyo tiempo Alejandro III revocó un privilegio de Anastasio concedido en esta razon á Pelagio, obispo de Compostella. Esto fué á la sazon que el cardenal Jacinto Bobo, muy nombrado, vino á España con autoridad de legado, y entre otras cosas que sapientísimamente ordenó, puso fin en este pleito, segun parece en las escrituras de la iglesia de Toledo, ca dió sentencia por Cerebruno contra el de Santiago, que le inquietaba. Bien será aquí poner la bula de Alejandro III, porque confirma en ella lo que sus predecesores determinaron. La bula dice así: «Alejandro, »obispo, siervo de los siervos de Dios, al venerable »hermano Cerebruno, arzobispo de Toledo, salud y »bendicion apostólica. Como nos enviásedes un men-

»sajero por causa de los negocios que teneis á cargo »de vuestra iglesia á la Sede Apostólica, que suele »siempre admitir los deseos de los que piden cosas »justas, nos suplicasteis con humildad con el mismo »mensajero que renovásemos las bulas de nuestros an»tecesores Pascual, Calixto, Honorio y Eugenio, en que »conceden la primacía de las Españas á la iglesia de To»ledo. Nos, porque sinceramente os amamos en el Se»ñor, y tenemos propósito de honrar vuestra persona de »todas las maneras que convenga, por ser estable fun»damento y columna de la cristiandad, juzgamos con»venia admitir vuestra demanda, y que vuestro deseo »no fuese defraudado. Y comunicado este negocio con »nuestros hermanos á imitacion de nuestro predecesor, »de buena memoria, Adriano, papa, por la autoridad »de la Sede Apostólica determinamos que debiamos re»novar el privilegio junto con aquel breve, conforme »á vuestra peticion. Que así como vuestra iglesia de »tiempo antiguo ha tenido el primado en toda la region »de España, así vos y la iglesia de Toledo, que gober»nais por la ordenacion de Dios, tengais el mismo pri»mado sobre todos para siempre; añadiendo que al pri»vilegio que Pelagio, arzobispo, en tiempos pasados »dicen que impetró de nuestro predecesor, de buena »memoria, Anastasio, papa, que por derecho de pri»mado no debia estar sujeto á vuestra iglesia; declara»mos que el privilegio de dicho nuestro antecesor, de »santa memoria, Eugenio, papa, concedido á vuestro »predecesor sobre la concesion del primado, juzgamos »que le prejudica totalmente, en especial que lo con»cedido por Anastasio no fué concedido ni por la ma»yor ni mas sana parte de nuestros hermanos. Deter»minamos pues que el arzobispo compostellano como »los demás obispos de España os tengan sujecion y »obediencia de aquí adelante como á su primado y á »vuestros sucesores; y la dignidad misma sea firme y »inviolable para vos y vuestros sucesores para siempre »jamás. Ninguno pues de todos los hombres ose que»brantar ó contradecir de alguna manera esta bula »de nuestra confirmacion y concesion con temeraria »osadía. Y si alguno presumiere intentarlo, sepa que »incurrirá la indignacion de Dios todo poderoso y de »los bienaventurados apóstoles san Pedro y san Pa»blo. Dada en Benevento por mano de Gerardo, no»tario de la santa Iglesia romana, á 24 de noviem»bre, en la indiccion tercera, año de la Encarnacion »del Señor de 1170, del pontificado de Alejandro, papa »tercero, año onceno.» Larga cosa seria referir en este propósito todo lo que se pudiera alegar. El papa Urbano III confirmó la misma autoridad de primado á don Gonzalo, sucesor de don Cerebruno. A don Gonzalo sucedió don Pedro de Cardona. A este don Martin, al cual Celestino III por el parentesco y amistad que habia entre él y nuestros reyes, al tiempo que fué legado y se llamaba el cardenal Jacinto Bobo, concedió que las dignidades de la iglesia de Toledo usasen de mitras como obispos mientras la misa se celebrase, y acrecentó aquel privilegio despues que fué elegido papa. Siguióse en la iglesia de Toledo don Rodrigo Jimenez, varon de grande ánimo y singular doctrina, cosa en aquel tiempo semejable á milagro; trató en el Concilio lateranense primero delante los cardenales y de Inocencio III la causa de su iglesia en este punto como orador elocuente, y venció á los demás metropolitanos de España; y porque el arzobispo de Braga pretendia no estarle sujeto, Honorio III le hizo legado suyo. Gregorio IX, sucesor de Honorio, revocó cierta ley que se promulgó en Tarragona contra la dignidad del arzobispo de Toledo, en que establecieran no usasen los tales arzobispos de las prerogativas de primado en aquella su provincia, en especial no llevasen cruz delante. A don Rodrigo sucedió don Juan, luego don Gutierre, y dos don Sanchos, ambos de linaje real, casi el uno tras el otro. Despues de los dichos fué arzobispo don Juan de Contreras, en tiempo de Martino V, y se halló en el Concilio basiliense. Item, don Juan de Cerezuela, hermano del maestre don Alvaro de Luna y sucesor de don Juan de Contreras. Todos alcanzaron bulas de los papas en que confirmaban lo mismo, cuyas copias están guardadas con toda fidelidad en el archivo de la iglesia de Toledo y recogidas en un libro de pergamino. El tiempo adelante por agraviarse don Alonso de Cartagena, obispo de Búrgos, que el arzobispo de Toledo don Alonso Carrillo llevase guion levantado en su obispado, que era señal de superioridad y de ser primado, don Juan el Segundo, rey de Castilla, tomó aquel negocio por suyo, y por sus provisiones, en que da á Toledo título de ciudad imperial, determina y establece que se guarde el privilegio y autoridad que Toledo tenia sobre las otras ciudades de su señorío, por entender, como era verdad, que la autoridad del arzobispo de Toledo da mucho lustre á todo el reino y aun á toda España. Muchos otros arzobispos, antes y despues de don Alonso Carrillo, hicieron lo mismo, y por toda España llevaron siempre su cruz levantada. Entre estos se cuentan los cardenales arzobispos don Pedro Gonzalez de Mendoza y fray Francisco Jimenez; que es argumento de la primacía que los arzobispos de Toledo han tenido, despues que Toledo se recobró de los moros, puesto que nunca ha faltado quien contradiga y no quiera estarles sujeto. Al presente, fuera del nombre y asiento, que se les da el primero, ninguna otra cosa ejercitan sobre las otras provincias de España tocante á la primacía; por lo menos ni para ellos se apela en los pleitos ni castigan delitos ni promulgan leyes fuera de la provincia, que como á metropolitanos les está sujeta.

CAPITULO XX.

De las mujeres y hijos del rey don Alonso.

Arriba queda dicho como el rey don Alonso tuvo dos mujeres, doña Inés y doña Constanza, y que desta segunda hobo á su hija la infanta doña Urraca. Doña Constanza murió despues de ganado Toledo, y en el mismo tiempo su cuñada la infanta doña Elvira, hermana del Rey, falleció; enterráronla en Leon con doña Urraca, su hermana. Despues de doña Constanza casó don Alonso con la hija de Benabet, rey moro de Sevilla, que se volvió cristiana, mudado el nombre de Zaida que tenia en doña María; otros dicen se llamó doña Isabel. Deste casamiento nació don Sancho; créese fuera un gran príncipe si se lograra, y que igualara la gloria de su padre, como lo mostraban las señales de virtud que daba en su tierna edad; parece que no quiso Dios gozase España de tan aventajadas partes. El Rey adelante cuarta y quinta y sexta vez casó con doña Berta,

traida de Toscana, con doña Isabel, de Francia, y con doña Beatriz, que no se sabe de qué nacion fuese. De doña Isabel tuvo dos hijas, á doña Sancha, que fué mujer del conde don Rodrigo, y doña Elvira, que casó con Rogerio, rey de Sicilia, hijo de Rogerio, conde de Sicilia. Della nació Rogerio el hijo mayor, duque de Pulla, y Anfuso, príncipe de Capua, llamado así, á lo que se entiende, del nombre de su abuelo materno. Item, á Guillermo, que por muerte de sus hermanos fué rey de Sicilia, y á Constanza, que casó con el emperador Enrique VI. Así lo refiere el abad Alejandro, celesino, que escribió la vida y los hechos del dicho rey Rogerio, su contemporáneo, y Hugo Falcando. Tuvo don Alonso de una manceba, llamada Jimena, otras dos hijas, doña Elvira y doña Teresa; doña Elvira casó con Ramon, conde de Tolosa, que tuvo dos hijos en esta señora; estos fueron Beltran y Alonso Jordan. Doña Teresa casó con Enrique de Lorena, cepa que fué y cabeza de do procedieron los reyes de Portugal. De otra concubina, cuyo nombre no se sabe, con quien el rey don Alonso tuvo trato, no engendró hijo alguno. A doña Urraca, la hija mayor, casó con Ramon ó Raimundo, hermano del conde de Borgoña y de Guido, arzobispo de Viena, que fué adelante papa y se llamó Calixto II. De Ramon y doña Urraca nació doña Sancha primero, y luego don Alonso, el que por los muchos reinos que juntó tuvo nombre de emperador. Todo esto se ha recogido de gravísimos autores. Pero mejor será oir á Pelagio, obispo de Oviedo, cercano de aquellos tiempos, que concluye su historia desta manera: «Este rey don Alonso tuvo cinco mujeres legítimas, la primera Inés, la segunda Constanza, de la cual tuvo á la reina doña Urraca, mujer del conde Ramon; della tuvo el Conde á doña Sancha y al rey don Alonso; la tercera doña Berta, venida de Toscana; la cuarta doña Isabel, desta tuvo á doña Sancha, mujer del conde don Rodrigo, y á Geloira, que casó con Rogerio, duque de Sicilia; la quinta se llamó doña Beatriz, la cual, muerto el marido, se volvió á su patria. Tuvo dos mancebas muy nobles, la primera Jimena Muñon, de quien nació doña Geloira, mujer del conde de Tolosa Ramon, que tuvo por hijo á Alonso Jordan. En la misma Jimena hobo el rey don Alonso á doña Teresa, mujer que fué del conde don Enrique, y deste matrimonio nacieron Urraca y Geloira y Alonso. La otra concubina se llamó Zaida, hija de Benabet, rey de Sevilla, que se bautizó y se llamó Isabel, y della nació don Sancho, que murió en la batalla de Uclés.» Todo lo susodicho es de Pelagio. Estas fueron las mujeres del rey don Alonso, estos sus hijos; príncipe mas venturoso en la guerra que en el tiempo de la paz y en sucesion, no menos admirable en las borrascas que cuando soplaba el viento favorable y todo se le hacia á su voluntad. Bien es verdad que la fortuna ó fuerza mas alta conforme á sus ordinarias mudanzas y vueltas en lo de adelante se le mostró contraria, y acarreó así á él como á sus reinos gran muchedumbre de trabajos y reveses, segun que por lo que se sigue se podrá claramente entender.

LIBRO DÉCIMO.

CAPITULO PRIMERO.

De nuevas guerras que hobo en España y en la Suria.

Los reinos de levante y de poniente casi en un mismo tiempo se alteraron con nuevas asonadas y tempestades de guerras. De las extrañas se dirá luego; las de España sucedieron con esta ocasion. Los almoravides, gente mahometana, habiendo sobrepujado á los alavecinos, que hasta este tiempo tuvieron el imperio de Africa, fundaron primeramente su imperio en aquella parte de la Mauritanía que al estrecho de Gibraltar se tiende por las riberas del uno y del otro mar, es á saber, del Mediterráneo y del Océano; despues en gran parte de España se metieron y derramaron á manera de raudal arrebatado y espantoso. La ocasion de pasar en España fué esta. El rey don Alonso tenia por mujer una hija del rey moro de Sevilla, como poco ha queda dicho. Entró aquel Rey en esperanza de apoderarse de todo lo que su gente en España tenia, si fuese de Africa ayudado con nuevas gentes y fuerzas; pidió á su yerno, por lo que al parentesco debia, le ayudase con sus cartas para llamar á Juzef Tefin, rey de los almoravides, poderoso en fuerzas y gentes y espantoso por la perpetua prosperidad que habia tenido en sus cosas y convidarle á pasar en España. Pretendia á riesgo ajeno y con su trabajo, conforme á la ambicion que le aguijaba, ensanchar él su señorío; tal era su pensamiento y sus trazas. Escribió don Alonso las cartas que le pidió, por estar con la edad aficionado y sujeto á su mujer; consejo errado, perjudicial y que á ninguno fué mas dañoso que al mismo que lo inventaba. A Juzef no le parecia dejar aquella ocasion de volver las armas contra España; consideraba que de pequeños principios suelen resultar cosas muy grandes; que la guerra se podia comenzar en nombre de otro y con su infamia y acabarse en su pro. El mismo ó no quiso ó no pudo venir por entonces; envió empero á Ali Abenaja, capitan de gran nombre, esclarecido por su esfuerzo y hazañas, hombre de consejo, astuto, atrevido para comenzar y constante para llevar al cabo y concluir prósperamente sus intentos; dióle un buen ejército que le acompañase. Con estas gentes, como lo era mandado, se juntó con el rey de Sevilla; no duró mucho la amistad, ni es muy seguro el poder cuando es demasiado. Por ligera ocasion y de repente se levantó diferencia y debate entre las dos naciones y caudillos moros; pasaron á las armas y á las manos, pelearon moros con moros; los españoles no eran iguales á los africanos por estar debilitados con el largo ocio y

con el cebo de los deleites. El rey de Sevilla, suegro de don Alonso, fué vencido y muerto en la batalla, con tanto menor compasion y pena de los suyos y menor odio de su enemigo, que se entendia de secreto favorecia á nuestra religion y era cristiano. Llamábase el que le mató Abdalla. Con su muerte sin dilacion todo su estado quedó por los vencedores. Fué esto el año de los moros 484, como lo dice don Rodrigo en la historia de los árabes, que se contaba de Cristo el de 1091. Todas las gentes y ciudades de los moros que quedaban en España, movidos de nuevas esperanzas ó de miedo, se pusieron debajo de su mando, algunas por fuerza, las mas de grado por entender que las cosas de los moros, que estaban para caer, podrian sustentarse y mejorarse con el esfuerzo y ayuda de Alí. Ninguna fe hay en los bárbaros, en especial si tienen armas y fuerza. Así el capitan africano, confiado en las fuerzas de un señorío tan grande como era el de los moros de España, quiso mas ser señor en su nombre y alzarse con todo que gobernar en el de otro y como teniento. Tenia ganadas las voluntades de la gente, y si algunos sentian lo contrario, guardaban secreto el odio, y en público le adulaban; que tal es la condicion de los hombres. Con esto llamóse miramamolin de España, nombre entre los moros y apellido de autoridad real. Demás desto, los reyes moros, que por toda España eran tributarios del rey don Alonso, confiados en el nuevo Rey, como quitada la servidumbre y la máscara y despertados con la esperanza que se les presentaba de la libertad, no querian pagar las parias, como acostumbraban cada un año. Este era el estado de las cosas de España. En la Suria por el esfuerzo de los cristianos se comenzó la guerra sagrada, famosísima por la gloria y grandeza de las cosas que sucedieron y por la conspiracion de todas las naciones de Europa contra los mas belicosos reyes y emperadores del oriente. Jerusalem, ciudad famosa por su antigua nobleza, y muy santa por el nacimiento, vida y muerte de Cristo, hijo de Dios, estaba en poder de gente bárbara, fiera y cruel; padecia por esta causa una servidumbre de cada dia mas grave. Un hombre, llamado Pedro, de noble linaje, natural de Amiens en Francia, y que en su menor edad con el ejercicio de las armas habia endurecido el cuerpo, llegado á edad de varon, por desprecio de las cosas humanas pasaba su vida en el yermo. Este fué por su devocion á Jerusalem para visitar aquellos lugares, y asegurado entre los bárbaros por su pobreza, mal vestido, su rostro contentible y pequeña estatura, tuvo lugar de miralio todo y calar los secretos de la tierra; consideró cuán atroces y cuán crueles trabajos los nuestros en aquellas partes padecian. Era en aquella sazon obispo de Jerusalem Simon; trataron el negocio entre los dos, y con cartas que le dió para el sumo Pontífice y amplísima comision, dió la vuelta para Europa. El papa Urbano, oido que hobo á Pedro y leido las cartas del Patriarca, afligióse gravemente. Abrasábale la afrenta de la religion cristiana; que aquella tierra en que quedaron impresas las pisadas del Hijo de Dios, orígen de la religion, y en otro tiempo albergo de la santidad, estuviese yerma de moradores, falta de sacerdotes y de todo lo al. Que los bárbaros, no solo contra los hombres, sino contra la santidad de los lugares sagrados, hiciesen la guerra con odio perpetuo y gravísimo de la cristiana religion sin que nadie les fuése á la mano. Esta mengua le aquejaba y le parecia intolerable. Los emperadores griegos, que debieran ayudar por caerles esto mas cerca y por el miedo y peligro que corrian á causa de los turcos, que los tenian á las puertas, gente bárbara y cruel, con el cuidado de sus cosas y otros embarazos poco se curaban de las ajenas y comunes. Los reinos de occidente, por estar léjos sin sospecha y sin recelo, no hacian caso del daño comun, y de ninguna cosa menos cuidaban que de la injuria y afrenta de la religion y del cristianismo. El pontífice Urbano, aunque congojado con estos cuidados y dificultades, en ninguna manera se desanimó; determinóse intentar una cosa dificultosa en la apariencia, pero en efecto saludable. Convocó á los señores y prelados de todo el occidente para hacer concilio y tratar en él lo que á la religion y á la cristiandad tocaba. Dende como con trompeta pensaba tocar al arma, despertar y inflamar los ánimos de todos los cristianos á la guerra sagrada, confiado que á tan buena empresa no faltaria el ayuda de Dios. Señaló para el concilio á Claramonte, ciudad principal en Alvernia y en Francia. Entre tanto que estas cosas se movian en Italia y en Francia, y con embajadas que el Pontífice enviaba á todas las naciones, las convidaba para juntar sus fuerzas, ayudar á la querella comun con consejo y con lo demás, y que con el aparato desta guerra ardian las demás provincias, en España las cosas de los cristianos empeoraban, y parece andaban cercanas á la caida por la venida y armas de los almoravides. Nunca ni con mayor ímpetu se hizo la guerra, ni con mayor peligro de España. Ensoberbecida aquella gente fiera y bárbara con el progreso de las victorias y próspero suceso de sus empresas y con el imperio que se les juntara, fortificados y arraigados en España, volvieron contra los nuestros las armas. Entran por el reino de Toledo, meten á fuego y á sangre toda aquella comarca, robando y saqueando todo lo que se les ponia delante. En particular se apoderaron de las ciudades y pueblos que en aquella parte y en los celtíberos habia dado á Zaida su padre en dote, es á saber, Cuenca, Uclés, Huete. Envió el rey don Alonso á hacer rostro á los moros dos condes, que fueron don García, su cuñado, casado con su hermana, y don Rodrigo con un buen ejército que les dió. Vinieron á las manos con los moros; fueron los nuestros vencidos en batalla y desbaratados cerca de un pueblo llamado Roda, que se entiende llama Plinio Virgao, puesto entre el rio Guadalquivir y el mar Océano. El rey don Alonso, movido de tantos daños y por el recelo del peligro mayor que amenazaba, entendió finalmente el grave yerró que hizo en llamar á los moros. Acudió con nueva diligencia á reparar el mal pasado y los males; hizo en todo su reino levantar mucha gente, y juntados socorros de todas partes, formar un grueso ejército. Muchos de su voluntad vinieron de las provincias comarcanas á ayudar, movidos por el peligro que las cosas de los cristianos corrian. Cerca de Cazalla, pueblo que cae no léjos de Badajoz, se dió de nuevo la batalla de poder á poder; los cristianos quedaron asimismo vencidos (grande lástima y mengua) y muchos dellos muertos en el campo. Sin embargo, don Alonso no perdió en manera alguna el ánimo, como el que ni por las cosas prósperas se ensoberbecia, ni por las adversas se espantaba. Con gran presteza se rehizo de fuerzas, y con nuevos socorros

aumentado su ejército rompió y entró por fuerza hasta Córdoba, hizo estragos de hombres y ganados, sin perdonar á los edificios ni á los campos. El tirano, desconfiado de sus fuerzas por habérsele desbandado el ejército que tenia, fortificóse dentro de Córdoba, ciudad grande y muy fuerte; solo hobo algunas escaramuzas y rebates. Aconteció que Abdalla, de noche, con número de soldados, hizo contra los nuestros una encamisada; mas los moros fueron rechazados y muertos, preso el capitan, y el dia siguiente en presencia de los moros que desde los adarves miraban lo que pasaba, fué hecho pedazos y quemado vivo y con él otros sus compañeros: castigo cruel; pero la desgracia de su suegro Benabet y la pena que della el Rey tomó excusa y alivia aquella crueldad, y aun hizo que fuese la alegría de la victoria mas colmada. El moro Alí, cansado del largo cerco, se rindió presto á todo lo que le fuese mandado. De presente le condenaron en gran suma de dinero, y que para adelante en cada un año pagase cierto tributo y parias. Con esto le dejaron lo que le tomaran como á feudatario de los reyes de Castilla. Principio muy honroso para el rey don Alonso y muy saludable para la provincia, por entenderse con tanto que las armas y fuerzas de aquellos bárbaros podian ser vencidas, domados sus brios. Ordenadas las cosas de Andalucía, la guerra revolvió contra la Celtiberia, parte de Aragon. Cercaron á Zaragoza y con grandes ingenios la combatieron. Los ciudadanos no rehusaban de pagar cada un año algunas parias, á tal empero que el Rey los recibiese debajo de su amparo, y que luego sin hacer daño se partiese de aquella comarca. Era honroso este asiento para el Rey; mas para no alzar el cerco prevaleció el deseo y esperanza de apoderarse de aquella ciudad, dado que por pretender cosas grandes y no contentarse con lo razonable se perdió lo uno y lo otro. Porque Juzef, apercebido de nuevo ejército de almoravides, dinero, infantería, caballería y de todo lo al para la guerra necesario, de Africa pasó á España espantoso y feroz con intento de reprimir los deseños de Alí y castigar su deslealtad y de camino rebatir las fuerzas de los cristianos. Su venida se supo en un mismo tiempo en la ciudad y en los reales; á los moros con esperanza de mejor fortuna puso ánimo; al rey don Alonso forzó por miedo del peligro y de mayor mal, alzado el cerco, volver atrás. Las armas de Juzef procedian prósperamente, porque de primera llegada se apoderó de Sevilla, do el tirano Alí estaba, al cual cortó la cabeza; tras esto luego Córdoba se le rindió. A ejemplo destas dos ciudades, todas las demás del Andalucía y aun todas las que en España restaban en poder de los moros, en breve se pusieron debajo de su obediencia y tomaron su voz, unas de voluntad, otras por fuerza. Algunas asimismo, confiadas en el esfuerzo y prosperidad del nuevo Rey, sacudian de sí el yugo del imperio cristiano, y no querian hacer los homenajes acostumbrados. No parecia el rey don Alonso debia disimular aquellos desaguisados ni descuidarse en el peligro que amenazaba, por juntarse de nuevo á cabo de tanto tiempo las fuerzas de los moros de Africa con las de los de España en perjuicio de los cristianos. Acordó pues ganar por la mano y dalles guerra con todas sus fuerzas. Mandó hacer todos los apercebimientos necesarios; juntar armas, caballos, vituallas, dineros; acudir á la guerra, no solo los legos, sino los eclesiásticos; alistar soldados nuevos y viejos, procurar socorros de fuera. Muchos extranjeros, movidos por el peligro de España y encendidos en deseo de ayudar en aquella guerra, de su voluntad vinieron, en especial de Francia; entre estos Raimundo ó Ramon, hermano del conde de Borgoña, y su deudo Enrique, el cual dado que era natural de Besanzon, ciudad antiguamente la mayor de los secuanos en Borgoña, de donde le llamaron Enrique de Besanzon ó Besontino; pero era de la casa y linaje de Lorena, y adelante fundó la gente y reino de Portugal. Vino asimismo otro pariente de Enrique, llamado Raimundo, conde de Tolosa y de San Egidio. Seguia á estos señores buen golpe de gente francesa; soldados valientes, de grande y increíble prontitud para acometer la guerra. Acudió demás destos don Sancho, rey de Aragon, el cual bien que era de grande edad, tenia brio y ánimo de mozo y muy aventajada destreza, adquirida con el continuo uso de las guerras que hizo contra los moros. De todas estas gentes se juntó y formó un ejército muy lucido y grande, tanto, que no dudaron acometer las fronteras de los enemigos; entraron adentro en el Andalucía, hicieron estragos, sacos y robos en todos los lugares. No se descuidaron los moros de hacer sus diligencias. Cerca de un lugar llamado Alagueto se juntaron los reales y se dieron vista los unos á los otros. Juzef, por no ser igual en fuerzas, como caudillo recatado y prudente, excusó la batalla; su partida fué semejante á huida, lo que dió á entender la priesa en el retirarse y desamparar gran parte del fardaje. Pareció al rey don Alonso que con la huida del Moro se debia contentar y no aventurar la reputacion que con esto se ganara; además que su ejército, como compuesto de tantas gentes diferentes en lenguas, costumbres y leyes, no se podia entretener largo tiempo. Acordó dar la vuelta á la patria con sus soldados cargados de despojos y alegres por el buen principio. Las armas de los almoravides despues desta afrenta y desman sosegaron por algun tiempo, demás que á Juzef fué forzoso acudir á Africa y ocuparse en asentar el estado de su nuevo reino. El rey don Alonso no se descuidaba en el entre tanto de aparejarse, por tener entendido que muy presto volveria la guerra con mayor fuerza que antes. Determinó hacer nuevas alianzas y ganar con esto y obligarse las voluntades de los príncipes extraños; en particular con aquellos tres señores que vinieron de Francia, para mas prendallos y en premio de la ayuda que le dieron y de sus servicios, casó otras tantas hijas suyas. Con Ramon, conde de Tolosa, casó doña Elvira; con Enrique de Lorena doña Teresa, ambas habidas fuera de matrimonio, como arriba se ha dicho, pero criadas con regalo y con aparato real y con esperanza de gran estado. A Ramon el de Borgoña dió por mujer á doña Urraca, su legítima hija; deste Príncipe se dice que reedificó y pobló la ciudad de Salamanca por mandado del Rey, su suegro. Demás desto, con el conde don Rodrigo casó doña Sancha, hija del Rey y de doña Isabel, su mujer; deste dicen que decienden los Girones, señores de grande y antigua nobleza en España. A don Enrique señaló en dote todo lo que en Portugal tenia ganado de los moros, con título de conde y con condicion que fuese vasallo de los reyes de Castilla y viniese á las Cortes del reino y á la guerra con sus armas y gentes todas las veces que fuese

avisado. Estos fueron los principios y las zanjas de aquel nuevo reino de Portugal, apellido que tomó poco adelante deste tiempo, y lo conservó por mas de cuatrocientos años, en que tuvo reyes proprios, descendientes deste Príncipe y primer fundador suyo. A don Ramon de Borgoña dió el gobierno de Galicia con título de conde, nombre de que solian usar los gobernadores de las provincias, y en dote la esperanza de suceder en el reino si faltase acaso el infante don Sancho, hijo del Rey. Al conde de Tolosa dieron en dote muchas preseas y joyas, gran cantidad de oro y de plata, ningun estado en España, por tratar de volverse á Francia, do poseia grandes tierras y gran ditado. Puédese sospechar que la misma Tolosa se le dió en dote como sujeta á estos reyes, segun de suso dos veces queda apuntado. Quién dice que por las armas de don Alonso el año 1093 se ganó la ciudad de Lisbona. Si fué así ó de otra manera, no lo sabria determinar. A la verdad no pocas veces aquella ciudad se ganó y se perdió como prevalecian las armas, ya de moros, ya de cristianos, y últimamente se ganó de los moros pocos años adelante, donde el cual tiempo permaneció perpetuamente en la posesion y señorío de los cristianos.

CAPITULO II.

Cómo don Sancho Ramirez, rey de Aragon, fué muerto.

El año siguiente, que se contaba del nacimiento de Cristo 1094, fué señalado por nacer en él don Alonso, hijo de don Enrique, el de Lorena, y de su mujer doña Teresa, el cual con sus armas y valor dió lustre al nombre de Portugal. Extendió su señorío, y fué el primero de aquellos príncipes que tomó nombre de rey por permision de los pontífices romanos, en que se mantuvo contra la voluntad de los reyes de Castilla. Pero el mismo año fué desgraciado por la desastrada muerte que sobrevino á don Sancho, rey de Aragon, á quien asimismo deben los aragoneses la loa, no solo de haber bien gobernado y conservado aquel reino como lo hicieron sus antepasados, sino de le dejar acrecentado y colmado de todos los bienes. El fué el primero que de los montes ásperos y encumbrados, do los reyes pasados defendian su imperio y señorío, no menos confiados en la maleza de los lugares que en las armas, abajó á los campos rasos y á la llanura, y ganó por las armas gran número de ciudades y lugares. Dió guerra continua á los reyes moros de Balaguer, de Lérida, de Monzon, de Barbastro y de Fraga; y vencidos, los forzó primeramente que le pagasen parias, despues con un largo y trabajoso cerco tomó á Barbastro, noble ciudad puesta junto al rio Vero, de gran frescura y deleitosos campos. La fortaleza de las murallas espantaba; mas la constancia del Rey y de los suyos venció todas las dificultades; como de todas partes arremetiesen, y la furia no amansase ni aflojase de los que olvidados de las heridas y menospreciada la muerte pretendian apoderarse de aquella plaza, fué entrada por fuerza y puesta á saco. Salomon era á la sazon obispo de Roda; otros le llaman Arnulfo; lo mas cierto que á los tales obispos de Roda quedó desde entonces sujeta la iglesia de Barbastro. Item, que en aquel cerco murió Armengaudo ó Armengol, conde de Urgel, por donde le llamaron Armengol de Basbastro, que fué la causa por el deseo de vengar aquel desastre y satisfacerse (ca era suegro del Rey, padre de la reina doña Felicia) de maltratar los moradores de aquella ciudad al tomarla y que la matanza fuese grande. Bolea, que es un pueblo á la raya de Navarra en los ilergetes, á la ribera del rio Cinga, do duró mucho la guerra, se ganó de los moros. Al tanto Monzon, villa fuerte en aquella comarca por su asiento y por el alcázar que tenia, con otros pueblos y castillos que seria largo contallos. Fundóse y poblóse Estella por este tiempo en Navarra, pequeño lugar entonces, al presente ciudad noble en aquel reino; y porque el rey don Sancho trataba de ir sobre Zaragoza, cinco leguas mas arriba de aquella ciudad á la ribera de Ebro edificó un castillo, llamado Castellar, para efecto de reprimir las correrías de los moros; demás desto, para con ordinarias salidas y cabalgadas que desde queria se hiciesen tener todos los alderredores trabajados; en que pasaron tan adelante los soldados que puso en aquella plaza, que quitados los bastimentos á la misma ciudad, muchas veces parecia tenerla cercada. En los pueblos dichos antiguamente vascetanos se edificó la villa de Luna, en ninguna cosa mas señalada que en dar principio al linaje y familia de los Lunas, muy ilustre y muy antiguo en Aragon. La cabeza y fundador deste linaje fué Bacalla, hombre principal, á quien don Sancho hizo donacion de aquel pueblo, rey que fué verdaderamente grande, y con el lustre de todas las virtudes esclarecido, y sobre todo señalado en piedad y devocion. Alcanzó de Alejandro II, sumo pontífice, que el monasterio de San Juan de la Peña con los demás de su reino fuesen exemptos de la jurisdiccion de los obispos. Alegaban por causa desta exempcion y para alcanzalla la codicia de los obispos, que se entregaban libremente en los bienes de los monasterios. A la verdad las costumbres de los monjes en aquel tiempo, de que san Bernardo se queja, y sus deseos se inclinaban demasiado á pretender libertad, tanto, que de ordinario sus abades impetraban privilegio para usar de las insignias de los obispos, mitra, báculo, muceta, en señal que tenian autoridad obispal; camino inventado y traza para ser exemptos de los ordinarios. El pecado de codicia que se imputaba á los obispos tambien alcazaba al Rey; esto fué lo que principalmente en sus costumbres se nota, que libremente metió la mano en los bienes eclesiásticos y preseas de los templos. Parecia excusarle en parte la falta de dinero que tenia, la pobreza y los grandes gastos de la guerra, además de una bula que ganó de Gregorio VII, sumo pontífice, en que le concedió facultad para que á su voluntad trocase, mudase y diese á quien por bien tuviese los diezmos y rentas de las iglesias que ó de nuevo fuesen edificadas ó ganadas de los moros. Sin embargo, él con ilustre ejemplo de modestia y santidad algunos años antes deste, afligido del escrúpulo que de aquel hecho le resultó y para sosegar la murmuracion del pueblo, causada por aquella libertad, en Roda en la iglesia de San Victorian, delante el altar de San Vicente, con grande humildad, gemidos y lágrimas pidió de lo hecho públicamente perdon, aparejado á emendarse. Hallóse presente Raimundo Dalmacio, obispo de aquella ciudad, al cual mandó restituir enteramente todo lo que le fuera quitado. Los príncipes que en nuestra edad

siguen las pisadas deste Rey en apoderarse de los bienes eclesiásticos debrian imitar su penitencia, por lo menos temer su fin, que fué de la manera que se dirá. Continuaba en su costumbre de trabajar con guerra continua á los moros, en particular á Abderraman, rey de Huesca; habíase apoderado por las armas de todos los lugares de aquella comarca, y tomado que hobo tambien á Montaragon, pueblo que está una legua de aquella ciudad, procuraba fortificalle con grandes pertrechos para desde allí molestar continuamente aquellos ciudadanos de Huesca. No paró aquí, sino que últimamente, juntadas sus gentes, puso sitio sobre aquella ciudad. En los collados al rededor repartió sus guarniciones con intento que nadie pudiese salir ni entrar. Los reales principales puso en un montecillo ó recuesto, que desde aquel tiempo, del nombre del Rey, llamaron Poyo de Sancho. Era la ciudad muy fuerte y como reparo por aquella parte de todo el señorío de los moros, no de otra manera que lo fué en tiempo de los romanos, cuando por muestra de su fortaleza la llamaron antiguamente ciudad vencedora. El cerco iba á la larga, y no se podia ganar por fuerza. Los de Huesca trataron con don Alonso, rey de Castilla, que los socorriese. Acostumbran los reyes, cuando se muestra esperanza de provecho, procurar mas sus particulares intereses, que tener cuenta con el deber, con la religion y con la fama. Otorgó con su peticion; era cosa afrentosa ayudar á los moros al descubierto. Parecióle buen consejo acometer por la parte de Vizcaya las tierras de Navarra, y con esto divertir las fuerzas de Aragon y hacer que no fuesen bastantes para la una y para la otra guerra; envió para este efecto al conde don Sancho. Saliéronle al encuentro los infantes de Aragon, don Pedro y don Alonso, por mandado de su padre el rey don Sancho, que forzaron á los enemigos sin hacer algun efecto volver atrás y dejar lo comenzado. El cerco iba adelante y se apretaba de cada dia mas cuando sucedió una grande desgracia. El rey don Sancho, cansado del largo cerco, andaba mirando los muros de la ciudad, y como advirtiese un lugar á propósito por do le pareció se podria acometer y entrar, extendió el brazo para le mostrar á los que le acompañaban; flecharon una saeta del adarve al mismo punto, que le hirió debajo del mismo brazo; la herida fué mortal; los naturales decian ser castigo y venganza de Dios por los bienes de las iglesias en que puso en otro tiempo la mano. Murió á 4 del mes de junio; su cuerpo llevaron á Montaragon, y le depositaron en el monasterio de Jesu Nazareno, que él mismo edificó. Desde allí, ganada la ciudad, fué trasladado á San Juan de la Peña, donde por lo menos se muestra el sepulcro de doña Felicia, su mujer, con su letrero, que falleció los años pasados. Sin embargo, los hijos, como les fué mandado por su padre, llevaron adelante el cerco, determinados de no partirse de allí antes de vengar aquel desastre y destruir aquella ciudad. Don Pedro en vida de su padre se llamaba rey de Ribagorza y Sobrarve, y de Berta, su mujer, á quien otros llaman doña Inés, tenia un hijo de su mismo nombre; otros le dan nombre de don Sancho. Al presente él mismo por la muerte de su padre heredó todos los demás estados; á don Alonso quedaron algunos pueblos. El menor de sus hermanos, que se llamó don Ramiro, en el monasterio de San Ponce de Tomer, puesto en el territorio de Narbona, á las riberas del rio Jauro, tomara el hábito de monje con menosprecio de las cosas humanas y por mandado de su padre, como se entiende por un privilegio que el año pasado el mismo Rey dió al abad de aquel convento, llamado Frotardo, en que le hace donacion por este respeto para sustento de los monjes de grandes posesiones, dehesas y heredades. El cerco de Huesca duró mucho, no menos que seis meses, como dicen algunos; otros pretenden que pasó de dos años. Los cercados, cansados de tantos males y reducidos á extrema falta de mantenimientos, llamaron en su ayuda á Almozaben, rey de Zaragoza, y á don García, conde de Cabra, y á otro señor principal, que se decia don Gonzalo; ca en aquella revuelta de tiempos y estrago de costumbres no se tenia por escrúpulo que cristianos ayudasen á los moros contra otros cristianos. Don Gonzalo no fué allá; pero un buen número de los suyos que envió y el conde don García se juntaron con el rey Moro, que con gran diligencia tenia levantada una grande morisma, y partieron con estas gentes de Zaragoza. Estaba el negocio en grande riesgo y casi extremo. El mismo don García, quier con buen ánimo, ó con muestra fingida de amistad, amonestó al nuevo rey don Pedro, y le avisó que si no queria perderse, alzado el cerco, diese luego vuelta á su tierra. Prevaleció contra el miedo el deseo de la honra y el homenaje con que los hermanos se obligaron á su padre á la hora de su muerte de no desistir antes de tomar la ciudad. Extiéndese junto á la ciudad una llanura, llamada Acoraz, muy conocida por el suceso desta batalla. En aquel llano se determinaron los cristianos de encomendarse á sus brazos y á Dios, y para le tener mas favorable por medio de sus santos, trajeron á los reales el cuerpo de san Victorian. Demás desto, la noche antes le apareció al Rey una vision de persona mas que humana, que le amonestaba con grande ánimo diese la batalla seguro de la victoria. En la vanguardia iba el infante don Alonso, en la retaguardia el mismo Rey, el cuerpo de la batalla encomendó á Lisana y Bacalla, hombres muy nobles y valientes; la caballería puso por frente. Estos comenzaron la pelea, siguiéronles los estandartes de la infantería. Los bárbaros con su muchedumbre henchian los campos y valles comarcanos. Cerraron los escuadrones; la pelea fué muy brava; ninguna en aquel tiempo ni de mayor peligro ni de mas dichoso fin. No se oia por todo el campo sino gemidos de los que caian, vocería de los que peleaban, estruendo y ruido de las armas. Era cosa digna de ver los hombres y las mujeres que desde los adarves miraban la pelea y cómo iban las cosas de los moros á veces se mostraban alegres, á veces medrosos. Duró la pelea hasta que cerró la noche sin entenderse del todo ni declararse la victoria por ninguna de las partes. Los nuestros sobrepujaban en la causa, esfuerzo y destreza del pelear; el número de los enemigos era mayor. Estuvieron armados hasta que amaneció el dia siguiente; tan grande era el deseo de volver á la pelea, y aun el miedo no menor que entrara en el ánimo de los cristianos. Con el sol se supo que los moros, desamparados los reales, con su rey Almozaben á toda priesa se retiraban á Zaragoza. Siguieron luego el alcance por la huella, sin cesar de matar y prender á todos los que hallaban; en la pelea y en el alcance llegaron los muer-

tos á cuarenta mil. De los nuestros apenas faltaron mil, pocos en número para tan señalada victoria, y personas no de mucha cuenta, ni por su linaje ni hazañas. El conde don García fué preso; despues de la pelea recogieron los despojos; los campos cubiertos de cuerpos muertos, armas, ropa, caballos, miembros cortados, pechos atravesados con hierro, la tierra teñida y bañada de sangre. Algunos dicen que san Jorge fué visto andar entre las haces, y que con su ayuda se ganó aquella victoria; otros que un cierto del linaje de los Moncadas, que habia estado el mismo dia en la Suria y ciudad de Antioquía, anduvo en un caballo en esta batalla. El vulgo, amigo de milagros y para hacer mas alegre lo que se cuenta, suele añadir fábulas á la victoria; bastará á nuestro cuento que lo que es verisímil se reciba por verdad. Concuerdan los autores en que en adelante las armas de los reyes de Aragon fueron una cruz en campo plateado, en los cuarteles del escudo cuatro cabezas rojas con la sangre de otros tantos reyes y capitanes que murieron en esta batalla, que se dió á 18 de noviembre, y el noveno dia adelante aquella muy noble ciudad, perdida toda esperanza de defenderse, se rindió. El siguiente mes, á 17 de diciembre, consagraron la mezquita mayor en iglesia. Halláronse á esta consagracion los obispos Berengario, el que Bernardo, arzobispo de Toledo, de Vique le pasó á Tarragona, como se dirá luego; Amato, prelado de Burdeos; Folch, de Barcelona; Pedro, de Pamplona; Sancho, de Lascar, y con los demás otro Pedro, que se intitulaba obispo de Aragon y de Jaca, y tomada esta ciudad, se llamó obispo de Huesca. En el lugar de la batalla mandó el Rey edificar una iglesia de San Jorge, patron de la caballería cristiana. Por el mismo tiempo se dió principio en Pamplona á la nueva fábrica de la iglesia mayor, cuyos rastros todavía se ven. Mandóse que los canónigos viviesen como religiosos conforme á la regla de san Agustin; estatuto que de aquel principio se guarda tambien el dia de hoy, que son canónigos reglares y siguen vida comun. En el mismo tiempo que Pedro era obispo de Pamplona fué tambien Gomesano obispo de Búrgos, sucesor de Jimeno, aquel en cuyo tiempo la silla obispal desde Oca, do hasta entonces de muy antiguo tiempo estuvo, se trasladó á Búrgos. Los arzobispos de Tarragona y Toledo pretendian cada cual que la iglesia de Búrgos le era sufragánea; el pleito duró tiempo y fué ocasion que los pontífices romanos, por no podellos conformar ni concertar, mandasen que aquel obispado quedase exemplo sin reconocer á la una iglesia ni á la otra por metropolitana; lo cual se guardó por largos años hasta que poco ha la erigieron en arzobispal.

CAPITULO III.

Cómo don Bernardo, arzobispo de Toledo, se partió para la guerra de la Tierra-Santa.

En el tiempo que estas cosas que se han dicho sucedieron en Aragon y en otras partes de España, las demás provincias de cristianos andaban ocupadas en los aparejos que se hacian para la guerra de la Tierra-Santa; caballos, armas, libreas, ruido de atambores y sonido de trompetas, asonadas de guerra por todas partes. Los mares, tierras, campos, pueblos con mezcla y revolucion de todas las gentes y rumores de la guerra andaban alborotados. El mismo pontífice Urbano, en Claramonte, ciudad que Sinodio y los antiguos llamaron Arverno, celebraba Concilio general de prelados y señores seglares, que de todas las provincias acudieron á su llamado el año de 1096. Desde allí despertó como con trompeta á todas las naciones, cuan anchamente se extendian los términos del imperio cristiano. Leyéronse en el Concilio las cartas de Simon, obispo de Jerusalem; refirióse la embajada y comision que Pedro, natural de Amiens, traía. Muchos ciudadanos de Jerusalem y de Antioquía, hombres santos y nobles, huidos de sus casas, con lágrimas, gemidos y maltratamiento que representaban en su traje movian á compasion los ánimos de todos los que presentes estaban. El Pontífice con esta ocasion á manera de orador en la junta hizo un razonamiento desto tenor: «Oido habeis, hijos carísimos, los males que vuestros hermanos padecen en Asia; sus desastres son afrenta nuestra, mengua y deshonra de la religion cristiana, digna, si fuésemos hombres, de que se remediase con la vida y con la sangre. Ninguno puede escapar de la muerte por ser cosa natural. El mayor de los males es con deseo de la vida sufrir torpezas y fealdades y disimularlas. Justo es que restituyamos el espíritu, salud y vida á Cristo que nos la dió; la virtud y el valor, propia excelencia del nombre y linaje cristiano, suele rechazar la afrenta. Las fuerzas y ejércitos que hasta aquí, mal pecado, habeis gastado en las guerras civiles, empleadlas por Dios en empresa tan honrosa y de tanta gloria. Vengad las afrentas de Cristo, hijo de Dios, que cada dia y tantas veces es herido, azotado y muerto de la impía y bárbara gente cuantas sus siervos son oprimidos, afligidos y ultrajados, y profanan aquella tierra y la ensucian que Cristo consagró con sus pisadas. ¿Por ventura puede haber causa mas justa de hacer la guerra que volver por la religion, librar los cristianos de servidumbre, cuales Dios inmortal quiso fuesen señores de todas las gentes? Si de las guerras se pretende y desea interés, ¿de dónde lo podeis esperar mayor que en hacella á una gente sin fuerzas y que mas trae á la guerra despojos que armas? Nunca Asia fué igual en fuerzas á Europa; allí las riquezas, oro, plata, piedras preciosas, de que los hombres hacen tanta estima. Si se busca la gloria, ¿por ventura puédese pensar cosa mas honrosa que dejar á los hijos y descendientes tal ejemplo de virtud, ser llamados libertadores del mundo, conquistadores del oriente, vengadores de las afrentas de la religion cristiana? Riquezas no faltan para los gastos, gente y soldados excelentes en la edad, fuerza, consejo, ejercitados en las armas. ¿Por ventura, apercebidos de tantas ayudas, dejarémos que la gente malvada y sucia haga burla de la majestad de la religion cristiana? Cristo será el capitan, el estandarte la cruz, ninguna cosa hará constraste á la virtud y piedad. Sola vuestra vista les pondrá espanto, no la podrán sufrir. Yo á lo menos lo que debo á Dios, lo que á la religion cristiana, por la cual puesto como en atalaya y centinela estoy determinado de velar dias y noches, cuanto pudiere con cuidado, trabajo, vigilias, autoridad y consejo, todo lo emplearé en esta demanda. Que si otros no me siguieren, estoy determinado meterme por las espadas de los enemigos y procurar con nuestra sangre el re-

medio de tan grandes cuitas, desventuras y desastres como padecen nuestros hermanos. Ningun trabajo en tanto que viviere, ningun afan, ningun riesgo rehusaré de acometer por el bien de la república y honra de la religion.» Con este razonamiento del Pontífice inflamados todos los presentes, los mayores, medianos y menores, se encendieron á tomar las armas; toda tardanza les era pesada. Ademaro, obispo de Anicio, de los vellaunos, de Puis por otro nombre, y Guillermo, obispo de Oranges, fueron los primeros que prostrados á los piés del Pontífice tomaron la señal de la cruz, que era la divisa y blason de la guerra; despues dellos hicieron lo mismo nobilísimos príncipes de Francia, Italia y España, y por su ejemplo un infinito número de otra gente menuda. Hugon, hermano de Filipe, rey de Francia, fué el mas principal; tras dél Gotifredo ó Jofre, hijo de Eustacio, conde de Boloña y duque de Lorena, al cual, tomado que hobieron la ciudad de Jerusalem, porque fué el primero á la entrada, por votos libres de todos nombraron por rey de Jerusalem; honra perpetua de Francia y de Boloña, su patria, ciudad puesta en la Gallia Bélgica cerca del mar Océano. Demás destos, se ofrecieron para aquella empresa los hermanos del Gotifredo ó Jofre, Eustacio y Balduvino, los condes Roberto, de Flándes; Estéban, de Bles; Alpino, de Burges; Ramon, de Tolosa; en cuya compañía fué doña Teresa, su mujer, y parió en la Suría el segundo hijo, que se llamó Alonso Jordan, por haber sido baptizado en el rio Jordan. De España otrosí acudieron á la empresa los condes Guillen, de Cerdania, que murió en aquella jornada de una saeta con que le hirieron en la ciudad de Tripol de la Suria, por donde asimismo le llamaron por sobrenombre Jordan; Guitardo, de Ruisellon, y Guillen, conde canetense. En Italia Boamundo, príncipe de la Pulla, dejado á su hermano Rogerio su estado, sobre que traian diferencias, acompañado de doce mil combatientes, siguió á los demás príncipes en aquella sagrada jornada. Bernardo, arzobispo de Toledo, como quier que era de gran corazon, dado que hobo asiento en las cosas de aquella su diócesi, y puesto en la iglesia mayor de Toledo para su servicio treinta canónigos y otros tantos racioneros, tomada la señal y divisa de la cruz se partió para esta guerra. De su partida resultó un gran desórden. Apenas era salido de la ciudad, cuando los canónigos que dejó, sea por odio que le tuviesen por ser extranjero, ó entender que no volveria, arrebatadamente se juntaron y nombraron nuevo prelado en lugar de Bernardo. Defendian algunos la razon; pero los mas votos, como muchas veces acontece, prevalecieron contra los menos, aunque sintiesen mejor, y los echaron de la ciudad. Bernardo, avisado de lo que pasaba, con aquella mala nueva tornó á Toledo y allanó la revuelta; echados aquellos sacerdotes que fueron autores y ejecutores de aquel mal consejo, puso en su lugar monjes del monasterio de Sahagun, en que él fuera antes abad; ocasion, segun dicen algunos, que muchas maneras de hablar y vocablos propios de monjes y ceremonias se pegaron á la iglesia mayor de Toledo, que de mano en mano se han conservado y usado hasta el dia de hoy. Hecho esto, se puso de nuevo en camino. Llegado á Roma, fué forzado por el pontífice Urbano á volver atrás, por quedar en España tanta guerra y porque Toledo por ser de nuevo ganada parecia tener necesidad de la ayuda, presencia y diligencia de quien la gobernase. Absolvióle del voto que tenia hecho de ir á la Tierra-Santa, á tal que los gastos y dinero que tenia apercebido para aquella guerra emplease en reedificar á Tarragona, ciudad que por el esfuerzo y armas del conde de Barcelona en esta sazon era vuelta á poder de cristianos. Era muy noble antiguamente y poderosa por su antigüedad y ser silla del imperio romano en España; mas en aquel tiempo se hallaba reducida á caserías y era un pueblo pequeño. Reparóla pues don Bernardo, y en ella puso por arzobispo á Berengario, obispo de Vique, ciudad que quiso asimismo fuese sufragánea de Tarragona, para mas autorizarla. La verdad es que el nuevo arzobispo Berengario, olvidado deste beneficio, puso despues pleito á Bernardo, que le habia entronizado, sobre el de la primacía, por antiguas historias, ejemplos y escrituras desusadas de que se valia para defender los derechos y libertad de su iglesia; como quier que el de Toledo, por concesion muy fresca del pontífice Urbano, no solo alcanzó para sí y para siempre el primado de toda España, sino de presente como legado del Pontífice romano tenia superioridad sobre todas las iglesias y poder de ordenar sus cosas y enderezallas, dalles prelados y reformallas. Con este intento de ejecutar lo que le ordenó el Papa, de Francia, cuando por aquella provincia volvia á España, trajo consigo á Toledo algunas personas de grande erudicion y bondad; honrólos de presente con cargos y gruesos beneficios que les dió, y su virtud el tiempo adelante los promovió á mayores cosas. Estos fueron Gerardo de Moslaco, que luego le hizo primiclerio ó chantre de Toledo, despues arzobispo de Braga; Pedro, natural de Burges, de arcediano de Toledo pasó á ser obispo de Osma. Al uno y al otro la santidad de la vida y excelente virtud puso en el número de los santos. Fuera destos vinieron Bernardo y Pedro, naturales de Aagen; Bernardo, de primiclerio de Toledo fué obispo de Sigüenza y despues de Santiago; Pedro, de arcediano de Toledo subió á ser prelado de Segovia. Otro Pedro, obispo de Palencia. Jerónimo, natural de Periguex, que á instancia del Cid tuvo cuidado de la iglesia de Valencia luego que la ganó de los moros; y despues que se perdió, hizo oficio de vicario de obispo en Zamora. Muerto este, otro Bernardo, del mismo número, fué el primer obispo de aquella ciudad. En este mismo rebaño, bien que de diferentes costumbres entre sí, se cuentan Raimundo y Burdino; Raimundo, natural de la misma patria del arzobispo Bernardo, despues de Pedro, de suso nombrado, fué obispo de Osma, y adelante prelado de Toledo por muerte y en lugar de dicho Bernardo. Burdino, natural de Limoges, de arcediano de Toledo pasó á ser obispo de Coimbra y de Braga; últimamente se hizo falso pontífice romano, de que resultó discordia sin propósito y scisma en el pueblo cristiano, y él por el mismo caso se mostró ser indigno del número y compañía de los varones excelentes que de Francia vinieron en compañía de Bernardo, como en otro lugar mas á propósito se declarará.

CAPITULO IV.

Cómo el Cid ganó á Valencia.

En este medio no estaban en ocio las armas de Rodrigo de Bivar, por sobrenombre el Cid, varon grande en obras, consejo, esfuerzo y en el deseo increible que siempre tuvo de adelantar las cosas de los cristianos, y á cualquiera parteque se volviese, por aquellos tiempos el mas afortunado de todos. No podia tener sosiego, antes con licencia del rey don Alonso en el tiempo que él andaba ocupado en la guerra del Andalucía, como desuso queda dicho, con particular compañía de los suyos revolvió sobre los celtíberos, que eran donde ahora los confines de Aragon y Castilla, con esperanza de hacer allí algun buen efecto, por estar aquella gente con la fama de su valor amedrentada. Todos los señores moros de aquella tierra, sabida su venida, deseaban á porfía su amistad. El señor de Albarracin, ciudad que los antiguos llamaron, quién dice Lobeto, quién Turia, fué el primero á quien el Cid admitió á vistas y luego á conciertos; despues el de Zaragoza, al cual por la grandeza de la ciudad fué el Cid en persona á visitar. Recibióle el Moro muy bien, como quier que tenia grande esperanza de hacerse señor de Valencia con ayuda suya y de los cristianos que llevaba. La ciudad de Valencia está situada en los pueblos llamados antiguamente edetanos, á la ribera del mar en lugares de regadío y muy frescos y fértiles, y por el mismo caso de sitio muy alegre. Demás desto, así en nuestra era como en aquel tiempo, era muy conocida por el trato de naciones forasteras que allí acudian á feriar sus mercadurías y por la muchedumbre, arreo y apostura de sus ciudadanos. Hiaya, que dijimos fué rey de Toledo, tenia el señorío de aquella ciudad por herencia y derecho de su padre, ca fué sujeta á Almenon. El rey don Alonso otrosí, como se concertó en el tiempo que Toledo se entregó, le ayudó con sus armas para mantenerse en aquel estado. El señor de Denia, que lo era tambien de Játiva y de Tortosa, quier por particulares disgustos, quier con deseo de mandar, era enemigo de Hiaya y trabajaba con cerco aquella ciudad. El rey de Zaragoza pretendia del trabajo ajeno y discordia sacar ganancia. Los de Valencia le llamaron en su ayuda y él deseaba luego ir, por entender se le presentaria por aquel camino ocasion de apoderarse de los unos y de los otros. Concertóse con el Cid, y juntadas sus fuerzas con él, fué allá. El señor de Denia, por no ser igual á tanto poder, luego que le vino el aviso de aquel apercibimiento, alzó el cerco concertándose con los de Valencia. Quisiera el de Zaragoza apoderarse de Valencia, que al que quiere hacer mal nunca le falta ocasion. El Cid nunca quiso dar guerra al rey de Valencia; excusóse con que estaba debajo del amparo del rey don Alonso, su señor, y le seria mal contratado si combatiese aquella ciudad sin licencia ó le hiciese cualquier desaguisado. Con esto el de Zaragoza se volvió á su tierra. El Cid, con voz de defender el partido del rey de Valencia, sacó para sí hacer, como hizo, sus tributarios á todos los señores moros de aquella comarca y forzar á los lugares y castillos que le pagasen parias cada un año. Con está ayuda y con las presas, que por ser los campos fértiles eran grandes, sustentó por algun tiempo los gastos de la guerra. El rey Hiaya, como fuese antes aborrecido, de nuevo por la amistad de los cristianos lo fué mas; y el odio se aumentó en tanto grado, que los ciudadanos llamaron á los almoravides, que á la sazon habian extendido mucho su imperio, y con su venida fué el Rey muerto, la ciudad tomada. El movedor deste consejo y trato, llamado Abenjafa, como por premio se quedó por señor de Valencia. El Cid, deseoso de vengar la traicion, y alégre por tener ocasion y justa causa de apoderarse de aquella ciudad nobilísima, con todo su poder se determinó de combatir á los contrarios. Tenia aquella ciudad grande abundancia de todo lo que era á propósito para la guerra, guarnicion de soldados, gran muchedumbre de ciudadanos, mantenimientos para muchos meses, almacen de armas y otras municiones, caballos asaz; la constancia del Cid y la grandeza de su ánimo lo venció todo. Acometió con gran determinacion aquella empresa; duró el sitio muchos dias. Los de dentro, cansados con el largo cerco y reducidos á extrema necesidad de mantenimientos, demás que no tenian alguna esperanza de socorro, finalmente se le entregaron. El Cid, con el mismo esfuerzo que comenzó aquella demanda, pretendió pasar adelante; lo que parecia locura, se resolvió de conservar aquella ciudad; hazaña atrevida y que pusiera espanto aun á los grandes reyes por estar rodeada de tanta morisma. Determinado pues en esto, lo primero llamó á Jerónimo, uno de los compañeros del arzobispo don Bernardo, desde Toledo para que fuese obispo de aquella ciudad. Demás desto, hizo venir á su mujer y dos hijas, que, como arriba se dijo, las dejó en poder del abad de San Pedro de Cardeña. Al Rey, por haber consentido benignamente con sus deseos, y en especial dado licencia que su mujer y hijas se fuesen para él, envió del botin y presa de los moros docientos caballos escogidos y otros tantos alfanjes moriscos colgados de los arzones, que fué un presente real. En este estado estaban las cosas del Cid. Los infantes de Carrion, Diego y Fernando, personas en aquella sazon en España por sangre y riquezas nobilísimos, bien que de corazones cobardes, por parecerles que con las riquezas y haberes del Cid podrian hartar su codicia, por no tener hijo varon que le heredase, acudieron al Rey y le suplicaron les hiciese merced de procurar y mandar los diesen por mujeres las hijas del Cid, doña Elvira y doña Sol. Vino el Rey en ello, y á su instancia y por su mandado se juntaron á vistas el Cid y los infantes en Requena, pueblo no léjos de Valencia, hicieron las capitulaciones, con que los infantes de Carrion en compañía del Cid pasaron á Valencia para efectuar lo que deseaban. Las bodas se hicieron con grandes regocijos y aparato real. Los principios alegres tuvieron diferentes remates. Los mozos, como quier que eran mas apuestos y galanes que fuertes y guerreros, no contentaban en sus costumbres á su suegro y cortesanos, criados y curtidos en las armas. Una vez avino que un leon, si acaso, si de propósito, no se sabe; pero en fin, como se soltase de la leonera, ellos de miedo se escondieron en un lugar poco decente. Otro dia en una escaramuza que se trabó con los moros que eran venidos de Africa, dieron muestra de rehusar la pelea y volver las espaldas como medrosos y cobardes. Estas afrentas y menguas, que debieran remediar con esfuerzo, trataron de vengallas torpemente; y es así, que ordinariamente la cobardía

es hermana de la crueldad. Suero, tio de los mozos, en quien por la edad era justo hobiera algo mas de consejo y de prudencia, atizaba el fuego en sus ánimos enconados. Concertado lo que pretendian hacer, dieron muestra de desear volver á la patria. Dióles el suegro licencia para hacello. Concertada la partida, acompañado que hobo á sus hijas y yernos por algun espacio, se despidió triste de las que muchas lágrimas derramaban y como de callada adivinaban lo que aparejado les esperaba. Con buen acompañamiento llegaron á las fronteras de Castilla, y pasado el rio Duero, en tierra de Berlanga, les parecieron á propósito para ejecutar su mal intento los robledales, llamados Corpesios, que estaban en aquella comarca. Enviaron los que les acompañaban con achaques diferentes á unas y á otras partes, á sus mujeres sacaron del camino real, y dentro del bosque, donde las metieron, desnudas, las azotaron cruelmente sin que les valiesen los alaridos y voces con que invocaban la fe y ayuda de los hombres y de los santos. No cesaron de herirlas hasta tanto que cansados las dejaron por muertas, desmayadas y revolcadas en su misma sangre. Desta suerte las halló Ordoño, el cual, por mandado del Cid que se recelaba de algun engaño, en traje disimulado los siguió. Llevólas de allí, y en el aldea que halló mas cerca las hizo curar y regalar con medicinas y comida. La injuria era atroz, la inhumanidad intolerable; y divulgado el caso, los infantes de Carrion cayeron comunmente en gran desgracia. Todos juzgaban por cosa indigna que hobiesen trocado beneficios tan grandes con tan señalada afrenta y deslealtad. Finalmente, los que antes sabian poco, comenzaron á ser en adelante tenidos por de seso menguado y sandios. El Cid, con deseo de satisfacerse de aquel caso y volver por su honra, fué á verse con el Rey. Teníanse á la sazon en Toledo Cortes generales, y hallábanse presentes los infantes de Carrion, bien que afeados y infames por hecho tan malo. Tratóse el caso, y á pedimento del Cid señaló el Rey jueces para determinar lo que se debia hacer. Entre los demás era el principal don Ramon, borgoñon, yerno del Rey. Ventilóse el negocio; oidas las partes, se cerró el proceso. Fué la sentencia primeramente que los infantes volviesen al Cid enteramente todo lo que dél tenian recebido en dote, piedras preciosas, vasos de oro y de plata y todas las demás preseas de grande valor. Acordaron otrosí que para descargo del agravio combatiesen y hiciesen armas y campo, como era la costumbre de aquel tiempo, los dos infantes y el principal movedor de aquella trama, Suero, su tio. Ofreciéronse al combate de parte del Cid tres soldados suyos, hombres principales, Bermudo, Antolin y Gustio. Los infantes, acosados de su mala conciencia, no se atrevian á lo que no podian excusar, dijeron no estar por entonces apercebidos, y pidieron se alargase el plazo. El Cid se fué á Valencia, ellos á sus tierras. No paró el Rey hasta tanto que hizo que la estacada y pelea se hiciese en Carrion, y esto por tener entendido que no volverian á Toledo. Fueron todos en el palenque vencidos, y por las armas quedó averiguado haber cometido mal caso. Hecho esto, los vencedores se volvieron para su señor á Valencia. Las hijas del Cid casaron: doña Elvira con don Ramiro, hijo del rey don Sancho García de Navarra, al que mató su hermano don Ramon, como queda arriba dicho; y doña Sol con don Pedro, hijo del rey de Aragon, llamado tambien don Pedro, que por sus embajadores las pidieron y alcanzaron de su padre. De don Ramiro y doña Elvira nació Garci Ramirez, rey que fué adelante de Navarra. Don Pedro falleció en vida de su padre sin dejar sucesion. Con estas bodas y con su alegría se olvidó la memoria de la afrenta y injuria pasada, y se aumentó en gran manera el contento que recibiera el Cid muy grande por la venganza que tomó de sus primeros yernos. La fama de las hazañas del Cid, derramada por todo el mundo, movió en esta sazon al rey de Persia á enviarle sus embajadores. Esto hizo mayor y mas colmado el regocijo de las fiestas, que un Rey tan poderoso, de su voluntad, desde tan léjos pretendiese confederarse y tener por amigo un caballero particular. A vista de Valencia por dos veces, en diversos tiempos, se dió batalla al rey Bucar, que de Africa pasara en España, y por el esfuerzo del Cid y su buena dicha fueron vencidos los bárbaros, y se conservó la posesion de aquella ciudad por toda su vida, que fueron cinco años despues que la ganó. Llegó la hora de su muerte en sazon que estaba el mismo Bucar con un nuevo ejército de moros sobre la ciudad. Visto el Cid que muerto él no quedaban bastantes fuerzas para defendella, mandó en su testamento que todos hechos un escuadron se saliesen de Valencia y volviesen á Castilla. Hízose así; salieron varones, mujeres, niños y gran carruaje y los estandartes enarbolados. Entendieron los moros que era un grueso ejército que salia á darles la batalla, temieron del suceso y volvieron las espaldas. Debíase á la buena dicha de varon tan señalado que á los que tantas veces en vida venció, despues de finado tambien les pusiese espanto y los sobrepujase. Los cristianos continuaron su camino sin reparar hasta llegar á la raya de Castilla. Con tanto, Valencia, por quedar sin alguna guarnicion, volvió al momento á poder de moros. Al partirse llevaron consigo los que se retiraban el cuerpo del Cid, que enterraron en San Pedro de Cardeña, monasterio que está cerca de Búrgos. Las exequias fueron reales; halláronse en ellas el rey don Alonso y los dos yernos del Cid; cosa muy honrosa, pero debida á tan grandes merecimientos y hazañas. Algunos tienen por fabulosa gran parte desta narracion; yo tambien muchas mas cosas traslado que creo, porque ni me atrevo á pasar en silencio lo que otros afirman, ni quiero poner por cierto en lo que tengo duda, por razones que á ello me mueven y otros las ponen. En el templo de San Pedro de Cardeña se muestran cinco lucillos del Cid, de doña Jimena, su mujer, de sus hijos, don Diego, doña Elvira y doña Sol. Si por ventura no son sepulcros vacíos, que en griego se llaman cenotafios, á lo menos algunos dellos, que adelante los hayan puesto en señal de amor y para perpetuar sus memorias, como suele acontecer muchas veces, que levantan algunos sepulcros en nombre de los que allí no están enterrados.

CAPITULO V.

Cómo fallecieron el papa Urbano, el rey Juzef y el infante don Sancho.

Gran daño recibieron con la muerte del Cid las cosas de los cristianos por faltar aquel noble caudillo, con

cuyo esfuerzo se conservaron en tiempo tan trabajoso y en tan grande revuelta de temporales. La virtud del difunto, la gravedad, la constancia, la fe, el cuidado de defender la religion cristiana y ensanchalla ponen admiracion á todo el mundo. Del año en que murió no concuerdan los autores, ni es fácil anteponer los unos ni la una opinion á la otra; parece mas probable que su muerte cayó en el año del Señor de 1098. En el mismo año, el pontífice Urbano, trabajado con olas de diferentes cuidados por el cisma que Giberto, falso pontífice, levantó en tan mala sazon, para llegar ayudas de todas partes fué á Salerno con deseo de verse con Rogerio, conde de Sicilia, y valerse dél, cuya piedad y reverencia para con los romanos pontífices se alaba mucho por aquel tiempo, demás que por sus hazañas era muy esclarecido. Por estas obras y servicios que á la Iglesia hizo le concedió á él y á sus herederos que en Sicilia tuviesen las veces de legado apostólico y toda la autoridad que hoy llaman monarquía. Desta bula, porque es muy notable y provechoso que públicamente se sepa, y porque sobre este derecho han resultado grandes controversias á los reyes de España, pondrémos aquí un traslado en lengua castellana, que dice así: «Urbano, »obispo, siervo de los siervos de Dios, al carísimo hi»jo Rogerio, conde de Calabria y de Sicilia, salud y »apostólica bendicion. Porque la dignacion de la ma»jestad soberana te ha exaltado con muchos triun»fos y honras, y tu bondad en las tierras de los sar»racenos ha dilatado mucho la Iglesia de Dios, y á la »santa Silla Apostólica se ha mostrado siempre en mu»chas maneras devota, te hemos recibido por especial y »carísimo hijo de la misma universal Iglesia. Por tanto, »confiados de la sinceridad de tu bondad, como lo pro»metimos de palabra, así bien lo confirmamos con au»toridad destas letras, que por todo el tiempo de tu vida »ó de tu hijo Simon ó de otro que fuere tu legítimo he»redero, no pondrémos en la tierra de vuestro señorío »sin vuestra voluntad y consejo legado de la Iglesia ro»mana; antes lo que hobiéremos de hacer por legado, »queremos que por vuestra industria, en lugar de lega»do, se haga todas las veces que os enviáremos de nues»tro lado para salud, es á saber, de las iglesias que estu»vieren debajo de vuestro señorío, á honra de san Pe»dro y de su santa Sede Apostólica, á la cual devotamente »hasta aquí has obedecido, y á la cual en sus necesida»des has fuerte y fielmente acorrido. Si se celebrare »otrosí concilio, y te mandare que envies los obispos y »abades de tu tierra, queremos envies cuantos y cuales »quisieres, los demás retengas para servicio y defensa de »las iglesias. El omnipotente Dios enderece tus obras en »su beneplácito, y perdonados tus pecados, te lleve á la »vida eterna. Dado en Salerno por mano de Juan, diá»cono de la santa Iglesia romana, á 3 de las nonas »de julio, indiccion siete, del pontificado del señor »Urbano II, año onceno.» Gaufredo, monje que trae esta bula, escribió su historia á peticion del mismo conde Rogerio. La indiccion ha de ser seis para que concierte con el año que pone del pontificado y con el de Cristo que señalamos. Esto en Italia. En España por concesion del mismo Pontífice la silla y nombre episcopal de Iria, que es el Padron, se mudó en el nombre y cátedra compostelana ó de Santiago, y en particular la eximió de la juridicion del arzobispo de Braga. Lo uno y lo otro se impetró por diligencia de Dalmaquio, obispo de aquella ciudad, que por esta causa es contado por primero en el número de los obispos de Compostella. El rey don Alonso, aunque agravado con la edad, de tal manera se ocupaba en el gobierno, que nunca se olvidaba del cuidado de la guerra; antes por estos tiempos algunas veces hizo entradas en tierras de moros y correrías por los campos de Andalucía, mayormente que Juzef, dado que hobo órden en las cosas del nuevo imperio de España, se volvió á Africa, y con su ausencia pareció que los cristianos por algun espacio cobraron aliento. Deste sosiego se aprovechó el Rey para hermosear y ensanchar el culto de la religion en diversos lugares y de muchas maneras. En Toledo edificó á los monjes de San Benito un monasterio con título de los santos Servando y Germano en un montecillo ó ribazo de piedra que está en frente de la ciudad, no léjos de do al presente se ve el edificio de un castillo viejo del mismo nombre. Otros dicen que le reparó, y que en tiempo de los godos fué primero edificado. La verdad es que le sujetó al monasterio de San Victor de Marsella, de do vino para moralle entonces aquella nueva colonia y poblacion de monjes. Dentro de la ciudad, á costa del Rey, se edificaron dos monasterios de monjas, uno con nombre de San Pedro, en el sitio en que al presente está el hospital del cardenal don Pero Gonzalez de Mendoza; el otro con advocacion de Santo Domingo de Silos, que en este tiempo se llama Santo Domingo el Antiguo. En la ciudad de Búrgos edificó fuera de los muros otro nuevo monasterio con nombre de San Juan; hoy se llama San Juan de Búrgos. Dió asimismo licencia á Fortun, abad de otro monasterio, que por aquel tiempo se llamaba de San Sebastian, y era muy principal en Castilla la Vieja; despues se llamó de Santo Domingo de Silos, por haber este Santo en él vivido y muerto santísimamente, de edificar un pueblo cerca del dicho monasterio, que en nuestro tiempo es de ciento y setenta vecinos, aunque los muros tienen anchura y capacidad para mas, y es del duque de Frias, hoy condestable de Castilla. El año siguiente de 1099 fué señalado por la muerte del pontífice Urbano y por la toma de la ciudad de Jerusalem, que la ganaron los soldados cristianos. Sucedió por la muerte de Urbano el cardenal Rainerio, persona de grande bondad y experiencia, que por su predecesor fué enviado por legado en España. Tomó nombre de Pascual II. Este en el tiempo de su pontificado concedió á la iglesia de Santiago que, á imitacion de la majestad romana, tuviese siete canónigos cardenales, y los obispos de aquella iglesia usasen del palio, insignia de mayor autoridad que la ordinaria de los otros obispos. El año que luego siguió, es á saber, el de 1100, fué no menos alegre para los cristianos por la muerte de Juzef, que por espacio de doce años tuvo el imperio de los moros en España, y el de Africa como treinta y dos, que aciago y desgraciado por la muerte que en él sucedió del infante don Sancho. Era su ayo, por mandado del rey don Alonso, su padre, don García, conde de Cabra; criábale como á sucesor que habia de ser de reino tan principal. La desgracia sucedió desta manera. Alí, sucesor de Juzef, deseando comenzar el nuevo imperio y ganar autoridad con alguna excelente hazaña y empresa, pasado el mar con un grueso ejército de moros que juntó en Africa, de mas de otros que en España se

le allegaron, entró por el reino de Toledo y llegó haciendo mal y daño hasta la misma ciudad; metió á fuego y á sangre sembrados, árboles, lugares, cautivó hombres y ganados. El rey don Alonso, por su gran vejez y por estar indispuesto, demás desto cansado de tantas cosas como habia hecho, no pudo salir al encuentro al enemigo bravo y feroz. Envió en su lugar sus gentes, y por general al conde don García; y para que tuviese mas autoridad, quiso fuese en su compañía el infante don Sancho, su hijò, dado que era de pequeña edad. El se quedó en Toledo, donde en lo postrero de su edad residia muy de ordinario. Cerca de Uclés se dieron vista y juntaron los dos campos; ordenaron sin dilacion las haces; dióse la batalla de poder á poder, que fué grandemente desgraciada. Derribaron los moros al Infante. Amparábale el conde don García con su escudo, y con la espada arredraba y aun detuvo por buen espacio los moros que los rodeaban y acometian por todas partes. Su esfuerzo era tal, que los contrarios desde léjos lo combatian, mas ninguno se atrevia á llegársele. El amor singular que tenia al Infante y el despecho, grande arma en la necesidad, le animaban. Finalmente, enflaquecido con las muchas heridas que le dieron los enemigos por ser tantos, cayó muerto sobre el que defendia. Este miserable desastre y muerte desgraciada dió luego á los bárbaros la victoria. Cuánto haya sido el dolor del Rey por tan gran pérdida no hay para qué relatarlo; no le afligia mas la desgracia y pérdida del hijo que el daño de la república cristiana por faltar el heredero de imperio tan grande, que era un retrato de las virtudes de su padre, y parecia haber nacido para hacer cosas honradas. Preguntó el Rey cuál fuese la causa de tantos daños como de los moros tenian recebidos; fuéle respondido por cierta persona sabia que el esfuerzo de los corazones estaba en los soldados apagado con la abundancia de los regalos, holguras y ociosidad, los cuerpos enflaquecidos con el ocio, y los ánimos con la deshonestidad, fruto ordinario de la prosperidad. Mandó pues quitar los instrumentos de los deleites, en particular derribar los baños, que eran muy usados á la sazon en España, á imitacion y conforme á la costumbre de los moros. Alguna esperanza quedaba en don Alonso, nieto del Rey, que en doña Urraca, hija del mismo Rey, dejó don Ramon, su marido; mas era pequeño alivio del dolor por la flaqueza de la madre y la edad deleznable del niño, en ninguna manera bastantes para acudir á cosas tan grandes. Con estos cuidados se hallaba suspenso el ánimo del Rey; de dia y de noche le aquejaba el dolor y el deseo de poner remedio en tantos daños.

CAPITULO VI.

De don Diego Gelmirez, obispo de Santiago.

La iglesia de Santiago anduvo trabajada por este tiempo; grandes tempestades la combatian, no de otra manera que la nave sin piloto, ni gobernalle; llegó últimamente al puerto y á salvamento con la eleccion que se hizo de un nuevo prelado, por nombre don Diego Gelmirez, hombre en aquella era prudente en gran manera, de grande ánimo y de singular destreza. Don Diego Pelayo, en tiempo del rey don Sancho de Castilla, fué elegido por prelado de la iglesia de Compostella, como queda dicho en otro lugar; era persona muy noble, mas bullicioso, inquieto y amigo de parcialidades. Hízole prender el rey don Alonso, que fué grande resolucion y notable poner las manos en hombre consagrado. Deseaba demás desto privarle del obispado; era menester quien para esto tuviese autoridad; el cardenal Ricardo, que dijimos haberle el Pontífice enviado á España por su legado, llamó los obispos para tener concilio en Santiago, con intento que en presencia de todos se determinase aquel negocio. Presentado que fué Pelayo en el Concilio, por miedo ó de grado renunció aquella dignidad; y para muestra que aquella era su determinada voluntad, hizo entrega en presencia del Cardenal del anillo y báculo pontifical. Con esto fué puesto en su lugar Pedro, abad cardinense. El pontífice Urbano, avisado de lo que pasaba, tuvo á mal la demasiada temeridad y priesa con que en aquel hecho procedieron. Al legado Cardenal escribió y reprehendió con gravísimas palabras. Para el Rey despachó un breve y carta deste tenor: «Urbano, obispo, siervo de los siervos de Dios, al rey Alonso de Galicia. Dos cosas hay, »rey don Alonso, con que principalmente este mundo »se gobierna: la dignidad sacerdotal y la potestad real. »Pero la dignidad sacerdotal, hijo carísimo, en tanto »grado precede á la potestad real, que de los mismos »reyes hemos de dar razon al Rey de todos. Por ende el »cuidado pastoral nos compele, no solo á tener cuenta »con la salud de los menores, sino tambien de los mayores en cuanto pudiéremos, para que podamos restituir al Señor sin daño, cuanto en nosotros fuere, »su rebaño, que él mismo nos ha encomendado. Principalmente debemos mirar por tu bien, pues Cristo te »ha hecho defensor de la fe cristiana y propagador de »su Iglesia. Acuérdate pues, acuérdate, hijo mio muy »amado, cuánta gloria te ha dado la gracia de la divina Majestad; y como Dios ha ennoblecido tu reino sobre los otros, así tú has de procurar servirle entre »todos mas devota y familiarmente, pues el mismo Señor dice por el Profeta: A los que me honran honraré, los que me desprecian serán abatidos. Gracias »pues damos á Dios, que por tus trabajos la iglesia »toledana ha sido librada del poder de los sarracenos; y »á nuestro hermano el venerable Bernardo, prelado de »la misma ciudad, convidado por tus amonestaciones »recebimos digna y honradamente, y dándole el palio, »le concedimos tambien el privilegio de la antigua majestad de la iglesia toledana, porque ordenamos que »fuese primado en todos los reinos de las Españas; y »todo lo que la iglesia de Toledo se sabe haber tenido »antiguamente, ahora tambien por liberalidad de la »Sede Apostólica hemos determinado que para adelante »lo tenga. Tú le oirás como á padre carísimo, y procura obedecer á todo lo que te dijere de parte de »Dios, y no dejarás de exaltar su Iglesia con ayuda y »beneficios temporales. Pero entre los demás pregones »de tus alabanzas ha venido á nuestras orejas lo que »sin grave dolor no hemos podido oir, esto es, que el »obispo de Santiago ha sido por tí preso, y en la prision depuesto de la dignidad episcopal; desórden que, »por ser de todo punto contrario á los cánones, y que »las orejas católicas no lo sufren, tanto mas nos ha »contristado cuanto es mayor la aficion que te tenemos. »Pues, rey gloriosísimo don Alonso, en lugar de Dios y

»de los apóstoles, rogándotelo mandamos que restituyas enteramente por el arzobispo de Toledo al mismo »obispo en su dignidad, y no te excuses con que por »Ricardo, cardenal de la Sede Apostólica, se hizo la »deposicion, porque es contrario de todo punto á los »cánones, y Ricardo por entonces no tenia autoridad »de legado de la Sede Apostólica; lo que él pues hizo »entonces que Victor, papa de santa memoria, tercero, »le tenia privado de la legacía, nos lo damos por de ningun valor. En remision pues de los pecados y obediencia de la Sede Apostólica restituye el obispo á su dignidad, venga él con tus embajadores á nuestra presencia para ser juzgado canónicamente, que de otra »manera nos forzarás á hacer con tu caridad lo que no »querriamos. Acuérdate del religioso príncipe Constantino, que ni aun oir quiso el juicio de los sacerdotes, teniendo por cosa indigna que los dioses fuesen »juzgados de los hombres. Oye pues en nosotros á »Dios y á sus apóstoles, si quieres ser oido dellos y de »nos en lo que pidieres. El Rey de los reyes, Señor, »alumbre tu corazon con el resplandor de su gracia, te »dé victorias, ensalce tu reino, y de tal manera conceda que siempre vivas, y de tal suerte del reino temporal goces felizmente, que en el eterno para siempre te alegres, amen.» Sucedió todo esto el año primero del pontificado de Urbano II, que cayó en el año del Señor de 1088. En lugar de Ricardo vino el cardenal Rainerio por legado en España; este juntó un concilio en Leon, en que depuso á Pedro de la dignidad en que fué puesto contra las leyes y por mal órden, pero no se pudo alcanzar que Pelayo fuese restituido en su libertad y en su iglesia; solamente por medio de don Ramon, yerno del Rey, que á la sazon vivia, se dió traza que á Dalmaquio, monje de Cluñi, y por el mismo caso grato al Pontífice, que era de la misma órden, se diese el obispado de la iglesia de Compostella. Este prelado fué al concilio general que se celebró en Claramonte en razon de emprender la guerra de la Tierra-Santa. Allí alcanzó que la iglesia de Compostella fuese exempta de la de Braga y quedase sujeta solamente á la romana; en señal del privilegio se ordenó que los obispos de Santiago no por otro que por el romano pontífice fuesen consagrados. No se pudo alcanzar por entonces del Papa que le diese el palio, aunque para salir con esto el mismo Dalmaquio usó de todas las diligencias posibles. La luz y alegría que con esto comenzó á resplandecer en aquella iglesia en breve se oscureció, porque con la muerte de Dalmaquio hobo nuevos debates. Pelayo, suelto de la prision, se fué á Roma para pedir en juicio la dignidad de que injustamente, como él decia, fuera despojado. Duró este pleito cuatro años hasta tanto que Pascual, romano pontífice, pronunció sentencia contra Pelayo. Con esto los canónigos de Santiago trataron de hacer nueva eleccion. Vínose á votos. Diego Gelmirez, en sede vacante, hizo el oficio de vicario; en él dió tal muestra de sus virtudes, que ninguno dudaba sino que si vivia era á propósito para hacelle obispo. Fué así, que sin tener cuenta con los demás canónigos, por voluntad de todos salió electo el primer dia de julio. Alcanzó otrosí del Papa que á causa de las alteraciones de la guerra y de los trabajos pasados y que amenazaban por causa de los moros se consagrase en España. Demás desto, con nueva bula concedió que en Santiago hobiese, como arriba se dijo, siete canónigos cardenales á imitacion de la Iglesia romana, estos solos pudiesen decir misa en el altar mayor y acompañar al prelado en las procesiones y misa con mitras. Don Diego Gelmirez, animado con este principio, con deseo de acrecentar con nuevas honras la iglesia que le habian encargado, fué á Roma, y aunque muchos lo contradijeron, últimamente alcanzó del Pontífice el uso del palio; escalon para impetrar la dignidad, nombre y honra de arzobispado que le concedió á él y á su iglesia Calixto, pontífice romano, algunos años adelante, como se verá en otro lugar. Estas cosas, dado que sucedieron en muchos años, me pareció juntallas en uno, tomadas todas de la *Historia compostellana*.

CAPITULO VII.

De la muerte de los reyes don Pedro el Primero de Aragon, y don Alonso el Sexto de Castilla.

La perpetua felicidad del rey de Aragon y su valor hizo que los moros no se pudiesen mucho por aquellas partes alegrar con la fama del estrago que se hizo de cristianos en Castilla. A la verdad, las armas de los aragoneses en aquella parte de España prevalecian, y los moros no les eran iguales. Habíanles quitado un castillo cerca de Bolea, llamado Calasanz, y á Pertusa, muy antiguo pueblo en los ilegertes, á la ribera del rio Canadre. Demás desto, recobraron la ciudad de Barbastro, que era vuelta á poder de moros. Poncio, obispo de Roda, enviado por el Rey á Roma, alcanzó del Pontífice que él y sus sucesores, mudado el apellido y la silla obispal, con retencion de lo que antes tenia, se intitulasen obispos de Barbastro. La principal fuerza de los cristianos y de la guerra se enderezaba contra los de Zaragoza, la cual ciudad, quitada á los decendientes de los reyes antiguos, era venida á poder de los almoravides. Los reyes que en aquella ciudad antes desto reinaron, eran estos: El primero Mudir, despues Hiaya, el tercero Almudafar; y de otro linaje, Zulema, Hamas, Juzef, Almazacin, Abdelmelich y su hijo Hamas, por sobrenombre Almuzacaito, á quien los almoravides quitaron el reino. Esto en España. En la Francia Ato, que despues de la muerte de don Ramon, conde de Barcelona, padre de Arnaldo, se habia apoderado como desleal de la ciudad de Carcasona, cuyo gobierno tenia, sin reconocer al verdadero señor, fué por conjuracion de los ciudadanos lanzado de la ciudad, y ella reducida á la obediencia de sus señores antiguos el año de 1102. En el mismo año Armengol, conde de Urgel, fué por los moros muerto en Mallorca, do pasó con deseo de mostrar su valor, por donde le dieron renombre de Balcarico, que es en castellano mallorquin. Era señor en Castilla la Vieja de Valladolid, pueblo que se cree los antiguos romanos llamaron Pincia, Peránzules, persona en riquezas, aliados y linaje muy principal, aunque vasallo del rey don Alonso; su mujer se llamó Elo. Casó Armengol con doña María, hija de Peranzules; y della dejó un hijo, cuya tierna edad y su estado gobernó su abuelo Peranzules, y á su tiempo lo casó con una señora principal, llamada Arsenda. El año cuarto deste siglo y centuria, de Cristo 1104, fué desgraciado por la muerte de tres personajes muy grandes. Don Pedro, hijo del rey de Aragon, y su hermana doña Isabel murieron en un mismo dia, á 18 de agosto;

el mismo Rey, sea por la pena que recibió y dolor de la muerte de sus hijos, ó por otra enfermedad y accidente que le sobrevino, falleció el mes siguiente á 28 de setiembre. Fué sepultado en San Juan de la Peña. El pontífice Urbano concedió á este rey don Pedro y á sus sucesores y grandes del reino, á principio de la guerra de la Tierra-Santa, que llevasen los diezmos y rentas de las iglesias que de nuevo se edificasen ó quitasen á los moros, sacadás solamente aquellas iglesias en que estuviesen las sillas de los obispos; tan grande era el deseo de desarraigar aquella gente impía, que no parece consideraban bastantemente cuántos inconvenientes para adelante podria traer aquella liberalidad. La tristeza que en Aragon por aquellas tres muertes toda la provincia recibió, muy grande y casi sin par, en gran parte la alivió la esperanza que de don Alonso, hermano del Rey difunto, tenian concebida en sus ánimos, que luego le sucedió en el reino y en la corona. Su reinado fué largo, la fama de las cosas que hizo grande, su buenandanza, gravedad, constancia, fe, destreza en la guerra, y el señorío quo alcanzó muy mas ancho que el de sus pasados. En particular el segundo año de su reinado casó con doña Urraca, hija del rey don Alonso de Castilla. Hizo el Rey este casamiento en desgracia de los grandes del reino que lo llevaban mal, y pretendieron desbaratarle y persuadir al Rey, que se hallaba flaco por la vejez y enfermedades, y que apenas podia vivir, que seria mas acertado la diese por mujer á don Gomez, conde de Candespina, que en riquezas y poder se aventajaba á los demás señores de Castilla. Todos extrañaban mucho, como es ordinario, llamar algun príncipe extranjero. Esto deseaban y trataban entre sí; mas cada uno temia de decirlo al Rey y llevalle este mensaje por no caer en su desgracia. Encomendáronse á un cierto médico judío, de quien el Rey se servia mucho y familiarmente con ocasion que le curaba sus enfermedades. Mandáronle que esperase buena coyuntura y que propusiese esta demanda con las mejores palabras que supiese. El Rey para desenfadarse se salió á la sazon de Toledo, y se entretenia en Magan, aldea cerca de aquella ciudad; otros dicen que en Mascaraque. El judío, hallada buena ocasion, hizo lo quo le era mandado. Alteróse el Rey en gran manera que los grandes tomasen tanta autoridad y mano, que pretendiesen casar á su hija á su albedrío. Fué en tanto grado este disgusto, que mandó al médico que para siempre no entrase en su casa ni le viese mas; y luego por amonestacion del arzobispo don Bernardo, que no se apartaba de su lado, dió priesa á las bodas de su hija y de don Alonso, rey de Aragon, que se hicieron en Toledo con aparato real y maravillosa pompa el año de 1106. El Rey, un poco recreado con esta alegría y con deseo de vengar el dolor que recibió por la muerte de su hijo; demás desto, porque no quedase aquella afrenta y mengua del ejército cristiano sin emienda, magüer que era de aquella edad, tomó de nuevo las armas. Entró por las tierras de Andalucía matando hombres y animales, sin perdonar á las casas, sembrados y arboledas. Toda la provincia fué trabajada, y padeció todos los daños que la guerra suele causar. Hecho esto, lo que le quedó de la vida se estuvo en reposo, sin tratar de otras empresas, á que le convidaba su larga edad, la grandeza del reino y la gloria de sus hazañas. Retiróse, no solo de las cosas de la guerra, sino asimismo del gobierno, por cuanto le era lícito en tan gran peso de cuidados. Procuraba empero que la ciudad de Salamanca y de Segovia, como lo dice don Lúcas de Tuy, maltratadas por las guerras pasadas y yermas de moradores, fuesen reparadas, fortificadas y adornadas. Peranzules, que en aquella edad fué persona muy grave y muy sabia, fué ayo de doña Urraca en su menor edad, y al presente tenia el primer lugar en autoridad y privanza con el Rey. Era el que gobernaba los consejos de la paz y de la guerra; y solo entre todos parecía que con virtud y prudencia sustentaba el peso de todo el gobierno en el mismo tiempo que al Rey cargado de años, ca vivió setenta y nueve, le apretó una enfermedad, que le duró un año y siete meses; puesto que para mejorar cada dia por órden de los médicos salia á caballo á ejercitar el cuerpo y avivar el calor que faltaba. No prestó algun remedio por estar la virtud tan caida y la dolencia tan arraigada, que vencia todo lo al, sin bastar medicinas algunas para darle salud. Agravósele finalmente de suerte, que falleció en Toledo, juéves 1.° de julio del año de nuestra salvacion de 1109, como lo testifica Pelagio, ovetense, que pudo deponer de vista conforme al tiempo en que él vivió. Reinó despues de la muerte de su padre por espacio de cuarenta y tres años; fué modesto en las cosas prósperas, en las adversidades constante. Sufrió fuerte y pacientemente los ímpetus de la fortuna; grande loa y la mayor de todas llevar lo que no se puede excusar, y estar apercibido para todo lo que á un hombre puede acontecer. Prudencia es proveer que no suceda; de ánimo constante sufrir fuertemente las mudanzas de las cosas humanas. La muchedumbre, en especial popular, se suele amedrentar fácilmente, y no son mayores los principios del temor que los remedios. Muerto pues el rey don Alonso, con cuya vida parece se conservaba todo, los ciudadanos de Toledo, que por la mayor parte constaban de avenida de muchas gentes, trataron de desamparar la ciudad. Entre tanto que este miedo se pasaba y para asegurar los ánimos, entretuvieron el cuerpo del Rey veinte dias en la ciudad. Sosegado el alboroto y perdido el miedo en parte, le llevaron á sepultar al monasterio de Sahagun, junto al rio Cea. Acompañáronle Bernardo; arzobispo de Toledo, y otros señores principales. El aparato del entierro fué magnífico por sí mismo, y mas por las muy verdaderas lágrimas de todo el reino, que lloraban, no mas la muerte del Rey que su pérdida tan grande. Estas lágrimas y los desastres que se siguieron por la muerte de tan gran Rey las mismas piedras en Leon parece dieron á entender y las pronosticaron. Junto al altar de San Isidro, en la peana donde el sacerdote suele poner los piés cuando dice misa, las piedras, no por las junturas, sino por el medio, manaron de suyo agua en espacio de ocho dias antes de la muerte del Rey, los tres dellos, es á saber, interpoladamente, con grande maravilla de todos los que presentes estaban. Pelagio dice aconteció en tres dias continuos, juéves, viérnes y sábado, y que los obispos y sacerdotes hicieron procesion para aplacar á Dios; y que se significó por aquel milagro el lloro de toda España y las lágrimas que todos despedian en abundancia por la muerte de tan buen Príncipe. En tiempe deste Rey vivió en Búrgos con gran crédito de santidad Lesmes,

de nacion francés, hombre de grande caridad; en particular se ejercitaba en hospedar los peregrinos; su memoria se celebra en aquella ciudad con fiesta que se le hace cada un año y templo que hay en su nombre. A cuatro leguas de Nájara hacia vida muy santa un cierto hombre, llamado Domingo, español de nacion, ó como otros quieren italiano; ocupábase en el mismo oficio de piedad, y mas especialmente en abrir caminos y hacer calzadas por las partes que los romeros iban á Santiago; así vulgarmente le llaman santo Domingo de la Calzada. De la industria deste varon entiendo yo que se ayudó el rey don Alonso para fabricar las puentes que, como arriba se dijo, procuró se levantasen desde Logroño hasta Santiago. Hay un templo edificado en nombre deste santo varon, muy ancho, hermoso y magnífico, con una poblacion allí junto, que despues vino á hacerse ciudad, que al principio fué de los obispos de Calahorra, despues de los reyes de España; hay un privilegio en esta razon del rey don Fernando el Santo. Demás desto, cierto judío, llamado Moisés, de mucha erudicion y que sabia muchas lenguas, en lo postrero del reinado de don Alonso, abjurada la supersticion de sus padres, se hizo cristiano. El Rey mismo fué su padrino en el bautismo, que fué ocasion de llamalle Pero Alonso; impugnó por escrito las sectas de los judíos y de los moros, y muchos de la una y de la otra nacion por su diligencia se redujeron á la verdad. Famosa debió de ser y notable la conversion deste judío, pues los historiadores de Aragon la atribuyen á don Alonso, rey de Aragon. Dicen que en Huesca, á 29 de junio, se bautizó, el año de 1106; que don Estéban, obispo de aquella ciudad, hizo la ceremonia, y el padrino fué el rey mismo de Aragon. En este debate no queremos, ni aun podriamos, dar sentencia por ninguna de las partes; cada cual por sí mismo siga lo que le pareciere mas probable.

CAPITULO VIII.

Del reinado de doña Urraca.

A la sazon que falleció don Alonso, rey de Castilla, doña Urraca, su hija, á quien por derecho venia el reino, estaba ausente en compañía de su marido, que no se fiaba de todo punto de las voluntades de los grandes de Castilla. Sabia bien le fueron contrarios y procuraron desbaratar aquel casamiento. No queria meterse entre ellos, sino era acompañado de un buen número de los suyos para todo lo que pudiese suceder; además que diversos negocios de su reino le entretenian para que no tomase posesion del nuevo y muy ancho reino que heredaba. Todas las cosas empero se enderezaban á la majestad del nuevo señorío; templábanse en los deleites; las deshonestidades de la Reina con disimulacion se tapaban y cubrian, en que no sin grave mengua suya y de su marido andaba mas suelta de lo que sufria el estado de su persona. Pusiéronse en las ciudades y castillos guarniciones de aragoneses, todo con intento que los castellanos no se pudiesen mover ni intentar cosas nuevas. Verdad es que á Peranzules, por tener grandes alianzas con entrambas naciones, en el entre tanto se le encomendó el gobierno de Castilla. El tenia todo el cuidado universal, y gobernaba todas las cosas, así las de la guerra como las de la paz; por sus consejos y prudencia parecia que todo se encaminaba bien. El poder no le duró mucho; la Reina, mujer recia de condicion y brava, luego que llegó á Castilla, que su marido la envió delante, al que fuera razon tener en lugar de padre, le maltrató á sinrazon, quitóle el gobierno y juntamente le despojó de su estado propio. No hay cosa mas deleznable que la gracia de los príncipes; mas presto acuden á satisfacerse de sus desgustos que á pagar los servicios que les han hecho. La ocasion que tomó para hacer este desaguisado no fué mas de que en sus letras daba á don Alonso, su marido, título de rey de Castilla. Esto se decia en público; la verdad era que á la Reina pesaba de haberse casado, porque el casamiento enfrenaba sus apetitos desapoderados y sin término, y como yo sospecho, no podia sufrir las reprehensiones que aquel varon gravísimo le daba por sus mal encubiertas deshonestidades. Esto dolia, aunque se tomó otra capa. Pesóle al Rey que varon tan señalado fuese maltratado; que su inocencia y servicios y virtudes, porque se le debia antes galardon, fuesen tan mal recompensadas; restituyóle el estado que le habia sido quitado y sus pueblos y hacienda. El, por temer la ira de la Reina, se retiró al condado de Urgel, cuyo gobierno, como queda dicho, tenia á su cargo. Estos fueron principios de grandes alteraciones, y no podian las cosas estar sosegadas en tanta diversidad de voluntades y deseos, en especial estando la Reina tan desabrida y viviendo con tanta libertad. Del Andalucía se movió nueva guerra, y nuevo peligro sobrevino. Fué así, que Alí, rey moro, avisado de la muerte del rey don Alonso, como quitado el freno, entró por tierras de cristianos feroz y espantoso; llegó hasta Toledo, y cerca dél en los ojos y á vista de los ciudadanos abatió el castillo de Azeca y el monasterio de San Servando. Los campos y alquerías humeaban con el fuego que todo lo abrasaba. Pasó tan adelante, que puso sitio sobre la misma ciudad, y por espacio de ocho dias la combatió con toda suerte de ingenios. Libróla de aquel peligro su sitio fuerte y una nueva muralla que el rey don Alonso á lo mas bajo de la ciudad dejó levantada; demás desto, el esfuerzo de Alvar Fañez, varon en aquel tiempo muy poderoso y muy diestro en las armas, cuyo sepulcro se ve hoy dia en el campo sicuendense, que es parte de la Celtiberia, en que tenia el señorío de muchos pueblos. Los moros, perdida la esperanza de apoderarse de aquella ciudad, á la vuelta que dieron á sus tierras, saquearon á Madrid y á Talavera, y les abatieron los muros; de todas partes llevaron grande presa y despojos. El rey de Aragon hacia prósperamente en sus tierras la guerra á los moros; ganó á Ejea, pueblo principal de Navarra, el año 1110. Demás desto, cerca de Valterra venció en batalla á Abuhasalem, que se llamaba rey de Zaragoza. Hechas estas cosas, don Alonso, á ejemplo de su suegro, se llamó emperador de España; título que, si se mira la anchura del señorío que tenia, no parece fuera de propósito, por ser á la sazon el mas poderoso de los reyes que España, despues de su destruicion, habia tenido; pero imprudentemente, por tomar ocasion para aquel ditado del señorío ajeno y poco durable. En fin, ordenadas las cosas de Aragon, vino á Castilla el año siguiente, en que con afabilidad y clemencia procuraba conquistar

las voluntades de los naturales. El por sí mismo oia los pleitos y hacia justicia, amparaba las viudas, huérfanos y pobres para que los mas poderosos no les hiciesen agravio. Honraba á los señores y acrecentábalos conforme á los méritos de cada cual; adornaba y enriquecia el reino de todas las maneras que él podia. Por este camino los vasallos se le aficionaban; solo el endurecido corazon de la Reina no se domeñaba. Dió órden como se poblasen Villorado, Berlanga, Soria, Almazan, pueblos yermos y abatidos por causa de las guerras. Dió la vuelta á Aragon con intento, pues todo le sucedia prósperamente, de hacer la guerra de nuevo y con mayor atuendo á los moros. Sabia bien que debemos ayudarnos de la fama y de las ocasiones que se presentan, y que conforme á los principios sucede lo demás. Cuando las cosas en Castilla se alteraron en muy mala sazon; don Alonso era pariente de doña Urraca, su mujer, en tercero grado de parte de padres, ca fué bisabuelo de ambos don Sancho el Mayor, rey de Navarra. No estaba aun por este tiempo introducida la costumbre que, por dispensacion de los papas, se pudiesen casar los deudos; y así, consideramos que diversos casamientos de príncipes se apartaron muchas veces como ilegítimos y ilícitos por este solo respeto. Esta causa pienso yo hizo que este rey don Alonso no se contase en el número de los reyes de Castilla acerca los escritores antiguos; que no es justo con nuevas opiniones alterar lo que antiguamente tenian recebido y asentado, como lo hacen los que cuentan á este Rey por seteno deste nombre entre los de Castilla, como quier que ningun derecho ni título pudo tener sobre aquel reino, por quedar legítimo heredero del primer matrimonio, y ser el segundo ninguno contra las leyes eclesiásticas. Los desgustos pasaron tan adelante, que la Reina por su mala vida y torpe fué puesta en prision en el castillo llamado Castellar, de que con ayuda de los suyos salió, y se volvió á Castilla. No halló la acogida que cuidaba, antes de nuevo los grandes la enviaron á su marido, y él la tornó á poner en la cárcel. En este medio los señores de Galicia, do se criaba don Alonso, hijo de doña Urraca, y por el testamento de su abuelo tenia el mando, hacian juntas y ligas entre sí para desbaratar lo que los aragoneses pretendian. Holgaban en particular haber hallado ocasion de apartar y dirimir aquel casamiento desgraciado, que contra la voluntad de la nobleza y injustamente se hizo. Ponian por esta causa escrúpulos al pueblo; decian no ser lícito obedecer al que no era legítimo rey. Enviaron una embajada á Pascual II, pontífice romano, en que le daban cuenta de todo lo que pasaba. Ganaron dél un breve, en que cometió el conocimiento de la causa á don Diego Gelmirez, obispo de Santiago; un pedazo del cual pareció se podia engerir en este lugar. «Pascual, siervo de los siervos de »Dios, al venerable hermano Diego, obispo compos»tellano, salud y apostólica bendicion. Para esto orde»nó el omnipotente Dios que presidieses á su pueblo, »para que corrijas sus pecados y anuncies la voluntad »del Señor. Procura pues, segun las fuerzas que Dios »te da, corregir con conveniente castigo tan grande »maldad de incesto que ha cometido la hija del Rey, »para que desista de tan gran presuncion ó sea privada »de la comunion de la Iglesia y del señorío seglar.» Qué hayan establecido los jueces señalados para remediar, ó por decir mejor, para castigar aquel exceso, no hay dello memoria; solo consta que desde aquel tiempo el rey don Alonso comenzó á tener acedia y embravecerse contra los obispos. El de Búrgos y el de Leon fueron echados de sus iglesias, el de Palencia preso, el abad de Sahagun despojado de aquella dignidad, y en su lugar puesto fray Ramiro, hermano del Rey, por su nombramiento y con su ayuda. Don Bernardo, arzobispo de Toledo, fué forzado á andar desterrado dos años fuera de su diócesi, no obstante la majestad sacrosanta y autoridad que representaba de legado apostólico y de primado de España. En el cual tiempo juntó y tuvo el Concilio palentino, cuya copia se conserva hasta hoy, y el legionense con otros obispos y grandes; en particular se halló en estas juntas presente don Diego Gelmirez, el de Santiago. Todos andaban con cuidado de sosegar y pacificar la provincia, porque las armas de Aragon y de Navarra se movian contra los gallegos, en que tomaron por fuerza el castillo de Monterroso. Verdad es que á instancia y persuasion de varones santos que se interpusieron se apartó el rey de Aragon desta demanda y desistió de las armas. Todo procedia arrebatada y tumultuariamente sin considerar lo que las leyes permitian; los unos y los otros buscaban ayudas para salir con su intento. A los castellanos y gallegos se les hacia de mal ser gobernados por los aragoneses. El rey de Aragon pretendia á derecho ó á tuerto conservar el reino de que se apoderara. Los que hacian resistencia eran echados de sus dignidades, despojados de sus bienes. Los gallegos, pasado aquel primer miedo, hicieron liga con don Enrique, conde de Portugal. Pasaron con esto tan adelante, que si bien el infante don Alonso era de pequeña edad, le alzaron por rey. En Compostella en la iglesia mayor se hizo el auto; ungióle con el ólio sagrado el prelado don Diego Gelmirez, ceremonia desusada en aquel reino, pero á propósito de dar mas autoridad á lo que hicieron. Pedro, conde de Trava, ayo de don Alonso, fué el principal movedor de todas estas tramas. Alteró mucho esta nueva trama y este hecho al rey de Aragon; hizo divorcio con la Reina, y con tanto la dejó libre y la soltó de Soria, en cuyo castillo la tenia arrestada. Sin embargo, atraido de la dulzura del mandar, no dejaba el señorío que en dote tenia, demasía que á todos parecia mal. Los gobernadores de las ciudades y castillos, como no les soltase el homenaje que le tenian hecho, quitado el escrúpulo y la obligacion, á cada paso se pasaban á la Reina y le juraban fidelidad. Lo mismo hizo Peranzules, varon de aprobadas costumbres; y no obstante que todos aprobaban lo que hizo, cuidadoso de la fe que antes dió al rey de Aragon, se fué para él con un dogal al cuello, para que, puesto que imprudentemente se habia obligado á quien no debiera, le castigase por el homenaje que le quebrantara en entregar los castillos que dél tenia en guarda. Alteróse al principio el Rey con aquel espectáculo; despues, amonestado de los suyos, que en lo uno y en lo otro aquel caballero cumplia muy bien con lo que debia, y que no le debia empecer su lealtad, al fin con mucha humanidad que le mostró y con palabras muy honradas le perdonó aquella ofensa. Los demás grandes de toda Castilla se comunaban y ligaban

por la salud y libertad de la patria, aparejados á padecer antes cualquier afan y menoscabo que sufrir el señorío y gobierno aragonés. Don Gomez, conde de Candespina, el que antes pretendió casar con la Reina, y entonces por estar en la flor de su edad tenia mas cabida con ella de lo que sufria la majestad real y la honestidad de mujer, se ofrecia el primero de todos á defender la tierra y hacer la guerra á los de Aragon; blasonaba antes del peligro. Don Pedro, conde de Lara, su competidor en los amores de la Reina, tenia el segundo lugar en autoridad y poderío. Discordes los capitanes, ni la paz pública se podia conservar, ni hacerse la guerra como convenia. Don Alonso, rey de Aragon, con un grueso ejército que juntó de los suyos, se metió en Castilla por parte de Soria y de Osma, do se tendian antiguamente los arevacos. Acudieron á la defensa los grandes y ricos hombres y el ejército de Castilla. Asentaron los unos y los otros sus reales cerca de Sepúlveda. Resueltos de encontrarse, ordenaron las haces en esta forma: la vanguardia de los castellanos regia el conde de Lara, la retaguardia el conde don Gomez, el cuerpo de la batalla gobernaban otros grandes. El rey de Aragon formó un escuadron cuadrado de toda su gente. Dióse la señal de arremeter y cerrar. En el campo llamado de la Espina se trabó la pelea, que fué de las mas nombradas de aquel tiempo. El conde de Lara, como quier que no pudiese sufrir el primer ímpetu y carga de los contrarios, volvió las espaldas y se huyó á Búrgos, do la Reina se hallaba con cuidado del suceso; hombre no menos afeminado que cobarde. Don Gomez con algo mayor ánimo sufrió solo la fuerza de los enemigos y peso de la batalla, y desbaratados los suyos murió él mismo noblemente sin volver las espaldas; esta postrera muestra dió de su esfuerzo. Ni fué de menor constancia un caballero de la casa de Olea, alférez de don Gomez, que como le hobiesen muerto el caballo y cortado las manos, abrazado el estandarte con los brazos, y á voces repitiendo muchas veces el nombre de Olea, cayó muerto de muchas heridas que le dieron. Don Enrique, conde de Portugal, mas por odio de la torpeza de la Reina que por aprobar la causa del rey don Alonso, desamparado el partido de Castilla, se juntara con los aragoneses; ayuda que fué de gran momento para alcanzar la victoria. La confianza que destos principios los aragoneses cobraron fué tan grande, que, pasado el rio Duero, por tierra de Palencia llegaron hasta Leon. Los campos, pueblos, aldeas eran maltratados con todo el mal y daño que hacer podian. Los principales de Galicia se rehicieron de fuerzas, determinados de probar otra vez la suerte de la batalla. Pelearon con todo su poder en un lugar entre Leon y Astorga, llamado Fuente de Culebras. Sucedió la batalla de la misma manera que la pasada, prósperamente á los aragoneses, al contrario á los castellanos. Fué preso en la pelea don Pedro, conde de Trava, persona de grande autoridad y poder, y que estaba casado con una hija de Armengol, conde de Urgel, llamada doña Mayor. El mozo rey don Alonso no se halló en esta pelea, que el obispo don Diego Gelmirez le sacó de aquel peligro y puso en parte segura; pérdida la jornada, se fué al castillo de Orsilon, do estaba la Reina, su madre. Ninguna batalla en aquella era fué mas señalada ni mas memorable que esta por el daño y estrago que della resultó á Castilla. Las ciudades de Najara, Búrgos, Palencia, Leon se rindieron al vencedor. Sin embargo, por no tener dinero para pagar los soldados, por consejo del conde de Portugal, metió la mano en los tesoros de los templos, que fué grave exceso, y aun le fué muy mal contado. San Isidro y otros santos con graves castigos que dél tomaron adelante vengaron aquella injuria; juntóse el odio del pueblo, y palabras con que murmuraban de aquella libertad; decian que merecian ser severamente castigados los que metieron mano en los vasos sagrados y tesoros de las iglesias. La verdad es que desde este tiempo de repente se trocó la fortuna de la guerra. Trabajaron los aragoneses primero el reino de Toledo, despues pasaron á cercar la ciudad de Astorga, porque fueron avisados que la Reina con toda su gente se aparejaba para hacer la guerra por aquella parte. Traia Martin Muñoz al rey de Aragon trecientos caballos aragoneses de socorro. Cayó en una emboscada de enemigos que le pararon, en que muertos y huidos los demás, él mesmo fué preso. El Rey, movido por este daño y con miedo de mayor peligro por el poco número de gente que tenia, á causa de los muchos que eran muertos y por estar los demás repartidos en las guarniciones de los pueblos que ganara, se retiró á Carrion confiado en la fortificacion de aquella plaza. Allí fué cercado de los enemigos por algun tiempo, hasta tanto que el abad clusense, enviado por el Pontífice para componer aquellas diferencias, con su venida alcanzó de los de la Reina treguas de algunos dias, y no mucho despues que se levantase el cerco. Los soldados de Castilla asimismo, como levantados y juntados arrebatadamente y sin concierto y capitan á quien todos reconociesen, ni sabian las cosas de la milicia ni los podian detener en los reales largo tiempo. Pasado este peligro, las armas de Aragon revolvieron contra la casa de Lara, contra sus pueblos y castillos. Por otra parte, las gentes de la Reina con un largo cerco que tuvieron sobre el castillo de Búrgos, se apoderaron dél y echaron dende la guarnicion que tenia de aragoneses. El conde don Pedro de Lara, como pretendiese casar con la Reina y se tratase no de otra suerte que si fuera rey, con la soberbia de sus costumbres y su arrogancia tenia alterados los corazones de muchos, que públicamente le odiaban. Andaban su nombre y el de la Reina puestos afrentosamente en cantares y coplas. Pasó tan adelante esto, que en el castillo de Mansilla fué preso y puesto á recado por Gutierre Fernandez de Castro. Soltóse de la prision, pero fuéle forzoso, por no asegurarse de los de Castilla que tanto le aborrecian, huirse muy léjos y no parar hasta Barcelona. Fué hijo de don Diego Ordoñez, el que retó á Zamora sobre la muerte del rey don Sancho, y sobre el caso hizo campo con los tres hijos de de Arias Gonzalo. Despues desto, el infante don Alonso, ya rey de Galicia, con gran voluntad de todos los estados fué alzado por rey de Castilla. Erale necesario recobrar por las armas el reino, que halló dividido en tres parcialidades y bandos; no menos tenia que hacer contra su madre que contra el padrastro, ni menos dolor ella recibió que su marido de que su hijo hobiese sido alzado por rey, por tener entendido que en su acrecentamiento consistia la caida de ambos; juicio en

que no se engañaban. Doña Urraca, por miedo de la indignacion de su hijo y por verse aborrecida de los suyos, determinó fortificarse en el castillo de Leon, confiada que por ser muy fuerte podria en él mantener el nombre de reina y la dignidad real, sin embargo del odio grande que el pueblo la tenia. Pero como quier que el hijo se pusiese sobre aquel castillo, se concertaron que la Reina dejase á su hijo el reino, dádole con gran voluntad de los grandes y del pueblo, y á ella señalasen rentas con que pudiese pasar. La razon de los tiempos no se puede fácilmente señalar á cada cual destas cosas, por la diversidad que hay de opiniones; es maravilla en cosas no muy antiguas cuan á tienta paredes andan los escritores, que hace ser muy dificultoso terminar la verdad, tanto, que aun no se sabe en qué año murió la reina doña Urraca; los mas dicen que como diez y siete años despues de la muerte de su padre. La verdad es que en tanto que vivió tuvo poca cuenta con la honestidad. Algunos afirman que en el castillo de Saldaña falleció de parto; gran mengua y afrenta de España. Otros dicen que en Leon, tomado que hobo los tesoros de san Isidro, que no era lícito tocarlos, reventó en el mismo umbral del templo; manifiesto castigo de Dios. Menos probabilidad tiene cierta hablilla que anda entre gente vulgar, es á saber, que de la Reina y del conde de Candespina nació un hijo, por nombre don Fernando, al cual por su nacimiento y ser bastardo llamaron Hurtado. Añaden otrosí que fué principio del linaje que en España usa deste apellido, en nobleza muy ilustre, poderoso en rentas y en vasallos.

CAPITULO IX.

De la guerra de Mallorca.

Desta manera procedian las cosas en Castilla en el tiempo que á los moros de Mallorca y de Zaragoza acometieron las armas de muchas naciones que contra ellos se juntaron. Habia fallecido Giberto, conde de la Proenza y de Aimillan en Francia; dejó á doña Dulce, su hija, por heredera. Don Ramon Berenguel, conde de Barcelona, marido de doña Dulce, príncipe poderoso y de grande señorío por lo que antes tenia, y por aquel estado de su suegro que por su muerte heredó tan principal, determinó con las fuerzas de ambas naciones apoderarse de las islas Baleares, que son Mallorca y Menorca, desde donde los moros ejercitados en ser cosarios hacian robos y correrías en las riberas de España, que está cercana, y tambien de Francia. Para llevar adelante este intento tenia necesidad de una gruesa y grande armada. Juntó en sus riberas la que pudo, principio de donde las armas de los catalanes comenzaron á ser famosas por la mar, cuyos señores por algun tiempo fueron con gran interés y fama. Pero como su armada no fuese bastante, él mismo pasó en persona á Génova y á Pisa, ciudades en aquella sazon poderosas por la mar. Convidóles á hacerle compañía en aquella guerra que trataba; púsoles delante los premios de la victoria, la inmortalidad del nombre, si por su esfuerzo los bárbaros fuesen echados de aquellas islas, de do, como de un castillo roquero, amenazaban y hacian daño á las tierras de los cristianos. Prometiéronle soldados y naves, y enviáronlos al tiempo señalado. Juntados estos socorros con el ejército de los catalanes, pasaron á las islas. Fué la guerra brava y dificultosa y larga, porque los moros, desconfiados de sus fuerzas, con astucia alzadas las vituallas y tomados los pasos, parte se fortificaron en los pueblos y castillos, parte se enriscaron en los montes sin querer meterse al peligro de la batalla. Consideraban los varios y dudosos trances que traen consigo las guerras, y que los enemigos se podrian quebrantar con la falta de lo necesario, con enfermedades, con la tardanza, cosas que de ordinario suelen sobrevenir á los soldados. La constancia de los nuestros venció todas las dificultades, y la ciudad principal por fuerza y á escala vista se entró en la isla de Mallorca el año 1115. Murió en aquella jornada Raimundo ó Ramon, prelado de Barcelona. Sucedió en su lugar Oldegario, al cual poco despues por muerte de Berengario, arzobispo de Tarragona, pasaron á aquella iglesia. Ganada la ciudad, parecia seria fácil lo que restaba de conquistar. En esto vino aviso que los moros en tierra firme, quier con intento de robar, quier por forzar al Conde se retirase de las islas, con gente que echaron en tierra de Barcelona, habian henchido toda aquella comarca de miedo, temblor y lloro, tanto, que sitiaron la misma ciudad. Esta nueva puso en grande cuidado al Conde sobre lo que debia hacer y en mucha duda; por una parte el temor de perder lo suyo, por otra el deseo de concluir aquella guerra, le aquejaban y traian en balanzas; venció empero el miedo del peligro y los ruegos de los suyos. Dejó encargadas las islas á los ginoveses, y el pasó á tierra firme. Los bárbaros sin dilacion alzaron el cerco; siguiéronlos, venciéronlos y desbaratáronlos cerca de Martorel; fué la pelea mas á manera de escaramuza y de tropel que ordenadas las haces. La alegría desta victoria hicieron que fuese menor dos incomodidades; la una, que los ginoveses con el oro que les dieron los moros se partieron de las islas y se las dejaron, como afirman los escritores catalanes, que en las historias de los ginoveses ninguna mencion hay desta jornada; la otra, que en la Gallia Narbonense se perdió la ciudad de Carcasona. Poco antes deste tiempo Aton se apoderó de aquella ciudad sin otro derecho mas de la fuerza. Era en su gobierno cruel y feroz. Movidos desto los ciudadanos, se conjuraron contra él, y echado, restituyeron el señorío de la ciudad al conde de Barcelona, cuya era de tiempo antiguo, como antes queda mostrado. Aton con el ayuda de Guillen, conde de Potiers, forzó á los ciudadanos que se le rindiesen. Rugerio, hijo mayor de Aton, entrado que hobo en la ciudad, hizo que todos rindiesen las armas. Como obedeciesen y las dejasen, mandóles á todos matar. La crueldad que en los miserables se ejercitó, fué extraordinaria con toda muestra de fiereza y soberbia inhumana. Muchos que pudieron salvarse se fueron á Barcelona. A ruego dellos el conde Ramon Arnaldo Berenguel con ejército se metió por la Francia. Pusiéronse de por medio varones buenos y santos; persuadíanles que las fuerzas deste buen Príncipe con aquella guerra civil se divirtiesen de la guerra sagrada. Concertóse la paz desta manera. Que lo que Aton habia prometido á Guillen, conde de Potiers, de serle él y sus decendientes sus feudatarios, mudado el concierto, poseyesen aquella ciudad, pero como en feudo de los condes de Barcelona. Fué este Guillen, conde de Po-

tiers, hombre que procuraba ocasion de aumentar su señorío, trabar unas guerras de otras, aunque fuesen con daño ajeno, sin ningun cuidado de lo que era honesto y de la fama. Así, despues que Ramon, conde de Tolosa, partió á la guerra de la Tierra-Santa, como arriba queda dicho, se apoderó con las armas de todo lo que aquel Príncipe tenia en Francia; hombre desapoderado y que no temia á Dios ni los juicios de los hombres. Beltran, hijo de don Ramon, por este tiempo, despues de gastados tantos años en la guerra, desde la Tierra-Santa, en que tenia el señorío de Tripol, y en cuyo cerco le mataron á su padre con una saeta que del adarve le tiraron, dió la vuelta á su patria. No tenia esperanza que el de Potiers vendria en lo que era razon. Comenzó á tratar con los príncipes comarcanos cómo os podria recobrar el antiguo estado de su padre. En los demás no halló ayuda bastante. Acordó acudir á don Alonso, rey de Aragon, de cuyas proezas y virtudes se decian grandes cosas; demás que la amistad trabada de tiempo atrás entre aquellas dos casas y el deudo le obligaba á no desampararlle. ¡Qué grande maldad! El que, perdido su padre y la flor de su edad en la guerra sagrada, tan léjos de su patria se pusiera á tantos trabajos y peligros, sin embargo despojado de su tierra y de su estado, fué forzado á pedir ayuda y acudir y hacer recurso á la misericordia de otros. Recibióle aquel Rey benignamente en Barbastro. Allí tuvieron su acuerdo; y el Conde se hizo feudatario de Aragon por los estados de Rodes, de Agde ó Agatense, de Cahors, de Albi, de Narbona y de Tolosa y otras ciudades comarcanas á las sobredichas, á tal empero que por las armas de Aragon él y sus decendientes fuesen restituidos y amparados en los estados de que estaban despojados. Hízose esta avenencia el año del Señor de 1116; bien que don Beltran no fué restituido á causa que el poder de los condes de Potiers era grande, y las fuerzas de Aragon estaban divididas, parte en la guerra civil contra Castilla, parte en la que con mejor acuerdo se hacia contra los moros. Verdad es que, pasados algunos años, don Alonso Jordan, hermano de don Beltran, del castillo de Tolosa, en que le tenia preso el conde de Potiers, fué por aquellos ciudadanos sacado para hacerle señor de aquella ciudad, y echado della Guillen Morello, que tenia aquel gobierno por el dicho conde de Potiers. Los decendientes de don Alonso fueron su hijo Raimundo ó Ramon, su nieto Raimundo y su biznieto y tataraňeto, que se llamaron tambien Raimundos y tuvieron el señorío de aquella ciudad hasta tanto que Juana, hija del postrer Raimundo, por falta de hijos varones, casó con Alonso, conde de Potiers. Deste casamiento no quedó sucesion alguna, por donde san Luis, rey de Francia, hermano del dicho conde de Potiers, por su muerte juntó con lo demás de su reino los estados y condados de Potiers y de Tolosa, segun que en el casamiento de aquella señora lo capitularan.

CAPITULO X.

De la guerra de Zaragoza.

Confinaban con el señorío de don Alonso, rey de Aragon, las tierras de Zaragoza, muy poderosa y fuerte ciudad por su nobleza, riqueza y grandeza. Los moradores della hacian ordinarias correrías y cabalgadas en los campos comarcanos de los cristianos; sin dejar de hacer todo el mal y daño que de hombres bárbaros y enemigos del nombre cristiano se podia esperar. El rey de Aragon, movido por estos males, sin embargo que la guerra de Castilla no la tenia del todo acabada, se determinó con todas sus fuerzas y gentes de combatir aquella ciudad. Representábanse grandes dificultades, trabajos y peligros, que la constancia del invencible Rey fácilmente menospreciaba. Tahuste, villa principal á la ribera del rio Ebro, se ganó á esta sazon por el valor y industria de un caballero principal, llamado Bacalla. Asimismo ganaron á Borgia, á la raya de Navarra, Magalona y otros pueblos y castillos por aquella comarca. A los almogaraves (así se llamaban los soldados viejos de gran experiencia y valor) se dió órden que estuviesen de guarnicion en el Castellar, plaza fundada, como de suso queda dicho, sobre Zaragoza en un altozano. Proveyéronles de mantenimientos, armas y municiones á propósito de hacer salidas y correrías por los lugares al derredor, y que si necesario fuese, pudiesen sufrir un largo cerco. Este fué el principio que se dió á la guerra y conquista de Zaragoza: á la fama acudieron de diversas partes grandes personajes, entre otros vinieron los condes Gaston, de Bearne; Rotron, de Alperche, y Centullo, de los bigerrones. Formaron un grueso ejército de diversas gentes y naciones, con que se pusieron sobre aquella ciudad el año que se contaba de nuestra salvacion 1118, por el mes de mayo. Al octavo dia ganaron el arrabal que está de la otra parte del rio. Rotron, conde de Alperche, en el mismo tiempo que se continuaba el cerco, con seiscientos caballos que le dieron, se apoderó de Tudela, ciudad principal en el reino de Navarra, puesta en un sitio fuerte á la ribera del rio Ebro; con la cual se quedó en premio de su trabajo. Los moros de España, como quier que conociesen bien de cuánta importancia era para sus cosas y intentos la ciudad de Zaragoza, y el riesgo que corria todo lo demás si se perdiese, acudieron en gran número para socorrer á los cercados. Vino otrosí de Africa un famoso caudillo, por nombre Temin, con un grueso ejército de moros berberescos; tenia puestos sus reales en un lugar aventajado á la ribera de Güerba, mas arriba de Zaragoza y junto al castillo de María, que se tenia por los moros. Pero visto que los nuestros le hacian ventaja en muchedumbre y esfuerzo, dió vuelta á lo mas adentro de la Celtiberia. Los cercados padecian falta de vituallas, y no tenian esperanza de socorro, que era el mayor de los males. A los cristianos cansaba la tardanza. Aprestaban nuevos ingenios para batir las murallas y entrar por fuerza la ciudad, cuando fueron avisados que un sobrino de Temin, otros dicen era hijo del rey de Córdoba, venia y llegaba ya cerca con resolucion de meterse en la ciudad como por su tio le era mandado. Alteróse el rey don Alonso con este aviso, tuvo su acuerdo, y determinó salir al encuentro á los que venian de socorro, ca bien entendia que si entrasen en la ciudad á él seria forzoso partirse del cerco con poca reputacion y mengua. Marchó pues con sus gentes, dió vista á los enemigos, juntáronse las huestes no léjos de Daroca en un lugar llamado Cutanda, dióse la batalla, en que los moros fueron vencidos y muertos y preso su general. Los de Zaragoza, avisados de aquella desgracia, por no quedarles esperanza alguna de

poderse defender, despues de ocho meses de cerco á 18 de diciembre rindieron sobre pleitesía la ciudad. Fué aquel dia muy alegre para los cristianos, no solo por el provecho presente, puesto que era muy grande, sino mucho mas por la esperanza que cobraron de desarraigar el señorío de los moros de todo punto, quitádoles aquel fortísimo baluarte. Estaban los nuestros tan ciertos que tomarian la ciudad, que tenian antes de tomalla consagrado en obispo della á Pedro Librana, que consagró la iglesia y se encargó del gobierno espiritual. A los condes Gaston, de Bearne, y Rotron, de Alperche, en premio de su trabajo dió el Rey por juro de heredad sendos barrios en aquella ciudad. Tales eran las costumbres de aquel tiempo; no tenian por inconveniente poner muchos señores en un pueblo y en una ciudad. A la ribera de Ebro, nueve leguas de Zaragoza, estuvo antiguamente una noble colonia de romanos, llamada Julia Celsa, ahora es un lugar desierto, y á una legua tiene un pueblo, que el dia de hoy llaman Jelsa, que es el solo rastro que queda de aquella antigüedad. A esta comarca pasó el Rey con sus gentes luego que la sazon del tiempo dió para ello lugar. Por allí hicieron correrías en los campos de los moros al derredor. Dende pasaron á la Celtiberia, provincia por la aspereza de los lugares y esfuerzo de los naturales de todo tiempo muy poderosa y fuerte, cuyos linderos antiguamente, unas veces se ensanchaban y otras se estrechaban, como sucedian las cosas. Pero propiamente los celtíberos corrian de oeste al este desde las fuentes del rio Jalon, que tienen su nacimiento en Medinaceli, que algunos tienen, aunque con engaño, fué la antigua Ecelesta, hasta Nertobriga, que hoy es Ricla. Por la banda de setentrion tenian por aledaño á Moncayo, y á la parte de mediodía las fuentes de Tajo cerca de Albarracin, ciudad que en otro tiempo se llamó Lobeto; en aquella comarca la guerra sucedió á los nuestros como suele á los vencedores, todo se les rendia y allanaba. Ganaron desta vez á Tarazona, á Alavona y á Epila, que se tiene llamaron antiguamente Segoncia. Asimismo Calatayud vino á poder de los cristianos, poblacion que fué de moros y de su capitan Ayub, que la fundó no léjos de la antigua famosa Bilbilis, de que queda rastro en un monte que cerca de aquella ciudad se empina y hasta el dia de hoy se llama Bombola. Ariza tambien y Daroca corrieron la misma fortuna; adelante de la cual villa el Rey hizo edificar un pueblo, que llamó Monreal, en un sitio muy á propósito para enfrenar las correrías y los intentos de los moros de Valencia. Los monjes cartujos y los del Cistel, nuevamente fundados, tenian gran fama y crédito por todas las partes de la cristiandad. Demás destas órdenes, en Jerusalem los caballeros templarios y los hospitalarios, conforme á su santo y religioso instituto, inventado por el mismo tiempo, se empleaban con todas sus fuerzas en adelantar por aquellas partes el partido de los cristianos. Los templarios en vestidura blanca traian cruz roja á la manera de la de Caravaca con dos traviesas. Los hospitalarios, que tambien se llamaban de San Juan, en capa negra cruz blanca. San Bernardo, principal fundador de la órden del Cistel, que vivia por estos tiempos, y aun se sabe vino á España, persuadió al Rey entregase aquel pueblo á los templarios. Hízose así, edificáronles allí un convento, diéronles asimismo otras rentas, en particular se les señaló la quinta parte de los despojos que se ganasen en la guerra, todo á propósito que tuviesen con que sustentar los gastos y por aquella parte fuesen fronteros de los moros. Guillen, prelado de Aux en la Guiena, y los demás obispos de Aragon con sus sermones encendian los corazones de la gente á tomar la cruz y ayudar con sus personas y haciendas los intentos de aquellos caballeros. Esta fué la primera entrada que los templarios tuvieron en España, este el principio de las grandes rentas que adelante poseyeron, y aun, como se tuvo por cierto, últimamente fueron causa de su total ruina.

CAPITULO XI.

Del scisma de Burdino, natural de Limoges.

Gobernaba por este tiempo la Iglesia de Roma Gelasio, segundo deste nombre, al cual poco antes pusieron en la silla de san Pedro por la muerte del pontífice Pascual. Fué persona de gran corazon, pues no dudó proseguir las enemistades de sus antecesores contra el emperador Enrique, cuarto deste nombre, en defensa de la libertad de la Iglesia y de la majestad pontificia, en que pasó tan adelante, que, como el Emperador viniese á Roma y él no se hallase con fuerzas para reprimir sus intentos, en una barca por el Tibre se fué primero á Gaeta, de donde era natural, y de allí pasó en Francia con intento de celebrar un concilio de obispos que tenia convocado para la ciudad de Rems. La muerte atajó sus intentos, que le tomó en el camino en el monasterio de Cluñí. Tuvo el pontificado pocos dias mas de un año. En este tiempo dejó concedida una indulgencia á los soldados que estaban sobre Zaragoza y á todos los demás que acudiesen con alguna ayuda para edificar el templo de aquella ciudad. La bula, por ser muy señalada y porque por ella se entiende cómo se concedian las indulgencias antiguamente, pondré aquí vuelta en romance: «Gelasio, obispo, siervo de los siervos »de Dios, al ejército de los cristianos que tiene cercada la ciudad de Zaragoza y á todos los que tienen la »fe cristiana, salud y apostólica bendicion. Hemos visto las letras de vuestra devocion, y de buena gana dimos favor á la peticion que enviastes á la Sede Apostólica por el electo de Zaragoza. Tornando pues á enviar al dicho electo, consagrado por la gracia de Dios »por nuestras manos como si por las del apóstol san »Pedro lo fuera, os damos la bendicion de la visitacion »apostólica, implorando la justa misericordia del omnipotente Dios para que por los ruegos y merecimientos de los santos os haga obrar su obra á honra »suya y dilatacion de su Iglesia. Y porque habeis determinado de poner á vos y á vuestras cosas á extremos peligros; si alguno de vos, recebida la penitencia »de sus pecados muriere en esta jornada, nos, por los »merecimientos de todos y ruegos de la Iglesia católica, le absolvemos de las ataduras de sus pecados. Demás desto, los que por el mismo servicio de Dios ó trabajaron ó han trabajado, y los que donan alguna cosa »ó hobieren donado á la iglesia de la dicha ciudad, destruida por los sarracenos y moabitas, para ayuda á su »reparo, y á los clérigos que allí sirven á Dios para su »sustento, conforme á la cantidad de sus trabajos ó »buenas obras que hicieren á la Iglesia, y á juicio de

»los obispos en cuyas parroquias viven, alcancen remi»sion de sus penitencias y indulgencia. Dado en Aleste »á 4 de los idus de diciembre. Yo Bernardo, arzo»bispo de la silla toledana, hago y confirmo esta ab»solucion. Yo, el obispo de Huesca, hago y confirmo es»ta absolucion. Yo Sancho, obispo de Calahorra, hago »y confirmo esta absolucion. Yo Guido, obispo las»currense, hago y confirmo esta absolucion. Yo Boso, »cardenal de la santa Iglesia romana, hago y confir»mo esta absolucion.» En lugar del papa Gelasio, por voto de los cardenales que á su muerte se hallaron, el año de 1119 á 1.° de hebrero fué elegido Guido, de nacion borgoñon, hermano de don Ramon, y tio de don Alonso, rey de Castilla. Era á la sazon arzobispo de Viena de Francia; llamóse en el pontificado Calixto II, dado que no aceptó la eleccion hecha por los cardenales en su persona hasta tanto que el clero de Roma viniese en lo mismo; y así, no se coronó hasta los 15 de otubre. En el Concilio remense, en que se halló presente, promulgó sentencia de descomunion contra el Emperador; estableció otrosí nuevas leyes contra el pecado de la simonía, que era muy ordinario, tanto, que ni bautizaban los niños ni enterraban los muertos sino por dineros. Procuró que los presbíteros, diáconos y subdiáconos se apartasen de las concubinas, las cuales en tiempos tan revueltos ellos tenian con el repuesto y libertad como si fueran sus mujeres; en España en particular todavía se continuaba la mala costumbre que introdujo el perverso rey Witiza, en especial en Galicia, sin poderla extirpar del todo, bien que se ponia en ello diligencia, de que da muestra un breve que pocos años antes deste tiempo envió el papa Pascual á don Diego Gelmirez, obispo de Santiago, cuyo tenor es el que se sigue: «Pascual, obispo, siervo de los siervos de Dios, »al venerable Diego, obispo de Compostella, salud y »apostólica bendicion. La iglesia que por voluntad de »Dios has recebido para gobernar, mucho ha que, aun »pareciendo que tenia pastor, carece del consuelo de »pastor. Por ende con mayor cuidado debes procurar »que todas las cosas en ella se dispongan legalmente »conforme á la regla de la Sede Apostólica. Pon en tu »iglesia tales cardenales, presbíteros ó diáconos, que »puedan dignamente sustentar las cargas cometidas á »ellos del gobierno eclesiástico. Allende desto, lo que »toca á los presbíteros, se encomiende á los presbíte»ros, lo que es de los diáconos á los diáconos se encar»gue, para que ninguno se entremeta en oficio ajeno. »Si algunos ciertamente antes que fuese recebida la ley »romana, segun la comun costumbre de la tierra, con»trajeron matrimonios, los hijos nacidos dellos no los »excluimos ni de la dignidad seglar ni de la eclesiástica. »Aquello de todo punto es indecente que en vuestra »provincia, segun somos informados, moran junta»mente los monjes y las monjas. Lo cual debe pro»curar estorbar tu experiencia, para que los que al »presente están juntos, sean apartados en moradas »muy diversas conforme al juicio de personas religio»sas; y para adelante no se use de semejante libertad. »Dado en el Laterano, año de la encarnacion del Se»ñor 1103, de nuestro pontificado el cuarto.» La ley romana de que se hace mencion en este breve, segun yo entiendo, era la ley de la continencia impuesta á los del clero. La causa de descomulgar al Emperador en el Concilio remense fué que luego que el papa Gelasio se salió de Roma, como queda dicho, el Emperador procuró y hizo que en su lugar fuese nombrado por romano pontífice el obispo de Braga, llamado Burdino, con nombre de Gregorio VIII. Principio y ocasion con que, por la discordia de dos que se llamaban pontífices, se alteró la paz de la Iglesia en muy mala sazon. Cada cual de los dos pretendia ser el verdadero papa, y ponia dolo en la eleccion de su contrario, como es ordinario en semejantes casos. Era Burdino natural de Limoges, en Francia; vino á España en compañía de Bernardo, arzobispo de Toledo, como queda dicho de suso. Despues con ayuda del mismo alcanzó el obispado de Coimbra. En él trocó el nombre de Burdino y se llamó Mauricio; pero no se despojó de sus malas mañas y dañadas costumbres. De Coimbra con la misma ayuda de Bernardo fué promovido al arzobispado de Braga. A todos estos beneficios no correspondió con el agradecimiento debido; antes con dineros que de todas partes juntó, en que llevaba mas confianza que en la justicia de lo que pretendia, se partió para Roma con intento de alcanzar del pontífice Pascual absolviese á Bernardo y le quitase la dignidad que tenia, con color que por su vejez no era bastante para el gobierno de aquella iglesia, y esto hecho, le pusiese á él en su lugar y le hiciese arzobispo de Toledo. Acometió el negocio por todos los medios que supo; pero, perdida la esperanza que el Pontífice vendria en cosa tan fuera de razon, como era sagaz y doblado, acordó tomar otro camino para su acrecentamiento. Supo la discordia y diferencias que tenian el Emperador y el Papa; fuese para el Emperador, y con sus mañas le ganó la voluntad de tal suerte, que con su ayuda se apoderó de la Iglesia de Roma y se hizo falso pontífice. Hay un breve del papa Gelasio para Bernardo, arzobispo de Toledo, en que le avisa que Burdino por sus excesos fué anatematizado por el pontífice Pascual, y le ordena que en su lugar haga poner otro prelado en la iglesia de Braga. Grandes fueron las alteraciones que por causa deste scisma de Burdino se siguieron. Remediólo Dios; que el verdadero Papa usó de diligencia, y el falso pontífice, tres años despues que usurpó aquel apellido, fué en Sutrio preso, y en Roma traido como en triunfo en un camello por las calles y por las plazas; últimamente, le desterraron á lo postrero de Italia, y en el destierro murió en el monasterio de la Cava, llamado de la Trinidad, en que por sentencia y en pago de sus deméritos le tenian recluso. Este fué el premio de la ambicion de aquel hombre sin mesura; este el fin de grandes movimientos, sospechas y miedos, que tenian suspenso y con cuidado á todo el mundo.

CAPITULO XII.

De las paces que se asentaron entre Aragon y Castilla.

La eleccion del papa Calixto dió mucho contento á su sobrino el rey de Castilla, y para toda España fué muy saludable, ca todos entendian favoreceria sus cosas con muchas veras, mayormente las de Castilla, por el deudo que en ella tenia; donde á la sazon las principales ciudades y castillos mas fuertes se tenian por Aragon con guarniciones que en ellas ponian, sin otro mejor derecho que el que los reyes suelen poner en las armas y en la fuerza. Los castellanos comunmente, unos por la

larga costumbre de servir y obedecer, otros por diversos respetos y obligaciones que tenian á los aragoneses, poco caso hacian del menoscabo y afrenta de todo el reino, y muy poco les movia el deseo de la libertad. Era el rey de Castilla, aunque de pocos años, igual en grandeza de ánimo á cualquiera de sus antepasados; no podia sufrir los agravios que su padrastro le hacia y la mengua de su reino. Enviáronse de una parte á otra embajadas sobre el caso. El de Aragon ni claramente rehusaba de hacer lo que se le pedia, ni venia luego en ello. Solo de dia en dia, con varias excusas que alegaba, dilataba la ejecucion y entretenia á su antenado. Llegóse á los postreros plazos y términos; que fué enviar reyes de armas para pedir los castillos y plazas; y caso que no se hiciese así, denunciar y romper la guerra á los contrarios. El de Aragon, por la continua prosperidad que en sus cosas tenia y por la pequeña edad de su antenado, hacia poco caso destas amenazas, y parecia estar olvidado de la poca firmeza que tienen las cosas de la tierra. Vinieron á las armas, juntaron grandes huestes por la una y por la otra parte. El rey de Aragon, como se hallaba mas apercebido de todas las cosas necesarias, fué el primero que salió en campo, rompió por la parte de Navarra y entró por los campos de la Rioja. Dicen que el que acomete vence. Parecíale otrosí mas á propósito para ganar reputacion y salir con la victoria ofender que defenderse, y forzar á los enemigos en sus mismas tierras á poner á riesgo sus haciendas, sus casas, hijos y mujeres y todas las demás cosas que suelen estimar los hombres mas que la misma vida. Grandes males y estragos amenazaban á España por cualquiera de las partes que la victoria quedase. Acudieron personas de buena vida y prelados del uno y del otro reino, pusiéronse de por medio á mover tratos de paz, bien que poca esperanza tenian de salir con ello por las muchas veces que en balde se intentara. Mas como quier que los corazones de los príncipes están en las manos de Dios, todo sucedió mejor que pensaban, porque el rey de Aragon dió oidos á estas pláticas y se dejó persuadir de las razones que le pusieron delante. Estas eran que el de Castilla pedia justicia en sus pretensiones; ofrecian tendria al Aragonés en lugar de padre sin le enojar en cosa alguna. Por el contrario, los aragoneses no harian bien ni razon si mas tiempo detuviesen los castillos y ciudades de Castilla, pues la excusa que alegaban de la pequeña edad del Rey y el derecho que pretendian por el casamiento de doña Urraca, su madre, de todo punto cesaban; pues por una parte aquel matrimonio era ninguno, y como tal estaba apartado, y por otra don Alonso era ya rey y señor de todo con beneplácito de su madre y voluntad de todo el reino. Que por sola fuerza sin razon ni derecho tener oprimido el reino ajeno, sus amigos y deudos, era cosa de mala sonada, y que no se podria tolerar. Finalmente, le advirtieron que los sucesos de la guerra suelen ser desgraciados, por lo menos muy dudoso su remate, mayormente que está á cuenta de Dios el amparar la inocencia y la justicia contra los que á tuerto la atropellan. Vinieron pues á concierto; las condiciones fueron que por los aragoneses quedase todo lo que hay desde Villorado á Calahorra, á que pretendian tener derecho por razones y escrituras que declaraban pertenecia aquella comarca á los reyes de Navarra. Demás desto, que en Vizcaya quedasè por los mismos lo que se llama Guipúzcoa y Alava, provincias que pocos años antes el rey don Alonso el Sexto quitara por fuerza á los navarros. Cuanto á las demás ciudades y fuerzas de Castilla, acordaron se quitasen las guarniciones que tenian de aragoneses, y nombradamente de Toledo. Bien entiendo que en todo esto se tuvo respeto á dar contento al pontífice Calixto; y todavía no sabria determinar á cuál destos dos príncipes se deba mayor loa y prez en este caso. Parece que cada cual de los dos se señaló y se la ganó al otro en modestia y en blandura. El Aragonés se mostró muy liberal por dejar lo que tenia, sin embargo de razones aparentes que para continuar no faltaban, como es ordinario. El de Castilla se señaló en paciencia y en prudencia mas que llevaba su edad, pues con parte de su reino quiso comprar la paz tan deseada de todos. Concertadas estas diferencias, que avino el año de Cristo 1122, si bien algunos añaden á este cuento mas años, en adelante estos dos reyes, como si fueran dos hermanos ó padre y hijo, se mantuvieron en grande concordia y se gobernaron con gran prudencia; defendieron sus reinos de las tormentas y guerras que amenazaban de diversas partes. Lo primero sin dilacion revolvieron contra los moros. El de Aragon rompió por aquella parte que bañan y abrazan los rios Cinga y Segre, donde el pueblo de Alcolea, que era vuelto á poder de moros, se recobró. Pasaron al reino de Valencia, y de la otra parte del rio Júcar entraron asimismo por la comarca de Murcia. Revolvieron sobre la ciudad de Alcaraz, pero aunque la combatieron, no pudieron salir con ella por la fortaleza de su sitio. De allí pasaron á lo mas adentro de Andalucía, en que los pueblos y ciudades á porfía se les rendian, y se ofrecian á pagar cierto tributo cada un año porque no les talasen los campos ni les robasen ni quemasen la tierra. Vinieron á batalla con el rey de Córdoba y otros diez señores moros, que se dió junto á un pueblo llamado Arenzol el año 1123. La victoria y el campo quedó por los nuestros. Por otra parte, el año luego siguiente ganaron por fuerza de los moros á Medinaceli, villa puesta en un collado empinado en aquella parte por do partian términos la Celtiberia y la Carpetania. Desta manera procedian las cosas de Aragon. El rey de Castilla, con el mismo deseo de hacer mal á los moros y huir la ociosidad, con que las fuerzas se enflaquecen y marchitan, acometió las tierras de Extremadura. Allí recobró la ciudad de Coria, que despues de la muerte del rey don Alonso, su abuelo, volviera á poder de moros. Dió el Rey órden y asiento en las cosas de aquella ciudad. Don Bernardo, por la autoridad que tenia de primado y legado apostólico, concertó lo que tocaba á la religion y culto divino. Dende corrieron todas las tierras que se extienden largamente entre los dos rios Guadiana y Tajo, y son parte de la antigua Lusitania. Las talas de los campos y las presas de hombres y ganados fueron muy grandes, con que el ejército, alegre por el buen suceso, rico y cargado de despojos, dió la vuelta y se fueron los soldados á descansar á sus casas. Con estos principios ganó el Rey reputacion, y dió bastante prueba de aquellas virtudes, fe, liberalidad, constancia, culto muy puro de la religion, en que apenas tuvo par. Era muy devoto de Bernardo, abad á la sazon de Claravalle, al cual la co-

nocida bondad de su vida y los grandes trabajos que sufrió por la religion puso adelante en el número de los santos. Era de nacion borgoñon, como el Rey lo era de parte de su padre, y así por su consejo hizo edificar muchos monasterios de cistercienses, que son casi los mismos que en este tiempo en toda aquella parte de España se ven fundados con magníficos edificios y heredados de gruesas rentas y posesiones. Contentábanse con poco al principio aquellos religiosos por el menosprecio que profesaban de las cosas humanas; despues en poco tiempo, por la ayuda que muchos á porfía les dieron, persuadidos que con esto servian mucho á Dios, juntaron grandes riquezas. Que san Bernardo viniese á España á lo postrero de su vida se entiende por una carta suya á Pedro, abad de Cluñi. Aumentó otrosí el Rey con gran liberalidad los demás templos y monasterios que por todo su señorío estaban fundados, como lo muestran escrituras antiguas y privilegios, que por toda España fielmente se guardan en los archivos antiguos de Santo Domingo de la Calzada, de San Millan de la Cogulla, de San Miguel del Pedroso, de Santo Domingo de Silos; templos en aquella sazon muy célebres por su devocion y por el concurso de la gente que á ellos acudia. Alcanzó del Pontífice, su tio, que la ciudad de Zamora y su iglesia fuese catedral. Bernardo, arcediano de Toledo, de nacion francés, como arriba queda declarado, fué puesto por prelado el primero en aquella ciudad. Sucedióle Estéban, en cuyo tiempo por dicho de un pastor que tuvo dello revelacion, se descubrió y conoció el lugar en que el cuerpo de san Illefonso, arzobispo de Toledo, yacia del todo olvidado por la perturbacion de los tiempos. Verdad es que sus palabras por entonces fueron menospreciadas por ser él persona tan baja; mas en tiempo del rey don Alonso VIII se averiguó la verdad de aquella revelacion, y que el pastor no andaba deslumbrado, cuando en tiempo de don Severo, obispo de aquella ciudad, la iglesia de San Pedro, que se caia y estaba maltratada, se comenzó á reedificar; en cuyos cimientos al abrirlos hallaron un sepulcro de mármol con el nombre de san Illefonso, de que salió un olor de maravillosa fragrancia. Averiguado todo el negocio, los sagrados huesos fueron puestos en una caja junto al mismo altar de San Pedro. La iglesia otrosí de Santiago á la misma sazon por concesion del mismo Pontífice y á instancia del Rey fué hecha arzobispal; y para este efecto y para que tuviese mayor autoridad trasladaron á ella los derechos y privilegios de la iglesia de Mérida, que estaba todavía en poder de moros, como consta todo esto por un privilegio que el Rey otorgó en esta razon. Señalaron doce obispos que fuesen sufragáneos del nuevo arzobispo; los de Salamanca, Avila, Zamora, Ciudad Rodrigo, Coria, Badajoz, Lugo, Astorga, Orense, Mondoñedo, Tuy; el tiempo adelante añadieron el de Plasencia. El arcediano de Ronda dice que los obispados de Zamora, Avila y Salamanca en tiempo del arzobispo don Bernardo eran sufragáneos de Toledo, y que al presente los pasaron á Santiago; no sé cuánta verdad tenga esto. El nuevo arzobispo don Diego Gelmirez fué nombrado por legado apostólico en las provincias de Braga y de Mérida; de que hay breve desto Papa en el libro 2 de la *Historia compostellana*, su data á 28 de febrero, año 1120, indiccion trece, año segundo de su pontificado, cosa que sintió mucho el arzobispo de Toledo don Bernardo. Hízole contradiccion, pero salió con el pleito su contrario, y por el poder que tenia, celebró un concilio en la ciudad de Santiago; acudieron á su llamado los obispos y abades de las dos provincias emeritense y bracarense. Por esta manera y con estos principios se echaban los cimientos de la grandeza que hoy tiene la iglesia de Santiago; en todo esto se tuvo respeto á la grandeza de aquel santuario, y á que don Ramon de Borgoña, padre del Rey y hermano del Pontífice, estaba allí sepultado. Sucedió esto por los años del Señor de 1124. En el mismo año por el mes de diciembre pasó desta vida el mismo papa Calixto. Sucedióle en el pontificado Honorio, segundo deste nombre. El año siguiente hobo guerras civiles en Francia por causa que Alonso, conde de Tolosa, primo hermano que era del rey de Castilla, y su mujer, la condesa Faidida, pretendian tener derecho al condado de la Proenza y apoderarse dél por las armas. El conde de Barcelona defendia con todas sus fuerzas aquel estado, como dote que era de doña Dulce, su mujer. Resultó que despues de grandes diferencias y debates se vino á concierto; acordaron que Argencia y Belicadro, pueblos sobre que la duda era mayor á cuál de las partes pertenecian, y aquella parte de la Proenza que está entre los rios Druencia y Isara, quedasen por el conde de Tolosa; los demás pueblos y ciudades y la mayor parte de Aviñon, ciudad puesta á la otra parte del rio Ródano, populosa y rica, se adjudicaron á los condes de Barcelona. Concertaron otrosí que, así ellos como sus decendientes, á trueco se prohijasen unos á otros para efecto de sucederse, caso que alguna de las partes muriese sin dejar hijos.

CAPITULO XIII.

De los principios del reino de Portugal.

En la parte de España que hoy se llama Portugal, y casi es la misma que la antigua Lusitania, un nuevo reino se fundaba por estos tiempos en su distrito no muy ancho, en el tiempo el postrero entre los reinos de España, en hazañas y valor muy noble y muy dichoso; pues no solo antiguamente pudo echar de toda aquella tierra los moros enemigos de cristianos, sino los años adelante en tiempo de nuestros abuelos y de nuestros padres mostraron tanto valor los portugueses, que con increible esfuerzo y buena dicha abrieron camino para pasar á todas las partes del mundo, y sujetar en la Africa y en la Asia muchos reyes y provincias, y hacellas tributarias á su imperio. La luz de la verdadera religion y del Evangelio la llevaron y la mostraron entre naciones y gentes muy apartadas y bárbaras; gran gloria de su nacion y acrecentamiento de la religion cristiana. Tiéndese la provincia de Portugal largamente por las riberas del mar Océano occidental en lo postrero de España; tiene por sus aledaños á mediodía y á setentrion los rios Guadiana y Miño; es larga mas de cien leguas, la anchura es mucho menor; por la parte que se tiende mas pasa de treinta y cinco leguas, por la que mas se estrecha tiene mas de veinte. Divídese en tres partes, los de aquende y allende Tajo, y la comarca que está entre Duero y Miño, que es la mas fértil y alegre, do está situada la antigua ciudad de Braga; do

la una parte de Tajo está Lisbona, de la otra Ebora, todas tres ciudades arzobispales. El terreno por la mayor parte es estéril y delgado, tanto, que de ordinario se sustentan de acarreo ó por la mar. La gente es muy deseosa de honra y muy valiente entre todas las de España, señalada en la templanza del comer y del vestido, dada á la piedad y á los estudios de sabiduría, de toda humanidad y policía. Una parte pequeña desta provincia, que los reyes de Castilla tenian ganada de moros, se dió á don Enrique de Lorena, como queda dicho de suso, con nombre de conde y en dote con doña Teresa, su mujer, que fué hija, bien que fuera de matrimonio, del rey don Alonso el Sexto. Sus hijos, don Alonso, doña Elvira y doña Sancha; don Enrique, su padre, teniendo ya estos hijos despues de la muerte de Jofre, rey de Jerusalem, encendido en deseo de ayudar á Balduino, hermano del difunto, que era de su nacion y aun su deudo, como algunos piensan, pasó por mar á la Tierra-Santa, consejo y acuerdo, si se miran las razones humanas, ni prudente ni recatado, por dejar á su mujer y hijos en peligro y tener tanto que hacer en su tierra contra los moros. Su ida no fué de algun efecto notable en levante; así, dió la vuelta á España. Vuelto, trató con el arzobispo de Toledo don Bernardo, á cuyo cargo por ser primado estaba el estado de las cosas eclesiásticas, que las ciudades de Braga, Coimbra, Viseo, Lamego y Porto, que caian todas en su distrito, volviesen á su antigua dignidad y pusiesen en ellas obispos. La reparacion de Braga y qué ciudades tenia sujetas mejor se entenderá por una bula de Calixto II, cuyo fragmento me pareció engerir en este lugar, que dice así: «Que la iglesia de Braga haya antiguamente sido »insigne en los reinos de España por muchos títulos de »dignidad y gloria esclarecida, así los indicios de su »antigua nobleza como los testimonios de antiguas es»crituras lo comprueban. Pero porque quiso Dios cas»tigar los pecados del pueblo que en ella vivia con la »entrada de los moros ó moabitas, así la dignidad ar»zobispal fué diminuida, como confundidos los térmi»nos de sus parroquias. Mas despues de largos espacios »de tiempos, la divina misericordia de nuevo se ha dig»nado restituir la metrópoli y librar en gran parte las »parroquias de la tiranía de los infieles. Por donde »nuestro predecesor, de santa memoria, el papa Pas»cual, la restituyó enteramente en su antigua dignidad, »y la tornó á juntar todos sus miembros por el privile»gio de la Sede Apostólica. Nosotros pues, siguiendo »sus pisadas, hermano carísimo y coepíscopo nuestro »de la iglesia de Braga, Pelagio, do por voluntad de »Dios presides, por la escritura deste presente privile»gio confirmamos la misma ciudad de Braga toda con »el coto ó término entero que á la misma iglesia dieron »el conde don Enrique y doña Teresa, su mujer, como »se contiene en la descripcion del sobredicho señor. Y »á la misma metrópoli de Braga restituimos la provin»cia de Galicia, y en ella las ciudades catedrales; item »Astorga, Lugo, Tuy, Mondoñedo, Orense, Portu, »Columbria y los pueblos que hoy tienen nombre de »obispales, que son: Viseo, Lamego, Egitania, Britonia, »con todas sus parroquias.» Hasta aquí son palabras de Calixto. Catorce años antes deste tiempo en que vamos pasó desta vida don Enrique en Astorga, ciudad de Galicia, donde era ido para sosegar las guerras civiles de Castilla y Aragon. Su cuerpo sepultaron en Braga en una capilla humilde; que la grandeza ó locura de los sepulcros que hoy se usan y de los gastos intolerables que en esto se hacen no se habia introducido en aquella edad. La condesa doña Teresa, su mujer, despues de muerto su marido, no tuvo mucha mas cuenta con la honestidad que su hermana doña Urraca, porque casó con el conde de Trastamara Fernan Paez, casamiento por lo menos humilde, si ya no fué del todo ilícito por ser clandestino. Dicen otrosí que tuvo conversacion con un hermano del mismo, llamado Bermudo, y que, sin embargo, le dió por mujer á doña Elvira, su hija; y la otra hija, llamada doña Sancha, casó con Fernando de Meneses. Pudo ser que por odio se impusiesen falsamente algunas cosas de las sobredichas contra la honestidad desta Señora. La verdad es que Fernan Paez alcanzó mucha cabida con la Condesa, y gobernaba lo mas alto y lo mas bajo, y lo trastrocaba todo á su voluntad. El hacia la guerra, él gobernaba en tiempo de paz sin hacer caso de su antenado. Sufrió él con paciencia este desaguisado y la mengua de su casa por la poca edad que tenia; pero adelante, como quier que por el odio y torpeza de su madre se le arrimase mucha gente, determinó de tomar las armas. No se descuidó su padrastro, hicieron levas de gente, diéronse vista y juntáronse los campos. Dióse la batalla en la vega de Santibañez, cerca de Guimaranes, que se entiende fué la antigua Araduca, asentada do se juntan los rios Avo y Viscella. Quedó la victoria por don Alonso, y con ella hobo en su poder á Fernan Paez y á doña Teresa, su madre. Al padrastro soltó sobre pleitesía que saldria de todo Portugal, á su madre puso en una estrecha prision. Ella, embravecida por aquel desacato, envió á convidar y rogar al rey de Castilla, su sobrino, la ayudase contra los intentos crueles de su hijo. Prometióle de darle el condado de Portugal, que era muy justo quitar á su hijo por su inobediencia. Condescendió el de Castilla á los ruegos de su tia, sea por compasion y lástima que la tenia, ó con deseo de ensanchar su señorío. Juntó un buen ejército, con que se metió por las tierras de Portugal; acudió su primo, dióse la batalla, que fué muy herida, en la vega de Valdevez, puesta entre Monzon y la puente de Limia. Fueron los castellanos vencidos y forzados á retirarse á Leon. El orgullo que por causa desta victoria cobraron los portugueses fué tan grande, que sin mirar lo de adelante y sin tener cuenta con sus pocas fuerzas, se tenian y publicaban por libres y exemptos del señorío de Castilla. El rey don Alonso, con deseo de satisfacerse y reprimir la lozanía de los contrarios, juntado que hobo mas fuerzas, revolvió sobre Portugal con mayor furia que antes. Los portugueses, por no tener fuerzas bastantes, se encerraron dentro de Guimaranes para con la fortaleza de aquella plaza defenderse del enemigo poderoso y bravo. Pusiéronse los castellanos sobre ella, determinados de no partirse de allí antes de tomalla y vengar la afrenta pasada. Estaba dentro con el Infante, que otros llaman duque de Portugal, Egas Nuñez, su ayo, persona de mucha prudencia, y que con su buena crianza cultivó maravillosamente el buen natural de aquel Príncipe, y fué causa que sus buenas inclinaciones se mejorasen y diesen el fruto de virtudes aventajadas. Este caballero, habida licencia, salió á

verse y hablar con el Rey; díjole tales razones, que le ablandó y inclinó á que se hiciesen paces. Las condiciones fueron las que el mismo Egas quiso otorgar; con tanto se alzó el cerco. Añaden los historiadores de Portugal, á cuya cuenta se pongan estas cosas, que pasados algunos años, como don Alonso el de Portugal mostrase estar olvidado y no querer cumplir lo que su ayo en su nombre asentara, que se partió para Toledo, y llegado á la presencia del Rey, con un dogal al cuello se le presentó delante. Díjole: Tomad, señor, con mi muerte emienda de la palabra y homenaje que contra mi voluntad os han quebrantado. Reparó el Rey con espectáculo tan extraordinario, movióse á misericordia por las lágrimas y aquel traje de persona tan venerable, perdonóle lo hecho, dado que no le quiso honrar, por sospechar algunos que debajo de aquella aparencia podia haber algun trato doble y engaño.

CAPITULO XIV.

De las guerras que el rey de Castilla hizo contra los moros.

Este fué el fin que tuvo por entonces la guerra de Portugal; los que tienen mayor cuidado en rastrear y ajustar los tiempos, piensan que concurrió con el año de nuestra salvacion de 1126, en el cual año la reina doña Urraca y el arzobispo de Toledo, don Bernardo, fallecieron casi en un mismo tiempo. La Reina en el castillo de Saldaña ó en Leon, como antes se dijo, reventó en la iglesia de San Isidro. Concuerdan las historias en el dia de su muerte, que fué á 7 de marzo; la *Historia compostellana* dice á 10, sexto de los idus, y que finó en tierra de Campos. Su cuerpo sepultaron magníficamente en Leon. Don Bernardo, como se saca de diversos papeles de la iglesia de Toledo, si bien señalan un año antes deste, falleció en Toledo á los 3 de abril, cargado de años y de edad, asaz esclarecido por las cosas que hizo y por él pasaron. Sepultáronle en la misma ciudad en la iglesia mayor con una letra, conforme al tiempo algo grosera, que comenzaba por estas palabras:

PRIMERO BERNARDO FUÉ AQUÍ PRIMADO VENERANDO.

Verdad es que el arcediano de Alcor dice que está enterrado en el monasterio de Sahagun junto al lucillo del rey don Alonso el Sexto. Fué arzobispo por espacio de cuarenta años. Doce años antes que falleciese, los *Anales de Sevilla* dicen ocho, con sus gentes y á sus expensas ganó de moros la villa de Alcalá, en aquella sazon puesta de la otra parte del rio de Henáres en un recuesto áspero que se levanta sobre la misma ribera. Los reales del Arzobispo se asentaron en un collado mas alto y como padrastro, que al presente se llama de la Vera-Cruz. Desde allí los fieles apretaron á los moros y los trabajaron de tal guisa, que fueron forzados á desamparar el lugar, magüer que era muy fuerte. Por esta causa desde aquel tiempo quedó cuanto á lo temporal y espiritual por los arzobispos de Toledo. Sucedió á don Bernardo don Raimundo ó Ramon, obispo á la sazon de Osma; vinieron en su eleccion, primero el clero de Toledo que la votó, despues el papa Honorio. En cuyo tiempo los obispos, abades y señores del reino se juntaron en Palencia, y con ellos el nuevo prelado de Toledo, que se llamaba primado y aun legado de la Sede Apostólica, segun que se halla en la *Historia compostellana*. Debió de ser de solo nombre, porque el que presidió y por cuya autoridad se juntó este Concilio fué don Diego Gelmirez, arzobispo de Santiago, por título de legado, ca la legacía que tuvo don Bernardo, como lo nota el arcediano de Ronda, no se dió á su sucesor, sino á este don Diego Gelmirez, y despues dél á Juan, arzobispo de Braga, el cual muerto, dice no se dió á otro ninguno. En Palencia se hallaron presentes el Rey y la Reina. Abrióse el Concilio al principio de la cuaresma del año 1129. En él, demás de otras cosas, hallo que se establecieron dos muy notables: la primera, que no se recibieran ofrendas ni diezmos de los descomulgados; la segunda, que no se diesen las iglesias á los legos, quier fuese con color de prestimonio, quier de vilicacion, de donde se puede entender el principio y origen que los beneficios llamados préstamos tuvieron en España, que eran como mayordomos de las iglesias. Expidió eso mismo el Rey un privilegio, en que á ejemplo de su tio el pontífice Calixto, dice que traslada de Mérida, luego que fuere recobrada de moros, los derechos reales á la ciudad de Santiago. Poco despues el cardenal Humberto, que vino á España por legado, juntó en Leon otro concilio de obispos para tratar del matrimonio del Rey, que algunos pretendian era inválido. Casóse el rey don Alonso el segundo año despues de la muerte de su madre, con doña Berenguela, hija de Ramon Berenguel, conde de Barcelona. Celebráronse las bodas en Saldaña por el mes de noviembre; tuvo en ella los años siguientes á sus hijos don Sancho, don Fernando, doña Isabel y doña Sancha. Constaba que doña Berenguela tenia deudo con su marido por la línea de los reyes de Castilla y asimismo por la de los condes de Barcelona. Tratóse el negocio, y hiciéronse los autos acostumbrados; venidos á sentencia, los obispos pronunciaron que aquel parentesco no era en alguno de los grados prohibidos por la Iglesia y por derecho. El emperador don Alonso era bisnieto de don Fernando, rey de Castilla. Doña Berenguela, tercera nieta de su hermano don Ramiro, rey de Aragon, por via de su hija doña Teresa, que casó en la Proenza, y fué madre del conde Gilberto, padre de doña Dulce, que casó con Ramon Berenguel, conde de Barcelona ya dicho. Conforme á esto el deudo era en cuarto y quinto grado y no mas. Concluido esto pleito, las fuerzas del reino se enderezaron contra moros. Hizo el Rey entrada en las tierras de los infieles por la parte del reino de Toledo. Púsose sobre Calatrava, cuyos moradores hacian grandes daños en los campos comarcanos, apretóse el cerco, que fué largo; en fin, se ganó, y el Rey la entregó al arzobispo de Toledo para que fuese señor della y la tuviese á su cargo. El crédito y fama de los caballeros templarios, de su valor y esfuerzo no tenia par; por esta causa el Arzobispo les entregó aquella plaza. Así lo afirman los mas autores, puesto que algunos piensan que estos caballeros no fueron los templarios, sino otros que, tomada la señal de la cruz á imitacion de la guerra que se hacia en la Tierra-Santa, seguian á sus expensas los reales de los cristianos con celo de hacer daño á los moros y intento de ganar la indulgencia á los tales concedida por los papas. Ganáronse desta vez por aquella comarca Alarcos, Caracuel, que Antonino en su *Itinerario* llama Carcuvio,

Mestanza, Alcudia, Almodovar del Campo; y en la misma Sierramorena ganaron el lugar de Pedroche. Lo demás parecia seria fácil de conquistar por el gran miedo que se apoderara de aquella gente infiel; pero la sazon del tiempo, que era tarde, reprimió los intentos del Rey. Pasado el invierno, sacó las gentes de sus alojamientos, con que por los desiertos de Cazlona, que es parte de Sierramorena, rompió por el Andalucía talando, saqueando y robando por todas las partes. Cercaron á Jaen, mas no la pudieron tomar; dado que por todo el tiempo del invierno estuvieron sobre aquella ciudad; la fortaleza de los muros y esfuerzo de los cercados hizo que no se pudiese entrar. Tenia por aquella sazon el imperio de los almoravides en Africa y en España Albohali, hijo de Alí, nieto de Juzef, príncipe de menor poder y fuerzas que sus antepasados por causa de las guerras civiles que andaban encendidas entre los moros. Era esta buena ocasion para dañarle y hacerle guerra. El suegro del rey don Alonso, conde de Barcelona, falleció el año de 1131; dejó por señor de Barcelona y de Carcasona y de Rodes, ciudades de Francia que eran de su señorío, á su hijo mayor don Ramon. A don Berenguel, su hijo segundo, mandó los condados de la Proenza y de Aimillan. Doña Cecilia, su hija, casó con don Bernardo, conde de Fox; con Aimerico, conde de Narbona, casó otra su hija, cuyo nombre no se sabe. Las demás hijas que tenia, quedaron encomendadas á don Berenguel, su hermano, que casaron en Francia con otros grandes personajes. El año que se siguió no tuvo cosa que de contar sea, salvo que el rey don Alonso volvió de la guerra de Andalucía alzado el cerco de Jaen; y don Sancho, hijo del Rey, fué armado caballero el mismo dia del apóstol san Matía en Valladolid con la ceremonia muy solemne que en aquellos tiempos se acostumbraba. Su mismo padre le armó de todas armas y le ciñó la espada, que era muestra de darle por mayor de edad y emanciparle; servia otrosí de espuelas para que con grande ánimo remedase las virtudes y valor de sus antepasados, y á su ejemplo pretendiese ganar honra, prez y renombre inmortal en servicio de Dios y de su patria.

CAPITULO XV.

Cómo don Alonso, rey de Aragon, fué muerto.

Este era el estado de las cosas en Castilla y en Portugal. En Aragon, como habian comenzado, tenian buen progreso. Los pueblos y castillos cercanos de los moros se ganaban, y el señorío de aquella gente infiel iba cuesta abajo. Toda la Celtiberia quedó por los nuestros; asimismo Molina en la misma comarca, que ya era tributaria á los cristianos, fué forzada á rendirse. A la ciudad de Pamplona se añadió el arrabal llamado de San Saturnino, en que pusieron franceses con derecho que se les dió de naturales y ciudadanos. Concediéseles otrosí que tuviesen por leyes el fuero de Jaca, y conforme á él en particular y en comun se gobernasen y sentenciasen los pleitos. Estaban los moros muy extendidos y enseñoreados de las riberas del mar por la parte que en ella desagua el rio Ebro; desde allí hacian daño con correrías y cabalgadas en los pueblos y campos comarcanos. Para reprimillos tenian necesidad de flota, y así, el Rey mandó hacer muchas barcas y bajeles en Zaragoza; y consta que antiguamente en el imperio de Vespasiano y de sus hijos, reparadas y enderezadas y acanaladas las riberas de Ebro, se navegaba aquel rio hasta un pueblo llamado Vario, que demarcan no léjos de do al presente está la ciudad de Logroño, sesenta y cinco leguas de la mar; grande comodidad para los tratos y comercio. Mequinencia, que se entiende es la que César llamó Octogesa, pueblo fuerte por su sitio y por las murallas, está asentado en la parte en que los rios Cinga y Segre se juntan en una madre. Deste pueblo al presente se apoderó el rey de Aragon, echada dél la guarnicion de moros que dentro tenia. Toda esta prosperidad y alegría se trocó en lloro y se añubló por una desgracia, que sucedió sin pensar, muy grande. Es así que de ordinario las cosas de la tierra tienen poca firmeza, y el alegría muchas veces se nos agua, porque de la prosperidad, unos toman ocasion de descuidarse, otros de atreverse demasiado; lo uno y lo otro hace que se trueque la buenandanza en contrario. El caso pasó desta manera. Fraga, pueblo de los ilergetes, á la cual Ptolemeo llama Gállica Flavia, mas conocido por el desastre desta guerra que por otra cosa alguna que en él haya, está asentado en un altozano y monte de tierra, que por delante, comido con las corrientes y crecientes del rio Cinga, hace que la entrada sea áspera, de guisa que pocos se la pueden á muchos defender. Por las espaldas se levantan unos collados no ásperos y todos cultivados, pero tan pegados con el pueblo, que impiden no se pueda batir con los ingenios ni aprovecharse de la artillería. El Rey, despues que tomó á Mequinencia, animado con aquel suceso, con intento de pasar adelante en sus conquistas, se metió por la tierra de los ilergetes el rio de Segre arriba, en que entra el rio Cinga; quedaba por aquellas partes lo mas dificultoso de la guerra, por ser los pueblos muy fuertes y porque los moros en gran número se retiraran á aquellos lugares para salvarse. Los reyes de Lérida y de Fraga con tan gran concurso de gente cobraron por esta causa muchas fuerzas, y comenzaban á poner espanto á los cristianos. Los reales del Rey se asentaron sobre Fraga el mes de agosto del año de Cristo de 1133. La esperanza y aparato fué mayor que el provecho; el tiempo del año, que comenzaba el invierno, y por tanto las ordinarias lluvias, forzaron á despedir el ejército, y enviallo á invernar, con órden que de nuevo se juntasen al principio del verano. Volvieron al cerco por el mes de febrero, no con menor esfuerzo ni con menor ejército que antes. Gastáronse en él los meses de marzo y abril, sin hacer efecto que de contar sea, por estar los moradores apercebidos de todas las cosas, almacen y municiones contra la tempestad que los amenazaba; y con la esperanza que tenian de ser socorridos llevaban en paciencia los daños de la guerra y los trabajos del cerco. Abengamia, rey de Lérida, con gentes que juntó de todas partes vino al socorro de los cercados. Dióse la batalla cerca de Fraga el dia de las santas Justa y Rufina. Los fieles se hallaban cansados con la guerra, y eran en pequeño número, por quedar buena parte en guarda de los reales, ca temian no fuesen de los de dentro acometidos por las espaldas; los moros entraban en la pelea de refresco y muy feroces. Perecieron muchos cristianos en aquella batalla. Esta pérdida no fué parte para que el cerco se alzase á causa que el daño de los

moros no fué mucho menor. El Rey, todavía temeroso de mayor peligro, se partió á la raya de Castilla para juntar nuevas gentes en Soria y su comarca. Con esta traza y socorro corrió los campos de los enemigos, sin parar hasta dar vista á Monzon. Iba en pos de los demás no muy léjos el mismo Rey con una compañía de trecientos de á caballo. Este escuadron encontró acaso con un gran número de la caballería enemiga, que le rodeó por todas partes. El Rey, visto el peligro en que se hallaba, con pocas palabras que dijo animó á los suyos á hacer el deber. «Que se acordasen que eran cristianos, y con su acostumbrado esfuerzo acometiesen á los enemigos; que el atrevimiento les serviria de reparo, y en el miedo estaria su perdicion. Con el hierro, dice, y con la fortaleza saldréis deste aprieto, no pongais en al vuestra esperanza; y si á vuestra valentía la fortuna no ayudare, y Dios que lo puede todo y acorre á los suyos en semejantes aprietos, procurad á lo menos de vender caras vuestras vidas, y no hagais con rendiros afrenta á vuestro valor y fama; antes con las armas en las manos y con el esfuerzo que conviene morid como buenos si fuere necesario.» Vínose luego á las manos. Los fieles, conforme al aprieto en que estaban, peleaban valientemente. El Rey andaba entre los primeros; señalábase por su esfuerzo, por la sobreveste y lucidas armas que llevaba; así, los golpes y tiros de los moros se enderezaban contra él. Diéronle tanta priesa, que en fin le mataron. Los demás, perdido su caudillo, parte como buenos murieron en la demanda, parte se salvaron por los piés. Desta manera pasó aquel encuentro tan desgraciado, si bien de la muerte del Rey se levantaron despues diversos rumores. El vulgo en casos semejantes suele trovar y inventar varias consejas; los unos de buena gana creen lo que desean, los otros á lo que oyen añaden siempre algo para que las nuevas sean mas alegres ó menos pesadas. Algunos decian que cansado de vivir, perdida aquella batalla, se fué á Jerusalem; otros escribieron que el cuerpo, comprado por dineros, fué sepultado en el monasterio de Montaragon. El mas acertado parecer, que cayó en aquel desastre por poner las manos con codicia en los tesóros de las iglesias, dado que el arzobispo don Rodrigo y las historias de Aragon alaban á este Rey de religioso, pio y manso. Lo que yo entiendo, y tiene mas probabilidad, es que su cuerpo no se pudo hallar por ser grande el número de los muertos, y que esta fué la causa de las varias opiniones que resultaron. Lo cierto que aquella desgracia sucedió cerca del lugar de Sariñena, á 7 de setiembre del año que se contó 1134. Fué este Príncipe gran capitan, en ánimo, valor, fortaleza sin par, gran gloria y honra de España. Trabó batalla con sus enemigos por veinte y nueve veces, como lo afirma un autor antiguo, y las mas salió vencedor; reinó por espacio de treinta años. Otorgó su testamento tres años antes de su muerte en sazon que tenia sitio sobre Bayona de Francia, que dicen nuestras historias la tomó, y que en aquel cerco el conde don Pedro de Lara hizo campo con Alonso Jordan, conde de Tolosa, y que el de Lara quedó allí muerto. Aquel testamento fué muy notable y que dió mucho que decir, y aun ocasion á muchas revueltas y debates. Hizo en él mandas de muchos pueblos y castillos á los templos y monasterios de casi toda España; porque no tenia hijos dejó por herederos de todos sus estados á los templarios y á los hospitalarios y tambien á los que guardaban el santo sepulcro de Jerusalem, para que aquellas tres órdenes de caballería los repartiesen entre sí, ejemplo de liberalidad, murmurada mucho de los presentes, y de que no menos se maravillaron los de adelante. Era tan grande el deseo que todos tenian de ayudar á la guerra que se hacia en la Tierra-Santa para que se conservase y aumentase lo ganado, que á porfía varones y mujeres, príncipes y particulares, daban para este efecto pueblos, castillos, heredades. Remata el dicho testamento con graves maldiciones que echa contra los que intentasen innovar algo en lo que dejaba mandado. Pero sin embargo, los aragoneses y navarros se juntaron en Borgia, puesta á la raya de Navarra, para nombrar rey. Era señor de aquella ciudad, por merced del Rey muerto, don Pedro de Atarés, varon muy ilustre, y como algunos sospechan mas que prueban, decendia de la casa real. Sus partes sin duda eran muy aventajadas y muy grande la voluntad que el pueblo le tenia. Parecia que sin contradiccion le alzarian por rey, y fuera así si no se desabriera, con la soberbia y arrogancia de que comenzó á usar, gran parte de los señores y ricos hombres. El apresurarse es á muchos ocasion de perder lo que tenian en la mano. Los varones prudentes consideraban cuál sería, hecho rey, el que siendo particular era intolerable. Atizaba á los demás en esta razon un hombre muy noble y de grande ingenio, por nombre Pedro Tizon, cuya autoridad y consejos como siguiesen los otros y en este parecer se conformasen, sin concluir se partieron de las Cortes. Los navarros aborrecian el señorío de los aragoneses, y juzgaban que siempre á los despojados fué lícito recobrar de los tiranos ó de sus sucesores lo que injustamente les tomaron. Por esto hicieron sus juntas aparte, y á persuasion de Sancho Rosa, obispo de Pamplona, alzaron por su rey á don García, que venia de sus antiguos reyes, ca era hijo de don Ramiro, nieto del rey don Sancho, que dijimos fué muerto por su hermano don Ramon. Así, por voto comun de la gente fué nombrado por rey en Pamplona. Al contrario, los aragoneses en Monzon, do se juntaron, declararon por rey á don Ramiro, hermano del Rey muerto, aunque monje y de abad de Sahagun, electo obispo primero de Búrgos, despues de Pamplona, y últimamente de Roda y Barbastro. La corona que le dieron en Huesca juntó con la cogulla, y con la mitra la púrpura real, cosa en todo tiempo de grande maravilla. Conformáronse en este acuerdo, á lo que sospecho, por no poderlo excusar, no solo por ser el mas cercano en deudo á que el pueblo se inclinaba, sino por evitar la guerra que amenazaba si contrastaran al que desque supo la muerte de su hermano se llamó luego rey. Hay escritura y instrumento original en que se halla que luego por el mes de octubre se llama rey y sacerdote, su data en Barbastro. No pararon en esto las aficiones del pueblo; magüer que era de mucha edad, tanto, que mas de cuarenta años eran pasados despues que tomó el hábito en el monasterio de Tomer, le forzaron para tener sucesion á casarse con dispensacion, como se debe creer y lo dicen autores, del romano pontífice Inocencio II. De dondo resultó otra maravilla, ser uno mismo monje, sacerdote, obispo, casado y rey. Casó con doña Inés, hermana de Guillen, conde de Potiers y de Guiena, el

cual dos años adelante murió en Santiago de Galicia, do vino por su devocion en romería. Su hija mayor, por nombre Leonor, casó por mandado de su padre con Luis, rey de Francia, llamado el mas Mozo. Desta señora despues de tener dos hijas se apartó por decreto del papa Eugenio III, á causa que eran parientes. Hecho este divorcio, casó de nuevo el Francés con doña Isabel, hija de don Alonso el Seteno, emperador y rey de Castilla. Doña Leonor casó con Enrique, duque de Anjou y Normandía, que adelante fué rey de Ingalaterra, y juntó lo de Potiers y Guiena ó Aquitania con aquel reino; ocasion de que resultaron largas y crueles guerras que se hicieron aquellas dos naciones, para toda la Francia perjudiciales, feas y malas para toda la cristiandad.

CAPITULO XVI.

De nuevas guerras que hobo en España entre los príncipes cristianos.

Por la eleccion de los reyes don García y don Ramiro resultaron grandes alteraciones, levantóse cruel tormenta de guerras, y los reinos de Navarra y Aragon, como la nave en el mar alterado, cuando mayor necesidad tenian de piloto y gobernalle, entonces se hallaban mas desamparados y faltos de toda ayuda, á causa de las pocas fuerzas que tenia don García y por la mucha edad y vejez de don Ramiro. El rey de Castilla pretendia y publicaba que el uno y el otro reino pertenecian á su corona. El derecho que para esto alegaba se tomaba de su tercer abuelo don Sancho, rey de Navarra, por sobrenombre el Mayor; pretension no muy fuera de camino, que las órdenes militares, á las cuales don Alonso, rey de Aragon, nombró por sus herederos, de todos eran excluidas, pues no era razon ni conforme á las leyes que alguno subiese á la cumbre del reino que no fuese de la alcuña y sangre de los reyes antiguos. Estas razones y otras semejantes ventilaban los legistas en sus rincones y por las plazas; los mejores y mas fuertes derechos de reinar, que son de ordinario las fuerzas y poder, estaban claramente por el de Castilla, sin que le faltasen aficionados en el un reino y en el otro en tiempo tan revuelto y tanta diversidad de pareceres. Pues porque no pareciese faltaba á la ocasion, con todas sus gentes rompió por la Rioja, y por aquella parte se apoderó de las plazas y castillos que don Alonso, su padrastro, desde Villorado hasta Calahorra, primero por fuerza, y despues por virtud del asiento que últimamente tomaron, le tenia usurpados; estos fueron las ciudades de Najara y Logroño, Arnedo y Viguera, sin otros lugares de menor cuantía. Demás desto, en Vizcaya y en aquella parte que se llama Alava puso sitio sobre Victoria, que le defendieron valientemente los naturales de manera, que no la pudo entrar, si bien al rededor della se apoderó de otros pueblos. Con esto el rio Ebro quedó desta vez por raya entre los dos reinos de Castilla y de Navarra. Grande era la alteracion de las cosas; muchos, así señores seglares como obispos, seguian el campo del Rey; en este número se contaban Bernardo, obispo de Sigüenza; Sancho, de Najara; Beltran, de Osma. Ayudaban otrosí con sus gentes don Ramon, conde de Barcelona; Armengol, conde de Urgel; Alonso Jordan, de Tolosa; Rogerio, de Fox; Miro, de Pallas, sin otro gran número de señores extraños, que todos estaban á su devocion. Con tantas ayudas que de todas partes acudian, el Rey, concluido lo de la Rioja y Vizcaya, revolvió luego sobre Aragon con tanto denuedo y presteza, que el próximo mes de diciembre estaba apoderado de todo lo que de aquel reino está desta parte de Ebro. El rey don Ramiro no se hallaba apercebido para contrastar á tan grande poder, y no menos se recelaba de sus pocas fuerzas que de las voluntades de algunos de sus vasallos. Acordó retirarse á lo de Sobrarve para con la fragura y maleza de aquellos lugares entretenerse y esperar mejores temporales ó que se viniese á concierto, á que él mucho se inclinaba, á tal que fuese honesto y tolerable. Andaba de por medio para concertar estas diferencias Oldegario, arzobispo de Tarragona, persona de grandes prendas y mucha autoridad. El trabajo era grande, pequeña la esperanza de hacer efecto, por las grandes dificultades que se ofrecian, y la mayor, que ninguno se contentaba con la parte por la codicia y esperanza que tenia de salir con el todo. El de Navarra, resuelto de concertarse y tomar algun asiento por lo que le tocaba, sobre seguro vino á Castilla. En una junta y Cortes muy grandes que se tuvieron en la ciudad de Leon, se hallaron presentes el rey don Alonso de Castilla, doña Berenguela, su mujer, y doña Sancha, su hermana, y el mismo don García, rey de Navarra, sin otros grandes señores y personas de cuenta. En estas Cortes se acordó que el de Castilla tomase título y armas de emperador. Parecíales pues tenia por sujetos y feudatarios los aragoneses, los navarros, los catalanes con parte de la Francia, que bien le cuadraba aquella corona y majestad. Coronóle el arzobispo de Toledo. Tenia á manderecha al rey de Navarra, y al otro lado el obispo de Leon, llamado Arriano. Dió su consentimiento el Papa, segun que lo testifican nuestras historias, es á saber, Inocencio II, que en aquella sazon tenia el gobierno de la Iglesia, dado que apenas se puede creer quisiese hacer tan grande befa á Alemaña; si ya no fué que con nombrar nuevo emperador en España quiso castigar y satisfacerse de las insolencias y desacatos muy grandes y ordinarios de aquellos emperadores. Hízose este auto tan solemne en Santa María de Leon, el mismo dia de la Pascua de Espíritu Santo del año de 1135, como lo testifica un escritor de aquel tiempo y se entiende por los actos de aquellas Cortes. Despues desto, el nuevo Emperador se tornó á coronar en Toledo, bien que no se sabe en qué dia ni año. Destas dos coronaciones resultó, á lo que se entiende, la diversidad de opiniones y que unos escribiesen que se coronó en Toledo, otros que en Leon. En los archivos de Toledo hay un privilegio que concedió el rey don Alonso á esta ciudad; allí dice que tomó la primera corona del imperio en Leon, palabras de que con razon se saca que á imitacion de los emperadores de Alemaña, que se coronan por tres veces, quiso el nuevo Emperador coronarse primera y segunda vez en diversas partes. Autor de aquel tiempo dice que se coronó tres veces; la primera en Toledo, dia de Navidad; la segunda en Leon, y que la corona de oro la tomó en Compostella; todo á imitacion de los emperadores de Alemaña. Lo cierto es que si bien algunos otros reyes de España acometieron antes desto tiempo á tomar apellido de emperador, este Príncipe, entre todos ellos,

conserva este sobrenombre, que vulgarmente le llamamos don Alonso el Emperador. Asimismo se tiene por cosa averiguada que la ciudad de Toledo desde este tiempo comenzó á usar de las armas que hoy tiene, que es un emperador asentado en su trono con vestidura rozagante, el globo del mundo en la mano siniestra, y en la derecha una espada desnuda. Antes desto tenia dos estrellas por armas, y despues un leon rapante. Comenzóse otrosí á llamar ciudad imperial, como se tiene comunmente por tradicion; demás que del rey don Juan el Segundo hay una escritura ó cédula real en que le da ese apellido. San Bernardo en una carta que escribe á la infanta doña Sancha la llama hermana del emperador de España. Fué esta señora muy pia; murió sin casarse; llamábase Reina porque su hermano le dió este apellido desde el principio de su reinado. Demás desto Pedro, abad cluniacense, en una carta que escribe al mismo papa Inocencio II, usa deste principio : «El emperador de España, gran príncipe del »pueblo cristiano, devoto hijo de vuestra majestad, etc.» Ruégalo en aquella carta venga en que el obispo de Salamanca se traslade á Santiago de Galicia y que condescienda en esto con el deseo del clero y pueblo de aquella ciudad que lo pedia. Este obispo era Berengario, que cuatro años adelante, por muerte de don Diego Gelmirez, fué elegido en segundo arzobispo de la iglesia de Santiago. Volvamos al Emperador. Luego que tomó aquel título, nombró á sus hijos por reyes; á don Sancho, el hijo mayor, señaló el reino de Castilla, y á don Fernando, el menor, el de Leon, con que dejó divididos sus estados; resolucion poco acertada, que siempre se tachará, y sin embargo, se usará muchas veces por tener los padres mas cuenta con la comodidad de sus hijos que del bien comun. No se descuidaban los prelados y señores que tomaran la mano en concertar las diferencias susodichas de apretar y llevar adelante estas práticas. Lo de Aragon aun no estaba sazonado; concertaron despues de mucho trabajo que los reyes don Alonso y don García se juntasen de nuevo para tratar de sus haciendas en el lugar de Paradilla, puesto á la ribera del rio Ebro. Allí se vieron el dia señalado, que fué á 27 de setiembre. Hallóse presente la reina doña Berenguela, ya emperatriz. Concertóse la paz con esta condicion : Que por don García quedase el reino de Navarra y demás dél todo lo que el Emperador tenia conquistado del reino de Aragon, á tal que tuviese todo su estado como feudatario y moviente de Castilla. Demás desto, se asentó que los dos juntasen sus fuerzas contra don Ramiro para quitalle el reino que tenia á tuerto usurpado, como ellos decian. Con este concierto los aragoneses y navarros quedaron revueltos entre sí, y se hicieron graves daños. Acudieron á atajar estas diferencias los señores y obispos de aquellas dos naciones. Acordaron se nombrasen tres jueces por cada una de las partes para componer estos debates. Juntáronse en una aldea llamada Vadoluengo, por Aragon, don Cajal y Ferriz de Huesca y don Pedro de Atarés; por Navarra, don Ladron, don Guillen Aznar y don Jimeno Aznar. Concertaron que se dejasen las armas; que los términos de Aragon y Navarra fuesen los mismos que el rey don Sancho el Mayor dejó señalados, es á saber, los rios Sarazaso, Ida y Aragon hasta que mezclan sus aguas con las de Ebro. Lo de Valderroncal y Biozal con otros lugares comarcanos, dado que caian en la parte que adjudicaban á los aragoneses, quedaron en poder de don García por todo el tiempo de su vida; que tendria empero todo su reino y estado como sujeto y feudatario de Aragon, que era lo mismo que tenia concertado y prometido al de Castilla; tan poca firmeza tenia lo que por estos tiempos se concertaba. Para que todo esto fuese mas firme se juntaron los dos reyes en Pamplona. Con esto parecia que las cosas se encaminarian como se deseaba, cuando un caso no pensado lo desbarató todo. Iñigo Aivar, quier por ser así verdad, quier porque le pesaba de las paces, avisó al rey don Ramiro que los navarros trataban de secreto de matalle. Como el Rey diese crédito al reporte, disfrazado y de noche se salió de Pámplona, sin parar hasta llegar al monasterio de San Salvador de Leire; de allí se partió mas ofendido que vino, y quitada, mal pecado, toda esperanza de concierto, de nuevo volvieron á rompimiento. Don Ramiro por su edad, no solo de los príncipes, sino tambien del pueblo, parece era menospreciado en tanto grado, que vulgarmente le llamaban el rey Cogulla, y le ponian otros nombres de desprecio. Es el vulgo una bestia indómita, y que ni con beneficios ni por miedo enfrena las lenguas. A ejemplo pues de Periandro, tirano de Corinto, y de Tarquinio, último rey de los romanos, se dice acometió una hazaña digna de memoria para la posteridad, pero cruel y fea para una persona consagrada. Llamó á Cortes los grandes del reino para Huesca, el año 1136. La voz era que queria allí tratar negocios muy graves. Acudieron á su llamado muchos, de los cuales hizo luego matar quince señores, que parecian serle mas contrarios, los cinco de la casa de Luna, los demás de la principal nobleza del reino, cuyos nombres no me pareció era necesario relatarlos en particular. El abad del monasterio de Tomer, con quien comunicó todo esto, refieren le dió este consejo, ca preguntado por los embajadores que el Rey le despachó en esta razon, lo que debia hacer en tan grande revuelta como la en que las cosas andaban, en presencia dellos con una hoz derribó lo mas alto de las coles que en su huerta plantara, sin dar otra respuesta mas que esta, que fué avisalle de lo que hizo. Lo que se dice de don Ramiro y de su atamiento y poca maña no parece creible; que era tan para poco y de tan poca habilidad, que en la guerra, por llevar el escudo embrazado en la izquierda y en la derecha la lanza, regia el caballo y las riendas con los dientes; parece fábula sin propósito. Lo que consta es que fué tenido por hombre poco á propósito para el gobierno, y de menos valor que pedia peso tan grande; de que se tomó ocasion para tramar estas consejas. Por conclusion, como ni á sí mismo satisficiese ni á los otros, enfadado del gobierno, determinado de dejarle, porque ya tenia una hija, que se llamó doña Petronila, en aquellas Cortes de Huesca dió intencion de lo que pretendia hacer, y amonestó á los presentes que pospuesto todo lo al, debian con mucha instancia procurar la amistad del emperador don Alonso, sin hacer mencion alguna de vengar las injurias de los navarros, quier fuese por deseo de la paz, quier por haberse ellos purgado bastantemente de lo que les levantaron, haber puesto asechanzas á su vida. Don Ramon, conde de Barcelona, fué el que principalmente se puso de por medio para concer-

tar las diferencias entre Castilla y Aragon, como persona que tenia grandes alianzas con el un príncipe y con el otro, demás que le dieron intencion, por medio de don Cajal, hombre principal, de casarle con la infanta doña Petronila y hacerle rey de Aragon. A la ribera de Ebro, tres leguas arriba de Zaragoza, está Alagon; este pueblo señalaron para que los dos reyes se viesen. Acudieron el dia señalado, que fué á 24 del mes de agosto. Acordóse que la ciudad de Zaragoza fuese restituida al señorío de Aragon; quedaron por Castilla Calatayud y Alagon, con los demás pueblos que están desta parte de Ebro. Para mayor seguridad deste concierto el rey don Ramiro dió su hija en rehenes, dado que no se pudo alcanzar casase con don Sancho, hijo mayor del Emperador, por estar prometida al conde de Barcelona, que les venia mas á cuenta, por ser gran señor y caerles lo de Cataluña muy cerca. Además, que se entendia alcanzaria del Emperador todo lo que quisiese por el estrecho deudo y amistad que con él tenia. En todo esto, no solo no se hizo caso de la confederacion que por entrambas partes tenian puesta con el rey de Navarra; antes uno de los principales capítulos desta nueva avenencia fué que juntarian las armas de Castilla y Aragon para hacer la guerra al Navarro; mas él, avisado de lo que pasaba, se apercebia de todo lo necesario: príncipe de gran corazon y brio, pues contra las armas de los dos reyes tan poderosos, se atrevió, no solo á mantenerse en su reino, sino á procurar de ensanchallo. Casó con doña Mergelina ó Margarita, hija de Rotron, conde de Alperche, y con ella hobo en dote la ciudad de Tudela. Los privilegios y escrituras de aquel tiempo rezan que reinaba en Pamplona, en Najara, en Alava, en Vizcaya y Guipúzcoa. Ayudáronle mucho los franceses con sus fuerzas, porque Luis, rey de Francia, tuvo por cosa honrosa tomar debajo su amparo y favorecer este nuevo y flaco Rey, ayuda con que el Navarro prevaleció, si bien, segun lo tenian concertado, sin dilacion de todas partes sus contrarios acudieron á las armas. Los campos de Castilla y de Navarra se asentaron cerca de los pueblos Gallur y Cortes; no se vino á batalla por rehusar los unos y los otros de ponerse á semejante peligro. Esto es mas verisímil que lo que se publicó por la fama, es á saber, que por reverencia de la Pascua de Resurreccion, que cayó en aquellos dias, dejaron de pelear. Concertóse el casamiento entre don Ramon, conde de Barcelona, y la infanta doña Petronila, á 11 del mes de agosto del mismo año, que se contaba de 1137. Hecho esto, el rey don Ramiro, renunciado el cuidado y gobierno del reino, se recogió en la iglesia de San Pedro de Huesca, deseoso de vida mas sosegada. Reservóse solamente el nombre de rey y el poder usar de su autoridad cada y cuando que quisiese. A los alcaides de los castillos y pueblos de todo el reino envió órden para que hiciesen de nuevo homenaje al conde de Barcelona. Y porque en aquellas revueltas y alborotos, como es ordinario, los señores vendieran el servicio que hacian al viejo Rey lo mas caro que podian, por pueblos y castillos que les dió en tan gran número, que divididas las fuerzas del reino y menoscabadas, parecia que al Rey no le quedaba mas que la vana sombra de aquel nombre; se hizo una ley en que todas aquellas donaciones, como ganadas fuera de tiempo, se revocaron y dieron por ningunas y de ningun valor, mayormente aquellas que se impetraron despues que aquel Rey tomó por yerno al conde de Barcelona. En lo tocante á Navarra se determinó que los linderos de los dos reinos fuesen los que se señalaron en Pamplona y en Vadeluengo en la confederacion que allí se hizo. Don Ramon, luego que se encargó del gobierno de aquel reino y dió asiento en las cosas dél, se fué á ver con el emperador don Alonso; con él en Carrion, pueblo de Castilla la Vieja, trató de reformar las condiciones de la paz que poco antes entre Castilla y Aragon se asentaron. Hizo grande efecto su venida; otorgáronle que todas las tierras de Aragon que están desta parte del rio Ebro quedasen por aquellos reyes como antes las tenian, mas que por ellas fuesen feudatarios de Castilla. Con esto, por el mes próximo de octubre, don Ramon hizo su entrada en Zaragoza; fueron grandes los regocijos y el aplauso del pueblo, que le llamaba padre de la patria, autor de la paz y felicidad del reino. Dió asiento en las cosas de aquella ciudad y de todo lo demás, con que fundó el sosiego tan deseado de todos. En acabar todas estas cosas se señaló mucho Guillen Ramon, senescal de Cataluña, que era lo que ahora llamamos mayordomo mayor; y como tal tenia gran cabida y privanza con el rey don Ramiro. Por sus servicios el conde de Barcelona le hizo merced en Cataluña de la villa de Moncada, principio de donde como de tronco salió y se fundó en aquella provincia la muy noble casa y linaje de los Moncadas.

CAPITULO XVII.

Que don Alonso, príncipe de Portugal, se llamó rey.

De la alteracion ajena tomaron los portugueses ocasion de aumentar su señorío y ganar mayor renombre. Don Alonso, quién dice infante ó príncipe, quién duque de Portugal, por ser, como era, no menos ilustre en la guerra que en la paz, no cesaba de ennoblecer su estado, acrecentalle y hermosealle de todas las maneras que podia. En la ciudad de Coimbra fundó el monasterio de Santa Cruz, obra muy principal, que escogió para su sepultura. Hízole donacion de Leira, pueblo que por este tiempo se ganó de moros. Principios fueron estos de grandes cosas, porque el año de nuestra salvacion de 1139, con muchas gentes que juntó de todo su estado hizo entrada en tierra de moros, y pasado el rio Tajo, movió guerra á Ismar, rey moro que tenia el señorío de aquellas comarcas. En esta jornada antes que se viniese á las manos falleció Egas Nuñez, ayo del mismo don Alonso, por cuyos consejos hasta entonces se conservaron y gobernaron aquel Príncipe y sus cosas. En la ciudad de Portu hay un monasterio de bonitos, llamado vulgarmente de Sosa, fundacion del mismo don Egas, en que se ven las sepulturas deste caballero y de sus hijos. La de doña Teresa, su mujer, está en el monasterio de Cereceda de la órden del Cistel, que asimismo ella fundó á dos leguas de Lamego, á lo que yo entiendo el uno y el otro de los despojos de la guerra. Ismar, avisado del intento que don Alonso llevaba, á toda diligencia levantó y alistó gente en su tierra. Acudiéronle otros cuatro reyes ó señores moros, con que formaron un grueso ejército. Llegaron á vista unos de otros cerca de Castroverde, en una llanura que

á la sazon se llamaba Uriquio, y al presente Cabezas de Reyes, y pareció á propósito para dar la batalla. Riega aquellos campos el rio de Palma, llamado otro tiempo Chalibs; por tierra de Beja, do tiene su nacimiento, lleva poca agua; pero con otros rios que se le juntan, poco á poco se engruesa de tal suerte, que cuando llega al mar y al golfo salaciense, cerca de Alcázar de Sal, tiene hondo bastante para navegarse. Don Alonso, vista la muchedumbre de los enemigos, al principio estuvo congojado; por una parte se le representaba el riesgo á que ponia todo su estado, por otra la afrenta y mengua suya y de los suyos, si volvia atrás, mas pesada que la misma muerte. Venció el deseo de la honra al recato cobarde, en especial que sus soldados dos dias antes que la batalla se diese, que fué á 25 de julio, dia del apóstol Santiago de aquel mismo año, con grande resolucion y regocijo, tan animados estaban, en los reales dieron al príncipe don Alonso nombre de rey. Esto le hizo de todo punto resolverse y probar la suerte de la batalla, por no parecer, si la excusaba, que amancillaba aquella nueva dignidad y ditado. Llegado pues el dia, ordenadas sus haces en guisa de pelear, les habló en esta sustancia: «Las palabras, amigos mios, no hacen á los hombres valientes. Los corazones que se avivan con el razonamiento del capitan, luego que se viene á las manos vuelven á su natural. El esfuerzo de cada cual en el peligro le descubre. El estado en que todos nos hallamos, bien así como yo, lo veis todos. La muchedumbre de los enemigos y el sitio en que estamos no da lugar para que ninguno pueda volver atrás. Vuestro esfuerzo, valientes soldados, os servirá de reparo. ¿Qué cosa hay mas torpe que poner en los piés la esperanza quien tiene empuñadas las armas? Qué volver las espaldas á los que no se atreverán á mirar vuestros rostros y denuedo? Afuera el miedo y cobardía. La alegría que veo en vos da bastante muestra de vuestro esfuerzo y valor. Yo determinado estoy de cumplir con lo que debo, sea con la muerte, sea con la victoria; lo primero no lo permitirá Dios ni sus santos, lo al en vuestras manos está. Contra esta canalla que tantas veces vencistes al presente habeis de pelear. Los ánimos pues de los enemigos y vuestros será como de vencidos á vencedores; el de ellos bajo, medroso y cobarde, el vuestro alegre y denodado. De mí no espereis solamente el gobierno, sino el ejemplo en el pelear. Parad mientes no parezca me distes el apellido de rey para afrentarme en este trance.» Dichas estas palabras, dió señal de acometer, mandó que los estandartes se adelantasen; lo mismo hicieron los enemigos. Trabóse una brava pelea, como de los que contendian por la honra, por la vida y por el imperio de todo Portugal. Ultimamente, la muchedumbre de los moros fué vencida por la fortaleza de los cristianos; muchos quedaron muertos, y no pocos presos. Los cinco estandartes de los reyes vinieron en poder de los vencedores. Principio y ocasion de las armas de que usaron en adelante los reyes de Portugal, en escudo y campo azul cinco menores escudos. Otros dan diversa interpretacion, y pretenden que significan las cinco plagas de Cristo, hijo de Dios; pero no sé si con fundamento bastante. En tiempo de don Sancho, segundo deste nombre, rey de Portugal, á las armas antiguas añadieron castillos por orla, no siempre en un mismo número, al presente ponen siete. Esta fué aquella batalla tan celebrada con razon por los historiadores portugueses, de las mas memorables que se vieron en aquella era, despues de la cual en breve el poder y fuerzas de Portugal se aumentaron en grande manera. Verdad es que todo lo escurecia y afeaba la prision tan larga de su madre. Avisado desto el pontífice Inocencio II, que todavía lo era por estos tiempos, procuró apartalle de aquel propósito y hacer que se reconciliasen. Con este intento envió desde Roma con muy grandes poderes al obispo de Coimbra, cuyo nombre no se dice. El no cesó de amonestar al Rey que hiciese oficio de hijo para con su madre; esquivase la mala voz que corria de aquel hecho; que era cosa de muy mala sonada tenella, no solo despojada de su estado y dote, sino privada de la libertad; ninguna causa bastante se podia alegar para hacer tan grande injuria y tal desacato á la que le engendró. Las orejas del Rey estaban sordas á estas palabras; tanta vez tiene la indignacion concebida contra lo á que obliga la ley natural. El Obispo, puesto entredicho en aquella su ciudad, se salió de Portugal. Por esta misma causa vino de Roma cierto cardenal, mas no hizo efecto alguno, ántes forzado por las amenazas del Rey, alzó el entredicho que en todo el reino tenia puesto. Era en aquella sazon don Manrique ó Amalarico de Lara muy principal en riquezas y en nobleza, y por merced de los reyes de Castilla era señor de Molina. Don Alonso, rey de Portugal, procuró casarse con una hija deste caballero, que se llamaba Malfada. Quién hace á doña Malfada hija ó hermana de Amedeo, conde de Mauriena y de Saboya; y aun debe ser lo mas cierto, atento que el arzobispo don Rodrigo dice que casó con Malfada, hija del conde de Mauriena. Nacieron deste matrimonio don Sancho, doña Urraca y doña Teresa, aquella que casó adelante con Filipe, conde de Flándes. Demás destos hijos tuvo este Rey otro hijo bastardo, llamado don Pedro. Hechó los regocijos destas bodas, volvieron los portugueses á la guerra. Santaren, villa principal de aquel reino, está á la ribera de Tajo. Llegaron de improviso los nuestros, y antes de amanecer sin ser sentidos la escalaron y echaron della los moros. De los despojos desta guerra fundó aquel Rey el monasterio de Alcobaza de monjes bernardos, por voto que hizo al pasar por donde está de hacello así, caso que ganase aquella plaza. Sobre el imperio de Africa contendian con gran porfía Albohali, que era del linaje de los almoravides, y Abdelmon de los almohades, nuevo linaje y secta que entre los moros se levantaba. Estas diferencias dieron ocasion que los moros de España fuesen por los nuestros maltratados; á la verdad en esta sazon mas se conservaban por estar los cristianos ocupados en guerras civiles que por su mismo esfuerzo. Y aun por este tiempo en algunas partes gozaban los moros de tanto sosiego, que tenian lugar para darse muy de propósito al estudio de las letras, en especial en Córdoba, madre que siempre fué de buenos ingenios, hobo en esta sazon varones esclarecidos y excelentes en todo género de filosofía. Avicena fué uno, al cual algunos tienen por hombre principal y hijo de rey, otros pretenden que no fué español, ni jamás aportó en España. Averroes fué otro nobilísimo comentador de Aristóteles, él mismo dice de sí que escribia los *Comentarios sobre los libros de Coelo* de Aristóteles

el año 530 de los árabes, que concurre con el año de Cristo de 1135. Avenzoar asimismo fué señalado en aquella ciudad en los estudios de matemáticas y astrología. Esto en Córdoba. En Portugal con gentes que juntaron ganaron los cristianos por fuerza de armas la villa de Sintra, asentada junto al promontorio que los antiguos llamaron Artabro y no léjos de aquella parte por donde el rio Tajo desagua en el mar. Era el lugar muy á propósito para llamar socorros extraños. Por esta causa, á persuasion del Rey, vinieron gruesas armadas de Francia, Ingalaterra y Flándes. Las ayudas fueron tales, que se determinó de poner cerco sobre Lisbona, ciudad en aquella comarca muy populosa y lo mas principal de Portugal. Pero antes que declaremos el fin que tuvo este cerco muy famoso, volverémos la pluma á lo que se queda atrás.

CAPITULO XVIII.

Cómo los fieles ganaron á Almería.

Entre tanto que estas cosas pasaban en Portugal, los navarros y aragoneses traian guerras entre sí. Don Alonso el Emperador tenia en su mano la guerra y la paz; el que de los dos reyes fuese el primero á ganar su amistad se prometia seguramente la victoria de su contrario; así, á porfía los unos y los otros la pretendian. El primero, don Ramon, conde de Barcelona, encargado que se vió del nuevo reino de Aragon, y por el mismo caso envuelto en graves dificultades, con intento de granjearle la voluntad y atraelle á su parecer, fué á Carrion, villa de Castilla, como queda dicho. La ida no fué en vano, porque alcanzó que Zaragoza, Tarazona, Calatayud y los demás pueblos de la corona de Aragon que están de esta parte de Ebro, y á la sazon tenian guarnicion de castellanos, se le entregasen como á feudatario de los reyes de Castilla. De don García, rey de Navarra, dado que con ordinarias entradas que hacia molestaba los aragoneses por toda la comarca que hay desde Tudela á Zaragoza, por entonces no se hizo mencion alguna; pero dos años adelante, que fué el de 1140, don Ramon, movido por aquellos desaguisados, y confiado en la amistad de don Alonso, vino segunda vez á verse con él en el mismo lugar de Carrion, donde entre aragoneses y castellanos se hizo liga contra el de Navarra, y se concertó que los pueblos de la corona de Aragon que tenian usurpados los navarros volviesen á los aragoneses, asimismo que los que del señorío de Castilla poseian desta parte de Ebro, luego que fuesen ganados del comun enemigo, se restituyesen fielmente á Castilla. Tocante al reino mismo de Navarra, acordaron que la tercera parte quedase por el Emperador, las otras dos partes se adjudicaron á don Ramon con nombre otrosí por ellas de feudatario de Castilla. Repartian los despojos antes de matar la caza. Despedidas estas vistas, como si hobieran tocado al arma, acudieron por ambas partes á la guerra. A don Ramon entretenian otros cuidados; así don Alonso el Emperador fué el primero que ido á Búrgos, con un grueso ejército que levantó y juntó de todas partes, pasados los montes Doca, rompió por tierras de navarros. El ruido y el espanto fué mayor que el efecto que se hizo; con embajadas que de una y de otra parte se enviaron y por medio de los prelados que acompañaban á los reyes, finalmente se hicieron paces entre aquellas dos naciones. Para concluir acordaron que los dos príncipes se hablasen; las vistas fueron á la ribera de Ebro, entre Calahorra y Alfaro. Hallóse presente en esta junta doña Berenguela, mujer del Emperador; allí, no solo se concertaron las paces, sino tambien para mayor firmeza acordaron que don Sancho, hijo mayor del Emperador, casase con doña Blanca, hija del Navarro. La Infanta, bien que de muy poca edad para que estuviese como en rehenes, fué desde luego entregada á su suegro. Hízose esta confederacion á 24 del mes de octubre del año susodicho. Desta mudanza tan repentina del emperador don Alonso no hallo bastante causa, ni que satisfaga del todo, si bien entiendo que no fué inconstancia ni liviandad, porque ¿qué Príncipe hobo en aquel tiempo ni mas grave ni mas santo? A la verdad era muy fuera de propósito que los aragoneses ocupados en otros negocios, y que poco le podian ayudar, se llevasen el fruto del peligro ajeno y de su trabajo; así determinó en particular mirar por lo que le estaba bien, ca gravísimos cuidados dentro y fuera de su estado apartaban á don Ramon y le impedian de la guerra de Navarra. Primeramente tenia mucho en que entender con los moros de su distrito, de quien en esta sazon los capitanes y fronteros de Aragon ganaron, á las riberas del rio Cinga, los pueblos de Calamera y Alcolea. Demás desto, los caballeros jerosolimitanos, por el testamento de don Alonso, rey de Aragon, que fué muerto los años pasados, todavía pretendian tener derecho al reino; y era razon contentallos en alguna manera y dar algun corte en esto, mayormente que Raimundo, maestre de la caballería de San Juan, era venido por este respeto á España. Por cuya diligencia, despues de largos debates sobre el caso, últimamente se asentó que los caballeros jerosolimitanos en Zaragoza, Calatayud, Huesca, Barbastro y Daroca, con todos los demás pueblos que se ganasen de moros, tuviesen de cada una de las tres naciones, cristianos, moros y judíos, un vecino por vasallo, que les acudiesen con sus tributos y á su llamado y debajo de su conducta cuando se hiciese guerra con sus personas y armas. Fuera desto, en todo el reino les señalaron otras rentas y heredamientos muy grandes con que sustentasen la vida y los gastos de la guerra, si bien fuesen muy grandes. En Jaca y en otros lugares les dieron sitios para hacer sus conventos. Púsose otra condicion muy principal, que si don Ramon muriese sin hijos, el reino volviese á los caballeros. En estas práticas y en asentar estos conciertos pasaron algunos años. El asiento Guillermo, patriarca de Jerusalem, y los demás caballeros de San Juan interesados aprobaron en Jerusalem, á 29 de agosto del año de 1141, y de todo otorgaron escritura pública. Vino tambien en ello y dió su consentimiento Fulcon, rey de Jerusalem, y últimamente aprobó todo esto el papa Adriano IV, que algunos años adelante comenzó á gobernar la Iglesia de Roma. En esta avenencia comprehendieron ese mismo las otras dos órdenes militares, y en particular los templarios, á los cuales don Ramon tenia mas devocion por causa que su padre, don Ramon Berenguel, tomó el hábito de aquella religion y la profesó los años pasados. Por esto fueron aventajados á los demás, ca

les consignó á Monzon y otro gran número de pueblos y castillos, la décima parte de las rentas reales y la quinta de todo lo que se ganase en la guerra de los moros. Finalmente, todos los caballeros quedaron exemptos de tributos y de la juridicion real, en particular se concertó y juró por expresas palabras que sin su consentimiento no se harian en tiempo alguno paces con los moros. Estos conciertos se hicieron en Girona, presente el cardenal Guidon, legado del Pontífice romano, que interpuso su autoridad en ello, y fué á 27 de noviembre, año de 1143. Siguióse una nueva guerra en Francia contra los Baucios, linaje en aquel tiempo muy poderoso en riquezas y aliados. La causa fué que Raimundo Baució estaba casado con doña Estefanía, hija de Gilberto, conde que fué de Aimillan y de la Proenza, hermana de doña Dulce, madre de don Ramon y de don Berenguel, como arriba se ha mostrado. Este pues por el derecho de su mujer pretendia apoderarse de una parte de la Proenza, si no pudiese por bien y por via jurídica, á lo menos por las armas. No le faltaban entre aquella gente aficionados por la aversion que tenian á don Berenguel como á príncipe extranjero, además que la gente popular, como suele, pensaba que las cosas nuevas serian mejores que las presentes. Esta guerra se comenzó en tiempo del susodicho don Berenguel, y por su muerte se encendió mas contra su hijo, que se llamó don Ramon Berenguel. La edad desto Príncipe era poca, las fuerzas no bien aseguradas, en tanto grado, que don Ramon, conde de Barcelona, se determinó, pospuesto todo lo al, tomar el amparo de aquel mozo, su sobrino; y aun, á lo que yo creo, para tener mayor autoridad, se llamó marqués de la Proenza. La guerra se comenzó, que fué brava; con ella los contrarios se vieron apretados de manera, que Raimundo Baucio, despojado de casi todo su estado paterno, de su voluntad vino á Barcelona para entregar á sí y á sus cosas á la voluntad y merced de aquel Príncipe. Hiciéronse las paces entre estas dos casas con buenas condiciones; con que Baucio fué restituido en todo lo que le quitaron en el discurso de la guerra. Demás desto le dieron á Trencatayo, que es un pueblo principal en aquella comarca, á tal que fuese por él feudatario de los condes de la Proenza. Estas fueron las dificultades y negocios que tenian embarazado á don Ramon; con que don García, rey de Navarra, tuvo comodidad y espacio de reforzarse; y en particular con intento de granjear al emperador don Alonso, que tenia el mando de todo y mayor poder que los demás, por ser muerta doña Mergerina, su primera mujer, casó el Navarro con doña Urraca, hija bastarda del Emperador. El año 1144, á 24 de junio, se celebraron las bodas con real magnificencia en la ciudad de Leon. Hobo justas y torneos, corriéronse toros. Entre los otros juegos que hicieron era uno de mucho gusto: en un lugar cerrado soltaban un puerco, seguíanle por el gruñido dos ciegos armados con sendos bastones, y sus celadas en las cabezas; el que le mataba era suyo. Avenia que por herirle muchas veces el golpe del un ciego por yerro descargaba sobre el otro, con grande risa de los que se hallaban presentes. La madre de doña Urraca se llamó Gontroda, mujer muy noble en las Astúrias, cuyo sepulcro con su letrero está en Oviedo en un monasterio de monjas, llamado de Vegua, que ella edificó á sus expensas y en que pasó lo mas de la vida; del rey don García y de doña Urraca fué hija doña Sancha, que casó dos veces; la primera con Gaston, vizconde de Bearne; la segunda, muerto este sin hijos, casó con don Pedro, conde de Molina; deste matrimonio nació Aimerico, que el tiempo adelante fué señor de Narbona. En esta sazon Africa andaba alborotada con guerras civiles. En España, asimismo se levantaron entre los moros grandes alteraciones por estar divididos en tres parcialidades. Zefadola, señor de Rota, pueblo asentado á la boca del rio Guadalquivir, sin embargo que era de la antigua sangre de los reyes moros, favorecia á los cristianos por sus respetos, que debajo de su conducta hicieron entrada hasta dar vista á Sevilla. Azuel, gobernador de Córdoba, y Abengamia, gobernador de Valencia, tenian entre sí diferencias; pero Abengamia era mas poderoso en fuerzas, y no paró hasta echar de Córdoba á su contrario. Entre los cristianos parece habia mas sosiego; solo don Ramon y el rey don García no tenian del todo compuestas sus diferencias. Tocaban ambos al emperador don Alonso en estrecho parentesco demás de la alianza que con ellos tenia puesta. Porque no se pasase tan buena ocasion de hacer la guerra á los moros, que estaban muy apoderados del Andalucía, los convidó y rogó por sus letras y embajadores para que se viesen con él en Santistéban de Gormaz. Hiciéronse estas vistas el año 1146, por el mes de noviembre; en ellas, si bien no se pudieron concertar paces perpetuas, negocióse que entre las dos naciones, aragoneses y navarros, se hiciesen treguas. Añadieron que por cuanto el emperador don Alonso pretendia hacer guerra á los moros, y para este efecto tenia apercebido un ejército muy escogido, don García por tierra y don Ramon por mar con una gruesa armada suya y de ginoveses ayudasen sus intentos. A la primavera del año siguiente los tres reyes hicieron guerra en el Andalucía, saquearon y quemaron los pueblos, talaron los campos, pasaron hasta Córdoba, ciudad muy principal y muy grande á la ribera de Guadalquivir, asentada en un llano, poderosa en armas y riquezas, demás desto muy señalada por haber tenido no mucho tiempo antes el imperio de casi toda España cuanto se extendia el señorío de los moros. Los campos son muy fértiles en todo género de esquilmos cuanto los mejores de España. Tenia el gobierno desta ciudad Abengamia en nombre del rey de Marruecos. Este, espantado de tan grande aparato de guerra, entregó luego la ciudad, ofreciéndose á obedecer y ayudar á los cristianos con mantenimientos y dinero. Raimundo, arzobispo de Toledo, por mandado del Rey, consagró con las ceremonias acostumbradas la mezquita mayor, que era la mas rica y vistosa de España. Resolucion apresurada y antes de tiempo, pues se partieron sin dejar en la ciudad alguna guarnicion de soldados. Recelábanse que si dividian el ejército se diminuirian las fuerzas y no les quedarian gentes bastantes para guerra tan grande como pretendian hacer, ni la ciudad por su grandeza se podia guarnecer sin mucha gente, ni era tanta la que tenian que se pudiese acudir á todo, mayormente que la gente de la tierra se apellidaba para hacelles rostro. Acordaron pues de dejar aquella ciudad sin guarda; solo hicieron que Abengamia, tocado el Alcoran, que es la ceremonia mas

grave que los moros usan en sus juras, hiciese homenaje que tendria aquella ciudad por el Emperador, y en su nombre la gobernaria con toda lealtad. El miedo no es maestro duradero de virtud, ni es acertado hacer confianza de los desleales á Dios. Apenas los nuestros se partieron de aquella ciudad cuando el gobernador moro faltó en la fe y palabra. Pasó el campo de los cristianos á Baeza, dondo tenian los moros juntadas las fuerzas de toda la tierra con determinacion de venir á batalla. El peligro era grande; aquejaba el cuidado y recelo al emperador don Alonso. Aparecióle san Isidoro entre sueños con muestra de majestad mas que humana, así se tuvo por cierto, y le animó y quitó la duda y el miedo. El suceso dió á entender que la revelacion no fué vana. El dia siguiente con el sol se trabó la pelea, en que los moros fueron destrozados y puestos en huida; la ciudad se rindió, y en ella, mudado parecer, dejaron guarnicion de soldados, porque á ejemplo de los de Córdoba no se rebelasen, además que no convenia dejar á las espaldas algun pueblo enemigo. En la toma y cerco desta ciudad se señaló entre todos el esfuerzo y diligencia de Rodrigo de Azagra, señor que era de Estella de Navarra. Pedro Rodriguez de Azagra fué su hijo; y entre los de aquel linaje de Azagras el primer señor de la ciudad de Albarracin. En aquella sazon Almería era tenida por ciudad muy fuerte. Está asentada á la ribera del mar Mediterráneo, á los confines del Andalucía y del reino de Murcia; llamóse antiguamente Abdera ó Puerto Grande. Della se derramaban muchas fustas á robar. Esta ciudad pretendieron ganar los nuestros, y con este intento se adelantaron con todas sus gentes en el mismo tiempo que los de Génova y los de Barcelona, conforme al órden que llevaban que costeasen aquellas riberas poco á poco con su armada, doblado el cabo de Gatas, dieron vista á la ciudad. Asentados los reales, combatieron los muros por mar y por tierra, y despues de algunas salidas y escaramuzas que se hicieron, con la batería abrieron entrada y forzaron algunas torres; dende lo demás de la ciudad se ganó por fuerza á 17 de octubre del año 1147. Veinte mil moros, que tomada la ciudad se retiraron al castillo, fueron forzados á comprar sus vidas por dineros. Desta manera se quitó aquel nido de cosarios, que ponia espanto á las riberas cercanas y distantes de España, Francia y Italia, que fué la causa principal de apresurar esta empresa. Los despojos se repartieron entre los soldados. A los ginoveses se dió en premio un plato de esmeralda muy grande, que ellos entonces juzgaron debian preferir á toda la demás presa, y al presente le guardan entre sus tesoros. Otros escriben se halló en la Suria cuando por fuerza se tomó Cesarea. El vulgo dice que Cristo, hijo de Dios, cenó en él la postrera vez con sus discípulos; opinion sin autor ni fundamento. Clemente, alejandrino, por lo menos dice que Cristo cenó en un plato de poca estima. La sazon del tiempo se acercaba al invierno; los soldados por ende dieron vuelta á sus tierras, no menos alegres por la venganza que tomaron de los moros, que por el interés que de la victoria sacaron. Con ocasion de aquella armada gruesa que trajeron los ginoveses en aquel tiempo muy poderosos por el mar, don Ramon, príncipe de Barcelona, se concertó con ellos que á la vuelta le ayudasen contra los moros que tenian parte de Aragon con las islas Baleares, hoy Mallorca y Menorca. Prometió para mas animallos de darles la tercera parte de lo que en la guerra se ganase, demás que en todos los pueblos que se tomasen de los moros tendrian los ginoveses templo y juzgado aparte; lo que era mas, que todos los mercaderes de aquella nacion serian libres de tributos. Eran estas condiciones aventajadas; acordaron de aceptallas. Revolvieron sobre las marinas de Cataluña, y con su buena maña ganaron de consuno á Tortosa, ciudad muy noble, y que por estar asentada á la boca del rio Ebro era muy á propósito para las contrataciones y comercio del mar. Estas cosas sucedieron el año siguiente, y luego el año adelante Lérida y Fraga vinieron á poder de cristianos, pueblos muy conocidos, el primero por la victoria que antiguamente cerca dél ganó Julio César y por el cerco que sobre él tuvo; el otro por el desastre fresco y muerte desgraciada de don Alonso, rey de Aragon. Lérida se dió al conde de Urgel en premio de lo mucho que en aquella guerra hizo y trabajó. A Guillen Perez, obispo de Roda, nombraron por obispo de Lérida con retencion de las ciudades Roda y Barbastro, que ordenaron se comprehendiesen en aquella diócesi; y aun se halla que algunos obispos de Lérida en el tiempo adelante se intitulaban obispos de Roda y de Barbastro.

CAPITULO XIX.

Cómo la ciudad de Lisboa se ganó de los moros.

Las cosas de los moros iban de caida, las de los cristianos en pujanza, y su nacion en España florecia en riquezas, caballos, armas y toda prosperidad. A cada paso se apoderaban de nuevos castillos, pueblos y ciudades. Casi en medio de Portugal, á la boca del rio Tajo, por do descarga con sus corrientes en el mar Océano, está un puerto contrapuesto al viento de poniente; la barra tiene angosta y peligrosa, dentro es muy ancho y capaz. A la ribera deste puerto, á la parte del norte, se extiende grandemente Lisboa, ciudad la mas noble y mas rica de Portugal. A las espaldas se levantan poco á poco unos collados, que tienen la subida fácil, y están cubiertos de los edificios de la ciudad. Su anchura es menor que conforme á su longura. El ruedo de los muros antiguos no es muy grande; la poblacion de los arrabales es mucho mayor, en especial en este tiempo, en que por la mucha gente que acude al trato de las Indias Orientales y á feriar la especiería que de levante viene todos los años se ha mucho acrecentado. Los barrios y las calles en gran parte son mal trazadas, angostas y no tiradas á cordel, sea por la desigualdad del sitio, que tiene altos y bajos, sea por el descuido en edificar, mayormente en el tiempo que estuvo en poder de moros, gente poco curiosa en esta parte. Los edificios nuevos y las calles son mucho mas hermosas. Los ciudadanos gente principal y honrada, los mercaderes ricos, las ganancias grandes, el sustento y arreo de los naturales muy templado. Goza de campos muy buenos, aldeas y alquerías que tiene por todas partes; muchas quintas ó casas de recreacion, que parecen edificios reales. Don Alonso, rey de Portugal, deseaba por todas estas causas apoderarse de aquella ciudad, y en especial por ser como castillo y reparo del señorío de los

moros de aquella comarca. No tenia fuerzas bastantes para salir con su intento; los demás reyes de España no le podian acudir por estar ocupados, unos en unas guerras, y otros en otras; convínole buscar ayudas de fuera. Por esto luego que ganó la villa de Sintra, como poco antes se tocó, movido por la comodidad de aquel lugar, convidó á los de Alemaña, Ingalaterra y Flándes con grandes partidos que les hizo para que en aquella guerra le acudiesen con sus armadas. Grande es la ayuda que consiste para todo en la amistad de los príncipes y alianza de las provincias cristianas entre sí, como se vió en este caso, ca por el esfuerzo de don Alonso y con las ayudas de fuera aquella muy poderosa ciudad el mismo mes puntualmente se ganó que Almería en el Andalucía. Las armadas se pusieron á la boca del puerto para que no pudiesen por el mar entrar vituallas ni socorros á los cercados. Los reales de los naturales barrearon do al presente está el convento de San Vicente. En los de los extranjeros despues se edificó el monasterio de San Francisco; sitios que en nuestra edad están el uno y el otro comprehendidos dentro de la ciudad. Hobo muchos encuentros y varios trances. Los nuestros peleaban fuertemente por extender su imperio, los enemigos por las vidas. Batieron los muros de la ciudad por muchas partes; alargábase el cerco; últimamente, el dia de san Crispin y Crispinian, resueltos de dar asalto general, con grande esperanza de forzar aquella ciudad, ordenadas las haces, habló el rey don Alonso á los suyos desta manera: «No penseis, amigos, que esta empresa se endereza á combatir una sola ciudad, antes os persuadid que en una plaza tomais á todo Portugal. Aquí está el dinero de los enemigos, que nos será de grande importancia para la guerra; aquí los trabucos, ingenios y toda suerte de armas. Esta es su fortaleza, su granero, su tesoro, en que tienen recogidas todas sus preseas y almacen. Los enemigos son los mismos que tantas veces vencistes en las guerras pasadas, del mismo esfuerzo y industria, sino que las compañías de ciudadanos son mas á propósito para los ejercicios de la paz y para sus granjerías que para menear las armas; ellos mismos se embarazarán en la pelea. Soldados en la ciudad hay pocos, y esos con el cerco continuo de cinco meses muy cansados y en pequeño número. Atreveos pues á vencer, y con el denuedo y esfuerzo á vos acostumbrado, acometed los muros de la ciudad, derribados por tantas partes. Entrad por las ruinas y piedras; ninguno podrá hacer contraste á vuestro valor.» Dicho esto, todos á una voz pidieron la señal de acometer; dada, arremetieron á la ciudad y á las murallas; lo que hacia mucho al caso para inflamar los soldados, el mismo Rey estaba presente como testigo y juez del esfuerzo de cada cual. El combate fué bravo y sangriento; los nuestros pretendian arrimarse á los muros y forzallos, los cercados tiraban todo género de armas y piedras, sin que alguna cayese en balde, por estar tan cerrados los soldados. Por conclusion, quebrantada la puerta que se llama del Alhama, entraron en la ciudad; la matanza fué grande y la sangre que se derramó; los que se rindieron tomaron por esclavos. El saco se dió á los soldados, que fué mayor de lo que se pensaba. Consagraron la mezquita mayor, segun que era de costumbre, y nombraron por obispo á Gilberto, hombre, aunque forastero, pero de mucha erudicion y conocida virtud. Tomóse la ciudad de Lisbona á 25 de octubre, otros dicen á 21. En el lugar mismo en que tenian los reales, el Rey á sus expensas edificó un monasterio de canónigos reglares de San Agustin, con nombre de San Vicente, por tener particular devocion á este Santo y para que juntamente por el nombre fuese memoria á los venideros de aquella tan señalada victoria. Gran número de los soldados extraños se aficionaron á la abundancia de Portugal y á la hermosura, templanza del aire, que tiene el invierno templado, y el estío por los continuos embates del mar no muy caluroso. Estos, determinados de hacer su morada en aquella provincia y trocar sus patrias con Portugal, se dice que por permision del rey don Alonso edificaron á Almada, Villaverde, Arruda, Zambuya, Castañeda con otros pueblos. El Rey en prosecucion desta victoria con increible felicidad ganó de los moros á Alanquer, Obidos, Ebora, Yelves, Mura, Serpa, Beja y otros pueblos y villas por toda aquella comarca; todo se allanaba y parecia ser fácil á su esfuerzo y valor; verdad es que la mayor parte destas cosas sucedieron algunos años adelante. Volvamos á nuestro camino y al órden de la historia que llevamos.

CAPITULO XX.

Cómo se halló el cuerpo de san Eugenio.

En el tiempo que estas cosas se hacian en España, Eugenio, pontífice tercero deste nombre, sucesor de Lucio II, natural de Pisa y de la órden del Cistel, gobernaba bien y prudentemente la Iglesia romana. Las cosas de los cristianos en la Tierra-Santa parecian empeorarse. Estaba en gran parte apagada y menguada la fortaleza militar de los de Lorena. Como algunos animales y semillas, así bien los ingenios de los hombres con el cielo y tierra diferentes, y en particular con la longura del tiempo, degeneran y se estragan. Los bárbaros, que por todas partes los cercaban, tenian puestas las cosas de los cristianos en gran aprieto y peligro. Balduino, tercero deste nombre, hijo de Fulcon, rey de Jerusalem, por sus pocas fuerzas y por la flaqueza de su edad no era suficiente para tan grande carga. El pontífice Eugenio, movido deste peligro y encendido del amor de la cristiana religion, en Francia, donde para esto fué en persona, no cesaba de animar á los príncipes cristianos y exhortallos acudiesen con sus fuerzas á la guerra sagrada. Movió al emperador Conrado y á Luis, rey de Francia, para que con muy buenas gentes partiesen camino de la Tierra-Santa. Para salir mejor con su intento y adelantar estas práticas convocó concilio de todos los obispos del mundo para Rems, ciudad principal de Francia, el año 1148. A este Concilio partió don Ramon, arzobispo de Toledo, desde España. Llegado que fué á Paris, que cáia en el mismo camino, por devocion quiso visitar la iglesia de San Dionisio, que está dos leguas francesas de aquella ciudad, en un pueblo del mismo apellido del Santo; y por estar en ella las reliquias de san Dionisio es de no menor devocion que célebre con las sepulturas de los reyes de Francia y asaz embarazada. Allí como mirase con curiosidad el edificio del templo y su hermosura, y con atencion pusiese la vista en cada una de las cosas que se ofrecian, acaso ó advertido de los que le acompaña-

ban, consideró en cierta capilla estas palabras grabadas en un mármol:

AQUÍ YACE EUGENIO, MÁRTIR, PRIMER ARZOBISPO DE TOLEDO.

Maravillóse primero deste letrero, por estar en España perdida del todo la memoria de san Eugenio y no quedar rastro de cosa tan grande; revolvió diligentemente los libros de aquella iglesia y memorias antiguas; halló que todo concordaba con la verdad. Hecho esto, muy alegre con nueva tan buena pasó al concilio de Rems, el cual despedido y acabadas á su voluntad todas las cosas que pretendia, volvió á España con la alegre nueva de cosa tan importante, que hinchó de muy grande gozo los ánimos del Rey y de los grandes y de toda la muchedumbre del pueblo. Desta manera sucedió entonces este negocio: El monasterio broniense, que está en los estados de Flándes, en tierra de Namur y tiene advocacion de San Pedro, pretende tener el cuerpo de san Eugenio. Refieren aquellos monjes benitos que fué llevado el año 920, á 18 de agosto, por engaño ó á ruegos de Gerardo, su fundador, desde San Dionisio á Bronio, do está aquel monasterio. Lo que se entiende es que le dieron una parte del sagrado cuerpo, que fué causa de persuadirse le tenian en su poder todo entero, como es muy ordinario en cosas semejantes. Comenzóse por entonces á procurar que las sagradas cenizas de san Eugenio volviesen á Toledo; pero estas práticas se estorbaron por las muertes que casi en un mismo tiempo sobrevinieron de la reina doña Berenguela y del Arzobispo. La Reina falleció el año siguiente de 1149, y fué sepultada en la iglesia de Santiago, con quien en vida tuvo particular devocion. Este año, desgraciado por la muerte de la Reina, fué mas señalado por una lluvia de sangre que cayó en parte de Portugal y en el señorío de los moros. El año adelante de 1150, miércoles, á 9 dias de agosto, pasó desta vida el arzobispo Raimundo, quebrantado con la edad y con los trabajos de camino tan largo. Créese, mas por conjeturas que por cierta memoria que haya, le enterraron en la misma iglesia mayor de Toledo. Sucedió en el arzobispado don Juan, primero deste nombre, obispo á la sazon de Segovia, varon de grande ánimo y de conocida bondad. Desta manera procedian las cosas de Castilla. Por otra parte, el pontífice Eugenio confirmó el nombre y autoridad de rey á don Alonso, que ya se intitulaba rey de Portugal, y á su ejemplo, pasados algunos años, Alejandro, tercero deste nombre, hizo lo mismo por una bula que promulgó Alberto, cardenal y chanciller de la santa Iglesia romana; ambos pontífices por esta gracia le mandaron pagar cierto tributo á los papas en cada un año: Eugenio cuatro libras de oro, Alejandro dos marcos; tributo que no se sabe si en los primeros tiempos le pagó Portugal; en nuestra era y de nuestros antepasados siempre aquel reino se ha tenido por libre de todo punto y exempto de semejante carga y pension.

LIBRO UNDÉCIMO.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo los almohades vinieron á España.

Una nueva entrada que los almohades hicieron en España, gente bárbara y fiera, hemos de contar; un nuevo reino que en Africa y en España se fundó por estos tiempos, nuevas asonadas de guerras sangrientas, con cuyas olas la república cristiana fué trabajada; maravillosos y extraordinarios juegos de la fortuna mudable hasta tanto que ganada una victoria señalada, y la mas ilustre que en aquella sazon hobo en el mundo, las fuerzas de los moros mucho se enflaquecieron y quebrantaron. Tenia el imperio de los moros en Africa y en España Albohali, príncipe del linaje de los almoravides, como arriba queda declarado, en el cual tiempo un cierto hombre, llamado Tumerto, en Africa, muy docto, así bien en las demás partes de astrología como señalado en pronosticar por el nacimiento de cada uno la vida, ingenio, costumbres y accidentes que habia de tener, que es una ciencia vanísima, considerado el rostro de un mozo llamado Abdelmon, de cuerpo membrudo y muy animoso y por el aspecto de las estrellas, sin embargo que era de muy bajo suelo, tanto, que su padre era ollero, le pronosticó seria rey de su nación; que así lo mostraba el cielo y tales eran sus hados, cuya fuerza no poderse quebrantar la gente y nacion de los moros está muy persuadida. Abríanse las zanjas de una fábrica muy grande. Sucedió muy á propósito para sus intentos que un gran predicador de la ley mahometana, en aquella sazon tenido por hombre de santa vida y de doctrina singular, llamado Almohades, introduciendo y publicando nuevas declaraciones de la ley, despertaba y alborotaba los ánimos de la muchedumbre, mudable de ingenio, principalmente en Africa, y deseosa grandemente de novedades. A este como quier que Tumerto persuadiese su pronóstico, y él, ó de verdad lo creyese así, ó lo mostrase, trataron entre sí de mudar el estado de aquel reino. No hay trama mas engañosa en la aparencia que el pretexto y capa de la mala religion cuando se usa della para dar cubierta á otras maldades; ni hay cosa mas perjudicial en la república que alterar la fe y religion que los mayores abrazaron. Así de todo tiempo consideramos haberse destruido grandes imperios por la diferencia en la religion, porque dividido el pueblo en parcialidades, de la contienda y de las palabras se pasa á enemistades descubiertas; y la una parte y la otra defiende sus opiniones con las armas, sin parar hasta arruinallo todo; lo que sucedió al presente, ca Almohades por la mucha autoridad que tenia persuadió á los que le seguian tomasen las armas debajo la conducta de Abdelmon, atropellasen y destruyesen el reino de los almoravides, pues era ilegítimo el seño-

rio que se fundara por fuerza destruyendo á los alavecinos, linaje que descendia de Fatima, hija mayor de Mahoma, su profeta. Demás desto, que si no sacudian de sí el imperio de los almoravides, no podrian las opiniones que de la religion tenian abrazadas pasar adelante, que los intentos impíos y insultos de aquella ralea de gente era justo fuesen castigados y vengados con toda diligencia. Movidos por estas razones los del pueblo, se determinaron á tomar las armas; pero como no fuesen diestros en la guerra, al principio quedaron vencidos en batalla por las armas y poder del rey Albohali. Sobrepujó el esfuerzo á la muchedumbre y canalla. Mas en breve juntadas nuevas fuerzas, volvieron á la guerra, y no pararon hasta que, vencidos los almoravides, dieron la muerte al rey Albohali. Abdelmon sucedió en su lugar. En tiempo deste Rey los que seguian á Almohades, de quien se tomó el nombre de los almohades, se apoderaron de aquel reino y mudaron en él las leyes y costumbres antiguas. Demás desto, dado asiento en las cosas de Africa, volvieron sus pensamientos á España. Tumerto se quedó en Africa con intento que sus enemigos no tuviesen lugar de alterarse; el nuevo rey Abdelmon y el profeta Almohades con mucha y muy buena gente pasaron á España, al principio sin hacer daño, porque no desconfiaban que los de su nacion voluntariamente se les rendirian; que si entretenian su esperanza y tomaban consejo diferente, venian determinados no excusar ninguna cosa de las que se pudiesen padecer ó temer, en fin usar de fuerza. Sucedióles como deseaban, que sin dificultad se persuadieron todos los moros que quedaban en España de acomodarse con el tiempo y recebir públicamente las nuevas opiniones y ritos que aquella gente abrazaba; esto con tanta aficion y con tanto odio, así de su antigua supersticion como de la religion cristiana, que todas las cosas ordenadas por los reyes moros pasados las trastrocaban y forzaban á las reliquias de los cristianos, que mezclados con los moros como las estrellas en las tinieblas de la noche resplandecian, y vulgarmente los llamaban mozárabes, con tormentos que les daban de todas maneras para que dejasen la religion de sus padres. Muchos por este miedo se huyeron á tierras de cristianos; entre los demás Clemente, prelado de Sevilla, llegado á Talavera, falleció algunos años adelante por este tiempo en aquel lugar, persona santa y muy ejercitado en la lengua arábiga. Otros muchos, oprimidos con el peso de los males, obedecieron á los vencedores, de tal suerte, que desde este tiempo pocos quedaron entre los moros que de nombre y de profesion fuesen cristianos. Los almohades, contentos de sujetar á su imperio los moros de España, no les pareció por entonces hacer guerra á los cristianos, que eran poderosos por tierra y por mar, antes acordaron dar la vuelta á Africa, donde tenian las principales fuerzas de aquella secta y parcialidad. Falleció el profeta Almohades en breve despues que volvieron, y cerca de Marruecos, silla de aquel reino, por mandado del Rey le edificaron un magnífico sepulcro; la muchedumbre, engañada con la muestra fingida de santidad y con la fama, comenzó á le honrar y hacer romerías á él por devocion. Vinieron á España los almohades año de nuestra salvacion de 1150, del imperio de los árabes 545. El arzobispo don Rodrigo pone seis años menos al fin de la *Historia de los árabes*, pero sin duda lleva la razon de los años errada en esta parte.

CAPITULO II.

Cómo murió don García, rey de Navarra.

En el mismo año que salió el emperador don Alonso al encuentro á los almohades, y talados los campos de Andalucía, puso cerco á Córdoba despues que Abdelmon era vuelto á Africa, como yo sospecho; don García, rey de Navarra, cerca de Lorca, pueblo de su señorío, de una caida de un caballo que dió en la caza sobre una peña, murió á los 21 de noviembre, víspera de santa Cecilia. Iba á la sazon de Estella á Pamplona mal enojado con no muy grande causa contra aquellos ciudadanos y con resolucion de castigarlos; mas este accidente le atajó los pasos y pensamientos. Reinó diez y seis años; los hijos que dejó fueron estos: don Sancho, que luego le sucedió en el reino y se coronó en la Iglesia mayor de Pamplona, do hizo enterrar á su padre; doña Blanca, nuera del Emperador, y doña Margarita, que casó con Guillermo, rey de Sicilia, por sobrenombre el Malo. Hijos otrosí legítimos del rey don García fueron don Alonso Ramirez, señor de Castro el Viejo, y doña Sancha, que casó primero con Gaston, vizconde de Bearne, despues con don Gonzalo, conde de Molina. La muerte de don García dió ocasion á los otros príncipes de nuevas alteraciones, en especial á don Ramon, príncipe de Barcelona, y al emperador don Alonso, no obstante los muchos vínculos de afinidad que con el muerto y con sus hijos tenia. Es así que los reyes en mas estiman ensanchar su señorío que ser alabados de humanos y de modestos; no hacen caso con el deseo de mandar de lo que la fama puede hablar dellos y pensar los venideros, como si con el poder presente se pudiese tambien apagar la memoria del tiempo adelante. Estos dos príncipes se juntaron en Tudelin, pueblo de Navarra, cerca de los baños que allí hay; hallóse asimismo presente don Sancho, ya dias antes declarado rey de Castilla por el Emperador, su padre. Hicieron dos acuerdos y convenencia con estas condiciones: que todo lo que de nuevo se quitara á Castillá se restituyese enteramente á don Alonso; lo que de Aragon á don Ramon; y que el antiguo señorío de Navarra, luego que juntadas las fuerzas le hobiesen quitado al nuevo Rey, le dividiesen entre sí por partes iguales, á cada cual lo que mas le estuviese á cuenta, en particular que Pamplona quedase por don Ramon, Estella por el Emperador, Tudela fuese de ambos, y cada uno pusiese en su parte quien la gobernase; que don Ramon por los pueblos y ciudades que adquiriese en Navarra fuese feudatario de Castilla, renovando en esto la confederacion de don Sancho y don Pedro, reyes de Aragon. Añadióse demás desto que pues el principal cuidado era de hacer guerra á los moros, luego que Valencia con todo lo que hay desde Tortosa hasta Júcar, y tambien Murcia, se ganase de moros, quedase por los aragoneses, como obligados eso mismo y feudatarios á los reyes de Castilla. Juraron los reyes estas condiciones; diéronse las manos entre sí, que conforme á las costumbres de España es una grande atadura de la fe dada y recebida; púsose término y señalóse tiempo para comenzar la guerra de Navarra, pasado el mes de setiem-

bre. La liga se hizo á 27 de enero, que tuvo no buen principio, y fué adelante de ningun efecto; porque el nuevo Rey, avisado de lo que pasaba, se apercibió con mucha diligencia, y aunque era de pequeña edad, estaba muy fortalecido, no mas de socorros de fuera que de la benevolencia de los suyos, en que sobrepujó á su padre, príncipe que fué á sus vasallos pesado y comunmente de los mismos aborrecido. Entre los señores de Navarra, don Ladron de Guevara, de antigua nobleza y señor de Alvar, tenia muy grande autoridad, tanto, que por pasar á los otros muy adelante en riquezas y poder, le llamaron príncipe de Navarra. Al Emperador y á don Ramon entretuvieron otros cuidados para que no pudiesen con todas sus fuerzas acudir á la nueva guerra, si bien los aragoneses con entradas que hicieron y correrías comenzaron á trabajar lo de Valderroncal, las gentes de Castilla á lo que de Navarra les caia cerca; los unos y los otros sin hacer cosa notable, mayormente que don Ramon se partió para Narbona contra Trencavello, vizconde de Carcasona, con quien finalmente se concertó por el mes de noviembre tuviese en feudo á Carcasona y Rodes. El emperador don Alonso se hallaba ocupado en concertar nuevos parentescos y casamientos, ca Luis, rey de Francia, repudiado que hobo á Leonor, condesa de Potiers, en quien tenia dos hijas, en su lugar se casó con hija del emperador don Alonso, que unos llaman doña Isabel, y otros doña Constanza, y pudo tener entrambos nombres. El Emperador por el mismo tiempo casó con Rica, hija de Uladislao, duque de Polonia, que es parte de la antigua Sarmacia, habida en Berta, hermana de Oton, obispo frisingense, como lo dice Radevico en lo que añadió á la historia que escribió el mismo Oton. Entre tan grandes regocijos y aparatos de bodas como se hicieron no podian las armas tener lugar, fuera de que los navarros estaban confederados con los franceses, por lo cual pensamos que el Emperador se amansó mas y comenzó á divertir su ánimo de aquella empresa, que condenaban las leyes de la amistad y los juicios de los hombres. Además que á don Sancho, rey de Navarra, favorecian todos ordinariamente por el excelente natural que en su pequeña edad mostraba; y el mismo don Alonso era muy amigo de justicia, aborrecedor de toda insolencia y demasía; virtud que por este tiempo mostró con un ejemplo digno de memoria. Un cierto soldado de sangre noble y del número de los que vulgarmente en España llaman infanzones, en Galicia, confiado en que aquella tierra caia léjos y en la revuelta de los tiempos, despojó á un labrador de todos sus bienes. Amonestado por el Rey y gobernador de la provincia hiciese satisfaccion de lo que tomara injustamente, no quiso obedecer. Disimuló el Rey por entonces, y pospuestas todas las demás cosas, en hábito disfrazado para que la cosa fuese mas secreta, desde la ciudad de Toledo fué por la dicha causa á lo postrero de Galicia. Llegado, cercó de sobresalto las casas del soldado, que huyó por miedo del castigo, mas él lo mandó prender y ahorcar delante de las mismas casas. Con este hecho el Rey ganó autoridad y la inocencia quedó valida, y aquel hombre castigado como su desatino y soberbia merecia. Valeroso Príncipe, que ni en paz ni en guerra estaba ocioso, antes vuelto á la guerra contra los moros, este año puso cerco á Jaen, el siguiente de 1152 á Guadix, ciudad de Andalucía, que los antiguos llamaron Acci, pero no parece salió con estas empresas. Doña Petronila, reina de Aragon, parió un hijo, que en vida de su padre se llamó don Ramon, y despues dél muerto, don Alonso. Es cosa notable que, estando para parir, á 4 dias del mes de abril, otorgó su testamento, en que dejaba el reino paterno al preñado, si naciese varon; pero si fuese hembra, nombraba por heredero á su marido don Ramon; que fué ejemplo bien extraordinario. Nombró por sus albaceas á tres obispos, Guillelmo, de Barcelona; Bernardo, de Zaragoza; Dodo, de Huesca; y junto con ellos otros hombres principales. Dice en él en particular que deja el reino á sus herederos libre como su tio don Alonso le tuvo, es á saber, pospuesta la confederacion y asiento que poco antes se tomó con Castilla. Por el mismo tiempo falleció don Pedro de Atarés, señor de Borgia; sepultáronle en el monasterio de Veruela, que no léjos de Zaragoza él mismo fundara. Borgia quedó por el rey; á los templarios, á quien el difunto la dejó en su testamento, dió en trueque y recompensa á Ambela y otros pueblos. Item, lo que los moros poseian á las riberas de Segre y Cinga, ó por fuerza ó por voluntad se ganó por los aragoneses. Demás desto, ciertos castillos que caian entre Tarragona y Tortosa en bosques y lugares altos, y por tanto era difícil conquistallos, en fin se venció la dificultad y vinieron á poder del Rey. Lo mismo Miravete, á la ribera de Ebro, pueblo muy fuerte, que se dió á los templarios para que le poseyesen y tuviesen en él guarnicion. En estas guerras se señalaron entre los demás en esfuerzo y diligencia el conde de Urgel y Ramon de Moncada y Poncio Hugon, conde de Ampúrias, que falleció el mismo año. La tercera parte de Tortosa, que conforme á lo asentado cuando se ganó era de los ginoveses, el Rey al presente la compró dellos y la rescató con dinero. Con estas cosas el nombre de don Ramon comenzó en toda España y tambien acerca de las naciones extrañas á ser muy célebre, si bien él por su modestia ó porque el reino de Aragon le tenia en dote, nunca en toda su vida se quiso llamar rey; solamente se intitulaba príncipe de Aragon, y contento con este apellido, lo gobernaba todo él solo á su voluntad en guerra y en paz. Es cierto que desde este tiempo las armas antiguas de los reyes de Aragon se trocaron en las de los condes de Barcelona, que eran cuatro fajas ó bandas rojas, que á iguales espacios de arriba abajo dividen un campo ó escudo dorado. Don Sancho, el que adelante sucedió en el reino de Portugal á don Alonso, su padre, nació á 11 de noviembre del año 1154, en Coimbra, donde la Reina de buena gana moraba. Hermanas de don Sancho, doña Urraca, que casó en Leon, y doña Teresa, en Flándes. El nacimiento deste infante don Sancho fué la cosa mas señalada que sucedió este año, y juntamente la venida de Luis, rey de Francia, á España, de que se hablará luego.

CAPITULO III.

De la venida á España de Luis, rey de Francia.

Tenia Luis, rey de Francia, llamado el mas Mozo, un gran deseo de ver á España y visitar á su suegro. Era menester buscar algun color para tan larga jornada; pareció el mas á propósito ir en romería á Santiago por

voto que el tiempo pasado habia hecho. Esta era la voz que se decia en público; de secreto otra puridad le aguijonaba mas, como lo dice el arzobispo don Rodrigo; que los escritores franceses no hablan desto. Esta era informarse y saber en presencia si su mujer era nacida de legítimo matrimonio, porque algunos malsines, hombres malos, cuales tienen muchos los palacios de los príncipes, que todo lo tuercen, afirmaban al Rey que la Reina, su mujer, era bastarda, y por el mismo caso con aquel casamiento se disminuia y afeaba la majestad real de Francia. No dejaba él de dar oidos á estos chismes, porque á ejemplo de madama Leonor, su primera mujer, parece buscaba ocasion de repudialla, por haber tambien ella parido dos hijas y ningun hijo varon. Que Filipe, por sobrenombre Augusto, hijo deste rey Luis, nació de Alisá, hija que fué del señor de Bles, con quien este Rey se casó últimamente despues de la muerte de doña Isabel. El Emperador, su suegro, sin saber lo que pasaba, acompañado de sus dos hijos y de don Sancho, rey de Navarra, salió al encuentro á su yerno hasta Búrgos. Acudieron de toda España de las partes comarcanas, de las que caian léjos y de las postreras, así señores como gran muchedumbre de hombres, á ver tantos reyes en unas mismas casas y morada. Sacaban arreos, galas, libreas, finalmente, todo lo que en España era hermoso y magnífico, como para hacer alarde y muestra de su grandeza acerca de los franceses, que tenian por pobreza todo lo de acá. Con este aparato llegaron desde Búrgos á Santiago, y cumplidos enteramente sus votos, volvieron á la ciudad de Toledo para donde de las dos naciones, moros y cristianos, que obedecian al Emperador, tenia convocadas Cortes con intento de hacer ostentacion de mayor grandeza y poderío. Vino entre otros á la fama y al llamado don Ramon, príncipe de Aragon, con muy lucido acompañamiento. El rey Luis, considerado el arreo, atuendo y atavío, así de los grandes como del pueblo, que acudió en tan gran número cuanto nunca en la ciudad real se vió antes; demás desto, sabida la verdad del negocio por que era venido, dijo no haber en Europa ni en Asia visto corte mas lucida ni arreada; provincias en que se hallara en el tiempo que fué á la guerra de la Tierra-Santa. Que daba gracias á Dios por tener por mujer hija del emperador don Alonso, sobrina de don Ramon, príncipe de Aragon. Hiciéronse juegos con gran magnificencia y presentes al Rey, huésped de gran estima; mas no quiso tomar cosa alguna, fuera de un carbunco muy grande y de gran valor, y con tanto se volvió alegre á su tierra. Acompañóle don Ramon hasta Jaca, en que los recibieron con aparato real y toda muestra de alegría, como testifican las historias de Aragon. Falleció el conde de Urgel á 28 dias del mes de agosto; fué nieto de don Peranzules, y del lugar donde se crió y para diferencialle de otros del mismo nombre, le llamaron Armengol de Castilla. El año siguiente 1155, á 11 de noviembre, viérnes, como dicen los *Anales toledanos*, nació á don Sancho, rey de Castilla, de doña Blanca, su mujer, un hijo, llamado don Alonso, heredero que fué adelante del reino de su padre y abuelo. Habíase tratado en la alianza que se hizo en Tudelin de repudiar á esta doña Blanca por no ser aun de edad para casarse; pero las leyes de la equidad, el amor del marido y la inocencia de aquella señora prevalecieron para que no se le hiciese tal agravio. Siguióse una guerra en aquella parte de la Galia Narbonense que se llama la Proenza por esta ocasion; Hugon Baucio y sus hermanos, hijos que eran de Raimundo Baucio y nietos de Gilberto, ganaron el tiempo pasado un privilegio de los emperadores alemanes Conrado y Federico, en que les concedian todo lo que el conde Gilberto, su abuelo, habia poseido. Fundados en este privilegio, pretendian toda la Proenza; y fortificándose en el pueblo Trencatayo, trabajaban todos los lugares comarcanos. Don Ramon, con el cuidado que tenia de su sobrino, marchó para allá con un grueso ejército, con que abatió el atrevimiento y orgullo de los Baucios y en breve los redujo á obediencia. En el mismo tiempo el cardenal Jacinto, legado en España, sosegaba las contiendas y daba asiento en el estado de las iglesias, en particular á instancia de Juan, arzobispo de Toledo, pronunció sentencia en Najara en favor del primado de Toledo contra los arzobispos de Santiago y de Braga. Fué esta legacía de Jacinto muy señalada y famosa en esta era. Envióle Anastasio IV, pero llegó á España en tiempo que era ya pontífice el que le sucedió, que fué Adriano IV. En el tiempo que Luis, rey de Francia, estaba en Toledo, sucedió hacerse mencion de san Eugenio, primer arzobispo de Toledo, cuyas reliquias poco antes se dijo tenian en la iglesia de San Dionisio cerca de Paris; pedian que los sagrados huesos se trasladasen á España; llevaban mal los franceses esta demanda; alcanzóse solamente que les enviasen una parte. El rey Luis, vuelto á su patria, hizo esto y lo cumplió enteramente, que envió el abad de aquel monasterio á su suegro con el brazo derecho del mártir. Ya que llegaba cerca de Toledo, salieron en procesion á recebirle el emperador don Alonso, los dos reyes, sus hijos, los grandes, el pueblo y varones sagrados. La sagrada arca fué en hombros del Emperador y de sus dos hijos llevada á la iglesia mayor, y puesta en el sagrario della á 12 dias de febrero el año de nuestra salud de 1156. Los demás huesos del sagrado cuerpo se trujeron á Toledo á instancia de don Felipe II, rey de las Españas, y por diligencia de don Pedro Manrique, canónigo de Toledo, que para este efecto fué enviado por embajador á Cárlos IX, rey de Francia, cuatrocientos y nueve años, nueve meses y seis dias mas adelante, con igual ejemplo de piedad, pompa y aparato el mayor que se vió en España; y se pusieron en el mismo templo debajo del altar mayor en capilla particular y devota.

CAPITULO IV.

De la muerte del emperador don Alonso.

Con las vistas destos príncipes parecia ser acabadas las guerras civiles entre cristianos; pero el haberse apartado y desmembrado el reino de Navarra del de Aragon, como se hizo los años pasados, tenia puesto en mayor cuidado á don Ramon, príncipe de Aragon, que fácilmente lo pudiese olvidar. Solicitó al Emperador para que renovado el asiento y liga hecha en Tudelin, juntas las fuerzas acometan á don Sancho, rey de Navarra, enemigo comun. Como prendas deste concierto y para mayor seguridad se concertó casamiento entre doña Sancha, hija del Emperador, habida en Rica, su mujer, y el hijo de don Ramon. Acordóse esto por en-

tonces sin pasar adelante á causa de la poca edad de los dos. En esta confederacion comprehendieron á los hijos del Emperador, don Sancho y don Fernando. Verdad es que don Alonso el Emperador deseaba mas ser medianero en la paz que movedor de la guerra, y aun estaba mas inclinado al rey de Navarra, de do se mostraba igual esperanza y partido, esto es, de casar con él otra hija, llamada doña Beatriz, habida en su mujer doña Berengaria ó Berenguela, lo cual se efectuó adelante, y entonces se movió este tratado, que no era de menospreciar; por esto con diferentes excusas se entretenia de dia en dia, y alegaba, ya una, ya otra causa de la tardanza para no juntar, como lo tenian concertado, sus armas con los aragoneses; decia que se debia primero de acudir á la guerra sagrada y atajar las pretensiones de los moros, antes que el imperio de los almohades con el tiempo se arraigase mas en España, en especial que por muerte de Abdelmon, su hijo y sucesor Jacob, que otros llaman Juzef, hombre muy soberbio y de grande experiencia en las cosas de la guerra, asentadas las cosas de Africa, con sesenta mil de á caballo y mucho mayor número de infantes era pasado con grande espanto de los fieles en España, llamado de los moros que en ella estaban para ayudar á su gente y vengalla. Aquejábale este cuidado y riesgo; rogó grandemente á don Ramiro, príncipe de Aragon, que juntado un grueso ejército se aparejaba para entrar por tierras de Navarra, que no comenzase la guerra antes de la fiesta de san Martin. Hízose así, que se dilató aquella empresa; solamente por entonces se confirmó con nuevos homenajes en Toledo la confederacion pasada por el mes de febrero del año 1157. Llevó esta tardanza don Ramon con ánimo mas igual á causa que en el mismo tiempo los movimientos de Francia le forzaron á ir de nuevo á Narbona con esta ocasion: Hermengarda, vizcondesa de aquella ciudad, trabajada por las armas de los comarcanos, fué forzada entregarse á sí y á su señorío en la fe y amparo de don Ramon, su tio. El que dió este consejo, Berengario, arzobispo de Narbona, dejada la Francia, la acompañó hasta Perpiñan, donde todas estas práticas se trataron y concluyeron. El emperador don Alonso, determinado de hacer guerra á los moros, convocó á sus dos hijos, á los prelados y señores de todo su estado, y formando un grueso campo, rompió por el Andalucía, taló los campos y quemó los lugares, robólos y saqueólos por todas partes. Era miserable aquella parte de España en este tiempo, por ser trabajada y afligida de la una gente y de la otra, moros y cristianos. Ganóse la ciudad de Baeza, que habia vuelto á poder de moros, Andújar y Quesada; y porque los calores del estío eran grandes y los lugares mal sanos, determinado el Emperador de volver á Castilla, dejó en el gobierno de aquellas ciudades al rey don Sancho, su hijo, porque si quedaban sin tal amparo no volviesen á poder de moros como otras muchas veces. La mayor parte del ejército quedó con don Sancho. El con don Fernando, su hijo, y con los demás volvieron atrás. En este camino, en el mismo bosque de Cazlona y Sierramorena el Emperador cayó enfermo, y como no pudiese sufrir ni disimular mas tiempo la fuerza de la dolencia, por tener el cuerpo quebrantado con tantos trabajos mas que por su edad, cerca del lugar de Fresneda mandó debajo de una encina le armasen una tienda; haciale compañía don Juan, arzobispo de Toledo, que le confesó y comulgó; dió la postrera boqueada á 21 del mes de agosto; vivió cincuenta y un años, cinco meses, veinte y un dias; dignísimo príncipe de mas larga vida. No hobo persona mas santa que él siendo mozo, ni vió España cosa mas justa, fuerte y modesta siendo varon; reinó treinta y cinco años, poco mas ó menos; tuvo título y majestad de emperador veinte y dos años y seis meses; fué príncipo colmado de todo género de virtudes, y su memoria fué muy agradable á la posteridad por la voluntad que mostró perpetuamente de ayudar á la religion cristiana. Tuvo tres mujeres, doña Berenguela, doña Beatriz y doña Rica. En doña Beatriz no parece tuvo hijos; de doña Rica hobo á doña Sancha; doña Berenguela parió á don Sancho y don Fernando, que sucedieron á su padre, y á doña Isabel y doña Beatriz; demás destos, á don Alonso y don Fernando, como parece por un privilegio de la iglesia mayor de Toledo. Este don Fernando murió niño, y su padre le hizo sepultar en el monasterio de San Clemente que hay de monjas en aquella ciudad, que él edificó; el letrero de la sepultura decia:

AQUÍ ESTÁ EL MUY ILUSTRE DON FERNANDO, HIJO DEL EMPERADOR DON ALONSO, QUE HIZO ESTE MONASTERIO: PÚSOLE AQUÍ POR HONRALLE.

CAPITULO V.

Cómo don Sancho y don Fernando sucedieron á su padre.

Don Sancho y don Fernando, hijos del difunto Emperador, mozos el uno y el otro muy escogidos y aventajados, como su padre lo dejó señalado y dispuesto, así dividieron sus estados. El reino de Leon y los gallegos quedaron por don Fernando; don Sancho, que era el hermano mayor, poseyó á Castilla y á las demás provincias que andaban con ella; ambos fueron buenos príncipes en tiempo de paz y diestros en la guerra, de tal manera, que parece querian imitar á porfía las virtudes de su padre. Don Sancho era mas amado del pueblo, por ser de condicion blanda y benigna; por esto y porque murió antes de tiempo le llamaron don Sancho el Deseado; don Fernando daba orejas á los malsines, que tienen por costumbre torcer las palabras y los servicios de otros, con que se enajenó las voluntades de los grandes. Era otrosí sospechoso naturalmente, enfermedad que si no se reprime con la razon, acarrea mal y daño. Por esta causa como no se fiase de su hermano, antes que hiciesen las honras á su padre y antes que le sepultasen, acudió á Leon para tomar la posesion de aquel reino. Al contrario don Sancho, sabida la muerte de su padre, á grandes jornadas llegó á Fresneda, donde, acompañado de los prelados y grandes llevó el cuerpo de su padre difunto á Toledo, do le sepultaron con aparato real, y muy célebre por las lágrimas de todo el pueblo, en la iglesia mayor de aquella ciudad. A esta sazon don Sancho, rey de Navarra, á quien con la edad por la grandeza de las cosas que hizo y por la erudicion de su ingenio dieron sobrenombre de Sabio, por parecerle tenia buena ocasion de vengar las injurias pasadas, juntado el ejército de los suyos que tenia apercebido para defenderse, pasó hasta Búrgos haciendo mal y daño. Parecia haber con esto hecho lo que bastaba para sustentar el cré-

dito y opinion, pues acometia á sus contrarios el que apenas se entendia seria bastante para defenderse de los intentos de tan grandes reyes que le pretendian derribar. Para muestra de lo cual traia este Rey por blason en campo rojo una banda dorada con dos leones, que por una parte y otra la despedazaban á porfía. Hecha pues esta entrada, con la misma presteza dió la vuelta para su tierra. Los moros de Andalucía, por quedar las plazas, que en la guerra pasada les habian sido tomadas, desamparadas de la ayuda de don Sancho, sin dilacion las tornaron á recobrar. Era necesario acudir á entrambas partes; pareció reprimir primero el atrevimiento del rey de Navarra, porque disimulando la injuria, no se disminuyese la autoridad y majestad del nuevo Rey, dado que de su condicion se inclinaba mas á la paz que á la guerra. Hacia sus apercebimientos de armas, dinero y soldados. Sucedió muy á propósito que Ponce, conde de la Minerva, el mas principal de los señores leoneses, y que fué paje de armas del emperador don Alonso, agraviado por el rey don Fernando que le despojó de su estado, dejado Leon, se pasó á Castilla. Era grande el crédito de su esfuerzo, y muy aventajado el ejercicio que en las armas tenia. Por esto y porque don Sancho estaba ocupado en dar asiento en las cosas del reino, recebido que hobo benignamente al Conde, y dádole esperanza de alcanzarle perdon de su señor, le hizo general y le dió cuidado de la guerra de Navarra. Aceptó el cargo, y con un grueso ejército que llevaba, por tierra de Briviesca llegó á la Rioja en busca del enemigo. Hay una llanura no léjos del lugar de Bañares, llamada Valpiedra, en que se dió la batalla. Los navarros ordenaron sus huestes desta manera. Don Lope de Haro iba en la avanguardia, don Ladron de Guevara en la retaguardia, el mismo rey don Sancho en el cuerpo de la batalla. Las gentes de Castilla, como en número así en valor sobrepujaban; ordenaron tambien ellos sus haces, y presentaron la batalla al enemigo; cerraron los escuadrones con igual denuedo. Los castellanos al principio fueron echados de su lugar, despues mudándose la fortuna de la pelea, quedaron con la victoria. Los navarros volvieron las espaldas desapoderadamente. La matanza fué menor que conforme á la victoria. Muchos se acogieron y salvaron en los pueblos y castillos comarcanos, que eran suyos. Hízoles daño no esperar los socorros que de franceses les venian. Sin embargo, luego que llegaron, cobrado el Rey ánimo de nuevo, no temió ponerse al trance de la batalla. En el mismo lugar y en el mismo llano tornaron á pelear. La batalla fué muy brava, ca los unos peleaban como vencedores, los otros por vencer. Finalmente, los navarros, atemorizados con la matanza pasada y daño recebido, quedaron vencidos, y el campo por los contrarios. Muchos de los mas nobles quedaron presos, que trató don Ponce benignamente. Decia no era venido á hacer guerra con los prisioneros y con su miseria, sino á vengar solamente la temeridad del Rey. Soltólos demás desto, y dejólos ir libres; humanidad que fué entonces muy alabada, en especial que, no solo dió libertad á los navarros, sino tambien á los franceses. Ganada esta victoria, volvió á Búrgos; el Rey, despues de alabar el esfuerzo de los soldados y hacerles mercedes segun los méritos de cada cual, mas que á todos honró con todo género de cortesía al general Ponce. El agrado llegó á tanto, que con deseo de restituirle en su patria y en su estado, como lo tenia prometido, revolvió contra las tierras de Leon, y llegó con su ejército y con sus gentes hasta Sahagun, determinado hacer la guerra á don Fernando, su hermano, si no venia en lo que parecia justo y él queria. El rey don Fernando, visto el peligro que corria, vino desarmado á verse con su hermano el rey don Sancho; con estas vistas se acabaron los desabrimientos, mayormente que don Fernando, no solo prometia de restituir al conde don Ponce su estado y perdonalle, sino de hacelle mucho mayores honras y mercedes. Ofrecia otrosí para mayor muestra de humildad de hacer pleito homenaje á su hermano y ponerse en su poder y en sus manos; cortesía que don Sancho, trocado el enojo en humanidad, como acontece sosegada la contienda, dijo que no sufriria que el hijo del Emperador fuese sujeto ni reconociese homenaje á imperio de ningun príncipe ni monarca.

CAPÍTULO VI

De los principios de la caballería de Calatrava.

El lugar de Calatrava está puesto en los oretanos, cerca de Almagro, en un sitio fuerte y á la ribera de Guadiana. En el tiempo que se ganó de los moros le entregaron para fortificarle y guardarle á los templarios, soldados de cuyo esfuerzo y valentía se tenia gran de crédito; pretendian que sirviese como de fuerte para reprimir las correrías de los bárbaros; pero ellos, por aviso que tuvieron que los moros con grande esfuerzo en muy gran número le querian poner cerco, perdida la esperanza de podello defender, le volvieron al Rey. No se hallaba entre los grandes alguno que de su voluntad ó convidado por el Rey se ofreciese y atreviese á ponerse al peligro de la defensa; solos dos monjes del Cistel, que venidos por otras causas á la corte, se hallaban á la sazon en Toledo, se atrevieron á esta empresa; estos eran fray Raimundo, abad de Fitero, junto al rio de Pisuerga (yerran los que atribuyen esta loa á otro monasterio de Fitero que está en Navarra cerca de Tudela, pues consta que no estaba edificado en este tiempo), y el compañero que traia, llamado fray Diego Velazquez; este habia sido soldado viejo del emperador don Alonso, afamado por muchas cosas que en la guerra hiciera, despues cansado y por menosprecio de las cosas humanas se metió monje, y al presente, como era de gran corazon, con muchas y buenas razones persuadió al abad se encargase de la defensa de aquella plaza; consejo, al parecer, temerario, pero en efecto inspirado de Dios, como yo pienso, porque contra tantas dificultades como se presentaban, ninguna razon ni prudencia era bastante. Fué esta oferta muy agradable, primero al Rey, despues á don Juan, arzobispo de Toledo, que estaban antes tristes y faltos de consejo en aquel aprieto tan grande. El dicho Arzobispo demás desto, porque Calatrava era de su diócesi, ayudó con sus dineros, y desde el púlpito persuadió así á los nobles como á los del pueblo que debajo de la conducta del Abad se ofreciesen al peligro y á la defensa, porque no pareciese que desamparaban en aquel trance y faltaban al deber y á las cosas de los cristianos; cuanto menos perdonasen á sí y á sus haciendas, tanto esta-

rian y serian mas seguros; perdido aquel pueblo, que era como baluarte, la llama y el fuego pasaria á las haciendas particulares y tierras de cada cual. Sucedieron estas cosas al principio del año 1158. El Rey hizo donacion del señorío de Calatrava y de su tierra á Santa María, de la órden del Cistel, y en su nombre al abad Raimundo y compañeros para siempre. Es de grande momento la fama para cualquier negocio; que las mas veces es mayor que la verdad. Así, como se divulgase el ruido deste apercebimiento que se hacia para defender aquel pueblo, los moros, perdida la esperanza de ganalle ó embarazados en otras cosas, no vinieron sobre Calatrava. Este fué el principio dichoso y bienaventurado de aquella milicia y órden, porque muchos soldados siguieron al Abad y tomaron el hábito que él les dió, señalado y á propósito para no impedir el uso de las armas; y luego vuelto á Toledo, hinchó al Rey y á los ciudadanos y corte de alegría por lo que acometiera y hiciera; juntamente de su monasterio, do era prelado, trajo gran copia de ganado, y de los lugares comarcanos hasta veinte mil personas, á quien repartió los campos y pueblos cercanos á Calatrava para que en ellos poblasen y viviesen, por estar yermos de moradores. Con esta diligencia el pueblo de Calatrava quedó muy bien fortificado para cualquier cosa que sucediese. El abad Raimundo falleció algunos años despues en Ciruelos, aldea en que tambien estuvo sepultado. La gente de aquel lugar, por la diligencia que usó en defender á Calatrava, le hace tanta honra, que se persuade haber hecho milagros, y le ponen en el número de los santos. Dende fué trasladado el año 1471 á Nuestra Señora de Monte Sion, monasterio de bernardos, junto á Toledo, por bula de Paulo II, expedida á instancia del doctor Luis Nuñez de Toledo, arcediano de Madrid y canónigo de Toledo. Diego Velazquez, despues que vivió muchos años adelante, falleció en Gumiel en el monasterio de San Pedro, en que está enterrado. Destos principios la sagrada milicia y órden de Calatrava ha llegado al lustre que hoy tiene y vemos. Alejandro III la confirmó con su bula, siendo un caballero, llamado don García, el primer maestre de aquella órden, que fué el año 1164; á don García sucedió Fernando Escaza, á este don Martin Perez, á don Martin Nuño Perez de Quiñones, á estos otros. El convento que la primera vez fué puesto en Calatrava, despues le pasaron á Ciruelos, y mas adelante á Bujeda, y de allí á Corcoles y á Salvatierra, últimamente á Covos en tiempo de Nuño Fernandez, el maestre duodécimo de aquella órden. Hay otros menores conventos de aquella órden fundados en otros lugares, pero este es el principal. Esta milicia adquirió adelante riquezas, autoridad y señorío de muchos lugares por sus servicios y por la gran liberalidad de los reyes. Estos lugares y encomiendas se daban antiguamente á los soldados viejos de aquella órden para que con aquellas rentas sustentasen honestamente la vida, sin que los pudiesen dejar en su testamento á los herederos; al presente con la paz, mudadas de lo antiguo las cosas, sirven por voluntad de los reyes á los deleites, estado y regalo de los cortesanos; así ordinariamente las cosas de la tierra de buenos principios suelen trocarse con el tiempo y alterarse.

CAPITULO VII.

Cómo el rey don Sancho de Castilla falleció.

A este tiempo don Ramon, príncipe de Aragon, por entender que con la muerte del Emperador espiró la confederacion pasada, en cuya virtud tenia como en feudo la parte de Aragon que cae desta parte del rio Ebro, acordó de verse con el rey don Sancho. Señalaron para estas vistas un pueblo llamado Najama; allí en presencia de los grandes y de don Juan, primado de Toledo, se trató desta diferencia. El Aragonés pretendia que Zaragoza, Calatayud y otros pueblos y ciudades quedaban libres de toda jurisdicion de Castilla; mas como quier que no pudiese alcanzar esto, por conclusion se concertaron que el de Castilla no poseyese en aquella comarca algunos castillos ó lugares, y sin embargo, los reyes de Aragon les hiciesen homenaje por aquellas ciudades y fuesen obligados cuando los llamasen de venir á las Cortes del reino de Castilla; demás desto, la liga que tantas veces se hiciera contra el rey de Navarra se renovó y confirmó, sin que fuese de mayor efecto que antes, dado que la fresca memoria de la guerra pasada estimulaba á don Sancho, á don Ramon el dolor de habelle quitado á sin razon aquel reino. Acabadas estas vistas, que fueron por el mes de febrero, los aragoneses movieron guerra contra el rey de Navarra. Las armas de Castilla no pudieron acudir, como quedó concertado, á causa de las muertes, que sucedieron casi á un mismo tiempo del Rey y de la Reina. La Reina falleció á 24 de junio el año 1158 de Cristo. Fué sepultada en Najara en el monasterio real de Santa María, en que estaban los sepulcros de los reyes de Navarra; y ella poco antes le habia hecho donacion de un pueblo llamado Nestar, por la cual causa todos los años le hacen allí un aniversario el dia de su muerte. El Rey, aquejado del dolor que recibió muy grande por la muerte de su mujer ó de otra dolencia que le sobrevino, falleció en Toledo, postrero de agosto luego siguiente, en sazon que se apercebia para la guerra sagrada, que juntados socorros y gentes de todas partes, con todo su poder pensaba hacer contra los moros. Sepultáronle junto al sepulcro de su padre en la iglesia mayor de la misma ciudad, á la cual iglesia dejó á Illescas y Hazaña. Reinó un año y once dias; fué esclarecido en la guerra y en la paz, y que se igualara con la gloria de sus antepasados si tuviera mas larga vida. Dejó sin duda increible deseo de sí, que parece encendieron mas las desventuras y alteraciones del reino, que por su muerte resultaron y se siguieron. Con todo esto, las gentes que tenia apercebidas, con la divisa que cada uno llevaba de la cruz, y por tanto espantosas á los enemigos de la religion cristiana, aunque el Rey era fallecido, luego que entraron por el Andalucía, vencieron en una grande batalla á Jacob, miramamolin, que iba la vuelta de Sevilla. Fué grande el destrozo de la morisma; el Moro, pasado este peligro, rehaciéndose de fuerzas, acometió á otros reyes moros que no le querian obedecer, y dando la vuelta, hizo guerra al rey de Valencia y de Murcia; mas no pudo salir con su intento, porque le defendió don Ramon, príncipe de Aragon y Barcelona, á cuya devocion estaba. Desde allí, vueltas sus fuerzas contra Alhagio, rey de Mérida, le puso en término, que se le rindió, aparejado á hacer lo que

se le mandase y ayudar y servirle en todas las cosas. Pusieron sus asientos, con que dos hijos de Aihagio, rey de Mérida, llamados Fadala y Omar, ayudados de la gente de Jacob, en una entrada que hicieron por tierra de cristianos, se metieron por las comarcas de Plasencia y de Avila; y dada la vuelta hácia tierra de Talavera, como por todas partes hobiesen puesto espanto, cargados de despojos se volvian á Mérida. En esto las gentes de Avila y sus capitanes, Sancho y Gomez, hijos de don Jimeno, que eran de la mas principal nobleza de Avila, los alcanzaron, y en una batalla que les dieron en un lugar que se llama Siete Vados, los vencieron y desbarataron, quitáronles otrosí toda la presa y cautivos que llevaban. Diestros y grandes capitanes en este tiempo fueron los ya dichos Sancho y Gomez, pues cuatro años adelante con una entrada que hicieron por aquella parte de Extremadura en que están los campos de la Serena, tierra de abundosos pastos, robaron muchos ganados y vencieron en un encuentro los moros que salieron contra ellos; con que trujeron á sus casas muy grandes despojos. Del linaje destos capitanes vienen los señores de Villatoro y los marqueses de Velada, caballeros en riquezas, aliados y deudos; demás desto, en la privanza de los príncipes esclarecidos y señalados, en especial en nuestra era y la de nuestros padres. El rey don Sancho cuando estaba á la muerte encomendó su hijo don Alonso, que era de cuatro años, á don Gutierre Fernandez de Castro, que otro tiempo fué su ayo. Los demás señores mandó que tuviesen en su poder las ciudades y castillos que á su cargo estaban, hasta tanto que el Rey fuese de quince años cumplidos, acuerdo y consejo en lo uno y en lo otro poco acertado; pero la prudencia humana es corta para prevenir los inconvenientes todos, y muchas veces lo que parecia estar saludablemente determinado, reveses que suceden lo desbaratan. Dióse sin duda con esto ocasion y fuerzas para revolver el hato á los que mal pensaban. Los demás señores, no menos nobles que don Gutierre, llevaron mal que el peso del gobierno fuese puesto en los hombros de uno solo, y que en su poder quedase el Rey en aquella edad flaca y deleznable.

CAPITULO VIII.

De nuevos movimientos que se levantaron en Castilla.

Entre los grandes y ricos hombres de Castilla por este tiempo dos casas se aventajaban á las otras, las mas principales en estados, riquezas y aliados; los Castros y los de Lara. Estos tuvieron por largo tiempo la primera voz y voto en las Cortes del reino. Entre los Castros, don Gutierre, á quien se encomendó la crianza del Rey, alcanzaba grande autoridad, que le daba su larga edad y la grandeza de las cosas que por él pasaron. Carecia de hijos y sucesion. Su hermano menor, por nombre don Rodrigo, tenia cuatro, que eran don Fernando, don Alvaro, don Pedro y don Gutierre, una hija, por nombre doña Sancha, que casó con don Alvaro de Guzman, por donde era de poco menos autoridad y poder que su hermano. Los de Lara eran tres hermanos; don Enrique, don Alvaro y don Nuño; á las riberas del rio Duero tenian grandes heredamientos y lugares. Fué padre de todos estos el conde Pedro de Lara, de quien arriba se ha hecho mencion y dijimos fué muerto en el cerco de Bayona. Madre de los mismos era una señora, llamada doña Aba, que estuvo casada la primera vez con don García, conde de Cabra; y por haber nacido deste matrimonio don García Acía, heredero de aquel estado, era ocasion que el poder de los tres hermanos se aumentase mucho mas. Estos mostraron llevar mal que siéndoles antepuesto por juicio del rey don Sancho don Gutierre de Castro, se hobiese escurecido el lustre y resplandor de su casa. Extrañábanlo en público y en secreto; decian que los Castros quedaban por reyes; que esto solamente entre las cosas que el rey don Sancho mandó no se debia ejecutar; ni sufririan ellos que al albedrío de uno se revolviese el estado del reino, ni otro alguno reinase fuera de aquel que era rey natural. Esto decian con tanta porfía, que mostraban deseo de llevar el negocio por las armas y llegar á las puñadas. Don Gutierre, con deseo del bien comun y con ejemplo señalado de modestia mas que de prudencia, fácilmente se dejó persuadir que entregase el Rey en poder de don García Acía, hombre sin duda templado, pero de mas sencillo ánimo que parece requeria el estado de las cosas, en tanto grado, que con excusa de los gastos que le era forzoso hacer en la crianza del Rey, por no estar las rentas reales del todo desembarazadas, entregó el Rey niño á don Manrique de Lara, su hermano de madre, para que él le criase, que era concederle todo lo que en esta porfía pretendia y deseaba. Quejábase don Gutierre que con esto le quebrantaban la palabra; y por el testamento del rey don Sancho pretendia tornarse á encargar de la crianza del Rey. Burlábanse los contrarios; y claramente por esta via se tramaban alteraciones y bullicios de guerra. Don Fernando, rey de Leon, movido por esta discordia con que todo el reino se dividia en parcialidades y pretendiendo se le hizo injuria en no le nombrar para el gobierno y crianza de su sobrino, tomadas las armas, entró por las tierras de Castilla muy pujante, principalmente hacia mal y daño en aquella parte por do corre Duero y donde la casa de Lara tenia muy grande señorío. Don Manrique y sus hermanos por miedo de don Fernando llevaron el Rey á Soria para que estuviese muy léjos y mas seguro del peligro de la guerra. Falleció á la sazon don Gutierre de Castro; sepultáronle en el monasterio de Encas, que tiene nombre de San Cristóbal. Don Manrique de Lara, hecho mas insolente con el poder, requirió á los herederos del difunto, sobrinos suyos, le entregasen las ciudades y castillos que tenian encomendadas. Excusábanse ellos con el testamento del rey don Sancho. Decian que antes de la legítima edad del Rey niño no podian lícitamente hacer lo que les demandaban. Con esto el cuerpo de don Gutierre por mandado de don Manrique fué desenterrado, como de traidor y que habia cometido crimen contra la majestad. Nombráronse jueces sobre esta diferencia, que dieron sentencia en favor de don Gutierre, por ser cosa inhumana embravecerse y mostrar saña contra los muertos; así por su mandado fué vuelto á la sepultura y á enterrar. Entre tanto que esto pasaba, las armas de don Fernando, rey de Leon, volaban libremente por toda la provincia, sin que se juntase para resistir algun ejército señalado en número ó en esfuerzo, por no tener capitan y estar el reino dividido en bandos. No se

Ródano hasta los Alpes, sino demás desto de la ciudad de Arles con toda su tierra. Para que todo esto fuese más firme, se decretó y concertó que ambos los don Ramones, el aragonés y el proenzal, fuesen á Turin, ciudad de Italia, á verse con el Emperador. Señalóse el primer dia de agosto para estas vistas del año 1162. En este camino, en San Dalmacio, que es un pueblo á las raíces de los Alpes hácia Italia, adoleció don Ramon, príncipe de Aragon, y falleció de aquella enfermedad á 6 dias de aquel mismo mes. Parecia que aquella muerte sucedia en muy mala sazon, dado que don Ramon, conde de la Proenza, fácilmente alcanzó del Emperador todas las cosas por que eran idos, luego que se vió con él en Turin, como tenian concertado; y aun el Emperador dice en sus letras que se expidieron sobre el caso gratificar al difunto porque habia tratado muy honradamente á la reina Rica y mirado por la honra de aquella matrona viuda. De aquí tomaron ocasion los escritores catalanes de fingir que don Ramon, príncipe de Aragon, en Alemaña defendió en un desafío y campo que hizo, la fama de una reina viuda que la acusaban haber hecho lo que no debia, y que el premio de defender la honestidad de aquella señora fué darle el principado de la Proenza. Nosotros, siguiendo la verdad de la historia, contamos la cosa como pasó. El cuerpo del difunto traido á su tierra sepultaron en el monasterio de Ripol, como él mismo á la muerte lo dejó ordenado. Hiciéronse Cortes del reino en Huesca, y refirióse el testamento de aquel Príncipe, que hizo á la hora de su muerte solo de palabra, en que nombró por su heredero á don Ramon, su hijo, que trocado este nombre en el de don Alonso, entró en posesion del principado, de su padre. A don Pedro, hijo segundo, mandó á Cerdania, Carcasona y Narbona con el mismo derecho que él las tenia. Don Sancho, que era el menor de todos, quedó nombrado en lugar de don Pedro para que le sucediese si muriese sin hijos. De doña Dulce, su hija, que adelante fué reina de Portugal, no hizo mencion alguna; tampoco de don Berengario ó Berenguel, que fué obispo de Tarazona y de Lérida y abad de Montaragon, al cual el Príncipe hobo fuera de matrimonio. La edad del nuevo rey don Alonso no era bastante para el gobierno, porque apenas tenia once años. Esto y la flaqueza y pocas fuerzas de la Reina, su madre, pareció á propósito á los amigos de novedades para revolver el reino. Un cierto embaidor se hizo caudillo de los que mal pensaban con afirmar públicamente era el rey don Alonso, aquel que veinte y ocho años antes deste fué muerto en la batalla de Fraga, como de suso queda dicho. Decia que cansado de las cosas humanas estuvo por tanto tiempo disfrazado en Asia, y se halló en muchas guerras que los cristianos hicieron contra los moros en la Tierra-Santa. Su larga edad hacia que muchos le creyesen, y las facciones del rostro no de todo punto desemejable; el vulgo, amigo de fábulas, acrecentaba estas mismas cosas, por donde el gobierno de la Reina, como de mujer, era de muchos menospreciado. Grandes males se aparejaban por esta causa, si el embaidor no fuera preso en Zaragoza y no le dieran la muerte en los mismos principios del alboroto. Este fué el pago de la invencion y fin de toda esta tragedia mal trazada. El año próximo de 1163 se tuvieron otrosí Cortes del reino de Aragon en Barcelona. En ellas la reina doña Petronilla, á persuasion de los grandes, dió y renunció el reino á su hijo, que andaba ya en trece años. Don Ramon, conde de la Proenza, que un poco de tiempo gobernara á Cataluña por el Rey su primo, dejado el gobierno, se volvió á su tierra, que andaba alborotada otra vez y trabajada por las armas de los Baucios. Para fortificarse contra aquella familia y linaje y apercebirse de socorros de fuera procuró hacer liga con el conde de Tolosa y concertar casamiento de su hija, una sola que tenia, con el hijo de aquel Conde; práticas que se impidieron por su muerte, que sucedió el año 1166. El rey de Aragon, que se hallaba á la sazon en Girona, avisado que su primo era muerto, á ejemplo de su padre y á persuasion de los grandes, se llamó marqués de la Proenza. Así pretendian estar decretado por el privilegio del emperador Federico, que aquel principado, no solo se daba al conde de la Proenza, sino asimismo á don Ramon, príncipe de Aragon, y sus decendientes; ocasion de nuevos movimientos y alteraciones que sucedieron en Francia.

CAPITULO X.

Cómo don Alonso, rey de Castilla, visitó el reino.

Gran mudanza de las cosas se hizo en Castilla; porque los naturales, cansados del gobierno del rey de Leon, aficionados al mozo rey don Alonso, como es cosa natural y lo merecia la memoria agradable del rey don Sancho, su padre, no cesaban de movelle con cartas y embajadores para que tomase el ceptro y mando del reino paterno. Ofrecíanle que no le faltarian las voluntades de los suyos ni sus fuerzas, que siempre de secreto estuvieron por él, dado que por acomodarse al tiempo y forzados suportaban el señorío forastero. El Rey á la sazon andaba en el año undécimo de su edad; á los grandes que le tenian en su poder parecia aquella edad bastante, especial que les movia el ejemplo fresco de los aragoneses, que entregaron el gobierno á su Rey, que tenia poca mas edad. A persuasion pues dellos y por su consejo determinó partir de Avila para visitar el reino y hacer entrada en cada una de las ciudades, el año de nuestra salvacion de 1168, como algunos dicen; nosotros de la razon destos años y deste número quitamos dos años con fundamento bastante y cierto, pues cuando murió su padre se sabe era este Rey de cuatro años, y ahora once no cumplidos. No le engañó su esperanza; muchas ciudades y pueblos en toda la provincia, como lo tenian ofrecido, abrian con gran voluntad las puertas al Rey y le ayudaban con dinero, provision y todas las demás cosas. Al principio pocos eran los que acompañaban al Rey, que fueron algunos grandes de Castilla que perseveraran con él ó de nuevo se le juntaron. Demás destos, una compañía de guarda de ciento y cincuenta de á caballo, que los de Avila le dieron para que le acompañasen; poca gente para acabar cosas tan grandes y para recobrar el reino, parte del cual tenian los grandes, parte estaba en poder de los leoneses con guarniciones que tenian puestas por todas partes. No hay cosa mas segura en las revueltas civiles que apresurarse. Al Rey parecia que todas las cosas le serian fáciles; y así, determinaron de probar á Toledo, cabeza del reino, y experimentar cuánta

lealtad hobiese en sus ciudadanos. Poca esperanza tenian que don Fernando Ruiz de Castro, que la tenia en su poder, la entregase de su voluntad. El color que tomába era no ser lícito, como él decia, entregar aquella ciudad á alguno antes de la edad que por el Rey difunto quedó señalada. Lo que principalmente le movia era que tenia pena de que le hobiesen quitado la tutela del Rey y sus contrarios estuviesen apoderados del gobierno del reino. Don Estéban Illan, ciudadano principal de aquella ciudad, en la parte mas alta della á sus expensas edificara la iglesia de San Roman, y á ella pegada una torre, que servia de ornato y fortaleza. Era este caballero contrario por particulares disgustos de don Fernando y de sus intentos. Salió secretamente de la ciudad, y trajo al Rey en hábito disfrazado con cierta esperanza de apoderalle de todo. Para esto le metió en la torre susodicha de San Roman; campearon los estandartes reales en aquella torre y avisaron al pueblo que el Rey estaba presente. Los moradores, alterados con cosa tan repentina, corren á las armas, unos en favor de don Fernando, los mas acudian á la majestad real; parecia que si con presteza no se apagaba aquella discordia, que se encenderia una grande llama y revuelta en la ciudad; pero como suele suceder en los alborotos y ruidos semejantes, á quien acudian los mas, casi todos los otros siguieron la autoridad real. Don Fernando, perdida la esperanza de defender la ciudad por ver los ánimos tan inclinados al Rey, salido della, se fué á Huete, ciudad en aquel tiempo, por ser frontera de moros y raya del reino, muy fuerte, así por el sitio como por los muros y baluartes. Los de Toledo librados del peligro á voces y por muestra de amor decian: «Viva el Rey.» Esto hacian no mas los que habian estado por él, que la parcialidad contraria entraban donde estaba á besarle la mano, y cuanto mas fingido era lo que algunos hacian, tanto daban mayores muestras de voluntad y le adulaban con mas cuidado. A don Estéban en gratificacion de aquel servicio le hizo el Rey mucha honra y le encomendó el cuidado de la ciudad. Despues de su muerte los ciudadanos, para memoria de tan gran varon, en la iglesia catedral, en lo mas alto de la bóveda, detrás del altar mayor, hicieron pintar su imágen á caballo como está hoy. Entró el Rey en Toledo á 26 de agosto, dia viérnes. Luego el dia de san Miguel, don Juan, arzobispo de Toledo, falleció cansado de la pesadumbre de tantos males ó por su larga edad. La letra dominical muestra que la entrada del Rey no pudo ser sino el año 1166. Conforman los *Anales de Toledo* y el letrero del sagrario de aquella iglesia, que señalan la muerte del arzobispo, era 1204, que es el año dicho puntualmente, y así se debe tener. Gobernó aquella iglesia loablemente como diez y seis años; su cuerpo se entiende fué allí mismo sepultado. Algunos dicen que renunció y que de su voluntad dejó el arzobispado, y del explican la ley pontificia y canon promulgado por Alejandro III, pontífice romano, que es el primer capítulo en el título de las órdenes hechas despues de renunciado el obispado, enderezado al arzobispo de Toledo, como se contiene en su título. La verdad es que en las decretales de mano antiguas no reza aquel título al arzobispo de Toledo, sino al colonionse; así, lo de la renunciacion no se debe tener por verdadera. Sucedió don Cerebruno ó Cenebruno, persona de igual ánimo y prudencia, agradable al rey don Alonso, ca fué su maestro y le enseñó las primeras letras. Fué arcediano de Toledo antes, y obispo de Sigüenza, y aun se sospecha era francés de nacion. A este prelado parece se enderezó sin duda la epístola decretal del mismo Alejandro III, que es el capítulo 11 en el título de Simonía, sobre la que se cometió en la eleccion del obispo de Osma. Conforma con esto lo que ordenó el mismo rey don Alonso en su testamento, su fecha en Fuentidueña, á 8 de diciembre, era 1242; dice que sus tutores, el conde don Nuño y don Pedro, por elegir al obispo de Osma, recibieron cinco mil maravedís; manda que se restituyan. Era por el mismo tiempo prelado de Tarragona Hugo Cervellon, que sucedió á Bernardo Torte. El rey de Castilla, sosegado que tuvo á Toledo, á persuasion del conde don Manrique, salió contra don Fernando de Castro, ca ayudado de las gentes de Huete, que le eran aficionadas y muy leales, salió al encuentro al ejército del Rey. Dióse la batalla dos leguas de aquel pueblo junto á Garcinaharro; era grande la fama del esfuerzo de don Manrique; era tenido por gran defensor de la autoridad real, tales eran las muestras, si bien muchos pensaban que en nombre ajeno queria mandallo todo, por ser, como era, atrevido, astuto, presto y conforme á los negocios y ocurrencias, cuándo seguia la virtud, cuándo lo malo. Don Fernando, por recelarse en la pelea de sus fuerzas, entró en la batalla, quitadas las sobrevistas y disfrazado. Don Manrique, por yerro, con todas sus fuerzas embistió y mató á un caballero ordinario, el cual, porque llevaba vestidura de general, creyó era su contrario. Quedó cansado de aquella pelea y á propósito para ser agraviado; así fué él mismo muerto; uno de los que acompañaban á don Fernando le metió por el cuerpo la espada. Con la muerte del general los del Rey, parte se pusieron en huida, parte fueron muertos en la pelea. Sabido el engaño y astucia, don Nuño, hermano de don Manrique, acusaba á don Fernando de aleve. No paró en esto, sino que le desafió á pelear de persona á persona y hacer campo, como se acostumbraba en casos semejantes. Intervinieron varones santos y personas graves, por cuyo medio por entonces la diferencia se sosegó algun tanto, pero el odio entre aquellas dos casas quedó muy mas arraigado que antes, con grande daño muchas veces de las cosas y del reino, por anteponer cada cual de las partes sus particulares pasiones y debates al bien comun. Verdad es que la guerra que hizo el Rey por entonces no fué muy grande ni continuada, y muchas ciudades y castillos, por estar obligados con beneficios que recibieran, quedaron en poder de don Fernando de Castro, con que el Rey desistió del intento y esperanza de atropellalle, y vuelto hácia otras partes, no dejaba de sujetar á su señorío las ciudades y castillos que hallaba sin guarnicion. Demás desto, pareció por la comodidad del lugar probar el castillo de Zurita, que está puesto en un collado empinado, cuyas raíces y haldas baña el rio Tajo. Tenia la guarda desta fuerza Lope de Arenas como teniente de don Fernando de Castro. Convidado á que se rindiese, se excusó con la edad del Rey, como otros muchos, que él no era señor, sino lugarteniente, y como tal tenia jurado á don Fernando; que si no fuese con su licencia, no entregaria el castillo á persona alguna; que no su-

friria que con color y voz de la autoridad real se burlasen de los demás aquellos que por la flaca edad del Rey le tenian en su poder y lo aconsejaban lo que les parecia. Como los del Rey perdiesen la esperanza que el alcaide haria por su voluntad lo que pretendian, determinaron de usar de fuerza y apretar el cerco de aquel castillo. Convocaron para este efecto socorros de todas partes. Don Lope de Haro, avisado de lo que el Rey pretendia, de lo postrero de Vizcaya, en que tenia grande estado, sin ser llamado, á causa que él y el conde don Nuño tenian diferencias particulares y andaban torcidos, de su voluntad vino á servir en aquel cerco. Llegado, miró el sitio del castillo, y se encargó de acometerle por aquella parte que parecia mas agria y de que mayor peligro se mostraba; cosa propia de la nacion vizcaina. Iba adelante el cerco. Los del Rey no tenian esperanza de salir con su intento. Los cercados padecian falta de mantenimientos; por esta causa usaron de engaño, y con dar esperanza de rendirse, convidado que hobieron y recibido dentro para tratar desto á los condes don Nuño y don Suero, los prendieron á traicion, por entender que el Rey, movido de su peligro, se apartaria del propósito que tenia de combatir el castillo, por lo menos vendria en algun buen partido. En lo que pensaron consistia su remedio estuvo su destruicion. Hallábase en los reales del Rey un cierto hombre, llamado Domingo, que salió del castillo no se dice por qué causa; este, si le diesen algun premio, prometió haria entregar aquella fuerza. Aceptado el partido, en cierto ruido hechizo dió una herida á Pedro Ruiz, ciudadano de Toledo; él mismo vino en ello y con voluntad del Rey; hecho esto, Domingo se puso en huida. Con esta ficcion las guardas le recibieron en el castillo. Era criado del alcaide, mañoso, servicial, y por aquella nueva hazaña le ganó mas la voluntad; trataba con él muy familiarmente sin recelo de lo que le sobrevino. El traidor, hallada ocasion á propósito para ejecutar su intento, á tiempo que el alcaide se afeitaba la barba le mató; trás esto se huyó á los reales. El pueblo sin dilacion, muerto su caudillo, sin grande dificultad vino en poder del Rey y se rindió luego; perdonó el Rey á los soldados, y el lugar no fué puesto á saco; solo á Domingo hizo sacar los ojos, que fué ejemplo señalado de castigo contra los traidores, dado que le señalaron sustento bastante para pasar la vida, porque no pareciese que el Rey quebrantaba su palabra. Este sustento no mucho despues por mandado del mismo le quitaron junto con la vida, porque magüer que ciego y castigado se alababa de aquella maldad; doblada alevosía que cometió en matar á su señor y hacer traicion á los cercados. Esto del traidor. Los soldados, alegres con la victoria, se partieron para sus casas. Don Lope de Haro, que entre todos se señaló de animoso, alabado con palabras muy honrosas, se volvió á su tierra, sin querer aceptar los dones que le ofrecian, por saber muy bien cuánta falta y pobreza padecia el tesoro real. Este caballero dicen edificó en la Rioja la villa de Haro, no léjos del rio Ebro, y que de aquel pueblo y de su nombre, así él como sus decendientes, tomaron este apellido. El Rey se fué á Toledo á las Cortes del reino, para donde tenia convocados los grandes y ciudades de toda la provincia. Tratóse en ellas de componer el estado del reino, que por la revuelta de los tiempos andaba muy alterado, y de recobrar las ciudades y pueblos que aun no se querian entregar. Fué este año memorable por las muchas lluvias y grandes crecientes, en particular en Toledo el rio Tajo salió de madre y llegó hasta la iglesia de San Isidro, á 20 de febrero; el año luego siguiente de 1169, á 8 de febrero, tembló la tierra en aquella ciudad; cosa que sucede pocas veces y que puso en cuidado á los ciudadanos, por pensar que aquel temblor era pronóstico de algunos nuevos y mayores trabajos.

CAPITULO XI.

De las bodas de don Alonso, rey de Castilla.

Don Fernando, rey de Leon, los años pasados casó con doña Urraca, hija de don Alonso, rey de Portugal; deste casamiento nació don Alonso, el que sucedió á su padre en el reino de Leon, dado que la misma doña Urraca, por el parentesco que tenia con su marido, fué dél repudiada y apartada. Este camino hallaban para deshacer los casamientos cuando nacian desabrimientos entre los casados; que aun no estaba introducida la costumbre de dispensar en las leyes matrimoniales, ni los pontífices comenzaban á usar de semejantes dispensaciones. Deste repudio resultaron grandes enemistades entre el suegro y el yerno, y dellas muchos daños que se hicieron y recibieron de una parte y de otra. Don Fernando andaba ocupado en reedificar las ciudades y pueblos que por la revuelta de los tiempos pasados estaban destruidas, otros edificaba de nuevo. Cerca de Salamanca reparó la antigua Bletisa con nombre de Ledesma, á Granada cerca de Coria, demás desto Benavento, Valencia de Oviedo, Villalpando, Mansilla, Mayorga. Fuera destas poblaciones, por consejo de un forajido portugués edificó en los confines del reino, por do se divide de Portugal, á Ciudad Rodrigo, que antiguamente se llamó Mirobriga, para que fuese como firme baluarte en que se quebrantasen los ímpetus de los portugueses y para hacer dende correrías y cabalgadas por los lugares comarcanos. El desabrimiento que comenzó destos principios entre leoneses y portugueses se encendió despues y paró en graves enemistades. Era don Fernando príncipe de grande corazon y bravo; y aunque de costumbres muy suaves, condicion simple, liberal y manso, no dudaba hacer rostro á las armas y poder de dos los reyes de Castilla y de Portugal. Don Alonso, rey de Castilla, al principio del año de nuestra salvacion de 1170 fué á Búrgos para tener Cortes del reino, en las cuales, porque el Rey era entrado en los quince años de su edad, que era el tiempo señalado por el testamento de su padre, y legal para que le entregasen las ciudades, se trató de que se ejecutase así; y con grande voluntad de los grandes y de todos salió decretado se hiciese guerra, así á los señores si no obedeciesen á la voluntad del Rey, como al rey don Fernando, su tio, que tenia todavía con guarniciones ocupada una parte no pequeña del reino; pero esta guerra, á causa de otras dificultades, se dilató mucho. Los grandes, interesados por no ser acusados de traidores y porque no les quedaba excusa alguna para no hacello, entregaron al Rey los castillos, fuerzas y lugares que tenian en su poder. Entre los primeros hizo esto don Fernando de Castro; dado que desconfiado de la voluntad del Rey por estar

muchos grandes irritados contra él y la parcialidad contraria apoderada del gobierno, determinó dejar la tierra; y públicamente renunciada la patria, conforme á lo que entonces los españoles usaban, se retiró á tierra de moros, ca decia que el destierro seria tolerable; principalmente al que se hallaba inocente y no habia hecho vileza alguna; pero que él haria que al que no querian por amigo experimentasen serles enemigo muy grave. Muchas veces la paciencia ofendida se muda en furor; así, don Fernando, agraviado con muchas injurias como él se quejaba, no dejaba de hacer muchos daños en tierras de cristianos. Tratóse demás desto en las Cortes de Búrgos del casamiento del Rey por ser la edad á propósito y tener todos grande cuidado de que quedase dél sucesion. Enrique, segundo deste nombre, rey de Ingalaterra, muy poderoso á la sazon, abrazaba debajo de su señorío lo de Angers y Normandía en Francia y toda Ingalaterra; y su mujer doña Leonor en dote le ayuntó á los demás estados lo de Guiena y Portiers, como arriba queda dicho. Parecíales á los grandes que seria á propósito Leonor, hija destos príncipes, doncella muy escogida, para casalla con su Rey, si su padre viniese en ello. Don Alonso, rey de Aragon, con deseo de verse con el rey de Castilla, su primo, y que era casi de la misma edad, vino á Sahagun; allí se puso confederacion entre aquellas dos naciones. Hecho esto, los dos reyes, mediado el mes de julio, fueron á Zaragoza; desde allí se envió una embajada muy principal á Francia para tratar lo del casamiento del Rey. La cabeza desta embajada era don Cerebruno, arzobispo de Toledo; acompañábale don Rámon, obispo de Palencia, con otros prelados y caballeros en gran número. Llegados á Burdeos, do estaba la reina de Ingalaterra con su hija, fácilmente alcanzaron lo que pretendian. Concertáronse las bodas, la doncella vino á España, y en su compañía, no solo los que envió el rey don Alonso, sino tambien se juntaron con ellos Bernardo, prelado de Burdeos, y otros señores de Francia. Entre tanto que esto pasaba en Francia, en España entre los dos reyes de Castilla y de Aragon se hizo liga y avenencia en que se juntaban las fuerzas de los dos reinos contra todos los príncipes, sacado solo el de Ingalaterra, en que se tuvo respeto al nuevo parentesco. Para confirmar este concierto y palabra de una parte y otra se dieron algunos pueblos para que en poder del otro estuviesen como en rehenes y en tercería: al de Aragon dieron á Najara y Biguera; á don Alonso, rey de Castilla, Hariza y Daroca, que por aquel tiempo tambien, como ahora, pertenecian al reino de Aragon. La doncella esposa del rey de Castilla llegó finalmente á Tarazona. Allí, como antes tenian concertado, se hicieron los desposorios con grandes regocijos por el mes de setiembre. El rey de Aragon fué el padrino; las arras que dieron á la esposa fué gran parte de Castilla, Búrgos, Medina del Campo con otros lugares en gran número; fuera desto, le consignaron la mitad de todo lo que se ganase de los moros. El Rey, aficionado á la hermosura de su esposa, que era apuesta y agraciada, como era de poca edad, parecia querer en liberalidad demasiada aventajarse á los reyes pasados. Lope, rey moro de Murcia, tenía confederacion y amistad con el rey de Castilla, porque hallo tambien que por estos años vino á Toledo. Estaba el rey de Aragon ofendido del mismo, y pretendia hacelle guerra, porque rehusaba de pagar las parias que acostumbraba dar á don Ramon, su padre. Concertóse que aquel Rey bárbaro le quedase sujeto á tal que él desistiese de favorecer á los macemutes, bando entre los moros contrario al rey Lope. Ibase por estos tiempos despeñando el imperio de los moros en España, por estar dividido en parcialidades, en especial la ciudad de Murcia muchas veces andaba alborotada con discordias civiles. Despedidos entre sí los dos reyes y concluidas las fiestas de Tarazona, las bodas se celebraron en Búrgos con aparato increible, y concurso de gentes no menor. Acabadas las fiestas, se dió licencia á la compañía de á caballo de los de Avila que hasta entonces acompañaron y guardaron al Rey. A la ciudad de Avila, por la fidelidad que guardó muy grande en tiempos tan ásperos, otorgó el Rey grandes y señalados privilegios. Concluidas estas cosas, el Rey y Reina se partieron para Toledo. En el mismo tiempo el rey de Aragon procuró y hizo que la cabeza del mártir san Valerio, obispo que fué de Zaragoza, desde Roda do estaba fuese llevada á Zaragoza. Vino en ello, por dar contento al Rey, don Guillen Perez, obispo de Lérida y de Roda. Doña Garsendis, princesa de Bearne, muertos su padre y hermano, á ejemplo de sus antepasados, hizo su homenaje al rey de Aragon; y en particular renovó la confederacion hecha antes, en que se mandaba no se pudiese casar sin voluntad del Rey. Los obispos Bernardo, de Oloron, y Guillelmo, de Lescar, fueron los que hicieron los conciertos en su nombre. Algunos piensan que casó, y fué mujer de Guillen de Moncada, hombre principal en Cataluña y senescal; cosa que no se puede probar con bastantes fundamentos, y que nos pareció sería mejor dejalla sin resolver que poner por cierto en lo que dudamos.

CAPITULO XII.

De la confederacion que se hizo contra don Pero Ruiz de Azagra.

Entre las ocupaciones y ejercicios de la paz no se dejaba el cuidado de la guerra, en especial las reliquias de los moros eran trabajadas por las armas de los aragoneses de tal guisa, que apenas les quedaba por aquella parte lugar en que pudiesen estar seguros. En Edetania la Vieja, á las riberas del rio Alga, los pueblos Favara, Maella, Fresneda y otros muchos fueron con el próspero suceso de las guerras quitados á los moros; demás desto, Caspe, villa muy fuerte junto al rio Ebro. Quedaba por conquistar una parte del monte Idubeda en los confines de la Edetania y de la Celtiberia, porque gran número de moros, confiados en la fortaleza y fragura de los lugares, se habian retirado á aquella parte. A los fieles por la aspereza de los montes era dificultosa la empresa y la entrada; con el esfuerzo vencieron todas las dificultades y echaron de aquellos lugares á los enemigos, juntamente se apoderaron de la ciudad de Teruel, que es lo postrero de Aragon. Así el señorío de los moros por aquella parte desde allí adelante tuvo por término y lindero la tierra y reino de Valencia. En el mismo tiempo Pero Ruiz Azagra, hijo de Rodrigo Azagra, señor que era de Estella, como arriba queda dicho, por cierta ayuda que dió á Lope, rey de Murcia, le obligó de tal suerte, que alcanzó dél que le hi-

ciese donacion de Albarracin, ciudad puesta en un monte áspero y fragoso á las fuentes del rio Tajo. Poco despues para que aquella ciudad tuviese mas autoridad, Jacinto, cardenal y legado del Papa, y por su órden Cerebruno, prelado de Toledo, pusieron el año 1171 en ella por obispo á uno, llamado don Martin, con órden que la nueva iglesia fuese sufragánea de Toledo; llamaron el nuevo obispado arcabicense. A este obispado despues por voluntad de Inocencio IV, pontífice máximo, y de Alejandro IV, su sucesor, aplicaron la ciudad de Segorve en el tiempo que volvió á poder de cristianos y la hicieron cabeza de aquella diócesi. Estaban los reyes de Castilla y de Aragon ofendidos contra Pedro de Azagra, por causa que el rey de Aragon pretendia que la ciudad de Albarracin le pertenecia como de su conquista. Don Pedro, como se tuviese por libre y exempto, no queria hacer homenaje á ningun príncipe. Quejábase el rey de Castilla que en sus tierras el dicho don Pedro se apoderara de algunos castillos; decia era justo con las armas de los dos y por voluntad de entrambos domar la soberbia y insolencia de aquel hombre y sus demasías. Para confirmar este concierto se dieron los dos reyes en rehenes algunos lugares de ambas partes; al rey de Aragon entregaron á Agreda, Cervera y Aguilar; al rey de Castilla Aranda, Borgia y Argueda. Concertaron otrosí que Hariza con su castillo fuese entregada al rey de Castilla, segun que en la confederacion pasada quedó concertado. El ánimo era diferente, y no eran llanos estos tratos, porque como fuese entregada por industria de Nuño Sanchez sin que el rey de Aragon en particular lo mandase, fué ocasion de grandes discordias. Verdad es que solamente se alteraron los ánimos y no se pasó á mas que palabras. Esta discordia fué ocasion de confirmar las fuerzas de Pedro de Azagra, ca ninguno de los dos le hizo guerra, y el rey de Aragon, menospreciada la afinidad de Castilla y casamiento que su padre dejó concertado, comenzó á tratar de hacer un nuevo casamiento, de que se agradaba mas. Envió sus embajadores á Emanuel Comneno, emperador de Constantinopla, para pedirle á su hija por mujer. Hallábase demás desto alterada Aragon por la muerte de Hugo Cervellon, prelado de Tarragona, al cual, porque defendia los derechos de su iglesia, dió la muerte Guillen Aguilon. Era este Guillen hijo de Roberto, persona noble y que por donacion de Ondegario, prelado de aquella ciudad, alcanzó el señorío de Tarragona, y á causa de tener pocas fuerzas la entregara á don Ramon, conde de Barcelona y padre del rey de Aragon, con retencion para sí de parte de las rentas. Su hijo Guillen, ensoberbecido por esta causa mas de lo que pedia el estado y fuerzas que tenia, se atrevió hacer tan gran maldad. Por la muerte de Hugo sucedió Pedro Tarrogio, que era obispo de Zaragoza. La muerte de Hugo fué á 22 de abril del año ya dicho, que fué otrosí año señalado por la muerte de santo Tomás, cantuariense, que por la misma causa mataron ciertos sacomanos malamente en Ingalaterra dentro de su iglesia; canonizóle y púsole en el número de los santos Alejandro III como á mártir muerto injustamente. Y parece que en España se le comenzó á hacer luego honra como á santo, pues consta de antiguas memorias que en la iglesia mayor de Toledo no mas de seis años adelante hobo altar con nombre de Santo Tomás, que el conde don Nuño y su mujer doña Teresa dotaron de los heredamientos que tenian en Alcabon. Devocion que yo entiendo se hizo por respeto de la santidad del mártir y por agradar de camino á la Reina, que era natural de aquella tierra, y hermana del rey Enrique III, que le hizo matar. Hay grandes razones para entender que aquel altar estuvo donde al presente se ve la capilla de Santiago, en que está magníficamente sepultado el condestable don Alvaro de Luna. Lope, rey de Murcia, falleció el año 1172. Su muerte dió ocasion y despertó al rey de Aragon para que hiciese guerra á los moros de aquella comarca. Pensaba que por faltarles aquel Príncipe tan señalado podria fácilmente destruir á los demás. Comenzó primero por Valencia, cuyo Rey por temer las fuerzas del Aragonés, su contrario, fué forzado á comprar la paz por dineros y prometer que las parias que acostumbraba antes pagar las daria para adelante dobladas. Desde allí pasó la guerra á Murcia, y se puso sobre la ciudad de Játiva, que era principal en aquel tiempo. Estaba casi para tomalla cuando fué forzado á dar la vuelta á su tierra, porque los de Navarra le movian guerra en muy mala sazon, pues le apartaban de una empresa tan santa; pero los hombres suelen tener mas cuenta con su interés particular que con la religion ni con hacer lo que deben. Solamente se hicieron treguas con el nuevo rey de Murcia á tal que pagase el tributo que su padre acostumbraba á pagar. Hecho esto, el rey de Aragon dió la vuelta hácia Navarra sañudo asaz; no se vino á las manos y al trance de la batalla, porque cada una de las partes rehusaba de aventurar todo lo que era en el suceso de una pelea; solo el rey de Aragon por la parte de Tudela entró en Navarra talando los campos y robando lo que hallaba, y redujo á su poder la villa de Argueda. Esto se hizo al fin deste año, el cual pasado y venido el siguiente, que se contaba de Cristo 1173, de nuevo volvieron á las armas y á la guerra, en que los aragoneses destruyeron y abatieron la villa de Milagro, puesta entre Calahorra y Alfaro; porque desde allí como desde frontera se hacian muchos daños en tierra de Aragon. Debió adelante este pueblo reedificarse, pues el dia de hoy vemos que está en pié. Falleció doña Petronilla, madre del rey de Aragon, en Barcelona á 13 dias del mes de octubre. Al principio del siguiente año, 18 dias andados del mes de enero, en Zaragoza se hicieron en fin las bodas del rey de Aragon y de doña Sancha, que el padre del Rey dejó concertadas; y aunque el esposo estaba arrepentido y mudado, todavía mudada de nuevo la voluntad, antepuso la afinidad y deudo de los reyes de Castilla, en que se contenian muchos parentescos de otros reyes y comodidades, al casamiento y parentesco forastero del Emperador, de donde poca ayuda se podia esperar. Efectuó, como yo creo, todo esto Jacinto, legado del Papa, ca no hay duda sino que se halló presente en la solemnidad de las bodas. La hija del Emperador griego casi en este mismo tiempo y sazon llegó á Mompeller, ciudad de la Gallia Narbonense; allí, por hallarse burlada y por no poder mas, casó con el señor de aquella ciudad, que fué un trueco muy desigual de Reina en particular.

CAPITULO XIII.

Del principio de la caballería de Santiago.

Por estos tiempos comenzaron á ser nombrados los caballeros que tienen el apellido de Santiago, que nos da ocasion para tratar brevemente de los principios desta milicia y órden y en qué manera de bajos principios ha crecido y llegado á la grandeza que hoy tiene, poco menos que real, y que algun tiempo se hizo temer de los reyes. En el tiempo que se descubrió el sepulcro del apóstol Santiago comenzó la devocion de aquel lugar á extenderse, no solamente por toda España, sino tambien acerca de las naciones extrañas; muchos de todas partes del mundo concurrian á visitarle, á otros muchos espantaba la dificultad del camino por la aspereza y esterilidad de aquellos lugares y las correrias de los moros, que se decia cautivaban á muchos de los peregrinos. Los canónigos de San Eloy, no se sabe puntualmente en qué tiempo, los años siguientes, con deseo de remediar estos males, edificaron en muchas partes por todo aquel camino que llega hasta Francia hospitales para recebir á los peregrinos. Entre estos el que se edificó en el arrabal de Leon, con nombre de San Márcos, fué el de mas cuenta y tuvo el mas principal lugar. Con este oficio de piedad, no solo ganaron los ánimos del pueblo, sino tambien las voluntades de los principales, tanto, que les dieron por entonces grandes riquezas y rentas; y adelante por su ejemplo algunos en Castilla, ejercitados en la guerra, personas nobles y ricas, con el celo que tenian de ensanchar el señorío de cristianos, juntaron en comun los bienes particulares de cada uno á manera de religiosos. Estos, por industria del cardenal Jacinto y á su persuasion, por estos tiempos determinaron de unirse y juntar sus fuerzas con los canónigos de San Eloy, que tienen su convento fuera de Santiago. Con este acuerdo se partieron para Roma para alcanzar aprobacion del pontífice Alejandro de su instituto y manera de vida, que querian ordenar conforme á la regla de san Agustin, que abrazaban los dichos canónigos. Pero Fernandez de Puente Encalada, que fué el principal en esta embajada, á persuasion de Cerebruno, arzobispo de Toledo, ganó una bula del Pontífice, su data á 5 de julio, año de 1175, en que se señala á los soldados la manera de vivir, poniéndoles leyes muy buenas; á la cual manera de vida se reciben tambien mujeres, con tal que no se puedan casar, sino fuere con consentimiento del maestre. Mandóse que de todo el número de los caballeros señalasen trece que nunca se apartasen del lado del maestre, y juntamente con él todos los años en un lugar señalado hiciesen su capítulo general. Demás desto, otras muchas cosas se ordenaron, que seria largo relatarlas. El mismo Pero Fernandez fué criado por maestre de aquella milicia y órden, y así fué el primero de los maestres; las insignias de los soldados en manto blanco una cruz roja hecha á manera de espada. Señalóseles por convento el hospital de San Márcos, que estaba en Leon. Tenian por este mismo tiempo en Castilla y en Leon grandes heredamientos, no pocos castillos y lugares, entre los demás se cuentan Uclés, Mora, Estriana, Almodóvar, Larunda, Santacruz de la Zarza, que así se llama en la bula del Papa un lugar que antiguamente se llamó Vicus Cuminarius cerca de Ocaña. Sucedió el año siguiente de 1176 que don Alonso, rey de Castilla, siendo de mayor edad y estando determinado de vengar los agravios que los navarros y leoneses le hicieron los años pasados, se aparejaba para la guerra. Hizo sus votos en Toledo antes que se pusiese en camino y saliese en campaña; hizo donacion de Illescas, que parece habia vuelto á ser del Rey, y de Hazaña á la iglesia mayor de Toledo por el mes de julio para alcanzar de los santos patrones de aquella ciudad que la guerra que trataba de hacer tuviese próspero fin. Hecho esto, entró por la Rioja con grandes gentes hasta la ribera de Ebro. Lo demás que sucedió en esta guerra no se sabe, sino que despues de maltratados los navarros, consta dió la vuelta contra el reino de Leon, taló los campos, tomó y saqueó y abrasó los lugares; y esto á causa que el Rey, su tio, era de menores fuerzas y rehusaba de venir á las manos con aquel bravo y mozo príncipe. Pero la ira del rey de Leon se volvió contra los nuevos soldados de Santiago, por sospechar favorecian al rey de Castilla como á su antiguo señor, tanto, que los echó á todos del reino y los forzó á retirarse á Castilla. Arrepintióse presto el rey don Fernando de lo que hizo, por despojar sin bastante causa su reino de una ayuda tan grande como era la destos caballeros; mas no lo pudo remediar, dado que por intercesion de prelados y grandes y otras buenas personas, con cierta manera de treguas por entonces se dejaron las armas y se apaciguaron estos bullicios. Esto nos pareció referir y poner por escrito de los principios de aquella órden, que parecerá corto si se mira á su dignidad, si la brevedad que llevamos en esta obra, lo que basta. No ignoramos que algunos le señalan mas alto principio; unos de don Alonso el Casto, otros del rey don Ramiro; engañó sin duda á los unos y á los otros el deseo de ilustrar aquella milicia y un privilegio que alegan en esta razon de don Fernando el Magno, primer rey de Castilla, con data y antigüedad de mas de cien años antes deste tiempo, que dicen concedió al monasterio de monjas de Salamanca, que se llama de Sancti Spiritus; pero los mas eruditos le tienen por falso. Las razones que les mueven no hay para qué declarallas; la misma cosa se da á entender, ora se considere el estilo diferente del que en aquellos tiempos tan groseros se usaba, ora la cuenta que sigue de los años por el nacimiento de Cristo; cuenta por estos tiempos aun no recebida en España. Dejado esto aparte, en Francia entre el rey de Aragon y el conde de Tolosa, despues de grandes alteraciones se hicieron paces. Estaba el de Tolosa sentido que el matrimonio de su hijo, que dejó antes de su muerte concertado el Conde de la Proenza, don Ramon Berenguel, que falleció diez años antes deste, con su hija y heredera, habida en Rica, la emperatriz, el rey de Aragon le hobiese impedido. Pretendia con las armas el condado de la Proenza, así por el derecho antiguo que mostraba tener como nuevamente por tocar á su hijo como dote de aquella doncella. Concertó el Rey y prometió de dalle tres mil marcos de plata porque se apartase de aquella querella. Con esto una hermana de Trencavello, vizconde de Carcasona, llamada doña Beatriz, casó con el hijo del conde de Tolosa; que no se pudo alcanzar del Rey de Aragon le diese, como él lo pretendia, por mujer la hija del conde de la Proenza. Hízose esta confedera-

cion principalmente por diligencia y autoridad de Hugo Jofre, maestre de los templarios, que intervino en todo esto.

CAPITULO XIV.

Cómo los de Castilla ganaron la ciudad de Cuenca.

Comenzaba Castilla despues de largas miserias á alzar cabeza por el esfuerzo del rey don Alonso y como de unas tinieblas muy profundas á mirar la luz. Las fuerzas de los moros se iban enflaqueciendo y envejeciendo. Los almohades ocupados con los movimientos de Africa, no podian cuidar de las cosas de España; tanto mas, que por muerte de Abdelmon, fundador de aquel nuevo imperio, su hijo Abenjacob los años pasados se encargó del imperio de aquella gente, puesto que hombre animoso, pero ni de igual esfuerzo ni de igual felicidad á su padre. Por lo uno y por lo otro se ofrecia buena ocasion de volver con mayor esfuerzo á la guerra sagrada. Los fieles hasta ahora impedidos ó por la flaca edad de los reyes, ó por los movimientos civiles de la provincia, no parece miraban bastantemente por la dignidad del nombre cristiano. Don Alonso, rey de Castilla, venido á mayor edad, fué el primero á tomar aquel cuidado, y despues que en la guerra pasada se satisfizo de los navarros y de los leoneses, se determinó de tratar con el rey de Aragon de acometer la guerra contra los moros. Juntáronse para esto á vistas; trataron en ellas por qué parte seria bien hacer la guerra á los moros. Ofrecióse la ciudad de Cuenca, puesta en los fines de la Celtiberia, edificada por los moros (que en el imperio romano ni en la historia de los godos no hay mencion alguna de aquella ciudad) y asentada en un collado áspero y empinado, que á manderecha y á mano izquierda estrechan los rios Júcar y Huecar con las riberas y hoces muy altas, de tal guisa, que es inexpugnable por la naturaleza del lugar. La subida dificultosa, las calles estrechas y tan agrias, que muchas veces no se pueden andar á caballo, y apenas se andan á pié. No tenian en aquel tiempo fuentes ni pozos dentro de la ciudad; mas en nuestra era han traido de los montes cercanos fuentes y caños perpetuos, que corren por todas las partes; así, que podíanle quitar el agua, mas no la podian ceñir con cerco por la aspereza de los lugares y sitio. Pareció á los reyes de combatir primero esta ciudad, porque era como un fortísimo baluarte de los moros y de su señorío. Hiciéronse grandes juntas de gentes en la una provincia y en la otra; capitanes muy señalados en sangre y en hazañas, prelados y grandes en buen número acompañaban á los reyes, como fueron: Pedro, obispo de Búrgos; Jocelin, de Sigüenza; Sancho, de Avila; Raimundo, de Palencia; sin estos Pedro, arcediano de Toledo, y Gonzalo, arcediano de Talavera; don Gonzalo Marañon, paje de armas del rey de Castilla; Ordoño Garcés y Garci Garcés. Entre todos, don Pedro de Azagra, ya reconciliado con los dos reyes, fué el primero de todos que con su particular escuadron se presentó delante de aquella ciudad. Comenzóse el cerco al principio del año; el sitio del lugar no sufria que acometiesen la ciudad, ni se aprovechasen de los ingenios. Y los moros, así por su esfuerzo como con la esperanza que tenian de ser socorridos de Africa, se defendian valientemente; duraba el cerco mucho tiempo, y no padecian mucho menor falta de mantenimientos en los reales que dentro de la ciudad. Erales forzoso sustentarse con lo que robaban y de las presas, de que tenian poca comodidad por la esterilidad de los lugares; faltaba el dinero para pagar el sueldo, que es lo que convida á los obligados y hace á los regatones traer provisiones á los reales. Movido el rey de Castilla por estas dificultades, se partió para Búrgos con intento de juntar dineros. Hiciéronse Cortes del reino y procuróse que, no solo los pecheros y gente popular, sino tambien los francos, que en España llamamos hidalgos, cada año pagasen al Rey cinco maravedís de oro, y esto á causa que el pueblo, gastado con tantas imposiciones, no podia llevar los gastos de la guerra; que era justo moviese á los demás el amor de la patria y la falta del tesoro real, para que cediesen en parte á su derecho y á su antigua libertad; daño que se podia recompensar adelante con mayores provechos. Daba este consejo don Diego de Haro, señor de Vizcaya, hombre poderoso por sus fuerzas y por el parentesco del rey de Leon, de grande presuncion y ánimo; porque don Fernando, rey de Leon, repudiado que hobo la reina doña Urraca, como arriba queda dicho, casó con doña Teresa, hija de don Nuño, conde de Lara; por cuya muerte, que fué en breve, casó de nuevo con doña Urraca, hija de don Lope de Haro y hermana deste don Diego. Deste casamiento nacieron don Sancho y don García. Opúsose á los intentos de don Diego don Pedro, conde de Lara. Arrimósele gran número de nobles, que arrebatadamente se salieron de las Cortes, determinados de defender por las armas la franqueza ganada por las armas y esfuerzo de los antepasados. Decia que en ninguna manera sufriria que en su vida se abriese aquella puerta, y se hiciese aquel principio para oprimir la nobleza y trabajalla con nuevas imposiciones, bien que fuese necesario dejar el cerco de Cuenca. El Rey, movido por el peligro, desistió de aquel pensamiento. A don Pedro, por lo que hizo y por el valor que mostró, acordaron los nobles entre sí que cada año á él y á sus sucesores le hiciesen un gran convite para que quedase memoria de aquel hecho y los descendientes fuesen por aquella manera amonestados á no sufrir por cualquiera ocasion que se presente les sea menoscabado el derecho de la antigua libertad. Entre tanto que estas cosas pasaban en Búrgos, pasados nueve meses que duraba el cerco, fué Cuenca por el esfuerzo de los fieles ganada por el mes de setiembre el mismo dia de San Mateo, año de 1177. El cual año, no solamente fué señalado por la memoria desta jornada y empresa, sino eso mismo dichoso por la virtud y felicidad del pontífice Alejandro y haberse acabado la discordia y scisma que en Roma duraba, á causa que Inocencio, sucesor de Victor, de su voluntad renunció el pontificado. Fué tambien alegre á los navarros por el nacimiento de don Fernando, que le parió la reina doña Beatriz, abundante en sucesion, porque antes desto tuvo estos hijos: don Sancho, don Ramon, doña Berenguela, doña Teresa y doña Blanca. Los vencedores, concluida aquella empresa, con intento de ennoblecer la ciudad de Cuenca, ganada de nuevo, trataron de hacella catedral y trasladar á ella los derechos de Valera, en que hobo silla obispal en tiempo de los godos. Vino en esto el Pontífice romano y en que su pri-

mero obispo fuese un varon señalado por nombre Juan. A los ciudadanos fué concedido que tuviesen voto en las Córtes del reino. A los aragoneses en premio de su esfuerzo alzaron la sujecion, con que solian obedecer y hacer homenaje á los reyes de Castilla como sus feudatarios y que eran forzados á juralles fidelidad. Hízose confederacion entre los dos reyes contra todos los príncipes, excepto solamente el rey de Leon; hízosele aquella honra por ser pariente tan cercano. Ganada que fué Cuenca, la villa de Alarcon, de asiento y sitio no menos fuerte, se ganó, ca continuaron la guerra contra los moros por aquella parte los años siguientes. Demás desto, la villa de Iniesta vino á poder de cristianos, pueblo en aquella comarca, mas conocido por las minas que tiene de sal á manera de piedras trasparentes y espejadas, que por la fertilidad de los campos. A los caballeros de Santiago se ordenó que para que mejor pudiesen hacer la guerra á los moros, pusiesen su asiento y convento en Uclés, de donde, como don Fernando, rey de Leon, arrepentido de lo hecho, pretendiese volvellos á su antigua morada, despues de muchos debates sobre el caso, se hizo concierto que cuatro sacerdotes de aquella órden se enviasen á Leon; con tal condicion que quedasen sujetos al convento de Uclés: sujecion que ellos adelante por ser diferentes los reyes rehusaron constantemente de sufrir. Tratóse mucho tiempo el pleito, hasta tanto que las diferencias se sosegaron por autoridad de Urbano V, que mandó ambos conventos fuesen exemptos el uno del otro y que obedeciesen solamente al maestre de la órden. No mucho despues recibieron á estos caballeros en Portugal, y en él les dieron riquezas y lugares, obedecieron largo tiempo al maestre de toda la órden, hasta tanto que don Dionisio, rey de Portugal, puéstoles diferente cabeza, los eximió de la sujecion y la obediencia de Castilla. Estas cosas, aunque sucedieron en muchos y diferentes años, las juntamos aquí para ayudar la memoria. Volvamos al órden de los tiempos. Cuando el rey don Alonso hizo donacion de diversas rentas á estos caballeros, á los principios de su órden les dió á Ocaña y á Colmenar de Oreja, que está á la ribera del Tajo, con otros pueblos. Maqueda, Azeca, Cogolludo, Zorita, asimismo fueron por el mismo Rey dados á los caballeros de Calatrava. Edificó él mismo á la frontera del reino la ciudad de Plasencia, y quiso que fuese obispal, donde antes se via una aldea llamada Ambroz; este nombre quiso mudar en el de Plasencia para pronosticar que seria agradable y daria placer á los santos y á los hombres y tambien por la frescura del sitio, bien que el cielo que tiene no es muy saludable. Reparáronse los muros de Toledo, y el pueblo de Alarcos se edificó y pobló en los oretanos, no léjos de Almagro, en un sitio alto. Estas cosas se hacian en el año del Señor de 1178, en el tiempo que don Alonso, rey de Aragon, se apoderó del condado de Ruisellon por muerte del conde Giraldo, que no dejó sucesion. Así comenzó á intitularse en escrituras públicas rey de Aragon, conde de Barcelona y Ruisellon y marqués de la Proenza. El año siguiente de 1179, á 20 del mes de marzo, partió de Perpiñan y fué al lugar de Cazola, donde tenian señaladas vistas entre él y el rey de Castilla. En esta habla, porque tenian diferencia sobre la manera cómo se debia hacer la guerra á los moros y qué parte de aquella conquista á cada cual de los dos tocaba, se acordó que á la conquista de Aragon perteneciesen Valencia, Játiva, Denia con todas sus tierras; los demás pueblos y ciudades que se contenian en los contestanos, que eran el reino de Murcia, fuesen de la conquista de Castilla. Hicieron liga contra don Sancho, rey de Navarra, en gran perjuicio suyo, porque con las armas de Castilla fueron ganados y quedaron por aquellos reyes Briviesca, Cerezo, Logroño y los demás pueblos que hay desde los montes Doca hasta Calahorra. El arzobispo don Rodrigo pone tambien en este cuento á Navarrete, pueblo que otros dicen aun no era edificado en aquel tiempo; pero mas caso se deba hacer de la autoridad y testimonio de don Rodrigo. Desde allí revolvieron las armas de Castilla contra los leoneses, talaron los campos, tomaron y saquearon los lugares y robaron todo lo que pudieron. El rey de Leon, como quier que no tuviese fuerzas bastantes, no desistia de mover al rey de Aragon, y con cartas y mensajeros avisalle que el rey de Castilla habia quebrado la confederacion hecha en Cuenca; que pertenecia á su dignidad quebrantar la soberbia de aquel fiero mozo, porque, aumentado su poder, no destruyese á los demás, que siempre es bien contrapesar las potencias. Daba el de Aragon oidos á esto; mas era menester algun color nuevo para romper. Envió á don Berenguel, obispo de Lérida, y don Ramon de Moncada al de Castilla para pedir el pueblo de Hariza y su castillo, que por los conciertos pasados quedó como en tercería, con órden que si no alcanzasen por bien lo que pretendian, le denunciasen la guerra. Grande espanto y muestra de una grande guerra se representaba á toda España, por revolverse entre sí en un mismo tiempo tantos reyes. La modestia del rey de Castilla lo allanó todo, ca entregó á Hariza á los aragoneses y se la restituyó. Dejó otrosí y alzó mano de la guerra de Leon, pareciéndole con lo hecho dejaba vengadas bastantemente las injurias y excesos pasados.

CAPITULO XV.

Cómo don Alonso, rey de Portugal, fué preso por el de Leon.

Los ánimos de los leoneses estaban aversos de don Fernando, su rey, y parece que si se ofrecia ocasion, mostrarian el odio que tanto tiempo tenian en sus pechos encubierto. Causados con nuevas imposiciones que les cargaba, llevaban mal la aspereza del Rey y su condicion. A otros movian otras causas particulares; en particular los de Salamanca sentian que habiendo el Rey reedificado á Ledesma, les hobiese, para dalle término, quitado parte de su tierra. Así, en sazon que el Rey se hallaba embarazado en la guerra sobredicha, fueron los primeros á declararse y se levantaron contra él. El principal movedor desto alboroto, llamado Nuño Ravia, fué elegido por capitan; don Lúcas de Tuy dice que le llamaron rey. Los de Avila, con quien tenian antigua amistad, avisados de todo el negocio, les enviaron ayudas. El rey don Fernando, porque el mal no cundiese, acudió luego á sosegar estos alborotos. Juntáronse los campos; dióse la batalla junto á Valdemusa, en que fueron vencidos y desbaratados los rebeldes; forzáronles asimismo y ganáronles los reales. El mismo capitan Nuño Ravia fué preso y justiciado conforme á las leyes de la guerra. Los demás, de feroces

que poco antes eran, luego quedaron humildes y obedientes; que ninguna cosa hay en el vulgo templada y mediana; ó espantan ó temen. La misma ciudad de Salamanca volvió á la obediencia. Desde allí partió el rey para Zamora, porque le avisaban que tambien aquella ciudad con deseo de novedades andaba alterada; pero ella fácilmente se sosegó; el ejemplo y trabajo ajeno la hizo mas recatada. En esta sazon el cuerpo del rey don Ramiro, tercero deste nombre, fué trasladado del lugar de Destriana á Astorga y puesto en la iglesia mayor en un sepulcro mas cómodo que antes. Sosegados estos movimientos, al Rey aquejaba el cuidado de defender á Ciudad-Rodrigo, que la tenia cercada don Fernando de Castro con gran número de moros. La ayuda de san Isidro, al cual los leoneses tenian por patron particular, les asistió para que los bárbaros quedasen por el rey don Fernando vencidos en batalla, muertos y desbaratados. Con esta victoria cobraron los leoneses orgullo, pasaron adelante y trabajaron las tierras de Portugal comarcanas con talas y con robos. Lo que mas era á propósito y muchos grandemente deseaban, el mismo don Fernando de Castro por diligencia deste Rey se redujo á mejor consejo; ca le exhortó que le ayudase á él contra el rey de Castilla antes que á los enemigos del nombre cristiano. Aceptó él este partido que le ofrecian, y como era de gran corazon y en las cosas de la guerra señalado entre pocos, con deseo de mostrarse entró luego por las tierras de Castilla con gentes de Leon. En tierra de Campos, junto á un lugar llamado Lubrical, venció en una batalla las gentes contrarias que le salieron al encuentro. Muchos señores quedaron presos, y entre ellos el mismo don Nuño de Lara, su enemigo capital. Más él los trató benigna y cortesmente, y con grande loa de modestia y de humanidad los dejó ir libres á sus tierras, solamente les hizo jurar que le serian amigos fieles. El mismo, repudiada su primera mujer, casó con doña Estefania, hermana del rey don Fernando; y el que por sangre y hazañas era esclarecido, quedó mas ennoblecido por el parentesco real. Deste matrimonio nació don Pedro de Castro, de quien adelante se hará mencion. Siguióse otra guerra, que se hizo contra Portugal por esta ocasion: Don Alonso, rey de Portugal, puesto que de grande edad y muy viejo, nunca aflojaba en el cuidado de la guerra. Tenia el ánimo muy fuerte, si bien el cuerpo era flaco. Llevaba mal que el rey don Fernando con haber reedificado á Ciudad-Rodrigo á la raya de su reino hubiese por el mismo caso puesto como grillos á Portugal y edificado una fuerza, de donde los campos de aquella provincia pudiesen libremente, como poco antes lo hicieran, ser maltratados. Juntó un grueso ejército y mandó á don Sancho, su hijo, que con aquellas gentes se pusiese sobre aquella ciudad. Prometíase seguramente la victoria, á causa que el rey de Leon en el mismo tiempo se hallaba apretado con la guerra de Castilla, como poco antes se ha dicho, y los suyos alborotados. El rey don Fernando en aquel peligro no se olvidó de la honra y reputacion, además que no ignoraba cuánto se diminuirian sus fuerzas si perdiese aquella ciudad. Salió pues con parte de sus gentes al encuentro á los portugueses. Pelearon cerca del lugar llamado Arraganal; los portugueses fueron vencidos, unos muertos y desbaratados, otros presos, que dejó todos ir libres á sus tierras. Don Alonso, rey de Portugal, avisado de aquella pérdida, juntadas sus gentes, entró por las tierras de Galicia, apoderóse de Limia, de Turonia y otros lugares por aquella comarca. Despues desto, rehaciéndose de nuevas gentes, con deseo de vengarse, determinó acometer á Badajoz, ciudad que aunque era de moros, estaba á devocion del rey don Fernando. Por esto, juzgando él que pertenecia á su autoridad no desampararla en aquel peligro, acudió á socorrella. El Portugués tenia ya tomada gran parte de la ciudad; mas como se atreviese á dar la batalla á los leoneses, fué en ella vencido y forzado á retirarse á la misma ciudad de do saliera. No era la recogida segura; apretaban al vencido de una parte los moros, que tenian en su poder lo mas alto del pueblo, y de la otra los leoneses; intentó de salvarse por los piés y huir; al salir se hirió malamente en el cerrojo de la puerta de la ciudad y cayó del caballo. Así, preso de los enemigos, vino en poder del rey don Fernando, que le trató humanísimamente, y le hizo curar la herida, no con menos cuidado que si fuera su padre. Fuera desto, luego que estuvo sano le dejó ir á su tierra; si bien el Portugués, movido desta humanidad, se mostraba aparejado á poner en su poder todo su reino y obedecelle como á señor. Mas no quiso aceptar el rey don Fernando, contento solo con recobrar los lugares que poco antes le tomara en Galicia. Tenia otrosí por bastante fruto de la victoria usar de templanza y humanidad. En Cuenca por la muerte de Juan I, obispo de aquella ciudad, fué puesto en su lugar Julian, hombre santo, maravilloso por la vida y la erudicion. Era natural de Búrgos, y aun se halla en los papeles de la iglesia de Toledo que fué arcediano de Toledo; con sus predicaciones en la mayor parte de Castilla tenia hecho gran provecho en los moros y cristianos y ganado gran renombre y fama en el oficio de predicar, que fué el escalon por donde subió al obispado, y despues en el número de los santos le pusieron esta y otras virtudes. Doña Urraca, reina de Navarra, hija del Emperador, despues de la muerte del primer marido, casó los años pasados con don Alvaro Rodriguez, persona principal en Castilla, y sin tener hijos deste matrimonio, falleció este año por el mes de agosto. Su cuerpo yace en Palencia en la iglesia mayor con este letrero:

AQUÍ REPOSA DOÑA URRACA, REINA DE NAVARRA, MUJER DE DON GARCI RAMIREZ, LA CUAL FUÉ HIJA DEL SERENÍSIMO DON ALONSO, EMPERADOR DE ESPAÑA, QUE GANÓ Á ALMERÍA; FALLECIÓ Á 12 DE OCTUBRE, AÑO DEL SEÑOR DE 1189.

Así dice el letrero. Nos en la razon de los tiempos seguimos los *Anales de Toledo*, y por ellos quitamos diez años desta cuenta. El año luego siguiente de 1180, á 5 de octubre, Luis, rey de Francia, seteno deste nombre, falleció en Paris; dejó por su sucesor á su hijo Filipe, por sobrenombre Augusto. Por el mismo tiempo en aquella parte de Vizcaya que se llama Alava edificaron por mandado de don Sancho, rey de Navarra, la ciudad de Victoria, cabeza de aquella provincia, do antes estaba una aldea llamada Gasteiso. La causa de mudalle el nombre antiguo y ponelle este no se sabe, aunque no debió faltar. En Tarragona otrosí se tuvo un concilio de obispos, en que se trató, así de otras muchas cosas, como tambien se estableció por ley que

en adelante mudada la antigua costumbre que los catalanes guardaban, se dejase, y no escribiesen en las escrituras públicas el nombre de los reyes de Francia ni pusiesen en ellas el año de su reinado, como lo acostumbraban. Siguióse el año 1181 y en él la muerte de don Cerebruno, arzobispo de Toledo, á 12 de mayo. Sepultáronle en su iglesia en la capilla de San Andrés. Sucedióle don Gonzalo, primero deste nombre, varon de grande y excelente virtud. Quién pone antes de don Gonzalo á Pedro de Cardona, quién despues dél; debió ser electo y no consagrado, y aun hay memoria en Toledo que le hace cardenal; los mas le pasan en silencio en este cuento de los prelados de Toledo.

CAPITULO XVI.

Cómo murieron los reyes de Portugal y de Leon.

La jornada que don Alonso, rey de Portugal, hizo contra los moros, dado que le sucedió mal, fué ocasion que los nuestros entendiesen se podrian apoderar de Badajoz; por esto don Fernando, rey de Leon, á cuya conquista pertenecia, juzgó que no se debia dejar pasar aquella ocasion, como príncipe que era de suyo enemigo de ocio y de condicion bulliciosa y mas aventajado en la disciplina militar que en las artes de la paz. De Zamora, donde se retiró despues que soltó al rey de Portugal, apercebido de nuevas gentes, marchó para aquella guerra y ganó la dicha ciudad de Badajoz. Era habitada de moros, y no podia por entonces llevar nueva poblacion de cristianos ni poner en ella guarnicion bastante de soldados. Acordó dejar por gobernador á un moro, llamado Abenabel. Los bárbaros no guardan la fe, la palabra ni juramento sino cuando no pueden mas. En breve pues se rebeló contra don Fernando y llamó en socorro suyo á los almohades. Pasó adelante, que no contento con la posesion de aquella ciudad, formado un buen ejército, acometió primeramente las tierras de Leon, en que taló, saqueó y robó todo lo que por aquella parte se le puso delante; luego dió la vuelta á Portugal, cercó al rey don Alonso dentro de Santaren, que halló descuidado y desapercebido de todo lo necesario. Don Fernando, rey de Leon, encendido en deseo de vengar sus injurias y movido por el peligro del Rey, su suegro, de cuya defensa ya una vez se encargó, juntadas de presto sus gentes, salió al encuentro á los moros que estaban feroces por lo hecho. Pero ellos luego se pusieron en huida por no sentirse iguales á las fuerzas de ambas naciones. El rey de Portugal, como al principio sospechase que don Fernando venia mudado de voluntad contra él y no menos se recelase de su poder que de las armas de los moros, sabida la verdad, se alegró y cobró ánimo. Don Fernando, ganada muy gran gloria y cargado de los despojos de moros, volvió á su tierra el mismo año, que fué el de nuestra salud de 1181, en que comenzó á gobernar la Iglesia de Roma Lucio, tercero deste nombre, natural de Luca, sucesor de Alejandro III. Deste Pontífice dicen que envió cierto cardenal, cuyo nombre no se refiere, por su legado y con grandes poderes á España para asentar las paces entre los reyes cristianos, que, divididos en gran daño del comun, contendian entre sí con odios muy grandes, muchas veces sin muy grande ocasion, por donde dejaban pasar grandes ocasiones que se ofrecian y comodidades para oprimir la morisma, gente bárbara. El rey de Aragon, por estar determinado de ir en romería á Santiago, hizo compañía el legado hasta Castilla, en particular por el deseo que tenia de interponer su autoridad para que se hiciesen las paces. Parecíale cosa muy honrosa que por su medio se estableciese la concordia deseada entre los reyes y se dejasen las armas. Sucedió como lo pensaba, que á su instancia se concertó la paz, y á cada uno de los reyes señalaron los términos hasta donde llegasen sus estados. De lo que quedaba en poder de los moros, al tanto determinaron las ciudades, lugares y castillos que pertenecian á la conquista de cada cual destos príncipes, sobre lo cual tenian antes desto no pequeño debate. En estas pláticas, no solo ganó el rey de Aragon loa de pacificador, sino tambien de modestia; ca se contentó con lo que le señalaron para su conquista, que fué sola aquella comarca que desde Aragon llega hasta Valencia, dado que por agraviarse el rey don Pedro, su hijo, que en esta confederacion y concordia se le hizo sinrazon, alcanzó que los términos de la conquista de Aragon llegasen y se extendiesen hasta Alicante. Los demás reyes con los términos y rayas que se les señalaron terminaron de buena gana su señorío. Solamente el rey de Navarra quedaba sentido y extrañaba los grandes agravios que le tenia hechos don Alonso, rey de Castilla. Por esta causa no se pudo persuadir á venir en aquella comun confederacion y corte que se dió entre los demás. Todavía despues deste asiento duró algun tiempo la paz entre los cristianos; por lo menos hobo pocas revueltas y de poca consideracion. Hacíase la guerra á los moros, mayormente el rey de Portugal se señalaba en esto; demás que entre los alborotos de la guerra, cuidadoso de acrecentar la piedad cristiana y culto divino, él mismo desde el promontorio Sacro, que por este respeto y para con su presencia considerar el lugar fué allá por dos veces, procuró y hizo que los huesos de san Vicente mártir, se trasladasen á la iglesia mayor de Lisboa, que fué el año 1183. El se ocupaba en esta y semejantes obras de piedad. A su hijo don Sancho envió de la otra parte de Tajo para que tuviese cuidado de la frontera y hiciese rostro á los moros. El, como mozo y fervoroso por la edad y con deseo de ganar honra, con buen número de los suyos entró en el Andalucía y taló las tierras de los moros por todas partes hasta llegar á Sevilla. Asimismo á los sevillanos, que con intento de vengar aquella afrenta le salieron al encuentro, los desbarató en batalla, puso cerco sobre Ilipa, que hoy se llama Niebla, pero no la pudo ganar, porque vino nueva que grandes gentes de moros tenian puesto cerco sobre Beja, en los confines de Portugal. Así don Sancho, movido por el peligro de los suyos y porque no pareciese que por pretender lo ajeno dejaba perder lo que era suyo y cayese en reprehension de lo que pretendia honrarse, alzado el cerco de Niebla, acudió á Portugal. Con su venida los bárbaros fueron vencidos y forzados á partirse de aquella ciudad. Don Sancho, esclarecido con tantas victorias, entró en Santaren á manera de triunfante. Al mismo tiempo vino aviso que los almohades con su caudillo el rey Abenjacob apercebian grandes gentes contra Portugal. La diligencia de que usaron fué grande; mas presto que se pensaba pusieron cerco sobre aquella villa de Santaren. Don Alonso, rey de Portugal, dado que se hallaba muy

pesado por la edad y por haber quedado cojo de una pierna despues que en Badajoz se le quebró, de tal manera, que usaba de coche por no poder andar á caballo, convocados soldados de todo su reino, se apresuró para ir á Santaren. Dióse la batalla, en que los moros no fueron iguales á los portugueses, porque el padre por frente, y el hijo, que salió de la villa, por las espaldas los apretaron; fué grande la matanza y muchos los que se pusieron en huida; al mismo Rey bárbaro dieron en la batalla una herida mortal, y como quier que pretendiese para escapar pasar á Tajo, que por aquella parte va muy arrebatado y lleva mucha agua, se ahogó en el rio, que fué el año de 1184. Sucedióle en los dos imperios de África y de España Abenjuzef, su hermano. Esta victoria se tuvo por muy señalada, y por ella se hicieron grandes regocijos en toda España. Verdad es que la muerte de Armengaudo ó Armengol, conde de Urgel, aguó algun tanto esta alegría; era hijo de Armengaudo Castilla, conde de Barcelona, y tenia por mujer una hermana del rey de Aragon; y no solo poseia gran estado en Cataluña y Aragon, sino tambien en Castilla era señor de Valladolid, por ser bisnieto de don Peranzules, de quien en su lugar se hizo mencion, que fué un gran personaje. Este Príncipe, con deseo de adelantar el partido de los cristianos, con sus gentes particulares rompió por la tierra de Valencia; pero despues de algunos buenos sucesos que tuvo fué muerto por los moros junto á la villa de Requena en una celada que le pararon y con engaño. Otros dicen que los castellanos le dieron la muerte; la pública voz y fama fué que los moros le mataron; que parece mas probable y es mas justo que se tenga por verdad. Lo cierto es que este desastre sucedió á 11 dias de agosto; dejó un hijo de su mismo nombre por heredero de sus estados. En otra parte don Sancho, rey de Navarra, se metió por tierras de Castilla, y llegado hasta el lugar de Atapuerca, como llevase gran presa robada por aquellos lugares, el abad de San Pedro de Cardeña, movido por el trabajo y lágrimas de los comarcanos, fué apresuradamente en busca del Rey que se volvia á su tierra; alcanzóle y pidióle restituyese la presa á los que padecieron el daño, pues parecia cosa injusta que los agravios hechos por los reyes los pagase la gente miserable y sobre ellos descargase la saña. Condescendió el Rey á los ruegos del Abad por ser tan justificado lo que le pedia, demás del particular respeto que tuvo al estandarte del Cid, que el Abad y los monjes del templo do le tenian le tomaron y le llevaban delante para movelle mas. Lo cual hizo tal impresion en su ánimo y en tanto grado, que él mismo acompañó el dicho estandarte hasta dejalle en el lugar en que antes le tenian. Sucedieron estas cosas el año de 1185. En este año los reyes de Portugal, padre y hijo, fueron primero á Coimbra, dende se partieron para la ciudad de Portu. Allí celebraron las bodas entre Filipe, conde de Flándes, y doña Teresa, hija del mismo rey don Alonso, á quien los flamencos llaman Matilde. Concluidas las fiestas, volvieron á Coimbra; allí el Rey, agravado de enfermedad y de los años, falleció á 6 del mes de diciembre en edad de noventa y un años. Su cuerpo, segun que él ordenó en su testamento, sepultaron en la iglesia de Santa Cruz, que él mismo fundó, en una sepultura humilde; de donde por mandado del rey don Manuel, en tiempo de nuestros abuelos, le pasaron á otro sepulcro de mármol blanco de labor muy prima. Fué varon admirable, acabado en todo género de virtudes, del reino de Portugal no solo fundador, sino conquistador en gran parte. Pasó su larga edad y reinado casi sin ningun tropiezo. En las cosas de la guerra y en las artes de la paz se señaló igualmente, junto con el celo que tenia á la religion, de que dan muestra muchos templos que en Lisbona y en Ebora y en otros lugares edificó. Corria á las parejas en piedad y devocion su mujer doña Malfada, hacia en todo el reino edificar á sus expensas muchos monasterios y iglesias; señales muy manifiestas de la virtud que ambos tenian. Hallábase España en sosiego despues que entre los reyes se concertaron las paces y por la muerte del rey Jacob de los almohades. Solo comenzaba por otra parte una nueva guerra y un nuevo miedo, que ponia á muchos en cuidado. Era cosa muy honrosa á don Pedro Ruiz de Azagra que en los ojos de tan grandes reyes conservase un tan pequeño estado como el que tenia sin reconocer á nadie vasallaje. Acudia él de buena gana á ayudar á los reyes en la guerra contra los moros, y arriba queda dicho lo mucho que hizo cuando se ganó la ciudad de Cuenca; pero no se podia persuadir á hacer homenaje á ninguno, y para mostrar su exempcion se llamaba vasallo de Santa María, que era el nombre de la iglesia mayor de Albarracin. La causa de conservarse tanto tiempo, cuanto no sé si alguno de los capitanes antiguos, entiendo fué la fortaleza del sitio y la emulacion y contienda que los reyes tenian entre sí por desear cada cual la presa, hacerle su vasallo y que no lo fuese del otro. El año pues luego siguiente de 1186, por el mes de enero, los reyes de Castilla y de Aragon se juntaron para tomar acuerdo sobre este caso en Agreda. En las vistas de comun consentimiento hicieron una ley en que desterraban de los dos reinos á todos los deudos y aliados del dicho don Pedro que siguiesen su partido; con este principio de rompimiento se contentaron por entonces. En el principio del año siguiente Gaston, vizconde de Bearne, á ejemplo de sus mayores, hizo en Huesca homenaje al rey de Aragon, año desgraciado por la prision de Guidon, rey de Jerusalem. Saladino, grande enemigo de cristianos, le prendió á él y al maestre de los templarios en la ciudad de Tiberiade; y se apoderó por concierto de la misma ciudad de Jerusalem á 2 dias del mes de octubre, que fué un daño y mengua notable y sin reparo. En Castilla el rey don Alonso, vuelto el pensamiento á las cosas de la paz, con muy buenas leyes y estatutos ordenaba y enderezaba la milicia y órden de Calatrava en el mismo tiempo que don Fernando, su tio, rey de Leon, falleció en Benavente el año que se contó de 1188; reinó por espacio de treinta y un años. Sepultáronle en Santiago en la capilla real. Fué tenido por mas aventajado y mas á propósito para la guerra que para el gobierno. Las señaladas partes que tuvo de cuerpo y ánimo pareció estragar la insaciable sed de reinar que mostró, mayormente en la menor edad del rey de Castilla, su sobrino. Por lo al sufria mucho los trabajos, su ingenio agudo, prudente y próvido, y en los peligros tuvo corazon animoso y grande. Martin, presbítero de Leon, por estos tiempos florecia por la erudicion y por la su vida muy santa que hacia. Ocupábase en escribir muchos libros, si bien era persona idiota y sin letras; mas de re-

pente le hizo muy aventajado en letras una extraordinaria vision en que san Isidro, en cuyo monasterio vivia, entre sueños le dió á comer un libro en señal de la mucha doctrina que por aquel medio le comunicaba; desde entonces comenzó á señalarse en el conocimiento de las divinas letras y escritura sagrada. A nuestras manos no ha venido cosa alguna de aquellos sus libros. Dícese que los canónigos de aquella iglesia y convento los guardan con grande cuidado como un precioso tesoro y para testimonio muy claro de lo que sucedió y de aquel milagro.

CAPITULO XVII.

De varias confederaciones que se hicieron entre los reyes.

Los hijos sucedieron á sus padres, don Sancho á don Alonso, rey de Portugal; á don Fernando, rey de Leon, don Alonso, noveno deste nombre, que se volvió con la nueva de la muerte de su padre del camino que llevaba, porque se queria ausentar y se iba para su tio el nuevo rey de Portugal por miedo del odio y asechanzas de su madrastra. Llevaba ella mal que don Alonso, hijo bastardo, como ella decia, solo por ser de mas edad y porque se le antojaba á su padre, fuese preferido á sus hijos, y tratado como quien habia de suceder en aquella corona. De aquí resultaron desabrimientos perpetuos, de que avino que dado que el Rey, su antenado, al principio le dejó los lugares de su dote por respeto y contemplacion de su padre, pero en fin la puso en necesidad de retirarse á Najara, do pasó lo restante de su vida. En el monasterio de Santa María el Real de aquella ciudad están en una capilla, que se llama de Santa Cruz, dentro del claustro, las sepulturas desta señora y de sus hermanos, que fueron don Lope, obispo de Segovia, y don Martin de Haro. Don Alonso, rey de Leon, fué casado dos veces: la primera con doña Teresa, hija de don Sancho, rey de Portugal, en quien tuvo tres hijos: á doña Sancha, á don Fernando, que vivió poco, y á doña Dulce; despues, por mandado de los pontífices, se apartó de doña Teresa á causa que era su parienta, y casó con doña Berenguela, hija de don Alonso, su primo, rey de Castilla. Don Sancho, rey de Portugal, primero deste nombre, que llamaron el Poblador y el Gordo, casó los años pasados con doña Aldonza Dulce, hermana del rey de Aragon. Deste matrimonio tuvo muchos hijos, es á saber, á don Alonso, el mayorazgo, á don Fernando, don Pedro, don Enrique, que murió mozo; cinco hijas, doña Teresa, doña Malfada, doña Sancha, doña Blanca, doña Berenguela. Y muerta la mujer, tuvo en otras dos concubinas seis hijos, parte varones, parte hembras: de la primera, por nombre Juana, á doña Urraca y á don Martin; de la otra, que se llamó María, á doña Teresa, don Egidio, doña Constanza y don Rodrigo. Doña Teresa casó con Alfonso Tello, el que fundó y pobló la villa de Alburquerque; tales eran las costumbres de aquel siglo, que no tenian por torpe cualquier antojo de los reyes, en que don Alonso, rey de Castilla, fué muy mas medido y juntamente dichoso en sucesion, porque de un solo matrimonio tuvo once hijos; entre los demás doña Blanca fué la mas dichosa, porque casada con Luis, rey de Francia, octavo deste nombre, con dichoso parto dió al mundo un hijo del mismo nombre de su padre, el que por la conocida bondad de su vida y por su piedad muy señalada alcanzó renombre de santo y se llamó san Luis. Despues de doña Blanca se siguieron doña Berenguela, don Sancho, doña Urraca y don Fernando, que consta haber nacido el año 1189, á 29 de noviembre, dia miércoles. Despues dél se siguieron doña Malfada y doña Constanza, y luego adelante dos ó tres hermanas, cuyos nombres no se saben; demás destos doña Leonor y el menor de todos don Enrique, que con maravillosa variedad de las cosas vino á suceder en el reino á su padre, como se mostrará en otro lugar. Fuera de los muchos hijos que el rey de Castilla tuvo, se aventajaba á los demás príncipes sus vecinos en la grandeza del señorío, muy mayor que el de los otros, por do ponia espanto á todas las provincias de España. El, aunque se via rodeado de tantas riquezas y ayudas, no se daba al ocio ni á la flojedad, antes extendia con las armas los términos de su señorío y los dilataba; en que asimismo sobrepujaba á los demás reyes de su tiempo; y en ingenio y maña y en riquezas, gracia y destreza igualaba á sus antepasados. Con esto sustentaba la autoridad real y se hacia temer. Nunca el poder de los príncipes es seguro á los comarcanos, por ser cosa natural buscar cada uno ocasion de acrecentar sus estados, sea justa, sea injustamente. Por esta causa los demás reyes de España se hermanaban contra el rey de Castilla, y se confederaban y prometian que tendrian los mismos por amigos y por enemigos. Procuraban traer á esta confederacion al rey de Leon, si bien pareció estar mas aficionado y obligado al rey de Castilla, don Alonso, su primo. Y es así que luego que tomó la posesion del reino paterno, con deseo de ganar su amistad, de su voluntad fué á las Cortes de Castilla, que se tenian en Carrion, el año 1188. Armóle allí caballero á la manera que entonces se usaba; y para muestra de darle la obediencia le besó la mano; cortesía en que pareció disminuir la majestad de su reino y reconocer á su primo por mas principal, como lo era. Halláronse en aquellas Cortes Conrado, hijo del emperador Federico, llamado Barbaroja, que aportó á España en peregrinacion, y Raimundo Flacada, conde de Tolosa; el uno y el otro tuvieron por cosa honrosa que el Rey los armase caballeros con las ceremonias que en España se usaban. Fuera desto, se concertó casamiento entre Conrado y doña Berenguela, hija del Rey; pero no vino á efecto por esquivar la doncella de ir á Alemaña, sea por aborrecer las costumbres de aquella nacion, sea por el largo y trabajoso camino, porque, ¿á qué propósito mudar la templanza de España y el arreo de su patria y trocalle por el cielo áspero de Alemaña y otras condiciones asaz diferentes de sus naturales? Finalmente, este desposorio se apartó por autoridad de don Gonzalo, primado de Toledo, y de Gregorio, cardenal de Santangel. Los demás reyes, entre tanto que esto pasaba, consultaban entre sí por sus embajadores qué era lo que debian hacer, en especial el de Aragon, que llevaba mal que todas las cosas estuviesen en el albedrío de su cuñado, el rey de Castilla, y don Sancho, rey de Navarra, que pretendia recobrar por las armas lo que por fuerza le quitaron los años pasados. Con este intento el año de Cristo 1190 se juntaron de propósito en Borgia por el mes de setiembre; en esta habla hicieron entre

si confederacion y asiento contra las fuerzas de Castilla. Los leoneses otrosí y los portugueses entraron en esta liga, atraidos á ella por industria de los dos reyes. En Huesca se hallaron los embajadores de los otros reyes. Tratóse del negocio con el rey de Aragon, que hacia sus veces y las del Navarro. Allí, no solo se concertó paz entre los cuatro reyes y se ligaron para las guerras, sino demás desto se añadió expresamente que ninguno en particular sin que los otros lo supiesen y viniesen en ello por sus particulares intereses hiciese paz ó tregua con el enemigo, ni aun tuviese licencia sin el tal consentimiento de hacer guerra á nadie ni comenzalla. Estas cosas se concluyeron por el mes de mayo, año de 1191, en que falleció en Roma Clemente, tercero deste nombre, á 25 de marzo. Sucedió en su lugar cuatro dias despues Celestino III, llamado antes que fuese papa Jacinto Bobo. Fué natural de Roma, y en España mucho tiempo legado de los pontífices pasados. Don Gonzalo, arzobispo de Toledo, pasó asimismo desta vida á 20 del mes de agosto luego siguiente. En su tiempo el rey don Alonso dió á él y á su iglesia de Toledo á Talamanca y Esquivias. En su lugar fué puesto don Martin Lopez, que por la grandeza de su ánimo, y por las excelentes cosas que hizo, tuvo por sobrenombre y se llamó el Grande; tuvo antes el obispado de Sigüenza; su patria se llamó Pisorica; sus virtudes, don Rodrigo que le sucedió en la dignidad, las celebró y contó muy en particular. Este mismo año el rio Tajo se heló en Toledo; cosa que por la templanza de la region y del aire suele acontecer muy pocas veces.

CAPITULO XVIII.

Cómo se perdió la jornada de Alarcos.

En el mismo tiempo del arzobispo don Martin vivia Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya; en riquezas, prudencia y autoridad sobrepujaba claramente á los demás grandes de Castilla. Tenia en nombre del rey de Castilla y por su mandado el gobierno de Briviesca, Najara y Soria, como se muestra por las escrituras de aquellos tiempos. Este persuadió al Rey que se hiciesen Cortes de todo el reino de Castilla en Carrion, el año de nuestra salvacion de 1192, para resolverse en hacer guerra á los moros, que por la flojedad de los nuestros confirmaban sus fuerzas y eran espantosos á los cristianos. Impedia estos excelentes intentos y empecia la discordia y enemiga que andaba entre el rey de Castilla y los leoneses y navarros; temian que si por aquellas partes acometian á Castilla como por las espaldas, forzarian á dejar las armas contra los moros y volver atrás; parecia seria lo mas acertado primeramente asentar amistad con aquellos reyes; con embajadas que de una parte y de otra se enviaron, al fin se hizo y se concluyeron las paces. Despues se mandó á don Martin, arzobispo de Toledo, que con buen número de soldados hiciese guerra en el Andalucía, que fué el principio de otra mas grande guerra que se siguió y emprendió por aquella parte. Entre tanto que se tenian las Cortes en Carrion, se tiene por fama, confirmada por el testimonio de muchos, que el rey de Castilla á la raya de su reino edificó á Navarrete, pueblo bien conocido. Yo entiendo que le reedificó ó aumentó, porque el arzobispo don Rodrigo hace mencion de aquel lugar antes deste tiempo. En Aragon el conde de Urgel, que despues de la muerte de su padre anduvo fuera de aquel reino por enemistad particular que tenia con Ponce de Cabrera, hombre poderoso, en fin, en este tiempo volvió á la obediencia de su Rey y á sosegarse. Con don Gaston, conde de Bearne, casó una hija de Bernardo, conde de Cominges, y con ella hobo en dote el señorío de Bigorra, como feudatario y vasallo del rey de Aragon; asimismo don Berengario ó Berenguel, arzobispo de Tarragona, fué muerto á 16 de febrero, año de nuestra salvacion de 1194. Dícese que le mató don Guillen de Moncada, dado que no se saben las causas de aquellas enemistades. En Pamplona tambien don Sancho, séptimo deste nombre, rey de Navarra, siendo ya de larga edad y muy esclarecido por sus hazañas y grande prudencia, por lo cual y por ser en las letras mas que medianamente ejercitado, tuvo renombre de Sabio, falleció á 27 del mes de junio. Su cuerpo sepultaron en la iglesia mayor de aquella noble ciudad con enterramiento y honras y aparato real. Reinó por tiempo de cuarenta y tres años, siete meses y seis dias. De su mujer doña Sancha, tia que era del rey de Castilla, dejó á don Fernando, don Ramiro, doña Berenguela, doña Teresa, doña Blanca, sus hijos, y sin estos el mayor de todos, que le sucedió en el reino, conviene á saber, don Sancho, rey de Navarra, octavo deste nombre, el que por la grandeza de su ánimo y por sus excelentes hazañas en la guerra tuvo sobrenombre de Fuerte. Tambien le llamaron don Sancho el Encerrado, porque en lo último de su vida, por causa de una cruel dolencia que padecia de cáncer, se estuvo retirado en el castillo de Tudela del trato y conversacion de los hombres, sin dar lugar á que ninguno le visitase ó hablase. Hay grandes rastros y muestras de su magnificencia y liberalidad, en particular sacó á Ebro de su madre antigua para que pasase por Tudela, y edificó sobre él un puente para comodidad de los moradores. Fundó á su costa dos monasterios del Cistel, llamados de Fitero y de la Oliva; demás desto, en Roncesvalles una iglesia con nombre de Santa María, donde él y sus decendientes se enterrasen. Casó con doña Clemencia, hija de Raimundo, conde de Tolosa, cuarto deste nombre. En ella tuvo á don Fernando, que en vida de su padre murió de una caida que dió de un caballo andando á caza. Su cuerpo enterraron en Tudela en la iglesia de Santa María. En el tiempo que este don Sancho comenzó á reinar toda España estaba suspensa por el temor de una grande guerra que la amenazaba. Don Martin, arzobispo de Toledo, como le era mandado, rompió por los campos de Andalucía, destruyó por todas partes todo lo que se le puso delante; muchos hombres, ganados y otras cosas fueron robadas, quemados los edificios, los lugares y los campos destrozados; y por no salirle al encuentro algun ejército de moros, se volvió con el suyo á su tierra sano y salvo y rico. Los moros, movidos por el dolor de esta afrenta y daño, hicieron grandes juntas de de soldados en toda la provincia. El mismo miramamolin Abenjuzef Mazemuto, avisado de lo que pasaba, con gran número de gentes y con deseo de venganza pasó en España; no solo los almohades, sino tambien los etiopes y alárabes con la esperanza de la presa de España seguian sus reales. Con esta muchedumbre pasaron

á Sierramorena y llegaron al lugar de Alarcos, que poco antes los nuestros edificaran. Don Alonso, rey de Castilla, avisado del apercebimiento de los moros y del peligro de los suyos, en ninguna manera perdió el ánimo; antes avisado que hobo á los reyes de Navarra y de Leon que le acudiesen, con los cuales poco antes se concertó, él primero que nadie con su ejército particular acudió á Alarcos y puso sus reales cerca de los enemigos, cuya muchedumbre era tan grande, que con sus tiendas ocupaban todos aquellos campos y collados; por esto algunos juzgaban que se debian reportar y con astucia y maña entretener al enemigo hasta tanto que los otros reyes viniesen, que se decia llegarian muy presto. Otros eran de parecer que se viniese luego á las manos, porque los navarros y leoneses no tuviesen parte en la victoria y en la presa, que arrojada y temerariamente al cierto se prometian. Este parecer prevaleció como el que era el mas honrado, dado que el Rey no ignoraba que aquellos consejos en la guerra son mas saludables que mas seguros, y que menospreciar al enemigo y confiar en sí mismos es daño igualmente perjudicial á los grandes reyes, como el suceso de esta batalla lo dió á entender. Ordenaron los reyes sus gentes. Dióse la batalla junto á Alarcos, á 19 de julio, que fué miércoles, el año de 1195. Fué grande el coraje y denuedo de entrambas las partes; pero el esfuerzo de los nuestros fué vencido por la muchedumbre de los enemigos, porque mereciéndolo así los pecados del pueblo y por voluntad de Dios amedrentados los nuestros, les faltó el ánimo y corazon en la pelea. Muchos, así en la batalla como en la huida, fueron muertos, entre ellos Martin Martinez, maestre de Calatrava. Quién dice que don Martin, arzobispo de Toledo, se halló en esta batalla. De don Diego de Haro, que fuera el principal movedor desta guerra, se decia mostró cobardía, ca se retiró de la pelea y volvió á Alarcos al principio de la batalla, sea por no tener confianza de salir con la victoria, sea, como hobo fama, por estar agraviado del Rey, que en cierta ocasion igualó los caballeros del Andalucía con los nobles de Castilla en esfuerzo y destreza del pelear. Los moros, ensoberbecidos con tan grande victoria, no solo se apoderaron de Alarcos, que luego se les rindió, sino pasaron adelante, y metiéronse por las tierras del reino de Toledo. Llegaron hasta Yévenes, que está seis leguas de aquella ciudad; desde allí, hechos muchos daños, volvieron atrás. En nuestra edad solamente restan algunos paredones de Alarcos y un templo bien antiguo, con nombre de Santa María, con que los comarcanos tienen mucha devocion. Entiéndese que el Rey bárbaro hizo echar por tierra aquel pueblo y abatir sus murallas. Túvose por cierto que con aquel desastre tan grande castigó Dios en particular un pecado del Rey, y fué que en Toledo, menospreciada su mujer, se enamoró de cierta judía, que fuera de la hermosura, ninguna otra cosa tenia de estimar. Era este trato, no solo deshonesto, sino tambien afrentoso á la cristiandad. Los grandes, movidos por tan grande indignidad y porque no se esperaba emienda, hicieron matar aquella mujer. Andaba el Rey furioso por el amor y deseo. Un ángel que de noche le apareció en Illescas le apartó de aquel mal própósito; mostrósele en aquella forma que tenia en una pintura y imágen del mismo Rey, á manera de mancebo con rostro hermoso, mas grave, que le amenazaba si no volviese en sí, y le apercebia esperase el premio de la castidad si la guardase, y temiese el castigo si la menospreciase. En la iglesia de Illescas, á la mano derecha del altar mayor, hay una capilla, llamada del Angel, con un letrero que declara ser aquel el lugar en que se apareció el ángel al rey don Alonso el Bueno, que así le llaman. La verdad es que sabido el desastre de Alarcos, los reyes de Leon y de Navarra desistieron del propósito de ayudar en aquella empresa. El rey de Leon acudió á visitar al rey don Alonso, sea con ánimo llano, sea fingidamente; don Sancho, rey de Navarra, sin saludar al Rey se volvió á su tierra. La memoria desta descortesía quedó en el pecho del rey de Castilla fijada mas altamente que ninguno pudiera pensar; y desde aquel tiempo, congojado con la saña y con el miedo, comenzó á tratar y aparejarse para vengar el agravio y satisfacer aquel su sentimiento, no solo contra los moros, sino tambien contra los navarros.

CAPITULO XIX.

De lo que sucedió en Portugal.

El año luego siguiente, que se contaba de Cristo 1196, fué desgraciado en España por la muerte del rey don Alonso de Aragon, que entre los reyes de España tenia el segundo lugar en autoridad y señorío, y en esfuerzo no daba ventaja á ninguno. Falleció en Perpiñan, á 25 de abril, en tiempo que todo su señorío gozaba de gran paz y el reino de Aragon florecia en gente, riquezas y fama. Nombró por heredero á don Pedro, su hijo mayor, segundo deste nombre; á don Alonso mandó en su testamento el condado de la Proenza y los demás estados que dél dependen. A don Fernando, el menor de todos, mandó que en el monasterio de Poblete del Cistel, que su padre comenzó y él le dejó acabado, y está puesto entre Tarragona y Lérida, en que pensaba hacer el enterramiento suyo y de sus sucesores, tomado el hábito, se ocupase en rogar á Dios por las ánimas de sus antepasados. Las tres hijas infantas, doña Constanza, doña Leonor y doña Dulce, nombró y sustituyó á la sucesion del reino, si sus hermanos muriesen sin herederos, mudada en esta parte y corregida la voluntad de doña Petronilla, su madre, que excluyó las hembras de la herencia de aquellos estados, como arriba queda señalado. Este año, en que sucedió la muerte del rey de Aragon, fué tambien desgraciado por la hambre y peste, males que Cataluña principalmente padeció. Demás desto, con una nueva entrada que hizo el Rey bárbaro; Cáceres y Plasencia fueron tomadas, talados los campos de Talavera y puesto fuego á los olivares, que se dan allí muy buenos. La villa no pudo ser entrada por la fortaleza de los adarves y esfuerzo de los moradores, echó por tierra empero los lugares de Santolalla y Escalona, que están mas adelante. La misma ciudad de Toledo estuvo cercada espacio de diez dias. En Castilla la silla obispal de Najara, en que hasta entonces estuvo, se trasladó á la iglesia de Santo Domingo de la Calzada, la cual de una excelente fábrica se comenzara diez y seis años antes, y á la sazon se acabó, de tanta grandeza y anchura, que compite con las principales de España. Lo uno y lo otro se hizo por diligencia de don Rodrigo, obispo de Calahorra. El año siguiente de 1197

hobo nuevos movimientos en Cataluña, por estar la provincia dividida en parcialidades; unos seguian á Armengaudo, conde de Urgel; otros favorecian á Raimundo Rogerio, conde de Fox; por la cual parcialidad la ciudad de Urgel fué cercada y tomada por fuerza. El moro Abenjuzef, soberbio por la victoria pasada y la prueba que hizo de sus fuerzas y fortuna, con orgullo se prometia en su pensamiento el señorío de toda España. Rehaciéndose pues de fuerzas y juntadas mas gentes, volvió otra vez á Toledo; no tenia esperanza de apoderarse de la ciudad por la fortaleza del sitio; taló los campos, saqueó los lugares comarcanos, hizo grandes robos, llegó con las talas hasta Madrid y Alcalá, y á mano izquierda hasta Ocaña, Uclés, Huete y Cuenca, destrozando todo lo que encontraba. Los nuestros por los daños del año pasado y por el miedo presente estaban sin consejo y sin saber qué partido tomarian para defender la patria. Era extremo el peligro en que las cosas de los cristianos se hallaban, porque el Moro, efectuadas tan grandes cosas, se volvió al Andalucía con su ejército sano y salvo, determinado de tornar á la guerra el año siguiente con mayor furia. Don Alonso, rey de Castilla, rodeado de tantos males, por no tener fuerzas iguales al enemigo, trataba de buscar socorros y ayudas de fuera. Poca esperanza tenia que los leoneses y navarros hiciesen cosa de provecho, pues demás del desacato pasado, en tiempo tan trabajoso acometian por diversas partes las tierras de Castilla, sin tener cuenta con la cristiandad ni considerar lo que la fama diria dellos. Fué así, que el rey de Navarra trabajó las tierras de Soria y Almazan, por do entró á robar con sus soldados; el rey de Leon, puesta confederacion y alianza con los bárbaros que moraban en Extremadura en las tierras que caen entre Tajo y Guadiana, se metió por tierra de Campos, en que taló toda la campaña. En solo don Pedro, rey de Aragon, llamado el Católico, quedaba alguna esperanza. Convidóle el rey de Castilla para hacer confederacion y juntar las fuerzas contra los enemigos comunes. Vino el Aragonés en ello. Hecho este concierto, pareció primero vengar las injurias del rey de Leon, despues los agravios que hicieron los navarros; con esto de primera instancia fueron tomados del rey de Leon los pueblos de Bolaños, Castroverde, Valencia y el Carpio. Contra los navarros no se pudo hacer la guerra como lo tenian acordado, á causa que Abenjuzef se apercebia para hacer nueva guerra, como aquel que estaba acostumbrado demasiadamente á hacer entradas por nuestras tierras; con todo esto, los castellanos y aragoneses con la gente que fuera justo acometer á los bárbaros, sin ningun cuidado de la cristiandad, revolvieron contra el rey de Leon, causa de todos los males, como ellos decian; tornaron á entrar por sus tierras el año de 1198 y llegaron hasta Astorga; destrozaron la tierra de Salamanca, apoderáronse de la una y de la otra Alava, y de Monterey con otros lugares; despues desto tornaron á tratar de vengarse del rey de Navarra, que no menos agravios tenia hechos, y esto con tanta voluntad de los reyes de Castilla y Aragon, que olvidados de su reputacion y sin moverse por el peligro de la cristiandad, se determinaron hacer concierto con Abenjuzef, comun enemigo de cristianos, y no tuvieron por cosa fea ser los primeros á convidalle con la confederacion. El Bárbaro no dejaba de dar orejas á esta plática, por tener gran deseo de volver sus fuerzas contra el rey de Portugal, que tenia hecho en los bárbaros grande estrago, fuera de que estaba con cuidado de las cosas de Africa. Asentáronse treguas con los moros por diez años. En este tiempo don Sancho, rey de Portugal, parte de su cuidado y pensamiento ocupaba en reparar ó edificar de nuevo diferentes pueblos, de donde ganó el renombre y fué llamado don Sancho el Poblador; en este número se cuentan Valencia de Miño, Montemayor el Nuevo, Vallelas, Peñamacor, Sortella y Penella con otros, parte de los cuales por donacion del Rey se dieron á los caballeros de Santiago, parte á los de Avis, que por este tiempo comenzaron en Portugal á tener fama. El mayor cuidado que tenia era de echar los moros de toda aquella provincia; y así, se apoderó de la ciudad de Silves, que está al promontorio Sacro ó cabo de San Vicente, ayudado de una gruesa armada que vino de Francia y Ingalaterra. En particular el conde Filipe, cuñado del Rey, envió en su ayuda veinte y siete naves, y en ellas muy escogidos soldados de Flándes. En la razon del tiempo en que esto sucedió no concuerdan los escritores; algunos señalan el año de 1199, otros lo ponen diez años antes, que fué en el tiempo que los reyes Enrique, de Ingalaterra, y Filipe, de Francia, con deseo de promover y sustentar la cristiandad que estaba para perderse, se determinaron de pasar por mar á la Tierra-Santa, despues que tuvieron primero vistas en los velocases, donde está la villa de Gisors, cabeza que es de los pueblos que llaman vergasins; pero el Inglés, mudada la voluntad, se quedó en su tierra y envió en su lugar á su hijo Ricardo. Hizo compañía á los reyes Enrique, á la sazon conde de Campaña, en Francia; despues por casar con doña Isabel, hija del rey Amalarico, fué rey de Jerusalem. Hijo deste Enrique, de la primera mujer, fué Teobaldo, conde de Campaña, con quien por estos tiempos casó doña Blanca, hermana de don Sancho, rey de Navarra, madre de otro Teobaldo que el tiempo adelante vino á ser rey de Navarra. Los corazones de los mortales, trabajados con tantos males y aquejados de miedos, tenian otrosí atemorizados muchos prodigios, que se vian como anuncios de grandes males. En Portugal hobo peste y hambre gravísima, y en el cielo se vieron otras señales; el vulgo, inclinado á pensar lo peor y dado á supersticiones, decia ser venganza del cielo y ira de Dios, porque el matrimonio de don Alonso, rey de Leon, y de doña Teresa, infanta de Portugal, si bien era ilegítimo y por las leyes ninguno, no se apartaba; dado que Inocencio, pontífice tercero deste nombre, sucesor de Celestino, que habia comenzado á gobernar la Iglesia romana, lo procuraba con todo cuidado de tal suerte, que puso entredicho en todo Portugal y pena de excomunion á todos los que no obedeciesen á su mandato. Acrecentóse este miedo por perderse, como se perdió á la sazon, la ciudad de Silves, destruidos y talados los lugares y campos de aquella comarca; lo uno y lo otro por las armas y esfuerzo de Abenjuzef, que pretendia por esta manera satisfacerse de las injurias y daños que el rey de Portugal le tenia hechas el tiempo pasado.

CAPITULO XX.

De la guerra que se hizo contra Navarra.

Apartóse aquel matrimonio del rey de Leon por causa del parentesco que tenian él y su mujer con dificultad y tarde; pero en fin, se apartó el año de nuestra salvacion de 1200, y luego se comenzó á poner en plática de pedir á la infanta doña Berenguela, hija de don Alonso, rey de Castilla, de la cual se dijo poco antes que estaba concertada de casar con Conrado, duque de Suevia, mas ella se excusaba por las costumbres de los alemanes y por el largo camino, puesto que no menos aborrecia el matrimonio de Leon por el parentesco que con él tenia, causa que el primero se apartase; pero los reyes muchas veces posponen la honestidad y religion á sus particulares. Los halagos de la madre ablandaron el corazon de la doncella, y á su padre parecia que los casamientos de diversas naciones muchas veces suelen ser desgraciados, y que no se debia dejar la ocasion de ganar al rey de Leon que les hacia tantos daños, demás de apartalle de la amistad del rey de Navarra, de quien principalmente deseaba satisfacerse y vengarse, y entendia que desamparado del rey de Leon, no tendria fuerzas bastantes para resistir. Por una epístola de Inocencio III, enderezada al de Compostella, se ve que el de Toledo fué á Roma el año pasado para alcanzar dispensacion del Papa sobre este matrimonio que se trataba, y no la quiso dar. Entre tanto pues que estas cosas se trataban y maduraban, el rey de Castilla don Alonso, con grande deseo de vengarse, se apercebia con todo cuidado para aquella guerra; á don Pedro, rey de Aragon, para no poder venir luego, como en la confederacion quedó asentado, impidió la discordia que tenia con su madre la reina doña Sancha; ca teniéndola por sospechosa y creyendo que trataba de volverse á Castilla, procuró quitalle los lugares de su dote. Pero á instancia del rey de Castilla se asentó la concordia entre la madre y el hijo; juntáronse los dos reyes en Hariza, pueblo asentado á la raya de los dos reinos, donde por medio y diligencia del rey don Alonso y por su voluntad, se determinó que á trueco de Tortosa y de Azcona y de otros pueblos la Reina diese al rey de Aragon los de Hariza, Epila y Embite, que le pertenecian á ella; en que pretendia el Aragonés quitar la entrada por aquella parte al rey de Castilla, si en algun tiempo quisiese acometer las tierras de Aragon; consideraba que las voluntades de los hombres, y mas las de los reyes, son varias y mudables, y por ningun respeto de parentesco se mueven cuando se les muestra esperanza de ensanchar su estado. Don Pero Ruiz de Azagra, señor de Albarracin, se halló en aquellas vistas de los reyes por estar, es á saber, ya reconciliado con ambos. Hízose esta confederacion á 30 de noviembre. En el mismo año doña Berenguela, hermana del rey don Sancho de Navarra, casó con Ricardo, rey de Ingalaterra; así lo dicen las historias de España. Los escritores ingleses refieren que sucedió esto el año pasado, y afirman que en este falleció el mismo Ricardo. El rey don Alonso, con la comodidad de las treguas que tenia con los moros, deseaba reparar los daños que el tiempo pasado se recibieran, y para esto procuraba reparar á Plasencia y á Béjar, y á Mirabel y á Segura en el monte Argentario, á Monfredo y á Moya en la Mancha de Aragon, á Aguilar en tierra de Campos. Estas cosas hacia, y no aflojaba con eso el cuidado de la guerra que pensaba hacer á los navarros, ni cesaba de amonestar al rey de Aragon que juntase con él las fuerzas y las armas. Así en un tiempo las gentes de Aragon y Castilla se movieron contra los navarros. El rey don Sancho, vista la tempestad que cargaba sobre él y que no tenia fuerzas bastantes, como quier que esperase poca ayuda de los príncipes cristianos, que sentia estar enajenados por industria y maña del rey de Castilla, tanto, que se comenzaba á tratar del casamiento entre Luis, hijo de Filipo, rey de Francia, y la infanta doña Blanca, hija de don Alonso, rey de Castilla; determinó por el mar pasarse á Africa para pedir ayuda al miramamolin Abenjuzef; grande afrenta y notable maldad, mayormente que se entendia no dejaria él, como era soberbio, pasar la ocasion que la discordia de los nuestros le presentaba de acometer de nuevo á España. Los historiadores navarros no conforman con lo que de verdad pasó, sino con deseo de excusar aquella jornada, fingen que don Sancho pasó en Africa con intento de socorrer al Rey moro de Tremecen contra el de Túnez; la invencion por sí misma se manifiesta, por no haber entonces reyes en Africa de aquellas ciudades; así, no me pareció era menester refutalla con mas palabras. La verdad es que pasado el rey don Sancho en Africa, los reyes de Castilla y de Aragon se metieron por Navarra como por tierra sin dueño y sin valedor. Aivar y lo de Valderroncal tomó el rey de Aragon. Los pueblos de Miranda y Inzula se dieron al rey de Castilla, que puso tambien cerco sobre Victoria, cabeza de Alava; y porque se defendian los ciudadanos valientemente y el cerco se dilataba, dejando en su lugar á don Diego de Haro para apretallos, el Rey se partió á Guipúzcoa, una de las tres provincias de Vizcaya, la cual, irritada por los agravios de los navarros, estaba aparejada á entregársele, como lo hicieron luego, ca rindieron al Rey todas las fuerzas de la provincia; lo que tambien al fin hizo Victoria, perdida la esperanza de poderse defender, y por su autoridad todas las demás villas de Alava. Solamente sacaron por condicion que no les pudiese el Rey dar leyes ni poner gobernadores, excepto en Victoria solamente y Treviño, lugares y plazas en que se permitia que el Rey pusiese quien los gobernase. Todo era fácil á los reyes de Castilla y de Aragon, por estar toda la provincia de Navarra desamparada de todo socorro y sin fuerzas, fuera de que de nuevo se divulgó por la fama que el rey don Sancho comenzara á estar enfermo de cáncer que le nació en una pierna, sin esperanza de poder sanar. La melancolía, que por la poca esperanza que tenia de remedio se le engendró, fué causa de aquella mala dolencia. Las marinas de Vizcaya, que importaba mucho para conservar el señorío de aquella provincia, fueron fortificadas, reparados los lugares de San Sebastian, Fuenterrabía, Guetaria y Motrico; los pueblos de Laredo, Santander y San Vicente de nuevo se fundaron en las riberas cercanas. Entre tanto que el rey don Alonso de Castilla se ocupaba en hacer estas cosas, don Sancho, rey de Navarra, sin hacer ningun efecto, volvió afrentado á su patria y reino, que halló diminuido y falto en muchas partes, muchos pueblos enajenados. Envió sobre estos agravios á los dos reyes embajadores con toda humil-

dad; pero no alcanzaron cosa alguna fuera de buenas palabras, por no poderse persuadir á restituir lo que tenian adquirido por el derecho de la guerra, ni les podian faltar razones y títulos con que colorear su codicia y paliarla.

CAPITULO XXI.

Cómo el rey de Aragon fué á Roma.

Estas cosas sucedian en España en el tiempo que Ricardo, rey de Ingalaterra, en prosecucion de la guerra que emprendió en Francia, con que mucho tiempo trabajó aquella provincia, en el cerco que tenia sobre Limoges, ciudad muy fuerte, fué muerto con una saeta que le tiraron desde los adarves. Sucedió en el reino su hermano de padre y madre, llamado Juan. Filipe, por sobrenombre Augusto, rey de Francia, con intento de derribar al nuevo Rey y desbaratar sus intentos antes que cobrase fuerzas, hizo grandes juntas de gentes. Acometió á la Normandía, á la Bretaña y á los de Anjou, estados que eran de los ingleses en Francia; apoderóse de las ciudades, de unas por fuerza, de otras de grado. Contra su poder no tenia el nuevo Rey ni le quedaba alguna esperanza, por ser desigual en fuerzas y no hallar camino para defenderse de contrario tan bravo y ejecutivo. Enviáronse el uno al otro embajadas, y por este medio, para que los reyes se viesen, señalaron á Butavento, pueblo de Normandía. Hízose allí confederacion y alianza, mas necesaria que honrosa para los ingleses, en que dejaban al Francés las ciudades de que se apoderara, solo con una condicion y gravámen, que una hija del rey de Castilla casase con Luis, hijo de Filipe, rey de Francia, sin llevar otra dote alguna. Este color se tomó y esta capa por ser sobrina del Inglés, hija de su hermana. Solo lo de Anjou se restituyó á los ingleses. Enviáronse embajadores al rey de Castilla de todo lo que pasaba. El, alegre con la nueva y con el concierto que demás del bien comun le traia á él tanto provecho, vino en lo que le pedian. Tenia el rey don Alonso cuatro hijas, las tres en edad de casarse; estas eran doña Berenguela, doña Urraca, doña Blanca. Doña Berenguela por este mismo tiempo casó con el rey de Leon. A los embajadores que de Francia vinieron sobre el caso dieron á escoger entre las dos que restaban. Doña Urraca era mas apuesta y de mas edad. Sin embargo, ellos ofendidos del nombre doña Urraca, escogieron á doña Blanca. En Búrgos se hicieron los desposorios, dende acompañada del padre fué la doncella llevada á la Guiena, por estar en poder de los ingleses; de allí con acompañamiento de grandes de Francia pasó adonde estaba su esposo. Los ingleses quedaron muy sentidos de que con aquella confederacion se hobiese escurecido la majestad de aquel reino, en tanto grado, que pasado el Rey á Ingalaterra, le miraban de mala gana y con malos ojos, y al entrar en las ciudades no le hacian las aclamaciones que suelen y acostumbran. Sucedieron estas cosas el año de 1201. En el mismo año falleció Teobaldo, conde de Campaña; dejó por heredero el preñado de su mujer doña Blanca; parió despues de la muerte de su marido un hijo del mismo nombre. Doña Berenguela, hija de don Alonso, rey de Castilla, últimamente casó con don Alonso, rey de Leon. Era cosa muy honrosa para don Alonso, rey de Castilla, casar dos hijas casi en un mismo tiempo con dos reyes sin dote ninguna, porque á doña Berenguela dió solamente los lugares que por las armas quitó poco antes á su marido, restituyéndoselos por las condiciones del casamiento. Celebráronse las bodas en Valladolid, do los reyes se juntaron, con grandes fiestas y muestras de alegría. Entre don Alonso, conde de la Proenza, en Francia, y don Guillen, conde de Focalquer, aunque era tio de doña Garsenda, mujer del mismo don Alonso, se levantó guerra, que forzó á don Pedro, rey de Aragon, para ponellos en paz de pasar en Francia. En Aguasmuertas, pueblo en las marinas de la Gallia Narbonense, que los antiguos llamaron Fosas Marianas, por la diligencia del Rey se trató de la concordia, y hechas sus avenencias, se apartaron de las armas. Deseaba el rey de Aragon con cuidado de hacer la guerra á los mallorquines, por estar aquellas islas en poder de moros. Para este efecto era menester ganar la voluntad de los ginoveses y pisanos, que en aquella sazon eran poderosos por el mar. La autoridad de Inocencio III, pontífice máximo, era muy grande, y no menor el deseo de ayudar á los aragoneses, como lo mostraba en muchas ocasiones. Partido pues el Rey de la Proenza, en una flota se fué á Roma á verse con el Pontífice; recibióle él con grande aparato, y para honralle mas en la iglesia de San Pancracio, que está de la otra parte del Tibre, el año de nuestra salvacion de 1204, á 21 de noviembre fué ungido por Pedro, obispo portuense, y por la misma mano del Pontífice con solemne ceremonia recibió la corona y las demás insignias reales. Concedió otrosí para adelante que los reyes de Aragon pudiesen ser coronados en sus tierras y que hiciese el oficio y toda la ceremonia el arzobispo de Tarragona, como vicario del pontífice romano. Hay bula de todo esto, mas no pareció ponella en este lugar. Aun no se acostumbraba en aquel tiempo que los reyes de Aragon luego despues de la muerte de sus padres tomasen las insignias reales, sino cuando á la manera usada entre los españoles los armaban caballeros ó se casaban; entonces, finalmente, usaban del nombre y insignias reales. Por esta merced que hizo á Aragon el Papa, el rey de Aragon hizo su reino feudatario á los pontífices romanos, concertó y prometió de pagar cada año cierta cantidad de oro; cosa que llevaron mal los naturales que se menoscabase con aquel color y capa el derecho de la libertad y se diese á los pontífices poder y ocasion y entrada con esto para intentar mayores cosas en Aragon. Este sentimiento se aumentó por un tributo que el año siguiente el Rey impuso sobre el reino muy pesado, que vulgarmente se llamaba monetal. En Huesca al fin del mes de noviembre se promulgaron los tales edictos, en que no solamente el vulgo, sino tambien todos los nobles y hidalgos se comprehendian sin sacar á nadie. Reprehendian al Rey y extrañaban que en particular fuese pródigo y en público codicioso para suplir con tales imposiciones públicas y comunes lo que derramaba sin propósito. No se habia el Rey casado por este tiempo, y estaban con cuidado que dejase sucesion para heredar el reino. Procuró el pontífice romano Inocencio que madama María, hija de Isabel, reina de Jerusalem, que venia á suceder en aquel reino, casase con el rey de Aragon. Tenian este negocio para

concluirse, cuando el Rey, á persuasion de sus grandes, casó con madama María, hija y heredera de Guillen, señor de Mompeller, por la comodidad de aquel estado. Con esto los deseos piadosos del Pontífice quedaron burlados, que con aquel casamiento pretendia hacer que las fuerzas de Aragon se empleasen en la guerra de la Tierra-Santa. Doña Urraca, tercera hija de don Alonso, rey de Castilla, que pretendia antes casar con el Aragonés, perdida esta esperanza, casó el año 1206 con don Alonso, hijo primogénito de don Sancho, rey de Portugal. Este año, postrero de febrero, hobo grande eclipse del sol, tanto, que por espacio de seis horas el dia se mudó en escura noche. A 1.º de julio dió el Rey al arzobispo de Toledo don Martin el oficio de chanciller mayor de Castilla. Los rios con las continuas lluvias crecieron tanto, que Tajo en Toledo, á 27 de diciembre, principio del año siguiente, sobrepujó la puerta del Almofala un estado de hombre. Esto dicen los *Anales de Toledo*. La puerta del Almofala puede ser que fuese la que hoy se llama de San Isidoro. El rey de de Navarra, perdida la esperanza de rehacerse, vino á verse con el rey de Castilla á Guadalajara, donde hicieron treguas por cinco años. Para mayor seguridad se dieron como en rehenes algunos pueblos de la una parte y de la otra; y en particular se concertó que el rey don Alonso procurase que el de Aragon entrase en la misma confederacion. El año adelante de 1208 fué señalado por la muerte de muchos príncipes y señores. A 28 de agosto murió don Martin, arzobispo de Toledo; sucedióle algo adelante don Rodrigo Jimenez, navarro de nacion, natural de Puente de Rada, su padre Jimeno Perez de Rada, su madre doña Eva. Tuvo por hermana á doña Guiomar de Rada, por sobrino á don Gil de Rada, á quien él mismo dió la tenencia de algunos castillos. Todo consta de papeles de la su iglesia de Toledo, y fué primero obispo de Osma; de allí le trasladaron á Toledo. Las raras virtudes y buena vida, y la erudicion, singular para en aquellos tiempos, hicieron que, sin embargo que era extranjero, subiese á aquel grado de honra y á aquella dignidad tan grande; y porque las treguas entre los reyes se concluyeron en gran parte por su diligencia, tenia ganada la gracia de los príncipes y las voluntades de la una y de la otra nacion. Por el mes de noviembre falleció doña Sancha, madre del rey de Aragon, en el monasterio de Jijena, que era de monjas, y ella le fundó á su costa debajo de la obediencia y gobierno de los comendadores de San Juan, y en el mismo, cansada de las cosas del mundo y con deseo de vida mas perfecta, habia tomado aquel hábito. En Toledo el mismo dia de San Martin falleció don Estéban Illan; fué enterrado en la iglesia de San Roman; persona señalada en todo género de virtud y que tenia el gobierno de la ciudad y la tenencia de los alcázares en premio del servicio que hizo los años pasados al Rey cuando le apoderó de Toledo. Fué piadoso para con Dios, de ánimo liberal con los pobres; las riquezas que alcanzó igualaron á su ánimo. Demás desto, falleció el conde de Urgel; de su mujer doña Elvira dejó una sola hija, llamada Aurenbiasis. Esta doncella, Gerardo de Cabrera, hijo de Ponce, despertadas diferencias y pleitos pasados, como quier que por ser mujer la trabajase y tratase de despojarla, por voluntad de doña Elvira, su madre, dió el estado de Urgel y le entregó al Rey, y ellas se pusieron debajo de su amparo. Con esto la sucesion del gran Borello, antiguamente conde de Barcelona y de Urgel, cayó del señorío de aquella ciudad, si bien su padre mandó y dejó en su testamento la mitad de su villa de Valladolid al pontífice Inocencio con intento que amparase á su hija en lo demás; pero no entiendo que el Papa entró en posesion de aquella manda y legado.

CAPITULO XXII.

De las paces que se hicieron entre los reyes.

Espiraba el tiempo de las treguas asentadas con los moros, y el deseo de volver á hacerles guerra tenia á todos puestos en cuidado, mas que á todos al rey de Castilla, como el que caia mas cercano al peligro. Era menester sosegar las diferencias entre los cristianos y los movimientos, y concertar los reyes entre sí para que de buena gana hiciesen liga contra el comun enemigo, poderoso con la junta de tantos reinos, feroz con tantas victorias y que amenazaba á nuestras tierras. Los reinos comarcanos, mayormente si los reyes son bulliciosos, no pueden largamente estar sosegados, por nacer cada dia entre ellos nuevas causas de guerras y pleitos trabadas unas de otras. Don Alonso, rey de Leon, fué el primero que por acometer los lugares que tenia en dote su madrastra turbó el reposo comun. Reprehendia á su padre y quejábase que por ser liberal con sus mujeres disminuyó la majestad del reino y enflaqueció las fuerzas. Don Diego de Haro, por ser hermano de la Reina viuda, como hiciese rostro á los intentos del Rey, despertó contra sí las armas de Leon y de Castilla de tal guisa, que ni pudo defender el estado y derecho de su hermana, y él, ofendidas las voluntades de los dos reyes, fué forzado á retirarse á Navarra. Hacia desde allí ordinariamente correrías en los campos de Castilla; sobrevinieron los reyes, que le vencieron cerca de la ciudad de Estella y le forzaron á meterse dentro de aquel pueblo, que era muy fuerte, por las murallas y baluartes; así, no trataron de combatille. Todavía los cuatro reyes de Castilla, Leon, Navarra y Aragon, con seguridad que entre sí se dieron, se juntaron á vistas en Alfaro, en que hicieron entre sí las paces; don Diego de Haro, desamparado de todos y desconfiado de sus fuerzas, se fué á Valencia á valerse de los moros. Avino que el rey de Aragon, con el cuidado que tenia de la guerra contra los moros y porque así quedó en la habla concertado, entró por las tierras de Valencia. Matáronle el caballo en cierto encuentro, y sin duda viniera en poder de los moros si don Diego de Haro, que se halló con ellos, movido de su humanidad y olvidado de las injurias, no le diera un caballo, con que se libró del peligro; cosa que á él fué causa de grande odio, y le fué mal contado entre los bárbaros, tanto, que para purgarse y aplacallos le fué necesario pasar á Africa y dar razon de sí al Miramamolin y defender por derecho y por las leyes su inocencia. Concluido el pleito por una parte, y por otra aplacados los reyes cristianos, volvió dende á Castilla el año, como yo pienso, de 1209. Sea lícito en la razon de los tiempos á veces andar á tiento, porque otros dicen que la confederacion de los reyes en Alfaro se hizo dos años antes deste, á instancia y por grande diligen-

cia de doña Sancha, madre del rey de Aragon, que aun no era difunta á la sazon, segun dicen. La verdad es que los dos reyes don Sancho, de Navarra, y don Pedro, de Aragon, que tenian entre sí mayores diferencias, se juntaron á vistas y habla este mismo año en una llanura cerca del lugar llamado Mallen. En aquel lugar, á 4 del mes de junio, se hicieron las paces, y por muestra de amistad don Sancho prestó al rey de Aragon veinte mil ducados, con prendas de cuatro lugares que consignó el Aragonés para que los tuviese en tercería don Jimeno de Rada, que sospecho era pariente de don Rodrigo, arzobispo de Toledo, que tenia el mismo sobrenombre, ca se llamó don Rodrigo Jimenez de Rada. Pusieron por condicion que si al tiempo señalado no se pagase la deuda, él entregase aquellos lugares en poder del rey de Navarra. Don Alonso, rey de Castilla, fué el principal movedor y causa destas paces, que se asentaron entre los reyes por el miedo que de fuera amenazaba, que suele entre ciudadanos y parientes muchas veces quitar grandes diferencias. Procuraba tambien hacer venir socorros de Francia; pero impidió estos intentos y práticas la guerra que entre ingleses y franceses, mas brava que antes, andaba de nuevo encendida, dado que con deseo de pacificar aquellos reyes entró armado en la Guiena con intento de emplear sus fuerzas contra la parte y nacion que no quisiese venir en las paces. Su trabajo fué en balde, porque toda la Francia ardia en guerras y discordias, sin mostrarse alguna esperanza de paz. Además que los apercebimientos que hacian los moros para la guerra le pusieron en necesidad de dar la vuelta para España. En el tiempo que las treguas duraron con los moros, á persuasion del arzobispo don Rodrigo, se fundó una universidad en Palencia por mandado del Rey y á sus expensas para la enseñanza de la juventud en letras y humanidad; ayuda y ornamento de que solo hasta entonces España carecia, á causa de las muchas guerras que los tenian ocupados. De Italia y de Francia, con grandes premios y salarios que les prometieron, trajeron catedráticos para enseñar las facultades y ciencias. En las Huelgas otrosí, cerca de la ciudad de Búrgos, se edificó á costa del Rey un monasterio muy grande de monjas con nombre de Santa María, para que fuese enterramiento de los reyes, y junto con él un hospital. Doña Constanza, hermana del rey de Aragon, que quedara viuda de Eimerico, rey de Hungría, del cual parió un hijo, llamado Ladislao, á persuasion del pontífice Inocencio III, casó con don Fadrique, rey de Sicilia, y este mismo año en una flota la llevaron á su marido. Festejaron los sicilianos asaz estas bodas, si bien fueron desgraciadas por la muerte del conde de la Proenza y de otros grandes que acompañaron la casada hasta Sicilia, que fallecieron en Palermo. El cielo y aire de España y Francia son muy sanos; aquellos lugares de Sicilia no tan saludables, á lo menos para extraños; esta mudanza les acarreó este daño.

CAPITULO XXIII.

Cómo se comenzó la guerra contra los moros.

Este era el estado de las cosas en España. Las paces hechas entre los príncipes cristianos despues de tantas discordias henchian los ánimos de los naturales de esperanza muy grande y alegría. Que todos consideraban cuánta ayuda y fuerzas hay en la agradable compañía y alianza entre los príncipes comarcanos. Dado que don Alonso, rey de Leon, en sazon por cierto muy mala, repudió á doña Berenguela, su mujer, por causa del parentesco y por mandado del pontífice Inocencio, y la enviara á su padre. Hay una carta del mismo Inocencio sobre esto á don Alonso, rey de Castilla, que hacia contradicion al divorcio, grave y llena de amenazas. Por otra del mismo se entiende puso entredicho en el reino de Leon, porque no se apartaba aquel matrimonio, y tuvo descomulgado aquel Rey sobre el caso. Los moros con su rey Mahomad, el cual los años pasados sucediera en lugar de Abenjuzef, su hermano, entraron en grande esperanza de apoderarse de toda España, que determinaban de seguir hasta el cabo y deshacer el nombre cristiano y desaraigalle de toda ella. A los fieles no les faltaba ánimo ni brio para defender lo que tenian ganado, ni voluntad de echar los moros de la tierra. Los unos y los otros con gran resolucion y igual esperanza se movieron á las armas y entraron en este debate. Los cristianos se aventajaban en esfuerzo y en la prudencia del capitan; los moros sobrepujaban en muchedumbre, y con grande diligencia juntaban en uno para aquella guerra las fuerzas de Africa y de España. En el mismo tiempo las armas de Castilla y de Aragon se movieron contra los moros. En el reino de Valencia se apoderó el rey don Pedro de Aragon de Adamuz y de otros lugares. Hizo donacion de Tortosa á los templarios en premio de lo que trabajaron y sirvieron en las guerras pasadas. Entrególa al maestre de aquella órden, que se llamaba don Pedro de Montagudo. Don Fernando, hijo de don Alonso, rey de Castilla, por mandado de su padre acometió las tierras de Andalucía, taló las campañas de Baeza, de Andújar y de Jaen por todas partes, cautivó hombres, hizo robos de ganados. En el mismo tiempo que Mahomad, rey de los moros, que llamaron el Verde, del turbante ó bonete que acostumbraba á traer desta color, se apoderó por fuerza del lugar de Salvatierra; los moradores, parte fueron pasados á cuchillo, parte tomados por esclavos. Por el mes de junio del año de Cristo de 1210 sitiaron el lugar y el mes de setiembre le tomaron; iba don Alonso, rey de Castilla, con gente escogida de los suyos á socorrer los cercados; mas llegado que hobo á Talavera, don Fernando, su hijo, que volvia de la empresa del Andalucía, le hizo tornar del camino dándole á entender el peligro en que se ponia y que era menester mayor ejército para hacer rostro á los enemigos. Los intentos del Rey que tenia concebidos en favor de la religion cristiana no poco alteró y entretuvo la muerte del mismo infante don Fernando, que se siguió el año luego adelante, dia viérnes, á 14 del mes de octubre. Fué tanto mayor el sentimiento de su padre y el lloro de toda la provincia, que daba ya asaz claras muestras de un grande y valeroso príncipe. Su cuerpo llevaron desde Madrid, donde falleció, á las Huelgas; acompañóle el arzobispo don Rodrigo y su hermana la reina doña Berenguela para horralle mas. Esta fué la causa por qué la empresa contra los moros se dilató hasta el año siguiente. Solamente se hicieron por entonces Cortes del reino en la ciudad de Toledo para aprestar las cosas que eran necesarias para la guerra. En estas Cortes se hicieron premáticas contra los demasiados gastos, porque las costumbres se iban estragando con los deleites.

Mandóse que en todo el reino se hiciesen procesiones para aplacar á Dios. A los reyes despacharon embajadores para requerilles no faltasen de acudir con sus gentes al peligro comun. Don Rodrigo, arzobispo de Toledo, fué á Roma por mandado de su Rey para alcanzar indulgencia y cruzada para todos los que conforme á la costumbre de aquellos tiempos, tomada la señal de la cruz, acudiesen á sus expensas á la guerra sagrada. El mismo con grande cuidado se apercebia de caballos, armas, dineros y vituallas. Los moros al contrario, avisados de tan grandes apercebimientos y de la determinacion de los cristianos, fortificaban con muros y baluartes cuanto el tiempo daba lugar, y ponian guarniciones en los lugares de su señorío, que tenian en el reino de Toledo y en el Andalucía y hácia el cabo de San Vicente, por tener entendido que el primer golpe de la guerra descargaria sobre aquellas partes. Demás desto llamaban nuevas gentes de socorro desde Africa. Don Alonso, rey de Castilla, en tanto que se juntaban todas las gentes, con deseo de poner espanto al enemigo, rompió por las tierras de los moros, y á la ribera de Júcar les ganó algunas plazas. Con tanto dió la vuelta á la ciudad de Cuenca, que cae por aquellas partes. Allí se vió con el rey de Aragon, y comunicó con él sus haciendas, todo lo que á la guerra tocaba. Don Sancho, rey de Navarra, por sus embajadores que envió, avisó que no faltaria de hallarse en la jornada. El arzobispo don Rodrigo dejó en su lugar para el gobierno del arzobispado y iglesia de Toledo á don Adam, obispo de Palencia; y él en Italia y en Francia, con esperanza de la indulgencia que alcanzó del pontífice Inocencio III, y mostrando el peligro si no socorrian á España, no cesaba de despertar á los grandes y prelados para la empresa sagrada, asimismo á la gente popular. Decia ser tan grande la soberbia del Bárbaro, que á todos los que adoraban la cruz por todo el mundo amenazaba guerra, muerte y destruicion : afrenta del nombre cristiano intolerable y que no se debia disimular; hízose gran fruto con esta diligencia. Tan grande era el deseo de pelear contra los enemigos de la religion cristiana y en tanto grado, que dicen se juntaron de las naciones extranjeras cien mil infantes y diez mil caballos, gran número y que apenas se puede creer; la verdad ¿quién la podrá averiguar? Como quier que en otra parte halle que fueron doce mil caballos, cincuenta mil peones los que de fuera vinieron. A todos estos, porque con la junta y avenida de tantas naciones no se alterase Toledo, donde se hacia la masa, señalaron la huerta del Rey, que es de muy grande frescura, y con ella otros lugares cerca de la ciudad á la ribera de Tajo para sus alojamientos. Comenzaron estas gentes á venir á Toledo por el mes de febrero, año de nuestra salvacion de 1212. Levantóse un alboroto de los soldados y pueblo en aquella ciudad contra los judíos. Todos pensaban hacian servicio á Dios en maltratallos. Estaba la ciudad para ensangrentarse, y corrierran gran peligro si no resistieran los nobles á la canalla, y ampararan con las armas y autoridad aquella miserable gente. Don Pedro, rey de Aragon, acudió y fué recebido en la ciudad con pública alegría de todos y con procesion la misma fiesta de la Trinidad. Venian con él desde Aragon veinte mil infantes, tres mil y quinientos caballos. Don Sancho, rey de Portugal, no pudo hallarse en la guerra sagrada, porque falleció en este mismo tiempo en Coimbra; hízose allí el enterramiento en el monasterio de Santa Cruz en un humilde sepulcro, de donde en tiempo del rey don Manuel le trasladaron á otro mas magnífico. Sucedióle don Alonso, su hijo, segundo deste nombre, que ya tenia dos hijos infantes en su mujer doña Urraca, llamados don Sancho y don Alonso; don Fernando, tio del nuevo Rey, hermano del difunto don Sancho, el año pasado casó con madama Juana, condesa de Flándes, hija y heredera de Balduino, emperador de Constantinopla. Todavía de Portugal vino un buen golpe de soldados movidos de sí mismos ó enviados de socorro por su Rey. A toda la muchedumbre de soldados señaló el rey de Castilla sueldo para cada dia, á cada uno de los infantes cinco sueldos, á los hombres de á caballo veinte; á los príncipes conforme á cada cual era y á su dignidad se hicieron presentes muy grandes. Tenian apercebidas vituallas en abundancia y almacen para que no faltase alguna cosa necesaria á tan grande ejército, en tanto grado, que solo para llevar el bagaje tenian juntados sesenta mil carros, como lo testifica el arzobispo don Rodrigo, que fué testigo de vista en toda la empresa, y puso por escrito para memoria de los venideros todo lo que en ella pasó; otros dicen que fueron bestias de carga hasta aquel número. Lo uno y lo otro fué cosa de gran maravilla en tan grande apretura de tiempos y pobreza de los tesoros reales; pero no hay cosa tan dificultosa que con diligencia no se alcance, y las naciones y príncipes extranjeros á porfía enviaban caballos, mulos y dinero. Partieron de Toledo á 21 de junio. Regia la avanguardia don Diego de Haro, en que iban las naciones extranjeras. En el segundo escuadron el rey de Aragon, y por caudillo de la retaguardia el rey de Castilla don Alonso, en que se contaban catorce mil de á caballo. La infantería apenas se podia contar, porque de toda Castilla los que eran de edad á propósito eran forzados todos á tomar las armas. El tercero dia llegaron á Malagon, lugar que tenia guarnicion de moros y está distante de Toledo catorce leguas. Los bárbaros por miedo de tan grande muchedumbre fueron forzados á desamparar el lugar y recogerse á la fortaleza que tenian en un cerro agrio; pero por el esfuerzo y ímpetu de las naciones extranjeras, tomado el castillo por fuerza á 23 dias de junio, todos sin faltar ninguno fueron degollados; tan grande era el deseo que tenian de destruir aquella nacion impía. A 1.° de junio, Calatrava, lugar muy fuerte puesto de la otra parte del rio Guadiana, se ganó por entrega que dél hicieron los moradores y vecinos que consideraban el extremo peligro que sus cosas corrian y que no tenian esperanza alguna de socorro. Los soldados extranjeros, conforme á su condicion, querian pasar á cuchillo los rendidos, y apenas se pudo alcanzar que se amansasen por intercesion de los nuestros, que decian cuán justo era y razonable se guardase la fe y seguridad dada á aquella gente, bien que infiel; y que no era razon con la desesperacion, que suele ser la mas fuerte arma de todas, exasperar mas y embravecer los ánimos de los enemigos. El pueblo se restituyó á los caballeros de Calatrava, á quien los moros lo habian tomado; los despojos se dieron á los aragoneses y soldados extraños, á los cuales los desacostumbrados calores, cielo malsano y falta de todas cosas, segun ellos decian, forzaban, dejada aque-

lla empresa, á volverse á sus tierras. Arnaldo, obispo de Narbona, y Teobaldo Blazon, natural de Potiers, como mas aficionado á nuestras cosas por ser castellano de nacion de parte de su madre, el uno y el otro con sus compañías particulares perseveraron en los reales. Acusaban la cobardía de su nacion, determinados de ponerse á cualquier peligro antes de faltar al deber. La partida de los extraños, puesto que causó miedo y tristeza en los ánimos del resto, fué provechosa por dos razones: la una, porque los extranjeros no tuviesen parte en la honra y prez de tan grande victoria; la otra, que con aquella ocasion Mahomad, que estaba en Jaen en balanzas y aun sin voluntad de pelear, se determinó á dar la batalla. Así que los nuestros con sus reales llegaron á Alarcos, el cual lugar porque pocos años antes fué destruido y desmantelado por los moros, desampararon los moradores que quedaban, y vino á poder de los cristianos. En este lugar, don Sancho, rey de Navarra, con un buen escuadron de los suyos alcanzó á los reyes, y se juntó con los demás. Fué su venida muy alegre; con ella la tristeza que por el suceso pasado de la partida de los extranjeros recibieran, se trocó en regocijo. Algunos castillos en aquella comarca se entraron por fuerza. En tierra de Salvatierra se hizo reseña; pasaron alarde gran número de á pié y de á caballo. Esto hecho, con todas las gentes llegaron al pié de Sierramorena. El Moro, avisado de lo que pasaba, marchó para Baeza, determinado de, alzadas las vituallas, atajar el paso de aquellos montes y particularmente guardar el pueblo de la Losa, por donde era forzoso pasasen los nuestros. Si pasaban adelante, prometíase el Moro la victoria; si se detenian, se persuadia por cierto perecerian todos por falta de bastimentos; si volviesen atrás, seria grande la mengua y la pérdida de reputacion forzosa. Sus consejos, aunque prudentes, desbarató otro mas alto poder. Hízose junta de capitanes para resolver por qué parte pasarian los montes y lo que debian hacer. Los mas eran de parecer volviesen atrás; decian que rodeando algo mas por camino mas llano se podrian meter en los campos del Andalucía; que debian de excusar aquellas estrechuras de que el enemigo estaba apoderado. Por el contrario, el rey de Castilla don Alonso tenia por grande inconveniente la vuelta, por ser la fama de tan gran momento en semejantes empresas, que conforme á los principios seria lo demás; con volver los reyes atrás se daria muestra de huir torpemente, con que á los enemigos creceria el ánimo, los suyos se acobardarian, que de suyo parecia estar inclinados á desamparar los reales, como poco antes por la partida de los extranjeros se entendió. Contra las dificultades que se presentaban, invocasen el auxilio y socorro de Dios, cuyo negocio trataban, que les asistiria sin duda, si ellos no faltaban á sí mismos; muchas veces á los valerosos se hacen fáciles las cosas que á los cobardes parecian imposibles. Esta resolucion se tomó y este consejo. Con esto don Lope, hijo de don Diego de Haro, enviado por su padre con buen número de gente, en lo mas alto de los montes se apoderó del lugar de Ferral y hizo con escaramuzas arredrar algun tanto á los moros. No se atrevió á pasar el puerto de la Losa ni acometerle, por parecelle cosa áspera y temeraria pelear juntamente con la estrechura y fragura del lugar y paso, y con los enemigos que le guardaban.

CAPITULO XXIV.

Cómo la victoria quedó por los cristianos.

Toda muchedumbre, especial de soldados, se rige por ímpetu y mas por la opinion se mueve que por las mismas cosas y por la verdad, como sucedió en este negocio y trance; que los mas de los soldados, perdida la esperanza de salir con la demanda, trataban de desamparar los reales. Parecíales corrian igual peligro, ora los reyes pasasen adelante, ora volviesen atrás; lo uno daria muestra de temeridad, lo otro seria cosa afrentosa. Ponian mala voz en la empresa, cundia el miedo por todo el campo. La ayuda de Dios y de los santos valió para que se sustentasen en pié las cosas casi perdidas de todo punto. Un cierto villano, que tenia grande noticia de aquellos lugares por haber en ellos largo tiempo pastoreado sus ganados (algunos creyeron ser ángel, movidos de que mostrado que hobo el camino, no se vió mas), prometió á los reyes que si dél se fiasen, por senderos que él sabia, todo el ejército y gente llegarian sin peligro á encumbrar lo mas alto de los montes. Dar crédito en cosa tan grande á un hombre que no conocian no era seguro, ni de personas prudentes no hacer de todo punto caso en aquella apretura de lo que ofrecia. Pareció que don Diego de Haro y Garci Romero, como adalides, viesen por los ojos lo que decia aquel pastor. Era el camino al revés de lo que pretendian, y parecia iban á otra parte diferente, tanto, que los moros, considerada la vuelta que los nuestros hacian, pensaron que por falta de vituallas huian y se retiraban á lo mas adentro de la provincia. Conveníales subir por la ladera del monte, pasar valles en muchos lugares, peñascos empinados que embarazaban el camino. Pero no rehusaban algun trabajo con la esperanza cierta que tenian de la victoria si llegasen á las cumbres de los montes y á lo mas alto; el mayor cuidado que tenian era de apresurarse por recelo que los enemigos no se apoderasen antes del camino y les atajasen la subida. Pasadas pues aquellas fraguras, los reyes en un llano que hallaron fortificaron sus reales. Apercibióse el enemigo á la pelea y ordenó sus haces repartidas en cuatro escuadrones, quedóse el Rey mismo en el collado mas alto rodeado de la gente de su guarda. Los fieles, por estar cansados con el trabajo de tan largo y mal camino, así hombres como jumentos, determinaron de esquivar la pelea; lo mismo el dia siguiente, con tan grande alegría de los moros, que entendian era por miedo; que el Miramamolin con embajadores que envió y despachó á todas partes y muy arrogantes palabras prometia que dentro de tres dias pondria en su poder los tres reyes que tenia cercados como con redes. La fama iba en aumento como suele, cada uno añadia algo á lo que oia para que la cosa fuese mas agradable. El dia tercero, que fué lúnes, á 16 del mes de julio, los nuestros, resueltos de presentar la batalla, al amanecer, confesados y comulgados, ordenaron sus batallas en guisa de pelear. En la avanguardia iba por capitan don Diego de Haro. Del escuadron de en medio tenia cuidado don Gonzalo Nuñez y con él otros caballeros templarios y de las demás órdenes y milicias sagradas. En la retaguardia quedaban el rey don Alonso, el arzobispo don Rodrigo y otros prelados. Los reyes de Ara-

gon y de Navarra con sus gentes fortificaban los lados, el Navarro á la derecha, á la izquierda el Aragonés. El Moro, al contrario, con el mismo órden de antes puso sus gentes en ordenanza. La parte de los reales en que armaron la tienda real cerraron con cadenas de hierro, y por guarda los mas fuertes moros y mas esclarecidos en linaje y en hazañas; los demás eran en tan gran número, que parecia cubrian los valles y los collados. Exhortaron los unos y los otros y animaban los suyos á la pelea. Los obispos andaban de compañía en compañía, y con la esperanza de ganar la indulgencia animaban á los nuestros. El rey don Alonso desde un lugar alto para que le pudiesen oir dijo en sustancia estas razones: «Los moros, salteadores y rebeldes al emperador Cristo, antiguamente ocuparon á España sin ningun derecho, ahora á manera de ladrones la maltratan. Muchas veces gran número dellos fueron vencidos de pocos, gran parte de su señorío los hemos quitado, y apenas les queda donde poner el pié en España. Si en esta batalla fueren vencidos, lo que promete el ayuda de Dios y se puede pronosticar por la alegría y buen talante que todos teneis, habrémos acabado con esta gente malvada. Nosotros peleamos por la razon y por la justicia; ellos por ninguna república, porque no están entre sí atados con algunas leyes. No hay á do se recojan los vencidos, ni queda alguna esperanza salvo en los brazos. Comenzad pues la pelea con grande ánimo. Confiados en Dios tomastes las armas, confiados en el mismo arremeted á los enemigos y cerrad.» El Moro, al contrario, avisó á los suyos y les dijo: «Que aquel dia debian pelear con extremo esfuerzo, que seria el fin de la guerra, quier venciesen, quier fuesen vencidos. Si venciesen, toda España seria el premio de la victoria, por tener juntadas los enemigos para aquella batalla con suma diligencia todas las fuerzas della; si fuesen vencidos, el imperio de los moros quedaba acabado en España; no era justo que en aquel peligro perdonasen á sí ó á sus cosas. Su ejército constaba de una nacion, el de los cristianos de una avenida de muchas gentes, diferentes en leyes, lengua y costumbres; la mayor parte habia desamparado las banderas, los demás no pelearian constantemente por ser de unos el peligro, el provecho y premio particular de otros.» Dichas estas razones, por una y por otra parte se comenzó la pelea con grande ánimo y coraje. La victoria por largo espacio estuvo dudosa de ambas partes; peleaban todos conforme al peligro con grande esfuerzo. La vista de los capitanes y su presencia no sufria que la cobardía ni el valor se ocultasen, y encendia á todos á pelear. Los del escuadron de en medio y cuerpo de la batalla fueron los primeros á acometer, siguiéronles los navarros y aragoneses sin mejorarse al principio, dado que por tres veces dieron carga á los contrarios; antes, al contrario, nuestros escuadrones algun poco desalojados parece ciaban y se querian poner en huida. En esto el rey don Alonso, movido juntamente del peligro y de la afrenta, se queria meter por lo mas espeso de los enemigos, si no le detuviera el arzobispo don Rodrigo, que tenia á su lado. Advirtióle que en su vida consistia la suma de la victoria y esperanza de los cristianos; que perseverase, como comenzara, á confiar del favor de Dios y no se metiese en el peligro. Con esto el postrer escuadron se adelantó, y por su esfuerzo y el de los demás se mejoró la pelea. Los que parecia titubeaban, por no quedar afrentados, vueltos á la ordenanza, tornaron á la batalla con mayor ferocidad. Los moros, cansados con el continuo trabajo de todo el dia, no pudieron sufrir la carga de los que estaban de respeto los postreros y de nuevo entraban en la pelea. Fué muy grande la huida, la matanza no menor que tan grande victoria pedia. Perecieron en aquella batalla docientos mil moros, y entre ellos la mitad fueron hombres de á caballo, otros quitan la mitad deste número. La mayor maravilla que de los fieles no perecieron mas de veinte y cinco, como lo testifica el arzobispo don Rodrigo; otros afirman que fueron ciento y quince; pequeño número el uno y el otro para tan ilustre victoria. Otra maravilla, que con quedar muerta tan grande muchedumbre de moros, que no se acordaban de mayor, en todo el campo no se vió rastro de sangre, segun que lo atestigua el mismo don Rodrigo. El rey Moro, por amonestacion de Zeit, su hermano, se salvó en un mulo, con que huyó hasta Baeza; desde allí, mudada la cabalgadura, no paró hasta llegar aquella misma noche á Jaen. A puesta de sol fueron tomados los reales de los enemigos, que robaron los aragoneses, porque los demás siguieron y ejecutaron el alcance. Las presea del rey Moro y sus alhajas, que solas quedaron enteras, fueron por don Diego de Haro dadas por iguales partes á los reyes de Navarra y de Aragon. En particular la tienda de seda roja y carmesí en que alojaba el rey Bárbaro se dió al rey de Aragon por órden de don Alonso, rey de Castilla; el cual, como quier que deseoso solamente de honra se quedase con la mayor loa de la guerra y con el prez de la victoria, de buena gana dejó lo demás á sus compañeros. Lo restante de la presa y despojos no pareció sacallo en público y repartillo, como era razon, conforme á los méritos de cada cual, antes dejaron que cada uno se quedase con lo que tomó, porque tenian recelo de algun alboroto y entendian que á los particulares seria mas agradable lo que por su mano tomaron que si de la presa comun se lo restituyesen mejorado y multiplicado. Algunos escriben que ayudó mucho para la victoria la señal de la cruz que de varios colores se vió en el aire ya que querian pelear. Otros refutan esto por no hacer el arzobispo don Rodrigo mencion de cosa tan grande, ni aun el Rey en la carta que escribió del suceso y prosecucion desta guerra al pontífice Inocencio. Verdad es que todos concuerdan que Pascual, á la sazon canónigo de Toledo, y que despues fué dean y aun arzobispo, cuya sepultura está en la capilla de Santa Lucía de la iglesia mayor de Toledo, con la cruz y guion que llevaba, como es de costumbre, delante el arzobispo don Rodrigo, pasó por los escuadrones de los enemigos dos veces sin recebir algun daño, dado que todos le pretendian herir con sus dardos, y muchas saetas que le tiraban quedaron hincadas en el asta de la cruz; cosa que á los nuestros dió mucho ánimo y puso grande espanto en los moros. Fué tan grande la muchedumbre que hallaron de lanzas y saetas de los enemigos, que en dos dias enteros que allí se detuvieron los nuestros, aunque para los fuegos no usaban de otra leña y de propósito procuraban acabarlas, no lo pudieron hacer. La victoria se divulgó por todas partes, primero por la fama, despues por mensajeros que venian unos en pos de otros. Fué grande el

lloro y sentimiento de los moros, no solo por el mal y daño presente, sino porque temian para adelante mayores inconvenientes y peligros, Entre los cristianos se hacian grandes fiestas, juegos, convites con toda magnificencia y regocijos y alegrías, no solo en España, sino tambien las naciones extrañas, con tanto mayor voluntad cuanto el miedo fué mayor. Nunca la gloria del nombre cristiano pareció mayor ni las naciones cristianas estuvieron en algun tiempo mas gloriosamente aliadas. Los españoles asimismo parecia igualar en valor la gloria de los antiguos; el mismo rey don Alonso comenzó á ser tenido como príncipe venido del cielo y mas que hombre mortal. El rey de Navarra para memoria de tan grande victoria al escudo bermejo de que usaban sus antepasados añadió por orla unas cadenas, y en medio del escudo una esmeralda por señal que fué el primero á romper las cadenas con que tenian los enemigos fortificada aquella parte de los reales en que el rey Bárbaro estaba. El mismo don Alonso á las insignias antiguas de los reyes de Castilla añadió un castillo dorado en escudo rojo, como lo afirman algunos varones de erudicion y diligencia muy grande; otros lo niegan movidos de los privilegios antiguos, en cuyos sellos se ve puesta antes destos tiempos en las insignias y armas de los reyes de Castilla la figura de torre ó castillo. De algo mas crédito es lo que hallo de algunos afirmado por testimonio de cierto historiador, que desde este tiempo se introdujo en España la costumbre que se guarda de no comer carne los sábados, sino solamente los menudos de los animales, y que se mudó, es á saber, por esta manera y templó lo que antiguamente se usaba, que era comer los tales dias carne; costumbre que los godos sin duda trajeron de Grecia y la tomaron cuando se hicieron cristianos. La verdad es que esta victoria nobilísima y la mas ilustre que hobo en España se alcanzó, no por fuerzas humanas, sino por la ayuda de Dios y de los santos. Las plegarias y oraciones con que los procuraron aplacar por todo el mundo fueron muchas, principalmente en Roma, donde se hicieron procesiones y rogativas asaz. En que se debe notar que para aumento de la devocion y que no hobiese confusion y otros desórdenes, se ordenó fuesen á diversas iglesias los varones, las mujeres, el clero y los demás del pueblo. Hallábase presente el Pontífice, que movia á los demás con su ejemplo. De todo hay una carta suya al rey don Alonso, muy grave y muy elegante, la respuesta otrosí del Rey al Papa en que refiere todo el discurso desta empresa y batalla, pero muy larga para ponella en este lugar.

CAPITULO XXV.

Del fin desta guerra.

Halláronse en esta guerra los obispos Tello, de Palencia; Rodrigo, de Sigüenza; Menendo, de Osma; Pedro, de Avila; Domingo, de Plasencia; García Frontino, de Tarazona; Berengario, de Barcelona. El número de los grandes no se podia contar; los maestres de las órdenes Arias, de Santiago; Rodrigo Diaz, de Calatrava; Gomez Ramírez, de los templarios; demás destos, Juan Gelmirez, prior de San Juan. De Castilla Gomez Manrique, Alonso de Meneses, Gonzalo Giron, Iñigo de Mendoza, caballero vizcaíno y pariente de don Diego de Haro, que es la primera vez que en la historia de España se hace mencion de la casa de Mendoza; fuera destos, se halló con los demás el conde don Fernando de Lara, de alto linaje, y él por su persona señalado, poderoso en grande estado y muchos aliados; estos fueron de Castilla; de Aragon Garci Romero, Jimeno Coronel, Aznar Pardo, Guillen de Peralta y otras personas principales que iban en compañía de su Rey. Ante todos se señaló Dalmacio Cresel, natural de las Ampúrias, de quien dicen los historiadores de Aragon que por el grande conocimiento que tenia de las cosas de la guerra y singular prudencia ordenó las haces para la batalla. Entre los navarros Garcés Argoncillo, García Almoravides, Pedro Leet, Pedro Arroniz, Fernando de Montagudo, Jimeno Aivar fueron los mas señalados que en esfuerzo, industria y ejercicio de guerra vinieron á esta empresa. En conclusion, el tercero dia despues de la victoria se movieron los reales de los fieles, ganaron de los moros el lugar de Ferral, que habia vuelto á poder de moros, Bilche, Baños, Tolosa, de la cual tomó nombre esta batalla, que vulgarmente se llama de las Navas de Tolosa. Todo era fácil á los vencedores, y por el contrario á los vencidos. La ciudad de Baeza, desamparada de sus ciudadanos, que perdida la esperanza de tenerse, se recogieron á Ubeda, vino en poder de los vencedores. Algunos pocos que confiados en la fortateza de la mezquita mayor no se querian rendir, con fuego que les pusieron, los quemaron dentro della misma. El octavo dia despues de la victoria la ciudad de Ubeda fué entrada por fuerza, ca sin embargo que los ciudadanos ofrecian á los reyes cantidad de oro porque los dejasen en paz, los obispos fueron de parecer que no era justo perdonar aquella gente malvada. Conforme á este parecer se hizo grande matanza sin distincion de personas de aquella miserable gente. Una parte de los vecinos fué tomada por esclavos; toda la presa se dejó á los soldados, con que se puso miedo á los moros y se ganaron las voluntades del ejército, que estaba cansado con el largo trabajo. Las enfermedades los afligian y no podian sufrir la destemplanza del cielo; por esto los reyes fueron forzados en un tiempo muy fuera de propósito volver con sus gentes á tierras mas templadas. A la vuelta cerca de Calatrava llegó el duque de Austria con docientos de á caballo, que para muestra de su esfuerzo y ayudar en aquella santa guerra traia en su compañía. El rey de Aragon, por ser su pariente, á la vuelta para su tierra le acompañó hasta lo postrero de España. Al rey de Navarra restituyó el de Castilla catorce lugares sobre que tenian diferencia, y porque poco antes se ganaron por los de Castilla, la memoria de sus antiguos señores hacia que no se asegurasen de su lealtad; este fué el principal premio de su trabajo. Don Alonso, rey de Castilla, despedidos los dos reyes, entró en Toledo á manera de triunfador con grande aplauso, aclamaciones y regocijo de los ciudadanos y del pueblo. Lo primero que hizo fué dar gracias á Dios por la merced recebida; despues se mandó y estableció que para siempre se renovase la memoria de aquella victoria y se celebrase por toda España á 16 de julio; en Toledo mas en particular sacan aquel dia las banderas de los moros, y con toda muestra de alegría festejan aquella solemnidad; ca se ordenó fuese de guardar aquella fiesta

con nombre del Triunfo de la Santa Cruz. El Rey, por ser enemigo del ocio y con el deseo que tenia de seguir la victoria y ejecutalla, al principio del año siguiente de nuevo se metió por tierras de moros. Ganó el lugar de Dueñas de los moros, que dió á la órden de Calatrava, á la de Santiago el castillo de Eznavejor. Alcaraz, pequeña ciudad, y que está metida dentro de los montes Marianos y asentada en un collado áspero y empinado, con cerco de dos meses se ganó por el Rey y se entró por fuerza á 22 de mayo, dia miércoles, vigilia y víspera de la Ascension; demás desto, algunos otros lugares de menos cuenta se tomaron por aquella comarca, entre los demás Lezuza, que se tiene por la antigua Libisosa. Concluidas estas cosas, el rey don Alonso, ganada mayor fama que ninguno de los príncipes de Europa, dió vuelta á Toledo, donde las reinas doña Leonor, su mujer, doña Berenguela, su hija, y su hijo don Enrique, que le sucedió en sus estados y á la sazon era de diez años, aguardaban su venida. Toda la ciudad llena de juegos y de regocijos y fiestas, dado que el año fué muy falto de mantenimientos á causa de la sequedad, en especial en el reino de Toledo, dicen que en nueve meses continuos nunca llovió, tanto, que los labradores cuyo era el daño principal, eran forzados á desamparar las tierras, dejallas yermas y irse á otras partes para sustentarse; gravísima miseria y trabajo memorable.

LIBRO DUODÉCIMO.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo los albigenses alteraron á Francia.

GANADA aquella noble victoria de los moros, las cosas de España procedian bien y prósperamente á causa que los almohades, trabajados con una pérdida tan grande, no se rebullian, y los nuestros se hallaban con grande ánimo de sujetar todo lo que de aquella nacion restaba en España, cuando por el mismo tiempo los reinos de Francia y de Aragon se alteraron grandemente y recibieron graves daños. Estas alteraciones tuvieron principio en la ciudad de Tolosa, muy principal entre las de Francia y que cae no léjos de la raya de España. La ocasion fueron ciertas opiniones nuevas que en materia de religion se levantaron en aquellas partes, con que los de Aragon y los de Francia se revolvieron entre sí y se ensangrentaron. En los tiempos pasados todas las naciones del cristianismo se conformaban en un mismo parecer en las cosas de la fe, todos seguian y profesaban una misma doctrina. No se diferenciaban el aleman del español, ni el francés del italiano, ni el inglés del siciliano en lo que debian creer de Dios y de la inmortalidad y de los demás misterios; en todos se via un mismo corazon y un mismo lenguaje. Los waldenses, gente perversa y abominable, comenzaron los años pasados á inquietar la paz de la Iglesia con opiniones nuevas y extravagantes que enseñaron; y al presente los albigenses ó albienses, secta no menos aborrecible, apellido y nombre odioso acerca de los antiguos, siguieron las mismas pisadas y camino, con que grandemente alteraron el pueblo cristiano. Enseñaban que los sacerdotes, ministros de Dios y de la Iglesia, no tenian poder para perdonar los pecados. Que el verdadero cuerpo de Jesucristo no está en el santo Sacramento del altar. Que el agua del bautismo no tiene fuerza para lavar el alma de los pecados. Que las oraciones que se acostumbran á hacer por los muertos no les prestaban; todas opiniones nuevas y malas y acerca de los antiguos nunca oidas. Decian otrosí contra la Vírgen, madre de Dios, blasfemias y denuestos, que no se refieren por no ofender al piadoso lector; dejólas escritas Guillermo Nangiaco, francés de nacion, y que vivió poco adelante. Llegaba su desatino á poner lengua en la familiaridad de Cristo con la Madalena. Así lo refiere Pedro, monje del Cistel, en una historia que escribió de los albigenses, intitulada *Al papa Inocencio III*, en que depone como testigo de vista de las cosas en que él mismo se halló. Seria muy largo cuento declarar por menudo todos los desvaríos destos herejes y secta; y es así, que la mentira es de muchas maneras, la verdad una y sencilla. La verdad es que en aquella parte de Francia donde está asentada la ciudad de Cahors, muy nombrada, se ve otra ciudad llamada Albis, que en otro tiempo tuvo nombre de Alba Augusta; y aun se entiende que César en los *Comentarios* de la guerra de Francia llamó helvios los moradores de aquella comarca. Riega sus campos el rio Tarnis, que son de los mas fértiles de Francia, de grandes cosechas y esquilmos, de trigo, vino, pastel y azafran; por donde el obispo de aquella ciudad tiene mas gruesas rentas que alguno otro obispo en toda la Francia. La iglesia catedral, grande y hermosa, está pegada con el muro de la ciudad, su advocacion de Santa Cecilia. Los moradores de la ciudad y de la tierra son gente llana, de condicion apacible y mansa, virtudes que pueden acarrear perjuicio si no hay el recato conveniente para no dar lugar á gente mala que las pervierta y estrague. Los mas se sustentan de sus labranzas y de los frutos de la tierra; el comercio y trato de mercaderes es pequeño por estar en medio de Francia y caer léjos el mar. Desta ciudad, en que tuvo su primer principio esta nueva locura y secta, tomó el nombre de albigense, y desde allí se derramó por toda la Francia y aun por parte de España, puesto que el fuego emprendió en Tolosa mas que en otra parte alguna; y aun de aquí procedió que algunos atribuyeron la primera origen deste error y secta á aquella ciudad. Otros dicen que nació primeramente en la Proenza, parte de la Gallia Narbonense. Don Lúcas de Tuy, que por su devocion y por hacerse mas erudito pasó á Roma, y de allí á Constantinopla y á Jerusalem, vuelto á su patria, entre otras cosas que escribió no menos docta que piamente, publicó una larga disputa contra todos estos errores, en que, como testigo de vista, relata lo que pasó en Leon,

ciudad muy conocida en España y cabeza de aquel reino; cuyas palabras será bien poner aquí para mayor claridad y para que mejor se entienda la condicion de los herejes, sus invenciones y trazas. «Despues de la muerte del reverendo don Diego, obispo de Leon, no se conformaron los votos del clero en la eleccion del sucesor; ocasion que tomaron los herejes, enemigos de la verdad y que gustan de semejantes discordias, para entrar en aquella ciudad, que se hallaba sin pastor, y acometer las ovejas de Cristo. Para salir con esto se armaron, como suelen, de invenciones. Publicaron que en cierto lugar muy sucio y que servia de muladar se hacian milagros y señales. Estaban allí sepultados dos hombres facinerosos, uno hereje, otro que por la muerte que dió alevosamente á un su tio le mandaron enterrar vivo. Manaba tambien en aquel lugar una fuente, que los herejes ensuciaron con sangre á propósito que las gentes tuviesen aquella conversion por milagro. Cundió la fama, como suele, por ligeras ocasiones; acudian gentes de muchas partes, tenian algunos sobornados de secreto con dinero que les daban para que se fingiesen ciegos, cojos, endemoniados y trabajados de diversas enfermedades, y que bebida aquel agua, publicasen que quedaban sanos. Destos principios pasó el embuste á que desenterraron los huesos de aquel hereje, que se llamaba Arnaldo, y habia diez y seis años que le enterraron en aquel lugar; decian y publicaban que eran de un santísimo mártir. Muchos de los clérigos simples con color de devocion ayudaban en esto á la gente seglar. Llegó la invencion á levantar sobre la fuente una muy fuerte casa y querer colocar los huesos del traidor homiciano en lugar alto para que el pueblo los acatase, con voz que fué un abad en su tiempo muy santo. No es menester mas sino que los herejes despues que pusieron las cosas en estos términos, entre los suyos declaraban la invencion y por ella burlaban de la Iglesia, como si los demás milagros que en ella se hacen por virtud de los cuerpos santos fuesen semejantes invenciones; y aun no faltaba quien en esto diese crédito á sus palabras y se apartase de la verdadera creencia. Finalmente, el embuste vino á noticia de los frailes de la santa predicacion, que son los dominicos; y en sus sermones procuraban desengañar el pueblo. Acudieron á lo mismo los frailes menores, y los clérigos que no se dejaron engañar ni enredar en aquella sucia adoracion. Pero los ánimos del pueblo tanto mas se encendian para llevar adelante aquel culto del demonio, hasta llamar herejes á los frailes predicadores y menores porque los contradecian y les iban á la mano. Gozábanse los enemigos de la verdad y triunfaban, decian públicamente que los milagros que en aquel lodo se hacian eran mas ciertos que todos los que en lo restante de la Iglesia hacen los cuerpos santos que veneran los cristianos. Los obispos comarcanos publicaban cartas de descomunion contra los que acudian á aquella veneracion maldita; no aprovechaba su diligencia, por estar apoderado el demonio de los corazones de muchos, y tener aprisionados los hijos de inobediencia. Un diácono, que aborrecia mucho la herejía, en Roma, do estaba, supo lo que pasaba en Leon, de que tuvo gran sentimiento, y se resolvió con presteza de dar la vuelta á su tierra para hacer rostro á aquella maldad tan grave. Llegado á Leon, se informó mas enteramente del caso, y como fuera de sí comenzó en público y en secreto á afear negocio tan malo; reprehendia á sus ciudadanos, cargábalos de ser fautores de herejes. No se podia ir á la mano, dado que sus amigos le avisaban se templase, por parecelle que aquella ciudad se apartaba de la ley de Dios. Entró en el ayuntamiento, díjoles que aquel caso tenia afrentada á toda España; que de donde salian en otro tiempo leyes justas, por ser cabeza del reino, allí se forjaban herejías y maldades nunca oidas. Avisóles que no les daria Dios agua ni les acudiria con los frutos de la tierra hasta tanto que echasen por el suelo aquella iglesia, y aquellos huesos que honraban los arrojasen. Era así, que desde el tiempo que se dió principio á aquel embuste y veneracion, por espacio de diez meses nunca llovió y todos los campos estaban secos. Preguntó el juez al dicho diácono en presencia de todos: Derribada la iglesia, ¿aseguraisnos que lloverá y nos dará Dios agua? El diácono lleno de fe: Dadme, dijo, licencia para abatir por tierra aquella casa, que yo prometo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, so pena de la vida y perdimiento de bienes, que dentro de ocho dias acudirá nuestro Señor con el agua necesaria y abundante. Dieron los presentes crédito á sus palabras; acudió con gente que le dieron y ayuda de muchos ciudadanos, allanó prestamente la iglesia y echó por los muladares aquellos huesos. Acaeció con grande maravilla de todos que al tiempo que derribaban la iglesia entre la madera se oyó un sonido como de trompeta para muestra de que el demonio desamparaba aquel lugar. El dia siguiente se quemó una gran parte de la ciudad á causa que el fuego por el gran viento que hacia no se pudo atajar que no se extendiese mucho. Alteróse el pueblo, acudieron á buscar el diácono para matalle; decian que en lugar del agua fué causa de aquel fuego tan grande. Acudian los herejes, que se burlaban de los clérigos, y decian que el diácono merecia la muerte y que no se cumpliria lo que prometió; mas el Señor todopoderoso se apiadó de su pueblo, ca á los ocho dias señalados envió agua muy abundante, de tal suerte, que los frutos se remediaron y la cosecha de aquel año fué aventajada. Animado con esto el diácono, pasó adelante en perseguir á los herejes, hasta tanto que los hizo desembarazar la ciudad.» Hasta aquí son palabras deste autor, por las cuales se entiende que la pestilencia desta herejía cundió por España, si bien la mayor fuerza deste mal cargó sobre la ciudad de Tolosa, de que le resultaron graves daños, y al rey de Aragon, que la quiso ayudar, la desastrada muerte, como luego se dirá.

CAPITULO II.

Cómo murió el rey de Aragon.

La secta de los albigenses se hacia temer y cobraba mayores fuerzas de cada dia, no solo por las que el pueblo le daba, que mucho se le arrimaba, sino mas principalmente por los príncipes y grandes personajes que con su favor le acudian, sin hacer caso ni de la autoridad del Papa, ni de lo que por el mundo dellos se diria. Estos eran los condes el de Tolosa, el de Foz, el de Besiers y el de Cominges. Acudiales asimismo el rey de Aragon, á causa que estas ciudades estaban á su

devocion y aun eran feudos suyos, como en otro lugar queda apuntado; además que tenia deudo en particular con el conde de Tolosa, que casó tercera vez con doña Leonor, hermana del rey de Aragon; y aun el mismo hijo y heredero del Conde, que se llamaba don Ramon como su padre, tenia por mujer otra hermana del mismo rey, por nombre doña Sancha. Esta fué la verdadera causa de declararse por los albigenses y tomar las armas en su favor; que por lo demás fué príncipe muy católico, como se puede fácilmente entender en que entregó su hijo don Jaime á Simon, conde de Monforte, para que le criase y amaestrase, el que por este tiempo acaudillaba los católicos y era duro martillo contra los herejes. El negocio era de tal condicion, que tenia puestos en cuidado los católicos de Francia, y mas en particular al Papa, que se recelaba no se arraigase de cada dia mas aquel mal y con tantas ayudas cobrasen mayores fuerzas, especial que el vulgo, como amigo de novedades, engañado con los embustes de aquellos herejes, fácilmente se apartaba de la creencia de sus mayores y abrazaba aquellas opiniones extravagantes. Buscaban algun medio para atajar aquel daño. Pareció intentar el camino de la paz y blandura, si con diligencia y buenos ministros que predicasen la verdad se podrian reducir los descaminados. Don Diego, obispo de Osma, camino de Roma, donde iba enviado por el rey de Castilla, pasó por aquella parte de Francia; y visto lo que pasaba y el riesgo que corrian aquellos si no se acudia en breve con remedio, hizo al Papa relacion de todo aquel daño y del peligro que se mostraba mayor. Llevaba en su compañía al glorioso padre santo Domingo, entonces canónigo reglar de San Agustin, y adelante destos principios fundador de la órden de los predicadores; era natural de Caleruega, tierra de Osma, nacido de noble linaje. Avisado el Papa de lo que pasaba, acordó acudir al remedio de aquellos daños. Despachó al Obispo y á su compañero con poderes bastantes para que apagasen aquel fuego. Nombró tambien un legado de entre los cardenales con toda la autoridad necesaria. Llegados á Francia, juntaron consigo doce abades de la órden de San Bernardo, naturales de la tierra, para que con sus predicaciones y ejemplo redujesen á los descaminados; pero cuanto provecho se hacia con esto por convertirse muchos de su error, especialmente con la predicacion de santo Domingo y milagros que en muchas partes obró, tanto por otra parte crecian en número los pervertidos de los herejes. Porque ¿quién pondrá en razon un vulgo incitado á mal? Quién bastará á hacer que tengan seso los hombres perdidos y obstinados en su error? Débese cortar con hierro lo que con medicinas no se puede curar, y no hay medio mas saludable que usar de rigor con tiempo en semejantes males. Mudado pues el parecer y la paz en guerra, acordaron de usar de rigor y miedo; juntóse gran multitud de soldados de Italia, Alemaña, Francia, con la esperanza de la indulgencia de la Sede Apostólica concedida por Inocencio III á los que tomasen la insignia y divisa de la cruz, como era de costumbre en casos semejantes y acudiesen á la guerra. Estos soldados tomaron primeramente á Besiers, ciudad antigua de los volcas cabe el rio Obris. Pasaron en ella siete mil hombres de los alborotados á cuchillo. Algunos decian era castigo del cielo por la muerte que cuarenta y dos años antes ellos dieron á Trencavelo, señor de aquella ciudad, y con él hirieron al mismo obispo. Con el miedo deste rigor la ciudad de Carcasona, que era de herejes, se entregó á los católicos, y los culpados fueron muertos. Estos principios daban alguna esperanza que se podrian reparar aquellos daños. No tenian los católicos capitan que los acaudillase y á quien todos obedeciésen. Acordaron de elegir para este cargo á Simon, conde de Monforte, pueblo conocido en el distrito de la ciudad de Chartres, por ser aventajado en las cosas de la guerra y señalarse mucho en la piedad y amor de la religion católica. Aceptó aquel oficio por servir á Dios y á la Iglesia. Juntó las gentes que pudo, con que ganó de los herejes el castillo de Minerva, la ciudad de Albis y otro pueblo, llamado Vauro, cerca de Tolosa, demás de otros muchos lugares. Pasaron adelante, pusieron cerco sobre Tolosa, no la pudieron tomar á causa que los condes el de Tolosa y el de Fox y el de Cominges se hallaban dentro y se la defendieron con mucho valor. Desde allí revolvieron sobre el condado de Fox y hicieron la guerra por aquella comarca. El rey de Aragon cuidaba del peligro que estos príncipes corrian, sus amigos y confederados. Recelábase otrosí de Simon de Monforte, que so color de piedad, que es un engaño muy perjudicial, no pretendiese para sí y para los suyos adquirir nuevos estados. Movido destas razones, luego que se ganó aquella memorable jornada de las Navas de Tolosa, en que se halló presente, volvió su pensamiento á las cosas de la Francia, tanto, que se halla que por el mes de enero, principio del año de 1213, estaba en Tolosa, ciudad de Francia, para tomar acuerdo, es á saber, de lo que debia hacer, y el mes siguiente de mayo hacia gente en Lérida y otras partes para volver á aquella guerra. Luego que allí llegó, le acudieron aquellos príncipes parciales. Con sus gentes y con su venida se formó un ejército tan grande, que llegaba á cien mil hombres de pelea; gran número y que apenas se puede creer. Simon de Monforte, por el contrario, se apercebia para resistir contra fuerzas tan grandes. Acordó ribera de la Garona fortificar el castillo de Murello, plaza muy importante, para reprimir el orgullo de los enemigos. Acudieron aquellos príncipes confederados con sus gentes con intento de apoderarse de aquella fuerza. Acudió asimismo á la defensa Simon de Monforte con poca gente, pero escogida y arriscada. Iban en su compañía siete obispos, el padre santo Domingo y tres abades. Estos varones intentaron al principio medios de paz, porque no se llegase á rompimiento, de que se temian graves daños. En especial avisaron al Rey y le requirieron de parte de Dios no se juntase con los herejes, gente maldita y descomulgada por el Padre Santo; que temiese el castigo de Dios á quien ofendia, por lo menos excusase la infamia con que acerca de todo el mundo quedaria su buen nombre amancillado y el odio que contra su persona resultaria. El Rey se hizo sordo á consejos tan saludables y buenos. Diéronse vista los dos campos y los dos caudillos adelantaron sus haces con resolucion de venir á las manos. En el ejército de los católicos no pasaban de ochocientos caballos y mil infantes; pequeño número para la muchedumbre de los contrarios. Sin embargo, fiados en la buena querella que seguian, se determinaron de probar ventura. Embistieron de am-

bas partes y cerraron, trabóse la pelea, que fué muy brava y sangrienta. Los católicos se dieron tal maña y mostraron tal esfuerzo, que los herejes no pudieron sufrir su ímpetu, y en un punto se desbarataron y pusieron en huida. Los condes se salvaron por los piés. El Rey quedó tendido en el campo con otros muchos de los suyos, caballeros de cuenta, en particular Aznar Pardo y su hijo Pedro Pardo, don Gomez de Luna, don Miguel de Luesia, gente toda de la principal de Aragon. El número de los otros muertos no fué grande para victoria tan señalada. Todos comunmente juzgaban al Rey por merecedor de aquel desastre, así por el favor que dió á los herejes, si bien de corazon era y de apellido católico, ca entre los reyes de Aragon se llamó don Pedro el Católico, como por la soltura que tuvo en materia de honestidad, con que amancilló las demás virtudes y partes, en que fué muy aventajado. Pasó en esto tan adelante, que repudió á la Reina, su mujer, hembra de mucha bondad. El color que tomó fué que era deuda suya y que estuvo antes casada con el conde de Cominges, matrimonio que no fué válido, antes contra derecho, segun que por su sentencia lo pronunciaron los jueces nombrados sobre esta diferencia por el papa Inocencio III. Verdad es que de aquel matrimonio nacieron dos hijas, Matilde y Petrona, como parece por el testamento de la misma Reina. Hallábase esta señora en Roma, do era ida á seguir este pleito, y sustanciado el proceso, se esperaba en breve sentencia, cuando llegó la nueva de aquella jornada y de la muerte del Rey, que fué viérnes, á los 13 de setiembre deste año. Su cuerpo entregaron á los caballeros de San Juan, que le hicieron enterrar en el monasterio de Jijena, en que su madre la reina doña Sancha estaba asimismo sepultada.

CAPITULO III.

Que el rey don Alonso de Castilla falleció.

Dejó el rey de Aragon un solo hijo habido en su mujer, que se llamó don Jaime, en edad de solos cuatro años. Quedaron otrosí dos tios del niño, don Fernando, hermano del muerto y abad del Montaragon, y por el mismo caso monje profeso, y don Sancho, conde de Ruisellon, persona de mucha edad, ca era tio del muerto, hermano de su padre. Estos dos señores, sin embargo, el uno de su edad, y el otro de su profesion, entraron en pensamiento de apoderarse del reino. Para salir con esto, cada cual por su parte procuraban ganar las voluntades del pueblo, y conquistar por todas las vias posibles á la gente principal. Alegaban para esto que don Jaime era hijo bastardo, y que excluido el niño como tal, entraban ellos en el derecho de la corona como deudos mas cercanos, por razones que cada cual proponia en su favor y para excluir al otro competidor. Los prelados, los señores y ricos hombres del reino llevaban mal la ambicion destos dos personajes y sus práticas. En especial Pero Fernandez de Azagra, señor de Albarracin, sentia mucho que se tratase de excluir aquel niño de la sucesion y privarle del reino de su padre, y mucho mas que en tal coyuntura estuviese como cautivo en poder de Simon de Monforte. Comunicóse con los demás; acordaron despachar una embajada al papa Inocencio, en que le suplicaban interpusiese su autoridad y mandase á Simon de Monforte les restituyése el niño para ponelle én lugar de su padre y alzalle por su rey, que tal era la voluntad de los de aquel reino, grandes y menores. Oyó el Pontífice benignamente esta embajada; parecióle la demanda muy justificada; despachó sus breves enderezados á su legado el cardenal Pedro Beneventano, que en su nombre asistia á la guerra contra los herejes. Encargábale diese todo contento á los de Aragon, si juzgase todavía que pedian razon. Entre tanto que se trataba desto, Simon de Monforte se apoderó de la ciudad de Tolosa, nido y guarida principal de los alborotados y rebeldes. Juntó el legado un concilio en Mompeller para resolver lo que se debia hacer. Acordaron los padres entre otras cosas de nombrar por príncipe y señor de todo lo conquistado al mismo conde de Monforte en premio de sus trabajos. Para que el Papa confirmase este su decreto le enviaron por embajador al obispo ebredunense ó de Ambrun. En este término se hallaban las cosas de Francia. En España se padecia grande hambre por causa de la sequedad. Tras la hambre, como es ordinario, se siguió gran mortandad, ocasionada de los malos manjares de que la gente se sustentaba. Por la una y por la otra causa muchos pueblos y aldeas se yermaron, y mas en en el reino de Toledo, como mas sujeto á esta calamidad, por ser lo mas alto de España. Acudió al remedio don Rodrigo Jimenez, arzobispo de Toledo; repartió gruesas limosnas de su hacienda, y con sus sermones animó al pueblo para que todos ayudasen, cada cual conforme á su posibilidad. Esta diligencia y el fruto que della se siguió, que fué notable, agradó tanto al rey don Alonso, que en lo postrero de su edad estando en Búrgos, hizo donacion á la iglesia de Toledo de muchos pueblos hasta en número de veinte aldeas, por parecerle se empleaban muy bien las riquezas y mando en quien usaba bien dellas, y que era ponellas como en un depósito comun para acorrer á las necesidades. En particular concedió al arzobispo de Toledo que por tiempo fuese el oficio y preeminencia de chanciller mayor de Castilla, que en las cosas del gobierno era la mayor dignidad y autoridad despues de la del rey; privilegio que siete años antes se dió al arzobispo don Martin, pero por tiempo limitado; al presente para siempre á don Rodrigo y sus sucesores. Este oficio ejercian los arzobispos en lo de adelante cuando andaban en la corte; si se ausentaban, nombraban con el beneplácito del rey un teniente que supliese sus veces y despachase los negocios. Esto se continuó hasta el tiempo del arzobispo don Gil de Albornoz, cuando por su ausencia y por la revuelta de los tiempos se comenzó á dar aquel oficio á diferentes personas sin consentimiento de los arzobispos, que, sin embargo, todavía se intitulan chancilleres mayores de Castilla; por lo demás, ninguna otra preeminencia de aquel oficio les queda, ni tienen en su poder los sellos reales, ni acuden á ellos los negociantes. Hallábase el Rey en Búrgos, deseaba reconciliarse con su primo el rey de Leon, de quien se mostraba muy sentido despues que repudió á su hija doña Berenguela, y todavía duraba la enemiga. Concertaron vistas para Valladolid, y allí asentaron sus haciendas; en particular se acordó echasen por tierra y despoblasen al Carpio y Monterey, sobre que tenian diferencias, y los de Castilla los tomaran á los de Leon. Tomado este asiento, se partió el rey de Leon para su tierra, y con

licencia del rey de Castilla llevó en su compañía á don Diego Lopez de Haro para ocuparle en la guerra que por aquellas partes hacia contra moros. Era don Diego famoso capitan en aquel tiempo, amado de los príncipes, agradable á los soldados; así, demás de su hijo don Lopo, le siguió un buen golpe de los soldados castellanos, por el deseo que todos tenian de ejercitarse en aquella guerra debajo de la conducta de caudillo tan principal. El rey de Castilla, aunque viejo y muy cansado, no tenia menos deseo de proseguir por su parte la guerra contra moros, que quedaron amedrentados por la pérdida pasada y á pique de perderse, por estar divididos entre sí y alborotados con bandos y parcialidades. Adelantóse el rey de Leon; rompió por aquella parte de la antigua Lusitania que confinaba con su reino y hoy se llama Extremadura. Talóles los campos, quemóles y saqueóles los pueblos y las aldeas, hizo grandes presas de hombres y de ganados. En particular á la ribera del rio Tajo ganó de los moros una villa antigua y fuerte, que se llama Alcántara. Para que la defendiesen, hizo della gracia á los caballeros de la órden de Calatrava, que pusieron allí buena guarnicion de soldados, que de ordinario salian á correr la tierra de los moros y á hacer sus cabalgadas. Este fué el principio que tuvo la caballería de Alcántara, pequeño y flaco, como suele ser en las cosas grandes que se levantan de pequeños principios. De aquí vino que esta nueva caballería al principio fué sujeta á la de Calatrava; al presente se tiene por exempta, en especial despues que estos caballeros ganaron una bula en este propósito del papa Julio II en ninguna cosa quieren reconocer esta mayoría. El hábito de Calatrava antiguamente fué un escapulario con una capilla que dél salia sobre el vestido á manera de los frailes; mas por concesion del Papa, que en tiempo del scisma se llamó Benedicto XIII, el año de 1397 dejaron la capilla y tomaron la cruz roja florlisada de la forma que hoy la usan, que se remata en cuatro flores de lis. Los de Alcántara en sus principios usaron por hábito de un capirote y una chia roja, ancha cuatro dedos, y larga una tercia; pero el mismo Papa les concedió por su bula trocasen aquellas insignias en la cruz verde florlisada de que usan en manto blanco de la misma forma y remates que la de Calatrava, que fué el año adelante de 1411. Los unos y los otros militan debajo de la regla de San Bernardo y son sujetos á la órden del Cistel. Este fin tuvo y este efecto hizo la guerra que el rey de Leon movió contra los moros por este tiempo, algo mas próspero que la que se hizo de parte de Castilla. Fué así, que el rey don Alonso de Castilla dió vuelta al reino de Toledo. Seguíale mucha gente, que hizo levantar en todas partes, con que llegó hasta Consuegra y hasta Calatrava, que eran las fronteras por aquella parte de su reino. Pasó adelante, rompió por las tierras de los moros hasta llegar á Baeza, que era vuelta á poder de moros. Hizo grandes talas por aquella comarca, robos y sacomanos, finalmente se puso sobre aquella ciudad con intento de rendirla. Acudió á servirle en este cerco, entre otros, Diego Lopez de Haro, despues que se dió fin á la guerra de Extremadura. Hicieron todo el esfuerzo posible, mas no pudieron salir con su intento á causa que el año era muy falto de mantenimiento y no se podian proveer de vituallas. Hicieron treguas con los moros, y con tanto dieron la vuelta para proveerse de lo necesario y poderse sustentar. Por lo demás, se presentaba buena ocasion de sujetar los moros, por estar divididos y tener entre sí guerras civiles. La cosa pasó desta manera. El rey Mahomad, por sobrenombre el Verde, despues que perdió aquella memorable jornada de las Navas de Tolosa, acordó para rehacerse de fuerzas pasar en Africa. Entre los moros, mas que entre otras gentes, ningun respeto se guardan de lealtad y parentesco. Zeyt Abenzeyt, su hermano, tomó ocasion de aquella ausencia para apoderarse de la ciudad de Valencia y de Monviedro con toda aquella comarca. Lo mismo hizo un su primo, por nombre Mahomad Zeyt, en las ciudades de Córdoba y de Baeza, que se alzó con ellas con color que era nieto de Abdelmon de parte de un hijo suyo llamado Abdalla, y por esta causa le pertenecian los reinos de Africa y de España, que fueron de su abuelo. Demás desto, otro moro, por nombre Albullali, muy principal en riquezas y vasallos, movido por el ejemplo de los moros ya dichos y convidado de la ocasion que se le presentaba, sin otro mejor derecho se apoderó de Sevilla, de Ecija y de Jerez. Desta manera las fuerzas de los moros, que de suyo no eran muy grandes, se dividieron en muchas partes y por el mismo caso se enflaquecieron. Buena ocasion era esta; mas el rey don Alonso, que era el mas poderoso príncipe de España, no pudo acudir á esta guerra, no solo por falta de vituallas, sino por dar socorro á los ingleses, con quien tenia deudo y amistad, y cuyo partido en las partes de Francia andaba muy de caida, á causa que los franceses, contra lo que tenian asentado, de repente les movieron una guerra muy cruel y sangrienta. Por el mismo tiempo el rey de Portugal, don Alonso el Segundo, por sobrenombre el Gordo, andaba ocupado en recobrar por las armas los estados que en aquel reino su padre dejó en su testamento á sus hermanas; causas que alegar para lo que quieren nunca á los príncipes faltan. Acudieron aquellas señoras al amparo del rey de Leon, que era su deudo, y les caia mas cerca para valerse de sus fuerzas. No fué él mismo en persona; pero envió á su hijo don Fernando, el cual con las armas ganó de los portugueses algunos pueblos, que adelante se volvieron por mandado del papa Inocencio, que interpuso su autoridad para sosegar estos bullicios y componer todas aquellas diferencias. El rey de Castilla á la misma sazon deseaba verse con el rey de Portugal, su yerno, para comunicar con él cosas muy graves. Convidóles por sus embajadores que se llegase á Plasencia; y porque entendió que la venida del Portugués se dilataria algun tiempo, pasó á Búrgos con intento de acudir á lo de Francia y enviar en favor de los ingleses gente de socorro. La muerte atajó todas estas trazas. Daba la vuelta desde Búrgos por el deseo que tenia de verse con el rey de Portugal, cuando en Garcimuñoz, pueblo conocido, le sobrevino una dolencia mortal, que se le aumentó con cierto aviso que le llegó de que aquel Rey se excusaba de llegar hasta Plasencia, y solo venia en que si aquellas vistas importaban tanto, se hiciesen á la raya de los dos reinos. Esta es la condicion de muchos príncipes, que por no reconocer ni dar ventaja á nadie, sea deudo, sea superior, sea mas anciano, dejan pasar muchas ocasiones de concluir negocios muy importantes. Puédese tambien sospechar que aquel Príncipe no se

fió mucho del de Castilla, si bien era su suegro, por ser astuto y mañoso y muy atento á sus particulares. Agravóse la dolencia tanto, que los médicos le desafiuciaron. Asistióle en aquel último trance el arzobispo de Toledo, que desde Calatrava, donde residió algun tiempo para remediar el hambre, como queda dicho, concluido aquel negocio, acudió á Búrgos y hacia compañía al Rey. El mismo le confesó y hizo que recibiese los demás sacramentos como suelen los cristianos, ordenase y otorgase su testamento. Esto hecho, rindió el alma, lúnes, á 6 de otubre, dia de santa Fides, vírgen, del año que se contaba de 1214. Conforme á esto se ha de corregir la letra del arzobispo don Rodrigo, que muchas veces por culpa de los impresores y de los escribientes está muy estragada. Este fin tuvo el rey don Alonso, el mas esclarecido príncipe en guerra y en paz de cuantos en aquel siglo florecieron. El solo acabó muchas cosas y salió con grandes empresas; los otros reyes de España sin él y sin su ayuda apenas hicieron cosa alguna que fuese de mucha consideracion. Falleció en edad de cincuenta y siete años y mas veinte y dos dias; dellos reinó por espacio de los cincuenta y cinco. Sepultaron su cuerpo en las Huelgas de Búrgos, acompañáronle la reina doña Leonor, su hija doña Berenguela, el arzobispo don Rodrigo con otros principales del reino. Fallecieron asimismo este año la reina de Castilla, viuda, doña Leonor, y don Fernando, el hijo mayor del rey de Leon, habido en su primera mujer; y demás destos don Diego Lopez de Haro, don Pedro de Castro, hijo de Fernando de Castro, todos personajes muy principales. La muerte de la Reina fué en Búrgos, viérnes, último de octubre. El dolor que recibió por ver muerto su marido, que le queria mucho, le aceleró su fin; como fueron muy conformes en la vida, así sepultaron su cuerpo junto al de su marido. Don Fernando, hijo del rey de Leon y de su mujer doña Teresa, era mozo de aventajadas partes y que daba muy buenas muestras, si la muerte antes de tiempo no le atajara los pasos y cortara las esperanzas que tales virtudes y la apostura de su cuerpo prometian; enterráronle en el templo de Santiago de Galicia. Quedó otro hermano suyo de su mismo nombre, pero nacido de otra madre, que fué doña Berenguela, y que adelante sucedió en el reino de Castilla y tambien á su padre, como se verá en sus lugares. Don Pedro de Castro ayudó y sirvió muy bien al rey de Leon en las guerras que hizo contra moros. Su muerte fué en Marruecos, ciudad de Berbería. La causa por qué pasó en Africa no se sabe; por ventura algun desgusto ó la amistad que tenia trabada con los moros desde el tiempo de su padre. Falleció á 18 de agosto deste mismo año en que vamos.

CAPITULO IV.

Cómo en Castilla y Aragon hobo revueltas y guerras.

Despues de la muerte de don Pedro, rey de Aragon, y de don Alonso, rey de Castilla, resultaron en el un reino y en el otro bullicios y alteraciones muy graves, á causa de la poca edad de los nuevos reyes don Enrique y don Jaime, que sucedieron á sus padres. Los señores, á cuyo cargo estaba mirar por el bien y pro comun, todos tenian mas atencion á sus particulares. Muchos en Castilla pretendian apoderarse del gobierno, y en nombre de otro, que era el Rey, mandallo ellos todo, quitar y poner á su voluntad. Algunos en Aragon pasaban mas adelante, ca pretendian coronarse y gobernar en su nombre todo aquel reino. ¡Cuán desapoderado y perjudicial es el apetito de reinar y la ambicion! Todo lo revuelve y lo trueca sin tener cuenta con la infamia ni lo que la modestia y templanza piden. Entre estas tempestades el gobierno y la gente andaba como nave sin gobernalle azotada de los vientos y de las olas del mar, especialmente en Aragon se veian estos daños por la ambicion perjudicial de don Sancho y de don Fernando, tios de aquel Rey, que, segun queda dicho, pretendia cada cual para sí aquella corona. No les faltaba brio para salir con su intento, ni maña para granjear las voluntades del pueblo. Alegaban que el rey don Jaime no podia heredar á su padre por no ser de legítimo matrimonio. Demás desto, don Sancho contra su competidor se valia de que era monje profeso y por el mismo caso incapaz de la corona; don Fernando, del ejemplo del rey don Ramiro, que sin embargo que era monje y de mucha edad, sucedió en aquel reino á su hermano; y que quitado este impedimento, él era de los trasversales el pariente mas cercano. Con esto el reino se dividió en tres parcialidades; pocos, pero los mejores y mas poderosos, seguian el partido del verdadero Rey. El pueblo, sin cuidar mucho de lo que era justo, se arrimaba á los que de presente con dádivas y con promesas los granjeaban. Enviáronse sobre el caso embajadores al papa Inocencio, como arriba queda dicho, para pedir á su Rey, el cual en compañía del obispo ebredunense con muy buenas palabras los remitió á Francia enderezados al cardenal Beneventano, su legado, con órden que al conde de Monforte entregase lo que tenian ganado en Francia contra los herejes, á tal que él mismo pusiese en libertad al niño rey de Aragon y le entregase á sus vasallos. Sabida la voluntad del Papa, el legado y el conde de Monforte obedecieron sin dificultad. Hallábanse en Carcasona, desde donde acompañaron al Rey, que tenia solos seis años y cuatro meses, hasta la ciudad de Narbona; en su compañía don Ramon, conde de la Proenza, su primo hermano y de la misma edad del Rey, para que se criase en Aragon entre tanto que las guerras de Francia se apaciguaban. Acudieron á aquella ciudad por estar á la raya de los dos reinos muchos señores de la corona de Aragon para recebir, servir y acompañar á su Rey, todos con gran muestra de alegría y grandes regocijos y recebimientos; que todos los pueblos por do pasaba le hacian procesiones y rogativas por su salud y larga vida. Tenia el niño para aquella edad buena presencia, y la estatura del cuerpo mayor que pedian aquellos años; muestra de lo que fué adelante, de su valor y grandeza. El conde de Monforte se quedó para proseguir la guerra. El Legado, que en todo tenia mano, hizo convocar Cortes para la ciudad de Lérida con atencion á dar asiento en todas las cosas. Juntáronse á su llamado los señores, ricos hombres, los prelados y procuradores para el dia que les señalaron. Los infantes don Sancho y don Fernando no quisieron acudir por ver el pleito mal parado. En aquellas Cortes todos los que presentes se hallaron de los tres brazos del reino juraron al nuevo Rey; cosa nueva en Aragon, pero que deste principio quedó asentado para adelante, y así se acostumbra de

jurar aquellos reyes. Nombraron por ayo del niño para que le amaestrase á don Guillen Monredon, maestre y superior de los templarios en aquel reino y el principal de los embajadores que se enviaron al Papa. Señalaron otrosí la fortaleza de Monzon para que allí se criase el nuevo Rey, hasta tanto que las parcialidades se compusiesen, y que él tuviese edad para encargarse del gobierno. Entre los ciudadanos de Zaragoza y la gente de Navarra se abrió la contratacion que, segun parece, tenian impedida por causa de las alteraciones de Aragon ó por otras diferencias, que siempre resultan entre los reinos comarcanos, mayormente que el rey don Sancho de Navarra por su edad y poca salud poco podia acudir al gobierno y al amparo de sus vasallos, antes vivia retirado en el castillo de Tudela sin atender ni á las cosas de la guerra ni á las del gobierno. Esto pasaba al fin deste año, en que cerca de la ciudad de Tornay, principal en los estados de Flándes, y puesta á la ribera del rio Escalda, el emperador Oton y Felipe, rey de Francia, tuvieron una sangrienta batalla. Estaba de parte del Emperador don Fernando, infante de Portugal, casado con la condesa propietaria de Flándes, que vencidos y desbaratados los de su parte y los imperiales, quedó preso por largo tiempo en poder de los franceses. Esta fué la famosa batalla de Bovinas, así dicha de un puente junto al cual se dió. En Aragon todavía continuaban en procurar algun medio de paz; parecióles seria conveniente para contentar á don Sancho, conde de Ruisellon, encargarle el gobierno del reino de Aragon, como se hizo el año siguiente de 1215. Lo que pensaban seria ocasion de sosiego sucedió muy al revés; que como persona deseosa de mandar, con la mano que le dieron, se encendió en mayor deseo de coronarse por rey; de que resultaron mayores revueltas y bullicios, como se verá adelante. Las cosas de Castilla no estaban en mejor estado. Era el nuevo rey don Enrique de once años, cuando por muerte de su padre y por haber faltado sus hermanos mayores sucedió en aquella corona. Encargóse su madre del gobierno, como era razon, que duró poco, por la muerte que muy en breve le sobrevino. En su testamento nombró para el gobierno en su lugar y para la tutela del Rey á doña Berenguela, su hija, reina de Leon, aunque apartada de su marido. Esta señora por ser de ánimo varonil y muy poderosa en vasallos, ca tenia por suyas las villas de Valladolid, Muñon, Curiel y Santistéban de Gormaz por merced y donacion que dellas le hizo el Rey, su padre, cuando volvió á Castilla, sustentaba el peso de todo y aun ayudaba con su hacienda á los gastos que forzosamente en el gobierno se hacian. ¿Quién podrá bastantemente encarecer las virtudes desta señora, su prudencia en los negocios, su piedad y devocion para con Dios, el favor que daba á los virtuosos y letrados, el celo de la justicia con que enfrenaba á los malos, el cuidado en sosegar algunos señores que gustaban de bullicios, y que el Rey, su hermano, se criase en las costumbres que pertenecen á estado tan alto? Solo la aquejaba la muchedumbre de los negocios y el deseo que tenia de su recogimiento y quietud. Olieron esto algunos que tienen por costumbre de calar las aficiones y desvíos de los príncipes para por aquel medio encaminar sus particulares, en especial los de la casa de Lara, como acostumbrados á mandar, procuraron aprovecharse de aquella ocasion para apoderarse ellos del gobierno. Eran tres hermanos, Alvaro, Fernando y Gonzalo, hijos de don Nuño, conde de Lara, poderosos en riquezas y en aliados. Estos hacian poco caso del Rey, por ser niño, y de su hermana, por ser mujer. Pretendian salir con su intento, quier fuese con buenos medios, quier con malos. Ofreciéronse dos ocasiones muy á su propósito: la una, que un hombre particular, llamado Garci Lorenzo, natural de Palencia, tenia mucha cabida con doña Berenguela. De la industria deste hombre y de su maña, que era muy grande, se pretendieron valer, y para esto le prometieron, si terciaba bien y les acudia conforme á su deseo, de dalle en premio la villa de Tablada, que él mucho deseaba. Esta fué la primera ocasion. La segunda y de menos importancia fué la ausencia que á la sazon hizo don Rodrigo, arzobispo de Toledo, que solo por su mucha autoridad y prudencia pudiera descubrir y desbaratar estas trazas. Partióse para Roma para hallarse con los demás prelados en el Concilio lateranо, que por sus edictos tenia convocado el papa Inocencio. Juntáronse á su llamado cuatrocientos y doce prelados, y entre ellos los setenta y uno eran arzobispos, el patriarca de Jerusalem y el de Constantinopla. El Alejandrino y el Antioqueno no acudieron, pero enviaron sus tenientes que supliesen sus veces. Los demás sacerdotes que acudieron apenas se podian contar. Los negocios que en este Concilio se trataron fueron muchos y muy graves. Sobre todo pretendian renovar la guerra de la Tierra-Santa y apaciguar las alteraciones de Francia, que los herejes traian revuelta. Abrióse el Concilio por el mes de noviembre en la iglesia de San Juan de Letran. Entre los demás padres se señaló mucho el arzobispo don Rodrigo; hizo una oracion á los del Concilio en lengua latina, pero mezcladas sentencias y como flores de las otras lenguas italiana, alemana, inglesa, francesa, como el que bien las sabia, que puso admiracion á los padres hasta decir que desde el tiempo de los apóstoles nunca se vió cosa semejante. En particular se trató de la primacía de Toledo, á causa que los arzobispos de Tarragona, Braga, Santiago y Narbona no le querian reconocer ventaja por razones que cada cual en su defensa alegaba. Presentáronse por la iglesia de Toledo las bulas de los pontífices romanos mas antiguos, sus sentencias y determinaciones, los decretos de los concilios, argumentos y probanzas tomadas de la antigüedad, que en los hombres es venerable y en las ciudades se tiene por cosa sagrada. Salieron á la causa el arzobispo de Braga y el de Santiago, que presentes se hallaron, y el obispo de Vique, como lugarteniente del de Tarragona. Pretendian alegar, y alegaron de su derecho, y responder á los argumentos y razones que por el de Toledo militaban. No se procedió á sentencia á causa que algunos de los interesados se hallaban ausentes y era necesario oirlos. Solo concedió el Papa al arzobispo don Rodrigo que por espacio de diez años tuviese autoridad de legado en toda España, y que si la ciudad de Sevilla viniese á poder de cristianos, como esperaban que seria en breve por la flaqueza de los almohades, que en tal caso quedase sujeta al arzobispo de Toledo como á primado, sin que pudiese contradecir ni apelar deste decreto. Concedióle demás desto facultad de dispensar y

de legitimar trecientos hijos bastardos, y que en todas las iglesias de España, en las ciudades que se ganasen de moros pudiese nombrar y poner los obispos y sacerdotes que en ellas faltasen. Grande fué el crédito que el dicho Arzobispo ganó en aquel Concilio, no solo por las muchas lenguas que sabia, sino por sus muchas letras y erudicion, que para aquel tiempo fué grande. Dejó dos libros escritos, uno de la historia de España, el otro de las cosas de los moros, fuera de otro tratado que anda suyo en defensa de la primacía de su iglesia de Toledo. Tocante á la guerra de la Tierra-Santa se acordó y decretó en el mismo Concilio que todos los eclesiásticos ayudasen para los gastos y para llevalla adelante con cierta parte de sus rentas. Con este subsidio enviaron gente de socorro, y por su general á Pelagio, cardenal y obispo albanense, de nacion español, segun que lo testifica don Lúcas de Tuy; y que con este socorro se ganó la muy famosa ciudad de Damiata, puesta en lo postrero de Egipto. Cuanto á las revueltas de Francia, los dos Raimundos ó Ramones, padre y hijo, condes de Tolosa, acudieron al Concilio para pleitear contra Simon de Monforte, que los tenia despojados de su estado. La resolucion fué que los condenaron como á herejes, y adjudicaron á Simon de Monforte la ciudad de Tolosa con todo aquel condado, y los demás pueblos y ciudades que habia ganado á los herejes con su valor y buena maña. En virtud de lo cual fué á verse con el rey de Francia para hacerle sus homenajes, como feudatario suyo, por aquellos estados, como lo hizo, y juntamente asentó con aquel Rey confederacion y perpetua amistad. Pero como quier que no se fiase de los vasallos, que todavía se inclinaban á sus señores antiguos, hizo desmantelar las ciudades de Tolosa, Carcasona y Narbona, por donde y por los tributos muy graves que derramó sobre aquellos estados incurrió en grave odio de los vasallos, de tal manera, que muchos pueblos á la ribera del rio Ródano se le rebelaron y se entregaron á Raimundo el mas Mozo, hijo del despojado, y aun poco adelante se perdió la misma ciudad de Tolosa. Para todo ayudó mucho que diversos señores de Francia y de Cataluña, sin embargo de lo decretado por el Papa y por el Concilio, acudieron con sus fuerzas á aquellos príncipes despojados y pobres. El de Monforte pretendia con sus gentes recobrar aquella ciudad de Tolosa, y se puso con este intento sobre ella, y aun saliera con la empresa si no le mataran con una piedra que dispararon los cercados de un trabuco; hombre dignísimo de mas larga vida y de mejor fin por sus muchas virtudes y valor, y que á la destreza en las armas igualaba su piedad y amor de la religion católica. Dejó dos hijos en edad muy florida: el uno se llamó Aimerico, el otro Simon. El Aimerico, luego que mataron á su padre, alzó el cerco, y perdida grande parte de aquellos estados, desistió de la guerra. No se igualaba á su padre en grandeza de ánimo, en hazañas y valor; así, desconfiado de poder sosegar aquellos vasallos y contrastar con tantos príncipes como le hacian resistencia, se resolvió de renunciar aquellos pueblos y entregallos al rey de Francia, que en recompensa le nombró por su condestable; trueco muy desigual. Esto pasó tres años adelante; volvamos á la órden de los tiempos que poco arriba dejamos.

CAPITULO V.

Cómo los de la casa de Lara se apoderaron del gobierno de Castilla.

Los de la casa de Lara todavía continuaban en su pretension y solicitaban á Garci Lorenzo para que les ayudase. El, engolosinado con las promesas que le hacian, y porque no se le pasase aquella ocasion de adelantarse, se ofreció de hacer todo lo que le pedian. Solo esperaba alguna buena coyuntura, y hallada, dijo un dia á la Reina gobernadora, que muy descuidada estaba de aquellas tramas, que la carga de aquel gobierno era muy pesada y sobre las fuerzas mayormente de mujer; encareció mucho las dificultades, los peligros, la diversidad de aficiones y parcialidades que entre los señores y entre los del pueblo andaban. La Reina, que mucho deseaba su quietud, fácilmente se dejó persuadir y llevar de aquellas engañosas palabras. «¿Quién, dijo, me podrá descargar deste cuidado? Quién os parece á propósito para encargalle el gobierno y la crianza del Rey?» Respondió: «Ninguno en el reino en poder y en riquezas se iguala á los de la casa de Lara, que podrán acudir á todo y reprimir los intentos de los mal intencionados.» Parecióle bien este consejo á la Reina y esta traza. Acordó juntar los obispos, los ricos hombres y los señores para consultar el negocio. Los mas, preguntado su parecer, se allegaron al de Garci Lorenzo y se conformaron con la voluntad de la Reina, unos por no entender el engaño, otros por estar negociados, otros por aborrecer el gobierno presente como de mujer y ser cosa natural de nuestra naturaleza perversa creer de ordinario que lo venidero será mejor que lo presente. Salió por resolucion que la Reina dejase el gobierno del reino y le renunciase en los tres hermanos y señores de Lara. Volvió en esta sazon de Roma el arzobispo don Rodrigo con poder y autoridad de legado del Papa, no le plugo nada que la Reina renunciase; pero el negocio le tenian tan adelante, que no se atrevió á contradecir. Solo hizo que aquellos señores de Lara en sus manos hiciesen juramento que mirarian por el bien comun y por el pro de todo el reino, en particular que no darian ni quitarian tenencias y gobiernos de pueblos y castillos sin consulta de la Reina y sin su voluntad; que no harian guerra á los comarcanos ni derramarian nuevos pechos sobre los vasallos; finalmente, que á la reina doña Berenguela tendrian el respeto que se debia y era razon tenerle á la que era hermana, hija y mujer de reyes. Con este homenaje les parecia se cautelaban y aseguraban que todo procederia bien y á contento, como si pudiese cosa alguna enfrenar á los ambiciosos, y si el poder adquirido por los malos medios tuviese de ordinario mejores los remates. Fué así, que luego que don Alvaro, el mayor de los hermanos, se apoderó del gobierno, partió de Búrgos, do se hizo la renunciacion y todos estos conciertos. Lo primero desterró del reino á ciertos señores por causas ya verdaderas, ya falsas. Apoderóse de los bienes públicos y particulares, sin perdonar á las mismas rentas de las iglesias. A los patrones legos, que tenian derecho y costumbre de presentar para los beneficios de las iglesias, quitó aquella libertad con color que no eran de órden sacro y de reparar el culto divino, que en muchas maneras andaba menoscabado. En todo procedia por via

de fuerza, sin cuidar de las leyes ni de la revuelta que los tiempos amenazaban. Pasó tan adelante en esta rotura, que puso en necesidad á don Rodrigo, dean de Toledo y vicario del Arzobispo, de pronunciar sentencia de descomunion contra el dicho don Alvaro, gobernador. Enfrenóse algun tanto por este castigo y hizo alguna restitucion y satisfaccion de los daños pasados; pero no se mudó del todo su condicion y mal ánimo. Juntó Cortes en Valladolid. Acudieron á su llamado y á su persuasion por la mayor parte los de su parcialidad y de su valía, que socolor del bien público y con voz de todo el reino, ayudaron sus intentos de arraigarse en el gobierno y pertrecharse con todo cuidado para todo lo que pudiese resultar. Este fué el principal efecto de aquellas Cortes. A gran parte de la nobleza pesaba mucho que don Alvaro con aquellas trazas se apoderase de todo sin que nadie le pudiese ir á la mano, y que uno solo tuviese mas fuerza y autoridad que todos los demás. En especial don Lope de Haro, hijo de don Diego de Haro, y don Gonzalo Ruiz Giron, mayordomo de la casa real, y sus hermanos, que todos eran de los mas principales, sentian mucho el desórden. Comunicaron entre sí el negocio; acordaron hacer recurso á doña Berenguela y querellarse de la renunciacion que hizo del gobierno. Pusiéronle delante el peligro que todo corria si prestamente no se acudia con remedio. Que bien estaban satisfechos del buen ánimo é intencion que tuvo en renunciar el gobierno; mas pues las cosas sucedian al revés de lo que se pensó, era forzoso mudar propósito y volver al oficio y cuidado que dejó para que aquellos hombres locos y sin término no acabasen de hundillo todo. «¿Por ventura será razon que antepongais vuestro descanso y quietud al bien comun y pro de todo el reino, permitir que todos nos despeñemos y nos perdamos? ¿Por qué no quitaréis el oficio y cargo que sin darnos parte renunciasteis á un hombre sin juicio y desatinado? Librad pues á nos y al reino de las tempestades que á todos amenazan; que si en este trance no nos acudís, será forzoso remediar los daños con las armas. Mirad, Señora, no se diga que por el deseo de vuestro particular descanso fuisteis causa que el reino se revolviese y alterase, como será necesario.» Movian estas razones á la Reina. Conocia el yerro que hizo; todavía como era mujer y flaca no se atrevia á contrastar con los que tenian en su poder las fuerzas y las armas del reino. Temia que si intentaba de despojallos del gobierno resultarian mayores males; tomó por expediente avisar á los de Lara de la jura que hicieron de gobernar el reino con todo cuidado sin hacer agravios ni demasías, en que parecia haberse desmandado. Sirvió este aviso muy poco; antes irritado don Alvaro, se apoderó del estado y pueblos de la misma Reina, y no contento con esto, la mandó salir de todo el reino; grande atrevimiento y afrenta notable, bien fuera de lo que sus obras merecian y de lo que la nobleza y agradecimiento pedia. La Reina, por excusar mayores inconvenientes, en compañía de su hermana la infanta doña Leonor se retiró al castillo de Otella, cerca de Palencia, por ser una plaza muy fuerte; muchos de los grandes tomaron su voz, en que perseveraron hasta la muerte del Rey, su hermano. Todo era principio de algun gran rompimiento, mayormente que á don Gonzalo Giron removieron del oficio de mayordomo mayor, y se dió á don Fernando de Lara, hermano de don Alvaro. Al Rey, aunque de poca edad, no contentaban estas tramas; deseaba hallar ocasion para librarse de los que en su poder le tenian y irse para su hermana. Era por demás tratar desto, porque don Alvaro le tenia puestas guardas y tomados los pasos. Demás desto, por asegurarse mas y ganalle la voluntad con deleites fuera de tiempo, trató de casarle. Despachó embajadores para pedir por mujer del Rey á doña Malfada, hermana del rey de Portugal don Alonso. Concertóse el casamiento y trajeron la novia á Palencia, do se celebraron las bodas. Recibió desto mucha pesadumbre doña Berenguela por los daños que podian resultar á causa de la edad del Rey, que era muy poca. Escribió sobre el caso al papa Inocencio, avisóle del deudo que tenian entre sí los desposados. El Papa, informado de todo, por un breve suyo remitió el negocio á los obispos don Tello, de Palencia y don Mauricio, de Búrgos, para que examinesen lo que la Reina decia, y si se averiguase el impedimento, apartasen aquel casamiento, so graves penas y censuras si no obedeciesen á sus mandatos. Los obispos, luego que recibieron el breve, procedieron en el caso como les era mandado, y averiguado el parentesco que se alegaba, dieron sentencia de divorcio; con que la desposada, á lo que se cree, doncella y sin perjuicio de su virginidad, dió la vuelta á Portugal. Allí fundó el monasterio de Rucha, y en él pasó lo que le restó de la vida santa y religiosamente, aunque muy sentida no solo de aquella mengua, sino en especial contra don Alvaro, que no contento de haberle sido causa de aquel daño, trató de casarse con ella; que fuera un trueco muy desigual y de reina sujetarse á su mismo vasallo. Todo esto pasaba en Castilla el año que se contó de Cristo 1216, en que á 16 de julio falleció en Roma el papa Inocencio III, persona de aventajadas prendas y virtudes, y que pocos en el número de los pontífices se le igualaron, en particular fué muy elocuente y muy sabio en letras divinas y humanas. Sucedió en su lugar Honorio III, natural de Roma, en cuyo tiempo y pontificado falleció en aquella ciudad la reina de Aragon doña María, madre del rey don Jaime; sepultaron su cuerpo en el Vaticano, cerca del sepulcro de santa Petronilla. Allí reposaron sus huesos de los muchos trabajos que padeció por toda su vida, desterrada de su reino y de su patria, pobre y apartada de su marido. En su testamento dejó encomendado su hijo y el reino de Aragon al Pontífice, para que como padre universal los recibiese debajo de su proteccion y amparo. La edad del Rey tenia necesidad de semejante favor, y por estar los del reino divididos en parcialidades, de que se temian revueltas y guerras, era menester que la prudencia del Pontífice los enfrenase, lo que él hizo con todo cuidado por cuanto le duró la vida. En esta sazon don Ramon, conde de la Proenza, por cartas que sus vasallos le enviaban, se determinó de huirse secretamente de Monzon, do le tenian como preso en compañía del rey de Aragon, su primo. Embarcóse en una galera que en el puerto de Salu, cerca de Tarragona, le tenian aprestada. Con su llegada á su estado se apaciguaron graves diferencias que andaban entre los principales de aquella tierra, como los que estaban sin cabeza, y cada cual pretendia poner mano en el gobierno. Tomás, conde de Mauriena, cepa de los duques de Saboya, tenia una hija, por nombre

Beatriz, que casó con este don Ramon, conde de la Proenza. Deste matrimonio nacieron cuatro hijas, que casaron las tres con otros tantos reyes, y la cuarta con el Emperador; rara felicidad y notable. La huida de don Ramon fué ocasion de poner en libertad al rey de Aragon. Don Guillen Monredon, maestre del Temple, comenzó á recelarse por este ejemplo no le sacasen con semejante maña de su poder al Rey, que seria ganar otros las gracias de ponelle en libertad y quedar él cargado de habelle tenido tanto tiempo como preso. Con este cuidado y para dar corte en lo que se debia hacer, se comunicó con don Pedro de Azagra, señor de Albarracin, y con don Pedro Ahones, ambos personajes de mucho poder y nobleza. Acordaron de llamar á Monzon á don Aspargo, que de obispo de Pamplona lo era á la sazon de Tarragona, y á don Guillen, obispo de Tarazona. Juntos que fueron, de comun acuerdo se resolvieron de poner al Rey en libertad y entregalle el gobierno del reino, si bien no pasaba de nueve años. Tomaron este acuerdo por el mes de setiembre, y se juramentaron entre sí de llevar adelante esta resolucion. No hay cosa secreta en las casas reales, mayormente en tiempo que reinan pasiones y parcialidades. Don Sancho, tio del Rey, que tenia el gobierno del reino, sabido lo que pasaba, con intento de conservarse en el mando, llevaba muy mal aquel acuerdo. Desmandábase en palabras y fieros en tanto grado, que llegó á amenazar cubriria de grana el camino por do el Rey pasase, que era tanto como decir le regaria con sangre de los que le acompañasen. Su soberbia era tan grande, que nunca pensó se atrevieran á lo que hicieron, y todavía se fue con buen golpe de gente á Selga, que es un pueblo puesto en el mismo camino por do habian de pasar. El Rey, cuando esto supo, tuvo miedo, tanto, que sin embargo de su poca edad, se puso una cota de malla con intento de pelear, si fuese necesario. Valió que don Sancho, aunque tenia en las manos la victoria por ser muy pocos los que acompañaban al Rey, bien que de los mas ilustres y principales, no se determinó á acometellos; la causa no se sabe, parece que le cegó Dios para que no viese la caida que deste principio muy en breve le esperaba. El Rey, libre deste peligro, pasó á Huesca, de allí á Zaragoza. Allí y por todo el camino se hicieron grandes fiestas y alegrías y recibimientos por vello puesto en libertad, ca todos esperaban y tenian por cierto que para adelante el gobierno procederia mejor que hasta allí y los daños del reino se remediarian. Convenia dar asiento en negocios muy graves que tenian represados, sosegar las voluntades y parcialidades, alentar á los buenos y cortar los pasos á los no tales. Para todo tenian necesidad de recoger dineros, de que se padecia gran falta, á causa de los gastos que los años pasados se hicieran y de los bandos y pasiones que continuaban y todo lo tenian consumido. Los catalanes acudieron á esta necesidad con mucha voluntad; otorgaron que se cobrase el tributo que vulgarmente llaman bovático, por repartirse por las yuntas de bueyes y las demás cabezas de ganados. Este tributo se concede pocas veces y solo en tiempo de graves necesidades; y sin embargo de que le otorgaron al rey don Pedro los años pasados por tres veces, al presente se le concedieron al rey don Jaime, su hijo, que fué el año 1217. Fué esta concesion de grande momento; de que se recogió tanto dinero cuanto era menester para el sustento de la casa real y para apercebirse de gente que enfrenase las demasías de cualquiera que se desmandase.

CAPITULO VI.

De lo restante hasta la muerte del rey don Enrique de Castilla.

La division y enemiga entre don Alvaro de Lara y la reina doña Berenguela traia alborotado el reino, pequeños y grandes; unos acudian á una parte, otros á la contraria, de que resultaban muertes y robos y otros géneros de maldades. Sucedió un nuevo embuste de don Alvaro con que echó el sello á los demás desórdenes y trazas. Pasó el Rey al reino de Toledo, y entreteníase en Maqueda, villa poco distante de aquella ciudad. Doña Berenguela, su hermana, cuidadosa de su salud le despachó un hombre para que de secreto le visitase de su parte y le llevase nuevas de todo lo que pasaba. Tuvo don Alvaro desto aviso; prendió al hombre con achaque que traia cartas que él mismo contrahizo con el sello de la Reina, en que persuadia á los de palacio diesen yerbas al Rey, su señor. Para dar mayor color á esta invencion y para hacer sospechosa á la Reina y que el Rey se recatase de la que era su amparo, hizo dar garrote al mensajero, que sin culpa alguna estaba. Con este hecho tan atroz se enconaron mas las voluntades; los mismos vecinos de Maqueda, sabido el embuste, con mano armada pretendieron dar la muerte á hombre tan malo; y salieran con ello, si con tiempo no se retirara y en compañía del Rey se partiera camino de Huete. A aquella ciudad envió de nuevo la reina doña Berenguela, á instancia del mismo Rey, otro hombre, que se llamaba Rodrigo Gonzalez de Valverde, para comunicar con él la manera que tendria para retirarse donde la Reina estaba. A este tambien prendieron y enviaron á Alarcon para que allí le guardasen; no se atrevieron á darle la muerte por no indignar mas la gente. La tempestad empero que con estas nubes se armaba revolvió sobre los señores que seguian el partido de la Reina. Tuvo el Rey la Cuaresma en Valladolid; desde allí envió don Alvaro buen golpe de gente para cercar á Montalegre, en que se tenia don Suero Tellez Giron, caballero de muy antiguo y noble linaje, y bien apercebido de soldados para defender aquella plaza; demás que tenia dos hermanos, el uno don Fernando Ruiz, y el otro don Alonso Tellez, que le pudieran acudir, y no lo hicieron por respeto del Rey; antes don Suero, luego que en nombre del Rey le requirieron entregase aquella fuerza, lo hizo, si bien se pudiera entretener largamente. Mas los nobles antiguamente en España sobre todo se esmeraban en guardar á sus príncipes el respeto y la debida lealtad. Despues desto corrieron los campos comarcanos, y el Rey mismo con su gente se puso sobre Carrion. Desde á poco pasó sobre Villalva, dentro de la cual fuerza se hallaba Alonso de Meneses, no menos ilustre que los Girones, pero no tan comedido como ellos. La venida del Rey fué de sobresalto, y don Alonso á la sazon se hallaba fuera del pueblo; para entrar dentro le fué forzoso hacerse camino con la espada, en que estuvo á punto de perderse y quedó herido, y muertos muchos de sus criados y algunos caballos que le tomaron en la refriega. Sin embargo, defendió aquella plaza obstinadamente hasta tanto que el Rey,

perdida la esperanza de salir con la empresa, dió la vuelta para la ciudad de Palencia, en sazon que por otra parte se hacía la guerra contra don Rodrigo y don Alvaro de los Cameros, en cuyo poder estaba la ciudad de Calahorra. Acudió el Rey á esta empresa, con que fácilmente se apoderó de aquella ciudad por entrega que Garci Zapata le hizo del castillo, cuyo alcaide era, sea por acomodarse al tiempo, ó por juzgar le seria mal contado si hacia resistencia á su Rey, que se hallaba presente. Tomada aquella ciudad, marcharon contra don Lope de Haro, señor de Vizcaya. La tierra es áspera y la gente muy aficionada á sus señores, que fué causa que la guerra se alargase y el Rey diese la vuelta. Esto dió ánimo á don Lope para con la gente que tenia junta para su defensa hacer entrada por las tierras del Rey y correr los campos sin reparar hasta la villa de Miranda de Ebro. Salióle al encuentro don Gonzalo, hermano del gobernador don Alvaro. Asentaron sus reales los unos á la vista de los otros con intento de pelear. Excusóse la batalla por la diligencia de varones graves y religiosos que se pusieron de por medio y les persuadieron desistiesen de aquel intento, de que resultarian graves daños por cualquiera de las partes que quedase la victoria. Con esto don Gonzalo se partió para do el Rey estaba, y don Lope se fué á Otella para verse con la reina doña Berenguela y asistilla, ca se temia no la cercasen dentro de aquel castillo, y aun refieren que el Rey con su gente, mas por engaño de don Alvaro que por su voluntad, lo intentó; sin hacer empero efecto dió la vuelta á Palencia. Añaden que se trató de casar de nuevo el Rey con doña Sancha, hija del rey don Alonso de Leon y de su primera mujer, y que estuvieron muy adelante los conciertos con tal que la Infanta heredase el reino de su padre, sin embargo que tenia en doña Berenguela á su hijo don Fernando; la verdad ¿quién la podrá averiguar? Que la historia deste tiempo no menos revueltas y perplejidades tiene que las mismas cosas del reino. Concuerdan en que como el Rey estuviese aposentado en las casas del Obispo y jugase con otros sus iguales en el patio, fué muerto por un caso repentino y desgracia extraordinaria; una teja que cayó le descalabró la cabeza, de que desde á once dias murió, mártes á 6 de junio, año de 1217. Gran burla de las cosas del mundo, grande la miseria; pues muere un rey jóven en la flor de su edad en la entrada del reino, que apenas habia probado qué cosa es vivir y reinar. Hay fama, aunque sin autores bastantes, que un mancebo del linaje de los Mendozas tiró una piedra desde una torre que estaba cerca, y con ella quebró la teja que cayó sobre la cabeza del Rey y le mató. El cuerpo el tiempo adelante enterraron junto á la sepultura de su hermano don Fernando en las Huelgas de Búrgos, en que cada año el dia de su muerte le hacen aniversario en aquel mismo tiempo. Vivió menos de catorce años; dellos reinó los dos y mas nueve meses. Este mismo año en Portugal se ganó de los moros un pueblo principal, que se llama Alcázar de Sal, y antiguamente se llamó Salacia, y era colonia de romanos. El autor y movedor principal desta empresa fué Mateo, obispo de Lisboa. El juntó para ello mucha gente de Portugal y persuadió á los caballeros templarios que ayudasen; y lo que mas hizo al caso, una armada de mas de cien velas, en que gran número de ingleses, flamencos y franceses, tomada la señal de la cruz por lo que se trató en el Concilio lateranense, pretendian, rodeado el mar Océano y Mediterráneo, pasar á las partes de levante y á la Suria en defensa de la Tierra-Santa, y para dar calor á aquella guerra sagrada, aportó á Lisboa y echó anclas en aquel puerto. Estos, á persuasion de aquel Prelado, se juntaron con los demás para combatir aquel pueblo. Acudió á la defensa y á dar socorro á los cercados gran morisma de Sevilla, Córdoba y otras partes. Vinieron á batalla, en que murieron mas de sesenta mil moros; gran matanza. Dióse la batalla á los 25 de setiembre, y á los 18 de octubre se ganó la plaza.

CAPITULO VII.

Cómo alzaron por rey de Castilla á don Fernando, llamado el Santo.

El rey don Enrique tenia dos hermanas mayores que él; doña Blanca y doña Berenguela. Doña Blanca casó con Luis, hijo mayor de Filipe Augusto, rey de Francia. Doña Berenguela á su marido don Alonso, rey de Leon, durante el matrimonio le parió cuatro hijos, que fueron don Fernando, don Alonso, doña Constanza y doña Berenguela. Doña Blanca se aventajaba en la edad, ca era mayor que su hermana, y parecia justo sucediese en el reino de su hermano difunto, si el derecho de reinar se gobernara por las leyes y por los libros de juristas, y no mas aína por la voluntad del pueblo, por las fuerzas, diligencia y felicidad de los pretensores, como sucedió en este caso. Juntáronse muchos donde la Reina estaba con toda brevedad para consultar este punto. Salió por resolucion de comun acuerdo, sin hacer mencion de doña Blanca, que el reino y la corona se diesen á su hermana doña Berenguela. Aborrecian, como es ordinario, el gobierno de extranjeros, y recelábanse que si Castilla se juntaba con Francia, podrian dello resultar alteraciones y daños. Antes que esta resolucion se tomase, la reina doña Berenguela, para evitar inconvenientes, despachó á don Lope de Haro y á Gonzalo Ruiz Giron para que alcanzasen del rey de Leon le enviase á su hijo don Fernando, para que la asistiese contra las fuerzas y embustes de don Alvaro Nuñez de Lara, el gobernador, que á la sazon la tenia cercada dentro de Otella, como queda dicho. Desistió por entonces de pretender contra los de Lara, porque alzaron el cerco; al presente, sabida la desgracia del Rey, su hermano, volvió á su primera demanda. Era menester usar de presteza antes que la muerte del Rey llegase á noticia del rey de Leon, del cual se recelaban no intentase de apoderarse del reino de Castilla como dote de su mujer, si bien el matrimonio estaba apartado. El recelo, por lo que se vió adelante, no era sin propósito. Los embajadores se dieron tal priesa y usaron de tal diligencia, que antes que el rey de Leon supiese nada de lo que pasaba, alcanzaron dél lo que pretendian. Fué cosa fácil encubrir la muerte del Rey, por causa que el conde don Alvaro ponia en esto gran cuidado; el cual, aunque de repente se vió apeado del gran poder que tenia, no se olvidó de sus mañas, antes llevó el cuerpo del difunto á Tariego. Dende echaba fama que vivia, y despachaba en su nombre muchos recados y negocios, dando diversas causas por qué no salia en público ni comunicaba con nadie. Bien via él que semejante invencion no podia ir á la larga; mas procu-

raba en este medio pertrecharse y asegurarse lo mas que podia. Llegó pues el infante don Fernando á Otella, donde estaba su madre, bien ignorante de lo que pasaba y ella pretendia; que fué renuncialle luego, como lo hizo, el reino y la corona. La ceremonía que se acostumbra á hacer cuando alzan á alguno por rey se hizo en la ciudad de Najara debajo de un gran olmo; tal era la llaneza de aquellos tiempos. Alzaron los estandartes por el nuevo Rey y hiciéronse las demás solemnidades. De Najara volvieron á Palencia con intento de visitar el reino. Recibiéronlos los ciudadanos con muestra de mucha voluntad y alegría á persuasion de su obispo don Tello, que con su autoridad y diligencia los allanó y quitó todas las dificultades. Pasaron adelante, llegaron á la villa de Dueñas, que les cerró las puertas; pero como quier que el pueblo no es grande ni muy fuerte, fácilmente le entraron por fuerza. Allí comenzaron algunos de los grandes y ricos hombres á mover tratos de paz con los de la casa de Lara y los demás de su valía. El conde don Alvaro de buena gana daba oidos á los que desto trataban. Todavía como el que estaba acostumbrado á mandar pretendia llevallo adelante, y para esto queria le encargasen la tutela del nuevo Rey; gran soberbia y temeridad. Tenia don Fernando á la sazon diez y ocho años, si bien otros dicen que no eran mas de diez y seis; edad no muy fuera de propósito para encargarse del gobierno. Las cosas amenazaban rompimiento y guerra. Los reyes pasaron á Valladolid, pueblo grande y abundante en Castilla. Juntáronse en aquella villa Cortes generales del reino, en que por voto de todos los que en ellas se hallaron se decretó que la reina doña Berenguela era la legítima heredera de los reinos de su hermano, segun que por dos veces lo tenian determinado en vida del Rey, su padre. Así lo refiere el arzobispo don Rodrigo; añade luego que era la mayor de sus hermanas, que lo tengo por mas verisímil, si bien algunos otros autores son de otro parecer. Lo cierto es que la Reina, por el deseo que siempre tuvo de su quietud, tornó segunda vez con la aprobacion de las Cortes á renunciar el reino á su hijo; y en esta conformidad le alzaron de nuevo por rey en una plaza grande que está en el arrabal de aquella villa. Desde allí con gran acompañamiento le llevaron á la iglesia mayor para que él jurase los privilegios del reino y los demás le hiciesen sus homenajes acostumbrados en semejantes solemnidades. Por otra parte, el rey de Leon, su padre, luego que supo lo que pasaba y cómo la Reina le engañó, se dolia grandemente de verse burlado. No le pareció que podria por bien alcanzar lo que deseaba, que era entregarse del nuevo reino de Castilla; acordó acudir á la fuerza, envió delante á su hermano don Sancho para que rompiese por las fronteras, y él mismo con otro grueso ejército entró por tierra de Campos haciendo todo el mal y daño que pudo. La Reina, aquejada del temor que le causaba aquella nueva tempestad, envió dos obispos, Mauricio, de Búrgos, y Domingo, de Avila, para que con su prudencia y buenas razones amansasen al Rey y le persuadiesen alzase mano de aquella su pretension tan fuera de camino y de sazon. Esta diligencia no fué de provecho alguno, antes el pecho del Rey se encendió en mayor saña, mayormente que el conde don Alvaro y sus parciales le daban grandes esperanzas que saldria con su intento; y á la verdad, la guerra para ellos era de provecho, y la paz les acarreara mal y daño. Despedidos los obispos, prosiguió el Rey con su gente en las talas que hacia, en las presas y quemas muy grandes. Intentó apoderarse de Búrgos, ciudad real y cabeza de Castilla; mas don Lope de Haro y otros caballeros le salieron al encuentro y le forzaron á dar la vuelta mas de priesa que viniera. Las ciudades de Segovia y Avila, que por estar prevenidas del conde don Alvaro no vinieron en la eleccion del nuevo Rey, al presente, mudado parecer, enviaron embajadores á la Reina para desculparse de lo pasado y para adelante ofrecerse á su servicio, que cumplieron muy enteramente, y nadie les hizo ventaja en obedecer al nuevo Rey y en hacer resistencia á los alborotados. Por otra parte, el conde don Alvaro, visto lo poco que le prestaban sus mañas, vino en que el cuerpo difunto del rey don Enrique, que todavía le tenia en Tariego sin dalle sepultura, le llevasen á enterrar. Acudieron á esto dos obispos, el de Búrgos y el de Palencia, que acompañaron el cuerpo hasta la ciudad de Palencia. La reina doña Berenguela que los esperaba, desde allí junto con los obispos acompañó el cuerpo y le hizo enterrar en las Huelgas de Búrgos, como arriba se tocó. No acudió el rey don Fernando por tener cercado á Muñon, pueblo fuerte y que no queria obedecer; pero en fin le ganó por fuerza y prendió dentro dél los soldados que tenia de guarnicion, en sazon que la Reina, su madre, concluidas las honras y enterramiento, dió la vuelta para verse con su hijo. De allí fueron á Búrgos para asistir en las Cortes que tenian aplazadas para aquella ciudad. Tras esto se apoderaron de las villas de Lerma y de Lara, y se las quitaron á don Alvaro. Vueltos á Búrgos, hicieron su entrada con representacion de majestad á manera de triunfo. Pasaron á la Rioja, do sujetaron á Villorado, Najara y á Navarrete; todo se le allanaba al nuevo Rey, porque demás que tenia de su parte la justicia, y por el mismo caso el favor del cielo, con su noble condicion y con la apostura de su cuerpo granjeaba las voluntades y todo el mundo se le aficionaba. Solos los señores de Lara y sus aliados no acababan de sosegar, ni los daños y males rendian sus corazones obstinados, en que pasaron tan adelante, que con golpe de gente que juntaron de todas partes, se pusieron en un lugar llamado Herreruela, puesto en el mismo camino por do el Rey habia de pasar á Palencia. La mayor parte de los soldados alojaban dentro del pueblo, don Alvaro en un cortijo allí cerca acompañado de poca gente. Este descuido ó sea menosprecio de sus contrarios fué causa de su perdicion, porque avisados los del Rey, dieron sobre él de repente, y aunque pretendió defenderse, y apeado del caballo, y aun despues caido en tierra, se cubria con el escudo de los golpes que sobre él cargaban, al fin le rindieron y quedó preso; con que se pudiera poner fin á los males y revueltas del reino si no se aseguraran demasiadamente. Fué así, que don Alvaro, como se vió preso, rindió al Rey luego todos los pueblos y castillos que de la corona le quedaban en su poder; estos fueron Alarcon, Amaya, Tariego, Villafranca, Villorado, Najara, Pancorvo. Esto hecho, no solo le dieron libertad, sino que el Rey le recibió en su gracia y amistad. La misma facilidad usó con don Fernando, hermano de don Alvaro, que tenia en su poder á Castrojeriz y Orejon; y como no los quisiese rendir,

confiado en los muchos soldados y provision que dentro dellos tenia, por excusar la guerra finalmente se concertaron que los dichos pueblos quedasen en su poder, pero que los tuviese en nombre y como teniente del Rey, y para esto hiciese los homenajes acostumbrados. La revuelta de los tiempos forzaba á venir en semejantes conciertos, puesto que parecia menoscabo de la majestad real, y no faltaba quien murmurase de tanta facilidad. A la verdad, la paz no fué duradera, ni los que estaban acostumbrados á gobernar y mandar se podian contentar de vida particular y retirada, antes en breve se declararon en deservicio del Rey, y con gente que juntaron, corrieron la tierra de Campos haciendo todo el mal y daño que podian. Armóse el Rey contra ellos y apretóles de manera, que fueron forzados á desembarazar la tierra. Recogiéronse á lo del rey de Leon, que se mostraba sentido por el reino y corona que no le daban, á él debida segun su parecer; y se aprestaba para de nuevo con mayor fuerza que antes hacer guerra en las tierras de Castilla, á que le incitaban con mayor calor los de la casa de Lara luego que se retiraron á su reino. Algunos caballeros de Castilla quisieron ganar por la mano, y con golpe de gente se metieron por las tierras del reino de Leon. No eran tan fuertes que pudiesen contrastar á las fuerzas de los contrarios, ni su entrada fué muy considerada. Sobrevino el rey de Leon de rebato, dió sobre ellos y cercólos en un pueblo en que se hicieron fuertes, llamado Castellon, puesto entre Medina del Campo y Salamanca. Acudieron gentes de ambas partes, unos á socorrer los cercados, otros para apretallos. Tratóse de medios de paz, y finalmente se asentaron treguas entre los dos reyes padre y hijo. Hallábase presente el conde don Alvar Nuñez de Lara, á la sazon enfermo de una dolencia que se le agravó mucho con la pena que tomó por ver los reyes concertados; que á los revoltosos la paz y el sosiego suele ser odioso y contrario á sus intentos. Hízose llevar en hombros á la ciudad de Toro, con el camino se le agravó mas la enfermedad, de suerte que en breve pasó desta vida; cuya muerte fué muy saludable para todo el reino, así bien que su vida fué inquieta y perjudicial. Al tiempo de la muerte tomó el hábito de la caballería de Santiago; que así se acostumbraba en aquel tiempo para con aquella ceremonia y las indulgencias concedidas á los que tomaban la cruz aplacar á Dios en aquel tranco y alcanzar perdon de sus pecados. El cuerpo enterraron en Uclés, convento el mas principal de aquella órden. Su hermano don Fernando, que de su voluntad se habia desterrado en Africa, con licencia de Miramamolin hacia su residencia en Elbora, poblacion de cristianos, cerca de la ciudad de Marruecos. Allí enfermó de una dolencia mortal, y á ejemplo de su hermano, poco antes de espirar, se hizo vestir el hábito de San Juan. Su mujer doña Mayor y sus hijos don Fernando y don Alvaro procuraron que su cuerpo se trajese á Castilla, y le hicieron enterrar en la Puente de Fitero, convento y casa de aquella órden, en tierra de Palencia. Comenzó con esto á mostrarse una nueva luz en Castilla, muertos los que la alborotaban, y una grande esperanza que las treguas puestas con Leon se trocarian en una paz perpetua, como todos lo deseaban. En particular pretendian volver las fuerzas contra los moros; concedió el Papa sus indulgencias para los que armados de la señal de la cruz se hallasen en aquella guerra. Juntóse gran gentío, mas por deseo de robar que por alcanzar perdon de sus pecados. Dieron sobre Extremadura, talaron los campos, quemaron los pueblos, hicieron presas de hombres y de ganados, finalmente, se pusieron sobre la villa de Cáceres con intento de forzalla ó rendilla. Engañóles su esperanza á causa de las muchas aguas que sobrevinieron y el tiempo contrario que les forzó, sin pasar adelante, dar la vuelta para sus casas al fin del año, que se contaba de nuestra salvacion de 1218.

CAPITULO VIII.

En España se fundaron monasterios de diversas religiones.

En este estado se hallaban las cosas de España, los reinos comarcanos eso mismo tenian guerras civiles. De las guerras siempre suelen venir otros males y pérdidas grandes, muchos vicios y maldades. La licencia y costumbre de pecar casi habia apagado la luz de la razon; los vicios eran tenidos por virtudes, y las virtudes por vicios: gravísimo mal y daño. En tantas tinieblas y tan espesas de ignorancia despertó Dios hombres, como siempre ha hecho, señalados en santidad y admirables, los cuales no dejaban de encaminar los hombres á la vida eterna y mostralles el sendero que Cristo enseñó y abrió, que habian cegado en gran parte los vicios. Allegáronse á estos santos varones otros muchos que, con deseo de imitar su virtud, renunciaban las cosas del mundo; conque por este tiempo muchas familias y congregaciones santas se levantaron. Entre todos tuvo muy principal lugar el padre santo Domingo. Nació en tierra de Osma en un lugar llamado Caleruela, entre Osma y Aranda. Siendo mozo, fué canónigo reglar de San Agustin. Llegado á mayor edad, trabajó mucho en desarraigar la herejía de los albigenses en Francia, como de suso se dijo. Ocupado en esto, como viese cuán pocos predicadores se hallaban de la palabra de Dios, que con buen celo y ejemplo de vida y buena doctrina enseñasen á los hombres engañados la verdad y santidad, pensó y trazó en su pensamiento y comunicó con otros un modo de vida, cuyos seguidores se ocupasen en predicar el santo Evangelio por todo el mundo. Ofreció este modo de vivir y regla al papa Honorio, y su Santidad la aprobó el año primero de su pontificado. De allí á dos años se vino á España y publicó la bula que traia de su aprobacion á los reyes y príncipes; con cuya licencia y beneplácito fundó algunos monasterios en ciudades principales. El primero fué en Segovia, otro en Madrid, el tercero en Zaragoza. Hecho esto en España, y vuelto á Italia, finó en Boloña, ciudad de la Lombardía; ilustre varon en virtud y santidad de vida, fundador de su órden muy principal, de donde como de un alcázar de sabiduría han salido y salen muchos varones admirables en toda virtud y letras. El mismo año que santo Domingo vino á España se ordenó otra religion en Barcelona, llamada de nuestra Señora de la Merced. La ocasion fué que muchos cristianos por mar y por tierra venian en poder de infieles hechos esclavos, y para librarse de la mala vida que les daban sus amos renegaban y se apartaban de Jesucristo y de su fe, con grande afrenta de la religion cristiana. Para procurar el remedio y rescate destos cautivos se ordenó esta re-



ligion, cuyos frailes con limosnas allegadas de todas partes rescatasen los cautivos antes que apostatasen de la fe. Don Jaime, rey de Aragon, fué el primer inventor desta órden y manera de vivir por voto, como algunos escriben, que hizo á nuestra Señora de instituir esta órden cuando estuvo en Monzon encerrado á modo de cautivo y probó en sí cuánto mal es carecer de libertad. El primero despues del Rey que se ofreció á ser guia de los que le quisieron imitar fué un Pedro Nolasco, francés de nacion. Este hizo muy buenas reglas y constituciones para que los religiosos se gobernasen por ellas. Tienen por insignia sobre el hábito blanco y capilla las armas del rey de Aragon con una cruz encima en campo colorado. El mismo Nolasco, de mano de san Raimundo de Peñafuerte, que fué despues general de la órden de Santo Domingo, tomó con mucha solemnidad el hábito en la iglesia de Santa Cruz, en presencia del Rey y de muchos caballeros del reino. Siguióse tras estos dos san Francisco, ciudadano de Asis en la Umbría ó condado de Espoleto, parte de Italia; varon de singular inocencia, virtud y santidad. Aprobó su instituto y modo de vivir el papa Honorio. El mismo, despues de aprobado su instituto y regla, vino á España, donde llegó hasta Portugal y Compostella. En poco tiempo se fundaron en estos reinos muchos monasterios de su órden, como en Barcelona, Zaragoza y otras ciudades y villas de España. Movian estos religiosos á devocion y al menosprecio del mundo con la aspereza de su vida y con el vestido pobre y humilde de que usaban. En Portugal se juntó con san Francisco san Antonio de Padua, excelente predicador adelante y muy santo. Para tomar el hábito de los menores dejó el de los canónigos reglares de San Agustin, cuyo instituto abrazara desde niño, y entró en aquel órden en la ciudad de Lisboa, de donde era natural, en el convento de San Vicente, que es de canónigos reglares. Allí pasó algunos años; despues en el convento de la misma órden de Santa Cruz de Coimbra, en que vivia cuando se pasó á la religion de San Francisco. Junto con la mudanza de vida trocó el nombre de Fernando, que recibió en el bautismo, en el de Antonio, del apellido y nombre del monasterio en que tomó aquel nuevo hábito. Muchas ciudades de Italia, por sus predicaciones santas y fervorosas, se reformaron; gran número de gente por su medio dejaron la mala vida y se trocaron en nuevos hombres. Finalmente, despues que padeció muchos trabajos por Dios, falleció en Padua lleno de virtudes y de milagros. Su santo cuerpo es allí acatado en propria iglesia, que por mucha devocion del pueblo fundaron en su nombre; que tal honra se debe á la virtud y al autor y fuente de toda santidad, Dios, que es el que hace los santos. A san Francisco y á santo Domingo, algunos años despues de su muerte, canonizó el papa Gregorio IX, y puso sus nombres en el número de los santos. En Castilla, á instancia del arzobispo don Rodrigo, prelado ferviente y enemigo de estar ocioso, se hizo nueva jornada contra los moros. Juntáronse con la divisa de la cruz docientos mil hombres, los mas número, con los cuales se hizo la guerra por el mes de agosto del año 1219, en la Mancha y en tierra de Murcia. Ganáronse algunos pueblos de poca cuenta. Pusieron sitio sobre Requena; mas no la pudieron forzar ni rendir, como quiera que hicieron todo el esfuerzo posible. El cerco se puso á 29 de octubre, y se alzó á los 11 de noviembre. Finalmente, el suceso desta empresa no fué como se esperaba y conforme al grande aparato que se hizo; solamente se ganaron muchos despojos de moros, con que los soldados dieron vuelta á sus casas.

CAPITULO IX.

Cómo se casaron los dos reyes don Fernando de Castilla y don Jaime de Aragon.

Por el mismo tiempo trataba el rey de Aragon don Jaime de quitar el gobierno á don Sancho, su tio, y porque se emendaba y prometia proceder de otra manera le tornó á recebir en su gracia y perdonalle. Esto era el año de 1219, cuando en España se padeció una muy grande hambre y mortandad. El Rey, aunque niño, que apenas tenia once años, comenzaba á dar claras muestras de valor y ensayarse en los ejercicios de las armas y de la guerra. Sucedió que don Rodrigo de Lizana, hombre poderoso, tenia diferencias con un deudo suyo, que se llamaba don Lope Albero, y de grandes amigos que eran, habia resultado entre ellos grande enemistad. Esperó buena ocasion, y á tiempo que el contrario estaba descuidado, le prendió y llevó al castillo de Lizana. Avisóle el Rey no pasase adelante en aquella via de fuerza y que se contentase con el mal hecho á su contrario. No quiso apaciguarse ni obedecer á este mandato. Como el Rey era de poca edad no le estimaban, antes cada cual con tanto se queria salir cuanto era su poder y fuerzas. Desdeñóse por esta causa; tomó las armas con deseo de defender al preso y ponelle en libertad y para conservar por el mismo camino su autoridad y hacerse respetar. Juntó en Huesca buen número de gente, y con ella se encaminó la vuelta de Albero, pueblo de que se habia apoderado el Rodrigo Lizana, y dentro de dos dias hizo que los de dentro se le rindiesen. Revolvió sobre el castillo de Lizana, patrimonio de aquel caballero alzado; y porque los soldados y moradores no querian hacer virtud, dió órden que de Huesca le trajesen una máquina ó trabuco, en aquel tiempo muy famoso por tirar entre dia y noche mil y quinientas piedras, con que aportilló los muros y hacia grande estrago en los soldados que los defendian; llamaban esta máquina fundíbulo. Rindiéronse los cercados, y Lope Albero fué restituido en su libertad; su contrario, perdido el castillo, por entender que en ninguna parte de Aragon estaria seguro, se fué á guarecer á Albarracin, por tener con don Pedro Fernandez de Azagra, señor de aquella ciudad, amistad de años atrás. Desde allí, segun la costumbre de aquellos tiempos, renunció por escrito la naturaleza de Aragon y la obediencia que debia al Rey como su vasallo; con que comenzó á hacer cabalgadas en las tierras comarcanas de aquel reino. No quiso disimular el Rey estas insolencias, antes animado con el buen principio que tuvo en esta guerra, revolvió sobre Albarracin, ciudad puesta en aquella parte por do antiguamente partian mojones los contestanos y los celtíberos, de poca vecindad, pero por su sitio muy fuerte, que está por todas partes cercada de peñas y riscos muy altos, y al derredor casi por todas partes la rodea el rio Turia, que vulgarmente se llama Guadalaviar. Púsose el Rey sobre ella, levantó sus má-

finalmente, dejó una hija, por nombre doña Leonor, que casó con el rey de Dacia, segun que lo refieren las historias de Portugal, si con verdad ó de otra manera, aquí no lo averiguamos.

CAPITULO XI.

De la guerra que se hizo á los moros.

Reprimidas las parcialidades de Castilla y las alteraciones, el rey don Fernando para que la paz fuese durable dió perdon general á los que le habian deservido; y mandó que los demás hiciesen lo mismo y pusiesen en olvido los desabrimientos que entre sí tenian y los agravios. Para el gobierno de las ciudades nombraba á los que en virtud y prudencia se adelantaban á los demás y los que entendia serian mas agradables á los vasallos. De los herejes era tan enemigo, que no contento con hacellos castigar á sus ministros, él mismo con su propia mano les arrimaba la leña y les pegaba fuego. Ya se dijo que por estos tiempos la secta de los albigenses andaba valida y que vinieron y entraron en España. Con estas virtudes tenia tan ganados á los naturales cuanto ningun otro príncipe. Mas por aprovecharse desta buena voluntad y porque no se estragasen los soldados con la ociosidad y con los vicios que della resultan, acordó renovar la guerra contra moros. Mandó arbolar banderas y tocar atambores por todas partes para juntar un grueso campo. Los de Cuenca, Huete, Moya y Alarcon con los demás de aquella comarca, entendida la voluntad del Rey, se apellidaron unos á otros; y junto buen golpe de gente, rompieron por el reino de Valencia, talaron los campos, quemaron y saquearon los pueblos, y con una grande cabalgada, volvieron ricos y contentos á sus casas. Por otra parte, el Rey, alegre con tan buen principio, que era como pronóstico de lo restante de aquella guerra, con un grueso ejército que juntó se enderezó contra los moros de Andalucía. Haciánle compañía entre los mas principales el arzobispo don Rodrigo, persona de gran valor y brio y que no podia estar ocioso, los maestres de las órdenes, don Lope de Haro, don Rodrigo Giron, don Alonso de Meneses, sin otros ricos hombres y caballeros de menor cuenta. Luego que pasaron la Sierramorena, vinieron embajadores de parte de Mahomad, rey de Baeza, para ofrecer la obediencia, que estaba presto de rendir la ciudad y ayudar con dineros y vituallas. El miedo hacia cobardes á los moros, los deleites los tenian estragados, y por las discordias que entre sí tenian á punto de perderse. Hiciéronse los asientos y capitulaciones en Guadalimar; desde allí pasaron nuestras gentes sobre Quesada, villa principal en lo que hoy es adelantamiento de Cazorla. Los moradores, fiados en la fortaleza de sus murallas y en que eran muchos, al principio se pusieron en defensa; pero al fin el lugar se entró por fuerza. Pasaron á cuchillo todos los que podian tomar armas, los demás tomaron por esclavos en número de siete mil. Con el castigo y destrozo deste pueblo se dió aviso á los demás para que no se atreviesen á hacer resistencia. Seria largo cuento relatar por menudo todo lo que sucedió en esta jornada. La suma de todo es que muchos pueblos por aquella comarca quedaron yermos de gente, huidos los moradores, otros se rindieron por no desamparar sus casas; algunos quedaron destruidos del todo, y en otros pusieron guarniciones de soldados con intento de conservallos. Don Lope de Haro y los maestres de las órdenes militares con parte de la gente acometieron un pueblo llamado Víboras, de que se apoderaron sin embargo que tenian dentro mil y quinientos árabes, de los cuales unos mataron y otros se huyeron. En estas empresas pasaron los meses del estío y parte del otoño; y porque cargaba el tiempo, por el mes de noviembre del año 1224 dieron la vuelta á Toledo, donde las reinas, madre y nuera, esperaban la venida del Rey. Gastáronse algunos dias en fiestas y regocijos que se hicieron en aquella ciudad para alegrar la gente, procesiones y rogativas para dar gracias á Dios por mercedes tan grandes. Hecho esto, luego que el tiempo dió lugar y las fiestas, mandó el Rey á la gente se enderezase la vuelta de Cuenca con intento de acometer por aquella parte á los moros del reino de Valencia; mas aquel rey, por nombre Zeit, acordó ganar por la mano. Los daños que le hicieron la vez pasada y el miedo de mayores males le aquejaban de suerte, que vino á la ciudad de Cuenca á ponerse en las manos del rey don Fernando y concertarse con él como fuese su voluntad y merced. Los aragoneses se quejaron de aquellos tratos, por pretender que el reino de Valencia era de su conquista, y que los castellanos no tenian en él parte ni derecho alguno. Despacharon embajadores para querellarse de aquel agravio, y juntamente para mostrar sus fuerzas y valor hicieron entrada en las tierras de Castilla por la parte de Soria. No pudieron llevar adelante esta demanda por entonces, á causa de nuevas alteraciones que en Aragon resultaron. Fué así, que don Guillen de Moncada y don Pedro Ahones se juntaron con el infante don Fernando, tio del Rey. La junta fué en Tahuste, cuya tenencia estaba á cargo del dicho don Pedro. Tomaron su acuerdo, y quedó resuelto que se apoderasen de la persona del Rey. La voz era ser así necesario y cumplidero para el bien del reino, que decian se estragaba á causa de los malos consejeros que tenia al lado y á las orejas el Rey; mas á la verdad cada cual de los tres tenia sus pretensiones particulares. El Moncada estaba sentido del estado que le quitaron, don Fernando, aunque monje y abad del monasterio de Montaragon, no tenia perdida la esperanza ni el deseo de la corona; que la dolencia de ambicion es mala de sanar. A don Pedro Ahones daba pesadumbre verse descaido de la privanza que solia tener, con que todo lo gobernaba á su voluntad, y pretendia convertir la gracia en fuerza y por aquel camino conservarse. Para mas fortificar su partido acordaron por medio de Lope Jimenez de Luesia ganar á don Nuño, hijo del infante don Sancho, conde de Ruisellon, para que, olvidadas las enemistades que ya tocamos, les asistiese en aquella demanda. Tomado este acuerdo, se enderezaron la vuelta de Alagon, en que á la sazon se hallaba el Rey descuidado de aquellos tratos. Entraron de tropel, y con buenas palabras le persuadieron se fuese á Zaragoza para tomar en aquella ciudad acuerdo sobre algunos puntos de importancia que pertenecian á su servicio y al bien del reino. El Rey, si bien los semblantes eran buenos, como quier que la mentira sea mas artificiosa que la verdad, todavía echó de ver que procedian con engaño y que su pretension era mala.

á su cargo. Sosegada esta alteracion, resultó otra nueva. Don Gonzalo Nuñez de Lara, que era el que solo quedaba de los tres hermanos, conforme á la costumbre que tenia este linaje de gustar de alborotos, persuadió á don Gonzalo Perez, señor de Molina, que hiciese mal y daño á las tierras comarcanas. Nunca á semejantes personajes faltan quejas y causas para tomar las armas. En particular don Gonzalo de Lara por medio destas revueltas pretendia y esperaba restituirse en su patria, ca despues de la muerte de su hermano don Fernando se quedó en Berbería, donde era ido juntamente con él. Vinieron á las manos y á rompimiento, la guerra no fué de mucha consideracion á causa que el señor de Molina, conocido el engaño y el riesgo que sus cosas corrian, pidió perdon y le alcanzó por medio de la reina doña Berenguela. Con esto, don Gonzalo de Lara, desconfiado de poder salir con sus intentos, se pasó á los moros del Andalucía, y en Baeza dió fin á lo restante de su vida, ni muy santa ni muy honradamente. Tal fin tuvieron estos tres hermanos bien conforme á sus obras, de quien desciende el linaje de los Manriques, bien conocido en España. Corria en esta sazon el año de Cristo de 1222, en que el rey de Leon juntó un grueso ejército, parte de los que levantó á su sueldo, y en especial de los que, tomada la señal de la cruz, á su costa se querian hallar en aquella empresa. Con estas gentes corrió las tierras de Extremadura y se puso sobre la villa de Cáceres. Los moros por librarse del cerco concertaron de dar cierta cantidad de dineros que esperaban de Africa. Alzado el cerco, no cumplieron lo asentado, ni los nuestros pudieron por entonces revolver sobre ellos. Por este mismo tiempo Mauricio, obispo de Búrgos, inglés que era de nacion, abrió los cimientos de la iglesia mayor que hoy se ve en aquella ciudad, y no solo la comenzó á edificar, sino la acabó; antes deste tiempo la iglesia de San Lorenzo era la catedral, y juntó á ella las casas del obispo y su habitacion. No solo en Búrgos, sino en otras muchas partes del reino se levantaban fábricas suntuosas y templos; que parece los prelados á porfía pretendian señalarse en aumentar el culto divino. En particular once años antes deste en que vamos se dió principio á la iglesia mayor de Talavera, villa bien conocida en el reino de Toledo. Su fundador, don Rodrigo Jiménez, arzobispo de Toledo, puso en ella doce canónigos y cuatro dignidades, que mandó fuesen sujetos á los de Toledo, y en señal deste reconocimiento cada un año, el dia de la Asumpcion de Nuestra Señora, les acudiesen con cinco maravedís de tributo. Don Juan, chanciller del Rey, edificó á su costa dos iglesias, primero la mayor de Valladolid, y despues, siendo obispo de Osma, levantó la que hoy se ve en aquella ciudad. Don Nuño, obispo de Astorga, sus casas obispales y el claustro de aquella su iglesia. Don Lorenzo, jurista que fué muy nombrado, en Orense, donde era obispo, edificó la puente sobre el rio Miño, que por allí pasa, la iglesia mayor y las casas obispales. Finalmente, don Estéban, obispo de Tuy, y don Martin, obispo de Zamora, se esmeraban y gastaban sus rentas en semejantes edificios. La piedad del Rey y de su madre, y la liberalidad grande con que acudian á estas obras y á proveer de ornamentos y todo lo necesario por cuanto la estrechura de los tiempos daba lugar, despertaba á todos los prelados para que los imitasen en gastar bien sus haciendas. Volvamos al órden de la historia. Por el mes de julio falleció Rogerio, conde de Foz; el que le sucedió en el estado fué su hijo Rogerio Bernardo, y luego por el mes de agosto falleció Ramon, conde de Tolosa; el uno y el otro por el favor que dieron á los albigenses incurrieron en mal caso y en las censuras que el Papa fulminó contra ellos; por esto el hijo y sucesor del conde de Tolosa, que se llamó tambien Ramon, nunca pudo alcanzar licencia para enterrar en sagrado el cuerpo de su padre; tal era la fuerza de los eclesiásticos en aquellos tiempos y la constancia y severidad de que usaban contra los malos. En Aragon el Rey, á 21 de diciembre, otorgó perdon y recibió en su gracia á Gerardo, vizconde de Cabrera, hombre poderoso en rentas y vasallos; teníale ofendido por causa que en tiempo de la vacante del reino con mano armada se apoderó del condado de Urgel y despojó á Aurembiase del estado que su padre, el conde Armengol, le dejara. Púsole por condicion estuviese á juicio con aquella señora y pasase por lo que los jueces determinasen. En esta sazon vivia todavía don Sancho, conde de Ruisellon y tio del Rey. Gobernaba aquel estado don Nuño, su hijo, contra el cual don Guillen de Moncada, señor de Bearne, como quier que antes fuesen muy amigos, por ligera ocasion se indignó en tanto grado, que con su gente entró por las tierras de Ruisellon haciendo todo mal y daño. Don Nuño se hallaba con pocas fuerzas para resistir á las de su contrario, que demás de lo de Bearne tenia en Cataluña un grande estado. Acordó valerse de las fuerzas del Rey y de su sombra; ofrecia de estar á derecho y satisfacer cualquier cargo que contra él resultase. Amonestó el Rey al Moncada que siguiese su derecho y dejase las armas, y porque no quiso obedecer, antes pasaba adelante en los daños que hacia, revolvió contra él con tal furia, que le despojó á él y á sus aliados de ciento y treinta, parte torres, parte castillos, de que se apoderó de unos por fuerza, y de otros que se rindieron de su voluntad, en particular el pueblo de Cervellon cerca de Barcelona; con que se entendió cuán peligrosa cosa es enojar á los que pueden mas y á los reyes. No pudo hacer lo mismo del castillo de Moncada á causa de estar muy fortalecido y dentro con buena guarnicion el mismo Guillen de Moncada. Ponerle cerco fuera cosa larga, mayormente que muchos de los que seguian al Rey favorecian y daban aviso, y aun proveian á los que guardaban aquella plaza. Esto pasaba el año que se contó de Cristo de 1223, en que á los 15 de julio, en Medun falleció de cuartanas Felipe, rey de Francia. Sucedióle en el reino su hijo Ludovico, octavo deste nombre, marido de doña Blanca, y padre de Ludovico, al que por sus muchas virtudes y piedad llamaron el Santo. En Coimbra asimismo el año adelante pasó desta vida el rey de Portugal don Alonso el Segundo, por sobrenombre el Gordo. Sepultáronle en el monasterio de Alcobaza junto á su mujer la reina doña Urraca en una sepultura llana y grosera, cuales en aquel tiempo se usaban. Dejó tres hijos, los infantes don Sancho, que le sucedió en el reino, llamado vulgarmente Capelo; don Alonso, que casó con Matilde, condesa de Boloña en los Morinos, pueblos de la Picardía, cerca del mar de Bretaña en Francia; don Fernando, señor de Serpa, que casó con doña Sancha, hija de don Fernando de Lara;

finalmente, dejó una hija, por nombre doña Leonor, que casó con el rey de Dacia, segun que lo refieren las historias de Portugal, si con verdad ó de otra manera, aquí no lo averiguamos.

CAPITULO XI.

De la guerra que se hizo á los moros.

Reprimidas las parcialidades de Castilla y las alteraciones, el rey don Fernando para que la paz fuese durable dió perdon general á los que le habian deservido, y mandó que los demás hiciesen lo mismo y pusiesen en olvido los desabrimientos que entre sí tenian y los agravios. Para el gobierno de las ciudades nombraba á los que en virtud y prudencia se adelantaban á los demás y los que entendia serian mas agradables á los vasallos. De los herejes era tan enemigo, que no contento con hacellos castigar á sus ministros, él mismo con su propia mano les arrimaba la leña y les pegaba fuego. Ya se dijo que por estos tiempos la secta de los albigenses andaba valida y que vinieron y entraron en España. Con estas virtudes tenia tan ganados á los naturales cuanto ningun otro príncipe. Mas por aprovecharse desta buena voluntad y porque no se estragasen los soldados con la ociosidad y con los vicios que della resultan, acordó renovar la guerra contra moros. Mandó arbolar banderas y tocar atambores por todas partes para juntar un grueso campo. Los de Cuenca, Huete, Moya y Alarcon con los demás de aquella comarca, entendida la voluntad del Rey, se apellidaron unos á otros; y junto buen golpe de gente, rompieron por el reino de Valencia, talaron los campos, quemaron y saquearon los pueblos, y con una grande cabalgada, volvieron ricos y contentos á sus casas. Por otra parte, el Rey, alegre con tan buen principio, que era como pronóstico de lo restante de aquella guerra, con un grueso ejército que juntó se enderezó contra los moros de Andalucía. Hacíanle compañía entre los mas principales el arzobispo don Rodrigo, persona de gran valor y brio y que no podia estar ocioso, los maestres de las órdenes, don Lope de Haro, don Rodrigo Giron, don Alonso de Meneses, sin otros ricos hombres y caballeros de menor cuenta. Luego que pasaron la Sierramorena, vinieron embajadores de parte de Mahomad, rey de Baeza, para ofrecer la obediencia, que estaba presto de rendir la ciudad y ayudar con dineros y vituallas. El miedo hacia cobardes á los moros, los deleites los tenian estragados, y por las discordias que entre sí tenian á punto de perderse. Hiciéronse los asientos y capitulaciones en Guadalimar; desde allí pasaron nuestras gentes sobre Quesada, villa principal en lo que hoy es adelantamiento de Cazorla. Los moradores, fiados en la fortaleza de sus murallas y en que eran muchos, al principio se pusieron en defensa; pero al fin el lugar se entró por fuerza. Pasaron á cuchillo todos los que podian tomar armas, los demás tomaron por esclavos en número de siete mil. Con el castigo y destrozo deste pueblo se dió aviso á los demás para que no se atreviesen á hacer resistencia. Seria largo cuento relatar por menudo todo lo que sucedió en esta jornada. La suma de todo es que muchos pueblos por aquella comarca quedaron yermos de gente, huidos los moradores, otros se rindieron por no desamparar sus casas; algunos quedaron destruidos del todo, y en otros pusieron guarniciones de soldados con intento de conservallos. Don Lope de Haro y los maestres de las órdenes militares con parte de la gente acometieron un pueblo llamado Víboras, de que se apoderaron sin embargo que tenian dentro mil y quinientos árabes, de los cuales unos mataron y otros se huyeron. En estas empresas pasaron los meses del estío y parte del otoño; y porque cargaba el tiempo, por el mes de noviembre del año 1224 dieron la vuelta á Toledo, donde las reinas, madre y nuera, esperaban la venida del Rey. Gastáronse algunos dias en fiestas y regocijos que se hicieron en aquella ciudad para alegrar la gente, procesiones y rogativas para dar gracias á Dios por mercedes tan grandes. Hecho esto, luego que el tiempo dió lugar y las fiestas, mandó el Rey á la gente se enderezase la vuelta de Cuenca con intento de acometer por aquella parte á los moros del reino de Valencia; mas aquel rey, por nombre Zeit, acordó ganar por la mano. Los daños que le hicieron la vez pasada y el miedo de mayores males le aquejaban de suerte, que vino á la ciudad de Cuenca á ponerse en las manos del rey don Fernando y concertarse con él como fuese su voluntad y merced. Los aragoneses se quejaron de aquellos tratos, por pretender que el reino de Valencia era de su conquista, y que los castellanos no tenian en él parte ni derecho alguno. Despacharon embajadores para querellarse de aquel agravio, y juntamente para mostrar sus fuerzas y valor hicieron entrada en las tierras de Castilla por la parte de Soria. No pudieron llevar adelante esta demanda por entonces, á causa de nuevas alteraciones que en Aragon resultaron. Fué así, que don Guillen de Moncada y don Pedro Ahones se juntaron con el infante don Fernando, tio del Rey. La junta fué en Tahuste, cuya tenencia estaba á cargo del dicho don Pedro. Tomaron su acuerdo, y quedó resuelto que se apoderasen de la persona del Rey. La voz era ser así necesario y cumplidero para el bien del reino, que decian se estragaba á causa de los malos consejeros que tenia al lado y á las orejas el Rey; mas á la verdad cada cual de los tres tenia sus pretensiones particulares. El Moncada estaba sentido del estado que le quitaron, don Fernando, aunque monje y abad del monasterio de Montaragon, no tenia perdida la esperanza ni el deseo de la corona; que la dolencia de ambicion es mala de sanar. A don Pedro Ahones daba pesadumbre verse descaido de la privanza que solia tener, con que todo lo gobernaba á su voluntad, y pretendia convertir la gracia en fuerza y por aquel camino conservarse. Para mas fortificar su partido acordaron por medio de Lope Jimenez de Luesia ganar á don Nuño, hijo del infante don Sancho, conde de Ruisellon, para que, olvidadas las enemistades que ya tocamos, les asistiese en aquella demanda. Tomado este acuerdo, se enderezaron la vuelta de Alagon, en que á la sazon se hallaba el Rey descuidado de aquellos tratos. Entraron de tropel, y con buenas palabras le persuadieron se fuese á Zaragoza para tomar en aquella ciudad acuerdo sobre algunos puntos de importancia que pertenecian á su servicio y al bien del reino. El Rey, si bien los semblantes eran buenos, como quier que la mentira sea mas artificiosa que la verdad, todavía echó de ver que procedian con engaño y que su pretension era mala.

No hay arma mas fuerte que la necesidad; otorgó con lo que le pedian, demás que para todo lo que resultase le venia mejor estar en aquella ciudad que en algun otro pueblo pequeño; acompañaron al Rey hasta Zaragoza, aposentáronle en su casa real, que llaman Suda. Pusiéronle guardas para que no se pudiese comunicar con nadie ni de palabra ni por escrito. Los capitanes destas guardas eran Guillen Boy y Pero Sanchez Martel, que para mayor recato de noche dormian muy junto al lecho del Rey; gran infamia y mengua de la gente aragonesa y de su acostumbrada lealtad. Por espacio de veinte dias tuvieron al Rey encerrado, sin dalle libertad alguna hasta tanto que condescendió con muchas demandas que le hicieron; en particular á don Guillen de Moncada hizo restituir los lugares y castillos que le quitó en Cataluña, demás de veinte mil ducados que por los daños prometió de dalle. Tomado este asiento, todavía el infante don Fernando continuaba en el gobierno del reino, de que por fuerza con aquella ocasion se apoderara. Excusábase con la poca edad del Rey y otras diversas causas que para ello alegaba. Para vencer tan graves dificultades no bastaba prudencia humana; solo ponia el Rey su fiucia en Dios, que con paciencia y disimulacion le libraria de aquella apretura y trabajo, y que las cosas se trocarian de manera que alcanzase su libertad. Las cosas de Castilla por el contrario, conforme á los buenos principios iban en prosperidad y en aumento. El rey don Fernando, porque los moros no se rehiciesen de fuerzas si los dejaba descansar, entrado el verano del año 1225, salió con sus gentes en campaña, y con nuevas compañías que levantó de soldados reforzó su ejército, y con él se encaminó la vuelta del Andalucía. Llevó en su compañía á don Rodrigo, arzobispo de Toledo, sin el cual veo que ninguna cosa de importancia acometian. Acudióles el rey moro de Baeza, ayudóles con bastimentos y recibiólos dentro de su ciudad; lealtad poco acostumbrada entre aquella gente. Desta vez ganaron á Andújar y á Mártos, pueblos principales. Mártos quedó por los caballeros de Calatrava, para que desde allí hiciesen frontera á los moros y correrías en sus tierras. Sin estos ganaron la villa de Jodar y otros muchos pueblos de menor cuenta, demás de las talas que dieron á los campos y de las grandes presas que hicieron de hombres y ganados; con que los soldados ricos y alegres volvieron á sus tierras pasado el verano. Esto mismo se continuó los años adelante, por el deseo y esperanza que todos tenian de acabar por aquel camino con lo restante de la morisma de España. Las cosas de Aragon asimismo comenzaron á mejorarse, y los parciales y alborotados aflojaron algun tanto; con que el Rey partió de Zaragoza la via de Tortosa, ciudad puesta á la marina por la parte que el rio Ebro desagua en el mar, y no léjos de los pueblos llamados antiguamente ilergaones, que se extendian largamente por las riberas de aquel rio. Iban en su compañía aquellos caballeros conjurados con muestra de quererle servir, como quier que á la verdad pretendiesen continuar en lo comenzado. Para este intento se les juntaron otros muchos de los ricos hombres y principales, en particular don Sancho, obispo de Zaragoza, por respeto de su hermano don Pedro Ahones y para asistille, y con él don Eril, obispo de Lérida; que todos, así eclesiásticos como seglares, se mezclaban en esta trama. Deseaba el Rey librarse desta opresion á sí y á su reino y satisfacerse del agravio que le hacian y de aquel tan notable desacato; mas hacia poca confianza de los que tenia á su lado, de sus cortesanos y criados, por ser muchos dellos parciales. Acordó partirse sin dalles parte y recogerse en Huerta, pueblo de los caballeros templarios. Desde allí despachó sus cartas en que mandaba á los señores y á la demás gente que con sus armas acudiesen á la ciudad de Teruel para hacer guerra en el reino de Valencia, empresa que los de Aragon mucho deseaban. Con que de un camino pensaba ganar las voluntades de la gente y acreditarse, si, como confiaba, saliese con aquella demanda. Los señores y gente principal hacian burla deste acometimiento. Parecíales era juego de niños, si bien al llamado del Rey para el dia que señaló en sus cartas se juntaron en aquella ciudad algunos pocos aragoneses y algo mayor número de los catalanes. Con esta gente, aunque era poca, rompió por aquella parte donde se tendian los ilergaones, y hecho mucho daño en aquella comarca, se puso sobre Peñíscola, plaza fuerte, y que tomó aquel nombre por estar asentada sobre un peñol empinado á modo de pirámide, cercado del mar casi por todas partes, y que tiene por frente la isla de Mallorca. En lo bajo del peñasco hay muchas cavernas y calas, con una fuente de agua dulce que luego entra en el mar; el circuito es de una milla, la subida agria en demasía y muy áspera, sino es por la parte que están edificadas las casas. El rey Zeit, con la nueva que le vino desta entrada, cobró grande miedo, y los de Valencia se turbaron de suerte, que ya les parecia tener á los enemigos á las puertas de aquella ciudad. Despacharon sus embajadores para requerir de paz al rey de Aragon; él se la otorgó de buena voluntad, á tal que cada un año le pagasen la quinta parte de las rentas reales que se recogian de los reinos de Valencia y de Murcia. Tomado este asiento, sin pasar adelante dieron los aragoneses la vuelta para Teruel, y desde allí se fueron á Zaragoza. En el camino encontraron junto á una aldea llamada Calamocha á don Pedro Ahones, que á su costa y del Obispo, su hermano, llevaba golpe de gente para hacer entrada en el reino de Valencia. Quisiera el Rey estorballe aquella entrada, por guardar la palabra que dió y concierto que hizo con aquella gente. Como él se excusase con la mucha costa que hiciera en las pagas y sustento de su gente, y porque le querian echar mano se huyese, los soldados que en compañía del mismo Rey le seguian, sin poder irles á la mano, le mataron; indigno de tal suerte por su mucho valor y maña, si los servicios que tenia hechos y su privanza, que alcanzó otro tiempo muy grande, no la trocara en deslealtad y en conjurarse con los demás; sin embargo, todo el reino sintió su muerte de suerte que, excepto Calatayud que se conservó por el Rey, todas las otras ciudades tomaron la voz de su tio don Fernando; cosa que al Rey puso en mucho cuidado, que por una parte deseaba apaciguar la gente por bien, y por otra le parecia que si no era por fuerza y con las armas en puño, no podria sujetar á sus contrarios. Vinieron pues á las manos, y la guerra se continuaba con varios sucesos y trances el año que se contó de Cristo de 1226; en el cual año el rey Luis VIII de Francia hacia la guerra contra los albigenses, y en el discurso della tomó por

fuerza la ciudad de Aviñon, y le abatió las murallas porque los herejes no se tornasen á afirmar en ella. Cortó la muerte sus buenos intentos, que le sobrevino en Mompellier á los 13 de noviembre. Dejó, entre otros, su hijo mayor de su mismo nombre, que le sucedió en la corona, y por su gran piedad y sus obras muy santas alcanzó adelante renombre de Santo. Su hermano Alonso, conde de Potiers, casó con la hija y heredera de Ramon, el postrero conde de Tolosa, que fué escalon para que aquel estado los años adelante recayese por los conciertos que hicieron y capitulaciones nupciales en la corona de Francia. Tuvo otrosi otros dos hermanos; el uno se llamó Roberto y fué conde de Arras y de Picardía, estados que confinan con Flándes y son partes de la Gallia Bélgica; el otro se llamó Cárlos, que fué duque de Anjou y conde de la Proenza, despues rey de Sicilia y de Nápoles, como se dirá en su lugar.

CAPITULO XII.

Que el rey don Fernando volvió á la guerra del Andalucía.

El señorío de los moros y su poder iba muy de caida en España, lo cual sabia muy bien el rey don Fernando. El arzobispo de Toledo, que tenia la mayor autoridad entre todos, como él lo merecia, persuadió al Rey hiciese de nuevo jornada contra moros, aunque no le pudo acompañar como solia en las guerras, porque cayó enfermo de una dolencia que le puso en aprieto en Guadalajara, donde se quedó. Envió en su lugar á don Domingo, obispo de Palencia. Tomaron los nuestros desta vez algunos pueblos de poca suerte; pusieron cerco á la ciudad de Jaen, que tenia buena guarnicion de soldados y buenos pertrechos, por donde no se pudo tomar, y porque allende de su fortaleza don Alvar Perez de Castro, que algunos dias antes, renunciada su patria, se pasara á los moros y estaba dentro, con otros ciento y setenta que le siguieron animaron á los cercados para que no se diesen. Este don Alvaro era hijo de don Fernando de Castro, de quien dijimos murió en la ciudad de Marruecos. A la verdad muchos de los Castros por estos tiempos con facilidad se pasaban á la parte de los moros. No les faltaban ocasiones y excusas con que colorear su poca lealtad, si alguna causa fuese bastante para excusar tal inconstancia. Revolvió el Rey sobre Priego, pueblo tan fuerte, que los moros tenian en él recogidas sus haciendas para mayor seguridad. Todavía le entraron por fuerza con muerte de muchos de los que dentro hallaron y prision de los demás, fuera de los que se retiraron al castillo, que se rindieron á partido y condicion que los dejasen ir libres. Desde allí pasaron á la ciudad de Loja, que tomaron al tanto por fuerza, si bien los ciudadanos se recogieron al castillo y se hicieron fuertes en él; y porque parecia que con buenas palabras y esperanza de rendirse se pretendian entretener, los combatieron de suerte, que á escala vista entraron el castillo, y pasados á cuchillo los que en él hallaron, le abatieron las murallas; aviso para los demás, que no experimentasen la saña de los vencedores, ni se pusiesen en defensa. Así los de Alhambra, pueblo fuerte y asentado sobre peñas no muy léjos de Granada, por miedo le desampararon, y aun, dejando buena parte de sus bastimentos y menaje, se fueron á la ciudad de Granada. En ella para su habitacion les señalaron lo alto de aquella ciudad, que por esta causa, segun se entiende, se llamó y se llama el Alhambra; si bien algunos son de parecer que aquel nombre se tomó de la tierra roja que hay en aquella parte, y la significa en arábigo aquella palabra *alhambra*. Siguieron los nuestros á los que huian sin parar hasta dar vista á la misma ciudad, en cuya vega, que es muy deleitosa, quemaron y asolaron los jardines y campos. Los ciudadanos cobraron tanto miedo, que acordaron requerir al Rey de paz. Entre los embajadores que para esto despacharon fué uno el ya nombrado don Alvar Perez de Castro. Tenia el Rey deseo de ganalle y reducille á su servicio por la fama que tenia de valor y prudencia, demás que le ofrecian de dar libertad á mil y trecientos cautivos cristianos. Por esto, tomado asiento con los de Granada y reducido don Alvaro á su servicio, revolvió sobre Montejo, y dél se apoderó y le echó por tierra por estar tan adentro, que no se pudiera conservar. Demás desto, se halla que por este tiempo en las partes de Extremadura se ganó Capilla, pueblo que antiguamente se llamó Mirobriga, como se averigua por los letreros de mármoles que en él se han hallado; verdad es que en breve volvió á poder de moros, ó sea que le entregaron al rey de Baeza. En estas cosas se pasaron los calores del estío, y el tiempo comenzaba á cargar; el Rey por este respeto acordó que el maestre de Calatrava quedase en guarda de Andújar y de Mártos, y en su compañía don Alvar Perez de Castro, por la mucha noticia que tenia de aquella tierra y de las cosas de los moros; que de su lealtad y constancia no dudaban, antes confiaban que pretenderia con su esfuerzo y valor recompensar la falta pasada. Con tanto dió la vuelta para Toledo, do la Reina le esperaba, sin descuidarse en apercebirse de todo lo necesario para llevar adelante la guerra comenzada. Asimismo los soldados que quedaron de guarnicion en el Andalucía, por no estar ociosos, acordaron de correr la campiña de Sevilla, ciudad de las mas principales de España. Indignados los ciudadanos por ver delante sus ojos abrasarse sus cortijos y olivares, salieron con su rey Abulali contra los cristianos. El número era grande, la destreza y valentía de los moros no tanto. Vinieron á las manos, en que murieron de los moros en la pelea y en el alcance hasta en número de veinte mil, que fué un destrozo muy grande. Sin embargo, por otra parte los moros se pusieron sobre el castillo de Garces, y le apretaron con tal rabia, que ni por el mucho daño que los de dentro les hicieron, ni por entender que el rey don Fernando, pasado el invierno, volvia con gente á continuar la guerra, desistieron de su intento hasta tanto que forzaron aquella plaza, que fué alguna mengua para los nuestros; la pérdida no fué muy grande, mayormente que se recompensó bastantemente aquel daño con lo que de nuevo se hizo en el Andalucía. Luego que llegó el rey don Fernando le salió á recebir el rey moro de Baeza, y en su compañía tres mil de á caballo y gran gente de á pié con intento, no solo de hacer alarde de sus fuerzas, sino de servillo en la guerra, si fuese necesario. Dió este ofrecimiento mucho contento; rogáronle llevase adelante su buena voluntad, y en particular concertaron viniese en que en Salvatierra y en Capilla y en Burgalhimar, tres plazas importantes, residiesen soldados de guarnicion

para seguridad; demás que como en rehenes, para cumplimiento de lo concertado, entregó la fortaleza de la misma ciudad de Baeza para que el maestre de Calatrava la tuviese en fieldad. Los moros de Capilla, por ser aquella plaza muy fuerte, su sitio áspero y empinado, no quisieron pasar por este concierto ni recebir los soldados que les enviaban de guarnicion; de que resultó que el castillo de Baeza quedó en propriedad por los cristianos, y sin embargo, el Rey con todo su campo se fué á poner sobre Capilla con intento de rendilla ó forzalla. Era esta buena ocasion para adelantarse los nuestros y mejorar su partido; pero era necesario, porque la gente era poca, afirmalla con nuevas compañías. Por esta causa acordó el Rey dejar su gente en el cerco y volver él atrás, muy dudoso en lo que debia hacer, si continuar la guerra del Andalucía, si acudir á Francia al socorro de su tia, la reina doña Blanca, que por sus cartas y embajadas le hacia instancia la ayudase para apaciguar las alteraciones de aquel reino y sujetar á los señores, que por ser el Rey de pocos años, que no pasaba de doce, y ella mujer y extranjera, se les atrevian y los desestimaban. Parecióle al Rey cosa fea desamparar aquellos reyes, sus deudos, mayormente en aquel aprieto y trance; pero sucedieron dos cosas que le impidieron aquella empresa: la una, que los soldados que quedaron sobre Capilla, sin embargo de su ausencia, tomaron aquella plaza, á que era necesario acudir para que no se tornase á perder; la segunda, que camino de Almodóvar su misma gente dió la muerte al rey de Baeza, que se huia por miedo de los suyos, que tenia muy irritados por la amistad y asiento que puso con los cristianos; con que la guarnicion del castillo de Baeza quedaba á mucho riesgo, si con presteza no le acorrian. Por estas dos causas el Rey se determinó de sobreseer en lo de Francia y proseguir la empresa del Andalucía, pues era no menos justo y honroso vengar la muerte de aquel Rey, su amigo y confederado, que ayudar á sosegar las pasiones de Francia; en especial que con aquella ocasion pretendia, si pudiese, lanzar toda la morisma de toda España. A la verdad la reina doña Blanca con la ayuda de Dios y su buena maña y prudencia, sin socorro de su sobrino sosegó los alborotos de su reino, de que se temian graves daños. Todo esto pasaba el año de nuestra salvacion de 1227; en él se abrieron los cimientos de la iglesia mayor de Toledo, tan célebre edificio y de tanta majestad como hoy se ve, en el mismo sitio en que estaba la antigua, aunque mudada la traza. El Rey y el Arzobispo se hallaron á poner la primera piedra, debajo de la cual echaron medallas de oro y plata, conforme á la costumbre antigua de los romanos. Otros templos se podrán aventajar á este en la hermosura y primor de la traza, en la grandeza y capacidad; mas en la muchedumbre y riqueza de sus preseas y de su ornato, en la grandeza de las rentas, en el número de los ministros, en la majestad de ceremonias y culto divino, ninguno en toda la cristiandad se le iguala; muestra muy ilustre de la cristiandad y piedad de España, en especial de la dicha ciudad. Falleció á los 18 de julio el papa Honorio III; sucedióle en el pontificado Gregorio IX, natural de la ciudad de Anagni. Floreció otrosí en España don Lúcas, primero diácono de Leon, y despues obispo de Tuy. Deseoso de adelantarse en virtud y letras y por visitar los lugares santos, cuando era mas mozo pasó á Italia y á Roma y dende á las partes de Levante. Fué contemporáneo de don Rodrigo, arzobispo de Toledo, y ejercitóse en los mismos estudios, porque compuso una historia de las cosas de España, en cuyo principio engirió el *Cronicon de San Isidoro;* que dió ocasion á algunos de tener y citar la primera parte de aquella historia por del mismo santo. Escribió demás de la historia la vida del dicho san Isidoro y otro libro grande de sus milagros; obra en que de la mitad adelante confuta la secta de los albigenses y sus errores, que son los mismos de los luteranos. De la confutacion consta que estos herejes entraron en España, segun que arriba se mostró por un pedazo que deste libro tomamos. Escribió estas obras, como él mismo lo testifica, por mandado de la reina doña Berenguela, señora muy devota y favorecedora de los hombres virtuosos y letrados.

CAPITULO XIII.

Que se volvió de nuevo á la guerra de los moros.

Los moros de Baeza tenian apretado el castillo de aquella ciudad, que, como se dijo, quedó en poder de cristianos; que si bien eran en pequeño número, por estar proveidos de vituallas, se defendieron y entretuvieron hasta tanto que el rey don Fernando sobrevino con un grueso ejército. Con su venida los moros, visto que no tenian fuerzas bastantes para resistir, no solo desistieron del cerco, sino desamparada la ciudad, se retiraron á lo mas dentro del Andalucía. Quedó por gobernador de aquella ciudad nuevamente ganada don Lope de Haro; merced debida á sus servicios, pues en todas las empresas de importancia se hallaba. El cuidado de Mártos se encargó á Alvar Perez de Castro y á Tello de Meneses. No se hizo alguna otra cosa que sea digna de memoria en esta jornada, salvo que despues que el Rey dió la vuelta á Toledo, don Tello con sus soldados entró á correr los campos de Väena y de Lucena, sin parar hasta dar vista á la campiña de Sevilla y hacer por todas partes grandes talas y presas. Por el contrario, el rey de Sevilla, para divertille con su gente, llegó á la ciudad de Baeza y le corrió sus campos. Los moros que se ausentaron de aquella ciudad, por ser restituidos en su patria, le incitaron á emprender esta jornada; pero visto que no tenia fuerzas bastantes para salir con la empresa, trató de hacer paces con los cristianos y se concertó de pagar cada un año de tributo trecientos mil maravedís, en especial que de su misma gente se le armaba otra mayor tempestad; y fué que los moros de Murcia por este tiempo alzaron por rey un moro, por nombre Abenhut, que venia del linaje de los reyes de Zaragoza, y era grande enemigo de los almohades. Decia públicamente que la causa de los males y calamidades pasadas y de hallarse su nacion en aquel término y tan sin fuerzas eran las novedades que aquella secta introdujo en España. No hay cosa mas poderosa para mover al pueblo que la capa de religion, debajo de la cual se suelen encubrir grandes engaños. Arrimósele pues gran morisma por esta causa, gran muchedumbre de gentes, en especial en la comarca de Granada y en lo restante de Andalucía, con esperanza en que todos entraban, que por medio deste mo-

ro se mejoraria y adelantaria su partido, que iba muy de caida. Los demás de aquella nacion, y aun los príncipes cristianes, estaban con cuidado no resultase de aquella centella y de aquel principio algun fuego con que todo se abrasase. Esto pasaba en España el año que se contó de Cristo 1228. En Francia, el mismo año, Ramon, postrer conde de Tolosa, apretado con la guerra que el rey Luis le hacia por causa de su herejía, se redujo y se reconcilió con la Iglesia. Las condiciones y cargas que el mismo Rey y romano cardenal de San Angel, como legado del Papa, le impusieron, fueron las siguientes: que el Conde con todo cuidado procurase desterrar de su tierra la secta de los albigenses; que su hija y heredera, por nombre Juana, casase con uno de los hermanos de aquel Rey, el que mas le agradase; si deste matrimonio no quedase sucesion, el condado de Tolosa se juntase con la corona de Francia. La ignorancia suele acarrear grandes daños; para la enseñanza del pueblo mandaron que en la ciudad de Tolosa asalariase á su costa cuatro lectores de teología, dos juristas, seis maestros de las artes liberales y dos gramáticos. Para seguridad que cumpliria todo esto puso en poder del Rey y le entregó cinco castillos y su misma hija. Tomóse este asiento en la ciudad de Paris; y hechas las capitulaciones, por el mes de abril compareció el Conde en la iglesia mayor de aquella ciudad desnudo, fuera de la camisa; allí le absolvió el Legado de las censuras incurridas por los excesos pasados; juntamente le dió la divisa de la cruz, como se acostumbraba, para que dentro de cierto tiempo pasase á la guerra de la Tierra-Santa y en ella residiese por espacio y término de cinco años, que era una de las condiciones que se capitularon; tan grande autoridad tenian por estos tiempos los papas, tanta fuerza la Iglesia, ayudada del favor y asistencia de los reyes, para castigar los rebeldes y malos y escarmentar á los demás. Fallecieron otrosí en España algunos grandes personajes, y entre ellos don Ramiro, obispo de Pamplona, de la nobilísima alcuña de los reyes de Navarra. Sucedióle en el obispado don Pedro Ramirez, en cuyo tiempo el papa Gregorio IV tomó debajo de su proteccion aquella iglesia y sus prelados; que era eximilla de la jurisdiccion de los metropolitanos de España. En Aragon el Rey con su buena maña conquistaba aquellos caballeros parciales para que se le rindiesen. Recibió en su gracia á su tio el infante don Fernando, sin embargo de las revueltas pasadas, y púsole por condicion diese órden como los conjurados se alzasen entre sí unos á otros los homenajes y la palabra que se tenian dada. Don Sancho, obispo de Zaragoza, pretendia le restituyesen los pueblos que eran de su hermano don Pedro Ahones, de que el Rey se apoderó luego que le mataron. Otorgóle que estuviese á derecho y que pasasen por lo que los jueces determinasen. Hízose así, y oidas las partes, pronunciaron que los pueblos que tenian en tenencia quedasen por el Rey; los demás heredados de sus padres, se restituyesen al Obispo, pues no era justo que por la falta de uno padeciese todo el linaje. Parecia con esto quedar el reino sosegado. Los de la casa de Cabrera no acababan de apaciguarse. Aurembiase, hija de Armengol, conde de Urgel, segun que se concertara, pretendia en juicio que lo restituyesen el estado de su padre, de que los Cabreras se apoderaron por fuerza. Ellós, no solo no hacian caso de aquella demanda, mas aun mostraban burlarse de la autoridad real, y no querian dejar el estado que poseian de años atrás. Vinieron á rompimiento y á las manos; el Rey, que hacia las partes de aquella señora, quitó á los Cabreras muchos de aquellos pueblos, unos por fuerza, otros que se rindieron de su voluntad, en especial la ciudad de Balaguer, cabeza de aquel estado de Urgel. Hecho esto, acordó casar aquella doncella Aurembiase, para que nadie se le atreviese, con don Pedro, infante de Portugal, tio suyo, primo hermano de su padre, que á la sazon andaba huido en la corte de Aragon. Gerardo Cabrera el desposeido tomó el hábito de los templarios, quién sabe si por devocion, si por otro respeto; lo cierto es que los años adelante don Ponce, su hijo, por el derecho que su padre pretendia, alcanzó el condado de Urgel á causa que Aurembiase no dejó sucesion alguna de su marido el infante don Pedro, como se dirá en otro lugar; con tanto tuvieron fin aquellos debates. El deudo del Rey y del Infante era desta manera. El infante don Pedro fué hijo de don Sancho, rey de Portugal, habido en la reina doña Aldonza, hermana que fué de don Alonso, rey de Aragon, abuelo del rey don Jaime; de suerte que el Infante era tio del Rey, primo hermano de su padre el rey don Pedro, que mataron en Francia.

CAPITULO XIV.

Que el rey de Aragon ganó la isla de Mallorca.

En un mismo tiempo en Castilla y en Aragon se hacia guerra contra los moros. Los aragoneses adelantaron mucho sus cosas, los de Castilla no hicieron de presente grande progreso. El nuevo rey Abenhut tenia puesto en cuidado al rey don Fernando por verle de nuevo apoderado de Granada, ciudad populosa y principal. Juntó sus huestes y llegó con ellas hasta dar vista á aquella ciudad y pasó adelante hasta Almería; mas no hizo otro efecto de importancia, á causa que el enemigo, escarmentado en cabeza ajena, se excusó de venir á las manos. Con esto se pasó lo restante deste año y del luego siguiente 1229, en el cual tiempo se tuvo aviso de Alemaña que los caballeros teutónicos, que por espacio de muchos años mostraron mucho valor en las guerras de la Tierra-Santa, con la cruz negra que traian por divisa sobre manto blanco, luego que se perdió la ciudad de Ptolemaide, se volvieron á su patria, que eran naturales de Alemaña, y con licencia del emperador Federico II, hicieron su asiento en la Prusia, provincia áspera é inculta, puesta entre Sajonia y Polonia, cuyos moradores aun no eran cristianos. Aumentáronse poco adelante estos caballeros en poder y fuerzas con apoderarse y conquistar la provincia de Livonia, que se cuenta entre los sármatas y cae sobre el reino de Polonia. Mantuviéronse por muchos años y hicieron buenos efectos hasta tanto que Alberto, último maestre de aquella caballería, se inficionó con la herejía luterana, y con la libertad de aquella secta dejó el hábito y renunció, por casarse, aquellas provincias y las entregó al rey de Polonia. Volvamos al rey don Jaime de Aragon. Luego que vió apaciguado su reino, comenzó á tratar de qué manera podria emplear sus fuer-

zas contra los enemigos de Cristo. Acaeció que cierto dia un hombre principal de Tarragona, por nombre Pedro Martello, le convidó á comer en su casa; las ventanas de la sala en que era el convite caian sobre la mar, y por frente la isla de Mallorca. Con esta ocasion, de una plática en otra vinieron á tratar de la fertilidad, frescura y riqueza de aquella isla y de las demás que caen en aquel paraje. Tomó la mano Pedro Martello, como el que tenia larga experiencia de todo lo que pasaba en este caso. Encareció con muchas palabras las excelencias de Mallorca, su fertilidad y abundancia, los grandes daños que desde allí se hacian en las costas de Cataluña y las otras comarcanas de España. Sucedió muy á propósito que pocos dias antes aquellos moros tomaron ciertas naves catalanas; y al embajador que enviaron para requerir que las restituyesen, como hiciese su demanda en nombre del rey don Jaime de Aragon, respondió el rey moro, que se llamaba Retabohihes, con grande arrogancia: ¿Qué rey me nombrais aquí? El embajador: Al hijo, dijo, del rey de Aragon, que en las Navas de Tolosa desbarató y destrozó un grande ejército de vuestra nacion. Indignóse el Moro de suerte con esta respuesta tan resoluta, que poco faltó no pusiesen la mano en el embajador; mas en fin prevaleció el derecho de las gentes; solo le hicieron luego salir de la isla. Alteróse el rey de Aragon oidas estas cosas, y resolvióse de emprender aquella guerra, en que tantas comodidades se representaban. Para apercebirse de todo lo necesario juntó Cortes en Barcelona, dió cuenta de la empresa que pensaba tomar; de que los presentes recibieron tanto gusto, que con grande voluntad para este efecto le otorgaron segunda vez el bovático, tributo que se solia dar á los reyes una vez solamente. Con esto despachó sus cartas, en que mandó que para mediado el mes de mayo los soldados y las compañías se juntasen en el puerto de Salu, cerca de Tarragona, do se aprestaba la armada y se hacia toda la masa de la gente para pasar á Mallorca. En este medio vino de Roma á Aragon por legado del Papa, Juan, monje de Cluñi y cardenal sabinense, sobre negocios muy graves. Acudió el Rey á Calatayud para verse con el Legado. Vino asimismo á aquella ciudad Zeit, rey de Valencia, despojado de aquel reino y de aquella ciudad por otro moro llamado Zaen. El amistad que tenia con los cristianos le acarreó este daño y este revés tan grande, demás que se rugia queria hacerse cristiano. Por esto el rey don Jaime se resolvió de recebille debajo de su proteccion, no solo á él, sino tambien á su hijo Abahomat, y para restituillos en su estado hacer guerra á aquel tirano, como lo cumplió adelante. El negocio principal sobre que vino el Legado era el casamiento del Rey, que pretendia apartarse de la Reina, y para ello alegaba el impedimento de consanguinidad, si bien tenia ya un hijo, por nombre don Alonso, para suceder en la corona y estados de su padre. Para averiguar este pleito el Rey y el Legado pasaron á Tarazona. Acudieron allí don Rodrigo, arzobispo de Toledo, y Aspargo, arzobispo de Tarragona, con otros muchos obispos de Castilla y de Aragon para hallarse á la determinacion de aquel negocio tan grave y que á todos tocaba. Alegaron las partes de su justicia, formóse el proceso, y por conclusion se pronunció que el casamiento era ninguno y que el Rey y la Reina quedaban libres para disponer de sí; y sin embargo, determinaron que el hijo, como legítimo, heredase el reino de su padre. Dada la sentencia, la reina doña Leonor, ya ni viuda ni casada, se partió de buena gana para hacer compañía á su hermana doña Berenguela y consolarse con ella en aquella su soledad. Dejáronle los pueblos que tenia en Aragon como en arras y parte de dote, llevó otrosí muchas preseas de paños ricos, oro, plata y pedrería. Despedida la junta, el Rey acudió á Tarragona para hallarse al tiempo señalado. Lo restante del estío gastó en aprestar la flota y en juntar los soldados, que de cada dia le venian en gran número con gran voluntad de tener parte en aquella empresa. Luego que todo estuvo á punto se embarcó la gente, y por el mes de setiembre, con buen tiempo, se hicieron á la vela y se alargaron á la mar. El número de la gente quince mil infantes y mil y quinientos caballos. Ciento y treinta y cinco velas entre naves de alto borde, que eran veinte y cinco, doce galeras, y los demás bergantines y vasos pequeños; iban otrosí algunos bajeles, que servian para llevar los caballos. La navegacion es corta; así en breve llegaron á vista de Mallorca. Allí de súbito les sobrevino tal tempestad y les cargó el tiempo de suerte, que la armada se derrotó en gran parte y estuvieron á riesgo de no pasar adelante. Fué Dios servido que á puesta de sol el viento leste y levante, que traia desasosegado el mar y sopla de ordinario por aquellas partes, calmó y se trocó en cierzo, muy á propósito para proseguir su navegacion y acaballa. En todo este peligro mostró el Rey grande constancia y ánimo; con que todos se animaron y se remediaron los daños. La figura de Mallorca es cuadrada, con cuatro cabos y remates, que miran á las cuatro partes del mundo. A la parte de poniente tiene el puerto de Palumbaria, y por frente la isla llamada Dragonera, el cabo ó promontorio de las Salinas cae á mediodía, y en medio del puerto y deste cabo, casi á igual distancia, está asentada la principal ciudad, que tiene el mismo nombre de la isla, ca se llama Mallorca; los cabos de la Piedra y de San Vicente miran á las partes de levante y de setentrion. Cerca del cabo de la Piedra está situado un pequeño lugar, pero que tiene buen puerto y abrigo para las naves; llámase Polencia, y antiguamente fué colonia de romanos. Quisiera el Rey tomar este puerto; pero el viento contrario le forzó á surgir en el de Palumbaria, distante de la ciudad treinta millas. La galera capitana, en que el Rey iba, fué la primera á entrar en el puerto y tras ella lo restante de la armada, sin que faltase bajel alguno de toda ella. Acudió gran morisma para impedir que no saltasen en tierra; por esto les fué forzoso pasarse al puerto de Santa Poncia, que está mas adelante entre poniente y mediodía. Allí echaron anclas, y á pesar de los moros, saltaron en tierra. Hobo algunas escaramuzas al desembarcar, en que siempre los cristianos llevaron lo mejor. El intento era enderezarse la vuelta de la ciudad de Mallorca; porque ella tomada, lo demás de la isla se rendiria con mucha facilidad. No ignoraba esto el rey Moro, antes para su defensa tenia hechas sus estancias en el monte Portopi, que está á vista de la ciudad. La gente que tenia era mas en número que en fuerzas señalada. Acordó valerse de maña y parar una celada en el camino entre unas quebradas y bosques para tomar á los enemigos descuidados y de sobresalto. Sucedióle

como lo pensaba, que los cristianos se descuidaron como si caminaran por tierra segura. Visto el desórden, los moros cargaron con tal denuedo, que los pusieron en grande aprieto. Murieron en la refriega, entre otros muchos, don Guillen de Moncada, vizconde de Bearne, y don Ramon de Moncada, personajes de gran cuenta y que iban en la avanguardia, y fueron los primeros á hacer rostro en aquel trance, que fué una pérdida muy grande y notable desgracia. Bajaban del monte, que cerca está, los moros en gran número para ayudar á los suyos, de suerte que de una parte y de otra se trabó una reñida batalla, y los fieles se vieron en gran peligro y cercados de todas partes. El esfuerzo y valor del Rey y su buena dicha venció estas dificultades; ca sin saber el daño que los suyos recibieron al principio, peleó valientemente y forzó á los moros, primero á retirarse poco á poco, despues á huir y recogerse en sus reales. La pelea fué con poca órden á fuer de Africa, de tropel, y que ya acometen, ya vuelven las espaldas, aquí se retiran, allí cargan. Los cristianos siguieron el alcance, subieron al monte al son de sus cajas y entraron los reales de los moros, con que la victoria y el campo quedó de todo punto por ellos. No pasaron adelante ni se curaron de ejecutar la victoria y de seguir á los vencidos, porque tenian la guarida cerca y mas noticia de toda aquella tierra. Contentáronse con lo hecho y con asentar sus reales á vista de la ciudad para combatilla, por entender que los de dentro estaban muy proveidos y de su voluntad no se rendirian. Los dias adelante pusieron diligencia en levantar todo género de máquinas, trabucos, torres y mantas para batir y arrimarse á las murallas. Cegaron el foso de la ciudad, que era ancho y hondo, con hornija y otros materiales. Salian los moros de rebato para desbaratar ó impedir estos ingenios, pero las mas veces volvian con las manos en la cabeza. Finalmente, los soldados se arrimaron al muro, y con picos arrancaron las piedras de los cimientos de cuatro torres, que apuntalaron con vigas, y despues les pegaron fuego; con que las dichas cuatro torres dieron en tierra, y en el muro quedó abierta una grande entrada. Los moros, visto el peligro que corrian si la ciudad se entraba por fuerza de ser muertos y saqueadas sus casas, vinieron en pedir concierto. Pretendian les dejasen las vidas y las haciendas y que con su Rey se pudiesen pasar en Africa. A muchos parecia bueno este partido y que se debia venir en lo que pedian. Deste parecer era don Nuño, conde de Ruisellon, que era el medianero en estos tratos; los amigos y deudos del príncipe de Bearne, con deseo de vengarse, pretendian que era afrenta é infamia acabar la guerra antes de tomar venganza de tantos y tan buenos caballeros como aquellos bárbaros mataron. Los cercados, perdida la esperanza de concierto, tornaron con furia rabiosa á la pelea y con mayor ímpetu que antes á defender la ciudad. La desesperacion es una muy fuerte arma; hicieron mucho daño en los nuestros, tanto, que ya se arrepentian los que estorbaron el concierto y holgaran se admitiera de nuevo. Finalmente, derribada gran parte del muro, era forzoso á los nuestros que por las piedras y ruinas procurasen hacer camino. Algunos decian convenia acometer la ciudad de noche cuando las centinelas están cansadas; el Rey, por excusar la libertad y desórdenes que trae consigo la noche, mandó que se guardasen las puertas y portillos con todo cuidado porque no huyesen los enemigos. Al alba concertó y puso en órden los suyos para dar el asalto, y de parte que pudo ser oido les habló en esta manera: «Bien conozco, amigos, que para premiar vuestros trabajos y vuestro valor no tengo fuerzas bastantes; el reconocimiento y estima será perpetua por cuanto la vida durare. La ocasion que de presente se ofrece de hacer un nuevo servicio á Dios, á vuestra patria y á mi corona, y para vos ganar prez y honra inmortal es, cual veis, la mejor que se pudiera pensar. Con la toma desta ciudad y con sus despojos quedaréis ricos y bien parados; con su sangre vengaréis la de vuestros deudos y hermanos, y yo por vuestro trabajo conquistaré un nuevo reino y estado. Los de dentro son pocos en número, sin aliento por la hambre que padecen, enfermedades, trabajos. ¿Quién será tan de tan poco ánimo que no arremeta y cierre con los enemigos y por aquellos muros aportillados no se haga camino con la espada para entrar en la ciudad? A Dios teneis favorable, por cuyo nombre peleais; este será el remate de vuestros largos trabajos y fatigas, principio de alegría y de descanso. Los flacos y temerosos, si alguno hobiese, correrán mas peligro; en el ánimo y osadía consiste la seguridad de los que valientemente pelearen.» Dichas estas razones, mandó dar señal de acometer y cerrar por una, dos y tres veces. Los soldados se detenian; no se qué miedo y espanto los tenia casi pasmados. El Rey, «¿qué esperais, dice, soldados? Qué haceis? Acometed y embestid con vuestro ánimo acostumbrado; los enemigos son los mismos que hasta aquí; ¿qué dudais?» Despertados con estas palabras como de un sueño, arremeten de golpe y de tropel con gran grita y alarido; los moros acuden á todas partes con gran coraje para defender la entrada; hacen el último esfuerzo. Encendióse la batalla y la refriega en diversos lugares. Por conclusion, muertos y heridos muchos de los enemigos, se entró la ciudad, que saquearon los soldados á toda su voluntad, en que los unos y los otros se ensangrentaron. El rey Moro, perdida toda esperanza, se escondió en cierto lugar secreto. De allí le sacaron; el rey don Jaime, como lo tenia jurado, para mayor afrenta le tomó por la barba, si bien con palabras corteses le animó y prometió que todo se haria bien. Tomada la ciudad, sin dilacion se entregó la fortaleza, en que hallaron un hijo de aquel Rey, en edad de trece años, que adelante bautizaron y se llamó don Jaime. Heredóle el Rey en tierra de Valencia, y dióle por juro de heredad la villa de Gotor, de que toman su apellido sus descendientes, caballeros principales de aquel reino; así bien como de otro caballero por nombre Carrocio, natural de Alemaña, noble, y que sirvió muy bien en esta guerra, y en recompensa de sus trabajos le dieron el lugar de Rebolledo, descienden los Carrocios, gente noble y principal, y que dura hasta nuestros tiempos, en el mismo reino de Valencia. Ganóse la ciudad de Mallorca, postrero dia de diciembre, entrante el año de Cristo de 1230. Acordó el Rey hacella catedral y poner en ella obispo, si bien los canónigos de Barcelona pretendian pertenecerles aquel obispado por escrituras que alegaban, del todo olvidadas y desusadas; así no salieron con su pretension. Los demás castillos y pueblos de toda la isla con facilidad vinieron á poder de cristianos; mas ¿cómo pudieran

sustentarse perdida la ciudad principal? Apaciguada la tierra y dado asiento en las cosas del nuevo reino, los mas soldados dieron vuelta para sus casas y el Rey pasó á Cataluña. En este mismo año la religion de nuestra Señora de la Merced, que se instituyó pocos años antes, segun que de suso queda apuntado, su modo de vivir y la regla que profesan, fué aprobada por el papa Gregorio IX, como parece por su bula, dada en Perosa, ciudad de Toscana, á 17 de enero deste mismo año, segun que rezan las constituciones desta órden al principio.

CAPITULO XV.

Que el reino de Leon se unió con el de Castilla.

En el mismo tiempo que los de Aragon emprendieron la conquista de Mallorca y la ganaron, el rey don Alonso de Leon con sus huestes y las de su hijo hizo una nueva entrada en tierra de moros. Púsose con sus gentes sobre Cáceres, villa principal de Extremadura y que otras veces habia intentado de tomalla y no pudo salir con ello. Era príncipe brioso y denodado, las fuerzas que llevaba eran mayores que antes, y así pudo salir con la empresa, y aun pasó adelante animado con este principio á poner sitio sobre la ciudad de Mérida, que en otro tiempo fué la mas principal de aquellas partes y de presente era populosa y grande. El rey moro Abenhut, sabido lo que pasaba, por ganar reputacion entre su gente acordó de ir con su hueste en socorro de los cercados. Su venida y determinacion puso en cuidado al rey don Alonso; por una parte se recelaba de ponerse al trance de una batalla por la poca gente que tenia, por otra el miedo de la infamia, si se retiraba, le aquejaba mucho mas; que á tales personajes la afrenta suele ser mas pesada que la misma muerte. Para resolverse juntó á consejo los capitanes, los pareceres fueron diferentes, como es ordinario. Los mas en número y de mayor prudencia querian se excusase la batalla con aquel enemigo que venia poderoso y bravo; mas el Rey todavía se arrimó al parecer contrario de los que se mostraban mas animosos y honrados. Tomada esta resolucion, ordenó sus haces en guisa de pelear; lo mismo hicieron los moros, que ya tenian allí cerca sus estancias. Dióse la señal de acometer; resonaban las trompetas, las cajas, los atabales por todas partes. Cerraron con grande ánimo los unos y los otros. La batalla por algun espacio fué muy herida y sangrienta, pero en fin, el valor de los cristianos sobrepujó la muchedumbre de los paganos. La victoria fué tan señalada y el destrozo de los enemigos de Cristo tan grande, que de miedo muchos pueblos de aquella comarca quedaron yermos por huirse sus moradores por diversas partes. Díjose por cosa cierta que el apóstol Santiago y en su compañía otros santos con ropas blancas en lo mas recio de la batalla esforzaron á los nuestros y amedrentaron á los contrarios; y aun en Zamora no faltaron personas que publicaron haber visto á san Isidoro, que con otros santos se apresuraba para hallarse en aquella batalla en favor de los cristianos. La verdad ¿quién la podrá averiguar? La alegría de victorias semejantes suele dar ocasion á que se tengan por ciertos cualquier suerte de milagros. Despues desta rota los de Mérida, por no tener esperanza les vendria otro socorro, abrieron las puertas á los vencedores, que fué el fruto principal de la victoria. Demás que desta vez se ganó y vino á poder de cristianos la ciudad de Badajoz, puesta en aquella parte por do parten términos Extremadura, Andalucía y Portugal. El rey don Alonso, que en el cuento de los reyes de Castilla y de Leon se pone por noveno de aquel nombre, acabadas cosas tan grandes y porque el tiempo cargaba, despidió su gente para que se fuese á invernar, resuelto de revolver con mayores fuerzas sobre los moros luego que el tiempo diese lugar. Atajó la muerte sus buenos intentos, que le sobrevino en Villanueva de Sarria, de una dolencia aguda que allí le acabó al fin deste año, yendo á visitar el sepulcro del apóstol Santiago, para en él cumplir sus votos y dar gracias á Dios por mercedes tan señaladas; su cuerpo sepultaron en aquella iglesia de Santiago. De doña Teresa, su primera mujer, dejó dos hijas, doña Sancha y doña Dulce; de la reina doña Berenguela quedaron don Fernando, que ya era rey de Castilla, y don Alonso, que fué señor de Molina, y doña Berenguela, que casó con Juan de Brena, rey de Jerusalem. Tuvo otro hijo fuera de matrimonio, que se llamó don Rodrigo de Leon. Reinó por espacio de cuarenta y dos años, fué valeroso y esforzado en la guerra, tan amigo de justicia, que á los jueces, porque no recibiesen de las partes ni se dejasen negociar, señaló salarios públicos, y los castigaba con todo rigor si en esto excedian. Verdad es que escureció y amancilló las demás virtudes de que fué dotado con dar orejas á chismes y reportes de los que andaban á su lado; falta muy perjudicial en los grandes príncipes. El odio que tuvo á su hijo don Fernando, de cuya virtud y santidad se debiera honrar mas que de otra cosa, fué grande, y le duró por toda la vida, tanto que en su testamento nombró por sus herederas á las dos infantas, sus hijas mayores. Por esta causa, para prevenir inconvenientes y pasiones, era forzoso que el rey don Fernando, pospuesto todo lo al, se apresurase para tomar posesion de aquel reino, si bien á la sazon se hallaba ocupado en la guerra que hacia en Andalucía; príncipe esforzado y valeroso y que no sabia reposar ni miraba por su salud á trueque de adelantar el partido de los cristianos. Puso cerco sobre Jaen, pero aunque la apretó con todo su poder, teníanla tan pertrechada de gente y de todo lo demás, que no pudo ganalla. Pasó con su campo sobre Daralherza. En este cerco estaba ocupado cuando le vinieron nuevas de la muerte de su padre. Aconsejábanle los que con él estaban, y entre ellos don Rodrigo, arzobispo de Toledo, diese la vuelta. Solicitábale sobre todos su madre, y cada dia cargaban mensajes de todas partes en esta misma razon. Bien entendia él que le aconsejaban lo que era bueno y que la dilacion le podria empecer mas que todo; pero aquejábale en contrario el deseo de llevar adelante la empresa del Andalucía. Su madre, con el cuidado que el amor de hijo le daba y por los miedos que él mismo le ocasionaba, acordó partirse para hablalle. En Orgaz, que está cinco leguas de Toledo, camino del Andalucía, se encontraron madre y hijo. Allí tomaron su acuerdo, que fué sin mas dilacion apresurar el camino para el reino de Leon, sin detenerse ni en Toledo ni en otra parte alguna. Hízose así, y el Rey luego que llegó al reino de Leon, le halló mas llano de lo que se pensaba. Los pueblos le abrian las puertas y

le festejaban. Llamábanle rey pio y bienaventurado, con otros muchos títulos y renombres que le daban. Coronóse en Toro, honra debida á aquella ciudad por ser la primera que le ofreció la obediencia por sus cartas. Los ricos hombres no estaban del todo llanos, antes algunos seguian la voz de las infantas, con algunos pueblos que se los arrimaban. Pudiera resultar desta division algun grande inconveniente, si los prelados de aquel reino no ganaran por la mano, cuyo oficio es no solo predicar al pueblo y administralle las cosas sagradas, sino mirar por el bien y pro comun; y así, visto por quien estaba la justicia, enfrenaron sus particulares aficiones con la razon y dieron de su mano el reino á quien venia de derecho. Los principales en este número fueron Juan, obispo de Oviedo; Nuño, de Astorga; Rodrigo, de Leon; Miguel, de Lugo; Martin, de Mondoñedo; Miguel, de Ciudad-Rodrigo; Sancho, de Coria. Doña Teresa, madre de las infantas, acudió de Portugal para dalles como á hijas el ayuda y consejo necesario. Parecióle seria mas acertado concertarse con su antenado, y para esto se vió con doña Berenguela, madre del Rey, en Valencia la de Galicia; en esta vista y habla se acordaron que las infantas cediesen á su hermano el derecho que pretendian tener al reino, y que él les acudiese cada un año con treinta mil ducados para sus alimentos. Tomado este asiento, el rey de Leon, do estaba, partió para Valencia, las infantas fueron á Benavente para visitalle y verse con él. Al arzobispo don Rodrigo, en premio del trabajo que tomó en todos estos tratos y caminos tan largos y tan continuos que hacia sin cansarse jamás, dió el Rey en aquella tierra la villa de Cascata. Por esta manera el reino de Leon tornó á juntarse con el de Castilla á cabo de setenta y tres años que andaba dividido, no sin perjuicio y daño de todos. La union y atadura que en el rey don Fernando y sus descendientes se hizo y se ha continuado hasta nuestros tiempos fué principio y como pronóstico de la grandeza que hoy tienen los reyes de España.

CAPITULO XVI.

De algunas vistas que diversos reyes tuvieron entre sí.

Don Sancho, rey de Navarra, por sobrenombre llamado el Fuerte, título que en su mocedad le dieron sus hazañas, mudado el modo de vivir y la traza en esta sazon á causa de su mucha grosura y de la poca salud que tenia, se estaba retirado en el castillo de Tudela sin cuidar mucho del gobierno. Deste retiramiento los vasallos tomaron ocasion de atreverse y de alterarse, en especial en Pamplona, que diversas veces se alborotó por este tiempo. La falta del castigo hace á los hombres osados, y la dolencia de la cabeza redunda en los demás miembros. Asimismo don Lope Diaz de Haro, señor de Vizcaya, con golpe de gente por la parte de la Rioja hizo entrada en las tierras de Navarra, y en ella se apoderó de algunos pueblos y castillos. Sospechóse que el rey don Fernando tenia en esto parte, y que por su consejo y con sus fuerzas se encaminaban estas tramas. Lo que hacia mas al caso que Teobaldo, conde de Campaña en Francia, sobrino de aquel Rey por ser hijo de su hermana doña Blanca, infanta de Navarra, y que si tuviera paciencia habia de heredar aquella corona por no tener el Rey hijos, con demasiada priesa traia sus inteligencias con los señores de aquel reino para desposeer á su tio; grande crueldad y que le puso en condicion de perder lo que tenia en la mano. Porque el rey don Sancho, avisado de lo que pasaba y punzado del dolor que estos desórdenes le acarreaban, visto que por sí no tenia fuerzas bastantes para contrastar con los suyos y con los extraños, acordó buscar socorros de fuera y de camino vengarse de aquellos ultrajes y deslealtad. El rey don Jaime, acabada la empresa de Mallorca, ganara renombre de esforzado y valeroso en tanto grado, que los demás príncipes á porfía pretendian su amistad y buena gracia. Acordó envialle sus embajadores para rogalle se fuese á ver con él en Tudela para comunicalle algunos negocios muy graves y que no se podian tratar en ausencia por terceros. Hallábase el rey don Jaime en Zaragoza, donde por la via de Poblete y de Lérida era venido despues de la conquista de Mallorca. No le pareció dejar pasar aquella ocasion, que, segun él imaginaba, se le presentaba de acrecentar su estado; así, sin pedir otra seguridad, se vino para el rey don Sancho. Mostráronse mucho amor de la una parte y de la otra. Acabados los comedimientos y cortesías, entraron en materia y trataron de lo que importaba. Querellóse don Sancho de su sobrino el conde Teobaldo, que sin respeto al deudo ni tener paciencia para esperar su muerte, con sus malas mañas le alteraba los vasallos. Del rey don Fernando dijo que, sin embargo que tenia tantas provincias, era su ambicion tan grande, que con los nuevos ditados le crecia el apetito de mandar, mal desasosegado y incurable. Que tenia pensado valerse de sus fuerzas, de su dicha y de su maña, recobrar lo de Vizcaya, que le tenian contra derecho usurpado, y reprimir los insultos y intentos de Francia, y juntamente sosegar los naturales para que no se atreviesen. En recompensa de su trabajo le queria dejar aquel reino para despues de sus dias, y para mas asegurallo desde luego nombrallo por su sucesor y adoptalle por hijo, como lo hizo por estas palabras: Yo os nombro por mi heredero por via de adopcion para que hayais y poseais esta corona. Prospere Dios, nuestro Señor, y ayude esta nuestra voluntad; que bien entiendo despues de mis dias miraréis por mis vasallos, y mientras viviere haréis lo que de un buen hijo puede su padre esperar. Aceptó el rey don Jaime esta adopcion y la buena suerte que se le presentaba. Para dar mejor color á todo concertaron que la adopcion fuese recíproca, de suerte que cualquiera de los dos que faltase, el otro le sucediese en el reino. Era cosa ridícula y juego que un mozo y que se hallaba en lo mejor de su edad, además que tenia hijo y heredero, prohijase un viejo doliente y que estaba en lo postrero de su vida. Puédese sospechar que el Navarro por su edad y dolencia no estuviese muy entero. A los 4 de abril se otorgaron las escrituras deste concierto, que confirmaron los señores que de Aragon y Navarra se hallaron presentes. Demás desto, el Navarro dió al de Aragon prestados para los gastos de la guerra cien mil sueldos, y en prendas recibió para seguridad de la deuda ciertos pueblos de Aragon. En esto vino nueva que el rey de Túnez aprestaba una gruesa armada para recobrar la isla de Mallorca, que hizo despedir las vistas y abreviar, y forzó al rey don Jaime á dar la vuelta á Zaragoza para acudir á la defensa, si necesario fuese.



En este tiempo falleció Aurembiase, dejó en su testamento el condado de Urgel, y Valladolid en Castilla al infante don Pedro, su marido, por no tener hijos; de que resultaron nuevos inconvenientes á causa que don Ponce de Cabrera acudió á los derechos y pretensiones antiguas de su casa, resuelto, si no le hacian razon, de valerse de las armas y de la fuerza. Atajó el Rey con su prudencia la tempestad que se armaba. Concertó que al nuevo pretensor se diese aquel condado, fuera de la ciudad de Balaguer, que retuvo para sí, y al Infante mientras que viviese entregó la isla de Mallorca para que la gobernase en su lugar y como teniente suyo. Tomado este acuerdo, el Rey del puerto de Salu se hizo á la vela y aportó á Mallorca. Supo que el rey de Túnez por aquel año no venia; por esto sin hacer otra cosa dió la vuelta para su casa. El rey don Fernando se ocupaba en visitar el nuevo reino de Leon á propósito de granjear las voluntades de la gente con todo género de buenas obras y mercedes que les hacia. En el entre tanto encargó el cuidado de la guerra contra moros al arzobispo don Rodrigo, y en recompensa le hizo merced de la villa de Quesada, á tal que echase della los moros, á cuyo poder era vuelta. Venido pues el verano, el Arzobispo con gente rompió por aquella parte, corrió los campos, hizo presas, quemó las mieses que ya estaban sazonadas, y no solo ganó de los moros á Quesada y Cazorla, villas puestas en los pueblos que antiguamente se llamaron bastetanos, sino tambien les tomó á Cuenca, Chelis, Niebla, que llamaron los romanos Elepla, con otros pueblos comarcanos de menor cuenta. Este fué el principio del adelantamiento de Cazorla, que por largos tiempos por merced y gracia de los reyes poseyeron los arzobispos de Toledo, que nombraban como lugarteniente suyo al Adelantado, hasta tanto que en nuestros dias don Juan Tavera, cardenal y arzobispo de Toledo, le dió por juro de heredad para sus descendientes á don Francisco de los Cobos, comendador mayor de Leon, al cual de secretario suyo levantó á grande estado y dignidad el favor y privanzá que alcanzó con el emperador Cárlos V, rey de España. Verdad es que don Juan Silíceo, sucesor del dicho Cardenal, pretendió por pleito revocar aquella donacion, como hecha en notable perjuicio de su iglesia; pero ni él ni sus sucesores salieron con su pretension hasta que don Bernardo de Rojas y Sandoval, cardenal de Toledo, concertó la diferencia y restituyó á su iglesia aquella dignidad. Quesada, porque volvió á poder de moros y adelante la recobró con sus armas el rey don Fernando, se quedó por los reyes de Castilla. Por estos tiempos Juan de Brena, rey de Jerusalem, perdido casi todo aquel reino, pasó por mar en Italia. Era francés de nacion, solicitó á los príncipes de Europa que le ayudasen con sus gentes para recobrar su reino. De camino casó á Violante, única hija suya, con el emperador Federico II, que por este casamiento tomó título de rey de Jerusalem, y dél se quedó en los reyes de Sicilia, sus sucesores en aquel reino, hasta pasar con él y continuarse en los reyes de Aragon y de España sucesivamente. Solemnizadas estas bodas, el rey Juan de Brena pasó en España y aportó por mar á Barcelona, año de 1232. Hospedóle el rey de Aragon con mucho amor y regalo y le tuvo consigo algun tiempo. Fuése desde allí á Santiago de Galicia por voto que tenia hecho de visitar aquel santuario. Honróle mucho el rey don Fernando, y para mayor muestra de amor, si bien era extranjero y su estado en balanzas, le dió por mujer á su hermana la infanta doña Berenguela á la vuelta de su romería. Concluidas las bodas, dió aquel Príncipe vuelta á Italia para, con los socorros que juntó, pasar á la guerra de la Tierra-Santa. El suceso no fué conforme á sus esperanzas ni trabajos que por fuerza sufrió en viaje tan largo. Los *Anales de Toledo*, á quien damos mucho crédito, señalan la venida deste Rey á España ocho años antes desto, y que el rey don Fernando le recibió solemnemente en Toledo, dia viérnes, á 12 de abril. La verdad es que vuelto á Italia, perdida la esperanza de recobrar su reino, por órden del Papa se encargó del imperio de Constantinopla, por ser de poca edad el emperador Balduino y estar aquel imperio que tenian los franceses á punto de perderse. Casó el mozo Emperador con María, hija de aquel Rey y de su mujer doña Berenguela. Este quiso fuese el premio de los trabajos que pasó en aquel gobierno y tutela. En Castilla los soldados de las órdenes militares se juntaron con el obispo de Plasencia, y de consuno ganaron de los moros á Trujillo, pueblo principal de la Extremadura. La toma fué á los 25 de enero. El rey don Jaime pasó tercera vez á Mallorca, y se apoderó de la isla de Menorca, que la de Ibiza, una de las Pitiusas y la mayor en el mar Ibérico, se conquistó el año adelante de 1234. Guillen Mongrio, prelado de Tarragona, sucesor de Asparge, ya difunto, envió sus gentes para este efecto, y por esta causa quedó aquella isla sujeta á su diócesi y obispado, como era razon. Este año, á los 7 de abril falleció en Tudela el rey don Sancho de Navarra. Su cuerpo enterraron en Nuestra Señora de Roncesvalles, convento de canónigos reglares, que él mismo edificó á su costa y le dotó de buenas rentas. Traen en el pecho una cruz azul en forma de cayado ó de báculo, por lo demás el hábito es de clérigos ordinarios. Los navarros, luego que murió su Rey, llamaron á Teobaldo, conde de Campaña, como á pariente mas cercano. Coronóse por el mes de mayo en Pamplona. Un autor dice que el rey de Aragon, si bien tuvo aviso de todo, disimuló y no quiso irles á la mano ni seguir su derecho; que por ventura la conciencia le remordia para no preténderlo que no era suyo. Las guerras que emprendió adelante dan á entender que si disimuló fué por un poco de tiempo hasta desembarazarse y aprestarse para seguir su derecho de adopcion, que le tenia por bien fundado; mas la esperanza de salir con su intento era poca por la aversion que mostraban los naturales. Teníale otrosí puesto en cuidado un nuevo casamiento que trataba para sí con doña Violante, hija del rey de Hungría, que procuraba estorbar con todas sus fuerzas el rey don Fernando, porque todavía deseaba reconciliarle con su tia doña Leonor, que repudió los años pasados. Andaban embajadas sobre el caso; y porque por via de terceros no se concluia nada, acordaron los dos reyes de verse en el monasterio de Huerta, puesto á la raya de los dos reinos. Allí se hablaron á los 17 de setiembre. No se hizo efecto alguno en el negocio principal por razones que el Aragonés alegó en su defensa; solo demás de los pueblos que antes tenia dió á la reina doña Leonor la villa de Hariza, en que pasase su soledad; y para mayor entretenimiento vino en que su hijo quedase en su compañía hasta tanto que fuese de mas edad. Empleaba esta señora su tiempo y sus rentas en obras de piedad; en

particular á su costa, cerca de Almazan, fundó un monasterio de Premostre, órden cuyo fundador no muchos años antes deste tiempo fué Humberto, natural de Lorena en Francia. El nombre de premostratenses tomaron estos religiosos del primer monasterio que edificaron en el bosque de Premostre.

CAPITULO XVII.

El principio que tuvieron las conquistas de Córdoba y Valencia.

Acabada la habla y las vistas, los dos reyes de Aragon y Castilla volvieron á proseguir la guerra santa contra los moros. Los aragoneses, feroces con la victoria de Mallorca y con odio que tenian al rey Zaen, que estaba por fuerza apoderado del reino de Valencia y habia entrado por las tierras de Aragon robando y quemando aldeas y villas hasta llegar á Amposta y Tortosa, determinaban intentar la guerra de Valencia. Los castellanos proseguian la guerra comenzada en el Andalucía. La division que á esta sazon tenian entre sí los moros daba esperanza de buen suceso á los fieles, porque entre ellos andaban todos estos bandos: almohades, almoravides, benamarines, benadalodes. Era de tal manera la division y desconcierto, que aunque nadie les diera empellon, el mismo reino se cayera de suyo y se fuera á tierra. Concedieron los de Cataluña al Rey el tributo que llaman bovático para la guerra de Valencia, que no suelen conceder sino en el último aprieto y extrema necesidad. Muchos de los cristianos comenzaron á hacer entradas en las tierras de los moros; talaban y robaban lo que podian, especialmente don Blasco de Alagon, que tomó de los moros á Morella, pueblo fuerte. Este buen agüero y pronóstico para la guerra siguiente, que una persona particular hiciese tan buen efecto, al Rey dió pesadumbre; sentia que ninguno se le adelantase en dar principio á esta guerra. El castigo fué que tomó aquella villa para sí y dió á don Blasco en recompensa la villa de Sástago, que fué el principio de la guerra de Valencia y de los condes de Sástago, principal casa de aquel reino. Despues de tomado Morella, otro pueblo llamado Burriana, pasados dos meses de cerco, se entregó al Rey con condicion que á los moradores les concediese la vida y libertad. Salieron deste pueblo siete mil personas entre hombres y mujeres. Grave daño fué para los moros la pérdida destos dos pueblos, que con la fertilidad de sus campos sustentaban en aquella comarca otras muchas villas y castillos, á los cuales fué asimismo forzoso rendirse. De los primeros fué Peñíscola, á quien llama Ptolemeo Quersoneso, y con ella Castellon y Buñol. Don Jimeno de Urrea tomó á Alcalaten; por esto se hizo merced de aquel lugar y señorío á la nobilísima familia de los Urreas continuado hasta este tiempo. Mas adentro, en medio del reino de los moros, á la ribera del rio Júcar, conquistaron la villa de Almazora; entráronla los nuestros de noche, y así los moros huyeron sin ponerse en defensa. En este tiempo el rey don Fernando, apaciguadas las cosas de Leon, dejó allí la Reina para ganar mas con esto las voluntades de aquella gente. Hecho esto, en Castilla se guarneció de un grande ejército con determinacion de proseguir la guerra del Andalucía, que por algun tiempo forzosamente se habia dejado. Puso cerco sobre Ubeda y combatióla con todo género de máquinas, y aunque por ser de suyo ciudad principal y estar cerca de Baeza no mas de una legua, la tenian fortalecida de muchos valientes soldados de guarnicion, baluartes y vituallas para entretenerse mucho tiempo; pero la fortaleza y constancia del Rey venció todas las dificultades y se entregaron los moradores, salvas solamente las vidas. Por otra parte las órdenes tomaron á Medellin, Alfanges y Santa Cruz. La alegría destas victorias se mezció y turbó con nueva pérdida, como es muy usado en esta vida mortal y llena de mudanzas. La Reina, mientras el Rey andaba ocupado y contento con el buen suceso que Dios le daba en la guerra, falleció en la ciudad de Toro. Llevaron su cuerpo al monasterio de las Huelgas de Búrgos; las exequias se le hicieron muy solemnes y el entierro. De allí fué trasladado su cuerpo á la ciudad de Sevilla despues de algunos años, donde junto con su marido la sepultaron y yace, con quien vivió muy unida en amor y voluntad. Tomada Ubeda, el Rey se volvió á Toledo, determinado de visitar otra vez las ciudades y villas del reino de Leon; con estos halagos pretendia ganar las voluntades de los nuevos vasallos. Los soldados que quedaron en el presidio de Ubeda hicieron una entrada en tierra de Córdoba, quemaron y talaron aquella campiña. Algunos de los moros, llamados vulgarmente almogárabes, fueron presos en esta cabalgada. Almogárabes se llamaban los soldados viejos y que estaban puestos en los castillos de guarnicion. Estos cautivos dieron aviso que se ofrecia buena coyuntura para tomar á Córdoba, sea que pretendiesen ganar la gracia de sus señores ó que estuviesen mal con los de aquella ciudad. El arrabal de Córdoba, que llaman Ajarquía, está pegado con las murallas, y le tenian á su cargo este género de soldados, que dieron lugar á los cristianos para que de noche por aquella parte escalasen la ciudad y la entrasen; que fué el año de nuestra salvacion de 1235, á los 23 de diciembre. El número de los soldados que entraron era pequeño para salir con empresa tan grave. Tomaron solamente algunas torres y apoderáronse de la puerta de Mártos con intento y esperanza que les acudirian socorros de todas partes; así, despacharon á toda priesa mensajeros que avisasen de lo hecho y del aprieto en que quedaban, si no les acorrian con toda presteza. A la verdad, los moros luego que amaneció, sabido lo que pasaba y que la ciudad era entrada, se pusieron á punto para combatir aquellas torres y lanzar por fuerza á los que en ellas estaban. Don Alvar Perez de Castro, cuya lealtad y valor fué muy conocido despues que se redujo, desde Mártos, do se hallaba, fué el primero que acudió á lo de Córdoba. Lo mismo hizo el Rey; luego que llegó el aviso, partió de la ciudad de Leon, y aunque la distancia era grande y el tiempo del año muy contrario, acudió con buen golpe de soldados allegados de presto; dejó otrosí mandado á los caballeros y ayuntamientos de las ciudades que fuesen en su seguimiento. Está en el camino un castillo, que se dice Bienquerencia, parecióles probar si le podrian rendir. El alcaide del castillo sirvió al Rey con vituallas; pero en lo que tocaba á entregarse, dijo no lo podia hacer hasta ver lo que se hacia de Córdoba, cuya autoridad seguia; que rendida la ciudad, prometia hacer lo mismo. Dejada pues esta fuerza pasaron con presteza adelante. Halló el Rey que de muchas partes habian acudido al

socorro muchos soldados, si bien todos ellos no llegaban á hacer bastante ejército. El rey Abenhut se hallaba en esta sazon en la ciudad de Ecija, aprestado para cualquiera ocasion que se le presentase con un poderoso campo. Don Lorenzo Suarez por andar desterrado seguia el partido y reales deste Rey. El Moro no estaba determinado si acudiria á los moros de Valencia, si á los de Córdoba, por estar la una ciudad y la otra en un mismo peligro y hacelle instancia de ambas partes por socorro. La conquista de Valencia se encaminó desta suerte. El rey de Aragon probó á conquistar á Culleta, mas cesó de la conquista por la falta de piedras que halló en aquel campo, para tirar con los trabucos; cosas pequeñas en las guerras tienen grande vez y son de mucha importancia; verdad es que en la llanura de Valencia fué tomado el castillo de Moncada por los aragoneses, y luego le echaron por tierra porque los demás moros escarmentasen con aquel ejemplo y castigo. Todo esto supo en un mismo tiempo el rey Abenhut. Estaba confuso, que no sabia en qué determinarse ni qué consejo tomase. Envió á don Lorenzo Suarez para que espiase lo que pasaba; él, deseando con algun señalado servicio volver á la gracia del rey don Fernando, comunicólo en secreto el intento de los moros y el estado de sus cosas. Avisado de lo que debia hacer, volvió al rey Moro, engrandecióle nuestras fuerzas mucho mas de lo que eran; díjole que el aparato y ejército era muy grande, mostraba en el rostro tristeza y miedo, mentiroso, es á saber, y fingido. Esta maña y artificio fué causa que el rey Moro no tratase de socorrer á Córdoba en gran pro de los cristianos; que si el Moro viniera, no fueran bastantes para resistir y hacer contraste á los de la ciudad y á los de fuera. La alegría que los nuestros recibieron por esta causa aumentó una nueva cierta que vino que el rey Moro pocos dias despues que pasó esto en la ciudad de Almería, en que estaba á punto para ir al socorro de Valencia, fué muerto por los suyos. Avino esta muerte muy á buen tiempo, porque el Moro era diligente y valeroso príncipe, elocuente en hablar, diestro en persuadir lo que queria, sosegar y amotinar la gente segun que le venia mas á cuento, robaba lo ajeno y daba de lo suyo francamente. En fin, en aquel tiempo, ni en paz ni en guerra, ninguno le hacia ventaja, y fuera gran parte si viviera para que las cosas de los moros se restauraran en España.

CAPITULO XVIII.

Cómo la ciudad de Córdoba se ganó de los moros.

En el medio casi de la Andalucía, en la parte que antiguamente se tendian los pueblos llamados túrdulos, está edificada la ciudad de Córdoba. Su asiento en un llano á las faldas de Sierramorena, que se levanta á la parte de septentrion ó norte, forma algunos recuestos y collados. A la mano izquierda la baña el rio famoso Guadalquivir, que por entrar en él muchos rios es tan grande que se puede navegar. La figura y forma de la ciudad es cuadrada; extiéndese por la ribera del rio, y así es mas larga que ancha. El tiempo que los moros la tuvieron en su poder asentaron en ella los reyes su casa y silla real y le quitaron mucho de su hermosura y gentileza, como gente que ni sabe de arquitectura ni de edificios ni se precia de algun primor. Antiguamente tenia cinco puertas, ahora tiene siete; los arrabales de fuera son tan grandes como una entera ciudad, especialmente el que dijimos se llama de Ajarquia, á la ribera del rio, á la parte de levante, que está todo cercado de muro y pegado con la ciudad. El alcázar del Rey y su casa está á la parte del poniente cercada con su muro particular; una puente muy hermosa puesta sobre el rio, cuya cepa comienza desde la iglesia mayor. Antiguamente se llamó Colonia Patricia, porque en sus principios la habitaban los príncipes y escogidos de los romanos y de la tierra, como lo dice Estrabon; fué siempre madre de grandes ingenios, excelentes en las artes de la guerra y de la paz; los campos de la ciudad son hermosos y fértiles; danse toda manera de frutos y esquilmos, alegres por su mucha frescura y arboleda. No solo tienen esto en la llanura, sino los mismos montes con las copiosas fuentes crian viñas y olivares y toda manera de árboles. En estos montes, una legua de la ciudad, está edificado un monasterio de frailes de San Jerónimo, en que parecen rastros de Córdoba la Vieja, que edificó Marco Marcello desde sus principios, ó sea que la aumentó y adornó en el tiempo, es á saber, que fué pretor en España. Este sitio se entiende que por ser malsano le trocaron en el lugar en que al presente está. La toma desta ciudad fué desta suerte: los cristianos se apoderaron de una parte de los muros, el rey don Fernando luego que llegó puso cerco sobre lo demás. Corria el año 1236. Defendiéronse los moros con grande esfuerzo como los que se hallaban en el último aprieto, que suele hacer á los hombres esforzados. El gran número de gente que dentro tenian y los socorros que de fuera esperaban, los hacia asimismo confiados. Muchas veces por las plazas y por las calles peleaban valientemente los unos por salir con la empresa, los otros por la patria y por la libertad. Gastóse algun tiempo en esto, hasta tanto que por la fama y por dicho de algunos cautivos que prendieron los de dentro supieron lo que pasaba acerca de la muerte de Abenhut, rey de Granada, y juntamente que don Lorenzo Suarez se era pasado á la parte de los cristianos y se hallaba con los demás en aquel cerco. Con esto, perdida la esperanza de poderse defender con sus fuerzas y de ser socorridos de fuera, acordaron de rendirse. Tuvieron plática sobre ello personas señaladas de ambas partes; los del Rey encarecian sus fuerzas para sujetar los rebeldes, su clemencia para con los que se rendian; los moros, si bien entendian el aprieto en que estaban, no venian en lo que era razon. Pasábase el tiempo en demandas y respuestas, en proponer condiciones y en reformallas. Los cristianos, vista su porfía y que de cada dia los cercados se hallaban en mayor aprieto, se aprovechaban de la dilacion para agravar las capitulaciones, y á los moros era forzoso pasar por lo que antes desechaban, como suele acontecer á los duros y porfiados. Finalmente, de grado en grado se redujeron á término de entregar la ciudad, con solo que les concediesen las vidas y libertad para irse cada cual donde mejor le estuviese. Hízose la entrega en 29 de junio, dia de San Pedro y San Pablo; en señal de la victoria en lo mas alto de la iglesia mayor levantaron una cruz y con ella el estandarte real, que se podia ver de todas partes. La iglesia, con las ceremonias acostumbradas, de mezquita que era, la mas famosa de España, la consagraron diversos obispos que seguian

la guerra y se hallaron en la toma. Señalaron por primer obispo de aquella ciudad á fray Lope, monje de Fitero, convento situado cerca del rio de Pisuerga. Conformóse en todo esto con la voluntad del Rey, y puso en todo la mano don Juan, obispo de Osma, que suplia las veces por su comision del primado don Rodrigo, arzobispo de Toledo, que á la sazon estaba ausente y era ido á Roma. Juntamente le dejó los sellos reales para ejercitar en su lugar el oficio de chanciller mayor, dado por los reyes los años pasados á los arzobispos de Toledo en la persona del mismo don Rodrigo. No se contentó el Rey con lo hecho, antes por acordarse y saber que docientos y sesenta años antes deste en que vamos los moros hicieron traer las campanas de Santiago de Galicia en hombros de cristianos, mandó que de la misma manera las llevasen los moros hasta ponellas en su lugar; recompensa bastante y emienda de aquella befa y afrenta. Idos los moros, quedaba la ciudad sola y yerma; prometió el Rey por sus cartas muchos privilegios á los que viniesen á poblar, con que acudieron muchos, y entre ellos repartieron las casas y heredades. Quedó por gobernador de aquella ciudad don Alonso de Meneses, y don Alvaro de Castro por general de aquellas fronteras, el uno y el otro con todo el poder y autoridad necesaria. A los títulos reales se añadió el de rey de Córdoba y de Baeza, segun que consta por los privilegios y cartas reales que de aquel tiempo y del de adelante se hallan. La silla obispal de Calahorra por este tiempo se trasladó á Santo Domingo de la Calzada, á instancia de don Juan Perez, obispo de aquella ciudad. Pleitearon adelante las dos ciudades sobre este punto y preeminencia por algun tiempo, concertóse finalmente el debate, en que las hicieron iguales, de tal suerte, que ambas iglesias fuesen, como lo son hoy, catedrales.

CAPITULO XIX.

Cómo se ganó la ciudad de Valencia.

El rey de Aragon no cesaba de acosar los moros del reino de Valencia por todas partes y con toda manera de guerra. El rey Zoit andaba fuera de Valencia desterrado. Estaba de antes aficionado á mudar religion, y con la comunicacion de los cristianos finalmente se bautizó. Así lo habian profetizado en Valencia algunos años antes dos frailes de San Francisco, fray Juan y fray Pedro, los cuales él mismo por esta causa mandó matar. Instruido pues en la fe, le bautizaron y llamaron don Vicente. Esto se hizo secretamente, porque sabido por los moros, no cobrasen mas odio y indignacion contra él, que no tenia perdida la esperanza de recobrar su reino. Don Sancho Ahones, arzobispo de Zaragoza, procuró se casase conforme al uso de la Iglesia católica, porque con la mala costumbre y soltura que tenia antigua y con la mucha torpeza de su vida y deshonestidad, parecia que hacia burla de la religion cristiana que profesaba. La mujer que casó con él se llamó Dominga Lopez, natural de Zaragoza. Della nació una hija, llamada Alda Hernandez, mujer que fué despues de don Blasco Jimenez, señor de Arenos, que sucedió en otros muchos lugares que eran del Rey, su suegro, y los heredaron despues los de Arenos. El rey de Aragon para continuar la empresa comenzada, destruyó los campos de Ejerica, quemó las mieses que ya se vian sazonadas. Don Bernardo Guillen, tio del Rey de parte de madre, que tenia gran fama de valiente y habia hecho hazañas en las guerras señaladas, fué nombrado por general de la frontera de los moros de Valencia para que resistiese y enfrenase sus acometimientos y entradas. El mes de octubre siguiente hobo Cortes en la villa de Monzon, en que se trató de continuar y llevar adelante la guerra de Valencia y de ponella cerco. Acordaron otrosí por parecer de todos no se vedase por entonces cierta manera de moneda, llamada jaquesa, que tenia mucha mezcla de cobre, y los que se hallaban con ella temian que si la prohibian recebirian daño notable. Por esta causa se le concedió al Rey que cada casa de siete á siete años pagase al Fisco Real un maravedí. El castillo que se llamaba el Poyo de Santa María, con las guerras de los moros destruido, los cristianos le repararon, y don Bernardo Guillen le tenia con fuerte guarnicion. Zaen, rey de Valencia, emprendió con la gente que tenia, que se contaban seiscientos de á caballo y cuarenta mil peones, de combatir este castillo; los nuestros con increible ánimo y esfuerzo determinaron de salir de la fortaleza á pelear con los que en número de soldados les hacian ventaja; la cosa llegó al último aprieto, pero en fin la multitud y gran número de moros se rindió al esfuerzo y valentía, de suerte que los enemigos fueron maltratados, vencidos y ahuyentados. Publicóse por cierto que san Jorge ayudó á los cristianos y que se halló en la pelea. Acostumbran los hombres cuando las cosas suceden sobre todas las fuerzas y esperanza, atribuirlo á Dios y á sus santos, autóres de todo bien. Acrecentó la fe del milagro una imágen de nuestra Señora que se halló debajo de la campana que tenian en el castillo. Los moradores de la comarca hicieron luego una iglesia para acatalla, muy devota, y en que se hacen muchos milagros, como lo dicen los de aquella tierra. La batalla se dió el mes de agosto, año de 1237. Murió en ella don Rodrigo Lusia, caballero principal. El rey don Jaime, sabida la victoria y el peligro que los suyos corrian, partió luego para allá, especialmente que le vinieron nuevas, aunque falsas, que los moros volvian con nuevos soldados de refresco á la empresa. Con mayor ánimo y esfuerzo que prudencia, con solos ciento treinta de á caballo, llegó hasta mas adelante del Poyo y de Monviedro. Allí se encontró con un valiente escuadron de moros, que llegó hasta aquellos lugares á hacer rostro á los nuestros. Traia por capitan á don Artal de Alagon, que andaba desterrado entre los moros y era hijo de don Blasco. El peligro era grande; la constancia y fortaleza del Rey y su buena dicha remediaron el daño que se pudiera temer; sobre todo Dios, que proveyó se fuesen los moros por otra parte sin dar la batalla ni encontrarse con los fieles. El castillo del Poyo, por estar cerca de Valencia y léjos de Aragon, no se podia conservar sin mucha costa y peligro, especialmente que aquellos dias falleciera don Bernardo Guillen, tio del Rey, á cuyo cargo quedó la guarda de aquella plaza; que fué la causa que el Rey saliese de Zaragoza, en que tuvo el invierno, y se pusiese al riesgo ya dicho. Hizo merced á don Guillen Entenza, hijo del difunto, de todo lo que él poseia, oficios y tenencias, merced debida á los méritos y servicios de su padre. La tenencia del castillo se encomendó á don Berenguel Entenza, si bien los caballeros del reino eran

de parecer se debia desamparar. Perseveró el Rey en sustentar aquel castillo por ser de mucha comodidad para la conquista de Valencia. Y porque los soldados trataban de huir y dejalle secretamente, los juntó en la capilla del castillo, y juró en el ara consagrada solemnemente de no volver á su casa sin tomar á Valencia. Con esta resolucion los ánimos de los soldados que allí tenian se esforzaron y quedaron allí de buena gana; los de los contrarios de tal manera desmayaron, que Zaen envió á requerille de paz, y ofreció que daria muchos castillos y fortalezas y cierta cantidad de oro de tributo cada un año. El Rey, con la esperanza que tenia de ganar la ciudad, aunque contra el parecer de los suyos, todo lo desechó; mayormente que Almenara, Betera, Bulla y otros castillos muy importantes se le entregaron de su voluntad. Con esto se aumentaron los ánimos y la esperanza de los soldados. No tenia el Rey á esta sazon mas que mil peones y trecientos y sesenta hombres de á caballo. ¿Qué era esta gente para una empresa tan grande? Qué osadía y temeridad aventurarse con fuerzas tan pequeñas? Mas los consejos atrevidos por tales se tienen comunmente cuales son los remates; tal es el juicio de los hombres. Con tan poca gente, pasado el rio Guadalaviar, se atrevió á poner sitio á una ciudad tan grande y tan populosa. Asentaron los reales y los barrearon entre el Grao, que así se llama aquella parte del mar por ser á manera de escalones, y entre la ciudad, á iguales distancias, una milla de cada una destas dos partes. Valencia está situada en aquella parte de España que se llamó Tarraconense, en la comarca que habitaron antiguamente los edetanos. Su asiento en una gran llanura, fértil y abastada de todo lo necesario á la vida y al regalo, aunque el trigo le viene de acarreo y de fuera del reino para sustentarse. Es rica de armas y de soldados, abundante de mercadurías de toda suerte; de tan alegre suelo y cielo, que ni padece frio de invierno, y el estío hacen muy templado los embates y los aires del mar. Sus edificios magníficos y grandes, sus ciudadanos honrados, de suerte que vulgarmente se dice hace á los extranjeros poner en olvido sus mismas patrias y sus naturales. Las huertas y jardines muchos y muy frescos, viciosos en demasía; los árboles por su órden concertados, en especial todo género de agrura y de cidrales, cuyos ramos entretejen de manera, que ya representan diversas figuras de aves y de animales y diversos instrumentos, ya los enlazan á manera de aposentos y retretes, cuya entrada impide la fuerte trabazon de los ramos, la vista la muchedumbre y espesura de las hojas, que todo lo cubren y lo tapan á manera de una graciosa enramada que siempre está verde y fresca. Tales eran los campos Elisios, paraiso y morada de los bienaventurados, según que los fingieron los poetas antiguos. Tal y tan grande la hermosura desta ciudad, dada por beneficio del cielo, que puede competir en esto con las mas principales de Europa. A mano izquierda la baña el rio Guadalaviar, que pasa entre el muro y el palacio del rey, que llaman el Real, y está por la parte de levante pegado con la ciudad con una puente por do se pasa de la una parte á la otra. Sangran el rio con diversas acequias para regar la huerta y para beber los ciudadanos. Junto al mar cae la Albufera, distante por espacio de tres millas, de aire no muy sano, pero que recompensa este daño con la abundancia de toda suerte de peces que cria y da. Los muros de la ciudad eran entonces de figura redonda, mil pasos en contorno, cuatro puertas por donde se entraba. La primera, Boatelana, entre levante y mediodía; la segunda, Baldina, á setentrion; la tercera, Templaria, que tomó este nombre de una iglesia que allí edificaron los templarios, á la parte de levante; la cuarta, Jarcana, entre la cual y la Boatelana fortificó el Rey sus estancias, por ser el lugar mas cómodo para la batería y para los asaltos, á causa de cierto ángulo ó esconce que el muro hacia por aquella parte. Dábanse los cristianos toda diligencia en levantar y plantar sus máquinas y trabucos, de que entonces se usaba, para combatir las murallas. El rey Zaen, el primer dia que los cristianos llegaron, antes de fortificarse, sacó sus gentes al campo con muestra de querer pelear. Excusaron los cristianos la batalla por ser en pequeño número y porque de cada dia les acudian nuevas compañías. Halláronse presentes muchos prelados, ricos hombres y caballeros, un escuadron de franceses escogidos debajo la conducta de Aimillio, obispo de Narbona, socorros y gente de Ingalaterra que vinieron á la fama. Trabáronse los dias siguientes algunas escaramuzas, en que los contrarios llevaron siempre lo peor; que los enfrenó para no hacer en adelante tan de ordinario salidas. Arrimáronse al muro los del Rey; sacaron algunas piedras con picos y palancas, con que por tres partes aportillaron la muralla de suerte, que podia pasar un soldado por cada parte. Acudian los cercados á este daño y peligro con todo cuidado, segun el tiempo les daba. En el entre tanto Pedro Rodriguez de Azagra y Jimeno de Urrea con golpe de gente de la otra parte de Valencia rindieron la villa de Cilla. Descubrióse asimismo en la mar la armada del rey de Túnez, que venia en favor de los cercados, en número de diez y ocho galeras y naves. Surgió á vista de la ciudad, con que los moros cobraron ánimo y entraron en esperanza de poderse defender. Mas fué el ruido y el cuidado que el efecto, porque avisados los africanos que en Tortosa se aprestaba otra armada contra la suya, desancoraron, y sin poder dar socorro á la ciudad ni forzar á Peñíscola, que está en aquellas riberas de Valencia, y asimismo lo intentaron, dieron la vuelta. Comenzaron con esto á enflaquecer los de la ciudad, y por la gran falta de bastimentos y almacen, que cada dia se aumentaba, como suele, no solo por la estrechura presente, sino por el miedo de mayor falta. En nuestros reales, por el contrario, gran alegría, mucha abundancia de todo, si bien la gente era ya tanta, que llegaban á sesenta mil infantes y mil de á caballo. En todo se mostraba la prudencia del Rey, no menor que el esfuerzo y destreza en el pelear, tanto, que no se contentaba con hacer oficio de caudillo y mandar, sino que metia en todo las manos, tanto, que un dia por adelantarse mucho le hirieron con una saeta en la frente; la herida ni fué muy grave ni tampoco muy ligera; solos cinco dias estuvo retirado, que no salió en público. Vinieron á esta sazon embajadores del papa Gregorio y de las ciudades de Lombardía para pedir, les enviase socorros contra el emperador Federico II, que gravemente los apretaba. Ofrecian, si los libraba de aquella tiranía gravísima, que los de aquellas ciudades se le darian por vasallos. Oyó esta embajada á 13 de junio de 1238 años, y en los mismos reales puso su

amistad con aquella gente, segun que lo demandaban y la reina doña Violante aconsejaba, que tenia gran parte en los negocios y podia mucho con su marido á causa de sus aventajadas partes, y que tenia en ella una hija del mismo nombre de su madre. Verdad es que el socorro no tuvo efecto por estar el Rey ocupado en las cosas de España, mayormente que el Emperador, aunque fingidamente, se reconcilió con el Papa; además que no era justo cuidar de los males ajenos el que tenia entre las manos guerras tan importantes. Los de Valencia, rodeados de los males que acarrea un largo cerco y perdida la esperanza de ser socorridos ni de Africa ni de España, acordaron de rendirse. Para tratar de conciertos salió un moro, por nombre Halialbata, persona de cuenta y muy privado de aquel Rey; despues enviaron otro, que era sobrino del mismo Rey y se llamaba Abulhamalet; movieron diversos partidos. Todos deseaban concluir y toda tardanza les era pesada, los unos por el deseo que tenian de poseer aquella noble ciudad, los otros aquejados de la necesidad y peligro que corrian. Finalmente, se tomó asiento debajo de las condiciones siguientes: El rey Moro entregue la ciudad de Valencia con los demás castillos y villas aquende el rio Júcar; los moros puedan ir libres á Cullera y á Denia con seguridad y debajo la fe y palabra real; los mismos, sin que nadie los cate, puedan llevar consigo todo su oro y plata y las demás preseas que quisieren y pudieren; haya treguas entre los dos reyes por término de ocho años que se guarden enteramente. Para el cumplimiento destas capitulaciones pusieron término de cinco dias; pero antes que se llegase el plazo y se cerrase, los moros acordaron dejar la ciudad en número cincuenta mil entre hombres, mujeres y niños. Pasaron por medio de los soldados cristianos que para su seguridad pusieron de la una y de la otra parte, pues era justo cumplir lo que les prometieron y usar de clemencia con los que se rendian y les dejaban sus casas. Víspera de San Miguel, por el fin de setiembre, hicieron los vencedores su entrada en Valencia y se apoderaron de aquel reino. Limpiaron la ciudad, reconciliaron y consagraron en templos de Dios las mezquitas. Quedó por primer obispo Ferrer de San Martin, preboste de la iglesia de Tarragona, quien dice era de la órden de los predicadores. Vinieron á poblar nuevos moradores, los mas catalanes de Girona, Tarragona, Tortosa. Los campos de la ciudad y las huertas se repartieron por iguales partes entre los obispos y los caballeros y los ayuntamientos de las ciudades que ayudaron en la conquista. Cupo eso mismo su parte á los caballeros templarios y á los de San Juan. Entre los conquistadores señalaron trecientos y ochenta de á caballo, que mejoraron en el repartimiento, á tal que se encargasen de guardar las fronteras de aquel reino, repartido el trabajo de manera que cada cuatro meses por turno guardaban los ciento dellos. El sitio de la ciudad no es muy fuerte, y sus murallas eran flacas, mayormente que quedaban maltratadas y aportilladas por causa de la guerra. Acordó el Rey fortificalla de nuevos muros, mudada la primera forma y traza de suerte, que quedasen mas anchos y la figura cuadrada, con doce puertas que de tres en tres miran á las cuatro partes del cielo. Ordenáronse nuevas leyes, constituciones y fueros para el gobierno y sentenciar los pleitos. Por esta manera el rey moro Zaen perdió en breve el reino que malamente usurpó; que el poder adquirido contra justicia prestamente desfallece. Verdad es que él se preciaba de venir de linaje de reyes, porque era hijo de Modef, nieto de Lope, rey de Murcia, como arriba queda declarado. Las alegrías que en toda España se hicieron por la toma de Valencia fueron extraordinarias, mayormente que en esta conquista no se mezcló, como en otras, ningun revés ni desastre. El ejército quedó entero, que apenas faltó caballero de cuenta; solo don Artal de Alagon, que por estar las cosas de los moros tan caidas se habia reducido al servicio de su Rey, y en compañía del vizconde de Cardona don Ramon Folch fué sobre Villena, y tomada aquella ciudad, en una refriega que tuvieron con los moros junto á Saix, pueblo de aquella comarca, le mataron de una pedrada. No faltó quien dijese se le empleaba bien aquel desastre al que ayudó á los moros y estuvo de su parte en el tiempo de su prosperidad. Este fué el remate de la guerra y de la conquista muy afamada de Valencia. Mientras los aragoneses estuvieron ocupados en esta guerra, los navarros no se desmandaron en cosa alguna. Reinaba en aquella parte Teobaldo, conde de Campaña, como queda dicho; el obispo de Pamplona se llamaba Pero Jimenez de Gazolaz, sucesor poco antes de Pedro Ramirez de Piedrola. Este Rey, con deseo de gloria y alabanza y por servicio de Dios, con la paz de que gozaba su reino, emprendió guerras extrañas y fuera de España. Fué así, que el rey Teobaldo y los condes Enrique de Bari, Pedro de Bretaña y Almerico de Monforte se concertaron de pasar con sus huestes á la guerra de la Tierra-Santa. Apercebido el ejército y puestas las demás cosas á punto para un tan largo viaje, los ginoveses no les acudieron con la armada necesaria para su pasaje. Encamináronse forzosamente por tierra; pasaron por Alemaña y Hungría y Constantinopla y el estrecho de mar que se llama Bósforo Tracio. En Cilicia junto á las hoces y estrechuras del monte Tauro corrieron gran peligro, y perecieron muchos de los suyos á causa del gran número de turcos que sobre ellos cargaron, en tanto grado, que apenas la tercera parte de la gente que sacaron, y esos enfermos, mal parados, llegaron á la ciudad de Antioquía en aquellas partes de la Suria. El remate y efecto fué conforme y semejable á los principios y medios. Siempre en tierra de Palestina les fué mal. Dieron la vuelta para sus casas muy pocos. Tal fué la voluntad de Dios, tal el castigo que merecian los pecados. Los historiadores franceses ponen esta jornada del rey Teobaldo diez años adelante, cuando el rey san Luis de Francia pasó á aquella empresa, y en su compañía el rey ya dicho de Navarra. Contra esto hace que el arzobispo don Rodrigo al fin de su historia refiere esta jornada de Teobaldo, y no pudo alcanzar la de san Luis; que era ya muerto, y puso fin á su escritura cinco años, y no mas, despues deste año en que los de Aragon conquistaron á Valencia.

LIBRO DÉCIMOTERCIO.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo muchos pueblos fueron ganados por los nuestros.

Los dos reyes de España don Jaime y don Fernando, como quier que antes fuesen esclarecidos y excelentes entre los demás por sus grandes virtudes y valor, comenzaron á ser mas nobles y afamados despues que ganaron á Córdoba y á Valencia. Los pueblos y las ciudades daban gracias inmortales á los santos por las cosas que dichosamente se habian acabado, trocaban en pública alegría el cuidado y congoja que tenian del suceso y remate de las guerras pasadas. Los capitanes y soldados con tanto mayor vigilancia ejecutaban la victoria y de todas maneras apretaban á los vencidos; recatábanse otrosí no les sucediese alguna cosa contraria y algun revés, ca no ignoraban que muchas veces despues de la victoria el suceso de las guerras se trueca y se muda todo en contrario. Los príncipes extranjeros, do era llegada la fama de tan grandes hazañas, con embajadas que enviaron daban el parabien de la buenandanza á los reyes y exhortaban á los nuestros que por el camino comenzado no dejasen de apretar á los moros que se iban á despeñar y acabar. Todavía por un poco de tiempo se dejaron las armas y se aflojó en la guerra á causa que el rey de Aragon concedió por un tiempo treguas á los moros, y poco despues paso á Mompeller. Asimismo el rey don Fernando en Búrgos se ocupaba en celebrar un su nuevo casamiento. Doña Berenguela con el cuidado que tenia, como madre, no estragase el Rey con deleites deshonestos el vigor de su edad en que estaba, dado que al juicio de todos no habia persona ni mas santa ni mas honesta que él, procuró se hiciese el dicho matrimonio. Doña Juana, hija de Simon, conde de Potiers, y de Adeloide, su mujer, nieta de Luis, rey de Francia, y de doña Isabel, hija de don Alonso el Emperador, vino traida de Francia para casalla con el rey don Fernando. Deste matrimonio nació don Fernando, por sobrenombre de Potiers, y sus hermanos doña Leonor y don Luis. El Rey, concluidas las fiestas y con deseo de visitar el reino, trujo á la nueva casada por las principales ciudades de Leon y de Castilla; visitaba con esto sus estados. Tenia costumbre de sentenciar los pleitos y oirlos y defender los mas flacos del poder y agravio de los mas poderosos. Era muy fácil á dar entrada á quien le queria hablar, y de muy grande suavidad de costumbres. Sus orejas abiertas á las querellas de todos. Ninguno por pobre, ó por solo que fuese, dejaba de tener cabida y lugar, no solo en el tribunal público y en la audiencia ordinaria, sino aun en el retrete del Rey le dejaban entrar. Entendia, es á saber, que el oficio de los reyes es mirar por el bien de sus súbditos, defender la inocencia, dar salud, conservar y con toda suerte de bienes enriquecer el reino, como sea, no solo del que manda á los hombres, sino tambien del que tiene cuidado de los ganados, procurar el provecho y utilidad de aquellos cuyo gobierno tiene encomendado. Con este estilo y manera de proceder no cesaba de granjear la gracia y voluntades, así de los de Leon como de los castellanos. Llegó á Toledo, de donde envió suma de dinero á Córdoba, por tener aviso que los nuevos moradores de aquella ciudad por falta de la labranza de los campos y por la dificultad de los tiempos padecian mengua de mantenimientos y por esta causa corrian peligro. Costaba una hanega de trigo doce maravedís, la hanega de cebada cuatro; lo cual en aquel tiempo se tenia por grandísima carestía. Fueron estos tiempos extraordinarios, pues sin duda se halla en las historias que el año siguiente de 1239 hobo dos eclipses del sol. El uno á 3 de junio, que fué viérnes, se escureció el sol á medio dia como si fuera de noche; eclipse que fué muy señalado. El segundo á 25 del mes de junio, como lo dice y lo afirma Bernardo Guidon, historiador de Aragon. Mas parece hobo engaño en este segundo eclipse, y no va conforme á los movimientos de las estrellas, pues no pudo caer la conjuncion de la luna y del sol en aquellos dias, sin la cual nunca sucede el eclipse del sol; ni aun la luna despues que se aparta del medio del zodiaco y de la línea eclíptica por do el sol discurre y en que es necesario estén las luminarias cuando hay eclipse (de que tomó el nombre de eclíptica) no torna á la misma antes de pasados seis meses, poco mas ó menos. Plinio señala en particular que el eclipse de la luna no vuelve antes del quinto mes, ni el del sol antes del seteno. Demás desto, fué aquel año desgraciado para Castilla por la muerte de dos varones muy esclarecidos. Estos son don Lope de Haro, á quien sucedió su hijo don Diego, y don Alvaro de Castro, por cuyo esfuerzo se mantuvieron los nuestros en el Andalucía. Este caballero, visto el aprieto en que se hallaban las cosas, se partió para Toledo á verse con el Rey, que con otros cuidados parecia descuidarse de lo que tocaba á la guerra. Concluido esto, ya que se volvia, en el mismo camino murió en Orgaz. A la sazon que don Alvaro se ausentó, cincuenta soldados, que quedaron de guarnicion en el castillo de Mártos, salieron dél á robar, y por su capitan Alonso de Meneses, pariente de don Alvaro. Alhamar, que en lugar de Abenhut nombraron por rey de Arjona, como entendiese lo que pasaba y la buena ocasion que se le ofrecia, puso cerco á aquel castillo. La mujer de don Alvaro, que dentro se hallaba, en aquel peligro tan de repente hizo armar á sus mujeres y criadas y que tirasen de los adarves piedras contra los moros y diesen muestra de que eran soldados. Con este ardid se entretuvieron hasta tanto que Alonso de Meneses y sus compañeros, avisados del peligro, acudieron luego. Era dificultosa la entrada en el castillo por tenelle los enemigos rodeado. Apiñó-

les Diego Perez de Vargas, ciudadano de Toledo, y por su órden apretado su escuadron y cerrado, pasaron por medio de sus enemigos con pérdida de pocos. Entrados en el castillo, fueron causa que se salvase, porque los que estaban cercados se animaron con su ayuda y con esperanza de mayor socorro que entendian les acudiria. El rey Moro, por salille vana su esperanza y forzado de no menos falta de vituallas, alzó el cerco. Pusieron estos negocios en gran cuidado al Rey, que consideraba cuántas fuerzas le faltaban por la muerte de dos capitanes tan señalados, cuánto atrevimiento habian cobrado los moros. Por esta causa desde Búrgos, donde era ido con intento de llegar dinero para la guerra, á grandes jornadas se partió para Córdoba. Llevó consigo á sus hijos don Alonso y don Fernando, mozos de excelentes naturales y de edad á propósito para tomar las armas. El padre, como sagaz, pretendia que los primeros principios y ensayes de su milicia fuesen en la guerra contra los infieles, enemigos de los cristianos. Pretendia otrosí con el uso de las armas despertar su esfuerzo y hacellos hábiles para todo. En el mismo tiempo el rey don Jaime fué á Mompeller para ver si podia juntar algun dinero de aquellos ciudadanos para la guerra; de que tenia no menos falta que la que en Castilla se padecia. Deseaba asimismo sosegar los moradores de aquella ciudad, que andaban divididos en bandos, castigando á los culpados: lo uno y lo otro se hizo. El rey moro Alhamar juntó á los demás estados que tenia el señorío de Granada con voluntad de aquellos ciudadanos; ciudad poderosa en armas y en varones y que por la fertilidad de sus campos no tiene mengua de cosa alguna. Este fué el principio del reino de Granada, que duró desde entonces hasta el tiempo y memoria de nuestros abuelos. En Murcia, por odio que tenian á Alhamar, los ciudadanos alzaron por su rey á uno llamado Hudiel; ocasion de que se comenzaron las enemistades graves y para aquella gente perjudiciales, que largo tiempo se continuaron entre aquellas dos ciudades. Los moros de Andalucía cansaban á los nuestros con rebates, valianse de engaños y celadas sin querer venir á batalla. Al contrario, diversas compañías de soldados enviados por el rey don Fernando en tierra de los enemigos se apoderaban de castillos, pueblos y ciudades, cuando por fuerza, cuando por rendirse de su voluntad; en particular sujetaron al señorío de cristianos á Ecija, Estepa, Lucena, Porcuna, Marchena (los antiguos la llamaron Martia), Cabra, Osuna, Vaena. Los pueblos menores que se ganaron no se pueden contar, ni aun entonces se pudiera hacer cuando la memoria estaba fresca; parte dellos se dió á las órdenes de Santiago y de Calatrava y á los obispos que acompañaban al Rey para ellos y sus sucesores, parte tambien se entregaron en particular á los grandes y caballeros. Los moros por estas pérdidas cobraron tanto miedo cuanto nunca tuvieran antes. Un cierto moro, del linaje de los almohades, avisado en Africa del peligro que su gente corria, con esperanza de fundar un nuevo estado y deseoso de acaudillar las reliquias y fuerzas de los moros de España, pasó ultra mar. La voz era vengar por las armas la afrenta de su nacion y las injurias que se hacian á la religion de sus padres. Pudiera esto acometimiento ser de consideracion, sino atajaran sus intentos la inteligencia de los nuestros y la buena dicha del Rey, que le prendió y hobo á las manos; con qué industria ó en qué lugar no se escribe, ni aun refieren el nombre que el moro tenia, ni lo que dél se hizo; en el caso no se duda. A Alhamar, rey de Granada, otorgó treguas por un año el rey don Fernando; con que gastados no menos de trece meses en aquella empresa y jornada, dió la vuelta á Toledo, do su madre y mujer le esperaban alegres con las victorias presentes. De allí pasó á Búrgos y trasladó la universidad de Palencia, que fundó el rey don Alonso, su abuelo, á la ciudad de Salamanca. Convidóle á hacer este trueco la comodidad del lugar, por ser aquella ciudad muy á propósito para el ejercicio de las letras. El rio Tórmes que por ella pasa la hace abundante; su cielo saludable y apacible; finalmente, proprio albergo de las letras y erudicion. Pretendia otrosí con este beneficio ganar las voluntades del reino de Leon, en que está Salamanca; y aun don Alonso, su padre, rey de Leon, los años pasados para que sus vasallos no tuviesen necesidad de ir á Castilla á estudiar, enderezó en aquella ciudad cierto principio de Universidad, pequeña á la sazon y pobre, al presente por el cuidado y liberalidad de don Fernando, su hijo, y mas adelante por la franqueza de don Alonso, su nieto, como de príncipe muy aficionado á los estudios y á las letras, se aumentó de tal suerte, que en ninguna parte del mundo hay mayores premios para la virtud ni mas crecidos salarios para los profesores de las ciencias y artes. Don Diego de Haro, señor de Vizcaya, primera y segunda vez, no se sabe la causa, pero anduvo por este tiempo alborotado; la blandura del rey don Fernando y su buena manera y el cuidado que en ello puso don Alonso, su hijo, le hicieron sosegase con dalle mayores honras y hacelles mas crecidas mercedes que antes, en que se tuvo consideracion á los servicios de sus antepasados; además que era mala sazon para ocuparse en alteraciones domésticas por la buena ocasion que se ofrecia de desarraigar el nombre y nacion de los moros de España. Sucedieron estas cosas el año de 1240; el cual año, no solo para Castilla fué dichoso, sino tambien señalado y de mucha devocion para los aragoneses, por el milagro que sucedió en el castillo de Chio. Por la ausencia del Rey, los soldados que quedaron de guarnicion en Valencia, salieron en compañía de Guillen Aguilon y de otros caballeros á correr y robar las tierras de moros. Cargaron sobre el territorio de Játiva y tomaron á Rebolledo de sobresalto. En aquellos montes estaba el castillo de Chio, como llave de un valle muy fresco y abundante. Pusiéronse sobre él; los cercados con ahumadas apellidaron en su ayuda los moros de la comarca, que se juntaron en número de veinte mil, y asentaron sus reales á vista del castillo. Los cristianos eran pocos, mas valientes y animosos. Determinados de pelear con aquella morisma, con el sol se pusieron á oir misa, á que querian comulgar seis de los capitanes. En esto oyeron tal alarido en los reales por causa de los moros, que de repente los acometieron, que les fué forzoso, dejada la misa, acudir á las armas. El preste envolvió y escondió las seis formas consagradas en los corporales, que, vencidos los moros, hallaron bañados en la sangre que de las formas salió. Ganada la victoria, forzaron luego y abatieron aquel castillo. Los corporales se guardan en Daroca con mucha devocion. La hijuela en un convento

de dominicos de Carboneras, puesta allí por su fundador don Andrés de Cabrera, marqués de Moya, en la hobo por el mucho favor que alcanzó con los Reyes Católicos. Vuelto el rey don Jaime, los moros se le querellaron de aquella entrada fuera de sazon, y él les hizo emienda de los daños. Verdad es que luego que espiraron las treguas, con mejor órden rompió por sus tierras, en que tomó el castillo de Bairén, puesto en un valle en que se da muy bien el azúcar y arroz, cómo en toda aquella campaña de Gandía; ganóse tambien Villena. Cercaron á Játiva, mas no se pudo tomar, si bien rindieron á Castellon, que está una legua solamente de aquella ciudad. Hallábase el rey don Jaime ocupado en esta guerra, con que pretendia desarraigar la morisma de aquella comarca toda, cuando otros mayores cuidados le hicieron alzar la mano para acudir á las cosas de Francia que le llamaban.

CAPITULO II.

Cómo el reino de Murcia se entregó.

Compuestas pues y ordenadas las cosas conforme al tiempo y al lugar en la una provincia y en la otra, es á saber, en Castilla y en Aragon, en un mismo tiempo el rey don Jaime trataba de la jornada de Francia, y el rey don Fernando de volver á la empresa de Andalucía. Sin embargo, una grande enfermedad, de que el rey don Fernando cayó en la cama, fué causa que no pudiese salir de Búrgos. Así don Alonso, su hijo mayor, fué forzosamente enviado delante á aquella guerra, á causa que el tiempo de las treguas concertadas con el rey de Granada espiraba, y era menester acudir á los nuestros y que no les faltase el socorro necesario. Llegado don Alonso á Toledo, se le ofreció ocasion de otra cosa mas importante, y fué que los embajadores de Hudiel, rey de Murcia, venian á ofrecer en su nombre aquel reino con estas condiciones: que el rey Hudiel, recebido en la proteccion de los reyes de Castilla, fuese defendido por las armas de los nuestros de toda fuerza y agravio, así doméstico como de fuera, y en particular le ayudasen contra las fuerzas del rey Alhamar, al cual conocia no poder resistir bastantemente; que en tanto que él viviese, para sustentar su vida quedasen por él la mitad de las rentas reales. Estas condiciones parecieron al infante don Alonso muy aventajadas, y la fortuna, cierto Dios, ofrecia una buena ocasion de una grande empresa y prosperidad. Era menester apresurarse, porque si se detenia, todos ó la mayor parte no mudasen de parecer; tan grande es la inconstancia y mutabilidad que tiene la gente de los moros. Por esta causa sin esperar á dar parte á su padre, como á cosa cierta, se partió luego tras los embajadores que envió delante. Llegado, sin dificultad se apoderó de todo y puso guarniciones en el reino, que de su voluntad se le entregaba, en especial en el mismo castillo de la ciudad de Murcia. Los señores moros, conforme á la autoridad de cada uno, fueron premiados con señalalles ciertas rentas cada un año. La ciudad de Lorca, que de los antiguos fué llamada Eliocrota, la de Cartagena y Mula no quisieron sujetarse al señorío de los cristianos ni seguir el comun acuerdo de los demás. Era cosa larga usar de fuerza, y don Alonso no venia bien apercebido para hacer guerra como el que vino de paz; por esto, contento con lo demás de que se apoderó, volvió por la posta á su padre, que ya convalecido, era llegado á Toledo, y alegre con tan buen suceso y deseoso de confirmar los ánimos de los moros en aquel buen propósito, determinó de pasar adelante y visitar en persona aquel nuevo reino. Hállase un privilegio suyo dado en Murcia al templo de Santa María de Valpuesta en aquella sazon. Desde allí fué necesario que el rey don Fernando y don Alonso, su hijo, volviesen á Búrgos por cosas que se ofrecian de grande importáncia. En el mismo tiempo doña Berenguela, hija del Rey, se metió monja y consagró á Dios su virginidad en el monasterio de las Huelgas. Don Juan, obispo de Osma, le puso el velo sagrado sobre la cabeza, como era de costumbre. Don Jaime, rey de Aragon, se entretenia en Mompeller, donde despues de asentadas las cosas de Aragon, y dejando para el gobierno en su lugar á don Jimeno, obispo de Tarazona, era ido. Viniéronle á visitar los condes de la Proenza y de Tolosa; la voz y color era que estos príncipes querian hacer reverencia al Rey y visitalle; pero de secreto se trató que el conde de Tolosa hiciese divorcio con doña Sancha, tia del rey don Jaime. Es cosa ordinaria que ningun respeto ni parentesco es bastante para enfrenar á los príncipes cuando se trata del derecho de reinar. Doña Juana, como nacida de aquel matrimonio, por no tener hermanos varones, habia de llevar como en dote á don Alonso, su marido, conde de Potiers y hermano de Luis, rey de Francia, la sucesion del principado de su padre. Esto llevaba mal el rey don Jaime que á los franceses se les allegase un estado tan principal; buscaban algun color para que repudiada la primera mujer, el Conde se casase con otra, y por este órden tuviese esperanza de tener hijos varones. Era esto contravenir á lo concertado en Paris, como se dijo arriba. Acordóse que para este efecto y para prevenirse contra el poder de Francia los tres príncipes hiciesen liga entre sí; efectuóse y tomóse este asiento á 5 del mes de junio, año de 1241. En el mismo año, á 22 de agosto, murió Gregorio IX, pontífice romano. Sucedió Celestino IV, por cuya muerte, que fué dentro de diez y siete dias despues de su eleccion, Inocencio, cuarto deste nombre, natural de Génova, despues de una vacante de veinte meses se encargó del gobierno de la Iglesia romana. En tiempo destos pontífices, Hugon, fraile dominico y cardenal, natural de Barcelona, famoso por su mucha erudicion y letras, escribia largamente comentarios sobre los libros casi todos de la Escritura sagrada. Este famoso varon fué el primero que acometió, con ánimo sin duda muy grande, de hacer las concordancias de la *Biblia*, obra casi infinita; la cual traza puso en ejecucion y salió con ella ayudado de quinientos monjes. La diligencia de Hugon imitaron despues los hebreos y tambien los griegos; con que no poco todos ayudaron los intentos de las personas dadas á los estudios y letras.

CAPITULO III.

Cómo el rey don Fernando partió para el Andalucía.

Entre tanto que en Francia pasaba lo que se ha dicho, en el Andalucía, concluido el tiempo de las treguas que se concertó, se hacia la guerra, ni con grande esfuerzo y pujanza por estar el rey don Fernando embarazado

en otros cuidados, ni con suceso alguno digno de memoria por la una ni por la otra parte. Bien que don Rodrigo Alfonso, por sobrenombre de Leon, hermano bastardo del rey Fernando, en una entrada que hizo en las tierras de Granada con intento de robar, quedó vencido en una pelea por los moros, que en mayor número se juntaron. Murieron en la pelea don Isidro, comendador de Mártos, que ya era aquella villa de los caballeros de Calatrava, y Martin Ruiz Argote con otras personas nobles y de cuenta y soldados en gran número; que fué una gran pérdida para los nuestros, así de gente como mengua de reputacion; por lo cual, mas que por la verdad y realidad de las cosas, se suelen gobernar los sucesos de la guerra. El rey Moro, ensoberbecido con esta victoria, talaba nuestras tierras sin que ninguno le fuese á la mano, mudada la fortuna de la guerra y trocado en atrevimiento el temor y miedo que los moros tenian antes. El rey don Fernando, avisado del peligro y del daño, mandó en Búrgos á su hijo don Alonso se apresurase para asegurar con su presencia el nuevo reino de Murcia, por estar él determinado de partirse para el Andalucía. Luego pues que llegó á Andújar, dió el gasto á los campos de Arjona y de Jaen, ciudades que se tenian en poder de los moros. Arjona no mucho despues se ganó de los moros con otros pequeños lugares que se tomaron por aquella comarca. Desde allí envió el Rey á otro su hermano, don Alonso, señor de Molina, á lo mismo con un grueso ejército que le seguia, con que hizo entrada en los campos y tierra de Granada sin parar hasta ponerse sobre aquella ciudad. El rey don Fernando, por sospechar lo que podria suceder, á causa que de todas partes acudirian los moros á dar socorro á los cercados y con deseo de apretar el cerco, sobrevino él mismo con mayor golpe de gente. Con su venida y ayuda el ejército que acudió de los moros, aunque era muy grande, fué vencido en la pelea y desbaratado; pero no pudieron los nuestros ganar la ciudad por estar muy fortalecida, así por el sitio y baluartes como por la muchedumbre que tenia de los ciudadanos, especial que en el mismo tiempo vino aviso que los moros gazules, nombre de parcialidad entre aquella gente, tenian apretado á Mártos con cerco que le pusieron. Movido el Rey por esta nueva, envió adelante á don Alonso, su hermano, y al maestre de Calatrava para socorrer á los cercados, cuya venida no esperaron los moros. Pareció al Rey se habia hecho lo que bastaba para conservar su reputacion con la rota que dieron al enemigo, no menor de la que los suyos antes recibieron, además que se les tomaron muchos lugares. Volvió con su ejército salvo á Córdoba, año de 1242. Don Alonso, su hijo, por otra parte se gobernaba en lo de Murcia, no con menor prosperidad, porque de los tres pueblos que se dijo no querian sujetarse á los cristianos, por fuerza hizo que Mula se rindiese á su voluntad. Dió otrosí el gasto á los campos de Lorca y de Cartagena y les hizo todo mal y daño, tanto, que perdido de todo punto el brio, trataban entre sí de entregarse. A Sancho Mazuelos por lo mucho que en esta guerra sirvió le dió el infante don Alonso la villa de Alcaudete, que está cerca de Bugarra, tronco y cepa de los condes de Alcaudete, asaz nobles y conocidos en Castilla. El Rey, venido el invierno, se fué al Pozuelo, do su madre doña Berenguela era llegada con deseo de velle y comunicalle algunas puridades por ser ya de muchos años y estar en lo postrero de su edad. Detúvose con ella y por su causa en aquel lugar cuarenta y cinco dias. Estos pasados, doña Berenguela se volvió á Toledo, el Rey á Andújar al principio del año de 1243; la Reina, su mujer, que le hacia compañía, se quedó en Córdoba. Las tierras de los moros debajo de la conducta del mismo rey don Fernando maltrataron los cristianos por todas partes, las de Jaen y las de Alcalá, por sobrenombre Benzaide; Illora fué quemada; llegaron con las armas hasta dar vista á la misma ciudad de Granada. Don Pelayo Correa, maestre de Santiago, que acompañó al infante don Alonso en la guerra de Murcia y fué gran parte en todo lo que se hizo, por este tiempo pasó al Andalucía y persuadió al Rey, que dudoso estaba, con muchas razones pusiese cerco con todas sus fuerzas sobre la ciudad de Jaen, que tantas veces en balde acometieran á ganar; ofreciánse grandes dificultades en esta demanda: dentro de la ciudad gran copia de hombres y de armas y muchas vituallas, la aspereza del sitio y fortaleza de los muros, además que no era á propósito el lugar para levantar máquinas y aprovecharse de otros ingenios de guerra. Está aquella ciudad puesta al lado de un monte áspero, tendida en largo entre levante y mediodía, es menos ancha que larga, tiene mucha agua y bastante por las fuentes perpetuas y muy frias de que goza, el rio Guadalquivir corre á tres leguas de distancia; los moros los años pasados para que sirviese de muy fuerte baluarte, la tenian proveida de municiones, soldados y de todas las cosas; ella por sí misma era de sitio muy áspero, las fortificaciones y soldados la hacian inexpugnable. Venció todo esto la autoridad y constancia de don Pelayo para que se pusiese cerco á aquella ciudad; proveyéronse todas las cosas necesarias, y el cerco se comenzó y apretó con todo cuidado, que en muchos dias y con muchos trabajos poco parecia se adelantaba. Sucedió que en Granada se alborotó la parcialidad y bando de los Oisimeles, gente poderosa. Corria aquel rey Moro por esta causa peligro de perder la vida y el reino; suspenso y congojado con este cuidado, deseaba buscar socorros contra aquellas alteraciones; ninguna cosa hallaba segura fuera de la ayuda de los cristianos. Acordó, con seguridad que le dieron, venir á los reales á verse con el rey don Fernando. Tuvieron su habla y trataron de sus haciendas. El Moro prometia que ayudaria al rey don Fernando y le serviria fuerte y lealmente, si le recibiese en su fe y proteccion, y en señal de sujecion de primera llegada le besó la mano. Tomóse con él asiento y hízose confederacion y alianza con estas capitulaciones: Jaen se rinda luego, las rentas reales de Granada se dividan en iguales partes entre los dos reyes, que llegaban por año en aquella sazon á ciento y setenta mil ducados; el rey Moro como feudatario todas las veces que fuere llamado sea obligado á venir á las Cortes del reino; los mismos enemigos sean comunes á entrambos y tambien los amigos. Era cosa muy honrosa para el rey don Fernando que hombres de diversa religion hiciesen dél confianza y pretendiesen su amistad y compañía con tan ardiente deseo y partidos tan desaventajados. Con esto, hecha la confederacion, se rindió la ciudad; el Rey entró dentro con una solemne procesion. Mandó rehacer los muros, y limpiado el templo, procuró fuese consagrado á la

manera de los cristianos por don Gutierre, obispo de Córdoba; y para que la devocion y veneracion fuese mayor, le hizo catedral y puso proprio obispo en aquella ciudad. Sobre el tiempo en que se ganó Jaen no concuerdan los autores; los mas doctos y diligentes señalan el año 1243; los *Anales de Toledo* añaden á este cuento tres años, y señalan que se tomó mediado abril. Duró el cerco ocho meses; y aunque el invierno fué muy recio, siempre los nuestros perseveraron en los reales. En este año puso fin á su historia el arzobispo don Rodrigo, que dice fué de su pontificado el trigésimotercio. En el siguiente hallo que los catalanes y aragoneses anduvieron alborotados entre sí y contrastaron sobre los términos de cada uno de aquellos estados, porque entrambos pretendian que Lérida era de su jurisdiccion. Los aragoneses alegaban que sus tierras y sus aledaños llegaban hasta el rio Segre; los catalanes señalaban por término comun al rio Cinga. El rey don Jaime se mostraba mas aficionado á los catalanes, porque, dividido el reino, pretendia dejar á don Alonso, su hijo mayor, por heredero de Aragon, y el principado de Cataluña queria mandar á don Pedro, hijo menor y mas amado, habido en doña Violante, su segunda mujer. Nombraron jueces para que señalasen la raya y los términos, alegaron las partes de su derecho, finalmente, cerrado el proceso en unas Cortes que se juntaron en Barcelona, dió el Rey sentencia en favor de los catalanes, á cuyo principado adjudicó todo aquel pedazo de tierra que ciñen los rios Segre y Cinga, resolucion que ofendió los ánimos de don Alonso, su hijo, y de muchos señores de Aragon y aun de los catalanes. Lo que principalmente les daba disgusto era que, dividido el reino en partes, era necesario se enflaqueciesen las fuerzas de los cristianos. Por esto el infante don Alonso claramente se apartó de su padre, y sentido dél se estaba en Calatayud y con él los que seguian su voz. Estos eran don Fernando, tio del Rey, abad de Montaragon, don Pedro Rodriguez de Azagra, don Pedro, infante de Portugal, y otras personas principales y de grandes estados, de la una nacion y de la otra, aragoneses y catalanes, que á todos comunmente alteraba aquella novedad y acuerdo del Rey muy errado.

CAPITULO IV.

Que don Sancho, rey de Portugal, fué echado del reino.

Los portugueses andaban divididos en bandos y alterados con revueltas domésticas y alborotos por la ocasion que se dirá. Don Sancho, segundo deste nombre, llamado Capelo, de la forma y sombrero de que usaba, tenia aquel reino, que gobernó al principio no de todo punto mal, porque se halla que trabajó los moros comarcanos con guerras y que hizo donacion á los caballeros y órden de Santiago de Mertola y otros lugares que ganó á los moros; en lo demás fué de condicion tan mansa, que parece degeneraba en descuido y flojedad. Su mujer doña Mencía, hija de don Lope de Haro, señor de Vizcaya, en tanto grado se apoderó de su marido, que no parecia sèr ni ella mujer, sino rey, ni él príncipe, sino ministro de los antojos de la Reina. Con ella en privanza y autoridad podian mucho los que menos de todos debieran, con estos solos comunicaba sus consejos y puridades; sin ellos ni en la casa real ni fuera della se hacia cosa que de algun momento fuese. Por el antojo y para sus aprovechamientos destos daba el Rey las honras y cargos, perdonaba los delitos y el castigo las mas veces, sin saber lo que se hacia ni ordenaba. Esto acarreó al Rey su perdicion, como suele acontecer que los excesos de los criados redundan en daño de sus príncipes y señores, y tambien al contrario. Los grandes llevaban mal que la república se gobernase por voluntad y consejo de hombres bajos y particulares. Tratado el negocio entre sí, pretendieron lo primero que aquel matrimonio se apartase con color de parentesco y porque la Reina era estéril. Propúsose el negociado al romano Pontífice; personas religiosas otrosí acometieron á poner sobre el caso escrúpulo al Rey, que, fuera de ser descuidado, no era persona de mala conciencia. No aprovechó cosa alguna esta diligencia por no ser fácil negociar con el Papa y estar el Rey de tal manera prendado con los halagos de la Reina, que el vulgo entendia y decia que le tenia enhechizado y fuera de sí; dado que el ánimo prendado del amor no tiene necesidad de bebedizos para que parezca desvariar. Tenia don Sancho un hermano menor que él, de excelente natural, por nombre don Alonso, casado con Matilde, condesa de Boloña, en Francia. Acordaron los grandes de Portugal que los obispos de Braga y de Coimbra fuesen á informar al pontífice Inocencio sobre el caso, el cual en este tiempo, con deseo de renovar la guerra sagrada de la Tierra-Santa, celebraba concilio en Leon de Francia. Avisado el Pontífice de lo que pasaba y de las causas de la embajada que traian de tan léjos, sin embargo no pudieron alcanzar que don Sancho fuese echado del reino; solamente les concedió que su hermano don Alonso en su nombre, en tanto que viviese, los gobernase. De que hay una carta decretal del mismo Inocencio á los grandes de Portugal con data desto mismo año, que es el capítulo segundo de *supplenda negligentia prælatorum*, en el libro sexto de las *Epístolas decretales*. Don Alonso acudió primero á verse con el Pontífice; tras esto juró en Paris las leyes y condiciones que entre los principales de su nacion tenian acordadas, que en sustancia eran miraria por el bien público y pro comun. Hecho esto, pasó á Portugal. Los nobles le estaban aficionados; del Rey poca resistencia se podia temer, y poca esperanza tenian de su emienda. Así, sin dilacion y sin que ninguno le fuese á la mano, se apoderó de todo. De que todavía resultaron nuevas reyertas, en que anduvieron tambien revueltos los reyes de Castilla don Fernando y don Alonso, su hijo. Lo primero el rey don Sancho se retiró á Galicia, donde la Reina estaba, forzada á huir de la misma tempestad; despues, como quier que lo que pretendia de ser restituido en el reino no le sucediese, se fué á Toledo al rey don Alonso, que á la sazon sucediera á don Fernando, su padre. Pensó recobrar el reino con las fuerzas de Castilla. Impidió sus trazas la diligencia de don Alonso, su hermano, que prometió, repudiada la primera mujer, casarse con doña Beatriz, hija bastarda del rey don Alonso, y salia á pagar tributo y parias por el reino de Portugal cada un año, segun que antiguamente se acostumbraba. Esta comodidad prevaleció contra lo que parecia mas honesto y justificado. Allegóse el de-

creto del Pontífice, que dió sentencia por don Alonso y le juzgó por libre del primer matrimonio. Tomado este asiento, sin dilacion las nuevas bodas se celebraron. El dote fueron ciertos lugares en aquella parte de Portugal por do el rio Guadiana desagua en el mar, que poco antes desto por las armas de Castilla se conquistaran de los moros, y los portugueses pretendian que eran de su conquista y que les pertenecian. Algunos entienden que desta ocasion la tomaron los reyes de Portugal de añadir á las armas antiguas y á las quinas por orla los castillos que hoy se pintan en sus escudos. El rey don Sancho, perdida toda la esperanza de recobrar su reino, pasó lo demás de su vida en Toledo, con rentas que el rey de Castilla liberalmente le señaló para sustentar su casa y corte. Muerto, le hicieron honras como á rey, y su cuerpo sepultaron en la misma iglesia mayor y en el mismo lugar en que el emperador don Alonso y don Sancho, su hijo, detrás del altar mayor, estaban enterrados. Del tiempo en que murió no concuerdan los autores; quién dice que trece años adelante del en que la historia va, y que tuvo nombre de Rey por espacio de treinta y cuatro años, primero con poca autoridad, despues con ninguna, por haberle quitado su estado; otros que solos tres años, que tengo por mas acertado. A la sazon que don Sancho falleció tenia don Alonso cercada á Coimbra, ca se mantenia todavía en la fe del rey don Sancho: apretábala grandemente; los cercados, aunque tenian grande falta de todas las cosas, obstinadamente perseveraban en su propósito. Flectio, alcaide de la fortaleza y gobernador de la ciudad, avisado de la muerte de don Sancho, su señor, y no se asegurando de todo punto fuese verdad, pidió licencia de ir á Toledo para informarse mejor de lo que pasaba. Diósela don Alonso de buena gana, y entre tanto hicieron treguas con los cercados. Flectio, llegado á Toledo y sabida la verdad, abierto el sepulcro del Rey muerto, le puso en las manos las llaves de Coimbra, con estas palabras que le dijo. «En tanto, Rey y señor, que entendí érades vivo, sufrí extremos trabajos, sustenté la hambre con comer cueros, bebí urina para apagar la sed; los ánimos de los ciudadanos que trataban de rendirse animé y conforté para que sufriesen todos estos males. Todo lo que se podia esperar de un hombre leal y constante, y que os tenia jurada fidelidad he cumplido. Al presente que estais muerto, yo vos entrego las llaves de vuestra ciudad, que es el postrer oficio que puedo hacer; con tanto, habida vuestra licencia, avisaré á los ciudadanos que he cumplido con el debido homenaje, que pues sois fallecido, no hagan mas resistencia á don Alonso, vuestro hermano.» Lealtad y constancia digna de ser pregonada en todos los siglos, loa propria de la sangre y gente de Portugal.

CAPITULO V.

Principio de la guerra de Sevilla.

Con el concierto que el rey don Fernando hizo con el de Granada comenzó á tener grande esperanza de apoderarse de la ciudad de Sevilla. Quinientos caballos ligeros, debajo de la conducta del mismo rey de Granada, fueron delante en tanto que se apercebia lo demás para talar los campos de Carmona, que fué antiguamente pueblo muy principal. Alcalá, por sobrenombre Guadaira, á persuasion del rey de Granada se rindió. Desde allí un grueso escuadron pasó á Sevilla y puso fuego á las mieses, que ya estaban sazonadas, á las viñas y olivares, que tiene muy principales; de tal manera, que por todo aquel campo se veian los fuegos y humo con que las heredades y cortijos se quemaban. Iba por capitan desta gente don Pelayo Correa, maestre de Santiago. Otro buen golpe de soldados maltrataba de la misma manera y hacia los mismos daños en los campos de Jerez; los capitanes, el rey de Granada y el maestro de Calatrava. El mismo rey don Fernando se quedó en Alcalá de Guadaira con intento de proveer todo lo necesario y acudir á todas partes. Lo que principalmente pretendia era no aflojar en la guerra, porque no tuviese el enemigo tiempo y comodidad de fortificarse; que fué causa de no poderse hallar á las honras y enterramiento de doña Berenguela, su madre, que falleció por el mismo tiempo. Siguióse la muerte de don Rodrigo, arzobispo de Toledo; quién dice á 9 dias del mes de agosto del año de 1245, quién del año 1247, á 10 de junio, con lo cual va el letrero de su sepulcro. Hace maravillar que en fallecimiento de persona tan señalada no recuerden los autores ni las memorias, sin que se pueda averiguar la verdad. Ambas muertes fueron sin duda en grave daño de la república por las señaladas virtudes que en ellos resplandecian. La Reina era de grande edad; don Rodrigo, demás de estar muy apesgado con los años, se hallaba quebrantado con muchos trabajos, en especial de un nuevo viaje que hizo últimamente á Leon de Francia, do se celebraba el Concilio lugdunense. Pretendia, demás de hallarse en el Concilio y acudir á las necesidades universales de la Iglesia, allanar á los aragoneses en lo tocante á su primacía. Los años pasados los prelados de aquella corona en un Concilio valentino provincial publicaron una constitucion, en que mandaban que el arzobispo de Toledo no llevase guion delante en aquella su provincia, pena de entredicho al pueblo que lo consintiese. Don Rodrigo en cierta ocasion, por el derecho de su primacía, continuó á llevar su cruz delante alzada, como lo tenia de costumbre. Don Pedro de Albalate, arzobispo de Tarragona, principal atizador de aquella constitucion y de todo este pleito, le declaró por descomulgado y transgresor de aquel su decreto. Acudieron á Gregorio IX, sumo pontífice, que pronunció sentencia por Toledo y en favor de su primacía. No acababan de rendirse los de Aragon, que fué la causa de emprender en aquella edad jornada tan larga, á lo que yo entiendo. Concluidos los negocios, en una barca por el Ródano abajo daba la vuelta, cuando le salteó una dolencia, de que falleció en Francia. Su cuerpo, segun que él lo dejó dispuesto, trajeron á España y le sepultaron en Huerta, monasterio de bernardos, á la raya de Aragon. Junto al altar mayor se ve su sepulcro con un letrero en dos versos latinos, grosero asaz como de aquel tiempo y sin primor, cuyo sentido es:

NAVARRA ME ENGENDRA, CASTILLA ME CRIA;
MI ESCUELA PARIS, TOLEDO ES MI SILLA;
EN HUERTA MI ENTIERRO; TÚ AL CIELO, ALMA, GUIA.

Su cuerpo murió, la fama de sus virtudes durará por

muchos siglos. Fundó en su iglesia doce capellanías para mayor servicio del coro y con cargo de misas que se le dicen. Sucedióle don Juan, segundo deste nombre entre aquellos arzobispos. Hállanse papeles en que le llaman don Juan de Medina, creo por ser natural de aquella villa. Por el mismo tiempo don Ramon, conde de la Proenza, pasó desta vida, muy digno de loa por el amor que tuvo á las letras y aficion á la poesía. Solo se nota en él una señalada ingratitud de que usó con Romeo, mayordomo de su casa, cuya industria, con buenos medios, hizo que valiesen al tresdoble las rentas de aquel estado; mas como á la virtud acompaña la envidia, fué acusado y forzado á que diese cuenta del recibo y del gasto. Hízoselo el cargo, dió su descargo; y conocida su fidelidad, se partió como peregrino con su bordon y talega, como al principio vino de Santiago, sin que jamás se pudiese entender quién era ni dónde se fué. De cuatro hijas que tuvo don Ramon, Margarita casó con san Luis, rey de Francia; Leonor con Enrique, rey de Ingalaterra; Sancha con Ricardo, hermano del dicho Enrique; Cárlos, conde de Anjou, casó con doña Beatriz; con la cual, dado que era la menor de todas, por la grande aficion que le tenian los proenzales y con la ayuda que le dió Luis, rey de Francia, su hermano, por la muerte de su suegro heredó aquel principado. En este medio el rey don Fernando se tenia en Córdoba con resolucion de combatir á Sevilla y cercalla con todas sus fuerzas; envió á Ramon Bonifaz, ciudadano de Búrgos, muy ejercitado en las cosas de la mar, para que en Vizcaya pusiese á punto una armada por la comodidad de los bosques, y ser los de aquella nacion señalados en la industria y ejercicios de navegar. En tanto que esta armada se aprestaba, puso el cerco sobre Carmona con la mas gente que pudó, el año 1246, poco mas ó menos, villa fuerte y que estaba apercebida para todo lo que podia suceder, fortificada contra los enemigos de muros, municionada de armas, fuerzas y vituallas; no la pudieron tomar, solamente la forzaron á pagar de presente la cantidad de dineros que le fué impuesta, y para adelante las parias que se señalaron cada un año. Constantina, Reina, Lora, pueblos que antiguamente se llamaron el primero *Iporcense municipium*, el segundo Regina, el tercero Ajalita, sin estos Cantillana y Guillena se ganaron unos por fuerza, otros se rindieron por su voluntad. Reina fué dada al órden de Santiago, Constantina á la ciudad y ayuntamiento de Córdoba, Lora á los caballeros de San Juan. Todo sucedia prósperamente á los nuestros; solo se recelaban del rey de Aragon no les fuese impedimento en aquella tan buena ocasion, por estar desgustado contra el infante don Alonso, que residia en el reino de Murcia. Pretendia el Aragonés que el Infante no guardaba los términos y la raya de la conquista de aquellos reinos que antiguamente señalaron. Temíase alguna revuelta por esta causa. Algunas personas principales y de autoridad, que para concertar esto señalaron de la una y de la otra parte, buscaban algun camino para componer estas diferencias. Pareció el mejor que don Alonso casase con doña Violante, hija del rey don Jaime; partido y traza que venia á cuento á ambas naciones y provincias, que tan grandes reyes se trabasen de nuevo entre sí con vínculo de parentesco. Moviéronse estas pláticas, vinieron en ello las partes; las bodas se celebraron en Valladolid por el mes de noviembre con aparato real y toda muestra de alegría, puesto que el rey don Fernando no se halló presente. El cuidado que tenia de la guerra de Sevilla le impidió, que pretendia hacer con tanto mayor ánimo, que Ramon Bonifaz con una armada de trece naves que puso á punto en Vizcaya, costeadas aquellas marinas y doblado el Cabo de Finisterrae, aportó á la boca de Guadalquivir por la parte que descarga en la mar. Venció otrosí allí en una batalla naval la armada de los enemigos. Los moros de Tánger y Ceutá habian concurrido para socorrer á Sevilla, avisados de la venida de los nuestros. Salieron pues con sus bajeles del puerto, que llegaban á número de veinte entre galeras y naves; pelearon con gran porfía; los de Africa no reconocian mucha ventaja á los de Vizcaya, por ser hombres de guerra, ejercitados en las armas, y que sobrepujaban en el número de la armada. Los vizcaínos, confiados en la ligereza de sus navíos y en la destreza de los pilotos, burlaban los acometimientos de los enemigos, y cuando hallaban ocasion de venir á las manos, aferraban con sus naves y pasaban muchos dellos á cuchillo; tres naves de los moros se tomaron, dos echaron á fondo, á una pusieron fuego, las demás fueron forzadas á huir. Envió el Rey en socorro de su armada buen número de caballos, movido por el peligro de los suyos; pero ¿qué podian prestar? Antes que llegasen á la ribera tenian los nuestros desbaratados los enemigos y ganada la victoria. Tanto mas creció el deseo que todos tenian de acometer aquella empresa, en particular el Rey, dejados los demás cuidados aparte, solo en este pensamiento dias y noches se ocupaba.

CAPITULO VI.

Que en Aragon se puso entredicho general.

A esta sazon en Aragon estaba puesto entredicho y tenian cerrados todos los templos de la provincia; triste silencio y suspension del culto divino, castigo de que los pontífices suelen usar contra los excesos de los príncipes y para curallos, como el postrero remedio, saludable á las veces y eficaz medicina como entonces aconteció. Fué así, que don Jaime, rey de Aragon, cuando era mas mozo, tuvo conversacion con doña Teresa Vidaura, la cual le puso pleito delante del romano Pontífice y le pedia por marido; alegaba la palabra que le dió, contra la cual no se pudo con otra casar. No tenia bastantes testigos para probár aquel matrimonio por ser negocio clandestino. Así, se dió sentencia en el pleito contra doña Teresa y en favor de la reina doña Violante. Solo el obispo de Girona, á quien hay fama de secreto le comunicó el Rey toda esta puridad, no se sabe con qué intento, pero en fin, dió aviso al pontífice Inocencio IV que el Rey no hacia lo que debia en no guardar la palabra que tenia dada; que el postrer matrimonio se debia apartar como inválido, y parecia justo que doña Teresa fuese tenida por verdadera mujer; que el Rey se lo habia así confesado en secreto, y su conciencia no sufria que con tan grande pecado dejase enredar al Rey, al pueblo y á sí mismo si callaba, de que resultasen despues graves castigos; que esto le avisaba por aquella carta escrita en cifra para que en todo se

guardase mas recato. Ninguna cosa se pasa por alto á los príncipes, por ser ordinario que muchos con derribar á otros por medio de acusaciones verdaderas ó falsas y de chismes pretenden alcanzar el primer lugar de privanza y de poder en los palacios de los reyes. Pues como el Rey tuviese aviso que en Roma, mudados de parecer, ordinariamente favorecian la causa de doña Teresa, y que el Pontífice manifiestamente se inclinaba á lo mismo, quier fuese que le dieron aviso del que le descubrió, ó que por su mala conciencia sospechase lo que era, hizo venir al obispo de Girona á la corte. Venido, luego que le tuvo en su presencia, le mandó cortar la lengua; cruel carnicería y torpe venganza de un desórden con otro mayor, y con nueva impiedad colmar el pecado pasado; si bien el Obispo era merecedor de cualquier daño, si descubrió el sigilo de la confesion y la religion de aquel secreto; cosa que nunca se permite. Luego que el pontífice Inocencio, que á la sazon en Leon celebraba un concilio general, como poco antes se dijo, fué avisado de lo que pasaba, cuánto dolor haya concebido en su ánimo, con cuán grandes llamas de saña se abrasase, no hay para qué declarallo; basta decir que puso entredicho en todo el reino, como de ordinario los excesos de los príncipes se pagan con el daño de la muchedumbre y de los particulares, y al Rey declaró públicamente por descomulgado. Conoció el Rey su yerro, y por medio de Andrés Albalate, obispo de Valencia, que envió por su embajador sobre el caso, pidió humilmente penitencia y absolucion. Decia que le pesaba de lo hecho; pero pues no podia ser otra cosa, que como padre y pontífice diese perdon á su indignacion, la cual fué si no justa, á lo menos arrebatada; que estaba presto á satisfacer con la pena y penitencia que fuese servido imponerle. Oida la embajada, el Pontífice envió por sus embajadores al obispo de Camarino y á Desiderio, presbítero, para que en Aragon se informasen de todo lo que pasaba. Dióles otrosí poder muy lleno de reconciliar al Rey con la Iglesia, si les pareciese que su penitencia lo merecia. Hízose en Lérida junta de obispos y de señores; halláronse en particular presentes los obispos de Tarragona, de Zaragoza, de Urgel, de Huesca, de Elna. En presencia destos prelados el Rey, puestas en tierra las rodillas, despues de una grave reprehension que se le dió, fué absuelto de aquel exceso. La penitencia fué que acabase á sus expensas de edificar el monasterio benifaciano, que con advocacion de Nuestra Señora en los montes de Tortosa veinte años antes desto, luego que se tomó el pueblo de Morella se comenzara, y se edificaba poco á poco, y acabada la fábrica, le diese de renta para en cada un año docientos marcos de plata, con que los monjes del Cistel se pudiesen sustentar en el dicho monasterio. En Valencia tenian comenzado á edificar un hospital para albergar los pobres y peregrinos. A este hospital señalaron mayores rentas, es á saber, seiscientos marcos de plata cada un año, con que los pobres y peregrinos se sustentasen, y juntamente algunos capellanes para que dijesen misa y ayudasen al buen tratamiento y regalo de los pobres. Añadióse á esto que en Girona, en la iglesia mayor fundase una capellanía para que perpetuamente se hiciesen sacrificios y sufragios por el Rey y por sus sucesores. El Pontífice expidió su bula á los 22 de setiembre, año de 1246, en que da poder á los dos nuncios para reconciliar al Rey con la Iglesia, que se hizo el mes siguiente á 19 de octubre. En Lérida con solemne ceremonia fué el Rey absuelto de las censuras en que incurrió por aquel caso. Del obispo de Girona no refieren mas de lo dicho, ni aun declaran qué nombre tuvo. De los archivos y becerro del monasterio benifaciano se tomó todo este cuento; dado que los mas de los historiadores no hicieron dél mencion, pareció no pasalle en silencio. El lector le dé el crédito que la cosa misma merece. De aquí sin duda y destos papeles se tomó ocasion para la fama que vulgarmente anduvo deste Rey y anda sobre este caso.

CAPITULO VII.

Que Sevilla se ganó.

En lo postrero de España, hácia el poniente, está asentada Sevilla, cabeza del Andalucía, noble y rica ciudad entre las primeras de Europa, fuerte por las murallas, por las armas y gente que tiene; los edificios públicos y particulares á manera de casas reales son en gran número, la hermosura y arreo de todos los ciudadanos muy grande. Entre la ciudad, que está á mano izquierda, y un arrabal llamado Triana pasa el rio Guadalquivir acanalado con grandes reparos y de hondo bastante para naves gruesas, y por la misma razon muy á propósito para la contratacion y comercio de los dos mares Océano y Mediterráneo. Con una puente de madera fundada sobre barcas se junta el arrabal con la ciudad y se pasa de una parte á otra. En la ciudad está la casa real en que los antiguos reyes moraban; en el arrabal un alcázar de obra muy firme, que mira el nacimiento del sol. Una torre está levantada cerca del rio, que por el primor de su edificio la llaman de Oro vulgarmente. Otra torre edificada de ladrillo, que está cerca de la iglesia mayor, sobrepuja la grandeza de las demás obras por ser de sesenta varas en ancho y cuatrotanto mas alta; sobre la cual se levanta otra torre menor, pero de bastante grandeza, que al presente de nuevo está toda blanqueada y al rededor adornada de variedad de pinturas, hermosas á maravilla á los que la miran. ¿Qué necesidad hay de relatar por menudo todas las cosas y grandezas desta ciudad tan vaga y llena de primores y grandezas? Hay en la ciudad en este tiempo mas de veinte y cuatro mil vecinos, divididos en veinte y ocho parroquias ó colaciones. La primera y principal es de Santa María, que es la iglesia mayor, con el cual templo en anchura de edificio y en grandeza ninguno de toda España se le iguala. Vulgarmente se dice de las iglesias de Castilla: la de Toledo la rica, la de Salamanca la fuerte, la de Leon la bella, la de Sevilla la grande. Tiene su fábrica de renta treinta mil ducados en cada un año, la del Arzobispo llega á ciento y veinte mil, las calongías y dignidades, así en número como en lo demás, responden á esta grandeza. Los campos son muy fértiles, llanos y muy alegres por todas partes, por la mayor parte plantados de olivas, que en Sevilla se dan muy bien, y el esquilmo es muy provechoso; de allí se llevan aceitunas adobadas, muy gruesas, de muy buen sabor, á todas las demás partes. El trato es tan grande y la granjería tal, que en los olivares llamados Ajarafe, en tiempo de los moros se contaban cien mil, parte cortijos, parte trapiches ó molinos de aceite; y dado que

parece gran número, la autoridad y testimonio de la historia del rey don Alonso el Sabio lo atestigua. El número de extranjeros y muchedumbre de mercaderes que concurren es increible, mayormente en este tiempo, de todas partes á la fama de las riquezas, que por el trato de las Indias y flotas de cada un año se juntan allí muy grandes. El rey don Fernando tenia por todas estas causas un encendido deseo de apoderarse desta ciudad; así por su nobleza como porque, ella tomada, era forzoso que el imperio de los moros de todo punto menguase, tanto mas, que los aragoneses con gran gloria y honra suya se habian apoderado de Valencia, de sitio muy semejante y no de mucho menor número de ciudadanos. El rey de Sevilla, por nombre Ajatafe, no ignoraba el peligro que corrian sus cosas; tenia juntados socorros de los lugares comarcanos, hasta desde la misma Africa, gran copia de trigo traida de los lugares comarcanos, proveidoso de caballos, armas, naves y galeras, determinado de sufrir cualquier afan antes de ser despojado del señorío de ciudad tan principal. El rey don Fernando juntaba asimismo de todas partes gente para aumentar el ejército que tenia, trigo y todos los mas pertrechos que para la guerra eran necesarios. La diligencia era grande, por entender que duraria mucho tiempo y seria muy dificultosa, y para que ninguna cosa necesaria falleciese á los soldados. En Alcalá por algun tiempo se entretuvo el rey don Fernando; pasada ya gran parte y lo mas recio del verano, movió con todas sus gentes, púsose sobre Sevilla y comenzó á sitialla á 20 del mes de agosto, año de nuestra salvacion de 1247; los reales del Rey se asentaron en aquella parte que está el campo de Tablada tendido á la ribera del rio, mas abajo de la ciudad. Don Pelayo Perez Correa, maestre de Santiago, de la otra parte del rio hizo su alojamiento en una aldea, llamada Aznalfarache; caudillo de gran corazon y de grande experiencia en las armas. Pretendia hacer rostro á Abenjafon, rey de Niebla, que con otros muchos moros estaba apoderado de todos los lugares por aquella parte; tanto mayor era el peligro, las dificultades; pero todo lo vencia la constancia y esfuerzo deste caballero. El Rey barreaba sus reales; los moros, con salidas que hacian de la ciudad, pugnaban impedir las obras y fortificaciones. Hobo algunas escaramuzas, varios sucesos y trances, pero sin efecto alguno digno de memoria, sino que los cristianos las mas veces llevaban lo mejor y forzaban á los enemigos con daño á retirarse á la ciudad. Por el mar y rio se ponia mayor cuidado para impedir que no entrasen vituallas. Los soldados que tenian en tierra hacian lo mismo, y velaban para que ninguna de las cosas necesarias les pudiesen meter por aquella parte. Muchos escuadrones asimismo salian á robar la tierra; talaban los frutos que hallaban sazonados, el vino y el trigo todo lo robaban. Carmona, que está á seis leguas, forzada por estos males, como seis meses antes lo tenian concertado, sin probar á defenderse ni pelear se rindió, con tanto mayor maravilla, que los bárbaros pocas veces guardan los asientos. No se descuidaban los moros ni se dormian; el mayor deseo que tenian era de quemar nuestra armada, cosa que muchas veces intentaron con fuego de alquitran, que arde en la misma agua. La vigilancia del general Bonifaz hacia que todos estos intentos saliesen en vano, y cada cual de los capitanes por tierra y por mar procuraban diligentemente no se recibiese algun daño por la parte que tenian á su cargo. Señalábanse, entre los demás, don Pelayo Correa, maestre de Santiago, y don Lorenzo Suarez, cuyo esfuerzo y industria en todo el tiempo deste cerco fué muy señalada, sobre todos Garci Perez de Vargas, natural de Toledo, de cuyo esfuerzo se refieren cosas grandes y casi increibles. Al principio del cerco, á la ribera del rio, do tenian soldados de guarda para reprimir los rebates y salidas de los moros, Garci Perez y un compañero, apartados de los demás, iban no sé á qué parte; en esto al improviso ven cerca de sí siete moros á caballo; el compañero era de parecer que se retirasen; replicó Garci Perez que, aunque se perdiese, no pensaba volver atrás ni con torpe huida dar muestra de cobardía. Junto con esto, ido el compañero, toma sus armas, cala la visera y pone en el ristre su lanza; los enemigos, sabido quien era, no quisieron pelear. Caminado que hobo adelante algun tanto, advirtió que al enlazar la capellina y ponerse la celada se le cayó la escofia; vuelve por las mismas pisadas á buscalla. Maravillóse el Rey, que acaso desde los reales le miraba, pensaba volvia á pelear; mas él, tomada su escofia, porque los moros todavía esquivaron el encuentro, paso ante paso se volvió sano y salvo á los suyos por el camino comenzado. Fué tanto mayor la honra y prez deste hecho, que nunca quiso declarar quién era su compañero, si bien muchas veces le hicieron instancia sobre ello; á la verdad, ¿á qué propósito con infamia ajena buscar para sí enemigo y afrenta para su compañero sin ninguna loa suya? Como quier que al contrario con el silencio demás del esfuerzo dió muestra de la modestia y noble término de que usaba. Entre tanto que con esta porfía se peleaba en Sevilla, el infante don Alonso, hijo del rey don Fernando, intentó de apoderarse de Játiva en el reino de Valencia, convidado por los ciudadanos. Tomó á Enguerra, pueblo en tierra de Játiva, que se le entregaron los moradores. Cuanto cada uno alcanza de poder, tanto derecho se atribuye en la guerra. El rey don Jaime, avisado de los intentos del infante don Alonso y alterado, como era razon, se apoderó de Villena y de seis pueblos comprehendidos en el distrito de Castilla, por dádivas que dió al que los tenia á cargo. Demás desto, en la misma comarca, principio del año 1248, tomó de los moros otro pueblo llamado Bugarra. Destos principios parecia que los disgustos pasarian adelante y pararian en alguna nueva guerra que desbaratase la empresa de Sevilla y acarrease otros daños. Don Alonso, como quier que era de condicion sosegada, se determinó de tratar en presencia con el rey de Aragon y resolver todas estas diferencias, y para esto se juntaron á vistas y habla en Almizra, pueblo del rey de Aragon. Allí por medio de la reina de Aragon, y por la buena industria de don Diego de Haro y otros grandes que se pusieron de por medio se compuso esta diferencia; con que de una y de otra parte se restituyeron los pueblos que injustamente tomaron, y se señaló la raya de la jurisdicion y conquista de ambas las partes. Quedaron en particular en virtud desta concordia por el reino de Murcia Almansa, Sarasulla y el mismo rio Cabriolo; por los de Valencia Biara, Sajona, Alarca, Finestrato. Asentadas las cosas desta manera, los príncipes se despidieron. El rey don Jaime revolvió luego contra Játiva, envió delante sus

gentes con intento de cercalla; apoderóse finalmente della, pasada ya gran parte del verano, por entrega que hicieron los mismos ciudadanos. Está asentada esta ciudad en un sitio asaz apacible á la parte que el rio Júcar entra en el mar; su campiña muy fértil y fresca, la tierra muy gruesa. El infante don Alonso y en su compañía don Diego de Haro se apresuraron para hallarse en el cerco de Sevilla. Alhamar, ese mismo rey de Granada, vino á juntarse con el rey don Fernando, acompañado de buen número de soldados, en tiempo sin duda muy á propósito, en que los soldados cristianos, cansados de la tardanza y con la dificultad de aquella empresa, comenzaban á tratar de desamparar los reales y las banderas, además de las enfermedades que sobrevinieron y los tenian muy amedrentados. Era pasado el invierno sin hacer efecto de algun momento. El mismo Rey, aquejado de tantos trabajos y de las dificultades que se ofrecian muy grandes, dudaba si alzaria el cerco, ó esperaria que las cosas se encaminasen mejor y el remate fuese mas apacible que los principios, como otras veces lo tenia probado. Los cercados desbarataron en cierta salida los ingenios de los nuestros y les quemaron las máquinas. Alentados con el buen suceso, no solo se defendian con la fortaleza de la ciudad, sino desde los adarves se burlaban de la pretension de los contrarios, que llamaban desatino. Amenazaban á los nuestros con la muerte y ultrajábanlos de palabra. El cerco, sin embargo, se continuaba y se llevaba adelante con tanto mayor ventaja de los fieles, que de cada dia les llegaban nuevos socorros. Acudieron los obispos don Juan Arias, de Santiago, bien que poco efecto hizo; su poca salud le forzó en breve con licencia del Rey á dar la vuelta. Don García, prelado de Córdoba; don Sancho, de Coria; los maestres de Calatrava y de Alcántara; los infantes don Fadrique y don Enrique; fuera destos, don Pedro de Guzman, don Pedro Ponce de Leon, don Gonzalo Giron, con otro gran número de grandes y ricos hombres que vinieron de refresco. A los cercados, por ser la ciudad tan grande, no se podian de todo punto atajar los mantenimientos, dado que se ponia en esto todo cuidado. El general de la armada, Bonifaz, ardia en deseo de quebrar la puente, para que no pudiendo comunicarse los del arrabal y la ciudad, fuesen conquistados aparte los que juntos hacian tanta resistencia. Era negocio muy dificultoso por estar la puente puesta sobre barcas que con cadenas de hierro están entre sí trabadas; todavía pareció hacer la prueba, que la maña y la ocasion pueden mucho. Apercibió para esto dos naves, esperó el tiempo en que ayudase la creciente del mar y juntamente un recio viento que del poniente soplaba. Con esta ayuda, alzadas y hinchadas las velas, la una de las naves con tal ímpetu embistió en la puente, cuanto no pudieron sufrir las ataduras de hierro. Quebróse la puente el tercero dia de mayo con grande alegría de los nuestros y no menos comodidad. Los soldados con la esperanza de la victoria con grande denuedo acometieron á entrar en la ciudad, escalar los muros por unas partes, y por otras derriballos con los trabucos y máquinas, con tanta porfía, que los cercados estaban á punto de perder la esperanza de se defender. El mayor combate era contra Triana; los moros se defendian valientemente, y la fortaleza de los muros causaba á los nuestros dificultad. Cierto soldado en secreto murmuraba de Garci Perez de Vargas; cargábale que el escudo ondeado que traia era de diferente linaje. Ningunos oyen con mayor paciencia las murmuraciones que los que no se sienten culpados. Disimuló él por entonces la ira; despues cierto dia que acometieron los nuestros á Triana, se mantuvo tanto tiempo en la pelea, que con la lluvia de piedras, saetas y dardos que le tiraban, abolladas las armas y el escudo, apenas él pudo escapar con la vida. Entonces vuelto á su contrario, que estaba en lugar seguro: «Con razon, dice, nos quitais las armas del linaje, pues las ponemos á tan graves peligros y trances; vos las mereceis mejor, que como mas recatado las teneis mejor guardadas.» Él, avergonzado, conoció su yerro; pidió perdon, que le dió á la hora de buena gana, contento de satisfacerse de su injuria con la muestra de su valor y esfuerzo; manera de venganza muy noble. Comenzaban en la ciudad á sentir gran falta de vituallas; los ciudadanos, visto que la felicidad de nuestra gente se igualaba con su esfuerzo, y que al contrario á ellos no quedaba alguna esperanza, acordaron tratar de rendir la ciudad, primero en secreto, y despues en los corrillos y plazas. Pidieron desde el adarve les diesen lugar de hablar con el Rey. Luego que les fué concedido, enviaron embajadores, que avisaron querian tratar de concierto con tal que las condiciones fuesen tolerables, en particular que quedase en su poder la ciudad. Decian que quebrantados con los males pasados, ni los cuerpos podian sufrir el trabajo, ni los ánimos la pesadumbre; que todavía en la ciudad quedaban compañías de soldados, que no era justo irritallas ni hacelles perder de todo punto la esperanza; muchas veces la necesidad de medrosos hace fuertes, por lo menos que la victoria seria sangrienta y llorosa, si se allegase á lo último y no se tomaba algun medio. A esto respondió el Rey que él no ignoraba el estado en que estaban sus cosas. Tiempo hobo en que se pudiera tratar de concierto; mas que al presente por su obstinacion se hallaban en tal término, que seria cosa fea partirse sin tomar la ciudad, y que si no fuese con rendilla, no daria lugar á que se tratase de concierto ni de concordia. Entre tanto que se trataba de las condiciones y del asiento hicieron treguas y cesó la batería. Prometian acudir con las rentas reales y tributos todos los que acostumbraban antes á pagar á los miramamolines. Desechada esta condicion, dijeron que darian la tercera parte de la ciudad demás de las dichas rentas; despues la mitad, dividida con una muralla de lo demás que quedase por los moros. Parecian estas condiciones á los nuestros muy aventajadas y honrosas. El Rey, á menos de entregalle la ciudad, no hacia caso destas promesas ni estimaba todos sus partidos. En conclusion, se asentó que el rey Moro y los ciudadanos con todas sus alhajas y preseas se fuesen salvos donde quisiesen, y que fuera de Sanlúcar, Aznalfarache y Niebla, que quedaban por los moros, rindiesen los demás pueblos y castillos dependientes de Sevilla. Dióse de término un mes para cumplir todas estas capitulaciones. El castillo luego se entregó, y á 27 de noviembre salieron de la ciudad entre varones y mujeres y niños cien mil moros; parte dellos pasó en Africa, parte se repartió por otros lugares y ciudades de España. Gastáronse en el cerco diez y seis meses, en el cual tiempo los reales á manera de

ciudad estaban divididos en barrios, con sus tiendas en que se vendian las cosas necesarias, herrerías para forjar armas, los pabellones puestos por su órden con sus calles y plazas en lugares convenientes. A los 22 de diciembre, con pública procesion y aparato entró el Rey en la ciudad, oyó misa en la iglesia mayor, que para este propósito estaba bendecida y aparejada; bendíjola con gran majestad don Gutierre, electo arzobispo de Toledo, que poco antes señalaron por sucesor en aquella iglesia de don Juan, que falleció á los 23 del mes de julio. Don Ramon de Losana fué elegido por arzobispo de la nueva ciudad. Este prelado andando á la escuela, con un cuchillo de plumas sacó otro tiempo un ojo á un su hermano; para absolverse desta irregularidad y para alcanzar dispensacion ya que era de mas edad pasó á Roma; viaje que le fué ocasion de hacerse muy erudito y letrado. Quedaba Sevilla muy falta de moradores; la franqueza que el Rey prometió de tributos á los que viniesen á poblar hizo que gran número de gente acudiese de toda España, determinados de hacer allí su asiento y morada; con esto, en breve volvió á tener aquella ciudad nobilísima la hermosura de antes y número de gente asaz.

CAPITULO VIII.

De la muerte del rey don Fernando.

En el mismo tiempo que Sevilla estaba cercada, san Luis, rey de Francia, enriquecia con reliquias santísimas que envió á Toledo y aumentaba la devocion de la iglesia mayor de aquella ciudad; juntamente ganaba las voluntades de nuestra nacion. En el Sagrario de aquella iglesia hasta hoy con gran devocion se muestran y guardan las dichas reliquias con la misma carta original del Rey, cuyo traslado nos pareció poner en este lugar para memoria de la piedad de príncipe tan señalado y devoto: «Luis, por la gracia de Dios rey »de Francia, á los amados varones en Cristo, canó»nigos y todo el clero de la iglesia de Toledo, salud y »dileccion. Queriendo adornar vuestra iglesia con un »excelente don por medio de nuestro amado Juan, ve»nerable arzobispo de Toledo, y á su instancia os en»viamos algunas preciosas partecicas de los venerables »y señalados nuestros santuarios, que hobe del tesoro »del imperio constantinopolitano, conviene á saber: »del madero de la cruz del Señor, una de las espinas »de la sacrosanta corona de espinas del mismo Señor, »de la leche de la gloriosa vírgen María, de la vesti»dura de púrpura del Señor con que fué vestido, del »lienzo con que se ciñó el Señor cuando lavó y limpió »los piés de sus discípulos, de la sábana con que su »cuerpo estuvo sepultado en el sepulcro, de los paños »de la infancia del Salvador. Rogamos pues, y reque»rimos en el Señor á vuestra caridad, que las sobredi»chas reliquias recibais y guardeis en vuestra iglesia »con la reverencia debida; asimismo que en vuestras »misas y oraciones tengais memoria benigna de nos. »Fecha en Estampas, año del Señor de 1248 por el mes »de mayo.» Despues que el rey Luis hobo enviado esta carta, de Marsella se hizo á la vela y navegó á la Tierra-Santa con deseo de reparar en aquellas partes la guerra sagrada. El suceso no fué conforme á su santa intencion, porque apoderado que se hobo en las marinas de Egipto de Pelusio, ciudad que hoy se llama Damiata, toda la prosperidad se volvió en contrario. De tres hermanos del Rey, Roberto murió en una batalla, Alfonso y Cárlos fueron presos con el Rey el año 1249. La libertad costó mucho haber, sin que en la Tierra-Santa á la cual dende pasaron, hiciesen cosa de muy gran momento. Verdad es que las ciudades de Sidon, Cesarea y Joppe fueron recobradas por las armas de Francia año del Señor 1250, pero ninguna otra cosa se hizo. En el mismo año por muerte de don Gutierre, arzobispo de Toledo, que finó en Atienza á los 9 de agosto, como se ve en los *Anales toledanos*, en su lugar fué puesto don Sancho, hijo del rey don Fernando, á quien algunos llaman don Pedro, otros don Juan, por engaño sin duda. El arzobispo don Rodrigo por órden de la reina doña Berenguela crió en Toledo á sus nietos los infantes don Filipe y don Sancho; proveyóles en aquella su iglesia sendos canonicatos. Estudiaron ambos en los estudios de Paris; en particular don Filipe tuvo por maestro á Alberto Magno, gran filósofo y teólogo. Todo esto y mas el favor de su padre fué ocasion de poner en esta vacante los ojos en don Sancho. Aprobó la eleccion el papa Inocencio IV; mas el electo no parece se consagró por su poca edad, que era el penúltimo de sus hermanos. Por su contemplacion dió su padre á la iglesia de Toledo á Uceda y á Iznatoraf, esto á trueco de Baza, que se la diera cuando conquistó á Jaen. Vivió por este tiempo un hombre señalado, por nombre Pero Gonzalez, que dejada la corte y palacio, en que tenia buen lugar, gastó lo postrero de su vida en dotrinar á los gallegos y asturianos, predicador de fama. Su contemporáneo Bernardo, canónigo de Santiago, por el gran conocimiento que alcanzó de los derechos, fué muy familiar al pontífice Inocencio, y es el que escribió la glosa sobre las epístolas decretales. En el mismo tiempo los aragoneses, divididos en parcialidades, se abrasaban con discordias civiles. Tenia el rey don Jaime de doña Violante, su mujer, estos hijos: don Pedro, don Jaime, don Fernando, don Sancho; otras tantas hijas, doña Violante, doña Constanza, doña Sancha, doña María. La Reina estaba apoderada del Rey, y así, le persuadió que dividiese los estados del reino entre sus hijos, consejo muy perjudicial á la república por enflaquecerse por esta manera las fuerzas, y muy pesado en particular á don Alonso, su hijo mayor, en cuyo perjuicio se enderezaban estas prácticas. Por esta causa los mas de los grandes siguieron la voz del Infante, y por su autoridad públicamente se apartaron del Rey. Con cuidado de componer estas diferencias, que amenazaban mayores males, por el mes de febrero se tuvieron Cortes generales en Alcañices, pueblo de Aragon. Señaláronse jueces sobre el caso, personas principales, eclesiásticas y seglares; dieron por sentencia que el hijo debia obedecer á su padre. De ningun provecho fué esta diligencia, por estar los vasallos mal contentos y el Rey constante en su parecer y propósito, tanto, que en vida hizo donacion al infante don Pedro del principado de Cataluña, con que la otra parte se desabrió mucho mas. Esto en Aragon. Las cosas del rey don Fernando se hallaban muy en mejor estado, porque compuestas y asentadas las cosas en Sevilla, en que determinaba hacer su asiento, acometió á Jerez, y ganó de los moros á Medina Sidonia, Begel, Alpechin,

Aznalfarache; fuera desto, á la ribera del mar, en parte abatió, en parte tomó muchos castillos de moros. Pretendia que los demás, escarmentados con aquel daño y castigo, se rindiesen ó reprimiesen. Hiciéronse correrías por los campos de Nebrija; algunos pocos pueblos de moros, por estar fortificados de sitio ó de murallas, se atrevian y estaban determinados de sufrir el cerco, no solo como cosa mas honesta, sino tambien como mas segura, ni por el daño de los otros se movian á rendirse. Tratóse de pasar la guerra á Africa; y con este intento en las marinas de Vizcaya por mandado del rey don Fernando se apercebia una nueva y mas gruesa armada, cuando una recia dolencia le sobrevino, de que finó en Sevilla á 30 de mayo el año que se contaba de 1252. Reinó en Castilla por espacio de treinta y cuatro años, once meses, veinte y tres dias; en Leon veinte y dos años, poco mas ó menos. Fué varon dotado de todas las partes de ánima y de cuerpo que se podian desear, de costumbres tan buenas, que por ellas ganó el renombre de Santo, título que le dió, no mas el favor del pueblo que el merecimiento de su vida y obras excelentes; muchos dudaron si fuese mas fuerte ó mas santo ó mas afortunado. Era severo consigo, exorable para los otros, en todas las partes de la vida templado, y que, en conclusion, cumplió con todos los oficios de un varon y príncipe justo y bueno. En ningun tiempo dió mayor muestra de santidad que á la muerte. Comulgóle don Ramon, arzobispo de Sevilla. Al entrar el Sacramento por la sala se dejó caer de la cama, y puestos los hinojos en tierra, con un dogal al cuello y la cruz delante, como reo pecador pidió perdon de sus pecados á Dios con palabras de grande humildad. Ya que queria rendir el alma, demandó perdon á cuantos allí estaban. Espectáculo para quebrar los corazones y con que todos se resolvian en lágrimas. Tomó la candela con ambas las manos, y puestos en el cielo los ojos: El reino, dijo, Señor, que me diste, y la honra mayor que yo merecia, te le vuelvo; desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo me ofrezco á la tierra; recibe, Señor mio, mi ánima, y por los méritos de tu santísima pasion ten por bien de la colocar entre los tus siervos. Dicho esto, mandó á la clerecía cantasen las *Letanías*, y el *Te Deum laudamus*, y rindió el espíritu bienaventurado. A su hijo don Alonso, que nombró por heredero, poco antes de morir dió muchos avisos, y juntamente le encomendó con mucho cuidado á la reina doña Juana y sus hijos, de los cuales se hallaron á su muerte don Fadrique, don Enrique y don Felipe, que era electo prelado de Sevilla, y don Manuel. Don Sancho, electo de Toledo, no se halló por estar en su iglesia. Luego el dia siguiente le hicieron el enterramiento y honras con aparato real. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia mayor de Sevilla. Dícese que este Rey inventó ó introdujo el Consejo Real, que hoy en Castilla tiene la suprema autoridad para determinar los pleitos. Señaló doce oidores, á cuyo conocimiento perteneciesen los negocios mayores y los pleitos que en los otros tribunales se tratasen, por via de apelacion con las mil y quinientas doblas que deposita el que apela, y las pierde en caso que se dé sentencia contra él. Como las cautelas y engaños poco á poco iban creciendo, y los pleitos eran muchos por la malicia del tiempo, fué necesario establecer este nuevo tribunal; que antes las ciudades, contentas con los juicios y sentencias que sus jueces daban, y con apelar á las audiencias de su distrito, tenian por cosa fea y sin propósito pasar adelante y implorar el auxilio real. Demás desto, encargó á personas principales y doctas el cuidado de hacer nuevas leyes y recoger las antiguas en un volúmen, que hoy se llama vulgarmente las *Partidas*, obra de inmenso trabajo, y que se comenzó por este tiempo, y últimamente se puso en perfeccion y se publicó en tiempo del rey don Alonso, hijo deste don Fernando. Hasta la muerte del rey don Fernando llegó don Lúcas de Tuy con su historia.

CAPITULO IX.

De los principios de don Alonso el Décimo, rey de Castilla.

El reino de don Fernando por derecho de herencia vino al rey don Alonso, deceno deste nombre, cuya vida y obras pretendemos declarar; ilustres sin duda por la variedad de los sucesos y juego de la fortuna variable, pero que tienen mas de maravilla que de honra y loa. ¿Qué cosa mas maravillosa que un príncipe, criado en la guerra y ejercitado en las armas desde su primera edad, haya tenido tanta noticia de la astrología, de la filosofía y de las historias, cuan grande apenas los hombres ociosos y ocupados solamente en sus estudios pocas veces alcanzan? Sus libros que publicó y sacó á luz de astrología y de la historia de España dan muestra de su grande ingenio y estudio increible. ¿Qué cosa eso mismo mas afrentosa que con tales letras y estudios, con que otro particular pudiera alcanzar gran poder, no saber él conservar y defender ni el imperio que los extraños le ofrecieron ni el reino que su padre le dejó? Vió aquella edad y siglo hasta donde podia llegar la libertad y arrogancia del pueblo, pues redujo un Rey tan poderoso casi á vida particular; vió él mismo lo postrero de la desventura, que fué ser despojado de sus riquezas y mando. ¡Qué juegos hace la fortuna ó poder mas alto! ¡Cómo parece que gusta en burlarse de las cosas humanas! El sobrenombre de Sabio, que ganó por las letras, ó por la injuria de sus enemigos, ó por la malicia de los tiempos, ó él por la flojedad de su ingenio, parece le amancilló; pues con el crédito que tenia de ser tan sabio, no supo mirar por sí y prevenirse. En Sevilla, do se halló á la muerte de su padre, le alzaron por rey. Lo primero que hizo despues desto fué renovar el concierto con Alhamar, rey de Granada, demás que le hizo suelta de la sexta parte del tributo que tenia costumbre de pagar, en que se tuvo respeto á los buenos servicios que hiciera y á despertalle para que de nuevo hiciese otros; que sin duda por algun tiempo fueron muy grandes y señalados. Era tanto lo que este Príncipe amaba al rey don Fernando y érale tan agradable su memoria, que con ser moro, todos los años enviaba á Sevilla buen número de los suyos con cien antorchas de cera blanca para que se hiciesen al Rey las exequias y aniversarios. La falta que tenian de dineros era grande, por estar gastados todos con las guerras de tantos años. Tratóse de buscar algun camino para allegar moneda y remediar este daño; pareció lo mas á propósito que en lugar de los pepiones, que era cierta moneda así llamada de buena ley, se usase de

burgaleses, moneda muy baja mezclada de otros metales. Era cosa injusta abajar de quilates la moneda y que fuese del mismo valor que la de antes. Desórden por donde las cosas encarecieron y no se remedió la necesidad del Rey; porque fué necesario aumentar los salarios de los jueces y de los demás oficiales con tanta mayor indignacion del pueblo, que poco despues se inventó otro género de moneda, que se llamaba negra, es á saber, por tener mucho cobre. Quince monedas deste género valian una dobla ó escudo; un burgalés valia dos pepiones, noventa un escudo ó un maravedí de oro. Este camino de allegar dinero, bien que intentado muchas veces de grandes reyes, que sea muy engañoso y perjudicial, el tiempo y la experiencia y desastrados sucesos lo han bastantemente declarado. Sin duda fué la principal causa por que el rey don Alonso en breve se hizo muy malquisto y odioso á sus vasallos. Desta manera, si no hay gran tiento, de honestos principios y causas se siguen efectos muy perniciosos y malos. Esta fué la primera semilla de la discordia civil; de la guerra de fuera hobo otras causas. Estaba el rey don Alonso congojado por la esterilidad de la reina doña Violante, por el gran deseo que tenia de dejar sucesion. Los aduladores, de que siempre hay gran número en las casas de los príncipes, pretendian que aquel matrimonio se podia apartar; no les faltaban razones para colorear este engaño, como á gente de grande ingenio; el Rey fácilmente se dejó persuadir en lo que deseaba. Envió embajadores al rey de Dinamarca á pedir por mujer una hija suya, llamada Cristina. Era cosa fácil por la grande distancia de los lugares engañar aquella gente. Concertado el casamiento, la doncella fué enviada en España. Estos intentos del rey don Alonso dieron mucha pena, como era razon, al rey don Jaime. Procuróse dar algun corte con embajadas que se enviaron; pero como no se efectuase nada, vino el negocio á rompimiento y á las armas. Hiciéronse correrias y cabalgadas de una parte y de otra, robos de hombres y ganados, y esto al principio de aquella diferencia. Por el mismo tiempo Teobaldo, rey de Navarra, primero deste nombre, falleció á 8 de julio, año de nuestra salvacion de 1253; digno de ser alabado por el deseo que mostró de ayudar á la guerra de la Tierra-Santa, cuanto reprehensible y manchado por el intento que tuvo de oprimir los derechos y libertad eclesiástica, por la cual causa se dice que hobo entredicho general en todo aquel reino por espacio de tres años enteros. Este tiempo pasado, don Pedro Remigio ó Gazolaz, obispo de Pamplona, alzado el destierro en que le tenian, se reconcilió con el Rey á instancia de personas principales que en ello trabajaron y con muy grande alegría y regocijo de todo el pueblo. Téobaldo merece sin duda ser alabado por otras cosas y partes de que fué dotado, en especial por los estudios de las artes liberales, ejercicio y conocimiento de la música y de la poesía tan grande, que acostumbraba componer versos y cantarlos á la vihuela; las poesías que hacia, proponellas en público en su palacio para ser de todos juzgadas. Tuvo tres mujeres. De la primera, que fué hija del conde de Lorena, no tuvo hijos algunos. Dejada esta por mandado de los pontífices, casó con Sibila, hija de Filipo, conde de Flándes. Deste matrimonio nació Blanca, que casó con Juan, duque de Bretaña, por sobrenombre el Bermejo. De la tercera mujer, que fué hija de Arquimbaudo, conde de Fox, tuvo á Teobaldo y á Enrique y una hija, llamada Leonor. Teobaldo sucedió á su padre despues de su muerte; era menor de edad, que no tenia quince años cumplidos, de excelente natural y que daba muestras de grandes virtudes. La reina Margarita, su madre, cuidadosa de lo que á su hijo tocaba, estaba con temor, en especial de don Alonso, rey de Castilla, que, vencidos y domados los moros, se entendia queria revolver contra Navarra y despertar el derecho antiguo que pretendian los reyes de Castilla á aquella corona; cuidaba ayudarse del socorro del rey de Aragon y de su sombra. Tratóse por sus embajadores de aliarse; y para que la cosa se concluyese mas fácilmente, con seguridad de ambas partes se juntaron á vistas. Al principio del mes de agosto en Tudela se hizo confederacion entre los dos reyes, en que se concertó tuviesen los mismos por amigos y por enemigos. Asentaron otrosí que una de las dos hijas que tenia el rey don Jaime se diese por mujer á Teobaldo, y en particular se proveyó que ninguna de las dos casase con alguno de los hermanos del rey de Castilla sin voluntad de la reina Margarita y sin que ella viniese en ello. Al rey de Aragon, sin embargo, le quedó su derecho á salvo, que pretendia tener á aquel reino por la adopcion del rey don Sancho de Navarra. Esta confederacion para que fuese mas fuerte se procuró que el romano Pontífice la aprobase; las fuerzas de los dos reinos claramente se movian y enderezaban contra las de don Alonso, rey de Castilla. El cuidado desta guerra y miedo que resultó por esta causa, que suele ser muy gran atadura de concordia, hizo que los aragoneses padre y hijo se concertasen, cosa que tanto se deseaba. Así hallo que lo que el rey de Aragon habia donado á don Pedro y don Jaime, sus hijos, lo aprobó con juramento en Barcelona don Alonso, el hijo mayor del mismo rey don Jaime. Ofrecióse demás desto ocasion de nueva guerra. Alasarco, moro de ingenio sagaz, prometió entregar y rendir el castillo de Reguara, que tenia en su poder. El rey de Aragon, como el que era arriscado, creyóse fácilmente que le trataba verdad. Acudió con poca gente como á cosa hecha. Hobiera de caer en el lazo y quedar preso; mas quiso Dios que le avisaron del engaño y de lo que pasaba, con que se puso en cobro. El Moro, burlada su esperanza, se declaró por enemigo y persuadió á los moros de Valencia que tomasen las armas y que se levantasen. El Rey, movido por el peligro, acudió á Valencia; tratóse en aquella ciudad de echar aquella gente de todo el reino. Los señores, por la ganancia que de aquella gente les venia, hacian contradiccion; los prelados y el pueblo otorgaban con el Rey, que fué el parecer que prevaleció en las Cortes. Mandaron pues á todos los moros que saliesen del reino de Valencia y de todo su distrito dentro de cierto término. Ellos, aunque estaban en armas sesenta mil dellos, obedecieron á lo que les fué mandado. Repartiéronse por tierra de Murcia y de Granada, gran parte hizo asiento en la Mancha, que al presente se llama de Aragon, antiguamente de Montaragon, de un pueblo deste nombre que por allí caia. Era comarca áspera y no cultivada en aquel tiempo, al presente de señalada fertilidad en la cosecha de pan, con que provee á otras muchas partes. Llamóse antigua-

mente campo Spartanario del mucho esparto que tiene. Desta resolucion sacó gran interés don Fadrique, que residia en Villena, y la tenia en gobierno en nombre del rey don Alonso, su hermano. Era por allí el paso; hizo que por él los miserables cada uno pagase un escudo de oro. El rey de Aragon, embarazado con estos alborotos, no pudo luego volver las armas contra Castilla. Esta tardanza hizo que las sospechas de una gran guerra se trocaron en muy alegre fin y remate. En el mismo tiempo que Cristina, despues de tan largo viaje últimamente aportó á Toledo, que fué el año de nuestra salvacion de 1254, se entendió que la Reina estaba ocupada. El Rey, movido con una cosa tan fuera de lo que se esperaba, trocó el odio en amor. Los mismos que antes le persuadian que la dejase trataron que se reconciliase con la Reina; y hallaban razones en favor del matrimonio que antes tenian por inválido; tales son las adulaciones de cortesanos. Don Felipe, hermano del Rey, sin embargo que era abad de Valladolid y electo arzobispo de Sevilla, renunció el hábito clerical con voluntad del Rey, su hermano, para casar con Cristina, que aceptó aquel partido, perdida la esperanza de ser reina; matrimonio que, como mal trabado, en breve se apartó por la muerte de Cristina, que le sobrevino por la pena de la afrenta y por el desabrimiento que recibió por un trueque semejante; así lo entendia la gente vulgar. La esterilidad de la reina doña Violante se mudó en fecundidad, tanto, que parió muchos hijos á su marido. Estos fueron doña Berenguela, doña Beatriz, don Fernando, por sobrenombre de la Cerda, por causa de una muy señalada y larga con que nació en las espaldas, don Sancho, don Pedro, don Juan, don Diego, doña Isabel y doña Leonor. Todos estos tuvo el rey don Alonso en la Reina. En otra madre de bajo linaje á don Alonso Fernandez; en doña Mayor de Guzman, hija de Pedro de Guzman, á doña Beatriz, que fueron el uno y el otro hijos bastardos. El año siguiente de 1255, Eduardo, hijo mayor de Enrique, rey de Ingalaterra, vino á España. Las causas de su venida no se dicen; podemos sospechar ¿quién lo veda? que movido del agravio de Cristina hizo aquel viaje por ser primos hermanos. Su viaje cuánto haya aprovechado el suceso de las cosas lo declara; lo cierto es que en Búrgos fué recebido benignamente del Rey, y de su mano le armó caballero, ceremonia que en aquel tiempo se usaba, halagos con que se pretendia aplacar el ánimo de aquel Príncipe mozo y bravo.

CAPITULO X.

El rey don Alonso fué elegido por emperador.

El rey don Alonso no tenia la misma fama en todas las partes y acerca de todas las naciones. En España en su reino sin duda era aborrecido del pueblo, á los reyes comarcanos no era nada agradable, dado que con cierta muestra de paz ó por miedo de su poder se detenian de tomar contra él las armas. Entre las naciones extrañas volaba la fama de su grande erudicion. Decíase que era elocuente, sagaz, instructo igualmente en las artes de la paz y de la guerra. Esto movió á algunos príncipes de Alemaña para que en la dieta del imperio, en que se trataba de elegir emperador, le nombrasen en lugar de Guillelmo César, que á la sazon murió, y se tuviese cuenta con él, bien que no fué una la voluntad, ni los votos de todos se conformaron en uno; el arzobispo de Colonia en su nombre y en el del arzobispo de Maguncia, cuyo lugar y voz traia, y el conde Palatino nombraron por emperador á Ricardo, conde de Cornubia, hermano de Enrique, rey de Ingalaterra. Hízose este nombramiento á 6 de enero, dia de los Reyes, año que se contó del Señor de 1256; algunos señalan dos años adelante. El arzobispo de Tréveris y el duque de Sajonia, teniendo por inválida la eleccion de Ricardo, por sus votos eligieron á don Alonso, rey de Castilla, el postrer dia de marzo luego siguiente. Enviáronse embajadores á entrambos, y cada cual se tenia por legítimo emperador, y á su competidor al contrario; con tanto mas ventaja de Ricardo, que sin dilacion, dejadas todas las demás cosas, acudió á Alemaña, y de mano del arzobispo de Colonia, á quien esto toca, tomó la corona primera del imperio en Aquisgran, á 2 dias del mes de mayo. Don Alonso, embarazado con las alteraciones domésticas y desconfiado de la voluntad de sus vasallos, y principalmente por la edad de sus hijos, que era pequeña, dilató su ida, puesto que los obispos de Constancia y de Espira vinieron por embajadores en esta razon, y con nuevas embajadas que le enviaban de cada dia le importunaban fuese á tomar el imperio. Esta tardanza entibió la aficion de su parcialidad y fortificó los intentos de la parte contraria. Favorecian á don Alonso, fuera del crédito de su virtud, porque de parte de madre venia de los emperadores de Alemaña, como hijo que era de doña Beatriz, y por ella nieto de Filipe, que fué el tiempo pasado emperador. A Ricardo ayudaba mucho la semejanza de la lengua, que no es pequeña entre ingleses y alemanes, grandes y antiguas alianzas entre aquellas dos naciones, las costumbres semejantes, además del parentesco que entre sí tenian, para que le juzgasen por idóneo y digno del imperio, en tanto grado, que en negocio dudoso parecia aventajarse algun tanto su derecho. Porque dentro de un año despues de la muerte del emperador Guillelmo fué puesto en su lugar en el mismo dia que, de comun consentimiento, los electores señalaron para la eleccion; dentro de otro año, de mano del arzobispo de Colonia, á quien esto pertenece, fué en Aquisgran coronado y tomó las demás insignias del imperio, y se sentó en la silla de Carlo Magno en señal de la posesion que tomaba. En conclusion, así los príncipes como los que tenian á cargo las fortalezas, le hicieron sus homenajes; las cuales cosas todas, como quier que estuviesen establecidas por las leyes que hablan en razon de elegir los emperadores, don Alonso no las cumplió. Contra Ricardo, que á su tiempo las habia todas guardado, no se podia alegar cosa alguna; así lo decian grandes letrados, fuera de que en discordia de los electores, cuando no se conforman en uno, el conde Palatino es el legítimo juez de la diferencia; por lo menos el rey de Bohemia, cuando los votos se dividen igualmente, á la parte que él se allega aquella eleccion es tenida por válida. Alegaban que lo uno y lo otro hacian por Ricardo, pues el conde Palatino votó por él en su nombre y del rey de Bohemia, cuyas veces tenia; y luego que él mismo supo la eleccion, de nuevo la aprobó. Don Alonso, al contrario, alegaba que su eleccion fué hecha en Francfordia, den-

tro de los muros de la ciudad, que era el lugar señalado de comun consentimiento de los electores para aquella eleccion. Que el de Colonia y el Palatino vinieron acompañados de gran número de soldados, no como á eleccion, sino como á guerra, y porque ponian espanto y parecia que querian hacer fuerza, fueron amonestados que desistiesen de aquel camino, y á ejemplo de los otros príncipes, con acompañamiento ordinario y competente entrasen en la ciudad. Cargábanles que no quisieron conformarse, antes por nueva manera y perjudicial se juntaron aparte, cosa de grandes inconvenientes, y fuera de la ciudad, como en los reales hicieron su eleccion. Esta era la principal nulidad en la eleccion de Ricardo. Que los príncipes que estaban en la ciudad aguardaron hasta tanto que hobo esperanza que se podrian reducir á mejor consejo, y dejada aquella porfía, concordarse con la razon y con los demás; perdida la esperanza, á postrero de marzo, por voto del arzobispo de Tréveris y del duque de Sajonia, que tenia otrosí el voto del marqués de Brandemburg, que ausente estaba, como su vicario y tambien por voto del rey de Bohemia, cuyo embajador con derecho de votar estuvo presente en la dieta, fué elegido por rey de romanos don Alonso, rey de Castilla. Estos eran los principales fundamentos de la una parte y de la otra: otros alegaban de menor cuantía, como delitos y excesos que los unos oponian contra los otros, sin que ellos se engañasen; mayormente contra el arzobispo de Tréveris se alegaba estar descomulgado, y por tanto privado de voto, á causa de nuevas y extraordinarias imposiciones que derramaba sobre sus vasallos. La otra parte contraponia que el arzobispo de Colonia hirió al cardenal de San Jorge, legado del Pontífice romano, y prendió un obispo. Asimismo que el conde Palatino maltrataba en muchas maneras las personas eclesiásticas, lo cual no era lícito. Mas, que contra la sacrosanta majestad de los pontífices y de la Iglesia, en las revueltas pasadas se allegó al emperador Federico y á su hijo Conrado. Este pleito comenzó en tiempo del papa Alejandro IV; no se pudo componer por su autoridad y juicio, como fuera justo, y los que mejor lo sentian lo deseaban, á causa que cada cual de las partes, como quier que pretendiese ser de su derecho cierto, no queria, mal pecado, pasar por juicio ni sentencia de alguno ni comprometer la diferencia, porque no pareciese con esto hacian dudosa su causa; mas aína cuidaban poner el negocio en el trance de una batalla y pleitear con las armas, así suyas como de los príncipes de Alemaña, sus valedores y aliados. Gran mal por esta causa se aparejaba á la cristiandad, si á ambos príncipes no detuvieran y enfrenaran otros negocios domésticos. A don Alonso le fué impedimento estar tan léjos España; y unas dificultades que nacian y se trababan de otras le detuvieron en su reino; demás que naturalmente era irresoluto, y tenia esperanza que con artificio y maña se podria dar conclusion á aquel debate. Ricardo no pudo tomar las armas á causa que las cosas de Ingalaterra andaban muy alteradas con la guerra que se hacia en Francia con todas las fuerzas de la una y de la otra nacion, en especial que falleció el sexto año despues que se llamó emperador. El fin en que paró toda esta contienda y su remate se declarará en otra parte mas adelante.

CAPITULO XI.

Los grandes de Castilla se alteraron contra el rey don Alonso.

Tenia el rey don Alonso condicion mansa, ánimo grande, mas deseoso de gloria que de deleites; era dado al sosiego de las letras y no ajeno de los negocios, pero poco recatado y de maravillosa inconstancia en su manera de proceder; codicioso de allegar dinero, vicio que si no se mira bien, causa muy graves daños, como entonces sucedió, que perdió las voluntades del pueblo y no supo ganar las de los grandes. Con deseo pues de huir el ocio, que es muy á propósito para sembrar chismes y levantar murmuraciones, tomó las armas contra el Andalucía, y divididas sus gentes, trataba con diversas bandas de apoderarse de los pueblos que quedaron en poder de moros. El mismo ganó á Jerez; don Enrique, su hermano, á Arcos y á Nebrija, pueblo situado en los esteros de Guadalquivir por aquella parte que con grandes acogidas de agua se derrama en el Océano. En Jerez fué puesto por gobernador don Nuño de Lara, hombre de antiguo y noble linaje, mas ya casi acabado por la flojedad ó contumacia de sus antepasados. Ofrecíase muy buena ocasion de desarraigar por toda aquella comarca las reliquias de los moros, si no fuera que otro nuevo cuidado de una nueva guerra forzó al Rey á retirarse y dejar aquella empresa. Esto fué que Teobaldo, rey de Navarra, segundo deste nombre, ya que era mayor de edad, confiado en la ayuda del rey de Aragon, con quien poco antes renovara sus confederaciones en Montagudo, con sus gentes que juntó de todas partes trataba de acometer las tierras de Castilla. Pretendia que lo de Guipúzcoa, Alava, la Rioja y Briviesca, tierras de sus antepasados, les quitaron á tuerto los años antes y que de derecho le pertenecian. Muchos grandes de Castilla, disgustados con su Rey, se pasaran á Navarra y á Aragon, renunciada primero por público instrumento la naturalidad, que era el camino que en los tiempos antiguos hallaron para que no fuesen tenidos por traidores los que se ausentaban de su patria. Estos despertaban la llama, y á aquel Príncipe, mozo y feroz por la edad, instigaban para que tomase las armas. Entre estos grandes el mas principal era don Diego de Haro, varon muy constante y de notables prendas en lo demás, pero que no sufria se le hiciese ningun agravio ni demasía, y que se mostraba muy ofendido por ver oprimida la libertad de la patria. La muerte cortó sus intentos, que le sobrevino en el lugar de Bañares, do era ido para curarse; mas su hijo don Lope de Haro, aunque era de pequeña edad, con grande acompañamiento de los suyos se fué á Estella, ciudad en que á la sazon se hallaba el rey de Aragon. Lo mismo hizo el infante don Enrique, disgustado de todo punto con su hermano el rey don Alonso. Hicieron estos señores entre sí liga contra el poder y armas de todos los príncipes. El pueblo de Castilla y muchos grandes, dado que aun no se declaraban, sentian lo mismo de secreto. Llevaban mal que la moneda se hobiese abajado de ley, de que se siguió mayor carestía de los mantenimientos; y pretendiendo poner remedio á este daño, resultó otro mayor. Puso el Rey tasa y precio á todas las cosas que se vendian y á todas las mercadurías, de

que se siguió gran falta de vituallas y provision, por no querer los que las tenian vender por aquel precio. Desta manera suelen muchas veces acarrear mayor daño las cosas que parecian haberse ordenado con mucha prudencia. El rey don Alonso, como era de grande ingenio y que no ignoraba cuán grande era el peligro que le amenazaba, trató de hacer asiento y pacificarse con el rey de Aragon, que sabia no estaba muy léjos dello por andar envuelto otra vez, aunque era de grande edad, en los amores de doña Teresa Vidaura, tanto, que parecia estar olvidado de sí y de la majestad real. Viéronse en Soria; en aquella habla concertaron paces por el mes de marzo, año de nuestra salvacion de 1256, en el mismo tiempo que Margarita, madre de Teobaldo, rey de Navarra, en Francia, do estaba ocupada en asentar las cosas de Campaña, falleció á 11 del mes de abril en Pervino. Fué enterrada en el monasterio de Claravalle, muy noble y conocido en aquella sazon por el crédito que tenian aquellos monjes de santidad. El año siguiente en Toledo murió don Sancho Capelo, rey de Portugal, como se tocó arriba. El reino que por espacio de trece años habia gobernado como teniente don Alonso, su hermano, le gobernó de allí adelante con nombre de rey. Tuvo de doña Beatriz, hija del rey don Alonso, á su hijo mayor don Dionisio, y á don Alonso, conde de Portalegre, y demás destos á doña Blanca, cuyo cuerpo está sepultado en las Huelgas de Búrgos, donde por largo tiempo fué abadesa, y á doña Costanza, que murió de poca edad. En esto comedio don Enrique, hermano del Rey, en Nebrija, do se retirara, movia, así moros como á cristianos, á levantarse. Don Nuño de Lara, alterado por estas práticas, como era razon, y para prevenir los intentos de don Enrique, acudió á Nebrija desde Sevilla. Avisado desto don Enrique, como no tuviese fuerzas bastantes ni ganadas del todo las voluntades de los de aquella comarca, fué forzado huirse á Valencia por mar. El rey don Jaime estaba allí ocupado en dar asiento en las cosas de aquel reino; recibióle al principio con benignidad; mas por no contravenir, si le amparaba, á la alianza puesta con su hermano poco ántes, le puso en necesidad de pasar en Africa. Desde allí, gastados cuatro años en la corte del rey de Túnez y en su compañía, pobre y miserable, dió la vuelta, primero á Francia, y despues á Italia con deseo de mover guerra á su hermano, si en alguna parte hallase acogida y socorros bastantes. El rey de Aragon, asentadas las cosas de Valencia, se fué á Mompeller con deseño de verse con el rey de Francia. Señalaron para las vistas un pueblo llamado Carbolio, en que á 11 dias de mayo, año de 1258, tratadas todas sus diferencias, se reconciliaron enteramente con hacer suelta el uno al otro de todo lo que hasta aquel dia cada cual poseia y se habian tomado. En particular los de Barcelona y los catalanes quedaron exemptos de todo punto del antiguo señorío y jurisdiccion de los reyes de Francia; homenaje usado y continuado desde el tiempo en que aquellas tierras se ganaron de los moros, dado que de muchos años atrás, fuera del nombre de estar sujetos y poner en las escrituras públicas el nombre del rey de Francia que á la sazon era y el año de su reinado, ninguna cosa podian allí ni hacian los reyes de Francia. Para que esta confederacion fuese mas firme se concertó desposorio entre doña Isabel, la menor de las hijas del rey de Aragon, con Filipe, hijo mayor y heredero del rey de Francia, y con ella, en nombre de dote, quedaron por los franceses Carcasona y Besiers. Hobo este año grandes crecientes con las aguas, que continuaron desde antes del mes de agosto hasta 26 de diciembre; los rios se hincharon y salieron de madre, con gran daño de las labranzas y de los campos. Muchas puentes cayeron en España, entre ellas la de Toledo, que se llama de Alcántara; mas el siguiente año de 1259, que fué de los árabes el año 657, se reparó y reedificó. El letrero que está á la entrada de la puente sobre el arco de la puente, grabado en una piedra, de letra francesa y en lengua vulgar castellana lo declara.

CAPITULO XII.

Que se puso entredicho en Portugal.

Las cosas en España estaban sosegadas para tanta muchedumbre de príncipes como en ella reinaban, diferentes en leyes, costumbres, aficiones y voluntades. Algunas desgracias sucedieron. Doña Violante, reina de Aragon, y el infante don Alonso, su entenado, fallecieron; los desórdenes del Rey aceleraron la muerte al uno y al otro, á lo que parece. Don Alonso llevaba mal el tratamiento que su padre le hacia y la poca estima que parecia hacer dél; como si fuera menos que los demás hermanos, ninguna mano por entonces le daba en el gobierno del reino; y para adelante con la particion que queria hacer de los estados diminuia la majestad del reino que le dejaba. Este deseño, no solo desabria en particular á don Alonso, sino en comun á los mas de los grandes, en tanto grado, que dejado el Rey, públicamente seguian la voz y las partes de su hijo. Para reducillos y sosegallos el viejo astuto poco antes de la muerte del hijo, revocada la primera donacion, le entregó y puso en su poder á Valencia, que mandó anduviese siempre unida con Aragon. La reina doña Violante llevaba mal el poder de doña Teresa Vidaura, en cuyos amores el Rey desde su primera edad estuvo enredado, y dejados por algun tiempo, de nuevo era vuelto á ellos con tan grande aficion, que parecia estar enhechizado con bebedizos. Por el albedrío desta mujer y por su antojo gobernaba las cosas particulares y públicas. A la verdad este Príncipe fué dado á deshonestidad y maltrato hasta la postrera edad; olvidado de su deber, no consideraba lo que por la fama se decia dél. Llegó el desórden á que así el tiempo pasado como adelante, muerta la reina doña Violante, la tuvo con la majestad y estado poco menos que si fuera reina. Ella misma una y dos veces puso al Rey pleito delante del romano Pontífice sobre la corona. Acusábale la palabra que decia le dió de casamiento, como arriba queda dicho. Nacieron de doña Teresa don Pedro, que fué señor de Ayerve, y don Jaime, señor de Ejerica. La reina doña Violante fué sepultada en Valbuena en un monasterio de monjas de la órden de San Bernardo, que está en Cataluña; don Alonso en Valencia en la iglesia mayor en la capilla de Santiago. Zorita, noble escritor de la historia de Aragon, dice que en el monasterio de Veruela del Cistel. Teobaldo, rey de Navarra, despues que su madre murió en Francia, conservó y defendió el principado de Campaña, que muchos señores de Francia preten-

dian con las armas tomar para sí. Hecho esto, casó con doña Isabel, hija menor de san Luis, rey de Francia, que le dió su padre por mujer de buena gana. En Melun, pueblo de los senones, puesto en una isla pequeña que hace el rio Secana, y de la una parte y de la otra del rio, donde tambien hay edificios, se celebraron las bodas, mas alegres en los principios que en lo de adelante por la esterilidad de la Reina. Tuvo este Rey en doña Marquesa de Rada fuera de matrimonio una hija, que tuvo el mismo nombre que su madre, y adelante casó con don Pedro, hijo del rey de Aragon, habido en doña Teresa, como queda dicho. Matilde, condesa de Boloña, sabida la muerte de don Sancho, rey de Portugal, acudió por mar á aquella provincia para pretender el derecho de su antiguo matrimonio, si por ventura don Alonso, su marido, pudiese últimamente mudar su dañada intencion. Llegó á Cascaes muy cerca de Lisboa; dende sin que el Rey le diese lugar para podelle hablar, fué forzada á dar la vuelta. Escribióle empero una carta deste tenor: «Llegara mas cerca » y reprehendiera en tu presencia tu felonía, que fuera » bastante recompensa del afan que en el viaje he to- » mado; pero pues no me das lugar para esto, y como » ingrato y cruel no pudiste sufrir nuestra presencia » por estar herido de los aguijones de la conciencia y » poseido del demonio, no dejaré en ausencia de hacer » esto y dar testimonio con esta carta á todo el mundo » del justo dolor que tengo y del agravio que me ha- » ces, que será una perpetua memoria de tu desleal- » tad y impiedad. Son ordinariamente ásperos los re- » medios que para las enfermedades son saludables; yo » tambien escribo con gemidos y contra mi voluntad » estas cosas. Mas si va á decir verdad, yo te recebí » cuando eras pobre, sin tierra, sin bienes, sin espe- » ranza, estoy por decir un hombre bárbaro; y esto » en mi casa y por marido. ¡Oh demasía mia, diré, ó » de los mios, ó de los unos y de los otros y necia » credulidad! Nuestra opinion y el crédito que de tu » lealtad teniamos nos engañó para que, en cambio de » que te dimos mas de lo que pedias y mayores cosas » que esperabas, hicieses burla de nos. Acuérdome » cuando jurabas que no podias vivir sin mí no mas que » sin tu ánima. ¿Esta es la religion? Esta es la constan- » cia? ¿Qué es esto? Con el reino sin duda has perdido » el juicio y te has, fementido, mudado en otro varon. » Olvidado de mí y sin memoria del beneficio recebido, » estás ocupado en nuevos amores de la que es for- » zoso se llame combleza, pues el primer matrimonio » dura, y el nuevo es ninguno. ¿Descontentáronte nues- » tro linaje, la hermosura, la edad, las riquezas? O lo » que es mas cierto, ¿los reyes teneis por santo y por ho- » nesto lo que os viene mas á cuento para reinar? Yo » todavía soy viva, y viviré hasta tanto que mueva con- » tra tí las armas de los príncipes y los odios de todas las » naciones; como bestia fiera perecerás agarrochado » de todos. El corazon me da que la divina venganza » está sobre tu cabeza, y que muy presto llegará. El que » al presente feroz con la maldad y muy contento des- » precias nuestras lágrimas, en breve, afligido con to- » dos los tormentos, pagarás justísimamente la pena de » nuestro dolor y de tu impiedad. Con esta sola espe- » ranza en estos trabajos me sustentaré, la cual cum- » plida ó perdida, de buena gana dejaré la vida; mas de » tal manera la dejaré, que claramente se entienda faltó » tu deslealtad á lo que era razon y á lo que pensábamos, » mas aína que á nos la virtud y esfuerzo necesa- » rio.» No se movió el ánimo obstinado del rey don Alonso por esta carta, antes públicamente se gloriaba que el dia siguiente se tornaria á casar y celebraría nuevo matrimonio, si entendiese era á propósito para conservar su reino. Matilde dió la vuelta mal enojada contra el Rey; echaba sobre su cabeza grandes maldiciones. En Francia se fué á ver con el santo rey Luis para tratar de vengar aquel agravio. Al pontífice romano Alejandro IV envió sobre el caso sus embajadores. En el Francés halló poca ayuda por estar su reino tan léjos. El Padre Santo amonestó á don Alonso y le protestó que volviese al primer matrimonio, y recibiese en su gracia y se reconciliase con Matilde, su primera mujer. Advirtióle cuánto peligro corria su salvacion; que no debia con obras tan malas irritar á Dios. A estas voces y amonestaciones las orejas del Rey estaban tapadas, obstinado el ánimo; la codicia y ambicion, consejeros malos, le ponian telarañas delante los ojos para que no viese la luz. El Pontífice, porque no queria obedecer, le descomulgó, puso entredicho en todo el reino de Portugal, que dicen duró doce años, porque ni el Rey se queria enmendar, ni los pontífices que se siguieron aflojar en la justa indignacion y castigo. Los pueblos inocentes pagan la pena de los excesos que hacen los reyes; así van las cosas humanas, así lo lleva la condicion de nuestra mortalidad. Por lo demás, el rey don Alonso era de condicion mansa y tratable, muy amigo de justicia. Quitó en toda la provincia los salteadores y libertad de hacer mal, ca por la revuelta de los tiempos y por la flojedad del rey don Sancho prevalecian en todas partes los males. Ordenó leyes, estableció fueros, tuvo con cierta igualdad trabados entre sí los mayores con los medianos, y con estos los mas bajos del pueblo. Esto en su casa y en el gobierno. En la guerra no tuvo menor esfuerzo; con sus armas y por su diligencia se ensancharon los términos de su estado. Ganó de los moros á Faro, Algecira, Albufera y otros pueblos por la comarca de Silves. Fundó y pobló de nuevo á Castro, Portalegre, Estremoz. La ciudad de Beja y otros muchos pueblos y castillos, que por la revuelta del tiempo pasado estaban por tierra ó maltratados, los reparó y reedificó. Hay tambien muestras de su piedad; en Lisboa un excelente monasterio, que por estos tiempos fundó y llevó al cabo, del órden de Santo Domingo. En Santaren otro de monjas de Santa Clara, que edificó á sus expensas desde los cimientos. La liberalidad que usaba con los pobres era tan grande, que muchas veces, consumidos los tesoros, para juntar dinero y remediallos empeñaba las alhajas y joyas de su casa. A don Alonso, rey de Castilla, cuya fama volaba por todo el mundo, vinieron por el mismo tiempo embajadores del soldan de Egipto; traíanle mucha ropa, preciosos tapices y alhombras que le presentaron; demás desto, animales muy extraordinarios y nunca vistos en España. Fué esto el año de 1260; en este año una villa de Guipúzcoa, parte de lo que llamamos Vizcaya, mudó el nombre antiguo de Arrasata en el de Mondragon, como se ve por un privilegio del mismo rey don Alonso de los mas antiguos que se hallan escritos en lengua española; porque fué el primer rey de España que en lugar

de la lengua latina, en que se escribian las escrituras públicas, mandó se usase la española. Hay otrosí una bula del papa Alejandro IV, dada en Anagni á 18 de marzo, el quinto año de su pontificado, en que manda que la ciudad de Segorve, que por este tiempo se ganó, esté sujeta al obispo de Albarracin, que se llamaba obispo de Segorve aun antes que aquella ciudad fuese de los moros ganada. Hay otra bula del mismo Pontífice, dada el sexto año de su pontificado, que es el en que vamos, en que mandaba que el obispo de Segorve, que lo era en aquel tiempo tambien de Albarracin, sea sufragáneo de la iglesia de Toledo. Opúsose don Arnaldo de Peralta, obispo de Zaragoza; alegaba que parte de aquella diócesi era de su iglesia. El Pontífice, vista la resistencia, moderó la primera concesion con otra bula, en que declara ser su voluntad que á los obispos de Zaragoza, no obstante lo susodicho, quedasen salvos sus derechos. El punto desta diferencia consistia principalmente sobre la palabra Segobriga. Constaba que una ciudad deste nombre fué antiguamente sufragánea de Toledo; pero la tal ciudad estaba en la Celtiberia; la Segobriga, es á saber, Segorve, de que se trataba y sobre que andaba el pleito, alegaban los aragoneses estar en los edetanos, bien apartada de la otra. Este parecer, contra lo que tenian antes determinado, prevaleció finalmente los años adelante. El de 1261, á los 27 de octubre, falleció don Sancho, arzobispo de Toledo. Entró en su lugar Pascual ó Pascasio, que era dean de aquella iglesia, el mismo que llevó la cruz delante el arzobispo don Rodrigo en las Navas de Tolosa. Fué natural de Almoguera, pueblo del Alcarria. Debia ser muy viejo, y así parece murió electo por junio luego siguiente. Su sepultura está en la capilla de Santa Lucía, iglesia mayor de la misma ciudad.

CAPITULO XIII.

Cómo los reyes de Aragon y de Sicilia emparentaron.

Falleció en Tarento, ciudad en lo postrero de Italia, algunos años antes deste tiempo el emperador Federico, aquel cuyo nombre por haber perseguido á los pontífices romanos fué aborrecido en los siglos adelante y siempre tenido por infame. Su hijo Conrado, que le sucedió en sus estados, cuatro años adelante, como de Suevia hobiese pasado en Italia y en Sicilia, dió fin á sus dias de su muerte natural, ó lo que se dijo por la fama, con yerbas que le dió Manfredo, su hermano bastardo. Este, no obstante que el difunto nombró por su heredero á Conradino, su hijo, habido en una hija del duque de Baviera, que por ser de pequeña edad le dejara en Suevia, provincia de Alemaña, encendido en deseo de reinar, y no haciendo caso por su pequeña edad de su sobrino, se apoderó con las armas y por fuerza de Sicilia y del reino de Nápoles contra derecho y contra voluntad de los pontífices romanos, cuyo feudo eran aquellos reinos desde su primera institucion, y que por esta causa claramente amenazaban, si no desistia, le harian todo mal y daño; mas él no hacia caso ni se movia por estas palabras, ni temia las censuras eclesiásticas, ni aun hacia caso ni tenia cuenta con la fama que de sus cosas corria; el deseo que tenia de reinar lo atropellaba todo. Antes hizo guerra en Toscana, donde era grande el poder de los guelfos, parcialidad aficionada á los papas, de la cual provincia fácilmente, vencidos los contrarios, se apoderó. Con estos principios y aumento las cosas de Manfredo se aseguraron de tal guisa, que con dificultad se pudieran mudar en contrario, si el señorío y estado ganado por malas mañas pudiera ser duradero. Los papas intentaban todos los caminos para abatir aquel reino que contra justicia y contra razon se fundara. Enviaron predicadores por todas las partes, que no cesaban de reprehendelle en sus sermones, como impío y enemigo de la religion cristiana. Poca ayuda tenia el Papa en los demás príncipes y poco le prestaban todas aquellas diligencias. Cárlos, hermano legítimo de san Luis de Francia, y él por sí conde de Anjou y de la Proenza, fué convidado á pasar á Italia con esperanza que se le dió de hacelle rey de Sicilia. Manfredo, avisado destas práticas y intentos y visto, si esto se hacia, cuán gran riesgo corrian sus cosas, trataba para afirmarse de buscar socorros de todas partes, y porque los cercanos le faltaban, determinó acudir á los de léjos. En primer lugar acometió á aliarse con don Jaime, rey de Aragon, cuya fama de sus hazañas y la gloria de las cosas por él hechas volaba de tiempo atrás por todas partes. Parecióle para mas obligalle trabar con él parentesco. Ofreció á Costanza, su hija, para que casase con don Pedro, su hijo mayor y heredero. Envió sobre el caso embajadores á Barcelona. Al rey de Aragon no le parecia aquel partido de menospreciar, mayormente que con la doncella de presente le ofrecian de dote ciento y veinte mil ducados, suma muy grande para aquel tiempo, demás de la esperanza cierta de heredar el reino de Sicilia y juntalle con el de Aragon á causa que Manfredo no tenia hijos varones. Asentado el negocio y concertado, despachó en embajada al pontífice Alejandro fray Raimundo de Peñafuerte, de la órden de Santo Domingo, varon prudente, erudito y santo, para que con la mucha autoridad que tenia reconciliase con el Pontífice á Manfredo y se compusiesen las diferencias pasadas. El Pontífice no se movió por las palabras ni razones de fray Raimundo, antes hizo grandes amenazas contra Manfredo. Cargóle que no solo contra justicia tenia usurpados aquellos estados, sino que era bastardo y hombre impío; avisábale de muchos excesos, en particular que publicó fingidamente que era muerto Conradino, su sobrino; por engaño y por este camino se apoderó del reino y tomó las armas contra la Iglesia. «No se puede, dice, ni se debe conceder alguna cosa al que hace guerra y tiene empuñadas las armas; por ventura se podria condescender en algo, si con humildad rogase. Esto dirás á tu Rey, y amonéstale de mi parte que no mezcle sus cosas con un hombre tan malvado; que de otra manera podrá temer la venganza de Dios y nuestra indignacion, que en la tierra tenemos sus veces.» Esta respuesta tuvo dudoso y suspenso el ánimo del rey de Aragon; pero prevaleció el provecho y útil contra lo que fuera razon y honesto. Hiciéronse los desposorios en Mompeller en la iglesia de Santa María el año 1262 con toda muestra de alegría, juegos y regocijos. De allí, vuelto el Rey á Barcelona, á 21 del mes de agosto dividió entre sus hijos sus reinos y estados en esta forma: Cataluña desde el Cabo de Creus, que los antiguos llamaban promontorio de Vénus, y todo Aragon y Valencia se adjudicó á don Pedro, su hijo; á don Jaime lo de Rusellon, lo de Cerdania, Colibre, Confluencia, Valespira, á tal que

por las dichas ciudades fuese sujeto al rey de Aragon y le hiciese homenaje. Demás desto, que todas ellas se gobernasen por las leyes de Cataluña, y no pudiesen en particular y por su autoridad batir moneda. Demás desto le dió á Mallorca con título de rey y á Mompeller en la Francia. Por esta manera puso el padre en paz á los dos hermanos, que comenzaban á tener diferencias sobre la sucesion y juntamente alborotarse. Los grandes, divididos en bandos, sin cuidado ninguno de hacer el deber, antes con deseo cada cual de adelantarse y mejorar sus haciendas, avivaban el fuego y la llama de la discordia entre aquellos dos príncipes, mozos y hermanos.

CAPITULO XIV.

Que los Merinos se apoderaron de Africa.

Entre tanto que estas cosas se hacian en España, una nueva guerra muy grave y la mayor de todas las pasadas parecia de presente amenazalla, á causa de un nuevo imperio que se fundó estos años en Africa. Vencidos los Almohades y muertos, el linaje de los Merinos levantaba por las armas y despertaba el antiguo esfuerzo de su nacion, que parecia estar abatido y flaco por la flojedad de los reyes pasados. Trataban otrosí de pasar la guerra en España con esperanza cierta de reparar en ella la antigua gloria y el imperio de su nacion, que casi estaba acabado. Despues que Mahomad, por sobrenombre el Verde, fué por las armas de los cristianos vencido en las Navas de Tolosa, y despues que murió de su enfermedad, sucedió en su lugar Arrasio, su nieto, hijo de Busafo, que finó en vida del Rey, su padre, en tiempo que el imperio de los Almohades se extendia en Africa desde el mar Atlántico, que es el Océano, hasta la provincia de Egipto. Pusieron por gobernador de Tremecen, ciudad puesta á las marinas del mar Mediterráneo, en nombre del nuevo Rey un moro, llamado Gomaranza, del linaje de los moros Abdalveses, muy noble y poderoso en aquellas partes. Este, por hacer poco caso de su Rey ó por fiarse mucho de sus fuerzas, fué el primero que se determinó de empuñar las armas contra él. Arrasio acudió con su ejército á aquellas alteraciones, pero fué muerto á traicion. Ningunas asechanzas hay mas perjudiciales que las que se arman debajo de muestra de amistad; un pariente de Gomaranza, que salió del castillo con muestra de dar aviso al Rey de lo que pasaba, fué el que le dió la muerte y el ejecutor de tan grave maldad. Muerto el Rey, las gentes que le seguian fueron vencidas y desbaratadas con una salida que el traidor levantado hizo del castillo Tremesesir, en que el Rey le tenia cercado. Los que escaparon de la matanza se recogieron á Fez, que caia cerca de aquella parte de Africa que se llama el Algarve, que es lo mismo que tierra llana. Recogió y acaudilló estas gentes Bucar Merino, gobernador que era de Fez, confiado y deseoso de vengar á su señor; con que en una nueva batalla deshizo á los traidores, y en premio de su trabajo y porque no pareciese hacia la guerra con su riesgo y en provecho de otro, se determinó mudar el nombre de gobernador en apellido de rey y apoderarse para sí y para sus decendientes, como lo hizo, del imperio de Africa. Por esta manera, no vengada la traicion, sino trocado el traidor, Bucar Merino se hizo fundador de un nuevo imperio en Africa. Porque Almorcanda, que era del linaje de los Almohades, y en Marruecos sucediera en lugar de Arrasio, como saliese en busca de Bucar, fué vencido en una batalla cerca de un pueblo llamado Merquenosa, que está una jornada de la ciudad de Fez. Resultó que de un imperio en Africa se hicieron dos, que duraron por algun tiempo, el de Marruecos y el de Fez. A Bucar sucedió su hijo Hiaya. Por muerte deste, que falleció en su pequeña edad, su tio Jacob Abenjuzef, que gobernaba el reino en su nombre, hombre de gran ingenio y de gran experiencia en las armas, no solo quedó por señor de lo de Fez, sino con facilidad increible ganó para su familia y decendientes el imperio de Marruecos y casi de toda la Africa. Ninguna nacion hay en el mundo mas mudable que la africana, que es la causa porque ningun imperio ni estado puede entre aquella gente durar largo tiempo. Budebusio, que era del linaje de los almohades, moro de grande poder, por estar sentido que Almorcanda le hobiese sido preferido para ser rey de Marruecos, que no era mas pariente que él ni tenia deudo mas cercano con los reyes almohades difuntos, se determinó probar ventura si podia salir con aquel imperio, y como le faltasen las demás ayudas, acudió á Jacob, rey de Fez. Prometióle, si le ayudaba, mas tierras de las que tenia y en particular todo lo que hay desde tierra de Fez hasta el rio Nadabo. No era de desechar este partido, en especial que se ofrecia ocasion por la discordia de los almohades de apoderarse él de todo el imperio de Africa, bastante motivo para intentar la nueva guerra. Así que, juntadas sus gentes, marcharon contra el enemigo. Almorcanda, que no estaba bien arraigado en el imperio ni tenia fuerzas bastantes, desamparada la ciudad de Marruecos, dejó tambien el reino á su contrario. Con esta victoria apoderado de aquel estado, no quiso pasar por lo que concertó con Jacob, aunque muchas veces le hizo sobre ello instancia, y ordinariamente los que en el peligro se muestran mas humildes, en la prosperidad usan de mayor ingratitud, en tanto grado, que el nuevo rey Budebusio daba muestras de querer acometer con las armas la ciudad de Fez. Por esta manera una nueva guerra se despertó y se hizo por espacio de tres años. El pago de quebrantar la palabra fué que Jacob, ganado que hobo una victoria de su enemigo y contrario, se apoderó de Marruecos; despues desto, como quier que todo le sucediese prósperamente, quedó por rey de toda Africa, sacadas dos ciudades, la de Tremecen y la de Túnez. En aquella revuelta dos señores del linaje y secta de los almohades las tomaron, y con las fuerzas de su parcialidad y por caer léjos, así ellos como sus decendientes las defendieron con nombre de reyes, bien que de poco poder y fuerzas. Deste linaje sin que faltase la línea decendió Mulease, rey de Túnez, aquel que pocos años ha, echado de su reino, si con justicia ó sin ella no hay para qué tratallo aquí, pero ahuyentado y que andaba desterrado sin casa y sin ayuda, el emperador Cárlos V con las armas y poder de España le restituyó en el reino de sus padres despues que echó de Túnez con una presteza admirable á Aradieno Barbaroja, gran cosario, por merced de Soliman, emperador de los turcos, y en su nombre señor de aquella ciudad y reino; ocasion, á lo que parecia, para hacer que toda Africa volviese al señorío de cristianos.

CAPITULO XV.

Que se renovó la guerra de los moros.

Estos eran los linajes de los moros que estaban apoderados de Africa. En España Mahomad Alhamar era rey de Granada, de Murcia Hudiel; pequeñas sus fuerzas, muy menoscabada la majestad de su estado, y el uno y el otro eran tributarios de don Alonso, rey de Castilla. Estos, cansados de la amistad de los nuestros y con esperanza del socorro de Africa á causa que el nombre de Jacob, rey de Marruecos, comenzaba á cobrar gran fama, trataron entre sí de levantarse. Los que poco antes eran competidores y enemigos muy grandes, al presente se confederaron y hicieron alianza, como suele acontecer que muchas veces grandes enemistades con deséo de hacer mal á otros se truecan en benevolencia y amor; quejábanse de los agravios que se les hacian, de los tributos muy graves que pagaban, de la miseria de su nacion; que se hallaban reducidos á grande estrechura y á un rincon de España los que poco antes eran espantosos y bienaventurados. Que no les quedaba sino el nombre de reyes, vano y sin reputacion; miserable estado, servidumbre intolerable estar sujetos á las leyes de aquellos á quien antes las daban. Además que cuidaban no pararian los cristianos hasta tanto que con el odio que los tenian echasen de España las reliquias que de su gente quedaban. Menguado y envejecido el esfuerzo con que sus antepasados vinieron á España, lo que ellos ganaron no lo podian sustentar sus decendientes; falta y afronta notable. Concluian que el linaje de los Merinos nuevamente se despertara en Africa, y allí prevalecian; que seria á propósito hacellos pasar en España, pues ellos solos podian dar remedio y reparar sus pérdidas y trabajos. Trataban estas cosas en secreto y por embajadores, porque si el negocio fuese descubierto, no les acarrease su perdicion, por no estar aun apercebidos de fuerzas bastantes. El rey don Alonso, ó por no ignorar estas práticas y intentos, ó con deseo de desarraigar los moros de todo punto de España, de dia y de noche pensaba cómo volveria á la guerra contra ellos. Pretendia con las armas en el Andalucía sujetar algunas ciudades y castillos que rehusaban obedecer y no se le querian entregar, y era razon sujetallos. Para este efecto el pontífice máximo Alejandro IV dió la cruzada, que era indulgencia plenaria para todos los que, tomada la señal de la cruz, fuesen á aquella guerra y la ayudasen á sus expensas. Tratóse con los reyes comarcanos que enviasen socorros, y en particular por sus embajadores pidió al rey de Aragon, con quien tenia mas parentesco que con los demás, diese licencia á sus vasallos para tomar las armas y con ellas ayudar intentos tan santos, pues constaba que en la confederacion hecha en Soria poco antes quedó este punto asentado. El rey de Aragon, ni precisamente negó lo que se le pedia, ni otorgó con ello absolutamente; solo sacó desta cuenta á los señores que por sus estados ó por tirar gajes dél los tenia obligados; pero concedió que, así los vasallos destos como los demás del pueblo, si quisiesen, pudiesen tomar para el dicho efecto las armas y alistarse. Pretendia en esto este Príncipe, como viejo y astuto, que los grandes, de cuya voluntad no estaba muy asegurado, si pasaban á Castilla, no se apercibiesen de fuerzas y ayudas contra él. Con esta respuesta el rey don Alonso se irritó en tanta manera, que dejada la guerra de los moros, trataba de emplear sus fuerzas contra Aragon; detúvole de romper el respeto del provecho público y el deseo que tenía de dar principio á la empresa contra los moros. Con esta determinacion los castillos que en la confederacion de Soria quedó concertado diese para seguridad, y hasta entonces se dilatara, sin embargo, por la instancia que sobre ello le hacian, los entregó á don Alonso Lopez de Haro; para que los tuviese en fieldad le alzó el homenaje, como era necesario, con que estaba obligado á los reyes de Castilla. Los castillos eran Cervera, Agreda, Aguilar, Arnedo, Autol. Entre tanto que con estas contiendas se pasaba la buena ocasion de comenzar la guerra, los moros, que no ignoraban dónde iban á parar tantos apercebimientos, acordaron ganar por la mano y se apoderaron del castillo de Murcia y de otros pueblos por aquella comarca en que tenian puestas guarniciones de cristianos. Sobornaron otrosí á los moros de Sevilla que con engaño ó por fuerza dentro del palacio real matasen al Rey. Como este intento se estorbase porque los santos patronos de España apartaron tanto mal, ellos con gentes que de todas partes juntaron, por otra parte acometieron las tierras de cristianos con tal denuedo y priesa, que la ciudad de Jerez, Arcos, Béjar, Medina Sidonia, Roda, Sanlúcar, todos estos pueblos volvieron en un punto á poder de moros. En esta guerra se señaló mucho el esfuerzo y lealtad de Garci Gomez, alcaide de la fortaleza de Jerez, que, muertos ó heridos todos los soldados que tenia de guarnicion, no quiso todavía entregar la fortaleza ni le pudieron persuadir á hacello por ningun partido que le ofreciesen, puesto que ninguna esperanza le quedaba de podella defender; hombre señalado y excelente. Los moros, maravillados de tan grande esfuerzo, sin mirar que era enemigo, con deseo que tenian de salvar la vida al que de su voluntad con tanta obstinacion se ofrecia á la muerte, con un garfio de hierro que le echaron le asieron, y derribado del adarve, con gran diligencia y humanidad le hicieron curar las heridas y le salvaron la vida. El rey don Alonso, que era ido á lo mas dentro de España con intento de aprestar lo necesario para la guerra, el año siguiente acudió con gentes á aquel peligro. En este viaje no léjos de las ruinas de Alarcos, en una aldea que se llamaba el Pozuelo de San Gil, en los oretanos, una legua del rio Guadiana, en un muy buen sitio rodeado de muy fértiles campos y apacibles, por la comodidad del sitio fundó un pueblo bien grande con nombre de Villareal, nombre que adelante don Juan el Segundo, rey de Castilla, le mudó en el que hoy tiene de Ciudad-Real. Pretendia en esto el Rey que, por estar este pueblo asentado en la raya del Andalucía, sirviese como de un fuerte baluarte para impedir las entradas de los bárbaros y para que desde los nuestros hiciesen correrías y cabalgadas. De aquel lugar pasó á tierra de moros; con su entrada todos los pueblos y campos por do pasaba fueron trabajados; en especial el año 1263 los moros en todos los lugares padecieron mucho mal y daños sin cuento. En este año gran número de soldados aventureros acudieron, convidados de la franqueza que les prometian de un tributo que se llamaba martiniega, á tal que con armas y ca-

ballo cada un año por espacio de tres meses á su costa siguiesen la guerra y los reales del Rey. Los reyes moros por entender que no podrian ser bastantes para tan grande avenida de los nuestros, tan gran pujanza y tantos apercebimientos, lo que antes intentaron y lo tenian acordado, de nuevo y con mayor instancia importunaron al rey de Marruecos para que les ayudase en la guerra. Declaráronle por sus embajadores el riesgo grande en que se hallaban si no les acudia brevemente. Oyó aquel Rey su demanda y otorgó con ellos; envióles mil caballos ligeros de Africa, los cuales con cierto motin que levantaron pusieron en peor estado las cosas de los moros, tanto, que Jerez con todos los demás pueblos que antes se perdieron volvieron á poder del rey don Alonso. Junto al puerto de Santa María, que los antiguos llamaron puerto de Mnesteo, se edificó un pueblo de aquel nombre, reparados los edificios antiguos, cuyas ruinas y paredones todavía quedaban como rastros de su grandeza y antigüedad. En Toledo otrosí á expensas del Rey se edificó la iglesia de Santa Leocadia detrás del alcázar. Concluidas estas cosas, el año de 1264 volvió el Rey á Sevilla; las gentes, porque se llegaba el invierno, parte enviaron á invernar, los mas con licencia que les dieron se volvieron á sus casas. La fama, que suele hacer todas las cosas mayores, corria á la sazon, y por dicho de muchos se divulgaba que los enemigos llamaban de Africa, no ya socorros, sino ejército formado, cuidadosos de la guerra que los fieles les hacian y con esperanza cierta de reparar su antiguo imperio en España. Estas nuevas y rumores pusieron en grande cuidado á los castellanos y aragoneses, que estaban mas cercanos al peligro y eran los primeros en quien descargaria aquella tempestad y contra quien se enderezaban las fuerzas de los contrarios. El rey don Alonso, aquejado del recelo desta guerra, fué el primero que convidó al rey don Jaime de Aragon para que juntase con él sus fuerzas. Que pues el peligro era comun y aquellas gentes amenazaban á ambas naciones y coronas, era justo que de entrambas partes se acudiese al reparo. Que si no le movia el parentesco y amistad, á lo menos le despertase el peligro y afrenta de la religion cristiana. Don Pedro Yañez, maestre de Calatrava, enviado con esta embajada, en Zaragoza á los 7 de marzo propuso lo que por su Rey le fué mandado; llevaba cartas de la reina doña Violante, en que suplicaba á su padre con grande instancia ayudase á la cristiandad, á ella, que era su hija, y á sus nietos en aquel aprieto. Era cosa muy honrosa al rey don Jaime que un Rey tan poderoso se adelantase á pedille socorro y á convidalle que hiciesen liga. Las cosas de Aragon no estaban sosegadas ni sus hijos bastantemente apaciguados en la discordia que entre sí tenian; los grandes del reino divididos en estas parcialidades, y el pueblo otro que tal; de que resultaban latrocinios y libertad para toda suerte de maldades y desafueros tan grandes, que forzó á las ciudades puestas en las montañas de Aragon á ordenar entre sí hermandades para reprimir aquellos insultos, y con nuevas leyes y severas que se ordenaron hacer rostro al atrevimiento de los hombres facinorosos; la grandeza de los castigos que daban á los culpados hacia que todos escarmentasen. Por cualquier delito, puesto que no muy grande, daban pena de muerte. Los pecados ligeros castigaban con azotes ó con otra afrenta, con que los malhechores quedaban castigados, y la grandeza de la pena avisaba á los demás que se guardasen de pecar. Demás desto, las voluntades de los grandes estaban enajenadas del Rey; extrañaban mucho que las honras y cargos se daban á hombres extraños ó bajos; que los fueros no se guardaban ni la autoridad del justicia de Aragon, que está por guarda de su libertad y leyes; que con los tributos, no solo el pueblo, sino tambien los nobles y hidalgos, se hallaban cargados y oprimidos; que antes sufririan la muerte que pasar por que les quebrantasen sus fueros y derecho de libertad. Estas eran las quejas comunes. Demás desto, cada cual donde le apretaba el calzado tenia su particular dolor y desabrimiento. Por esta causa como el Rey en Barcelona para juntar dinero pidiese en las Cortes le concediesen el bovático, don Ramon Folch, vizconde de Cardona, hizo contradiccion con grande resolucion y porfía. Afirmaba que si el Rey no mudaba estilo y desistia de aquellos agravios, no mudaria él de parecer ni se apartaria de aquel intento. Hiciéralo como lo decia, si los otros caballeros no le avisaran que en mala sazon alborotaba la gente, que era mejor aguardar un poco de tiempo que dejar pasar aquella buena coyuntura de ayudar al comun, principalmente que con el ejemplo de los catalanes convenia mover á los aragoneses, gente mas determinada y mas constante en defender sus libertades. Tuviéronse Cortes en Zaragoza con el mismo intento de juntar dinero; pero gran parte de los señores y nobleza hicieron contradiccion á la voluntad del Rey. Fernan Sanchez, hijo del Rey, y don Simon de Urrea, su suegro, fueron los que mas se señalaron como caudillos de los alterados. Pasaron tan adelante, que dejadas las Cortes, se aliaron entre sí en Alagon contra las pretensiones y fuerzas del Rey. La cosa amenazaba guerra y mayores males, si no fuera que personas religiosas se pusieron de por medio para que la diferencia se compusiese por las leyes y tela de juicio sin que se pasase á las manos y á rompimiento. El mismo Rey, fuese de corazon ó fingidamente, no rehusaba, á lo que decia, emendar todo aquello en que hasta entonces le cargaban; como prudente que era y mañoso consideraba que la furia de la muchedumbre es á manera de arroyo, cuya creciente al principio es muy brava y arrebatada, pero luego se amansa. Hiciéronse treguas. Señaláronse jueces sobre el caso, que fueron los prelados de Huesca y de Zaragoza, que con su prudencia compusieron aquellos debates; sobre todo la astucia de Rey, que daba la palabra de hacer todo aquello que pretendian y sobre que aquellos nobles andaban alborotados. Sosegado el alboroto, se hicieron levas de soldados para comenzar por aquella parte la guerra, año de nuestra salvacion de 1265. El rey don Alonso con sus gentes entró por las tierras de Granada muy pujante. El rey don Jaime se encargó de hacer la guerra contra el rey de Murcia. Todo lo hallaron mas fácil que pensaban, ca no hallo que de Africa viniese algun número de gente señalado; la causa no se sabe, sino que no hay que fiar en los moros ni en sus promesas, que tienen la fe colgada de la fortuna y de lo que sucede. El rey don Jaime, por la parte del reino de Valencia entrado que hobo en las tierras de Castilla, ganó á Villena de los moros, y se la restituyó á don Manuel,

hermano del rey don Alonso de Castilla, que era yerno suyo, casado con doña Costanza, su hija; despues desto sujetó á Elda, Orcelis y á Elche con otros muchos lugares que por aquella comarca quitó á los moros, parte por fuerza, parte que se le entregaron. Demás desto, pasado el rio de Segura, atajó las vituallas que llevaban los moros á Murcia en dos mil bestias de carga con buena guarda de soldados. En el entre tanto el rey don Alonso no se descuidaba en la guerra contra los moros de Granada, y en hacer todo el mal y daño á los pueblos y campos circunstantes, tanto, que los puso en necesidad de pedir á los nuestros se renovase la antigua confederacion. Los reyes don Jaime y don Alonso para tomar su acuerdo en presencia sobre lo que á la guerra tocaba de propósito por la comodidad del lugar se juntaron en la ciudad de Alcaráz. Estuvo presente á estas vistas la reina doña Violante. Detuviéronse algunos dias; y concertado lo que pretendian y hechas sus avenencias, volvieron á la guerra. Las gentes de Aragon, como apercebidas de todo lo necesario, de Orcelis marcharon la via de Murcia y se pusieron sobre ella por el mes de enero del año 1266. Está aquella ciudad asentada en un llano en comarca muy fresca por do pasa el rio de Segura, y sangrado con acequias, riega así bien los campos como la ciudad, que está en gran parte plantada de moreras, cidros y de naranjos y de toda suerte de agrura, y representa un paraíso en la tierra. En nuestro tiempo el principal esquilmo y provecho es el que se saca de la seda, fruto de que se sustenta casi toda la ciudad. Estaba entonces muy pertrechada y fortificada; no solo tenian aquellos ciudadanos cuenta con la recreacion, sino se pertrechaban para la guerra, en particular tenian muy buena guarnicion de soldados, así temian menos al enemigo; por el mismo caso los aragoneses sospechaban que el cerco duraria largo tiempo. Al principio se hicieron algunas escaramuzas con salidas que hacian los moros, en que siempre los cristianos se aventajaban. No pasó mucho tiempo que los moros por la buena maña del rey de Aragon, perdida la esperanza de poderse defender, se rindieron á partido y entregaron la ciudad. Por otra parte, entre el rey don Alonso y los de Granada en una junta que tuvieron en Alcalá de Benzaide se hizo confederacion y concierto debajo destas condiciones: el rey de Granada se aparte de la liga y amistad del rey Hudiel de Murcia; pague en cada un año cincuenta mil ducados, como antes acostumbraba; al contrario el rey don Alonso alce la mano de amparar en su daño los señores moros de Guadix y de Málaga, á tal empero que el rey Moro les otorgue treguas por espacio de un año; al rey de Murcia, si acaso viniese á poder de cristianos, se le haga gracia de la vida. Tomado este asiento, el rey don Alonso, con deseo de tomar la posesion de la ciudad de Murcia, vuelto ya el rey don Jaime, luego que la rindió, á su tierra, se apresuró para ir allá. En este viaje, en el lugar de Santistéban, Hudiel, rey de Murcia, le salió al encuentro, y echado á sus piés, pidió perdon de lo pasado. Confesaba su yerro y su locura que le despeñó en aquellos males. Pedia tuviese misericordia de su trabajo y de tantas miserias como eran las en que se hallaba. Por esta manera fué recebido en gracia y perdonado; mas que de allí adelante no fuese ni se llamase rey, y se contentase con las heredades y rentas que le señalaron para sustentar la vida. El nombre de rey se dió á Mahomad, hermano de aquel Abenhut, de quien arriba se dijo fué muerto en Almería. Dejáronle solamente la tercera parte de las rentas reales, y que con lo demás acudiese al fisco real de Castilla. Este fué el remate desta guerra, que tenia puesta la gente en gran recelo y cuidado.

CAPITULO XVI.

Que la emperatriz de Grecia vino á España.

En el mismo tiempo que el Andalucía y reino de Murcia estaban encendidos con la guerra contra los moros, lo demás de España gozaba de sosiego, por lo menos las alteraciones eran de poco momento, cosa de maravilla por la diversidad de principados y la grande libertad de los caballeros y del pueblo. Solo Gonzalo Yañez Bazan, persona principal entre los navarros, renunciado que hobo por públicas escrituras la naturalidad, como en aquel tiempo se acostumbraba, en la frontera de Aragon con voluntad del rey don Jaime edificó un castillo, llamado Boeta, desde donde trabajaba y hacia daño en los campos comarcanos de Navarra. La pesadumbre que por esta causa recebia aquella gente se mudó en grande alegría por traer en el mismo tiempo á Navarra para poner entre las demás reliquias de la iglesia mayor de Pamplona una parte no pequeña de la corona de espinas que fué puesta en la cabeza de Cristo, hijo de Dios. San Luis, rey de Francia, les hizo donacion della; Balduino, emperador de Constantinopla, ya que iba de caida el poder de los franceses en aquel imperio, por la falta de dineros que padecia, se la empeñó por cierta cantidad, con que le socorrió. Esto le hizo aborrecible á sus ciudadanos, por atreverse á privar aquella ciudad de una reliquia y prenda tan grande y tan santa. Esta corona se ve hasta el dia de hoy y se conserva con gran devocion en Paris en la capilla santa y real de los reyes de Francia. Es á manera de un turbante, y della se tomó la parte que al presente se trajo á Navarra. Esto en España. De Italia venian nuevas que el año pasado el rey Manfredo fué despojado del reino y de la vida por Cárlos, hermano de san Luis, rey de Francia, y que, como vencedor, en su lugar se apoderó de aquellos estados. Urbano y despues Clemente IV, pontífices romanos, con esperanza y promesa de dalle aquel reino le llamaron á Italia, y llegado que fué á Roma, le coronaron por rey de Sicilia y de Nápoles. La batalla, que fué brava y famosa, se dieron cerca de Benevento, con que el poder y riquezas de los normandos, que tantos años florecieron en aquellas partes, quedaron por tierra. Concertó el nuevo Rey y obligóse de pagar cada un año á la Iglesia romana en reconocimiento del feudo cuarenta mil ducados, y que no pudiese ser emperador, puesto que sin pretendello él le ofreciesen el imperio. El rey don Jaime, alterado como era razon por el desastre y caida de Manfredo, su consuegro, revolvia en su pensamiento en qué manera tomaria emienda de aquel daño. Así apenas hobo dado fin á la guerra de Murcia, cuando se partió á lo postrero de Cataluña para si en alguna manera pudiese ayudar á lo que quedaba de los normandos y apoderarse del reino, que por la afinidad contraida con Manfredo pretendia ser de su hijo. En el

entre tanto don Alonso, rey de Castilla, se ocupaba en asentar las cosas de Murcia, llevar nuevas gentes para que poblasen en aquella comarca, edificar castillos por todo el distrito para mayor seguridad. No bastaba Castilla para proveer de tanta multitud como se requeria para poblar tantas ciudades y pueblos. De Cataluña hizo llamar y vinieron muchos que asentaron en el nuevo reino. No dejaba asimismo, no obstante lo concertado, de ayudar de secreto á los de Guadix y á los de Málaga. Para quejarse deste agravio y que el rey don Alonso no guardaba lo concertado el rey de Granada en persona vino á Murcia. La respuesta que se le dió no fué á su gusto; volvióse mas enojado que vino, ocasion con que algunos señores, que de tiempo atrás ofendidos del rey don Alonso se tenian por agraviados, hablaron en secreto con el Moro y le persuadieron á que de nuevo tomase las armas. El principal en este trato fué don Nuño Gonzalez de Lara, hombre de gran ingenio, de grandes riquezas y que tenia muchos aliados. Pretendia que el Rey tenia hechos muchos agravios á don Nuño, su padre, y á don Juan, su hermano. Deste principio resultaron nuevas alteraciones á tiempo que el Rey se prometia paz muy larga y estaba asaz seguro de lo que se trataba, tanto, que era ido á Villareal para ver los edificios y fábricas que en el nuevo pueblo se levantaban. Dende despachó sus embajadores á Francia el año de 1267 al rey san Luis para pedille su hija doña Blanca por mujer para el infante don Fernando, su hijo mayor. Hecho esto, él se fué á la ciudad de Victoria, para donde el rey de Ingalaterra le tenia aplazadas vistas, y prometido que en breve seria con él para tratar cosas y negocios muy graves. Todavía no vino, sea mudado de voluntad, ó por no tener lugar para ello; envió empero á Eduardo, su hijo mayor, á tiempo que ya el rey don Alonso era vuelto á Búrgos, y en sazon que la emperatriz de Constantinopla, huida de su casa y echada de su imperio, vino á verse con el Rey. Balduino, su marido, y Justiniano, patriarca, echados que fueron de Grecia por las armas de Micael Paleólogo, en el camino, segun se entiende, cayeron en manos del soldan de Egipto. La emperatriz, por nombre Marta, con el deseo que tenia de librar á su marido, concertó su rescate en treinta mil marcos de plata. Para juntar esta suma tan grande fué primero á verse con el Padre Santo y rey de Francia; últimamente, llegada á Búrgos el año del Señor 68 deste centenario, suplicó al Rey, su primo, solamente por la tercera parte desta suma. El Rey se la dió toda entera, que fué una liberalidad de mayor fama que prudencia, por estar los tesoros tan gastados. Lo que principalmente los señores le cargaban era que con vano deseo de alabanza consumió en esto los subsidios y ayudas del reino, y para suplir sus desórdenes desaforaba los vasallos. Los ánimos, una vez alterados, las mismas buenas obras las toman en mala parte. Algunos historiadores tienen por falsa esta narracion, y dicen que Balduino nunca fué preso del soldan de Egipto. Nos en esto seguimos la autoridad conforme de nuestras historias, puesto que no ignoramos muchas veces ser mayor el ruido y la fama que la verdad. El emperador Balduino, recobrada la libertad, por no poder volver á su imperio pasó á Francia, y en Namur, ciudad suya y de los sus estados de Flándes, pasó su vida. Por do parece que los condes de Flándes se pueden intitular emperadores de Constantinopla, no con menos razon que los reyes de Sicilia pretenden el reino de Jerusalem. Por un privilegio dado á los caballeros de Calatrava, era 1302, de Cristo 1264, á 17 de octubre, se comprueba bastantemente que la iglesia de Toledo estaba vacante, y se convence, si los números allí no están estragados, cosa que suele acontecer muchas veces. En lugar sin duda de don Pascual, arzobispo de Toledo, ó este año, ó lo que mas creo, algunos años antes fué puesto otro don Sancho, hijo de don Jaime, rey de Aragon. Sospecho que el nuevo prelado, sea por su poca edad, sea por otras causas, se detuvo en Aragon antes de arrancar para venir á su iglesia, que dió ocasion á algunos para poner antes de su eleccion una vacante de no menos que cuatro años. Queríale mucho su padre, que fué causa de venir por este tiempo á Toledo, como luego se dirá.

CAPITULO XVII.

Que don Jaime, rey de Aragon, vino á Toledo.

Por el mismo tiempo en Italia andaban muy grandes alteraciones y revueltas á causa que Corradino, suevo, pretendia por las armas contra la voluntad y mandado de los pontífices restituirse en los reinos de su padre. Seguíale y acompañábale desde Alemaña Federico, duque de Austria. Don Enrique, hermano del rey de Castilla, desde Roma se fué con él, donde tenia cargo de senador ó gobernador; su nobleza suplia, á lo que yo creo, la falta de otras partes y de su inquieto natural. Demás destos señores los gibellinos por toda Italia tomaron su voz y en su favor las armas. Con esta gente y pujanza rompió por el reino de Nápoles; en los Marsos, parte del Abruzo, cerca del lago Fucino, hoy el lago de Talliacozo, dió la batalla Corradino al nuevo rey Cárlos, que salió al encuentro. Vencieron los franceses, mas por maña que por verdadero esfuerzo; fueron presos en la pelea Federico y don Enrique, Corradino en la huida y alcance, que ejecutaron los franceses con crueldad. A Corradino y Federico en juicio cortaron en Nápoles las cabezas, nuevo y cruel ejemplo, que tan grandes príncipes, á los cuales perdonó la fortuna dudosa y trance de la batalla, despues della en juicio los ejecutasen. En el entre tanto en Aragon se levantó una liviana alteracion á causa que Gerardo de Cabrera pretendia el condado de Urgel, con color que los hijos de su hermano don Alvaro, poco antes difunto, no eran legítimos. Don Ramon Folch, tio de los infantes de parte de madre, y otras personas principales por compasion de su edad y por otras prendas que con ellos tenian se encargaron de ampararlos. El rey don Jaime parecia aprobar la pretension de Gerardo, mayormente que traspasara su derecho en el mismo Rey por no confiar en sus fuerzas. El rey de Granada por otra parte trataba de hacer guerra á los de Guadix y á los de Málaga en prosecucion de su derecho y por lo que poco antes se concertó en la confederacion que puso con el rey don Alonso, de quien extrañaba que de secreto ayudase á sus contrarios. Don Nuño de Lara y don Lope de Haro, por estar desabridos con su Rey y enajenados, atizaban el fuego. Prometian que si de nuevo tomaba las armas se pasarian á él públicamente, no solo ellos, sino otros muchos señores que estaban asimismo disgustados. Andaba fama destas prácticas

y se rugia lo que pasaba, que pocas cosas grandes de todo punto se encubren, pero no se podian probar bastantemente con testigos. Forzado pues el Rey de la necesidad se partió para el Andalucía. Hállase que este año á 30 de julio dió el rey don Alonso y expidió un privilegio en Sevilla, en que hizo villa á Vergara, pueblo de Guipúzcoa á la ribera del rio Deva, y le mudó el nombre que antes tenia de San Pedro de Ariznoa en el que hoy le llaman. Compuestas en alguna manera las cosas del Andalucía, entrado ya el invierno, fué forzado á dar la vuelta para recebir y festejar al rey don Jaime, su suegro, que venia á Toledo á instancia de don Sancho, su hijo, para hallarse presente á su misa nueva, que queria cantar el mismo dia de Navidad. El dia señalado don Sancho dijo su misa de Pontifical; halláronse presentes para honralle los dos reyes de Castilla y Aragon, padre y cuñado, la Reina, su hermana, y el infante don Fernando. Detuviéronse en Toledo ocho dias no mas, porque el rey de Aragon, aunque se hallaba en lo postrero de su edad, ardia en deseo de abreviar y comenzar la jornada que pretendia hacer para la guerra de la Tierra-Santa, sin perdonar á trabajo ni hacer caso de los negocios de su reino, que le tenian embarazado, muchos y graves, por la gran gana de ensanchar el nombre cristiano y ilustrar en la Suria la gloria antigua de los cristianos, que parecia estar añublada. Gran príncipe y valeroso, digno que le sucediera mas á propósito aquella jornada.

CAPITULO XVIII.

Que el rey de Aragon partió para la Tierra-Santa.

Las cosas de la Tierra-Santa estaban reducidas á lo postrero de los males y apretura. El reino que fundó el esfuerzo de los antepasados, la cobardía y flojedad de los que en él sucedieron le tenian en aquel estado. Además que los príncipes cristianos, ocupados en las guerras que se hacian entre sí por cumplir sus apetitos particulares, poco cuidaban del bien público y de la afrenta de la cristiana religion. El vigor y ánimo con que tan grandes cosas se acabaron por la inconstancia de las cosas humanas se envejecia; y porque tantas veces los príncipes sin provecho alguno por mar y por tierra en gran número acudieran para ayudar á los cristianos los años pasados, la esperanza de mejoría era muy poca y todos desalentados. A la sazon se ofrecia una buena ocasion que casi en un mismo tiempo despertó para volver á las armas á España, Ingalaterra y Francia. Esta fué que los tártaros, salidos de aquella parte de Scitia, como algunos piensan, en que Plinio antiguamente demarcó los tráctaros, hecha liga con los de Armenia, habian acometido con las armas aquella parte de la Suria que estaba en poder de los sarracenos, con gran esperanza al principio de los fieles que podrian recobrar las riquezas y poder pasado; pero despues todo fué de ningun efecto y se fué en flor lo que pensaban. En el tiempo que Inocencio IV celebraba un concilio general en Leon de Francia, fueron por él enviados cuatro predicadores de la sagrada órden de Santo Domingo, cuya fama en aquella sazon era muy grande, á la tierra de los tártaros para acometer si por ventura aquella gente áspera en su trato, dada á las armas, sin ninguna religion ó engañada, se pudiese persuadir á abrazar la cristiana. Con esta diligencia se ganó aquella gente; humanáronse aquellos bárbaros con la predicacion, y comenzaron á cobrar aficion á los cristianos mas que á las otras naciones. El rey de aquella gente, que vulgarmente llamaban el Gran Cam, que quiere decir rey de los reyes, no cesaba con embajadores que enviaba á todas partes de despertar los príncipes de Europa para que tomasen las armas. Acusábalos y dábales en cara que parecia no hacian caso de la gloria del nombre cristiano. Esta instancia que hizo los años pasados y no se dejó los de adelante, en este tiempo se continuó con mayor porfía y cuidado; en particular envió al rey de Aragon en compañía de Juan Alarico, natural de Perpiñan (al cual el Rey antes movido por otra embajada despachó para que fuese á los tártaros), nuevos embajadores, que en nombre de su Rey prometian todo favor, si se persuadiese de tomar las armas y juntar en uno con ellos las fuerzas. Estos embajadores repararon en Barcelona; Alarico pasó á Toledo, y en una junta de los principales dió larga cuenta de lo que vió y de toda su embajada; palabras y razones con que los ánimos de los príncipes no de una manera se movieron. El rey don Jaime se determinó ir á la guerra, magüer que era de tanta edad. Don Alonso, su yerno, y la Reina alegaban la deslealtad de los griegos, la fiereza de los tártaros, todo con intento de quitalle de aquel propósito, para lo cual usaban y se valian de muchos ruegos y aun de lágrimas que se derramaban sobre el caso. Prevaleció empero la constancia de don Jaime; decia que no era justo, pues tenia paz en su casa y reino, darse al ocio, ni perdonar á ningun afan, ni á la vida que poco despues se habia de acabar, en tan gran peligro como corrian los cristianos. El rey don Alonso, por velle tan determinado, le prometió cien mil ducados para ayuda de los gastos de la guerra. Algunos señores de Castilla asimismo se ofrecieron á hacelle compañía en aquella jornada, entre ellos el maestre de Santiago y el prior de San Juan don Gonzalo Pereira. Concluidas las fiestas de Toledo, él se partió; en la ciudad de Valencia oyó los embajadores de los tártaros, y fuera dellos otro embajador del emperador Paleólogo, que le prometia, si tomaba aquella empresa, de proveello bastantemente de vituallas y todo lo necesario. En Barcelona se ponia en órden y estaba á la cola una buena armada apercebida de soldados y de todo lo demás. Antes que se pusiese en camino, á ruego de su hija doña Violante, volvió desde Valencia al monasterio de Huerta. Despedido de sus hijos y de sus nietos, sin dar oidos á los ruegos con que pretendian de nuevo apartalle de aquel propósito, volvió donde surgia la armada, en que se contaban treinta naves gruesas y algunas galeras. A 4 de setiembre, dia miércoles, año de 1269, hechas sus plegarias y rogativas como es de costumbre, alzó ancias y se hizo á la vela; era el tiempo poco á propósito y sujeto á tormentas. En tres dias llegaron á vista de Menorca; mas no pudieron tomar puerto á causa que cargó mucho el tiempo y una recia tempestad de vientos desrotó las naves y la armada; dejáronse llevar del viento, y fueron las ochó á diversas partes. El Rey arribó á Marsella en la ribera de Francia, y desde allí por mudarse el viento aportó al golfo agatense ó de Agde. Algunas de las naves que pudieron seguir el rumbo que llevaban, llegaron á

Acre, pueblo de Palestina, entre las demás las naves de Fernan Sanchez, hijo del Rey. Movido por las amonestaciones de los suyos, el Rey se rehizo en Mompeller por algunos dias del trabajo del mar; y arrepentido de su propósito, á que parecia hacer contradicion el cielo ofendido y enojado contra los hombres y sus pecados, puesto que menospreciaba cosas semejantes como casuales, ni miraba en agüeros, volvió á Cataluña sin hacer otro efecto. En Castilla el rey don Alonso llegó hasta Logroño; en su compañía Eduardo, hijo del rey de Ingalaterra, para recebir á su nuera, que concertado el casamiento en Francia, por Navarra venia á verse con su esposo. Las bodas se celebraron en Búrgos con aparato el mayor y mas real que los hombres vieron jamás; don Jaime, rey de Aragon, abuelo del desposado, á persuasion del rey don Alonso, y junto con él don Pedro, su hijo mayor, Filipe, hijo mayor del rey de Francia, Eduardo, príncipe y heredero de Ingalaterra, el rey de Granada, el mismo rey don Alonso, sus hermanos y hijos y su tio don Alonso, señor de Molina, se hallaron presentes. De Italia, Francia y España acudieron muchos señores, entre ellos Guillen, marqués de Monferrat, de quien dice Jovio era yerno del rey don Fernando. Hallóse otrosí el arzobispo de Toledo don Sancho; quién dice que veló á los desposados. Con estas bodas se pretendia que el rey san Luis en su nombre y de sus hijos se apartase del derecho que se entendia tenia á la corona de Castilla, como hijo que era de doña Blanca, hermana mayor del rey don Enrique, como arriba queda dicho y juntamente refutado. Concluidas las fiestas, el rey don Alonso acompañó al rey don Jaime, su suegro, para honralle mas hasta la ciudad de Tarazona.

CAPITULO XIX.

San Luis, rey de Francia, falleció.

Los ingleses y franceses pasaron mas adelante que los aragoneses en lo que tocaba á la guerra de la Tierra-Santa; pero el remate no fué nada mejor, salvo que por esta razon se hizo confederacion entre Ingalaterra y Francia. En Paris, en una grande junta de príncipes, compusieron todas sus diferencias antiguas; este fué el principal fruto de tantos apercebimientos. Señaláronse de comun consentimiento en Francia los términos y aledaños de las tierras de los franceses y ingleses. Púsose por la principal condicion que en tanto que san Luis combatia á Túnez, do pretendia pasar á persuasion de Cárlos, su hermano, rey de Nápoles, que decia convenir en primer lugar hacer la guerra á los de Africa, que siempre hacian daño en Italia y en Sicilia y en la Proenza y á todos ponian espanto; que en el entre tanto el Inglés con su armada, que era buena, pasase á la conquista de la Tierra-Santa. Hízose como lo concertaron, que Eduardo, hijo mayor del Inglés, con buen número de bajeles, rodeadas y costeadas las riberas de España y de Italia, á cabo de una larga navegacion surgió en aquellas riberas y saltó con su gente en tierra de Ptolemaide. Los primeros dias la ayuda de Dios le guardó de un peligro muy grande; un hombre en su aposento le acometió y le dió antes que le acudiesen una ó dos heridas. Mataron aquel mal hombre allí luego. No se pudo averiguar quién era el que le enviara; díjose que los asasinos, que era cierto género de hombres atrevidos y aparejados para casos semejantes. San Luis, con tres hijos suyos, 1.° de marzo, año de 1270, desde Marsella se hizo á la vela. Teobaldo, rey de Navarra, puesto á su hermano don Enrique en el gobierno del reino, con deseo de mostrar su valor y ayudar en tan santa empresa, acompañó al Rey, su suegro. Padecieron tormenta en el mar y recios temporales; finalmente, desembarcaron en Túnez. Asentaron sus ingenios, con que comenzaron á combatir aquella ciudad. Los bárbaros, que se atrevieron á pelear, por dos veces quedaron vencidos; despues de esto, como se estuviesen dentro de los muros, llegó el cerco á seis meses. Los calores son extremos, la comodidad de los soldados poca. Encendióse una peste en los reales, de que murieron muchos; entre los demás, primero Juan, hijo de san Luis, y poco despues el mismo Rey, de cámaras que le dieron, falleció á 25 de agosto. Esta grande cuita y afan se acrecentara, y hobieran los demás de partir de Africa y dejar la demanda con gran mengua y daño, en tanta manera tenian enflaquecidas las fuerzas, si no sobreviniera Cárlos, rey de Sicilia, que dió ánimo á los caidos. Hízose concierto con los bárbaros que cada un año pagasen de tributo al mismo rey Cárlos cuarenta mil ducados, que era el que él debia por Sicilia y Nápoles á la Iglesia romana y al Papa; con esto, embarcadas sus gentes, pasaron á Sicilia. No aflojaron los males; en la ciudad de Trapana, que es en lo postrero de aquella isla, Teobaldo, rey de Navarra, falleció á 5 dias de diciembre. Esta fué la ocasion que forzó á dejar la empresa de la Tierra-Santa, que tantas veces infelizmente se acometiera, y de dar la vuelta á sus tierras y naturales. Las entrañas de san Luis sepultaron en la ciudad de Monreal en Sicilia; el cuerpo llevaron á San Dionisio, sepultura de aquellos reyes cerca de Paris. El cuerpo del rey Teobaldo, embalsamado, llevaron á Pervino, ciudad de Campaña en Francia, y pusieron en los sepulcros de sus antepasados. Su mujer, la reina doña Isabel, el año luego siguiente, á 25 de abril, falleció en Hiera, pueblo de la Proenza; enterráronla en el monasterio llamado Barra. A todos se les hicieron las honras y exequias como á reyes, con grande aparato, como se acostumbra entre los cristianos. Volvamos la pluma y el cuento á Castilla.

CAPITULO XX.

De la conjuracion que hicieron los grandes contra el rey don Alonso de Castilla.

El ánimo del rey don Alonso se hallaba en un mismo tiempo suspenso y aquejado de diversos cuidados. El deseo de tomar la posesion del imperio de Alemaña le punzaba, á que las cartas de muchos con extraordinaria instancia le llamaban. Los grandes y ricos hombres del reino andaban alterados y desabridos por las ásperas costumbres y demasiada severidad del Rey, á que no estaban acostumbrados. Rugíase demás desto por nuevas que venian que de Africa se aparejaba una nueva guerra con mayores apercebimientos y gentes que en ninguno de los tiempos pasados. Dado que Pedro Martinez, almirante del mar, el año pasado acometió y sujetó los moros de Cádiz, que halló descuidados. Era dificultoso mantener con guarnicion y soldados aquellas ciudad y isla; por esta causa la dejaron al rey

de Marruecos, de cuyo señorío antes era; resolucion á propósito de ganar la voluntad de aquel bárbaro y sosegalle. El rey don Alonso de Portugal envió á don Dionisio, su hijo, que era de ocho años, á su abuelo el rey de Castilla para que alcanzase dél libertad y exencion para el reino de Portugal, y que le alzase la palabra que dió los años pasados y los homenajes. Tratóse deste negocio en una junta de grandes; callaban los demás, y aun venian en lo que se pedia por no contrastar con la voluntad del Rey, que á ello se mostraba inclinado. Don Nuño Gonzalez de Lara, cabeza de la conjuracion y de los desabridos y mal contentos, se atrevió á hacer rostro y contradicion. Decia que no parecia cosa razonable diminuir la majestad del reino con cualquier color, y mucho menos en gracia de un infante. Sin embargo, prevaleció en la junta el parecer del Rey, que Portugal fuese exento; y con todo esto la libertad de don Nuño se le asentó mas altamente en el corazon y memoria que ninguno pensara. Juntado esto desabrimiento con los demás, fué causa que don Nuño y don Lope de Haro y don Filipe, hermano del Rey, se determinasen á mover práticas perjudiciales al reino y al Rey. Quejábanse de sus desafueros y de los muchos desaguisados que hacia; no tenian fuerzas bastantes para entrar en la liza; resolviéronse de acudir á las ayudas de fuera y extrañas. Así en el tiempo que el rey Teobaldo se ocupaba en la guerra sagrada solicitó á don Enrique, gobernador de Navarra, el infante don Filipe que se fuese á ver con él y hermanarse y hacer liga con aquellos grandes. El, como mas recatado, por no despertar contra sí el peso de una gravísima guerra, dió por excusa la ausencia del Rey, su hermano. Los grandes, perdida esta esperanza, convidaron á los otros reyes, al de Portugal, al de Granada y al mismo emperador de Marruecos por sus cartas á juntarse con ellos y hacer guerra á Castilla, sin mirar, por el gran deseo que tenian de satisfacerse, cuán perjudicial intento era aquel y cuán infames aquellas tramas. Don Alonso, rey de Castilla, era persona de alto ingenio, pero poco recatado, sus orejas soberbias, su lengua desenfrenada, mas á propósito para las letras que para el gobierno de los vasallos; contemplaba al cielo y miraba las estrellas; mas en el entretanto perdió la tierra y el reino. Avisado pues de lo que pasaba por Hernan Perez, que los conjurados pretendieron tirar á su partido y atraer á su parcialidad, atónito por la grandeza del peligro, que en fin no dejaba de conocer, volvió todos sus pensamientos á sosegar aquellos movimientos y alteraciones. Con este intento desde Murcia, do á la sazon estaba, envió á Enrique de Arana por su embajador á los grandes, que se juntaron en Palencia con intento de apercebirse para la guerra, por ver si en alguna manera pudiese con destreza y industria apartallos de aquel propósito. El y la Reina, su mujer, fueron á Valencia para tratar con el rey don Jaime y tomar acuerdo sobre todas estas cosas. El, como quier que por la larga experiencia fuese muy astuto y avisado, cuando vino á Búrgos para hallarse á las bodas del infante don Fernando, antevista la tempestad que amenazaba á Castilla á causa de estar los grandes desabridos, reprehendió á don Alonso con gravísimas palabras y le dió consejos muy saludables. Estos eran que quisiese antes ser amado de sus vasallos que temido; la salud de la república consisté en el amor y benevolencia de los ciudadanos con su cabeza; el aborrecimiento acarrea la total ruina; que procurase granjear todos los estados del reino; si esto no fuese posible, por lo menos abrazase los prelados y el pueblo, con cuyo arrimo hiciese rostro á la insolencia de los nobles; que no hiciese justicia de ninguno secretamente por ser muestra de miedo y menoscabo de la majestad; el que sin oir las partes da sentencia, puesto que ella sea justa, todavía hace agravio. Estas eran las faltas principales que en don Alonso se notaban, y si con tiempo se remediaran, el reino y él mismo se libraran de grandes afanes. En la junta de los reyes y con las vistas ninguna cosa de momento se efectuó. Al rey don Alonso fué por tanto forzoso el año siguiente volver de nuevo á Alicante para verse con el Rey, su suegro, y rogalle enfrenase los nobles de Aragon para que no se juntasen con los rebeldes de Castilla, como lo pretendian hacer; y porque el rey de Granada continuaba en hacer guerra contra los de Guadix y los de Málaga, le diese consejo á cuál de las partes seria mas conveniente acudir. En este punto el rey don Jaime fué de parecer que guardase la confederacion antigua; que no debia de su voluntad irritar á los de Granada ni hacelles guerra. La embajada de Arana no fué de provecho alguno; antes el rey de Granada á persuasion de los alborotados, quebrantada la avenencia que tenian puesta, fué el primero que se metió por tierras de cristianos talando y destruyendo, y metiendo á fuego y á sangre los campos comarcanos. Tenia consigo un número de caballos africanos que Jacob Abenjucef, rey de Marruecos, le envió delante. Sabidas estas cosas, el rey don Alonso mandó por sus cartas á don Fernando, su hijo, que á la sazon se hallaba en Sevilla y se apercebia para la nueva guerra, que con todas sus gentes marchase contra el rey de Granada; él se partió para Búrgos por ver si en alguna manera pudiese apaciguar los ánimos de los rebeldes. En aquella ciudad se hicieron Cortes de todo el reino, y en particular fueron llamados los alborotados con seguridad pública que les ofrecieron; y para que estuviesen mas sin peligro se señaló fuera de la ciudad el Hospital Real en que se tuviesen las juntas. Habláronse el Rey y los señores en diferentes lugares, con que quedaron las voluntades mas desabridas. Llegaron los disgustos á término, que renunciada la fidelidad con que estaban obligados al Rey, en gran número se pasaron á Granada el año 1272. Don Nuño, don Lope de Haro, el infante don Filipe eran las tres cabezas de la conjuracion. Fuera destos, don Fernando de Castro, Lope de Mendoza, Gil de Roa, Rodrigo de Saldaña; de la nobleza menor tan gran número que apenas se pueden contar. Al partirse con sus gentes quemaron pueblos, talaron los campos y dieron en todo muestra de la enemiga que llevaban. El Rey á grandes jornadas pasó á Toledo, de allí á Almagro; y porque no tenia esperanza de que se podrian reducir los grandes á su servicio, pretendia avenirse y sosegar al rey de Granada. Esto sobre todo deseaba; si no salia con ello, se resolvia de hacelle la guerra con todas sus fuerzas y con la mas gente que pudiese juntar.

CAPITULO XXI.

De nuevas alteraciones que sucedieron en Aragon.

En el tiempo que estas cosas pasaban en Castilla, Filipe, rey de Francia, que sucedió á su padre san Luis, allegaba á su corona nuevos estados por muerte de Alonso, su tio, y de Juana, su mujer, que murieron á la sazon sin hijos, y eran condes de Potiers y de Tolosa; y no mucho despues Rogerio Bernardo, conde de Fox, fué despojado de su estado no por otra causa mas de que en cierta ocasion no quiso obedecer á los jueces reales; por lo cual las armas aragonesas, á causa que parte del estado de aquel Príncipe era feudo de Aragon, estuvieron para revolverse contra Francia. La prudencia del rey don Jaime atajó el daño; á su persuasion el de Fox puso su persona y todo su estado en manos del rey de Francia, con que se sosegaron aquellos debates. Dentro del reino de Aragon tenian sospechas de nuevas alteraciones á causa que el infante don Pedro, hijo primero y heredero del rey de Aragon, estaba desabrido con Fernan Sanchez, su hermano bastardo, por entender, entre otras cosas, que cuando volvió de la Tierra-Santa fué recebido con gran honra y festejado de Cárlos, rey de Nápoles, y por esto sospechaba habia con él tratado cosas perjudiciales al reino. Hallábase el dicho don Fernando en Burriana; allí don Pedro con buen número de soldados le tomó de sobresalto, y despues que por fuerza entró en la casa y buscó en todos los lugares á su hermano, escudriñó los escondrijos, quebró cerraduras, hinchólo todo de ruido y de alboroto. En el entre tanto don Fernando y doña Aldonza, su mujer, se pusieron en salvo. Estos fueron principios de grandes alteraciones, ca los nobles del reino con esta ocasion de la enemistad de los dos hermanos se dividieron en dos bandos con tan grande obstinacion, que, juntadas las fuerzas, no dudaron los que seguian la parcialidad de don Fernando de mover guerra contra el mismo Rey; de que no resultó otro provecho sino que el vizconde de Cardona y otros señores parciales fueron por esta causa despojados de sus estados. El mismo Fernan Sanchez, cercado en el castillo de Pomar por su hermano, luego que le tuvo en su poder, le hizo ahogar con un lazo y despeñar en el rio Cinga, que por allí pasa, unos decian con razon, otros que injustamente; lo cierto que quitado el capitan y cabeza los demás se sosegaron. Este fué el fruto de aquel parricidio; pero la muerte de Fernan Sanchez sucedió tres años adelante. Dejó un hijo de pequeña edad, llamado don Filipo, de quien desciende el linaje de los Castros en Aragon. A Rugerio de Lauria hizo donacion el rey don Jaime en tierra de Valencia de dos heredades, que se llaman Raelo y Abricat, en premio de su trabajo, porque de lo último de Italia acompañó los años pasados á doña Constanza, su nuera. Fué este caballero en lo de adelante persona de grande ingenio y excelente capitan, mayormente por el mar. Con don Enrique, rey de Navarra, que por morir su hermano el rey Teobaldo sin hijos sucedió en aquel reino, y con quien los aragoneses tenian diferencia por pretender que les quitaran aquel reino injustamente, como en su lugar queda dicho, todavía se concertaron treguas por muchos años. El rey don Jaime via los suyos alborotados, mas inclinados á las armas que á la paz y á la concordia; y por las diferencias que andaban temia que la una de las partes, juntados con los navarros, no le diesen en que entender. Esta fué la causa de tomar asiento con Navarra; y aun otro cuidado le aquejaba mas de volver las fuerzas contra los moros; de donde una cruel tempestad se aparejaba para España si no se acudia al remedio con tiempo, como los hombres prudentes lo sospechaban y comunmente se decia no sin causa.

CAPITULO XXII.

El rey don Alonso partió para tomar posesion del imperio.

Ardia el rey don Alonso en deseo de ir á Alemaña á tomar la corona y insignias del imperio; tanto mas y con mayor priesa, que por autoridad del papa Gregorio X los señores de Alemaña, cansados de los males que en aquella vacante se padecieron, muchos, muy graves y muy largos, y porque de años atrás era muerto Ricardo, el otro competidor, se aparejaban para hacer nueva eleccion, sin tener cuenta con el rey don Alonso. Alterado él con esta nueva, como era razon, pretendia recompensar la tardanza pasada con abreviar; y por esto, aunque muy fuera de sazon, comenzó á tratar muy de veras de su ida á Alemaña. A las personas prudentes parecia se debia anteponer á esto el sosiego y el cuidado de la república. Los hombres mas livianos y de poca experiencia, hinchados de vana esperanza, le exhortaban á la jornada, sin faltar quien blasonase y dijese era bien aparejar armas, caballos y las demás cosas necesarias para hacer la guerra en Alemaña y para sujetar á los que contrastasen á sus intentos. Algunos tomaban por mal agüero que tantas veces se le hobiese al rey don Alonso desbaratado aquel viaje que tanto deseaba. Era este Rey de su natural irresoluto y tardo, las cosas del reino embarazadas; y si hallara algun buen color, de buena gana desistiera de aquella pretension; pero por miedo de la infamia y mengua de reputacion se resolvió pasar adelante. Con este intento procuró con cualquier partido apaciguar los de Granada y los grandes. En esto el rey de Granada, Alhamar, falleció al principio del año 1273. Fué hombre atrevido, astuto y muy contrario á nuestras cosas. Hobo diferencia sobre la sucesion; prevaleció aquella parcialidad con la cual se juntaron los forajidos y grandes de Castilla, y diéronse las insignias reales á Mahomad, por sobrenombre Miralmutio Leminio, hijo mayor del difunto. Este Príncipe, puesto que era de suyo contrario á nuestras cosas, y muchos le movian á hacer guerra; porque las fuerzas de su nuevo reino andaban en balanzas, el rey don Alonso entendia que se inclinaba á la paz y que fácilmente se podria efectuar. Demás desto, algunos de los grandes se reducian á mejor partido y mas sanos propósitos. En particular don Fernando de Castro y Rodrigo de Saldaña sobre seguro vinieron á verse con él á Avila, do se hacian Cortes del reino por el mismo tiempo que en Alemaña procedieron á nueva eleccion apresuradamente; en que Rodulfo, conde de Ausburg, por voto de todos los electores, fué nombrado por rey de romanos. Señor, bien que de poca renta y estado pequeño, pero que descendia del nobilísimo linaje de los antiguos reyes franceses y era en todas virtudes acabado. Los embajadores del rey don Alonso que se

hallaron á la sazon en Francfordia, aunque hicieron contradiccion y sus protestaciones, no fué de efecto alguno; la aficion de antes la tenian ya trocada en desabrimiento y odio que todos le cobraran. Despedidas las Cortes de Avila, se fué el Rey á Requena para tomar acuerdo con el Rey, su suegro, en presencia sobre la guerra de los moros. Allí por el trabajo del camino, ó por el desabrimiento y desgusto con que andaba, adoleció de una enfermedad no ligera. Y porque las demás cosas no sucedian á propósito y la misma priesa por el gran deseo le parecia tardanza, juzgó seria lo mejor intentar de hacer las paces por industria de la Reina y por la autoridad del primado don Sancho. Ellos para tratar desto sin dilacion se partieron para Córdoba. Al pontífice Gregorio X despachó á Aimaro, fraile dominico, que despues fué obispo de Avila, y á Fernando de Zamora, canónigo de Avila y chanciller del Rey. Estos en Civitavieja, en que á la sazon estaba el Pontífice, en consistorio declararon las causas por que la eleccion de Rodulfo pretendian ser inválida. Que no debia el Pontífice moverse por los dichos de aquellos que ponian asechanzas y redes á sus orejas y con engaños pretendian ganar gracias con otros, sino conservarse neutral, como lo pedia la persona y lugar sacrosanto que representaba, y con esto ganar ambas las partes á ejemplo de sus antecesores Urbano y Clemente, que con igual honra y título, por no perjudicar á nadie, dieron á Ricardo y á don Alonso título de rey de romanos. A los electores de Alemaña fué don Fernando, obispo de Segovia, para ponellos en razon y procurar repusiesen lo atentado. Con estas embajadas no se hizo efecto alguno por estar todos cansados de tan larga tardanza. Solo el año siguiente de 1274 desde Leon de Francia, donde, presente el Pontífice, se hacia el concilio general de los obispos para reformar la disciplina eclesiástica, renovar la guerra de la Tierra-Santa y unir la Iglesia griega con la latina, Fredulo fué enviado por nuncio al rey don Alonso para que le ofreciese los diezmos de las rentas eclesiásticas en nombre del Pontífice para la guerra contra moros, á tal que desistiese de la pretension y esperanza vana que tenia de ser emperador; que parecia cosa injusta con deseo de imperio forastero alterar la paz de la Iglesia, que tan sosegada estaba. En este medio don Enrique, rey de Navarra, muy apesgado y disforme por la mucha gordura de su cuerpo, falleció en Pamplona á 22 de julio. De su mujer doña Juana, hija de Roberto, conde de Artesia y hermano del rey san Luis, dejó una hija, llamada tambien doña Juana, en edad apenas de tres años, que, sin embargo, fué heredera de aquellos estados, así porque el reino la jurara antes, como por testamento de su padre, que lo dejó así dispuesto; de que resultaron nuevas diferencias y discordias, y el reino de Navarra finalmente se juntó con el de Francia. La embajada de Fredulo no fué desagradable al rey don Alonso; respondió que se pondria á sí y toda aquella diferencia en manos del Pontífice para que él la determinase como mejor le fuese visto. Con esta respuesta el Pontífice sin detenerse mas aprobó en público consistorio la eleccion de Rodulfo, á 6 de setiembre, que hasta entonces por respeto de don Alonso se entretuvo; luego escribió cartas á todos los príncipes en aquella sustancia. Al mismo Rodulfo mandó

que lo mas presto que pudiese se apresurase
en Italia para coronarse. Al concilio que se
Leon se partió don Jaime, rey de Aragon, a
lo postrero de su edad, por ser deseoso de ho
otros negocios. Desde allí, sin hacer cosa de n
dió la vuelta á su tierra, desabrido claramen
Pontífice porque rehusó de coronalle si no
tributo que su padre el rey don Pedro concer
gar cada un año en el tiempo que en Roma s
como queda dicho en su lugar. Al rey don Jai
recia cosa indigna que el reino ganado por e
de sus antepasados fuese tributario á algun
En este comedio el rey de Granada y los gran
jidos por diligencia de la Reina se redujeron
para sosegar á los grandes les prometieron
cosas que pedian; el rey de Granada quedó q
cada año de tributo trecientos mil maravedís
de presente gran suma de dineros, en pena
ños y gastos. Demás desto, se concertaron tr
un año entre los de Guadix y de Málaga con a
por estar el rey don Alonso encargado del a
aquellas dos ciudades. Fué en aquella edad h
ñalado en España Gonzalo Ruiz de Atienza, p
Rey, por cuya diligencia en gran parte y bu
se concluyó aquel concierto. El rey de Gra
grandes desde Córdoba partieron en compañ
fante don Fernando, que se halló en todas es
llegados á Sevilla, el rey don Alonso los acogió
mente. Ellos, cotejado el un tiempo con el
garon les estaba mas á cuento y mejor obe
Príncipe con seguridad que la contumacia c
y daño. Concluido esto, las armas de Castilla
conducta del infante don Fernando y por m
su padre se movieron contra Navarra para c
aquel reino. Don Jaime, rey de Aragon, envi
á don Pedro, su hijo mayor, al cual renunci
cho que pretendia tener á aquel reino, á gan
luntades de los navarros, que de suyo se i
mas á los aragoneses que á Castilla. Ni las
Aragon ni las fuerzas de Castilla hicieron efe
sa que la Reina viuda se recogió á Francia c
al amparo del Rey, su primo, por temer no l
fuerza si se quedaba en Navarra en tiemp
vueltos. Solo don Fernando acometió á toma
y rechazado de allí por la fortaleza de aque
por el esfuerzo de los cercados, se apoderó d
vía y de otros menores pueblos. Todo lo hall
ficultoso que pensaba, dado que ningun ejé
tante le salió al encuentro, que era causa de
danza; si bien las cosas de aquel reino estab
vueltas, que los señores, divididos en parci
aficiones, no podian conformarse para acudi
fensa. Los mas se aficionaban á los aragones
pecial Armengaudo, obispo de Pamplona, y
chez de Montagudo, hombre principal y g
del reino. Don Pedro, infante de Aragon, ll
Sos, pueblo á la raya de los dos reinos; allí
su derecho que por la adopcion del rey don
por otros títulos mas antiguos se le debia el
lo menos le debian acudir con sesenta mil
plata, que poco antes el rey Teobaldo com
pagar. Tratóse el negocio por muchos dias;
acordaron desposar á la niña heredera del rei

sencia con don Pedro, y por dote señalaron la posesion del reino. Añadióse que si aquello no surtiese efecto, pagarian docientos mil marcos de plata para los gastos de la guerra que pretendian hacer de consuno contra las fuerzas de Castilla, si todavía perseverasen en el propósito de darles molestia. Estas cosas se asentaron en Olite por el mes de noviembre. El rey don Alonso, determinado de todo punto de hacer el viaje de Francia, tenia á la misma sazon Cortes del reino en Toledo para, asentadas las cosas, ponerse luego en camino. Encomendó el gobierno del reino á don Fernando, su hijo, á los otros señores repartió diversos cargos, á don Nuño de Lara dió la mayor autoridad, determinó dejarle por frontero contra los moros por si acaso se alterasen. Con estas caricias pretendia ganar á los parciales. Acabadas las Cortes, á lo postrero del año el Rey, la Reina, sus hijos menores y don Manuel, hermano del Rey, comenzaron su viaje. Era grande el repuesto y representacion de majestad; por tanto hacian las jornadas pequeñas. Pasaron á Valencia, de allí á Tortosa y á Tarragona, ca el rey don Jaime desde Barcelona partió para recebillos y festejallos en aquella ciudad. Tuvieron las fiestas de Navidad en Barcelona al principio del año de 1275. Halláronse presentes los dos reyes al enterramiento y honras de fray Raimundo de Peñafuerte, de la órden de Santo Domingo, que finó por aquellos dias en aquella ciudad, persona señalada en piedad y erudicion. El mismo año pasó desta vida don Pelayo Perez Correa, maestre de Santiago, de mucha edad, muy esclarecido por las grandes cosas que hizo en guerra y en paz. Su cuerpo enterraron en Talavera en la iglesia de Santiago, que está en el arrabal; así lo tienen y afirman comunmente los moradores de aquella villa; otros dicen que en Santa María de Tudia, templo que él edificó desde sus cimientos, á las haldas de Sierramorena, en memoria de una batalla que los años pasados ganó de los moros en aquel lugar, muy señalada, tanto, que vulgarmente se dijo y entendió que el sol se paró y detuvo su carrera para que el dia fuese mas largo y mayor el destrozo de los enemigos y mejor se ejecutase el alcance. Dicen otrosí que aquella iglesia se llamó al principio de Tentudia, por las palabras que el Maestre dijo vuelto á la Madre de Dios: «Señora, ten tu dia.» A la verdad, alterados los sentidos con el peligro de la batalla y entre el miedo y la esperanza ¿quién pudo medir el tiempo? Una hora parece muchas por el deseo, aprieto y cuidado. Demás desto, muchas cosas fácilmente se creen en el tiempo del peligro y se fingen con libertad. El rey don Jaime no aprobaba los intentos de don Alonso, su yerno, y con muchas razones pretendió apartalle de aquel propósito. La principal, que sentenciado el pleito y pasado ya en cosa juzgada, no quedaba alguna esperanza que el Pontífice mudaria de parecer; así con tantos trabajos no alcanzaria mas de andar entre las naciones extrañas afrentado por el agravio recebido. Estos consejos saludables rechazó la resolucion de don Alonso. Dejados pues su mujer y hijos en Perpiñan, pasó á la primavera por Francia hasta Belcaire, pueblo de la Proenza, asentado á la ribera del Ródano, y por tanto de grande frescura, y que le tenian señalado para verse con el Pontífice, que despedido el concilio que de los obispos tuvo en Leon, todavía se detenia en Francia. Allí en dia señalado en presencia del Pontífice y de los cardenales que le acompañaban el Rey les hizo un razonamiento desta sustancia: «Si por alguna diligencia y cuidado mio yo hubiera alcanzado el imperio, muy honrosa cosa era para mí que dejados tantos príncipes, se conformasen en un hombre extraño las voluntades de Alemaña; ¿cuánto menos razon tendrá nadie de cargarme que defienda el lugar en que, sin yo pretendelle, Dios y los hombres me han puesto? Como quier que sea antes cosa torpe no poder conservar los dones de Dios, y de corazon ingrato no responder en el amor á aquellos que en voluntad se han anticipado. Por tanto, es forzoso que sea tanto mas grave mi sentimiento, que por engaño de pocos he oido que deslumbrados los príncipes de Alemaña, ¡oh hombres poco constantes! se han conformado en elegir un nuevo príncipe sin oirnos y sin que nuestra pretension y pleito esté sentenciado; en que, si en algun tiempo hobo duda, muerto el contrario era justo se quitase. Que no nos debe empecer la dilacion, á que algunos dan nombre de tardanza y flojedad, como mas verdaderamente haya sido deseo de reposo y de sosegar las alteraciones de algunos, amor y celo de la religion cristiana, prevencion contra los moros, que de ordinario hacen en nuestras tierras entradas. Al presente que dejamos nuestro hijo en el gobierno, que ya tiene dos hijos, con vuestra licencia y ayuda, Padre Santo, tomarémos el imperio, apellido sin duda sin sustancia y sin provecho; pero somos forzados á volver por la honra pública de España, y en particular rechazar nuestra afrenta; lo cual ojalá podamos alcanzar sin las armas y sin rompimiento, ca de otra manera determinados estamos por conservar nuestra reputacion y volver por ella ponernos á cualquier riesgo y afan. Yo, padres, ninguna cosa ni mayor ni mas amada tengo en la tierra que vuestra autoridad; desde mis primeros años de tal manera procedí, que todos los buenos me aprobasen y ganase yo fama con buenas obras. Con este camino agradé á los pontífices pasados; por el mismo sin pretendello y sin procurallo me llamaron al imperio. Seria grave afrenta y mengua intolerable quitarme por engaño en esta edad lo que granjeé en mi mocedad y amancillar nuestra gloria con perpetua infamia. Razon es, beatísimo Padre, que vuestra santidad y todos los demás prelados que estais presentes ayudeis á nuestros intentos en negocio que no se puede pensar otro alguno ni mayor ni mas justificado. Procurad con efecto y haced entienda el mundo lo que las particulares aficiones y lo que la entereza y justicia pueden y hasta dónde cada una destas cosas allega; por lo menos, ahora que es tiempo, prevenid que la república cristiana con nuevas discordias que resultaran no reciba algun daño irreparable.» A esto replicó el Pontífice en pocas palabras: declaró las causas por que con buen título pudieron criar nuevo emperador; que la muerte de Ricardo ningun nuevo derecho le dió; que él mismo prometió de ponerse en sus manos, resolucion saludable para todos en comun, y en particular no afrentosa para él mismo, pues no era mas razon que los españoles mandasen á los alemanes que á España los de aquella nacion; que los caminos de Alemaña son ásperos y embarazados, las ciudades fuertes, la gente feroz, las aficiones antiguas trocadas, ningunas fuer-

zas se podrian igualar á las de los alemanes, si se conformasen; la infamia, si se perdiese la empresa, seria notable; si venciese, pequeño el provecho; que era mejor conservar lo suyo que pretender lo ajeno; la gloria ganada con lo que obrara era tan grande, que en ningun tiempo su nombre y con ninguna afrenta se podria escurecer. Hiciese á Dios, hiciese á la religion este servicio de disimular por su respeto, si en alguna cosa no se guardó el órden debido y se cometió algun yerro. Dichas estas palabras, abrazóle y dióle paz en el rostro, como persona que era el Papa de su condicion amoroso, y por la larga experiencia enseñado á sosegar con semejantes caricias las voluntades de los hombres alterados. Con esto se dejó aquella pretension, intentó, empero, otras esperanzas. Pretendia en primer lugar que era suyo el señorío de Suevia despues de la muerte de Corradino, por venir de parte de madre de los príncipes de Suevia; que Rodulfo, demás de quitalle el imperio, en tomalle para sí le hacia otro nuevo agravio. Alegaba eso mismo que el reino de Navarra era suyo por derechos antiguos de que se valia; que los franceses hacian mal en apoderarse del gobierno de aquel reino; por conclusion, pedia que por mandado del Pontífice el infante don Enrique, su hermano, fuese puesto en libertad; que Cárlos, rey de Sicilia, se excusaba para no hacello con la voluntad del Pontífice, que no lo queria. Sin embargo, como quier que el Pontífice y los cardenales se hiciesen sordos á estas sus demandas tan justas á su parecer, bufaba de coraje. Finalmente, mal enojado se partió de Francia en sazon que el estío estaba adelante y cerca el otoño. Vuelto en España, no dejó de llamarse emperador ni las insignias imperiales, hasta tanto que el arzobispo de Sevilla, por mandado del Papa con censuras que le puso, hizo que desistiese; solamente le otorgaron los diezmos de las iglesias para ayuda á los gastos de la guerra de los moros. Vulgarmente las llamamos tercias á causa que la tercera parte de los diezmos, que acostumbraban gastar en las fábricas de las iglesias, le dieron para que della se aprovechase; y aun, como yo creo, y es así, no se las concedieron para siempre, sino por entonces por tiempo determinado y cierto número de años que señalaron. Este fué el principio que los reyes de Castilla tuvieron de aprovecharse de las rentas sagradas de los templos; este el fruto que don Alonso sacó de aquel viaje tan largo y de tan grandes afanes; esta la recompensa del imperio que á sinrazon le quitaron, alcanzado sin duda sin soborno y sin dinero, de fin y remate desgraciado.

LIBRO DÉCIMOCUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

Cómo el rey de Marruecos pasó en España.

A esta misma sazon el rey de Marruecos Jacob Abenjuzef, como se viese enseñoreado de Africa, sabidas las cosas de España, es á saber, que por la partida del rey don Alonso el Andalucía quedaba desapercebida y sin fuerzas, estaba dudoso y perplejo en lo que debia hacer. Por una parte le punzaba el deseo de vengar las injurias de su nacion, tantas veces por los nuestros maltratada, por otra le detenia la grandeza del peligro; demás que de su natural era considerado y recatado, mayormente que para asegurar su imperio, que por ser nuevo andaba en balanzas, se hallaba embarazado con muchas guerras en Africa, cuando una nueva embajada que le vino de España le hizo tomar resolucion y aprestarse para aquella empresa. Fué así que Mahomad, rey de Granada, como quien tenia mas cuenta con su provecho que con lo que habia jurado ni con la lealtad, conforme á la costumbre de aquella nacion, luego que se partió de la presencia del rey don Alonso, con quien se confederó en Sevilla, vuelto á su tierra, sin dilacion propuso en sí de abrir la guerra y apoderarse de toda el Andalucía, hazaña que sobrepujaba su poder y fuerzas. Quejábase que lo que de su gente quedaba estaba reducido en tanta estrechura, que apenas tenia en qué poner el pié en España, y eso á merced de sus enemigos y con carga de parias que les hacian pagar cada un año. Que los de Málaga y Guadix, confiados de las espaldas que el rey don Alonso les hacia, nunca cesaban de maquinar cosas en daño suyo, y que no dudarian de movelle nueva guerra luego que el tiempo de las treguas fuese pasado. Puesto en estos cuidados, via que no tenia fuerzas bastantes contra la grandeza y riquezas del rey don Alonso, puesto que ausente. Resolvióse con una embajada de convidar al rey de Marruecos para que se juntase con él y le ayudase, príncipe poderoso en aquel tiempo y muy señalado en las armas. Decia ser llegado el tiempo de vengar las injurias y agravios recebidos de los cristianos; que los grandes imperios no se mantienen y conservan con pereza y descuido, sino con ejercitar los soldados y entretenellos siempre con nuevas empresas; que el derecho de los reinos y la justicia para apoderarse de nuevos estados consiste en las fuerzas y en el poder; mantener sus estados es loa de poco momento; conquistar los ajenos oficio de grandes príncipes; que si ellos no acometian y amparaban las reliquias de la gente mahometana en España, forzosamente serian acometidos en Africa; en cuanto se debia estimar con sujetar una provincia poner casi en otro mundo los trofeos de sus victorias y de su gloria, y en un punto juntar lo de Europa con lo de Africa. Movido por esta embajada el rey de Marruecos determinó hacer guerra á España. Mandó levantar gente por todas sus tierras. No se oia por todas partes sino ruido de naves, soldados, armas, caballos y todo lo al. Ninguna cosa le aquejaba tanto como la falta del dinero y el cuidado de encubrir sus intentos, por temor que si

los nuestros fuesen sabidores dellos, los hallaria apercebidos para la defensa y para rechazar los contrarios. Por el uno y por el otro respeto con embajadores que envió el rey don Jaime de Aragon le pidió dineros prestados, con color que se le habia rebelado un señor Moro, su vasallo, y entrado en Ceuta, cosa que por el sitio de aquella plaza, que está cerca del estrecho de Gibraltar, era de consideracion, y si no se prevenia con tiempo, podria acarrear daño á las marinas de Africa y de España. Cuanto mayor era el cuidado de encubrir estos deseños, tanto la mal enfrenada fama se aumentaba mas, como acontece en las cosas grandes, que fué la causa para que ni el rey de Aragon le enviase dineros ni los de Castilla se descuidasen en apercebirse de lo necesario. Verdad es que todo procedia de espacio por la ausencia del rey don Alonso y porque su hijo don Fernando se detenia en Búrgos, donde aportó despues que visitó el reino. Envió pues el Moro en primer lugar desde Africa alcaides que se apoderasen y tuviesen en su nombre las ciudades de Algecira y Tarifa, segun concertó que se las entregaria el rey de Granada para que sirviesen como de baluartes, asiento y reparo de la guerra que se aparejaba. Despues desto echó en España gran gente africana, en número diez y siete mil caballos, y dado que no se refiere el número de los infantes, bien se entiende fueron muchos, conforme á la hazaña que se emprendia y al deseño que llevaban. Lo primero que procuró fué de reconciliar todos los moros entre sí y hacer olvidasen las discordias pasadas; lo cual con la autoridad del rey de Marruecos y á su persuasion se efectuó, que se avinieron los de Málaga y Guadix con el rey de Granada. Tuvieron junta en Málaga para resolver en qué forma se haria la guerra. Fueron de acuerdo que la gente se dividiese en dos partes, porque no se embarazasen con la multitud y para con mas provecho acometer las tierras de cristianos. Con esta resolucion el rey de Marruecos tomó cargo de correr la campaña de Sevilla. El de Granada se encargó de hacer entrada por las fronteras de Jaen. Era don Nuño de Lara frontero contra los moros. Avisó al infante don Fernando que con toda presteza enviase toda la mas gente que pudiese, porque el peligro no sufria dilacion. El mismo arrebatadamente con la gente que pudo se metió en Ecija, por do era forzoso pasase el rey de Marruecos, ciudad bien fuerte y que no se podia tomar con facilidad. Concurrió otrosí gran nobleza de las ciudades cercanas, movidos por la fama del peligro y convidados por las cartas que don Nuño les enviara. Confiado pues en la mucha gente y porque los bárbaros no cobrasen mayor esfuerzo si los nuestros daban muestras de miedo, salió de la ciudad, do se pudiera entretener, y puestos sus escuadrones en ordenanza, no dudó de encontrarse con el enemigo. Trabóse la pelea, en que si bien los moros al principio iban de caida, en fin vencieron por su muchedumbre y los fieles fueron desbaratados y puestos en huida. El mismo don Nuño murió en la pelea, y con él docientos y cincuenta de á caballo y cuatro mil infantes. Los demás se recogieron á la ciudad, que caia cerca, como á guarida; lo que tambien dió á algunos ocasion para que no hiciesen el postrer esfuerzo. La cabeza de don Nuño, varon tan esforzado y valiente, enviaron al rey de Granada en presente, que le dió poco gusto por acordarse de la antigua amistad y que por su medio alcanzó aquel reino que tenia. Así la envió á Córdoba para que junto con el cuerpo fuese sepultada. Esta desgracia tan señalada, que sucedió el año de 1275 por el mes de mayo, causó gran tristeza en todo el reino, no tanto por el daño presente cuanto por el miedo de mayor peligro que amenazaba. Algun consuelo y principio de mejor esperanza fué que el Bárbaro, aunque victorioso y feroz, no se pudo apoderar de la ciudad de Ecija; pero sucedió otra nueva desgracia. Esta fué que don Sancho, arzobispo de Toledo, con el triste aviso desta jornada, juntado quo hobo toda la caballería que pudo en Toledo, Madrid, Guadalajara y Talavera, se partió á gran priesa para el Andalucía. Los moros de Granada talaban los campos de Jaen, robaban los ganados, mataban y cautivaban hombres, ponian fuego á los poblados, finalmente, no perdonaban á cosa ninguna que pudiese dañar su furor y saña. A estos pues procuró de acometer el Arzobispo con mayor osadía que consejo; herviale la sangre con la mocedad, deseaba imitar la valentía del Rey, su padre, pretendia quitar á los moros la presa que llevaban, y dado que los mas cuerdos eran de parecer que debian de esperar á don Lope de Haro, que sabian marchaba á toda furia, y en breve llegaria con buen escuadron de gente; que no era justo ni acertado acometer con tan poca gente todo el ejército enemigo; prevaleció el parecer de aquellos que decian, si le esperaban, á juicio de todos seria suya la gloria de la victoria. So color de honra buscaron su daño; trabada la batalla, que se dió cerca de Mártos, á los 21 de octubre, fácilmente fueron los fieles vencidos, así por ser menos en número como por ser soldados nuevos, los moros muy ejercitados en el arte militar. La huida fué vergonzosa, los muertos pocos para victoria tan señalada. Prendieron al arzobispo don Sancho, y como quier que hobiese diferencia entre los bárbaros sobre de cuál de los reyes seria aquella presa y estuviesen á punto de venir á las manos, Atar, señor de Málaga, con la espada desnuda le pasó de parte á parte, diciendo: «No es justo que sobre la cabeza deste perro haya contienda entre caballeros tan principales.» Muerto que fué, le cortaron la cabeza y la mano izquierda, en que tenia el anillo pontifical. Este estrago fué tanto de mayor compasion y lástima, que pudieran los bárbaros ser destruidos en aquella pelea, si los nuestros tuvieran un poco de paciencia y no fueran tan amigos de su honra; porque don Lope de Haro sobrevino poco despues, y con su propio escuadron volvió á la pelea, y con maravillosa osadía forzó los moros á retirarse, pero no pudo vencellos á causa de la escuridad de la noche, que sobrevino. El cuerpo, mano y cabeza del arzobispo don Sancho, todo rescatado á precio de mucho oro, enterraron en la capilla real de Toledo, título de Santa Cruz, en que estaban sepultados el emperador don Alonso y su hijo don Sancho el Deseado. Sucedióle don Hernando, abad de Covarrubias, en el arzobispado; y amovido este á cabo de seis años por mandado del Padre Santo, que nunca quiso confirmar ni aprobar esta eleccion, antes él mismo renunció al arzobispado, sucedió en la silla de Toledo por eleccion del papa don Gonzalo, segundo deste nombre, que primero fué obispo de Cuenca y despues de Búrgos. Este dicen que fué cardenal y Onufrio lo afirma; en Santa María la mayor en Roma hay un se-

pulcro de mármol, suyo segun se dice, con esta letra:

HIC DEPOSITUS FUIT QUONDAM DOMINUS GONSALVUS EPISCOPUS ALBANENSIS. OBIIT ANNO DOMINI M. CC. LXXXXVIIII.

Quiere decir: Aquí yace don Gonzalo, obispo que ya fué albanense. Finó año del Señor 1299. Fué natural de Toledo, del linaje de los Gudieles, á lo que se entiende. El año en que vamos, por estos desastres aciago, le hizo mas notable la muerte del infante don Fernando; murió de enfermedad en Villareal por el mes de agosto. Iba á la guerra de los moros, y esperaba en aquella villa las compañías de gente que se habian levantado, cuando la muerte le sobrevino. No es menos sinó que todo el reino sintió mucho este desman y falta, endechas y lutos asaz; su cuerpo enterraron en las Huelgas. Su muerte causó al presente gran tristeza, y adelante fué ocasion de graves discordias, como quiera que el infante don Sancho, su hermano, porfiase que le venia á él la sucesion del reino por ser hijo segundo del rey don Alonso, que todavía vivia; si bien don Fernando dejó dos hijos de su mujer la infanta doña Blanca, llamados don Alonso y don Fernando, encarecidamente encomendados al tiempo de su muerte á don Juan de Lara, que fué hijo mayor de don Nuño de Lara. El infante don Sancho, como mozo que era de ingenio agudo y de grande industria para cualquier cosa que se aplicase, en aquel peligro de la república se hizo capitan contra los moros, y con su valor y diligencia refrenó la osadía de los enemigos. Puso guarniciones en muchos lugares, y excusó la pelea con intento que el ímpetu con que los bárbaros venian se fuese resfriando con la tardanza, que fué un consejo saludable. Tambien se alteraron los moros de Valencia, que nunca fueron fieles; y entonces, perdido el miedo por la vejez del rey don Jaime y llenos de confianza por lo que pasaba en el Andalucía, al principio de aquella guerra se estuvieron quedos y á la mira de lo que sucedia. Como supieron que los suyos vencian, se resolvieron juntar con ellos sus fuerzas, y á cada paso en tierra de Valencia se hacian conjuraciones de moros, si bien don Pedro, infante de Aragon, por mandado de su padre era ido con un escuadron de soldados á las fronteras de Murcia, y destruia los campos de Almería con quemas y robos. Las cosas de los navarros no andaban mas sosegadas en aquel tiempo. Como Filipe, rey de Francia, hobiese concertado á doña Juana, heredera de aquel reino, con su hijo Filipe, que le sucedió despues y tuvo sobrenombre de Hermoso, envió por virey de Navarra á Estéban de Belmarca, de nacion francés, quitado aquel cargo á Pedro de Montagudo. No tenia bastante autoridad un hombre forastero para apaciguar los alborotos que andaban y aquellas parcialidades tan enconadas, mayormente que Pedro de Montagudo, movido de la afrenta que se le hizo en removelle del gobierno, y García Almoravides, que siempre se mostró aficionado á los reyes de Castilla, se declararon por caudillos de los alborotados. Dentro de la misma ciudad de Pamplona se trabaron pasiones y vinieron á las manos el un bando con el otro. La porfía y crueldad fué tal, que se quemaban las mieses y batian á las paredes los hijos pequeños con mayor daño del bando que seguia á los franceses. Al mismo Pedro de Montagudo que, pasado el primer desgusto, inclinaba al bando francés, y que ora fuese por deseo de quietud, ora á persuasion de otros, ya tenia pensado de pasarse á su parte; como lo entendiesen los del bando contrario le mataron. Indigno de tal desastre por sus muchas virtudes, de que ningun ciudadano de su tiempo era mas adornado, varon noble, rico, de buena presencia, prudente y de grandes fuerzas corporales.

CAPITULO II.

De la muerte del rey don Jaime de Aragon.

El año siguiente, que del nacimiento de Cristo se contaba 1276, fué señalado por la muerte de tres pontífices romanos; estos fueron Gregorio X, Inocencio V y Adriano V. El pontificado de Inocencio fué muy breve, es á saber, de cinco meses y dos dias; el de Adriano de solos treinta y siete dias, en cuyo lugar sucedió Juan, vigésimoprimero deste nombre, natural de Lisboa, hombre de grande ingenio, de muchas letras y doctrina, mayormente de dialéctica y medicina, como dan testimonio los libros que dejó escritos en nombre de Pedro Hispano, que tuvo antes que fuese papa. Hay un libro suyo de medicina, que se llama *Tesoro de pobres*. Su vida no fué mucho mas larga que la de sus antecesores. A los ocho meses y ocho dias de su pontificado en Viterbo murió por ocasion que el techo del aposento en que estaba se hundió. Sucedióle Nicolao III, natural de Roma y de la casa Ursina. En este mismo tiempo en Castilla se abrian las zanjas y echaban los cimientos de guerras civiles, que mucho la trabajaron. Fué así, que el infante don Sancho granjeaba con diligencia las voluntades de la nobleza y del pueblo, usaba de halagos, cortesía y liberalidad con todos, como quiera que todo esto faltase en el Rey, su padre, por do el pueblo habia comenzado á desgraciarse. Aumentó este disgusto la jornada de Francia tan fuera de sazon y propósito, y casi siempre acontece que á quien la fortuna es contraria le falta el aplauso de los hombres. Deseaba el vulgo novedades, y juntamente, como acontece, las temia; algunos de los principales á punto de alborotarse, otros por ser mas recatados se entretenian, disimulaban y estaban á la mira. Don Lope de Haro, que era de tanta autoridad y prendas, se habia reconciliado en Córdoba con el infante don Sancho. Con los moros, cuya furia algun tanto amansaba, se asentaron treguas por espacio de dos años. El rey de Marruecos, hecho este concierto, desde Algecira, do tenia sus reales y su gente, pasó en Africa. Don Sancho á gran priesa se fué á Toledo con color de visitar al Rey, su padre, que poco antes de Francia por el camino de Valencia y de Cuenca era llegado á aquella ciudad, fuera de que publicaba tener negocios del reino que comunicar con él. Esta era la voz; el cuidado que mas le aquejaba era de asentar el derecho de su sucesion, que pretendia encaminar con voluntad de su padre y de los grandes. Comenzóse á tratar este negocio; encargóse don Lope de Haro de dar principio á esta prática, que dió mucho enojo al rey don Alonso. Llevaba mal se tratase en su vida tan fuera de sazon de la sucesion del reino, junto con que se persuadia que conforme á derecho sus nietos no podian ser excluidos, y por el amor que en particular les tenia pesábale grandemente que se tratase de hacer novedad. Mas por consejo del infante don Ma-

nuel, su hermano, ya grande amigo de don Sancho, se determinó que se llamasen y juntasen Cortes en Segovia, con intento que allí se determinase esta diferencia. Tratóse el negocio en aquellas Cortes, y ventiladas las razones por la una y por la otra parte, en fin se vino á pronunciar sentencia en favor de don Sancho; si con razon y conforme á derecho ó contra él, no se sabe ni hay para qué aquí tratallo. Lo cierto es que prevaleció el respeto del pro comun y el deseo del sosiego del reino. Todos se persuadian que si don Sancho no alcanzara lo que pretendia no reposaria ni dejaria á los otros que reposasen. Su edad era á propósito para el gobierno, su ingenio, industria y condicion muy aventajadas, el amor que muchos le tenian grande, su valor muy señalado. Esto pasaba en Castilla; en Aragon el rey don Jaime usaba de toda diligencia para sosegar el alboroto de los moros, si pudiese por maña, y si no por fuerza. Con este intento discurria por las ciudades, villas y lugares del reino de Valencia; hobo en diversas partes muchos encuentros; cuando los unos vencian, cuando los otros. En particular al tiempo que el Rey estaba en Játiva, los suyos fueron destrozados en Lujen; el estrago fué tal y la matanza, que desde entonces comenzó el vulgo á llamar aquel dia, que era mártes, de mal agüero y aciago. Murió en la batalla Garci Ruiz de Azagra, hijo de Pedro de Azagra, señor de Albarracin, noble príncipe en aquel tiempo; fué preso el comendador mayor de los templarios. La causa principal de aquel daño fué el poco caso que hicieron del enemigo, cosa que siempre en la guerra es muy perjudicial. El Rey, por la tristeza que sintió de aquella desgracia, y por tener ya quebrantado el cuerpo con los muchos trabajos, á que se llegó una nueva enfermedad que le sobrevino, dejó el cuidado de la guerra al infante don Pedro, su hijo, y él se fué á Algecira, que es una villa en tierra de Valencia. Allí, aquejado del mal y desafiuciado de los médicos, entregó de su mano el reino á su hijo, que presente estaba; dióle asimismo consejos muy saludables para saberse gobernar. Esto hecho, él se vistió el hábito de san Bernardo con intento de pasar lo que le quedaba de vida en el monasterio de Poblete, en que queria ser enterrado. No le dió la dolencia tanto lugar, falleció en Valencia á 27 de julio; príncipe de renombre inmortal por la grandeza de sus hazañas, y no solo valiente y esforzado, sino de singular piedad y devocion, pues afirman dél edificó dos mil iglesias; yo entiendo que las hizo consagrar ó dedicar conforme al rito y ceremonia cristiana, y de mezquitas de Mahoma las convirtió en templos de Dios. En las cosas de la guerra se puede comparar con cualquiera de los famosos capitanes antiguos; treinta veces entró en batalla con los moros y siempre salió vencedor, por donde tuvo sobrenombre y se llamó el rey don Jaime el Conquistador. Reinó por espacio de sesenta y tres años; fué demasiadamente dado á la sensualidad, cosa que no poco escureció su fama. De la reina doña Violante tuvo estos hijós: don Pedro, don Jaime, don Sancho, el arzobispo, ya muerto; doña Isabel, reina de Francia; doña Violante, reina de Castilla; doña Costanza, mujer del infante don Manuel; otras dos hijas, María y Leonor, murieron niñas; todos estos fueron hijos legítimos. De doña Teresa Egidia Vidaura tuvo á don Jaime, señor de Ejerica, y á don Pedro, señor de Ayerve, que á la muerte declaró por hijos legítimos, y llamó á la sucesion del reino caso que los hijos de doña Violante no tuviesen sucesion. De otra mujer de la casa de Antillon hobo á Fernan Sanchez, el que arriba contamos que fué muerto por su hermano. Deste descienden los de la casa de Castro, que se llamaron así á causa de la baronía de Castro que tuvo en heredamiento. De Berenguela Fernandez dejó otro hijo, llamado Pero Fernandez, á quien dió la villa de Híjar; de todos descendieron muy nobles familias en el reino de Aragon. Lo que mas es de considerar que en la sucesion del reino sustituyó los hijos varones de doña Violante, doña Costanza y doña Isabel, sus hijas, despues de los cuatro hijos arriba nombrados y declarados por legítimos; pero con tal condicion que ni sus madres ni ninguna otra mujer pudiese jamás heredar aquella corona. Dejó mandado á su hijo echase los moros del reino, por ser gente que no se puede jamás fiar dellos, mandamiento que si en aquella edad y aun en la nuestra y de nuestros padres se hobiera puesto en ejecucion se excusaran muchos daños, porque la obstinacion desta gente no se puede vencer ni ablandar con ninguna arte, ni su deslealtad amansar con ningunas buenas obras; no hacen caso de argumentos y razones ni estiman la autoridad de nadie. El infante don Pedro, dado que su padre era muerto, no se llamó luego rey; solo se nombraba heredero del reino en sus provisiones y cártas hasta tanto que se coronase, que se hizo en Zaragoza despues de apaciguados los alborotos de Valencia, y fué á 16 de noviembre. Esta honra se guardó para aquella nobilísima y hermosísima ciudad; la Reina tambien fué coronada; y los caballeros principales, hecho su pleito homenaje, juraron á don Alonso, su hijo, que entonces era niño, por heredero de aquellos estados. A don Jaime, hermano del nuevo Rey, se dieron las islas de Mallorca y Menorca con título de rey, como su padre lo dejó mandado en su testamento y como arriba queda dicho que lo tenia determinado; diéronle otrosí el condado de Ruisellon y lo de Mompeller en Francia. Tuvo este Príncipe por hijos á don Jaime, don Sancho, don Fernando, don Filipe. Esta division del reino fué causa de desabrimientos y sospechas que nacieron entre los hermanos, que adelante pararon en enemistades y guerras. Quejábase don Jaime que le quitaron el reino de Valencia, del cual le hizo tiempo atrás donacion su padre, y que por el nuevo corte que se dió quedaba por feudatario y vasallo de su hermano, cosa que le parecia no se podia sufrir. Su cólera y su ambicion sin propósito le aguijonaban y aun le despeñaban, sin reparar hasta tanto que le despojaron de su estado.

CAPITULO III.

Que las discordias de Navarra se apaciguaron.

Lo de Navarra no andaba mas sosegado que las otras partes de España, antes ardia en alborotos y discordias civiles; cada cual acudia al uno de los bandos. Filipo, rey de Francia, como se viese encargado de la defensa y amparo del nuevo reino, determinó de ir en persona á sosegar aquellas revueltas con mucha gente de guerra que consigo llevaba. Era el tiempo muy áspero, y las cumbres del monte Pirineo por donde era el paso cargadas y cubiertas de nieve; allegábase á esto la falta

de los bastimentos, á causa de la esterilidad de la tierra. Movido por estas dificultades, él se volvió del camino, pero envió en su lugar á Cárlos, conde de Arras, con la mayor parte y mas escogida de su gente. Era este caballero persona de grande autoridad por ser tio de la reina Juana; así, con su llegada hizo mucho efecto. El bando contrario, maltratado por los franceses junto á un pueblo llamado Reniega, se retiró á un barrio de Pamplona, que se llama Navarrería; íbanles los franceses á los alcances y apretábanles por todas partes. Por esto García de Almoravides, caudillo de aquella gente, y en su compañía sus parientes y aliados con la escuridad de la noche por entre las centinelas contrarias se fueron por la parte que cada cual pudo, por poblados y despoblados, y se salieron de toda la tierra. Algunos dellos fueron á parar á Cerdeña, en que por haber hecho allí su morada, hay generacion dellos el dia de hoy. Pamplona fué tomada de los enemigos, y le echaron fuego. Los que quedaron despues deste estrago, escarmentados con el ejemplo de los otros, tuvieron por bien de sosegarse; otros, acusados por rebeldes y alborotadores del reino, llamados, como no compareciesen, fueron en ausencia condenados de crímen *laesae majestatis*, y se ausentaron de su patria. El general francés, apaciguada que fué la discordia de los navarros y fundada la paz de la república, pasó en Castilla al llamado del rey don Alonso, y dél fué muy bien recebido y tratado magnífica y espléndidamente, como pariente muy cercano que era. Con la mucha familiaridad y conversacion el rey don Alonso se adelantó á decir que no le faltaban á él cortesanos de la misma casa del rey de Francia que le diesen aviso y descubriesen los secretos del Rey y de sus grandes. Esto, quier fuese verdad ó fingido para tentar el ánimo del Francés, él lo tomó tan de veras, que desde entonces Broquio, camarero del rey de Francia, comenzó á ser tenido por sospechoso. Acrecentaron la sospecha unas cartas suyas que enviaba al rey don Alonso en cifra, que vinieron en poder de los que le calumniaban, por haberse muerto en el camino el correo que las llevaba. Pasó el negocio tan adelante, que fué condenado en juicio y pagó con la cabeza; pero esto avino algun tiempo adelante. Doña Violante, reina de Castilla, como viese que la edad de sus nietos, que ella mucho queria, era menospreciada, y que anteponian á don Sancho, y que ella no estaba muy segura, en tanta manera pervierte todos los derechos la execrable codicia del reinar, pensó de huirse; con este intento hizo que el rey de Aragon, su hermano, viniese al monasterio de Huerta, so color de querelle allí hablar. Acompañaban á la Reina sus nietos por manera de honralla, y así con ellos se entró en Aragon; procuró de estorbárselo el rey don Alonso desque supo lo que pasaba, pero fué por demás. El pesar que con esto recibió fué tal y el coraje, que ninguna pérdida suya ni de su reino le pudiera entristecer mas. El enojo y saña del Rey se volvió contra aquellos que creyó ayudaron y tuvieron parte en la partida de la Reina; mandó prender en Búrgos, donde el Rey y don Sancho eran idos de Segovia, al infante don Fadrique, su hermano, y á don Simon Ruiz de Haro, señor de los Cameros, varon de alto linaje y de muy antigua nobleza. Ardia la casa real y la corte en discordias, y eran muchos los que favorecian á los nietos del Rey. Simon Ruiz fué quemado en Treviño por mandado de don Sancho; á don Fadrique hizo cortar la cabeza en Búrgos con grande odio del nuevo principado, pues eran estas las primeras señales y muestra que daba, mayormente que sin ser oidos los condenaron. Los mas extrañaban este hecho, conforme como á cada cual le tocaban los muertos en parentesco ó amistad, pero el odio estaba secreto y disfrazado con la disimulacion. Enviáronse embajadores el un Rey al otro. El rey de Castilla pedia que se le enviase su mujer y que aprobase la eleccion de don Sancho. Excusábase el rey de Aragon con que no estaba aun del todo determinado el negocio, y alegaba que en su reino tenian refugio y amparo cuantos á él se acogiesen, cuanto mas su misma hermana. Pasaron tan adelante, que hobiera el de Aragon movido guerra á Castilla, como algunos pensaban, si la rebelion de los moros de Valencia no le embarazara; los cuales, confiados en la venida del rey de Marruecos, con las armas se apoderaron de Montesa; pero estos movimientos tuvieron mas fácil fin de lo que se pensaba. Los moros, despedidos de la esperanza del socorro de Africa que esperaban, entregaron al Rey el mes de agosto, año de nuestra salvacion 1277, á Montesa y otros muchos castillos que tomaran. En este tiempo el rey don Alonso era venido de Búrgos á Sevilla; de allí envió grande armada y mucha gente de guerra á cercar á Algecira por mar y por tierra. Aquella guerra ante todas cosas tenia los ánimos de los fieles puestos en cuidado; temian que los africanos, por la vecindad de los lugares y por tener ya asiento en España y guarida propria, no acudiesen muchas veces á nuestras riberas. Sin embargo, las discordias civiles por otra parte les tenian los ánimos tan ocupados, que no se les daba mucho de todo lo al; todavía intentaron de quitalles aquel nido. El verano fué don Pedro, hijo del rey don Alonso, con poderoso ejército á la conquista de aquella ciudad. Dió la vuelta sin hacer algun efecto, con mucha deshonra y pérdida de su gente, y nuestra armada por estar falta de marineros y de soldados con la venida del rey de Marruecos fué desbaratada y presa. Deshízose el campo; los soldados unos se fueron á una parte, otros á otra. Hay quien diga que en aquel tiempo el rey de Marruecos edificó otra nueva Algecira, poco distante de la primera. El cuerpo del rey don Jaime se llevó de Valencia, donde le depositaron en un sepulcro junto al altar mayor de la iglesia catedral, y se trasladó al monasterio de Poblete, entrado ya el verano. Las exequias del difunto se celebraron espléndidamente con gran concurso de caballeros principales, que se juntaron en Tarragona por mandado del nuevo Rey.

CAPITULO IV

De diversas hablas que tuvieron los reyes

Con la partida de la reina doña Violante los reyes de Castilla y Francia comenzaron á estar muy cuidadosos por respeto de los niños infantes. El cuidado por entrambas partes era igual, los intentos diferentes y aun contrarios. El de Castilla quisiera estorbar que no se pasasen en Francia, do para su inocente y tierna edad tenian muy cierta la acogida y el amparo, en especial que don Sancho, su hijo, le ponia en esto con el deseo que tenia de asegurarse, sin descuidarse de continuar en granjear las voluntades de grandes y pequeños con

la nobleza de su condicion, agudeza de ingenio y agradables costumbres, y con valor y diligencia apercebirse para todo lo que podia suceder. El de Francia temia que si venian á manos y poder de su tio correrian peligro de las vidas, por lo menos de perder la libertad. Sabia muy bien cuán deseosos son los hombres naturalmente de mando, y que la ambicion es madre de crueldad y fiereza. Habíanse enviado sobre esta razon diversas veces de parte de Castilla y de Francia muy solemnes embajadas al rey de Aragon, cosa muy honrosa para aquel Príncipe, que fuese como juez árbitro para concertar dos reyes tan poderosos, muy á propósito para sus intentos tener suspensos aquellos príncipes y en su poder los infantes. Ventilado el negocio, finalmente se acordó que doña Violante tornase con su marido y que los infantes quedasen en Aragon sin libertad de poder ausentarse; lleváronlos al castillo de Játiva y allí los pusieron á recado. Esta resolucion dió mucha pena á doña Blanca, su madre, por parecelle que en quien fuera justo hallar amparo allí se les armaba celada, y con nuevos engaños les quitaban la libertad. Partióse pues para Aragon, mas no alcanzó cosa alguna, porque las orejas del Rey las halló sordas á sus ruegos y lágrimas; no hacia caso de todo lo que se podia decir y ponsar á trueco de enderezar sus particulares. Desde allí muy enojada pasó en Francia á hablar al Rey, su hermano, y movelle á hacer la guerra contra Castilla y Aragon, si no condescendian con lo que era razon y ella pretendia. Era muy á propósito el reino de Navarra, que se tenia por los franceses, para estos intentos, por confinar con Castilla y Aragon por diversas partes. Puso esto en cuidado al rey de Aragon y al infante don Sancho; para tomar acuerdo de lo que se debia hacer, determinaron venir á habla. Señalaron para ello cierto lugar entre Requena y Buñol, acudieron allí, y se juntaron el dia aplazado á 14 de setiembre del año del Señor de 1279. En esta junta y habla, echados aparte todos los desabrimientos y enojos pasados, trabaron entre sí amistad y pusieron confederacion para valerse al tiempo de necesidad. Concluida esta habla, el rey de Aragon tomó el camino de Cataluña, que estaba alterada por las discordias de la gente principal. Armengol de Cabrera era el principal atizador destas revueltas, hijo de Alvaro de Cabrera, al cual el Rey poco antes diera el condado de Urgel, como á su feudatario y por respeto del conde de Fox; todo esto no bastó para ganalle. El Rey, visto lo que pasaba, se puso sobre la ciudad de Balaguer, cabecera de aquel estado; prendió al dicho Armengol y á su tio Rogerio Bernardo, conde de Fox, con otros señores que dentro halló; túvolos presos largo tiempo, en especial al de Fox, que se rebelara mas veces y mas feroz se mostraba; con tanto calmaron las alteraciones de los catalanes. Don Sancho se encaminó á Badajoz, donde su padre estaba, que era venido desde Sevilla á verse con don Dionisio, su nieto, rey de Portugal, con intento de hacer las paces entre él y don Alonso, su hermano, al cual pretendia por fuerza de armas echar del estado que su padre le dejó en Portugal. Alegaba diversas razones para dar color á esta su pretension, de que recebian mucho descontento las gentes de Portugal, por ver que entraba con tan mal pié en el reino, y que apenas era muerto su padre cuando pretendia despojar á su hermano y trabar con él enemistad. Falleció en Lisboa al principio deste mismo año el rey don Alonso de Portugal, padre de don Dionisio. Vivió setenta años, reinó treinta y dos; en el monasterio de Santo Domingo de aquella ciudad que él edificó, enterraron su cuerpo. Don Sancho, luego que se hobo visto con su padre, fué por su órden á hacer levas de gente por todo el reino y apercebirse de soldados contra el rey de Granada, que á la sazon sabia estar ocupado en la obra del alcázar de aquella ciudad, llamado el Alhambra, fábrica de gran primor y en que gastó gran tesoro, ca era este rey Moro no menos diestro en semejantes primores que en el arte militar. Para movelle guerra no podian faltar achaques, y siempre los hay entre los príncipes cuyos estados alindan. Lo que yo sospecho es que el rey de Granada en la guerra de Algecira dió favor al de Marruecos, de lo cual por estar agraviados los nuestros, en el asiento que se tomó poco antes desto con los africanos no fueron comprehendidos los de Granada. Dionisio, rey de Portugal, sea por no fiarse de su abuelo, como quier que sean dudosas é inconstantes las voluntades de los hombres, sea por pensar se inclinaba mas á su hermano (como de ordinario siempre favorecemos la parte mas flaca, y aun el que es mas poderoso, en cualquier diferencia puesto que tenga mejor derecho, siempre parece que hace agravio), si bien habia llegado á Yelves, que está tres leguas de Badajoz, repentinamente mudado de parecer volvió atrás. Fué grande el enojo que el rey don Alonso recibió por esta liviandad; así, perdida la esperanza de verse con su nieto, muy desabrido dió la vuelta para Sevilla. En este tiempo Conrado Lanza, general de la mar por el rey de Aragon, persona de grande autoridad para con todos por ser pariente cercano de la reina doña Costanza, con una armada que aprestó de diez galeras corrió las marinas de Africa, mayormente las de Túnez y Tremecen, en castigo de que aquellas ciudades no querian pagar el tributo que algunos años antes concertaron. Cierto autor afirma que esta empresa fué y se enderezó para meter en posesion del reino de Túnez á Mirabusar, á quien su hermano le echara dél. Todos concuerdan que la presa que de allí llevaron los aragoneses fué grande, y que en el estrecho de Gibraltar de diez galeras que encontraron del rey de Marruecos y las vencieron, parte tomaron, parte echaron á fondo. El rey de Aragon en Valencia, donde se entretenia muy de ordinario, hizo donacion á don Jaime, su hijo, habido fuera de matrimonio, del estado de Segorve por el mes de noviembre. En Castilla de cada dia se aumentaba la aficion que los naturales tenian al infante don Sancho, y aun á muchos parecia que trataba de cosas mayores de lo que al presente mostraba, y que luego que concluyese con los sobrinos, menospreciaria á su padre, que ya por su edad iba de caida, y le quitaria el mando y la corona. El padre por su gran descuido de ninguna cosa menos se recataba que desto, sin saber las práticas de su hijo, así las públicas como las secretas. Partió pues don Sancho el año luego siguiente de 1280 á la primavera con el ejército que tenia levantado la vuelta de Jaen; y con nuevas compañías que su padre le envió desde Sevilla, aumentado su ejército, entró muy pujante por las fronteras de Granada, taló y robó toda la campaña, sin parar hasta ponerse á vista de la misma ciudad, quemó muchas aldeas y pue-

llas, recogió gran presa de gente y de ganados, con que volvió á Córdoba, desde allí acompañó á su padre hasta Sevilla. Con el buen suceso desta guerra ganó mayor autoridad y granjeó del todo las voluntades de la gente, cosa que él estimaba en mas que todas las demás ganancias, por asegurarse en la sucesion del reino, que era el cuidado que mas le aquejaba. Principalmente que Filipo, rey de Francia, con la aficion que tenia á los dos infantes, sus sobrinos, hacia instancia que fuesen puestos en libertad, y que en lugar de su abuelo que los tenia, se los entregasen á él. Envió pues sobre esta razon embajadores á los dos reyes; llevaron órden que al principio tratasen el negocio amigablemente, ca no tenia perdida la esperanza que hobiesen de dar oidos á tan justa demanda; si no se allanasen, como temia, les diesen á entender que tendrian en los franceses enemigos mortales; que él estaba resuelto de amparar la inocente edad de aquellos mozos por todas las vias y maneras que pudiese. Como los nuestros no se moviesen por amenazas ni por ruegos, se trató y acordó que para tomar algun medio, y en presencia componer todas las diferencias, los tres reyes se juntasen á habla, para lo cual se dieron unos á otros la palabra y seguridad bastante. Con esta determinacion el rey de Francia llegó á Salvatierra, el rey de Castilla á Bayona, ciudad que está en los pueblos dichos antiguamente tarbellos en los confines de Guiena. No se juntaron los reyes para tratar de las condiciones y del asiento. El infante don Sancho desbarató la junta con su astucia y con sus mañas, por temer no alcanzasen de su padre, que claramente via estar aficionado á los nietos, alguna cosa que le empeciese á él. Lo que solamente se pudo alcanzar fué que Cárlos, príncipe de Taranto, hijo del rey de Sicilia, interviniese entre los reyes y llevase los recados de la una parte á la otra; y sin embargo, no se concluyó cosa ninguna, porque todos los intentos de los príncipes desbarataba con sus mañas don Sancho, si bien lo que los franceses pedian parecia muy justificado, esto es, que se le diese al infante don Alonso la ciudad de Jaen con nombre de rey, y como á feudatario y dependiente de los reyes de Castilla. Desbaratada que fué la junta, todavía los reyes de Francia y Aragon se vieron en Tolosa para tratar deste negocio entre sí. El fruto desta habla no fué mayor que el de antes, en tanto grado, que parecia hacian burla del rey de Francia. Solo se sacó de esta junta que el rey de Francia prometió debajo de juramento dejaria el estado de Mompeller á don Jaime, rey de Mallorca, porque antes desto pretendia ser suyo y quitársele. Muy alegre quedó el infante don Sancho de que con todo el esfuerzo que aquel Rey hizo y con tantas porfías no se habia alcanzado de los reyes cosa alguna que fuese en pro de los infantes, sus sobrinos. Solo se recelaba de la inconstancia de su padre, por la compasion que mostraba tener de aquella tierna edad, no viniese á favorecer los nietos, ca de estar mudado de parecer se vian manifiestas señales. Y muchos que con diligencia y cuidado consideran los enojos de los príncipes y sus inclinaciones, por entender esto no cesaban de irritar al rey don Alonso contra su hijo, y contalle y encarecelle sus desacatos. Decian que estaba apoderado de todo el gobierno, que todo lo trastornaba y revolvia conforme á su antojo, que no estimaba en nada su real autoridad y grandeza. Era el rey don Alonso de ingenio vario, mudable, doblado, tenia en sus acciones una maravillosa inconstancia, falta que con la edad suele tomar mas fuerza. Don Sancho, por entender estas cosas, determinó ayudarse de socorros extraños y de fuera, y hacerse amigo del rey de Aragon y prendallo, en que puso mucha diligencia. Envióle sobre esta razon y con este intento sus embajadores, primero á don Gonzalo Giron, maestre de Santiago, despues al marqués de Monferrat. La suma de la embajada era que se juntasen para tratar de sus haciendas y de cosas de mucha importancia. Acordado esto, los reyes don Alonso, don Pedro y tambien el infante don Sancho se juntaron entre Agreda y Tarazona en un pueblo que se llama el Campillo. Fué esta junta á 27 de marzo del año de 1281. Asentóse confederacion entre aquellos dos reinos de tal guisa, que los que fuesen amigos del uno fuesen amigos del otro, y lo mismo de los enemigos, sin exceptar á persona alguna; que el que primero quebrantase este concierto, pagase de pena diez y seis mil libras de plata. Dieron al rey de Aragon en esta junta á Palomeras, Teresa, Jera, Ayora, y á don Manuel, hermano del rey don Alonso, cuyas eran estas villas, dieron en recompensa la villa de Escalona. Esto fué lo que se trató en público; de secreto se acordó que los dos reyes acometiesen el reino de Navarra y se enseñoreasen dél; señalaron otrosí la parte que á cada cual habia de pertenecer acabada la conquista. Ultra desto, se le concedió á don Sancho que los infantes estuviesen en el castillo de Játiva á buen recado. El cual, despedida la junta, en Agreda donde fué con los dos reyes, para obligar mas al rey de Aragon y ganalle mas la voluntad, le prometió y aseguró muy de veras que como su padre falleciese, le dejaria todo el reino de Navarra para que le encorporase en la corona de Aragon, y ultra desto le daria en Castilla la villa de Requena con todos los lugares de su jurisdicion, que están hácia el reino de Murcia y á la raya del de Valencia. Andaba su partido en balanzas, y su ánimo dudoso entre el miedo y la esperanza; por esto no le parecia vergonzoso y feo comprar su seguridad á costa de tantas promesas. Don Juan Nuñez de Lara, en aquellos tiempos varon grave y poderoso, segun se ve en las historias, era señor de Albarracin por via de dote con doña Teresa, hija de don Alvaro de Azagra, que fué señor de Albarracin, y por consiguiente nieta de don Pedro Rodriguez de Azagra. Dende allí por la fortaleza del lugar y por estar á las rayas de Aragon y Castilla tenia costumbre de hacer correrías en ambas partes y solia llevarse muchos despojos, además que recebia debajo de su amparo y proteccion á todos aquellos que de los dos reinos acudian á él por delitos que hobiesen cometido. Particularmente don Lope Diaz de Haro, señor tan poderoso, se vino y metió en aquella ciudad, por estar muy mal enojado con don Sancho y con el rey de Castilla á causa de la muerte del infante don Fadrique y del señor de los Cameros. Trataron entre sí don Sancho y el rey de Aragon en Tarazona de dar órden de conquistar aquella ciudad, y deshacer á don Juan de Lara. El rey don Alonso se fué á Búrgos á celebrar las bodas de sus hijos don Pedro y don Juan. A don Pedro dió por mujer una hija del señor de Narbona, y á don Juan una hija del marqués de Monferrat, que fué lo mas que se sacó y se efectuó con

tantas juntas y coloquios y vistas de reyes, tantos gastos y trabajos. España á esta sazon sosegaba, si bien parecia que la amenazaba alguna cruel tempestad, á causa de estar todas las voluntades, así bien de los grandes como de los pequeños, muy alteradas y desabridas, y la pretension que andaba sobre la sucesion del reino.

CAPITULO V.

Cómo don Sancho se rebeló contra su padre.

Las vehementes sospechas que entre don Sancho y su padre el rey don Alonso se despertaron de pequeños principios poco á poco, como acontece, vinieron á parar en discordia manifiesta y en guerra. Llevaba mal el rey don Alonso verse á causa de su vejez poco estimado de muchos; dábale pena el deseo que sentia en sus vasallos de cosas nuevas. Para acudir á este daño tan grande y ganar reputacion entre los suyos, con gente de guerra que juntó se determinó hacer una nueva entrada en tierra de moros, con que les robó y taló la campaña y les hizo otros daños, dado que su edad era mucha y el cuerpo tenia quebrantado por los muchos trabajos y pesadumbres. Ninguna cosa mas le aquejaba que la falta del dinero, cosa que desbarata los grandes intentos de los príncipes. Trataba de hallar algun medio para recogello. Pareciólе que el camino mas fácil seria batir un nuevo género de moneda, así de cobre como de plata, de menor peso que lo ordinario y mas baja de ley y que tuviese el mismo valor que la de antes, mal arbitrio, y que no se sufre hacer sino en tiempos muy apretados y en necesidad extrema. Resultó pues desta traza un nuevo daño, es á saber, que se encendió mas el odio que públicamente los pueblos tenian concebido contra el Rey, mayormente que se decia por cosa cierta que en las causas civiles y criminales y en castigar los delitos no tenia tanta cuenta con la justicia, como con las riquezas que las partes tenian, y que á muchos despojaba de sus haciendas por cargos y acusaciones fingidas que les imponian, cosa que no se puede excusar con ningun género de necesidad, y con ninguna cosa se ganan mas las voluntades de los vasallos para con su príncipe que con una entereza y igualdad en hacer á todos justicia. Envió por embajador á Francia á Fredulo, obispo de Oviedo, francés que era de nacion. Echaron fama que para visitar al rey Filipo y por su medio alcanzar del Sumo Pontífice la indulgencia de la cruzada para los que fuesen á la guerra de los moros. El principal intento era comunicar y tratar con él la manera cómo pondrian en libertad á sus nietos, fuese por la compasion que tenia de aquella inocente edad y por la aficion que tenia á los infantes como á sus nietos, ó lo que yo mas creo, por el aborrecimiento que habia cobrado á don Sancho, su hijo, por cuyo miedo los años pasados, mas que por su voluntad, los privó de la sucesion del reino. No se le encubrieron á don Sancho las pretensiones de su padre, como quiera que no pueda haber secreto en semejantes discordias domésticas. Acordó de prevenirse; en particular para ayudarse del socorro de los moros se partió para Córdoba; allí asentó confederacion con el rey de Granada, y para ganalle mas le soltó las dos partes del tributo que pagaba, partido que poco antes pretendió el Moro del rey don Alonso y él no lo quiso aceptar. Demás desto por negociacion del infante don Juan, que ya era del bando del infante don Sancho, su hermano, los grandes de Castilla y de Leon, que muy de atrás andaban desabridos por la severidad del Rey y su aspereza, se declararon por su hijo. La memoria fresca del triste suceso del señor de los Cameros y del infante don Fadrique atizaba mas estos desabrimientos. Tratábanse estas cosas al principio del año 1282 del nacimiento de Cristo nuestro Señor. En el mismo año por el mes de agosto en la villa de Troncoso se celebraron las bodas entre Dionisio, rey de Portugal, y doña Isabel, hija mayor del rey de Aragon. Esta es aquella reina doña Isabel que por sus grandes virtudes y notable piedad es contada entre los santos del cielo, y su memoria se celebra en aquel reino con fiesta particular. Este Rey, sin tener respeto á su abuelo, atraido con la destreza y mañas de don Sancho, se juntó con él y se declaró por su amigo y aliado, sea por algun enojo que tenia con su abuelo, sea por tener por esta via esperanza de mejor partido y remuneracion. El rey don Alonso miraba poco las cosas por venir, así por su larga edad como por la comun tacha de nuestra naturaleza, que en sus proprios negocios cada cual es menos prudente que en los ajenos; estorba el miedo, la codicia y el amor proprio, y ciega para que no se vea la verdad. Hizo llamar á Cortes para la ciudad de Toledo, por ver si en alguna manera se pudieran sosegar las voluntades de su hijo y de la gente principal sin poner mano á las armas. Por seguir el camino mas blando, que era apaciguallos amigablemente, ni se apercibió como fuera menester, ni usó de bastante recato. Don Sancho por otra parte, confiado en el favor y ayuda de la nobleza y por estorbar la traza y ardid de su padre, llamó asimismo á Cortes para Valladolid; acudió á su llamado mucha mas gente que á Toledo. Tenia deseo de dejar sucesion; casó con doña María, hija de Alonso, señor de Molina, que era su pariente en tercero grado. Deste matrimonio le nacieron don Fernando, su primogénito, y otros hijos. En aquellas Cortes todo lo que se hizo fué conforme al parecer de los grandes que allí se juntaron, porque don Sancho les otorgó todo aquello que se atrevieron á pedir, así en pro de cada cual dellos como para el público, además de muy mayores mercedes que les prometió para adelante, camino que le pareció el mejor de todos para ganar las voluntades de grandes y pequeños. Proveyéronse nuevos oficios y cargos, hiciéronse nuevas leyes; cuanto cada uno tenia de fuerza y autoridad, tanta mano metia en el gobierno del reino. Cundió el deseo de cosas nuevas y de levantarse contra su rey, y llegó hasta la gente vulgar. Tal era la disposicion de los corazones en aquella sazon, que hazaña tan grande como quitar el ceptro á su Rey unos se atreviesen á intentalla, muchos la deseasen y casi todos la sufriesen, sin faltar quien en medio del aplauso y vocería llamase rey á don Sancho y le diese nombre de padre de la patria con todos los demás títulos de príncipe. Mas él constantemente lo desechó con decir que mientras su padre fuese vivo no sufriria le quitasen el nombre y honra de Rey, ora fuese por mostrarse modesto y despreciar un vano apellido, pues en efecto todo lo mandaba, ó por encender mas las voluntades del pueblo con entretenellos. Pasó el negocio tan adelante, que

tercero dia de la Pascua de Resurreccion, que fué á 31 dias del mes de marzo, cuando por todas partes se hacian juegos y alegrías, muestras mas de seguridad y contento que de temor y matanza. Al mismo tiempo y hora que al son de las campanas despues de comer llamaban los pueblos á vísperas se ejecutó la matanza de los franceses, que bien descuidados estaban, en toda la isla en un momento; de que vino el proverbio de las Vísperas Sicilianas. Apoderáronse otrosí los sicilianos de toda la armada que en los puertos de Sicilia tenian aprestada contra el Emperador griego, ya declarado por enemigo por el papa Nicolao IV. Desta manera pasó este hecho, segun que lo divulgó la fama y lo dejaron escrito muchos autores. Otros afirman que este estrago tuvo principio en Palermo, donde como la gente en aquel dia señalado fuese á visitar la iglesia de Sancti Spiritus, que está en Monreal, una legua distante, un cierto francés, llamado Droqueto, quiso con soltura catar á una mujer para ver si llevaba armas. Aquel desaguisado tomó por ocasion el pueblo para levantarse. En el campo, en la ciudad y en el castillo se hizo gran matanza de franceses, sin tener respeto á mujeres, niños ni viejos, con tan grande furia y deseo de satisfacer su saña, que aun las mujeres que entendian estar preñadas de los franceses, porque dellos no quedase rastro alguno las pasaban á cuchillo. La misma ciudad de Palermo fué saqueada coma si fuera de enemigos; que el pueblo alborotado no tiene término ni órden, y cualquier grande hazaña casi es forzoso vaya mezclada con muchos agravios y sinrazones. Las demás ciudades y pueblos en muchas partes con el ejemplo de los panormitanos acudieron asimismo á las armas; solo Mecina por algun tiempo estuvo sosegada á causa de hallarse presente Herberto, aurelianense, gobernador de toda la isla por los franceses; miedo y respeto que no fué bastante ni duró mucho tiempo, antes en breve los mecineses, á ejemplo de las otras ciudades, tomadas las armas, echaron fuera la guarnicion de los soldados y al mismo Gobernador. Solo Guillen Porceleto, provenzal de nacion y que tenia el gobierno de Calatafimia, en lo mas recio del alboroto le dejaron ir libremente, porque la opinion de su bondad y modestia le amparó para que no se le hiciese algun agravio. Este fué el suceso y la manera de la conjuracion de Juan Prochita, mas famosa que loable. Los sicilianos, amansado aquel primer ímpetu, puesto que entendian el peligro en que quedaban y que algunos se comenzaban á arrepentir de lo hecho, todavía determinados de antes morir que tornar á poder de los franceses, acordaron de acudir de nuevo al rey de Aragon para pedille los ayudase. A la sazon que esto pasaba en Sicilia estaba él en Tortosa con su armada aprestada. Pensaba antes que llegase la nueva de Sicilia de pasar en Africa. Hízolo así. Dende robadas y destruidas todas aquellas marinas, volvió repentinamente las velas, y mudado el camino, llegó á Córcega. Allí tuvo aviso de todo lo sucedido en Sicilia y que el rey Cárlos á gran priesa era partido de Toscana, y con gente de guerra que juntara de todas partes tenia puesto sitio sobre Mecina, tan apretado, que de muchos años á aquella parte no se dió á ciudad ninguna batería mas recia ni mas brava. Todos hacian el postrer esfuerzo; los franceses ardian en deseo de vengarse, y con la sangre de los sicilianos pretendian hacer las exequias de sus ciudadanos y amigos muertos; los cercados, por entender esto, se defendian valerosamente con tanto coraje, que, hasta las mujeres, niños y viejos acudian á todas partes, no esquivaban ni trabajo ni peligro. A esta sazon llegó el rey de Aragon á Palermo; en aquella ciudad se coronó, y fué de todos saludado por rey, que era meter nuevas prendas; acrecentó su armada con las naves que los sicilianos tomaron al principio deste alboroto, y las tenian apercebidas para ir contra los griegos. Los cercados, con la esperanza del socorro que les venia á buen tiempo, cobraron mayor ánimo, tanto, que el rey Cárlos fué forzado de alzar el cerco de Mecina, y con tristeza y vergüenza, pasado el Faro, dar la vuelta á Italia. Fué este para los aragoneses un principio de grandes desabrimientos, y de gloria y honra no menor. Enviáronse los reyes cartas llenas de saña y denuestos, con que mas se irritaron las voluntades hasta llegar á declararse la guerra por ambas las partes. El Aragonés esperaba nuevo ejército de España, el rey Cárlos de la Proenza y de Marsella; todo les era á los aragoneses llano en Sicilia, á los franceses dificultoso. Los reales destos, puestos junto al estrecho de Mecina á la vista de Sicilia, los soldados aragoneses repartidos en muchas partes y enviados á las ciudades para mas asegurallas y defendellas; el rey don Pedro, con recelo de perder lo adquirido por ser el enemigo tan poderoso y los socorros que él esperaba muy léjos, acordó de valerse de ardid y maña. Era el rey Cárlos muy valiente por su persona, de grandes fuerzas y destreza, de que él mucho se preciaba. Envióle el de Aragon á desafiar con un rey de armas; que si confiaba en sus fuerzas y valor, saliese á hacer campo con él; perdonasen á tantos inocentes como de fuerza moririan en aquella demanda; que por quien quedase el campo fuese señor de todo lo demás, y cesaria la causa de la guerra que tenian entre manos. Así lo cuentan los historiadores franceses. Los aragoneses, al contrario, afirman que primero fué desafiado el rey don Pedro del Francés, y que el mensajero fué Simon Leontino, de la órden de los Predicadores; lo que se sabe de cierto es que aceptado el riepto, se concertaron que peleasen los dos reyes con cada cien caballeros. Altercóse sobre señalar la parte en que se haria el campo. Al fin se escogió Bordeaux, cabeza de la provincia de Guiena en Francia, que pareció á propósito por estar entonces en poder de Eduardo, rey de Ingalaterra; señalóse el dia de la pelea y juraron las condiciones de una parte y otra. El Padre Santo, como supiese todas estas cosas y lo que en Sicilia pasaba, amonestó al rey de Aragon dejase aquella empresa; que no perturbase la paz pública con desenfrenada ambicion. Finalmente, porque no quiso obedecer, á los 9 dias del mes de noviembre le declaró por descomulgado; en Montefiascon se pronunció la sentencia. Al rey de Ingalaterra le envió á mandar con palabras muy graves que no diese campo á los reyes ni lugar para pelear en su tierra. No aprovechó esta diligencia. La reina doña Constanza por mandado de su marido se fué á Sicilia por ser la señora natural y porque con la ausencia del Rey no se mudasen los sicilianos. Llegó á Mecina á 22 dias del mes de abril del año del Señor de 1283. Acompañóla don Jaime, su hijo, á quien el padre pensaba dar el reino de Sicilia. Los reyes se aprestaban para su desafío. El rey Cárlos pasó en Francia, do

tenia cierta la ayuda y favor de su gente, y las voluntades aficionadas. El rey don Pedro con su armada pasó en España. A 1.° de junio, que era el dia aplazado para la batalla, el rey don Cárlos con el escuadron de sus caballeros se presentó en Bordeaux. El rey don Pedro no pareció. Los escritores franceses atribuyen este hecho á cobardía, y que quisieron engañar los ánimos sencillos de los franceses con aquella muestra de honra que les ofrecieron, como quier que el rey de Aragon en aquel medio tiempo pretendiese fortalecerse, juntar armas y gente. Nuestros historiadores le excusan; dicen que fué avisado el rey don Pedro del gobernador de Bordeaux se guardase de las asechanzas de los franceses, que le tenian armada una zalagarda, y que el rey de Francia venia con grande ejército. Por ende hiciese cuenta que los cien caballeros aragoneses habian de combatir contra todo el poder de Francia. A la verdad los franceses mas cercano tenian el socorro que los aragoneses. Con este aviso dicen que el rey de Aragon entregó al gobernador de Bordeaux el yelmo, el escudo, la lanza y la espada de su mano á la suya en señal que era venido al tiempo señalado; y por la posta se libró de aquel peligro, y se pasó á Vizcaya, que cae cerca. Dejó por lo menos materia á muchos discursos, opiniones y dichos; ocasion y aparejo para nuevas guerras y largas.

CAPITULO VII.

De la muerte de don Alonso, rey de Castilla.

Luego que el rey de Aragon volvió á su tierra trató en un mismo tiempo de efectuar dos cosas : la una era echar á don Juan Nuñez de Lara de Albarracin, á causa que por la fortaleza de aquella ciudad muchas veces corria libremente las fronteras de Aragon; la otra apaciguar los señores aragoneses y catalanes, que en tiempo tan trabajoso, en que tenian entre manos tantas guerras con los forasteros y tan fuera de sazon, andaban alborotados. Quejábanse que eran maltratados del Rey, casi como si fueran esclavos; que no se tenia cuenta con las leyes, antes les quebrantaban todos sus fueros y libertad, finalmente, que los desaforaba. No faltaban entre ellos lenguas sueltas para alborotar los pueblos so color de defender la libertad de la patria. Para acudir á estas revueltas se juntaron Cortes, primero en Tarazona, despues en Zaragoza, y últimamente en Barcelona; ofreció el Rey de emendar los daños y desórdenes pasados y expedir en esta razon nuevas provisiones, con que la gente se apaciguó. Fuéronles muy agradables aquellos halagos y blandura, si bien sospechaban que otro tenia en el pecho, y que no procedian tanto de voluntad cuanto del aprieto en que el Rey se hallaba. La guerra con los franceses, que era de tanta importancia, le tenia puesto en cuidado; y el recelo que si se ocupaba en las cosas de Italia y Sicilia no se alborotasen en Aragon sus vasallos le hizo ablandar. Demás desto, la descomunion que contra él fulminó el Papa, como poco antes se dijo, le tenia muy congojado, y mas en particular una nueva sentencia que en 21 del mes de marzo pronunció en Civitavieja, en que como inobediente á sus mandamientos le privaba de los reinos de su padre, y daba la conquista dellos á Cárlos de Valoes, hijo menor del rey de Francia. Rigor que á muchos pareció demasiado, y que no era bastante causa para esto haberse apoderado de Sicilia; pues los mismos sicilianos puestos en aquel aprieto le llamaron y convidaron con aquel reino para que los ayudase; demás que le pertenecia el derecho del rey Manfredo, ultra de la voluntad y consentimiento que tenia por su parte del pontífice Nicolao III, que se allegaba á lo demás. Si los negocios de Aragon andaban apretados, en Castilla no tenian mejor término por las alteraciones que prevalecian entre el rey don Alonsó y su hijo. La mayor parte seguia á don Sancho; don Alonso por verse desamparado de los suyos acudia á socorros extraños; segunda vez hizo venir al rey de Marruecos en España, si bien porque la sonada no fuese tan mala, dió á entender que era contra el rey de Granada, que favorecia á sus contrarios y tenia hecha liga con don Sancho. Esta empresa no fué de efecto memorable á causa que los africanos hallaron á los contrarios mas apercebidos de lo que pensaban; y el rey de Granada, con tener puesta guarnicion en sus ciudades y plazas, huia de encontrarse con el enemigo, y no queria ponello todo al trance de una batalla. Con tanto el de Marruecos dió la vuelta para Africa. El rey don Alonso, ya que esta traza no le salió como pensaba, acudió á otra diferente, solicitó al Francés para que le acudiese contra su hijo; demás desto, procuró ayudarse de la sombra de religion y cristiandad. Fué así, que por sus embajadores acusó á don Sancho, delante el pontífice Martino IV, de impío, desobediente y ingrato, y que en vida de su padre le usurpaba toda la autoridad real sin querer esperar los pocos años que le podian quedar de vida, por su mucha ambicion y deseo de reinar. Dió oidos el Pontífice á estas quejas. Expidió su bula en que descomulgó todos aquellos que contra el rey don Alonso siguiesen á su hijo don Sancho. Nombró jueces sobre el caso, los cuales en todas las ciudades y villas que le seguian, pusieron entredicho, como se acostumbra entre los cristianos; de suerte que en un mismo tiempo, aunque no por una misma causa, en Aragon y Castilla estuvo puesto entredichó y tuvieron los templos cerrados, cosa que dió gran pesadumbre á los naturales, y todavía se pasó en esto adelante, sin embargo que don Sancho amenazaba de dar la muerte á los jueces y comisarios del Papa, si los hobiese á las manos. Todo esto y el escrúpulo y miedo de las censuras fué causa que muchos se apartaron de don Sancho. Entre los primeros sus hermanos los infantes don Pedro y don Juan, conforme á la inclinacion natural, comenzaron á condolerse de su padre. Entendió esto don Sancho, entretuvo á don Pedro con promesa de dalle el reino de Murcia. Don Juan, dado que dió muestras de estar mudado de voluntad, de secreto se partió, y por el reino de Portugal se fué á Sevilla, do su padre estaba. Muchos pueblos, arrepentidos de la poca lealtad que á su Rey tuvieron, buscaban manera para alcanzar perdon y salir de la descomunion en que los enlazaron; y luego que lo alcanzaron, se le rindieron con todas sus haciendas. En este número fueron Agreda y Treviño, y muchos caballeros principales, como don Juan Nuñez de Lara y don Juan Alonso de Haro y el infante don Diego, se juntaron con el campo de Filipo, rey de Francia, que venia en ayuda del rey don Alonso, y con él entraron por tierras de Castilla, robaron y talaron los campos hasta To-

ledo sin hallar resistencia. Tenia el rey Filipo un hijo, llamado tambien Filipo, por sobrenombre el Hermoso, que este presente año, otros dicen el siguiente, casó con la reina de Navarra doña Juana, y por este casamiento en dote hobo aquel reino. Este Príncipe, conforme al desordenado apetito de los hombres, comenzó á alegar el derecho de los reyes sus antecesores, y por él pretendia ensanchar los términos de aquel nuevo reino, para el cual intento no poco ayudaban las discordias de los nuestros. Don Sancho, cuanto le era concedido en tantas revueltas y avenidas de cosas, acudia á todas partes con diligencia; sosegó la ciudad de Toro, que se le queria rebelar, salió al encuentro á don Juan Nuñez de Lara, que con su gente y un escuadron de navarros destruia los campos de Calahorra, Osma y Sigüenza y sus distritos, hízole retirar á Albarracin mas que de paso. Despues desto, por embajadores que en esta razon se enviaron se acordó que el padre y el hijo se viesen y hablasen con seguridad que se dieron de ambas partes. Con esta resolucion el rey don Alonso fué á Constantina, don Sancho á Guadalcaná. Grande era la esperanza que todos tenian que por medio desta habla se podria todo apaciguar, ca muchas veces despues de las injurias se suelen con el buen término soldar las quiebras y agravios. Ayudaba para esto que don Sancho, fuera de usurpar el reino, en lo demás se mostraba muy cortés, y hablaba con mucho respeto de su padre, sin jamás usar de denuestos ó desacatos. Lo que se enderezaba saludablemente á bien lo estorbaron y desbarataron personas muy familiares de don Sancho, que tenian mala voluntad á su padre. Pusiéronle muchas sospechas delante para que no se fiase ni asegurase. La verdad era que de las discordias de los reyes y trabajo de la república muchos pretendian sacar para sí provecho; que fué causa que sin verse ni hablarse se partieron el rey don Alonso para Sevilla, y don Sancho para Salamanca, si bien de consentimiento de ambos doña Beatriz, reina de Portugal, viuda á la sazon, y doña María, mujer de don Sancho, en Toro, en que á la sazon parió una hija, que se llamó doña Isabel, se juntaron con intento de componer estas diferencias; pusieron todo su esfuerzo en ello, mas no pudieron efectuar cosa alguna, antes cada dia se enconaban mas los odios y enemistades y se aumentaba el afan y miseria del reino. En este estado se hallaban las cosas cuando al rey don Alonso poco despues desto sobrevino la muerte, que fué algun alivio de tan grandes males. Falleció en Sevilla de enfermedad, recebidos los santos sacramentos de la Penitencia y Eucaristía como se acostumbra, quién dice á 5, quién á 21 dias del mes de abril, á lo menos fué el año de 1284. Por su testamento, que otorgó el mes de noviembre próximo pasado, nombró por herederos del reino, primero á don Alonso, y luego á don Fernando, sus nietos; caso que los dos muriesen sin sucesion, llama á Filipo, rey de Francia, ca traia orígen de los antiguos reyes de Castilla, como nieto que era de la reina doña Blanca y bisnieto del rey don Alonso el de las Navas. De sus hijos y hermanos no hizo mencion alguna por odio de don Sancho; antes por aquel testamento pretendia mover contra él las fuerzas de Francia. Verdad es que á la hora de su muerte á instancia de su hijo el infante don Juan le mandó á Sevilla y á Badajoz, y al infante don Diego el reino de Murcia, á ambos con nombre de reyes, pero como á feudatarios y movientes de los reyes de Castilla. Su corazon mandó se enterrase en el monte Calvario, movido de la santidad de aquel lugar, su cuerpo en Sevilla ó en Murcia. No se cumplió su voluntad enteramente; el corazon y entrañas están en Murcia junto al altar mayor de la iglesia catedral, el cuerpo está enterrado en Sevilla cerca del túmulo de su padre y madre. El sepulcro y lucillo no es muy rico ni era necesario, porque su vida, si bien tuvo faltas, y las cosas que por él pasaron, merecian que su memoria durase y su nombre fuese inmortal. Grande y prudentísimo rey, si hobiera aprendido á saber para sí, y dichoso, si en su postrimería no fuera aquejado de tantos trabajos y no hobiera mancillado las dotes excelentes de su ánimo y cuerpo con la avaricia y severidad extraordinaria de que usó. El fué el primero de los reyes de España que mandó que las cartas de ventas y contratos y instrumentos todos se celebrasen en lengua española, con deseo que aquella lengua, que era grosera se puliese y enriqueciese. Con el mismo intento hizo que los sagrados libros de la *Biblia* se tradujesen en lengua castellana. Así desde aquel tiempo se dejó de usar la lengua latina en las provisiones y privilegios reales y en los públicos instrumentos, como antes se solia usar; ocasion de una profunda ignorancia de letras que se apoderó de nuestra gente y nacion, así bien eclesiásticos como seglares.

CAPITULO VIII.

De los principios del rey don Sancho.

Por la muerte del rey don Alonso, si bien el derecho de su hijo don Sancho era dudoso, sin contradicion sucedió en el reino y estados de su padre. Estaba á la sazon en Avila apenas convalecido de una dolencia que poco antes tuvo en Salamanca, tan peligrosa, que casi le desafiuciaron los médicos. Mucho le hizo al caso la edad entera para que el cuerpo con medicinas saludables se alentase. Tomó el nombre de rey, de que hasta entonces se habia abstenido por respeto y reverencia de su padre. El sobrenombre de Fuerte que le dieron le ganó por la grandeza de su ánimo y sus hazañas, hasta entonces mas dichosas que honrosas; y es así que por la mayor parte los títulos magníficos mas se granjean por favor de la fortuna que por virtud. La honra verdadera no consiste en el resplandor de los nombres y apellidos, sino en la equidad, inocencia y modestia. Era sin duda osado, diestro, astuto y de industria singular en cualquier cosa á que se aplicase. Reinó por espacio de once años y algunos dias. Su memoria quedó amancillada por la manera cómo trató á su padre; cuanto á lo demás se puede contar en el número de los buenos príncipes. El reino que con malas mañas adquirió, le mantuvo y gobernó con buenas artes. En Avila hizo las honras de su padre magnífica y suntuosamente. En Toledo tomó las insignias y ornamentos reales, mudado el luto en púrpura y manto real. Los caballeros principales del bando contrario venian á porfía á saludar al nuevo Rey, muestra de querer recompensar los disgustos pasados con mayores servicios y lealtad; cuanto mas fingido era lo que hacian algunos, tanto mostraban mas alegría y contento.

en el rostro y talante, que suele muchas veces engañar. Don Sancho con una profunda disimulacion pasaba por todo, si bien tenia propósito de derramar la ira concebida en su ánimo y vengarse luego que hobiese asegurado su reino. Los pueblos, los grandes, toda la gente de guerra le juraron por rey; y doña Isabel, hija del nuevo Rey, de edad de dos años, fué declarada y jurada por heredera del reino de consentimiento de todos los estados, caso que su padre no tuviese hijo varon. Esta prevencion se endorezaba contra los Cerdas, de quien algunos decian públicamente, y muchos eran deste parecer, que se les hacia notable injuria y agravio en despojallos del reino de su abuelo. Muchos, si bien en lo público callaban, de secreto estaban por ellos. El mayor cuidado que tenia don Sancho era de granjear con nuevos regalos y buenas obras al rey de Aragon, en cuyo poder los infantes quedaron; y á la sazon trataba de ir á cercar y apoderarse de Albarracin, no pudiendo ya llevar en paciencia los disgustos que cada dia le daba don Juan de Lara, confiado en la fortaleza del sitio y en el socorro que tenia cierto de los navarros. Era este caballero muy diestro, bien hablado, de grande maña para sembrar envidias y rencores entre los reyes, poderoso en revolver la gente y que acostumbraba vivir de rapiña y cabalgadas, con que tenia trabajadas las fronteras de Castilla y Aragon. Esto convidó al nuevo rey don Sancho, ya que él no podia ir en persona por estar ocupado con los cuidados del nuevo reino, á enviar un buen escuadron en ayuda del rey de Aragon y contra el comun enemigo. Hecho esto, él se dió priesa á ir á Sevilla, á causa que su hermano don Juan procuraba apoderarse de aquella ciudad, conforme á lo que su padre dejó mandado en su testamento. Tenia el infante sus valedores y aliados; los ciudadanos no venian en ello, y claramente decian que aquella cláusula del testamento del rey don Alonso en ninguna manera se debia cumplir. Ayudábanse y alegaban la mucha edad del difunto, la fuerza de la enfermedad, la importunidad del Infante para muestra que no tenia á la sazon su entero juicio; que no era justo escurecer la majestad del reino con quitalle una ciudad tan principal como aquella. Ayudaba á los ciudadanos, que ya se aprestaban para tomar las armas, Alvar Nuñez de Lara como cabeza de los demás. Todos estos debates cesaron con la venida del nuevo rey don Sancho, que hizo desistir á su hermano. Llegaron á aquella ciudad embajadores del rey de Marruecos para asentar con él nueva amistad; mas muy fuera de sazon y imprudentemente fueron despedidos con palabras afrentosas, de que resultó ocasion á los moros de pasar de nuevo en España y emprender una nueva guerra. Don Sancho para hacelles resistencia, por estar arrepentido de lo hecho, ó porque de suyo estaba resuelto en hacer guerra á los bárbaros, aprestó una grande armada. Eran en aquel tiempo los ginoveses muy poderosos en el mar y diestros y experimentados en el arte del navegar; llamó pues desde Génova y convidó con grandes ofertas á Benito Zacarías para que viniese á servirlo. Hízolo así y trujo consigo doce galeras. Nombróle el Rey por su almirante, el cual oficio le dió por tiempo señalado; y por juro de heredad le hizo merced del puerto de Santa María, con cargo de traer á su costa una galera armada y sustentada perpetuamente. Juntáronse Cortes en Sevilla. Tratóse de reformar el gobierno del reino, que con una creciente y avenida de males y vicios á causa de las revueltas pasadas andaba muy estragado. Demás desto, en estas Cortes se revocaron los decretos y ordenanzas que por la necesidad y revuelta de los tiempos mas se habian violentamente alcanzado que graciosamente concedido, así por el rey don Alonso como por el mismo don Sancho. Despedidas las Cortes se apresuró para ir á Castilla, por tener nueva que todavía algunos pretendian defender el bando contrario y que trataban entre sí secretamente de restituir la corona á los hermanos Cerdas; pretensiones que todas se desbarataron con la venida de don Sancho. Parte de ellos mudaron de parecer, parte pagaron con las cabezas, con cuyo ejemplo y castigo los demás quedaron escarmentados para no continuar en porfías semejantes. Esto pasaba en España. En el mismo tiempo Rogerio Lauria, general de la armada de los aragoneses en el reino de Sicilia, despues que venció junto á Malta veinte galeras francesas, muerto el general, por nombre Guillermo Cornuto, francés de nacion, en la batalla que se dió á 8 de junio, como diese la vuelta hácia Nápoles, presentó la batalla á Cárlos, llamado el Cojo, príncipe de Salerno, hijo del rey Cárlos, que halló apercebido para ir sobre Sicilia con una gruesa armada á vengar las injurias y daños pasados. Muchos le avisaron del peligro que corria, y en particular el Legado del Papa que iba en su compañía; mas él con el brio de su edad se resolvió de pelear con el enemigo; acuerdo perjudicial. Fué muy bravo el combate; en fin, el Francés quedó vencido y preso con otros muchos. Sobre el número de los bajeles que pelearon de la una y de la otra parte no conciertan los autores, sin que se pueda del todo averiguar la verdad. La opinion mas ordinaria es que las galeras aragonesas eran cuarenta y dos, las de los enemigos setenta; y lo mas cierto que se dió la batalla á 23 de junio. Ejecutaron la victoria los aragoneses, ganaron muchas plazas en Italia, todo se les allanaba como á vencedores; á los vencidos todas las cosas les eran contrarias. Pareció aquella desgracia tanto mayor, que el rey Cárlos tres dias despues de la pelea surgió en el puerto de Gaeta con veinte galeras que traia de la Proenza. Allí supo que á su hijo llevado á Sicilia condenaron á muerte los sicilianos en la ciudad de Mecina, do le tenian preso, con intento de vengar la muerte que los franceses dieron los años pasados á Corradino, preso despues que le vencieron en otra batalla. La prudencia de la Reina le valió, porque con mostrarse muy airada, le mandó guardar para dar parte al Rey, como era necesario, y para que con el largo cautiverio y tormentos, los cuales si faltan, la muerte á lo último es el remate de los males, el castigo fuese mayor. Verdad es que no fué parte para que los del pueblo, con el odio mortal que tenian á la gente francesa, no quebrantasen las cárceles y pasasen á cuchillo otros sesenta compañeros que con el Príncipe tenian presos. A la misma sazon el rey de Aragon, como si le faltara guerra con los extraños, tenia puesto cerco á la ciudad de Albarracin, y con todo su poder y diligencia la combatia. Ofrecíanse grandes dificultades; las murallas de la ciudad eran muy altas, las torres de piedra de buena estofa, las puertas de hierro con gruesos y fuertes cerro-

jos, el sitio muy áspero y inaccesible. Demás desto, los soldados que dentro la defendian, acostumbrados á trabajos y hambre, no enfluquecidos con alguna discordia ni afeminados con deleites, muchos en número, y que tenian grande uso en la guerra por andar cada dia las armas en la mano, gran valor y osadía, eran docientos hombres de á caballo y buen número de infantes. Solamente tenian falta de mantenimientos; no se proveyeron antes á causa que jamás pensaron que aquella ciudad pudiera ser cercada. Pasaron algunos dias y con el tiempo crecia la falta. Don Juan Nuñez de Lara, visto el peligro en que se hallaba, dijo en una junta que queria ir á Navarra, do tenia cierta la guarida y el socorro. Amonestóles no desfalleciesen, antes defendiesen la ciudad con el esfuerzo y valor que dellos se esperaba. Era todo esto fingido, y él tenia determinado de huirse y no volver; su semblante no conformaba con las palabras; sin embargo, le dejaron partir. Despues de su ida se sustentó la ciudad algun tiempo, hasta tanto que, perdida la esperanza de ser socorridos, la rindieron el mismo dia de San Miguel. Eran los soldados por la mayor parte franceses y navarros; dejáronlos ir libremente, y de los lugares comarcanos trajeron gente para poblar aquella ciudad, así de sus antiguos moradores como de otros que de nuevo poblaron y labraron la tierra. Tenia el Rey un hijo en doña Inés Zapata, que se llamaba don Hernando, al cual antes desto diera en el reino de Valencia á Algecira y á Liria; á este hizo merced de la ciudad de Albarracin luego que vino á su poder. Con tanto se dió fin á esta empresa y á aquel estado y principado, que por muchos años estuvo en poder de los Azagras, caballeros de los mas nobles y señalados de aquella era, cuya genealogía y descendencia pareció poner en este lugar. Pedro Rodriguez de Azagra, el fundador que fué deste estado, siendo ya viejo dejó por su heredero á Hernan Rodriguez de Azagra, su hermano, por ventura por no tener él sucesion. Este Hernando de Azagra otorgó su testamento, que se ha conservado hasta el dia de hoy, á 22 de junio, era de 1231; por el testamento se entiende que tuvo dos hijos, uno legítimo en su mujer doña Teresa Ibañez, heredero de aquel estado, otro bastardo, que fué comendador de Santiago; el uno y el otro se llamó Pero Fernandez. He visto asimismo el testamento deste Pero Fernandez, señor de Albarracin, su fecha á 2 de abril, año del Señor de 1241, asaz breve; dechado y muestra muy verdadera de las costumbres, llaneza y simplicidad de aquel siglo. Tuvo estos hijos legítimos: Pero Fernandez, Garci Fernandez, doña Teresa y don Alvaro. Este le sucedió en aquel estado y tuvo una sola hija, llamada doña Teresa, que casó con don Juan Nuñez de Lara, hijo de don Nuño de Lara, y en dote llevó aquel estado, que le quitó el rey de Aragon. De don Juan Nuñez de Lara y de doña Teresa de Azagra nacieron don Alvaro y don Juan; de ambos se tornará á hacer mencion adelante en su lugar.

CAPITULO IX.

De las muertes de tres reyes.

Concluida aquella empresa de Albarracin, restaba otro mayor cuidado al rey de Aragon, es á saber, la tempestad que le amenazaba de Francia, la mas brava, grave y memorable de cuantas en aquellos tiempos sucedieron, así por ser grandes las fuerzas de aquella nacion como la autoridad con que se hacia, que era á instancia del sumo Pontífice, que encendia los corazones de los contrarios y los alentaba. El rey de Aragon no tenia fuerzas bastantes para contrastar á Francia, mayormente que se le allegaba lo de Navarra y de Nápoles. Acudió á buscar socorros de fuera, en particular envió embajadores á Alemaña para dar un tiento al emperador Rodulfo si por ventura, movido á compasion del bando gibelino, que era maltrado por los franceses en Italia, quisiese favorecelle y para este efecto bajar á Italia. Era el Emperador de su naturaleza considerado y recatado, y que se agradaba mas de los consejos seguros que de las empresas peligrosas, demás que á la sazon le tenia embarazado la guerra que hacia á los esguízaros. Así esta diligencia no fué de efecto alguno, ni los embajadores fuera de buenas palabras trajeron cosa alguna en que se pudiese estribar. El rey don Sancho, á ruego del rey de Aragon, que se deseaba ver con él, partió para Soria; en aquella comarca tuvieron su habla en Ciria y Borobia, que son pueblos cerca el uno del otro. Allí con nueva confederacion que asentaron confirmaron la amistad que de antes tenian y prometieron de no faltarse el uno al otro en los peligros y ocurrencias. El rey de Marruecos, como enemigo que era ordinario y muy pesado de España, pretendia hacer la guerra de nuevo por la parte del Andalucía. Los franceses corrian las fronteras de Aragon con tanto mayor peligro de aquel reino, que don Jaime, rey de Mallorca, que de razon debiera acudir á los aragoneses, se habia juntado con Francia. En todas partes se via mucho peligro y nuevas muestras de trabajos. Cercaron los moros á Jerez de la Frontera en número diez y ocho mil hombres de á caballo, que corrian la campaña hasta Sevilla con robos que hacian en gran cantidad de hombres y ganados. Acudió con presteza el rey don Sancho á Toledo, do le esperaba Cárlos, conde de Artois, embajador que era venido de parte del rey de Francia. La suma de la embajada contenia dos cosas: que por su medio los hermanos Cerdas fuesen puestos en libertad, y que no tuviese comunicacion con el rey de Aragon, que estaba descomulgado por el Papa. Respondió á esto el rey don Sancho que dentro de muy pocos dias enviaria sus embajadores con poderes muy bastantes al rey de Francia para asentar aquellas haciendas. Esta respuesta dió en público; de secreto rogó ahincadamente al Embajador que le hiciese muy amigo de su Rey. Hay quien asimismo escriba que este tiempo fué cuando el rey don Sancho le tentó para que le descubriese los secretos del reino de Francia, y que Broquio, por entenderse que era espía, fué justiciado, como de suso queda dicho. El rey de Aragon, juntadas sus huestes contra las de Francia, se puso sobre Tudela, que está en la frontera de Navarra, y la combatia con todas sus fuerzas; todo con intento de divertir los franceses, que entendia pretendian acometer por la parte de Ruisellon, y para dalles en qué entender en su misma casa con aquella nueva guerra. Defendióse aquel pueblo, sobre todo por el valor y diligencia de don Juan Nuñez de Lara, persona mas venturosa en las cosas ajenas que en sus haciendas y estado. Solamente destruyeron

la campaña y bastecieron las fronteras de Aragon con soldados y municiones para que pudiesen resistir á la furia del enemigo. Hecho esto, ya que sobrevenia el invierno, el rey de Aragon dió vuelta para Zaragoza, en que estuvo al fin deste año y principio del siguiente de 1285 del nacimiento de Cristo, cuando á 7 dias del mes de enero Cárlos, rey de Nápoles, pasó desta vida en Fogia, pueblo de la Pulla, cansado de las desgracias y aquejado con el dolor de la prision y cautiverio de su hijo. Fuera este Príncipe esclarecido, así en la guerra como en la paz, si los fines correspondieran con los principios. La larga edad le entregó á la fortuna mudable como á otros muchos. Demás que el vigor y gallardía que los franceses trajeron á Italia se trocara y perdiera del todo con el mucho regalo y vicio de aquella tierra y con los deleites demasiados; de tal forma, que para con los extraños eran flacos, solo para con los vasallos y naturales mostraban ferocidad. Los gobernadores de las ciudades y pueblos hacian odioso á su Príncipe con cuidar solamente de su ganancia, cohechar la gente y mirar poco por el bien comun. Esta muerte del rey de Nápoles hinchó de buenas esperanzas y alegría al rey de Aragon; al contrario, al rey de Francia fué muy pesada. Para aliviar la tristeza con causalla á sus enemigos hizo levas de gente por todas partes. Juntó un gran ejército, en que se contaron veinte mil de á caballo y ochenta mil de á pié; tenia aprestada una armada en las fosas Marianas, que hoy se llaman Aguas Muertas, en que se contaban ciento y veinte bajeles, parte galeras reales, parte naves gruesas, y otros vasos pequeños. Determinó ir en persona á esta jornada y en su compañía Filipo y Cárlos, sus hijos, y don Jaime, rey de Mallorca, que seguia al Francés por grandes desgustos que tenia contra el Aragonés, su hermano. Hallóse otrosí con los demás el cardenal Gervasio, que envió por su legado el papa Martino IV; por cuya muerte, que sucedió en Perosa á 29 dias del mes de marzo, fué puesto en su lugar Honorio IV, ciudadano romano de casa Sabela, no menos aficionado á los franceses que lo fué el pasado. Hízose la masa del ejército en Narbona, dende marcharon la vuelta de Perpiñan. Este lugar se entregó al rey don Jaime, y recibieron á los franceses dentro de las murallas. Lo mismo por su ejemplo hicieron los demás lugares de Ruisellon y de aquella comarca, fuera de uno que se llama Génova, ca con esperanza que seria presto socorrido y por el aborrecimiento que tenia al rey don Jaime y por no volver á su poder determinó de hacer resistencia. Engañóle su esperanza, porque el lugar fué tomado por fuerza y todos los moradores pasados á cuchillo, hasta encruelecerse contra las mismas casas y edificios, que abatieron y quemaron. El Bastardo de Ruisellon, hombre de noble linaje y atrevido, que dentro se halló, entrado el pueblo se subió á la torre de la iglesia; valiéronle para escapar de la muerte mas los ruegos del rey don Jaime que la fortaleza y santidad del lugar en que estaba. Sin embargo, se mostró agradecido á los franceses, porque como quier que el rey de Aragon estuviese apoderado de la entrada y estrechuras de los montes Pirineos de tal suerte, que los enemigos no tenian esperanza de poder pasar por allí, los guió por unos senderos que él sabia, por donde con cierto rodeo subieron á las cumbres del monte sin peligro ninguno y se pusieron sobre el mismo campo de los aragoneses. Con esto y con el espanto que ellos desto cobraron, los reyes con seguridad pasaron adelante hasta llegar á la comarca de Ampúrias. Allí con facilidad se apoderaron de algunas plazas, en particular de Peralada y Figueras, sin reparar hasta ponerse sobre Girona, que es una ciudad muy noble y grande en los pueblos que antiguamente se llamaron ausetanos. Está puesta en un sitio cuesta abajo, al pié del sitio el rio llamado antes Tici, y ahora Tera, tiene comidas aquellas riberas junto á la ciudad de suerte, que le hace gran reparo. Los muros son de buena estofa, las torres de piedra y fuertes; en lo mas alto de la ciudad está la iglesia mayor, que es silla episcopal, y junto á ella las casas obispales, de muy buen edificio y grande. Mas arriba de la iglesia mayor hay una torre á manera de alcázar, que llaman Gironela. El vizconde de Cardona don Ramon, que tenia por capitan aquella ciudad, la fortaleció con nuevos reparos; echó por tierra todas las casas del arrabal; solo perdonó á la iglesia de San Félix por su mucha devocion y antigüedad. El valor y diligencia de que usó fué grande, con que muchas veces desbarató y pegó fuego á los ingenios, máquinas y pertrechos de los franceses. El rey de Aragon otrosí con buen golpe de gente que consigo tenia andaba por allí cerca. No eran sus fuerzas bastantes para acometer al enemigo y dalle la batalla; pero buscaba alguna ocasion para armalle alguna celada y meter socorro en la ciudad. Habia ya tres meses que la tenian cercada, cuando don Sancho, rey de Castilla, envió por sus embajadores á don Martin, obispo de Calahorra, y á Gomez García de Toledo, abad de Valladolid, para acordar, si pudiese, estas diferencias. No hicieron efecto alguno, antes fueron forzados á dar la vuelta cargados de muchos baldones y palabras injuriosas que les dijeron, casi sin dalles lugar para hablar al rey de Francia. La ocasion debió ser la grande confianza que tenian de salir con la victoria, ó por sospechar que so color de embajadores venian á espiar las fuerzas y intentos de los franceses. Era fama que al rey don Sancho no le faltaba voluntad de juntar sus fuerzas con las de Aragon, y que se entretenia á causa de la guerra que traia muy encendida en el Andalucía con los moros de algunos meses atrás, ca tenian puesto sitio sobre Jerez de la Frontera, de la cual ciudad con todo su esfuerzo pretendian apoderarse, porque les venia muy á propósito para sus intentos. Esquivaba el rey don Sancho la batalla por no poner á riesgo de lo que podia suceder todo lo demás; por esto á veces estaba en Sevilla, otras iba á Nebrija, siempre apercebido para todas las ocasiones y para estorbar las correrías y cabalgadas de los moros. Con este ardid y por esta forma á cabo de seis meses que los moros tenian cercada á Jerez alzaron el cerco forzados de la falta de todas las cosas necesarias y por miedo del rey don Sancho, si mudado de propósito les quisiese dar la batalla. Preguntó uno á la vuelta al rey Bárbaro despues que pasó el rio Guadalete con tanta priesa, que mas parecia huida que retirada, cuál fuese la causa de aquella resolucion y del miedo que mostraba. Respondió: Yo fuí el primero que entronicé y honré la familia y linaje de Barrameda con título y majestad real; mi enemigo trae descendencia de mas de cuarenta reyes, cuya memoria tiene gran fuerza, y en el combate á mí pusiera temor y espanto, á él diera atrevimiento

y esfuerzo, si llegáramos á las manos. Parecia que el cielo ofrecia muy buena ocasion de hacer efecto y destruir al enemigo, si le siguiera en aquella retirada; pero al Rey mas agradaban los prudentes consejos con razon que los arriscados, aunque honrosos, y no todas veces de provecho. Así, contento de fortificar y bastecer aquella ciudad, se tornó á Sevilla, sin embargo que los soldados se quejaban porque dejaban ir el enemigo de entre manos, y con ansia pedian los dejasen seguille, hasta amenazar que si perdian esta ocasion, no tomarian mas las armas para pelear; mas el Rey, inclinado á la paz, no hacia caso de aquellas palabras. Enviáronse embajadores de una parte y otra sobre estas cosas, y viniéronse á hablar los reyes á los esteros de Guadalquivir; otros dicen que fué en un lugar llamado Rocaferrada; allí hicieron sus avenencias. Acordaron que el rey Moro pagase para los gastos de la guerra dos cuentos de maravedís (este era un género de moneda usada en España que no tenia siempre un valor); y con este concierto se dejaron las armas. Mucha gente principal se desabrió por esta causa, en particular el infante don Juan, hermano del Rey, y don Lope Diaz de Haro, en tanto grado, que por el desgusto desde Sevilla se fué cada uno á los lugares de su señorío, sin mirar que á los grandes capitanes mas veces fué provechosa la tardanza y detenimiento que la temeridad y osadía. A ellos pertenece mirar lo que conviene; á los demás les es dado el obedecer y la gana de pelear, que así se reparten los oficios de la guerra. De allí á poco murió el rey bárbaro de Marruecos; dejó por su sucesor á su hijo Juzef. Volvamos á Girona y á su cerco. El rey de Aragon, con deseo de atajar el bastimento que del puerto de Rosas, donde se tenia la armada de los enemigos, traian para sus reales, trataba de armalles alguna celada en los lugares que para ello le parecian mas á propósito. Entendido esto por las espías, el condestable de Francia, llamado Rodolfo, y Juan Ancurt ó Haricurt, mariscal, que es como maestre de campo, varones muy fuertes y arriscados, comunicado el caso entre sí y con el conde de la Marcha, se fueron al lugar de la celada con trecientos caballos escogidos, y no mas. Pretendian que los aragoneses por ser tan poca su gente no rehusasen la batalla. Pelearon á 15 de agosto. Fué este encuentro y esta batalla muy reñida. Los aragoneses eran mas en número; los franceses no les daban ventaja ni en el esfuerzo ni en la arte de pelear. El rey de Aragon hizo aquí todo lo que en un prudente capitan y valeroso soldado se podia desear. Hiriéronle malamente en la cara, y como procurase salir de la batalla, un caballero francés le asió las riendas del caballo y le prendiera fácilmente si el Rey en aquel peligro no las cortara con la espada que tenia en la mano desnuda, y así se escapó á uña de caballo; así lo escribe Villaneo, que hizo errar á los demás, porque los historiadores aragoneses afirman que el Rey salió sano y salvo de la pelea y que murieron tantos de una parte como de otra, aunque el campo quedó por los franceses. Si el caso pasó desta manera ó se mudó por la aficion de los escritores no se sabe. Lo que consta es que por la gran calor y las inmundicias y el tiempo, que era el mas peligroso de todo el año, sobrevino peste en el campo de los franceses; y sin embargo, los cercados con las nuevas deste encuentro, perdida la esperanza de defenderse, se dieron á los franceses á partido que entregada la ciudad pudiesen los cercados irse donde quisiesen y sacar consigo toda la ropa y hacienda que pudiesen llevar. Muchos ejemplos de crueldad se usaron en los rendidos, y hasta las iglesias de los santos fueron violadas. El sepulcro de san Narciso, que es patron y abogado de aquella ciudad y tenido y reverenciado con gran devocion y estima, fué desbaratado de los soldados, que robaron todas las riquezas, votos y donativos de los fieles, que allí hallaron en gran cantidad; tal es la condicion de la guerra. Castigó el Santo bienaventurado en venganza de su morada aquel desacato con aumentalles la pestilencia; así se tuvo por cierto entre todos. Quitó otrosí el entendimiento á los capitanes, porque tomada que fué la ciudad, como quier que determinasen de irse por tierra desde allí á Francía, venido el otoño, mal pecado, despidieron muchas naves de particulares que tenian en el puerto de Rosas por ahorrar de costa y desembarazarse; muy mal acuerdo, como lo mostró el suceso. Fué así que Rugier Lauria, tomado que hobo la ciudad de Taranto en lo postrero de Italia, á gran priesa costeó todas aquellas marinas para venir á dar socorro al rey de Aragon. Llegado á España y vista tan buena ocasion, presentó la batalla al armada de los franceses, que se hallaba fuera del puerto maltratada y en pequeño número, y valerosamente la venció. Prendió á Juan Escoto, general de la armada francesa, y tomó quince galeras; otras doce se retiraron y se metieron en el puerto de Rosas, de que salieron; las cuales quemaron los soldados que iban en ellas y juntamente el lugar, tal era el miedo que cobraron, y desta manera se fueron al campo del rey de Francia con la nueva del daño recebido. El Francés, por ver que todas las cosas le salian mas dificultosas de lo que él pensaba y afligido por la poca salud que tenia, reparó y fortaleció la ciudad de Girona y puso en ella buena guarnicion de soldados. Con tanto dió la vuelta hácia Ruisellon con lo que del ejército le quedaba. Al pasar los montes Pirineos tuvieron él y los suyos grande afan y corrieron gran riesgo, á causa que los aragoneses tenian tomados todos los pasos y hacian lo posible por prender al rey de Francia, que por su enfermedad llevaban en hombros en una litera sus soldados. Grande fué el daño que recibieron, gran cantidad de bagaje y carruaje les tomaron en este camino. Lo que fué mas pesado, que del movimiento del camino al Rey se agravó la enfermedad de suerte, que en Perpiñan á 6 de octubre pasó desta vida. Su cuerpo, como lo dejó mandado, llevaron su mujer y hijos á la iglesia de San Dionisio, que está junto á Paris. Sucedióle en el reino Filipo, su hijo, que ya era rey de Navarra; llamóse por sobrenombre el Hermoso por su extremada gracia y donaire. La partida de los franceses fué causa que en breve tornaron á poder de los aragoneses todas las tierras que les tomaran. Demás desto, el infante don Alonso, enviado por su padre, se apoderó de la isla de Mallorca en pago del favor que aquel Príncipe dió al rey de Francia y de la amistad que con él trabó contra su mismo hermano. Pretendia el Aragonés seguir la fortuna, que se le mostraba risueña; procuraba ir adelante y mejorar su partido, trazaba nuevas empresas cuando la muerte asimismo le atajó los pasos, que le sobrevino en Villafranca á 8 de noviembre en lo mejor de sus dias y

en el mayor vigor de su edad, que no tenia mas de cuarenta y seis años. Ganó sobrenombre de Grande por dejar acrecentado su reino con el de Sicilia y por las cosas señaladas que hizo. Asentábale bien el estado real por ser de buena presencia, de cuerpo grande, de ánimo generoso, muy diestro en las armas, particularmente en jugar de la maza. En ganar las voluntades de los hombres con buenas palabras, cortesía y liberalidad fué muy señalado; solo dejó nota de sí por la descomunion en que estuvo enlazado hasta el fin de su vida, cuya imaginacion se dice que le aquejó mucho y se le ponia delante á la hora de su muerte; por lo menos es bien y provecho para todos que así se entienda. Puesto que de aquel escrúpulo y congoja en el artículo de la muerte le absolvió el arzobispo de Tarragona, tomándole primero juramento seria obediente á la santa Iglesia romana, á la cual antes se mostró inobediente. Su cuerpo sepultaron en el monasterio de Santa Cruz, que está allí cerca. Sus hijos fueron don Alonso, el mayor, que en su testamento nombró por heredero de sus reinos sin hacer mencion alguna del reino de Sicilia; demás deste don Jaime, don Fadrique, don Pedro, doña Isabel, doña Costanza, todos habidos en la reina doña Costanza, su mujer. Hallóse á su muerte Arnaldo de Villanova, que vino de Barcelona para asistille y curalle, médico muy nombrado y docto en aquellos tiempos, bien que de mayor fama que aprobacion por dejar amancillado su noble ingenio y sus grandes letras con supersticiones y opiniones reprobadas que tuvo, tanto, que poco adelante fué condenado por los inquisidores, y sus libros, que compuso y sacó á luz en gran número, juntamente reprobados. Hay quien diga, por lo menos el Tostado lo testifica, que intentó con simiente de hombre y otros simples que mezcló en cierto vaso de formar un cuerpo humano, y que aunque no salió con ello, lo llevó muy adelante. Si fué verdad ó mentira, poca necesidad hay aquí de averiguallo.

CAPITULO X.

De cierta habla que hobo entre los reyes de Francia y Castilla.

La desgracia deste año, por la muerte de tantos príncipes aciago, alivió en alguna manera el parto de la reina de Castilla. En ausencia del Rey, que era ido á Badajoz á dar órdenes en cosas del reino y apaciguar los alborotos que allí andaban, parió á los 6 de diciembre un hijo en Sevilla, por nombre don Hernando, que poco despues muy niño sucedió á su padre en el reino. El cuidado de crialle y amaestralle se encargó á Hernan Ponce de Leon, caballero principal, y para ello señalaron la ciudad de Zamora por el saludable cielo de que goza, la fertilidad y regalo de sus campos y comarca. Demás desto, el año próximo siguiente de 1286 le juraron en Cortes por heredero del reino, todo á propósito de asegurar la sucesion, que era el mayor cuidado que aquejaba á su padre, así por los hermanos Cerdas, como por ser cosa manifiesta que á causa del parentesco entre él y la Reina el casamiento no era válido. Deseaba alcanzar dispensacion de los sumos pontífices sobre el dicho parentesco; pero nunca pudo salir con ello por la contradiccion que los reyes de Francia le hacian. La causa es de creer era el dolor de que hobiese usurpado el reino y despojado á los Cerdas, deudos tan cercanos de aquella corona. Por tanto, procuraba el rey don Sancho por todas las vias y maneras posibles ganalle la voluntad, con el cual intento segunda vez envió sus embajadores, que fueron los mismos que el año pasado, es á saber, don Martin, obispo de Calahorra, y don García, abad de Valladolid, á Francia, donde á 6 dias de enero el nuevo rey Filipo se coronó y ungió por rey de Francia y de Navarra en la ciudad de Rems con las ceremonias y solemnidades acostumbradas. En tiempo deste Rey y por su mandado se edificó en Paris en la isla de Secana ó Seine el palacio real que allí se ve á manera de un grande alcázar, en que poco adelante se asentó la audiencia ó parlamento; y la administracion de la justicia que antes seguia la corte sin tener asiento estable se puso en lugar determinado y tribunales conocidos. Labróse otrosí en la misma ciudad á expensas de la Reina el colegio que llaman de Navarra, de los mas insignes que hay en el mundo, así por la grandeza del edificio como por el gran número que tiene de maestros y concurso de estudiantes. Dícese por cierto que en los buenos tiempos de Francia moraban dentro dél setecientos estudiantes ocupados en sus estudios; mudadas las cosas y alteradas, á la sazon que profesamos la teología en aquella Universidad, apenas en el dicho colegio se contaban quinientos entre oyentes y maestros. Deste número algunos sustentaba el Colegio á su costa, los demás viven á la suya y de sus padres. Tuvieron estos reyes muchos hijos, es á saber, Luis, Filipo, Cárlos, Isabel y otra hija, que murió en tierna edad. Esto en Francia. En Sicilia el infante don Jaime, luego que supo la muerte de su padre, tomó las insignias de rey en Mecina á 2 de febrero, y se llamó rey de Sicilia, príncipe de la Pulla y de Capua, como aquel que poseia parte del reino de Nápoles, y tenia esperanza de apoderarse de las demás ciudades y fuerzas del reino; dado que todas las tierras y partes de aquel reino estaban pertrechadas y fortificadas contra los intentos de los sicilianos, y esto por el mucho valor y diligencia de Roberto, conde de Artoes, á quien el rey de Francia, muerto el rey Cárlos, encargó el gobierno de Nápoles. Don Alonso el Tercero, rey de Aragon, por estar algunos meses ocupado en aprestar una armada para ir sobre Mallorca y Menorca, cosa que su padre á la hora de su muerte dejó muy encomendada, dilató su coronacion. Finalmente, á los 14 dias del mes de abril, el mismo dia de Pascua Florida de Resurreccion, tomó la corona en Zaragoza y las demás insignias reales. Hizo la ceremonia don Jaime, obispo de Huesca, por estar á la sazon vaca la silla arzobispal de Tarragona, cuya era aquella preeminencia por antigua costumbre. Juró el Rey de guardar todos los privilegios, fueros y libertades de aquel reino. Tratóse con muchas veras y gran porfía de reformar los gastos de la casa real, particularmente en las Cortes que de allí á pocos dias se tuvieron en Huesca, concedió á los señores y caballeros de Aragon á su instancia que los valencianos, poco antes deste tiempo encorporados en aquella corona, se gobernasen conforme á las leyes de Aragon. Fallecieron este mismo año grandes personas eclesiásticas, entre otros don Miguel Vincastrio, obispo de Pamplona. Sucedióle en la silla don Miguel Legaria. La iglesia de Toledo gobernaba todavía el arzobispo don Gonzalo, varon de grande autoridad y que podia mucho con los re-

yes; acompañó al rey don Sancho, que iba á los confines de Francia, ca quedó concertado por medio de la embajada, de que se hizo mencion, que los dos reyes de Castilla y Francia se juntasen en Bayona para se hablar y tratar allí en presencia de todas sus haciendas y concordar sus diferencias. Nunca los reyes se vieron; no se sabe qué fuese la causa; puédese sospechar que nacieron, como es ordinario, algunas sospechas de una parte y otra ó por otros respetos y puntos. Así se detuvieron el rey don Sancho en San Sebastian, y el rey de Francia en Montemarsano. Hóbose de tratar del concierto por terceros. Por parte del rey don Sancho, don Gonzalo, arzobispo de Toledo, fué á Bayona, y por parte del rey de Francia el duque de Borgoña. Trataron de hacer las amistades con grande ahinco de entrambas partes. Los franceses no venian en ningun acuerdo de concordia si el rey don Sancho no repudiaba la Reina, pues de derecho por razon del parentesco no podia estar casado con ella, y se casaba con una de dos hermanas del rey de Francia, es á saber, Margarita, que despues casó con Eduardo, rey de Ingalaterra, ó con Blanca, que vino á casar con el duque de Austria. Don Sancho sintió esto gravemente. Parecíale cosa pesada dejar una mujer tan esclarecida y en quien tenia un hijo y una hija. Así llamados los terceros, sin concluir cosa alguna tomó el camino para Victoria, do se quedara la Reina. Lo que resultó fué enojarse malamente con el abad de Valladolid por saber que muy fuera de tiempo y sazon movió plática deste nuevo casamiento, que dió ocasion á los franceses para hacer en ello instancia. Revolvia en su pensamiento cómo podria satisfacerse de aquel enojo. Comunicólo con la Reina, que destas nuevas estaba con grandísimo pesar. Parecióles muy á propósito pedille cuenta de las rentas reales que estuvieron á su cargo, y achacalle algun crímen de no las haber administrado bien. Encomendaron á don Gonzalo, arzobispo de Toledo, que tomase estas cuentas. El rey don Sancho, ó por cumplir algun voto que hobiese hecho, ó por su devocion, se fué á Santiago de Galicia. En el camino en el monasterio de Sahagun halló que los huesos del rey don Alonso el Sexto y de doña Isabel y doña María, sus mujeres, estaban enterrados pobremente; procuró se pasasen á mejor lugar con sus túmulos y en ellos sus letreros. Vuelto á Valladolid, honró á don Lope Diaz de Haro, señor de Vizcaya, á quien él tenia grande obligacion, y por quien principalmente tenia el reino; hízole mayordomo de la casa real y su alférez mayor. Dióle asimismo en tenencia muchos castillos y muy fuertes en todo el reino; y ultra desto, á 1.º de enero le engrandeció con título y honra de conde; para que esta merced fuese mas señalada le dió privilegio y cédula real en que declaraba ser su voluntad que todas estas honras, privilegios y prerogativas las heredase don Diego Lope de Haro, su hijo, muerto que fuese el padre. Al hermano de don Lope de Haro, que se llamaba don Diego de Haro, le hizo capitan de la frontera contra los moros. De aquí vino á crecer grandemente la autoridad y poder de aquella familia en estado y renta. En particular comenzó don Lope de Haro á tener mucha privanza y favor con el Rey y atropellar á quien á él se le antojaba, de que muchos se quejaban y murmuraban, movidos algunos de buen celo, otros de envidia que pudiese mas uno solo que toda la demás nobleza; y claramente decian que los tenia oprimidos como si propriamente fueran esclavos; que don Lope de Haro era el que reinaba en nombre de don Sancho. En especial llevaban mal esto los gallegos y los de Leon, y acusaban á don Lope de Haro, entre otras cosas, que siendo muy áspero y severo con los demás, solamente favorecia y daba todos los provechos y honras á sus parientes y amigos. No dura mucho el poder de los privados cuando no se templan y humanan. Andaba don Lope muy ufano porque demás de lo dicho emparentó con la casa real por medio de su hija doña María, que casó con el infante don Juan. Al mismo Rey pretendia apartar de su mujer por casalle con Guillelma, su prima, hija que era de Gaston, vizconde de Bearne. Para salir con esto no cesaba de poner mala voz en el casamiento primero y acusalle. Llevaba el Rey muy mal estas práticas, mayormente que á la misma sazon le nació otro infante de la Reina, por nombre don Alonso. Deseaba descomponer á don Lope; pero la revuelta de temporales tan turbios no daban para ello lugar, ni aun se atrevia á declararse y dar muestra de su enojo y desabrimiento, antes le traia en su compañía en el mismo lugar de autoridad que antes; y visitado que hobo el reino de Toledo, se partió para Astorga, y en su compañía don Lope. La voz era para hallarse á la misa nueva de don Merino, obispo de aquella ciudad, y honralle con su presencia por ser de nobilísimo linaje y deudo del rey de Francia. Su intento principal era apaciguar á los gallegos, que andaban alborotados, y reprimir las entradas y correrías de portugueses que hacian por aquellas comarcas el infante don Alonso, hermano del rey de Portugal, y en su compañía don Alvar Nuñez de Lara, hijo de don Juan de Lara, como hombre feroz que era y desasosegado y acostumbrado á vivir de rapiña. Eran á propósito para esto los pueblos de Portalegre y de Ronca, que don Alonso poseia en las fronteras de Portugal y á la raya de Castilla. El cuidado de sosegar los gallegos encargó á don Lope de Haro; sobre lo de Portugal se comunicó con aquel Rey, con que, juntadas sus fuerzas y hecha liga, se puso sobre la villa de Ronca; talaron los campos, pusieron fuego á las alquerías y edificios que estaban fuera del pueblo; movidos deste daño los de dentro y por miedo de mayor mal se rindieron. Halláronse presentes en aquel cerco los dos reyes; don Dionisio, el de Portugal, aconsejó á don Sancho que si queria ver su reino sosegado procurase abatir á don Lope de Haro, y para este efecto recibiese en su gracia y autorizase á don Alvar Nuñez de Lara, porque á causa de las grandes riquezas y poder de aquel linaje, igual á su nobleza, era á propósito para contraponelle y amansar el orgullo de aquel personaje. Hízolo así; don Lope, que bien entendia dónde iban encaminadas estas mañas y cautelas, como hombre altivo y que no podia sufrir igual, resentido desta injuria buscó ocasion para recogerse á Navarra. Dió á entender que iba á visitar á Gaston, vizconde de Bearne, como quier que á la verdad se tenia por agraviado del Rey, que con aquel desvío y mal tratamiento desdoraba las mercedes pasadas. La privanza y poder acerca de los reyes nunca es segura, mayormente cuando es demasiada. Con su ida los navarros, á quien no faltaba voluntad de hacer guerra á Castilla por los desabrimientos pasados y por lo que pre-

tendian que de aquel reino les tenian malamente usurpado, tomaron las armas. Era virey en aquella sazon de Navarra Clemente Luneo, francés de nacion. Muchas veces salieron los navarros á correr las fronteras, así de Castilla como de Aragon, sin suceder cosa alguna memorable, salvo que tomaron á los aragoneses la villa de Salvatierra y pusieron en ella guarnicion de soldados navarros. Con mas próspera fortuna hacian los aragoneses la guerra en Italia. Rugier Lauria, bravo caudillo y señalado por las victorias pasadas, acometió de improviso la armada de los enemigos, que tenian muy poderosa por el gran número de bajeles, junto á Nápoles. Fué muy reñida y sangrienta la batalla, que se dió á 16 dias del mes de junio. La victoria quedó por los aragoneses; tomaron cuarenta y dos bajeles; los cautivos fueron cinco mil, y entre ellos muchos por su linaje y hazañas muy señalados. Los mas dellos se rescataron por dinero, solo á Guido de Monforte ni por ruegos ni por algun rescate quisieron dar libertad. Esto por dar contento á los reyes de Aragon y de Ingalaterra, sus enemigos capitales, á causa que este caballero era bisnieto de Simon, conde de Monforte, aquel que, como arriba se dijo, venció en batalla y mató á don Pedro, rey de Aragon, en la guerra de Tolosa. El nieto de este Simon, llamado asimismo Simon, prendió al emperador Ricardo (que fué elegido en competencia de don Alonso el Sabio, y era hermano del rey Enrique de Ingalaterra) los años pasados en la batalla de Leuvis, que hobo entre los franceses y ingleses, do estuvo un monasterio famoso de San Pancracio. Este Guido en venganza de su padre Simon, que poco despues fué por los ingleses muerto en otra batalla que se dió cerca de Vigornia en Ingalaterra, al tiempo que Eduardo, rey de Ingalaterra, volvia de la guerra de la Tierra-Santa, mató con grande impiedad y crueldad á Enrique, hijo del emperador Ricardo, en Viterbo en la iglesia mayor, donde oia misa. Esto hecho, con las armas se hizo camino para huir y se fué á valer á su suegro el conde del Anguilara, llamado Rubro. Comunmente cargaban á Cárlos, rey que era á la sazon de Nápoles y Sicilia, do que no vengó esta muerte como vicario que era en aquel tiempo del imperio, y como tal tenia puesto al dicho Guido en el gobierno de Toscana. Los historiadores ingleses y franceses afirman que Guido, despues que fué preso en la batalla naval susodicha, fué entregado en poder del rey de Ingalaterra. Un historiador siciliano de aquel tiempo porfía que falleció en Sicilia de una enfermedad, de que solo á juicio de los médicos le pudiera sanar la comunicacion con mujer, y que él no quiso venir en ello por no hacer injuria al matrimonio y por no sujetarse á la deshonestidad; que si fué así, es tanto mas de loar este caballero, que su mujer Margarita, despues que dél enviudó, se dice hizo poco caso de lo que debiera y vivió con poco recato. Dejó este caballero una hija llamada Anastasia, que casó con Romano Ursino, pariente cercano del papa Nicolao III y conde de Nola. La nobilísima sucesion que procedió deste casamiento se continuó en aquella casa y estado hasta nuestros tiempos, cuando últimamente faltó y la ciudad de Nola volvió á la corona real.

CAPITULO XI.

Que se trató de librar los hermanos Cerdas, y Cárlos, príncipe de Salerno, fué puesto en libertad.

Sosegados estaban los aragoneses y muy pujantes en fuerzas, riquezas y gloria por sus hazañas grandes y memorables. Solamente en la costa de Cataluña inquietaba á los naturales con sus armas don Jaime, rey de Mallorca, bien que no hizo cosa alguna digna de memoria. El nombre del rey don Alonso de Aragon era célebre. Tenia en su mano puesta la paz y la guerra á causa de los grandes príncipes que tenia en su poder detenidos; los hermanos Cerdas en el castillo de Morella, el príncipe de Salerno en el de Siurana, ambos muy fuertes y con buena guarda. Cansados pues estos príncipes de tan larga prision y movidos por miedo de mayor mal, se inclinaban á la paz con las condiciones que él quisiese; tenian grandes reyes por intercesores; muchas embajadas de Francia y de Castilla venian al rey de Aragon sobre el caso; la autoridad de Eduardo, rey de Ingalaterra, que se interpuso con los demás por medianero, era de mas peso y eficacia á causa que el Aragonés pretendia tomalle por suegro y casarse con su hija Leonor. Acordaron pues estos reyes de verse y hablarse en la ciudad de Oloron, que se llamó antiguamente Lugduno, y está en los confines de Francia en los pueblos llamados coquenos (hoy está en el principado de Bearne á las haldas de los montes Pirineos; el emperador Antonino la llamó Illuro). En aquella junta y habla por grande instancia del rey de Ingalaterra se alcanzó que dentro de un año Cárlos, príncipe de Salerno, fuese puesto en libertad con estas condiciones: que el reino de Sicilia quedase por don Jaime; que el preso alcanzase del Papa consentimiento para esto, junto con alzar las censuras puestas contra los aragoneses; ítem, que pagase treinta mil marcos de plata; últimamente, que Cárlos de Valoes se apartase de la pretension que tenia al reino de Aragon que le adjudicara el pontífice Martino; que dentro de tres años, si todo esto no se cumplia, fuese aquel Príncipe obligado á tornarse á la prision, y sin embargo, diese en rehenes á sus tres hijos Roberto, Cárlos y Luis, ultra desto, sesenta caballeros de los mas nobles de la Proenza. Graves condiciones eran estas; pero como al vencedor eran estos conciertos provechosos, así á los vencidos era forzoso aceptallos de cualquiera manera que fuesen, que una vez puestos en libertad, confiaban no les faltaría ocasion de mejorar su partido. Cárlos, príncipe de Salerno, puesto que fué, segun lo asentado, en libertad el año del Señor de 1288, desde Aragon pasó á Francia, desde allí á Toscana; apaciguados ende los alborotos de los gibelinos, en Roma finalmente le declaró por rey de Pulla y de Sicilia el papa Nicolao IV, el que al principio deste año sucedió en lugar de Honorio. Púsole la corona real en su cabeza con todas las demás insignias y vestiduras reales. Pretendia el Pontífice no ser válido el concierto pasado, como hecho sin su licencia, de un reino que de tiempo antiguo era feudatario de la Iglesia romana. Esto alteró grandemente el ánimo del rey de Aragon, tanto mas que entendia y le avisaban que el rey don Sancho queria dejar su amistad y avenirse con el rey de Francia á persuasion del sumo Pontífice, parecer que aprobaban la Reina y don Gonzalo, arzobispo

de Toledo, aunque muchos grandes juzgaban debia ser preferida la amistad del rey de Aragon, así por la vecindad de los reinos como por tener en su poder los hermanos Cerdas. Destos principios se alteraron algunos, y por la muerte de don Lope de Haro, como luego se contará, sus parientes y amigos se pasaron á Aragon, y fueron causa de nuevas y largas guerras; pretendian y procuraban satisfacerse de sus particulares disgustos con las discordias y males comunes. El rey don Sancho por el mismo caso se vió puesto en necesidad de darse priesa á hacer la confederacion con el rey de Francia. Enviaron los dos reyes sus embajadores á Leon de Francia, do los esperaba el cardenal Juan Cauleto, enviado por legado del sumo Pontífice para este efecto. Por el rey de Francia vinieron Mornay y Lamberto, caballeros principales de su corte; el rey don Sancho envió á don Merino, obispo de Astorga. El concierto se hizo desta manera: el rey don Sancho prometia de dar á don Alonso de la Cerda el reino de Murcia, á tal que no se intitulase en ninguna manera rey de Castilla, y el reino de Murcia le tuviese como moviente y feudatario de Castilla; que si don Alonso muriese sin hijos, sucediese don Hernando, su hermano menor; el de Castilla enviase mil caballos en ayuda al rey de Francia, que queria mover guerra á Aragon, y si fuese necesario, diese paso y entrada segura por sus tierras al ejército francés; item, que los hermanos Cerdas, luego que alcanzasen libertad con el poder y industria de los dos reyes, se entregasen en poder del rey de Francia. Este concierto dió mucho disgusto á doña Blanca, madre de los infantes, en tanto grado, que dejado su hermano, se fué á Portugal. Como mujer varonil pretendia buscar nuevos socorros contra las fuerzas de Castilla, puesto que mas fué el trabajo que en esto tomó que el fruto que sacó. El rey Dionisio de Portugal, echados los moros de toda su tierra, gozaba de una tranquila paz, ni le podian convencer á que la alterase en pro de otros y daño suyo. ¿Qué prudencia fuera ponerse en peligro cierto con esperanza incierta, y escurecer la gloria ganada y alterar la quietud y reposo de su reino con mover las armas fuera de tiempo? Tuvo este Rey muy buenas partes, y en especial muy noble generacion de hijos y hijas. De doña Isabel, su mujer, tuvo antes desto una hija, llamada doña Isabel, y este año le nació otra, que se llamó doña Costanza; de allí á dos años otro hijo, que se llamó don Alonso, que fué heredero del reino. De mujeres solteras tuvo estos hijos: á don Alonso de Alburquerque, de quien trae su descendencia una familia deste sobrenombre, nobilísima en Portugal, y á don Pedro, que fué dado á los estudios de las letras, como da testimonio un libro que compuso de los linajes y de la nobleza de España; y á don Juan y á don Fernando, y ultra destos dos hijas, que la una casó con don Juan de la Cerda, y la otra se metió monja.

CAPITULO XII.

De nuevas alteraciones que se levantaron en Castilla.

Castilla, por lo que tocaba á los moros, sosegaba á causa de la amistad que tenian con el rey de Granada; con Africa poco antes se asentaron treguas con Juzef, rey de Marruecos. La guerra civil y doméstica tenia á todos puestos en mayor cuidado. Sucedió este daño por la muerte de don Lope de Haro, que le dieron dentro de palacio y en presencia del mismo Rey; si con razon ó sin ella, no se averigua bastantemente. Para que todo esto mejor se entienda será bien relatar los principios por do se encaminó esta desgracia. Por muerte de don Alvar Nuñez de Lara, que falleció poco despues que tornó en gracia del rey don Sancho, don Lope de Haro, su competidor, volvió á Castilla y á la corte con esperanza de recobrar la cabida y autoridad que antes tenia, pues era muerto su contrario; pero la naturaleza, que no permite viva alguno sin competidor y sin contraste, en el mismo punto que murió, hizo que don Juan, hermano del difunto, subiese al mismo grado de dignidad y al favor y gracia del Príncipe que su hermano tuvo, con mucho gusto del pueblo y no menor pesar y dolor de don Lope de Haro. Quejábase que con aquellas artes y mañas se le hacia notable agravio, y que todo se encaminaba á disminuir su autoridad y menoscaballa. Era el sentimiento en tanto grado, que no temia de dar muestras dél al mismo Rey y formar quejas en su presencia. Como el infante don Juan, su yerno, con un escuadron de gente corriese la campaña de Salamanca, y con sus ordinarias correrias llegase hasta Ciudad-Rodrigo y el Rey se quejase desto con don Lope de Haro, tuvo atrevimiento de confesar que todo aquello se hacia por su consejo y voluntad, hasta añadir que si el Rey iba á Valladolid, su yerno vendria á Cigales, que es un pueblo allí cerca, y era tanto como amenazalle. Soltar la rienda á la mala condicion y irritar con esto la ira de los reyes, cosa es muy perjudicial. Verdad es que por entonces el Rey tuvo sufrimiento y disimuló lo mejor que pudo hasta que se ofreciese ocasion para castigar tan gran locura y desacato. Fué el Rey á Valladolid, habló con don Juan, su hermano, dióse órden como aquellos alborotos algun tanto sosegasen. Partido de Valladolid, fué primero á Roa, y de allí á Berlanga y á Soria. Despues tomó el camino para Tarazona para verse con el rey de Aragon y alcanzar dél que le entregase los hermanos Cerdas. Estorbóse esta vista de los reyes por las malas mañas de don Lope de Haro, que como tercero iba de una parte á otra, y á cada cual de las partes referia en nombre del otro condiciones para asentar la paz muy pesadas y muy contrarias de lo que los mismos príncipes pretendian. Todo iba enderezado á derribar por medio de los hermanos Cerdas al rey don Sancho, de quien tenia de todo punto el ánimo enajenado, que fué la causa de no efectuarse cosa alguna y de volverse el Rey á Alfaro, que es una villa de Castilla puesta á los confines de Aragon y de Navarra. Acudieron el infante don Juan y don Lope de Haro, su suegro, á hacer reverencia y compañía al Rey sin guarda bastante con que se asegurasen. Halláronse presentes don Gonzalo, arzobispo de Toledo, y don Juan Alonso, obispo de Plasencia, el obispo de Calahorra, el de Osma y el de Tuy; allende destos el dean de Sevilla, que era chanciller mayor, y el abad de Valladolid, todos llamados á consejo para tratar de cosas importantes. Llegados don Juan y don Lope á besar al Rey la mano, mandóles le volviesen á la hora todos los castillos y plazas que tenian en su poder, y para esto alzasen el juramento á los soldados que tenian de guarnicion y diesen las contraseñas por do entendiesen por cierto que era tal su voluntad. Fuéles este mandato muy pesado, excusábanse de obedecer,

mandólos prender; don Lope de Haro, puesta mano á la espada y revuelto el manto al brazo, con palabras muy injuriosas y llamar al Rey tirano, fementido, cruel, con todo lo demás que se le vino á la boca y que el furor y rabia le daban, se fué para él con intento de matalle. Locura grande y demasiado atrevimiento, que le acarreó su perdicion; los que estaban presentes pusieron asimismo mano á sus espadas, y del primer golpe le cortaron la mano derecha y consiguientemente le acabaron. Caballero que fué arriscado y fuerte, mas su arrogancia y poder demasiado, junto con la envidia que muchos le tenian, redujeron á estos términos. Don Juan, su yerno, despues que hirió á algunos de los criados del Rey, como vió muerto á su suegro, se huyó y acogió al aposento de la Reina, que se puso delante para amparalle del Rey, que venia en su seguimiento con la espada desnuda, y por sus ruegos y lágrimas hizo tanto, que le libró de la muerte. Pusiéronle en prisiones para estar á juicio, y dar razon deste y de los demás desacatos. Forzosa cosa es pasar muchas cosas en silencio por seguir la brevedad que llevamos. Mas ¿quién podria contar por menudo y á la larga todas las tramas que en esto hobo de traicion y deslealtad? Quién decir todo lo que pasó en tan grande ruido y alboroto y encarecer la turbacion y desasosiego de toda la casa real? La suma es que, quitadas delante las cabezas, los alborotos se apaciguaron por entonces, y con el ejemplo fresco de aquella culpa y de aquel castigo los demás se tuvieron á raya para que luego no se alterasen. Pero como se hobieron un poco sosegado, en secreto y públicamente en corrillos comenzaron á murmurar deste hecho del Rey. Decian que con muestra de amor engañó á tan grandes príncipes; los parientes y aliados de los dos unos se salian de la corte, otros, de que hobo gran número, se fueron del reino. Por todo esto bien se dejaba entender que se armaba alguna gran tempestad, que fué la causa principal de abreviar la confederacion y liga con el rey de Francia en Leon, como arriba queda dicho. Doña Juana, mujer del difunto don Lope de Haro y hija de don Alonso, señor de Molina, toda cubierta de luto, se fué á ver con la Reina, su hermana, en Santo Domingo de la Calzada, donde estaba la corte. Pretendia con esto recoger las reliquias del naufragio de su casa. Hizo tanto, que con sus lágrimas y á ruego de la Reina se amansó el Rey para que no despojase á su hijo del señorío de Vizcaya, como lo pretendia hacer, y ya por fuerza se habia apoderado de la villa de Haro y del castillo de Treviño. Demás desto, con deseo de sosiego y de apaciguallo todo la Reina prometió á su hermana que si su hijo don Diego de Haro, como era forzoso, llevase en paciencia la muerte de su padre y se pusiese en manos del Rey, le haria dar el lugar y autoridad que su padre tenia. Doña Juana, como mujer inconstante, pensó que estas promesas procedian de miedo; así, mudó luego de parecer y trocó la humildad pasada en cólera, tanto, que con deseo de vengarse atizaba á su hijo, y le aconsejaba que, renunciada la fe y lealtad que al Rey tenia prometida, se desnaturalizase y se pasase á Aragon. Doña María, mujer del infante don Juan, que tenian preso, se pasó á Navarra, cerca de la cual estaba. En su compañía se salieron otrosí de Castilla muchos de sus aliados, dado que la mayor parte, como suele acontecer en estas revueltas, dudosos y suspensos se estuvieron en sus casas para tomar consejo conforme al tiempo y como las cosas se rodeasen. Gaston, vizconde de Bearne, sabido lo que pasaba, vino á gran priesa á Aragon en favor de sus deudos, resuelto de poner á cualquier riesgo su persona y estados por los amparar. A instancia de todos estos señores el rey de Aragon puso en libertad á los hermanos Cerdas. Y para hacer mayor pesar al rey don Sancho, por el mes de setiembre en Jaca, donde hizo traer á los infantes, nombró á don Alonso, el mayor dellos, por rey de Castilla y de Leon, de que resultaron nuevas guerras y grande ocasion para discordias; y es cosa forzosa que los grandes reinos sean muchas veces combatidos de nuevas y grandes tempestades. Por medio de los Cerdas y con el favor de los aragoneses se movió guerra á Castilla. El pueblo estaba no mas deseoso que medroso de cosas nuevas. Los caballeros principales de Castilla no eran de un mismo parecer; los mas prudentes con deseo de sosiego seguian el partido del rey don Sancho, y querian agradalle á él, pues tenia el mando y señorío. El en aquellos dias fué á Victoria, que es en Alava; allí la Reina parió un hijo que se llamó don Enrique. La ida se enderezaba, así para verse en Bayona con el rey de Francia, segun que lo tenian determinado por sus embajadores, como para acabar de conquistar los lugares y tierras de Vizcaya y ponellos debajo de su señorío. Esta guerra fué mas dificultosa de lo que se pensó por la aspereza de los lugares, la falta de bastimento y la condicion de la gente, constante en guardar la fe y lealtad á sus señores. Teníase esperanza por medio del maestre de Calatrava, don Ruy Perez Ponce, de poder ganar á don Diego de Haro, hermano de don Lope, al cual antes deste tiempo el Rey hizo capitan de la frontera, y al presente le ofrecia muchó mayores honras y premios, hasta dalle intencion que le daria el señorío de Vizcaya. Pero él, sin hacer caso de todo esto, quiso mas irse desterrado á Aragon. Decia no se debia confiar de quien so color de amistad maltrató de tal manera á tales príncipes, sus parientes y amigos. Así, se partió determinado de favorecer y amparar con su consejo y hacienda y diligencia á su sobrino. Todo parecia estar á punto de romper; los pueblos resonaban con aparatos y pertrechos de guerra, cuando, al mismo punto que querian acometer las fronteras de Castilla, falleció de enfermedad don Diego de Haro, hijo de don Lope, en gran pro y beneficio del rey don Sancho y de sus cosas. Con su muerte se resfriaron las voluntades de los que seguian su bando; y Vizcaya, que hasta entonces hacia resistencia, toda ella vino en poder del Rey por el esfuerzo y valor de Diego Lopez de Salcedo, á quien se cometiera todo el peso de aquella conquista, y de quien, así en guerra como en paz, se hacia mucho caso.

CAPITULO XIII.

De algunas hablas que tuvieron los reyes.

El rey don Sancho, dado que hobo fin á las cosas de Vizcaya, y que las vistas con el rey de Francia se remitieron para otro tiempo, dejó á su hermano el infante don Juan con buena guarda preso en el alcázar de Búrgos, y despues le pasaron á Curiel; y él con el cuidado que tenia de la guerra de Aragon y de su rei-

no, que de nuevo andaba en balanzas, se partió para Sabugal, que es una villa á la raya de Portugal. Allí se juntaron él y el rey de Portugal para tratar entre los dos de sus haciendas; hicieron liga contra los aragoneses y los desterrados de Castilla, que se apercebian para la guerra so color de poner en posesion á don Alonso de la Cerda, que ya se intitulaba rey de Castilla, en el reino de su abuelo. Apartados los reyes y vueltos destas vistas, don Sancho, recogidas sus fuerzas por todas partes y la gente de guerra que tenia, se fué á encontrar con los aragoneses á la villa de Almazan. En el mes de abril del año del Señor de 1289 se juntaron los dos campos; mas no sucedió cosa digna de memoría; solo la villa de Moron fué tomada por los aragoneses por fuerza de armas, y Almazan fué cercado. De la otra parte del rey don Sancho con una entrada que hizo por las fronteras de Aragon destruia la campaña, robaba ganados y ponia á fuego villas y lugares. Don Diego Lopez de Haro de la misma manera con sus correrías talaba todos los campos y términos de Cuenca y Huete, demás de un escuadron de enemigos con quien se encontró y los venció y puso en huida junto á la villa de Pajaron. En esta refriega murió Rodrigo de Sotomayor, capitan de los castellanos. Las banderas que les tomó envió don Diego á la ciudad de Tiruel. La estrechura del lugar fué causa deste revés; los aragoneses peleaban mejorados de lugar, y por todas partes estaban sobre los enemigos. En ninguna parte podian reposar, unos daños sucedian á otros, como si anduvieran en rueda; los que con su daño pagaban las discordias de los príncipes eran los inocentes. Verdad es que las mas ciudades y villas tenian la voz de don Sancho, unas por miedo, otras por voluntad. Solo en Badajoz se encendió una revuelta muy grande; estaban aquellos ciudadanos de tiempo antiguo divididos en dos bandos, es á saber, los bejaranos y los portugaleses. Fueron los bejaranos despojados de sus haciendas por los contrarios y forzados á ausentarse de la ciudad. Hicieron recurso al Rey para que deshiciese el agravio. Mandólo así; los dañadores no quisieron obedecer á este mandato. Acudieron los bejaranos á las armas, y con gente que tenian apercebida mataron gran número del otro bando y echaron los que quedaban de la ciudad. A este atrevimiento de quererse vengar por sus manos añadieron otro mayor, y fué que como se hobiesen fortificado en lo mas alto de la ciudad, apellidaron por rey á don Alonso de la Cerda. Dió esto grande pesadumbre al rey don Sancho; el daño que resultó á aquella ciudad fué notable. Grande es la furia del pueblo puesto en armas; las fuerzas de los reyes son mayores. Vióse por experiencia que luego que el Rey envió su campo sobre ellos la osadía se les trocó en miedo. Rindiéronse á partido, salvas las vidas. No les guardaron el concierto; todos los bejaranos fueron pasados á cuchillo en número de cuatro mil entre hombres y mujeres. El mismo trabajo corrió Talavera, villa principal en el reino de Toledo; por seguir la voz de don Alonso de la Cerda hasta cuatrocientos de los mas nobles fueron justiciados y descuartizados públicamente á la puerta, que desde aquel tiempo comenzó el vulgo á llamalla la puerta de Cuartos. Así lo testifican los de aquel lugar como cosa recebida de mano en mano de sus antepasados, sin que haya autor ni testimonio mas bastante. Lo cierto es que con el castigo destos dos pueblos quedaron avisados los demás para no se desmandar; y es así, que todo grande ejemplo y hazaña es casi forzoso tenga mezcla de algunos agravios; pero lo que se peca contra los particulares se recompensa con el provecho y sosiego comun. El año próximo siguiente de 1290 se trató de nuevo que los reyes de Francia y de Castilla se viesen y hablasen. Acordado esto, llegaron en un mismo dia á Bayona, pueblo de la Guiena, señalado para esta junta. Lo mas principal que entre los reyes se resolvió fué que el de Francia alzó la mano de ayudar á los hermanos Cerdas, renunció otrosí el derecho, si alguno tenia, al reino de Castilla, como bisnieto de la reina doña Blanca, que no faltaba quien le pusiese en seguir esta demanda. Demás desto, se resolvió de hacer por ambas partes la guerra al reino de Aragon. Al mismo tiempo Tolosa, Segura y Villafranca, que se comenzaran á edificar en la parte de Vizcaya en tiempo del rey don Alonso, se acabaron en este por la diligencia del rey don Sancho, de que hay hoy dia públicos instrumentos despachados en esta razon en Victoria y en Valladolid, donde se vino desde Bayona. El rey de Aragon, sabida la confederacion de los dos reyes y visto que no tenia fuerzas para contrastar con Castilla, Francia y Italia, mucho se inclinaba á la paz, sin embargo que Cárlos, rey de Nápoles, no cumplia lo que se asentó en el concierto pasado; de que el rey de Ingalaterra, por cuya instancia fué puesto en libertad, se sentia muy agraviado que hiciese burla de su fe y palabra. Acudieron por todas partes al Papa á poner en sus manos estas diferencias. Respondió enviaria sus legados, que oidas las partes, con condiciones honestas acordasen todos estos debates. Nombró para esto dos cardenales, es á saber, Benito Colona y Gerardo de Parma para que fuesen á Francia y lo compusiesen todo. En este comedio Cárlos, rey de Nápoles, y el rey de Aragon, con seguro que se dieron el uno al otro, se vinieron á hablar en Junquera, pueblo de Cataluña. Allí platicaron sobre muchas cosas y asentaron treguas por algunos meses mientras que los legados tomasen algun buen medio para asentar con firmeza la paz, cosa que á todos venia bien y á que todos se inclinaban, Cárlos con esperanza de recobrar el reino de Sicilia, el Aragonés porque se alzase el entredicho que tanto duraba en su reino y por excusar la guerra que de Francia le amenazaba, demás del deseo que le punzaba, apaciguadas estas diferencias, de volver sus armas contra Castilla.

CAPITULO XIV.

Que don Juan de Lara se pasó á Aragon.

Don Juan Nuñez de Lara, personaje de gran reputacion, poder y riquezas, comenzaba de nuevo á aficionarse al partido de Aragon, así por su poca constancia como por la intencion que le daban de restituille la ciudad de Albarracin; cosa muy ordinaria, que los hombres hacen mas caso de su interés que de lo que es justo y loable. El rey don Sancho, por tener entendido seria de grande importancia para todo su ida ó su quedada, hizo todo lo posible para sosegalle hasta nombralle por general de las fronteras de Aragon y hacelle otros regalos. No aprovechó nada todo esto, mayormente que en Búrgos, donde la corte estaba, un

paje le dió ciertas cartas en que le avisaban mirase por sí, que le tenian armada celada. Corrió la fama que fué así verdad; yo mas creo fué mentira, como lo afirman autores de crédito; que aquellas cartas fueron echadizas por personas que les pesaba que un caballero tan valeroso hobiese vuelto á la gracia del Rey, como hombres que tenian mas cuenta con sus intentos particulares que con el bien comun. Don Juan, que de su naturaleza era sospechoso, dió crédito á lo que las cartas decian, y á gran furia salió de la corte, y por el reino de Navarra se pasó á Aragon, sin que fuese parte para estorballo la diligencia que el Rey puso por medio de la Reina y con ir él mismo en pos dél hasta Valladolid. Sentia mucho su partida por ver que le amenazaba una grave tempestad si caballero tan poderoso y de tantos amigos se juntase con los demás forajidos. No era este recelo fuera de propósito; que luego con mucha gente entró por las fronteras de Castilla hasta Cuenca y Alarcon, taló y robó toda la campaña, hizo todo el mal y daño que pudo. Acudieron las gentes del rey don Sancho; pero en un encuentro las desbarató y les tomó muchas banderas, rindió y sujetó la villa de Moya, y con gran número de cautivos y ganados dió la vuelta para Valencia. Desde donde el rey de Aragon, don Diego de Haro y don Juan de Lara con gente que tenian aprestada todos juntos volvieron á entrar por la parte de Molina, Sigüenza, Berlanga y Almazan, sin hallar quien les fuese á la mano, destruyeron toda la tierra. Aquejaba este daño mucho al rey don Sancho, deseaba acudir con sus gentes desde Cuenca, do era venido para remediar los daños. Poco efecto hizo; unas cuartanas que muy fuera de sazon le tenian trabajado, le embarazaban y debilitaban de suerte, que no podia hacer cosa alguna ni dar órden en lo que convenia, de que recebia mas pesadumbre que de la misma enfermedad. Llegó á términos de estar desahuciado de los médicos. La Reina, que en Valladolid aquellos dias parió un hijo, que se llamó don Pedro, aun no bien convalecida del parto, con el aviso se puso en camino para visitar al Rey. Su venida dió al doliente mucho contento, y fué muy provechosa para el bien comun su llegada. Con su buena maña redujo á don Juan de Lara, que ya estaba arrepentido de su liviandad por salille vana la esperanza de recobrar á Albarracin. Concertaron que doña Isabel, hija de doña Blanca y del hermano de la Reina, doncella de muy excelentes partes, casase con el hijo de don Juan de Lara, que tenia el mismo nombre que su padre. Era la dote el señorío de Molina, porque el padre de la novia no tenia hijo varon. Asentado esto, se celebraron las bodas en Cuenca con grande majestad y aparato. Concluidas las fiestas, el Rey y la Reina se fueron para Toledo y en su compañía don Juan Nuñez de Lara. Aposentáronle en el monasterio de San Pablo, que era de la órden de Santo Domingo, fuera de los muros de la ciudad, á la ribera de Tajo. Un dia muy noche se entretenia en jugar á los dados con un judío muy rico. Vino al improviso un su criado, llamado Nuño Churuchao; avisóle se pusiese en cobro, porque tenian ordenado de matalle; que la noche pasada metieron muchas armas dentro de palacio. Dió él luego crédito á este aviso; quisiera huir, pero no le fué posible por estar cerradas las puertas de la ciudad y dentro las cabalgaduras y criados. Pasó la noche con este miedo y cuidado, que se le hizo muy larga. Al alba del dia, llamados sus criados y caballeros, les dijo el peligro en que se hallaba; ellos, sin embargo, le aconsejaron que no hiciese movimiento, que pues la noche se pasó sin muestra ninguna de tales asechanzas, que entendiese era mentira; porque ¿á qué propósito dilatallo, si tal pensaran? ¿Para qué esperar á que viniese el dia? ¿Por ventura para que fuese testigo de la traicion? ¿Qué mas querian sus contrarios que velle ido de la corte, en que tenia tanto poder y mando, que á todos causaba envidia, y sus riquezas les hacian temblar? Que en la ciudad todo lo vian sosegado, que se acordase del engaño pasado: y finalmente, que aquel su consejo, ó seria para él saludable, ó si todavía fuese necesario huir el peligro, que era lo peor que se podia esperar, que esto seria la noche siguiente; que de dia al seguro no se atreverian á acometer tal hazaña. Con estas razones se mitigó su miedo. Avisado el Rey de aquel recelo y sobresalto, sintió mucho que se pusiese duda en su fe y palabra. Cuidaba cómo le quitaria aquella sospecha; cuanto mas el Rey procuraba dalle satisfaccion, él sospechaba que no debian engañalle los que le avisaron; y que aunque la verdad no se podia averiguar, que se la querian encubrir con artificio y maña. En este tiempo se asentó de nuevo la confederacion con el rey de Granada á tal que pechase el tributo que debia conforme á los conciertos pasados. Fué necesario acudir á esto porque andaba en balanzas, como es la costumbre de aquella gente ser poco constantes. Hernan Ponce de Leon, que era frontero de los moros, fué el principal medio para que estos reyes se conservasen en paz y amistad. De Toledo fueron los reyes primero á Búrgos, y de allí á Palencia, donde se hacia capítulo general de la órden de Santo Domingo. Don Juan de Lara no se podia sosegar con ningunos beneficios y buenas obras; y no se contentaba con maquinar él solo revueltas, sino que atizaba y persuadia á los grandes de la corte que procurasen de intentar cosas nuevas; con esto andaban muchas voluntades torcidas y enajenadas del Rey. Para remedio desto sacaron de la prision en que estaba á don Juan, hermano del Rey, que era muy bienquisto de grandes y pequeños. Hizo él su juramento y pleito homenaje de ser fiel al Rey y al príncipe don Fernando, su hijo, y besó la mano del niño, como heredero del reino, conforme á la costumbre que se guarda en Castilla. Demás desto, por su medio muchos mudaron parecer y abrazaron los consejos mas saludables. Por industria del Rey, que fué á Santiago de Galicia so color de devocion y visitar aquella santa casa, se redujo asimismo á mejor partido y á que dejase las armas don Juan Alonso de Alburquerque, caballero principal, que en Galicia andaba alborotado á persuasion de don Juan de Lara. Estas cosas pasaban en Castilla el año de 1291, cuando al principio del mes de febrero los cardenales que el sumo Pontífice enviara á Francia por legados, como arriba dijimos, en Tarascon, pueblo de la Gallia Narbonense, compusieron las diferencias que resultaban entre los reyes de Aragon y Francia. Estuvo presente Cárlos, rey de Nápoles, y los dos reyes enviaron sus embajadores con amplios poderes para venir en el concierto. Las condiciones de la paz fueron estas: El rey de Aragon envíe á Roma sus embajadores é humildemente pida per-

don de la contumacia ó inobediencia pasada. Peche en cada un año á la Iglesia romana treinta onzas de oro en razon de tributo y feudo, como su bisabuelo lo prometió. Con una buena armada pase en favor de la Tierra-Santa. A la vuelta aconseje á su madre y hermano y procure partan mano de las cosas de Sicilia. Por conclusion, publique un edicto riguroso en que mande á todos los aragoneses, soldados y caballeros, salgan de aquella isla. Cárlos de Valoes renuncie el derecho que el Papa le dió sobre el reino de Aragon. Demás desto, se añadió que el Padre Santo recibiria en su gracia al Aragonés y enviaria un prelado á quitar el entredicho que tenia puesto en todo aquel reino; al cual el rey de Aragon entregaria los rehenes que de parte del rey Cárlos de Nápoles tenia en su poder. Al concluir estos conciertos no se hallaron los embajadores de Sicilia, y esto por industria del rey de Aragon con intento que no los desbaratasen todo, ca sabia cierto no vendrian en aquellas condiciones; maña de que el rey don Jaime y toda Sicilia se agraviaron en gran manera. Quejábanse los hobiese engañado y desamparado quien mas que todos los debiera favorecer. Sin embargo, querian llevar adelante lo comenzado y poner las vidas y la sangre en la demanda antes que volver al señorío de franceses. La resolucion fué tal y tan grande, que al fin salieron con su intento. Por esta causa la esperanza que tenian de recobrar á Sicilia salió vana á los franceses; y aun la ida del rey de Aragon á la Tierra-Santa no se efectuó á causa que á la misma sazon vino nueva que Elpis, emperador de Egipto, y su hijo Melesaite con un cerco muy apretado que pusieron sobre Ptolemaide, ciudad que solo quedaba allí en poder de cristianos, la combatieron de suerte, que la entraron por fuerza, y todos los moradores y soldados pasaron á cuchillo, los edificios al tanto los abatieron por tierra hasta no dejar rastro ni señal alguna de ciudad. Este fué el remate de la guerra sagrada y de aquella empresa de la Tierra-Santa. Tal fué la voluntad de Dios. La pereza y poquedad de los fieles vergonzosa acarreó esta mengua y daño. Viéronse segunda vez los reyes el de Aragon y el de Nápoles en Junquera; tornaron á tratar de la paz, á que el uno y el otro mucho se inclinaban por estar cansados de los trabajos pasados y temerosos de lo por venir. Por esta causa luego que se despidió esta junta, el rey Cárlos casó su hija mayor, llamada Clemencia, con Cárlos de Valoes, y por dote el condado de Anjou y el estado de Maine; con tal condicion empero que partiese mano de la pretension de Aragon. Estaba al tanto muy resuelto el rey de Aragon en cumplir todo lo puesto y concertado, cuando la muerte, muy fuera de lo que pensaba, le atajó los pasos, que le sobrevino en Barcelona en sazon que se aprestaba para hacer traer á doña Leonor, su esposa, y todo andaba lleno de fiestas y contento. Falleció en la flor de su juventud en edad de veinte y siete años á 18 dias del mes de junio. Si tuviera mas larga vida fuera muy señalado príncipe, conforme á las grandes muestras que daba de valor y de virtud. Ante todas cosas merece ser alabado por mostrar, como mostró, la paz al mundo, bien que no se la pudo dar. Su cuerpo enterraron en el monasterio de San Francisco de aquella ciudad y en el hábito de la misma órden. Las exequias y honras, como era razon, con grande aparato y muy solemnes.

CAPITULO XV.

Cómo los tres reyes de España emparentaron entre sí.

Con el aviso de la muerte del rey de Aragon, porque no dejaba hijos su hermano don Jaime, luego desde Sicilia acudió y vino á Aragon á tomar posesion de aquel reino que le pertenecia, así por el derecho de parentesco como por el testamento de su hermano, ca le nombró por su sucesor. Así, sin contradiccion en Zaragoza, á 24 dias del mes de setiembre, fué ungido y coronado en la iglesia de San Salvador con las ceremonias acostumbradas. Tocante al testamento de su hermano, en que dejaba por heredero del reino de Sicilia á don Fadrique, su hermano menor, no quiso pasar por esta cláusula ni consentir que saliese de su poder el reino que los sicilianos le dieron con mucha voluntad y á instancia de su mismo padre. Pretendian á la misma sazon su amistad don Alonso de la Cerda, que presente se halló, y el rey don Sancho por sus embajadores, ambos con muchas veras. En esta competencia pareció inclinarse mas el Aragonés á la parte de don Sancho, y aficionarse mas á la fortuna que á la justicia de las partes, sin memoria de la voluntad que su padre y hermano mostraron en aquel caso. A la verdad las fuerzas de los Cerdas, que con presteza y calor por ventura prevalecieran, con la tardanza estaban flacas; las del bando contrario de cada dia se acrecentaban mas y prevalecian, mayormente despues que don Juan Nuñez de Lara, por industria de la Reina, como ya se dijo, trocó parecer y partido; tanto mas, que en aquel mismo tiempo el rey don Sancho, puesta su alianza y amistad con Portugal, concertó á don Fernando, su hijo mayor y heredero de sus estados, con doña Costanza, hija del Portugués. Para seguridad de que se efectuaria el casamiento entregó algunos castillos y villas de Castilla para que hasta tanto que se celebrase estuviesen como en tercería. Asentaron pues los reyes de Aragon y Castilla su amistad por medio de sus embajadores; y para que fuese mas firme acordaron de verse en Montagudo, villa á propósito para esta habla por estar á la raya de los dos reinos. Allí á 29 de noviembre se concertaron los reyes de tal guisa, que los mismos tuviesen por amigos y por enemigos, y que en ninguno de los dos reinos se diese acogida, favor ni ayuda á los forajidos del otro, antes los entregasen á su señor. Demás desto, porque á la sazon el rey de Marruecos, sin embargo de las treguas, tenia cercada á Beja, pueblo que algunos tienen que Ptolemeo y Tito Livio llaman Bigerra en la comarca de los bastetanos, en particular se acordó que para ayuda de aquella guerra, si fuese necesario, acudiese el Aragonés con veinte galeras. Para que todo fuese mas firme concertaron que doña Isabel, hija del de Castilla, si bien no pasaba de nueve años, casase con el de Aragon. Los desposorios se celebraron en Soria á 1.° de diciembre, y la niña fué entregada en poder de su esposo con esperanza de alcanzar dispensacion sobre el parentesco de los novios; la priesa que los reyes tenian no sufria mas dilacion. Celebrados los desposorios, los reyes pasaron á Calatayud; allí se hicieron grandes regocijos, fiestas y convites. Hobo justas y torneos, en que Rugier Lauria, que en compañía del rey de Aragon era venido desde Sicilia, se señaló entre todos y se aventajó por la gran destreza

que tenia en las armas. Los grandes de Aragon desde los años pasados andaban alborotados, así entre sí como contra los reyes, en tanto grado, que pretendieron reformar los gastos de la casa real en tiempo del rey don Alonso, y porfiaban en hacer mudar las leyes y magistrados y dar una nueva traza en el gobierno. Todas estas porfías eran demasiadas, como sea verdad que así la libertad como el señorío y mando tienen su tasa y medida no menos que las demás cosas del mundo. Estos caballeros por medio del rey don Sancho se reconciliaron y alcanzaron perdon de lo pasado. Los reyes se despidieron á la salida del año, cuando el rey Bárbaro, alzado el cerco que tenia puesto, dió la vuelta para Africa por recelo de una grande armada que Benito Zacarías aprestaba en la costa de Galicia, demás que la villa por su fortaleza y por el valor de los nuestros hacia grande resistencia. Con tantas cosas como en un tiempo se acabaron tornó la paz á España despues de tan largo tiempo y quedaron apaciguados los enemigos domésticos y extraños. Solo don Juan de Lara no sabia sosegar, y parece que maquinaba novedades; ni se fiaba del Rey ni del todo dejaba las armas; por lo cual la guerra se volvió contra él, y por fuerza le quitaron á Moya y Cañete, pueblos de que el Rey le hizo merced cuando se tornó de Aragon y se concertó el casamiento de su hijo. Don Juan, desconfiado de sus fuerzas y por no quedar en España á quien acudir á causa de los conciertos pasados, se fué desterrado á Francia. En su seguimiento partió luego don Gonzalo, arzobispo de Toledo, enviado por embajador del rey don Sancho para aplacar aquel Rey y prevenille que por medio de don Juan y por sus siniestras informaciones no diese lugar á que se enturbiase la amistad antigua. En particular llevaba órden de dar razon de la concordia que se asentara con los aragoneses; que dijese fué pura necesidad para sosegar á los suyos y excusar las guerras civiles que de nuevo amenazaban. Respondió á esto el Francés que no recibia desgusto, antes que su hermano Cárlos renunciaria de voluntad el derecho que tenia al reino de Aragon, á tal que por su medio el Aragonés restituyese la isla de Sicilia á la Iglesia romana. Entre tanto que esto pasaba, al principio del año de 1292 el almirante de Castilla, Benito Zacarías, peleó en la costa de Africa con veinte galeras de moros, desbaratólas y tomó las trece. Esta pérdida desbarató el propósito que el de Marruecos tenia de pasar de nuevo en España con grandes gentes que para esto efecto tenia juntas en Tánger. Convidó asimismo al rey don Sancho esta victoria para que se pusiese con su gente sobre Tarifa, que despues de un largo cerco ganó á 21 de setiembre. El rey de Portugal, dado que sobre ello le hicieron instancia, no envió algun socorro para aquella empresa por razones que debió tener bastantes. La reina de Castilla, á la sazon en Sevilla, parió un hijo, que se llamó don Filipe. Tomada que fué Tarifa, primero quedó en ella por gobernador don Rodrigo, maestre de Calatrava; despues Alonso Perez de Guzman se ofreció de defender aquella plaza con solo que le diesen la tercera parte de lo que á otros se solia dar. Era rico de dinero, que tenia allegado, no solo en España, sino en Africa, en el tiempo que sirvió al rey de Marruecos en muchas guerras contra otros moros. Con el dinero compró muchos lugares en el Andalucía, y los encorporó en el estado que le dejó su padre de Sanlúcar de Barrameda. Hacia otrosí grandes limosnas, por donde le dieron sobrenombre de Bueno, título que mantienen los de su casa, mas ilustre que los que otros príncipes toman con soberbia y arrogancia. Deste caballero descienden los duques de Medina Sidonia, señores de los principales de España, así en renta como en vasallos y nobleza. Tuvo don Alonso un hijo, llamado don Juan, y un nieto del mismo nombre, que casó con doña Beatriz, hija bastarda del rey don Enrique el Segundo. Dióle en dote la villa de Niebla con título de conde, por lo cual á su hijo y heredero en aquel estado llamó don Enrique. A este sucedió don Juan, su hijo, el que por merced del rey don Enrique el Cuarto se intituló duque de Medina Sidonia. Don Juan tuvo un hijo, llamado don Enrique, y un nieto, que se llamó don Juan, al cual el rey don Fernando el Católico dió el marquesado de Casasa en recompensa del trabajo y diligencia que puso en la conquista de la ciudad de Melilla y castillo de Casasa en la costa de Africa. A este don Juan sucedieron dos hijos que dejó, uno en pos de otro, es á saber, don Alonso, que no tuvo muy entero juicio, y despues dél don Juan, cuyo hijo mayor, que tenia el mismo nombre, murió en vida de su padre; por esta razon al dicho don Juan en nuestros dias sucedió un nieto suyo, por nombre don Alonso, que hoy dia vive y tiene aquel estado. Esto cuanto á los señores y duques de Medina Sidonia. Volvamos con nuestro cuento á los reyes.

CAPITULO XVI.

De la muerte del rey don Sancho.

Con gran cuidado y diligencia procuraban á un mismo tiempo componer las diferencias entre Francia y Aragon y concertar aquellos príncipes, por una parte el papa Nicolao IV, y por otra el rey de Castilla don Sancho. Envió el Pontífice á Aragon sobre el caso á Bonifacio Calamandra, caballero de San Juan; la muerte atajó sus intentos, que fué á 4 de abril. Grave daño y el mayor, que por diferencias que resultaron entre los cardenales estuvo aquella silla vaca mas de dos años. Suplió la falta que el Pontífice hizo, cuanto á las cosas de Aragon, la buena diligencia del rey don Sancho, que movido por la buena respuesta que le dió el rey de Francia, envió á convidar al rey de Aragon que se llegase á Guadalajara, ca esperaba otorgaria con lo que le pidiese. Tratóse allí de las condiciones de la paz; no se concluyó por entonces cosa alguna, solo acordaron que de nuevo se viesen. Señalaron para la habla la ciudad de Logroño. Convidaron otrosí á Cárlos, rey de Nápoles, para que se hallase en la junta y terciase. Al cual en esta sazon el Aragonés, conforme á lo que su hermano asentó, restituyó sus hijos, que tenia en rehenes. No vino Cárlos; la causa no se sabe; pero el año próximo siguiente 1293, los reyes de Castilla y Aragon se juntaron en Logroño. En aquella junta nacieron entre ellos nuevas sospechas; este fué el fruto de la habla. El suegro trataba á su yerno muy ásperamente y encaminaba como artero las cosas á su provecho y comodidad. Dende aquel tiempo el rey de Aragon comenzó á tener poca aficion á doña Isabel, su esposa, y poner los ojos en otro nuevo casamiento. Era menester algun color; achacaba el deudo en que el Papa aun no habia

dispensado. Pasó el negocio á que por medio y á instancia de Calamandra se vino á ver con Cárlos, rey de Nápoles, en Junquera. En esta junta trataron de sus haciendas y de emparentar, todo con mucho secreto porque no se divulgase. El tiempo, que descubre las puridades, dió á entender que sus vistas se enderezaron sobre la restitucion de Sicilia y sobre casarse de nuevo el rey de Aragon con Blanca, hija del rey Cárlos. Esto fué en sazon que en Castilla el rey don Sancho por un su privilegio dado en Valladolid, que hoy está entre los papeles de la iglesia de Toledo, otorga haya escuelas en Alcalá de Henáres con las mismas prerogativas que la Universidad de Valladolid. Asimismo por muerte de doña Isabel, mujer de don Juan de Lara, el mozo, el señorío de Molina recayó en poder de los reyes como deudos mas cercanos. Don Juan de Lara, el mozo, ó por el sentimiento de la pérdida de aquel estado, ó por imitar la inconstancia y ejemplo de su padre, y juntamente con él el infante don Juan, hermano del Rey, habido su acuerdo de consuno, comenzaron á alborotarse. El Rey, como sagaz, con intento de atajar la guerra que amenazaba, si aquellos desgustos pasaban adelante, procuró de ablandallos y sosegallos con tanto cuidado, que en breve tiempo se amansó aquella tempestad. Don Juan de Lara y su padre, que por este tiempo volvió de Francia, se reconciliaron con su Rey y mostraron mudar propósito. El infante don Juan, hermano del Rey, en Portugal, do se retiró, junto con Juan Alonso de Alburquerque hacian correrías por la campaña de Leon. Envió el Rey á don Juan de Lara, el viejo, con gente para que los reprimiese; que con estos halagos y hacer dél confianza pretendia finalmente le fuese fiel, y que con la destreza de su ingenio y maña apaciguase aquellos movimientos. Sucedió al revés la traza, porque fué vencido en una refriega y vino en poder de los enemigos. Desde allí, puesto que fué en libertad, se vino para el Rey, que estaba en Toro muy regocijado, porque le nació á la sazon una hija en aquella ciudad, que se llamó doña Beatriz. Corria nueva que el rey de Granada trataba de hacer guerra y que el rey de Marruecos queria tornar á pasar en España; envió el Rey á don Juan de Lara con sus dos hijos, don Juan y don Nuño, á las fronteras del Andalucía. Todo este aparato se deshizo á causa que los reyes moros se estuvieron sosegados y don Juan de Lara, capitan de nuestra gente, murió en Córdoba en aquel mismo tiempo. Sosegada esta tormenta, levantó de nuevo otra el infante don Juan, hermano del Rey, al cual como quier que el rey de Portugal, por no dar muestra con tenello en su tierra queria perturbar la paz, mandase salir de su reino, en una nave se pasó á Tánger. El rey de Marruecos, por pensar era á propósito su venida para por su medio hacer guerra á España, despues de recebille muy cortesmente y tratalle con grande honra y regalo, le envió con cinco mil jinetes á combatir á Tarifa. Pasó pues en España y combatió aquella plaza con grande porfía y con todos los ingenios que se puede pensar. Los de dentro, confiados en las buenas murallas y animados por su caudillo y cabeza Alonso Perez de Guzman, resistian con valor y ánimo. Aconteció que un solo hijo que este caballero tenia vino á poder del Infante y de los moros; sácanle á vista de los cercados, amenazan si no se rinden de degollalle. No se mudó el padre por aquel lastimoso es-

pectáculo, antes decia que cien hijos que tu
justo aventurallos todos por no mancillar su h
hecho tan feo como rendir la plaza que tenia e
dada. A las palabras añade obras. Echales
adarve una espada con que ejecutasen su saña
les importaba. Esto hecho, se fué á yantar.
poco dió la vuelta por el grande alarido que le
los soldados por ver degollar delante sus ojos
ño inocente, que fué extraño caso y crueldad
de bárbaros. Hizo mas atroz el caso ejecutarse
dado del infante don Juan. Acudió pues el pa
lo que era, y sabida la causa, dijo con mesur
blante: «Cuidaba que los enemigos habian e
ciudad»; y con tanto se volvió á comer con su
dar muestra alguna de ánimo alterado. En ta
pudo aquel caballero enfrenar el afecto patern
grimas; digno de ser comparado con los varo
los antiguos mas señalados. Considerado esto
baros, que por ningunas artes ni fuerza podri
cido el que por amor de su único hijo no qui
un punto ni apartarse del deber, desconfia
victoria se volvieron á Africa; demás que de
tad restituyeron al rey de Granada la ciudad d
ra con gran contento de los nuestros, que se
de aquella entrada y paso que los de Afric
podria resultar algun grave daño de España.
tiempo, puesto en libertad, aportó á España
te don Enrique, tio del rey don Sancho, qu
años estuvo preso en Nápoles. Holgó el Rey m
él, y juntos se fueron desde Búrgos á Vizca
Diego Lopez de Haro, que con ayuda de Ar
tendia recobrar aquella provincia. Apacigua
llos movimientos y echado don Diego de aque
se tornaron á Valladolid, y desde allí á Alcalá
res. Allí llegó la nueva al Rey de lo sucedido
por lo cual el mes de enero del año de 1295
Alonso Perez de Guzman una carta en que
cho su constancia y su lealtad, pues por ella
salud y vida de su hijo; compárale al santo
y el sobrenombre de Bueno que por sus virtud
de la gente ganara, manda se le ponga entre
los y se lo llamen; promete de gratificar tantos
y tantos trabajos; convídale á que le venga á
su vista le dará gran contento; que él, por es
dido de enfermedad, no lo podia hacer, puesto
cho lo deseaba. Esta carta original conserva
ques de Medina Sidonia para memoria y en t
de la fe y lealtad de sus antepasados; tesor
estima que el oro y las perlas de Levante. T
despues desto, á 25 dias del mes de abril, el R
bidos los sacramentos, falleció en la ciudad d
Sobrevínole en Alcalá la dolencia de que finó
si mejoraria se hizo llevar en hombros á To
gente que de trecho en trecho se mudaba; po
la mudanza del cielo y del aire. Reinó once añ
tro dias. Fué igual á los príncipes mas señalad
taleza, justicia y prudencia; grandemente as
gaz; en muchas cosas y en muchas partes de
y muestras de crueldad, falta que le hizo od
presentes, y su memoria poco agradable á los d
te. Declaró por su sucesor á su hijo don Fer
cuarto deste nombre, y señaló á la Reina po
ra y para el gobierno del reino, sin embarg

era su legítima mujer por el impedimento del parentesco, en que nunca se dispensó. Despues de la Reina mandó que tuviese el segundo lugar en todo don Juan de Lara, cláusula que puso contra su voluntad por acordarse de las revueltas pasadas; pero era forzoso ganalle con hacer dél confianza y aplacalle con buenas obras como quien echaba bien de ver cuántos males amenazaban al reino por su muerte. Su cuerpo fué sepultado en aquella ciudad en la capilla real, que en aquel tiempo estaba detrás del altar mayor. Enterróle y dijo la misa el arzobispo don Gonzalo; las honras fueron muy solemnes, grandes alabanzas se dijeron del defunto. Sin duda tuvo valor para sobrepujar la fuerza de una recia tempestad y hacer rostro á la fortuna; y que si bien su derecho para la corona no era muy cierto y que los pareceres no se conformaban con las armas, en que al fin suele consistir el derecho de reinar, aseguró el reino para sí y para sus descendientes. En tiempo del rey don Sancho florecieron dos juristas muy famosos, Guillen Galvan, en Aragon, y en Castilla García Hispano, que compuso comentarios sobre las epístolas decretales.

CAPITULO XVII.

Cómo alzaron á don Fadrique por rey de Sicilia.

Tenia á la sazon la silla de san Pedro Bonifacio VIII, sucesor de Celestino V, aquel que traido del yermo por voto de todos los cardenales y puesto en el gobierno de la Iglesia, como el peso fuese mayor que sus fuerzas, á cabo de seis meses despues que entró en el pontificado voluntariamente le renunció, ejemplo de que los venideros se maravillasen, todos le alabasen, y ninguno le imitase. Tanto mas digno de reprehension fué su sucesor, que tornándose al yermo para gozar de la acostumbrada soledad, le estorbó su camino y le hizo poner en prision. Recelábase no se levantase algun alboroto á causa que muchos no tenian por válida ni legal aquella renunciacion; murió en la prision año y medio adelante. Canonizóle el papa Clemente V y púsole en el número de los santos. Lo mismo este presente año hizo tambien Bonifacio de san Luis, rey de Francia. Hay un elogio de Petrarca en el libro segundo de la *Vida Solitaria* en alabanza del papa Celestino por estas palabras: «¿Quién, dice, hobo jamás de tan admirable corazon, que menospreciase el papado? La mas alta dignidad que hay en la tierra, cosa tan deseada y tan admirable, que quieren decir que este nombre de papa se deriva de *pape*, palabra de admiracion en latin. ¿Quién jamás, en especial desque comenzó á ser tenido en tanta estima, hizo tan poco caso dél como Celestino? Aquel Celestino digo que con tanta codicia apetecia el antiguo nombre y lugar de ermitaño y la mansa pobreza, amiga de las buenas costumbres. A muchos oí que contaban habelle visto huir con tanto gozo y con tales muestras de alegría espiritual, que daba con los ojos y con todo el rostro, cuando salido del consistorio finalmente vuelto en sí se vió libre, como si verdaderamente no hobiera librado sus hombros de un liviano peso, sino su cuello de un cruel alfanje.» Hasta aquí Petrarca. Por la buena maña de Bonifacio, que era muy ejercitado en negocios, de muchas letras y doctrina, lo que tantas veces se habia intentado en vano, se concertó la paz entre los aragoneses y franceses. En Anagni para concluirlo se juntaron con el Papa Cárlos, rey de Nápoles, y los embajadores de Francia y Aragon, personajes de gran cuenta. Las capitulaciones fueron estas: Blanca, hija del rey de Nápoles, case con el rey de Aragon; lleve en dote setenta mil libras de plata; Sicilia y todo lo demás de que los aragoneses están apoderados en Calabria vuelva y se restituya á la Iglesia romana; si los sicilianos no vinieren en este asiento, el rey de Aragon acuda con tanto número de gente para sujetallos cuanto los jueces árbitros señalaren; Cárlos de Valoes renuncie el derecho que pretende á la corona de Aragon; el Pontífice quite el entredicho y censuras á todos los que por razon destas diferencias están en ellas enlazados; los rehenes se pongan en libertad. Tratóse del rey de Mallorca, y á grande instancia del Pontífice y del rey de Francia se alcanzó que fuese restituido en su reino. Esto fué lo que se dijo en público; de secreto el Pontífice dió intencion al rey de Aragon de entregalle las islas de Cerdeña y Córcega, que por estar y caer mas cerca de España eran muy á propósito para las cosas de Aragon. Hay hoy dia bula de Bonifacio sobre este concierto, su data á 27 de junio. Esta nueva, luego que se publicó por la fama, hinchó de alegría todas las demás partes de la cristiandad; solo á los sicilianos fué muy pesada, ca tenian por lo último de los males tornar al señorío de franceses. El mismo infante don Fadrique, á quien el Rey, su hermano, cuando se partió dejó el gobierno de Sicilia, y con él Rugier Lauria, Juan Prochita y Manfredo Lanza, todos caballeros principales, por mandallo así el Pontífice y por el cuidado en que aquellas capitulaciones los tenian puestos, fueron á hacelle reverencia en una armada que aportó á las marinas de Roma. Prometia el Pontífice á don Fadrique de casalle con Catalina, hija de Filipo y nieta de Balduino, emperador que fué de Constantinopla, con tal que no contradijese á lo que tenian asentado; y en dote le ofrecian el imperio de Grecia, que pensaban recobrar todos juntos con sus armas y poder. No era este partido de desechar, si las obras se conformaran con las palabras. El rey de Aragon, desque una y segunda vez fué requerido por los sicilianos no los desamparase en aquel aprieto, como no les acudiese por el deseo que tenia de la paz y por parecelle no era lícito hacello, finalmente en la ciudad de Palermo sobre esta razon juntaron Cortes generales, en que alzaron los estandartes de aquel reino por el infante don Fadrique. Sin embargo, don Jaime, su hermano, casó con la nueva esposa; las bodas se celebraron en Villabeltran por el mes de octubre. Doña Isabel, con quien antes se desposara, fué enviada á Castilla. Publicóse un edicto en que mandó á los soldados aragoneses y á los caballeros que en Sicilia se hallaban la desamparasen y volviesen á sus casas. Desta manera vinieron á tener alegre y agradable remate aquellos principios de cosas tan grandes y aquellas alteraciones, que tanto tiempo duraron. Volvió la paz á Aragon, y no se perdió de todo punto el reino de Sicilia, contra la cual claramente se armaba una nueva tempestad de guerra. Los navarros sosegaban debajo el señorío de Francia; tenian por su virey á Hugon Confluencio, francés de nacion y mariscal de Campaña en Francia. Los gobiernos y tenencias de las ciudades

y castillos de aquel reino se daban indiferentemente á personas de ambas naciones, navarros y franceses, lo que era algun alivio para que la gente de la tierra disimulase el disgusto que tenian concebido en sus pechos, pues aunque eran señoreados y gobernados por extraños, no usurpaban para sí todas las honras y cargos.

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

CAPITULO PRIMERO.

De nuevos alborotos que sucedieron en Castilla.

En Castilla no podian las cosas tener sosiego: los nobles divididos en parcialidades, cada cual se tomaba tanta mano en el gobierno y pretendia tener tanta autoridad cuantas eran sus fuerzas. El pueblo, como sin gobernalle, temeroso, descuidado, deseoso de cosas nuevas, conforme al vicio de nuestra naturaleza, que siempre piensa será mejor lo que está por venir que lo presente. Cualquier hombre inquieto tenia grande ocasion para revolvello todo, como acontece en las discordias civiles. Por las ciudades, villas y lugares, en poblados y despoblados cometian á cada paso mil maldades, robos, latrocinios y muertes, quién con deseo de vengarse de sus enemigos, quién por codicia, que se suele ordinariamente acompañar con crueldad. Quebrantaban las casas, saqueaban los bienes, robaban los ganados, todo andaba lleno de tristeza y llanto, miserable avenida de males y daños. La Reina era menospreciada por ser mujer; el Rey por su tierna edad no tenia autoridad ni fuerzas, puesto que luego el siguiente dia despues que su padre falleció en Toledo le alzaron por rey con todo aquel homenaje y ceremonias que se suelen hacer á los príncipes. La Reina mandó luego franquear la gente de cierta imposicion puesta sobre los mantenimientos, que los españoles llaman sisa, la cual imposicion fué harta parte para la mala satisfacion y desgusto que todos tenian contra su marido el rey don Sancho. Con este regalo se amansó el pueblo, y fué causa que se mostrase constante en la fe y lealtad que juraron, si bien los príncipes comarcanos por su gran codicia y ambicion casi todos estaban con las armas á punto para correr á la presa, sin que hobiese quien se lo estorbase. Ocasiones y títulos para mover la guerra no les podian faltar en tiempos tan revueltos y desasosegados. Juan Nuñez de Lara, que quedó mas obligado á guardar lealtad, conforme á su natural inconstancia, claramente inclinaba á favorecer á los enemigos. Acordábase que en tiempo del rey don Sancho corrió riesgo de la vida; esto y la esperanza de acrecentar á rio vuelto su estado y cobrar las villas que los dias pasados le quitaron le convidaban á ser parte en las revueltas. El infante don Enrique, por su larga prision mas mal acondicionado y desabrido de lo que de suyo era, inconstante y usado á malas mañas, como tal pretendia apoderarse del gobierno. Teníase por agraviado del Rey porque en su testamento no hizo dél mencion ni le encomendó alguna parte de las cosas. Con esta pretension en Berlanga lo primero tuvo particulares juntas, poco despues divulgada la fama, muchos lugares de aquella comarca se le allegaron; en particular la real ciudad de Búrgos mas que todos favorecia estas sus pretensiones. Por este mismo respeto se juntaron de todo el reino Cortes en Valladolid, en que los nobles se mostraron tan de parte de don Enrique, que aunque el Rey y la Reina acudieron para hallarse presentes, no les dieron entrada en la villa hasta ya tarde y haciéndoles dejar su acompañamiento y cortesanos para tener mas libertad de determinar lo que les pluguiese. Acordóse en aquellas Cortes que don Enrique tuviese el gobierno del reino; el cuidado de criar al Rey se quedó á la Reina, y sin embargo, todos los presentes de nuevo hicieron pleito homenaje al niño Rey. Dejó el rey don Sancho en su testamento á su hijo el infante don Enrique el señorío de Vizcaya como adquirido por las armas. Diego Lopez de Haro por la parte de Navarra entró con grande furia en aquella provincia, y se apoderó de todos los pueblos della, parte por fuerza, parte por voluntad, fuera de Balmaseda y Orduña. Favorecian estas pretensiones de don Diego de Haro los hermanos Laras, porque sin acordarse de los antiguos bandos y diferencias que solian tener entre sí estos dos linajes, se hicieron á una en odio de don Enrique, ca les pesaba en el alma le encargasen el gobierno del reino, alterado en esta parte el testamento del rey don Sancho y contra su voluntad. El infante don Juan, tio del Rey, desde Africa, donde hasta esta sazon se detuvo, dió la vuelta á Granada para pretender el reino de Castilla. Parecíale seguia en esto el ejemplo del rey don Sancho, su hermano, y aun se le aventajaba en el derecho á causa que el nuevo rey don Fernando no era nacido de legítimo matrimonio. Fué cosa maravillosa los muchos que por esta causa se alborotaron, con que tuvo comodidad de apoderarse de Alcántara y algunos otros lugares á la raya de Portugal. El rey Dionisio de Portugal le favorecia, y estaba declarado por su parte, tanto, que al tiempo que se hacian las Cortes en Valladolid envió por sus reyes de armas á denunciar la guerra á Castilla. Gran miedo se mostraba por todas partes, grandes revueltas y tempestades de guerras. Todos empero estos trabajos se pudieran disimular, si como nunca las desgracias paran en poco, no se levantara otro mayor torbellino por la parte de Aragon. En Bordalua, que es en el distrito de Hariza, se juntaron el rey de Aragon y don Alonso de la Cerda, que se intitulaba rey de Castilla y de Leon. Hicieron allí sus conciertos á 21 de enero, año del Señor de 1296. Las capitulaciones fueron estas: que juntasen sus fuerzas para que don Alonso recobrase el reino de su abuelo; el reino de Murcia se diese al rey de Aragon; al infante don Juan el reino de Leon, Galicia y Sevilla; la ciudad

de Cuenca, Alarcon, Moya y Cañete fuesen para el infante don Pedro de Aragon en premio del trabajo que en aquella empresa tomaba, como general que señalaron para aquella guerra. Entraban en aquel concierto la reina doña Violante, abuela de don Alonso, los reyes de Francia, Portugal y Granada, y poco despues se les allegó don Juan de Lara por el deseo que tenia de recobrar á Albarracin. Al contrario don Diego de Haro por la buena industria de la Reina se reconcilió con el Rey; hiciéronle merced del estado de don Juan de Lara, que se pasara á los aragoneses, para que le tuviese juntamente con el señorío de Vizcaya. Destos principios y por esta forma granjearon otros muchos grandes, particularmente á don Juan Alonso de Haro con hacelle merced de los Cameros, estado que pretendia él serle debido. Por todas partes se procuraban ayudas contra las tempestades de guerras que amenazaban. El campo de los aragoneses debajo de la conducta de don Alonso de la Cerda y del infante don Pedro entró en Castilla por el mes de abril; en Baltanas se le juntaron el infante don Juan y don Juan Nuñez de Lara. No pararon hasta llegar á Leon, ciudad que fué antiguamente rica y grande, á la sazon de pequeño número de moradores, pobre de armas y de gente, que fué la causa de rendirse á los enemigos con facilidad, principalmente que tenian inteligencias secretas con algunos ciudadanos. En aquella ciudad fué alzado el infante don Juan por rey de Leon, Galicia y Sevilla. Poco despues en Sahagun dieron á don Alonso de la Cerda título de rey de Castilla, y alzaron por él los pendones con la misma facilidad y priesa, en cumplimiento todo de lo que tenian concertado. De allí pasaron á ponerse sobre Mayorga, que está á cinco leguas de Sahagun. Defendióse la villa valerosamente por tener buenas murallas y estar guarnecida de gente y armas; el cerco duró hasta el mes de agosto. Mandaron á la sazon juntar en Valladolid todos los grandes del reino y los procuradores de las ciudades. Acudió el primero don Enrique; y luego que se apeó, vestido como estaba de camino, se fué á ver con la Reina, que en el castillo oia misa. Hecha la acostumbrada mesura, con muestra fingida de gran sentimiento le declaró el peligro que todo corria. «Tres reyes se han conjurado en nuestro daño; á estos sigue gran parte de los grandes del reino; contra tanta potencia y tempestad ¿qué reparo es una mujer, un viejo y un niño? Paréceme, Señora, que las fuerzas se ayuden con maña. Injustamente, respondió ella, y con malos medios procuran despojar á mi hijo del reino de su padre; espero en Dios tendrá cuidado de defender su inocente edad. Este es el refugio mas cierto y la esperanza que tengo. Está bien; no se remedian los males, dijo don Enrique, ni los santos se granjean con votos y lágrimas femeniles. Los peligros se han de remediar con velar, cuidar y rodear el pensamiento por todas partes; así se ha conservado la república en los grandes peligros. En el sueño y descuido está cierta la ruina y perdicion; mi parecer es que os caseis, Señora, con don Pedro, infante de Aragon, él soltero y vos viuda. Deseo os agradase este mi consejo cuanto seria saludable. Poned, Señora, los ojos y las mientes en matronas asaz principales, que por este camino sin tacha y sin amancillar su buen nombre mantuvieron á sí y á sus hijos en sus estados, de suerte que ni á ellas ser mujeres empeció, ni á los infantes su tierna edad.» Turbóse la Reina con estas razones. Respondióle con libertad y con el rostro torcido y aun demudado: «Afuera, Señor, tal mengua; no me menteis cosa de tanta deshonra é infamia; nunca me podré persuadir de conservar el reino á mi hijo con agraviar á su padre, ni tengo para qué imitar ejemplos de señoras forasteras, pues hay tantos de mujeres ilustres de nuestra nacion que conservaron la integridad de su fama, y con vida casta y limpia en su viudez mantuvieron en pié los estados de sus hijos en el tiempo de su tierna edad. No faltarán socorros y fuerzas, no fallecerá la divina clemencia, y una inocente vida prestará mas que todas las artes. Cuando todo corra turbio y el peligro sea cierto, yo tengo de perseverar en este buen propósito; no quiero amancillar la majestad de mi hijo con flaqueza semejante.» Desta manera se desbarató el intento de don Enrique. Hacian levas de gente para acudir al peligro. Juntáronse hasta cuatro mil caballos; mas no pudieron persuadir á don Enrique que fuese con ellos á desbaratar el cerco que sobre Mayorga tenian puesto. Daba por excusa que era forzoso acudir á la guerra del Andalucía. Solamente fueron á Zamora por sosegalla y aseguralla en la fe y lealtad de su Rey, que andaba en balanzas. Las cosas casi desiertas y desamparadas, los santos patrones y abogados de Castilla las sustentaron. Con la tardanza del cerco se resfrió la furia con que los enemigos al principio vinieron. Asimismo el excesivo calor del verano, la destemplanza del cielo y la falta que de todas las cosas se padecia en el ejército causó grandes enfermedades. Esto y la muerte que sucedió del infante don Pedro, su general, los forzaron de tornarse á su tierra sin hacer cosa alguna memorable. Muchos dellos faltaron en esta jornada; el campo, en que se contaban mil hombres de armas y cincuenta mil soldados, volvieron asaz menoscabados en número, menguados de fuerzas y contento. El rey de Aragon en el mismo tiempo por las fronteras de Murcia, por donde entró, tuvo mejor suceso, que tomó á Murcia y todos los lugares y villas á la redonda, y lo metió en su reino, excepto la ciudad de Lorca y las villas de Alcalá y Mula, que se mantuvieron por el rey don Fernando. En tantas turbaciones y peligros de Castilla don Enrique, en cuyo poder estaba el gobierno de todo el reino, no hacia grande esfuerzo para favorecer á alguna de las partes, antes se mostraba neutral, y parecia que llevaba mira de allegarse á aquella parte que mejor suceso y fortuna tuviese. Por donde ni los enemigos tuvieron que agradecelle, y incurrió en gravísimo odio de todos los naturales y en gran sospecha que la guerra que se hacia era por su voluntad, y que todo el mal y daño recebido no fué por falta de nuestros soldados ni por valor de los enemigos, sino por engaño suyo y maña. La Reina contra estas mañas de don Enrique usaba de semejante disimulacion, no se daba por entendida; otros caballeros principales á las claras se lo daban en rostro. En este número Alonso Perez de Guzman, á dicho y por confesion de todos, tuvo el primer lugar, porque defendió las fronteras de Andalucía contra las insolencias y correrías de los moros; y lo que era mas dificultoso, contrastó con grande ánimo y mas que todos á las pretensiones del infante don Enrique, ca por no dar tanto que decir á las gentes y por no parecer que

se estaba ocioso, con gente de guerra que juntó marchó la vuelta del Andalucía para refrenar los insultos de los moros. Tuvo con ellos una refriega junto á Arjona, en que fué vencido, y su persona corrió mucho riesgo á causa que le cortaron las riendas del caballo, y por no tener con que regille, estuvo en términos de ser preso, si Alonso Perez de Guzman no le proveyera en aquel aprieto de otro caballo, con que se pudo salvar. Despues deste encuentro se trató de renovar las paces con los moros. Pedia el rey de Granada á Tarifa, y ofrecia en trueco otros veinte y dos castillos, demás que daria de presente veinte mil escudos, y contaria adelantado todo el tributo de cuatro años que acostumbraba á pagar. Este partido parecia bien á don Enrique por el aprieto en que las cosas se hallaban y falta que tenian de dinero. Alonso Perez de Guzman era de contrario parecer, y mostraba con razones bastantes seria cosa muy perjudicial, así fiarse de aquel bárbaro como entregalle á Tarifa. Esta diferencia estaba encendida, y amenazaba nueva guerra. Llegaron á término que los moros con su gente y con la nuestra, cosa asaz vergonzosa, se pusieron sobre aquella ciudad. Hallábase Alonso de Guzman sin fuerzas bastantes; los suyos le desamparaban, y le eran contrarios los que debieran ayudar; acordó de buscar ayuda en los extraños. El rey de Portugal era enemigo declarado, y movia las armas contra Castilla. Parecióle dar un tiento al rey de Aragon si por ventura se moviese á favorecelle, vista la afrenta de los cristianos y el peligro que todos corrian. Escribióle una carta deste tenor: «Mucha pena me »da ser cargoso antes de hacer algun servicio. El deseo »de la salud y bien de la patria comun, el respeto de la »religion me fuerzan acudir á vuestro amparo y pro»teccion, lo cual hago no por mi particular, que de »buena gana acabaria con la vida, si en esto hobiese »de parar el daño, y esperaria la muerte como fin des»tas miserias y desgracias. Lo que toca á la república, »siento en grande manera que no sea tan trabajada y »maltratada por los moros cuanto por la deslealtad de »algunos de los nuestros. ¡Oh gran maldad! Porque ¿qué »cosa puede ser mas grave que encaminar aquellos mis»mos el daño que tenian obligacion de desvialle? Qué »cosa mas peligrosa que en muestra de procurar el bien »comun armar la celada? Quieren y mandan que Tari»fa, ciudad que nos está encomendada, sea entregada »á los moros. Y dado que usan de otros colores, la ver»dad es que, quitada esta defensa y baluarte fortísi»mo contra las fuerzas de Africa, pretenden que Es»paña quede desnuda y flaca en medio de tantos tor»bellinos, y por este medio reinar ellos solos, y »adelantar sus estados con la destruicion de la patria »comun. Valerosos caballeros por cierto y esforzados, »esclarecidos defensores de España, yo tengo deter»minado con la misma fe y constancia por que menos»precié los dias pasados la vida de mi único hijo de »mantenerme en la lealtad sin mancilla con mi propria »sangre y vida, que es lo que solo me resta. Si me en»viáredes, Señor, algun dinero y algun socorro por el »mar, desde aquí vos juro de tener esta plaza por vues»tra hasta tanto que llegado el Rey, mi señor, á mayor »edad seais enteramente pagado de todos los gastos. »Los enojos pasados, si algunos hay de por medio, la »caridad y amor que debeis á la patria los amanse. Te-
»ned por cierto que será cosa muy honro
»defender la tierna edad de un Rey huérfa
»jurias y daños de los extraños, y mucho
»engaños y embustes de sus mismos vasall
puesta que á esta carta dió el rey de Ara
mucho su lealtad y constancia, pero qu
puesto poco antes confederacion con los m
dia faltar á su palabra; que si ellos la queb
no faltaria de acudir á la esperanza que
favorecer la causa comun. Movíase á la n
otra guerra de parte de Portugal; aquel r
su gente entró hasta Salamanca. Acudiéro
infante don Juan, tio del rey don Fernando
Nuñez de Lara despues que el campo de lo
dió la vuelta á su tierra. Entraron en consu
que se debia hacer en esta jornada; pare
sitio sobre Valladolid, en que tenian al rey
do. Con este acuerdo llegaron á Simanca
dos leguas de aquella villa. Allí muchos
partieron del campo de los portugueses p
cosa muy fea que un rey fuese perseguido
sus mismos vasallos. El rey Portugués, co
los demás no hiciesen otro tanto, y que desp
los caminos no le fuese la vuelta dificult
mente que entraba ya el invierno, se par
priesa, primero á Medina del Campo, y des
tugal, despedido y desbaratado su ejércit
que la Reina tenia aprestada para acudir á
fué por su mandado á cercar la villa de Pa
hizo efecto alguno á causa que don Enrique
te que tenia levantada en el reino de Tole
tilla desbarató aquella empresa. Decia n
estorbar las Cortes que tenian llamadas pa
con aquella guerra por caer aquella villa
Este era el color que tomó, como quier qu
estaba desabrido con el rey don Fernando
á la parte de los contrarios. La Reina co
y disimulacion pesaba por aquellos emb
muestra de amor pretendia ganalle, y en
tiempo le hizo merced de Santistéban de G
lecantor. Con la misma maña atrajo á don J
á su voluntad, puesto que no se podian ase
si le dieran á Albarracin, fácilmente se pas
goneses. Tuviéronse pues las Cortes en V
entrada del año 1297. En ellas por la gr
tenian de dinero prometieron los pueblo
con gran cantidad para los gastos de la g
lo cumplieron poco despues. En el mismo
el valor y diligencia de Juan Alonso de Har
navarros puestos en huida, los cuales de r
deraran de parte de la ciudad de Najara;
era recobrar el distrito antiguo de aquel
particular toda la Rioja. Don Jaime, rey
en Roma, donde era ido llamado del Papa,
do por rey de Cerdeña y Córcega. Acud
Sicilia doña Costanza, su madre, y doña
hermana, Rugier Lauria, general del mar,
chita. Estaba concertada por medio de
doña Violante con Roberto, duque de Cala
dero que habia de ser del reino de Nápole
este casamiento, y el mismo pontífice Boni
los nuevos casados; las fiestas y regocijos
grandes. El rey don Fadrique se apercebia

der el reino que le dieron con tanta voluntad. Declaróse la guerra contra él como contra quien alteraba la paz comun de toda la cristiandad; nombraron por general desta guerra á su mismo hermano el rey de Aragon; resolucion la mas extraña que se pudo pensar, armar un hermano contra otro y quebrantar el derecho natural, pero tanto pudo la fe y el escrúpulo y el mandato del resoluto Pontífice. Ordenadas pues las cosas desta manera, el rey don Jaime se partió para Aragon con intento de aprestarse para la guerra. Rugier Lauria fué enviado á Nápoles para servir á aquellos príncipes en aquella demanda. La reina doña Costanza y Juan Prochita se quedaron en Roma movidos por la devocion y santidad de aquella ciudad, cansados de tantos trabajos y por compasion del miserable estado en que vian puesta á Sicilia. No falta quien diga que murieron en Roma; la mas verdadera opinion, con que concuerdan autores muy graves, es que la reina doña Costanza cinco años adelante falleció en Barcelona, y que fué allí sepultada en el monasterio de San Francisco, en que hoy se ve un túmulo suyo con su letrero y nombre desta señora grabado en la piedra.

CAPITULO II.

Que el rey don Fernando de Castilla se desposó.

Vuelto que fué el rey de Aragon á su tierra, le tornaron los navarros los pueblos Lerda, Ulia, Filera y Salvatierra, como se decretó en los conciertos que en Anagni se hicieron, y hasta este tiempo no se habia efectuado. El año próximo siguiente, que fué de 1298, era virey de Navarra por los franceses Alonso Roneo, de nacion francés. Don Fernando, hermano bastardo del rey de Aragon, por voluntad del mismo Rey y por su mandado fué despojado de la ciudad de Albarracin, y la entregaron á Juan Nuñez de Lara, que parecia tener mejor derecho y se sabia claramente que se hizo agravio á su padre en quitársela, á lo menos se decia así. Este era el color que se tomó; lo que pretendia á la verdad el rey de Aragon con esto era tornar en su amistad un caballero tan poderoso y tenelle de su bando. Don Juan de Lara hizo su juramento y pleito homenaje en la ciudad de Valencia á los 7 dias del mes de abril de guardar á aquel Rey fe y lealtad mayor, es á saber, que solia. Estas prevenciones hacia el rey de Aragon porque pensaba de acometer en un mismo tiempo con sus armas los reinos de Castilla y de Sicilia; pretensiones mas arduas de lo que su estado ni riquezas podian llevar. El rey de Sicilia, por habelle todos desamparado, estaba mas cercano al naufragio. El rey de Castilla se reconcilió con don Dionisio, rey de Portugal, por medio de dos casamientos que se concertaron. El uno fué de doña Costanza, hija de don Dionisio, bien que no era de edad para casarse, con el rey don Fernando, como antes lo tenian tratado. En Alcañiz, que es un lugar cerca de Zamora á la raya de Portugal, en que los reyes se juntaron á vistas para tratar de las paces, se celebró con solemnidad el desposorio. Las muestras de alegría pública, por la esperanza cierta que todos tenian de perpetua concordia, fueron tanto mayores, que doña Beatriz, hermana del rey don Fernando, se desposó tambien á trueco, que fué el otro matrimonio, con el infante don Alonso, hijo de don Dionisio y heredero de su reino, aunque no tenia él mas de ocho años. Para mayor seguridad la Reina, madre de la doncella, la entregó á su suegro, y así la llevaron á Portugal. Era tan grande el deseo de efectuar y establecer esta paz y concordia, que aunque no se dió en dote cosa alguna á doña Costanza, al de Portugal le dieron con su esposa á Olivenza y Congüela y otro pueblo, que se llama el Campo de Moya, con alguna nota de la grandeza de Castilla y grandísima señal de miedo; pero tal era el estado de las cosas y la revuelta de los tiempos, que no se avergonzaron de rescatar la paz con su deshonra y menoscabo. Lo que el rey de Portugal hizo cuando se tornó á su tierra solamente fué dar trecientos hombres de á caballo escogidos, y por capitan dellos á Juan Alonso de Alburquerque para que estuviesen en servicio del rey de Castilla contra don Juan, tio del rey don Fernando, que se intitulaba rey de Leon, como arriba dijimos. Esta ayuda de Portugal y toda esta costa fué de mas ruido que provecho, y así, los caballeros se tornaron á Portugal sin dejar hecha cosa alguna. Por otra parte, don Alonso de la Cerda habia tomado á Almazan y otros lugares que están allí á la redonda á la raya de Aragon y puesto allí soldados de guarnicion. Sigüenza fué acometida por los soldados de don Juan de Lara, que cae cerca de la misma raya; pero por el gran valor de los ciudadanos se defendió y estuvo constante en su fe. Los conjurados tenian gran falta de dineros, que lo demás parecia que les era fácil y favorable; y porque no faltase para las provisiones y pagas, batieron moneda con las insignias y nombre de rey, baja de ley de manera tal, que si la ensayaban y hundian, se perdia gran parte del valor. Don Dionisio, rey de Portugal, á ruego de su yerno, vino con buen escuadron de gente de guerra en su favor y ayuda por la parte de Ciudad-Rodrigo, pero con mayor sosiego y gana de paz que las cosas tan revueltas requerian. Así, sin hacer efecto alguno casi como enojado se tornó á Portugal. La causa de su enojo fué querer que al infante don Juan, que usurpaba título de rey, le dejasen para él y sus herederos y sucesores la provincia de Galicia, de que por fuerza de armas estaba apoderado, y que la ciudad de Leon la gozase por sus dias. La Reina y los grandes de Castilla no eran deste parecer, porque debajo de aquella muestra de paz se encerraban deshonor, daño y menoscabo del reino, cuya autoridad se disminuia, y cuyas fuerzas se enflaquecian con quitalle una provincia tan principal. Con la vuelta del rey de Portugal algunos grandes de Castilla, que hasta entonces por miedo estuvieron sosegados, comenzaron muy fuera de tiempo á alborotarse. Parece que de la revuelta del reino querian tomar ocasion unos para vengar sus injurias, otros para acrecentar sus estados. El sufrimiento de la Reina fué maravilloso y su disimulacion, porque de su voluntad acudia á sus codicias, y les daba las villas y castillos que ellos pretendian, á trueco de conservar la paz; que es gran prudencia en tiempos revueltos acomodarse á la necesidad, y no hay ninguno tan amigo de las armas que no quiera mas alcanzar lo que desea con sosiego que poner su persona al peligro. Sobre el reino de Sicilia andaba la guerra muy brava. El crédito de Rugier Lauria era grande, mucho lo que ayudaba á la parte de Francia, que parece llevaba consigo la victoria y buenandanza á la

parte que se acostaba y allegaba. Por su buena diligencia se ganaron muchas plazas que estaban por los sicilianos en lo postrero de Italia, que fué la causa de que en Sicilia le acusaron de aleve; y como fuese por sentencia condenado, le despojaron de un gran estado que en aquella isla tenia, merced de los reyes pasados en premio de sus grandes méritos y servicios. Desde á poco, como se hobiese apoderado en la Calabria de la ciudad de Cantanzaro y pretendiese ganar el castillo, que todavía se tenia por los contrarios, fué vencido en una batalla por menor número de soldados que los que él tenia. El hacer poco caso de sus enemigos fué ocasion deste daño, que el popar al enemigo siempre es peligroso, demás que se dice peleó con el sol de cara, otro daño no menor. Muchos fueron los muertos; los mas se salvaron por la escuridad de la noche. El mismo capitan Rugier con algunas heridas que le dieron en la batalla se estuvo escondido en unos lugares allí cerca hasta tanto que se pudo escapar, y pasó en Aragon con gran deseo de vengarse. Fué tanto mayor la pesadumbre que recibió desta desgracia, que nunca tal le aconteció, como el que siempre salió victorioso en las demás batallas. Desde Aragon el Rey y Rugier, caudillos de aquella empresa, señalados por los príncipes confederados de comun consentimiento, se hicieron á la vela con una gruesa armada que ya tenian aprestada, en que se contaban no menos de ochenta galeras. Llegaron con buen tiempo á Roma; el sumo Pontífice les bendijo el estandarte real, y á ellos echó su bendicion. En Nápoles se les juntó Roberto, duque de Calabria, con otra armada que tenia á punto. Corrieron las marinas de Sicilia, donde todo al principio lo hallaron mas fácil de lo que pensaban. Apoderáronse de la ciudad de Pati, que se entiende Ptolemeo llamó Agatirion, y de otros castillos por aquella comarca. Desde allí, doblado el promontorio Peloro, que es el cabo de Melazo cerca de Mecina, y pasado el Estrecho, no pararon hasta ponerse sobre la ciudad de Siracusa. El cerco fué muy apretado por mar y por tierra, y sin embargo, duró muchos dias; esto, y por estar los lugares tan distantes, convidó á los ciudadanos de Pati para que, echada la guarnicion que tenian, volviesen al poder del rey don Fadrique. Trataban de combatir el castillo, que todavía se tenia por Aragon. Acudió por mandado del rey de Aragon Juan Lauria con veinte galeras para socorrer los cercados; proveyó el castillo de vituallas y lo demás necesario para la defensa; á la vuelta empero fué preso él y diez y seis galeras de las que llevaba por los de Mecina, que, puesta su armada en órden, le salieron al encuentro y le vencieron. Es aquel Estrecho muy peligroso á causa de las grandes corrientes y remolinos que tiene; altéranse las olas sin órden, y á manera de vientos combaten entre sí y corren á fuer de un arrebatado raudal, ora hácia una parte, ora hácia la contraria, de que resultan remolinos y peligros muy grandes para los que navegan. La experiencia que desto tenian ayudó mucho á los sicilianos, y fué causa que los aragoneses se perdiesen por saber poco de aquel paso. La ciudad de Siracusa en el entre tanto se defendia valerosamente; ayudaba mucho la presencia del rey don Fadrique, que se puso en los lugares cercanos, y estaba alerta para aprovecharse de la ocasion. Por estas dificultades los aragoneses fueron forzados á alzar el cerco, en especial que el ejército le tenian muy menoscabado, muertos mas de diez y ocho mil hombres, que perecieron á causa de los grandes calores, á que no estaban acostumbrados; y de la falta de las cosas necesarias procedieron graves enfermedades. Pusieron acusacion á Juan Lauria en Mecina; mandáronle que desde la cárcel hiciese su descargo; finalmente se vino á sentencia, y le cortaron la cabeza como á traidor. Fué increible el dolor que Rugier Lauria, su tio, recibió deste caso; bufaba de coraje y de pesar, que bien entendió aquella afrenta y aquel daño se hacia á su persona propia. No pudo acudir luego á la venganza porque en compañía del rey de Aragon era pasado en España. Dende, pasados los frios del invierno, ambos volvieron sobre Sicilia con mucho mayor armada que antes. Juntáronseles en el camino dos hijos del rey de Nápoles, es á saber, Roberto y Filipo. Llegaron todos juntos al cabo de Orlando, que está cerca de la ciudad de Pati; el número de las galeras era cincuenta y seis sin otros muchos bajeles. El rey don Fadrique, como viese animada su gente por la victoria pasada, acordó de representar la batalla á sus enemigos, dado que su armada era mucho menor, que no pasaba de hasta cuarenta galeras. Peleó valerosamente, mas al fin fué desbaratado; sus galeras, parte tomadas por los contrarios, parte se pusieron en huida. Fué grande la crueldad de que el general Rugier Lauria usó con los cautivos; hizo morir gran número dellos con deseo de vengarse; entre los otros degollaron á Conrado Lanza, hombre muy principal, de que resultó grande odio contra la gente catalana. El mismo don Fadrique estuvo en gran riesgo de ser preso, porque como quier que hobiese defendido su galera por largo espacio, ya que la iban á tomar, cayó desmayado; los suyos sacaron la galera de la batalla, con la cual y otras pocas se retiraron á Mecina. Con tanto el rey de Aragon, á instancia que le hicieron desde España y causas que alegaban y razones verdaderas ó aparentes, sin pasar adelante dió la vuelta, no sin queja del Papa y del rey de Nápoles. Verdad es que los mas cuerdos aprobaban este acuerdo; que sin duda era cosa recia por negocios ajenos poner los suyos en balanzas y su persona á riesgo; fuera de que ganada aquella victoria, no dejaba de condolerse del rey don Fadrique, que en fin era su hermano. Dióse aquella batalla memorable y de las mas señaladas de aquel tiempo un dia sábado á 4 del mes de julio, año de 1299. En el mismo año falleció en Roma don Gonzalo, cardenal y arzobispo de Toledo, como lo reza la letra de su sepultura en Santa María la mayor de aquella ciudad. Sucedióle su sobrino don Gonzalo III. Su padre, Dia Sanchez Palomeque; su madre, doña Teresa Gudiel, hermana del Cardenal, ciudadanos de Toledo. Sobre el tiempo en que le eligieron hay dificultad; quién dice que algunos años antes, cuando su tio despues de la muerte del rey don Sancho partió para Roma, á lo que se entiende, á negociar dispensase el Papa en aquel su casamiento; quién que cuando el papa Bonifacio VIII le hizo cardenal por el mes de diciembre del año próximo pasado de 1298, por ser aquellas dignidades incompatibles y costumbre que el obispo á quien daban capelo dejase el obispado; quién que subió á aquella silla por muerte del Cardenal. Esto nos parece mas probable por hallarse en papeles, que este año por el mes

de agosto se llama electo de Toledo; así los años antes tuvo por su tio el gobierno de aquella iglesia, mas no la dignidad. Volvamos á Sicilia, donde los franceses se quedaron para llevar su intento adelante, seguir la victoria y ejecutalla; pero hicieron un yerro manifiesto, que dividieron el ejército en dos partes. Roberto y Rugier Lauria se encargaron de cercar á Rendazo, que es una plaza muy fuerte, puesta entre Pati y Catania casi á la mitad del camino. Filipo, duque de Taranto, fué con parte de la armada á correr las marinas del cabo de Trapana. Acudió á aquella parte el rey don Fadrique, tomó á los contrarios de sobresalto, y con su arrebatada venida se dió la batalla, en que fueron vencidos los franceses, y Filipo, su general, preso; que fué una buena ocasion para hacer las paces y confederarse aquellas dos naciones con una alianza que se hizo, tan dichosa y acertada cuanto la guerra era desgraciada.

CAPITULO III.

Del año del jubileo.

Corria á la sazon el año postrero deste siglo, es á saber, el de nuestra salvacion de 1300, año muy señalado por una ley que hizo y publicó para que se guardase perpetuamente el pontífice Bonifacio, tomada en parte de la costumbre antigua de la ciudad de Roma, que celebraba su fundacion con ciertos juegos y fiestas cada cien años, en parte de la usanza y ley del pueblo judáico, donde cada cincuenta años habia jubileo. Ordenó pues que al fin de cada cien años se concediese plenaria indulgencia y remision de todos los pecados á todos los que en aquel año devotamente visitasen las iglesias de Roma, iglesias llenas de devocion, de sagradas reliquias y antigüedad. Esta ley era á propósito y se enderezaba para ennoblecer la majestad de Roma y para aumentar el culto de la religion. La cual Clemente VI redujo á cada cincuenta años; y mas adelante Sixto IV, con otra nueva ley y constitucion que hizo, atenta la humana flaqueza y la brevedad de la vida, mandó que se guardase y celebrase el jubileo cada veinte y cinco años. Fué grande el concurso de gente que aquel año acudió á la ciudad de Roma á fama deste jubileo. Entre otros vino Cárlos de Valoes, casado en segundo matrimonio con madama Catarina, hija de Filipo, nieta del emperador Balduino; y así pretendia cobrar el imperio de Grecia, á él debido como en dote de su mujer. Si salia con la empresa, publicaba renovaria la guerra de la Tierra-Santa, que tenian olvidada de tantos años atrás. Cosa honrosa para el sumo Pontífice, que en su tiempo y con su favor se tornasen á tomar las armas para la guerra sagrada. Venia el Papa bien en esto; prometia que no saldrian vanas las esperanzas de Cárlos, con tal que desde Francia tornase á Italia á la primavera con ejército bastante. En Vizcaya, que estaba en poder de Diego Lopez de Haro, hermano de don Lope Diaz de Haro, aquel que dijimos fué muerto en Alfaro en tiempo del rey don Sancho, se edificó la villa de Bilbao, la mas noble de toda aquella provincia á la ribera del rio Nervio; los moradores por la mucha anchura que lleva le llaman Ibaisabelo. Está dos leguas del mar, y porque allí se traen muchas mercadurías que de las naves se descargan, hay gran comercio y concurso de gente. Los mercaderes de Bermeo, por la comodidad del lugar, los mas dellos se pasaron á morar y hacer su asiento en aquella poblacion nueva. A los moradores se les concedió que viviesen conforme á los fueros de Logroño. En Lérida otrosí fundó el rey de Aragon universidad, y le concedió los privilegios acostumbrados; llamaron maestros que leyesen en ella todas las ciencias con salarios que les señalaron. En aquel tiempo era virey de Navarra por los franceses Alonso Roleedo, sin que sucediese cosa en aquella provincia por entonces que de contar sea, sino que gozaban de una paz y sosiego grande, que es lo mas principal que se puede desear, como quier que las otras provincias de España estuviesen continuamente atormentadas con guerras y desasosiegos. Este envió á Valladolid un embajador á la Reina, que era la que tenia en pié las cosas entonces con su valor y prudencia, á pedille restituyese todo el término desde Atapuerca, que es una villa así llamada junto á Búrgos, hasta las fronteras de Navarra; alegaba que les pertenecia, y que antiguamente lo quitaron á gran tuerto los reyes de Castilla á los navarros sin otro derecho mas del que consiste en la fuerza. La Reina mandó fuesen muy bien tratados los embajadores y que espléndidamente los hospedasen. La respuesta que les dió fué que bien entendia no se pedia aquello de órden ni por voluntad del rey de Francia, y que el derecho de reinar mas consiste en la posesion fresca y nueva y en el uso della que en títulos y papeles viejos y olvidados. Los embajadores, visto el mal despacho que les daban, acudieron á don Alonso de la Cerda y á don Juan Nuñez de Lara, ca pensaban por aquel camino alcanzar mas fruto de su embajada. Estos señores, acometido que hobieron á Palencia, que casi estuvieron á pique de tomalla por traicion de algunos ciudadanos, como no les salió bien la empresa, estaban retirados en Dueñas. Allí, oidos los embajadores, hicieron mercedes con larga mano del señorío ajeno, y fué don Juan de Lara á Francia para que en presencia de aquel Rey tratase de todas las condiciones y incitase á los franceses á que con brevedad les acudiesen con el socorro de gente necesario. Poco fruto sacaron de toda aquella diligencia, si bien los mismos hermanos Cerdas fueron asimismo á Francia en pos de don Juan Nuñez de Lara; pero ni los unos ni los otros sacaron de su trabajo mas que buenas y corteses palabras, como quiera que al Francés le fuese mas en la guerra de Flándes, que andaba trabada entre aquellas dos naciones, que en la que tan léjos les caia y les era de menos importancia. Solamente, hecha su confederacion, Filipo, rey de Francia, les dió licencia para que pudiesen hacer gente en Navarra. Hiciéronlo así, y un escuadron de soldados entró por aquella parte en el distrito de Calahorra. Salióles al encuentro don Juan Alonso de Haro, señor de los Cameros, y en un rebate que tuvo con ellos los venció y prendió á su caudillo don Juan Nuñez de Lara, al cual no quiso poner en libertad hasta tanto que restituyese todos los castillos y pueblos del reino que le entregaran en tenencia. Ultra desto, juró que guardaria lealtad al rey don Fernando y le seria buen vasallo. Desto mismo tomó ocasion el rey de Aragon para poner debajo de su corona la ciudad de Albarracin, que antes restituyó al dicho don Juan. Junto con esto el infante don Juan, tio del rey don Fernando, dejadas las armas, en que tenia poco remedio contra las fuerzas de su so-

brino, que de cada dia iban en aumento, se resolvió de seguir mejor partido. Tratóse dello, y el concierto se hizo el año del Señor de 1301. Las capitulaciones del asiento fueron estas: que ante todas cosas dejase el nombre de rey que usurpara; que restituyese todas las ciudades y pueblos de que se apoderó en el tiempo de la guerra; que el principado de Vizcaya, que pretendia ser dote de su mujer, le dejase á don Diego Lopez de Haro, y á él diesen en trueco á Medina de Ruiseco, Castronuño, Mansilla, Paredes y Cebreros, lugares de que le hicieron merced la Reina y el Rey, su hijo, por excusar nuevas alteraciones y para que tuviese con qué sustentar su vida como persona que era tan principal.

CAPITULO IV.

De Raimundo Lulio.

Dos cosas sucedieron este año, ni muy pequeñas ni muy señaladas, de que pareció todavía hacer mencion en este lugar. La una fué la muerte de Raimundo Lulio, persona que tuvo gran fama de santidad y de dotrina; la otra el agravio que se hizo á don Garci Lopez de Padilla, maestre de Calatrava, en deponelle de aquella dignidad. Raimundo fué catalan de nacion, nacido en la isla de Mallorca. Ocupóse siendo mas mozo en negocios y mercadurías con pretension de adelantarse en riquezas y seguir en esto las pisadas de sus antepasados, gente de honra y principal. Llegado á mayor edad se recogió al yermo, cansado de las cosas deste mundo y con deseo de huir la conversacion de los hombres. En aquella soledad escribió un arte, que por nuevos atajos y senderos en breve introduce al lector en conocimiento de las artes liberales, de la filosofía y aun tambien de las cosas divinas. Cosa de tan grande maravilla, que persona tan ignorante de letras, que aun no sabia la lengua latina, sacase, como sacó á luz, mas de veinte libros, algunos no pequeños, en lengua catalana, en que trata de cosas, así divinas como humanas, de suerte empero que apenas con industria y trabajo los hombres muy doctos pueden entender lo que pretende enseñar, tanto, que mas parecen deslumbramientos y trampantojos, con que la vista se engaña y deslumbra, burla y escarnio de las ciencias, que verdaderas artes y ciencias. Puesto que él testifica alcanzó lo que enseña por divina revelacion en un monte en que se le apareció Cristo, nuestro Dios y Señor, como enclavado en la cruz. Lo que en él merece sin duda ser alabado es que con deseo de extender la religion cristiana y convertir los moros pasó en Africa, y llegado á Bugia en la costa de Mauritania, como quier que no cesase de amonestar y reprehender aquella gente bárbara, de dos veces que allá fué, la primera le prendieron y maltrataron, la segunda le mataron á pedradas. Su cuerpo, traido á Mallorca, de aquellos isleños es tenido en grande veneracion, dado que no está canonizado ni su nombre puesto en el número de los santos. Sobre sus libros hay diversas opiniones. Muchos los tachan como sin provecho y aun dañosos, otros los alaban como venidos del cielo para remedio de nuestra ignorancia. A la verdad quinientas proposiciones sacadas de aquellos libros fueron condenadas en Aviñon por el papa Gregorio XI á instancia de Aimerico, fraile de la órden de los Predicadores y inquisidor que era en España, ciento de las cuales proposiciones puso Pedro, arzobispo de Tarragona, en la segunda parte del *Directorio de los Inquisidores*. Si va á decir verdad, muchas dellas son muy duras y malsonantes, y que al parecer no concuerdan con lo que siente y enseña la santa madre Iglesia. Esto nos parece; debe ser por nuestra rudeza y grosería, que impide no alcancemos y penetremos aquellas sutilezas en que los aficionados de Raimundo hallan sentidos maravillosos y misterios muy altos como los que tienen ojos mas claros, ó por ventura adivinan y fingen que ven ó sueñan lo que no ven, y procuran mostrarnos con el dedo lo que no hay. De los cuales hay en este tiempo gran número, y cátedras en Barcelona, Mallorca y Valencia para declarar los dichos libros, buscados con gran cuidado y estimados despues que fueron reprobados; que si no se hiciera dellos caso, el tiempo por ventura los hobiera sepultado en el olvido. Esto de Raimundo Lulio. Sus discípulos dicen que fué de noble linaje y que falleció en edad de setenta y cinco años, el de Cristo de 1315. Sospecho que en esto se engañan por lo que de los libros del mismo se saca. Lo cierto que fué casado y que dejó mujer y hijos pobres, por donde se ve que no fué tan grande alquimista como algunos le hacen. Al maestre de Calatrava derribó el desabrimiento que contra él tenian los caballeros de su órden, causado de su severidad y recia condicion. Ofrecióseles buena ocasion para ejecutar su saña, y fué que los nuestros no tenian fuerzas para reprimir á los moros por ser los tiempos tan revueltos y turbios, y aun hallo que el año pasado los moros se apoderaron de la villa de Alcaudete y la quitaron á los caballeros de Calatrava. Acometieron á Vaena, pero ya que tenian ganada buena parte de aquella villa, fueron lanzados por el valor y esfuerzo de los soldados que dentro tenia. Pusieron cerco á Jaen y la combatian con todo su poder. Imputaron todo este daño al Maestro, y en particular le achacaron que por su culpa se perdió Alcaudete; demás que decian de secreto tenia inteligencias y favorecia á don Alonso de la Cerda. Esta era la voz y el color, como quier que, mal pecado, aborreciesen su áspera condicion y su severidad; su valor y esfuerzo y gran destreza en las armas los atemorizaba, y por el miedo le aborrecian. Juntaron capítulo, en que absolvieron del maestrazgo á don Garci Lopez de Padilla, y pusieron en su lugar á don Aleman, comendador de Zorita, á sinrazon y contra justicia, como poco despues lo sentenciaron los jueces que sobre este caso señaló el Papa, es á saber, los padres de la órden del Cistel. Volvió pues á su dignidad al fin deste año y gobernó mucho tiempo aquella órden; mas como el aborrecimiento que le tenian los caballeros quedase mas reprimido que remediado, adelante al cabo de su vejez le tornaron á poner nuevos capítulos y acusaciones, con que de nuevo le depusieron, y en su lugar eligieron al maestre don Juan Nuñez de Prado, no con mejor derecho que al pasado. Verdad es que, como quier que don García por la vejez se hallase muy cansado y sin fuerzas, no solo para los trabajos de la guerra, sino aun para las cosas del gobierno, de su voluntad dejó á su contrario el maestrazgo, que tan contra justicia y sin razon le quitaron. Solo se reservó algunos pueblos en Aragon con que pasar su vejez; caballero de gran valor, no solo por sus grandes hazañas, sino en particular por menospreciar aquella dignidad y honra con deseo

de la paz y sosiego, perdonando con ánimo muy generoso el agravio recebido de sus contrarios. Volvamos con nuestro cuento al camino y órden que llevamos.

CAPITULO V.

De las bodas del rey don Fernando.

Tratábase con gran cuidado de alcanzar dispensacion del Papa para efectuar los casamientos que entre Portugal y Castilla tenian concertados, ca eran prohibidos por derecho á causa del parentesco entre los desposados. Tenian esperanza otorgaria con lo que pretendian, porque, demás de ser el negocio muy justificado, el pontífice Bonifacio se preciaba traer su origen y descendencia de España, con que parecia favorecer á los españoles, y aun comenzaba á desabrirse con los franceses. Los reyes de Castilla y de Portugal sobre esta razon se juntaron en Plasencia; acordaron de enviar sus embajadores á Roma, por cuyo medio consiguieron lo que deseaban. Demás desto, dispensó tambien el Pontífice en el casamiento de la reina doña María y del rey don Sancho, que tenia la misma falta, si bien don Sancho era ya muerto, y muchos decian no poderse revalidar los casamientos de difuntos que de derecho eran nulos, como gente que ignoraba cuán grande sea la autoridad de los sumos pontífices, cuyos términos extienden algunas veces por respetos que tienen y consideraciones, otras por el bien y en pro comun. Como vino la dispensacion, con nuevo gozo y alegría se hizo el casamiento del rey don Fernando y doña Costanza en Valladolid, y se celebraron las solemnidades de las bodas, que dilataran hasta entonces, así por la edad del Rey como por el parentesco que lo impedia. Ordenaron la casa real, y el Rey se encargó del gobierno. Don Juan Nuñez de Lara fué nombrado por mayordomo de palacio. Al infante don Enrique, tio del Rey, dieron á Atienza y á Santistéban de Gormaz en recompensa del gobierno del reino que le quitaban. Todas estas caricias no bastaban para sanar su mal pecho, porque se halla que á un mismo tiempo con trato doble y muestras fingidas de amistad tenia suspensos á los aragoneses y á los moros. Era su condicion y costumbre estar siempre á la mira de lo que sucediese y seguir el partido que le pareciese estalle mejor, que fué la causa de hacer se alzase el cerco que tenia sobre Almazan, villa que se tenia por los Cerdas; y la gente de guerra de Castilla que estaba sobre ella fué enviada á otras partes. En Hariza se vió con el rey de Aragon sobre sus haciendas y aliarse, todo con la misma llaneza que tenia de costumbre con los demás. Tuvo el rey de Aragon cercada mucho tiempo á Lorca, ciudad bien fuerte en el reino de Murcia, y al principio del año del Señor de 1302 la vino á ganar. Hay una villa muy noble en Castilla la Vieja á la ribera del rio Duero, que se llama Peñafiel; allí se celebró concilio de los obispos y prelados de la provincia de Toledo. Abrióse á 1.° dia del mes de abril. Presidió en este Concilio don Gonzalo, arzobispo de Toledo. Entre otras constituciones mandaron que los clérigos no tuviesen concubinas públicamente, pena de ser por ello castigados. Tales eran las costumbres de aquel siglo, que les parecia hacian harto en castigar los pecados públicos. Esto contiene el tercer cánon. El sexto manda que al sacerdote que revelare los pecados sabidos en confesion se le dé cárcel perpetua, y para su sustento solamente pan y agua. El octavo cánon manda que se paguen á la Iglesia los diezmos de todas aquellas cosas que la tierra produce, aunque no sea cultivada. Prohíbese en el nono que las hostias con que se ha de decir misa no se hagan sino por mano de los sacerdotes ó en su presencia. Demás desto, se determinaron otras muchas cosas provechosas para aumento del culto divino. El mes de mayo siguiente murió Mahomad Miro, rey de Granada; sucedióle su hijo mayor Mahomad Alhamar. Dió este trueco mucho contento á los nuestros por dos respetos, el uno que hobiese faltado el padre, que era valeroso y de grande industria; el otro por suceder su hijo, que era ciego. Verdad es que Farraquen, señor de Málaga, que era su cuñado, hombre de valor y lealtad para con el nuevo Rey, se encargó del gobierno público, así de las cosas de la guerra como de la paz. En Sicilia por el mismo tiempo á cabo de tantas alteraciones y guerras en fin se asentó la paz. Fué así, que junto á la isla de Ponza en una batalla naval fueron vencidos los sicilianos y preso Conrado Doria, ginovés, general que era de la armada. Los sicilianos por esta rota comenzaron á temer, y los franceses cobraron esperanza de mejorar su partido, tanto, que sin tardar se pusieron sobre Mecina, que es el baluarte y fuerza principal de toda la isla. Llegó á peligro de perderse, defendióse empero por la constancia y valor de los ciudadanos y la buena diligencia del rey don Fadrique, que sabia muy bien cuánto le importaba aquella ciudad. La reina doña Violante acompañó á Roberto, su marido, en aquella jornada, que á la sazon estaba en Catania. A su instancia y por sus ruegos los dos príncipes se juntaron para verse y tratar de sus cosas en las marinas de Siracusa, en la torre llamada de Maniaco. Procuraron asentar las paces; solo pudieron acordar treguas por algunos dias con esperanza que se dieron que en breve se concluiria lo que todos deseaban. Hízose así, sin embargo que sobrevinieron á mala sazon dos cosas, que pudieran entibiar y aun desbaratar todas estas práticas, es á saber, la muerte de doña Violante, que falleció en Termini, ciudad que se tenia por los franceses, no léjos de Palermo; el otro inconveniente fué la venida de Cárlos de Valoes, que con intento de recobrar el imperio de los griegos abajó á Italia, y por hallar en Toscana las cosas muy alteradas pasó en Sicilia. Contra este peligro proveyó el rey don Fadrique que alzasen todos los bastimentos y los recogiesen en las plazas mas fuertes, y los que no pudiesen recoger los echasen á mal; todo esto con intento de excusar de venir á batalla con los enemigos. Con esto y con que se resfrió aquella furia con que los franceses vinieron, los redujo á términos de mover ellos mismos tratos de paz, que tambien él mucho deseaba. Finalmente, entre Jaca y Calatabelota, plaza en que don Fadrique se hallaba, por ser lugar muy fuerte, los tres príncipes se juntaron. Hobo muchos dares y tomares sobre asentar el concierto; por conclusion, las paces se asentaron con las capitulaciones siguientes: Filipo, príncipe de Taranto, sea puesto en libertad, asimismo todos los cautivos de la una y de la otra parte; el rey don Fadrique deje todo lo que tiene en la tierra firme de Italia, y al contrario, los franceses las ciudades y fuerzas de que en Sicilia están apoderados; doña Leonor, herma-

Colona fueron perseguidos y forzados á andar huidos de Roma, desterrados y despojados de sus haciendas por espacio de diez años, como el Petrarca lo atestigua, y encarece lo mucho que padecieron. Estos señores desde tiempo antiguo fueron capitanes del bando de los gibelinos, contrarios de los pontífices romanos, de quien se hicieron mucho tiempo temer por su nobleza, riquezas y parentelas. A Pedro y Jacobo, que eran cardenales y de aquel linaje y familia, por edicto público los privó del capelo. Estéfano Colona, cabeza de aquella familia, fué forzado á irse á Francia. Lo mismo hizo Sarra Colona, que era enemigo capital de Bonifacio; nuevos daños y desastres que en esta huida se le recrecieron le acrecentaron la saña, porque un capitan de cosarios le prendió y puso al remo. El Rey dió cargo á Guillelmo Nogareto, natural de Tolosa, hombre atrevido, de apelar de la sentencia de Bonifacio para la santa Sede Apostólica romana, privada entonces de legítimo pastor. Estos dos comunicaron entre sí cómo podrian desbaratar los intentos del Pontífice; si fué con consentimiento del Rey ó por su mandado, aun entonces no se pudo averiguar; en fin, ellos vinieron á Toscana y se estuvieron en un pueblo llamado Stagia, mientras que fuesen avisados por espías encubiertas y tuviesen oportunidad para acometer la maldad que tenian ordenada. El Papa se hallaba en Anagni. Cecano y Supino, personas principales, hijos de Mafio, caballero de la misma ciudad de Anagni, fueron corrompidos á poder de dinero para que ayudasen á poner en efecto esta maldad. Ya que todo lo tenian bien trazado, metieron dentro de Anagni trecientos caballos ligeros y un buen escuadron de soldados. Sarra Colona era el principal capitan. Al alba del dia se levantó un estruendo y vocería de soldados, que con clamores y voces apellidaban el nombre del rey Filipo. Los criados del Papa todos huyeron. Bonifacio, conocido el peligro, revestido con sus ornamentos pontificales, se sentó en su sacra cátedra. En aquel hábito que estaba llegó Sarra Colona y le prendió. Escarneciendo dél Nogareto y haciéndole mil amenazas, le respondió Bonifacio con grande constancia: «No hago yo caso de amenazas de Paterino.» Este fué abuelo de Nogareto, y convencido de la herejía y impiedad de los albigenses, murió quemado. Con aquella voz del Pontífice cayó la ferocidad de Nogareto. Pusieron guardas al Pontífice y saqueáronle su palacio. Dos cardenales solamente estuvieron perseverantes con el Pontífice, el cardenal de España Pedro Hispani y el cardenal de Ostia; todos los demás se pusieron en huida. Desde allí á tres dias los ciudadanos de Anagni, por compasion que tuvieron de su pastor y por miedo que no fuesen imputados de ser traidores contra el sumo Pontífice, su ciudadano, con las armas echaron de la ciudad á los conjurados. El Pontífice se tornó luego á Roma, y del pesar y enojo que recibió le dió una enfermedad, de que con grandes bascas, á manera de hombre furioso, falleció á los 12 dias de octubre y á los treinta y cinco de su prision. Dichoso pontífice, si cuan fácilmente acostumbraba á burlarse de las amenazas, tan fácilmente pudiera evitar las asechanzas de sus enemigos. Con su desastre se dió aviso que los imperios y mandos de los eclesiásticos mas se conservan con el buen crédito que dellos tienen y con buena fama, que deben ellos procurar con buenas obras y con la reverencia de la religion, que con las fuerzas y el poder. Villaneo dice en su historia que Bonifacio era muy docto y varon muy excelente por la grande experiencia que tenia de las cosas del mundo; pero que era muy cruel, ambicioso, y que le amancilló grandemente la abominable avaricia por enriquecer los suyos, que es un grandísimo daño y torpeza afrentosa. Hizo veinte y dos obispos y dos condes de su linaje. Por el sexto libro de los *Decretales* que sacó á luz mereció gran loa cerca de los hombres sabios y eruditos. Fué en su lugar elegido por sumo pontífice en el próximo conclave Nicolao, natural de la Marca Trevisana, general que fué antes de la órden de los Predicadores. En su pontificado se llamó Benedicto XI, en memoria de Bonifacio, que tuvo este nombre antes de ser papa y era criatura suya, ca le hizo antes cardenal. Fué este Papa para con los franceses demasiadamente blando, porque les alzó el entredicho que tenian puesto y revocó todos los decretos que su predecesor fulminó contra ellos. Verdad es que Sarra Colona y Nogareto fueron citados para estar á juicio, y porque no acudieron al tiempo señalado, los condenaron por reos del crímen *laesae majestatis* y fulminaron contra ellos sentencia de descomunion. A Pedro y Jacobo Colona, bien que los admitió en su gracia, no les permitió usasen del capelo y insignias de cardenales, conforme á lo que por su antecesor quedó decretado.

CAPITULO VII.

De la paz que entre los reyes de España se hizo en el Campillo.

Los españoles cansados de trabajos y alteraciones tan largas gozaban de algun sosiego; mas les faltaban las fuerzas que la voluntad ni ocasion para alborotarse. Las diferencias que aquellos príncipes tenian entre sí eran grandes y necesario apaciguallas. Los reyes de Castilla y de Aragon altercaban sobre el reino de Murcia. Don Alonso de la Cerda se intitulaba rey de Castilla, sombra vana y apellido sin mando. El nuevo rey de Granada, conforme á la enemiga que con los fieles tenia, hizo entrada por las tierras que poseia el rey de Aragon; demás desto, tomó á Bedmar, que es una villa no léjos de Baeza. Estas eran las discordias públicas y comunes; otra particular, de no menos importancia, andaba entre la casa de Haro y el infante don Juan, tio del Rey. Pretendia el Infante el señorío de Vizcaya como dote de su mujer; cuidaba salir con su intento á causa del deudo y cabida que con el Rey tenia. Los de la casa de Haro por lo mismo andaban muy desabridos, y parece que se inclinaban á tomar las armas. El rey don Fernando, como á quien la edad hacia mas recatado, por el mucho peligro que desta discordia podia resultar, deseaba con todo cuidado componer estas diferencias. La autoridad del rey de Aragon á esta sazon era muy grande, y parece que tenia puestas en sus manos las esperanzas y fuerzas de toda España. Enviáronle pues por embajador á don Juan, tio del Rey, para que con él y por su medio se tratase de tomar algun buen medio y dar algun corte en todos estos debates. En Calatayud por el mes de marzo, año del Señor de 1304, despues de muchos dares y tomares, por conclusion acordaron que de consentimiento de las partes se señalasen jueces para tomar asiento en

todas estas diferencias, y que para que esto se efectuase, mientras se trataba, hobiese treguas. Señalaron tiempo y lugar para que los reyes se viesen. En el entre tanto el rey don Fernando, con el cuidado en que le ponian las cosas del Andalucía, partió de Búrgos, do á la sazon estaba, y por el mes de abril llegó á Badajoz con intento de visitar al Rey, su suegro, con quien eso mismo tenia algunas diferencias, y pretendia cobrar ciertos lugares que en su menor edad le empeñaron. Lo que resultó destas vistas, fué lo que suele, desabrimientos y faltar poco para quedar del todo enemigos. Solamente se pudo alcanzar del Portugués ayudase á su yerno con algunos dineros que le prestó, con que se partió la vuelta del Andalucía. No se llegó á rompimiento con los moros, antes á pedimento del mismo rey de Granada el rey don Fernando envió embajadores á aquella ciudad, y él se detuvo en Córdoba. Por medio desta embajada se tomó asiento con el rey Moro; concertóse y prometió de nuevo de pagar el mismo tributo que se pagaba en tiempo de su padre, con que deshicieron los campos. El infante don Enrique cargado de años falleció por este tiempo en Roa; su cuerpo enterraron en el monasterio de San Francisco de Valladolid. Tuvo este Príncipe ingenio vario y desasosegado, extraordinaria inconstancia en sus costumbres, y hasta lo postrero de su edad grande apetito de gloria y mando, codicia desenfrenada y la postrera camisa de que se despojan aun los hombres sabios. Muy grande contento fué el que recibió todo el reino con la muerte deste caballero, ca todos se recelaban no desbaratase todas las práticas que se comenzaban de paz. No dejó hijos, que nunca se casó; así las villas de su estado se repartieron entre otros caballeros, y la mayor parte cupo á Juan Nuñez de Lara por la mucha privanza que con el Rey á la sazon alcanzaba. En prosecucion de lo concertado en Calatayud de consentimiento de las partes fué nombrado por juez árbitro para componer aquellas diferencias Dionisio, rey de Portugal, y por sus acompañados el Infante don Juan de la parte de Castilla, y por la de Aragon don Jimeno de Luna, obispo de Zaragoza. Los reyes de Portugal y Aragon tuvieron primero habla en Torrellas, que es una villa á la raya de Aragon y á las haldas de Moncayo, puesta en un sitio muy deleitoso. Allí los jueces, oido lo que por las partes se alegaba, pronunciaron setencia, y fué que el rio de Segura partiese término entre los reinos de Aragon y Castilla, cosa de grande comodidad y ventaja para el Aragonés, porque se le añadió lo de Alicante con otros pueblos de aquella comarca, y de su bella gracia le otorgaron lo que él con tanto ahinco antes deseaba. Pronuncióse la sentencia á los 8 del mes de agosto, y luego el dia siguiente los tres reyes se juntaron en el Campillo, que está allí cerca, y por la memoria del concierto que en aquel lugar se hiciera veinte y tres años antes desto entre don Alonso, rey de Castilla, y don Pedro, rey de Aragon, parecia de buen agüero. Confirmóse allí lo asentado; desde allí los reyes fueron á Agreda, y pasaron á Tarazona. Grandes regocijos y recebimientos les hicieron; muy señalada fué esta junta, porque fuera de los tres reyes se hallaron asimismo presentes tres reinas, las dos de Castilla, suegra y nuera, y doña Isabel, reina de Portugal, persona muy santa, demás de la infanta doña Isabel, hermana del rey don Fernando, la que estuvo primero desposada con el rey de Aragon. El acompañamiento y corte era conforme á la calidad de príncipes tan grandes, en particular el rey de Portugal se señaló mas que todos, conforme á la condicion de aquella nacion, por ser deseoso de honra, y á causa de la larga paz rico de dineros; se dice que trujo en su compañía de Portugal mil hombres de á caballo, y que en todo el camino no quiso alojar en los lugares, sino en tiendas y pabellones que hacia armar en el campo. En lo que tocaba á la pretension de los Cerdas, los reyes de Aragon y Portugal, nombrados por jueces árbitros, llegado el negocio á sentencia, mandaron que don Alonso en adelante no se llamase rey; que restituyese todas las plazas y castillos de que estaba apoderado. Señaláronle á Alba, Bejar, Valdecorneja, Gibraleon, Sarria, con otros lugares y tierras para que pudiese sustentar su vida y estado, recompensa muy ligera de tantos reinos. Pocas veces los hombres guardan razon, principalmente con los caidos; todos les faltan y se olvidan. El rey de Francia no acudia, solo el rey de Aragon sustentaba el peso de la guerra contra Castilla; deseaba por tanto concertar aquellos debates de cualquier manera que fuese. Esta sentencia dió tanta pesadumbre á don Alonso de la Cerda, que aun no se quiso hallar presente para oilla, antes se partió echando mil maldiciones á los reyes. Restaba de acordar la diferencia del infante don Juan y Diego Lopez de Haro. El Rey tenia prometido al Infante que, efectuadas las paces, él mismo le pondria en posesion del señorío de Vizcaya. Concluida pues y despedida la junta de los reyes, don Diego de Haro fué citado para que en cierto dia que le señalaron pareciese en Medina del Campo, para donde tenian convocadas las Cortes del reino. Señaláronse jueces árbitros que determinasen la causa. Don Diego Lopez de Haro, sea por fiar poco de su justicia y entender tenia usurpado aquel estado, ó por sospechar que el Rey no le era nada favorable, sin pedir licencia para partirse se salió de las Cortes, las cuales acabadas que fueron, como entendiesen que don Diego de Haro no haria por bien cosa ninguna, y el infante don Juan, que siempre andaba al lado del Rey, diese priesa á que el negocio se concluyese, en Valladolid, vistas sus probanzas, se sentenció en su favor, solamente se difirió la ejecucion para otro tiempo, en que se pretendia que con alguna manera de concierto entre las partes se atajase la tempestad de la guerra que podia desto resultar. En el año del Señor de 1305 estaban las cosas desta manera en Castilla, unas diferencias soldadas, otras para quebrar; y á 17 dias del mes de enero Rugier Lauria, general del mar, murió en Cataluña, capitan sin segundo y sin par en aquel tiempo, determinado en sus consejos, diestro por sus manos, querido y amado de los reyes, en especial del rey don Pedro, que con su ayuda y por su valor sujetó á Sicilia. El solo dió fin á grandes hazañas con próspero suceso; los reyes nunca hicieron cosa memorable sin él; su cuerpo sepultaron en el monasterio de Santa Cruz con su túmulo y letra junto al enterramiento del rey don Pedro en señal del grande amor que le tuvo. A los 6 dias del mes de abril murió doña Juana, reina de Navarra, en Paris; su cuerpo enterraron en el monasterio de San Francisco con real pompa y célebre aparato; está de

presente metido este monasterio dentro del colegio de Navarra. Sucedió luego á su madre difunta en el reino Luis, que tuvo por sobrenombre Hutino; tomó la corona real en Pamplona; despues fué tambien él rey de Francia por muerte de su padre. Dejó la reina doña Juana allende deste otros hijos, á Filipo, que tuvo por sobrenombre el Largo, á Cárlos, que tuvo por sobrenombre el Hermoso, que adelante vinieron á ser todos reyes de Francia y Navarra. Dejó otrosí dos hijas; la una murió siendo niña, la otra, por nombre madama Isabel, casó con Eduardo, rey de Ingalaterra, la mas hermosa doncella que se halló en su tiempo.

CAPITULO VIII.

Clemente V, pontífice máximo.

El pontificado de Benedicto no duró mas de ocho meses y seis dias. Siguióse una vacante larga de diez meses y veinte y ocho dias. Grandes disensiones anduvieron en este conclave, muy encontrados los votos de los cardenales, así italianos como franceses, que eran en gran número, porque á devocion de los reyes de Nápoles los papas criaron los años pasados muchos cardenales de la nacion francesa. En fin, se concertaron desta suerte: que los italianos nombrasen tres cardenales franceses para el pontificado, y que destos eligiese el bando contrario uno que fuese papa. Salieron tres arzobispos nombrados, que estaban muy obligados á la memoria de Bonifacio como criaturas suyas. Destos tres en ausencia fué elegido Raimundo Gotto, arzobispo de Bordeaux, primero comunicado el negocio con Filipo, rey de Francia. Procuró el rey de Francia que se viniese antes de aceptar á ver con él en la villa de Angelina, que cae en la provincia de Jantoigne, donde dicen hizo que debajo de juramento le prometiese de poner en ejecucion las cosas siguientes: que condenaria y anatematizaria la memoria de Bonifacio VIII; que restituiria en su grado y dignidad cardenalicia á Pedro y á Jacobo de casa Colona, que por Bonifacio fueron privados del capelo; que le concederia los diezmos de las iglesias por cinco años, y conforme á esto otras cosas feas y abominables á la dignidad pontifical; pero tanto puede el deseo de mandar. Con esto á los 5 dias del mes de junio fué declarado por pontífice, y tomó nombre de Clemente V. Mandó luego llamar todos los cardenales que viniesen á Francia, y en Leon tomó las insignias pontificales á 11 de noviembre. Acudió increible concurso de gente. Aguó la fiesta y destempló el alegría un caso de mal agüero, como muchos lo interpretaron. El mismo dia que se celebraba esta solemnidad, mientras el nuevo Pontífice hacia el paseo con grande acompañamiento y pompa, le derribó del caballo una gran pared que cayó por ser muy vieja y carcomida y por el peso de la muchedumbre de gente que sobre ella cargó á ver la fiesta. Cayósele la tiara que llevaba en la cabeza, y se perdió della un carbunco de gran valor. El rey de Francia, que iba á su lado, se vió en gran peligro; Juan, duque de Bretaña, pereció allí; los reyes de Ingalaterra y Aragon escaparon con mucho trabajo. Fué grande el número de los que murieron, parte por tomalles la pared debajo, parte por el aprieto de la mucha gente. Con estos principios se conformó lo demás; todo andaba puesto en venta, así lo honesto como lo que no lo era. Crió doce cardenales á contemplacion y por respeto del rey Filipo de Francia. Todavía como le hiciese instancia sobre condenar la memoria del papa Bonifacio, segun que lo tenia prometido, dió por respuesta que negocio tan grave no se podia resolver sino era con junta de un concilio general. Por este camino se desbarató la pretension de aquel Rey, y esta dicen fué la principal causa para juntar el concilio de Viena, que se celebró como poco adelante se dirá. Trasladó la silla pontifical desde Roma á Francia, que fué principio de grandes males; ca todo el orbe cristiano se alteró con aquella novedad, y en particular toda Italia, de que resultaron todas las demás desgracias y un gran torbellino de tempestades. Lo que se proveyó para el gobierno de Italia y del patrimonio que allí la Iglesia tiene fué enviar tres cardenales por legados para con poderes bastantes gobernar aquel estado, así en tiempo de guerra como de paz. En Castilla por el mismo tiempo se despertaron nuevas alteraciones. No hay cosa mas deleznable que la cabida y privanza con los reyes. Don Juan Nuñez de Lara comenzó á ir de caida por estar el rey don Fernando cansado dél. Quitóle el oficio de mayordomo de la casa real, y puso en su lugar á don Lope, hijo de don Diego Lopez de Haro. El color que se dió fué que don Juan de Lara era general de la frontera contra los moros y no podia servir ambos cargos, como quier que á la verdad el Rey pretendiese sobre todo con aquella honra ganar la casa de Haro y apartalla de la amistad que tenia trabada muy grande á la sazon con los de Lara. Entendiéronse fácilmente estas mañas, como suele acontecer, que en las cosas de palacio no hay nada secreto; por donde estos dos caballeros se unieron y ligaron con mayor cuidado y determinacion que tenian de desbaratar aquellos intentos. Parecia que el negocio amenazaba rompimiento; acudieron Alonso Perez de Guzman y la Reina madre, y con su prudencia hicieron tanto, que estos caballeros se apaciguaron, ca volvieron á cada cual dellos las honras y cargos que solian tener. Demás desto, se tomó asiento entre el infante don Juan y la casa de Haro con estas condiciones: que don Diego de Haro por sus dias gozase el señorío de Vizcaya, y despues de su muerte tornase al infante don Juan; que Orduña y Balmaseda quedasen por don Lope, hijo de don Diego de Haro, por juro de heredad, y de nuevo se le hizo merced de Miranda de Ebro y Villalva de Losa en recompensa de lo que de Vizcaya les quitaban. El deseo que el Rey tenia de apaciguar las diferencias destos grandes, con que todo el reino andaba alborotado, era tan grande, que ninguna cosa se le hacia de mal á trueco de concordallos. El alegría que todos recibieron por esta causa fué grande; solo don Juan de Lara recibió pesadumbre, así por parecelle le habian agraviado en tomar asiento con su suegro don Diego de Haro sin dalle á él parte, como por tener costumbre de aprovecharse de los trabajos ajenos y sacar ganancia de las alteraciones que sucedian entre los grandes. Esto fué en tanto grado, que por parecelle forzoso correr él fortuna despues de tomado aquel asientó, y que no le quedaba esperanza de escapar si no se valia de alguna nueva trama, renunciada la fe y lealtad que al Rey tenia jurada, se retiró á Tordehumos, plaza muy fuerte, así por su sitio como por sus

murallas y reparos, donde con sus fuerzas y las de sus aliados pensaba defenderse del Rey, que sabia tenia muy ofendido. Acudieron en breve los del Rey, pusieron cerco sobre aquel lugar; pero como quier que no faltasen muchos de secreto aficionados á don Juan de Lara, la guerra se proseguia con mucho descuido, y el cerco duró mucho tiempo. Llegaron á tratar de concierto, y porque el Rey se hacia sordo á esto, los soldados se desbandaron y se fueron, unos á una parte, otros á otra. Entre los demás que favorecian á don Juan de Lara era el infante don Juan. Pasó el negocio tan adelante, que al Rey fué forzoso perdonalle; solamente por cierta muestra de castigo le quitó las villas de Moya y Cañete, que, como arriba queda dicho, se las diera el rey don Sancho. Poco duró este sosiego, porque como don Juan de Lara y el infante don Juan entendiesen y tuviesen aviso que el Rey pretendia vengarse dellos, si fué verdad ó mentira no se sabe, pero, en fin, por pensar los queria matar, se concertaron entre sí y resolutamente se rebelaron. El infante don Juan brevemente se aplacó con las satisfacciones que le dió el Rey; sosegar á don Juan de Lara era muy dificultoso, que de cada dia se mostraba mas obstinado. A esta razon don Alonso de la Cerda, como quier que se hallase desamparado de todos y juzgase que era mejor sujetarse á la necesidad que andar toda la vida descarriado y pobre, despojado del reino que pretendia y perdido el estado que le señalaron, envió á Martin Ruiz para que en su nombre tomase posesion de los pueblos que los jueces árbitros le adjudicaron. Así, perdida la esperanza de cobrar el reino, en lo de adelante comunmente le llamaron don Alonso el Desheredado.

CAPITULO IX.

Que la guerra de Granada se renovó.

El vulgo de ordinario, y mas entre los moros, de su natural es inconstante, alborotado, amigo de cosas nuevas, enemigo de la paz y sosiego. Así en este tiempo comenzaron los moros de Granada á alborotarse en gran daño suyo y riesgo de perderse, como quiera que por todas partes estuviesen rodeados de enemigos y aquel reino de Granada reducido á gran estrechura y puesto en balanzas. La ocasion de alborotarse fué que el Rey era inútil para el gobierno, y como ciego pasaba en descuido su vida; su cuñado, el señor de Málaga, era el que lo mandaba todo, y en efecto, era el que en nombre de otro reinaba. Pareciales cosa pesada tener dos reyes en lugar de uno, porque, fuera de los demás inconvenientes, se doblaba el gasto de la casa real á causa que el de Málaga no tenia menos corte, acompañamiento y casa que si fuera verdadero rey, puesto que el nombre le dejaba á su cuñado. Decian sería mucho mejor nombrar otro rey que fuese hombre que los gobernase, á quien todos tuviesen respeto, obedeciesen á sus mandamientos y con su autoridad se defendiesen y vengasen de sus enemigos. Al vulgo, que andaba alterado, atizaban los principales; mayormente Aborrabes, un caballero que venia de los reyes de Marruecos, con su gente y la de sus aficionados se apoderó de la ciudad de Almería y se intuló rey della. La mayor parte del pueblo se inclinaba á favorecer á Mahomad Azar, hermano que era menor del Rey ciego, que daba muestras de valor y se vian en él señales de otras virtudes. Fué Aborrabes echado por el bando contrario de Almería; él, con deseo de apoderarse de Ceuta, ciudad que los granadinos tenian en la frontera de Africa, intentó ayudarse de los cristianos. Por todo esto se ofrecia buena ocasion para hacer la guerra á los moros y echallos de todo punto de España. Comunicaron entre sí este negocio por cartas los reyes de Aragon y Castilla; acordaron de juntarse en el monasterio de Huerta, que está á la raya de los dos reinos. Hízose la junta al principio del año de 1309. Allí y en Monreal, do los reyes pasaron, lo primero que se trató fué de apaciguar á don Alonso de la Cerda, templada en alguna manera la sentencia que los jueces árbitros dieron; recelábanse que mientras los dos reyes estaban ocupados en la guerra de los moros, no alborotase á Castilla con ayuda de sus parciales y aficionados. Tomada esta resolucion, acordaron emprender la guerra de Granada, y para apretar mas á los moros acometellos por dos partes, y en un mismo tiempo poner cerco sobre Algecira y sobre Almería. Demás desto, concertaron que la infanta doña Leonor, hermana del rey don Fernando, casase con don Jaime, hijo mayor del rey de Aragon. Por dote le señalaron la sexta parte de todo lo que en aquella guerra se ganase, y en particular la misma ciudad de Almería. Concluida la junta y despedidos los reyes, todo comenzó á resonar con el estruendo de las armas, provision de dinero, juntas de soldados y gente de á caballo, de bastimento y bagaje necesario. Tenian los dos príncipes soldados muy diestros, muy unidos entre sí, no inficionados con las discordias civiles; en especial los aragoneses ponian miedo á los moros por la fama que corria de haber sujetado sus enemigos y alcanzado tantas victorías. El rey don Fernando, á ruego de su madre, fué á Toledo para hallarse presente á trasladar los huesos del rey don Sancho, su padre, en un sepulcro muy honroso que la Reina tenia apercebido con todo lo demás necesario y conveniente á las exequias y honras de su marido. Tenia el rey don Fernando condicion apacible, una honestidad natural, como acostumbraba decir Gutierre de Toledo, que se crió con él desde su niñez, gran modestia en su rostro, su cuerpo bien proporcionado y apuesto, de grande ánimo, muy clemente. Aconteció que el mismo dia de Navidad un caballero muy principal, á quien él tenia señalado para el gobierno de Castilla, se vino á despedir dél para ir á su cargo. El Rey, dejados los dados con que acaso se entretenia, le advirtió que en Galicia hallaria muchos caballeros nobles que andaban alborotados; que aunque mereciesen pena de muerte, le encargaba se guardase de ejecutar el castigo, solamente se los enviase, que se queria servir dellos en la guerra de los moros. Engrandeció el caballero el acuerdo tan clemente del Rey, que, aunque pareció á muchos blando en demasía y temerario, la experiencia mostró ser muy acertado. No hobo en toda la guerra contra los moros quien se señalase mas que aquellos hidalgos. Estimulábalos grandemente el deseo de borrar la deshonra pasada, y la voluntad de servir al Rey la clemencia de que con ellos usara; sus valerosas hazañas no se podian encubrir; en todas partes y ocasiones peleaban contra los moros con odio implacable, y entre sí tenian competencia de aventajarse en valor y ánimo. Finalmente, desde Toledo partieron al Anda-

lucía. El campo de los castellanos llegó sobre Algecira á 27 dias del mes de julio. A mediado el siguiente mes de agosto puso su cerco sobre Almería el rey de Aragon. Con los aragoneses vinieron don Fernando, hijo de don Sancho, rey de Mallorca, mancebo de los fuertes y valerosos que en su tiempo se hallaban; don Guillen de Rocaberti, arzobispo de Tarragona; don Ramon, obispo de Valencia y chanciller del Rey; don Artal de Luna, gobernador de Aragon, con otros prelados y caballeros. Al rey don Fernando seguian los caballeros de la casa y familia de Haro; don Juan de Lara, poco antes vuelto en amistad del Rey; don Juan, tio del Rey, y el arzobispo de Sevilla y otros muchos caballeros principales. Gisberto, vizconde de Castelnovo, fué con parte de la armada de los aragoneses sobre Ceuta, que está en la frontera y riberas de Africa, y la tomó. Los despojos hobieron los aragoneses; la ciudad se dejó á Aborrabes, como lo tenian con él capitulado. Los de Granada, habido sobre ello su acuerdo, porque si venian á repartir su gente no serian bastantes para sustentar ambas guerras, determinaron de defender la ciudad de Almería, fuese por la confianza que hacian de la fortaleza de Algecira, demás que tenia harta gente de defensa y las provisiones necesarias, ó por rabia de que los aragoneses les hobiesen ganado á Ceuta y se hobiesen entremetido en aquella guerra sin pretender contra ellos algun derecho ni haber recebido agravio. El mismo dia de la festividad de San Bartolomé los moros con toda su gente se presentaron á vista de aquella ciudad. Los aragoneses, visto que les representaban la batalla, de buena gana fueron á acometellos. A los principios no se conoció ventaja en ninguno de los campos, porque los moros peleaban con grandísimo esfuerzo; pero en fin, fueron vencidos y puestos en huida con gran daño y matanza. Los bosques que allí cerca estaban dieron á muchos la vida, que se metieron por aquellas espesuras y escaparon. No hay alegría cumplida en las cosas humanas. Mientras que los nuestros con demasiada codicia y poco recato iban en seguimiento de los bárbaros y ejecutaban el alcance, los de Almería salen de la ciudad y acometen el real de los aragoneses, que tenia poca defensa y por capitan á don Fernando de Mallorca. Ganaron el baluarte y trincheas y saquearon y robaron algunas tiendas. Acudieron los nuestros, y aunque con mucha dificultad, en fin lanzaron los moros y los forzaron á retirarse dentro de la ciudad. Esto hizo que el contento de la victoria ganada no se les aguase tanto si perdieran los reales; demás que aquel peligro fué aviso para que en adelante tuviesen mayor recato. Todo era menester, porque segunda vez á los 15 de octubre grande morisma, que llegaban á mas de cuarenta mil, acometieron las estancias de los aragoneses, pero sucedióles lo mismo que en el rebate pasado. No con menos esfuerzo apretaban los de Castilla por mar y por tierra el cerco de Algecira; mas las fuertes murallas y los muchos soldados que dentro tenian impedian á los cristianos para que sus asaltos no hiciesen efecto. Como se detuviesen muchos meses, acordaron de acometer á Gibraltar, villa puesta sobre el monte Calpe, con esperanza de apoderarse della, porque no tenia tanta defensa. Fueron para este efecto el arzobispo de Sevilla y don Juan Nuñez de Lara con parte del ejército. Alonso Perez de Guzman, caballero el mas señalado que se conocia en aquellos tiempos y iba en compañía de los demás, en un rebate que tuvieron con los moros en el monte Gausin quedó muerto, daño que fué muy notable, dolor y sentimiento de todo el reino. Verdad es que la villa de Gibraltar se entregó al mismo rey don Fernando, que acudió para este efecto, como lo concertaron para que los cercados se rindiesen con mas reputacion y fuese del Rey la honra de ganar aquella plaza. Dióse libertad á los moros para pasar en Africa y llevar consigo sus bienes. Entre los demás un moro muy viejo ya, que queria partirse, habló, segun dicen, al Rey desta manera: «¿Qué desdicha es esta mia, por mi mal hado ó por mis pecados causada, que toda mi vida ande desterrado y á cada paso me sea forzoso mudar de lugar y hacer alarde de mi desventura por todas las ciudades? Don Fernando, tu bisabuelo, me echó de Sevilla, fuíme á Jerez de la Frontera. Esta ciudad conquistó tu abuelo don Alonso, y á mí fué necesario recogerme á Tarifa. Ganó esta plaza tu padre el rey don Sancho, á mí por la misma razon fué forzoso pasar á Gibraltar. Cuidaba con tanto poner fin á mis trabajos, y esperaba la muerte como puerto seguro de todas estas desgracias. Engañóme el pensamiento; al presente de nuevo soy forzado á buscar otra tierra. Yo me resuelvo pasar en Africa por ver si con tan largo destierro puedo amparar lo postrero de mi triste vejez y pasar en sosiego esto poco de vida que me puede quedar.» Los soldados que estaban sobre Algecira, dado que era gente feroz y denodada, cansados con los trabajos y malparados con los frios del invierno, á cada paso desamparaban las banderas, no solo la gente baja, sino tambien la principal y los señores, que demás de lo dicho andaban desabridos porque el Rey daba oido á gente baja y de intenciones dañadas. El infante don Juan y don Juan Manuel fueron de poco provecho en esta guerra, antes ocasion de mucho daño, porque partidos ellos, con su ejemplo muchos se salieron del campo y desampararon los reales. Don Diego Lopez de Haro murió en la demanda de enfermedad. Su cuerpo llevaron á Búrgos y enterraron en el monasterio de San Francisco. El señorío de Vizcaya, segun que lo tenian capitulado, recayó en doña María, mujer del infante don Juan; cosa nueva que en aquel estado sucediese mujer, en que hasta entonces se continuó la sucesion por línea de varon. La muerte deste caballero y las continas lluvias que sobrevinieron, por ser el tiempo mas áspero de todo el año, forzaron á que el cerco de Algecira se alzase. Capitularon empero que los moros restituyen, como lo hicieron, las villas de Quesada y Bedmar, que tomaron el tiempo pasado á los nuestros, y para los gastos de la guerra pagasen cuarenta mil escudos. La villa de Quesada poco adelante dió el Rey á la iglesia de Toledo, cuya solia ser. Este fué el fruto que de tanto ruido, tantas pérdidas y trabajos se sacó. Los aragoneses, si bien tenian en sus reales grande abundancia de todas las cosas necesarias, asimismo por la poca esperanza de salir con la empresa, como les restituyesen los aragoneses que allí tenian cautivos, se partieron de sobre Almería, que fué á los 26 dias del mes de febrero, año de 1310, sin suceder otra cosa digna de memoria, salvo que en el mayor calor desta guerra el ciego rey Moro fué despojado del reino por su hermano Azar, y en Almuñecar puesto en prisiones con

buena guarda; grande desgracia y caida, el que era rey ser privado de la libertad, mal que se pudiera llevar en paciencia sino pasara adelante. Poco despues en Granada, do le hizo volver, sin respeto de lo que se diria ni compasion del que era su hermano, por asegurarse le mandó cruelmente matar; así pervierte todas las leyes de naturaleza el deseo desenfrenado de reinar. Don Juan Nuñez de Lara al fin de la guerra pasada fué por embajador á Francia, y cumplido con su cargo, tornó al rey de Castilla, que era venido á Sevilla, despedido que hobo su ejército. Llevaba órden de impetrar, como lo hizo, los diezmos de las rentas eclesiásticas para ayuda á los gastos de la guerra contra moros; demás desto de avisar al pontífice Clemente que no debia en manera alguna proceder contra la memoria del papa Bonifacio, por los grandes inconvenientes que de hacer lo contrario resultarian, contra lo que pretendia el rey de Francia, y que el Pontífice no estaba fuera de hacello, segun avisaban personas de autoridad. En Vizcaya, en aquella parte que llaman Guipúzcoa, por mandado del Rey y á costa de los de aquella provincia se fundó la villa de Azpeitia, como se entiende por la provision real que en esta razon se despachó en Sevilla al principio deste año, desde donde el rey don Fernando se partió para Búrgos para celebrar las bodas de la infanta doña Isabel, su hermana, aquella que repudió el rey de Aragon, y de nuevo la tenian concertada con Juan, duque de Bretaña. El cargo de mayordomo de la casa real se dió á don Juan Manuel, sin que el infante don Pedro, hermano del Rey, que tenia aquel oficio, mostrase sentimiento alguno. Demás desto, el mismo don Juan era frontero de Murcia contra los moros, dado que en su lugar servia este cargo Pero Lopez de Ayala. Todo esto se enderezaba á obligar mas á aquel caballero, que era muy poderoso, y fué tan dichoso en sus cosas, que dos hijas suyas, doña Costanza, habida en su primera mujer, fué reina de Portugal, y doña Juana lo fué de Castilla, la cual hobo en doña Blanca, hija de Fernando de la Cerda y de doña Juana de Lara. En este viaje pasó el Rey por Toledo en sazon que por muerte de don Gonzalo, que finó este mismo año, vacaba aquella iglesia. Sucedióle don Gutierre II, natural y arcediano de Toledo. Su padre, Gomez Perez de Lampar, alguacil mayor de Toledo. Su madre, Horabuena Gutierrez. Su hermano, Fernan Gomez de Toledo, camarero mayor y muy privado del Rey, que por su respeto acudió á su hermano con su favor, y obró tanto, que los canónigos apresuraron la eleccion y dieron sus votos á don Gutierre, mayormente que se receleban no se entremetiese el Papa y les diese prelado de su mano. Partió el Rey de Toledo para Búrgos á las bodas, que se festejaron como se puede pensar. Del infante don Juan, tio del Rey, no se tenia bastante seguridad por ser de su condicion mudable y por cosas que dél se decian, y claramente se dejaba entender que de tal manera haria el deber, que no duraria mas el respeto de lo que le fuese necesario. Por esta causa en Búrgos, ca acudió á las fiestas de aquellas bodas de la Infanta, aunque con seguridad que le dieron, trataban por órden del Rey de dalle la muerte. Don Juan Nuñez de Lara, como dello tuviese noticia, procuró estorballo, afeando en gran manera aquel intento; y sin embargo, el infante don Juan, luego que supo lo que pasaba, se salió secretamente de la corte. Muchos caballeros, movidos de caso tan feo, sin tener cuenta con el Rey y con su autoridad ni con la solemnidad de las bodas, le hicieron compañía. Pero todas estas alteraciones, que amenazaban mayores males, apaciguó la Reina madre con su prudencia, sin cesar hasta reconciliar el infante don Juan con el Rey, su hijo. En Palencia sobrevino al Rey una tan grave enfermedad, que no pensaron escapara. La buena diligencia de los médicos, la fuerza de la edad y la mudanza del aire le sanaron, porque luego que pudo se fué á Valladolid. En Barcelona murió doña Blanca, reina de Aragon, á 14 dias del mes de octubre, señora dotada de grande honestidad y de todo género de virtudes. Dejó noble generacion, es á saber, los infantes don Jaime, don Alonso, don Juan, don Pedro, don Ramon Berenguel. Las hijas fueron doña María, doña Costanza, doña Isabel, doña Blanca, doña Violante. Doña Blanca pasó su vida en el monasterio de Jijena, en que fué abadesa; las demás casaron con grandes príncipes, y por sus casamientos muchos linajes nobilísimos emparentaron con la casa real de Aragon. El cuerpo de la Reina sepultaron en Santa Cruz, que es un monasterio muy noble en Cataluña. Las exequias se hicieron con toda la solemnidad que era justo y se puede pensar.

CAPITULO X.

Cómo extinguieron los caballeros templarios.

Los obispos de toda la cristiandad se juntaban por este tiempo llamados por edictos de Clemente, pontífice, para asistir al concilio de Viena, ciudad bien conocida en el Delfinado de Francia. A las demás causas públicas que concurrian para juntar este Concilio se allegaba una, la mas nueva y sobre todas urgentísima, que era tratar de los caballeros templarios, cuyo nombre se comenzara á amancillar con grandes fealdades y torpezas, y era á todos aborrecible. Querian que todos los prelados diesen su voto y determinasen lo que en ello se debia de hacer, pues la causa á todos tocaba. El principio desta tempestad comenzó en Francia. Achacábanles delitos nunca oidos, no tan solamente á algunos en particular, sino en comun á todos ellos y á toda su religion. Las cabezas eran infinitas, las mas graves estas: que lo primero que hacian cuando entraban en aquella religion era renegar de Cristo y de la Vírgen, su madre, y de todos los santos y santas del cielo; negaban que por Cristo habian de ser salvos y que fuese Dios; decian que en la cruz pagó las penas de sus pecados mediante la muerte; ensuciaban la señal de la cruz y la imágen de Cristo con saliva, con orina y con los piés, en especial, porque fuese mayor el vituperio y afrenta, en aquel sagrado tiempo de la Semana Santa, cuando el pueblo cristiano con tanta veneracion celebra la memoria de la pasion y muerte de Cristo; que en la santísima Eucaristía no está el cuerpo de Cristo, el cual y los demás sacramentos de la santa madre Iglesia los negaban y repudiaban; los sacerdotes de aquella religion no proferian las místicas palabras de la consagracion cuando parecia que decian misa, porque decian que eran cosas ficticias é invenciones de los hombres, y que no eran de provecho alguno; que el maestre general de su religion, y todos

contra el voto de todos aquellos padres, y toda aquella órden fue extinguida. En virtud deste decreto el rey don Fernando se apoderó de todo lo que los templarios poseian en Castilla, así bienes como pueblos. En Galicia tenian á Ponferrada y el Faro; en tierra de Leon Balduerna, Tavara, Almansa, Alcañices; en Extremadura á la raya de Portugal Valencia, Alconeta, Jerez de Badajoz, Frejenal, Nertobriga, Capilla y Caracuel; en el Andalucía Palma; en Castilla la Vieja Villalpando; en la comarca de Murcia Caravaca y Alconchel; en el reino de Toledo Montalvan; demás destos, á San Pedro de la Zarza y á Burguillos, sin otros pueblos, posesiones y casas por todo el reino, que no se pueden por menudo contar. Refieren que los templarios tenian en España doce conventos, de los cuales en una bula del papa Alejandro III se nombran cinco, que son estos: el de Montalvan, el de San Juan de Valladolid, el de San Benito de Torija, el de San Salvador de Toro y el de San Juan de Otero en la diócesi de Osma. En los archivos de la iglesia mayor de Toledo está la citacion que el arzobispo don Gonzalo hizo á los templarios conforme á la comision que tenia del papa Clemente, su data en Tordesillas á los 15 de abril del mismo año que murió, de 1310. En esta citacion se cuentan veinte y cuatro bailías de los templarios, todas en Castilla, que eran como encomiendas, es á saber, la bailía de Faro, la de Amotiro, la de Goya, la de San Félix, la de Canabal, la de Neya, la de Villapalma, la de Mayorga, la de Santa María de Villasirga, la de Vilardig, la de Safines, la de Alcanadre, la de Caravaca, la de Capella, la de Villalpando, la de San Pedro, la de Zamora, la de Medina de Luitosas, la de Salamanca, la de Alconcitar, la de Ejares, la de Cidad, la de Ventoso, las casas de Sevilla, las de Córdoba, la bailía de Calvarzaes, la de Benavente, la de Juneo, la de Montalvan, con las casas de Cebolla y de Villalva que le pertenecen. Hasta aquí la citacion. Otras casas, heredades y lugares que tenian debíanse reducir y ser miembros de las bailías susodichas. En la ciudad de Maguncia en Alemaña, como se tratase deste negocio en un concilio de prelados conforme al órden del Papa, cuentan que uno llamado Hugon con otros veinte caballeros de aquella órden entró denodamente en la sala en que se hacia la junta, y á altas voces protestó que si alguna cosa allí se decretase contra su religion, que desde entonces apelaba para el sumo Pontífice, sucesor de Clemente. Los prelados, atemorizados con aquella ferocidad, dijeron que no tuviesen pena, que todo se haria bien y se miraria por su justicia. Dieron noticia de lo que pasaba al Papa, que cometió al mismo arzobispo de Maguncia de nuevo tomase informacion y procediese á sentencia. Hiciéronse las diligencias necesarias, y considerado el proceso y cerrado, los dieron por libres de todo lo que les achacaban. Finalmente, el Concilio vienense se abrió el año de 1311 á 16 dias del mes de octubre. Muchas cosas se ventilaron. Por lo que tocaba al papa Bonifacio, se acordó no era lícito condenalle ni imputalle el crímen de herejía, como pretendian. Tratóse con muchas veras de renovar la guerra de la Tierra-Santa, pero fué de poco efecto. Acerca de los templarios se decretó que su nombre y órden de todo punto se extinguiese; decreto que á muchos pareció muy recio, ni se puede creer que aquellos delitos se hobiesen extendido por todas las provincias, y que todos en general y cada cual en particular estuviesen tocados de aquella contagion. Verdad es que el naufragio y desastre destos caballeros dió á todos aviso para huir semejantes delitos, mayormente á los eclesiásticos, cuyas fuerzas mas consisten en una entera y loable opinion de virtud y bondad que en otra cosa alguna. Los bienes y haciendas de los templarios adjudicaron á los caballeros de la órden de San Juan, que en aquella sazon ganaron á los turcos la isla de Rodas; conquista con que se adelantaron en gracia y reputacion, y aun esperaban que se podria por medio dellos renovar la guerra de la Tierra-Santa. Sola España no admitió esta adjudicacion por las grandes guerras que tenian contra los moros por este tiempo, y cada dia se esperaban mas. Halláronse en este Concilio Filipo, rey de Francia, y tres hijos suyos, Cárlos de Valoes, su hermano, y gran número de embajadores de los otros reyes y príncipes. Asistieron trecientos obispos, otros dicen ciento y catorce, dos patriarcas, el de Alejandría y el de Antioquía, y el romano Pontífice, que sobrepujaba á todos los demás en autoridad y preeminencia. La divisa de los templarios era una cruz roja con dos traviesas como la de Caravaca en manto blanco; al contrario, los caballeros de San Juan traian y traen cruz blanca de la forma que vemos en manto negro.

CAPITULO XI.

De la muerte de don Fernando el Cuarto, rey de Castilla.

Todo el orbe cristiano estaba alterado con el desastre y caida de los templarios. Los culpados fueron castigados, los que no tenian culpa quedaron libres, y por decreto de los prelados de Viena se les señalaron pensiones en cada un año de las rentas de los mismos conventos, con que pudiesen pasar su vida; solamente les quitaron el hábito y insignia de aquella órden. En Castilla todo lleno de fiestas y regocijos con el nacimiento del infante don Alonso, que la reina doña Costanza parió á 3 dias del mes de agosto, el cual poco despues sucedió en el reino de su padre. Fué tanto mayor la alegría, que hasta entonces tenian poca esperanza de sucesion, porque la Reina no se habia hecho preñada y daba muestras de estéril. Tenian concertado casamiento por medio de embajadores entre don Pedro, hermano del rey don Fernando, y doña María, hija del rey de Aragon; para efectualle vinieron los reyes el de Castilla y el de Aragon á verse en Calatayud. Hallóse al tanto allí la reina doña Costanza, ya convalecida del parto, y gran número de caballeros, así castellanos como aragoneses, ilustres por sus hazañas y por su nobleza. Celebráronse las bodas la misma Pascua de Navidad, grandes fiestas, justas y torneos, con que el pueblo se alegró asaz. Doña Leonor, hermana del rey don Fernando, que antes de ahora estaba tratado de casalla con don Jaime, hijo del rey de Aragon, se desposó asimismo con él, y fué entregada en poder de su suegro. Trataron de renovar la guerra contra los moros á la primavera. Tenian cierta diferencia los reyes de Portugal y Castilla, y aun llegaban á términos de venir sobre ello á las puñadas. El rey don Fernando pretendia cobrar las villas de Mora y de Serpa, que caen en los confines de Portugal junto al

cabo de San Vicente, que siendo él niño, entregaron al rey de Portugal contra toda justicia y razon. Para concertar esta diferencia nombraron por juez árbitro al rey de Aragon, que tenia grande industria y buena mano para cosas semejantes. Hecho esto, se despidieron unos de otros, y don Juan, hermano del rey de Aragon, fué sobre el caso por embajador á Portugal. El rey don Fernando se vino á Valladolid, adonde llamó á Cortes á todos los de su reino para tratar de las provisiones que pretendia hacer para la guerra contra los moros. Pidió ser favorecido de dineros; los procuradores de las ciudades se los concedieron de muy pronta voluntad, porque de buena gana sufrian el menoscabo de dinero y la graveza de los tributos los pueblos y toda la gente comun por el gran deseo que tenian de desarraigar aquella nacion de España; no echaban al cierto de ver que muchas veces con honestas ocasiones se quebrantan y pierden los derechos de la libertad; que lo que se concede en los tiempos trabajosos, pasado el peligro, se queda perpetuo y se cobra, aun cuando el peligro es pasado. El infante don Pedro, hermano del Rey, nombrado por general contra los moros, llegada la primavera del año de 1312, aprestado su ejército, fué sobre Alcaudete, que, como dijimos arriba, se perdió y le tomaron los moros. El Rey fué en pos dél hasta Mártos. Allí sucedió una cosa muy notable. Por su mandado dos hermanos Carvajales, Pedro y Juan, fueron presos. Achacábanles la muerte de un caballero de la casa de los Benavides, que mataron en Palencia al salir del palacio real. No se podia averiguar quién fuese el matador; por indicios muchos fueron maltratados. En particular estos caballeros, oido su descargo, fueron condenados de haber cometido aquel crímen contra la majestad, sin ser convencidos en juicio ni confesar ellos el delito; cosa muy peligrosa en semejantes casos. Mandáronlos despeñar de un peñasco que allí hay, sin que ninguno fuese parte para aplacar al Rey, por ser intratable cuando se enojaba y no saber refrenarse en la saña. Los cortesanos, por saber muy bien esta su condicion, se aprovechaban della á propósito de malsinar y derribar á los que se les antojaba. Al tiempo que los llevaban á justiciar, á voces se quejaban que morian injustamente y á gran tuerto; ponian á Dios por testigo, al cielo y á todo el mundo; decian que pues las orejas del Rey estaban sordas á sus quejas y descargos, que ellos apelaban para delante el divino tribunal, y citaban al Rey para que en él pareciese dentro de treinta dias. Estas palabras, que al principio fueron tenidas por vanas, por un notable suceso, que por ventura fué acaso, hicieron despues reparar y pensar diferentemente. El Rey, muy descuidado de lo hecho, se partió para Alcaudete, donde su ejército alojaba; allí le sobrevino una enfermedad tan grande, que fué forzado dar la vuelta á Jaen, bien que los moros movian prática de entregar la villa. Aumentábase el mal de cada dia y agravábase la dolencia de suerte, que el Rey no podia por sí negociar. Todavía alegre por la nueva que le vino que la villa era tomada, revolvia en su pensamiento nuevas conquistas, cuando un juéves, que se contaron 7 dias del mes de setiembre, como despues de comer se retirase á dormir, á cabo de rato le hallaron muerto. Falleció en la flor de su edad, que era de veinte y cuatro años y nueve meses, en sazon que sus negocios se encaminaban prósperamente. Tuvo el reino por espacio de diez y siete años, cuatro meses y diez y nueve dias, y fué el cuarto de su nombre. Entendióse que su poco órden en el comer y beber le acarrearon la muerte; otros decian que era castigo de Dios, porque desde el dia que fué citado hasta la hora de su muerte, cosa maravillosa y extraordinaria, se contaban precisamente treinta dias. Por esto entre los reyes de Castilla fué llamado don Fernando el Emplazado. Su cuerpo depositaron en Córdoba, porque á causa de los calores, que todavía duraban, no pudo ser llevado á Sevilla ni á Toledo, do tenian los enterramientos reales. Acrecentóse la fama y opinion susodicha, concebida en los ánimos del vulgo, por la muerte de dos grandes príncipes, que por semejante razon fallecieron en los dos años próximos siguientes; estos fueron Filipo, rey de Francia, y el papa Clemente, ambos citados por los templarios para delante el divino tribunal al tiempo que con fuego y todo género de tormentos los mandaban castigar y perseguian toda aquella religion. Tal era la fama que corria, si verdadera si falsa no se sabe; mas es de creer que fuese falsa; en lo que sucedió al rey don Fernando nadie pone duda. No se sabe lo que determinó el rey de Aragon sobre la diferencia entre los reyes de Castilla y Portugal; bien se entendia empero favorecia mas al Portugués, y le parecia que el rey don Fernando no tenia razon, lo cual con su muerte y la turbacion de los tiempos que se siguió luego en Castilla prevaleció; y aquellos pueblos sobre que era la diferencia se quedaron todavía y están en posesion y debajo del señorío de Portugal.

CAPITULO XII.

De los principios del reinado de don Alonso el Onceno, rey de Castilla.

Por la muerte del rey don Fernando se siguieron en Castilla grandes torbellinos de tempestades y discordias civiles, como era forzoso, por ser el Rey niño, que no tenia mas de un año y veinte y seis dias; lo mismo que estar el reino sin reparo y sin gobernalle. Este es el inconveniente que resulta de heredarse los reinos; mas que se recompensa con otros muchos bienes y provechos que dello nacen, como lo persuaden personas muy doctas y sabias, si con razones aparentes ó con verdad, aquí no lo disputamos. Luego que falleció el Rey, alzaron á don Alonso, su hijo, por rey de Castilla á instancia y por diligencia del infante don Pedro, su tio, que estaba en Jaen, donde acudió luego que Alcaudete se entregó. Alzáronse allí los estandartes reales por el nuevo Rey, como es de costumbre, y el Infante por lo que hizo movido por la obligacion y fidelidad que debia, adelante fué mas amado de todos, y las voluntades del pueblo le quedaron mas aficionadas. El niño Rey estaba á la sazon en Avila; nombraron por su aya para crialle y dotrinalle á Vataza, una señora nobilísima, nieta de Teodoro Lascaro, emperador que fué de Grecia, que vino de Portugal en compañía de la reina doña Costanza y por su aya. Volvió adelante á Portugal; allí murió; yace en la iglesia mayor de Coimbra con su letrero que así lo reza. La reina doña María, abuela del niño, residia en Valladolid retirada del gobierno, sea por voluntad, sea por habérsele quitado. La reina doña Costanza, que acompañó á su marido cuan-

do fué á la guerra, se hallaba en Mártos cargada de tristeza, luto y lágrimas, como la que perdió su marido en la flor de su mocedad, y no sabia lo que sucederia para adelante. El infante don Juan era ido á Valencia, don Juan de Lara á Portugal; el uno y el otro en desgracia del rey don Fernando por desgustos que sucedieron poco antes de su muerte. Era forzoso proveer quien ayudase á la tierna edad del Rey y de presente gobernase las cosas; persona que fuese señalada en valor y nobleza. Muchos se entremetian sin ser llamados. Era negocio peligroso anteponer uno á los demás. La desordenada codicia de mandar salia de madre por no señalarse alguno á quien los demás tuviesen respeto; muchos no tenian vergüenza ni temor ni cuenta con las cosas divinas ni con las humanas, á trueco de salir con su pretension. Don Alonso, señor de Molina, hermano de la reina doña María, el infante don Felipe, tio del Rey, y don Juan Manuel echaban sus redes para apoderarse del gobierno, bien que secretamente y con modestia. Los infantes tio y sobrino, es á saber, don Juan y don Pedro, mas á la rasa. Don Pedro iba mas adelante, así por ser el deudo mas cercano del Rey como por la aficion que todos le tenian. Don Juan por su edad era mas á propósito, si no fuera de condicion inquieta y mudable, tanto, que á muchos parecia nació solamente para revolver el reino. No se via amor ni lealtad; el deseo de acrecentar cada cual su estado les tenia ocupadas las voluntades. Las reinas, por ser mujeres, no eran bastantes para cosas tan graves, bien que todos entendian su autoridad y favor seria de gran momento á cualquiera parte que se arrimasen, dado que no se concertaban entre sí, como nuera y suegra. Las cosas del Andalucía quedaron á cargo del infante don Pedro, hizo paces con el rey Moro, que á entrambas partes estuvieron bien, en especial que el Infante no podia atender á la guerra por estar ocupado en sus pretensiones. Por otra parte, Farraquen, señor de Málaga, procuraba vengar la cruel muerte del rey Alhamar, no tanto confiado en sus fuerzas cuanto en la mala satisfaccion que los moros tenian con su Rey, así por otras causas como por la muerte que diera á su hermano. Asentada pues esta confederacion, el infante don Pedro y la reina doña Costanza comunicaron entre sí en qué forma se gobernaria el reino y sobre la crianza del Rey. Acordaron de ir luego á Avila con esperanza que los ciudadanos no les negarian su demanda, y si hiciesen resistencia, valerse contra ellos de las armas. Por otra parte, don Juan, tio del rey don Fernando, y don Juan de Lara hicieron entre sí liga. La semejanza de las costumbres y el peligro que ambos corrian los hacian conformes en las voluntades. Procuraban pues con todo cuidado y diligencia de traer á su bando á la reina doña María con esperanzas que le darian á criar su nieto. Don Juan de Lara fué el primero que llegó á Avila, pero no pudo haber á las manos al Rey, porque el obispo don Sancho le metió dentro de la iglesia mayor, y allí se hizo fuerte con él y le defendió. Vinieron luego don Pedro y la reina doña Costanza; sucedióles lo mismo que á don Juan de Lara. Tratóse de medios; acordaron que el Rey no se entregase á ninguna de las partes, si primero en Cortes no se acordase á quién se debia de entregar. Sobre que esto así se cumpliria, todos los ciudadanos de Avila se hermanaron. Dió este consejo don Juan de Lara con esperanza de excluir al infante don Pedro. Hiciéronse Cortes del reino en Palencia á la entrada de la primavera. Torpes sobornos, grandes cautelas y trazas. Los que mejor sentian nombraban á don Pedro y á la reina doña María, su madre, que mucho inclinaba en favor de su hijo para el gobierno del reino. Otros anteponian á don Juan y á la reina doña Costanza, que por mañas del bando contrario estaba ya encontrada con el infante don Pedro. De aquí nació ocasion de nuevos alborotos. Los grandes y las ciudades andaban muy desconformes, y cada cual seguia diverso parecer, y por un gobierno tenian dos; triste y miserable estado. Don Pedro, confiado en su poder, y en la benevolencia y favor que el vulgo le mostraba y en la ayuda que de fuera le podria venir, hizo avenencia con don Juan Manuel desta manera: que si salia con la empresa le dejaria el gobierno de los reinos de Toledo y de Murcia; así se ponia en almoneda el mando, y la majestad del reino era tenida por cosa de burla. Fuése á ver con el rey de Aragon, su suegro, á Calatayud al principio del año de 1313. Cuéntale por extenso los engaños de los contrarios, sus cautelas y mañas y el peligro si esta disension pasaba adelante, que forzosamente pararia en guerra perjudicial; que debia moverse por su justa demanda y favorecer á su yerno, mayormente en cosa tan puesta en razon. Así, de consentimiento de los dos despacharon á Miguel Arbe por embajador al rey de Portugal, por ver si con su autoridad se refrenasen las pretensiones de los revoltosos y pudiesen hacer que el gobierno del reino quedase en poder del infante don Pedro, y que á la reina doña Costanza se le encargase el cuidado de criar su hijo, que desta forma les parecia se satisfacia á las partes. Los ciudadanos de Avila, que eran tanta parte en este negocio, no se llegaban con calor á ninguna de las partes; á ambas henchian de esperanzas unas veces, otras amenazaban con miedos. Finalmente, vinieron á seguir el partido de don Pedro y de la reina doña María, su madre. Esto agradó á los mas principales de la ciudad y al pueblo, con tal condicion que no sacasen al Rey de la ciudad. En este tiempo Azar, rey de Granada, fué forzado á retirarse dentro del Alhambra por miedo de los ciudadanos que se rebelaron contra él. Ismael, hijo de Farraquen, fué el autor desta rebelion y el capitan. El infante don Pedro, que se hallaba en Sevilla, movido de la injuria que se hacia al rey de Granada, su aliado, y del peligro que corria, pospuesto todo lo al, determinó de ir allá. Llegó tarde, ya que las cosas estaban perdidas, porque Azar vino á concierto con su enemigo, en que hizo dejacion del reino y del nombre de rey, con retencion de Guadix para su habitacion, ciudad puesta en los deleitosos campos y bosques de los túrdulos, pueblos antiguos de España. Verdad es que el Infante, ya que no le pudo favorecer en tiempo, procuró vengalle, porque tomó á los moros un castillo muy fuerte en la comarca de Granada, llamado Rute; hizo otrosí grandes correrías por toda aquella campaña. Habia reinado Azar cuatro años y siete meses cuando fué despojado de aquel estado, mas dichoso y mas modesto en el tiempo que reinó su hermano que en el que él mismo tuvo el mando. Sucedióle su competidor Ismael, hijo de su hermana y de Farraquen. Con la toma de Rute el crédito del infante don Pedro se aumentó mucho, y ganó grande-

mente las voluntades de todos por acabar en tres dias con lo que los reyes pasados no pudieron salir, que era ganar aquella fuerza, que muchas veces acometieron á tomar. No pasó adelante en la guerra de los moros por las revueltas que dentro del reino andaban, á que era forzoso acudir, sin cuidar mucho de las cosas de fuera. Los grandes del reino y los procuradores de las ciudades se juntaron en el monasterio de Sahagun por ver si podrian concordar aquellos debates. Durante la congregacion y junta la reina doña Costanza por el mes de noviembre pasó desta vida. Fué gran parte para su muerte la pesadumbre que tenia de ver á su hijo fuera de su poder y la necesidad y pobreza que padecia, tan grande, que para pagar sus deudas y el gasto de su casa aun el oro y joyas que tenia para su persona no bastaban, como ella misma lo declaró en el testamento que otorgó á la hora de su muerte. La falta de la reina doña Costanza obró que se pudieron encaminar mejor los negocios á causa que el infante don Juan, desamparado que se vió deste arrimo, acudió á la reina doña María y á su hijo el infante don Pedro. Concertáronse en esta forma: que la crianza del Rey estuviese á cargo de la Reina, su abuela; los Infantes gobernasen el reino, cada cual en aquella parte y aquellas ciudades que le siguieron en las Cortes que poco antes se tuvieran en la ciudad de Palencia; manera de gobierno bien extraordinaria y sujeta á grandes inconvenientes; pero era forzoso conformarse con el tiempo y llegar hasta lo que las cosas daban lugar. Al Rey llevaron á Toro, ciudad muy apacible y de cielo muy saludable. Lo que principalmente pretendieron fué sacalle de poder de los de Avila y vengarse de las afrentas que á todos antes hicieron. Corria á esta sazon el año de 1314 cuando en el reino de Toledo se despertaron nuevos alborotos y bandos, y aun donde quiera se cometian mil maldades, robos, fuerzas y muertes; grande era la avenida de miserias, sin que hobiese fuerzas bastantes para atajar tantos daños. Acordaron buscar otra mejor manera de gobierno; juntaron Cortes en Búrgos, en que se determinó que el gobierno supremo del reino estuviese en poder del Consejo Real, al cual se suele apelar de todos los tribunales con las mil y quinientas que ha de pagar el que apela en caso que sea condenado. Ordenaron otrosí que el Consejo siguiese siempre la Corte do quiera que el Rey y la Reina estuviesen. Que los dos Infantes determinasen los negocios de menor cuantía, sin dalles facultad para enajenar las rentas reales, ni poder nombrar otro en su lugar, caso que alguno de los tres Infantes y Reina falleciese. A la misma sazon fallecieron de su enfermedad tres grandes personajes, es á saber, don Pedro, hermano de la Reina, que murió poco antes deste tiempo, y don Tello, su hijo, que venia á gran priesa para hallarse en las Cortes. En las mismas Cortes falleció sin hijos don Juan Nuñez de Lara, mayordomo que á la sazon era de la casa real. El cargo por su muerte se proveyó á don Alonso, hijo del infante don Juan. Tenia don Juan Nuñez de Lara una hermana, por nombre doña Juana, que casó con don Fernando de la Cerda; deste matrimonio nacieron dos hijos, que fueron doña Blanca y don Juan de Lara, que tomó este apellido porque finalmente heredó el estado de la casa de Lara. Esto en Castilla. El rey de Aragon por el mes de noviembre envió á Alemaña á doña Isabel, su hija, que tenia concertada con Federico, duque de Austria, para que se efectuase el casamiento, al cual á la sazon los tres electores, el de Colonia, el de Sajonia y el Palatino nombraran por rey de romanos; los otros tres electores señalaron á Ludovico, bávaro; á estos se llegó Winceslao, rey de Bohemia. Por donde este partido pareció tener mejor derecho, por lo menos tuvo mas dicha; en una batalla que se dió de poder á poder, venció y prendió á su competidor. Mas este Ludovico se hizo adelante muy aborrecible por perseguir á los pontífices romanos, y en prosecucion desto elegir un nuevo y falso papa, de que resultaron grandes males.

CAPITULO XIII.

Del principio que tuvieron los turcos.

Tenia por este tiempo el imperio de Grecia Andrónico, hijo de Miguel Paleólogo, hombre impío y mal cristiano, ca renunció la santa fe católica romana que los griegos de comun consentimiento recibieran los años pasados. Pasó en esto tan adelante, que publicó á su padre por descomulgado, y no permitió que á su cuerpo diesen sepultura y le hiciesen las honras acostumbradas. Tal fué el principio que dió á su imperio, desdichado y desgraciado. El odio que con los romanos tenian era tan grande, que no eran tenidos por legítimos los matrimonios que se hacian entre griegos y latinos, si la una de las partes no renunciaba la creencia de sus antepasados. Muchos por ser católicos, que era tenido por el mas grave delito, hacia condenar por herejes. Fué castigo del cielo que en este mismo tiempo los turcos comenzaron á tener nombre; gente hasta entonces no conocida, adelante muy encumbrada por nuestras pérdidas y daños, que dellos se han recibido muy grandes y ordinarios, mas por el descuido de los príncipes, que pudieran al principio atajar el fuego, que por su valor y industria. En aquella parte de Scitia por do corre el rio Volga tuvo antiguamente esta gente su asiento. De allí un gran número se derramó en las partes de Europa el año del Señor de 760. Tuvieron una batalla con los húngaros, gente entonces muy poderosa, en la cual, como quedasen muy maltratados, se retiraron á Asia convidados de la fertilidad de la tierra y del poco valor de los naturales, ca los deleites y regalo los tenian muy estragados. En aquella tierra los turcos se hicieron fuertes en las montañas, con cuya aspereza mas que con las armas se mantuvieron largo tiempo. Su nombre no era muy conocido ni tuvieron caudillo muy señalado. Sustentábanse de robos y correrías; en las guerras asentaban al sueldo de la parte que les hacia mejor partido, cuando los príncipes comarcanos los convidaban para ayudarse dellos, en especial acudian al soldan de Egipto. Fuera muy fácil deshacellos, si alguno tuviera celo del bien comun; pero lo pasado mas se puede llorar que emendar. En la guerra de la Tierra-Santa que emprendió Jofre de Bullon, príncipe señalado en valor y religion, comenzaron los turcos á ganar alguna fama por las rotas que dieron y recibieron muchas veces que con los fieles vinieron á las manos. Estaban divididos debajo de muchos señores y caudillos hasta tanto que en tiempo del emperador Andrónico un cierto Otoman, hijo de Zico, hombre, bien que de baja suerte, de grandes fuerzas y ánimo, con dar la

muerte á muchos de aquellos señores y maltratar á otros, se hizo señor de todos los turcos, que andaban desparcidos á manera de alarbes. Este fué el primer fundador del imperio de los turcos, tan extendido en nuestro tiempo, y de quien la familia de los Otomanos tomó este apellido. Deste por continua sucesion traen su descendencia aquellos emperadores, en que los hijos muchas veces han heredado el estado de los padres, por lo menos los hermanos se han sucedido uno á otro, como se ve por el árbol de su genealogía, que pareció poner en este lugar. Otoman tuvo un hijo que le sucedió en el imperio, por nombre Orcanes, al cual sucedió su hijo Amurates; á este Bayacete, su hijo, muy nombrado por la jornada que tuvo con el Taborlan y por su grande desgracia, que fué vencido y preso en aquella batalla. Bayacete tuvo un hijo, por nombre Calapino, que le sucedió, y á Calapino dos hijos suyos, uno en pos de otro, que se llamaron el primero Moisés, el segundo Mahomad; hijo deste Mahomad fué Amurates, aquel que, cansado de las cosas del mundo, renunció el imperio y se retiró á hacer vida sosegada en lo mejor de su edad y cuando su imperio llegaba á la cumbre, cosa que le dió mas nombradía que todas las otras hazañas que acabó, bien que fueron muy grandes; bienaventurado si por la verdadera y católica religion menospreciara las riquezas y grandeza de aquel estado. En lugar de Amurates fué puesto su hijo Mahomad, el que, pasados mas de cien años adelante deste en que vamos, se apoderó por fuerza de armas de la gran ciudad de Constantinopla. A Mahomad sucedió Bayacete; luego Selim; tras este Soliman; despues otro Selim; últimamente Amurates, y otro Selim, y al presente Mahomad, abuelo, padre y hijo que por su órden heredaron aquel imperio. Desta manera y por estos grados y de tan flacos principios se ha extendido el imperio de los turcos, acrecentado y engrandecido por descuido y poquedad de los nuestros, mayormente por las discordias que entre sí han tenido, sin saberse conformar ni juntar las fuerzas contra el comun enemigo de la cristiandad.

CAPITULO XIV.

Que los catalanes acometieron el imperio de Grecia.

Luego que los turcos se hobieron enseñoreado de gran parte de la Asia Menor, comenzaron á poner sus pensamientos en lo de Europa y en la Romania, que antiguamente se llamó Tracia. Enfrenólos por algun tiempo y reprimió sus intentos el estrecho del mar, aledaño destas dos provincias; que por lo demás los griegos estaban tan sin fuerzas y ánimo, que fácilmente pudieran salir con su pretension; los regalos y deportes de todas suertes tenian abatido el valor de aquella gente. En la paz eran revoltosos, blasonnban largo; pero para la guerra eran muy flacos, propias condiciones de gente cobarde. Considerado pues el gran peligro que las cosas corrian, el emperador Andrónico determinó de ampararse á sí y á su imperio y valerse de ayudas y socorros de fuera. Los catalanes, despues que se asentó en Sicilia la paz entre los príncipes, segun arriba queda contado, por no sufrir el reposo como gente acostumbrada á andar siempre en la guerra, dieron en ser cosarios por el mar, y en esto se ejercitaban. Fué llamado de Grecia Rugier de Brindez, el principal capitan de los catalanes, debajo de grandes promesas que aquel Emperador le hizo. Era este varon muy insigne en el arte militar, y que tenia adquirida gran fama por sus grandes proezas. Traia su orígen de Alemania, su padre Ricardo Floro, familiar y continuo del emperador Federico; tuvo en Brindez muchas posesiones, y en servicio de Coradino fué muerto en la batalla de Manfredonia. Su hijo fué primero caballero de la órden de los templarios, despues sirvió á don Fadrique, rey de Sicilia, en las guerras pasadas, en que mostró su esfuerzo y valentía en muchas ocasiones, y ganó fama y gloria de guerrero, y su nombre fué conocido aun acerca de los extranjeros. Con licencia pues de su Rey fué al llamado de los griegos á Constantinopla con una armada de treinta y ocho velas, en que se contaban diez y ocho galeras, mil y quinientos caballos y hasta cuatro mil infantes; pequeño ejército para tan grande empresa; pero todos eran de extremado valor, soldados viejos de grande experiencia y los que mantuvieron todo el peso de la guerra de Sicilia y ganaron tantas victorias. Llegada que fué esta armada á Constantinopla, dieron á Rugier por mujer una hija del emperador de Zaura y de una hermana de Andrónico y el primer lugar y autoridad despues del Emperador; añadiéronle á esto título y nombre de Gran Capitan, que llamaban Megaduque. Con estos halagos ganaron las voluntades de los catalanes, encendieron sus ánimos en deseo de verse ya con los enemigos, pasaron con su armada lo mas cercano de la Asia. En la primera batalla que dieron pasaron á cuchillo tres mil hombres de á caballo de los turcos y diez mil infantes. Tras esto en la Frigia, y en le Meonia, donde se adelantaron, tuvieron otro encuentro con los turcos junto á Filadelfia, ciudad señalada por el rio Pactolo que con hermosas y deleitables riberas la riega; sucediólos tan prósperamente como en la batalla pasada; no fué menor el estrago y matanza de los enemigos. Finalmente, junto á Dania, ciudad de la provincia de Cilicia, no léjos de la nombrada Efeso, en el estrecho del monte Tauro, que llaman Puerta de Hierro, trabaron una batalla con los turcos con el mismo esfuerzo y ventura. Estas victorias de presente muy señaladas para adelante fueron muy provechosas, porque se mejoraron de armas, de caballos y dineros, de que se hallaban necesitados. La fama que ganaron fué grande, tanto, que los naturales cobraron esperanza de destruir por su medio aquella nacion de turcos y poner la cristiana en su libertad. Verdad es que á mala coyuntura falleció el suegro de Rugier, por cuya muerte los hijos del difunto fueron despojados del estado de su padre por un tio suyo, que se apoderó injustamente por fuerza de aquel imperio. Esto puso en necesidad á Rugier de dar la vuelta, mayormente que el emperador Andrónico le mandaba tornar. Con su venida en breve sosegó aquella tempestad muy á su gusto; para este y para todo el progreso de la guerra hizo mucho al caso Berenguel Entenza, caballero catalan, el cual, sabido lo que en levante pasaba, acudió con trecientos hombres de á caballo y mil infantes, toda gente escogida. Diéronle luego títulos de Gran Capitan y á Rugier nombre de César, que era la dignidad de mayor autoridad en tiempo de paz y de guerra que en aquel imperio se podia dar despues del mismo Emperador; tan grande,

que nó la dieran á nadie por espacio de cuatrocientos años. Hasta aquí todo procedia muy prósperamente, si la fortuna ó desgracia supiera estar queda sin dar la vuelta que suele de ordinario. Fué así, que los griegos tomaron ocasion de aborrecellos, así bien por envidia destas preeminencias que les dieron como porque los soldados, que invernaban en Calípoli, comenzaron á alborotarse con color que no les pagaban. Derramábanse por la comarca, cometian robos, violencias y adulterios, todo lo ensuciaban con maldades en gran daño de la tierra y peligro suyo y de sus capitanes. La indignacion que desto concibió el Emperador fué grande; para vengarse procuraron que Rugier viniese á Adrianópoli con muestras de querer comunicar con él cosas de grande importancia. Llegado que fué, descuidado de semejante traicion, le mataron sin respeto de sus muchas hazañas; así es, mas fuerza tiene una injuria para mover á venganza que muchos servicios para sosegar el desgusto, porque la obligacion nos es carga pesada, la venganza descarga de cuidados, además que ordinariamente los grandes servicios se suelen recompensar con alguna notable deslealtad. Muerto que fué Rugier, grande multitud de griegos se puso sobre la ciudad de Calípoli; los catalanes se defendieron con gran valor, y no contentos con esto, ganaron de los contrarios muchas victorias, particularmente en una batalla les degollaron seis mil de á caballo y veinte mil infantes. Los demás huyeron; ganáronles los reales; cosa maravillosa y que apenas se pudiera creer, si Ramon Montaner, que se halló en estos hechos, no lo afirmara en su historia como testigo de vista. Pasó tan adelante Berenguel Entenza en vengar la muerte de Rugier, que llegó con su armada á vista de Constantinopla; taló aquellas marinas, hizo robos de ganados, mató cuantos se le pusieron delante, puso fuego á las alquerías y cortijos de aquella ciudad. A Calojuan, hijo del emperador Andrónico, que le salió al encuentro, venció y desbarató en una batalla. Llevaban los catalanes con tanto muy bien encaminados sus negocios. En esto una armada de ginoveses debajo la conducta de Eduardo Doria llegó á aquellas partes, que fué causa que el partido de los griegos se mejorase y empeorase el de los catalanes. Con muestra de amistad y confederacion los ginoveses se apoderaron de la armada catalana y prendieron á su general Entenza, digno al parecer de aquella desgracia por haber llamado á los turcos en su favor, cosa que siempre se ha tenido por fea entre los cristianos. Quedaba Roberto de Rocafort, que estaba en guarda de Calípoli, con cuyo amparo y debajo de su gobierno los catalanes hacian grandes correrías, ganaban muchas victorias, así de los griegos como de los ginoveses. Ensoberbecido Rocafort con estos sucesos, no queria reconocer á ninguno por superior; cometia todo género de maldades sin que nadie le fuese á la mano. Entenza, despues que á cabo de mucho tiempo fué puesto en libertad, acudió á Cataluña, donde vendidos muchos lugares heredados de su padre, con el dinero que allegó aprestó una armada, en que otra vez pasó en Grecia. Llegado que fué, Rocafort no le quiso reconocer por superior, de que resultaron entre ellos discordias y armarse el uno al otro celadas. Subido el peligro que las cosas corrian por la discordia destos dos capitanes, el rey de Sicilia don Fadrique, por cuyo órden pasaron primeramente á levante, envió á don Fernando, hijo menor del rey de Mallorca, para si por ventura con su autoridad y buena maña pudiese concertar aquellas diferencias. Poco aprovechó esta diligencia; solo les persuadió que, pues la comarca de Calípoli la tenian destruida, juntadas sus fuerzas, marchasen la vuelta de Nápoles, ciudad que es de la Tracia á los confines de Macedonia, muy principal por su fertilidad y por dos caudalosos rios que junto á ella pasan, es á saber, Neso y Estrimon. En este camino los dos capitanes vinieron á las manos; Berenguel Entenza fué muerto en la pelea con otros muchos. Al infante don Fernando fué forzoso dar la vuelta á Sicilia. En el camino fué preso junto á la isla de Negroponte por ciertas galeras francesas que por allí andaban. Con esta armada puso confederacion Rocafort, como el que tenia entendido no podria alcanzar perdon de los aragoneses ni de los sicilianos; mas era tanta su soberbia, que puesta esta amistad, menospreciaba á los franceses y hacia dellos poco caso. Por esta causa prendieron á él y á un hermano suyo, y vueltos á Italia, los entregaron en poder de Roberto, rey de Nápoles, su capital enemigo, y él los mandó encerrar en Aversa. Allí estuvieron con buena guarda hasta tanto que del mal tratamiento murieron; castigo muy merecido por sus maldades. Don Fernando de Mallorca andaba mas libre, porque su prision no era tan estrecha, y poco despues á instancia de los reyes de Aragon y Sicilia fué puesto en libertad. Llegó á Mecina, donde casó con doña Isabel, nieta de Luis, el postrer príncipe de la Morea, francés de nacion, y que poco antes falleció sin dejar hijo varon. Partidos que fueron de levante los franceses, los catalanes, que todavía quedaban algunos, por do quiera que iban, todo lo asolaban. Sucedió que Gualtero de Brena, duque de Atenas, del linaje de los franceses, tenia guerra con algunos señores comarcanos. Este convidó á los catalanes para que le ayudasen. Poco les duró la amistad; con color que no les pagaba, se amotinaron y en cierta refriega, muerto el Duque, con la misma furia se apoderaron de la ciudad y la pusieron á saco. Verdad es que el nombre de duque de aquella ciudad reservaron para don Fadrique, rey de Sicilia. Deseaban que les acudiese, como los que sabian muy bien el riesgo que corrian si no les venia socorro de otra parte. Aceptó pues el rey don Fadrique aquella oferta y envió gobernadóres para las ciudades y capitanes para la guerra, que todavía se continuó con diversos trances que sucedieron. Este estado mandó él despues en su testamento á don Guillen, su hijo menor; á este sucedió don Juan, su hermano; á don Juan don Fadrique, su hijo, por cuya muerte, que falleció sin dejar sucesion, recayó este principado en el rey de Sicilia don Fadrique, bisnieto del primer don Fadrique, por cuyo mandado fueron los catalanes á Grecia la primera vez. De aquí los reyes de Aragon se intitulan, como reyes que son de Sicilia, duques de Atenas y Neopatria hasta nuestra edad; estados de título solo y sin renta. Fué esta guerra muy señalada por el esfuerzo de los soldados, por las batallas que se dieron, por los diversos trances y sucesos, finalmente, por los muchos años que duró, que llegaron á doce no menos. Cosa maravillosa que se pudiese mantener tan poca gente tan léjos de su tierra, rodeada de tantos enemigos y dividida entre sí con parcialidades

y bandos perpetuos. Esto movió al papa Clemente para que el mismo año que falleció escribiese al rey de Aragon muy apretadamente forzase á los catalanes por sus edictos á salir de Grecia. Hizo instancia sobre esto á ruego de Cárlos de Valoes, que poseia en la Morea algunas ciudades en dote con su mujer, demás de las lágrimas y quejas ordinarias que le venian de los naturales de aquella tierra, que se quejaban y plañian ser maltratados con todo género de molestias ellos y sus haciendas, hijos y mujeres por un pequeño número de ladrones, gente mala y desmandada.

CAPITULO XV.

Del pontífice Juan XXII.

Los dos años siguientes fueron señalados por los nuevos reyes que en Francia hobo y por la vacante de Roma, que duró dos años y casi cuatro meses. Fué así, que el rey Luis Hutin de una grave dolencia que le sobrevino falleció en el bosque de Vincena, que es cuatro millas de la ciudad de Paris, á los 5 dias del mes de junio, año del Señor de 1315. De su primera mujer Margarita, hija del duque de Borgoña, tuvo una hija, que se llamó Juana. La dicha Margarita fué convencida de adulterio; así dentro de la prision donde la tenian la mandó ahogar. A todos les pareció esta justa causa de dolor y tristeza; y es cosa de admiracion que en un mismo tiempo fueron acusadas de adulterio tres nueras del rey Filipo el Hermoso; demasiada licencia, deshonestidad y soltura notable para unas señoras tan principales. Las dos dellas, es á saber, las mujeres de Luis y de Cárlos fueron convencidas en juicio. A los adúlteros cortaron sus partes vergonzosas, y desollados vivos, los arrastraron por las calles y plazas públicas, finalmente los ahorcaron. Casó la segunda vez con Clemencia, hija del rey de Hungría, que quedó preñada al tiempo que su marido falleció, y parió un hijo, que se llamó Juan, con esperanza heredaria el reino de su padre; pero muerto el niño dentro de veinte dias, Filipo, su tio, que tenia por sobrenombre el Largo, y hasta entonces era gobernador del reino, de consentimiento de todos los estados se coronó y tomó las insignias reales. A la infanta doña Juana excluyeron de la herencia y reino de su hermano por la ley Sálica, ora fuese verdadera, ora de nuevo fingida ó ampliada en favor y gracia del mas poderoso. Las palabras de la ley son estas: En la tierra Sálica, quiere decir de los francos, no sucedan las mujeres. Del reino de Navarra no podia ser despojada, por considerar que su abuela del mismo nombre le hobo pocos años antes por razon de herencia. Mayor alteracion resultó sobre el pontificado romano. Los cardenales italianos procuraban con todas sus fuerzas que se eligiese un pontífice de su nacion y que la silla pontifical se tornase á Roma. Sobrepujaban en número los franceses, y salieron finalmente con su pretension. En Carpentraz, ciudad de la Francia Narbonense y del condado de Aviñon, do Clemente, pontífice, falleció, mientras estaban en conclave sobre la eleccion del nuevo pontífice, se alborotó gran número de la gente de la tierra, y comenzaron á quebrantar las casas de los italianos y á roballas, apoderáronse de la ciudad y pusieron en huida á los cardenales de ambas naciones. Las cosas amenazaban scisma. De allí á mucho tiempo se tornaron á juntar en Leon de Francia. En aquella ciudad Jacobo Osa, de nacion francés, cardenal y obispo portuense, fué elegido por sumo pontífice á los 7 dias del mes de agosto el año 16 de aquel siglo y centuria. Tomó por nombre en su pontificado Juan XXII. Hizo á Tolosa y á Zaragoza sillas metropolitanas con deseo de hacerse grato á los franceses y aragoneses. A Zaragoza le dió por sufragáneas las iglesias de Pamplona, Calahorra, Huesca, Tarazona, que todas y la misma Zaragoza eran sufragáneas de Tarragona. A Cahors, ciudad de Francia, hizo silla obispal; esta honra quiso hacer á su patria. Canonizó á santo Tómas de Aquino, teólogo prestantísimo de la órden de los Predicadores, y á san Luis, obispo de Tolosa. Este fué hijo de Cárlos, el mas Mozo, rey de Nápoles, cuñado del rey de Aragon. Estas cosas ilustraron mas que otra alguna el largo pontificado deste Papa, demás de las anatas que impuso primeramente sobre los beneficios eclesiásticos. En Castilla no tenian las cosas sosiego, y sin embargo, acudian á hacer la guerra contra los moros. Azar, no pudiendo sufrir la gran caida que habia dado y la vida particular en que vivia, aunque harto mas dichosa de la que antes tenia, usurpaba el título de rey contra el concierto antes hecho. Este, como mas flaco de fuerzas, y que no tenia poder bastante para contrastar con su enemigo, pretendia valerse de los cristianos. A los nuestros no estaba mal acudir á aquel Rey, que era su confederado, demás de la ocasion que se ofrecia de sujetar por medio de aquellas revueltas toda aquella nacion. Acordaron pues de hacer guerra á los moros; el cuidado se encomendó al infante don Pedro, así por tener edad á propósito como por estar de su parte muchos de entre los moros á causa de la confederacion que poco antes con ellos asentó. Demás que el infante don Juan, su tio, se hallaba embarazado y triste por la muerte de don Alonso, su hijo mayor, que le sobrevino al principio desta guerra en un pueblo llamado Morales cerca de la ciudad de Toro. Su cuerpo sepultaron en la ciudad de Leon en la iglesia de Santa María de Regla. Por el mismo tiempo don Fernando de Mallorca, como en la Morea pretendiese recobrar el estado y dote de su mujer, y para esto ayudarse de los catalanes, pasó desta vida en lo mas recio de la guerra. Su cuerpo traido á España le enterraron en Perpiñan en el monasterio de Santo Domingo. Este fin tuvo aquel caballero, persona de las mas señaladas que en aquel tiempo se hallaban. Dejó de su mujer un hijo muy pequeño, llamado don Jaime como su abuelo. El infante don Pedro, llegado al Andalucía, no cesaba de apercebirse de todo lo necesario para la guerra. Estaba la ciudad de Guadix muy falta de bastimentos; que los moros habian talado todos aquellos campos. Deseaban los cristianos proveelles de lo necesario, pero los bastimentos y recua que tenian juntado era necesario que pasase por tierras de los enemigos, y por esta causa que llevase mucha escolta. Acudieron los maestres de Santiago y Calatrava, juntóse gran golpe de gente y el mismo infante por caudillo principal. Saliéronles al encuentro hasta un pueblo llamado Alaten la gente de á caballo de Granada en gran número y muy gallarda, y por su caudillo Ozmin, soldado muy señalado. Acometiéronlos de la una y de la otra parte con grande ánimo; tra-

bóse la batalla, que fué muy reñida y al principio dudosa. Mas al fin el campo quedó por los fieles con muerte de mil y quinientos jinetes moros que perecieron en la refriega y en la huida, entre ellos cuarenta de los mas nobles de Granada, por donde aquella rota fué para los moros de gran tristeza y dolor. Ganada esta victoria, todo lo demás se allanó. Guadix quedó bastecida; y dos fuerzas, es á saber, Cambil y Algabardos, se ganaron de los moros por fuerza de armas. Este buen suceso, que debiera ser parte para ganar las voluntades y favor de todos, fué ocasion en muchos de envidia y de buscar maneras para desbaratar los intentos del Infante; su tio don Juan de secreto atizaba á los demás. Buscaban algun color para salir con lo que pretendian. Parecióles el mas á propósito pedir á los gobernadores diesen fiadores y pusiesen en tercería algunos pueblos de sus estados para seguridad que gobernarian bien el reino y las rentas reales. Juntáronse sobre esta razon Cortes, primero en Búrgos, y despues en Carrion. Salieron con todo lo que pretendian, prueba con que se descubrió mas el valor y virtud del infante don Pedro. Tratóse demás desto de recoger algun dinero por la gran falta que dél tenian. Los naturales no podian oir que se tratase de nuevas derramas, por ser muchos los pechos que el pueblo pagaba; pero todo se consumia en la guerra contra los moros y en sosegar las revueltas que en el reino andaban. Pareció buena traza acudir al Pontífice nuevo, y por sus embajadores suplicalle concediese las décimas de las rentas eclesiásticas para proseguir la guerra contra los moros. Demás desto, otorgase indulgencia y la cruzada á todos los que á sus expensas para aquella guerra tomasen las armas. Lo uno y lo otro concedió el Pontífice benignamente. Los pueblos al tanto acudieron con alguna suma de dineros. Con esto nuestro ejército se aumentó, y por tres veces hicieron entradas en tierra de moros, con que trabajaron aquella comarca y trajeron presas de gente y de ganado, en que pasaban tan adelante, que llegaban á vista de la misma ciudad de Granada. Los moros esquivaban de venir á batalla, la cual mucho deseaban los nuestros. Trataron los moros de cercar á Gibraltar, pero previnieron sus intentos, ca la bastecieron muy bien de gente y vituallas; por esto los bárbaros desistieron de aquella demanda, y al contrario, la villa y castillo de Belmes se ganó de los moros. Corria en esta sazon el año del Señor de 1316, en que por muerte de Rocaberti, arzobispo de Tarragona, por votos de aquel cabildo, como entonces se acostumbraba, salió elegido el infante don Juan, hijo tercero del rey de Aragon. Acudieron al Padre Santo para que confirmase la eleccion; nunca lo quiso hacer; no refieren las causas que para ello tuvo; puédese sospechar que por alguna simonía, ó lo mas cierto por no tener el Infante edad bastante. No se usaba entonces tan de ordinario dispensar en las leyes eclesiásticas á contemplacion de los príncipes. Los pontífices tenian cierta entereza y grandeza de corazon para contrastar á las codicias desordenadas de los mas poderosos reyes y emperadores. En fin, hobieron de desistir de aquella pretension y pasar á don Jimeno de Luna, que era arzobispo de Zaragoza, á la iglesia de Tarragona. Don Pedro de Luna fué proveido en el arzobispado de Zaragoza, y al infante don Juan dieron el abadía de Montaragon, que vacó por la promocion del nuevo arzobispo don Pedro.

CAPITULO XVI.

Los infantes don Pedro y don Juan murieron en la guerra de Granada.

El año siguiente de 1317 con diversas embajadas que el rey de Aragon envió sobre el caso alcanzó últimamente del sumo Pontífice que de los bienes que los templarios solian tener en el reino de Valencia se fundase una nueva caballería debajo la regla del Cistel y sujeta á la órden de Calatrava, aunque con su maestre particular. Señaláronle por hábito y por divisa una cruz roja simple y llana en manto blanco. El principal asiento y convento se fundó en Montesa, de donde tomó el apellido. La renta no era mucha; en las hazañas contra los moros, que corrian aquellas marinas de Valencia, no se señalaron menos que las otras órdenes. Desde á poco eso mismo en Portugal por concesion del mismo Pontífice se fundó otra milicia, que llaman de Cristo, la mas señalada de aquel reino. La insignia que traen es una cruz roja con unos torzales blancos por en medio. Aplicaron á esta milicia los bienes y tierras que en aquel reino tenian los templarios. Su principal asiento y convento al principio fué en Castro Marin; adelante se pasaron á Tomar. Todo esto iba bien encaminado, si el sosiego de que los portugueses gozaban de mucho tiempo atrás no se comenzara á enturbiar con alborotos que dentro del reino resultaron. El infante don Alonso estaba desgustado con el rey Dionisio, su padre; lo que le desasosegaba era la ambicion y deseo de reinar, enfermedad mala de curar; dado que se publicaban otras quejas, es á saber, que don Alonso Sanchez, hijo bastardo del Rey, tenia mas cabida con su padre de lo que la razon pedia; que era mayordomo de la casa real; que se hallaba en las consultas de los negocios mas importantes; finalmente, que todo colgaba de su parecer y voluntad; lo mas áspero de todo que á su persuasion trataban de desheredar al mismo don Alonso. Estas quejas y colores, fuesen verdaderos ó falsos, luego que se divulgaron dieron ocasion á muchos de apartarse del Rey, los que hacian mas caso de sus particulares esperanzas que del respeto y lealtad que debian á su señor. Los grandes y ricos hombres divididos. Don Alonso se apoderó de las ciudades de Coimbra y de Porto; todos los forajidos, ladrones, homicianos y facinorosos hallaban en él acogida y amparo. La paciencia del Rey fué muy señalada, que pasaba por todo por ver si por buena via se podria apartar su hijo del camino que llevaba. Entendia muy bien que si venian á las manos, de cualquiera manera que sucediese, alcanzaria tanta parte del daño y de la desgracia á los unos como á los otros. Esto cuanto á Portugal. En Aragon falleció en este tiempo la reina doña María. Esta señora era hermana del rey de Chipre, y el año próximo pasado la trujeron de aquella isla para que casase con el rey de Aragon. Las bodas se celebraron en Girona, y las honras de su enterramiento en Tortosa, do en el año del Señor de 1318 al fin del mes de marzo murió. Enterróse en el monasterio de San Francisco de aquella ciudad. El año próximo 1319 fué muy señalado por dos cosas notables que en él acaecieron: la una el desastrado fin de los dos infantes don Juan y don Pedro,

gobernadores de Castilla; la otra fué la renunciacion de don Jaime, heredero de Aragon. El infante don Juan sentia en el alma que su competidor don Pedro fuese creciendo cada dia mas en poder y autoridad; sus esclarecidas bazañas se la daban y virtudes sin par. No podia llevar en paciencia que todos los negocios, así de paz como de guerra, le acudiesen. Lo que mas le punzaba era que don Pedro solo administraba las décimas que se concedieron por el Papa de las rentas eclesiásticas sin dalle parte. Don Pedro, cuanto las cosas por él hechas eran de mas valor y estima, tanto menos le parecia que era justo sufrir agravios ó injurias de nadie. Si iba adelante esta competencia, se echaba de ver que vendrian sin duda á rompimiento y á las manos. A fama y color de la guerra con los moros tenia levantada don Juan mucha gente en toda tierra de Campos y Castilla la Vieja. La Reina con su industria y saber puso fin á estas pasiones; en Valladolid, donde á la sazon se tenian Cortes del reino, los concordaron desta manera: que ambos acometiesen la morisma por dos partes, dividido el ejército y el dinero al tanto para las pagas. Lo que prudentemente se ordenó desbarató otro mas alto poder. En estas Cortes don fray Berenguel, poco antes instituido en arzobispo de Santiago por el pontífice Juan, por comision suya y en su nombre propuso el negocio de don Alonso de la Cerda, y amenazó que procederia con censuras y todo rigor si no obedecian á demanda tan justa. Hacia lástima ver un caballero como aquel, nacido con esperanza de reinar, derrocado de su grandeza, pobre, ahuyentado, vagabundo. Es perversa la naturaleza de los hombres, que muchas veces y con grande ahinco torna á desear lo que antes desechaba y menospreciaba, con igual desatino en lo uno y en lo otro y temeridad. Así le acaeció á don Alonso de la Cerda, que ahora tornaba á pedir la posesion de aquellos lugares que los años pasados le fueron adjudicados y él los menospreció. Los grandes daban sus excusas; decian estar juramentados, y que conforme al pleito homenaje que hicieron, no podian en ninguna manera consentir en cosa que fuese en daño y diminucion del patrimonio real, entre tanto que el Rey no tuviese edad competente. Lo que se pudo alcanzar fué que á don Fernando, hermano de don Alonso, le diesen cargo de mayordomo de la casa real, frívola recompensa de tantos daños. Con tanto, la Reina se fué á Ciudad-Rodrigo para verse con el infante don Alonso de Portugal, su yerno, y hacer las amistades entre él y su padre. Todo el trabajo que en esto se tomó fué perdido. Los infantes don Pedro y don Juan se partieron para el Andalucía cada uno por su parte. Ismael, rey de Granada, determinó de apercebirse contra esta tempestad de la ayuda de los africanos; para esto dió al rey de Marruecos á Algecira y Ronda con todos los lugares de su contorno, cosa que era á propósito para los intentos de ambas las partes, dado que el de Granada compraba caro la amistad de la gente africana. Don Pedro ganó por fuerza de armas la villa de Tiscar, que está en un sitio muy áspero y fuerte de su naturaleza, y que tenia gran copia de gente. El castillo rindió Mahomad Andon, cuya era la villa. Parecia que con esta victoria se mejoraba mucho nuestro partido, que la guerra y todo lo demás sucederia muy bien; mas el infante don Juan con desordenada ambicion de loa lo desbarató todo y acarreó la ruina y perdicion para sí y todos los demás y gran pérdida para toda España. Estaba en Vaena muy codicioso de mostrar su gallardía; determinó de pasar adelante con su gente hasta ponerse á la vista de Granada. Desatinado acuerdo por el tiempo tan trabajoso del año y los grandes calores que hacia. Verdad es que en Alcaudete se juntaron los dos infantes con toda su gente, en que se contaban nueve mil de á caballo y gran número de infantes. Entran por las tierras de los moros, destruyen y talan cuanto topaban. Don Juan regia la avanguardia, deseoso grandemente de señalarse; don Pedro la retaguardia, y en su compañía los maestres de Santiago, Calatrava y Alcántara y los arzobispos de Toledo y Sevilla, la flor de Castilla en nobleza y en hazañas. Tomaron la villa de Alora; pero por la priesa que llevaban quedó el castillo por ganar. Un sábado, víspera de San Juan Bautista, llegaron á vista de Granada; estuviéronse en sus estancias aquel dia y el siguiente sin hacer cosa de momento. El dia tercero, vistas las dificultades en todo, comenzaron á retirarse, don Pedro en la avanguardia, y don Juan en el postrer escuadron con el bagaje. Avisados los moros desta retirada, salieron de la ciudad hasta cinco mil jinetes y gran multitud de gente de á pié mal ordenada; su caudillo era Ozmin. No llevaban esperanza de victoria ni intento de pelear, sino solamente como quien tenia noticia de la tierra, pretendian ir picando nuestra retaguardia. Hallábanse los nuestros alejados del rio al tiempo que el sol mas ardia, sin ir apercebidos de agua, cosa que á los moros presentaba ocasion de acometer alguna faccion señalada. Embistieron pues con ellos, trabóse la pelea por todas partes, no se oia sino vocería y alaridos de los que morian, de los que mataban, unos que exhortaban, otros que se alegraban, otros que gemian, ruido de armas y de caballos. Don Pedro, oidas aquellas voces, revolvió con su escuadron para dar socorro á los que peleaban. Los soldados desparcidos y cansados apenas podian sustentar las armas, no habia quien rigiese ni quien se dejase gobernar. Empuñada pues la espada y desnuda, como quier que el infante don Pedro animase su gente, con el trabajo y pesadumbre que sentia y la demasiada calor que le aquejaba, mal pecado, cayó repentinamente desmayado, y sin podelle acudir rindió el alma. Lo mismo sucedió al infante don Juan, salvo que privado de sentido llegó hasta la noche. Publicada esta triste nueva por el ejército, los soldados lo mejor que pudieron se cerraron entre sí y se remolinaron. Los moros por entender que pretendian volver á la pelea, robado el bagaje, se retiraron. Esto y la escuridad de la noche que sobrevino fué ocasion que muchos de los fieles se pusieron en salvo. Los cuerpos de los Infantes llevaron á Búrgos y allí los sepultaron. Don Juan dejó un hijo de su mismo nombre, al cual por la falta natural que tenia llamaron vulgarmente don Juan el Tuerto; las costumbres no hicieron á la presencia ventaja. Doña María, mujer del infante don Pedro, en Córdoba, do quedó muy cargada, parió una hija, por nombre doña Blanca, de cuya tutela y del gobierno del estado, que por muerte de su padre heredara, se encargó Garci Laso de la Vega, merino mayor de Castilla, y que tuvo grande familiaridad y privanza con el difunto. Tras este desgracia tan grande se siguieron nuevas disensiones, causadas de las competencias que nacieron entre las

grandes de Castilla sobre el gobierno del reino, que cada cual pretendia y todos deseaban salir con él, ora fuese por buenas vias, ora por malas. A la misma sazon Aragon se alteró por un caso muy extraordinario. Fué así, que don Jaime, hijo mayor de aquel Rey, estaba determinado de renunciar su mayorazgo y herencia. Las causas que le movieron para tomar esta resolucion no se saben. Sus costumbres mal compuestas y la severidad de su padre pudieron dar ocasion á cosa tan nueva. Recibió el Rey gran pena desta determinacion; rogóle y mandóle como á hijo no hiciese cosa con que amancillase su fama y fuese ocasion á su patria y á su padre de perpetua tristeza. Hablóle cierto dia en esta sustancia: «Mi vejez, dice, no puede ya dar á mis vasallos cosa mas provechosa que un buen sucesor, ni tu mocedad les puede ayudar mejor que con selles buen príncipe. Con este intento procuré fueses enseñado desde tu primera edad en costumbres reales; no parecia faltarte natural para ser digno del cetro, aunque no fueras hijo del Rey como lo eres. Teníate aparejada para mujer una nobilísima doncella, que ha sido de mí tratada como quien es, con casa y estado muy principal. Si á esto se puede añadir algo, yo soy presto de lo hacer; pero veo que mi esperanza me ha burlado, y á tí ha estragado el sobrado regalo para que en esa edad rehuses tomar sobre tus hombros el gobierno que yo sustento en lo postrero de la mia. ¿Por ventura es justo anteponer tu particular reposo al pro comun, á la obediencia que debes á tu padre y al juramento con que nos obligamos que doña Leonor, tu esposa, de quien tú debieras tener compasion, ha de ser tu mujer y reina de Aragon? Por ventura te cansa esperar la muerte deste triste viejo, que ya segun órden natural no le pueden quedar muchos dias? Puesto que alegues otras causas, la codicia de reinar es la que te punza y reduce á estos términos. Nadie puede poner ley á la voluntad de Dios, de quien dependen los años y la vida; lo que es de mi parte, yo desde luego de muy buena gana te renuncio el reino. Solo te ruego te apartes de ese propósito, que no puede dejar de ser enojoso á mí y á nuestra comun patria. Así te lo pido por Dios y por todos los santos que están en el cielo te lo amonesto y te lo aconsejo; y advierte que con esa acelerada priesa no te despeñes de suerte, que cuando quieras no tengas reparo ni te quede remedio de volver atrás.» A todas estas razones el determinado mancebo respondió en pocas palabras que él estaba resuelto de seguir aquel su parecer y trocar la vida de rey, sujeta á tantas miserias, con el reposo de la particular y bienaventurada. Con esto en la ciudad de Tarragona en las Cortes que allí se juntaron hizo renunciacion en pública forma del derecho que tenia á la sucesion á los 23 dias del mes de diciembre. Halláronse presentes á este auto muchos grandes y prelados, entre los demás el infante don Juan de Aragon, electo de Toledo por muerte del arzobispo don Gutierre II, que finó á los 4 de setiembre. Su mucha virtud y la diligencia de don Juan Manuel, su cuñado, le ayudaron á subir á aquella dignidad. Hecha la renunciacion, don Jaime luego tomó el hábito de Calatrava, despues se pasó á la órden de Montesa. Doña Leonor, su esposa, fué enviada doncella á Castilla. Sobre este hecho hobo diversas opiniones, unos le alababan, otros le reprehendian; sus costumbres y torpeza y la vida suelta que despues hizo dieron muestra que, no por deseo de darse á la virtud y piedad renunciaba el reino, sino por su liviandad y ligereza. Por la cesion de don Jaime entró en aquel derecho de la sucesion don Alonso, su hermano, hijo segundo del Rey, que á la sazon en doña Teresa, su mujer, tenia un hijo sietemesino, niño de pocos dias, llamado don Pedro. El dote desta señora fué el condado de Urgel, que le dejó en su testamento don Armengol, su tio, hermano de su abuela. Desta forma en un mismo tiempo los reinos de Portugal y Aragon fueron trabajados con desabrimientos domésticos de padres á hijos, y dado que los propósitos de los dos hijos de aquellos reyes eran diferentes, pero la tristeza y daño de los padres corrieron á las parejas y fueron iguales.

CAPITULO XVII.

De la muerte de la reina doña María.

El daño que los nuestros recibieron en Granada fué ocasion que los moros soberbios y pujantes y deseosos de seguir la victoria ganaron á Huescar en el adelantamiento de Cazorla, y á Ores y á Galera, pueblos que eran de los caballeros de Santiago. Por otra parte, se apoderaron por fuerza de Mártos, villa fuerte y buena, en cuyos moradores ejecutaron todo género de crueldad sin respeto alguno ni hacer diferencia de mujeres, niños ni viejos, salvo que muchos escaparon en el peñasco que allí cerca está y en la fortaleza. En Castilla andaban grandes alborotos, nuevas esperanzas de muchos; todos los que en nobleza y estado se adelantaban pretendian apoderarse del gobierno del reino. La reina doña María, por lo que se capituló los años pasados, pretendia tocalle todo el gobierno, y con deseo de apaciguar estas alteraciones despachó sus cartas á todas las ciudades, en que les amonestaba no se dejasen engañar de nadie en menoscabo de su honra y de la lealtad á que eran obligados. Sin embargo, por ser mujer era de muchos tenida en poco; parciales no tenia fuerzas bastantes para peso tan grande. Muchos de los grandes en un mismo tiempo pretendian apoderarse de todo; los principales, entre otros, eran el infante don Filipe, tio del Rey, don Juan Manuel y el otro don Juan el Tuerto, señor de Vizcaya; todos muy poderosos y que poseian grandes riquezas y nobilísimos por la real prosapia de que descendian. A estos se entregó el cuidado y mando del reino, no de comun consentimiento de los pueblos, antes andaban divisos en bandos y pareceres; todas las cosas se hacian inconsideradamente y como á tiento. Juntáronse las ciudades y villas, no todas en uno, sino segun las comarcas y provincias; grandes miedos se representaban y peligros. Resultó destas juntas que á don Filipe señaló el Andalucía para que los gobernase; el reino de Toledo y la Extremadura á don Juan Manuel; la mayor parte de Castilla la Vieja seguian á don Juan, señor de Vizcaya. Dentro de las ciudades se vian mil contiendas por los bandos que cada uno seguia. Mudábanse á cada paso los gobiernos; los mismos se aficionaban, ora á una parte, ora á otra, conforme como á cada cual le agradaba. El vulgo con la esperanza del interés se vendia al que mas le daba, vario como suele é inconstante en sus propósitos. De aquí se seguia libertad para

cometer todo género de maldades, muertes, robos y latrocinios; miserable avenida de calamidades. Los mas poderosos atropellaban á los pequeños. Los que regian la república y la gente principal usurpaban para sí las rentas y patrimonio real; infame latrocinio y torpísimo robo. Finalmente, ningun género de desventura se puede pensar que no padeciese aquella provincia. Don Fernando de la Cerda tenia pocas fuerzas y era tenido de todos por sospechoso, y por las antiguas competencias del reino no hacian cuenta dél; determinó de allegarse á don Juan, señor de Vizcaya. A los 1320 años iban las cosas por esta órden en Castilla. Este año se consagró en la ciudad de Lérida don Juan, hijo del rey de Aragon, en arzobispo de Toledo, con grande alegría de ambos reinos, grandes esperanzas y grande aplauso por pronosticar que aquel pontificado seria próspero, justo y dichoso. La reina doña María todavía no dejaba de recelarse que la venida de un príncipe como aquel podria enconar mas los ánimos de su gente que sanallos. Estas sospechas cesaron con las cartas que el Papa envió á la reina doña María, y se le quitó del todo aquel miedo, porque la prometia que todo estaria sosegado y muy en su favor. Con los prelados de Aragon tuvo el nuevo Arzobispo grandes diferencias sobre la preeminencia de la iglesia de Toledo. Llevaba su cruz delante, que es prerogativa de aquella dignidad. Esto pretendia él selle concedido como á primado de las Españas, así por derecho y costumbre antigua como por nueva confirmacion y privilegio de los sumos pontífices. Los prelados de Tarragona y de Zaragoza que se hallaron á su consagracion lo contradecian. Alegaban que estaba este negocio en litispendencia, y aun no por sentencia determinado. Andando en estos debates, como quiera que el arzobispo de Toledo no mudase de propósito, determinado de conservar la dignidad de su iglesia y confiado en el favor de su padre, el obispo de Zaragoza, donde entonces hacia el rey de Aragon Cortes de su reino y estos prelados acudieron, pronunció contra el de Toledo sentencia de excomunion; mandó cerrar todas las iglesias y puso entredicho público; increible osadía, confianza singular. El color que se tomó fué una constitucion que hicieron los prelados de aquella corona los años pasados, en que, so pena de descomunion, se mandaba ningun prelado en provincia ajena llevase cruz delante; este era el color y la capa para aquella determinacion. Grande fué el enojo que desto recibió el rey de Aragon por ver á su hijo maltratado dentro de su reino y delante de sus ojos. Envió sobre ello cartas al sumo Pontífice llenas de acedia y de mil amenazas; segun la saña hiciera algun sentimiento si los suyos no le metieran por camino con decir que en aquello se trataba de la dignidad de sus iglesias y reino, y que no era justo, por favorecer un particular negocio de su hijo, defraudase y atropellase los públicos. Con esto parece que se amansó el furor que en su ánimo tenia concebido. La respuesta que dió el sumo Pontífice fué ambigua, con que tuvo suspensas entrambas las partes; porque de tal manera reprehendia el atrevimiento que el de Zaragoza tuvo y mandó reponer lo hecho, que ordenó otrosí fuese absuelto el arzobispo de Toledo de la descomunion, por si acaso fué justa. Partido el nuevo Prelado de Aragon y llegado á Toledo, de tal manera se hobo con don Juan Manuel, su cuñado, casado con su hermana mayor doña Costanza, que el recelo que tenian no le favoreciese demasiadamente de todo punto, se quitó. De primera llegada no quiso que en su arzobispado cobrase las rentas reales, cuya administracion él pretendia pertenecelle, de donde resultó entre ellos un odio inmortal. A la misma sazon los navarros, que todavía estaban sujetos á Francia, fueron muy maltratados en Vizcaya. Falleció Filipe el Largo, rey de Francia, á 2 de junio, año de 1321 sin dejar sucesion; heredó el reino su hermano Cárlos, por sobrenombre el Hermoso, que fué igual á sus hermanos en valor; en la liberalidad, fortaleza y apostura sin par. En tiempo deste Rey los vizcaínos de rebato se apoderaron del castillo de Gorricia, que cae en aquella parte que llaman Guipúzcoa. Pretendian que aquel castillo era suyo y que los navarros le poseian á sinrazon. Acudieron de Navarra sesenta mil hombres, si los números ó la fama no están errados, llegaron á los 19 de setiembre á Beotivara. Los vizcaínos hasta ochocientos en número, como quier que se apoderasen de las estrechuras y hoces de aquellos montes, dende con galgas y cubas llenas de piedras que dejaban rodar sobre los navarros los maltrataron de manera, que los desbarataron y hicieron huir con muerte de mas gente que se pudiera pensar de número tan pequeño, demás que cautivaron á muchos. Caudillo de los vizcaínos era Gil Oñiz, de los navarros Ponce Morentaina, francés de nacion y gobernador de Navarra por el rey de Francia. Dan muestra que esta victoria fué de las mas señaladas de aquel tiempo las coplas que hasta hoy dia se cantan y los romances en las dos lenguas castellana y vizcaína compuestos en esta razon. El Papa envió por su legado á Castilla al cardenal Guillelmo, bayonense, obispo sabino, por ver si con su diligencia y con la autoridad pontificia se pudiera poner fin á tantos males. Procuró el Legado se juntasen Cortes en la ciudad de Palencia en el mismo tiempo que la reina doña María, amparo que fué de todo en tiempo de tres reyes y honra de Castilla, cargada de años, falta de salud, llena de congojas por los trabajos tan grandes como se padecian, de una enfermedad que le sobrevino en Valladolid pasó desta vida, 1.° de junio, año de 1322. Muestras de su piedad y religion son el monasterio de las Huelgas, que á su costa fundó en aquella ciudad y ennobleció, do ella misma se mandó enterrar, y otros dos monasterios que fundó, uno en Búrgos, y otro en Toro, sin otros que hizo en diversas partes del reino. Las Cortes de Palencia no parece fueron de efecto. Juntáronse por mandado del legado Guillelmo los obispos de toda Castilla en Valladolid para tener un concilio, que fué muy señalado. En él, á 2 dias del mes de agosto, se promulgaron muchas constituciones saludables; entre otras, descomulga á todos aquellos que en tiempo de Cuaresma ó de las Cuatro Témporas comieren carne y á los que en tales dias la vendieren públicamente; que mientras se celebran los divinos oficios, los que no fueren cristianos no se puedan hallar presentes; pero si los tales se bautizaren, puedan ser ordenados y tener beneficios para remedio de su pobreza; repruébase la purgacion vulgar de que se usaba de ordinario en España. Demás desto, hasta hoy dia se conservan las constituciones que por el mismo tiempo estableció el arzobispo de Toledo don Juan, en que, entre otras cosas, se manda que si

reino por el testamento de don Jaime, su abuelo, que fué el primero que le instituyó y dejó á su hijo menor. No faltaban razones por ambas partes. El niño don Jaime se aventajaba en la posesion y en la compasion que le tenian por su tierna edad y por la memoria de su padre; el rey de Aragon era mas poderoso. Interpúsose don Filipe, tio del niño, persona eclesiástica, á quien el rey don Sancho nombró en su testamento por gobernador del reino y tutor del nuevo Rey hasta tanto que llegase á edad bastante, por cuya diligencia se concertaron desta manera: que doña Costanza, nieta del rey de Aragon, casase con don Jaime, rey de Mallorca, y por dote llevase el derecho que pretendian sus abuelo y padre para que su marido quedase con el reino sin que nadie le fuese á la mano.

CAPITULO XIX.

De la muerte del rey de Aragon.

Aun no sosegaba Castilla; la soltura pasada, los grandes odios y enemistades traian todavía alborotada la gente principal, á la manera que despues de una brava tempestad no luego se sosiegan las olas del mar ni luego se sigue bonanza; que fué ocasion al rey don Alonso para que, sin embargo de su condicion, que era mansa, castigase algunos revoltosos, de donde fué llamado don Alonso el Vengador. El primero entre los castigados fué don Juan, señor de Vizcaya, que procuraba por malas mañas casar con doña Blanca, la cual y su madre se retiraran á Aragon. Encendia en él este deseo el grande estado de aquella señora; si no salia con su pretension, revolvia en su pensamiento de traer de Francia á don Alonso de la Cerda y renovar las competencias pasadas; todo se enderezaba á dar pesadumbre al Rey, que sabía cualquiera destas cosas le serian pesadas. Era forzoso atajar estos intentos; usar de fuerza, cosa peligrosa; de engaño y maña, mal sonante. ¿Qué se podia hacer? Venció el provecho á la honestidad; así, con color de la guerra que apercebia el Rey contra los moros, llamó á don Juan para que se viese con él en la ciudad de Toro, con intencion que le dieron de casalle con la infanta doña Leonor, hermana del mismo Rey; partido mas honrado que lo que él pretendia. Para allanar el camino despidieron de la corte á Garci Laso, de quien don Juan se quejaba le era enemigo capital; que fué todo vencer una arte con otra. A la hora pues vino al llamado del Rey; fué bien recebido y convidado para comer en palacio el mismo dia de Todos Santos, año del Señor de 1327. La fiesta y el convite mas daban muestra de regocijo y seguridad que de temor ni sospecha; así, desarmado y desapercebido, como estaba en el banquete, fué muerto por mandado del Rey. Los delitos por él cometidos parecian merecer cualquier castigo; pero quebrantar el derecho del hospedaje y debajo de seguridad matar persona tan principal á todos pareció cosa fea, puesto que no faltaba quien con razones aparentes pretendiese colorear aquel hecho. Una sola hija que quedó de don Juan, y estaba á criar en poder de su ama, fué llevada á Bayona, ciudad á la raya de Francia, y entonces sujeta á los ingleses. La madre del muerto, doña María, que estaba recogida de tiempo atrás en un monasterio de monjas de Perales, con el aviso del caso y con estas tristes nuevas bien se puede pensar cuán grande congoja recibió. Dícese que á instancia de Garci Laso vendió al Rey todo el señorío de Vizcaya, si de miedo ó de su voluntad, no se sabe. Basta entender que era peligroso contrastar á la voluntad del Rey en aquel trance, pero de mala sonada y contra derecho, por ser viva su nieta; que adelante, aplacado el enojo del Rey, casó con don Juan de Lara, como se referirá en su lugar, y vino á ser señora de Vizcaya. Los pueblos y castillos que don Juan heredó de su padre, y eran mas de ochenta, parte se ganaron por fuerza, parte se rindieron de su voluntad, y quedaron incorporados en la corona real. Don Juan Manuel era frontero contra los moros; y dado que amedrentado con aquel caso y que echaba de ver lo poco que se podia fiar del Rey, pues á son de bodas quitó la vida á un príncipe y deudo suyo tan cercano, todavía con gran cuidado y diligencia acudia á la guerra contra los moros, que poco antes de sobresalto ganaron el castillo de Rute, y pretendian con su caudillo Ozmin, que ya parece estaba en gracia de aquel Rey, hacer entrada por las fronteras del Andalucía. Vino con ellos á las manos junto al rio Guadalhorza, donde los venció y mató gran número dellos. Don Juan Manuel, habida esta victoria, se fué á las tierras de su estado, dejada la guerra y mal indignado contra el Rey, de quien se publicaba tenia propósito de repudiar á doña Costanza, su hija, y emparentar en Portugal, todo encaminado á su perdicion. No era su miedo vano, ca se trató de aquel nuevo casamiento; y en efecto, doña María, hija del rey de Portugal, entró en lugar de doña Costanza. Autor deste consejo y mudanza fué Alvar Nuñez Osorio. El pesar que desto sintió don Juan Manuel fué cual se puede pensar; lo mismo el rey de Aragon, tio de doña Costanza. Reinaba á la sazon don Alonso el Cuarto en Aragon por muerte de su padre el rey don Jaime el Segundo, que falleció en Barcelona un dia despues de la muerte de don Juan el Tuerto, do se hizo su enterramiento en la iglesia de Santa Cruz con real pompa y aparato. Doña Teresa, su nuera, murió cinco dias antes del suegro en Zaragoza, y se sepultó en el monasterio de San Francisco de aquella ciudad. El luto y llanto de toda la provincia fué doblado á causa que en un mismo tiempo quedó huérfana de dos príncipes que mucho amaba. Sucedió pues al rey don Jaime su hijo don Alonso; tuvo en doña Teresa, su mujer, estos hijos: don Pedro, don Jaime y doña Costanza; porque otros cuatro hijos que tuvieron murieron en su niñez. Lo que hay mucho que loar en el rey don Jaime fué que los principados de Aragon, Cataluña y Valencia ordenó anduviesen siempre unidos sin dividirse. Fué tan enemigo de pleitos, que en aquella era eran asaz, que desterró perpetuamente de su reino como á prevaricador á Jimeno Rada, un abogado señalado de aquellos tiempos, por cuyas mañas muchos fueron despojados de sus haciendas. Cárlos, rey de Francia y Navarra, por sobrenombre el Hermoso, falleció de enfermedad en el bosque de Vincena primer dia de febrero, año de 1328; al cual el papa Juan XXII otorgó los diezmos de las rentas eclesiásticas en toda la Francia, con tal condicion que hiciese la guerra al emperador Luis, bávaro, tan grande enemigo de la Iglesia, que el año antes deste hizo papa en Roma en competencia del verdadero Pontífice y en su perjuicio á Pedro

Corbara con nombre de Nicolao V. Demás desto, le le mandó acudir á él con parte de aquel interés, segun que lo publicaba la fama. Esta misma concesion se hizo antes á instancia del rey Filipe el Largo, pero con esta modificacion y palabras expresas: «Si los obispos del reino juzgasen ser conveniente»; condicion muy honesta, de que ojalá usasen los demás pontífices contra las importunidades de los príncipes. La mujer del rey Cárlos, por quedar preñada, á cabo de tres meses despues de la muerte de su marido parió una hija, que se llamó Blanca. No podia conforme á las leyes y costumbres de Francia suceder en aquella corona. Así un hijo de Cárlos de Valoes, que falleció dos años antes del Rey, por nombre Filipe, primo hermano de los tres reyes pasados por una parte, y Eduardo, rey de Ingalaterra, como hijo de madama Isabel, hermana de los mismos tres reyes, comenzaron á pretender aquel reino. Los estados del reino, conforme á la ley Sálica, se conformaron en dar la corona á Filipe de Valoes, de que resultaron enemistades y guerras muy largas y graves entre aquellas dos naciones, y los reyes de Ingalaterra tomaron apellido de reyes de Francia, y pusieron las flores de lis en sus escudos. A los navarros sucedió mejor, que quedaron libres del yugo de Francia, porque Juana, hija del rey Luis Hutin, casó con el conde de Evreux, que se llamaba Filipo, y en Pamplona fueron declarados por reyes de Navarra de conformidad de todos los estados por el derecho que aquella señora tenia de parte de su madre; en que por ser cosa tan justificada fácilmente vino el nuevo rey de Francia, demás que el dicho Conde era su deudo muy cercano por ser, como era, bisnieto de san Luis, rey de Francia. En esta sazon los navarros, por tener los reyes flacos, se alborotaron, y como gente sin dueño, se encarnizaron en los judíos que moraban en aquel reino; en particular en Estella cargó tanto la tempestad, que degollaron diez mil dellos, si ya el número ó las memorias no van errados.

CAPITULO XX.

Nuevos casamientos de reyes.

A la misma sazon en Castilla se hacian apercebimientos muy grandes para la guerra contra los moros, nuevas levas de gente que se alistaba en el reino, socorros que pretendian de los reyes comarcanos. La tierna edad del rey Moro y las discordias que los suyos entre sí tenian presentaban ocasion para hacer algun buen efecto; mayormente que se pasó á los nuestros un hijo de Ozmin, llamado Abraham el Borracho por el mucho vino que bebia. Seguíale un buen escuadron de soldados; acordó el rey don Alonso de ir á Sevilla con toda presteza, dende corria las fronteras de los enemigos y les hacia notables daños. Tomóles á Olvera, Pruna y Ayamontes. En esto se gastó el verano, y pasado el otoño, los soldados, cargados de despojos y alegres, dieron la vuelta para invernar en Sevilla. Don Alonso Jofre, almirante que era del mar, acudió al tanto para dar al Rey aviso de una victoria señalada que alcanzó en una batalla naval que trabó con los moros, en que de veinte y dos galeras que traian les tomó tres, y cuatro echaron á fondo. Eran estas galeras, parte del reino de Granada, y parte africanas; mataron y cautivaron mas de mil y docientos moros, por las cuales causas todos estaban muy gozosos, y aquella nobilísima ciudad resonaba con fiestas y regocijos. Enviáronse embajadores para tratar del casamiento del Rey. Don Juan Manuel, vista la resolucion de dejar á su hija, renunciada por sus reyes de armas la fe y lealtad que tenia jurada, se confederó con los reyes de Aragon y de Granada; junto con esto desde Chinchilla y Almansa, por ser plazas muy fuertes, hacia entradas por las tierras de Castilla; robaba y talaba por do quiera que pasaba con gran daño en especial de los labradores, á la misma sazon que el Rey en Sevilla dió título de conde de Trastamara, Lémos y Sarria á Alvar Nuñez Osorio, que era su mayor privado, cosa muy nueva; que hasta entonces en Castilla no se diera de mucho tiempo atrás á ninguno título de conde. La ceremonia que se hizo fué muy tosca, como entre gente en aquella sazon falta de todo género de policía y primor. Echaron tres sopas en una taza de vino y pusiéronselas delante, convidáronse por tres veces el Rey y el Conde sobre cuál de ellos tomaria primero; finalmente, el Rey tomó la una, y el Conde la otra. Concediósele que en los reales tuviese caldera y cocina aparte para su mesnada, y en la guerra propria y particular bandera con sus divisas y armas. Hiciéronse las escrituras y privilegios; y leidos, todos los presentes aclamaron con gran aplauso: viva el Conde. Tal fué la costumbre y ceremonia con que se criaban los condes en aquella era. En la ciudad de Córdoba usó el Rey de una severidad extraordinaria, y fué que hizo cortar la cabeza á Juan Ponce porque no obedeció á su mandato, en que le ordenaba restituyese el castillo de Cabra, que tomara á los caballeros de Calatrava al tiempo que las cosas del reino andaban alborotadas, demás que le achacaban y cargaban de hombre sedicioso y pernicioso para la república. El mismo castigo se dió á otros muchos ciudadanos de Córdoba, sea por ser de la misma parcialidad, ó porque fueron convencidos de otros delitos muy graves. En Soria en el monasterio de San Francisco fué muerto á puñaladas Garci Laso sin respeto del lugar sagrado y que estaba oyendo misa. El sentimiento del Rey fué grande; poco antes deste desastre le enviara desde Sevilla para atajar los intentos y pretensiones de don Juan Manuel. El aborrecimiento que los caballeros le tenian muy grande, por entender trataba de destruir con sus malas mañas y descomponer toda la nobleza, fué causa desta desgracia. Escalona, una villa pequeña en el reino y tierra de Toledo, andaba alborotada y pretendia juntarse con los rebeldes y amotinados. De Castilla la Vieja asimismo avisaban que la gente se alborotaba; en particular Toro, Zamora y Valladolid estaban alzados contra el Rey. El principal movedor destos alborotos era don Hernan Rodriguez de Balboa, prior de San Juan, confiado en sus riquezas y en los muchos aliados y deudos que tenia en aquella provincia de los mas nobles y ricos. El color que tomaron era quejarse que el nuevo conde Alvaro Osorio y un judío, llamado Juzef, gobernaban todo el reino y le trastornaban á su voluntad; que tenian rendido al Rey como si les fuera esclavo y como si le hobieran dado bebedizos. Acudió el Rey á Escalona; pero con las nuevas de Castilla alzó el cerco por acudir al mayor peligro y necesidad. Llegó á Valladolid; no le quisieron dar entrada hasta tanto que

despidiese de palacio y de su corte al dicho Osorio. Hízose así, que es forzoso sujetarse á la necesidad. Sin embargo, fué tan grande el sentimiento deste caballero, como persona acostumbrada á todo favor y privanza, que, quitada la máscara, se rebeló contra el Rey, y trató de juntar sus fuerzas con don Juan Manuel, causa de su total perdicion. Ramiro Flores de Guzman con muestra que huia del Rey se hizo su amigo; y como un dia estuviese desapercebido y descuidado, le dió de puñaladas. Por su muerte el Rey á la hora se entregó en sus castillos y tesoros, que tenia allegados muy grandes en el tiempo que tuvo el reino á su mandar y lo robaba todo sin reparo. Pusiéronle acusacion, hiciéronle cargos muchos y muy graves; no salió persona ninguna á la causa y defensa, y así, fué convencido en juicio y dado por rebelde y traidor; pronunció la sentencia el mismo Rey en la villa de Tordehumos. Tal fué la fin destos dos caballeros, que en aquel tiempo tuvieron tanta grandeza y pujanza. A Juzef defendió su bajeza y el menosprecio en que es comunmente tenida aquella nacion; lo que pudiera acarrear á otro su perdicion, eso le valió. Celebráronse las bodas del Rey en Ciudad-Rodrigo. Tratóse entre los dos reyes de Castilla y Portugal de aplacar al rey don Alonso de Aragon y apartalle de la amistad de don Juan Manuel. Pareció buen medio ofrecelle la infanta doña Leonor, hermana del rey de Castilla, para que casase con ella, ca se hallaba viudo y libre del primer matrimonio por muerte de su primera mujer doña Teresa. Aceptado este partido y hechas las escrituras y conciertos, llevaron la doncella á Aragon. Salió don Juan, el patriarca, arzobispo de Tarragona, hasta Alfaro á recebilla y acompañalla. Efectuáronse las bodas en la ciudad de Tarazona, hallóse presente con el de Aragon el rey de Castilla; las alegrías y regocijos fueron grandes. Sucedió esto al principio del año de 1329. Para que la amistad entre los reyes fuese mas firme y meter prendas de todas partes trataron de casar á doña Blanca, hija del infante don Pedro, el que, como queda dicho, murió en la guerra de Granada, con el hijo mayor del rey de Portugal, llamado don Pedro. Hechas las capitulaciones, la doncella fué entregada en poder de la reina de Castilla para que la enviase á Portugal. Junto con esto los dichos tres reyes asentaron liga entre sí contra los moros para, juntadas sus fuerzas, desarraigar de todo punto las reliquias de aquella gente malvada. Asentóse demás desto para mayor sosiego y paz de todos que los rebeldes del un reino no tuviesen acogida en el otro. Quedó por este camino don Juan Manuel despojado del amparo del rey de Aragon; trató de valerse como pudiese, y para este efecto casó segunda vez con doña Blanca, hija de don Fernando de la Cerda. Asimismo don Juan de Lara casó con doña María, hija de don Juan, llamado el Tuerto, con esperanza que le dieron de juntar todos tres sus fuerzas para recobrar el señorío de Vizcaya, que de derecho pertenecia á aquella doncella, y el Rey por fuerza y contra razon se le tenia usurpado. Don Juan Manuel y don Juan de Lara llanamente estaban declarados contra el Rey, otros de secreto y con sagacidad le eran contrarios, como eran don Pedro de Castro y don Juan Alonso de Alburquerque, hijo de Hernan Sanchez y nieto del rey Dionisio de Portugal. El principal y cabeza de los demás era don Juan de Haro, señor de los Cameros. Estos todos llevaban tras sí gran parte del reino. Los nuevos reyes de Navarra este mismo año vinieron á Pamplona. Allí les fué dada la posesion de aquel reino, pero debajo destas condiciones: que por espacio de doce años no se batiese nuevo género de moneda, á causa que en aquel tiempo era muy ordinario falsear la moneda y bajalla de ley, costumbre perjudicial y mala, contra la cual hay un decreto del pontífice Juan, que se promulgó en aquel tiempo y anda en las *Extravagantes*. La segunda condicion que en los oficios de la casa real no se admitiesen forasteros; lo mismo cuanto á las tenencias de los castillos. Que no pudiesen vender ni trocar el reino ni enajenar el patrimonio real. Que el primer hijo varon que tuviesen, luego que llegase á edad de veinte y un años cumplidos, fuese rey de Navarra y tuviese el mando y gobierno; y que á Filipo, su padre, acudiesen con cien mil coronas para los gastos. Si falleciesen sin hijos, que los tres estados del reino nombrasen rey á su voluntad. Desta suerte los navarros para recebir leyes las dieron al que los habia de gobernar. Juraron los reyes estas condiciones, y con tanto fueron coronados y ungidos en la iglesia mayor de aquella ciudad á los 5 dias del mes de marzo. Todos los presentes de cualquier suerte, estado y edad, en señal de alegría y regocijo, á voces pedian para sus reyes larga vida y toda buenandanza. Las calles tenian cubiertas de flores y verdura, las paredes vestidas de ricos paños. No quedó género de contento que allí no se mostrase. Parecíales salir de unas escuras tinieblas á una luz muy resplandeciente y clara, y que toda aquella provincia con la venida de sus propios reyes, como despues de un largo destierro y á cabo de cincuenta y cinco años que faltaban, era restituida en su antigua grandeza, sosiego y prosperidad. Fueron estos reyes muy dichosos en sucesion. Los hijos Cárlos, Filipe y Luis alcanzaron adelante grandes estados; las hijas Juana, María, Blanca y Inés casaron asimismo muy principalmente. Los flamencos á esta misma sazon andaban alterados, ca puesto primeramente en prision Luis, su conde y señor, despues que se libró, le cercaron en Gante. Huyó tambien del cerco, y acudió al amparo del rey de Francia. Envió él sus embajadores á Flándes sobre el caso, pero no hicieron efecto alguno; llegó el negocio á las armas y á las manos. Acudieron á esta guerra muchos príncipes, y entre los demás Filipe, rey de Navarra. Juntáronse los dos campos no léjos de la villa de Casel. Hobo algunas escaramuzas, y por el mes de agosto, un dia en lo mas recio del calor, á tiempo que las guardas y centinelas estaban descuidadas, los flamencos dieron de rebato sobre los reales de Francia, ganaron los baluartes y trincheas sin que les pudiesen ir á la mano, acometieron la tienda del Rey, y antes que se pudiesen armar ni subir á caballo, muchos de los franceses fueron pasados á cuchillo. El Rey mismo se vió en grande aprieto hasta tanto que acudió gente de la otra parte de los reales. Con esto los flamencos y por el peso de las armas y calor, que hacia muy grande, desmayaron; y muertos muchos dellos, los lanzaron de los reales y huyeron. Despues desta victoria todo quedó llano, y el Conde fué restituido en su estado. El de Navarra, concluida la guerra, dió vuelta á su reino, que halló lleno de latrocinios y maldades, á causa de la libertad que

que por la larga ausencia de los reyes la gente habia tomado. Tratóse del remedio; por consejo y parecer de personas principales y de letras se ordenaron y establecieron nuevas leyes con que el pueblo fuese regido y mantenido en justicia y en paz. Estas leyes son las que vulgarmente se llaman del *Fuero Nuevo*. Dado que hobieron asiento en las cosas de aquel reino, los nuevos reyes se volvieron á Francia con voz de favorecer al rey Francés, su deudo y amigo, contra los ingleses, que tornaban con las armas á la demanda del reino. La verdad era que el amor de la patria los aquejaba; las riquezas otrosí de Francia, trajes, vestidos y abundancia les hacia menospreciar la pobreza de Navarra. Dejaron para gobierno del reino á Enrique Soliberto, de nacion francés, gran dolor de los naturales por duralles tan poco su alegría y considerar cuán tarde caian en la cuenta y cómo les engañaba su esperanza. ¡Cuán breves son y engañosos los contentos deste mundo! ¡La buenandanza cuán presto se pasa!

CAPITULO XXI.

Que la guerra contra los moros se renovó.

Aquejaban á Castilla por una parte las discordias civiles, por otra el cuidado de la guerra contra los moros. Lo que sobre todo apretaba era la falta de dineros para hacer las provisiones y pagar á los soldados. Juntáronse Cortes del reino en Madrid. En estas Cortes se establecieron algunas notables leyes: una, que en la casa real ninguno tuviese mas que un oficio; otra, que sin llamar Cortes no se impusiesen nuevos pechos; tercera, que no se diesen beneficios á los extranjeros. Los pueblos otrosí ofrecieron el dinero necesario para la guerra tanto con mayor voluntad, que los moros por el mismo tiempo se apoderaran de la villa de Priego, que está á la raya de los dos reinos, y era de la órden de Calatrava. No fué necesario derramar sangre, porque el mismo alcaide que la tenia en guarda la entregó. Buscaban algun medio para sosegar á don Juan Manuel y sus consortes, y demás desto para granjear al rey de Aragon y hacer que acudiese con sus fuerzas en ayuda desta guerra. Lo uno y lo otro se efectuó, y en particular para reducir á don Juan le restituyeron á doña Costanza, su hija, que hasta entonces la detuvieron en la ciudad de Toro, con que la cuita y la afrenta se doblaba; repudialla y tenella como presa. Por otra parte apretaron á Juzef, el judío de Ecija, de quien se ha hablado, para que diese cuenta de las rentas reales que tenia á su cargo, todo á propósito de hallar ocasion para derriballo, que no podia faltar. Fué así, que no hizo su descargo bastantemente; con esta color le privaron del cargo de tesorero general. Demás desto, para adelante ordenaron que á ninguno que no fuese cristiano se encargase aquel oficio. Asimismo que el tesorero no se llamase almojaribe, apellido que por ser arábigo era odioso, sino que adelante se nombrase tesorero general; ordenanza que dió satisfaccion á todo el reino. El rey de Portugal envió quinientos caballos de socorro; el de Aragon y don Juan Manuel prometieron de hacer entrada en tierra de moros por otra parte. Era don Juan Manuel frontero por la parte de Murcia, y por su teniente Pero Lopez de Ayala. El rey de Castilla, juntado que tuvo su ejército, rompió por la parte del Andalucía en tierra de Granada; puso cerco sobre Teba de Hardales, villa muy fuerte, que fué el año de 1330. Ozmin con seis mil jinetes que su Rey le dió estaba alojado en Turron, tres leguas de Teba, desde donde hacia gran daño á nuestra gente, mayormente cuando salian á hacer forraje ó dar agua á los caballos, que por lo demás no se atrevia venir á batalla. En este medio los cristianos ganaron la villa de Pruna; Ozmin cautelosamente envió tres mil caballos al rio que allí cerca pasa para dar vista á los enemigos, y por otra parte, cuando la batalla estuviese mas trabada apoderarse él de nuestros reales. Fué el Rey avisado deste intento. Envió adelante un grueso escuadron de gente contra los moros, y él con los demás á punto se quedó en el real, que fué engañar una astucia con otra; además que los moros fueron puestos en huida, y los nuestros en su seguimiento con el mismo ímpetu que llevaban entraron por los reales contrarios, que no tenian defensa, saquearon y robaron todas las tiendas y bagajo. Con esto los de Teba, perdida la esperanza de defenderse, por el mes de agosto rindieron la villa, salvas solamente las vidas. Cañete otrosí y Priego sin dilacion hicieron lo mismo sin otros muchos castillos y fortalezas. Fué tanto mayor la honra que ganó el rey don Alonso, que ni el rey de Aragon ni don Juan Manuel ayudaron, como prometieron, por su parte. El uno aun no andaba bien llano, el otro se excusaba con los ginoveses, que le alborotaban la isla de Cerdeña, á que le era forzoso acudir; demás desto el socorro de Portugal se era tornado á su tierra. Todo esto fué ocasion de nuevo desabrimiento, en especial contra don Juan Manuel y sus aliados, y de tomar asiento con los moros, como se hizo á la primavera, debajo que cada un año pagasen de tributo doce mil ducados. Esto asentado, se dió lugar al comercio y trato de una parte á otra y saca á los moros de trigo y otras provisiones de Castilla. Todo lo cual se efectuó con tanto mayor voluntad, que el Rey en Sevilla, do se concertaron las paces, se comenzaba á entregar á doña Leonor de Guzman de tal suerte, que la tenia y trataba como si fuera su legítima mujer. Esta señora en linaje, apostura y riquezas se pudiera tener por dichosa; su padre fué Pero Nuñez de Guzman, su marido Juan de Velasco, que poco antes falleciera; con la conversacion del Rey mas fama ganó que loa. Deste trato tuvo mucha generacion, y en particular un hijo, que despues de su muerte y despues de grandes trances últimamente vino á ser rey. El capitan Ozmin falleció en la ciudad de Granada; dejó dos hijos, Abraham y Abucebet. El rey Moro, privado de tal amparo y consejo y con deseo de intentar nuevas esperanzas, pasó en Berbería para traer dende nuevas gentes y dar principio á una nueva guerra, brava y sangrienta, cual fué la que adelante se encendió en España, segun que en el libro siguiente se declara.

LIBRO DÉCIMOSEXTO.

CAPITULO PRIMERO.

Que el rey de Granada pasó en Africa.

La tercera parte de la redondez de la tierra es Africa. Tiene por linderos á la parte del occidente el mar Océano Atlántico; á la del oriente á Egipto y al mar Bermejo, mar bajo y sin puertos; al setentrion la baña el mar Mediterráneo. Combatida por el un costado y por el otro de las furiosas olas del mar Océano, de anchísima que es, se estrecha y adelgaza en forma piramidal hasta rematarse por la banda del sur en una punta que llamaron primero cabo de las Tormentas, y hoy se llama el cabo de Buena Esperanza. Los moradores desta tierra son de muchas raleas, diferentes en leyes, ritos, costumbres, trajes, color y en todo lo al. Lo mas interior habitan los etíopes largamente derramados, todos de color bazo ó negro. Síguense luego los de Libia, y despues los númidas, generaciones de gentes que se dividen entre sí, y parten términos por las altas cumbres y cordilleras del monte Atlante. Por la costa y ribera de nuestro mar se extienden los que por su propio nombre llamamos africanos, berberiscos ó moros. En esta parte los campos son buenos de pan llevar y para ganados; arboledas hay pocas, llueve en ellos raras veces; tienen asimismo pocas fuentes y rios. Los hombres gozan de buena salud corporal, son acostumbrados al trabajo y muy ligeros. Vencen las batallas mas con la muchedumbre de la gente que con el verdadero valor y valentía; sus principales fuerzas consisten en la gente de á caballo. En esta provincia Albohacen, noveno rey de Marruecos, de la familia y linaje de los Merinos, poseia por este tiempo un anchísimo imperio; habia con perpetua y dichosa guerra domado todos los príncipes comarcanos, y era el que parecia podia aspirar al señorío de toda España por ser muy temido de los criastianos, y por su persona hombre singular, de loables costumbres, dotado de muchas partes, así del alma como del cuerpo. Traia guerra con Botejefin, rey de Tremecen, llevando adelante en esto las enemistades que su padre con él tuvo. Esto era lo que le faltaba para acabar de sujetar toda aquella provincia y lo que le hacia estorbo para acometer á España, á que le incitaban las antiguas victorias de sus antepasados, y encendíale el deseo de restituir en España y adelantar el imperio de los moros. Mahomad, rey de Granada, como el que tenia pocas fuerzas, pasó el mar para verse con Albohacen, deseoso de que fuesen compañeros en la guerra y de revolver á Africa con España. Llegado á Fez, ciudad nobilísima de la Mauritania Tingitana, fué espléndida y magníficamente recebido y tratado del rey Bárbaro, puestas en olvido las contiendas viejas que antes tuvo, ca era enemigo de Ozmin y de su casa. Cada uno dellos procuró mostrarse al otro mas cortés, dadivoso y mas amigo. Llegaron á tratar de sus haciendas un dia para ello señalado. El rey de Granada habló al rey Bárbaro en esta manera: «En España, poderoso Rey, apenas podemos sufrir la guerra; las fuerzas de mi reino están ya gastadas y la gloria de nuestra gente escurecida; no sabré fácilmente decir si los tiempos ó nosotros tenemos la culpa dello. En el postrer rincon de la Andalucía estamos ya retirados, cercados de todo género de miseria, de manera que con dificultad conservamos la libertad y la vida. Tengo vergüenza de decirlo, pero en fin lo diré; ojalá se nos concediera ser sujetos con algunas honestas y tolerables condiciones, y que pudiéramos estar seguros de que nuestros enemigos nos las guardaran; pero habémoslas con quien piensa que gana el cielo haciéndonos daño y engañándonos, y que para con nosotros no hay religion ni juramentos que les obliguen á guardarnos las treguas y capitulaciones que nos prometieren. Hácennos entradas cada año, quémannos las mieses, echan fuego á los campos, arruinan los pueblos, y nos roban las mujeres, los niños y viejos y los ganados: no podemos ya respirar; vémonos en estado que nos seria mejor morir de una vez que sustentar vida tan llena de peligros y miseria. ¿Dónde está aquella valentía de nuestros antepasados, con la cual con increible presteza, llenos de gloria y de victorias, corrieron la Asia, Africa y España, y con solo el miedo y fama de su valor juntaron naciones tan divisas y apartadas? Torpe cosa es no imitar los hechos valerosos de nuestros mayores; empero no sustentar la autoridad, gloria y reinos que nos dejaron es gran maldad y mengua. En estos trabajos y miserias hasta aquí nos ha sustentado la esperanza, puesta en tu felicidad, virtud y grandeza sin par; ahora me ha forzado á que, dejado mi reino, pasase en Africa á echarme á tus piés. Séame de provecho confesar la necesidad que tengo de tu amistad y amparo. Real cosa es corresponder á la voluntad de aquellos de quien eres suplicado; mas tomar la defensa de tu gente, amparar los miserables, ser tenido, como lo eres, por escudo y defensor de la santa ley de nuestros abuelos te igualará con los inmortales. Sujetados ya todos los pueblos de Africa y rendidos á tu poder, se ha de acabar la guerra y dejar las armas, ó las has de volver contra otras gentes. Muchos grandes príncipes fueron mas famosos durante el tiempo de la guerra que despues de alcanzada la victoria. Lo que se pierde con la descuidada y ociosa paz, se repara con las armas en la mano y con ganar nuevos reinos, fama y riquezas. Por vecinos tienes los españoles, que solo un angosto estrecho de tí los aparta, y ellos están divididos en muchos señoríos y se abrasan con guerras civiles; tan enemigos son entre sí, que no se juntaran puesto que vean armas extrañas en su tierra. Tú tienes fortísimos ejércitos, práticos y experimentados con las continuas guerras; en la entrada de España fortísimos castillos muy á propósito para la guerra; á nos no faltan

soldados, armas, bastimentos y dineros con que poderte ayudar. Todo lo que se ganare será tuyo; yo me contentaré con la parte que darme quisieres de la presa. El mayor premio que yo espero de la victoria es la venganza de una tan mala y abominable gente.» El rey Bárbaro respondió á esto que su venida le daba mucho contento, y le era muy agradable le solicitase para que juntasen las armas y hiciesen la guerra de consuno, que siempre les sucedió bien el tener ambas gentes amistad, por el contrario de las discordias se les recrecieran graves daños. Luego que hobiese dado fin á las resultas de las guerras de Africa pasaria con todos sus ejércitos en España; de presente le parecia seria bien enviar delante á su hijo Abomelique con un buen golpe de gente de á caballo; que seria meter tales prendas en la empresa para continuar lo que entre ellos quedaba asentado. Entre tanto que esto pasaba en Africa, los moros de Granada y por sus capitanes Reduan y Abucebet entraron en tierra de Murcia, talaron y robaron los campos, destruyeron en particular y quemaron á Guardamar. Este es un pueblo llamado así porque está sobre el mar edificado á la boca del rio Segura. Con esta cabalgada llevaron cautivas mil y docientas personas. Venido el rey Mahomad á Granada, don Juan Manuel y los demás sediciosos se determinaron á tratar con él de conciertos; hiciéronse las amistades y alianza por medio de Pedro Calvillo, que andaba de una parte á otra en estos tratos. Estaban los pechos de todos tan llenos de una diabólica discordia, que sin tener memoria de la cristiana religion ni misericordia de los suyos, por hacer pesar á su Rey y vengar sus particulares enojos no echaban de ver ni curaban destos grandísimos apercebimientos de guerra que contra la misma cristiandad se hacian ni la tempestad que se armaba.

CAPITULO II.

Que Abomelique vino á España.

Vivia todavía doña Isabel, reina de Portugal, y aunque en lo postrero de su edad, tenia corazon y buen ánimo para tomar cualquier trabajo por la comun salud y paz pública. Rogó al rey de Castilla fuese á Badajoz. Destas vistas ningun mayor provecho resultó que visitar el Rey y acariciar con todo género de respeto y benevolencia á una santísima mujer, abuela suya. Venia el Rey desta ciudad cuando don Alonso de la Cerda, el que en vano tanto tiempo y tantas veces con grave peligro de la república movió guerra sobre el derecho del reino, con la edad mas cuerdo sin pensarlo nadie se encontró con él en el lugar de Burguillos, y echándose á sus piés le besó la mano, señal entre los castellanos de honra y protestacion de vasallaje. Fué este hecho gratísimo al Rey, y á don Alonso saludable y de importancia, ca fué restituido en su tierra, y se le dieron ciertas villas con cuyas rentas pudiese sustentarse. Habíase casado en Francia con una nobilísima señora, llamada Madelfa, de la sangre de los reyes de Francia, en quien tuvo dos hijos, á don Luis y á don Juan. Don Luis, que era el mayor, vino con su padre á España; á don Juan como á pariente tan cercano el rey de Francia dió el ducado de Angulema, y despues le hizo su condestable, dignidad que hoy en Castilla ha quedado solo en una sombra y vano título casi sin poder ni jurisdiccion alguna; pero en Francia en las cosas de la guerra es la suprema potestad y autoridad despues de la real. Llegó el Rey á Talavera, villa que está en la Carpetania, hoy reino de Toledo; en esta sazon Santolalla, que es un pueblo puesto en la mitad del camino entre Talavera y Toledo, era de don Juan Manuel. Deste pueblo salian bandas de gente perdida á saltear los caminos, mataban los hombres y robaban los campos; estos fueron presos por mandado del Rey, y convencidos de sus delitos, los castigaron con pena de muerte. Un semejante ejemplo de justicia mandó hacer en Toledo, de donde se fué á Madrid y á Segovia y á Valladolid. En esta villa doña Leonor le parió un hijo, que llamaron don Pedro, á quien dió el señorío de Aguilar del Campo. Para remediar la falta del dinero que padecía, con malo é imprudente acuerdo acuñó un género de moneda baja de ley, que llamaron cornados, de que se siguió gran carestía y falta en los mantenimientos, en grave daño y enojo del pueblo, porque falseada y adulterada la moneda, luego cesaron los tratos y comercio. Estando el Rey en Búrgos le vinieron embajadores de aquella parte de Cantabria ó Vizcaya que llaman Alava, que le ofrecian el señorío de aquella tierra, que hasta entonces era libre, acostumbrada á vivir por sí misma con propios fueros y leyes, excepto Victoria y Treviño que mucho tiempo antes eran de la corona de Castilla. En los llanos de Arriaga, en que por costumbre antigua hacian sus concejos y juntas, dieron la obediencia al Rey en persona; allí la libertad, en que por tantos siglos se mantuvieron inviolablemente, de su propia y espontánea voluntad la pusieron debajo de la confianza y señorío del Rey. Concediósceles á su instancia que viviesen conforme al fuero de Calahorra; confirmóles sus privilegios antiguos, con que se conservan hasta hoy en un estado semejante al de libertad, ca no se les pueden imponer ni echar nuevos pechos ni alcabalas. De todos estos conciertos hay letras del rey don Alonso, su data en Victoria, á 2 dias de abril del año de nuestra salvacion de 1332. En esta ciudad instituyó el Rey un nuevo género de caballería, que se llamó de la Banda, de una banda ó faja de cuatro dedos en ancho que traian estos nuevos caballeros, de color rojo ó carmesí, que por encima del hombro derecho y debajo el brazo izquierdo rodeaba todo el cuerpo, y era el blason de aquella caballería y señal de honra. No se admitian en esta milicia ó caballería sino los nobles ó hijosdalgo y que por lo menos diez años hobiesen servido en la guerra y en el palacio real. No se recibia otrosí en ella los mayorazgos de los caballeros y señores. El mismo Rey fué elegido por maestre de toda esta junta y caballería, honra y traza con que los mancebos nobles y generosos se inflamaban y alentaban á acometer grandes hechos y acabar cosas arduas. Esta caballería mucho tiempo fué tenida en grande estima; despues por descuido de los reyes que adelante reinaron y por la inconstancia de las cosas se desusó de manera, que al presente no ha quedado della rastro ni señal alguna. Visitó el Rey la iglesia del apóstol Santiago en Compostella, y en ella se armó caballero; y en Búrgos él y la Reina fueron coronados por reyes. Hizo en ambas ciudades el oficio y ceremonia don Juan de Lima, arzobispo de Santiago. La Reina por su honestidad no fué ungida, demás que estaba preñada. Halláronse

presentes gran número de prelados; armó el Rey caballeros á muchos señores y nobles que le presentaron delante armados de todas piezas de punta en blanco; y aun se ordenó para adelante, y se guardó, que desta misma suerte se diese siempre y tomase la órden de la caballería. El público regocijo y contento que desto resultó destemplaron y menoscabaron dos cosas de desgusto que sucedieron: la primera fué que se comenzó á tratar divorcio entre doña Blanca y don Pedro, infante de Portugal; la segunda que pretendia en lugar de doña Blanca recebir por mujer y casarse con doña Costanza, hija de don Juan Manuel; ambas á dos cosas eran pesadas y desabridas para el rey de Castilla. Doña Blanca era enfermiza y mañera, que no podia tener hijos. El principal autor y movedor deste divorcio Fernan Rodriguez de Balboa, prior de San Juan, aconsejaba á la Reina, cuyo chanciller era, lo procurase para vengarse en esta forma del amancebamiento tan continuado y feo de su marido. En esta sazon el Rey tuvo en la reina á don Fernando, que si viviera, fuera sucesor en el reino, y en doña Leonor, su combleza, á don Sancho, á quien dió la villa de Ledesma. Los dos nacieron en un mismo tiempo en Valladolid. Demás desto, Abomelique, hijo del rey de Marruecos, como quedó concertado con el rey de Granada, pasó el estrecho de Cádiz, y en Algecira se intituló rey della y de Ronda. Vinieron con él de Africa siete mil jinetes con codicia, intento y esperanza de enseñorearse de toda España. En el principio del año de 1333, á los 13 de enero, el arzobispo de Toledo don Jimeno de Luna celebró concilio en Alcalá de Henáres, *indictione prima*, y del pontificado de Juan XXII el año diez y siete. Abomelique asimismo se puso sobre Gibraltar luego por el mes de febrero; combatiéronla sus gentes con mantas, torres y con todo género de máquinas militares. El Rey se detuvo algunos dias en Castilla la Vieja para apaciguar algunos alborotos de gente sediciosa; pero envió delante á Jofre Tenorio, almirante de la mar, y á los maestres de las órdenes militares para que por tierra socorriesen á los cercados; desigual ejército contra tan grandes fuerzas como eran las de los moros. Padecian grande falta de mantenimientos en la villa por culpa y negligencia de su alcaide Vasco Perez, que por hacer de la guerra granjería no la tenia apercebida de almacen y municiones ni de soldados. Por otra parte, el rey de Granada hizo entrada en tierra de Córdoba, grandes robos y quemas en los campos; tomó á Cabra, derribóle el castillo, y llevó cautivos todos sus moradores por traicion del alcaide, que llamó á los moros, y los metió dentro de la villa y les entregó el castillo. Gibraltar, despues de padecidos grandes trabajos y perdida la esperanza de poderse defender, en el mes de junio se dió á partido, salvas la libertad y vidas de los soldados y de los vecinos. El alcaide Vasco Perez, por acusarle su conciencia de la maldad cometida y temer la indignacion del Rey y el odio del reino, se pasó en Africa. Esta pérdida causó de presente grande dolor y puso para lo de adelante grandísimo miedo, por acordarse que la general pérdida y destruicion que los moros hicieron en España comenzó y tuvo principio por aquella parte. El rey de Castilla, pareciéndole que dejaba sosegados los sediciosos, hechos por todo el reino grandes llamamientos y juntas de gente de guerra y puesto en órden un buen ejército, en lo recio del estío vino á Sevilla, tarde y sin ningun provecho para el socorro de Gibraltar, que ya halló en poder de moros. Diéronle esta nueva de la pérdida de Gibraltar en Jerez; todavía con esperanza de cobrarla antes que los moros la fortificasen y municionasen con grande presteza fué sobre ella. Hallóse en esta jornada don Jaime de Ejerica con algunas compañías de aragoneses. Cerca del pueblo con varios sucesos se escaramuzó muchas veces; la batalla campal ambas partes la esquivaban. Abomelique no se descuidaba ni se ensoberbecia con la victoria; el Rey tenia esperanza de volver á ganar á Gibraltar. Desbarató sus intentos la falta de bastimentos que se comenzó á sentir en los reales, porque, aunque se traia continuamente gran copia dellos por el mar, la gran muchedumbre de gente brevemente los consumia. Por esta mengua muchos soldados desamparaban el real y caian en manos de Abomelique, que tenia puestas celadas en los lugares que para esto eran mas cercanos y á propósito. Puso en esto tanta vigilancia y cuidado, que cautivó muchos soldados, y en tan gran número, que con gran deshonra y mengua del nombre cristiano se dice que se vendia un cautivo por una dobla de oro. Acudió el rey de Granada, con cuya venida Abomelique, y por ver nuestro ejército disminuido y sus fuerzas quebrantadas, cobrado nuevo esfuerzo y ánimo, se determinó de presentar al Rey la batalla; con esta resolucion sacó todo el ejército tres veces en campaña. Al rey de Castilla le pareció que era el mejor consejo el mas seguro, ca fuera temeridad con vana esperanza de un buen suceso arriscar el todo y ponerlo á la temeridad de la fortuna y trance de una batalla. Los mas cuerdos y prudentes juzgaban asimismo que si tomaban á Gibraltar, que era á lo que allí eran venidos, todo lo demás se haria bien; á esta causa se resolvió de excusar la batalla. Cerraron pues todos los reales con un foso y albarrada para estorbar los rebatos de los enemigos; tiróse este foso desde el mar haciendo un cierto seno y vuelta, y yéndose encorvando conforme á la disposicion de los lugares, de manera que con la otra punta del arco tocaba en la otra ribera. Estas dos cosas interpretaban y creian los enemigos que se hacian de miedo, con que les creció el ánimo, y concibieron grande esperanza de la victoria. Mientras esto aquí pasaba, don Juan Manuel y don Juan Nuñez de Lara y sus amigos, puesta confederacion con el rey de Aragon, hacian gravísimos daños en la raya de Castilla. Habíaseles juntado don Juan de Haro, señor de los Cameros, caballero rico, poderoso y de muchos vasallos; así, de la parte que debian venir socorros y gente de allí resultó daño gravísimo. Por esto á pedimento de los moros les concedió el Rey treguas por término de cuatro años, á tal empero que todavía el rey de Granada pechase y acudiese con las parias que solia; con tanto se quedó Gibraltar por los moros, no sin grande nota y menoscabo de la majestad real. El Rey, que consideraba prudentemente el peligro, juzgó aquellos partidos por honrados, que eran mas conformes al tiempo y aprieto en que se hallaban las cosas, sin hacer caso de las murmuraciones del vulgo ni de la que llama honra la gente menos considerada.

CAPITULO III.

De las muertes de algunos príncipes.

Hechas las treguas, los reyes de Castilla y de Granada se hablaron, y en señal de amistad comieron á una mesa; hiciéronse asimismo á porfía ricos presentes, y diéronse el uno al otro joyas y paños de gran valor, cortés contienda y liberalidad en que el Moro quedó vencido, camino por do se le ocasionó su perdicion y ruina. El rey de Castilla se volvió á Sevilla, salva y entera la fama de su valor, no obstante los malos sucesos que tuvo. Abomelique se partió para Algecira, y el rey de Granada caminó á Malaga con deseo de ver aquella ciudad. Allí los hijos de Ozmin, que á todas estas cosas se hallaron presentes, se conjuraron de matarle. Abominaban y blasfemaban dél; cargábanle que con la familiaridad y trato que tenia con los cristianos, á sí mismo y á su nacion y secta deshonraba. Acaso traia puesta una ropa que le dió el rey de Castilla; esto les encendió mas el enojo y saña que contra él tenian, y les dió mayor ocasion de calumniarle. Andaba con el Rey un cierto moro, llamado Alhamar, de la sangre y alcuña de los primeros reyes de Granada, mas noble que señalado ni de grande cuenta. A este tentaron primero los hijos de Ozmin, y le persuadieron que se vengase de la notoria injuria y agravio que se le hacia en tenerle usurpado el reino que de derecho le venia, y que castigase el grande desacato que contra su secta se cometia. Concertada la traicion, estando el Rey muy seguro y descuidado della, le mataron á puñaladas en 25 dias del mes de agosto. Reduan, que á este tiempo era el caballero de mas autoridad y que habia sido alcaide y justicia mayor de Granada, á la sazon ausente, no supo cosa alguna ni fué en esta cruel traicion. Este procuró que un hermano del muerto, que se llamaba Juzef Bulhagix, fuese alzado por rey de Granada, como lo hizo; cosa soberbia y muy odiosa, dar el reino de su mano, mayormente dejando sin él á Ferraguen, hermano mayor del Rey muerto. Desta manera andaban las cosas revueltas entre los moros. Pasáronse al nuevo Rey los de Aguilar, don Gonzalo y don Fernando, hermanos, señores de Montilla y de Aguilar, caballeros poderosos en el Andalucía. Estaban estos caballeros, aunque no se sabe la causa, desavenidos y mal enojados con su Rey. Empezáronse á hacer robos y entradas en las rayas de los reinos, con que se rompieron las treguas que poco antes se concertaron. El rey de Castilla se detuvo en Sevilla mas tiempo del que se pensó y aun del que él quisiera; esperaba en qué pararian estos movimientos. Pasaran mas adelante los daños, y aun revolvieran guerra formada contra los cristianos, si Abomelique no fuera llamado de su padre y le mandara volver á Africa para que le sirviese en la guerra de Tremecen. Con su partida se volvieron á tratar treguas con el nuevo rey de Granada. Y en el principio del año de 1334 se concluyeron y asentaron por otros cuatro años, sin que el rey de Granada quedase obligado á pechar las parias y tributo que cada año solia; tanto era el deseo que tenia el Rey de quedar libre para castigar los sediciosos y alborotados. En este tiempo de un parto de doña Leonor de Guzman le nacieron al Rey dos hijos, don Enrique y don Fadrique, bien nombrados adelante. Primero pasó el invierno que el Rey pudiese desembarazarse de la Andalucía. A la primavera vino á Castilla, y fué á Segovia, y de allí á Valladolid. Los grandes que estaban rebeldes, como no eran tan poderosos que pudiesen hacer guerra, sino correrías y robos, comenzaron á ser molestados haciéndoseles daños y entradas en sus tierras, con que en el señorío de Lara fueron muchas villas tomadas por el Rey, como Ventosa, Bustos, Herrera; y lo demás que en tierra de Vizcaya tenian aquellos señores y no estaba acabado de allanar se recibió á merced debajo del amparo real. En una junta que se hizo en Guernica debajo de un antiquísimo árbol, á la usanza de vizcaínos, fué el Rey en persona jurado y le prometieron fidelidad. Algunas fuerzas y castillos quedaron todavía en aquella tierra por los de Lara, que no se quisieron dar al Rey, confiados mas en ser inexpugnables por el sitio y naturaleza de los lugares que en otra cosa alguna. Don Juan de Haro en su villa de Agoncillo por mandado del Rey fué degollado, y toda su tierra como de rebelde confiscada. La villa de los Cameros dejó á sus hermanos don Alvaro y don Alonso, porque del todo no pereciese el señorío y el nombre desta ilustrísima casa. El alcaide del castillo de Iscar, confiado en su fortaleza y porque la tenia bien bastecida, cerró las puertas al Rey, por lo cual, siendo preso, le fué cortada la cabeza; aviso con que se entendió que ningun juramento ni homenaje hecho á los señores particulares excusa los desacatos que contra los reyes se cometen. Por estos mismos dias en los postreros del mes de agosto parió la Reina en Búrgos un hijo, que se llamó don Pedro, que por muerte de don Fernando, su hermano, por triste y desdichada suerte suya y de Castilla sucedió en fin en el reino. De doña Leonor nació al Rey otro hijo, llamado eso mismo don Fernando. En Aragon murieron dos hermanos de aquel Rey, uno en pos de otro. Don Jaime, maestre de Montesa, murió en Tarragona, donde antes renunció el derecho del reino; don Juan, arzobispo de Tarragona, en un lugar de tierra de Zaragoza que llaman Povo, á los 18 de agosto; enterraron su cuerpo en la iglesia de Tarragona dentro de la reja del altar mayor. Iba á verse con el Rey, su hermano. Sucedióle en el arzobispado Arnaldo Cascomes, obispo que era de Lérida. El rey de Aragon, aunque se hallaba en lo bueno de su edad, por sus continuas indisposiciones que le sobrevinieron, luego que se volvió á casar alzó la mano, no solamente de las cosas de la guerra, sino tambien del gobierno del reino; lo cual todo encargó á don Pedro, su hijo mayor. La reina doña Leonor, como aquella que mandaba al Rey, con sus continuos é importunos ruegos alcanzó dél que diese á sus hijos don Fernando y don Juan algunas villas y ciudades, entre las demás fueron Orihuela, Albarracin y Monviedro; recibia en esto notable agravio y perjuicio el infante don Pedro, ca le disminuian y acortaban un reino que de suyo no era muy grande. Acusábanle al Rey un juramento que los años pasados hizo en Daroca, en que se obligó y estableció por ley perpetua que no enajenaria cosa de la corona real. Murmurábase en el reino este hecho. Rugíase que el Rey no tenia valor y se dejaba engañar de las caricias y mañas de la Reina, que le tenia como enhechizado. Desta ocasion entre la madrastra y el alnado resultó un mortal odio, de que se siguieron grandes alborotos en el reino. La Reina, para hallarse

apercebida, suplicó al rey de Castilla tuviese por bien que se viesen; otorgó él con los ruegos de su hermana; viéronse en Ateca, aldea en tierra de Calatayud; el Rey prometió á la Reina de asistilla con sus fuerzas y no faltarle cuando le hubiese menester. Don Juan de Ejerica y su hermano don Pedro, que seguian la parcialidad de la Reina, quedaron animados á la servir y amparar cuando se ofreciese y por cuanto sus fuerzas alcanzasen.

CAPITULO IV.

De algunos movimientos de navarros y portugueses.

En el principio del año siguiente, que se contaba de 1335, don Juan Manuel, atemorizado con el mal suceso de don Juan de Haro y tomando escarmiento en el de Lara se reconcilió con el Rey. El contento del reino fué extraordinario por ver acabadas en tan breve tiempo cosas tan grandes, y por la esperanza de la paz y sosiego por todos tanto tiempo deseada. En las ciudades y villas se hicieron grandes regocijos, juegos y espectáculos públicos. En Valladolid se hizo un torneo, en que los caballeros de la Banda desafiaron á los demás caballeros y fueron los mantenedores del torneo; el Rey se halló en él, pero en hábito disfrazado porque se tornease con mayor libertad. Diéronse grandes encuentros y golpes sin hacerse mal ni herirse, salvo que algunos fueron de los caballos derribados. Despartióse el torneo, sin que se pudiese averiguar á cuál de las partes se debiesen dar los premios y prez y las joyas que tenian aparejadas para el que mas se señalase. Las cosas humanas, como son vanas é inconstantes, fácilmente se truecan y mudan y revuelven en contrario; y ansí, este universal contento se añubló con nuevas que vinieron de que se volvian á alterar los humores. El rey de Portugal persistia en su intento de repudiar á doña Blanca y de casarse con doña Constanza, determinado si no pudiese cumplir su deseo por bien de alcanzarlo por la espada, por lo menos meterlo todo á barato. El hijo mayor del rey de Aragon se concertó de casar con doña María, hija del rey de Navarra, anteponiéndola en la sucesion del reino, aunque era menor de edad, á su hermana doña Juana, si el Rey muriese sin dejar hijos varones. El autor destos conciertos fué el virey de Navarra don Enrique. Ambas á dos cosas fueron pesadas y desabridas para el rey de Castilla, porque se entendia que estas alianzas se hacian para ser mas poderosos contra él. A la verdad el infante de Aragon don Pedro, por el odio que tenia con su madrastra, se confederó con los navarros, que tomaron de sobresalto el monasterio de Fitero, que era del señorío de Castilla; exceso que por un rey de armas les fué demandado, y enviaron embajadores al rey de Aragon para quejarse destos desaguisados. Excusóse aquel Rey con su poca salud y alegar que no era poderoso para ir á la mano á su hijo en lo que hacer quisiese. Con esta respuesta de necesidad se hubo de romper la guerra. Envióse contra los navarros un grueso ejército y por capitan general Martin Portocarrero, porque don Juan Nuñez de Lara, en quien el Rey tenia puestos los ojos para que hiciese este oficio se excusó de aceptarle. Juntáronse las gentes de la una parte y de la otra, dióse la batalla junto á Tudela, fué muy cruel y reñida, quedaron vencidos y destrozados los navarros y muchos dellos anegados en el rio Ebro. Entendióse haberles sucedido este desastre por falta de capitan, porque el virey don Enrique se quedó en Tudela por miedo del peligro ó por respeto de la salud y bien público, que dependia de la conservacion de su persona. Don Miguel Zapata, aragonés, no se halló en la batalla á causa que se entretuvo en fortalecer á Fitero, creyendo que el primer ímpetu de la guerra seria contra aquel pueblo. Mas ya que se queria fenecer la batalla se descubrió encima de unos cercanos montes de aquella campaña, con cuya llegada se rehizo el campo de los navarros. Los aragoneses, como quier que entraron descansados, entretuvieron por un rato la pelea, pero al fin fueron desbaratados y vencidos por los de Castilla y preso su capitan; no fué tan grande el número de los muertos como se pensó. Los castellanos se hallaron cansados con el continuo trabajo de todo el dia, demás que con la obscuridad de la noche que cerró no se conocian, mayormente que todos por saber la lengua castellana apellidaban Castilla, ardid que les valió para que la matanza fuese menor. Por otra parte, los vizcaínos con su capitan Lope de Lezcano, destruida la comarca de Pamplona, tomaron en aquellos confines el castillo de Unsa. Con estos malos sucesos se reprimió la osadía y atrevimiento de los navarros y se castigó su temeridad. En un mismo tiempo se derramó la fama destas cosas en Francia y en España. Estaba entonces el rey de Castilla en Palencia enfermo de cuartanas, donde, por lástima que tuvo de los navarros, mandó á Portocarrero que no les hiciese mas guerra ni daños; parecíale quedaban bastantemente castigados, ora hobiesen tomado las armas de su voluntad, ora hobiesen sido á tomarlas forzados; sacóse el ejército de aquella provincia junto con el pendon del Infante don Pedro, que le llevaron á la batalla, porque los grandes señores no rehusasen de ir á esta guerra, como si fuera á ella la misma persona real del Infante. La fama destos sucesos movió á Gaston, conde de Fox, á que viniese á restaurar las cosas malparadas de los navarros, obligado á ello por la antigua amistad que entre sí ambas naciones tenian y facilitado con la vecindad destos dos estados. Venido el de Fox, acometieron á Logroño, ciudad principal de aquella frontera. Salió contra ellos mucha gente de los pueblos comarcanos, y juntos con los ciudadanos de Logroño, pasaron el rio Ebro. Dieron en los enemigos, peleóse bravamente, y fueron vencedores los navarros. Recogiéronse en la ciudad los vencidos con propósito de se defender con el amparo y fortaleza de los muros. Ruy Diaz de Gaona, capitan y ciudadano de Logroño, hizo en esta retirada un hecho memorable, que con una extraña osadía, ayudado de solos tres soldados, defendió á todo el ejército de sus enemigos que no pasasen el puente, porque mezclados con su gente no entrasen el pueblo; murió él en esta defensa, y sus compañeros, que quedaron con la vida, defendieron el pueblo que no se perdiese, ca los navarros, viendo que no le podian tomar, se volvieron. En el tiempo que las cosas se hallaban en este estado sucedió que Juan, arzobispo de Rems, yendo en romería á Santiago, pasó acaso por esta tierra. Este Prelado era un varon muy santo y de grande autoridad entre estas dos naciones, por cuya solicitud y diligencia se concertaron y hicieron

paces; tanto á las veces puede la diligencia de un solo hombre, y tan grandes bienes dependen de su autoridad. En este mismo tiempo de tres reyes Albohacen, Filipe, de Francia, y Eduardo, de Inglaterra, vinieron tres honradas embajadas al rey de Castilla. Movíanse á esto por la gran fama que tenia acerca de las naciones comarcanas. De Africa le enviaron muy ricos presentes; pedian se confirmasen las treguas que tenian asentadas los nuestros con los moros. El Inglés ofrecia una hija suya para que casase con el infante don Pedro. El Rey no aceptó este partido por la tierna y pequeña edad del Infante, de quien sin nota de temeridad ninguna cosa cierta se podian prometer ni asegurar. Todo esto pasaba en Castilla el año de 1335 de nuestra salvacion. Poco despues, entrante el año próximo, el rey de Aragon don Alonso murió en Barcelona á 24 de enero; varon justo, pio y moderado; por esto tuvo por renombre y fué llamado el Piadoso. Fué mas dichoso en el reinado de su padre que en el suyo á causa de la poca salud que siempre tuvo, que por lo demás no le faltó virtud ni traza, como se pudo bien ver por las cosas que hizo en su mocedad. A don Jaime, el hijo menor del primer matrimonio, dejó el condado de Urgel, y don Pedro quedó por heredero del reino. Los hijos del segundo matrimonio dejó heredados en otros estados, segun que arriba queda apuntado. La reina doña Leonor, por recelo que el nuevo Rey por los enojos pasados no le hiciese algun agravio á ella y á sus hijos, á grandes jornadas se fué luego á Albarracin, donde por ser aquella ciudad fuerte y caerle cerca Castilla, si se le moviese guerra, pensaba podria muy bien en ella defenderse. Los de Ejerica, por tener en mas el acudir al amparo y servicio de la Reina que cuidar de lo que á ellos tocaba, se fueron tras ella. Por estos mismos dias de Portugal nuevas tempestades de guerra se emprendieron. La avenencia que don Juan de Lara y don Juan Manuel hicieron con el Rey, no era tan verdadera y sincera que se entendiese duraria tanto como era menester. Todos entendian que mas les faltaban fuerzas y buena ocasion para rebelarse que gana y voluntad de ponello por obra. Traia en mucho cuidado á don Juan Manuel la dilacion de los casamientos de Portugal, y no osaba hacerlos sin la voluntad y licencia del Rey, ca temia no le tomase su estado patrimonial, que tenia grandísimo en Castilla. Don Pedro Fernandez de Castro y don Juan Alonso de Alburquerque, que se apartaron de la obediencia del Rey de Castilla, persuadian y solicitaban al rey de Portugal para que moviese guerra á Castilla; no pudieron estar secretos tantos bullicios de guerra y tantas tramas. Así, el Rey hizo nueva entrada en las tierras de don Juan de Lara y le tomó algunas villas y castillos, y á él le cercó en la villa de Lerma en 14 de junio. Combatiéronla de dia y de noche con mantas, torres, trabucos y con todo género de máquinas de guerra. Procuróse otrosí con los vecinos de la villa que entregasen á don Juan, ya con grandes amenazas, ya con promesas; ofrecianles la gracia del Rey y libertad á ellos y á sus hijos, con apercebimiento que si se tardaban en hacerlo los destruirian. Ninguna cosa bastó para que no guardasen una singular y gran lealtad á don Juan confiados en la fortaleza de la villa; ni los ruegos prestaron ni las amenazas para hacer que le entregasen. Vista su determinacion cercaron toda la villa al rededor con fosos y trincheas. Talaron y destruyeron sus campos y heredades; enviaron otrosí algunas bandas de gente para que tomasen los pueblos de la comarca. Alargábase el cerco, y los cercados, por no estar bien proveidos, empezaron á sentir necesidad de bastimentos. Tenian poco socorro en don Juan Manuel, puesto que para mostrar su valor y ver si podria socorrerlos, salido de allí secretamente, se entró en Peñafiel, villa de su estado y cercana de Lerma. Poco faltó para que el Rey no le prendiese, ca sobrevino de repente. Tuvo noticia del peligro, huyó y escapóse. El de Alburquerque, mudado propósito, se redujo al servicio del Rey. El rey de Portugal por sus embajadores envió á rogar al Rey que alzase el cerco de Lerma. Extrañaba que hiciese agravio y maltratase á un caballero de tanta lealtad y en particular amigo suyo. Volviéronse los embajadores sin alcanzar cosa alguna. El rey de Portugal para satisfacerse juntó su ejército, rompió por las tierras de Castilla. A la raya cercó á Badajoz y la combatió con grande furia y cuidado. Envió asimismo con mucha gente á Alonso de Sosa para que robasen la tierra. Apellidáronse los de la comarca, encontraron los contrarios cerca de Villanueva, desbaratáronlos, mataron y prendieron muchos dellos, con que avisaron y escarmentaron los demás portugueses para que no se atreviesen otra vez á hacer entrada semejante. El Rey mismo, por temer otro mayor daño si viniesen á las manos, con todo su ejército se tornó á Portugal. La villa de Lerma, asimismo destituida del socorro que de fuera esperaba y cansada con los trabajos de un cerco tan largo, se entregó en los postreros de noviembre. A don Juan Nuñez de Lara, sin embargo, recibió el Rey en su amistad, y por el camino que cuidaba perderse alcanzó grandes mercedes nuevas, y se le volvió su patrimonial estado que tenia en Vizcaya. Solo desmantelaron á Lerma en castigo de su rebelion y para que otra vez no se atreviese á hacer lo mismo. En este año el rey de Marruecos aumentó sus reinos con el de Tremecen, cuyo Rey, su enemigo, venció y mató. Los moros de España cobraron con esto nuevas esperanzas, y á los nuestros creció el recelo de algunos nuevos y grandes daños que de aquella pujanza podrian resultar. Todos temian y con razon la guerra que de Africa amenazaba.

CAPITULO V.

Concédense treguas á los portugueses.

Blandeaba el rey de Castilla con los grandes que andaban alterados, y les hacia buenos partidos por atraerlos á su servicio. Sus caricias prestaban muy poco, por ser ellos hombres revoltosos, de seso mal asentado y astutos. Tuvo las pascuas de la Navidad de nuestro señor Jesucristo del año 1337 en Valladolid. Allí en el principio deste año hizo merced á don Juan de Lara del cargo de su alférez mayor, ca estaba determinado de recompensar con mercedes los deservicios y vengar con blanduras las injurias que le hacian. Con este artificio y con la intercesion de doña Juana, que era madre de don Juan de Lara, recibió en su servicio y perdonó á don Juan Manuel, hombre doblado, inconstante y que á dos reyes, al de Castilla y al de Aragon, los entretenia y traia suspensos. Fingia quererse confederar con

cada uno dellos con intento de que si rompiese con el uno, quedase el otro con quien ampararse. Continuábanse todavía los desabrimientos y diferencias entre el de Aragon y doña Leonor, su madrastra; tratóse de concordia por sus embajadores. Todavía el de Aragon, bien que daba buenas palabras, al cabo no hacia cosa. El rey de Castilla á ruego de su hermana fué á Aillon, villa que está en la raya de entrambos reinos. Allí la Reina se le quejó de los agravios y crueldad de su alnado, y con muchas lágrimas le suplicó recibiese debajo de su proteccion y amparo á ella y á sus hijos y á los grandes que seguian su parcialidad. El Rey estuvo suspenso. Parecíale por una parte inhumana cosa no favorecer á su hermana, y por otra deseaba mucho no divertirse antes de vengar los agravios recibidos del rey de Portugal. Finalmente, mandó á don Diego de Haro que, juntadas las fuerzas y soldados de Soria, Molina y Cuenca y de otros pueblos, hiciese entrada en Aragon. La reina doña Leonor, por Búrgos y Valladolid se fué á Madrid á esperar al Rey, que en razon de aparejarse para la guerra de Portugal, hacia grandes llamamientos de gentes para Badajoz, por donde cuidaba dar principio á aquella guerra. En esta sazon, de doña Leonor le nació al Rey otro hijo, que se llamó don Tello. Lo que mas tenia enojado al rey de Portugal era lo poco en que el de Castilla tenia á su hija la reina doña María, hasta decirse que trataba de repudiarla; parecíale que esta no era injuria que en manera alguna se pudiese disimular. De Badajoz con grandísimo ímpetu entró en Portugal; talaron los campos y hicieron la guerra á fuego y sangre. La destemplanza del tiempo causó al Rey una calentura en Olivencia, y le puso en necesidad de partirse de Badajoz en el mes de junio para Sevilla. Por estos mismos dias Jofre, almirante del mar por el rey de Castilla, talado que hobo y corrido la costa de Portugal, no léjos de Lisboa peleó con la armada de los portugueses, de quien era general Pecaño, ginovés. La pelea fué brava y dudosa; al principio las portugueses tomaron dos galeras de Castilla; recompensóse este daño con que los de Castilla rindieron la capitana de los portugueses y abatieron el estandarte real. Esto causó grande temor en los enemigos, y por todas partes fueron desbaratados y puestos en huida. Era cosa horrenda ver en aquel espacioso y ancho mar huir, dar la caza, prender y matar, y todo cuanto alcanzaba la vista estar lleno de armas y tinto en sangre. Tomáronse ocho galeras, y seis echaron á fondo, y el general Pecano con Cárlos, su hijo, quedó preso. Fué para aquella era esta victoria muy ilustre y rara, en tanto grado, que á la vuelta salió el Rey á recebir el Almirante, que entró en Sevilla con triunfal demostracion y aparato; la honra que se hace á la virtud inflama los ánimos valerosos para emprender cosas mayores. Halláronse presentes el arzobispo de Rems, embajador del rey de Francia, y el maestre de Rodas, á quien para tratar de paces enviara por su legado Benedicto XI, sumo pontífice, que tres años antes sucedió al papa Juan. Ambos con todas sus fuerzas procuraron concertar y poner paz entre estos dos reyes; pero no les fué posible concluirlo, antes el rey de Castilla, cobrada entera salud, entró otra vez á robar y destruir á Portugal. La entrada fué por aquella parte por do solian habitar los antiguos turdetanos, que ahora se llama el Algarve. Recibieron los portugueses grave daño con esta entrada, y les causó mucho odio contra su Rey, por ver que con todos sus intentos ninguna cosa mas hacia que irritar y mover contra los suyos las armas y fuerzas de Castilla. Por otra parte hacia sin provecho alguno guerra en lugares apartados, conviene á saber, á los gallegos; en Salvatierra destruia y quemaba los campos. Si se sentia con pocas fuerzas, ¿para qué movia guerra? Y si en ellas confiaba, ¿por qué, convidado, rehusaba venir con los enemigos á las manos? El rey de Castilla, venido el otoño, sin haber encontrado ningun ejército de sus enemigos, se recogió á Sevilla. Este mismo año á 25 de junio murió Federico, rey de Sicilia, ya cargado de edad, y famoso por la guerra que sustentó por tanto tiempo contra potencias tan grandes. En Catania en la iglesia de Santa Agata está un lucillo con un bulto ó estatua suya, y dos versos en latin deste sentido:

EL CIELO ALEGRE ESTÁ, LA TIERRA TRISTE.
SICANIA LLORA DE SU REY FADRIQUE
LA AUSENCIA. ¡OH MUERTE, CUÁNTO MAL HICISTE!

Sucedióle en el reino su hijo don Pedro. Los ducados de Atenas y Neopatria mandó á Guillelmo, su hijo segundo; á don Juan, hijo tercero, hizo otras mandas. Cuatro hijas que tenia por su testamento las dejó excluidas de la sucesion del reino, ley que no fué perpetua ni era conforme á lo que de antes se solia usar en aquel reino, y adelante se usó. Andaba en la corte de Castilla Gil Alvarez de Cuenca, arcediano de Calatrava, dignidad en la iglesia de Toledo, varon de conocido valor y prudencia para tratar negocios y cosas graves. El arzobispo de Toledo don Jimeno de Luna finó en la su villa de Alcalá de Henáres á los 16 de noviembre deste año, quién dice que del siguiente. Sepultaron su cuerpo en la iglesia mayor de Toledo en la capilla de San Andrés. Por su muerte sucedió en aquella dignidad y iglesia el susodicho Gil Alvarez de Cuenca, que adelante se llamó y hoy le llaman comunmente don Gil de Albornoz. Procuróle el Rey muy de veras, y hizo en ello tal instancia, que las voluntades de los del cabildo, si bien estaban muy puestos en nombrar á don Vasco, su dean, se trocaron y inclinaron á dar gusto al Rey. Las grandes virtudes y hazañas deste nuevo prelado mejor será pasallas en silencio que quedar en este cuento cortos. Fué natural de Cuenca, sobrino de su predecesor don Jimeno de Luna, su padre Garci Alvarez de Albornoz, su madre doña Teresa de Luna, personas ilustres, de mucha reputacion y fama y hacienda. Crióse en Zaragoza en tiempo que don Jimeno, su tio, fué prelado de aquella ciudad. Su ingenio muy vivo y capaz empleó en el estudio de los derechos en Tolosa de Francia, no para darse al ocio, sino para habilitarse mas para los negocios. Ya que era de edad, se sirvió el Rey dél en su consejo, despues le eligieron en arzobispo de Toledo; últimamente, criado cardenal, sirvió á los papas en empresas de grande importancia. Echó los tiranos de las tierras de la Iglesia que en Italia tenian usurpadas. En todas edades y estados fué igual, entero en las cosas de justicia, menospreciador de las riquezas, constante y sin flaqueza en los casos árduos. No se sabe en qué fué mas señalado, si en el buen gobierno en tiempo de paz, si en la administracion y valor en las cosas tocantes á la guerra. Todos los hombres de le-

tras tienen obligacion á celebrar sus alabanzas, porque en la Gallia Cisalpina ó Lombardía, en la ciudad de Boloña instituyó un famoso colegio, en que hay cuatro capellanes y treinta colegiales, todos españoles, con gruesas rentas para que estudien, de donde como de un alcázar de sabiduría han salido muchos excelentes varones en letras y erudicion, con que las letras resucitaron en España, y á su imitacion se han fundado otros muchos colegios por personas que imitaron su celo y tenian con qué podello hacer. Dejó al cabildo de Toledo la villa de Paracuellos con carga de cierta pension con que mandó acudiesen cada un año á la iglesia de Villaviciosa, que él mismo fundó, y puso en ella canónigos reglares, cerca de la villa de Brihuega. El arzobispo de Rems y el maestre de Rodas, andando de una parte á otra, no cesaban de amonestar á los reyes de España y procurar que se acordasen y hiciesen paces. Poníanles delante como los reinos se asuelan con las guerras y con la paz se restauran; que Africa amenazaba con una temerosísima guerra; muchas veces las discordias internas se concordaban y componian con el miedo de los males de fuera; que así para los vencedores como para los vencidos el único remedio era la paz. Con estas amonestaciones parecia que el rey de Castilla blandeaba algo, si bien era el que andaba mas léjos de acordarse; que el rey de Portugal grandemente deseaba concierto. Concluyóse que el rey de Castilla fuese á Mérida á tratar de medios de paz. En aquella ciudad se concertaron y hicieron treguas por un año en principio del de nuestra salud de 1338. No fué posible concordarlos del todo ni hacer paces perpetuas.

CAPITULO VI.

Cómo mataron á Abomelique.

Del aparato y preparamentos de guerra que hacia el rey Albohacen, como en semejantes casos acaece, se decian mayores cosas de aquellas que en realidad de verdad eran. Referíase que se juntaba todo el poder de los moros y se apellidaban todas las provincias de Africa; que pasaban á España con sus casas y mujeres y hijos para quedarse á morar y vivir de asiento en ella despues que toda la hobiesen ganado; que era tan innumerable la gente que venia, que ni se les podria estorbar el pasaje ni tampoco podrian ser vencidos. Corria fama que lo primero desembarcarian en la playa de Valencia, y allí cargaria aquella tempestad que se armaba. Estas nuevas tenian atemorizados los fieles y mucho mas á los de Aragon. Hacíanse grandes provisiones de armas, caballos y bastimentos; todo era ruido y asonadas de guerra. Estaban todos alerta con gran cuidado y solicitud. Empezóse entre los nuestros á platicar de paz, porque, juntas las fuerzas, se podia tener esperanza de la victoria; divididas y sin concordia, era cierta la ruina de todos y su perdicion. A los embajadores ingleses, que en nombre de su Rey pedian paz y alianza, con dudosa respuesta entretenia el rey de Aragon. Decíales que su amistad les era y seria siempre muy agradable, si se les permitiese guardar las alianzas que antes con los demás tenian hechas. Tratábase de desposar el de Aragon con la infanta doña María, hija del Navarro; diferíanse estas bodas por ser aun de poca edad la doncella y no de sazon para casarse; á esta causa la entretenian en Tudela; mas al fin con grande regocijo de ambas naciones se casaron en Aragon á 25 de julio. Velólos Filipe, tio de la doña María, hermano de su padre, obispo de Jalon ó cabillonense en Francia. Envióse una embajada al sumo Pontífice romano suplicándolo volviese los ojos á España y que echase de ver que no poco á su Santidad tocaba el grandísimo y cercano peligro que corria la cristiandad. Que las décimas de las rentas eclesiásticas que se concedieran á los reyes de Aragon para subsidio y ayuda de la guerra contra los moros las mandase subir al justo y presente valor, porque si se cobraban segun los valores y por los padrones antiguos, serian de poco provecho; esto es lo que toca al rey de Aragon. El rey de Castilla era ido á Búrgos á hacer Cortes, en que con deseo de reformar el grande exceso que se via estar introducido en el comer y vestir, promulgó leyes que moderaban estos gastos. Mandó tras esto á su almirante Jofre Tenorio se pusiese en el Estrecho para estorbar el pasaje á los moros. Desde Búrgos, á ruego de su hermana doña Leonor, fué á Cuenca, y en su compañía don Juan Nuñez de Lara y don Juan Manuel, ya del todo reconciliados con el Rey. Allí vino don Pedro de Azagra con embajada de paz de parte del rey de Aragon para que se aliasen contra los moros. Ofrecia la tercera parte de la armada que fuese menester para estorbar el paso á los moros. Respondió el Rey que aceptaria su oferta, y que entonces le seria muy grata su amistad cuando hobiese satisfecho á su hermana doña Leonor en las quejas que tenia y en sus pretensiones. En unas Cortes de Aragon que se hicieron en Daroca se consultaron todas estas diferencias, y se nombraron por jueces árbitros el infante don Pedro, tio hermano de padre del rey de Aragon, y don Juan Manuel, que para tratar desto era embajador del rey de Castilla. Concluyóse en que se diese perdon al señor de Ejerica, y á la Reina y á sus hijos se les confirmase todo aquello que les mandara su padre. Para que mas fácilmente tuviese efecto esta concordia vino bien que don Pedro de Luna, arzobispo de Zaragoza, que la contradecia, á esta sazon se hallaba ausente, citado por el Papa para que pareciese en Roma á responder á cierto pleito y demanda puesta contra él. Firmó el rey de Castilla estos capítulos en Madrid, y la reina doña Leonor y sus hijos se volvieron á Aragon, do fueron bien recebidos, casi con aparato real. Suelen acomodarse y conformarse con el tiempo, así bien los reyes como las personas particulares, y usar de grandes disimulaciones para poder gobernar la república, mayormente en tiempos revueltos. El arzobispo de Rems y el maestre de Rodas y el arzobispo de Braga, que era embajador del rey de Portugal para tratar de las paces, fueron despedidos por entonces del rey de Castilla por parecer pedian capitulaciones injustas. Lo que mas descontentaba era que pedian á doña Costanza, hija de don Juan Manuel, para que se desposase con don Pedro, heredero de Portugal. En el principio del año de 1339 murió don Vasco Rodriguez Cornado, maestre de Santiago. En su lugar fué elegido, por voto de los caballeros del hábito, su sobrino don Vasco Lopez. Pesóle mucho al Rey y enojóse desta eleccion, como quier que deseaba el maestrazgo para su hijo don Fadrique. Opusiéronle al nuevo maes-

tre contra su persona muchos capítulos y defectos en la eleccion, si verdaderos, si falsos por hacer lisonja al Rey, ¿quién lo averiguará? El Maestre, por adevinar la tempestad que venia sobre él, se fué á Portugal, con que pareció darse por culpado; así, en ausencia fué privado de la dignidad; y dada por ninguna la primera eleccion, fué elegido de nuevo por maestre don Alonso Melendez de Guzman, tio hermano de madre del niño don Fadrique, con asaz grande dolor y murmuracion de muchos, que echaban de ver una maldad y desconcierto tan grande, que no bastase el peligro grande del reino para que echasen dél la ambicion y sobornos. Por este tiempo, quién dice dos años antes, don Ruy Perez, maestre de Alcántara, fué al tanto privado del maestrazgo, y elegido en su lugar don Gonzalo Martinez, á quien otros llaman Nuñez; algunos por la disimilitud y diversidad de los nombres hacen diverso y dividen lo que no se debe apartar, porque en la lengua antigua de Castilla Nuño y Martin son una misma cosa. Lo sobredicho se hizo con autoridad de don Juan Nuñez de Prado, maestre de Calatrava, á quien por sus antiguas constituciones estaban sujetos los caballeros de Alcántara. Tratábase con grande calor lo tocante á la guerra de los moros; para ella de todo el reino se juntaba grande ejército en Sevilla. Apercibióse brevísimamente el rey de Castilla, porque tuvo nuevas que Abomelique era de Africa pasado por el Estrecho con cinco mil hombres de á caballo; era ya cumplido el tiempo de las treguas, y convenia que con la presteza se impidiese el intento de los moros. Hízose entrada en el reino de Granada, talaron los campos de Antequera y Archidona, y apenas las mismas ciudades se libraron desta furia. Lo mismo se hizo en los términos de Ronda; y por el esfuerzo de don Juan de Lara y de don Juan Manuel y del maestre de Santiago fué desbaratada gran multitud de moros que salieron de aquella ciudad á dar y cargar en nuestra retaguardia, en que iban estos capitanes. Ejecutaron los vencedores el alcance; muchos moros, que se recogieron á ciertas breñas, forzados del miedo, se despeñaron de aquellos riscos por salvarse y se hicieron pedazos. Con esto los cristianos se volvieron á Sevilla; y de allí se enviaron muchas guarniciones para guardar las fronteras contra los moros. Vino en esta sazon el almirante de Aragon Gilaberto con doce galeras y órden de su Rey que se juntase con la armada del rey de Castilla y guardase el estrecho de Gibraltar. La falta de dineros era grande; para suplir esta necesidad en el mes de setiembre fué el Rey á las Cortes que tenia aplazadas para Madrid. Dejó por general en su lugar al maestre de Santiago, repartió otrosí entre los demás grandes, ricos hombres y capitanes el cuidado de lo que en su ausencia hacerse debia. En Nebrija, villa puesta á la boca de Guadalquivir, sentada en una campaña fertilísima, tenian juntada gran copia de trigo para el gasto de la guerra. Los moros, cobrada osadía con la partida del Rey, se concertaron de ir sobre esta villa y tomarla. Sabido esto por los nuestros, fuéles forzado, puesto que era en el rigor del invierno, de sacar las guarniciones y compañías de los alojamientos. Abomelique, resuelto de hacelles rostro, asentó sus reales junto á Jerez, y envió mil y quinientos caballos á Nebrija. Los de la villa se defendieron; robaron empero los moros y estragaron los campos. Acudieron á la fama de lo que pasaba de Tarifa Fernan Perez Portocarrero, y de Sevilla Alvar Perez de Guzman y don Pedro Ponce de Leon, señores principales; y el maestre de Alcántara con su gente, con que entrara á hacer cabalgadas en tierra de moros, se juntó con estos capitanes; pequeño número en comparacion de la grande muchedumbre de los moros. Marcharon de dia y de noche; vinieron á alcanzar cerca de Arcos á los mil y quinientos moros, que caminaban muy despacio por ir embarazados con la grande presa que llevaban. Dieron con grande furia en ellos y los desbarataron, apenas escapó ninguno que no fuese muerto ó preso, quitáronles toda la cabalgada que llevaban. Con tan dichoso y buen suceso animados los nuestros, entraron en consejo si acometerian á Abomelique, hecho que no era proporcionado con el pequeño número de gente que llevaban. Los pareceres variaban; unos, considerada la gran multitud de los moros, eran de parecer que no tentasen mas la fortuna; otros con ánimo feroz y generoso decian que no debian de tener miedo á los moros, sino que, confiados en Dios y en el valor y esfuerzo de sus soldados, no perdiesen tan buena ocasion como se les presentaba de hacer un hecho memorable; que no vence el número sino el ánimo, y que no era razon que en semejante coyuntura dejasen de arriscar sus personas y vidas, que tan poco les podian durar. Siguióse al fin este parecer; la honrosa vergüenza pudo mas que la cobardía recatada. Los moros, descuidados con los prósperos sucesos pasados, levantado su real, con grandísimo desórden marchaban la via de Arcos sin llevar adalides ni centinelas; infinitas veces ha sido total perdicion menospreciar al enemigo. Los cristianos al amanecer entre dos luces, tocada la señal de arremeter, hirieron valerosamente en los moros; á la pasada de un rio quinientos moros hicieron un poco de resistencia, pero luego que los nuestros le pasaron, todo lo demás fué fácil; en un momento los moros fueron puestos en huida y destrozados. Abomelique, como suele acaecer en un repentino alboroto, huia á pié; así, sin ser conocido fué muerto por los que seguian el alcance, que cuidaron fuese algun soldado particular; su primo Aliatar al tanto murió en la batalla; perecieron cerca de diez mil moros, tal fama corria. Los nuestros, robados los reales y el carruaje de los enemigos y alegres con las dos victorias que ganaron, con mucha honra y contento volvieron sus soldados á los alojamientos de que los sacaron. Este año el arzobispo de Tarragona celebró concilio provincial en Barcelona, y en él con una solemnísima procesion el cuerpo de santa Eulalia se trasladó á otro mas honrado y conveniente lugar. El rey de Aragon fué á Aviñon á dar al Papa la obediencia y reconocerle y hacer el homenaje que tenia obligacion, como feudatario de la Iglesia por las islas de Cerdeña y Córcega.

CAPITULO VII.

Que los moros fueron vencidos junto á Tarifa.

La muerte de Abomelique fué muy llorada y plañida en Africa. Su padre la sintió tersísimamente; dolianse y querellábanse que con su temprana y arrebatada muerte no habia podido llegar á ser tal rey como prometian sus buenas partes. Con esto muy mas inflamados

y deseosos de vengarle, se dieron gran priesa á aprestar la jornada que tenian pensado hacer en España. Para ello hicieron por todo el reino grandes llamamientos de gentes, y por toda la Africa enviaron asimismo ciertos hombres, que con muestra de santidad, con pretexto y color de religion y de un grande servicio de Dios incitasen los moros á tomar las armas en defensa y aumento de la religion y secta de sus antepasados. Con esta voz se juntó un increible número de soldados, setenta mil de á caballo y cuatrocientos mil de á pié, muchedumbre tan grande, cual es cosa averiguada nunca alguno de los pasados reyes juntaron para pasar en España. Recogieron otrosí una flota de docientas y cincuenta naves y setenta galeras, armáronla de soldados y basteciéronla de vituallas y de todo lo al. Estaba el rey de Castilla con gran congoja y cuidado de la defensa que tenia de hacer á los moros cuando le sobrevino otra nueva pesadumbre. Diéronle grandes querellas de don Gonzalo Martinez ó Nuñez, maestre de Alcántara. Acusábanle de muchos delitos, no sabré decir si fueron verdaderos ó falsamente imputados; fué empero citado á que pareciese ante el Rey en Madrid á responder á la acusacion que le ponian y descargarse. Tuvo en poco el mandato del Rey, y no quiso parecer, sino pasarse al rey de Granada, que fué remediar una culpa con otra mayor. No se sabe si esto lo hizo por tener mal pleito ó con temor del poder y asechanzas de doña Leonor de Guzman, que le era contraria. Demás desto, el general de la armada del rey de Aragon, saltado que hobo con su gente en la playa de Algecira, fué muerto con una saeta en una escaramuza que trabó con los moros. Sin embargo, venida la primavera, se partió el Rey á la Andalucía, y los desiños del maestre don Gonzalo, con la diligencia y presteza que se puso, fueron desbaratados. Cercáronle en Valencia, pueblo que cae en el distrito de la antigua Lusitania; rindióse al Rey, fué preso y dado por traidor, y como tal degollado y quemado, á propósito todo que los demás escarmentasen con un castigo tan grande. Fué elegido en su lugar don Nuño Chamizo, varon de conocida virtud y grandes prendas. Comenzaba Albohacen á pasar su ejército en España; envió delante tres mil caballos, que para hacer demostracion de su esfuerzo corrieron la tierra de Arcos, Jerez y Medina Sidonia, y les talaron los campos; mas como se volviesen con grande presa, salieron los de Jerez á ellos, cargaron de sobresalto sobre los que iban descuidados y seguros, desbaratáronlos y quitáronles la presa con muerte de dos mil dellos. En este comedio, gastados cinco meses en pasar el Estrecho, todo el ejército de los moros se juntó cerca de Algecira por negligencia del almirante Tenorio. Todo el pueblo le cargaba la culpa de que él les pudo estorbar el paso. Verdad es que muchas veces el pueblo con envidia é ingrato ánimo se queja de los hombres valerosos. No pudo sufrir esta afrenta el feroz corazon del Almirante. Atrevióse á pelear con toda la armada de los enemigos, recibió una grande rota, murió él en la batalla y fué echada á fondo su armada. Salváronse solamente cinco galeras, que huyendo aportaron á Tarifa. El Rey se hallaba suspenso entre dos dificultades que le tenian puesto en gran cuidado; por una parte temia no le sucediese á España algun gran desastre; por otra el deseo de ganar honra y fama le solicitaba. En Sevilla, donde proveia las cosas necesarias para la guerra, acordó de hacer junta de los prelados y grandes del reino para consultar lo tocante á la guerra. Desque estuvieron juntos, puesta la espada á la mano derecha y la corona á la siniestra, sentado en su real trono les hizo una plática en esta manera: « Parientes y amigos mios, ya veis el peligro en que está todo el reino y cada uno en particular. Pienso tambien que no ignorais en qué estado estén nuestras cosas. Desde mis primeros años juntamente con el reino me han fatigado continuas congojas y afanes; así lo ha ordenado Dios; dame con todo eso mucha pena que nuestros pecados los hayan de pagar los inocentes. Aun no teniamos bien sosegados los alborotos del reino, cuando ya nos hallamos apretados con la guerra de los moros, la mas pesada y de temer que España ha tenido. Mis tesoros consumidos y nuestros súbditos cansados con tantos pechos, solo en mentarles nuevos tributos se exasperan y azoran. Por ventura ¿será bien hacer paz con los moros? Pero no hay que fiar en gente sin fe, sin palabra y sin religion. ¿Pedirémos socorro fuera de nuestros reinos? No era malo, mas á los reyes nuestros vecinos se les da muy poco del peligro y necesidad en que nos ven puestos. ¿Tendrémos confianza de que Dios nos ayudará y hará merced? Temo que le tenemos mal enojado con nuestros pecados y que no nos desampare. No llega mi prudencia ni consejo á saber dar corte y remedio conveniente á tan grandes dificultades. Vos, amigos mios, á solas lo podréis consultar y conforme á vuestra mucha prudencia y discrecion veréis lo que se debe hacer, que para que con mayor libertad digais vuestros pareceres yo me quiero salir fuera. Solo os advierto mireis que de vuestra resolucion no se siga algun grave peligro á esta corona real ni á esta espada deshonra ni afrenta alguna; la fama y gloria del nombre español no se mengüe ni escurezca. » Ido el Rey, hobo varios pareceres entre los que quedaron; los mas prudentes afirmaban que las fuerzas del Rey no eran tantas que pudiesen resistir al gran poder de los moros; que seria acertado hacer paz con el enemigo con algunos partidos razonables. Otros con mayor esfuerzo, deseosos de ganar honra y fama, fueron de voto que la guerra pasase adelante; decian no poderse hacer paz alguna que no fuese deshonrada y que les estuviese muy mal, porque de necesidad las condiciones della serian á gusto y ventaja del enemigo. Siguióse este parecer, y todos fueron de acuerdo que se procurase solicitar los reyes de Aragon y de Portugal para que juntasen sus gentes y armas con las del Rey. Rehízose la armada en el puerto de Sanlúcar y dióse el cargo della á don Alfonso Ortiz Calderon, prior de San Juan. El rey de Aragon envió su armada con el capitan Pedro de Moncada. Los ginoveses á costa del rey de Castilla ayudaron con quince galeras. Juan Martinez de Leyva fué por embajador al sumo Pontífice para alcanzar indulgencia á los que se hallasen en esta santa guerra. El Papa vino en ello, y á todos los que tres meses sirviesen en ella á su costa, les concedió la cruzada y jubileo plenísimo y remision de todos sus pecados, y cometió la publicacion destas indulgencias á don Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo. Para ganar al rey de Portugal el rey de Castilla dió licencia para que doña Costanza, hija de don Juan Manuel, se enviase á Portugal y se desposase con el infante don Pedro. Así se

celebraron las bodas en Ebora con real majestad y aparato; la dote fueron trecientos mil ducados. Demás desto, doña María, reina de Castilla, por mandado del Rey, su marido, fué á Portugal á suplicar al Rey, su padre, quisiese juntar sus fuerzas con las de Castilla y ayudar en esta santa demanda. Su padre se lo otorgó y prometió de por su propia persona hacer el socorro que le pedian. Luego con el capitan Pecano, que ya estaba suelto de la prision, envió de Portugal doce galeras. El rey de Castilla, por gratificar al rey de Portugal y ganarle mas la voluntad, se partió á Portugal y se hablaron junto á Juramena, pueblo sentado á la ribera de Guadiana. Quedaron los reyes muy amigos, olvidadas ya todas las antiguas querellas que entre sí tenian; que el miedo suele ser mas poderoso que la ira. En el entre tanto de todas partes acudian á Sevilla muchas gentes de guerra. Juntábase el ejército tanto con mayor priesa y diligencia, porque vino aviso que Albohacen y el rey de Granada tenian cercada á Tarifa. Sentaron sobre ella sus reales en 23 de setiembre; combatíanla furiosamente con trabucos, con mantas y picos, con que pretendian arrimarse á los adarves y hacer entrada; para acrecentar el miedo á los cercados edificaban grandes torres de madera, y aunque los cercados tenian buena guarnicion, temíase miedo que no podrian mucho tiempo sufrir el cerco. El Rey, temeroso no entregasen la ciudad, por este temor con mucha diligencia solicitaba el socorro, y á los cercados se les daba cierta esperanza de brevemente acudilles. Despues que el rey tornó á Sevilla, dende á pocos dias llegó el rey de Portugal con mil caballos, gente de estimar mas por su esfuerzo y valor que por el número, que era pequeño. Puestas en órden y apercebidas todas las cosas necesarias para la jornada, partieron de la ciudad de Sevilla, donde se hacia la masa, con determinacion de forzar al enemigo á que levantase el cerco ó dalle la batalla. Tenian grande ánimo y esperanza de alcanzar victoria, no obstante que apenas tenian la cuarta parte de gente que los moros. Los de á caballo eran catorce mil, y los de á pié serian hasta veinte y cinco mil. Con este ejército marcharon poco á poco la via de Tarifa. Los reyes moros, avisados del desiño que los nuestros llevaban, pegaron fuego á las máquinas y torres con que combatian la ciudad; y por si se viniese á las manos, para mejorarse de lugar ocuparon con sus gentes unos cerros cercanos á sus reales. No se fortificaron mucho, por tener entendido que consistia la victoria en venir luego á las manos. Llegaron los nuestros á una aldea que se llama la Peña del Ciervo; allí descubrieron los enemigos y se hizo consejo de capitanes para consultar lo que se debia hacer. Tomóse resolucion que á la media noche se enviasen á Tarifa mil caballos y cuatro mil infantes para que estuviesen de guarnicion y asegurasen la plaza; juntamente llevaban órden al tiempo de la pelea de acometer á los enemigos por un lado y echarlos de los cerros; á los demás se les mandó que descansasen y tomasen refresco y que estuviesen apercebidos para dar al amanecer en los enemigos. Hubo grande regocijo aquella noche en nuestros reales; hiciéronse muchos votos y plegarias y á bandas y escuadras se prometian y conjuraban de en los peligros favorecerse los unos á los otros y de no volver á sus casas sino era con la victoria. Al apuntar del alba los reyes y con su ejemplo los demás del ejército confesaron y recibieron el santísimo sacramento de la Eucaristía; luego se formaron los escuadrones en órden de batalla. Dióse la avanguardia á don Juan de Lara y á don Juan Manuel y al maestre de Santiago; la retaguardia se encomendó á don Gonzalo de Aguilar; don Pero Nuñez quedó de respeto con buen golpe de gente de á pié. El cuerpo y fuerzas del ejército quedó á cargo de los reyes, acompañados del arzobispo de Toledo don Gil de Albornoz y de otros obispos y grandes del reino. El pendon de la cruzada por mandado del Papa le llevaba un caballero francés, llamado Jugo; todos los soldados iban señalados con una cruz colorada en los pechos como aquellos que iban á pelear contra los infieles en defensa de la religion y de la cruz. El rey de Portugal tomó á su cargo de acometer al rey de Granada; hacíanle compañía con su gente los maestres de Alcántara y de Calatrava. El rey de Castilla, ya que tenia las haces en órden y á punto de arremeter contra Albohacen, animó á los suyos y los inflamó á la batalla con estas razones: «Tened por cierto, mis caballeros, y creedme que esta desordenada muchedumbre de bárbaros, allegada de muchas gentes sin delecto ni órden alguno, la ha traido á nuestra España una profunda avaricia y una sed insaciable de reinar y un mortal é implacable odio que tiene al nombre cristiano, y no alguna justa causa que tengan para movernos guerra. No vos atemorice su innumerable multitud, porque ella misma los ha de destruir. Los unos á los otros se embarazarán de manera, que ni podrán guardar sus ordenanzas ni entender lo que se les mandare. Cuanto cada uno se mostrare mas sin miedo y cuidare menos de su persona, tanto estará mas seguro, que á ninguno le está bien poner la esperanza de su vida en los piés, sino en sus manos y esfuerzo; volved valerosamente la cara al enemigo, y no las espaldas ciegas para ser heridas de los contrarios. Vémonos en tiempo que, ó hemos de darnos por esclavos á los moros, ó tenemos de pelear animosamente por la patria, por nuestras mujeres y hijos y por nuestra santísima fe con cierta y no vana esperanza de alcanzar una gloriosísima victoria, que si otra cosa sucediere, ¿dónde con mayor provecho ni mas honradamente podemos arriscar las vidas que mañana se han de acabar? ¿Que cosa nos puede ser mas saludable que con un brevísimo dolor ganar aquellas perpetuas sillas celestiales? Que es lo que aquella santísima cruz nos promete, á quien tenemos por amparo y guia en esta jornada, y lo que los obispos nos aseguran y conceden. Ea pues, soldados y amigos, alegres y sin ninguna recelo acometed y herid en vuestros mortales enemigos.» Dada la señal, luego empezaron los escuadrones á adelantarse y moverse hácia el enemigo. Corria entre los dos campos un rio que llaman el Salado, de quien esta memorable batalla y victoria tomó el nombre, que se llamó la del Salado, y dende á poco espacio entra en el mar. Los que primero le pasasen eran los primeros á pelear. Envió el rey Bárbaro dos mil jinetes para que estorbasen el paso. Entre tanto él, arrogante y muy hinchado con la esperanza de la victoria, que ya tenia por suya, habló á sus escuadrones en esta manera: «Si mirara solamente á nuestra edad y á los grandes hechos que en Africa hemos acabado, ninguna cosa nos faltaba ni para gozar desta vida, ni para que

de nosotros en los venideros tiempos quedase un glorioso nombre y perpetua fama, pues con vuestro esfuerzo, valerosos soldados, tenemos ya sujetas todas las provincias que con nuestro imperio confinan. El amor de nuestra nacion y el deseo del aumento de nuestra sagrada y paterna religion y vuestros ruegos me hicieron pasar en España. Cosa fea seria no cumplir en la batalla lo que en tiempo de la paz me teneis prometido, y mal parecerá ser flojos en la pelea y en sus casas hacer grandes amenazas y blasones. Cuando nuestros enemigos fueran otros tantos como nos, estuviera yo en vuestro valor bien confiado; cuando el peligro fuera cierto, sin duda tuviera por mejor quedar todos muertos en el campo que mostrar ninguna flaqueza. Al presente teneis llana la victoria, nuestros enemigos son pocos, mal armados, sin disciplina militar y con menos uso de la guerra; lo que mas al presente se puede temer es no sea caso de menos valer venir á las manos con gente semejante aquellos que han domado la poderosa Africa, pues de cualquiera manera que á ellos los avenga, les será mucha honra contrastar con nosotros. Tened presentes aquellas insignes victorias de Foz, de Tremecen y del Algarve. Pelead con aquel ánimo y con aquella confianza que es razon tengan concebida en sus pechos los que están acostumbrados á vencer. Acometed con gallardía, tened firme en los peligros, menospreciad vuestros enemigos y aun la misma muerte.» De parte de los cristianos guiaron al rio y llegaron los primeros don Juan de Lara y don Juan Manuel. Estuvieron un rato parados, no se sabe si de miedo, si por otra ocasion; pero es cierto que se sospechó y derramó por todos los escuadrones que estaban conjurados y que lo hacian de propósito. Los dos hermanos Lasos, Gonzalo y García, pasado un pequeño puente, fueron los primeros que comenzaron á pelear. Cargó muy mayor número de enemigos que ellos eran; estaban estos caballeros muy apretados, socorriólos Alvar Perez de Guzman, siguiéronles los demás. El rey de Portugal caminaba á la parte siniestra por la ladera de los cerros. El rey de Castilla, con un poco de rodeo que hizo la vuelta de la marina, con grande ímpetu dió en los moros. Alzaron de ambas partes grandes alaridos, animábanse unos á otros á la batalla, peleábase por todas partes valerosamente. Detiénense los escuadrones y á pié quedo se matan, hieren y destrozan. Los capitanes hacen pasar los pendones y banderas á aquellas partes donde es la mayor priesa de la batalla y donde ven que los suyos tienen mayor necesidad de ser acorridos. Ciertas bandas de los nuestros se apartaron de la hueste por sendas que ellos sabian; dieron en los reales de los moros, y desbaratada la guarnicion que los guardaba, se los ganaron. Destruyeron y robaron cuanto en ellos hallaron. Visto esto por los moros que andaban en la batalla, y hasta entonces se defendian valientemente, comenzaron á desmayar y retraerse, y á poco rato volvieron las espaldas y fueron puestos en huida. Fué grande la matanza que se hizo, murieron en la batalla y en el alcance docientos mil moros, cautivaron una gran multitud dellos; de los cristianos no murieron mas de veinte, cosa que con dificultad se puede creer y que causa grande espanto. Los soldados de la armada fueron de poco provecho, porque todos los aragoneses, sin faltar uno, se estuvieron dentro de sus naves. No se hallaron los navarros en esta batalla, porque su rey don Filipe se hallaba embarazado en las guerras de Francia. Era gobernador de Navarra Reginaldo Poncio, hombre de nacion francés. Don Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo, nunca se quitó del lado del rey de Castilla, que siendo en la batalla casi desamparado de los suyos, se iba á meter con grande furia donde se vía el mayor golpe de los moros, mas el Arzobispo le echó mano del brazo y le detuvo. Díjole con una grande voz no pusiese en contingencia una victoria tan cierta con arriscar inconsideradamente su persona. Ganóse esta batalla el año de 1340 de nuestra salvacion. Del dia varían los historiadores, empero nosotros de certísimos memoriales tenemos averiguado que esta nobilísima batalla se dió lúnes, 30 de octubre, como está señalado en el Calendario de la iglesia de Toledo, do cada año por antigua constitucion con mucha solemnidad y alegría se celebra con sacrificios y hacimiento de gracias la memoria desta victoria.

CAPITULO VIII.

De lo restante desta guerra.

Los moros, vencidos y desbaratados, se recogieron á Algecira, dende, por no confiarse de la fortificacion de aquella ciudad, con temor de ser asaltados de los nuestros, el rey de Granada se fué á Marbella, y Albohacen á Gibraltar, y la misma noche se pasó en Africa por miedo que su hijo Abderramen, á quien dejara por gobernador del reino, no se alzase con él cuando supiese la pérdida de la batalla; que los moros no guardan mucho parentesco ni lealtad con padres, hijos ni mujeres; cásanse con muchas, segun la posibilidad y hacienda que cada uno alcanza, y con la multitud dellas y de los hijos se mengua y divide el amor, y las unas y las otras se estiman y quieren poco. Así, Albohacen no sintió mucho le hobiesen cautivado en esta batalla á su principal mujer Fátima, hija del rey de Túnez, y otras tres de sus mujeres y á Abohamar, su hijo; otros dos hijos de Albohacen fueron muertos en la batalla. Los reales de los moros se hallaron llenos de todo género de riquezas, así del Rey como de particulares, costosos vestidos, preseas y tanta cantidad de oro y plata, que fué causa que en España abajase el valor de la moneda y subiese el precio de las mercadurías. Nuestros reyes victoriosos se volvieron la misma noche á los reales; de los soldados, los que ejecutaron el alcance volvieron cansados de herir y matar; otros que tuvieron mas codicia que esfuerzo, tornaron cargados de despojos. El dia siguiente se fueron á Tarifa, repararon los muros que por muchas partes quedaron arruinados, basteciéronla y pusieron en ella un buen presidio. El miedo que tenian los moros era grande, y parece fuera acertado poner luego cerco sobre Algecira; pero desistieron de la conquista de aquella ciudad á causa que no venian apercebidos de mantenimientos y mochila sino para pocos dias, de que se comenzaba á sentir falta. Por esto y porque ya entraba el invierno, les fué forzoso á los reyes volverse á Sevilla. Allí fueron recebidos con pompa triunfal; saliólos á recebir toda la ciudad, niños y viejos, eclesiásticos y seglares y todos estados de gente. Llamábanlos con alegres y amorosas voces augustos, libertadores de la patria, defensores de la fe, príncipes

victoriosos. En toda España se hicieron muchas procesiones para dar gracias á Dios, nuestro Señor, por tan alta victoria como les diera, grandes fiestas y alegrías y luminarias por todos el reino. El rey de Portugal de toda la presa de los moros tomó algunos jaeces y alfanjes para que quedasen por memoria y señal de tan insigne victoria. Diéronsele algunos esclavos y volvióse á su reino, ganada grande fama y renombre de defensor de los cristianos y de capitan valeroso. Acompañóle su yerno el rey de Castilla hasta Cazalla de la Sierra. De la presa de los moros envió á Aviñon al papa Benedicto en reconocimiento un presente de cien caballos con sendos alfanjes y adargas colgados de los arzones, y viente y cuatro banderas de los moros y el pendon real y el caballo con que el mismo rey don Alonso entró en la batalla y otras cosas. Salieron un buen espacio los cardenales á recebir el embajador, por nombre Juan Martinez de Leyva, que llevaba este mandado. El Papa, despues de dicha la misa, como es de costumbre, en accion de gracias á nuestro Señor delante de muchos príncipes y de toda la corte predicó y dijo grandes cosas en honra y alabanza del rey don Alonso. Despues desto hizo el rey de Castilla almirante del mar á un caballero ginovés, llamado Gil Bocanegra, y le encomendó guardase el estrecho de Gibraltar, porque los moros no rehiciesen su armada y volviesen á entrar en España; esto por gratificar á los ginoveses lo que sirvieron en esta jornada, y tambien porque, como era acabada la guerra, no mandasen volver sus galeras, como lo hicieron los aragoneses y portugueses, bien que despues las volvieron á enviar en mayor número que de antes á instancia y ruego del mismo rey de Castilla, que se recelaba, y con él todos los hombres inteligentes y de mas prudencia juzgaban que los moros no sosegarian, sino que, rehecho que hobiesen su ejército, á la primavera volverian á España y acometerian de nuevo su primera demanda.

CAPITULO IX.

Del principio de las alcabalas.

Libres de un miedo tan grande, así el Rey como los españoles, por la victoria que ganaron á los moros cerca de Tarifa, crecióles el ánimo y deseo de desarraigar del todo las reliquias de una gente tan mala y perversa. Trataban de llegar dinero para la guerra, que se entendia seria larga. El oro y plata que se ganó á los moros lo mas dello se despendió en hacer mercedes y premiar los soldados y en pagarles el sueldo que se les debia. El reino se hallaba muy falto y gastado con los tributos y pechos ordinarios; solos los mercaderes eran los que restaban libres, ricos y holgados; todos los demás estados pobres y oprimidos con lo mucho que pechaban. En Ellerena y en Madrid concedió el reino un servicio extraordinario, de que se llegó una razonable suma de dinero, pero era muy pequeña ayuda para tan grandes gastos como tenian hechos y se recrecian de nuevo. Sin embargo, en el principio del año de nuestra salvacion de 1341 desde Córdoba, do se mandó juntar el ejército, se hizo entrada en el reino de Granada; alcanzaron una famosa victoria, mas con industria y arte que con poder y fuerzas; enviaron algunas naves cargadas de mantenimientos para desmentir al enemigo con dar muestra que se queria poner cerco sobre Málaga; ocupáronse los moros y embebeciéronse en bastecerla, y luego el Rey de improviso cercó á Alcalá la Real, que se le entregó á partido en 26 de agosto, con que dejase salvos y libres á los de la villa. Causó esta pérdida grande dolor á los moros por ver como fueron engañados. Tomada esta villa, Priego, Rutes, Benamejir y otras villas y castillos de aquella comarca se rindieron al Rey, unas dellas por su voluntad se entregaron, y otras fueron entradas por fuerza; sucedian á los vencedores todas las cosas prósperamente, y á los vencidos al contrario; así acontece en la guerra. Volvióse el ejército á invernar, y en lugares convenientes se dejaron presidios para que guardasen las fronteras. Tenia el Rey puesto todo su cuidado y pensamiento en cercar á Algecira y en allegar para ello dineros de cualquiera manera que pudiese. Aconsejáronle que impusiese un nuevo tributo sobre las mercadurías. Esta traza, que entonces pareció fácil, despues el tiempo mostró que no carecia de graves inconvenientes. Es tan corto el entendimiento humano, que muchas veces viene á ser dañoso aquello que primero se juzgó prudentemente que seria provechoso y saludable; tomado este consejo, el Rey se partió para Búrgos, ciudad principal; dejó la frontera encargada al maestre de Santiago. Tuvo la pascua de Navidad en Valladolid en el principio del año de 1342. Llamó el Rey á Búrgos muchos grandes y prelados, y en particular á don Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo, y á don Juan de Lara y á don García, obispo de Búrgos, para que terciasen y granjeasen las voluntades. Por la grande instancia que el Rey y estos señores hicieron, los de Búrgos concedieron al Rey la veintena parte de lo que se vendiese para que se gastase en la guerra de los moros; concedióse otrosí por tiempo limitado, tan solamente mientras durase el cerco de Algecira. A imitacion de Búrgos concedieron lo mismo los de Leon y casi todas las demás ciudades del reino. El ardiente deseo que entonces todos tenian de acabar la guerra de los moros los allanaba, ninguna cosa les parecia demasiada. Adelante, perdido ya el miedo, el uso ha enseñado cuán oneroso sea este tributo si por rigor se cobrase. Los ministros reales por granjear el favor del Rey procuraban acrecentar las rentas reales con mucha industria. El próspero suceso de muchos que han seguido este camino hace que sean muy validas mañas semejantes. Llamóse este nuevo pecho ó tributo alcabala, nombre y ejemplo que se tomó de los moros. Alentaron al reino para que esto concediese unas nuevas que á esta sazon vinieron que los nuestros habian vencido la armada de los moros. Estaban en Ceuta en la costa de Africa ochenta y tres galeras para renovar la guerra, y en el puerto de Bullon otras doce. A estas, diez galeras nuestras que sobrevinieron á la primavera, antes que tuviesen tiempo de poderse juntar con las demás de su armada las embistieron y destrozaron; despues toda la armada de los moros, que aportó á la boca del rio Guadamecil, fué vencida en una muy reñida y memorable batalla. Tomaron y echaron á fondo veinte y cinco galeras de los enemigos, y mataron dos generales, el de Africa y el de Granada. No se hallaron en esta batalla las galeras de Aragon; verdad es que al volver de Aragon, do eran idas, vencieron junto á Estepona trece galeras que encontraron de los moros, cargadas de basti-

mentos. Rindieron cuatro dellas y echaron dos al fondo. Las demás se pusieron en huida y se salvaron en la costa de Africa. No parecia sino que la tierra y el mar de acuerdo favorecian y ayudaban á la felicidad y fortaleza de los cristianos. Diéraseles mayor rota si en Guadamecil fueran por mar y por tierra acometidos los moros. Con determinacion de hacerlo así era ido el Rey á muy largas jornadas á Sevilla y despues á Jerez, en do le dieron la nueva de la victoria. Un caso que sucedió forzó á los nuestros á dar la batalla. En la menguante del mar quedaron encalladas en unos bajíos tres naves de las nuestras, y como los moros las acometiesen, fué forzoso para defendellas trabar aquella batalla muy reñida y porfiada.

CAPITULO X.

Del cerco de Algecira.

Con tantas victorias como por mar y por tierra se ganaran, tenian esperanza que lo restante de la guerra se acabaria muy á gusto; nuestra armada estaba junto á Tarifa en el puerto de Jatarez. Allí fué el Rey con el deseo grande que tenia de conquistar á Algecira para por mar reconocer el sitio della y la calidad de su tierra. Parecióle que era una principal ciudad, y su campaña muy fértil, y los montes que la cercaban hermosos y apacibles; veíanse muchos molinos, aldeas y casas de placer esparcidos por aquellos campos cuanto la vista podia alcanzar. Con esto, y con que de los cautivos se sabia que la ciudad no estaba bien bastecida de trigo, se encendió mucho mas el ánimo del Rey en el deseo de ganarla y quitar á los moros una guarida tan fuerte y segura como allí tenian; que ganada, todo lo demás juzgaba le seria fácil. Este ardor y deseo del Rey le entibiaba el verse con pequeño ejército y pocos bastimentos; mas no obstante esto, con grande presteza juntó algunas compañías de los pueblos comarcanos y llamó de por sí á muchos grandes. Vino el arzobispo de Toledo don Gil de Albornoz, don Bartolomé, obispo de Cádiz, y los maestres de Calatrava y Alcántara con buena copia de caballeros. Los concejos de Andalucía, movidos con el deseo grande que tenian de que esta conquista se hiciese, enviaron á su costa mas gente de aquella que por antigua costumbre tenian obligacion de enviar. Y como quier que al que desea mucho una cosa cualquiera pequeña tardanza se le hace muy larga, el Rey para proveer bastimentos y municiones y lo demás necesario á esta guerra se partió á la ciudad de Sevilla. Habíanse juntado dos mil y quinientos caballos y hasta cinco mil peones; con este ejército se puso el cerco á Algecira en 3 del mes de agosto. La guarda del mar se encomendó á las armadas de Castilla y de Aragon, porque los portugueses, despues de la batalla que se dió en el rio Guadamecil, se volvieron á Portugal sin que en ninguna manera pudiesen ser detenidos. Entendíase que los cercados, confiados en la fortaleza de la ciudad y en la mucha gente que en ella tenian, no se querian rendir ni entregar la ciudad. Era la guarnicion ochocientos hombres de á caballo y al pié de doce mil flecheros, bastante número, no solo para defender la ciudad, sino tambien para dar batalla en campo abierto. Hacian los moros muchas salidas, y con varios sucesos escaramuzaban con los nuestros; ganóseles la torre de Cartagena, puesta cerca de la ciudad. El Rey estuvo un dia en harto peligro de ser muerto con un puñal que para ello un cautivo arrebató á un soldado; hiriérale malamente, si de presto no se lo estorbaran los que se hallaron con él. Entendíase que el cerco iria muy á la larga; comenzaron á traer madera y fagina, y hacer fosos y trincheas, que servian mas de atemorizar los cercados que no de provecho alguno. Entre tanto que en esto andaban, en el mes setiembre, con grandísimo pesar del Rey, la armada de Aragon se fué con achaque de la guerra de Mallorca, para donde el rey de Aragon se apercebia. Verdad es que despues á ruegos del rey de Castilla le envió diez galeras de socorro con el vicealmirante Mateo Mercero. Desde algunos dias le socorrió de otras tantas con el capitan Jaime Escrivá, ambos caballeros valencianos. Murió á esta sazon el maestre de Santiago de una larga enfermedad, varon en paz y en guerra muy señalado, y en este tiempo por la privanza que tenia con el Rey muy estimado. Dióse esta dignidad en los mismos reales á don Fadrique, hijo del Rey, si bien por su poca edad aun no era suficiente para el gobierno de la religion. En el mes de otubre sobrevinieron tan grandes lluvias, que todo cuanto tenian en los reales destruyó y echó á perder. Comenzaron asimismo á sentir muchas descomodidades, en particular era grande la falta de dinero; que, por estar el reino muy falto y gastado, le fué forzoso al Rey de pedirle prestado á los príncipes amigos, al papa Clemente VI, que sucedió á Benedicto, á los reyes de Francia y de Portugal. Don Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo, fué para esto con embajada á Francia. Prestó aquel Rey cincuenta mil escudos de oro; veinte mil se dieron luego de contado, los demás en pólizas para que á ciertos plazos se pagasen en bancos de Génova. El papa Clemente VI al tanto otorgó cierta parte de las rentas eclesiásticas. Era esto pequeño subsidio para tan grandes empresas; pero la constancia grande del Rey lo vencía todo. Los cercados, por entender que mientras el Rey viviese no podian tener sosiego ni seguridad, hicieron grandes promesas á cualquiera que le matase. Decian que se haria un gran servicio á Mahoma en matar á un tan gran enemigo de los moros. No faltaban algunos que con semejante hazaña pensaban quedar famosos y ennoblecidos sin temor del riesgo á que ponian sus vidas, que es lo que suele ser estorbo para que no se emprendan grandes hechos. Un moro, tuerto de un ojo, que fué preso, confesó venia con intento de matar al Rey, y que otros muchos quedaban hermanados para hacer lo mismo. Así lo confesaron dende á pocos dias otros dos moros que fueron presos y puestos á cuestion de tormento; pero á los que Dios tiene debajo de su amparo los libra de cualquier peligro y desman. Los reyes moros deseaban socorrer á los cercados. El rey de Marruecos estábase quedo en Ceuta por no estar asegurado de su hijo Abderraman, al cual por este tiempo costó la vida el intentar novedades. El rey de Granada no se atrevia con solas sus fuerzas á dar la batalla á los nuestros; mas porque no pareciese que no hacia algo, envió algunas de sus gentes á que corriesen la tierra de Ecija, y él fué á Palma, pueblo que está edificado á la junta de los dos rios Jenil y Guadalquivir, saqueó y quemó esta villa. No osó dejar en ella guarnicion ni

detenerse mucho en aquella comarca, porque tenia aviso que las ciudades vecinas se apellidaban contra él. La otra gente fué desbaratada por Fernando de Aguilar, que salió á ellos y les quitó una grande presa que llevaban. Era ya entrado el año de 1343, y en Algecira aun no se hacia cosa alguna que fuese de importancia, solamente se entendia en algunos pertrechos que Iñigo Lopez de Horozco por mandado del Rey solicitaba. Hiciéronse fosos, trincheas, y en contorno de la ciudad se labraron unas torres ó castillos de madera y trabucos y máquinas para batir los muros. Mas eran tantas las defensas, preparamentos y tiros que de antiguo tenia la ciudad, que con ellos todo el trabajo y diligencia de los nuestros era perdido y sin efecto, y las máquinas las hacian pedazos con piedras que de los muros arrojaban; especial que el lugar no era á propósito para poder cómodamente arrimar las máquinas á la muralla, y ni los soldados podian tenerse en pié por la aspereza del lugar, ni menos sin gran peligro podian andar ni estar en los ingenios. En el estrecho de Gibraltar hay dos senos en el tamaño desiguales, pero de una misma forma. Tarifa está puesta sobre el menor, y un poco apartada estaba Algecira, asentada sobre el mayor en un cerro de subida agria y pedregosa. Y dejado en medio un espacio, dividíase en dos partes, en la vieja y en la nueva; cada cual tenia sus muros enteros y barbacana, como si fueran dos pueblos. Era esta ciudad en España la silla del imperio africano, nobilísima y hermosísima. La grande diligencia del Rey y la guarda de los soldados hacia que no entraban á los cercados bastimentos, excepto algunos pocos que sin verlos, cubiertos con la obscuridad de la noche, les metian en algunas barcas, muy pequeño refrigerio para los que ya padecian hambre y necesidad.

CAPITULO XI.

De la toma de Algecira.

Gastados muchos dias y trabajos en el cerco, no se hacia cosa de importancia. Los nuestros se hallaban dudosos y suspensos, pensaban de dia y de noche cuál de dos cosas seria la mejor, si levantar el cerco, porque era sin algun provecho el proseguirle y continuar, si esperar el fin de la guerra, que en lo demás les era favorable. El Rey se recelaba de perder algo de su honra y reputacion, principalmente que ya tenia consumido el dinero que le prestaron el Papa y el rey de Francia, que el de Portugal ninguna cosa contribuyó, y tenia falta de bastimentos, y el número de los soldados cada dia era menor. Los mas sagaces le aconsejaban que hiciese algun buen concierto con el enemigo. Siendo medianero y llevando recaudos de una parte á otra Ruy Pavon, primero se trató de paz, y despues de que se hiciesen treguas; pero todos estos tratados salieron vanos por estar puesto el rey de Castilla en no hacer acuerdo ninguno con el rey de Granada, si primero no dejaba la amistad de Africa, la cual quitada, ¿qué le quedaba al que se sustentaba y entretenia mas con las fuerzas ajenas que con las suyas propias? El rey de Granada, perdida ya la esperanza de concertarse con el Rey, acercó sus reales al rio Guadiarro, á cinco leguas de Algecira, con que antes daba á entender el miedo que tenia que no que se pensase venia con ánimo de presentar la batalla. En el puerto de Ceuta tenian aprestada una gruesa armada, allegada de las fuerzas de toda la Africa, para luego que diese lugar el tiempo pasar en España. Venian estos de refresco y descansados; los cristianos se hallaban quebrantados con los continuos trabajos y incomodidades. Las cosas de España, que corrian gran riesgo, los santos patrones della las ampararon y la perpetua felicidad y constancia grande con que el Rey vencia todos los males y dificultades que ocurrian. Así, en unos mismos dias le vino un buen número de gente de socorro de Inglaterra, de Francia y de Navarra, lugares muy apartados los unos de los otros; acudieron muchos señores y nobles á ayudarle. De Inglaterra, con licencia del rey Eduardo, los condes de Arbid y de Soluzber; de Francia el conde de Fox, con su hermano don Bernardo y otros que se les juntaron. El papa Clemente VI, lemovicense, que el año antes fué electo en lugar de Benedicto, tenia concedida cruzada á los que se hallasen en esta santa guerra. El rey don Felipe de Navarra en el mes de julio, enviados delante muchos mantenimientos por mar, y dejando mandado le siguiese su ejército por tierra, vino con gran priesa por no dejarse de hallar en la batalla, que corria fama seria muy presto. El Rey, como era razon, recibió muy gran contento con la venida destos príncipes, y á los nuestros con la cierta esperanza de la victoria les creció el ánimo y el aliento para pelear. Vinieron antes don Juan Nuñez de Lara y don Juan Manuel, y cada dia concurrian nuevas compañías de todo el reino. Los moros, como vieron tan reforzado el ejército del Rey, rehusaban dar la batalla. Afrentábalos Albohacen por ello, enviábales á preguntar la causa de su miedo. Respondieron que en la batalla pasada experimentaron harto á su costa cuán grande fuese el esfuerzo y constancia de los cristianos, y que ahora tenian mayores fuerzas, por tener mayor número de soldados que estonces tenian. Que de léjos no se podia dar consejo conveniente al tiempo y ocasiones que ocurrian; si tuviese por bien de pasar el Estrecho, que ellos en ninguna cosa contradirian á su voluntad. Que conservar su ejército en tiempo tan peligroso y aciago les era mucha mas honra que pelear temerariamente con el enemigo, mas poderoso y mas bien afortunado. En el entre tanto no dejaban los moros de pedir treguas con muchas embajadas. Quisieron los embajadores ver los reales; otorgó el Rey con su deseo. Púsoles en admiracion el concierto y buena disposicion de los pabellones, los soldados repartidos por sus cuarteles, las calles de oficiales, las plazas como en una ciudad llenas de provision; parecíales todo tan bien, que confesaron que los nuestros les hacian grande ventaja en la disciplina militar y policía, y que ellos en su comparacion sabian poco de aquel menester. Por el tratado de las treguas no se dejaba de combatir la ciudad con muchas armas y piedras que le arrojaban con los tiros; de la ciudad hacian otro tanto, en especial tiraban muchas balas de hierro con tiros de pólvora, que con grande estampido y no poco daño de los contrarios las lanzaban en los reales. Esta es la primera vez que de este género de tiros de pólvora hallo hecha mencion en las historias. En el mes de agosto en Cervera en el condado de Urgel nació un niño con dos cabezas y cuatro piernas. Creyeron aquellos hombres con supersti-

cioso y vano pensamiento que el tal era prodigio que pronosticaba algun mal; por tanto, para evitarle con su muerte le enterraron vivo. Sus padres, conforme á las leyes, fueron castigados como parricidas por ejecutarse esta crueldad con su consentimiento. Este mismo año murió el rey Roberto en Nápoles, mas famoso por la aficion y estudio de las letras que señalado por el ejercicio de las armas. Deste Rey fué aquel dicho: Mas quiero las letras que el reino. Volvamos á las cosas de Algecira. Los soldados extranjeros, en quien los primeros ímpetus son muy fervorosos y con la tardanza se resfrian, se fueron de los reales luego que vino el otoño; los de Inglaterra, llamados de su Rey, así quisieron se entendiese, y el conde de Fox, que dió asimismo para irse por excusa el poco sueldo que á sus soldados se daba. Esto se decia; yo sospecho que les hizo volver á su tierra llevar mal los calores que en tiempo del estío hace en el Andalucía y el estar quebrantados con las enfermedades y trabajos de la guerra. Aprueba nuestra conjetura lo que despues sucedió, que el conde de Fox á la vuelta murió en Sevilla, y el rey Filipo de Navarra, habida licencia del Rey, murió en Jerez. Sucedieron ambas muertes en el mes de setiembre; sus cuerpos fueron llevados á sus tierras. Con la ida destos príncipes cobraron avilenteza los enemigos, y mudado parecer, se determinaron de dar la batalla. Sesenta galeras de los moros que en el mes de otubre surgieron en Estepona luego se pasaron á Gibraltar. Corria el rio Palmones entre los dos campos, y como dos y tres veces en diferentes dias llegasen á encontrarse en el rio, finalmente, al pasarle se vino á la batalla, en que los moros mostraron no ser iguales con gran parte á los españoles, ni en fuerzas, ni en esfuerzo, ni en disciplina militar; así, fueron en poco tiempo vencidos y puestos en huida. En la ciudad se padecia extrema necesidad de mantenimientos á causa que nuestra armada en dos veces les tomó dos galeras cargadas de bastimentos. Entraron cinco barcas en el principio del año de 1344, y vueltos estos bajeles á Africa, dieron aviso que los cercados no se podian ya sustentar mas tiempo, ca estaban puestos en tan grande aprieto, que les era fuerza perecer todos ó entregar la ciudad. Con esto los moros luego movieron prática y trataron de concertarse. En 26 de marzo se entregó la ciudad con estos partidos: que el rey de Granada, como feudatario del rey de Castilla, pechase las parias que cada año le solia dar antes que se rompiese la guerra; que todos los cercados quedasen libres y pudiesen irse con sus haciendas á donde quisiesen; concertáronse otrosí treguas con los reyes moros por espacio y tiempo de diez años. Hechos los conciertos, muchos moros se pasaron á Africa. El rey de Castilla entró en la ciudad con una solemne procesion en 27 de marzo, y el siguiente dia se bendijo la iglesia mayor, y se le puso por nombre Santa María de la Palma, por ser Domingo de Ramos ó de las Palmas, y se celebraron en él los divinos oficios con gran solemnidad y regocijo. Los campos se repartieron á los soldados, que á porfía pasaban sus casas y menaje á la ciudad, y se querian allí avecindar por la fertilidad y frescura de aquellas vegas y campos. Puestas en órden las cosas de Algecira, el Rey se partió para Sevilla. Allí le vino embajada de Eduardo, rey de Inglaterra, para pedir al rey don Alonso que su hijo legítimo don Pedro casase con su hija Juana. Don Alonso por entonces vino en ello; mas adelante no tuvieron efecto estos desposorios. Las voluntades de los príncipes son variables, y sin tener cuenta á las veces con su palabra conforme á las cosas y á las comodidades se mudan. En la batalla pasada de Tarifa cautivaron los nuestros dos hijas de Albohacen; estas por tenerle grato se le enviaron sin rescate. No quiso el Bárbaro dejarse vencer de la liberalidad y cortesía del Rey, antes le envió luego desde Africa sus embajadores con muy ricos presentes. La fama desta victoria hinchó á toda España y á todos los cristianos de Europa de alegría por quedar acabada la guerra de los moros, dos poderosos reyes vencidos, las fuerzas de Africa quebrantadas. Hiciéronse grandes fiestas y alegrías; todo género de gentes, niños, viejos, religiosos, de todos estados y edades visitaban los templos, daban gracias á Dios, cumplian sus votos; no dejaban ningun género de alegría ni de religiosa demonstracion de agradecimiento, con que publicaban el contento y regocijo singular que tenian concebido dentro de sus pechos.

CAPITULO XII.

De la guerra de Mallorca.

Durante el tiempo que las cosas sobredichas pasaban en el Andalucía, se revolvieron las armas de Aragon. Lo que resultó fué que el rey de Mallorca quedó despojado de su reino paterno, grande desafuero del rey de Aragon don Pedro el Ceremonioso, que era el que tenia mas obligacion á le defender y amparar. La insaciable y rabiosa sed de señorear le cegó y endureció su corazon para que los trabajos y desastres de un Rey, su pariente, no le enterneciesen, ni considerase lo mal que parecia un hecho tan feo delante los ojos de Dios y de los hombres. Mompeller es una noble y rica ciudad de la Gallia Narbonense, que en otro tiempo solia estar sujeta á los obispos de Magalona, por cuya permision ó disimulacion tuvo esta ciudad señores particulares que eran feudatarios destos prelados. Recayó este señorío primero en los aragoneses, y despues en los reyes de Mallorca cómo y en la forma que arriba se mostró. Desta manera, poco á poco fué en diminucion la autoridad y señorío de los obispos de Magalona, ca prevalece mas la fuerza y antojo de los reyes que no la razon y la justicia. Como no pudiesen ellos recobrar su antigua autoridad y señorío, hicieron lo que pudieron, que fué vender, como vendieron mas de cincuenta años antes deste tiempo, este derecho por cierto precio y cantidad á los reyes de Francia. Con color desta compra los franceses no desistian de requerir á los reyes de Mallorca que les hiciesen el juramento y homenaje que estaban obligados como sus feudatarios, y que á los vecinos de Mompeller se les permitiese apelar para París. Rehusaban hacerlo los de Mallorca; decian que el derecho de los señoríos no pendia de unos pergaminos viejos, sino de la moderna costumbre usada y guardada, y que pues los reyes de Francia no tenian mas derecho que los obispos de Magalona, no debian ni se les pudo dar mayor ni mejor accion de aquella que poseian los mismos prelados. Vínose á las armas, y por fuerza los franceses tomaron muchos pueblos de la jurisdiccion y señorío de Mompeller, y pusieron en ellos sus

presidios. Apercebíase el rey de Mallorca para la guerra; pidió al rey de Aragon que aquello que poseia por gracia y como feudo de Aragon con sus armas le fuese conservado y defendido. El rey de Aragon con una profunda astucia y sagacidad y con una infinita ambicion contemporizaba con el rey de Francia, y parecia pretendia mas agradarle que favorecer á su deudo. Entendia y deseaba que, por tener de suyo pocas fuerzas, desamparado de otras ayudas, vendria á ser presa de sus vecinos. Con esto, aunque le instaba y pedia socorro, no le daba otra ayuda mas que buenas palabras. Tuvieron entre sí habla; respondió el Aragonés á la demanda del Mallorquin que él haria lo que se le rogaba, en caso que el rey de Francia no quisiese fenecer este pleito por tela de juicio. Sobre este punto se enviaron de una parte á otra muchas embajadas, todas con fin de poner dilacion al negocio, no con ánimo de dar algun socorro al necesitado. Para cubrir estas marañas con capa de justicia procuró de hacerle muchos cargos de graves culpas y levantar muchos testimonios al miserable Rey. Que no reconocia sujecion á los reyes de Aragon, y que, aunque era llamado, no venia á las Cortes. Que en Perpiñan, sin poderlo hacer, labraba moneda baja de ley, de cuño y peso no acostumbrado. Sobre todo, que en Barcelona, do vino debajo de la fe y confianza de vistas, se conjuró para matar al Aragonés, trato que descubrió la misma mujer del de Mallorca, como la que mucho cuidaba de la vida del Rey, su hermano. Finalmente, que trató con el rey de Francia, con los potentados de Italia y con el mismo rey de Marruecos de confederarse en daño de Aragon. Estos fueron los capítulos que le opusieron, no se sabe si verdaderos, si falsos. La fama fué que se los levantaron, á que hizo dar crédito la destruicion del desdichado Rey y pensar que muy á tuerto le despojaron de su estado. Estos fueron los principios de las desastradas discordias que el Papa y la reina de Nápoles, doña Sancha, parienta de ambos reyes, procuraron atajar, sin que pudiesen concluir cosa alguna. Los mallorquines, como suele acaecer en los señoríos pequeños, estaban muy cargados de nuevos pechos y tributos, y como quier que no esperasen ser relevados dellos, no les pesaba de mudar señor. Vino el negocio á rompimiento de guerra, y del cerco de Algecira fué llamado para esto el almirante del mar Pedro de Moncada, como arriba se dijo. Juntóse una poderosa armada, que entre grandes y pequeños tenia ciento diez y seis bajeles; partió el Aragonés del cabo de Lobregat, desembarcó en Mallorca, donde los isleños tenian juntados trecientos hombres de á caballo y quince mil de á pié, toda gente allegadiza, flaca y de poca defensa. Fué luego desbaratado el rey de Mallorca, y huyó á la ciudad de Poncia. De allí, perdida la esperanza de cualquier buen suceso, se pasó á tierra firme. Las voluntades de los isleños estaban inclinadas al Aragonés, y es ordinario que al vencedor todo se le sujeta y todos le ayudan. Recibido juramento y homenaje de fidelidad de los de las islas, y puesto por virey Arnaldo de Eril, el rey de Aragon se volvió con su armada á Barcelona. Los de Ruisellon y de Cerdania, que están en los postreros linderos de España, y eran del rey de Mallorca, fueron molestados con guerra y les tomaron algunos pueblos. En esto sobrevino un cardenal, que el Papa envió por legado á estos príncipes para ponerlos en paz. Con su llegada cesó por unos pocos dias la guerra, demás que entraba ya el invierno, y no trajeron las máquinas que eran menester para batir las murallas de los pueblos. No prestó la diligencia del Legado ni la autoridad del Padre Santo. Pasado el invierno, por abril del año de 1344 se renovó la guerra con mayor furia; talaron las mieses, quemaron los campos, las ciudades y villas, unas por fuerza y otras de grado fueron tomadas. Algunos de los amigos del rey de Mallorca le persuadian que era mejor confiarse del rey de Aragon que no experimentar sus fuerzas. Otros, para muestra de muy fieles y bravos, con palabras libres y arrogantes decian que antes moririan que consintiesen que se pusiese en manos de su enemigo. Muéstranse antes de la batalla muy esforzados los que á las veces, cuando ven el peligro de cerca, suelen ser los mas cobardes. El ánimo del Rey vacilaba congojado con varios pensamientos, tenia empacho de que pareciese que alguno mas que él estimase la libertad; pero espantábale mucho y poníale grande miedo el verse con pocas fuerzas, ca no le quedaba ya otra cosa sino la villa de Perpiñan. ¿Qué podia hacer en aquel aprieto? Engañóle su esperanza y las buenas palabras de los terceros; en aquella duda escogió el consejo mas seguro que honrado. Envió con don Pedro de Ejérica á decir al Rey que se pondria en sus manos, si le aseguraba primero su libertad y su vida. Con esperanza pues que le dieron, ó él temerariamente se tomó de recobrar su reino por la clemencia y liberalidad del vencedor, acompañado de sus caballeros y de otros señores de Aragon y con la seguridad que pedía, el mes de julio vino de Perpiñan á la ciudad de Elna, do el rey de Aragon tenia sus reales. Llegado delante del Rey, hincadas las rodillas le besó la mano, y le habló en esta manera: «Errado he, Rey invencible, yo he errado; pero mi yerro no ha sido de deslealtad ni de traicion. Lo que se peca por ignorancia, la clemencia, virtud de reyes y tuya propia, lo debe perdonar á un Rey humilde, pariente y amigo, y que mientras sus cosas le dieron lugar acudió á vuestro servicio con grande aficion, y con nuevos y mayores servicios de aquí adelante recompensará las faltas pasadas. No ha sido uno solo el yerro que he hecho en este caso, yo lo confieso; pero entonces es mas de loar la clemencia cuando hay mayor razon de estar enojado. En lo demás yo soy vuestro; de mí y de mi reino haced lo que fuere vuestra merced y voluntad; espero que usaréis conmigo benignamente, acordándoos de la poca estabilidad y constancia de las cosas humanas.» A esto el rey de Aragon con rostro ledo y engañoso le acarició, excusóle su culpa, y le dijo que merecia ser perdonado por el arrepentimiento que mostraba. Los hechos fueron bien contrarios á las palabras. Poco despues, en una junta de nobles que se hizo en Barcelona le privó del título y honra real, y le señaló cierta renta para que se sustentase. Hallóse burlado el rey de Mallorca, sintió cuán pesada sea la caida de un reino; al fin cayó en la cuenta, entendió que las palabras blandas de don Pedro de Ejérica le engañaron y sus esperanzas. Así, si bien se hallaba desnudo de todos amparos y defensas, trató de renovar la guerra, pasóse á Francia. Allí primero acudió al papa Clemente, y como en él hallase poco amparo, con grande sumision se entró

por las puertas del rey de Francia, causa primera de aquella tempestad, y para los gastos de la guerra le vendió el señorío de Mompeller, sobre que era el pleito, por cien mil escudos de oro. El Francés y el Papa le recibieron debajo de su proteccion y amparo, ayudáronle tarde y con tibieza; en fin, se hobieron en este caso como suelen los hombres en peligro ajeno. Volvió pues á renovar con gran furia la guerra en las islas y en los estados de Cerdania y de Ruisellon, pero no hizo otra cosa sino acarrearse la muerte. Cinco años adelante, en una batalla que se dió en Mallorca, fué vencido y muerto por los aragoneses; este fin tuvieron sus desdichas. Su cuerpo por mandado del rey de Aragon depositaron en Valencia; sus hijos y los de su hermano don Fernando, que poco antes del tiempo de la guerra falleció, en pena del pecado y culpa, si así se puede llamar, ajena, pasaron su vida huidos, desamparados, presos, sin casa ni sosiego alguno. Desgracia que á muchos pareció injustísima que los hijos fuesen privados del derecho del reino por cualesquier delitos de sus padres. En el mismo año que se ganó Algecira y que el rey de Mallorca fué despojado del reino, con temeroso y descomunal ruido tembló la tierra en Lisboa, ciudad que está en la ribera del mar Océano, y con mucho espanto de las gentes temblaron los edificios y se cayó el cimborio de la iglesia mayor, principio y presagio, segun se entendió, de otros mayores males. Murió doña Costanza, hija de don Juan Manuel y mujer del infante don Pedro de Portugal, el año siguiente de 1345. Sintieron ella y el marido menos su muerte, porque él trataba amores con doña Inés de Castro, dama muy apuesta que servia á la Infanta, y la trataba casi con igual estado que á su mujer. Lo que fué peor y sacrílego, que sacó la misma de pila al infante don Luis, hijo de don Pedro, que murió niño, y por el tanto entró en deudo con su padre. Quedaron dos hijos de doña Costanza, don Fernando y doña María.

CAPITULO XIII.

De las revueltas que hobo en el reino de Aragon.

Concluida la guerra de los moros con la felicidad que se podia desear, el rey de Castilla, libre deste cuidado, pensó de castigar los agravios y desafueros que en el tempestuoso tiempo de la guerra era necesario hobiesen cometido muchos de los jueces y grandes del reino. Junto con esto su mayor deseo era procurar que á ejemplo de los de Búrgos y Leon, asimismo los del Andalucía y reino de Toledo, le concediesen las alcabalas de las mercadurías que se vendiesen. En lo demás las cosas estaban sosegadas, y todo el reino con una abundante paz florecia. En el reino de Aragon resultaron nuevas revueltas, de que primeramente fué la causa el inquieto y perverso ingenio del rey de Aragon, que pretendia ensanchar su reino con trabar unas guerras de otras. Quejábase que las fuerzas del reino quedaron enflaquecidas y la majestad real disminuida con las dádivas y mercedes que sus antepasados indiscretamente hicieron. Ensoberbecido otrosí con el próspero suceso que tuvo contra el rey de Mallorca, volvió su enojo contra su hermano carnal don Jaime, que le sintió estar inclinado á compadecerse y tener misericordia del Rey desposeido. Además que á los que señorean siempre les son sospechosos aquellos que están inmediatos á la sucesion del estado. Decíase en el reino que por fuero y costumbre antigua de Aragon era don Jaime sucesor y heredero del reino; que debian ser excluidas de la herencia paterna doña Costanza, doña Juana y doña María, hijas del Rey, habidas en la Reina, su mujer. Por esta razon, hecho vicario y procurador del reino, habia ganado las voluntades y amor de los nobles y del pueblo con su buen término y trato llano y virtuoso, sin fraude ni algun mal engaño. Llamóle el Rey un dia, mandóle dejar el oficio de procurador. Desta manera arrebatadamente y sin consejo se hacian todas las demás cosas, mayormente que por este tiempo, que corria el año de nuestra salvacion de 1346, murió la reina de Aragon, mujer de santísimas costumbres, y por el mismo caso desemejable de su marido; falleció cinco dias despues que parió un niño, que vivió tan solamente un dia, con que el reino tuvo un breve contento, destemplado en mucho pesar. Sepultóse el cuerpo desta señora en Valencia en la iglesia de San Vicente, si bien ella se mandó enterrar en Poblete, entierro antiguo de aquellos reyes. Para que el Rey tuviese hijo varon con que se evitasen muchas revueltas en el reino luego se trató de volver á casarle; para este fin enviaron embajadores al rey de Portugal á pedirle su hija doña Leonor. Deseaba su hermano don Fernando casarse con aquella infanta, confiado en el favor de su tio el rey de Castilla y por estar él en la flor de su juvenil edad. Venció, como era forzoso, en esta competencia el rey de Aragon. Ayudó para ello primeramente don Juan Manuel, que por ser enemigo de doña Leonor de Guzman y por el mismo caso tambien del rey de Castilla, toda su voluntad tenia puesta en la del rey de Aragon y en agradarle. Así procuró y concluyó de casar á su hijo don Fernando con doña Juana, prima hermana del rey de Aragon y hija de don Ramon Berenguel; con que quedaba emparentado con tres casas reales en parentesco muy estrecho, y por esto era el mas poderoso de los grandes del reino. Los nobles de Aragon y de Valencia juntamente con el pueblo se comenzaron á alborotar; conjuráronse todos de guardar su libertad, mirar por sus fueros, y si menester fuese, defenderlos con las armas. Tomaron por ocasion deste alboroto la fuerza que á don Jaime, conde de Urgel, se hizo para que desistiese y se apartase del derecho de la sucesion y procuracion del reino, y que se hacian leyes y publicaban edictos en nombre de doña Costanza, hija del rey de Aragon, como si ella hobiera de ser la sucesora y heredera del reino. Señalaron y nombraron por conservadores de la libertad á Jimeno de Urrea, Pedro Coronel, Blasco de Alagon y á don Lope de Luna, que era el mas principal de los nombrados por tener el señorío de Segorve y estar casado con doña Violante, tia del Rey. Hicieron cabeza de todos, como era necesario, á don Jaime, conde de Urgel; y llamaron de Castilla, donde residia con su madre, por no confiarse del rey de Aragon, á sus hermanos don Fernando y don Juan con muchas cartas y embajadas que les enviaron, con que ellos se determinaron de ir á Aragon. Llevaron consigo quinientos hombres de á caballo, que les dió para su guarda su tio el rey de Castilla. El rey de Aragon no ignoraba que las fuerzas del pueblo, alborotadas, son furiosas en los principios, mas que despues con el

tiempo y la dilacion se amansan y enflaquecen. Procuró hacer Cortes en Zaragoza, en que para aplacar el pueblo, mas que por hacer el deber con sincera voluntad, restituyó á su hermano don Jaime la procuracion del reino, y dado por ninguno lo que primero tenia decretado, fué declarado por heredero y sucesor del reino. Con esto se volvieron á pacificar y sosegar las cosas; pero con la muerte que luego sucedió á don Jaime se añubló la luz que comenzaba á resplandecer. El rey de Aragon por dar priesa á sus bodas se fué á Barcelona, ca tenia mandado llevasen allí su esposa los que la traian de las últimas partes de Portugal. En aquella ciudad de Barcelona, luego que allí llegó, falleció el ya dicho conde de Urgel de enfermedad en fin del año de 1347; fué fama que le ayudaron con yerbas que le dieron, y que le vino este mal por la sospecha que dél se podia tener de que se queria alzar con el reino. Celebraron las bodas sin ninguna señalada solemnidad por estar todo el reino triste con la muerte y luto de don Jaime y por la tempestad de revueltas que temian se les armaba. Enterróse su cuerpo en la misma ciudad en el monasterio de San Francisco. Los hermanos don Fernando y don Juan, que, acabadas las Cortes, se tornaron á Castilla, comunicado el negocio en Madrid con su madre y con el Rey, su tio, se hicieron cabezas de los pueblos amotinados; ayudóles el rey de Castilla con ochocientos caballos. Con tanto don Fernando se fué á Valencia, y don Juan á Zaragoza. Su madre en Cuenca y en Requena, en que lo demás del tiempo residia, esperaba en qué pararian estas alteraciones con grande cuidado de la salud de sus hijos. Enviáronse los reyes sus embajadores; de Castilla Fernan Perez Portocarrero para hacer las amistades entre los hermanos; de Aragon vino por embajador Muñon Lopez de Tauste á quejarse de agravios y á rogar que no se les diese ningun favor ni ayuda á los rebeldes. Otorgósele que el capitan Alvar García de Albornoz hiciese en Castilla seiscientos hombres de á caballo á sueldo del rey de Aragon; el cual Rey, no sin nota y menoscabo de la majestad real, casi como quien pide perdon, se fué á Valencia poco menos que á ponerse en manos de los conjurados; así se vió en términos de que le perdiesen el respeto y le maltratasen. Los del Rey y los del pueblo, como gente desavenida, los unos no se fiaban de los otros, antes se miraban á la cara, notábanse las palabras y semblante del rostro, y con afrentas y malas palabras que se decian, parece buscaban ocasion de revolverse y venir á las manos. Llegó el pueblo á alborotarse y á tomar las armas, y con ellas en las manos entraron con furioso ímpetu y violencia en el palacio real con grande miedo de los cortesanos y de la gente de palacio. Llegó la cosa á términos que el Rey de necesidad hobo de subir en un caballo y aventurarse á ponerse en medio de la gente alborotada para que con sus palabras y presencia se apaciguase. Concedióse al infante don Fernando que durante la vida del Rey fuese procurador del reino, y despues de la muerte le sucediese en él, y que las hijas quedasen excluidas de la sucesion. Eran estos conciertos sacados por fuerza, y por esta razon se entendia que no serian firmes ni durarian mucho. Ido el Rey, don Lope de Luna, que ya se pasara á su servicio, no dejó las armas, antes á los conjurados les era un importuno y molesto enemigo, disimulándolo primero el Rey, y despues mandándoselo. Tenia sus gentes y reales en Daroca y su tierra. Don Fernando, por impedir los intentos de don Lope, partió de Zaragoza con quince mil hombres, parte de á caballo y parte de á pié. Sentó su real cerca de Epila á la ribera del rio Jalon. No pudo tomar el pueblo porque era fuerte, quemó los campos y las mieses, que las querian ya segar; sobrevinieron en esto los del Rey, pelearon á banderas tendidas; los conjurados, por ser gente popular y mas para hallarse en alborotos y sediciones que para pelear en batalla reñida, fueron vencidos y desbaratados. Murieron en la batalla don Jimeno de Urrea y otros hombres principales, y su capitan don Fernando fué preso con una herida en la cara; mas el capitan Alvar García de Albornoz, á quien le dieron en guarda, le soltó y dejó ir libre á Castilla. Podíase temer cualquiera cosa de la severidad del Rey, su hermano, que debió ser la ocasion de soltalle. No se sabe si se hizo esto sin que lo supiese don Lope de Luna ó si lo disimuló, mudado de parecer y trocado de voluntad, como ordinariamente suele acontecer en las guerras civiles. Bien se mostró quedar el Rey satisfecho dél, pues en premio de lo bien que en aquella guerra le sirvió, para honrarle le dió título de conde de Luna, cosa nueva y poca usada en Aragon. Despues desta victoria todo en Aragon quedó llano al Rey; y asentada la paz en Zaragoza, totalmente se deshizo la union y liga de los conjurados de suerte, que no se oyó mas su nombre. La sucesion del reino se confirmó á don Fernando. Amplióse la autoridad del justicia de Aragon, con cuyo oficio por ley antigua del reino se prevenia que el Rey no pudiese quitarles su libertad. Esto pasaba en Aragon el año de 1348 de nuestra salvacion. Este año una gravísima peste maltrató primero las provincias orientales, y dellas se derramó y se pegó á las demás regiones, como á Italia, Sicilia, Cerdeña y Mallorca, y despues á todos los reinos y ciudades de España. Eran tantos los que morian, que se halló por cuenta en Zaragoza que en el mes de octubre morian cada dia cien personas; como era una infeccion del aire, el curar los enfermos y tocarlos extendia mas la enfermedad por pegarse el mal á muchos. Por donde los heridos, ó se quedaban sin que hobiese quien los quisiese remediar, ó si los intentaban curar, daba luego la misma dolencia á los que se llegaban cerca del enfermo y á los que le curaban. El ver tantos enfermos y muertes habia endurecido de manera los corazones de los hombres, que no lloraban los muertos, y se dejaban los cuerpos por enterrar tendidos en las calles. Desta peste y de su fiereza escribió largamente en sus *Epístolas* Francisco Petrarca, hombre deste tiempo, señalado en letras, mayormente en la poesía en lengua toscana. Era grandísima lástima ver lo que pasaba en todos los pueblos y ciudades de España. La nueva reina de Aragon doña Leonor, sin dejar hijos, murió por este tiempo en Ejerica, donde se retiró el Rey por miedo de la peste; su cuerpo sepultaron en el mismo lugar sin pompa ni aparato real. Con su muerte quedó el Rey libre para poderse casar tercera vez mas dichosamente que las pasadas por los hijos que deste matrimonio tuvo. No se sosegaban los conjurados. Hizo el Rey á los alterados de Valencia en general guerra, y en particular justicia de muchos despues de habida la victoria; con el rigor y grandeza del castigo pretendia espantar

á los demás y que tomasen escarmiento y supiesen que no se debe temerariamente irritar la cólera é indignacion de los reyes.

CAPITULO XIV.

Que se apaciguaron las discordias entre los caballeros de Calatrava.

Los caballeros de Castilla de la órden de Calatrava y los de Aragon de la misma órden tenian entre sí grandes diferencias y scisma; en lugar de uno eligieron y tenian dos maestres, uno en Calatrava, otro en Alcañices. La cosa pasó desta manera. Don Garci Lopez, maestre desta religion, mas de veinte años antes deste en que vamos fué acusado de gravísimos delitos y de traicion; oponíanle que, siendo el Rey menor de edad, robó el reino y hizo muy poco caso de su religion y órden, de que en ellas se siguieron innumerables daños y desórdenes. Por estas y otras cosas le citaron para que pareciese delante el rey don Alonso de Castilla y respondiese á lo que se le imputaba. No quiso parecer, antes se fué á Aragon, ó por miedo de ser castigado como merecia y le acusaba su conciencia, ó lo que es mas de creer, con temor de las cautelas y potencias de sus enemigos, ca los que le acusaban eran los mas poderosos y mas ilustres de su órden. Esta fué la principal causa y principio de las diferencias y contiendas que tanto despues duraron. Con el favor del rey de Aragon don Garci Lopez residia en Alcañices, pueblo de la órden, y allí conservaba su autoridad. Ejercitaba el oficio de maestre, no obstante que á instancia del rey de Castilla fuera condenado en rebeldía y privado del maestrazgo. Eligieron en su lugar á don Juan Nuñez de Prado, de quien era fama y se decia que era hijo no legítimo de doña Blanca, tia del rey de Portugal y abadesa del monasterio de las Huelgas de Búrgos. Los abades de la órden del Cistel, que por instituto antiguo tenian poder de visitar esta religion, aprobaron y confirmaron la eleccion del nuevo Maestre. Los freiles y caballeros aragoneses no se quisieron rendir ni obedecerle, antes, muerto que fué don Garci Lopez, substituyeron en su lugar á don Alonso Perez de Toro, cuya eleccion de su voluntad, ó porque para ello fué inducido y engañado, confirmó Arnaldo, abad de Morimonte en la Francia, á quien de oficio competia hacer semejante ratificacion. Intentóse muchas veces de concordar estos caballeros, que ambas partes veian serles muy dañosa su division. Sobre esta razon los reyes se enviaron diversas embajadas, que no tuvieron hasta este tiempo efecto alguno, cuando por muerte de don Alonso Perez eligieron los de Alcañices á don Juan Rodriguez. Antes que esta postrera eleccion se confirmase, á instancia de los reyes de Castilla y de Aragon, en Zaragoza, do á la sazon se hacian Cortes, se juntaron ambos maestres y muchos caballeros de ambas naciones. Litigada la causa, el rey de Aragon, como juez árbitro que era, cerrado el proceso, por lo que dél resultaba, sentenció conforme á las pretensiones y méritos de Castilla. Hízose otrosí constitucion que de allí adelante fuese habida por verdadera y canónica eleccion de maestre la que hiciesen aquellos caballeros en Calatrava. A don Juan Rodriguez se le quitó el oficio y título de maestre, y en recompensa se le dió la encomienda mayor de Alcañices, con jurisdiccion sobre todos los freiles y caballeros de Aragon; y aun se proveyó que el maestre no pudiese proveer cosa alguna tocante al comendador mayor y los caballeros aragoneses mientras durase la vida de los presentes, sino fuese con consejo de los abades de Poblete y de Veruela. Prevenian con esto que por envidia y emulacion no se les hiciese algun agravio. En esta forma se concordaron los caballeros de Calatrava, y las divisiones que entre sí tenian se acabaron en 25 del mes de agosto. Los juicios de los hombres son varios; muchos fueron de parecer y murmuraban que en estas cosas no se procedió conforme al punto y rigor de derecho, sino por respeto y á voluntad del rey de Castilla. En este mismo tiempo don Luis, conde de Claramonte, hijo de don Alonso de la Cerda, á quien llamaban el Desheredado, ponia en órden una armada en la ribera de Cataluña con licencia y ayuda del rey de Aragon y por concesion del Papa, que dos años antes le adjudicara las islas de Canaria, llamadas por los antiguos Fortunadas. Dióle aquella conquista el sumo Pontífice con título de rey, y que como tal hizo un solemne paseo en Aviñon. Púsole por condicion que á aquellas gentes bárbaras hiciese predicar la fe de Cristo. Será bien, pues esta ocasion se ofrece, decir algo del sitio, de la naturaleza y del número destas islas, y en qué tiempo se hayan encorporado en la corona de los reyes de Castilla. Al salir de la boca del estrecho de Gibraltar en el mar Atlántico á la mano izquierda caen estas islas. Son siete en número, extendidas en hilera de levante á poniente, leste, oeste, veinte y siete grados apartadas de la línea equinoccial. La mayor destas islas llámase la Gran Canaria; della las demás tomaron este nombre de Canarias. El suelo de la tierra es fértil para pasto y labor, hay en ellas tan grande multitud de conejos, que se han multiplicado de los que de tierra firme se llevaron, que destruyen las viñas y los panes de suerte, que ya les pesa de haberlos llevado. En la isla que llaman del Hierro no hay otra agua de la tierra sino la que se distila y regala de las hojas de un árbol, que es un admirable secreto y variedad de la naturaleza. Es cierto que don Luis, á quien por esta navegacion que quiso hacer, llamaron el infante Fortuna, nunca pasó á estas; si bien tuvo la conquista dellas y la armada aprestada para irlas á conquistar, las guerras de Francia se lo estorbaron y la batalla que Filipo, rey francés, perdió por estos tiempos junto á Cresiaco. Como cincuenta años adelante los vizcaínos y andaluces, repartida entre sí la costa, armaron una flota para pasar á estas islas con intento de hacer á los isleños guerra á fuego y á sangre, mas por codicia de robarlos que por allanar la tierra. Una grande presa que trujeron de la isla de Lanzarote puso gana á los reyes de conquistarlas, sino que despues, ocupados en otras cosas, se olvidaron desta empresa. Pasados algunos años, Juan Bentacurto, de nacion francés, volvió á hacer este viaje con licencia que le dió el rey de Castilla don Enrique, tercero deste nombre, con condicion que, conquistadas, quedasen debajo de la proteccion y homenaje de los reyes de Castilla. Ganó y conquistó las cinco islas menores; no pudo ganar las otras dos por la muchedumbre y valentía de los isleños, que se lo defendió. Envióse á estas islas un obispo llamado Mendo; el Obispo y Menaute, heredero de Bentacurto, no se llevaron bien; antes tenian muchas contiendas, de tal guisa, que

estuvieron á punto de hacerse guerra. El Francés solo miraba por su interés; el Obispo no podia sufrir que los pobres isleños fuesen maltratados y robados sin temor de Dios ni vergüenza de los hombres. El rey de Castilla, avisado deste desórden, envió allá á Pedro Barba, que se apoderó destas islas. Este despues por cierto precio las vendió á un hombre principal llamado Peraza, y deste vinieron á poder de un tal Herrera, yerno suyo, el cual se intituló rey de Canaria. Mas como quier que no pudiese conquistar la Gran Canaria ni á Tenerife, vendió las cuatro destas islas al rey don Fernando el Católico, y él se quedó con la una, llamada Gomera, de quien se intituló conde. El rey don Fernando, que entre los reyes de España fué el mas feliz, valeroso sin par, envió diversas veces sus flotas á estas islas, y al fin las conquistó todas, y las incorporó en la corona real de Castilla. Volvamos á lo que se ha quedado atrás. En el año de 1349 doña Leonor, hermana mayor de don Luis, rey de Sicilia, nieto que fué de Federico, y en su menor edad sucedió al rey don Pedro, su padre, casó con voluntad de su madre y en vida del Rey, su hermano, con el rey de Aragon. Llevada á la ciudad de Valencia, se celebraron las bodas con gran regocijo y fiestas de todo el reino.

CAPITULO XV.

De la muerte del rey don Alonso de Castilla.

Levantáronse en este tiempo grandes revoluciones en Africa, causadas por Abohanen, que conforme á la condicion de los moros y por codicia de reinar, atropellado el derecho paternal y no escarmentado con la muerte de su hermano, se rebeló contra su padre Albohacen, y se alzó en Africa con el reino de Fez, y en España se apoderó de Gibraltar y de Ronda y de todas las demás tierras que á los reyes de Africa en España quedaban, y puso en ellas sus guarniciones de soldados. Hacia cargo á su padre que por su descuido y cobardía con grande menoscabo y mengua del nombre africano sucedieran las pérdidas y desastres pasados; decia que si á él quisiesen llevar por guia y capitan, vengaria las injurias recebidas y tomaria enmienda de aquellos daños. Con estas persuasiones el vulgo, amigo de novedades, se le arrimaba por el vicio general de la naturaleza de los hombres, y mas por la liviandad y ligereza particular de los africanos, en quien mas que en otras gentes reina esta inconstancia, esperaban que las cosas presentes serian mas á propósito y de mayor comodidad que las pasadas. Estas revueltas de los moros parecia á los nuestros que les daban la ocasion en las manos para hacer su hecho, si no estuviera de por medio el juramento con que se obligaron de tener treguas por diez años. Sin embargo, los mas prudentes juzgaban que por ser ya otro el Rey diferente de aquel con quien asentaron las treguas, quedaban libres de la jura. El deseo de renovar la guerra y de conquistar á Gibraltar los acuciaba, cuya fortaleza les era un duro freno para que sus intentos no los pudiesen poner en ejecucion. El cuidado de proveerse de dineros tenia al Rey congojado, bien que no perdia la esperanza que el reino le ayudaria de buena gana, por estar descansado con la paz de que ya cinco años gozaba. El vehemente deseo que todos tenian de desarraigar de España á sus enemigos, velo con que muchas veces se mueve y engaña el pueblo, los animaba á servir de buena gana y ayudar estos intentos. Publicáronse Cortes para la villa de Alcalá de Henáres, llamaron á ellas muchas ciudades del reino que no solian ser llamadas. Las del Andalucía y de la Carpetania, hoy reino de Toledo, por la mayor parte solian ser libres de las cargas de la guerra como quier que hacian frontera á los moros, y de necesidad grandes gastos para defenderles la tierra. Al presente en esta ocasion, con color de honrarlos, se dejaron llevar; pretendian con grande fuerza que á imitacion de los de Castilla y de Leon, como repartida entre todos la carga, pechasen alcabala de todas las cosas que se vendiesen. Entre las ciudades que se juntaron en estas Cortes, los procuradores de la ciudad de Toledo alegaban que debian tener el primer lugar y voto. Los de Búrgos, si bien la causa era dudosa, como estaban en posesion, resistian valientemente y pretendian ser en ella amparados. Alegaban en favor de Toledo la grandeza de la ciudad, su antigüedad, su nobleza, la santidad de su famosísima iglesia, la majestad y autoridad de su arzobispo, que tiene primacía sobre todos los prelados de España, los hechos valerosos de los antepasados; demás que en tiempo de los godos era la cabeza del reino y silla de los reyes, y modernamente se le diera título de imperial. Decian ansimismo parecia cosa injustísima y fuera de razon que hobiese de reconocer mayoría á ninguna ciudad aquella á quien Dios y los hombres aventajaron, y la misma naturaleza, que la puso en el corazon de España en un lugar eminentísimo, en que se dividen y reparten las aguas. Que si no le daban la autoridad y lugar que se le debia, no pareceria á todos sino que la llamaron á las Cortes para hacer burla della y desautorizalla. Si la razon que Búrgos alegaba tenia fuerza, la misma militaba por las demás ciudades del reino, y que á aquella cuenta no le quedaba á Toledo sino el postrer lugar, y aun á merced, si se le quisiesen dejar. Que tocaba á todos y era comun la causa de Toledo; así la deshonra que á ella se hiciese manchaba y desautorizaba á toda España. Los de Búrgos se defendian con la preeminencia que tenian en Castilla, en que poseian el primer lugar de tiempo muy antiguo. Decian que contra esta posesion no era de importancia alegar actos ya olvidados y desusados, y que si la competencia se llevaba por via de honra, ¿de dónde se dió principio para restaurar la fe y avivar las esperanzas de echar los moros de España? Por esto con mucha razon era Búrgos la silla y domicilio de los primeros reyes de Castilla; no era justo quitalles en la paz aquel lugar que ellos en la guerra ganaron con mucha sangre que sus antepasados derramaron. Demás que sin suficiente causa no se le podian derogar los privilegios que los reyes pasados le concedieron. Los grandes en esta competencia andaban divididos, segun que tenian parentesco y amistades en alguna de las dos ciudades. Nombradamente favorecia á Toledo don Juan Manuel, y á Búrgos don Juan Nuñez de Lara; los unos no querian conceder ventaja á los otros. Despues que se hobo bien debatido esta causa, se acordó y tomó por medio que Búrgos tuviese el primer asiento y el primer voto, y que á los procuradores de Toledo se los diese un lugar apartado de los demás en frente del Rey, y que Toledo fuese nombrado primero por el Rey desta manera: «Yo hablo por

Toledo y hará lo que le mandare; hable Búrgos.» Con esta industria y esta moderacion se apaciguó por entonces esta contienda, traza que hasta nuestros tiempos continuadamente se ha usado y guardado; así acaece muchas veces que los debates populares se remedian con tan fáciles medios como lo son sus causas. Diez y ocho ciudades y villas son las que suelen tener voto en las Cortes, Búrgos, Soria, Segovia, Avila y Valladolid; estas en Castilla la Vieja. Del reino de Leon es la primera la ciudad de Leon, despues Salamanca, Zamora y Toro. De Castilla la Nueva Toledo, Cuenca, Guadalajara, Madrid. Del Andalucía y de los contestanos Sevilla, Granada, Córdoba, Murcia, Jaen. Entre todas estas ciudades Búrgos, Leon, Granada, Sevilla, Córdoba, Murcia, Jaen y Toledo por ser cabeceras de reinos tienen señalados sus asientos y sus lugares para votar conforme á la órden que están referidas. Las demás ciudades se sientan y hablan sin tener lugares señalados, sino como vienen á las juntas y Cortes. En las Cortes de Alcalá consta que se hallaron muchas mas villas y ciudades, porque el Rey, para ganar las voluntades de todo el reino, quiso esta honra repartirla entre muchos y tenerlos gratos con este honroso regalo. Pidióse en estas Cortes el alcabala. Al principio no se quiso conceder; las personas de mas prudencia adevinaban los inconvenientes que despues se podian seguir; mas al cabo fué vencida la constancia de los que la contradecian, principalmente que se allanó Toledo, si bien al principio se extrañaba de conceder nuevos tributos. El deseo que tenia que se renovase la guerra y la mengua del tesoro del Rey para poderla sustentar la hizo consentir con las demás ciudades. Concluido esto, de comun acuerdo de todos con increible alegría se decretó la guerra contra los moros, y para ella en todo el reino se hizo mucha gente y se proveyeron armas, lanzas, caballos, bastimentos, dineros y todo lo al necesario. Juntado el ejército, fueron al Andalucía, asentaron sus reales sobre Gibraltar, cercáronla con grandes fosos y trincheas y muchas máquinas que levantaron. La villa se hallaba bien apercebida para todo lo que le pudiese acaecer; tenia hechas nuevas defensas y fortificaciones, muy altas murallas con sus torres, saeteras, traviesas, troneras á la manera que entonces usaban, muchos y buenos soldados de guarnicion, que á la fama del cerco vinieron muchos moros de Africa. Puesto el cerco, se quemaron y derribaron muchas casas de placer, y se talaron y destruyeron muy deleitosas huertas y arboledas que estaban en el contorno de la ciudad, por ver si los moros mudaban parecer y se rendian por excusar el daño que recebian en sus haciendas y heredades. Batieron los muros con las máquinas militares. Los moros se defendian con grande esfuerzo, con piedras, fuego y armas que arrojaban sobre los contrarios. Todavía les dieron tal priesa, que los moros comenzaron poco á poco á desmayar y á perder la esperanza de poder sufrir el cerco ni defender el pueblo; no esperaban ser socorridos por las alteraciones que todavía continuaban en Africa. Los que mas desfallecian eran los ciudadanos con temor que si el pueblo se tomase por fuerza, por ventura no les querrian dar ningun partido ni perdonallos; mas los soldados que tenian en su defensa no tenian tanto cuidado de lo que podria despues suceder. Gastábase el tiempo y el cerco se alargaba. En esto ciertos embajadores, que el rey de Castilla antes enviara al rey de Aragon para rogalle que le ayudase en esta guerra y hiciese paces con él, vinieron á sus reales, y en su compañía Bernardo de Cabrera, que en aquellos tiempos era tenido por varon sabio y grave; por esta causa el rey de Aragon le sacó de su casa, en que con deseo de descansar se retirara, para la administracion de los negocios públicos. Así, por su consejo principalmente gobernaba el reino, por donde de necesidad de muchos era envidiado. Con su venida, que fué en 29 de agosto, se hizo paz y alianza entre los reyes con estas capitulaciones: que la reina doña Leonor y sus hijos hobiesen pacífica y enteramente todo aquello que el Rey, su marido y padre, les mandó por su testamento; el rey de Castilla, cumplido esto, no los daria ningun favor ni ayuda para que levantasen nuevas revueltas en Aragon. Hecha la paz, envió el rey de Aragon cuatrocientos ballesteros con diez galeras, cuyo capitan era Raimundo Villano. Doña Juana, reina de Navarra, que despues de la muerte de su marido se quedó en Francia y vivió por espacio de cinco años, murió en la villa de Conflans, puesta á la junta de los rios Oise y Secuana, en 6 de octubre; enterráronla en el monasterio de San Dionisio junto al sepulcro de su padre el rey Luis Hutin. Fué esta señora de santísimas costumbres y dichosa en tener muchos hijos. Dejó por sucesor del reino á Cárlos, su hijo, de edad de diez y siete años. Quedáronle otros dos menores, don Filipo y don Luis, el que hobo despues en dote el estado y señorío de Durazo; tuvo otrosí estas hijas, las infantas Juana, María, Blanca y doña Inés, que con el tiempo casaron con grandes príncipes; la mayor con el señor de Ruan, la segunda con el rey de Aragon, y con la tercera en el postrer matrimonio se casó Filipo de Valoes, rey de Francia; la menor de todas fué casada con el conde de Fox. En esta sazon era virey de Navarra un caballero francés llamado mosen Juan de Conflens. Volvamos al cerco de Gibraltar. Los nuestros estaban con esperanza de entrar el pueblo, sino que las grandes fortificaciones y reparos que habian hecho los de dentro, la fortaleza de los muros les impedia que no le tomasen. Los moros de Granada daban muchos rebatos en los reales, y paraban celadas á los nuestros, y cautivaban á los que se desmandaban del ejército. Salian muchas veces los soldados de la ciudad á pelear, y haciánse muchas escaramuzas y zalagardas. El cerco le tenian en este estado, cuando una grande peste y mortandad que dió en el real de los fieles desbarató todos sus deseños; morian cada dia muchos, y faltaban; con esto la alegría, que antes solian tener en los reales, toda se convirtió en tristeza y lloro y descontento; tan grande es la inconstancia de las cosas. Don Juan de Lara y don Hernando Manuel, que por muerte de su padre era señor de Villena, eran de parecer y instaban que se levantase el cerco y se fuesen, ca decian no ser la voluntad de Dios que se tomase aquella villa, y que por ser en mal tiempo del año el perseverar en el cerco seria yerro perniciosísimo y mortal, especialmente que al cabo la necesidad los forzaria á que se fuesen, que era locura estarse allí con la muerte al ojo sin ninguna esperanza de hacer cosa de provecho. Movíanle algo estas razones al Rey; mas con el deseo que tenia de salir con la demanda y ganar la villa que en su tiempo se perdiera, y con la esperanza que

tenia concebida y el ánimo grande por los buenos sucesos pasados, se animaba y proseguia el cerco. Decia que los valerosos y de grande corazon peleaban contra la fortuna y alcanzaban lo que pretendian, y los cobardes con el miedo perdian las buenas esperanzas; que pues la muerte no se excusa, ¿dónde mejor podia acabar que en este trance y pretension un hombre criado desde niño en la guerra? Y ¿en qué empresa mejor podia hallar la muerte á un rey cristiano que cuando procuraba ampliar y defender nuestra santa fe y católica religion? Esta constancia ó pertinacia del Rey fué mala, dañosa y desastrada. Alcanzóle la mala contagion; dióle una landre, de que murió en 26 de marzo del año de 1350, el primero en que por constitucion del papa Clemente se ganó el jubileo de cincuenta en cincuenta años, que de antes se mandó ganar de ciento en ciento. Fué asimismo señalado este año por la muerte de Filipe, rey de Francia. Sucedióle su hijo Juan, rey de sublime y generoso corazon, sin doblez ni alguna viciosa disimulacion, tales eran sus virtudes; los grandes infortunios que á él y á su reino acontecieron le hicieron de los mas memorables. Este fin tuvo don Alonso, rey de Castilla, undécimo deste nombre, muy fuera de sazon y antes de tiempo, á los treinta y ocho años de su edad; si alcanzara mas larga vida desarraigara de España las reliquias que en ella quedaban de los moros. Pudiérase igualar con los mas señalados príncipes del mundo, así en la grandeza de sus hazañas como por la disciplina militar y su prudencia aventajada en el gobierno, si no amancillara las demás virtudes y las escureciera la incontinencia y soltura continuada por tanto tiempo. La aficion que tenia á la justicia y su celo, á las veces demasiado, le dió acerca del pueblo el renombre que tuvo de Justiciero. Por la muerte del Rey su gente se alzó á la hora del cerco. Llevaron su cuerpo á Sevilla, y allí le enterraron en la capilla real. En tiempo del rey don Enrique, su hijo, le trasladaron á Córdoba, segun que él mismo lo dejó mandado en su testamento. Los moros, dado que los tenia él cercados, reverenciaban y alababan la virtud del muerto en tanto grado, que decian no quedar en el mundo otro semejante en valor, y las demás virtudes que pertenecen á un gran príncipe, y como quier que tenian á gran dicha verse libres del aprieto en que los tenia puestos, no acometieron á los que se partian ni les quisieron hacer algun estorbo ni enojo. En este cerco no se halló el arzobispo don Gil de Albornoz, por ventura por estar ausente de España; por lo menos se halla que al fin deste año á 18 de diciembre le crió cardenal el papa Clemente, que tenia bien conocidas sus partes desde el tiempo que fué á Francia á solicitar el subsidio ya dicho. Lorenzo de Padilla dice que esta fué la causa de renunciar el arzobispado por ser á la verdad incompatibles entonces aquellas dos dignidades, y que en su lugar fué puesto don Gonzalo el Cuarto, deudo suyo, de la casa, apellido y nombre de los Carrillos. Otros quieren que el sucesor de don Gil se llamó don Gonzalo de Aguilar, obispo que fué primero de Cuenca. A la verdad, como quier que se llamase, su pontificado fué breve, ca gobernó la iglesia de Toledo como tres años, y no mas; fué prelado de prendas y de valor.

CAPITULO XVI.

Cómo mataron á doña Leonor de Guzman.

Siguiéronse en Castilla bravos torbellinos, furiosas tempestades, varios acaecimientos, crueles y sangrientas guerras, engaños, traiciones, destierros, muertes sin número y sin cuento, muchos grandes señores violentamente muertos, muchas guerras civiles, ningun cuidado de las cosas sagradas ni profanas; todos estos desórdenes, si por culpa del nuevo Rey, si de los grandes, no se averigua. La comun opinion carga al Rey, tanto que el vulgo le dió nombre de Cruel. Buenos autores gran parte destos desórdenes la atribuyen á la destemplanza de los grandes, que en todas las cosas buenas y malas sin respeto de lo justo seguian su apetito, codicia y ambicion tan desenfrenada, que obligó al Rey á no dejar sus excesos sin castigo. La piedad y mansedumbre de los príncipes, no solamente depende de su condicion y costumbres, sino asimismo de las de los súbditos. Con sufrir y complacer á los que mandan, á las veces ellos se moderan y se hacen tolerables; verdad es que la virtud, si es desdichada, suele ser tenida por viciosa. A los reyes al tanto conviene usar á sus tiempos de clemencia con los culpados, y les es necesario disimular y conformarse con el tiempo para no ponerse en necesidad de experimentar con su daño cuán grandes sean las fuerzas de la muchedumbre irritada, como le avino al rey don Pedro. ¿De qué aprovecha querer sanar de repente lo que en largo tiempo enfermó? ¿Ablandar lo que está con la vejez endurecido, sin ninguna esperanza de provecho y con peligro cierto del daño? Las cosas pasadas, dirá alguno, mejor se pueden reprehender que emendar ni corregir; es así, pero tambien las reprehensiones de los males pasados deben servir de avisos á los que despues de nos vendrán para que sepan regir y gobernar su vida. Mas antes que se venga á contar cosas tan grandes, será necesario decir primero en qué estado se hallaba la república, qué condiciones, qué costumbres, qué restaba en el reino sano y entero, qué enfermo y desconcertado. Luego que murió el rey don Alonso, su hijo don Pedro, habido en su legítima mujer, como era razon, fué en los mismos reales apellidado por rey, si bien no tenia mas de quince años y siete meses, y estaba ausente en Sevilla, do se quedó con su madre. Su edad no era á propósito para cuidados tan graves; su natural mostraba capacidad de cualquier grandeza. Era blanco, de buen rostro, autorizado con una cierta majestad, los cabellos rubios, el cuerpo descollado; veíanse en él, finalmente, muestras de grandes virtudes, de osadía y consejo; su cuerpo no se rendia con el trabajo, ni el espíritu con ninguna dificultad podia ser vencido. Gustaba principalmente de la cetrería, caza de aves, y en las cosas de justicia era entero. Entre estas virtudes se veian no menores vicios, que entonces asomaban y con la edad fueron mayores, tener en poco y menospreciar las gentes, decir palabras afrentosas, oir soberbiamente, dar audiencia con dificultad, no solamente á los extraños, sino á los mismos de su casa. Estos vicios se mostraban en su tierna edad; con el tiempo se les juntaron la avaricia, la disolucion en la lujuria y la aspereza de condicion y costumbres. Estas faltas y defectos, que tenia de su mala inclinacion natural, se le aumentaron por

ser mal doctrinado de don Juan Alonso de Alburquerque, á quien su padre cuando pequeño se le dió por ayo para que le impusiese y enseñase buenas costumbres. Hace sospechar esto la grande privanza que con él tuvo despues que fué rey, tanto, que en todas las cosas era el que tenia mayor autoridad, no sin envidia y murmuracion de los demás nobles, que decian pretendia acrecentar su hacienda con el daño público y comun, que es la mas dañosa pestilencia que hallarse puede. Tenia el nuevo Rey estos hermanos, hijos de doña Leonor de Guzman: don Enrique, conde de Trastamara; don Fadrique, maestre de Santiago; don Fernando, señor de Ledesma, y don Tello, señor de Aguilar. Demás destos tenia otros hermanos, doña Juana, que casó adelante con don Fernando y con don Filipe de Castro, don Sancho, don Juan y don Pedro, porque otro don Pedro y don Sancho murieron siendo aun pequeños. Sus hermanos no se confiaban de la voluntad del Rey, ca temian se acordaria de los enojos pasados, en especial que la reina doña María era la que mandaba al hijo y la que atizaba todos estos disgustos. Doña Leonor de Guzman, que se veia caida de un tan grande estado y poder, nunca la mala felicidad es duradera, hacíala temer su mala conciencia, y recelábase de la Reina viuda. Partió de los reales con el acompañamiento del cuerpo del Rey difunto; mas en el camino, mudada de voluntad, se fué á meter en Medina Sidonia, pueblo suyo y muy fuerte. Allí estuvo mucho tiempo dudosa y en deliberacion si aseguraria su vida con la fortaleza de aquel lugar, si confiaria sus cosas y su persona de la fidelidad y nobleza del nuevo Rey. Comunicado este negocio con sus parientes y amigos, le pareció que podria mas acerca del nuevo Rey la memoria y reverencia de su padre difunto y el respeto de sus hermanos que las quejas de su madre; por esto no se puso en defensa, en especial que era fuerza hacer de la necesidad virtud, á causa que Alonso de Alburquerque amenazaba si otra cosa intentaba, que usaria de violencia y armas. Tomado este acuerdo, ella se fué á Sevilla; sus hijos don Enrique y don Fadrique y los hermanos Ponces y don Pedro, señor de Marchena, don Hernando, maestre de Alcántara, todos grandes personajes, y Alonso de Guzman y otros parientes y allegados, unos se fueron á Algecira, otros á otras fortalezas y castillos para no dar lugar á que sus enemigos les pudiesen hacer ningun agravio, y poder ellos defenderse con las armas y vengar las demasías que les hiciesen. El atrevido ánimo del Rey, la saña ó indignacion mujeril de su madre no se rindieron al temor, antes aun no eran bien acabadas las obsequias del Rey, cuando ya doña Leonor de Guzman estaba presa en Sevilla. La ira de Dios, que al que una vez coge debajo le destruye, permitia que las cosas se pusiesen en tan peligroso estado. Su hijo don Enrique, echado de Algecira, como debajo de seguro se fuese al Rey, comunicado el negocio con su madre, dió priesa á casarse con doña Juana, hermana de don Fernando Manuel, señor de Villena, que antes se la tenian prometida. Concluyó de presente estas bodas para tener nuevos reparos contra la potencia del Rey y crueldad de la Reina. Sucedió que el Rey enfermó en Sevilla de una gravísima dolencia, de que estuvo desahuciado de los médicos; llegábase el fin del reino apenas comenzado. Concebíanse ya nuevas esperanzas, y como en semejantes ocasiones suele acaecer, el vulgo y los grandes nombraban muchos sucesores, unos á don Fernando, marqués de Tortosa, otros á don Juan de Lara ó á don Fernando Manuel, que eran los mas ilustres de España y todos de la sangre real de Castilla; de don Enrique, conde de Trastamara, y de sus hermanos aun no se hacia mencion alguna. Desde á pocos dias el Rey mejoró de su enfermedad, con que cesaron estas pláticas de la sucesion, de las cuales ningun otro fruto se sacó mas de que el Rey supiese las voluntades del pueblo y de los nobles, de que resultaron nuevas quejas y mortales odios, ca por la mayor parte son odiosos á los príncipes aquellos que están mas cercanos para les suceder. Enojado pues desto don Juan de Lara y no pudiendo sufrir que don Alonso de Alburquerque gobernase el reino á su voluntad, se partió de Sevilla y se fué á Castilla la Vieja con ánimo de levantar la tierra; lo que podia él bien hacer por tener en aquella provincia grande señorío. Andaban ya estos enojos para venir en rompimiento cuando los atajó la muerte, que brevemente sobrevino en Búrgos á don Juan de Lara en 28 de noviembre; su cuerpo sepultaron en la misma ciudad en el monasterio del señor San Pablo, de la órden de los Predicadores; dejó de dos años á su hijo don Nuño de Lara. Murió casi juntamente con él su cuñado don Fernando Manuel, y quedó dél una hija llamada doña Blanca. Dió mucho contento la muerte destos señores á don Alonso de Alburquerque, que deseaba acrecentar su poder con los infortunios de los otros, y quitados de por medio sus émulos, pensaba á sus solas reinar, y en nombre del Rey gozarse él del reino sin ningun otro cuidado. Sabidas por el Rey estas muertes, partió de Sevilla, por estar cierto que se podria con la presteza apoderar de sus estados. No fué este camino sin sangre, antes en muchos lugares dejó rastros y demostraciones de una condicion áspera y cruel. Vino su hermano don Fadrique á la villa de Ellerena, do el Rey habia llegado; recibióle con buen semblante; mas por lo que sucedió despues se echó de ver que tenia otro en su pecho, y que su rostro y palabras eran dobladas y engañosas. Mandó en el mismo tiempo á Alonso de Olmedo que matase á su madre doña Leonor de Guzman en Talavera, villa del reino de Toledo, donde la tenian presa; que fué un mal anuncio del nuevo reinado, cuyos principios eran tan desbaratados. En un delito ¡cuántos y cuán graves pecados se encierran! ¿Qué le valió el favor pasado? ¿De qué provecho le fué un Rey tan amigo? De qué tanta muchedumbre de hijos? Todo lo desbarató la condicion fiera y atroz del nuevo Rey; bien que por su poca edad, toda la culpa y odio desta cruel maldad cargó sobre la Reina, su madre, que se quiso vengar del largo enojo y pesar del amancebamiento del Rey con la muerte de su combleza. Dende este tiempo, porque esta villa era del señorío de la Reina, se llamó vulgarmente Talavera de la Reina. En Búrgos dentro del palacio real, sin que le pudiesen defender los que le acompañaban, ca los prendieron, por mandado del Rey fué preso y muerto Garci Laso de la Vega. El mayor cargo y delito gravísimo era la aficion que tenia á don Juan de Lara. Era Garci Laso adelantado de Castilla; sucedióle en este cargo Garci Manrique. Consultóse cómo el Rey habria en su poder al niño don Nuño de Lara, señor de Vizcaya. Previnolo doña Mencía, una principal señora que le tenia en guar-

da, que le escapó de la ira y avaricia del Rey, ca huyó con él á Vizcaya con esperanza de poder resistirle con la fidelidad de los vizcaínos. La resolucion del Rey era tan grande, que fué en su seguimiento y estuvo muy cerca de cogerlos; y como quier que en fin no los pudiese alcanzar, se determinó de apoderarse con las armas de todo su señorío, que fué mas fácil por la muerte del niño, que avino dentro de pocos dias, y con apoderarse de doña Juana y doña Isabel, sus hermanas; con esto incorporó en la corona real á Vizcaya, Lerma, Lara y otras villas y castillos. Esto pasaba en el año de nuestra salvacion de 1351, cuando en Aragon todo era fiestas, regocijos y parabienes por el nacimiento del infante don Juan, con que fenecieron todas las contiendas que resultaran sobre aquella sucesion, que mucho tiempo trabajaron aquel reino. Encargó el rey de Aragon la crianza de su hijo y le dió por ayo á Bernardo de Cabrera, varon de conocida virtud y prudencia. Dió otrosí luego el Rey al Infante el estado de Girona con título de duque. De aquí tuvo orígen lo que despues quedó por costumbre, que al hijo mayor de los reyes de Aragon se le diese este título y este estado, á imitacion de los reyes de Francia, á quien pocos años antes Humberto, delfin, vendió por cierto precio su delfinado, debajo de condicion que los hijos mayores de los reyes de Francia le poseyesen con título de delfines y trujesen las armas de aquel estado. Y él con raro ejemplo de santidad, tomado el hábito de los Predicadores, trocó el señorío temporal por el estado monástico, y la vida de príncipe por otra mejor y mas bienaventurada. Los reyes de Castilla y de Aragon en un mismo tiempo procuraban cada cual aliarse con el rey Cárlos de Navarra, que el año antes se coronó en la ciudad de Pamplona. Pensaban que el que primero se confederase con él y le tuviese de su parte esforzaba y aventajaba su partido. Los que mejor sentian de las cosas tenian por cierto que amenazaban de muy cerca grandes tempestades y revoluciones de guerra, y que era acertado prevenirse. En particular don Fernando, marqués de Tortosa, buscaba ayudas y hacia muchos apercebimientos de guerra para acometer la frontera de Aragon. Parecióle al Navarro de entretener los dos reyes con buenas esperanzas y muestras de amistad con entrambos, dado que por ruego del rey de Castilla vino á Búrgos con su hermano don Filipe á verse con él. Entre estos reyes mozos hobo contienda de gala, liberalidad y cortesía. La conformidad de la edad y semejanza de condiciones los hizo muy amigos. A la verdad á este rey Cárlos unos le llamaron el Malo, y otros le dieron renombre de Cruel. La ocasion, que en el principio de su reinado castigó con mas rigor del que era justo un alboroto popular que se levantó en su reino. Como fueron los principios, tales los medios y los remates; los excesos de los príncipes castiga la libertad de la lengua, de que no pueden ellos enseñorearse como de los cuerpos. Gastados algunos dias en Búrgos en fiestas, juegos y banquetes, que era lo que pedia la edad de los reyes, el de Castilla se fué á Valladolid para tener Cortes en aquella villa, y el rey Cárlos se volvió á Plamplona. De allí, dado que hobo órden en las cosas, con deseo de tornarse á Francia, su natural y patria, se fué primero á Momblanco, pueblo de Aragon, por hacer placer al rey de Aragon en verle, ca deseaba mucho que se hablasen. Platicáronse asimismo dos matrimonios, uno del rey Cárlos con la hermana del rey de Sicilia; otro de doña Blanca, viuda de Filipo, rey de Francia, y hermana del mismo Cárlos, con el rey de Castilla. Excusóse él de entrambos; decia ser costumbre de Francia que no se casasen segunda vez las reinas viudas, aunque quedasen mozas, y que él aun no tenia años y edad para tomar mujer. Esto era lo público; de secreto pretendia y esperaba casar con Juana, hija del rey de Francia, partido que venia mejor á las cosas de Navarra por la grandeza del señorío, no inferior al de un rey, que de su herencia paterna este Príncipe tenia en el reino de Francia.

CAPITULO XVII.

Del casamiento del rey don Pedro.

En las Cortes de Valladolid se trataron, entre otras cosas de menor importancia, dos graves y de mucho momento. En Castilla la Vieja algunos pueblos tenian costumbre de tiempo inmemorial de á su voluntad mudar los señores que quisiesen; unos dellos podian elegir señor entre toda la gente al que les pareciese les venia mas á cuento; otros pueblos le escogian de un particular y señalado linaje; los unos y los otros por esta razon se decian behetrías, que parece behetría quiere decir buena compañía y hermandad, de *hetaeria*, que en griego quiere decir compañía, y es como decir gobierno popular, con igualdad y como entre hermanos; por donde las cosas en ellos andaban muy revueltas y confusas, de que se tomaba una disoluta licencia para que se cometiesen grandes maldades. Alonso de Alburquerque procuró con todas sus fuerzas que el Rey diese á estos pueblos ciertos señores, y les quitase la libertad de poderlos ellos nombrar; cosa que él deseaba ó por el bien público ó por su particular interés, que como era de los grandes el mas favorecido del Rey, tenia esperanza que le haria merced de la mayor parte de aquellos pueblos. Contradecian esto Juan de Sandoval y otros ricos hombres y principales que en aquella tierra tenian su naturaleza y otros respetos ó intereses particulares. Decian que era gran sinrazon quitar á estos pueblos la libertad que de sus antepasados tenian heredada; en fin, estos intentos no tuvieron efecto. Tratóse luego de casar al Rey; don Vasco, obispo de Palencia, chanciller mayor del Rey, y don Alonso de Alburquerque persuadieron á su madre la Reina que le quisiese casar en Francia y que esto fuese luego; que á los mancebos ninguna cosa les para mayor peligro que los propios gustos y deleites de que están rodeados; demás que tambien importaba mucho que el Rey se casase porque tuviese hijos que le sucediesen en el reino. Para este efecto don Juan de Roelas, obispo de Búrgos, y Alvar García de Albornoz, caballero de Cuenca, se partieron por embajadores á Francia, para que de seis hijas que tenia Pedro, duque de Borbon, poderoso y nobilísimo príncipe de la sangre real de Francia, pidiesen una dellas, la que les pareciese que era la mas á propósito y mas digna de ser mujer del Rey. Vino en ello el Duque, su padre, mostróles las hijas, escogieron á doña Blanca, con quien luego por poderes del Rey se hicieron los desposorios. Parecia esta señora dichosa por las raras dotes de alma y cuerpo con que el cielo y naturaleza á porfía la enri-

quecieron y adornaron; pero fué desdichada con este matrimonio, que era lo que se esperaba seria el colmo de su felicidad. Así la fortuna ó alguna causa oculta se burla de las humanas esperanzas y hace juego de nos y de todo aquello que estimamos. Don Enrique, conde de Trastamara, de las Astúrias, donde se huyó despues de las muertes de su madre y de Garci Laso, se pasó á Portugal, desconfiado de la voluntad del Rey y por no ser tan poderoso que le pudiese resistir. El rey de Portugal, movido de la lástima de don Enrique y con miedo del peligro que corria el rey don Pedro por el odio y enojo que el reino con él tenia, parecíale que le tocaba á él mirar por su persona, pues era su nieto, hijo de su hija; rogóle se viesen en Ciudad Rodrigo. En aquellas vistas alcanzó dél que restituyese y perdonase á don Enrique. En tanta confusion y diversidad de voluntades y tantos enojos no era posible que hobiese quietud, ni las cosas podian estar sosegadas. En el principio del año de 1352 se empezaron á mover discordias civiles en el Andalucía y en las Astúrias y en tierra de Murcia. Don Alonso Fernandez Coronel, muy rico y de grande autoridad entre los ricos hombres del Andalucía, poseia á Aguilar por merced del Rey, sobre el cual pueblo tuvo antes mucho tiempo pleito con Bernardo de Cabrera. Recelábase del Rey, porque cuando estuvo enfermo en Sevilla se dejó decir que le debia suceder en el reino don Juan de Lara, cosa de que el Rey tomó con él grande enojo. Confiado pues este caballero en la fortaleza de su villa de Aguilar, fortificó y basteció las otras villas y castillos de su estado y procuró de aliarse con muchos grandes. Hizo gente de guerra y pidió á algunos príncipes de fuera del reino que le ayudasen, en particular para este efecto envió á tierra de moros á su yerno don Juan de la Cerda, hijo de don Luis. No le quiso favorecer el rey de Granada por las treguas que tenia con el rey de Castilla; tampoco en Africa halló amparo alguno, antes se dice que le ayudó y sirvió á Abohanen en una memorable batalla en que fueron quebrantadas las fuerzas de su padre Albohacen. De allí se volvió á Portugal, do anduvo huido y desterrado, puesta la esperanza de recobrar su patria en sola la clemencia y misericordia ajena. Su mujer doña María Coronel, por no poder sufrir la ausencia del marido, quiso mas perder la vida que dejarse vencer de malos y deshonestos deseos; así, fatigada una vez de una torpe codicia, la apagó con un tizon ardiendo que metió con enojo por aquella misma parte donde era molestada; mujer digna de mejor siglo y digna de loa, no por el hecho, sino por el deseo invencible de castidad. En el entre tanto el rey de Castilla acudió á los movimientos y alteracion del Andalucía. Tomó muchas villas á don Alonso Coronel. Trataba y daba órden de cercar la villa de Aguilar, cuando juntamente tuvo aviso que don Enrique, confiado en la fortaleza de Gijon, levantaba bandera en las Astúrias y se apercebia de armas, y que su hermano don Tello, desde Montagudo en la raya de Aragon hacia muchos robos en sus tierras. El Rey, dejada la Andalucía, se partió á las Astúrias, porque los movimientos de aquella provincia eran mas peligrosos. Llegado el Rey, luego se rindieron los que tenian la fortaleza de Gijon á partido que el Rey los perdonase á ellos y á don Enrique, que andaba escondido en las montañas comarcanas. En esta jornada quedó prendado el Rey de la hermosura grande y apostura de doña María de Padilla, doncella que se criaba en la casa de don Alonso de Alburquerque. Comenzó esta comunicacion y favores en la villa de Sahagun, olvidado de su esposa y loco con estos nuevos amores, de donde resultó la total destruicion del Rey y del reino; fué el medianero ó intercesor destos deshonestos y desdichados conciertos Juan de Hinestrosa, tio de la dama. Estos perversos hombres conquistaban la tierna edad y voluntad del Rey con un pésimo género de servicio, que era proponerle todas las maneras de torpes entretenimientos y ayudarle á conseguir sus deleites deshonestos sin ningun respeto de lo honesto ni miedo de los hombres; en gravísimo perjuicio de la república granjeaban el favor y privanza del Rey. En el palacio todo era deshonestidad, fuera dél todo crueldad, á la cual todos los demás vicios del Rey reconocian y daban la ventaja. Revolvió el Rey con las armas contra Montagudo y le tomó con otros pueblos á él cercanos, ca don Tello los habia desamparado y huídose á Aragon. Los reyes de Castilla y de Aragon, convidados con la cercanía de los lugares, acordaron de tratar de concordarse entre sí; no se vieron, pero enviáronse sus embajadas, y al fin se juntaron en tierra de Tarazona don Alonso de Alburquerque y Bernardo de Cabrera; allí concluyeron las paces, segun que á ellos mejor les pareció. Concertóse que los reyes tuviesen los mismos por amigos y enemigos, que perdonasen á trueco, el uno á don Tello, y el otro á don Fernando de Aragon. Concluidas estas cosas tornó el Rey á la Andalucía y cercó la villa de Aguilar; los cercados, con grande lealtad, sufrieron cuatro meses el cerco hasta el mes de febrero del año de 1353, en que se tomó la villa por fuerza. Oia misa don Alonso Coronel, cuando le dijeron que se entraba la villa; no dejó por tanto de oirla hasta que fué la sagrada hostia consumida; estaba cierto de su muerte y sin ninguna esperanza de ser perdonado. Prendiéronle dentro de una torre en que se entró para defenderse. Fué castigado con las penas que se dan por las leyes á aquellos que han ofendido á la majestad real. Lo mismo avino á cinco compañeros suyos, hombres principales que con él hallaron. La villa mandó el Rey desmantelar; así, derribados los muros, dió perdon al pueblo. En el mismo mes de febrero á los 25 falleció don Gonzalo de Aguilar, arzobispo de Toledo, dicen en Sigüenza, y que allí yace sepultado. Las revueltas de Castilla, que ya comenzaban, por ventura tenian al arzobispo don Gonzalo fuera de su iglesia, donde murió. Sucedióle sin duda don Vasco ó Blas, que el mismo es, que fué dean de Toledo, y á la sazon era obispo de Palencia y chanciller del Rey; su padre Fernan Gomez, camarero del rey don Fernando el Emplazado y hermano de don Gutierre el Segundo, prelado de Toledo. Partióse el Rey de Aguilar para Córdoba en sazon que doña María de Padilla le parió á su hija doña Beatriz. De allí se vino al reino de Toledo. En Torrijos, que es una villa que está cinco leguas de Toledo, en un torneo que se hizo en las alegrías por las habidas victorias y nacimiento de la hija, fué herido el Rey en una mano, de que estuvo en grande peligro de la vida á causa que con ningunos beneficios ni diligencia los cirujanos le podian restañar la sangre. A esta villa vino don Juan Alonso de Alburquerque de una em-

bajada en que fué al rey de Portugal; y por su consejo se vino con él don Juan de la Cerda, á quien el Rey recibió en su gracia con palabras amorosas; mas no se pudo alcanzar dél que le quisiese restituir los pueblos que tomó á su suegro, que ya comenzaba á señorear en él no la razon y equidad, sino el rigor, la fuerza, el antojo y apetito. Daba por excusa que de la mayor parte tenia hecha merced á su hija, como si ya la recien nacida tuviera necesidad de dote para casarse y de estado con que sustentarse. Por este mismo tiempo doña Blanca de Borbon llegó á Valladolid, acompañada del vizconde de Narbona y del maestre de Santiago don Fadrique, que la salió á recebir; don Alonso de Alburquerque queria que se hiciesen luego las bodas. Era á la sazon el que lo mandaba todo con autoridad y señorío tan grande, que á las veces decia al Rey palabras pesadas. Pesábale, y con razon temia que los deudos de doña María de Padilla viniesen á ser los mas íntimos y privados del Rey, por esto le queria casar. Mas como se hallaba enlazado en los amores de doña María no podia sufrir que le necesitasen á obedecer, especialmente que con los años se hacia mas fiero é indomable, ni ya don Alonso de Alburquerque podia tanto con él y privaba menos. Los ministros y consejeros muy privados suelen ser pesados á sus señores, mayormente si ellos se adelantan en la privanza ó los señores se mudan de voluntad. De aquí tuvo principio su caida con menor sentimiento y lástima del pueblo, en cuanto todos creian que él fuera el principio, por la mala crianza del Rey, de todos los desórdenes pasados. Celebráronse todavía las bodas en 3 de junio con poca solemnidad y aparato, pronóstico de que serian desgraciadas; así lo sospechaba la gente. Fueron los padrinos don Alonso de Alburquerque y la reina de Aragon doña Leonor; halláronse presentes en la fiesta don Enrique y don Tello, hermanos del Rey, don Fernando y don Juan, infantes de Aragon, don Juan Nuñez, maestre de Calatrava, don Juan de la Cerda y otros ricos hombres. Por estos mismos dias en Francia se celebraron otras bodas mas dichosas que las nuestras, por los muchos hijos que dellas procedieron y el grande amor que hobo entre don Cárlos, rey de Navarra, y su esposa madama Juana, hija mayor del rey de Francia. Deste matrimonio tuvieron tres hijos, que fueron Cárlos, Filipe y Pedro (don Filipe murió en sus primeros años); otras tres hijas María, Blanca y Juana. Blanca falleció de edad de trece años; sus hermanas casaron con grandes príncipes. De otra señora le nació antes desto al rey Cárlos otro hijo llamado Leon, de quien descienden en Navarra los marqueses de Cortes. De don Pedro, hijo legítimo del mismo Rey, se precian venir por línea femenina los marqueses de Falces, casa asimismo principal de Navarra.

CAPITULO XVIII.

Que el rey de Castilla dejó á la reina doña Blanca.

Aun no eran bien acabadas las fiestas de las bodas, cuando ya al rey de Castilla daba en rostro la novia, y no la podia ver por estar embebecido y loco con los amores de doña María de Padilla, no mas hermosa que la Reina, y de linaje, aunque noble, humilde, si se compara con la excelencia real. Dende á dos dias el Rey aderezó su partida para el castillo de Montalvan, que es una fortaleza sentada á la ribera del rio Tajo, donde dejó á su amiga, que antes era ya combleza. La Reina, su madre, y su tia la reina doña Leonor, avisadas de lo que el Rey queria hacer, le hablaron en secreto y con muchas lágrimas le rogaron y conjuraron por Dios y por sus santos que no fuese á despeñarse y á perder y destruir temerariamente su persona, fama, reino y todas sus cosas; que mirase lo que se diria en el mundo; que seria causa de que Francia le hiciese guerra, porque no sufriria tan grande agravio y mengua, además que daria ocasion para que los suyos se revolviesen, pues los estados se sustentan mas que con otra cosa con la buena fama y opinion, y que contra aquellos que no están bien con Dios y los deja de su mano, se conjuran y hacen á una los hombres y todos los males é infortunios del mundo; que tuviese lástima y le moviese las lágrimas de su esposa, y no trocase su amor por una torpe deshonestidad, no viniese desta maldad á caer en su total destruicion. No se movió el Rey por cosa que le dijesen, antes negó tener tal intento; pero luego hizo traer de secreto los caballos y se fué sin hablar á nadie. Don Enrique y don Tello y los infantes de Aragon fueron tras él, que muchos de los grandes daban en acomodarse con el tiempo y en lisonjear y saborear el gusto del Rey, un pésimo género de servicio. Solo uno, que era don Gil de Albornoz, cardenal y antes arzobispo de Toledo, como el que era en todo muy señalado, no dejaba de amonestarle lo que le convenia y de palabra y por cartas le reprehendia; ocasion y principio de serle pesado y odioso. Cuanto las causas de aborrecerle eran mas injustas, tanto era el odio mayor. Antes de este tiempo con color que tenia en su tierra ciertos negocios tocantes á su casa, alcanzada licencia, se retiró á Cuenca. De allí pasó á Francia, do los papas residian, ca tenia por mejor vivir desterrado que traer la vida al tablero por estar el Rey enojado, en especial que tres años antes, como ya se dijo, fuera criado cardenal por Clemente VI. Sucedió á Clemente Inocencio el año pasado, el cual con este Prelado consultaba todos los negocios. El Rey y doña María de Padilla desde Montalvan se fueron á Toledo. En Valladolid se consultó de hacerle volver por fuerza; no se le encubrió este trato al Rey. Indignóse grandemente contra don Juan Alonso de Alburquerque, que fué el que movió esta plática, en tanto grado, que para aplacarle le fué necesario darle en rehenes un hijo suyo llamado Gil; en fin, con grandísimos ruegos de los grandes se alcanzó que quisiese volver á Valladolid á ver la Reina, pero no estuvo con ella sino solos dos dias; tan desasosegado le traia y tan loco el amor deshonesto. Fué fama que le enhechizaron con una cinta, sobre la cual un judío hizo tales conjuros, que le parecia al Rey que era una grande culebra. Algunos tuvieron sospecha temeraria y desvergonzada que el Rey no sin causa se apartó tan repentinamente de su mujer doña Blanca, sino porque halló cierta traicion de su hermano don Fadrique, padre de don Enrique, á quien en Sevilla no parió, sino crió una judía llamada doña Paloma, tronco de quien desciende la casa y familia de los Enriquez, inserta en la casa real de Castilla. Cosas que no me parecen verisímiles, antes creo que despues que un deshonesto amor se apodera del corazon y entrañas de un hombre

aficionado, no hay que buscar otros hechizos ni causas para que parezca que un hombre está loco y fuera de juicio. De Valladolid se fué el Rey á Olmedo, villa de aquella comarca, y por su mandado vino allí de Toledo doña María de Padilla, sin que mas el Rey tuviese memoria ni lástima de la Reina, su mujer. Don Alonso de Alburquerque algunos dias se recogió en ciertas villas fuertes de su estado; despues por miedo que el Rey no le hiciese fuerza se pasó á Portugal. Parecióle que no se podia nada fiar de la fe y palabra de quien tenia en poco la santidad del matrimonio y la religion del sacramento. Don Fadrique, maestre de Santiago, habia estado mal con el Rey desde que hizo matar á su madre. Ahora, vuelto á su amistad, se vino á Cuellar, do entonces la corte estaba. Con su hermano don Tello se casó en Segovía doña Juana, hija mayor de don Juan de Lara. Llevó en dote el señorío de Vizcaya; favorecieron á este casamiento los deudos de doña María de Padilla, con intento de hacerse amigos y tener obligados los hermanos del Rey, que ya estaban mal con don Alonso de Alburquerque. La reina doña Blanca residia en Medina del Campo en compañía de la Reina, su suegra; pasaba la vida mas de viuda que de casada con algunos honestos entretenimientos. De allí por mandado del Rey fué llevada á Arévalo, con órden que no la dejasen hablar con su suegra ni con ninguno de los grandes. Pusieron por guardas de la que no pretendia huir á don Pedro Gudiel, obispo de Segovia, y á Tello Palomeque, caballero de Toledo. Mudó el Rey los oficios de su casa, y hizo su camarero á don Diego García de Padilla, hermano de su amiga, dió la copa á Alvaro de Albornoz, y la escudilla á Pero Gonzalez de Mendoza, fundador de la casa de Mendoza, digo de la grandeza que hoy tiene, que entonces en aquella parte de Vizcaya que se llama Alava poseia un pueblo deste nombre, de que se tomó este apellido de Mendoza. Fué hijo deste caballero Diego de Mendoza, que el tiempo adelante llegó á ser almirante. Estas mudanzas de oficios se hicieron en odio de don Alonso de Alburquerque, que en la casa real tenia obligados á muchos. Lo mismo se hizo en Sevilla, donde el Rey se fué venido el otoño, que quitó en el Andalucía muchos oficios que el de Alburquerque á muchos grandes y ricos hombres proveyó el tiempo de su privanza. Así se truecan y mudan las cosas deste mundo. No hay cosa mas incierta, mudable y sin firmeza que la privanza con los reyes, especialmente si es granjeada con malos medios. Habíase el Rey entregado de todo punto, para que le gobernasen, á doña María de Padilla y á sus parientes; ellos eran los que mandaban en paz y en guerra, por cuyo consejo y voluntad el Rey y reino se regian. Los grandes y los mismos hermanos del Rey, conformándose con el tiempo, caminaban tras los que seguian el viento próspero de su buena fortuna, y á porfía cada uno pretendia con presentes, servicios y lisonjas tener granjeada la voluntad de doña María de Padilla, con que se veia el reino lleno de una avenida de torpes y feas bajezas. En el invierno con las grandes y continuas lluvias salieron de madre los rios; especial en Sevilla la creciente fué tal, que por miedo no la asolase calafetearon fuertemente las puertas de la ciudad. En el principio del año siguiente de 1354, como quier que don Juan Nuñez de Prado, maestre de Calatrava, en

dias pasados se hobiese huido á Aragon po
no le atropellasen, llamado del Rey con ca
y amorosas, se vino á su villa de Almagro,
cipal de su maestrazgo. Allí por mandad
prendió don Juan de la Cerda, que ya esta
do y aventajado con nuevos cargos. El m
que el Maestre tenia cometido era ser au
Juan Alonso de Alburquerque, y ser parte
jo que se tomó de suplicar al Rey volviese
doña Blanca luego que la dejó. No paró en
antes hizo que á la hora eligiesen en su lug
tre á don Diego de Padilla, sin guardar el ó
monias que se acostumbraban en semejante
sino arrebatada y confusamente sin consu
y al maestre don Juan Nuñez súbitamente
morir en la fortaleza de Maqueda, en que l
so. Dió el Rey á entender que le pesaba d
biesen muerto, no se sabe si de corazon
mente por evitar la infamia y odio en que p
con una maldad tan atroz y descargarse de u
feo con echar la culpa á otros. Pero, com
no se hizo ninguna pesquisa ni castigo, t
se persuadió ser verdad lo que sospechaban
taron con voluntad y órden del Rey. Despu
hizo guerra en la tierra de don Juan Alons
querque, que tenia muchas villas y castillo
tes y bien bastecidos. Cercaron la villa
que está en la antigua Lusitania; desconfi
de do podella defender, dió aviso á don Al
tado en que se hallaba y con su licencia
Asimismo se puso cerco á la villa de Al
plaza fuerte y que la tenian bien apercebid
pudieron entrar. Levantóse el cerco y q
fronteros en la ciudad de Badajoz don En
Fadrique, para que los soldados de Albu
hiciesen salidas y robasen la tierra. Esta tr
sion á muchas novedades que despues suced
se el Rey á Cáceres; desde allí envió sus
al rey don Alonso de Portugal, que en aque
la ciudad de Ebora celebraba con grandes
bodas de su nieta doña María con don Fe
fante de Aragon. Los embajadores, habid
pidieron al Rey les mandase entregar á do
so de Alburquerque para que diese cuenta
tas reales de Castilla, que tuvo muchos año
que sin esto no debia ni podia ser amparad
gal. Como don Juan Alonso estaba ya irrit
continuos trabajos no sufrió su generoso c
ultraje. Respondió con grande brio á esta
los embajadores que él siempre gobernó e
ministró la hacienda del Rey, su señor, leal
que estaba aparejado para defender est
campo por su persona; que retaba como á
cualquiera que lo contrario dijese; cuanto
cion de las cuentas, dijo estaba presto par
pago como se las tomasen en Portugal. Pa
justificaba bastantemente. Con esto los
fueron despedidos sin llevar otro mejor de
hermanos del Rey pesaba mucho que las c
no anduviesen revueltas y estuviesen expue
presa de cada cual. Pensaron poner en ello
dio; la comodidad del lugar los convidab
de confederarse con don Juan Alonso de Al

que cerca se hallaba. Enviáronle su embajada, y mediante ella concertaron de verse entre Badajoz y Yelves. Allí trataron de sus haciendas y consultaron de ir á la mano al Rey en sus desatinos y temerarios intentos. Arrimáronseles otros grandes. Las fuerzas no eran iguales á empresa tan grande; solicitaron al infante Don Pedro, hijo del rey de Portugal, para que se aliase con ellos, con esperanzas que le dieron de le hacer rey de Castilla, así por el derecho de guerra como por el de parentesco, como nieto que era del rey don Sancho, hijo de doña Beatriz, su hija. Dejóse de intentar esto á causa que el rey de Portugal, luego que supo estas trazas, estuvo mal en ello y lo estorbó. Esta nueva tela se urdia en la frontera de Portugal. El rey de Castilla, con su acostumbrado descuido y desalmamiento, echó el sello á sus excesos con una nueva maldad tan manifiesta y calificada, que cuando las demás se pudieran algo disimular y encubrir, á esta no se le pudo dar ningun color ni excusa. Doña Juana de Castro, viuda, mujer que fué de don Diego de Haro, á quien ninguna en hermosura en aquel tiempo se igualaba, pasaba el trabajo de su viudez con singular loa de honestidad. El Rey, que no sabia refrenar sus apetitos y codicias, puso los ojos en ella. Sabia cierto que por via de amores no cumpliria su deseo; procuróle con color de matrimonio. Fingió para esto que era soltero, alegó que no estaba casado con su mujer doña Blanca, presentó de todo indicios y testigos, que en fin al Rey no le podian faltar. Nombró por jueces sobre el caso á don Sancho, obispo de Avila, y á don Juan, obispo de Salamanca. Ellos, por sentencia que pronunciaron en favor del Rey, le dieron por libre del primer matrimonio. No se atrevieron á contradecir á un príncipe furioso; venció el miedo del peligro al derecho y manifiesta justicia. ¡Oh hombres nacidos, no ya para obispos, sino para ser esclavos! Así pasaban los negocios por los desdichados hados de la infeliz Castilla. Dado que se hobo la sentencia en Cuellar, do el Rey era ido, se hicieron con grandísima priesa las bodas. El alcanzar lo que pretendia, al tanto que en las primeras, le causó fastidio. Detúvose muy poco tiempo con la novia; algunos dicen que no mas de una noche. El color fué que los grandes se aliaban contra el Rey, y que convenia atajalles los pasos antes que con la dilacion se hiciesen mas poderosos. Doña Juana de Castro se retrujo en Dueñas; allí cubria su injuria y afrenta con el vano título de Reina. Destas bodas nació un hijo, que se llamó don Juan, para consuelo de su madre; juego que fué adelante de la fortuna. A los principios de las guerras civiles que se tramaban, en Castrojeriz, villa de Castilla la Vieja, casó doña Isabel, hija segunda de don Juan Nuñez de Lara, con don Juan, infante de Aragon. Llevó en dote el señorío de Vizcaya que el Rey quitó á don Tello, su hermano, á quien pertenecia de derecho por estar casado con la hermana mayor. La causa del enojo fué estar aliado con los demás grandes. No era cosa justa castigar la culpa del marido con despojar á la inocente mujer de su estado patrimonial, si en el reinado de don Pedro valiera la razon y justicia y se hiciera alguna diferencia entre tuerto ó derecho. En el mismo pueblo doña María de Padilla parió á doña Costanza, su hija, que adelante casó en Inglaterra con el duque de Alencastre. Con los señores aliados se confederaban cada dia otros grandes, en especial don Fernando de Castro, hermano de doña Juana de Castro, por vengar con las armas la injuria que el Rey hizo á su hermana, se confederó con ellos. Lo mismo hicieron los ciudadanos de Toledo por estar mal con la locura y desatino del Rey y tener lástima de la reina doña Blanca. Las ciudades de Córdoba, Jaen, Cuenca y Talavera siguieron la autoridad y ejemplo de Toledo; despues se les juntaron los hermanos infantes de Aragon. Favorecian las reinas doña Leonor y doña María este partido por parecerles que la enfermedad y locura del Rey no se podia sanar con medicinas mas blandas. Desta suerte se abrian las zanjas y se echaban los fundamentos de unas crueles guerras civiles, que mucho afligieron á España y por largo tiempo continuaron, y el cielo abria el camino para que el conde don Enrique viniese á reinar.

CAPITULO XIX.

De la guerra de Cerdeña.

Paréceme será bien apartar un poco el pensamiento de los males de Castilla y recrear al lector con una nueva narracion; que no va fuera de nuestro intento contar las cosas que en otras provincias de España acontecieron. El rey de Granada Juzef Bulhagix, despues que reinó por espacio de veinte y un años, le mataron este año sus vasallos. El autor principal desta traicion, que fué Mahomad, á quien por la vejez llamaron Lago, tio que era de Juzef, hermano de su padre y hijo de Farraquen, señor de Málaga, se apoderó del reino, y le tuvo toda su vida con grandes trabajos y muchas desgracias que le sucedieron, como sea así que nunca sale bien el señorío adquirido con parricidio y maldad. El imperio de los moros á grande priesa se iba á acabar por estar los señores dél divididos en bandos y mudar reyes á cada paso. Este mismo año el rey de Aragon en Huesca, ciudad antigua en los pueblos ilergetes, fundó una universidad, y la dotó de suficientes rentas para sustentar á los profesores que enseñasen en ella las ciencias. Hacíase esto en tiempo que todo Aragon estaba alborotado y los pueblos llenos de ruido de armas y aparejos de guerra que se hacian para pasar con el Rey á Cerdeña. Tuvieron un tiempo los pisanos usurpada esta isla; despues por concesion del papa Bonifacio VIII los echaron della por fuerza de armas los aragoneses. Duró entonces la guerra muchos años, en que hobo varios trances; el remate fué á los aragoneses favorable. Érales muy dificultoso sustentar aquella isla por estar en el mar Mediterráneo, léjos de la costa de España, y tener de una parte á África y de otra á Génova tan cerca, que solamente está en medio dellas la isla de Córcega como escala, de la cual divide á Cerdeña un angosto estrecho de mar. Los isleños, deseosos de novedades, con las esperanzas que concebian temerarias, no les agradaba lo que era mas sano y seguro. Poseian en aquella isla los Orias, linaje nobilísimo de Génova, algunos pueblos. Estos, confiados en las voluntades y aficion de la gente de la tierra, se pusieron en querer echar de la isla á los aragoneses con ayuda que para ello les hizo la señoría de Génova. Quejábanse los Orias que sin ser oidos y sin causa bastante les tomaron los aragoneses á Sacer y Caller, dos fuer-

tes ciudades y cabeceras, que solian ser suyas, y están asentadas en los postreros cabos de la isla. Rompida la guerra, ganaron la ciudad de Alguer, y pusieron cerco sobre Sacer; no la pudieron entrar porque los ciudadanos fueron fidelísimos á los aragoneses, y la defendieron valientemente hasta tanto que el rey de Aragon les envió en socorro su armada, con que algun tiempo se entretuvo con varia fortuna la guerra. Los venecianos, que siempre fueron émulos y enemigos de los ginoveses, enviaron sus embajadores al rey de Aragon para pedille se aliase con ellos, y juntadas sus fuerzas, mejor castigasen la soberbia y orgullo con que los ginoveses andaban. Hechas sus alianzas, las armadas de Aragon y de venecianos tres años antes deste en el estrecho de Gallípoli junto á la ciudad de Pera, que en aquel tiempo era de ginoveses, pelearon con gran porfía con las galeras de Génova, no obstante que el mar andaba muy alto y levantaba grandes olas; fueron vencidos los ginoveses, y les tomaron veinte y tres galeras; otras muchas con la fuerza de la tempestad dieron en tierra al través. Murió en la batalla Ponce de Santapau, general de la armada de Aragon, y se perdieron doce galeras de las suyas. Esta victoria no fué de mucha utilidad, ni aun por entonces estuvo muy cierto cuál de las dos partes fuese la vencedora, antes cada cual dellas se atribuia la victoria. Los papas Clemente é Inocencio, por ver cuán grandes daños se seguian á la cristiandad destas discordias, procuraron de apaciguar los aragoneses y venecianos con los ginoveses; rogáronles instantemente hiciesen paces, á lo menos asentasen algunas buenas treguas; enviáronles para este efecto muchas veces sus legados, que nunca los pudieron concordar. Estaban tan enconados los corazones, que parecia no se podrian sosegar á menos de la total destruicion de una de las partes. A la de los ginoveses en Cerdeña á esta sazon se allegó Mariano, juez de Arborea, príncipe antiguo de Cerdeña, rico y poderoso por los muchos vasallos y allegados que tenia. Este caballero con la esperanza de la presa y ganancia se juntara con Mateo Doria, cabeza de bando de los ginoveses, con la mayor parte de los isleños que le seguian. Con esto en brevísimo tiempo se apoderaron de las ciudades, villas y castillos de toda la isla, excepto de Sacer y Caller, que siempre fueron leales á los aragoneses y se tuvieron por ellos. Llegó el negocio á riesgo de perderlo todo. No tenian fuerzas que bastasen á resistir al enemigo poderoso y bravo en el mar con la armada de Génova, y por ser las voluntades de los isleños tan inciertas é inconstantes. Sabidas estas cosas en Aragon, se juntó una grande y poderosa armada de cien velas, entre las cuales se contaban cincuenta y cinco galeras. Iban en esta flota mil hombres de armas, quinientos caballos ligeros y al pié de doce mil infantes, toda gente muy lucida y de valor para acometer cualquier grande empresa. Hicieron otrosí mochila para muchos dias y matalotaje, como se requeria. Vinieron á servir al rey de Aragon muy buenos soldados y caballeros de Alemaña, Inglaterra y Navarra. Todos los nobles del reino se quisieron hallar en esta famosa jornada, señaladamente don Pedro de Ejerica, Rugier Lauria, don Lope de Luna, Oto de Moncada y Bernardo de Cabrera, que iba por general del mar, y por cuyo consejo todas las cosas se gobernaban. Juntóse esta armada en el puerto de Rosas. De allí, mediado el mes de junio, alzaron anclas y se hicieron á la vela. Dejó el Rey por gobernador del reino á su tio don Pedro. Tuvieron razonable tiempo, con que á cabo de ocho dias descubrieron á Cerdeña, surgieron á tres millas de Alguer y echaron la gente en tierra. Marchó luego el ejército la via de la ciudad, y tras ellos con su armada por la mar Bernardo de Cabrera. El Rey mostró este dia su valor y buen ánimo, ca iba delante los escuadrones para escoger los lugares en que se asentasen los reales. Hallábase en los peligros, y con su ejemplo animaba á los demás para que en las ocasiones se hobiesen esforzadamente. Príncipe que si no fuera ambicioso y no tuviera tan demasiada codicia de señorear, por lo demás pudiera igualarse con cualquiera de los antiguos y famosos capitanes. Descubriéronse en el mar hasta cuarenta galeras de los ginoveses, mas para hacer ostentacion con su ligereza que fuertes y bien guarnecidas para dar batalla. El señor de Arborea con dos mil hombres de á caballo y quince mil de á pié asentó su real á vista de los aragoneses; no osaron dar la batalla porque era gente allegadiza, sin uso ni disciplina militar, no acostumbrados á obedecer y guardar las ordenanzas, y que ni en vencer ganaban honra, ni se afrentaban por quedar vencidos. Batieron los aragoneses los muros de dia y de noche con máquinas y tiros y otros ingenios militares. Como el tiempo era muy áspero y la tierra malsana, comenzaron á enfermar muchos en el ejército de Aragon; el mismo Rey adoleció; por esto de necesidad se hobo de tratar de acuerdo con el enemigo. Concluyóse la paz con feas condiciones para el rey de Aragon. Estas fueron: que el juez de Arborea y Mateo Doria fuesen perdonados y se quedasen con los vasallos y pueblos que tenian. Demás desto, dió el Rey al juez de Arborea muchos lugares en Gallura, que es una parte de aquella isla. Desta manera como, contra lo que temian por sus deméritos, quedasen los enemigos premiados, para adelante se hicieron mas fieros y desleales. Entrególe la ciudad de Alguer al Rey; á los vecinos se dió licencia para que fuesen á vivir donde les pareciese, y en su lugar se avecindaron en ella muchos de los soldados viejos catalanes. La Reina, que en compañía de su marido se halló presente á todo, hacia instancia por la partida. Por esta causa y por la muerte de Oto de Moncada y de don Filipe de Castro y de otros nobles se apresuraron estos conciertos, y se concluyeron en el mes de noviembre. Detúvose el Rey en Cerdeña otros siete meses, en que se pusieron en órden las cosas, y se acabaron de allanar los isleños con castigar algunos culpados. El juez de Arborea y Mateo Doria, que volvian á intentar ciertas novedades, se sosegaron de nuevo. Asentado el gobierno de la isla y puesto por virey en ella Olfo Proclüta, volvió la armada en salvamento á Barcelona. El ruido y aparato desta empresa fué mayor que el provecho ni reputacion que se sacó della; pero muchos grandes príncipes no pudieron á las veces dejar de conformarse con el tiempo ni de obedecer á la necesidad, que es la mas fuerte arma que se halla.

CAPITULO XX.

De los alborotos y revueltas de Castilla.

Despues que el rey de Castilla combatió las villas y castillos de don Juan Alonso de Alburquerque y le tomó la mayor parte dellos, como quisiese ir á cercar á su hermano don Fadrique, que se hacia fuerte en el castillo de Segura, ya que se queria partir para aquella jornada, envió dende Toledo á Juan Fernandez de Hinestrosa á Castilla la Vieja para que trujese presa á la reina doña Blanca y la pusiese á buen recaudo en el alcázar de Toledo. El color, que era causa de la guerra y de las revoluciones del reino. Fué este mandato riguroso en demasía, y cosa inhumana no dejar á una inocente moza sosegar con sus trabajos. Traida á Toledo, antes de apearse fué á rezar á la iglesia mayor con achaque de cumplir con su devocion; no quiso dende salir por pensar defender su vida con la santidad de aquel sagrado templo, como si un loco y temerario mozo tuviera respeto á ningun lugar santo y religioso. El Rey, avisado de lo que pasaba, se alborotó y enojó mucho. Dejó el camino que llevaba, vínose á la villa de Ocaña. Hizo que en lugar de su hermano don Fadrique fuese allí elegido por maestre de Santiago don Juan de Padilla, señor de Villagera, no obstante que era casado, lo que jamás se hiciera. El antojo del Rey pudo mas que las antiguas costumbres y santas leyes. Deste principio se continuó adelante que los maestres fuesen casados, y se quebraron las antiguas constituciones por amor de doña María de Padilla, cuyo hermano era el nuevo Maestre. Crecian en el entre tanto las fuerzas de los grandes. Vino de Sevilla don Juan de la Cerda para juntarse con ellos. Todos los buenos entraban en esta demanda. Cualquier hombre bien intencionado y de valor deseaba favorecer los intentos destos caballeros aliados. Demás de su natural crueldad embravecia al Rey la mala voluntad que veia en los grandes y la rebelion de Toledo por ocasion de amparar la Reina, sobre todo que no podia ejecutar su saña por no hallarse con bastantes fuerzas para ello. Acudió á Castilla la Vieja para juntar gente y lo demás necesario para la guerra. Con esta determinacion se fué á Tordesillas, do estaba su madre la Reina. Los de Toledo llamaron al maestre don Fadrique para valerse dél; vino luego en su ayuda con setecientos de á caballo. Los demás grandes al tanto acudieron de diversas partes; y alojados en derredor de Tordesillas, tenian al Rey como cercado, con intento de, cuando no pudiesen por ruegos, forzarle á que viniese en lo que tan justamente le suplicaban. Esto era que saliese del mal estado en que andaba con la amistad de doña María de Padilla y la enviase fuera del reino; que quitase de su lado y del gobierno á los parientes de la dicha doña María; con esto que todos le obedecerian y se pasarian á su servicio. Llevó esta embajada la reina de Aragon doña Leonor. Valióle para que no recibiese daño el derecho de las gentes, ser mujer y la autoridad de reina y el parentesco que con el Rey tenia. Volvió empero sin alcanzar cosa alguna. Con esto los grandes perdieron la esperanza de que de su voluntad haria cosa de las que le pedian. Y como la Reina y el Rey, su hijo, se saliesen de Tordesillas, dieron la vuelta para Valladolid y intentaron de entrar aquella villa, mas no pudieron salir con ello. Fueron sobre Medina del Campo, y la ganaron sin sangre. Acudió á esta villa el maestre don Fadrique, en ella murió á la sazon Juan Alonso de Alburquerque con yerbas que le dió en un jarabe un médico romano que le curaba, llamado Paulo, inducido con grandes promesas á que lo hiciese por sus contrarios y en gracia del Rey. Este fin tuvo un caballero, como él era, entre los de aquella era señalado. Alcanzó en Castilla grande señorío, puesto que era natural de Portugal, hijo de don Alonso de Alburquerque y nieto del rey don Dionis. De parte de la madre no era tan ilustre, pero ella tambien era noble. Privó primero mucho con el Rey, como el que fué su ayo; despues fué dél aborrecido, y acabó sus dias en su desgracia con tan buena opinion y fama acerca de las gentes cuanto la tuvo no tal en el tiempo que con él estuvo en gracia. Su cuerpo, segun que él mismo lo mandó en su testamento, los señores, como lo tenian jurado, le trajeron embalsamado consigo, sin darle sepultura hasta tanto que aquella demanda se concluyese. Enviaron los nobles de nuevo su embajada al Rey con ciertos caballeros principales para ver si, como se decia, le hallaban con el tiempo mas aplacado y puesto en razon. Lo que resultó desta embajada fué que concertaron para cierto dia y hora que señalaron se viese el Rey con estos señores en una aldea cerca de la ciudad de Toro, lugar á propósito y sin sospecha. El dia que tenian aplazado vinieron á hablarse con cada cincuenta hombres de á caballo con armas iguales. Llegados en distancia que se pudieron hablar, se recibieron bien con el término y mesura que á cada uno se debia; y los grandes aliados, conforme y segun se usa en Castilla, besaron al Rey la mano. Hecho esto, Gutierre de Toledo por su mandado brevemente les dijo que era cosa pesada, y que el Rey sentia mucho ver apartados de su servicio tantos caballeros tan ilustres y de cuenta como ellos eran, y que le quisiesen quitar la libertad de poder ordenar las cosas á su albedrío, cosa que los hombres, mayormente los reyes, mas precian y estiman, querer bien y hacer merced á los que tienen por mas leales; empero que él les perdonaba la culpa en que por ignorancia cayeran, á tal que despidiesen la gente de guerra, deshiciesen el campo que tenian y en todo lo al se sujetasen; en lo que le suplicaban tocante á la reina doña Blanca, que haria lo que ellos pedian, sino era que tomaban este color para intentar otras cosas mayores. Los grandes, habido su consejo sobre lo que el Rey les propuso, cometieron á Fernando de Ayala que respondiese en nombre de todos. El, habida licencia, dijo: «Suplicamos á vuestra alteza, poderoso Señor, que nos perdoneis el venir fuera de nuestra costumbre armados á vuestra presencia; no nos atreviéramos si no fuera con vuestra licencia, y no la pidiéramos si no nos compeliera el justo miedo que tenemos de las asechanzas y zalagardas de muchos que nos quieren mal, de quienes no hay inocencia ni lealtad que esté segura. Por lo demás, todos somos vuestros; de nos como de criados y vasallos podeis, Señor, hacer lo que fuere el vuestro servicio y merced. La suerte de los reyes es de tal condicion, que no pueden hacer cosa buena ni mala que esté secreta y que el pueblo no la juzgue y sepa. Dícese, y nos pesa mucho dello, que la reina doña Blanca, nuestra señora, á quien en

nuestra presencia recebistes por legítima mujer, y como á tal le besamos la mano, se teme mucho de doña María de Padilla, que la quiere destruir. Sentimos otrosí en el alma que haya quien con lisonjas os traiga engañado. Esto no puede dejar de dar mucha pena á los que deseamos vuestro servicio. Sin embargo, tenemos esperanza que se pondrá presto remedio en ello, mayormente cuando con mas edad y mas libre de aficion echeis de ver y conozcais la verdad que decimos y el engaño de hasta aquí. Cuanto es mas dificultoso hacer buenos á los otros que á sí mismo, tanto es cosa mas digna de ser alabada el procurar con grandísimo cuidado de no admitir en el palacio ni dar lugar á que priven ni tengan mano sino los que fueren mas virtuosos y aprobados. Muchos príncipes famosos vieron deslustrado su nombre con la mala opinion de su casa. ¿Qué mujer hay en el reino mas noble ni mas santa que la Reina? ¡Cuán sin vanidades ni excesos en el trato de su persona! ¡Qué costumbres! ¡Cuán suave y agradable condicion la suya! Pues en apostura y hermosura ¿cuál hay que se le pueda igualar? Cuando tal señora fuera extraña, cuando nosotros calláramos, era justo que vos la consoláredes y enjugáredes sus continuas y dolorosas lágrimas, y procurar, si fuese necesario, con vuestras gentes y armas restituilla en su antigua dignidad, honra y estado. Mirad, Señor, no os dejeis engañar de algunos desordenados gustos, no cieguen de manera el entendimiento que se caiga en algun yerro por donde todos seamos forzados á llorar y quedemos perpetuamente afrentados.» Esto fué lo que estos caballeros dijeron al Rey. No se pudo concluir caso tan grave en aquel poco tiempo que allí podian estar juntos; acordaron que señalasen cuatro caballeros de cada parte para que tratasen de algunos buenos medios de paz. Con esto se acabaron las vistas y se despidieron. En la ejecucion puso tanta dilacion el Rey, que se entendió nunca haria cosa buena, en especial que, dejadas las cosas en este estado, se partió de Toro, para do tenia su amiga. La Reina, su madre, que de dias atrás era del mismo parecer que estos señores, visto este nuevo desórden, los hizo ir á Toro, do ella estaba, y les entregó la ciudad. Atemorizaron al Rey estas nuevas; recelábase no se levantase todo el reino contra él. Por prevenir y atajar los daños volvió á Toro, y en su compañía Juan Fernandez de Hinestrosa y Simuel Leví, un judío á quien queria mucho y era su tesorero mayor. Recibióle la Reina, su madre, con muestras grandes de amor; él le dijo que venia á ponerse en su poder y hacer lo que ella gustase. Quitáronle luego las personas que con él venian, y puestos en prision, mudaron los principales oficios de la casa real. A don Fadrique hicieron camarero mayor, chanciller mayor al infante don Fernando de Aragon, á don Juan de la Cerda alférez mayor, mayordomo á don Fernando de Castro, que casó entonces con doña Juana, hermana del Rey, y hija de doña Leonor de Guzman, dado que este matrimonio no fué válido, y se apartó adelante por ser los dos primos segundos. Con esta demostracion de autoridad y acompañalle de tales personas se pretendia que estuviese á manera de preso, sin dalle lugar que pudiese hablar con todos los que quisiese. Esto hecho, teniendo por acabada su demanda, llevaron á enterrar el cuerpo de don Juan Alonso de Alburquerque al monasterio de la Espina, que es de la órden del Cistel, en Castilla la Vieja. Quedara para siempre manchada la lealtad y buen nombre de los castellanos por forzar y quitar la libertad á su natural rey y señor, si el bien comun del reino y estar él tan malquisto y disfamado no los excusara. Permitíanle que saliese á caza; con esta ocasion y con grandes promesas que hizo á algunos de los grandes, y los granjeó, se huyó á Segovia, en su compañía Simuel Leví, que debajo de fianzas andaba ya suelto, y don Tello, á quien el Rey mostraba amor, y aquel dia le tocaba la guarda de su persona; amistad que duró pocos dias. De aquí resultaron otros nuevos y mayores alborotos. Los infantes de Aragon y su madre la reina doña Leonor se fueron á la villa de Roa, que el Rey se la dió á su tia los mismos dias que estuvo en Toro detenido. Don Juan de la Cerda se partió á Segovia para estar con el Rey; don Fadrique á Talavera, donde dejara sus gentes; don Fernando de Castro se volvió á Galicia con su mujer, que llevó en su compañía; don Tello á Vizcaya; don Enrique y la Reina madre se quedaron en Toro para defender la ciudad. Estas cosas acaecieron en el fin del año. En el principio del siguiente, que se contó 1355, se hicieron Córtes en Búrgos, en que se hallaron los infantes de Aragon. El Rey se quejó al reino del atrevimiento é insolencia de los grandes; pidió que le ayudasen para juntar un ejército con que los castigar, que no solamente cometieron delito contra él, sino en su persona; tenian eso mismo ofendido y agraviado á todo el reino, que era justo se vengase la injuria hecha á todos con las armas de todos. Concedióle el reino un servicio extraordinario de dinero para pagar parte de la gente de guerra. Mientras estas cosas pasaban en Castilla, el rey de Navarra mató en Francia al condestable don Juan de la Cerda, hijo menor del infante don Alonso el Desheredado. Parecióle al rey de Francia este hecho muy atroz; sintió mucho que hobiesen malamente y con asechanzas muerto un tal personaje, que era muy valeroso y su condestable, y á quien él queria mucho y le trataba familiarmente desde su niñez. La ocasion de su muerte fué que el Rey le hizo merced del condado de Angulema, al cual el rey de Navarra decia tener derecho. Pretendia otrosí del rey de Francia los condados de Campaña y de Bria; alegaba para esto que fueron de su padre. No quiso el Rey dárselos; por esto se enojó grandemente y quebró su ira con el Condestable. Envió una noche secretamente unos caballeros suyos que escalaron la fortaleza llamada de Aigle ó del Aguila en Normandía, en que se hallaba el Condestable descuidado en su lecho. Allí le mataron en 8 dias del mes de enero. Frosarte, historiador francés, concuerda en el dia, mas quita dos años de nuestra cuenta. Publicada esta muerte, el rey de Francia no salió en público ni se dejó hablar por espacio de cuatro dias. Hízose pesquisa, y fué citado el rey de Navarra; pidió en rehenes para su seguridad á Luis, hijo del Rey; pareció demasía lo que pedia, pero en fin vinieron en ello; con tanto fué á París á responder por sí en juicio. Alegaba que le pretendia el Condestable matar; no se probaba este descargo bastantemente; mandóle el Rey prender, y por ruegos é importunaciones de su mujer y de su hermana, viuda, le perdonó, si bien se entendia por su condicion feroz no permaneceria en la fe y lealtad mu-

cho tiempo, como en breve se experimentó. Pidió el rey de Francia al reino que le sirviesen con dineros para hacer guerra á los ingleses; contradíjolo el Navarro, injuria que sintió grandemente aquel Rey, como era razon, y la guardó y quedó bien arraigada en su ofendido pecho para vomitarla á su tiempo. Díjose arriba cómo don Pedro, infante de Portugal, tenia de muchos dias atrás amistad y trato con doña Inés de Castro; con esta misma el año pasado se casó clandestinamente con mengua de la majestad real. Para quitar esta mancha y reducir y sanar á su hijo la hizo matar el Rey en la ciudad de Coimbra. Era cosa injusta castigar la deshonestidad y culpa del hijo con la muerte de la amiga, en especial que le pariera cuatro hijos, es á saber, don Alonso, que murió niño, don Juan y don Dionis y doña Beatriz. Luis, rey de Sicilia, falleció por el mes de julio en la ciudad de Catania; sucedióle su hermano don Fadrique, Simple de nombre y en la edad, costumbres y entendimiento. El reinado de estos dos reyes hermanos fué trabajado de tempestades, guerras extranjeras y civiles, camino que se abrió al rey de Aragon para volverse á hacer señor de aquella isla. Pero dejemos este cuento por ahora, y volvamos á lo que se nos queda atrás.

CAPITULO XXI.

De muchas muertes que se hicieron en Castilla.

Despedidas las Cortes de Búrgos, el Rey se fué á Medina del Campo. Allí por su mandado fueron muertos dos caballeros de los mas principales, el uno Pero Ruiz de Villegas, adelantado mayor de Castilla, el otro Sancho Ruiz de Rojas; mandó otrosí prender algunos otros. A Juan Fernandez de Hinestrosa soltaron los de Toro debajo de pleitesía de volver á la prision, si no aplacase y desenojase al Rey, mas no cumplió su promesa. Don Enrique y don Fadrique, juntadas sus gentes en Talavera, se fueron á encastillar en la ciudad de Toledo para prevenir los intentos del Rey. Pasado el rio, quisieron entrar por el puente de San Martin; mas como les resistiesen la entrada algunos caballeros de la ciudad, dieron vuelta por encima de los montes, de que casi todo al rededor está cercada, y llegados á la otra parte de la ciudad, entraron por el puente que llaman de Alcántara. Hízose gran matanza en los judíos, y les robaron las tiendas de mercería que tenian en el alcana. Fueron mas de mil judíos los que mataron, lo cual no se hizo sin nota y murmuracion de muchos á quien tan grande desconcierto parecia muy mal. Avisado el Rey del peligro en que la ciudad estaba, vino á grande priesa antes que se pudiesen fortificar los contrarios en una plaza de suyo tan fuerte. Con su llegada los hermanos fueron forzados á desampararla con presteza, cosa que les valió no menos que las vidas. El Rey vengó su enojo en los ciudadanos, mató algunos caballeros, y del pueblo mandó matar veinte y dos. Entre estos condenados era un platero viejo de ochenta años; un hijo que tenia, de diez y ocho, se ofreció de su voluntad á que le matasen á él en cambio de su padre. El Rey en lugar de perdonalle, que al parecer de todos lo merecia muy bien por su rara y excelente piedad, le otorgó el trueco y fué muerto, horrendo espectáculo para el pueblo, y misericordia mezclada con tanta crueldad. Los nombres de padre y hijo no se saben por descuido de los historiadores, el caso es muy cierto. Hizo otrosí el Rey prender al obispo de Sigüenza don Pedro Gomez Barroso, varon insigne entre los de aquel tiempo y gran jurista; la causa, que favorecia á sus ciudadanos y á la reina doña Blanca, que envió el Rey presa á la fortaleza de Sigüenza. Asentadas las cosas de Toledo, restaba reducir á su servicio las demás ciudades. Los de Cuenca, por estar mas conformes entre sí, cerraron las puertas al Rey; no se atrevió á usar de violencia por ser aquella ciudad muy fuerte. Criábase entonces en ella don Sancho, hermano del Rey, y aunque se libró deste peligro presente, pocos dias despues Alvar García de Albornoz, hermano del cardenal don Gil de Albornoz, que le tenia en guarda, le escapó y llevó á Aragon. Púsose cerco á la ciudad de Toro, en que estaba la reina Madre, don Enrique y don Fadrique, don Per Estevanez Carpintero, que se llamaba maestre de Calatrava, y todas las fuerzas de los caballeros de la liga. Durante el cerco, que fué largo asaz, en Tordesillas doña María de Padilla parió una hija, que fué la tercera, y se llamó doña Isabel. Don Juan de Padilla, su hermano, maestre de Santiago, fué muerto en un rencuentro que tuvo entre Tarancon y Uclés. Causóle la muerte la honra y estado en que el Rey le puso. Venciéronle don Gonzalo Mejía, comendador mayor de Castilla, y Gomez Carrillo, que favorecian y tenian la parte de don Fadrique. El Rey, con la edad hecho mas prudente, no quiso que se proveyese el maestrazgo por dejar la puerta abierta para que su hermano se redujese á su servicio. El papa Inocencio por estos dias envió al cardenal de Boloña para que pusiese en paz al Rey y á estos grandes. Las cosas estaban tan enconadas, que no pudo efectuar nada; solamente alcanzó que soltasen de la prision al obispo don Pedro Gomez Barroso. Don Enrique de Toro se huyó á Galicia, y escapó del peligro que le amenazaba y corria. Aunque era mozo, tenia sagacidad y cordura, de que dió bastantes muestras en todas las guerras en que anduvo. Don Fadrique, habida seguridad, salió de la ciudad y se fué al Rey. Finalmente, en 5 de enero del año de 1356, un cierto ciudadano dió al Rey entrada por una puerta que él guardaba. Apoderado de la ciudad, hizo matar á don Per Estevanez Carpintero y Ruy Gonzalez de Castañeda y otros caballeros principales; matáronlos en presencia de la reina Madre, que se cayó en el suelo desmayada de espanto y horror de un espectáculo tan terrible. Vuelta en su acuerdo, con muchas voces maldijo á su hijo el Rey, y desde á pocos dias con su licencia se fué á Portugal, donde no miró mas por la honestidad que antes. Ninguna cosa se encubre en lugares tan altos. Como tratase amores con don Martin Tello, caballero portugués, fué muerta con yerbas por mandado del rey de Portugal, su hermano. Algunos afirman que la hizo matar su padre el rey don Alonso el Cuarto, ca por fidedignos testimonios pretenden probar vivió hasta el año de 1361; otros mas acertados dicen que el dicho Rey murió el año de 57. El rey de Castilla se fué á Tordesillas, y allí hizo un torneo en señal de regocijo por las cosas que acabara. El lugar y el dia mas prometian placer y contento que miedo. No obstante esto, el Rey otro dia de mañana hizo matar á dos escuderos de la

guarda de don Fadrique. Cuando él lo supo, tuvo grande temor no hiciese otro tanto con él; mas esta vez no pusieron en él las manos. Este año tembló en muchas partes la tierra con grande daño de las ciudades marítimas; cayeron las manzanas de hierro que estaban en lo alto de la torre de Sevilla, y en Lisboa derribó este terremoto la capilla mayor, que pocos dias antes se acabara de labrar por mandado del rey don Alonso. Algunos pronosticaban por estas señales grandes males que sucederian en España, pronósticos que salieron vanos, pues el reinado del rey de Castilla y él en sus maldades continuaron por muchos años adelante; el pueblo por lo menos hizo muchas procesiones y plegarias para aplacar la ira de Dios. Tomada la ciudad de Toro, el conde don Enrique por caminos secretos y escondidos se huyó á Vizcaya, do su hermano don Tello con la gente y aspereza de la tierra conservaba lo que quedaba de su parcialidad, ca venció en dos batallas ciertos capitanes que tenian la voz del Rey. Desde allí don Enrique se fué en un navío á la Rochela, ciudad de Jantoine, en Francia, para estar á la mira y esperar en qué pararian los humores que removidos andaban. A esta sazon el rey de Navarra en un convite á que le convidó en Ruan Cárlos el delfin y duque de Normandía fué preso por el rey de Francia, que de repente sobrevino, y le compelió á que desde la prision respondiese á ciertos cargos que se le hacian; el principal era de traicion, porque favorecia á los ingleses contra lo que era obligado como príncipe por muchas vias y títulos sujeto á la corona de Francia. Desta manera se veian en aquel reino divididas las aficiones de los españoles que en él residian; don Enrique tiraba gajes del rey de Francia, don Filipe, hermano del rey de Navarra, llamaba los ingleses á Normandía y se juntó con ellos. Lo mismo hizo el conde de Fox enojado por la injuria y agravio hecho al Rey, su cuñado. Así en un mismo tiempo en España y en Francia se temian muchas novedades y nuevas y temerosas guerras.

LIBRO DÉCIMOSÉPTIMO.

CAPITULO PRIMERO.

Del principio de la guerra de Aragon.

Una guerra entre dos reinos y reyes vecinos y aliados y aun de muchas maneras trabados con deudo, el de Castilla y el de Aragon, contará el libro diez y siete; guerra cruel, implacable y sangrienta, que fué perjudicial y acarreó la muerte á muchos señalados varones, y últimamente al mismo que la movió y le dió principio, con que se abrió el camino y se dió lugar á un nuevo linaje y descendencia de reyes, y con él una nueva luz alumbró al mundo, y la deseada paz se mostró dichosamente á la tierra. Póneme horror y miedo la memoria de tan graves males como padecimos. Entorpécese la pluma, y no se atreve ni acierta á dar principio al cuento de las cosas que adelante sucedieron. Embázame la mucha sangre que sin propósito se derramó por estos tiempos. Dése este perdon y licencia á esta narracion, concédasele que sin pesadumbre se lea, dése á los que temerariamente perecieron, y no menos á los que como locos y sandios se arrojaron á tomar las armas y con ellas satisfacerse. Ira de Dios fueron estos desconciertos y un furor que se derramó por las tierras. Las causas de las guerras, mirada cada una por sí, fueron pequeñas; mas de todas juntas como de arroyos pequeños se hizo un rio caudal y una grande avenida y creciente de saña y de enojos. Cada cual de los dos reyes era de ardiente corazon y que no sufria demasías, en las condiciones y aspereza semejables; bien que el de Castilla por la edad, que era menor y mas ferviente, se aventajaba en esto, y en rigor, severidad y fiereza. Querellábase el Aragonés que sus hermanos tuviesen en Castilla guarida y hallasen en ella ayuda para alborotalle su reino. Sentia asimismo que don Fernando, su hermano, con color de asegurar al de Castilla que le seria leal, en hecho de verdad por darle á él molestia, hobiese puesto guarnicion de castellanos en las sus fortalezas de Alicante y de Orihuela. Por el contrario, el rey de Castilla se quejaba que las galeras de Aragon á la boca de Guadalquivir tomaron ciertas naves que en tiempo de necesidad venian cargadas de trigo, de que resultó mayor hambre y carestía. Quejábase otrosí que los forajidos de Castilla eran recebidos y amparados en Aragon; que los caballeros aragoneses de Calatrava y de Santiago no querian obedecer á sus maestres, que eran de Castilla; en todo lo cual pretendia era agraviado, y decia queria tomar de todo emienda con las armas. A estos cargos y causas de romper la guerra se allegó otra nueva, y fué en esta manera. El rey de Castilla, apaciguado que hobo las alteraciones de Castilla la Vieja y dada órden en las demás cosas, entrado ya el verano partió al Andalucía para acabar de sosegar á Sevilla y los demás pueblos de aquella comarca. En Sevilla, fatigado con los cuidados y negocios, para tomar un poco de alivio determinó irse á las Almadrabas, en que se pescan los atunes, que es una vistosa pesca y muy gruesa granjería. Hizo aprestar una galera, y en ella se fué desde Sevilla á Sanlúcar de Barrameda. Sucedió estar surgidas en aquel puerto dos naves gruesas. Acaso diez galeras de Aragon que iban en favor de Francia contra los ingleses, sus capitales enemigos, salidas del estrecho de Gibraltar, costeaban aquellas riberas del mar Océano. El capitan de las galeras, que se llamaba Francisco Perellos, por codicia de la presa acometió y tomó aquellas dos naves delante los ojos del mismo Rey. Pareció este un desacato insufrible. Encarecíanle los cortesanos en grande manera, como gente que deseaba se encendiese alguna guerra con que pensaban acrecentar sus haciendas y ser mas estimados y honrados que en

tiempo de paz, cuando por no ser tan necesarios los estimaban en menos; tal es la condicion de soldados y palaciegos. Fué Gutierre de Toledo á reñir esta pendencia y agraviarse del atrevimiento y demasía; mas el capitan aragonés, como quier que era hombre determinado y feroz, sin hacer caso de las amenazas y fieros dió por final respuesta que aquellas mercadurías eran de ginoveses, y que por derecho de la guerra las podia tomar por estar con ellos á la sazon rompida en la isla de Cerdeña por grande deslealtad de Mateo Doria, ginovés de nacion. Vista esta respuesta tan resoluta, el rey de Castilla envió al rey de Aragon una embajada con Gil Velazquez de Segovia, uno de sus alcaldes. Mandóle representase las quejas arriba referidas. Que mandase restituir los navíos que sus galeras tomaron á tuerto; demás que le entregase al capitan dellas para castigallo conforme á su temeridad y locura. Aprestaba á la sazon el de Aragon en Barcelona una armada para pasar en Cerdeña contra los rebeldes de aquella isla. Fuéle por esta causa enojosa la demanda de Castilla. Respondió empero con blandura y humildad que él contentaria al rey de Castilla, satisfaria los agravios que le proponia y echaria de Aragon los castellanos forajidos. Asimismo, que vuelto el capitan, le castigaria segun su culpa mereciese. En lo que tocaba á los caballeros de Santiago y de Calatrava, dijo no pertenecia á su jurisdiccion aquel pleito por ser personas religiosas, y á él seria mal contado si en sus cosas se empachaba; que se podria tratar con el sumo Pontífice como causa y negocio eclesiástico, y lo que se determinase él mismo lo tendria por bueno y pasaria por ello. No se satisfizo nada Gil Velazquez con esta respuesta, antes de parte de su Rey le desafió y denunció la guerra. Replicó el rey de Aragon: No me parece que esta es bastante causa para romper la guerra entre dos reyes amigos y confederados; mas yo lo dejo al juicio de Dios, que no permitirá pase sin castigo y emienda cualquier insolencia; yo no comenzaré la guerra, pero con la ayuda divina, si me la dieren, ni la rehusaré ni la temo. Destos principios se vino á las manos. Residian en Sevilla muchos mercaderes catalanes; todos en un punto fueron presos y confiscados sus bienes. Hicieron en ambos reinos levas de gentes y los demás apercibimientos. Acudieron asimismo á procurar socorros de príncipes extranjeros. En particular don Luis, hermano del rey de Navarra, que luego que en Francia prendieron al Rey, su hermano, se volvió á España para proveer á lo de acá, requerido por entrambas partes que se juntase con ellos, no quiso declararse por la una parte ni por la otra, sino como sagaz entretenellos con buenas esperanzas y estar á la mira, dado que de secreto mas se inclinaba al de Aragon como á mas amigo y deudo. Hízose por un mismo tiempo entrada por tres partes en el reino de Valencia. Don Hernando de Aragon pretendia levantar los de aquel reino por la parte que en él tenia y por la memoria de las revoluciones pasadas, cosa en que mas confiaba que en las armas; mas no halló la entrada que él pensaba, ca estaban escarmentados por causa de los males y castigos pasados. Desta manera se entretenia la guerra y continuaba en los postreros del mes de agosto con daño notable de los campos y aldeas de aquella frontera. En estos mismos dias se dió en Francia la famosa batalla de Potiers, memorable por la matanza que de franceses se hizo muy grande por mucho menor número de ingleses, con que las fuerzas de aquel poderoso reino quedaron de todo punto quebrantadas. El mismo rey de Francia fué preso y Filipe, el menor de sus hijos. Murieron en el campo Pedro, duque de Borbon, padre de la reina doña Blanca, Gualter, condestable de Francia, Roberto, señor de Durazo y pariente del cardenal de Perigueux, que, enviado por legado del papa Inocencio para concertar aquellas gentes y asentar las paces, se halló en aquella batalla, sin otros muchos personajes de cuenta que allí perecieron. Sucedió aquella desgraciada batalla á 19 dias del mes de setiembre deste año de 1356. Desta jornada resultaron dos cosas notables y á propósito de nuestra historia. La una que por órden de algunos vasallos suyos el rey de Navarra se soltó de la prision en que le tenian, y hallada entrada en Paris, se hizo capitan de muchos sediciosos y alborotó el pueblo para que no acudiesen al Delfin, que pretendia buscar socorros y allegar dineros para libertar al Rey, su padre, no sin grave ofension de aquella gente. Con esta ocasion el Navarro en una junta que se tuvo en Paris se querelló públicamente del agravio y afrenta pasada. Dijo que su derecho que tenia á la corona de Francia era mejor que el de los que la pretendian por las armas, por ser, como era, nieto del rey Luis Hutin, hijo de su hija, como el Inglés fuese hijo de madama Isabel, hermana del mismo. No hay duda sino que el Navarro tramaba una nueva tela de discordias, si sus fuerzas fueran iguales á su voluntad y ánimo. En fin hizo tanto, que le fueron restituidos sus bienes; y á los pueblos y estado que heredó de su padre le añadieron el señorío de Mascon y de Bigorra. No pudo empero alcanzar, por mas que andaban revueltas las cosas, que le entregasen á Bria, Campaña y Borgoña, estados á que pretendia tener derecho. Sucedió asimismo que don Enrique, conde de Trastamara, despues de esta batalla, en que se halló y salió salvo, se vino al rey de Aragon convidado con grandes promesas que le hizo. Esta fué la primera puerta que se le abrió y el primer escalon para venir despues á ser rey de Castilla, este el principio de su prosperidad. La suma de las capitulaciones de los dos fué: que don Enrique se desnaturalizase de Castilla y hiciese pleito homenaje de ser perpetuamente vasallo y amigo del rey de Aragon; que fuesen suyas todas las ciudades y villas, excepto Albarracin, que tuvo el infante don Fernando de Aragon; que el Rey le diese sueldo para seiscientos hombres de á caballo y otros tantos infantes que anduviesen debajo de su pendon y bandera. Entrado el año de nuestra salvacion de 1357, con varios sucesos se hacia la guerra en las fronteras de Castilla y Aragon. Tomaron los aragoneses á Alicante, y los castellanos á Embito y á Bordalua. Los principales capitanes del rey de Aragon eran el conde de Trastamara don Enrique, don Pedro de Ejerica y el conde don Lope Fernandez de Luna; por el rey de Castilla don Fadrique, maestre de Santiago, los dos hermanos infantes de Aragon y don Juan de la Cerda. Servian sus capitanes con mayor fidelidad al rey de Aragon que los suyos al de Castilla; los unos constantes y firmes, y estotros dudosos y como á la mira de lo que resultaria destas guerras. Especialmente que en

general aborrecian las maldades y aspereza de condicion de su Rey. Así, al cabo el de Aragon con su buena industria y maña, de que hallo que en esta guerra se valió mas que de sus fuerzas, los vino á atraer todos á su servicio y á tenerlos de su parte. Don Juan de la Cerda y Alvar Perez de Guzman fueron los primeros que se apartaron del servicio del rey de Castilla, que todavía tenian presente la muerte de su suegro don Alonso Coronel, señor de Aguilar, á quien el Rey hizo matar, y ellos eran casados con doña María y doña Aldonza, sus hijas. Tenian otrosí miedo que el Rey, que con una desenfrenada lujuria habia puesto los ojos en doña Aldonza, se la queria tomar á su marido Alvar Perez: así por ventura fueron dos las causas que compelieron á estos caballeros á apartarse del servicio de su Rey, y á que de Seron, de donde hacian la guerra en la raya de Aragon, se pasasen al Andalucía, en que tenian muchos parientes y amigos y grande estado. Pretendian con su autoridad y presencia levantar y alborotar aquella provincia, como lo comenzaron á poner por obra; puesto que era grande confianza y osadía, mas aína temeridad, atreverse á mover guerra civil en el medio y corazon de un reino tan poderoso. A esta sazon el rey de Castilla con todo su ejército tenia sitiado un castillo de Aragon junto á la raya de Castilla, que se dice Tebal ó Sisamon, como otros dicen. Allí tuvo nueva como estos caballeros, desamparado Seron, se iban al Andalucía; fué luego en pos dellos. Siguiólos algun tanto, mas no los pudo alcanzar, que se fueron como si huyeran por la posta. Volvióse á encender la guerra con mayor furia que de primero. Tomó el rey de Castilla algunos pueblos de poca importancia; con el mismo ímpetu fué sobre Tarazona, ciudad principal, que está cerca de Navarra; ganóla y entróla por fuerza en 9 de marzo. Los ciudadanos, perdida la parte alta de la ciudad, que era la mas fuerte della, se dieron á partido, salvas las vidas y hacienda; así los dejaron ir libremente á Tudela. Díjose que esta ciudad la perdieron los aragoneses por culpa del alcaide Miguel de Gurrea, que la pudiera sustentar mucho mas tiempo si tuviera mayor corazon y mas sufrimiento; así, por entender que no podria descargarse y satisfacer bastantemente á su Rey, se pasó con su casa y familia al reino de Navarra. Pobló el Rey la ciudad de soldados castellanos y avecindólos en ella; repartiólos sus casas, campos y heredades. El rey de Aragon, despues que perdió esta ciudad, no se tenia por seguro dentro de los mismos muros de Zaragoza. Por esta causa con mayor ansia y cuidado que de antes procuró nuevos socorros y ayudas de extranjeros; mayormente que en esta sazon don Juan de la Cerda en el Andalucía fué muerto y desbaratado por el concejo de Sevilla, de cuyas gentes fueron capitanes en aquella batalla Juan Ponce de Leon, señor de Marchena, y el almirante Gil Bocanegra. Vino de Francia en servicio del rey de Aragon el conde de Fox y en su compañía muchos caballeros, soldados de fama. El señor de Labrit, su contrario, vino al tanto con un buen número de lanzas á ayudar al rey don Pedro de Castilla. El papa Inocencio envió á España á Guillen, cardenal de Boloña, por su legado para que pusiese paz entre estos dos reinos. Hizo muchas idas y venidas de los unos á los otros con grandísimo trabajo suyo; en fin, concertó treguas por un año y tres meses mientras que algunos grandes trataban medios de paz, para lo cual fué nombrado por parte del rey de Aragon Bernardo de Cabrera, y por el de Castilla Juan Fernandez de Hinestrosa. En el entre tanto los pueblos que ambas partes ganaran se pusieron en fieldad y como en tercería en poder del Cardenal legado, que puso pena de excomunion contra el primero que quebrase las treguas. Concluyéronse estas pláticas en 18 dias del mes de mayo. En este mes murió en Lisboa don Alonso el Cuarto, rey de Portugal, de edad de setenta y siete años y seis meses; reinó por espacio de treinta y un años, cinco meses y veinte dias; fué enterrado su cuerpo en la misma ciudad junto al altar de la iglesia mayor, do sepultaron su mujer doña Beatriz. Sucedióle en el reino su hijo don Pedro, por sobrenombre el Cruel. Un mes antes le habia nacido un hijo de doña Teresa, gallega, á quien tenia por amiga, despues que su padre hizo matar á doña Inés de Castro. Era doña Teresa mujer muy apuesta; por lo demás ninguna otra gracia tenia porque mereciese ser querida. Llamaron á su hijo don Juan, á quien los cielos tenian determinado de entregar el reino de su padre y abuelos, como se dirá adelante en su debido lugar. Volvamos á las cosas de Aragon y Castilla. Hechas las treguas, los aragoneses entregaron al Cardenal legado los pueblos y fortalezas que tenian de Castilla. Hiciéronlo de mejor gana por ser pocas las que ellos ganaran. El rey de Castilla, si bien consintió en todas las demás capitulaciones, nunca se pudo acabar con él que quisiese sacar de Tarazona los soldados castellanos que nuevamente hizo avecindar en ella. Mientras estas cosas se concluian, fuese á la ciudad de Sevilla para apaciguar las revueltas del Andalucía y juntar una buena armada con que hacer guerra en los pueblos marítimos de Aragon luego que espirase el tiempo de las treguas; la paz, ni la esperaba, ni aun la deseaba. En Sevilla dióse tanto á los amores de doña Aldonza Coronel, que en su respeto no hacia ya caso de doña María de Padilla. ¡Cuán poco duran las privanzas y favores! ¡Cuán ciega é indómita bestia es un hombre sujeto á sus pasiones! Ningunas dificultades ni trabajos eran bastantes para poder apartar al rey don Pedro de sus deleites y torpezas. Cansado pues y mohino el Legado de sus cautelas y marañas, le descomulgó y puso en toda Castilla entredicho. Todavía pareció que el Legado en esto procedió con mas priesa y cólera de la que en tan grave caso se requeria; por esta causa el Papa le envió á llamar y le hizo salir de España. Todas eran trazas y mañas del rey de Aragon por hacer mas odioso al de Castilla y que le tuviesen por un mal hombre, sacrílego y descomulgado, ca pretendia con esta infamia y mala opinion que los de su reino le desamparasen, maña en que ponia mas confianza que en su valor y fuerzas. Sucedióle al rey de Castilla otro nuevo disgusto. Tenia en su poder á doña Juana, mujer de su hermano don Enrique. Pedro Carrillo, un caballero criado suyo, tuvo manera para la sacar de Castilla, y la llevó á Aragon y la entregó á su marido. Con esto se acabó de perder la esperanza que de paz podia quedar entre los dos hermanos. Los otros dos, don Fadrique y don Tello, tenian gana de rebelarse. Ninguna otra cosa los detenia para que no se pasasen al de Aragon sino que entendian no les podria dar igual recompensa á los grandes

estados que dejaban en Castilla. Esta tardanza en este mismo tiempo fué dañosa y mortal á muchos. Don Fernando de Aragon estaba en esta coyuntura en guarnicion de la villa de Jumilla, que él en aquella frontera ganara á los aragoneses; tenia sus tratos secretos con Bernando de Cabrera; en fin se pasó al rey de Aragon porque se le concedió la procuracion del reino y la restitucion de su estado; que en tiempo tan apretado y de tanta necesidad nada parecia demasiado. La rebelion de don Enrique y de don Fernando, como dió la vida á los aragoneses, así causó la muerte á los hermanos de ambos, como adelante se verá. En Cerdeña en estos dias las cosas se mejoraban con la muerte de Mateo Doria, que sucedió á buen tiempo, y el rey de Aragon se concertó con sus sucesores. Mariano, el juez de Arborea, no se acababa de sosegar, puesto que con tan gran pérdida como la de Oria poco se adelantaba su partido. La mayor parte de Sicilia en este mismo tiempo tenian ocupada las guarniciones y soldados del rey Luis de Nápoles; Palermo y Mecina, dos principales ciudades de aquella isla, eran suyas. Don Fadrique, llamado el Simple, que dos años antes sucedió en aquel reino á su hermano el rey don Luis, era de poca edad, de corto ingenio y menos fuerzas y poder. El título de rey conservaba en sola la ciudad de Catania con cortas esperanzas, á causa que volvia á revivir la parcialidad francesa, y tenia por vecinos á los reyes de Nápoles, y los isleños le eran desleales. Con esto en tanto grado perdió el ánimo y esperanza de poder defenderse y sustentar su reino, que hizo donacion de Sicilia, Atenas y Neopatria á su hermana doña Leonor, mujer del rey de Aragon. Desta donacion envió al Rey, marido della, escrituras públicas y auténticos instrumentos para convidarle y animarle á que le enviase sus gentes y armada con que defender á Sicilia. El rey de Aragon quisiera acudir á su cuñado; mas tenia tanto que hacer en su casa con una tan pesada y peligrosa guerra y llena de grandes dificultades, que no pudo ayudar como quisiera á las cosas de Sicilia, que llegaron á término de estar de todo punto perdidas. El esfuerzo y lealtad de don Artal de Alagon, conde de Mistreta y maestre justicier de Sicilia, que hizo rostro á los enemigos y los venció en una batalla en que mató muchos dellos y hizo justicia de algunos del reino culpados, las entretuvo. La deslealtad de otros fué vencida con algunas mercedes que les hicieron; que en fin dádivas todo lo acaban y ablandan.

CAPITULO II.

De las muertes de algunos señores de Castilla.

El ardiente deseo de vengarse llevaba al despeñadero á los reyes de Castilla y de Aragon, sin cuidar de lo bueno y justo, y sin que echasen de ver lo que en el mundo se podria decir dellos; en que se empeñaron de suerte, que no tuvieron empacho de llamar los moros en su ayuda. El rey moro de Granada envió golpe de gente de á caballo en favor del rey de Castilla, con quien meses antes se aviniera. El de Aragon llamó de Africa al rey de Marruecos para oponerle á su enemigo, balanzar las fuerzas y estar con él á la iguala; acuerdo infame y traza vergonzosa á la religion cristiana. Quejóse gravemente dello por sus cartas el padre santo Inocencio, y entre otras razones les escribió que se maravillaba mucho que el deseo de hacerse daño llegase á tanto extremo, que no tuviesen miedo de traer á su tierra una peste tan contagiosa y mala, con que y con menor ocasion en otro tiempo se asoló y destruyó toda España. Fuera este cuidado y diligencia del Pontífice bueno y á buen tiempo; mas las orejas los reyes tenian con un exceso de pasion y enojo de tal manera tapadas, que no oyeron sus paternales, santas y saludables amonestaciones. Los grandes, que seguian la opinion de Castilla, fueron por los aragoneses solicitados y aun persuadidos á que se pasasen á su parte. El primero el infante don Fernando de Aragon; la misma naturaleza inclinaba á que en este riesgo quisiese antes favorecer á su hermano que al rey de Castilla, su primo. Tuvo sus hablas secretas en la villa de Jumilla, que ganara en esta guerra, como se tocó ya, y finalmente, por la buena diligencia y persuasiones de Bernardo de Cabrera se pasó á su hermano el rey de Aragon. No pudieron estár secretos tratos de tan grande importancia; así, en el principio del año de 1358 el maestre de Santiago don Fadrique tomó por fuerza de armas á Jumilla, y la sacó del poder de los aragoneses. Hecho esto, vínose el Maestre á Sevilla, y entrado en el alcázar, por mandado del Rey, su hermano, delante de sus ojos, fué cruelísimamente muerto por unos ballesteros de maza del Rey. Este fué el premio y mercedes que le hizo por el buen servicio que le acababa de hacer; bien es verdad que se sabe de cierto no andaba muy sosegado y que trataba de pasarse á Aragon: sospecho que este trato debió de venir á noticia del Rey, y que por esta causa se le aceleró la muerte. Luego que fué muerto don Fadrique, se partió el Rey á grande priesa á Vizcaya; las manos, que ya tenia tintas en la fraternal sangre, queria en aquella provincia volverlas á ensangrentar con otro semejante ejemplo de severidad. Sospechólo su hermano don Tello, y huyóse á Francia en un navío, y de allí se fué á Aragon para vengar con las armas su injuria y la muerte del hermano. No faltó otro desdichado en quien, en su lugar, el cruel Rey ejecutase su saña. Ido don Tello, el infante don Juan de Aragon, á quien se debia el señorío de Vizcaya por ser casado con doña Isabel, hija de don Juan Nuñez de Lara, y tambien el Rey á la partida de Sevilla se le prometió, le suplicó fuese servido de dársele, pues con la huida de don Tello quedaba sin dueño y desamparado. El Rey, ó porque le apretó mucho con esta demanda, ó por saber que era de acuerdo con los demás grandes que se eran pasados á Aragon, en Bilbao, do á la sazon estaban, le hizo matar á sus maceros; y aun escribe un autor que él mismo le acabó de un golpe de jabalina que le dió con su propia mano: abominable crueldad. Su cuerpo le hizo echar de una ventana abajo, y caido en la plaza, dijo á muchos vizcaínos que le miraban: Veis ahí á vuestro señor y al que demandaba el estado de Vizcaya. Mandóle despues llevar á Búrgos; mas ni le dió sepultura ni se le hicieron las debidas honras ni obsequias, antes por mandado del Rey lo echaron en lo profundo del rio, que nunca mas pareció; con esto echó el sello y acabó de suplir lo que á un caso tan atroz faltaba de crueldad, que era vengarse en el cuerpo de su primo hermano, tan malamente muerto. Con la misma furia á la reina doña Leonor, su tia, madre del Infante, y su infelicísima

gro, que en un tiempo en que los corazones de los hombres se mostraban con tantas muertes encruelecidos y fieros hobiese quien hiciese diferencia entre lealtad y traicion; grandísima maravilla, que un hombre extranjero tuviese tan grande constancia que se opusiese á la voluntad y determinacion de dos reyes, y mas que era camarero del Aragonés. La verdad es que Dios, á quien los hombres no pueden engañar ni impedir sus decretos, tenia ya determinado de dar al Conde el reino de su hermano, y quitarle al que con tantas crueldades le tenia desmerecido. Por este tiempo, en el mes de agosto, en Catania de Sicilia dió fin á sus dias la reina de Sicilia doña Costanza. Dejó una hija, llamada doña María, heredera que fué adelante del reino de su padre, y por ella su marido don Martin, hijo de otro don Martin, duque de Momblanc, y últimamente rey de Aragon.

CAPITULO VII.

Que don Enrique fué alzado por rey de Castilla.

Resfriado el calor con que se trataban las paces y perdida gran parte de la esperanza que de concluillas se tenia, el rey de Aragon se fué á Cataluña á procurar nuevos socorros para defenderse, el rey de Castilla á Sevilla con tanta codicia de renovar la guerra, que en el fin del año entró por Murcia en el reino de Valencia, y unas por combate, y otras á partido, ganó las villas de Alicante, Muela, Callosa, Denia, Gandía y Oliva. Pasó tan adelante, que en el mes de diciembre puso cerco á la ciudad de Valencia, cabecera de aquel reino. Esto causó en toda la provincia un miedo grandísimo, en especial al Rey, á quien tenia esta guerra puesto en gran cuidado, que á la sazon tuvo las pascuas de Navidad en la ciudad de Lérida. Poco despues se vió con el de Navarra en la fortaleza de Sos en 23 dias del mes de febrero, año de nuestra salvacion de 1364. Hallóse presente el conde don Enrique, reconciliado con los reyes, ó lo que yo tengo por mas cierto, porque no sabía el peligro en que estuvo en las vistas pasadas. Hízose liga entre ellos y amistades no mas duraderas que otras veces; presto se desavernán y serán enemigos. Pensaban si venciesen repartirse entre sí á Castilla, como presa y despojo de la victoria. Don Enrique tenia concebida esperanza de apoderarse de las riquezas y reino de su hermano, y el haberse escapado de tantos peligros le parecia á él que era dello cierto presagio y prenda, como si hobiera ganado una grandísima victoria. Finalmente, su juego se entablaba bien y mejor que el de sus contrarios. En el repartimiento de Castilla daban al rey de Navarra á Vizcaya y á Castilla la Vieja; el reino de Murcia y de Toledo tomaba para sí el rey de Aragon, que es cosa muy fácil ser liberal de hacienda ajena. Solo á Bernardo de Cabrera no contentaban estos pretensos; parecíale que con ellos no se granjearía mas de irritar y echarse á cuestas las fuerzas y armas de Castilla, mas poderosas que las de Aragon, como los sucesos de las guerras pasadas bastantemente lo mostraban. Tratóse entre estos príncipes de matar al dicho Bernardo de Cabrera, plática que no estuvo tan secreta que primero que lo pudiesen efectuar no viniese á su noticia, y de Almudevar, donde esto se ordenaba, se huyese á Navarra. Siguiéronle por mandado de don Enrique algunos capitanes de á caballo de los suyos, alcanzáronle en Carcastillo, y preso le tuvieron en buena guarda hasta que despues en ciertos conciertos fué entregado al rey de Aragon, que estaba muy ansiado por el cerco de la ciudad de Valencia sin saber en lo que pararia. Con este cuidado juntó todo su ejército para ir á descercar con ánimo de dar la batalla al enemigo. Partió de Burriana con su campo, y llegado á vista de los enemigos, les presentó la batalla. Excusóla el rey de Castilla; no se sabe por qué no se atrevió á venir á las manos con los aragoneses. Ellos, visto que los castellanos se estaban quedos dentro de sus reales, con grande honra suya y afrenta de los enemigos en 28 de abril se entraron como victoriosos en la ciudad de Valencia. La armada de Castilla, que era muy poderosa, de veinte y cuatro galeras y de cuarenta y seis navíos, dado que hobo un tiento á los pueblos de aquella costa, aportó á Monviedro. Allí se supo de las espías que el vizconde de Cardona tenia en el rio de Cullera diez y siete galeras aragonesas. El rey de Castilla tenia gran deseo de tomarlas, y parecíale que le sería cosa fácil por estar en parte que no se le podrian escapar; sacó su armada, y con gran presteza cercó la boca del rio. Cargó repentinamente el tiempo y sobrevino una furiosa tempestad que le forzó volverse á su puerto, por no ponerse á riesgo de correr fortuna ó de dar al través en aquella ribera. Vióse el Rey este dia en grandísimo peligro de perderse; así, luego que saltó en tierra, fué en romería á la casa de nuestra Señora Santa María del Puch á dar gracias á nuestro Señor de haberle librado de las ondas del mar y de las manos de sus enemigos, que de la ribera esperaban por momentos cuando alguna grupada se le entregaría. Dícese que hizo esta romería á pié, descalzo, en camisa y con una soga á la garganta; que de su natural no era tan sin piedad ni tan indevoto, si no hiciera las cosas tan sin órden y sin justicia. Con esto se volvieron los reyes, el de Aragon á Barcelona, y á Murcia el de Castilla, y de allí á Sevilla, en lo mas recio de los calores del estío, en el tiempo que en 26 de julio en la ciudad de Zaragoza fué justiciado públicamente Bernardo Cabrera por sentencia que dió contra él el mismo rey de Aragon, y la ejecutó su hijo el infante don Juan. Confiscaron las villas de Cabrera y Osona y otros muchos pueblos de su señorío; fiad en servicios y en privanza. Caso es este que, si atentamente se considera, se echará de ver que el rey de Aragon cometió un delito feo y atroz, muy semejante á parricidio, en hacer matar el discípulo á su ayo, de quien fuera santísimamente doctrinado, mayormente que era inocente y á todo el mundo eran manifiestos los grandes servicios que tenia hechos á la casa real de Aragon. Causóle la muerte la incorrupta libertad con que decia su parecer. Es así, que los príncipes huelgan con la disimulacion y lisonja; demás que los reyes cometen muchas veces grandes yerros, que á veces redundan en odio de sus privados; esto fué lo que acarreó la muerte á este excelente varon sin tener otra mayor culpa. Conspiraron contra él para llegarle á este trance la Reina, el rey de Navarra, don Enrique y el conde de Ribagorza. Despues desto se volvió con nueva cólera á echar mano á las armas. El rey de Castilla tomó á Ayora en el reino de Valencia. Don Gutierre de Toledo, que por muerte de don Suero era maestre de Calatrava, iba por mandado de su Rey á bastecer á Monviedro; aco-

metiéronle en el camino golpe de aragoneses, y en un bravo reencuentro que tuvieron le desbarataron y fué muerto en la pelea con otros muchos de los suyos. Por su muerte dieron el maestrazgo á don Martin Lopez de Córdoba, repostero mayor del Rey. Esta pérdida renovó y dobló la afrenta al rey de Castilla, que á la sazon molestaba mucho las comarcas de Alicante y Orihuela, y tenia harta esperanza de ganar esta ciudad. El Aragonés con toda su hueste, confiado y cierto que cada dia se reforzaria su ejército con gentes que le acudirian del reino, llegó á poner su campo á vista del enemigo; y como tambien allí representase la batalla al rey de Castilla, y él por no fiarse de los suyos la rehusase, socorrió á Orihuela con gente y bastimentos; con que se volvió á Aragon. Esto pasaba en el fin deste año. En el principio del siguiente de 1365 de nuestra salvacion el rey de Aragon cercó á Monviedro y le apretó de suerte, que forzó á los castellanos á que se lo entregasen á partido. Por el contrario, el rey de Castilla con un largo cerco ganó tambien la ciudad de Orihuela. En 7 dias del mes de junio deste mismo año murió en Orihuela, la cual el rey don Pedro tenia cercada, Alonso de Guzman despues que hizo grandes servicios á don Enrique, cuya parcialidad seguia; murió en la flor de su mocedad; era hombre de grande valor, de agudo ingenio, de maduro y alto consejo. Sucedióle en el señorío de Sanlúcar y en lo demás de su estado Juan de Guzman, su hermano. Don Gomez de Porras, prior de San Juan, sea con miedo que tuvo del rey don Pedro por rendir, como rindió, á Monviedro, sea por hacer amistad á don Enrique, se pasó á la parte de Aragon con seiscientos caballos que en aquella ciudad tenia de guarnicion. Deste principio, aunque pequeño, se comenzaron á enflaquecer, ó por mejor decir, ir muy de caida las fuerzas del rey de Castilla; que así muchas veces acontece que de pequeñas ocasiones, en la guerra mayormente, sucedan desmanes muy grandes. Allegóse tambien á esto, que como quier que á la sazon hobiese paces entre Francia é Inglaterra, vinieron muchos soldados de Francia en ayuda de Aragon, que, como vivian de lo que ganaban en la guerra, les era forzoso, hecha la paz, sustentarse de las haciendas que robaban á los miserables pueblos. Estos mismos ladrones que andaban por Francia vagabundos y desmandados tuvieron cercado al mismo papa Urbano y le forzaron á comprar con mucha suma de dineros su libertad y la de su sacro palacio. La voz era que les daba trecientos mil florines por modo de salario y debajo de nombre de sueldo; capa con que cubrieron la afrenta del Papa y aquel sacrilegio. Habíales dado el rey de Francia otra tanta cantidad por echar de su tierra una tan cruel pestilencia como esta. El sumo Pontífice, librado deste peligro, pensó pasar su silla á Italia, dado que por entonces aquel propósito no duró mucho. Sentia el castigo de Dios, y temíale mayor de cada dia por haber sus antecesores desamparado su sagrada casa. Muerto pues el cardenal don Gil de Albornoz, quiso visitar, y así lo hizo, el patrimonio de la Iglesia que le dejó ganado, y poner en paz y justicia á sus súbditos. Vino pues, como deciamos, á España desta gente de Francia una grande avenida de soldados alemanes, ingleses, bretones y navarros y de otras naciones por codicia de la ganancia y robo. Llamólos el conde don Enrique, á quien querian bien desde el tiempo que estuvo en las guerras de Francia. Señalábanse entre ellos muchos caballeros y señores de cuenta, muy valientes soldados y valerosos capitanes. Los mas principales eran Beltran Claquin, breton, y Hugo Carbolayo, inglés. La cabeza y caudillo desta gente Juan de Borbon, que queria venir á vengar la muerte de su hermana doña Blanca, no se sabe por qué causa se quedó en Francia; cierto es que no vino á España. Toda esta gente entre los de á caballo y de á pié llegaban como á doce mil hombres de guerra. Frosarte, historiador francés de aquella era, dice que venian en aquel ejército treinta mil soldados. El 1.º dia de enero del año 1366 llegaron á Barcelona las primeras banderas deste campo; las demás desde á pocos dias. El rey de Aragon hizo á todos muy buena acogida, y convidó á un gran banquete á los mas principales capitanes. Dióles de contado una gran cantidad de florines, y prometióles otra paga mucho mayor para adelante. A Beltran Claquin dió el estado de Borgia con título de conde, porque con mayor gana le sirviese en esta guerra. Estos apercebimientos tan grandes despertaron al rey de Castilla que estaba en Sevilla, aunque no era de suyo nada lerdo ni descuidado. Partióse á Búrgos, y en Cortes que allí tuvo pidió al reino ayuda para esta guerra; todo era sin provecho lo que intentaba por tener enojado á Dios y las voluntades de los hombres no le eran favorables. Monsieur de Labrit era venido de Francia en su ayuda; aconsejábale que procurase con mucho dinero hacer que los extranjeros se pasasen á él y desamparasen á su hermano don Enrique. Ofrecia su industria para acabarlo con ellos, porque conocia su condicion, que no era mal aparejada para cosas semejantes; además que tenia entre ellos muchos parientes y amigos que le ayudarian en esto. Ciega Dios los ojos del alma á aquellos á quien es servido de castigar, no aciertan en cosa; así estuvieron cerradas las orejas del rey don Pedro, que no oyeron un consejo tan saludable; como era hombre tan fiero, no hacia caso del peligro que le corria. Entre tanto en la ciudad de Zaragoza, do estaban los soldados extranjeros, se vieron el rey de Aragon y el conde don Enrique. En estas vistas en 5 del mes de marzo confirmaron de nuevo la alianza que primero tenian hecha, y se declaró la parte del reino de Castilla que habia de dar al de Aragon don Enrique, caso que se apoderase de aquel reino. Para mayor amistad y firmeza de lo capitulado se concertó que la infanta doña Leonor, hija del rey de Aragon, casase con don Juan, hijo del conde don Enrique. Acabadas las vistas, el Rey se quedó en Zaragoza para esperar el fin que tendrian cosas tan grandes; el conde don Enrique, ya que tuvo junto todo el ejército, entró poderosamente en el reino de Castilla por Alfaro. Estaba allí por capitan Iñigo Lopez de Horozco; no se quisieron detener en combatir esta villa, que era fuerte, por no gastar en ello el tiempo que les era menester para cosas mayores. Sabian muy bien que en las guerras civiles ninguna cosa tanto aprovecha como la presteza; toda tardanza es muy dañosa y empece. Dejado Alfaro, marchó el ejército con buena órden derecho á Calahorra, ciudad que baña el rio Ebro, y es de las mas principales de aquella comarca. Luego que llegó el conde don Enrique, le abrieron las puertas don Fernando, obispo de aquella ciudad, y Fernan Sanchez de Tovar, que a

tenia por el rey de Castilla. Entró el Conde en ella lúnes 16 dias del mes de marzo; no se sabe si la entregaron por no estar tan bien fortificada y bastecida que se pudiese poner en defensa, ó porque los ciudadanos estuviesen mal con el rey don Pedro. Aquí en Calahorra se hizo consejo para determinar cómo se procederia en esta guerra. Los pareceres eran diferentes y contrarios; unos decian que era bien ir luego á Búrgos como á cabeza de Castilla, otros fueron de parecer que el conde don Enrique tomase título de rey para que, perdida del todo la esperanza de reconciliarse con su hermano, con mayor ánimo y constancia se hiciese la guerra y para meter á todos en la culpa y empeñallos. Beltran Claquin, como quier que era varon de grande pecho y ánimo y por la grande experiencia que tenia en las cosas de la guerra el hombre de mas autoridad que venia en el ejército, dicen que habló desta manera: «Cualquiera que hobiere de dar parecer y consejo en cosas de grande importancia está obligado á considerar dos cosas principales: la una, cuál sea lo mas útil y cumplidero al bien comun; la otra, si hay fuerzas bastantes para conseguir el fin que se pretende. Como es cosa inhumana y perjudicial anteponer sus intereses particulares al bien público y pro comun, así intentar aquello con que no podemos salir, y á lo que no allegan nuestras fuerzas, no es otra cosa sino una temeridad y locura. Ninguna cosa, Señor, te falta para que no puedas alcanzar el reino de Castilla; todo está bien pertrechado; por tanto, mi voto y parecer es que lo pretendas, ca será utilísimo á todos, á tí muy honroso, y á nos de grandísima gloria, si con nuestras fuerzas y debajo de tu pendon, y siguiéndote como á cabeza y capitan, echáremos del mundo un tirano y un terrible monstruo que en figura humana está en la tierra para consumir y acabar las vidas de los hombres. Restituirás á tu patria y al nobilísimo reino de tu padre la libertad que con su muerte perdió, y darásle lugar á que respire de tan innumerables trabajos y cuitas como desde entonces hasta el dia de hoy han padecido. ¿Por ventura no ves como las casas, campos y pueblos están cubiertos de la miserable sangre de la nobleza y gente de Castilla? ¿No miras tus parientes y hermanos cruelmente muertos, que ni aun á las mujeres ni niños no se ha perdonado? No tienes lástima de tu patria? No sientes sus males y te compadeces y avergüenzas de su miserable estado, tantos destierros, confiscaciones de bienes, perdimientos de estados, robos, muertes? Tan grandes avenidas y tempestades de trabajos, ¿quién, aunque tuviese el corazon de acero, las podria mirar con ojos que no se deshiciesen en lágrimas? No lo has de haber con aquellos antiguos y buenos reyes de Castilla los Fernandos y Alonsos, aquellos que, confiados mas en el amor que les tenian sus vasallos que en las armas, alcanzaron de los moros tan señaladas y gloriosas victorias. Ofrécesete un enemigo, que en ser aborrecido puede competir con el tirano que mas malquisto haya sido en el mundo, desamado de los extraños, insufrible y molestísimo á los suyos; una carga tan pesada, que cuando no hobiera quien la derribara, ella misma se viniera por sí al suelo. Falto y desguarnecido de gente, y si tiene algunos soldados, estarán como su príncipe corrompidos y estragados con los vicios, y que vendrán á la batalla ciegos, flacos y rendidos. Tú tienes un valeroso ejército en que se halla toda la flor de Francia, Ingalaterra, Alemania y Aragon y lo mejor del propio reino de Castilla, todos soldados viejos muy ejercitados y que se han hallado en grandes jornadas. Tienes muchos reyes amigos, y sobre todo tu ventura y felicidad y grande benevolencia con que de todo este ejército eres amado. Deséate toda Castilla, los buenos del reino te esperan, y te quieren favorecer y servir; no habrá ninguno que, sabido que te han alzado por rey, no se venga á nuestros reales. A otros pudiera en algun tiempo ser provechoso el nombre de rey, mas á tí en este trance es necesario del todo para sustentar la autoridad que es menester para que te respeten y para descubrir las aficiones y voluntades de los hombres. Si, como yo lo espero, el cielo nos ayuda, á tí se te apareja una gloria grande, nos quedarémos contentos con la parte de la merced y honra que nos quisieres hacer. Si sucediere al revés, lo que de pensarlo tiemblo, no puede avenirte peor de lo que de presente padeces. Todos corremos el mismo riesgo que tú; por tanto, nuestro consejo se debe tener por mas fiel y seguro, pues es igual para todos el peligro. No ha lugar ni conviene entretenerse cuando la tardanza es peor que el arrojarse. Ea pues, ten buen ánimo, ensancha y engrandece el corazon y toma á la hora aquel nombre, para el cual te tiene Dios guardado de tantos peligros. Ayúdate con presteza, y haz de tu enemigo lo que él pretende hacer de tí; acábale desta vez, ó si fuere menester, muere valerosamente en la demanda, que la fortuna favorece y teme á los fuertes y esforzados, derriba á los pusilánimes y cobardes.» Despues que Beltran acabó su plática, todos los demás caudillos del ejército rodearon á don Enrique y le animaron á que se llamase rey; trujéronle á la memoria pronósticos en esta razon, aseguráronle que Dios y los hombres le favorecian. Con esto despliegan los pendones; y con mucho regocijo por las calles públicas de la ciudad dicen á voces: «Castilla, Castilla por el rey don Enrique.» El nuevo Rey, segun el estado y méritos de cada uno, hizo muchas mercedes; á unos dió ciudades, y á otros villas, castillos, lugares, oficios y gobiernos. Holgaba de parecer liberal, y era fácil serlo de hacienda ajena. Cada uno pensaba que cuanto pidiese tanto se hallaria, que todo le seria concedido. A Beltran Claquin dió á Trastamara, y á Hugo Carbolayo á Carrion, al uno y al otro con título de condes. A los hermanos del nuevo Rey, á don Tello restituyó el estado de Vizcaya, á don Sancho dió el de Alburquerque, el maestrazgo de Santiago se dió á don Gonzalo Mejía, y á don Pedro Muñiz, que tambien él era muy querido de don Enrique, dieron el maestrazgo de Calatrava; á don Alonso de Aragon, conde de Denia y Ribagorza, que era tio hermano del padre del rey de Aragon, le hizo merced de Villena con título de marqués y con todo el señorío que fué de don Juan Manuel; á otros dió villas y castillos, con que los contentó de presente y los heredó en el reino para adelante.

CAPITULO VIII.

Que el rey don Pedro fué echado de España.

Con los dos reyes que se intitulaban de Castilla el reino andaba alborotado. El rey don Pedro, por su mucha crueldad, tenia poca parte en las voluntades de sus

pueblos, todos deseosos de poderse rebelar y vengar la sangre de sus parientes. Ninguna cosa los tenia sino el miedo que, si les fuese contraria la fortuna, serian sin misericordia castigados. Los dos reyes con grande porfía y ahinco comenzaron la contienda sobre el reino. Cada cual tenia por sí grandes ayudas y valedores. De parte de don Enrique estaba el ejército extranjero, el odio de su competidor, y el ser los hombres naturalmente aficionados á cosas nuevas. A don Pedro ayudaba que casi antes fué rey que hobiese nacido, que era hijo de rey y descendia de otros muchos reyes, y que él solo quedaba por heredero legítimo de todos ellos. En ambos el nombre y majestad real era respetado y venerable. Punzaba á don Pedro la ofensa que se le hacia; á don Enrique le encendia en cólera y animaba á la venganza la sangre que de su madre y hermanos, amigos y parientes derramaron, y los grandes trabajos que el reino padecia. Finalmente, mayor cuidado tenia de sustentar el nuevo nombre de rey que su propia vida. Con esta resolucion don Enrique y los suyos se determinaron ir luego á Búrgos; en el camino pasaron cerca de Logroño, mas no quisieron llegar á él porque entendieron que los ciudadanos no harian nada de su voluntad, y que si les cercaban seria cosa muy larga; Navarrete y Briviesca se les dieron luego. Mientras esto así pasaba, don Pedro se hallaba en Búrgos con pocos amigos, ca muchos dellos él mismo los hizo matar; suspenso y dudoso de lo que haria, no se atrevia á fiarse de nadie ni tomar resolucion si se iria, si esperaria á su enemigo. Resolvióse finalmente en ir con grande presteza á Sevilla, porque tenia en aquella ciudad sus hijos y tesoros, y temia perderlo todo. No se atrevió á arriscarse por saber cuán pocos eran los que le querian bien. Los de Búrgos todavía le ofrecieron su ayuda; él se lo agradeció, y dijo que entonces no se queria valer de su buen ofrecimiento y lealtad, antes les alzó el homenaje que le tenian hecho para que, si se viesen en aprieto, pudiesen entregarse á don Enrique sin incurrir infamia ni caso de traicion. Cególe Dios para que no acetase el favor que le hacian, mayormente que como toda su perdicion le viniese por su crueldad, acrecentó de nuevo el odio que le tenian, con que al tiempo que se queria partir hizo matar á Juan Fernandez de Tovar no por otra culpa sino porque su hermano acogió en Calahorra á don Enrique. Esto hecho, se partió de Búrgos en 28 dias del mes de marzo. Desde el camino mandó á los capitanes y alcaides de las villas y castillos que tomara en Aragon les pegasen fuego, y desamparados, sacasen luego las guarniciones, y que lo mas presto que pudiesen se fuesen para él á Toledo. Desta suerte en un instante perdió lo que con gran costa y trabajo en muchos años tenia ganado. Uno destos pueblos fué la ciudad de Calatayud; la libertad que cobró en el postrero de marzo, hasta hoy la celebra con fiesta solemne y procesion, en que van fuera de la ciudad á Santa María de la Peña á cumplir el voto que entonces hicieron en memoria de la merced recebida. Llegó el rey don Pedro á Toledo; allí se detuvo algunos dias en asegurar aquella ciudad y dejalla á buen recaudo. Mandó quedar en ella por general á don Garci Alvarez de Toledo, maestre de Santiago. Partido el rey don Pedro de Búrgos, los de la ciudad enviaron por sus cartas á llamar á don Enrique. Diéronle título de conde, pero ofrecianle la corona de rey si la fuese á tomar en su ciudad, pues por su antigüedad y nobleza se le debia que en ella y no en otra diese principio á su reinado. Aceptó su oferta, y luego se partió para aquella ciudad, en que le recibieron con grandes aclamaciones y regocijos; en el monasterio de las Huelgas fué coronado y recebido por rey de Castilla. Con el ejemplo de Búrgos las mas ciudades y fortalezas del reino de su propia voluntad en espacio de veinte y cinco dias despues de su coronacion le vinieron á dar la obediencia. Con esto no quedó nada inferior á su contrario ni en fuerzas ni en vasallos; los grandes y les pueblos todos á porfía deseaban con apresurarse ganar la gracia del nuevo Rey. Asentadas las cosas de Castilla y Leon, se fué don Enrique á Toledo. Allí sin ninguna dificultad, antes con mucho regocijo, le abrieron las puertas. Renunció el maestre de Santiago, don Garci Alvarez de Toledo. Dióle el rey don Enrique en recompensa del maestrazgo y de que se pasó á su servicio lo de Oropesa y de Valdecorneja, con que don Gonzalo Mejía quedó sin contradiccion por maestre de Santiago. Por muerte de don Garci Alvarez lo de Oropesa quedó á su hijo Fernan Dalvarez de Toledo, que en su mujer doña Elvira de Ayala tuvo á Garci Alvarez de Toledo, señor de Oropesa, y á Diego Lopez de Ayala, cabeza de los Ayalas de Talavera, señores de Cebolla. Lo de Valdecorneja quedó á otro Fernan Dalvarez de Toledo, hermano ó sobrino del Maestre, y dél vienen los duques de Alba. Llámanse Valdecorneja el Barrio, Dávila, Piedrahita, Horcajada y Almiron. Apoderado don Enrique de tan principal ciudad como Toledo, todo lo demás del reino quedó llano, de manera que don Pedro no se atrevió mas á estar en el reino, antes perdida del todo la esperanza, se determinó de ponerse en salvo en una galera, en que embarcó sus hijos y tesoros, con que se fué á Portugal. Al que Dios comenzaba á desamparar parecia que le faltaba el consejo y tambien el favor de los hombres. El rey de Portugal no le quiso tener en su reino, antes le envió á decir que no cabian dos reyes en una provincia. Don Fernando, hijo del rey de Portugal, estaba inclinado á don Enrique; favorecíale, y enviábanse muchos recados el uno al otro, y estaba mal con el rey don Pedro. Verdad es que en Portugal no se le hizo ningun desaguisado por no violar el derecho de las gentes, antes se le dió paso seguro para Galicia, para do se encaminaba con intento de juntar en aquellos pueblos alguna flota en que pasarse á Bayona de Francia. Llegado á Compostella, hizo matar á don Suero, arzobispo de Santiago, y al dean de aquella iglesia, que se decia Peralvarez, ambos naturales de Toledo. No amansaban tantos peligros el cruel ánimo del Rey, y él mismo sin necesidad aumentaba las causas de su destruicion. Ordenó su partida á Francia; parecióle que le era muy peligroso ir por tierra; así, allegó de aquella costa una armada de veinte y dos navíos y algunos otros bajeles menores. Embarcóse en ella con don Juan, su hijo, y otras dos hijas, que doña Beatriz, la mayor, era muerta, aunque Polidoro escribe que falleció en Bayona de Francia. Con buen viento llegaron á Bayona en la Guiena, que á la sazon se tenia por los ingleses; llevó consigo una buena parte de sus tesoros. Verdad es que la mayor cantidad dellos, que enviaba en una galera con su tesorero Martin Yañez, se la tomaron los ciuda-

danos de Sevilla con deseo de hacer algun notable servicio á don Enrique, al cual todo se le allanaba. Córdoba se le habia entregado, y por horas le esperaban en Sevilla. Desta manera entendió don Pedro por su mal que las cosas humanas no permanecen siempre en un ser, y que muchas veces muy grandes príncipes, por mas dichosos y mas poderosos que fuesen, aunque estuviesen rodeados de grandes ejércitos, fueron destruidos por ser malquistos del pueblo, y llevaron el pago que sus obras merecian. El nuevo rey don Enrique, despues de llegado á Sevilla, asentó paces con los reyes de Portugal y de Granada. Hecho esto, del ejército de los extranjeros escogió mil y quinientas lanzas, y por sus capitanes Beltran Claquin y don Bernal, hijo del conde de Foz, señor de Bearne; con tanto, como si todo lo al quedara llano, despidió los demás soldados. De Aragon le enviaron á su mujer y á su nuera la infanta doña Leonor, en cuya compañía vinieron don Lopez Fernandez de Luna, arzobispo de Zaragoza, y otros señores principales. Era necesario asentar el gobierno del reino y poner buen recaudo en las rentas reales, proveer de dineros, porque el tesoro real le halló muy consumido con la guerra pasada. No se ponia duda sino que de Francia bajaria otra tempestad de guerra, y que don Pedro, por ser de corazon tan ardiente, no sosegaria hasta que dejase juntamente el reino y la vida. Por tanto, se hicieron en Búrgos Cortes generales de todo el reino, y en ellas el infante don Juan, hijo de don Enrique, fué jurado por sucesor y heredero del reino para despues de los dias de su padre. En estas Cortes asimismo se concedió la décima parte de las cosas que se vendiesen, sin limitar el tiempo desta concesion. La gana de que se administrase bien la guerra y el aborrecimiento que tenian á don Pedro les hizo en parte que no advirtiesen por entonces cuán grave carga habia de ser este tributo en los tiempos venideros. La ciega codicia de venganza y el dolor y peligro presente fácilmente turba y desbarata la corta providencia de los entendimientos de los hombres. Hizo don Enrique merced á la ciudad de Búrgos de la villa de Miranda de Ebro por los servicios que le hicieron en su coronacion y en recompensa de la villa de Briviesca, que era de Búrgos y la diera á Pedro Fernandez de Velasco, su camarero mayor; y porque la villa de Miranda era de la iglesia de Búrgos, le dió en pago sesenta mil maravedís de juro cada un año situados en los diezmos del mar, para que se gastasen en las distribuciones ordinarias de las horas nocturnas y diurnas y se repartiesen entre los prebendados que asistiesen á los divinos oficios en la dicha iglesia mayor, que antes desto no tenian estas distribuciones. Era á la sazon obispo de Búrgos don Domingo, único deste nombre, cuya eleccion fué memorable; por muerte de su antecesor don Fernando los votos del cabildo se dividieron sin poderse concordar en dos bandos. Conviniéronse en que aquel fuese de comun consentimiento de todos electo por obispo á quien nombrase el canónigo Domingo, como árbitro que le hacian desta eleccion, ca le tenian por hombre santo y de buena conciencia. El, acetado que hobo la accion que le daban, sin hacer caso de ninguno de los competidores, dijo por sí aquella sentencia que despues se mudó en refran: «Obispo por obispo séaselo Domingo.» Holgaron todos los canónigos que se hobiese nombrado, y recibiéronle por su prelado; diéronle las insignias episcopales é hiciéronle consagrar. En estos dias el arzobispo don Lope de Luna vino otra vez á Castilla enviado por el rey de Aragon con embajada á don Enrique para pedille cumpliese con él lo que tenia capitulado y acusalle los juramentos que le tenia hechos y las pleitesías; en particular queria le pagasé mucha suma de moneda que le prestára. El rey don Enrique le respondió que él confesaba la deuda y ser así todo lo que el Rey decia; todavía que aun no estaban sosegadas las cosas del reino, y que si no era con grande riesgo de alguna gran revuelta y escándalo, no podia tan presto enajenar de la corona real tantas villas y ciudades como le prometió; que pasado este peligro, él estaba presto para cumplir lo asentado; que le tenia en lugar de padre y le debia el ser, vida y reino que poseia y todo lo al. Esto decia por entretener al rey de Aragon; por lo demás muy resuelto de no enajenar ninguna parte de lo que antiguamente era reino de Castilla. Desta manera suelen los príncipes mirar mas por lo que les es útil y provechoso que tener cuenta con el deber y promesas que tengan hechas y juradas.

CAPITULO IX.

De las guerras de Navarra.

Estas cosas pasaban en Castilla; entre los navarros y franceses con varia fortuna se proseguia en Francia la guerra que tres años antes deste se comenzara, aunque con mayor daño del rey de Navarra por estar ausente y ocupado en negocios de su reino. Tomáronle algunas villas y ciudades, cercáronle y combatieron otras. Los reyes de Francia y de Aragon hicieron liga en la ciudad de Tolosa, que es en la Gallia Narbonense, por sus procuradores, que cada uno dellos para este efecto envió. El principal en asentar los capítulos desta liga fué Luis, duque de Anjou, hermano del rey de Francia. Quedaron de acuerdo que el rey de Aragon hiciese guerra al de Navarra dentro de su reino, y que el rey de Francia le ayudase con quinientas lanzas pagadas á su costa, todo sin tener ningun respeto al estrecho parentesco que con él tenian, porque entrambos reyes eran sus cuñados por estar el de Navarra casado con hermana del rey de Francia, y el de Aragon tenia asimismo por mujer una hermana del mismo Navarro. Aquellos príncipes, que tenian obligacion á defendelle cuando otros le movieran guerra, esos se conjuraban contra él. ¡Oh fiera codicia de reinar! El mal modo de proceder del rey Cárlos de Navarra y su aspereza le hacian odioso á los reyes sus vecinos, y era la causa que tuviese muchos enemigos. Entendida esta liga por el Navarro, él se estuvo quedo en España para hacer resistencia al rey de Aragon, mayormente que ya por su mandado Luis Coronel desde Tarazona hacia guerra en Navarra, robaba y destruia toda aquella frontera. A la Reina, su mujer, envió á Francia, dado que preñada, para que procurase aplacar al Rey, su hermano, y buscase algun remedio para salir del aprieto en que se hallaban. Esta ida no fué de provecho alguno, á causa que el rey de Francia pensaba y pretendia quedarse desta vez con toda la tierra que el de Navarra tenia en su reino. Estando pues la Reina en su villa de Evreux

en Normandía, en el postrero dia del mes de marzo parió al infante don Pedro, su segundo hijo, conde que fué de Moretano ó Mortaigne en Normandía, y con él en el medio del estío se volvió á Navarra; por no hallar buena acogida en el rey de Francia, de necesidad el Navarro hobo de buscar de quien favorecerse. Parecióle el mejor medio de todos aliarse y juntar sus fuerzas con el rey don Pedro, que andaba desterrado, y le rogabá hiciese liga con él; y como los hombres cuando se ven en algun grande aprieto son muy liberales, para traelle á su amistad le hacia una muy larga promesa de pueblos en Castilla, ca le ofrecia toda la tierra de Guipúzcoa, Calahorra, Logroño, Navarrete, Salvatierra y Victoria; parecen hoy dia, si no son fingidas, las escrituras que hicieron deste concierto en este año en la ciudad de Lisboa, cuando el rey don Pedro desde Sevilla se retiro á Portugal. Al presente el rey don Pedro desde Bayona procuraba socorros para poder volver á cobrar el reino de Castilla. En particular solicitaba á Eduardo, príncipe de Gales, que por su padre el rey de Inglaterra gobernaba el ducado de Guiena, para que le ayudase con sus gentes. Viéronse en Cabreron, que es un pueblo cerca de la canal de Bayona; hallóse en aquellas vistas don Cárlos, rey de Navarra. Convidólos á comer el Príncipe, sentáronse con este órden en la mesa; don Pedro á la mano derecha y luego junto á él el Príncipe, y á la mano izquierda se sentó solo de por sí el rey de Navarra. Confederáronse allí estos tres príncipes, y confirmaron con solemne juramento los conciertos que hicieron, que fueron estos, que el rey don Pedro fuese restituido en su reino, y que al príncipe Eduardo se le diese en recompensa de su trabajo el señorío de Vizcaya; que el rey de Navarra hobiese á Logroño, y que don Pedro dejase en Guiena sus hijas para seguridad y prenda de que cumpliria lo capitulado y pagaría, alcanzada la victoria, el dinero que se le prestaba para el sueldo de la gente de guerra. Sabida esta liga por el rey de Aragon, receloso del daño que della le podia venir, para hallarse con mayores fuerzas y poder mejor resistir á sus enemigos, renovó con el rey de Francia la confederacion y amistades que con él tenia hechas. El rey de Navarra estaba con gran cuidado y miedo no descargasen estos nublados sobre su reino, como el que caia en medio de dos enemigos tan poderosos como eran los reyes de Francia y Aragon. Por otra parte temia á los ingleses; juzgaba que para pasar en Castilla ó les habia de dar el camino por sus tierras, ó se le abririan con las armas. Hallábase muy congojado; aquejado con este pensamiento, no sabia qué consejo se tomase. La peor resolucion que él pudo tomar fué quedarse neutral, porque desta manera á ninguno obligaba, y á todos dejó querellosos. Todavía despues que lo hobo todo bien ponderado, tomó por mejor partido concertarse con el rey don Enrique, ora lo hiciese con disimulacion y engaño, ora que hobiese mudado su voluntad y quisiese salir fuera de la liga hecha con don Pedro y el príncipe de Gales. Como quiera que esto fuese, él tuvo sus hablas con el rey don Enrique en Santacruz de Campezo, que es una villa en la frontera de Navarra; halláronse presentes don Gomez Manrique, arzobispo de Toledo, que fuera elegido en lugar de don Vasco, don Alonso de Aragon, conde de Denia y marqués de Villena, don Lope Fernandez de Luna, arzobispo de Zaragoza, y Beltran Claquin. La confederacion que estos príncipes hicieron fué que el rey de Navarra no diese paso á los ingleses; que en la guerra que esperaban ayudase con su persona y con todo su ejército al rey don Enrique, y que para seguridad diese ciertas villas y castillos en rehenes de que cumpliria estos conciertos. Por el contrario, que don Enrique le diese á él á Logroño, la misma ciudad que poco antes don Pedro le prometió. En estos dias don Luis, hermano del rey de Navarra, se casó con Juana, duquesa de Durazo; en la Macedonia, hija mayor de Cárlos, de quien heredó este estado, y á quien algunos años despues el papa Urbano VI dió la envestidura del reino de Nápoles. Y porque comunmente se yerra en la decendencia destos príncipes, me pareció ponerla en este lugar. Cárlos II, rey de Nápoles, tuvo por hijo á Juan, duque de Durazo; hijos de Juan fueron Cárlos y Luis; Cárlos fué padre de Juana y Margarita. De Luis, el otro hijo de Juan, nacieron Cárlos, que vino á ser rey de Nápoles, y Juana, la que dijimos casó con el infante don Luis, hermano del rey de Navarra. Las vistas del rey de Navarra y de don Enrique, que se hicieron en Campezo, fueron en el principio del año de 1367, en el cual, quién dice el año siguiente, en 18 de enero murió en Estremoz, villa de Portugal, el rey don Pedro. Vivió por espacio de cuarenta y seis años, nueve meses y veinte y un dias; reinó nueve años y otros tantos meses y veinte y ocho dias. Enterráronle en el monasterio de Alcobaza junto á doña Inés de Castro; hízosele un real y solemnísimo enterramiento con grande aparato y pompa. Entre otras cosas dejó buena renta para seis capellanes que allí dijesen cada dia misa por su ánima y por las de sus antepasados; fué aventajado en ser justiciero; lloráronle mucho sus vasallos, y sintieron su muerte como si con él en la misma sepultura se hobiera enterrado la pública alegría y bien de todo el reino. Tenia mandado que sus despenseros no comprasen ninguna cosa fiada, sino todo de contado y por justo precio. Hizo muy santas leyes contra la avaricia de los jueces y abogados, para que con su codicia y largas no fuesen los pleitos inmortales. Fué severísimo contra los malhechores, especialmente era rigurosísimo contra los adúlteros; llegó á que por haber cometido este delito el obispo de Portu, con sus propias manos le maltrató muy reciamente; así se decia vulgarmente, que traia consigo un azote para castigar á los que cogiese en algun delito. Tenia costumbre de distribuir cada año muchos marcos de plata, parte labrada, y parte acuñada, entre los suyos, segun la calidad y méritos de cada uno. Refiérese dél aquella sentencia: «Que no era digno de nombre de rey el que cada dia no hiciese bien y merced á alguna persona.» Hizo el puente y villa de Limia en Portugal; dejó por heredero de su reino á su hijo don Fernando, cuyo reinado no fué tal y tan feliz como el del padre. Con los embajadores que el rey de Aragon envió á su padre asentó él paces en 4 dias del mes de marzo deste año en los palacios de Aicanhaaes, que son cerca de Santaren. Tuvo amores deshonestos con doña Leonor de Meneses, mujer de Lorenzo Vazquez de Acuña, á quien se la quitó. El marido por tanto anduvo mucho tiempo huido en Castilla, y se dice dél que traia en la gorra unos cuernos de pla-

ta como por divisa y blason, para muestra de la deshonestidad del Rey y de su afrenta, mengua y agravio.

CAPITULO X.

Que don Enrique fué vencido junto á Najara.

Toda Castilla y Francia ardian llenas de ruido y asonadas de guerra; haciánse muchas compañías de hombres de armas, jinetes é infantería; todo era proveerse de caballos, armas y dineros. Las partes ambas igualmente temian el suceso y esperaban la victoria. Don Enrique en Búrgos, do era ido, se apercebia de lo necesario para salir al camino á su enemigo, que sabia con un grande y poderoso campo era pasado los Pirineos por las estrechas sendas y montañas cerradas de Roncesvalles. Llegó á Pamplona sin que el rey Cárlos de Navarra le hobiese hecho ningun estorbo á la pasada, ca estaba á la sazon detenido en Borgia. Prendióle andando á caza cerca de allí un caballero breton, llamado Olivier de Mani, que la tenia en guarda por Beltran Claquin, su primo. Entrambos los reyes sospecharon que era trato doble, concierto con este capitan que le prendiese, para tener color de no favorecer á ninguno dellos, y despues excusa aparente con el que venciese. A los príncipes ningun trato que contra ellos se haga, aunque sea con mucha cautela, se les puede encubrir; antes muchas veces les dicen mas de lo que hay, y eso lo malician y echan á la poor parte. Don Enrique partió de Búrgos con un lucido y grueso ejército de mucha infantería y cuatro mil y quinientos hombres de á caballo, en que iba toda la nobleza de Castilla y la gente que de Francia y Aragon era venida en su ayuda. Llegó con su campo al Encinar de Bañares, llamó á consejo los mas principales del ejército, y consultó con ellos lo tocante á esta guerra. Los embajadores de Francia, que eran enviados á solo este efecto, y Beltran Claquin procuraron persuadir que se debia en todas maneras excusar de venir á las manos con el enemigo y no darle la batalla, sino que fortificasen los pueblos y fortalezas del reino, tomasen los puertos, alzasen las vituallas, y le entretuviesen y gastasen; que la misma tardanza le echaria de España por ser esta provincia de tal calidad, que no puede sufrir mucho tiempo un ejército y sustentarle. Que se considerase el poco provecho que se sacaria cuando se alcanzase la victoria, y lo mucho que se aventuraba de perder lo ganado, que era no menos que los reinos de Castilla y Leon y las vidas de todos. Que en el ejército de don Pedro venia la flor de la caballería de Inglaterra, gente muy esforzada y acostumbrada á vencer, á quien los españoles no se igualaban ni en la destreza en pelear ni en la valentía y fuerzas de los cuerpos. Finalmente, que se acordasen que no es menos oficio del sabio y prudente capitan saber vencer al enemigo con industria y maña que con fuerza y valentía. Esto dijeron los embajadores de Francia de parte de su Rey, y Beltran Claquin de la suya. Otros, que tenian menos experiencia y menor conocimiento del valor de los ingleses, y eran mas fervorosos y esforzados que considerados y sufridos, instaron grandemente en que luego se diese la batalla. Decian que las cosas de la guerra dependian mucho de la reputacion, y que se perderia si se rehusase la batalla, por entenderse que tenian miedo del enemigo y serian tenidos por cobardes y de ningun valor. Que si el ánimo no faltaba, sobraban las fuerzas y ciencia militar para desbaratar y vencer dos tantos ingleses que fuesen. Sobre todo que á tan justa demanda Dios no faltaria, y con su favor esperaban se alcanzaria una gloriosa victoria. Aprobó don Enrique este parecer, mandó marchar su campo la via de Alava para hacer rostro á algunas bandas de caballos ligeros del enemigo, que se habian adelantado y robaban aquella tierra. Llegó con su ejército junto á Saldrian, y á vista del de su enemigo asentó su campo en un lugar fuerte, porque le guardaban las espaldas unas sierras que allí están, con que podia pelear con ventaja si no le forzaban á desamparar aquel sitio. Considerando esto, los ingleses levantaron sus reales y tiraron la via de Logroño, ciudad que tenia la voz de don Pedro, con intento de traer á don Enrique á la batalla ó entrar en medio del reino, por donde tenian esperanza que todas las cosas podrian acabar á su gusto. Entendido por don Enrique, que estaba en Navarrete, el fin del enemigo, volvió atrás camino de Najara, que es una ciudad que se piensa ser la antigua Tritio Metallo en los autrigones; y de que sea ella no es pequeño indicio que dos millas de allí está una aldea que retiene el mismo nombre de Tritio. Esta ciudad alcanza muy lindo cielo y unos campos muy fértiles, y por muchas cosas es un noble pueblo, y con el suceso desta batalla se hizo mas famoso. Escribiéronse estos príncipes; cada cual daba á entender al otro la justicia que tenia de su parte y que no era él la causa desta guerra; antes la hacia forzado y contra su voluntad, y tenia mucho deseo y gana de que se concordasen y no se viniese al riesgo y trance de la batalla por la lástima que significaban tener á la mucha gente inocente que en ella pereceria. Mas como quier que no se concordasen en el punto principal de la posesion del reino, perdida la esperanza de ningun concierto, ordenaron sus haces en guisa de pelear. Don Enrique puso á la mano derecha la gente de Francia, y con ella á su hermano don Sancho con la mayor parte de la nobleza de Castilla; á su hermano don Tello y al conde de Denia mandó que rigiesen el lado izquierdo; él con su hijo el conde don Alonso se quedó en el cuerpo de la batalla. Los enemigos, que serian diez mil hombres de á caballo y otros tantos infantes, repartieron desta manera sus escuadrones. La avanguardia llevaban el duque de Alencastre y Hugo Carbolayo, que se era pasado á los ingleses. El conde de Armeñac y mosiur de Labrit iban por capitanes en el segundo escuadron; en el postrero quedaron el rey don Pedro y el príncipe de Gales y don Jaime, hijo del rey de Mallorca, el cual, despues que se soltó de la prision en que le tenia el rey de Aragon, casara con Juana, reina de Nápoles. Halláronse en esta batalla trecientos hombres de á caballo navarros, que con su capitan Martin Enrique los envió el rey Cárlos de Navarra en favor del rey don Pedro. Corria un rio en medio de los dos campos; pasóle don Enrique, y en un llano que está de la otra parte ordenó sus haces. En este campo se vinieron á encontrar los ejércitos con grandísima furia y ruido de las voces, de los combates, del quebrar de las lanzas y el disparar de las ballestas. El escuadron de la mano derecha, que regia Beltran Claquin, sufrió valerosamente el ímpetu de los enemigos, y parecia que llevaba lo mejor; empero en el otro

lado quitó don Tello á los suyos la victoria de las manos; con mas miedo que vergüenza volvió en un punto las espaldas, sin acometer á los enemigos ni entrar en la batalla. Como él y los suyos huyeron, dejaron descubiertos y sin defensa los costados de Beltran y de don Sancho, por donde pudieron fácilmente ser rodeados de los enemigos, y apretándolos reciamente por ambas partes, los vencieron y desbarataron. Hízose gran matanza, y fueron presos muchos grandes y ricos hombres, entre ellos los capitanes mas principales del ejército. Don Enrique con mucho esfuerzo y valor procuró detener su escuadron, que comenzaba á ciar y retirarse; por dos veces metió su caballo en la mayor priesa de la batalla con grandísimo peligro de su persona; mas como quier que no pudiese detener á los suyos por la gran muchedumbre de enemigos que cargó sobre ellos y los desbarató, mal pecado, perdida del todo la esperanza de la victoria, se salió de la batalla y se acogió á Najara. De allí por el camino de Soria se fué á Aragon, acompañado de Juan de Luna y Fernan Sanchez de Tobar y Alfonso Perez de Guzman y de algunos otros caballeros de los suyos. A la entrada de aquel reino le salió á ver y consolar don Pedro de Luna, que despues en tiempo del gran scisma fué el papa Benedicto. No paró el rey don Enrique hasta que por los puertos de Jaca entró en el reino de Francia, sin detenerse en Aragon por no se fiar de aquel Rey, si bien era su consuegro. Hallábase en grande cuita, poca esperanza de reparo. Por semejantes rodeos lleva Dios á los varones excelentes por estos altos y bajos hasta ponerlos de su mano en la cumbre de la buenandanza que les está aparejada. Los demás de su ejército se huyeron por las villas y pueblos de aquella comarca, todos esparcidos, sin quedar pendon enhiesto, ni compañía entera, ni escuadra que no fuese desbaratada. Despues de la batalla hizo matar el rey don Pedro á Iñigo Lopez de Horozco, á Gomez Carrillo de Quintana, á Sancho Sanchez de Moscoso, comendador de Santiago, y á Garci Jofre Tenorio, hijo del almirante Alfonso Jofre, que todos fueron presos en la pelea. Otros muchos dejó de matar por no los haber á las manos, que por ningun precio se los quisieron entregar los ingleses, cuyos prisioneros eran; demás que el príncipe de Gales le reprehendió con palabras casi afrentosas porque, despues de alcanzada la victoria, continuaba los vicios que le quitaban el reino. Uno de los presos fué don Pedro Tenorio, adelante arzobispo de Toledo. Llevó en esta batalla el pendon de don Enrique Pero Lopez de Ayala, aquel caballero que escribió la historia del rey don Pedro, y fué uno de los presos. Por esta razon algunos no dan tanto crédito á su historia, como de hombre parcial. Dicen que por odio que tenia al rey don Pedro encareció y fingió algunas cosas; á la verdad fué uno de aquellos contra quien en Alfaro él pronunció sentencia, en que los dió por rebeldes y enemigos de la patria. Dióse esta batalla sábado 3 de abril deste año de 1367. Don Tello llevó á Búrgos las tristes nuevas deste desgraciado suceso. La reina doña Juana, mujer de don Enrique, sabida la rota, tuvo gran miedo de venir á manos de don Pedro; así, ella y sus hijos con gran priesa se fueron de Búrgos á la ciudad de Zaragoza. En esta sazon en Búrgos se hallaban don Gomez Manrique, arzobispo de Toledo, y don Lope Fernandez de Luna, arzobispo de Zaragoza, que se quedaron con la Reina. Estos la acompañaron en este viaje de Aragon; llegada allí, no halló en el Rey tan buena acogida como pensaba, que es cosa comun y como natural en los hombres desamparar al caido y hacer aplauso y dar favor al vencedor. Olvidado pues el rey de Aragon ya de las amistades y confederaciones que tenia hechas con don Enrique, tenia propósito de moverse al son de la fortuna y llegarse á la parte de los que prevalecian. A esta causa era ya venido en Aragon por embajador Hugo Carbolayo, inglés, y porque no podian tan presto y fácilmente concluirse paces, se hicieron treguas por algunos meses. Despues de la victoria el rey don Pedro con todo su ejército se fué á Búrgos, prendió en aquella ciudad á Juan Cordollaco, pariente del conde de Armeñac y arzobispo de Braga, que era de la parcialidad del rey don Enrique. Hízole el Rey llevar al castillo de Alcalá de Guadaira y meterle en un silo, en que estuvo hasta la muerte del mismo don Pedro, cuando, mudadas las cosas, fué restituido en su libertad y obispado. El rey don Pedro, sin embargo, se hallaba muy congojado en trazar cómo podria juntar tanto dinero como á los ingleses de los sueldos debia y él recibió prestado del príncipe de Gales. No sabia asimismo cómo podria cumplir con él lo que le tenia prometido de darle el señorío de Vizcaya, porque ni los vizcaínos, que es gente libre y feroz, sufririan señor extraño, ni el tesoro y rentas reales, consumidos con tan excesivos gastos, como con estas revoluciones se hicieron, no alcanzaban con gran parte á pagar la mitad de lo que se debia. Por esta causa con ocasion de ir á juntar este dinero se fué don Pedro muy apriesa á Toledo, de allí á Córdoba. En esta ciudad en una noche hizo matar diez y seis hombres principales; cargábales fueron los primeros que en ella dieron entrada al rey don Enrique. En Sevilla mandó asimismo matar á micer Gil Bocanegra y á don Juan, hijo de Pero Ponce de Leon, señor de Marchena, y á doña Urraca de Osorio, madre de Juan Alfonso de Guzman, y á otras personas. A doña Urraca hizo quemar viva, fiereza suya, y ejecucion en que sucedió un caso notable. En la laguna propia en que hoy está plantada una grande alameda armaron la hoguera. Una doncella de aquella señora, por nombre Isabel Davalos, natural de Ubeda, luego que se emprendió el fuego, se metió en él para tenella las faldas porque no se descompusiese, y se quemó junto con su ama; hazaña memorable, señalada lealtad, con que grandemente se acrecentó el odio y aborrecimiento que de atrás al Rey tenian. Con los infortunios, destierro y trabajo que habia padecido parece era razon hobiera ya corregido los vicios que de antes parecian tener excusa con la mocedad, licencia y libertad, si su natural no fuera tan malo. Por el contrario, la afabilidad y buena condicion del rey don Enrique causaba que todos tenian lástima de sus desastres y le amaban mas que antes. Con esto se volvió á la plática de envialle á llamar y restituille en los reinos de Castilla. El rey de Navarra, de Borgia, do le tenian arrestado, se vino despues de dada la batalla á Tudela; á mosen Olivier, que le hizo compañía en aquella villa, le hizo prender, y no le quiso soltar de la prision hasta que le entregó á su hijo el infante don Pedro, que quedó en Borgia para seguridad que se cumpliria lo que los dos capitularon. Este mismo año

que se dió la batalla de Najara falleció en Viterbo, ciudad de Italia, el cardenal don Gil de Albornoz en 24 dias del mes de agosto, fiesta de San Bartolomé. Fué este prelado excelente varon, de gran valor y prudencia, no menos en el gobierno que en las cosas de la guerra, muy querido de tres papas que alcanzó, Clemente, Inocencio y Urbano V, que á esta sazon gobernaba la Iglesia romana. Hizo guerra en Italia á los tiranos que tenian usurpadas muchas ciudades y tierras de la Iglesia, y con dichosas armas las restituyó al patrimonio y estado de san Pedro, con que abrió el camino á sus sucesores para que pasasen la silla Apostólica á la antigua ciudad de Roma, que no tardó mucho tiempo en cumplirse. Depositaron su cuerpo en el monasterio de San Francisco de la ciudad de Asis; despues, sosegadas las cosas de España con la muerte del rey don Pedro, por haberlo él así mandado en su testamento, le trasladaron á la ciudad de Toledo; está enterrado en la iglesia mayor en la capilla de San Ilefonso. Concedió el romano Pontífice indulgencias á los que le trajesen en hombros; y fué tanta la devocion de los pueblos, que por do quier que pasaba salian á bandas á los caminos por ganar los perdones, y desta manera le trajeron hasta Toledo.

CAPITULO XI.

Del maestre de San Bernardo.

El maestre de San Bernardo, dignidad cuyo nombre y noticia apenas ha llegado á nuestros tiempos, se halló en la batalla de Najara con otros muchos en favor de don Enrique, donde fué preso y muerto por mandado del rey don Pedro, y le confiscaron muchos pueblos que poseia en las behetrías. No cuenta esto ninguno de los historiadores, sino solamente el despensero mayor de la reina doña Leonor, de quien arriba hicimos mencion. Verdad es que no escribe el nombre del Maestre ni qué principio ó autoridad tuviese esta dignidad, cosa en aquel tiempo muy sabida, al presente de todo punto olvidada; el tiempo todo lo gasta. Solo consta que este Maestre era hombre de religion y eclesiástico, porque el rey don Pedro fué descomulgado por la muerte que le dió. Lo que yo sospecho es que cuando el rey don Pedro por consejo de Juan Alonso de Alburquerque, como de suso se dijo, quiso encorporar las behetrías en la corona real, ó lo que es mas cierto, darlas á algunos señores particulares que las pretendian con mas codicia de estados que de hacer lo que era razon y justicia, entonces de su voluntad y con facultad del Papa con color de religion se debieron de sujetar á la órden de San Bernardo, á imitacion de los caballeros de Calatrava y Alcántara, y eligieron una cabeza con título que le dieron de maestre de San Bernardo, para que como las demás religiones militares hiciesen guerra á los moros. Este color y diligencia, aunque fué á propósito para que aquellos pueblos se mantuviesen en la libertad en que por tantos siglos inviolablemente se mantuvieron, dió empero ocasion para que el Rey se indignase contra ellos. Por esta causa creo yo que el dicho Maestre se llegó á la parte de don Enrique; esto pudo ser, mas no es mas que conjetura y pensamiento. Lo que se sigue es cierto, que el sumo pontífice Urbano V por esta muerte y porque tenia fuera de sus iglesias á los obispos de Calahorra y de Lugo, envió un arcediano con órden que le notificase cómo estaba descomulgado, y por tal le publicase. Este arcediano, como quier que temiese la crueldad de don Pedro y el poco respeto que tenia á la Iglesia, usó con él de cautela y maña; esto fué que se vino por el rio en una galeota muy ligera á Sevilla, y se puso á la ribera del campo de Tablada cerca de la ciudad; aguardó á que el Rey pasase por aquella parte, sucedióle como lo deseaba, preguntóle si queria saber nuevas de levante, que le diria cosas maravillosas y jamás oidas, porque acababa de llegar de aquellas partes. Llegóse el Rey cerca por oirle, y él le intimó entonces las bulas del Papa. Esto hecho, luego con grandísima velocidad se fué el rio abajo á vela y remo; ayudábale la menguante en que las aguas de la creciente del Océano volvian á bajar, así pudo mas ligeramente escaparse. El Rey enojóse mucho con la burla y como fuera de sí, desnuda la espada y arrimadas las espuelas al caballo, se lanzó en el rio. Tiró una gran cuchillada al Arcediano, que por no le poder alcanzar dió en la galeota, sin desistir de seguille hasta tanto que el caballo no podia nadar de cansado; corriera gran peligro de ahogarse si no le acorrieran prestamente con un barco en que le recogieron muy encolerizado. Decia á grandes voces que él quitaria la obediencia al Papa que tan violenta y suciamente regia la Iglesia; procuraria otrosí que hiciesen lo mismo los reyes de Aragon y de Navarra; además que aquella injuria él la vengaria muy bien con las armas y con hacer guerra á sus tierras. Esto dijo con los ojos encarnizados y hechos ascuas y con la voz muy fiera, alta y descompuesta. Las afrentas amenazas y desacatos que dijo contra el Papa mas le desdoraron á él que agraviaron al Padre Santo. Mandó luego apercebir una armada y hacer grandes llamamientos de gentes de guerra. El Papa, vista la furiosa condicion del rey don Pedro, se determinó de aplacalle de la mejor manera que pudiese; para hacello con mayor autoridad le envió un legado, que fué un sobrino suyo, cardenal de San Pedro, que le absolvió, de la excomunion, y hizo las amistades entre él y su tio con estas condiciones. Que consumido el oficio y nombre de maestre de San Bernardo, todos aquellos pueblos de allí adelante tuviesen su antiguo nombre de behetrías y fuesen del patrimonio real, á tal empero que no pudiesen ser entonces ni en algun tiempo dados ni vendidos ni enajenados. Guardóseles este respeto y preeminencia por ser bienes de religion y eclesiásticos. Demás desto, que la tercera parte de las décimas que llevaba á la sazon el Papa de los beneficios fuese del Rey para ayuda á la guerra de los moros. Que el Papa otrosí sin consentimiento de los reyes de Castilla no pudiese en sus reinos dar obispados ni maestrazgos ni el priorato de San Juan ni otros mayores beneficios. Esto se le concedió teniendo consideracion al sosiego comun y al bien general de la paz, puesto que era contra la costumbre y uso antiguo. Es cosa notable y maravillosa que por contemplacion ni respeto de ningun príncipe quisiese el Papa perder en España tanto de su derecho y autoridad: en tanto se tuvo en aquella era el sanar la locura de un Rey, que primero con sus trabajos y ahora con la victoria andaba desatinado.

CAPITULO XII.

Que don Enrique volvió á España.

Llegado don Enrique á Francia, no perdió el ánimo, sabiendo cuán varias y mudables sean las cosas de los hombres, y que los valientes y esforzados hacen rostro á las adversidades y vencen todas las dificultades en que la fortuna los pone, los cobardes desmayan y se rinden á los trabajos y desastres. El conde de Fox, á cuya casa primero aportó, le recibió muy bien y hospedó amigablemente, aunque con recelo no le hiciesen guerra los ingleses porque le favorecia. De allí fué á Villanueva, que es cerca de Aviñon, para hablar á Luis, duque de Anjou y hermano del rey de Francia, en quien halló mejor acogimiento del que él podia esperar; socorrióle con dineros, y dióle consejos tan buenos, que fueron parte para que sus cosas tuviesen el próspero suceso que poco despues se vió. Envió por inducimiento y aviso del Duque con su embajada á pedir al rey de Francia su ayuda y favor para volver á Castilla. Fué oido benignamente, y determinóse el Rey de favorecelle. A la verdad la mucha prosperidad y buenos sucesos de los ingleses le tenian con mucho miedo y cuidado; tenia asimismo en la memoria los agravios que don Pedro le habia hecho y la enemiga que tenia con él. Respondióle pues con mucho amor, y propuso de le ayudar con gente y dineros; dióle el castillo de Perapertusa en los confines de Ruisellon, en que tuviese á su mujer y hijos, ca desconfiados del rey de Aragon se retiraron á Francia; mandóle otrosí dar el condado de Sesono, en que pudiese vivir en el entre tanto que volvia á cobrar el reino de Castilla, de donde cada dia se venian á él muchos caballeros que fueron presos en la batalla de Najara, y estaban ya rescatados y librados de la crueldad del rey don Pedro; que los ingleses los escaparon de sus manos. De los primeros que se pasaron y acudieron en Francia á don Enrique fué don Bernal, hijo del conde de Fox, señor de Bearne, á quien el rey don Enrique, despues de acabada la guerra, en remuneracion deste servicio le dió á Medinaceli con título de conde. Fué casado este Príncipe con doña Isabel de la Cerda, hija de don Luis y nieta de don Alonso de la Cerda el Desheredado, de quien los duques de Medinaceli, sin haber quiebra en la línea, se precian descender. Hallóse tambien con don Enrique el conde de Osona, hijo de don Bernardo de Cabrera, el cual, despues que estuvo preso en Castilla, sirvió en la guerra á don Pedro por el gran sentimiento que tenia de la muerte de su padre. Finalmente, puesto en su entera libertad, se pasó á don Enrique con propósito de servílle y seguir su fortuna hasta la muerte. Demás desto le avino bien á don Enrique en que el príncipe de Gales se volvió en estos dias á Guiena, enojado y mal satisfecho de don Pedro porque ni le entregó el señorío de Vizcaya que le prometió, ni le pagó los emprestidos que le hiciera, ni á muchos de los suyos el sueldo que les debia. Demás desto, en Castilla le comenzaba á ayudar la fortuna, ca muchos grandes y caballeros habian tomado su voz y hacian guerra á don Pedro. En particular se tenian por él las provincias de Guipúzcoa y Vizcaya y las ciudades de Segovia, Avila, Palencia, Salamanca y la villa de Valladolid y otros muchos pueblos del reino de Toledo. Cada dia se reforzaba mas su bando y parcialidad, su enemigo mismo le ayudaba con hacerse por momentos mas odioso con su mal modo de proceder y desvariados castigos que hacia en los suyos. Juntado pues don Enrique su ejército, entró en Aragon por las asperezas de los Pirineos llamadas Valdeandorra; pasó por aquel reino con tanta presteza, que primero estuvo dentro de Castilla que pudiese el rey de Aragon atajarle el paso, si bien puso para estorbárselo toda la diligencia que pudo. Llegado don Enrique á la ribera del rio Ebro, preguntó si estaba ya en tierra de Castilla. Como le respondiesen que sí, se apeó de su caballo, y hincado de rodillas hizo una cruz en la arena, y besándola dijo estas formales palabras: «Yo juro á esta significanza de cruz que nunca en mi vida por necesidad que me venga salga de Castilla; antes que espere ahí la muerte, ó estaré á la ventura que me viniere.» Fué importante esta ceremonia para asegurar los corazones de los que le seguian é inflamallos en la aficion que le tenian. Vuelto á subir en su caballo, fué con todo su campo á Calahorra, que por aquella parte es la primera ciudad de Castilla; entró en ella el dia del arcángel san Miguel con mucho contento y regocijo de los ciudadanos y de muchos del reino que luego de todas partes le acudieron, ca andaban unos desterrados, y otros huidos de miedo de la crueldad del Rey, su hermano. De Calahorra se partió á Búrgos; allí fué recebido con una muy solemne procesion por el obispo, clerecía y ciudadanos de aquella ciudad. Halló en el castillo preso á don Felipe de Castro, un grande del reino de Aragon, casado con su hermana doña Juana, que le prendieron en la batalla de Najara; mandóle luego soltar, y hízole donacion de la villa de Paredes de Nava y de Medina de Rioseco y de Tordehumos. Por el contrario, prendió en el mismo castillo á don Jaime, rey de Nápoles y hijo del rey de Mallorca, que se quedara en Búrgos despues que se halló en la batalla por la parte del rey don Pedro, y ahora cuando vió que recebian á don Enrique, se retiró al castillo para defenderse en él con el alcaide Alfonso Fernandez. Con el ejemplo de la real ciudad de Búrgos otras muchas ciudades tomaron la voz de don Enrique, quitado el miedo que tenian, el cual no suele ser buen maestro para hacer á los hombres constantes en el deber y en hacer lo que es razon. Sosegadas las cosas en Búrgos, pasó con su campo sobre la ciudad de Leon, que á cabo de algunos dias se le rindió á partido el postrero dia de abril del año de 1368. En la imperial ciudad de Toledo unos querian á don Enrique, la mayor parte sustentaba la opinion de don Pedro, escarmentados del riguroso castigo que hizo allí los meses pasados y de miedo de la gente de guerra que allí tenia de guarnicion, que eran muchos ballesteros y seiscientos hombres de armas, cuyo capitan era Fernando Alvarez de Toledo, alguacil mayor de la misma ciudad. Tenia don Enrique en su ejército mil hombres de armas; con estos y con la infantería, que era en mayor número, no dudó de venir sobre una ciudad tan grande y fuerte como Toledo y tenerla cercada. Tenia por cierto que, apoderado que fuese de una ciudad y fuerza semejante, todo lo demás le seria fácil de acabar. Asentó sus reales en la vega que se tiende á la parte del setentrion á las haldas de la ciudad; puso muchas compañías en los montes que están de la otra parte del rio Tajo; este gran rio como con un compás rodea las

tres cuartas partes de la ciudad, corre por la parte del levante, y revuelve hácia mediodía y poniente. Para que se pudiese pasar de los unos reales á los otros y se favoreciesen en tiempo de necesidad mandó fabricar un puente de madera, que fué despues muy provechoso. Los toledanos sufrian constantemente el cerco, puesto que harto inclinados á don Enrique; mas no osaban admitille en la ciudad por miedo no lo pagasen los rehenes que consigo se llevara don Pedro, que eran los mas nobles de Toledo. La ciudad de Córdoba en este tiempo, quitada la obediencia á don Pedro, seguia la parte de don Enrique con tanto pesar y enojo de su contrario, que no dudó de pedir al rey de Granada le enviase su ayuda para irla á cercar. Envióle Mahomad gran número de moros jinetes, con que y su ejército puso en gran estrecho la ciudad y la apretó de manera, que un dia estuvo á punto de ser entrada, ca los moros á escala vista subieron la muralla y tomaron el alcázar viejo. Acudieron los cordobeses, considerado el peligro y cuán sin misericordia serian tratados si fuesen vencidos, y pelearon aquel dia con gran desesperacion, y rebatieron tan valerosamente los moros, que mal de su grado los forzaron á salir de la ciudad. A muchos hicieron saltar por los adarves, y les tomaron las banderas y fueron en pos dellos hasta bien léjos. Señaláronse mucho en este dia las mujeres cordobesas, ca visto que era entrada la ciudad por los moros, no se escondieron ni cayeron en sus estrados desmayadas, sino con varonil esfuerzo salieron por las calles y á los lugares en que sus maridos y hijos peleaban, y con animosas palabras los incitaron á la pelea; con esto los cordobeses tomaron tanto brio y coraje, que pudieron recobrar la ciudad, que ya se perdia, y hacer gran estrago y matanza de sus enemigos. Desesperados los reyes de poder ganar la ciudad, levantaron el cerco. Don Pedro se fué á Sevilla á proveer lo necesario para la guerra, que todo se hacia mas de espacio y con mayores dificultades de lo que él pensaba; el rey de Granada, sin que don Pedro le fuese á la mano, saqueó y robó las ciudades de Jaen y Ubeda, que á imitacion de Córdoba seguian el bando de don Enrique; taló otrosí lo mas de los campos del Andalucía, con que llevaron los moros á Granada gran muchedumbre de cautivos, tanto, que fué fama que en sola la villa de Utrera fueron mas de once mil almas las que cautivaron. Con esto toda la Andalucía se via estar llena de llantos y miseria; por una parte los apretaban las armas de los moros, por otra la crueldad y fiereza de don Pedro.

CAPITULO XIII.

Que el rey don Pedro fué muerto.

El rey don Pedro, desamparado de los que le podian ayudar y sospechoso de los demás, lo que solo restaba, se resolvió de aventurarse, encomendarse á sus manos y ponerlo todo en el trance y riesgo de una batalla; sabia muy bien que los reinos se sustentan y conservan mas con la fama y reputacion que con las fuerzas y armas. Teníale con gran cuidado el peligro de la real ciudad de Toledo; estaba aquejado, y pensaba cómo mejor podria conservar su reputacion. Esto le confirmaba mas en su propósito de ir en busca de su enemigo y dalle la batalla. Procuráronselo estorbar los de Sevilla; decíanle que se destruia y se iba derecho á despeñar; que lo mejor era tener sufrimiento, reforzar su ejército y esperar las gentes que cada dia vendrian de sus amigos y de los pueblos que tenian su voz. Esto que le aconsejaban era lo que en todas maneras debiera seguir, si no le cegaran la grandeza de sus maldades y la divina justicia, ya determinada de muy presto castigallas. Estando en este aprieto, sucedióle otro desastre, y fué que Victoria, Salvatierra y Logroño, que eran de su obediencia, fatigadas de las armas del rey de Navarra y por falta de socorro por estar don Pedro tan léjos, se entregaron al Navarro. Ayudó á esto don Tello, el cual, si estaba mal con don Pedro, no era amigo de su hermano don Enrique, y así se entretenia en Vizcaya sin querer ayudar á ninguno de los dos. Proseguíase en este comedio el cerco de Toledo. Y como quier que aquella ciudad estuviese, como dijimos, dividida en aficiones algunos de los que favorecian á don Enrique intentaron de apoderalle de una torre del muro de la ciudad que miraba al real, que se dice la torre de los Abades. Como no les sucediese esa traza, procuraron dalle entrada en la ciudad por el puente de San Martin, sobre lo cual los del un bando y del otro vinieron á las manos, en que sucedieron algunas muertes de ciudadanos. Sabidas estas revueltas por el rey don Pedro, dióse muy mayor priesa á irla á socorrer, por no hallalla perdida cuando llegase. Para ir con menor cuidado mandó recoger sus tesoros, y con sus hijos don Sancho y don Diego llevallos á Carmona, que es una fuerte y rica villa del Andalucía, y está cerca de Sevilla. Hecho esto, juntó arrebatadamente su ejército y apresto su partida para el reino de Toledo. Llevaba en su campo tres mil hombres de á caballo; pero la mitad dellos, mal pecado, eran moros y de quien no se tenia entera confianza, ni se esperaba que pelearian con aquel brio y gallardía que fuera necesario. Dícese que al tiempo de su partida consultó á un moro sabio de Granada, llamado Benagatin, con quien tenia mucha familiaridad, y que el Moro le anunció su muerte por una profecía de Merlin, hombre inglés, que vivió antes deste tiempo como cuatrocientos años. La profecía contenia estas palabras: «En las partes de occidente, entre los montes y el mar, nacerá una ave negra, comedora y robadora, y tal, que todos los panales del mundo querrá recoger en sí, todo el oro del mundo querrá poner en su estómago, y despues gormarlo ha, y tornará atrás. Y no perecerá luego por esta dolencia, caérsele han las péñolas, y sacarle han las plumas al sol, y andará de puerta en puerta y ninguno la querrá acoger, y encerrarse ha en la selva y allí morirá dos veces, una al mundo y otra á Dios, y desta manera acabará.» Esta fué la profecía, fuese verdadera ó ficcion de un hombre vanísimo que le quisiese burlar; como quiera que fuese, ella se cumplió dentro de muy pocos dias. El rey don Pedro con la hueste que hemos dicho bajó del Andalucía á Montiel, que es una villa en la Mancha y en los oretanos antiguos, cercada de muralla, con su pretil, torres y barbacana, puesta en un sitio fuerte y fortalecida con un buen castillo. Sabida por don Enrique la venida de don Pedro, dejó á don Gomez Manrique, arzobispo de Toledo, para que prosiguiese el cerco de aquella ciudad, y él con dos mil y cuatrocientos hombres de á caballo, por no esperar el paso de la infantería, partió con gran priesa en busca de don Pedro. Al pasar por la villa de Orgaz, que

está á cinco leguas de Toledo, se juntó con él Beltran Claquin con seiscientos caballos extranjeros que traia de Francia; importantísimo socorro y á buen tiempo, porque eran soldados viejos y muy ejercitados y diestros en pelear. Llegaron al tanto allí don Gonzalo Mejía, maestre de Santiago, y don Pedro Muñiz, maestre de Calatrava, y otros señores principales que venian con deseo de emplear sus personas en la defensa y libertad de su patria. Partió don Enrique con esta caballería; caminó toda la noche, y al amanecer dieron vista á los enemigos antes que tuviesen nuevas ciertas que eran partidos de Toledo. Ellos, cuando vieron que tenian tan cerca á don Enrique, tuvieron gran miedo, y pensaron no hobiese alguna traicion y trato para dejarlos en sus manos; á esta causa no se fiaban los unos de los otros. Receläbanse tambien de los mismos vecinos de la villa. Los capitanes con mucha priesa y turbacion hicieron recoger los mas de los soldados que tenian alojados en las aldeas cerca de Montiel; muchos dellos desampararon las banderas de miedo ó por el poco amor y menos gana con que servian. Al salir el sol formaron sus escuadrones de ambas partes y animaron sus soldados á la batalla. Don Enrique habló á los suyos en esta sustancia: «Este dia, valerosos compañeros, nos ha de dar riquezas, honra y reino, ó nos lo ha de quitar. No nos puede suceder mal, porque de cualquiera manera que nos avenga, serémos bien librados; con la muerte saldrémos de tan inmensos é intolerables afanes como padecemos; con la victoria darémos principio á la libertad y descanso, que tanto tiempo ha deseamos. No podemos entretenernos ya mas; si no matamos á nuestro enemigo, él nos ha de hacer perecer de tal género de muerte, que la ternémos por dichosa y dulce si fuere ordinaria, y no con crueles y bárbaros tormentos. La naturaleza nos hizo gracia de la vida con un necesario tributo, que es la muerte; esta no se puede excusar, empero los tormentos, las deshonras, afrentas é injurias evitarálas vuestro esfuerzo y valor. Hoy alcanzaréis una gloriosa victoria, ó quedaréis como honrados y valerosos tendidos en el campo. No vean tal mis ojos, no permita vuestra bondad, Señor, que perezcan tan virtuosos y leales caballeros. Mas ¿qué muerte tan desastrada y miserable nos puede venir que sea peor que la vida acosada que traemos? No tenemos guerra con enemigo que nos concederá partidos razonables ni aun una tolerable servidumbre cuando queramos ponernos en sus manos; ya sabeis su increible crueldad, y teneis bien á vuestra costa experimentado cuán poca seguridad hay en su fe y palabra. No tiene mejor fiesta ni mas alegre que la que solemniza con sangre y muertes, con ver destrozar los hombres delante de sus ojos. ¿Por ventura habémoslo con algun malvado y perverso tirano, y no con una inhumana y feroz bestia? Que parece ha sido agarrochada en la leonera para que de allí con mayor braveza salga á hacer nuevas muertes y destrozos. Confio en Dios y en su apóstol Santiago que ha caido en la red que nos tenia tendida, y que está encerrado donde pagará la cruel carnicería que en nos tiene hecha; mirad, mis soldados, no se os vaya, detenedla, no la dejeis huir, no quede lanza ni espada que no pruebe en ella sus aceros. Socorred por Dios á nuestra miserable patria, que la tiene desierta y asolada; vengad la sangre que ha derramado de vuestros padres, hijos, amigos y parientes. Confiad en nuestro Señor, cuyos sagrados ministros sacrílegamente ha muerto, que os favorecerá para que castigueis tan enormes maldades, y le hagais un agradable sacrificio de la cabeza de un tal monstruo horrible y fiero tirano.» Acabada la plática, luego con gran brio y alegría arremetieron á los enemigos; hirieron en ellos con tan gran denuedo, que sin poder sufrir este primer ímpetu en un momento se desbarataron. Los primeros huyeron los moros, los castellanos resistieron algun tanto; mas como se viesen perdidos y desamparados, se recogieron con el rey don Pedro en el castillo de Montiel. Murieron muchos de los moros en la batalla, muchos mas fueron los que perecieron en el alcance; de los cristianos no murió sino solo un caballero. Ganóse esta victoria un miércoles 14 dias de marzo del año de 1369. Don Enrique, visto como don Pedro se encerró en la villa, á la hora la hizo cercar de una horma, pared de piedra seca, con gran vigilancia porque no se les pudiese escapar. Comenzaron los cercados á padecer falta de agua y de trigo, ca lo poco que tenian les dañó de industria, á lo que parece, algun soldado de los de dentro, deseoso de que se acabase presto el cerco. Don Pedro, entendido el peligro en que estaba, pensó cómo podria huirse del castillo mas á su salvo. Hallábase con él un caballero que le era muy leal, natural de Trastamara, decíase Men Rodriguez de Sanabria; por medio deste hizo á Beltran Claquin una gran promesa de villas y castillos y de docientas mil doblas castellanas, á tal que dejado á don Enrique le favoreciese y le pusiese en salvo. Extrañó esto Beltran; decia que si tal consintiese, incurriria en perpetua infamia de fementido y traidor; mas como todavía Men Rodriguez le instase, pidióle tiempo para pensar en tan grande hecho. Comunicado el negocio secretamente con los amigos de quien mas se fiaba, le aconsejaron que contase á don Enrique todo lo que en este caso pasaba; tomó su consejo. Don Enrique le agradeció mucho su fidelidad, y con grandes promesas le persuadió á que con trato doble hiciese venir á don Pedro á su posada, y le prometiese haria lo que deseaba. Concertaron la noche; salió don Pedro de Montiel armado sobre un caballo con algunos caballeros que le acompañaban, entró en la estancia de Beltran Claquin con mas miedo que esperanza de buen suceso. El recelo y temor que tenia dicen se le aumentó un letrero que leyó poco antes, escrito en la pared de la torre del homenaje del castillo de Montiel, que contenia estas palabras: «Esta es la torre de la Estrella.» Ca ciertos astrólogos le pronosticaran que moriria en una torre deste nombre. Ya sabemos cuán grande vanidad sea la destos adevinos, y como despues de acontecidas las cosas se suelen fingir semejantes consejas. Lo que se refiere que le pasó con un judío médico es cosa mas de notar. Fué así, que por la figura de su nacimiento le habia dicho que alcanzaria nuevos reinos y que seria muy dichoso. Despues cuando estuvo en lo mas áspero de sus trabajos, díjole: Cuán mal acertastes en vuestros pronósticos. Respondió el astrólogo: Aunque mas hielo caiga del cielo, de necesidad el que está en el baño ha de sudar. Dió por estas palabras á entender que la voluntad y acciones de los hombres son mas poderosas que las inclinaciones de las estrellas. Entrado pues don Pedro en la tienda de don Beltran, díjole que ya era

tiempo que se fuesen. En esto entró don Enrique armado; como vió á don Pedro, su hermano, estuvo un poco sin hablar como espantado; la grandeza del hecho le tenia alterado y suspenso, ó no le conocia por los muchos años que no se vieran. No es menos sino que los que se hallaron presentes entre miedo y esperanza vacilaban. Un caballero francés dijo á don Enrique señalando con la mano á don Pedro: Mirad que ese es vuestro enemigo. Don Pedro con aquella natural ferocidad que tenia, respondió dos veces: Yo soy, yo soy. Entonces don Enrique sacó su daga y dióle una herida con ella en el rostro. Vinieron luego á los brazos, cayeron ambos en el suelo; dicen que don Enrique debajo, y que con ayuda de Beltran, que les dió vuelta y le puso encima, le pudo herir de muchas puñaladas, con que le acabó de matar; cosa que pone grima. Un Rey, hijo y nieto de reyes, revolcado en su sangre derramada por la mano de un su hermano bastardo. ¡Extraña hazaña! A la verdad cuya vida fué tan dañosa para España, su muerte le fué saludable; y en ella se echa bien de ver que no hay ejércitos, poder, reinos ni riquezas que basten á tener seguro á un hombre que vive mal é insolentemente. Fué este un extraño ejemplo para que en los siglos venideros tuviesen que considerar, se admirasen y temiesen y supiesen tambien que las maldades de los príncipes las castiga Dios, no solamente con el odio y mala voluntad con que mientras viven son aborrecidos, ni solo con la muerte, sino con la memoria de las historias, en que son eternamente afrentados y aborrecidos por todos aquellos que las leen, y sus almas sin descanso serán para siempre atormentadas. Frosarte, historiador francés desto tiempo, dice que don Enrique al entrar de aquel aposento dijo: ¿Dónde está el hideputa judío que se llama rey de Castilla? Y que don Pedro respondió: Tú eres el hideputa, que yo hijo soy del rey don Alonso. Murió don Pedro en 23 dias del mes de marzo, en la flor de su edad, de treinta y cuatro años y siete meses; reinó diez y nueve años menos tres dias. Fué llevado su cuerpo sin ninguna pompa funeral á la villa de Alcocer, do le depositaron en la iglesia de Santiago. Despues en tiempo del rey don Juan el Segundo le trasladaron por su mandado al monasterio de las monjas de Santo Domingo el Real de Madrid, de la órden de los Predicadores. Prendieron despues de muerto el rey don Pedro á don Fernando de Castro, Diego Gonzalez de Oviedo, hijo del maestre de Alcántara, y Men Rodriguez de Sanabria, que salieron con él de la villa para tenelle compañía. Estos tiempos tan calamitosos y revueltos no dejaron de tener algunos hombres señalados en virtud y letras; uno destos fué don Martin Martinez de Calahorra', canónigo de Toledo y arcediano de Calatrava, dignidad de la santa iglesia de Toledo, que está enterrado en la capilla de los Reyes Viejos de aquella iglesia con un letrero en su sepulcro que dice, como por honra de la santidad y grandeza de la iglesia de Toledo no quiso aceptar el obispado de Calahorra para el cual fué elegido en concordia de todos los votos del cabildo de aquella iglesia.

CAPITULO XIV.

Que don Enrique se apoderó de Castilla.

Con la muerte del rey don Pedro enriquecieron unos y empobrecieron otros; tal es la usanza de la guerra, y mas de la civil. Todas las cosas en un momento se trocaron en favor del vencedor, dióse á la hora Montiel. Llegada la nueva de lo sucedido á Toledo, tuvieron gran temor los vecinos de aquella ciudad. Padecian á la sazon necesidad de bastimentos. Acordaron de hacer sus pleitesías con los de don Enrique, que los tenian cercados. Entregáronles la ciudad, y todos se pusieron en la merced del nuevo Rey, pues con la muerte de don Pedro se entendia quedaban libres del homenaje y fidelidad que le prometieron. Entre los príncipes extranjeros se levantó una nueva contienda sobre quién tenia mejor derecho á los reinos de Castilla. Convenian todos en que Enrique no tenia accion á ellos por el defecto de su nacimiento. Demás desto, cada uno pensaba quedarse en estas revueltas con lo que mas pudiese apañar; que desta suerte se suelen adquirir nuevos reinos y aumentarse los antiguos. El rey de Navarra, segun poco ha dijimos, se apoderara de muchos y buenos pueblos de Castilla. Al rey de Aragon por traicion de los alcaides se le entregaron Molina, Cañete y Requena. El rey de Portugal pretendia toda la herencia y sucesion, y se intitulaba rey de Castilla y de Leon por ser sin contradicion alguna bisnieto del rey don Sancho, nieto de doña Beatriz, su hija. Teníanse ya por él Ciudad-Rodrigo, Alcántara y la ciudad de Tuy en Galicia. El rey de Granada tramaba nuevas esperanzas receloso por la constante amistad que guardó á don Pedro. La mayor tempestad de guerra que se temía era de Inglaterra y Guiena, á causa que don Juan, duque de Alencastre, hermano del príncipe de Gales, se casara con doña Costanza, hija del rey don Pedro, y el Conde cantabrigense, hermano tambien del mismo Príncipe, tenia por mujer á doña Isabel, hija menor del mismo, habidas ambas en doña María de Padilla. Desta suerte dentro el nobilísimo reino de Castilla se temían discordias civiles, y de fuera le amenazaban grandes movimientos y asonadas nuevas de guerras. El remedio que estos temores tenian era con presteza ganar las voluntades de las ciudades y grandes del reino. Como don Enrique fuese sagaz y entendiese que era esto lo que le cumplia, luego que puso cobro en Montiel, se partió sin detenerse á Sevilla, do fué recebido con gran triunfo y alegría. Todas las ciudades y villas del Andalucía vinieron luego á dalle la obediencia, excepto la villa de Carmona en que don Pedro dejó sus hijos y tesoros, y por guarda al capitan Martin Lopez de Córdoba, maestre que se llamaba de Calatrava, que todavía hacia las partes de don Pedro, aunque muerto. En los dias que el rey don Enrique estuvo en Sevilla, por no tener á un tiempo guerra con tantos enemigos, pidió treguas al rey moro de Granada, no sin diminucion y nota de la majestad real; mas la necesidad que tenia de asegurar y confirmar el nuevo reinado le compelió á que disimulase con lo que era autoridad y pundonor. No se concluyó desta vez nada con el Moro; por esto, puesto buen cobro en las fronteras y asentadas las cosas del Andalucía, el nuevo Rey volvió á Toledo por tener aviso que de Búrgos eran allí llegados la Reina, su mujer, y el Infante, su hijo. En esta ciudad se buscó traza de allegar dineros para pagar el sueldo que se debia á los soldados extraños, y lo que se prometió á Beltran Claquin en Montiel por el buen servicio que hizo

en ayudar á matar al enemigo. Juntóse lo que mas se pudo del tesoro del Rey y de los cogedores de las rentas reales. Todo era muy poco para hartar la codicia de los soldados y capitanes extraños, que decian públicamente y se alababan tuvieron el reino en su mano y se le dieron á don Enrique, palabras al Rey afrentosas y para el reino soberbias; la dulzura del reinar hacia que todo se llevase fácilmente. Para proveer en esta necesidad hizo el Rey labrar dos géneros de moneda, baja de ley y mala, llamada cruzados la una, y la otra reales, traza con que de presente se sacó grande interés, y con que salieron del aprieto en que estaban; pero para lo de adelante muy perniciosa y mala, porque á esta causa los precios de las cosas subieron á cantidades muy excesivas. Desta manera casi siempre las trazas que se buscan para sacar dineros del pueblo, puesto que en los principios parezcan acertadas, al cabo vienen á ser dañosas, y con ellas quedan las provincias destruidas y pobres. Todas estas dificultades vencia la afabilidad, blandura y suave condicion de don Enrique, sus buenas y loables costumbres, que por excelencia le llamaban el Caballero; ayudábanle otrosí á que le tuviesen respeto y aficion la majestad y hermosura de su rostro blanco y rubio, ca dado que era de pequeña estatura, tenia grande autoridad y gravedad en su persona. Estas buenas partes de que la naturaleza le dotó, la benevolencia y aficion que por ellas el pueblo le tenia las aumentaba él con grandes dádivas y mercedes que hacia. Por donde entre los reyes de Castilla él solo tuvo por renombre el de las Mercedes, honroso título con que le pagaron lo que merecia la liberalidad y franqueza que con muchos usaba. A la verdad fuéle necesario hacerlo desta manera para asegurar mas el nuevo reino y gratificar con estados y riquezas á los que le ayudaron á ganarle y tuvieron su parte en los peligros, ocasion de que en Castilla muchos nuevos mayorazgos resultaron, estados y señoríos. Avivábanse en este tiempo las nuevas de la guerra que hacian en las fronteras los reyes de Portugal y de Aragon; proveyó á esto prestamente con un buen ejército que envió á la frontera de Aragon, cuyos capitanes, Pero Gonzalez de Mendoza, Alvar García de Albornoz, cobraron á Requena, echados della los soldados aragoneses. El por su persona fué á Galicia, en que tenia nuevas que andaban los portugueses esparcidos y desmandados y con gran descuido; y que por ir cargados de lo que robaban en aquella tierra podrian fácilmente ser desbaratados. Cercó en el camino á Zamora, y sin esperar á ganarla entró en Portugal por aquella parte que está entre los rios Duero y Miño, que es una tierra fértil y abundosa; destruyó y corrió los campos de toda aquella comarca, quemó y robó muchas villas y aldeas, ganó las ciudades de Braga y Berganza. Desta manera, puesto grande espanto en los portugueses y vengadas las demasías y osadía que tuvieron de entrar en su reino, se volvió para Castilla. Hallóse con el rey don Enrique en esta guerra su hermano el conde don Sancho, ya rescatado por mucho precio de la prision en que estuvo en poder de los ingleses despues que le prendieron en la batalla de Najara. El rey de Portugal no se atrevió á pelear con don Enrique, aunque antes le enviara á desafiar, por no estar tan poderoso como él, ni se le igualaba en la ciencia militar ni en la experiencia y uso de las cosas de la guerra. Valió á los portugueses la nueva que don Enrique tuvo de los daños y robos que el rey de Granada hacia en el Andalucía, junto con la pérdida de la ciudad de Algecira, que el Moro tomó y la echó por el suelo, de manera tal, que jamás se volvió á reedificar. Debiéralo de hacer en venganza de las muchas vidas de moros que aquella ciudad costara. Demás desto, el Rey tenia necesidad de volver á Castilla para proveer todavía de dineros con que pagar los soldados extraños y despachar á Beltran, que en esta sazon era solicitado del rey de Aragon para que pasase en Cerdeña á castigar la gran deslealtad del juez de Arborea Mariano, que de nuevo andaba alzado en aquella isla y tenia ganados muchos pueblos, y se entendia aspiraba á hacerse señor de toda ella. Habia enviado el rey de Aragon contra él á don Pedro de Luna, señor de Almonacir, el cual, sin embargo que tenia parentesco de afinidad con Mariano, por estar casado con doña Elfa, parienta suya, le apretó reciamente en los principios, y puso brevemente en tanto estrecho, que por no se atrever á esperar en el campo, aunque tenia mayor ejército que el Aragonés, se encerró dentro los muros de la ciudad de Oristan. Túvole don Pedro cercado muchos dias; y como quier que por tener en poco al enemigo en sus reales faltase la guarda y vigilancia que pide la buena disciplina militar, el juez, que estaba siempre alerta y esperaba la ocasion para hacer un notable hecho, salió repentinamente con su gente y dió tan de rebato sobre sus enemigos y con tan grande presteza, que primero vieron ganados sus reales, presos y muertos sus compañeros que supiesen qué era lo que venia sobre ellos. Finalmente, fué desbaratado todo el ejército y muerto el general don Pedro de Luna y con él su hermano don Filipe. Pasados algunos dias, Brancaleon Doria, que en estas revoluciones seguia la parcialidad del señor de Arborea, quier por algun desabrimiento que con él tuvo, quier con esperanza de mayor remuneracion, se reconcilió con el Rey, con que alcanzó, no solamente perdon de los delitos que tenia cometidos, sino tambien favores y mercedes. Poco tiempo despues el juez de Arborea forzó á la ciudad de Secer, que es la mas principal de Cerdeña, á que se le rindiese, con que se perdió tanto como fué de provecho reducirse al servicio del rey de Aragon un señor tan poderoso é importante como era Brancaleon. Estuvo entonces esta isla á pique de perderse; para entretenerla lo mejor que ser pudiese mientras el Rey iba á socorrerla envió allá por capitan general á don Berenguel Carroz, conde de Quirra; fuera desto, con grandes promesas solicitó á Beltran Claquin quisiese pasar en Cerdeña y tomar á su cargo aquella guerra. Era muy honroso para él que los príncipes de aquel tiempo le hacian señor de la paz y de la guerra, y que tenia en su mano el dar y quitar reinos. Estaba para conceder con los ruegos del rey de Aragon, cuando otra guerra mas importante que en aquella coyuntura se levantó en Francia se lo estorbó y llevó á su tierra. Los pueblos del ducado de Guiena se hallaban muy fastidiados y querellosos del gobierno de los ingleses, que les echaron un intolerable pecho que se cobraba de cada una de las familias; esto para restaurar los excesivos gastos que el rey Eduardo hiciera en la entrada de su hijo el príncipe de Gales en España cuando restituyó en su

reino de Castilla á don Pedro. Llevaron muy mal esta carga los guieneses, y lamentaban la opresion y servidumbre; mas les faltaba cabeza que los favoreciese y acaudillase que no gana de rebelarse. No tenian otro príncipe mas á propósito á quien se entregar que el rey de Francia; avisáronle de su determinacion, y suplicáronle tuviese lástima de aquel noble estado, que en otro tiempo fué de su corona, y al presente le tenian tiranizado y en su poder sus capitales enemigos. Pareció al Francés que era esta buena ocasion para pagarse de lo que los ingleses hicieron en la batalla de Potiers. Por esto holgó con la embajada, y los animó y confirmó en su propósito; prometióles de encargarse de su defensa; que les exhortaba no dudasen de echar de su tierra los presidios de los ingleses, que él los socorreria con un buen ejército. Animáronse con esto los guieneses. Los primeros que arbolaron banderas y tomaron cajas por Francia fueron los de Cahors. El Rey, visto que ya estaba rompida la guerra y que para empresa de tan gran riesgo é importancia le faltaba un prudente y experimentado capitan de quien se pudiese fiar, juzgó que Beltran Claquin era el mejor de los que podia escoger y el que con mas amor y lealtad le serviria. Con este acuerdo le envió á llamar á España; juntamente rogó al rey de Navarra le fuese á ayudar en esta guerra. Determinóse el Navarro de pasar á Francia, dado que á la sazon tenia en Aragon á Juan Cruzate, dean de Tudela, para que tratase de confederalle con aquel Rey. Dejó en Navarra por gobernadora del reino á la reina doña Juana, su mujer; y partido de España, se quedó en Chireburg, una villa fuerte de su estado, que está en Normandía. No se atrevió á fiarse del rey de Francia por las antiguas contiendas que entre sí tuvieran. Demás desto, como hombre astuto, queria desde allí estarse á la mira sin arriscarse en nada, propio de gente doblada, y visto en qué paraban estos movimientos, despues inclinarse á aquella parte de que con menos costa y peligro pudiese sacar mayor ganancia ó interés. Procuraba el rey de Francia amansar y sosegar la feroz é inquieta condicion del Navarro, por saber que muchas veces de pequeñas ocasiones suelen resultar irreparables daños y mudanzas notables de reinos. Envióle con este fin una amigable embajada con ciertos caballeros principales de su corte. Poco se hacia por medio de los embajadores; acordaron de hablarse en Vernon, que es una villa asentada en la ribera del rio Seina ó Secuana en los confines de los estados de ambos reyes. Concertaron en aquellas vistas que el rey de Navarra dejase al de Francia las villas de Mante y Meulench y el condado de Longavilla, que eran los pueblos sobre que tenian diferencia, y que el rey de Francia diese en recompensa al Navarro la baronía y señorío de Mompeller; empero estas vistas y conciertos se hicieron mas adelante de donde ahora llega nuestra historia, que fué en el año de 1375. Volvamos á lo que se queda atrás y lo que pasaba en Castilla.

CAPITULO XV.

Cómo murió don Tello.

Muy alegre se hallaba don Enrique con la victoria que alcanzó de su enemigo; su fama se extendia y volaba por toda Europa como del que fundara en España un nuevo y poderoso reino, bien que por estar rodeado de tantos enemigos no dejaba de ser molestado de varios y enojosos pensamientos. Representábasele que muchas veces un pequeño yerro suele estragar y ser ocasion que se pierdan poderosos estados. Todos los buenos en Castilla le querian bien y se agradaban de su señorío; no era posible tenellos á todos contentos, forzosamente los que tenian recebidas algunas mercedes de don Pedro, ó por su muerte perdieron sus comodidades é intereses, defendian las partes del muerto y les pesaba del buen suceso de don Enrique. Los portugueses tenian en este tiempo en Ciudad-Rodrigo una buena guarnicion de hombres de armas, dende hacian grandes daños en las tierras de Castilla, corrian los campos, robaban y quemaban las aldeas, con que los labradores, como mas sujetos á semejantes daños, eran malamente molestados. Para remedio destos males y reducir á su servicio esta ciudad, que es de las mas principales de aquella comarca, el Rey con toda su hueste la cercó en el principio del año de 1370. Pensaba hallalla desapercebida y hacer que por fuerza ó de grado se la entregasen; hallóse en todo engañado, la ciudad bien prevenida, y se la defendieron valerosamente los portugueses, por donde el cerco duró mas tiempo de lo que el Rey tenia imaginado. La aspereza de aquel invierno fué grande, no pudo por ende el ejército estar mas en campaña, y fué forzoso levantar el cerco é irse á Medina del Campo á esperar el buen tiempo. Tuvo Cortes en aquella villa. Lo principal que dellas resultó fué un gran socorro y servicio de dineros que los procuradores de las ciudades le hicieron para que acabase de allanar el reino, por ser ya consumido lo que montaron los intereses que se sacaron de las monedas de cruzados y reales que el año pasado se acuñaron y arrendaron, gastados en pagar sueldos y premiar capitanes y en satisfacer su demasiada codicia. Debíansele á Beltran Claquin ciento y veinte mil doblas que lo prometió don Enrique porque le entregase en Montiel al rey don Pedro, que para en aquella era fué una grandísima cantía. Dióle en precio de las setenta mil á don Jaime, hijo del rey de Mallorca y rey de Nápoles, que era el rescate que la Reina, su mujer, señora riquísima, tenia prometido. Lo demás se la dió en oro de contado, y ultra de sus pagas le hizo el Rey merced de la ciudad de Soria y de las villas de Almazan, Atienza, Montagudo, Molina y Seron. Con estas riquezas y grande estado que por su valor adquirió, ganada ultra desto una fama y gloria inmortal, se volvió á nuevas esperanzas que se le representaban en Francia. Maurello Fienno, que era condestable de Francia, hizo dejacion del cargo, con que el Rey le proveyó á don Beltran; él con su valor reprimió los brios de los ingleses que abrasaban todo aquel reino, y alcanzó dellos grandes victorias, unas con esfuerzo, y otras con industria y arte, con que restituyó á su gente la honra y gloria militar perdida de tantos años atrás. En el mes de julio deste año se concordaron en Tortosa los aragoneses y navarros y se aliaron; la voz era favorecerse los unos á los otros contra sus enemigos, en realidad de verdad no era otra cosa sino juntar sus fuerzas para hacer guerra á don Enrique. Fueron entonces restituidas por la reina de Navarra al rey de Aragon las villas de Salvatierra y la Real, que antiguamente eran de aquel reino; hi-

cieron este acuerdo con los aragoneses don Bernardo Folcaut, obispo de Pamplona, y Juan Cruzate, dean de Tudela, á quien el rey Cárlos de Navarra al tiempo de su partida dejó por consejeros y coadjutores de la Reina para la gobernacion del reino. En Castilla consultaba el Rey á cuál parte seria mejor acudir primero; resolvióse en enviar á Galicia á Pedro Manrique, adelantado de Castilla, y á Pero Ruiz Sarmiento, adelantado de Galicia, que llevaron algunas compañías de hombres de armas y otras de infantería para defender aquella comarca de los portugueses, que se apoderaran de las ciudades de Compostella, Tuy y del puerto de la Coruña. Envió asimismo á mandar á su hermano don Tello que él por su parte fuese á la defensa de aquella provincia. Despachados estos socorros para Galicia y despedidas las Córtes, partióse luego á Sevilla con la fuerza de su ejército. A la verdad en el Andalucía era la mayor necesidad que se tenia de su persona, por la guerra que en ella hacian los moros y estar todavía Carmona rebelada y la armada de Portugal, que por aquella costa hacia mucho daño y tenia tomada la boca del rio Guadalquivir. Fueron en esta coyuntura muy á propósito las treguas que los maestres de Santiago y Calatrava asentaron con el rey de Granada; recibió gran contento el rey don Enrique con esta nueva, porque si en un mismo tiempo fuera acometido de tantos enemigos, parece que no tuviera bastantes fuerzas para podellos resistir á todos, dividido su ejército en tantas partes. Traian los portugueses en su armada diez y seis galeras y veinte y cuatro naves; mandó el Rey en Sevilla echar veinte galeras al agua, que no se pudieron poner todas en órden de navegar por falta de remos y jarcias, que los tenian dentro de Carmona por órden del rey don Pedro, que las mandó allí guardar para quitar la navegacion á Sevilla, si se intentase rebelar. Por esto hizo venir de la costa de Vizcaya otra armada de navíos y galeras, con que los castellanos quedaron tanto mas poderosos en el mar, que los portugueses no osaron esperar la batalla; antes perdidas tres galeras y dos navíos que les tomaron los contrarios, se volvieron desbaratados á Portugal. A este tiempo se hallaba menoscabada la flota portuguesa á causa que algunas de las galeras eran idas á Barcelona á llevar á don Martin, obispo de Ebora, y á don Juan, obispo de Silves, y á fray Martin, abad del monasterio de Alcobaza, y á don Juan Alfonso Tello, conde de Barcelos, que iban por embajadores para hacer alianza con el rey de Aragon. Mediante la diligencia destos prelados y del Conde, se confederaron estos reyes contra don Enrique en esta forma: que el reino de Murcia y la ciudad de Cuenca y todas las villas y castillos de aquella comarca fuesen para el rey de Aragon, lo demás de Castilla quedase por el rey de Portugal, como señor y rey que ya se intitulaba de Castilla; ítem, que para mayor firmeza desta avenencia tomase el rey de Portugal por mujer á la infanta doña Leonor, hija del rey de Aragon, con cien mil florines de dote; conciertos que no tuvieron efecto por causa que el rey de Portugal se embebeció en otros amores, y aun se casó de secreto con doña Leonor Tellez de Meneses, hija de Alonso Tello, hermano del conde de Barcelos. Asimismo el rey de Aragon aflojó en lo tocante á la guerra de Castilla por el peligro en que tenia su isla de Cerdeña, que le traia en gran cuidado. Por estos dias en 15 del mes de octubre murió en Galicia don Tello, señor de Vizcaya; fué hombre de buenas costumbres y en todas sus cosas igual; padeció muchos trabajos, y al cabo vino á estar desavenido con el Rey, su hermano. Díjose entonces á la sorda que un médico de don Enrique, llamado Maestro Romano, le dió yerbas con que le mató, mentira que se creyó vulgarmente, como suele acontecer; lo cierto fué que murió de su enfermedad. Dió el Rey al infante don Juan, su hijo, el señorío de Vizcaya y de Lara, que era de su tio don Tello; estados que desde entonces hasta hoy han quedado incorporados en la corona real de Castilla. Enterraron el cuerpo de don Tello en el monasterio de San Francisco de la ciudad de Palencia; el entierro y obsequias se le hicieron con grande pompa y majestad.

CAPITULO XVI.

De las bodas del rey de Portugal.

De grande importancia fueron las treguas que tan á tiempo se hicieron con el rey de Granada, y no de menor momento echar de la costa de Castilla la armada de los portugueses. Lo que restaba era concluir el cerco de Carmona, que no solo importaba el ganarla por hacerse señor de una tan buena villa, sino tambien era de mucha consideracion, por lo que tocaba á todo el estado de la guerra, quitar aquella guarida á todos los de la parcialidad de don Pedro, que necesariamente eran muchos y los mas soldados viejos y muy ejercitados en las armas. Determinóse pues el rey don Enrique de echar á una parte el cuidado en que le tenia puesto esta villa; venida la primavera del año de 1371, llegó con todo su ejército sobre Carmona y la sitió. Fué este cerco largo y dificultoso, y pasaron entre los cercados y los del Rey algunos hechos notables en las continuas escaramuzas y rebatos que tenian. Los de la villa peleaban con grande ánimo y valor, y muchas veces á la iguala con los que la tenian cercada. Tan confiados y con tan poco temor de sus enemigos, que de dia ni de noche no cerraban las puertas, ni jamás rehusaban la escaramuza, si los del Rey la querian; antes los tenian siempre alerta con sus continuas salidas. Sucedió que un dia se descuidaron las centinelas por ser el hilo de medio dia; los soldados recogidos en sus tiendas por el excesivo calor que hacia; advirtiéronlo desde la muralla los cercados, salieron de improviso de la villa, arremetieron furiosamente, ganaron en un punto las trincheas, y con la misma presteza sin detenerse corrieron derechos á la tienda del Rey para con su muerte fenecer la guerra. Dios y el apóstol Santiago libraron en este dia al Rey y al reino, que estuvo muy cerca de suceder un gran desastre, si algunos caballeros, visto el peligro, no le acorrieran prestamente y acudieran á entretener aquella furia é ímpetu de los enemigos hasta tanto que llegaron mas gente, con cuya ayuda despues de pelear gran rato con ellos dentro de los reales, los forzaron á que se retirasen á la villa tan mal parados, que no se fueron alabando de su osadía. El Rey, visto que no podia ganar por fuerza esta villa, mandóla escalar una noche con gran silencio. Subieron cuarenta hombres de armas y ganaron una torre, pero como le sintiesen las centinelas y escuchas, tocaron al arma. Alborotáronse los de la villa, primero por pensar que

del todo era entrada, mas vueltos sobre sí y cobrado esfuerzo, rebatieron los que subieran en la muralla. Con el grande peso y priesa de los que bajaban se quebraron las escalas, con que quedaron dentro de la villa presos los mas de los que estaban en la torre. Venido el capitan Martin Lopez de Córdoba, que aquella noche no se halló en la villa, sin ninguna misericordia los hizo matar. El Rey recibió desto grande enojo, y despues de tomada la villa, vengó sus muertes con la de aquel que los mandara matar. Apretóse pues mas de allí adelante el cerco, no los dejaban entrar bastimentos. El capitan Martin Lopez de Córdoba, forzado de la hambre y necesidad, se dió finalmente á partido. Sin embargo, no obstante la seguridad que el maestre de Santiago le dió, á quien se rindió, le mandó el Rey justiciar en Sevilla, sin respeto del seguro y palabra, á trueco de vengar el enojo y pesar que le hizo en matalle sus soldados. Vinieron á poder del Rey los tesoros y hijos inocentes de don Pedro para que pagasen con perpetua prision los grandes desafueros de su padre. Concluida esta guerra, el rey don Enrique hizo que los huesos de su padre el rey don Alonso, como él lo dejara mandado en su testamento, fuesen trasladados á Córdoba á la capilla real que está detrás del altar mayor de la iglesia catedral, do se ven dos túmulos, el uno del rey don Alonso, y el otro de su padre el rey don Fernando, que tambien está en ella sepultado; aunque son humildes y de madera, no de mala escultura para lo que el arte alcanzaba en aquella era. A la sazon que el rey don Enrique estaba sobre Carmona tuvo nuevas como Pero Fernandez de Velasco le ganó la ciudad de Zamora y la redujo á su servicio, echados della los portugueses, y que sus adelantados Pero Manrique y Pero Ruiz Sarmiento tenian sosegada la provincia de Galicia, ca vencieron en una batalla á don Fernando de Castro, que era el principal autor de las revueltas de aquella comarca, y el que mas se señalaba en favor de los portugueses; y así, perdida la batalla, se fué con ellos á Portugal. En un cuerpo muelle y afeminado con los vicios no puede residir ánimo valeroso ni esforzado, ni se puede en los tales hallar la fortaleza que es necesario para sufrir las adversidades. Quebrantóse mucho el corazon del rey don Fernando de Portugal con los malos sucesos que hemos referido tuvo en la guerra con don Enrique; así oyó de buena gana los tratos de paz en que de parte del rey de Castilla le habló Alfonso Perez de Guzman, alguacil mayor de Sevilla, por cuya buena industria en 1.° de marzo se concluyeron las paces en Alcautin, villa de Portugal, con estas condiciones: que el rey de Castilla le restituyese los pueblos que durante la guerra le ganara; que la infanta doña Leonor, hija del rey de Castilla, casase con el de Portugal; el dote fuese Ciudad-Rodrigo y Valencia de Alcántara en Extremadura, y Monreal en Galicia. Tuvo el Portugués gran ocasion de ensanchar su reino, mas todo lo pervirtieron los encendidos amores que tenia con doña Leonor de Meneses, como de suso se dijo, que pasaban muy adelante y estaban muy arraigados por tener ya en ella una hija, que se llamaba doña Beatriz. Esto le hizo mudar intento y no efectuar el casamiento con doña Leonor, infanta de Castilla. Envió á su padre una embajada para desculparse de su mudanza y para que le entregasen las villas y ciudades que él tenia de Castilla, en señal que queria ser su amigo. Aceptó don Enrique el partido y excusas de aquel Rey. En el entre tanto él se casó públicamente con doña Leonor de Meneses; fueron padrinos don Alfonso Tello, conde de Barcelos, y su hermana doña María, tios de la novia, hermanos de su padre; casamiento infeliz y causa de grandes males y guerras que por su ocasion resultaron entre Portugal y Castilla. Antes que este matrimonio se efectuase, como entendiesen los ciudadanos de Lisboa lo que el Rey queria hacer, pesóles mucho dello, y tomadas las armas, fueron con gran tropel y alboroto al palacio del Rey. Daban voces y decian que si pasase adelante semejante casamiento seria en gran menoscabo y desautoridad de la majestad del reino de Portugal, que con él se ensuciaba y escurecia la esclarecida sangre de sus reyes. Mas el obstinado ánimo del Rey no quiso oir las justas querellas de los suyos, ni temió el peligro en que se metia, antes se salió escondidamente de Lisboa, y en la ciudad de Portu públicamente celebró sus bodas, mudado el nombre que doña Leonor tenia de amiga en el de reina. Dióle un gran señorío de pueblos para que los poseyese por suyos, y mandó á los señores y caballeros que se hallaron presentes le besasen la mano como á su reina y señora. Hiciéronlo todos hasta los mismos hermanos del Rey, excepto don Donis, el cual claramente dijo no lo queria hacer, de que el Rey se encolerizó de suerte, que, puesta mano á un puñal, arremetió á él para herille. Libróle por entonces Dios; anduvo por el reino escondido hasta que se pasó al servicio y amistad del rey de Castilla. Desde entonces la nueva Reina comenzó á mandar al Rey y al reino, que no parecia sino que le tenia dados hechizos y quitádole su entendimiento; ella era la gobernadora, por cuya voluntad todas las cosas se hacian. Los caballeros de la casa de los Vazquez de Acuña se fueron desterrados del reino por miedo della, que estaba mal con ellos por la memoria de su primer casamiento y porque ellos fueron los autores del alboroto de Lisboa. Por el contrario, los parientes y allegados de doña Leonor fueron muy favorecidos del Rey, y les dió nuevos estados y dignidades; á don Juan Tello, primo hermano de la Reina, hijo del conde de Barcelos, dió el condado de Viana; á don Lope Diaz de Sosa, su sobrino, hijo de su hermana doña María Tellez de Meneses, el maestrazgo de la caballería de Christus; á otros muchos sus deudos hizo otras mercedes muy grandes. El mas privado del Rey y de la Reina era don Juan Fernandez de Andeiro, gallego de nacion, que en las guerras pasadas de la Coruña, de do era natural, vino á servir al Rey, y por esta causa le hizo conde de Oren. Con este caballero tenia la Reina mucha familiaridad, y estaba muchas veces con él en secreto y sin testigos, de que comunmente se vino á tener sospecha que era deshonesta su amistad, y públicamente se decia que los hijos que paria la Reina no eran del Rey, sino deste caballero. No se supo si esto era como se decia, que muchas veces el vulgo con sus malicias escurece la verdad, por ser los hombres inclinados á juzgar lo peor en las cosas dudosas, en especial cuando se atraviesan causas de envidia y odio. En el fin deste año el Rey don Enrique tuvo Cortes en Toro, en que por estar ya restituidos los pueblos que el rey de Portugal tenia en Castilla, que fué una de las cosas con que él se hizo á

los suyos mas odioso, se decretó que á la primavera se enviase ejército á la frontera de Navarra para cobrar las ciudades y villas que las revoluciones pasadas los navarros usurparon en Castilla. Al arzobispo de Toledo don Gomez Manrique por sus muchos servicios dió el Rey la villa de Talavera, y en trueque á la Reina, cuya era aquella villa, la ciudad de Alcaráz, que era del Arzobispo, el cual adquirió tambien á su dignidad la villa de Yepes. Ordenóse en estas Cortes que los judíos y moros que habitaban en el reino mezclados con los cristianos, que era una muchedumbre grandísima, trujesen cierta señal con que pudiesen ser conocidos. Mandóse tambien bajar el valor de las monedas de cruzados y reales, que dijimos se acuñaron para del aprovechamiento é interés que se sacase dellas pagar los soldados extraños. No pareció que era bien por entonces consumillas por estar muy gastado el tesoro y hacienda real. En estas mismas Cortes quisiera el Rey que se repartieran entre los señores los otros pueblos de las behetrías que no fueron de la caballería de San Bernardo. Decia el Rey que esta licencia que tenian aquellos pueblos de mudar señores era de mucho inconveniente y causa de grandes escándalos y revueltas. Suplicáronle algunos grandes fuese servido de no hacer novedad en este caso por algunas razones que le representaron; á la verdad lo que principalmente les movia no era el pro comun, sino su particular interés; así se quedaron en el estado que antes. Despedidas las Cortes, el rey don Enrique envió su ejército á Navarra como en ellas se acordara. Hízose la guerra algunos dias en aquel reino. Despues se convino con la Reina gobernadora que aquellos pueblos sobre que era la diferencia se pusiesen en secresto y fieldad del sumo pontífice Gregorio XI, lemosin de nacion, que fué en el principio deste año elegido por papa en lugar de su antecesor Urbano V. Este papa Gregorio ilustró asaz su nombre con la restitucion que hizo de la Silla Apostólica á su antiguo asiento de la ciudad de Roma. Entre los cardenales que crió, el primero fué don Pero Gomez Barroso, arzobispo de Sevilla, que falleció el cuarto año adelante en la ciudad de Aviñon. Era este prelado natural de Toledo, y los años pasados tuvo el obispado de Sigüenza. Dió asimismo el capelo á don Pedro de Luna, aragonés, hombre de negocios, y que con sus muchas letras colmaba la nobleza de su linaje. Púsose en los conciertos que el legado del Papa, cuya venida de cada dia se esperaba, fuese juez de todas las diferencias y pleitos que tenian Castilla y Navarra. Tomó estos pueblos en fieldad un caballero navarro, que se decia Juan Ramirez de Arellano, muy obligado á don Enrique por la merced que le hizo del señorío de los Cameros en remuneracion del gran servicio con que le obligó cuando no le quiso entregar á los reyes de Aragon y de Navarra en las vistas de Uncastel ó de Sos. Hizo este caballero juramento y pleito homenaje de tener estos pueblos en nombre de su Santidad, y de entregallos á aquel en cuyo favor se pronunciase la sentencia. Desta manera cesó por entonces la guerra entre Navarra y Castilla; sin embargo, poco despues el rey don Enrique fué á Búrgos, y envió su ejército á la frontera de Navarra, y contra lo capitulado, se apoderó de Salvatierra y de Santacruz de Campezo. Hecho que algunos excusaron, y decian que lo pudo hacer, porque como estas villas de su voluntad se dieron al de Navarra, así él las podia ahora recebir, que de su voluntad tomaban su voz y se querian reducir á su servicio y obediencia. Logroño y Victoria ni por fuerza ni de grado quisieron por entonces mudar opinion, sino permanecer y tenerse por el rey de Navarra.

CAPITULO XVII.

De otras confederaciones que se hicieron entre los reyes.

Mayor era el miedo de la guerra que amenazaba de la parte del rey de Aragon, enemigo poderoso y que se tenia por ofendido. A muchas ocasiones que se ofrecian para estar mal enojado se allegó otra de nuevo, esto es, la libertad que se dió al infante de Mallorca don Jaime, rey de Nápoles, contra lo que el Aragonés deseaba y tenia rogado por medio del arzobispo de Zaragoza que no le diese libertad por ningun tratado que sobre ello le moviesen. Recelábase y aun tenia por cierto que pretenderia con las armas recobrar á Mallorca, como estado que fué de su padre. Por esta causa se trataron de aliar el Aragonés y el duque Juan de Alencastre para quitar el reino á don Enrique; intentos que se resfriaron por una muy reñida guerra que á esta sazon se encendió entre los franceses é ingleses. Al rey de Aragon tenia eso mismo con cuidado la guerra de Cerdeña; además que se temia del infante de Mallorca no viniese con las fuerzas de Francia, do se hacian muchas compañías de gente de guerra, á conquistar el estado de Ruisellon, fama que corria hasta decirse cada dia que llegaba. El papa Gregorio XI, deseoso de poner paz entre estos príncipes, envió á Aragon al cardenal de Cominge para que los concordase; venido, concertó se ratificase el compromiso que tenian hecho, y se pusieron graves penas contra el que quebrantase las treguas que para este efecto se concertaron en 4 dias del mes de enero del año de 1372. Todavia el rey don Enrique, por recelo que el Papa no favoreciese en la sentencia mas al rey de Aragon que á él, entretuvo la conclusion mucho tiempo con dilaciones que buscaba y procurar otros medios para la concordia. En estos dias el mismo rey de Castilla se puso sobre la ciudad de Tuy y la tomó, que la tenian por el rey de Portugal Men Rodriguez de Sanabria y otros forajidos de Castilla. Envió otrosí en ayuda del rey de Francia, para mostrarse grato de la que dél tenia recebida, doce galeras con su almirante micér Ambrosio Bocanegra, capitan famoso y de ilustre sangre. El Almirante, juntado que se hobo con la armada de Francia, desbarató y venció la flota de los ingleses junto á la Rochela, tomóles todos sus bajeles, que eran treinta y seis navíos, prendió al conde de Peñabroch, general de los ingleses, y á otros muchos señores y caballeros, y les tomó una grandísima cantidad de oro que llevaban para los gastos de la guerra que querian hacer en Francia. Lo cual todo juntamente con el General y los prisioneros, que eran sesenta caballeros de espuelas doradas y de timbre, envió á Búrgos al rey don Enrique en señal de su victoria, que fué de las mas señaladas que en aquel tiempo hobo en el mar Océano. Deste Ambrosio Bocanegra, primer almirante de Castilla, decienden como de cepa los condes de Palma. La Rochela, que es una ciudad muy fuerte de Francia en Jantogne, y entonces se tenia por los ingle-

ses, con esta victoria se entregó al rey de Francia, á causa que los ciudadanos, perdida la flota de los ingleses, tomaron las armas y echaron fuera la guarnicion que tenian dentro de la ciudad. Derribaron asimismo un castillo que les labraron los ingleses, y levantaron banderas por Francia. Tenia el rey de Aragon tres hijos en su mujer la reina doña Leonor, hija del rey de Sicilia; estos eran el infante don Juan, heredero del reino, y don Martin y doña Costanza, la que arriba dijimos casó con don Fadrique, rey de Sicilia. En el mes de junio deste año se celebraron las bodas del infante don Martin con la condesa doña María de Luna, única heredera del conde don Lope de Luna. Llevó en dote los estados de Luna y de Segorve, y el Rey, padre dél, le dió mas la baronía de Ejerica con título de condado, y poco despues le hizo condestable del reino. El infante don Juan desposó con doña Marta, hermana del conde de Armeñaque, con dote de ciento y cincuenta mil francos; deste matrimonio nació la infanta doña Juana, que casó adelante con Mateo, conde de Fox. En 22 dias del mes de agosto á don Bernardino de Cabrera, nieto de don Bernardo de Cabrera, hijo de su hijo el conde de Osona, que por este tiempo falleció, le restituyó el Rey el estado que era de su abuelo, excepto la ciudad de Vique con una legua en contorno. Túvose lástima á una nobilísima casa como esta, y al Rey y á la Reina remordia la conciencia de la injusta muerte de tan gran señor y buen caballero como fué don Bernardo. Entre Castilla y Portugal se volvió á encender la guerra con mayor cólera y peligro que antes, por ocasion que los portugueses tomaron ciertas naves vizcaínas que iban cargadas de hierro y acero y de otras mercadurías de las que lleva aquella provincia. No se sabe qué fuese la causa por que los portugueses rompiesen la guerra. A los forajidos de Castilla, que eran muchos, por ventura pesaba de la paz y temian de ser en algun concierto entregados á su señor, como se hiciera en tiempo del rey don Pedro. Hallábase á la sazon el rey don Enrique en Zamora, dende envió su embajador á Portugal á que pidiese la restitucion de los navíos, emienda y satisfaccion de los daños, con órden de denunciarles la guerra si no lo quisiesen hacer. Destos principios se vino á las armas. Don Alonso, hijo bastardo del rey de Castilla, fué despachado para que diese guerra á Portugal por la parte de Galicia y cercase á Viena. Al almirante Bocanegra se dió órden que armase doce galeras en Sevilla y fuese con ellas á correr la costa de Portugal. Tenia don Enrique buena ocasion para hacer alguna cosa notable, por estar el rey don Fernando mal avenido con los de su reino. Por no perder esta oportunidad dejó en Zamora el carruaje que le podia embarazar, y entró en Portugal poderosamente destruyendo los campos, robando los ganados y quemando los lugares y aldeas que topaba. Tomó las villas de Almoida, Panel, Cillorico y Linares. Esto fué en los postreros dias deste año. En esto tuvo cartas del cardenal Guido de Boloña, que era llegado á Castilla por legado del papa Gregorio á poner paz entre él y el rey de Portugal. Envióle don Enrique á rogar le esperase en Guadalajara, do quedó la Reina. Replicóle el Cardenal que no era justo estarse él quedo sin hacer diligencia en aquello para que el Papa le mandaba, que era estorbar la guerra que tan trabada veia. Con esto se dió priesa á caminar hasta que llegó á Ciudad-Rodrigo, con intento de hablar á ambos los reyes. En el entre tanto Portugal se abrasaba en guerra y era miserablemente destruido, ca en principio del año de 1373 el rey don Enrique tomó por fuerza de armas y forzó la ciudad de Viseo, que se entiende es la que antiguamente se llamaba Vico Acuario. De allí dió vista á la ciudad de Coimbra; no le pareció detenerse en cercalla, antes se determinó de ir en busca de su enemigo, que tenia nueva alojaba con su ejército en Santaren. Quisiera mucho venir con él á las manos y darle la batalla; pero, aunque llegó cerca del pueblo, no osó el Portugués salir de los muros por no tener suficiente ejército para poder hacer jornada, ni tampoco se fiaba de la voluntad de sus soldados. Sabia que tenia á muchos descontentos; en particular su hermano don Donis se era pasado á Castilla por medio de Diego Lopez Pacheco, caballero portugués, al cual en remuneracion de haber hecho lo mismo, le hizo el Rey merced de Béjar. Este persuadió al infante don Donis, que vió andaba congojado y desabrido, hiciese lo que él, y con esto se vengase de los agravios que de su hermano tenia recebidos. Visto pues que el rey de Portugal esquivaba la batalla el de Castilla pasó á Lisboa. Luego que llegó se apoderó de los arrabales de la ciudad, que entonces no estaban cercados, en que los soldados pusieron fuego á muy ricos edificios. La parte alta de la ciudad, que llaman la villa, era fuerte y bien cercada, y tenia dentro gente valerosa que la defendió esforzadamente, que fué causa que don Enrique no la pudo ganar; pero quemó muchos navíos que surgian en el puerto, otros tomó el armada de Castilla que por mandado del Rey era allí venida; fueron muchos los cautivos que prendieron y grande el despojo que se hobo. En este medio tiempo el Cardenal legado no reposaba, hablaba muchas veces al un rey y al otro sin excusar ningun trabajo, ni el riesgo en que ponia su salud con tantos caminos como hacia. Tanta diligencia puso, que en 28 dias del mes de marzo los reyes y el Legado se hablaron en el rio Tajo en una barca junto á Santaren, y se concertaron debajo de las condiciones siguientes: que el rey de Portugal, dentro de cierto término que señalaron, echase de su reino los forajidos de Castilla, que serian como quinientos caballeros; que los pueblos tomados por ambas las partes en aquella guerra se restituyesen; que doña Beatriz, hermana del rey de Portugal, casase con don Sancho, hermano del rey de Castilla y conde de Alburquerque; y doña Isabel, hija natural del mismo rey de Portugal, casase con don Alonso, conde de Jijon, hijo bastardo del rey don Enrique. Estas fueron las condiciones con que se hicieron las paces; el rey don Fernando dió ciertos rehenes para seguridad que cumpliria lo capitulado. Celebráronse luego en Santaren las bodas de don Sancho y de doña Beatriz; doña Isabel se puso en poder del rey don Enrique, que á causa de su edad de solos ocho años no podia efectuarse el matrimonio. Compuestas en esta forma las diferencias que estos príncipes tenian, hechos amigos se partieron de Santaren; el rey don Enrique volvió toda la fuerza de la guerra contra Navarra, y con su ejército fué á la ciudad de Santo Domingo de la Calzada para

entrar por aquella parte. Intervino tambien el Legado apostólico entre estos reyes, y por su medio se concordaron. El rey de Navarra restituyó al de Castilla las ciudades de Logroño y Victoria; demás desto, se concertaron desposorios entre doña Leonor, hija de don Enrique, y don Cárlos, hijo del rey de Navarra, y que se diesen al Navarro ciento y veinte mil escudos de oro, pagados á ciertos plazos por razon de la dote, y en recompensa de lo que tenia gastado en la fortificacion y reparos de los dichos pueblos que entregó al de Castilla. Viéronse los reyes en Briones, villa que está á los mojones de los dos reinos; allí se hicieron los desposorios de los dos infantes don Cárlos y doña Leonor, y por prenda y mayor firmeza destas paces el rey de Navarra envió á Castilla al infante don Pedro, que era el menor de sus hijos, para que se criase en ella. Cuando el rey de Navarra volvió de Francia en España halló que don Bernardo, obispo de Pamplona, y Cruzate, dean de Tudela, los que arriba dijimos dejó por coadjutores de la Reina para lo tocante al gobierno, no habian administrado las cosas como era razon y eran obligados. Indignóse mucho contra ellos, tanto, que de miedo se ausentaron fuera del reino. El Dean fué por asechanzas muerto en el camino, sospechóse que por mandado del Rey; el Obispo fué mas dichoso, que tuvo lugar de huirse en Aviñon. De allí pasó á Roma con el papa Gregorio, y murió en Italia sin volver mas á España. Tales fines suelen tener los que no corresponden á la confianza que dellos hacen los príncipes, aunque tambien es verdad que muchas veces en los reinos se peca á costa y riesgo de los que gobiernan, sin culpa ninguna suya; esto especialmente acontece cuando los reyes son fieros é implacables, como se refiere lo era el rey Cárlos de Navarra.

CAPITULO XVIII.

De las paces que se hicieron con el rey de Aragon.

Despedidas las vistas de Briones y asentada la esperanza de la paz de España, el rey de Castilla se fué al reino de Toledo, y el de Navarra se tornó á su reino; dende envió á la Reina, su mujer, á Francia para que aplacase y satisficiese aquel Rey, que estaba malamente airado contra él, por entender hobiese persuadido á ciertos hombres que le diesen yerbas, los cuales fueron presos, y convencidos del delito, pagaron con las cabezas. El Navarro, partida su mujer, fué en persona á la villa de Madrid para tratar con el rey don Enrique que dejase la parte de Francia y favoreciese á los ingleses; que si pagaba lo que el rey don Pedro debia al príncipe de Gales del sueldo que él y sus soldados ganaron cuando vinieron á Castilla á restituille en el reino, el rey de Inglaterra y sus hijos el Príncipe y el duque de Alencastre se apartarian de la demanda del reino de Castilla y de los demás derechos que contra él pretendian. Respondió el de Castilla que en ninguna manera desampararia al rey de Francia ni dejaria su amistad, ca tenia muy en la memoria el grande amparo que halló en él cuando salió huido de Castilla; todavía si ellos hiciesen paces con Francia, que de muy buena gana entraria á la parte, y satisfaria con dineros á los ingleses cuanto señalasen los jueces que para arbitrario se podrian nombrar en conformidad. Con tanto el Navarro, sin alcanzar lo que pretendia, se volvió á Pamplona, don Enrique partió para el Andalucía. Siguióse otra pretension y demanda de una buena parte de Castilla. La condesa doña María, hija de don Fernando de la Cerda y de doña Juana, hermana de don Juan de Lara el Tuerto, en Francia casara con el conde de Alanzon, nobilísimo señor de la sangre real de Francia, de quien tenia muchos hijos; envió un embajador á pedir al Rey le mandase entregar los estados de Vizcaya y Lara, que por ser hija de doña Juana de Lara y ser muertos todos los que la precedian en derecho le pertenecian. Venido el Rey del Andalucía á Búrgos, se trató en aquella ciudad deste negocio, que tuvo muy apretados al Rey y á su consejo; por una parte parecia que esta señora pedia razon en que se le admitiese su demanda y se le hiciese justicia; por otra era cosa dura, y de que podian resultar grandes daños, enajenar dos estados de los mas grandes y mas ricos de Castilla y ponerlos en poder de franceses. Despues de muchas consultas y acuerdos respondió el Rey con artificio á la Condesa que holgaria volviesen estos estados á su casa, á tal que le enviase para dárselos dos hijos que se quedasen á vivir en su corte; que Vizcaya y Lara eran tan grandes señoríos, que era forzoso á los reyes de valerse muchas veces del servicio de los señores que los poseian, y por esta causa no podian dejar de residir dentro del reino. Con esta aparencia de buen despacho y de venir en lo justo fué despedido el embajador; mas bien se entendió que no le daban nada, por ser cosa cierta que ninguno de cinco hijos que tenia la Condesa aceptaria la oferta del Rey, como ninguno lo aceptó. Los tres poseian en su tierra tres grandes condados, de Alanzon, Percha y Estampas, y no se quisieron desnaturalizar de su patria, en que eran ricos y poderosos. Los otros dos eran prelados, y no podian heredar estados seculares. Por el mes de octubre deste año Baltasar Espinula, ginovés, vino á Aragon con embajada de los ingleses para confederarse con aquel Rey contra el de Castilla; prometianle, en caso que se ganase aquel reino, las ciudades de Murcia, Cuenca, Soria y todas las villas adyacentes á ellas. El de Aragon, oida esta demanda, como era sagaz y de grande ingenio, no hizo caso destas ofertas por tener en mas la amistad del rey don Enrique, que en aquella sazon era tenido por famoso capitan, muy poderoso por lo mucho que sus vasallos le querian, y le caia muy cerca de sus estados; además que era mucho de temer tomar por enemigo al que tenia tanta noticia de las cosas de Aragon, y en aquel reino muchos aficionados que ganara el tiempo que anduvo en él huido, y aun en Aragon se tenia entendido que Dios con particular providencia le puso de su mano en aquel reino y le quitó á su contrario. Muchos asimismo se amedrentaban por señales que se vieron en el cielo, en especial un gran temblor de tierra que por el mes de febrero sucedió en el condado de Ribagorza, con que se hundieron muchos pueblos. Los supersticiosos interpretaban que por aquella parte amenazaba algun gran desastre al reino. Dióse á esto mas crédito porque en los confines de Ruisellon se vian ya juntas muchas compañías de hombres de ar-

mas franceses, que tenia asoldadas el infante de Mallorca para hacer guerra en aquel estado. En fin, los pretensos de los ingleses salieron vanos, y por medio de don Luis, duque de Anjou, se comenzó á tratar con mucho calor la paz entre Aragon y Castilla. Vino el Duque á Carcasona con deseo de efectuar estas amistades, por miedo que tenia, si las discordias se continuaban, no se apoderasen de España los ingleses, capitales enemigos de Francia. Enviáronse á Aragon embajadores sobre este hecho; pedia don Enrique que la infanta doña Leonor, hija del rey de Aragon, que estaba prometida á su hijo el infante don Juan, le fuese entregada. No rehusaba el Aragonés de hacer cosa tan justa, si don Enrique le entregase aquellas ciudades que le tenia prometidas. Excusaba él de darlas; alegaba que no tenia obligacion á cumplirle aquella promesa, pues no solo no le ayudó cuando andaba huido y desterrado, antes hizo liga contra él con su cruel enemigo. Finalmente, se concordaron de dejar sus diferencias en mano del legado el cardenal Guido de Boloña, que fué al presente mas dichoso que antes en hacer las paces entre los españoles. En el tiempo que estas cosas se trataban en Aragon, en 15 de octubre el papa Gregorio XI confirmó la regla de los monjes, que comunmente en España se llaman frailes de San Jerónimo, cuyo instituto es aventajarse á las demás religiones en guardar con gran paciencia una estrecha y loable clausura y ocuparse los dias y las noches con suavísimo canto y dulce melodía en perpetuas alabanzas de Dios. Ha crecido mucho en España esta religion, y poseen muchas y muy ricas casas de magníficos y sumptuosísimos edificios. El hábito destos religiosos es las túnicas y lo interior de lana blanca, la capas de paño buriel. Dieron principio á esta santa religion ciertos ermitaños italianos, que, encendidos con el deseo de servir á nuestro Señor, hicieron su habitacion en un lugar apartado cerca de la ciudad de Toledo, en que al presente está el monasterio de aquella órden llamado de la Sisla, del nombre de una aldea que allí estaba antiguamente. Creció la opinion de su santidad, con que tomaron su modo de vivir y se le juntaron algunos hombres principales, que fueron Fernando Yañez, capellan mayor de los Reyes Viejos y canónigo de la santa iglesia de Toledo, y don Alonso Pecha, obispo de Jaen, que renunció su obispado, y su hermano Pedro Fernandez Pecha, camarero que fuera del rey don Pedro. El primer monasterio que se fundó debajo destas constituciones y regla, fué junto á la ciudad de Guadalajara, encima de un pueblo que se llama Lupiana, en una ermita que les dió este mismo año el arzobispo don Gomez Manrique. Despues por la magnificencia de los reyes y otros señores de Castilla se han edificado otras muchas casas. Los años adelante salió tambien desta religion la de los isidorianos ó Isidros. En el mes de diciembre, como quier que no se concertasen las paces entre los reyes de Castilla y de Aragon, se hicieron treguas hasta el dia de Pentecostes, pascua de Espíritu Santo; asentaron estas treguas los procuradores destos reyes, que fueron por el de Aragon don Juan, conde de Ampúrias, su primo hermano y yerno, ca estaba casado con doña Juana, hija del Rey, y por el de Castilla Juan Ramirez de Arellano, señor de los Cameros. En el año de 1374 Juan, duque de Alencastre, con un grueso ejército pasó al puerto de Cales, llamado Iccio por los antiguos, que está en los morinos, provincia de la Gallia Bélgica. Juntóse con él Juan de Monforte, duque de Bretaña, que andaba en deservicio del rey de Francia, y favorecia á los ingleses por estar casado con una hermana del de Alencastre. Entraron estos príncipes con sus gentes en el Artoes y Vermandoes; hicieron gran estrago en los campos, villas y aldeas que topaban, y hartos ya de los robos y muertes con que dejaron asoladas aquellas provincias, enderezaron su camino al ducado de Guiena, y pasado el rio Ligeris, llamado hoy Loire, llegaron á Burdeos con pensamiento de entrar en España y conquistar el reino de Castilla. Enviaron sus embajadores á los reyes de Aragon y de Navarra para que les asistiesen y ayudasen; mas el Aragonés y el Navarro eran prudentes y sagaces, no quisieron por una esperanza incierta de interés ponerse en un peligro cierto de ser destruidos, sino como muchos hombres suelen hacer, les pareció seria mejor estarse á la mira y tomar el partido conforme las cosas se encaminasen. El rey don Enrique, avisado de la tempestad que sobre él venia, estaba con gran cuidado. Acudió á Búrgos para resistir y juntar sus gentes de todas las partes del reino, y hacer de nuevo otras muchas compañías. Llamó particularmente á los soldados viejos, cuyo valor tenia experimentado en las guerras pasadas. Acudieron al tanto todos los grandes con gran deseo de servir y acompañar á su Rey. Los mismos que en las revueltas pasadas le fueron contrarios, en esta ocasion le querian recompensar y con su diligencia y alegría dar ciertas muestras del amor y lealtad con que le servian; de suerte que los que de antes andaban divisos en bandos y parcialidades, visto el riesgo que corrian de ser señoreados por extraños, se juntaron en una conformidad para defender su patria y su libertad; verdad es que en 19 de marzo sucedió en aquella ciudad un gran desastre que causó en todos gran pesar y tristeza, esto es, que el conde de Alburquerque don Sancho, hermano del Rey, por apaciguar una revuelta que se levantó entre sus soldados y los de Pero Gonzalez de Mendoza sobre las posadas, sin ser conocido, por ser la refriega de noche, fué herido en el rostro con una lanza por un hombre de armas, de que desde á un rato murió. Alborotóse el Rey, como era razon, por la muerte tan desgraciada de su hermano; pero no hizo demostracion por suceder acaso y por ignorancia. La condesa doña Beatriz, mujer del muerto, quedó preñada y parió á doña Leonor, que casó con el infante don Fernando, adelante rey de Aragon. Despues que el rey don Enrique tuvo junto su ejército, partió de Búrgos, y cerca de la villa de Bañares hizo alarde; halló que tenia mil y docientos caballos y cinco mil infantes, todos gente escogida, y que con su valor suplian el pequeño número, y estaban prestos para acudir á la parte que fuese menester. Amonazaba esta hueste principalmente, así á los de Aragon, porque ya espiraban las treguas, como á los ingleses de Francia, de quienes se tenian nuevas sordas que no pasaban ya en España, porque su ejército se hallaba muy menoscabado y menguado, á causa que Filipo, duque de Borgoña, y un famoso capitan llamado Juan de Viena, que era almirante de Francia, vinieron en pos

dellos, y por todo el camino les hicieron grandes daños; que de treinta mil combatientes que eran, casi no llegaban á seis mil cuando entraron en Burdeos. Ofrecíase buena ocasion de hacer alguna cosa notable, y echar á los ingleses de toda Francia; parecia que ya la fortuna y buena dicha de la guerra los desamparaba y favorecia á los franceses. Luis, duque de Anjou, escribió al rey don Enrique que juntasen sus fuerzas y cercasen á Bayona, ciudad de los antiguos tarbellos. Decia que esto importaba mucho para ganar reputacion, si diesen á entender que eran poderosos, no solamente para defenderse de sus enemigos, sino tambien para irles á hacer guerra dentro de su casa. Con esto animado el rey don Enrique, pasó á Bayona, y la cercó en los postreros del mes de junio; mas como sobreviniesen muchas aguas, que impedian las labores que se hacian para combatir la ciudad, y faltasen bastimentos, que por ser muy estéril la provincia de Vizcaya de que se proveian, bastecia mal el ejército, cansados todos con estas descomodidades, levantaron el cerco y se volvieron á Castilla. Asimismo el duque de Anjou no pudo venir, como tenia prometido, por estar ocupado en el cerco de Montalvan. Sirvió muy bien en esta jornada al rey don Enrique Beltran de Guevara, señor de la villa de Oñate y de la casa de Guevara; y á la venida de Bayona en remuneracion de sus servicios le hizo merced del valle de Leñiz con su acostumbrada largueza en hacer dádivas, cosa que puso en necesidad á los reyes sus decendientes de reformallas. En el mes de agosto el infante de Mallorca entró por el condado de Ruisellon con un grande y poderoso ejército, con el cual las fuerzas de los aragoneses no se pudieran igualar, si se hubiera de hacer jornada y dar la batalla. Prevaleció en este aprieto la buena dicha de Aragon, que en esta entrada no hizo el Infante cosa notable mas de desbaratar algunas banderas de enemigos con muy poco provecho suyo y llevar alguna presa de hombres y de ganados. Los que en esta entrada del Infante padecieron mayores daños fueron los del condado de Urgel. Por otra parte, el señor de Bearne y Jofre Recco, breton, que tenian muchos pueblos y vasallos en Castilla, sea por órden del rey don Enrique, ó de su propio motivo, hicieron entrada en los campos de Borgia y molestaron con guerra toda su tierra, combatiendo algunas villas, destruyendo y abrasando las aldeas, labranzas, rozas y heredades de aquella comarca. En estos dias el rey de Aragon envió á Inglaterra á Francés de Perellos, vizconde de Roda, á pedir ayuda al duque de Alencastre y á convidalle se confederase con él; y como este embajador con recio temporal corriese fortuna y aportase á la costa de Granada, fué preso por mandado del rey Moro, y encarcelados los mercaderes catalanes en venganza de que Pedro Bernal, capitan de unas galeras de Aragon, pocos dias tomara una nave del rey de Granada, que enviaba á Túnez con ciertos recados suyos. Pretendia el Moro otrosí en prender estos aragoneses hacer placer al rey de Castilla, cuyos enemigos eran. Con tantos desastres y malos sucesos, ¿qué podian hacer los de Aragon? ¿De quién valerse? ¿Qué ayudas podian buscar? El rey don Enrique pretendia sanar al rey de Aragon, y no destruir al que con su ayuda fué parte para que él llegase á la cumbre de alteza en que al presente se veia; con este fin envió otra vez á Barcelona por embajadores á Juan Ramirez de Arellano y al obispo de Salamanca para que hiciesen paz con él. En 3 de noviembre deste año en el castillo de Evreux en Normandía murió doña Juana, reina de Navarra, por cuyas lágrimas muchas veces su hermano el rey de Francia perdonó grandes ofensas que su marido le tenia hechas. Al presente en esta ida que hizo á Francia, como quier que hallase cerradas las orejas del hermano, recibió tan grande pena, que della le sobrevino una dolencia que la acabó. Su cuerpo sepultaron en el monasterio de San Dionisio entre los reyes sus antepasados; hiciéronle las obsequias con real pompa y aparato. Su marido dió nuevas ocasiones para que con mucha razon el pueblo le aborreciese, porque persiguió con muertes, destierros y confiscaciones de bienes á los parientes y allegados de aquellos que en las revueltas y calamidades de aquel tiempo siguieran el partido de sus enemigos. Si estos castigos él los hiciera en las personas de los que le ofendieron, pudiérale excusar el dolor de la ofensa y el deseo de la venganza, mas pagaban los inocentes por los culpados. Sobre los trabajos que hemos referido que padecia el reino de Aragon con las guerras le vino otro muy mayor de una gran hambre que en este año padeció toda aquella provincia, mas algun tanto se remedió con trigo que se trujo de Africa. Fuéles por otra parte provechosa esta hambre, porque compelidos della se fueron del reino sus enemigos. En Castilla asimismo, do pasaron los franceses á buscar mantenimientos, luego en principio del año de 1375 murió de enfermedad su capitan el infante de Mallorca don Jaime, rey de Nápoles; enterraron su cuerpo en la ciudad de Soria en el monasterio de San Francisco. Acompañó en esta guerra al Infante su hermana doña Isabel, que estaba casada con el marqués de Monferrat, animada de la esperanza que tenia de vengar las injurias que el Rey, su padre, recibió del rey de Aragon. Esta señora, muerto su hermano, se hizo cabeza, y debajo de su conducta se volvió el ejército de los franceses á sus casas. En aquella tierra renunció ella y cedió los derechos paternos que tenia contra la casa de Aragon, en Luis, duque de Anjou, hermano del rey de Francia, de que se recrecieron nuevos pleitos y debates, en sazon que las paces entre los reyes de Castilla y de Aragon se concluyeron por intervencion y diligencia de la reina de Castilla doña Juana, que para este efecto fué á la villa de Almazan. Por parte del rey de Aragon se hallaron allí el arzobispo de Zaragoza y Ramon Alaman de Cervellon. En 12 dias del mes de abril se concluyeron y firmaron las paces con estas condiciones: que la infanta doña Leonor, que antes estaba otorgada al infante don Juan, le fuese entregada para que se celebrase el matrimonio; en dote le señalaron docientos mil florines, que al rey don Enrique dió prestados el rey de Aragon en los principios de las guerras civiles; que Molina se restituyese al de Castilla, que á ciertos plazos contaria al de Aragon ciento y ochenta mil florines por los gastos de la guerra. La nueva desta concordia, que se entendia seria por muchos tiempos, se festejó en ambos reinos con parabienes por la paz y grandes banquetes que se hicieron, juegos, fiestas y alegrías por la esperanza que tenian que despues de

tantas tempestades y guerras se seguiria en toda España la quietud y sosiego por tanto tiempo deseado, y la luz clara se les mostraria despues de una escuridad tan larga y tan espesas tinieblas.

CAPITULO XIX.

Algunos casamientos de príncipes.

Fué este año dichoso, no solamente para España, sino tambien para todo el mundo y toda la cristiandad, á causa que Gregorio XI, pontífice máximo, honra de los papas, dejado Aviñon, donde estuvo la Silla Apostólica por espacio de setenta años, la restituyó al sagrado asiento y casa de sus antecesores, y se fué á residir lo que le restaba de vida á la santa ciudad de Roma; varon verdaderamente grande y digno de loa inmortal. Las grandes revoluciones de Italia no sufrian la ausencia de los papas. La vírgen santísima Catarina de Sena, de quien hay doce cartas escritas á Gregorio, fué la que principalmente le movió á tomar este saludable consejo contra lo que sentian algunos cardenales. Decíale con un celo santo y elocuencia del cielo que en cosa tan claramente conveniente, y que á él solo tocaba, no tomase acuerdo con nadie, sino que usase de su propio arbitrio y parecer. Beltran Claquin, por haber ganado grandes honras en Francia y acrecentado su estado con el condado de Longavilla, vendió en esta sazon al rey don Enrique la ciudad de Soria y las villas de Atienza y Almazan y los demás pueblos que le diera en Castilla por precio de docientas y sesenta mil doblas, que para aquel tiempo fué una suma asaz grande. La mayor parte le pagó en veinte y seis prisioneros nobilísimos de los que prendió la armada de Castilla en la batalla de la Rochela; por el dinero restante le dió en rehenes á un hijo de don Juan Ramirez de Arellano, llamado como su padre, por estar el tesoro del Rey tan gastado, que no se pudo contar de presente. Para celebrar las bodas de los infantes de Castilla y de Navarra se escogió la ciudad de Soria por estar en los confines de ambos reinos; y por hallarse en lugar tan acomodado para ello quiso el rey don Enrique hacer juntamente las bodas de ambos hijos, como lo tenia concertado. A la infanta doña Leonor trujeron de Aragon á Soria Lope de Luna, arzobispo de Zaragoza, y el embajador Cervellon con gran acompañamiento de señores y caballeros de aquel reino. Vino otrosí á esta ciudad á celebrar su matrimonio el infante don Cárlos, hijo del rey de Navarra. Hízose el casamiento de doña Leonor, hija de don Enrique, en 27 dias del mes de mayo. Túvose respeto en dar el primer lugar al infante de Navarra por ser huésped. En 19 dias del mes de junio se veló el de Castilla don Juan con su esposa doña Leonor. Todo estaba lleno de juegos, fiestas y regocijos, no solo en Soria, sino en todo lo demás de España, por la esperanza que los hombres tenian concebida de una larga paz y estable felicidad. En estos dias vinieron nuevas que don Fernando de Castro, hermano de doña Juana de Castro, el que dijimos que el año pasado se fué á Portugal, murió en Inglaterra. Tenia esperanzas de volver á Castilla y ser restituido por las armas en su patria. Súpose otrosí que Fernando de Tovar, capitan entre los de aquel tiempo de la fama, con la armada de Castilla hizo grandes daños en la costa de Inglaterra, destruyendo, robando, quemando y asolando muchos pueblos y campos, rozas y labranzas de aquella isla. De Soria, concluidas las fiestas, se pasó el rey don Enrique á Búrgos; príncipe esclarecido en las demás naciones, y en su reino bienquisto. Tenia intento por el favor que halló en Francia de acudirla con todas sus fuerzas contra los ingleses y pagalles el bien que della recibió, á la sazon que don Alonso, su hijo, conde de Jijon, con ligereza juvenil, mudado de voluntad acerca del casamiento con doña Isabel, hija del rey de Portugal, por no efectuarle se fué á Francia y á la Rochela por mar, mas el Rey, su padre, le hizo venir desde á pocos dias. En los postreros dias deste año falleció don Gomez Manrique, arzobispo de Toledo. Juntáronse en su cabildo los canónigos de aquella iglesia para elegir sucesor; no se concordaron, antes, divididos los votos, los unos eligieron á don Pedro Fernandez Cabeza de Vaca, dean de la misma iglesia; los otros nombraron á don Juan García Manrique, sobrino del difunto, que era hijo de su hermano el adelantado Garci Fernandez Manrique, y de arcediano de Talavera le pasaran primero á ser obispo de Orense, y despues de Sigüenza; favorecia á este el Rey con grandes veras, porque era afin y allegado de don Juan Ramirez de Arellano. El Arzobispo difunto avisó á su muerte que no eligiesen en su lugar al dicho su sobrino, porque era inquieto, sino al dean. Acudieron al papa Gregorio para que determinase estas diferencias; él, no teniendo por canónica ninguna de las dos elecciones, dió el arzobispado á don Pedro Tenorio, y de la iglesia de Coimbra, cuyo obispo era, le pasó á la de Toledo, varon de muchas prendas, letras y erudicion. En Italia y Francia anduvo peregrinando y desterrado; estudió en Tolosa y Aviñon y Perosa; en el estudio de Boloña tuvo por maestro á Baldo, famoso jurista, y él mismo leyó derechos en Roma. Fué hombre de grande prudencia por el uso y experiencia que tenia de muchos negocios, de grande pecho y valor, aventajado entre los hombres mas señalados de aquel tiempo. Fué arcediano de Toro en la iglesia de Zamora; su padre, Juan Tenorio, comendador de Estepa y trece de la órden de Santiago; su madre, doña Juana, está enterrada en la colegial de Talavera; sus hermanos Juan Tenorio y Melendo Rodriguez anduvieron con él desterrados en tiempo del rey don Pedro. Su hermana doña María Tenorio casó con Fernan Gomez de Silva, cuyo hijo Alonso Tenorio fué adelantado por su tio de Cazorla. Murieron por estos dias algunos varones principales de Navarra, en particular don Rodrigo Urriz, señor rico y de grande autoridad, fué por mandado de su Rey preso y degollado en la ciudad de Pamplona en los últimos dias de marzo del año de 1376. Causáronle la muerte unos tratos mal encubiertos que traia con el rey de Castilla. Era fama se queria pasar á él, y entregalle los castillos de Tudela y Caparroso; yo sospecho que sin razon y falsamente se creyó esto, porque no es verisímil quisiese turbar aquel caballero tan presto la paz que se acababa de asentar. Don Bernardo Folcaut, obispo de Pamplona, murió en 7 de julio en Italia en la ciudad de Anagnia, donde vivia desterrado de su iglesia; la libertad, gravedad y autoridad deste Prelado le hicieron odioso á su Rey, ó por haberse mal gobernado, como arriba

queda apuntado. Fué elegido en su lugar don Martin Calva, doctísimo en ambos derechos pontificio y cesáreo, y tenido por tan eminente, que muchos le igualaban á Baldo, tan famoso letrado y excelente en aquella facultad. Don Fadrique, rey de Sicilia, falleció en Mecina á 27 dias del mes de julio; dejó por heredera del reino y de los ducados de Atenas y de Neopatria á su hija doña María, de que resultaron nuevas esperanzas, y á muchos príncipes se les dió materia de diferencias y debates sobre la pretension del casamiento desta Infanta y codicia del reino de Sicilia. Amenazaban otrosí nuevas pretensiones y revoluciones, en particular á los aragoneses se les presentó buena ocasion de dilatar y ensanchar sus estados.

FIN DEL TOMO PRIMERO DE LAS OBRAS DEL PADRE JUAN DE MARIANA.

INDICE.

FIN DEL ÍNDICE.

